BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES.

PUBLIC LIBRARY

ARCHIVE

B-799

BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES,

DESDE LA FORMACION DEL LENGUAJE HASTA NUESTROS DIAS.

LIBROS DE CABALLERIAS,

CON UN DISCURSO PRELIMINAR Y UN CATÁLOGO RAZONADO

POR DON PASCUAL DE GAYANGOS,

individuo de la Real Academia de la Historia.

Rgm 8859

BIBLIOTECA PROVINCIAL DE JAEN

MADRID,
M. RIVADENEYRA — IMPRESOR — EDITOR.
CALLE DE LA MADERA, 8.

1857.

PROLOGO.

Una de las mas nobles y mas provechosas operaciones del entendimiento humano es la que nos hace echar una mirada retrospectiva sobre cuestiones ya juzgadas y sobre hechos condenados al olvido, poniéndonos en la precision de someterlos á nuevo y maduro exámen, de analizarlos sesudamente, y de separar con el escalpelo de la crítica todo aquello que podia encubrir y oscurecer la verdad. Desde que Cervántes, con su punzante sátira, aniquiló los *Libros de Caballerías* (1), desterrándolos del mundo literario, la opinion de la Europa culta en materias de literatura ha cambiado radicalmente; y los estudios de la edad media, entonces considerados como inútiles y aun perniciosos, obtienen hoy favor, y están, por decirlo así, á la órden del dia.

Tiempo hubo en que la literatura caballeresca, órgano de sentimientos que ya pasaron, espejo de costumbres rancias y bárbaras, y por otra parte, almacen y depósito de las ideas mas extravagantes y absurdas, pudo merecer la reprobacion de los sábios, la crítica de los doctos, el anatema de filósofos y moralistas. Conocemos muy bien la especie de persecucion inquisitorial que desde entonces acá han sufrido los *Libros de Caballerías*, ¡como si las generaciones que siguieron á Cervántes hubieran tomado á su cargo el cumplir y ejecutoriar la sentencia pronunciada por aquel! Pero en medio de sus absurdos, es preciso reconocerlo, estos libros contienen lecciones muy provechosas, señalan de una manera clara y distinta la marcha de la civilizacion y el cambio de ideas y costumbres, proporcionando así útil enseñanza á los que se dedican al estudio de la edad media. ¿Qué extraño, pues, que la generacion presente, volviendo sobre el fallo de las anteriores, procure por do quiera salvar estas reliquias de nuestra antigua literatura, muestras galanas del ingenio español, y las examine y las estudie, y que los bibliófilos se las disputen con teson, teniéndolas en tanto mas aprecio, cuanto mayor fué la persecucion que padecieron?

El *Amadís*, que el inmortal autor del *Quijote*, en su exquisito juicio calificó ya del mejor entre los de su clase, será, como es natural, primero en este tomo; que mal podia comenzar sin él una coleccion de *Libros de Caballerías*. Seguirá despues el de las *Sergas de Esplandian*, compuesto por el noble regidor de Medina del Campo, Garci-Ordoñez de Montalvo; habiendo creido deberle dar la preferencia por varias razones: la primera y principal por ser continuacion de aquel, y obra de un autor que tuvo mas

(1) Por error involuntario se ha impreso en los epígrafes de este tomo Libros de *Caballería* en lugar de *Caballerías*.

parte de la que comunmente se le atribuye en la misteriosa confeccion del *Amadís de Gaula*.

Todos mis esfuerzos se han dirigido á que el texto de una y otra obra salga correcto, purgándole de los infinitos errores que antes tenia. No habiéndome sido posible haber á las manos la edicion del *Amadís* del año 1519, que hasta ahora se conoce por primera, me he servido de la que en 1533 hizo en Venecia el español Francisco Delicado, natural de la Peña de Mártos y vicario del valle de Cabezuela, en casa del maestro Juan Antonio de Sabia. Puso aquel, segun él mismo nos informa, singular cuidado en que su edicion saliese muy esmerada, corrigiendo la ortografía; y tanto por esta circunstancia, como por su tamaño, que es algo mayor que el comun fólio español; por la belleza de los tipos, y por unos grabados en madera, relativos á la historia y oportunamente intercalados en el texto, es una de las mas bellas y estimadas que se conocen. Cuando algun pasaje me ofrecia duda, he acudido en confrontacion á otra del año 1545, hecha en Medina del Campo por Juan de Villaquiran y Pedro de Castro. Usábase entonces la conjuncion *y* con bastante arbitrariedad, aunque sin dejar por eso el *et* y el *é* de los siglos anteriores; y así, no extrañarán los lectores que no se haya hecho alteracion alguna en este punto, prefiriendo conservar íntegro un texto antiguo á introducir reformas, siempre peligrosas. En cuanto á las *Sergas*, se han tenido presentes dos ediciones, la de Sevilla de 1542, y la de Alcalá de 1588, confrontándolas siempre que ha sido necesario.

Aunque, segun el dicho agudo de Saavedra (*República Literaria*, 63), «los que hacen repertorios á los libros son ganapanes literarios, que trabajan para los demás,» he querido mas bien merecer esta calificacion que no privar á los lectores estudiosos del auxilio que un buen índice proporciona casi siempre. Sabido es cuán frecuentes son las alusiones de nuestros poetas, tanto líricos como dramáticos, á los antiguos *Libros de Caballerías*, y principalmente al *Amadís;* y así, no parecerá supérfluo el trabajo que me he impuesto.

En un *discurso preliminar* que precede á esta edicion hallarán los lectores algunas observaciones acerca del orígen de la llamada *literatura caballeresca*, así como acerca de la composicion del *Amadís* y del *Palmerin de Inglaterra* (cuestiones ambas muy debatidas entre los eruditos), y un análisis y extracto de las mejores producciones en este género: hojas arrancadas de un libro que por los años de 1840, y para distraerme de trabajos literarios mas graves y molestos, comencé á escribir en Lóndres sobre el orígen y progreso de la ficcion romántica en España. Tambien he creido deber formar un índice ó catálogo de los conocidos, así en castellano como en portugués, señalando sus varias ediciones, y procurando llenar el vacío que experimentaban los estudiosos en este ramo difícil é intrincado de nuestra literatura.

Madrid, 10 de enero de 1857.

PASCUAL DE GAYANGOS.

DISCURSO PRELIMINAR.

Mucho se ha disputado, y sigue aun disputándose, entre los eruditos acerca del orígen y desarrollo progresivo de aquel linaje de ficcion romántica, comunmente conocido con el nombre de *literatura caballeresca*, suponiéndola unos nacida del roce y contacto de europeos y orientales al tiempo de las Cruzadas, atribuyéndola otros casi exclusivamente á los árabes invasores de nuestro suelo, al paso que no pocos sostienen que tuvo principio entre los escandinavos y otras naciones del Norte. Tambien hay quien niegue uno y otro orígen, el *arábigo* y el *gótico*, haciéndola derivar inmediatamente de las fábulas mitológicas de griegos y romanos.

Es esta una de aquellas cuestiones literarias en las que, estrictamente hablando, todos parecen tener razon, y en que se nos antoja que bien pudiera argüirse por espacio de un siglo entero sin llegar á establecer una verdad absoluta; porque, si la literatura es espejo fiel del carácter, costumbres y sentimientos de un pueblo, ¿quién habrá que pueda definir de una manera concreta los varios y diversos elementos que componen la sociedad europea? Así es que, léjos de esclarecer la cuestion los partidarios de cada uno de aquellos sistemas, la han embrollado y oscurecido, mezclando y confundiendo elementos que conocidamente tienen orígen diverso. Porque tres cosas son, á nuestro modo de ver, de considerar en esta cuestion importante: 1.ª el espíritu guerrero y de aventura que en estos libros prevalece, y los hábitos y costumbres que allí se pintan; 2.ª los materiales históricos, si tal nombre merecen, sobre que están fundados; 3.ª los recursos de imaginacion empleados por sus autores. De estas tres, tan solo la última merece fijar nuestra atencion, porque nadie hoy pone en duda que la caballería, como institucion, tuvo orígen en el Norte, y que las escenas y sentimientos que en semejantes libros se leen, están tomadas de la vida privada de los pueblos europeos; y por otra parte, es evidente que los materiales de que los primeros troveras, bretones ó anglo-normandos, echaron mano, tienen relacion mas ó menos directa con su historia nacional. Así que, la sola y única cuestion que aun queda en pié es la de averiguar cuál sea el orígen de esas ficciones sorprendentes y maravillosas, de esos mónstruos y dragones, de esos sábios encantadores y maléficas fadas, que constituyen, por decirlo así, la maquinaria de los libros de caballerías.

Los que á estos señalan un orígen oriental, pretenden que nada semejante se encuentra en las composiciones poéticas de los trovadores hasta muy entrado ya el siglo XII; que las novelas y aun los tratados de química de los árabes, están, al contrario, llenos de encantamientos como los que se leen en los libros de caballerías; que los amuletos, talismanes y anillos mágicos forman una parte muy principal de la filosofía ó sapiencia oriental; que las *peris* orientales sirvieron de tipo á las fadas ó *fairies* de las naciones septentrionales; y por último, que el grifo ó hipogrifo, de que tal partido sacaron despues Ariosto y los poetas italianos, no es otra cosa que el *simurgh* ó caballo alado de los persas, que tanto papel hace en las magníficas epopeyas de Saadi y de Ferdusi. Estas y otras maravillas, suponen, recogió en Oriente la atropellada turba de ociosos peregrinos, á quien la curiosidad ó la devocion hacia dejar los hogares patrios por las áridas llanuras de la Palestina; y mas tarde los ministriles y fabulistas normandos de Francia é Inglaterra, que seguian las banderas de sus señores feudales en las guerras de las Cruzadas, las introducian en sus poéticas narraciones y libros de Gesta.

De admitir el orígen oriental de la ficcion romántica, el sistema que acabamos de exponer nos parece preferible al de aquellos que, como Warton (1), quieren que sea venido de los árabes inva-

(1) *History of english Poetry*, por Tomás Warton.

sores de nuestra península, importado por ellos en los puertos de Marsella y de Tolon, llevado de allí á Bretaña, y por último, comunicado al país de Gáles; porque en los tiempos en que se pretende fijar semejante importacion, ni las comunicaciones de los árabes españoles con el resto de Europa eran tan frecuentes y directas como se quiere suponer, ni los cristianos vivian en paz y sosiego bastante para recibir la accion lenta de creencias vulgares tan opuestas y contrarias á las suyas.

Por otra parte, los mantenedóres del sistema gótico, como Mallet (1), Percy (2) y otros, dicen que los escaldos ó bardos de los pueblos septentrionales acostumbraban de muy antiguo á perpetuar las genealogías de sus reyes y caudillos, así como sus victorias y hechos de armas, en una especie de poesía narrativa, á manera de cantilenas ó romances. Cuando la historia, añaden, se hizo mas grave, y comenzó ya á escribirse en prosa, tomando formas mas sencillas, y al propio tiempo mas duraderas, los bardos perdieron el monopolio que hasta entonces habian ejercido, y hubieron naturalmente de buscar nuevos medios de entretener y deleitar, exornando su narracion con ficciones maravillosas, propias para herir la imaginacion y captarse la benevolencia de sus lectores. Mucho tiempo antes de las Cruzadas, los escaldos creian en brujos y encantadores, en filtros y talismanes, introduciendo en sus libros históricos combates con mónstruos y dragones, así como encuentros con jayanes y gigantes. El espíritu caballeresco, la sed de aventuras, la cortesía llevada hasta el exceso, rasgos principales y característicos de esta clase de literatura, se encuentran ya entre los pueblos del Norte mucho antes de la introduccion del feudalismo. Estas ideas, llevadas á Normandía por los bardos del caudillo Rollo, en su emigracion á dicha provincia desde el Norte, fueron comunicadas por aquellos á sus sucesores, los troveras y juglares, quienes adoptaron luego la religion y opiniones de los países donde se establecieron. En lugar de sus héroes paganos, crearon héroes cristianos, conservando siempre en sus ficciones el antiguo elemento escáldico de gigantes, enanos y encantadores.

Tal es el otro sistema, que, como se echa de ver, es diametralmente opuesto al arábigo ú oriental; mas no ha faltado tambien quien, como el inglés Warton (3), niegue completamente la influencia de ambos elementos, el oriental y el gótico, sosteniendo y afirmando que en las bellísimas concepciones de la mitología griega y pagana, en los cuentos milesios, y aun en la novela tal cual existia en la edad media, se encuentran ya sobrados materiales para que escritores dotados de mediana imaginacion pudiesen, con los elementos propios y las ideas mismas de la sociedad en que vivian, formar el sencillo y á veces monótono artificio de los libros de caballerías. Esta opinion (4) ha sido, como era de esperar, rudamente combatida por los partidarios de los dos sistemas arriba expuestos, aunque, á nuestro modo de ver, injustamente, porque, ora la supongamos impregnada del elemento gótico ó modificada por el oriental, ora la miremos como producto natural y espontáneo de la sociedad y costumbres de los siglos medios, preciso es admitir que la novela caballeresca tuvo orígen y principio en la griega y romana (5), y que en las ficciones de Antonio Diógenes, Heliodoro, Jamblico, Aquíles Tacio, Longo, Chariton y otros autores griegos, así como en las de Petronio y Apuleyo, se encuentran ya muchos de los elementos que entraron mas tarde en la formacion de los libros de caballerías.

La cuestion así planteada, y desembarazada de una porcion de incidentes accesorios que la embrollaban, queda reducida á menores proporciones; así pues, no nos seria difícil probar, si tal fuese nuestro intento, que la literatura caballeresca, juntamente con el espíritu que la creó, tuvo orígen y principio en Europa y dentro de la misma sociedad, alimentándose con las ideas, sentimientos y costumbres propias de la edad media. Porque la caballería, considerada como institucion, es, á no dudarlo, de orígen germánico, y se encuentra ya en la ceremonia, mitad civil, mitad religiosa, con que aquellas razas acostumbraban á solemnizar la toma de armas é ingreso en la tribu de un jóven guerrero. Mas tarde el clero cristiano concibió la idea, altamente civilizadora, de doble-

(1) *Introduction à l'histoire de Dannemarc.*

(2) *Reliques of Ant. Eng. Poetry*, tomo III.

(3) *Essay on the genius of Pope.* Este Warton se llamó *José* y es distinto del *Tomás* arriba citado.

(4) «Los autores de libros caballerescos, dice, á quien siguieron despues Ariosto y Spencer, debieron estar dotados de mucha inventiva; pero ¿quién no conoce que sus invulnerables héroes, sus mónstruos, sus encantamientos, sus deleitosos jardines, sus islas desiertas, sus dragones alados no son mas que reminiscencias de Echidna, Circe, Medea, Aquíles, las sirenas, las arpías, el Phryxo, y Belerofonte de los antiguos?»

(5) Véase tambien á Southey, en el prólogo á su traduccion inglesa del *Amadís de Gaula.*

gar y dirigir en provecho de la sociedad amenazada los feroces instintos de aquellos guerreros, cuya turbulenta ambicion y desenfrenada codicia no conocia mas móvil ni mas ley que la espada. Vémosle de muy antiguo usar ya del derecho de armar á los jóvenes guerreros, salidos del órden feudal, los cuales, de brutales soldados, se convertian luego en ardientes campeones de la Iglesia, recibiendo las armas, y mas tarde el órden de la caballería, para defender la religion y proteger al débil contra el fuerte.

La literatura, como es consiguiente, debió ser un auxiliar poderoso en semejante cambio, apoderándose de aquellas ideas, constituyéndose en imágen de la sociedad y reverberando con nueva fuerza y vigor los mismos sentimientos de que antes se habia inspirado. Por la misma razon, los trovadores provenzales contribuyeron poderosamente al desarrollo del espíritu caballeresco en Europa, levantando altares á la galantería y al amor, produciendo composiciones tan ingeniosas como brillantes, propagando ideas nuevas y vistiéndolas de nuevos colores. En el sistema provenzal, sistema de tal manera fijo y estable, que, como ha dicho con mucha oportunidad un escritor moderno, tiene su vocabulario aparte, el amor era mas que un sentimiento; era una virtud, y así es que en los libros caballerescos, imágen fiel de la sociedad feudal, vemos á las mujeres, asiduamente mezcladas con los hombres, asistir á los banquetes y festines, celebrados las mas veces en honra suya, presidir á los juegos militares de caballeros y donceles, y agruparse en derredor del vencedor, ya para felicitarle de su victoria, ya para desarmarle y reconocer sus heridas. En buen hora que á este cambio radical en las costumbres, verificado principalmente bajo la influencia del cristianismo, y la marcha lenta, aunque progresiva, de la civilizacion; á esta encarnacion de la literatura provenzal en la novela griega y latina se mezclase un elemento oriental, ya venido de las Cruzadas, ya tomado de los árabes de nuestra península; siempre nos será forzoso admitir que este último entró por muy poco en la confeccion de los primeros libros caballerescos.

En España este movimiento literario parece haberse sentido mas tarde que en ningun otro pueblo de Europa, y la razon es óbvia. De muy antiguo nuestra historia se halla revestida de cierto barniz caballeresco y legendario, que la hace en este punto mas pintoresca y animada que otra alguna. Tanto es esto verdad, que entre algunos trozos de la *Crónica general*, y principalmente los que tratan de Bernardo del Carpio y los siete Infantes de Lara, entre las relaciones populares del Cid y Ferran Gonzalez, la historia fabulosa de don Rodrigo, las leyendas monacales mas antiguas, y ciertos pasajes del *Amadís*, la transicion es casi imperceptible, sin advertirse mas diferencia entre unos y otros que la de estar aquellos fundados en la popular tradicion y referirse á personajes históricos, y tratar estos de héroes enteramente fabulosos. Por estas y otras razones, entre las cuales no entra por poco el estado de una sociedad en lucha continua con un enemigo interior, la novela caballeresca en prosa fué poco conocida en la Península antes de principiar el siglo XIV. Mucho tiempo antes gozaban ya de gran crédito en Bretaña, Inglaterra y aun en el centro de Francia, libros de Gesta en verso, como *Le roman de Brute* y el de *Rou*, compuestos ambos por Roberto Wace, trovera normando, á mediados del siglo XI; el de *Sangreal*, atribuido á Tomás Lonelich, poeta de la corte de Enrique VI de Inglaterra; el de *Perceval*, cuyo autor, Christian de Troyes, floreció en el siglo XII; *Les enfances d'Ogier le Danois*, ó *las Mocedades de Ugiero*, cuyas principales escenas pasan en nuestra península ó en países fantásticos y regiones imaginarias. Nada de esto (1) habia á la sazon entre nosotros, como si los héroes nacionales y sus gloriosas empresas contra el comun enemigo bastaran ya para llenar cumplidamente la curiosidad de los oyentes y lectores, y satisfacer su mas ardiente patriotismo. De Artús y su Tabla Redonda poco ó nada se sabia por entonces, y el mismo Carlomagno no aparece en los cantares y romances sino como un invasor del suelo patrio, sufriendo cruel derrota á manos de Bernardo del Carpio y sus invictos montañeses. La primera y mas antigua de estas imitaciones parece ser la *Historia del caballero del Cisne*, que el rey sábio ingirió en su *Gran Conquista de Ultramar*, ya que no sea, como hay motivos para sospecharlo, traduccion de un libro francés. Por otra parte, la *Crónica de don Rodrigo*, último rey de los godos, no es mas que un conjunto de fábulas y patrañas, un verdadero libro de caballerías, ideado en el siglo XV por Pedro del Corral, á pesar de que muchos y graves autores la hayan mirado como historia verdadera.

(1) Lo poco que de este género se halla, se encuentra en los escasos romances sacados de las crónicas caballerescas bretonas ó carlovingias. Véase el erudito prólogo al *Romancero* del señor Duran.

Pero si España fué tardía en admitir, fué tenacísima en conservar este género de literatura, ampliándole y perfeccionándole en tiempos mas modernos, hasta el punto de haberle, por decirlo así, resucitado, dándole nueva vida y formas nuevas, é imponiéndole á su vez á la Europa entera. Por causas que no son de este lugar, el espíritu caballeresco, ya decadente en los demás reinos de Europa, se hallaba en nuestra península, á fines del siglo XV, mas floreciente y vigoroso que nunca. El celo ardiente (dice un escritor moderno) (1), que arrancó á tantos cristianos de sus hogares para conducirlos á los sitios de la pasion de nuestro Redentor; los sentimientos exaltados de honor y de amor, tan vigorosamente delineados en las ficciones de la Tabla Redonda, grandes y nobles objetos de la piedad de nuestros mayores, habian ya dejado de existir ó estaban lastimosamente modificados. La astucia y la perfidia habian reemplazado entre los soberanos de Europa á la lealtad caballeresca. En Francia, un libertinaje grosero, revestido de maneras cortesanas, ocupaba el lugar de aquel idealismo del amor, móvil y causante de gloriosas empresas siempre que animaba el corazon de verdaderos caballeros. Juan de Ligny vendia la poncella de Orleans, mujer y prisionera, á Felipe de Borgoña, quien se la revendia á los ingleses. La política y la disciplina sustituian ya en Inglaterra al espíritu caballeresco, y este cambio se operaba principalmente en el arte de la guerra y en la organizacion de los ejércitos. Eduardo III debió sus victorias contra la Francia á la formacion de escuadrones regulares, contra los cuales se estrellaba el fogoso ardimiento y la inconsiderada valentía de los caballeros franceses. En Italia, micer Poggio el florentin, Pulci y Maquiavelo se burlaban de las proezas de los antiguos paladines, y daban pruebas patentes de un escepticismo político y religioso. La España sola conservaba aun en toda su fuerza su primitiva aficion á los pasos de armas, torneos y todo género de ejercicios caballerescos. En la sola *Crónica de don Juan II* se citan nada menos que veinte y tres de aquellos (2). Fernando de Pulgar, secretario de los Reyes Católicos, asegura con cierta arrogancia que en su tiempo eran en mayor número los caballeros españoles que iban á reinos extraños á buscar fortuna, que los extranjeros que venian á España, y mosen Diego de Valera habla con marcada complacencia de sus propios duelos y combates en Bohemia y Hungría. ¿Qué mucho, pues, que mientras Cárlos V llevaba sus armas victoriosas á varios puntos de Europa y Africa; cuando, fiado solo en su palabra, atravesaba el territorio de su mortal enemigo; cuando proponia á Francisco I un duelo á la antigua usanza, entregando los destinos de una nacion entera á las eventualidades de un combate personal; cuando libertaba á España y á Europa toda de las invasiones del Turco y de los progresos del luteranismo, los patrióticos sentimientos del pueblo español hallasen solaz y deleite en las increibles hazañas de Bernardo del Carpio, en los gloriosos hechos del Cid y otros héroes nacionales, y que, á falta de personajes históricos, se forjasen nuevos campeones, cuyas altas proezas y nunca oidas hazañas sirviesen de meta y límite á las aspiraciones de pechos nobles y generosos? Así es que, siendo los españoles, como ya lo dijo Lope de Vega, «ingeniosísimos en este género de composicion, sin que en la invencion les haya aventajado ninguna otra nacion,» muy pronto la literatura caballeresca alcanzó límites que hoy dia nos parecen casi increibles.

Para tratar de estos libros con el debido órden, convendrá dividirlos en tres grandes *ciclos*: el breton, el carlovingio y el greco-asiático. Los dos primeros son, con alguna ligera excepcion, exclusivamente franceses; el tercero fué engendrado en la Península por la brillante imaginacion de nuestros escritores. A este último habrán necesariamente de agregarse otra multitud de libros, así en prosa como en verso, que, estrictamente hablando, no son mas que una modificacion del género, como son la novela caballeresca-sentimental, los libros de caballerías morales ó á lo divino, los que están fundados sobre la historia de España, y por último, las bellísimas epopeyas caballerescas traducidas ó imitadas del italiano.

(1) Barèt, *De l'Amadis de Gaule*, etc., pág. 70.

(2) A pesar de las pragmáticas de Cárlos V y las severas prohibiciones de su hijo y sucesor, Felipe II, todavía se celebraban torneos sangrientos en el último tercio del siglo XVI. En el año de 1566 un hidalgo de Salamanca, llamado Alonso Barrantes, dispuso, en celebracion de sus bodas con una dama principal de aquella ciudad, un torneo, en que hubo algunas desgracias. Para solemnizar en 1604 la entrada de Felipe III en Valladolid, hubo un torneo, á que salieron varios caballeros, siendo mantenedor el príncipe de Piamonte, y en 1630 la ciudad de Zaragoza dispuso otro en celebridad de la entrada en aquella ciudad de Felipe IV y su hermana, la reina de Hungría. Aunque estos dos últimos no fueron mas que un remedo de los antiguos pasos de armas, bien se echa de ver que los caballeros de aquel tiempo los miraban como un recuerdo de otros mas formales y sangrientos.

§ 1.° — CICLO BRETON.

Merlin y sus profecías.—El libro del Baladro.—La Demanda del Santo Greal.—Lanzarote del Lago.—Tristan de Leonis y Tristan el jóven.—Tablante de Ricamonte y Jofre, hijo del conde don Ason.—Sagramor y segunda Tabla Redonda.

La vida del sábio Merlin, sus astucias y transformaciones, los hechos del rey Artús de Bretaña, y las maravillosas hazañas de Lanzarote del Lago, de Galaz, su hijo, de Perceval, Boortes y otros caballeros bretones, empeñados en la demanda del santo Greal (1), constituyen la larga série de novelas caballerescas en prosa, conocida comunmente con el nombre de *Ciclo breton* ó *de la Tabla Redonda*. Fúndanse todas ellas en una tradicion antiquísima, conservada en Inglaterra, y ya consignada por Mateo Paris en su Historia (2), de que José de Arimatea, el senador judío que asistió á la muerte del Salvador, habia comido á la mesa de un obispo armenio que fué á Inglaterra á principios del siglo XIII; y para explicar tamaña longevidad se decia que al terminar cada siglo aquel santo varon caia en una especie de éxtasis ó letargo, del cual salia recobrando toda la juventud y lozanía del tiempo en que presenció el suplicio de nuestro Redentor en la cruz. Sobre esta vulgar tradicion, Tomás Lonelich (3), trovera anglo-normando de la corte de Enrique VI, escribió una novela en verso, intitulada *Sangreal*, que mas tarde fué puesta en prosa francesa por otro trovador (4), fingiendo que José de Arimatea habia logrado adquirir la copa ó vaso (*hanap*) en que Jesus bebiera la noche antes, cenando con los apóstoles. El hecho estriba en la siguiente tradicion: antes de enterrar el cuerpo del Salvador, José, habiéndose antes procurado dicha copa, la llenó de su preciosa sangre á medida que brotaba de sus heridas; accion que exasperó de tal manera á los judíos, que le arrancaron la santa reliquia y le encerraron en un calabozo. Allí se le apareció una noche el Redentor y le devolvió la copa, recobrando, por último, su libertad, despues de cuarenta y dos años de prision, en la toma de Jerusalen por Tito Vespasiano. Puesto en libertad José, comenzó á predicar el Evangelio, convirtiendo, entre otros, á Enelaco, rey de Sarraz, quien, con tan poderosa ayuda, emprendió y llevó á cabo la conquista de Egipto. Por este tiempo era rey de Bretaña Artús ó Arturo, el cual instituyó la Tabla Redonda, dejando, por consejo de Merlin, un lugar vacante para la santa reliquia, que habia casualmente caido en manos del rey *Pecheur*, así llamado, ya por su habilidad en la pesca, ó ya por su notoriedad como pecador renitente (5). Las hazañas de los caballeros de la Tabla Redonda, en su loable empeño de descubrir y recuperar tan insigne reliquia (6),

(1) *Sanguis Realis*, y en francés *Sang Real*, de donde se formó mas tarde *Sangreal*, y en castellano *Santo Greal* ó *Grial:* esta nos parece etimología mas racional de aquella palabra que la propuesta por los que la derivan de *Sang Agreable.*

(2) Matthei Paris, Monachi Albanensis, Angli, *Historia Major a Guilielmo Conquæstore ad ultimum annum Henrici tertii* (Tiguri, 1606, fólio), pág. 339. Mateo Paris floreció á últimos del siglo XIII.

(3) Warton, *The History of english Poetry;* Ellis, *Early Metrical Romances*, tomo I.

(4) El *Sangreal* en prosa francesa se atribuye por algunos á Chretien ó Cristiano de Troyes, que floreció al terminar el siglo XII. De esta lengua se tradujo á la latina en el siglo XIII, y por último, Gautier Map, ó Walter Mapes, como le llaman los ingleses, le volvió á poner en prosa francesa.

(5) El autor del *Tristan de Leonis* castellano le llama Pescador, otros Pecador; siendo la palabra francesa *pescheur* ó *pecheur* susceptible de una y otra interpretacion.

(6) Durante los siglos medios fué tan célebre esta reliquia como entre los árabes españoles la *mesa de Salomon*, hecha toda de esmeralda pura, con tantos piés como dias tenia el año; la que dicen fué hallada en Toledo por Táric, y llevada despues por Muza á la corte del Califa en Damasco. Los genoveses pretendieron por mucho tiempo ser dueños de una copa ó escudilla de esmeralda, usada por el Salvador en su última cena, la que decian haber adquirido como su parte del despojo en la toma de Jerusalen por los cruzados en 1099. Cuando en 1502 Luis XII visitó á Génova, entre otras cosas curiosas que le enseñaron los ciudadanos de aquella república, fué una copa ó plato, que dijeron ser el mismo que cuatro siglos antes habian traido de Jerusalen. (Jean d'Autun, *Chroniques de Louis XII.*) Tambien el marqués de Tarifa, en su *Viaje á Tierra Santa*, fól. 179, dice haber visto en la iglesia mayor de Génova un plato ochavado de esmeralda. Otros dicen que los genoveses le hubieron en la toma de Cesaréa, en Palestina; pero es de notar que en el sitio y toma de Almería por don Alfonso VII en 1147, si hemos de creer lo que dicen el arzobispo don Rodrigo (lib. VII, cap. 12), fray Alfonso de Espina (*Fortalitium Fidei*, lib. IV), la *Crónica General* (parte IV, fól. CCCLXXVI) y otros, se halló entre los despojos un vaso ú escudilla de esmeralda, que los genoveses se llevaron, prefiriéndole á todas las demás riquezas de oro

constituyen la parte caballeresca y romántica de esta notable historia, la que, con mas ó menos exactitud, fué luego traducida á los diferentes idiomas europeos, dando tambien lugar á varias imitaciones y continuaciones.

Mas antes de escribirse el *Sangreal*, dos troveras anglo-normandos, llamados Geoffrey ó Godofre de Monmouth y Roberto Wace, autor el uno de una crónica semifabulosa y el otro de una historia métrica, conocida con el título de *Le roman de Brut*, habian inventado el personaje fabuloso de Merlin, mitad hombre y mitad diablo, así como el José de Arimatea, dueño de la famosa copa que contenia la sangre de Cristo. Sobre estas dos obras, Roberto de Borron, escritor del tiempo de Eduardo I, compuso su *Vie de Merlin*, en prosa francesa, cuyo argumento es el siguiente: Los diablos, alarmados al ver el número de víctimas que diariamente se escapaban de sus garras, mediante el progreso del cristianismo, predicado por José y otros, resolvieron, prévio consejo y deliberacion, enviar á la tierra uno de los suyos, que entrando en relaciones con una vírgen cristiana, la hiciese concebir un varon, que habia de ser con el tiempo el destructor de todo el linaje humano. El infernal mensajero se hospedó en casa de un noble breton con tres hijas muy hermosas, la mas jóven de las cuales resistió largo tiempo á sus halagos, si bien, por último, el enemigo, aprovechando la ocasion en que aquella estaba dormida, llevó á cabo su designio, y la vírgen se sintió preñada. Acusada, segun las leyes de Escocia, que castigaban con la muerte semejante deshonestidad, fué luego encerrada en una fuerte torre, donde dió á luz á Merlin, á quien un santo varon, llamado Blaise (*Blas*), hizo bautizar en el acto. Próxima ya al suplicio, la inocente madre se quejaba amargamente de su suerte, dirigiéndose en términos duros al que creia autor de su desgracia, y Merlin, que aun no tenia un mes, la consolaba, diciendo que no moriria, aconsejándola que se presentase con ánimo resuelto ante sus jueces. Llevada al tribunal, Merlin, en una larga y difusa peroracion, prueba que uno de los jueces, el mas condecorado y temido de todos, no era hijo del que pasaba por su padre, sino del prior de un convento cercano al lugar donde se veia el proceso; el cual, para evitar su propia deshonra y la de su madre, se ve precisado á influir con sus compañeros y obtener de ellos la absolucion de la delincuente.

Reinaba á la sazon en Bretaña un rey que le llamaban Constancio (*Constans*), el cual tuvo tres hijos: Moines, Pendragon y Utero. Muerto Constancio, le sucedió en el trono su hijo mayor Moines, el cual, de resultas de una guerra desgraciada con los sajones, se hizo muy impopular, y fué asesinado por sus propios vasallos, sucediéndole en el trono un senescal suyo, llamado Vortiger (1). Este, deseando fortalecerse contra los legítimos herederos de la corona, mandó construir una torre altísima, donde poder refugiarse en caso de necesidad, y guardar sus tesoros; mas lo mismo era llegar á la última piedra, que la fábrica toda venia al suelo con gran estrépito. Por tres veces diferentes se comenzó la obra, y tres veces vino á tierra, con gran desconsuelo del Rey y desesperacion de sus arquitectos. Reunidos los sábios y astrólogos de Bretaña para dar solucion á aquel problema, descubrieron que su vida y la del Rey estaba amenazada por un niño nacido en aquel mismo año, sin intervencion de padre humano, y que mientras el edificio no se cimentase con su sangre, serian inútiles cuantos esfuerzos se hiciesen para mantener la fábrica en pié. Dió el Rey órden para que se buscase por sus estados un niño así nacido; y Merlin, que lo supo, se presentó un dia en su corte, declarando que la instabilidad de la fábrica era solamente producida por dos fieros dragones, uno blanco y otro rojo, que á gran profundidad debajo de los cimientos se combatian. Hecha la experiencia, se halló ser así, y el Rey y sus cortesanos presenciaron la lucha de las dos alimañas, las mismas que Merlin explicó significar alegóricamente Pendragon y Utero, los dos hermanos de Moines, que á la sazon vivian desterrados en la Pequeña Bretaña. Ansiosos estos de vengar la muerte de su hermano y reconquistar el trono paterno, desembarcan en Inglaterra, vencen y hacen prisionero á Vortiger, y le mandan quemar vivo en la misma torre que con tanto afan y trabajo habia edificado. Pendragon ocupa el trono, pero al poco tiempo es muerto en batalla con los sajones, y le sucede su hermano Utero-Pendragon, cuyo consejero y ministro favorito no es otro que Merlin, quien, entre otras cosas maravillosas emprendidas por complacer y servir á su señor, prepara la *Tabla* ó mesa *Redonda* (2), á la que hizo sentar mas tarde cincuenta ó sesenta de

y plata. Josef de Arimatea ó Arimatía, supuesto guardian y depositario de la copa, es llamado corruptamente por algunos Abarimatías (*ab Arimatea*), añadiendose que predicó el Evangelio en tierra de Madrid.

(1) Hállase tambien escrito el nombre de este personaje *Vertiger* y *Vortigernes*.

(2) Distínguense entre los escritores de este linaje de libros, dos Tablas Redondas, primera y segunda:

los nobles del país, dejando un lugar reservado y vacante para el *Sangreal*. Artús, nacido de una intriga amorosa que Utero, ayudado de Merlin y de sus artes, tuvo con Iguerna, esposa del duque de Tintadiel, su vasallo, reina despues de la muerte de aquel, no sin repugnancia de los ingleses, que sabian su orígen adulterino; mas habiendo este príncipe logrado arrancar de una fuerte roca la espada allí incrustada por Scalibor, aventura que doscientos y uno de los mas esforzados caballeros del reino habian antes probado en vano, fué elegido por rey. Merlin sigue siendo el ministro y favorito de Artús, como lo habia sido de su padre, transformándose, á su voluntad, ya en enano, ya en harpero, ya en ciervo, por servir á su señor y ejecutar hasta sus mas pequeños mandatos. Desaparece, por último, de la corte del Rey, y por un fatal error de su amiga Bibiana queda él mismo encantado en un bosque de la Gran Bretaña, oyéndose de vez en cuando sus baladros ó alaridos á muchas leguas á la redonda, y sin que nadie pueda averiguar el lugar en que está oculto. Habia Merlin dado á Bibiana, á quien enseñaba las artes mágicas, conocimiento de cierto talisman para usarlo en caso de apuro. Esta, no creyendo en su virtud, lo probó, y Merlin, arrebatado de la corte del rey Artús, fué encerrado dentro de un espino blanco, sin que su querida, pesarosa de lo que habia hecho, lo pudiese remediar (1).

Otra novela caballeresca, tan íntimamente ligada con las dos anteriores, que parece mas bien continuacion de ellas, es la de *Lancelot du Lac*, ó *Lanzarote del Lago*, como le llaman los nuestros. Este fué hijo del rey Ban de Bretaña, quien atacado de improviso en su castillo de Trible por el rey Claudas, se ve precisado á huir con su esposa Elena y su hijo de pocos años, despues de encomendar á su senescal la defensa de aquella plaza. En el camino sube á la cumbre de un monte para desde allí contemplar la morada de sus abuelos por la vez postrera, y al verla presa de las llamas, cae muerto de dolor. Elena, dejando al tierno infante á orillas de un lago próximo á aquel lugar, vuela á socorrer á su esposo; mas al volver ve á una ninfa arrebatar el fruto de sus amores y zambullirse con él en las aguas. La ninfa no era otra sino Bibiana, la querida del sábio Merlin, que de tiempo antiguo vivia como encantada en aquel lugar y era conocida por la *Dama del Lago*. Leonel y Bohort (*Leonel* y *Boortes*), sobrinos del rey Ban, son conducidos á aquel sitio de una manera igualmente maravillosa, y educados por Bibiana con la misma ternura y amor que su primo Lanzarote del Lago. A los diez y ocho años es llevado este por su protectora á la corte del rey Arturo de Inglaterra (*Artús de Bretaña*), por cuyas manos es armado caballero, concibiendo poco despues una pasion criminal por Geneura (*Ginebra*), la esposa de Artús. Forman dichos amores el principal incidente de esta novela caballeresca y el móvil de todas las acciones y proezas de Lanzarote, quien, por satisfacer la vanidad ó ambicion de su caprichosa dama, acomete cien peligrosas aventuras y temibles demandas, conquistando reinos y allanando imperios, cuyas coronas ofrece á los piés de Ginebra. Por ella invade el reino de Northumberlandia, toma el castillo de Berwik ó *Douloureuse Garde*, que despues cambió su nombre en *Joyeuse*, vence y hace prisionero al rey Gallehaut (*Galeote*), y lleva á cabo otras mil aventuras, á cual mas temible y peligrosa. Y cuando Artús, víctima del artificio de una desconocida que toma la forma de Ginebra, se determina á repudiar á su reina, dejándola, por lo tanto, en completa y absoluta libertad de satisfacer sus criminales amores, Lanzarote resuelve destronar á su señor, y colocar la corona de Bretaña sobre las sienes de su querida. Morgaina (2), hermana de Artús, mas conocida entre nosotros con el nombre de fada Morgaña, descubre el amor adulterino de Ginebra y hace que Agravain, uno de los caballeros de la Tabla Redonda, se lo revele al Rey, su hermano, quien, ciego de cólera, se prepara á vengar en Lanzarote el ultraje hecho á su honra. Este se defiende con vigor y sostiene larga guerra, primero en su castillo de *Joyeuse Garde*, y despues en sus estados de Bretaña; pero Artús se ve precisado á volver precipitadamente á su reino con la noticia de que su hijo Mordrec (*Morderec*

la una es institucion de este Uter-Pendragon, ó Padragon, como le llaman los nuestros, y la otra lo es de su hijo, el rey Artús, que pasa por el continuador ó reformador de ella.

(1) Merlin es mirado por algunos como un personaje histórico que realmente existió en Inglaterra: así lo consideró Pulgar, en su *Mar de Historias*, Valladolid, 1511, fól. XLVI vuelto. De su popularidad entre el vulgo parece suficiente testimonio el vulgar adagio de «Sabe mas que Merlin». Véanse tambien unos versos de Diego Martinez, en el *Cancionero* de Baena, página 368, y lo que dice Oviedo en sus *Quinquagenas*, ibid., pág. 681.

(2) En el original francés, Morgain la feé. Ariosto hizo de ella un personaje importante (véase el canto XLIII de su *Orlando Furioso*); al paso que una buena parte del *Orlando Innamorato* de Dolce, desde el canto XXXVI en adelante, la ocupan los encantamientos de la *Fata Morgana*.

ó *Morderete*), auxiliado por los sarracenos de España, le ha usurpado la corona. Artús por último es vencido por su hijo en los llanos de Salisbury (*Salobre*), y desaparece en la refriega, sin que su cuerpo pueda ser hallado (1). Lanzarote venga á Artús, matando á su hijo Mordrec, y colocando sobre el trono de Inglaterra, no ya á Ginebra, como era de suponer, sino á Constantino, próximo pariente de aquel monarca. Ginebra se mete monja, y su amante se retrae igualmente á una ermita, donde se reune con él su hermano Héctor de Mares, él solo y único caballero de la Tabla Redonda que sobrevivió á la desastrosa batalla de Salisbury (2). Finalmente Galaz (*Galaad-le Vierge*), hijo de Lanzarote, auxiliado de Perceval le Gallois (3), lleva á cabo la empresa del Santo Greal, aunque otros atribuyen exclusivamente el hallazgo y rescate de tan preciosa reliquia al último de los dos, que dicen la hubo por muerte de su tio, el rey Pecheur (*Pescador*).

Tal es, en suma, el complicado argumento de una de las novelas caballerescas mas antiguas, escrita primero en latin, despues en verso, y últimamente en prosa francesa, alterada, corregida y adicionada, así en el fondo como en su parte accesoria y episódica, hasta formar el tronco de la dilatada série romántica conocida con el título de *Romans de la Table Ronde* (4). De las muchas redacciones que de ella se conservan, la mas comun se atribuye á Roberto de Borron, escritor del siglo XIII; mas en materia de libros populares durante la edad media, es muy difícil, por no decir imposible, referirlos á determinado autor; obras de este género parecen haber sido patrimonio de una familia, de una escuela, ya que no del primero que, copiándolas y alterándolas, las hacia suyas.

La *Historia de Merlin* se tradujo luego al italiano (5), y de esta lengua á la nuestra, aunque bastante alterada y aumentada en una y otra version. Ya el francés que la puso en prosa habia añadido un capítulo de profecías hechas por aquel sábio (6), mientras que el autor castellano introdujo en ella nuevos incidentes, como la muerte de aquel nigromante y otros, poniendo á su libro el nuevo y extraño título de *Baladro del sábio Merlin* (7), con que generalmente es mas conocido. En cuanto al libro de *Lanzarote del Lago*, parece haberse traducido al castellano á fines del siglo XIV ó principios del siguiente, pues además de hallarse citado ya en el *Rimado de Palacio* y en la parte cuarta del *Amadís* (8), hay un pasaje del *Arcipreste de Talavera* (9), y en el *Cancionero*

(1) «De quien es tradicion antigua y comun en todo aquel reino de la Gran Bretaña, que este rey no murió, sino que por arte de encantamiento se convirtió en cuervo, y que andando los tiempos há de volver á reinar y á cobrar su reino y cetro.» (*Don Quijote*, parte I, cap. XIII.) Véase lo que á propósito de esta conseja dice, en sus *Anotaciones*, el doctor Bowle, tomo III, pág. 48.

(2) Pasa por autor de esta novela caballeresca en prosa el mismo Roberto de Borron, de quien ya dijimos haber escrito el *Sangreal*. No falta quien diga que se escribió antes en latin, y la verdad es que, con el título de *Roman de la Charrette*, se conoce una version métrica de esta misma historia, bastante anterior, puesto que fué empezada por Chretien de Troyes y concluida por Geofrey de Ligny, autores ambos que florecieron en el siglo XII. Como quiera que esto sea, el *Lanzarote del Lago* es quizá el mas popular de cuantos libros de caballerías se han escrito de la Tabla Redonda, como lo indica hasta cierto punto la circunstancia de llamarse de muy antiguo *Lancelot* la sota (*valet*) de piques, en la baraja francesa.

(3) De este caballero, uno de los de la Tabla Redonda, hay historia aparte, escrita segun unos por Menestrier, y segun otros por Chretien de Troyes. Tiene el título de *Romant du Vaillant Perceval, chevalier de la Table Ronde, lequel acheva les aventures du Saint-Greal, avec aucuns faits belliqueux du chevalier Gauvain et autres.*

(4) A esta série pertenecen las historias de Meliadux, de Tristan de Leonis, su hijo, de Isaías el Triste, de Gyron el Cortés, de Perceforest, y otros caballeros contemporáneos del rey Artús; alguna de las cuales fué traducida al castellano.

(5) Fué autor de esta traduccion messer ó micer Zorzi, quien la concluyó en 1379.

(6) Imprimióse por primera vez en Paris, en 1498 (tres tomos; 8.°), con el título de *Le premier et le second volume, avec les prophèties de Merlin;* diez y ocho años antes se habia impreso en Venecia, en italiano, *L'Historia di Merlino*, etc., 1480.

(7) *El Baladro del sábio Merlin, con sus profecias*, es un libro rarísimo, conocido de los bibliógrafos por la descripcion que de él hace el padre Mendez, en su *Typographia Española*, pág. 283. No se conoce mas edicion de él que la de Búrgos, 1498, fólio, ni mas ejemplar que el que posee el señor marqués de Pidal. En el capítulo CCCXXXIX, intitulado *Del gran baladro que dió Merlin, é de cómo murió*, cuenta cómo al morir el nigromante dió un grito tan espantoso, que fué oido sobre las otras voces, é sonó tres leguas á todas partes..... é por esto llaman á este libro en romance *El Baladro de Merlin.*

(8) Véase la pág. 377 de esta edicion; pero esta prueba perderia todo su valor en el caso de ser Ordoñez de Montalvo el autor del libro cuarto, como hay razon bastante para sospecharlo.

(9) «Al rey Dario é famoso cauallero, á Alexandre que del universo mundo fué señor..... al rey Antiocho de Persia, al famoso Aníbal, señor de Cartago, Tris-

de Juan Alfonso de Baena, ciertos versos de un monje jerónimo, capellan del obispo de Segovia, don Juan de Tordesillas, que ninguna duda dejan sobre el particular (1).

Otro libro hay tambien citado por escritores del siglo xv, y que parece haber tenido gran boga en Castilla, y es el de *Tristan de Leonis*, caballero de la Tabla Redonda, cuyo original francés pasa, y con razon, por el mejor libro de su clase, y el que con mas fidelidad retrata el espíritu caballeresco de la edad media. Es continuacion de otro intitulado *Meliadus de Leonnoys* (2), compuesto en el siglo xiii por Rusticiano de Pisa, y en él se prosiguen y continúan las aventuras de Tristan de Leonnoys ó Leonis, su hijo, y sus amores con la reina Iseult (*Ixeo* ó *Isseo*). Su argumento, mas animado y dramático que el de otros libros de su clase, es el siguiente: Meliadus, padre de Tristan, estuvo casado con Isabel, hija del rey Marc, á quien los nuestros llaman Mares de Cornualla. Una fada conocida de Merlin se enamora de él, y un dia que el Rey salió á caza prepara un encantamiento y se apodera de su persona. Isabel, á la sazon en cinta, sale en busca de su esposo, y topa con un ermitaño, que no es otro que Merlin, el cual la anuncia que no volverá á ver al Rey. En efecto, á los pocos dias muere de sobreparto, despues de haber dado á luz un hijo, que por las circunstancias de su nacimiento es nombrado Tristan, el mismo que un fiel escudero de la Reina recoge y lleva á su padre Meliadus, ya libre de su encantamiento por industria del mismo Merlin. Sabedor su suegro Mares, por la prediccion de un enano agorero, de que su sobrino Tristan le habia con el tiempo de usurpar el trono, resuelve la muerte de este; sorprendido Meliadus por sus espías, es asesinado durante una cacería, si bien Gorbalan (3), el mismo fiel escudero que habia salvado antes la vida de Tristan, le salva segunda vez y le lleva á la corte del rey Pharamond (*Feremondo de Gaulá*). Una hija de este rey, llamada la infanta Belisenda y Belisena, se enamora de don Tristan; mas, descubiertos sus amores por su padre, Tristan se ve precisado á dejar la corte de Feremundo y refugiarse en Inglaterra. Allí, en el castillo de Tintadiel (*Tintadoyl*), célebre en otro tiempo por los amores de Artús y Ginebra, Tristan logra reconciliarse con su tio el rey Mares; poco despues desafia y mata á Morhoult (*Morlote*), hermano de la reina de Irlanda, que viniera allí á exigir tributo al rey Mares. Despues de esta hazaña, Tristan es enviado á Irlanda á pedir para su tio la mano de Iseult la Blonde (*Ixeo la Brunda*), hija del rey de aquella tierra (4), y obtenida, vuelve con ella á

tan de Leonis, *Lançarote del Lago*, Lançalao rey de Nápoles, é otros infinitos reyes é grandes de España, superfluo es de nombrar é poner aqui.» (*El Arcipreste de Talavera, que fabla de los vicios de las malas mugeres y complexiones de los hombres;* Logroño, 1529; parte iv, cap. vi, pág. 41.) No es este el único escritor de aquel siglo que habla del *Lanzarote* y del *Tristan;* otros muchos pudiéramos citar que hicieron mencion de dichos libros, y aun de la *Demanda del santo Gréal* y de *Merlin*. En general, las ficciones pertenecientes al ciclo breton fueron conocidas en España mucho antes que las del ciclo carlovingio, relativas al emperador Carlomagno y sus doce pares, de las cuales no hallamos rastro alguno (en prosa se entiende) hasta principios del siglo xvi, porque el libro de *Oliveros de Castilla y Artús de Algarbe*, como adelante se dirá, si bien en algunas cosas parece derivacion de este último, en otras lo es conocidamente de aquel, puesto que sus proezas y hechos caballerescos pasan en la corte de un rey de Inglaterra, descendiente de Artús. En la Biblioteca Nacional se conserva un códice que contiene la segunda y tercera partes de *Lanzarote del Lago*, copia de otro que se acabó de escribir á 24 de octubre de 1414, y que estaba, segun parece, seguido de una traduccion del libro de *Don Tristan*. Está señalado con la Aa, 103. Mi amigo, el señor don Mariano Aguiló, bibliotecario segundo de Barcelona, me ha comunicado últimamente, entre otras noticias curiosas relativas á este ramo de bibliografía, la de una novela en prosa catalana sobre este mismo asunto de Lanzarote del Lago, intitulada: *Tragedia ordenada per Mossen Gras, la qual es part de la gran obra dels actes del famos cavaller Lançalot del Lac, en la qual se mostra claraments quant les solacies en las cosas de amor danyen: et com als qui verdaderament amen, ninguna cosa les desobliga. Endreçada al egregi compte de Iscla.* Por estar falto al fin el ejemplar de este libro, que parece impreso á fines del siglo xv ó principios del xvi, no se puede calcular cuál seria su extension.

(1) *Cancionero de Baena*, pág. 45.

(2) Se imprimió por la primera vez en Paris, 1528, con el siguiente título: *Meliadus de Leonnoys: Au present volume sont contenus les nobles faits d'armes du vaillant Roy Meliadus de Leonnoys: ensemble plusieurs autres nobles proesses de chevalerie faictes tant par le Roy Artus, Palamedes, le Morhoult d'Irlande, le bon chevalier sans paour, Galehault le Brun, Segurades, Galaad que autres bons chevaliers estans au temps dudit Roy Meliadus*, etc. Se tradujo al italiano, pero no hay, que sepamos, version alguna castellana.

(3) En la novela francesa es llamado *Gouvernail*. Tambien se llama Gorbalan un personaje del libro intitulado: *La gran conquista de Ultramar*.

(4) Segun la novela francesa, este rey se llamaba *Argius*, nombre que en la version castellana se mudó en *Languines*. No es esta la única variacion que el traductor creyó deber hacer en los nombres propios, los cua-

Cornualla; mas durante el viaje por mar, una doncella de Isseo, llamada Brangian (*Brangel*), administra á los dos jóvenes un filtro amoroso, que los une irrevocablemente el uno al otro, é influye poderosamente en el destino de ambos. En el camino aportan á una isla y son hechos prisioneros, como lo habian sido antes que ellos otros varios caballeros y doncellas; costumbre singular de aquel territorio y castillo, que no debia terminar hasta tanto que el caballero mas valiente y la doncella mas hermosa pusiesen el pié en aquellas playas inhospitalarias. Tristan vence á un robusto y desemejado jayan, que era el encargado de mantener aquella demanda, y se hace amigo de Gallehaut le Brun (*Galeote el Brun*), señor de dicho castillo, dando, por consiguiente, libertad á todos sus prisioneros.

Llegados á la corte de Cornualla, y á punto ya de celebrarse las reales bodas entre Isseo y Mares, tio de don Tristan, surgió en el ánimo de esta infanta cierta duda y temor de que su futuro esposo llegase á penetrar su estado. Adopta pues el expediente, asaz comun en aquellos tiempos, de hacer que su doncella Brangel ocupe el lecho nupcial la noche de sus bodas, y para que de ninguna manera pudiera su secreto ser divulgado, dispone que la complaciente doncella sea al otro dia asesinada por dos matachines. Estos, sin embargo, algo mas honrados que su bella señora, tienen compasion de la inocente doncella, y se contentan con dejarla atada á un roble, donde es despues hallada y libertada por un caballero llamado Palamédes (1). Dinas, senescal del rey Mares, á quien Isseo seduce á fuerza de presentes, se hace el confidente de sus adulterinos amores, y el encargado de proporcionarla á cada paso secretas entrevistas con su amante don Tristan, el cual se ve obligado, de resultas de una herida hecha por una saeta enherbolada, á salir de Cornualla y buscar remedio á su dolencia. Las damas de aquel tiempo parecen haber sido muy diestras en el arte de curar llagas, y la fama de otra Isseo, llamada *la de las manos blancas*, hija de Houel, rey de Nántes, estaba tan divulgada por el mundo, que Tristan se dirige á Bretaña, y debe á los tiernos cuidados de esta infanta su completo restablecimiento, con la cual casa, movido mas de gratitud que de amor que la tuviese, puesto que, gracias al filtro que le habian hecho beber, seguia aun enamorado perdido de Isseo la Brunda. Así es que poco tiempo despues de su matrimonio toma una galera, y llevando en su compañía á Feredin, su cuñado y confidente de sus criminales amores, se presenta de nuevo en la corte del rey Mares. Mas tambien Feredin se enamora de Isseo, y Tristan, en un acceso de rabiosos celos, se retira á un bosque y pierde completamente el juicio, entregándose á todo género de extravagancias y locuras, si bien con las tiernas atenciones de Isseo recobra la salud y la razon.

A todo esto Mares, sospechando la infidelidad de su esposa, trata de matar á Tristan, y este se refugia á la corte de Arturo ó Artús, rey de Bretaña. El esposo, irritado, le persigue con su venganza, y aun sale en busca de él; pero despues de mil aventuras, á cual mas ridículas, en las que siempre aparece como un cobarde, formando contraste con el temerario arrojo de don Tristan, hace las paces con su sobrino, á instancias del rey Artús, y se vuelve á sus estados, llevando consigo á Tristan, quien le libra por su esfuerzo y valor de una terrible invasion de los sajones. Mas al poco tiempo, renaciendo sus sospechas, manda prender al sobrino y le encierra en una fuerte torre. Una insurreccion de los cornualeses le libra de la prision, y el rey Mares queda encerrado en el mismo calabozo. Isseo y Tristan se escapan juntos á la corte de Artús, por industria del cual, tio y sobrino hacen segunda vez las paces, y Mares vuelve á entrar en posesion de sus estados y de su esposa fugitiva.

Tristan por este tiempo vuelve á Bretaña y á su esposa abandonada, en ocasion que Runalen, su cuñado, viene á solicitar su auxilio para cierta intriga amorosa. Tratábase nada menos que de escalar el castillo de un poderoso conde de aquel reino, cuya esposa pretendia robar Runalen. Sorprendidos por el celoso marido en el acto de introducirse en el aposento de la dama, Runalen es muerto á manos del Conde y Tristan herido con una espada envenenada; y como ni la consumada ciencia de un físico italiano, llamado Salerno (2), ni los cuidados de su esposa sean bastantes pa-

les están en su mayor parte cambiados, y los que no, acomodados al genio de nuestro idioma. El libro francés tiene el siguiente título: *Le Roman du noble et vaillant chevalier Tristan, fils du noble Roi Meliadus de Leonnoys.* Imprimióse por primera vez en Rouen, 1489, y despues otras tres en Paris, primeramente sin fecha y mas tarde en 1522 y 1559, todas cuatro en fólio.

(1) En la castellana *Palomades*.

(2) Durante la edad media hubo en Salerno una célebre escuela de medicina, cuyos profesores eran principalmente judíos, y á la que acudian estudiantes de todas partes de Europa; de aquí el nombre de Salerno, que generalmente dan los libros de caballería franceses á los médicos salidos de aquella escuela.

ra cicatrizar su herida, Tristan resuelve enviar por Isseo la Brunda, la mujer de Mares, y morir en sus brazos, ya que no pueda recobrar la salud. Para esto envia á Bretaña un mensajero de toda su confianza, que procure traerla consigo, previniéndole que, en caso de conseguir su intento, enarbole á la vuelta una bandera blanca; negra si su negociacion ha sido en vano. El mensajero llega á Cornualla disfrazado de mercader, y no tiene dificultad en persuadir á Isseo que le acompañe, aprovechando la ausencia temporal de su esposo el rey Mares. Tristan, impaciente, manda á una de las doncellas de la infanta su esposa que vaya al puerto, y no se mueva de allí hasta traerle nuevas de la deseada nave. Su mujer, preguntando acaso el motivo de tan exquisita vigilancia, sabe por primera vez los amores de Tristan y cómo ha enviado por Isseo la Brunda. Celosa y temiendo la llegada de su rival, cuya galera, empavesada de blancas banderolas, se acercaba ya al puerto, corre precipitada adonde yacia su marido moribundo, y le anuncia la llegada del buque portador del mensajero, si bien le dice que la bandera es negra. Tristan, desesperado, muere de dolor. La reina de Cornualla llega al puerto, y recibe al desembarcar la infausta nueva; se hace llevar casi moribunda al aposento de su amante y espira entre sus brazos.

Tristan dejó un hijo, fruto de sus criminales amores con Isseo, llamado Isaías el Triste, el cual fué recogido y bautizado por un ermitaño (1). Ciertas fadas amigas del sábio Merlin, y que moraban cerca del espino blanco donde aquel nigromante seguia aun encantado por culpa de su amiga y discípula Bibiana, cuidan hasta cierto punto de su educacion, y llegado á la pubertad, aconsejan al hombre bueno que le lleve á la ermita de don Lanzarote del Lago para ser armado caballero. Allí llegados, hallan la ermita desierta y cerrada, y al caballero enterrado en un pobre mausoleo dentro de la misma ermita; Tronc, el escudero de Isaías, personaje sumamente ridículo por su figura, aunque extremadamente agudo y discreto, levanta la losa de mármol que cubria el sepulcro, y el ermitaño alzando el brazo del esqueleto, le da con él el espaldarazo y le arma caballero. Emprende entonces Tristan una série de aventuras á cual mas maravillosas, y demasiado parecidas á las de los demás libros de caballerías para que nos tomemos el trabajo de referirlas, y llega así á la corte del rey Irion, el cual tenia una sobrina de sin par hermosura, que la decian Marta, la que, enamorada de Isaías sin haberle visto nunca, y solamente por la fama de sus proezas, le escribe un billete amoroso declarándole su pasion, y le anuncia que habiéndose de celebrar en breve un gran torneo en la corte del rey su padre, tiene ocasion propicia para entrar en él y dar pruebas de su valor. Isaías no se hace rogar: llega al palacio de Irion, mata á un portero que le impedia la entrada, y tiene una entrevista secreta con Marta; al siguiente dia entra en el torneo y sale vencedor, mas despues de concluido aquel acto, es desafiado por un gigante, señor de la Selva Negra, el cual tenia la fea y torpe costumbre de entregar á sus mozos de cuadra cuantas doncellas topaba, y arrojarlas en seguida á los fosos de su castillo. Isaías, sin despedirse siquiera del Rey y de su sobrina, sale de la corte en busca del gigante, le vence y le corta la cabeza. Marta entre tanto, sintiéndose embarazada, confiesa su culpa al rey su tio, quien, léjos de enfadarse, como parecia natural, manifiesta alegrarse de que sea Isaías el padre, si bien no puede menos de maravillarse de que en solas veinte y cuatro horas este haya tenido tiempo para matar á su portero, seducir á su sobrina y vencer en la palestra á diez y siete caballeros. La infanta da á luz un hijo, á quien pone el nombre de Marc l'Exilé (*Mares el Desterrado*), y ansiosa de reunirse con su amante, parte en busca suya, disfrazada de trovadora, cantando de castillo en castillo lays y virolays expresivos de su amor y desesperacion. En cierta ocasion llega á cantar á las puertas mismas del castillo de Argus, en que su amante Isaías se hallaba á la sazon hospedado; mas conocida, á pesar de su disfraz, por Tronc, el malicioso escudero, este sale á ella y le dice que su amo se ha marchado ya á una ciudad próxima á aquel sitio.

Mientras Marta así gastaba en balde su música y sus lamentos, su hijo Marc se criaba en la corte del rey Irion; habiendo salido tan revoltoso y travieso, que causaba la desesperacion de los viejos servidores del Rey; mas á medida que fué creciendo en años, su travesura se cambió en prudencia, llegando con el tiempo á ser columna y sosten del imperio. A esta sazon el almirante de Persia, con su sobrino el rey de Nubia, y los reyes de Castilla, Sevilla y Aragon, desembarcan en Inglaterra, resueltos á extirpar el cristianismo y establecer en aquella isla la religion de Maho-

(1) *Le Roman du vaillant chevalier Isaie le Triste, fils de Tristan de Leonnoys, chevalier de la Table Ronde, et de la Princesse Isseult, Royne de Cornouaille; avec les nobles prouesses de Marc l'Exile, fils du dit Isaie.*

ma. Marc, nombrado general en jefe por el rey Irion, derrota parte del ejército pagano y hace prisionera á Orimonda, hija del almirante de Persia. Sobreviene su padre Isaías, y atacando por el flanco á otra division de la hueste invasora, los infieles son vencidos y reducidos á abrazar la fe de Cristo. Marta, que habia caido en manos de unos malandrines, que la llevaban presa, es libertada por Isaías; Marc presenta á Orimonda, y las bodas de padre é hijo son celebradas con gran pompa. Durante el banquete se aparecen las fadas protectoras de Isaías, y como los servicios de su fiel escudero merecian tambien recompensa, le declaran ser hijo de Julio César y de la fada Morgana. Extraños sucesos, referidos en las crónicas de las fadas, habian causado su transformacion en el mas espantoso y horrible enano que ser podia; mas el tiempo de su padecimiento se habia cumplido: luego recobra su figura, y además es hecho señor de un reino que le regalan sus protectoras.

El libro de *Tristan de Leonis* se tradujo al castellano por un anónimo, y se imprimió en Valladolid, año de 1501, con el siguiente título: *Libro del esforçado caballero don Tristan de Leonis y de sus grandes hechos en armas.* Tomóse el traductor tales y tamañas licencias, suprimiendo pasajes enteros y sustituyendo otros de su propia cosecha, que su libro mas bien parece original que no traduccion. Volvióse á imprimir en 1528, y seis años despues, en 1534, salia á luz en Sevilla con la añadidura de una segunda parte y el título de: *Coronica nuevamente emendada y añadida del buen caballero don Tristan de Leonis y del rey don Tristan de Leonis el jóven, su hijo.* Esta segunda parte es enteramente nueva y original, y nada tiene que ver con los hechos de Isaías el Triste, que forman la continuacion del *Tristan* francés (1). No habiendo logrado ver juntas las dos ediciones de 1501 y 1534, no podrémos determinar si la que en esta última se llama *primera parte* es reimpresion de aquella, ó si, como nos inclinamos á creer, es una nueva version ó imitacion de la novela francesa. Como quiera que esto sea, el autor coloca á su héroe, don Tristan el jóven, en Camalon, corte del rey Artús, donde es armado caballero y jura la demanda del Santo Greal. La reina Ginebra, esposa de aquel, aun hermosa á pesar de sus años, se enamora de las gracias del caballero novel, que en singular batalla y cuando apenas contaba diez y siete años, vence y mata á Orribes, fuerte y desemejado jayan, que tenia atemorizado todo el reino con sus grandes proezas é inauditas crueldades. Pero el teatro de las hazañas de don Tristan es la Península, adonde se dirige de resultas de un sueño que tuvo. Parecióle ver una ciudad que de la una parte, hácia el norte, tenia grandes montañas, y hácia el mediodía muy largos y espaciosos llanos. En esta ciudad se hallaba á la sazon el rey de España, mancebo apuesto y hermoso, con una sola hermana, infanta tan hermosa y resplandeciente como el sol, la cual se acercó á él, y metiéndole la mano por el costado izquierdo, le arrancó el corazon y se fué. Estimulado por tan bella perspectiva, el caballero se hace á la vela, y desembarcando en aquella parte de España que confina con Navarra, llega á Pamplona, pasa despues á Logroño, y justa con unos caballeros que le defienden el paso de un puente; haciendo despues en Búrgos conocimiento con un caballero llamado Palisendo, pasa con él á la corte del rey don Juan, que así se llamaba el rey de España. Es recibido muy bien del Monarca, quien, entre otras mercedes, le otorga la muy singular y preciada de darle su *chapeo*, al paso que su hermana, la infanta doña María, prendada de su gentileza, le toma á su servicio y le da acostamiento como uno de sus caballeros. En la corte asiste á un torneo y vence á tres caballeros franceses, distinguiéndose además en otras justas por su valentía y destreza, en los saraos por su galantería con las damas y su habilidad en el baile. La Infanta, por último, se enamora de él, y hace confidenta de sus amores á su camarera, una dama aragonesa, llamada doña Jerónima Torrente. Con la noticia venida á la corte de que los moros han invadido el territorio español, tres de los capitanes del Rey, llamados Velasco, Guzman y Mendoza, salen al frente de una hueste numerosa y aguerrida; el caballero extraño, to-

(1) En el prólogo, despues de sentar y establecer cómo los hombres principales deben gastar el tiempo, los daños que resultan del juego, y cómo es mejor y mas conveniente ocupacion de caballeros y hombres principales la lectura de *crónicas humanas, así verdaderas como hermosamente compuestas,* por ser ejercicio virtuoso, que hace á los señores enemigos de los vicios, enseñándolos á ser animosos y esforzados, y amigos de toda virtud; pasando despues á declarar las causas que le movieron á *enmendar y añadir la corónica y corregir los defectos muy notorios que tenia*, dice: «De las cuales faltas y defectos, en mi pobre talento, purgué y añadí la crónica antigua, segun la historia lo requería;» y concluye diciendo que fué primeramente hallada en lengua inglesa, traducida despues al francés, y por último, de esta lengua al castellano.

De este libro castellano hay una traduccion italiana, intitulada: *Dell'opere magnanime dei due Tristani, cavalieri della tavola ritonda.* Venetia, 1555, 8.°

mada antes licencia del Rey y de doña María, los acompaña, y los moros son completamente derrotados, debiéndose en gran parte la victoria á su arrojo y valentía. Mas al tiempo que los moros acometian por aquella parte de la frontera, el miramamolin de Africa, llamado Amolihacen-Queyir, prendado de las gracias y sin par hermosura de doña María, entra por Castilla, seguido de toda la morisma, y resuelto á llevarse presa la Infanta ó morir en la demanda. Toma la ciudad de Nájera, y haciendo una marcha forzada, avanza sobre Búrgos y sorprende á doña María en la huerta del Rey, á media legua de aquella poblacion, llevándola cautiva á sus dominios. Acude don Tristan, ataca al rey pagano, se combate con él y le mata, así como á doce de sus mas preciados caballeros, rescatando á la Infanta y devolviéndola al Rey, su hermano, quien, reconocido á tamaño servicio, le otorga su mano y le pide además para sí la de su hermana doña Isseo. Los novios se embarcan en la Coruña, y despues de celebradas las bodas en Inglaterra, el rey don Juan se vuelve á España con su esposa doña Isseo.

Quién sea el autor de esta segunda parte de *Don Tristan*, en la cual, segun hemos visto, se introducen por primera vez y sin disfraz personajes históricos, novedad poco comun en este linaje de libros, se ignora de todo punto. Hay, sin embargo, fundadas razones para sospechar que fué natural de Andalucía, del condado de Niebla, y morador quizá de alguna villa próxima á la raya de Portugal, atendida la manera ruda y descortés con que siempre que le viene á mano trata á los de aquella nacion (1). Tambien pudiera presumirse, atendido el gran número de devotas consideraciones y amonestaciones cristianas con que la narracion está exornada, que su autor fué hombre de iglesia; y llevando aun mas allá la conjetura, pudiera sospecharse si su autor fué el mismo que en 1528 escribió el *octavo libro de Amadís*, aunque en apoyo de esta última conjetura no podamos ofrecer mas razon que cierta semejanza de estilo que en la lectura escrupulosa y detenida de uno y otro libro hemos creido advertir.

Aun nos queda que mencionar en este lugar una obra original española, muy preciada del vulgo, puesto que sigue aun hoy dia reimprimiéndose para su uso; y es la *Crónica de Tablante de Ricamonte y Jofre, hijo del conde don Asson*, que en ediciones modernas y viciadas es llamado *Jofre Donason* y *don Nason*; la cual se dice compuesta por un tal Nuño de Garay, aunque en la impresion de Sevilla de 1599 se dice haberlo sido por Felipe Camus (2). Forman el argumento de este

(1) Esto resalta principalmente en un episodio de la obra, en que se introduce á un caballero portugués, nacido en el Puerto (*Oporto*) y llamado Silvera, el cual está casado con Florinea, dueña natural de Irlanda. Navegando por la mar, marido y mujer son arrojados por la tempestad á la isla de Fuerte-Ventura (una de las Canarias), morada de dos fuertes jayanes (Agridon el viejo y Agridon el jóven), los cuales, para ejercitarse en las armas, tenian la costumbre de combatirse con cuantos caballeros cristianos aportaban á aquellas playas. Si el recien venido salia vencedor de la justa, le dejaban ir sin dificultad alguna; mas si sucedia al contrario, quedaba preso él y todos los suyos. Preguntado Silvera por uno de los jayanes si es caballero, contesta arrogantemente que no, pero que es fidalgo y portugués. Queda, por lo tanto, prisionero, y su desconsolada esposa se echa por esos mundos de Dios en busca de un caballero que consienta en pelear con los dos jayanes y libertar á su querido Silvera. Yendo por la mar la fusta en que iba Florinea, y otra en que casualmente iba don Tristan, son asaltadas por unos cosarios alejandrinos, á quien este vence, si bien queda herido de alguna gravedad. Restituido á la salud por los tiernos cuidados de la hermosa Florinea, pasa á la isla de los jayanes, los mata á ambos en singular combate y pone en libertad al portugués, marido de doña Florinea. Pasan despues entre esta y don Tristan aventuras que no son para contadas, y por último, el caballero se despide de ella, presente el marido, con estas palabras: «Buena señora, yo vos debo mucho, et tened esta prenda de mí, que por vos merescerlo, et por el trabajo que por mí pasastes, estando en el lecho ferido, vos responderé con mi servicio los dias que yo viviere.» Al oir esto el portugués, irritado, le interrumpe, diciendo: «¡Válame Deus, é quanto ydos son los hombres! que cuydays vos que mi mujer lo fizo por vos; no lo fizo sino por mí, porque me sacases de la prision» (fól. 166 vuelto). Un caballero, llamado Monfir, desafia á Silvera, y como uno de los que estaban presentes le dijese que no podia combatir con su adversario por no haber sido armado caballero, responde: «Dejáos de esas caballerías; que mas vale un fidalgo limpio de Portugal que quantos caballeros hay en el mundo.»

(2) Felipe Camus tradujo al francés el *Oliveros de Castilla* y la *Historia de Clamades;* y así, no es de suponer que escribiese esta historia en castellano, mucho menos las de *La linda Magalona* y *Roberto el Diablo*, que tambien le atribuye nuestro don Nicolás Antonio. Mas probable parece que su nombre, como el de Nicolás de Piamonte, Pierres de la Floresta (*Pierre de Laforest*) y otros, sirvió á los editores é impresores de este linaje de libros (no muy escrupulosos por cierto) para autorizar con ellos sus publicaciones. Clemencin (tom. II, pág. 30), inducido en error por esta circunstancia, pretende que el *Tablante* es obra francesa; pero ni manuscrita ni impresa se halla, que sepamos, en aquella lengua. Mas fácil se nos haria creer que la hubiese en provenzal ó

libro las aventuras de un caballero llamado Tablante, que vivia en tiempos del rey Artús. Deseando ganar prez y honra, deja su castillo de Ricamonte y se presenta en la corte de aquel monarca, desafiando á todos los caballeros de la Tabla Redonda. Aceptado el reto por uno de ellos, llamado el conde don Milian, Tablante vence á su contrario y le lleva preso á su castillo. Un doncel del rey Artús, llamado Jofre, hijo del conde don Asson ó Azon, toma sobre sí la empresa de libertar al Conde. En el camino topa con Montesinos el Fuerte, que maltraia á una doncella llamada Bruniesen; le vence, y gana el afecto de esta dama. Despues de mil peligrosas aventuras llega al castillo de Ricamonte, se combate con Tablante, le vence, liberta al conde don Milian, y todos juntos pasan á la corte del rey Artús, dónde don Jofre casa con Bruniesen, y Tablante con la hermana de otro caballero.

Hay, por último, en portugués dos libros pertenecientes á este mismo ciclo, y cuyo asunto son las proezas de los caballeros de la segunda Tabla Redonda. El primero de ellos se intitula: *Triunfos de Sagramor, em que se trataõ os feitos dos cavalleiros da segundæ Tabola Redonda*, y se imprimió en Coimbra, por Joaõ Alvares, 1554, fólio. El otro tiene por título *Memorias das proezas dos cavalleiros da segunda Tabola Redonda*. Lisboa, por Joaõ Barreira, 1567, fólio. Uno y otro son obra de Jorge Ferreira de Vasconcellos, á quien Barbosa Machado cita en su *Biblioteca Lusitana*, y parecen versar sobre el restablecimiento de la Tabla Redonda en tiempo de Eduardo IV (1), si es que no se refieren á la reforma hecha anteriormente por el rey Arturo. (Véase la pág. VIII, nota 2.)

Estas son, en suma, las traducciones é imitaciones hechas en la Península, de libros caballerescos franceses pertenecientes á este *ciclo breton*, las cuales, con sus diferentes ediciones, podrán verse mas detalladamente en el *Catálogo razonado*, puesto al fin de este *Discurso*. Que en España al menos, las ficciones caballerescas de aquel ciclo precedieron á las del llamado *carlovingio*, queda ya suficientemente demostrado en otro lugar (2), y por lo tanto, nos limitarémos aquí á observar que los libros de esta clase, como mas antiguos, revelan un estado de sociedad mas rudo y guerrero; que hay menos artificio en su composicion, y que, á pesar de ser en su mayor parte obra ideal y fantástica de troveras anglo-normandos ó franceses, manifiestan demasiado su conexion y semejanza con las crónicas monacales y leyendas de santos, que constituian la sola y única literatura de aquellos siglos semibárbaros (3).

en catalan, pues hubo un conde de Barcelona llamado Aizon ó Azon, y el nombre de Tablante (*Tablant*) nos parece tener el mismo orígen. Como quiera que esto sea, ó la historia ha llegado á nosotros muy reducida y alterada, ó no se puede aplicar á ella lo que Cervántes (parte I, cap. XVI) dice de «la puntulidad con que está descrito todo», pues cabalmente es de las mas sucintas y atropelladas que en su género hemos leido.

(1) Tal es la opinion del docto Ferrario en su *Storia ed Analisi degli Antichi Romanzi di Cavalleria*, tomo II, pág. 334. Mas este escritor, refiriéndose á Quádrio y á De Bure, al tratar de dicho libro, dice ser en 4.° é impreso en Coimbra, al paso que Barbosa lo hace en fólio y de impresion de Lisboa. Quizá uno y otro tengan razon, pero años pasados vi en Lóndres un ejemplar, falto de hojas, de dicha obra, que es en prosa y verso, y por lo tanto, á no haber dos ediciones de ella en el mismo año, una de Lisboa en fólio, otra de Coimbra en 4.°, preciso es confesar que Barbosa se equivocó. Tambien pudiera sospecharse que el de *Los triunfos de Sagramor*, atribuido asimismo á Ferreira de Vasconcellos, no es mas que una edicion mas antigua de las *Memorias*, aunque con distinto título.

(2) Entiéndase esto tan solo de las ficciones en prosa, porque si se trata de cantares y romances, es evidente que los relativos á Carlomagno y sus pares tienen la precedencia. A principios del siglo XIII Berceo nombraba ya á Olivero y á Roldan, y si merece algun crédito el cronicon antiguo de Avila que el padre Ariz (*Grandezas de Avila*, 1602) dijo haber hallado en el archivo de aquella ciudad, ya al principiar el XII, por los años de 1107, se cantaban en España las hazañas de Olivero y de Roldan, pues al tratar de Zurraquin Sancho, hijo de Sancho Zurraquínes, que venció solo á doce moros, el autor se lamenta de que no cantasen de él, como cantaban de aquellos célebres paladines:

Cantan de Olivero é cantan de Roldan,
E non de Zurraquin, que fué buen barragan;
Cantan de Roldan é cantan de Olivero,
E non de Zurraquin, que fué buen caballero.

(3) Es muy posible que algunos de ellos estén tomados del italiano, á cuyo idioma se tradujeron de muy antiguo. Además de la *Istoria di Merlin, con le sue profecie* (Venecia; 1480), ya antes citada, tiene aquella nacion una série completa de libros caballerescos que tratan de la Tabla Redonda, como son: I. *L'illustre et famosa historia di Lancilloto dal Lago, che fù al tempo del Rè Artù; nella quale si fa mentione dei gran fatti, et alta sua caualleria, et di molti altri ualorosi cauallieri suoi compagni della tauola ritonda.* Venecia, 1551, 8.° —II. *Secondo volume della taula tonda* (sic) *di Lancilotto del Lago, nel quale è fatta mentione primieramente come tutti quegli della magione del Rè Artù fu-*

§ 2.° — CICLO CARLOVINGIO.

Crónica fabulosa del arzobispo Turpin.—Carlomagno y sus doce pares.—Segunda parte.—Tercera parte.

Las guerras y conquistas de Carlomagno, las inauditas proezas de los doce pares y otros paladines de su imperial corte, forman el núcleo de otra série de novelas caballerescas, si cabe mas populares y acreditadas aun que las de su rival, Artús de la Tabla Redonda, puesto que, además de las infinitas traducciones y continuaciones en prosa á que dieron lugar, constituyen el vasto arsenal de donde el divino Ariosto, Pulci, Dolce y tantos otros ingenios italianos sacaron sus elegantes ficciones poéticas, que traducidas á casi todas las lenguas de Europa, componen un género de literatura conocido con el nombre de *Orlandina* ó *Epopeya caballeresca*.

Fúndanse todas ellas en una crónica fabulosa, atribuida á un tal Turpin ó Tilpin, supuesto capellan de Carlomagno y arzobispo de Reims (1), pero escrita, segun otros, por un canónigo de Barcelona, hácia fines del siglo XI ó principios del XII. Su principal argumento es la venida á España de aquel emperador; hecho que algunos críticos modernos (2) han querido poner en duda, pero que se halla demasiadamente confirmado por el testimonio de los escritores árabes, para admitir controversia de ningun género. Segun la crónica, Carlomagno, despues de haber conquistado la Bretaña, la Italia y el imperio germánico, se entregaba una noche al reposo, cuando se le apareció el apóstol Santiago, estimulándole á que libertase á España del yugo de los infieles. Carlomagno, obedeciendo sus mandatos, junta un poderoso ejército, pasa el Pirineo y pone sitio á Pamplona, ciudad inexpugnable, y que resiste durante tres meses toda la furia de sus ataques, aunque al fin sucumbe, siendo sus fuertes muros derrocados, como los de Jericó, por influencia divina. Carlomagno emprende el camino de Compostela, visita el sepulcro del Apóstol, y él y su capellan, Turpin, convierten y bautizan millares de infieles gallegos. Durante esta jornada, Carlomagno y el buen Obispo se afanan por derribar los muchos ídolos que habia en España, consiguiendo echarlos todos por tierra, con la sola y única excepcion de uno que habia en Cádiz, y que, por tener dentro del cuerpo toda una legion de diablos, resiste á sus esfuerzos. Mas no bien habia Carlomagno vuelto á sus estados, cuando un rey pagano de España, llamado Aigolandus (*Aygolante*), recupera todo lo perdido, obligando al Emperador á mandar segundo ejército, á las

rono tribulati per Lancilotto, credendo che fosse morto, et come la Dama del Lago ua lui in Cornuaglia et lo mena, et lo guarisce di una frenesia della quale era ammalato.—III. *Libro terzo de'gran fatti de ualoroso Lancilotto del Lago.* Venecia, 1549, 8.°—IV. *Gli egregi fatti del gran Rè Meliadus con altre rare prodezze del Rè Artù, di Palamides, Amorault d'Irlanda, el buon caualiere senza paura, Galleault il Bruno, Segurades, Galaad, ed altri valorosi caualieri di quel tempo.* Venecia, 1558, 8.°—V. *La seconda parte delle prodezze ed aspre guerre del gran Meliadus Rè di Leonis, et il suo innamoramento con la morte*, etc. Venecia, 1559, 8.°—VI. *I due Tristani*, ya citado en la pág. XIV, nota.—VII. *Il Parsaforesto.* Venecia, 1558, 8.°—Todos los anteriores son en prosa; en verso hay los siguientes: *Innamoramento di Lancilotto e di Ginevra, composto in ottava rima da Nicolo degli Agostini.* Venecia, 1521, 4.°—*Libro di battaglie di Tristano e Lancelotto e Ghalaso e della Raina Isota.* Cremona, 1492, 4.°; poema en octava rima, de autor desconocido.—*Innamoramento di Tristano et di Madonna Isotta*, en tres libros, de los cuales el primero consta de diez cantos, el segundo de cuatro y el tercero de seis. Venecia, 1588, 8.°—*Il Lancilotto, di Erasmo Valvasone*, en cuatro cantos de octava rima. Venecia, 1580, 4.°—*Girone il cortese, di Luigi Alemanni*, 1548, 4.°, en veinte y cuatro cantos de octava rima.—*L'Avarchide*, por el mismo, en veinte y cinco libros ó cantos. Florencia, 1570, 4.°—*L'innamoramento di Galvano del Fossa Cremonense*, 4.°, sin fecha, aunque se cree con fundamento bastante ser edicion del año 1475.

(1) *Historia Turpini Remensis Archiepiscopi de vita Caroli Magni et Rolandi.* Basilea, 1574, fólio. El arzobispo Turpin, á quien falsamente se atribuye la redaccion de esta crónica latina, murió en 778, mucho tiempo antes que Carlomagno. Hay una version francesa con el siguiente título: *Cronique et histoire faicte et composte par le reverend père en dieu Turpin, archevesque de Reims lung des pairs de france, contenant les prouesses et faictz d'armes advenus en son temps du très magnanime Roy Charles le grant, autrement dit Charle Maigne, et de son nepveu Roland. Lesquelles il redigea comme compilateur du dit œuvre: traduit du latin en francais por R. Gaguin par ordre de Charles VIII.* Paris, 1527, fólio. En 1583 se dió á luz otra traduccion francesa, hecha en el reinado de Felipe Augusto, por Michel de Harnes.

(2) Entre ellos, nuestro Masdeu, quien, en su afan de purgar nuestra historia de fábulas, solia á veces cerrar los ojos á la evidencia histórica.

órdenes de Milo (*Milon*), el padre de Roldan, quien en una sangrienta batalla es derrotado por el rey pagano, quedando él y cuarenta mil de los suyos tendidos en el campo. Ufano con tal victoria Aygolante, seguido de innumerable ejército, compuesto de moabitas, etiopes, partos y africanos, entra en Gascuña; Carlomagno le sale al encuentro, le vence en los llanos de Sanctona (*Xaintonges*), y le obliga á encerrarse dentro de Pamplona. Síguele hasta allí el Emperador, y Aygolante le pide una tregua y celebra con él una entrevista, en la cual, despues de una larga disputa teológica, se resuelve á abrazar el cristianismo y consiente en ser bautizado con todos los suyos. A dicho fin se presenta al siguiente dia en el real de Cárlos, á quien halla en su tienda comiendo y bebiendo con trece pobres andrajosos y famélicos. El pagano, maravillado, le pregunta quién son aquellos descamisados, y Cárlos le responde que son pobres á quien da de comer, en representacion de los apóstoles de Dios; lo cual es bastante para que Aygolante se vuelva atrás de su propósito, declarando que no quiere tener que ver con semejante religion ni con tales gentes. Rompen de nuevo las hostilidades, y Aygolante es vencido y muerto en batalla campal. Un gigante, llamado Ferracutus (*Ferragús*), que vivia en Nájera, desafia al Emperador, el cual acepta el reto, si bien los suyos, al verle tan fuerte y desemejado, le suplican con instancia no ponga la causa del cristianismo al trance de un combate singular con un hombre tan grande como dos, con mas fuerza que cuarenta, que tenia la cara larga de tres palmos y ancha de otros tantos, y los brazos y piernas como si fueran vigas de lagar (1). Ogier el Danés es el encargado de combatir con el gigante, quien, sin hacer el mas mínimo esfuerzo, le arranca de la silla, le coge debajo del sobaco, y sin hacerle daño le lleva á la ciudad. Constantino de Roma, Hoel de Nantes, y otros paladines enviados por Carlomagno á pelear con el jayan, tienen igual suerte y son por él encerrados en una fuerte torre, hasta que, por último, presentándose en el campo el paladin Rolando con su buena espada Durindana (2), las fuerzas de los combatientes se igualan algo mas. Llega el gigante á Roldan para llevársele, como á los demás, sácale de la silla y vuelve riendas para Nájera; pero Roldan, viéndose así llevar, apoya el pié en las ancas del caballo, y asiendo con entrambas manos el capacete de su adversario, le hace perder el equilibrio, y ambos caen al suelo. Ferragús entonces propone volver á los caballos y comenzar de nuevo la batalla. Roldan acepta y arremete á su enemigo, asestándole tres golpes de su terrible espada en el yelmo, de los cuales el último resbala y mata el caballo de su contrario; mas el gigante, al caer, le asesta con el puño en la cabeza, y le derriba tambien en tierra. Pelean mucho tiempo á pié, sin ventaja conocida por una parte ó por otra, hasta que sobreviniendo la noche, convienen en aplazar para el siguiente dia la batalla, que habia de ser á pié y sin lanza. El combate duró hasta mediodía, evitando Roldan con suma ligereza los golpes contundentes de su adversario, al paso que la espada de aquel, aunque fina y bien templada, ninguna mella hacia en las espesas mallas del gigante. Cansados de pelear, convienen en descansar unas cuantas horas, y Ferragús se duerme, sentándose Roldan á su lado, llevando su atencion y cortesía hasta el punto de colocar una piedra gruesa debajo de la cabeza del gigante para que le sirviera de almohada. Entáblase en seguida una conversacion muy familiar y animada entre los dos campeones, durante la cual Roldan manifiesta al gigante su sorpresa de que los recios golpes de su buena espada hagan tan poco efecto en su cuerpo, y este, con la candidez propia de los de su linaje y estatura, le hace la imprudente revelacion de que su cuerpo es invulnerable á no ser por el ombligo. Disputan en seguida de religion, procurando Roldan convertirle á la suya, y combatiendo el gigante con extraños argumentos la Trinidad, la Purísima Concepcion y otros misterios de nuestra santa religion, quedando, por último, convenido entre ambos que el vencido aceptará la fe del vencedor. Comienzan de nuevo su batalla, y Roldan, aprovechando la imprudente revelacion del gigante, le mete su daga por el ombligo; y negándose este á recibir las aguas del bautismo y hacerse cristiano, le corta la cabeza.

Los reyes moros de Sevilla y Córdoba, Ebrahim y Altumajor, desafian á Carlomagno, y señalado el dia de la batalla, se presentan con sus huestes. Segun la *Crónica*, los dos caudillos paganos mandaron hacer diez mil carátulas muy feas, dellas negras y dellas coloradas, con grandes orejas y mayores cuernos, ordenando que se las pusiesen los peones, y que cada uno tuviese además un cencerro en la mano. El estratagema surtió su efecto: los de las carátulas se colocaron al frente de la hueste enemiga, y comenzaron á sonar sus cencerros, espantando de tal manera á los caballos

(1) *Era si grande e grosso e smisurato,*
Che in muoversi scotia tutto in torno.
(Richiardetto, canto XIX.)

(2) En la crónica latina *Durrenda*, Ariosto y el Boyardo *Durindana*, los nuestros *Durandal*.

de los cristianos, que, á pesar de sus jinetes, volvieron grupa y pusieron en desórden al resto del ejército imperial, si bien al siguiente dia el Emperador tomó su revancha, mandando vendar los ojos á los caballos y meterles algodon en los oídos, con lo cual los paganos fueron vencidos, Córdoba tomada, y la España toda repartida entre los guerreros del Emperador, quien dió Navarra á los bretones, Castilla á los francos, Aragon á los griegos y Portugal á los flamencos.

Por tercera vez entra Carlomagno en España, resuelto á castigar al rey Marsirius (*Marsilio*), que se le habia rebelado en Zaragoza. Envia antes á Galalon, el *Gan Traditor* de los poetas italianos, para que, viéndose con el rey pagano, le exija en su nombre el acostumbrado tributo. Marsilio finge someterse, y ganándose con dádivas y halagos al mensajero de Cárlos, obtiene de él noticia circunstanciada de las fuerzas que componian el ejército imperial, y el camino que á su vuelta á Francia se proponia seguir. Saliéndole despues al encuentro en una de las estrechas gargantas del Pirineo, le hace sufrir una gran rota, matándole la flor de sus tropas, y entre ellos á Roldan y sus mejores paladines. Turpin, el supuesto autor de la crónica, que se hallaba á la sazon celebrando misa en el palacio de Cárlos, oyó la suave armonía de un coro de ángeles que llevaban al cielo el alma de aquel paladin, y vió al mismo tiempo una legion de diablos que con distinta ruta y con gran gritería y zumba conducian á Gehenná (el infierno de los árabes) el alma de Marsilio. Turpin anuncia al Emperador la muerte de Roldan, aquel entra de nuevo en España para vengar la derrota de sus armas; vence á los árabes á orillas del Ebro y manda prender á Galalon, quien, acusado de traicion, y vencido el campeon por él nombrado, es descuartizado vivo.

Concluye la crónica refiriendo otra vision del buen Arzobispo. Hallábase este en Vienne, ciudad del Delfinado, y Cárlos, agoviado por la edad y los padecimientos, vivia en su palacio de Leodium (*Lieja*) (1), á muchas leguas de distancia, cuando Turpin, que rezaba sus horas puesto de pechos sobre una ventana, vió pasar por delante de sus ojos una legion de diablos. A uno de ellos, que acaso quedó algo zaguero, le pregunta que adónde van, y el diablo, que era negro y de nacion etiope, le contesta que por el alma del Emperador para depositarla en el Averno. Turpin entonces le ruega que, despachada que sea su comision, se vuelva por aquel mismo camino, y le diga cómo ha terminado el negocio. El complaciente diablo vuelve á pasar por Vienne, pero confiesa, mal de su grado, que en el momento de asir su presa él y sus compañeros, un gallego sin cabeza (el apóstol Santiago), habiendo pesado en una balanza los pecados y las buenas obras de Cárlos, habia tomado posesion de su alma, llevándosela en direccion opuesta á la suya.

Tal es, en suma, la crónica latina falsamente atribuida á Turpin, en la cual, á pesar de sus muchas fábulas y consejas, se halla muy poco que revele el romanticismo que mas adelante penetró en los libros de caballerías. No se ven en ellá ni castillos, ni serpientes, ni caballeros enamorados, ni doncellas que demandan auxilio, ni otros muchos de los incidentes que mas tarde entraron en la composicion de aquellos. La narracion versa principalmente sobre guerras y conquistas, y las controversias teológicas de cristianos é infieles. El autor parece haber tomado por modelo las campañas de Josué, y así es que las murallas de Pamplona se desploman como las de Jericó; que el estratajema militar empleado por los reyes de Córdoba y Sevilla parece calcado sobre igual suceso en la batalla de los gibeonitas, y por último, los vencedores se reparten de una manera análoga los estados del rey pagano. No faltan, es verdad, en la crónica prodigios y maravillas, pero estas se asemejan mas á las de las antiguas leyendas de santos que á las bellas ficciones de los libros caballerescos. Como quiera que ésto sea, no puede dudarse que la crónica, tal cual es, sirvió mas tarde de base á infinitos libros caballerescos, métricos los unos, en prosa francesa los otros (2), que formaron por mas de dos siglos la lectura favorita de las gentes, hasta que los italianos, y principalmente Ariosto, la popularizaron aun mas con sus bellísimas epopeyas caballerescas (3).

(1) En la historia popular que corre en castellano se dice que estaba en Aquisgran.

(2) Puédense citar, entre otros: *Charlemagne, poème anglo-normand du 12.e siècle, publié pour la première fois*, etc., par Francisque Michel, Lóndres, 1836, 8.°; *Inamoramento di Carlo Magno*, Venecia, 1481, fólio; *Storia del Rè Carlo Magno e de' Sarazeni*, 4.°, sin año.

(3) La literatura italiana abunda en poemas caballerescos, fundados en la vida y hechos de Carlomagno, como: *I reali di Francia*, por Cristoforo Fiorentino, llamado el Altísimo, 1481; *Buovo d'Antona*, Parma, 1487; *Uggieri il Danese* (Ogier le Danois), Milan, 1515; *La Spagna historiata*, Venecia, 1488; *La Regina Ancroja*, Venecia, 1479; *Il Morgante Maggiore*, de Pulci, 1481; *La istoria di Carlo Martello*, Venecia, 1506; *Inamoramento di Carlo Magno*, 1481; *Istoria del Rè di Granata*, impresa á fines del siglo XV, sin año; *Storia del*

En 1528 (1) un tal Nicolás de Piamonte, acerca del cual nada se sabe, publicó en Sevilla un libro con el siguiente título: *Historia del emperador Carlomagno y de los doce Pares de Francia*, trasladada, segun él mismo lo expresa en el prólogo, «de la lengua francesa, sin discrepar, ni añadir ni quitar cosa alguna de la escriptura,» y repartida en tres libros: el primero traducido del latin de la crónica de Turpin, el segundo de un libro en metro en francés, y el tercero de otro intitulado *Espejo historial*. Esta refundicion de Nicolás de Piamonte siguió leyéndose en varias ediciones hechas durante el siglo XVI, hasta que el portugués Moreira, que años atrás habia traducido aquella á su lengua, añadió una segunda parte, dividida en cuatro libros, continuando la historia de aquel emperador y las hazañas de sus doce pares. Mas bien que *segunda parte*, debiera haberla intitulado *nueva historia, etc.*, pues desentendiéndose enteramente de la muerte de aquel monarca, referida, segun hemos visto, en el último capítulo de la obra de Piamonte, emprende su relacion con la consagracion de la iglesia mayor de Compostela, y vuelta de Carlomagno á Francia, y guerras que tuvo con el soldan de Egipto en ayuda del sumo Pontífice, y por último, su casamiento y el de su sobrino don Roldan. Mézclanse en la obra, que se dice traducida fielmente de las crónicas francesas, varios episodios románticos, tomados de libros italianos, como el de la cueva Tristefea, y la entrada en ella de Roldan por librar á su Angélica; los de los gigantes de Córdoba, Batrocas y Parramonte, *que escachavaõ pe lo meio os soldados de Carlo Magno*, y fueron al fin muertos, el primero por Roldan, el segundo por Oliveros; la traicion que Bradamante, Salgueriano y Brutamonte intentaron contra Toledo, y cómo penetraron dentro de la ciudad para robar á la infanta Galiana; y por último, cómo el Emperador y su amigo Galafre entraron triunfantes en Toledo, despues de haber derrotado al miramamolin de Córdoba, Abderramen. Concluye la segunda parte con el casamiento de Carlomagno con Galiana, y de Roldan con Angélica, prévia la conversion y bautizo de estas dos damas moras.

Aun hay en portugués otra parte, llamada *terceira e verdadeira*, escrita por el presbítero Alexandro Caetano Gomes, natural de Chaves, cuyo principal argumento forman las hazañas y proezas de Bernardo del Carpio. Imprimióse por primera vez en 1745, y como el autor mismo lo dice en su prólogo, se escribió «para servir de divertimento e diversaõ do somno nas compridas noites do inverno»; hecho por cierto curioso y que merece ser consignado, el que á mediados del siglo XVIII se escribiese é imprimiese en la Península un libro de este jaez. Empieza la obra con la creacion del mundo, el diluvio universal, la confusion de las lenguas, y los reyes fabulosos de España hasta llegar á don Ramiro de Leon, en cuyo tiempo su hija, la infanta doña Jimena, y don Sancho, conde de Saldaña, tuvieron á Bernardo; el cual, armado luego caballero por Orimandro, soldan de Persia, acomete mil peligrosas aventuras, vence al paladin Roldan, y vuelve, por último, á España, de donde sale á poco para defender al Papa, sitiado en Roma por los longobardos. Segunda vez se combate con Roldan y le vence, destruyendo el ejército de Carlomagno al paso del Pirineo. Despues de esto hace tributarios á los reyes moros de Zaragoza, Lamego y Mérida, así como á los alcaides de Toledo y Badajoz, vence y mata á don Buesso, duque de Guiana, que habia penetrado en España; conquista, auxiliado por Iñigo Arista, el reino de Aragon; se desnaturaliza de Leon, cuyo rey se niega á reconocerle, y por fin, despues de haber conquistado á Cataluña toda y haber dado leyes á los catalanes, fundando las santas casas de Poblet y Monserrate, renuncia todos sus reinos y señoríos, y se mete monje en Aguilar de Campó.

Quizá pudiera tambien incluirse en este ciclo la muy conocida y popular *Historia de Oliveros de Castilla y Artús de Algarve*, impresa por primera vez en el siglo XV, y reproducida despues en infinitas ediciones; pero, á pesar de la semejanza de su nombre con Olivier (*Olivero*) (2), el paladin de Carlomagno, ni la ficcion, que creemos original española (3), se refiere á los tiempos de aquel emperador, son anteriores al *Orlando Furioso*, de Ariosto.

(1) Es mas que probable que haya ediciones mas antiguas que esta que citamos de 1528, pero no hemos logrado ver ninguna.

(2) Así se escribia el nombre de este paladin á principios del siglo XIII, como puede verse en la *Vida de san Millan*, por Berceo, copla 412.

(3) La circunstancia de ser Artús rey de Portugal ó Algarve, y haber con el tiempo heredado la corona de

Rè Carlomagno e de' saracini, arriba citada; *Anteo gigante*, por micer Francesco Ludovici, veneciano, Venecia, 1524; *I trionfi di Carlomagno*, por el mismo, ibid., 1535; *Altobello e Rè trojano*, Venecia, 1476; *Fioretto e vanto de' paladini*, *Padiglione di Carlomagno e Sala di Malagise*, 1514; *Innamoramento di Milone d'Anglante*, Milan, sin año, fines del siglo XV; *Orlandino*, por Limerno Pitocco (*Teofilo Folengo*), Venecia, 1526. Todos estos, y otros varios que pudiéramos

perador; ni hay en ella incidente alguno que tenga conexion con las proezas de los doce pares; mas bien se la hallariamos con la Tabla Redonda, puesto que tanto las aventuras de Oliveros como las de su compañero Artús pasan principalmente en Inglaterra.

§ 3.º — CICLO GRECO-ASIÁTICO.

Amadís de Gaula.—Consideraciones generales sobre este libro.—Conjeturas acerca de la prioridad de una version castellana anterior á Vasco de Lobeira.—Garci-Ordoñez de Montalvo.—Sergas de Esplandian.—Don Florisando.—Lisuarte de Grecia.—Muerte de Amadís, por el bachiller Juan Diaz.—Amadís de Grecia.—Florisel de Niquea.—Rogel de Grecia.—Don Silves de la Selva.—Esferamundi y sus descendientes.

Además de los dos ciclos, el *breton* y el *carlovingio*, de que se ha hablado anteriormente, hay otro, que podrémos llamar *greco-asiático*, por cuanto los héroes fabulosos que le componen fueron principalmente emperadores de Constantinopla ó reyes de Trapisonda (*Trebizonda*), Macedonia, Tesalia, Jerusalen y Arabia. Verdad es que algunos, aunque son los menos, lo fueron de Rusia, Bohemia, Hungría, y otros países europeos á la sazon poco conocidos; pero la escena principal, el teatro de sus proezas y aventuras, es casi siempre en regiones asiáticas (1). Esta denominacion, pues, nos ha parecido la mas propia y conveniente para abrazar y comprender, no solo las dos grandes familias de los *Amadises* y *Palmerines*, sino tambien la multitud, verdaderamente asombrosa, de libros caballerescos escritos á imitacion de aquellos, y de los cuales formarémos en nuestro catálogo una seccion aparte, con el título de *Libros de Caballerías independientes* (2).

Comenzarémos, pues, nuestro exámen por el mas célebre y mejor de todos, segun Cervántes y el profundo autor del *Diálogo de las Lenguas*, por el «espejo de la gramática española y modelo del decir», como le denomina su editor Delicado (3); por el libro, en fin, que, juntamente con la *Celestina*, formaba en cierta ocasion célebre toda la librería del ingenioso escritor y consumado político don Diego Hurtado de Mendoza (4). Gran contienda ha habido, y aun dura hoy dia, acerca de la composicion del *Amadís de Gaula*, reclamándole á un tiempo como suyo portugueses, españoles y franceses; y aunque los argumentos en pro y en contra se hallan en obras comunes y al alcance de todos, bueno será reproducirlos, aunque sucintamente; en este lugar, puesto que tambien á nosotros se nos ocurre algo que decir en la materia.

Gomes Eannes de Azurara, archivero de Portugal, que por los años de 1454 escribió tres crónicas muy notables sobre asuntos nacionales, fué el primero que atribuyó la composicion del *Amadís* á Vasco de Lobeira, hidalgo portugués, natural de Oporto, asistente en la corte de don Juan I de Portugal, y armado caballero por aquel monarca en 1385, al estar para darse la batalla de Aljubarrota. Vivió, segun dicen, en Yélves la mayor parte de su vida, y murió en 1403. Antonio Ferreira, poeta portugués, nacido en 1528, y cuyas poesías, dadas á luz por su hijo, se imprimieron en 1598 (5), escribió un soneto en lenguaje antiguo, en que, dirigiéndose á Lobeira,

Inglaterra, no es razon bastante, como creyó Ferrario (tomo II, pág. 369), para asignar orígen portugués á esta novela caballeresca.

(1) Don Cristalian de *España*, Florando, Palmerin, y el rey don Guillermo de *Inglaterra*, don Clarisel de *Bretaña*, y alguno que otro mas, son una excepcion; pero aun en estos libros la escena pasa en regiones imaginarias ó en reinos conocidos del Asia.

(2) Aunque el señor Duran, en su notable prólogo ya citado, dió á este ciclo el nombre de *galo-greco*, nos hemos atrevido, á pesar de su grande autoridad en estas materias, á modificar algun tanto dicha denominacion. Siendo, como son, los libros de dicho ciclo parto exclusivo del ingenio español, y no habiendo en ellos nada de galo ó francés (puesto que *Gaula* es el país de Gáles, y no la Gallia ó Francia, como algunos equivocadamente han creido), hemos buscado un nombre que, caracterizándolos, los distinguiese de los dos ciclos anteriores. Nuestros antiguos escritores los llaman á menudo *crónicas grecianas*.

(3) Véanse los prólogos á la edicion de Venecia de 1533 y los del *Primaleon* de 1534.

(4) «Cuando fué á Roma por embajador (don Diego Hurtado de Mendoza), llevava solamente, yendo por la posta, en su portamanteo *Amadís de Gaula* y *Celestina*, de quien dijo alguno que le hallava mas sustancia que á las *Epístolas* de san Pablo.» (*Arte de galantería*, de don Francisco de Portugal, edicion de 1682, pág. 71.)

(5) *Poemas Lusitanos do Doutor Antonio Ferreira, dedicados por seu filho Miguel Leite Ferreira, ao Principe D. Philippe nosso senhor.* Em Lisboa, por Pe-

le llama formalmente *autor del Amadís*, así como otro en que alude á la modificacion que aquel hubo de hacer en su historia, por mandato del infante don Alfonso, movido á piedad por la suerte de Briolanja. Por último, nuestro Nicolás Antonio dice (1) haber visto al márgen del expresado soneto una nota declarando que el manuscrito original de Lobeira se conservaba á fines del siglo XVI en la famosa librería de los duques de Aveiro, en Lisboa. Estos son los únicos testimonios que puedan llamarse auténticos en favor del orígen portugués del *Amadís*, y aunque á primera vista parecen no admitir réplica, y así lo han estimado Clemencin y otros críticos modernos, se nos ofrecen varias dudas, que vamos á proponer.

En primer lugar, esta creencia, que se supone general en Portugal, estaba muy léjos de serlo tal á mediados del siglo XVI, puesto que, segun don Luis Zapata, paje de la emperatriz doña Isabel, hija del rey de Portugal don Manuel, y mujer de Cárlos V, «era fama en aquel reino que el infante don Fernando, hijo de don Alfonso, habia compuesto el libro de *Amadís* (2).» Fué don Luis embajador nuestro en Lisboa por los años de 1550, y se lo oyó decir á la infanta doña Catalina, biznieta del mismo don Alfonso. El licenciado Jorge Cardoso, en su *Agiologio lusitano*, tomo I, pág. 410, llama al autor *Pedro* Lobeiro en lugar de *Vasco* de Lobeira, y de hidalgo y caballero le rebaja á la humilde condicion de escribano (*tabeliaõ*) de Yélves, añadiendo que tradujo su obra del francés, por mandado, no ya del infante don Alfonso, sino del célebre infante don Pedro, de quien cuenta nuestro vulgo que anduvo las siete partidas del mundo. La nota atribuida al hijo de Ferreira (3), con que se pretende probar la existencia del manuscrito original en el palacio de los duques de Aveiro, y la que se asegura puso igualmente al soneto relativo al incidente de Briolanja (4), no se hallan en la edicion de 1598, única antigua que se conoce de los *Poemas lusitanos* de su padre. Añadidas posteriormente en la reimpresion de los poemas hecha en 1772, son obra de editor moderno, y no del hijo de Ferreira. El testimonio queda, pues, reducido á la simple asercion de don Nicolás Antonio, quien sin duda vió algun ejemplar con una nota marginal y manuscrita de lector ocioso y autor desconocido, puesto que, á ser del hijo de Ferreira, este la hubiese necesariamente intercalado en el texto impreso (5).

Con esto quedan algun tanto debilitados los dos principales argumentos hasta aquí alegados para probar que el *Amadís* es obra de Vasco de Lobeira, y que el original portugués se conservaba aun á fines del siglo XVI en una biblioteca de Lisboa. Pero no es esto solo: la misma literatura castellana del siglo XV nos ofrece armas con que combatir dicha opinion, por mas fuertemente arraigada que esté, y probar que anteriormente á la fecha en que Vasco de Lobeira pudo escribir el libro de *Amadís*, era ya conocida y popular en Castilla una historia así llamada. Pero Ferrus, cuyas poesías andan impresas en el *Cancionero* compilado para don Juan II por Alfonso de Baena, dirigió al canciller de Castilla, Pero Lopez de Ayala, un decir á manera de reprension amistosa porque no iba á habitar en Vizcaya (6). En él se hallan las siguientes estrofas:

Rey Artur e Don Galas,
Don Lançarote e Tristan,
Carlos Magno, Don Roldan,
Otros muy nobles asas
Por las tales asperezas,
Non menguaron sus proezas,
Segun en los lybros yas.

Amadys, el muy fermoso,
Las lluvias é las ventyscas
Nunca las falló aryscas,
Por leal ser é famosso;
Sus proesas fallaredes
En tres libros e dyredes
Que le dé Dios santo poso.

Es Pero Ferrus uno de los mas antiguos trovadores mencionados en el citado *Cancionero;*

dro Crasbeeck, MDXCVIII, 4.° En la dedicatoria dice el editor que su padre (Antonio) fué discípulo del famoso Saa de Miranda, que murió antes que él (Miguel) le conociese, y que sus poesías estuvieron por espacio de cuarenta años sin imprimirse. Los sonetos citados en el texto, y que están numerados respectivamente 34 y 35, se hallarán á la pág. 72.

(1) *Bibliotheca vetus*, tomo II, pág. 105.

(2) *Memorias de los Zapatas*. El manuscrito original se conserva en la Biblioteca Nacional de esta corte.

(3) «Cuyo original anda na casa d'Aveiro.»

(4) «Divulgaraõ se em nome do iffante Afonso, por quam mal este principe recebera (como se vè da mesma historia) ser a hermosa Briolania em seus amores taõ mal tratada.»

(5) No hemos logrado ver esta edicion de 1772; mas, puesto que las notas se citan como impresas, y no lo están en la primera de 1598, preciso es que se hallen en la segunda y sean añadidas por el editor, la primera para reproducir la asercion de Nicolás Antonio, la segunda para explicar el incidente sobre que versa el soneto.

(6) *Cancionero de Baena*, pág. 337.

no solo escribió en 1379 un decir á la muerte de don Enrique II, sino que Alfonso Alvarez Villasandino, que suponemos nacido en 1340, habla de él como de poeta que le habia precedido de muchos años (1). No es pues recusable su testimonio, como tampoco lo es el de fray Migir ó Miguel (2), capellan del obispo de Segovia, don Juan de Tordesillas, de quien tambien se conservan poesías con la misma fecha de 1379, ni el de Francisco Imperial (3), vecino de Sevilla, que floreció casi por el mismo tiempo, todos los cuales aludieron frecuentemente en sus versos al libro de *Amadís*. Mas no paran aquí las pruebas que presenta nuestra literatura poética del siglo xv en favor de una redaccion del *Amadís* anterior á Vasco de Lobeira. El mismo canciller á quien Pero Ferrus dirigia sus versos fué hecho prisionero en la batalla de Nájera, en 1367, y llevado á Inglaterra, donde escribió, si no todo, parte de su poema satírico-moral, intitulado *Rimado de Palacio*, en que se lamenta de haber gastado su tiempo (cuando jóven) en oir la lectura del *Amadís* y otros libros de caballerías. En 1367 Ayala tenia treinta y cinco años, pues nació en 1332, y murió en Calahorra en 1407, á los setenta y cinco de su edad; y como no es de presumir que al hablar de *tiempo perdido* se refiriese á la época inmediata á su prision, es decir, á los ocho años de lucha fratricida y sangrienta entre don Pedro y don Enrique de Trastamara, en que él mismo habia tomado tanta parte, sino mas bien á los primeros de su juventud, preciso es admitir que antes del año 1359 corria ya en Castilla una historia de *Amadís* escrita en *tres libros*, y bastante vulgarizada para que cuatro de los principales poetas de aquel tiempo la citasen en sus versos. Por otra parte, el infante don Alfonso de Portugal, protector de Lobeira, y que, segun mas adelante verémos, le hizo introducir en su texto del *Amadís* una modificacion importante, no nació hasta 1370, y no es de presumir diese á su protegido la órden que se alega hasta el año de 1382 lo mas pronto, puesto que habrémos ya de suponer en él juicio y edad bastantes para haber leido y saber apreciar los sentimientos allí expresados.

Segun la opinion general, Vasco de Lobeira fué armado caballero, momentos antes de darse la batalla de Aljubarrota, por mano del rey don Juan I. Sabido es que cuando las leyes de la caballería estaban en toda su fuerza y vigor, ninguno podia ser armado caballero que no hubiese cumplido veinte y un años, pero tambien es cierto que á la decadencia de dicha institucion, en vísperas de una gran batalla ó de un asalto, solia derogarse aquella ley, con el fin, ya de aumentar el número de los combatientes, ya de estimular el ardor belicoso de escuderos y donceles. Tambien en circunstancias solemnes, como coronaciones y casamientos de príncipes, solian darse las órdenes de la caballería á jóvenes que ni tenian la edad prescrita ni habian hecho aun todas las pruebas. La circunstancia de haber Vasco de Lobeira sido armado caballero *al estar para darse la batalla de Aljubarrota* hace naturalmente presumir que en 1385 tenia menos de veinte y un años, pues de otra manera no se le hubiera conferido el órden de caballería en tal ocasion (4); y supuesto este caso, ¿cómo pudo ser autor de un libro que el canciller Ayala, que tambien pagó de su persona en aquella desgraciada jornada, cayendo segunda vez prisionero, declara haber leido ya en su mocedad, y probablemente antes del año 1359? Pero volvamos el argumento, tomando siempre como base y punto de partida este año de 1359, en que comenzó la lucha entre don Pedro y don Enrique. Admitamos que Vasco de Lobeira fuese en efecto el autor del *Amadís*, y que le escribiese á la edad de veinte y cinco años; dado este caso, debió nacer en 1335, y tener cincuenta años en 1385, edad demasiado avanzada para ser armado caballero.

Mas aun nos queda otro argumento en favor de nuestra conjetura, y es el que nos ofrecen dos pasajes muy notables del primer libro, que tratan de la niña Briolanja. Despues de haber muerto á Abiseos, que tenia usurpado el reino á esta princesa, Amadís, acompañado de don Galaor, se fué al castillo de Torin, donde estaban la reina Grovenesa y la infanta Briolanja. Esta última, prendada de las gracias del caballero, y reconocida al singular servicio que le acababa de prestar,

(1) Véase, entre otras, la composicion número 124 del citado *Cancionero*, donde, hablando Villasandino con Alfonso Sanchez de Jaen, le dice:

> E *ya en su tiempo* Pero Feruz
> Fizo decires mucho mas pólydos.

(2) *Cancionero de Baena*, pág. 45.
(3) *Ibid.*, pág. 304.
(4) Parte de estas dudas emitimos ya cuando en 1851 escribiamos las notas al primer tomo de la *Historia de la Literatura española*, de Ticknor. Posteriormente, y cuando ya estaba redactado este *Discurso*, hemos visto un curioso folleto escrito por monsieur Eugène Barèt (*De l'Amadis de Gaule, et de son influence sur les mœurs et la literature au* xvi *et au* xvii *siècle*), quien tambien defiende la opinion que aquí dejamos consignada, apoyándose principalmente en la edad que Vasco de Lobeira debió tener al ser armado caballero.

«por muy gran fuerza de amor constreñida, no lo pudiendo su ánimo sofrir ni resistir, habiendo cobrado su reino, le requirió que de él y de su persona sin ningun entrevalo señor podia ser.» Amadís, que entre todos los héroes caballerescos se distingue por su acendrada lealtad, hasta el punto de ser considerado como el *prototipo de los fieles amadores*, no solo resiste á las ofertas de la hermosa Briolanja, sino que conserva pura y sin mancha su fidelidad hácia Oriana. «Pero el señor infante don Alfonso de Portugal (continúa), habiendo piedad desta fermosa doncella (Briolanja), de otra guisa lo mandó poner, y el autor hizo lo que su merced fué, mas no aquello que en efecto de sus amores escribia (1).» Procede Montalvo á darnos la version introducida á ruego del infante don Alfonso, y segun la cual Amadís, encerrado en una torre con Briolanja (que fué despues esposa de don Galaor), hubo en ella «dos hijos de un viéntre», y al concluir el capítulo XLIII añade: «Todo lo que mas desto en este libro primero se dice de los amores de Amadís é desta hermosa reina, fué acrecentado, como ya os dije, é por eso, *como supérfluo é vano*, se dejará de recontar, pues que no hace al caso; antes esto no verdadero contradiria é dañaria lo que con mas razon esta grande historia adelante os contará.»

Los pasajes que acabamos de citar, si algo prueban, es que antes de Vasco de Lobeira se conocia una historia de *Amadís*, en la cual su aventura con Briolanja se contaba de diferente manera, puesto que don Alfonso de Portugal, movido á piedad por la insensibilidad y dureza de Amadís, se hizo el campeon de la desdeñada infanta, y exigió del autor, protegido suyo, que alterase la antigua relacion, é introdujese otra mas conforme con sus ideas en materia de galantería. No se escapó esta observacion á la sana crítica y sagacidad de sir Walter Scott, quien, en un artículo sobre el *Amadís de Gaula*, inserto en el *Quarterly Review*, dice así: «A nosotros nos parece claro y evidente, en vista del extraño pasaje que acabamos de citar, que la obra en que Vasco de Lobeira trabajaba bajo los auspicios de su patrono, el infante don Alfonso de Portugal, debió ser traduccion mas ó menos libre de otra historia mas antigua. Si Amadís es una mera creacion de la fantasía de Lobeira, el autor pudo muy bien, conformándose con la singular compasion manifestada por aquel príncipe en favor de la linda Briolanja, violar la imágen de perfeccion ideal representada por su héroe, uno de cuyos principales atributos habia de ser necesariamente la fidelidad á su señora; pero de ningun modo se pudo exigir de él que interpolase lo anteriormente escrito, á no ser que tomase su historia de fuentes conocidas é independientes de los recursos de su propia imaginacion (2).»

Basta lo dicho para defender nuestra teoría, de que antes que Vasco de Lobeira trabajase su refundicion ó traduccion del *Amadís*, era ya conocida en Castilla una historia de este caballero andante. Mas, qué orígen tuvo esta, quién fué su autor y en qué idioma corria, son cuestiones de muy difícil solucion hoy dia, y que no nos atrevemos siquiera á iniciar. Los escritores franceses pretenden (y decimos pretenden, porque ninguna prueba dan en corroboracion de su aserto) que el *Amadís* es traduccion pura y simple de un libro escrito en idioma de Picardía. Esta asercion, propuesta en primer lugar por D'Herberay, el traductor francés, y apoyada mas tarde por Tressan, quien dijo haber visto el original en la librería de Cristina de Suecia, carece de todo fundamento. Algo mas acertados andan los que, como monsieur Barèt, se inclinan á creerle refundicion de libros bretones, hoy dia perdidos, fundándose en los nombres de algunos de los personajes, como Lisuarte (*Lych-warch*), Elisena (*Heliène sans per*, ó Helena la sin par), y otros (3). Que el autor del *Amadís* tuvo á la mano ó en la memoria los libros caballerescos de *Lanzarote del Lago*, *Tristan*, y aun el del *Sábio Merlin* y otros pertenecientes al ciclo breton ó de la Tabla Redonda; que quizá tambien el nombre del héroe le fué sugerido por el de un libro francés titulado *Amadas et Idoine* (que ninguna conexion tiene con el que nos ocupa), del cual se conserva un manuscrito del siglo XIII, estamos prontos á admitirlo; pero no podemos ir mas allá. Tampoco trataremos, como Sarmiento, de buscar autor gallego á quien atribuirle, fundándonos en algunos *galleguismos* que aquel docto benedictino creyó encontrar en el texto, aun despues de castigado y hecho castellano por Garci-Ordoñez de Montalvo (4). Sin negar, pues, el derecho de Vasco de Lobeira á una re-

(1) Véase la página 94 de esta edicion. Estas observaciones de Montalvo deben ser consideradas mas bien como glosa ó notas al texto del *Amadís*, que él mismo corrigió y enmendó.

(2) Barèt, *De l'Amadis*, etc., pág. 35.

(3) Ya Clemencin hizo notar el orígen francés de algunos nombres citados en el *Amadís*, á los cuales podrémos añadir Bruneo de Bonamar (*Bruneau de Bonnemère*), Brian de Monjaste (*Brian de Mongast*), Serolois y Serolis (*Charoloys*), Angriote de Estravaux (*Angriot des Travaux*), y otros.

(4) En varias de sus obras trata el padre Sarmiento

fundicion del *Amadís* en lengua portuguesa, seguida luego de otra mas importante y radical, como fué la de Montalvo, persistimos en creer, mientras no se aleguen razones en contrario, que antes del tiempo en que floreció aquel autor corria ya en Castilla otra redaccion del *Amadís* en tres libros. Al hacer la suya Montalvo, no solo corrigió y enmendó lo que halló escrito, sino añadió una cuarta parte (1), continuando despues la obra en un quinto libro (2), ó sea las *Sergas de Esplandian*.

Mas, como si todo lo que tiene relacion con este notable libro hubiese necesariamente de andar envuelto en tinieblas, no parece edicion alguna anterior á la de (Roma) 1519, siendo así que hay razones muy plausibles para creer que antes de dicho año se imprimió varias veces en la Península. Verdad es que Barbosa Machado, y otros despues de él, han citado una impresion de Salamanca, 1510 (3), y que últimamente el señor don Alejandro Herculano ha hecho referencia á otra de Sevilla, publicada, segun él, en el mismo año (4); pero ni una ni otra noticia tienen aquel carácter de autenticidad que en estas materias se requiere; y así, habrémos de contentarnos con señalar la del año 1519 como primera, mientras no se halle otra anterior; lo cual, á nuestro modo de ver, es mas que probable, puesto que existe una del *Palmerin de Oliva*, hecha en 1511, y se citan, aunque vagamente, otras del *Florisando* y de las *Sergas* de 1510. Además de que no es creible que el *Amadís* se imprimiera por primera vez fuera de España, antes al contrario, dicha edicion hace suponer otra ú otras hechas anteriormente en la Península.

De Garci-Ordoñez de Montalvo, traductor y continuador de este notable libro, no se sabe mas que lo que él mismo quiso decirnos, ya en el prólogo al *Amadís*, ya en las *Sergas*, cuando finge que, por mandado de Urganda la Desconocida, suspendió su trabajo histórico; volviéndole despues á emprender de nuevo por órden de dicha sabidora. Sabemos que fué vecino y regidor de Medina

del *Amadís de Gaula*, y en todas niega que sea obra de Vasco de Lobeira; pero donde mas se extiende es en cierto papel que escribió sobre el verdadero autor de dicho libro, y en otro, muy erudito, sobre la patria y escritos de Cervántes, uno y otro inéditos. El docto benedictino era gallego, y como tal, participaba algun tanto de la antipatía de sus paisanos contra los portugueses; á pesar de su sano juicio y varia erudicion, se echa de ver á la simple lectura de aquellos papeles que, en este punto al menos, se dejó arrastrar por su excesivo patriotismo; Sarmiento escribia á poco de haberse terminado la guerra de sucesion, en que los portugueses entraron por Galicia, quemando y saqueando varias villas y distritos. Unas veces quiere que Lobeira sea *gallego*, y no *portugués;* otras que el *Amadís* sea la narracion verídica de las amorosas aventuras de un caballero gallego, natural de la Coruña, llamado Juan Fernandez de Andeira; cuándo se le atribuye á Vasco Perez de Camoens, poeta del siglo XIV, cuándo al canciller Ayala, y aun al obispo de Búrgos, don Alonso de Cartagena.

(1) Las palabras *corrigió* y *emendó* los tres libros y *tradujo* el cuarto, de que se sirve Montalvo, son para nosotros una prueba evidente de que todo el *cuarto libro* es obra suya, tanto mas, cuanto consta por el pasaje citado en otro lugar (pág. XXII), que el *Amadís* no tuvo en lo antiguo mas que tres libros; esto sin contar las razones que ya expusimos en las notas al *Ticknor* (tomo I, pág. 520). Para los autores de esta clase de libros, *traducir* era lo mismo que *componer*, pues todos ellos pretendian haberlos hallado en griego, caldeo, breton, aleman, inglés ó arábigo. Monsieur Barèt, cuyo interesante opúsculo hemos citado ya varias veces, es de opinion que el desenlace natural de la historia de *Amadís* es su llegada á la corte del rey Lisuarte, despues de la batalla de los gigantes; observacion muy atendible y que nos parece fundada.

(2) Ya en el prólogo á la edicion del *Amadís* de 1519 se habla de *cinco* libros, lo cual hace suponer, ó que hubo una edicion anterior, que además de los *cuatro* libros contenia el *quinto* (es decir las *Sergas de Esplandian*), ó que una y otra obra se habian impreso antes por separado. De otra manera no se explica la alusion allí hecha por el editor. La edicion mas antigua de este libro que conocemos es la de Toledo, 1521; pero se cita tambien, aunque vagamente, una del año 1510.

(3) La de 1519 la hizo en Roma Antonio Martinez de Salamanca, á quien Leon X concedió permiso para la impresion; circunstancia que, unida á lo fácil que es equivocar 10 con 19, dió sin duda orígen á la especie, aunque vaga, de una edicion de Salamanca de 1510.

(4) En el *Panorama*, periódico literario de Lisboa, tomo II, pág. 134, «trasladado (dice) em hespanhol se publicao em Sevilha em 1510. Vimos esta traducçaõ, de que ha um exemplar na bibliotheca publica da cidade do Porto: é bem sentimos naõ ter tomado della varias notas que de grande utilidade nos foram para o que vamos dezir.» Al leer esta noticia acudimos inmediatamente á nuestro amigo, el excelentísimo señor marqués de Pidal, quien, con su amabilidad acostumbrada y el interés que se toma por esta clase de asuntos literarios, mandó que por la secretaría de su cargo se pidiesen á Oporto las competentes noticias en averiguacion de este dato bibliográfico. Pero, sentimos mucho decirlo, la cita del erudito portugués salió inexacta; nuestro cónsul en aquella ciudad no halló en la biblioteca pública mas edicion que la de 1519, de la que remitió una minuciosa descripcion, un fac-símile de su portada grabada, y cuantas noticias se podian desear.

del Campo, y que desde su mas tierna edad siguió la noble carrera de las armas (1). Asimismo consta que cuando escribia su *Esplandian* era ya de edad bastante avanzada (2), y que habia alcanzado en Castilla varios reyes y reinas, debiendo razonablemente presumirse que nació en tiempo dé don Juan II, y que á la toma de Granada, en 1492, tenia, cuando menos, cincuenta años de edad. En varias partes del libro alude Garci-Ordoñez á este notable suceso, aunque de una manera asaz vaga y contradictoria, pues en el prólogo que puso á los cuatro libros de *Amadís de Gaula* dice terminantemente haber los Reyes Católicos llevado á cabo aquella conquista, mientras que en el capítulo XCIX de las *Sergas* da á entender que la habian comenzado y no concluido, si bien mas adelante, en la exclamacion que inserta en el capítulo CII, da por terminada aquella guerra y echados de España á los judíos. A esto puede añadirse que en el capítulo CXXXIII de la cuarta parte, al contar las muestras de amor que dieron sus vasallos al rey Lisuarte, Garci-Ordoñez introduce una especie de lamentacion oratoria de los males que á la sazon afligian á España, que solamente puede aplicarse á los diez últimos años del reinado de Enrique IV; de todo lo cual se infiere que debió emplear, cuando menos, veinte años en sus trabajos de traduccion y refundicion.

Al concluir las *Sergas*, Montalvo trata de una continuacion del *Esplandian* (3), con las proezas hechas por Talanque y Maneli el Mesurado, juntamente con otros donceles á quien el rey de Irlanda, Cildadan, armara caballeros; *libro* (dice) *muy gracioso y muy alto en toda órden de caballería, que escribió un muy gran sábio en todas las partes del mundo*. De aquí tomó pié un escritor andaluz para escribir el *Florisando*, y mas tarde un anónimo publicaba el *sétimo libro*, con las hazañas de Lisuarte de Grecia, el hijo de Esplandian.

Fué Florisando hijo de don Florestan de Cerdeña y sobrino de Amadís. No hemos logrado ver el libro que de sus aventuras compuso el sevillano Paez de Ribera, y se imprimió en Sevilla por Juan Varela de Salamanca, en 1526. Nicolás Antonio habla de una edicion anterior, hecha en Salamanca por Juan de Porras; mas como las citas de este bibliógrafo, principalmente en lo relativo á esta clase de libros, no sean siempre tan exactas y satisfactorias como seria de desear, nos referirémos tan solo á la de Sevilla, cuya existencia, segun Brunet, está bien averiguada; debiendo, sin embargo, advertir que la publicacion del *Lisuarte* (*sétimo de Amadis*) en 1525, hace suponer una edicion mas antigua del *sexto*, ó sea *Don Florisando*. Tradújose este al italiano en 1550 (4), habiéndose reimpreso despues en 1551, 1600 y 1610, si bien el libro castellano no obtuvo, que sepamos, los honores de la reimpresion. Es en muchas cosas imitacion servil de las *Sergas*. El nacimiento del héroe se parece mucho al de Esplandian, y un ermitaño le recoge y le cria, sin saber cúyo hijo sea, hasta que ya mozo, es armado caballero y reconocido por su padre, el rey de Cerdeña.

A los cinco años de publicadas las *Sergas*, y casi al mismo tiempo que el *Don Florisando*, que, segun hemos visto, forman respectivamente el *quinto* y *sexto* libro de *Amadís de Gaula*, se imprimió en Sevilla otro llamado *sétimo*, que trata de los grandes fechos en armas de Lisuarte de Grecia (5), hijo de Esplandian, y de Perion de Gaula, hijo de Amadís, como se puede ver en el árbol genealógico que, para mayor claridad y mejor inteligencia de los héroes descendientes de aquel tronco, pondrémos mas adelante. Su autor, que no se nombra en esta, que se reconoce por la primera, ni en las demás ediciones posteriores, lo dedicó á don Diego de Deza, arzobispo de Sevilla, expresando en su dedicatoria que se lo ofrecia para que con él pudiera aquel insigne prelado

(1) «Porque con tanta aficion, le dice la sábia Urganda, tu voluntad está deseosa de saber los famosos hechos de las armas, y porque el estilo de tu vida desde tu nacimiento fué en las desear y seguir.» (Pág. 496, col. 2.ª)

(2) «No temiendo en ella ser tan contraria tu edad de semejantes auctos, como el agua del fuego, y la fria nieve de la gran calentura.» (Ibid.) Es curiosa la manera con que habla de sí mismo en este capítulo, aludiendo á su cargo de regidor. «Ya he sabido (dijo Urganda) que eres un hombre simple, sin letras, sin ciencia, sino solamente de aquella que así como tú, los záfios labradores saben, y como quiera que cargo de regir á otros muchos y mas buenos tengas, ni á ellos ni á tí lo sabes hacer, ni tampoco lo que á tu casa y hacienda conviene.» (Pág. 496, col. 2.ª)

(3) Lib. IV, pág. 560.

(4) *Istoria di don Florisandro* (sic). *L'historia, et gran Prodezze in arme di don Florisandro, Prencipe di Cantaria, figliuolo de Florestano Re di Sardegna*. In Venetia, per Michel Tramezzino, MDL, 8.º

(5) No es, como algunos han creido, continuacion del *Florisando*, sino de las *Sergas*, tomando el hilo de la historia donde estas le dejaron; así que, dependiendo de estas, y no de aquel, debió su autor llamarle *sexto*, y no *sétimo*. Siendo la primera edicion de este libro del año 1526, de presumir es que su autor no vió el *Don Florisando*.

«pasar algun tiempo y descanso del trabajo de su mucho estudio», fingiendo, como en tales libros se acostumbraba, haber sido nuevamente hallado en Lóndres, segun lo dejó escrito en griego el gran sábio de las Mágicas, Alquife, y haberlo puesto en lengua castellana, despues de enmendado de los muchos vocablos que por la mucha antigüedad estaban corruptos.

Refiérense en él las insignes hazañas de Lisuarte de Grecia, hijo de Esplandian y nieto del buen rey Amadís, al propio tiempo que las no menos señaladas de su tio Perion de Gaula. Desde luego se advierte en esta obra, imitacion servil de las anteriores, que no se guarda en ella la proporcion y reglas de la épica, sosteniéndose el interés y concentrándose en un solo individuo, como sucede en el *Amadís*, al lado del cual todos los demás héroes quedan muy rebajados; sino que la atencion divaga lastimosamente y ha de repartirse por igual entre Lisuarte y Perion, salidos del mismo tronco, ambos invencibles, espejos uno y otro de la andante caballería, y dechado de cuantas virtudes constituian á la sazon el decálogo de aquella institucion. Empieza la historia con la determinacion que Perion forma de ir á Irlanda para ser armado caballero por mano del rey don Cildadan, ignorando sin duda que su tio el rey Amadís de Gaula y Esplandian se hallaban á la sazon encantados en la ínsola Firme. Acompáñanle en su expedicion don Florestan, hijo del rey de Cerdeña; Parmineo, su hermano; Vallados, hijo de don Bruneo de Bonamar; Languinés y Galvánes, hijos de Agrájes, rey de Escocia, y otros donceles, deseosos todos de participar del mismo honor, y recibir la órden de caballería de manos de un rey tan esforzado y poderoso como don Cildadan. Llegados á su corte, Perion se ve imposibilitado de lograr su intento, por seguir á la doncella Alquifa, que, con mensaje de Urganda la Desconocida, le mete en un esquife tripulado por dos gimios, y le lleva á Trapisonda, donde es armado caballero por el emperador de aquella tierra. Allí se enamora de la infanta Gricileria, hija de aquel monarca, por amor de la cual emprende y acaba las maravillosas aventuras de que el libro está lleno, bajo el dictado de *Caballero de la Espera*. Entre tanto Lisuarte, Florestan, don Cuadragante y los demás donceles salen por la mar, repartidos en tres naos, en busca de Perion; y despues de aportar á varias y diferentes ínsulas, matar muchos descomunales gigantes y deshacer innumerables entuertos, á la usanza de andantes caballeros, llegan á Trapisonda á la sazon que Perion habia ya partido, y hacen su corte al Emperador, quedando Lisuarte preso de amores por la linda Onoloria, hermana de Gricileria. Una infanta, llamada Melia, la misma que figura en el *Esplandian*, hacia á la sazon liga con todos los reyes paganos para ir sobre Constantinopla y destruir de todo punto la fe de Cristo; sabiendo por sus artes mágicas que Lisuarte y Perion habian de ser los salvadores de aquel imperio, se apodera con astucia de sus personas y los mete en fuerte prision. Los reyes todos de la cristiandad aprestan sus ejércitos para ir en ayuda de la ciudad amenazada, al paso que el rey Armato, acompañado de todos los califas, soldanes y taborlanes de Persia, India y Mesopotomia, y seguido de innumerables huestes, se dispone igualmente á combatir por mar y tierra la gran ciudad de Constantinopla. Gradafilea, doncella de Melia, que habia sido causa inocente de la prision de Lisuarte, contribuye á su libertad; este lleva á cabo nuevas é inauditas aventuras bajo el nombre de *Caballero de la Vera Cruz*. Amadís y los suyos son desencantados, y los paganos vencidos despues de un combate singular de tres por tres, á saber: Amadís, el emperador de Trapisonda y la reina Calafia, contra el rey Armato, general en jefe de todo el ejército infiel, Grifilante y la reina Pintiquinestra. Socorrida Constantinopla, los reyes cristianos se vuelven á sus respectivos reinos. Onoloria, celosa de Gradafilea, escribe una carta de enojos á Lisuarte, y este, desesperado, y no pudiendo tolerar el enfadoso desden de su amada, sale escondidamente de Constantinopla, y comienza de nuevo á correr aventuras bajo el nombre de *Caballero Solitario*. Yendo por la mar, aporta á una isla, y encuentra á su abuelo Amadís de Gaula, á Oriana, Angriote de Estravaus, y al conde Gandalin y otros, á quien unos cosarios tenian presos, con sogas al cuello y próximos ya á la muerte. Al cabo de un año el caballero de la Espera (Perion) y el Solitario (Lisuarte) se encuentran en un camino sin conocerse, y pelean, quedando ambos muy mal heridos; juntos despues, se combaten con sus grandes amigos Florestan y Parmineo, tambien sin conocerse. Mas tarde, con la noticia de que el buen rey Amadís preparaba un magnífico torneo en su corte, los cuatro caballeros se dirigen á Fenusa, y salen vencedores en todas las justas; al fin de las cuales, Perion, el hijo de don Galaor, casa con la reina Pintiquinestra.

Cansado ya de recorrer los espacios imaginarios de la geografía asiática y pagana, donde los autores de semejantes libros acostumbraban á poner la escena de sus caballerescas ficciones, el autor del *Lisuarte* finge que, volviendo este, en compañía de Perion, á Trapisonda desde Fenusa, en la Gran

Bretaña, son sorprendidos en la mar por una furiosa tempestad, que los arroja nada menos que á Cartagena, puerto de España. Sabedores allí de que el rey don Brian de Monjaste se prepara á dar batalla al Miramamolin, que tenia cercada á Córdoba, acuden al real de los cristianos y los ayudan á derrotar al pagano, que es muerto con todos los suyos. Emprenden de nuevo la ruta de Trapisonda, y son echados á la isla de los Gimios, donde los recibe Urganda, que, á pesar de sus años (ya era muy vieja en los tiempos de Amadís), ha contraido nupcias con el sábio Alquife, autor del libro. En el camino libertan al maestro Elisabat y á un sobrino suyo, llamado Libeo, á quien llevaban presos unos cosarios; y por último, Lisuarte casa secretamente con Onoloria, y Perion de Gaula con Gricileria. A los pocos dias se presenta en la corte del Emperador un mensajero de Sulpicio, rey de la Salvajina, pidiendo se cumpla la batalla aplazada entre él y dos de sus hermanos con Lisuarte, Perion y el príncipe Olorius de España. Verifícase esta, siendo vencidos los tres jayanes; mas á los pocos dias, habiendo salido los caballeros á caza con el Emperador, todos cuatro son presos y encantados en la isla de Argenes. Onoloria en tanto da á luz un hijo, llamado Amadís de Grecia, que á los pocos dias de haber nacido cae en poder de unos negros cosarios.

Tal es el argumento del *Lisuarte de Grecia*, ó sétimo de *Amadís*, al cual siguió en el mismo año otro libro al propio asunto, aunque con distinto título. Ya hemos dicho que ninguna de las ediciones conocidas del *Lisuarte* declara el nombre de su autor; pero de ciertas expresiones contenidas en el prólogo al *Amadís de Grecia* (1), que conocidamente es obra de Feliciano de Silva, se deduce que este celebérrimo y nunca bien ponderado escritor de caballerías lo fué tambien de dicho libro. En efecto, lamentándose de que el bachiller Diaz, de quien se tratará mas adelante, hubiese dado á luz su libro de *Amadís* llamándole *octavo*, y obligándole á que él pusiese al suyo el título de *noveno*, dice terminantemente que el autor del *Lisuarte* fué el mismo que escribió el *Amadís de Grecia*; además de que, leyendo con atencion uno y otro libro, se advierte cierta paridad y semejanza.

Nicolás d'Herberay, señor des Essarts, que puso en francés los ocho primeros libros del *Amadís*, continuó este libro de *Lisuarte* con las hazañas de don Flores de Grecia, el otro hijo de Esplandian, á quien llama el *Caballero de los Cisnes* (2). Aunque fingió haberle trasladado del griego, es conocidamente obra suya, y no le hay, que sepamos, en castellano, si bien se tradujo luego al italiano y á otras lenguas. No nos detendrémos, pues, en el análisis de esta obra, que no es castellana, y pasarémos á examinar otra muy notable, que al poco tiempo de publicado el *Florisando* confeccionaba en Sevilla un oscuro bachiller.

En efecto, no bien se habia impreso aquel, cuando salió á luz en dicha ciudad el *Octavo libro de Amadís, que trata de las extrañas aventuras y grandes proezas de su nieto Lisuarte de Grecia, y de la muerte del inclito rey Amadís*. Sevilla, por Jacobo Cromberger, aleman, y Juan Cromberger, año de 1526, á 25 de setiembre. Su autor, el bachiller en cánones Juan Diaz, fingió haberle hallado en lengua toscana, traducido ya del griego, y haberlo puesto en castellano á peticion de varios amigos (3). Pensó, segun parece, denominarlo *sétimo*, siendo, como es en efecto, continuacion del *sexto* (4); pero habiéndose con prioridad publicado el otro libro de Lisuarte, se vió obligado á

(1) Citaránse mas adelante, al tratar del *Amadís de Grecia*.

(2) Ya habia el bachiller Diaz dado este nombre á Lisuarte.

(3) Al fol. c dice así: «Y esta es la mera verdad de la historia, é por ser mas firme della vi la historia é original, que es la propia que fué de los emperadores de Constantinopla; porque quando por nuestros pecados aquel gran imperio de Constantinopla se perdió, é fué ganado de los turcos, el coronista mayor del Emperador fuyó con las coronicas antiguas, viejas é nuevas, y se acogió á la isla de Rodas, é allí moró algunos dias, é toda la libreria dexó al maestre de la orden de Sant Juan, rogándole muy afincadamente que la ficiesse guardar como cosa de tanto valor: que aunque el señorio se perdiesse, que las famossas vidas de aquellos que lo ganaron no fuessen perdidas ni trasformadas en el olvido de las gentes. El qual coronista que fuera del Emperador, como fuesse natural de Florencia, traxo esta historia, escripta de su mano en lengua toscana, porque en estas partes oviesen memoria: de la qual coronica é historia en toscano fué sacada esta grande historia, sin faltar ni acrescentar palabra, la qual en la misma guisa habia sido trasladada del original griego;» etc.

(4) En varios lugares de su obra la llama el autor *sétima parte*, y principalmente en el cap. LXXXVI, donde, tratando de una contrariedad que se halla en esta grande historia de Amadís, y lo que della debemos tener, dice: «Agora os quiere el historiador decir la verdad de una gran contrariedad que fallareys en esta hystoria, conviene á saber, en la quinta parte, en las *Sergas de Esplandian*: dice que este don Guilan, duque de

llamarle *octavo*. De presumir es que tanto él como el autor del *Lisuarte de Grecia* trabajasen de consuno en una continuacion de las *Sergas de Esplandian*, pues solo así se explica la publicacion casi á un mismo tiempo de dos libros al propio asunto. Como quiera que esto sea, no cabe duda que Diaz no tuvo presente el trabajo de su rival, pues da principio á su narracion con la salida de Esplandian y Norandel á Constantinopla, despues de haberse aquel despedido de su padre Amadís, experimentando en la travesía una gran tormenta, en que estuvo á pique de perecer con toda su comitiva. El principal incidente en que estriba la narracion es una gran conjuracion de todos los reyes paganos contra el buen rey Amadís, que muy descuidado y asaz quebrantado por la edad, vivia en Fenusa, corte y capital de la Gran Bretaña. Los enemigos, que eran muchos y muy poderosos, habian ya recuperado una buena parte de los estados que al rey Arábigo habia quitado el valiénte don Bruneo de Bonamar, y hubieran llevado adelante sus conquistas, á no impedírselo la llegada de don Florisando; todos los aliados de Amadís se temian una catástrofe, pues su reino estaba muy amenguado de caballería, así por las grandes batallas pasadas, como por haber él prohibido las aventuras y caballeros andantes, á fin de impedir las muertes y desafíos que á cada paso ocurrian (1). El emperador de Constantinopla, el rey Norandel de Sicilia, don Florestan de Cerdeña y el de Sobradisa, con sus tios Agrájes y Grasandor, hacian esfuerzos increibles por auxiliar en su contienda al de la Gran Bretaña, allegando ejércitos y formando alianzas, si bien temian que toda su diligencia fuese en vano, á no ser que el Papa, á quien mandaron una embajada, consintiese antes en relajar á Amadís el juramento, hecho con toda solemnidad, de no tolerar mas en sus reinos caballeros andantes ni doncellas. El Pontífice, aunque con dificultad, accede á sus ruegos, movido mas bien del gran peligro en que se hallaba la cristiandad, que de otras consideraciones. Las tropas auxiliares se embarcan para la Gran Bretaña, reúnense á las que Amadís tenia ya dispuestas, y todos juntos marchan sobre Fenusa, que los paganos tenian cercada y estaba ya á punto de rendirse. En dos batallas campales Amadís vence á sus contrarios; mas á los pocos dias recibe la infausta nueva de la pérdida de su insola Firme. Habíase apoderado de ella un gigante, llamado Dramiron d'Anfania, hijo de un Brutervo, á quien don Florisando habia muerto años atrás en singular combate, el cual, no contento con sojuzgar la isla toda y exterminar á sus habitantes, mandó á la corte del buen rey Amadís una doncella á desafiar á cuantos caballeros quisieran hacer armas con él. El reto es luego aceptado por multitud de caballeros andantes, ansiosos de ganar honra y prez; pero eran tales las fuerzas y valentía del gigante, que Agrájes, don Florisando, Arquisil y otros preciados campeones son de él vencidos y metidos en dura prision, para ser despues sacrificados á los manes de su padre. Sobreviene, por último, el caballero de los Cisnes, Lisuarte, el cual se combate con él, y gracias al buen temple de sus armas, regalo de la sábia Urganda, consigue derribar al coloso y cortarle la cabeza. La ínsola Firme es luego recuperada, y los paganos abandonan para siempre la idea que habian concebido de sojuzgar la Gran Bretaña. Trata el capítulo CLXXIV de la muerte del buen rey Amadís, y del llanto que por él se hizo en Fenusa; y en los siguientes refiere el autor con minuciosidad escrupulosa su entierro en el monasterio de San Severino, sus exequias y honras, ni mas ni menos que si tratara de algun gran señor de Andalucía muerto en aquellos dias; y como para probarnos que si escribia libros de caballerías, era tambien entendido en su facultad, el buen bachiller pone en boca del ermitaño, amo de don Florisando, un largo sermon (2), predicado en las honras del héroe. Concluye, por fin, el libro con

Bristoya, murió en la gran batalla donde el rey Lisuarte y el rey Perion murieron, é assi mismo lo dice agora esta *nuestra séptima parte*, y en la sexta parte en el libro de *Florisando* dice el historiador que era vivo al tiempo que Florisando mató al muy temido é dudado Brutervo de Anconia;» etc.

(1) «Ca estaua el reino muy menguado de caballeria, assi por las grandes batallas passadas, como agora por la prohibicion de las aventuras é caualleros andantes, que en aquel tiempo no era necessario apellidar la gente, que ellos la acaudillaban. A mí cierto no me pareció bien lo que aquellos señores juraron. Bien demostraron que estauan cansados de las armas, mas no por eso las debieron impedir á los donceles de alta guisa, tan desseosos de las armas é ganosos de la honrra. Hizose, dixo el Emperador, por cortar muertes de muchos caualleros que sobre las doncellas morian, é por escusar los desafios é batallas que locamente é sin causa aceptaban.»

(2) Para prueba del estilo del bachiller Diaz copiarémos aquí el exordio y parte de su largo sermon, en el cual, como era de esperar, resaltan de una manera muy patente los sentimientos religiosos del autor y de su época:

«Muy alto y poderoso emperador; noble y virtuosa reina; altos principes, esforzados caualleros, y preciadas doncellas: mi poco saber, confiando en la gracia de Dios, en este dia, para vosotros de tanta tristeza,

las bodas de Lisuarte y Elena, de Falangris y la linda española, de Cildadan y Brianda, de don Lupan (el caballero de los Fuegos) y Castivalda, de Galeote y Lucilia, de Ladasan y Galianda. Agrájes, rey de Escocia, y el rey de Sobradisa, don Galaor, viendo que habian gastado sus juventudes en las vanidades de este mundo, se meten frailes en sendos monasterios, despues de renunciar sus reinos en sus hijos mayores; las reinas, sus esposas, hacen otro tanto, retirándose al convento de Miraflores, de que era abadesa Oriana, la viuda de Amadís. Termina el bachiller su relacion con las siguientes palabras: « E assi se acaba esta gran historia, aunque quedan por escreuir muchas estrañas aventuras é famosas cosas, no solamente dinas de escritura, mas de espanto, que acontecieron en el tiempo deste rey Lisuarte; mas el autor, cansado del luengo é duro trabajo de la presente obra, remite la trasladacion de la siguiente á todo aquel que tal voluntario trabajo tomar quisiere, é para ello toviere no menos abilidad que reposo.»

El siguiente en órden en la série de los Amadíses es el intitulado: *Libro noveno de Amadís, que es la chronica del muy valiente y esforzado Principe y cavallero de la Ardiente Espada, Amadís de Grecia, hijo de Lisuarte de Grecia;* del cual se cita ya una edicion, hecha en Búrgos en 1535.

mediante su gracia, acordó de poner en vuestros atribulados corazones algun consuelo: por lo qual aquel alto padre eterno de todas las cosas, del qual se escribe en el *Acto de los apostoles* que todo don perfecto y acabado de arriba procede, del padre de la claridad: al qual plega de dar poder á mi, su siervo, que diga tales cosas que en vosotros, señores, fagan fruto de consolacion y de provecho en vuestras conciencias. A mí tiene tanto puesto en espanto la muerte del rey Amadis como los grandes y demasiados sentimientos. ¿No sabeis lo que se escribe en el *Eclesiastico* que todas las cosas que de tierra son criadas en tierra se han de tornar? Como, ¿hay mayor equidad que la cosa por la causa que es fecha por ella se desfaga? segun la natura ligeramente se vuelve á su natural principio. Pues como naturalmente seamos todos tierra, naturalmente á ella nos tornamos: ningun sentimiento devemos tomar de aquellas cosas que naturalmente van encadenadas. ¿No veys como la culebra sale de la cueva y á ella se torna á acojer? Assi el hombre en esta vida, que sale de la cueva, que es el vientre de su madre, anda en este mundo amargo lleno de lágrimas quanto vive; y quando muere acojese á la cueva de la muerte, que es la tierra de donde ha salido. Pues como todos seamos deudores de la muerte sin tiempo, é con tal condicion entramos en la vida, no nos devemos entristecer por los que mueren ni alegrar por los que viven, porque los unos han cumplido la natural deuda que devian; los otros sin duda la han de pagar, é la vida que les queda es tan incierta é cargada de angustias, que mas nos debemos alegrar con los muertos que passaron ya aquel amargoso tormento que esperavan, que con los vivos, pues lo tienen de passar. ¡O ceguedad mundana! ¿no vedes que es cosa desigual é injusta el siervo no facer de coraçon la voluntad de su señor? Quando Dios nos llama que desta vida passemos á la muerte, ¿porque lo no cumplimos, é no, como contumaces sirvientes, con tristeza yr á la presencia del Señor? ¿Como esperamos dél ser bien recebidos, al qual con mala voluntad nos presentamos? ¿No sabeys que aquel que por llamamiento de nuestro Señor Jesucristo se passa desta vida, quel tal con salmos, preces é oraciones deve ser llevado al sepulcro, teniendo esperança en la resurreccion de los muertos, é no con llantos, lagrimas ni sospiros, que parece no haver confiança en la misericordia de Dios ni en la resurreccion de los defuntos? Si decis que lo faceys por remedio de los muertos, no seguis el consejo de sant Gregorio, que dixo que las animas de los defuntos con quatro cosas eran absueltas: la una con sacrificios de los sacerdotes; la otra con ruegos y preces de personas santas é de buena vida; la tercera con limosnas de los amigos; la quarta con ayunos de los parientes, ca el gran cuidado de las mortajas, las pompas, los faustos de las obsequias mas son solazes é placeres de los vivos, que en aquellas vanas glorias se deleitan, que remedio ni ayuda para los defuntos.»

Despues de apurado el asunto, pasa el autor á enumerar las virtudes del muerto y continúa: «Todo el tiempo de su juventud fué exercitar su persona en las armas, que es cosa virtuosa é militar, y no es pecado quando no por cobdicia, ni con sed de muerte, ni con tiranias se exercitan, sino por virtud, como lo facia este noble rey, defendiendo las donzellas, amparando las viudas é miserables personas, socorriendo á los que menester habian su ayuda, quitando los malos hombres del mundo, quebrantando el orgullo á los soberbios, abaxando los follones, ensalçando los humildes; no vanaglorioso, no tirano, mas humilde é mesurado é justiciero. E despues que fue ajuntado en casamiento con esta noble reina, con toda limpieza de vida é lealtad le guardó el amor á que era tenudo; rigió sus reynos con mucha paz é sossiego, espugnando los malos, echandolos fuera de la tierra, galardonando los buenos, ensalçando nuestra sancta fe, abatiendo la de los paganos, no pechando los vasallos, no bebiendo sus sangres ni sudores, antes faciendoles muchas mercedes por donde viviessen ricos é alegres, y en fin de su muerte la buena señal que nos dió todos la habeys visto, la grande contricion, el crecido arrepentimiento de sus pecados, habiendo tan entera fe con Dios, que otro no la podia tener mas; mandó facer muchas limosnas, vestir los pobres desta tierra, casar las huerfanas y viudas, mandando reedificar las iglesias mal paradas, é fundar otras de nuevo, acrecentando mucho el culto divino; é recebidos todos los sacramentos de la sancta madre iglesia, como cristianisimo y catolico principe, faciendo glorioso fin á sus dias, dió su anima bendita á aquel que la habia criado;» etc.

Aunque el nombre de su autor no aparece en la portada del libro, declárase suficientemente en un extenso prólogo que en algunas impresiones lleva la firma de Feliciano de Silva. Es evidentemente continuacion del *sétimo*, y no del *octavo*, y así le hubiera su autor intitulado, á no haberle el sevillano Diaz ganado la vez, dando á luz el suyo; circunstancia que Silva, ofendido, califica en términos poco corteses, y que revelan bastante su mal humor (1). Como quiera que esto sea, es el mismo que con tanta presteza y de tan buen grado llevó al corral el ama de don Quijote durante el donoso escrutinio de su caballeresca librería (2). Nótase ya en este libro cierta variacion del género, no porque falten castillos y doncellas, enanos y encantadores, encuentros con robustos jayanes y descomunales gigantes, y otros accesorios de la andante caballería, sino por advertirse ya en él la introduccion de un elemento nunca hasta entonces visto en este linaje de libros. Empezaba á la sazon á ser conocida en Castilla la novela pastoril, cultivada desde principios del siglo por Sannazaro y los italianos, y llevada mas tarde por el portugués Montemayor al mayor grado de perfeccion; y Silva, que no parece haber sido perezoso en esto de asimilarse los trabajos literarios de otros (3), echó mano del nuevo elemento, harto impropio por cierto en asuntos caballerescos, introduciendo en este su libro á dos pastores, *Darinel* y *Silvia*, que hacen despues gran papel en los siguientes tomos.

No es fácil dar idea del intrincado argumento de este libro caballeresco, en el cual la accion principal se ve de tal manera confundida con los muchos episodios, que se necesitaria formar un buen índice de nombres propios y lugares para, con él en la mano, seguir al héroe en sus varias aventuras y luengas peregrinaciones. Empieza la historia tratando de un rey de la India, llamado Magaden, y de su hijo y heredero el príncipe Fulurtin, en cuya corte se cria el doncel de la Ardiente Espada, hijo de Lisuarte, llevado allí por los negros cosarios, que le robaron á su madre Onoloria. A la edad de diez años el doncel mata á un oso y á un leon, y es poco despues armado caballero por Magaden; mas viéndose precisado á dejar la corte, de resultas de un chisme que le levantó un cortesano envidioso, sale en busca de Urganda y de Alquife para preguntarles el secreto de su nacimiento. En el camino aporta á la isla de la Montaña Defendida, donde vence en singular combate á Frandalo el Fuerte, Frandalon y Beleriz, gigantes, libertando de la prision á un rey de Jerusalen, que le habla en tudesco. Otro Frandalon, cíclope, hay en la historia, señor de la

(1) Véase, si no, la siguiente advertencia del corrector de la imprenta al lector:

«No te engañe, discreto léctor, el nombre de este libro, diciendo ser *Amadis de Grecia* é *noveno* libro de *Amadis de Gaula*, porque el octavo libro se llama *Amadis de Grecia*, en lo qual ay error en los auctores; porque el que hizo el *octavo* libro de *Amadis* y le puso nombre de *Amadis de Grecia* no vió el septimo, é si lo vió, no lo entendió ni supo continuar; porque el septimo, que es *Lisuarte de Grecia y Perion de Gaula*, *hecho por el mismo auctor de este libro*, en el capitulo último dice aver nacido el doncel de la Ardiente Espada, hijo de Lisuarte de Grecia y de la princesa Onoloria, el qual se llamó el cauallero de la Ardiente Espada, y despues Amadis de Grecia, de quien es este presente libro. Assi que se continua del *septimo* este *noveno*, y se havia de llamar *octavo*, é porque no oviesse dos *octavos* se llama el *noveno*, puesto que no depende del *octavo*, sino del *septimo*, como dicho es, y fuera mejor que aquel *octavo* fenesciese en las manos de su autor y fuera abortivo, que no que saliera á luz á ser juzgado é á dañar lo que en esta gran genealogia escripto está: pues dañó así poniendo confusion en la decendida é continuacion de las hystorias. *Vale*.»

Silva alude aquí al libro del bachiller Diaz, llamado *octavo*, que es la historia de Lisuarte, y no de Amadís de Grecia, como equivocadamente pensó. Las palabras que hemos subrayado, *hecho por el mismo auctor de este libro*, y en las cuales fundamos ya nuestra conjetura de que el *Lisuarte* era obra de Feliciano, pudieran tambien aludir al sábio Alquife, que pasa por autor de uno y otro libro.

(2) «Este que viene, dijo el Barbero, es *Amadís de Grecia*, y aun todos los deste lado, á lo que creo, son del linaje de Amadís.—Pues vayan todos al corral, dijo el Cura, que á trueco de quemar á la reina Pintiquinestra y al pastor Darinel, y á sus églogas y á las endiabladas y revueltas razones de su autor, quemara con ellos al padre que me engendró, si anduviera en figura de caballero andante.» (Parte I, cap. VI.) De estas palabras del Cura pudiera inferirse que las églogas del pastor Darinel se hallaban en la primera ó segunda parte del *Amadís de Grecia*; pero no es así, pues están, como mas adelante se verá, en la tercera y cuarta del *Florisel de Niquea*.

(3) En 1535 Silva dió á luz una continuacion de la *Celestina* con el siguiente título: *La segunda comedia de la famosa Celestina, en la qual se trata de la resurrection de la dicha Celestina, y de los amores de un caballero llamado Felides: y de una donzella de clara sangre llamada Polandria, etc.*; 4.°

Parece, segun unos apuntes manuscritos que obran en nuestro poder, que escribió además otras obras de entretenimiento, y aun de *burlas*, como entonces llamaban las poesías algun tanto procaces y obscenas en que se divertian algunos de nuestros mejores poetas.

isla de Silanchia, con el cual el de la Ardiente Espada se combate, saliendo, como es natural, vencedor, y matando al gigante, todo por libertar á la reina Miraminia y á su hija la infanta Lucela. Prosiguiendo sus aventuras el buen doncel, se bate, sin conocerle, con su abuelo Esplandian, que pretendia tener derecho á la montaña Defendida, y mas adelante llega á la isla de Argenes, en cuyo castillo su padre Lisuarte, Perion de Gaula, el emperador de Trapisonda y el príncipe Olorius de España estaban hacia años encantados por Zirfea, reina de aquella region.

A esta sazon la giganta Mafaldea, hija del jayan de la Ciclada Mayor, se presenta en Fenusa, corte del buen rey Amadís de Gaula y de Bretaña, á pedir favor contra el gigante Mascaron. Amadís, abandonando como un calavera sus estados, sale en busca del traidor, pelea con él y con un cormano suyo, y está á punto de ser vencido por ellos dos, cuando la oportuna llegada del de la Ardiente Espada y de Gradamarte le sacan del gran peligro en que voluntariamente se habia metido. Desde allí pasa á la isla Bermeja, y combatiéndose con Gadalfe, saca de la prision á Galeote y á Madasima, su mujer, padres del gigante Balan.

En Roma, Arquisil, marido de Leonoreta, y su hijo Dinarpio son muertos á traicion por el duque de Bullon, el cual se hace coronar emperador, formando luego liga con el rey de Francia. Por su parte Amadís de Gaula, deseando vengar la muerte de su cuñado y sobrino (Leonoreta era hermana de Oriana), forma alianza ofensiva y defensiva con los reyes de Nápoles y de Sicilia, como tambien con don Brian de Monjaste, rey de España, quien le envia una poderosa hueste al mando del conde de Mérida, y además dos hijos suyos, Brimartes y Olorius, caballeros muy preciados y conocidos por todo el mundo. Unese á ellos el de la Ardiente Espada, que ya á la sazon se hacia llamar Amadís de Grecia, y en una gran batalla es derrotado el ejército contrario, muriendo el rey de Francia á manos del héroe. El rey de Sicilia, Norandel, es puesto en el trono vacante, y los franceses se unen á los españoles para hacer la guerra al de Roma y sus alemanes. En otra batalla junto á Maquença (*Mayence*) el Emperador es vencido y muerto por Amadís.

Concluye la primera parte, de las dos que tiene la historia, con una lamentacion del bueno de Feliciano, tan enmarañada y oscura, y escrita en estilo tan anfibológico y altisonante, que con dificultad se entiende. Refiere en ella un sueño que tuvo, en que la dama de sus pensamientos se le aparece y le consuela, diciéndole que bien sabia que una de las causas por que habia sacado tan al natural los amores de aquellos caballeros, Lisuarte, Perion y Amadís de Grecia, no era otra sino la experiencia de los que por su causa pasaba, y por último, le revela y declara que el resto de la historia lo hallará en una cueva que se llama *los palacios de Hércules*, metida en una caja de madera, en un lado de la pared, donde al tiempo de la destruccion de España fué escondida, para que no se perdiese la memoria de tan insignes hechos (1).

Comienza la segunda parte de este libro algo menos monótona y fastidiosa que la primera, contando cómo el hijo de un soldan de Babilonia, llamado Zayr, se enamora en sueños de la infanta Onoloria, y llega á Trapisonda á requerirla de amores. Onoloria, segun arriba queda dicho, era madre de Amadís de Grecia, y por consiguiente esposa de Lisuarte, quien no habia tenido aun por conveniente declarar su desposorio, y así es que, tanto él como Perion continuaban en la corte de Trapisonda, haciendo el amor á sus respectivas infantas, de noche y por la reja. Urganda la Desconocida, que siempre fué amiga y favorecedora de Amadís y sus descendientes, temiéndose alguna traicion por parte del enamorado Zayr, se presenta en la corte del Emperador, resuelta á declararle el casamiento de las dos infantas; mas Zirfea, reina de Argenes, otra maga muy sabidora, que desamaba mucho al Emperador y á todos los de su linaje, pidiéndole á Lisuarte su espada, se la pasa á Urganda por los pechos, y la deja encantada en una silla rodeada de fuego, á vista del real palacio. Zayr, continuando su demanda, logra que el Emperador le otorgue la mano de su hija, la cual, viéndose en tal aprieto, no tiene mas remedio que revelar al padre el secreto de su casamiento. El Emperador, irritado, la manda prender, así como á Lisuarte, y los dos son juzgados y sentenciados á muerte, á no presentar dentro de un breve plazo dos caballeros que

(1) Como en toda esta primera parte no se hace mencion alguna de Perion ni de sus amores, y mucho menos de los de Lisuarte, preciso es que Feliciano de Silva aluda al libro de *Lisuarte de Grecia*, que con fundamento bastante puede atribuírsele, segun ya dijimos en otro lugar. Véase la nota 1, pág. XXXI. La lamentacion empieza así: «Cansado y quebrantado de mi gloriosa y excelente pasion de amores, aunque no harto de padecella por la causa que mas me obliga, y tanto, que muchas veces del dios de Amor me quexo porque puso tanta gloria donde habia de faltar con tantos quilates la pena;» etc. Sigue despues el *Sueño*, concebido y expresado en los mismos términos.

con las armas mantengan su inocencia contra los hermanos del rey de Egipto. A la hora crítica se presentan Fulurtin, hijo del rey Magaden, y un caballero desconocido (que despues resulta ser la infanta Gradafilea), á hacer armas en favor de los acusados, y siendo sus contrarios vencidos, quedan Lisuarte y Onoloria libres de todo procedimiento.

Durante este tiempo Amadís de Grecia andaba por Italia y Alemania enamorado de la infanta Lucela, hija del rey de Sicilia. Sospechando que don Brimartes, el hijo de don Brian de Monjaste, abrigaba los mismos amores, le sigue hasta medir sus fuerzas con él, si bien el rey de Bretaña y Gaula (Amadís) llega á tiempo de cortar su batalla y de hacerlos amigos, descubriéndose el uno al otro el secreto de sus amores. Niquea, princesa de Tébas, se enamora del caballero de la Ardiente Espada, y le escribe una carta, que hace efecto; mas á esta sazon Zirfea, la reina de Argenes, enemiga encarnizada del de Grecia, hace que Anastarax, el hermano de Niquea, se enamore de ella, y despues los encanta á ambos dentro de una cámara de cristal, llamada el *paraíso de Niquea*.

Lisuarte, libertado, como hemos visto, por Gradafilea, llega á Constantinopla, y contando á su padre Esplandian el suceso de su prision, este resuelve vengar el ultraje hecho á su nombre, para lo cual reune todos los príncipes y reyes de su familia, con ánimo de marchar con ellos sobre Trapisonda. Seguia la infanta Onoloria en su prision, donde parió secretamente una hija, que entregada por su doncella Brisa á un escudero viejo y codicioso, es por este llevada á Alejandría, y allí vendida al soldan de dicha region. Zayr se apodera por traicion del Emperador y de toda su familia, y se los llevaba ya por la mar á sus estados, cuando sobreviniendo la flota de los griegos, que iba contra Trapisonda, es Zayr muerto por Lisuarte, y rescatado el Emperador y toda su familia; hechas las paces entre los dos emperadores, Lisuarte casa con Onoloria y Perion de Gaula con Gricileria.

Abra, princesa de Babilonia y hermana de Zayr, aunque enamorada desde un principio de Lisuarte, le envia un desafío, como tambien lo hace Zahara, «reina de Caucaso (1), señora de las altas cumbres de la tierra, y sojuzgadora de las grandes provincias sarmatas, corcas, hircanas y masagetas.» Llegan á la corte del emperador Esplandian, y verifícase la batalla de este y de Zahara, la cual es vencida. A todo esto, Amadís de Grecia proseguia sus peregrinaciones por tierras incógnitas, deshaciendo encantamientos, matando gigantes y llevando á cabo las mas extrañas aventuras; todo por amor de la infanta Lucela. Llega, por último, á Constantinopla, donde, por industria de Abra, desafia á su padre Lisuarte sin conocerle, peleando ambos á vista de la silla ó trono donde Urganda la Desconocida estaba, segun hemos visto, encantada, con la buena espada de Esplandian metida por los pechos. Despues de diez horas de combate, la espada de Amadís de Grecia salta en dos pedazos; Lisuarte, viéndole indefenso, avanza contra él, y Amadís, desesperado, arranca del pecho de Urganda la espada que allí tenia clavada, con lo cual el encantamiento queda deshecho y el padre y el hijo se reconocen mútuamente, con gran satisfaccion y alegría de todos los circunstantes. Poco despues padre é hijo, víctimas de una traicion, son presos por unos jayanes y libertados por la reina Zahara. Zirfea, reina de Argenes, viendo que todo su poder era en vano, hace las paces con Urganda y con su marido, el sábio Alquife, y juntos labran el *palacio del Universo*, despues de haber ido á visitar la gloria de Niquea, ó cámara de cristal donde esta princesa y su hermano Anastarax continuaban aun encantados; mas por mano de Amadís de Gaula, quien en una reñida batalla vence y mata á Monton de la Liza, guardian de los príncipes, queda deshecho aquel terrible encantamiento, y convertido el paraíso de Niquea en *infierno de Anastarax*. Niquea, prendada del de Grecia, le envia una carta con su enano Busendo, requiriéndole de amores, y el galante caballero, á pesar de su pasion constante por Lucela, se deja seducir por las gracias de la infanta. Disfrazado de doncella, hace que unos mercaderes le vendan al Soldan bajo el nombre encubierto de Nereida; penetra así en el aposento de Niquea y se da á conocer de ella. En esto un rey de Tracia, enamorado tambien de esta princesa por la sola vista de su retrato, se presenta en la corte del Soldan, y con ayuda de un mágico, llamado Estivel de las Artes, toma la figura de Amadís de Grecia, y se introduce en su cámara de noche; mas descubierto el enredo por el verdadero amante, le acusa y desafia ante el Soldan, y siempre bajo el nombre supuesto de Nereida, le vence y le mata.

Muere á poco el honrado emperador de Trapisonda, padre de Onoloria, la cual, con la noticia que le traen unos mercaderes de que su hijo Amadís de Grecia ha sido muerto en Niquea por la doncella Nereida, espira poco despues, de puro dolor y sentimiento, al paso que Lucela se mete

(1) En algunas ediciones se lee *Cancaso*, sin duda por descuido de los impresores. LC.

monja en el convento de Miraflores. Abra, al frente de un poderoso ejército, pone sitio á Trapisonda; acuden en defensa de la ciudad la emperatriz Axiana, Lisuarte y la doncella Nereida (Amadís), siendo aquella reina vencida, si bien al poco tiempo hace las paces con Lisuarte, ya viudo, y casa con él. Andando Amadís por la mar, se encuentra con una flota, en que iba la reina Zahara, deseosa de vengar su muerte; descúbrele sus amores con Niquea, y por industria suya logra robarla de su palacio y llevarla á su galera. Llega en tanto á oídos de Lucela la deslealtad de su amante, á quien creia muerto, y le escribe una carta de quejas, á la cual el galan contesta disculpándose y haciendo mil protestas. Urganda y Zirfea meten en el palacio del Universo á Amadís de Grecia con su padre Lisuarte, su abuelo Esplandian, su bisabuelo Amadís de Gaula, y toda su parentela, y los dejan allí encantados hasta que, andando el tiempo, hayan de ser libertados por don Florisel, hijo de Amadís y de la infanta Niquea.

No termina aquí esta larguísima historia, sino que introduciendo el autor á Silvia y á Darinel, pastores de Alejandría, refiere en unos cuantos capítulos cómo don Florisel se hizo tambien pastor por seguir á Silvia, de quien estaba enamorado, y resulta ser mas tarde la hija de Lisuarte y de Onoloria, vendida en Alejandría por el infiel escudero á quien su madre la habia confiado, y por consiguiente, hermana de Amadís de Grecia.

No contento Feliciano de Silva con el aplauso y nombradía que debieron valerle sus dos libros anónimos de *Lisuarte de Grecia* y *Amadís de Grecia*, puesto que en veinte y cinco años salieron á luz cuando menos cuatro ediciones distintas de la primera y dos de la segunda, acometió la colosal empresa de proseguir la historia de las hazañas del buen Amadís y sus descendientes hasta la sexta generacion. Qué tal debió ser su intencion, aun antes de concluir su *Amadís de Grecia*, lo prueba suficientemente el hecho de que, en lugar de imitar á su predecesor y rival, el bachiller en cánones Juan Diaz, poniendo fin á la larga y honrosa carrera de aquel caballero andante, prefirió dejarle en el número de los vivientes, abriendo así la puerta á nuevas combinaciones novelescas, y prosiguiendo la historia de los hijos, nietos y biznietos del caballero de la Ardiente Espada.

En seis libros pues, comenzados en 1532 y terminados en 1546, la fértil pluma del buen Feliciano de Silva dió al mundo una larguísima série de historias caballerescas, que constituyen y forman, segun la clasificacion bibliográfica mas comun, los libros *décimo*, *undécimo* y *duodécimo* (1) de la gran familia de Amadís. Pero son tantas las partes de que se compone aquella extensa y prodigiosa narracion, tan extraños y enmarañados sus títulos, tan difícil el verlas todas reunidas para poderlas comprender y apreciar; y por otra parte, tantos y tan de bulto los errores cometidos, aun por los escritores mas entendidos en la materia, que bien se necesita el hilo de Ariadna para salir de tan intrincado laberinto. Sin perjuicio, pues, de las noticias insertas en el *Catálogo razonado*, puesto al fin de este *Discurso*, nos ha parecido conveniente dar aquí cuenta al por menor, y razon circunstanciada de las tareas literarias del célebre caballero extremeño, el mas fecundo y prolífico, sin disputa, de cuantos escritores cultivaron, en el siglo de oro de nuestra literatura, la novela caballeresca.

Principió Silva escribiendo la *Coronica de los muy valientes y esforzados é invencibles caballeros don Florisel de Niquea y el fuerte Anaxartes, hijos del muy excelente Principe Amadís de Grecia, etc.*, que consta de dos partes, y que, segun ya dijimos, se imprimió por primera vez en Valladolid, á 10 dias del mes de julio de 1532, á costa de Juan Espinosa, librero, y de Nicolás Tierri, impresor. Era don Florisel, segun hemos visto, hijo de Amadís de Grecia y de la infanta Niquea, y ya, cuando apenas contaba doce años, habia mostrado su valor y gentileza, enamorándose de la pastora Silvia, siguiéndola en hábito de pastor y bajo el nombre supuesto de Laterel Silvestre (2), y por último, matando por defenderla, en los bosques de Babilonia, á dos caballeros. En este libro, pues, prosiguió Feliciano, con su acostumbrada inventiva y no escasa tramoya, las aventuras del Doncel, así como las del príncipe Anaxartes y la infanta Alastraxerea, hijos tambien de Amadís de Grecia, habidos á guisa de encanto en la reina Zahara. Silvia, obsequiada á un tiempo del pastor Darinel, de Garinter, hijo de la linda Axiana y del emperador Lucencio, y por último, de don Florisel, no entrega su corazon á ninguno de los tres, mas se enamora fuertemente de Anastarax, el hermano de Niquea, quien, despues del desencantamiento de esta, y el cambio de *gloria* en *infierno* verificado en su estancia, es al fin libertado por industria y valor de la misma

(1) Mas adelante probarémos que el doceno libro de Amadís, ó sea *Don Silves de la Selva*, no es, como se ha creido hasta aquí, obra de Feliciano de Silva.

(2) *Amadís de Grecia*, cap. CXXXII.

Sílvia. Don Florisel lleva á cabo la aventura del espejo de amor, y otra de *la tienda y contienda de los cuatro hermanos en la ciudad de Apolonia*, que habian ya antes probado en vano el rey de España, don Brian de Monjaste, y otros preciados caballeros; dando, por fin, cima á otra no menos peligrosa y temible, la del palacio del Universo, donde yacian de largo tiempo encantados, por industria de Urganda, Alquife y Zirfea, tres magos reunidos, Amadís de Gaula y hasta diez príncipes y reyes de su parentela. Figura en la historia una Elena, princesa de Francia é infanta de Apolonia, la cual, enamorada de don Florisel, es conducida á Constantinopla. Habíala su padre Brimartes prometido en casamiento á don Lucidor de las Venganzas, «príncipe universal de Francia» y hermano de Lucela, el cual, deseoso de vengar el insulto hecho á su honra, se prepara á cercar á Constantinopla con todo el poder de Francia y Apolonia, llevando por auxiliares á la reina Zahara con sus dos hijos, Anaxartes y Alastraxerea, al rey de España Brimartes, con todas las fuerzas de España, Nápoles y Venecia, y á muchos jayanes y reyes paganos, enemigos de la religion y de la casa de Grecia. Témese por todos una segunda guerra troyana, tan larga y desastrosa como la primera, aunque esta vez es Constantinopla la amenazada, juntándose para su defensa Amadís de Gaula, con sus paladines don Cuadragante, don Galaor y don Florestan, el emperador de Roma Arquisil y don Falanges de Astra, gran amigo de Florisel. Este último era hijo de don Gradamarte, que lo hubo en Iris, mujer del rey Trisis. Tambien acuden allí Anastarax y su hermana Niquea, Zahir, soldan de Babilonia, y otra multitud de caballeros, ya mencionados en los libros anteriores, y que, como casi todos los individuos de esta alcurnia andantesca, parecen gozar del privilegio de ser inmortales mientras sus nombres y personas pueden hacer al caso. En una série no interrumpida de batallas á cual mas reñidas y sangrientas, dadas bajo los muros de aquella gran ciudad, y descritas por Feliciano de Silva con la precision y escrupulosidad de un maese de campo; despues de infinitos razonamientos, arengas y desafíos, y en particular el de Sizirfan, rey de los escitas, don Frises de Lusitania, y diez y ocho reyes paganos, con Amadís de Grecia, don Florisel y diez y nueve caballeros mas de su bando; de otro que por el propio estilo hubo entre el rey de Tiro y el buen Amadís de Gaula, los griegos son vencidos en una gran batalla por la traicion de Breo, rey de Ruxia, que en lo mas crudo y encarnizado de la pelea se pasa al enemigo con todas sus fuerzas, cayendo Esplandian prisionero en manos de la infanta Alastraxerea, y siendo muertos don Florestan, rey de Cerdeña, el emperador de Roma Arquisil, con sus dos hijos, y otros muchos caballeros de fama. Despues de esto se hacen las paces, y don Lucidor, dejando á Elena, casa con Leonorina, hija de Esplandian, emperador de Constantinopla.

No termina aquí esta larguísima y pesada historia, sino que en ella se prosiguen las aventuras de Amadís de Grecia con un nuevo personaje, la encantadora Armida, así como las del fuerte Anaxartes, preso de amores de la infanta Oriana; las de don Florisel y don Falanges en la ínsola de Guindaya, con su reina Sidonia; la de Zahir con un caballero loco, y otras varias que seria muy largo enumerar (1). Reunidos, por último, todos estos príncipes y princesas en Constantinopla á son de campana, y como si antes hubieran sido citados, se efectúan las bodas de don Florisel con su señora Elena, de su padre Amadís de Grecia con Lucela, de don Falanges de Astra con Alastraxerea, de Anaxartes con Oriana, de Zahir con Tembria, y del emperador de Roma con la duquesa Armida, acudiendo allí á casarlos nada menos que un legado del sumo Pontífice.

Murió en esto Zirfea, reina de Argenes, que hasta entonces se habia ocupado en consignar los notables hechos y acendrados amores de tanto príncipe y caballero, sucediéndola en el cargo de cronista primeramente el sábio Filastes Campaneo, y despues el no menos sábio Galersis, cuyos escritos vinieron á parar á manos del caballero extremeño. Muy pronto dió este á luz una tercera parte con el título de *Chronica del muy excelente principe D. Florisel de Niquea, en la qual se trata de las grandes hazañas de los excellentissimos principes D. Rogel de Grecia, y el segundo Agesilao, etc.* Fué Rogel de Grecia hijo de don Florisel y de la reina Elena, al paso que Agesilao, llamado *el segundo* para distinguirle de otro Agesilao de Colcos, tambien hijo de don Florisel y de Elena, lo fué de don Falanges de Astra, cuyas prodigiosas aventuras se refieren en esta obra, si cabe mas disparatada aun que las anteriores, formando el libro llamado *Onceno de Amadís* (2).

(1) De una intriga amorosa que don Florisel hubo con Arlanda nació el doncel don Florarlan, que figura mucho en los libros siguientes.

(2) Dedicóla su autor á don Francisco de Zuñiga de Sotomayor, duque de Béjar y de Bañares, señor de la Puebla de Alcocer con todo su condado, y de las villas de Lepe, Zurel, Burguillos y Capilla, y justicia mayor de Castilla.

Algunos años despues publicaba Feliciano de Silva la *Cuarta parte de don Florisel de Niquea*, dividida en dos libros, en el segundo de los cuales trata largamente de los amores de don Rogel y de la bella Archisidea, y de los de Agesilao y Diana, hija de la reina Sidonia, que la criaba con el mayor esmero en la ínsola de Guindaya. Dedicó Silva esta su obra, continuacion del *libro onceno de Amadís*, á la reina doña María, hija de Cárlos V. En un extenso proemio, dirigido á aquella ilustre princesa, enumera Silva las hazañas militares del Emperador, y principalmente la campaña contra los luteranos de Alemania y su caudillo el elector de Sajonia en 1547, deduciéndose de algunas de sus expresiones que en esta cuarta parte del *don Florisel* su autor se propuso celebrar, á manera de alegoría, las virtudes militares y domésticas del ínclito Emperador (1).

En esta cuarta parte, y no en ninguna de las anteriores (2), es donde Feliciano hizo la notable innovacion á que ya hemos aludido (3), introduciendo, á mas de algunas poesías sueltas, como romances, quintillas y otros versos cortos, las églogas que él llama *bucólicas* (4), y á que tan aficionado se mostró el buen hidalgo manchego en su plática con el caballero del Bosque (5).

Tambien pasa comunmente Feliciano de Silva por autor del *Don Silves de la Selva*, ó *doceno libro de Amadís*, aunque, como mas adelante verémos, no lo fué él, sino Pedro de Lujan ó Luxan, autor del *Lepolemo* y de los *Colloquios matrimoniales*. Imprimióse el *Don Silves* en Sevilla en 1546 y 1549, ambas veces por Dominico de Robertis, célebre tipófrago de aquella ciudad, traduciéndose luego al italiano, y mas tarde al francés.

Del autor de tanto libro caballeresco como acabamos de examinar hay escasas noticias. Sabemos que fué paje de don Juan Alonso de Guzman el Bueno, sexto duque de Medina-Sidonia, y que por los años de 1540 estaba en Sevilla al servicio de aquel magnate. Pedro Barrantes Maldonado, autor de una crónica de la casa de Niebla, que en este momento se imprime bajo los auspicios de la Real Academia de la Historia, añade que, vísperas de Santa Ana, pasando la duquesa de Medina-Sidonia, doña Ana de Aragon, por la puente de Sevilla, fué precipitada en el rio con toda su comitiva, de resultas del hundimiento repentino de aquella. Ahogáronse en esta ocasion catorce doncellas y dueñas de la Duquesa, y esta hubiera tenido igual suerte, á no haber Silva llegado hasta ella nadando, y asídola de una de las mangas, dando así tiempo á que un barquero la recogiera en su esquife. Fué natural de Ciudad-Rodrigo, y si hemos de dar fe al testimonio de don Diego Hurtado de Mendoza en su ingeniosa crítica del capitan Salazar, conocida con el nombre de *Carta del Bachiller de Arcadia*, vivió desahogado y aun rico con el producto de sus numerosas obras, ofreciendo singular contraste con la pobreza y desnudez del que medio siglo despues aniquilaba y destruia con su punzante sátira todo aquel linaje de libros (6). Tuvo un hijo, llamado Diego, que, despues de servir en los ejércitos del Emperador, se embarcó para Tierra-Firme, y murió como bueno en una batalla contra los indios de aquella region.

(1) «Mas con la condicion que lo vivo á lo contrahecho puede tener, en virtud de la fe que al servicio de su Majestad y vuestra Alteza tengo, usando de tal atrevimiento, quiero en esta soberana imágen de la fortaleza cesarea tractar un poco de su dibujo, con los colores y oscuridades, claros y lexos que yo supiére, para dezir con lo menos algo de lo mas;» etc.

(2) Véase lo dicho anteriormente, pág. XXXI, nota 2.

(3) Ya en el primer libro de la *cuarta parte* habia Feliciano de Silva ingerido bastantes poesías, como dos romances traducidos del griego en el capítulo XII, una bucólica en el XIII, unas décimas en el XVII, varios epigramas y otro romance en el XLVIII, y otras muchas mas. Pero donde mas hay es en el segundo libro, donde, en el capítulo XXXVII, inserta una égloga (bucólica) entre dos pastores, Archileo y Laris, y varios certámenes ó torneos poéticos á guisa de los que Montemayor acababa de introducir en su *Diana*.

(4) «Va escripta en el estilo que me pareció que se debia para ser vista de tan alta y sapientisima princesa, y juntamente *mi edad demandaba*, y á esta causa no tiene burlas, que bien mirado lo puedan ser; mas sirven de metáphoras para sacar las veras de la hystoria, que para solo la invencion del cuento. Tocanse en la hystoria algunas *bucolicas*, á la forma de verso de España, y sonetos y epigrammas en verso endecasilabo, por haber sabido serles vuestra grandeza aficionada;» etc.

(5) «Y quisiera yo que vuestra merced le hubiera enviado, junto con *Amadís de Gaula*, al bueno de *Don Rugel de Grecia;* que yo sé que gustara la señora Luscinda mucho de Daráida y Garaya, y de las discreciones del pastor Darinel, y de aquellos admirables versos de sus bucólicas, cantadas y representadas por él con todo donaire, discrecion y desenvoltura.» (*Don Quijote*, parte I, cap. XXXIV.)

(6) Hay un pésimo soneto suyo en alabanza de una obrita intitulada: *Dialogos de Diego Nuñez de Alua de la vida del soldado, en que se quenta la conjuracion y pacificacion de Alemania, con todas las batallas, recuentros y escaramuzas que en ello acontecieron en los años de* 1546 y 1547, *y juntamente se describe la vida del soldado*. Cuenca, por Juan Alonso de Tapia, 1589, 4.° En este libro pues, de que debe haber una edicion

En cuanto á su estilo, del que tanto se ha hablado, no es siempre el mismo. Natural y sencillo, aunque desaliñado é incorrecto, en el *Lisuarte* y en el *Amadís de Grecia*, se convierte en pretencioso y amanerado en el *Florisel*, hasta el punto de parecernos suave y amistosa la sangrienta crítica del inmortal Cervántes. No creemos exagerar al decir que hay pasajes de este libro, principalmente en la *tercera* y *cuarta* partes, que materialmente no se entienden, y que necesitarian acaso de un comentador tan diligente como de Góngora lo fué don José de Pellicer, para comprender muchas de las endiabladas razones y enmarañados retruécanos de su autor.

Tuvo Rogel de Grecia en Archisidea, emperatriz de Constantinopla é hija del gran Can Aquilidon, un hijo, llamado Esferamundi, del cual el italiano Mambrino de Roseo, traductor de casi todos los libros de Amadís antes citados, publicó una larguísima historia, dividida en cinco partes, declarando haberla hallado escrita en castellano, y trasladado á su idioma natal. Pero aunque varios sugetos, y entre ellos nuestro entendido y respetable amigo don Agustin Duran, aseguran haber visto en castellano las dos primeras, nadie, que sepamos, ha dado puntual noticia del libro castellano, si es que ha existido, y la opinion mas comun es de que las inventó Roseo, á quien habrán igualmente de atribuirse las demás.

Las mismas dudas nos asaltan relativamente á otro libro de caballerías, intitulado *Penalva*, de que trata nuestro don Nicolás Antonio (1) en el tomo II, pág. 404 de su *Bibliotheca Nova*, diciendo contenia el fin y remate de la carrera caballeresca de Amadís, y atribuyéndole á un escritor portugués. No es del todo improbable la noticia, si se toma en cuenta que aunque Juan Diaz, el autor del *Lisuarte*, dejó ya muerto y enterrado, segun hemos visto, á Amadís de Gaula, indignado Feliciano de Silva, le volvió á resucitar en su *Amadís de Grecia*, haciéndole despues asistir á las altas proezas de su rebiznieto Florisel de Niquea y sus descendientes, motivando así la nueva defuncion del héroe, de que echaria mano el escritor portugués, haciéndole despues morir á manos de un caballero de su nacion.

Antes de dejar esta materia, y para evitar á nuestros lectores y á los aficionados á este género de libros el ímprobo trabajo de clasificar, segun su descendencia, no solo la vastísima prole del de Gaula, sino tambien algunos de los muchos personajes que figuran en sus cuatro libros, y á los que se hace continua referencia en nuestros poetas y novelistas de los siglos XVI y XVII, nos ha parecido conveniente figurar aquí un árbol genealógico de aquellos, para mayor claridad de lo que va expuesto y declarado.

anterior, puesto que en la licencia para imprimir, dada en Madrid á 18 de marzo de 1588, se dice expresamente habia sido *ya antes impreso*, se encuentra el siguiente

Soneto

DE FELICIANO DE SILVA, EN LOOR DEL AUCTOR, CON UNA BREVE RESPUESTA DEL AUCTOR ABAXO, EN PIÉ Y MEDIO.

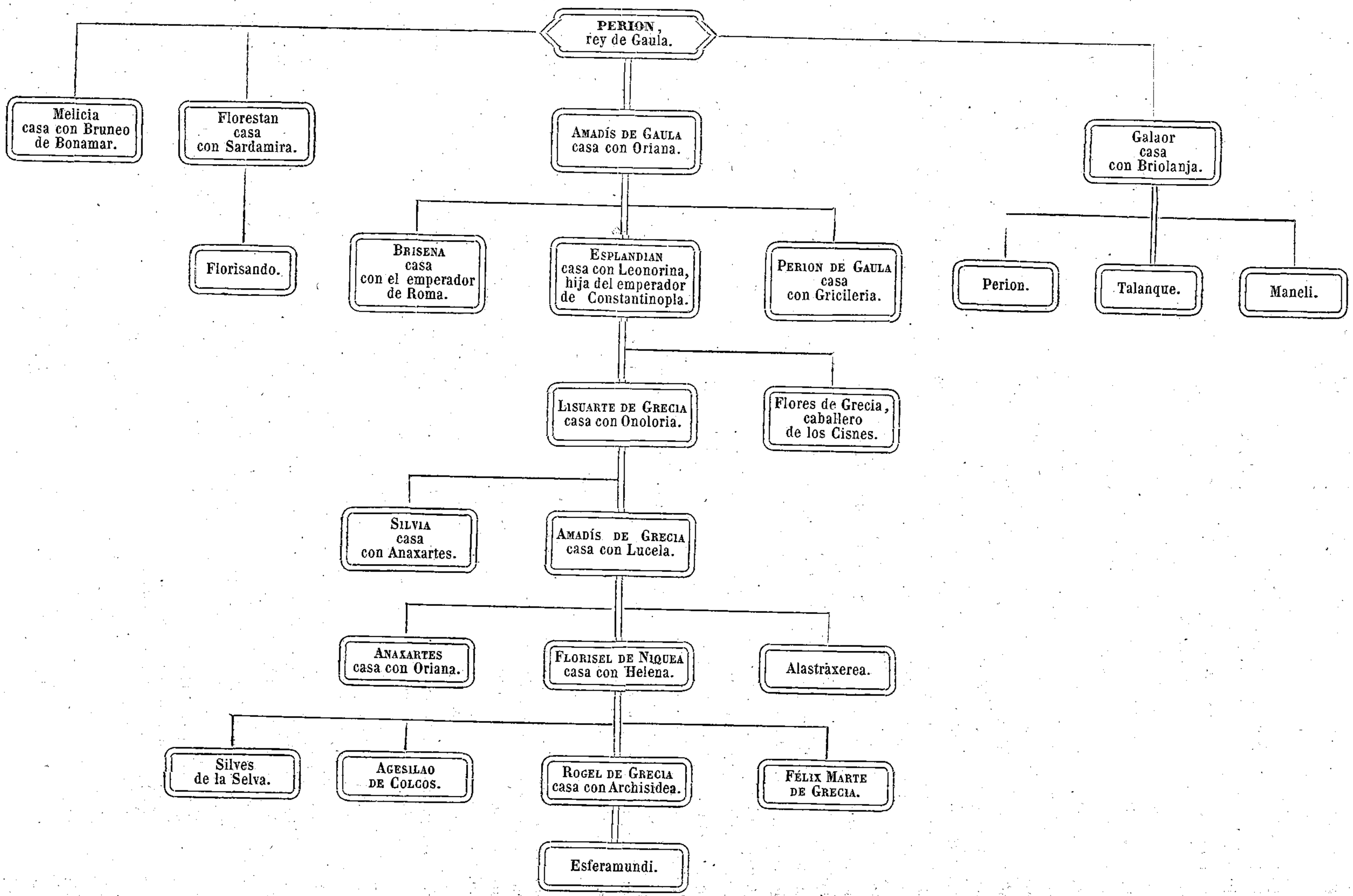
A sido no pequeña diferencia,
Si al que gloria por armas a alcanzado
Yguala el que los hechos a historiado
Y dió immortalidad con su cloquencia;
Mas, o Nuñez, que ya con excelencia
La pluma con la lanza as ygualado,
Y filos una en otra en tí an tomado
De valor y saber con experiencia,
Las hazañas de Caesar, que escrebiste,
Y que de sus exércitos narraste,
Con tu eloquencia, tal para su gloria,
En el valor que á todos les pusiste,
La lança con la pluma que ygualaste.
Siempre te dexaran clara memoria.

Respuesta.

Con tus obras
Suples lo que en saber falta
A mis obras.

Si, como anteriormente hemos dicho, escribió el *Lisuarte de Grecia*, y este se imprimió en 1525, Silva alcanzó larga carrera literaria, puesto que en 1551 se ocupaba aun en imprimir la *cuarta parte* del *Florisel de Niquea*.

(1) Es el único escritor que, aunque de una manera harto vaga, menciona este libro, que, supuesta la existencia, muy dudosa, del *Esferamundi* castellano, pudiéramos llamar, segun el sistema ya enunciado, *libro catorceno de Amadís;* pero como Barbosa Machado, tan interesado en apurar esta cuestion, nada dice de él, nos contentarémos con consignar aquí el hecho, dejando á otros el cuidado de investigar el grado de certeza que pueda tener la noticia.


PERION, rey de Gaula.
Melicia casa con Bruneo de Bonamar.
Florestan casa con Sardamira.
Florisando.
Amadís de Gaula casa con Oriana.
Brisena casa con el emperador de Roma.
Esplandian casa con Leonorina, hija del emperador de Constantinopla.
Perion de Gaula casa con Gricileria.
Lisuarte de Grecia casa con Onoloria.
Flores de Grecia, caballero de los Cisnes.
Silvia casa con Anaxartes.
Amadís de Grecia casa con Lucela.
Anaxartes casa con Oriana.
Florisel de Niquea casa con Helena.
Alastràxerea.
Silves de la Selva.
Agesilao de Colcos.
Rogel de Grecia casa con Archisidea.
Félix Marte de Grecia.
Esferamundi.
Galaor casa con Briolanja.
Perion.
Talanque.
Maneli.

§ 4.º

Los Palmerines. — El de Oliva. — Primaleon. — Platir. — Flortir. — Palmerin de Inglaterra. — Pruebas de su orígen español. — Don Duardos de Bretaña. — Don Clarisel.

Al mismo tiempo que la historia de Amadís y sus descendientes proporcionaba solaz y entretenimiento á numerosos lectores, las proezas y hazañas de otra familia de caballeros andantes, no menos célebre y dilatada, ocupaban la pluma de varios escritores, ansiosos de adquirir honra y provecho. Queremos hablar de la conocida generalmente con el nombre de *los Palmerines*, cuya primera parte se imprimió en 1511 (1), y se repitió en ocho ediciones diferentes antes de concluir el siglo. Pigmaleon ó Primaleon, rey de Macedonia, tuvo un hijo y una hija: Florendos, padre de Palmerin de Oliva, y Arismena. El de Oliva fué emperador de Grecia y casado con Polinarda, hija del emperador Trineo, en quien hubo á Primaleon, sucesor de su imperio, y á Polendos, rey de Tesalia. Tambien tuvo una hija, llamada Flérida, que casó con don Duardos, rey de Inglaterra. Hijos de don Duardos fueron Palmerin de Inglaterra y Floriano del Desierto. El primero casó con Polinarda, hija de Primaleon y hermana de Platir, y este último tuvo un hijo, llamado Flortir, de todos los cuales hay libros escritos, con la historia de sus maravillosas hazañas y nunca vistos amores.

Ni en la edicion de 1511 ni en las que despues se hicieron se declara quién fuese el autor del *Palmerin de Oliva*, si bien en el prólogo al *Primaleon* se dice terminantemente ser uno y otro obra de un mismo ingenio (2), y en el colofon á la citada edicion de 1524 se añade que ambos libros, el *Palmerin* y el *Primaleon*, «fueron trasladados del griego en nuestro lenguaje castellano, é corregidos y emmendados en la muy noble cibdad de Ciudarrodrigo, por Francisco Vazquez, vezino de la dicha ciudad.» Mas, á pesar de esta aseveracion terminante, existe la tradicion (3) de que si no el *Palmerin*, el *Primaleon*, al menos es obra de una dama natural de Augustobriga; tradicion que se halla ya recogida y consignada en 1534 por Francisco Delicado, el corrector del *Amadís*, quien por el dicho año publicaba en Venecia una magnífica edicion del *Primaleon*. Así lo declara este en la introduccion ó prólogo que puso al segundo y tercero libros, elogiando mucho el estilo, invencion y demás cualidades de la autora (4). Otro tanto se deduce del contexto de seis coplas de arte

(1) No deja de ser notable que el *Palmerin* se imprimiese antes que el *Amadís*, puesto que, segun ya dijimos en otro lugar, no puede citarse edicion alguna de este último libro anterior al año 1519. Esto no obstante, de creer es que algun dia se encuentren ediciones mas antiguas.

(2) Don Nicolás Antonio (*Bibliotheca Nova*, tomo II, pág. 393) cita parte de un epigrama latino que compuso Juan Augur de Trasmiera, escritor que vivia á principios del siglo XVI, aunque sin marcar el lugar donde le halló. Dice así:

Quanto sol Lunam superat, Nebrissaque doctos,
Tanto ista Hispanos Fœmina docta viros.
. . . . . .
Fœmina composuit, generosos atque labores
Filius altisonans scripsit et arma libro.

Confiesa el docto bibliógrafo no entender este último dístico (*obscuri sensus mihi est*); pero á haber sabido que el libro de *Primaleon* es continuacion del *Palmerin*, no hubiera dejado de darle su natural interpretacion. Segun nuestro sentir, significa que el *Palmerin de Oliva* es obra de una mujer, y que el hijo de esta escribió mas tarde en otro libro, en altisonante estilo, proezas y hechos en armas; de quién, no lo declaran los versos; mas, como no es de presumir fuesen las de la madre, preciso es convenir que allí se trata de *Palmerin*, cuyas hazañas se continúan en efecto en el libro que contiene las de su hijo *Primaleon*. Por lo demás, los versos latinos arriba citados se hallan ya en la edicion príncipe de 1511, segun me lo avisa don José Fernando Wolf, bibliotecario de la Imperial de Viena.

(3) «E por esto no es de maravillar si á *Palemerin*, que los dias passados publiqué y saqué á luz en vuestro nombre, sucedió *Primaleon*, heredero y sucesor, no solamente de la casa y estado de su padre, mas aun de las hazañas extremadas en la profesion de la caballería.»

(4) «Avisandoos que quanto mas adelante va es mas sabroso, porque como *la que lo compuso era mujer, y filando el torno* se pensaba cosas mas fermosas, que dezia á la postre, fué mas enclinada al amor que á las batallas, á las cuales da corto fin.» (Prólogo al *Primaleon*.) En la introduccion al libro III, despues de advertir que la impresion que se dice de Toledo (1528) salió muy defectuosa y viciada, por haberla estampado Cristóbal Francés y corregido Cosme Damian, ninguno de los cuales habia nacido en Zocodover, añade: «Mas el defecto está en los impresores y en los mercaderes, que han desdorado *la obra de la señora Agustobrica*, con el ansia de ganar.»

En otro lugar del prólogo, y refiriéndose á esta misma edicion de Toledo, que efectivamente salió muy incorrecta y defectuosa, dice así:

«No es de maravillar si los leyentes ya no lo querian

mayor que se hallan añadidas al fin de algunas ediciones del *Primaleon*, entre las cuales hay una del tenor siguiente :

En este esmaltado é muy rico dechado
Van esculpidas muy bellas labores,
De paz y de guerra y de castos amores,
Por mano de dueña prudente labrado;
Es por exemplo de todos notado
Que lo verisimil veamos en flor:
Es de Augustobriga aquesta labor,
Que en Lisboa se ha agora estampado (1).

Las palabras subrayadas, y el nombre latino de Augustobriga, que algunos refieren á una ciudad dentro de Portugal, dieron sin duda márgen al italiano Quadrio para sentar que el *Primaleon* fué obra de una dama portuguesa, quizá de la célebre doña Bernarda Ferreira de la Cerda, autora de las *Soledades de Buçaco* (Lisboa, 1634, 8.°), que mantuvo correspondencia literaria con Lope de Vega, y á que Barbosa Machado la atribuyesé, ignoramos con qué fundamento, á Francisco de Moraes, supuesto autor del *Palmerin de Inglaterra*. Pero ninguna de las ciudades conocidas en lo antiguo con el nombre de *Augustobriga* puede razonablemente reducirse á una localidad dentro de Portugal, porque la que Plinio pone entre los Pelendones y en la Tarraconense, como dependiente del convento cluniacense, se coloca por nuestros mas entendidos anticuarios en Aldea-el-Muro, en la provincia de Soria; al paso que otra que hubo en los Vettones, en la Lusitania, y convento emeritense, es conocidamente el Villar de Pedroso, no léjos de Guadalupe, en partido de Talavera. Otra ciudad distinta de las dos anteriores señala Tolomeo con el nombre de *Augustobriga*, que mas adelante se llamó *Mirobriga*, y es, segun la opinion general de nuestros anticuarios, la misma que Ciudad-Rodrigo, en la provincia de Salamanca, á tres leguas de la frontera de Portugal. No ignoramos que Pellicer primero, y despues Salvá (2), redujeron Augustobriga á Búrgos, en Castilla; pero esta ciudad es poblacion moderna y no conocida en tiempo de romanos; y así, habrémos de dejar sentado que los dos libros de *Palmerin* y *Primaleon* fueron escritos por una señora natural de Ciudad-Rodrigo, quien quizá encubrió su nombre bajo el seudónimo de *Francisco Vazquez*, á no ser que se quiera suponer que este fué hijo suyo y continuó la obra de su madre, segun se colige de los versos de Juan Augur, ya citados.

Conviene dejar aclarado este punto, porque en el hecho supuesto de que el *Palmerin de Oliva*, y por consiguiente el *Primaleon*, son ambos obra de una portuguesa, fundan los escritores de aquella nacion el aserto, no menos gratuito, de que el *Palmerin de Inglaterra* se escribió originalmente en portugués. Punto es este que estaria aun envuelto en tinieblas, como otros muchos relativos á este linaje de libros, á no haber don Vicente Salvá probado, como mas adelante verémos, que el *Palmerin de Inglaterra* era real y efectivamente obra de escritor castellano.

A *Palmerin de Oliva* y *Primaleon* sucedió otro caballero andante de la misma familia, llamado *Don Polindo*, cuya historia, á nuestro modo de ver, debe ser la tercera en la série, puesto que fué

ver ni oyr en ninguna manera á este livro, porque os juro cierto que en todo él no hallé renglon ni razon que concertada estuviesse, ni palabra que derechamente fuesse verdadera en romance castellano. Digos que eran las letras tan trastrocadas, que habia el libro lo de dentro fuera, que parescie frisado.» Es notable este pasaje, porque así se explica por qué el texto de la edicion de Venecia de 1534 se diferencia tanto de las hechas en España, como ya lo advirtió alguno que de este libro se ocupó. Delicado creyó deber restablecer el texto del *Primaleon*, no ya consultando la primera impresion ó un texto manuscrito mas antiguo, sino introduciendo en él las variantes que su buen gusto ó su crítica le sugirieron.

Ya dijimos en otro lugar que su principal ocupacion parece haber sido corregir libros españoles para los impresores de Venecia; aquí nos cumple añadir que, segun él mismo se expresa en el prólogo del *Amadís*, fué discípulo del célebre Antonio de Lebrija, y que en la introduccion al libro tercero del *Primaleon* dice haber compuesto en castellano un libro intitulado *La Loçana* «en el comun hablar de la polida Andalucía».

(1) Ninguna de las ediciones primitivas que hemos logrado ver trae estos versos. Además el último (*que en Lisboa se ha agora estampado*) no puede aplicarse sino á una edicion hecha en dicha ciudad, y de ninguna manera á las anteriores. No hemos visto la que se cita de Medina del Campo, 1563, fólio, y en la que, segun Pellicer, se lee *en Medina* en lugar de *Lisboa*, pero si el hecho es así, todo está explicado.

(2) *Notas al Quijote*, y *Repertorio Americano*, tomo IV, pág. 41.

hijo del rey Paciano de Numidia y de la reina de Tarsi, antes casada con Polendos, hermano de Primaleon. Imprimióse este libro en Toledo en 1526, sin nombre de autor, y lo tradujo al italiano Mambrino Roseo, que ya antes habia trasladado los anteriores.

De Platir, hijo de Primaleon y sobrino de Polendos, hay tambien crónica aparte, impresa en Valladolid por Nicolás Tierry, 1533, y dedicada por su autor, que no se nombra, á don Pedro Alvarez Osorio y doña María Pimentel, marqueses de Astorga; y un italiano, á quien cita Quadrio, escribió en dos tomos una continuacion con los hechos de Flortir, hijo del emperador Platir (1).

Viene en seguida la muy célebre de *Don Palmerin de Inglaterra*, que nosotros hacemos *sexta parte* en esta série, y cuya ascendencia es como sigue: Flérida, hija de Palmerin de Oliva y hermana de Primaleon y Polendos, casó con don Duardos, hijo de don Federico, rey de Inglaterra y de una infanta de Escocia. De este matrimonio nacieron Floriano del Desierto, Pompides, que fué rey de Escocia, Daliarte, y por último Palmerin de Inglaterra. La comun opinion atribuia este libro al portugués Francisco de Moraes, aunque no falta quien haga autor de él á don Juan II de Portugal (2) ó al infante don Luis. Pellicer se contentó con negar que Moraes fuese autor del libro, apoyándose en que la version francesa, publicada por primera vez, en Leon de Francia, en 1553, decia ser hecha sobre el original castellano, y que la portuguesa no se imprimió hasta once años despues. Mas la cuestion, hasta cierto punto tan oscura y disputada como la de *Amadís*, hubiera quedado indecisa á no haber parecido una edicion castellana, primera y única, á lo que parece, del dicho libro, hecha en Toledo en 1547-8. Don Vicente Salvá, á quien la bibliografía española debe gran parte de sus adelantos en estos últimos tiempos, fué el primero que, habiendo adquirido un ejemplar de este rarísimo libro, lo dió á conocer en un extenso artículo sobre bibliografía española, antigua y moderna, en el tomo IV del *Repertorio Americano* (Lóndres, 1827, 8.°), probando que el autor de él fué el toledano Luis Hurtado (3), como se evidencia por unas octavas acrósticas puestas al fin de la dedicatoria de la primera parte. Queda pues revindicada para la literatura nacional esta *palma de Inglaterra*, como la llama Cervántes, digna de ser guardada y conservada como

(1) *La Historia dove si ragiona de i valorosi e gran gesti et amori del cavallier Flortir, figliuolo dell'Imperator Platir;* Venecia, Tramezzino, 1554-60, dos tomos en 8.° No se conoce en castellano, aunque se dice traducida de nuestra lengua.

(2) «Este libro tiene autoridad por dos cosas: lo uno, porque *él por sí es muy bueno*, y la otra, porque es fama que le compuso un discreto rey de Portugal;» dijo el cura en el juicioso escrutinio de la librería de don Quijote; y sus comentadores han agotado toda su erudicion, procurando averiguar quién fuese este rey, asegurando unos, como Pellicer, que en esto sigue á Faria y Sousa, que lo fué don Juan II; mientras otros, como Clemencin, opinan que lo fué el infante don Luis, hijo del rey don Manuel y padre de don Antonio, prior de Ocrato, que andando el tiempo disputó á Felipe II la corona de Portugal.

(3) Este Luis Hurtado imprimió mas tarde en Toledo la *Comedia de Preteo y Tibaldo*, que el comendador Perálvarez de Ayllon dejó sin concluir, juntamente con una *Egloga silviana*, continuándolas una y otra. Tambien escribió las *Cortes del casto amor*, el *Hospital de galanes enamorados*, el de las *Damas heridas de Amor*, el *Espejo de gentileza*, el *Triunfo de Amor* y las *Epístolas amorosas*. Todas estas obras, cuya mayor parte es en verso, las imprimió en Toledo en 1557, en casa de Juan Ferrer, 4.°, y en el mismo año dió á luz *Las cortes de la Muerte*, que compuso Miguel de Carvajal.

Las octavas son las siguientes, y las reproducimos en este lugar, por no hallarse impresas, que sepamos, en ningun libro, fuera del ya citado *Repertorio Americano*, que difícilmente puede ser hallado en España:

EL AUCTOR AL LECTOR.

Leyendo esta obra, discreto lector,
Si ser espejo de hechos famosos,
Y viendo aprouecha á los amorosos,
Se puso la mano en esta lauor.
Hallé que es muy digno de todo loor
En libro tan alto, en todo facundo;
Reviuen aquí los Nueve que al mundo
Tomaron renombres de fama mayor.

Aquí los passados su nombre perdieron,
Dexando la gloria aquestos presentes;
Oluido se tenga de aquellos valientes,
Viendo mirado lo que estos hicieron;
Vereyslos, lectores, en quanto subieron
Tratando las armas, en las auenturas
Obrando virtudes, dejaron ascuras
Roldan y Amadís, que ya perescieron.

Aquí Palmerin os es descubierto,
Los hechos mostrando de su fortaleza;
Leedle, pues es hystoria de alteza,
En todo apacible, con dulce concierto;
Coged con sentido en ello despierto
Todas las flores, de dichos notables,
Oyendo sentencias, que son saludables,
Robando la fruta de ajenos guertos.

Direte, lector, aqui solamente
Aqueste tratado no dexes de hauer,
Sabiendo quan poco puedes perder,
Viendo mirado el bien de presente,
La habla amorosa y estilo eloquente.
Verás las razones y gracias donosas,
Dirás no haber visto batallas famosas
Si aqueste mirares, en todo excelente.

cosa única y muy buena, y rebajado, por tanto, Moraes (1) del rango de escritor original, que le dan sus compatriotas, al de mero traductor del *Palmerin* (2).

Continuó la historia de *Palmerin de Inglaterra* Diego Fernandez de Lisboa, de quien no sabemos mas sino lo poco que de él dice Barbosa Machado en su *Bibliotheca Lusitana*, describiendo en dos partes, tercera y cuarta, las grandes caballerías de su hijo, *don Duardos de Bretaña*, llamado *el Segundo* para distinguirle de otro don Duardos, que fué padre de Palmerin de Inglaterra y de Floriano del Desierto (véase *el árbol genealógico*). Este don Duardos, ó don Duarte, fué habido en la infanta Flérida, y se crió, con otros príncipes y caballeros, en la isla Deleitosa. Las dos partes en que está dividida la historia de don Duardos de Bretaña constituyen pues, segun nuestro sistema y clasificacion, la *sétima* de los Palmerines, al paso que la *octava* (3) la componen otras dos (*quinta* y *sexta* de Palmerin de Inglaterra) que en 1602 dió á luz otro portugués, llamado Baltasar Gonzalez Lobato, de quien hacen mencion nuestro Nicolás Antonio y Barbósa Machado. En ellas se prosiguen las aventuras de don Palmerin, que, al igual de Amadís y de otros caballeros andantes, debió vivir mas años que Matusalen, puesto que se le hace correr lanzas con un biznieto suyo, llamado *don Clarisel de Bretaña*, á cuyas proezas y hazañas el libro está principalmente consagrado. Y aquí concluye esta larga série de héroes caballerescos, salidos del tronco de Pigmalion ó Primaleon, rey de Macedonia, que, á no haber sido por la amarga y severa burla de Cervántes, hubieran aun, á no dudarlo, continuado por media generacion (4); série cuyas diversas ramas hemos querido poner aquí, á imitacion de lo ya hecho con los Amadíses, para mayor claridad de lo que dejamos expuesto, y satisfaccion de los que quieran penetrar en el intrincado laberinto de tanta alcurnia caballeresca.

Pero antes de pasar á otro punto, bueno será decir algo del argumento, forma y estilo del *Palmerin de Oliva* y de *Primaleon*, los dos libros mas antiguos y mas notables de toda la série. Quienquiera que sea el autor del primero, es evidente que al dedicarle á don Luis de Córdoba, hijo del célebre don Diego Fernandez de Córdoba, señor de Baena y conde de Cabra, se propuso ingerir en él algunos de los muchos hechos de armas y esclarecidas virtudes que tanto distinguieron á los caballeros de dicha casa. Así lo declara él mismo en su dedicatoria (5), y resulta además de varios

(1) Merecen leerse los preliminares y una vida de Moraes, que puso á la edicion del *Palmerin de Inglaterra*, hecha en Lisboa en 1786, en tres tomos en 4.°, un erudito portugués, quien, al paso que niega que Moraes tuviese parte en la composicion del *Primaleon*, como algunos han creido, pretende probar que fué el verdadero autor del *Palmerin;* verdad es que ni el expresado crítico ni ningun otro de su nacion pudo tener conocimiento de la edicion castellana de 1547, y por consiguiente, es digno de disculpa en este punto. Al fin del *Palmerin* se insertan unos *Diálogos* y la *Desculpa de hums amores*, obras ambas de Moraes.

(2) La dificultad de hallar este rarísimo libro, del que tan solo conocemos el ejemplar que posee en Valencia don Pedro Salvá, hijo del bibliógrafo don Vicente, nos impide el dar razon mas circunstanciada de él. De buena gana le hubiéramos reimpreso en esta coleccion, colocándole al lado del *Amadís*, por ser uno y otro á nuestro entender los mejores entre los libros llamados de caballerías; pero no habiendo podido leer mas que la version, algun tanto alterada, que de él hizo el portugués Francisco de Moraes, hubiera parecido aventurado cualquier juicio que sobre su estilo y forma hubiéramos hecho. Baste decir que la invencion es mas natural y arreglada que cuanto en este género hizo el célebre Feliciano de Silva.

(3) Los bibliógrafos italianos dividen la série de los Palmerines en seis partes : 1.ª *Palmerino d'Oliva;* 2.ª *Primaleone;* 3.ª *Platir;* 4.ª *Polendo;* 5.ª *Palmerino d'Inghilterra;* 6.ª *Flortir;* pero, como se echa de ver por la misma descendencia, semejante clasificacion es errónea, porque Flortir fué hijo de Platir, y el libro de *Don Polindo* estaba ya impreso en 1526; á falta pues de otros comprobantes, debiéramos, y así lo hemos hecho, tomar por norma la prioridad de la impresion.

(4) No han fijado bastante la atencion los bibliógrafos que de esta materia se han ocupado en la notable rapidez con que los libros de caballerías desaparecieron del campo de la literatura. Si exceptuamos el *Policisne*, que al fin se imprimió tres años antes que el *Quijote*, y las dos reimpresiones del *Espejo de caballeros* de 1617 y 1623, bien se puede asegurar que el exterminio de dichos libros fué casi completo, y que si algun escritor meditaba composiciones en el mismo género, luego las abandonó, en vista del general disgusto, y si las llevó á cabo, no hizo tentativa alguna para darlas á la imprenta.

(5) «Y dado que las fuerzas de mi ingenio no puedan, no digo loar, pero ni en suma contar, vuestras grandes vertudes, pero por seguir la costumbre de los antiguos que en el principio puse (de celebrar en copiosas oraciónes y solenes panigemas los poderosos reyes y grandes señores para sumas cosas nacidos), cogeré como del huerto de las Esperides *algunas de vuestras vertudes*. Y porque, Señor, no seays como el Narciso, de quien cuentan los poetas que tanto se amó, que por no se conocer desdichadamente murió, acuerdo en esta parte representaros, como claro espejo, quien soys, porque de este conocimiento, aunque en vos no falta, veays claramente quanto deveys á Dios, auctor prime-

capítulos de su obra, donde, á vueltas de mil encantamientos, dragones y otros recursos imaginativos, de los que solian emplearse en semejantes libros, se tropieza de vez en cuando con sucesos que, aunque ocurridos en ciudades fantásticas y entre caballeros principalmente griegos, pueden fácilmente referirse á determinadas personas y localidades dentro de Andalucía. Palmerin de Oliva debió su nombre á la circunstancia de haber sido hallado, cuando niño, expuesto entre palmas y olivos, en una montaña llamada Oliva, á una pequeña jornada de Constantinopla. Fué hijo de Florendos, príncipe de Macedonia, y de Griana, hija de un emperador griego, que se dice octavo á contar de la fundacion de aquella ciudad. Sus padres le hubieron secretamente, y un escudero llamado Cardin fué el encargado de su crianza, si bien, temeroso de la venganza del Emperador, le dejó en medio de un bosque de la manera que se ha dicho, siendo allí hallado por un colmenero nombrado Gerardo. A poco de este suceso, y habiendo Florendos partido para su reino de Macedonia, el Emperador obliga á su hija Griana á que dé la mano á Tarisio, hijo del rey de Hungría. Palmerin, sabiendo por Diofena, hija de Gerardo, la manera misteriosa como fué hallado, abandona la humilde choza en que le criaron, y se pone en camino para el reino de Macedonia, donde es armado caballero por su padre Florendos, sin ser conocido. A los pocos dias mata en la montaña Artifaria á una gran sierpe que tenia atemorizadas á las gentes y desiertos los alrededores de la corte, logrando al propio tiempo hacerse dueño de una redoma encantada que tres hadas tenian allí escondida; una de las cuales, prendada de sus gracias y hermosura, le encanta de tal manera, que cuando haya de ver á la que en adelante será señora de sus pensamientos quede tan prendado de ella, que por cuitas y trabajos que pase, no la pueda nunca olvidar; otra de las hadas le enseña el modo de usar el agua de la redoma para sanar al instante de cualquier llaga ó herida, beneficio que muy pronto se halla en estado de probar y agradecer, pues al bajar de la montaña topa con cuatro caballeros que pretenden arrebatarle su tesoro; y aunque los vence á todos, recibe algunas heridas. Un emperador de Alemania, cuya corte es Gante, tenia una hija de sin par belleza, por nombre Polinarda, de quien Palmerin se enamora, habiéndola acaso visto en la corte del rey de Francia. Desposado con ella, *por delante de Dios y por palabras de presente*, á usanza de los caballeros andantes, el de Oliva no tarda en dejar la corte y salir disfrazado en busca de aventuras. En Calafa, capital de Maulequi, soldan de Babilonia, cuyo hermano, el Guamexir, murió á manos de su padre Florendos, Palmerin acaba grandes aventuras y se ve expuesto á graves peligros. Arrojado, de órden de aquel príncipe, al corral de los leones, pelea con ellos y mata á tres. Alchidiana, hija del Soldan, enamorada de su belleza, le requiere de amores, y él, por no hacer infidelidad á su señora, resiste, nuevo José, á los seductores halagos de la princesa. Otra infanta, llamada Ardemia, esposa prometida de Amaran, príncipe de Niquea, se enamora igualmente de Palmerin, y no viéndose correspondida, muere de despecho y de pesar.

ro de vuestra felicidad..... Pero en vos, muy magnífico caballero, fallo yo tan perfectos todos los favores y adminículos de la naturaleza, que ni como ella de vuestras obras no se puede quexar, ni tampoco vos la podeys ingrata llamar. La qual assi os amó, que aun apenas erades nacido, quando como con sus manos os puso y assentó en la cumbre de toda prosperidad, que os quiso subir; mas antes para grandes cosas engendrar; y antes que naciessedes, quiso daros tales principios de nobleza, que tuviessedes por padre al muy illustre cavallero el señor don Diego Hernandez de Cordova, conde de Cabra, no menos en virtud y fama que el Conde su padre, el qual por defension de nuestra christiana religion y zelo de Dios, muchas vezes gloriosamente con los moros nuestros enemigos peleó, y en el fin al rey poderoso de Granada, no solamente desbaratado, pero vencido le prendió y cativó..... Pues toda vuestra vida ha sido exemplo de honestos exercicios, y no contento con la gloria de las armas, quesistes que vuestros primeros años en las letras de humanidad assi se empleassen, que con ellas todas las otras artes que los antiguos nobles llamaron, juntamente se abraçassen, en las quales quanto ayays aprovechado, *muéstralo la elegancia del hablar é ingenio del escrebir, y componer assi en verso como en prosa*..... Bien supe lo que hize quando de todos aquellos (vuestros progenitores) aquel escogí que no es menor en merecimiento que en poder, para que del merescimiento esta historia tan famosa tome auctoridad, y del poder gane tanto favor, que sin ningun temor pueda salir á luz; la qual assi está llena de ingenio y doctrina en todas las sus partes, que á mi parece llevar la gloria á los que antes escrivieron: va en sentencia poderosa, en el estilo copiosa, en ninguna parte confusa, las palabras dizen con la materia, las sentencias yguales con las cosas; guarda la magestad en las personas, cuenta breve, propio, natural, sin confusion de órden; mueve pasiones quando quiere, propone, persuade. En esta historia es donde conocereis las claras hazañas *de vuestros mayores*: en unos alteza de ánimo, que fortuna no vence, en otros esfuerço divino, que peligro no teme; aqui el ingenio sabio, la gravedad y constancia de Fabio y Camilo, la prudencia y facundia de Apio y Scipion; aqui todas las virtudes dignas de gloria por estilo elegante y ingenio muy alto estan celebradas;» etc.

Despues de mil aventuras y combates con gigantes y caballeros, que, no por hallarse en Macedonia, Tesalia y Babilonia, teatro á un tiempo de las proezas del héroe, dejan por eso de ser *moros*, y tan moros como los del reino de Granada, Palmerin casa con Polinarda, y es alzado emperador de Constantinopla despues de la muerte del que ocupaba el trono. Hay en esta historia, que su autor dividió en cuatro libros, muchos trozos que recuerdan las crónicas semicaballerescas de aquel tiempo y los románticos incidentes de la guerra de frontera que precedió á la conquista del último baluarte de la morisma (1). Si hubiéramos de juzgar por el espíritu que en toda ella reina, diriamos que *no pudo ser obra de una mujer*, pues las empresas caballerescas del héroe resaltan mucho mas que sus amores, y en estos se observa cierto cinismo repugnante, que no quisiéramos vernos obligados á atribuir á un individuo del bello sexo.

Otro tanto se pudiera decir del libro de *Primaleon*, hijo y sucesor del emperador Palmerin. Los amores de don Duardos de Inglaterra, disfrazado de hortelano, con la infanta Flérida, los de Primaleon con Gridonia, y los de Platir con Sidela, contrastan singularmente con el sentimentalismo caballeresco y pudorosa modestia de Amadís de Gaula (2). Por otra parte, hay escenas muy tiernas, el lenguaje es menos rudo, y el argumento mas complicado que el del libro de *Palmerin*. Uno y otro, sin embargo, son notables bajo mas de un concepto, y muy dignos de ser leidos y estudiados, por contener una pintura fiel de las costumbres españolas á fines del siglo XV. «Todo él, dice Delicado, refiriéndose al *Primaleon*, es un doctrinal de andantes caballeros, donde estos podrán deprender, leyendo, á mantener justicia y verdad, é mas la mesurada vida que han de tener con las dueñas y doncellas, la cortesía y crianza con las damas, asimesmo los atavíos que han de usar así de armas como de caballos, la gentil conversacion y el moderamiento de la ira, la observancia y religion de las armas.» Dedicóle su autor al mismo don Luis de Córdoba, ya por entonces duque de Sesa, y mas tarde embajador de Cárlos V en Roma, á quien el *Palmerin* fuera antes dirigido y dedicado. Así es que se descubre en él una intencion, aun mas marcada (3) que en el anterior, de re-

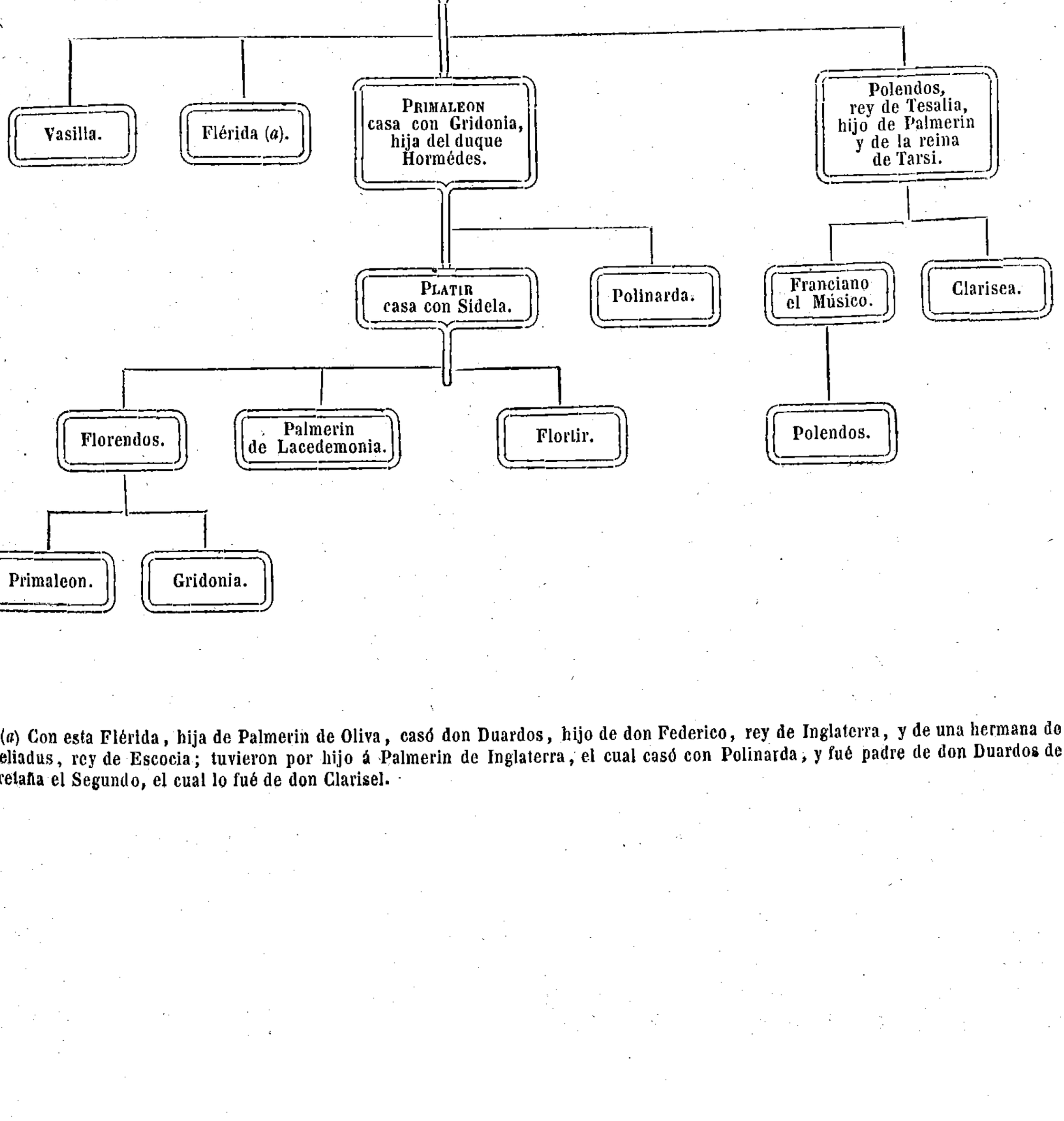
(1) Muchos de los personajes tienen nombres morunos, como: Zalameno, Muza, Abimar, Amaran, Orozdin, Muzabelin, Olorique, Olimael, etc. Es notable el capítulo CLXII, en que se refiere la batalla que Palmerin y Trineo hubieron con el Soldan, siendo este hecho prisionero; la cual trae á la memoria la muy célebre de Martin Gonzalez, en que el conde de Cabra y el alcaide de los Donceles prendieron al rey Chico de Granada.

(2) Véase, si no, el capítulo XXVI del libro II: *Como Julian estando relozando á la infanta Flérida, la hizo dueña y ella se arrepintió con enojo*; y el XXXVI: *Como el principe hizo dueña á Finea*, etc., etc.

(3) Así lo advierte en un notable prólogo que puso á la edicion de Venecia de 1534 el ya citado Francisco Delicado: «Por que estas cosas que cuentan los componedores en la lengua española, si bien dizen que son fechos de extrangeros, dízenlo por dar mas autoridad á la obra llamándola *greciana*, por ser semejança de sus antiguos hechos; mas componen los extraños acaecimientos de algunos de los reinos de España, como de aquellos que an fecho cosas extremadas; como lo fué el rey don Enrique, é su hijo don Juan el primero deste nombre, rey de Castilla, que se asemejan á los hechos del rey *Palmerin* con el rey de Granada, é otro *Primaleon*, como lo fué el conde de Cabra, señor de Baena, don Diego Fernandez de Cordova, é á Don Duardos fué semejante otro su pariente, Don Gonçalo Fernandez de Cordova; é assi tomando de cada uno sus hazañas fizo esta philosophia para los caualleros que seguirla quisieren, y fué tan maravillosamente fingida esta ystoria, llena de doctrina para los caualleros é amadores de dueñas, que de ninguna otra edad la pudo dezir tan apropiada, como fué desde que el dicho rey don Enrique y su hijo el rey Don Juan el primero deste nombre reinaron, el qual sacó de prision al rey de Armenia con presentes é ruegos que fizo al soldan de Babilonia, é sacó con amistad á otros cincuenta cavalleros dichos Farfanes que estavan en Marruecos; y esto alcançó el rey Don Juan por su alta bondad, assi que, si bien van nombrados los cavalleros que aqui pone por nombres extraños, fazelo por huyr la vanagloria de los naturales, dando honra á los griegos, á la usanza de Italia, que los Orlandos los fazen franceses, porque es cosa natural que un fijo mas presto se corrigerá y doctrinará por algun maestro estrangero que no por su propio padre;» etc. En el mismo prólogo, despues de inculcar la especie de que el que compuso el *Amadís de Gaula* aplicó al reino de Inglaterra las cosas que don Fernando el Magno obró en Castilla y Leon, añade: «Lo mismo hizo el que esta historia (de *Primaleon*) compuso en lengua castellana, que tuvo gran excelencia, aplicando las hazañas de los caballeros castellanos á Grecia y otros reinos, dándoles nombres extraños; pues dixo lo que pasaba entre cristianos y moros, que entonces poseian algunas partes en la España, comenzando del rey don Enrique segundo, que fué padre del rey don Juan el primero, que de ellos á Palmerin hùbo poca diferencia. Algunos fingiendo ser sabidos, menosprecian estas coronicas diziendo ser fablillas. Fablilla es ser el hombre ynorante y no conoscer que cosa sean los buenos amaestramientos de los caballeros que fueron mesurados, y leales mantenedores de derechos, y tenedores de fe; y si, como dizen que no fueron tales hombres que así hayan obrado, seanlo ellos y deprendan á ser hazañosos en estos dechados, porque el caballero y el Rey y el Emperador no han juez: su juez es su palabra;» etc.

cordar, por medio de aventuras fabulosas, los notables hechos del señor de Baena, del mismo don Luis, y aun de Gonzalo Fernandez de Córdoba, llamado el Gran Capitan.

Siguiendo el plan que nos hemos trazado, pondrémos fin á esta seccion con una tabla genealógica de los Palmerines, para que los lectores puedan con mas facilidad seguir la ascendencia y descendencia de esta familia caballeresca.



(a) Con esta Flérida, hija de Palmerin de Oliva, casó don Duardos, hijo de don Federico, rey de Inglaterra, y de una hermana de Meliadus, rey de Escocia; tuvieron por hijo á Palmerin de Inglaterra, el cual casó con Polinarda, y fué padre de don Duardos de Bretaña el Segundo, el cual lo fué de don Clarisel.

§ 5.°—LIBROS DE CABALLERÍAS INDEPENDIENTES.

Tirante el Blanco.—Arderique.—Claribalte.—Cifar.—Clarian de Landanis, con sus continuaciones.—Florambel de Lucea.—Don Floriseo de la Extraña Aventura.—El caballero de la Cruz, Lepolemo.—Leandro el Bel.—Félix Marte de Hircania.—Florando de Inglaterra.—El caballero del Febo.—Febo el Troyano, y otros.

No era de esperar que la curiosidad de los lectores, sobreexcitada hasta el punto que debió estarlo por la lectura de libros como los que acabamos de analizar, y que, como toda pasion humana, requeria y necesitaba cebo proporcionado, quedase satisfecha con la publicacion de una docena de tomos, que, en último resultado, no hacian mas que referir las hazañas de dos casas privilegiadas: los Amadises y Palmerines. Ni tampoco se podia presumir que fuese tal el respeto por aquellos antiguos modelos, que los escritores en este género continuasen reduciendo sus obras á los estrechos límites de una familia. Así es que luego salieron á luz historias aisladas y sin conexion alguna con aquellas, las cuales, aunque muy inferiores en mérito, alcanzaron, sin embargo, favor bastante entre los lectores, cuyo gusto, cada vez mas corrompido, necesitaba de nuevos y extraños ingredientes.

Ya en el siglo XV se habia impreso por dos veces, una en Valencia (1490), otra en Barcelona (1497), el célebre libro de *Tirant lo Blanch*, «tesoro de contento y mina de pasatiempos,» como le llamó Cervántes (parte I, cap. VI.), escrito en tres partes y en lengua valenciana por Juan Martorell, caballero de dicha ciudad, y continuado despues de su muerte por mosen Martin Juan de Galbá, á instancias de la noble señora doña Isabel de Loriz. Martorell, que comenzó su obra en enero de 1460, y se la dedicó á don Fernando de Portugal, hijo del infante don Alfonso, primer duque de Braganza, de quien ya dijimos en otra parte haber sido muy aficionado á este género de lectura, declara haberle traducido, primero del inglés al portugués, por ruego de aquel príncipe, y despues al valenciano para que sus paisanos pudieran disfrutarle. Por otra parte, tambien el continuador, Galbá, dice haber traducido del portugués el libro cuarto, que él añadió como continuacion de la obra; de donde el docto Clemencin creyó poder inferir que el *Tirante* existió íntegro en dicho idioma (1). Mas prescindiendo de que ni del *Tirante* inglés ni del portugués han quedado mas noticias que las que el mismo Martorell nos da en su prólogo, y sabida la invariable costumbre de los escritores de este género de libros, quienes, sin excepcion alguna, que sepamos, pretendieron siempre haber hallado sus originales en lengua caldea, griega, húngara é inglesa, no hay razon alguna para suponer que el escritor valenciano fuese mas verídico en esta parte de lo que lo fueron el autor ó refundidor del *Amadis de Gaula*, el de la continuacion de *Tristan de Leonis*, el de *Oliveros* y *Artús*, y otros que le precedieron.

Como quiera que esto sea, el pasaje en que Cervántes habla de este notable libro está concebido en términos tan oscuros, que no puede saberse si efectivamente le elogia, ó si quiere burlarse de él y de su autor, como lo hizo mas adelante del sardo Antonio de Lofrasso. Nosotros nos inclinamos á que su intencion fué elogiarle (2), fundándonos en las palabras «tesoro de contento y mina de pasatiempos», con que ya antes le calificó, y en que, bien considerado su argumento, debió parecerle á Cervántes mucho mas natural y plausible que el de los demás libros de caballerías, que con tanta gracia criticó. Los acontecimientos que en la obra se refieren nada tienen de sobrenaturales é imposibles; son pocos los magos y encantadores que en ella juegan; algunos de los ca-

(1) Véase su edicion del *Quijote*, tomo I, pág. 133. Supone este apreciable crítico que Martorell debió ser algun caballero favorecido de don Fernando de Portugal, y que sabiendo la aficion de este príncipe á las historias caballerescas, le quiso obsequiar con esta de *Tirante*, escrita á competencia del *Amadís*. Que Martorell habla en su prólogo de su *estancia* en Inglaterra, y de *adversidades de la fortuna* allí experimentadas, adversidades que pudieron ser ocasion del favor de aquel generoso príncipe. Hasta aquí nada hay que no sea verisímil; «pero, continúa el docto comentador, Martorell, en obsequio suyo, escribiria la obra en portugués.» Esto es lo que se nos hace muy duro creer, á no presentarse otros argumentos en apoyo de la conjetura.

(2) El señor Clemencin (tomo I, pág. 137) se inclina á creer lo contrario, pero, respetando la opinion de tan insigne crítico, nos será permitido observar que á haber sido tal la opinion de Cervántes, el *Tirante* hubiera ido al corral, y de allí á la hoguera con sus demás compañeros. Con la simple supresion de la partícula negativa, *no*, el sentido del pasaje á que aludimos queda perfectamente inteligible.

ractéres están bien sostenidos y pintados de mano maestra, el plan de la historia bien dispuesto, y Tirante muere al fin en su cama, haciendo testamento, y sin asistir, como el de Gaula, á las hazañas y proezas de sus rebiznietos.

A pesar de su volúmen y tamaño, el tomo de *Tirant lo Blanch* se ha hecho excesivamente raro, no conociéndose en España mas ejemplar que uno, y ese falto de hojas, que fué del marqués de Dos-Aguas, y se conserva hoy dia en la biblioteca de la universidad de Valencia (1). No lo es menos la version castellana que, con el título de *Tirante el Blanco, de Roca Salada, caballero de la Garrotera*, hizo en 1511 un anónimo, é imprimió en Valladolid Diego Gudiel. Sobre esta hizo su version italiana, en 1538, Lelio Manfredi, y mas tarde le publicó en francés el conde de Cailús; pero conviene advertir que el libro castellano no es version fiel del valenciano, sino solamente un extracto mal hecho del libro de Martorell (2).

A poco de publicarse el *Palmerin de Oliva* (1511), y casi al mismo tiempo que el *Amadís de Gaula*, se imprimian en Valencia otros dos libros de caballerías por industria del tipógrafo Viñao, editor del célebre *Cancionero de burlas* (3). Intitulábase el uno *Libro del esforzado caballero Arderique*, y el otro, *El caballero de la Fortuna don Claribalte*. El primero salió á luz en 1517, anónimo, y como traducido de lengua extranjera á la nuestra castellana, y del segundo, impreso dos años despues, en 1519, se confesaba y reconocia por autor el célebre capitan y cronista de las Indias, Gonzalo Fernandez de Oviedo (4), declarando que le «traia á noticia de la lengua castellana». No habiendo logrado ver aquel, y no teniendo de este mas noticias que las muy ligeras que pudimos tomar años atrás en Paris, no sabrémos determinar á qué género pertenecen uno y otro; pero, si no recordamos mal, el libro de Oviedo parecia mas bien imitado del *Tirant lo Blanch* que del *Amadís de Gaula*, y se recomienda mas por la gallardía de su estilo que por su argumento, que es pobre y trivial.

Poco mas podrémos decir de la *Crónica del caballero Cifar*, impresa en 1512, y en la que ya se deja percibir el elemento moral, que tanta parte tuvo despues en la confeccion de este linaje de libros; tampoco nos detendrémos en analizar la de *Clarian de Landanis*, de 1518, atribuida á un tal Jerónimo Lopez, y continuada mas tarde con las aventuras de *Floramante de Colonia* y *Lidaman de Ganail*; ni la de *Don Floriseo*, por otro nombre llamado el *Caballero del Desierto*, que escribió el bachiller Fernando Bernal, y continuó despues con los hechos de su hijo, *Don Reimundo de Grecia*, y por último, la portuguesa de *Don Clarimundo*, compuesta por un historiador tan grave y autorizado como el célebre Juan de Barros; todas las cuales fueron impresas antes del año 1520, y pueden ser consideradas, si no todas, las mas, como imitaciones del *Amadís* (5).

(1) El que Mendez describe en su *Typographia española*, como perteneciente al conde de Saceda, y existente en su quinta y librería del Nuevo-Baztan, es el mismo que hoy dia se conserva y custodia como una alhaja de gran precio en la biblioteca del Museo Británico de Lóndres, donde hemos tenido ocasion de verle y leerle varias veces. Comprado en 1816, entre otros libros, á los herederos del Conde por un extranjero entendido en estas materias, fué llevado á Lóndres y vendido á mister Heber en trescientas libras esterlinas. A la muerte de este lo compró el honorable mister Grenville, quien le legó al Museo Británico, con sus demás libros castellanos, franceses é italianos. Otro ejemplar hay en la Sapiencia de Roma.

(2) De esta obra se vendió un ejemplar, en 1854, como procedente de la librería de lord Stuart de Rothesay, por mucho tiempo ministro de Inglaterra en la corte de Portugal; ejemplar que hemos tenido á la mano. Está falto de hojas al fin; pero su volúmen podrá ser, á lo sumo, como dos terceras partes del original valenciano; es en fólio, letra de Tórtis, á dos columnas, y en la actualidad tiene 152 hojas y solos los tres primeros libros, al paso que el *Tirant* valenciano tiene 338 hojas.

(3) El *Cancionero de obras de burlas, provocantes á risa*, uno de los libros mas escandalosamente obscenos que hay en la literatura castellana, salió de las prensas del valenciano Juan Viñao, en un tomo en 4.°, de letra de Tórtis, año de 1519. El único ejemplar que de él se conoce se conserva en la biblioteca del Museo Británico de Lóndres. En 1842 un español residente á la sazon en aquella capital tuvo la humorada de reimprimirle, con algunas adiciones *ejusdem furfuris*, en edicion esmerada y tirada de pocos ejemplares, fingiendo ser impresion de Madrid, Luis Sanchez, 1602, 8.°

(4) El nombre de Oviedo no aparece en la portada de este libro, y sí solo en la introduccion, donde el autor se da á sí propio el apodo de *Sobrepeña*, circunstancia ignorada de Alvarez Baena y demás biógrafos del cronista. «Este es un tratado, dice, que recuenta las hazañas é grandes hechos del cavallero de la Fortuna, propiamente llamado don Claribalte, que, segun su verdadera interpretacion quiere decir *felix ó bienaventurado*, nuevamente escrito y venido á noticia de la lengua castellana, por medio de gonçalo fernandez de oviedo, *alias* de sobrepeña, vezino de la noble villa de Madrid, el qual dende principio de la obra la endereça al serenissimo señor don fernando de aragon, duque de Calabria;» etc. En qué lengua la palabra *claribalte* significa *feliz*, es cosa que el autor no declara.

(5) La obra de Barros tiene alguna mas pretension

A estas siguieron de cerca *Florambel de Lucea*, en cinco partes, de las cuales tan solo nos son conocidas la *primera*, impresa en Valladolid en 1532, y la *cuarta* y *quinta*, de 1549, y el libro de *Don Florindo, el de la extraña aventura*, acerca del cual y de su autor nos podrémos extender algo mas, por tener delante un ejemplar de dicha obra, una de las mas raras en su género, no habiéndose impreso mas que una sola y única vez.

Fué don Florindo hijo del buen duque Floriseo, por otro nombre llamado el Caballero del Desierto, de quien ya dijimos haber historia escrita por el bachiller Bernal, autor asimismo de la de su hijo, don Reimundo de Grecia. El dia mismo en que fué armado caballero concibió el proyecto de dejar la corte (1) y marchar á Jerusalen en busca de aventuras; mas, avisado su padre, manda poner guardas, en su cámara que le acompañen á todas partes, sin perderle de vista. El caballero novel logra, sin embargo, burlar la vigilancia, y acompañado de otros tres jóvenes de su misma edad, llamados Nimphocatuno, Palion Gericano y Ruben de Sinay, emprende el camino de Jano, ciudad de la Arabia, cuyos habitantes eran idólatras y habian hasta entonces resistido las predicaciones y asechanzas del profeta Mahoma. Seguido tan solo de sus tres compañeros, entra en el templo, echa por tierra los ídolos, coloca en su lugar dos imágenes de nuestro Señor y la Vírgen, y mata por su propia mano á muchos de los levitas y sátrapas allí congregados. Desde Jano el héroe pasa á Jerusalen, que, segun el autor, no distaba mas de setenta millas, y despues de visitar con la mayor devocion el santo Sepulcro y lugares circunvecinos, emprende de nuevo la ruta de Arabia, noticioso de que el impostor Mahoma, auxiliado de un tal Sergio, nestoriano, convertia á su falsa secta innumerables gentes «con cédulas fingidas y traiciones pensadas». Toda la primera parte, de las tres en que está dividida la obra, la ocupa la relacion minuciosa de encuentros y escaramuzas, sitios y sorpresas, en que Florindo se halla á cada paso metido con los sectarios de Mahoma, así como de una gran guerra que los de Jano, convertidos ya al cristianismo, sostienen contra un moro llamado Abencerrax, uno de los caudillos enviado por el falso profeta para reducirlos á su ley y obediencia. A esta sazon el buen duque Floriseo, padre de Florindo, que habia salido de sus estados por visitar á Jerusalen, acompañado de su esposa y escoltado por mil y quinientos caballeros, llega á Jano, y uniendo sus fuerzas á las de los sitiados, contribuye poderosamente á la derrota de Abencerrax. Floriseo, á la vista de las imágenes que dejara en el templo su hijo Florindo, adquiere el convencimiento de que ha pasado por allí, si bien no logra saber su paradero, con lo cual muy triste y congojado, vuelve á sus estados, y es recibido de sus vasallos con grandes demostraciones de júbilo y muchas fiestas y procesiones (2).

Florindo, en tanto, con sus tres compañeros navegaba la vuelta de Nápoles, donde reinaba á la sazon el rey Federico, «primero de este nombre, amigo de los buenos, enemigo de los malos, poderoso contra el fuerte, piadoso para el flaco.» Por complacerle á él y á los suyos, el Rey ordena que se haga un torneo, cuyos diferentes actos, así como los nombres de los justadores, entre los cuales

histórica, puesto que, bajo el nombre supuesto de Clarimundo, quiso, á no dudarlo, simbolizar los altos hechos y gloriosas conquistas de Enrique de Besançon ó de Borgoña, y de su hijo, don Alfonso Enriquez, de quien descendia la antigua rama portuguesa. Siguiendo al cronista Duarte Galvam, que hace á don Enrique hijo de un rey de Hungría, finge que su madre, la princesa Briiana le dió á criar á Urbina, esposa del conde Drongel, de cuya casa es robado por una esclava turca, llamada Fainama. Hallado cerca de una fuente por la dueña llamada Grionesa, es educado con esmero, bajo el nombre de Belifonte y llevado despues á Francia, donde el rey Claudio, su pariente, le arma caballero. Enamórase despues de la infanta Clorinda, hija de Polinario, emperador de Constantinopla, en servicio de la cual emprende y lleva á cabo las aventuras mas extrañas é inauditas, algunas de las cuales pasan en Cintra, Torres-Vedras y otros lugares de Portugal; casando, por último, con aquella princesa, en quien tiene un hijo, llamado don Sancho, que por una singular aventura fué robado con otros donceles. (Cap. CXIV y último del libro IV.) Es probable que la segunda parte, si es que se llegó á escribir, tratase de los hechos de este príncipe don Sancho.

(1) No se dice expresamente en la obra dónde estaban los estados de su padre, el duque Neptalon Floriseo, como en otra parte es llamado, ni cuál era su corte, aunque al fól. XXXVI vuelto se da á entender que residia de ordinario en Lortamo, á veinte millas de Samanea, y en el XXXVIII se le designa con el título de «Señor de los Montes claros y de las ciudades salvianas, que están en la salvagina selva de Clecio, con las dos villas de Oriente»; y mas adelante en varios lugares se declara que sus súbditos y vasallos eran caldeos.

(2) En la descripcion de unas que se celebraron en Samanea hubo tres carros: uno con la historia del sacrificio de Isaac, el otro con el adulterio de Abrahan, y el tercero con la muerte de Cain por Abel; hubo además corridas de dromedarios (por no decir toros), danzas y otros entretenimientos.

figuran un marqués de Mántua, un príncipe de Salerno, el conde de Alta-Roca, y Alberto Saxio, á la sazon el mejor hombre de armas del mundo; y las letras, invenciones y divisas, sacadas por aquellos, están descritas con la mayor puntualidad. Alberto Saxio, vencido por Florindo, se retira descontento á la corte del duque de Saboya, y consigue de este que, reviviendo sus antiguas pretensiones al reino de Nápoles, mande á Federico un cartel de desafío y declaracion de guerra. El de Nápoles nombra por general de su ejército á Florindo, y por maese de campo á un caballero español, cuyo nombre está en blanco (fól. CVI). El de Saboya es vencido, como tambien lo es Alberto Saxio, en combate singular con Florindo, y por último, las paces se ajustan por mediacion de un legado del Papa y la intervencion por una y otra parte de los duques de Lorena, de Borbon y Gueldres.

Aquí termina la segunda parte, que pudiera muy bien llamarse *histórica*, puesto que, aunque bajo nombres supuestos y con los sucesos algo trocados, se refiere un episodio de la célebre campaña de Italia en tiempo de Cárlos V; comenzando la tercera, que es enteramente fabulosa y caballeresca. Cuéntase en ella cómo el buen duque Floriseo, yendo en busca de su hijo, llegó á una selva encantada, que guardaba el gigante Goliano, hijo de Golinos y descendiente de Golías, el que murió á manos del pastor David; y cómo habida su batalla con él, le venció; cómo mas adelante arribó á una isla donde estaba encantado el rey Mefonte de Persia, y cómo pronunciada por el duque la última palabra que el Salvador dijo en la cruz, quedó deshecho el encantamiento; como la Reina su esposa envió tambien por su parte sesenta caldeos, que buscasen á su hijo por las sesenta partidas del mundo. A todo esto, Florindo vivia en Nápoles, cuyo rey queria casarle con su hija Tiberia. En lugar de ocuparse, como antes, en hazañas militares, se entrega al juego, se hace disipado y pendenciero, se bate con el español, cuyo nombre, segun ya dijimos, siempre deja el autor en blanco (1), y de héroe ideal y caballeresco, dechado de todas virtudes, queda reducido á las modestas proporciones de protagonista vulgar de una novela picaresca. Pasa á Roma con el nombre supuesto de Florisan, y de allí á España, con deseo de ver los grandes edificios fundados por Ispan, y principalmente uno nuevamente construido por su hijo Pirrus. Allí topa casualmente con los sesenta caldeos enviados por su madre, y entonces él es el que se pone á buscar á su padre el Duque, pasando por mil trances y peligros hasta llegar al castillo de las Siete-Venturas, donde aquel, la infanta Clarinda, hija del rey Piramon, y otros príncipes estaban encantados. Por su esfuerzo y valentía son vencidas las siete venturas, desencantado su padre y demás señores, y Florindo, tomando por esposa á una sobrina del Preste Juan, llamada Calaminda, se retira á los estados de su padre. Termina el autor su extraña relacion prometiendo un segundo libro, que no salió á luz, con las hazañas de don Florisan (2), hijo de Florindo, el cual, por sus altas y nombradas hazañas, llegó á ser emperador de Rusia, y concluye implorando la misericordia y auxilio divino sobre el invictísimo emperador don Cárlos, rey de romanos y de las Españas, contra los enemigos y ofensores de la religion cristiana.

Es muy notable este libro, porque en él se hallan como confundidos y mezclados todos los elementos hasta entonces empleados en este género de obras. Hemos visto que su argumento es hasta cierto punto histórico (si historia puede llamarse la relacion que su autor hace de sucesos mas ó menos verdaderos, sobre todo cuando los supone acaecidos en tiempo de Mahoma y del rey de España Pirro), lo cual no quita que haya gigantes, castillos encantados, islas desiertas, y otras cosas de este jaez. La intencion moral está bien clara: en todas partes se manifiesta el autor enemigo de los vicios, y principalmente del juego, á que los caballeros jóvenes de su tiempo se entregaban con furor; así es que no pierde ocasion de reprenderlo y afearlo. En una ermita apartada de Macedonia, donde Florindo entra, halla á los lados del altar dos tablas con los nombres de los caballeros, antiguos y noveles (3), que se perdieron por su inclinacion al juego. En Nápoles se enajena

(1) Circunstancia muy notable, y que hace naturalmente suponer que el libro se imprimió sobre el manuscrito autógrafo de su autor, y que este no pasó las pruebas, pues de otra manera hubiera llenado el vacío.

(2) Llamado unas veces *Floristan*, otras *Florisan*.

(3) Esta ermita estaba situada en los montes de Pironea, á orillas del rio de Vantisia y cerca de una montaña llamada Hardouin. El santo hombre que allí moraba era natural de la provincia de Europa, de la partida de la Menor España, de una ciudad que está puesta en las partes occidentales, llamada Burges, y de la cual habia sido señor por legítima herencia de sus padres y antecesores. Habiéndose dado en su juventud á juegos profanos y de azar, despues de verse por su causa en grandes feudos y discordias, así como desafíos y muertes de hombres, hubo de perder toda su hacienda, tierras, vasallos y castillos, amigos y parientes, retirándose á aquella soledad para hacer pe-

de todo punto la estimacion del Rey y el amor de su hija Tiberia por haberse entregado de nuevo al juego, á pesar de sus juramentos y protestas, perdiendo una suma considerable á los dados, y batiéndose de resultas con su mejor amigo. Hay además en el libro pinturas de costumbres y escenas de la vida privada bastante impropias de este género de escritos, como una intriga amorosa entre una gran señora y un palafrenero, en el cap. III de la primera parte; cierta aventura en la Meca (cap. v), y el caso del portero á quien el rey de Nápoles mandó ajusticiar por haber negado la entrada en su palacio á un pobre que venia á pedirle justicia contra un rico (fól. XLIV). Don Florindo, en suma, es un héroe vulgar, valiente sí y muy celoso de su honra, segun se entendia esta en el siglo XVI, devoto de las santas imágenes, y en especial de la Vírgen María, exacto y hasta escrupuloso en el cumplimiento de sus deberes religiosos; pero, por otra parte, poco observador de las leyes que constituian el antiguo código caballeresco; casi nunca pelea á caballo y armado de todas armas, como sus prototipos, sino á pié y las mas veces con espada de dos filos, estoque y rodela, á la usanza de Italia y España. Al salirse de su casa tiene buen cuidado de proveerse de medios para el camino, hurtando á su madre, la Duquesa, el cofrecillo donde tenia sus alhajas. Léjos de abrigar en su pecho una pasion constante como la de Amadís, Esplandian ó Lisuarte, se ocupa en devaneos, obsequia primero á Tiberia, despues á la princesa Clariana, y casa por último con una hija ó sobrina del Preste Juan, á quien nunca antes habia visto; circunstancias todas que, aparte de otras muchas que pudiéramos citar, nos inducen á creer que, en lugar de inspirarse, como otros, en su propia fantasía, el autor de este libro tomó su argumento de la vida comun, y quiso quizá narrar una parte de sus propias aventuras. No parecerá descaminada esta conjetura si se atiende á que fué escrito por un caballero aragonés, llamado don Fernando Basurto, muy celebrado de los escritores de aquel reino, nieto del cronista mosen Diego de Valera, y que se distinguió mucho en la guerra de Granada y conquista de Italia.

En efecto el cronista Andrés, en su *Fuente de Aganipe*, 1624, hace honrosa memoria de él en los siguientes versos:

Fernando Basurto la verde orilla
Del Genil esmaltó con su cuchilla,
Cuando en la vega hermosa de Granada
Fué ardiente rayo su valiente espada;
Y su noble coraje
Templando en su amenísimo boscaje,
Cantó suavemente,
Suspendiendo del Darro la corriente,
Y en sus versos y prosas,
De las selvas umbrosas
Diálogos cantó de cazadores,
Y tambien de amorosos pescadores;
Y con dulzura y gracia
El martirio cantó de santa Engracia (1),
Cuando Isabel, entrando en Zaragoza,
Con su Engracia se alboroza,
Y en arcos superbísimos triunfales
Sus palmas expresaron agonales,
Y el júbilo y festejo de este dia
Lo sazonó su acorde melodía.

El *Caballero de la Cruz*, *Lepolemo*, es otro de los libros que componian la librería de don Quijote (2). Imprimióse por primera vez en Sevilla en 1543, y su argumento es muy sencillo. Maximiano, emperador de Alemania, estuvo casado con Demea, hermana del rey de Polonia, en quien hubo un hijo, llamado Lepolemo, el cual de pocos meses fué robado, con su nodriza, por unos corsarios turcos, y vendido por esclavo en Túnez. Allí es bien tratado de su amo, un moro panadero, criándose entre aquellos infieles, aunque profesando la religion cristiana, y poniéndose desde muy chico una cruz roja en los pechos, por donde obtuvo mas tarde el nombre de *Caballero de la Cruz*. Un rico mercader del Cairo, llamado Arfaxat, compra mas tarde á Lepolemo y le lleva á Egipto, y á su muerte, acaecida poco despues, el caballero y otro compañero suyo, tambien cristiano, entran en la servidumbre del infante Zulema, hijo del Soldan.

nitencia de sus muchas culpas y pecados. (Parte III, cap. XXV, fól. CXLVIII vuelto.)

(1) De este escritor trata largamente Latassa en su *Biblioteca Nueva de escritores aragoneses* (tomo I, página 100), atribuyéndole varias obras en prosa y verso, aunque no tuvo conocimiento de este libro. Escribió, entre otras, una *Descripcion poética del martirio de santa Engracia y de sus XVIII compañeros*, y del auto representado á la entrada de la Emperatriz en Zaragoza, en 1533. Lo cual explica cómo Basurto, trasladándose sin advertirlo de las regiones imaginarias, teatro de las hazañas de don Florindo, á su patria, Aragon, describe con tanta complacencia las fiestas de Samanea. (*Vide* antes, pág. XLVIII, nota 2.)

(2) Parte I, cap. VI.

Maximiano y Demea, padres de Lepolemo, desconsolados por la pérdida de su hijo y sucesor, emprenden el camino de Jerusalen; mas á su vuelta de los Santos Lugares son apresados en la mar por un gigante llamado Morbon, señor de la isla de Estadia. El gran Turco declara la guerra al Soldan é invade su territorio. Lepolemo se hace armar caballero por este príncipe, y en la batalla que de allí á poco se traba entre los dos reyes paganos hace prodigios de valor, matando por su propia mano á muchos alcaides turcos. El Soldan y su esposa, agradecidos á tamaño servicio, le ofrecen la mano de su hija, á condicion de que se vuelva moro; mas Lepolemo se niega á ello, y poco despues, acompañado del infante Zulema, con quien habia trabado amistad, sale para Ipona (hoy Bona), ciudad de Africa, donde el ama que lo crió permanecia aun cautiva. En el camino el Infante y él son presos por gente del rey de Median; conducidos á su corte, son condenados á muerte, mas cuando los llevaban á degollar, Lepolemo y su compañero se escapan y se encierran en el castillo de Lissa, donde siendo oportunamente socorridos por el Soldan, resisten primero, y escapan despues á la venganza de aquel monarca.

Maximiano y su esposa continuaban cautivos en la isla de la Estadia; mas habiendo Morbon negado al Soldan el acostumbrado tributo, este envia contra él al caballero de la Cruz con una poderosa armada. Vencido y muerto el Gigante, el emperador de Alemania, el delfin de Francia y otros príncipes cristianos que aquel tenia prisioneros son puestos en libertad por Lepolemo, volviéndose todos ellos á sus respectivos estados. Mas durante la larga ausencia del Emperador, un hermano suyo, llamado Lupercio, se hace elegir por la Dieta y usurpa el imperio. Volviendo á Europa el caballero de la Cruz, desembarca en Calais (*Cales*), ocupado á la sazon por los ingleses, y habiendo vencido y muerto en desafío al alcaide de su castillo, se apodera de la ciudad. Pasa en seguida á la corte del Delfin, y se enamora de su hermana, la infanta Andriana; allí encuentra al Emperador y á su esposa, y sobreviniendo muy oportunamente Platinia, la nodriza que le habia criado, se descubre el secreto de su nacimiento, y la historia concluye en el casamiento del caballero de la Cruz con Andriana, y de su hermana la infanta Melesia con el Delfin.

Tal es el argumento de este libro de caballerías, que en muchas cosas se diferencia bastante de los de su clase. Las aventuras, aunque maravillosas, no son increibles; la geografía está menos perturbada que en otros de la misma especie; la escena pasa siempre en Egipto y en los estados adyacentes de Africa, como Túnez, Trípoli, Quirvan (*Cairowan*) y otros. En vez de enanos y doncellas, siempre fieles mensajeros en estos libros de caballerías, son clérigos y capellanes los que llevan de una parte á otra las cartas y los recados. No hay en la obra encantamientos ni filtros amorosos, ni demandas, ni padrones, ni desafíos, ni torneos, ni mas gigante que Morbon; los hechos de armas del caballero, aunque grandes, no son sobrenaturales, y sobre todo, son producidos por causas racionales y verisímiles. El cronista Xarton, que á instancias y ruegos del infante Zulema escribió los famosos hechos del caballero de la Cruz, es un morillo vulgar, en nada parecido al sábio Alquife, ni á la reina Zirfea, ni á Galersis, ni á ningun otro de los encantadores y nigromantes que figuran en las historias de los Amadises con el doble carácter de historiadores y de brujos. Aunque versado en las artes mágicas, Xarton era hombre de buena intencion y crianza, que jamás con sus artes hizo enojo á nadie, y la única vez que interviene en la presente historia es para regalar al caballero un brazalete de oro, como preservativo y talisman de toda clase de encantamientos. De manera que bien puede decirse que este es un libro de caballerías rebajado, pues aun cuando conserva aun la forma y estilo de los antiguos, ha perdido mucho en el fondo.

El nombre de su autor nos es enteramente desconocido; pues aun cuando se sabe que Pedro Luxan escribió mas tarde una segunda parte ó continuacion de él, no nos parece esto razon suficiente para atribuirle la primera, como algunos escritores han hecho con sobrada ligereza (1). El supuesto original, escrito en arábigo (2) por dicho Xarton, se dice fué hallado en Túnez por el mismo intérprete castellano, quien, en su dedicatoria al conde de Saldaña, dice haber trabajado su version en aquella ciudad; circunstancia que, unida á sus conocimientos no vulgares de la geo-

(1) Entre ellos, el erudito Clemencin (tomo I, página 116), sin advertir que entre la publicacion de la primera parte y la de la segunda, en 1562, mediaron diez y nueve años, y que los *Colloquios matrimoniales* no se imprimieron hasta el año de 52. En una edicion del *Lepolemo*, cuya fecha no recordamos, se atribuye al bachiller Molina, el traductor de *Appiano*.

(2) Siendo este el único libro, que sepamos, de esta clase que se dice traducido del arábigo, no será aventurado el creer que dicha circunstancia influyese en Cervántes para crear el personaje de Citi Hamete Benengeli.

grafía, usos y costumbres del Africa Septentrional, nos induce á creer que es obra de alguno de los muchos cautivos que por aquel tiempo gemian en las mazmorras de Argel y Túnez.

En 1562, y no antes, salió á luz en Toledo una segunda parte del *Lepolemo*, con los hechos de Leandro el Bel, su hijo. Su autor no se nombra en ningun lugar del libro, segun la antigua costumbre de los que se ocupaban en este género de escritos; mas en la epístola con que dirige su obra á don Juan Claros de Guzman, conde de Niebla, primogénito de don Juan Alfonso de Guzman, duque de Medina-Sidonia, se declara serlo el autor de los *Colloquios matrimoniales* y del *Doceno libro de Amadís* (1), es decir, Pedro Luxan, quien le escribió en los ratos que pudo hurtar (2) á sus estudios.

Desde luego se advierte que el que escribió esta segunda parte no pudo ser autor de la primera (3), ó si lo fué, debió cambiar radicalmente así su estilo como sus ideas en la materia; porque, en lugar de presentar, como aquella, una narracion natural y sencilla de sucesos hasta cierto punto verisímiles, y que mas bien que de un libro de caballerías, parecen ser los de una antigua crónica, vemos reproducidos en esta aquellos incidentes maravillosos, aquellas fantásticas visiones y temibles aventuras, de que echaron mano Feliciano de Silva y otros escritores del mismo jaez. Estando el emperador de Alemania en su corte, una dueña llorosa se presenta á él y reclama su

(1) Por *doceno de Amadís* habrá de entenderse el *Don Silves de la Selva*, que generalmente se atribuye á Feliciano de Silva, y que segun ya dijimos en otro lugar (pág. XXXIV), no es obra suya. Don Vicente Salvá (*Repertorio Americano*, tomo I, pág. 39), inducido en error por este pasaje, creyó que por *libro doceno de Amadís* habia de entenderse el *Lepolemo*, y que el *treceno* era *Leandro el Bel*, asignándolos uno y otro á Pedro Lujan. Pero, á mas de las razones ya expuestas en contrario, añadirémos que el *Lepolemo* no puede ni debe ser incluido en la série de los *Amadises*, por ser libro separado, que ninguna conexion guarda con los de aquella familia; al paso que don Silves fué hijo de Rogel de Grecia, nieto de Amadís de Gaula, como puede verse en la tabla genealógica. Por lo demás, no queda duda de que el autor del *Lepolemo* lo fué tambien de *Don Silves*. Esto mismo viene á declarar Feliciano de Silva al fin de su Florisel de Niquea, cuando dice: «Y en el camino desta nauegacion la Emperatriz Archisidea se sintió en cinta de un hijo: el qual fué llamado don Felismarte de Grecia, que, segun su bondad, con razon tomó la denominacion de Marte, con tanta hermosura, que segundo Absalon fué llamado; y aquí Galersis en esta navegacion da fin al segundo libro desta quarta parte, y esta es la verdadera historia destos príncipes, y *otra que parecer tractará de la mesma historia, bien parece que fue mas escrita por aficion que por informacion de las verdaderas historias de estos príncipes*; y esto parece ser ansi claro, por las profecias del fin de la terzera parte; pues por ellas ni la hermosa infanta Fortuna parece auer de ser casada ni menos subjetarse, mas antes subjetar con crudas muertes á los principes humanos, de las crueles flechas de su hermosura. Ansi mesmo el niño don Silves de la Selva quedó tan chico, que en todas estas guerras pasadas no fué posible hallarse en ellas, ni tenia edad para ello. Y allende de todas estas y otras muchas razones, que claramente de la terzera parte se sacan, que por prolixidad no escrivo, y principalmente se muestra á quien lo quisiere remirar, por el estilo y frasis de Galersis, que tan gran hystoria escrivió. *Es muy diferente de la historia que se llama Don Silves de la Selva*, segun que toda esta historia lo mostrará, al que lo uviere leydo ó tuviere conocimiento de estilos y frasis de escreuir.» (Cap. XCIX y VII del segundo libro de la cuarta parte.)

Al testimonio que precede del mismo Silva, añadirémos que cuando este publicaba su cuarta parte del *Don Florisel* (Salamanca, 1551) corria ya impreso desde 1546 el *Don Silves de la Selva*.

(2) «Lo qual yo mas que otro he sentido, habiendo gozado de la benevolencia de vuestra excelencia, *quando los dias passados le ofreci mis Colloquios matrimoniales*, los quales fueron de vuestra excellencia recibidos con aquella afabilidad que vuestra excellencia acostumbra, con lo qual yo he tomado atrevimiento de dedicar á vuestra excelencia esta obra, aunque mal compuesta y peor ordenada, la qual compuse estando en ratos de vacuaciones de mis estudios, como siempre acostumbré, *despues de haber sacado á luz el doceno libro de Amadís*, por tomar alguna recreacion en el tiempo que á mis estudios y otras ocupaciones puedo hurtar;» etc.

Cuatro ediciones de los *Colloquios* se habian hecho antes de la publicacion del *Leandro el Bel*, á saber: Toledo, Juan Ferror, 1552, 8.°; Sevilla, Juan Canalla, 1555, 8.°; Valladolid, 1553, 8.°; Zaragoza, por Bartolomé de Nájera, 1555, 8.° Despues se publicaron otras dos: Alcalá, 1579, y Zaragoza, 1589, únicas que vió nuestro don Nicolás Antonio.

(3) Los veinte y ocho años trascurridos entre la impresion de la primera parte y la de la segunda, escrita cuando Luxan *estaba estudiando*, es un argumento mas en contra de la opinion sustentada por don Vicente Salvá, de que el libro de *Lepolemo* y el de *Leandro* son ambos á dos obra de un mismo ingenio. Es cierto que al fin de aquel parece anunciarse una segunda parte con los hechos de su hijo don Leandro; pero indicaciones de esta clase son demasiado frecuentes en los libros de caballerías, para que sobre ellas solas fundemos un hecho literario; además de que, segun se ha visto en varios lugares de este *Discurso*, no servian las mas veces dichas promesas sino para dar á otros continuadores el hilo de la narracion.

auxilio; Lepolemo la sigue, sin preguntarla siquiera cuál es el fin de su viaje, y despues de varias aventuras, á cual mas extrañas y peregrinas, aporta á una isla, llamada Bel, matando al sábio Torino, señor de ella, y nombrando gobernador en su lugar á otro sábio cuyo nombre es Artidoro el Griego. La emperatriz Andriana, estando un dia de caza, siente dolores de parto, y da á luz un hijo, que momentos despues es arrebatado por unos leones, coincidiendo este suceso con la desaparicion de otros varios niños, hijos todos de grandes príncipes y señores. Pasado algun tiempo, el moro Xarton, el mismo que habia escrito la crónica de Lepolemo, se presenta en la corte y se hace cristiano con gran solemnidad, siendo bautizado por el arzobispo de Tréveris, y sirviéndole el Emperador y la Emperatriz de padrinos.

Continuaba gobernando su isla el sábio Artidoro, el mismo que, habiendo averiguado por sus artes mágicas que Leandro, el hijo de Lepolemo, habia de ser puesto en peligro de muerte por una doncella fementida, le hizo coger por los leones, segun arriba queda dicho, robando al propio tiempo á Arlante de Francia, al gigante Floribelo, á Lucinel, Polimartes, Rosaldos y á otros donceles, para que se criasen con él y le tuviesen compañía. La Emperatriz en tanto pare otros dos hijos gemelos, Floramor de Alemania y la infanta Florimena. De edad de trece años, Leandro, llamado *el Bel* por la isla en que se crió (1), es armado caballero y sale en busca de aventuras; otro tanto hacen, cada uno por su lado, los demás donceles que con él se habian educado. Llega á Constantinopla y se enamora de la infanta Cupidea, hija del emperador Constantino, tomando desde entonces el nombre de *Caballero de Cupido*; encuentra, sin embargo, un rival temible en el caballero de las Doncellas, tambien prendado de las gracias y sin par hermosura de la Infanta, el cual resulta ser su hermano, don Floramor. Cien aventuras, mas extrañas y disparatadas las unas que las otras, como la del encantador Arcalao y la del castillo mágico de Cupido, llevadas ambas á cabo por Floramor; la del sepulcro y la de la venganza de amor, acometidas y terminadas por Leandro el Bel; combates con gigantes y desaforados jayanes, encantamientos, prisiones, demandas peligrosas, cartas del sábio Artidoro y de la bella Cupidea, desafíos, embajadas de enanos, curas maravillosas operadas por doncellas, ocupan las tres cuartas partes del libro, que termina con un combate cuerpo á cuerpo de Leandro con su padre Lepolemo, ya difunto, con el reconocimiento de los dos hermanos hasta entonces rivales y enemigos, y el casamiento de Leandro el Bel con Cupidea, de Floramor con Clavelina, infanta de Constantinopla; de Arlante de Francia con Floreta, duquesa de Andrinópoli; de Rosaldos y Armelina, Polimartes y Florimena. Prometió Luxan una tercera parte con los hechos de los famosos príncipes don Cupido y don Floribel, hijo aquel de Leandro el Bel, y este de Floramor, que no llegó á escribir, ó si la escribió, no vió la luz pública (2).

Hemos visto ya (pág. LII, nota 1) que al terminar la segunda parte del cuarto libro de *Don Florisel*, Feliciano de Silva anuncia haber la emperatriz Archisidea dado á luz un hijo, llamado *Félix Marte*, lo cual prestó quizá ocasion y motivo á Melchor Ortega, vecino de Ubeda, para escribir su *Félix Marte de Hircania*, que dedicó á Juan Vazquez de Molina, consejero de Felipe II, suponiendo que le escribió en griego el grande historiador Philosso Atheniense, y que le halló, traducido al toscano, entre los libros de la célebre biblioteca Columbina de Sevilla (3). Ninguna relacion, sin embargo, tiene el héroe de este libro con el de Feliciano de Silva, como pudiera inferirse del nombre; aquel

(1) A no mediar esta circunstancia, pudiera creerse que *el Bel* (en francés *le Bel* ó *le Beau*) significaba «el bello ó el lindo», puesto que á Felipe el Hermoso, padre de Cárlos V, le llaman algunos escritores nuestros Felipe el Bel.

(2) Al fin del cap. XC, último de la obra, dice así: «Todo lo qual dexaremos agora para la terzera parte de esta hystoria, donde de todo se hará mencion debida, por que alli pareceran las cauallerias, y extraños amores de todos estos principes. Agora será bien dar algun descanso á mi pluma y amaynar mi vela para entrar en el mayor trabajo de la traduccion de la terzera parte. Para el principio de la qual pido al lector que conceda aquel saber que viere ser necessario, porque debaxo de sus alas comience tan prolongada navegacion, y por agora sean dadas gracias á Dios todo poderoso, y á su bendita madre Santa Maria, y á los bienaventurados San Pedro y San Pablo. *Amen.*»

(3) «Soy tan inclinado á la licion antigua de historia verdadera, que esto me ha hecho ser curioso en busca de libros antiguos..... Y entre las cosas que me he hallado, fué el año de 1539 en la ciudad de Sevilla, donde siendo avisado de la gran copia de libros de diversas lenguas que en el monasterio de sant Pablo dexó un hermano de don Christóval Colon, gasté muchos dias en ver y leer alguna parte de ellos, y entre estos el original del nuestro en lengua toscana, tan antiguo, que con trabajo se podia leer, porque el tiempo havia gastado y consumido mucha parte de la escritura;» etc.

fué hijo de Florisel y de Archisidea, y este de Flosaran de Misia, cuyas disparatadas aventuras ocupan, con las de su hijo, la mayor parte del libro. En el cuerpo de la obra el autor le llama indistintamente *Florismarte* y *Félix Marte*, lo cual explica por qué el licenciado Pero Perez, en el donoso escrutinio de la librería del hidalgo manchego, le llama de aquella manera.

Por el mismo tiempo (1545) se imprimia en Lisboa la *Cronica del valiente y esforçado don Florando de Inglaterra, hijo del esforçado principe Paladiano*, en cuatro libros, que se dicen traducidos del inglés. El autor, que no se nombra, cuenta en él las grandes y maravillosas aventuras á que don Florando dió fin por amores de la hermosa princesa Roselinda, hija del emperador de Roma; circunstancia que nos induce á creer que, tanto este libro como el *Félix Magno* (1), que compuso en 1531 un criado de don Fadrique de Portugal, obispo de Sigüenza y virey de Cataluña, debieran quizá ser clasificados entre los de la Tabla Redonda, puesto que la escena de aquel pasa principalmente en la Gran Bretaña, y el héroe de este último fué hijo de Falangris, hermano de Lisuarte y de la reina Clarinea.

Otro libro hay muy notable, no solo por la crítica que de él hizo Cervántes, sino porque, continuado en varios tomos, forma una pequeña série de caballeros andantes como la de los *Amadises* y *Palmerines;* esto sin contar otra circunstancia, que no es para pasada en silencio, y es que algunas de sus partes se reimprimieron hasta dos veces, años despues de haber Cervántes anatematizado la caballería andante. Queremos hablar del *Caballero del Febo*, ó *Alphebo*, segun es llamado en la segunda parte, el cual fué hijo del emperador Trebacio, de quien descendia tambien Perion, rey de Gaula, el padre de Amadís. Imprimióse por primera vez en Zaragoza, en 1562, siendo su autor Diego Ortuñez de Calahorra, natural de la ciudad de Nájera. En 1580, Pedro de la Sierra, infanzon, vecino de Cariñena, en Aragon, prosiguió esta historia con los hechos de Claridiano, hijo del caballero del Febo y de la emperatriz Claridiana, así como los de Poliphebo de Tinacria. Tambien hay tercera y cuarta partes, divididas cada una en dos libros, y escritas ambas por un ingenio de Alcalá de Henares, y por último, Pellicer, en sus *Notas al Quijote*, cita una quinta, que no llegó á imprimirse, y se conservaba en su tiempo entre los manuscritos de la Biblioteca Nacional de esta corte.

Las mas notables de toda la série son, sin disputa alguna, la *tercera* y *cuarta*, obra, segun queda arriba indicado, de un vecino de Alcalá, que debió conocer á Cervántes, á la sazon estudiante en aquella universidad. Llamábase este nuevo continuador del *Caballero del Febo*, el licenciado Márcos Martinez, y su libro, dedicado á don Rodrigo de Sarmiento, duque de Híjar, se imprimió por primera vez en dicha ciudad en 1580. En una especie de introduccion, imitada á la que Montalvo puso á sus *Sergas*, finge que paseando por la umbrosa orilla del Henares, oyó los lastimosos ayes de un pástor enamorado, llamado Polio Sincelo, que se quejaba amargamente de la dureza é insensibilidad de Delia, pastora allí presente. Esta, que era casada, aunque abandonada de su marido Tolomeo, le declara, por deshacerse de él, que no conseguirá su amor mientras no penetre en la cueva del sábio Anglante; pero Polio, que sabe que cuantos han intentado entrar en el retiro del mágico, otros tantos han perecido á sus manos, queda yerto al oir tan duras condiciones, se enfurece y se arroja sobre Delia; esta huye, y el irritado pastor la sigue en ocasion que, saliendo el autor del lugar en que oculto presenciaba aquella escena, se interpone entre los dos y derriba á Polio, que muere al punto de rabia y de celos. Prosiguiendo el autor su paseo, se encuentra con el mago Selagio, morador de la cueva del sábio Anglante, el cual, reconociendo en él al que, segun profecía de Artimidoro y Lirgandeo, sus contrarios, ha de ser causa de su muerte, resuelve quitarle la vida. Preparábase ya á ejecutar su intento, cuando se aparecen oportunamente los dos magos amigos en un carro cubierto de fuego y tirado por cuatro disformes animales. Tomando Lirgandeo la forma de un fiero grifo, combate con Selagio, transformado tambien en dragon, y le mata. Entonces los magos anuncian al autor que, Dios mediante, ha de ser él quien haga notorias al mundo las grandezas y proezas del bello Claridiano y de su primo Rosabel, descubriendo y sacando á luz ciertos manuscritos antiquísimos en que están consignadas; pero que como para ello le será forzoso combatir con los nueve mas preciados varones de la fama, que el astuto Selagio dejara en guarda de su castillo y de los libros encerrados dentro de un padron de mármol, conviene que vista unas armas muy fuertes que le dan, y que se ciña una espada de tal virtud, que en

(1) En la biblioteca Imperial de Paris se conserva manuscrito un libro intitulado: *Le Romant du Roi Marc, filz du Roi Felis.*

tocando con ella al enemigo, quede al punto vencido. Acomete el autor la temible empresa, y vencidos uno despues de otro los nueve preciados de la fama, entra en el castillo encantado, deshace el padron de mármol, y logra hacerse dueño de unos vetustos pergaminos, escritos mitad en latin y mitad en griego, en que se contienen las hazañas de Rosicler, Claridiano, Rosabel y otros príncipes nietos ó biznietos del grande emperador Trebacio.

Bien dijo Clemencin (1) que el *Caballero del Febo*, con sus cuatro partes, es uno de los libros mas pesados y fastidiosos que se conocen en su género, y á buen seguro que pocos habrá hoy dia que puedan vanagloriarse de haber leido los tres tomos en fólio, de letra menuda, á dos columnas y cerca de dos mil páginas, que forman su historia y la de sus hijos y nietos hasta la cuarta generacion. Es, en efecto, un sumario de cuantas puerilidades y disparates se habian escrito hasta entonces en materia de caballerías, como si sus autores, presintiendo la suerte que amenazaba á todos los libros de su clase, hubieran querido echar el resto en materia de absurdos y necedades. Los dos primeros, el de Ortuñez y el de Sierra, ni aun se recomiendan por el lenguaje; algo mejores son, segun ya dejamos dicho, los dos de Martinez, aunque tambien peca este autor por ampuloso y pedante, habiéndose propuesto imitar á Feliciano de Silva en sus alambicados razonamientos, así como en aquellas hinchadas descripciones del Sol, de la Luna y de los elementos, que aquel solia poner al principio de los capítulos, y que Cervántes supo tan bien remedar (2).

Distinto de este Alphebo, caballero *del Febo*, es otro Alfebo, llamado *el Troyano*, cuyas hazañas, juntamente con las de su hermano *Don Hispalian de la Venganza*, escribió el catalan Estéban Corbera en un pesadísimo libro, dedicado á doña Mencía Fajardo y Zúñiga, marquesa de los Velez, prometiendo al fin de él otro *segundo*, que afortunadamente no llegó á imprimir. Este caballero del Febo fué hijo del emperador Floribacio. Finge el autor en un extenso prólogo, tambien imitado al de Montalvo, que paseando una mañana por la playa del mar vió venir á él dos doncellas en un esquife, por las cuales fué llevado á una isla, donde el sábio Claridoro le dió unos libros, escritos en frigio lenguaje, para que los trasladase en castellano. Para muestra del encumbrado estilo de este escritor, que parece trató de remedar Cervántes en el capítulo segundo de la primera parte, pondrémos aquí el principio del prólogo: «En el tiempo que el carro de la radiante illuminaria de la luz habia dado mil y quinientas setenta y seis vueltas, del dia del nacimiento del verdadero Sol, que alumbra el mundo de las tinieblas de la culpa de los primeros padres; á la sazon que aquel agraciado tiempo del verano daba muestras de su tan alegre y risueña venida; ya los campos se comenzaban á poblar de muy olorosas y diversas maneras de flores, tomando la tierra cobertura de tantas y tan varias colores, quanto para mas mostrar su fertilidad y gran abundancia eran necessarias, y el resplandeciente Febo llegava á la tercera parte de su acostumbrada corrida por el discurso del año, y los instrumentos del dios Eolo por las concavas y espantables cavernas de las ensalçadas rocas, su armonía con los apacibles ayres templavan la fuerça de sus discordes consonancias; y los poderosos mares tanta enemistad no mostravan con las faldas de las bravas montañas, que cubriendo la presuncion de sus ensalçadas ondas por los furiosos vientos del passado invierno con forçosa fuerça movidos; ya el tiempo con su suavidad, los campos de nuevas y verdes libreas vestia, y los árboles las suyas aparejaban, y las aves celestes con dulces y alegres cantilenas el nuevo *tiempo regocijaban con la melodia de sus picos y harpadas lenguas*, los animales brutos de sus encerradas cuevas á sus naturales caças salian, y las aves de rapiña por los campos de la espera del aire con la fuerça de sus alas discurrian;» etc. (3).

(1) Tomo I, pág. 11.

(2) Compárese el cap. XV, que empieza «Ya el dorado Titan», con los XIV, XX y XLV de la segunda parte del *Quijote*.

Todos estos escritores copiaron sin escrúpulo ni conciencia de ningun género lo que habian leido en otros libros de la misma clase; ni aun siquiera se tomaron el trabajo de alterar los nombres. El príncipe Rosicler hubo batalla con el gigante *Famongomadan*, *rey de la ínsula Defendida;* este tuvo un hijo llamado *Brandasidel;* los nombres de Lisarte y Madroco están copiados de Lisuarte y Matroco en el *Amadís*. Martinez, educado en Alcalá, quiere de vez en cuando lucir su erudicion clásica, introduciendo en su narracion los dioses paganos, citando alguna vez á Homero y á otros autores, y sobre todo, intercalando versos de su propia cosecha, que, sea dicho de paso, son algo mejores que su prosa.

(3) Véase el párrafo que empieza «Apenas habia el rubicundo Apolo», etc., y otros varios del *Quijote*, en que Cervántes se propuso, á no dudarlo, poner en ridículo las afectadas y pomposas descripciones del amanecer, del mediodía, la noche, etc., con que los escritores de este linaje de libros solian adornar sus relaciones.

Al fin del tomo de Corbera hay sonetos laudatorios de Luis Alarin, José Roger, italiano, y Benito Sanchez

Aun pudiéramos decir algo del *Don Cironjilio de Tracia*, de Bernardo de Vargas; del *don Cristalian de España*, de doña Beatriz Bernal, dama principal de Valladolid, hija quizá del bachiller Fernando Bernal, que, segun arriba dijimos, compuso la historia del buen *Duque Floriseo* y la de *Reymundo de Grecia;* del *Olivante de Laura*, de Antonio de Torquemada, secretario de los condes de Benavente, que el Cura mandó arrojar al corral por disparatado y arrogante; y por último, del *Policisne de Beocia*, de don Juan Silva y Toledo; libros todos que, ó formaban la caballeresca librería de don Quijote, ó se hallan citados y aludidos en las inimitables páginas de aquella obra inmortal; pero nada sabriamos añadir á lo que de sus cofrades y compañeros dejamos ya sentado. Todos se parecen en el fondo, todos representan al vivo las cualidades propias de un buen caballero: valor intrépido en las batallas, amparo del oprimido y menesteroso, cumplimiento de la palabra empeñada, lealtad en los amores, galantería con las damas, cortesanía y comedimiento con los iguales, respetuosa veneracion de los ancianos y mayores en estado, así como generosa condescendencia con los inferiores; en una palabra, cuantas dotes y cualidades constituian, á juicio de sus autores, un perfecto caballero; porque apenas se hallará uno que, al escribir tales libros, no declare ser su objeto é intencion enardecer los ánimos de los leyentes, é incitarlos á la imitacion de aquellos modelos del mas cumplido caballerismo (1).

§ 6.°

Historias y novelas caballerescas.—Relaciones de santos.—Libros de caballería á lo divino.—Otros fundados sobre historia de España.—Traducciones é imitaciones del Orlando.

Natural era que las damas de aquellos tiempos, por mas guerreras y varoniles que las queramos suponer, se hastiasen pronto de lectura que tan poca variedad les ofrecia, y que, cansadas ya de tanto revés y mandoble, de tanto descomunal gigante, de tanto encantador malsin, apeteciesen un linaje de libros mas en armonía con sus sentimientos y ocupaciones. Así es que muy pronto se creó otra literatura, que, sin dejar de ser caballeresca y estar impregnada del espíritu del tiempo, como toda literatura necesariamente ha de estarlo, se ocupó menos de guerra y de militares proezas, y un poco mas de amor y galanteos. Tal nos parece fué el orígen de la novela *caballeresca-sentimental*, que de presumir es fuese coetánea en España á los libros de caballerías mas antiguos; porque, al paso que estos, llamados generalmente crónicas, por referirse en ellos los altos hechos de algun rey, príncipe ó caballero andante, tienen estrecha relacion y semejanza con las crónicas semicaballerescas de aquella edad; así estos, conocidos con el título, mas modesto, de historias, tienen mas parentesco con la novela griega y latina, y representan la vida doméstica mas bien que la de los campamentos. Eran aquellos en fólio, estos en cuarto ú octavo; mas propios por su tamaño y contenido para el bello sexo. Comprendidos pues bajo la denominacion general de *historias*, pueden dividirse en varios géneros, segun el elemento que mas en ellos predomina, ya sea el caballeresco, ya el amoroso-sentimental, y ya, por fin, el moral-religioso, que tambien se mezcló de muy antiguo á la composicion de este linaje de libros. De la novela caballeresca-sentimental, muy cultivada en España durante todo el siglo XV, se pueden citar varios ejemplos, como son: el *Arlindier y Liesa*, de Juan Rodriguez de la Cámara, por otro nombre del Padron; La *Cárcel de Amor* y el *Arnalte y Lucenda*, de Diego de San Pedro; el *Flores y Blancaflor*, del sevillano Juan de Flores, que tambien escribió el *Aurelio é Isabela*, y el *Grisel y Mirabella y la Disputa de Bra-*

Galindo, en loor del autor y de su obra, y de la ciudad de Barcelona, su patria. De Estéban Corbera hemos visto manuscrita una historia de Nápoles ó Sicilia, principalmente bajo la dominacion de los aragoneses.

(1) Téngase, sin embargo, en cuenta que, á medida que las costumbres se fueron modificando, varió tambien este, que pudiera con razon llamarse el «decálogo del Caballero»; así es que Salas Barbadillo, en sus dos novelas del *Caballero perfecto* (1620) y *Caballero puntual* (1614), presentó un modelo muy distinto á la consideracion de sus lectores. Tambien merecen estudiarse el *Cortesano*, de Boscan (1539), el *Galateo*, de Giovanni de la Casa, traducido al castellano por Bezerra (1585), el *Enchiridion*, de Erasmo, que vertió á nuestro idioma en 1529 un anónimo, y por último, el curiosísimo libro escrito en italiano por monseñor de Sabaa y traducido por Francisco Truchado (Baeza, 1585); esto sin contar los infinitos que sobre educacion ética, y regimiento de príncipes y caballeros se compusieron en los siglos XVI y XVII.

zayda y de Torrellas; la bellísima historia de *Peregrino y Ginebra*, y las no menos tiernas de *Paris y Viena* y de *La linda Melosina*, traducidas libremente de la lengua francesa.

Otras, como la de *Enrique, fi de doña Oliva*, la de *Partinoples, conde de Bles*, y la de *La infanta Sebilla*, conservan algo mas el espíritu guerrero y rudo de la edad media; al paso que las de *Roberto el Diablo* y *Guillermo de Inglaterra* son morales y ascéticas en el fondo. Ni faltan en esta literatura ejemplos de la novela legendaria y aun de la oriental, como son, por una parte, las historias ó relaciones de santos, y las vidas de san Amaro, san Adrian, santa Genoveva, santa Lucía, san Alejo, la *Escala del Cielo* y otras obras de carácter místico y tradicional (1), y por otra, *Los siete sábios de Roma* y la *Doncella Teodor* (2).

Mas muy pronto la literatura caballeresca, bajo cualquier forma que se manifestase, habia de sufrir rudos ataques por parte de escritores encargados de dirigir las conciencias, ó que tomaron sobre sí el cuidado de moralizar al pueblo. Ya al rayar el siglo XVI se habia despertado en Europa, y principalmente en España, cierto misticismo religioso, que contrastaba singularmente con el sensualismo italiano, y prometia ser, como lo fué mas tarde, barrera impenetrable contra doctrinas nuevas y perniciosas. En todas partes la opinion de los doctos se pronunció contra este género de lectura, y en nuestra España particularmente apenas se hallará moralista del siglo XVI que no truene y declame contra las ficciones caballerescas, considerándolas como perjudiciales en sumo grado, y como un gérmen de corrupcion para las costumbres. En los confesonarios, en las obras ascéticas y morales, en los diferentes tratados de ética y política publicados en aquel siglo, se hallarán muestras patentes de esta especie de cruzada religiosa y literaria. Pero la seca invectiva y severo raciocinio de autores graves, como Luis Vives, Malon de Chaide, Alejo Venegas, fray Luis de Leon y otros, eran débiles reparos contra un mal tan generalmente extendido y profundamente arraigado, y así es que sus eruditas declamaciones produjeron poco ó ningun efecto; porque, ¿cómo habian de influir en un pueblo que ni las leia ni las comprendia, y que, por otra parte, se recreaba con semejantes ficciones? Al inmortal Cervántes estaba reservado el aniquilar de un solo golpe los libros de caballerías, empleando contra ellos las poderosas armas del ridículo, y dirigiéndose á la sensatez del mismo pueblo por medio de otro libro ameno, sencillo y al alcance de todas los inteligencias.

Viendo que no era fácil luchar en este punto contra el torrente de la pública opinion, los teólogos y moralistas del siglo XVI idearon el atacar aquella literatura en el fondo, ya que la forma permaneciese la misma; inculcando bajo ficciones caballerescas los sanos principios de la religion y de la moral, á la manera que la epopeya sagrada se fundó sobre lo mitológica de griegos y romanos. Tal debió ser el principal causante de los «libros de caballerías á lo divino». El mas curioso y característico de estos es, á no dudarlo, el intitulado *Caballería celestial*, en dos partes; impresas en 1554, en Anvers la primera, la segunda en Valencia. Su autor, llamado Jerónimo Sanpedro (3), fué natural de esta ciudad, y dedicó su obra á don Pedro Luis Galceran de Borja, maestre de Montesa. En la epístola proemial al benévolo lector, dice que, hallándose tan estragado el gusto de aquellos tiempos en materia de lectura, las gentes dejaban la dulce y provechosa leccion de la Sagrada Escritura por la de libros profanos y á las costumbres perniciosos. Que conociendo cómo él mismo,

(1) Estas relaciones de santos, entre las cuales las hay muy disparatadas, como: *La vida del bienaventurado san Amaro, y los peligros que pasó hasta que llegó al Paraiso Terrenal*, de la que tenemos á la vista una edicion hecha en Búrgos, por Juan de Junta, á 20 de febrero de 1552, 4.°, letra de Tórtis, no forman, estrictamente hablando, parte de la literatura caballeresca, aunque, por otra parte, están fuertemente impregnadas de su espíritu. Así pues no han sido incluidas en el *Catálogo*.

(2) Acerca de la *Doncella Teodor* ya dijimos en otro lugar que nos parecia traduccion del arábigo (*Ticknor*, tomo II, pág. 554). Posteriormente hemos adquirido un códice castellano de letra de mediados del siglo XV, que, entre varios tratados, como es el libro del *Bonium*, atribuido á don Alonso el Sábio, y otros, contiene la *Historia de la Doncella Teodor*, al parecer vertida del arábigo, en cuya lengua se escribió, segun allí se expresa, para el miramamolin de Africa, Abomelique Almanzor. La escena pasa en Babilonia, y la doncella es hija de un mercader de dicha ciudad.

(3) *Hieronym Sempere* se llama este autor en otras obras suyas, y así debió escribir su nombre, siendo, como fué, valenciano; mas, castellanizados su nombre y apellido, como lo están en la *Caballería celestial*, resulta «Jerónimo Sampedro», y se comprueba que el autor de la *Carolea* y el de este libro de caballerías son uno mismo. Ni Fuster ni Ximeno tuvieron noticia de esta obra, que tambien desconoció Nicolás Antonio. Véase lo que ya dijimos en las notas al *Ticknor*, tomo I, pág. 524.

ciego por ciegos guiado, iba cayendo en el atolladero de su engaño, dió vuelta sobre su pensamiento, y determinó escotar el tiempo gastado en vanas lecciones, empleando el que le quedaba en escribir historia verdadera. «Pero advirtiendo, añade, que los que tienen acostumbrado el apetito á las lecciones ya dichas no vernian desseosos al vanquete destas, aviendo de pasar de un extremo á otro, propuse les dar de comer la perdiz desta historia, alboroçada con el artificio de las que les solian caer en gusto, porque mas engolosinándose en ella, pierdan el sabor de las fingidas, y aborreciendolas, se ceven de esta, que no lo es. Para que despues de este pasto, como suelen algunos padres recitar á sus hijos las patrañas de los caualleros de burlas, les cuenten y hagan leer las maravillas de los guerreros de veras..... donde hallaran trazada, no una Tabla Redonda, mas muchas; no una sola aventura, mas venturas diversas; y esto no por industria de Merlin ni de Urganda la Desconocida, mas por la divina sabiduría del verbo hijo de Dios. Tambien verán, no al maestro Elisabad, diestro en la corporal cirugia, pero muchos cirujanos acuchillados por la experiencia de su milicia, los quales con los unguentos de su santo exemplo sanarán á los heridos sus espirituales heridas. Hallaran tambien, no uno solo Amadis de Gaula, mas muchos amadores de la verdad no creada; no un solo Tirante el Blanco, mas muchos tirantes al blanco de la gloria; no una Oriana ni una Carmesina, pero muchas santas y celebradas matronas, de las quales se podrá colegir exemplar y virtuosa erudicion. Verán assi mesmo la viveza del anciano Alegorin, el sabio, y la sagacidad de Moraliza, la discreta donzella, los quales darán de sí dulce y provechosa plática, mostrando en muchos pasos desta *Celestial cauallería* encumbrados misterios y altas maravillas, y no de un fingido cauallero de la Cruz, mas de un precioso Christo, que verdaderamente lo fue.»

El trozo que acabamos de copiar nos dispensa casi de dar razon de esta notable obra y analizar su contenido, puesto que en él la intencion de su autor se manifiesta bien á las claras. Está el libro dividido en ciento doce maravillas, ó sean capítulos, comenzando con la creacion del mundo, y concluyendo con los hechos de Ezequías y el anuncio profético de la venida del Salvador bajo el nombre figurado de *Caballero del Leon;* de manera que contiene, por decirlo así, toda la historia sagrada del Viejo Testamento, puesta en estilo de la andante caballería y parodiando (1) los libros de este género. Continuó Sanpedro su *Caballería celestial del Pié de la Rosa Fragante,* con otro libro no menos notable, intitulado *Hojas de la Rosa, etc.*, que se imprimió en Valencia en 1554; prosiguiendo en el mismo estilo y forma las historias del Nuevo Testamento (2), amenizando su narracion con no despreciables versos, y valiéndose además para ello de sierpes, basiliscos, enanos, encantamientos y cuantos recursos imaginativos habian antes empleado los escritores de caballerías (3); pero algo debió encontrar en el texto la Inquisicion, siempre vigilante y suspicaz, para que un libro de este género, impreso en España, mereciese, á pesar de las buenas intenciones de su autor, ser marcado al *Indice expurgatorio* (4).

El *Caballero del Sol*, de Pedro Hernandez, sacerdote natural de Villahumbrales, en la diócesis de Palencia, es otro de los libros escritos con el loable fin de proporcionar saludables ejemplos, al propio tiempo que sabrosa lectura á los aficionados á este género de literatura (5). Es la Prudencia la que, á instancia y ruego de la natural Razon, escribe los trabajos que el caballero del Sol sufrió en defensa de la misma Razon, perseguida por la Malicia, pintando con vistosos colores las varias escenas de la humana peregrinacion. Ya en el primer tercio del siglo XIV se habia escrito en verso francés (6) una obra bastante parecida en el fondo, que, traducida mas tarde al castellano,

(1) Estas parodias son muy comunes en nuestra literatura, como la *Clara Diana*, de Ponce (1581); el *Boscan á lo divino*, de Sebastian de Córdova (1577), y otras que podrian citarse.

(2) La alegoría principal se refiere al Salvador y ocupa setenta y cuatro capítulos, de los ciento y uno que componen esta parte. En ella Jesucristo está representado bajo el disfraz y nombre de *caballero del Leon;* los doce apóstoles son los doce pares, ó los doce de la Tabla Redonda; san Juan se llama el *Caballero del Desierto*, y Lucifer el *de la Sierpe.* Puede verse el análisis de este extraño libro en *Ticknor*, tomo I, página 258.

(3) El autor prometió otra tercera parte con el título de *Flor de la Rosa*, que no se llegó á imprimir. A imitacion de la *Caballería celestial*, se escribieron luego otros libros con el mismo fin laudable y con títulos bastante análogos, como son: La *Caballería cristiana*, de fray Jaime de Alcalá, impresa en Alcalá en 1570, y el *Caballero de la Clara Estrella*, Sevilla, 1580.

(4) Véase el de 1667, á la pág. 863.

(5) Hay dos ediciones de este libro, ó mas bien una misma con distintas portadas. Véase el *Catálogo*. Tradújose al italiano por Pietro Lauro (1557) y tambien al francés.

(6) El autor fué Guillaume de Guileville; imprimióse

se imprimió en Tolosa de Francia en 1490; la misma que el escritor palentino parece haber tomado por modelo, ya que no se propusiese seguir el plan é intencion de otra escrita en latin por Leon Baptista Alberti, y traducida tambien á nuestro idioma por Agustin de Almazan (1). El héroe es español y nacido en España, bello en el rostro, bien proporcionado en los miembros, de noble y claro linaje engendrado; el autor (la Prudencia) calla su nombre y el de sus padres. Criado á los pechos y en el regazo de su madre, á la edad de siete años fué tomado y entregado á un sábio varon para ser educado en las artes liberales, alcanzando luego en otros siete años, por la diligencia del maestro y su mucha aplicacion, gran parte de la gramática, retórica y filosofía; pero como el principal intento del padre fuese enseñarle en el arte militar, en que él habia gastado la mayor parte de su vida, llevóle á la corte de Cárlos V, del cual no poco fué amado, y de los grandes y altos hombres de su corte estimado. Pero de repente, iluminado su entendimiento con las luces de la Razon, le vino en mientes salirse de la corte, y peregrinar por los campos en busca de aventuras; dejar el bullicio de tantas conversaciones, y escoger la soledad; olvidar los pasatiempos y el regalo, y buscar los trabajos y aspereza; desechar los delicados paños de brocado y sedas, y vestirse las fuertes armas; dejar la renta ganada, é ir á buscar la fama perdida; desamparar la ociosidad, en que nace el vicio, y procurar el trabajo y afan, que engendran la virtud.

La obra toda es una alegoría ingeniosamente trazada. El caballero del Sol y un su amigo, llamado Gelio Roseo, á quien encuentra acaso en el castillo de Atilonio, el gigante del rio Sangriento, acometen grandes aventuras, deshacen fuertes encantamientos, y pelean victoriosamente contra los vicios, personificados por descomunales gigantes y desleales caballeros. El estilo es propio y castizo, sin esa afectacion ridícula que tan en boga puso Feliciano de Silva, y tan imitada fué por los escritores de este género; los versos, motes é invenciones de que la narracion está oportunamente salpicada, manifiestan que el autor estaba dotado de no vulgar ingenio (2).

su obra ó parte de ella en Leon de Francia en 1485, con el título de *Pelerinage de la vie humaine*. El traductor español fué fray Vicente Mazuelo, quien intituló su obra el *Pelegrino de la vida humana*, y no el *Pelegrinaje*, como equivocadamente dice el padre Mendez en su *Typographia española*, pág. 323.

(1) *El Momo. La moral y muy graciosa historia del Momo, etc., trasladada al castellano por Agustin de Almaçan, hijo del doctor Almaçan, médico de su Majestad.* Alcalá de Henares, en casa de Juan Mey Flandro, año de 1553, á 10 de enero, fólio, letra de Tórtis.

(2) Para muestra del estilo y forma que estos escritores guardaban en sus libros, copiarémos el capítulo II de esta obra: «*De lo que avino al cavallero del Sol con los dos caballeros que llevaban un caballero en un carro preso.*—Ya las tinieblas de la pasada noche, con la venida de los palidos rayos de la hermosa mañana desaparecian, quando el novel cavallero, habiendose despedido de sus amigos, armado de fuertes armas, y sobre un negro y gran caballo, con solo un escudero al camino se pone: tomando por aquella parte que mas le placia, y á las veces por donde su caballo lo guiaba. De las armas vos digo que eran blancas, partidas con unas rayas de oro: sembradas estrellas unos manojos de doradas saetas, y unas medias y pequeñas lunas azules. De su cuello pendia un fuerte y bien compasado escudo, el campo azul con un dorado sol que en medio de él resplandecia. Desta manera seguia su voluntario desierto y su incierto camino el caballero del Sol, que assi lo llamaron por el sol que traia en el escudo, aunque él queria llamarse el caballero Desterrado: porque de su patria se habia de su voluntad desterrado. Por espacio de diez dias caminó el caballero del Sol, que cosa que de contar sea no le avino, y á el undecimo dia, cuando el encumbrado sol su mayor hervor mostrava, caminando por una pequeña senda de una espesa floresta; llegando á un camino que de través se hacia sintió ruido de caballos y voces de gentes que con priesa caminaban. A poco rato vió como diez villanos, guarnecidos con capellinas y corazas y hachas, que delante un encubertado carro venian: al qual dos armados cavalleros seguian. Pero como el caballero del Sol atendiese con deseo de saber lo que en el carro venia, el mayor de los caballeros desta manera sus palabras le envia: «Caballero, ¿por ventura teneis vos cuidado de registrar los que passan por esta floresta, ó cogeis vos el pasaje de esta via? ¿Por qué no seguis vuestro camino, y dejais de estar en atalaya para dar cuenta de lo que pasa? Yo pienso que la priesa que nosotros llevamos deveys vos de tener de vagar y espacio, pues tan asegurado estais.—Por cierto, dijo el caballero del Sol, segun vuestras desmesuradas palabras, lo que yo por cortesía de vos queria saber, ya lo tengo entendido; ca algun preso deveys llevar en el cubierto carro, pues vos no quereis que nayde lo vea: porque siempre veo los que malhazen aborrescer la luz y la compañía, y amar la soledad y la tiniebla. Por ende, ó me descobrid y dad razon de lo que va en el carro, ó conmigo, aunque descuydado, sois en la batalla.—Andad adelante con el carro, hermano, dixo el caballero de la Floresta, ca presto entiendo librar este pleito y seguiros.» Sin mas aguardar, y tomando del campo lo que les paresció, al mas correr de los caballos, las lanzas baxas, se vinieron á encontrar en medio de la via, de tal poder y fuerza, que las lanzas fueron partidas en muchas piezas; pero el caballero de la Floresta hobo falsado el escudo y la loriga y fué herido en los pechos de

Al *Caballero del Sol* siguieron de cerca el *Peregrino*, de fray Alonso de Soria (1601); el *Assisio*, de fray Gabriel Mata, que aunque en verso, y relativo á la vida de san Francisco de Asis, puede en rigor incluirse en esta seccion; y otros mas, que podrán verse en nuestro *Catálogo*, si bien estos últimos son mas devotos que morales, y se ocupan mas de religion que de costumbres. Estas y otras obras, escritas con igual objeto, debieron influir, aunque lentamente, en el ánimo de los lectores, y labrar el descrédito en que la literatura caballeresca se hallaba ya cuando á Cervántes le vino en mientes el darla el golpe de gracia. Mas ya habian desaparecido de la escena los libros de caballerías, con sus varios y diferentes agregados, sufriendo en muchas partes de nuestra península suerte igual á la de la librería del hidalgo manchego (1), y aun estaba la literatura nacional de tal manera impregnada de su espíritu, que los escritores dramáticos del siglo XVII tuvieron á ménudo que echar mano de sus fabulosos argumentos para captarse la benevolencia y favor del público. La *Gloria de Niquea*, de Villamediana; el *Palmerin de Oliva*, de Montalvan; el *Marqués de Mántua*, el *Nacimiento de Urson y Valentin* (2) y la *Doncella Teodor*, de Lope; *La muerte de Baldovinos*, burlesca, de Cáncer; el *conde d'Irlos* y el *Nacimiento de Montesinos*, de Guillen de Castro; el *Caballero del Febo*, de Rojas, y la *Mesa Redonda*, de Luis Velez de Guevara (los dos últimos autos sacramentales), son otros tantos ejemplos que pudiéramos acrecentar aun, si tal fuese nuestro propósito, de la facilidad con que nuestros mas insignes escritores dramáticos echaban mano de asuntos caballerescos; prueba para nosotros evidente y segura de que aun vivia en el pueblo la memoria de aquellos héroes imaginarios, y que la reforma hecha por Cervántes no fué tan completa y radical como á primera vista pudiera creerse. Porque, si bien es verdad que luego se dejaron de imprimir, y sobre todo de escribir, *libros de caballerías*, y que el *Quijote* vino á dar al traste con los restos de aquel espíritu caballeresco que aun bullia en las cabezas de rancios y encopetados hidalgos, viviendo en pueblos oscuros de la monarquía, tambien lo es que el pueblo bajo, mas fiel á sus creencias y tradiciones, retuvo tenazmente ideas que por espacio de siglos habian hecho su ocupacion y su delicia, y que tanto armonizaban con sus sentimientos y costumbres.

Por causas análogas, y tal vez enlazadas con alguna de las anteriormente expuestas, lós héroes nacionales volvieron á ser en el siglo XVI el tema favorito de la literatura popular, y el Cid, Ferrant Gonzalez, Bernardo del Carpio, los Siete Infantes de Lara suministraron materiales para multitud de libros, fraguados exclusivamente para el pueblo. Hemos aludido ya en otro lugar á la *Cró-*

una mortal herida, aunque no vino á tierra, pero hobo perdido los estribos. El caballero del Sol pasó por él sin hacer ningun reves; pero cómo aquel que tenia muchos enemigos delante, viendo que le hacia menester poner toda diligencia y esfuerzo por vencer, en un punto vuelve sobre el caballero de la Floresta, y antes que en su entero acuerdo tornase, le hiere de tan pesados golpes por cima del yelmo, que del todo sin acuerdo vino á tierra, donde en breve espacio fué muerto. Ya el otro caballero en la fuerza del caballo, la lanza baxa, contra el caballero del Sol venia; pero como aquel en que no avia punto de cobardía, lo sale á rescebir, el escudo embrazado y la espada alta. El caballero de la Floresta encontró al caballero del Sol en soslayo del escudo, y la lanza no prendió, y el golpe salió vacío. Pero topandose de los dos cuerpos, el caballero del Sol le hirió de su espada por encima del hombro izquierdo, y le cortó las embrazaduras del escudo y lo hirió de una pequeña herida. El caballero del Sol, con la presteza de su caballo, volvió sobre él y le comenzó á cargar de duros y espesos golpes; porque el caballero de la Floresta, como el escudo hobiese perdido, poca defensa hacia, que assi se revolvia de unas partes á otras, como la oveja que huye del lobo. En tal manera lo comenzó de herir el caballero del Sol, que en pequeña pieza lo traya tan cansado, que á pocas cayera del caballo; lo qual como bien sintiese el caballero del Sol, alzandose sobre los estribos y echando el escudo á las espaldas, tomando la espada á dos manos, lo hirió por cima del yelmo de tal golpe, que armadura ninguna le prestó que no fuese mortalmente herido y viniese á tierra;» etc.

(1) De varios pasajes de una curiosísima representacion que los libreros del reino hicieron, en 1664, al consejo de Castilla, en solicitud de que se les dispensase del pago de alcabala, se deduce que la destruccion de *libros caballerescos*, verificada despues de publicado el *Quijote*, fué enorme. En unos apuntes manuscritos que don Fernando Arias Quijano, caballero de Alcántara y vecino de Cáceres, dejó en 1652 á sus hijos, don Juan y don Enrique, y que hemos visto originales, se encuentra un hecho que lo comprueba. Dice que habiendo ido á Salamanca á estudiar cánones y teología por disposicion de sus padres, á su vuelta, en 1623, halló que unos libros de caballerías y otros de entretenimiento, á cuya lectura habia sido muy aficionado en su mocedad, habian sido entregados á las llamas. «Diólos mi madre y señora, doña Jacinta Arias, á Periquin el molinero para que los quemase, y yo lo sentí, por cuanto entre ellos habia algunos de poesía, que no merecian tan negra suerte.»

(2) El argumento de esta comedia lo tomó Lope de un libro caballeresco francés, intitulado *Valentin et Urson*.

nica de Don Rodrigo, escrita á principios del siglo XV, que no tiene de historia mas que el nombre de este rey, y en la que se introduce, aparte de otros muchos incidentes caballerescos, un torneo de los reyes de Africa, Inglaterra y Polonia, y duque de Orleans; en la que un caballero, llamado Sacarus, defiende un paso, como lo harian en el siglo XV Suero de Quiñones y Ruy Diaz de Mendoza. Otro tanto puede casi decirse de la *Crónica caballeresca de don Pedro Niño*, en la que Gamez creyó deber ingerir las conquistas de Alexandro, las de Nabucodonosor y Julio César, la historia de Salomon y la aventura de don Rodrigo en la cueva de Hércules, incidentes todos extraños al asunto, y que revelan el espíritu eminentemente caballeresco de su época (1).

Pero al fin concíbese muy bien que los autores de estas y otros crónicas, fieles al espíritu que dominaba en su tiempo, no pudiesen prescindir de adulterar la historia con caballerescas invenciones; lo que no se explica tan fácilmente es que al principiar el siglo XVII, y cuando aquel linaje de literatura se hallaba en plena decadencia, un franciscano, llamado fray Estéban Barellas, predicador insigne y muy considerado en su órden, publicase una supuesta historia de dos condes de Barcelona que jamás existieron, llena de patrañas y aventuras caballerescas, tan extrañas y fantásticas como las que Feliciano de Silva introdujo en sus varias obras; con una circunstancia mas, y es que el autor con no poca seguridad y confianza dedicó su tomo «al illustre senado de los señores diputados de Cataluña», y que los aprobantes de él, todos personas doctas y muy encumbradas en la jerarquía eclesiástica, le calificaron de «obra muy útil y provechosa (2)». Por eso los autores que en el siglo XVI y XVII confeccionaban para el pueblo la única historia que siempre ha leido y sigue aun leyendo, y que pudiera con propiedad ser llamada *historia de cuerda* ó *de esquina* (3), escogian y entresacaban con cuidado aquellos incidentes maravillosos, aquellas sorprendentes aventuras, aquellos combates con moros infieles, aquellos rasgos de acendrado patriotismo y nunca desmentida lealtad, que matizan, como otras tantas flores, el variado campo de nuestra historia nacional, y que las generaciones se han ido transmitiendo unas á otras por medio de cantares ó romances.

Aun comprende nuestro *Catálogo* (4) una quinta y última clase, que abraza los *libros de caballerías en verso*, y *epopeyas caballerescas* traducidas ó imitadas del italiano. Es naturalmente la mas pobre de todas. Nuestras conquistas nos familiarizaron de buen hora con la literatura de Italia, siendo varios y diferentes los géneros de allí venidos y adoptados por nuestros ingenios, entre los cuales no es por cierto el menos importante la *epopeya caballeresca*, en que tanto se distinguieron los poetas de aquella nacion. El *Orlando* se tradujo á nuestra lengua por tres diferentes autores; Mateo Boyardo y Ludovico Dolce hallaron igualmente intérpretes castellanos; el médico Huerta escribia su *Florando de Castilla*, y Gomez de Luque *El Príncipe Celidon de Iberia*, en octava rima; Barahona de Soto y Lope de Vega daban tambien muestras de su ingenio en este género. Pero estos libros, compuestos desde un principio por doctos y para los doctos, no hallaron favor entre el pueblo; escritos en una clase de metro á que este no estaba acostumbrado, no arraigaron bien en nuestro suelo, y fueron pronto reemplazados por la epopeya histórica y cristiana.

Hemos examinado, en cuanto nos lo permitian los cortos medios y breve espacio de que podiamos disponer, los varios elementos de que estuvo compuesta la llamada *literatura caballeresca*, literatura cuyo tronco arranca de las profundidades de la edad media, y esparce sus ramas y derrama su influencia casi hasta nuestros dias. Vémosla primero, fuerte y robusta, invadir la Europa

(1) Todos los cuales creyó deber suprimir don Eugenio Llaguno y Amírola, al publicar por primera vez, en 1782, *El Victorial*, ó sea la *Crónica de don Pedro Niño, conde de Buelna*, con lo que, á nuestro modo de ver, le quitó mucha parte de su interés y colorido local.

(2) *Centuria, ó historia de los famosos hechos del gran conde de Barcelona, don Bernardo Barcino, y de don Zinofre, su hijo, y otros cavalleros de la provincia de Cataluña.* Barcelona, por Sebastian Cormellas, año de MDC (1600). Consta la obra toda de 202 capítulos, y es de lo mas disparatado y absurdo que hay escrito en el género histórico-caballeresco á que pertenece.

(3) «Historia de plaza,» la llamaba un crítico del reinado de Cárlos III, bien conocido por autor de una publicacion periódica, intitulada *El Belianis literario*.

(4) La division que hemos adoptado nos ha parecido la mas conveniente, si bien puede tener sus defectos; algunos de los libros incluidos en una ú otra seccion no los hemos visto, y otros no hemos tenido tiempo de leerlos y examinarlos; y si se considera que de los quinientos ó mas artículos ó ediciones diferentes de que se compone nuestro *Catálogo*, tan solo unos cuarenta se encuentran en nuestras bibliotecas, bien será de disculpar cualquier error que en tan confuso é intrincado ramo de bibliografía española hayamos cometido.

toda y arraigar poderosamente en el suelo idóneo de nuestra península; fiel representante de la sociedad que la dió el ser, es como un vasto panorama de escenas y costumbres que pasaron para no volver mas; modificada segun los países y las épocas, tomando varias y múltiples formas y acomodándose á las circunstancias, tropezamos con ella en el teatro, en el púlpito, en las calles. Una literatura, pues, que tan poderosamente ha influido, que tan ópimos frutos ha dado en España, bien merece ser estudiada á fondo y que se salven del olvido los escasos vestigios que de ella quedan. Consideracion es esta, que aparte de otras muchas, nos ha movido, aunque con la desconfianza que es consiguiente, á sacar á plaza nuestras propias opiniones en la materia; así como tambien á reunir en forma de catálogo razonado las noticias criticas y bibliográficas que acerca de este ramo importante de nuestra literatura nacional hemos logrado adquirir. Los eruditos podrán rectificar aquellas; estas, á no dudarlo, serán aumentadas por los aficionados á este linaje de libros, y á nosotros nos habrá cabido la satisfaccion de consagrar unas cuantas páginas al exámen de un punto literario importante y nacional.

CATÁLOGO RAZONADO

DE LOS

LIBROS DE CABALLERIAS

QUE HAY EN LENGUA CASTELLANA Ó PORTUGUESA, HASTA EL AÑO DE 1800.

CLASE PRIMERA.

LIBROS DE CABALLERÍAS DEL CICLO BRETON.

BALDO (El caballero) y BURLAS DE CINGAR.

(Véase Reinaldos de Montalvan, cuarta parte.)

LANZAROTE DEL LAGO.

La Demanda del sancto Grial. Con los maravillosos fechos de..... y de Galaz su fijo. Al fin : «Aquí se acaba el segundo y postrero libro de la Demanda del sancto Grial, con el baladro del famosísimo profeta y negromante Merlin con sus profecías. Hay por consiguiente todo el libro de la Demanda del sancto Grial, en el qual se contiene el principio y fin de la Tabla Redonda y acabamiento y vidas de ciento y cinquenta caballeros compañeros della. El qual fué empresso en la imperial ciudad de Toledo, por Juan de Villaquiran, empressor de libros. Acabósse á diez dias del mes de octubre, Año del nascimiento de nuestro redemptor y salvador Jesu Christo, de mill y quinientos y quince años» (1515). —Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas, 194 hojas.

Biblioteca Grenvilliana, en el Museo Británico. Clemencin, en sus *Notas al Quijote* (III, pág. 457), se inclina á creer que existe un libro impreso de Lanzarote del Lago, distinto de este; pero si hubiera tenido á mano las ediciones que de él hemos visto, hubiera caido en cuenta que la *Demanda del santo Grial* y el *Lanzarote* son una misma obra.

La demanda del sancto Grial con los maravillosos fechos de Lançarote y de Galaz su hijo.—Fólio, letra de Tórtis; en el fróntis, lámina grabada, que representa al Salvador saliendo del sepulcro. Al fin : « Aquí se acabe (*sic*) el primero y segundo libro de la Demanda del sancto Grial, etc.; el que fué impresso en la muy noble y leal ciudad de Seuilla, y acabóse en el año de la Encarnacion de nuestro redemptor Jesu Christo de mill e quinientos e treinta e cinco años. A doce dias del mes de octubre MDXXXV» (1535).

Consta todo el libro de 194 hojas, y ocho mas de tabla, sin foliacion. (Biblioteca del colegio de abogados de Edimburgo; antes del marqués de Astorga.)

MERLIN.

El Baladro del sabio Merlin. Al fin : «Fué impresa la presente obra en la muy noble e mas leal cibdad de Búrgos, cabeça de Castilla, por Juan de Búrgos. A diez dias del mes de febrero del año de nuestra saluacion de mill e quatrocientos e noventa e ocho años» (1498).

El único ejemplar que de este rarísimo libro hemos visto lo posee el señor marqués de Pidal.

Merlin y Demanda del sancto Grial.—Sevilla, 1500, fólio, letra de Tórtis, á dos columnas.

Edicion citada por Moratin, Diosdado, Nicolás Antonio. Otras dos partes, *segunda* y *tercera*, debió haber de este libro, pues entre los de la Reina Católica se halla citado un manuscrito con el siguiente título : *La tercera parte de la Demanda del sancto Grial.*

SAGRAMOR.

(Véase Segunda Tabla Redonda.)

SEGUNDA TABLA REDONDA.

Triunfos de Sagramor em que se trataõ os feitos dos cavalleiros da segunda Tavola Redonda. Por Jorge Ferreyra de Vasconcellos. — Coimbra, por Joaõ Alvares, 1554; fólio, letra de Tórtis, á dos columnas.

Memorias das proezas da segunda Tavola Redonda.— Coimbra, 1567, 4.°

Libro citado por De Bure y por Quadrio, y que vimos en Lóndres, falto de hojas. Es en prosa y verso. Barbosa cita este mismo libro con el título algo aumentado, y añadiendo que es en fólio, en lugar de 4.° *Memorial das proezas dos cavalleiros da segunda Tabla* (sic) *Redonda.*

TABLANTE Y JOFRE.

La crónica de los nobles caualleros..... de Ricamonte y Gofré (sic), *hijo de Donason.* —Toledo, 1513, 4.°, letra de Tórtis.

Salvá (*Repertorio Americano*, IV, pág. 67) es el único bibliógrafo que menciona esta edicion, citando el *Catálago* de don Mariano Romanis, de Roma, para el año de 1823.

La Cronica de los nobles caualleros..... de Ricamonte e de Jofre, hijo de don Asson, e de las grandes aventuras e hechos de armas que uvo yendo a libertar al conde don Milian, que estaua presso, como en la crónica siguiente parescerá, la cual fue sacada de las cronicas e grandes hazañas de los caualleros de la Tabla Redonda. Al fin : «Fenesce la coronica de los nobles caualleros..... nuevamente impresa en Toledo. Acabósse á XX e IX dias de noviembre, año de mil e quinientos e veynte e seys años» (1526).—4.°, letra de Tórtis, de 48 hojas.

Biblioteca Imperial de Viena.

La coronica de los notables cavalleros..... La qual fue sacada de las coronicas francesas, por el onrrado varon Felipe Camus, y agora nuevamente impressa en la ciudad de Sevilla..... en la imprenta de Juan de Leon, año de mil y quinientos y noventa y nueve (1599). —4.°, letra de Tórtis, de 99 hojas no foliadas.

Catálogo De Bure, núm. 946.

La Chronica de los muy notables, etc., compuesta por Nuño de Garay.—Alcalá de Henares, en casa de J. Gracian, 1604, 4.°, de 43 hojas.

Esta es la única edicion del Tablante en que aparece el nombre de Garay, quien, al compilarla de la crónica francesa de Turpin, atribuyó el original de ella á Felipe Camus. Solo así se explica la mencion que de él hace la impresion de 1599, y el error de Nicolás Antonio, quien incluyó á Camus entre los escritores españoles.

La Cronica, etc.—Sevilla, 1629, fólio.

Nicolás Antonio.

TRISTAN DE LEONIS.

Libro del esforzado cavallero don..... y de sus grandes hechos en armas.—Valladolid, 1501, fólio, letra de Tórtis, á dos columnas.

No hemos logrado ver esta que se dice primera edicion del Tristan, y se halla mencionada en el *Catálogo* de Ebert, bajo el número 23,101.

Libro del esforçado cauallero, etc.—Sevilla, en casa de Juan Cromberger, 1528, fólio, letra de Tórtis, á dos columnas.

La noticia de esta edicion nos ha sido remitida por don Pedro Salvá, de Valencia.

Libro del esforcado cavallero don..... y de sus grandes hechos en armas. Al fin : « Aquí se acaba el libro del muy famoso y êsforçado cauallero don Tristan de Leonís. Corregido y con mucha diligencia enmendado, con una tabla mas que en los otros añadida..... Impresso en la muy noble y muy leal cibdad de Sevilla, por Juan Cromberger, aleman, a quatro dias del mes de noviembre, año de mil y quinientos e XXXIII» (1533).—Fólio, letra de Tórtis, con láminas grabadas en madera, 80 hojas de texto, inclusa la portada, y 2 mas de tabla.

Coronica nuevamente emendada y añadida del buen cauallero don..... y del rey don Tristan de Leonis, el jóven, su hijo. MD y XXXIIII. Al fin : « Acabóse la presente obra, la qual es intitulada don Tristan de Leonis; primero y segundo libro. Agora nuevamente impresso en la muy noble e muy leal ciudad de Seuilla, por Dominico de Robertis, año del nacimiento de nuestro señor Jesu Christo de mil e quinientos e treynta e quatro años» (1534).—Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas, 207 hojas, y 5 mas de tabla.

Biblioteca de don Justo Sancha.

CLASE II.

LIBROS DE CABALLERÍAS DEL CICLO CARLOVINGIO.

CARLOMAGNO Y LOS DOCE PARES. (Primera parte.)

Historia del Emperador Carlomagno y de los doce pares de Francia, por Nicolao de Piamonte. — Sevilla, por Juan Cromberger, 1528, fólio, letra de Tórtis, á dos columnas.

Moratin.

Historia del Emperador Carlo Magno, etc., por Nicolas de Piemonte (sic). Sevilla, Dominico de Robertis, 1547, fólio, letra de Tórtis, figuras en madera.

Catálogo De Bure, núm. 910.

Historia del Emperador, etc.—Sevilla, 1548, fólio.

Biblioteca Anonymiana. La-Haya, 1728, 8.° En el *Catálogo* de la venta de los libros de De Bure (núm. 940) se cita una edicion hecha en Sevilla por Dominico de Robertis, 1547, fólio, figuras en madera; quizá sea la misma anteriormente citada ó la que sigue.

Historia del Emperador, etc. — Sevilla, 1549, fólio, letra de Tórtis, á dos columnas.

Biblioteca Imperial de Viena.

Historia del Emperador, etc. — En Alcalá de Henares, por Sebastian Martinez, año de 1570, fólio, letra de Tórtis, á dos columnas.

Historia del emperador Carlo Magno y de los doce pares de Francia, etc. — Lisboa, por Domingo de Fonseca, 1613, fólio, de 30 hojas, sin contar el fróntis ó portada.

Historia del Emperador, etc.—Huesca, 1641, 4.°

Biblioteca Imperial de Viena.

Historia del Emperador, etc. — Cuenca, por Salvador Viader, fólio, sin año.

Nicolás Antonio.

Historia do Emperador, etc.—Sevilla, 1650.

Biblioteca Anonymiana.

Historia del Emperador, etc.—Barcelona, 1696, 8.°

Bowle, en las *Notas al Quijote.*

Historia del Emperador, etc.—Coimbra, por José Antunes, 1732, 8.°

Historia del Emperador..... en la qual se trata de las grandes proesas de los doze Pares de Francia. — Barcelona, por Rafael Figuerò, 1708, 8.°

Catálogo Duplessis, 1856.

Historia del Emperador, etc..... en la qual se trata de las grandes proesas y hazañas de los doce Pares de Francia, y de como fueron vendidos por el traydor Galalon, y la cruda batalla que hubo Oliveros con Fierabras de Alexandria, hijo del Almirante Balam. — Barcelona, sin año, 8.°

Parece impresa hácia los años de 1711.

Historia do Emperador Carlos Magno, e dos doce Pares de França (en portugués). — Lisboa, por Pedro Ferreira, 1728, 8.°

Barbosa.

Historia del Emperador, etc.— Barcelona, por Antonio Arroque, sin año, 8.°

Salvá, *Catálogo*, núm. 1,052.

Historia del Emperador, etc., traducida del idioma frances por Nicolas de Piamonte.—Madrid, á costa de don Pedro Joseph Alonso y Padilla, 1744, 4.°

Primeira parte da Historia do Imperador Carlos-Magno e dos doze Pares de França, traduzida de castelhano em Portuguez, com mais elegancia para a nossa lingua, por Jerónimo Moreira de Carvalho, Medico do partido da Universidade de Coimbra, dos Exercitos da Provincia de Alem-Tejo, e Fysico mor da gente de guerra do Reino de Algarve, dividida em sinco livros. — Lisboa, na officina de Simaõ-Thaddeo Ferreira, anno M.DCCC (1800), 8.°

Se ha reimpreso despues varias veces.

CARLOMAGNO Y LOS DOCE PARES. (Segunda parte.)

Segunda parte da Historia, etc., fielmente tirada das chronicas francesas..... por Domingo Gonçalves. — Lisboa-Occidental, 1737, 8.°

Segunda parte da historia do Imperador Carlos-Magno e dos Doce Pares de França novamente dada a luz e fielmente tirada das chronicas Francesas daquelle tempo, com a noticia de feitos famosos, tanto pelos Pares, como por outros cavalleiros. Lisboa, Na officina de Simaõ Thaddeo Ferreira, anno de MDCCXCIX (1799), 8.°

Escribió esta segunda parte el mismo Moreira, traductor de la primera, el cual trae á Carlomagno á España por segunda vez, le hace entrar en batalla con Abderraman, en ayuda de Galafre, y apoderarse, por último, de Córdoba, capital de la morisma.

Primeira e segunda parte.—Lisboa, 1784, 8.°

CARLOMAGNO. (Tercera parte.)

Verdadeira terceira parte da historia de Carlos-Magno em que se escrevem as gloriosas acçoes e victorias de Bernardo del Carpio. E de como venceo em batalla os Doze Pares de França, com algunas particularidades dos Principes de Hispanha, seus Povoadores e Reis primeiros; escrita por Alexandre Caetano Gomes Flaviense, Presbytero do habito de san Pedro, etc.—Lisboa, 1745, 8.°

El autor, que dice haber compuesto su obra «para servir de divertimento e diversao do somno», recopiló en esta su tercera parte cuanto en los libros é historias españolas pudo hallar relativamente á Bernardo del Carpio, «dando principio á su libro con la creacion del Mundo, diluvio universal y confusion de las lenguas en la torre de Babel.» Refiere en seguida la historia fabulosa de España, y sin decir nada de fenicios, cartagineses, romanos ni godos, pasa de un salto á los reyes de Astúrias y Leon, y á don Sancho, conde de Saldanha, y doña Jimena, infanta de Leon, padres de Bernardo. Termina con la muerte del héroe, que renunciando la corona de Cataluña, se mete fraile en Aguilar de Campó.

ESPEJO DE CABALLERIAS. (Primera parte.)

Espejo de caballerias: en el qual se trata de los fechos del conde don Roldan y de don Reynaldos. (Primera parte.)—Sevilla, 1533, fólio, letra de Tórtis, á dos columnas.

Brunet, citando á Lenglet du Fresnoy.

Espejo de cauallerias, etc. Al fin: «Fenesce la primera parte del *Espejo de cauallerias*; fué impresso en Seuilla en la emprenta de Juan Cromberger..... año de M. d. XLV» (1545). — Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas, 138 hojas.

Brunet.

Espejo de cauallerias : en el qual, etc. Al fin (fól. 142 vuelto): «Fenesce la primera parte del..... Fué empresso en Sevilla, en casa de Jacome Cromberger, año M. D. y cincuenta y uno» (1551). — Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas.

Biblioteca Grenvilliana, en el Museo Británico de Lóndres.

Primera (segunda y tercera) parte de Orlando Enamorado. Espejo de Cauallerias, en el qual se tratan los hechos del conde don Roldan: y del muy esforçado cauallero don Reynaldos de Montalvan y de otros mucho preciados cavalleros. Por Pedro de Reinosa, vecino de la muy noble ciudad de Toledo. Impreso en..... Medina del

Campo, por Francisco del Canto, año de 1586.—Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas.

De esta edicion trata don Nicolás Antonio en el artículo *Petrus de Reynosa*, aunque copia su título con bastante inexactitud.

ESPEJO DE CABALLERIAS. (Segunda parte.)

Libro segundo del Espejo de Caballerias que trata de los amores de don Roldan con Angelica la bella, y las estrañas aventuras que acabó el infante don Roserin, hijo del rey don Rugiero y Bradamante.—Sevilla, 1536, fólio, letra de Tórtis.

Brunet, citando á Lenglet du Fresnoy.

Libro segundo del Espejo de Cauallerías que trata, etc. Sevilla, por Jacome Crombeſger, año de MDXLIX (1549).—Fólio letra de Tórtis, á dos columnas, 115 hojas.

Brunet.

Libro segundo de (sic) *Espejo de Cauallerias en el qual se tratan los amores, etc.* — 1586, sin lugar; fólio, á dos columnas. Al fól. 119, que es el último, se lee: «Fin del segundo libro de *Espejo de Cauallerias*, traducido y compuesto por Pero Lopez de Sancta Catalina.»

Biblioteca Grenvilliana, en el Museo Británico de Lóndres.

ESPEJO DE CABALLERIAS. (Tercera parte.)

Tercera parte de Reynaldos de Montalban, en la qual se cuentan los famosos hechos del infante don Roserin, y el fin que ouo en los amores de la princessa Florimena, donde vereys el alto principio y hazañosos hechos en armas de don Roselao de Grecia, su hijo. Al fin: «Fué impressa la presente obra en la muy..... ciudad de Seuilla, en las casas de Jacome Cromberger: acabóse á onze dias de março, año de mil y quinientos y cincuenta» (1550). —Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas, 109 hojas.

Brunet.

El tercero libro del Espejo de cauallerias, en el qual, etc., traducido de lengua toscana en nuestro vulgar castellano, por Pedro de Reynosa, vezino de la muy noble ciudad de Toledo, 1586. Al fin (de la hoja 108): «Fué impressa la presente obra, año del nascimiento de nuestro Salvador de mil y quinientos y ochenta y cinco años» (1585).—Fólio, á dos columnas.

Biblioteca Grenvilliana.

Primera, segunda y tercera parte de orlando Enamorado. Espejo de caballerias, en el qual se tratan los hechos del conde don Roldan y del muy esforçado cauallero don Reinaldos de Montalvan, y de otros mucho preciados caualleros, por Pedro de Reynosa, toledano.—Medina del Campo, por Francisco del Canto, 1586, fólio, á dos columnas.

Bowle, en las *Notas al Quijote*.

ESPEJO DE CABALLERIAS. (Cuarta parte.)

Al fin de la tercera parte de este libro ofreció Pedro de Reynosa una *cuarta*, que no hemos visto mencionada por ninguno de los que se han ocupado de este linaje de libros. Pero entre los que el duque de Calabria legó, en 1554, al monasterio de San Miguel de los Reyes, de Valencia, hallamos citada una *Cuarta parte de Reinaldos de Montalban*, y por separado *Los quatro libros del Espejo de Cauallerias*.

GUARINO MESQUINO.

Coronica del noble cauallero Guarino Mesquino. En la qual trata de las hazañas y aventuras que le acontecieron por todas las partes del mundo, y en el purgatorio de sant Patricio y en el monte de Norca, donde está la Sibila. Al fin: «Acabóse la muy famosa historia del valiente y muy virtuoso cavallero *Guarino*, llamado *Mesquino*, en la qual allende de las grandes batallas y extrañas aventuras de que por el su grandissimo esfuerzo e destreza de armas fue por la gracia de Dios siempre vencedor, se trata e recuenta da (*sic*) todas las mas partidas del mundo: ansí d'Asia, India e Tartaria, como de Africa y europa, hasta la cueva de la sabia Sibila, contando de las cosas extrañas que dentro vido, assi mismo como estuvo en el purgatorio de san Patricio: la qual se emprimio en la muy noble e muy leal cibdad de Seuilla, en casa de andres de Burgos, en el año de nuestro señor Jesu Xpo de mil e quinientos e XLVIII (1548), á diez dias de março»—Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas, de 128 hojas foliadas, y otras 2 mas de portada y prólogo.

Dice Pellicer que el traductor de esta obra fué Alonso Hernandez Aleman; mas Lampillas (*Saggio, etc.*) asegura que es original, pues de otro modo no hubiera dicho Tulia de Aragon, que en 1560 la puso en verso italiano, ser historia sacada del español. Pero la verdad es, que el libro se escribió originalmente en italiano por el maestro Andrés de Florencia, y se imprimió varias veces durante el siglo XV, y que luego se tradujo al castellano. Es probable haya una edicion anterior á esta de 1548, pues en 1530 el autor del *Diálogo de las lenguas* (pág. 158) le cita ya entre los libros que, «siendo mentirosísimos, tienen tan mal estilo, que no hay buen estómago que pueda leerlos.» Hay un ejemplar de esta obra en la selecta biblioteca de la excelentísima señora condesa de Campo-Alange.

MARGUTE.

(Véase MORGANTE.)

MORGANTE.

Libro del esforzado gigante Morgante y de Roldan y Reynaldos, hasta agora nunca impresso en esta lengua. Al fin: «A loor y gloria de Dios todopoderoso y de la sacratissima virgen Maria madre suya. Acabóse el presente libro del valiente y esforçado Morgante, en la insigne ciudad de Valençia, al molí de la rovella. Fue impresso por Francisco Diaz Romano, á diez y seys dias del mes de setiembre. Año de mil y quinientos y treynta y tres (1533), impresso a costas y despensas del susodicho impressor.»—Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas.

Biblioteca Grenvilliana, en el Museo Británico.

Historia del valiente y esforzado gigante, cuyo nombre es Morgante, y de Roldan y Reynaldos.—Valencia, por Nicolás Duran de Salvaniach, 1533, fólio, letra de Tórtis, á dos columnas.

Cita esta edicion Nicolás Antonio en su *Biblioteca Nova*, página 396, como hecha en el año 1533, lo cual, á ser cierto, probaria que el libro se imprimió dos veces en Valencia, en un mismo año, aunque por distintos impresores.

Libro segundo de Morgante, etc.—Valencia, por Nicolàs Duran de Salvaniach, 1535, fólio, letra de Tórtis.

Forma tomo con el primero, antes citado. Trata esta segunda parte «las faceciosas burlas de *Margute* y las hazañosas victorias de *Morgante;* el fin de la guerra de Babilonia, con muchas otras grandes y valerosas empresas de Reinaldos y Roldan, y de todos los doze pares, con los sabrosos amores del señor de Montalvan», etc., y por consiguiente, es traduccion del *Margutino* ó *Margante Minore*, de dicho Pulci. Segun Nicolás Antonio, el traductor de esta segunda parte fué Jerónimo de Auner, poeta valenciano, á quien Brunet llama equivocadamente Jerónimo Oliverio.

Libro primero y segundo de Morgante, Roldan y Reinaldos.—Sevilla, por Juan Canalla, fólio, letra de Tórtis, á dos columnas.

Nicolás Antonio y Moratin.

REINALDOS ó RENALDOS DE MONTALVAN. (Primera y segunda parte.)

Libro del noble y esforçado cauallero Renaldos de Montaluan, y de las grandes prohezas y estraños hechos en armas que él y Roldan y todos los doze pares paladines hizieron. Al fin: «Fué impremido el presente libro en la ymperial ciudad de Toledo: por Juan de Villaquiran. Acabósse á doze dias del mes de octubre de mil e quinientos e veynte e tres años» (1523).—Fólio mayor, letra de Tórtis, á dos columnas, 238 hojas, inclusa la portada, con el título de letra de bermellon y un grabado en madera.

En el fól. III se lee el encabezamiento siguiente: «Aquí comiençan los dos libros del muy noble y esforzado cauallero *don Renaldos de Montaluan*, llamado en lengua toscana *El enamoramiento del emperador Carlos Magno*..... Traducido por Luys Dominguez.» Es traduccion del *Innamoramento di Carlo Magno*, libro italiano, impreso en Venecia en 1481, fólio.

Libro del noble y esforzado caballero, etc.—Sevilla, en casa de Jacobo Cromberger, 1525, fólio, letra de Tórtis, á dos columnas.

Nicolás Antonio.

Libro del noble y esforçado e invencible cauallero, etc. Al fin: «Impreso en Salamanca. Acabóse á veynte e cinco dias del mes de agosto, del año de mill e quinientos e veynte e seys años» (1526).—Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas, 228 hojas, y 2 mas de preliminares.

El enamoramiento del emperador rey Carlo-Magno.—Sevilla, 1535, fólio.

Citamos con alguna desconfianza esta última edicion, de la que no hemos hallado mas noticias que las muy vagas de Lenglet du Fresnoy (*Bibliothèque des Romans*), escritor generalmente poco exacto.

Libro primero del cauallero don Renaldos de Montalvan (llamado en lengua toscana el enamoramiento del emperador Carlo-Magno) traducido por Luys Dominguez. —Alcalá de Henares, en casa de Sebastian Martinez, 1563, fólio, á dos columnas.

Libro segundo de don Renaldos. — Alcalá de Henares, por el mismo impresor, 1564, fólio. Las dos partes en un tomo.

Libro primero del noble y esforçado cauallero..... y de sus grandes proezas y hechos. Al fin : «Impresso en Burgos en el barrio de san Pedro por Pedro de Santillana..... año de mil y quinientos y sessenta y cuatro años» (1564).

Libro segundo, etc. Al fin : «Fué impresso..... en..... Burgos, cabeça de Castilla, Por Pedro de Santillana..... á diez y siete dias del mes de mayo. año de M.D.LX.IIII años» (1564).— Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas. La primera parte consta de 114 hojas, y la segunda de 102.
Brunet.

Libro primero del noble y esforçado cauallero..... y de sus grandes proezas y hechos. Al fin : « Aquí se acaba el primer libro del muy Baliente (*sic*) y esforçado cauallero don Renaldos de Montalvan, empresso en Perpiñan, en casa de Sanson Arbus, impresor de libros, 1585 »—Fólio, á dos columnas.

Libro de (sic) *segundo don Reynaldos: Libro del noble y esforçado cauallero Reynaldos de Montalvan, y de las grandes discordias y enemistades que entre él y el Emperador Carlos vuieron, por los malos y falsos consejos del conde Galalon.* Impreso en Perpiñan, por Sanson Arbus, 1585. — Fólio. Al fin : « Aquí haze fin el presente libro, intitulado *El enamoramiento del emperador Carlos*, en el qual se tratan las grandes y altas proezas del muy valiente y esforçado cauallero Renaldos de Montalvan. Impresso en Perpinian en casa de Sanson Arbus, impressor de libros año de 1585.»—Fólio, á dos columnas. Los dos libros (primero y segundo) en un tomo de 225 hojas, 114 para el primero, y 101 para el segundo.

Primera, segunda y tercera parte de don Reinaldos de Montalban, emperador de Trapisonda. — Perpiñan, por Sanson Arbus, 1589, fólio.

Citan esta edicion Nicolás Antonio y Pellicer; pero hay motivo para sospechar que la equivocaron con la de 1585, que no contiene mas que los dos primeros libros.

REINALDOS DE MONTALVAN. (Tercera parte.)

La Trapesonda, que es tercero libro de don Renaldos y trata como por sus cauallerias alcanço a ser emperador de trapesonda: y de la penitencia e fin de su vida. Al fin: «Fué impresso en la nobilissima ciudad de Sevilla : en casa de Juan Cromberger empressor de libros. Acabose á XXV dias del mes de mayo Año de..... mil e quinientos e treynta y tres años» (1533).—Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas, 116 hojas.
Brunet.

Historia de D. Reinaldos de Montalban, emperador de Trapisonda. Primera, segunda y tercera parte, por Luis Dominguez. — Toledo, 1538, fólio, letra de Tórtis, á dos columnas.

Edicion citada por Moratin en sus *Orígenes*, y que quizá es la misma que la anterior.

La Trapesonda, etc. Sevilla, por Dominico de Robertis, á 25 de junio de M.D.XLIII (1543).—Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas.
Brunet.

La Trapesonda, etc., agora nuevamente impressa año de M.D.LVIII. Al fin: «Aquí fenesçe el tercero y postrimero libro del famoso y esforçado cauallero don renaldos, etc.; fué impresso en la..... cibdad de Toledo, en casa de Juan Ferrer. Acabose a ocho dias del mes de mayo, año de .... mil y quinientos y cincuenta y ocho años» (1558).—Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas.
Hebert.

La Trapesonda, que es tercero libro de don Renaldos: trata como por sus cauallerias alcanço a ser emperador de Trapesonda, y de la penitencia y fin de su vida: Agora nuevamente con licencia impresso. Año de 1562. Al fin : «Fué empresso en la florentissima universidad de Alcala de Henares, en casa de Andres de Angulo. Año de mil y quinientos y sessenta y tres años» (1563). — Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas.
Brunet.

REINALDOS DE MONTALVAN. (Cuarta parte.)

La Trapesonda. Aqui comiença el quarto libro del esforçado cauallero reynaldos de montaluan, que trata de los grandes hechos del inuencible cauallero Baldo, y las graciosas burlas de Cingar. Sacado de las obras del Mano Palagrio en nuestro comun castellano. Seuilla, por Dominico de Robertis, á 18 de nouiembre de M.D.XLII (1542). —Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas.

Hebert. Esta cuarta parte consta de 192 hojas, y 6 mas de preliminares, entre las cuales se halla un prólogo *sobre la poesia de Merlino Cocayo, poeta;* un proemio del maestro Juan Acuario sobre el mismo asunto, y por último, *Genealogia del rey Ludovico Pio.* Se conserva un ejemplar en la biblioteca de Wolfenbüttel.

ROLDAN (CONDE DON).

(Véase ESPEJO DE CABALLERÍAS, primera parte.)

ROSERIN (DON).

(Véase ESPEJO DE CABALLERÍAS, segunda parte.)

ROSELAO DE GRECIA (DON).

(Véase ESPEJO DE CABALLERÍAS, tercera parte.)

CLASE III.

LIBROS PERTENECIENTES AL CICLO GRECO-ASIÁTICO.

SECCION PRIMERA. — Los Amadises.

AMADÍS DE GAULA.

(LIBROS I-IV.)

Los quatro libros del muy esforzado y muy virtuoso caballero..... nuevamente emendados e hystoriados.— Salamanca, 1510, fólio.

De esta edicion habla Clemencin (I, 107), refiriéndose sin duda á Lenglet du Fresnoy y á Quadrio; hállase tambien citada en un catálogo manuscrito que de esta clase de libros formó el inglés Ritson, y que original autógrafo se guarda en el Museo Británico de Lóndres; pero como ninguno de estos autores dé noticias individuales de dicha edicion, habrémos de considerarla, cuando menos, como dudosa. De la que se supone hecha en Sevilla en el mismo año de 1510, ya se trató en otro lugar, pág. XXV, y por lo tanto, no se incluirá en este *Catálogo*.

Los quatro libros del muy esforçado cauallero..... nuevamente emendados hystoriados. Al fin : «Acábanse aquí los cuatro libros del esforçado y muy virtuoso cauallero AMADÍS DE GAULA, en los cuales se hallan muy por extenso las grandes aventuras y terribles batallas que en sus tiempos por él se acauaron y vencieron : y por otros muchos caualleros assi de su linage como amigos suyos. El qual fué impremido por Antonio de Salamanca. Acabóse en el año del nascimiento de Nuestro Salvador Jesucristo de mil quinientos diez y nueve años (1519) á trece dias del mes de Abril.»—Fólio, letra de Tórtis, de 284 hojas, á dos columnas. Cada libro está precedido de una estampa abierta en madera, que representa á Amadís á caballo, vestido de corte, precedido de un paje y de un enano á pié, y seguido de un escudero á caballo.

De esta edicion tiene un ejemplar el baronete inglés sir Thomas Phillips; otro se conserva en la biblioteca pública de Oporto. El que Clemencin cita como existente en la Nacional de esta corte, no se encuentra ya allí. Aunque no se expresa en ella el lugar de la impresion, se sabe fué hecha en Roma, lo cual presupone otra anterior en la Península.

Los quatro libros de, etc.—Zaragoza, por George Coci, 1521, fólio, letra de Tórtis, á dos columnas.
Biblioteca de sir Thomas Phillips.

Los quatro libros de, etc.— Sevilla....., 1526, fólio, letra de Tórtis, á dos columnas.

Edicion citada por Lenglet du Fresnoy (*Bibliothèque des Romans*), y despues por Panzer, Dunlop y otros. Tambien la cita el señor Herculano, en un artículo sobre las *Novellas de Cavallaria portuguezas*, en el tomo II del *Panorama;* Lisboa, 1838, pág. 124.

Los quatro libros de Amadís de Gaula nuevamente impressos e hystoriados en Sevilla. Al fin : «Acabanse aqui los quatro libros, etc. El qual fue emprimido (*sic*) en la

cibdad de Sevilla, por Juan Cromberger. Acabosse en el año de nuestro Salvador Jesuchristo de M.D.XXXJ (1531), á XX dias del mes de junio.—Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas, de 300 hojas, inclusas 3 de tabla al fin.

En el encabezamiento de la obra, y principio del texto, despues de repetido el título, se añade: «El cual fué corregido y emendado por..... Garci Ordoñez de Montalvo, regidor de la noble villa de Medina del Campo, y corregiole de los antiguos originales que estaban corruptos y mal compuestos en antiguo estilo, por falta de los diferentes y malos escriptores. Quitando muchas palabras superfluas, y poniendo otras de mas polido y elegante estilo, tocantes á la caualleria y actos de ella.»

Los quatro, etc.; 1533. Al fin: «Fué empressa en la muy inclita y singular ciudad de Venecia por maestro Juan Antonio de Sabia impressor de libros á las espesas de M. Juan Batista Pedrazana e compañon mercadante de libros. Acabose en el año de MDXXXIII (1533). A dias siete del mes de setiembre. Fue Reuisto. Corrigiendolo de las letras que trocadas de los impressores eran por el vicario del ualle de Cabeçuela Francisco Delicado. Natural de la peña de Martos.»—Fólio, letra redonda, grabados en madera, 350 hojas foliadas, y 6 mas de preliminares.

Los quatro libros de..... nuevamente impressos y hystoriados. Emprimido (*sic*) en Sevilla, por Juan Cromberger..... MDXXXV (1535), á XX dias del mes de junio.—Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas.

Brunet.

Los quatro libros de..... Sevilla, por Juan Cromberger..... MDXXXIX (1559), á VII dias del mes de mayo.—Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas.

Brunet.

Los quatro libros del invencible cauallero..... en que se tracta sus muy altos hechos d'armas y apazibles cauallerias, agora nuevamente impressos, 1545. Al fin: «Fué impresso en la noble villa de Medina del Campo, en compañia Joan de Villaquiran y Pedro de Castro, impressores. Acabosse primero dia del mes de diciembre, del año M.D.XLV» (1545).—Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas.

Brunet. Esta edicion lleva en el encabezamiento la misma nota que la de Sevilla, 1531.

Los quatro libros de..... nuevamente reimpressos y historiados en Sevilla. Año de M.D.XLVII. Al fin: «Acabanse aquí los quatro libros..... Imprimido en Sevilla por Jacome Cromberger, año de MDXLVII» (1547).—Letra de Tórtis, á dos columnas, figuras en madera.

Los quatro libros, etc.—Lovaina, por Servant Sassena, 1551. Cuatro tomos en dos volúmenes, en 8.º abultado.

Los quatro libros, etc.—Sevilla, por Jacome Cromberger, 1552, fólio, letra de Tórtis, á dos columnas.

Biblioteca de sir Thomas Phillips.

Aqui comiençan los quatro libros d'Amadis de Gaula, nueuamente impressos con licencia del real Consejo de su Magestad (letra de bermellon). *En este año de* MDLXIII (1563).—Estampa grabada en madera, que figura á dos guerreros á caballo, en traje de romanos; encima las armas de España. Al fin: «Aquí se acaban los quatro libros del muy esforçado e muy virtuoso cauallero *Amadis de gaula* hijo del rey Perion y de la Reina Elisena, en los quales se hallará muy, etc. El qual fue empresso en la muy noble e mas leal ciudad de Burgos cabeça de Castilla camara de su Real Magestad por Pedro de Santillana impressor de libros. A nueve dias del mes de febrero, año del nascimiento de nuestro señor J. C. de mil e quinientos y sesenta y tres.»—Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas, 300 hojas.

De esta edicion posee el excelentísimo señor don Serafin Estébanez Calderon un ejemplar, que sin duda se preparó para servir de texto á la siguiente de 1565, pues está todo él corregido para la imprenta.

Los quatro libros del muy esforçado y muy virtuoso cauallero, etc.—Sevilla, por Alonso de la Barrera, 1565, fólio, letra de Tórtis, á dos columnas.

Hállase anunciado como venal en el *Catálogo* de Wiegel, librero de Leipsig para el pasado año de 1856, pero sospechamos que en lugar de 1565 deberá leerse 1575, y que es la misma edicion que mas adelante indicarémos.

Los quatro libros, etc.—Salamanca, 1574, fólio, letra de Tórtis, á dos columnas.

Los quatro libros, etc. Al fin: «Aqui se acaban los quatro libros del muy esforçado y virtuoso caballero AMADÍS DE GAULA, hijo del Rey Perion y de la Reyna Elisena, en los quales se hallaran muy por extenso las grandes auenturas y terribles batallas que en sus tiempos por él se acabaron y vencieron: y por otros muchos caballeros asi de su linaje como de amigos suyos. En Salamanca, en casa de Pedro Lasso, M.D.LXXV» (1575).—307 fojas, á dos columnas, letra de Tórtis.

Los quatro primeros libros, etc. Salamanca (Lúcas de Junta), á costa de Vicencio de Portonariis MDLXXV (1575).—Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas.

Cita esta edicion el señor Salvá, en su *Catálogo* (parte II, página 6, núm. 2,374), y por lo tanto, no hemos dudado incluirla aquí, á pesar de ser la segunda de Salamanca y tercera de España en el solo año de 1575.

Los quatro libros, etc.—Sevilla, por Alonso de la Barrera, 1575, fólio, letra de Tórtis, á dos columnas.

Catálogo La Serna, núm. 3,255, y biblioteca de sir Thomas Phillips.

Aqui comiençan los quatro libros primeros del inuencible cauallero..... en los quales se tratan sus altos hechos de armas y cauallerias, nuevamente impressos. En Alcala de Henares, en casa de Querino Gerardo, á costa de Juan Gutierrez, mercader de libros. Año de 1580.—Fólio, á dos columnas.

Los cuatro libros de Amadis de Gaula, nuevamente corregidos é impressos. Con licencia del Consejo Real. En Sevilla por Fernando Diaz. Año 1586 *á costa de Alonso de la Mata, mercader de libros.* Al fin: «Aquí se acaban los quatro libros del muy esforçado y muy virtuoso cavallero Amadis de Gaula, hijo del Rey Perion y de la Reyna Elisena, etc. Impresso en Sevilla en casa de Fernando Diaz. Acabose en el mes de diziembre, año de M.D.LXXXVI (1586) á costa de Alonso de Mata, mercader de libros.»—Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas, 307 hojas, y 2 mas sin foliar.

Los quatro libros, etc.—Búrgos, por Simon Aguayo, 1587, fólio.

Brunet, citando el *Catálogo* de Hamburgo de 1816 y en las notas del doctor Julius á la traduccion alemana del Ticknor. Barbosa Machado cita además una de 1589, sin nota del lugar en que se hizo; pero las noticias de este bibliógrafo no son tan individuales y exactas como seria de desear, cuando trata de este género de libros. Otro tanto pudiera decirse de nuestro Nicolás Antonio, quien, á haber descrito con mas extension algunos de los libros de caballerías que logró ver, hubiera sin duda disipado muchas de las dudas que aun se ofrecen.

SERGAS DE ESPLANDIAN.

(LIBRO V DE AMADÍS.)

Las Sergas del virtuoso cauallero..... hijo de Amadis de Gaula. Al fin: «Fué impresso el presente libro en la imperial ciudad de Toledo, por juan de villaquiran, impressor de libros. Acabosse a ocho dias del mes de mayo año del nascimiento de nuestro señor Jesu Christo de mil e quinientos y veynte un años» (1521).—Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas.

Primera edicion de este libro, que generalmente se atribuye á Garci Ordoñez de Montalvo. Brunet. Cítase, aunque vagamente, una hecha en Sevilla en 1510, y Nicolás Antonio indica otra del *Florisando*, que es el libro VI, hecha en Salamanca en 1510, lo cual supondria efectivamente una edicion de las *Sergas* del año 1510 ú anterior, y otra del *Amadis*.

Las Sergas del vertuoso cauallero..... hijo de Amadis de Gaula, impresso por Jacobo de Junta e Antonio de Salamanca, 1525.—Fólio, letra de Tórtis.

Brunet.

El Ramo que de los quatro libros de Amadis sale; llamado las Sergas de..... hijo de Amadis de Gaula. Las quales fueron escriptas por mano del maestro Helisabad, porque fuessen magnifestos los grandes hechos que en armas hizo, segun que en el presente libro se cuenta. Al fin: «Fué impressa la presente obra en la muy noble y muy mas leal ciudad de Burgos, á costa y espensa de Juan de Junta florentin, MDXXVI» (1526).—Fólio, letra de Tórtis.

El ramo, etc.—Sevilla, 1526, fólio, letra de Tórtis.

Lenglet du Fresnoy, citado por David Clement y Panzer. Hay un ejemplar de esta edicion en la selecta biblioteca de sir Thomas Phillips.

Las Sergas del muy virtuoso y esforçado cavallero..... hijo de Amadis de Gaula. Al fin: «Fue impresso el presente libro en Sevilla en casa de Juan Cromberger, MDXLII» (1542).—Fólio, letra de Tórtis.

Biblioteca Grenvilliana, en el Museo Británico.

El ramo, etc. — Búrgos, Simon Aguayo, 1587, fólio, letra de Tórtis, á dos columnas.

Brunet, citando el núm. 671 del *Catálogo* de Hamburgo de 1816, y Longman, *Catálogo para al año* 1840, pág. 209. Esta edicion de las *Sergas* se hizo sin duda alguna para servir de continuacion, ó sea tomo II, del *Amadis* de 1587 (q. v.), impreso tambien en Búrgos.

El ramo, etc., aora nuevamente emendadas en esta impresion, de muchos errores que en las impressiones passadas avia.—Çaragoça, en casa de Simon de Portonariis, 1587 (al fin dice 1586), ha (*sic*) costa de Pedro de Hybarra y Antonio Hernandez.—Fólio, á dos columnas.

El ramo que de los quatro libros de Amadis de Gaula sale, llamado las Sergas del muy esforçado cauallero Esplandian, hijo del excelente Rey Amadís de Gaula. Aora nuevamente enmendadas en esta impression de muchos errores que en las impresiones pasadas habia, etc. Alcalá de Henáres, por los herederos de Juan Gracian, que sea en gloria, 1588; á costa de Juan de Sarria, mercader de libros.—156 hojas, inclusa la portada y prólogo; fólio, letra comun, á dos columnas. Al fin versos de Alonso Proaza, corrector de la impresion, á los lectores.

Es sin duda la misma que Salvá, en el *Repertorio Americano*, página 35, pone como hecha por los herederos de Juan de Garay. En la licencia para imprimir, dada en Madrid á 9 de octubre de 1587, se expresa que el libro se habia ya reimpreso durante el reinado de don Felipe II. «Por quanto por parte de vos, Francisco Enriquez, librero estante en esta corte, nos fué hecha relacion, diziendo que vos queriades hacer imprimir un libro intitulado *Amadis de Gaula* y *las hazañas de Esplandian*, su hijo, del qual auia mucha necesidad, y era muy útil y provechoso y conviniente, y con nuestra licencia avia sido impresso otra vez, etc.» En efecto, vemos que en 1587 se hicieron dos ediciones, una en Búrgos y otra en Zaragoza, y quizá no sean las únicas, atendida la avidez con que el público de aquel tiempo compraba y leia este género de libros. A la de Búrgos de 1587 iria unida esta de las *Sergas*, del mismo año.

DON FLORISANDO.

(LIBRO VI DE AMADÍS.)

El sexto libro de Amadis de Gaula, en que se cuentan los grandes hechos de Florisando, principe de Cantaria, su sobrino, fijo del Rey don Florestan: Salamanca, por Juan de Porras, 1510.—Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas.

Nicolás Antonio, *Bibliotheca Nova*, tomo II, pág. 395. Salvá (*Repertorio Americano*, tomo IV, pág. 33) da el título de esta obra de distinta manera: *Florisando, sexto libro de Amadis, el qual trata de los grandes y hazañosos fechos del muy valiente y esforzado cavallero Florisando, principe de Cantaria, su sobrino, etc.* Ya se dijo en otro lugar que si la edicion aquí citada es de la fecha que se señala, preciso es que haya, tanto del *Amadís* como de las *Sergas*, ediciones anteriores á las ya citadas de 1519 y 1521, si bien es verdad que no siempre los datos bibliográficos de don Nicolás Antonio son tan exactos que deba dárseles entera fe. El autor dedicó su obra á don Juan de la Cerda, duque de Medinaceli.

Sexto libro de Amadis, el qual trata de los grandes y hazañosos fechos del muy valiente y esforçado cauallero Florisando, principe de Cantaria, su sobrino, fijo del rey don Florestan de Cerdeña, año de MDXXVI (1526). Al fin: «Impuesto es fin á esta historia..... en la muy noble e mas leal cibdad de Sevilla, en casa de Juan Varela d'Salamanca, a XXVIII dias d'octubre año de mil y quinientos e veynte e seys, corregida y emendada de muchos deffectos e incorrecciones que antes tenia. Año 1526 »—Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas.

Brunet. En el prólogo á esta edicion, dedicada á don Juan de la Cerda, el autor se dice ser *Paez de Ribera*.

LISUARTE DE GRECIA Y PERION DE GAULA.

(LIBRO VII DE AMADÍS.)

El septimo libro de Amadís. En el qual se trata de los grandes fechos en armas de Lisuarte de Grecia, fijo de Esplandian y de Perion de Gaula.—Sevilla, por Jacobo y Juan Cromberger, 1525, fólio, letra de Tórtis, á dos columnas.

Biblioteca de sir Thomas Phillips. El libro está dedicado á don Diego de Deça, arzobispo de Sevilla, y el autor, que no supo de la existencia del sexto, lo da como continuacion del quinto. Así lo asegura Brunet en su *Manuel*, tomo I, pág. 18; pero no alcanzamos cómo pudo ser así cuando el autor mismo le denomina sétimo. Don Vicente Salvá (*Repertorio Americano*, tomo IV, pág. 36), siguiendo sin duda á Nicolás Antonio, da de distinta manera el título de este libro: *Chronica de los famosos y esforçados caualleros Lisuarte de Grecia, hijo de Esplandian, emperador de Constantinopla, y de Perion de Gaula, rey de la Gran Bretaña, en la qual se trata el extraño nascimiento del cauallero de la Ardiente Espada.* Si lo que Nicolás Antonio dice en este artículo de *iterum prodiit* es cierto, preciso es suponer una edicion anterior, que no nos es conocida.

El septimo libro de Amadis, en el qual se tracta de los grandes hechos en armas de Lisuarte de Grecia, hijo de Esplandian, e de Perion de Gaula. Al fin: «Impresso en la imperial ciudad de Toledo en casa de Juan de Ayala. Acabóse a 15 dias del mes de avril, año de mil et quinientos e treynta e nueve años» (1539).—Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas.

Brunet.

El septimo libro de Amadís, en el qual se trata de los grandes hechos, etc; año de MDXLVIII. Al fin: «Impresso en Sevilla, por Dominico de Robertis. Acabóse a dezinueve dias de junio. Aña (*sic*) de mil e quinientos e quarenta y ocho» (1548).

Brunet.

El septimo libro de Amadís, en el qual se trata de los grandes hechos en armas de Lisuarte de Grecia, hijo de Esplandian. Y de los grandes hechos de Perion de Gaula. Año de MDL (1550). Al fin: «Fenece el septimo libro de Amadís. En el qual se trata de los grandes e famosos hechos en armas de los muy esforçados caualleros *Lisuarte de Grecia*, hijo del emperador Esplandian: e de *Perion de Gaula*, hijo del rey Amadís. Impresso en la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla en las casas de Jacome Cromberger; acabose á dezinueve dias de henero, año de mil e quinientos e cincuenta.»—Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas, de cix hojas, con grabados en madera en cabeza de algunos capítulos.

El autor, en el prólogo, dice que el original fué hallado en Lóndres.

Libro septimo de Amadís, en el qual se trata los grandes hechos en armas de..... hijo de Esplandian, y los grandes hechos de Perion de Gaula, en el qual se hallará el estraño nascimiento del cauallero del ardiente espada.—Sevilla, 1550, fólio, letra de Tórtis, á dos columnas.

Así don José Perez Bayer en su *Viaje á Andalucía y Portugal*, que manuscrito se guarda en la Real Academia de la Historia.

Chronica de los famosos y esforçados cavalleros Lisuarte de Grecia, hijo de Esplandian, emperador de Constantinopla y Perion de Gaula, hijo del valiente y esforçado cavallero Amadis de Gaula, rey de la Gran Bretaña. En el qual se hallará el estraño nascimiento del cauallero del Ardiente espada. Zaragoza, en casa de Pedro Puig y José Escartilla, 1587.—Fólio, á dos columnas, 97 hojas al principio, foliadas, y 2 mas sin foliar, en que se contiene la tabla.

Libro septimo de Amadis, etc. Lisboa, 1587. Al fin: «Fué impresso en Lisboa, en casa de Alfonso Lopez. Acabose al fin de octubre de 1587.»—Fólio, á dos columnas.

Libro septimo de Amadis, en el qual se trata de los grandes hechos de Lisuarte de Grecia, hijo de Esplandian, etc.—Zaragoza, 1587, fólio, á dos columnas.

David Clement, citando á Lenglet du Fresnoy.

Libro septimo de Amadis, etc.—Tarragona, 1587, fólio, á dos columnas.

Catálogo de Hamburgo, num. 667, aunque es probable que esta edicion y la anterior sean una misma.

Libro septimo de Amadis, etc.—Fólio, sin lugar ni año de impresion, letra de Tórtis ó calderilla.

Viaje, ya citado, de don José Perez Bayer.

LISUARTE DE GRECIA Y MUERTE DE AMADÍS.

(LIBRO VIII DE AMADÍS.)

El octavo libro de Amadis que trata de las extrañas aventuras y grandes proezas de su nieto Lisuarte de Grecia, y de la muerte del inclyto rey Amadis: por Juan Diaz bachiller en canones. Al fin: «Fenece el octavo libro de

Amadís. En el qual se trata de los no menos esclarecidos que valientes fechos en armas del muy noble y esforçado cauallero Lisuarte de Grecia, hijo del Emperador Esplandian y assi mesmo se trata de la muerte del muy esclarecido rey Amadis. Fue sacado de lo Griego é Toscano en Castellano por Juan diaz bachiller en canones. Fue impreso en la muy noble y leal ciudad de Seuilla por Jacobo cromberger aleman é Juan cromberger. Acabose a XXV de setiembre. Año de mill e quinientos e veynte y seys» (1526).—Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas, con láminas grabadas en madera al principio de los capítulos. Hojas, 223.

Biblioteca de sir Thomas Phillips. Don Justo Sancha posee igualmente un ejemplar de este libro, aunque muy estropeado. Su autor el bachiller Juan Diaz lo dedicó á don Jorge, maestre de Avis y duque de Coimbra, hijo del rey don Juan II de Portugal, intitulándolo *octavo* libro, cuando supo la publicacion del *sétimo*, que es el *Lisuarte*.

AMADÍS DE GRECIA.

(LIBRO IX DE AMADÍS.)

Chronica del muy valiente y esforzado Principe y cavallero de la ardiente espada, Amadis de Grecia, hijo de Lisuarte de Grecia.—Búrgos, 1535, fólio, á dos columnas.

Salvá, en el *Repertorio Americano*, y Brunet, citando á Lenglet du Fresnoy.

El noveno libro de Amadis de Gaula, que es la cronica del muy valiente y esforçado principe y cauallero de la Ardiente Espada Amadis de Grecia: hijo de Lisuarte de Grecia, emperador de Constantinopla y de Trapisonda, y rey de Rodas; que tracta de los sus grandes hechos en armas, y de los sus altos y extraños amores. MDXLII (1542). Al fin: «Fué impresso en la muy noble y muy leal ciudad de Seuilla en las casas de Juan Cromberger que dios perdone. Acabose a veynte y siete dias del mes de junio año del señor de mil e quinientos e quarenta e dos años» (1542). —Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas. Dos partes en un tomo.

Brunet. Segun resulta del prólogo, el autor de este libro fué Feliciano de Silva.

El noveno libro, etc.—Medina del Campo, 1564, fólio.

Biblioteca selecta del marqués de Montealegre. *Catálogo*, fólio 96, vuelto.

Parte primera (y segunda) de la cronica del muy valiente y esforzado principe y caballero, etc., e como venció al Fuerte Frandalo. Al fin: «Impresso en Valencia á costa de la compañía, y vendese en la calle de caualleros, MDLXXXII» (1582).—Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas.

Hace años que vimos un ejemplar de esta edicion, que no hallamos descrita por ningun bibliógrafo.

Coronica del muy valiente y esforzado Principe y caballero de la ardiente espada Amadís de Grecia, hijo de Lisuarte de Grecia, emperador de Constantinopla y Trapisonda y Rey de Rodas. Que trata de los sus grandes fechos en armas y de los sus altos y extraños amores. Y es el noveno libro de Amadís de Gaula. Lisboa, por Simaõ Lopez, 1596.—Fólio, á dos columnas, de 232 hojas foliadas, y 4 mas de preliminares. Estampa grabada en madera, que representa á un caballero armado y de camino, dejando atrás la ciudad de Constantinopla. Dos partes en una, empezando la segunda al fól. 98.

Primera (y segunda) parte de la chronica del muy valiente y esforçado Principe y cauallero Amadis de Grecia: la qual se parte en dos partes segun que por ella se verá.—Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas, sin año ni lugar de impresion.

DON FLORISEL DE NIQUEA. (Primera y segunda parte.)

(LIBRO X DE AMADÍS.)

La coronica de los muy valientes y esforçados e invencibles caualleros don..... y el fuerte Anaxartes: hijos del muy excelente Principe amadis de Grecia: emendada del estilo antiguo segun que la escrivió Cirfea, reyna d'Argines por el muy noble cavallero Feliciano de Silva. Al fin: «Acabose en..... Valladolid a diez dias del mes de julio de mill y quinientos y treynta y dos años (1532). A costa de Juan despinosa librero, y de Nicolas Tierri Impresor.»—Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas, con 250 hojas de texto y 4 mas de preliminares.

La coronica de los dos valientes y esforçados caualleros..... y el fuerte Anaxartes: hijos del muy excelente principe amadis de grecia: emendada del estilo antiguo segun que la escrivió Cirfea reyna d'Argines; por el noble cauallero Feliciano de Silvia (sic). Al fin: «A loor y alabança de dios todo poderoso y de su bendita madre nuestra señora la vírgen maría: acabose la presente obra llamada la Cronica de los muy valientes y esforçados Caballeros *don Florisel de Niquea* y el fuerte *Anaxartes*, hijos del muy excelente príncipe amadís de Grecia, emendada del estilo Antiguo segun que la escrivió Zirfea, Reyna Dargenes (*sic*) por el grande amor que á sus Padres tuvo: que fue traduzida de griego en latin, y de latin en romance castellano por el muy noble cavallero Feliciano de silva. Impresa en la muy noble ciudad de Sevilla en las casas de Jacome Cromberger a XXV de octubre. Año de mil e quinientos y quarenta y seys» (1546). —Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas, con 225 hojas de texto y 4 mas de preliminares. En el fróntis hay un grabado en madera que representa á un caballero armado, seguido de un escudero á caballo y de dos pajes de lanza á pié; á lo léjos se ve un castillo. Al fól. CXIX. «Parte segunda de la cronica de los excelentes principes don..... y del fuerte Anaxartes. La qual tracta de las grandes guerras y defensiones (*sic*) que entre los principes christianos la fortuna que es muy aduersa puso, por causa de la segunda Elena: del qual testimonio los campos de Grecia con universal sangre gozaron, segun que en lengua griega la reyna de Argines la escrivio, que despues fue de latin reduzida en nuestro romance Castellano por el muy noble cauallero Feliciano de Siluia (*sic*).»

La coronica, etc.—Lisboa, por Márcos Borges, 1566, fólio, á dos columnas.

Nicolás Antonio.

La coronica de los muy valientes, etc.—Zaragoza, por Pierrez de la Floresta, 1568, fólio, á dos columnas.

Edicion citada por Nicolás Antonio, y que, segun este bibliógrafo y Brunet, que le siguió, contiene las cuatro partes del *Florisel de Niquea*, lo cual, atendido el volúmen de esta obra, es materialmente imposible. Mas fácil es creer que aquel impresor, el cual aparece algunas veces como autor de libros populares, haria una edicion de todo el *Florisel* en tres tomos, puesto que tenemos á la vista uno que comprende los dos libros de la cuarta y última parte.

Coronica de los muy valientes, y esforçados caualleros, etc. Al fin: «Impresso en Çaragoça con licencia en casa de Domingo de Portonariis Ursino, impressor de la S. C. R. Magestad y del reyno de Aragon. Año de mil y quinientos y ochenta y quatro» (1584).—Fólio, á dos columnas, 222 hojas de texto, sin contar la portada.

La cronica, etc.—Tarragona, 1584, fólio, á dos columnas.

Véanse las notas á la traduccion alemana del Ticknor por el profesor Julius, y *Catálogo* de Hamburgo de 1816. Es de advertir que esta edicion, que no hemos logrado ver, y pudiera bien ser la misma anteriormente citada, puesto que los escritores extranjeros suelen confundir á Çaragoça con Tarragona, contiene, segun dicen, tres partes en un tomo. En el *Catálogo* del librero de Lóndres, Longman, para el año de 1825, se cita una edicion de la primera y segunda parte del *Florisel* hecha en Burgos sin nota del año; pero la creemos la misma que la de *Evora*, por los herederos de *Andrés de Burgos*, que citarémos mas adelante.

ROGEL DE GRECIA. (Parte tercera de *Don Florisel de Niquea.*)

(LIBRO XI DE AMADÍS.)

Parte tercera de la chronica del muy excelente principe Don Florisel de Niquea, en la qual se trata de las grandes hazañas de los excellentissimos principes don Rogel de Grecia y el segundo Agesilao, hijos de los excelentissimos principes don Florisel de Niquea y don Falanges de Astra. La qual fué corregida por Feliciano de Silva de algunos errores que en la trasladacion que se hizo del griego en latin por el gran hystoriador Falistes campaneo avia.—Sevilla, 1536, fólio, letra de Tórtis, á dos columnas.

Brunet, citando á Lenglet du Fresnoy. Está dividida en dos libros.

Parte tercera de la coronica del muy excelente principe don florisel de Niquea en la qual trata de las grandes hazañas de los excelentissimos principes don Rogel de Grecia y el segundo Agesilao, hijos de los excelentissimos principes don florisel de Niquea y don falanges de Astra. La qual, etc. Sevilla, en las casas de Juan Cromberger, que sancta gloria aya, a seys dias del mes de Mayo de mill e quinientos y quarenta y seys años (1546).—Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas.

Parte tercera de la chronica, etc.—Salamanca, por Andrés de Portonariis, 1551, fólio, á dos columnas.

Biblioteca Imperial de Viena. Es mas que probable que tambien imprimiese Portonariis el libro x de *Amadís*, ó sea primera y segunda parte del *Don Florisel*, puesto que esta y demás ediciones descritas en este párrafo contienen la tercera parte, ó sea libro xi de *Amadís*, y no es de presumir que la tercera se imprimiese en Salamanca sin las dos primeras.

Parte tercera de la chronica del muy excelente Principe, etc., dirigida al illustre señor don Francisco de Çuñiga de Sotomayor, Duque de Bejar y de Bañares, señor de la puebla de Alcocer con todo su condado y de las villas de Lipe, Curel, Burguillos, y Capilla, y justicia mayor de Castilla. Al fin: «Acabose la choronica de los vitoriosos e invencibles Caualleros Don Rogel de Grecia: e el segundo Agesilao hijos de los excelentísimos, etc. Impresas en la ynsigne ciudad de Evora en casa de los erederos de Andres de Burgos.»—Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas, 285 hojas de texto y 3 mas de portada y preliminares.

Parte tercera del Libro de los excelentes Principes Don Florisel de Niquea y el fuerte Anastarax (sic) *que principalmente trata de las grandes hazañas y virtudes de los excelentissimos principes Don..... y el segundo Agesilao.*—Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas. Evora, sin año.

Catálogo de la venta pública de los libros de lord Stuart de Rothesay en 1855 (núm. 3,226); pero, si bien hay bastante diferencia en el título, nos parece ser la misma edicion anteriormente descrita, á no ser el primer tomo, ó sea libro x, impreso en la misma ciudad de Evora, en cuyo caso el título estaria mal copiado.

Parte tercera de la coronica, etc.—Lisboa, por Márcos Borges, 1566, fólio, á dos columnas.

Nicolás Antonio. Debe formar el segundo tomo de la edicion del décimo libro, hecha por el mismo impresor en 1566. Véase en dicho año.

DON FLORISEL DE NIQUEA. (Parte cuarta.)

(LIBRO XI DE AMADÍS.)

Don Florisel de Niquea (en letra de bermellon). *La primera parte de la quarta de la chronica de el excelentissimo principe Don Florisel de Niquea, que fue escripta en griego por Galersis, fué sacada en latin por Philastes Campaneo, y traducida en Romance castellano por Feliciano de Silva.* Al fin: «Aquí fenesçe el libro primero de la quarta parte de la chronica del excellentissimo Principe DON FLORISEL DE NIQUEA y siguese luego el segundo libro. Impresso en Salamanca por Andres de Portonariis, 1551.» —Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas.

Libro segundo de la quarta y gran parte de la chronica del Excelente Principe don .... En que trata principalmente de los amores del principe don Rogel y de la muy hermosa Archisidea: juntamente de los casamientos de Agesilao y Diana y de los otros principes desposados. Escripta por el gran hystoriador Galersio en lengua Griega, que fue traducida en Latin por Filastes Campaneo y agora nuevamente sacada en romance castellano por Feliciano de Silva, por los grandes provechos que se pueden sacar en todas las virtudes que en ella se tocan, allende de la dulçura de la hystoria. Emendada de algunos yerros que por la antiguedad de muchos escriptos avia. Al fin: «Fue impressa la presente obra en la muy noble ciudad de Salamanca, en casa de Andres de Portonariis. Acobose (*sic*) de imprimir á quinze del mes de Diziembre MDLI» (1551).

Estos dos libros, ó sea cuarta parte de *Don Florisel*, se hallan á menudo reunidos en un tomo, y forman juego con otros dos del mismo impresor, que contienen las tres partes primeras.

Florisel de Niquea (en letra de bermellon). *La primera parte de la quarta de la choronica del excellentissimo Principe Don Florisel de Niquea que fue escripta en griego por Galersis, fue sacada en latin por Philastes Campaneo, y traduzida en Romanze castellano por Feliciano de Silva.* Al fin del fól. 130 se lee: «Aqui Fenesce El Libro Primero de la quarta parte de la coronica del excellentissimo Principe Don Florisel de Niquea, y siguese luego el segundo libro. Impresso en Çaragoça por Pierres de la Floresta. Año de 1568.»—Fólio, á dos columnas.

Don Florisel de Niquea (en letra de bermellon). *Segundo libro De la quarta parte de la chronica del excelentissimo Principe Don Florisel de Niquea.* Al fin del fól. 174 vuelto: «Fin del segundo libro. Impresso en Çaragoça por Pierres de la Floresta. Año de 1568.» — Fólio, á dos columnas.

Dos volúmenes en un tomo, que forman juego con la edicion ya citada de las tres primeras partes. El que tenemos á la vista consta de 135 hojas (de las cuales 130 son de texto y las demás de preliminares) para el primer libro, y 175 para el segundo. Las portadas son diferentes, figurando la primera un caballero precedido de un paje con una bisarma al hombro, y la segunda un caballero blandiendo un mandoble. Brunet, refiriéndose al *Catálogo* de Heber, part. VI, núm. 208, indica una edicion del *libro segundo de la cuarta parte*, hecha en Zaragoza en 1567, pero creemos haya equivocacion.

DON SILVES DE LA SELVA.

(LIBRO XII DE AMADÍS.)

Comienza la dozena parte del invencible cavallero Amadis de Gaula que trata de los grandes hechos en armas del esforçado caballero Don Silves de la Selva con el fin de las guerras Ruxianas, junto con el nascimiento de los temidos caballeros Esferamundi y Amadis de Astra y assi mismo de los dos esforçados principes Fortunian y Astrapolo. Dirigido al Illustrissimo señor Don Luys Ponce de Leon, Duque de Arcos, marques de Tahara (*sic*), conde de Casares, señor de la villa de Marchena. Sevilla, por Dominico de Robertis; á 6 de Noviembre de 1546.—Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas.

Comiença la docena parte, etc. Al fin: «Fue empresso el presente libro en Sevilla en casa de Dominico de Robertis que aya gloria. Acabose á catorze dias del mes de Junio, año del nascimiento de nuestro salvador de MD y XLIX» (1549).—Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas, 150 hojas.

ESFERAMUNDI DE GRECIA.

(LIBRO XIII DE AMADÍS.)

A existir en castellano, como algunos han supuesto, la Historia del famoso príncipe *Esferamundi de Grecia*, y siendo, como la denomina su autor italiano, *prima parte del decimo terzo libro de Amadigi*, preciso era colocarlo en este lugar y ponerlo como el *treceno libro* de la historia de Amadís de Gaula y de sus descendientes. El autor italiano, Mambrino Roseo de Fabriano, dice haberla trasladado del español, siguiendo la costumbre de los que semejantes libros componian. Esta historia de Esferamundi continuó el Tramezzino en cinco partes mas, que llamó respectivamente segunda, tercera, cuarta, quinta y sexta, suponiendo asimismo ser traducidas del castellano.

PENALVA.

(LIBRO XIV DE AMADÍS.)

Nicolás Antonio (*Biblioteca Nova*, tomo IV, pág. 404) habla de un libro portugués intitulado *Penalva*, que contiene el fin de la carrera caballeresca de Amadís, y cuenta la manera como este fué muerto. Segun hemos visto, en el *Lisuarte de Grecia*, ú octavo de *Amadís*, se trata ya de la muerte de este héroe, pero se conoce que algun portugués, cuyo nombre se ignora, no satisfecho con el piadoso y cristiano fin de su larga carrera, ideado por el bachiller Diaz, imaginó hacerle morir á manos de un caballero de su nacion. Es extraño que Barbosa nada diga de este libro; pero de todas maneras hemos creido conveniente dejar aquí consignado el hecho de un libro *catorceno* de *Amadís*.

SECCION II.—Los Palmerines.

PALMERIN DE OLIVA.

(LIBRO PRIMERO.)

El libro del famoso y muy esforçado cauallero Palmerin de Olivia (sic) *cum previlegio.* Al fin: «Acabóse esta presenta (*sic*) obra en la muy noble ciudad de Salmantia a XXII dias del mes de Deciembre del año del nascimiento de nuestro señor iesu cristo del mil quinientos y onze años» (1511).—Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas. Siguen los versos latinos de Juan Augur de Transmiera, de que habla Nicolás Antonio, y en los cuales se atribuye la obra á una dueña ó señora española.

Edicion príncipe, hasta ahora desconocida de los bibliógrafos, y que solamente se halla en la biblioteca Imperial de Viena, cuya noticia debemos á la fina amistad de don José Fernando Wolf.

Libro del famoso cauallero..... y sus grandes hechos.—Sevilla, por Juan Varela (de Salamanca), 1525, fólio, letra de Tórtis, á dos columnas.

Catálogo Heber.

Libro del famoso, etc. Aquí comiença el libro del famoso caballero, etc. mas la su gran bondad le fizo alcanzar grande honrra e venir en grande alteza despues de auer passado grandes trabajos e afanes. Al fin: «Imprimido en Venetia por Gregorio de Gregoriis a XXIII del mes de noviembre M.D.XXVI» (1526).—Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas, de CCXXVI hojas.

Brunet.

Libro del famoso cauallero, etc. Al fin: «Fue corregido y enmendado este libro..... por juan matheo de villa español (*sic*), y estampado por Juan Paduan y Venturin de Rufinelli, en Venecia, MDXXXIII (1534), en el mes de agosto. —8.º, letra de Tórtis.

Catálogo Salvá, núm. 2,422.

Libro del famoso, etc. Al fin: «Aquí haze fin la hystoria del principe *Palmerin de Oliva*. Fue impressa en..... Seuilla en la empresta de Juan Cromberger que Dios perdone, año del señor, 1540.» — Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas.

Libro del famoso, etc. Seuilla, por Jacobo Cromberger, á 28 de junio de 1547.—Fólio, letra de Tórtis.

Heber, núm. 15,705.

Libro del famoso, etc. — Toledo, 1555, fólio.

Catálogo de Hamburgo, núm. 665.

Libro del famoso, etc.—Medina del Campo, 1562, fólio, letra de Tórtis, á dos columnas.

Catálogo Heber.

Libro del famoso cauallero Palmerin de Oliva que por el mundo grandes hechos en armas hizo, sin saber cuyo hijo fuesse. Agora nuevamente impresso en Toledo. En casa de Pedro Lopez de Haro. Año de M.D.LXXX. Prólogo á don Diego Hernandez de Córdoba, conde de Cabra, hijo de doña Francisca de Castañeda. Al fin: «Aquí haze fin la historia del muy esclarecido principe *Palmerin de Oliua* Emperador de Constantinopla. En la qual se recuentan por muy apazible estilo muchas y diversas y muy claras hazañas que por su muy encumbrada grandeza de animo con gran gloria por él fueron acabadas. Impresso en Toledo, en casa de Pedro Lopez de Haro, con licencia del Consejo Real.— Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas, con CLXXXIV hojas.

Quadrio cita además otra edicion del *Palmerin* hecha en Venecia en 1577, 8.º, la cual no hemos visto ni hallamos mencionada por otros bibliógrafos.

PRIMALEON.

(LIBRO II DE PALMERIN.)

Libro segundo de Palmerin: que trata de los altos hechos en armas de Primaleon su fijo: y de su hermano Polendos: y de don Duardos principe de Inglatierra: y de otros preciados caballeros de la corte del Emperador Palmerin.—1516, fólio.

Así en Salvá, *Repertorio Americano*, tomo IV, pág. 40, refiriéndose á Nicolás Antonio y al inglés Dunlop; pero citamos con desconfianza esta edicion, de que no hace mencion ningun otro bibliógrafo.

Libro segundo de Palmerin que trata de los grandes fechos de Primaleon y polendos sus fijos: y assi mismo de los de don Duardos principe de ynglaterra. Con los de otros buenos caualleros de su corte y de los que a ella vinieron. Nuevamente emendado e impresso. Al fin: «Fue trasladado este segundo libro de Palmerin llamado Primaleon: e assi mesmo el primero llamado *Palmerin* de griego en nuestro lenguaje castellano, corregido y emendado en la muy noble cibdad de Ciudarrodrigo por Francisco Vazquez, vezino de la dicha ciudad. Fue impresso en..... Sevilla por Juan Varela de Salamanca. Acabose a primero de otubre año de mill e quinientos e XXIII Años» (1524).—Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas, con grabados en madera y 239 hojas.

Brunet.

Libro del famoso caballero, etc. Imprimido en Venecia por Gregorio de Gregoriis á XXIII *dias del mes de Nouiembre* MDXXVI (1526). —Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas.

Brunet.

Libro segundo de Primaleon, etc. Al fin: «Impresso en..... Toledo, por christoual frances é Francisco de Alpharo impressores. A costa y despensa de Cosme damian, mercader de libros. Acabose á veynte dias de Febrero. Año . . de mil e quinientos e veynte y ocho Años» (1528). —Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas.

Brunet. En la *Biblioteca Parisiana* (Lóndres, 1791) se cita bajo el núm. 379 una edicion de este mismo libro con el título siguiente: *Los tres libros del muy esforçado cauallero Primaleon y Polendos su hermano, hijos del emperador Palmerin d'Oliva.*

Los tres libros del muy esforçado cavallero..... et Polendos, su hermano, hijos del Emperador Palmerin (letra de bermellon). Al fin: «Acabose de imprimir en la inclita ciudad del Senado Veneciano, oy primero de Hebrero del presente año de mil y quinientos et trenta quatro del nacimiento del nuestro Redemptor, y fue Impreso por M. Juan Antonio de Nicolini de Sabio (*sic*). A las espesas de M. Juan Batista Pedreçan Mercader de libros que está al pié del puente de Rialto e tiene por enseña la Tore (*sic*). Estos tres libros como arriba uos diximos, fueron corregidos y Emendados de las letras que trastrocadas eran por el uicario del valle de Cabeçuela, Francisco delicado natural de la peña de Martos.»

Bellísima edicion, en fólio mayor, impresa por el mismo impresor y con los mismos tipos del Amadís de 1533. Consta el tomo de 270 hojas, de las cuales 6 son preliminares; cada libro de los tres en que está dividida la obra, tiene su portada grabada, y además muchas láminas abiertas en madera.

Libro segundo del emperador Palmerin de oliva en que se cuentan los hechos de Primaleon y Polendos sus hijos.—Medina del Campo, 1563, fólio.

Pellicer, *Notas al Quijote.*

Libro del invencible cauallero.... hijo de Palmerin de Oliva, donde se tractan los sus altos hechos en armas y los de Polendos su hermano, y los de don Duardos Principe de Inglaterra, y de otros preciados caualleros de la corte del Emperador Palmerin. Al fin: «Aquí haze fin el libro del valeroso y esforzado cauallero *Primaleon*, hijo de *Palmerin de oliva*. Fué impresso en Lisboa en casa de Manuel Joan. En este año de MDLXVI» (1566). El fróntis representa á un jinete corriendo á caballo, con espada desnuda y arrimada al hombro.—Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas, CCXLII hojas.

Libro segundo de Palmerin, etc.—Bilbao, por Matías Mares, 1585, fólio.

Citan esta edicion Barbosa Machado y el editor portugués del *Palmerin de Inglaterra*, aunque el primero la supone equivocadamente hecha dentro de Portugal. El último añade que el editor ó mercader de libros á cuya costa se imprimió se llamaba Benito Boyer y que la dedicó á don Juan Alamos Barrientos, capitan por su majestad y regidor de Medina del Campo.

Libro del muy esforzado cauallero, etc. — Lisboa, por Simão Lopez, 1598, fólio, á dos columnas.

POLINDO.

(LIBRO III DE PALMERIN.)

Historia del invencible cavallero Don Polindo hijo del Rey Paciano rey de Numidia, y de las maravillosas hazañas y estrañas aventuras que andando por el mundo acabó por sus amores de la Princesa Belisia, fija del Rey Naupilo rey de macedonia. — Toledo, 1526, fólio, letra de Tórtis, á dos columnas.

Biblioteca Anonymiana, pág. 218. Moratin y Brunet.

PLATIR.

(LIBRO IV DE PALMERIN.)

Cronica del muy valiente y esforzado caballero Platir, hijo del emperador Primaleon.—Valladolid, por Nicolás Tierry, 1533, fólio, letra de Tórtis, á dos columnas. Dedicado á don Pedro Alvarez Osorio y Doña María Pimentel, marqueses de Astorga.

Clemencin, pág. 115, y Brunet.

FLOTIR.

(LIBRO V DE PALMERIN.)

Historia del caballero Flotir, hijo del Emperador Platir.

Se escribió en italiano, segun Quadrio, y no sabemos de edicion alguna castellana; sin embargo, parece ser que se tradujo á nuestro idioma, pues en unos apuntes literarios que dejó escritos don Jerónimo Gascon de Torquemada hallamos el siguiente pasaje: «Leyendo dias pasados en uno de esos libros con que el vulgo se entretiene y deleita, en que se contienen las fabulosas aventuras de un descendiente de Palmerin de Oliva, llamado Flotir,» etc.

PALMERIN DE INGLATERRA.

(LIBRO VI DE PALMERIN.)

Libro del muy esforçado cauallero Palmerin de Inglaterra hijo del rey don Duardos: y de sus grandes proezas: y de Floriano del desierto su hermano: con algunas del Principe D. Florendos, hijo de Primaleon. Impresso año de M. D. XLVIII (*sic*); al fin dice M. DXLVII (1547).

Libro segundo del..... en el qual se prosiguen y han fin los muy dulces amores que tuvo con la Infanta Polinarda, dando cima á muchas aventuras, y ganando inmortal fama con sus grandes fechos. Y de Floriano del desierto su hermano con algunas del principe Florendos hijo de Primaleon. Toledo, en casa de Fernando de Santa Cathalina defunto. Acabose a XVI del mes de julio de M. D. XLVIII (1548).—Dos volúmenes en un tomo, fólio, letra de Tórtis, á dos columnas.

La descripcion de este rarísimo libro puede verse en Salvá, *Repertorio Americano*, tomo IV, páginas 42-46.

Crónica de Palmeirim de Inglaterra, primeira é segunda parte por Francisco de Moraes (en portugués). Evora por Andrés de Búrgos. MDLXVII (1567).—Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas.

Chronica do famoso e muito esforçado cauallero..... filho del rey D. Duardos por Francisco de Moraes.—Lisboa, 1592, fólio, á dos columnas.

Además de estas dos ediciones del *Palmerin de Inglaterra* portugués, el que en 1786 hizo la edicion en tres tomos asegura haber visto en la librería del convento de San Francisco da Cidade (en Lisboa) otra distinta de aquellas, tambien en fólio y en letra de Tórtis ó calderilla, que, por estar falta de hojas al principio y al fin, no se sabia dónde y cuándo estaba impresa, aunque á él le parecia extranjera, es decir, impresa fuera de Portugal.

Cronica de..... por Francisco de Moraes a que se ajuntaõ as mais obras do mesmo autor.—Lisboa, 1786, tres tomos, 4.°

DON DUARDOS II DE BERTANHA.

(LIBRO VII DE PALMERIN.)

Terceira parte da chronica de Palmeirim de Inglaterra na qual se tratam as grandes cavallerias de seu filho o Principe dom Duardos segundo, et dos mais Principes et caualleiros que na ilha deleytosa se criaraõ, composto per Diogo Fernandez, vecinho de Lisboa.—Lisboa, por Márcos Borges, 1587, fólio, dos volúmenes en un tomo.

Tercera e quarta parte da chronica, etc.—Lisboa, por Jorge Rodriguez, 1604, fólio, á dos columnas. Dos tomos en uno.

El autor fué Diogo ó Diego Fernandez de Lisboa. En el *Catálogo* de la biblioteca Heberiana, part. VII, núm. 4,562, se halla citada otra edicion de estas dos partes, sin lugar ni año de impresion.

DON CLARISEL DE BERTANHA.

(LIBRO VIII DE PALMERIN.)

Quinta e sesta parte de don Palmerin y don Clarisel de Bertanha, filho do principe dom Duardos; por Baltasar Gonzales Lobato en lengua portuguesa compuesto.—Lisboa, por Juan Rodriguez, 1602, fólio.

Biblioteca del excelentísimo señor don Serafin Estévanez Calderon. La quinta consta de 142 hojas, y la sexta de 98 y 2 mas de preliminares.

Chronica do famoso Principe D. Clarisel de Bretanha filho do principe D. Duardos de Bretanha, na qual se contaõ suas grandes cavallerias, e dos principes Lindamor, Clarifebo, e Beliandro de Grecia filhos de Vasperado, e de outros muitos Princepes e cavalleiros famosos do seu tempo por Bathezar Gonçalves Lobato.—Lisboa, por Jorge Rodriguez, 602, fólio.

SECCION III. — Libros independientes de las dos séries anteriores.

ARDERIQUE.

Libro del esforçado cauallero..... en el qual se cuenta el proceso de sus amores: las hazañas muy señaladas y casos de mucha ventura en que se halló y en fin como vino á ser casado con la señora leonor hija del duque de normandía y heredera del estado: es traducido de lengua estrangera en la comun castellana. Al fin: «Fué acabada de imprimir la presente obra en la insigne ciudad de Valencia..... por Juan viñao, á ocho dias del mes de mayo. Año de nuestra salvacion de M.D.XVII» (1517).—Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas, 90 hojas.

Existe un ejemplar en la biblioteca Imperial de Viena y otro en la de Paris. Este último es el mismo que se halla anunciado en el *Catálogo* de la venta Colbert, con la fecha, sin duda equivocada, de 1519, y en el *Catálogo* de Moratin.

BELIANIS DE GRECIA.

Historia del valeroso é invencible Príncipe Don..... hijo del Emperador Don Belanio y de la Emperatriz clarinda sacado de lengua griega, en la qual le escrivió el sabio Friston, por un hijo del virtuoso varon Toribio Fernandez.—1547, fólio.

Clemencin (*Quijote*, I, pág. 129). El licenciado Jerónimo Fernandez, abogado de profesion, vecino de Madrid y natural, al parecer, de Búrgos, fué el autor de esta obra, que nuestro don Nicolás Antonio atribuye equivocadamente á su padre, Toribio Fernandez. Véanse las partes tercera y cuarta de la edicion de 1579.

Libro primero del valeroso, etc. Estela, por Adriano de Amberes, 1564.—Fólio, á dos columnas.

Nicolás Antonio. Parece la misma edicion que Quadrio cita equivocadamente como hecha en Ambéres en 1564.

Libro primero del valeroso é invencible principe, etc., sacado de la lengua Griega en la qual le escribió el sabio Friston, por un hijo del virtuoso varon Toribio Fernandez.—Búrgos (¿Pedro de Santillana?), 1579, fólio, á dos columnas.

Moratin, Bowle, Pellicer y Brunet.

Primera y segunda parte del valeroso, etc. En çaragoça. En casa de Domingo de Portonariis y Ursino Impressor de la S. C. R. Magestad y del Reyno de Aragon. MDLXXX (1580).—Fólio, 267 hojas, á dos columnas.

Libro primero (y segundo) del valeroso é invencible principe..... En el qual se cuentan las estrañas y peligrosas aventuras que le sucedieron; con los amores que tuvo con la princesa Florisbella, hija del Soldan de Babilonia. Y como fue hallada la princesa Policea, hija del rey Priamo de Troya. Sacado de lengua griega, en la qual le escrivio, etc. Burgos, por Alonso y Estevan Rodriguez, impressores, año de 1587.»—Fólio, á dos columnas.

El segundo libro tiene portada aparte.

BELIANIS. (Tercera y cuarta parte.)

Tercera y quarta parte del imbencible (sic) *principe Don..... etc., sacada de lengua griega, etc., compuesta por el licenciado Geronimo Fernandez, assi mismo autor de la primera y segunda.* Al fin: «Impresso en Burgos por Pedro de Santillana, 1579.»—Fólio, á dos columnas.

Estas dos partes forman el segundo tomo de los dos en que el impresor dividió esta edicion del *Belianis*. Andrés Fernandez, vecino de Búrgos, hermano del licenciado Jerónimo, fué el que la dió á luz por muerte de su hermano, quien la escribió reinando aun Cárlos V, como se deduce del capítulo 28 de la tercera parte.

Tercera y quarta partes, etc.—Búrgos, Alonso y Estéban Rodriguez, 1587, fólio, á dos columnas.

BELINDO.

Cavallerias de D..... por Doña Leonor Coutinho, dama portuguesa.—Manuscrito, fólio.

Libro citado por Barbosa Machado en su *Bibliotheca Lusitana*.

CABALLERO DE LA LUNA.

Libro tercero del..... que cuenta las crueles guerras que los babilonios y tartaros, turcos y persas con Grecia tovieron, y de su conversion á la fe.

Libro de caballerías manuscrito, que se conserva en la Biblioteca Nacional de esta corte, marcado con V, 150. Es en fólio y consta de 268 hojas; los otros dos libros primero y segundo no se sabe su paradero.

CABALLERO DE LA ROSA.

Hállase citado entre los que en 1554 legó al monasterio de San Miguel de los Reyes de Valencia el duque de Calabria.

CIFAR.

Cronica del muy esforçado y esclarescido caballero..... nuevamente impressa. En la qual se cuentan sus famosos

fechos de cavalleria. Por los quales e por sus muchas e buenas virtudes vino á ser rey del reyno de Menton. Assi mesmo en esta hystoria se contienen muchas e catholicas doctrinas e buenos enxemplos: assi para caualleros como para las otras personas de cualquier estado. Y esso mesmo se cuentan los señalados fechos en caualleria de Garfin, e Roboan hijos del cauallero Cifar. En especial se cuenta la historia de Roboan, el qual fue tal cauallero que vino á ser emperador del imperio de Tigrida. Al fin: «Fue impressa esta presente historia del cauallero..... en Sevilla por Jacobo Cromberger, aleman. E acabosse a IX dias del mes de Junio año de mill. d. e XII años» (1512). — Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas, de 100 hojas.

Biblioteca Imperial de Francia, segun Brunet.

CIRONGILIO DE TRACIA.

Los quatro libros del valeroso caballero..... hijo del noble rey Elesfron de Macedonia, segun lo escrivió Novarco en griego y Promusis en latin. Al fin: «Fenesce (*sic*) los quatro libros del muy esforçado et invencible caballero..... de Tracia y Macedonia..... segun los escrive el sabio coronista suyo Novarco, nuevamente romançados é puestos en tal elegante estilo que en lengua castellana y la latina ciceroniana en alguna manera podemos dezir que haze ventaja.» Al fin: «Imprimióse en Sevilla por Jacome Cromberger. Acabose a diez et siete dias..... Año de mil et D. et XLV» (1545).—Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas.

Brunet. En el catálogo de la biblioteca Parisiana, núm. 382, se incluye una edicion, tambien de Sevilla, de 1547. El autor de este libro fué Bernardo de Vargas, quien prometió al fin una segunda parte con los hechos del príncipe Christocolo, que no llegó á imprimirse. Hay un ejemplar de la primera parte en la biblioteca de sir Tomás Phillips.

CLARIAN DE LANDANIS.

Libro primero del esforzado caballero Don..... hijo del noble rey Lautedon de Suecia. Toledo, por Juan de Villaquiran, á 5 dias del mes de noviembre de 1518.—Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas.

Biblioteca Imperial de Viena.

Libro primero del esforçado cavallero..... hijo del noble rey Lantedon (sic) *de Suecia dirigida á D. Carlos de Mingroval.* Sevilla, por Jacobo y Joan Cromberger, 1527. —Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas.

Nicolás Antonio.

Don Clarian de Landanis. Libro primero del invencible cauallero Don..... en que se tractan sus muy altos hechos de armas y apacibles cauallerias: y la muy espantosa entrada en la gruta de Hercules: que fue un hecho maravilloso que parece exceder á todas fuerças humanas. Va dirigido á los muy prudentes lectores. Al fin: «La presente hystoria de..... fue impressa en la muy noble ciudad de Medina del Campo. En casa de Pedro de Castro impressor de libros. Año de mil e quinientos e quarenta e dos años (1542). A costa del honrado varon Juan tomas fabario milanes.—Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas, de 201 hojas.

Brunet. Las demás partes de este libro se hallarán bajo el título de *Floramante de Colonia* y *Lidaman de Ganail* (q. v.)

CLARIBALTE.

Libro del muy esforçado et invencible caballero de la fortuna propiamente llamado don claribalte que segun verdadera interpretacion quiere decir don felix o bienaventurado, nuevamente imprimido et venido a esta lengua castellana: el qual procede por nuevo et galan estilo de hablar. Al fin: «Fenece el presente libro del invencible et muy esforçado cavallero don Claribalte, otramente llamado don felix: el qual se acabo en Valencia a XXX de Mayo por Juan Viñao MD.XIX» (1519).—Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas. El prólogo tiene el encabezamiento siguiente: «Este es un tratado que recuenta las hazañas et grandes hechos del cavallero de la fortuna propria mente llamado *don claribalte*, que segun su verdadera interpretacion quiere dezir felix o bienaventurado, nuevamente escrito y venido a noticia de la lengua castellana por medio de gonçalo fernandez de oviedo alias de sobrepeña vezino de la noble villa de Madrid: el qual dende principio de la obra la endereza al serenissimo senor don fernando de aragon, duque de calabria, segun parece por el proemio siguiente,» etc.

CLARIDIANO.

(Véase FEBO.)

CLARIDORO DE ESPAÑA.

Libro de don.....—Fólio, manuscrito.

Segun don Vicente Salvá (*Repertorio Americano*, tomo IV, página 51), un libro manuscrito con este título, con 744 páginas, se vendió en Lóndres en casa de Southey en junio de 1825.

CLARIMUNDO.

Cronica do emperador..... por Joaõ de Barros.—Coimbra, Barreira, 1520, fólio, letra de Tórtis, á dos columnas.

Brunet.

Prymera parte da cronica do emperador Clarimundo dõnde os Reys de Portugal descendem. Al fin: «Acabase a prymeira parte da cronica do emperador Clarymundo, donde os reys da Portugal descem (*sic*): tyrada de lynguagen Ungara em á nossa Portuguesa per Joam de barros: e ympressa per German gualharde (*sic*) com prevylegio real que nynguen a possa empremyr daquy a dezoyto anos, nem trazer fora do reyno, tyrada em ontra (*sic*) lynguagem so pena de perder os livros. A qual se empremio nesta nobre e sempre leal cydade de Lyxboa. A iii dias de Marzo da era de Mil e quinhentos e xxii» (1522).—Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas, CLXXVI hojas, sin contar el fróntis y dos hojas de tabla al principio. La portada representa al emperador Clarimundo en su trono, del que sale el árbol genealógico de los reyes de Portugal.

Cronica do emperador, etc.—Coimbra, 1553, fólio.

Brunet.

A primeyra parte da Cronica do emperador, etc.—Lisboa, por Antonio Alvarez, 1601, fólio.

Gronica do Emperador, etc.—1742, fólio.

Brunet.

Chronica do Emperador Clarimundo, donde os Reis de Portugal descendem. Lisboa, na officina de Joaõ Antonio de Silva, 1790.—Cuatro tomos, 8.º

CLARINDO DE GRECIA.

Caballerias de. ... por Tristan Gomez de Castro.

Así Nicolás Antonio (*Bibliotheca Nova*, II, 319), citando al portugués Cardoso, aunque sin expresar si el libro se llegó á imprimir y dónde. El autor fué natural de la isla de la Madera.

CLARISEL DE LAS FLORES.

Con este título escribió don Jerónimo de Urrea, el traductor del Orlando, un libro de caballerías en prosa y verso, repartido en tres partes, de las cuales tan solo se conservan hoy dia la *segunda* y *tercera*, en dos tomos, de letra de su autor. Los vimos en 1850 en la biblioteca de la universidad de Zaragoza. Véase lo que acerca de ellos dijimos ya en las notas al *Ticknor*, tomo II, pág. 511.

CRISTALIAN DE ESPAÑA.

Comiença la hystoria de los invitos y magnanimos cavalleros Don..... principe de Trapisonda y del Infante Luzescanio su hermano, hijos del famosisimo emperador Lindedel de Trapisonda. Tracta de los grandes y muy hazañosos hechos en armas que andando por el mundo buscando las aventuras hizieron; corregida y enmendada de los antiguos originales, por una señora natural de la noble y mas leal villa de Valladolid, etc. M. D. XLV (1545). Al fin: «Fue empressa la presente obra en..... Valladolid en casa de Juan de Villaquiran. Acabose á nueve dias del mes de enero del año de nuestro Salvador Jesuchristo, de mil y quinientos y quarenta y cinco.»—Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas.

Brunet.

Comiença la historia de los invictos y magnanimos caualleros don..... Principe de Trapisonda y Luzescanio su hermano, hijos del famosisimo emperador de Trapisonda. Trata de los grandes y muy hazañosos hechos en armas que andando por el mundo buscando las aventuras hizieron. Corregida y enmendada de sus originales, por doña Beatriz Bernal, natural de la muy noble villa de Valladolid. Dirigida á la Católica Real Magestad del Rey Don Philippe nuestro señor. Alcalá de Henares, en casa de Juan Iñiguez de Lequerica, á costa de Diego de Xarami-

llo, mercader de libros, 1586. — Fólio, á dos columnas, 321 hojas, sin contar la portada y el colophon, en el cual se lee la fecha de 1587.

Nicolás Antonio cita una edicion del mismo impresor, de 1566, que creemos ser la misma que esta de 1566.

DOMINISCALDO.

Aventuras do Gigante Dominiscaldo, por Alvaro da Silveira.—Manuscrito.

Barbosa, *Biblioteca Lusitana*, tomo I, pág. 114.

FEBO (Caballero del). (Primera parte.)

Espejo de Principes y caualleros. En el qual se cuentan los imortales hechos del..... y de su hermano Rosicler, hijos del grande Emperador Trebacio. Con las altas cavallerías y muy extraños amores de la muy hermosa y extremada princesa Claridiana y de otros altos Principes y cavalleros. Por Diego Ortuñez de Calahorra. — Zaragoza, por Miguel de Guesa, 1562, fólio, á dos columnas.

Nicolás Antonio y Pellicer citan esta primera edicion, que Brunet califica con demasiada ligereza de apócrifa, fundado en que la licencia para imprimir puesta á la edicion de Medina de 1583 tiene la fecha de 1580. Pero aquel entendido bibliógrafo no cayó en la cuenta que la citada licencia, expedida en efecto en Loguesan á 24 de abril de 1580, fué dada á Blas de Robles para imprimir la segunda parte de Pedro de la Sierra, *juntamente con la primera ya antes impresa*, y por lo tanto, hay que suponer una edicion anterior al año 1580.

Espeio de Principes y cavalleros, en que se cuentan, etc. Agora nuevamente traduzido de Latin en Romance, dirigido á Don Martin Cortes, marques del Valle, etc., por..... natural de la Ciudad de Nágera. — Alcalá, por Juan Iñiguez de Lequerica, 1580, fólio, á dos columnas, 320 hojas, sin contar la portada, y 3 mas de preliminares.

Brunet cita otra de Zaragoza de 1580. Pocos libros habrá tan incorrectos y mal impresos como este, pues además de su mal papel y pésima impresion, el texto está muy viciado, si se compara con el de otras ediciones. La paginacion misma está equivocada, pasándose desde la pág. 208 á la 509-11.

Espejo de Principes y cavalleros, etc. — Medina del Campo, por Francisco del Canto, 1583, fólio, á dos columnas.

Espejo de Principes y cavalleros, etc. Valladolid, en casa de Diego Fernandez de Cordova, 1586.—Fólio, á dos columnas.

Espeio de Principes y caualleros, etc. En el qual en tres libros se cuentan, etc. Çaragoça, por Juan de Lanaja y Quartanet, 1617.—Fólio, á dos columnas. (Primera y segunda parte.)

Biblioteca Phillips.

FEBO (Caballero del). (Segunda parte.)

Segunda parte de Espejo de Principes y caualleros, diuidida en dos libros; donde se trata de los altos hechos del Emperador Trebacio, y de sus caros hijos, el gran Alphebo é inclito Rosicler, y del muy excelente Claridiano, hijo del cauallero del Febo, y de la Emperatriz claridiana: y asi mismo de Poliphebo de Tinacria y de la excelentisima Archisilora reyna de Lira y de otros muy altos Principes compuesto por Pedro de la Sierra Infançon, natural de Cariñena, en el reyno de Aragon. Alcalá, en casa de Juan Iñiguez de Lequerica, 1580 *á costa de Blas de Robles y Diego de Xaramillo mercaderes de libros.* Al fin: «Fin del segundo libro de la segunda parte de Espejo de Principes y caualleros. Acabóse a primero dia del mes de Enero Año de 1581.» Hay además un colophon con la siguiente nota: «En Alcalá de Henares, en casa de Iuan Iñiguez de Lequerica. Año de 1581.»—Fólio, á dos columnas, 141 hojas.

Segunda parte, etc.—1585, fólio, á dos columnas.

Así en Brunet, quien la cita como unida ó formando el segundo tomo de la primera de Valladolid, 1586.

Segunda parte, etc.—Alcalá de Henares, 1589, fólio.

Segunda parte de Espejo de Principes y caualleros, etc. Çaragoça, Pedro Çabarte, 1617.—Fólio.

Biblioteca Phillips.

FEBO (Caballero del). (Tercera y cuarta parte.)

Tercera (y cuarta) parte del Espejo de Principes y caualleros donde se cuentan los altos hechos de los hijos y nietos del Emperador Trebacio con las cavallerías de las belicosas damas, por el licenciado Marcos Martinez.—Alcalá de Henares, 1589, fólio, á dos columnas.

Nicolás Antonio. En el *Catálogo* de la venta de lord Stuart (número 2,626) se asigna á esta edicion la fecha de 1588.

Espejo de principes y cavalleros, Tercera y Quarta parte por el Licenciado..... natural de Alcalá de Henares.—(Cada parte consta de dos libros.) En Çaragoça por Pedro Çabarte (*sic*), 1623, á costa de Juan de Bonilla, mercader de libros.—Fólio, á dos columnas.

FEBO (Caballero del). (Quinta parte.)

Quinta parte del Espejo de caballerias, etc.

Pellicer, en su *Vida de Cervántes*, cita esta quinta parte como existente en su tiempo en la Biblioteca Nacional.

FEBO EL TROYANO.

Primera parte del Dechado y Remate de grandes hazañas, donde se cuentan los inmortales hechos del cauallero del Febo el Troyano y de su hermano don Hispalian de la Venganza, hijos del grande Emperador Floribacio. Con las altas cauallerias y muy estraños Amores de la Real y extremada princesa Clariana y de otros muchos Principes y cavalleros. Sacado á luz por Estevan Corbera, natural de Barcelona, y en ella impresso, en casa de Pedro Malo, con licencia del ordinario, año del Señor de 1576. *Dirigido á la Illustrisima señora doña Mencia Fuxarlla* (sic) *y de cuñiga, Marquesa de los Velez, etc.* Al fin: «Aquí fenece a gloria y alabança de Dios el libro primero de la primera parte del *dechado y remate de grandes hazañas* Compuesto por Stevan Corbera, natural de la ciudad de Barcelona, el segundo se queda imprimiendo, que por ciertas causas no pudieron yr juntos. Acabósse a tres del mes de Julio, año de MDLXXVI (1576), en Barcelona en casa de Pedro Malo, impressor de libros.» — Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas, 102 hojas foliadas, y 8 mas no foliadas de fróntis y preliminares.

El ejemplar que hemos visto pertenece á don Justo Sancha.

FELIX MAGNO.

Los quatro libros del valerosisimo cavallero..... hijo del rey Falangris, de la Gran Bretaña y de la Reyna Clarinea. Barcelona, por Carles Amorós, 1531. — Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas.

El autor fué criado de don Fadrique de Portugal, obispo de Sigüenza y virey de Cataluña, á quien dedicó su obra.

Los quatro libros del muy noble y valeroso caballero..... hijo del rey Falangris de la Gran Bretaña y de la reina Clarinea. Sevilla, por Sebastian Truxillo, 1543. — Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas.

En la biblioteca Imperial de Viena hay solo el libro tercero, y este falto de hojas.

Los quatro libros, etc. En que se cuentan sus grandes fechos. Al fin: «Imprimióse en Sevilla, en casa de Sebastian Trujillo, impressor de libros. Acabóse miercoles a quatro dias del mes de Julio, año de mil e quinientos e quarenta e nueve años» (1549).—Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas.

Brunet.

FELIXMARTE DE HIRCANIA.

Parte primera de la grande historia del muy animoso y esforzado Príncipe..... y de su extraño nascimiento. En la qual se tractan las grandes hazañas del valeroso Principe Flosarán de Misia, su padre. Dirigido al Illustre Señor Juan Vazquez de Molina del Consejo de S. M. y su secretario comendador de Guadalcanal; trece de la orden de Santiago. Con privilegio, en este año de 1556.

Sigue la licencia del Principe, de la que resulta que el autor fué Melchor Ortega, vecino de Ubeda. La fecha de la licencia es de Valladolid á 10 de Março de 1554. Entra despues la tabla de capítulos y la dedicatoria al secretario Vazquez. Al fin del fólio CCLVI vuelto dice: «Acabóse el presente libro en la muy noble y leal villa de Valladolid (Pincia, otro tiempo llamada), en la oficina de Francisco Fernandez de Córdova, impressor de la Majestad real, á 20 dias del mes de Agosto, año de mil y quinientos y cincuenta y seis años» (1556).— Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas.

Primera parte, etc., segun que la escrivió en Griego, el

grande historiador Philosio Ateniense. Traducida de lengua Toscana en nuestro vulgar, por Melchor Ortega, 1557.

Es la misma edicion que la anterior, sin mas diferencia que la portada, que, como se ve por el título, es distinta.

FLORAMANTE DE COLONIA.

Segunda parte del esforçado caballero D. Clarian de Landanis y de su hijo Floramante de Colonia.—Sevilla, por Juan Vazquez de Alvila, 1550, fólio, letra de Tórtis, á dos columnas.

Nicolás Antonio, que es el único que cita esta segunda parte, dice que la escribió Jerónimo Lopez, escudero fidalgo de la casa del rey de Portugal, quien se la dedicó á don Juan III, pretendiendo haberla traducido del aleman. Quizá sea este Jerónimo Lopez el mismo á quien Cardoso atribuye una *Cronica do infante santo Don Henrique*, que se imprimió en Lisboa en 1529, fólio; pero en lo que no cabe duda es que debió haber una edicion de esta segunda parte, de 1528, ó anterior, puesto que la *cuarta* y *quinta* se imprimieron en aquel año. (Véase *Lidaman*.)

FLORAMBEL DE LUCEA. (Primera y segunda parte.)

Historia del valiente cauallero..... hijo del Rey Florineo de Escocia.—Fólio, letra de Tórtis.

Así Nicolás Antonio, sin expresar el año y lugar de la edicion, ni decir de cuántas partes constaba el volúmen que tuvo á la vista. Es probable, sin embargo, que contuviese las *tres* primeras, puesto que la *cuarta* y *quinta* se hallan en otro tomo, de que hay noticia mas cierta. Tambien se halla citado este libro entre los que en 1554 legó el duque de Calabria al monasterio de San Miguel de los Reyes de Valencia.

La quarta parte de don..... Comiença el quarto libro del inuencible cauallero..... en el qual se recuenta las grandes cuytas e trabajos que desterrado de la gracia de su señora la infanta Graselinda passo: e de los grandes peligros y extrañas auenturas que andando en demanda de su padre acabo, llamandose el cauallero Lamentable, y de como al fin se hallo librandole a el e a su madre e hermanos de muy cruel muerte. Al fólio LXXI: «Comiença el quinto libro del esforçado cauallero..... en el qual se hace mencion de las grandes fiestas que en la corte del rey Florineo, su padre, se fizieron, y del alegre fin que ouo en los amores de su señora la infanta Graselinda, y de las estrañas auenturas que en la nueva insula vieron, á las quales él con su mucho esfuerço y valor acabo, e como al fin fue elegido por Emperador de alemaña, y casado con su señora la Infanta.» Al fin: «Fué impressa esta quarta y quinta parte de Don..... en Valladolid, por Nicolás Tierri, en 25 de Setiembre de MDXXXII años» (1532).—Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas.

Se conserva un ejemplar de este rarísimo libro en la biblioteca Imperial de Viena, aunque falto de fróntis.

La quarta (y quinta) parte, etc. Sevilla, por Andrés de Burgos, 1548. — Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas. (Al fin, 1549.)

El único ejemplar, falto de hojas, que de esta edicion hemos logrado ver, es el que poseyó mister Heber, y se halla indicado en su *Catálogo*, parte VI, bajo el núm. 1,741. Hoy dia pára en la selecta librería de sir Tomás Phillips, de Middle-Hill.

FLORANDO DE INGLATERRA.

Comiença la coronica del valiente y esforçado principe don Florando d'Inglatierra, hijo d'l noble y esforçado principe Paladiano, en que se cuentan las grandes y marauillosas aventuras a que dio fin por amores d' la hermosa princesa Roselinda, hija del emperador de Roma. Al fin: «Aqui se acaba la primera y segunda y terçera parte de la cronica del..... fué impressa en Lisbona, por German Gallarde, impressor de libros, 1545. Acabóse a veynte dias del mes de Abril. En el año de mil e quinientos e quarenta e cinco años» (1545).—Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas, con figuras en maderas, 2 hojas de preliminares y 251 de texto. Hay un ejemplar en el Museo Británico de Lóndres.

Las dos primeras partes de este libro, cuyo autor no se nombra, tienen la fecha de 20 de febrero. Dícese ser traduccion del inglés.

FLORIMON.

Historia del caballero Florimon.

Cítala don Nicolás Antonio entre los anónimos, y despues de él Moratin, sin expresar el año de su impresion. Quizá sea traduccion del *Florimon et Passe Roze*, ó de otro libro francés, impreso en 1528, con el siguiente título: *Hystoire et ancienne cronicque de l'excellent roy Florimont filz du roy Mataquas, duc d'Albanie.*

FLORINDO.

Libro agora nuevamente hallado del noble y muy esforzado caballero..... hijo del buen Duque Floriseo de la estraña aventura, que con grandes trabajos ganó el castillo encantado de las siete venturas, en el qual se contienen differenciados Riebtos de carteles y Desafios, Juyzios de batallas, Experiencias de guerras, fuerzas de amores, dichos de Reyes, asi en prosa como en metro, yescaramuzas de juego e otras cosas de mucha utilidad para el bien de los lectores y plazer de los oyentes: dirigido al muy ilustre Señor don Juan Fernandez de Heredia, conde de Fuentes, señor de la villa de Heredia, mi señor, por Fernando Basurto. Al fin: «Fué impresa la presente obra en la insigne y muy noble ciudad de Çaragoça, por Maestro Pedro Hardouyn, Imprimidor de libros, y fue acabada XXI dias del mes de Mayo del Año del nacimiento de nuestro Señor Jesu christo de MDXXX» (1530) — Debajo de este colophon está el sello del impresor. Fólio, letra gótica, á dos columnas, 159 hojas de texto, y 3 mas de tabla, no foliadas.

Brunet, que cita esta edicion, dice equivocadamente que tiene *figures en bois;* no es exacto: el ejemplar que tenemos á la vista no tiene ninguna.

FLORISEO.

Libro de..... que por otro nombre es llamado el caballero del Desierto, el qual por su gran esfuerzo y mucho saber alcançó á ser rey de Bohemia, por el bachiller Fernando Bernal.—Valencia, por Diego Gumiel, 1517, fólio.

Así en Nicolás Antonio, único bibliógrafo que cita este libro; pero debe haber algun error en la cita, pues Diego Gumiel no imprimia á la sazon en Valencia, sino en Barcelona, Valladolid y Salamanca, además de que siendo el autor vecino ó natural de Medellin, no es probable pasase á otro reino á imprimir su libro, á lo que puede añadirse que la continuacion del *Floriseo*, escrita, segun parece, por el mismo Bernal, se imprimió en Salamanca.

FLOSARAN DE MISIA.

(Véase FÉLIX MARTE.)

GELLIO EL CABALLERO.

Con este título se cita un libro, al parecer de caballerías, entre los que componian la biblioteca particular de la duquesa de Calabria, y pasaron despues al monasterio de San Miguel de los Reyes de Valencia.

HISPALIAN DE LA VENGANZA.

(Véase FEBO EL TROYANO.)

LEANDRO EL BEL.

(Véase SEGUNDA PARTE DEL LEPOLEMO.)

LEON FLOS DE TRACIA.

La Hystorya del ynvencyble cauallero Leon flos de Tracia hijo de el Rey Philomeno de Tracia y de los amores que tuvo con la muy fermosa princesa Altamira, hija del emperador de Alexandria, y con la hermosa Florinda, hija de el emperador de Trapisonda.

Hállase manuscrito, de letra de fines del siglo XVI, entre los de la Biblioteca Nacional, y está señalado con la Bb, 23. Es en fólio, con 445 hojas de texto, dividido en 147 capítulos.

LEONIS DE GRECIA.

Hállase citado entre los libros *de molde* (impresos) del duque de Calabria, como en fólio, aunque sin expresarse el lugar y año de su impresion.

LEPOLEMO. (Primera parte.)

Libro del invencible cavallero..... hijo del Emperador de Alemania, y de los hechos que hizo llamandose el cauallero de la Cruz.—Sevilla, por Juan Cromberger, 1534, fólio, letra de Tórtis, á dos columnas.

Así Bowle en sus *Notas al Quijote;* pero hay motivos muy fundados para creer que tal edicion no ha existido, y que, por inadvertencia ó error tipográfico, se puso 1534 donde debia ponerse 1543 ó 1548.

Libro del invencible caballero, etc.—Toledo, 1543, fólio, letra de Tórtis, á dos columnas.

Clemencin, I, 116.

Libro del caballero..... — Valladolid, 1545, fólio, letra de Tórtis, á dos columnas.

Libro del invencible caballero..... hijo del Emperador de Alemaña y de los hechos que hizo llamandose el caua-

llero de la Cruz.—Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas, sin año, CXI hojas, inclusa la portada; al fin una hoja en blanco sin foliatura, en la cual se lee debajo de las armas imperiales: «Impresso en Sevilla en casa de Francisco Perez, impressor de libros.»

Libro del invencible cavallero, etc.—Sevilla, 1548, fólio, letra gótica.

Brunet y *Repertorio Americano*, pág. 38.

Libro del invencible cavallero, etc.—Toledo, por Miguel Ferrer, 1562, fólio, letra de Tórtis.

Repertorio Americano, pág. 38; Moratin, *Orígenes*, pág. 97.

LEANDRO EL BEL.

(SEGUNDA PARTE DEL LEPOLEMO.)

Libro segundo del esforçado cauallero de la Cruz Lepolemo Principe de Alemania. Que trata de los grandes hechos en armas del alto principe y temido cauallero Leandro el Bel su hijo. Y del valiente cauallero Floramor su hermano, y de los marauillosos amores que tuuieron con la hermosa princesa Cupidea de Constantinopla y de las peligrosas batallas que no conociendose ouieron y de las estrañas auenturas y marauillosos encantamientos que andando por el mundo acabaron. Junto con el fin que sus estraños amores ouieron. Segun lo compuso el sabio Rey Artidoro en lengua Griega. Con Licencia.—CXXVIII hojas, inclusa la portada; impreso á dos columnas, letra de Tórtis. Al fin: «Al onor y gloria de Dios y de su bendita madre santa maria. Fue impresa la presente hystoria llamada libro segundo del caballero de la Cruz. En la muy noble y muy leal ciudad de Toledo. En casa de Miguel Ferrer, impressor de libros. Acabose a diez y nueve dias del mes de Mayo Año de MDLXIII» (1563).

LIDAMAN DE GANAIL,

Ó SEA, IV DE DON CLARIAN.

La quarta de Don Clarian: llamada coronica de..... Al fin: «Acabose la quarta parte de don clarian, llamada coronica de Lidaman de Ganail. Nuevamente trasladada de aleman en nuestro vulgar castellano. Impressa en la imperial ciudad de Toledo en casa de Gaspar de avila. A costa de Cosme damian mercader de libros. acabose a veynte e dos dias del mes de Noviembre de mill e quinientos e veynte e ocho años» (1528).—Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas.

De la tercera parte de este libro no se halla noticia alguna.

LIDAMANTE DE ARMENIA.

Sir Thomás Phillips, baronete inglés, posee en su selecta librería, ya antes citada, un libro manuscrito con el siguiente título: *Libro del famoso cavallero Lidamante de Armenia y de sus grandes proezas.* Es en fólio y tiene en la portada un grabado en madera, que representa á un caballero armado de todas armas, y al fin otro grabado en madera. No nos es posible describir con toda puntualidad este libro, por no haberlo visto jamás, y no tener mas noticias de él que las que nos ha comunicado dicho caballero.

LIDAMOR DE ESCOCIA.

Historia del valeroso cauallero..... de Escocia por el maestro Juan de Cordova.—Salamanca, 1539, fólio, letra de Tórtis.

Lenglet du Fresnoy, *Bibliothèque des Romans*, y Ritson.

LUCIDANTE DE TRACIA.

Citado en el *Catálogo* de la librería de los duques de Calabria, fól. 74 vuelto, aunque sin expresarse si era de mano ó de molde.

LUCIDORO.

Salvá y Nicolás Antonio atribuyen un libro así intitulado, y que parece de caballerías, á un tal Manuel Casado.

LUZESCANIO.

(Véase CRISTALIAN.)

MARSINDO.

Historia del virtuoso y esforçado caballero Marsindo, hijo de Serpio Eneslio, principe de Constantinopla.

Se conserva manuscrito en la Real Academia de la Historia, y es un tomo en 4.°, de letra del primer tercio del siglo XVI.

OLIVANTE DE LAURA.

Historia del invencible caballero D..... principe de macedonia; que por sus admirables hazañas vino á ser Emperador de Constantinopla agora nuevamente sacada á luz; va derigida al rey nuestro señor. Barcelona, en casa de Claudio Bornat, año de 1564.—Fólio, á dos columnas, de 253 hojas y 10 mas de preliminares.

Consta de tres libros, y al fin se ofrece el 4.°, que no llegó á publicarse. El autor es Antonio de Torquemada, que tambien escribió el *Jardin de Flores.* Si lo que Cervántes dice de este libro, calificándole de *tonel* (parte I, cap. VI), es cierto, debe haber otra edicion en cuarto ó en octavo, que no hemos logrado ver ni hallamos citada en ninguna parte.

OLIVEROS Y ARTUS.

La historia de los nobles caualleros..... y Artús dalgarbe. Al fin: «A loor e alabanza de nuestro redemptor jesu christo e de la bendita virgen nuestra señora sancta maria. fue acabada la presente obra en la muy noble e leal cibdad de Burgos a XXV dias del mes de mayo. Año de nuestro redemptor mil CCCC. XC. IX» (1499).—Fólio, letra gótica, á dos columnas. Tiene 11 hojas, y 4 mas de preliminares.

La historia, etc. Valladolid, por Juan de Burgos, 1501.—Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas.

Brunet.

La historia, etc. Valencia, 1503, fólio.

Apuntes bibliográficos de don Justo Sancha. No hemos logrado ver esta edicion.

La historia, etc. Acabase la famosa historia de los muy virtuosos y muy esforçados caualleros.... el (sic) *qual se imprimió en..... Sevilla por Jacobo cromberger aleman, año del señor de mil e quinientos e siete años* (1507) *a quatro de Junio.*—Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas, con grabados en madera.

La historia, etc. Al fin: «Acabase la famosa hystoria de los muy esforçados caualleros Oliveros de Castilla e Artus dalgarue. El qual se emprimio en la muy noble e muy leal cibdad de Sevilla: por Jacobo cromberger aleman Año del señor d' mill e quinientos e diez Años (1510) a XX dias de Nouiembre.»—Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas; 32 hojas, sin foliatura.

Libro del noble y esforçado cavallero Olivero (sic) *de Castilla y de su buen amigo Artus de Algarve.* Alcalá de Henares, en casa de Juan Gracian, 1604.—4.°, de 55 hojas.

La Historia de los muy nobles y valientes cavalleros..... y Artus de Algarve y de sus maravillosas y grandes hazañas compuesta por el Bachiller (*Pedro de la*) *Floresta.* Madrid, por Pedro Joseph Alonso y Padilla, 1735.—8.°

La historia de los muy nobles, etc., compuesta por el Bachiller Pedro de la Floresta, etc.—Madrid, sin año, 8.°

Biblioteca Grenvilliana.

PHILESBIAN DE CANDARIA.

Libro primero del muy noble y esforçado cavallero don Philesbian de Candaria: hijo del noble rey don Felinis de Hungria e de la reyna Florisena, el qual libro cuenta todas las hazañas y aventuras que acabo el rey Felinis su padre MDXLII (1542).—Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas; en el frontis dos caballeros rompiendo lanzas.

El único ejemplar que se conoce de este libro es el que posee en Inglaterra el baronete sir Tomás Phillips; pero, como le falta el colophon, no se puede saber dónde se imprimió.

POLICISNE DE BEOCIA.

Historia famosa del Principe don Policisne de Beocia, hijo y único heredero de los Reyes de Beocia Minandro y Grumedela, y de sus illustres hechos y memorables hazañas y altas caballerías. Aora nuevamente sacado á luz por don Juan de Silva y de Toledo, señor de Cañadahermosa, hijo mayor legítimo de los señores de Cañadahermosa.—Valladolid, por Juan Iñiguez de Lequerica, 1602, fólio, á dos columnas.

POLINDO.

Historia del invencible cavallero Don..... hijo del rey Paciano, rey de Numidia, y de las maravillosas hazañas y estrañas aventuras que andando por el mundo acabó por sus amores de la princesa Belisia fija del rey Naupilo, rey de Macedonia.—Toledo, 1526, fólio, letra de Tórtis.

Brunet.

POLIPHEBO DE TINACRIA.

(Véase FEBO.)

POLISMAN.

Libro del valeroso caballero Polisman Florisio, que por otro nombre se llamó el Caballero del Desierto, el qual por su gran esfuerzo y mucho saber alcançó á ser rey de Bohemia: por Fernando Bernal.—Valencia, 1527, fólio.

Citamos con mucha desconfianza este libro, de que trata Moratin en su *Catálogo*, por creerle él mismo ya anotado bajo el epígrafe de *Floriseo* (q. v.). Hay una traduccion italiana de él con el siguiente título: *Historia del valeroso cavallier Polisman..... nuovamente tradotta di lingua spagnuola in italiana, da Giovanni Mirandoleni;* la que cita tambien Nicolás Antonio (II, 397), equivocando el nombre del traductor, á quien llama Miranda.

REYMUNDO DE GRECIA.

Historia del esforçado y muy vitorioso cavallero....: el qual por su grande esfuerço e valeroso coraçon fue eligido emperador de Constantinopla. Salamanca, x de Julio de 1524.—Fólio, letra de Tórtis, con 88 hojas de texto y una de preliminares.

Así lo hallamos citado en el *Catálogo* de venta de los libros de monsieur De Bure, núm. 942; pero en el índice manuscrito de Ritson se encuentra con el siguiente título, y la nota de haberse impreso en Alcobaça, en Portugal: *Libro del famoso e muy esforçado caballero Reymundo de Grecia, el qual, etc.* Alcobaça, 1524, fólio. El ejemplar de monsieur De Bure estaba falto de portada, y el título que arriba copiamos parece tomado del encabezamiento del prólogo. Segun Brunet, el autor de este libro es el mismo que escribió el *Floriseo*, declarando en el prólogo que lo sacó de lengua toscana y lo tradujo para recreo y solaz de los habitantes de Salamanca, donde es probable se imprimiese. Debe, por lo tanto, atribuirse al bachiller Fernando Bernal.

ROSICLER.

(Véase FEBO.)

TIRANTE EL BLANCO.

Tirant lo Blanch. A honor lahor e gloria de nostre senyor Jesu christ e de la gloriosa sacratissima Maria mare sua senyora nostra. Comença la letra del present libre appellat Tirant lo Blanch; dirigida per Mossen joanot Martorell, cavaller, al serenissim Princep don Ferrando de Portogal. Al fin: «Azi feneix lo libre del valoros e strenu Cavaller Tirant lo Blanch Princep del Imperi grech de Contestinoble. Lo qual fon traduit de Angles en lengua Portoguesa e apres en volgar lengua valenciana per lo magnifich e virtuos cavaller mossen johannot martorell. Lo qual per mort sua non pogue acabar de traduir sino les tres parts. La quarta part que es la fin del libre es stada traduida a pregaries de la noble Senyora Dona Isabel de Loriz per lo magnifich cavaller Mossen Marti johan de Galba: e si defalt hi sera trobat, vol sia atribuit a la sua ignorancia. Al qual nostre Senyor Jesu Crist per la sua inmensa bondat vulla donar en premi de sos treballs la gloria de paradis. E protesta que si en lo dit libre haura posades algunes coses que no seen catholiques que no les vol hauer dites, ans les remet a correccio de la sancta catholica Iglesia. Fon acabada de empremptar la present obra en la ciutat de Valencia a xx del mes de Nohembre del any de la nativitat de nostre Senyor deu Jesu Crist mil CCCCLXXXX» (1490).

La anterior nota está tomada sobre el ejemplar mismo que describe Mendez (pág. 72) como propio del conde de Saçeda, y hoy dia se conserva en el Museo Británico de Lóndres. Es en fólio menor, y no en 4.°, como equivocadamente dice el docto agustino, y consta de 338 hojas útiles en todo. La universidad de Valencia y el colegio de la Sapiencia de Roma son, además de aquella, las únicas bibliotecas que le poseen.

Libre appellat Tirant lo blancho, etc. Al fin: «A honor y gloria de nostre seynor deu Jesu Crist: fon principiat a stampar lo present libre per mestre Pere Miquel Condam y es acabat per Diego de Gumiel castellá en la molt noble e insigne ciutat de Barcelona XVI de Setembre del any MCCCCXCVII» (1497)—Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas.

Así Brunet, tomo IV, pág. 485, sin citar ejemplar alguno de esta edicion de Barcelona, lo cual no deja de ser extraño, conociéndose ya tres de la primera. Tambien causa extrañeza el ver á Diego Gumiel, que siete años antes imprimia en Valencia, estampar el mismo libro en Barcelona.

Los cinco libros del esforçado e invencible cavallero Tirante el Blanco de Rocasalada, cauallero de la garrotera el qual por su alta caualleria alcançó á ser principe y cesar del imperio de Grecia. Al fin: «Fue impresso el presente libro.... en la muy noble villa de Valladolid por Diego de Gumiel. acabóse á XXVIII dias de mayo del año MDXI» (1511).—Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas.

Un ejemplar de este rarísimo libro se halla citado en el *Catálogo* Gaignat, y otro, falto de hojas, se vendió en Lóndres en 1854, procedente de la librería de lord Stuart de Rothesay.

TREBACIO.

(Véase FEBO.)

VALERIANO DE HUNGRIA.

Libro primero: en el qual son copiladas las dos partes, primera y segunda de la cronica del muy alto Principe y esforçado cauallero..... La primera de las quales trata de quién fueron sus padres, y de la princesa Flerisena, su señora: y de la causa por que fue embiado por el Rey Parmerindo de Hungria su padre á la casa del Emperador Octavio; y la segunda de sus grandes hechos en armas y leales y verdaderos amores, juntamente con muchos consejos y castigos escriptos por un sabio llamado Arismenio, el qual fué el segundo despues de Zanofor Rey de Lydia. Agora nuevamente traducido de su original Latino por Dionysio Clemente, notario valenciano. Dedicado y dirigido á la illustrissima señora doña Mencia de Mendoça, Marquesa del Zenete.

El ejemplar único que hemos logrado ver de este rarísimo libro está falto de portada, y por consiguiente, no podemos dar su título con toda exactitud. Otro, tambien falto, se conserva en la biblioteca Imperial de Viena. Tradújolo al italiano Pietro Lauro (tambien traductor del *Caballero del Sol*, de Villalúmbrales), con el siguiente título: *Historia di Valeriano d'Ongaria, nella quale si trattano le alte imprese di cavalleria, fatte da Palmerindo, re d'Ongaria, per amor dell'alta principesa Alberitia, figliuola del grande Imperatore di Trabisonda, et che d'ambidue nacque il forçato cavalliero Valeriano d'Ongaria, tradotta di lengua spagnola nella italiana.* Venecia, Pietro Rosello, 1558, en tres tomos en 8.° Del autor Dionysio Clemente nada dicen Rodriguez, Ximeno ni Fuster, que escribieron bibliotecas valencianas. Dice en la dedicatoria que «habiendo tomado grande amicitia (*sic*) con un mercader extranjero, y platicando un dia con él de las cosas maravillosas de España, le mostró, para que no le pareciesen menos las de Hungría, y despues le dejó, para que las pudiese leer, las dos partes, *primera* y *segunda*, de la crónica de un principe de Hungría, llamado Valeriano», etc. Por lo que hemos podido colegir de su rápida lectura, nos inclinamos á creer que el autor se propuso contar los señalados hechos de don Rodrigo de Mendoza, marqués del Zenete, virey de Valencia durante la época desastrosa de la Germania. Segun Melzi (*Bibliografia dei romanzi e poemi cavallereschi italiani;* Milano, 1838), la obra consta de tres partes, lo cual probaria ó que el traductor italiano le añadió la *tercera*, ó que esta se escribió igualmente en castellano; pero ni este, ni Quadrio, ni Brunet, ni ningun otro bibliógrafo, que sepamos, conocia la existencia en nuestro idioma del *Valeriano de Hungría*.

VALFLORAN.

La quinta parte de Don..... y su hijo con sus grandes hechos.—Manuscrito en fólio, de letra del siglo XVI.

Biblioteca del excelentísimo señor don Serafin Estévanez Calderon.

HISTORIAS Y NOVELAS CABALLERESCAS.

ABINDARRAEZ.

El moro..... y la bella Xarifa. Novela. — Toledo, por Miguel Ferrer, 1561, 12.°

De este libro hemos visto, no recordamos dónde, una edicion en 4.° sin año ni lugar de impresion, anterior, al parecer, á la *Diana* de Jorge de Montemayor y al *Inventario* de Villegas, donde tambien se imprimió con algunas variantes. De presumir es, pues, que uno de estos autores la diese antes á la estampa. El ejemplar aquí citado pertenece al general San Roman.

Historia de los amores del valeroso moro Abin de Arraez y de la hermosa Xarifa Abencerases, por Francisco Balbi de Corregio.—Milan, 1593, 4.°

Redaccion en verso de la anterior novela. Este Balbi ó Balvi, como él mismo se llama en otras obras castellanas, escribió la *Vida de Octavio Gonzaga;* Barcelona, 1581, 4.°—*Pasada del mismo por el estado de Milan*, etc.; Mántua, 1588, 4.°—*Relacion de lo sucedido en la isla de Malta;* Alcalá, 1567, y Barcelona, 1581, 4.°; y además un libro de sonetos castellanos. Ninguna de estas obras menciona Nicolás Antonio, sin duda por ser extranjero su autor.

ADRAMON.

Crónica del infante..... llamado el caballero de las Damas.—Manuscrito en fólio, de letra de principios del siglo XVI.

Se conserva en la biblioteca Imperial de Paris, y puede verse

su descripcion en el *Catálogo* de don Eugenio de Ochoa, á la página 537.

ARLINDIER Y LIESSA.

Libro del siervo libre de amor, ó Amores de..... que fizo Johan Rodriguez de la Cámara, criado del señor don Pedro de Cervántes, cardenal de San Pedro, arzobispo de Sevilla.—Manuscrito, 4.°

Biblioteca Nacional, Q, núm. 224. Novela sentimental-caballeresca del mismo género cultivado por Diego de San Pedro, Juan de Flores y otros.

ARNALTE Y LUCENDA.

Tractado de amores de Arnalte (sic) *é Lucenda.* Al fin: «Acabase este tractado llamado Sant Pedro (falta evidentemente el título y despues *de*) a las damas de la reyena (*sic*) nuestra señora. Fue empreso en la muy noble y muy leal çibdad de Burgos por Fadrique aleman en el año del naçimiento de nuestro saluador ihu christo de mill y cccc y noventa E un años (1491), á xxv dias de noviembre.»—4.°, letra de Tórtis, sin foliatura ni reclamos, aunque con signaturas colocadas en el canto de afuera de la plana.

Tratado de..... por elegante y muy gentil estilo hecho por Diego de Sanct Pedro y enderesçado á las damas..... reina doña Isabel. En el qual hallaran cartas y razonamientos de amores de mucho primor y gentileza segun que por el veran. impresso en B. por A. D. M. Año de 1522. Al fin: «Aquí se acaba el libro de Arnalte y Lucenda..... fué agora postreramente impresso..... en Burgos, por Alonso de Melgar.»—4.°, letra de Tórtis, de 28 hojas.

Brunet.

Tratado, etc.—Sevilla, 1525, 4.°

Citan esta edicion Quadrio y Ritson, quienes, al tratar de este libro, lo atribuyen equivocadamente á Diego Hernandez, ó sea don Diego Fernandez de Córdoba, alcaide de los Donceles, á quien San Pedro dedicó esta su obra.

Tratado, etc.—Búrgos, 1527, 4.°

Cita esta edicion el doctor Asso y Manuel en su curioso tratado bibliográfico *De Libris quibusdam varioribus in Hispania;* Zaragoza, 1794, 4.°, pág. 44.

AURELIO É ISABELLA.

Amorosa historia de Aurelio é Isabella hija del Rey d'Escocia.—Venecia, 1529, 8.°

Así Ritson, en el *Catálogo* manuscrito ya citado; pero hay motivos para sospechar que confundió la traduccion italiana publicada bajo el seudónimo de *Lelio Aletiflo*, y que efectivamente se imprimió en Venecia en 1529, y se habia antes impreso en dicha ciudad en 1516, y en 1521 en Milan. Por lo demás, no cabe duda de que por este tiempo debió hacerse en España una ó mas ediciones, de que no ha quedado rastro alguno, puesto que en 1530 se tradujo al francés y se imprimió en Paris. El autor es Juan de Flores.

Historia, etc. Amberes, en casa de Juan Steelsio, 1556, 8.°—En cuatro lenguas, á saber: español, francés, inglés é italiano.

Historia, etc. Brusélas, 1596, 12.°—En español y francés solamente.

Brunet.

Historia, etc. Brusélas, por Jean Montmartré, 1608, 8.°—En cuatro lenguas: español, italiano, francés é inglés.

CANANOR.

La historia del rey..... y del infante Turian su hijo y de las grandes auenturas que ovieron. Al fin: «Fué emprimido este presente libro en la muy noble ciudad de Sevilla por Jacobo Cromberger aleman. Año de mil e quinientos e veinte e VIII años (1528), á XVIII dias de Julio.»—4.°, letra de Tórtis, 44 hojas sin foliar, con un grabado en madera en el frontispicio.

Libro es este rarísimo entre los de su clase, del que no recordamos haber visto mas ejemplar que uno en la selecta librería de R. Turner, esquire, de Lóndres.

La historia del rey, etc.—Sevilla, 1546, 4.°, letra de Tórtis.

Biblioteca Real de Munich.

La historia del rey..... etc.—Sevilla, por Dominico de Robertis, 1550, letra de Tórtis, 4.°

Biblioteca Ambrosiana de Milan.

La historia del rey..... y del infante Turiano (sic) *su hijo.* Al fin: «Fué impresso el presente libro en la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla en casa de Sebastian Trugillo impressor, junto á las casas de Pedro Pineda. Acabóse año de mil y quinientos y cincuenta y ocho (1558).—4.°, letra de Tórtis, sin foliar, portada grabada, que representa á dos caballeros armados de todas armas combatiendo á caballo; debajo el título en letras de bermellon.

La historia del Rey, etc. Sevilla, MDLXVII (1567).—4.°, letra de Tórtis, sin el nombre del impresor. El fróntis, el mismo que el de la edicion anterior.

CÁRCEL DE AMOR.

(Véase LERIANO Y AUREOLA).

CLAMADES Y CLARAMONDA.

La historia del muy valiente y esforçado cauallero Clamades, hijo del rey de Castilla, e de la linda Claramonda, hija del rey de Toscana.—En Búrgos, por Alonso de Melgar, 1521, 4.°, letra de Tórtis.

La historia del cavallero..... hijo de Marcaditas rey de Castilla, etc. Alcalá de Henares, en casa de Juan Gracian, 1603, 4.°

Biblioteca Grenvilliana, en el Museo Británico.

La historia de, etc.—Lérida, sin año, 4.°

Brunet.

Nova historia de Clamades e Clarimunda, por Joaõ Cardoso da Costa (en portugués).—Manuscrita.

Barbosa. Traduccion portuguesa que no se llegó á imprimir. Esta historia de Clamades y del caballo de madera, como vulgarmente es llamada, sigue aun imprimiéndose entre los libros populares.

CLAREO Y FLORISEA.

Historia de los amores de..... y Florisea y de los trabajos de Isea: con otras obras en verso parte al estilo español, y parte al italiano, por Alonso Nuñes de Reinoso.—Venecia, por Gabriel Giolito de Ferrari y sus hermanos, 1552, 8.°

CLIMENCIA.

Enxemplo que acaesció en tierra de Damasco, á la buena dueña Climencia con su fija Climerta. Manuscrito en 4.°

En la biblioteca del Museo Británico, núm. 14,040. En el mismo tomo se encuentra *El libro del Gentil et de los Tres Sábios*, traducido de lengua catalana por Gonzalo Sanchez de Uceda, natural de Córdoba, en el año de 1416. No habiendo leido ni el uno ni el otro, no podrémos determinar si, como lo parece indicar su título, no son mas bien cuentos de orígen oriental.

COMESINA (LA LINDA).

Con este título cita el autor del *Diálogo de las lenguas*, pág. 156, un libro que parece de caballerías, puesto que habla de él al mismo tiempo que del Reinaldos, la Trapisonda, Guarino Mesquino y otros.

CHRISFAL.

Don Nicolás Antonio, en el artículo de *Christoval Falcaõ*, portugués, habla de un libro intitulado *Los Amores de Chrisfal*, aunque sin expresar si le vió impreso ó manuscrito.

CURIAS Y FORETA.

Título de una historia caballeresca citada por Vives entre las que no debian ponerse en manos de las jóvenes. (*Instruccion de la mujer christiana*, cap. V.)

DIOCLECIANO.

(Véase SIETE SÁBIOS DE ROMA.)

ERASTO.

Historia lastimera del Príncipe Erasto, hijo del Emperador Diocleciano, traducida de italiano en español por Pedro Hurtado de la Vera.—Ambéres, por los herederos de Juan Steelsio, 1573, 8.°

Hay en italiano un libro intitulado *Li compassionevoli avvenimenti d'Erasto.... opera dotta e morale di greco tradotta in volgare.* Vinegia, Francisco de Lena, 1542, 8.°; la cual no es mas que una imitacion del célebre libro de los *Siete sábios de Roma* (q. v.). Tradújose al francés y á otras lenguas, y sobre esta traduccion de Hurtado de la Vera se hizo, en 1709, nueva version francesa con el siguiente título: *Histoire du Prince Erastus, fils de l'Empereur Diocletien.* Este Pedro Hurtado escribió tambien una comedia en prosa, intitulada *La doleria del sueño del Mundo.* Anvers, 1572.

EURIALO Y LUCRECIA.

Historia verdadera de dos amantes Franco y Lucrecia

Senesa, fecha por Eneas Silvio. Sevilla, por Jacobo Cromberger, 1512.—4.°, letra de Tórtis.

Es traduccion de la novela que, con el título de *De duobus amantibus Eurialo et Lucretia*, escribió en latin Enéas Silvio Piccolimini, que despues fué papa con el nombre de Pio II. La primera edicion, aunque impresa sin fecha, se cree generalmente ser anterior al año de 1472. Pudiera quizá con rigor excluirse de esta clase, puesto que la novela se funda en un hecho histórico.

Historia verdadera de los amantes..... y Lucrecia que acaesció en la ciudad de Sena año de 1434, fecha por Eneas Sylvio. Sevilla, por Jacobo Cromberger, año de mill e quinientos é veinte y cuatro años (1524). — 4.°, letra de Tórtis.

Historia verdadera, etc. Sevilla, por Juan Cromberger, 1533.—4.°, letra de Tórtis.

Nicolás Antonio.

FIAMETA.

La Fiometa (sic) *de Juan Vocacio.* Al fin: «Fué impresso en la muy noble e leal ciudad de Salamanca en el mes de Enero del año de mil quatrocientos e noventa e siete años (1497). Deo Gratias.»—Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas.

Esta traduccion se atribuye á Pedro Rocha, valenciano.

Bocaccio. Libro llamado Fiameta porque trata de los amores d'una notable dueña napolitana llamada Fiameta, el qual libro compuso el famoso Juan Vocacio, poeta florentino. Al fin: «Fenesce el libro de fiameta, compuesto por el famoso poeta juan vocacio, fué impresso en..... Sevilla por Jacobo Cromberger, aleman. Acabóse en diez y ocho dias d' agosto. Año mil e quinientos y veynte y tres años» (1523).—Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas.

Libro llamado, etc. Impresso en Lisboa por Luys Rodriguez. Acabóse á XII dias de deziembre. Año de M. D. XL. y uno (1541).—Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas.

FILIBERTO DE ESPAÑA.

Historia admirable del principe..... (en dos partes).—Sevilla, sin año, 4.°

Biblioteca Imperial de Viena.

FLAMIANO Y VASQUIRAN.

(Véase QUESTION DE AMOR.)

FLORES Y BLANCAFLOR.

La historia de los dos enamorados Flores y Blancaflor, rey y reina de España, y emperadores de Roma..... empremióse este presente tratado por Arnao Guillem de Brocar. Acabóse año de mil CCCCC y XII (1512).—4.°, letra de Tórtis, de 24 hojas no foliadas.

Libro excesivamente raro, como todos los de su clase, y del cual ha habido, á no dudarlo, ediciones mucho mas antiguas, puesto que ya se imprimió, traducido al italiano, en 1485, y en aleman en 1499. Reimprimióse á menudo en España, y continúa aun publicándose en forma popular, aunque muy alterado y reducido su texto. Quadrio pretende que este libro no es mas que una traduccion libre del *Philocolo* de Bocaccio, en lo cual va equivocado; mas bien creemos que este tomó su ficcion del castellano.

Flores y Blancaflor.—Alcalá de Henares, por Juan Gracian, 1604, 4.°

Flores y Blancaflor.—4.°, letra de Tórtis, sin año ni lugar de impresion.

Biblioteca Grenvilliana, en el Museo Británico.

GAZUL.

Las hazañas y los amores del buen Gazul, cauallero moro de Granada, segun la cronica y los papeles que trataron las cosas de Granada, etc., compuesto por el bachiller Pedro de Moncayo.—Sevilla, 1599, 8.°

GINEBRA.

(Véase PEREGRINO.)

GRISEL Y MIRABELLA.

Tractado compuesto por Johan de Flores á su amiga. Al fin: «Acaba el tractado compuesto por Johan de Flores. donde se contiene el triste fin de los amores de Grisel y Mirabella, la qual fué a muerte condemnada: por iusta sentencia disputada entre Torrellas y Braçayda: sobre quien da mayor occasion de los amores: los hombres á las mujeres: ó las mujeres á los hombres. y fue determinado que las mujeres son mayor causa. donde se siguió, que con su indignacion y malicia por sus manos dieron cruel muerte al triste de Torrellas. Deo gratias.»—4.°, letra de Tórtis. No tiene lugar ni año de impresión, pero debe ser del siglo XV.

La historia de..... y Mirabella con la disputa de Torrellas y Braçayda la qual compuso Juan de Flores a su amiga. Sevilla, por Jacobo Cromberger, aleman, año de mill y quinientos y veinte y quatro (1524).—4.°, letra de Tórtis, 24 hojas.

Esta misma edicion se halla citada en el *Catálogo* de venta de los libros de monsieur De Bure, con el siguiente título: *Tratado compuesto por Juan de Flores, donde se contiene el fin de los amores de Grisel y Mirabella;* pero es probable que en lugar de copiar el título, por faltar quizá la portada, se tomase el del encabezamiento del libro.

La historia de..... y Mirabella con la disputa de Torrellas y Braçayda: la qual compuso Juan de Flores á instancia e ruego de su amiga. En Toledo, á XVII dias de diziembre año de mill e quinientos e veynte y seys (1526). —4.°, letra de Tórtis, de 24 hojas.

GUILLERMO, REY DE INGLATERRA.

Chronica del rey don..... rey de Inglaterra e duque de Angeos: e de la reyna doña Beta su muger: e de cómo por reuelacion de un angel le fue mandado que dexasse el reyno e ducado e anduviesse desterrado e de las extrañas aventuras que andando por el mundo le avino. Agora nuevamente impresso. Al fin: «Deo gracias. Fué impressa la presente chronica del Rey Don Guillermo, y de la reyna doña Beta, su muger. En la imperial ciudad de Toledo A XXIII dias del mes de setiembre de mil e quinientos e XXVI años» (1526).—Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas, 35 hojas.

La coronica del Rey Don Guillermo rey de Inglaterra duque de Angeos: e de la reyna doña Beta, su muger: e de cómo por reuelacion de un angel le fue mandado que dexasse el reyno, e ducado e anduviesse desterrado por el mundo e de las extrañas aventuras que andando por el mundo le avino. Agora nuevamente impresso Año MDLIII (1553). Al fin: «Fué impressa la presente chronica del Rey Don Guillermo: y de la reyna doña Beta, su muger. en la muy noble y leal ciudad de Seuilla, en casa de Dominico d'Robertis que sancta gloria aya. A VII dias del mes de Agosto año MDLIII» (1553).—Letra de Tórtis, á dos columnas, fólio, 28 hojas y una mas de tabla, no foliada.

La portada representa á la reina Beta en el acto de embarcarse. Es libro muy raro y desconocido de nuestros bibliógrafos.

HENRIQUE, FI DE OLIVA.

Historia de Enrique fi de Oliva rey de Iherusalem. Emperador de constantinopla. Al fin: «Acabose la presente historia de..... Fué empremida en la muy noble e muy leal cibdad de Seuilla por tres alemanes compañeros en el año de Mill e quatrocientos et nouenta y ocho años (1498), á veynte dias del mes de octubre.»—4.°, letra de Tórtis.

El único ejemplar que se conoce de este rarísimo libro es el que se conserva en la Biblioteca Imperial de Viena.

Historia de Henrique (sic), *hijo de doña Oliva, rey de Hierusalem y emperador de Constantinopla.* Sevilla, por Juan Cromberger, 1533.—4.°, letra de Tórtis.

Biblioteca Imperial de Viena.

Historia de Enrique hijo de Doña Oliva, Rey de Hierusalem y Emperador de Constantinopla. Al fin: «Imprimióse el presente tratado en la muy noble y muy leal cibdad d'Sevilla por Dominico de Robertis á XIII dias del mes d'Enero. Año d'mil y quinientos y quarenta y cinco años» (1545).

Esta edicion, de que vimos un ejemplar en la biblioteca de mister Roberts Turner, en Inglaterra, tiene una portada grabada en madera, que representa á una doncella en el acto de pedir auxilio á un caballero armado.

ISEA.

Historia de Isea.

Tal es el título de una novela caballeresca portuguesa, impresa en el siglo XV, que se dice existió en la biblioteca del vizconde de Balsemaõ, en Oporto, y se perdió en el último sitio de aquella ciudad por el ejército de don Miguel. Véase *O Panorama*, periódico literario de Lisboa, 1837, tomo I, pág: 164.

JUAN ABAD DE MONTEMAYOR.

El ya citado don Mariano Aguiló posee un fragmento de libro castellano, impreso al parecer en el primer tercio del siglo XVI, con el siguiente encabezamiento: *Comiença el libro de..... señor de Montemayor: en el qual se escrive todo lo que le aconteció con don Garcia, su criado.*

LABERINTO DE AMOR.

Laberinto de Amor: que hizo en Toscano el famoso Juan Boccacio: agora nuevamente traducido en nuestra lengua castellana.—Sevilla, por Andrés de Búrgos, 1646, 4.°

Debe de haber ediciones mas antiguas, que no hemos logrado ver.

LEONELA Y CANOMOR.

Cita este libro Juan Luis Vives entre los de caballerías que no debian ponerse en manos de la juventud. (*Instruccion de la mujer christiana*, cap. v.)

LERIANO Y LAUREOLA, ó CARCEL DE AMOR.

El siguiente tratado fué hecho á pedimiento del señor Diego Hernandes alcaide de los Donzeles, y de otros caballeros cortesanos: llamase Carcel de amor. Compusolo San Pedro. Al fin: «Acabose esta obra intitulada Carcel de Amor en la muy noble e muy leal cibdad de Sevilla á tres dias de marzo año de mil e cuatrocientos e noventa y dos (1492), por quatro alemanes compañeros.»—4.°, letra de Tórtis.

La tradujo al italiano Lelio Manfredi; Vinegia, per Zorzi di Rusconi, 1513, 8.°; y tambien hay version francesa del año 1526.

Obra intitulada lo Carcer d'Amor. Composta y hordenada por Diego de Sant Pedro..... traduit de lengua castellana en estil de valenciana prosa per Bernardi vallmanya secretari del spectable conte doliva. Al fin: «Fon acabat lo present libre en la insigne ciutat de Barchelona por maestre Johan Rosenbach, a XVIII dias del mes de setembre Any Mil ccccxciii» (1493).—4.°, letra de Tórtis, con grabados en madera.

Se conserva un ejemplar en la biblioteca Grenvilliana del Museo Británico. Es edicion desconocida del padre Mendez.

El siguiente tratado, etc: Búrgos, á expensas de Frederico Aleman de Basilea, año de mill e quatrocientos e noventa y seis (1496).—4.°, letra de Tórtis, con grabados en madera.

Otra edicion tenemos á la vista, en 4.° prolongado, distinta de las dos arriba mencionadas, que tiene figurada en su fróntis ó portada una torre descansando sobre cuatro columnas, por cuya escalera, á manera de puente levadizo, sube Leriano con una espada envainada en la mano. En la puerta de la torre hay un hombre que parece el alcaide, y en los adarves dos diablos desnudos, tocando trompas, y rodeados de llamas. En la parte mas alta de la torre un ave fénix. Debajo está el título, en letras grandes, *Cárcel de Amor*, y á la vuelta de la hoja: «El siguiente tratado fue fecho a pedimiento del señor don Diego hernandez, alcayde de los donzeles y de otros caualleros cortesanos, llámase carcel de amor. Compusolo Diego de Sant Pedro. Comienza el prologo assi;» etc. A renglon tirado 34 renglones por página. Desgraciadamente el ejemplar que describimos está falto de hojas en medio. Concluye con unos versos, que no se leen en ediciones posteriores, dirigidos á la reina doña Isabel, y que empiezan:

«Alta reyna esclarecida.»

Tiene ya el tratado suplementario llamado el Cumplimiento de Nicolás Nuñez.

Carcel de amor con el complimiento de nicolas nuñez.—Al fin: «Este presente tratado fue emprimido por el maestro Arnao Guillen de Brocar en la muy noble y leal cibdad de Logroño. E se acabo a tres dias de octubre Año del señor mill y quinientos y ocho años» (1508).—45 hojas en 4.° sin foliatura. Las 8 últimas las llena la adicion de Nicolás Nuñez, la cual tiene el epígrafe siguiente: *Siguese el tratado que hizo Nicolas Nuñez sobre el que Diego de Sant Pedro compuso de Leriano e Laureola: llamado Carcel de amor.*— Letra de Tórtis, portada grabada en madera, que representa una torre, y uno que sube á ella por una escalera, arriba en lo alto tres figuras.

El ejemplar que acabamos de describir es propio de don Aureliano Fernandez Guerra y Orbe.

Carcel de Amor, etc. — Zaragoza, por Jorge Coci, 1516, 8.°

Catálogo manuscrito de Ritson, quien sin duda lo tomó de Nicolás Antonio. Véase á este último, tomo I, pág. 306.

Carcel de Amor, etc. Al fin: «Fenesce el presente tractado intitulado..... *Con otro tratadillo añadido que hizo Nicolas nuñez. Fué impresso en la muy noble e muy leal cibdad de Burgos, por Alonso de Melgar, en el año de mil e quinientos e veynte e dos* (1522). A veynte e cinco dias del mes de Febrero.»—4.°, letra de Tórtis, 48 hojas y grabados en madera.

Carcel de Amor, compuesto, etc.: Al fin: «Fué empremido el presente tractado, intitulado *Carcel de Amor* con otro tratadillo, etc., fecho en Çaragoça por Jorge coci y acabose á seys dias de Agosto año de mill e quinientos e veynte e tres años» (1523).—8.°, letra de Tórtis, de 48 hojas no foliadas.

Brunet.

Carcel de amor, con otro tratadillo añadido que hizo Nicolas Nuñez sobre el que Sant Pedro compuso. Sevilla, por Jacobo Cromberger, 1525.—4.°, letra de Tórtis, con grabados en madera.

Brunet.

Carcel de Amor, etc.—Venecia, 1531, 8.°, letra de Tórtis, con grabados en madera.

Carcel de Amor, etc., con el Sermon De Amores. Medina del Campo, por Pedro de Castro, año de mill e quinientos y quarenta y quatro (1544).—4.°, letra de Tórtis.

Carcel de Amor hecha por Hernando (léase *Diego*) *de Sanct Pedro con otras obras suyas. Va agora añadido el sermon que hizo á unas señoras que dixeron que le desseavan oir predicar..... nuevamente corregida y ementada por el señor Alonso de Ulloa.* Venetia, por Gabriel Giolito de Ferrariis y sus hermanos, 1553.—8.° letra bastardilla ó italiana, 61 hojas, de las cuales las once últimas las ocupa la adicion de Nuñez.

Carcel de Amor, etc. En Anvers, por Martin Nucio, 1556, 8.°

Véase el libro intitulado *Question de Amor*, al que va unida esta edicion de la *Carcel*.

Carcel de Amor, etc., en español y frances. — Anvers, Richart Steele, 1556, 12.°

Brunet.

Carcel de Amor, etc., en Español y frances.—Anvers, chez Jehan Richart, 1560, 12.°

Quadrio cita otra edicion de Paris del mismo año.

Carcel de Amor, etc., en español y frances. — Paris, Corrozet, 1567, 12.°

Quadrio y Ritson, y *Catálogo* de Salvá, parte II, núm. 3,761.

Carcel de Amor, etc.—Salamanca, 1580, 12.°

Brunet.

Carcel de Amor, etc., en español y francés.—Paris, chez Magnier, 1581, 12.°

Brunet.

Carcel de Amor, etc., en Español y frances.—Lyon, 1583, 12.°

Brunet.

Carcel de Amor, etc., en español y frances. — Paris, Corrozet, 1595, 12.°

Brunet.

Carcel de Amor, del cumplimiento de Nicolas Nuñez, con la Question de Amor, que está antes. Anvers, en casa de Martin Nucio, 1598, 12.°

Esta edicion de la *Cárcel*, que consta de 136 páginas y va junta á la *Question de Amor*, tiene añadido al fin un poema intitulado *Verso elegiaco sobre la muerte de la Fortuna dada por la Virtud*, dedicado á don Diego de Herrera, y fechado de Emberes, á XXV de setiembre MDLVI, y otras poesías al fin. El autor del poema se firma D. D. D.

Carcel de Amor del cumplimiento, etc. — En Louvain, por Roger Velpio, 12.°, sin año.

Carcel de Amor, etc., en español y frances. — Paris, 1616, 12.°

Quadrio.

LUCINDARO Y MEDUSINA.

(Véase PROCESSO DE CARTAS.)

LUZMAN Y ARBOLEA.

Selva de Aventuras, compuesta por Hieronymo de Con-

treras. Va repartida en siete libros, los quales tratan de unos estremados amores, que un cauallero de Sevilla, llamado Luzman, tuvo con una hermosa doncella llamada Arbolea: y las grandes cosas que le sucedieron en diez años que anduvo peregrinando por el mundo y el fin que tuvieron sus amores. Sevilla; vendese [en Sevilla] en casa de Alonso Escribano, año de 1572, 8.°

Otra hemos visto de Salamanca, tambien en 8.°, y posterior solo de algunos años, aunque, por haber perdido los apuntes que de ella tomamos, no la incluimos en este *Catálogo*.

Selva de aventuras, etc., Seuilla, por la Biuda (*sic*) de Alonso Escribano, 1578, 8.°

Biblioteca Grenvilliana, en el Museo Británico.

Selva de Aventuras, etc.—Alcalá, por Juan Iñiguez de Lequerica, 1588, 8.°

Selva de Aventuras, etc.—Alcalá, 1590, 8.°

Selva de aventuras, etc. Brussellas, por Juan Mommaerté, 1592, 8.°

Selva de Aventuras, etc. Çaragoça, Pedro Çabarte, 1615, 4.°

Selva de aventuras, repartida en IX *libros, los quales tratan los amores, que un cavallero de sevilla llamado Luzman, etc.*—Cuenca, por Salvador Viader, 1615, 8.°

MAGALONA.

Historia de la linda..... hija del Rey de Nápoles, y de Pierres hijo del conde de Proença. Sevilla, por Juan Cromberger, 1533.—4.°, letra de Tórtis.

Quadrio cita otra de 1542, 4.°, Sevilla, que no hemos logrado ver, y son muchas las impresas en los siglos XVII y XVIII, sin el año ni lugar de la impresion.

Libro de la linda..... hija del rey de Napoles, etc. Çaragoça, en la imprenta de Jusepe de Altaraque, 1602, 4.°

Brunet.

Historia de la linda, etc. Baeça, 1628, 4.°

Brunet.

La historia del cavaller Pierres de Provença fill del conte de Provença, y de la gentil Magalona filla del rey de Napoles, traduida de llengua castellana en la llengua catalana per Honorat Comalda.—Barcelona, por Sebastian Cormellas, 1600, 4.°

Brunet.

La Historia de la linda..... hija del Rey de Napoles; y del muy esforçado cauallero Pierres de Prouença, hijo del conde de Prouença y de las fortunas y trabajos que passaron. Al fin: «Fué impressa esta hystoria de..... en Toledo, a doze dias del mes de octubre de mill e quinientos e veynte e seys años» (1526).—4.°, letra de Tórtis, de 30 hojas.

Brunet. Escribió esta historia en francés, á fines del siglo XII, Bernardo Treviez, canónigo de Maguelonne, ciudad antigua, en cercanías de Montpeller. Tradújola al castellano, segun Nicolás Antonio, Felipe Camus; pero esta especie debe ser equivocada, segun ya advertimos en otro lugar. Camus fué escritor francés, y tradujo, al contrario, de nuestro idioma castellano á su lengua nativa varias obras populares, como el *Oliveros* y otras.

MELOSINA.

Historia de la linda..... de Juan de Arras. Al fin: «Fenesçe la ystoria de Melosina empremida en Tholosa por los honorables e discretos maestros Juan paris e Estevan Clebat alemanes que con grand diligencia la hizieron pasar de frances en Castellano. E despues de muy emendada la mandaron ymprimir. En el año del señor de mill e quatrocientos e ochenta e nueve años (1489) a XIII dias del mes de julio.»—Fólio, letra de Tórtis.

La primera edicion del original francés es de Ginebra, 1478, fólio.

La hystoria de la Linda Melosina. Al fin: «Fenesçe la historia de Melosina muger de Remondin: la qual fundo a Lezinan: y otras muchas villas y castillos por extraña manera: la qual ovo ocho hijos: los quales dellos fueron reyes y otros grandes señores por sus grandes proezas en armas. Fue impresso en la insigne y muy leal ciudad de Seuilla por Jacobo Cromberger, Aleman, y Juan Cromberger. Año de MDXXVI» (1526).—Fólio, letra de Tórtis, con grabados en madera, 64 hojas, comprendido el título y las 2 de la tabla.

OTHAZ DE ROMA.

Historia ó cuento muy fermoso del Emperador..... et de la infanta Florencia su fija, et del buen caballero Esmero.—Manuscrito en fólio.

Biblioteca del Escorial, H, I, pág. 13.

PARIS Y VIANA.

La historia del noble cauallero Paris e de la muy hermosa donzella Viana. Comiença la historia..... la qual es muy agradable e placentera de leer y especialmente para aquellas personas que son verdaderos enamorados: segun que se sigue en la presente obra. Al fin: «Fué impresso el presente libro de paris e viana en la muy noble e mas leal ciudad de Burgos por Alonso de Melgar. Acabose á VIII dias del mes de Noviembre Año de nuestro Salvador jesu christo de mil e quinientos e XXIII años» (1524). —4.°, letra de Tórtis, 24 hojas.

Esta historia es traduccion de un libro francés, que se dice á su vez traducido del provenzal: *Histoire du tres vaillant chevalier Paris et de la belle Vienne, fille du Dauphin, traduite du provençal en français par Pierre de la Seppade.*— Anvers, Gerard Leeu, 1487, fólio.

Historia de los amors e vida del cavallero Paris e de la infanta Viena (sic).

El ya citado don Mariano Aguiló, bibliotecario segundo de Barcelona, posee un ejemplar de esta novela caballeresca, falto de la última hoja, por cuya razon no se puede saber en qué año fué impresa. Debajo del título *Paris e Viana* en letras mayúsculas, hay un pelicano con las alas tendidas, desangrándose el pecho para sustentar seis polluelos que tiene á su alrededor. En la orla hay la leyenda *Jhesus Maria: Similis factus sum Pellicano solitudinis.* A la vuelta de la hoja se ve toscamente grabado un moro á caballo con un montante en la mano, en ademan de pelear. Y en la hoja segunda: «Comença la historia de los amors e vida del cavaller Paris: e de Viena.»

PARTINOPLES.

Libro del esforçado cavallero conde..... que fue emperador de Constantinopla. Al fin: «Fué imprimida la presente istoria en la muy noble villa de Alcala de Henares por maestre Arnao Guillen de Brocar, e acabose á XXI dias del mes de noviembre del año de mil et quinientos y trece años» (1513).—4.°, letra de Tórtis.

Catálogo De Bure, núm. 944. Esta historia parece tomada del libro francés intitulado *Partenopex de Blois;* aunque hay motivos para sospechar que se escribió antes en lengua catalana, y que de ella quizá se trasladó á nuestro idioma.

La chronica del muy esforçado cauallero el conde..... que fué emperador de constantinopla y de sus grandes hechos en armas, etc. En el nombre de Dios comiença la hystoria del conde Partinuples, conde del castillo de Bles: que despues fue emperador de Constantinopla.—4.°, letra de Tórtis, sin año ni lugar, falto de hojas.

Museo Británico.

Libro del esforçado cavallero, etc.—Alcalá de Henares, 1515.

Así en Moratin, en las notas á sus *Orígenes del teatro español;* pero no siempre las noticias bibliográficas de este escritor son tan exactas como seria de desear.

Libro del muy noble..... E de las grandes aventuras que passo por alcançar el Imperio de Constantinopla. Al fin: «Acabose el presente libro..... en la ciudad de Toledo por Miguel d' Eguia, impressor, á quinze dias del mes de junio. Año de mil e quinientos e XXVI» (1526).—4.°, letra de Tórtis, de 48 hojas.

Libro del esforçado..... que fué emperador, etc. Al fin: «Fué impresso en..... Burgos en casa de Juan de Junta: acabóse á XVI dias del mes de Março. Año de mil y quinientos y XLVII años» (1547). —4.°, letra de Tórtis, de 43 hojas.

La hystoria del buen cauallero Partinuples (sic) *conde del castillo de Bles; que despues fué emperador de Constantinopla.* Al fin: «Fué impresso, etc., en Sevilla, en casa de Domenico de Robertis año de mil e quinientos y quarenta y ocho años» (1548).—4.°, letra de Tórtis.

Nicolás Antonio cita una edicion de este libro, hecha en Tarragona en 1488, 8.°, que La Serna Santander en su *Diction. bibliographique*, III, pág. 510, califica de apócrifa y dice no haber existido. En efecto, el tamaño de 8.° que se señala á dicha edicion nos induce á creer que fué error de pluma, y que en lugar de 1488, debió quizá leerse 1588.

Libro del esforçado, etc.—Valladolid, 1623, 4.°

Brunet.

Libro del esforçado, etc.—Sevilla, 1643, 4.°

Brunet.

Historia del muy noble y esforçado cauallero..... el conde..... emperador de Constantinopla.—Madrid, 1756, fólio.

Catálogo de Payne y Foss para el año de 1830, núm. 1,215.

Assi comença la general historia del esforsat cavallér Partinoples, compte de Bles: y apres fonch Emperador de constantinopla. Novament traduhida de Llengua castellana en la nostra catalana.—Barcelona, en casa de Rafel Figueró, 8.°, de 184 páginas.

Salvá, en su *Repertorio Americano*, IV, 56, dijo haber visto otra en fólio y en castellano, sin nota de lugar ni año, aunque él la creia hecha en Barcelona ó Valladolid hácia el año de 1700. Es historia popular, que sigue aun imprimiéndose.

PEDRO DE PORTUGAL.

Libro del infante Don..... que anduvo las quatro partidas del Mundo. Çaragoça, por Juan Millan, 1570.—4.°, letra de Tórtis.

Debe haber ediciones anteriores; pero no hemos logrado verlas.

Libro del Infante..... que anduvo las quatro partidas del Mundo.—Barcelona, 1595, 4.°

Libro, etc.—Lisboa, 1767, 4.° (en portugués).

PEREGRINO Y GINEBRA.

Historia nuevamente hecha de los honestos amores del cauallero..... y de doña Ginebra.—Sevilla, fólio, sin año.

Edicion citada por Lenglet du Fresnoy, quien la supone del año 1520.

Libro de los honestos amores de..... y Ginebra. Prologo para el ill. señor don Lorenço xuarez de Figueroa, conde de Feria, etc. por Hernando diaz, residente en la muy noble universidad de Salamanca, sobre los honestos amores de Peregrino e Ginebra, fingidos por la mayor parte moralmente é dirigidos á su muy illustre Señora. Al fin: «Feneçe la hystoria de los amores de..... ambos de noble sangre. La qual es obra de tan sutil invencion como discreta, y de alto estilo. Es muy apazible a todo genero de lectores. Porque es como un jardin en que ay mucha diversidad de fructales. Donde cada uno coge del fruto que mas agrada á su gusto. Fue impressa en la insigne y leal ciudad de Seuilla por Jacobo Cromberger aleman. Año de mil y quinientos y XXVII (1527), á XXVII de Enero.»—Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas.

De esta edicion, á la cual siguen unas coplas de Alvaro de Sequera *al auctor y al lector*, y unos versos latinos de Fernando Diaz á su libro (*Ferdinandi Detii dodecastichon in suum Peregrinum*), se conserva un ejemplar en la biblioteca Imperial de Viena.

Historia nuevamente hecha de los honestos amores que un cavallero llamado Peregrino tuvo con una dama llamada Ginebra. En la qual por dialogos largamente se cuenta adonde se verán marauillosas ficciones, y discretos razonamientos, y grande copia de morales sentencias, y avisos, y otras cosas apacibles á todo genero de lectores con sotiles disputas, et vivos argumentos.—Sevilla, 4.°, letra de Tórtis, sin año.

Biblioteca Anonymiana.

Historia nuevamente hecha de los honestos amores del cauallero Peregrino y de Dona Hinebra.—Sevilla, sin año, fólio.

Catálogo manuscrito de Ritson.

Libro de los honestos amores de Peregrino y Ginebra por Hernando Diaz.—Salamanca, 1548.

Moratin.

Historia, etc.—Sevilla, 1548, 4.°, letra de Tórtis.

Brunet.

PIERRES Y MAGALONA.

(Véase MAGALONA.)

PONTO Y SIDONIA.

Historia de Ponto y Sidonia.

Hállase citado este libro en un catálogo que hemos visto de la librería del Conde Duque. Tambien hace mencion de él el docto Juan Luis Vives en el libro 1.° de la *Instruccion de las vírgenes*, cap. v. Los franceses tienen un libro intitulado *Le Roman de Pontus, roi de Gallice*, que quizá sirvió de original á esta historia.

PROCESSO DE CARTAS.

Processo de cartas de amores que entre dos amantes passaron, etc., con la Quexa y aviso de un cauallero llamado Lucindaro, contra Amor y una Dama, y sus casos, con deleytoso estilo de proceder hasta el fin de amor: sacado del estilo Griego en nuestro castellano por Juan de Segura.—1548, 4.°

Biblioteca Imperial de Viena. El señor Ticknor opina que el *Processo* es tambien obra del célebre Diego de Sant Pedro; pero si lo es, no pudo componer la *Quexa*, que aquí se dice escrita por Segura.

Processo de cartas, etc.—Venecia, por Gabriel Giolito, 1553, 8.°

QUESTION DE AMOR.

Question de Amor. De dos enamorados, al uno era muerta su amiga. El otro sirve sin esperança de galardon. Disputan qual de los dos sufre mayor pena. Entrexerente (sic) *en esta controuersia muchas çartas y enamorados razonamientos. Introducense mas una caça, un juego de cañas, una egloga. Ciertas justas y muchos caualleros y damas con diuersos y ricos atauios: con letras e ynvenciones. Concluye con la salida del señor Visorey de Napoles: donde los dos enamorados al presente se hallauan, para socorrer al sancto Padre. Donde se cuenta el numero de aquel luzido exercito y la contraria fortuna de Rauena. La mayor parte de la obra es hystoria verdadera. Compuso esta obra un gentil hombre que se hallo presente a todo ello.*—Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas, sin año ni lugar de impresion.

La noticia de esta rarísima edicion, la debemos á nuestro distinguido amigo don Fernando José Wolf, de Viena, en cuya biblioteca Imperial se halla este ejemplar encuadernado con la edicion del *Cancionero General*, hecha en Toledo, por Ramon de Petras, en 1527, y por lo tanto, de presumir es se imprimiese tambien allí, y por el mismo impresor, esta *Question de Amor*, atendido que el papel y la letra parecen los mismos.

Question de amor de dos enamorados; al uno era muerta su amiga: el otro sirve sin esperança de galardon. Disputan qual de los dos sufre mayor pena. Al fin: «Fenece el libro llamado..... emprimiose en la insigne ciudad de Valencia por Diego de Gumiel impresor, año de mill e quinientos y treze» (1513).—Fólio, letra de Tórtis.

Question de Amor. Agora nuevamente impressa: con algunas cosas añadidas. Al fin: «Fenece el libro llamado question de Amor. Emprimiose en la muy noble ciudad de çamora en casa de Pedro de Tovans á XXVII dias del mes de julio. Año de mil y quinientos e treynta nueve» (1539).—Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas, de 36 hojas; el título de letra de bermellon; debajo dos figuras.

Question de Amor. Agora nuevamente impressa (sic) *con algunas chosas* (sic) *añadidas. Año* MDXLV. Al fin del fólio LXXIV recto: «Fenese (*sic*) el libro llamado Question de Amor. Impresso en la muy noble villa de Medina del Campo por Pedro de Castro, impressor de libros. A costa de Joan de espinosa mercader de libros. Acabose á siete dias de mayo. Año de mil y quinientos y quarenta y cinco» (1545).—4.°, letra de Tórtis, portada grabada.

Question de Amor de dos enamorados, etc. Se ha añadido á esta obra treze questiones del philocolo de Juan Boccaccio.—Venetia, por Gabriel Giolito de Ferrariis, 1553, 8.°

El editor Alonso de Ulloa declara en el prólogo que las trece questiones de Bocaccio las tradujo Diego Lopez de Ayala, y los versos Diego de Salazar.

Question de Amor de dos enamorados, al uno, etc.—Ambéres, por Martin Nucio, 1556, 8.°, junta con la *Carcel.*

Question de Amor de dos enamorados, etc.—Anvers, 1587, 12.°

Question de Amor y Carcel de Amor.—En Anvers, en casa de Martin Nucio, á la enseña de las dos cigüeñas, MDXCVIII (1598), 12.°

Esta edicion tiene al fin unos versos de don D. D. A. M., á manera de pregunta, á que contesta I. M. C.

Question de Amor. Del cumplimiento de Nicolas Nuñez. En Lovayn, en casa de Roger Velpio, a la Enseña del Castello de Angele.—Sin año, 12.°

No es necesario advertir que lo que Nuñez adicionó fué la *Cárcel de Amor*, y no la *Question*, y que, por lo tanto, el título de este libro está equivocado.

ROBERTO EL DIABLO.

Aquí comiença la espantosa y admirable vida de..... assi al principio llamado: hijo del duque de Normandia. El qual despues por su sancta vida fue llamado hombre de Dios. Al fin: «Fué impresso el presente tractado en..... Alcalá de henares en casa de Miguel de Eguia. Acabose á VIII dias del mes d' Enero de mill e quinientos y treynta». (1530).—4.°, letra de Tórtis, de 20 hojas.

Biblioteca Mazarina, segun Brunet.

La Hystoria de la espantosa y maravillosa vida de..... Sevilla, en la calle de la Sierpe, en casa de Fernando de Maldonado, MDLXXXII (1582). — 4.°, letra de Tórtis, de 16 hojas.

Museo Británico.

La historia, etc.—Sevilla, por Fernando de Lara, 1604, 4.°

La historia, etc. — Salamanca, por Antonio Ramirez, 1627, 4.°

Brunet.

La vida de..... del (sic) *Diablo, despues de su conversion llamado Hombre de Dios.*—Jaen, 1628, 4.°

Nicolás Antonio.

Historia do grande Roberto Duque de Normandia e Emperador de Roma, em que se trata da sua conceiçaõ, naçimento, e da sua depravada vida por onde mereceo ser chamado Roberto do Diabo; e de seu grande arrepentimento, e prodigiosa penitençia, por onde mereceo ser chamado Roberto de Deus, e prodigios que por mandado de Deos, obrou em batalhas. Traducido de castelhano em portuguez por Ieronimo Moreyra de Carvalho. Lisboa, por Bernardo da Costa de Carvalho, 1733, 4.°

ROSELAURO Y FRANCELISA.

Historia de..... á modo de fabula por Don Antonio de Aguiar y Acuña, caballero de Santiago.—1630, manuscrito en fólio, cinco tomos.

Biblioteca Nacional, S, 15-18 y Bb. 19.

SEBILLA.

Historia de la Reyna..... Al fin: «Fué imprimido el presente libro de la reyna..... nuevamente corregido y emendado en la muy noble y muy leal ciudad de Seuilla por Juan Cromberger, á XXIX del mes de Enero, año de mil y quinientos y treinta y dos» (1532).—4.°, letra de Tórtis.

Biblioteca Imperial de Viena. En la del Escorial se conserva un códice de fines del siglo XIV con el siguiente título: *Cuento del Emperador Carlos Maynes de Roma et de la buena Emperatriz Sevilla*, que pudiera ser la historia arriba citada. En el catálogo de la misma biblioteca se halla el siguiente: *Cuento muy fermoso de una santa Emperatriz que ovo en Roma, et de su castidad*, que no hemos llegado á ver, pero pudiera muy bien ser una historia popular del género ascético.

La hystoria de la reyna..... Agora nuevamente impressa. M. D. L. I. Burgos, en casa de Juan de Junta, año de MDLI (1551).—8.°, letra de Tórtis.

SELVA DE AVENTVRAS.

(Véase LUZMAN Y ARBOLEA.)

SIETE SABIOS DE ROMA.

Libro de los siete sabios de Roma. Al fin: «Aquí se acaba el libro de los siete sabios de Roma el qual tiene marauillosos exemplos y auisos para todo hombre que en el quisiese mirar: Es impresso en la muy noble y mas leal cibdad de Burgos por Juan de Junta impressor de libros. Acabo se a onze del mes de Marzo. Año de mil e quinientos e treynta años» (1530).—4.°, letra de Tórtis, de 44 hojas sin foliar. Portada grabada en madera, que representa á un rey sentado en su trono y rodeado de sus cortesanos; el autor, de rodillas, le presenta su libro.

Es traduccion de una obra muy popular y conocida en la edad media con el título de *Historia septem sapientium Romæ*, y varias veces impresa durante el siglo XV. Tambien es conocida con el título de *Dolopatus*, y se dice compuesta por un sábio de la India, llamado Sendeber; habiéndose traducido luego al hebreo, al arábigo, al siriaco, y encontrándose casi además en todas las lenguas europeas.

Libro de los, etc. — 4.°, letra de Tórtis, sin año ni lugar.

Libro de los, etc. —Sevilla, 1538, 4.°, letra de Tórtis.

Biblioteca Imperial de Viena.

Libro de los Siete, etc. En Barcelona. Vendese (*sic*) en casa de Francisco Trinver, y de Pedro Malo, 1583. — 4.°, letra de Tórtis.

Biblioteca Grenvilliana, en el Museo Británico de Lóndres.

Los siete, etc., con el libro del infante Don Pedro de Portugal que anduvo las quatro partidas del Mundo.—Barcelona, 1595, 4.°

Brunet.

Historia, etc.—Barcelona, 1621, 8.°

Historya de los siete, etc., compuesta por Marcos Perez. —Barcelona, por Pablo Campins, impressor á la calle de Amargós, 8.°, sin año, circa 1725.

Ninguna de las ediciones del siglo XVI tiene nombre de autor, y así es de creer que este Márcos Perez no hizo mas que refundir el libro en tiempos modernos.

Historia de los siete, etc. Barcelona, por Rafael Figueró, impressor, 8.°, sin año.

TEODOR.

Historia de la Donzella. Al fin: «Fué impresso el presente tratado en la insigne ciudad de Çaragoça por Juana Milian, biuda de Pedro Hardouyn. A quinze dias del mes de Mayo año de MDXXX» (1530).—4.°, letra de Tórtis, 16 hojas, figuras en madera.

Historia de la doncella.....—Segovia, sin año, 4.°

Biblioteca Imperial de Viena.

Historia de la donzella, etc.—Sevilla, sin año, letra de Tórtis, 4.°

Biblioteca Imperial de Viena.

Historia de la sabia donzella, etc. Alcalá de Henares, en casa de Juan Gracian, 1607. — 4.°, de 16 hojas, con grabados en madera.

Brunet.

Historia de la Doncella Teodor en que trata de su grande hermosura y sabiduría. Madrid, en la Imprenta de Juan Sanz, 1726.—4.°, con grabados en madera.

Historia da Donzella Theodora por Carlos Ferreyra. Lisboa, por Pedro Ferreira, 1735, 4.°

Acto de hum certamen Politico que defendeo a discreta donzella..... no reyno de Tunes.—Lisboa, 1658, 4.°

Con este título la hallamos citada en el *Catálogo* de Thorp, Lóndres, 1838, parte III, pág. 223, en una coleccion de folletos portugueses. Es, á no dudarlo, traduccion ó extracto de la historia castellana.

TUNGARO.

La historia del rey..... y lo que le avino con un hombre bueno.—4.°, letra de Tórtis.

Vimos años atrás en Lóndres un ejemplar de este libro; pero habiendo desgraciadamente perdido los apuntes que entonces hicimos, no nos es posible decir dónde ni en qué año se imprimió, aunque podemos asegurar que fué antes del 1550. Hasta el título citamos de memoria, y por lo tanto, pudiera muy bien estar equivocado.

TURIAN (EL INFANTE).

(Véase CANANOR.)

VALTER Y GRISELDA.

Istoria de..... composta per Bernat metge.

Manuscrito catalan, citado por don Adolfo de Castro en sus *Notas al Buscapié*, pág. 80.

VESPASIANO.

Estoria do muy nobre..... emperador de Roma. Lixboa, por Valentino de Moravia, á 20 de Avril de 1496.—4.°, letra de Tórtis, figuras en madera.

Narracion popular de los hechos de este emperador y de su hijo Tito en la toma de Jerusalen, juntamente con la muerte de Archelaus y Pilatos. Consta de veinte y nueve capítulos, y el único ejemplar conocido es el que se guarda en la biblioteca pública de Lisboa. Pudiera colocarse entre los libros del ciclo breton, puesto que parece tener alguna conexion con las ficciones de la Tabla Redonda, y sobre todo con el Santo Greal.

Historia del rey Vespesiano (sic).

Aqui comiença la ystoria del noble vespasiano (sic). Al

fin: «Esta istoria hordenaron yacob e josep abarimatia que á todas estas cosas fueron presentes, e jafel que de su mano la escribio; donde roguemos a Dios e a la vírgen santa Maria e á todos los santos e santas de Dios que nos guarden de todo pecado, porque merezcamos yr á la gloria celestial. Amen. *finito libro sit laus gloria* $\overline{xpo}$ Amen. Este libro fue emprimido en la muy noble e muy leal cibdad de Seuilla por pedro Brun savoyano, anno del señor de mill cccc. xc. viii (1498), á xxv dias de Agosto.»—4.°, letra de Tórtis, con grabados en madera. Tiene el tomo treinta y cuatro hojas.

Biblioteca Grenvilliana.

CLASE IV.

LIBROS DE CABALLERIAS A LO DIVINO.

CAUALLERIA CELESTIAL. (Primera parte.)

Libro de..... del Pie de la Rosa Fragante, dedicado al ilustrisimo y reverendisimo señor don Pedro Luys Galceran de Borja, Maestre de Montesa, etc., compuesto por Hyeronimo de Sanpedro. Anvers, en casa de Martin Nucio, MDLIII (1554).—8.°, de 367 hojas.

CAUALLERIA CELESTIAL. (Segunda parte.)

Segunda parte de la..... de las hojas de la rosa fragante. Valencia por Joan Mey Flandro, 1554, fólio.

Nicolás Antonio, en los *Anónimos*, cita este libro como en 8.°, siendo en fólio, letra de Tórtis, á dos columnas, y por cierto una de las mejores ediciones salidas de las prensas de Mey, en el siglo xvi. No hemos logrado ver la primera, que tambien debió imprimirse en Valencia y en el mismo tamaño, pues no es de suponer que á la primera de Ambéres en 8.° se agregase una segunda en fólio.

CAUALLERIA CHRISTIANA.

Caualleria christiana..... compuestó (sic) *por el muy Reverendo padre fray Jayme de Alcala.*—Alcalá de Henares, por Juan de Villanueva, 8.°, 1570, letra de Tórtis.

Caualleria christiana, etc.—Alcalá de Henares, 1590, 8.°

Nicolás Antonio.

CAUALLERO DE LA ESTRELLA.

Hechos del.....—Manuscrito, 4.°, letra de fines del siglo xvi. Poema místico alegórico, en diez y seis cantos de octava rima, en que el hombre pecador es representado bajo aquel disfraz.

Biblioteca del excelentísimo señor don Serafin Estébanez Calderon.

CAUALLERO DE LA CLARA ESTRELLA.

Batalla y triunfo del hombre contra los vicios. En el qual se declaran los maravillosos hechos del cauallero..... Por Andres de la Losa.—Sevilla, 1580, 8.°

Nicolás Antonio.

CAUALLERO ASSISIO.

Primera, segunda y tercera parte, del..... en el nacimiento, vida y muerte del Seraphico padre sanct Francisco. En octava rima. Compuesto por fray Gabriel de Mata su frayle menor, en la Prouincia de Cantabria. En Bilbao, por Mathias Mares, 1587, 4.°—En 29 cantos de octava rima.

Segundo volumen del..... que contiene la vida de San Antonio de Padua, etc.—Bilbao, 1587, 4.°

Aunque, siguiendo á algunos bibliógrafos, colocamos en esta seccion el *Caballero Assisio*, no es, propiamente hablando, un libro de caballerías á lo divino, ni tampoco, aunque en verso, una epopeya caballeresca. Es simplemente la vida de san Francisco y otros cinco santos de su órden, aunque bajo el extraño título arriba indicado; y pertenece mas bien al género épico-cristiano, de que tantas y tan bellas muestras dieron nuestros poetas de los siglos xvi y xvii.

CAUALLERO DE LA LUZ.

Historia do espantoso cavalleiro da Luz, por Francisco de Moraes Sardinha.—Manuscrito.

Barbosa.

CAUALLERO DEL SOL.

Peregrinacion de la vida del hombre puesto en batalla debajo de los trabajos que sufrió el..... en defensa de la Razon: que trata por gentil artificio y extrañas figuras de vicios y virtudes envolviendo con la arte militar la philosophia moral, y declara los trabajos que el hombre sufre en la vida y la continua batalla que tiene con los vicios, y finalmente enseña los dos caminos de la vida y de la perdicion, y cómo se ha de vivir para bien acabar y morir. Dirigido al illustrisimo señor Don Pedro Hernandez de Velasco, condestable de Castilla, etc., compuesto por Pedro Hernandez de Villalumbrales. Al fin: «Impresso en Medina del Campo, en casa de Guillermo de Millis, á quince dias del mes de Febrero de mil y quinientos y cinquenta y dos años» (1552).—Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas, portada grabada, que representa un caballero precedido de un paje con lanza.

Otro ejemplar hemos visto de esta misma edicion, aunque con distinta portada, y el título, algun tanto abreviado, dice así: *Libro intitulado Peregrinacion de la Vida del Hombre, puesta en batalla debaxo de los trabajos que sufrió el cauallero del Sol en defensa de la Razon natural. Dirigido al illustrissimo señor don Pedro, etc., Duque de Frias, conde de Haro, señor de la casa de Lara.* Sigue el sello del impresor, y debajo 1552. Ambos ejemplares se conservan en la biblioteca Grenvilliana del Museo Británico.

Este autor escribió otro libro intitulado: *Commentarios en que se contiene lo que el hombre debe saber, creer y hacer para aplazer á Dios.* Valladolid, en casa de Sebastian Martinez. MDLXIV (1564), 4.°, letra de Tórtis.

CAUALLERO PEREGRINO.

Historia y milicia christiana del cauallero Peregrino Conquistador del Cielo. Metaphora y symbolo de qualquier Sancto, que peleando con los vicios, ganó la victoria. Compuesto por el padre fray Alonso de Soria.—Cuenca, por Cornelio Bodan, 1610, 4.°

PEREGRINO DE HUNGRÍA.

Historia do..... ou ficçao tragica de hum Hungaro, que perseguido da fortuna, e desterrado da sua patria discorreo por grande parte do mundo, procurando refugiarse da sua desgraça, que nunca lhe foy possivel evitar.—Manuscrito, 4.°

Barbosa.

CLASE V.

LIBROS CABALLERESCOS FUNDADOS EN ASUNTOS HISTORICOS, PRINCIPALMENTE ESPAÑOLES.

BERNARDO DEL CARPIO.

Historia verdadeira da vida, e valorosas acçoes do esforçado magnanimo, e invencibel..... sobrinho de el Rey Don Alfonso ó Casto.—Lisboa, por Pedro Ferreira, 1745, 4.°

CID.

Cronica del..... Ruy Diaz. Al fin: «Aqui fenece el breve tratado de los hechos, et batallas que el buen cauallero Cid ruy diaz vencio: con favor et ayuda de nuestro señor. El qual se acabo en el mes de mayo de nouenta y ocho años (1498) y fue enpremido por tres compañeros alemanes en la muy noble et muy leal cibdad de Seuilla. A dios gracias.»—4.°, letra de Tórtis.

Biblioteca Imperial de Viena.

Cronica del muy esforçado cauallero el..... campeador. Al fin: «Aqui haze fin el breve tratado de los grandes fechos é batallas que el buen cavallero Cid ruy Diaz venció con favor y ayuda de nuestro señor. El qual se acabó mediado el mes de Noviembre de mil e quinientos e quarenta e uno años (1541): fue impresso por Jacobo Cromberger.»—4.°, letra de Tórtis, con estampas grabadas en madera, y en la portada un caballero armado de todas armas; 51 hojas no foliadas.

El ejemplar único que de esta edicion hemos visto se conserva en la Biblioteca del Museo Británico, y tiene una singularidad muy notable, cual es que á la vuelta del fróntis, y debajo de un párrafo que viene á ser como el sumario ó argumento del libro, se hallan impresos al revés algunos renglones de un libro de caballerías, que parece ser el de *Don Reynaldos de Montalban.*

La historia del valeroso y bien afortunado cauallero..... de Bivar. Búrgos, en casa de Philipe de Junta, año de mil quinientos y sesenta y ocho (1568), 4.°

Crónica del muy esforçado, etc. Bruçelas, impresso en casa de Juan Montmaerté, á la enseña de l'Impremeria, 1588, 12.° (Al fin, 1589.)

El Cid Ruy Diaz. La historia del valeroso y bien afortunado cauallero..... de Biuar. — Alcalá de Henares, 1604, 4.°

La historia del valeroso, etc.—Madrid, 1616, 4.°

Brunet.

La historia, etc. Cuenca, en casa de Salvador de Viader, 1616, 4.°

La historia, etc., con seys romanzes. — Salamanca, 1627, 4.°

La historia, etc.—Valladolid, por la viuda de Francisco de Córdoba, 1627, 4.°

Historia, etc. En Sevilla, por Francisco de Leefdael, en la calle del Correo Viejo.—Fólio, á dos columnas.

Todas las ediciones aquí citadas lo son de la *Crónica popular*, y no de la *formal* y auténtica que hizo imprimir el abad de Bellorado en 1512, en Búrgos, y se reimprimió despues en Medina del Campo, 1552, y Búrgos, 1593.

CONDES DE BARCELONA.

Centuria de los famosos hechos del gran Conde Bernardo Barcino, y de Don Zinofre su hijo y otros cavalleros. —Barcelona, 1600, fólio.

CRONICA TROYANA.

Cronica troyana: en que se contiene la total y lamentable destruycion de la nombrada Troya. Al fin: «Fenesce la coronica Troyana nuevamente corregida y emendada. Fue impresa en la muy noble y opulentísima ciudad de Seuilla en las casas de Jacome Cromberger. Año de la encarnacion del señor de mill e quinientos y dos años (1502). A veynte y ocho dias del mes de octubre del dicho año.»—Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas, 104 hojas.

Brunet. Escribió esta historia caballeresca Guido de columna, y la tradujo al castellano Pedro Nuñez Delgado.

Crónica Troyana, en romance.—Toledo, 1512, fólio, letra de Tórtis, á dos columnas, 104 hojas foliadas y 3 mas sin foliar.

Crónica Troyana, en romance (por Pedro Nuñez Delgado).—Sevilla, por Jacobo Cromberger, 1519, fólio, letra de Tórtis, á dos columnas.

La coronica, etc. — Sevilla, por Jacobo Cromberger, 1540, fólio, letra de Tórtis, á dos columnas.

La coronica, etc —Sevilla, por Jacobo Cromberger, 1552, fólio, letra de Tórtis, á dos columnas.

La cronica en que se contiene la total y lamentable destruycion de la nombrada Troya.—Vista y con licencia impressa en Toledo en casa de Miguel Ferrer, impressor de libros. Año de M. D. LXII. Al fin: «Fenesce la coronica Troyana nuevamente corregida y enmendada. Fue impresa en la ymperial cibdad de toledo, con licencia, en casa de Miguel Ferrer. Año de mil y quinientos y sessenta y dos años (1562). Acabose á quince dias del mes de Diciembre del dicho año.»—Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas, 104 hojas foliadas.

La cronica Troyana: en que se contiene la total y lamentable destruycion de la nombrada Troya. Vista y con licencia impressa en Toledo en casa de Miguel Ferrer impressor de libros. Año de MDLXII (1562).—Fólio, letra de Tórtis.

La cronica Troyana traducida en castellano. — Medina del Campo, por Francisco del Canto, 1587, fólio, letra de Tórtis, á dos columnas.

DONCELLA DE FRANCIA.

Hystoria de la..... Sevilla por Juan Cromberger, á 24 de noviembre de 1531.—4.°, letra de Tórtis.

Biblioteca Imperial de Viena.

La historia de la..... etc. Burgos, por Phelipe Junta, año de 1557.—4.°, letra de Tórtis.

Historia de la..... y de sus grandes hechos: sacados de la chronica Real por un cavallero discreto embiado por embaxador de Castilla a Francia por los reyes Fernando e Isabel a quien la presente se dirige.—Burgos, 1562, 4.°, letra de Tórtis.

Museo Británico.

FERNAN GONZALEZ.

La cronica del noble cavallero el conde Fernan Gonzalez: Con la muerte de los siete infantes (sic) *de Lara.* Burgos, por maestre Fadrique, aleman, de Basilea, 1516. —4.°, letra de Tórtis, 16 hojas.

Biblioteca Grenvilliana, en el Museo Británico.

La hystoria breve d'l muy excelente cauallero el conde fernan gonçales. Sacada del libro viejo que esta en el monesterio de Sant Pedro de Arlança. Que es la hystoria verdadera. Y la del conde Garci fernandez su hijo. Con la muerte de los siete infantes de Lara, 1537. Al fin: «Fenesce la hystoria del muy excelente cauallero el conde fernan gonçales. Y la muer (*sic*) de los sie (*sic*) infantes de Lara. La qual se imprimio en la muy noble e mas leal ciudad de Burgos: en casa de Juan de Junta. A dos dias del mes de Mayo. Año de mil e quinientos e treynta e siete Años» (1537).—4.°, letra de Tórtis, 60 hojas sin foliar.

Cronica del noble cauallero el conde..... con la muerte de los siete infantes de Lara. Sevilla, por Dominico de Robertis, 1542, 4.°, letra de Tórtis, sin foliar.

La Coronica de el muy valeroso y esforçado cauallero el conde..... y de como murieron por traycion los siete Infantes de Lara.—Sevilla, 1545, 4.°, letra de Tórtis.

Brunet.

La hystoria breue del muy excellente cauallero el conde..... sacada del libro viejo, etc., con la muerte de los siete infantes de Lara, 1546. Al fin: «Fenesce la hystoria, etc., la qual se imprimió en la muy noble e mas leal ciudad de Burgos, en casa de Juan de Junta, a veynte y quatro dias del mes de Noviembre Año de mil e quinientos e quarenta y seys Años» (1546).—4.°, letra de Tórtis.

Historia del noble cauallero, etc. Salamanca, por Juan de Junta, año de M. D. XLVIII años (1548). — 4.°, letra de Tórtis.

Historia del noble cauallero, etc. Bruxellas, en casa de Juan Montmaerté, 1588, 12.°

Va comunmente unida á la *Crónica popular del Cid*, publicada por el mismo impresor.

Historia, etc. Alcalá de Henares, en casa de Juan Gracian, 1605, 4.°

Hállase tambien unida á la *Crónica del Cid*, del mismo impresor.

Historia verdadera y estraña del conde..... y su esposa la condesa Doña Sancha: su autor Don Manuel Josef Martin, residente en esta corte. Madrid, en la Imprenta de Don Manuel Martin, MDCCLXXVII (1777), 4.°

NUEVE DE LA FAMA.

Cronica llamada: el triunpho de los nueve preciados de la fama, en la qual se contienen las vidas de cada uno, y los excelentes hechos en armas y grandes proezas que cada uno hizo en su vida, con la vida del muy famoso caballero Beltran de Guesclin, condestable que fué de Francia y dúque de Molinas (sic), *nuevamente trasladada de lenguaje frances en nuestro vulgar castellano, por el honorable varon Antonio Rodriguez Portugal, principal rey de armas del rey nuestro señor.* Imprimido en Lixboa por Germaõ Galharde á costa de Luys Rodriguez librero del Rey. Acabose á XXVI de Junio del año de la salvacion de mil quinientos y treinta años (1530).—Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas, con grabados en madera, que representan á los nueve varones de que trata el libro; 253 hojas y 9 mas de preliminares.

Brunet. Barbosa Machado, que no vió esta edicion, la cita con título portugués y como si estuviese escrita en dicha lengua, añadiendo que la tradujo despues al castellano el doctor Lopez de Hoyos, lo cual no es exacto, como se verá mas adelante.

Chronica llamada el triunfo de los nueve mas preciados, etc.—Valencia, por Juan Navarro, 1532, fólio, letra de Tórtis, á dos columnas.

Biblioteca Imperial de Viena.

Chronica llamada el Triumpho de los nueve mas preciados varones de la Fama. En la qual se contiene las grandes proezas y hazañas en armas por ellos hechas. La qual es un dechado de caualleria. Traduzida en nuestro vulgar Castellano por Antonio Rodriguez Portugal, corregida y emendada con mucha diligencia en esta última impression. Alcalá de Henares, en casa de Juan Iñiguez de Lequerica, 1585, fólio.

De esta edicion cuidó el maestro de Cervántes, Lopez de Hoyos, quien la dedicó á don Juan Pacheco Giron, conde de la Puebla de Montalban. «Ajusté (dice) los vocablos de ella al uso presente, y á la pulicia cortesana, porque como el autor es portugués, quiero decir, que la traduxo de lengua francesa, en que ella está compuesta, tiene la lengua barbarica y sin stylo, y en algunas impropiedades muy licenciosa.»

Chronica llamada el triunfo de los nueve mas preciados varones de la fama. En la qual sè contienen las grandes proeças y hazañas en armas por ellos hechas: la qual es un dechado de caballeria. Corregida y emendada, etc. Barcelona, en casa de Pedro Malo, á costa de Balthasar Simon, 1586.—Fólio, á dos columnas.

RODRIGO.

La Coronica del rey don..... con la destruycion d'España. En Sevilla, por Jacome Cromberger, 1511.—Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas.

Esta edicion no es la primera, pues recordamos haber visto una impresa en el siglo XV, si bien no podemos señalar ni el lugar ni el año.

La coronica del Rey don..... con la destruicion de España. Al fin: «Fué impressa en Sevilla á ocho dias del mes de Julio de mil e quinientos e veinte y seis años» (1526).—Fólio, letra de Tórtis, á dos columnas, 187 hojas foliadas y 8 mas de tabla.

La Cronica del Rey don Rogrigo (sic) *con la destruycion de España.* Al fin: «Fué impressa la presente obra en la muy noble e muy leal cibdad de Seuilla. Acabose en x dias de Julio. Año del nascimiento de nuestro saluador Jesu $\overline{xpo}$. Mill e quinientos e XXVII» (1527).—Fólio, letra de Tórtis. La estampa representa á un rey sentado en su trono, con dos obispos á los lados.

La cronica del Rey Don..... con la destruycion de España y como los Moros la ganaron: nuevamente corregida. Contiene de mas de la historia vivas razones y avisos muy prouechosos. Al fin: «Fué impressa la presente Coronica del rey don Rodrigo en la imperial cibdad de Toledo por Juan Ferrer impresor de libros. Acabosse a veinte dias del mes de Julio. Año del nacimiento de nuestro Redemptor Jesu christo de mil y quinientos y quarenta y nueve años» (1549).—Fólio, letra de Tórtis, fól. CCIII, y 8 mas de tabla al fin.

Cronica del rey..... etc.—Sevilla, por Juan Gracian, 1587, fólio, á dos columnas.

CLASE VI.

TRADUCCIONES É IMITACIONES DEL ORLANDO Y OTROS POEMAS CABALLERESCOS EN CASTELLANO.

ANGÉLICA.

Primera parte de la..... de Luys Barahona de Soto. Al Excelentísimo señor Duque de Ossuna, virrey de Napoles. Con advertimientos á los fines de los cantos, y breves sumarios á los principios por el Presentado Fray Pedro Verdugo de Sarria. Granada, en casa de Hugo de Mena, á costa de Joan Diaz, 1586, 4.º

ÁNGÉLICA (LA HERMOSURA DE).

La hermosura de..... con otras varias rimas de Lope de Vega Carpio. Madrid, en la imprenta de Pedro de Madrigal, 1602, 8.º

La hermosura de..... en diez cantos de octava rima por Lope de Vega Carpio.—Lisboa, 1604, 4.º

La misma.—Barcelona, 1604, 8.º

La misma.—Lisboa, 1605, 8.º

La misma.—Madrid, por Juan de la Cuesta, 1605, 4.º

La misma.—Madrid, 1608, 8.º

Las demás ediciones de este libro pueden verse en el *Catalógo* de las obras de Lope, publicado por don Cayetano Rosell en el tomo XXXVIII de esta BIBLIOTECA.

BATALLA DE RONCESVALLES.

El verdadero suceso de la famosa..... con la muerte de los doce pares de Francia, por Francisco Garrido de Villena. — Toledo, 1583, 4.º, con grabados en madera.

BERNARDO DEL CARPIO.

Hazañas de..... poema por Agustin Alonso. Toledo, en casa de Pero Lopez de Haro, 1585, 4.º

El Bernardo, ó victoria de Roncesvalles: poema heroyco del Doctor Don Bernardo de Balbuena abad mayor de la isla de Jamayca.—Madrid, por Diego Flamenco, 1624, 4.º, portada grabada.

CELIDON DE IBERIA.

Libro primero de los famosos hechos del principe Don..... compuesto en estancias por Gonçalo Gomez de Luque, natural de la ciudad de cordoba. En Alcala. En casa de Juan Iñiguez de Lequerica. Año de MDLXXXIII (1583). Al fin: «Fin de la primera parte de los famosos hechos del principe celidon de Iberia, y otros caballeros de su tiempo.»—4.º, de 197 hojas y 4 de preliminares.

Poema caballeresco en cuarenta cantos de octava rima, cuyo argumento tiene alguna conexion con el de los Amadises, puesto que Altello, padre de don Celidon, estuvo casado con Aurelia, hija del emperador de Constantinopla, en cuya ciudad pasan muchas de las aventuras descritas en el poema.

FELIXIS Y GRISAIDA.

Canto de los amores de Felixis y Grisaida.—Manuscrito, fólio, letra de fines del siglo XVI, 244 hojas.

Poema caballeresco en diez y nueve cantos de octava rima, cuyo original se conserva en la biblioteca pública de Segovia.

FLORANDO DE CASTILLA.

Florando de Castilla, lauro de caballeros: compuesto en octava rima por el licenciado Don Hyeronimo Huerta. Alcala de Henares, en casa de Juan Gracian, 1588, 4.º

GAYA (LA) DE ALMANÇOR.

Breve composiçam e tratado, agora novamente tirado das antiguedades de Espanha. Que trata de como el Rey Almanzor morreo em Portugal junto á Cidade do Porto onde chamão Gaya, as mãos del Rey Ramiro, et sua genᵗe, donde tambem cobrou et matou sua molher, chamada Gaya, que estaba com este Mouro, da qual ficou este lugar chamado de seu nome. Composta por João Vaz natural de cidade de Evora, em verso de octava rima.—Lisboa, Alvarez, 1630, fólio.

Poema de 6 hojas en fólio, á dos columnas, de sesenta octavas, de letra muy menuda.

MILON D'ANGLANTE.

Los Amores de..... por Antonio de Eslava.

Cita este libro el doctor Giulio Ferrario en su *Storia ed Analisi degli antichi Romanzi di Cavalleria e de poemi Romanzeschi d'Italia* (Milan, 1828), tomo II, pág. 7, aunque sin expresar si le vió manuscrito ó impreso, y si era en prosa ó en verso. Siendo, como parece ser, una traduccion libre del poema italiano intitulado *Innamoramento di Milone d'Anglante, e de Berta Sorella del Re Carlo Magno,* de presumir es que esté escrito en octava rima, y por eso le hemos colocado en este lugar. Un Antonio de Eslava hubo que escribió varias novelas con el título de *Primera parte de las Noches de Invierno* (Pamplona, 1609, 8.º); quizá sea el mismo aquí citado.

ORLANDO (EL CONDE).

El Nascimiento y primeras empressas del conde Orlando, traduzidas por Pero Lopez Henriquez de Calatayud. Regidor de Valladolid. Dirigidas al Principe Don Philipe, etc. Valladolid, Por Diego F. de Cordoua y Oviedo (1594).—4.º, á dos columnas, grabados en madera.

Es traduccion libre del poema caballeresco que Ludovico Dolce compuso en italiano, con el título de *Le prime imprese del conte Orlando.* Vinegia, G. Giolito, 1572, 4.º—Brunet supone que esta edicion, cuya fecha no se expresa, se hizo en 1595, pero como el privilegio es de 3 de febrero de 1594, no hay razon alguna para suponer que se retardase hasta entonces.

ORLANDO DETERMINADO.

Libro de..... que prosigue la materia de Orlando Enamorado, por Don Martin Bolea y Castro.—Lérida, por Miguel Prats, 1578, 8.º Al fin: «Fué impresso, etc. Acabose á dos dias del mes de Setiembre.»

Libro de..... Çaragoça, Juan Soler, 1578, 4.º

En esta segunda edicion el autor se llama don Martin *Abarca* de Bolea y Castro. Biblioteca Imperial de Viena.

Además de estas dos ediciones del *Orlando Determinado,* Latassa (*Biblioteca Nueva,* tomo II, pág. 54) cita un *Orlando enamorado,* Zaragoza, Miguel Ponts, 1578, 8.º, tambien compuesto ó traducido por don Martin Abarca de Bolea y Castro; pero sospechamos que

es error de pluma ó nacido de alguna confusion, y nos lo persuade que el nombre del tipógrafo á quien se atribuye la impresion está tambien equivocado, debiendo sin duda leerse Miguel *Prats*, y no *Ponts*.

ORLANDO ENAMORADO.

Los tres libros de Matheo Maria Boyardo conde de Scandiano, llamados...., por Francisco Garrido de Villena. —Alcalá, por Hernan Ramirez, 1577, 4.°

La primera edicion de este poema italiano se hizo en Venecia, 1486, 4.°

Los tres libros, etc., traduzidos en Castellano, y dirigidos al illustrisimo señor don Pedro Luys Galceran de Borja, maestre de Montesa. Toledo, en casa de Juan Rodriguez, impressor y mercader de libros, 1581, 4.°

ORLANDO FURIOSO.

(*Traduccion de Urrea.*)

Orlando furioso dirigido al Principe Don Philipe, nuestro señor, traduzido en Romance castellano por Geronimo de Urrea.—Anvers, por Martin Nucio, á 25 de Agosto, 4.°, 260 fojas y 2 de tabla.

Orlando Furioso, dirigido al principe Don Philipe nuestro señor, traducido en romance castellano por Don Geronimo de Urrea. Lyon, por Mathias Bonhomme, 1550, fólio.

Orlando furioso, etc. Assimismo se ha añadido una breve introducion para saber e pronunciar la lengua castellana, por el señor Alonso de Ulloa.—Venecia, Gabriel Giolito de Ferrara, 1553, 4.°, con grabados en madera.

Orlando Furioso, etc. Assi mismo se ha añadido una breve introducion para saber e pronunciar la lengua Castellana: con una exposicion en la Thoscana de todos los vocablos difficultosos contenidos en el presente libro: hecho todo por el señor Alonso de Ulloa. A Lyon, en casa de Gulielmo (*sic*) Roville. Al fin: «Fue impresso el presente Libro en la inclita ciudad de Leon, en casa de Mathias Bonhomme.»—4.°

Consta esta edicion de 4 hojas de preliminares, entre las cuales se halla una dedicatoria en francés de Guillermo Roville al capitan Diego de Urrea; 529 páginas de texto, y 42 hojas mas sin foliar al fin, en que se contienen las exposiciones y anotaciones de Ulloa, y la tabla.

Orlando furioso, etc. — Anvers, por Martin Nucio, 1554, 4.°

Orlando furioso, etc.—Lyon, por Mathias Rovillio, 1556, 4.°, grabados en madera.

Orlando furioso, etc., primera parte. — Anvers, por Martin Nucio, 1558, 4.°

Orlando furioso de m. Ludovico Ariosto traduzido en Romance Castellano por Don..... con nuevos argumentos y alegorias en cada uno de los cantos, muy utiles con su tabla alphabetica muy compendiosa —Medina del Campo, por Francisco del Canto, 1572, 4.°

Orlando furioso, etc., dirigido al Principe Don Philipe nuestro señor, traduzido, etc. En Venecia á la enseña de la Salamandra MDLXXV (1575). Al fin, en la pág. 570: «Imprimióse en Venecia, en casa de Domingo de Farris MDLXXV.»—4.°, con grabados en madera.

Orlando furioso, etc.—Salamanca, 1577, 4.°

Orlando furioso, etc., traducido por Geronimo de Urrea.—Salamanca, 1378, 4.°

Catálogo Salvá, parte II, núm. 2,401.

Orlando furioso, etc.—Bilbao, Mathias Mares, 1583, 4.°

Orlando furioso, etc.—Toledo, 1583, 4.°

Catálogo Salvá, parte I, núm. 107.

Orlando furioso, etc.—Toledo, 1588, 4.°

ORLANDO FURIOSO.

(*Traduccion de Alcocer.*)

Orlando furioso de Ludivico (sic) *Ariosto nuevamente traduzido de Bervo ad Berbum* (sic) *del vulgar toscano en el nuestro castellano por Hernando Alcocer. Con una moral exposicion en cada canto y una breve declaracion en prosa al principio para saber de donde la obra se diriva. Dirigido al muy alto y muy exelente principe Maximiliano Rey de Bohemia, etc.* En Toledo, en casa de Juan Ferrer. Año de MDL (1550).—4.°, 250 hojas, contando las 4 de preliminares.

ORLANDO FURIOSO.

(*Traduccion de Contreras.*)

Orlando furioso traducido en prosa castellana por Vazquez de Contreras. — Madrid, por Francisco Sanchez, 1585, fólio.

ORLANDO. (Segunda parte.)

La segunda parte de Orlando, con el verdadero sucesso de la batalla de Roncesvalles, fin y muerte de los doce Pares de Francia: dirigida al muy illustre señor Don Pedro de Centellas, conde de Oliva, etc., por Nicolas d'Espinosa, nuevamente corregida.—Zaragoza, 1558, 4.°

Brunet.

La segunda Parte, etc. En Anvers, en casa de Martin Nucio, á la Enseña de las dos Cigüeñas.—4.°, grabados en madera.

La segunda parte, etc.—Anvers, 1577, 4.°

La segunda parte de Orlando, etc.—Alcalá, por Juan Iñiguez de Lequerica, 1579, 4.°

Catálogo de Salvá, parte II, núm. 2,101.

PIRONISO.

El Sacreyana de Martin Caro del Rincon pagador de artilleria de la Real magestad: el qual trata de los valerosos hechos en armas y dulces y agradables amores de..... principe de Satrcia y de otros caualleros y damas de su tiempo. Dirigido al illustrisimo señor Don Juan Manrique de Lara señor de la villa de san Leonardo y su tierra.—Cuarenta y nueve cantos en octava rima.

Biblioteca Nacional, Ff, 86.

TOLEDANA DISCRETA.

Genealogia de la..... Primera Parte: compuesta por Eugenio Martinez, vecino de Toledo. Dirigido (sic) *á la misma ciudad. Año de* 1604. Alcalá de Henares, en casa de Juan Gracian.—4.°, de 178 hojas. Tiene al fin 5 mas de tabla y colofon, y 12 de preliminares al principio.

Poema caballeresco, en treinta y cuatro cantos de octava rima, fundado, segun su autor, en un libro en verso que dejó escrito Lemante, contemporáneo de Beroso Caldeo.

LIBROS DE CABALLERIAS.

PROLOGO.

Habiendo considerado los sábios antiguos, que los grandes hechos de las armas escritos nos dejaron, cuán breve fué aquello que en efecto de verdad en ellos pasó, así como las batallas de nuestros tiempos, que por nos fueron vistas, nos dieron clara experiencia y noticia, quisieron sobre algun cimiento de verdad componer tales y tan extrañas hazañas, con que no solamente pensaron dejar en perpétua memoria á los que aficionados fueron, mas á aquellos por quien leidas fuesen en grande admiracion, como por las antiguas historias de los griegos y troyanos, y de otros que batallaron, paresce por su escrito. Así lo dice Salustio, que tanto los hechos de los de Aténas fueron grandes, cuanto los escritores quisieron crecer y ensalzar; pues si en el tiempo de estos oradores, que mas en la fama que de intereses ocupaban sus juicios y fatigaban sus espíritus, acaesciera aquella conquista que el nuestro muy esforzado y católico rey don Fernando hizo del reino de Granada, ¡cuántas flores, cuántas rosas en ella por ellos fueran sembradas, así en lo tocante al esfuerzo de los caballeros en las revueltas y escaramuzas y peligrosos combates, y en todas las otras cosas de afrentas y trabajos que para tal guerra se aparejaron, como en los esforzados razonamientos del gran rey á sus altos hombres en las reales tiendas ayuntados, y las obedientes respuestas que ellos daban, y sobre todo, las grandes alabanzas y crecidos loores que merece por haber empezado y acabado jornada tan católica! Por cierto creo yo que así lo verdadero como lo fingido que por ellos fuera recontado en la fama de tan gran príncipe, con esta causa sobre tan ancho y verdadero cimiento pudiera en las nubes tocar; como se puede creer que por los sus sábios coronistas (si les fuera dado seguir la antigüedad de aquel estilo), en memoria á los venideros por escrito se dejara; poniendo por justa causa en mayor grado de fama y alteza verdadera sus grandes hechos, que los de otros emperadores que con mas aficion y menos verdad que los nuestros rey y reina fueran loados, pues que tanto mas lo merecen cuanto es la diferencia de las leyes que tuvieron; que los primeros sirvieron al mundo y les dió el galardon, y los nuestros al Señor, el que con tan conocido amor y voluntad ayudar y favorescer los quiso, por los hallar tan dignos en poner por ejecucion con mucho trabajo y gasto lo que tanto su servicio es. E si por ventura acá en olvido quedare, no quedará ante su real majestad, donde les tiene aparejado el galardon que por ello merecen. Otra manera de mas convenible crédito tuvo en la historia aquel grande historiador Tito Livio para ensalzar la honra y fama de los romanos, que apartándolos de las fuerzas corporales, los llegó al ardimiento y esfuerzo del corazon, porque si en lo primero alguna duda se halla, en lo segundo no se hallará; que él por muy extremado y valiente esfuerzo dejó en memoria la osadía del que el brazo se quemó, y de aquel que por su propia voluntad se lanzó en el peligroso lago. Ya por nos fueron vistas otras semejantes cosas de aquellos que, menospreciando las vidas, quisieron recibir la muerte por á otros las quitar, de guisa que por lo que vimos, podemos creer lo suso que leimos, aunque muy extraño nos parezca. Pero por cierto en toda su grande historia no se hallará ninguno de aquellos golpes espantosos ni encuentros milagrosos que en las otras historias se hallan, como de aquel fuerte Héctor se recuenta y del famoso Arquíles, del esforzado Troilo y del valiente Ajax Telamon, y de otros muchos de que muy grande memoria se hace; segun el oficio de aquellos que por escrito nos dejaron, así estas como otras mucho mas cercanas á nos, como la de aquel señalado duque Godofre de Bullon en el golpe de espada que en la puente de Antioquía dió, y del turco armado, que casi dos pedazos hizo, siendo ya rey de Jerusalen. Bien se puede y debe creer haber habido Troya y ser cercada y destruida por los griegos, y asimesmo ser conquistada Jerusalen, con otros muchos lugares por este

duque y sus compañeros; mas semejantes golpes que estos atribuyámoslos mas á los escritores, como ya dije, que haber en efecto de verdad pasado. Otros hubo de mas baja suerte, que escribieron, que no solamente no edificaron sus obras sobre algun cimiento de verdad, mas sobre el rastro de ella. Estos son los que compusieron las historias fingidas en que se hallan las cosas admirables fuera de la órden de natura, que mas por nombre de patrañas que de corónicas con mucha razon deben de ser tenidas y llamadas. Pues veamos agora: si las afrentas de las armas que acaescen no son semejantes á aquellas que casi cada dia vemos y pasamos, y aun por la mayor parte desviadas de la virtud y buena conciencia, y aquellas que muy graves y extrañas nos parecen, sepamos ser compuestas y fingidas, ¿qué tomarémos de las unas y otras, que algun fruto provechoso nos acarreen? Por cierto, á mi ver, otra cosa no, salvo los buenos ejemplos y doctrinas que mas á la salvacion nuestra se allegaren, pues siendo permitido de ser imprimida en nuestros corazones la gracia del muy alto Señor, para á ella nos allegar, tomémosla por alas con que nuestras ánimas suban á la alteza de la gloria para donde fueron criadas. E yo esto considerando, y deseando que de mí alguna sombra de memoria quedase, no me atreviendo á poner mi flaco ingenio en aquello que los mas cuerdos sábios se ocuparon, quísele juntar con estos postrimeros que las cosas mas livianas y de menor sustancia escribieron, por ser á él, segun su flaqueza, mas conformes, corrigiendo estos tres libros de Amadís, que por falta de los malos escritores ó componedores muy córruptos ó viciosos se leian, y trasladando y enmendando el libro cuarto, con las *Sergas de Esplandian*, su hijo, que hasta aquí no es memoria de ninguno ser visto; que por gran dicha paresció en una tumba de piedra, que debajo de la tierra de una ermita cerca de Constantinopla fué hallado, y traido por un húngaro mercader á estas partes de España, en la letra y pergamino tan antiguo, que con mucho trabajo se pudo leer por aquellos que la lengua sabian. Los cuales cinco libros, como quiera que hasta aquí mas por patrañas que por corónicas eran tenidos, son, con las tales enmiendas, acompañados de tales ejemplos y doctrinas, que con justa causa se podrán comparar á los livianos y febles saleros de corcho, que con tiras de oro y de plata son encarcelados y guarnecidos; porque así los caballeros mancebos como los mas ancianos hallen en ellos lo que á cada uno conviene; y si por ventura en esta mal ordenada obra algun yerro paresciere de aquellos que en lo divino y humano son prohibidos, demando humildemente de ello perdon, pues que teniendo y creyendo firmemente todo lo que la santa madre Iglesia manda, mas la simple discrecion que la obra fué de ello causa.

AQUÍ COMIENZA

EL PRIMERO LIBRO

DEL ESFORZADO ET VIRTUOSO CABALLERO AMADÍS,

HIJO DEL REY PERION DE GAULA Y DE LA REINA ELISENA;

EL CUAL FUÉ CORREGIDO Y EMENDADO POR EL HONRADO É VIRTUOSO CABALLERO GARCI-ORDOÑEZ DE MONTALBO, REGIDOR DE LA NOBLE VILLA DE MEDINA DEL CAMPO, É CORREGIÓLE DE LOS ANTIGUOS ORIGINALES, QUE ESTABAN CORRUPTOS É COMPUESTOS EN ANTIGUO ESTILO, POR FALTA DE LOS DIFERENTES ESCRIPTORES; QUITANDO MUCHAS PALABRAS SUPÉRFLUAS, É PONIENDO OTRAS DE MAS POLIDO Y ELEGANTE ESTILO, TOCANTES Á LA CABALLERÍA É ACTOS DE ELLA; ANIMANDO LOS CORAZONES GENTILES DE MANCEBOS BELICOSOS, QUE CON GRANDÍSIMO AFETO ABRAZAN EL ARTE DE LA MILICIA CORPORAL, ANIMANDO LA INMORTAL MEMORIA DEL ARTE DE CABALLERÍA, NO MENOS HONESTÍSIMO QUE GLORIOSO.

INTRODUCCION.

No muchos años despues de la pasion de nostro redentor é salvador Jesucristo, fué un rey cristiano en la pequeña Bretaña, por nombre llamado Garínter, el cual era en la ley de la verdad de mucha devocion é buenas maneras acompañado. Este rey hobo dos hijas en una noble dueña su mujer; é la mayor fué casada con Languínes, rey de Escocia, é fué llamada la Dueña de la Guirnalda, porque el rey su marido nunca la consintió cubrir sus hermosos cabellos sino de una muy rica guirnalda: tanto era pagado de los ver; de quien fueron engendrados Agrájes é Mabilia, que así del uno como caballero é della como doncella en esta gran historia mucha mencion se hace. La otra fija, que Elisena fué llamada, en gran cantidad mucho mas hermosa que la primera fué; é como quiera que de muy grandes príncipes en casamiento demandada fuese, nunca con ninguno dellos casar le plugo; antes su retraimiento é santa vida dieron causa á que todos *beata perdida* la llamasen, considerando que persona de tan gran guisa, dotada de tanta hermosura, de tantos grandes por matrimonio demandada, no le era conveniente tal estilo de vida tomar. Pues este dicho rey Garínter, siendo en asaz crescida edad, por dar descanso á su ánimo, algunas veces á monte é á caza iba; entre las cuales, saliendo un dia desde una villa suya que Alima se llamaba, siendo desviado de las armadas y de los cazadores, andando por la floresta sus horas rezando, vió á su siniestra una brava batalla de un solo caballero que con dos se combatia: él conosció los dos caballeros, que sus vasallos eran, que por ser muy soberbios y de malas maneras é muy emparentados, muchos enojos dellos habia recebido; mas aquel que con ellos se combatia no lo pudo conocer; é no se fiando tanto en la bondad del uno que el miedo de los dos le quitase, apartándose dellos, la batalla miraba, en fin de la cual por mano de aquel los dos fueron vencidos é muertos. Esto fecho, el caballero se vino contra el Rey, é como solo lo viese, díjole: «Buen hombre, ¿qué tierra es esta, que así son los caballeros andantes salteados?» El Rey le dijo: «No os maravilleis deso, caballero; que así como en las otras tierras hay buenos caballeros y malos, así los hay en esta; y estos que decis, no solamente á muchos han fecho grandes males y desaguisados, mas aun al mismo Rey, su señor, sin que dellos justicia hacer pudiese, por ser muy emparentados, han fecho enormes agravios, é tambien por esta montaña tan espesa, donde se acogian.» El caballero le dijo: «Pues á ese rey que decis vengo yo á buscar de luenga tierra, y le traigo nuevas de un su gran amigo, é si sabeis dónde fallarlo pueda, ruégoos que me lo digais.» El Rey le dijo: «Como quier que acontezca, no dejaré de os decir la verdad: sabed ciertamente que yo soy el rey que demandais.» El caballero, quitando el escudo y yelmo, é dándolo á su escudero, lo fué á abrazar, diciendo ser él el rey Perion de Gaula, que mucho le habia deseado conoscer.

Mucho fueron alegres estos dos reyes en se haber así juntado; é hablando en muchas cosas, se fueron á la parte donde los cazadores eran para se acoger á la villa; pero antes les sobrevino un ciervo, que de las armadas muy cansado se colara, tras el cual los reyes ambos, al mas correr de sus caballos, fueron, pensando lo matar; mas de otra manera les acaeció, que saliendo de unas espesas matas un leon delante dellos,

el ciervo alcanzó é mató, é habiéndole abierto con sus muy fuertes uñas, bravo é mal continente contra los reyes se monstraba; é como así el rey Perion le viese, dijo: «Pues no estaréis tan sañudo que parte de la caza no nos dejeis.» E tomando sus armas, descendió del caballo, que adelante, espantado del fuerte leon, ir no queria; poniendo su escudo delante, la espada en la mano, al leon se fué, que las grandes voces que el rey Garínter le daba no lo pudieron estorbar; el leon asimesmo, dejando la presa, contra él se vino; é juntándose ambos, teniéndole el leon debajo en punto de le matar, no perdiendo el Rey su grande esfuerzo, firiéndole con su espada por el vientre, lo fizo caer muerto ante sí; de que el rey Garínter mucho espantado, entre sí decia: «No sin causa tiene aquel fama del mejor caballero del mundo.»

Esto hecho, recogida toda la compaña, fizo en dos palafrenes cargar el leon y el ciervo y llevarlos á la villa con gran placer; donde siendo de tal huésped la Reina avisada, los palacios de grandes é ricos atavíos é las mesas puestas fallaron; en la una mas alta se sentaron los reyes, y en otra, junto con ella, Elísena, su hija; é allí fueron servidos como en casa de tal hombre se debia. Pues estando en aquel solaz, como aquella infanta tan fermosa fuese, y el rey Perion por el semejante, é la fama de sus grandes cosas en armas por todas las partes del mundo divulgadas, en tal punto é hora se miraron, que la gran honestidad é santa vida della no pudo tanto, que de incurable é muy gran amor presa no fuese, y el Rey asimesmo della; que fasta entonces su corazon, sin ser sojuzgado á otra ninguna, libre tenia; de guisa que así el uno como el otro estovieron todo el comer casi fuera de sentido. Pues alzadas las mesas, la Reina se quiso acoger á su cámara, y levantándose Elisena, cayóle de la falda un muy fermoso anillo, que para se lavar del dedo quitara, é con la gran turbacion no tuvo acuerdo de lo allí tornar; é bajóse por tomarlo; mas el rey Perion, que cabe ella estaba, quiso gelo dar; así que, las manos llegaron á una sazon, y el Rey tomóle la mano é apretósela. Elisena tornó muy colorada, é mirando al Rey con ojos amorosos, le dijo pasito que le agradecia aquel servicio. «¡Ay, señora! dijo él, no será el postrimero; mas todo el tiempo de mi vida será empleado en os servir.» Ella se fué tras su madre con tan gran alteracion, que casi la vista perdida llevaba; de lo cual se siguió que esta infanta, no pudiendo sufrir aquel nuevo dolor que con tanta fuerza al viejo pensamiento vencido habia, descubrió su secreto á una doncella suya, de quien mucho fiaba, que Darioleta habia nombre, é con lágrimas de sus ojos, é mas del corazon, le demandó consejo en cómo podria saber si el rey Perion otra mujer alguna amase, é si aquel tan amoroso semblante que á ella mostrado habia, si le viniera en la manera é con aquella fuerza que en su corazon habia sentido. La doncella, espantada de mudanza tan súpita en persona tan desviada de auto semejante, habiendo piedad de tan piadosas lágrimas, le dijo: «Señora, bien veo yo que, segun la demasiada pasion que aquel tirano amor en vos ha puesto, que no ha dejado en vuestro juicio lugar donde consejo ni razon apo-

sentados puedan ser; é por esto, siguiendo yo, no á lo que á vuestro servicio debo, mas á la voluntad é obediencia, faré aquello que mandais por la via mas honesta que mi poca discrecion é mucha gana de os servir fallar pudieren.» Entonces partiéndose della, se fué contra la cámara donde el rey Perion posaba, é halló su escudero á la puerta con los paños que le queria dar de vestir, é díjole: «Amigo, id vos á hacer al; que yo quedaré con vuestro señor é le daré recaudo.» El escudero, pensando que aquello por mas honra se hacia, dióle los paños é partióse de allí. La doncella entró en la cámara do el Rey estaba en su cama, é como la vió, conosció ser aquella con quien habia visto mas que con otra á Elisena hablar, como que en ella mas que en otra alguna se fiaba; é creyó que no sin algun remedio para sus mortales deseos allí era venida; y estremeciéndosele el corazon, le dijo: «Buena doncella, ¿qué es lo que quereis?—Daros de vestir, dijo ella.—Eso al corazon habia de ser, dijo él; que de placer é alegría muy despojado y desnudo está.—¿En qué manera? dijo ella.—En que viniendo yo á esta tierra, dijo el Rey, con entera libertad, solamente temiendo las aventuras que de las armas ocurrirme podian, no sé en qué forma, entrando en esta casa destos vuestros señores, soy llagado de herida mortal; é si vos, buena doncella, alguna melecina para ella me procurásedes, de mí seríades muy bien galardonada.—Cierto, Señor, dijo ella, por muy contenta me ternia en hacer servicio á tan alto hombre é tan buen caballero como vos sois, si supiese en qué.—Si me vos prometeis, dijo el Rey, como leal doncella, de lo no descubrir sino allí donde es razon, yo os lo diré.—Decildo sin recelo, dijo ella; que enteramente por mí guardado vos será.—Pues amiga señora, dijo él, dígovos que en fuerte hora yo miré la gran hermosura de Elisena, vuestra señora, que atormentado de cuitas é congojas soy fasta en punto de la muerte; en la cual, si algun remedio no hallo, no se me podrá excusar.» La doncella, que el corazon de su señora enteramente en este caso sabia, como ya arriba oistes, cuando esto oyó fué muy alegre, é díjole: «Mi señor, si me vos prometeis como rey en todo guardar la verdad, á que mas que ningun otro que lo no sea obligado sois, é como caballero, que segun vuestra fama, por la sostener, tantos afanes y peligros habrá pasado, de la tomar por mujer cuando tiempo fuere, yo la porné en parte donde, no solamente vuestro corazon satisfecho sea, mas el suyo, que tanto ó por ventura mas que él es en cuita y en dolor desa mesma llaga herido; é si esto no se hace, ni vos la cobraréis, ni yo creeré ser vuestras palabras de leal é honesto amor salidas.» El Rey, que en su voluntad estaba ya empremida la permision de Dios para que desto se siguiese lo que adelante oiréis, tomó la espada, que cabe sí tenia, é poniendo la diestra mano en la cruz, dijo: «Yo juro en esta cruz y espada, con que la órden de caballería rescebí, de facer eso que vos, doncella, me pedis, cada que por vuestra señora Elisena demandado me fuere.—Pues agora holgad, dijo ella; que yo cumpliré lo que dije.» E partiéndose dél, se tornó á su señora, é contándole lo que con el Rey concertara, muy grande alegría en su ánimo puso, é abrazándola, le dijo: «Mi

verdadera amiga, ¿cuándo veré yo la hora que en mis brazos tenga á aquel que por señor me habeis dado? —Yo os lo diré, dijo ella : ya sabeis, Señora, cómo aquella cámara en que el rey Perion está tiene aun puerta que á la huerta sale, por donde vuestro padre algunas veces se sale á recrear; que con las cortinas agora cubierta está, de que yo la llave tengo. Pues cuando el Rey de allí salga yo la abriré; é siendo tan noche, que los del palacio sosieguen, por allí podrémos entrar sin que de ninguno sentidas seamos; é cuando sazon sea de salir, yo vos llamaré é tornaré á vuestra cama.» Elisena, que esto oyó, fué atónita de placer, que no pudo hablar; é tornando en sí, dijo: «Mi amiga, en vos dejo toda mi hacienda; mas ¿cómo se hará lo que decis; que mi padre está dentro en la cámara con el rey Perion, é si lo sintiese seriamos todos en gran peligro? —Eso, dijo la doncella, dejad á mí; que yo lo remediaré.»

Con esto se partieron de su habla, é pasaron aquel dia los reyes é la Reina é la infanta Elisena en su comer y cenar como ante, é cuando fué noche Darioleta apartó el escudero del rey Perion é díjole :«¡Ay amigo! decidme si sois hombre hidalgo. —Sí soy, dijo él, é aun hijo de caballero; mas ¿por qué lo preguntais?—Yo os lo diré, dijo ella; porque querria saber de vos una cosa; ruégoos, por la fe que á Dios debeis é al Rey vuestro señor, me la digais.—Por santa María, dijo él; toda cosa que yo supiere vos diré, con tal que no sea en daño de mi señor.—Eso vos otorgo yo, dijo la doncella; que ni vos preguntaré en daño suyo, ni vos terníades razon de me lo decir; mas lo que yo quiero saber es, que me digais cuál es la doncella que vuestro señor ama de extremado amor.—Mi señor, dijo él, ama á todas en general; mas cierto no le conozco ninguna que él ame de la guisa que decis.» En esto hablando, llegó el rey Garínter donde ellos estaban hablando, é vió á Darioleta con el escudero, é llamándola, le dijo: «Tú ¿qué tienes que fablar con el escudero del Rey?—Por Dios, Señor, yo os lo diré: él me llamó y me dijo que su señor ha por costumbre de dormir solo, é cierto que siente mucho empacho con vuestra compañía.» El Rey se partió della é fuése al rey Perion é díjole: «Mi señor, yo tengo muchas cosas de librar en mi hacienda y levántome á la hora de los maitines, é por vos no dar enojo, tengo por bien que quedeis solo en la cámara.» El rey Perion le dijo : «Haced, Señor, en ello como vos mas pluguiere.—Así place á mí,» dijo él. Entonces conoció él que la doncella le dijera verdad, é mandó á sus reposteros que luego sacasen su cama de la cámara del rey Perion. Cuando Darioleta vió que así en efecto viniera lo que deseaba, fuése á Elisena, su señora, é contógelo todo como pasaba. «Amiga señora, dijo ella, agora creo, pues que Dios así lo endereza, que esto que al presente yerro paresce, adelante será algun gran servicio suyo; y decidme lo que harémos; que la gran alegría que tengo me quita gran parte del juicio.—Señora, dijo la doncella, hagamos esta noche lo que concertado está; que la puerta de la cámara que os dije yo la tengo abierta.—Pues á vos dejo el cargo de me llevar cuando tiempo fuere.» Así estuvieron ellas hasta que todos se fueron á dormir.

CAPITULO PRIMERO.

Cómo la infanta Elísena é su doncella Darioleta fueron á la cámara donde el rey Perion estaba.

Como la gente fué sosegada, Darioleta se levantó é tomó á Elisena así desnuda como en su lecho estaba, solamente la camisa é cubierta de un manto, é salieron ambas á la huerta, é la luna hacia muy clara; la doncella miró á su señora, é abriéndole el manto, católe el cuerpo é díjole riendo: «Señora, en buena hora nasció el caballero que vos está noche habrá.» E bien decia; que esta era la mas hermosa doncella de rostro y de cuerpo que entonces se sabia. Elisena se sonrió y dijo: «Así lo podeis por mí decir, que nací en buena ventura en ser llegada á tal caballero.» Así llegaron á la puerta de la cámara, é como quiera que Elisena fuese á la cosa que en el mundo mas amaba, tremíale todo el cuerpo é la palabra, que no podia hablar; é como en la puerta tocaron para la abrir, el rey Perion, que, así con la gran congoja que en su corazon tenia, como con la esperanza en que la doncella le puso, no habia podido dormir, é aquella sazon ya cansado y del sueño vencido, adormecióse, é soñaba qne entraba en aquella cámara por una falsa puerta, y no sabia quién á él iba y le metia las manos por los costados, é sacándole el corazon, le echaba en un rio, y él decia: «¿Por qué fecistes tal crueza?—No es nada esto, decia él; que allá os queda otro corazon que yo vos tomaré, aunque no será por mi voluntad.» El Rey, que gran cuita en sí sentia, despertó despavorido é comenzóse á santiguar. A esta sazon habian ya las doncellas la puerta abierto y entraban por ella; é como lo sintió, temióse de traicion por lo que soñara, y levantando la cabeza, vió por entre las cortinas abierta la puerta, de lo que él nada no sabia, é con la luna que por ella entraba, vió el bulto de las doncellas; así que, saltando de la cama do yacia, tomó su espada y escudo y fué contra aquella parte do visto las habia. E Darioleta cuando así lo vido dijo: «¿Qué es eso, Señor? Tirad vuestras armas, que contra nos poca defensa vos ternán.» El Rey, que la conoció, miró é vió á Elisena, su muy amada, y echando la espada é su escudo en tierra, cubrióse de un manto que ante la cama tenia, con que algunas veces se levantaba, é fué á tomar á su señora entre los brazos, y ella le abrazó, como aquel que mas que á sí amaba. Darioleta le dijo: «Quedad, Señora, con ese caballero; que aunque vos como doncella fasta aquí de muchos vos defendistes, y él asimismo de muchas otras se defendió, no bastarán vuestras fuerzas para os defender el uno del otro.» E Darioleta miró por la espada do el Rey la habia arrojado, é tomóla en señal de la jura é promesa que le habia hecho en razon del casamiento de su señora, é salióse á la huerta. El Rey quedó solo con su amiga, que á la lumbre de tres hachas que en la cámara ardian la miraba, parescióndole que toda la hermosura del mundo en ella era junta; teniéndose por muy bienaventurado en que Dios á tal estado le trujera; é así abrazados, se fueron á echar en el lecho, donde aquella que tanto tiempo, con tanta hermosura é juventud demandada, de tantos príncipes é grandes hombres se habia defendido, quedan-

do con libertad de doncella, en poco mas de un dia, cuando el su pensamiento mas de aquello apartado y desviado estaba, el cual amor, rompiendo aquellas fuertes ataduras de su honesta é santa vida, gela hizo perder, quedando de allí adelante dueña; por donde se da á entender que, así como las mujeres, apartando sus pensamientos de las mundanales cosas, despreciando la gran hermosura de que la natura las dotó, la fresca juventud que en mucho grado la acrecienta, los vicios y deleites que con las sobradas riquezas de sus padres esperaban gozar, quieren, por salvacion de sus ánimas, ponerse en las casas pobres encerradas, ofreciendo con toda obediencia sus libres voluntades á que subjetas de las ajenas sean, viendo pasar su tiempo sin ninguna fama ni gloria del mundo, como sepan que sus hermanas é parientas lo gozan; así deben con mucho cuidado atapar las orejas, cerrar los ojos, excusándose de ver parientes y vecinos, recogiéndose en las devotas contemplaciones, en las oraciones santas, tomándolo por verdaderos deleites, así como lo son; porque con hablas, con las vistas, su santo propósito dañan, do no sea así como lo fué el de esta hermosa infanta Elisena, que en cabo de tanto tiempo que guardarse quiso, en solo un momento, viendo la gran fermosura de aquel rey Perion, fué su propósito mudado de tal forma, que, si no fuera por la discrecion de aquella doncella suya, que su honra con el matrimonio reparar quiso, en verdad ella de todo punto era determinada de caer en la peor y mas baja parte de su deshonra; así como otras muchas que en este mundo contarse podrian, que por no se guardar de lo ya dicho, lo hicieron é adelante harán, no lo mirando. Pues así estando estos dos amantes en su solaz, Elisena preguntó al rey Perion si su partida seria breve, y él le dijo: «¿Por qué, mi señora, lo preguntais?—Porque esta buena ventura, dijo ella, que en tanto gozo y descanso á mis mortales deseos ha puesto, ya me amenaza con la gran tristura é congoja que vuestra ausencia me porná á ser por ella mas cerca de la muerte que no de la vida.» Oidas por él estas razones, dijo: «No tengais temor deso; que aunque este mi cuerpo de vuestra presencia sea partido, el mi corazon junto con el vuestro quedará, que á entrambos dará su esfuerzo, á vos para sufrir é á mí para cedo me tornar; que yendo sin él, no hay otra fuerza tan dura que detenerme pueda.» Darioleta, que vió ser sazon de ir de allí, entró en la cámara y dijo: «Señora, sé que otra vez os plugo comigo mas que no agora; mas conviene que vos levanteisé vayamos, que ya tiempo es.» E Elisena se levantó, y el Rey le dijo: «Yo me deterné aquí mas que no pensais, y esto será por vos, é ruégovos que no se os olvide este lugar.»

Ellas se fueron á sus camas y él quedó en cama, muy pagado de su amiga, pero espantado del sueño que ya oistes, é por él habia mas cuita de se ir á su tierra, donde habia á la sazon muchos sábios, que semejantes cosas sabian soltar y declarar, é aun él mismo sabia algo, que cuando mas mozo aprendiera. En este vicio é placer estuvo allí el rey Perion diez dias, holgando todas las noches con aquella su muy amada amiga; en cabo de los cuales acordó, forzando su voluntad é las lágrimas de su señora, que no fueron pocas, de se partir; así, despedido del rey Garínter é de la Reina, armado de todas armas, cuando quiso su espada ceñir no la halló, é no osó preguntar por ella, como quiera que mucho le dolia, porque era muy buena y fermosa; esto hacia porque sus amores con Elisena descubiertos no fuesen, é por no dar enojo al rey Garínter, é mandó á su escudero que otra espada le buscase; é así armado solamente las manos é la cabeza, encima de su caballo, no con otra compañía sino de su escudero, se puso en el camino derecho de su reino; pero antes habló con él Darioleta, diciéndole la gran cuita é soledad en que á su amiga dejaba; y él le dijo: «Ay, mi amiga, yo vos la encomiendo como á mí proprio corazon, é sacando de su dedo un muy hermoso anillo, de dos que él traia, tal el uno como el otro, gelo dió que le levase é trajese por su amor. Así que, Elisena quedó con mucha soledad y con grande dolor de su amigo; tanto, que si no fuera por aquella doncella, que la esforzaba mucho, á gran pena se pudiera sufrir; mas habiendo sus fablas con ella, algun descanso sentia.

Pues así fueron pasando su tiempo fasta que preñada se sintió, perdiendo el comer y el dormir, é la su muy hermosa color. Allí fueron las cuitas é los dolores en mayor grado, é no sin causa, porque en aquella sazon era por ley establecido que cualquiera mujer, por de estado grande é señorío que fuese, si en adulterio se hallaba, no se podia en ninguna guisa excusar la muerte; y esta tan cruel costumbre é pésima duró hasta la venida del muy virtuoso rey Artur, que fué el mejor rey de los que allí reinaron, é la revocó al tiempo que mató en batalla ante las puertas de Paris al Floyan; pero muchos reyes reinaron entre él y el rey Lisuarte, que esta ley sostuvieron; é como quiera que por aquellas palabras que el rey Perion en su espada prometiera, como se os ha dicho, ante Dios sin culpa fuese, no lo era, empero, ante el mundo, habiendo sido tan ocultas. Pues pensar de lo hacer saberá su amigo, no podia ser; que, como él tan mancebo fuese é tan orgulloso de corazon, que nunca tomaba folganza en ninguna parte sino por ganar honra é fama, que nunca su tiempo en otra cosa pasaba sino andar de unas partes á otras como caballero andante. Así que, por ninguna guisa ella remedio para su vida hallaba; no le pesando tanto por perder la vista del mundo con la muerte, como la de aquel su muy amado señor é verdadero amigo. Mas aquel muy poderoso Señor Dios, por permision del cual todo esto pasaba para su santo servicio, puso tal esfuerzo é discrecion á Darioleta, que ella bastó con su ayuda de todo lo reparar, como agora oiréis.

Habia en aquel palacio del rey Garínter una cámara apartada, de bóveda, sobre un rio que por allí pasaba, é tenia una puerta de hierro pequeña, por donde algunas veces al rio salian las doncellas á folgar, y estaba yerma, que en ella no albergaba ninguno; la cual, por consejo de Darioleta, Elisena á su padre é madre, para reparo de su mala disposicion é vida solitaria que siempre procuraba tener, demandó, é para rezar sus horas sin que de ninguno estorbada fuese,

salvo de Darioleta, que sus dolencias sabia, que la sirviese é la acompañase; lo cual ligeramente por ellos le fué otorgado, creyendo ser su intencion solamente reparar el cuerpo con mas salud y el alma con vida mas estrecha; é dieron la llave de la puerta pequeña á la doncella, que la guardase é abriese cuando su fija por allí se quisiese solazar. Pues aposentada Elisena allí donde oides, con algo de mas descanso por se ver en tal lugar, que á su parecer antes allí que en otro alguno su peligro reparar podia, hubo consejo con su doncella qué se faria de lo que pariese. «¿Qué, Señora? dijo ella; que padezca, porque vos seais libre. —¡Ay, santa María! dijo Elisena; y ¿cómo consentiré yo matar aquello que fué engendrado por la cosa del mundo que yo mas amo?—No cureis deso, dijo la doncella; que si vos mataren, no dejarán á ello.—Aunque yo como culpada muera, dijo ella, no querrán que la criatura inocente padezca.—Dejemos agora de hablar mas en ello, dijo la doncella; que gran locura seria, por salvar una cosa sin provecho, condenásemos á vos é á vuestro amado, que sin vos no podria vivir; é vos viviendo y él, otros fijos é fijas habréis, que el deseo deste vos hará perder.»

Como esta doncella muy sesuda fuese, é por la merced de Dios guiada, quiso antes de la priesa tener el remedio, y fué así desta guisa: que ella hobo cuatro tablas tan grandes, que así como arca, una criatura con sus paños encerrar pudiese, é tanto larga como una espada, é hizo traer ciertas cosas para un betúmen con que las pudiese juntar, sin que en ella ningun agua entrase, é guardólo todo debajo de su cama sin que Elisena lo sintiese, hasta que por su mano juntó las tablas con aquel recio betúmen, é la fizo tan igual é tan bien formada como si la ficiera un maestro. Entonces la mostró á Elisena é díjole: «Para qué vos paresce que esto fué fecho?—No sé, dijo ella.—Saberlo heis, dijo la doncella, cuando menester será.» Y ella dijo: «Poco daria por saber cosa que se hace ni dice; que cerca estoy de perder mi bien é alegría.» La doncella hobo gran duelo de así la ver; é viniéndole las lágrimas á los ojos, se le tiró delante porque no la viese llorar. Pues no tardó mucho que á Elisena le vino el tiempo de parir, de que los dolores sintiendo, como cosa tan nueva é tan extraña para ella, en grande amargura su corazon era puesto, como aquella que le convenia no poder gemir ni quejar, que su angustia con ello se doblaba. Mas en cabo de una pieza quiso el Señor poderoso que sin peligro suyo un hijo pariese; é tomándole la doncella en sus manos, vido que era fermoso si ventura hobiese; mas no tardó de poner en ejecucion lo que convenia, segun de antes lo pensara, y envolvióle en muy ricos paños, é púsolo cerca de su madre, é trajo allí el arca que ya oistes, é díjole Elisena: «¿Qué quereis hacer?—Ponerlo aquí é lanzarlo en el rio, dijo ella, é por ventura guarecer podrá.» La madre lo tenia en sus brazos, llorando fieramente é diciendo: «Mi hijo pequeño, ¡cuán grave es á mí la vuestra cuita!» La doncella tomó tinta é pergamino, é fizo una carta que decia: «Este es Amadís Sin-tiempo, fijo de rey;» é sin tiempo decia ella, porque creia que luego seria muerto; y este nombre era allí muy preciado, porque así se llamaba un santo á quien la doncella lo encomendó. Esta carta cubrió toda de cera, é puesta en una cuerda, gela puso al cuello del niño. Elisena tenia el anillo que el rey Perion le diera cuando della se partió, é mètiólo en la misma cuerda de la cera, é asimismo, poniendo el niño dentro en el arca, le pusieron la espada del rey Perion, que la primera noche que ella con él durmiera la echó de la mano en el suelo, como ya oistes, é por la doncella fué guardada; é aunque el Rey la halló menos, nunca osó por ella preguntar, porque el rey Garínter no hobiese enojo con aquellos que en la cámara entraban.

Esto así fecho, puso la tabla encima tan junta é bien calafeteada, que agua ni otra cosa allí podia entrar; é tomándola en sus brazos, é abriendo la puerta, la puso en el rio é dejóla ir; é como el agua era grande é recia, presto la pasó á la mar, que mas de media legua de allí estaba. A esta sazon el alba parecia, é acaeció una fermosa maravilla de aquellas que el Señor muy alto, cuando á él place, suele hacer: que en la mar iba una barca en que un caballero de Escocia iba con su mujer, que de la pequeña Bretaña llevaba, parida de un hijo que se llamaba Gandalin, y el caballero habia nombre Gandáles, é yendo á mas andar, subia contra Escocia. Siendo ya mañana clara, vieron el arca que por el agua nadando iba, é llamando cuatro marineros, les mandó que presto echasen un batel é aquello le trajesen; lo cual prestamente se hizo. Como quiera que ya el arca muy léjos de la barca pasado habia, el caballero tomó el arca é tiró la cobertura, é vió el doncel, que en sus brazos tomó, é dijo: «Este de algun buen lugar es;» y esto decia él por los ricos paños y el anillo é la espada, que muy hermosa le pareció, é comenzó á maldecir la mujer que por miedo tal criatura tan cruelmente desamparado habia; é guardando aquellas cosas, rogó á su mujer que lo hiciese criar, la cual hizo darle la teta de aquella ama que á Gandalin, su hijo, criaba, é tomóla con gran gana de mamar, de que el caballero é la dueña mucho alegres fueron. Pues así caminaron por la mar con buen tiempo enderezado, hasta que aportados fueron á una villa de Escocia que Antalia habia nombre, y de allí partiendo, llegaron á un castillo suyo, de los buenos de aquella tierra, donde hizo criar el doncel como si su fijo proprio fuese; é así lo creian todos que lo fuese; que de los marineros no se pudo saber su hacienda, porque en la barca, que era suya, á otras partes navegaron.

CAPÍTULO II.

Cómo el rey Perion se iba por el camino con su escudero, con corazon mas acompañado de tristeza que de alegría.

Partido el rey Perion de la pequeña Bretaña, como ya se vos contó, de mucha congoja era su ánimo muy atormentado, así por la gran soledad que de su amiga sentia, que la mucho de corazon amaba, como por el sueño que ya oistes que en tal sazon le sobreviniera. Pues llegado en su reino, envió por todos sus ricos hombres, é mandó á los obispos que consigo trajesen los mas sabidores clérigos que en sus tierras habia; esto para que aquel sueño le declarasen.

Como sus vasallos de su venida supieron, así los lla-

mados muchos de los otros á él se vinieron, con gran deseo de lo ver; que de todos era muy amado, y muchas veces eran sus corazones atormentados oyendo las grandes afrentas en armas á que él se ponia, temiendo de lo perder. E por esto deseaban todos tenerlo consigo, mas no lo podian acabar; que su fuerte corazon no era contento sino cuando el cuerpo ponia en los grandes peligros. El Rey fabló con ellos en el estado del reino y en las otras cosas que á su hacienda cumplian, pero siempre con triste semblante, de que á ellos gran pesar redundaba; é despachados los negocios, mandó que á sus tierras se volviesen, é hizo quedar consigo tres clérigos que supo que mas sabian en aquello que él deseaba; é tomándolos consigo, se fué á su capilla, é allí en la hostia sagrada les fizo jurar que en lo que él les preguntase verdad le dijesen, no temiendo ninguna cosa, por grave que se les monstrase.

Esto fecho, mandó salir fuera al capellan, y él quedó solo con ellos; entonces les contó el sueño, como es ya devisado, é dijo que gelo soltasen lo que dello podia ocurrir; el uno destos, que Ungan el Picardo habia nombre, que era el que mas sabia, dijo: «Señor, los sueños es cosa vana, é por tal deben ser tenidos; pero, pues vos place que en algo este vuestro tenido sea, dadnos plazo en que lo ver podamos. — Así sea, dijo el Rey, é tomad doce dias para ello.» Y mandándolos apartar, que no se hablasen ni viesen en aquel plazo, ellos echaron sus juicios é firmezas cada uno como mejor supo; é llegado el tiempo, viniéronse para el Rey, el cual tomó aparte á Alberto de Campania é díjole: «Ya sabeis lo que me jurastes; agora decid.—Pues vengan los otros, dijo el clérigo, é delante dellos lo diré.—Vengan,» dijo el Rey, é fízolos llamar. Pues siendo así todos juntos, aquel dijo: «Señor, yo te diré lo que entiendo. A mí parece de la cámara que era bien cerrada, y que viste por la menor puerta de ella entrar, significa estar este tu reino cerrado é guardado, que por alguna parte dél te entrará alguno para te algo tomar, é así como la mano te metia por los costados é sacaba el corazon é lo echaba en un rio, así te tomará villa ó castillo; é lo porná en poder de quien haber no lo podrás.—Y ¿el otro corazon, dijo el Rey, que me decia que me quedaba, é me faria lo perder sin su grado?—Eso, dijo el maestro, parece que otro entrará en tu tierra á te tomar lo semejante, mas constreñido por fuerza de alguno que gelo mande que de su voluntad, y en este caso no sé, Señor, que mas vos diga.» El Rey mandó al otro, que Antáles habia nombre, que dijese lo que fallaba; él otorgó en todo lo que el otro habia dicho; «Sino tanto que mis suertes me muestran que es ya fecho, é por aquel que te mas ama, y esto me hace maravillar, porque aun agora no es perdido nada de tu reino; é si lo fuere, no seria por persona que te mucho amase.» Oido esto por el Rey, sonrióse un poco, que le pareció que no habia dicho nada. Mas Ungan el Picardo, que mucho mas que ellos sabia, bajó la cabeza, é rióse mas de corazon, aunque lo facia pocas veces; que de su natural era hombre esquivo é triste. El Rey miró en ello é díjole: «Agora, maestro, decid lo que supiérdes.—Señor, dijo él, por ventura yo vi cosas que no es menester de las manifestar sino á tí solo.—Pues sálganse todos fuera,» dijo él; y cerrando las puertas, quedaron ambos. El maestro dijo: «Sabe, Rey, que de lo que yo me reia fué de aquellas palabras que en poco toviste, que dijo que ya era fecho por aquel que te mas ama; agora te quiero decir aquello que muy encubierto tienes, é piensas que ninguno lo sabe; tú amas en tal lugar, donde ya la voluntad compliste, é la que amas es maravillosamente fermosa;» y díjole todas las facciones della como si delante la tuviera; «é de la cámara en que vos veíades encerrado, esto claro lo sabeis, cómo ella queriendo quitar de vuestro corazon é del suyo aquellas cuitas é congojas, quiso sin vuestra sabiduría entrar por la puerta de que te no catabas, é las manos que á los costados metia es el juntamiento de ambos, y el corazon que sacaba sinifica hijo ó hija que habrá de vos.—Pues, maestro, dijo el Rey, ¿qué es lo que muestra que lo echaba en un rio?—Eso, Señor, dijo él, no lo quieras saber; que te no tiene pro alguno.—Todavía, dijo él, me lo decid, é no temais.—Pues que así te place, dijo Ungan, quiero de tí fianza que por cosa que aquí diga no habrás saña de aquella que tanto te ama, en ninguna sazon.—Yo lo prometo, dijo el Rey.—Pues sabe, dijo él, que lo que en el rio víades lanzar es, que será así echado el fijo que de vos hobiere.—Y el otro corazon, dijo el Rey, que me queda, ¿qué será?—Bien debes entender, dijo el maestro, lo uno por lo otro; que es que habréis otro hijo, é por alguna guisa lo perderéis, contra la voluntad de aquella que agora vós fará el primero perder.—Grandes cosas me habeis dicho, dijo el Rey, é á Dios plega, por la su merced, que lo postrimero de los fijos no salga tan verdadero como lo que de la dueña que yo amo me dejistes.—Las cosas ordenadas é permitidas de Dios, dijo el maestro, no las puede ninguno estorbar ni saber en qué pararán, y por esto los hombres no se deben contristar ni alegrar con ellas, porque muchas veces así lo malo como lo bueno que de ellas á su parecer ocurrir les puede, sucede de otra forma que ellos esperaban; é tú, noble Rey, perdiendo de tu memoria todo esto que aquí con tanta aficion has querido saber, recoge en ella de siempre rogar á Dios que en esto y en todo lo ai haga lo que su santo servicio sea, porque aquello sin duda es lo mejor.» El rey Perion quedó muy satisfecho de lo que deseaba saber, é mucho mas deste consejo de Ungan el Picardo, é siempre cabe sí lo tuvo, haciéndole mucho bien é mercedes; é saliendo al palacio, halló una doncella mas guarnida de atavíos que fermosa, é díjole: «Sabe, rey Perion, que cuando tu pérdida cobrares, perderá el señorío de Irlanda su flor.» E fuése, que la no pudo detener. Así quedó el Rey pensando en esto é otras cosas.

El autor deja de hablar desto, é torna al doncel que Gandáles criaba, el cual el Doncel del Mar se llamaba, que así le pusieron nombre; é criábase con mucho cuidado de aquel caballero don Gandáles é de su mujer, é hacíase tan hermoso, que todos los que lo veian se maravillaban; é un dia cabalgó Gandáles armado, que en gran manera era buen caballero é muy esforzado, é siempre se acompañara con el rey Languínes en el tiempo que las armas seguian; é aunque el Rey de seguir las dejase, no lo hizo él así; antes las usaba mucho; é yendo así armado,

como vos digo, halló una doncella, que le dijo: «¡Ay Gandáles! si supiesen muchos altos hombres lo que yo agora, cortarte-y-an la cabeza.—¿Por qué? dijo él. Porque tú guardas la su muerte,» dijo ella; é sabed que esta era la doncella que dijo al rey Perion que cuando fuese su pérdida cobrada, perderia el señorío de Irlanda su flor. Gandáles, que lo no entendia, dijo: «Doncella, por Dios os ruego que me digais qué es eso.—No te lo diré, dijo ella, mas todavía así averná.» E partiéndose dél, se fué su via. Gandáles quedó cuidando en lo que dijera, é á cabo de una pieza vióla tornar muy ahína en su palafren diciendo á grandes voces: «¡Ay Gandáles! acórreme, que muerta soy.» El cató, é vió venir en pos della un caballero armado con su espada en la mano, é Gandáles hirió el caballo de las espuelas, é metióse entre ambos é dijo: «Don caballero, á quien Dios dé mala ventura, ¿qué quereis á la doncella?—¿Cómo, dijo él, quereisla vos amparar á esta, que por engaño me trae perdido el cuerpo y el alma?—Deso no sé nada, dijo Gandáles, mas amparar vos la he yo, porque mujeres no han de ser por esta via castigadas, aunque lo merezcan.—Agora lo veréis,» dijo el caballero; é metiendo la espada en la vaina, tornóse á una arboleda, donde estaba una doncella muy hermosa, que le dió un escudo é una lanza, é dióse á correr contra Gandáles, é Gandáles á él, é hiriéronse con las lanzas en los escudos; así que, volaron en piezas; é juntáronse de los caballos é de los cuerpos de consuno tan bravamente, que cayeron á sendas partes, é los caballos con ellos, é cada uno se levantó lo mas presto que pudo, é hobieron su batalla así á pié, mas no duró mucho; que la doncella que fuia se metió entre ellos é dijo: «Caballeros, estad quedos.» El caballero que tras ella venia quitóse luego afuera, y ella le dijo: «Venid á mi obediencia.—Iré de grado, dijo él, como á la cosa del mundo que mas amo.» Y echando el escudo del cuello é la espada de la mano, hincó los hinojos ante ella, é Gandáles fué ende mucho maravillado, y ella dijo al caballero que ante sí tenia: «Decid á aquella doncella de so el árbol que se vaya luego; si no, que le tajarédes la cabeza.» El caballero se tornó contra ella é díjole: «Ay mala, yo me maravillo que la cabeza no te tiro.» La doncella vió que su amigo era encantado, é subió en su palafren llorando, é fuése luego. La otra doncella dijo: «Gandáles, yo os agradezco lo que hecistes, id á buena ventura; que si este caballero me erró, yo le perdono.—De vuestro perdon no sé, dijo Gandáles; mas la batalla no le quito si se no otorga por vencido.—Quitaréis, dijo la doncella; que si vos fuésedes el mejor caballero del mundo, haria yo que él vos venciese.—Vos haréis lo que pudiérdes, dijo él; mas yo no le quitaré si me no decis por qué dejistes que guardaba muerte de muchos altos hombres.—Antes os lo diré, dijo ella; porque á este caballero amo yo como á mi amigo, é á tí como á mi ayudador.» Entonces lo apartó é díjole: «Tú me harás pleito, como leal caballero, que otro por tí nunca lo sabrá fasta que te lo yo mande.» El así lo otorgo. Díjole: «Dígote de aquel que hallaste en la mar, que será flor de los caballeros de su tiempo; este hará estremecer los fuertes, este comenzará todas las cosas é acabará á su honra, en que los otros fallescieron; este hará tales cosas, que ninguno cuidaria que pudiesen ser comenzadas ni acabadas por cuerpo de hombre; este hará los soberbios ser de buen talante; este habrá crueza de corazon contra aquellos que se lo merecieren; é aun mas te digo, que este será el caballero del mundo que mas lealmente manterná amor é amará en tal lugar cual conviene á la su alta proeza; é sabe que viene de reyes de ambas partes. Agora te ve, dijo la doncella. E cree firmemente que todo acaecerá como te lo digo; é si lo descubres, venir te ha por ello mas que de bien.—Ay señora, dijo Gandáles, ruégovos por Dios que me digais dónde vos fallaré para hablar con vos en su hacienda.—Esto no sabrás tú por mí ni por otro, dijo ella.—Pues decidme vuestro nombre por la fe que debeis á la cosa del mundo que mas amais.—Tú me conjuras tanto, que te lo diré; pero la cosa que yo mas amo sé que mas me desama, que en el mundo sea, y este es aquel muy hermoso caballero con quien combatiste; mas no dejo por eso yo de lo traer á mi voluntad, sin que él otra cosa hacer pueda; é sabe que mi nombre es Urganda la Desconocida. Agora me cata bien é conósceme si pudieres.» Y él, que la vió doncella de primero, que á su parecer no pasaba de diez y ocho años, vióla tan vieja é tan lasa, que se maravilló cómo en el palafren se podia tener, é comenzóse á santiguar de aquella maravilla. Cuando ella así lo vió, metió mano á una *bujeta* que en el regazo traia, é poniendo la mano, por si tornó como de primero, é dijo: «¿Parécete que me hallarias aunque me buscases? Pues yo te digo que no tomes por ello afan; que si todos los del mundo me demandasen, no me hallarian si yo no quisiese.—Así Dios me salve, Señora, dijo Gandáles, yo así lo creo, mas ruégovos por Dios que vos membreis del doncel que es desamparado de todos sino de mí.—No pienses en eso, dijo Urganda; que ese desamparado será amparo y reparo de muchos; é yo lo amo mas que tú piensas, como quien atiende dél cedo haber dos ayudas, en que otro no podria poner consejo; y él recebirá dos galardones, donde será muy alegre; é agora te encomiendo á Dios; que irme quiero, é mas ahína me verás que piensas.» E tomó el yelmo y escudo de su amigo para gelo llevar; é Gandáles, que la cabeza le vió desarmada, paresciόle el mas hermoso caballero que nunca viera. E así se partieron de en uno.

Donde dejarémos á Urganda ir con su amigo, é contarse ha de don Gandáles, que partido de Urganda, tornóse para su castillo, y en el camino halló la doncella que andaba con el amigo de Urganda, que estaba llorando cabe una fuente; é como vió á Gandáles, conociólo é dijo: «¿Qué es eso, caballero? ¿Cómo no vos fizo matar aquella alevosa á quien ayudábades?—Alevosa no es ella, dijo Gandáles, mas buena é sabida, é si fuésedes caballero, yo vos haria comprar bien la locura que dejistes.— ¡Ay mezquina, dijo ella, cómo sabe á todos engañar!—Y ¿qué engaño vos fizo? dijo él.—Que me tomó aquel hermoso caballero que vistes, que por su grado mas conmigo haria vida que con ella.—Ese engaño así lo hizo, dijo él, pues que fuera de razon é de conciencia, vos y ella lo teneis, segun me parece.—Como quiera que sea, dijo ella, si puedo, yo me vengaré.—Desvarío pensais, dijo Gandáles, en querer eno-

jar á aquella que, no solamente antes que lo obreis, mas que lo penseis, lo sabrá.—Agora vos id, dijo ella; que muchas veces los que mas saben caen en los lazos mas peligrosos.»

Gandáles la dejó, é fué como ante, su camino, cuidando en la facienda de su doncel; é llegando al castillo, ante que se desarmase lo tomó en sus brazos é comenzólo de besar, viniéndole las lágrimas á los ojos, diciendo en su corazon: «Mi fermoso hijo, ¿si querrá Dios que yo llegue al vuestro buen tiempo?» En esta sazon habia el doncel tres años, é su gran fermosura por maravilla era mirada; é como vió á su amo llorar, púsole las manos ante los ojos, como que gelos queria limpiar; de que Gandáles fué alegre, considerando que siendo en mas edad, mas se doleria de su tristeza; é púsole en tierra, é fuése á desarmar, é dende adelante con mejor voluntad curaba dél, tanto, que llegó á los cinco años; entonces le fizo un arco á su medida é otro á su hijo Gandalin, é facíalo tirar ante sí; é así lo fué criando hasta la edad de siete años. Pues á esta sazon el rey Languines, pasando por su reino con su mujer é toda la casa, de una villa á otra, vínose al castillo de Gandáles, que por ahí era el camino, donde fué muy bien festejado; mas á su Doncel del Mar é á su fijo Gandalin, é á otros donceles mandólos meter en un corral porque no lo viesen; é la Reina, que en lo mas alto de la casa posaba, mirando de una finiestra, vió los donceles que con sus arcos tiraban, y al Doncel del Mar entre ellos tan apuesto é tan hermoso, que mucho fué de lo ver maravillada; é viólo mejor vestido que todos; así que, parescia el señor; é de que no vió ninguno de la compañía de don Gandáles á quien preguntase, llamó sus dueñas é doncellas, é dijo: «Venid, é veréis la mas fermosa criatura que nunca fué vista.» Pues estándole mirando todos como á una cosa muy extraña y crecida en fermosura, el Doncel hobo sed, é poniendo su arco é saetas en tierra, fuése á un caño de agua á beber, é un doncel mayor que los otros tomó su arco é quiso tirar con él; mas Gandalin no lo consentió, y el otro lo empujó recio. Gandalin dijo: «Acorredme, Doncel del Mar.» E como lo oyó, dejó de beber, é fuése contra el gran doncel, y él le dejó el arco, é tomólo con su mano é díjole: «En mal punto heristes mi hermano.» y dióle con él por cima de la cabeza gran golpe, segun su fuerza, é trabáronse ambos; así que, el gran doncel, mal parado, comenzó á fuir y encontró con el ayo que los guardaba, é dijo: «¿Qué has?—El Doncel del Mar, dijo, me firió.» Entonces fué á él con la correa é dijo: «¿Cómo, Doncel del Mar, ya sois osado de ferir los mozos? Agora veréis cómo os castigaré por ello.» El hincó los hinojos ante él, é dijo: «Señor, mas quiero que me vos hirais, que delante de mí sea ninguno osado de facer mal á mi hermano.» E viniéronle las lágrimas á los ojos, y el ayo hobo mancilla, é díjole: «Si otra vez lo haréis, yo vos faré bien llorar.» La Reina vió bien todo esto, é maravillóse por qué aquel llamaban Doncel del Mar.

CAPITULO III.

Cómo el rey Languines llevó consigo al Doncel del Mar é á Gandalin, fijo de don Gandáles.

Así estando, en esta sazon entró el Rey é Gandáles, é dijo la Reina: «Decid, don Gandáles, ¿es vuestro hijo aquel hermoso doncel?—Sí, Señora, dijo él.—Pues ¿por qué, dijo ella, lo llamais el Doncel del Mar?—Porque en la mar nació, dijo Gandáles, cuando yo de la pequeña Bretaña venia.—Por Dios, poco vos parece,» dijo la Reina. Esto decia por ser el Doncel á maravilla hermoso, é don Gandáles habia mas de bondad que de hermosura. El Rey, que el Doncel miraba é muy hermoso le pareció, dijo: «Faceldo aquí venir, Gandáles, é yo lo quiero criar.—Señor, dijo él, sí haré, mas aun no es en edad que se deba partir de su madre.» Entonces fué por él é trájolo é díjole: «Doncel del Mar, ¿quereis ír con el Rey, mi señor?—Yo iré donde me vos mandárdes, dijo él, é vaya mi hermano comigo.—Ni yo quedaré sin él, dijo Gandalin.—Creo, Señor, dijo Gandáles, que los habréis de llevar ambos, que se no quieren partir.—Mucho me place, dijo el Rey.» Entonces lo tomó cabe sí y mandó llamar á su fijo Agrájes; é díjole: «Fijo, estos donceles ama tú mucho; que mucho amo yo á su padre.» Cuando Gandáles esto vió, que ponian al Doncel del Mar en mano del otro que no valia tanto como él, las lágrimas le vinieron á los ojos, é dijo entre sí: «Fijo hermoso, que de pequeño comenzaste andar en aventura é peligro, é agora te veo en servidumbre de los que á tí podrian servir, Dios te guarde y enderece en aquellas cosas de su servicio é de tu gran honra, é haga verdaderas las palabras que la *sábia* Urganda de tí me dijo, é á mí deje llegar á tiempo de las tus grandes maravillas, que en las armas prometidas te son.» El Rey, que los ojos llenos de agua le vió, dijo: «Nunca pensé que érades tan loco.—No lo só tanto como cuidais, dijo él; mas si os pluguiere, oidme un poco ante la Reina.» Entonces mandaron apartar á todos, é Gandáles les dijo: «Señores, sabed la verdad deste Doncel que llevais, que lo yo fallé en la mar.» Y contóles por cuál guisa, é tambien dijera lo que de Urganda supo, sino por el pleito que fizo. «Agora faced con él lo que debeis; que así Dios me salve, segun el aparato que él traia, yo creo que es de muy gran linaje.» Mucho plugo al Rey en lo saber, y preció al caballero que lo tán bien guardara, é dijo á don Gandáles: «Pues que Dios tanto cuidado tuvo en lo guardar, razon es que lo tengamos nos en lo criar é hacer bien cuando tiempo será.» La Reina dijo: «Yo quiero que sea mio, si os pluguiere, en tanto que es de edad de servir mujeres; despues será vuestro.» El Rey se lo otorgó. Otro dia de mañana se partieron de allí, llevando los donceles consigo, é fueron su camino. Pero dígoos de la Reina que facia criar al Doncel del Mar con tanto cuidado é honra como si su fijo propio fuese; mas el trabajo que con él tomaba no era vano, porque su ingenio era tal é condicion tan noble, que muy mejor que otro ninguno, é mas presto, todas las cosas aprendia. El amaba tanto caza é monte, que si lo dejasen, nunca dello se apartara, tirando con su arco, cebando los canes. La Reina era tan agradada de como él servia, que lo no dejaba quitar delante su presencia.

El autor aquí torna á contar del rey Perion é de su amiga Elisena. Como ya oistes, Perion estaba en su reino, despues que hobo fablado con los clérigos que el sueño le soltaron, é muchas veces pensó en las palabras

que la doncella le dijera, mas no las pudo entender. Pues pasando algunos dias, estando en su palacio, entró una doncella por la puerta, é dióle una carta de Elisena, su amiga, en que le facia saber cómo el rey Garínter, su padre, era muerto, y ella estaba desamparada; que la hubiese piedad, que la reina de Escocia, su hermana, y el Rey, su marido, le querian tomar la tierra. El rey Perion, como quiera que de la muerte del rey Garínter pesar grande hobiese, fué alegre en pensar de ir á ver á su amiga, donde nunca perdia deseo; é dijo á la doncella: «Agora os id, é decid á vuestra señora que sin me detener un solo dia seré luego con ella.» La doncella se tornó muy alegre. El Rey, aderezando la gente que era necesaria, partió luego al derecho camino donde Elisena era, é tanto anduvo por sus jornadas, que llegó á la pequeña Bretaña, donde falló nuevas que Languines habia todo el señorío de la tierra, salvo aquellas villas que su padre á Elisena dejara; é sabiendo que era ella en una villa que Arcarte se decia, fuése allá, é si fué bien recebido no es de contar, é por al semejante ella dél; que se mucho amaban. El Rey le dijo que ficiese llamar todos sus amigos é parientes, porque la queria tomar por mujer. Elisena así lo fizo, con gran gozo de su ánimo, porque en aquello consistia todo el fin de sus deseos.

Sabido por el rey Languines la venida del rey Perion, é como con Elisena casar queria, mandó llamar todos los hombres buenos de la tierra, é llevándolos consigo, se fué para él, habiéndose ambos con buen talante saludado é rescebido; é las bodas é fiestas celebradas, acordaron los reyes de se volver en sus reinos; é caminando el rey Perion con Elisena, su mujer, pasando cabe una ribera, donde aposentar querie, el Rey se fué solo suso por la ribera, pensando cómo sabria de Elisena lo del fijo que los clérigos le dijeran cuando le absolvieron el sueño; é tanto anduvo en este pensar, que llegó á una ermita, donde trabando el caballo á un árbol, entró á hacer oracion, é vió dentro della un hombre viejo, vestido de paños de órden, é dijo al Rey: «Caballero, ¿es verdad que el rey Perion está casado con la fija del Rey nuestro señor?—Verdad es, dijo él.—Mucho me place, dijo el hombre bueno; que yo sé cierto que della es muy amado de todo su corazon.—¿Por dónde lo sabeis vos? dijo él.—Por su boca, dijo el buen hombre.» El Rey, pensando saber lo que deseaba, fízosele conocer é dijo: «Ruégoos que me digais lo que della sabeis.—Gran yerro faria en ello, dijo el hombre bueno, é vos me terníades por hereje si lo que en confesion se dijo yo lo manifestase; baste lo que os digo, que de amor verdadero y leal os ama; pero quiero que sepais lo que una doncella, al tiempo que á esta tierra venistes, me dijo, que me parecia muy sábia, é no lo puedo entender: que de la pequeña Bretaña saldrian dos dragones, que ternian su señorío en Gaula é sus corazones en la Gran Bretaña, é de allí saldrian á comer las bestias de las otras tierras, é que contra unas serian muy bravos é feroces, é contra otras mansos é humildosos, como si uñas ni corazones no toviesen; é yo fuí muy maravillado de lo oir, pero no porque sepa la razon dello.»

El Rey se maravilló, é aunque al presente no lo entendiese, tiempo fué que claro lo conosció ser así verdad; é así se despidió el rey Perion del ermitaño é tornóse á las tiendas en que á su mujer é compaña habia dejado, donde aquella noche con gran vicio quedó. Estando en su lecho en gran placer, díjole á la Reina lo que los maestros habian declarado de su sueño, é que le rogaba le dijese si habia parido algun fijo. La Reina, que esto oyó, hobo tan gran vergüenza, que quisiera su muerte, é nególo, diciendo que nunca pariera; así que, el Rey no pudo aquella vez saber lo que queria. Otro dia partieron dende, é anduvieron por sus jornadas fasta que allegaron en el reino de Gaula, é plugo á todos los de la tierra con la Reina, que era muy noble dueña; é allí holgó el Rey algo mas que solia, é hubo en ella un fijo é una hija; al hijo llamaron Galaor, é á la hija Melicia. Cuando el niño hobo dos años é medio fué así: que el Rey, su padre, era en una villa cabe la mar, que Bangil habia nombre, y estando él á una finiestra sobre una huerta, é la Reina por ella holgando con sus dueñas é doncellas, teniendo el niño cabe sí, que ya comenzaba á andar, vieron entrar por un postigo que á la mar salia un jayan con una muy gran maza en su mano, y era tan grande é desemejado, que no habia hombre que lo viese que se dél no espantase; é así lo hicieron la Reina é su compaña, que las unas huian entre los árboles, é las otras se dejaban caer en tierra, atapando los ojos por le no ver; mas el gigante enderezó contra el niño, que desamparado é solo le vió, é allegando á él tendió el niño los brazos riendo, é tomóle entre los suyos, diciendo: «Verdad me dijo la doncella.» E tornóse por donde viniera, é entrando en una barca, se fué por la mar.

La Reina, que le vió ido, y que el niño le llevaba, dió grandes gritos, mas poco le aprovechó; mas su duelo é de todos fué tan grande, que, como quiera que el Rey mucho dolor tenia por no haber podido socorrer su hijo, viendo que remedio no habia, bajóse á la huerta para remediar á la Reina, que se estaba matando, que le venia en la memoria el otro hijo que en la mar habia lanzado; é agora, que con este pensaba remediar su gran tristeza, verlo perdido por tal ocasion, no teniendo esperanza de jamás lo cobrar, hacia las mayores rabias del mundo. Mas el Rey la llevó consigo é la hizo acoger á su cámara, é cuando mas asosegada la vió dijo: «Dueña, agora conozco ser verdad lo que los clérigos me dijeron, que este era el postrimero corazon; é decidme la verdad, que, segun en la sazon que fué, no debeis ser culpada.» La Reina, como quiera que con gran vergüenza, contóle todo lo que del primero hijo le aconteciera, de cómo le echara en la mar. «No tomeis enojo, dijo el Rey, pues que á Dios plugo que destos dos hijos poco gozásemos; que yo espero en él que tiempo verná que por alguna buena dicha algo dellos sabrémos.»

Este gigante que el doncel llevó era natural de Leonís, é habia dos castillos en una ínsula, é llamábase el Gandalac, é no era tan facedor de mal como los otros gigantes, antes era de buen talante fasta que era sañudo; mas despues que lo era hacia grandes cruezas. El se fué con su niño hasta en cabo de la ínsula, adó habia un ermitaño, buen hombre, de santa vida; y el gigante, que aquella

ínsula ficiera poblar de cristianos, mandábale dar limosna para su mantenimiento, é dijo: «Amigo, este niño vos doy, que lo crieis y enseñeis de todo lo que conviene á caballero; é dígoos que es fijo de rey é reina, é defiéndoos que nunca seais contra él.» El hombre bueno le dijo: «Di, ¿por qué heciste esta crueza tan grande? —Eso te diré yo, dijo él: sábete que queriendo yo entrar en una barca para me combatir con Albadán, el jayan bravo que á mi padre mató, é me tiene tomada por fuerza la peña de Galtáres, que es mia, hallé una doncella que me dijo: Eso que tú quieres se ha de acabar por el hijo del rey Perion de Gaula, que habrá mucha fuerza é ligereza mas que tú; é yo le pregunté si decia verdad. Esto verás tú, dijo ella, en la sazon que los dos ramos de un árbol se juntarán, que agora son partidos.» Desta manera quedó este doncel, llamado Galaor, en poder del ermitaño, é lo que dél avino adelante se contará.

A esta sazon que las cosas pasaban, como de suso habeis oido, reinaba en la Gran Bretaña un rey llamado Falangriz, el cual, muriendo sin heredero, dejó un hermano de gran bondad de armas é de mucha discrecion, el cual habia nombre Lisuarte, que con la hija del rey de Denamarca nuevamente casado era, que habia nombre Brisena, y era la mas hermosa doncella que en todas las ínsulas del mar se hallaba; é como quiera que de muchos altos príncipes demandada fuese, su padre, con temor de unos, no la osaba dar á ninguno dellos. Viendo ella á este Lisuarte, é sabiendo sus buenas maneras é grande esfuerzo, á todos desechando, con él se casó, que por amores la servia. Muerto este rey Falangriz, los altos hombres de la Gran Bretaña, sabiendo las cosas que este Lisuarte en armas habia hecho, é por la su alta proeza tan gran casamiento habia alcanzado, enviaron por él para que el reino tomase.

CAPITULO IV.

Cómo el rey Lisuarte navegó por la mar é aportó al reino de Escocia, donde con mucha honra fué rescebido.

La embajada oida por el rey Lisuarte, ayudándole su suegro, con gran flota en la mar entró, por donde navegando, fué aportado en el reino de Escocia, donde con mucha honra del rey Languines recebido fué. Este Lisuarte traia consigo á Brisena, su mujer, é una hija que en ella hobo cuando en Denamarca morara, que Oriana habia nombre, de fasta diez años, la mas hermosa criatura que nunca se vió; tanto, que esta fué la que Sin-par se llamó, porque en su tiempo ninguna hobo que igual le fuese; é porque de la mar enojada andaba, acordó de la dejar allí, rogando al rey Languines é á la Reina que gela guardasen. Ellos fueron muy alegres dello, é la Reina dijo: «Creed que yo la guardaré como su madre lo haria.» Y entrando Lisuarte en sus naos con mucha priesa, en la Gran Bretaña arribado fué, é falló á algunos que lo estorbaron, como hacer se suele en semejantes casos; é por esta causa no se membró de su fija por algun tiempo, é fué rey con gran trabajo que ahí tomó, é fué el mejor rey que ende hobo ni que mejor mantuviese la caballería en su derecho, fasta que el rey Artur reinó, que pasó á todos los reyes de bondad que ante dél fueron, aunque muchos reinaron entre el uno y el otro.

El autor deja reinando á Lisuarte con mucha paz é sosiego en la Gran Bretaña, é torna al Doncel del Mar, que en esta sazon era de doce años, y en su grandeza é miembros parescia bien de quince; él servia ante la Reina, é así della como de todas las dueñas é doncellas era mucho amado; mas desque allí fué Oriana, la hija del rey Lisuarte, dióle la Reina al Doncel del Mar que la sirviese, diciendo: «Amiga, este es un doncel que os servirá.» Ella dijo que le placia. El Doncel tuvo esta palabra en su corazon, de tal guisa, que despues nunca de la memoria la apartó; que sin falta, así como esta historia lo dice, en dias de su vida no fué enojado de la servir, y en ella su corazon fué siempre otorgado, y este amor duró cuanto ellos duraron; que, así como la él amaba, así amaba ella á él, en tal guisa, que una hora nunca de amar se dejaron; mas el Doncel del Mar, que no conocia ni sabia nada de cómo ella le amaba, teníase por muy osado en haber en ella puesto su pensamiento, segun la grandeza y fermosura suya, sin cuidar de ser osado á le decir una sola palabra; y ella, que lo amaba de corazon, guardábase de hablar con él mas que con otro, porque ninguna cosa sospechasen; mas los ojos habian gran placer de mostrar al corazon la cosa del mundo que mas amaba.

Así vivian encubiertamente, sin que de su hacienda ninguna cosa el uno al otro se dijesen; pues pasando el tiempo, como os digo, entendió el Doncel del Mar en sí que ya podia tomar armas si hobiese quien le ficiese caballero, y esto deseaba él, considerando que él seria tal é haria tales cosas por donde muriese, ó viviendo su señora, le preciaria; é con este deseo fué al Rey, que en una huerta estaba, é hincando los hinojos, le dijo: «Señor, si á vos pluguiese, tiempo seria de ser yo caballero.» El Rey dijo: «¿Cómo, Doncel del Mar? ¿Ya os esforzais para mantener caballería? Sabed que es ligero de haber é grave de mantener; é quien este nombre de caballería ganar quisiere é mantenerlo en su honra, tantas é tan graves son las cosas que ha de facer, que muchas veces se le enoja el corazon; é si tal caballero es que por miedo ó cobardía deja de facer lo que conviene, mas le valdria la muerte que en vergüenza vivir, é por ende ternia por bien que por algun tiempo os sufrais.» El Doncel del Mar le dijo: «Ni por todo eso no dejaré yo de ser caballero; que si en mi pensamiento no toviese de complir eso que habeis dicho, no se esforzaria mi corazon para lo ser; é pues á la vuestra merced soy criado, complid en esto comigo lo que debeis; si no, buscaré otro que lo faga.» El Rey, temiendo que así lo faria, dijo: «Doncel del mar, yo sé cuándo os será menester que lo seais, é mas á vuestra honra, é prométoos que lo faré; y en tanto ataviarse han vuestras armas é aparejos, ¿para quién cuidábades vos ir?—Al rey Perion, dijo él; que me dicen que es buen caballero é casado con la hermana de la Reina, mi señora, é hacerle he saber cómo era criado della; é con esto pensaba yo que de grado me armaria caballero.—Agora, dijo el Rey, estad; que cuando sazon fuere, honradamente lo seréis.»

E luego mandó que le aparejasen las cosas á la órden de caballería necesarias; é hizo saber á Gandáles todo cuanto con su criado le contesciera, de que Gandáles fué muy alegre, y envióle por una doncella la espada y el anillo é la carta envuelta en la cera, como lo hallara en l' arca donde á él falló; y estando un dia la hermosa Oriana con otras dueñas é doncellas en el palacio, holgando en tanto que la Reina dormia, era allí con ellas el Doncel del Mar, que solo mirar no osaba á su señora, y decia entre sí: «¡Ay Dios! ¿por qué vos plugo de poner tanta beldad en esta señora, y en mí tan gran cuita é dolor por causa della? En fuerte punto mis ojos la miraron, pues que perdiendo la su lumbre con la muerte, pagarán aquella gran locura en que al corazon han puesto.» E así estando casi sin ningun sentido, entró un doncel é díjole: «Doncel del Mar, allí fuera está una doncella extraña que os trae donas é os quiere ver.» El quiso salir á ella, mas aquella que lo amaba, cuando lo oyó, estremeciósele el corazon de manera, que si en ello alguno mirara, pudiera bien ver su gran alteracion; mas tal cosa no la pensaban; y ella dijo: «Doncel del Mar, quedad, y entre la doncella y verémos las donas.» El estuvo quedo, é la doncella entró; y esta era la que enviaba Gandáles, é dijo: «Señor Doncel del Mar, vuestro amo Gandáles vos saluda mucho, así como aquel que os ama, y envíaos esta espada y este anillo y esta cera, é ruégaos que trayais esta espada en cuanto vos durare, por su amor.» El tomó las donas, é puso el anillo é la cera en su regazo, é comenzó á desenvolver de la espada un paño de lino que la cobria, maravillándose cómo no traia vaina, y en tanto Oriana tomó la cera, que no creia que en ella otra cosa hobiese, é díjole: «Esto quiero yo destas donas.» A él pluguiera mas que tomara el anillo, que era uno de los hermosos del mundo; é mirando la espada, entró el Rey é dijo: «Doncel del Mar, ¿qué os paresce desa espada?—Señor, parésceme muy hermosa, mas no sé por qué está sin vaina.—Bien há quince annos, dijo el Rey, que no la hobo.» E tomándole por la mano, se apartó con él é díjole: «Vos quereis ser caballero, é no sabeis si de derecho os conviene; é quiero que sepais vuestra hacienda, como yo la sé.» E contóle cómo fuera en la mar hallado con aquella espada é anillo en el arca metido, así como lo oistes. Dijo él: «Yo creo lo que me decis, porque aquella doncella me dijo que mi amo Gandáles me enviaba esta espada, é yo pensé que errara en su palabra en me no decir que mi padre era; mas á mí no pesa de cuanto me decis, sino por no conocer mi linaje, ni ellos á mí; pero yo me tengo por hidalgo, que mi corazon á ello me esfuerza; é agora, Señor, me conviene mas que ante caballería, y ser tal que gane honra y prez, como aquel que no sabe parte de donde viene, é como si todos los de mi linaje muertos fuesen, que por tales los cuento, pues no me conocen, ni yo á ellos.»

El Rey creyó que seria hombre bueno y esforzado para todo bien; y estando en estas hablas, vino un caballero, que le dijo: «Señor, el rey Perion de Gaula es venido en vuestra casa. — ¿Cómo en mi casa? dijo el Rey. — En vuestro palacio está,» dijo el caballero. El fué allá muy ahína, como aquel que sabia honrar á todos; é como se vieron, saludáronse ambos, é Languines le dijo: «Señor, ¿á qué venistes á esta tierra tan sin sospecha?—Vine á buscar amigos, dijo el rey Perion; ca los he menester agora mas que nunca; que el rey Abies de Irlanda me guerrea, y es con todo su poder en mi tierra, é acógese en la desierta, é viene con él Daganel, su cohermano, é ambos han tan gran gente ayuntada contra mí, que mucho me son menester parientes é amigos, así por haber en la guerra mucha gente de la mia perdido, como por me fallecer otros muchos en que me fiaba.» Languines le dijo: «Hermano, mucho me pesa de vuestro mal, é yo vos faré ayuda como mejor pudiere.» Agrájes era ya caballero, é fincando los hinojos ante su padre, dijo: «Señor, yo vos pido un don.» Y él, que lo amaba como á sí, dijo: «Fijo, demanda lo que quisieres.—Demándoos, Señor, que me otorgueis que yo vaya á defender á la Reina, mi tia.—Yo lo otorgo, dijo él; y te enviaré lo mas honradamente é mas apuesto que yo pudiere.» El rey Perion fué ende muy alegre.

El Doncel del Mar, que ahí estaba, miraba mucho al rey Perion, no por padre, que no lo sabia, mas por la gran bondad de armas que dél oyera decir; é mas deseaba ser caballero de su mano que de otro ninguno que en el mundo fuese; é creyó que el ruego de la Reina valdria mucho para ello; mas hallándola muy triste por la pérdida de su hermana, no le quiso hablar, é fuése donde su señora Oriana era; é hincados los hinojos ante ella, dijo: «Señora Oriana, ¿podria yo por vos saber la causa de la tristeza que la Reina tiene?» Oriana, que así vió ante sí á aquel que mas que á sí amaba, sin que él ni otro alguno lo supiese, al corazon gran sobresalto le ocurrió, é dijole: «Ay Doncel del Mar, esta es la primera cosa que me demandastes, é yo la haré de buena voluntad.—Ay Señora, dijo él; que yo no soy tan osado ni digno de á tal señora ninguna cosa pedir, sino hacer lo que por vos me fuere mandado.—E ¿cómo? dijo ella, ¿tan flaco es vuestro corazon, que para rogar no basta?—Tan flaço, dijo él, que en todas las cosas contra vos me debe fallecer, sino en vos servir, como aquel que, sin ser suyo, es todo vuestro.—¿Mio? dijo ella; ¿desde cuando?—Desde cuando vos plugo, dijo él.—E ¿cómo me plugo? dijo Oriana.—Acuérdese, Señora, dijo el Doncel, que el dia que de aquí vuestro padre partió me tomó la Reina por la mano, é poniéndome ante vos, dijo: Este doncel os doy que os sirva; é dijistes que os placia; desde entonces me tengo y me terné por vuestro para os servir, sin que otra ni yo mismo sobre mí señorío tenga en cuanto viva.—Esa palabra, dijo ella, tomastes vos con mejor entendimiento que á la fin que se dijo; mas bien me place que así sea.» El fué tan atónito del placer que ende hobo, que no supo responder ninguna cosa otra; y ella vió que todo señorío tenia sobre él; é dél se partiendo, se fué á la Reina, é supo que la causa de su tristeza era por la pérdida de su hermana; lo cual, tornando al Doncel del Mar, le manifestó. El Doncel le dijo: «Si á vos, Señora, pluguiese que yo fuese caballero, seria en ayuda desa hermana de la Reina, otorgándome vos la ida.—E si la yo no otorgase, dijo ella, ¿no iríades allá?—No, dijo él; porque este mi vencido corazon sin el

favor de cuyo es, no podria ser sostenido en ninguna afrenta, ni aun sin ella.» Eila se rió con buen semblante é díjole: «Pues que así os he ganado, otórgoos que seais mi caballero y ayudeis á aquella hermana de la Reina.» El Doncel le besó las manos é dijo: «Pues que el Rey, mi señor, no me ha querido hacer caballero, mas á mi voluntad lo podria agora ser deste rey Perion, á vuestro ruego.—Yo faré en ello lo que pudiere, dijo ella; mas menester será de lo decir á la infanta Mabilia, que su ruego mucho valdrá ante el Rey, su tio.» Entonces se fué á ella é díjole cómo el Doncel del Mar queria ser caballero por mano del rey Perion, é que habia menester para ello el ruego suyo é dellas. Mabilia, que muy animosa era é al Doncel amaba de sano amor, dijo: «Pues fagámoslo por él, que lo merece; é véngase á la capilla de mi madre armado de todas armas, é nos le harémos compañía con otras doncellas; é queriendo el rey Perion cabalgar para se ir, que, segun he sabido, será antes del alba, yo le enviaré á rogar que me vea, é allí hará el vuestro ruego, ca mucho es caballero de buenas maneras.—Bien decis, dijo Oriana.» E llamando entrambas al doncel, le dijeron cómo lo tenian acordado; él se lo tuvo en merced.

Así se partieron de aquella fabla en que todos tres fueron acordados, y el Doncel llamó á Gandalin é díjole: «Hermano, lleva mis armas todas á la capilla de la Reina encubiertamente; que pienso esta noche ser caballero; é porque en la hora me conviene de aquí partir, quiero saber si querrás irte comigo.— Señor, yo os digo que á mi grado nunca de vos seré partido.» Al Doncel le vinieron las lágrimas á los ojos y besóle en la faz é díjole: «Amigo, agora haz lo que te dije.» Gandalin puso las armas en la capilla en tanto que la Reina cenaba; é los manteles alzados, fuése el Doncel á la capilla, é armóse de sus armas todas, salvo la cabeza é las manos, é hizo su oracion ante el altar, rogando á Dios que, así en las armas como en aquellos mortales deseos que por su señora tenia, le diese vitoria.

Desque la Reina fué á dormir, Oriana é Mabilia con algunas doncellas se fueron á él por le acompañar; é como Mabilia supo que el rey Perion queria cabalgar, envióle á decir que la viese ante; él vino luego, é díjole Mabilia: «Señor, haced lo que os rogare Oriana, fija del rey Lisuarte.» El Rey dijo que de grado lo haria, que el merecimiento de su padre á ello le obligaba. Oriana vino ante el Rey; é como la vió tan hermosa, bien creia que en el mundo su igual no se podria fallar; é dijo: «Yo vos quiero pedir un don.—De grado, dijo el Rey, lo faré.— Pues facedme ese mi doncel caballero;» é mostróselo, que de rodillas ante el altar estaba. El Rey vió al Doncel tan fermoso, que mucho fué maravillado; y llegándose á él, dijo: «¿Quereis recebir órden de caballería?—Quiero, dijo él.—En el nombre de Dios, y él mande que tan bien empleada en vos sea é tan crecida en honra como él os creció en fermosura.» E poniéndole la espuela diestra, le dijo: «Agora sois caballero, é la espada podeis tomar;» el Rey la tomó é diógela, y el Doncel la ciñó muy apuestamente, y el Rey dijo: «Cierto, este acto de os armar caballero, segun vuestro gesto é aparencia, con mayor honra lo quisiera haber hecho; mas yo espero en Dios que vuestra fama será tal, que dará testimonio de lo que con mas honra se debia facer.» E Mabilia é Oriana quedaron muy alegres y besaron las manos al Rey; é encomendando el Doncel á Dios, se fué su camino.

Aqueste fué el comienzo de los amores deste caballero y desta infanta; é si al que lo leyere estas palabras simples le parecieren, no se maraville dello, porque no solo á tan tierna edad como la suya, mas á otros que con gran discrecion muchas cosas en este mundo pasaron, el grande y demasiado amor tuvo tal fuerza, que el sentido y la lengua en semejantes autos les fué turbado. Así que, con mucha razon ellos en las decir, y el autor en mas polidas palabras no las escrebir, deben ser sin culpa, porque á cada cosa se debe dar lo que le conviene. Seyendo armado caballero el Doncel del Mar, como de suso es dicho, é queriéndose despedir de Oriana, su señora, é de Mabilia é de las otras doncellas que con él en la capilla velaron, Oriana, que le parecia partírsele el corazon, sin se lo dar á entender, le sacó aparte y le dijo: «Doncel del Mar, yo os tengo por tan bueno, que no creo que seais hijo de Gandáles; si al en ello sabeis, decídmelo.» El Doncel le dijo de su hacienda aquello que del rey Languines supiera; y ella, quedando muy alegre en lo saber, lo encomendó á Dios; y él falló á la puerta del palacio á Gandalin, que le tenia la lanza y escudo y el caballo; y cabalgando en él, se fué su via sin que de ninguno visto fuese, por ser aun de noche; é anduvo tanto, que entró por una floresta, donde, el mediodía pasado, comió de lo que Gandalin le llevaba; é seyendo ya tarde, oyó á su diestra parte unas voces muy dolorosas, como de hombre que gran cuita sentia, é fué ahína contra allá, y en el camino halló un caballero muerto, é pasando por él, vió otro que estaba mal llagado, y estaba sobre él una mujer que le hacia dar las voces, metiéndole las manos por las llagas; é cuando el caballero vió al Doncel del Mar dijo: «Ay señor caballero, acorredme, é no me dejeis así matar de esta alevosa.» El Doncel le dijo: «Tiráos afuera, dueña, que os no conviene lo que haceis.» Ella se apartó, y el caballero quedó amortecido, y el Doncel del Mar decendió del caballo, que mucho deseaba saber quién fuese, é tomó al caballero en sus brazos, é tanto que acordado fué dijo: «¡Oh Señor! muerto soy, y llevadme donde haya consejo de mi alma.» El Doncel le dijo: «Señor caballero, esforzad y decidme, si os pluguiere, qué fortuna es esta en que estáis.—La que yo quise tomar, dijo el caballero; que yo, siendo rico y de gran linaje, casé con aquella mujer que vistes, por grande amor que le habia, siendo ella en todo al contrario; y esta noche pasada íbaseme con aquel caballero que allí muerto yace, que le nunca vi sino esta noche, que se aposentó comigo: y despues que en batalla lo maté díjele que la perdonaria si juraba de no me facer mas tuerto ni deshonra; y ella así lo otorgó; mas de que vió írseme tanta sangre de las feridas, que no tenia esfuerzo, quísome matar metiendo en ellas las manos; así que, soy muerto; é ruégoos que me lleveis aquí adelante, donde mora un ermitaño, que curará de mi alma.»

El Doncel lo hizo cabalgar ante Gandalin, é cabalgó é fuéronse yendo contra la ermita; mas la mala mujer

mandara decir á tres hermanos suyos que viniesen por aquel camino, con recelo de su marido que tras ella iria, y estos encontráronla é preguntaron cómo andaba así. Ella dijo: «¡Ay señores! acorredme por Dios, que aquel mal caballero que allí va mató ese que ahí veis, é á mi señor lleva tal como muerto; id tras él é matadlo, é á un hombre que consigo lleva, que hizo tanto mal como él. Esto decia ella porque, muriendo ambos, no se sabria su maldad; que su marido no seria creído; é cabalgando en su palafren, se fué con ellos por se los mostrar. El Doncel del Mar dejara ya el caballero en la ermita é tornaba á su camino; mas vió cómo la dueña venia con los tres caballeros, que decian: «Estad, traidor, estad.—Mentis, dijo él; que traidor, no soy; antes me defenderé bien de traicion, é venid á mí como caballeros.—Traidor, dijo el delantero, todos te debemos hacer mal, é así lo harémos.» El Doncel del Mar, que su escudo tenia y el yelmo enlazado, dejóse ir al primero, y él á él, é hiriólo en el escudo tan duramente, que se lo pasó, y el brazo en que lo tenia, y derribó á él é al caballo en tierra tan bravamente, que el caballo hobo la espalda diestra quebrada, y el caballero, de la gran caida, la una pierna; de guisa que ni el uno ni el otro se pudieron levantar; y quebró la lanza y echó mano á su espada, que le guardara Gandalin, é dejóse ir á los dos, y ellos á él, y encontráronle en el escudo, que gelo falsaron, mas no el arnés, que fuerte era; y el Doncel firió al uno por cima del escudo, é cortóselo fasta la embrazadura, é la espada alcanzó en el hombro; de guisa que con la punta le cortó la carne é los huesos, que el arnés no le valió; é al tirar la espada fué el caballero en tierra; é fuése al otro, que lo heria con su espada, é dióle por cima del yelmo, é hiriólede tanta fuerza en la cabeza, que le fizo abrazar con la cerviz del caballo, y dejóse caer por no le atender otro golpe; é la alevosa quiso huir, mas el Doncel del Mar dió voces á Gandalin que la tomase. El caballero que á pié estaba dijo: «Señora, no sabemos si esta batalla fué á derecho ó á tuerto.—A derecho no podia ser, dijo él; que aquella mujer mala mataba á su marido.—Engañados somos, dijo él, é dadnos seguranza, é sabréis la razon por qué vos acometimos.—La seguranza, dijo, os doy; mas no os quito la batalla.» El caballero le contó la causa por qué á él vinieron, y el Doncel se santiguó muchas veces de lo oir, é díjoles lo que sabia; «E veis aquí su marido en esta ermita, que así como yo vos lo dirá.—Pues que así es, dijo el caballero, nos seamos en la vuestra merced.—Eso no haré yo si no jurais como leales caballeros que llevaréis este caballero herido é á su mujer con él á casa del rey Languines, é diréis cuanto de ella aconteció, y que la envia un caballero novel que hoy salió de la villa donde él es, y que mande hacer lo que por bien toviere.» Esto otorgaron los dos, y el otro, despues que muy malo lo sacaron de bajo del caballo.

CAPITULO V.

Cómo Urganda la Desconocida trajo una lanza al Doncel del Mar.

El Doncel del Mar dió su escudo é yelmo á Gandalin, é fuése su via, é no anduvo mucho, que vió venir una doncella en un palafren, é traia una lanza con una trena entrenzada en el asta, é vió otra doncella con que ella se juntó, que por otro camino venia, é viniéronse ambas hablando contra él; é como llegaron, la doncella de la lanza le dijo: «Señor, tomad esta lanza, é dígovos que ante de tercero dia faréis con ella tales golpes, porque libraréis la casa donde primero salistes.» El fué maravillado de lo que decia, é dijo: «Doncella, la casa ¿cómo puede morir ni vivir?—Así será como yo lo digo, dijo ella, é la lanza os dó por algunas mercedes que de vos espero. La primera será cuando hiciérdes una honra á un vuestro amigo, por donde será puesto en la mayor afrenta y peligro que fué puesto caballero pasados há diez annos. —Doncella, dijo él, tal honra no faré yo á mi amigo, si Dios quisiere.—Yo sé bien, dijo ella, que así acaecerá como yo lo digo.» E dando de las espuelas al palafren, se fué su via; é sabed que esta era Urganda la Desconocida.

La otra doncella quedó con él é dijo: «Señor caballero, soy de tierra extraña, é si quisiérdes, aguardar os he fasta tercero dia, é dejaré de ir donde es mi señora.—Y ¿dónde sois? dijo él.—De Denamarca,» dijo la doncella, y él conoció que decia verdad en su lenguaje; que algunas veces oyera hablar á su señora Oriana cuando era mas niña; é dijo: «Doncella, bien me place, si por afan no lo tuviérdes.» Y preguntóle si conocia la doncella que la lanza le dió; ella dijo que la nunca viera sino entonces, mas que le dijera que la traia para el mejor caballero del mundo; «E díjome que despues que de vos se partiese, que os hiciese saber cómo era Urganda la Desconocida y que mucho vos ama. —¡Ay Dios! dijo él, cómo soy sin ventura en la no conocer, é si la dejo de buscar, es porque ninguno la hallará sin su grado.»

E así anduvo con la doncella fasta la noche, que halló un escudero en la carrera, que le dijo: «Señor, ¡hácia dó is?— Voy por este camino, dijo él.— Verdad es, dijo el escudero; mas si aposentarvos quereis en poblado, converná que lo dejeis; que de aquí á gran pieza no se hallará sino una fortaleza, que es de mi padre, é allí se os fará todo servicio.» La doncella le dijo que seria bien, y él se lo otorgó. El escudero los desvió del camino para los guiar, y esto facia por una costumbre que habia ahí adelante en un castillo por do el caballero habia de ir, é queria ver lo que haria; que nunca viera combatir caballero andante. Pues allí llegados aquella noche, fueron muy bien servidos; mas el Doncel del Mar no dormia mucho, que lo mas de la noche estuvo contemplando en su señora donde se partiera, é á la mañana armóse é fué su via con su doncella y el escudero. Su huésped le dijo que le haria compañía hasta un castillo que habia adelante. Así anduvieron tres leguas, é vieron el castillo, que muy fermoso parecia, que estaba sobre un rio, é habia una puente levadiza, y en cabo della una torre muy alta y hermosa. El Doncel del Mar preguntó al escudero si aquel rio tenia otra pasada sino por la puente; él dijo que no, que todos pasaban por ella; «E nos por ahí vamos á pasar.—Pues via adelante,» dijo él.

La doncella pasó, é los escuderos despues, y el Doncel del Mar á la postre; é iba tan firmemente pensando en su señora, que todo iba fuera de sí. Como la doncella entró tomáronla seis peones por el freno, armados de

capellinas é corazas, é dijeron: «Doncella, conviene que jureis; si no, seréis muerta. — ¿Qué juraré? — Jurarás de no facer amor á tu amigo en ningun tiempo, si no os promete que ayudará al rey Abies contra el rey Perion.» La doncella dió voces, diciendo que la querian matar; el Doncel del Mar fué allá é dijo: «Villanos, malos, ¿quién os mandó poner mano en dueña ni doncella; en demás en esta que va en mi guarda?» Y llegándose al mayor dellos, le trabó de la hacha, é dióle tal herida con el cuento, que lo batió en tierra; los otros comenzáronlo á ferir, mas él dió al uno tal golpe, que lo hendió fasta los ojos, é hirió á otro en el hombro, é cortóle hasta los huesos de los costados. Cuando los otros vieron estos dos muertos de tales golpes, no fueron seguros é comenzaron á huir; y él tiró al uno la hacha, que bien media pierna le cortó, é dijo á la doncella: «Id adelante; que mal hayan cuantos tienen por derecho que ningun villano ponga mano en dueña ni en doncella.» Entonces fueron adelante por la puente, é oyeron del otro cabo, á la parte del castillo, gran revuelta. Dijo la doncella: «Gran ruido de gente suena, é yo seria en que tomásedes vuestras armas. — No temais, dijo él, que en parte donde las mujeres son maltratadas, que deben andar seguras, no puede haber hombre que nada valga. — Señor, dijo ella, si las armas no tomais, no osaria pasar mas adelante.» El las tomó é pasó adelante, y entrando por la puerta del castillo, vió un escudero que venia llorando y decia: «¡Ay Dios! cómo matan al mejor caballero del mundo porque no hace una jura que no puede tener con derecho.» E pasando por él, vió el Doncel del Mar al rey Perion, que le ficiera caballero, asaz maltratado, que le habian muerto el caballo, é dos caballeros con diez peones sobre él armados, que lo herian por todas partes, é los caballeros le decian: «Jura; si no, muerto eres.» El Doncel les dijo: «Tiráos afuera, gente mala, soberbia; no pongais mano en el mejor caballero del mundo; que todos por él moriréis.» Entonces se partieron de los otros el un caballero é cinco peones, é viniendo contra él, le dijeron: «A vos así conviene que jureis, ó sois muerto. — ¿Cómo, dijo él, juraré contra mi voluntad? Nunca será, si Dios quisiere.» Ellos dieron voces al portero que cerrase la puerta, y el Doncel se dejó correr al caballero, é hiriólo con su lanza en el escudo, de manera que lo derribó en tierra por encima de las ancas del caballo, é al caer dió el caballero con la cabeza en el suelo, que se le torció el pescuezo, é fué tal como muerto; y dejando los peones que lo herian, fué para el otro, é pasóle el escudo y el arnés, y metióle la lanza por los costados, que no hobo menester maestro.

Cuando esto vió el rey Perion, que de tal manera era acorrido, esforzóse de se mejor defender, é con su espada grandes golpes en la gente de pié daba; mas el Doncel del Mar entró tan desapoderadamente entre ellos con el caballo, é firiendo con su espada de tan mortales y esquivos golpes, que los mas dellos fizo caer por el suelo. Así con esto como con lo que el Rey hacia, no tardó mucho en ser todos destrozados, é algunos que huir pudieron subiéronse al muro; mas el Doncel se apeó del caballo y fué tras ellos, é tan grande era el miedo que llevaban, que no le osando esperar, se dejaban caer de la cerca ayuso, salvo dos dellos, que se metieron en una cámara, y el Doncel, que los seguia, entró en pos dellos, é vió en un lecho un hombre tan viejo, que de allí no se podia levantar, é decia á voces: «Villanos, malos, ¿ante quién huis? — Ante un caballero, dijeron ellos, que face diabluras, é ha muerto á vuestros sobrinos ambos é á todos nuestros compañeros.» El Doncel dijo á uno dellos: «Muéstrame á tu señor; si no, muerto eres.» El le mostró el viejo que en el lecho yacia. El se comenzó á santiguar é dijo: «Viejo malo, estás en el paso de la muerte, é ¿tienes tal costumbre? Si agora pudiésedes tomar armas, probaros-y-a que érades traidor, é así lo sois á Dios é á vuestra ánima.» Entonces fizo semblante que le queria dar con el espada; y el viejo dijo: «¡Ay Señor! merced, no me mateis. — Muerto sois, dijo el Doncel del Mar, si no jurais que tal costumbre nunca mas en vuestra vida mantenida será.» El lo juró. «Pues agora me decid por qué manteníades esta costumbre. — Por el rey Abies de Irlanda, dijo él, que es mi sobrino, é yo no le puedo ayudar con el cuerpo, quisiérale ayudar con los caballeros andantes. — Viejo falso, dijo el Doncel, ¿qué han de haber los caballeros en vuestra ayuda ni estorbo?» Entonces dió del pié al lecho é tornólo sobre él, y encomendándole á todos los diablos del infierno, se salió al corral, é fué á tomar uno de los caballos de los caballeros que matara, é trájole al Rey é dijo: «Cabalgad, Señor; que poco me contento deste lugar ni de los que en él son.»

Entonces cabalgaron é salieron fuera del castillo, y el Doncel del Mar no tiró su yelmo, porque el Rey no lo conociese; é siendo ya fuera, dijo el Rey: «Amigo señor, ¿quién sois, que me acorristes siendo cerca de la muerte, y me tirastes de mi estorbo é muchos caballeros andantes é los amigos de las doncellas que por aquí pasasen? Que yo soy aquel contra quien de jurar habian. — Señor, dijo el Doncel del Mar, yo soy un caballero que hobo gana de os servir. — Caballero, dijo él, esto veo yo bien; que apenas podria hombre hallar otro tan buen socorro; pero no os dejaré sin que os conozca. — Eso no tiene á vos ni á mí pro, dijo el Doncel. — Pues ruégoos por cortesía que os tireis el yelmo.» El abajó la cabeza é no respondió; mas el Rey rogó á la doncella que se lo tirase, y ella le dijo: «Señor, haced el ruego del Rey, que tanto lo desea.» Pero él no quiso; é la doncella le quitó el yelmo contra su voluntad, é como el Rey le vió el rostro, conosció ser aquel el doncel que él armara caballero por ruego de las doncellas, é abrazándolo, dijo: «Por Dios, amigo, agora os conozco yo mejor que ante. — Señor, dijo él, yo bien os conocí, que me distes honra de caballería; lo que, si á Dios pluguiere, os serviré en vuestra guerra de Gaula tanto que otorgado me fuere, é fasta entonces no quisiera dárosme á conoscer. — Mucho os lo agradezco, dijo el Rey, que por mí faceis tanto, que mas ser no puede; é dó muchas gracias á Dios que por mí fué hecha tal obra.» Esto decia por le haber fecho caballero; que del deudo que le habia ni lo sabia ni lo pensaba.

Hablando en esto, llegaron á dos carreras, é dijo el Doncel del Mar: «Señor, ¿cuál destas quereis seguir? — Esta que va á la siniestra parte, dijo él; que es la derecha

para ir á mi tierra.—A Dios vais, dijo él; que tomaré yo la otra.—Dios vos guie, dijo el Rey, é miémbreseos lo que me prometistes; que vuestra ayuda me ha quitado la mayor parte del pavor y me pone en esperanza de con ella ser remediada mi pérdida.» Entonces se fué su via, y el Doncel quedó con la doncella, la cual le dijo: «Señor caballero, yo os aguardé por lo que la doncella que la lanza os dió me dijo, que la traia para el mejor caballero del mundo, é tanto he visto, que conozco ser verdad; agora quiero tornar á mi camino por ver aquella mi señora que vos dije.—E ¿quién es ella? dijo el Doncel del Mar.—Oriana, la hija del rey Lisuarte,» dijo ella. Cuando él oyó mentar á su señora estremecióse le el corazon tan fuertemente, que por poco cayera del caballo, é Gandalin, que así lo vió atónito, abrazóse con él, y el Doncel dijo: «Muerto soy del corazon.» La doncella dijo, cuidando que otra dolencia fuese: «Señor caballero, desarmáos, que gran cuita hobistes.—No es menester, dijo él; que á menudo he este mal.» El escudero que ya oistes dijo á la doncella: «¿Vais á casa del rey Languines?—Sí, dijo ella.—Pues yo os faré compañía, dijo él; que tengo de ser ahí á plazo cierto.» E despidiéndose del Doncel del Mar, se tornaron por la via que allí vinieron, y él se fué por su camino donde la ventura lo guiaba.

El autor aquí deja de fablar del Doncel del Mar, é torna á contar de don Galaor, su hermano, que el gigante hobo llevado. Don Galaor, que con el ermitaño se criaba, como ya oistes, siendo ya en edad de diez é ocho annos, fízose valiente de cuerpo y membrudo, é siempre leia en unos libros que el buen hombre le daba de los hechos antiguos que los caballeros en armas pasaron; de manera que cuasi con ello, como con lo natural con que nasciera, fué movido á gran deseo de ser caballero; pero no sabia si de derecho lo debia ser, é rogó mucho al hombre bueno que lo criaba que gelo dijese; mas él, sabiendo cierto que en siendo caballero se habia de combatir con el gigante Albadan, viniéronle las lágrimas á los ojos, é díjole: «Mi fijo, mejor seria que tomásedes otra via mas segura para vuestra alma, que poneros en las armas y en la órden de caballería, que muy trabajosa es de mantener.—Mi señor, dijo él, muy mal podria yo seguir aquello que contra mi voluntad tomase, y en esto que mi corazon se otorga, si Dios me diere ventura, yo lo pasaré á su servicio; que fuera desto, no querria que la vida me quedase. El hombre bueno, que vió su voluntad, díjole: «Pues que así es, yo vos digo verdaderamente que si por vos no se pierde, que por vuestro linaje no se perderá; que vos sois hijo de rey é de reina; y esto no lo sepa el gigante que vos lo dije.» Cuando Galaor esto oyó fué muy alegre, que mas ser no podia, é dijo: «El pensamiento que yo fasta aquí tenia por grande en querer ser caballero, tengo agora por pequeño, segun lo que me habeis dicho.» El hombre bueno, temiendo que se le no fuese, envió á decir al jayan cómo aquel su criado estaba en edad é con gana de ser caballero; que mirase lo que le convenia. Oido esto por él, cabalgó y fuése allá, é halló á Galaor muy hermoso é valiente, mas que su edad lo requeria, é díjole: «Hijo, yo sé que quereis ser caballero, é quiéroos llevar comigo, é trabajaré como lo seais mucho á vuestra honra.—Padre, dijo él, en eso será mi voluntad del todo complida.» Entonces le fizo cabalgar en un caballo para lo llevar, pero antes se despidió del hombre bueno, hincados los hinojos ante él, rogándole que dél hobiese memoria. El hombre bueno lloraba y besábale muchas veces, é dándole su bendicion, se fué con el gigante, y llegados á su castillo, fízole armas á su medida, é facíale cabalgar é bohordar por el campo, é dióle dos esgremidores que le desenvolviesen é le soltasen con el escudo y espada, é fízole aprender todas las cosas de armas que á caballero convenian. En esto le detuvo un año, que el gigante vió que le bastaba para que sin empacho podria ser caballero.

Aquí deja el autor de contar desto, porque en su lugar mencion se hará de lo que este Galaor hizo, é torna á contar de lo que sucedió al Doncel del Mar despues que del rey Perion é de la doncella de Denamarca y del castillo del viejo se partió: anduvo dos dias sin aventura fallar, é al tercero dia, á la hora de mediodía, llegó á vista de un muy hermoso castillo, que era de un caballero que Galpano habia nombre, que era el mas valiente y esforzado en armas que en todas aquellas partes se fallaba; así que, mucho dudado y temido de todos era; é junta su gran valentía con la fortaleza del castillo, tal costumbre mantenia cual hombre muy soberbio debia mantener, siguiendo mas el servicio del enemigo malo que de aquel alto Señor que tan señalado entre todos los otros le ficiera, que era lo que agora oiréis. Las dueñas é doncellas que por allí pasaban facíalas subir al castillo, é faciendo dellas su voluntad por fuerza, habíanle jurar que en tanto que él viviese no tomasen otro amigo; é si lo no hacian, descabezábalas; é á los caballeros por el semejante, que se habian de combatir con dos hermanos suyos, é si era tal que los venciese, se combatiese con él; y él era de tanta bondad en armas, que le no osaban en el campo atender; é facíales jurar que se llamasen los vencidos de Galpano, ó les cortaba las cabezas, é tomándoles cuanto traian, se habian de ir de pié. Mas ya Dios enojado que tan gran crueza tanto tiempo pasase, otorgó á la fortuna que, procediendo contra él aquellos que en muchos tiempos con gran soberbia, con deleites demasiados, tanto á su placer é á pesar de todos sostenido habia, en pequeño espacio de tiempo tornado fuese al contrario, pagando aquellos malos su maldad, é á los otros como ellos dando temeroso enjemplo con que se emendasen, como agora vos será contado.

CAPITULO VI.

Cómo el Doncel del Mar se combatió con los peones del caballero que Galpano se llamaba, é despues con sus hermanos del señor del castillo é con el mismo señor.

Pues llegando el Doncel del Mar cerca del castillo, vió venir contra él una doncella faciendo muy gran duelo, é con ella un escudero é un doncel que la guardaban; la doncella era muy fermosa é de fermosos cabellos, é íbalos mesando. El Doncel del Mar le dijo: «Amiga, ¿qué es la causa de tan grande cuita?—Ay Señor, dijo ella, es tanto el mal, que vos lo no puedo decir.—Decídmelo, dijo él, é si con derecho vos puedo remediar, hacerlo he.—Señor, dijo ella, yo vengo con mandado de mi señor á un caballero mancebo de los

buenos que agora se saben, é tomáronme allí cuatro peones; y llevándome al castillo, fui escarnida de un traidor, é sobre todo, fízome jurar que non haya otro amigo en tanto que él viva.» El Doncel la tomó por el freno, é díjole: «Venid comigo, é darvos he derecho, si puedo.» E tomándola por la rienda, se fué con ella hablando, diciéndole quién era el caballero á quien el mandado llevaba. «Saberlo heis, dijo ella, si me vengais, é dígovos que es él tal, que habrá mucha cuita cuando mi deshonra él supiere.—Derecho es, dijo el Doncel del Mar.» Así llegaron donde los cuatro peones eran, é díjoles el Doncel del Mar: «Malos, traidores, ¿por qué fecistes mal á esta doncella?—Por cuanto no hobimos miedo, dijeron ellos, de le vos dar derecho. —Agora lo veréis,» dijo él; é metió mano á la espada é dejóse ir á ellos é dió á uno que alzaba un hacha para le ferir tal golpe, que el brazo le cortó y le echó en tierra; él cayó dando voces. Despues firió á otro por las narices al través, que le cortó hasta las orejas. Cuando los dos esto vieron comenzaron de fuir contra un rio por una jara espesa; él metió su espada en la vaina é tomó la doncella por el freno é dijo: «Vamos adelante.» La doncella le dijo: «Aquí cerca hay una puerta donde vi dos caballeros armados.—Sea, dijo él, que verlos quiero.» Entonces dijo: «Doncella, venid en pos de mí é no temais.» Y entrando por la puerta del castillo, vió un caballero armado ante sí, que cabalgaba en un caballo; é salido fuera, echaron tras él una puerta colgadiza, y el caballero le dijo con gran soberbia: «Venid, recebiréis vuestra deshonra.—Dejemos eso, dijo el Doncel, al que saberlo puede; mas pregúntovos si sois el que hizo fuerza á esta doncella.—No, dijo el caballero; mas, que lo fuese, ¿qué seria por ende?—Vengarlo yo, dijo él, si pudiese.—Pues ver quiero yo cómo os combatis.» E dejóse á él ir cuanto el caballo llevarlo pudo, é falleció de su golpe; y el Doncel del Mar lo hirió con su lanza en el escudo tan fuertemente, que ninguna arma que trajese le aprovechó, é pasóle el fierro á las espaldas é dió con él muerto en tierra; é sacando la lanza dél, se fué á otro caballero que contra él venia, diciendo: «En mal punto acá entraste.» Y el caballero lo firió en el escudo, que gelo pasó; mas detúvose el fierro en el arnés, que era fuerte; él le firió de guisa con su lanza en el yelmo, que derribógelo de la cabeza, y el caballero fué á tierra sin detenencia ninguna; é como así se vió, comenzó á dar grandes voces, é salieron tres peones armados de una cámara, é díjoles: «Matad este traidor.» Ellos le firieron el caballo de manera que le derribaron con él, mas levantándose muy sañudo de su caballo que le mataran, fué ferir al caballero con su lanza en la cara, que el hierro salió entre la oreja y el pescuezo, é cayó luego; é tornó á los de pié, que le herian é lo habian llagado en la una espalda, donde perdia mucha sangre; mas tanta era su saña, que lo no sentia, é firió con su espada aquel que lo llagara por la cabeza; de manera que la oreja le cortó é la faz é cuanto le alcanzó, é la espada descendió hasta los pechos, é los otros dos fueron contra el corral, diciendo á grandes voces: «Venid, Señor, venid; que todos somos muertos.»

El Doncel del Mar cabalgó en el caballo del caballero que matara, é fué en pos dellos, é vió á una puerta un caballero desarmado, que le dijo: «¿Qué es eso, caballero? ¿Venistes aquí á me matar mis hombres?—Vine, dijo él, por vengar esta doncella de la fuerza que aquí le ficieron, si hallare aquel que gela hizo.» La doncella dijo: «Señor, ese es por quien yo soy escarnida.» El Doncel del Mar le dijo: «Ay caballero soberbio, lleno de villanía, agora compraréis la maldad que fecistes. Armadvos luego; si no, matarvos he así desarmado; que con los malos como vos no se debia tener templanza.—Ay, Señor, dijo la doncella, matadle á ese traidor, é no deis lugar á que mas mal faga; que ya todo seria á vuestro cargo.—Ay mala, dijo el caballero, en punto malo él vos creyó é con vos vino.» Y entróse en un gran palacio é dijo: «Vos, caballero, atendedme é no fuyais; que en ninguna parte me podréis guarecer.—Yo vos digo, dijo el Doncel del Mar, si vos yo de aquí fuyere, que me no dejeis en ningun lugar de los mas guardados.» Y no tardó mucho que lo vió venir encima de un caballo blanco, y él todo armado, que le no fallescia nada, é venia diciendo: «Ay, caballero mal andante, en mal punto vistes la doncella; que aquí perderéis la cabeza.» Cuando el Doncel se oyó amenazar fué muy sañudo, é dijo: «Ahora guarde cada uno la suya, y el que no la amparare piérdala.»

Entonces se dejaron correr al gran ir de los caballos, é firiéronse con sus lanzas en los escudos, que luego fueron falsados, é los arneses asimismo, é los hierros metidos por la carne, é juntáronse de los cuerpos y escudos é yelmos uno con otro tan bravamente, que ambos fueron á tierra; pero tanto le vino bien al Doncel, que llevó las riendas en la mano, é Galpano se levantó muy mal trecho, é metieron mano á sus espadas, é pusieron los escudos ante sí, é hiriéronse tan bravo, que espanto ponian á los que los miraban. De los escudos caian en tierra muchas rajas, é de los arneses muchas piezas, é los yelmos eran abollados é rotos; así que, la plaza donde lidiaban era tinta de sangre. Galpano, que se sintió de una herida que tenia en la cabeza, que la sangre le caia sobre los ojos, se tiró afuera por los limpiar; mas el Doncel del Mar, que muy ligero andaba, é con gran ardimiento, díjole: «¿Qué es eso, Galpano? No te conviene cobardía. ¿No te miembras que te combates por tu cabeza, é si mal la guardarés la perderás?» Galpano le dijo: «Súfrete un poco é folguemos; que tiempo hay para nos combatir. —Eso no ha menester, dijo el Doncel; que yo no me combato contigo por cortesía, mas por dar emienda á aquella doncella que deshonraste.» E fuélo luego ferir tan bravamente por cima del yelmo, que las rodillas ambas le fizo hincar, é levantóse luego é comenzóse á defender; pero no de guisa que el Doncel no le trajese á toda su voluntad, que tanto era ya cansado, que apenas la espada podia tener, é no entendia sino en se cobrir de su escudo, el cual en el brazo le fué todo cortado, que nada de él no le quedó. Entonces, no teniendo remedio, comenzó de fuir por la plaza acá é allá entre la espada del Doncel del Mar, que no lo dejaba holgar; é Galpano quiso fuir á la torre, donde habia hombres suyos; mas el Doncel del Mar lo alcanzó por unas gradas, é tomándole por el yelmo, le tiró tan

reclo, que le fizo caer en tierra extendido, y el yelmo le quedó en las manos, é con la espada le dió tal golpe en el pescuezo, que la cabeza fué del cuerpo apartada, é dijo á la doncella: «De hoy mas podeis haber otro amigo, si quisiérdes; que este á quien jurastes, despachado es.—Merced á Dios é á vos, dijo ella, que lo matastes.» El quisiera subir á la torre, mas vió alzar el escalera, é cabalgó en el caballo de Galpano, que muy fermoso era, é dijo: «Vayamos de aquí.» La doncella le dijo: «Caballero, yo llevaré la cabeza deste que me deshonró é darla he á quien el mandado llevo de vuestra parte.—No la lleveis, dijo él, que vos sera enojo, mas llevad el yelmo en lugar della.» La doncella lo otorgó, é mandó á su escudero que lo tomase; é luego salieron del castillo, é fallaron la puerta abierta de los que por allí habian fuido.

Pues estando en el camino, dijo el Doncel del Mar: «Decidme quién es el caballero á quien el mandado llevais.—Sabed, dijo ella, que es Agrájes, fijo del rey de Escocia.—Bendito sea Dios, dijo él, que yo pude tanto que él no recibiese este enojo. E dígoos, doncella, que es el mejor caballero mancebo que yo agora sé. E si por él tomastes deshonra, él la hará volver en honra; é decidle que se le encomienda un su caballero, el cual en la guerra de Gaula fallará si ahí él fuere.—Ay Señor, dijo ella, pues lo amais tanto, ruégoos que me otorgueis un don.» El dijo: «Muy de grado.—Pues, dijo la doncella, decidme vuestro nombre.—Doncella, dijo, mi nombre no querais agora saber; y demandad otro don que yo complir pueda.—Otro don, dijo ella, no quiero yo. Si Dios me ayude, dijo él, no sois en ello cortés, en querer de ningun hombre saber nada contra su voluntad.—Todavía, dijo ella, me lo decid, si quereis ser quito.» Cuando él esto vió, que no podia al hacer, dijo: «A mí llaman el Doncel del Mar.» E partiéndose della lo mas presto que pudo, entró en su camino. La doncella fué muy gozosa en saber el nombre del caballero.

El Doncel del Mar iba muy llagado, é salíale tanta sangre, que la carrera era tinta della, y el caballo, que era blanco, parecia bermejo por muchos lugares; é andando hasta la hora de las vísperas, vió una fortaleza muy hermosa, é venia contra él un caballero desarmado, é como á él llegó díjole: «Señor, ¿ónde tomastes estas llagas?—En un castillo que acá dejo, dijo el Doncel.—Y ese caballo ¿cómo lo hobistes?—Hóbelo por el mio, que me mataron, dijo el Doncel.—Y el caballero cuyo era ¿qué fué dél?—Ahí perdió la cabeza,» dijo el Doncel. Entonces decendió del caballo por le besar el pié, y el Doncel lo desvió de la estribera, y el otro besóle la falda del arnés é dijo: «¡Ay Señor, vos seais muy bien venido; que por vos he cobrado toda mi honra!—Señor caballero, dijo el Doncel, ¿sabeis dónde me curasen destas llagas?—Sí sé, dijo él, que en esta mi casa vos curará una doncella, mi sobrina, mejor que otra que en esta tierra haya.» Entonces descabalgaron é fueron entrar en la torre, y el caballero le dijo: «¡Ay Señor, que ese traidor que matastes me ha tenido año y medio muerto y escarnido que no tome armas; que él me hizo perder mi nombre é jurar que no me llamase sino el su vencido, é por vuestra causa soy á mi honra tornado:» Allí pusieron al Doncel del Mar en un rico lecho, donde fué curado de sus llagas por mano de la doncella, la cual le dijo que le daria sano tanto que de caminar se excusase algunos dias; y él dijo que en todo su consejo seguiria.

CAPITULO VII.

Cómo al tercero dia que el Doncel del Mar se partió de la corte del rey Languínes vinieron aquellos tres caballeros que traian un caballero en unas andas é á su mujer alevosa.

Al tercero dia que el Doncel del Mar se partió de casa del rey Languínes, donde fué armado caballero, llegaron ahí los tres caballeros que llevaban la dueña falsa é al caballero su marido mal llagado en unas andas, é los tres caballeros pusieron en la mano del Rey la dueña de parte de un caballero novel, é contáronle cuanto dél aviniera. El Rey se santiguó muchas veces en oir tal traicion de mujer, é agradeció mucho al caballero que la enviara, que ninguno no sabia que el Doncel del Mar era caballero, sino su señora Oriana é las otras que ya oistes; antes cuidaban que era ido á ver á su amo Gandáles. El Rey dijo al caballero de las andas: «Tan alevosa mujer como es la vuestra no debe vivir.—Señor, dijo él, vos haced lo que debeis, mas yo nunca consentiré matar la cosa del mundo que mas amo.» E despedido del Rey, se fizo llevar en sus andas. El Rey dijo á la dueña: «Por Dios, mas leal vos era aquel caballero que vos á él; mas yo faré que compreis vuestra deslealtad.» E mandóla quemar. El Rey se maravilló mucho quién seria el caballero que allí los hiciera venir, é dijo el escudero con quien el Doncel del Mar se aposentara en su castillo: «¿Por ventura si será un caballero novel que aguardamos yo é una doncella de Denamarca que hoy aquí llegó?—Y ¿qué caballero es? dijo el Rey.—Señor, dijo el escudero, él es muy niño, é tan fermoso, que es maravilla de lo ver, é vile hacer tanto en armas en poca de hora, que si ha ventura de vivir, será el mejor caballero del mundo.» Entonces contó cuanto de él viera, é cómo librara al rey Perion de muerte. «¿Sabeis vos, dijo el Rey, cómo ha nombre?—No, Señor, dijo él, que él se encubre mucho en demasía.» Entonces hobo el Rey é todos mas gana de lo saber que ante. Y el escudero dijo: «La doncella anduvo mas con él que no yo.—¿Es aquí la doncella? dijo el Rey.—Sí,» dijo el que venia á demandar la fija del rey Lisuarte. Luego mandó que ante él viniese, é contó cuanto dél viera, é como lo aguardara, por lo que la doncella que le dió la lanza dijo, que la traia para el mejor caballero que agora la podria en mano tener. «Tanto sé yo dél, dijo ella; mas de su nombre no sé nada.—¡Ay Dios! ¿quién seria?» dijo el Rey; mas su amiga no dudaba quién podria ser, porque la doncella le habia contado cómo la venia á demandar para la llevar consigo. E así como gelo nombró, sintió en sí gran alteracion, porque creido tovo que el Rey daria lugar que la llevasen á su padre, é ida, no sabria nuevas tan contino de aquel que mas que á sí misma queria.

Así pasaron seis dias que dél no supieron nuevas. Y estando el Rey fablando con su hijo Agrájes, que se queria partir á Gaula con su compaña, entró una doncella por la puerta, é fincó los hinojos ante ellos é dijo: «Señor,

oidme un poco ante vuestro padre.» Entonces tomó en sus manos un yelmo con tantas heridas de espada, que ningun lugar sano en él habia, é diólo á Agrájes, é dijo: «Señor, tomad este yelmo en lugar de la cabeza del Galpano, é dóoslo de parte de un caballero novel, aquel á quien mas conviene traer armas que á otro caballero que en el mundo sea; y este yelmo vos envia él porque deshonró una doncella que iba en vuestro mandado.—¡Cómo! dijo él, ¿muerto es Galpano por mano de un caballero? ¡Por Dios, doncella, maravillas me decis!—Cierto, Señor, dijo ella; aquel conquirió é mató cuantos habia en su castillo, é á la fin se combatió con él solo é cortóle la cabeza, é por ser enojosa de traer, me dijo que bastaba el yelmo.—Cierto, dijo el Rey, aquel es caballero novel que por aquí pasó; que por cierto sus caballerías extrañas son de otras.» Y preguntó á la doncella si sabia cómo habia nombre. «Sí, Señor,» dijo ella; mas esto fué con gran arte. «Por Dios decídmelo dijo el Rey; que mucho me haréis alegre.—Sabed, Señor, dijo ella, que ha nombre el Doncel del Mar.» Cuando esto oyó el Rey fué maravillado, é todos los otros, é dijo: «Si él fué á demandar quien lo hiciese caballero, no debe ser culpado; que mucho há que me lo rogó, é yo lo tardé, é hice mal de tardar caballería á quien della tan bien obra.—¡Ay! dijo Agrájes, ¿dónde le podria hallar?—El se vos encomienda mucho, dijo la doncella, é mándavos decir por mí que lo hallaréis en la guerra de Gaula, si ahí fuérdes.—¡Ay Dios! qué buenas nuevas me decis, dijo Agrájes; agora he mas talante de me ir, é si lo yo hallo, nunca á mi grado dél seré partido.—Derecho es, dijo la doncella; que él mucho os ama.»

Grande fué la alegría que todos hobieron de las buenas nuevas del Doncel del Mar. Mas sobre todos fué la de su señora Oriana, aunque mas que ninguno lo encubria. El Rey quiso saber de las doncellas por cuál manera lo ficieron caballero, y ellas gelo contaron todo, é dijo: «Mas cortesía halló en vos que en mí; pues yo no lo tardaba sino por su pro, que lo via muy mozo.» La doncella contó á Agrájes el mandado que le traia de aquella que la historia contará adelante. Y él se partió con muy buena compaña para Gaula.

CAPITULO VIII.

Cómo el rey Lisuarte envió por su hija á casa del rey Languines, y él gela envió con su fija Mabilia, acompañadas de caballeros é dueñas é doncellas.

Despues de diez dias que Agrájes fué partido, llegaron ahí tres naos, en que venia Galdar de Rascuil con cient caballeros del rey Lisuarte, é dueñas é doncellas para llevar á Oriana. El rey Languines lo acogió bien; que lo tenia por buen caballero é muy cuerdo. El le dijo el mandado del Rey su señor, cómo enviaba por su hija, y demás desto, Galdar dijo al Rey de parte del rey Lisuarte que le rogaba enviase con Oriana á Mabilia, su fija, que así como ella misma seria tratada é honrada á su voluntad. El Rey fué muy alegre dello, é ataviólas muy bien, é tovo al caballero é á las dueñas é doncellas en su corte algunos dias, faciéndoles muchas fiestas y mercedes, é fizo aderezar otras naves, é bastecerlas de las cosas necesarias; é hizo aparejar caballeros é dueñas é doncellas, las que le pareció que convenian para tal viaje. Oriana, que vió que este camino no se podia excusar, acordó de recoger sus joyas, é andándolas recogendo, vió la cera que tomara al Doncel del Mar, y membrósele dél, é viniéronle las lágrimas á los ojos, é apretó las manos con cuita de amor que la forzaba, y quebrantó la cera é vió la carta que dentro estaba, y leyéndola, halló que decia: «Este es Amadís Sin-tiempo, fijo de rey.» Ella, que la carta vió, estuvo pensando un poco, y entendió que el Doncel del Mar habia nombre Amadís, é vió que era hijo de rey. Tal alegría nunca en corazon de persona entró como en el suyo, y llamando á la doncella de Denamarca, le dijo: «Amiga, yo vos quiero decir un secreto, que le no diria sino á mi corazon, é guardadle como poridad de tan alta doncella como yo soy, y del mejor caballero del mundo.—Así lo haré, dijo ella, y, Señora, no dudeis de me decir lo que faga.—Pues amiga, dijo Oriana, vos os id al caballero novel que sabeis, y dígovos que le llaman el Doncel del Mar, é fallarlo heis en la guerra de Gaula, é si vos ante llegárdes, atendedlo; y luego que lo viérdes, dadle esta carta, é decilde que ahí fallará su nombre, aquel que le escribieron en ella cuando fué echado en la mar; é sepa que sé yo que es hijo de rey; é que pues él era tan bueno cuando no lo sabia, agora pune de ser mejor; é decilde que mi padre envió por mí é me llevan á él; que le envio yo decir que se parta de la guerra de Gaula, é se vaya luego á la Gran Bretaña, é pune de vivir con mi padre fasta que le yo mande lo que faga.» La doncella, con ese mandado que ois, fué della despedida, y entrada en el camino de Gaula, de la cual se hablará en su tiempo. Oriana é Mabilia con dueñas é doncellas, encomendándolas el Rey é la Reina á Dios, fueron metidas en las naos; los marineros soltaron las áncoras y tendieron sus velas, é como el tiempo era aderezado, pasaron presto en la Gran Bretaña, donde muy bien recebidas fueron.

El Doncel del Mar estuvo llagado quince dias en casa del caballero é de la doncella, su sobrina, que le curaba; en cabo de los cuales, como quiera que las feridas aun recientes fuesen, no quiso ahí mas detenerse, é partióse un domingo de mañana, é Gandalin con él, que nunca dél se partió. Esto era en el mes de abril, y entrando por una floresta, oyó cantar las aves é veia flores á todas partes; é como él tanto en poder de amor fuese, membróse de su amiga, é comenzó á decir: «¡Ay captivo Doncel del Mar, sin linaje é sin bien! ¿cómo fueste tan osado de meter tu corazon é tu amor en poder de aquella que vale mas que las otras todas, de bondad é fermosura é linaje? ¡Oh cativo, por cualquier destas tres cosas no debia ser osado el mejor caballero del mundo de la amar; que mas es ella hermosa que el mejor caballero en armas, é mas vale la su bondad que la riqueza del mayor hombre del mundo! ¡E yo, cativo, que no sé quién soy, que viva con trabajo de tal locura, que moriré amando sin gelo osar decir!» Así hacia su duelo, é iba tan atónito, que no cataba sino á las cervices de su caballo; é miró en una espesura de la floresta, é vió un caballero armado en su caballo aguardando un su enemigo, el cual habia

pido todo aquel duelo que el Doncel del Mar hacia; é como vió que se callaba, parósele delante é dijo: «Caballero, á mí parece que mas amádes vuestra amiga que á vos, despreciándovos mucho é loando á ella; quiero que me digais quién es, é amarla he, pues que vos no sois tal para servir tan alta señora y tan hermosa, segun lo que á vos he oido.» Dijo el Doncel: «Señor caballero, la razon vos obliga á decir lo que decis; pero lo demás no lo sabréis en ninguna manera; y mas vos digo, que de la vos amar, no podríades dello ganar ningun buen fruto. — De venir á hombre afan y peligro, dijo el caballero, por buena señora, en gloria lo debe rescebir; porque á la fin sacará dello el galardon que espera: y pues hombre en tan alto lugar ama como vos, no se debria de enojar de cosa que le aviniese.» El Doncel del Mar fué confortado de cuanto le oyó decir, é tuvo que bien hacia á él esta razon, é quiso ir adelante, mas el otro le dijo: «Estad quedo, caballero; que todavía conviene que me digais lo que vos pregunté, por fuerza ó de grado. — Dios no me ayude, dijo el Doncel, si á mi grado lo vos sabréis, ni de otro por mi mandado. — Pues luego scis en la batalla, dijo el caballero. — Mas me place deso, dijo el Doncel del Mar, que de lo decir.» Entonces enlazaron sus yelmos é tomaron los escudos é las lanzas; y quiriéndose apartar para su justa, llegó una doncella, que les dijo: «Estad, señores, estad, y decidme unas nuevas, si las sabeis; que yo vengo á gran priesa, é no puedo atender al fin de vuestra batalla.» Ellos preguntaron qué queria saber. «Si vido alguno de vos, dijo ella, un caballero novel que se llama el Doncel del Mar. — Y ¿qué lo quereis? dijo él. — Tráigole nuevas de Agrájes, su amigo, el fijo del rey de Escocia. — Aguardad un poco, dijo el Doncel del Mar; que yo vos diré dél.» Y fué para el caballero, que le daba voces que se guardase; y el caballero hirió en el escudo tan bravamente, que la lanza fué en piezas por el aire; mas el Doncel del Mar, que lo acertó en lleno, dió con él é con el caballo en tierra; y el caballo se levantó é quiso fuir, mas el Doncel del Mar lo tomó é diógelo, diciendo: «Señor caballero, tomad vuestro caballo, é no querais saber de ninguno nada contra su voluntad. El tomó el caballo, mas no pudo tan ahína cabalgar, que era mal trecho de la caida. El Doncel del Mar tornó á la doncella é díjole: «Amiga, ¿conoceis este por quien preguntais? — No, dijo ella, que nunca lo vi; mas díjome Agrájes que él se me daria á conoscer tanto que le dijese que era suya. — Verdad es, dijo él, é sabed que yo soy.» Entonces desenlazó el yelmo, é la doncella, que le vió el rostro, dijo: «Cierto, creo yo que decis verdad; que á maravilla os oí loar de fermosura. — Pues decidme, dijo él, ¿dónde dejastes á Agrájes? — En una ribera, dijo la doncella, cerca de aquí, donde tiene su compaña para entrar en la mar é pasar á Gaula, é quiso antes saber de vos, porque con él paseis. — Dios gelo agradezca, dijo él; é agora guiad é vámosle ver.» La doncella entró por el camino, é no tardó mucho que vieron en la ribera las tiendas é los caballeros cabe ellos, é siendo ya cerca, oyéron en pos de sí unas voces diciendo: «Tornad, caballero; que todavía conviene que me digais lo que os pregunto.» El tornó la cabeza é vió al caballero con quien antes justara, é otro caballero con él; é tomando sus armas, fué contra ellos, que traian las lanzas bajas é al mas correr de los caballos. E los de las tiendas lo vieron ir tan bien puesto en la silla, que fueron maravillados. E ciertamente podeis creer que en su tiempo no hobo caballero que mas apuesto en la silla pareciese, ni mas hermoso justase, tanto, que en algunas partes donde él se queria encobrir, por ello fué conoscido; é los dos caballeros le firieron con las lanzas en el escudo, que gelo falsaron, mas el arnés no, que era fuerte; é las lanzas fueron quebradas, é firió al primero que ante derribara, y encontróle tan fuertemente, que dió con él en tierra y le quebró un brazo é quedó como muerto. El perdió la lanza; mas puso luego mano á la espada, é dejóse ir al otro que lo feria, y dióle por cima del yelmo; así que, la espada llegó á la cabeza, é como por ella tiró, quebraron los lazos, é sacógelo de la cabeza, é alzó el espada por lo ferir, y el otro alzó el escudo, y el Doncel del Mar detovo el golpe; é pasando la espada á la mano siniestra, trabóle del escudo é tirógelo del cuello, é dióle con él encima de la cabeza, que el caballero cayó en tierra atordido. Esto hecho, dió las armas á Gandalin é fuése con la doncella á las tiendas.

Agrájes, que se mucho maravillaba quién seria el caballero que tan presto á los dos caballeros habia vencido, fué contra él é conoscióle é díjole: «Señor, vos seais muy bien venido.» El Doncel del Mar descendió de su caballo, é fuéronse ambos á abrazar; é cuando los otros vieron que aquel era el Doncel del Mar, fueron con él muy alegres, é Agrájes le dijo: «¡Ay Dios! ¡que mucho os deseaba ver!» E luego lo llevaron á su tienda é lo fizo desarmar, é mandó que le trajesen allí los caballeros que en el campo mal trechos quedaban. E cuando ante él vinieron díjoles: «Por Dios, grande locura comenzastes en acometer batalla con tal caballero. — Verdad es, dijo el del brazo quebrado; mas ya fué hoy tal hora que lo tuve en tan poco, que no creia hallar en él ninguna defensa.» E contó cuanto con él le aviniera en la floresta, sino el duelo, que no lo osó decir. Mucho riyeron todos de la paciencia del uno, é de la grande soberbia del otro. Aquel dia holgaron allí con mucho placer, é otro dia cabalgaron é anduvieron tanto, que llegaron á Palíngues, una buena villa, que era puerto de mar, frontera de Gaula, é allí entraron en las naos de Agrájes; é con el buen viento que hacia, pasaron presto la mar, y llegaron á otra villa de Gaula, que Galfan habia nombre; é de allí se fueron por tierra á Baladin, un castillo donde el rey Perion era, donde mantenia su guerra, habiendo mucha gente perdido; que con su venida de ellos muy alegre fué, é hízoles dar buenas posadas; é la reina Elisena hizo decir á su sobrino Agrájes que la viniese á ver. El llamó al Doncel del Mar é otros dos caballeros para ir allá. El rey Perion cató el Doncel, é conociólo que aquel era el que él hiciera caballero y el que le acorriera en el castillo del viejo; é fué contra él é dijo: «Amigo, vos seais muy bien venido, é sabed que en vos he yo grande esfuerzo, tanto, que no dudo ya mi guerra, pues vos he en mi compañía. — Señor, dijo, en la vuestra ayuda me habréis vos cuanto mi persona durare é

la guerra haya fin.» Así hablando, llegaron á la Reina, é Agrájes le fué á besar las manos, y ella fué con él muy alegre, y el Rey le dijo: «Dueña, veis aquí el muy buen caballero de que yo os hablé, que me sacó del mayor peligro en que nunca fué; este os digo que ameis mas que á otro caballero.» Ella le vino á abrazar, y él hincó los hinojos ante ella é dijo: «Señora, yo soy criado de vuestra hermana, é por ella vengo á vos servir, é como ella misma me podeis mandar.» La Reina gelo agradesció con mucho amor, é catábalo, como era tan hermoso; membrándose de sus hijos, que habia perdido, viniéronle las lágrimas á los ojos. Así que, lloraba por aquel que ante ella estaba é no lo conoscia. Y el doncel del Mar le dijo: «Señora, no lloreis; que presto seréis tornada en vuestra alegría, con la ayuda de Dios y del Rey é deste caballero vuestro sobrino, é yo, que de grado vos serviré.» Ella dijo: «Mi buen amigo, vos, que sois caballero de mi hermana, quiero que poseis en mi casa, é allí vos darán las cosas que hobiérdes menester.» Agrájes lo queria llevar consigo, pero rogáronle el Rey y la Reina tanto, que lo hobo de otorgar; así quedó en guarda de su madre, donde le hacian mucha honra.

El rey Abies é Daganel, su primo, supieron las nuevas destos que llegaron al rey Perion; é dijo el rey Abies, que era á la sazon el mas preciado caballero que sabian: «Si el rey Perion ha corazon de lidiar y es esforzado, agora querrá batalla con nos. — No lo hará, dijo Daganel, porque se recela mucho de vos. Galain, el duque de Normandía, que ahí era, dijo: «Yo vos diré cómo lo hará: cabalguemos esta noche yo é Daganel, é al alba parecerémos cabe la su villa con razonable número de gente; y el rey Abies quede con la otra gente en la floresta de Galpano ascondido, y desta guisa le darémos esfuerzo á que osará salir, é nosotros, mostrando algun temor, punarémos de los meter en la floresta hasta donde el Rey estuviere, é así se perderán todos. — Bien decis, dijo el rey Abies, é así se faga.» Pues luego fueron armados con toda la gente, y entraron en la floresta Daganel é Galain, que el consejo dieran, é pasaron bien adelante, donde el Rey quedaba, é así estuvieron toda la noche. Mas la mañana venida, fueron el rey Perion é su mujer á ver qué hacia el Doncel del Mar, é halláronlo que se levantaba é lavaba las manos, é viéronle los ojos bermejos é las haces mojadas de lágrimas; así que, bien parescia que dormiera poco de noche, é sin falta así era, que membrándose de su amiga, considerando la gran cuita que por élla le venia, sin tener ninguna esperanza de remedio, otra cosa no esperaba sino la muerte. La Reina llamó á Gandalin é díjole: «Amigo, ¿qué hobo vuestro señor, que me paresce en su semblante ser en gran tristeza? ¿Es por algun descontentamiento que aquí haya habido? — Señora, dijo él, aquí recibe él mucha honra y merced, mas él ha así de costumbre que llora, dormiendo, así como agora veis que en él parece.» Y en cuanto así estaban vieron los de la villa muchos enemigos é bien armados cabe sí, é daban voces: «¡Armas, armas!» El Doncel del Mar, que vió la vuelta, fué muy alegre, y el Rey le dijo: «Buen amigo, nuestros enemigos son aquí.» Y él dijo: «Armémonos é vayamos los ver.» Y el Rey demandó sus armas y el Doncel las suyas, é desque armados fueron é á caballo, fueron á la puerta de la villa, donde hallaron á Agrájes, que mucho se aquejaba porque no lo abrian; que este fué uno de los caballeros del mundo mas vivo de corazon é mas acometedor en todas las afrentas, é si así la fuerza como el esfuerzo le ayudara, no hobiera otro ninguno que de bondad de armas le pasara. E como llegaron, dijo el Doncel del Mar: «Señor, mandadnos abrir la puerta.» Y el Rey, á quien no placia menos de se combatir, mandó que la abriesen, é salieron todos los caballeros, é como vieron sus enemigos tantos, algunos ahí hobo que decian ser locura acometerlos. Agrájes hirió el caballo de las espuelas, diciendo: «Agora haya mala ventura el que mas se sufriere.» E moviendo contra ellos, vió ir delante al Doncel del Mar, é movieron todos de consuno.

Daganel é Galain, que contra sí los vieron venir, aparejáronse de recebirlos, así como aquellos que mucho los desamaban. El Doncel del Mar se firió con Galain, que delante venia, y encontróle tan fuertemente, que á él é al caballo derribó en tierra, é hobo la una pierna quebrada, é quebró la lanza é puso luego mano á su espada, é dejóse correr á los otros como leon sañudo, faciendo maravillas en dar golpes á todas partes; así que, no quedaba cosa ante la su espada; que á la tierra derribar los facia, á unos muertos é á otros feridos; mas tantos le firieron, que el caballo no podia salir con él á ninguna parte; así que, estaba en gran priesa. Agrájes, que lo vió, llegó á él con algunos de los suyos, é fizo gran daño en los contrarios. El rey Perion llegó con toda la gente muy esforzadamente, como aquel que con voluntad de ferirlos gana tenia, é Daganel lo rescibió con los suyos muy animosamente; así que, fueron los unos é los otros mezclados en uno. Allí veríades al Doncel del Mar haciendo cosas extrañas, derribando é matando cuantos ante sí hallaba, que no habia hombre que lo osase atender, é metíase en los enemigos, haciendo dellos corro, que parecia un leon bravo. Agrájes, cuando le vió estas cosas facer tomó consigo muy mas esfuerzo que de ante tenia, é dijo á grandes voces por esforzar su gente: «Caballeros, mirad al mejor caballero é mas esforzado que nunca nasció.» Cuando Daganel vió cómo destruia su gente, fué para el Doncel del Mar, como buen caballero é quísole ferir el caballo, porque entre los suyos cayese, mas no pudo, é dióle el Doncel tal golpe por cima del yelmo, que por fuerza quebraron los lazos é saltóle de la cabeza.

El rey Perion, que en socorro del Doncel del Mar llegaba, dió á Daganel con su espada tal herida, que lo hendió fasta los dientes. Estonces se vencieron los de la sierra é de Normandía, huyendo do el rey Abies estaba; é muchos decian: «¡Ay rey Abies! ¿cómo tardas tanto que nos dejas matar?» E yendo así hiriendo en los enemigos el rey Perion é su compaña, no tardó mucho que paresció el rey Abies de Irlanda con todos los suyos, y venia diciendo: «Agora á ellos; no quede hombre que no mateis, é punad de entrar con ellos en la villa.» Cuando el rey Perion é los suyos vieron sin sospecha á aquellos de que no sabian parte, mucho

fueron espantados, que eran ya cansados, é no tenian lanzas, é sabian que aquel rey Abies era uno de los mejores caballeros del mundo, y el que mas dudaban; mas el Doncel del Mar les comenzó á decir: «Agora, señores, es menester de mantener vuestra honra, é agora parecerán aquellos en que hay vergüenza.» E hízolos todos recoger; que andaban esparcidos. E los de Irlanda vinieron ferir tan bravamente, que fué maravilla, como aquellos que holgados llegaban é con gran corazon de mal hacer. El rey Abies no dejó caballero en la silla en cuanto le duró la lanza, y desque la perdió echó mano á su espada é comenzó á herir con ella tan bravamente, que á sus enemigos hacia tomar espanto, é los suyos fueron teniendo con él, firiendo y derribando en los enemigos. De manera que los del rey Perion, no lo pudiendo ya sufrir, retraíanse contra la villa.

Cuando el Doncel del Mar vió que la cosa se paraba mal, comenzó de facer con mucha saña mejor que antes, porque los de su parte no huyesen con desacuerdo, é metíase entre la una gente y la otra; y firiendo é matando en los de Irlanda, daba lugar á los suyos que las espaldas del todo no volviesen. Agrájes y el rey Perion, que lo vieron en tan gran peligro é tanto hacer, quedaron siempre con él; así que, todos tres eran amparo de los suyos, é con ellos tenian harto que hacer los contrarios, que el rey Abies metia adelante su gente veyendo el vencimiento, porque á vueltas de ellos entrase en la villa, donde esperaba ser su guerra acabada. E con esta priesa que ois llegaron á la puerta de la villa, donde, si por estos tres caballeros no fuera, juntos los unos é los otros entraban; mas ellos sufrieron tantos golpes, é tantos dieron, que por maravilla fué poderlo sofrir. El rey Abies, que creyó que su gente dentro con ellos era, pasó adelante, é no le avino así, de que mucho pesar hobo, é mas de Daganel é Galain, que supo que eran muertos; y llegó á él un caballero de los suyos é díjole: «Señor, ¿védes aquel caballero del caballo blanco? no hace sino maravillas, y él ha muerto vuestros capitanes é otros muchos.» Esto decia por el Doncel del Mar, que andaba en el caballo blanco de Galpano. El rey Abies se llegó mas é dijo: «Caballero, por vuestra venida es muerto el hombre del mundo que yo mas amaba; pero yo haré que lo compreis caramente, si os quereis mas combatir.—De me combatir con vos, dijo el Doncel del Mar, no es hora; que vos teneis mucha gente é holgados, é nos muy poca y está muy cansada, que seria maravilla de os poder resistir; mas si vos quereis vengar como caballero ese que decis, é mostrar la gran valentía de que sois loado, escoged en vuestra gente los que mas os contentaren, é yo en la mia, é seyendo iguales, podríades ganar mas honra que no con mucha sobra de gente é soberbia demasiada venir á tomar lo ajeno sin causa ninguna.—Pues agora decid, dijo el rey Abies, de cuántos quereis que sea la batalla. Pues que en mí lo dejais, dijo el Doncel, moveros he otro partido, é podrá ser que mas os agrade. Vos teneis saña de mí por lo que he fecho, é yo de vos por lo que en esta tierra haceis; pues en nuestra culpa no hay razon por qué ninguno otro padezca, y sea la batalla entre mí é vos, é luego si quisiérdes, con tal que vuestra gente asegure, é la nuestra tambien, de se no mover hasta el fin della.—Así sea,» dijo el rey Abies; é fizo llamar diez caballeros los mejores de los suyos, é con otros diez que el Doncel del Mar dió, aseguraron el campo, que por mal ni por bien que les aconteciese no se moverian. El rey Perion é Agrájes le defendian que no fuese la batalla fasta en la mañana, porque lo veian mal herido; mas estorbar no se lo pudieron, porque él deseaba la batalla mas que otra cosa, y esto era por dos cosas: una por se probar con aquel que tan loado por el mejor caballero del mundo era, é la otra porque si lo venciese seria la guerra partida, é podria ir á ver á su señora Oriana, que en ella era todo su corazon é sus deseos.

CAPITULO IX.

Cómo el Doncel del Mar fizo batalla con el rey Abies sobre la guerra que tenia con el rey Perion de Gaula.

La batalla concertada entre el rey Abies y el Doncel del Mar, como habeis oido, los de la una parte é de la otra, veyendo que todo lo mas del dia era pasado, acordaron, contra la voluntad dellos ambos, que para otro dia quedase, así para ataviar sus armas como para remediar algo las heridas que tenian. E porque todas las gentes de ambas partes estaban tan maltratadas é cansadas, deseaban la folganza para su reposo, cada uno fué acogido á su posada. El Doncel del Mar entró por la villa con el rey Perion é Agrájes, y levaba la cabeza desarmada, é todos decian: «Ay buen caballero, Dios te ayude y dé honra que puedas acabar lo que has comenzado. ¡Ay qué hermosura de caballero! En este es caballería bien empleada, pues que sobre todos la mantiene en la su grande alteza.» E llegando al palacio del Rey, vino una doncella, que dijo al Doncel del Mar: «Señor, la Reina os ruega que os no desarmeis sino en vuestra posada, donde vos atiende.» Esto fué por consejo del Rey, é dijo: «Amigo, id á la Reina, é vaya con vos Agrájes, que os haga compañía.» Entonces se fué el Rey á su aposentamiento, y el Doncel é Agrájes al suyo, donde hallaron la Reina é muchas dueñas é doncellas, que los desarmaron. Pero non consintió la Reina que en el Doncel ninguna la mano pusiese, sino ella, que lo desarmó y le cubrió de un manto. En esto llegó el Rey, é vió que el Doncel era llagado, é dijo: «¿Por qué no alongábades mas el plazo de la batalla?—No era menester, dijo el Doncel, que no he llaga por que de hacer la deje.» Luego lo curaron de las llagas y les dieron de cenar.

Otro dia de mañana la Reina se vino á ellos con todas sus damas, é hallólos hablando con el Rey, é comenzóse la misa, é dicha, armóse el Doncel del Mar, no de aquellas armas que en la lid el dia ante trajera, que no quedaron tales que pudiesen algo aprovechar, mas de otras muy mas hermosas y fuertes. E despedido de la Reina é de las dueñas é doncellas, cabalgó en un caballo holgado que á la puerta le tenian, y el rey Perion le llevaba el yelmo é Agrájes el escudo, é un caballero anciano, que se llamaba Aganon, que muy preciado fuera en armas, la lanza, que por la su gran bondad pasada, así en esfuerzo como en virtud, era tercero con el Rey et con hi-

jo de Rey. Y el escudo que llevaba habia el campo de oro et dos leones en él azules, el uno contra el otro, como si se quisiesen morder. E saliendo por la puerta de la villa, vieron al rey Abies sobre un caballo negro, todo armado, sino que aun no enlazara su yelmo. Los de la villa é los de la hueste todos se ponian donde mejor la batalla ver pudiesen, y el campo era ya señalado, el palenque hecho con muchos cadahalsos en derredor dél. Entonces enlazaron sus yelmos é tomaron los escudos, é el rey Abies echó un escudo al cuello, que tenia el campo indio, y en él un gigante figurado, é cabe él un caballero que le cortaba la cabeza. Estas armas traia porque se combatiera con un jayan que su tierra le entraba y gela destruia toda. E así como la cabeza le cortó, así la traia figurada en su escudo. Y desque ambos tomaron sus armas, salieron todos del campo, encomendando á Dios cada uno el suyo, y se fueron acometer sin ninguna detenencia á gran correr de los caballos, como aquellos que eran de gran fuerza é corazon. A las primeras heridas fueron todas sus armas falsadas, y quebrando las lanzas, juntáronse uno con otro, así los caballos como ellos, tan bravamente, que cada uno cayó á su parte, é todos creyeron que eran muertos, é los trozos de las lanzas tenian metidos por los escudos, que los hierros llegaban á las carnes; mas, como ambos fuesen muy ligeros é vivos de corazon, levantáronse presto, é quitaron de sí los pedazos de las lanzas, y echando mano á las espadas, se acometieron tan bravamente, que los que al derredor estaban habian espanto de los ver; pero la batalla parecia desigual, no porque el Doncel del Mar no fuese bien hecho y de razonable altura, mas el rey Abies era tan grande, que nunca halló caballero que él mayor no fuese un palmo, é sus miembros no parecian sino de un gigante; era muy amado de su gente, é habia en sí todas buenas maneras, salvo que era soberbio mas que debia.

La batalla era entre ellos tan cruel é con tanta priesa, sin se dejar holgar, é los golpes tan grandes, que no parescian sino de veinte caballeros. Ellos cortaban los escudos, haciendo caer en el campo grandes rajas, é abollaban los yelmos y desguarnecian los arneses. Así que, bien hacia el uno al otro su fuerza é ardimento conocer, é la su gran fuerza é la bondad de las espadas hicieron sus armas tales, que eran de poco valor; de manera que lo mas cortaban en sus carnes; que en los escudos no quedaba con que cobrir ni ampararse pudiesen; é salia dellos tanta sangre, que sostenerse era maravilla; mas tan grande era el ardimento que consigo traian, que cuasi dello no se sentian. Así duraron en esta primera batalla fasta hora de tercia, que nunca se pudo conocer en ellos flaqueza ni cobardía, sino que con mucho ánimo se combatian; mas el sol, que las armas les calentaba, puso en ellos alguna flaqueza de cansancio. E á esta sazon el rey Abies se tiró un poco afuera é dijo: «Estad y enderecemos nuestros yelmos, é si quisiérdes que algo holguemos, nuestra batalla no perderá tiempo; é como quier que te yo desame mucho, te precio mas que á ningun caballero con quien me yo combatiese; mas de te yo preciar no te tiene pro, que te no haga mal, que mataste á aquel que yo tanto amaba; é pónesme en gran vergüenza de me durar tanto en batalla ante tantos hombres buenos.» El Doncel del Mar dijo: «Rey Abies, ¿desto se te hace vergüenza, é no de venir con gran soberbia á hacer tanto mal á quien no te lo merece? Cata que los hombres, especialmente los reyes, no han de facer lo que pueden, mas lo que deben, porque muchas veces acaesce el daño é la fuerza que á los que se lo no merecieron quieren hacer, á la fin caer sobre ellos y perderlo todo, é aun la vida á vueltas; é si agora querrias que te dejase holgar, así lo quisieran otros á quien tú, sin se lo otorgar, mucho apremiabas, é porque sientas lo que á ellos sentir hacias aparéjate, que no holgarás á mi grado.» El Rey tomó su espada é lo pocò del escudo é dijo: «Por tu mal haces este ardimento; que él te pone en este lago, donde no saldrás sin perder la cabeza.—Agora haz tu poder, dijo el Doncel del Mar; que no holgarás hasta que tu muerte se llegue ó tu honra sea acabada.» E cometiéronse muy mas sañudos que ante, é tan bravos se herian como si estonces comenzaran la batalla é aquel dia no hobieran dado golpe. El rey Abies, como muy diestro fuese por el gran uso de las armas, combatíase muy cuerdamente, guardándose de los golpes é hiriendo donde mas podia dañar. Las maravillas que el Doncel hacia en andar ligero é acometedor, y en dar muy duros golpes, le puso en desconcierto todo su saber, é á mal de su grado, no le pudiendo ya sofrir, perdia el campo, y el Doncel del Mar le acabó de desfacer en el brazo todo el escudo, que nada dél le quedó, é cortábale la carne por muchas partes; así que, la sangre le salia mucha, é ya no podia herir, que la espada se le revolvia en la mano. Tanto fué aquejado, que volviendo casi las espaldas, andaba buscando alguna guarida con el temor de la espada, que tan crudamente la sentia; pero, como vió que no habia sino muerte, volvió, tomando su espada con ambas las manos, y dejóse ir al Doncel, cuidándolo ferir por cima del yelmo, y él alzó el escudo donde rescibió el golpe, é la espada entró tan dentro por él, que la no pudo sacar; é tirándose afuera, dióle el Doncel del Mar en descubierto en la pierna izquierda tal herida, que la mitad della fué cortada, y el Rey cayó tendido en el campo. El Doncel fué sobre él, é tirándole el yelmo, díjole: «Muerto eres, rey Abies, si te no otorgas por vencido.» El dijo: «Verdaderamente muerto soy, mas no vencido, é bien creo que me mató mi soberbia, é ruégote que me fagas segura mi compaña, sin que daño reciban, y llevarme han á mi tierra, é yo perdono á tí é á los que mal quiero, é mando entregar al rey Perion cuanto le tomé, é ruégote que me hagas haber confision, que muerto soy.» El Doncel del Mar, cuando esto le oyó, hobo dél muy gran duelo, á maravilla; pero bien sabia que lo no hobiera el otro dél si mas pudiera. Todo esto pasado, como oido habeis, se juntaron todos los de la hueste de la villa, é que eran todos seguros, é el rey Abies mandó dar al rey Perion cuanto le tomara, y él le aseguró toda su gente fasta que lo llevasen á su tierra. E rescebidos todos los sacramentos de la santa Iglesia, el rey Abies salióle el alma, é sus vasallos lo llevaron á su tierra con grandes llantos que por él facian.

Tomado el Doncel del Mar por el rey Perion é Agrájes é los otros grandes de su partida, é sacado del campo con aquella gloria que los vencedores en tales autos llevar suelen, no solamente de honra, mas de restitucion de un reino á quien perdido lo tenia, á la villa con él se van; é la doncella de Denamarca, que de parte de Oriana á él venia, como ya se vos dijo, llegó allí al tiempo que la batalla se comenzó; é como vió que tanto á su honra la acabara, llegóse á él é díjole: «Doncel del Mar, hablad comigo aparte, é decirvos he yo vuestra hacienda mas que vos sabeis.» El la recibió bien, é apartóse con ella, yendo por el campo, é la doncella le dijo: «Oriana, vuestra amiga, me envia á vos, é os doy de su parte esta carta, en que está vuestro nombre escrito.» El tomó la carta, mas no entendió nada de lo que dijo, así fué alterado cuando á su señora oyó mentar, antes se le cayó la carta de la mano é la rienda en la cerviz del caballo, y estaba como fuera de sentido. La doncella demandó la carta, que en el campo estaba, á uno de los que la batalla habian mirado, é tornó á él, estando todos mirando lo que acaesciera, é maravillándose cómo así se habia turbado el Doncel con las nuevas de la doncella, é cuando ella llegó díjole: «¿Qué es eso, Señor? ¿Tan mal recebís mandado de la mas alta doncella del mundo, de aquella que os mucho ama, y me hizo sofrir tanto afan en vos buscar?—Amiga, dijo él, no entendí lo que me habeis dicho con este mal que me ocurrió, como ya otra vez ante vos me acaeció.» La doncella dijo: «Señor, no ha menester encubierta comigo; que yo sé mas de vuestra hacienda é de la de mi señora que vos sabeis; que ella así lo quiso; é dígovos que si la amais, que no haceis tuerto; que ella os ama tanto, que de ligero no se podria contar; é sabed que la llevaron á casa de su padre, y envíaos á decir que tanto que desta guerra os partais vayais á la Gran Bretaña, é procureis de morar con su padre fasta que os ella mande; é díceos que sabe cómo sois hijo de rey, é que no es ella por ende menos alegre que vos; y que, pues no conosciendo á vuestro linaje érades tan bueno, que trabajeis de lo ser agora mejor.» Y entonces le dió la carta é díjole: «Veis aquí esta carta, en que está escrito vuestro nombre, y esta levastes al cuello cuando os echaron en la mar.» El la tomó é dijo: «¡Ay carta, cómo fuestes bien guardada por aquella señora cuyo es mi corazon, por aquella por quien yo muchas veces al punto de la muerte soy llegado! Mas si dolores é angustias por su causa hobe, en muy mayor grado de gran alegría soy satisfecho. ¡Ay Dios Señor, y cuándo veré yo el tiempo en que servir pueda á aquella señora esta merced que me face!» E leyendo la carta, conoció por ella que el su derecho nombre era Amadís. La doncella le dijo: «Señor, yo me quiero tornar luego á mi señora, pues que recaudé su mandado.—¡Ay doncella! dijo el Doncel del Mar, por Dios holgad aquí hasta tercero dia, é de mí no os partais por ninguna guisa, é yo os levaré donde os pluguiere.—A vos vine dijo la doncella, y no haré al sino lo que mandárdes.»

Acabada la habla, fuése luego el Doncel del Mar para el Rey é Agrájes, que lo atendian; y entrando por la villa, decian todos: «Bien venga el caballero bueno, por quien habemos cobrado honra é alegría.» Así fueron hasta el palacio, é hallaron en la cámara del Doncel del Mar á la Reina con todas sus dueñas é doncellas, haciendo muy gran alegría, y en los brazos della fué él tomado dé su caballo, y desarmado por la mano de la Reina, é vinieron maestros, que le curaron de las feridas, é aunque muchas eran, no habia ninguna que mucho empacho le diese. El Rey quisiera que él é Agrájes comieran con él, mas no quiso sino con su doncella por le hacer honra; que bien veia que esta podia remediar gran parte de sus angustias. Así holgó algunos dias con gran placer, en especial con las buenas nuevas que le vinieron, tanto, que ni el trabajo pasado ni las llagas presentes no le quitaron que se no levantase é anduviese por una sala, hablando siempre con la doncella, que por él era detenida, que se no partiese hasta que pudiese tomar armas é la levase. Mas un caso maravilloso que á la sazon le acaesció fué causa que, tardando él algunos dias, la doncella sola de allí partida se fué, como agora oiréis.

CAPITULO X.

Cómo el Doncel del Mar fué conocido por el rey Perion, su padre, é por su madre Elisena.

Al comienzo ya se contó cómo el rey Perion dió á la reina Elisena, seyendo su amiga, uno de dos anillos que él traia en su mano, tal el uno como el otro, sin que en ellos ninguna diferencia paresciese, é cómo al tiempo que el Doncel del Mar fué en el rio lanzado en el arca llevó al cuello aquel anillo, é cómo despues le fué dado con la espada al Doncel por su amo Gandáles. Y el rey Perion habia preguntado á la Reina algunas veces por el anillo, y ella, con vergüenza que no supiese dónde le pusiera, decíale que lo habia perdido. Pues así acaesció, que pasando el Doncel del Mar por una sala hablando con su doncella, vió á Melicia, hija del Rey, niña, que estaba llorando, y preguntóla qué habia. La niña dijo: «Señor, perdí un anillo que el Rey me dió á guardar en tanto que él duerme.—Pues yo os daré, dijo él, otro tan bueno ó mejor, que le deis.» Entonces sacó de su dedo un anillo é dióselo. Ella dijo: «Este es el que yo perdí.—No es, dijo él.—Pues es el anillo del mundo que mas le parece, dijo la niña.—Por esto está mejor, dijo el Doncel del Mar, que en lugar del otro le daréis.» Y dejándola, se fué con la doncella á su cámara, é acostóse en un lecho, y ella en otro que ende habia. El Rey despertó y demandó á su hija que le diese el anillo, y ella le dió aquel que tenia; él lo metió en su dedo, creyendo que el suyo fuese; mas vió yacer á un cabo de la cámara el otro que su hija perdió, é tomándolo, juntólo con el otro, é vió que era el que él á la Reina habia dado, y dijo á la niña: «¿Cómo fué esto de este anillo?» Ella, que mucho le temia, dijo: «Por Dios, Señor, el vuestro perdí yo, é pasó por aquí el Doncel del Mar, é como vió que yo lloraba, dióme ese que él traia, é yo pensé que el vuestro era.» El Rey hobo sospecha de la Reina, que la gran bondad del Doncel del Mar, junto con la su muy demasiada fermosura, no la hubiesen puesto en algun pensamiento indebido. E tomando su espada, entró en la cámara de la Reina, y cerrada la

puerta, dijo: «Dueña, vos me negastes siempre el anillo que yo os diera, y el Doncel del Mar halo dado agora á Melicia; ¿cómo pudo ser esto? Que veisle aquí. Decidme de qué parte le hobo, é si me mentis, vuestra cabeza lo pagará.» La Reina, que muy airado lo vió, cayó á sus piés é díjole: «Ay Señor, por Dios merced; pues de mí mal sospechais, agora vos diré la mi cuita, que hasta aquí os hobe negado.» Entonces comenzó de llorar muy recio, firiendo con sus manos en el rostro, é dijo cómo echara á su hijo en el rio, que llevara consigo el espada é aquel anillo. «Por cierto, dijo el Rey, yo creo que este es nuestro hijo.» La Reina tendió las manos, diciendo: «Así pluguiese al Señor del mundo. —Agora vamos allá vos é yo, dijo el Rey, é preguntémosle de su hacienda.» Luego fueron entrambos solos á la cámara donde él estaba, é falláronlo durmiendo muy asosegadamente, é la Reina no hacia sino llorar por la sospecha que tanto contra razon della se tomaba. Mas el Rey tomó en su mano la espada, que á la cabecera de la cama era puesta, é catándola, la conoció luego, como aquel que con ella diera muchos golpes é buenos, é díjo contra la Reina: «Por Dios, esta espada conozco yo bien, é agora creo mas lo que me dejistes.—Ay Señor, dijo la Reina, no le dejemos mas dormir; que mi corazon se aqueja mucho.» E fué para él, é tomándole por la mano, tiróle un poco contra sí, diciendo: «Amigo señor, acorredme en esta priesa é congoja en que estoy.» El despertó é vióla muy reciamente llorar, é dijo: «Señora, ¿qué es eso que habeis? Si mi servicio puede algo remediar, mandádmelo; que fasta la muerte se cumplirá.—Ay amigo, dijo la Reina, pues agora nos acorred con vuestra palabra en decir cúyo hijo sois.—Así Dios me ayude, dijo él, no lo sé; que yo fuí hallado en la mar por gran aventura.» La Reina cayó á sus piés toda turbada, y él hincó los hinojos ante ella é dijo: «¡Ay Dios! ¿qué es esto?» Ella dijo llorando: «Hijo, ves aquí tu padre é madre.» Cuando él esto oyó dijo: «¡Santa María! ¿qué será esto que oyo?» La Reina, teniéndolo entre sus brazos, tornó é dijo: «Es, hijo, que quiso Dios, por su merced, que cobrásemos aquel yerro que por gran miedo yo hice; é, mi hijo, yo, como mala madre, os eché en la mar, é veis aquí el Rey, que os engendró.» Entonces hincó los hinojos y les besó las manos con muchas lágrimas de placer, dando gracias á Dios porque así le habia sacado de tantos peligros para en la fin le dar tanta honra é buena ventura con tal padre é madre. La Reina le dijo: «Hijo, ¿sabeis vos si habeis otro nombre sino este?—Señora, sí sé, dijo él, que al partir de la batalla me dió aquella doncella una carta que llevé envuelta en cera cuando en la mar fuí echado; en que dice llamarme Amadís.» Entonces sacándola de su seno, gela dió, é vieron cómo era la mesma que Darioleta por su mano escribiera, é dijo: «Mi amado hijo, cuando esta carta se escribió era yo en toda cuita é dolor, é agora soy en toda holganza é alegría, ¡bendito sea Dios! é de aquí adelante por este nombre os llamad.—Así lo haré,» dijo él; é fué llamado Amadís, y en otras muchas partes Amadís de Gaula. El placer que Agrájes, su primo, con estas nuevas hobo, y todos los otros del reino, seria excusado de decir; que hallando los hijos perdidos, aunque revesados é mal condicionados sean, reciben los padres é los parientes consolacion é alegría; pues mirad qué tal podia ser con el que en todo el mundo era un claro é luciente espejo.

Así que, dejando de mas hablar en esto, contarémos lo que despues acaesció. La doncella de Denamarca dijo: «Amadís, Señor, yo me quiero ir con estas buenas nuevas, de que mi señora habrá gran placer, é vos quedad á dar gozo é alegría á aquellos ojos que por deseo vuestro tantas lágrimas han derramado. A él viniéronle las lágrimas á los ojos, que á hilo por la faz le caian, é dijo: «Mi amiga, á Dios vayais encomendada, é á vos encomiendo mi vida, que la hayais piedad; que á mi señora no seria osado de la pedir, segun la gran merced que me agora fizo; é yo seré allá á la servir muy presto con otras tales armas como en la batalla del rey Abies tuve, por donde me podeis conocer, si no hobiere lugar para lo saber de mí. Agrájes asimesmo se despidió dél, diciéndole cómo la doncella á quien él dió la cabeza de Galpano en venganza de la deshonra que le hizo, le trajo mandado de Olinda, su señora, hija del rey Vanain de Nuruega, que luego la fuese á ver; la cual él ganara por amiga al tiempo que él é su tio don Galvánes fueron en aquel reino. Este don Galvánes era hermano de su padre, é porque no habia mas heredad de un pobre castillo, llamábanle Galvánes Sintierra, é díjole: «Señor primo, mas quisiera yo vuestra compañía que otra cosa; mas mi corazon, que en mucha cuita es, no me deja sino que vaya á ver á aquella que cerca ó léjos siempre en su poder estó, é quiero saber de vos dónde os podria hallar cuando vuelva. —Señor, dijo Amadís, creo que me hallaréis en la casa del rey Lisuarte; que me dicen ser allí mantenida caballería en la mayor alteza que en ninguna casa de rey ni emperador que en el mundo haya; é ruégoos que me encomendeis al Rey vuestro padre é madre, y que así como á vos en su servicio me pueden contar, por la crianza que me hicieron. Estonces se despidió Agrájes del Rey é de la Reina, su tia, é cabalgando con su compaña, é el Rey é Amadís con él, por le hacer honra, saliendo por la puerta de la villa, encontraron una doncella, que tomando el Rey por el freno, le dijo: «Miémbrate, Rey, que te dijo una doncella que cuando cobrases tu pérdida, perderia el señorío de Irlanda su flor; é cata si dijo verdad, que cobraste este hijo que perdido tenias, é murió aquel esforzado rey Abies, que la flor de Irlanda era; é aun mas te digo, que la nunca cobrará por señor que hí haya, fasta que venga el buen hermano de la señora que hará ahí venir soberbiosamente por fuerza de armas párias de otra tierra, y este morirá por mano de aquel que será muerto por la cosa del mundo que mas amará. Este fué Marlote de Irlanda, hermano de la reina de Irlanda, aquel que mató Tristan de Leonís sobre las párias que al rey Mares de Cornualla, su tio, demandaba; é Tristan murió despues por causa de la reina Iseo, que era la cosa del mundo que él mas amaba; y esto te envia á decir, Urganda, mi señora.» Amadís le dijo: «Doncella, decid á vuestra señora que se le encomienda mucho el caballero á quien dió la lanza, y que agora veo ser verdad lo que me dijo, que con ella libraria la casa donde pri-

mero salí, que libré al Rey mi padre, que en punto de muerte estaba.» La doncella se fué su via, é Agrájes despedido del Rey é de Amadís; donde le dejarémos fasta su tiempo.

El rey Perion mandó llegar cortes, porque todos viesen á su hijo Amadís; donde se hicieron muchas alegrías é juegos en honor y servicio de aquel señor que Dios les diera, con el cual é con su padre esperaban vivir en mucha honra y descanso. Allí supo Amadís cómo el Gigante llevara á don Galaor, su hermano, é puso en su voluntad de punar mucho por saber qué se hiciera, y le cobrar por fuerza de armas ó en otra cualquier manera que menester fuese. Muchas cosas se ficieron en aquellas cortes, é muchos é grandes dones el Rey en ellas dió, que seria largo de contar; en fin de las cuales Amadís habló con su padre, diciendo que él se queria ir á la Gran Bretaña, y que, pues no tenia necesidad, le diese licencia. Mucho trabajó el Rey é la Reina por lo detener; mas por ninguna via pudieron; que la gran cuita que por su señora pasaba no le dejaba ni daba lugar á que otra obediencia tuviese sino aquella que su corazon sojuzgaba; é tomando consigo solamente á Gandalin é otras tales armas como las que el rey Abies le despedazara en la batalla, así se partió, é anduvo tanto, fasta que llegó á la mar; y entrando en una fusta, pasó en la Gran Bretaña, é aportó á una buena villa, que habia nombre Bristoya, é allí supo cómo el rey Lisuarte era en una so villa que se llamaba Vindilisora, y que estaba muy poderoso é muy acompañado de buenos caballeros, y que todos los mas reyes de las ínsolas le obedecian. El partió de allí y entró en su camino, mas no anduvo mucho por él, que halló una doncella que le dijo: «¿Es este el camino de Bristoya?—Sí, dijo él.—¿Por ventura sabeis si hallaria allí alguna fusta que pudiese pasar en Gaula?—¿A qué vais allá? dijo él.—Voy á demandar por un buen caballero, hijo del rey de Gaula, que ha nombre Amadís, é no há mucho que se conoció con su padre.» El se maravilló é dijo: «Doncella, ¿por quién sabeis vos eso?—Por aquella que las cosas esconder no se le pueden, é supo antes su hacienda que él ni su padre, que es Urganda la Desconocida, é hale tanto menester, que si por él no, por otro ninguno puede cobrar lo que mucho desea.—A Dios merced, dijo él; porque aquella á quien han menester todos me haya menester á mí. Sabed, doncella, que yo soy el que demandais, é agora vamos por do quisiérdes.—¡Cómo! dijo ella, ¿vos sois el que yo busco?—Yo soy sin falta, dijo él.—Pues seguidme, dijo la doncella, y llevaros he donde es mi señora.» Amadís dejó su camino, y entró por el que la doncella le guiaba.

CAPITULO XI.

Cómo el Gigante llevó á armar caballero á Galaor por la mano del rey Lisuarte, el cual le armó caballero muy honradamente Amadís.

Don Galaor, estando con el Gigante, como vos contamos, aprendiendo á cabalgar é á esgremir, é todas las otras cosas que á caballero convenian; seyendo ya en ello muy diestro, y el año cumplido que el Gigante por plazo le pusiera, él le dijo: «Padre, agora os ruego que me fagais caballero, pues yo he atendido lo que mandastes.» El Gigante, que vió ser ya tiempo, díjole: «Hijo, pláceme de lo facer, é decidme quién es vuestra voluntad que lo haga.—El rey Lisuarte, dijo él, de quien tanta fama corre.—Yo os llevaré allá, dijo el Gigante.» Et al tercero dia, teniendo todo el aparejo, partieron de allí é fueron su camino; é al quinto dia halláronse cerca de un castillo muy fuerte que estaba sobre una agua salada, y el castillo habia nombre Bradoid, y era el mas hermoso que habia en toda aquella tierra, y era asentado en una alta peña, y de la una parte corria aquel agua y paludo, é de la otra habia un gran tremedal, é de la parte del agua no podian entrar sino por barca, é de contra el tremedal habia una calzada tan ancha, que podia ir una carreta, é otra venir; mas á la entrada del tremedal habia una puente estrecha, y era echadiza, é cuando la alzaban quedaba el agua muy honda, é á la entrada de la puente estaban dos olmos altos, y el Gigante é Galaor vieron debajo dellos dos doncellas é un escudero, é vieron un caballero armado sobre un caballo blanco con unas armas de leones, y llegar á la puente, que estaba alzada, é no podia pasar, é daba voces á los del castillo. Galaor dijo contra el Gigante: «Si vos pluguiere, veamos qué fará aquel caballero.» E no tardó mucho que vieron contra el castillo del cabo de la puente dos caballeros armados, é diez peones sin armas, é dijeron al caballero qué queria.—Querria, dijo él, entrar allá.—Eso no puede ser, dijeron ellos, si ante con nosotros no os combatis.—Pues por al no puede ser, dijo él, faced bajar la puente y venid á la justa.» Los caballeros ficieron á los peones que la bajasen, y el uno dellos se dejó correr al que llamaba su lanza baja, y el caballo recio cuanto llevarle pudo, y el de las armas de los leones movió contra él, é firiéronse ambos bravamente; el caballero del castillo quebró su lanza, y el otro le firió tan duramente, que lo derribó en tierra, y el caballo sobre él, é fué para el otro que en la puente entraba, é juntáronse ambos de los cuerpos de los caballos, que las lanzas fallescieron de los encuentros; y el de fuera encontró tan fuerte al del castillo, que á él é al caballo derribó en el agua, y el caballero fué luego muerto; y él pasó la puente, é fuése fuyendo contra el castillo; é los villanos alzaron la puente, é las doncellas desde fuera dábanle voces, que le alzaban la puente; y él, que volvia á ellos, vió venir contra sí tres caballeros muy bien armados, que le dijeron: En mal punto acá pasastes; ca vos converná morir en el agua como muere el que vale mas que vos; y dejáronse todos tres á él correr, é firiéronle tan bravamente, que el caballo le ficieron ahinojar, y cerca estuvo de caer, y quebraron las lanzas, y quedó de los dos llagado; mas él firió al uno dellos, de manera que armadura que trajese no le aprovechó; que la lanza entró por el un costado é salió por el otro, el fierro con un pedazo de la asta, y metió mano á su espada muy bravamente, y fué herir los dos caballeros, y ellos á él, é comenzaron entre sí una peligrosa batalla; mas el de las armas de los leones, que se temia de muerte, punó de se librar dellos, é dió al uno tal golpe de la espada en el brazo diestro, que gelo fizo caer en tierra con la espada, é comenzó á fuir

contra el castillo, diciendo á grandes voces : «Acorred, amigos ; que matan á vuestro señor.» E cuando el de las armas de los leones oyó decir que aquel era el señor, aquejóse mas de lo vencer, é dióle un tal golpe por cima del yelmo, que la espada le metió por la carne, de que el caballero fué tan desatinado, que perdió las estriberas, é cayera si se no abrazara al cuello del caballo; é tomóle por el yelmo é sacógelo de la cabeza, y el caballero quiso huir; pero vió que el otro estaba entre él y el castillo. «Muerto sois, dijo el de los leones, si por preso no vos otorgais.» Y él, que hobo gran miedo de la espada, que ya sintiera en la cabeza, dijo : «¡Ay buen caballero! merced; no me mateis; tomad mi espada é otórgome por preso.» Mas el de los leones, que vió salir caballeros é peones armados del castillo, tomóle por el brocal del escudo, é púsole la punta de la espada en el rostro é dijo: «Mandad á aquellos que se tornen; si no, mataros he.» El les dió voces que se tornasen si su vida querian; ellos, veyendo su gran peligro, así lo hicieron; é díjole mas. «Faced á los peones que echen la puente.» E luego lo mandó. Entonces le tomó consigo é pasó la puente con él; y el del castillo, que vió las doncellas, conosció la una, que era Urganda la Desconocida, é dijo : «¡Ay señor caballero, si me no amparais de aquella doncella, muerto soy!—Si Dios me ayude, dijo él, eso no faré yo; antes faré de vos lo que ella mandare.» Entonces dijo á Urganda: «Veis aquí el caballero señor del castillo; ¿qué quereis que le faga?—Cortadle la cabeza si vos no diere mi amigo, que allá tiene preso en el castillo, é si me no metiere en mano la doncella que le fizo tener.—Así sea,» dijo él. E alzó la espada por le espantar; mas el caballero dijo : «¡Ay buen señor, no me mateis; yo faré cuanto ella manda.—Pues luego sea, dijo él, sin mas tarda.» Entonces llamó á uno de los peones é díjole : «Vé á mi hermano é díle, si me quiere ver vivo, que traya luego el caballero que allá está, é la doncella que le trajó.» Esto fué luego fecho. E venido, el de los leones le dijo : «Caballero, veis allí vuestra amiga; amalda, que mucho afan pasó por vos sacar de prision. —Sí amo, dijo él, mas que nunca.» Urganda le fué á abrazar, y él á ella. «Pues ¿qué faréis de la doncella, dijo el caballero de los leones?—Matarla, dijo Urganda; que mucho la sufrí.» E hizo un encantamiento; de manera que ella se iba tremiendo á meter en el agua; mas el caballero dijo : «Señora, por Dios, no muera esta doncella, pues por mí fué presa.—Yo la dejaré esta vez por vos; mas si me yerra, todo lo pagará junto.» El señor del castillo dijo : «Señor, pues cumplí lo que mandastes, quitadme de Urganda.» Ella le dijo : «Yo os quito por la honra de este que os venció.» El de los leones preguntó á la doncella por qué de su grado se metia en el agua. «Señor, dijo ella, paresciame que tenia de cada parte una hacha ardiendo que me quemaban, é queria con el agua guarescer.» El se comenzó á reir é dijo : «Por Dios, doncella, gran locura es la vuestra en facer enojo á quien tan bien vengar se puede.» Galaor, que todo lo viera, dijo al Gigante : «Este quiero que me faga caballero; que si el rey Lisuarte es tan nombrado, será por su grandeza, mas este caballero merece serlo por su gran esfuerzo.—Pues llegad á él, dijo el gigante, é si lo no hiciere, será por su daño.»

Galaor se fué donde el de las armas de los leones seia so los olmos, y en su compañía consigo llevaba cuatro escuderos é dos doncellas; é como llegó, saluáronse ambos, é Galaor dijo : «Segñor caballero, demándoos un don.» El, que lo vió mas hermoso que nunca otro visto habia, tomólo por la mano é dijo : «Sea con derecho, é yo vos lo otorgo.—Pues ruégoos por cortesía que me fagais caballero, sin mas tardar, é quitarme heis de ir al rey Lisuarte, donde agora iba.—Amigo, dijo él, gran desvarío faríades en dejar para tal honra el mejor rey del mundo, é tomar á un pobre caballero como lo yo soy.—Señor, dijo Galaor, la su grandeza del rey Lisuarte no me porná á mí esfuerzo, así como lo hará vuestra gran valentía que aquí vos vi hacer; é cumplid lo que me prometistes.—Buen escudero, dijo él, de cualquiera otro que demandeis seré yo muy mas contento que de este, que en mí no cabe ni á vos es honra.» A la sazon Urganda llegó á ellos, como que no habia oido nada é dijo : «Señor, ¿qué vos parece deste doncel?—Parece, dijo él, el mas hermoso que nunca vi, é demándame un don que á él ni á mí cumple.—E ¿qué es? dijo ella.—Que le faga caballero, dijo él, seyendo puesto en camino para lo ir á pedir al rey Lisuarte.—Ciertamente, dijo Urganda, en el dejar de ser caballero le vernia mayor daño que pro, é á él digo que no vos quite el don, é á vos que lo cumplais; é dígovos que caballería será en él mejor empleada que en ninguno de cuantos agora hay en todas las ínsulas del mar, fueras ende uno solo.—Pues que así es, dijo él, en el nombre de Dios sea, é agora nos vamos á alguna iglesia para tener la vigilia.—No es necesario, dijo Galaor, que ya hoy he oido misa, é vi el verdadero cuerpo de Dios.—Esto basta, dijo el de los leones.» E poniéndole la espuela diestra é besándolo, le dijo : «Agora sois caballero, é tomad la espada de quien mas vos agradará.—Vos me la daréis, dijo Galaor; que de otro ninguno no la tomaria á mi grado. E llamó á un escudero que le trajese una espada que en la mano tenia; mas Urganda dijo : «No vos dará esa, sino aquella que está colgada deste árbol, con que seréis mas alegre.» Entonce miraron todos al árbol y no vieron nada. Ella comenzó á reir de gana é dijo : «Por Dios, bien há diez annos que allí está, que la nunca vió ninguno que por aquí pasase, é agora la verán todos.» E tornando á mirar, vieron la espada colgada de un ramo del árbol, é parescia muy hermosa, é tan fresca como si entonces se pusiera, é la vaina muy ricamente labrada de seda é de oro. El de las armas de los leones la tomó é ciñóla á Galaor, diciendo : «Tan hermosa espada convenia á tan hermoso caballero, é cierto que vos no desama quien de tan luengo tiempo os la guardó.» Galaor fué della muy contento, é dijo al de las armas de los leones : «Señor, á mí conviene ir á un lugar que escusar no puedo ; mucho deseo vuestra compañía mas que de otro caballero ninguno, si á vos pluguiere, é decidme dónde vos fallaré.—En casa del rey Lisuarte, dijo él, donde seré alegre de os ver, porque es razon de ir allí, porque há poco que fuí caballero, é tengo en tal casa de ganar alguna honra como vos.» Galaor fué desto muy alegre, é dijo á Urganda : «Señora doncella, mu-

cho os gradezco esta espada que me distes; acordadvos de mí como de vuestro caballero. E despedido dellos, se tornó adonde dejara el Gigante, que escondido quedara en una ribera de un rio.

En este medio tiempo que esto pasó fablaba una doncella de Galaor con la otra de Urganda, é della supo cómo aquel caballero era Amadís de Gaula, fijo del rey Perion, é cómo Urganda, su señora, le hizo venir allí, que á su amigo de aquel castillo sacase por fuerza de armas, quel su gran saber no le aprovechaba para ello, porque la señora dél castillo, que de aquella arte mucho sabia, lo tenia primero encantado; é no se temiendo del saber de Urganda, quisiéronse asegurar de la fuerza de las armas, con aquella costumbre qu'el caballero de los leones venció é pasó la puente, como se vos ha contado; é por esto le tenian allí su amigo que allí trajéra una doncella, sobrina de la señora del castillo; aquella que ya oistes que en el agua se queria afogar. Así quedaron Urganda y el caballero fablando una parte de aquel dia, y ella le dijo: «Buen caballero, ¿no sabeis á quién armastes caballero?—No, dijo él.—Pues razon es que lo sepais; que él es de tal corazon, é vos asimismo, que si vos topásedes no os conociendo, seria gran mala ventura. Sabed que es hijo de vuestro padre é madre; y este es el que el Gigante les tomó siendo niño de dos annos é medio, y es tan grande y fermoso como agora vedes; é por amor vuestro é suyo guardé tanto tiempo para él aquella espada, é dígovos que hará con ella el mejor comienzo de caballería que nunca fizo caballero en la Gran Bretaña.» A Amadís se le hincheron los ojos de agua, de placer, é dijo: «¡Ay Señora! decidme dónde lo fallaré.—No ha agora menester, dijo ella, que lo busqueis; que todavía conviene que pase lo que está ordenado.—Pues ¿podré lo ver ahína?—Sí, dijo ella, mas no será tan ligero de conoscer como pensais.» El se dejó de preguntar mas en ello, y ella con su amigo se fué su via, é Amadís con su escudero por otro camino, con intencion de ir á Vindilisora, donde era á la sazon el rey Lisuarte.

Galaor llegó donde era el Gigante é díjole: «Padre, yo soy caballero; loores á Dios é al buen caballero que lo fizo.» Dijo él: «Hijo, deso soy muy alegre, é demándoos un don.—Muy de grado, dijo él, lo otorgo, con tanto que no sea estorbo de ir yo á ganar honra.—Hijo, dijo el Gigante, antes, si á Dios pluguiere, será en gran acrecentamiento della.—Pues pedildo, dijo él; que yo lo otorgo.—Hijo, dijo él, algunas veces me oistes decir cómo Albadan el gigante mató á traicion á mi padre é le tomó la peña de Galtáres, que debe ser mia; demándovos que me deis derecho dél, que otro ninguno como vos me lo puede dar; é acordadvos de la crianza que en vos hice, é cómo ponia mi cuerpo á la muerte por vuestro amor.—Ese don, dijo Galaor, no es de pedirle vos á mí, antes le demando yo á vos que me otorgueis esa batalla, pues tanto os cumple; é si della vivo saliere, todas las otras cosas que mas vuestra honra é provecho sean, fasta que esta vida pague aquella gran deuda en que vos es, yo estoy aparejado de hacer; é luego vamos allá.—En el nombre de Dios,» dijo el Gigante. Entonces entraron en el camino de la peña de Galtáres, é no anduvieron mucho, que encontraron con Urganda la Desconocida, é saludáronse cortésmente, é dijo Galaor: «¿Sabeis quién os hizo caballero?—Sí, dijo él, el mejor caballero de que nunca oí fablar.—Verdad es, dijo ella, é mas vale que vos pensais, é quiero que sepais quién es.» Entonces llamó á Gandalac el gigante é dijo: Gandalac, ¿no sabes tú que este caballero que criaste es hijo del rey Perion é de la reina Elisena, é por las palabras que te yo dije le tomaste é le has criado?—Verdad es,» dijo él. Entonces dijo á Galaor: «Mi amado hijo, sabed que aquel que os fizo caballero es vuestro hermano, é es mayor que vos dos annos, é cuando le viérdes honralde como al mejor caballero del mundo, é punad de le parecer en el ardimento é buen talante.—¿Es verdad, dijo Galaor, que el rey Perion es mi padre é la Reina mi madre, é que soy hermano de aquel tan buen caballero?—Sin falla, dijo ella, es.—A Dios merced, dijo él; agora os digo que soy puesto en mucho mayor cuidado que ante, é la vida en mayor peligro, pues me conviene ser tal, que esto que vos, doncella, decis, así ellos como todos los otros con razon lo deban creer.

Urganda se despidió dellos, y el Gigante é Galaor anduvieron su via como ante; é preguntando Galaor al Gigante quién era aquella tan sabida doncella, y él contándole cómo era Urganda la Desconocida, é que se llamaba así porque muchas veces se transformaba é desconocia, llegaron á una ribera, é por ser la calor grande, acordaron de en ella folgar en una tienda que armaron, é no tardó que vieron venir una doncella por un camino, é otra por otro. Así que, se juntaron cabe la tienda, é cuando vieron el Gigante quisieron fuir, mas don Galaor salió á ellas é fízolas tornar, asegurándolas, é preguntó dónde iban. La una le dijo: «Voy, por mandado de una mi señora, á ver una batalla muy extraña de un solo caballero que se ha de combatir con el fuerte gigante de la peña de Galtáres, para que le lleve las nuevas della.» La otra doncella dijo: «Maravíllome de lo que decis, que haya caballero que tan gran locura osase acometer, é aunque mi camino á otra parte es, ir quiero con vos por ver cosa tan fuera razon.» Ellas, que se iban, díjoles Galaor: «Doncellas, no vos cureis de allí llegar, que nosotros vamos á ver esa batalla, é id en nuestra compañía.» Ellas gelo prometieron, é mucho folgaban de le ver tan fermoso con aquellos paños de novel caballero, que muy mas apuesto le hacian, é todos juntos allí comieron é folgaron, é Galaor sacó aparte al Gigante, é díjole: «Padre, á mí placeria mucho que me dejeis ir á hacer mi batalla, é sin vos llegaré mas ahína.» Esto decia él porque no supiesen que él era el que la habia de hacer, é no sospechasen que con su esfuerzo queria acometer tan gran cosa. El Gigante lo otorgó contra su voluntad, é Galaor se armó y entró en el camino, é las doncellas ambas con él, é tres escuderos del Gigante que mandó ir con él, que llevaban las armas é lo que habia menester; é asi anduvo tanto, que allegó á dos leguas de la peña de Galtáres, é allí le anocheció en una casa de un ermitaño; é sabiendo que era de órden, se confesó con él, é cuando le dijo que iba á facer aquella batalla fué espantado é díjole: «¿Quién os pone en tan gran locura como esta? Que en toda esta comarca no hay tales diez caballeros que se osasen acometer; tanto es bravo y espantoso é sin ninguna merced; é

vos seyendo en tal edad poneros en tal peligro, perder quereis el cuerpo é aun el alma; que aquellos que conocidamente se ponen en la muerte, pudiéndolo excusar, ellos mismos se matan.—Padre, dijo don Galaor, Dios fará de mí su voluntad; pero la batalla no la dejaré por ninguna via.» El hombre bueno comenzó á llorar, é díjole : «Fijo, Dios vos acorra y esfuerce, pues en esto otra cosa no quereis hacer, é pláceme en vos fallar de buena vida.» E Galaor le rogó que rogase á Dios por él. Allí se aposentaron aquella noche; é otro dia, habiendo oido misa, armóse Galaor é fuése contra la peña que ante sí veia, muy alta é con muchas torres fuertes, que facian el castillo parecer muy hermoso á maravilla. Las doncellas preguntaron á Galaor si conocia el caballero que la batalla habia de facer. El les dijo : «Creo que ya le vi.» Galaor preguntó á la doncella que de parte de su señora venia á ver la batalla, que le dijese quién era. «Esto no puede saber otro sino el caballero que ha de combatir.» E fablando en esto, llegaron al castillo, é la puerta fallaron cerrada. Galaor llamó, é parescieron dos hombres sobre la puerta, é díjoles: «Decid á Albadan que está aquí un caballero de Gandalac que viene á se combatir con él, é si allá tarda, que no salirá hombre ni entrará que le yo no mate, si puedo.» Los hombres se rieron é dijeron : «Este rencor durará poco, porque ó tú fuirás ó perderás la cabeza. E fuéronlo decir al Gigante, é las doncellas se llegaron á Galaor é dijeron : «Amigo señor, ¿sois vos el lidiador desta batalla?—Sí, dijo él.—¡Ay Señor! dijeron ellas, Dios os ayude é lo deje acabar á vuestra honra, que gran fecho comenzais; é quedad en buena hora, que no osarémos atender al Gigante.—Amigas, no temais, y ved por lo que venistes, ó vos tornad á casa del ermitaño; que yo ahí seré, si aquí no muero.» La una dijo: «Cualquier mal que avenga, ver quiero lo por que vine.» Entonces, apartándose del castillo, se metieron en una orilla de una floresta, donde esperaban : de fuir si mal fuese al caballero.

CAPITULO XII.

De cómo Galaor se combatió con el gran gigante, señor de la peña de Galtáres, é lo venció é mató.

Al Gigante fueron las nuevas, é no tardó mucho, que luego salió en un caballo, y él parecia sobre él tan gran cosa, que no hay hombre en el mundo que mirar lo osase; é traia unas fojas de fierro tan grandes, que desde la garganta fasta la silla le cobrian; é un yelmo grande además muy claro, é una gran maza de fierro muy pesada, con que feria. Mucho fueron espantados los escuderos é las doncellas de lo ver; é Galaor no era tan esforzado, que entonces gran miedo no hobiese; mas cuanto mas á él se acercaba mas le perdia. El Jayan le dijo : «Cativo caballero, ¿cómo osas atender tu muerte? Que no te verá mas el que acá te envió; é aguarda é verás cómo sé ferir de maza.» Galaor fué sañudo é dijo: «Diablo, tú serás vencido é muerto con lo que yo traigo en mi ayuda, que es Dios é la razon.» El Jayan movió contra él, que no parecia sino una torre. Galaor fué á él con su lanza baja al mas correr de su caballo, y encontróle en los pechos de tal fuerza, que la una estribera le fizo perder é la lanza quebró. El Jayan alzó la maza por lo ferir en la cabeza, é Galaor pasó tan ahína, que lo no alcanzó sino en el brocal del escudo, é quebrando los brazales y el tiracol, gelo fizo caer en tierra, é á pocas Galaor hobiera caido tras él; y el golpe fué tan fuerte dado, que el brazo no pudo la maza sostener, é dió en la cabeza de su mismo caballo; así que, lo derribó muerto y él quedó debajo, é queriéndose levantar, habiendo salido dél á gran afan, llegó Galaor é dióle de los pechos del caballo, é pasó sobre él bien dos veces antes que se levantase, é á la hora tropezó el caballo de Galaor en el del Gigante, é fué á caer de la otra parte. Galaor salió dél luego que se veia en aventura de muerte, é puso mano á la espada que Urganda le diera é dejóse ir al Jayan, que la maza tomaba del suelo, é dióle con la espada en el palo della é cortóle todo, que no quedó sino un pedazo que le quedó en la mano; é con aquel lo firió el Jayan de tal golpe por cima del yelmo, que la una mano le hizo poner en tierra; que la maza era fuerte é pesada y el que feria de gran fuerza, y el yelmo se le torció en la cabeza; mas él, como muy ligero é de vivo corazon fuese, levantóse luego é tornó al Jayan, el cual le quiso ferir otra vez; pero Galaor, que mañoso é ligero andaba, guardóse del golpe, é dióle en el brazo con la espada tal ferida, que gelo cortó cabe el hombro, é decendiendo la espada á la pierna, le cortó cerca de la meitad. El Jayan dió una gran voz é dijo: «¡Ay cativo! escarnido soy por un hombre solo.» E quiso abrazar á Galaor con gran saña; mas no pudo ir adelante por la gran ferida de la pierna, é sentóse en el suelo. Galaor tornó á lo ferir, é como el Gigante tendió la mano por lo trabar, dióle un golpe que los dedos le echó en tierra con la meitad de la mano; y el Jayan, que por lo trabar se habia tendido mucho, cayó, é Galaor fué sobre él é matólo con su espada é cortóle la cabeza. Entonces vinieron á él los escuderos é las doncellas, é Galaor les mandó á los escuderos que llevasen la cabeza á su señor; ellos fueron alegres é dijeron : «Por Dios, Señor, él fizo en vos buena crianza, que vos ganastes el prez y él la venganza y el provecho.»

Galaor cabalgó en un caballo de los escuderos, é vió salir del castillo diez caballeros, en una cadena metidos, que le dijeron: «Venid á tomar el castillo; que vos matastes el Jayan é nos los suyos que le guardaban.» Galaor dijo á las doncellas : «Señoras, quedemos aquí esta noche.» Ellas dijeron que les placia. Entonces fizo quitar la cadena á los caballeros, é acogéronse todos al castillo, donde habia fermosas casas, y en una dellas se desarmó é diéronle de comer, é á sus doncellas con él.

Así folgaron allí con gran placer, mirando aquella fuerza de torres é muros, que maravillosas les parescian. Otro dia fueron allí asonados todos los de la tierra en derredor, é Galaor salió á ellos, y ellos lo recibieron con gran alegría, diciéndole que, pues él ganara aquel castillo matando al Jayan que por fuerza é gran premio los mandaba, que á él querian por señor. El gelo agradeció mucho; pero díjoles que ya sabian cómo aquella tierra era de derecho de Gandalac, é que él, como su criado, habia allí venido á la ganar para él; que le obedeciesen por señor, como eran obligados, é que él los trataria mansa é honradamente. El sea bien venido, dijeron ellos, que como nuestro natural é como cosa suya

propria, terná cuidado de nos hacer bien; que este otro que matastes como ajenos y extraños nos trataba.»

Galaor tomó homenaje de dos caballeros, los que mas honrados le parecieron, para que venido Gandalac, le entregasen el castillo, é tomando sus armas é las doncellas, é un escudero de los dos que allí trajo, entró en el camino de la casa del ermitaño; é allí llegado, el hombre bueno fué muy alegre con él é díjole: «Fijo bienaventurado, mucho debeis amar á Dios, que él vos ama, pues quiso que por vos fuese fecha tan fermosa venganza.» Galaor, tomando dél su bendicion, é rogándole que dél hobiese memoria en sus oraciones, entró en su camino. La una doncella le rogó que le otorgase su compañía, é la otra dijo: «No vine aquí sino por ver cima desta batalla, é vi tanto, que terné que contar por donde fuere. Agora quiérome ir á casa del rey Lisuarte por ver un caballero mi hermano que ahí andá.—Amiga, dijo Galaor, si ahí viérdes un caballero mancebo que trae unas armas de unos leones, decilde que el doncel que él fizo caballero se le encomienda, y que yo pugnaré de ser hombre bueno; é si le yo viere decirle he mas de mi facienda é de la suya que él sabe.» La doncella se fué su via, é Galaor dijo á la otra que, pues él habia sido el caballero que la batalla hiciera, que le dijese quién era su señora, que la allí habia enviado, «Si lo vos quereis saber, dijo ella, seguidme é mostrar vos la he de aquí á cinco dias.—Ni por eso, dijo él, no quedaré de lo saber; que yo os seguiré.»

Así anduvieron fasta que llegaron á dos carreras, é Galaor, que iba delante, se fué por la una, pensando que la doncella fuera tras él, mas ella tomó la otra, y esto era á la entrada de la floresta llamada Brananda, que parte el condado de Clara é de Gresca, é no tardó mucho que Galaor oyó unas voces diciendo: «¡Ay buen caballero, valedme!» El tornó el rostro é dijo: «¿Quién da aquellas voces?» El escudero dijo: «Entiendo que la doncella que de nos se apartó.—¿Cómo, dijo Galaor, partióse de nos?—Sí, señor, dijo él, por aquel otro camino va.—Por Dios mal la guardé.» E enlazando el yelmo, é tomando el escudo é la lanza, fué cuanto pudo donde las voces oia, é vió un enano feo encima de un caballo, é cinco peones armados con él de capellinas é hachas, y estaba firiendo con un palo que en la mano tenia á la doncella. Galaor llegó á él é dijo: «Vé, cosa mala é fea, Dios te dé mala ventura.» E tornó la lanza á la mano siniestra, é fué á él, é tomándole el palo, dióle con él tal herida, que cayó en tierra todo atordido; los peones fueron á él é firiéronlo por todas partes; él dió á uno tal golpe del palo en el rostro, que le batió en tierra, é firió á otro con la lanza en los pechos, que le tenia metida la hacha en el escudo y no la podia sacar, que lo pasó de la otra parte é cayó, é quedó en él la lanza, é sacó la hacha del escudo, é fué para los otros, mas no le osaron atender, é fueron por unas matas tan espesas, que no pudo ir tras ellos, é cuando volvió vió cómo el Enano cabalgara é dijo: «Caballero, en mal punto me feristes é matastes mis hombres.» E dió del azote al rocin é fuése cuanto mas pudo por una carrera. Galaor sacó la lanza del villano, é vió que estaba sana, de que le plugo; é dió las armas al escudero, é dijo: «Doncella, id vos delante, é guardar vos he mejor.»

E así tornaron al camino, donde á poco rato llegaron á un rio que habia nombre Bran, é no se podia pasar sin barca; la doncella, que iba delante, falló el barco é pasó de la otra parte, é en tanto que Galaor atendió el barco llegó el enano que él firiera, é venia diciendo: «A la fe, don traidor, muerto sois, é dejaréis la doncella que me tomastes.» Galaor vió que con él venian tres caballeros bien armados y en buenos caballos. «¡Cómo! dijo el uno dellos, ¿todos tres irémos á uno solo?... Yo no quiero ayuda ninguna.» E dejóse á él ir lo mas recio que pudo; é Galaor, que ya sus armas tomara, fué contra él é firiéronse de las lanzas, y el caballero del Enano le falsó todas sus armas, mas no fué la ferida grande, é Galaor lo firió tan bravamente, que lo lanzó de la silla, de que los otros fueron maravillados, é dejáronse á él correr entrambos de consuno, y él á ellos, y el uno erró su golpe, y el otro fizo en el escudo su lanza piezas; é Galaor lo firió tan duramente, que el yelmo le derribó de la cabeza é perdió las estriberas y estovo cerca de caer; mas el otro tornó é firió á Galaor con la lanza en los pechos, é quebró la lanza, é aunque Galaor sintió el golpe mucho, no le falsó el arnés; entonces metieron todos mano á las espadas, é comenzaron su batalla, y el Enano decia á grandes voces: «Matadle el caballo é no fuirá. E Galaor quiso ferir al que derribara el yelmo, y el otro alzó el escudo y entró por el brocal bien un palmo, é alcanzó con la punta en la cabeza al caballero, é fendióle fasta las quijadas; así que, cayó muerto. Cuando el otro caballero vió este golpe fuyó, é Galaor en pos dél, é firióle con su espada por cima del yelmo é no le alcanzó bien, é decendió el golpe al arzon de zaga, é llevóle un pedazo é muchas mallas del arnés; mas el caballero firió recio al caballo de las espuelas, y echó el escudo del cuello por se ir mas ahína. Cuando Galaor así lo vió ir dejólo, é quiso mandar colgar al Enano por la pierna, mas viólo ir fuyendo en su caballo cuanto mas pudo, é tornóse al caballero con quien ante justara, que iba ya acordando, é díjole: «Caballero, de vos me pesa mas que de los otros, porque á guisa de buen caballero, vos quisistes combatir; no sé por qué me acometistes, que no vos lo merecí.—Verdad es, dijo el caballero; mas aquel enano traidor nos dijo que le firiérades é le matárades sus hombres, é le tomárades á fuerza una doncella que se queria con él ir.» Galaor le mostró la doncella, que lo atendia de la otra parte del rio, é dijo: «Védes la doncella, é si la yo forzara no me atendiera; mas veniendo en mi compañía, erróse de mí en esta floresta.» Y él la tomó é la feria con un palo muy mal.—¡Ay traidor! dijo el caballero, en mal punto me hizo acá venir, si lo yo hallo.» Galaor le hizo dar el caballo, é díjole que atormentase al Enano, que era traidor. Entonces pasó en el barco de la otra parte, y entró en el camino en guia de la doncella, é cuando fué entre nona é vísperas mostróle la doncella un castillo muy hermoso encima de un valle, é díjole: «Allí irémos nos á albergar.» E anduvieron tanto hasta que á él llegaron, y fueron muy bien recebidos, como en casa de su madre de la doncella que era, é díjole: «Señora, honrad este caballero como el mejor que nunca escudo echó al cuello.» Ella dijo: «Aquí le harémos todo servicio é plaçer.» La doncella le dijo: «Buen caballero,

para qùe yo pueda complir lo que os he prometido habeisme de aguardàr aquí, é luego volveré con recaudo. —Mucho os ruego, dijo él, que no me detengais, que se me hària mucha pena.» Ella se fué, é no tardó mucho que no volviese, é díjole: «Agora cabalgad é vayamos. —En el nombre de Dios,» dijo él. Entonces tomó sus armas, é cabalgando en su caballo, se fué con ella, é anduvieron siempre por una floresta, é á la salida della les anocheció, é la doncella, dejando el camino que levaban, tomó por otra parte, é pasada una pieza de la noche, llegaron á una fermosa villa, que Grandáres habia nombre; é desque llegaron á la parte del alcázar dijo la doncella: «Agora decendamos y venid en pos de mí, que en aquel alcázar vos diré lo que tengo prometido. —Pues ¿llevaré mis armas? dijo él. —Sí, dijo ella; que no sabe hombre lò que avenir puede.» Ella se fué delante, é Galaor en pos della hasta que llegaron á una pared, é dijo la doncella: «Subid por aquí y entrad ende; que yo iré por otra parte é acudiré á vos.» El subió suso á gran afan, é tomó el escudo é yelmo, é bajóse ayuso, é la doncella se fué. Galaor entró por una huerta é llegó á un postigo pequeño que en el muro del alcázar estaba, y estuvo allí un poco fasta que lo vió abrir, é vió la doncella, é otra con ella, é dijo á Galaor: «Señor caballero, antes que entreis conviene que me digais cúyo hijo sois. —Dejad vos deso, dijo él; que yo tengo tal padre é madre, que hasta que mas valga no osaria decir que su hijo soy. —Todavía, dijo ella, conviene que me lo digais; que no será de vuestro daño. —Sabed que soy fijo del rey Perion é de la reina Elisena, é aun no há siete dias que os lo no supiera decir. —Entrad,» dijo ella; entrando, ficiéronle desarmar, é cubriéronle un manto, é saliéronse de allí, é la una iba detrás é la otra delante, y él en medio, y entraron en un gran palacio é muy hermoso, donde yacian muchas dueñas é doncellas en sus camas, é si alguna preguntaba quién iba ahí, respondian ambas las doncellas. Así pasaron fasta una cámara que con el palacio se contenia, y entrando dentro, vió Galaor estar en una cámara de muy ricos paños una hermosa doncella que sus cabellos hermosos peinaba; y como vió á Galaor, puso en su cabeza una hermosa guirnalda é fué contra él, diciendo: «Amigo, vos seais bien venido, como el mejor caballero que yo sé. —Señora, dijo él, é vos muy bien hallada, como la mas hermosa doncella que yo nunca vi.» E la doncella que lo allí guió dijo: «Señor, veis aquí mi señora, é agora soy quita de la promesa; sabed que ha nombre Aldeva, y es fija del rey de Serolis, é hala criado aquí la mujer del duque de Bristoya, que es hermana de su madre.» Desi dijo á su señora: «Yo vos dó al hijo del rey Perion de Gaula; ambos sois fijos de reyes é muy fermosos; si vos mucho amais, no vos lo terná ninguno á mal.» E saliéndose fuera, Galaor holgó con la doncella aquella noche á su placer, é sin que mas aquí os sea recontado, porque en los autós semejantes, que á virtud de honestad no son conformes, con razon debe hombre por ellos ligeramente pasar, teniéndolos en aquel pequeño grado que merecen ser tenidos.» Pues venida la hora en que le conviño salir de allí, tomó consigo las doncellas é tornóse donde las armas dejara; é armado, se salió á la huerta, é falló hí al enano que ya oistes, é díjole: «Caballero, en mal punto acá entrastes, que yo os faré morir, é á la alevosa que aquí os trajo.» Entonces dió voces: «Salid, caballeros, salid; que un hombre sale de la cámara del Duque.» Galaor subió en la pared é acogióse á su caballo, mas no tardó mucho que el Enano con gente salió por una puerta que abrieron, é Galaor, que entre todos le vió, dijo entre sí: «¡Ay cativo! muerto soy si me no vengo deste traidor de enano.» E dejóse á él ir por lo tomar; mas el Enano se puso detrás de todos en su rocin; é Galaor, con la gran rabia que llevaba, metióse por entre todos, y ellos lo comenzaron á ferir de todas partes. Cuando él vió que no podia pasar, firiólos tan cruelmente, que mató dos dellos, en que quebró la lanza; desi metió mano á la espada é dábales mortales golpes, de manera que algunos fueron muertos é otros feridos; mas ante que de la priesa fuese salido le mataron el caballo. El se levantó á gran afan, que le herian por todas partes; pero desque fué en pié escarmentólos de manera, que ninguno era osado de llegar á él. Cuando el Enano lo vió ser á pié, cuidólo ferir de los pechos del caballo, é fué á él lo mas recio que pudo, é Galaor se tiró un poco afuera é tendió la mano é tomóle por el freno, é dióle tal ferida de la manzana de la espada en los pechos, que lo derribó en tierra, é de la caida fué así atordido, que la sangre le salió por las orejas é por las narices, é Galaor saltó en el caballo, é al cabalgar perdió la rienda é salióse el caballo con él, de la priesa; é como era grande é corredor, ante que la cobrase se alongó una buena pieza, é como las riendas hobo, quísose tornar á los ferir, mas vió á la finiestra de una torre su amiga, que con el manto le hacia señas que se fuese. El se partió dende, porque la gente habia ya mucha sobrevenido, é anduvo fasta entrar en una floresta. Entonces dió el escudo y yelmo á su escudero. Algunos de los hombres decian que seria bueno seguirle, otros que nada aprovecharia, pues era en la floresta; pero todos estaban espantados de ver cómo tan bravamente se habia combatido. El Enano, que mal trecho estaba, dijo: «Llevadme al Duque, é yo le diré de quién debe tomar la venganza.» Ellos le tomaron en brazos y lo subieron donde el Duque era, é contóle cómo fallara á la doncella en la floresta, é porque la queria traer consigo habia dado grandes voces, é que acudiera en su ayuda un caballero, é le habia muerto sus hombres, é á él ferido con el palo, é que él despues lo siguiera con los tres caballeros por le tomar la doncella, é cómo los desbaratara é venciera; finalmente le contó cómo la doncella le trajera allí é lo habia metido en su cámara. El Duque le dijo si conosceria la doncella. El dijo que sí. Entonces las mandó allí venir todas las que estaban en el castillo, é como el Enano entre ellas la vió dijo: «Esta es por quien vuestro palacio es deshonrado. —¡Ay traidor! dijo la doncella, mas tú me ferias mal é me mandabas ferir á tus hombres, é aquel buen caballero me defendió, que no sé si es este ó si no.» El Duque fué muy sañudo é dijo: «Doncella, yo faré que me digais la verdad.» E mandóla poner en prision; pero por tormentos ni males que la ficieron, nunca nada descubrió, é allí la dejó estar, con grande angustia de Aldeva, que la mucho amaba, é no sabia con quién lo hiciese saber á Galaor, su amigo.

El autor deja aquí de contar destò, é torna á fablar de Amadís, é lo deste Galaor dirá en su lugar.

CAPITULO XIII.

De cómo Amadís se partió de Urganda la Desconocida, é llegó á una fortaleza, é de lo que en ella le avino.

Partido Amadís de Urganda la Desconoscida, con mucho placer de su ánimo en haber sabido que aquel que ficiera caballero era su hermano, é porque creia ser cédo donde su señora era, que aunque la no viese, le seria gran consuelo ver el lugar donde estaba, anduvo tanto contra aquella parte por una floresta sin que poblado fallase, que en ella le anocheció, y en cabo de una pieza vió léjos un fuego que sobre los árboles parecia, é fué contra allá, pensando fallar aposentamiento. Entonces desviándose del camino, anduvo fasta que llegó á una fermosa fortaleza, que en una torre della parecia por las finiestras aquellas lumbres que de candelas eran, é oyó voces de hombres é mujeres como que cantaban é facian alegrías, é llamó á la puerta, mas no le oyeron, é dende á poco los de la torre miraron por entre las almenas é viéronle que llamaba, é díjole un caballero: «¿Quién sois, que á tal hora llamais?» El le dijo: «Señor, soy un caballero extraño. —Así parece, dijo el del muro, que sois extraño, que dejais de andar de dia é andais de noche; mas creo que lo faceis por no haber razon de os combatir, que á esta hora fallaréis sino los diablos.» Amadís le dijo: «Si en vos algun bien hobiese, algunas veces veríades andar de noche á los que menos facer no pueden. —Agora os id, dijo el caballero, que no entraréis acá. —Si me ayude Dios, dijo Amadís, yo cuido que no querríades hombre que algo valiese en vuestra compañía; pero querria, antes que me vaya, saber cómo habeis nombre. —Yo te lo diré, dijo él, con tal que cuando me fallares te combatas comigo.» Amadís, que sañudo estaba, otorgógelo; el caballero dijo: «Sabed que yo he nombre Dardan; que no puedes haber esta noche tan mala que no sea muy peor el dia que comigo encontrares. —Pues yo quiero, dijo Amadís, salir luego desta promesa, é alúmbrennos con estas candelas á que nos combatamos. —¡Cómo! dijo Dardan, ¿por yo ir á la batalla de tal como vos habia de tomar armas de mas de noche? Mal haya quien espuelas calzase ni arnés vistiese por ganar honra della.» Entonces se partió del muro, é Amadís fué su camino.

Aquí retrata el autor de los soberbios é dice: «Soberbios, ¿qué quereis? Qué pensamiento es el vuestro? Ruégo vos que me digais la fermosa persona, la gran valentía, el ardimento del corazon, si por ventura lo heredastes de vuestros padres, ó lo comprastes con las riquezas, ó lo alcanzastes en las escuelas de los grandes sábios, ó lo ganastes por merced de los grandes príncipes; cierto es que diréis que no; pues ¿dónde lo hobistes? Parésceme á mí que de aquel Señor muy alto donde todas las buenas cosas ocurren é vienen. E á esta Señor ¿qué gracias, qué servicios en pago dello le daís? Cierto no otros ningunos sino despreciar los virtuosos y deshonrar los buenos, maltratar los de sus órdenes santas, matar los flacos con vuestras grandes soberbias, é otros muchos insultos en contra de su servicio, y al contrario de la escolástica regla de caballería, que es en la lengua religioso y en la fuerza soberbio. Creyendo, á vuestro parecer, que así como con esto la fama, la honra deste mundo ganais, que así con una pequeña penitencia en el fin de vuestros dias la gloria del otro ganaréis. ¡Oh, qué pensamiento tan vano y tan loco, habiendo pasado vuestro tiempo en las semejantes cosas sin arrepentimiento, sin la satisfacion que á vuestro Señor debeis, guardarlo todo junto para aquella triste é peligrosa hora de la muerte, que no sabeis cuándo ni en qué forma os verná! Diréis vos que el poder é la gracia de Dios es muy grande, junto con su piedad; verdad es. Mas así el vuestro poder habia de ser para forzgar con tiempo vuestra ira é saña, é os quitar de aquellas cosas que él tanto tiene aborrecidas, porque haciéndoos dignos, dignamente el su perdon alcanzar podiésedes; considerando que no sin causa el cruel infierno fué por él establecido.

Mas quiero yo agora dejar esto aparte que no veis, ó ponerme en razon con vosotros en lo presente que habemos visto y leido. Decidme: ¿por qué causa fué derribado del cielo en el fondo abismo aquel malo Lucifer? No por otra sino por su gran soberbia; é aquel fuerte gigante Membrot, que primero todo el humanal linaje señoreó, ¿por qué fué de todos ellos desamparado ó como animalía bruta sin sentido alguno fueron por los desiertos sus dias consumidos, no por al, salvo porque con su gran soberbia quiso facer una escalera á manera de camino, pensando por ella subir é mandar los cielos? Pues ¿por qué dirémos que fué por Hércoles asolada y destruida la gran Troya, é muerto aquel su poderoso rey Laumedon? No por otra causa sino por la soberbia embajada que por sus mensajeros á los caballeros griegos envió, que á salva fe al su puerto de Simeonta arribaron. Muchos otros que por esta mala é malvada soberbia perecieron en este mundo y en el otro contar se podrian, con que esta razon aun mas autorizada fuese. Pero porque seyendo mas prolija, mas enojosa de leer seria, se dejará de recontar; solamente vos será á la memoria traido si estos que en el cielo y en la tierra, donde tan gran poder é honra tuvieron, por la soberbia fueron perdidos, deshonrados é dañados, ¿qué fruto hay en aquellas viles palabras dichas por Dardan é por otros semejantes? Qué mando en lo uno ni en lo otro tienen, ó ocurrírseles puede? La historia os lo mostrará adelante.

Partido Amadís con gran saña de aquel muy soberbio caballero Dardan, fuése por la floresta buscando algun mato aparejado donde albergar pudiese; é así yendo, oyó ante sí hablar, é yendo presto aguijando mas su caballo, halló dos doncellas en sus palafrenes, é un escudero con ellas; él se llegó á ellas é saludólas cortésmente, y ellas le preguntaron de dónde venia á tal hora armado; él les contó cuanto le acontesciera desque fuera noche. «¿Sabeis vos, dijeron ellas, cómo ha nombre ese caballero? —Si sé, dijo él, que él me lo dijo, é dijo que habia nombre Dardan. —Verdad es, dijeron ellas, que él ha nombre Dardan el Soberbio, y este es el mas soberbioso caballero que hay en esta tierra. —Yo lo creo bien,» dijo Amadís, é las doncellas le dijeron: «Señor caballero, nos tenemos aquí cerca nuestro aposenta-

miento; quedad con nos.» Amadís se lo otorgó, é yendo de consuno, hallaron dos tendejones armados, donde las doncellas de aposentar se habian, é allí descendieron, y desarmándose Amadís, mucho fueron las doncellas alegres de su hermosura, y cenaron con mucho placer, é hicieron para él un tendejon donde durmiese, y en tanto preguntáronle las doncellas dónde iba. «Contra casa del rey Lisuarte, dijo él.—E nos allá imos, dijeron ellas, por ver cómo acaescerá á una dueña que era una de las buenas de su manera desta tierra, é mas hijadalgo, é cuanto en el mundo ha tiene metido en prueba de una batalla, é ha de parecer en estos diez dias con quien faga su batalla por ella ante el rey Lisuarte; mas non sabemos qué le acaecerá; que este contra quien se ha de defender es agora el mejor caballero que hay en la Gran Bretaña.—¿Quién es ese, dijo Amadís, que tanto precian de armas onde tantos buenos hay?—El mesmo del que agora os partistes, dijeron ellas: Dardan el Soberbio.—¿Por qué razon, dijo él, ha de ser esta batalla? Decídmelo, así Dios os vala.—Señor, dijeron ellas, este caballero ama á una dueña desta tierra que fué hija de un caballero que fué casado con esta otra dueña; é la amada dijo á su amigo Dardan que jamás le haria amor si la no llevase á casa del rey Lisuarte é dijese que el haber de su madrastra debia ser suyo, y que sobre esta razon se combatiese con quien dijese lo contrario, é hízolo él así como lo mandó su amiga; é la otra dueña no fuera tan bien razonada como le fuera menester, é dijo que daria probador ante el Rey por sí, y esto fizo por el gran derecho que tiene, cuidando hallar quien lo mantuviese por ella; mas Dardan es tan buen caballero de armas, que á tuerto que á derecho todos dudan su batalla.» Amadís fué muy alegre con estas nuevas, porque el caballero fuera contra el Soberbio y que podria vengar su saña teniendo derecho, é porque la batalla se haria adelante su señora Oriana, é comenzó á pensar en ello muy firmemente. Las doncellas pararon mientes en su cuidado, é la una dellas dijo: «Señor caballero, ruégoos yo mucho por cortesía que nos digais la razon de vuestro pensamiento, si buenamente decir se puede.—Amigas, dijo él, si me vos prometeis, como leales doncellas, de me tener poridad de á ninguno lo decir, yo os lo diré de grado.» Ellas se lo otorgaron, y él dijo: Yo me pensaba de combatir por aquella dueña que me dejistes, é así lo haré; mas no quiero que ninguno lo sepa.» Las doncellas se lo tovieron en mucho, pues que tanto se lo habian loado en armas, é dijeron: «Señor, vuestro pensamiento es bueno y de gran esfuerzo; Dios mande que venga á bien.» E fuéronse á dormir á sus tendejones, é á la mañana cabalgaron y entraron en su camino; é las doncellas le rogaron que, pues un viaje llevaban, y en aquella floresta andaban algunos hombres de mala suerte, que se no partiese de su compaña. El se lo otorgó.

Entonces se fueron de consuno, hablando en muchas cosas, é las doncellas le rogaron, pues que así Dios los habia juntado, que les dijese su nombre; él se lo dijo, y les encomendó que persona ninguna lo sopiese. Pues caminando como ois, albergando en despoblado, siendo viciosos en sus tiendas con la provision que las doncellas llevaban, acaescióles que vieron dos caballeros armados so un árbol, que cabalgaban en sus caballos, y se pusieron ante ellos en el camino, y el uno dellos dijo al otro: «¿Cuál destas doncellas quereis vos? é tomaré yo la otra.—Yo quiero esta doncella, dijo el caballero.—Pues yo esta otra.» E tomó cada uno la suya. Amadís les dijo: «¿Qué es eso, señores? Qué quereis á las doncellas?» Dijeron ellos: «Facer como de nuestras amigas.—¿Tan ligeramente las quereis llevar, dijo él, sin les placer?—Pues ¿quién nos las tirará? dijeron ellos.—Yo, dijo Amadís, si puedo.» Entonces tomó su yelmo y escudo é lanza, é dijo: «Agora conviene que dejeis las doncellas.—Antes veréis, dijo el uno, cómo sé justar.» Y dejáronse ir ambos á gran correr de los caballos, é hiriéronse con sus lanzas bravamente. El caballero quebró su lanza, é Amadís lo hirió tan duramente, que lo derribó por cima del caballo, la cabeza ayuso é los piés arriba, y quebrándole los lazos del yelmo, le salió de la cabeza. El otro caballero vínose contra él muy recio, é hirióle de guisa, que falsándole las armas, lo llagó, mas la llaga no fué grande, y quebró la lanza. Amadís erró el encuentro, é juntáronse uno con otro, así los caballos como los escudos; é Amadís trabó dél, é sacándolo de la silla, lo batió en tierra, é así quedaron los caballeros á pié é los caballos sueltos. Amadís tomó delante sí las doncellas, é fueron por su camino hasta que llegaron á una ribera, donde mandaron armar sus tendejones y que les diesen de comer; pero antes que él decendiese llegaron los caballeros con quien justara, é dijéronle: «Conviene que defendais las doncellas con la espada, así como con la lanza; si no, llevarlas hemos.—No llevaréis, dijo él, en tanto que las defender pueda.—Pues dejad la lanza, dijeron ellos, é hayamos la batalla.—Eso faré yo, dijo él, con que vengais uno á uno; é dando su lanza á Gandalin, echó mano á su espada, é fué al uno dellos, el que de herir mas se preciaba, é comenzaron su batalla; mas á poca de hora fué el caballero tan mal tratado, que á su compañero le convino socorrerle, aunque lo contrario prometiera; é Amadís, que lo vió, dijo: «¿Qué es eso, caballero? ¿No manteneis verdad? Dígovos que no os precio nada.» El caballero llegó holgado, é como era valiente, firió á Amadís de grandes golpes; mas él, que con ambos en la batalla se via, no quiso ser perezoso, é hirió á aquel que holgado llegara de toda su fuerza en el yelmo, é salió el golpe en soslayo; así que, bajó al hombro é cortóle las correas del arnés con la carne é huesos, é cayósele la espada de la mano. El caballero túvose por muerto, é comenzó de huir, é fué para el otro é dióle en el escudo al través en derecho del puño, é cortóle tanto, que llegó hasta la mano, y hendiósela hasta el brazo; y el caballero dijo: «¡Ay, Señor, muerto soy!» Estonces dejó caer la espada de la mano y el escudo del cuello, é Amadís le dijo: «No ha eso menester; que no os dejaré si no jurais que nunca tomaréis dueña ni doncella contra su voluntad.» El caballero lo juró luego, y él hízole meter la espada en la vaina y echar el escudo al cuello, y dejólo ir donde guareciese. Amadís se tornó á las doncellas donde estaban cabe los tendejones, é dijéronle: «Cierto, señor caballero, escarnidas fuéramos si por vos no fuera, en quien hay mas bondad de lo que cuidamos; y en gran

esperanza somos que, no solamente seréis satisfecho de las soberbias palabras que Dardan vos dijo, mas aun la dueña lo será de la gran afrenta en que está puesta, si la fortuna guiará que por ella tomeis la batalla.» Amadís hobo vergüenza porque así le loaban, y desarmándose, comieron é holgaron una pieza; é tornando á su camino, anduvieron tanto por él, que llegaron á un castillo, é ahí albergaron con una dueña que les mucha honra fizo.

E otro dia caminaron sin que cosa que de contar sea les acaeciese hasta que llegaron á Vindilisora, donde era el rey Lisuarte; y llegando cerca de la villa, dijo Amadís á las doncellas: «Amigas, yo no quiero ser de ninguno conoscido, é hasta que venga el caballero á la batalla quedaré aquí en algun lugar encubierto; enviad comigo un doncel destos que sepa de mí, y me llame cuando tiempo será.—Señor, dijeron ellas, de aquí al plazo no quedan sino dos dias; si os pluguiere quedarémos nosotros con vos, y ternémos en la villa quien nos diga cuando el caballero ahí será venido.—Así se haga,» dijo él. Estonces se apartaron del camino é hicieron armar sus tendejones junto cabe una ribera; é las doncellas dijeron que ellas querian llegar á la villa, é tornarse luego. Amadís cabalgó en su caballo así desarmado como estaba, é Gandalin con él, é fueron á un otero, donde á ellos les paresció que la villa mejor ver podrian, é allí cerca habia un gran camino. Amadís se asentó al pié de un árbol, é comenzó á mirar la villa, é vió las torres é los muros asaz altos, é dijo en su corazon: «¡Ay Dios! ¡dónde está allí la flor del mundo! ¡Ay villa! ¡cómo eres agora en gran alteza; por ser en tí aquella señora que entre todas las del mundo no ha par en bondad ni fermosura! é aun digo que es mas amada que todas las que amadas son, y esto probaré yo al mejor caballero del mundo,» si me della fuese otorgado.» Despues que á su señora hobo loado, un tan gran cuidado le vino, que las lágrimas fueron á sus ojos venidas, é falleciéndole el corazon, cayó en un tan gran pensamiento, que todo estaba estordecido, de guisa que de sí ni de otro sabia parte.

Gandalin vió venir por el gran camino una compaña de dueñas é caballeros, é que venian contra donde su señor estaba, é fué á él é díjole: «Señor, ¿no veis esta compaña que aquí viene?» Mas él no respondió nada, é Gandalin le tomó por la mano, é tiróle contra sí, y él acordó, sospirando muy fuertemente, é la faz toda mojada de lágrimas, á díjole Gandalin: «Así me ayude Dios, Señor, mucho me pesa de vuestro pensar; que tomais tal cuidado cual otro caballero del mundo no tomaria, é debríades haber duelo de vos, é tomar esfuerzo como en las otras cosas tomais.» Amadís le dijo: «Ay amigo Gandalin, ¡qué sufre mi corazon! Si me tú amas, sé que antes me consejarias muerte que vivir en tan gran cuita, deseando lo que no veo.» Gandalin no se pudo sofrir de no llorar, é díjole: «Señor, esto es gran mala ventura, amor tan entrañable; que así me ayude Dios, yo creo que no hay tan buena ni tan hermosa que á vuestra bondad igual sea y que la no hayais.» Amadís, que esto le oyó, fué muy sañudo é dijo: «¡Vé, loco sin sentido! ¿cómo osas decir tan gran desvarío? ¿habia yo de valer, ni otro ninguno, tanto como aquella en quien todo el bien del mundo es? E si otra vez lo dices, no irás comigo un paso.» Gandalin dijo: «Alimpiad vuestros ojos, é no os vean así aquellos que vienen.—¡Cómo! dijo él, ¿viene alguno?—Sí,» dijo Gandalin. Entonces le mostró las dueñas é los caballeros que ya cerca del otero venian. Amadís cabalgó en su caballo é fué contra ellos é saluólos, y ellos á él, é vió entre ellos una dueña asaz hermosa é bien guarnecida, que muy fieramente lloraba. Amadís le dijo: «Dueña, Dios os haga alegre.—E á vos dé honra, dijo ella, que alegría tengo agora mucho alongada, si me Dios remedio no pone.—Dios le ponga, dijo él; mas ¿qué cuita es la que habeis?—Amigo, dijo ella, tengo cuanto he en aventura é prueba de una batalla. Y él entendió luego que aquella era la dueña que le dijeron, é díjole: «Dueña, ¿habeis quien por vos la haga?—No, dijo ella, é mi plazo es mañana.—Pues ¿cómo cuidais en ello hacer? dijo él.—Perder cuanto he, dijo ella, si en casa del Rey no hay alguno que haya de mí duelo y tome esta batalla por merced é por mantener derecho.—Dios dé buen remedio, dijo Amadís, que me placeria mucho, así por vos como porque desamo ese que contra vos es.—Dios os haga hombre bueno, dijo ella, y dé á vos é á mí presto dél venganza.» Amadís se fué á sus tendejones, é la dueña con su compaña á la villa, é las doncellas llegaron á poco rato é contáronle cómo Dardan era ya en la villa, bien ataviado de facer su batalla; é Amadís les contó cómo halló la dueña é lo que pasaron. Aquella noche holgaron, é al alba del dia las doncellas se levantaron é dijeron á Amadís cómo se iban á la villa, y que le enviarian decir lo que hacia el caballero. «Con vos quiero ir, dijo él, por estar mas llegado, é cuando Dardan al campo saliere venga la una á me lo decir.» E luego se armó, y se fueron todos de consuno, é seyendo cerca de la villa, quedó Amadís al cabo de la floresta, é las doncellas se fueron. El descabalgó de su caballo, é tiró el yelmo y el escudo, y estovo esperando, y seria esto al salir del sol.

A esta hora que ois cabalgó el rey Lisuarte con gran compaña de hombres buenos, y fuése á un campo que habia entre la villa é la floresta, é allí vino Dardan muy armado sobre un hermoso caballo, é traia á su amiga por la rienda lo mas ataviada que él llevarla pudo; é así se paró con ella ante el rey Lisuarte, é dijo: «Señor, manda entregar á esta dueña de aquello que debe ser suyo, é si hay caballero que diga que no, yo lo combatiré.» El rey Lisuarte mandó luego á la otra dueña llamar, é vino ante él, é díjole: «Dueña, ¿habeis quien se combata por vos?—Señor, no,» dijo ella llorando. El Rey hobo della muy gran duelo, porque era buena dueña. Dardan se paró en la plaza donde habia de atender fasta hora de tercia así armado, é si no viniese á él ningun caballero, darle-y-a el Rey su juicio, que así era costumbre. Cuando las doncellas así lo vieron, fué la una cuanto mas pudo á lo decir á Amadís; él cabalgó, é tomando sus armas, dijo á Gandalin é á la doncella que se fuesen por otra parte, y que sí él á su honra de la batalla se partiese, que se fuesen á los tendejones, que allí acudiria él; é luego salió de la floresta todo armado y encima de un caballo blanco, y él se iba hácia donde era Dardan, aderezando sus armas. Cuando el Rey é los de la

villa vieron al caballero salir de la floresta, mucho se maravillaron quién seria, que ninguno lo pudo conoscer; mas decian que nunca vieron caballero que tan hermoso pareciese armado é á caballo. El Rey dijo á la dueña reutada: «Dueña, ¿quién es aquel caballero que quiere sostener vuestra razon?—Así me ayude Dios, dijo ella, no sé, que le nunca vi que me miembre.» Amadís entró en el campo donde estaba Dardan, é díjole: «Dardan, agora man ten razon de tú amiga, que yo defenderé la otra dueña con la ayuda de Dios, é quitarme he de lo que te prometí.—Y ¿qué me prometistes? dijo él.—Que me combatiria contigo, dijo Amadís, y esto fué por saber tu nombre cuando fueste villano contra mí.—Agora vos precio menos que ante, dijo Dardan.—Agora me no pesa de cosa que me digais, dijo Amadís; que cerca estoy de me vengar, dándome Dios ventura.—Pues venga la dueña, dijo Dardan, é otórguete por su caballero, é véngate, si pudieres.» Entonces llegó el Rey é los caballeros por ver lo que pasaba, é Dardan dijo á la dueña: «Este caballero quiere la batalla por vos, ¿otorgaisle vuestro derecho?—Otorgo, dijo ella, é Dios le dé ende buen galardon.» El Rey miró Amadís, é vió que tenia el escudo falsado por muchos lugares, é al derredor cortado de golpes de espada, é dijo contra los otros caballeros: «Si aquel caballero extraño demandase escudo, dárselo-y-an con derecho.» Mas tanto habia Amadís la cuita de se combatir con Dardan, que en otro no tenia mientes; teniendo aquellas sucias palabras que le dijera en la memoria muy mas frescas y recientes que cuando pasaron; en que todos debian tomar enjemplo y poner freno á sus lenguas, especialmente con los que no conocen, porque de lo semejante muchas veces ha acaescido grandes cosas de notar.

El Rey se tiró afuera, é todos los otros, é Dardan é Amadís movieron contra sí de lueñe, é los caballos eran corredores é ligeros, y ellos de gran fuerza, que se hirieron con sus lanzas tan bravamente, que sus armas todas falsaron, mas ninguno no fué llagado, é las lanzas fueron quebradas, y ellos se juntaron de los cuerpos de los caballos é con los escudos tan bravamente, que maravilla era, é Dardan fué en tierra de aquella primera justa; mas de tanto le vino bien, que llevó las riendas en la mano, é Amadís pasó por él; é Dardan se levantó ahína é cabalgó como aquel que era muy ligero, y echó mano á su espada muy bravamente. Cuándo Amadís tornó fácia él su caballo viólo estar de manera de lo acometer, y echó mano á la espada, é fuéronse ambos á acometer tan bravamente, que todos se espantaban en ver tal batalla, é las gentes de la villa estaban por las torres é por el muro é por los lugares donde los mejor podian ver combatir; é las casas de la Reina eran sobre el muro, é habia hí muchas finiestras, donde estaban muchas dueñas é doncellas, é vian la batalla de los caballeros, que les parescia espantosa de ver; que ellos se herian por cima de los yelmos, que eran de fino acero; de manera que á todos parecia que les ardian las cabezas, segun el gran huego que de ellos salia; y de los arneses é otras armas hacian caer en tierra muchas piezas é mallas, é muchas rajas de los escudos. Así que, su batalla era tan cruda, que muy gran espanto tomaban los que la vian; mas ellos no quedaban de se herir por todas partes, é cada uno mostraba al otro su fuerza é ardimento. El rey Lisuarte, que los miraba como quiera que por muchas cosas de afruenta pasado hobiese por su persona é visto por sus ojos, todo le parescia tanto como nada, é dijo: «Esta es la mas brava batalla que hombre vió, é quiero saber qué fin habrá, é haré figurar en la puerta de mi palacio á aquel que la victoria hobiere, que lo vean todos aquellos que hobieren de ganar honra. Andando los caballeros con mucho ardimento en su batalla, como oides, hiriéronse de muy grandes golpes sin solo un poco holgar. Amadís, que mucha saña tenia de Dardan, y que en aquella casa de aquel rey, donde su señora era esperaba morar, porque por su mandado la sirviese, viendo que el caballero tanto se le detenia, comenzóle á cargar de grandes é duros golpes, como aquel que si alguna cosa valia, allí mas que en otra parte donde su señora no fuese lo queria mostrar; de manera que antes que la tercia llegase conocieron todos que Dardan habia lo peor de la batalla; pero no de manera que se no defendiese tan bien, que no estaba allí tan ardid que con él se osase combatir; mas todo no valia nada, que el caballero extraño no hacia sino mejorar en fuerza é ardimento, y heríalo tan fuertemente como en el comienzo; que todos decian que nada le menguaba sino su caballo, que ya no era tan valiente como era menester; é otrosí aquel con quien se combatia, que muchas veces tropezaban é ahinojaban con ellos que á duro los podian sacar de paso; é Dardan, que mejor se cuidaba combatir de pié que de caballo, dijo á Amadís: «Caballero, nuestros caballos nos fallescen, que son muy cansados, y esto hace durar mucho nuestra batalla; yo creo que si anduviésemos á pié, que rato hobiese que te habria conquistado.» Esto decia tan alto, que el Rey é cuantos con él eran lo oian, y el caballero extraño hobo ende muy gran vergüenza é dijo: «Pues te tú crees mejor te defender de pié que de caballo, apeémonos é defiéndete, que lo has mucho menester, aunque no me paresce que caballero debe dejar su caballo en cuanto pudiere estar en él.» Así que, luego descendieron de los caballos sin mas tardar, é tomó cada uno lo que quedaba de su escudo, é con gran ardimento se dejaron ir el uno al otro, é firiéronse muy mas bravamente que ante, que era maravilla de los mirar; pero de mucho habia muy gran mejoría el caballero extraño, que se podia mejor á él llegar, y heríalo de muy grandes golpes é muy á menudo, que no le dejaba holgar; pero veia que le era menester, é muchas veces lo hacia revolver de uno y otro cabo, é algunas ahinojar; tanto, que todos decian: «Locura demandó Dardan cuando quiso descender á pié con el caballero, que se no podia á él llegar en su caballo, que era muy cansado.» Así traia el caballero extraño á Dardan á toda su voluntad, que ya pugnaba mas en se guardar de los golpes que en herir, é fuése tirando afuera contra el palacio de la Reina é las doncellas, é todos decian que moriria Dardan si mas en la batalla porfiase. Cuando fueron debajo de las finiestras decian todos: «¡Santa María! muerto es Dardan.» Entonces oyó hablar Amadís á la doncella de Denamarca, é conocióla en la fabla, é catósuso é vió á su señora Oriana, que estaba á una finiestra, é la doncella con ella, é así como la vido, así la es-

pada se le revolvió en la mano, é su batalla é todas las otras cosas le fallescieron por la ver. Dardan hobo ya cuanto de vagar, é vió que su enemigo cataba á otra parte, é tomando la espada con las ambas manos, dióle un tal golpe por cima del yelmo, que gelo hizo torcer en la cabeza. Amadís por aquel golpe no dió otro, ni fizo sino enderezar su yelmo, é Dardan lo comenzó á herir por todas partes. Amadís lo feria pocas veces, que tenia el pensamiento mudado en mirar á su señora. A esta hora comenzó á mejorar Dardan y él á empeorar, é la doncella de Denamarca dijo: «En mal punto vió aquel caballero acá alguna; que así perdiendo, hizo cobrar á Dardan, que al punto de la muerte llegado era. Cierto no debiera el caballero á tal hora su obra fallescer.» Amadís, que lo oyó, hobo tan gran vergüenza, que quisiera ser muerto, con temor que creeria su señora que habia en él cobardía, y dejóse ir á Dardan é hiriólo por cima del yelmo de tan fuerte golpe, que le hizo dar de las manos en tierra, é tomóle por el yelmo é tiró tan recio, que gelo sacó de la cabeza, é dióle con él tal herida, que le hizo caer atordido, é dándole con la manzana del espada en el rostro, le dijo: «Dardan, muerto eres si á la dueña no das por quita.» El le dijo: «¡Ay caballero! merced, no muera; yo la dó por quita.» Entonces se llegó el Rey é los caballeros, é lo oyeron. Amadís, que con vergüenza estaba de lo que le acontesciera, fué á cabalgar en su caballo, y dejóse ir lo mas que pudo contra la floresta. El amiga de Dardan llegó allí donde él tan mal trecho estaba é díjole: «Dardan, de hoy mas no me cates por amiga vos ni otro que en el mundo sea, sino aquel buen caballero que agora fizo esta batalla.—¡Cómo! dijo Dardan, ¿yo soy por tí vencido y escarnido, é quiéresme desamparar por aquel que en tu daño y en mi deshonra fué? Por Dios, bien eres mujer, que tal cosa dices, é yo te daré el galardon de tu aleve.» Y metiendo mano á su espada, que aun tenia en su cinta, dióle con ella tal golpe, que le echó la cabeza á los piés; despues desto, estovo un poco pensando é dijo: «¡Ay cativo! ¡qué hice, que maté la cosa del mundo que mas amaba! Mas yo vengaré su muerte. E tomando la espada por la punta, la metió por sí, que lo no pudieron acorrer, aunque se en ello trabajaron; é como todos se llegasen á lo ver por maravilla, no fué ninguno en pos de Amadís para lo conocer; mas de aquella muerte plugo mucho á todos los mas; porque aunque este Dardan era el mas valiente y esforzado caballero de toda la Gran Bretaña, su soberbia é mala condicion facian que lo nó emplease sino en injuria de muchos, tomando las cosas desaforadas, teniendo en mas su fuerza é gran ardimento del corazon que el juicio del Señor muy alto, que con muy poco del su poder face que los muy fuertes de los muy flacos vencidos y deshonrados sean.

CAPITULO XIV.

Cómo el rey Lisuarte hizo sepultar á Dardan é á su amiga, é fizo poner en su sepultura letras que decian la manera cómo eran muertos.

Así esta batalla vencida, en que Dardan é su amiga tan crueles muertes hobieron, mandó el Rey traer dos monumentos, é fízolos poner sobre leones de piedra, é allí pusieron á Dardan é su amiga en el campo donde la batalla fuera, con letras que como habia pasado señalaban; é despues á tiempo fué allí puesto el nombre de aquel que lo venció, como adelante se dirá, é preguntó el Rey qué se hiciera del caballero extraño; mas no le supieron decir sino que se fuera al mas correr de su caballo contra la floresta. «¡Ay! dijo el Rey, ¡quién tal hombre en su compaña haber pudiese! que, demás del su gran esfuerzo, yo creo que es muy mesurado, que todos oistes el aviltamiento que le dijo Dardan, é aunque en su poder lo tuvo, no quiso matarlo, pues bien creo yo que entendió él en el talante del otro que no le hobiera merced si así lo tuviera.» En esto fablando, se fué á su palacio, fablando él y todos del caballero extraño. Oriana dijo á la doncella de Denamarca: «Amiga, sospecho en aquel caballero que aquí se combatió que es Amadís, que ya tiempo seria de venir; que pues le envié mandar que se viniese, no se deternia. —Cierto, dijo la doncella, yo creo que él es, é yo me debiera hoy membrar cuando vi el caballero que traia un caballo blanco, que sin falla un tal le dejé yo cuando de allá partí. —¿Luego, dijo, conocistes qué armas traia? —No, dijo ella; que el escudo era despintado de los golpes, mas parescióme que habia el campo de oro. —Señora, dijo la doncella, él tuvo en la batalla del rey Abies un escudo que habia el campo de oro, é dos leones azules en él, alzados uno contra otro. Mas aquel escudo fué allí todo desfecho, é mandó hacer luego otro tal, é díjome que aquel traeria cuando acá viniese, y creo que aquel es. —Amiga, dijo Oriana, si es este, ó verná ó enviará á la villa; é vos salid allá mas léjos que soleis, por ver si fallaréis su mandado. —Señora, dijo ella, así lo haré.» E Oriana dijo: «¡Ay Dios! ¡qué merced me faríades si él fuese, porque agora terné lugar de le poder fablar!» Así pasaron su habla las dos; é torna á contar de Amadís lo que le avino.

Cuando Amadís partió de la batalla fuése por la floresta tan ascondidamente, que ninguno supo dél nueva, y llegó tarde á los tendejones, donde falló á Gandalin é á las doncellas, que tenian guisado de comer; é descendiendo del caballo, lo desarmaron, é las doncellas le dijeron cómo Dardan matara á su amiga y despues á sí; por cuál razon él se santiguó muchas veces de tan mal caso, é luego se sentaron á comer con mucho placer; pero Amadís nunca partia de su memoria cómo haria saber á su señora su venida, y qué le mandaba hacer. Alzados los manteles, levantóse, é apartando á Gandalin, le dijo: «Amigo, véte á la villa é trabaja como veas á la doncella de Denamarca, y sea muy escondidamente, é dile cómo yo soy aquí; que me envie á decir qué haré.» Gandalin acordó, por ir mas encubierto, de se ir á pié, é así lo hizo; y llegando á la villa, fuése al palacio del Rey, é no estuvo hí mucho que vió la doncella de Denamarca, que no facia sino ir y venir. El se llegó á ella é saludóla, y ella á él, é católo mas, é vió que era Gandalin é díjole: «Ay, mi amigo, tú seas muy bien venido; y ¿dónde es tu señor? —Ya hoy fué tal hora que lo vistes, dijo Gandalin, que él fué el que venció la batalla, y déjole en aquella floresta ascondido, y envíame á vos que le digais

qué hará.—El sea bien venido á esta tierra, dijo ella; que su señora será con él muy alegre, é vénte en pos de mí, é si alguno te preguntare, di que eres de la reina de Escocia, que traes su mandado á Oriana, y que vienes á buscar á Amadís, que es en esta tierra, para andar con él; é así quedarás despues en su compañía sin que ninguno sospeche nada. Así entraron en el palacio de la Reina, é la doncella dijo contra Orianá: «Señora, veis aquí un escudero que vos trae mandado de la reina de Escocia.» Oriana fué ende muy alegre, é mucho mas cuando vió que era Gandalin, é fincando los hinojos ante ella, le dijo: «Señora, la Reina os envia mucho á saludar, como aquella que os ama y precia, é á quien placeria de vuestra honra, y no falleceria por ella de la acrescentar.—Buena ventura haya la Reina, dijo Oriana, é mucho agradezco sus encomiendas; vénte á esta finiestra, y decirme has mas.» Entonces se apartó con él, é fízole sentar cabe sí é díjole: «Amigo, ¿dónde dejas á tu señor?—Déjole en aquella floresta, dijo él, onde se fué anoche cuando venció la batalla.—Amigo, dijo ella, ¿qué es dél, así hayas buena ventura?—Señora, dijo él, es dél lo que vos quisiérdes, como aquel que es todo vuestro, é por vos muere, é su alma padece lo que nunca caballero.» E comenzó de llorar é dijo: «Señora, él no pasará vuestro mandado por mal ni por bien que le avenga; é por Dios, Señora, habed dél merced, que la cuita que hasta aquí sufrió en el mundo no hay otro que la sofrir pudiese; tanto, que muchas veces esperé caérseme delante muerto, habiendo ya el corazon desfecho en lágrimas; é si él hobiese ventura de vivir, pasaria á ser el mejor caballero que nunca armas trajo; é por cierto, segun las grandes cosas que por él, desque fué caballero, han pasado á su honra, así lo es agora; mas á él fallesció ventura cuando os conoció, que morirá antes de su tiempo, é cierto mas le valiera morir en la mar, donde fué lanzado, sin que sus parientes le conocieran, pues que le ven morir sin que socorrer le puedan.» Y no hacia sino llorar, é dijo: «Señora, cruda será esta muerte de mi señor, é mucho se dolerán dél si así sin socorro alguno padeciese mas de lo pasado.» Oriana dijo llorando é apretando sus manos é sus dedos unos con otros: «¡Ay amigo Gandalin! ¡por Dios cállate, no me digas ya mas! que Dios sabe cómo me pesa, si crees tú lo que dices; que antes yo mataria mi corazon é todo mi bien, é su muerte querria yo tan á duro como quien un dia solo no viviria si él muriese; é tú culpas á mí porque sabes la su cuita, é no la mia; que si la sopieses, mas te dolerias de mí, é no me culparias; pero no pueden las personas acorrer en lo que desean, antes aquello acaece de ser mas desviado, quedando en su lugar lo que les agravia y enoja; é así viene á mí de tu señor, que sabe Dios, si yo pudiese, con qué voluntad pornia remedio á sus grandes deseos é mios.» Gandalin le dijo: «Haced lo que debeis si lo amais; que él os ama sobre todas las cosas que hoy son amadas; y, Señora, agora le mandad cómo haga.» Oriana le mostró una huerta que era de yuso de aquella finiestra donde fablaban é díjole: «Amigo, vé á tu señor é dile que venga esta noche muy ascondido, y entre en la huerta, é aquí debajo es la cámara donde yo é Mabilia dormimos, que tiene cerca de tierra una finiestra pequeña con una redecilla de fierro, é por allí le hablarémos, que ya Mabilia sabe mi corazon.» E sacando un anillo muy hermoso de su dedo, le dió á Gandalin que lo llevase á Amadís, porque ella lo amaba mas que otro anillo que tuviese, é dijo: «Antes que te vayas verás á Mabilia, que te sabrá muy bien encobrir, que es muy sabida, y entrambos diréis que le traeis nuevas de su madre; así que, no sospecharán ninguna cosa.»

Oriana mandó llamar á Mabilia que viese aquel escudero de su madre, é cuando ella vió á Gandalin, entendió bien la razon, é Oriana se fué á la Reina, su madre, la cual le preguntó si aquel escudero se tornaria presto á Escocia, porque con él enviaria donas á la Reina. «Señora, dijo ella, el escudero viene á buscar á Amadís, el hijo del rey de Gaula, el buen caballero de que aquí mucho hablan.—E ¿ónde es ese? dijo la Reina.—El escudero dice, dijo ella, que há mas de diez meses que falló nuevas que venia para acá, é maravíllase cómo no lo halla.—Así Dios me ayude, dijo la Reina, á mí placeria mucho de ver tal caballero en compaña del Rey mi señor, que le seria gran descanso en los muchos hechos que de tantas partes le salen; é yo os digo que si él aquí viene, que no quedará de ser suyo por cosa que él demandare y el Rey pueda complir.—Señora, dijo Oriana, de su caballería no sé mas de lo que dicen; mas dígoos que era el mas fermoso doncel que se sabia al tiempo que en la casa del rey de Escocia servia ante mí é ante Mabilia é ante otras.» Mabilia, que con Gandalin quedara, díjole: «Amigo, ¿es ya tu señor en esta tierra?—Señora, dijo él, sí, é mándavos mucho saludar, como á la prima del mundo que mas ama; y él fué el caballero que aquí venció la batalla.—¡Ay señor Dios! dijo ella, ¡bendito seas porque tan buen caballero feciste en nuestro línaje, é nos le diste á conocer!» Luego dijo á Gandalin: «Amigo, ¿qué es dél?—Señora, dijo él, seria bien si fuerza de amor no fuese, que nos lo tiene muerto; é por Dios, Señora, acorredlde é ayudalde; que verdaderamente si algun descanso no ha en sus amores, perdido es el mejor caballero que hay en vuestro linaje ni en todo el mundo.—Por mí no fallecerá, dijo ella, en lo que yo pudiere; agora te vé é salúdamelo mucho, é dile que venga, como mi señora manda, é tú podrás fablar con nosotras, como escudero de mi madre, cada que menester será.»

Gandalin se partió de Mabilia con aquel recaudo que á su señor llevaba, y él le atendia, esperando la vida ó la muerte, segun las nuevas trajese, que sin falta á aquella sazon era tan cuitado, que sus fuerzas no bastaban para se sufrir, que el gran descanso que en se ver tan cerca donde su señora era habia recebido se le habia tornado en tanto deseo de la ver, é con el deseo, en tanta cuita y congoja que era llegado al punto de la muerte; é como vió venir á Gandalin, fué contra él y dijo: «Amigo Gandalin, ¿qué nuevas me traes?—Señor, buenas, dijo él.—¿Viste la doncella de Denamarca?—Sí vi.—E ¿supiste della lo que he de facer?—Señor, dijo él, mejores son las nuevas que vos pensais.» El se estremeció todo de placer é dijo: «Por Dios, dímelas ahína.» Gandalin le contó todo lo que con su señora pasara, é las hablas que pasaron ambos, é lo que su prima Mabilia le dijo, é la habla que concertada

dejaba; así que, nada quedó que le no dijese. El placer grande que él desto hobo, ya lo podeis considerar, é dijo á Gandalin: «Mi verdadero amigo, tú fuiste mas sabido é osado en mi hecho que lo yo fuera; y esto no es de maravillar, que lo uno é lo otro tiene muy acabadamente tu padre; é agora me di si sabes bien el lugar donde mandó que yo fuese, —Sí, Señor, dijo él; que Oriana me lo mostró. —¡Ay Dios! dijo Amadís, ¿cómo serviré yo á esta señora la gran merced que me hace? Agora no sé por qué de mi cuita me queje.» Gandalin le dió el anillo é dijo: «Tomad este anillo, que os envia vuestra señora, porque era el que ella mas amaba.» El lo tomó, viniéndole las lágrimas á los ojos, é besándolo, le puso en derecho del corazon, y estuvo una pieza que fablar no pudo; otrosí metiólo en su dedo é dijo: «¡Ay anillo! ¡cómo anduviste en aquella mano que en el mundo otra que tanto valiese hallar se podria! —¡Señor, dijo Gandalin, id vos á las doncellas é sed alegre, porque este cuidado os destruye é podrá hacer mucho daño en vuestros amores.» El así lo fizo, y en aquella cena habló mas é con mas placer que solia, de que ellas eran muy alegres; que este era el caballero del mundo mas gracioso é agradable cuando el pensamiento é pesar no le daba estorbo; é venida la hora del dormir, acostáronse en sus tendejones, como solian; mas viniendo el tiempo convenible, levantóse Amadís é halló que Gandalin tenia ya los caballos ensillados é sus armas aparejadas. E armóse, que no sabia cómo le podria acontecer, é cabalgando, se fueron contra la villa, y llegando á un monton de árboles que cerca de la huerta estaban, que Gandalin ese dia habia mirado, descabalgaron é dejaron allí los caballos, é fuéronse á pié, y entraron en la huerta por un portillo que las aguas habian hecho, é llegando á la finiestra, llamó Gandalin muy paso. Oriana, que se no cuidó de dormir, que lo oyó, levantóse é llamó Mabilia é díjole: «Creo que aquí es vuestro primo. —Mi primo es él, dijo ella; mas vos habeis en él mas parte que todo su linaje.» Entonces se fueron ambas á la finiestra, é pusieron dentro unas candelas que gran lumbre daban, é abriéronla. Amadís vió á su señora á la lumbre de las candelas, pareciéndole tanto de bien, que no hay persona que creyese que tal hermosura en ninguna mujer del mundo podria caber; y ella era vestida de unos paños de seda india, obrada de flores de oro muchas y espesas, y estaba en cabellos, que los habia muy fermosos á maravilla, é no los cobria sino con una guirnalda muy rica; é cuando Amadís así la vió estremecióse todo con el gran placer que en verla hobo, y el corazon le saltaba mucho, que holgar no podia. Cuando Oriana así lo vió llegóse á la finiestra é dijo: «Mi señor, vos seais muy bien venido á esta tierra, que mucho os hemos deseado, é habido gran placer de vuestras nuevas buenas venturas, así en las armas como en el conocimiento de vuestro padre é madre.» Amadís cuando esto oyó, aunque atónito estaba, esforzándose mas que para otra afrenta ninguna, dijo: «Señora, si mi discrecion no bastare á satisfacer la merced que me decis, é la que me fecistes en la enviada de la doncella de Denamarca, no os maravilleis dello, porque el corazon muy turbado y de sobrado amor preso no deja la lengua en su libre poder; y porque así como con vuestra sabrosa membranza todas las cosas sojuzgar pienso, así con vuestra vista soy sojuzgado, sin quedar en mí sentido alguno para que en mi libre poder sea; é si yo, mi señora, fuese tan dino, ó mis servicios lo mereciesen, demandar vos-y-a piedad para este tan atribulado corazon, antes que del todo con las lágrimas desfecho sea; é la merced que vos, Señora, pido, no para mí descanso, que las cosas verdaderamente amadas cuanto mas dellas se alcanza, mucho mas el deseo é cuidado se augmenta é crece, mas porque feneciendo del todo, feneceria aquel que en al no piensa sino en vos servir. —Mi señor, dijo Oriana, todo lo que me decis creo yo sin duda, porque mi corazon en lo que siente me muestra ser verdad; pero dígovos que no tengo á buen seso lo que faceis, en tomar tal cuita, como Gandalin me dijo, porque dello no puede redundar sino ó ser causa de descobrir nuestros amores, de que tanto mal nos podria ocurrir, ó que fenesciendo la vida del uno, la del otro sostener no se pudiese; é por esto vos mando, por aquel señorío que sobre vos tengo, que poniendo templanza en vuestra vida, la pongais en la mia, que nunca piensa sino en buscar manera como vuestros deseos hayan descanso. —Señora, dijo él, en todo haré yo vuestro mandado sino en aquello que mis fuerzas no bastan. —E ¿qué es eso? dijo ella. —El pensamiento, dijo él; que mi juicio no puede resistir aquellos mortales deseos de quien cruelmente es atormentado. —Ni yo no digo, dijo ella, que del todo lo aparteis, mas que sea con aquella medida, que os no dejeis así parescer ante los hombres buenos, porque la vida asolando, ya conoceis lo que se ganará, como tengo dicho; é, mi señor, yo vos digo que quedeis con mi padre si os lo rogare él, porque las cosas que vos ocurrieren hagais por mi mandado; é de aquí adelante hablad comigo sin empacho, diciéndome las cosas que vos mas agradaren; que yo haré lo que mi posibilidad fuere. —Señora, dijo él, yo soy vuestro é por vuestro mandado vine; no haré sino aquello que mandais.» Mabilia se llegó é dijo: «Señora, dejadme haber alguna parte dese caballero. —Llegad, dijo Oriana; que verlo quiero en tanto que con él fablais.» Entonces le dijo: «Señor primo, vos seais muy bien venido; que gran placer nos habeis dado. —Señora prima, dijo él, é vos muy bien fallada; que en cualquiera parte que os yo viese era obligado á os querer é amar, é mucho mas en esta, donde acatando el deudo, habréis piedad de mí.» Dijo ella: «En vuestro servicio porné yo mi vida é mis servicios; pero bien sé, segun lo que desta señora conocido tengo, que excusados pueden ser.» Gandalin, que la mañana vido llegar, dijo: «Señor, como quiera que vos dello no plega, el dia, que cerca viene, nos costriñe á partir de aquí.» Oriana dijo: «Señor, agora vos id, é faced como vos he dicho.» Amadís, tomándole las manos, que por la red de la ventana Oriana fuera tenia, limpiándole con ellas las lágrimas que por el rostro le caian, besándogelas muchas veces, se partió dellas, é cabalgando en sus caballos, llegaron antes que el alba rompiese á los tendejones, donde desarmándose, fué en su lecho acostado, sin que de ninguno sentido fuese.

Las doncellas se levantaron, é la una quedó por facer compañía á Amadis, é la otra se fué á la villa, é sabed que ambas eran hermanas é primas hermanas de la dueña por quien Amadís la batalla ficiera. Amadís durmió fasta ser el sol salido, é levantándose, llamó á Gandalin é mandó que se fuese á la villa, así como su señora é Mabilia lo habian mandado. Gandalin se fué, é Amadís quedó hablando con la doncella, é no tardó mucho que vió venir la otra que á la villa fuera llorando fuertemente, é al mas andar de su palafren. Amadís dijo: «¿Qué es eso, mi buena amiga? ¿Quién vos fizo pesar? Que si Dios me ayude, ello será muy bien emendado si ante no pierdo el cuerpo.—Señor, dijo ella, en vos es todo el remedio.—Agora lo decid, dijo él, é si os no diere derecho, otra vez no fagais compaña á caballero extraño.» Cuando esto oyó la doncella, díjole: «Señor, la dueña nuestra prima, por quien la batalla fecistes, está presa; que el Rey le manda que faga allí ir al caballero que por ella se combatió; si no, que no salirá de la villa en ninguna guisa; é bien sabeis vos que lo no puede hacer, que nunca fué sabidora de vos; y el Rey vos manda buscar por todas partes con mucha saña contra ella, creyendo que por su sabiduría sois ascondido.—Mas quisiera, dijo él, que fuera de otra guisa, porque yo no soy de tanta nombradía para me hacer conoscer á tan alto hombre; é dígovos que aunque todos los de su casa me fallaran, yo no diera un paso solo para ir allá, si por fuerza no; mas no puedo estar de no facer lo que quisiérdes, que mucho vos amo é precio.» Ellas se le fincaron de hinojos delante, gradesciéndogelo mucho. «Agora se vaya, dijo ella, una de vos á la dueña é dígale que saque partido del Rey, que no demandará al caballero cosa contra su voluntad; é yo seré ahí mañana á la tercia.» La doncella se tornó luego, é díjogelo á la dueña, con que la fizo muy alegre, é fuése ante el Rey, y díjole: «Señor, si otorgais que no pediréis cosa al caballero contra su voluntad, será aquí mañana á tercia; é si no, ni le habré yo, ni vos le conoceréis; que si Dios me ayude, yo no sé quién es, ni por cuál razon por mí se quiso combatir.» El Rey lo otorgó, que gran gana habia de lo conocer. Con esto se fué la dueña, é las nuevas sonaron por el palacio é por la villa, diciendo: «Aquí será mañana el buen caballero que la batalla venció.» E todos habian dello gran placer, porque desamaban á Dardan por su soberbia é mala condicion; é la doncella se tornó á Amadís, é le dijo cómo el partido era otorgado por el Rey como la dueña lo pidió.

CAPITULO XV.

Cómo Amadís se dió á conocer al rey Lisuarte é á los grandes de su corte, é fué de todos muy bien recebido.

Amadís folgó aquel dia con las doncellas, é otro dia por la mañana armóse, é cabalgando en su caballo, solamente llevando consigo las doncellas, se fué á la villa, y el Rey estaba en su palacio; é Amadís se fué á la posada de la dueña, é como lo vió, fincó los hinojos é dijo: «Señor, cuanto yo he vos me lo distes.» El le dijo: «Dueña, vamos ante el Rey, é dándoos por quita, podré yo volver donde tengo de ir.» Entonces se quitó el yelmo, é tomó la dueña é las doncellas, é fuése al palacio, é por do iban decian: «Este es el caballero que venció á Dardan.» El Rey, que lo oyó, salió á él, é cuando le vió fué contra él é díjole: «Amigo, seais bien venido; que mucho habeis sido deseado.» Amadís fincó los hinojos é dijo: «Señor, Dios os dé alegría.» El Rey lo tomó por la mano é dijo: «Si me ayude Dios, sois buen caballero.» E Amadís se lo tuvo en merced, é dijo: «¿Es la dueña quita?—Sí, dijo él.—Señor, dijo Amadís, creed que la dueña nunca supo quién la batalla fizo sino agora.» Mucho se maravillaban todos de la gran fermosura de Amadís, é cómo siendo tan mozo pudo vencer á Dardan, que tan esforzado era, que en toda la Gran Bretaña le temian. Amadís dijo al Rey: «Señor, pues vuestra voluntad es satisfecha é la dueña quita, á Dios quedeis encomendado, é vos sois el rey á quien yo ante serviria.—¡Ay amigo! dijo el Rey, esta ida no faréis vos tan presto, si me no quisiérdes facer gran pesar.» Dijo él: «Dios me guarde deso; antes tengo en corazon de os servir, si yo fuese tal que lo mereciese.—Pues así es, dijo el Rey, ruégoos mucho que quedeis hoy aquí.» El lo otorgó, sin mostrar que le placia. El Rey lo tomó por la mano é llevólo á una cámara, donde le fizo desarmar, é donde todos los otros caballeros que allí de gran cuenta venian se desarmaban; que este era el Rey que mas los honraba é mas dellos tenia en su casa; é fízole dar un manto que cobriese, é llamando al rey Arban de Norgales é al conde de Glocestre, díjoles: «Caballeros, faced compaña á este caballero, que bien parece de compaña de hombres buenos.» Y él se fué á la Reina é díjole que tenia en su casa al buen caballero que la batalla venciera. «Señor, dijo la Reina, mucho me place; é ¿sabeis cómo ha nombre?—No, dijo el Rey; que por el prometimiento que fice no lo he osado preguntar.—Por ventura, dijo ella, si será el hijo del rey Perion de Gaula?—Nó sé, dijo el Rey.—Aquel escudero, dijo la Reina, que con Mabilia está fablando anda en busca dél, é dice que ha hallado nuevas que venia á esta tierra.» El Rey le mandó llamar é díjole: «Venid en pos de mí, é sabré si conoceis un caballero que en mi palacio está.»

Gandalin se fué con el Rey, é como él sabia lo que habia de facer, tanto que vió á Amadís fincó los hinojos ante él, é dijo: «¡Ay señor Amadís! mucho há vos demando.—Amigo Gandalin, dijo él, tú seas bien venido; é ¿qué nuevas hay del rey de Escocia?—Señor, díjo él, muy buenas, é de todos vuestros amigos.» El Rey lo abrazó é dijo: «Agora, mi señor, no es menester de os encobrir; que vos sois aquel Amadís, fijo del rey Perion de Gaula, é la vuestra conocencia é suya fué cuando matastes en batalla aquel preciado rey Abies de Irlanda, por donde le restituistes en su reino, que ya casi perdido tenia.» Entónces se llegaron todos por lo ver mas que ante; que ya dél sabian haber fecho tales cosas en armas cuales otro ninguno podia facer. Así pasaron aquel dia, faciéndole todos mucha honra, é la noche venida, lo llevó consigo á su posada el rey Arban de Norgales por consejo del Rey, é díjole que trabajase mucho como le ficiese quedar en su casa. Aquella noche albergó Amadís con el rey Arban de Norgales, muy servido é á su placer. El rey Lisuarte fabló con la

Reina, diciéndole cómo no podia detener á Amadís, é que él habia mucho á voluntad que hombre en el mundo tan señalado quedase en su casa, que con los tales eran los príncipes muy honrados é temidos, y que no sabia qué manera para ello tuviese. «Señor, dijo la Reina, mal contado seria á tan grande hombre como vos, que viniendo tal caballero á vuestra casa, della se partiese sin le otorgar cuanto él demandase.—No me demanda nada, dijo el Rey, que todo gelo otorgaria.—Pues yo os diré lo que será, rogádgelo á alguno de vuestra parte, é si lo no ficiere, decilde que me venga á ver ante que se parta, é rogarle he con mi fija Oriana é con su prima Mabilia, que lo mucho conocen desde la sazon que era doncel é las servia; é decirle he que todos los otros caballeros son vuestros, é queremos que él sea de nosotras para lo que hobiéremos menester.—Mucho bien lo decis, dijo él, é por ese camino sin duda quedará; é si lo no hiciese, con razon podriamos decir ser mas corto de crianza que largo de esfuerzo. Y el rey Arban de Norgales habló aquella noche con Amadís, pero no pudo dél alcanzar ninguna esperanza que quedaria; é otro dia se fueron ambos á oir misa con el Rey, é desque fué dicha, Amadís se llegó á despedir del Rey, y el Rey le dijo: «Cierto, amigo, mucho me pesa de vuestra ida; é por la promesa que vos fice no oso demandarvos nada, que no sé si os pesaria; pero la Reina ha gana que la veais ante que os vais.—Eso faré yo muy de grado, dijo él.» Entonces le tomó por la mano é fuese donde la Reina estaba é díjole: «Ved aquí el fijo del rey Perion de Gaula.—Si me Dios salve, Señor, dijo ella, yo he mucho placer, y él sea muy bien venido.» Amadís le quiso besar las manos, mas ella lo fizo sentar cabe sí, y el Rey se tornó á sus caballeros, que muchos en el patin dejaba.

La Reina fabló con Amadís en muchas cosas, é respondia muy sagazmente, é las dueñas é doncellas eran muy maravilladas en ver la su gran hermosura, y él no podia alzar los ojos que no catase á su señora Oriana, é Mabilia le vino á abrazar como si lo no hobiera visto. La Reina dijo á su fija: «Recebid vos este caballero, que vos tan bien sirvió cuando era doncel, é servirá agora cuando caballero, si le no falta mesura; é ayudadme á rogar todas lo que yo le pidiere.» Entonces le dijo: «Caballero, el Rey, mi señor, quisiera mucho que quedárades con él, é no lo ha podido alcanzar. Agora quiero ver qué tanta mas parte tienen las mujeres en los caballeros que los hombres, é ruégovos yo que seais mi caballero é de mi hija é de todas estas que aquí veis; en esto faréis mesura, é quitarnos heis de afrenta con el Rey en le demandar para nuestras cosas ningun caballero; que teniendo á vos, todos los suyos excusar podrémos.» E llegaron todas á gelo rogar. E Oriana le fizo seña con el rostro que lo otorgase. La Reina le dijo: «Pues caballero, ¿qué faréis en esto de nuestro ruego?—Señora, dijo él, ¿quién faria al sino vuestro mandado, que sois la mejor reina del mundo, demás destas señoras todas? Yo, Señora, quedo por vuestro ruego é de vuestra hija, y despues, de todas las otras; mas dígovos que no seré de otro sino vuestro, é si al Rey en algo sirviere, será como vuestro, é no como suyo.—Así vos recebimos yo é todas las otras,» dijo la Reina. Luego lo envió decir al Rey, el cual fué muy alegre, y envió al rey Arban de Norgales que gelo trajese, é así lo fizo; é venido ante él, abrazándolo con gran amor, le dijo: «Amigo, agora soy muy alegre en haber acabado esto que tanto deseaba, é cierto yo tengo gana que de mí recibais mercedes.» Amadís gelo tuvo en merced señalada. Desta manera que ois quedó Amadís en la casa del rey Lisuarte por mandado de su señora.

Aquí el autor deja de contar desto, é torna la historia á hablar de don Galaor. Partido don Galaor de la compaña del duque de Bristoya, donde le ficiera tanto enojo el Enano, fuése por aquella floresta que llamaban Arnida, é anduvo fasta cerca hora de vísperas sin saber dónde fuese, ni fallar poblado alguno, é aquella hora él alcanzó un gentil escudero que iba encima de un muy galan rocin; y el caballero Galaor, que una muy grande é terrible llaga llevaba, la cual uno de los tres caballeros que el Enano á la barca trajo le ficiera, é cumpliendo su voluntad con la doncella, se le habia mucho empeorado, díjole: «Buen escudero, ¿sabríades me decir dónde podria ser curado de una ferida?—Un lugar sé yo, dijo el escudero; mas allí no osan ir tales como vos; é si van, salen escarnidos.—Dejemos eso, dijo él; ¿habria allí quien de la llaga me curase?—Antes creo, dijo él, que hallaréis quien otras os faga.—Mostradme dónde es, dijo Galaor, é veré de qué me quereis espantar.—Eso no faré yo, si no quisiere, dijo él.—O tú lo mostrarás, dijo Galaor, ó yo te faré que lo muestres; que eres tan villano, que cosa que en tí se faga la mereces con razon.—No podeis vos hacer cosa, dijo él, por donde á tan mal caballero é tan sin virtud yo faga placer.» Galaor metió mano á su espada por le poner miedo, é dijo: «O me tú guiarás, ó dejarás aquí la cabeza.—Yo vos guiaré, dijo el escudero, donde vuestra locura sea castigada, é yo vengado de lo que me faceis.» Entonces fué por el camino, é Galaor en pos dél fuera de camino; é andando cuanto una legua, llegaron á una fermosa fortaleza, que era en un valle cubierto de árboles. «Veis aquí, dijo el escudero, el lugar que os dije; déjame ir.—Vete, dijo él; que poco me pago de tu compañía.—Menos os pagaréis della, dijo él, antes de mucho.» Galaor se fué contra la fortaleza, é vió que era nuevamente fecha, é llegando á la puerta, vió un caballero bien armado en su caballo, é con él cinco peones, asimismo armados; é dijeron contra Galaor: «¿Sois vos el que trajo nuestro escudero preso?—No sé, dijo él, quién es vuestro escudero; mas yo fice venir aquí uno, lo peor é de peor talante que nunca en hombre vi.—Bien puede ser eso, dijo el caballero; mas vos ¿qué demandais aquí?—Señor, dijo Galaor, ando mal llagado de una ferida, é querria que me curasen della.—Pues entrad,» dijo el caballero. Galaor fué adelante, é los peones le acometieron por un cabo, y el caballero por el otro, é fué para él un villano; é Galaor, sacándole de las manos una hacha, tornó al caballero, é dióle con ella tan gran golpe, que no hobo de menester maestro; é dió por los peones de tal guisa, que mató los tres dellos, é los dos fuyeron al castillo, é Galaor en pos dellos, é su escudero le dijo: «Tomad, Señor, vuestras armas; que muy gran vuelta oigo en el castillo.» El así lo hizo, y el escudero tomó un escudo de los muertos é una hacha é dijo: «Señor, con-

tra los villanos ayudarvos he; pero en caballero no porné mano; que perderia para siempre de no ser caballero.» Galaor le dijo: «Si yo fallo el buen caballero que busco, presto te haré caballero.» E luego fueron adelante, é vieron venir dos caballeros é diez peones, é tornaron á los dos que fuian; y el escudero que allí á Galaor guiara estaba á una ventana dando voces, diciendo: «Mataldo, mataldo; mas guardad el caballo é será para mí.» Galaor cuando esto oyó, crecido de gran enojo, se dejó correr contra ellos, é ellos á el, é quebraron sus lanzas; pero al que Galaor encontró no hobo de menester tomar armas, é tornó contra el otro la espada en la mano con gran ardimento, é del primero golpe que le dió lo derribó del caballo é tornó muy presto contra los peones, é vió cómo el escudero habia muerto dos dellos, y él le dijo: «Mueran todos; que traidores son.» E así lo hicieron, que ninguno escapó.

Cuando esto vió el escudero, que á la ventana estaba mirando, fué sobir á gran priesa contra una torre por una escalera, diciendo á voces: «Señor, armadvos; si no, muerto sois.» Galaor fué para la torre, é ante que llegase vió venir un caballero todo armado, é al pié de la torre le tenian un caballo, é queria cabalgar. Galaor, que del suyo descendiera porque no pudo entrar so un portal, llegó á él, é trabando de la rienda, dijo: «Caballero, no cabalgueis; que no soy de vos asegurado.» El caballero volvió á él el rostro, é dijo: «¿Vos sois el que ha muerto mis cohermanos é la gente deste mi castillo?» No sé por quién decis, dijo Galaor; mas dígoos que aquí he fallado la peor gente é mas falsa que nunca vi.—Por buena fe, dijo el caballero, el que vos matastes mejor es que vos, é vos lo compraréis caramente.» Entonces se dejaron ir el uno al otro, así á pié como estaban, é hobieron su batalla muy cruda, que mucho era el buen caballero del castillo, é no habia hombre que lo viese que se no maravillase. E así anduvieron firiéndose una gran pieza; mas el caballero, no pudiendo ya sufrir los grandes é duros golpes de Galaor, comenzó á huir, y él en pos dél; é así fué so un portal, pensando saltar de una finiestra á un andamio, é con el peso de las armas no pudo saltar adonde queria, é hobo de caer ayuso en unas piedras, é tan alto era, que se fizo pedazos; é Galaor, que así lo vió caer, tornóse, maldiciendo el castillo é los moradores. Así estando, oyó voces en una cámara, que decian: «Señor, por merced, no me dejeis aquí.» Galaor llegó á la puerta é dijo: «Pues abrid.» E dijo: «Señor, no puedo; que soy presa en una cadena.» Galaor dió del pié á la puerta, é derribándola, entró dentro, é falló una hermosa dueña, que tenia á la garganta una cadena gruesa, é díjole ella: «Señor, ¿qué es del señor del castillo é de la otra gente?» El dijo: «Todos son muertos;» é que él viniera allí á buscar quien de una llaga lo curase.—Yo vos curaré, dijo ella, é sacadme deste cativerio.» Galaor quebró el candado é sacó la dueña de la cámara; pero antes ella tomó de una arqueta dos bujetas que allí el señor del castillo tenia, con otras cosas para aquel menester, é fuéronse á la puerta del castillo; é allí halló Galaor el primero con que justara, que aun estaba bullendo, é trajo su caballo por cima dél una pieza, é salieron fuera del castillo. Galaor cató la dueña é vió que era á maravilla fermosa, é díjole: «Señora, yo os delibré de prision, é soy yo en ella caido si me vos no acorreis.—Acorreré, dijo ella, en todo lo que mandárdes; que si de otra guisa lo hiciese, del mal conocimiento seria, segun la gran tribulacion donde me sacaste.» Con estas tales razones amorosas é de buen talante, é con las mañas de don Galaor, é con las de la dueña, que por ventura á ellas conformes eran, pusieron en obra aquello que no sin gran empacho debe ser en escrito puesto. Finalmente, aquella noche albergaron en la floresta con unos cazadores en sus tendejones, é allí le curó la dueña de la ferida é del buen deseo que le habia mostrado; é contóle cómo siendo ella hija de Telois el flamenco, á quien entonces habia dado el rey Lisuarte el condado de Ciara, é de una dueña que por amiga habia tenido; «y estando hí, dijo ella, con mi madre en un monesterio que es cerca de aqui, aquel soberbioso caballero que matastes me demandó en casamiento, é porque mi madre lo despreció, aguardó un dia que yo folgaba con otras doncellas, é tomóme é llevóme en aquel castillo, é poniéndome en aquella muy áspera prision, me dijo: Vos me desechastes de marido, en que mi fama é honra fué de vos muy menoscabada, é dígovos que d'aquí no saldréis fasta que vuestra madre é vos é vuestros parientes me rueguen que vos tome por mujer. E yo, que mas que otra cosa del mundo lo desamaba, tomé por mejor remedio, confiando en la merced de Dios, de estar allí en aquella pena algun tiempo, que para siempre la tener siendo con él casada.—Pues señora, dijo Galaor, ¿qué haré de vos; que yo ando mucho camino, y en cosa que os seria enojo aguardarme?—Que me lleveis, dijo ella, al monesterio donde es mi madre.—Pues guiad, dijo Galaor, é yo os seguiré.» Entonces entraron en el camino, é llegaron al monesterio ante que el sol puesto fuese, donde así la doncella como Galaor fueron con mucho placer rescebidos, é muy mejor desque la doncella les contó las extrañas cosas que en armas habia fecho. Allí reposó Galaor á ruego de aquellas señoras.

El autor aquí deja de contar desto, é torna á hablar de Agrájes, de lo que le sucedió despues que vino de la guerra de Gaula.

CAPITULO XVI.

En que trata lo que á Agrájes avino despues que vino de la guerra de Gaula, é algunas cosas de las que hizo.

Agrájes, vuelto de la guerra de Gaula al tiempo que Amadís habiendo en batalla muerto al rey Abies de Irlanda, é haberse conocido con su padre é madre, como se os ha contado; teniendo aparejado para en Nuruega pasar, donde su señora Olinda era, fué un dia á correr monte, é seyendo en la ribera de la mar encima de una peña, súpitamente un granizo con grandísimo viento sobrevino, de que la mar en desigualada manera embravecer hizo; por lo cual una nao revuelta muchas veces con la fuerza de las ondas en peligro de ser anegada vió. A gran piedad él movido, la noche viniendo, grandes fuegos fizo encender, porque la señal dellos causa de la salvacion de la gente de la nao fuese; atendiendo él allí la fin que de aquel peligro redundase.

Finalmente, la fuerza de los vientos, la sabiduría de los mareantes, é sobre todo, la misericordia del verdadero Señor, aquella fusta que muchas veces por perdida se tuvo, al puerto, siendo salva, ficieron arribar, de donde sacadas unas doncellas con gran turbacion del presente peligro, á Agrájes, que encima de las peñas estaba dando voces á sus monteros que con gran diligencia los ayudasen, fueron entregadas; el cual las envió á unas caserías cerca, donde su albergue tenia.

Pues salida la gente de la nao, é aposentados en aquellas casas, despues de haber cenado al derredor de los grandes fuegos que Agrájes les mandara facer, muy fieramente dormian. En este medio tiempo aposentadas las doncellas por su mandado en la su misma cámara, porque mas honra é servicio rescibiesen, aun por él no eran vistas; mas seyendo ya la gente asosegada, como caballero mancebo, deseoso de ver mujeres, mas para las servir é honrar que para facer su corazon sujeto en otra parte que ante estaba, quiso por entre las puertas de la cámara ver lo que facian; é viéndolas seer á derredor de un fuego fablando con mucho placer en el remedio del peligro pasado, conoció entre ellas á aquella fermosa infanta Olinda, su señora, fija del rey de Nuruega, por quien él, así en el reino de su padre como en el suyo della, y en otras partes, muchas cosas en armas habia fecho; aquella que su corazon, seyendo libre, con tanta fuerza cativado é sojuzgado tenia, que atormentado de grandes congojas é cuidados, muchas de sus fuerzas quebradas eran, atrayendo á sus ojos infinitas lágrimas. Pues alterado con tal vista, ocurriéndole en la memoria en el gran peligro que la viera, é la parte donde sin él la veia, como fuera de sentido, dijo: «¡Ay santa María! valme, que esta es la señora de mi corazon.» Lo cual por ella oido, no sospechando lo que era, á una su doncella mandó saber qué fuese aquello. Esta pues, abriendo la puerta, allí á Agrájes como trasportado vió estar; el cual faciéndosele conocer, y ella diciéndolo á su señora, no menos alegre se faciendo que él estaba, le mandó allí entrar; donde, despues de muchos autos amorosos entre ellos pasados, dando fin á sus grandes deseos, aquella noche con gran placer é gran gozo de sus ánimos pasaron; y estuvo allí aquella compaña en mucho descanso seis dias, en tanto que la mar amansada fuese; é todos ellos tuvo Agrájes con su señora, sin que persona de los unos ni otros lo sintiesen, sino sus doncellas. Pues entonces supo él cómo Olinda pasaba á la Gran Bretaña por vivir en la casa del rey Lisuarte con la reina Brisena, donde su padre la enviaba, y él le dijo cómo estaba aparejado para pasar en Nuruega, donde ella era; é que pues Dios le habia dadó tal dicha, que su viaje se volveria donde el suyo era por la servir, é ver á su cohermano Amadís, que él allí pensaba fallar. Olinda gelo gradeció mucho, é le rogó é mandó que así lo ficiese.

Esto concertado en cabo de aquellos seis dias, seyendo la mar en tanta bonanza que sin ningun peligro por ella navegar podrian, acogéronse todos á la mar. Despidiéndose de Agrájes, fueron su via, é sin entrevalo alguno que estorbo les diese, llegaron en la Gran Bretaña, donde de la mar salidos, é á la isla de Vindilisora llegados, donde el rey Lisuarte era, así dél, como de la Reina é de su fija, é de todas las otras dueñas é doncellas, Olinda muy bien rescebida fué, considerando ser de tan alto lugar é sobrada fermosura. Agrájes, que en la ribera del mar quedara mirando aquella nao en que aquella su muy amada señora iba, cuando la hobo perdido de vista tornóse á Briántes, aquella villa donde el rey Languínes, su padre, era; é fallando allí á don Galvánes Sin-tierra, su tio, habló que seria bueno irse á la corte del rey Lisuarte, donde tantos caballeros buenos vivian, porque allí mas que en otra parte honra é fama podrian ganar, lo cual se perdia todo en aquella tierra, donde no podian ejercitar sus corazones sino con gentes de poco prez de armas. Don Galvánes, que buen caballero era, deseoso de ganar honra, no le empidiendo ningun señorío que de gobernar hobiese, porque él no poseia sino solamente un castillo, tomó por bien de facer aquel camino que Agrájes, su sobrino, le dijera; é despedidos del rey Languínes, entrando en la mar, solamente consigo llevando sus armas é caballos é sendos escuderos, el tiempo enderezado que facia los arribó en poco espacio de tiempo en la Gran Bretaña en una villa que habia nombre Bristoya, é de allí partiendo, é caminando por una floresta, á la salida della encontraron una doncella, la cual les preguntó si sabian que aquel camino fuese á la peña de Galtáres. —No, dijeron ellos; mas ¿por qué lo preguntais? dijo Agrájes.—Por saber, dijo ella, si fallaré ahí un buen caballero que me porná remedio á una gran cuita que comigo traigo.—Errada is, dijo Agrájes; que en esa peña que vos decis no fallaréis otro caballero sino aquel bravo gigante Albadan; que si vos cuita llevais, segun sus malas obras, él la doblará. Si vos supiésedes lo que yo, no lo terníades, dijo ella, por yerro; que el caballero que yo demando se combatió con ese gigante, é lo mató en batalla de uno por otro.—Cierto, doncella, dijo Galvánes, maravillas nos decis; que ningun caballero con ningun gigante se tomase, ende mas con aquel, que es el mas bravo y esquivo que hay en todas las ínsulas del mar; si no fué el rey Abies de Irlanda, que se combatió con uno, él armado y el gigante desarmado, é lo mató, é aun así lo tuvieron á la mayor locura del mundo.—Señores, dijo la doncella, mas á guisa de buen caballero lo fizo este otro que yo digo.» Entonces les contó cómo fuera la batalla, é ellos fueron maravillados; é Agrájes preguntó á la doncella si sabia el nombre del caballero que tal esfuerzo acometiera. — Sé, dijo ella.—Pues ruégovos mucho, dijo Agrájes, por cortesía, que nos lo digais.—Dígovos, dijo ella, que ha nombre don Galaor, y es fijo del rey de Gaula.» Agrájes se estremeció todo é dijo: «¡Ay doncella! cómo me decis las nuevas del mundo que mas alegre me hacen, en saber de aquel cohermano que mas por muerto que por vivo tenia.» Entonces contó á don Galvánes lo que sabia de Galaor; cómo lo tomara el Gigante, é que hasta allí no supiera dél ningunas nuevas. «Cierto, dijo Galvánes, la vida dél é de su hermano Amadís no ha seido sino maravilla, y el comienzo de sus armas tanto, que dudo si en el mundo otros que á ellos iguales fuesen se podrian fallar.» Agrájes dijo á la doncella: «Amiga, ¿qué quereis vos á ese caballero que buscais?—Señor, dijo ella, querria que acorriese á una doncella que por él es presa, é fízola prender un ena-

no traidor, la mas falsa criatura que hay en todo el mundo.»

Entonces les contó todo cuanto á Galaor con el Enano le avino, así como es ya contado; pero de lo de Aldeva, su amiga, no les dijo nada; «é, señores, porque la doncella no quiere otorgar con lo que el Enano dice, el duque de Bristoya jura que la hará quemar de aquí á diez dias, y esto es gran cuita de las otras dueñas, si la doncella, con miedo de la muerte, quiera condenar alguna dellas, diciendo que llevó á Galaor allí á aquella fin; y de los diez dias son pasados los cuatro. —Pues que así es, dijo Agrájes, no paseis mas adelante; que nos harémos lo que Galaor haria, si no fuere en fuerza, será en voluntad; é agora nos guiad en el nombre de Dios.» La doncella tornó por el camino que habia venido, y ellos, la seguian, y llegaron á la casa del Duque el dia antes que la doncella habian de quemar, á la sazon que el Duque se asentaba á comer; y descendiendo de los caballos, entraron así armados donde él estaba. El Duque los saludó, y ellos á él, é díjoles que comiesen. «Señor, dijeron ellos, antes vos dirémos la razon de nuestra venida.» E don Galvánes le dijo: «Duque, vos teneis una doncella presa por palabras falsas é malas que vos dijo un enano; mucho vos rogamos la mandeis soltar, pues no os tiene culpa; é si sobre esto fuere menester batalla, nos lo defenderémos á otros dos caballeros que la recuesta tomar querrán. —Mucho habeis dicho,» dijo el Duque; é mandó llamar al Enano é díjole: «¿Qué dices á esto que estos caballeros dicen, que me heciste prender la doncella con falsedad, é que lo pornán en batalla? Dígote que conviene que hayas quien te defienda. —Señor, dijo el Enano, yo habré quien faga verdad cuanto yo dije.» Entonces llamó á un caballero, su sobrino, que era fuerte y membrudo, que no parecia haber deudo con él, é díjole: «Sobrino, conviene que mantengas mi razon contra estos caballeros.» El sobrino dijo: «Caballeros, ¿qué decis vos contra este leal enano, que tomó gran deshonra del caballero que la doncella aquí trajo? Por ventura sois vos, y probaros-y-e que él fizo tuerto al Enano, y que la falsa doncella debe morir porque lo metió en la cámara del Duque.» Agrájes, que mas se aquejaba, dijo: «Cierto, de nos no es ninguno aquel, aunque le querriamos parescer en sus hechos, ni él no hobo tuerto, é yo vos lo combatiré luego; é la doncella digo que no debe morir, y que el Enano fué contra ellos desleal.—Pues luego sea la batalla,» dijo el sobrino del Enano; é pidiendo sus armas, se armó é cabalgó en un buen caballo, é dijo contra Agrájes: «Caballero, agora Dios mandase que fuésedes vos el que aquí trajo la doncella, que yo le haria comprar su desmesura. —Cierto, dijo Agrájes, él se ternia en poco de se combatir con tales dos como vos sobre cualquier razon, cuanto mas sobre esta, en que derecho manternia.» El Duque dejó de comer é fuése con ellos, y metiólos en un campo, donde ya algunas otras pruebas fueron allí lidiadas, é díjoles: «La doncella que yo tengo presa no pongo en razon de vuestra batalla, pues que á ella no atañe el tuerto que el Enano rescibió.— Señor, dijo Agrájes, vos la prendistes por lo que el Enano dijo; é yo digo que vos dijo falsedad; é si yo este caballero venciere, que mantiene su razon, dárnosla heis con derecho. —Ya os dije lo mio, dijo el Duque, é no haré mas.» E saliéndose de entre ellos, se fueron á acometer á gran correr de los caballos, é firiéronse bravamente de las lanzas, que luego fueron quebradas, é juntados de los cuerpos de los caballos y de los escudos, é cayeron ellos á sendas partes, y cada uno se levantó bravamente, é con gran saña que se habian pusieron mano á sus espadas é acometiéronse á pié, dándose tan grandes é duros golpes, que todos los que miraban eran maravillados. Las espadas eran cortadoras é los caballeros de gran fuerza, y en poca de hora fueron sus armas de tal guisa paradas, que no habia en ellas mucha defensa; los escudos eran cortados por muchas partes, é los yelmos abollados. Galvánes, que vió andar á su sobrino esforzado é ligero é mas cometedor que el otro, fué muy alegre, é si ante lo preciaba, agora mucho mas; é Agrájes tenia tal maña, que aunque al comienzo muy vivo se mostrase, por donde parecia ser muy presto cansado, manteníase en tal forma en su fuerza, que mucho mas ligero y cometedor se mostraba al cabo; así que, en algunas partes fué al principio en tan poco tenido, que al fin hobo la vitoria de la batalla; pues así lo catando, Galvánes vió cómo el sobrino del Enano se tiró afuera é dijo contra Agrájes: «Asaz nos combatimos, é paréceme que no es culpado el caballero por quien vos combatis ni mi tio el Enano; que de otra guisa la batalla no durara tanto; é si quisiéredes, pártase, dando por leal al caballero é al Enano. —Cierto, dijo Agrájes, el caballero es leal y el Enano falso é malo, é no vos dejaré fasta que vuestra boca lo diga, é punad de vos defender.» El caballero mostró su poder, mas poca pro le tuvo, que era ya llagado mucho, é Agrájes lo feria de grandes golpes é á menudo, y el caballero no entendia en al sino en se cobrir de su escudo. Cuando el Duque así lo vió en aventura de muerte hobo gran pesar, que lo mucho amaba, é fuése yendo contra su castillo por lo no ver matar, é dijo: «Agora juro que no faré á caballero andante sino todo escarnio. —Loca guerra cometistes, dijo Galvánes, en vos tomar con los caballeros andantes, que quieren emendar los tuertos.» A esta sazon vino á caer á los piés de Agrájes el caballero, y él le tiró el yelmo é dióle grandes golpes de la manzana de la espada en el rostro, é dijo: «Conviene que digais que el Enano fizo tuerto al caballero. —¡Ay buen caballero! dijo el otro, no me mateis, é yo digo del caballero por que vos combatistes que es bueno y leal; é prométovos de hacer quitar la doncella de prision, mas por Dios, no querais que diga del Enano, que es mi tio y me crió, que es falso.» Esto oian todos los que al derredor miraban. Agrájes hobo duelo del caballero é dijo: «Por el Enano no faria yo nada; mas por vos, que os tengo por buen caballero, faré tanto, que os daré por quito, quitando á la doncella de la prision á vuestro poder.» El caballero lo otorgó. El Duque, que nada desto oia, iba ya cerca del castillo, é tomólo Galvánes por el freno, é mostróle al sobrino del Enano á los piés de Agrájes, é dijo: «Aquel muerto es ó vencido; ¿qué nos decis de la doncella? —Caballero, dijo el Duque, mas sois que loco si pensais que yo faga de la doncella sino lo que tengo acordado é jurado. —Y ¿qué jurastes vos? dijo Galvánes. —Que la quemaria

mañana, dijo el Duque, si me no dijese á qué metiese al caballero en mi palacio. —¡Cómo! dijo Galvánes, ¿no nos la daréis? —No, dijo el Duque, ni os detengais mas en este lugar; si no, yo mandaré en ello al facer.» Entonces se llegaron muchos de su compaña, é Galvánes tiró la mano del freno é dijo: «Vos nos amenazais é no quitádes la doncella, que es derecho; yo os desafio por ende por mí é por todos los caballeros andantes que me ayudar quisieren. —E yo desafio á vos é á todos ellos, dijo el Duque, y en mal punto andarán por mi tierra.» Don Galvánes se tornó donde Agrájes estaba, é dijo lo que con el Duque pasara, é cómo eran sus desafiados, de que fué muy sañudo, é dijo: «Tal hombre como este, en que derecho no se puede alcanzar, no debria ser señor de tierra.» E cabalgando en su caballo, dijo contra el sobrino del Enano: «Miémbreseos lo que me prometistes en lo de la doncella, é complidlo luego á vuestro poder. — Yo faré todo lo que en mí es,» dijo él.

Esto era ya cerca de vísperas, que á tal hora se partió la batalla, é luego se partieron de allí y entraron en una floresta que llamaban Arunda, é dijo Galvánes: «Sobrino, nos hemos desafiado al Duque, aguardemos aquí y prenderlo hemos, é alguno otro de que pasare. —Bien es,» dijo Agrájes. Entonces se desviaron de la carrera, y metiéronse en una mata espesa, é allí descendieron de los caballos, y enviaron los escuderos á la villa, que les trajesen lo que habian menester. Así albergaron aquella noche.

El Duque fué muy sañudo contra la doncella mas que antes, é fízola venir ante sí é díjole que curase de su alma, que otro dia seria quemada si luego no le dijese la verdad del caballero; pero ella no quiso decir nada. El sobrino del Enano hincó los hinojos ante el Duque, é díjole la promesa que hiciera, rogándole por Dios que la doncella le diese; mas esto fuera excusado, que antes perdiera todo su estado que quebrar lo que jurara; al caballero pesó mucho, porque quisiera quitar su homenaje. Pues otro dia de mañana mandó el Duque traer ante sí la doncella é dijo: «O escoged en el fuego, ó en decir lo que os pregunto; que de una destas no podeis escapar.» Ella dijo: «Faréis vuestra voluntad, mas no razon.» Entonces la mandó el Duque tomar á doce hombres armados, é dos caballeros armados con ellos, y él cabalgó en un gran caballo, solamente un baston en la mano, é fuése con ellos á quemar la doncella á la orilla de la floresta. E allí llegados, dijo el Duque: «Ahora le poned fuego, é muera con su porfía.» Esto todo vieron muy bien don Galvánes é su sobrino, que estaban en reguarda, no de aquello, mas de otra cualquiera cosa en que al Duque enojar pudiesen; et como armados estaban, cabalgaron presto, é mandaron á un escudero que no entendiese sino en tomar la doncella é la poner en salvo; é partiendo para allá, vieron el huego, é cómo querian ya la doncella echar; mas ella hobo tan gran miedo, que dijo: «Señor, yo diré la verdad.» Y el Duque se allegaba por la oir. Vió cómo venian por el campo don Galvánes é Agrájes, y decian á grandes voces: «Dejaros conviene la doncella.» Los dos caballeros salieron á ellos, é encontráronse con sus lanzas muy bravamente; pero los caballeros del Duque fueron ambos á tierra, y el que Galvánes derribó no hobo menester maestro. El Duque metió su compaña entre sí y ellos, é Galvánes le dijo: «Agora verás la guerra que tomaste.» Y dejáronse á él ir; y el Duque dijo á sus hombres: «Matadles los caballos, é no se podrán ir.» Mas los caballeros se metieron entre ellos tan bravamente, hiriendo á todas partes con sus espadas é tropellándolos con los caballos; así que, los esparcieron por el campo, los unos muertos é los otros tollidos, é los que quedaban huyeron á mas andar. Cuando esto vió el Duque, no fué seguro, é comenzóse de ir contra la villa cuanto mas pudo, é Galvánes fué tras él una pieza, diciendo: «Estad, señor Duque, é veréis con quién tomastes homecillo.» Mas él no hacia sino huir é llamar á grandes voces que le acorriesen; é tornándose Galvánes é su sobrino, hallaron que el escudero tenia la doncella en su palafren, y él en un caballo de los caballeros muertos, é fuéronse con ella hácia la floresta. El Duque se armó con toda su compaña, é llegando á la floresta, no vido los caballeros, é partió los suyos cinco á cinco á todas partes, y él se fué con otros cinco por una carrera, é aquejóse mucho de andar; tanto, que siendo encima de un valle, miró abajo, é viólos cómo iban con su doncella, y el Duque dijo: «Agora á ellos, é no guarezcan.» E fueron al mas ir de los caballos. Galvánes, que así los vió, dijo: «Sobrino, parezca vuestra bondad en vos saber defender; que este es el Duque é los de su compaña; ellos son cinco, ni por eso no se sienta en nos cobardía.» Agrájes, que muy esforzado era, dijo: «Cierto, señor tio, siendo yo con vos, poco daria por cinco de los del Duque.» En esto llegó é díjoles: «En mal punto me deshonrastes, y pésame que no seré vengado en matar tales como vos.» Galvánes dijo: «Agora á ellos.» Entonces se dejaron correr unos á otros, é hiriéronse de las lanzas en los escudos tan duramente, que luego fueron quebradas; mas los dos se tovieron tan bien, que los no pudieron mover de las sillas, y echando mano á sus espadas, se hirieron de grandes golpes, como aquellos que lo bien sabian hacer, é los del Duque acometian bravamente; así que, la batalla de las espadas era entre ellos brava é cruda. Agrájes fué á herir al Duque con gran saña, é hirióle la visera del yelmo, é fué el golpe tan recio, que cortándole el yelmo, le cortó las narices fasta las haces, y el Duque, teniéndose por muerto, comenzó de huir cuanto mas pudo, é Agrájes en pos dél, é no lo pudiendo alcanzar, tornó é vió cómo su tio se defendia de los cuatro, é dijo entre sí: «¡Ay Dios! guarda á tan buen caballero destos traidores.» E fuélos herir bravamente, é Galvánes hirió al uno; así que, la espada le hizo caer de la mano, é como lo vió embarazado, tomóle por el brocal del escudo, é tiróle tan recio, que lo derribó en tierra, é vió qué Agrájes derribara uno de los otros, y dejóse ir Galvánes á los dos que lo herian; mas ellos no atendieron, que huyendo por la floresta, no los pudieron alcanzar; é tornando donde la doncella era, le preguntaron si habia hí cerca algun poblado. «Sí, dijo ella, que hay una fortaleza de un caballero que se llama Olivas, que por ser enemigo del Duque por un cohermano que le mató, vos acogerá de grado.» Entonces los guió hasta que á ella llegaron. El caballero los aco-

gió muy bien, é mucho mejor cuando supo lo que les acaesciera.

Pues otro dia se armaron é tomaron su camino; mas Olivas los sacó aparte é díjoles: «Señores, el Duque me mató un primo cohermano, buen caballero á mala verdad, é yo quiero lo reutar ante el rey Lisuarte; demándovos consejo é ayuda como á caballeros que se andan poniendo en las grandes afrentas por mantener lealtad é hacer que la mantengan los que sin temor de Dios ni de sus vergüenzas la quebrantan.—Caballero, dijo Galvánes, obligado sois á la demanda desa muerte que decis, si feamente se hizo, é nosotros á vos ayudar, si menester fuere, teniendo vos á ello justa causa; é así lo harémos si el Duque en la batalla algunos caballeros querrá meter, porque como vos lo desamamos, é somos sus desafiados.—Mucho vos lo agradezco, dijo él, é querríame ir con vos.—En el nombre de Dios,» dijeron ellos. Entonces se armó é metióse con ellos en el camino de Vindilisora, donde al rey Lisuarte cuidaban hallar.

CAPÍTULO XVII.

Cómo Amadís era muy bienquisto en casa del rey Lisuarte, é de las nuevas que supo de su hermano Galaor.

Contado se os ha cómo Amadís quedó en casa del rey Lisuarte por caballero de la Reina al tiempo que en la batalla mató aquel soberbio é valiente Dardan, é allí así del Rey como de todos era muy amado é honrado; é un dia envió por él la Reina para le hablar, y estando ante ella, entró por la puerta del palacio una doncella, é hincando los hinojos ante la Reina, dijo: «Señora, ¿es aquí un caballero que trae las armas de leones?» Ella entendió luego que lo decia por Amadís, é dijo: «Doncella, ¿qué lo quereis?—Señora, dijo ella, yo le trayo mandado de un novel caballero que ha hecho el mas alto é grande comienzo de caballería que nunca hizo caballero en todas las ínsolas.—Mucho decis, dijo la Reina, que muchos caballeros hay en las ínsolas, é vos no sabréis hacienda de todos.—Señora, dijo la doncella, verdad es; mas cuando supiérdes lo que este hizo otorgaréis en mi razon.—Pues ruégoos, dijo la Reina, que lo digais.—Si yo viese, dijo ella, el muy buen caballero que él mas que todos los otros precia, yo le diria esto é otras muchas cosas que le manda decir.» La Reina, que hobo talante de lo saber, dijo: «Veis aquí el buen caballero que demandais, é dígovos verdaderamente que él es.—Señora, dijo la doncella, yo lo creo; que tan buena señora como vos no diria sino verdad.» E dijo contra Amadís: «Señor, el fermoso doncel que fecistes caballero ante el castillo de Bradoid cuando vencistes los dos caballeros de la puente é los tres de la calzada, y prendistes el señor del castillo é sacastes por fuerza de armas al amigo de Urganda, manda se vos encomendar, así como aquel que os tiene en lugar de señor; y envíaos decir que él punará de ser hombre bueno ó pagará con la muerte; é que si él fuere tal en el prez, en la honra de caballería, que os dirá de su facienda mas de lo que agora vos sabeis, é si tal no saliere que le debais preciar, que se callará.» En esto Amadís se membró luego que era su hermano, é las lágrimas le vinieron á los ojos, en que pararon mientes todas las dueñas é doncellas que ahí estaban, é su señora mas que todas, de que muy maravillada fué, considerando si por ella le podria venir cuita tal que llorar le ficiese; que aquello no de dolor, mas de gran placer, le aviniera. La Reina dijo: «Agora nos decid el comienzo del caballero que tanto loais.—Señora, dijo la doncella, el primer logar donde recuesta tomó fué en la peña de Galtáres, combatiéndose con aquel bravo y fuerte Albadan llamado, el cual en campo de uno por otro venció é mató.» Entonces contó la batalla como pasó, y ella lo viera, é la razon por qué fuera. La Reina é todos fueron mucho maravillados de cosa tan extraña. «Doncella, dijo Amadís, ¿sabeis vos contra dónde fué el caballero cuando el Gigante mató?—Señor, dijo ella, yo me partí dél despues que la batalla venció, y le dejé con otra doncella, que lo habia de guiar á una su señora que la allí enviara, y no os puedo decir mas.» E partióse de allí. La Reina dijo: «Amadís, ¿sabeis quién sea aquel caballero?—Señora, sé, aunque lo no conozco.» Entonces le dijo cómo era su hermano, é como lo llevara el Gigante siendo niño, é lo que Urganda de él le dijera. «Cierto, dijo la Reina, extrañas dos maravillas son la crianza vuestra é suya, é cómo pudo ser que á vuestro linaje conociésedes, ni ellos á vos; é mucho me placeria de ver tal caballero en compaña del Rey mi señor.» Así estovieron hablando, como ois, una gran pieza; mas Oriana, que léjos estaba, no oia nada dello, y estaba muy sañuda porque viera á Amadís llorar, é dijo contra Mabilia: «Llamad á vuestro primo, é sabrémos qué fué aquello que le avino.» Ella lo llamó, é Amadís se fué para ellas, é cuando se vió ante su señora todas las cosas del mundo se le pusieron en olvido; é dijo Oriana con semblante airado é turbado: «¿De quién os membrastes con las nuevas de la doncella, que os hizo llorar?» El se lo contó todo como á la Reina lo dijera. Oriana perdió todo su enojo, é tornó muy alegre, é díjole: «Mi señor, ruégovos que me perdoneis, que sospeché lo que no debia.—¡Ay señora! dijo él, no hay que perdonar, pues que nunca en mi corazon entró saña contra vos.» Demás de esto, le dijo: «Señora, ¿plégavos que vaya buscar á mi hermano, é lo traya aquí en vuestro servicio; que de otra guisa no verná él.» Y esto decia Amadís por le traer, que mucho lo deseaba, é porque le parescia que no holgaria mucho sin buscar algunas aventuras donde prez é honra ganase. Oriana le dijo: «Así Dios me ayude, yo seria muy alegre que tal caballero aquí viniese, é morásedes de consuno, é otórgovos la ida; mas decidlo á la Reina, é parezca que por su mandado is.» El gelo gradeció muy homildosamente, y fuése á la Reina é dijo: «Señora, bien seria que hobiésemos aquel caballero en compaña del Rey.—Cierto, dijo ella, yo seria dello muy alegre si se puede facer.—Sí puede, dijo él, dándome vos, Señora, licencia que lo busque é lo traya; que de otra forma no lo habrémos acá sin que mucho tiempo pase, que él haya ganado mas honra.—En el nombre de Dios, dijo ella, yo os otorgo la ída, con tal que hallándolo os vengais.» Amadís fué muy alegre, é despidiéndose della y de su señora é de todas las otras, se fué á su posada, é otro dia de mañana, despues de haber oido misa, armóse é subió en su caballo con solo Gandalin, que las otras armas le lle-

vaba, y entró en su camino, por donde andovo hasta la noche, que albergó en casa de un infanzon viejo.

Otro dia, siguiendo el camino, entró en una floresta, é habiendo ya las dos partes del dia por ella andado, vió venir una dueña que traia consigo dos doncellas é cuatro escuderos, é traian un caballero en unas andas, y ellos lloraban todos fieramente. Amadís llegó á ella é dijo: «Señora, ¿qué llevais en estas andas?—Llevo, dijo ella, toda mi cuita é mi tristura, que es un caballero con quien era casada, é va tan mal llagado, que cuido que morirá.» El se llegó á las andas é alzó un paño que las cobria, é vió dentro un caballero asaz grande é bien fecho, mas de su fermosura no parescia nada; que el rostro habia negro é hinchado y en muchos lugares ferido, é poniendo la mano en él, dijo: «Señor caballero, ¿de quién recebistes este mal?» El no respondió, é volvió un poco la cabeza. Amadís dijo á la dueña: «¿De quién hobo este caballero tanto mal?—Señor, dijo ella, de un caballero que guarda una puente acá delante por este camino, que nos queriendo pasar, dijo que ante convenia que dijese si era de casa del rey Lisuarte, é mi señor dijo que por qué lo queria saber; el caballero le dijo: Porque no pasará por aquí ninguno que suyo sea, que lo no mate; é mi señor le preguntó que por qué desamaba tanto caballeros del rey Lisuarte. Yo le desamo mucho y le querria tener en mi poder para dél me vengar. El le respondió que por qué tanto le desamaba. Dijo él: Porque tiene en su casa el caballero que mató aquel esforzado Dardan, é por este recebirá de mí y de otros muchos deshonra. E cuando esto oyó mi marido, pesándole de aquellas palabras que el caballero decia, le dijo: Sabed que yo soy suyo é su vasallo; que por vos ni por otro no lo negaria. Entonces el caballero de la puente, con gran enojo que dél hobo, tomó sus armas lo mas presto que él pudo, é comenzaron su batalla muy cruda é fiera á maravilla, é á la fin mi Señor fué tan mal trecho como agora vos, Señor, veis, y el caballero creyó que muerto era, é mandónos que lo llevásemos á casa del rey Lisuarte en tercero dia.» Amadís dijo: «Dueña, dadme uno destos escuderos que el caballero me muestre; que pues él recibió este daño por amor de mí, á mí conviene mas que á otro vengarle. —¡Cómo! dijo ella, ¿vos sois aquel por quien él desama al rey Lisuarte?—Aquel soy yo, dijo, é si puedo, yo haré que no desame á él ni á otro.—¡Ay buen caballero! dijo ella, ¡Dios vos guie y dé buen viaje y os esfuerce!» E dándole un escudero que con él fuese, se despidieron, é la dueña siguió su camino como ante, é Amadís el suyo; é tanto anduvo, que llegaron á la puente, é vió cómo el caballero jugaba á las tablas con otro, é luego dejó el juego, é vínose contra él encima de un caballo, armado de todas sus armas, é dijo: «Estad, caballero, no entreis la puente si ante no jurais...—Y ¿qué juraré? dijo él.—Si soís de casa del rey Lisuarte; é si suyo sois, vos faré perder la cabeza.—No sé yo deso, dijo Amadís; mas dígovos que soy de su casa é caballero de la Reina su mujer; mas esto no há mucho.—¿Desde cuándo lo sois? dijo el caballero de la puente.— Desde cuando vino hí una dueña reutada.—¡Cómo! dijo el caballero, ¿soís vos el que por ella se combatió?—Yo la hice alcanzar su derecho, dijo Amadís.— Por mi cabeza, dijo el caballero, yo vos faga perder la vuestra, si puedo; que vos matastes uno de los mejores de mi linaje. — Yo no lo maté, dijo Amadís, mas hícele quitar la soberbiosa demanda que él hacia, y él se mató, como malo descreido.—No ha eso pro, dijo el caballero; que por vos fué muerto, é no por otro, é vos moriréis por él.» Entonces movió contra él al mas correr de su caballo, é Amadís á él, é hiriéronse ambos de las lanzas en los escudos, é fueron luego quebradas, mas el caballero de la puente fué en tierra sin detenencia ninguna, de que él fué muy maravillado, que así tan ligero le derribara, é Amadís, que el yelmo se le torcia en la cabeza, enderezólo, y en tanto hobo el caballero logar de sobir en el caballo, é dióle tres golpes de la espada antes que Amadís á la suya echase mano; pero echando á ella mano, fué para el caballero, é hiriólo por la orilla del yelmo contra hondon, é cortóle dél una pieza, é la espada llegó al pescuezo, é cortóle tanto, que la cabeza no se pudo sofrir, y quedó colgada sobre los pechos, é luego fué muerto. Cuando esto vieron los de la puente huyeron. El escudero de la dueña fué espantado por tales dos golpes, uno de la lanza é otro de la espada. Amadís le dijo: «Agora te vé, é di á tu señora lo que viste.» Cuando él esto oyó luego se fué su via, é Amadís pasó la puente sin mas allí se detener, é anduvo por el camino hasta que salió de la floresta, y entró en una muy hermosa vega, é muy grande á maravilla, é pagóse mucho de las yerbas verdes que vió á todas partes, como aquel que florecia en la verdura é alteza de los amores, é cató á su diestra é vió un enano de muy disforme gesto, que iba en un palafren, é llamándolo, le preguntó dónde venia. El Enano le respondió é dijo: «Vengo de casa del conde de Clara.—¿Por ventura, dijo Amadís, viste tú allá un caballero novel que llaman Galaor? —Señor, no, dijo el Enano, mas sé dónde será este tercero dia el mejor caballero que en esta tierra entró.» Oyendo esto Amadís dijo: «¡Ay Enano! por la fe que á Dios debes llévame allá, é verlo he.—Sí llevaré, dijo el Enano, con tal que me otorgueis un don, é iréis comigo donde vos le demandare.» Amadís, con gran deseo que tenia de saber de Galaor, su hermano, dijo: «Yo te lo otorgo.—En el nombre de Dios, dijo el Enano, sea nuestra ida, é agora vos guiaré donde veréis el muy buen caballero é muy esforzado en armas.» Entonces dijo Amadís: «Yo te ruego por mi amor que tú me lleves por la carrera que mas ahína vayamos.—Yo lo haré,» dijo él; é luego dejaron aquel camino, é tomando otro, andovieron todo aquel dia sin aventura hallar, é tomóles la noche cabe una fortaleza. «Señor, dijo el Enano, aquí albergaréis, donde hay una dueña que vos hará servicio.»

Amadís llegó á aquella fortaleza é halló la dueña, que le muy bien albergó, dándole de cenar é un lecho asaz rico en que durmiese; mas eso no hizo él, que su pensar fué tan grande en su señora, que cuasi no durmió nada de la noche; é otro dia, despedido de la dueña, entró en la guia del Enano, é andovo hasta medio dia, é vió un caballero que se combatia con dos, y llegando á ellos, les dijo: «Estad, señores, si os pluguiere, é decidme por qué os combatis.» Ellos se tiraron afuera, y el uno de los dos dijo: «Porque este dice que él solo vale tanto para acometer un gran hecho como

nos ambos.—Cierto, dijo Amadís, pequeña es la causa; que el valor de cualquiera no hace perder el del otro.» Ellos vieron que decia buena razon, y dejaron la batalla, y preguntaron á Amadís si conoscia él al caballero que se combatiera por la dueña en casa del rey Lisuarte, por que fué muerto Dardan el buen caballero. «E ¿por qué lo preguntais? dijo él.—Porque lo querriamos hallar, dijeron ellos.—No sé, dijo Amadís, si lo decis por bien ó mal; pero yo le vi no há mucho en casa del rey Lisuarte.» E partióse dellos é fuése su camino. Los caballeros fablaron entre sí, é dando de las espuelas á los caballos, fueron en pos de Amadís; y él, que los vió venir, tomó sus armas, é ni él ni ellos traian lanzas, que las quebraran en sus justas. El Enano le dijo: «¿Qué es eso, Señor? ¿No veis que los caballeros son tres?—No me curo, dijo él; que si me cometen á sinrazon, yo me defenderé, si pudiere.» Ellos llegaron é dijeron: «Caballero, queremos pediros un don, é dadnoslo; si no, no os partiréis de nos.—Antes os lo daré, dijo él, si con derecho facerlo puedo.—Pues decidnos, dijo el uno, como leal caballero, dónde cuidais que fallarémos el caballero por quien Dardan fué muerto.» El, que no podia al facer sino decir verdad, dijo: «Yo soy, é si supiera que tal era el don, no vos lo otorgara por no me loar dello.» Cuando los caballeros lo oyeron, dijeron todos: «¡Ay traidor!.muerto sois.» Y metiendo mano á las espadas, se dejaron á él ir muy bravamente. Amadís metió mano á su espada, como aquel que era de gran corazon, é dejóse á ellos ir muy sañudo, por los haber quitado de su batalla; é lo acometian tan malamente, é hirió al uno dellos por cima del yelmo de tal golpe, que le alcanzó en el hombro, que las armas con la carne é huesos fué todo cortado fasta decender la espada á los costados; así, quedándole el brazo colgado, cayó del caballo ayuso, é dejóse ir á los dos, que le ferian bravamente, é dió al uno por el yelmo tal golpe, que se lo fizo saltar de la cabeza, é la espada decendió fasta el pescuezo, é cortóle todo lo mas dél, é cayó el caballero; y el otro, que esto vió, comenzó de huir contra donde viniera. Amadís, que lo vió en caballo corredor, y que se le alongaba, dejó de lo seguir, é tornó á Gandalin. El Enano le dijo: «Cierto, Señor, mejor recaudo llevo para el don que me prometistes que yo creia, é agora vamos adelante.» Así fueron aquel dia á albergar á casa de un ermitaño, donde hobieron muy pobre cena.

En la mañana tornó al camino por donde el Enano guiaba, é andovo hasta hora de tercia; é allí le mostró el Enano en un valle hermoso dos pinos altos, y debajo dellos un caballero todo armado sobre un gran caballo, é dos caballeros que andaban por el campo tras sus caballos, que fuian, que el caballero del pino los habia derribado, é debajo del otro pino yacia otro caballero acostado sobre su yelmo, é su escudo cabe sí, é mas de veinte lanzas al derredor del pino, y cerca dél dos caballos ensillados. Amadís, que los miraba, dijo al Enano: «¿Conoces tú estos caballeros?» El Enano le dijo: «¿Veis, Señor, áquel caballero que yace acostado al pino?—Veo, dijo él. —Pues aquel es, dijo el Enano, el buen caballero que demostraros habia.—¿Sabes su nombre? dijo Amadís.—Sí, Señor, que se llama Angriote de Estravaus, y es el mejor caballero que yo en gran parte os podria mostrar.—Agora me di por qué tiene allí tantas lanzas.—Eso vos diré yo, dijo el Enano. El amaba una dueña desta tierra, y ella no á él; pero tanto la guerreó, que sus parientes por fuerza gela metieron en poder; é cuando en su poder la hobo dijo que se tenia por el mas rico del mundo. Ella le dijo: No os terneis por cortés en haber así una dueña por fuerza; bien me podeis haber, pero nunca de grado mi amor habréis si antes no faceis una cosa. Dueña, dijo Angriote, ¿es cosa que yo puedo facer? Sí, dijo ella. Pues mandaldo, que yo lo compliré fasta la muerte. La dueña, que lo mucho desamaba, cuidó de lo poner donde muriese ó cobrase tantos enemigos, que con ellos se defenderia dél, é mandóle que él y su hermano guardasen este valle de los pinos de todos los caballeros andantes que por él pasasen, é que les hiciesen prometer por fuerza de armas que, pareciendo en la corte del rey Lisuarte, otorgarian ser mas hermosa la amiga de Angriote que las suyas dellos; é si por aventura este caballero su hermano, que veis á caballo, fuese vencido, que no se pudiese sobre esta razon mas combatir, y toda la recuesta quedase en Angriote solo, é guardasen un año el valle; é así lo guardan los caballeros de dia, é á la noche albergan en un castillo que yace tras aquel otero que veis; pero dígovos que há tres meses que lo comenzaron, que aun hasta aquí nunca Angriote metió mano en caballero; que su hermano los ha todos conquistado.—Yo creo, dijo Amadís, que me dices verdad; que yo oí decir en casa del rey Lisuarte que fuera hí caballero que otorgara aquella dueña por mas hermosa que su amiga, é cuido que ha nombre Grovenesa.—Verdad es, dijo el Enano; y, Señor, pues cumplí con vos, tenedme lo que me prometistes, é id comigo donde habeis de ir.—Muy de grado, dijo Amadís. ¿Cuál es la derecha carrera?—Por el valle, dijo el Enano, mas no quiero que por ella vamos, pues tal embarazo tiene.—No te cures, dijo él, deso.» Entonces se metió adelante, é á la entrada del valle halló un escudero que le dijo: «Señor caballero, no paseis mas adelante, si no otorgais que es mas hermosa la amiga de aquel caballero que al pino es acostado que la vuestra.—Si Dios quisiere, dijo Amadís, tan gran mentira nunca otorgaré, si por fuerza no me lo hacen decir ó la vida no me quitan.» Cuando esto le oyó el escudero, díjole: «Pues tornáos; si no, haberos heis con ellos de combatir.» Amadís dijo: «Si ellos me cometen, yo me defenderé, si puedo.» E pasó adelante sin temor ninguno.

CAPITULO XVIII.

De cómo Amadís se combatió con Angriote é con su hermano, los cuales guardaban un paso de un valle, en que defendian que ninguno tenia mas hermosa amiga que Angriote.

Así como el hermano de Angriote lo vió tomó sus armas é fué yendo contra él, et dijo: «Cierto, caballero, gran locura fecistes en no otorgar lo que vos demandaron; que vos habréis á combatir comigo.—Mas me place deso, dijo Amadís, que de otorgar la mayor mentira del mundo.—E yo sé, dijo el caballero, que lo otorgaréis en otra parte donde vos será mayor vergüenza.—No lo cuido yo así, dijo él, si Dios quisiere.—Pues

guardáos,» dijo el caballero. Entonces fueron al mas correr de sus caballos el uno contra el otro, é firiéronse en los escudos, y el caballero falsó el escudo á Amadís, mas detúvose en el arnés é la lanza quebró; é Amadís lo encontró tan duramente, que lo lanzó por cima de las ancas del caballo; y el caballero, que era muy valiente, tiró por las riendas; así que, las quebró é llevólas en las manos, é dió de pescuezo y de espaldas en el suelo, é fué tan mal tratado, que no supo de sí ni de otro parte. Amadís descendió á él é quitóle el yelmo de la cabeza, é vióle desacordado, que no hablaba, é tomándole por el brazo, tiróle contra sí, y el caballero acordó é abrió los ojos, é Amadís le dijo: «Muerto sois si vos no otorgais por preso.» El caballero, que la espada vió sobre su cabeza, temiendo la muerte, otorgóse por su preso. Entonces Amadís cabalgó en su caballo, que vió que Angriote cabalgaba é tomaba sus armas é le enviaba una lanza con su escudero. Amadís tomó la lanza y fué para el caballero, y él vino contra él al mas correr de su caballo, é hiriéronse con las lanzas en los escudos; así que, fueron quebradas sin que otro mal se hiciesen, é pasaron por ser muy hermosos caballeros que en muchas partes otros tales no se hallarian. Amadís echó mano á su espada é tornó el caballo contra él, é Angriote le dijo: «Estad, señor caballero; no os aquejeis de la batalla de las espadas, que bien la podréis haber, y creo que será vuestro daño (esto decia él porque pensaba que en el mundo no habia caballero mejor heridor de espada que lo era él), é justemos fasta que aquellas lanzas nos fallezcan ó el uno de nos caiga del caballo.—Señor, dijo Amadís, yo he que facer en otra parte, é no puedo tanto detenerme.—¡Cómo! dijo Angriote, ¿tan ligero os cuidais de mí partir? No lo tengo yo así; pero ruégoos mucho que aántes de las espadas justemos otra vez.» Amadís se lo otorgó, pues que le placia, é luego se fueron ambos é tomaron sendas lanzas, las que les mas contentaron, é alongándose uno de otro, se dejaron venir contra sí, é firiéronse de las lanzas muy bravamente, é Angriote fué en tierra, y el caballo sobre él, é Amadís, que pasaba, tropezó en el caballo de Angriote y fué caer con él de la otra parte, é un trozo de la lanza, que por el escudo le habia entrado, con la fuerza de la caida entróle por el arnés é por la carne, mas no mucho, y él se levantó muy ligero, como aquel que para sí no queria la vergüenza, de mas sobre caso de su señora, é tiró ahína de sí el trozo de la lanza, é poniendo mano á la espada, se dejó ir contra Angriote, que le vió con su espada en la mano; é Angriote le dijo: «Caballero, yo os tengo por buen mancebo, é ruégoos que antes que mas mal recibais otorgueis ser mas hermosa mi amiga que la vuestra.—Callad, dijo Amadís, que tal mentira nunca será por mi boca otorgada.» Entonces se fueron acometer é herir con las espadas de tan fuertes golpes, que espanto ponian así á los que miraban como á ellos mismos, que los recebian, considerando entre sí poderlos sufrir; mas esta batalla no pudo durar mucho, que Amadís se combatia por razon de la hermosura de su señora, donde hobiera él por mejor ser muerto que fallecer un punto de lo que debía; é comenzó de dar golpes de toda su fuerza tan duramente, que la gran sabiduría ni la gran valentía de herir de espada no le tuvo pro á Angriote, que en poca de hora lo sacó de toda su fuerza, é tantas veces le hizo descender la espada á la cabeza é al cuerpo, que por mas de veinte lugares le salia ya la sangre. Cuando Angriote se vió en aventura de muerte, tiróse afuera así como pudo é dijo: «Cierto, caballero, en vos hay mas bondad que hombre puede pensar.—Otorgadvos por preso, dijo Amadís, é será vuestra pro, que estáis tan mal tratado, que habiendo la batalla fin, la habria vuestra vida, é pesarme-y-a dello; que vos precio mas de lo que vos cuidais.» Esto decia él por la su gran bondad de armas, é por la cortesía de que usara con la dueña, teniéndola en su poder. Angriote, que mas no pudo, dijo: «Yo me vos otorgo por preso, así como al mejor caballero del mundo, é así como se deben otorgar todos los que hoy armas traen, é dígoos, señor caballero, que lo no tomo por mengua, mas por gran pérdida; que hoy pierdo la cosa del mundo que mas amo.—No perderéis, dijo Amadís, si yo puedo; que muy desaguisado seria si aquella gran mesura que contra esa que decis usastes no sacase el pago é galardon que meresce, é vos le habréis, si yo puedo, mas cedo que ante; esto vos prometo yo como leal caballero, cuanto torne de una demanda en que voy.—Señor, dijo Angriote, ¿ónde vos fallaré?—En casa del rey Lisuarte, dijo Amadís; que hí volveré, Dios queriendo.»

Angriote lo quisiera llevar á su castillo, mas él no quiso dejar el camino que ante llevara; é despedido dellos, se puso en la via del Enano para le dar el don que le prometiera; é anduvo cinco dias sin aventura hallar; en cabo dellos mostróle el Enano un muy hermoso castillo é muy fuerte á maravilla, é díjole: «Señor, en aquel castillo me habeis de dar el don.—En el nombre de Dios, dijo Amadís, yo te lo daré, si puedo.—Esa confianza tengo yo, dijo el Enano, é mas despues que he visto vuestras grandes cosas.—E, Señor, ¿sabeis cómo ha nombre este castillo?—No, dijo él; que nunca en esta tierra entré.—Sabed, dijo el Enano, que ha nombre Valderin.» E así hablando llegaron al castillo, y el Enano dijo: «Señor, tomad vuestras armas.—¡Cómo! dijo Amadís, ¿serán menester?—Sí, dijo él, que no dejan dende salir tan ligeramente los que hí entran.» Amadís tomó sus armas é metióse adelante, y el Enano é Gandalin en pos dél, é cuando entró por la puerta cató á un cabo é á otro, mas no vió nada, é dijo contra el Enano: «Despoblado me semeja este logar.—Por Dios, dijo él, á mí tambien.—Pues ¿para qué me trajiste aquí, ó qué don quieres que te dé?» El Enano le dijo: «Cierto, Señor, yo vi aquí el mas bravo caballero é mas fuerte en armas qne cuido ver, é mató allí en aquella puerta dos caballeros, y el uno dellos era mi señor, é á este mató tan crudamente como aquel en quien nunca merced hobo; é yo os quisiera pedir la cabeza de aquel traidor que lo mató; que ya aquí traje otros caballeros para le vengar, é mal pecado dellos, prendieron muerte, é otros cruel prision.—Cierto, Enano, dijo Amadís, tú haces lealtad; mas no debrias traer los caballeros, si ante no les dijeses con quién se habian de combatir.—Señor, dijo el Enano, el caballero es muy conoscido por uno de los bravos del mundo, é si lo dijese, no seria ninguno

tan ardid que comigo osase venir. —E ¿sabes cómo ha nombre? —Sí sé, dijo el Enano; que se llama Arcalaus el encantador.» Amadís cató á todas partes é no vió ninguno, é apeóse de su caballo é atendió hasta las vísperas, é dijo: «Enano, ¿qué quieres que haga? —Señor, dijo él, la noche se viene, é no tengo por bien que aquí alberguemos. —Cierto, dijo Amadís, de aquí no partiré fasta que el caballero venga, ó alguno que dél me diga. —Por Dios, yo no quedaré aquí, dijo el Enano, que he gran miedo; que me conoce Arcalaus é sabe que yo puno de le facer matar. —Todavía, dijo Amadís, aquí quedarás, é no me quiero quitar del don, si puedo.» E Amadís vió un corral adelante, é entró por él, mas no vió ninguno; é vió un logar muy escuro con unas gradas que so tierra iban, é Gandalin llevaba el Enano porque le no fuyese, que gran miedo habia, é díjole Amadís: «Entremos por estas gradas, é verémos qué hay allá. —¡Ay Señor! dijo el Enano, merced, que no hay cosa por que yo entrase en lugar tan espantoso; é por Dios dejadme ir, que mi corazon se me espanta mucho. —No te dejaré, dijo Amadís, hasta que hayas el don que te prometí, ó veas cómo hago mi poder.» El Enano, que gran miedo habia, dijo: «Dejadme ir, é yo os quito el don, é téngome por contento dél. —En cuanto en mí fuere, dijo Amadís, yo no te mando quitar el don; no digas despues que falté de lo que debia facer. —Señor, á vos dó por quito é á mí por pagado, dijo él, é yo vos quiero atender fuera por donde venimos fasta ver si is. —Véte á buena ventura, dijo Amadís, é yo fincaré aquí esta noche fasta la mañana, esperando el caballero.» El Enano se fué su via, é Amadís descendió por las gradas é fué adelante, que ninguna cosa veia; é tanto fué por ellas ayuso, que se falló en un llano, y era tan escuro, que no sabia dónde fuese; é fué así adelante, é topó en una pared, é trayendo las manos por ella, dió en una barra de yerro, en que estaba una llave colgada, é abrió un candado de la red, é oyó una voz que decia: «¡Ay señor Dios! ¿hasta cuándo será esta grande cuita? ¡Ay muerte! ¿ónde tardas do serias tanto menester?» Amadís escuchó una pieza é no oyó mas; entró dentro por la cueva, su escudo al cuello y el yelmo en la cabeza, é la espada desnuda en la mano, é luego se halló en un fermoso palacio, donde habia una lámpara que le alumbraba, é vió en una cama seis hombres armados, que durmian é tenian cabe sí escudos é hachas, y él se llegó é tomó una de las hachas é pasó adelante, é oyó mas de cien voces altas que decian: «¡Dios, Señor, envíanos la muerte, porque tan dolorosa cuita no suframos!» El fué muy maravillado de las oir, é al ruido de las voces despertaron los hombres que dormian, é dijo uno á otro: «Levántate é toma el azote é faz callar aquella cativa gente, que no nos dejan holgar en nuestro sueño. —Eso haré yo de grado, dijo él, é que laceren el sueño de que me despertaron.» Entonces se levantó muy presto, é tomando el azote, vió ir delante sí á Amadís, de lo que muy maravillado fué en lo allí ver, é dijo: «¿Quién va allá? —Yo vó, dijo Amadís. —E ¿quién sois? dijo el hombre. —Soy un caballero extraño, dijo Amadís. —Pues ¿quién vos metió acá sin licencia alguna? —No ninguno, dijo Amadís; que yo me entré. —¿Vos? dijo él; esto fué en mal punto para vos, que converná que seais luego metido en aquella cuita que son aquellos cativos que dan tan grandes voces.» E tornándose, cerró presto la puerta, é despertando á los otros, dijo: «Compañeros, veis aquí un mal andante caballero, que de su grado acá entró.» Entonces dijo el uno dellos, que era el carcelero, é habia el cuerpo é la fuerza muy grande en demasía: «Agora me dejad con él, que yo le porné con aquellos que allí yacen.» E tomando una hacha é una adarga, se fué contra él é dijo: «Si dudas tu muerte, deja tus armas; é si no, atiéndela, que presto desta mi hacha la habrás.» Amadís fué sañudo en se oir amenazar, é dijo: «Yo no daria por ti una paja; que, como quier que seas grande é valiente, eres malo é de mala sangre, é fallecerte ha el corazon.» E luego alzaron las hachas é firiéronse ambos con ellas; y el carcelero le dió por cima del yelmo, y entró la hacha bien por él, é Amadís le dió en el adarga; así que, gela pasó, y el otro que tiró afuera llevó la hacha en el adarga, é puso mano á la espada é dejóse ir á él é cortóle la asta de la hacha; el otro, que era muy valiente, cuidólo meter so sí; mas de otra guisa le vino; que en Amadís habia mas fuerza que en ningun otro que se fallase en aquel tiempo, y el carcelero le cogió entre sus brazos, é punaba por lo derribar. E Amadís le dió de la manzana de la espada en el rostro, que le quebrantó la una quijada é derribólo ante sí atordido, é firiólo en la cabeza, de guisa que no hobo menester maestro; é los otros que los miraban dieron voces que lo no matase; si no, que él seria muerto. «No sé cómo averná, dijo Amadís, mas deste seguro seré.» E metiendo la espada en la vaina, sacó la hacha de la adarga, é fué á ellos, que contra él por lo ferir todos juntos venian, é descargaron en él sus golpes cuanto mas recio pudieron; pero él firió al uno, que fasta los meollos lo hendió, é dió con él á sus piés; é luego dió á otro que mas le aquejaba por el costado é abriógelo; así que, lo derribó; é trabó á otro de la hacha tan recio, que dió con él de hinojos en tierra; é así este como el otro que lo querian herir demandáronle merced que los no matase. «Pues dejad luego las armas, dijo Amadís, é mostradme esta gente que da voces.» Ellos las dejaron, é fueron luego ante él.

Amadís oyó gemir é llorar en una cámara pequeña, é dijo: «¿Quién yace aquí? —Señor, dijeron ellos, una dueña que es muy cuitada. —Pues abrid esa puerta, dijo él, é verla he.» El uno dellos tornó do yacia el grande carcelero, é tomándole dos llaves que en la cinta tenia, abrió la puerta de la cámara; é la dueña, que cuidó que el carcelero fuese, dijo: «¡Ay varon! ¡por Dios habed merced de mí, é dadme la muerte, é no tantos martirios cuales me dades!» Otrosí dijo: «¡Oh Rey! en mal dia fuí yo de vos tan amada, que tan caro me cuesta vuestro amor.» Amadís hubo della gran duelo, que las lágrimas le vinieron á los ojos, é dijo: «Dueña, no soy el que pensais, antes aquel que os sacará de aquí, si puede. —¡Ay santa María! dijo, ¿quién sois vos, que acá entrar podistes? —Soy un caballero extraño, dijo él. —Pues ¿qué se fizo el gran cruel carcelero é los otros que guardaban? —Lo que será de todos los malos que se no emiendan,» dijo él; é mandó á uno

de los hombres que le trajese lumbre, y él así lo fizo; é Amadís vió la dueña con una gruesa cadena á la garganta, é los vestidos rotos por muchas partes, que las carnes se le parecian; é como ella vió que Amadís con piedad la miraba, dijo: «Señor, como quiera que así me veais, ya fué tiempo que era rica, como fija de rey que soy, é por rey soy en aquesta cuita. —Dueña, dijo él, no vos quejeis, que estas tales son vueltas é autos de la fortuna, porque ninguno las puede huir ni dellas apartar; é si es persona que algo vale aquel por quien este mal sufris é sosteneis, vuestra pobreza é bajo traer se tornará riqueza, é la cuita en grande alegría; pero en lo uno ni en lo otro poco nos debemos fiar.» E hízole tirar la cadena, é mandó que le trajesen algo con que se podiese cobrir, y el hombre que las candelas llevaba trajo un manto de escarlata que Arcalaus habia dado á aquel su carcelero. Amadís la cubrió con él, é tomándola por la mano la sacó fuera al palacio, diciéndole que no temiese de allí volver si antes él no matasen; y llevándola consigo, llegaron donde el gran carcelero é los otros muertos estaban, de que ella fué muy espantada, é dijo: «¡Ay manos! cuántas heridas é cuántas crüezas fecho habeis á mí é á otros que aquí yacen, sin que lo mereciesen, é aunque vosotras la venganza no sintais, siéntelo aquella desventurada de ánima que os sostenia. —Señora, dijo Amadís, tanto que vos ponga con mi escudero yo tornaré á los sacar todos, que ninguno quede así.»

Fueron adelante, é llegando á la red, vino allí un hombre é dijo al que las candelas llevaba: «Díceos Arcalaus que dó es el caballero que acá entró, si lo matastes ó si es preso.» El hobo tan gran miedo, que no habló; é las candelas se le cayeron de las manos. Amadís las tomó é dijo: «No hayas miedo, rivaldo; ¿de qué temes siendo en mi guarda? Vé adelante.» E subieron por las gradas hasta salir al corral, é vieron que gran pieza de la noche era pasada, y el lunar era muy claro. Cuando la dueña vió el cielo y el aire, fué muy leda á maravilla, como quien no lo habia gran tiempo visto, é dijo: «¡Ay buen caballero! Dios te guarde é dé el galardon que en me sacar de aquí mereces.» Amadís la llevaba por la mano, é llegó donde dejara á Gandalin; mas no lo halló, é temióse de lo haber perdido, é dijo: «Si el mejor escudero del mundo es muerto, por él se hará la mayor é mas cruel venganza que nunca se hizo, si yo vivo.» Estando así, oyó dar unas voces, é yendo allá, halló al Enano que dél se partiera colgado por la pierna de una viga, é deyuso dél un fuego con cosas de malos olores; é vió á otra parte á Gandalin, que á un poste atado estaba, é queriéndolo desatar, dijo: «Señor, acorred ante al Enano, que muy cuitado es.» Amadís así lo hizo, que sosteniéndole en su brazo, con la espada cortó la cuerda é púsolo en el suelo, é fué á desatar á Gandalin, diciendo: «Cierto, amigo, no te preciaba tanto como yo el que te aquí puso.» E fuése á la puerta del castillo é hallóla cerrada de una puerta colgadiza; é como vió que no podia salir, apartóse al un cabo del corral, donde habia un poyo, é sentóse allí con la dueña; é tuvo consigo á Gandalin é al Enano é los dos hombres de la cárcel.

Gandalin le mostró una casa donde metieran su caballo, é fué allá, é quebrando la puerta, hallólo ensillado y enfrenado, é trájolo cabe sí, é de grado quisiera volver por los presos; mas hobo recelo que la dueña no recibiese daño de Arcalaus, pues ya en el castillo era, é acordó de esperar el dia, é preguntó á la dueña quién era el rey que la amaba, é por quién aquella gran cuita sofria. «Señor, dijo ella, siendo este Arcaluas muy grande enemigo del rey de quien yo soy amada, et sabiéndolo él, é no pudiendo dél haber venganza, acordó de la tomar en mí, creyendo que este era el mayor pesar que le facia; é como quiera que ante mucha gente me tomase, metióse conmigo en un aire tan escuro, que ninguno me pudo ver; esto fué por sus encantamentos que él obra. E púsome allí donde me fallastes, diciendo que padesciendo yo en tal tenebregura, é aquel que me ama en me no ver ni saber de mí, holgaba su corazon con aquella venganza. —Decidme, dijo Amadís, si vos pluguiere, quién es ese rey. —Arban de Norgales, dijo la dueña; no sé si dél habeis noticia. —A Dios, merced, dijo Amadís, que él es el caballero del mundo que yo mas amo; agora no he de vos tanta piedad como antes, pues que por uno de los mejores hombres del mundo lo sufristes, por aquel que con doblada alegría é honra vuestra voluntad será satisfecha.» Hablando en esto y en otras cosas, estovieron allí hasta la mañana que el dia fué claro. Entonces vió Amadís á las finiestras un caballero, que le dijo: «¿Sois vos el que me matastes mi carcelero é mis hombres? —¡Cómo! dijo Amadís, ¿vos sois aquel que injustamente matais caballeros é prendeis dueñas é doncellas? Cierto yo os tengo por el mas desleal caballero del mundo, por haber mas crueza que bondad. —Aun vos no sabeis, dijo el caballero, toda mi crueza; mas yo haré que la sepais ante de mucho, é haré que no os trabajeis de emendar ni retraer cosa que yo haga á tuerto ó á derecho.» E tiróse de la finiestra, é no tardó mucho que lo vió salir al corral muy bien armado y encima de un gran caballo; y él era uno de los grandes caballeros del mundo que gigante no fuese. Amadís lo miraba, creyendo que en él habia gran fuerza por razon; é Arcalaus le dijo: «¿Qué me miras? —Mírote, dijo él, porque, segun tu parecer, podrias ser hombre muy señalado si tus malas obras no lo estorbasen, é la deslealtad que has gana de mantener. —A buen tiempo, dijo Arcalaus, me trajo la fortuna si de tal como tú habia de ser reprehendido, é fué para él, su lanza baja, é Amadís asimismo; é Arcalaus lo firió en el escudo, é fué la lanza en piezas, é juntáronse los caballos, y ellos uno con otro tan bravamente, que cayeron á sendas partes; mas luego fueron en pié, como aquellos que muy vivos é esforzados eran, é firiéronse con las espadas de tal guisa, que fué entre ellos una tan cruel é brava batalla, que ninguno lo podria creer si no la viese; que duró mucho por ser ambos de tan gran fuerza é ardimento; pero Arcalaus se tiró afuera é dijo: «Caballero, tú estás en aventura de muerte, é no sé quién eres; dímelo porque lo sepa; que yo mas pienso en te matar que en vencer. —Mi muerte, dijo Amadís, está en la voluntad de Dios, á quien yo temo, é la tuya en la del diablo, que es ya enojado de te sostener, é quiere que el cuerpo, á quien tantos vicios malos ha dado, con

el ánima perezca; é pues deseas saber quién yo soy, dígote que he nombre Amadís de Gaula, é soy caballero de la reina Brisena, é agora punad de dar cima á la batalla; que vos no dejaré mas folgar.» Arcalaus tomó su escudo é su espada, é firiéronse ambos de muy fuertes é duros golpes; así que, la plaza era sembrada de los pedazos de sus escudos é de las mallas de las armas. E siendo ya la hora de tercia, que Arcalaus habia perdido mucha de su fuerza, fué á dar un golpe por cima del yelmo á Amadís, é no pudiendo tener la espada, salióle de la mano é cayó en tierra, é como la quiso tomar, pujóle Amadís tan recio, que le hizo dar con las manos en el suelo; é como se levantó, dióle con la espada un tal golpe por cima del yelmo, que le atordesció. Cuando Arcalaus se vió en aventura de muerte, comenzó de fuir contra un palacio donde saliera, é Amadís en pos dél, é ambos entraron en el palacio; mas Arcalaus se acogió á una cámara, é á la puerta della estaba una dueña, que miraba cómo se combatian. Arcalaus desque en la cámara fué tomó una espada é dijo contra Amadís: «Agora entra, é combátete comigo.—Mas combatámonos en este palacio, que es mayor, dijo Amadís. —No quiero, dijo Arcalaus.—¡Cómo! dijo Amadís, ¿ende te crees amparar?» Et poniendo el escudo ante sí, entró con él, é alzando la espada por lo ferir, perdió la fuerza de todos los miembros y el sentido, é cayó en tierra tal como muerto. Arcalaus dijo: «No quiero que murais de otra muerte sino de esta.» E dijo á la dueña que los miraba: «¿Paréceos, amiga, que me vengaré bien deste caballero?—Paréceme, dijo ella, que vos vengaréis á vuestra voluntad.» E luego desarmó á Amadís, que no sabia de sí parte, é armóse él de aquellas armas é dijo á la dueña: «Este caballero no le mueva de aquí ninguno por cuanto vos amades, é así lo dejad fasta que el alma le sea salida.» E salió así armado al corral, é todos cuidaron que lo matara. E la dueña que de la cárcel saliera hacia gran duelo, mas en el de Gandalin no es de fablar; é Arcalaus dijo: «Dueña, buscad otro que de aquí os saque, que el que vistes desempachado es.» Cuando por Gandalin fué esto oido cayó en tierra tal como muerto. Arcalaus tomó la dueña é dijo: «Venid comigo, é veréis cómo muere aquel malaventurado que comigo se combatió.» E llevándola donde Amadís estaba, le dijo: «¿Qué vos parece, dueña?» Ella comenzó agramente á llorar é dijo: «¡Ay buen caballero, cuánto dolor é tristeza será á muchos buenos la tu muerte!» Arcalaus dijo á la otra dueña, que era su mujer: «Amiga, desque este caballero sea muerto faced tornar esa dueña á la cárcel donde él la sacó, é yo me iré á casa del rey Lisuarte, é diré allá cómo me combatí con este; que de su voluntad é la mia fué acordado de tomar esta batalla con tal condicion, que el vencedor tajase al otro la cabeza, é lo fuese decir aquella corte dentro de quince dias, é desta manera ninguno terná razon de me demandar esta muerte; é yo quedaré con la mayor gloria y alteza en las armas que haya caballero en todo el mundo, en haber vencido á este, que par no tenia.» E tornándose al corral, hizo poner en la cárcel escura á Gandalin é al Enano. Gandalin quisiera que lo matara, é íbalo llamando: «Traidor, que mataste al mas leal caballero que nunca nació.» Mas Arcalaus lo mandó llevar á sus hombres rastrando por la pierna, diciendo: «Si le matase no te daria pena; allá dentro la habrás muy mayor que la misma muerte.» Y cabalgando en el caballo de Amadís, llevando consigo tres escuderos, se metió en el camino donde el rey Lisuarte era.

CAPITULO XIX.

De cómo Amadís fué encantado por Arcalaus porque él quiso sacar de prision á la dueña Grindalaya é á otros, é cómo escapó de los encantamentos que Arcalaus le habia hecho.

Grindalaya, que así habia nombre la dueña presa, facia muy gran duelo sobre Amadís, que lástima era de la oir, diciendo á la mujer de Arcalaus é á las otras dueñas que con ella estaban: «¡Ay mis señoras! ¿no mirais qué fermosura de caballero y en qué tan tierna edad era uno de los mejores caballeros del mundo? ¡Mal hayan aquellos que de encantamentos saben, que tanto mal é daño á los buenos pueden hacer! ¡Oh Dios mio, que tal quieres sofrir!» La mujer de Arcalaus, que tanto como su marido era sojuzgado á la crueza é á la maldad, tanto lo era ella á la virtud é piedad, é pesábale muy de corazon de lo que su marido hacia, é siempre en sus oraciones rogaba á Dios que lo emendase, consolaba á la dueña cuanto podia, y estando así, entraron por la puerta del palacio dos doncellas, é traian en las manos muchas candelas encendidas, é pusieron dellas á los cantos de la cámara donde Amadís yacia. Las dueñas que allí eran no las pudieron hablar ni mudarse de donde estaban; é la una de las doncellas sacó un libro de una arquita que so el sobaco traia, é comenzó á leer por él, é respondíale una voz algunas veces; é leyendo desta guisa una pieza, al cabo respondiéronle muchas voces juntas dentro en la cámara, que mas parecian de ciento. Entonces vieron cómo salia por el suelo de la cámara rodando un libro como que viento lo llevase, é paró á los piés de la doncella, y ella lo tomó é partiólo en cuatro partes, é fuélas quemar en los cantos de la cámara, donde las candelas ardian; é tornóse donde Amadís estaba, é tomándolo por la diestra mano, le dijo: «Señor, levantadvos, que mucho yaceis cuitado.» Amadís se levantó é dijo: «¡Santa María! ¿qué fué esto, que por poco fuera muerto?—Cierto, Señor, dijo la doncella, tal hombre como vos no debia así morir; que ante querrá Dios que á vuestra mano mueran otros que mejor lo merescen.» E tornáronse ambas las doncellas por donde vinieran, sin mas decir. Amadís preguntó por Arcalaus qué se hiciera, é Grindalaya le contó cómo fuera encantado, é todo lo que Arcalaus dijera, é cómo era ido armado de sus armas y en su caballo á la corte del rey Lisuarte á decir cómo le matara. Amadís dijo: «Yo bien sentí cuando me él desarmó, mas todo me parescia como en sueños.» Y luego se tornó á la cámara, é armóse de las armas de Arcalaus, é salió del palacio, é preguntó qué ficieran á Gandalin é al Enano. Grindalaya le dijo que los metieran en la cárcel. Amadís dijo á la mujer de Arcalaus: «Guardadme esta dueña como vuestra cabeza fasta que yo torne.» Entonces bajó por la escalera é salió al corral. Cuando los hombres de Arcalaus así armado lo vieron, fuyeron y es-

parciéronse á todas partes; y él se fué luego á la cárcel y entró en el palacio donde los hombres matara, y de allí llegó á la prision en que estaban los presos, y el lugar era muy estrecho é los presos muchos, é había mas en largo de cien brazadas, y en ancho una é media, y era así escuro como adonde claridad ni aire podia entrar, y eran tantos, que ya no cabian. Amadís entró por la puerta é llamó á Gandalin; mas él estaba como muerto, é cuando oyó su voz estremescióse é no cuidó que era él, que por muerto lo tenia, é pensaba que él estaba encantado. Amadís se aquejó mas é dijo: «Gandalin, ¿dónde eres? ¡Ay Dios, que mal haces en me no responder!» E dijo contra los otros. «Decidme por Dios si es vivo el escudero que acá metieron.» El Enano, que esto oyó, conoció que era Amadís, é dijo: «Señor, acá yacemos é vivos somos, aunque mucho la muerte hemos deseado.» El fué muy alegre en lo oir, é tomó candelas, que cabe la lámpara del palacio estaban, y encendiéndolas, é tornó á la cárcel, é vió donde Gandalin y el Enano eran, é dijo: «Gandalin, sal fuera, é tras tí todos cuantos aquí están, que no quede ninguno.» E todos decian: «¡Ay buen caballero! Dios te dé buen galardon porque nos acorriste.» Entonces sacó de la cadena á Gandalin, que era el postrero, é tras él al Enano é á todos los otros que allí estaban cativos, que fueron ciento é quince, é los treinta caballeros; é todos iban tras Amadís á salir afuera de la cueva, diciendo: «¡Ay caballero bienaventurado! que así salió nuestro Salvador Jesucristo de los infiernos cuando sacó sus servidores; él te dé las gracias de la merced que nos faces.»

Así salieron todos al corral, donde veyendo el sol y el cielo, se fincaron de rodillas, las manos altas, dando muchas gracias á Dios, que tal esfuerzo diera á aquel caballero para lo sacar de lugar tan cruel é tan esquivo. Amadís los miraba, habiendo muy grande duelo de los ver tan mal trechos, que más parescian en sus semblantes muertos que vivos; é vió entre ellos uno asaz grande é hien hecho, aunque la pobreza lo desemejase; este vino contra Amadís é dijo: «Señor caballero, ¿quién dirémos que nos libró desta cruel cárcel ó tenebregura espantosa?—Señor, dijo Amadís, yo vos lo diré de muy buen grado. Sabed que he nombre Amadís de Gaula, hijo del rey Perion, é soy de la casa del rey Lisuarte é caballero de la reina Brisena, su mujer; é viniendo en busca de un caballero, me trajo aquí un enano por un don que le prometí.—Pues yo, dijo el caballero, de su casa soy, é muy conoscido del Rey é de los suyos; donde me vi con mas honra que agora estó.—¿De su casa sois? dijo Amadís.—Sí soy, cierto, dijo el caballero, é de allí salí cuando fuí puesto en esta mala ventura donde me sacastes.—E ¿cómo habeis nombre? dijo Amadís.—Bramdoibas,» dijo él. Cuando Amadís lo oyó, hobo con él muy gran placer, é fuélo á abrazar é dijo: «A Dios merced por quererme dar lugar que de tan cruda pena os sacase; que muchas veces al rey Lisuarte oí hablar de vos, é á todos los de la corte, en tanto que yo allí estuve, loando vuestras virtudes é caballerías, é habiendo gran sentimiento en nunca saber nuevas de vuestra vida.» Así que, todos los presos fueron ante Amadís é dijéronle: «Señor, aquí somos en la vuestra merced; ¿qué nos mandais facer? que de grado lo farémos, pues que tanta razon para ello hay.—Amigos, dijo él, que cada uno se vaya donde le mas agradare é mas provecho sea.—Señor, dijeron ellos, aunque vos no nos conozcais ni sepais de qué tierra somos, todos os conoscemos para vos servir; é cuando fuere sazon de os ayudar, no esperarémos vuestro mandado; que sin él acudirémos donde quiera que seais.» Con esto se fueron cada uno su via cuanto mas pudieron; que bien menester lo habian. Amadís tomó consigo á Bramdoibas é dos escuderos suyos que allí presos fueron, é fuése dende á la mujer de Arcalaus, que con otras mujeres estaba, é falló con ella á Grindalaya é dijo: «Dueña, por vos é por estas vuestras mujeres dejo de quemar este castillo; que la gran maldad de vuestro marido me daba á ello causa; pero dejarse ha por aquel acatamiento que los caballeros deben á las dueñas é doncellas.» La dueña le dijo, llorando: «Dios es testigo, señor caballero, del dolor é pesar que mi ánima siente en lo que Arcalaus, mi señor, face; mas no puedo yo sino como á marido obedecerle é rogar á Dios por él; en vuestra mesura es de hacer contra mí lo que, Señor, quisiérdes.—Lo que yo haré, dijo él, es lo que dicho tengo; mas ruégovos mucho nos hagais dar unos paños ricos para esta dueña, que es de grande guisa, é para este caballero unas armas, que aquí le fueron tomadas las suyas, é un caballo; é si desto sentis agravio, no se os demandará, sino que yo llevaré las armas de Arcalaus por las mias é su caballo por el mio; é bien vos digo que la espada que él me lleva querria mas que todo esto.—Señor, dijo la dueña, justo es lo que demandais, é que lo no fuese, conociendo vuestra mesura, lo haria de grado.» Entonces mandó traer las mismas armas de Bramdoibas, é fízole dar un caballo, é á la dueña metió en su cámara é vistióla de unos paños suyos asaz buenos, é trájola ante Amadís é rogóle que comiese ante que fuese noche alguna cosa. El lo otorgó, pues la dueña se lo fizo dar, lo mejor que haber se pudo. Grindalaya no podia comer, antes se quejaba mucho por se ir del castillo de que Amadís é Bramdoibas se reian de gana, é mucho mas del Enano, que estaba tan espantado, que no podia comer ni fablar, é la color tenia perdida. Amadís le dijo: «Enano, ¿quieres que esperemos á Arcalaus, é darte he el don que me soltaste?—Señor, dijo él, tan caro me costó este que á vos ni á otro ninguno nunca don pediré en cuanto viva; é vayamos de aquí antes que el diablo acá lo torne; que no me puedo sufrir sobre esta pierna de que estuve colgado, é las narices llenas de la piedra zufre que debajo me puso, que nunca he hecho sino estornudar é aun otra cosa peor.» Grande fué la risa que Amadís é Bramdoibas, é aun las dueñas é doncellas, tuvieron con lo que él dijo; é desque los manteles alzaron Amadís se despidió de la mujer de Arcalaus, y ella lo acomendó á Dios é dijo: «Dios ponga avenencia entre mi señor é vos.—Cierto, dueña, dijo Amadís, aunque la no tenga con él, la terné con vos, que lo mereceis.» E á tiempo fué que esta palabra que allí dijo aprovechó mucho á la dueña, así como en el cuarto libro desta historia vos será contado.

Entonces cabalgaron en sus caballos, é la dueña en

un palafren, é saliendo del castillo, anduvieron todo aquel dia de consuno hasta la noche, que albergaron en casa de un infanzon que á cinco leguas del castillo moraba, donde les fué fecha mucha honra é servicio; é otro dia oyendo misa, despedidos del huésped, entraron en su camino, é Amadis dijo á Bramdoibas: «Buen señor, yo ando en busca de un caballero, como vos dije, é vos andais fatigado; bien será que nos partamos. —Señor, dijo él, á mí me conviene ir á la corte del rey Lisuarte, é si mandárdes, aguardar vos he.—Mucho vos lo agradezco, dijo Amadís; mas á mí conviene andar solo, é poner esa dueña en el lugar donde querrá ir.—Señor, dijo ella, yo iré con este caballero adonde él va, porque hí fallaré aquel por quien yo fuí presa, que habrá placer con mi vista.—En el nombre de Dios, dijo Amadís, é á Dios vayais encomendados.» Así se partieron, como ois, é Amadís dijo al Enano: «Amigo, ¿qué farás de tí?—Lo que vos mandárdes, dijo él.—Lo que yo mando, dijo Amadís, es que hagas lo que te mas pluguiere.—Señor, dijo él, pues en mí lo dejais, querria ser vuestro vasallo para os servir; que no siento yo agora con quién mejor vivir pueda.—Si á tí place, dijo Amadís, así face á mí, é yo te recibo por mi vasallo.» El Enano le besó la mano; é Amadís anduvo por el camino como la aventura lo guiaba, é no tardó mucho que encontró una de las doncellas que le guarecieran llorando fuertemente, é díjole: «Señora doncella, ¿por qué llorais?—Lloro, dijo ella, por una arquita que me tomó aquel caballero que allí va, é á él no tiene pro, aunque por lo que en ella va fué escapado de muerte no há tercero dia el mejor caballero del mundo; é por otra mi compañera que otro caballero lleva por fuerza para la deshonrar.» Esta doncella no conoció á Amadís, por el yelmo que habia puesto, como de mas lueñe habia los caballeros visto; é como aquello oyó, pasó por ella é alcanzó al caballero é díjole: «Cierto, caballero no is como cortés en hacer que la doncella tras vos vaya llorando; conséjovos que la desmesura cese, é tornadle su arca.» El caballero comenzó de reir, é Amadís le preguntó: «¿Por qué reis?—De vos me rio, dijo él; que vos tengo por loco en dar consejo á quien no os lo demanda ni hará nada de lo que dijérdes.—Podria ser, dijo Amadís, que no os vernia bien dello, é dadle su arca, pues á vos no tiene pro.—Parece, dijo el caballero, que me amenazais.—Amenázaos vuestra gran soberbia, dijo Amadís, que vos pone en hacer esta fuerza á quien no debíades.» El caballero puso el arqueta en un árbol é dijo: «Si vuestra osadía es tal como las palabras, venid por ella é dadla á su dueño.» E volvió la cabeza del caballo contra él. Amadís, que ya con saña estaba, fué para él, y él vino cuanto mas pudo á lo ferir, y encontróle en el escudo, que gelo falsó, mas no pasó el arnés, que era fuerte, é quebró la lanza; é Amadís le encontró tan duramente, que lo derribó en tierra y el caballo sobre él, é fué tan mal trecho, que se no pudo levantar. Amadís tomó el arca é dióla á la doncella, é dijo: «Atended aquí en tanto que socorro á la otra.» Entonces fué cuanto pudo por donde vió al caballero, é á poco rato halló-lo entre unos árboles, donde tenia atado su caballo y el palafren de la doncella, y el caballero con ella, é forzándola para la deshonrar, y ella daba grandes voces, é llevábala por los cabellos á una mata, y ella decia con gran cuita: «¡Ay traidor! enemigo mio, ahína mueras de mala muerte por esto que me faces en así me querer deshonrar, de mí no recebiendo daño.» En esto estando, llegó Amadís dando voces é diciendo que dejase la doncella, y el caballero, que lo vió, fué luego á tomar sus armas é cabalgó en su caballo, é dijo: «En mal punto me estorbástes de hacer mi voluntad.—Dios confunda tal voluntad, dijo Amadís, que así face perder la vergüenza á caballero.—Cierto, si me no vengase de vos, dijo el caballero, nunca traeria armas.—El mundo perderia muy poco, dijo Amadís, en que las desmamparásedes, pues con tanta vileza usais dellas, forzando á las mujeres, que muy guardadas deben ser de los caballeros.» Entonces se acometieron al mas correr de los caballos, y encontráronse tan duramente, que fué maravilla, y el caballero quebró su lanza; mas Amadís lo lanzó por cima del arzon trasero é dió del yelmo en el suelo; é como el cuerpo todo cayó sobre el pescuezo, torgióselo de tal guisa, que quedó mas muerto que vivo. E Amadís, que así lo vió tan mal trecho, trajo el caballo sobre él, diciendo: «Así perderéis el celo deshonesto.» E dijo á la doncella: «Amiga, deste ya no temeréis.—Así me parece, Señor, dijo ella; mas temo de otra doncella, mi compañera, á quien tomaron una arqueta, que no reciba algun daño.—No temais, dijo Amadís, que yo gela fice dar, é veisla que viene con mi escudero.» Entonces se tiró el yelmo, é la doncella lo conoció, y él á ella, que esta era la que le llevó, viniendo él de Gaula, á Urganda la Desconocida, cuando sacó á su amigo por fuerza de armas del castillo de Bradoid; é descendiendo del caballo, la fué á abrazar, é así lo fizo á la otra desque llegó, é dijéronle: «Señor, si supiéramos que tal defendedor teniamos, poco temiéramos de ser forzadas; é bien podeis decir que si vos acorrimos fué por vuestro merecimiento que nos acorristes.—Señoras, dijo Amadís, en mayor peligro era yo, é ruégoos que me digais cómo lo sopistes.» La doncella, que por la mano lo alzara, le dijo: «Señor, mi tia Urganda me mandó bien há diez dias que trabajase por llegar allí aquella hora para vos librar.—Dios gelo agradezca, dijo él, é yo la serviré en lo que mandare é quisiere, é á vos, que tan bien lo hecistes, é ved si soy para mas menester.—Señor, dijeron ellas, tornad á vuestro camino, que por nos dejastes, é nosotras irémos el nuestro.—Adios vayais, dijo él; encomendadme mucho á vuestra señora, é decidle que ya sabe que soy su caballero.» Las doncellas se fueron su camino, é Amadís tornó al suyo, donde quedará por contar lo que Arcalaus hizo.

CAPITULO XX.

Cómo Arcalaus llevó nuevas á la corte del rey Lisuarte cómo Amadís era muerto, é de los grandes llantos que en toda la corte por él se ficiéron, é en especial Oriana.

Anduvo tanto Arcalaus despues que se partió de Amadís, donde lo dejó encantado, en su caballo é armado de sus armas, que á los diez dias llegó á casa del rey Lisuarte, una mañana cuando el sol salia, é á esta sazon el rey Lisuarte cabalgara con muy grande compaña é

andaba entre su palacio é la floresta; é vió cómo venia Arcalaus contra él, é cuando conocieron el caballo é tambien las armas, todos cuidaron que Amadís era, y el Rey fué á él muy alegre; mas siendo mas cerca, vieron que no era el que pensaban, que él traia el rostro é las manos desarmadas, é fueron maravillados. Arcalaus fué ante el Rey, é dijo: «Señor, yo vengo á vos porque hice tal pleito de parecer aquí á contar cómo maté en una batalla á un caballero; é cierto, yo vengo con vergüenza, porque antes de otros que de mí querria ser loado; pero no puedo al hacer, que tal fué la convenencia de entre él é mí, que el vencedor cortase la cabeza al otro y se presentase ante vos hoy en este dia, é mucho me pesó que me dijo que era caballero de la Reina, é yo le dije que si me matase, que mataba á Arcalaus, que así he nombre, y él dijo que habia nombre Amadís de Gaula; así que, él de aquesta guisa rescibió la muerte, é yo quedé con la honra y prez de la batalla. — ¡Ay santa María! val, dijo el Rey, muerto es el mejor caballero et mas esforzado del mundo. ¡Ay Señor Dios! ¿por qué os plugo de hacer tan buen comienzo en tal caballero?» E comenzó de llorar muy esquivo llanto, é todos los otros que allí estaban. Arcalaus se tornó por do viniera, asaz con enojo, é maldecíanle los que lo veian, rogando é faciendo peticion é Dios que le diese presto mala muerte; y ellos mismos gela dieran, sino porque, segun su razon, no habia causa ninguna para ello.

El Rey se fué para su palacio muy pensoso é triste á maravilla, é las nuevas sonaron á todas partes fasta llegar á casa de la Reina; é las dueñas, que oyeron ser Amadís muerto, comenzaron de llorar; que de todas era muy amado y querido. Oriana, que en su cámara estaba, envió á la doncella de Denamarca que supiese qué cosa era aquel llanto que se hacia. La doncella salió, é como lo supo volvió, firiendo con sus palmas en el rostro, é llorando muy fieramente, fué ante Oriana é díjole: «¡Ay señora! ¡qué cuita y qué gran dolor!» Oriana se estremeció toda, é dijo: «¡Ay santa María! si es muerto Amadís.» La doncella dijo: «¡Ay cativa! que muerto es.» E falleciéndole á Oriana el corazon, cayó en tierra amortecida. La doncella, que así la vió, dejó de llorar é fuese á Mabilia, que hacia muy gran duelo, mesando sus cabellos, é díjole: «Señora Mabilia, acorred á mi señora, que se muere.» Ella volvió la cabeza, é vió á Oriana yacer en el estrado, como si muerta fuese, é aunque su cuita era muy grande, que mas no podia ser, quiso remediar lo que convenia, é mandó á la doncella que la puerta de la cámara cerrase, porque ninguno así no la viese, é fué tomar á Oriana entre sus brazos é hízole echar agua fria por el rostro, con que luego acordó ya cuanto; é como fablar pudo, dijo llorando: «¡Ay amigas! ¡por Dios no estorbeis la mi muerte si mi descanso deseais, y no me hagais tan desleal, que sola una hora viva sin aquel que, no con mi muerte, mas con mi gana, él no pudiera vivir ni tan sola una hora!» Otrosí dijo: «¡Ay flor y espejo de toda caballería, que tan grave y extraña es á mí la vuestra muerte, que por ella no solamente yo padesceré, mas todo el mundo en perder aquel su gran caudillo é capitan, así en las armas como en todas las otras virtudes, donde los que en él viven, ejemplo podian tomar! Mas si algun consuelo al mi triste corazon consuelo da, no es sino que no pudiendo él sofrir tan cruel ferida, despidiéndose de mí, se va para el vuestro, que aunque en la tierra fria es su morada, donde desfechos é consumidos serán aquel gran encendimiento de amor, que siendo en esta vida apartados con tanta aficion sostenian, muy mayor en la otra siendo juntos, si posible fuese de le ser otorgado, sosternán.» Entonces se amortesció de tal guisa, que de todo en todo cuidaron que muerta fuese; é aquellos sus muy fermosos cabellos tenia muy revueltos y tendidos por la tierra, y las manos tenia sobre el corazon, donde la rabiosa muerte le sobreviniera, padeciendo en mayor grado aquella cruel tristeza que los placeres é deleites fasta allí en sus amores habido habian; así como en las semejantes cosas de aquella calidad continuamente acaecen.

Mabilia, que verdaderamente cuidó que muerta era, dijo: «¡Ay Dios, Señor! no te plega de yo mas vivir, pues las dos cosas que en este mundo mas amaba son muertas!» La doncella le dijo: «Por Dios, Señora, no fallezca á tal hora vuestra discrecion, é acorred á lo que remedio tiene.» Mabilia, tomando esfuerzo, se levantó, é tomando á Oriana, la pusieron en su lecho. Oriana sospiró entonces, y meneaba los brazos á una é á otra parte, como que el alma se le arrancase. Cuando esto vió Mabilia tomó del agua, é tornógela á echar por el rostro et por los pechos, et hízola abrir los ojos et acordar algo mas; díjole: «¡Ay Señora! qué poco seso este, que así os dejais morir con nuevas tan livianas como aquel caballero trajo, no sabiendo ser verdad; el cual, ó por le demandar aquellas armas é caballo á vuestro amigo, ó quizá por gelo haber furtado, las podria alcanzar, que no por aquella via que él dijo; que no le hizo Dios tan sin ventura á vuestro amigo para tan presto así del mundo lo sacar; lo que vos haréis, si de vuestra cuita tan grande algo se sabe, será perderos para siempre.» Oriana se esforzó algun tanto mas, y tenia los ojos metidos en la finiestra donde ella hablara con Amadís al tiempo que allí primero llegó, é dijo con voz muy flaca, como aquella que las fuerzas habia perdido: «¡Ay finiestra, qué cuita es á mí aquella fermosa fabla que en tí fué hecha! yo sé bien que no durarás tanto, que en tí otros dos hablen tan verdadera y desengañada habla.» Otrosí dijo: «¡Ay mi amigo, flor de todos los caballeros, cuantos perdieron acorro y defendimiento en vuestra muerte, y qué cuita é dolor á todos ellos será! mas á mí mucho mayor y mas amargosa, como aquella que muy mas que suya vuestra era; que así como en vos era todo mi gozo é mi alegría, así vos faltando, es tornado al revés de graves é incomportables tormentos; mi ánimo asaz será fatigado hasta que la muerte, que yo tanto deseo, me sobrevenga, la cual siendo causa que mi ánima con la vuestra se junte, de muy mayor descanso que la atribulada vida me será ocasion.» Mabilia con semblante sañudo le dijo: «¡Cómo, Señora! ¿pensais vos que si yo estas nuevas creyese, que ternia esfuerzo para ninguno consolar? No es así pequeño ni liviano el amor que á mi primo tengo; antes, así Dios me salve, si con razon lo

pudiese creer, á vos ni á cuantos en este mundo que bien le quieren no daria ventaja de lo que por su muerte se debia mostrar y facer; así que, lo que haceis es sin ningun provecho, é podria mucho daño acarrear, pues que con ello muy presto se podria descubrir lo que tan encelado tenemos.» Oriana, oyendo esto, le dijo: «Deso ya poco cuidado tengo; que agora tarde ó ahína no puede tardar de ser á todos manifiesto, aunque yo pune de lo encubrir; que quien vivir no desea, ningun peligro temer puede, aunque le viniese.» En esto que ois estuvieron todo aquel dia, diciendo la doncella de Denamarca á todos cómo Oriana no se osaba apartar de Mabilia porque se no matase: tan grande cuita era la suya; mas la noche venida, con mas fatiga la pasaron, que Oriana se amorteció muchas veces; tanto, que nunca al alba la pensaron llegar: tanto era el pensamiento é cuita que en el corazon tenia. Pues otro dia, á la hora que los manteles al Rey querian poner, entró Bramdoibas por la puerta del palacio llevando á Grindalaya por la mano, como á aquella que aficion tenia; que mucho placer á los que lo conocian dió, porque gran pieza de tiempo habia pasado que dél ningunas nuevas sopieran, é ambos fincaron los hinojos ante él. El Rey, que lo mucho preciaba, dijo así: «Bramdoibas, seais muy bien venido; ¿cómo tardastes tanto, que mucho os hemos deseado?» A la razon que el Rey decia, respondió é dijo: «Señor, fuí metido en tan gran prision, donde no pudiera salir en ninguna guisa, sino por el muy buen caballero Amadís de Gaula, que por su cortesía sacó á mí é á esta dueña é á otros muchos; haciendo tanto en armas cual otro ninguno facer pudiera, é hobiéralo muerto por el mayor engaño que nunca se vió el traidor de Arcalaus; pero fué acorrido de dos doncellas, que no lo debieran amar poco.» El Rey cuando esto oyó levantóse presto de la mesa é dijo: «Amigo, por la fe que á Dios debeis é á mí, que me digais si es vivo Amadís.—Por esa fe, Señor, que decis, digo que es verdad que le dejé vivo é sano aun no há diez dias; mas ¿por qué lo preguntais?—Porque nos vino á decir anoche Arcalaus que lo matara,» dijo el Rey; é contóle por cuál guisa lo habia contado. «¡Ay Santa María! dijo Bramdoibas, ¡qué mal traidor! Pues peor se le paró el pleito que él cuidaba.» Entonces contó al Rey cuanto les aconteciera con Arcalaus, que nada faltó, como ya lo habeis oido ante desto. El Rey é todos los de su casa cuando lo oyeron fueron tan alegres, que mas no lo podian ser, é mandó que llevasen á la Reina á Grindalaya y le contase nuevas de su caballero; la cual, así della como de todas las otras, fué con mucho amor é gran alegría recebida por las buenas nuevas que les dijo. La doncella de Denamarca, que las oyó, fué cuanto mas pudo á las decir á su señora, que de muerta á viva la tornaron; é mandóle que fuese á la Reina y les enviase la dueña, porque Mabilia la queria hablar, é luego lo fizo, que Grindalaya se fué á la cámara de Oriana é díjoles todas las buenas nuevas que traia; y ellas le ficieron mucha honra, é no quisieron que en otra parte comiese sino á su mesa, por tener lugar de saber mas por extenso aquello que tan gran alegría á sus corazones, que tan tristes habian estado, les daba; mas cuando Grindalaya les venia á contar por donde Amadís habia entrado en la cárcel, é cómo matara á los hombres carceleros, é la sacara á ella de donde tan cuitada estaba, é la batalla que con Arcalaus hobiera, é todo lo otro que pasara, á gran piedad hacia sus ánimos mover.

Así como ois estaban en su comer, tornada la su gran tristeza en mucha alegría. Grindalaya se despidió dellas é tornóse donde la Reina estaba, é falló allí al rey Arban de Norgales, que mucho la amaba, que la andaba á buscar, sabiendo que allí era venida. El placer que ambos hobieron no se vos podria contar. Allí fué acordado entre ellos que ella quedase con la Reina, pues que non fallaria en ninguna parte otra casa que tan honrada fuese, é Arban de Norgales dijo á la Reina cómo aquella dueña era hija del rey Android de Serolis, y que todo el mal que recibiera habia sido á su causa dél; que le pedia por merced la tomase consigo, pues ella queria ser suya. Cuando la Reina esto oyó, mucho le plugo de en su compañía la recebir, así por las buenas nuevas que de Amadís de Gaula trujera, como por ser persona de tan alto lugar; é tomándola por la mano, como á hija de quien era, la hizo seer ante sí, demandándole perdon si no la habia tanto honrado, que la causa dello fuera no la conoscer. Tambien supo la Reina cómo esta Grindalaya tenia una hermana, muy hermosa doncella, que Aldeva habia nombre, que en casa del duque de Bristoya se habia criado, é mandó la Reina que luego gela trajesen, para que en su casa viviese, porque la deseaba mucho ver. Esta Aldeva fué la amiga de don Galaor, aquella por quien él recibió muchos enojos del enano que ya oistes decir. Así como ois estaba el rey Lisuarte é toda su corte mucho alegres, é con deseo de ver á Amadís, que tan gran sobresalto les pusieron aquellas malas nuevas que dél les habian dicho; de los cuales dejará la historia de hablar, é contará de don Galaor, que há mucho que dél no se dijo ni hizo memoria.

CAPITULO XXI.

Cómo don Galaor llegó á un monesterio muy llagado, y estuvo allí quince dias, en fin de los cuales fué sano; é lo que despues le sucedió.

Don Galaor estovo quince dias llagado en el monesterio donde la doncella que él sacara de prision lo llevó, en cabo de los cuales, siendo en disposicion de tomar armas, se partió de allí é anduvo por un camino donde la ventura lo guiaba, que su voluntad no era de ir mas á un cabo que á otro, é á la hora de mediodía hallóse en un valle donde habia una fuente, é falló cabe ella un caballero armado, mas no tenia caballo ni otra ninguna bestia, de que fué maravillado, é díjole: «Señor caballero, ¿cómo venistes aquí á pié?» El caballero de la fuente le respondió: «Señor, yo iba por esta floresta á un mi castillo, é fallé unos hombres que me mataron el caballo, é hobe de venir aquí á pié muy cansado, é así habré de tornar al castillo, que no saben de mí.—No tornaréis, dijo don Galaor, sino cabalgando en aquel palafren de mi escudero.—Muchas mercedes, dijo él; pero antes que nos vayamos quiero que sepais la gran virtud desta fuente, que no hay en el mundo tan fuerte ponzoña que contra esta agua fuerza tenga.—E

muchas veces acaece beber aquí algunas bestias ponzoñadas é luego revientan; así que, todas las personas desta comarca vienen aquí á guarecer de sus enfermedades.—Cierto, dijo don Galaor, maravilla es lo que decís, é yo quiero beber de tal agua. —E ¿quién haria ende al? dijo el caballero de la fuente; que siendo en otra parte, la debríades buscar.» Entonces descabalgó Galaor é dijo á su escudero: «Desciende y bebamos.» El escudero lo hizo, é acostó las armas á un árbol. El caballero de la fuente dijo: «Id vos á beber, que yo terné el caballo.» El fué á la fuente por beber, y en tanto que bebian enlazó el yelmo, é tomó el escudo é lanza de don Galaor, é cabalgando en el caballo, le dijo: «Don caballero, yo me voy, y quedad aquí vos fasta que á otro engañeis.» Galaor, que bebia, alzó el rostro, é vió cómo el caballero se iba, é dijo: «Cierto, caballero, no solamente me fecistes engaño, mas gran deslealtad, y eso vos probaré yo si me aguardais.—Eso quede, dijo el caballero, para cuando tengais otro caballo é otras armas con que os combatais.» E dando de las espuelas al caballo, se fué su via.

Galaor quedó con gran saña, y en cabo de una pieza que estuvo pensando, cabalgó en el palafren en que las armas le traian, é fuése por la via que el caballero fué; y llegando donde el camino en dos partes se apartaba, estuvo allí un poco, que no sabia por dónde fuese, é vió por el un camino venir una doncella á gran priesa encima de un palafren, é atendióla fasta que llegase donde él estaba, é llegando, dijo: «Doncella, ¿por ventura vistes un caballero que va encima de un caballo bayo, é lleva un escudo blanco é una flor bermeja?—Y ¿qué lo quereis vos?» dijo la doncella. Galaor le respondió é dijo: «Aquellas armas é caballo que son mias, y querríalas cobrar si pudiese, pues tan vilmente me las tomó.—¿Cómo os las tomó?», dijo la doncella. El gelo contó todo como aviniera. «Pues ¿qué le faríades así desarmado? dijo ella; que, segun creo, él no vos las tomó para las tornar.—No querria, dijo Galaor, sino juntarme con él.—Pues si me otorgais un don, dijo ella, yo vos juntaré con él.» Galaor, que mucho deseaba fablar al caballero, otorgógelo. «Agora me seguid,» dijo ella; é volviendo por do viniera, fué por el camino, é Galaor en pos della; pero la doncella fué una pieza delante, que el palafren de Galaor no andaba tanto, porque llevaba á él é á su escudero, é anduvo bien tres leguas que no la vió, é pasando una arboleda de espesos árboles, vió la doncella que contra él venia; é Galaor se fué á ella; mas la doncella andaba con engaño, que el caballero era su amigo, é fuéle decir cómo llevaba á Galaor; que le tomase las otras armas que llevaba. El se metió en una tienda así armado como estaba, é dijo á la doncella que allí gelo llevase, que sin peligro lo podria matar ó escarnecer. Pues yendo así como ois, llegaron á la tienda, é la doncella dijo: «Allí está el caballero que demandais.» Galaor descabalgó é fué para allá; mas el otro, que á la puerta estaba, dijo: «No fecistes acá buena venida, que habréis á dar esas otras armas ó seréis muerto.—Cierto, dijo don Galaor, de tan desleal caballero como vos no me temo nada; y el caballero alzó la espada por lo herir, é Galaor se guardó del golpe, que siendo muy ligero é de gran esfuerzo, tuvo para ello tiento, y perdiendo el otro el golpe, que fué en vacío, dióle por cima del yelmo tan dura ferida, que los hinojos hincó en tierra, é así tomóle por el yelmo, é tiró tan recio, que gelo arrancó de la cabeza é fízolo caer tendido. El caballero dió muy grandes voces á su amiga que lo socorriese, y ella, que lo oyó, vino cuanto pudo á la tienda, diciendo á grandes voces: «Estad quedo, caballero; que este es el don que os demandé; pero Galaor lo habia ferido con la saña que tenia de tal guisa, que no hobo menester maestro. Cuando la doncella lo vió muerto dijo: «¡Ay cativa! que mucho tardé; é cuidando engañar á otro, engañé á mí.» Desi dijo contra Galaor: «¡Ay caballero! de mala muerte seais muerto; que matastes la cosa que en el mundo mas amaba; mas tú morirás por él; que el don que me prometiste te lo demandaré en parte donde no podrás de la muerte fuir, aunque mas fuerza tengas; é si no me lo das, por todas partes serás de mí apregonado é aviltado.» Galaor le respondió é dijo: «Si yo cuidara que vos tanto habia de pesar no lo matara, aunque bien lo merecia, é debiéradeslo antes acorrer.—Yo fice el yerro, dijo ella, é yo lo emendaré, que haré dar tu vida por la suya.» Galaor cabalgó en su caballo, y el escudero tomó las armas é partióse de allí; é siendo alongado cuanto una legua, volvió la cara á la mano diestra, é vió cómo la doncella venia tras él, é como á él llegó, díjole: «Señora doncella, ¿dónde quereis ir?—Con vos, dijo ella, fasta llegar donde me deis el don que prometido me teneis, é vos faga morir de mala muerte.—Mejor seria, dijo don Galaor, tomar de mí otra emienda, cual vos mas quisiérdes, que no esa que decis.—Otra emienda, dijo ella, no habrá sino dar vuestra alma por la suya, ó quedar por traidor é falso.» Así se fué Galaor su camino, é la doncella con él, que nunca al facia sino denostarle; y en cabo de tres dias entraron en una floresta que Angaduza habia nombre.

El autor aquí deja de fablar desto, para lo contar en su lugar, é torna á Amadís, que partido de las doncellas de Urganda, como os ya contamos, anduvo fasta medio dia, é saliendo de una floresta por donde caminaba, falló-se en un llano, en que vió una hermosa fortaleza, é vió ir por el llano una carreta, la mayor é mas fermosa que nunca vió, y llevábanla doce palafrenes, é iba cubierta por cima de un jamete bermejo; así que, se no podia ver nada de lo que dentro era. Esta carreta era guardada de ocho caballeros armados de todas cuatro partes. Amadís, como la vió, fué contra ella con gana de saber qué fuese aquello, y llegando á ella, salió á él un caballero, que le dijo: «Tiradvos afuera, señor caballero, é no seais osado á llegar.—Yo no llego por mal, dijo Amadís.—Como quiera que sea, dijo el otro, no vos trabajeis dello; que no sois tal que debais ver lo que ahí va; é si en ello porfiádes, costaros ha la vida, que os habeis de combatir con nosotros; é aquí hay tales que con su sola persona os lo defenderian, cuanto mas todos de consuno.—No sé nada de su bondad, mas todavía, si puedo, veré lo que en la carreta va.» Entonces tomó sus armas, é los dos caballeros que delante venian fueron para él, y él á ellos. El uno lo hirió en el escudo de guisa que quebró su lanza, y el otro fallesció de su golpe. Amadís derribó al que lo encontró sin detenencia

ninguna, é tornando al otro que por él habia pasado, lo encontró tan fuertemente, que dió con él é con el caballo en el suelo, y queriendo ir contra la carreta, vinieron otros dos caballeros contra él, al mas correr de los caballos, é fué para ellos, é firió al uno tan fuertemente, que le no sirvió armadura que trujese, é dió al otro por cima del yelmo con la espada tal golpe, que le hizo abrazar al cuello del caballo, que ningun sentido le quedó.

Cuando los cuatro vieron á sus compañeros vencidos de un solo caballero, mucho fueron espantados en ver cosa tan extraña, é movieron de consuno é con gran ira contra Amadís por lo herir, pero antes que ellos llegasen habia derribado al otro en tierra, y ellos lo hirieron de tal manera, los unos en el escudo, é los otros fallescieron de los encuentros; mas al que delante venia fué Amadís por lo herir de la espada, y el otro llegó tan recio, que se encontraron con los escudos é los yelmos tan fuertemente, que el caballero cayó del caballo muy desacordado, que de sí parte ninguna no sabia; é los tres caballeros tornaron sobre él é diéronle grandes golpes, é al uno de los que la lanza traia soltó Amadís la espada de la mano, é trabólo della tan recio, que gela llevó de las manos, é fué dar con ella al uno dellos tal golpe en la garganta, que el fierro y el fuste salió al pescuezo, é dió con él en tierra muerto; é luego se dejó correr cuanto mas pudo á los dos, é firió al uno en el yelmo tan duramente de toda su fuerza, que gelo derribó de la cabeza, é Amadís le vió el rostro, que era muy viejo, é hobo dél duelo, é dijo: «Cierto, señor caballero, ya debíades dejar esto en que andais; que si fásta aquí no ganastes honra, de aquí adelante la edad vos excusa de ganarla.» El caballero le dijo: «Amigo, señor, ante es al contrario; que á los mancebos conviene de ganar honra y prez, é á los viejos de la sostener en cuanto pudieren. Oidas por Amadís las razones del viejo, le dijo: «Yo tengo por mejor lo que vos, caballero, decis, que lo que yo dije.»

Ellos en estas razones estando, alzó Amadís la cabeza, é vió cómo el otro caballero que quedaba iba al mas andar de su caballo huyendo contra el castillo, é vió los otros que se pudieron levantar andar en pos de sus caballos, é fuése á la carreta, é alzando el jamete, metió la cabeza dentro, é vió un monumento de piedra mármol, y en la cobertura de suso ser una imágen de rey con corona en la cabeza, y de paños reales vestido, y tenia la corona hendida hasta la cabeza, é la cabeza hasta el pescuezo; é vió una dueña ser en un lecho, é una niña cabe ella, é parescióle tan fermosa, mas que otra ninguna de cuantas habia visto de sus dias; é dijo á la dueña: «Señora, ¿por qué tiene esa figura así el rostro partido?» La dueña lo miró, é vió que no era de su compaña, é díjole: ¿Qué es eso, caballero? ¿quién vos mandó mirar esto?—Yo, dijo él, que hobe gana de ver lo que aquí andaba?—E los nuestros caballeros, ¿qué ficieron hí? dijo ella. —Ficiéronme mas de mal que de bien,» dijo él. Entonces alzando la dueña el paño, vió á los unos muertos é los otros que andaban tras los caballos, de que muy turbada fué, é dijo: »Ay, caballero, maldita sea la hora en que fuistes nascido, que tales diabluras habeis hecho.—Señora, dijo él, vuestros caballeros me acometieron; mas si os pluguiere, decidme lo que os pregunto.—Si me Dios ayude, dijo la dueña, ya por mí no lo sabréis, que mal soy de vos escarnida.» Cuando Amadís con tanto enojo la vió, partióse de allí é fuése su via por donde ante iba. Los caballeros de la dueña metieron los muertos en la carreta, y ellos con gran vergüenza cabalgaron é fuéronse contra el castillo.

El Enano preguntó á Amadís qué viera en la carreta. Amadís gelo dijo, é que no pudiera saber nada de la dueña. «Si ella fuera caballero armado, dijo el Enano, ahína os lo dijera.» Amadís se calló é fuése adelante; é cuando una legua anduvo, vió venir en pos de sí el caballero viejo que él derribara, é dábale voces que atendiese. Amadís estovo quedo, y el caballero llegó desarmado, é dijo: «Señor caballero, vengo á vos con mandado de la dueña que en la carreta vistes, que os quiere emendar la descortesía que os dijo, é ruégavos que albergueis en el castillo esta noche.—Buen señor, dijo Amadís, yo la vi con tanta pasion por lo que con vosotros me conteció, que mas enojo mi vista que placer le daria.—Creed, Señor, dijo el caballero, que la haréis muy alegre con vuestra tornada.» Amadís, que el caballero vió en tal edad que no debia mentir, é la aficion con que gelo rogaba, volvióse con él fablando, preguntándole si sabia por qué la figura de piedra tenia así la cabeza partida, pero él no gelo quiso decir; mas llegando cerca del castillo, dijo que se queria adelantar porque la dueña sopiese su venida. Amadís anduvo mas despacio y llegó á la puerta, sobre la cual estaba una torre, é vió á una finiestra della la dueña é la niña fermosa, é la dueña dijo: «Entrad, señor caballero; que mucho os gradecemos vuestra venida.—Señora, dijo él, muy contento soy yo en os dar ante placer que enojo.» Y entró en el castillo, é yendo adelante, oyó una gran vuelta de gente en un palacio, é luego salieron dél caballeros armados é otra gente de pié, é venian diciéndo: «Estad, caballero, y sed preso; si no, muerto sois. —Cierto, dijo él, en prision de tan engañosa gente yo no entrare á mi grado.» Entonces enlazó el yelmo, é no pudo tomar el escudo, con la priesa que le dieron, é comenzáronle á herir por todas partes; pero él en cuanto el caballo le turó defendióse muy bravamente, derribando ante sus piés los que á derecho golpe alcanzaba; é como se vió muy ahincado, por ser la gente mucha, fuése yendo contra un cobertizo que en el corral estaba; é allí metido, hacia maravillas en se defender; é vió cómo prendieron al Enano é á Gandalin, é cobró mas corazon que ante tenia para se defender; pero como la gente mucha fuese, y le herian por todas partes de tantos golpes, que á las veces le facian hincar los hinojos en tierra, no pudiera ya por ninguna cosa escapar de ser muerto; que á prision no le tomaran, porque él habia muerto de los contrarios seis dellos, é otros que eran mal heridos; mas Dios é la su gran lealtad le socorrieron muy bien en esta guisa, que la niña hermosa, que la batalla miraba, y le viera hacer cosas tan extrañas, hobo dél gran piedad, é llamando á una su doncella, dijo: « Amiga, á tan gran piedad me ha movido la gran valentía de aquel caballero, que mas querria que toda esta nuestra gente muriese que él so-

lo; y venid comigo. —Señora, dijo la doncella, ¿qué quereis facer? —Soltar los mis leones, dijo ella, que maten aquellos que en tal estrecho tienen al mejor caballero del mundo; é yo vos mando como á mi vasalla que los solteis, pues que otro ninguno, si vos no, lo podria hacer, que no han de otro conoscimiento, é yo vos sacaré de culpa.» E tornóse para la dueña. La doncella fué á soltar los leones, que eran dos é muy bravos, metidos en una cadena, é salieron al corral, y ella dando voces que se guardasen dellos, diciendo que ellos se habian soltado; mas antes que la gente huir pudiese, á los que alcanzar pudieron los ficieron piezas entre sus agudas é fuertes uñas. Amadís, que la gente vió que fuian al muro é á las torres, y quedaba dellos libre en tanto que los fuertes leones se empachaban en los que tenia ante sí, fuése luego lo mas que pudo á la puerta del castillo, é saliendo fuera, cerróla tras sí, de guisa que los leones quedaron dentro, y él se asentó en una piedra muy cansado, como aquel que habia bien guerreado, su espada desnuda en la mano, de la cual quebrara fasta el un tercio della. Los leones andaban por el corral á una é á otra parte, é acudian á la puerta por salir; la gente del castillo no osaban bajar, ni la doncella que los guardaba, que ellos eran tan encarnizados é sañudos, que á ninguno obediencia tenian. Así que, los que estaban dentro no sabian qué hacer, é acordaron que la dueña rogase al caballero que abriese la puerta, creyendo que antes por ella, por ser mujer, que por otro alguno, lo haria; pero ella, considerando la grande y mala desmesura que le habian fecho, no se atrevió á le pedir cosa por merced; mas no esperando otro ningun remedio, púsose á la finiestra é dijo: «Señor caballero, como quiera que os hayamos muy malamente errado sin tener conocimiento, venza vuestra humilde cortesía contra nuestra culpa, é si á vos pluguiere, abrid la puerta á los leones, porque saliendo ellos fuera, nosotros quedarémos sin temor libres de peligro, é juntamente con esto, se vos fará toda aquella emienda que pertenezca hacerse del yerro que vos hecimos é cometimos; aunque vos quiero tambien decir que mi intencion é voluntad no fué sino por teneros en fuertes cárceles preso.» El respondió con muy manso hablar: «Eso, dueña, no habia de ser por tal guisa como lo fecistes; que de grado fuera yo vuestro, así como soy de todas las dueñas é doncellas que mi servicio han menester. —Pues Señor, dijo ella, ¿no abriréis la puerta? —No, si Dios me ayude, dijo Amadís, ni de mí habréis esta cortesía.» La dueña se tiró llorando de la finiestra; la niña fermosa le dijo: «Señor caballero, aquí hay tales que no tienen culpa en el mal que recebistes, antes merecen gracias por lo que vos no sabeis.» Amadís se aficionó mucho della, é dijo: «Amiga fermosa, ¿quereis vos que abra la puerta? —Mucho vos lo gradeceré,» dijo ella. Amadís íbala á abrir, é la niña dijo: «Señor caballero, atended un poco, é yo diré á la dueña que os faga atreguar déstos que acá son.» Amadís la preció mucho é tuvola por discreta. Pues la dueña aseguró é dijo que daria luego á Gandalin y el Enano; y el caballero viejo que ya oistes, dijo á Amadís que tomase un escudo é una maza, porque con ello podria matar los leones al salir de la puerta. «Eso quiero yo, dijo Amadís, para otra cosa, é Dios no me ayude si yo mal ficiere á quien tan bien me ayudó. —Cierto, Señor, dijo el caballero, bien cataréis lealtad á los hombres, pues que así la teneis á las bestias fieras.» Entonces le lanzaron la maza y el escudo, é Amadís metió en la vaina lo que de la espada le quedara, y embrazó el escudo, é con la maza en la mano fué abrir la puerta. Los leones, como la sintieron abrir, acudieron allí é salieron muy recios al campo. E Amadís quedó acostado á la una parte y entróse en el castillo, é luego la dueña y toda la otra gente bajaron de lo alto y se vinieron á él, y él fué para ellos, é todos lo recibieron muy bien y le trajeron á Gandalin é al Enano. Amadís dijo á la dueña: «Señora, yo perdí aquí mi caballo, si por él me mandais dar otro; si no, irme he á pié. —Señor, dijo la dueña, desarmadvos é holgaréis aquí esta noche, pues es tarde, que caballo habréis; que muy desaforado seria ir á pié á tal caballero.» Amadís lo tuvo por bien, é luego fué desarmado en una cámara, é diéronle un manto que cobriese, y leváronlo á las finiestras donde la dueña é la niña lo atendian; mas cuando así lo vieron, fueron mucho maravilladas de su gran fermosura, é siendo en edad tan tierna, hacer cosas tan extrañas en armas. Amadís miraba á la niña, que le parescia muy fermosa á maravilla, é dijo á la dueña: «Decidme, Señora, si os pluguiere, por qué la figura que en la carreta vi habia la cabeza partida. —Caballero, dijo ella, si otorgais de hacer en ello lo que debeis, decíroslo he; si no, dejarme he dello. —Dueña, dijo él, no es razon que se otorgue de facer lo que hombre no sabe; pero sabiéndolo, si es cosa que á caballero toque, que con razon tomar se deba, por mí no se dejará.» La dueña dijo que decia muy bien, é mandó apartar de allí todas las dueñas é doncellas é la otra gente, é tomó la niña cabe sí é dijo: «Señor caballero, aquella figura de piedra que vistes se hizo en remembranza de su padre desta fermosa niña, el cual yace metido en el monumento que es en la carreta, que fué rey coronado, y estando en su real silla en una fiesta, llegó allí un hermano suyo, é diciéndole que le no pareceria á él menos aquella corona en su cabeza, siendo antrambos de un abolorio, é sacando una espada, que debajo de su manto traia, firióle por encima de la corona y hendióle la cabeza, como lo allí vistes figurado; é como de ante toviese aquella traicion pensada, traia consigo muchos caballeros, de manera que muerto el Rey, y dél no quedando otro hijo ni fija, sino esta niña, presto cobró el reino; el cual en su poder tiene. E á la sazon tenia en guarda el caballero viejo que aquí os fizo venir, esta niña, é huyó con ella é trájomela á este castillo, porque es mi sobrina, y despues hobe el cuerpo de su padre, é cada dia lo pongo en la carreta é vó con él por el campo, é juré de no le mostrar sino al que por fuerza de armas lo viese, é aunque lo vea, no le diré la razon dello si no otorgare de vengar tan gran traicion; é si vos, buen caballero, por lo que la razon é virtud vos obliga, quereis en cosa tan justa emplear aquella tan gran valentía y esfuerzo de corazon que Dios en vos puso, teniendo á vos cierto, seguiré mi estilo fasta que halle otros dos caballeros que he menester para que todos tres se combatan con aquel traidor é dos fijos suyos sobre esta causa; que tal

pleito es entre ellos de no se partir de en uno, antes ser de consuno en la batalla si demandada les fuere.—Dueña, dijo Amadís, vos haceis derecho en buscar cómo sea vengada la mayor traicion de que nunca oí hablar, é cierto el que la fizo no puede durar mucho sin ser escarnido, que Dios no le querrá sofrir; é si vos pudiésedes acabar que ellos viniesen á la batalla uno á uno, con el ayuda de Dios yo la tomaria.—Eso no lo farán ellos, dijo la dueña.—Pues ¿qué vos place, dijo él, que yo haga?—Que seais aquí, dijo ella, de hoy en un año, si fuérdes vivo y en vuestro libre poder, é para entonces yo terné los dos caballeros, é seréis vos el tercero.—Muy de grado, dijo Amadís, lo faré; é no vos pongais en trabajo de los buscar, que yo cuido de los traer para aquel plazo; é tales, que mantendrán muy bien todo derecho.» Y esto decia él porque creia haber ya fallado para entonces á su hermano don Galaor é Agrájes, su primo, que con ellos bien osaria acometer tan gran hecho. Mucho lo gradecieron la dueña é la niña, diciéndole que procurase de los buscar muy buenos, porque así convenia que fuesen; que tuviese por cierto que aquel mal rey é sus hijos eran de los valientes y esforzados caballeros que en el mundo habia. Amadís les dijo: «Si yo hallase un caballero que demando no me trabajaria mucho por tercero, aunque ellos mas esforzados sean.—Señor, díjo la dueña, ¿de dónde sois, ó dónde os buscarémos?—Dueña, dijo Amadís, soy de casa del rey Lisuarte, é caballero de la reina Brisena, su mujer.—Pues ahora, dijo ella, nos vayamos á comer, que sobre tal concierto buena pro nos fará.»

E luego se entraron en un muy fermoso palacio, donde gelo dieron bien concertado; é cuando fué sazon de dormir llevaron á Amadís á una cámara donde albergase, é solamente quedó con él la doncella que los leones soltara, é díjole: «Señor caballero, aquí hay quien os fizo ayuda, aunque lo no sabeis.—Y ¿qué fué eso? dijo Amadís.—Fué, dijo ella, quitaros de la muerte que bien cerca teníades con los leones, que por mandado de aquella niña hermosa, mi señora, yo solté; habiendo piedad del mal que os hacian.» Amadís se maravilló de la discrecion de persona de tan poca edad, é dijo la doncella: «Cierto, yo creo que si vive, habrá en sí dos cosas muy extremadas de las otras, que serán ser muy fermosa é de gran seso.» Amadís dijo: «Cierto, así me parece, é decilde que yo gelo gradezco mucho é que me tenga por su caballero.—Señor, dijo la doncella, mucho me place de lo que me decis, y ella será muy alegre tanto que de mí lo sepa.» E saliéndose de la cámara, quedó Amadís en su lecho; é Gandalin y el Enano, que en otra cama yacian á los piés de su señor, oyeron bien lo que hablaron, y el Enano, que no sabia la hacienda de su señor é de Oriana, pensó que amaba aquella niña tan fermosa, é porque della se habia pagado, se obligaba por su caballero; así que, este entendimiento no le hiciera menester á Amadís por muy gran cosa, que por él fué sazon de ser llegado á muy cruel muerte, como adelante se contará. Pasada aquella noche, é la mañana venida, levantóse Amadís, é oyó misa con la dueña; desi preguntó cómo habian nombre aquellos con quien se habian de combatir. Ella le dijo: «El padre se llama Abiseos, y el hijo mayor Darasion, é otro Drámis, é todos tres son de gran hecho de armas.—E la tierra, dijo Amadís, ¿cómo ha nombre?—Sobradisa, dijo ella, que comarca con Serolis, é de la otra parte la cerca la mar. Entonces se armó, é cabalgando en un caballo que la dueña le dió, queriéndose despedir, vino la niña hermosa con una rica espada en sus manos, que de su padre fuera, é dijo: «Señor caballero, traed por mi amor esta espada en tanto que os durare, é Dios vos ayude con ella.» Amadís gelo gradeció riendo, é dijo: «Amiga, señora, vos me tened por vuestro caballero para facer todas las cosas que á vuestra pro é honra sean.» Ella holgó mucho de aquello, é bien lo mostró en el semblante. El Enano, que todo lo miraba, dijo: «Cierto, Señora, no ganastes poco, pues que tal caballero por vos habeis.

CAPÍTULO XXII.

De cómo Amadís se partió del castillo de la dueña, é de lo que le sucedió en el camino.

Amadís se despidió de la dueña é de la niña, y entró en su camino, et anduvo tanto sin aventura hallar, que llegó á la floresta que se llamaba Angaduza. El Enano iba delante, é por el camino que ellos iban venia un caballero é una doncella; é siendo cerca del caballero, puso mano á su espada, é dejóse correr al Enano por le tajar la cabeza. El Enano, con miedo, dejóse caer del rocin, diciendo: «Acorredme, Señor, que me matan.» Amadís, que lo vió, corrió muy ahina é dijo: «¿Qué es eso, señor caballero? ¿Por qué me quereis matar mi enano? No faceis como cortés en meter mano en tan cativa cosa, demás ser mio, é no me lo haber demandado á derecho; no pongais mano en él, que amparar os lo he yo.—De vos lo amparar, dijo el caballero, me pesa; mas todavía conviene que la cabeza le taje.—Antes habréis la batalla,» dijo Amadís; é tomando sus armas, cubiertos de sus escudos, movieron contra sí al mas correr de sus caballos, y encontráronse en los escudos tan fuertemente, que los falsaron, é las lorigas tambien, é juntáronse los caballos y ellos de los cuerpos é de los yelmos, de tal guisa, que cayeron á sendas partes grandes caidas; pero luego fueron en pié, é comenzaron la batalla de las espadas tan cruel é tan fuerte, que no habia persona que la viese que dello no fuese espantado, é así lo era el uno del otro, que nunca fasta allí hallaron quien en tan gran estrecho sus vidas pusiese.

Así anduvieron, hiriéndose de muy grandes y esquivos golpes una gran pieza del dia; tanto, que sus escudos eran rajados é cortados por muchas partes; é asimismo lo eran los arneses, en que ya muy poca defensa en ellos habia, é las espadas tenian mucho lugar de llegar á menudo é con daño de sus carnes, pues los yelmos no quedaban sin ser cortados é abollados á todas partes; é siendo muy cansados, tiráronse afuera, é dijo el caballero á Amadís: «Caballero, no sufrais mas de afan por este enano, é dejadme hacer dél lo que quiero, é despues yo os lo emendaré.—No fableis en eso, dijo Amadís; aquel enano amparar os lo he yo en todas guisas.—Pues cierto, dijo el caballero, ó yo moriré, ó la su cabeza habrá aquella doncella que me la pidió.—Yo vos digo, dijo Amadís, que antes será perdida una

dé las nuestras.» E tomando su escudo é espada, se tornó á lo ferir con gran saña, porque así sin causa é con tal soberbia queria el caballero matar el Enano, que gelo no merecia; mas si él fué bravo, no falló flaco al otro, antes se vino á él con gran denuedo, é diéronse muy fuertes golpes, punando cada uno de facer conocer al otro su esfuerzo é valentía; así que, ya no se esperaba de sí sino la muerte; pero que el caballero estaba muy mal trecho, mas no tanto que se no combatiese con gran esfuerzo. Pues estando en esta gran priesa que ois, llegó acaso un caballero todo armado donde la doncella estaba, é como la batalla vió, comenzóse á santiguar, diciendo que desque nasciera nunca habia visto tan fuerte lid de dos caballeros; é preguntó á la doncella si sabia quién fuesen aquellos caballeros. «Sé, dijo ella; que yo los fice juntar, é no me puedo ende partir sino alegre; que mucho me placeria de cualquiera dellos que muera, é mucho mas de entrambos.—Cierto, doncella, dijo el caballero, no es ese buen deseo ni placer; antes es de rogar á Dios por tan buenos dos hombres; mas decidme por qué los desamais tanto.—Eso vos diré, dijo la doncella: aquel que tiene el escudo mas sano es el hombre del mundo que mas desama Arcalaus, mi tio, é de quien mas desea la muerte, é ha nombre Amadís; y este otro con quien se combate se llama Galaor, é matóme el hombre del mundo que yo mas amaba; é teníame otorgado un don, é yo andaba por gelo pedir donde la muerte le viniese; é como conocí al otro caballero, que es el mejor del mundo, demandéle la cabeza de aquel enano. Así que, este Galaor, que muy fuerte caballero es, por me la dar, y el otro por la defender, son llegados á la muerte, de que yo gran gloria é placer recibo.» El caballero, que esto oyó, dijo: «¡Mal haya mujer que tan gran traicion pensó para facer morir los mejores dos caballeros del mundo!» E sacando su espada de la vaina, dióle un golpe tal en el pescuezo, que la cabeza le fizo caer á los piés del palafren, é dijo: «Toma este galardon por tu tio Arcalaus, que en la cruel prision me tuvo, donde me sacó aquel buen caballero.» E fué cuanto el caballo llevarle pudo, dando voces, diciendo: «Estad, señor Amadís; que ese es vuestro hermano don Galaor, el que vos buscais.» Cuando Amadís lo oyó, dejó caer la espada y el escudo en el campo, é fué contra él, diciendo: «¡Ay hermano! buena ventura haya quien nos fizo conocer.» Galaor dijo: «¡Ay cativo malaventurado! ¿Qué he fecho contra mi hermano é mi señor?» E hincándosele de hinojos delante, le demandó llorando perdon. Amadís lo alzó é abrazólo, é dijo: «Mi hermano, por bien empleado tengo el peligro que con vos pasé, pues que fué testimonio que yo probase vuestra tan alta proeza é bondad.» Entonce se desenlazaron los yelmos por folgar; que muy necesario les era. El caballero les contó lo que la doncella les dijera, é cómo él la matara. «Buena ventura vos hayais, dijo Galaor; que agora soy quito de su don.—Cierto, Señor, dijo el Enano, mas me place á mí que así seais del don quito, que por la guisa que lo comenzábades; mas mucho me maravillo por qué ella me desamaba, que nunca la vi.» Galaor contó cuanto con ella é con su amigo le aviniera, como ya lo habeis oido; y el caballero les dijo: «Señores, mal llagados sois; ruégoos que cabalgueis, é nos vamos á un mi castillo, que es aquí cerca, é guareceréis de vuestras feridas.—Dios os dé buena ventura, dijo Amadís, por lo que por nos haceis.—Cierto, Señor, yo por bienaventurado me tengo en vos servir; que vos me sacastes de la mas cruel y esquiva prision en que nunca hombre fué.—¿Dónde fué eso? dijo Amadís.—Señor, dijo él, en el castillo de Arcalaus el encantador; que yo soy uno de los muchos que de allí salieron por vuestra mano.—¿Cómo habeis nombre? dijo Amadís.—Llámanme, dijo él, Balais, é por mi castillo, que Carsante se llama, soy llamado Balais de Carsante; é mucho os ruego, Señor, que os vayais comigo.» Don Galaor dijo: «Vamos con este caballero, que os tanto ama.—Vamos, hermano, dijo Amadís, pues que os place.» Entonces cabalgaron como mejor pudieron, é llegaron al castillo, donde fallaron caballeros é dueñas é doncellas, que con gran amor los recibieron; é Balais les dijo: «Amigos, védes que traigo toda la flor de la caballería del mundo: el uno es Amadís, aquel que de la dura prision me sacó; el otro su hermano don Galaor, é hallélos en tal punto, que si Dios por su merced no me llevara á aquella via, muriera el uno dellos, ó por ventura entrambos; servildos é honraldos como debeis.» Entonces los tomaron de sus caballos, é los llevaron á una cámara, donde fueron desarmados é puestos en ricos lechos, é allí fueron curados por dos sobrinas de la mujer de Balais, que mucho de aquel menester sabian; mas la dueña, su mujer, fué delante Amadís, é con mucha humildad le gradeció lo que por su marido habia fecho en le sacar de la prision de Arcalaus.

Pues allí estando, como ois, Amadís contó á Galaor cómo habia salido de la casa del rey Lisuarte por le buscar, é que habia prometido de lo llevar allí, é rogóle que con él se fuese, pues que en todo el mundo no habia casa tan honrada ni donde tantos hombres buenos morasen. «Señor hermano, dijo don Galaor, todo lo que os pluguiere tengo yo de seguir é facer, aunque por dicho me tenia de no ser en esa corte conocido fasta que mis obras les dieran testimonio, como en alguna cosa paresciera á las vuestras, ó morir en la demanda.—Cierto, hermano, dijo Amadís, por eso no lo dejeis; que vuestra gran fama es allá tal, que ya la mia, si alguna es, se va escureciendo.—¡Ay señor! dijo don Galaor, por Dios no digais cosa tan desaguisada; que no solamente con la obra, mas ni con el pensamiento, no podria alcanzar ni llegar á las vuestras grandes fuerzas.—Agora dejemos esto, dijo Amadís, que en lo vuestro é mio de razon, segun la gran bondad de nuestro padre, no debe haber ninguna diferencia.» E luego mandó al su enano que se fuese luego á casa del rey Lisuarte, é besando por él las manos á la Reina, le dijese de su parte cómo habia hallado á Galaor, é tanto que de las llagas fuesen guaridos se partirian para allá. El Enano, cumpliendo el mandado de su señor, se puso en el camino de Vindilisora, donde el Rey á la sazon era con toda su caballería muy acompañado.

CAPITULO XXIII.

Cómo el rey Lisuarte, saliendo á caza, como otras veces solia, vió venir por el camino tres caballeros armados, é de lo que con ellos le acaesció.

Como el rey Lisuarte muy cazador et montero fuese, siendo desocupado de otras cosas que mas á su estado convenian, salia muchas veces á cazar en una floresta que cabe la villa de Vindilisora estaba, que por ser muy guardada, muchos venados é otras animalías brutas habia; é siempre acostumbraba ir en paños de monte, proveyendo á cada cosa con aquello que le convenia. Y estando un dia en sus armadas cerca de un gran camino, vió venir por él tres caballeros armados, y envió á ellos un escudero que les dijese de su parte que se viniesen á él; lo cual por ellos sabido, desviándose del camino, entraron en la floresta á la parte donde el escudero los guiaba; é sabed que estos eran don Galvánes Sin-tierra é Agrájes, su sobrino, é Olivas, que con ellos iba para reutar al duque de Bristoya, é llevaban la doncella consigo que salvaron de la muerte cuando la querian quemar; é cuando cerca del Rey fueron, conoció muy bien á don Galvánes, é díjole: «Don Galvánes, mi buen amigo, seádes muy bien venido.» E fuélo á abrazar, diciéndole: «Mucho me place con vos.» E así con buen talante recibió á los otros; qu'él era el hombre del mundo que con mas aficion é honra recebia los caballeros que á su corte venian. Don Galvánes le dijo: «Señor, veis aquí á Agrájes, mi sobrino, é yo os lo dó por uno de los mejores caballeros del mundo; é si tal no fuese, no le daria á tan alto hombre como vos, á quien tantos buenos é preciados sirven.» El Rey, que ya habia oido loar mucho las cosas de Agrájes, fué muy alegre con él é abrazóle, é dijo: «Cierto, buen amigo, mucho debo agradecervos esta venida, é á mí tenerme por culpado, sabiendo vuestro gran valor, en no vos haber rogado que lo ficiésedes.» El Rey conoció muy bien á Olivas, que era de los de su corte, é dijo: «Amigo Olivas, mucho há que vos no vi. Cierto, tan buen caballero como vos sois no querria que de mí fuese partido.—Señor, dijo él, las cosas que por mí han pasado sin mi voluntad me dieron causa de os no haber visto ni servido; é agora no vengo tan fuera dellas, que me no convenga tomar mucha afrenta é trabajo.» Entonces le contó cómo el duque de Bristoya le matara á su primo, de que el Rey hobo pesar, porque fuera buen caballero, é dijo á Olivas: «Amigo, yo oyo lo que decis; é así me lo decid en mi corte, que darán plazo al Duque que venga á responder; é tomándolos consigo, dejando la caza, se fué con ellos á la villa; é por el camino supo cómo aquella doncella que traian la habian librado de la muerte que por causa de don Galaor le querian dar.

El Rey les dijo cómo Amadís le habia ido á buscar, y el gran sobresalto en que Arcalaus les pusiera, diciendo que lo habia muerto. Agrájes fué mucho maravillado de lo oir, é dijo al Rey: «Señor, ¿sabeis cierto ser vivo Amadís?—Sélo cierto,» dijo. E contóle cómo lo supiera de Bramdoibas é de Grindalaya; «é no lo debeis dudar, pues que yo en mi voluntad estoy satisfecho, que no daria á ninguno ventaja de desear su vida é honra.—Así lo creemos, dijo Agrájes, que, segun su gran valor, bien merece del vuestro ser querido é amado con aquella aficion que los buenos lo bueno dén sean.» Llegado el Rey con estos caballeros al su palacio, las nuevas de su venida fueron luego en la casa de la Reina sabidas, de que muchas hobieron placer; mas sobre todas, la hermosa Olinda, amiga de Agrájes, que lo amaba como á sí misma; é despues lo fué Mabilia, su hermana, que, como de su venida supo, salióse á la cámara de la Reina, y encontróse con Olinda, é díjole: «Señora, ¿no os place mucho de la venida de vuestro hermano?—Sí place, dijo Mabilia; que lo mucho amo.—Pues pedid á la Reina que lo faga venir, é verlo hédes, porque de vuestro placer redundará parte á los que bien vos queremos.» Mabilia se fué á la Reina, é díjole: «Señora, bien será que veais á Agrájes, mi hermano, é á don Galvánes, mi tio, pues que á vuestro servicio vienen, é yo tengo deseo de los ver!—Amiga, dijo la Reina, eso haré yo de grado; que muy alegre estó, y de ver tales dos caballeros en casa del Rey mi señor.» E luego mandó á una doncella que de su parte rogase al Rey que gelos enviase para los ver. La doncella se lo dijo, y el Rey les dijo á ellos: «La Reina os quiere ver; bien será que allá vayais.» Cuando Agrájes lo oyó mucho fué ledo, porque esperaba ver á aquella su señora, á quien él tanto amaba, donde todo su corazon é sus deseos eran.

Tambien le plugo á don Galvánes por ver la Reina é sus dueñas é doncellas, no porque á ninguna de extremado amor amase; así que, fueron luego ante la Reina, que los muy bien acogió, é faciéndolos sentar ante sí, fablaba con ellos en muchas cosas, mostrándoles amor como aquella que sin falta era una de las dueñas del mundo que mas sesudamente hablaba con hombres buenos; por causa de lo cual, muy preciada é amada era, no solamente de aquellos que la conocian, mas aun de los que la nunca vieran, que esta tal preeminencia la humanidad en los grandes tiene, sin que otro gasto en ello pongan mas de lo que la virtud é nobleza á ello les obliga; é á los que al contrario lo facen al contrario les viene aquello que en las cosas temporales por peor se debe contar, que es ser desamados é aborrecidos.» Olinda se llegó á Mabilia, considerando que Agrájes allí acudiria; mas él, que con la Reina hablaba, no podia partir los ojos de aquella donde su corazon era. La Reina, que pensó que á su hermana Mabilia miraba con deseo de la hablar, díjole: «Buen amigo, id á vuestra hermana, que os tiene mucho deseado.» Agrájes se fué á ella, é recibiéronse con aquel verdadero amor de hermanos que se mucho aman, que pocas veces con el nombre concuerda, é Olinda lo saluó mucho mas con el corazon que con el semblante, retrayendo la razon á la voluntad, que asimismo duramente se puede hacer, si no es en medio la gran discrecion de que esta doncella dotada era.

Agrájes hizo sentar á su hermana entre él é su amiga, porque en tanto que allí estuviese nunca los ojos della apartase; que gran consuelo é descanso su vista le daba. Así estuvo con ellas hablando, mas como el su pensamiento é los ojos en su señora puestos eran, muy poco el juicio entendia de lo que su hermana le fablaba. Así que, no le daba respuesta ni recaudo á sus pre-

guntas. Mabilia, que muy cuerda era, sintiólo luego, conociendo amar su hermano mas que á ella á Olinda, é Olinda á él, segun lo que ante ella le habia dicho, é se haber asentado con ella por razon de la hablar; é como á este hermano como á sí misma amase, pensó que, pues en todo le habia de buscar placer, que mas en aquello que en otra cosa ninguna le podria agradar; é díjole: «Señor hermano, llamad á mi tio; que de grado querria fablarle.» A Agrájes plugo mucho dello, é dijo contra la Reina: «Señor, sea la vuestra merced de nos enviar acá ese caballero para que su sobrina le hable.» La Reina le mandó ir, é Mabilia fué contra él é quísole besar las manos, mas él las tiró á sí é la abrazó, é dijo: «Sobrina, señora, sentémonos, é preguntarvos he cómo os fallais en esta tierra.—Señor, dijo ella, vayámonos á aquella finiestra; que no quiero que mi hermano oya la mi poridad.» E Galvánes dijo riendo: «Cierto, mucho me place, que no es él tal que deba oir tan buena poridad como es la vuestra é la mia.» E fuéronse para la finiestra, é Agrájes quedó con su señora, como él lo deseaba, é viéndose solo con ella, dijo: «Señora, por complir lo que me mandastes, é porque en otra parte mi corazon reposo no fallaba, soy venido aquí á os servir; que vuestra vista será para mí galardon de las cuitas é mortales deseos que contino padezco.—¡Ay amigo, señor! dijo ella, el placer que con vuestra venida mi corazon siente, aquel Señor que todo lo sabe es dello testigo; que siendo vos de mí absente, no podria haber bien ni vicio, aunque todas las cosas del mundo hobiese á mi voluntad. Yo cuido que no venistes á esta tierra sino por mí, é yo debo trabajar de os dar ende el galardon.—¡Ay señora! dijo Agrájes, todo lo qué ficiérdes en lo vuestro se face; que esta vida nunca cesará de ser puesta contra todos los del mundo en vuestro servicio, é á todos ellos, teniendo á vos por señora, terná por extraños.—Amigo, señor, dijo ella, vos sois tal, que á todos ellos ganaréis, é á mí, que os nunca falleceré, que si Dios me ayude, mucho soy alegre de cómo vos veo loar á todos aquellos que de vuestras grandes cosas noticia tienen.» Agrájes bajó los ojos con vergüenza de se oir loar, y ella se dejó dello é díjole: «Amigo, pues aquí sois, ¿cómo haréis?—Como vos mandárdes, dijo él; que yo no vengo á esta tierra sino por hacer vuestro mandado.—Pues yo quiero, dijo ella, que andeis aquí con vuestro primo Amadís, que yo sé que vos ama de grande amor, é si él vos consejare que seais de la mesnada del Rey, haceldo.—Señora, dijo él, en todo me haceis gran merced; que dejando lo vuestro aparte, no hay cosa en que mas placer yo sienta que en poner mi hacienda en consejo de mi primo.»

Pues así hablando en esto que ois, llamólos la Reina, é fueron los caballeros ambos ante ella, é la Reina conoció bien á don Galvánes del tiempo que fuera infanta, morando en el reino de Denamarca, donde era natural, que así allí como en el reino de Nuruega muchas caballerías él habia hecho, por donde era tenido en reputacion de muy buen caballero. En tanto que la Reina fablaba con don Galvánes, Oriana habló con Agrájes, que mucho lo conocia é lo amaba, así por saber que Amadís lo queria é preciaba, como por se tener ella por cosa de su padre é madre, que la criaron con mucha honra al tiempo que el rey Lisuarte en su poder la dejó, como vos hemos contado, é díjole: «Mi buen amigo, gran placer nos habeis dado con vuestra venida, especial á vuestra hermana, que tanto lo habia menester; que si supiésedes lo que con ella pasé de las nuevas de la muerte de Amadís, vuestro primo, por maravilla lo terníades.—Cierto, Señora, dijo él, con gran razon mi hermana de tal cosa se debia sentir; é no solamente ella, mas todos los que de su linaje somos, pues que él muriendo, moria el principal caudillo de nosotros, y el mejor caballero que nunca escudo echó al cuello ni tomó lanza en la mano; é su muerte fuera vengada ó acompañada de otras muchas.—Mala muerte muera, dijo Oriana, aquel traidor de Arcalaus, que mucho nos supo hacer gran pesar.» Fablando en esto, los llamaron de parte del Rey, é fueron allá, é halláronlo que queria comer, é hízolos sentar á una mesa, donde estaban otros caballeros de gran cuento; é poniendo los manteles, entraron por la puerta del palacio dos caballeros é fincaron los hinojos ante el Rey; él los saluó. El uno dellos dijo: «Señor, ¿es aquí Amadís de Gaula?—No, dijo el Rey, mas mucho nos placeria que lo fuese.—Cierto, Señor, dijo el caballero, é yo mucho seria alegre de lo fallar, como quien por él atiende para cobrar el alegría, de que agora soy muy apartado.—E ¿cómo habeis nombre? dijo el Rey.—Angriote de Estravaus, respondió él, y este otro es mi hermano.» El rey Arban de Norgales, que oyó ser aquel Angriote, levantóse de la mesa é fué á él, que aun de hinojos ante el Rey estaba; levantólo por la mano é dijo: «Señor, ¿conoceis á Angriote?—No, dijo el Rey, que nunca lo vi. Cierto, Señor, pues los que lo conocen le tienen por uno de los mejores caballeros en armas de toda vuestra tierra.» El Rey se levantó é díjole: «Buen amigo, perdonadme si no vos fice la honra que vuestro valor merece; la causa dello fué no os conocer, é pláceme mucho con vos.—Muchas mercedes, dijo Angriote, é así me placeria á mí en vos servir.—Amigo, dijo el Rey, ¿dónde conoceis vos á Amadís?—Señor, yo lo conozco, mas no há mucho; é cuando lo conoscí mucho me costó caro, fasta ser llegado al punto de la muerte; mas él, que el daño me hizo, me puso la melecina que para lo ganar mas conveniente era, como aquel que es caballero del mundo de mejor talante.» Entonce contó allí cuanto con él le aviniera, como el cuento lo ha mostrado. El Rey dijo á Arban que llevase consigo á Angriote, y él así lo fizo, é lo sentó á la mesa cabe sí. E habiendo ya comido, hablando en muchas cosas, entró Ardian, el enano de Amadís, é Angriote, que lo vió, dijo: «¡Ay Enano! tú seas bien venido; ¿dónde dejas tu señor Amadís, con quien yo te vi?—Señor, dijo el Enano, donde quier que lo dejo mucho vos ama é os precia.» Entonces se fué al Rey, é todos callaron por oir lo que diria, é dijo: «Señor, Amadís se os manda mucho encomendar, é manda saluar á todos sus amigos.» Cuando ellos oyeron las nuevas de Amadís, en gran manera fueron alegres; el Rey dijo: «Enano, si Dios te ayude, dinos dónde dejas á Amadís.—Señor, dijo él, déjole donde queda sano é con salud; é si mas dél saber quereis, po-

nedme ante la Reina, é decirlo he.—Ni por eso se quedará de las no saber,» dijo el Rey. E mandó venir allí á la Reina, la cual luego vino con hasta quince de sus dueñas é doncellas; é tales hí hobo que bendecian al Enano, porque fuera causa que ellos á sus amigas viesen. El Enano fué ante ella é dijo: «Señora, el vuestro caballero Amadís vos manda besar las manos, y envíaos decir que falló á don Galaor, que él demandaba.—¿Es verdad? dijo la Reina.—Señora, es verdad, dijo el Enano, sin duda; mas en su conocencia hobiera de haber gran desaventura si Dios á la sazon no trajera por allí un caballero que Balais se llama.» Entonces les contó todo cuanto aviniera, é cómo Balais matara á la doncella que los habia juntado para que se matasen; de que fué del Rey é de todos muy loado. La Reina dijo al Enano: «Amigo, ¿dónde los dejaste tú?—Yo los dejé en un castillo de aquel Balais.—¿Qué tal te pareció Galaor? dijo la Reina.—Señora, dijo él, es uno de los mas fermosos caballeros del mundo; é si junto con mi señor lo veis, á duro podríades conocer cuál es el uno ó el otro.—Cierto, dijo la Reina, mucho me placeria que ya fuesen aquí.—Tanto que guaridos sean, dijo el Enano, se vernán, é aquí los tengo de atender.» E contóles entonces todo cuanto le aviniera á Amadís en tanto que él le aguardara.

Mucho fueron alegres el Rey é la Reina é los caballeros todos con estas buenas nuevas, mas sobre todos lo fué Agrájes, que no quedaba de preguntar al Enano. El Rey rogó et mandó á los que allí eran que no se partiesen de la corte hasta que Amadís é Galaor viniesen, porque tenia pensado de hacer unas cortes muy honradas; y ellos gelo otorgaron é loaron mucho, é mandó á la Reina que enviase por las mas fermosas doncellas, é de mayor guisa que haber podiese; porque, demás de ser ella bien acompañada por causa dellas, vernian muchos caballeros de gran valor á la servir, á quien él haria mucha honra é grandes partidos é mercedes.

CAPITULO XXIV.

De cómo Amadís é Galaor é Balais se deliberaron partir para el rey Lisuarte, y de las aventuras que ende les avinieron.

Amadís é Galaor estuvieron en casa de Balais de Carsante hasta que fueron guaridos de sus llagas, é acordaron de se ir á casa del rey Lisuarte antes que en otras aventuras se entremetiesen; é Balais, que de aquella casa mucho deseaba ser, especialmente teniendo conocimiento con estos dos tales caballeros, rogóles que lo llevasen consigo, lo cual de grado le fué por ellos otorgado, et oyendo misa, armáronse todos tres, y entraron en el derecho camino de Vindilisora, donde el Rey era, é anduvieron tanto por él, que en cabo de cinco dias llegaron á una encrucijada de caminos, donde habia un árbol grande, é vieron debajo dél un caballero muerto en un lecho asaz rico, é á los piés tenia un cirio ardiendo, é otro á la cabecera, y eran por guisa fechos, que ningun viento, por grande que fuese, no los podia matar; el caballero muerto estaba todo armado é sin ninguna cosa cubierto, é habia muchos golpes en la cabeza, é tenia metido por la garganta un trozo de lanza con el fierro que al pescuezo le salia, é ambas las manos en él puestas, como que lo queria sacar. Mucho fueron maravillados de ver el caballero de tal forma, é preguntaran por su facienda de grado, mas no vieron persona ninguna ni lugar al derredor donde lo sopiesen. Amadís dijo: «No sin gran causa está de tal guisa aquí este caballero muerto, é si tardásemos, no tardaria de venir alguna ventura.» Galaor dijo: «Yo juro por la fe que de caballería tengo, de no partir de aquí hasta saber quién es este caballero, ó por qué fué muerto, é de lo vengar si la razon é justicia me lo otorgaren.» Amadís, que con gran deseo aquel camino hacia, esperando ver á su señora, á quien prometiera de se tornar tanto que á don Galaor hallase, pesóle desto, é dijo: «Hermano, mucho me pesa de lo que prometistes, que he recelo de se vos facer aquí gran detenencia.—Fecho es,» dijo Galaor; é descendiendo del caballo, se asentó cabe el lecho, é los otros dos asimismo; que no lo habian de dejar solo.

Esto seria ya entre nona é vísperas; y estando mirando el caballero, é diciendo Amadís que posieran allí las manos por sacar el trozo de la lanza, en tanto que fuelgo tenia, é que espirando así se le habia quedado, no tardó mucho que vieron venir por uno de los caminos un caballero é dos escuderos; y el uno traia una doncella ante sí en un caballo, y el otro le traia su escudo é yelmo, é la doncella lloraba fuertemente, y el caballero la feria con la lanza en la cabeza, que llevaba en la mano. Así pasaron cabe el lecho donde el caballero muerto yacia; é cuando la doncella vió los tres compañeros dijo: «¡Ay buen caballero, que ende muerto yaces! Si tú vivo fueras, no me consintieras de tal guisa llevar, que primero el tu cuerpo fuera puesto en todo peligro; é mas valiera la muerte desos tres que la tuya sola.» El caballero que la levaba con mas saña la firió de la asta de la lanza; así que, la sangre por el rostro le corria; é pasaron tan presto delante, que era maravilla. «Agora os digo, dijo Amadís, que nunca vi caballero tan villano como este, en querer ferir la doncella de tal guisa; é si Dios quisiere, esta fuerza no dejaré yo pasar.» E dijo: «Galaor, hermano, si yo tardare, id vos á Vindilisora; que yo hí seré, si puedo, é Balais vos fará compañía.» Entonces cabalgando en su caballo, tomó sus armas é dijo á Gandalin: «Vénte en pos de mí.» E fuése á mas andar tras el caballero, que ya lueñe iba. Galaor é Balais quedaron allí hasta que fué noche cerrada; entonces llegó un caballero que por el camino venia por donde Amadís fuera, é venia gimiendo de una pierna é armado de todas armas, é dijo contra Galaor é Balais: «¿Sabeis vos quién es un caballero que por este camino que vengo va corriendo?—¿Por qué lo preguntais? dijeron ellos.—Porque sea de mala muerte, dijo él; que así va bravo, que parece que todos diablos van con él.—Y ¿qué braveza os hizo? dijo don Galaor.—Porque no me quiso decir, dijo él, dónde tan recio iba, trabéle del freno, é dije que me lo dijesse ó se combatiese comigo; él me dijo con saña que, pues le no dejaba, que mas tardaria en me lo decir que en se librar de mí por batalla; é apartándose de mí, corrimos uno contra otro, é firióme tan duramente, que dió comigo é con el caballo en tierra, é hízome esta pierna tal como veis.» Ellos comenzaron á reir, é dijo don Galaor: «So-

frios otra vez mejor en no querer saber facienda de ninguno contra su grado.—¡Cómo! dijo el caballero, ¿no queredes de mí? Cierto yo faré que seais de peor talante.» E fué donde estaban los caballos, é dió con la espada un gran golpe al de Galaor en el rostro, que le fizo enharmohar é quebrar las riendas é fuir por el campo; y el caballero quiso hacer lo semejante al de Balais, mas él é Galaor tomaron sus lanzas é iban contra él é gelo estorbaron. El caballero se fué diciendo: «Si al otro caballero fice desmesura é la pagué, así lo pagaréis vos en os reir de mí.—No me ayude Dios, dijo Balais, si no dais vuestro caballo por aquel que soltastes. E cabalgó presto, diciendo á don Galaor que otro dia seria allí con él, si ventura no gelo quitase. «Adios vais,» dijo él. Don Galaor quedó solo con el caballero muerto, que á su escudero mandó ir tras el caballo, y estuvo guardando hasta que de la noche pasaron mas de cinco horas. Entonces del sueño vencido, puso su yelmo á la cabecera, y el escudo encima de sí, é adormecióse, é así estuvo una gran pieza; mas cuando recordó no vió lumbre ninguna de los cirios que ante ardian, ni halló el caballero muerto, de que mucho pesar hobo, é dijo contra sí: «Cierto, yo no me debia trabajar en lo que los otros hombres buenos, pues que no sé hacer sino dormir, é por ello dejé de complir mi promesa; mas yo me daré la pena que mi negligencia merece, que habré de buscar á pié aquello que estando quedo saber sin ningun trabajo pudiera; é pensando cómo podria tomar el rastro de los que allí vinieran, oyó relinchar un caballo, é fuése para allá; é cuando aquella parte llegó donde lo oyera, no falló nada; mas luego tornó á oir algo mas léjos otros caballos, é siguió todavía aquel camino, é cuando anduvo una pieza rompia el alba, é vió ante sí dos caballeros armados, y el uno dellos apeado; y estaba leyendo unas letras que en una piedra eran escritas, é dijo al otro: «En balde me hicieron venir aquí; que esto poco recaudo me parésce.» E cabalgando en su caballo, se iban entrambos. Galaor los llamó é dijo: Señores caballeros, ¿saberme hiades decir quién llevó un caballero muerto que yacia so el árbol de la encrucijada?—Cierto, dijo el uno dellos, no sabemos al sino que, pasada la media noche, vimos ir tres doncellas é diez escuderos que llevaban unas andas.—Pues ¿contra dónde fueron?» dijo Galaor. Ellos le mostraron el camino, é partiéndose dél, él se fué por aquella via, é á poco rato vió contra sí venir una doncella é díjole: «Doncella, ¿por ventura sabeis quién llevó un caballero muerto de so el árbol de la encrucijada?—Si me vós otorgais de vengar su muerte, que fué gran dolor á muchos é á muchas, segun su gran bondad, decirvos lo he.—Yo lo otorgo, dijo él, que, segun en vos parece, justamente se puede esta venganza tomar.—Eso es muy cierto, dijo ella; é agora me seguid é cabalgad en este palafren, é yo á las ancas.» Y ella quisiera que él fuera en la silla; mas por ninguna guisa lo quiso facer; é cabalgando en pos della, fueron por do la doncella guiaba; é siendo alejados cuanto dos leguas de allí, vieron un muy hermoso castillo, é la doncella dijo: «Allí fallarémos lo que demandais.» E llegando á la puerta del castillo, dijo la doncella: «Entrad vos, é yo me iré, é decidme cómo habeis nombre, é dónde vos podré hallar.—Mi nombre, dijo él, es don Galaor, é cuido que en casa del rey Lisuarte, antes que en otra parte, me fallaréis.» Ella se fué, é Galaor entró en el castillo, é vió yacer el caballero muerto en medio del corral, é hacian muy gran duelo sobre él; é llegándose á un caballero viejo de los que ahí estaban, le preguntó quién era el caballero muerto. «Señor, dijo él, era tal, que todo el mundo con mucha razon se debria doler dél.—E ¿cómo habia nombre? dijo Galaor.—Antebon, dijo él, y era natural de Gaula. Galaor hobo mas piedad dél que ante é dijo: «Ruégoos que me digais la causa por qué fué muerto.—De grado os lo diré, dijo él. Este caballero vino en esta tierra, é por su bondad fué casado con aquella dueña que sobre él llora, que es señora deste castillo, é hobieron una muy hermosa fija, que fué amada de un caballero que cerca de aquí mora en otra fortaleza; mas ella desamábalo á él mas que á otra cosa, y el caballero muerto acostumbraba de salir muchas veces al árbol de la encrucijada, porque allí siempre acuden muchas aventuras de caballeros andantes, é con deseo de emendar aquellas que contra razon pasasen; en que fizo tanto en armas, que en estas tierras era muy loado; é siendo allí un dia, pasó acaso aquel caballero que á su fija amaba, é pasando por él, se fué al castillo, donde la doncella con esta su madre quedara, que por este corral con otras mujeres jugaba; é tomándola por el brazo, se salió fuera antes que la puerta le pudiese cerrar, é la llevó á su castillo. La doncella no hacia sino llorar, y el caballero le dijo: «Amiga, pues que yo soy caballero é vos mucho amo, ¿por cuál razon no me tomaréis en casamiento, teniendo mas riqueza y estado que vuestro padre?—No, dijo ella, por mi grado; antes terné una jura que á mi madre hice.—Y ¿qué jura es?—Que no casase ni ficiese amor sino con caballero loado en armas, como aquel con quien ella casára, que es mi padre.—Por eso no lo dejaréis; que yo no soy menos esforzado que vuestro padre, é ante de tercero dia lo sabréis.»

Entonces salió armado en su caballo del castillo, é fuése al árbol de la encrucijada, donde á la sazon halló á este caballero apeado de su caballo, é sus armas cabe sí; y llegándose á él sin le fablar, firiólo con la lanza por la garganta, así como veis, ante que él pudiese tomar sus armas, é cayó en tierra, por ser el golpe mortal; y el caballero decendió entonces, é dióle con la espada todos aquellos golpes que veis que tiene, hasta que lo mató.—Si Dios me ayude, dijo Galaor, el caballero fué muerto á gran sinrazon, é todos se debrian dél doler, é agora me decid por qué lo ponen de tal guisa so el árbol de la encrucijada.—Porque pasan por ahí muchos caballeros andantes, y cuéntanles esto que vos yo he dicho, si por ventura viniese hí tal que lo vengase.—Pues ¿por qué lo dejan así solo? dijo Galaor.—Siempre estaban, dijo el caballero, con él cuatro escuderos fasta anoche, que fuyeron dende porque el otro caballero los envió amenazar, é por esto lo trujimos.—Mucho me pesa, dijo don Galaor, que vos no vi.—¡Cómo! dijo el otro, ¿sois vos el que allí durmíades acostado á su yelmo?—Sí, dijo él.—E ¿por qué quedastes hí? dijo el caballero.—Por vengar aquel muerto, si con ra-

zon lo pudiese facer, dijo don Galaor. —¿Estáis en aquel propósito agora?—Sí, cierto, dijo él.—¡Ay Señor! dijo el caballero, Dios por su merced os lo deje acabar á vuestra honra.» E tomándolo por la mano, lo llegó al lecho é fizo callar á todos los que el duelo hacian, é dijo contra la dueña: «Señora, este caballero dice que á su poder vengará la muerte de vuestro marido.» Y ella se le cayó á los piés por gelos besar é dijo: «¡Ay buen caballero! Dios te dé el galardon, que él no ha en esta tierra pariente ni amigo que dello se trabaje, que es de tierra extraña; pero cuando era vivo muchos se le mostraban.» Galaor dijo: «Dueña, por ser él de la tierra que yo soy tengo mas sabor de le vengar; que yo soy natural de donde él era.—Amigo, señor, dijo la dueña, ¿por ventura sois vos el hijo del rey de Gaula, que decia mi señor que era en casa del rey Lisuarte?—Nunca fuí en su casa, dijo él. Mas decidme quién lo mató, é dónde lo podré hallar.—Buen señor, dijo ella, decírvoslo he é faceros he allá guiar; mas he gran recelo, segun el peligro, que dudeis de lo cometer, como otros que allá he enviado lo ficieron.—Dueña, dijo él, por eso se extreman los buenos de los malos.» La dueña mandó á dos doncellas que lo guiasen. «Señora, dijo Galaor, yo vengo á pié.» E contóle cómo el caballo perdiera, é dijo: «Mandadme dar en qué vaya.—De grado lo faré, dijo ella, á tal pleito que si lo no vengárdes, que me volvais el caballo.— Yo lo otorgo,» dijo Galaor.

CAPITULO XXV.

Cómo Galaor fué á vengar la muerte del caballero que habian hallado malamente muerto al árbol de la encrucijada.

Diéronle un caballo é fuése con las doncellas, é anduvieron tanto, que llegaron á una floresta é vieron en ella una fortaleza que estaba sobre una peña muy alta; é las doncellas le dijeron: «Señor, allí habeis de vengar al caballero.—Vamos allá, dijo él, y decidme qué nombre ha el que lo mató.—Palíngues,» dijeron ellas. En esto llegaron al castillo é vieron la puerta cerrada. Galaor llamó, é viniendo un hombre armado sobre la puerta, dijo: «¿Qué quereis?—Entrar allá, dijo Galaor. —Esta puerta, dijo el otro, no es sino para salir los que acá están.—Pues ¿por dónde entraré? dijo él.—Yo os lo mostraré, dijo el otro; mas yo he miedo que trabajaré en vano, é no osaréis entrar.—Si me ayude Dios, dijo Galaor, ya querria ser allá dentro.—Agora lo verémos, dijo él, si vuestro esfuerzo es tal como el deseo; descended del caballo, y llegadvos á pié á aquella torre.» Galaor dió el caballo á las doncellas é púsose donde le dijeron, é no tardó mucho que vieron al caballero é otro mas grande en somo de la torre, bien armado, é comenzaron á desenvolver una devanadera y echaron desuso un cesto grande atado en unas recias cuerdas, é dijeron: «Caballero, si acá quereis entrar, este es el camino.—Si yo en el cesto entrare, dijo Galaor, ¿ponerme heis allá suso en salvo?—Sí, verdaderamente, dijeron ellos, mas despues no os aseguramos.» Entonces entró en el cesto é dijo: «Pues tirad; que en vuestra palabra me aseguro.» Ellos comenzáronlo á sobir, é las doncellas, que lo miraban, dijeron: «¡Ay buen caballero! Dios te guarde de traicion; que cierto hay en el tu corazon grande esfuerzo.» Así tiraron los caballeros á Galaor de encima de la torre, é siendo suso, salió muy ligero del cesto, y metióse con ellos en la torre; ellos le dijeron: «Caballero, conviene que jureis de ayudar al señor deste castillo contra los que demandaren la muerte de Antebon, ó no saliréis de aquí.—¿Es alguno de vos el que lo mató? dijo Galaor.—¿Por qué lo preguntais? dijeron ellos.—Porque querria facerle conocer la gran traicion que en ello fizo.—¿Cómo sois tan loco? dijeron los caballeros; ¿estáis en nuestro poder é amenazádesle? Pues agora compraréis vuestra locura.» E poniendo mano á sus espadas, fueron para él muy airadamente, é Galaor metió mano á su espada é diéronse grandes golpes por cima de los yelmos y escudos; que los dos caballeros eran valientes, é Galaor, que se via en aventura, punaba por los llegar á la muerte. Las doncellas que abajo eran oian las feridas que se daban, y decian: «¡Ay Dios! ¿qué puede ser del buen caballero, que ya se combate?» E la una dijo: «No nos partamos de aquí fasta ver la cima deste fecho.» Galaor se combatia tan bravamente, que en mucho espanto ponia á los caballeros, y dejóse correr al uno é dióle un golpe de toda su fuerza por cima del yelmo, que la espada llegó á la cabeza y entró bien por ella dos dedos, é tirándola contra sí, dió con él de hinojos en tierra. Otrosí comenzóle á cargar de tan duros golpes, que por heridas que el otro le diese, nunca lo dejó fasta que lo mató, é tornó luego sobre el otro; é como se vió con él solo, quiso fuir, mas alcanzólo, é trabándolo por el brocal del escudo, lo tiró tan recio contra sí, que lo derribó ante sus piés; é dióle tales golpes de la espada, que no hobo menester maestro.

Esto así fecho, puso la espada en la vaina y echó los caballeros de la torre, diciendo á las doncellas que mirasen si alguno de aquellos era Palíngues. Ellas dijeron: «Señor, estos están mal parados para los conocer; pero bien creemos que ninguno lo es.» Entonces Galaor se bajó por el escalera de la torre, y entrando en un palacio, vió una doncella hermosa que estaba diciendo: «Palíngues, ¿por qué fuyes si eres tan esforzado que á mi padre matases en batalla, como tú lo dices? Atiende este caballero que viene.» Galaor miró adelante é vió un caballero muy armado de todas armas, que queria abrir una puerta de otra torre é no podia, é por las palabras de la doncella fermosa conoció ser aquel el que él buscaba, é hobo placer é dijo: «Palíngues, no te cale que huyas ni que tomes esfuerzo, que aunque le tomes no escaparás en ninguna parte.» Entonces fué para él, y el otro, que mas no pudo, tornó asimesmo á lo herir, y dióle un gran golpe por cima del brocal del escudo, que entró la espada por él una mano; así que, no la podia sacar, é Galaor lo hirió en descubierto en el brazo derecho, que le cortó la manga de la loriga, y el brazo cabe el codo, y gelo echó en tierra; é Palíngues, que así se vió, quiso huir á una cámara, é cayó á la puerta atravesado. Galaor lo tomó por la pierna é trájolo rastrando, é quitóle el yelmo de la cabeza é hiriólo con su espada, diciendo: «Toma esto por la traicion que hiciste en matar á Antebon.» Y fendióle fasta los dientes; otrosí metió la espada en la vaina. E la doncella hermosa, que aquellas palabras oyera, vino contra él é díjole: «¡Ay buen caballero! Dios te haga vivir en hon-

ra, que vengaste á mi padre é la fuerza que á mí se hizo.» Galaor la tomó por la mano é dijo: «Cierto, amiga hermosa, bien debia haber vergüenza quien á tan hermoso parecer ficiese pesar; que si Dios me ayude, mucho mas valeis para ser servida que enojada.» Otrosí dijo: «Amiga, señora, ¿hay algunos en el castillo de que me tema?—Señor, dijo élla, no quedan aquí sino gente de servicio, é todos serán en la vuestra merced. —Pues vamos, dijo él, á hacer entrar dos doncellas de vuestra madre, que por su mandado me guiaron aquí.» Entonces la tomó por la mano, y llegando á la puerta del castillo, la abrieron, é allí fallaron las doncellas que atendian, é la una le traia el caballo, é ficiéronlas entrar, é cuando descabalgaron abrazaron á su señora con gran placer, y preguntáronle si era vengada la muerte de su padre. «Sí, dijo ella, á Dios merced é á este buen caballero que la vengó, lo que otro ninguno no pudiera facer.» E luego se fueron juntas adonde Galaor estaba, que ya se quitara el escudo y el yelmo, é viéronle tan niño é tan hermoso, que mucho fueron maravilladas; é la doncella á quien él acorrió se pagó dél mucho mas que de ninguno otro que jamás viera, é fuélo abrazar, diciendo: «Amigo, señor, yo vos debo mas amar que á otra persona alguna, y de grado querria saber, si vos pluguiere, quién sois.—Soy natural, dijo él, de donde era vuestro padre.—Pues decidme vuestro nombre.—A mí llaman don Galaor, dijo él.—A Dios merced, dijo ella, que de tal caballero fué vengado mi padre, que vos mentaba muchas veces, é á otro buen caballero, vuestro hermano, que se llama Amadís, é decia que sois hijos del rey de Gaula, cuyo vasallo él fué.» A esta sazon andaban las doncellas por el castillo buscando con las otras mujeres para les dar de comer, y estaban don Galaor é la doncella, que Brandueta habia nombre, solos hablando en lo que ois; é como ella era muy hermosa y él codicioso de semejante vianda, antes que la comida viniese ni la mesa fuese puesta, descompusieron ellos ambos una cama que en el palacio era, donde estaban haciendo dueña aquella que de antes no lo era, satisfaciendo á sus deseos, que en tan pequeño espacio de tiempo, mirándose el uno al otro la su florescíente y hermosa juventud, muy grandes se habian fecho.

Las mesas puestas é todo aderezado, salieron Galaor é la doncella al corral, y debajo de un árbol que allí estaba les dieron de comer, é Brandueta le contó allí cómo Palíngues, con miedo suyo y de su hermano Amadís, ponia tan gran guarda en aquel castillo; pensando que, pues Antebon, su padre, era su natural, que á ellos ante que á otros ningunos era dada la venganza de su muerte. Despues que allí holgaron en mucho placer, é porque Brandueta se congojaba por salir del castillo é ir á ver á su madre, Galaor, teniéndolo por bien, acordaron de se ir luego, aunque ya era tarde, é luego cabalgaron en sus palafrenes, y metidos al camino, llegaron á casa de la dueña, su madre, á dos horas andadas de la noche; la cual ya por una de las doncellas que adelante fuera, sabia ya todo lo que pasara, é así ella como toda la otra gente, hombres é mujeres, los aguardaban en el corral, donde Antebon muerto yacia, faciendo grandes alegrías porque tan complida é honradamente fuera su muerte vengada; é Galaor decendió en los brazos de la señora, diciendo: «Señor caballero, este castillo es vuestro; é todos harémos lo que vos mandárdes.» Entonces lo hizo desarmar, y lleváronlo á una rica cámara, donde habia un lecho de hermosos paños, é allí albergó aquella noche mucho á su placer, porque Brandueta, considerando que dejándolo solo no era complida la gran honra que él merecia, cuando vió el tiempo aparejado se fué para él, é á las veces durmiendo é otras fablando é holgando, estovieron de consuno hasta cerca del dia, que ella á su cámara se tornó.

CAPITULO XXVI.

Cómo recuenta lo que le acaesció á Amadís yendo en recuesta de la doncella que el caballero maltratada llevaba.

Amadís, que iba tras el caballero que á la doncella por fuerza llevaba, é la iba hiriendo, anduvo mucho por lo alcanzar; é antes que lo alcanzase encontróse con otro caballero armado en su caballo, que le dijo: «¿Qué cuita habeis tan grande, que con tanta priesa vos hace venir?—¿A vos qué os va, dijo Amadís, que yo vaya ahína mi paso?—Si huis ante alguno, amparvos he yo.—No he agora menester vuestra defensa,» dijo Amadís. El caballero le tomó por el freno é dijo: «Conviene que me lo digais; si no, sois en la batalla.—Mas me place deso, dijo Amadís, porque mas tardaré de os lo decir que de me quitar de vos por esa via; que, segun vuestra desmesura, no os podria decir tanto, que mas no quisiésedes saber.» El caballero se tiró afuera é vino para él al mas ir de su caballo, é Amadís á él, y el caballero le encontró reciamente en el escudo, que la lanza fué en piezas, é Amadís lo firió tan duramente, que lo derribó en tierra, y el caballo sobre él, y el caballero se hirió tan mal en la una pierna, que apenas se pudo levantar; pasando por él, fué adelante por su camino, y este fué el caballero que soltó el caballo á don Galaor. É Amadís se aquejó tanto de andar, que alcanzó el caballero que la doncella llevaba, é dijo: «Gran pieza há que fuistes desmesurado, é agora os ruego que no lo seais.—Y ¿qué desmesura hago yo? dijo el caballero.—La mayor que podíades, dijo Amadís; que llevais la doncella forzada, y demás la ferídes.—Parece, dijo el caballero, que me quereis castigar.—No vos castigo, dijo él, mas dígoos lo que es vuestra pro.—Entiendo que lo seria mas vuestra en vos tornar por do venistes.» Amadís hobo saña, et fué para el escudero é díjole: «Dejad la doncella; si no, muerto sois.» El escudero, con miedo, púsola en el suelo; el caballero dijo: «Don caballero, gran locura tomastes.—Agora lo verémos,» dijo Amadís; é bajando las lanzas, se firieron de tal guisa, que fueron quebradas, y el caballero fué en tierra, é tanto que cayó levantóse ahína, é Amadís fué á él por lo ferir con los pechos del caballo, y el otro le dijo: «Estad, Señor; que por ser yo desmesurado no lo seais vos, é habed de mí merced.—Pues jurad, dijo Amadís, que á dueña ni á doncella no forzaréis contra su voluntad en ninguna cosa.—Muy de grado,» dijo el caballero. Amadís, que llegó á él para le tomar la jura, y el otro, que la espada tenia en la mano, firióle con

ella en el vientre del caballo, que lo fizo caer con él. Amadís salió luego dél é poniendo mano á la espada, se dejó á él correr tan sañudo, que maravilla era, y el caballero le dijo: «Agora os faré ver que en mal punto aquí venistes.» Amadís, que gran ira llevaba, no le respondió, mas firióle en el yelmo so la visera, é cortóle dél tanto, que la espada llegó al rostro; así que, las narices con la meitad de la cara le cortó, é cayó el caballero; mas él, no contento, tajóle la cabeza, é metiendo su espada en la vaina, se fué á la doncella á tal hora, que ya era noche cerrada é la luna facia clara; ella le dijo: «Señor caballero, Dios os dé honra por el acorro que me fecistes, é mas si le diérdes fin, que es llevarme á un castillo donde yo querria ir, que no ha cosa por qué á tal hora cometiese ningun camino. Doncella, dijo él, yo os llevaré de grado.» Estando en esto, llegó Gandalin, é Amadis le dijo: «Dame aquel caballo del caballero, pues que el mio me mató, é toma tú la doncella en el palafren, é vamos adelante donde nos ella guiare.» Así fueron dejando aquel camino, á tomar otro que la doncella sabia. Amadís le preguntó si sabia el nombre del caballero muerto del árbol de la encrucijada. Ella dijo que sí, é contóle toda su hacienda, é la razon de su muerte, que la bien sabia En esto llegaron á una ribera siendo ya la media noche; é porque á la doncella prendia gran sueño, á ruego della acordaron de allí dormir alguna pieza, é decendiendo de las bestias, pusieron el manto de Gandalin, en que ella durmiese, é Amadís, acostado á su yelmo, se echó cerca della, é Gandalin de la otra parte; pues durmiendo todos como ois, llegó acaso un caballero que venia por la ribera descontra suso, é como así los vió púsose en su caballo encima dellos, y metió el cuento de la lanza entre los brazos de la doncella é fízola despertar; é como vió el caballero armado, cuidó que era el que la aguardaba, y levantóse soñolienta é dijo: «¿Quereis, Señor, que andemos?—Quiero, dijo el caballero.—En el nombre de Dios,» dijo ella. El caballero se bajó, é tomándola por el brazo, la puso ante sí é comenzó de ir. «¿Qué es eso? dijo ella, mejor me llevará el escudero.—No llevará, dijo él, pues quesistes vos ir comigo.» Ella cató ante sí, é vió á Amadís, que muy fuerte dormia, é dió voces: «¡Ay señor! acorredme; que me lleva no sé quién.» El caballero dió de las espuelas al caballo é fuése con ella cuanto mas pudo.

Amadís despertó á las voces de la doncella é vió cómo el caballero la llevaba, de que mucho pesar hobo, é llamó apriesa á Gandalin que le diese el caballo, y en tanto enlazó el yelmo é tomó el escudo é la lanza, é cabalgando, se fué por donde el otro viera ir, é no anduvo mucho, que se halló entre unos árboles muy espesos, donde perdió la carrera, que no sabia dónde ir; pero aunque él era el caballero del mundo mas sofrido, crescióle gran saña contra sí, diciendo: «Agora digo que la doncella puede bien decir que tanto le fice de tuerto como de amparamiento; que si de un forzador la defendí, dejéla en poder de otro.» E así anduvo una gran pieza por el campo, faciendo á su caballo mas mal que merescia, é á poco rato oyó sonar un cuerno, é fuése yendo contra aquella parte, cuidando que allí habia acudido el caballero, é no tardó que halló ante sí una hermosa fortaleza en un otero alto, y velábanla muy fuerte, y llegándose á ella, vió el muro alto é las torres fuertes, mas la puerta habia bien cerrada; los veladores, que le vieron, preguntáronle qué hombre era, que á tal hora andaba armado. «Soy un caballero, dijo el.—Y ¿qué demandais? dijeron ellos.—Demando, dijo él, un caballero que me tomó una doncella.—No lo vimos,» dijeron los de suso. Amadís se fué en derredor del castillo, é de la otra parte falló un postigo abierto, é vió al caballero que llevara la doncella á pié, é sus hombres que le desensillaban el caballo, que no cabia por el postigo de otra guisa. Amadís cuidó que él era é dijo: «Señor caballero, atended un poco y no vos acojádes; antes me decid si sois vos el que me tomó una mi doncella.—Si la yo traje, dijo él, mal la guardastes vos.—Forzástesmela por engaño, dijo Amadís; que de otra guisa no fuera tan ligero de lo facer; é cierto no fuistes en ello cortés ni ganastes hí prez de caballero.» El caballero le dijo: «Amigo, yo tengo la doncella, que de su voluntad quiso venirse comigo, y tengo que le no fice fuerza.—Señor caballero, dijo Amadís, mostrádmela, é si ella eso dice, dejaré de la demandar.—Yo os la mostraré mañana acá dentro, si quisiérdes entrar con la costumbre del castillo.—Y ¿qué costumbre es esa?—Mañana vos la dirán, y no la ternéis en poco si á ella vos aventurais.—Si agora la quisiese ver ¿acogerme-y-an dentro?—No, dijo el caballero, por ser de noche; mas si al dia aguardárdes, verémos lo que hí fareis.» Y cerrando el postigo, se acogió dentro, é Amadís se tiró afuera so unos árboles, donde descendió del caballo; y estuvo con Gandalin hablando en muchas cosas fasta la mañana; y el sol salido, vió abrir la puerta, é cabalgando en su caballo, llegóse á ella é vió estar un caballero todo armado en un gran caballo, y el portero que aguardaba le dijo: «Señor caballero, ¿quereis acá entrar?—Quiero, dijo Amadís; que por eso vengo aquí.—Pues ante vos diré, dijo el portero, la costumbre, porque vos no quejeis, é dígovos de tanto que ante que entreis vos habeis de combatir con aquel caballero, é si vos vence, juraréis de hacer mandado de la señora deste castillo; si no, echaros han en una esquiva prision; é aunque vos venzais, no vos dejarémos salir, é habédes de ir adelante, donde fallaréis á otra puerta otros dos caballeros, é mas adentro otros dos caballeros, é con todos vos habeis de combatir por tal pleito como el del primero; é si fuérdes tan bueno, que á vuestra honra lo pasádes, demás de ganar gran prez de armas, hacervos han derecho de lo que demandárdes.—Cierto, dijo Amadís, si vos verdad decis, caramente lo comprará quien de aquí lo llevare; mas, como quier que ello sea, todavía quiero ver la doncella que acá me tienen, si puedo.» Entonces se metió por la puerta del castillo, y el caballero le dió voces que se guardase, y dejóse á él correr, é Amadís á él, é firiéronse de las lanzas en los escudos, y el caballero quebrantó su lanza, é Amadís le puso en tierra tan bravamente, que le quebrantó el brazo diestro; é tornó sobre él, é poniéndole la lanza en los pechos, dijo: «Muerto sois si no vos otorgais por vencido.» El caballero dijo: «Señor, merced.» É mostróle el brazo quebrado. Amadís pasó por él é fuese

adelante, é vió á la otra puerta dos caballeros armados, é dijéronle: «Entrad, caballero, si con nosotros vos quereis combatir, si no, seréis preso.—Cierto, dijo él, ante me combatiré que ser preso.» É cubriéndose de su escudo, bajó su lanza é dejóse á ellos correr, y ellos á él, y el uno falleció de su golpe, y el otro lo firió en el escudo de guisa que gelo falsó, é firiólo en el brazo siniestro, y quebró la lanza en piezas. Amadís le firió tan duramente, que batió á él é al caballo en tierra, é fué así atordido de la caida, que no supo de sí parte; é dejóse ir al otro, que quedara de caballo, y encontróle con la lanza sin hierro, que quedara en el escudo del otro, en el yelmo, de guisa que gelo sacó de la cabeza, y el caballero lo hirió en el brocal del escudo en soslayo; así que, el encuentro no prendió, y quedó allí la lanza sana, é pusieron mano á las espadas, é diéronse grandes golpes, é Amadís le dijo: «Cierto, caballero, locura faceis en vos combatir con la cabeza desarmada.—La mi cabeza, dijo él, la guardaré yo mejor que vos la vuestra.—Agora parecerá,» dijo Amadís. Entonces lo firió encima del escudo de tan fuerte golpe, que la espada entró por él, y el caballero perdió las estriberas, é hobiera de caer. Amadís, que así embarazado lo vió, dióle de llano con la espada en la cabeza, de que muy atordido fué, é púsole la mano en el hombro é díjole: «Caballero, mal guardastes la cabeza; que la perdiérades si os diera el golpe á derecho.» El caballero dejó cáer la espada de la mano é dijo: «No quiero perder mi cuerpo con mas locura, pues ya una vez me lo distes; id adelante.» Amadís le demandó la lanza que yacía en el suelo, y él gela dió, y llegando á la otra puerta, vió dentro en el castillo dueñas é doncellas suso en el muro, é oyó que decian: «Si este caballero pasa la puente á pesar de los tres, habrá hecho la mayor caballería del mundo.» Entonces salieron á él los tres caballeros muy bien armados, y en fermosos é grandes caballos, y el uno le dijo: «Caballero; sed preso, ó jurad que faréis mandado de la señora del castillo.—Preso no seré, dijo Amadís, en tanto que me defender pueda, ni la voluntad de la señora no sé cuál es.—Pues agora os guardad,» dijeron ellos; é fueron todos de consuno á lo herir tan bravamente, que lo hobieran de derribar con el caballo. Amadís firió al uno tan recio, que le metió el hierro de la lanza por los costados, é allí quebró su lanza, así como los otros las quebraron en él; y metiendo mano á las espadas, se firieron tan bravamente, que los que lo miraban eran mucho maravillados; que los tres caballeros eran valientes é usados en armas, é aquel que ante tenian no queria la vergüenza para sí. La batalla fué brava, mas no duró mucho; que Amadís, mostrando sus fuerzas, les daba tales golpes, que la espada les hacía llegar á las carnes é á las cabezas; así que, en poca de hora los paró tales, que le no podian sofrir, y huyeron contra el castillo, y él en pos dellos; é como los aquejaba, el uno dellos descendió del caballo é Amadís le dijo: «No os cale descender; que vos no dejaré si no vos otorgais por vencido.—Cierto, Señor, eso faré yo de grado, dijo él, é todos los que con vos se combatieren lo deberian ser, segun lo que faceis.» É dióle su espada. Amadís gela tornó é fué en pos de los otros, que vió entrar en un gran palacio, é vió á la puerta dél bien veinte dueñas é doncellas, é la mas fermosa dellas dijo: «Estad, señor caballero; que mucho habeis fecho.» Amadís estuvo quedo é dijo: «Señora, pues otórguense por vencidos.—É á vos ¿qué os hace? dijo la dueña.—Porque me dijeron á la puerta que me convenia matar ó vencer; que de otra guisa no alcanzaria mi derecho.—Mas dijéronvos, dijo la dueña, que si acá entrásedes á fuerza dellos, que vos harian derecho de lo que demandásedes; é agora decid lo que os pluguiere.—Yo demando, dijo él, una doncella que me tomó un caballero en una ribera donde de noche durmia, y la trajo á este castillo á su pesar.—Agora asentados, dijo ella, y venga el caballero é diga su razon, é vos la vuestra, é cada uno habrá su derecho; é descended un poco en tanto que viene el caballero:» Amadís descendió de su caballo, é la dueña lo sentó cabe sí, é díjole: «¿Conoceis vos un caballero que se llama Amadís?—¿Por qué lo preguntais? dijo él.—Porque toda esta guarda que vistes en este castillo por él es puesta; é bien vos digo que si él acá entrase, que no saldria de aquí por ninguna guisa fasta qué se hobiese de quitar de una cosa que prometió.—Y ¿qué fué eso? dijo él.—Yo vos lo diré, dijo la dueña, por pleito que á todo vuestro poder le hagádes partir de lo que prometió, quier por armas, quier por otra cosa, pues que no lo hizo con derecho.» Amadís dijo: «Yo os digo, dueña, que cualquiera cosa que Amadís haya prometido, en que tanto sea, le haré yo quitar á todo mi poder.» Ella, que no entendia á qué fin era dicho, dijo: «Pues agora sabed, señor caballero, que ese Amadís que yo vos fablo prometió á Angriote de Estravaus que le faria haber á su amiga, y de esta promesa le haced vos partir, pues que tal juntamiento mas por voluntad que por fuerza quiere Dios é la razon que se faga.—Cierto, dijo Amadís, vos decis razon, é si puedo, yo le haré quitar.» La dueña gelo agradeció mucho; pero él no menos contento era, porque cumpliendo su promesa, se quitaba della. «É decid, dijo él, ¿por ventura sois vos, Señora, aquella que Angriote ama?—Señor, dijo ella, yo soy.—Cierto, Señora, dijo él, á Angriote tengo yo por uno de los buenos caballeros del mundo, é al mi cuidar, no hay tan alta dueña que no se deba preciar de haber tal caballero; y esto no lo digo por no tener lo que prometí, mas dígolo porque él es mejor caballero que ese que le dió la promesa.»

CAPITULO XXVII.

Cómo Amadís se combatió con el caballero que la doncella había hurtado estando durmiendo.

Mientra que esto fablaban vino á ellos un caballero todo armado sino la cabeza é las manos; él era grande y membrudo é asaz bien fecho para haber gran fuerza, é dijo contra Amadís: «Señor caballero, dícenme que demandais una doncella que yo aquí traje; é yo no os forcé de nada; que ella se quiso venir comigo ante que quedar con vos, é así tengo que no he por qué os la dar.—Pues mostrádmela, dijo Amadís.—Yo no he por qué vos la mostrar, dijo el caballero; mas si decis que no debe ser mia, probarvos lo he por batalla.—Cierto, dijo Amadís, eso probaré yo á quien quiera; que la no

debeis vos haber con derecho si la doncella no se otorga en ello.—Pues sed vos en la batalla, dijo el caballero.—Mucho me place, dijo Amadís.» Agora sabed que este caballero habia nombre Gasinan, y era tio hermano de su padre de la amiga de Angriote, y era el pariente del mundo que ella mas amaba, é por ser el mejor caballero de armas de su linaje traia su hacienda por seso dél, é trajéronle á este Gasinan un gran caballo, y él tomó sus armas, é Amadís otrosí cabalgó é tomó las suyas; é la dueña, que Grovenesa habia nombre, dijo: «Tio, yo vos loaria que no pasase esta batalla; que mucho pesar habria de cualquiera de vos que mal le avenga; que vos sois el hombre del mundo que yo mas amo, y ese caballero me juró que faria quitar á Amadís de lo que prometió á Angriote.—Sobrina, dijo Gasinan, ¿cómo cuidais vos que ni él ni otro pudiese tirar al mejor caballero del mundo de no complir su voluntad?» Grovenesa le dijo: «Así Dios me ayude, yo tengo á este por el mejor caballero del mundo; é si tal no fuese, no entrara acá por fuerza de armas.—¡Cómo! dijo Gasinan, ¿tanto lo preciais vos por pasar las puertas á aquellos que las guardaban? Cierto él hizo buena caballería, mas yo por eso no lo temo mucho; é si en él ha bondad, agora lo veréis, é Dios no me ayude si yo la doncella dejo en cuanto defender la pueda.» Grovenesa se tiró afuera, y ellos partieron contra sí al mas ir de los caballos, las lanzas bajas, é firiéronse en los escudos tan bravamente, que luego fueron quebradas, y ellos se juntaron de los escudos é yelmos de consuno tan duramente, que maravilla era; é Gasinan, que menos fuerza habia, fué fuera de la silla é dió gran caida; mas él se levantó luego, como aquel que era de gran fuerza é corazon, y metió mano á la espada, é fuése yendo contra un pilar de piedra que estaba alto en medio del corral, que allí cuidó que no le faria Amadís mal de caballo, é si á él se llegase, que gelo podria matar. Amadís se dejó ir á él, por lo herir, é Gasinan le dió con el espada en el rostro del caballo, de que Amadís fué muy sañudo, é quísolo ferir de toda su fuerza; é Gasinan se tiró afuera, y el golpe dió en el pilar, que de fuerte piedra era; así que, cortó una pieza dél, mas el espada fué quebrada en tres piezas. Cuando él así la vió hobo gran pesar, como quien estaba en peligro de muerte, é al no tenia con que se defender, é lo mas presto que pudo descendió de su caballo. Gasinan, que así lo vió, dijo: «Caballero, otorgad la doncella por mia; si no, muerto sois.—Eso no será, dijo él, si antes ella no dice que le place.» Entonces se dejó ir á él Gasinan, é comenzólo de ferir por todas partes, como aquel que era de gran fuerza é habia sabor de ganar la doncella. Mas Amadís se cubria tan bien de su escudo é con tanto tiento, que todos los mas golpes recebia en él, é otros le hacia perder, é algunas veces le daba con el puño de la espada, que en la mano le quedó, tales golpes, que le hacia revolver de una é otra parte, é le torcia á menudo el yelmo en la cabeza. Así anduvieron gran pieza en la batalla; tanto, que las dueñas é doncellas se espantaban de cómo lo podia Amadís sofrir sin tener con qué firiese; pero desque se vió descubierto por muchos lugares de su loriga, y menguado de su escudo, púsolo todo en aventura de muerte, y dejóse ir con gran saña á Gasinan tan presto, que el otro no pudo ni tovo tiempo de lo herir, é abrazáronse ambos, punando cada uno por derribar al otro; é así anduvieron una pieza, que nunca Amadís lo dejó que dél se soltase; é siendo cerca de una gran piedra que en el corral habia, puso Amadís toda su fuerza, que muy mayor que ninguno pudiera pensar la tenia, aunque de gran cuerpo no era, é dió con él encima della tan gran caida, que Gasinan fué todo atordido, que no se meneaba con pié ni con mano. Amadís tomó el espada presto, que le cayera de la mano, é cortándole los lazos del yelmo, tirógelo de la cabeza, y el caballero acordó al cuanto mas; pero no de guisa que levantar se pudiese, é díjole: «Don caballero, mucho pesar me hecistes sin derecho, é agora me vengaré dello.» E alzó la espada como que lo queria ferir, y Grovenesa dió grandes voces, diciendo: «¡Ay buen caballero! por Dios merced, no sea así.» E fué contra él llorando. Cuando Amadís vió que tanto le pesaba fizo mayor semblante de lo matar é dijo: «Dueña, no me rogueis que lo deje; que él me ha fecho tanto pesar, que por ninguna guisa dejaré de le cortar la cabeza.—¡Ay señor caballero! dijo ella, por Dios mandad todo lo que vuestra voluntad fuere que nos hagamos, en tal que no muera, é luego será complido.—Dueña, dijo él, en el mundo non ha cosa por que yo lo dejase, sino por dos cosas, si las vos quisiérdes hacer.—¿Qué cosas son? dijo ella.—Dadme la doncella, dijo él, é vos me juraréis, como leal dueña, que iréis á la primera corte que el rey Lisuarte hiciere, é allí me daréis un don, cual yo pidiere.» Gasinan, que estaba ya mas acordado y se vió en tan gran peligro, dijo: «Ay sobrina! por Dios merced, é no me dejeis matar, é habed duelo de mí, é haced lo que el caballero dice.» Ella lo otorgó como Amadís lo pedia. Entonces dejó al caballero é dijo: «Dueña, yo vos estaré bien en el don que vos prometí, é vos tened en la otra jura, é no temais que yo vos demande cosa que sea contra vuestra honra.—Muchas mercedes, dijo ella; que vos sois tal, que faréis todo derecho.—Pues agora venga la doncella que yo demando.» La dueña la fizo venir, é fué fincar los hinojos ante Amadís, é dijo: «Cierto, Señor, mucho afan por mí habeis llevado; é como quier que Gasinan me trajese á engaño, conozco que me quiere bien, pues quiso ante combatirse que darme por otra guisa.—Amiga, señora, dijo Gasinan, si á vos parece que vos ame, si Dios me ayude, parécevos gran verdad, é ruégoos mucho que queda comigo.—Así lo haré, dijo ella, placiendo á esto caballero.—Cierto, doncella, dijo Amadís, vos escogédes uno de los buenos caballeros que podríades fallar; pero si esto no es vuestro placer, luego me lo decid, é no me culpeis de cosa que dello vos avenga.—Señor, dijo ella, yo gradezco mucho á Dios porque aquí me dejais.—«En el nombre de Dios,» dijo Amadís. Entonces demandó su caballo, é Grovenesa quisiera que quedara allí aquella noche, mas él no lo hizo; é cabalgando en él, despedido della, mandó llevar á Gandalin las piezas de la espada é salió del castillo; mas antes Gasinan le rogó que la suya llevase, y él gelo gradesció mucho é tomóla, é Grovenesa le fizo dar una lanza, é así entró en el derecho camino del árbol de la encrucijada; que allí cuidaba fallar á Galaor é Balais.

CAPITULO XXVIII.

De lo que acaeció á Balais, que iba en busca del caballero que habia hecho perder á don Galaor el caballo.

Balais de Carsante se fué en pos del caballero, que soltó el caballo de don Galaor, el cual iba ya muy lueñe, é aunque él mucha priesa por lo alcanzar se dió, tomóle ante la noche, que muy escura vino, é anduvo fasta la media noche. Entonces oyó unas voces ante sí en una ribera, é fué para allá, é falló cinco ladrones que tenian una doncella, que la querian forzar, y el uno dellos la llevaba por los cabellos á la meter entre unas peñas, é todos eran armados de hachas é lorigas. Balais, que lo vió, dijo á grandes voces: «Villanos, malos traidores, ¿qué quereis á la doncella? Dejalda; si no, todos sois muertos.» E dejóse ir á ellos, y ellos á él, é firió al uno con la lanza por los pechos, é salióle el fierro á las espaldas, é la lanza quebrada, é quedó muerto el ladron. Mas los cuatro le hirieron de guisa que el caballo cayó luego entre ellos, y él salió dél lo mas ahína que pudo, como aquel que era esforzado é buen caballero, é metió mano á su espada, é los ladrones se dejaron correr á él, é firiéronle de todas partes por do mejor podian, y él firió á uno que mas á mano falló por cima de la cabeza, que lo fendió fasta el pescuezo, é dió con él muerto en tierra; é dejando colgar la espada de la cadena, tomó muy presto la hacha que al villano se le cayera, é fué contra los otros, los cuales viendo los grandes golpes que daba, se le acogian á un tremedal que la entrada tenia estrecha; pero antes alcanzó al uno con la hacha en los lomos, que le cortó la carne é huesos, fasta la ijada, é pasando sobre él, fué á los otros dos que se le acogieran al tremedal, é allí habia un fuego grande, é los ladrones se pusieron de la otra parte, vueltos los rostros contra él, que no habia por donde huyesen. Balais se cubrió de su escudo é fué para ellos, é los ladrones le firieron de grandes golpes por cima del yelmo; así que, la una mano le hicieron poner en tierra; mas él se levantó bravamente, como aquel que era de gran corazon, é dió al uno con la hacha tal herida, que la media cabeza le derribó é dió con él en el huego. El otro, cuando se vió solo, dejó caer la hacha de las manos é paróse ante él de hinojos, é díjole: «¡Ay Señor, por Dios, merced, no me mateis; que segun lo mucho que he andado en este mal oficio, con el cuerpo perderia el ánima.—Yo te dejo, dijo Balais, é pues que tu discrecion basta para conoscer que en tal vida eras perdido, que tomes aquella con que al contrario serás reparado.» Así lo hizo este ladron, que despues fué hombre bueno é de buena vida, é fué ermitaño.

Esto así hecho, Balais se salió del tremedal donde la doncella quedara, que muy alegre con su vista fué, en le ver sano, é gradescióle mucho lo que por ella ficiera en la quitar de aquellos malos hombres que la querian escarnir, y él le preguntó cómo la habian tomado aquellos malos hombres. «En un paso de un monte, dijo ella, que es acá suso desta floresta que ellos guardaban, é allí me mataron dos escuderos que iban comigo, é trajéronme aquí por me tener presa para facer su voluntad.» Balais vió la doncella, que era muy fermosa, é pagóse mucho della, é díjole: «Cierto, Señora, si ellos vos tovieran presa como vuestra fermosura tiene á mí, nunca de allí saliérades.—Señor caballero, dijo ella, si yo perdiendo mi castidad por la via que los ladrones trabajaban, la gran fuerza suya me quitaba de culpa, otorgándola á vos de grado, ¿cómo seria ni podria ser desculpada? Lo que hasta aquí hecistes fué de buen caballero; ruégovos yo que á la fuerza de las armas le deis por compañía la mesura é virtud á que tan obligado sois.—Mi buena señora, dijo él, no tengais en nada las palabras que os dije; que á los caballeros conviene servir é cobdiciar á las doncellas, é querellarse por señoras é amigas, y ellas guardarse de errar, como vos lo quereis facer; porque, como quiera que al comienzo en mucho tenemos haber alcanzado lo que dellas deseamos, mucho mas son de nosotros preciadas y estimadas cuando con discrecion é bondad se defienden, resistiendo nuestros malos apetitos, guardando aquello que perdiéndolo ninguna cosa les quedaria que de loar fuese.» La doncella se le humilló por le besar las manos é dijo: «En tanto mas se debe tener este socorro de la honra que el de la vida que me habeis hecho, cuanto mas es la diferencia de lo uno á lo otro.—Pues, agora, dijo Balais, ¿Qué mandais que haga?—Que nos alonguemos destos hombres muertos, dijo ella, hasta que el dia venga.—¿Cómo será eso? dijo él, que me mataron el caballo.—Irémos, dijo ella, en este mi palafren.» Entonces cabalgó Balais é tomó la doncella en las ancas, é alongáronse una pieza, donde hallaron un prado cerca de un camino cuanto una echadura de arco, é allí albergaron, hablando en algunas cosas; é contóle Balais la razon por qué tras el caballero venia; é venida la mañana, armóse é cabalgaron en el palafren é fuéronse al camino, pero no vió rastro de ninguno que por allí hobiese pasado, é dijo á la doncella: «Amiga, ¿qué haré de vos, que no puedo por ninguna guisa quitarme desta demanda?—Señor, dijo ella, vayamos por esta carrera hasta que algun lugar hallemos, é allí quedando yo, iréis vos en el palafren.» Pues moviendo de allí, como ois, á poco rato vieron venir un caballero que la una pierna traia encima de la cerviz del caballo, é llegando mas cerca, púsola en la estribera, é firiendo el caballo de las espuelas, se vino á Balais, é dióle una tal lanzada en el escudo, que á él é la doncella derribó en tierra, é díjole: «Amiga, de vos me pesa que caistes, mas llevarvos he yo donde se emendará; que este no es tal para que merezca llevaros.» Balais se levantó muy ahína, é conoció que aquel era el caballero que él demandaba; é poniendo su escudo ante sí, con la espada en la mano dijo: «Don caballero, vos fuistes bien andante, que perdí mi caballo; que si Dios me ayude, yo vos ficiera pagar la villanía que anoche fecistes.—¡Como! dijo el caballero, ¿vos sois el uno de los que de mí se rieron? Cierto, yo haré tornar sobre vos el escarnio.» E dejóse correr á él, la lanza á sobre mano, é dióle un tal golpe en el escudo, que gelo falsó. Balais le cortó la lanza por cabe la mano, y el caballero metió mano á su espada é fuéle dar un golpe por cima del yelmo, que fizo entrar por él bien dos dedos. E Balais se tendió contra él y echóle las manos en el escudo, é tiró por él tan fuertemente, que la silla se torció y el caballero cayó ante él, é Balais fué sobre él; quitándole los lazos del

yelmo, le dió por el rostro é por la cabeza con la manzana de la espada grandes golpes; así que, le atordeció; é como vió que en él no habia defendimiento ninguno, tomó la espada é dió con ella en una piedra tantos golpes, que la fizo piezas, é metió la suya en la vaina, é tomó el caballo del caballero, é puso la doncella en el palafren, é fuése su via contra el árbol de la encrucijada, é hallaron en el camino unas casas de dos dueñas que santa vida hacian, donde tomaron de aquella su pobreza algo que comiesen; que muchas bendiciones á Balais echaban porque habia muerto aquellos ladrones, que mucho mal por toda aquella tierra hacian.

E así continuaron su camino fasta que llegaron al árbol de la encrucijada, donde hallaron á Amadís, que entonces habia llegado, é no tardó mucho que vieron cómo don Galaor venia. Pues allí juntos todos tres, hobieron entre sí muy gran placer en haber acabado sus aventuras tanto á sus honras, é acordaron de albergar aquella noche en un castillo de un caballero muy honrado, que era padre de la doncella que Balais llevaba, cerca dende; é así lo ficieron; que á él llegados, fueron muy bien rescebidos é servidos de todo lo que menester habian; é otro dia de mañana, despues que oyeron misa, armáronse, é cabalgando en sus caballos, dejando la doncella en el castillo con su padre, entraron en el derecho camino de Vindilisora. Balais daba el caballo á don Galaor, como gelo prometiera, mas él no lo quiso tomar, así porque el suyo perdiera por cobrarle, como por haber el otro ganado.

CAPITULO XXIX.

Cómo el rey Lisuarte hizo cortes, é de lo que en ellas le avino.

Con las nuevas que el Enano trajo al rey Lisuarte de Amadís é don Galaor fué muy alegre, teniendo en voluntad de facer cortes las mas honradas é de mas caballeros que nunca en la Gran Bretaña se hicieran, solamente esperando á Amadís é Galaor. Pareció ante el Rey un dia Olivas á se quejar del duque de Bristoya, que un su primo le matara á aleve. El Rey, habido su consejo con los que desto mas sabian, puso plazo de un mes al Duque, que á responder viniese; é que si por ventura quisiese meter en esta recuesta dos caballeros consigo, que Olivas los tenia de su parte; tales que con toda igualeza de linaje é bondad podrian mantener razon é derecho. Esto fecho, mandó el Rey apercebir á todos sus altos hombres que fuesen con él el dia de Santa María de Septiembre á las cortes, é la Reina asimismo á todas las dueñas é doncellas de gran guisa.

Pues siendo todos en el palacio, con gran alegría hablando en las cosas que en las cortes se habian de ordenar; no sabiendo ni pensando cómo en los semejantes tiempos la fortuna movible quiere con sus asechanzas cruelmente herir, porque á todos sea notorio el pensamiento de los hombres no venir en aquella certenidad que ellos esperan, acaeció de entrar en el palacio una doncella extraña asaz bien guarnida, é un gentil doncel que la acompañaba; é decendiendo de un palafren, preguntó cuál era el Rey; él dijo: «Doncella, yo soy.—Señor, dijo ella, bien semejais rey en el cuerpo, mas no sé si lo seréis en el corazon.—Doncella, dijo él, esto védes vos agora, é cuando en lo otro me probárdes saberlo heis.—Señor, dijo la doncella, á mi voluntad respondeis, é miémbreseos esta palabra que me dais ante tantos hombres buenos, porque yo quiero probar el esfuerzo de vuestro corazon cuando me fuere menester; é yo oí decir que quereis tener cortes en Lóndres por Santa María de Septiembre, é allí donde muchos hombres buenos habrá quiero ver si sois tal, que con razon debais ser señor de tan gran reino é tan famosa caballería.—Doncella, dijo el Rey, pues que mi obra á mi poder se hará mejor que el dicho, tanto mas placer habré, cuanto mas hombres buenos fueren hí presentes.—Señor, dijo la doncella, si así son los fechos como los dichos, yo me tengo por muy bien contenta, é á Dios seais encomendado.—A Dios vayais, doncella, dijo el Rey.» E así la saludaron todos los caballeros. La doncella se fué su via, é el Rey quedó fablando con sus caballeros; pero dígovos que no hobo hí tal que mucho no le pesase de aquello que el Rey prometiera, temiendo que la doncella lo querria poner en algun gran peligro de su persona; y el Rey era tal, que por grande que fuese no lo dudaria por no ser envergonzado; y él era tan amado de todos los suyos, que antes quisieran ser ellos puestos en gran afrenta é vergüenza que vérgela á él padescer; é no tovieron por bueno que un tan alto príncipe diese así livianamente sin mas deliberacion su palabra á extraña mujer, siendo obligado á la complir, é no certificado de lo que ella le querria demandar.

Pues habiendo en muchas cosas hablado, queriéndose la Reina acoger á su palacio, entraron por la puerta tres caballeros, los dos armados de todas armas, y el uno desarmado, y era grande é bien fecho, é la cabeza casi toda cana; pero fresco é fermoso, segun su edad. Este traia ante sí una arqueta pequeña, é preguntó por el Rey, é mostrárongelo; é decendió de su palafren, é fincando los hinojos ante él, con el arqueta en sus manos díjole: «Dios os salve, Señor, así como al príncipo del mundo que mejor promesa ha fecho si la tenédes.» El Rey dijo: «Y ¿qué promesa es esta, ó por qué me lo decis?—A mi dijeron, dijo el caballero, que queríades mantener caballería en la mayor alteza é honra que ser pudiese, é porque desto tal son muy pocos los príncipes que dello se trabajan, es lo vuestro mucho mas que lo suyo de loar.—Cierto, caballero, dijo el Rey, esa promesa terné yo cuanto la vida toviere.—Dios vos lo deje acabar, dijo el caballero, é porque oí decir que queríades tener cortes en Lóndres de muchos hombres buenos, tráigovos aquí lo que para tal hombre como vos á tal fiesta conviene.» Entonces abriendo el arqueta, sacó de ella una corona de oro tan bien obrada é con tantas piedras é aljófar, que fueron muy maravillados todos en la ver, é bien parecia que no debia ser puesta en cabeza sino de muy gran señor. El Rey la catabá mucho, con sabor de la haber para sí, y el caballero le dijo: «Creed, Señor, que esta obra es tal, que ninguno de cuantos hoy saben labrar de oro é poner piedras no la sabrian mirar.—Si me Dios ayude, dijo el Rey, yo lo tengo así.—Pues como quiera, dijo el caballero, que su obra é hermosura sea tan extraña, otra cosa en sí tiene que mucho mas es de preciar; y esto es, que siempre

el rey que en su cabeza la pusiere será mantenido é acrecentado en su honra, que así lo fizo aquel para quien fué hecha hasta el dia de su muerte, é de entonces acá nunca rey la tuvo en su cabeza; é si vos, Señor, la quisiérdes haber, dárvosla he por cosa que será reparo de mi cabeza, que la tengo en aventura de perder. La Reina, que delante estaba, dijo: «Cierto, Señor, mucho vos conviene tal joya como esa, é dad por ella todo lo que el caballero pidiere.—E vos, Señora, dijo, comprarme hedes un muy hermoso manto que aquí traigo.—Sí, dijo ella, muy de grado.» Luego sacó de la arqueta un manto el mas rico é mejor obrado que se nunca vió, que demás de las piedras é aljófar de gran valor que en él habia, eran en él figuradas todas las aves é animalías del mundo tan sotilmente, que por maravilla lo miraban. La Reina dijo: «Si Dios me vala, amigo, parece que este paño no fué por otra mano fecho sino por la de aquel Señor que todo lo puede.—Cierto, Señora, dijo el caballero, bien podeis creer sin falla que por mano é consejo de hombre fué este paño hecho; mas muy caramente se podria agora hallar quien otro semejante hiciese.» E dijo: «Aun mas vos digo, que conviene este manto mas á mujer casada que á soltera; que tiene tal virtud, que el dia que lo cobijare no puede haber entre ella é su marido ninguna congoja.—Cierto, dijo la Reina, si ello es verdad, no puede ser comprado por precio ninguno.—Desto no podeis ver la verdad si el manto no hobiérdes, dijo el caballero; é la Reina, que mucho al Rey amaba, hobo sabor de haber el manto, porque entre ellos fuesen los enojos excusados, é dijo: «Caballero, daros he yo por ese manto lo que quisiérdes.» Y el Rey dijo: «Demandad por el manto é por la corona lo que vos pluguiere.—Señor, dijo el caballero, yo vó á gran cuita emplazado de aquel cuyo preso soy, é no tengo espacio para me detener ni para saber cuánto estas donas valen; mas yo seré con vos en las cortes de Lóndres, y entre tanto quede á vos la corona é á la Reina el manto, por tal pleito, que por ello me deis lo que vos yo demandare, ó me lo torneis, é habréislo ya ensayado é probado; que bien sé que de mejor talante que agora entonces me lo pagaréis.» El Rey dijo: «Caballero, agora creed que vos habréis lo que demandárdes, ó el manto é la corona.» El caballero dijo: «Señores caballeros é dueñas, ¿ois vos bien esto que el Rey é la Reina me prometen, que me darán mi corona é mi manto, ó aquello que les yo pidiere?—Todos lo oimos,» dijeron ellos. Entonces se despidió el caballero é dijo: «Adios quedeis, que yo voy á la mas esquiva prision que nunca hombre tuvo.» Y el uno de los dos caballeros armados tiró su yelmo en tanto que allí estuvo, é parecia asaz mancebo y hermoso; pero el otro no lo quiso tirar é tuvo la cabeza abajada ya cuanto; parecia tan grande é tan desmesurado, que no habia en casa del Rey caballero que le igual fuese con un pié. Así se fueron todos tres, quedando en poder del Rey el manto é la corona.

CAPITULO XXX.

Cómo Amadís é Galaor é Balais se vinieron al palacio del rey Lisuarte, é de lo que despues les avino.

Partidos Amadís é Galaor del castillo de la doncella, é Balais con ellos, anduvieron tanto por su camino, que sin contraste alguno llegaron á casa del rey Lisuarte, donde fueron con tanta honra é alegría rescebidos del Rey é de la Reina é de todos los de la corte, cual nunca lo fueran en ninguna sazon otros caballeros en parte donde llegasen; á Galaor porque le nunca vieran, é sabian sus grandes cosas en armas por oidas que habia fecho, é á Amadís por la nueva de su muerte, que allí llegara, que, segun de todos era muy amado, no se creian verle vivo. Así que, tanta era la gente que por los mirar salian, que apenas podian ir por las calles ni entrar en el palacio; y el Rey los tomó á todos tres, é fízolos desarmar en una cámara, é cuando las gentes los vieron desarmados tan fermosos é apuestos y en tal edad, maldecian á Arcalaus, que á tales dos hermanos quisiera matar, considerando que no viviera el uno sin el otro.

El Rey envió decir á la Reina por un doncel que rescibiese muy bien aquellos dos caballeros, Amadís é Galaor, que la iban á ver. Entonces los tomó consigo, é Agrájes, que los tenia abrazados á cada uno con su brazo, é tan alegre con ellos, que mas ser no podia, é fuése con ellos á la cámara de la Reina, é don Galvánes y el rey Arban con él; é cuando entraron por la puerta vió Amadís á Oriana, su señora, y estremeciósele el corazon con gran placer; pero no menos lo hobo ella; así que, cualquiera que lo mirara lo pudiera muy claro conocer; é como quiera que ella muchas nuevas dél oyera, aun sospechaba que no era vivo; é cuando sano é alegre lo vió, membrándose de la cuita é del duelo que por él hobiera, las lágrimas le vinieron á los ojos sin su grado; é dejando ir á la Reina ante sí, detúvose ya cuanto é alimpió los ojos, que no lo vido ninguno, porque todos tenian mientes en mirar los caballeros. Amadís fincó los hinojos ante la Reina, tomando á Galaor por la mano, é dijo: «Señora, veis aquí el caballero que me enviastes á buscar.—Mucho soy dello alegre,» dijo ella. E alzándolo por la mano, lo abrazó, é luego á don Galaor. El Rey le dijo: «Dueña, quiero que parta comigo.—Y ¿qué? dijo ella.—Que me deis á Galaor, dijo él, pues que Amadís es vuestro.—Cierto, Señor, dijo ella, no me pedis poco; que nunca tan gran don se dió en la Gran Bretaña; mas así es derecho, pues que vos sois el mejor rey que en ella reinó.» E dijo contra Galaor: «Amigo, ¿qué vos parece que faga? que vos me pide el Rey mi señor.—Señora, dijo él, paréceme que toda cosa que tan gran señor pida se le debe dar, si haber se puede é vos habeis á mí para vos servir en esto y en todo, fueras la voluntad de mi hermano é mi señor Amadís; que yo no haré al sino lo que él mandare.—Mucho me place, dijo la Reina, de hacer mandádo de vuestro hermano, que luego habré yo parte en vos, así como en él, que es mio.» Amadís le dijo: «Señor hermano, faced mandado de la Reina, que así os lo ruego yo é así me place agora.» Entonces Galaor dijo contra la Reina: «Señora, pues que yo soy

libre desta voluntad ajena, que tanto poder sobre mí tiene, agora me pongo en la vuestra merced que faga de mí lo que mas le pluguiere. Ella le tomó por la mano, é dijo contra el Rey: «Señor, agora os dó á don Galaor, que me pedistes, é dígoos que lo amédes, segun la gran bondad que en él há, que no será poco.—Si me ayude Dios, dijo el Rey, yo creo que á duro podria ninguno amar á él ni á otro tanto que el amor á la su gran bondad alcanzase.» Cuando esta palabra oyó Amadís paró mientes contra su señora, é sospiró, no teniendo en nada lo que el Rey decia, considerando ser mayor el amor que tenia á su señora que la bondad de sí mismo ni de todos aquellos que armas traian. Pues así como ois, quedó Galaor por vasallo del Rey en tal hora, que nunca, por cosas que despues vinieron entre Amadís y el Rey, dejó de lo ser, así como lo contarémos adelante; y el Rey se asentó cabe la Reina, é llamaron á Galaor que fuese ante ellos para le hablar. Amadís quedó con Agrájes, su primo.

Oriana é Mabilia é Olinda estaban juntas, aparte de las otras todas, porque eran las mas honradas é que mas valian. Mabilia dijo contra Agrájes: «Señor hermano, traednos ese caballero que hemos deseado mucho.» Ellos se fueron para ellas; é como ella sabia muy bien con qué melecinas sus corazones podian ser curados, metióse entre ellas ambas, é púsose á la parte de Oriana Amadís, é á la de Olinda Agrájes, é dijo: «Agora estoy entre las cuatro personas deste mundo que yo mas amo.» Cuando Amadís se vió ante su señora, el corazon le saltaba de una é otra parte, guiando los ojos á que mirasen la cosa del mundo que él mas amaba; é llegóse á ella con mucha humildad, y ella lo saluó; é tendiendo las manos por entre las puntas del manto, tomóle las suyas dél, é apretógelas ya cuanto en señal de le abrazar, é díjole: «Mi amigo, ¡qué cuita é qué dolor me hizo pasar aquel traidor que las nuevas de vuestra muerte trajo! y creed que nunca mujer fué en tan gran peligro como yo.—Cierto, amigo, señor, esto era con gran razon, porque nunca persona tan gran pérdida hizo como yo perdiendo á vos; que así como soy mas amada que todas las otras, así mi buenaventura quiso que lo fuese de aquel que mas que todos vale.» Cuando Amadís se oyó loar de su señora bajó los ojos á tierra, que solo mirar no la osaba, é parecióle tan hermosa, que el sentido alterado, la palabra en la boca le hizo morir; así que, no respondió. Oriana, que los ojos en él fincados tenia, conociólo luego, é dijo: «¡Ay amigo, señor! ¿cómo vos no amaria mas que otra cosa; que todos los que vos conocen os aman é precian? é siendo yo aquella que vos amais é preciais, en mucho mas que todos ellos es gran razon que yo vos tenga.» Amadís, que ya algo su turbacion amansaba, le dijo: «Señora, de aquella dolorosa muerte que cada dia por vuestra causa padezco pido yo que vos dolais; que de la otra que se dijo ante, si me viniese, seria en gran descanso é consolacion puesto; é si no fuese, Señora, este mi triste corazon con aquel gran deseo que de serviros tiene sostenido, que contra las muchas é amargas lágrimas que dél salen con gran fuerza la su gran fuerza resiste, ya en ellas seria del todo deshecho é consumido, no porque deje de conoscer ser los sus mortales deseos en mucho grado satisfechos, en que solamente vuestra memoria dellos se acuerde; pero como á la grandeza de su necesidad se requiere mayor merced de la que él merece para ser sostenido é reparado, si esta presto no viniese, muy presto será en la su cruel fin caido.»

Cuando estas palabras Amadís decia, las lágrimas caian á hilo de sus ojos por las haces, sin que ningun remedio en ellas poner pudiese; que á esta sazon era él tan cuitado, que si aquel verdadero amor que en él tal desconsuelo le ponia no le consolara con aquella esperanza que en los semejantes estrechos á los sus sojuzgados suele poner, no fuera maravilla de ser en la presencia de su señora su ánima dél despedida. «¡Ay mi amigo! ¡por Dios no me fableis, dijo Oriana, en la vuestra muerte; que el corazon me fallece, como quien una hora sola despues della vivir no espero! y si yo del mundo he sabor, por vos, que en él vivis, lo he. Esto que me decis sin ninguna duda lo creo yo por mí misma, que soy en vuestro estado; é si la vuestra cuita mayor que la mia parece, no es por al, sino porque, siendo en mí el querer, como lo es en vos, é faltándome el poder que á vos no fallece, para traer en efeto aquello que vuestros corazones tanto desean, muy mayor el amor é el dolor en vos mas que en mí se muestra; mas, como quiera que avenga, yo vos prometo que, si la fortuna ó mi juicio alguna via de descanso no nos muestra, que la mi flaca osadía la fallará; que si della peligro nos ocurriere, sea antes con desamor de mi padre é de mi madre é de otros, que con sobrado amor nuestro nos podria venir estando como agora suspensos, padesciendo é sufriendo tan graves é crueles deseos como de cada dia se nos aumentan é sobrevienen.» Amadís, que esto oyó, sospiró muy de corazon, é quiso hablar, mas no pudo; é á ella, que le pareció ser todo transportado, tomóle por la mano é llególe á sí, é díjole: «Amigo, señor, no vos desconhorteis; que yo haré cierta la promesa que vos doy; y en tanto no os partais destas cortes que el Rey mi padre quiere facer, que él ó la Reina os lo rogarán; que saben cuánto con vos serán mas honradas y ensalzadas.»

Pues á esta sazon que ois la Reina llamó á Amadís, é hízolo sentar cabe don Galaor, é las dueñas é doncellas los miraban, diciendo que asaz obrara Dios en ambos, que los ficiera mas hermosos que á otros caballeros é mejores en otras bondades; é semejábanse tanto, que á duro se podian conocer, sino que don Galaor era algo mas blanco, é Amadís habia los cabellos crespos é rubios, y el rostro algo mas encendido, y era mas membrudo algun tanto. Así estuvieron hablando con la Reina una pieza, hasta que Oriana é Mabilia ficieron señal á la Reina que les enviase á don Galaor, y ella le tomó por la mano, é dijo: «Aquellas doncellas vos quieren ver, que las no conoceis; pero sabed que la una es mi hija, é la otra es vuestra prima hermana.» El se fué para ellas, é cuando vió la gran fermosura de Oriana muy espantado fué; que no pudiera pensar que ninguna en tanta perfecion la pudiera alcanzar; é sospechó que, segun la gran bondad de Amadís, su hermano, é la aficion de morar en aquella casa mas que en otra ninguna, que en él habia visto, no le venia sino porque á él, é no á otro

ninguno, era dado de amar persona tan señalada en el mundo. Ellas le saluaron é recibieron con muy buen talante, diciéndole: «Don Galaor, vos seais muy bien venido.—Cierto, señoras, yo no viniera aquí en estos cinco años, sino fuera por aquel que hace venir aquellos todos que armas traen, así por fuerza como por buen talante; que lo uno é otro es en él mas complidamente que en ninguno de cuantos hoy viven.» Oriana alzó ojos, é mirando á Amadís, sospiró, é Galaor, que la miraba, conoció ser su sospecha mas verdadera de lo que ante pensaba; pero no porque otra cosa sintiese, sino por parecerle que con mas razon su hermano habia de ser amado de aquella que otro ninguno. Pues hablando con ellas en muchas cosas, llegó el Rey y estuvo allí con gran alegría hablando é riendo, porque de su placer á todos cupiese parte; é tomándolos consigo, se salió al gran palacio, donde muchos altos hombres é caballeros de gran prez estaban; é hallando puestas las mesas, se asentaron á comer, y el Rey mandó asentar á una dellas á Amadís é Galaor é Galvánes Sin-tierra é Agrájes, sin que otro caballero alguno con ellos estuviese; é así como estos cuatro caballeros se fallaron en aquel comer juntos, así despues en muchas partes lo fueron, donde sufrieron grandes peligros é afrentas en armas; porque estos se acompañaron mucho, con el gran deudo é amor que se habian; é aunque don Galvánes no toviese deudo sino con solo Agrájes, Amadís é Galaor nunca lo llamaban sino tio, y él á ellos sobrinos; que fué gran causa de acrecentar mucho su honra y estima, segun adelante se contará.

CAPITULO XXXI.

Cómo el rey Lisuarte fué á hacer cortes á la ciudad de Lóndres.

Como á este rey Lisuarte Dios, por su merced, de infante desheredado, por fallecimiento de su hermano el rey Falangris, el rey de la Gran Bretaña fizo, así puso en la voluntad (cómo por él sean permitidas é guardadas todas las cosas) á tantos caballeros, tantas infantas fijas de reyes, é otros muchos de extrañas tierras, de gran guisa é alto linaje, que con gran aficion á le servir viniesen; no se teniendo ya ninguno en su voluntad por satisfecho si suyo no se llamase; é porque las semejantes cosas, segun nuestra flaqueza, grandes soberbias atraen, é con ellas muy mayor el desagradecimiento é desconocimiento de aquel Señor que las da, por él fué otorgado á la fortuna, que poniéndole algunos duros entrevalos que escureciesen esta gloria tan clara en que estaba el su corazon amollentado, y en toda blandura puesto fuese; porque siguiendo mas el servicio del Dador de las mercedes que el apetito dañado que ellas acarrean en aquel grande estado, é mucho mayor fuese sostenido, é haciéndolo al contrario, con mas alta é mas peligrosa caida le atormentase; pues queriendo este rey que la gran excelencia de su estado real á todo el mundo fuese notoria, con acuerdo de Amadís é Galaor é Agrájes, é de otros preciados caballeros de su corte, ordenó que dentro de cinco dias todos los grandes de sus reinos en Lóndres, que á la sazon como un águila encima de lo mas de la Cristiandad estaba, á cortes viniesen, como de antes lo habia pensado é dicho, para dar órden en las cosas de la caballería, como con mas excelencia que en ninguna casa otra de emperador ni rey, los autos della en la suya sostenidos é aumentados fuesen; mas allí donde él pensaba que todo el mundo se le habia de humillar, allí le sobrevinieron las primeras asechanzas de la fortuna, que su persona é reinos pusieron en condicion de ser perdidos, como agora vos será contado.

Partió el rey Lisuarte de Vindilisora con toda la caballería, é la Reina con sus dueñas é doncellas, á las cortes que en la ciudad de Lóndres se habian de juntar; la gente pareció en tanto número, que por maravilla se debria contar. Habia entre ellos muchos caballeros mancebos ricamente armados é ataviados, é muchas infinitas hijas de reyes, é otras doncellas de gran guisa, que dellos muy amadas eran, por las cuales grandes justas é fiestas por el camino hicieron. El Rey habia mandado que le llevasen tiendas é aparejos, porque no entrasen en poblado, é se aposentasen en las vegas cerca de las riberas é fuentes, de que aquella tierra muy bastada era. Así por todas las vias se les aparejaba la mas alegre é mas graciosa vida que nunca fasta allí tuvieran; porque aquel tan duro é cruel contraste venido sobre tanto placer, con mayor angustia é tristeza de sus ánimos sentido fuese; pues así llegaron á aquella gran ciudad de Lóndres, donde tanta gente hallaron, que no parecia sino que todo el mundo allí asonado era. El Rey é la Reina con toda su compaña fueron á descabalgar en sus palacios, é allí en una parte dellos mandó posar á Amadís é á Galaor é Agrájes, don Galvánes é otros algunos de los mas preciados caballeros, é las otras gentes en muy buenas posadas, que los aposentadores del Rey de antes les habian señalado. Así holgaron aquella noche é otros dos dias con muchas danzas é juegos, que en el palacio é fuera en la ciudad se ficieron; en los cuales Amadís é Galaor eran de todos tan mirados, é tanta era la gente que por los ver acudian donde ellos andaban, que todas las calles eran ocupadas; tanto, que muchas dejaban de salir de su aposentamiento.

A estas cortes que ois vino un gran señor, mas en estado é señorío que en dignidad de virtudes, llamado Barsinan, señor de Sansueña, no porque vasallo del rey Lisuarte fuese, ni mucho su amigo ni conocido, mas por lo que agora oiréis. Sabed que estando este Barsinan en su tierra, llegó ahí Arcalaus el encantador, é díjole: «Barsinan, señor, si tú quisieses, yo daria órden como fueses rey sin que gran afan ni trabajo en ello hobiese.—Cierto, dijo Barsinan, de grado tomaria yo cualquiera trabajo que ende venir me pudiese, con tal que rey pudiese ser.—Tú respondes como sesudo, dijo Arcalaus, é yo haré que lo seas, si creerme quisieres, y me ficieres pleito que me farás tu mayordomo mayor, é no me lo quitarás todo el tiempo de mi vida.—Eso faré yo muy de grado, dijo Barsinan; é decidme por cuál guisa se puede hacer lo que me decis.—Yo os lo diré, dijo Arcalaus. Id vos á la primera corte que el rey Lisuarte ficiere, é llevad gran compaña de caballeros; que yo prenderé al Rey en tal forma que de ninguno de los suyos pueda ser socorrido; é aquel dia habré á su fija Oriana, que vos daré por mujer; y en cabo de cinco dias enviaré á la corte del Rey su ca-

beza. Entonces punad vos por tomar la corona del Rey, que siendo él muerto, é su hija en vuestro poder, que es la derecha heredera, no habrá persona que vos contrariar pueda.—Cierto, dijo Barsinan, si vos eso haceis, yo vos haré el mas rico é poderoso hombre de cuantos comigo fueren. —Pues yo haré lo que digo,» dijo Arcalaus.

Por esta causa que ois vino á la corte esté gran señor de Sansueña, Barsinan, al cual el Rey salió con mucha compaña á lo recebir, creyendo que con sana é buena voluntad era su venida; é mandóle aposentar, é á toda su compaña, é darle las cosas todas que menester hobiesen; mas dígoós que viendo él tan gran caballería, é sabido el leal amor que al rey Lisuarte habian, mucho fué arrepentido de tomar aquella empresa, creyendo que á tal hombre ninguna adversidad le podia empecer. Pero, pues que ya en ello estaba, acordó de esperar el cabo, porque muchas veces lo que imposible parece, aquello no con pensado consejo muy mas presto que lo posible en efeto viene; é hablando con el Rey, le dijo: «Rey, yo oí decir que hacíades estas grandes cortes, é vengo ahí por vos hacer honra; que yo no tengo tierra de vos, sino de Dios, que á mis antecesores é á mí libremente dió. — Amigo, dijo el Rey, yo os lo agradezco mucho, y lo galardonaré en lo que á vos tocare que á mi mano venga; que cierto mucho só alegre en ver tan buen hombre como vos sois; é como quiera que yo tengo muchos altos hombres de gran guisa, antes vuestro voto que el suyo me placerá de tomar, creyendo que con aquella voluntad que de vuestra tierra partistes para me visitar, con ella guiaréis vuestro consejo é mi provecho é honra. —Deso podeis vos ser cierto, dijo Barsinan; que en lo que yo supiere seréis de mi consejado, segun el propósito y deseo que aquí me hizo venir.» Él decia en esto verdad; mas el rey Lisuarte, que á otra fin lo echaba, mucho gelo gradeció.

Entonces mandó armar tiendas para sí é para la Reina fuera de la villa, en un gran campo, y dejó sus casas á Barsinan, en que morase, é habló con él muchas cosas de las que tenia pensado de hacer en aquellas cortes, en especial sobre el arte de la caballería; é loábale mucho todos sus caballeros, diciéndole sus grandes bondades; mas sobre todos le ponia delante lo de Amadís é don Galaor, su hermano, como de los dos mejores caballeros que en todo el mundo en aquella sazon podian hallar; y dejándole en los palacios, se fué á las tiendas, donde la Reina ya estaba, é mandó decir á sus hombres buenos que otro dia fuesen allí con él todos; que les queria decir la razon por qué los habia juntado. Barsinan é su compaña hobieron muy abastadamente todas las cosas que menester hobieron; mas dígovos que aquella noche no la durmió él asosegado, pensando en la gran locura que habia hecho, creyendo que á tan buen hombre como lo era el Rey, é que tal poder tenia, que la gran sabiduría de Arcalaus ni el poder de todo el mundo le podrian empecer. Otro dia de mañana vistió el Rey sus paños reales, cuales para tal dia le convenian, é mandó que le trajesen la corona que el caballero le dejara, y que dijesen á la Reina que se vistiese el manto. La Reina abrió el arqueta, en que todo estaba, con la llave que ella siempre en su poder tovo, é no halló ninguna cosa dello, de que muy maravillada fué, é comenzóse de santiguar y enviólo decir al Rey; é cuando lo supo, mucho le pesó, pero no lo mostró así ni lo dió á entender; é fuese para la Reina, é sacándola aparte, díjole: «Dueña, ¿cómo guardastes tan mal cosa que tanto á tal tiempo nos convenia?—Señor, dijo ella, no sé qué diga en ello; sino que el arqueta hallé cerrada; é yo he tenido la llave, sin que de persona la haya fiado; pero dígovos tanto, que esta noche me pareció que vino á mí una doncella, é díjome que le mostrase el arqueta, é yo en sueños gela mostraba, y demandábame la llave, é dabágela, y ella abria el arqueta é sacaba della el manto é la corona, é tornando á cerrar, ponia la llave en el lugar que ante estaba, é cobríase el manto é ponia la corona en la cabeza, pareciéndole tan bien, que muy gran sabor sentia yo en la mirar; é decíame: «Aquel y aquella cuyo será, reinará ante de cinco dias en la tierra del poderoso que se agora trabaja de la defender é de ir conquistar las ajenas tierras.» E yo le preguntaba quién es ese, y ella me decia: «Al tiempo que digo lo sabrás.» Y desapareció ante mí, llevando la corona y el manto; pero dígovos que no puedo entender si esto mè avino en sueños ó en verdad.» El Rey lo tovo por gran maravilla é dijo: «Agora vos dejad ende y no lo hableis con otro.» Y saliendo ambos de la tienda, se fuéron á la otra, acompañados de tantos caballeros y dueñas é doncellas, que por maravilla lo toviera cualquiera que lo viese, y sentóse el Rey en una muy rica silla, é la Reina en otra algo mas baja, que en un estrado de paños de oro estaban puestas; é á la parte del Rey se pusieron los caballeros, y de la Reina sus dueñas é doncellas, é los que mas cerca del Rey estaban eran cuatro caballeros que él mas preciaba; el uno Amadís y el otro Galaor, é Agrájes, é Galvánes Sintierra; et á sus espaldas estaba Arban, rey de Norgales, todo armado, con su espada en la mano, é con él docientos caballeros armados.

Pues así estando todos callados, que ninguno fablaba, levantóse en pié una fermosa dueña ricamente guarnida, y levantáronse con ella fasta doce dueñas é doncellas, todas del su mismo atavío vestidas; que esta costumbre tenian las dueñas de gran guisa é los ricos hombres, de llevar á los suyos en semejantes fiestas bien vestidos como sus proprios cuerpos. Pues aquella fermosa dueña fué ante el Rey é ante la Reina con tal compaña, é dijo: «Señores, oidme, y decirvos he un pleito que contra aquel caballero que hí está tengo.» Y tendió la mano contra Amadís, é comenzando su razon, dijo: «Yo fuí gran tiempo demandada por Angriote de Estravaus, que hí presente es.» E contó todo cuanto con él le aviniera, é por cuál razon lo hizo guardar el valle de los Pinos; «é avino así, que le hizo dejar el valle por fuerza de armas un caballero que se llama Amadís; é dícenme que seyendo ellos en amistad, le prometió que á todo su poder faria que Angriote me hobiese, é yo puse mi guarda en mi castillo cual me plugo, é cual cuidé que ningun caballero extraño la podia pasar.» E dijo allí cuál era la costumbre, así como el cuento lo ha devisado. Otrosí dijo: «Señor,

toda aquella guarda que os digo ha pasado ese caballero que hí está á vuestros piés.» Y esto decia por Amadís, no sabiendo ella quién fuese; «y desque ese caballero en mi castillo entró prometióme de su placer de facer quitar á Amadís de aquel don que Angriote prometiera á todo su leal poder, agora por fuerza de armas ó por otra cualquiera via; é luego despues desta promesa se combatió ese caballero en el castillo con un mi tio que aquí está.» E contó allí por cuál razon la batalla fuera, é lo que en ella les avino; é muchos miraron entonces á Gasinan, que de antes en él no paraban mientes, cuando oyeron decir que habia osado combatirse con Amadís. E cuando la dueña vino á contar cima de su batalla dijo cómo su tio fuera vencido y estaba en punto de perder la vida, é cómo ella habia demandado en don al caballero que lo no matase; «y señores, dijo ella, por mi ruego lo dejó á tal pleito que yo viniese á la primera corte que vos ficiésedes, y le diese un don cual él lo demandase; é yo, por complir, soy venida á esta corte, que ha sido la primera, é digo ante vos que él se atenga en lo que me prometió, é yo complirá lo que él demandare, si por mí acabar se puede.» Amadís se levantó estonces é dijo: «Señor, la dueña ha dicho verdad en nuestras promesas, que así pasaron, é yo lo otorgo ante vos, que haré quitar á Amadís de lo que prometió á Angriote, y déme ella el don, como lo prometió.» La dueña fué dello muy alegre, é dijo: «Agora pedid lo que quisiérdes.» Amadís le dijo: «Lo que yo quiero es que caseis con Angriote é lo ameis así como vos él ama.—¡Santa María! valme, dijo ella, ¿qué es esto que me decis?—Buena señora, dijo Amadís, dígoos que caseis con tal hombre cual debe casar dueña hermosa y de gran guisa, como lo vois sois.—¡Ay caballero! dijo, y ¿cómo teneis así vuestra promesa?—Yo no vos prometí cosa que no vos atenga, dijo él; que si prometí de facer quitar á Amadís de la promesa que hizo á Angriote, en esto lo hago; que yo soy Amadís, é dóle su don que le otorgué, é así tengo cuanto dije á vos é á él.» La dueña se maravilló mucho, é dijo contra el Rey: «Señor, ¿es verdad que este buen caballero es Amadís?—Sí, sin falla, dijo él.—¡Ay mezquina! dijo ella, cómo fuí engañada; agora veo que por sino ni por arte no puede hombre huir las cosas que á Dios placen; que yo me trabajé cuanto mas pude por ser partida de Angriote, no por desgrado que dél tengo, ni porque deje de conocer que su grande valor no merezca señorear mi persona, mas por ser mi propósito en tal guisa, que viviendo en toda honestidad, de libre subjeta no me hiciese; é cuando mas dél apartada cuido estar, estonces me veo tan junta como védes.» El Rey dijo: «Si Dios me ayude, amiga, vos debíades ser alegre desta avenencia; que vois sois fermosa y de gran guisa, y él es hermoso caballero é mancebo; é si vos sois muy rica de haber, él lo es de bondad é virtud, así en armas como en todas las otras buenas maneras que buen caballero debe haber; é por esto me paresce ser con gran razon conforme vuestro casamiento y el suyo, é así creo que les parecerá á cuantos en esta corte son.» La Dueña dijo: «E vos, señora Reina, que una de las mas principales mujeres del mundo en seso y en bondad Dios hizo, ¿qué me decídes?—Dígovos, dijo ella, que, segun es loado y presciado Angriote entre los buenos, merece ser señor de una gran tierra, é amado de cualquier dueña que él amase.» Amadís le dijo: «Mi buena señora, no creais que por acidente ni aficion hice aquella promesa á Angriote; que si tal fuera, mas por locura é liviandad que por virtud me debiera ser reputado; mas conóciendo su gran bondad en armas, que á mí muy caro me hobiera de costar, é la gran aficion é amor que él vos tiene, tove por cosa justa que, no solamente yo, mas todos aquellos que buen conocimiento tienen, debriamos procurar cómo él de aquella pasion, é vos del poco conocimiento que dél teníades, fuésedes remediados.—Cierto, Señor, dijo ella, en vos ha tanta bondad, que no vos dejaria decir sino verdad ante tantos hombres buenos; y pues lo vos por tan bueno teneis, y el Rey é la Reina, mis señores, yo seria muy loca si dél no me pagase, aunque tal pleito sobre mí no toviese, de que con derecho no me puedo partir, y védesme aquí, haced de mí á vuestra guisa. Amadís la tomó por la mano, é llamando á Angriote, le dijo delante de quince caballeros de su linaje que con él vinieron: «Amigo, yo vos prometí que vos haria haber vuestra amiga á todo mi poder, é decidme si es esta.—Esta es, dijo Angriote, mi señora é cuyo yo soy.—Pues yo os entrego della, dijo Amadís, por pleito que vos caseis ambos é la honreis é ameis sobre todas las otras del mundo.—Cierto, Señor, dijo Angriote, deso vos creeré yo muy bien.» El Rey mandó al obispo de Salerno que los llevase á la capilla y les diese las bendiciones de la santa Iglesia; é así se fueron Angriote é la dueña é todos los de su linaje con el Obispo á la villa, donde se hizo con mucha solemnidad el casamiento; que podemos decir que, no los hombres, mas Dios, veyendo la gran mesura de que Angriote con aquella dueña usó cuando la en su libre poder tovo, é no quiso contra su voluntad hacer aquello que en el mundo mas deseaba; antes, con gran peligro de su persona, se puso por su mandado donde por Amadís fué puesto muy cerca de la muerte; que quiso que una tan gran resistencia fecha por la razon contra la voluntad tan desordenada, sin aquel mérito que merecia é tanto él deseaba no quedase.

CAPITULO XXXII.

Cómo el rey Lisuarte, estando ayuntadas las cortes, quiso saber su consejo de los caballeros de lo que hacer convenia.

Con sus ricos hombres el rey Lisuarte quedó por les fablar é díjoles: «Amigos, así como Dios me ha fecho mas rico é mas poderoso de tierra y gente que ninguno de mis vecinos, así es razon que, guardando su servicio, procure yo de hacer mejores é mas loadas cosas que ninguno dellos; é quiero que me digais todo aquello que vuestros juicios alcanzaren, por donde pueda á vos é á mí en mayor honra sostener; é dígovos que lo así faré.» Barsinan, señor de Sansueña, que en el consejo estaba, dijo: «Buenos señores, ya habeis oido lo que el Rey vos encarga; yo ternia por bien, si á él le pluguiese, que dejándovos aparte sin la su presencia, determinásedes lo que demanda, porque mas sin empacho vuestros juicios fuesen en la razon guiados, y

despues el suyo tomase á aquello que mas á su querer conforme fuese.» El Rey dijo que decia bien, é rogándole á él que con ellos quedase, se pasó á otra tienda, y ellos quedaron en aquella que estaban. Entonces dijo Serolois el flamenco, que á la sazon conde de Clara era: «Señores, en esto que el Rey nos mandó que le aconsejemos, conocido é manifiesto está lo que mas cumple, para que su grandeza é honra guardada y ensalzada sea en esta guisa. Los hombres en este mundo no pueden ser poderosos sino por haber grandes gentes ó grandes tesoros; pero, como los tesoros sean para buscar é pagar las gentes, que esta es la mas conveniente cosa de las temporales en que gastar se deben, bien se muestra referirse todo á la mucha compaña, como lo mas principal con que los reyes é grandes, no solamente son amparados é defendidos, mas sojuzgar y señorear lo ajeno como lo suyo proprio; é por esto, buenos señores, yo ternia por guisado que otro consejo, si este no, el Rey nuestro señor tomase, faciendo buscar á todas partes los buenos caballeros, dándoles abundosamente de lo suyo, amándolos é haciéndoles honra; é con esto, los extraños de otras tierras se moverian á lo servir, esperando que su trabajo alcanzaria el fruto que merece; que hallaréis, si en vuestras memorias os recogiérdes, nunca hasta hoy haber sido ninguno grande ni poderoso sino aquellos que los famosos caballeros buscaron é tuvieron en su compañía; y que con ellos gastando sus tesoros, alcanzaron otros muy mayores de los ajenos.» No hobo hí hombre en el consejo que por bueno no tuviese esto que el Conde dijera, y en ello se otorgaron.

Cuando Barsinan, señor de Sansueña, vió cómo todos en aquello se otorgaban, pesóle de corazon, porque por aquella via muy á duro podia en efecto venir lo que él pensaba, é dijo: «Cierto, nunca vi tantos hombres buenos que tan locamente otorgasen á una palabra; é decirvos he por qué: si este vuestro señor hace lo que el conde de Clara dijo, ante que dos años pasen serán en vuestra tierra tantos caballeros extraños, que no solamente el Rey les dará aquello que á vosotros de dar habia, mas queriéndoles agradar é contentar como á las cosas nuevas naturalmente se hace, vosotros seréis olvidados y en mucho menos tenidos; así que, mirad bien é con mas acuerdo lo que debédes aconsejar; que á mí no me atañe mas de ser muy pagado y contento, pues que aquí me hallo, que mi consejo vos fuese muy provechoso.» Algunos hobo hí envidiosos é codiciosos que se atovieron á este consejo; así que, luego la discordia entre ellos fué; por donde acordaron que el Rey viniese, é con su gran discrecion escogiese lo mejor. Pues él venido, oyendo enteramente en lo que estaban é la diferencia que tenian, claramente se le representó la razon ante sus ojos, é dijo: «Los reyes no son grandes solamente por lo mucho que tienen, mas por lo mucho que mantienen; que con su sola persona ¿qué harian? Por ventura no tanto como otro; ni con ella ¿qué bastaria para gobernar su estado? Ya vos lo podédes entender; ¿serian poderosas las muchas riquezas para le quitar de cuidado? Cierto no, si gastadas no fuesen allí donde se deben; luego bien podemos juzgar que el buen entendimiento y esfuerzo de los hombres es el verdadero tesoro; ¿quereislo saber? Mirad lo que con ellos hizo aquel grande Alejandro, aquel fuerte Julio César é aquel orgulloso Aníbal, é otros muchos que contar se podrian, que seyendo en su voluntad liberales de dinero, muy ricos é muy ensalzados con sus caballeros en este mundo, fueron repartiéndolo por ellos, segun que cada uno merecia; é si algo en ello de mas ó de menos hobo, puédese creer que por la mayor parte lo hicieron, pues que tan lealmente de los mas dellos servidos é acatados fueron. Así que, buenos amigos, no solamente he por bueno procurar é haber buenos caballeros, mas que vosotros con todo cuidado me los trayais é allegueis; que seyendo yo mas honrado é mas temido de los extraños, mas honrados é guardados vosotros seréis; é si en mí alguna virtud hobiere, nunca olvidaré por los nuevos á los antiguos; é luego me nombrad aquí todos los que por mejores conosceis destos que al presente en mi corte son venidos, porque antes que della partan, en nuestra compañía queden.» Esto se hizo luego, que tomándolos el Rey por un escripto, los mandó á su tienda llamar cuando hobo comido; é allí les rogó que le otorgasen leal compañía, y se no partiesen de su corte sin su mandado; y él les prometió de los querer é amar, é hacer mucha honra y merced; de guisa que guardando sus posesiones de lo suyo proprio, dél fuesen sus estados mantenidos. Todos los que allí eran lo otorgaron, fueras ende Amadís, que por ser caballero de la Reina, con alguna causa dello excusar se pudo.

Esto así hecho, la Reina dijo que la escuchasen si les pluguiese; que les queria hablar. Entonces se llegaron todos é callaron por oir lo que diria; ella dijo al Rey: «Señor, pues que tanto habeis ensalzado é honrado los vuestros caballeros, cosa guisada seria que así lo haga yo á las mis dueñas é doncellas; é por su causa á todas en general, por do quiera y en cualquiera parte que estén; é para esto pido á vos é á estos hombres buenos que me otorgueis un don; que en semejantes fiestas se deben pedir é otorgar las buenas cosas.» El Rey miró los caballeros é dijo: «Amigos, ¿qué harémos en esto que la señora Reina pide?—Que se le otorgue, dijeron ellos, todo lo que demandare.—¿Quién hará ende al, dijo don Galaor, sino servir á tan buena señora? Pues que así vos place, dijo el Rey, séale el don otorgado, aunque sea grave de hacer.—Así sea,» dijeron todos ellos. Esto oido por la Reina, dijo: «Lo que vos demando en don es, que siempre sean de vosotros las dueñas é doncellas muy guardadas y defendidas de cualquiera que tuerto ó desaguisado les ficiere; á asimesmo que si caso fuere que haya prometido algun don á hombre, que vos le pida, é otro don á dueña ó doncella, que antes el dellas seais obligados á complir, como parte mas flaca é que mas remedio ha menester; é así lo haciendo, serán con esto las dueñas é doncellas mas favorescidas é guardadas por los caminos que andovieren, é los hombres desmesurados ni crueles no osarán hacerles fuerza ni agravio, sabiendo que tales defendedores por su parte y en su favor tienen.» Oido esto por el Rey, fué muy contento del don que la Reina pidió, é todos los caballeros que delante estaban; é así lo mandó el Rey guardar como ella lo pedia, é así se

guardó en la Gran Bretaña por luengos tiempos, que jamás caballero ninguno lo quebrantó por aquellos que en ella sucedieron; pero de cómo fué quebrado no vos lo contarémos, pues que al propósito no hace.

CAPITULO XXXIII.

Cómo estando el rey Lisuarte en gran placer, se humilló ante él una doncella cubierta de luto á pedirle merced tal, que fué por él otorgada.

Con tal compaña estando el rey Lisuarte, en tanto placer como oides, queriendo ya la fortuna comenzar su obra con que aquella gran fiesta en turbacion puesta fuese, entró por la puerta del palacio una doncella asaz hermosa, cubierta de luto, é fincando los hinojos ante el Rey, le dijo: «Señor, todos han placer, sino yo sola, que he cuita é tristeza, é la no puedo perder sino por vos.—Amiga, dijo el Rey, ¿qué cuita es esa que habeis?—Señor, dijo ella, por mi padre é mi tio, que son en prision de una dueña, donde nunca los fará sacar fasta que le dén dos caballeros tan buenos en armas como uno que ellos mataron.—E ¿por qué lo mataron? dijo el Rey.—Porque se alababa, dijo ella, que él solo se combatiria con ellos dos, con gran orgullo y soberbia que en sí habia; é ahincólos tanto, que, de sobrada vergüenza constreñidos, hobieron de entrar con él en un campo, donde, siendo los dos vencedores, el caballero quedó muerto. Esto fué ante el castillo de Galdenda, la cual siendo señora del castillo, mandó luego prender á mi padre é tio, jurando de los no soltar, porque le mataran aquel caballero que ella tenia para hacer una batalla. Mi padre le dijo: Dueña, por eso no me detengais, ni á este mi hermano; que esa batalla yo la haré. Cierto, dijo ella, no sois vos tal para que mi justicia segura fuese, é dígovos que de aquí no saldréis fasta que me trayais dos caballeros, que cada uno dellos sea tan bueno é tan probado en armas como el que me matástes, porque con ellos se remedie el daño que del muerto me vino.—¿Sabédes vos, dijo el Rey, dónde quiere la dueña que se fagá la batalla?—Señor, dijo la doncella, eso no sé yo, sino que veo á mi padre é mi tio presos, contra toda justicia, donde sus amigos no los pueden valer.» E comenzó de llorar muy agramente; y el Rey, que muy piadoso era, hobo della gran duelo, é díjole: «Agora me decid si es lueñe donde esos caballeros son presos.—Bien irán y vernán en cinco dias, dijo la doncella.—Pues escoged aquí dos caballeros, cuales vos agradaren, é irán con vos.—Señor, dijo ella, yo soy de tierra extraña é no conozco á ninguno, é si os pluguiere, iré á la Reina mi señora que me conseje.—En el nombre de Dios,» dijo él. Ella se fué á la Reina, é contóle su razon así como al Rey la contara, é á la cima dijo cómo le daba dos caballeros que con ella fuesen; que le pedia por merced, pues ella no los conocia, por la fe que debia á Dios é al Rey, gelos escogiese ella aquellos que mejor pudiesen su gran cuita remediar.—¡Ay doncella! dijo la Reina, de guisa me rogastes, que lo habré de hacer; mas mucho me pesa de los apartar de aquí.» Estonces hizo llamar á Amadís é á Galaor, y ellos vinieron ante ella, é dijo contra la doncella: «Este caballero es mio, y este otro del Rey; é dígoos que estos dos son los mejores que yo sé aquí ni en otro lugar.» La doncella preguntó cómo habian nombre; la Reina dijo: «Este ha nombre Amadís, y el otro Galaor.—¡Cómo! Señor, dijo la doncella, ¿vos sois Amadís, el muy buen caballero que par no tiene entre todos los otros? Por Dios, agora se puede acabar lo que yo demando, tanto que allá con vuestro hermano llegueis.» E dijo á la Reina: «Señora, por Dios os pido que les rogueis que la ida comigo hagan.» La Reina gelo rogó y gelo encomendó mucho. Amadís miró contra su señora Oriana, por ver si otorgaba aquella ida, y ella, habiendo piedad de aquella doncella, dejó caer los guantes de la mano en señal que lo otorgaba; que así lo tenian entre ambos concertado; é como esto vido, dijo contra la Reina que le placia de hacer su mandado. Ella les rogó que se tornasen lo mas presto que ser pudiese, y defendióles que por otra ninguna cosa que excusar pudiesen no tardasen en la venida. Amadís se llegó á Mabilia, que estaba con Oriana fablando, como que della se queria despedir, é Oriana le dijo: «Amigo, si Dios me vala, mucho me pesa en vos haber otorgado la ida; que mi corazon siente en ello gran angustia.—Quiera Dios que sea por bien, Señora, dijo Amadís; aquel que tan fermosa os fizo vos dé siempre alegría; que do quiera que yo sea, vuestro soy para os servir.—Amigo, señor, dijo ella, pues que ya no puede ser al, á Dios vayais encomendado, y él vos mantenga, é dé honra sobre todos los caballeros del mundo.»

Entonces se partieron de allí, é fuéronse á armar, é despedidos del Rey é de sus amigos, entraron en el camino con la doncella. Así andovieron por donde la doncella los guiaba fasta ser mediodía pasado, que entraron en la floresta que Malaventurada se llamaba, porque nunca entró en ella caballero andante que buena dicha ni ventura hobiese, ni estos dos no se partieron della sin gran pesar; é tanto que alguna cosa comieron de lo que sus escuderos levaban, tornaron á su camino fasta la noche, que facia luna clara. La doncella se aquejaba mucho, é no facia sino andar. Amadís le dijo: «Doncella, ¿no quereis que folguemos alguna pieza?—Quiero, dijo ella; mas será adelante, donde hallarémos unas tiendas con tal gente, que mucho placer vuestra vista les dará; y venid vuestro paso, é yo iré á hacer cómo albergueis.» Estonces se fué la doncella, y ellos se detenian algo mas; pero no andovieron mucho, que vieron dos tiendas cerca del camino, é hallaron la doncella é otras con ella, que los atendia, é dijo: «Señores, en esta tienda descabalgad é descansaréis; que hoy trajistès gran jornada.» Ellos así lo hicieron, é fallaron sirvientes que les tomaron las armas é los caballos, é leváronlo todo fuera. Amadís les dijo: «¿Por qué nos levais las armas?—Porque, Señor, dijo la doncella, habeis de dormir en la tienda donde las ponen.» E siendo así desarmados, sentados en un tapete, esperando la cena, no pasó mucho que dieron sobre ellos fasta quince hombres entre caballeros y peones bien armados, y entraron por la puerta de la tienda diciendo: «Sed presos; si no, muertos sois.» Cuando esto oyó Amadís levantóse é dijo: «¡Por santa María! hermano, traidos somos en engaño á la mayor traicion del mundo.» Es-

tonces se juntaron de consuno, y de grado se defendieran, mas no tenian con qué. Los hombres les pusieron las lanzas á los pechos é á las espaldas é á los rostros; é Amadís estaba tan sañudo, que la sangre le salia por las narices é por los ojos, é dijo contra los caballeros: «¡Ay traidores! vos védes bien cómo es; que si nos armas toviésemos, de otra guisa se partiria el pleito.—No vos tiene eso pro, dijo el caballero; sed presos.» Dijo Galaor: «Si lo fuéremos, serlo hemos con gran traicion, y esto probaré yo á los dos mejores de vosotros, é aun dejaria venir tres en tal que me diésedes mis armas.—No ha menester aquí prueba, dijo el caballero; que si mas en este caso hablais, recibiréis gran daño.—¿Qué quereis? dijo Amadís; que antes serémos muertos que presos, ende mas de traidor.» El caballero se tornó á la puerta de la tienda é dijo: «Señora, no se quieren dar á prision; ¿matarlos hemos?» Ella dijo: «Estad un poco, é si no ficieren mi voluntad, tajadles las cabezas.» La dueña entró en la tienda, que era muy fermosa y estaba muy sañuda, é dijo á los caballeros del rey Lisuarte: «Sed mis presos; si no, muertos seréis.» Amadís se calló, é Galaor le dijo: «Hermano, agora no habemos de dudar, pues la dueña lo quiere.» E dijo contra la dueña: «Mandadnos dar, Señora, nuestras armas é caballos, é si vuestros hombres no nos pudieren prender, entonces nos pornémos á vuestra prision; que agora en lo ser no facemos nada por vos, segun en la forma que estamos.—No vos creeré, dijo ella, esta vez; mas conséjovos que seais mis presos.» Ellos lo otorgaron, pues vieron que no podian mas facer.

Desta guisa que ois fueron otorgados en su prision, sin que la dueña supiese quién eran, que la doncella no lo quiso decir, porque sabia cierto que en la hora los faria matar; de lo cual se ternia por la doncella mas sin ventura del mundo en que por su causa tales dos caballeros muriesen, é mas quisiera la muerte que habelles fecho aquella jornada; pero no pudo ya mas hacer de lo tener secreto. La dueña les dijo: «Caballeros, agora que mis presos sois, os quiero mover un pleito, que si lo otorgais, dejarvos he libres; de otra guisa, creed que vos faré poner en una tan esquiva prision, que os será mas grave que la muerte.—Dueña, dijo Amadís, tal puede ser el pleito, que sin mucha pena lo otorgarémos, é tal, que si es nuestra vergüenza, antes sofrirémos la muerte.—De vuestra vergüenza, dijo ella, no sé yo; pero si vos otorgais que os despediréis del rey Lisuarte en llegando donde él está, é diréis que lo hecistes por mandado de Madasima, la señora de Gantasi, mandarvos he soltar; y que ella lo hace porque él tiene en su casa al caballero que mató al buen caballero Dardan.» Galaor le dijo: «Señora, si esto mandais porque el Rey haya pesar, no lo tengais así; que nosotros somos dos caballeros que por agora no tenemos sino esas armas é caballos; é como en su casa haya otros muchos de gran valor que le sirven, poco dará él por nosotros que estemos ó que nos vamos, é á nosotros es eso muy gran vergüenza; tanto, que por ninguna guisa lo farémos.—¡Cómo! dijo ella, ¿antes quereis ser puestos en aquella prision que apartaros del mas falso rey del mundo?—Dueña, dijo Galaor, no vos conviene lo que decis; que el Rey es bueno y leal, é no ha en el mundo caballero á quien yo no probase que en él no ha punto de falsedad.—Cierto, dijo la dueña, en mal punto lo amais tanto.» E mandó que les atasen las manos. «Eso haré yo de grado, dijo un caballero, é si lo mandais, les cortaré las cabezas.» E trabó á Amadís del un brazo, mas él lo tiró á sí, é fué por le dar con el puño en la cabeza, y el caballero la desvió, é alcanzándolo en los pechos, fué el golpe tan grande, que lo derribó á sus piés todo estordido. Entonces fué una grande vuelta en la tienda, llegándose todos por lo matar; mas un caballero viejo que hí estaba metió mano á su espada é comenzó de amenazar á aquellos que lo querian ferir, é hízolos tirar afuera; pero antes dieron en la espalda diestra á Amadís una lanzada, mas no fué grande; é aquel caballero viejo dijo contra la dueña: «Vos haceis la mayor diablura del mundo en tener caballeros fijosdalgo en vuestra prision y dejarlos matar.—¡Cómo! ¿no matarán, dijo ella, al mas loco caballero del mundo, que en mal punto hizo tal locura?» Galaor dijo: «Dueña, no consentirémos que nuestras manos aten sino vos, que sois dueña é muy hermosa, é somos vuestros presos, é conviene de os catar obediencia.—Pues que así es, dijo ella, yo lo haré.» E tomándoles las manos, gelas fizo atar reciamente con una correa; é faciendo desarmar las tiendas, poniéndolos en sendos palafrenes así atados, é hombres que les llevaban las riendas, comenzaron de caminar, é Gandalin y el escudero de Galaor iban á pié, atados en una soga; é así anduvieron toda la noche por aquella floresta; é dígovos que entonces deseaba Amadís su muerte, no por la mala andanza en que estaba, que mejor que otro sabia sofrir las semejantes cosas, mas por el pleito que la dueña les demandaba; que si lo no ficiese, ponerle-hi-an en tal parte donde no pudiese ver á su señora Oriana; é si lo otorgase, asimesmo della se alongaba, no podiendo vivir en la casa de su padre; é con esto iba tan atónito, que todo lo al del mundo se le olvidaba. El caballero viejo que lo librara cuidó que de la ferida iba mal trecho, é dolióse dél mucho, porque la doncella que allí los trajera le habia dicho que aquel era el mas valiente y mas esforzado caballero en armas que en todo el mundo habia; y esta doncella era hija de aquel caballero, é habíale rogado que por Dios é por merced trabajase de los guardar de muerte; que ella seria por todo el mundo culpada é la ternian por traidora; é díjole cómo aquel era Amadís de Gaula, y el otro Galaor, su hermano, que al Gigante matara. El caballero sabia muy bien á qué fin los habian allí traido, é habia dellos muy gran duelo, por ver tratarlos de tal guisa en ser tales caballeros en armas; y deseaba mucho salvarlos de la muerte, si pudiese, que tan allegada y cercana les veia; y llegándose á Amadís, le dijo: «¿Sentides vos mal de vuestra llaga, ó cómo ides?» Amadís cuando lo oyó así al caballero hablar alzó el rostro, é vió que era el caballero viejo que en la tienda lo librara de los otros caballeros que matarlo quisieran, é díjole: «Amigo, señor, yo no he llaga de que me duela; mas duélome de una doncella que á tan gran engaño nos trajo, viniendo nosotros en su ayuda, y facernos tan gran traicion.—¡Ay señor! dijo el caballero,

verdad es que engañados fuistes, é por ventura yo sé mas de vuestra hacienda de lo que vos cuidais, é sí Dios me ayude é guarde de mal, cómo vos pornia reparo si alguna manera para ello fallar pudiese; é quiérovos dar un consejo, que será bueno, que si lo tomais, no vos vernán dello mal; que si vos conocen, sabiendo quién sois, no ha en vos sino la muerte, que en el mundo no ha cosa que della vos escape; mas haced agora así: vos sois muy hermoso, é faced buen semblante, y llegarvos he á la dueña tanto que le haya dicho que sois el mejor caballero del mundo, y requeridla de casamiento ó de haber su amor en otra guisa; que ella es mujer que ha su corazon cual le place, y entiendo que por vuestra bondad ó por la hermosura que muy extremada teneis, alcanzaréis una destas dos cosas; é si la quisiere otorgar, punad que sea muy ahína, porque ella tiene de enviar desde onde hoy fuéremos á dormir, á saber de vuestros nombres; é quiérovos mas decir de cierto, que la doncella que vistes, que aquí os ha traido, no gelo ha querido decir, negando que lo sabe; por esta via, é con lo que yo ayudare, podria ser que libres fuésedes.» Amadís, que mas temia á su señora Oriana que la muerte, dijo al caballero: «Amigo, Dios puede hacer de mí su voluntad, mas eso nunca será, aunque me ella rogase é por ello fuese quito.—Cierto, dijo el caballero, por maravilla lo tengo, que estáis en punto de muerte, é no trabajeis por cualquiera manera de haber guarida.—Tal guarida, dijo Amadís, yo no tomaré, si Dios quisiere; mas hablad con ese otro caballero, que con mas derecho que á mí lo podeis loar.» El caballero se fué entonces á Galaor é hablóle por aquella manera que lo dijera á su hermano, y él fué muy alegre cuando lo oyó, é dijo: «Señor caballero, si vos haceis que yo sea juntado á la dueña, siempre serémos en vuestra honra é mandado.—Agora me dejad ir á hablar con ella, dijo el caballero; yo cuido algo hacer.» Entonces pasó delante, é llegando á la dueña, dijo: «Señora, vos llevais áquí presos, é no sabeis á quién.—¿Por qué me lo decis? dijo ella.—Porque llevais el mejor caballero de armas que yo agora sé, é mas complido de todas buenas maneras.—¿No sea Amadís? dijo la dueña, aquel que tanto yo querria quitar la vida.—No, Señora, dijo el caballero; que no lo digo sino por este que aquí delante viene, que, demás de su gran bondad, es el mas fermoso caballero mancebo que yo nunca vi, é sois contra él desmesurada, é no lo fagais, que es gran villanía; que, como quiera que sea preso, nunca vos lo mereció, ante lo es por el desamor que á otro habeis; honradle y mostradle buena cara, é podrá ser que por allí lo atraerédes á lo que os place, ante que por otra via.—Pues atenderlo quiero, dijo ella, y veré qué hombre es.—Veréis, dijo el caballero, uno de los mas fermosos caballeros que nunca vistes.» A esta sazon juntó Amadís con Galaor, é díjole: «Galaor, hermano, véoos con gran saña y en peligro de muerte; ruégoos que esta vez os atengais á mi consejo.—Así lo haré, dijo él, é Dios ponga en vos mas vergüenza que miedo.» La dueña tuvo el palafren é atendiólo, é viólo mejor que de noche lo viera, é parecióle el mas fermoso del mundo, é dijo: «Caballero, ¿cómo os vá?—Dueña, dijo él, vamé como no vos iria si fuésedes en mi poder, como lo soy yo en el vuestro; porque vos haria mucho servicio é placer, é vos no sé á qué causa lo haceis comigo todo al contrario, no os lo mereciendo; que mejor os seria para ser vuestro caballero é os servir é amar como á mi señora, que no para estar metido en prision que tan poca pro os trae.» La dueña, que lo miraba, fué dél muy pagada mas que de ninguno que visto ni tratado hobiese, é díjole: «Caballero, si yo os quisiese tomar por amigo é quitar desta prision, ¿dejaríades por mí la compañía del rey Lisuarte, é diríades que por mí la dejábades?—Sí, dijo Galaor, y dello vos haré cualquier pleito que demandárdes; é así lo fará aquel otro mi compañero, que no salirá de lo que yo mandare.—Mucho soy ende alegre, é ahora me otorgad lo que decis ante todos estos caballeros, é yo vos otorgaré de hacer luego vuestra voluntad, é quitaré á vos é á vuestro compañero de prision.—Mucho soy contento, dijo Galaor.—Pues quiero, dijo la dueña, que todo se otorgue ante una dueña, donde hoy irémos á albergar, y en tanto aseguradme que vos no partais de mí, é desatarvos han las manos, é iréis sueltos.» Galaor llamó á Amadís é díjole que él le otorgase de no se partir de la dueña; y él lo otorgó, é luego les mandó desatar las manos, é Galaor dijo: «Pues mandad soltar nuestros escuderos, que no se partirán de nos.» E asimismo fueron sueltos, é diéronles un palafren sin silla en que fuesen.

Así fueron todo aquel dia, é Galaor fablando con Madasima; é al sol puesto llegaron al castillo que llamaban Abiés, é la señora les acogió muy bien, que mucho se amaban entrambas dueñas. Madasima dijo á Galaor: «¿Quereisme otorgar el pleito que habemos puesto?—Quiero de grado, dijo él, é otorgadme vos lo que me prometistes.—En el nombre de Dios,» dijo la dueña. Entonces llamó á la señora del castillo é á dos caballeros fijos suyos, que ahí eran con ella, é díjoles: «Quiero que seais vosotros testigos de un pleito que con estos caballeros hago.» É dijo por don Galaor: «Este caballero es mi preso é quiero facer dél mi amigo, é así lo es el otro su compañero, é soy convenida con ellos en esta guisa, qué ellos se partan del rey Lisuarte, é le digan que por mí lo hacen; é que yo les quite la prision, dejándolos libres, é que vos é vuestros hijos seais con ellos ante el rey Lisuarte, é veais cómo lo cumplan; é si no, que digais é publiqueis lo que pasa, porque todos lo sepan; é desto les doy plazo de diez dias.—Buena amiga, dijo la señora del castillo, á mí me place de hacer lo que decis tanto que ellos lo otorguen.—Así lo otorgamos nos, dijo don Galaor, y esta dueña cumpla lo que de su parte dice.—Eso, dijo ella, luego se hará.» Así quedaron como ois; é aquella noche durmió don Galaor con Madasima, que muy hermosa é muy rica era é hijadalgo, mas no de tan buen precio como debia; y ella fué mas pagada dél que de ningun otro que jamás viese; é á la mañana mandóles dar sus caballos é armas, é quitándoles la prision, se fué camino de Gantasi, que así habia nombre su castillo, é ellos entraron en el camino de Lóndres, onde era el rey Lisuarte, muy alegres en haber así escapado de tal traicion, é porque cuidaban salir de su promesa mucho á su honra; é aquella noche albergaron en casa

de un ermitaño, donde hobieron muy pobre cena, é otro dia continuaron su camino.

CAPITULO XXXIV.

En que demuestra la perdicion del rey Lisuarte é de todos sus acaecimientos á causa de sus promesas, que eran ilícitas.

Estando el rey Lisuarte é la reina Brisena, su mujer, en sus tiendas con muchos caballeros é dueñas é doncellas, al cuarto dia que de allí partieran Amadís é don Galaor, su hermano, entró por la puerta el caballero que el manto é la corona le dejara, como ya oistes; é fincando los hinojos ante el Rey, le dijo: «Señor, ¿cómo no teneis la fermosa corona que yo vos dejé, é vos, Señora, el rico manto?» El Rey se calló, que ninguna respuesta le quiso dar, y el caballero dijo: «Mucho me place que os no pagastes della, pues que me quitaran de perder la cabeza ó el don que por ello me habíades á dar; é pues así es, mandádmelo dar, que no me puedo detener en ninguna guisa.» Cuando esto oyó, pesóle fuertemente é dijo: «Caballero, el manto ni la corona no os lo puedo dar, que lo he todo perdido; mas me pesa por vos, que tanto os hacia menester, que por mí, aunque mucho valia.—¡Ay cativo! muerto só, dijo el caballero.» E comenzó á hacer un duelo tan grande, que maravilla era, diciendo: «¡Cativo de mí sin ventura! muerto soy de la peor muerte; que nunca murió caballero que la tan poco mereciese. E caíanle las lágrimas por las barbas, que eran blancas como la lana blanca. El Rey hobo dél gran piedad é díjole: «Caballero, no temais de vuestra cabeza; que toda cosa que yo haya vos la habréis para la guarecer; que así os lo he prometido é así lo terné.» El caballero se le dejó caer á sus piés para gelos besar, mas el Rey lo alzó por la mano é dijo: «Ahora pedid lo que os placerá.—Señor, dijo él, verdad es que me hobistes á dar mi manto é mi corona, ó lo que por ello vos pidiese; é Dios sabe, Señor, que mi pensamiento no era demandar lo que agora pediré; é si otra cosa para mi remedio en el mundo hobiese, no os enojaria en ello, mas no puedo hí al hacer; mas bien sé que vos será muy grave de dar; mas tan grave seria que tal hombre como vos fallesciese de su lealtad; á vos pesará de me lo dar, é á mí de lo recebir.—Agora demandad, dijo el Rey; que tan cara cosa no será que yo haya que la vos no hayádes.—Muchas mercedes, dijo el caballero; mas es menester que me fagais asegurar de cuantos agora son en vuestra corte, que me no harán tuerto ni fuerza sobre mi don, é por vos mismo me aseguraréis; que de otra guisa ni vuestra verdad seria guardada, ni yo seria satisfecho si por una parte se me diese é por otra me lo quitasen.—Razon es, dijo el Rey, lo que pedis, é así lo otorgo.» E mandólo pregonar. Entonces el caballero dijo: «Señor, yo no podria ser quito de muerte sino por mi corona é mi manto, ó por vuestra fija Oriana; é agora me dad dello lo que quisiérdes; que yo mas querria lo que os dí.—¡Ay caballero, dijo el Rey, mucho me habeis pedido.» E todos hobieron muy gran pesar, que mas ser no podia; pero el Rey, que era el mas leal del mundo, dijo: «No vos pese; que mas conviene la pérdida de mi hija que falta de mi palabra, porque lo uno daña á pocos é lo otro al general; donde redundaria mayor peligro, porque las gentes, no siendo seguras de la verdad de sus señores, muy mal entre ellas el verdadero amor se podria conservar; pues donde este no hay no puede haber cosa que mucha pro tenga.» E mandó que luego le trajesen allí su fija.

Cuando la Reina é las dueñas é doncellas esto oyeron comenzaron á facer el mayor duelo del mundo; mas el Rey las mandó acoger á sus cámaras, é mandó á todos los suyos que no llorasen, so pena de perder su amor, diciendo: «Agora averná de mi fija lo que Dios tuviere por bien; mas la mi verdad no será á mi saber falsedad.» En esto llegó la muy fermosa Oriana ante el Rey como atónita, y cayéndole á los piés, le dijo: «Padre, señor, ¿qué es esto que quereis facer?—Fágolo, dijo el Rey, por no quebrar mi palabra.» E dijo contra el caballero: «Veis aquí el don que pedistes; ¿quereis que vaya con ella otra compaña?—Señor, dijo el caballero, no traigo comigo sino dos caballeros é dos escuderos, aquellos con que vine á vos á Vindilisora, é otra compaña no puedo llevar; mas yo vos digo que no ha de qué temer fasta que la yo ponga en la mano de aquel á quien la he de dar.—Vaya con ella una doncella, dijo el Rey, si quisiérdes, porque mas honra é honestidad sea, é no vaya entre vos sola.» El caballero lo otorgó. Cuando Oriana esto oyó cayó amortecida; mas esto no hobo menester, que el caballero la tomó entre sus brazos, é llorando, que parecia hacerlo contra su voluntad, é dió la á un escudero que estaba en un rocin muy grande é mucho andador; é poniéndola en la silla, se puso él en las ancas, é dijo el caballero: «Tenedla, no caya, que va tollida; é Dios sabe que en toda esta corte no ha caballero que mas pese que á mí deste hecho.» Y el Rey fizo venir la doncella de Denamarca é mandóla poner en un palafren, é dijo: «Id con vuestra gran señora, é no la dejeis por mal ni por bien que vos avenga en cuanto con ella os dejaren.—¡Ay cativa! dijo ella, nunca cuidé hacer tal ida.» E luego movieron ante el Rey; y el gran caballero é muy membrudo que en Vindilisora no quiso tirar el yelmo, tomó á Oriana por la rienda, é sabed que este era Arcalaus el encantador; é al salir del corral sospiró Oriana muy fuertemente, como si el corazon se le partiese, é dijo así como tollida: «¡Ay buen amigo! en fuerte punto se otorgó el don; que por esto somos vos é yo muertos.» Esto decia por Amadís, que le otorgara la ida con la doncella; é los otros cuidaron que por ella é por su padre lo dijera; mas los que la llevaban entraron luego en la floresta, andando con ella á gran priesa hasta que dejaron aquel camino y entraron en un hondo valle. El Rey cabalgó en un caballo, é un palo en la mano, guardando que ninguno los contrallase, pues que él les habia asegurado.

Mabilia, que á unas finiestras estaba haciendo muy grande duelo, vió cerca del muro pasar á Ardian, el enano de Amadís, que iba en un gran rocin é ligero, é llamólo con gran cuita que tenia, é dijo: «Ardian, amigo, si amas á tu señor, no huelgues dia ni noche hasta que lo falles é le cuentes esta mala ventura que aquí es fecha; é si lo no faces, serle-hí-as traidor; que es cierto que él lo querria agora mas saber que haber esta cibdad por suya.—¡Por santa María! dijo el Enano, él lo sabrá lo mas ahína que ser pudiere.» E dando del azote

al rocin, se fué por el camino que viera ir á su señor á mas andar; mas agora os contarémos lo que á esta sazon aconteció al Rey.

Cuando así él estaba á la entrada de la floresta, como oistes, haciendo tornar todos los caballeros que allá salian, teniendo consigo veinte caballeros, vió venir la doncella á quien él habia el don prometido, diciendo que le probase, é que sabria mas del esfuerzo de su corazon; é venia en un palafren que andaba ahína, é traia á su cuello una espada muy bien guarnida, é una lanza con un fierro muy hermoso, é la asta pintada; é llegando al Rey, le dijo: «Señor, Dios vos salve é dé alegría é corazon que me atengais lo que me prometistes en Vindilisora ante vuestros caballeros.—Doncella, dijo el Rey, yo habia mas menester alegría de la que tengo; mas, como quier que esto sea, bien me miembra lo que os dije, é así lo compliré.—Señor, dijo ella, con esa esperanza vengo yo á vos como al mas leal rey del mundo, é agora me vengad de un caballero que va por esta floresta, que mató á mi padre al mayor aleve del mundo é forzóme á mí, y encantóle de tal guisa, que no puede morir si el mas honrado hombre del reino de Lóndres no le da un golpe con esta lanza é otro con esta espada. E la espada diera él á guardar á una su amiga, cuidando que le mucho amaba; pero no era así, que muy mortalmente lo desamaba, é diómela á mí é la lanza para con que me vengase dél; é yo sé que si por vuestra mano no, que el mas honrado sois, por otro no puede ser muerto; é si la venganza vos atreviérdes hacer, habédes de ir solo, porque yo le prometí de le dar hoy un caballero con que se combatiese, é á esta causa es allí venido, cuidando que la espada é la lanza no las podria yo haber; y es tal el pleito entre nos, que si él venciere, que le perdone mi queja, é si fuere vencido, que haga dél mi voluntad.—En el nombre de Dios, dijo el Rey, yo quiero ir con vos.» E mandó traer sus armas é armóse ahína, é cabalgó en su caballo, que él mucho preciaba, é la doncella le dijo que ciñese la espada que ella traia; y él, dejando la suya, que era la mejor del mundo, tomó la otra y echó su escudo al cuello. E la doncella le llevó el yelmo é la lanza pintada, é fuése con ella, defendiendo á todos que ninguno fuese tan osado que tras él pensase de ir. E así andovieron un rato por la carrera, mas la doncella gela hizo dejar, é guió por otra parte, cerca de unos árboles que estaban, donde entraban los que llevaban á Oriana, é allí vió estar el Rey un caballero todo armado sobre un caballo negro, é al cuello un escudo verde, el yelmo otro tal. La doncella dijo: «Señor, tomad vuestro yelmo; que védes allí el caballero que vos dije.» El lo enlazó luego, é tomando la lanza, dijo: «Caballero soberbio é de mal talante, agora os guardad.» E abajando la lanza, y el caballero la suya, se dejaron correr contra sí cuanto los caballos los podian llevar, é firiéronse de las lanzas en los escudos; así que, luego fueron quebradas, é la del Rey quebró tan ligero, que solo no la sintió en la mano, é cuidó que fallesciera de su golpe, é puso mano al espada, é el caballero á la suya, é firiéronse por cima de los yelmos, é la espada del caballero entró bien la media por el yelmo del Rey, mas la del Rey quebró luego por cabe la manzana, é cayó el fierro en el suelo. Entonces conoció que era traicion, y el caballero le comenzó á dar golpes por todas partes á él é al caballo; é cuando el Rey vió que el caballo le mataba fuése á abrazar con él, y el otro asimismo con él, é tiraron por sí tan fuerte, que cayeron en tierra, y el caballero cayó debajo, y el Rey tomó la espada que el otro perdiera de la mano, é comenzóle á dar con ella los mayores golpes que podia. La doncella, que esto vido, dió grandes voces, diciendo: «¡Ay Arcalaus! acorre, que mucho tardas, é dejas morir tu cohermano.» Cuando el Rey así estaba por matar el caballero oyó un grande estruendo, é volvió la cabeza é vió diez caballeros que contra él venian corriendo, é uno venia delante, diciendo á grandes voces: «Rey Lisuarte, muerto eres; que nunca un dia reinarás ni tomarás corona en la cabeza.» Cuando esto oyó el Rey fué muy espantado, é temióse de ser muerto, é dijo con gran esfuerzo que siempre tuvo é tenia: «Bien puede ser que moriré, pues tanta ventaja me teneis; mas todos moriréis por mí, como traidores é falsos que sois.» E llegando aquel caballero al mas correr de su caballo, dió al Rey de toda su fuerza una tal lanzada en el escudo, que sin detenencia ninguna de mas poderse valer, le puso las manos en tierra; mas luego fué levantado, como aquel que se queria amparar hasta la muerte, que muy cercana á sí la tenia, é dióle tan cruel golpe del espada en la pierna del caballo, que gela cortó toda, y el caballero cayó so el caballo, é luego dieron todos sobre él, y él se defendia bravamente; mas defensa no tovo hí menester, que él fué mal parado de los pechos de los caballos; é los dos caballeros, que eran á pié, abrazáronse con él é sacáronle la espada de las manos. Despues tiráronle el escudo del cuello y el yelmo de la cabeza, y echáronle una gruesa cadena á la garganta, en que habia dos ramales, é ficiéronle cabalgar en un palafren; é tomándole sendos caballeros por los ramales, comenzáronse de ir con él; é llegando entre los árboles, en un valle hallaron á Arcalaus, que tenia á Oriana é á la doncella de Denamarca; y el caballero que iba ante el Rey dijo: «Cohermano, védes aquí el rey Lisuarte.—Cierto, dijo él, buena venida fué esta, é yo haré que nunca dél tema ni de los de su casa.—¡Ay traidor! dijo el Rey, bien sé yo que harias tú toda traicion; eso te haria yo conoscer, aunque vó mal llagado, si te agora comigo quisieses combatir.—Cierto, dijo Arcalaus, por vencer tal caballero como vos no me preciara yo mas.» Así movieron todos de consuno por aquella carrera, que se partia en dos lugares, é Arcalaus llamó á un su doncel é díjole: «Véte á Lóndres cuanto pudieres, é di á Barsinan que se trabaje de ser rey, que yo le terné lo que le dije; que todo es ya á punto.» El doncel se fué luego, é Arcalaus dijo á su compaña: «Id vos á Daganel con diez caballeros destos, é llevad á Lisuarte é metedlo en la mi cárcel, é yo llevaré á Oriana con estos cuatro, é mostrarle he donde tengo mis libros é mis cosas en Monte-Aldin.» Este era de los mas fuertes castillos del mundo; pues allí fueron partidos los diez caballeros con el Rey, é los cinco con Oriana, en que iba Arcalaus, dando á entender que su persona valia tanto como cinco caballeros.

¿Qué dirémos aquí, emperadores, reyes é grandes que en los altos estados sois puestos? Este rey Lisuarte

en un dia con su grandeza el mundo pensaba señorear, y en este mismo dia, perdida la hija, sucesora de sus reinos, él preso, deshonrado, encadenado, en poder de un encantador malo, cruel, se vió, sin darse remedio. Guardáos, guardáos; tened conoscimiento de Dios, que aunque los grandes é altos estados da, quiere que la voluntad y el corazon muy humildes é bajos sean, é no en tanto tenidos, que las gracias, los servicios que él meresce, sean en olvido puestos; sinó aquello con que sostenerlos pensais, que es la gran soberbia, la demasiada cobdicia; aquello que es el contrario de lo que él quiere vos lo hará perder con semejante deshonra; é sobre todo, considerad los sus secretos é grandes juicios, que seyendo este rey Lisuarte tan justo, tan franco, tan gracioso, permitióle serle venido tan cruel revés; ¿qué hará contra aquellos que todo esto al contrario tienen? ¿Sabeis qué? Que así como su voluntad fué que deste cruel peligro milagrosamente se remediase, acatando merecer algo dello las sus buenas obras, así á los que las no hacen ni ponen mesura en sus maldades, en este mundo los cuerpos, y en el otro las ánimas, serán perdidos é dañados. Pues ya el muy poderoso Señor, contento en haber dado tan duro azote á este rey, queriendo mostrar que así para abajar lo alto é lo alzar sus fuerzas bastan, puso en ello el remedio que agora oiréis.

CAPÍTULO XXXV.

Cómo Amadís é Galaor supieron la traicion hecha, é se deliberaron de procurar, si pudiesen, la libertad del Rey é de Oriana.

Veniendo Amadís é Galaor por el camino de Lóndres, donde no menos peligro de muerte habian recebido estando en la prision de la dueña señora del castillo de Gantasi, siendo á dos leguas de la cibdad, vieron venir á Ardian el enano cuanto mas el rocin lo podia llevar. Amadís, que lo conoció, dijo: «Aquel es mi enano; é no me creais si con cuita de alguno no viene, porque nos demanda.» El Enano llegó á ellos é contóles todas las nuevas cómo llevaban á Oriana. «¡Ay santa María! val, dijo Amadís; é ¿por dónde van los que la llevan?—Cabe la villa es el mas derecho camino,» dijo el Enano. Amadís firió al caballo de las espuelas, é comenzó de ir cuanto mas podia, así tollido, que solamente no podia hablar á su hermano, que iba en pos dél. Así pasaron entrambos cabe la villa de Lóndres cuanto los caballos los podian llevar, que solo no cataban por nada, sino Amadís, que preguntaba á los que veia por dónde llevaban á Oriana, y ellos gelo mostraban.

Pasando Gandalin por so las finiestras donde estaba la Reina é otras muchas mujeres, la Reina lo llamó é lanzóle la espada del Rey, que era una de las mejores que nunca caballero ciñera, é díjole: «Da esta espada á tu señor, é Dios le ayude con ella; é di á él é á Galaor que el Rey se fué de aquí hoy en la mañana con una doncella, é no tornó, ni sabemos dónde lo llevó.» Gandalin tomó la espada é fuése cuanto mas pudo, é Amadís, que no cataba por dónde iba, con la gran cuita é pesar erró el paso de un arroyo, é cuidando saltar de la otra parte, el caballo, que cansado era, no lo pudo complir é cayó en el lodo. Amadís decendió é tiróle por el freno, é allí lo alcanzó Gandalin, é dióle la espada del Rey é díjole las nuevas dél como la Reina lo dijera; é tomando el caballo de Gandalin, tornó al camino, é Galaor se fué su paso, en cuanto él cabalgó é halló un rastro por donde parecia haber ido caballeros; é atendió á su hermano, é dejando la carrera, acogiéronse al rastro, é á poco rato encontraron unos leñadores, é aquellos vieran toda la aventura del Rey é de Oriana; mas no sopieron quién eran, ni á ellos se osaron allegar; antes se escondieron en las matas mas espesas, é el uno dellos dijo: «Caballeros, ¿venis vos de Lóndres?—E ¿por qué lo preguntais? dijo Galaor. —Porque si ha de allá caballero menos ó doncella, dijo él; que nos vimos aquí una aventura.» Entonces les dijeron cuanto vieran de Oriana é del Rey, y ellos conocieron luego que el Rey fuera preso á traicion; é díjoles Amadís: «¿Sabeis quién eran, é quién prendió á ese rey?—No, dijo él, mas oí á la doncella que lo aquí trajo llamar á grandes voces á Arcalaus.—¡Ay Señor Dios! dijo Amadís, plega á vos de me juntar con aquel traidor.» Los villanos les fueron mostrar por dónde llevaron los diez caballeros al Rey, é los cinco á Oriana, é dijo el villano: «El uno de los cinco era el mejor caballero que nunca vi.—¡Ay! dijo Amadís, aquel es el traidor de Arcalaus.» E dijo á Galaor: «Hermano, señor, id vos en pos del Rey, é Dios guie á mí é á vos.» E firiendo el caballo de las espuelas, se fué por aquella via, é Galaor por la que al Rey llevaban, á cuanto mas andar podian.

Partido Amadís de su hermano, cuitóse tanto de andar, que cuando el sol se queria poner le cansó el caballo, tanto, que de paso no lo podia sacar; é yendo con mucha congoja, vió á la mano diestra cabe una carrera un caballero muerto, y estaba cabe él un escudero que tenia por la rienda un gran caballo. Amadís se llegó á él é díjole: «Amigo, ¿quién mató ese caballero?—Matóle, dijo el escudero, un traidor que acá va, é lleva las mas hermosas doncellas del mundo forzadas; matóle, no por otra razon sino por le preguntar quién eran, é yo no puedo haber quien me ayude á lo llevar de aquí.» Amadís le dijo: «Yo te dejaré este mi escudero que te ayude, é dame ese caballo; é prométote de darte dos caballos mejores por él.» El escudero gelo otorgó. Amadís subió en el caballo, que era muy hermoso, é dijo á Gandalin: «Ayuda al escudero, é tanto que pongais al caballero en algun poblado tórnate á este camino é vénte en pos de mí.» E partiendo de allí, comenzó de se ir por el camino cuanto podia; é hallóse ya cerca del dia en un valle donde vió una ermita, é fué allá por saber si moraba hí alguno; é hallando un ermitaño, le preguntó si pasaran por allí cinco caballeros que llevaban dos doncellas. «Señor, dijo el hombre bueno, no pasaron que los yo viese; mas ¿vistes vos un castillo que allá queda?—No, dijo Amadís; é ¿por qué lo decis?—Porque, dijo él, agora se va de aquí un doncel mi sobrino, que me dijo que albergara hí Arcalaus el encantador, é traia unas hermosas doncellas forzadas.—Por Dios, dijo Amadís, pues ese traidor busco yo.—Cierto, dijo el ermitaño, él ha hecho mucho mal en esta tierra, é Dios saque tan mal hombre del mundo ó lo emiende; mas ¿no traeis otra ayuda? —No, dijo Amadís, sino la de Dios.—Señor, dijo él

ermitaño, ¿no decis que son cinco, é Arcalaus, que es el mejor caballero del mundo é mas sin pavor?—Sea él cuanto quisiere, dijo Amadís; que él es traidor é soberbio, é así lo serán los que le aguardan, é por esto no les dudaré.» Entonces le preguntó quién era la doncella; Amadís gelo dijo. El ermitaño dijo: «¡Ay santa María vos ayude! que tan buena señoría no sea en poder de tan mal hombre.—¿Habédes alguna cebada, dijo Amadís, para este caballo?—Sí, dijo él, é de grado os la daré.» Pues en tanto que el caballo comia preguntóle Amadís cúyo era el castillo; el hombre bueno le dijo: «De un caballero que Grumen se llama, primo cohermano de Dardan, aquel que en casa del rey Lisuarte fué muerto, é cuido que por eso acogeria hí los que desaman al rey Lisuarte.—Agora vos encomiendo á Dios, dijo Amadís, é ruégovos que me hayais mientes en vuestras oraciones, é mostradme el camino que al castillo guia.» El hombre bueno gelo mostró, é Amadís anduvo tanto, que llegó á él, é vió que habia el muro alto é las torres espesas; é llegóse á él, mas no oyó hablar á ninguno dentro, é plúgole, que bien cuidó que Arcalaus no seria aun salido, é anduvo el castillo al derredor, é vió que no habia mas de una puerta. Entonces se tiró afuera entre unas peñas, é apeándose del caballo, tomóle por la rienda y estuvo quedo, teniendo siempre los ojos en la puerta, como aquel que no habia sabor de dormir. A esta sazon rompia el alba, é cabalgando en su caballo, tiróse mas afuera por un valle; que hobo recelo, si visto fuese, de poner sospecha que no saldrian los del castillo, cuidando ser mas gente, é subió en un otero cubierto de grandes y espesas matas. Entonces vió salir por la puerta del castillo un caballero, é subióse en otro otero mas alto, é cató la tierra á todas partes. Despues tornóse al castillo, é no tardó mucho que vió salir á Arcalaus é sus cuatro compañeros muy bien armados, y entre ellos la muy hermosa Oriana, é dijo: «¡Ay Dios! agora é siempre me ayude é me guie en su guarda.» En esto se llegó tanto Arcalaus, que pasó cabe donde él estaba; é Oriana iba diciendo: «Amigo, señor, ya nunca os veré, pues que ya se me llega la mi muerte.» A Amadís le vinieron las lágrimas á los ojos, é decendiendo del otero lo mas ahína que él pudo, entró con ellos en un gran campo é dijo: «¡Ay Arcalaus traidor! no te conviene llevar tan buena señora.» Oriana, que la voz de su amigo conoció, estremecióse toda; mas Arcalaus é los otros se dejaron é él correr, y él á ellos, é firió á Arcalaus, que delante venia, tan duramente, que lo derribó en tierra por sobre las ancas del caballo, é los otros le firieron, é dellos fallecieron de sus encuentros; é Amadís pasó por ellos, é tornando muy presto su caballo, firió á Grumen, el señor del castillo, que era uno dellos, de tal guisa, que el fierro y el fuste de lanza le salió de la otra parte, é cayó luego muerto, é fué la lanza quebrada. Despues metió mano á la espada del Rey, é dejóse ir á los otros, é metióse entre ellos tan bravo é con tanta saña, que por maravilla era los golpes que les daba; é así le crecia la fuerza y el ardimiento en andar valiente é ligero, que le parecia, si el campo todo fuese lleno de caballeros, que le no podian durar é defender ante la su buena espada.

Haciendo estas maravillas que oides, dijo la doncella de Denamarca contra Oriana: «Señora, acorrida sois, pues aquí es el caballero bienaventurado, é mirad las maravillas que hace.» Oriana dijo entonces: «¡Ay amigo! Dios vos ayude é guarde; que no hay otro en el mundo que nos acorra ni mas valga.» El escudero que la tenia el rocin dijo: «Cierto, yo no atenderé en mi cabeza los golpes que los yelmos é las lorigas no pueden detener ni resistir.» E poniéndola en tierra, se fué huyendo cuanto mas pudo. Amadís, que entre ellos andaba, trayéndolos á su voluntad, dió al uno un tal golpe en el brazo, que gelo derribó en tierra; este comenzó de huir, dando voces con la rabia de la muerte, é fué para otro que ya el yelmo de la cabeza le derribara, é hendióle hasta el pescuezo. Cuando el otro caballero vió tal destruicion en sus compañeros, comenzó de huir cuanto mas podia. Amadís, que movia en pos dél, oyó dar voces á su señora, é tornando presto, vió á Arcalaus, que ya cabalgara, é que tomando á Oriana por el brazo, la pusiera ante sí, é se iba con ella cuanto mas podia. Amadís fué en pos dél sin detenencia ninguna, é alcanzólo por aquel gran campo; é alzando la espada por lo herir, sufrióse de le dar gran golpe, que la espada era tal, que cuidó que mataria á él é á su señora; é dióle por cima de las espaldas, que no fué de toda su fuerza; pero derribóle un pedazo de la loriga é una pieza del cuero de las espaldas.

Entonces dejó Arcalaus caer en tierra á Oriana por se ir mas ahína, que se temia de muerte; é Amadís le dijo: «¡Ay Arcalaus! torna é verás si soy muerto como dejiste.» Mas él no le quiso creer; antes se echó el escudo del cuello, é Amadís lo alcanzó antes, é dióle un golpe de lueñe por la cinta de la espada, é cortó la loriga, y en los lomos, é la punta de la espada alcanzó al caballo en la ijada, é cortóle ya cuanto; así que, el caballo, con el temor, comenzó de correr de tal forma, que en poca de hora se alongó gran pieza. Amadís, como quiera que lo mucho desamase é desease matar, no fué mas adelante por no perder á su señora, é tornóse donde ella estaba; é descendiendo de su caballo, se le fué fincar de hinojos delante é le besó las manos, diciendo: «Agora haga Dios de mí lo que quisiere; que nunca, Señora, os cuidé ver.» Ella estaba tan espantada, que le no podia hablar, é abrazóse con él, que gran miedo habia de los caballeros muertos que cabe ella estaban. La doncella de Denamarca fué á tomar el caballo de Amadís, é vió la espada de Arcalaus en el suelo, é tomándola la trajo á Amadís, é dijo: «Ved, Señor, qué fermosa espada. El la cató, é vió ser aquella con que le echaran en la mar, é gela tomó Arcalaus cuando lo encantó; é así estando, como ois, sentado Amadís cabe su señora, que no tenia esfuerzo para se levantar, llegó Gandalin, que toda la noche andoviera, é habia dejado el caballero muerto en una ermita; con que gran placer hobieron. Mas tan grande le hobo él en ver así parado el pleito. Entonces mandó Amadís que pusiese á la doncella de Denamarca en un caballo de los que estaban sueltos, y él puso á Oriana en el palafren de la doncella, é movieron de allí tan alegres, que mas ser no podia. Amadís llevaba á su señora por la rienda, y ella le iba diciendo cuán espantada iba de

aquellos caballeros muertos, que no podia en sí tornar; mas él le dijo: «Muy mas espantosa é cruel es aquella muerte que yo por vos padezco; é, Señora, doledvos de mí, é acordáos de lo que me teneis prometido; que si hasta aquí me sostuve, no es por al, siño creyendo que no era mas en vuestra mano ni poder de me dar mas de lo que me daba. Mas si de aquí adelante, viéndovos, Señora, en tanta libertad, no me acorriésedes, ya no bastaria ninguna cosa que la vida sostener me pudiese; antes seria fenecida con la mas rabiosa esperanza que nunca persona murió.» Oriana le dijo: «Por buena fe, amigo, nunca, si yo puedo, por mi causa vos seréis en ese peligro. Yo haré lo que quereis, é vos haced como, aunque aquí yerro ó pecado parezca, no lo sea ante Dios.»

Así andovieron tres leguas hasta entrar en un bosque muy espeso de árboles, que cabe una villa cuanto una legua estaba. A Oriana prendió gran sueño, como quien no habia dormido ninguna cosa la noche pasada, é dijo: «Amigo, tan gran sueño me viene, que me no puedo sufrir.—Señora, dijo él, vàmos aquel valle é dormiréis.» E desviando de la carrera, se fueron al valle, donde hallaron un pequeño arroyo de agua é yèrba verde muy fresca; allí descendió Amadís á su señora é dijo: «Señora, la siesta entra muy caliente; aquí dormiréis hasta que venga la fria; y en tanto enviaré á Gandalin aquella villa, é traernos ha con que refresquemos.—Vaya, dijo Oriana; mas ¿quién gelo dará?» Dijo Amadís: «Dárgelo han sobre aquel caballo, é venirse á pié.—No será así, dijo Oriana; mas lleve este mi anillo, que ya nunca nos tanto como agora valdrá.» E sacándolo del dedo, lo dió á Gandalin; y cuando él se iba dijo paso contra Amadís: «Señor, quien buen tiempo tiene é lo pierde, tarde lo cobra.» E esto dicho, luego se fué. E Amadís entendió bien por qué lo él decia. Oriana se acostó en el manto de la doncella en tanto que Amadís se desarmaba, que bien menester lo habia; y como desarmado fué, la doncella se entró á dormir en unas matas espesas, é Amadís tornó á su señora, é cuando así la vió tan hermosa y en su poder, habiéndole ella otorgado su voluntad, fué tan turbado de placer é de empacho, que solo mirar no la osaba; así que, se puede bien decir que en aquella verde yerba, encima de aquel manto, mas por la gracia é comedimiento de Oriana que por la desenvoltura ni osadía de Amadís, fué fecha dueña la mas hermosa doncella del mundo; é creyendo con ello las sus encendidas llamas resfriar, aumentándose en muy mayor cantitad, mas ardientes é con mas fuerza quedaron, así como en los sanos é verdaderos amores acaescer suele. Así estuvieron de consuno con aquellos autos amorosos cuales pensar é sentir puede aquel é aquella que de semejante saeta sus corazones heridos son, hasta que el empacho de la vènida de Gandalin hizo á Amadís levantar, é llamando la Doncella, dieron buena órden de aderezar cómo comiesen, que bien les hacia menester; donde, aunque los muchos servidores é las grandes vajillas de oro é de plata allí faltaron, no quitaron aquel dulce é gran placer que en la comida sobre la yerba hobieron. Pues así como oides estaban estos dos amantes en aquella floresta con tal vida cual nunca á placer del uno é del otro dejaba fuera, si la pudieran sin empacho é gran vergüenza sostener.

Donde los dejarémos holgar é descansar, é contarémos qué le avino á don Galaor en la demanda del Rey.

CAPITULO XXXVI.

Cómo don Galaor libertó al rey Lisuarte de la prision en que traidoramente lo llevaban.

Partido don Galaor de Amadís, su hermano, como ya oistes, entró en el camino por donde llevaban al Rey, é cuidóse de andar cuanto mas pudo, como aquel que habia grande cuita de los alcanzar; é no tenía mientes en cosa que viese, sino en su rastro; é así anduvo hasta hora de vísperas, que entró en un valle, é halló en él la huella de los caballos donde habian parado. Entonces siguió aquel rastro cuanto el caballo lo podia llevar, que le pareció que no podian ir lueñe; mas no tardó mucho que vió ante sí un caballero todo bien armado en un buen caballo, que á él salió é le dijo: «Estad, señor caballero, é decidme qué cuita os hace así correr.—Por Dios, dijo Galaor, dejadme de vuestra pregunta; que me detengo con vos, en que mucho mal puede venir.—¡Por santa María! dijo el caballero, no pasaréis de aquí hasta que me lo digais ó vos combatais comigo.» É Galaor no hacia en esto sino irse; y el caballero del valle le dijo: «Cierto, caballero, vos fuides habiendo hecho algun mal, é agora vos guardad; que saberlo quiero.» Entonces fué á él con su lanza bajada, y el caballo al mas correr. Galaor tornó, mas echado el escudo á las espaldas; cuando lo sintió cerca de sí sacó ahína el caballo de la carrera é apartóse, y el caballero no lo pudo encontrar, antes pasó tan recio por él como quien traia el caballo valiente é folgado; é así fué una pieza ante Galaor, é tornó á él, tomando la lanza á sobre mano, é díjole: «Ay caballero malo é cobarde, no te me puedes mamparar por ninguna guisa que me no digas lo que te demando, ó morirás.» Entonces fué para él muy recio; é Galaor, que el caballo mas diestro traia, guardóse del encuentro, é no hacia sino ir adelante cuanto podia andar. El caballero, que su caballo tan presto tener no pudo, cuando tornó vió que Galaor se le habia alongado gran pieza, é dijo: «Si me Dios ayude, no me vos iréis así.» Y él, que sabia bien la tierra, tomó por un atajo é fuésele poner en un paso. Galaor, que lo vió, mucho le pesó, y el caballero le dijo: «Cobarde, malo, sin corazon, agora escoged de tres cosas cual quisiérdes: ó que os combatais, ó vos tornad, ó me decid lo que os pregunto.—De cualquier me pesa, dijo Galaor; mas no haceis como cortés, que yo no me tornaré, é si me combatiere, no será á mi placer; mas si quereis saber la priesa que llevo, seguidme y verlo heis, porque me deternia mucho en vos lo contar, é á la cima no me creeríades; tanto es de mala ventura.—En el nombre de Dios, dijo el caballero, agora pasad, é dígovos que no iréis este tercero dia sin mí.» Galaor pasó adelante, y el caballero en pos dél; é cuando á media legua de aquel lugar fueron, vieron andar un caballero á pié todo armado tras un caballo de que cayera, é otro caballero que dél se partia, que se iba á mas andar; y el caballero que iba con don Galaor conoció al caballero der-

rribado, que era su primo cohermano, é fué ahína le tomar el caballo, é diógelo, diciendo: «¿Qué fué esto, señor cohermano?» él dijo: «Yo iba cuidando en lo que vos sabeis; así que, solo en mí no paraba mientes, é no caté sino cuando me dió aquel caballero que allá va una lanzada en el escudo tal, que el caballo hinojó comigo, é yo caí en tierra y el caballo fuyó; mas luego puse mano á la espada é llamélo á la batalla, pero no quiso venir, antes me dijo que otra vez fuese mas acordado en responder cuando me llamasen; é por la fe que debeis á Dios, dijo él, vayamos tras él, si lo haber pudiéremos, é veréis cómo me vengo.—Eso no puedo yo facer, dijo el cohermano; que este tercero dia he de aguardar aquel caballero tras quien vó.» E contóle cuanto con él le aviniera. «Cierto, dijo el caballero, ó él es el mas cobarde del mundo, ó va acometer algun gran hecho, porque se así guarda, é quiero dejar la venganza de mi injuria por ver lo que averná deste pleito.»

En esto vieron ir á Galaor lueñe, que él no hacia sino andar, é los dos cohermanos se fueron en pos dél; é á esta hora era ya cerca de la noche. Galaor entró en una floresta, é con la noche perdió el rastro, é no sabia á cuál parte ir. Estonces comenzó á pedir merced á Dios que lo guiase en tal manera, que fuese el primero que aquel socorro hiciese, et cuidando que los caballeros se desviarian con el Rey á alguna parte á dormir, anduvo escuchando de un cabo y de otro por unos valles, mas no oia nada. Los dos cohermanos, que lo seguian, cuidaban que por el camino iba; mas cuanto anduvieron fasta una legua salieron de la floresta é no le vieron; é creyendo que se les escondiera, fueron á albergar á casa de una dueña que hí cerca moraba. Galaor anduvo por la floresta á todas partes, y pensó de pasar la floresta, pues que en ella nada fallaba, é sobir otro dia en algun otero alto para mirar la tierra; é tornando al camino que ante llevaba, anduvo tanto, que salió á lo raso, y estonces vió suso por un valle un fuego pequeño, é yendo allá, falló que posaban hí arrieros; é cuando así armado lo vieron, con miedo tomaron lanzas é hachas, é fueron contra él, y él les dijo que se no temiesen de ningun mal, mas que les rogaba que le diesen un poco de cebada para el caballo. Ellos gela dieron, é allí dió de cenar á su caballo; ellos le dijeron si comeria; él dijo que no, mas que dormiria un poco que lo despertasen ante que amaneciese.

Entonces eran ya pasadas las dos partes de la noche. Galaor se echó á dormir cabe el fuego así armado, é cuando el alba comenzó á romper levantóse, que no dormia mucho asosegado, como aquel que habia gran cuita en no hallar los que buscaba; é cabalgando en su caballo, tomando sus armas, los acomendó á Dios, y ellos á él, que el su escudero no pudo tener con él, y desde allí prometió, si Dios le guardase, de dar á su escudero el mejor caballo; é fuése derecho á un otero alto, é desde allí comenzó de mirar la tierra á todas partes. Estonces salieron los dos cohermanos que en la casa de la dueña albergaran, y esto era ya de día; é vieron á Galaor, é conociéronlo en el escudo, é fueron contra él; mas ellos en moviendo viéronlo decender del otero cuanto su caballo lo podia llevar, y el caballero derribado dijo: «Ya nos vió é fuye; cierto, yo cuido que por alguna mala ventura anda así fuyendo y encubriéndose; é Dios no me ayude, si lo alcanzar puedo, si dél no lo sé á su daño, si lo mereciere, é vayamos tras él.» Mas don Galaor, que muy léjos de su cuidar estaba, viera ya pasar los caballeros un paso que á la salida de la floresta habia, é los cinco pasaban adelante, é los otros cinco despues, y en medio dellos iban hombres desarmados, y él cuidó que aquellos eran los que al Rey llevaban, é fué contra ellos tal como aquel que ya su muerte por salvar la vida ajena tenia ofrecido; é seyendo cerca dellos, vio al Rey metido en la cadena, é hobo dél tal pesar, que no dudando la muerte, se dejó correr á los cinco que delante venian é dijo: «¡Ay traidores! por vuestro mal posistes mano en el mejor hombre del mundo.» E los cinco vinieron contra él; mas él hirió al primero por los pechos en guisa que el fierro con un pedazo de la asta le salió á las espaldas, é dió con él muerto en tierra; é los otros le firieron tan fuerte, que el caballo ficieron con él hinojar, y el uno le metió la lanza por entre el pecho y el escudo, é perdiéndola, la tomó Galaor, é fué herir al otro con ella en la cuxa de la pierna, é falsóle el arnés é la pierna, y entró la lanza por el caballo; así que, el caballero fué tollido é allí quebró la lanza, é poniendo mano á la espada, vió venir todos los otros contra sí, y él se metió entre ellos tan bravo, que no ha hombre que de verlo no se espantase cómo podia sofrir tantos y tales golpes como le daban; y estando en esta gran priesa y peligro, por ser los caballeros muchos, quísole Dios acorrer con los dos cohermanos que lo seguian, que cuando así lo vieron mucho fueron maravillados de tan gran bondad de caballero, é dijo el que en pos dél iba: «Cierto, sin razon culpábamos aquel de cobarde, é vámosle socorrer en tan gran priesa.—¿Quién haria al, dijo el otro, sino acorrer al mejor caballero del mundo? Y no creais que tantos hombres acomete sino por algun gran hecho.» Entonces se dejaron ir á gran correr de los caballos, é fueron los ferir muy bravamente, como aquellos que eran muy esforzados é sabidores de aquel menester, que no habia hí tal dellos que no pasase de diez años que fuera caballero andante; é dígoos que el primero habia nombre Ladasin el esgremidor, y el otro don Guilan el cuidador, el buen caballero. A esta sazon habia ya menester Galaor mucho su ayuda; que el yelmo habia tajado por muchos lugares é abollado, y el arnés roto por todas partes, y el caballo llagado, que cerca andaba de caer; mas por eso no dejaba él de hacer maravillas é dar tan grandes golpes á los que alcanzaba, que á duro lo osaban atender; é cuidaba que si su caballo no le falleciese, que le no durarian, que á la fin no los matase; mas seyendo llegados los dos cohermanos, como ya oistes, estonces se le paraba á él mejor el pleito; que ellos se combatian tan bien é con tan gran esfuerzo, que él se maravilló mucho; é como así se halló mas libre en ser los golpes que él levaba repartidos, entonces hacia él las cosas extrañas, que podia ferir á su voluntad; é fué tan grande la priesa que les dió, é los cohermanos en su ayuda, que en poca de hora fueron todos muertos é vencidos.

Cuando esto vió el cohermano de Arcalaus dejóse ir

al Rey por lo matar; é como los que con él estaban fuyeran todos, él decendiera del palafren así con su cadena á la garganta, é tomara un escudo é la espada del caballero que primero murió, y el otro que le quiso ferir por cima de la cabeza. El Rey alzó el escudo, donde rescibió el golpe, é fué tal, que la espada entró por el brocal bien un palmo, é alcanzó con la punta della al Rey en la cabeza, é cortóle el cuero é la carne fasta el hueso; mas el Rey le dió al caballo en el rostro con la espada tal golpe, que la no pudo sacar, y el caballo enarmonóse é fué caer sobre el caballero. Galaor, que ya estaba á pié, porque el su caballo no se podia mudar; é iba por socorrer al Rey, fué para el caballero por le tajar la cabeza, y el Rey dió voces que le no matase. Los dos cohermanos, que fueran tras un caballero que se les iba é lo habian muerto, cuando volvieron é vieron al Rey mucho fueron espantados; que de su prision no sabian ninguna cosa, é decendieron ahína, é tirados los yelmos, fueron fincar los hinojos ante él, y él los conoció, é levantándolos por las manos, dijo: «Por Dios, amigos, en buena hora me acorristes, é gran mal me hace la amiga de don Guilan, que me lo tira de mi compañía, é por su causa pierdo yo á vos, Ladasin.» Guilan hobo gran vergüenza y embermejecióle el rostro; mas no que por eso dejase de amar aquella su señora duquesa de Bristoya, y ella amaba á él; así que, ya hobieron aquel fin que de sus amores desearon, é siempre el Duque tovo sospecha que fuera don Guilan el que en su castillo entrara cuando allí fué Galaor, como la historia os ha contado.

Mas dejemos agora esto, é tornemos al Rey, qué fizo despues que libre fué. Sabed que don Galaor sacó al primo de Arcalaus de so el caballo, é quitando la cadena al Rey, la puso á él; é tomaron de los caballos de los caballeros muertos, y el Rey tomó uno é Galaor otro, que el suyo no se movia, é comenzáronse de ir camino de Lóndres muy alegres. Ladasin contó al Rey todo lo que con Galaor le aconteciera, y el Rey le preciaba mucho por se así guardar, segun la demanda que llevaba; et Guilan asimesmo le dijo cómo siendo cuidando en su amiga tan fieramente, que en al no paraba mientes, que el caballero le derribara sin nada le decir. Mucho rió el Rey dello, diciéndole que aunque muchas cosas habia oido que los enamorados por sus amigas ficiesen, pero no que á este semejase; «é con gran causa, segun veo, os llaman Guilan el cuidador.» En estas cosas é otras de mucho placer fueron hablando fasta llegar á casa de Ladasin, que muy cerca dende moraba, é allí llegó á ellos el escudero de Galaor é Ardian, el enano de Amadís, que cuidaba que su señor iba por aquella via á le buscar.

Galaor contó al Rey de la forma que él é Amadís se partieran, é que debia enviar á Lóndres, porque los leñadores dirian las nuevas, é con ellas se moviera toda la corte. «Pues que Amadís, dijo el Rey, va en el socorro de mi hija, no la entiendo perder, si aquel traidor no le hace por encantamento algun engaño, y en esto que decis, bien será que sepa la Reina mi hacienda.» E mandó á un escudero de Ladasin, que sabia bien la tierra, que se fuese luego con aquellas nuevas. Pues allí albergó el Rey aquella noche, donde fué muy bien servido, é otro dia tornaron á su camino; é íbales contando el primo de Arcalaus cómo todo lo pasado fuera por consejo de Barsinan, señor de Sansueña, pensando ser rey de la Gran Bretaña. Entonces se cuidó el Rey de andar mas que antes, por le hallar ahí.

CAPITULO XXXVII.

De cómo vino la nueva á la Reina que era preso el rey Lisuarte, é de cómo Barsinan ejecutaba su traicion, queriendo ser rey, é al fin fué perdido, y el Rey restituido en su reino.

Los leñadores, que vieran cómo al Rey le acaesciera, llegaron á la villa é dijéronlo todo. Cuando esto fué sabido, la revuelta fué muy grande á maravilla, é armáronse todos los caballeros, é al mas correr de sus caballos salian por todas partes; así que, el campo parescia ser lleno dellos. Arban, el rey de Norgales, estaba hablando con la Reina é llegaron hí sus escuderos con sus armas é caballos, y entrando á él un doncel donde estaba, dijo: «Señor, armáos; ¿qué estáis haciendo? Ya no queda caballero en la villa de la compaña del Rey sino vos; que todos se van al mas correr de los caballos por la floresta.—E ¿por qué? dijo Arban.—Porque dicen, dijo el doncel, que llevan preso al Rey diez caballeros.—¡Ay santa María! dijo la Reina, que siempre lo he temido;» é cayó amortecida. Arban la dejó en poder de las dueñas é doncellas, que facian gran duelo, é fuése á armar, é cabalgando en su caballo, oyó decir á grandes voces que tomaban el alcázar. «¡Santa María! dijo Arban, todos somos vendidos.» E tuvo que faria mal si la Reina desamparase.

A esta sazon era por la villa tan gran vuelta como si allí todos los del mundo fuesen. Arban se paró á la puerta del palacio de la Reina así armado con docientos caballeros de los suyos, y envió dos dellos que supiesen la revuelta cómo era; y llegando al alcázar, vieron cómo Barsinan era dentro con toda su compaña, é degollaba é mataba cuantos haber podia, é otros despeñaba de los muros; que cuando oyó la revuelta é la prision del Rey no paró ojo á otra cosa, é los del Rey, no lo sospechando, iban sin recelo en el socorro; é tenia consigo seiscientos caballeros é sirvientes bien armados. Cuando Arban lo supo por sus caballeros dijo: «Por consejo de traidor el Rey es preso.» Siendo ya Barsinan apoderado en el alcázar, dejó allí gente que lo guardase, é salió con la otra á prender á la Reina é tomar la silla é corona del Rey. Los de la villa, que vieron que así iba el pleito, íbanse todos á las casas de la Reina así armados como podian. Cuando Barsinan llegó á las casas de la Reina falló hí á Arban con toda su compaña é asaz gente de la villa, é Barsinan le dijo: «Arban, fasta aquí fuiste el mas sesudo caballero mancebo que haya visto; haz de aquí adelante cómo el seso no pierdas.—¿Por qué me lo dices? dijo Arban.—Porque yo sé, dijo él, que el rey Lisuarte va en manos de quien la cabeza sin el cuerpo me enviará antes de cinco dias; y en esta tierra ninguno como yo hay que pueda é deba ser rey, é así lo seré todavía; é la tierra de Norgales, que en señorío tienes, yo te la otorgo, porque eres buen caballero é sabido, é tírate afuera, é tomaré la silla é la corona; é si al quisieres

hacer, de aquí te desafio, é dígote que ninguna será contra mí por me tirar mi tierra, que la cabeza no le mande cortar. —Cierto, dijo Arban, tú dices cosas por que yo seré contra tí en cuanto viva: la primera que me consejas, que sea traidor contra mi señor, habiendo tan gran cuita; é la otra, que sabes que lo matarán los que lo llevan, en que se parece claro ser tú en la traicion. Pues teniendo yo siempre en la memoria ser una de las mas preciadas cosas del mundo la lealtad, é tú desechándola, siendo, como malo, contra ella, mal nos podriamos convenir. —¡Cómo! dijo Barsinan, ¿tú me cuidas tirar que no sea rey de Lóndres? —Rey de Lóndres nunca lo será traidor, dijo Arban, é demás en vida del mas leal rey del mundo.» Barsinan dijo: «Yo te cometí primero de tu pro mas que á los otros, creyendo que eras el mas sabido dellos, é agora me pareces mas menguado de seso; é yo te haré bien conocer tu locura, é ver quiero lo que farás; que tomar quiero la corona é la silla; que lo merezco por bondades. —Sobre eso faré yo tanto, dijo Arban, como si el Rey mi señor en ella asentado fuese. —Agora lo veré,» dijo Barsinan; é mandó á su compaña que los fuesen ferir, é Arban los atendió con su compaña, como aquel que muy esforzado é leál en todas las cosas era; estaba con gran saña de lo que del Rey su señor oyera; é juntáronse unos con otros muy bravamente, dándose muy grandes golpes por todas partes; así que, muchos fueron muertos é llagados, é la una é otra parte punaban cuanto podian por se vencer é matar; mas Arban hizo tanto aquel dia, que mas que todos los de aquella lid fué loado; que él fué defensor de todos los suyos, é no hacia sino ir adelante derribando é firiendo, poniendo su vida al punto de la muerte. Así anduvieron hasta la noche, que se no pudieron vencer; y esto causó por ser las calles estrechas; que de otra guisa Arban se viera en peligro é la Reina fuera tomada; mas Barsinan se acogió con su compaña al alcázar, é halló muy gran pieza de su gente menos, así muertos como llagados; de guisa que les era mucho menester folgar; é Arban dijo á los suyos: «Señores, parezca vuestra lealtad é ardimento, é no vos desmayédes por esta mala andanza, que ahína en bien será cobrada.» Otrosí puso su compaña como se guardase de noche.

Esto fecho, la Reina, que como muerta estaba, mandó llamar á Arban, y él fué así armado como estaba, é llagado en muchas partes; y llegado donde la Reina estaba, quitóse el yelmo, que roto estaba, é viéronle cinco heridas en el rostro y en la garganta, é la faz llena de sangre, que mucho era desfigurado, mas muy hermoso parescia á aquellas que, despues de Dios, á él tenian por amparo. Cuando la Reina así lo vió gran duelo hobo dél, é díjole llorando: «¡Ay buen sobrino! Dios vos mantenga é os ayude, que esta vuestra lealtad acabar podais; por Dios decidme, ¿qué será del Rey y qué será de nos? —De nos, dijo él, será bien, si Dios quisiere; é del Rey oirémos buenas nuevas; é dígovos, Señora, que no temais de los traidores que aquí quedaron, segun la gran lealtad de los vuestros vasallos, que aquí comigo están, que os defenderán muy bien. —¡Ay sobrino! dijo la Reina, yo os veo tal, que no podeis tomar armas, é los otros no sé qué hagan sin vos. —Señora, dijo él, no tomeis deso cuidado; que en tanto que el alma tenga, nunca las armas por mí se dejarán.» Entonces se partió della, é tornó á su compaña. Así pasaron aquella noche; é Barsinan, aunque su compaña falló mal trecha, mucho esfuerzo mostraba, é díjoles: «Amigos, no quiero que sobre esto mas nos combatamos ni haya mas muertes, pues que sin exceso é batalla lo acabaré, como adelante veréis; é holgad agora sin ningun recelo.» E así folgaron aquella noche, é otro dia de mañana armóse é cabalgó en su caballo, é llevando veinte caballeros consigo, se fué á un atajo que guardaba el mayordomo de Arban; é como los de la barrera los vieron, tomaron sus armas para se amparar, mas Barsinan les dijo que venia por les hablar, y que fuesen seguros fasta mediodía; y el mayordomo lo fué luego decir á su señor, é á él plugo de la seguranza; que tenia todos los mas de su compaña tan mal trechos, que no podian tomar armas, é fuése luego con el mayordomo á su estancia, y Barsinan les dijo: «Yo quiero con vos seguranza de cinco dias si quisiérdes. — Quiero, dijo Arban, por pleito que vos no trabajeis de tomar cosa que haya en la villa, é si el Rey viniere, que hagamos lo que él mandare. — Todo eso otorgo yo, dijo Barsinan, en tal que no haya batalla; que yo precio á mi compaña y precio á vosotros, que seréis mios mas ahína que cuidais, é decirvos he cómo el Rey es muerto, é yo he su hija, é quiérola tomar por mujer; y esto veréis antes que la tregua salga. —Ya Dios no me ayude, dijo Arban, si nunca tregua comigo hobiérdes, siendo parcionero en la traicion que á mi señor se hizo; é agora vos id é haced lo que pudiérdes.» E dígovos que antes que la noche llegase los acometió Barsinan bien tres veces, é se tiró afuera.

CAPITULO XXXVIII.

De cómo Amadís vino en socorro de la cibdad de Lóndres, é de lo que sobre ello fizo.

Albergando Amadís en el bosque con su señora Oriana, como vos contamos, preguntóle qué decia Arcalaus. Ella le dijo: «Que no me quejase, que él me haria antes de quince dias reina de Lóndres, é que me daria á Barsinan por marido, al cual él haria rey de la tierra de mi padre, é que él seria su mayordomo mayor por le dar á mí é la cabeza de mi padre. —¡Ay santa María! dijo Amadís, qué gran traicion de Barsinan, que así se mostraba tanto amigo del Rey, é recelo tengo que hará algun mal á la Reina. —¡Ay amigo! dijo ella, acorred vos en ello lo mejor que pudiérdes. —Así me conviene, dijo Amadís, é mucho me pesa; que yo gran placer hobiera de holgar con vos estos cuatro dias en esta floresta, si á vos, Señora, pluguiera. —Dios sabe, dijo ella, cuánto á mí pluguiera; mas podria venir dello muy gran mal en la tierra, que aun será mia é vuestra, si Dios quisiere.» Pues así holgaron fasta el alba del dia. Entonces se levantó Amadís é armóse muy bien, é tomando su señora por la rienda, entró en el camino de Lóndres, é andaba cuanto mas podia; é halló de los caballeros que de Lóndres salian cinco á cinco, diez á diez, así como iban saliendo; y destos serian mas de mil caballeros, y él les mostraba

dónde fuesen á buscar al Rey, é decíales cómo Galaor iba delante al socorro; é pasando por todos, halló á cinco leguas de Lóndres á don Grumedan, el buen viejo que la Reina criara, é con él iban veinte caballeros de su linaje, que anduvieron toda la noche por la floresta de una é otra parte, buscando al Rey; é cuando conoció á Oriana fué contra ella llorando, é dijo: «Señora, ¡ay Dios, qué buen dia con vuestra venida! mas por Dios, ¿qué nuevas del Rey, vuestro padre?—Cierto, amigo, dijo ella llorando, cerca de Lóndres me partieron dél, é plugo á Dios.que Amadís alcanzó á los que me llevaban, é fizo tanto, que de su poder me tiró.—Cierto, dijo don Grumedan, á lo que él no diese cabo ninguno se trabaje de le dar.» Luego dijo contra Amadís: «Amigo, señor, ¿qué ha fecho vuestro hermano?—Allí, dijo Amadís, donde partieron al Rey é á su fija, allí nos apartamos él é yo; y él siguió la via del Rey, é yo la de Arcalaus, que á esta Señora llevaba.—Agora tengo mas esperanza, dijo don Grumedan, pues tan bienaventurado caballero como don Galaor va en el socorro del Rey. Amadís contó á don Grumedan la gran traicion de Arcalaus y de Barsinan, y le dijo: «Tomad á Oriana, é yo me iré á la Reina lo mas presto que pudiere; que he miedo que aquel traidor le querrá hacer mal; é vos haced volver los caballeros que encontrárdes, que si por gente el Rey ha de ser socorrido, tanta va allá, que muchos dellos sobran.» Don Grumedan tomó á Oriana é fuése camino de Lóndres cuanto mas podia, haciendo volver toda la gente que encontraba. Amadís se fué al mas ir de su caballo, y entrando en la villa, falló al escudero que el Rey enviaba que diese las nuevas cómo él era libre; y el escudero le contó en qué manera habia pasado. Amadís gradeció mucho á Dios la buena andanza de su hermano, é ante que en la villa entrase supo todo lo que Barsinan habia fecho; y entró lo mas encubierto que pudo, é cuando Arban lo vió, así él como los suyos fueron muy alegres é tomaron grande esfuerzo en sí. Arban lo fué á abrazar é díjole: «Mi buen señor, ¿qué nuevas traeis?—Todo á vuestro placer, dijo Amadís; é vayamos luego ante la Reina, é oirlas heis.» Entonces entraron donde ella estaba, llevando Amadís el escudero por la mano; é como la vió hincó los hinojos ante ella é dijo: «Señora, este escudero deja al Rey libre é sano, é envíaoslo decir por él, é yo dejo á Oriana en mano de don Grumedan, vuestro amo, é será agora aquí; y en tanto ver quiero á Barsinan, si pudiere.» E dejando su yelmo y escudo, é tomando otro porque no lo conociesen, dijo: «Arban, haced derribar las barreras vuestras, é venga Barsinan é su compaña, é si Dios quisiere, hacerle hemos comprar su traicion.» E contóle lo que de Barsinan é de Arcalaus sabia. Las barreras fueron luego derribadas, é Barsinan é los suyos se dejaron allí correr, creyendo lo ganar todo sin se les detener. E los de Arban los recibieron; así que, entre ellos se comenzó la facienda muy peligrosa, donde muchos heridos é muertos hobo. Barsinan iba delante; que, como los suyos eran muchos, é los contrarios pocos, no los podian sofrir, é Barsinan punaba en hacer todo cuanto podia por tomar la Reina. Amadís vió la revuelta é salió contra ellos, llevando á su cuello un escudo despintado é un yelmo oriniento, tal, que muy poco valia, mas á la fin por bueno fué juzgado; é fué, por la priesa, adelante, llevando la buena espada del Rey ceñida; y llegando á Barsinan, dióle un encuentro de la lanza en el escudo, tal, que gelo falsó y el arnés, y entró el hierro por la carne bien la meitad, é allí fué quebrada; é poniendo mano á la espada, dióle por cima del yelmo é cortó dél cuanto alcanzó del cuero de la cabeza; así que, Barsinan fué atordido é la espada cortó tan ligeramente, que Amadís no la sintió en la mano tanto como nada; é hiriólo otra vez en el brazo con que la espada tenia, é cortóle la manga, y el brazo con ella, cabe la mano, y decendió el espada á la pierna, é cortóle bien la meitad della, é Barsinan quiso huir, mas no pudo, é cayó luego; é Amadís fué ferir en los otros tan bravamente, que al que alcanzaba á derecho golpe no habia menester maestro; así que, como lo conocieron por las maravillas que hacia, dejábanle la carrera, metiéndose unos entre otros por huir de la muerte. Arban é los suyos, que lo seguian, apretaron tanto, que la compaña de Barsinan, quedando muchos muertos é llagados en la calle donde se combatian, se acogieron al alcázar. Amadís llegó hasta las puertas, y él quisiera entrar dentro, si no gelas cerraran. Entonces se tornó donde dejara á Barsinan, é muchos de la villa con él, que lo aguardaban, y llegando donde Barsinan estaba, viólo que aun tenia el huelgo, é mandólo llevar al palacio, y que lo guardasen fasta que el Rey viniese; é partido así el debate, como ois, siendo los unos muertos é los otros encerrados, Amadís miró á la espada que tenia sangrienta en su mano, é dijo: «¡Ay espada! en buen dia nació el caballero que vos hobo, é cierto vos sois empleada á vuestro derecho; que siendo la mejor del mundo, el mejor hombre que en él hay vos posee. Entonces se mandó desarmar é fuése á la Reina, é Arban á acostar en su lecho, que mucho menester lo habia, segun era malo de sus feridas.

En este comedio el rey Lisuarte, que á mas andar venia la via de Lóndres por hallar á Barsinan, encontró muchos de sus caballeros que en su demanda iban, é facíalos tornar, y enviaba dellos por los caminos é por los valles que ficiesen volver todos los que fallasen, que muchos eran; é los primeros que encontró fueron Agrájes é Galvánes é Solinan é Galdan é Dinadaus é Bervas; estos seis iban juntos haciendo gran duelo, é cuando fueron ante el Rey quisiéronle besar las manos con mucha alegría, mas él los abrazó é dijo: «Mis amigos, cerca estuvistes de me perder, é sin falla así lo fuera, sino por Galaor é don Guilan é Ladasin, que por grande aventura se juntaron.» Dinadaus le dijo: «Señor, toda la gente de la villa salió con las nuevas, é andarán perdidos todos.—Sobrino, dijo el Rey, tomad vos desos caballeros los mejores é los que mas os contentaren, é tomad este mi escudo porque con mas acatamiento os obedezcan, é hacedlos volver.» Este Dinadaus era uno de los caballeros del linaje del Rey, é muy preciado entre los buenos, así de cortés como de buenas caballerías é proezas; é fué luego, de guisa que á muchos fizo tornar.

Yendo así el Rey, como ois, acompañado con muchos

caballeros é otras gentes, y entrando en el gran camino de Lóndres, halló á aquel su tan íntimo amigo don Grumedan, que á Oriana traia; é dígovos que fué entre ellos el placer muy grande, tanto mayor cuanto mas desafuciados estaban de se poder su gran tribulacion remediar. » Grumedan contó al Rey cómo Amadís se fuera á la villa á la Reina. En esto llegó el Rey á Lóndres, y en su compaña mas de dos mill caballeros; é antes que en ella entrase le dijeron todo lo que Barsinan habia fecho, é la defensa que el rey Arban puso, é cómo con la venida de Amadís fuera todo despachado, teniendo preso á Barsinan. Así que, ya todas las cosas, de muy tristes, en muy alegres eran vueltas. Llegado el Rey donde la Reina estaba, ¿quién vos puede contar el placer é alegría que con él é con Oriana la Reina é todas las dueñas é doncellas hobieron? Cierto, ninguno, segun tan sobrado fué. El Rey mandó cercar el alcázar, é fizo traer ante sí á Barsinan, que en su acuerdo era, y el primo de Arcalaus, é fízoles contar por cuál guisa se urdiera aquella traicion. Ellos gelo contaron todo, que nada faltó, é mandólos llevar á vista del alcázar donde los suyos los viesen, é los quemasen ambos; lo cual fué luego fecho. Los del alcázar, no teniendo provision ni remedio, á los cinco dias vinieron todos á la merced del Rey, é hizo justicia de los que le plugo, é los otros dejó; pero desto no se contará mas, sino que por esta muerte hobo grandes tiempos entre la Gran Bretaña é Sansueña gran desamor, viniendo contra este mismo Rey un fijo deste Barsinan, valiente caballero, con muchas compañas, como adelante la historia contará.

El rey Lisuarte, siendo asosegado en desastres, tornó á las cortes como de cabo, haciendo todos muy grandes fiestas, así de noche por la villa como de dia por el campo. E un dia vino hí la dueña é sus hijos, delante de los cuales Amadís é Galaor prometieron á Madasima de se partir del rey Lisuarte, como ya oistes. Cuando ellos la vieron fuéronse á ella por la honrar, y ella les dijo: «Amigos, yo soy venida aquí á lo que sabeis, é decidme qué haréis en ello. —Nos complirémos todo lo que se asentó con Madasima. —En el nombre de Dios, dijo la dueña. —Pues hoy es el plazo, vayamos luego ante el Rey, dijeron ellos. —Vayamos,» dijo ella. Entonces fueron donde el Rey era, é la dueña se le homilló mucho; el Rey la recibió con muy buen talante. La dueña dijo: «Señor, vine aquí por ver si ternán estos caballeros un prometimiento que hicieron á una dueña.» El Rey preguntó qué prometimiento era. «Será tal, dijo ella, donde cuido que pesará á vos é á los de vuestra corte que los aman.» Entónces contó la dueña todo el fecho como pasara con Madasima, la señora de Gantasi. Cuando esto oyó el Rey dijo: «¡Ay Galaor! muerto me habeis. —Mas vale así, dijo Galaor, que no morir; que si conocidos fuéramos, todo el mundo no nos diera la vida; y desto no vos pese, Señor, mucho; que el remedio será presto, mas ahína que cuidais.» Despues dijo contra Amadís, su hermano: «Vos me otorgastes que haríades en esto así como yo. —Verdad es,» dijo él; é Galaor dijo entonces al Rey é á los caballeros que delante eran por cuál engaño fueran presos. El Rey fué muy maravillado en oir tal traicion; mas Galaor dijo que pensaba que la dueña seria la burlada y engañada en aquel pleito, como verian; delante de la dueña dijo contra el Rey, que todos lo oyeron: «Señor Rey, yo me despido de vos y de vuestra compaña, como prometido lo tengo, é así lo cumplo; é á vos é á vuestra compaña dejo por Madasima, la señora del castillo de Gantasi, que tuvo por bien de os facer este pesar é otros cuantos pudiere, porque mucho vos desama.» E Amadís fizo otro tanto. Galaor dijo contra la dueña é contra sus fijos: «¿Parésceos si hemos complido la promesa? —Sí, sin falta, dijo ella; que todo cuanto pleiteastes habeis complido. —En el nombre de Dios, dijo Galaor; pues agora cuando os ploguiere os podeis ir, é decid á Madasima que no pleiteó tan cuerdamente como cuidaba; é agora lo podeis ver.» Entonces se tornó contra el Rey é dijo: «Señor, nos habemos complido con Madasima lo que le prometimos, no nos poniendo plazo ninguno de cuánto tiempo habiamos de ser de vos apartados; así que, buenamente nos podemos tornar cada que nuestra voluntad fuere, é fagámoslo luego, como lo ante estábamos.» E cuando esto oyó el Rey é los de la corte mucho fueron alegres, teniendo á los caballeros por cuerdos. El Rey dijo á la dueña, que por ver el pleito allí viniera: «Cierto, dueña, segun el gran aleve que á estos caballeros tan á mala verdad les fué fecho, ellos no son obligados á mas, ni aun á tanto como ficieron; que muy justo es los que quieren engañar que queden engañados; é decilde á Madasima que si mucho me desama, que en la mano tenia de me facer el mayor mál y pesar que á esta sazon venirme pudiera; mas Dios, que en otras partes mucho de grandes peligros los guardó, no quiso que en poder de tal persona como ella padeciesen. —Señor, dijo la dueña, decidme, si vos ploguiere, ¿quién son estos caballeros que tanto preciados son.» Dijo el Rey: «Amadís é don Galaor, su hermano. —¡Cómo! dijo la dueña, ¿este es Amadís, que ella tuvo en su poder? —Sí, sin falta, dijo el Rey. —A Dios merced, dijo la dueña, porque ellos son guaridos; que cierto gran mala ventura fuera si tan buenos dos hombres morieran en tal guisa; mas yo creo de aquella que los tuvo, cuando supiere que ellos eran, é así le salieron de poder, que la misma muerte que les mandara dar, esa se dará á sí mesma. —Cierto, dijo el Rey, eso seria mas justo que se ficiese.» La dueña se despidió é fué su via.

CAPITULO XXXIX.

De cómo el rey Lisuarte tovo cortes, que duraron doce dias, en que se ficieron grandes fiestas de muchos grandes que allí vinieron, así damas como caballeros, de los cuales quedaron allí muchos algunos dias.

Mantuvo el Rey allí su corte doce dias, en que se hicieron muchas cosas en grande acrecentamiento de su honra y verdad, y despues partiéronse las cortes; é como quiera que muchas gentes della á sus tierras se fueron, tantos hombres buenos con el Rey quedaron, que maravilla era de los ver; é asimesmo la Reina fizo quedar consigo muchas dueñas é doncellas de alta guisa, y el Rey tomó por de su compaña á Guilan el cuidador, é á Ladasin, su primo, que eran muy buenos caballeros, pero Guilan era mejor, como aquel que en todo

el reino de Lóndres no habia quien de bondad le pasase, é así habia todas las otras bondades que á buen caballero convenian; solamente le ponia grande entrevalo ser tan cuidador, que los hombres no podian gozar ni de su fabla ni de su compaña; y desto era la causa amores que lo tenian de su poder y le hacian amar á su señora, que ni á sí ni á otra cosa no amaba tanto; é la que él amaba era muy fermosa, é habia nombre Brandalisa, hermana de la mujer del rey de Sobradisa, é casada con el duque de Bristoya. Pues así como ois estaba el rey Lisuarte en Lóndres con tales caballeros, corriendo su gran fama mas que de ningun otro príncipe en el mundo fuese; siendo por gran espacio de tiempo la fortuna contenta, habiéndole puesto en el gran peligro que oistes, de le no tentar mas, creyendo que aquello debia bastar para hombre tan cuerdo é tan honesto como lo él era: no tanto por dejar de su propósito mudado, siéndolo del Rey, con codicia, con soberbia, ó con las otras muchas cosas que los reyes, por no querer dellas guardarse, son dañados, é sus grandes famas escurecidas con mas deshonra é aviltamiento que si las grandes cosas pasadas en su favor é gloria grande no les hobieran venido; porque no se debe por desaventurado ninguno contar que nunca buena ventura hobo, sino aquellos que, habiéndolas alcanzado fasta los cielos, por su mal seso, por sus vicios é pecados, atrajeron á la fortuna, á que con gran dolor é angustia de sus amigos gelas quitase.

Estando el rey Lisuarte como ois, llegó hí el duque de Bristoya al tiempo que fuera, á pedimiento de Olivas, emplazado por lo que ante el Rey dijera, é fué del Rey bien recebido, é dijo: «Señor, vos me mandastes emplazar que paresciese hoy ante vos en vuestra corte por lo que de mí vos dijeron, que fué muy gran mentira, é desto me salvaré yo como vos é los de vuestra corte toviérdes por derecho.» Olivas se levantó é fué ante el Rey, é con él se levantaron todos los más caballeros andantes que hí eran. El Rey les dijo á qué venian así todos, é don Grumedan le dijo: «Señor, porque el Duque amenazó todos los caballeros andantes; é nosotros con mucha razon lo debemos estorbar.—Cierto, dijo el Rey, si así es, loca guerra tomaria; que yo tengo que en el mundo no hay tan poderoso rey ni tan sabido que á tal guerra podiese dar buena fin; mas id todos, que aquí no le buscaréis mal, que él habrá todo su derecho sin le dél menguar ni una cosa que yo entender pueda, y estos buenos hombres que me consejarán.» Entonces se fueron todos á sus logares, sino Olivas, que ante el Rey quedó, é dijo: «Señor, el Duque que ante vos está me mató un primo hermano que le nunca fizo ni dijo por qué, é dígole que es por ello alevoso, y esto le faré yo decir, ó lo mataré ó echaré del campo.» El Duque dijo que mentia, é que estaria á lo que el Rey mandase é su corte. El Rey fizo quedar el pleito para otro dia; pero el Duque quisiera de grado la batalla, sino por dos sus sobrinos que le aun no eran llegados, que los queria meter consigo si él pudiese; que él los preciaba tanto en armas, que no cuidaba que Olivas hobiese tales en su ayuda que con ellos no lo pudiesen ligeramente vencer. Aquel dia pasó, é los sobrinos del Duque llegaron á la noche, de que él muy alegre fué, é otro dia de mañana fueron ante el Rey; é Olivas reutó al Duque, y él lo desmintió, é prometióle la batalla de tres por tres. Entonces se levantó don Galvánes, que á los piés del Rey estaba, é llamó á Agrájes, su sobrino, é dijo contra Olivas: «Amigo, nos os prometimos que si el duque de Bristoya, que delante está, quisiese en la batalla meter mas caballeros, que seriamos hí con vos, é así lo queremos hacer de voluntad, é la batalla sea luego sin mas tardar.» Los sobrinos del Duque dijeron que fuese luego la batalla. El Duque miró á Agrájes é á Galvánes, é conociólos, que aquellos eran á los que él hiciera soberbia en su casa, é los que le tomaron la doncella que él queria quemar, que lo despues desbarataron en la floresta; é como quiera que mucho á sus sobrinos preciase, no quisiera por ninguna cosa así haber aquella vez prometido la batalla; antes quisiera haber dado á uno de sus sobrinos para con Olivas que él entrar en ella, que mucho aquellos dos caballeros dudaba; mas no podia al facer.

Entonces se fueron á armar unos é otros, y entraron en la plaza que para las lides semejantes limitada era, los unos por una puerta é los otros por otra. Cuando Olinda, que á las finiestras de la Reina estaba, desde donde todo el campo se parecia, vió al su grande amigo Agrájes que se queria combatir, tan gran pesar hobo, que el corazon le fallecia, que lo amaba mas que á otra cosa que en el mundo fuese; é con ella estaba Mabilia, hermana de Agrájes, á quien mucho pesaba por así ver en tal peligro á su hermano é á su tio don Galvánes; é con ellas estaba Oriana, que de grado los queria ver bien andantes, por el grande amor que Amadís les habia, é por la crianza que con el rey Languines é su mujer, padre de Agrájes, ella hobiera. El Rey, que con muchos caballeros allí estaba, cuando vió ser tiempo, tiróse afuera, é los caballeros se fueron acometer al mas ir de sus caballos, é ninguno dellos fallesció de su golpe. Agrájes é su tio se hirieron con los sobrinos del Duque, é lleváronlos de las sillas por cima de las ancas de los caballos, é las lanzas fueron quebradas, é pasaron por ellos muy apuestos é bien cabalgantes. Olivas fué llagado en los pechos de la lanza del Duque, y el Duque perdió las estriberas, é cayera si se no abrazara al cuello del caballo, é pasó Olivas por él mal llagado, y el Duque se enderezó en la silla, y el caballero que Agrájes derribara levantóse como mejor pudo, é fuése parar cabe el Duque, é Agrájes se dejó correr al Duque, que mucho desamaba, é comenzóle á dar grandes golpes por cima del yelmo, é hacíale llegar la espada á la cabeza; mas el caballero que á pié cabe él estaba, que vió á su tio en tal peligro, llegóse á Agrájes é firióle el caballo por la ijada; así que, toda la espada metió por él. Agrájes no paraba en al mientes sino en tirar la vida al Duque, é desto no veia nada, trayéndole ya para le cortar la cabeza; cayó el caballo con él; don Galvánes anduvo tan envuelto con el otro caballero, que desto no veia nada. Estando Agrájes en el suelo é su caballo, el que gelo mató firióle de grandes é muy pesados golpes, y el Duque asimismo cuanto mas podia. Aquella hora hobieron dél todos sus amigos muy gran duelo, é Amadís sobre todos, que quisiera él de grado estar allí como su primo estaba, y él que lo no estoviera, porque tenia tan gran temor de verlo

morir, segun en la priesa en que estaba, é las tres doncellas, que ya oistes que á las finiestras estaban mirando, hobieron tan gran pesar en le así ver, que á pocas no se mataban con sus proprias manos. Mas Olinda, su señora, lo habia sobre todas; aquella que en verla facer tan grandes ansias á los que la miraban hacia dolor. Agrájes, como ligero, muy presto del caballo saliera, como aquel que ninguno de mas vivo y esforzado corazon que él se hallaria en gran parte, é defendíase de los dos caballeros muy bien con la buena espada de Amadís, que tenia en su mano; é daba con ella grandes golpes. Galaor, que con gran cuita lo miraba, dijo paso con gran duelo: «¡Ay Dios! ¿á qué atiende Olivas, que no acorre adonde ve que es menester? Cierto, mas le valiera nunca traer armas que de así con ellas á tal hora errar.» Esto decia don Galaor, no sabiendo de la gran cuita en que Olivas era, que él estaba tan mal llagado, é tanta sangre se le iba, que maravilla era cómo se podia tener solamente en la silla, é cuando así vió á Agrájes sospiró con gran dolor, como aquel que aunque la fuerza le faltaba, no le fallescia el corazon, é alzando los ojos al cielo, dijo: «¡Ay Dios, Señor, á vos plega de me dar lugar antes que el alma del mi cuerpo salida sea, como yo acorra á aquel mi buen amigo.» Entonces enderezando la cabeza del caballo contra ellos, metió mano á la espada muy flacamente, é fué á herir al Duque, y el Duque á él, é diéronse grandes golpes con las espadas, que la saña le hizo á Olivas cobrar en algo de mas fuerza; tanto, que al parecer de todos no se combatia peor que el Duque. Agrájes fincó solo con el otro caballero, é combatíanse ambos tan bien de pié, que á duro se hallaria quien mejor lo ficiese; mas Agrájes se aquejaba mucho por le vencer, como aquel que veia mirarle su señora, é no queria errar un solo punto, no solamente de lo que debia hacer, mas aun mas adelante; tanto, que á sus amigos pesaba dello, temiendo que al estrecho la fuerza y el aliento le fallesceria; pero esta manera hobo él siempre en todos los logares onde se combatió, ser siempre mas acometedor que otro caballero, é cuitarse mucho por dar fin á sus batallas; é si de tal fuerza como de esfuerzo fuera, pujara á ser uno de los mejores caballeros del mundo, é así lo era él muy bueno é preciado, é tantos golpes dió por cima del yelmo al caballero, que cortándogelo por cuatro lugares, de muy poco valor é menos defensa gelo fizo, y el caballero no entendia sino en se guardar é amparar la su cabeza con el escudo, que el yelmo de poca defensa era, y el arnés mucho menos, que desguarnecido en muchas partes era, é la carne cortada por mas de diez lugares que la sangre salia. Cuando el caballero tan mal parado se vió, fuése cuanto pudo donde el Duque estaba, por ver si en él hallaria algun reparo; mas Agrájes, que lo siguiendo iba, alcanzólo ante que allá llegase, é dióle por cima del yelmo, que en muchas partes era roto, tal golpe, que el espada entró por él é por la cabeza, tanto, que al tirar della dió con el caballero tendido á sus piés, bullendo con la rabia de la muerte. Agrájes miró lo que el Duque é Olivas facian, é vió que Olivas habia perdido tanta sangre, que se maravilló como podia vivir, é fuélo socorrer, mas ante que llegase cayó del caballo amortecido; é el Duque, que no viera cómo Agrájes matara á su sobrino, é vió á don Galvánes combatirse con el otro, dejólo así en el suelo é fué cuanto pudo contra Galvánes, é dábale grandes golpes. Agrájes cabalgó presto en el caballo de Olivas, teniéndolo por muerto, é fué á socorrer á su tio, que mal trecho estaba; é como llegó, dió al sobrino del Duque tal golpe, que le cortó el tiracol del escudo y el arnés, é hizo entrar la espada por la carne hasta los huesos. El caballero tornó el rostro por ver quién lo heria, é dióle Agrájes otro golpe sobre el visal del yelmo, é quedó en él la espada, que no la pudo sacar; é tirando por ella, hízole quebrar los lazos del yelmo; así que, fué tras la espada é cayóle en tierra. Galvánes, que gran saña dél tenia, dejando al Duque, tornó por le dar en la cabeza en descubierto; mas el otro cubrióse con el escudo que aquel menester habia mucho usado; pero, como el tiracol habia cortado, no pudo tanto facer que la su cabeza no satisficiese á la saña de don Galvánes, quedando casi desfecha, é su amo en el suelo muerto; en tanto andaba Agrájes con el Duque muy envuelto á grandes golpes; mas, como su tio llegó, tomáronle en medio, é comenzáronlo á ferir por todas partes, que mucho lo desamaban mortalmente; é cuando se vió así entre ellos, comenzó de huir cuanto su caballo lo podia llevar; mas aquellos que lo desamaban lo seguian do quiera que él iba cuanto mas podian.

Cuando así lo vieron todos los caballeros andantes mucho fueron alegres, é don Guilan mas que todos, cuidando que, muerto el Duque, mas á su guisa podria él gozar de su señora, que la amaba sobre todas las cosas. El caballo de Galvánes era mal llagado, é con la gran queja que le dió por alcanzar al Duque, no lo pudiendo ya endurar, cayó con él; así que, Galvánes fué muy quebrantado. Agrájes fué al Duque é dióle con la espada en el brocal del escudo, é la espada decendió al pescuezo bien un palmo, é al tirar della hobiéralo llevado de la silla; mas el Duque tiró presto el escudo del cuello, é dejólo en la espada, é tornó á huir cuanto mas pudo. Agrájes sacó la espada del escudo é fué en pos dél; mas el Duque volvia á él é dábale un golpe ó dos, é tornaba á huir como de cabo. Agrájes lo denostaba é seguíale, é dióle un tal golpe por cima del hombro siniestro, que le cortó el arnés é la carne é los huesos hasta cerca de los costados; así que, el brazo quedó colgado del cuerpo; y el Duque dió una gran voz, é Agrájes tomólo por el yelmo é tirólo contra sí, é como ya estaba tollido ligeramente, lo batió del caballo, quedándole un pié en la estribera, que no lo pudo sacar; é como el caballo huyó, llevóle rastrando por el campo á todas partes hasta que salió dél cuanto una echadura de arco, é cuando á él llegaron halláronlo muerto, é la cabeza hecha piezas, de las manos é piés del caballo. Agrájes se tornó donde era su tio, é decendiendo del caballo, le dijo: «Señor, ¿cómo os va?—Sobrino, señor, dijo él, bien, bendito Dios, é mucho me pesa de Olivas, nuestro amigo, que entiendo que es muerto; por buena fe yo lo creo, dijo Agrájes, é gran pesar tengo dello.» Entonces fué Galvánes donde él era é Agrájes á echar fuera del campo á los sobrinos del Duque é todas sus armas, é tornóse donde Olivas yacia, é falló que se acordaba ya cuanto, é abrió los ojos á gran afan, pidiendo

confesion. Galvánes miró la ferida é dijo: «Buen amigo, no temais de la muerte; que esta llaga no es en logar peligroso, é tanto que la sangre hayais restañada seréis guarido.—¡Ay Señor, dijo Olivas, falléceme el corazon é los miembros del cuerpo, é ya otra vez fuí mal llagado, mas nunca tan desfallecido me sentí.—La mengua de la sangre, dijo Galvánes, lo face; que se vos ha ido mucha; mas de al no vos temais.» Entonces lo desarmaron, é dándole el aire, fué mas esforzado, é la sangre comenzó á cesar luego. El Rey envió por un lecho en que llevasen á Olivas, é mandólos el Rey salir del campo, é llevaron á Olivas á su posada, é allí vinieron maestros por le curar, é viendo la herida, aunque grande era, dijéronle que lo guarecerian, con ayuda de Dios, é plugo dello mucho al Rey é á otros muchos.

Así quedó en guarda de los maestros, é al Duque é á sus sobrinos llevaron sus parientes á su tierra, é de aquella batalla hobo Agrájes gran prez de muy buen caballero, é fué su bondad mas conoscida que ante era. La Reina envió por Brandalisa, mujer del Duque, que para ella se viniese é le haria toda honra, é que trajese consigo Aldeba, su sobrina. Desto plugo mucho á don Guilan, é fué por ellas don Grumedan, amo de la Reina, é ante de un mes las trajo á la corte, donde muy bien recebidas fueron. Pues así como ois estaba el Rey é la Reina en Lóndres con muchas gentes de caballeros é dueñas é doncellas, donde antes de medio año, sabiéndose por las otras tierras la grande alteza en que la caballería allí era mantenida, tantos caballeros allí fueron, que por maravilla era tenido; á los cuales el Rey honraba é hacia mucho bien, esperando con ellos, no solamente defender é amparar aquel su gran reino de la Gran Bretaña, mas conquistar otros que los tiempos pasados á aquel sujetos é tributarios fueron, que por la falta de los reyes antepasados, siendo flojos é escasos, sojuzgados á vicios é deleites, á la sazon no lo eran; así como lo hizo.

CAPITULO XL.

De cómo Amadís se partió de la corte para ir á hacer la batalla con Abiseos y sus dos fijos, como lo prometiera en el castillo de Grovenesa á la fermosa niña Briolanja, en venganza de la muerte del Rey su padre, é llevó con él á Galaor, su hermano, é á Agrájes.

Contado vos ha la historia cómo estando Amadís en el castillo de Grovenesa, donde prometió á Briolanja, la niña fermosa, de le dar venganza de la muerte del Rey su padre, é ser allí con ella dentro de un año, trayendo consigo otros dos caballeros para se combatir con Abiseos é con sus dos hijos, é cómo á la partida la hermosa niña le dió una espada que por amor soyo trajese, viendo que la habia menester, porque la suya quebrara defendiéndose de los caballeros, que á mala verdad en aquel castillo matarlo quisieron, de que, despues de Dios, fué librado por los leones que esta hermosa niña mandara soltar, habiendo gran piedad que tan buen caballero tan malamente muerto fuese; é como esta misma espada quebrantó Amadís en otro castillo de la amiga de Angriote de Estravaus, combatiéndose con un caballero que Gasinan habia nombre, é por su mandado fueron guardadas aquellas tres piezas de la espada por Gandalin, su escudero. E agora vos será dicho cómo aquella batalla pasó, é qué peligro tan grande le sobrevino por causa de aquella espada quebrada, no por su culpa dél, mas del su enano Ardian, que con gran ignorancia erró, pensando que su señor Amadís amaba aquella niña fermosa Briolanja de leal amor, viendo cómo por su caballero se le ófreciera estando él delante, é queria por ella tomar aquella batalla.

Agora sabed que estando Amadís en la corte del rey Lisuarte, viendo muchas veces aquella muy fermosa Oriana, su señora, que era el cabo é fin de todos sus mortales deseos, vínole en la memoria esta batalla que de hacer habia, é como el plazo se acercaba; assí que, le convino, porque su promesa en falta no fuese, de con mucha aficion demandar licencia á su señora, como quiera que en se partir de la su presencia tan grave le fuese como apartar el corazon de sus carnes, haciéndole saber lo que en aquel castillo pasara, é la promesa que hiciera de vengar aquella niña Briolanja, é le restituir en su reino, que con tan gran traicion quitado le estaba. Mas ella con muchas lágrimas é cuita de su corazon, como que adevinaba la desventura que por causa della á entrambos vino, considerando la falta en que él caia si le detoviese, gela otorgó; é Amadís, tomando asimismo licencia de la Reina, porque pareciese que por su mandado iba. Otro dia de mañana, llevando consigo á su hermano don Galaor é Agrájes, su primo, armados en sus caballos, fueron en el camino puestos; é habiendo cuanto media legua andado, Amadís preguntó á Gandalin si traia las tres piezas de la espada que la niña fermosa le diera, y él dijo que no, é mandóle por ellas volver. El Enano dijo que las traeria, pues que cosa ninguna llevaba que empacho le diese. Esto fué ocasion por donde, siendo sin culpa Amadís é su señora Oriana, y el Enano, que con ignorancia lo hizo, fueron entrambos llegados al punto de la muerte, queriéndoles mostrar la cruel fortuna que á ninguno perdona los jaropes amargos que aquella dulzura de sus grandes amores en sí ocultos y encerrados tenia, como agora oiréis; que el Enano, llegado á la posada de Amadís, é tomando las piezas de la espada, é poniéndolas en la falda de su tabardo, pasando cabe los palacios de la Reina, desde las finiestras se oyó llamar, é alzando la cabeza, vió á Oriana é á Mabilia, que le preguntaron cómo no saliera con su señor.—Sí salí, dijo él, mas hobe de tornar por esto que aquí llevo.—¿Qué es eso?» dijo Oriana. El gelo mostró; ella dijo: «¿Para qué quiere tu señor la espada quebrada?—¿Para qué? dijo él; porque la preciaba mas por aquella que gela dió que las mejores dos sanas que le dar podrian.—E ¿quién es esa? dijo ella.—Aquella misma, dijo el Enano, por quien la batalla va á hacer; que aunque vos sois hija del mejor rey del mundo é con tanta fermosura, querríades haber ganado lo que ella ganó, mas que cuanta tierra vuestro padre tiene.—E ¿qué ganancia, dijo ella, fué esa, que tan preciada es? ¿Por ventura ganó á tu señor? —Sí, dijo él, que ella ha su corazon enteramente, y él quedó por su caballero para la servir.» E dando del azote á su rocin, lo mas presto que pudo alcanzó á su señor, que bien sin cuidado é sin culpa desto su pensamiento estaba.

Oído esto por Oriana, viniéndole en la memoria que con tan gran aficion la licencia Amadís le demandara, dando entera fe á aquello que el Enano díjola, su color teñida como de muerte, y el corazon ardiendo con saña, palabras muy airadas contra aquel que en al no pensaba sino en su servicio, comenzó á decir, torciendo las manos una con otra, cerrándose el corazon de tal forma, que lágrima ninguna de sus ojos salir pudo; las cuales en sí recogidas, muy mas cruel é con mas turable rigor le hicieron; que con mucha razon á aquella suerte Medea se pudiera comparar, cuando al su muy amado marido con otra, á ella desechando, casado vió; pues á esta los consuelos de aquella muy cuerda Mabilia, dados por el camino de la razon é verdad, ni los de la su doncella de Denamarca, ninguna cosa aprovecharon; mas ella siguiendo lo qu'el apasionado seso de las mujeres acostumbra por la mayor parte seguir, cayó en un yerro tan grande, que para su reparacion la misericordia del Señor muy alto fué bien menester; y el Enano se fué por su camino hasta tanto que alcanzó á Amadís é sus compañeros, que anduvieron por su camino paso hasta que el Enano llegó; entonces se apresuraron algo mas, pero ni Amadís preguntó al Enano ninguna cosa de lo pasado, ni el Enano gelo dijo, sino tanto que le mostró las piezas de la espada. Pues yendo así como oídes, á poco rato encontraron una doncella, é despues de se haber saludado díjoles: «Caballeros, ¿dónde vais?—Por este camino dijeron ellos.—Pues yo vós aconsejo, dijo ella, que esta carrera dejeis.—¿Por qué? dijo Amadís.—Porque há bien quince dias, dijo ella, que no fué por hí caballero andante que no fuese muerto ó llagado.—E ¿de quién reciben ese daño? dijo Amadís.—De un caballero, dijo ella, que es el mejor en armas de cuantos yo sé.—Doncella, dijo Agrájes, ¿mostrárnoslo heis ese caballero?—El se os mostrará, dijo ella, tanto que en la floresta entreis.»

Entonces continuando su camino, é la doncella, que los seguia, miraban á todas partes, é de que nada no vieron, tenian por vanas las palabras della; mas á la salida de la floresta vieron un caballero grande todo armado, en un hermoso caballo ruano, é cabe él un escudero que cuatro lanzas le tenia, y él tenia otra en la mano; é como los vió, mandó al escudero, é no sopieron qué; pero él acostó las lanzas á un árbol é fuése para ellos, é díjoles: «Señores, aquel caballero os manda decir que él hobo de guardar esta floresta de todos los caballeros andantes quince dias, en los cuales le avino tan bien, que siempre ha seido vencedor, é con sabor de justar ha estado mas de su plazo dia é medio; é agora queriéndose ir, vió que veníades, é mándavos decir que si os place con él justar, que lo hará con tanto que la batalla de las espadas cese, porque en ella ha hecho mucho mal sin su placer, é no lo querria hacer de aquí adelante, si excusar lo podiese.» En tanto que el escudero esto les decia, Agrájes tomó su yelmo y echó el escudo al cuello, é dijo: «Decilde que se guarde; que la justa por mí no fallescerá.» El caballero cuando lo vió venir vino contra él, é al mas correr de sus caballos se firieron con las lanzas en los escudos; así que, luego fueron quebradas; é Agrájes fué en tierra tan ligeramente, que él fué maravillado, de que hobo gran vergüenza, é su caballo suelto. Galaor, que esto vió, tomó sus armas por lo vengar; y el caballero de la floresta, tomando otra lanza, fué para él, é ninguno faltó de su encuentro; mas quebradas las lanzas, é juntándose los caballos, y ellos con los escudos uno con otro, fué el golpe tan grande, que el caballo de Galaor, que mas flaco é cansado que el del otro era, en tierra fué con su señor; é quedando Galaor en el suelo, el caballo fuyó por el campo. Amadís, que lo miraba, comenzóse de santiguar, é tomando sus armas, dijo: «Agora se puede loar el caballero contra los dos mejores del mundo.» E fué contra él, é como llegó á don Galaor, fallólo á pié con la espada en la mano, llamando al caballero á la batalla á caballo, y él de pié, y el caballero se reia dél, é díjole Amadís: «Hermano, no os aquejeis; que ante nos dijo que se no combatiria con espada.» Despues dijo al caballero que se guardase. Entonces se dejaron ir el uno al otro, é las lanzas volaron por el aire en piezas; mas juntáronse los escudos é yelmos uno con otro, que fué maravilla, é Amadís é su caballo fueron en tierra; al caballo se le quebró la espalda, y el caballero de la floresta cayó, mas llevó las riendas en la mano, é cabalgó luego muy ligeramente. Amadís le dijo: «Caballero, otra vez os conviene justar, que la justa no es partida, pues ambos caimos.—No me place agora de mas justar, dijo el caballero.—Haréisme sinrazon, dijo Amadís.—Aderezaldo vos, dijo él, cuando pudiérdes; que yo, segun lo que os mandé decir, no soy mas obligado.» Entonces movió de allí por la floresta cuanto su caballo lo pudo llevar. Amadís é sus compañeros, que así, lo vieron ir, quedando ellos en el suelo, tuviéronse por muy escarnidos, é no podian pensar quién fuese el caballero que con tanta gloria dellos se habia partido. Amadís cabalgó en el caballo de Gandalin, é dijo á los otros: «Cabalgad é venid en pos de mí; que mucho me pesará si no supiere quién es aquel caballero.—Cierto, dijo la doncella, pensar vos de lo hallar por afan que en ello pusiésedes, esta seria la mayor locura del mundo; que si todos los que en casa del rey Lisuarte son lo buscasen no lo hallarian en este año, si no hobiese quien los guiase.» Cuando ellos oyeron esto mucho les pesó; é Galaor, que mas saña que los otros tenia, dijo á la doncella: «Amiga, señora, ¿por ventura sabeis vos quién este caballero sea, é dónde se podria haber?—Si dello alguna cosa sé, dijo ella, no vos lo diré; que no quiero enojar á tan buen hombre.—¡Ay doncella! dijo Galaor, por la fe que á Dios debeis é á la cosa del mundo que mas amais, decidnos lo que dello sabeis.—No cale de me conjurar, dijo ella; que no descobriria sin algo hacienda de tan buen caballero.—Agora demandad, dijo Amadís, lo que os pluguiere, que podamos cumplir, é otorgar se vos ha, con tanto que lo digais.—Yo vos lo diré, dijo ella, por pleito que me digais quién sois, é me deis sendos dones cuando vos los yo pidiere.» Ellos, que gran cuita habian de lo saber, otorgáronlo. «En el nombre de Dios, dijo ella; pues agora me decid vuestros nombres.» Y ellos gelos dijeron.

Cuando ella oyó que aquel era Amadís fízose muy alegre, é díjole: «A Dios merced, que yo vos demandé.—Y ¿por qué? dijo él.—Señor, dijo ella, saberlo-heis cuando fuere tiempo; mas decidme si vos miembra la

batalla que prometistes á la hija del rey de Sobradisa cuando vos socorrió con los leones é vos libró de la muerte.—Miémbrame, dijo él, é agora voy allá.—Pues ¿cómo quereis, dijo ella, seguir este caballero, que no es tan ligero de hallar como cuidais, é vuestro plazo se allega?—Señor hermano, dijo don Galaor, dice verdad; id vos é Agrájes al plazo que pusistes, é yo iré buscar al caballero con esta doncella; que jamás seré alegre hasta que lo falle, é si ser pudiera, tornarme he á vos al tiempo de la batalla.—En el nombre de Dios, dijo Amadís, pues así vos place, así sea.» E dijeron á la doncella: «Agora nos decid el nombre del caballero, é dónde lo hallará don Galaor.—Su nombre, dijo ella, no vos lo podria decir, que lo no sé, aunque fué ya tal sazon que le aguardé un mes, é le vi facer tanto en armas, que á duro lo podria creer quien lo no viese; mas donde él irá guiaré yo quien comigo ir quisiere.—Con esto soy yo satisfecho, dijo don Galaor.—Pues seguidme,» dijo ella. Ellos se acomendaron á Dios. Amadís é Agrájes se fueron su camino como ante iban, é don Galaor en guia de la doncella.

Amadís é Agrájes, partidos de don Galaor, andovieron tanto por sus jornadas, que llegaron al castillo de Torin, que así habia nombre, donde la fermosa niña et Grovenesa estaban; é antes que allí llegasen hicieron en el camino muchas buenas caballerías. Cuando la dueña supo que allí venia Amadís fué muy alegre, é vino contra él con muchas dueñas é doncellas, trayendo por la mano la niña fermosa; é cuando se vieron recibiéronse muy bien; mas dígovos que á esta sazon la niña era tan fermosa, que no parecia sino una estrella luciente. Así que, ellos fueron de la ver muy maravillados, que en comparacion de lo que al presente parecia no era tanto como nada cuando Amadís primero la vió; é dijo contra Agrájes: «¿Qué vos parece desta doncella?—Paréceme que, si Dios hobo sabor de la facer fermosa, que por muy entero se cumplió su voluntad.» La dueña dijo: «Señor Amadís, Briolanja vos agradece mucho vuestra venida, é lo que della se seguirá con ayuda de Dios; é desarmáos é folgaréis.» Entonces los llevaron á una cámara, donde dejando sus armas, con sendos mantos cubiertos, se tornaron á la sala donde los atendian; y en tanto que hablaban con Grovenesa, Briolanja á Amadís miraba é parecíale el mas fermoso caballero que nunca viera; é por cierto tal era en aquel tiempo, que no pasaba de veinte años, é tenia el rostro manchado de las armas; mas considerando cuán bien empleadas en él aquellas mancillas eran, é como con ellas tan limpia é clara la su fama é honra hacia, mucho en su apostura y hermosura acrecentaba; y en tal punto aquesta vista se causó, que de aquella muy fermosa doncella, que con tanta aficion le miraba, tan amado fué, que por muy largos é grandes tiempos nunca de su corazon la su membranza apartar pudo; donde por muy gran fuerza de amor constreñida, no lo pudiendo su ánimo sofrir ni resistir, habiendo cobrado su reino, como adelante se dirá, fué por parte della requerido, que dél y de su persona sin ningun entrevalo señor podia ser; mas esto sabido por Amadís, dió enteramente á conocer que las angustias é dolores, con las muchas lágrimas derramadas por su señora Oriana, no sin gran lealtad las pasaba, aunque el señor infante don Alfonso de Portugal, habiendo piedad desta fermosa doncella, de otra guisa lo mandase poner. En esto hizo lo que su merced fué, mas no aquello que en efecto de sus amores se escribia.

De otra guisa se cuentan estos amores, que con mas razon á ello dar fe se debe; que seyendo Briolanja en su reino restituida, folgando en él con Amadís é Agrájes, que llagados estaban, permaneciendo ella en sus amores, veyendo cómo en Amadís ninguna via para que sus mortales deseos efecto hobiesen, hablando aparte en gran secreto con la doncella á quien Amadís é Galaor é Agrájes los sendos dones prometieron porque guiase á don Galaor parte donde el caballero de la floresta habia ido, que ya de aquel camino tornara; é descubriéndole su hacienda, demandóle con muchas lágrimas remedio para aquella su tan crecida pasion; y la doncella, doliéndose de aquella su señora, demandó á Amadís, para cumplimiento de su promesa, que de una torre no saliese hasta haber un hijo ó hija en Briolanja, é á ella le fué dado, é que Amadís, por no faltar su palabra, en la torre se pusiera, como le fué demandado, donde no queriendo haber juntamiento con Briolanja, perdiendo el comer é dormir, en gran peligro de su vida fué puesto. Lo cual sabido en la corte del rey Lisuarte cómo en tal estrecho estaba, su señora Oriana, porque se no perdiese, le envió mandar que hiciese lo que la doncella le demandaba; é que Amadís, con esta licencia, considerando no poder por otra guisa de allí salir ni ser su palabra verdadera, tomando por su amiga aquella fermosa reina, hobo en ella un hijo é una hija de un vientre; pero ni lo uno ni lo otro no fué así, sino que Briolanja, veyendo cómo Amadís de todo en todo se iba á la muerte en la torre donde estaba, que mandó á la doncella que el don le quitase, so pleito que de allí no fuese fasta ser tornado don Galaor; queriendo que sus ojos gozasen de aquello que lo no viendo en gran tiniebla y escuridad quedaban; que era tener ante sí aquel tan fermoso é famoso caballero. Esto lleva mas razon de ser creido, porque esta fermosa reina casada fué con don Galaor, como el cuarto libro lo cuenta. Pues en aquel castillo estovieron Amadís é Agrájes, como oís, esperando que las cosas necesarias al camino para ir á facer la batalla se aparejasen.

CAPITULO XLI.

Cómo don Galaor anduvo con la doncella en busca del caballero que los habia derribado, fasta tanto que se combatió con él.

Don Galaor anduvo cuatro dias en guia de la doncella que al caballero de la floresta le habia de mostrar, en los cuales entró tan gran saña en su corazon, que no se combatió con caballero á que todo mal talante no mostrase; así que, los mas dellos por su mano fueron muertos, pagando por aquel que no conocian, y en cabo de estos dias llegó á casa de un caballero que en somo de un valle moraba en una fermosa fortaleza. La doncella le dijo que no habia otro lugar donde albergar pudiesen sino aquel, é que allí se fuesen. «Vayamos si quisiérdes, dijo don Galaor.» Entonces se fueron al castillo, á la puerta del cual fallaron hombres é

dueñas é doncellas, que parecia ser casa de hombre bueno; y entre ellos estaba un caballero de hasta setenta años, vestido de una capa piel de escarlata, que muy bien los rescibió, diciendo á don Galaor que de su caballo decendiese, que allí se le haria de grado mucha honra é placer: «Señor, dijo don Galaor, tan bien nós acogeis, que aunque otro albergue hallásemos, no dejariamos el vuestro.» E tomándole los hombres el caballo, é á la doncella el palafren, se acogieron todos en el castillo, donde en un palacio á don Galaor é su doncella dieron de cenar asaz honradamente; é desque los manteles alzaron fué á ellos el caballero del castillo, é preguntó paso á don Galaor si yaceria con la doncella; él dijo que no. Entonces fizo venir dos doncellas, que la llevaron consigo, é Galaor quedó solo para dormir é holgar en un rico lecho que allí habia; y el huésped le dijo: «De hoy mas reposad á vuestra guisa; que Dios sabe cuánto placer he habido con vos, é lo habria con todos los caballeros andantes, porque yo caballero fuí, é dos fijos que tengo agora mal llagados, que su estilo no es sino demandar las aventuras, en que en muchas dellas ganaron gran prez de armas; pero anoche pasó por aquí un caballero que los derribó á entrambos de sendos encuentros, de que por muy escarnidos se tuvieron; é cabalgando en sus caballos, fueron en pos dél, é alcanzáronlo á la pasada de un rio, que en una barca queria entrar; é dijéronle que, pues ya sabian cómo justaba, que de las espadas les mantuviese la batalla; mas el caballero, que de priesa iba, no lo quisiera hacer; mas mis fijos le siguieron tanto, diciendo que le no dejarian entrar en la barca, é una dueña que en ella estaba les dijo: «Cierto, caballeros, desmesura nos faceis en nos detener con tanta soberbia nuestro caballero.» Ellos dijeron que le no dejarian en ninguna guisa hasta que con ellos á las espadas se probase. «Pues que así es, dijo la dueña, agora se combatirá con el mejor de vos, é si lo venciere, que cese la del otro.» Ellos dijeron que si el uno venciese, que tambien le convenia probar el otro, y el caballero dijo entonces muy sañudo: «Agora venid ambos, pues por al de vos partir no me puedo; é puso mano á su espada é dejóse á ellos ir; y el uno de mis hijos fué á él, mas no pudo sofrir su batalla; que el caballero no es tal como otro que él viese; é cuando el otro su hermano lo vió en peligro de muerte quísolo acorrer, firiendo al caballero lo mas bravamente que pudo; mas su acorro poco prestó; que el caballero los paró ambos tales en poca de hora, que tollidos los derribó de los caballos en el campo; y entrando en su barca, se fué su via, é yo fuí por mis hijos, que mal llagados quedaron; é porque mejor creais lo que vos he dicho, quiérovos mostrar los mas fuertes y esquivos golpes que nunca por mano de caballero dados fueron.» Entonces mandó traer las armas que sus hijos en la batalla tovieron, é Galaor las vió tintas de sangre é cortadas de tan grandes golpes de espada, que fué dello mucho maravillado; y preguntó al hombre bueno qué armas traia el caballero; él le dijo: «Un escudo bermejo, é dos leones pardos en él, y en el yelmo otro tal, é iba en un caballo ruano.» Don Galaor conoció luego que este era el que él demandaba, é dijo contra el huésped: «¿Sabeis vos facienda dese caballero?—No, dijo él.—Pues agora os id á dormir, dijo Galaor; que ese caballero busco yo, é si lo fallo, yo daré derecho dél á mí é á vuestros hijos, ó moriré.—Amigo, señor, dijo el huésped, yo vos loaria que metiéndovos en otra demanda, esta tan peligrosa dejásedes; que si mis fijos tan mal lo pasaron, su gran soberbia lo hizo.» E fuése á su albergue.

Don Galaor durmió hasta la mañana, y demandó sus armas, é con su doncella tornó al camino é pasó la barca que ya oistes; é cuando fueron á cinco leguas de aquel lugar vieron una fermosa fortaleza, é la doncella le dijo: «Atendedme aquí, que presto seré de vuelta.» E fuése al castillo, é no tardó mucho que la vió venir, é otra doncella con ella é diez hombres á caballo, é la doncella era fermosa á maravilla, é dijo contra Galaor: «Caballero, esta doncella que con vos anda me dice que buscais un caballero de unas armas bermejas y leones pardos por saber qùién; yo vos digo que si por fuerza de armas no, de otra guisa vos ni otro ninguno en estos tres años saberlo pudo, y esto vos seria muy duro de acabar, porque sed cierto que en todas las ínsolas otro tal caballero no se hallaria.—Doncella, dijo Galaor, yo no dejaré de lo buscar, aunque mas se encubra; é si lo hallo, mas me placeria que comigo se combatiese que de saber dél nada por otra guisa.—Pues dello tal sabor habeis, dijo la doncella, yo vos lo mostraré antes de tercero dia por amor desta mi cohermana, que vos aguarda, que me lo ha mucho rogado.—En gran merced vos lo tengo,» dijo don Galaor. Y entrando en el camino, á hora de vísperas llegaron á un brazo de mar que una ínsola al derredebor cercaba; así que, habian de andar por el agua bien tres leguas, sin á tierra salir antes que allá llegasen; y entrando en una barca que en el puerto hallaron, juraron primero al que los pasaba que no iba allí mas de un caballero, y comenzaron á navegar. Don Galaor preguntó á la doncella por qué razon les tomaban aquella jura.—Porque así lo manda, dijo ella, la señora de la ínsola donde vos vádes, que no pase mas de un caballero hasta que aquel torne ó quede muerto.—¿Quién los mata ó vence? dijo don Galaor.—Aquel caballero que vos demandais, dijo ella, que esta señora que vos digo consigo tiene bien há medio año, al cual ella mucho ama; é la causa es que seyendo en esta tierra establecido un torneo por ella y por otra dueña muy hermosa, este caballero que de tierra extraña vino, seyendo de su parte, lo venció todo, é fué dél tan pagada, que nunca folgó fasta que por amigo lo hobo; é tiénelo consigo, que lo no deja salir á ninguna parte; é porque él ha querido algunas veces salir á buscar las aventuras, la dueña, por lo detener, fácele pasar algunos caballeros que lo quieren con que se combata, de los cuales da las armas é caballos á su amiga, é los que han ventura de morir entiérranlos, é los vencidos échanlos fuera; é dígoos que la dueña es muy fermosa é ha nombre Corisanda, é la ínsola Gravisanda.» E don Galaor le dijo: «¿Sabeis vos por qué fué este caballero á una floresta donde lo yo fallé, y estuvo hí quince dias guardándola de todos los caballeros andantes que en ella estaban?—Sí, dijo la doncella; que él prometió un don á una doncella ante que aquí viniese, é mandóle que guardase aquella flo-

resta quince dias, como lo vos decis; é su amiga, aunque mucho contra su voluntad, le dió plazo de un mes para ir y venir y guardar la floresta.» Pues en esto fablando, llegaron á la ínsola, y era ya una pieza de la noche pasada, mas la luna facia clara; é saliendo de la barca, albergaron aquella noche ribera de una pequeña agua, donde la doncella mandara armar dos tendejones; é allí cenaron, é folgaron hasta la mañana. Galaor quisiera aquella noche albergar con la doncella, que muy hermosa era; mas ella no quiso, como quiera que parecíale el mas hermoso caballero de cuantos habia visto, é tomaba mucho deleite en fablar con él.

La mañana venida, cabalgó en su caballo don Galaor armado é aderezado de entrar en batalla, é las doncellas é los otros hombres asimesmo, é fueron su camino. Galaor siempre iba hablando con la doncella, y preguntóle si sabia el nombre del caballero. «Cierto, dijo ella, no hay hombre ni mujer en toda esta tierra que lo sepa sino su amiga.» El hobo entonces mayor cuita de lo conocer que ante, porque siendo tan loado en armas, de tal guisa se queria encobrir; é á poco rato que andovieron llegaron á un llano, donde hallaron un muy hermoso castillo, que encima de un alto otero estaba, é al derredor habia una gran vega muy hermosa, que turaba una gran legua á cada parte. La doncella dijo á don Galaor: «En este castillo es el caballero que demandais.» El mostró muy gran placer dello, por fallar lo que buscaba, é andovieron mas adelante, é fallaron un padron de piedra á buena manera hecho, é encima dél un cuerno; é la doncella dijo con placer: «Sonad ese cuerno, que lo oya, é luego en oyéndolo verná el caballero.» Galaor así lo fizo, é vieron salir del castillo hombres que armaron un tendejon muy hermoso en el prado, é salieron hasta diez dueñas é doncellas, y entre ellas venia una muy ricamente guarnida é señora de las otras, y entraron en el tendejon. Galaor, que todo lo miraba, parescíale que tardaba el caballero, é dijo á la doncella: «¿Por qué causa el caballero no sale?—No verná, dijo ella, fasta que aquella dueña gelo mande.—Pues ruégovos por cortesía, dijo él, que llegueis á ella y le digais que le mande venir, porque yo tengo en otras partes mucho de hacer, é no puedo detenerme.» La doncella lo hizo, é como la dueña oyó el mandado, dijo: «¡Cómo! ¿en tan poco tiene él este nuestro caballero? ¿Tan ligeramente se cuida dél partir para complir en otras partes? Pues él irá mas presto que piensa é mas á su daño de lo que piensa.» Entonces dijo á un doncel: «Vé é di al caballero extraño que venga.» El doncel gelo dijo, y el caballero salió del castillo armado é á pié, é sus hombres le traian el caballo y el escudo é lanza é yelmo, é fué donde la dueña estaba, y ella le dijo: «Védes allí un caballero loco, que se cuida de vos ligeramente partir: agora vos digo que le hagais conoscer su locura.» E abrazólo y besóle. De todo esto crecia mayor saña á don Galaor. El caballero cabalgó é tomó sus armas é fué descendiendo por un recuesto ayuso á su paso, é parecia tan bien é tan apuesto, que era maravilla. Galaor enlazó su yelmo é tomó el escudo é la lanza, é como en lo llano le vió, díjole que se guardase; é dejaron contra sí los caballos correr, é firiéronse de las lanzas en los escudos, que los falsaron, y desguarnecieron los arneses; así que, cada uno dellos fué mal llagado é las lanzas fueron quebradas, é pasaron el uno por el otro. Don Galaor metió mano á su espada é tornó á él; mas el caballero no sacó de la vaina la suya, mas díjole: «Caballero, por la fe que á Dios debeis, é á lo que mas amais, que justemos otra vez.—Tanto me conjurastes, dijo él, que lo haré; mas pésame, que no traigo tan buen caballo como vos; que si él tal fuese, no cesaria de justar fasta que el uno cayese, ó quebrásemos cuantas lanzas podríades haber.» El caballero no respondió, antes mandó á un escudero que le diese dos lanzas, é tomando él la una, envió á don Galaor la otra, y dejáronse así correr otra vez, y encontráronse tan fuertemente en los escudos, que fué maravilla, y el caballo de Galaor hincó las rodillas é por poco no cayó, y el caballero extraño perdió las estriberas ambas, é hóbose de abrazar al cuello del caballo. Galaor firió recio el caballo de las espuelas, é puso mano á su espada, y el caballero extraño endesrezóse en la silla, é hobo vergüenza fuertemente; despues metió mano á su espada é dijo: «Caballero, vos deseais la batalla de las espadas, é cierto, yo la recelaba mas por vos que por mí; si no, agora lo veréis.—Haced todo vuestro poder, dijo Galaor; que yo así lo haré fasta morir ó vengar aquellos que en la floresta mal parastes.» Entonces el caballero lo miró, é conocióIo que era el caballero que á pié lo llamaba á la batalla, é díjole con gran saña: «Véngate si podieres, aunque mas creo que llevarás una mengua sobre otra.» Entonces se acometieron tan bravamente, que no ha hombre que en los ver no tomase en sí gran espanto.

Las dueñas é todos los del castillo cuidaron, segun la justa fué brava, que se querian avenir, mas veyendo la de las espadas, bien les pareció mas cruel é brava para se matar; y ellos se ferian tan á menudo y de tan mortales golpes, que las cabezas se facian juntar con el pecho á mal de su grado, cortando de los yelmos los arcos de acero con parte de las faldas dellos; así que, las espadas descendian á los almofares é las sentian en las cabezas, pues los escudos todos los facian rajas, de que el campo era sembrado, é de las mallas de los arneses. En esta porfía duraron gran pieza, tanto, que cada uno era maravillado cómo al otro no vencia. A esta hora comenzó á cansar y desmayar el caballo de don Galaor, que ya no podia á una parte ni á otra ir; de que muy gran saña le vino, porque bien cuidaba que la culpa de su caballo le quitaba tan tarde la vitoria; mas el caballero extraño le feria de grandes golpes, é salíase dél cada que queria; é cuando Galaor le alcanzaba feríalo tan fuertemente, que la espada le facia sentir en las carnes; pero su caballo andaba ya como ciego para caer. Allí temió él mas su muerte que en otra ninguna afrenta de cuantas se viera, sino es en la batalla que con Amadís, su hermano, hobo; que de aquella nunca él pensó salir vivo; y despues dél, á este caballero preciaba mas que á ninguno otro de cuantos habia probado, pero no en tanto grado, que no le pensase vencer si su caballo no lo estorbase; é cuando en tal estrecho se vió dijo: «Caballero, ó nos combatamos á pié ó me dad caballo de que ayudarme pueda; si no, matar vos he el vuestro, é vuestra será la culpa

desta villanía.—Todo haced cuanto podiérdes, dijo el caballero; que nuestra batalla no habrá mas vagar; que gran vergüenza es turar tanto. Pues agora guardad el caballo, dijo Galaor, y el caballero le fué ferir, é con recelo del caballo que le no matase, juntóse mucho con él. Galaor, que lo firió en el escudo é tan cerca de sí lo vió, echó los brazos en él, apretando cuanto pudo, é firió el caballo de las espuelas, tirando por él tan fuertemente, que lo arrancó de la silla é cayeron ambos en el suelo abrazados. Mas cada uno tovo bien fuerte la espada, é así estovieron revolviéndose por el campo una gran pieza hasta que el uno al otro se soltó, y se levantaron en pié, é comenzaron su batalla tan brava é tan cruel, que no parecia sino que entonces la comenzaban; é si la primera en los caballos fuerte é áspera á todos semejaba, esta segunda mucho mas, que, como más sin empacho se juntasen y ferirse pudiesen, no folgaban solo un momento que se no combatiesen; mas don Galaor, que con la gran flaqueza de su caballo hasta entonces no le podiera á su guisa ferir, é agora se juntaba cada que queria con él, dábale tan fuertes é tan pesados golpes, que le hacia bravamente desatinar; pero no de tal guisa, que no se defendiese muy bravamente. Cuando Galaor vido que él mejoraba asaz, é su contrario enflaquecia, bien tiróse afuera é dijo: «Buen caballero, estad un poco.» El otro, que bien le hacia menester, estovo bien quedo, é díjole: «Ya veis cómo yo he lo mas mejor de la batalla, é si me quisiérdes decir el vuestro nombre, gran placer recebiré, é porque vos encubrídes así tanto, dar vos he por quito, é sin aquesto no vos dejaré en ninguna manera.» Cierto, oyendo esto el caballero, dijo: «No me place de quitar de tal manera la batalla, porque nunca fué tal mi condicion; porque nunca mayor talante en batalla que entrase de me combatir tove que agora, porque nunca tan esforzado como agora me hallé en batalla que entrase; é Dios mande que yo no sea conocido sino á mi honra especial de un caballero solo. No tomeis porfía, dijo don Galaor; que yo vos juro por la fe que de Dios tengo de vos no dejar hasta que sepa quién sois é por qué os encobris así.—Ya Dios no me ayude, dijo el caballero, si lo por mí sabréis; que antes querria morir en la batalla que lo decir, ende mas por fuerza de armas, si no fuese á dos solos que no conozco; que á estos por cortesía ó por fuerza ninguno gelo podria ni debria negar, queriéndolo ellos saber.—¿Quién son esos que tanto preciais? dijo Galaor.—Eso ni al no sabréis de mí, que me parece que os placeria.—Por cierto, dijo don Galaor, ó yo sabré lo que os pregunto, ó el uno de nos morirá, ó ambos.—Ni yo no quiero al,» dijo el caballero. Entonces se fueron acometer con tanta saña, que las feridas pasadas se les olvidaban é las fuerzas enflaquecidas avivadas fueron. Mas fuerza ni ardimento que el caballero extraño pusiese no le tenia pro; que Galaor le feria tan bravamente, que las armas con parte de las carnes le despedazaba; así que, mucha sangre se le iba, que el campo hacia tinto della. Cuando la señora de la ínsola vió al su amigo en punto de muerte, seyendo la cosa del mundo que ella más amaba, no le pudo mas el corazon sofrir, é fué contra allá á pié como loca, é las otras dueñas é doncellas en pos della, é cuando fué cerca de don Galaor dijo: «Estad quedo, caballero, si despedazada sea la barca que os acá pasó, que tanto pesar me habeis fecho.—Dueña, dijo Galaor, si á vos pesa de vengar á mí é á otro que mas vale que yo del mal que dél recebimos, no he yo culpa.—No hagais mal contra el caballero, dijo la dueña; que moriréis por ello á manos de quien no vos habrá merced.—No sé cómo averná, dijo él, mas yo no le dejaré en ninguna guisa si ante no sopiere lo que le pregunto.—Y ¿qué le preguntais vos? dijo ella.—Que me diga cómo ha nombre, dijo él, é por qué se encubre tanto, é quién son los dos caballeros que mas que á todos los del mundo precia.—¡Ay! dijo la dueña, maldito sea quien vos mostró ferir, é vos, que así lo aprendistes; yo vos quiero decir lo que saber quereis. Dígovos que este nuestro caballero ha nombre don Florestan, y él se encubre así por dos caballeros que son en esta tierra, sus hermanos, de tan alta bondad de armas, que aunque la suya sea tan crecida como habeis probado, no se atreve con ellos darse á conocer hasta que tanto en armas haya hecho, que sin empacho pueda juntar sus proezas con las suyas dellos; é tiene mucha razon, segun el gran valor suyo; y estos dos caballeros son en casa del rey Lisuarte, y el uno ha nombre Amadís y el otro don Galaor, é son todos tres fijos del rey Perion de Gaula.—¡Ay santa María! val, dijo don Galaor, ¿qué he fecho?» Despues rendió la espada é dijo: «Buen hermano, tomad esta espada é la honra de la batalla.—¡Cómo! dijo él, ¿vuestro hermano soy yo?—Sí cierto, dijo él; que yo soy vuestro hermano don Galaor.» Don Florestan hincó los hinojos ant'él, é dijo: «Señor, perdonadme; que si vos erré en me combatir con vos no lo sabiendo, no fué por al sino porque sin vergüenza me podiese llamar vuestro hermano, como lo soy, pareciendo en algo al vuestro gran valor é gran prez de armas.» Galaor lo tomó por las manos, y levantólo suso, é tóvolo una pieza abrazado, llorando con placer por lo haber conoscido, é con piedad de lo ver tan mal trecho con tantas feridas, pensando ser su vida en gran peligro. Cuando la dueña esto vió fué mucho alegre é dijo contra don Galaor: «Señor, si en gran angustia me metistes, con doblada alegría lo habeis satisfecho.» E tomándolos consigo, los llevó al castillo, donde en una hermosa cámara en dos lechos de ricos paños los hizo acostar; é como ella mucho de curar llagas sopiese, tomó en sí gran cuidado de los sanar, considerando que en la vida de cualquiera dellos estaba la de entrambos, segun el gran amor que se habian mostrado, é la suya en duda si el su muy amado amigo don Florestan algun peligro le ocurriese. Pues así como ois estaban los dos hermanos en guarda de aquella fermosa é rica dueña Corisanda, que tanto la vida dellos como la propria suya deseaba.

CAPITULO XLII.

Que recuenta de don Florestan cómo era hijo del rey Perion, y en qué manera habido en una doncella muy fermosa, hija del conde de Selandia.

Deste valiente y esforzado caballero don Florestan quiero que sepais cómo y en qué tierra fué engendra-

do, é por quién. Sabed que seyendo el rey Perion mancebo, buscando las aventuras con su esforzado é valiente corazon por muchas tierras extrañas, moró en Alemaña dos años, donde fizo tan grandes cosas en armas, que como por maravilla entre todos los alemanes contadas eran. Pues tornándose ya á su tierra con mucha gloria y fama, avínole de albergar un dia en casa del conde de Selandia, que fué con él muy alegre; porque, así como el rey Perion holgaba de seguir el ejercicio de las armas, é con ellas mucho loor y prez habia alcanzado, é como por la experiencia él alcanzase cuantos afanes, trabajos, angustias á los buenos caballeros les convenia sofrir para que la medida de lo que obligados eran llena fuese, tenia en mucho á este Perion, como aquel que en la cumbre de la fama é gloria de las armas en que asentado estaba, é hízole mucha honra y servicio, cuanto él mas pudo; y desque cenaron y hablaron en algunas cosas por que pasaran, fué el rey Perion llamado á una cámara, donde en un rico lecho se acostó, é como del camino cansado andoviese, adormecióse luego, é no tardó mucho que se halló abrazado de una doncella muy hermosa, é juntada la su boca con la dél; é como acordó quísose tirar afuera, mas ella lo tovo é dijo: «¿Qué es esto, Señor? ¿No folgaréis mejor comigo en este lecho que no solo?» El Rey la cató á la lumbre que en la cámara habia, é vió que era la mas hermosa mujer de cuantas viera, é díjole: «Decidme quién sois.—Quien quiera que yo sea, dijo ella, os amo gravemente é quiero daros mi amor. —Eso no puede ser si ante no me lo decis. —¡Ay! dijo ella, cuánto me pesa desa pregunta, porque no me tengais por mas mala de lo que parezco; pero Dios sabe que no es en mí de al hacer.—Todavía conviene, dijo él, que lo sepa, ó no haré nada.—Antes vos lo diré, dijo ella. Sabed que yo soy hija deste conde.» El Rey le dijo: «Mujer de tan gran guisa como vos no conviene hacer semejante locura, é agora os digo que no haré cosa en que vuestro padre tan gran enojo haya.» Ella le dijo: «¡Ay mal hayan cuantos vos loan de bondad, pues sois el peor hombre del mundo é mas desmesurado! ¿Qué bondad en vos puede haber desechando doncella tan hermosa y de tan alta guisa?—Haré, dijo el rey Perion, aquello que vuestra honra é mia sea, mas no lo que tan contrario á ella es.—¿No? dijo ella; pues yo haré que mi padre tenga mayor enojo de vos que si mi ruego ficiésedes.» Entonces se levantó é fué á tomar la espada del Rey, que cabe su escudo estaba, é aquella fué la que despues pusieron á Amadís en el arca cuando le echaron en la mar, como se os ha en el comienzo deste libro contado, é tiróla de la vaina é puso la punta della en derecho del corazon é dijo: «Agora sé yo que mas le pesará á mi padre de mi muerte que de lo al.» Cuando el Rey esto vió maravillóse, é dió un gran salto del lecho contra ella, diciendo: «Estad, que yo faré lo que quereis.» E sacándole la espada de la mano, la abrazó amorosamente, é cumplió con ella su voluntad aquella noche, donde quedó preñada, sin que el Rey mas la viese; que siendo venido el dia se partió del Conde, continuando su camino; mas ella encubrió su preñez cuanto mas pudo; pero venido el tiempo del parto, no lo pudo así hacer; mas tuvo manera como ella é una doncella suya fuesen á ver una su tia que cerca de allí moraba, donde algunas veces acostumbraba á ir á holgar; é travesando un pedazo de la floresta, vínole el parto tan afincadamente, que decendiendo del palafren, parió un hijo. La doncella, que en tan gran fortuna la vió, púsole el niño á las tetas é díjole: «Señora, aquel corazon que tuvistes para errar, aquel tened agora para vos dar remedio en tanto que vuelvo á vos.» E luego cabalgó en el palafren, é lo mas presto que pudo llegó al castillo de la tia é contóle el caso como pasaba, é cuando ella lo oyó fué muy triste, mas no dejó por eso de la socorrer, é luego cabalgó, é mandó que le llevasen unas andas en que ella iba algunas veces á ver al Conde por se guardar del sol; é cuando llegó donde la sobrina era apeóse é lloró con ella, é fízola meter en las andas con su hijo, é tornóse de noche sin que ninguno las viese, salvo los que entonces en su compañía llevaba, que fueron castigados que con mucho cuidado aquel secreto guardasen.

Finalmente, la doncella fué allí remediada é tornada á su padre sin que nada desto sopiese, y el niño criado fasta que á diez é ocho años llegó, que parecia muy valiente de cuerpo é fuerza, mas que ninguno de toda la comarca. La dueña, que en tal disposicion lo vió, dióle un caballo é armas é llevólo consigo al Conde, su abuelo, que le armase caballero, é así lo fizo sin saber que su nieto fuese, é tornóse con su criado al castillo; pero en la carrera le dijo que cierto sopiese que era su hijo del rey Perion de Gaula é nieto de aquel que lo ficiera caballero; y que debia ir á conocerse con su padre, que era el mejor caballero del mundo.—Cierto, Señora, dijo él, eso he yo oido decir muchas veces, mas nunca cuidé que mi padre fuese; é por la fe que yo debo á Dios é á vos, que me criastes, juro de nunca me conocer con él ni con otro, si puedo, fasta que las gentes digan que merezco ser hijo de tan buen hombre.» Y despidiéndose della, llevando dos escuderos consigo, se fué la via de Constantinopla, donde era gran fama que una cruel guerra en el imperio era movida. Allí estuvo cuatro años, en que tantas cosas en armas hizo, que por el mejor caballero que allí nunca vieran lo tovieron; é como él se vió en tanta alteza de honra é fama, acordó de se ir en Gaula á su padre é facérsele conocer; mas llegando cerca de aquellas tierras, oyó la gran fama de Amadís, que entonces comenzaba á hacer maravillas, é asimesmo la de don Galaor; de manera que su propósito fué mudado, en pensar que lo suyo ante lo dellos tanto como nada era, é por esta causa pensó de comenzar de nuevo á ganar honra allí en la Gran Bretaña, donde mas que en ninguna otra parte caballeros preciados habia, y encobrir su faciendа hasta que sus obras con la satisfacion de su deseo lo manifestasen; é así pasó algun tiempo faciendo caballerías muchas, pasándolas á su honra, fasta que don Galaor, su hermano, con él se combatió, como oido habeis, y se conocieron en la manera susodicha.

Amadís estuvo cinco dias en el castillo de Grovenesa, é Agrájes con él; é siendo aderezadas las cosas necesarias al camino, partieron de allí, solamente llevando Grovenesa é Briolanja dos doncellas é cinco hombres á

caballo que los sirviesen, y tres palafrenes de diestro, con sus guarnimentos muy ricos; mas Briolanja no vestia sino paños negros, é así los habia de traer fasta que su padre vengado fuese. Pues habiendo ya andado cuanto una legua, Briolanja demandó un don á Amadís, y Grovenesa otro á Agrájes; é por ellos otorgados, no se catando ni pensando lo que fué, demandáronles que por ninguna cosa que viesen saliesen del camino sin su licencia dellas, porque no se ocupasen en otra afrenta sino en la que presente tenian. Mucho les pesó á ellos el otorgar, é gran vergüenza pasaron, porque en algunos logares fuera bien menester su socorro, que con gran derecho se podiera emplear, que lo no hicieron; é así, iban avergonzados; é caminando como ois, á los doce dias entraron en la tierra de Sobradisa, y esto era ya noche escura. Entonces dejaron el gran camino, é por una traviesa andovieron bien tres leguas; así que, siendo gran parte de la noche pasada, llegaron á un pequeño castillo, que era de una dueña criada del padre de Grovenesa, que Galumba habia nombre, y era muy vieja é muy discreta. Llamando á la puerta, é sabiendo la compaña que era, con mucho placer de la señora y de todos los suyos gela abrieron, é acogieron dentro, donde les dieron de cenar y camas en que durmiesen y descansasen; é otro dia de mañana preguntó Galumba á Grovenesa qué camino era aquel. Ella le dijo cómo Amadís habia prometido á Briolanja de vengar la muerte de su padre, y que creyese sin duda ninguna que aquel era el mejor caballero del mundo; é contóle cómo, por ver la carreta en que ella é Briolanja iban le venciera ocho caballeros muy buenos que ella para su guarda traia; é asimesmo lo que le viera facer en el castillo contra sus hombres cuando por leones fuera socorrido. La dueña se maravilló de tal bondad de caballero é dijo: «Pues él es tal, alguna cosa valdrá su compañero, é bien podrán dar fin en este hecho que con tanta razon toman.—Mas temo de aquel traidor que no faga algun engaño con que los mate.—Por eso vengo yo á vos, dijo Grovenesa, porque me consejeis.—Agora, dijo ella, dejad en mí este fecho.» Entonces tomó tinta é pergamino, é fizo una carta é sellóla con el sello de Briolanja, é habló una pieza aparte con una doncella, é dándole la carta, le mandó lo que habia de hacer.

La doncella salió del castillo en su palafren, é tanto andovo, que llegó á aquella gran cibdad que Sobradisa se llamaba, donde todo el reino por esta causa tomaba aquel nombre; é allí era Abiseos é sus hijos Darasion é Dramis. Estos eran con los que Amadís habia de haber batalla, que aquel Abiseos matara al padre de Briolanja siendo su hermano mayor, con la gran codicia de le tomar el reino que tenia, como lo hizo; que dende entonces fasta aquella hora reinaba poderosamente mas por fuerza que por grado de los de la tierra. Pues llegada la doncella, fuése luego á los palacios del Rey, y entró por la puerta así cabalgando, muy ricamente ataviada, é los caballeros llegáronse por la apear, mas ella les dijo que no decenderia; que el Rey la viese é la mandase descabalgar, si le pluguiese. Entonces la tomaron por la rienda, y metiéronla en una sala donde el Rey estaba con sus fijos y con otros muchos caballeros, y él la mandó que decendiese del palafren si queria decir algo. La doncella dijo: «Hacerlo he á condicion que me vos tomeis en vuestra guarda, que no reciba mal por cosa que contra vos ó contra otro aquí diga.» Él dijo que en su guarda y fe real la tomaba, y que sin recelo podia decir á lo que era venida. Luego fué apeada del palafren é dijo: «Señor, yo os traigo un mandado tal, que requiere ser en presencia de todos los mayores del reino; mandaldos venir, é sabréislo luego.—Entiendo, dijo el Rey, que así lo están como quereis; que yo los hice venir bien há seis dias para cosas que cumplian.—Mucho me place, dijo la doncella. Pues mandadlos aquí juntar.» El Rey mandó que los llamasen, é cuando fueron venidos, la doncella dijo: «Rey, Briolanja, que tú tienes desheredada, te envia esta carta; mándala leer ante esta gente, é dame la respuesta de lo que harás.» Cuando el Rey oyó mentar á su sobrina Briolanja gran vergüenza hobo, considerando el tuerto que le tenia fecho; pero mandó leer la carta, é no decia al sino que creyesen á aquella su doncella lo que de su parte diria.

Los naturales del reino que allí estaban, cuando vieron aquel mensaje de su señora, gran piedad habian en sus corazones en la ver tan injustamente desheredada, y entre sí rogaban á Dios que la remediase é no consintiese ya pasar tan largo tiempo una traicion tan grande. El Rey dijo á la doncella: «Decid lo que vos mandaron; que creida seréis.» Ella dijo: «Señor Rey, verdad es que vos matastes el padre de Briolanja, é teneisla desheredada de su tierra, é habeis dicho muchas veces que vos é vuestros fijos defenderéis por armas que lo fecistes con derecho; é Briolanja os manda decir que si en ello vos teneis, que ella traerá aquí dos caballeros que sobre esta razon tomarán por ella la batalla é vos farán conoscer la deslealtad é gran soberbia que fecistes.» Cuando Darasion, el su fijo mayor, oyó esto, fué muy sañudo, que era muy airado en sus cosas, é levantóse en pié, é dijo, sin placer dello á su padre: «Doncella, si Briolanja ha esos caballeros, é por tal razon se quieren combatir, yo prometo luego la batalla, por mí é por mi padre é mi hermano; é si esto no hago facer, prometo ante estos caballeros de darla mi cabeza á Briolanja, que me la mande cortar por la de su padre.—Cierto, dijo la doncella, Darasion, vos respondeis como caballero de gran esfuerzo; mas no sé si lo haceis con saña, que vos veo estar en gran manera sañudo; mas si vos acabárdes con vuestro padre lo que vos agora diré, creeré que lo haceis con bondad é con ardimento que en vos hay.—Doncella, dijo él, ¿qué es lo que vos diréis?» Ella dijo: «Haced á vuestro padre que faga atreguar los caballeros de cuantos en esta tierra son; así que, por mal andanza que en la batalla vos venga no habrán mal sino de vosotros; é si esta aseguranza dais, en este tercero dia serán aquí los caballeros.» Darasion hincó los hinojos ante su padre é dijo: «Señor, ya veis lo que la doncella pide é lo que yo tengo prometido; é pues que mi honra es vuestra, séale otorgado por vos, que de otra manera ellos sin afrenta quedarian vencedores, é vos é nosotros en gran falta, habiendo siempre publicado que si algun cargo á la limpieza vuestra en lo pa-

sado se imputase, que por batalla de nos todos tres se ha de purgar; é aunque esto no se hobiese prometido, debemos tomar en nos este desafío; porque, segun me dicen, estos caballeros son de los locos de la casa del rey Lisuarte, que su gran soberbia é poco seso les hace, teniendo sus cosas en grande estima, las ajenas despreciar.

El Rey, que á este hijo mas que á sí mesmo amaba, aunque la muerte de su hermano, que él ficiera, culpado le ficiese, é la batalla mucho dudase, dió la seguranza de los caballeros, así como por la doncella se demandaba, seyendo ya la hora llegada, permitida del muy alto Señor, en que su traicion habia de ser castigada, como adelante oiréis. Viendo la doncella ser su embajada venida en tal efecto, dijo al Rey é á sus hijos: «Aparejadvos; que mañana serán aquí aquellos con quien de combatir vos habeis.» E cabalgando en su palafren, tanto anduvo, que llegó al castillo é contó á las dueñas é á los caballeros cómo enteramente habia su embajada recaudado; mas cuando dijo que Darasion los tenia por locos en ser de casa del rey Lisuarte, á gran saña fué Amadís movido, é dijo: «Pues aun en aquella casa hay tales que no ternian en mucho de le quebrantar la soberbia, é aun la cabeza.» Mas vió que la ira le señoreaba, y pesóle de lo que dijera. Briolanja, que los ojos dél no partia, que lo sintió, dijo: «Mi señor, no podeis vos decir ni hacer tanto contra aquellos traidores que ellos no merezcan mas, é pues que sabeis la muerte de mi padre, y el tiempo que tan sin razon desheredada me tienen, habed de mí piedad; que en Dios y en vos dejo toda mi hacienda.» Amadís, que el corazon tenia sojuzgado á la virtud y en toda blandura puesto, hobo duelo de aquella fermosa doncella, é díjole: «Mi buena señora, la esperanza que en Dios teneis tengo yo, que mañana ante que noche sea la vuestra gran tristeza será en gran claridad de alegría tornada.» Briolanja se le homilló tanto, que los piés le quiso besar; mas él con mucha vergüenza se tiró afuera, é Agrájes la levantó por las manos; pues luego fué acordado que, partiendo de allí al alba del dia, fuesen á oir misa en la ermita de las tres fuentes, que á media legua de Sobradisa estaba. Así folgaron aquella noche muy viciosos é á su placer; é Briolanja, que con Amadís fablara mucho, estovo muchas veces movida de le requerir de casamiento; é habiendo temor que los pensamientos tan afincados é las lágrimas que algunas veces por sus faces veia, no de la flaqueza de su fuerte corazon se causaban, mas de ser atormentado, sojuzgado é afligido de otra por quien él aquella pasion que ella por él pasaba sostenia; así que, refrenando la razon á la voluntad, la ficieron detener; partióse dél porque, durmiendo y reposando, á la hora ya dicha levantarse podiese.

Pues la mañana venida, tomando Amadís é Agrájes consigo á Grovenesa é á Briolanja con la otra su compaña, á una hora del dia fueron en la ermita de las tres fuentes, donde de un hombre bueno ermitaño la misa oyeron, é aquellos caballeros con mucha devocion á Dios rogaron que, así como él sabia tener ellos derecho é justicia en aquella batalla, así él por su merced les ayudase; é luego se armaron de todas sus armas, solamente llevando los rostros y manos sin ellas, é cabalgando en sus caballos, y ellas en sus palafrenes, continuaron su camino fasta la cibdad de Sobradisa llegar; donde, fuera della, hallaron al rey Abiseos é sus fijos, que con gran compaña de gente, sabiendo ya su venida, los atendian. Todos se llegaban á la parte donde Briolanja venia, que Amadís traia por la rienda, é amábanla de corazon, teniéndola por su derecha é natural señora; é como Amadís llegó con ella á la priesa de la gente, quitóle los antifaces, porque todos el su fermoso rostro viesen; é cuando así la vieron, cayendo las lágrimas de sus ojos é volviendo el rostro contra ellos, con mucho amor en sus corazones la bendecian, rogando á Dios que su desheredamiento mas adelante no pasase. Abiseos, que delante sí su sobrina vió, no pudo tanto la su codicia ni maldad, que de gran vergüenza excusarse pudiese, acordándosele de la traicion que al Rey su padre ficiera; mas, como mucho tiempo en ello endurecido estoviese, pensó que la fortuna aun no era enojada de aquella gran alteza en que le pusiera; é sintiendo lo que la gente en ver á Briolanja sentia, dijo: «Gente cativa, desventurada, bien veo el placer que esta doncella con su vista vos da, y esto os face mengua de seso; que si lo toviésedes mas comigo, que soy caballero, que con ella, seyendo una flaca mujer, os debíades contentar é honrar para vuestro descanso é defendimiento; si no, ved qué fuerza ó favor es el suyo, que en cabo de tanto tiempo no pudo alcanzar mas destos caballeros, que con tan gran engaño viniendo á rescebir muerte ó deshonra, me hace haber dellos piedad.» Oyendo esto Amadís, á gran saña fué movido, tanto, que por los ojos la sangre le parecia salir, é dijo contra Abiseos, levantándose en los estribos, así, que todos lo oyeron: «Abiseos, yo veo que mucho te pesa con la venida de Briolanja, por la gran traicion que feciste cuando mataste á su padre, que era tu hermano mayor y señor natural; é si en tí tanta virtud é conocimiento hobiese, que apartándote desta tan gran maldad, á ella lo suyo dejases, daria yo lugar, quitándote la batalla, para que de tu pecado demandando á Dios merced, tal penitencia facer pudieses, que, así como en este mundo la honra tienes perdida, en el otro, donde has de ir, el ánima con su salvacion lo reparase.» Darasion salió con gran ira delante antes que su padre responder podiese é dijo: «Cierto, caballero loco de casa del rey Lisuarte, nunca yo pensé que yo á ninguno tanto podiera sufrir que delante mí dijese; pero hágolo porque si osárdes tener lo que está puesto, mi saña no tardará de ser vengada; é si el corazon vos faltando, fuir quisiérdes, no estaréis en parte que vos no pueda haber; é mandaré castigaros de tal manera, que penen de vos todos aquellos que lo miraren.» Agrájes le dijo: «Pues que la traicion de tu padre así quieres sostener, ármate y vén á la batalla, como estás asentado; é si tu ventura fuere tal que la muerte que sobre vuestras honras teneis sea resuscitada, si no habrás aquella, y ellos contigo, que vuestras malas obras merecen.—Di lo que quisieres, dijo Darasion; que poco tardará en que esa tu lengua sin el cuerpo sea enviada á casa del rey Lisuarte; porque veyendo esta pena, se atienten los semejantes que túen sus lo-

curas.» E luego comenzó á demandar sus armas, é su padre é su hermano otrosí; é armáronse, é cabalgando en sus caballos, se pusieron en una plaza que para las lides antiguamente limitada era; é Amadís con Agrájes enlazando sus yelmos, é tomando los escudos é lanzas, se metieron con ellos en el campo.

Dramis, el hermano mediano, que era valiente caballero, tanto, que dos caballeros de aquella tierra no le tenian campo, dijo contra su padre: «Señor, donde vos é mi hermano estábades excusado tenia yo de hablar; mas agora no lo tengo yo de obrar con aquella fuerza grande que de Dios é de vos hobe; dejadme con aquel caballero que mal vos dijo; é si de la primera lanzada no le matare, nunca quiero traer armas, é si tal su ventura fuere, que no le acierte á derecho golpe, lo semejante faré del primer golpe de espada.» Muchos oyeron lo que este caballero dijo, é metieron en ello mientes, no teniendo en mucho aquella su locura, ni dudando que la no podiese acabar, segun las grandes cosas en armas le vieran facer. Pues así estando, Darasion los miró, é vió que no eran mas de dos, é dijo á altas voces: «¿Qué es eso? Sé que tres habeis de ser. Creo que el corazon le faltó al otro; llamalde que venga alína; no nos detengamos.—No os dé pena, dijo Amadís, del tercero, que bien hay aquí quien le excuse, é yo fio en Dios que no pasará mucho tiempo que el segundo querríades ver fuera.» E dijo: «Agora os guardad.» Entonce dejaron correr los caballos contra sí lo mas recio que podieron, muy bien cubiertos de sus escudos, é Dramis enderezó á Amadís, é firiéronse tan bravamente en los escudos, que los falsaron, é las lanzas llegaron á los costados, é Dramis quebrantó su lanza; mas Amadís le firió tan bravamente, que sin que el arnés fuese roto en ninguna parte, le quebrantó dentro del cuerpo el corazon é dió con él muerto en el suelo tan gran caida, que pareció que cayera una torre. «En el nombre de Dios, dijo Ardian el enano, ya mi señor es libre, é mas cierta me parece su obra que la amenaza del otro.» Agrájes fué á los dos, y encontróse con Darasion, é las lanzas fueron quebradas; é Darasion perdió la una estribera, mas no cayó ninguno dellos. Abiseos falleció de su golpe, é cuando tornó el caballo vió á su fijo Dramis muerto, que no bullia, de que hobo muy gran pesar, pero no pensaba que aun del todo era muerto; é dejóse ir con gran saña á Amadís, como aquel que á su fijo pensaba vengar, é apretó recio la lanza so el brazo, é firiólo tan duramente, que le falsó el escudo; así que, el fierro de la lanza le metió por el brazo é la lanza quebró de manera, que todos pensaron que se no podria mas sostener en la batalla.

Si desto hobo Briolanja pesar no es de pensar; que sin falla el corazon é la lumbre de los ojos le fallesció, é cayera del palafren si no la acorrieran; mas aquel, que de tales golpes no se espantaba, apretó bien el puño en la buena espada que á Arcalaus tomara poco habia, é fué ferir á Abiseos de tan gran golpe por cima del yelmo, que la espada fizo decender al hombro, é cortó en él y entró por la cabeza fasta el hueso, é fué Abiseos tan cargado del golpe é tan atordido, que no pudo éstar en la silla, é cayó, que apenas se podia tener. Mucho fueron espantados los que miraban cómo así Amadís de dos golpes habia atordido dos tan fuertes caballeros, que bien creian no los haber en el mundo mejores, é dejóse ir á Darasion, que se combatia con Agrájes tan bravamente, que á duro se fallarian otros dos que mejor lo ficiesen, é dijo: «Cierto, Darasion, yo creo bien que antes os placeria agora ver el segundo fuera que el tercero sobreviniese.» E Darasion no respondió, mas cubrióse bien de su escudo. E Amadís, que lo iba por ferir, parósele Agrájes delante é dijo: «Cohermano, Señor, asaz habeis fecho; dejadme á mí con este, que con tanta soberbia me amenazó que me sacaria la lengua.» Mas Amadís, como iba con gran saña, no entendió bien lo que Agrájes le dijo, é pasó por él, é dió á Darasion tan gran golpe en el escudo, que todo lo que le alcanzó fué á tierra, é decendió el espada al arzon delantero, é cortó fasta en la cerviz del caballo, é al pasar Darasion se pasó tanto, que hobo lugar de le meter la espada por la barriga del caballo; é cuando se sintió ferido comenzó á fuir con Amadís sin lo poder tener; pero él tiró tan fuerte por las riendas, que se le quedaron en la mano; é como se vió sin ningun remedio, y que el caballo lo sacaria del campo, dióle con la espada tal golpe entre las orejas, que la cabeza le hizo dos partes, é cayó en tierra muerto, de tal manera, que Amadís fué muy quebrantado; mas levantóse muy presto aunque á grande afan, é con su espada en la mano se fué contra Abiseos, que se ya levantara, é iba á ayudar á su fijo; é á esta hora dió Agrájes con su espada tan gran golpe á Darasion por cima del yelmo, que la no pudo dél sacar, é llevóla en él metida, é comenzóle á ferir con la suya de grandes golpes; é desque Agrájes se vió sin espada no fizo continente de flaqueza, ante se metió por su espada tan presto, que el otro no tovo lugar de lo poder ferir, ó abrazóse con él, así como aquel que era muy liberal; ó Darasion echó la espada de la mano, é trabóle fuertemente con sus brazos, é tirando uno é otro, sacáronse de las sillas é cayeron en tierra; y estando así abrazados, que se no soltaban, llegó Abiseos é firió de grandes golpes á Agrájes, é si algo de mas vagar toviera, matáralo; mas Amadís, que así lo vió, apresuróse cuanto pudo; é Abiseos, que la falda del arnés le alzaba para la espada le meter, llegó á él, é con miedo que hobo dejóle é cubrióse de su escudo, é Amadís le dió en él un tan gran golpe, que se lo hizo juntar con el yelmo; así que, lo atordeció y estuvo por caer. Cuando Agrájes vió á su cohermano cabe sí, esforzóse mas de se levantar, é Darasion asimismo; de manera que cada uno tuvo por bien de soltar al otro, é levantándose en pié, Agrájes, que la espada del otro en el suelo vió, tomóla, é Darasion echó las manos en la que en el yelmo tenia, ó tiró contra sí que la sacó, é fuése cabe su padre; mas Agrájes perdia tanta sangre de una ferida que tenia en la garganta, que todas sus armas della eran tintas. Cuando así lo vió Amadís hobo gran pesar fieramente; que se pensó ser la llaga mortal, é díjole: «Buen cohermano, folgad vos é dejadme con estos traidores.—Señor, dijo él, no he llaga por que os deje de ayudar, como agora veis. —Pues á ellos,» dijo Amadís. Entonces los fueron ferir de muy grandes golpes; mas pensando Amadís que Agrájes era en peligro de su ferida, con el gran pesar cresció la ira, é con ella la fuerza; de tal manera, que

al uno é al otro en poca de hora los paró tales, que las armas eran fechas pedazos, é las carnes poco menos. Así que, ya no pudiendo sufrir los sus muy duros golpes, andábanle fuyendo de acá é de allá, tremiendo con él gran miedo de la muerte. En esta cuita é desventura que ois se sofrió Abiseos é su fijo Darasion fasta hora de tercia; é como vió que su muerte tenia llegada, tomó la espada con ambas las manos, é dejóse ir con gran ira á Amadís, é firióle tan duramente por cima del yelmo de tal golpe, que no parecia de hombre tan mal llagado; que le llagó é derribóle el canto del yelmo, é decendió la espada al hombro siniestro, é cortóle una pieza del arnés con una pieza de la carne. Amadís se sintió deste golpe gravemente, é no tardó mucho de le dar el pago, é dióle tan mortal golpe de toda su fuerza en el malaventurado brazo con que á su hermano el Rey é á su señora natural él matara, que cortando junto al hombro, todo gelo derribó en tierra. Cuando Amadís así lo vió dijo: «Abiseos, ¿veis ende el que con traicion te puso en gran placer é alteza, é agora te porná en la muerte é fondura del infierno?» Abiseos cayó con cuita de la muerte, é Amadís miró por el otro, é vió cómo Agrájes lo tenia en tierra é le habia cortado la cabeza. Entonces fueron todos los de la tierra muy alegres á besar las manos á Briolanja, su señora.

AMONESTACION.

Tomad enjemplo, codiciosos, aquellos que por Dios los grandes señoríos son dados en gobernacion, que no solamente no tener en la memoria de le dar gracias por vos haber puesto en alteza tan crecida, mas contra sus mandamientos perdiendo el temor á él debido, no seyendo contentos con aquellos estados que vos dió y de vuestros antecesores vos quedaron, con muertes, con fuegos é robos ajenos de los que en la ley de la verdad son, quereis usurpar é tomar, é fuyendo é apartando los vuestros pensamientos de volver vuestras sañas é codicias contra los infieles, donde todo muy bien empleado seria; no queriendo gozar de aquella gran gloria que los nuestros católicos reyes en este mundo y en el otro gozan é gozarán, porque sirviendo á Dios, con muchos trabajos lo ficieron. Pues acuérdescos que los grandes estados é riquezas no satisfacen los codiciosos é dañados apetitos, antes en muy mayor cantidad los encienden. E vosotros los menores, aquellos á quien la fortuna tanto poder é lugar dió, que seyendo puestos en sus consejos para los guiar, así como el timon á la gran nave guia é gobierna, consejadlos fielmente, amadlos, pues que en ello servis á Dios, servis á todo lo general; é aunque deste mundo no alcanceis la satisfacion de vuestros deseos, alcanzaréislo del otro, que es sin fin; é si al contrario lo faceis por seguir vuestras pasiones é vuestras codicias, al contrario os verná todo, con mucho dolor é angustia de vuestras ánimas; que con mucha razon se debe creer ser todo lo mas á cargo vuestro; porque los principales, ó con su tierna edad ó con enemiga, podria ser de sus juicios turbarse é ponerse sin ninguna recordacion de sentido en contra de las agudas puntas de las espadas, teniendo aquello por lo mejor; así que, su culpa alguna desculpa seria, en especial haciéndolo con vuestro consejo. Pero vosotros, que estáis libres, que veis el yerro ante vuestros ojos, é teniendo en mas la gracia de los hombres mortales que la ira del muy alto Señor, no solamente los refrenais é procurais de quitar de aquel gran yerro, mas esperando de ser en mayor grado tenidos mas aprovechados, olvidando lo espiritual, abrazáisos con las cosas del mundo, no se os acordando cómo muchos consejeros de los altos hombres pasaron por la cruel muerte que aquellos mismos á quien mal aconsejaron les ficieron dar; porque aunque al presente las cosas erradas, siendo conformes á los dañados deseos, mucho contentamiento dén, despues cuando es apartada aquella niebla oscura, é queda claro el verdadero conocimiento, en mayor cantidad son aborrecidas, con aquellos que las aconsejaron.

Pues tomad los unos é los otros aviso en aquel rey que la su desordenada codicia movió su corazon á tan gran traicion, matando aquel hermano, su rey é señor natural, sentado en la real silla, haciéndole la cabeza é corona dos partes; quedando él señoreando con mucha fuerza, con mucha gloria, á su parecer, aquel reino, creyendo tener la mudable fortuna debajo de sus piés. Pues ¿fruto destas tales flores sacó? Por cierto, no otro, salvo que el Señor del mundo, sofridor de muchas injurias, perdonador piadoso dellas, con el debido conocimiento é arrepentimiento, cruel vengador, no le habiendo, permitió que allí viniese aquel crudo ejecutor Amadís de Gaula, que matando á Abiseos é á sus hijos, por él fué vengada aquella tan gran traicion que á aquel noble rey fué fecha; é si sus corazones destos muy gran estrechura en la batalla pasaron en ver las sus armas rotas, las carnes muy despedazadas, á causa dé lo cual la cruel muerte padescieron, no creais en ello haber pagado é purgado su culpa; ante las ánimas que con muy poco conocimiento de aquel que las crió, en sus yerros é pecados fueron parcioneras, en los crueles infiernos, en las ardientes llamas, sin ninguna reparacion perpétuamente serán dañadas.

Pues dejemos aquestas cosas perecederas, que de otros muchos con grandes trabajos fueron mal ganadas é con gran dolor dejadas, pagando lo que pecaron por las sostener; é por nosotros por el semejante dejadas serán, é procuremos aquellas que gloria sin fin prometen.

Torna la historia á contar el propósito comenzado. Vencida la batalla por Amadís é Agrájes, en que murieron Abiseos é sus dos valientes hijos, como ya oistes, habiéndolos echado fuera del campo, no quiso Amadís desarmarse, aunque llagado estaba, hasta saber si algo de entrevalo que á Briolanja para cobrar el reino habia que lo estorbase; mas luego llegó allí un gran señor é muy poderoso en el reino, que Goman habia nombre, con hasta cien hombres de su linaje é casa, que á la sazon con él se hallaron, é aquel fizo cierto á Amadís cómo aquel reino, no pudiendo mas hacer, tan largo tiempo habia sido sojuzgado de aquel que con gran traicion á su señor natural habia muerto; é que pues Dios tal remedio pusiera, que no temiese ni pensase sino que todos estaban en aquella lealtad é vasallaje que debian contra aquella su señora Briolanja. Con esto se fué Amadís é toda la compaña á los reales palacios, donde no pasaron

ocho dias que todos los del reino, con mucho gozo é alegría de sus ánimos, vinieron á dar la obediencia á la reina Briolanja. Allí fué Amadís echado en un lecho, donde nunca aquella hermosa reina, que mas que á sí misma le amaba, dél se partió, sino fuese para dormir; é Agrájes, que muy peligroso herido estaba, fué puesto en guarda de un hombre que de aquel menester mucho sabia, teniéndolo en casa por le quitar que con ninguno hablase; que la ferida era en la garganta, é así le convenia que lo hiciese. Todo lo que mas desto en este libro primero se dice de los amores de Amadís é desta hermosa reina, fué acrecentado, como ya se os dijo; é por eso, como supérfluo é vano, se dejará de recontar, pues que no hace al caso; antes esto no verdadero contradiria é dañaria lo qué con mas razon esta grande historia adelante os contará.

CAPITULO XLIII.

De cómo don Galaor é Florestan, yendo su camino para el reino de Sobradisa, encontraron tres doncellas á la fuente de los Olmos.

Don Galaor é Florestan estuvieron en el castillo de Corisanda, como habeis oido, hasta que fueron guaridos de sus llagas; entonces acordaron de se partir por buscar á Amadís, que entendian fallarlo en el reino de Sobradisa, deseando que la batalla que allí habia él de haber no fuese dada hasta que ellos llegasen, é hobiesen parte del peligro é de la gloria, si Dios gelo otorgase. Cuando Florestan se despidió de su amiga, sus angustias é dolores fueron tan sobrados é con tantas lágrimas, que ellos habian della gran piedad; é Florestan la conhortaba, prometiéndole que lo mas presto que ser podiese la tornaria á ver. Della despedidos, armados y en sus caballos, é sus escuderos consigo, se fueron á entrar en la barca porque á la tierra los pasasen, y en el camino de Sobradisa Florestan dijo á don Galaor: «Señor, otorgadme un don por cortesía.—¿Pesará á mí señor é buen hermano? dijo don Galaor.—No pesará, dijo él.—Pues demandad aquello que yo buenamente sin mi vergüenza pueda cumplir, que de grado lo haré.—Demándoos, dijo don Florestan, que vos no combatais en esta carrera por cosa que avenga fasta que veais que no puedo yo al facer.—Ciertamente, dijo don Galaor, pésame de lo que demandastes.— No vos pese, dijo Florestan, que si alguna cosa yo valiere, tanto es la honra vuestra como mia. E así les avino que en los cuatro dias que por aquel camino andovieron nunca hallaron aventura que de contar sea, y el dia postrimero llegaron á una torre á tal hora que era sazon de albergar; é á la puerta del corral hallaron un caballero que de buen talante los convidó, é á ellos plugo quedar allí aquella noche; é haciéndolos desarmar é tomar sus caballos para que gelos curasen, diéronles sendos mantos que cubrieron, é andovieron por allí hablando é folgando hasta que dentro en la torre los llevaron é dieron muy bien de cenar.

Aquel caballero cuyos huéspedes eran era grande é hermoso é bien razonado; mas veíanle algunas veces tornar tan triste é con tan gran cuidado, que los hermanos miraron en ello, é hablaban entre sí qué cosa seria; é don Galaor le dijo: «Señor, parécenos que no sois tan alegre como seria menester, é si vuestra tristeza es por cosa en que nuestra ayuda prestar pueda, decídnoslo, é harémos vuestra voluntad.—Muchas mercedes, dijo el caballero; que así entiendo que lo faréis como buenos caballeros; pero mi tristeza la causa fuerza de amor, é no vos diré agora mas, que seria mi gran vergüenza. E hablando en otras cosas, llegóse la hora del dormir, é yéndose el huésped á su albergue, quedaron ellos en una cámara asaz fermosa, donde dos lechos habia, en que aquella noche durmieron é descansaron; é á la mañana diéronles sus armas é caballos, é tornaron su camino, y el huésped con ellos, desarmado, encima de un caballo grande é ligero, por les facer compañía é por ver lo que adelante fallaban; así los fué guiando, no por el derecho camino, mas por otro qu'él sabia, donde queria ver si eran tales en armas como su presencia lo mostraba; é anduvieron tanto fasta que llegaron á una fuente que en aquella tierra habia, que llamaban la fuente de los Tres Olmos, porque hí habia tres olmos grandes é altos; pues allí llegados, vieron tres doncellas que estaban cabe la fuente. Pareciéronles asaz fermosas é bien guarnidas, y encima de los olmos vieron seer un enano. Florestan se metió adelante é fué á las doncellas, é saluólas muy cortés, como aquel que era mesurado é bien criado; é la una le dijo: «Dios vos dé salud, señor caballero; si sois tan esforzado como fermoso, mucho bien os fizo Dios.—Doncella, dijo él, si tal fermosura vos parece, mejor vos paresceria la fuerza, si la menester hobiérdes.—Bien decis, dijo ella; é agora quiero ver si vuestro esfuerzo bastará para me llevar de aquí.—Cierto, dijo Florestan, para eso poca bondad bastaria; é pues así lo quereis, yo os llevaré.» Entonces mandó á sus escuderos que la pusiesen en un palafren que allí atado á las ramas de los olmos estaba. Cuando el Enano que suso en el olmo estaba aquello vió, dió grandes voces: «Salid, caballeros, salid; que vos llevan vuestra amiga.» E á estas voces salió de un valle un caballero bien armado encima de un gran caballo, é dijo á Florestan: «¿Qué es eso, caballero? ¿Quién vos manda poner mano en mi doncella?—No tengo yo que sea vuestra, pues que por su voluntad me demanda que de aquí la lleve.» El caballero le dijo: «Aunque ella lo otorgue, no os lo consentiré yo, que la defendí á otros caballeros mejores que vos.—No sé, dijo Florestan, cómo será; mas si no faceis al desas palabras, llevarla he.—Antes sabréis, dijo él, qué tales son los caballeros deste valle, é cómo defienden á las que aman.—Pues agora vos guardad,» dijo Florestan. Entonces dejaron correr contra sí los caballos, é hiriéronse de las lanzas en los escudos, y el caballero quebrantó su lanza, é Florestan le fizo dar del brocal del escudo en el yelmo, que le fizo quebrar los lazos, é derribógelo de la cabeza, é no se pudo tener en la silla; así que, cayó sobre la espada é fízola dos pedazos. Florestan pasó por él, é cogió la lanza sobre mano, é tornó al caballero, é viólo tal como muerto, é poniéndole la lanza en el rostro, dijo: «Muerto sois.—¡Ay señor! merced, dijo el caballero; ya védes que tal como muerto estoy.—No aprovecha eso, dijo él, si no otorgais la doncella por mia.—Otórgola, dijo el caballero, é maldita sea ella y

el dia en que la yo vi, que tantas locuras me ha fecho hacer fasta que perdí mi cuerpo.» Florestan le dejó, é fuése á la doncella é dijo: «Vos sois mia. — Bien me ganastes, dijo ella, é podeis facer de mí lo que os pluguiere. — Pues ahora nos vayamos,» dijo él; mas otra doncella de las que á la fuente quedaban le dijo: «Señor caballero, buena compaña partistes, que un año há que andamos de consuno, é pésanos de así nos partir.» Florestan dijo: «Si en mi compañía quereis ir, yo vos llevaré, é así no seréis de una compañía partidas, que de otra guisa no se puede facer, porque doncella tan fermosa como esta no la dejaria yo aquí. Sí es hermosa, dijo ella, ni yo no me tengo por tan fea, que cualquiera caballero por mí no deba un gran fecho acometer; mas no creo yo que seréis vos de los que lo osasen hacer. — ¡Cómo! dijo Florestan, ¿cuidais que por miedo vos dejo? Si me Dios ayude, no era sino por no pasar vuestra voluntad, é agora lo veréis.» Entonces la mandó poner en otro palafren, y el Enano dió voces como de primero, é no tardó que salió del valle otro caballero muy bien armado en un buen caballo que muy apuesto parecia, y en pos dél un escudero que traia dos lanzas, é dijo contra don Florestan: «Don caballero, ganastes una doncella, é no contento, llevais la otra; agora converná que las perdais ambas, é la cabeza con ellas; que no conviene á caballero de tal linaje como vos tener en su guarda mujer de alta guisa como la doncella es. — Mucho vos loais, dijo Florestan, pues tales dos caballeros hay en mi linaje que los querria ante en mi ayuda que no á vos solo. — Por preciar tú tanto los de tu linaje, dijo el caballero, no te tengo por eso en mas; que á tí é á ellos precio tanto como nada; mas tú ganaste una doncella de aquel que poder no tuvo para la amparar, é si te yo venciere, sea la doncella mia, y si vencido fuere, lleva con ella esa otra que yo guardo. — Contento soy dese partido, dijo Florestan. — Pues agora os guardad, si podiérdes,» dijo el caballero. Entonces se dejaron ir á todo el correr de los caballos, y el caballero firió á Florestan en el escudo, que gelo falsó, é detúvose en el arnés, que era fuerte é bien mallado, é la lanza quebró, é Florestan falleció de su encuentro, é pasó adelante por él. El caballero tomó otra lanza al escudero que las traia, é don Florestan, que con vergüenza estaba é muy sañudo porque delante su hermano el golpe errara, dejóse á él ir, y encontróle tan fuertemente en el escudo, que gelo falsó, é el brazo en que lo traia, é pasó la lanza hasta la loriga, é pujóla tan fuerte, que lo alzó de la silla é lo puso encima de las ancas del caballo; el cual, como allí lo sintió, lanzó las piernas con tanta braveza, que dió con él en el campo, que era duro, tan gran caida, que no bullia pié ni mano. Florestan, que así lo vió, dijo á la doncella: «Mia sois, que este vuestro amigo no os defenderá, ni á sí tampoco. — Así me semeja,» dijo ella. Don Florestan miró contra la otra doncella, que sola á la fuente quedaba, é vióla muy triste, é díjole: «Doncella, si os no pesa, no os dejaria yo ende sola.» La doncella miraba contra el huésped, é díjole: «Conséjovos que de aquí vos vádes; que bien sabeis vos que estos dos caballeros no son bastantes para os defender del que agora verná; é si vos alcanza, no hay al sino la muerte. — Todavía, dijo el huésped, quiero ver lo que averná, que este mi caballo es muy corredor é mi torre muy cerca; así que, no hay peligro ninguno. — ¡Ay! dijo ella, guardáos; que no sois mas de tres é vos desarmado, é bien sabeis para contra él tanto es como nada.» Cuando esto oyó don Florestan hobo mayor cuita de llevar la doncella por ver aquel de quien tan altamente fablaba, é fízola cabalgar en otro palafren, como á las otras, y el enano que suso estaba en el olmo dijo: «Don caballero, en mal punto sois tan osado; que agora verná quien vengará á sí é á los otros.» Entonces dijo á grandes voces: «Acorred, Señor, que mucho tardais.» E luego salió del valle donde los otros un caballero que traia las armas partidas con oro, é venia en un caballo bayo tan grande é tan fiero, que bastara para un gigante; y el caballero era así muy grande é membrudo, que bien parecia en él haber muy gran fuerza é valentía; é venia todo armado, sin faltar ninguna cosa, y en pos dél venian dos escuderos armados de arneses é capellinas como sirvientes, é traian sendas hachas en sus manos grandes é muy tajantes, de que el caballero mucho se preciaba herir, é dijo contra don Florestan: «Está quedo, caballero, é no fuyas, que no te aprovechará; que todavía conviene que mueras; pues muere como esforzado, é no como hombre cobarde, pues por cobardía no puedes escapar.» Cuando Florestan se vió amenazar de muerte é aviltar de cobarde fué tan sañudo, que maravilla era, é dijo: «Yén, cativa cosa é mala é fuera de razon sin talle, si me ayude Dios, yo te temo como á una gran bestia sin esfuerzo é corazon. — ¡Ay! dijo el caballero, cómo me pesa que no seré vengado en cosa que en ti haga, é Dios me mandase agora que estoviesen hí los cuatro de tu linaje que tú mas precias, porque les cortase las cabezas contigo. — De mí solo te guarda, dijo Florestan; que yo haré con la ayuda de Dios que ellos sean excusados.» Entonces se dejaron así correr, las lanzas bajas, é bien cubiertos de sus escudos, é cada uno habia gran saña del otro; los encuentros fueron tan grandes en los escudos, que los falsaron, é asimismo los arneses fueron con la gran fuerza desmallados, y el gran caballero perdió las estriberas ambas, é saliera de la silla si no se abrazara á las cervices del caballo; é don Florestan, que por él pasó, fuése á uno de los escuderos é trabóle de la hacha que tenia el otro en la mano, é tiró por ella tan recio, que á él é á la bestia derribó en el suelo, é fué al caballero, que enderezándose en la silla, habia tomado la otra hacha, que el que la tenia fué presto á gela poner en las manos; é ambas las hachas fueron alzadas, é firiéronse encima de los yelmos, que eran de fino acero, y entraron por ellos mas de tres dedos; é Florestan fué así cargado del golpe, que los carrillos le hizo juntar con el pecho, é el gran caballero tan desacordado, que saliéndole la hacha de las manos, quedó metida en el yelmo de Florestan, é no tovo tal poder que la cabeza levantar podiese de sobre el cuello del caballo; é Florestan tornó por le ferir, é como así le tovo tan bajo, dióle por entre el yelmo é la gorguera de la loriga en descubierto tal golpe, que ligeramente le derribó la cabeza á los piés del caballo.

Esto hecho, fuése á las doncellas, é la primera le dijo: «Cierto, buen caballero, tal hora fué, que no creia que tales diez como vos nos ganaran como vos solo nos ganastes, y derecho es que por vuestras nos tengais.» Entonces llegó á él su huésped, que era caballero mancebo é hermoso, como ya oistes, é dijo: «Señor, yo amo de gran amor esta doncella, y ella á mí; é habia un año que aquel caballero que matastes me la ha tenido forzada sin que ver me la dejase, é agora que la puedo haber por vos, mucho vos gradeceré que no vos pese dello. —Ciertamente, huésped, dijo él, si así es como lo decis, en mí hallaréis buen ayudador, pero contra su voluntad no lo otorgaria á vos ni á otro.—¡Ay Señor, dijo la doncella, á mí place, é ruégovos yo mucho que á él me deis, que le mucho amo.—En el nombre de Dios, dijo Florestan, yo vos hago libre que á vuestra voluntad hagais.» La doncella se fué con el huésped, seyendo muy alegre. Galaor mandó tomar el gran caballo bayo, que le pareció el mas fermoso que nunca viera, é dió al huésped el que él traia; despues entraron en su camino, é las doncellas con ellos; é dígovos que eran niñas y fermosas, é don Florestan tomó para sí la primera, é dijo á la otra: «Amiga, faced por ese caballero lo que á él pluguiere; que yo vos lo mando. —¡Cómo! dijo ella, ¿á este que no vale tanto como una mujer me quereis dar, que vos vió en tal cuita é no vos ayudó? Cierto, yo creo que las armas que él trae mas son para otro que para sí, segun es el corazon que en sí encierra. — Doncella, dijo don Florestan, yo vos juro por la fe que tengo de Dios, que vos dó al mejor caballero que yo agora en el mundo sé, si no es Amadís, mi señor.» La doncella cató á Galaor, é vióle tan hermoso é tan niño, que se maravilló de aquello que dél oia, é otorgóle su amor, é la otra á don Florestan; é aquella noche fueron á albergar á casa de una dueña, hermana del huésped, donde se partieran, y ella les fizo todo el servicio que pudo de que supo lo que les aviniera. Allí folgaron aquella noche, é á la mañana tornaron á su camino, é dijeron á sus amigas: «Nos habemos de andar por muchas tierras extrañas, é hacerse vos-hi-a gran trabajo de nos seguir; decidnos dónde mas seréis contentas que vos llevemos. —Pues así vos place, dijeron ellas, cuatro jornadas de aquí, en este camino que llevais, en un castillo de una dueña, nuestra tia, é allí quedarémos.» Así continuaron su camino adelante; don Galaor preguntó á su doncella: «¿Cómo vos tenia aquel caballero?—Yo vos lo diré, dijo la doncella. Agora sabed que aquel gran caballero que en la batalla murió amaba mucho á la doncella que vuestro huésped llevó consigo; mas ella lo desamaba de todo su corazon, é amaba al que la distes mas que todas las cosas del mundo; y el caballero, como fuese el mejor destas tierras, tomóla por fuerza, sin que ninguno gelo contrallase, y ella nunca le quiso de su grado dar su amor; y como la él tanto amase, guardóse de la enojar é díjole: Mi amiga, porque con gran razon de vos pueda ser yo amado é querido como el mejor caballero del mundo, yo haré por vuestro amor esto que oiréis. Sabed que un caballero, que es nombrado en todas las partes por el mejor que nunca fué, que Amadís de Gaula es llamado, mató á un mi cohermano en la corte del rey Lisuarte, que Dardan el soberbio habia nombre, é á este yo le buscaré é tajaré la cabeza; así que, toda su fama en mí será convertida; y en tanto que esto se face porné yo con vos dos doncellas las mas fermosas desta tierra que os aguarden, é darles he por amigos dos caballeros de los mejores de mi linaje, é sacaros hemos cada dia á la fuente de los Tres Olmos, que es paso de muchos caballeros andantes; é si vos quisieren tomar, allí veréis fermosas justas é lo que yo en ellas faré; así que, por vuestro grado seré muy querido de vos, así como vos yo amo. Esto dicho, tomó á nosotras, é diónos aquellos dos caballeros que vencidos fueron; é hanos tenido en aquella fuente un año, adonde han fecho muchas é grandes caballerías, fasta agora, que don Florestan partió el pleito. —Ciertamente, amiga, dijo don Galaor, su pensamiento de aquel caballero era asaz grande, si adelante, como lo dijo, lo podiera llevar; pero antes creo que pasara por gran peligro si él se encontrara con aquel Amadís que él buscar queria. —Así me parece á mí, dijo ella, segun la mejoría conosceis que sobre vosotros tiene.—¿Cómo habia nombre aquel caballero? dijo Galaor. —Alumas, dijo ella, y creed que si su gran soberbia no lo estragara, que de muy alto fecho de armas era.» En esto y en otras cosas fablando, anduvieron tanto, que llegaron al castillo de la tia, donde muy servidos fueron, sabiendo la dueña cómo don Florestan matara á Alumas é á sus compañeros venciera, que á tan sin causa é razon aquellas sus sobrinas con mucha deshonra por fuerza tenian.

Pues dejándolas allí, cabalgaron otro dia, é anduvieron tanto, que á los cuatro dias fueron en una villa del reino de Sobradisa, é allí sopieron cómo Amadís é Agrájes mataran en la batalla á Abiseos é sus fijos, é habian fecho reina a Briolanja sin entrevalo alguno; de que hobieron muy gran gozo é placer é dieron muchas gracias á Dios; é partiendo de allí, llegaron á la ciudad de Sobradisa é fuéronse derechamente á los palacios, sin que persona los conociese, é descabalgando de sus caballos, entraron donde Amadís é Agrájes, que ya sanos de sus feridas eran, y estaban con la nueva é fermosa reina. Cuando Amadís así los vió, que ya por la doncella que á don Galaor habia guiado la conocia, é vió á don Florestan tan grande é tan fermoso, y que de su alta bondad ya tenia noticia, fué contra él, cayéndole de los ojos lágrimas de alegría, é don Florestan fincó ante él los hinojos por le besar las manos; mas Amadís lo levantó, abrazándole é besándole, é preguntándole muy por extenso de las cosas que acaescido le habian; é despues fabló á don Galaor, y ellos á su cohermano Agrájes, que le mucho amaban.

Cuando la fermosa reina Briolanja vió en su casa tales cuatro caballeros, habiendo tanto tiempo estado desheredada, é con tanto miedo encerrada en un solo castillo, donde casi por piedad la tenian, é que agora cobrada en su honra en su reino, con tan gran vuelta de la rueda de la fortuna, y que no solamente para la defender tenia aparejo, mas aun para conquistar los ajenos, fincó los hinojos en tierra despues de haber con mucho amor aquellos dos hermanos rescebido, dando grandes gracias al muy poderoso Señor, que en

tal forma é con tan grande piedad della se acordara, é dijo á los caballeros: «Creed cierto, señores, estas tales vueltas é mudanzas é maravillas son del muy alto Señor, que á nos cuando las vemos muy grandes parecen; é ante el su gran poder en tanto como nada con razon deben ser tenidas.—Pues veamos agora estos grandés señoríos, estas riquezas que tantas congojas, cuitas, dolores é angustias nos atraen por las ganar, é ganadas, por las sostener, seria mejor, como supérfluas é crueles atormentadoras de los cuerpos, é mas de las ánimas, dejar é aborrecerlas, viendo no ser ciertas ni durables. Por cierto digo que no, antes afirmo que seyendo con buena verdad, con buena conciencia ganadas é adqueridas, é faciendo templadamente dellas satisfacion á aquel Señor que las da, reteniendo en nos tanta parte, no para que la voluntad, mas para que la razon satisfecha sea, podamos en este mundo alcanzar descanso, placer é alegría, y en el otro perpétuo, perpétuamente en la gloria gozar del fruto dellas.

ACÁBASE EL PRIMERO LIBRO DEL NOBLE É VIRTUOSO CABALLERO AMADÍS.

INTRODUCCION DEL LIBRO SEGUNDO DE AMADÍS DE GAULA.

É PORQUE LAS GRANDES COSAS QUE EN EL LIBRO CUARTO DE AMADÍS SE DIRÁN, FUERON DESDE LA ÍNSOLA FIRME, ASÍ COMO POR ÉL PARECE, CONVIENE QUE EN ESTE SEGÚNDO SE HAGA RELACION QUÉ COSA ESTA ÍNSOLA FUÉ, É QUIÉN AQUELLOS ENCANTAMENTOS QUE EN ELLA HOBO É GRANDES RIQUEZAS DEJÓ; PORQUE SIENDO ESTE EL COMIENZO DEL DICHO LIBRO, EN EL LUGAR QUE CONVIENE VAYA RELATADO.

En Grecia fué un rey casado con una hermana del emperador de Constantinopla, en la cual hobo dos fijos muy hermosos, especialmente el mayor, que Apolidon hobo nombre; que así de fortaleza del cuerpo como de esfuerzo de corazon en su tiempo ninguno igual le fué. Pues este dándose á las sciencias de todas artes, con el su sotil ingenio, que muy pocas veces con la gran valentía se concuerda, tanto dellas alcanzó, que así como la clara luna entre las estrellas, mas que todos los de su tiempo resplandecia; especial en aquellas de nigromancia, aunque por ellas las cosas imposibiles parece que se obran. Pues este rey, su padre destos dos infantes, seyendo muy rico de dinero é pobre de la vida, segun su gran vejez, veyéndose en el extremo dè la muerte, mandando que al su fijo Apolidon, por ser mayor, el reino le quedase, al otro los sus grandes tesoros é libros, que muchos eran é mucho valian, dejaba; mas él, desto no contento, con muchas lágrimas á su padre decia que con aquello cuasi desheredado era.

El padre, torciendo sus manos, no podiendo mas hacer, en gran angustia su corazon estaba; mas aquel famoso Apolidon, que así para las grandes afrentas como para los autos de virtud su corazon dino era, veyendo la cuita del padre é la poquedad del hermano, dijo que porque su alma consolada fuese, que tomando él los tesoros é sus libros, á su hermano dejaria el reino; de lo cual el Rey su padre muy consolado, con muchas lágrimas de piedad su bendicion le dió. Pues tomando Apolidon lós grandes tesoros é los libros, aparejar hizo ciertas naves, así de buenos caballeros escogidos como de bastimentos é armas; y en ellas metido, por la mar se fué, no á otra parte sino donde la ventura lo guiaba; la cual veyendo cómo este infante en su arbitrio se ponia, quiso que aquella grande obediencia de su viejo padre, dada con mucha gloria é mucha grandeza, pagada le fuese, trayendo viento tan próspero, que sin entrevalo la su flota en el imperio de Roma arribó, donde á la sazon emperador era el Siudan llamado, del cual fué muy bien recebido; é allí estando algun espacio de tiempo, juntas las sus grandes cosas en armas que ante por otras tierras hábia fecho, de las cuales en gran estima era su gran loor ensalzado, con las presentes que allí fizo, fué causa que con demasiado amor de una hermana del emperador, Grimanesa llamada, amado fué, que por todo el mundo su gran fama y fermosura en aquel tiempo entre todas las mujeres florecia. De que se siguió que así él amándola como amada era, no teniendo el uno y otro esperanza de ser sus amores en efecto venidos por ninguna guisa, á consentimiento de los dos salida Grimanesa de los palacios del Emperador su hermano, y puesta en la flota de su amigo Apolidon, por la mar navegando, á la ínsola Firme aportaron, que de un gigante bravo señoreada era. Don Apolidon, sin saber qué tierra fuese, mandó sacar una tienda é un rico estrado, en que sú señora holgase, que muy enojada de la mar andaba. Mas luego á la hora el bravo Gigante armado, á ellos viniendo, en gran sobresalto los puso; con el cual, segun de la costumbre de la ínsola, por salvar á su señora é á sí é su compaña Apolidon se combatió; y venciéndole con su sobrada bondad é valentía, quedando muerto en el campo, fué Apolidon libre señor de la mesma ínsola; que despues de haber visto la su gran fortaleza, no solamente al emperador de Roma, á quien enojado tenia por le haber así traido á su hermana, mas á todo el mundo, no temia; en la cual, por ser el Gigante tan malo é soberbio, muy desamado de todos era, é Apolidon, despues de ser conocido, muy amado fué. Ganada la ínsola Firme por Apolidon, como habeis oido, en ella con su amiga Grimanesa moró diez y seis años con tanto placer, que sus ánimos satisfechos

fueron de aquellos deseos mortales que el uno por el otro pasado habian. En aquel tiempo fueron fechos muy ricos edificios, así con sus grandes riquezas como con su sobrado saber, que á cualquiera emperador ó rey, por rico que fuese, fueran muy graves de acabar.

En cabo destos años, muriendo el emperador de Grecia sin heredero, conociendo los griegos las bondades deste Apolidon y ser de aquella sangre é linaje de los emperadores, é por parte de su madre asimesmo, de todos en una concordia é voluntad elegido fué; enviando á él allí donde en la ínsola estaba sus mensajeros, por los cuales le facian saber quererlo por su emperador. Apolidon veyendo ofrecérsele un tan gran imperio, como quiera que en aquella ínsola todos los deleites que fallar se podrian alcanzase, é conociendo que de los grandes señoríos antes fatigas et trabajos que deleites é placer se alcanzan, é si algunos hay, son mezclados con amargos jaropes, siguiendo lo natural de los hombres mortales, cuyo deseo nunca es contento ni harto, acordó con su amiga que, dejando aquellos donde estaban, tomasen el imperio que se les ofrecia; mas ella, habiendo gran mancilla que una cosa tan señalada como lo era aquella ínsola, donde tales y tan grandes cosas quedaban, poseida por aquel su grande amigo, el mejor caballero en armas que en el mundo se hallaba, é por ella, que por el semejante sobre todas las de su tiempo su gran hermosura loada era; é junto con esto ser amados de sí mesmos en la mesma perfecion que del amor alcanzar se puede, rogó á Apolidon que antes de su partida dejase allí por su gran saber cómo en los venideros tiempos aquel lugar señoreado no fuese sino por persona que, así en fortaleza de armas como en lealtad de amores y de sobrada fermosura, á ellos entrambos pareciese. Apolidon le dijo: «Mi señora, pues que así os place, yo lo haré de guisa que de aquí ningun señor ni señora ser pueda, sino aquellos que mas señalados en lo que habeis dicho sean. Entonces hizo un arco á la entrada de una huerta en que árboles de todas naturas habia, é otrosí habia en ella cuatro cámaras ricas de extraña labor, y era cercada de tal forma, que ninguno á él la podia entrar sino por debajo del arco; encima dél puso una imágen de hombre de cobre, y tenia una trompa en la boca como que queria tañer; é dentro en el un palacio de aquellos puso dos figuras á semejanza suya y de su amiga, tales que vivas parecian, las caras propriamente como las suyas y su estatura, y cabe ellas una piedra jaspe muy clara; é fizo poner un padron de fierro de cinco codos en alto á un medio trecho de ballesta en un campo grande que ende era, é dijo: «De aquí adelante no pasará ningun hombre ni mujer si hobieren errado á aquellos que primero comenzaron á amar, porque la imágen que védes tañerá aquella trompa con son tan espantoso á fumo é llamas de fuego, que los fará ser tollidos, é así como muertos serán deste sitio lanzados; pero si tal caballero ó dueña ó doncella aquí vinieren que sean dignos de acabar esta aventura por la gran lealtad suya, como ya dije, entrarán sin ningun entrevalo, é la imágen hará tan dulce són, que muy sabroso sea de oir á los que lo oyeren; y estos verán las nuestras imágines, é sus nombres escriptos en el jaspe, que no sepan quién los escribe.» E tomándola por la mano á su amiga, la fizo entrar debajo del arco, é la imágen fizo el dulce son, é mostróle las imágines é sus nombres dellos en el jaspe escriptos. E saliéndose fuera, hobo Grimanesa gana de lo facer probar, é mandó entrar algunas dueñas é doncellas suyas, mas la imágen fizo el espantoso son con gran fumo é llamas de fuego; luego fueron tollidas sin sentido alguno é lanzadas fuera del arco, é los caballeros por el semejante; de que Grimanesa, seyendo cierta sin peligro ser, con mucho placer, dellos se reia, gradeciendo mucho á su amado amigo Apolidon aquello que tanto en satisfacion de su voluntad habia hecho, é luego le dijo: «Mi señor, pues ¿qué será de aquella rica cámara en que tanto placer y deleite hobimos?—Agora, dijo él, vamos allá, é veréis lo que hí faré.» Entonces se fueron donde la cámara era, é Apolidon mandó traer dos padrones, uno de piedra é otro de cobre, y el de piedra hizo poner á cinco pasos de la puerta del la cámara, y el de cobre otros cinco mas desviado; é dijo á su amiga: «Agora sabed que en esta cámara no puede hombre ni mujer entrar en ninguna manera ni tiempo fasta que aquí venga tal caballero que de bondad de armas me pase, ni mujer si á vos de hermosura no pasare; pero si tales vinieren que á mí de armas é á vos de hermosura venzan, sin estorbo alguno entrarán.» E puso unas letras en el padron de cobre que decian: «De aquí pasarán los caballeros en que gran bondad de armas hobiere, cada uno segun su valor; así pasarán adelante.» E puso otras letras en el padron de piedra que decian: «De aquí no pasará sino el caballero que de bondad de armas á Apolidon pasará.» Y encima de la puerta de la cámara puso unas letras que decian: «Aquel que me pasare de bondad entrará en la rica cámara y será señor desta ínsola; é así llegarán las dueñas é doncellas; así que, ninguna entrará dentro si á vos de hermosura no pasare.» E hizo con su sabidoría tal encantamento, que con doce pasos al derredor ninguno á la cámara llegar podia, ni tenia otra entrada sino por la via de los padrones que habeis oido, é mandó que en aquella ínsola hobiese un gobernador que la rigiese é cogiese las rentas della, y fuesen guardadas para aquel caballero que ventura hobiese de entrar en la cámara é fuese señor de la ínsola; é mandó que los que falleciesen en lo del arco de los amadores que sin les hacer honra los echasen fuera, é á los que lo acabasen los sirviesen; é dijo mas, que los caballeros que la cámara probasen é no podiesen entrar al padron de cobre, que dejasen allí las armas, é los que algo del padron pasasen, que no les tomasen sino las espadas, é los que al padron de mármol llegasen que no les tomasen sino los escudos; é si tales viniesen que deste padron pasasen é no podiesen entrar, que les tomasen las espuelas; é á las doncellas é dueñas que no les tomasen cosa, salvo que diciendo sus nombres los pusiesen en la puerta del castillo, señalando á do cada una habia llegado, é dijo: «Cuando esta isla hobiere señor se desfará el encantamento para los caballeros, que libremente podrán pasar por los padrones y entrar en la cámara; pero no lo será para las mujeres fasta que venga aquella que por su gran hermosura la aventura acabará, é albergare den-

tro en la rica cámara con el caballero que el señorío habrá ganado.» Esto así hecho, Apolidon é Grimanesa, dejando á tal recaudo la ínsola Firme, como oido habeis, en sus naos partieron dende é pasaron en Grecia, donde fueron emperadores é hobieron hijos que en el imperio despues de sus dias sucedieron.

Mas agora dejando de hablar mas en esto, se os contará lo que Amadís é sus hermanos é Agrájes, su primo, hicieron despues que fueron partidos de casa de la hermosa reina Briolanja.

CAPITULO PRIMERO.

Cómo Amadís con sus hermanos é Agrájes, su primo, se partieron adonde el rey Lisuarte estaba, é cómo les fué aventura de ir á la ínsola Firme encantada á probar las aventuras, é lo que allí les acaesció.

Amadís é sus hermanos é su primo Agrájes, estando con la nueva reina Briolanja en el reino de Sobradisa, donde della muy honrados y de todos los del reino muy servidos eran; pensando siempre Amadís en su señora Oriana y en la su gran hermosura, de grandes angustias y de grandes congojas su corazon era atormentado, derramando tantas lágrimas dormiendo y velando, que por mucho que él las queria encobrir, manifiestas á todos eran; pero no sabiendo la causa dellas, en diversas maneras las juzgaban; porque así como el caso grande era, así con la su mucha discrecion el secreto era guardado como aquel que en su fuerte corazon todas las cosas de virtud encerradas tenia. Mas ya no pudiendo su atribulado corazon tanta pena sofrir, demandó licencia á la muy hermosa Reina con sus compañeros, y en el camino donde el rey Lisuarte estaba se puso, no sin gran dolor é angustia de aquella que mas que á sí lo amaba.

Pues algunos dias con gran deseo caminando, la fortuna, porque así le plugo, con mayor tardanza que él quisiera ni pensaba, lo quiso estorbar, como agora oiréis, que hallando en el camino una ermita y entrando en ella á facer oracion, vieron una doncella hermosa é otras dos doncellas é cuatro escuderos que la guardaban; la cual ya de la ermita saliera, y á ellos esperando en el camino, cuando á ella llegaron les preguntó adónde era su camino. Amadís le dijo: «Doncella, á casa del rey Lisuarte imos, é si allá vos place ir, acompañar vos hemos. —Mucho vos lo agradezco, dijo ella; mas yo voy á otra parte, é porque vos vi andar así armados como los caballeros que las aventuras demandan, acordé de os atender si queirria ir alguno de vosotros á la ínsola Firme por ver las extrañas cosas é maravillas que hí son, que yo allá voy, é soy fija del gobernador que agora la ínsola tiene. —¡Oh santa María! dijo Amadís, por Dios, muchas veces oí decir de las maravillas de esa ínsola, et por dichoso me ternia de las ver, é hasta agora no se me aparejó. —Buen señor, no os pese por lo haber tardado, dijo ella; que otros muchos tovieron ese deseo, é cuando lo pusieron en obras no salieron de allí tan alegres como entraron. —Verdad decis, dijo él, segun lo que dende he oido; mas decidme, ¿rodeariamos mucho de nuestro camino si por ende fuésemos? —Rodearíades dos jornadas, dijo la doncella. —Contra esta parte de la gran mar es esta ínsola Firme, dijo él, donde es el arco encantado de los leales amadores; donde ningun hombre ni mujer entrar puede si erró á aquella ó aquel que primero comenzó amar. —Esta es, por cierto, dijo la doncella; que así eso como otras muchas cosas de maravillar hay en ella.» Entonces dijo Agrájes á sus compañeros: «Yo no sé lo que vosotros haréis; mas yo ir quiero con esta doncella y ver las cosas de aquella ínsola.» Ella le dijo: «Si sois tan leal amador, que so el arco encantado entrárdes, allí veréis las hermosas imágines de Apolidon é Grimanesa, é vuestro nombre escripto en una piedra, donde hallaréis otros dos nombres escriptos, é no mas, aunque há cien años que aquel encantamento se hizo. —A Dios vayais, dijo Agrájes, que yo probaré si podré ser el tercero.» Amadís, que no menos esperanza tenia de aquella aventura acabar, segun en su corazon sintia, dijo contra sus hermanos: «Nosotros no somos enamorados, mas ternia por bien que aguardásemos á nuestro primo, que lo es, é lozano de corazon. —En el nombre de Dios, dijeron ellos; á él plega que sea por bien.»

Entonces movieron todos cuatro juntos con la doncella camino de la ínsola Firme. Don Florestan dijo á Amadís: «Señor, ¿vos sabeis algo de esta ínsola; que yo nunca della, aunque muchas tierras he andado, he oido hasta agora nada decir? —A mí me hobo dicho, dijo Amadís, un caballero mancebo que yo mucho amo, que es Arban, rey de Norgales, que muchas aventuras ha probado, que él ya estovo en esta ínsola cuatro dias, y que punara de ver estas aventuras é maravillas que en ella son, mas que á ninguna podiera dar cabo, é que se partió de allí con gran vergüenza; mas esta doncella vos lo puede muy bien decir, que es allí moradora, é segun dice, es hija del gobernador que la tiene. Don Florestan dijo á la doncella: «Amiga, señora, ruégoos por la fe que á Dios debeis que me digais todo lo que desta ínsola sabeis, pues que la largueza del camino á ello nos da lugar. —Eso haré yo de grado, como lo aprendí de aquellos en quien en la memoria les quedó. «Entonces les contó todo lo que la historia vos ha relatado, sin faltar ninguna cosa; do que, no solamente maravillados de oir cosas tan extrañas fueron, mas muy deseosos de las probar, como aquellos que siempre sus fuertes corazones no eran satisfechos sino cuando las cosas en que los otros fallecian que ellos las probaban, deseándolas acabar, sin ningun peligro temer. Pues así como ois, andovieron tanto, que fué puesto el sol, y entrando por un valle, vieron en un prado tiendas armadas y gentes cabe ellas que andaban holgando; mas entre ellos era un caballero ricamente vestido que les pareció ser el mayor de todos ellos. La doncella les dijo: «Buenos señores, aquel que allí veis es mi padre, é quiero á él ir porque os haga honra.» Entonces se partió dellos, é diciendo al caballero la demanda de los cuatro compañeros, vínose así á pié con su compaña á los rescebir, y desque se hobieron saludado rogóles que en una tienda se desarmasen, y que otro dia podrian sobir al castillo é probar aquellas aventuras. Ellos lo tovieron por bien; así que, desarmados é cenando, seyendo muy bien ser-

vidos, holgaron allí aquella noche; é otro dia de mañana con el gobernador é otros de los suyos se fueron al castillo por donde toda la ínsola se mandaba, que no era sino aquella entrada, que seria una echadura de arco de tierra firme, todo lo al estaba de la mar rodeado, aunque en la ínsola habia siete leguas en largo é cinco en ancho; é por aquello que era ínsola, é por lo poco que de tierra firme tenia, llamáronla ínsola Firme.

Pues allí llegados, entrando por la puerta, vieron un gran palacio las puertas abiertas é muchos escudos en él, puestos en tres maneras, que bien ciento dellos estaban acostados á unos poyos, é sobre ellos algunos estaban mas altos, y en otro poyo sobre los diez estaban dos, y el uno dellos estaba mas alto que el otro mas de la meitad. Amadís preguntó que por qué los pusieran así, é dijéronle que así era la bondad de cada uno cuyos los escudos eran, que en la cámara defendida quisieron entrar; é los que no llegaron al padron de cobre estaban los escudos en tierra, y los diez que llegaron al padron estaban mas altos, y de aquellos dos el mas bajo pasó por el padron de cobre, mas no pudo llegar al otro; y el que estaba mas alzado llegó al padron de mármol, que no pasó mas adelante. Entonces Amadís se llegó á los escudos por ver si conosceria alguno dellos; que en cada uno habia un rétulo de cuyo fuera, é miró los diez, y entre ellos estaba uno mas alto buena parte y tenia el campo negro é un leon así negro; pero habia las uñas blancas é los dientes é la boca bermeja, é conosció qne aquel era de Arcalaus, y miró los dos escudos que mas alzados estaban, é el mas bajo habia el campo indio é un gigante en él figurado, é cabe él un caballero que le cortaba la cabeza, é conoció ser aquel del rey Abies de Irlanda, que allí viniera dos años antes que con Amadís se combatiera; é cató el otro, é tambien habia el campo indio y tres flores de oro en él, é aquel no le pudo conocer, mas leyó las letras que en él habia, que decian: «Este escudo es de don Cuadragante, hermano del rey Abies de Irlanda, que no habia mas de doce dias que aquella aventura probara, y llegara al padron de mármol, donde ningun caballero habia llegado; y él era venido de su tierra á la Gran Bretaña por se combatir con Amadís por vengar la muerte del rey Abies, su hermano. Desque Amadís vió los escudos mucho dudó aquella aventura, pues que tales caballeros no la acabaron; é salieron del palacio é fueron al arco de los leales amadores, y llegando al sitio que la entrada defendia, Agrájes se llegó al mármol, y decendiendo de su caballo é encomendándose á Dios, dijo: »Amor, si vos he sido leal, membradvos de mí.» E pasó el marco, y llegando so el arco, la imágen que encima estaba comenzó un són tan dulce, que Agrájes y todos los que lo oian sentian gran deleite; y llegó al palacio donde las imágines de Apolidon y de Grimanesa estaban, que no les pareció sino propiamente vivas; é miró el jaspe é vió allí dos nombres escriptos, y el suyo, y el primero que vió decia: *Esta aventura acabó Madanil, hijo del duque de Borgoña.* Y el otro decia: *Este es el nombre de don Bruneo de Bonamar, hijo de Vallados el marqués de Troque.* El suyo decia: *Este es Agrájes, fijo de Languines, rey de Escocia.* Y este Madanil amó á Guinda Flamenca, señora de Flándes, é don Bruneo no habia mas de ocho dias que aquella aventura acabara; é aquella que él amaba era Melicia, hija del rey Perion de Gaula, hermana de Amadís. Entrando Agrájes, como ois, so el arco de los leales amadores, dijo Amadís á sus hermanos: «¿Probaréis vosotros esta aventura?—No, dijeron ellos; que no somos tan sojuzgados á esta pasion, que la merezcamos acabar.—Pues vos sois dos, dijo Amadís, faced vos compañía, é si yo pudiere, la haré á mi primo Agrájes.» Entonces dió su caballo é sus armas á su escudero Gandalin, é fuése adelante lo mas presto que él pudo sin temor ninguno, como aquel que sentia no haber errado á su señora, no solamente por obra, mas por el pensamiento; é como fué so el arco, la imágen comenzó á facer un són mucho mas diferenciado en dulzura que á los otros hacia, é por la boca de la trompa lanzaba flores muy fermosas, que gran olor daban, é caian en el campo muy espesas; así que, nunca á caballero que allí entrase fué lo semejante hecho, é pasó donde eran las imágines de Apolidon é Grimanesa, é con mucha aficion las estovo mirando, paresciéndole muy hermosas é tan frescas como si vivas fuesen; é Agrájes, que algo de sus amores entendia, vino contra él de donde por la huerta andaba mirando las extrañas cosas que en ella habia, é abrazándole, le dijo: «Señor primo, no es razon que de aquí adelante nos encobramos nuestros amores.» Mas Amadís no le respondió; é tomándole por la mano, se fueron mirando aquel logar, que muy sabroso é deleitoso era de ver.

Don Galaor é Florestan, que de fuera los atendian, viendo que tardaban, acordaron de ir á ver la cámara defendida, é rogaron á Isanjo el gobernador que gela mostrase; él les dijo que le placia, é tomándolos consigo, fué con ellos, é mostróles la cámara por defuera, é los padrones que ya oistes, é don Florestan dijo: «Señor hermano, ¿qué quereis facer? Ninguna cosa; dijo él, que nunca hobe voluntad de acometer las cosas de encantamentos. Pues folgáos, dijo don Florestan; que yo ver quiero lo que hacer podré. Entonces encomendándose á Dios, é poniendo su escudo delante, é la espada en la mano, fué adelante, y entrando en lo defendido, sintióse herir de todas partes con lanzas y espadas de tan grandes golpes é tan espesos, que le semejaba que ningun hombre lo podria sofrir; mas como él era fuerte é valiente de corazon, no quedaba de ir adelante firiendo con su espada á una é á otra parte, é parescíale en la mano que feria hombres armados, y que la espada no cortaba; así pasó el padron de cobre y llegó fasta el de mármol, é allí cayó, é no pudo ir mas adelante, tan desapoderado de toda su fuerza, que no tenia mas sentido que si muerto fuese; é luego fué lanzado fuera del sitio, como lo facian á los otros. Don Galaor, que así lo vió, hobo dél mucho pesar, é dijo: «Como quiera que mi voluntad desta prueba apartada estoviese, no dejaré de tomar mi parte del peligro, é mandando á los escuderos é al Enano que dél no se partiesen y le echasen del agua fria por el rostro, tomó sus armas, y encomendándose á Dios, fuése contra la puerta de la cámara, é luego le firieron de todas partes de muy duros é grandes golpes, é con gran cuita llegó

al padron de mármol é abrazóse con él, y detóvose un poco; mas cuanto un paso dió adelante fué tan cargado de golpes, qué no lo pudiendo sofrir, cayó en tierra, así como don Florestan, con tanto desacuerdo, que no sabia si era muerto ni si vivo; é luego fué lanzado fuera, así como los otros. Amadís é Agrájes, que gran pieza habian andado por la huerta, tornáronse á las imágines, é vieron allí en el jaspe su nombre escripto, que decia: *Este es Amadís de Gaula, el leal enamorado, fijo del rey Perion de Gaula.* E así estando leyendo las letras con gran placer, llegó al marco Ardian el enano, dando voces, é dijo: «Señor Amadís, acorred, que vuestros hermanos son muertos.» E como esto oyó, salió de allí presto, é Agrájes tras él, y preguntando al Enano qué era lo que decia, dijo: «Señor, probáronse vuestros hermanos en la cámara é no la acabaron, y quedaron tales como muertos.»

Luego cabalgaron en sus caballos é fueron donde estaban, é fallólos tan mal trechos como ya oistes, aunque ya mas acordados. Agrájes, como era de gran corazon, decendió presto del caballo, é al mayor paso que pudo se fué con su espada en la mano contra la cámara, firiendo á una é á otra parte; mas no bastó su fuerza de sofrir los golpes que le dieron, é cayó entre el padron de cobre y el de mármol, é atordido como los otros, lo llevaron fuera. Amadís comenzó á maldecir la venida que allí ficieran, é díjole á don Galaor, que ya cuasi en su acuerdo estaba: «Hermano, no puedo excusar mi cuerpo de lo no poner en el peligro que los vuestros.» Galaor lo quisiera detener, mas él tomó presto sus armas é fuése adelante, rogando á Dios que le ayudase; é cuando llegó al lugar defendido paró un poco é dijo: «¡Oh mi señora Oriana! de vos me viene á mí todo el esfuerzo é ardimiento; membradvos, Señora, de mí á esta sazon en que tanto vuestra sabrosa membranza me es menester.» E luego pasó adelante, é sintióse ferir de todas partes duramente, y llegó al padron de mármol, é pasando dél, parecióle que todos los del mundo eran á lo ferir, é oia gran ruido de voces como si el mundo se fundiese, é decian: «Si este caballero tornais, no hay agora en el mundo otro que aquí entrar pueda. Pero él con aquella cuita no dejaba de ir adelante, cayendo á las veces de manos, é otras de rodillas; é la espada, con que muchos golpes diera, habia perdido de la mano, é andaba colgada de una correa, que no la podia cobrar; así llegó á la puerta de la cámara é vió una mano que le tomó por la suya é lo metió dentro, é oyó una voz que dijo: «Bien venga el caballero que pasando de bondad á aquel que este encantamento fizo, que en su tiempo par no tovo, será de aquí señor.» Aquella mano le pareció grande é dura, como de hombre viejo, y en el brazo tenia vestida una manga de jamete verde, é como dentro en la cámara fué soltóle la mano, que no la vió mas, y él quedó descansado é cobrado en toda su fuerza, é quitándose el escudo del cuello y el yelmo de la cabeza, metió la espada en la vaina, é gradeció á su señora Oriana aquella honra que por su causa ganara.

A esta sazon todos los del castillo, que las voces oyeran de cómo le otorgaban el señorío, y le vieron dentro, comenzaron á decir en alta voz: «Señor, vemos complido, á Dios loor, lo que tanto deseado teníamos.» Los hermanos, que mas acordados eran, é vieron cómo Amadís acabara lo que todos habian faltado, fueron alegres por el gran amor que le tenian; é como estaban se mandaron llevar á la cámara, y el gobernador con todos los suyos llegaron á Amadís é por señor le besaron las manos. Cuando vieron las cosas extrañas que dentro en la cámara habia de labores é riquezas, fueron espantados de lo ver; mas no era nada con un apartamiento que allí se facia donde Apolidon é su amiga albergaban; que este era de tal forma, que no solamente ninguno podria alcanzar á facerlo, mas ni entender cómo facerse podria; y era de tal forma, que estando dentro, podian ver claramente lo que de fuera se ficiese, é los de fuera por ninguna guisa no verian nada de los de dentro. Allí estovieron todos una gran pieza con gran placer los caballeros, porque en su linaje hobiese tal caballero que pasase de bondad á todos los del mundo presentes é cien años á zaga; los de la ínsola por haber cobrado tal señor, con quien esperaban ser bienaventurados y señorear desde allí otras muchas tierras. Isanjo, el gobernador, dijo á Amadís: «Señor, bien será que comais é descanseis, é mañana serán aquí todos los hombres buenos de la tierra é vos harán homenaje, recibiéndovos por señor.» Con esto se salieron, y entrados en un gran palacio, comieron de aquello que aderezado estaba; é folgando aquel dia, luego el siguiente vinieron allí asonados todos los mas de la ínsola con grandes juegos é alegrías; quedando ellos por sus vasallos, tomaron á Amadís por su señor con aquellas seguridades que en aquel tiempo é tierra se acostumbraban.

Así como la historia ha contado fué la ínsola Firme por Amadís ganada, en cabo de cien años que aquel fermoso Apolidon la dejó con aquellos encantamentos, que verdaderos testigos fueron que en todo este medio tiempo nunca allí aportó caballero que á la su bondad pasase. Pues si desto tal gloria é fama alcanzó, júzguenlo aquellos que las grandes cosas con las armas trataron, vencedores y vencidos, los primeros sintiendo en sí lo que este caballero Amadís sentir pudo; é los otros la victoria esperando, al contrario convertida, la desventura suya llorando.» Pues destos dos extremos ¿cuál habrémos el mejor? Por cierto, digo que el primero, segun la flaqueza humana, que medida no tiene, puede atraer con soberbia á grandes pecados, y el segundo gran desesperacion. ¿Quién se porná entre ellos, que lo mejor lleve? Aquel juicio razonable dado del Señor verdadero á los hombres sobre todas las cosas vivas, que conoce lo próspero é adverso no ser durable, doctrinando y esforzando el corazon á que á lo uno é otro sojuzgue, este podria alcanzar el medio bienaventurado. Pues ¿tomará este medio Amadís de Gaula en lo que agora la movible fortuna le apareja, mostrando los beleños é ponzoñas que en medio destas tales alegrías, desta tan grande alteza escondidos tenian? Yo creo que no; antes así como sin medida las cosas hasta allí favorables le ocurrieron, sin entrevalo alguno ni combate que con la fortuna habido hobiese; así sin comparacion su corazon é discrecion serán della vencidos é sojuzgados, no le valiendo ni remediando las fuertes armas, la

sabrosa membranza de su señora, la braveza grande del corazon, mas la gran piedad de aquel Señor, que por reparo de los pecadores y de los atribulados en este mundo vino, como agora lo triste é despues lo alegre se vos contará.

Como ya se dijo antes desto, en la primera parte desta grande historia, cómo seyendo Oriana, por las palabras que al Enano oyó de las piezas de la espada, á la ira é saña sojuzgada, é puesta en tan grande alteracion, que muy poco fruto sacaron Mabilia ni la doncella de Denamarca de los verdaderos consejos que por ellas le fueron dados; é agora se os contará lo que sobre esto hizo ella desde aquel dia, siempre dando lugar á que la pasion suya creciese, mudada su acostumbrada condicion, que era estar en la compañía de aquellas, apartándose con mucha esquiveza, todo lo mas del tiempo estaba sola, pensando cómo podria, en venganza de su saña, dar la pena que merecia aquel que la causara; é acordó que pues la presencia apartada era, que en absencia todo su sentimiento por escripto manifiesto le fuese; é fallándose sola en su cámara, tomando de su cofre tinta é pergamino, una carta escribió, que decia así:

CARTA QUE LA SEÑORA ORIANA ENVIA Á SU AMANTE AMADÍS.

Mi rabiosa queja, acompañada de sobrada razon, da lugar á que la flaca mano declare lo que el triste corazon encobrir no puede contra vos el falso y desleal caballero Amadís de Gaula; pues ya es conoscida la deslealtad é poca firmeza que contra mí, la mas desdichada y menguada de ventura sobre todas las del mundo, habeis mostrado, mudando vuestro querer de mí, que sobre todas las cosas vos amaba, poniéndole en aquella que, segun su edad, para la amar ni conoscer su discrecion basta; é pues otra venganza mi sojuzgado corazon tomar no puede, quiero todo el sobrado y mal empleado amor que en vos tenia apartarlo; pues gran yerro seria querer á quien, á mí desamando, todas las cosas desame por le querer y amar. ¡Oh qué mal empleé é sojuzgué mi corazon, que en pago de mis sospiros é pasiones, burlada y desechada fuese! E pues este engaño es ya manifiesto, no parezcais ante mí ni en parte donde yo sea; porque sed cierto que el muy encendido amor que vos habia es tornado, por vuestro merescimiento, en muy rabiosa é cruel saña; é con vuestra quebrantada fe é sábios engaños id á engañar otra cativa mujer como yo, que así me vencí de vuestras engañosas palabras, de las cuales ninguna salva ni excusa serán recebidas; antes, sin vos ver, plañiré con mis lágrimas mi desastrada ventura é con ellas daré fin á mi vida, acabando mi triste planto.

Acabada la carta, cerróla con sello de Amadís muy conocido, é puso en el sobrescrito: «Yo soy la doncella ferida de punta de espada por el corazon, é vos sois el que me feristes.» E fablando en gran secreto con un doncel que Durin se llamaba, hermano de la doncella de Denamarca, le mandó que no holgase fasta llegar al reino de Sobradisa, donde fallaria á Amadís, é aquella carta le diese, é que mirase al leer della su semblante y que aquel dia le aguardase, no tomando dél respuesta aunque dárgela quisiese.

CAPITULO II.

De cómo Durin se partió con la carta de Oriana para Amadís; é vista de Amadís la carta, dejó todo lo que tenia emprendido, é se fué con una desesperacion á una selva ascondidamente.

Pues Durin, cumpliendo el mandado de Oriana, partió luego en un palafren muy andador; así que, en cabo de diez dias fué llegado en Sobradisa, donde la fermosa reina Briolanja era; la cual, seyendo él en su presencia llegado, le paresció la mas fermosa mujer, despues de Oriana, que él habia visto; é sabido della cómo dos dias antes que él llegase Amadís é sus hermanos é su cohermano Agrájes de allí partieran, él, tomando su rastro, tanto andovo, que á la ínsola Firme llegó al tiempo que Amadís entraba debajo del arco de los leales enamorados; é vió que la imágen hizo por él mas que por los otros habia hecho; é como quiera que cuando Amadís de allí salió por las nuevas que de sus hermanos le dijeran, él lo vió con Gandalin, no le dió la carta, ni despues, fasta que en la cámara defendida entró, y de todos los de la ínsola por señor fué rescebido; y esto hizo él por consejo de Gandalin, que sabiendo ser la carta de Oriana, temiendo lo que en ella venir podria, ora que fuese alegre ó triste, que ante su señor hobiese recebido aquel señorío que otra alguna alteracion ó entrevalo le viniese; que bien cierto era él que no solamente aquello, mas el mundo que suyo fuese dejaria luego por complir lo que por ella le fuese mandado; mas despues que las cosas asosegadas fueron Amadís mandó llamar á Durin por le preguntar nuevas de la corte del rey Lisuarte; y venido á su mandado, é paseando con él por una huerta asaz deleitosa, é apartado de sus hermanos una pieza, y de todos los otros que ende estaban, le fué preguntado si venia de la corte del rey Lisuarte, que le dijese las nuevas que de allá sabia. Durin le respondió é dijo: «Señor, yo dejo la corte en la disposicion que era cuando de allá vos partistes; pero yo á vos vengo con mandado de mi señora Oriana, é por esta carta veréis la causa de mi venida. Amadís tomó la carta, é aunque su corazon grande alegría sintiese con ella, temiendo que Durin nada de su secreto sabia, encubrió lo mas que pudo; y la tristeza no pudo facer que, habiendo leido las fuertes é temerosas palabras que en ella venian, no bastó el esfuerzo ni el juicio que claramente no mostrase ser llegado á la cruel muerte, con tantas lágrimas, con tantos sospiros, que no parecia sino ser hecho pedazos su corazon; quedando tan desmayado é fuera de sentido, como si el ánima ya de las carnes partida fuera. Durin, que mucho sin sospecha desto estaba, cuando aquello vió, llorando muy fuertemente, maldecia á sí é á su ventura é á la muerte porque antes que allí llegase no le habia sobrevenido.

Amadís, no podiendo estar en pié, sentóse en la yerba que allí estaba, é tomó la carta que se le habia de las manos caido, é cuando vió el sobrescripto que decia: «Yo soy la doncella ferida de punta de espada por el corazon, é vos sois el que me feristes,» su cuita fué tan sin medida, que por una pieza estuvo amortecido, de que Durin fué muy espantado, é quiso llamar á sus hermanos; pero, como vió el secreto que para

tal cosa se requeria tener, hobo recelo que Amadís faria gran enojo; mas seyendo ya él recordado, dijo con gran dolor: «Señor Dios, ¿por qué vos plugo de me dar muerte sin merescimiento?» E despues dijo: «¡Ay lealtad, qué mal galardon dais á aquel que vos nunca faltó. Fecistes á mi señora que me falleciese, sabiendo vos que antes mil veces por la muerte pasaria que pasar su mandado.» E tornando á tomar la carta, dijo: «Vos sois la causa de la mi dolorosa fin, é porque mas cedo me sobrevenga iréis comigo.» E metióla en su seno é dijo á Durin: «¿Mandáronte otra cosa que me dijeses?—No, dijo él.—Pues llevarás mi mandado, dijo Amadís.—No, Señor, dijo él; que me defendieron que lo no llevase.—É Mabilia é tu hermana ¿no te dijeron algo que me dijeses?—No supieron, dijo Durin, de mi venida; que mi señora me mandó que dellas la encobriese.—¡Ay santa María! valme, dijo Amadís; agora veo que la mi desventura es sin remedio.» Entonces se fué á un arroyo que salia de una fuente, é lavóse el rostro é los ojos, é dijo á Durin que llamase á Gandalin, é que viniesen solos. Él así lo fizo, é cuando á él llegaron falláronlo tal como muerto, é así estuvo una gran pieza cuidando; é cuando acordó dijo que le llamasen á Isanjo el gobernador, é como él vino díjole: «Quiero que como leal caballero me prometádes que fasta mañana, despues que mis hermanos oyeren misa, no diréis ninguna cosa de cuanto agora veréis.» Él así lo prometió, é otra tal fianza tomó de aquellos dos escuderos; luego mandó á Isanjo que le ficiese tener secretamente abierta la puerta del castillo, é Gandalin que sacase sus armas é caballo fuera sin que persona lo sintiese.

Ellos se fueron á complir lo que les mandaba, y él quedó pensando en un sueño que aquella noche pasada soñara; que le pareciera fallarse encima de un otero cubierto de árboles en su caballo é armado, é al derredor dél mucha gente que facia grande alegría, é que llegaba por entre ellos un hombre que le decia: «Señor, comed desto que en esta bujeta traigo.» E que le facia comer dello; é parecíale gustar la mas amarga cosa que hallarse podria; é sintiéndose con ello muy desmayado é desconsolado, soltaba la rienda del caballo é íbase por donde él queria, é parecíale que la gente que antes alegre estaba se tornaba tan triste, que él habia duelo dello; mas el caballo se alongaba con él léjos é le metia por entre unos árboles, donde veia un lugar de unas piedras que de agua eran cercadas, é dejando el caballo é las armas, se metia allí como que por ello esperaba descanso; é que venia á él un hombre viejo vestido de paños de órden, é le tomaba por la mano, llegando á sí, mostrando piedad, é decíale unas palabras en lenguaje que las no entendia, é con esto despertara; é agora le parescia que, como quiera que por vano lo habia tenido, que como verdadero lo fallaba; é cuando así en esto pensando estuvo una pieza, tomando á Durin consigo, fablando con él y escondiendo el rostro de sus hermanos é de la otra gente porque su pasion no sintiesen, se fué á la puerta del castillo, donde falló los fijos de Isanjo, que la puerta abierta tenian. E Isanjo, que fuera estaba, Amadís le dijo: «Id vos comigo é queden vuestros fijos, é faced que no digan desto ninguna cosa.» Entonces se fueron ambos á la ermita que al pié de la peña estaba; é allí iba ya con ellos Gandalin é Durin.

Amadís iba sospirando é gimiendo con tanta angustia é dolor, que los que lo veian eran puestos en dolor en así lo ver; é demandando las armas, se armó, é preguntó á Isanjo que de qué santo era aquella iglesia; él le dijo que de la Vírgen María, é que allí muchas veces se hacian milagros; él entró dentro, é fincados los hinojos en tierra, llorando dijo: «Señora Vírgen María, consoladora é reparadora de los atribulados, á vos, Señora, me encomiendo que me acorrais con vuestro glorioso Fijo que haya piedad de mí, é si su voluntad es de me no remediar el cuerpo, haya merced desta mi ánima en este mi postrimero tiempo; que otra cosa, si la muerte no, no espero.» E luego llamó á Isanjo é díjole: «Quiero que como leal caballero me prometais de hacer lo que aquí vos diré.» E volviéndose á Gandalin, le tomó entre sus brazos llorando fuertemente; é así lo tuvo una pieza sin que hablar le pudiese, é díjole: «Mi buen amigo Gandalin, yo é tú fuimos en uno é á una leche criados, é nuestra vida siempre fué de consuno, é yo nunca fuí en afan ni en peligro en que tú no hobieses parte; é tu padre me sacó de la mar tan pequeña cosa como desa noche nacido; é criáronme como buen padre é madre á fijo mucho amado; é tú, mi leal amigo, nunca pensastes sino en me servir; é yo, esperando que Dios me daria alguna honra con que algo de tu merescimiento satisfacer podiese, hame venido esta tan gran desaventura, que por mas cruel que la propia muerte la tengo, donde conviene que nos partamos, é yo no tengo qué te dejar sino solamente esta ínsola; é mando á Isanjo é á todos los otros, por el homenaje que me tienen fecho, que tanto que de mi muerte sepan te tomen por señor; é como quiera que este señorío tuyo sea, mando que lo gocen tu padre é madre en sus dias, é despues á tí libre quede. Esto por cuanta crianza á mí ficieron, que mi ventura no me dejó llegar á tiempo de les satisfacer lo que ellos merecen é lo que yo deseaba.» Entonces dijo á Isanjo que de las rentas de la ínsola que guardadas tenia tomase tanto para que allí en aquella ermita pudiese hacer un monasterio á honra de la Vírgen María, en que pudiesen bien vivir treinta frailes, é les diese renta para se sostener. Gandalin le dijo: «Señor, nunca vos cuita hobistes en que de vos yo fuese partido, ni agora lo seré por ninguna cosa; é si vos moriérdes, yo no quiero vivir; que despues de la vuestra muerte nunca Dios me dé honra ni señorío; y este que á mí me dais daldo á alguno de vuestros hermanos; que yo no lo tomaré ni lo he menester.—Cállate por Dios, dijo Amadís; no digas tal locura ni me fagas pesar, pues lo nunca feciste, é cúmplase lo que yo quiero; que mis hermanos son tan bienaventurados y de tan alto fecho de armas, que bien podrán ganar grandes tierras é señoríos para sí é aun para los dar á otros.» Entonces dijo: «¡Ay Isanjo, mi buen amigo! mucho pesar tengo por no ser á tiempo que vos podiese honrar como vos lo meresceis; pero yo vos dejo entre tales que lo cumplirán por mí.» Isanjo le dijo llorando: «Señor, pídoos que me leveis con vos, é yo pasaré lo que vos pasárdes; y esto de-

mando en pago de la voluntad que me teneis. — Mi amigo, dijo Amadís, así tengo yo que lo faríades, pero á esta mi dolencia no la puede socorrer sino Dios, é á él quiero que me guie por la su piedad, sin llevar otra compañía.» E dijo á Gandalin: «Amigo, si quisieres ser caballero, sélo luego con estas mis armas; que pues tan bien las guardaste, con razon deben ser tuyas; que á mí ya poco me facen menester; si no, fágate mi hermano don Galaor, é dígaselo Isanjo de mi parte, é sírvelo é aguárdalo en mi logar; que sábete que á este amé yo siempre sobre cuantos son en mi linaje, é dél llevo gran pesar en mi corazon, mas que de todos los otros; y esto es con razon, porque vale mas, é me fué siempre muy homilde, por donde agora me pone en doblada tristeza; é dile que le encomiendo yo á Ardian el mi enano, que le traiga consigo é no le desampare; é dí al Enano que viva con él é lo sirva.» Cuando ellos esto oyeron hacian gran duelo, sin le responder ninguna cosa, por le no hacer enojo. Amadís los abrazó, diciendo: «A Dios vos encomiendo; que nunca pienso de jamas os ver.» E defendiéndoles que en ninguna manera fuesen en pos dél, puso las espuelas á su caballo sin se le acordar de tomar el yelmo ni escudo ni lanza, é metióse muy presto por la espesa montaña, no á otra parte sino adonde el caballo lo queria llevar, é así anduvo hasta mas de la media noche sin sentido ninguno, hasta que el caballo topó en un arroyuelo de agua que de una fuente salia, é con la sed se fué por él arriba hasta que llegó á beber en ella; é dando las ramas de los árboles á Amadís en el rostro, recordó en su sentido, é miró á una é otra parte, mas no vió sino espesas matas, é hobo gran placer, creyendo que muy apartado y escondido estaba; é tanto que su caballo bebió apeóse dél, é atándole á un árbol, se asentó en la yerba verde para facer su duelo; mas tanto habia llorado, que la cabeza tenia desvanecida; así que, se adormeció.

CAPITULO III.

De cómo Gandalin é Durin fueron tras Amadís en rastro del camino que habia llevado, é llevároule las armas que habia dejado, é de cómo le fallaron; é se combatió con un caballero é le venció.

Gandalin, que en la ermita quedara con los otros que oistes, cuando así vió ir á Amadís dijo muy fieramente llorando: «No estaré que no vaya en pos dél, aunque me lo defendió, é llevarle he sus armas.» E Durin le dijo: «Yo te quiero hacer compañía esta noche, é mucho me placeria que con mejor acuerdo lo fallásemos.» E luego cabalgando en sus caballos, se dispidieron de Isanjo é se metieron por la via que él fuera. E Isanjo se fué al castillo, é echóse en su lecho con muy gran pesar; mas Gandalin é Durin, que por la floresta se metieron, andovieron á todas partes, é la ventura, que los guió cerca de donde Amadís estaba, relinchó su caballo, que los otros sintió, é luego conocieron que allí era, é fueron muy paso por entre las matas porque no los sintiese, que no osaban ante él parecer; é seyendo mas cerca, decendieron de los caballos, é Gandalin fué muy encobierto, é llegó á la fuente, é vió que Amadís dormia sobre la yerba, é tomando su caballo, se tornó con él donde Durin quedara, é quitándoles los frenos, dejáronlos pacer é comer en las ramas verdes, y estovieron quedos; mas no tardó mucho que Amadís no despertó; que, con el gran sobresalto del corazon, no era el sueño reposado; é levantóse en pié é vió que la luna se ponia, é que aun habia buen rato de la noche por pasar; é por ser lá floresta espesa estuvo quedo, é tornándose á sentar, dijo: «¡Ay ventura! cosa liviana é sin raíz, ¿por qué me posistes en tan gran alteza entre los otros caballeros, pues tan ligeramente della me decendiste? Agora veo yo bien que mas tu mal en una hora puede dañar que tu bien aprovechar en mill años, porque si deleites é placeres en los tiempos pasados me diste, cruelmente me los robando, hasme dejado en mucha mayor amargura que la muerte; é pues que así ventura te placia, facer debieras igualar lo uno con lo otro; que bien sabes tú si alguna folganza é descanso en lo pasado me otorgaste, que no fué sin ser mezclado con grandes angustias é congojas. Pues en esta crueza de que agora me atormentas siquiera reservarás en ella alguna esperanza donde esta mi cuitada vida en algun rinconcillo se pudiera recoger; mas tú has usado de aquel oficio para que establecida fueste, que es al contrario del pensamiento de los hombres mortales, que teniendo por ciertas é durables aquellas honras, pompas é vanas glorias perecederas que de tí nos vienen, como firmes las tomamos, no nos acordando que, demás de los tormentos que nuestros cuerpos reciben en las sostener, las almas son en la fin en gran peligro é duda de su salvacion puestas. Mas si con aquellos claros ojos del entendimiento que el Señor muy alto nos dió, seyendo escurecidos con nuestras pasiones é aficiones, tus mudanzas mirar quisiésemos, por mucho mejor lo adverso que lo tuyo próspero debriamos tener; porque lo próspero seyendo á nuestras calidades é apetitos conforme, abrazándonos con aquellas dulzuras que adelante se nos representan, en la fin en grandes amarguras é fonduras sin ningun remedio somos caidos; é lo adverso seyendo al contrario, no de la razon, mas de la voluntad, si lo que ella codicia desechásemos, seriamos sobidos de lo bajo á lo alto en perpétua gloria; mas yo triste, sin ventura, ¿qué faré? que el juicio ni mis flacas fuerzas no bastan á resistir tan grave tentacion; que si todo lo del mundo siendo mio me quitaras, solamente la voluntad de mi señora dejando, esta bastaba para me sostener en alteza bienaventurada; pero esta faltando, no podiendo yo sin ella la vida sostener, digo que sin comparacion es contra mí tu crueldad. Yo te ruego, en pago de te haber sido tan leal servidor, que por cada momento é hora la muerte no trague; si á tí es otorgado con los tormentos la vida quitar, me la quites, habiendo piedad de aquello que tú sabes que viviendo padezco.» Y desque esto hobo dicho callóse, y estovo desmayado una pieza del mucho llorar, que no sabia parte de sí, é dijo: «¡Oh mi señora Oriana! vos me habeis llegado á la muerte por el defendimiento que me faceis; que yo no tengo de pasar vuestro mandado; pues guardándole, no guardo la vida; esta muerte rescibo á sinrazon, de que mucho dolor tengo, no por la recebir, pues con ella vuestra voluntad se satisface, que no podria yo en tanto la vida

tener que por la menor cosa que á vuestro placer tocase no fuese mill veces por la muerte trocada. Si esta saña vuestra con razon se tomara meresciéndolo, llevara la pena yo, é vos, mi señora, el descanso, en haber ejecutado vuestra ira justamente; y esto vos ficiera vivir tan leda vida, que mi alma do quiera que vaya de vuestro placer en sí sentiria gran descanso; mas, como yo sin cargo sea, siendo por vos sabido ser la crueza que contra mí se face mas con pasion que con razon, desde agora lo que en esta vida durare, é despues en la otra, comienzo á llorar é plañir la cuita é grande dolor que por mi causa vos sobreverná, é mucho mas por no le quedar remedio, seyendo yo desta vida partido.» E demás desto, dijo: «¡Oh rey Perion de Gaula, mi padre é mi señor, ¡cuán poca razon teneis vos, no sabiendo la causa de mi muerte, de vos della doler! Antes, segun vuestro grande valor é de vuestros preciados hijos, debeis tomar consuelo, porque seyendo yo obligado á seguir vuestras grandes proezas, aborrescido, desesperado como caballero cativo, que los duros golpes de la fortuna resistir no puedo, yo mismo por consuelo é remedio la muerte tome; pero sabiendo la razon dello, cierto só yo que no me culparíades; mas á Dios plega que lo no sepais, pues que vuestro dolor al mio remediar no puede; antes seyendo por mí sentido, en muy mayor cantidad acrecentado seria.»

Esto así dicho, estovo un poco que no fabló, mas luego con gran llanto é fuertes gemidos dijo: «¡Oh bueno é leal caballero, mi amo Gandáles! de vos llevo yo gran pesar, porque mi contraria fortuna no me dejó que os galardonase aquel beneficio tan grande que de vos rescebí; porque vos, mi buen amo, me sacastes de la mar tan pequeña cosa como desa noche nacido; dístesme vida é crianza como á proprio fijo; é si así como los mis primeros dias en vuestros dias se augmentaron, los postrimeros en ellos fenesciesen, muy folgada la mi ánima deste mundo se partiria; lo cual hacer no se pudiendo, siempre de vos en gran deseo seré.» E asimismo fabló en el su leal amigo Angriote de Estravaus, y en el rey Arban de Norgales, y en Guilan el cuidador, é los otros sus grandes amigos, é al cabo dijo: «¡Oh Mabilia! mi prima é señora, é vos, buena doncella de Denamarca, ¿dónde tardó tanto la vuestra ayuda é socorro, que así me dejastes matar? Cierto, mis buenas amigas, no me tardara yo, habiendo menester mi ayuda, en vos socorrer; agora veo yo bien, pues vos me desamparastes, que todo el mundo es contra mí, é todos son tratadores en la mi muerte.» Y callóse, que no dijo mas, dando muy grandes gemidos, é Gandalin é Durin, que lo oian, facian muy gran duelo, mas no osaban ante él parescer.

Pues ellos así estando, pasaba por un camino que cerca dellos era un caballero cantando, é cuando cerca de donde estaba Amadís llegó, comenzó á decir: «Amor, amor, mucho tengo que vos gradecer por el bien que de vos me viene, é por la grande alteza en que me habeis puesto, sobre todos los otros caballeros, llevándome siempre de bien en mejor; que vos me fecistes amar á la muy hermosa reina Sardamira, creyendo yo tener su corazon extrañamente con la honra que desta tierra llevaré; é agora por me poner en muy mayor bienaventuranza me hecistes amar la fija del mejor Rey del mundo, y esta es aquella fermosa Oriana, que en el mundo par no tiene. Amor, esta me hecistes vos amar, é daisme esfuerzo para la servir.» Y desque esto hobo dicho, fuése so un árbol grande que cerca del camino estaba, que allí queria él atender hasta la mañana; mas de otra guisa le avino; que Gandalin dijo á Durin: «Quedáos, é yo quiero ir á ver lo que Amadís querrá facer.» E yendo donde él estaba, fallóle que se levantara ya, é andaba buscando su caballo, que no lo fallaba; é como vió á Gandalin: «¿Qué hombre eres tú, que ende andas? Por merced que me lo digais.—Señor, dijo él, soy Gandalin, que os quiero traer vuestro caballo.» El le dijo: «¿Quién te mandó venir á mí sobre mi defendimiento? Sábete que me has hecho gran pesar, é daca, dame mi caballo, é véte tu via; no te detengas aquí mas; si no, harásme que mate á tí é á mí.—Señor, dijo Gandalin, por Dios, dejáos deso, é decidme si oistes las locuras que dijo un caballero que allí está.» Y esto le decia por le poner en alguna saña que la otra algo ficiese olvidar. Amadís le dijo: «Bien oí cuanto dijo, é por eso quiero yo mi caballo, en que me vaya de aquí; que mucho he tardado.—¡Cómo! dijo Gandalin, ¿no faréis mas contra el caballero?—Y ¿qué tengo yo de facer? dijo Amadís.—Que vos combatais con él, dijo Gandalin, é le hagais conocer su locura.» E Amadís le dijo: «¡Cómo! ¿eres loco en esto que dices? Sábete que no tengo seso ni corazon ni esfuerzo, que todo es perdido cuando perdí la merced de mi señora; que della, é no de mí, me venia todo, é así ella lo ha llevado; é sabes que tanto valgo para me combatir, cuanto un caballero muerto; que en toda la Gran Bretaña no hay tan cativo ni tan flaco caballero que ligeramente no me matase si con él me combatiese; que te diré que soy el mas vencido y desesperado que todos los que en el mundo son.» Gandalin le dijo: «Señor, mucho me pesa de á tal tiempo fallecer vuestro corazon é gran bondad; é por Dios fablad paso; que allí está Durin, que oyó el duelo que fecistes, é todo lo que el caballero dijo.—¡Cómo! dijo Amadís, ¿aquí está Durin?—Sí, dijo él, que entrambos venimos juntos; é pienso que viene por ver lo que haceis, porque lo sepa contar á quien acá lo envió.» Amadís le dijo: «Pésame de lo que me has dicho.» Pero sabiendo que allí estaba Durin, crescióle el corazon y esfuerzo, é dijo: «Agora me da el caballo é guíame al caballero.» Gandalin gelo trajo é las armas, y él cabalgó é tomó las armas, é Gandalin fué á le mostrar el caballero, é no tardó que le vieron estar debajo de un árbol, é tenia el caballo por las riendas, é llegóse cerca dél Amadís é díjole: «Vos, caballero, que estáis holgando, conviene que os levanteis y que veamos cómo sabeis mantener amor de quien vos tanto loais.» El caballero se levantó é dijo: «¿Quién eres tú, que tal me preguntas? Agora verás cómo manterné amor si comigo te osares combatir; que te faré poner espanto á tí é á todos los que de amor son desamparados.—Agora lo verémos, dijo Amadís; que yo soy de aquellos desamparados dél, é soy solo el que jamás en él fiara, porque con grandes servicios que le fice me dió mal galardon, no lo mereciendo; á vos, don caballero enamorado,

diré mas; que nunca en él fallé tanta verdad, que siete tanto de mentira no fallase. Agora vênid é mantened su razon, é veamos si ganó mas en vos que perdió en mí.» E cuando esto decia ensañóse como aquel á quien contra toda razon su señora le dejara.

El caballero cabalgó é tomó sus armas é dijo: «Vos, caballero desesperado de amor, é despreciador de todo bien, en que fablar no debíades, que si amor os desamparó, fizo ende gran razon, que tal como vos no era para le acompañar ni servir; é veyendo él que no lo valiades, vos apartó de sí. E idvos luego, no estéis mas aquí; que solamente de vos ver me toma gran enojo, é cualquiera arma que en vos posiese la despreciaria por ello.» E quísose ir, é Amadís le dijo: «Caballero, ó vos no quereis defender amor sino con palabras, ó vos is con cobardía.—E ¡cómo! caballero, dijo él, yo te dejaba por no te preciar nada, ¿é tú cuidas que por temor? Gran demandador eres de tu daño; agora te guarda, si podieres.» Entonces corrieron los caballos á todo poder uno contra otro lo mas recio que podieron, é firiéronse de las lanzas en los escudos; así que, los falsaron é detovieron en los arneses, que eran muy fuertes; mas el caballero, que era enamorado, fué á tierra sin ningun detenimiento, é al caer llevó las riendas en la mano, é cabalgó luego en su caballo, así como aquel que era valiente é ligero, é Amadís le dijo: «Si mejor no manteneis amor de la espada que de la lanza, mal empleado es en vos el buen galardon que os ha dado.» El caballero no respondió ninguna cosa, mas metió mano á la espada muy sañudo é fuése para él; é Amadís, que ya la espada en la mano tenia, movió contra él, é firiéronse ambos, y el caballero lo firió en el brocal del escudo; así que, el golpe fué en soslayo, é metió por él un palmo de la espada, é cuando la quiso sacar no pudo, é Amadís apretó la espada en la mano é alzóse sobre los estribos, é dióle un gran golpe por encima del yelmo; así que, tajó cuanto alcanzó del almofar del arnés, é cortóle de la cabeza fasta el casco, é la espada abajó, é dió en el cuello del caballo, é cortó la meitad dél; así que, entrambos fueron al suelo, y el caballo murió luego, y el caballero quedó tan desacordado, que no sabia de sí. Amadís, que lo vió estar, atendió un poco por ver si acordaria, que pensaba que muerto era, é cuando algo mas acordado lo vió díjole: «Caballero, cuanto en vos ganó amor, é vos con él, sea vuestro é suyo; que yo irme quiero.» E partiéndose dél, llamó á Gandalin, é vió á Durin que con él estaba, que todo lo pasado habia visto, é díjole: «Amigo Durin, el mi desamparamiento no ha par, ni la mi cuita é soledad no es de sofrir; é conviéneme que muera, é á Dios plega que cedo sea, é la muerte me seria ya folganza, segun deste tan esquivo é cruel dolor soy atormentado; agora véte en buena ventura, é salúdame mucho á Mabilia, mi buena prima, é á la buena doncella de Denamarca, tu hermana, é diles que se duelan de mí, que vó á morir á la mayor sinrazon que nunca en el mundo caballero murió; é diles que gran cuita llevo en el mi corazon por ellas, que tanto me amaban é tanto por mí hicieron, sin que de mí ningun galardon hobiesen.» Esto decia él llorando muy fieramente á maravilla, é Durin estaba delante dél llorando; así que, no le podia responder. Amadís lo abrazó é acomendólo a Dios, é besóle la falda del arnés é despidióse dél.

Entonces parecia el alba, é Amadís dijo á Gandalin: «Si quieres ir comigo, no me estorbes de ninguna cosa que yo haga ni diga; sino luego dende aquí te ve.» El respondió que así lo haria; dándole las armas, mandóle que sacase la espada del escudo é la diese al caballero, é se fuese en pos dél.

CAPITULO IV.

Que recuenta quién era el caballero vencido de Amadís, é de las cosas que le habian ante acaéscido que fuese vencido por Amadís.

Aqueste caballero herido, de que ya vos contamos, habia nombre Patin, y era hermano de don Sidon, que á la sazon era emperador de Roma, y era el mejor caballero en armas de todas aquellas tierras, tanto, que de todos los del imperio era muy temido; y el Emperador habia mucha vejez é no tenia heredero ninguno, que todos pensaban que este Patin sucederia en el imperio. El amaba una reina de Cerdeña, llamada Sardamira, que era mujer muy apuesta é fermosa doncella, que siendo sobrina de la Emperatriz, se habia criado en su casa; é tanto la sirvió, que le hobo de prometer, si de casar hobiese, que ante casaria con él que con otro. El Patin, oyendo esto, tomando consigo mayor orgullo que él de su propio natural tenia, que no era poco, díjole: «Mi amiga, yo he oido decir que el rey Lisuarte tiene una hija que por el mundo de gran hermosura es loada, é yo quiero ir á su corte, é diré que no es tan hermosa como vos, y que esto combatiré á los dos mejores caballeros que lo contrario dijeren; que me dicen que los hay allí muy preciados en armas; é si los no venciere en un dia, quiero que aquel Rey me mande tajar la cabeza.—Eso no hagais vos, dijo la Reina; que si aquella doncella es muy hermosa, no me quita á mí la parte que Dios me dió, si alguna es, y en otra cosa de mas razon y menos soberbia podeis mostrar vuestra bondad; que esta demanda en que vos poneis, demás de no ser honesta, para hombre de tan alto lugar como vos, segun es fuera de razon é soberbiosa, no debeis della esperar buen fin.—Como quiera que avenga, dijo él, esto que digo compliré en vuestro servicio é amor grande que vos tengo, en señal que, así como vos sois la mas hermosa mujer del mundo, sois amada del mejor caballero que en él hallarse podria.» E así se despidió della, é con sus ricas armas é diez escuderos pasó en la Gran Bretaña, é fuése luego donde supo que el rey Lisuarte era; el cual, como así acompañado le vió, pensó que seria hombre de manera, é recebiólo muy bien; y desque fué desarmado todos le miraban, como era grande de cuerpo y que por razon debia en sí tener gran valentía. El Rey le preguntó quién era. El le dijo: «Rey, yo vos lo diré, que no vengo á vuestra casa para me encobrir, sino para me vos facer conocer. Sabed que yo soy el Patin, hermano del emperador de Roma, é tanto que vea á la Reina é su hija Oriana sabréis la causa de mi venida.» Cuando el Rey oyó ser hombre de tan alto logar, abrazólo é díjole: «Buen amigo, mucho nos place con vuestra venida; é á la Reina é á su hija, é á todas las otras de mi casa, veréis cuando vos plo-

guiere.» Entonce lo sentó consigo á la mesa, donde comieron como en mesa de tal hombre.

El Patïn miraba á todas partes, é como veia tantos caballeros, maravillábase de los ver, é no tenia en tanto como nada la casa del Emperador su hermano ni ninguna otra que él hobiese visto. Don Grumedan lo llevó á su posada, por mandado del Rey, é le fizo mucha honra. Otro dia, despues de haber oido misa, el Rey tomó consigo al Patin é á don Grumedan, é fuése para la Reina, que ya sabia quién era por el Rey. Recebido della, hízole sentar ante sí é cabe su hija, que muy menoscabada era de la hermosura que tener solia por la saña que ya oistes. Cuando el Patin la vió fué espantado, y entre sí decia que todos los que la loaban no decian la meitad de lo que ella era hermosa; así que, fué su corazon mudado de aquello por que viniera, é puesto en haberla con todas sus fuerzas, é pensó que seyendo él de tan gran guisa é tan bueno en sí, y que habria el imperio, que si la demandase en casamiento, que no le seria negada; é apartando al Rey é á la Reina, les dijo: «Yo soy venido á vuestra casa por casamiento mio é de vuestra hija; é esto es por la bondad vuestra é por la su fermosura; que si otras yo quisiese de tan gran guisa, fallaria, segun quien yo soy é lo que espero tener.» El Rey le dijo: «Mucho vos gradecemos lo que dicho habeis, mas yo é la Reina hemos prometido á nuestra hija de no la casar contra su voluntad, é converná que le hablemos ante de os responder.» Esto decia el Rey porque no fuese dél desavenido; mas no tenia en corazon de la dar á él ni á otro que de aquella tierra, donde ella habia de ser señora, la sacase.

Desta respuesta fué el Patin muy contento, y esperó allí cinco dias, pensando recaudar aquello que tanto deseaba; mas el Rey ni la Reina, teniéndolo por desvarío, no dijeron nada á su hija; mas el Patin preguntó un dia al Rey cómo le iba en su casamiento; él le dijo: «Yo fago cuanto puedo; mas menester es que hableis con mi hija é le rogueis que haga mi mandado.» El Patin se fué á Oriana é díjole: «Señora Oriana, yo os quiero rogar una cosa, que será mucho vuestra honra é provecho.—¿Qué cosa es? dijo ella.—Que hagais mandado de vuestro padre,» dijo él. Ella, que no sabia por cuál razon lo decia, dijo: «Eso faré yo muy de grado; que bien cierta soy que se ganan estas dos cosas que decis, honra é provecho.» El Patin fué muy ledo de tal respuesta, que bien cuidó que ya la habia ganado, é dijo: «Yo quiero ir por esta tierra á buscar las aventuras, é antes de mucho oiréis hablar de mí tales cosas, que con mas razon os harán otorgar lo que yo deseo.» E así lo dijo al Rey, que luego se queria partir por ver las maravillas de aquella su tierra. El Rey le dijo: «En vos es eso; mas si me creyérdes, dejaros-hí-ades dello; que hallaréis grandes aventuras é peligrosas, é muy fuertes é recios caballeros, usados en armas.—De todo eso, dijo él, me place mucho; que si ellos son fuertes é ardides, no me fallarán flaco ni laso; lo que mis obras os dirán.» Y despedido dél, fuése su camino, muy alegre de la respuesta de Oriana, é por esta causa lo iba cantando, como ya oistes, cuando la su contraria fortuna lo guió á aquella parte donde Amadís hacia su duelo. Esta es la razon por donde este caballero vino de tierra tan lueñe.

Pues agora sobre el propósito tornando, que despues que Durin se apartó de Amadís, seyendo ya de dia claro, pasó por donde el Patin estaba llagado, y él habia de la cabeza quitado lo que del yelmo le quedara, é tenia todo el rostro y el pescuezo lleno de sangre, é como vió á Durin, díjole: «Buen doncel, decidme, que Dios os haga hombre bueno, si sabeis aquí cerca algun logar donde podiese haber remedio desta llaga.—Sí sé, dijo él; mas en los que allí son es la tristeza tan sobrada, que en al no pararán mientes.—¿Por qué es eso? dijo el caballero.—Por un caballero, dijo Durin, que habiendo ganado aquel señorío, é visto las imágines é cosas secretas de Apolidon é su amiga, lo que otro ninguno hasta agora ver pudo, es de allí partido con tan gran pesar, que dello no se espera si su muerte no.—A mí me paresce, dijo el caballero, que hablais de la ínsula Firme.—Verdad es, dijo Durin.—¡Cómo! dijo el caballero, ¿ya tiene señor? por Dios pésame; que allá iba yo por me probar ende é ganar el señorío.» Durin se sonrió é dijo: «Cierto, caballero, si de vuestra bondad algo no traeis encobierta, cuanto por lo que aquí mostrastes, poca pro os toviera, é antes creo que fuera vuestra deshonra.» El caballero se levantó así como pudo, é quísole echar mano de la rienda; mas Durin se arredró dél, é como lo no pudo tomar, dijo: «Doncel, decidme quién fué el caballero que la ínsula Firme ganó.—Decidme vos primero quién sois, dijo Durin.—Por eso no quedará, dijo él; sabed que yo soy el Patin, hermano del emperador de Roma.—A Dios merced, dijo Durin, que sois mas alto de linaje que de bondad de armas ni de mesura. Agora sabed que el caballero por quien preguntais es aquel que de vos se partió; que, segun lo que en él vistes, bien podréis creer que mereció ser dino de ganar lo que ganó.» E partiéndose dél, se fué su via, é tomó del derecho camino de Lóndres, con gran gana de contar á Oriana todo lo que viera de Amadís.

CAPITULO V.

Cómo don Galaor é Florestan é Agrájes se fueron en busca de Amadís, é de cómo Amadís, dejadas las armas é mudando el nombre, se retrajo con un buen viejo en un ermita á la vida solitaria.

Cómo Amadís se partïó con gran cuita de la ínsola Firme, ya se vos dijo que fué tan encobierto, que don Galaor ni don Florestan, sus hermanos, y su primo Agrájes no lo sintieron, é cómo tomó seguridad de Isanjo que gelo no dijese hasta otro dia, despues de haber oido misa; pues Isanjo así lo hizo, que habiendo oido la misa, ellos preguntaron por Amadís, y él les dijo: «Armadvos, é decirvos he su mandado.» Y desque armados fueron Isanjo comenzó á llorar muy fieramente é dijo: «¡Oh señores, qué cuita é qué dolor vino sobre nosotros en nos durar tan poco nuestro señor!» Entonces les contó cómo Amadís se partiera del castillo, é la cuita y el duelo que hiciera, é todo cuanto les mandara decir, é lo que á él mandaba facer de aquella tierra, é cómo les rogaba que no fuesen en pos dél, que no podian por ninguna manera ponerle remedio ni darle conhorte, é que por Dios no tomasen pesar por la su muerte. «¡Oh santa María! val, dijeron ellos; á morir va el mejor caballero del mundo; menester es que, pa-

sando su mandado, lo vayamos á buscar, é si con nuestra vida nó le podiéremos dar consuelo, será nuestra muerte en compañía de la suya.» Isanjo dijo á don Galaor cómo le rogaba que hiciese caballero á Gandalin é trajiese consigo á Ardian el enano. Y esto les decia Isanjo haciendo muy grán duelo, y ellos por el semejante. Galaor tomó entre sus brazos al Enano, que hacia gran duelo é daba con la cabeza en una pared, é díjole: «Ardian, véte comigo, como lo mandó tu señor; que lo que de mí fuere será de tí.» El Enano le dijo: «Señor, yo vos aguardaré, mas no por señor, hasta que sepa nuevas ciertas de Amadís.»

Entonces cabalgaron en sus caballos, é mostrándoles Isanjo el camino que Amadís llevara, por él todos tres se metieron, é andovieron todo el dia sin que hallasen á quién preguntar, é llegaron donde estaba el Patin llagado é su caballo muerto, é sus escuderos, que eran venidos, é andaban cortando madera é ramas en que lo llevasen, que estaba muy desmayado de la mucha sangre que perdiera, é no les pudo decir nada, é hízoles señas que lo dejasen; é preguntaron á los escuderos que quién hiriera á aquel caballero. Ellos dijeron que no sabian sino tanto que cuando ellos á él llegaron, que les dijo que habia justado con un caballero que de la ínsola Firme venia, y que lo derribara del primer encuentro muy ligeramente, y que luego tornara á cabalgar, é de un solo golpe de la espada le hiciera aquella llaga é le matara el caballo; é desque se dél partió dijo que habia sabido de un doncel que aquel caballero era el que ganó el señorío de la ínsola Firme. Don Galaor les dijo: «Buenos escuderos, ¿vistes vos á la parte que ese caballero fué?—No, dijeron ellos; pero antes que allí llegásemos vimos por esta floresta ir un caballero armado, encima de un gran caballo, llorando é maldiciendo su ventura, é un escudero en pos dél, que las armas le llevaba; y el escudo habia el campo de oro, é dos leones cárdenos en él; é asimesmo iba el escudero muy fuertemente llorando.» Ellos dijeron: «Aquel es.»

Estonces se fueron contra aquella parte á mas andar, é á la salida de aquella floresta fallaron un gran campo, en que habia muchas carreras á todas partes, en las cuales habia rastro; así que, no podian en el suyo atinar. Entonces acordaron de se partir, y que para saber lo que cada uno habia en aquella demanda buscado, é por las tierras que anduviera, fuesen juntos en el dia de san Juan en casa del rey Lisuarte; é si fasta estonces su ventura les fuese tan contraria que dél no sopiesen, que allí tomarian otro acuerdo; y luego se abrazaron llorando y se partieron de en uno, llevando muy firme en sus corazones de tomar todo el afan que en la demanda ocurrir pudiese, fasta la acabar; mas esto fué en vano; que, como quiera que muchas tierras andovieron, en que grandes cosas é muy peligrosas en armas pasaron, como aquellos que de fuertes y bravos corazones eran, é sofridores de mucho afan, no fué su ventura de saber dél ninguna nueva; las cuales no serán aquí recontadas, porque de la demanda fallecieron, no la acabando, é la causa dello fué que Amadís se partió donde llagado dejó al Patin, é anduvo por la floresta, é á la salida della falló un campo en que habia muchas carreras, é desvióse dél porque de allí no tomasen rastro, y metióse por un valle é por una montaña, é iba pensando tan fieramente, que el caballo se iba por donde queria; é á la hora de mediodía llegó el caballo á unos árboles que eran en una ribera de una agua que de la montaña descendia, é con el gran calor é trabajo de la noche paró allí, é Amadís recordó de su cuidado, é miró á todas partes, é no vió poblado ninguno, de que hobo placer. Estonces se apeó y bebió del agua, é Gandalin llegó, que trás él iba, é tomando los caballos é poniéndolos donde paciesen de la yerba, se tornó á su señor, é fallólo tan desmayado, que mas semejaba muerto que vivo; mas no le osó quitar de su cuidado, y echóse delante dél. Amadís acordó de su pensar á tal hora que el sol se queria poner, y levantándose, dió del pié á Gandalin, é dijo: «¿Duermes, ó qué faces?—No duermo, dijo él, mas estoy pensando en dos cosas que á vos atañen, é si me quisiérdes oir, decíroslas he; si no, dejarme'he dello.» Amadís le dijo: «Vé, ensilla los caballos, é irme he; que no queria que me fallasen los que me buscan.—Señor, dijo Gandalin, vos estáis en logar apartado, é vuestro caballo, segun que está laso é cansado, si le no dais algun repóso no vos podrá llevar.» Amadís le dijo llorando: «Faz lo que por bien tovieres; que folgando ni andando no tengo yo de haber descanso.»

Gandalin curó de los caballos é tornó á él, é rogólo que comiese de una empanada que traia, mas no lo quiso hacer, é díjole: «Señor, ¿quereis que os diga las dos cosas en que pensaba?—Di lo que quisieres, dijo él; que ya por cosa que se diga ni se faga no doy nada, ni querria mas vivir en el mundo de cuanto á confesion llegado fuese.» Gandalin dijo: «Todavía, Señor, os ruego que me oyais.» Estonces dijo: «Yo he pensado mucho en esta carta que Oriana vos envió, y en las palabras que el caballero con que vos combatistes dijo; como la firmeza de muchas mujeres sea muy liviana, mudando su querer de unos en otros, puede ser que Oriana os tiene errado, é quiso antes que lo vos sopiésedes fingir enojo contra vos; é la otra cosa es, que yo la tengo por tan buena y tan leal, que no así se moveria sin alguna cosa que falsamente de vos le habrán dicho, que por verdadera ella la ternú, sintiendo por su corazon, que tan firme vos ama, que así el vuestro debia facer á ella; é pues que vos sabeis que la nunca errastes, é si algo le fué dicho, que se ha de saber la verdad, en que seréis sin culpa, por donde no solamente se arrepentirá de lo que fizo, mas con mucha homildad vos demandará perdon, é tornaréis con ella á aquellos grandes deleites que vuestro corazon desea, ¿no es mejor que, esperando este remedio, comais é tomeis tal consuelo, con que la vida sostener se pueda, que muriendo con tan poca esperanza y corazon, perdais á ella y perdais la honra deste mundo, é aun el otro que tengais en condicion?—Por Dios, cállate, dijo Amadís; que tal locura y mentira has dicho, que con ello se enojaria todo el mundo; é tú dícesmelo por me conhortar, lo que no pienses que puede ser; que Oriana, mi señora, nunca erró en cosa ninguna, é si yo muero, es con razon, no porque lo yo merezca, mas porque con ello cumplo su voluntad y mando; é si yo no entendiese que por me conhortar lo has dicho, yo te tajaria la cabeza; é sábete que me has

fecho muy gran enojo, é de aquí adelante no seas osado de me decir lo semejante.» E quitándose dél, se fué paseando por la ribera ayuso, pensando tan fuertemente, que ningun sentido en sí tenia. Gandalin adormecióse, como aquel que habia dos dias é una noche que no dormiera; é tornando Amadís, partido ya de su cuidado, é veyendo cómo tan asosegadamente dormia, fué á ensillar su caballo, y escondió la silla y el freno de Gandalin entre unas espesas matas porque no podiese ir en pos dél; é tomando sus armas, se metió por lo mas espeso de la montaña, con gran saña de Gandalin por lo que le dijera. Pues así andovo toda la noche é otro dia fasta vísperas.

Estonces entró en una gran vega que al pié de una montaña estaba, y en ella habia dos árboles altos, que estaban sobre una fuente, é fué allá por dar agua á su caballo, que todo aquel dia andoviera sin fallar agua; é cuando á la fuente llegó vió un hombre de órden, la cabeza é barbas blancas, é daba beber á un asno, y vestia un hábito muy pobre de lana de cabras. Amadís le saludó, é preguntóle si era de misa; el hombre bueno le dijo que bien habia cuarenta años que lo era. «A Dios merced, dijo Amadís; agora vos ruego que folgueis aquí esta noche por el amor de Dios, é oirme heis de penitencia, que mucho lo he menester.—En el nombre de Dios,» dijo el buen hombre. Amadís se apeó é puso las armas en tierra, y desensilló el caballo y dejólo pacer por la yerba, y él desarmóse é fincó los hinojos ante el buen hombre, é comenzóle á besar los piés. El hombre bueno lo tomó por la mano, é alzándolo, lo fizo sentar cabe sí, é vió cómo era el mas hermoso caballero que en su vida visto habia, pero vióle descolorido, é las faces é los pechos bañados en lágrimas que derramaba, é hobo dél duelo é dijo: «Caballero, paresce que habeis gran cuita, é si es por algun pecado que hayais fecho, y estas lágrimas de arrepentimiento dél vos vienen, en buena hora acá nacistes; mas si vos lo causan algunas temporales cosas, que, segun vuestra edad y fermosura, por razon no debeis ser muy apartado dellas, membradvos de Dios y demandalde merced que vos traya á su servicio.» E alzó la mano y bendíjole é díjole: «Agora decid todos los pecados que se os acordaren.» Amadís así lo fizo, diciéndole toda su facienda, que nada faltó. El hombre bueno le dijo: «Segun vuestro entendimiento y el linaje tan alto donde venis no os debríades matar ni perder por ninguna cosa que vos aviniese, cuanto mas por fecho de mujeres que se ligeramente gana é pierde; é vos consejo que no pareis en tal cosa mientes é vos quiteis de tal locura, que lo fagais por amor de Dios, á quien no place de tales cosas; é aun por la razon del mundo se debria facer, que no puede hombre, ni debe, amar á quien le no amare.—Buen señor, dijo Amadís, yo soy llegado á tal punto, que no puedo vivir sino muy poco, é ruégoos por aquel Señor poderoso, cuya fe vos manteneis, que vos plega de me llevar con vos este poco de tiempo que durare, é habré con vos consejo de mi alma; pues que ya las armas ni el caballo no me facen menester, dejarlo he aquí, é iré con vos de pié, faciendo aquella penitencia que me mandárdes; é si esto no faceis, erraréis á Dios, porque andaré perdido por esta montaña, sin fallar quien me remedie.» El buen hombre, que lo vió tan apuesto y de todo corazon para hacer bien, díjole: «Ciertamente, Señor, no conviene á tal caballero como vos sois que así se desampare, como si todo el mundo le falleciese, é muy menos por razon de mujer, que su amor no es mas de cuanto sus ojos lo ven é cuanto oyen algunas palabras que les dicen; é pasado aquello, luego olvidan, especialmente en aquellos falsos amores que contra el servicio del alto Señor se toman; que aquel mesmo pecado que los engendra, faciéndolos al comienzo dulces é sabrosos, é aquel los face revesar con tan cruel é amargoso parto como agora vos teneis; mas vos, que sois tan bueno é teneis señorío é tierra sobre muchas gentes, é sois leal abogado é guardador de todas y todos aquellos que sinrazon reciben, é tan mantenedor de derecho, é seria gran mala ventura é gran daño é pérdida del mundo, si vos así lo fuésedes desamparado; é yo no sé quién es aquella que vos á tal estado ha traido, mas á mí paresce que si en una mujer sola hobiese toda la bondad y hermosura que ha en todas las otras, que por ella tal hombre como vos no se debria perder.—Buen señor, dijo Amadís, yo no vos demando, consejo en esta parte, que á mí no es menester; mas demándoos consejo de mi alma, y que os plega de me llevar con vos, é si no lo ficiérdes, nó tengo otro remedio sino morir en esta montaña.» Y el hombre bueno comenzó de llorar con gran pesar que dél habia; así que, las lágrimas le caian por las barbas, que eran largas y blancas, é díjole: «Mi fijo, señor, yo moro en un lugar muy esquivo é trabajoso de vivir, que es una ermita metida en la mar bien siete leguas, en una peña muy alta, y es tan estrecha la peña, que ningun navío á ella se puede llegar sino es en el tiempo del verano; é allí moro yo há treinta años, é quien allí morare conviénele que deje los vicios é placeres dél mundo, é mi mantenimiento es de limosnas que los de la tierra me dan.—Todo eso, dijo Amadís, es á mi grado, é á mi place de pasar con vos tal vida, esta poca que queda, é ruégovos por amor de Dos que me lo otorgueis.» El hombre bueno gelo otorgó, mucho contra su voluntad, é Amadís le dijo: «Agora me mandad, padre, lo que faga; que en todo vos seré obediente.»

El hombre bueno le dió la bendicion, é luego dijo vísperas, é sacando de una alforja pan y pescado, dijo á Amadís que comiese; mas él no lo hacia, aunque pasaran ya tres dias que no comiera; él dijo: «Vos habeis de estar á mi obediencia, é mándoos que comais; si no, vuestra alma seria en gran peligro si así moriésedes.» Entonces comió, pero muy poco; que no podia de sí partir aquella grande angustia en que estaba; é cuando fué hora de dormir el buen hombre se echó sobre su manto é Amadís á sus piés, que en todo lo mas de la noche no hizo, con la gran cuita, sino revolverse é dar grandes sospiros; é ya cansado y vencido del sueño, adormecióse, y en aquel dormir soñaba que estaba encerrado en una cámara escura que ninguna vista tenia, é no fallando por dó salir, quejábasele el corazon; é parescíale que su prima Mabilia é la doncella de Denamarca á él venian, é ante ellas estaba un rayo de sol, que quitaba la escuridad é alumbraba la cámara, y que ellas le tomaban por las manos

y decian : «Señor, salid á este gran palacio.» E parecíale que habia gran gozo; é saliendo, veia á su señora Oriana cercada al derredor de una gran llama de fuego, y él que daba grandes voces, diciendo : «¡Santa María! acórrela.» E pasaba por medio del fuego, que no sentia ninguna cosa, é tomándola entre sus brazos, la ponia en una huerta la mas verde y hermosa que nunca viera; é á las grandes voces que él dió, despertó el hombre bueno, é tomóle por la mano, diciéndole qué habia. El dijo : «Mi señor, yo hobe agora dormiendo tan gran cuita, que á pocas fuera muerto.—Bien pareció en las vuestras voces, dijo él; mas tiempo es que nos vayamos.» E luego cabalgó en su asno, y entró en el camino. Amadís se iba á pié con él, mas el buen hombre le fizo cabalgar en su caballo, con gran premia que le puso, é así fueron de consuno como ois; é Amadís le rogó que le diese un don, en que no aventuraria ninguna cosa; él gelo otorgó de grado, é Amadís le pidió que en cuanto con él morase no dijese á ninguna persona quién era ni nada de su hacienda; y que no le llamase por su nombre, mas por otro cual él le quisiese poner; y de que fuese muerto, que lo ficiese saber á sus hermanos, porque le llevasen á su tierra. «La vuestra muerte é la vida es en Dios, dijo él, é no fableis mas en ello, que él vos dará remedio si le conoceis é amais é servis como debeis; mas decidme qué nombre vos place tener.—El que vos por bien toviérdes,» dijo él. El hombre bueno lo iba mirando, como era tan hermoso y de tan buen talle, é la gran cuita en que estaba, é dijo : «Yo vos quiero poner un nombre que será conforme á vuestra persona é angustia en que sois puesto; que vos sois mancebo é muy fermoso; é vuestra vida está en grande amargura y en tinieblas; quiero que hayais nombre Beltenebros.» Amadís plugo de aquel nombre, é tovo al buen hombre por entendido en gele haber con tan gran razon puesto, é por este nombre fué él llamado en cuanto con él vivió, y despues gran tiempo; que no menos que por el de Amadís fué loado, segun las grandes cosas que hizo, como adelante se dirá.

Pues fablando en esto y en otras cosas, llegaron á la mar siendo la noche cerrada, é fallaron hí una barca en que habian de pasar al hombre bueno á su ermita, y Beltenebros dió su caballo á los marineros, y ellos le dieron un pelote é un tabardo de gruesa lana parda, y entraron en la barca é fuéronse contra la peña; y Beltenebros preguntó al buen hombre cómo llamaban aquella su morada, y él cómo habia nombre. «La morada, dijo él, es llamada la Peña Pobre, porque allí no puede morar ninguno sino en gran pobreza, é mi nombre es Andalod, é fuí clérigo asaz entendido, é pasé mi mancebía en muchas vanidades; mas Dios, por la su merced, me puso en pensar que los que lo han de servir tienen grandes inconvenientes y entrevalos contratando con las gentes, que, segun nuestra flaqueza, antes á lo malo que á lo bueno inclinados somos; é por esto acordé de me retraer á este logar tan solo, donde ya pasan de treinta años que nunca dél salí sino agora, que vine á un enterramiento de una mi hermana.» Mucho se pagaba Beltenebros de la soledad y esquiveza de aquel lugar, y en pensar de allí morir recebia algun descanso; así fueron navegando en su barca fasta que á la peña llegaron. El ermitaño dijo á los marineros que se volviesen, y ellos se tornaron á la tierra con su barca; y Beltenebros, considerando aquella estrecha é santa vida de aquel hombre bueno, con muchas lágrimas y gemidos, no por devocion, mas por gran desesperacion, pensaba juntamente con él sostener todo lo que viviese, que á su pensar seria muy poco.

Así como ois fué encerrado Amadís con nombre de Beltenebros en aquella Peña Pobre, metida siete leguas en la mar, desamparando el mundo é la honra, é aquellas armas con que en tan grande alteza puesto era; consumiendo sus dias en lágrimas y en continuos lloros, no habiendo memoria de aquel valiente Galpano y de aquel fuerte Abies de Irlanda y del soberbio Dardan, ni tampoco aquel famoso Apolidon, que en su tiempo ni en cien años despues nunca caballero hobo que á la su bondad pasase; los cuales por su fuerte brazo vencidos y muertos fueron, con otros muchos que la historia vos ha contado. Pues si le fuese preguntada la causa de tal destrozo, ¿qué respondiera? No otra cosa, salvo que la ira é la saña de una flaca mujer, poniendo en su favor aquel fuerte Hércoles, aquel valiente Sanson, aquel sábio Virgilio, no olvidando entre ellos al rey Salomon, que desta semejante pasion atormentados é sojuzgados fueron, é otros muchos que decir podria, ¿con esto seria su culpa desculpada? Ciertamente no, porque los yerros ajenos son de tener en la memoria, no para los seguir, mas para fuirlos é castigar en ellos; pues ¿era razon que de un caballero tan vencido, tan sojuzgado con causa tan liviana, piedad se hobiese para de allí le sacar con dobladas vitorias que las pasadas? Diria yo que no, si las cosas por él hechas en tan gran peligro suyo no se redundasen en tanto provecho de aquellos que, despues de Dios, otro reparo si el suyo no tenian. Así que, habiendo destos tales mayor mancilla que de aquel que, venciendo á todos, á sí mesmo vencer ni sojuzgar pudo, contarémos en qué forma, cuando mas sin esperanza, cuando ya llegado al estrecho de la muerte, el Señor del mundo le envió milagrosamente el reparo.

Pero porque á la órden de la historia así cumple, antes vos contarémos algo de lo que en aquel medio tiempo acaeció. Gandalin, que dormiendo en la montaña quedara cuando Amadís, su señor, dél se partió, á cabo de gran pieza despertando, é mirando á todas partes, no vió sino su caballo, y levantóse presto, é comenzó á dar voces, llorando et buscando por las espesas matas; mas de que no falló á Amadís ni su caballo, luego fué cierto que dél se habia perdido, é volvió para cabalgar é ir en pos dél, mas no halló la silla ni el freno. Entonces se comenzó á maldecir á sí é á su ventura y el dia en que nasciera; et andando á una é á otra parte, fallólo metido en una mata muy espesa, y ensillando su caballo, cabalgó en él, é anduvo cinco dias, albergando en los yermos y en poblado, preguntando por su señor; pero todo afan era partido; é á los seis dias la ventura lo guió á la fuente donde Amadís dejara sus armas, é falló cabe ella una tienda armada, é dos doncellas en ella, é Gandalin decendió,

y preguntóles si vieran un caballero que traia un escudo de oro, é dos leones cárdenos en él. Ellas le dijeron: «No vimos tal caballero, mas ese escudo é todo el guarnimento de caballero asaz bueno fallamos cabe esta fuente, sin que ninguno lo guardase.» Cuando él esto oyó dijo, mesando sus cabellos: «¡Oh santa María! val, muerto es ó perdido mi señor y el mejor caballero del mundo.» E comenzó á hacer tan gran duelo, que á las doncellas puso en gran mancilla, é comenzó á decir: «Señor mio ¡qué mal vos guardé! que de todos los del mundo debia ser con razon aborrescido, ni el mundo en sí me debia tener, pues vos yo á tal tiempo fallescí. Vos, Señor, érades aquel que á todos amparábades, é agora de todos sois desamparado; que ya el mundo é los que en él son vos fallecen; é yo, cativo, malaventurado sobre todos los que nascieron, por mengua de mi aguardamiento vos desamparé al tiempo de la vuestra dolorosa muerte.» E dejóse caer de rostros en el suelo así como muerto. Las doncellas dieron voces, diciendo: «¡Santa María! muerto es este escudero.» E fueron á él por le acordar, é nunca podian, que muchas veces se les traspasaba; mas tanto estovieron con él, echándole agua por el rostro, que le ficieron acordar é dijéronle: «Buen escudero, no vos desespereis por lo que no sabeis cierto, que no haceis pro de vuestro señor, y mas vos conviene buscarlo fasta saber su muerte ó su vida; que los buenos con las grandes cuitas se han de esforzar, y no se dejar morir como desesperados.» Gandalin se esforzó con aquellas palabras de las doncellas, y acordó de lo buscar por todas partes, fasta que la muerte en ello le tomase, é dijo á las doncellas: «Señoras, ¿dónde vistes las armas?—Eso os dirémos de grado, dijeron ellas. Sabed que nosotras andamos en compañía de don Guilan el Cuidador, que nos sacó, é á otras mas de veinte doncellas é caballeros, de la prision de Gandinos el follon; que Guilan fizo tanto en armas, que venciendo todas las costumbres de su castillo, é á la fin á él, nos sacó de prision á todos, é á él fizo jurar que jamás no manternia aquella costumbre; é los caballeros é doncellas se fueron donde les plugo, é nosotras venimos con Guilan á esta parte donde venimos, é bien há cuatro dias que llegamos á esta fuente; é cuando Guilan vió el escudo por quien preguntais hobo gran pesar, é descendiendo de su caballo, dijo que no era para estar así el escudo del mejor caballero del mundo; é alzólo del suelo llorando de corazon, é púsolo en aquel brazo de aquel árbol, é díjonos que lo guardásemos en tanto que él buscaba á aquel cuyo era; nosotras fecimos traer estas tiendas, é don Guilan anduvo tres dias por toda esta tierra é no falló nada, y esta noche muy tarde llegó aquí, é á la mañana dió el guarnimento á los escuderos, y él ciñó la espada é tomó el escudo, é dijo: Por Dios, escudo, mal trueco es este en dejar á vuestro señor por ir comigo: E dijo que se iba á la corte del rey Lisuarte para dar aquellas armas á la reina Brisena, que las mandase guardar; é nos allá imos, é así lo harán todos aquellos que estábamos presos á pedir merced á la Reina que agradezca á don Guilan aquello que por nosotras fizo, é los caballeros al Rey.—Pues adios quedeis, dijo Gandalin; que yo, tomando vuestro conhorte é consejo, vó á buscar aquel en quien mi vida é muerte está, como el mas cativo y desventurado hombre que nunca nasció.»

CAPITULO VI.

De cómo Durin tornó á su señora con la respuesta del mensaje que habia traido para Amadís; y del llanto que ella fizo viendo la nueva.

Despues que Durin se partió de Amadís en la floresta donde el Patin llagado quedaba, como lo hemos contado, entró en el camino de Lóndres, donde el rey Lisuarte era; é aquejóse de andar porque Oriana supiese aquellas desaventuradas nuevas de Amadís, porque, si ser pudiese, remediase algo en aquello que su carta tanto mal habia hecho; é tanto andovo, que á los diez dias llegó á Lóndres, y descabalgando en su posada, se fué al palacio de la Reina, é cuando Oriana lo vió el corazon le saltaba, que no lo podia asosegar; é luego se fué á su cámara, é acostóse en su lecho, y mandó á la doncella de Denamarca que le llamase á Durin, su hermano, y ella guardase que no la viese alguno. La doncella le llamó, é salióse donde Mabilia estaba. Oriana le dijo: «Amigo, agora me di adónde has andado é dó fallaste á Amadís, y lo que fizo cuando le diste mi carta, é si viste á la reina Briolanja; cuéntamelo todo, que no falte nada.—Señora, dijo Durin, todo lo diré, aunque no es poco de contar; que muchas cosas maravillosas y extrañas he visto; é dígovos que yo llegué á Sobradisa, é vi á Briolanja, que es tan hermosa é tan apuesta y de tal donaire, que, dejando á vos, creo que en el mundo no hay tan hermosa mujer como ella, é allí hallé nuevas de Amadís é de sus hermanos, que eran para acá partidos, é siguiendo yo su rastro, supe cómo desviaron del camino é fueron con una doncella á la ínsola Firme por probarse en las extrañas aventuras que allí son; é cuando yo allí llegué entraba Amadís so el arco de los leales amadores, donde ninguno no puede entrar si ha errado á la mujer que primero comenzó á amar.—¡Cómo! dijo Oriana, ¿osado fué él de probar tal aventura, sabiendo que la acabar no podia?—No me pareció así, dijo Durin, que pasó desa manera; antes él la acabó con la mayor lealtad que otro que allí fuese, porque por él se hizo en su rescebimiento las señales que fasta allí nunca se ficieran.» Cuando ella esto oyó, en su corazon sintió grande alegría en saber que aquello que por sano é por tan cierto tenian tanto al contrario era del su pensamiento. E asimesmo le contó cómo don Galaor é Florestan é Agrájes, probando la aventura de la cámara defendida, no la podieron acabar, y quedaron tan tollidos como si muertos fueran; é cómo despues la probó Amadís é la acabó, ganando el señorío de aquella ínsola, que era la mas hermosa del mundo é mas fuerte, é cómo habian entrado todos en la cámara, que era la mas extraña é rica que fallar se podria. Oido esto por Oriana, dijo: «Cállate un poco.» E alzando las manos al cielo, comenzó á rogar á Dios que él, por la su piedad, enderezase cómo ella presto podiese estar en aquella cámara con aquel que por su gran bondad la gahara. Entonces le dijo: «Agora me di qué hizo Amadís cuando mi carta le diste.» A Durin le vinieron las lá-

grímas á los ojos é díjole: «Señora, yo vos aconsejaría que no lo quisiésedes saber; porque habeis hecho la mayor crueza é diablura que nunca doncella en el mundo fizo.—¡Ay santa María! val, dijo Oriana, ¿qué me dices?—Dígovos, dijo Durin, que matastes á la mayor sinrazon que ser podria con vuestra saña el mejor y mas leal caballero que nunca hobo mujer, ni habrá en tanto que el mundo durare. Maldita fué la hora en que tal cosa fué pensada, é maldita sea la muerte, que ante no me mató, porque nunca con tal mensaje fuera; que si yo sopiera lo que llevaba, antes me fuera á perder por el mundo que ante él parecer, pues que vos en lo mandar, é yo en lo llevar, fuimos causa de muerte.» Entonces le contó lo que Amadís fizo é dijo cuando la carta le diera, y cómo se salió de la ínsola Firme, é lo que dijo en la ermita; é cómo de allí se partió dellos solo, y se metió por la montaña, y que siguiéndole él é Gandalin, contra su defendimiento, lo fallaron cabe la fuente, no osando parescer ante él, y el dolorido llánto que allí fizo; é cómo pasó por allí el Patin cantando, é las palabras que dijo, é la batalla que Amadís con él hobo; é despues se partió dél, diciendo á Gandalin que no le estorbase la muerte; si no, que no fuese con él; así que, no quedó cosa que no le dijese cómo pasara y él lo viera.

Cuando Oriana esto oyó, en mayor grado que de la ira y la saña vencida, quebrada la braveza del su corazon, de la piedad sojuzgada fué, causándolo aquel gran señorío que la verdad sobre la mentira tiene. Así que, junto en su pensamiento la culpa suya, con la cual aquel que sin ella estaba padecia, tal fuerza tuvieron, que casi muerta sin ningun sentido la dejaron, sin sola una palabra poder decir. Durin, como así la vió, piedad hobo della; pero bien vió que lo merecia, é fuese á Mabilia é á la doncella de Denamarca, é díjoles: «Acorred á Oriana, que bien le face menester; que paréceme, si erró, su parte le cabe.» E fuése á su posada, y ellas se fueron á Oriana, é viéndola tan desacordada, cerraron la puerta de la cámara, y echándole agua por el rostro, la ficieron acordar; é como habló, dijo: «¡Ay cativa sin ventura! que maté la cosa del mundo que mas amaba. ¡Ay mi señor! yo vos maté á gran tuerto, é con gran razon moriré yo por vos, aunque vuestra muerte será mal vengada con la mia; que vos, mi señor, siendo leal, no seréis satisfecho en que la desleal é malaventurada muera.» Esto decia ella con tanto dolor é angustia como si el corazon se le despedazase; mas aquellas sus servidoras é amigas, enviando por Durin, é sabiendo todo lo que pasara enteramente, acorrieron aquella melecina que ellos ambos habian menester para su remedio, que despues de le haber dado muchos consuelos, le ficieron escrebir una carta con palabras muy humildes é ruegos muy afincados, como adelante mas por extenso se dirá, para Amadís, que, dejadas todas las cosas, se viniese á ella, que en el su castillo de Miraflores, donde su gran yerro seria emendado, le atendia; la cual se encomendó á la doncella de Denamarca, que con mucho placer todo el afan que venir le podiese tomaria por dar reparo á las dos personas que ella mas amaba, porque sin sospecha de ninguna cosa viaje mejor facer podiese.

Habiendo Durin dicho que Amadís en su llanto mentara mucho á su amo don Gandáles, creyendo que antes allí que en otra parte estaria, acordaron que la doncella llevase donas á la reina de Escocia, y le dijese nuevas de Mabilia, su fija, y de la Reina á ella las trajese. Oriana fabló con la Reina, su madre, haciéndole saber cómo enviaban á aquella doncella con aquel mandado; ella lo tuvo por bien; asimesmo envió con ella sus donas. Esto así concertado, tomando consigo á Durin, su hermano, é á un sobrino de Gandáles, que Enil se llamaba, que nuevamente allí para buscar su señor era venido, caminando fasta un puerto que llamaban Vegil, que es de la Gran Bretaña, hácia Escocia, entraron en una barca, y en cabo de siete dias que navegaron fué arribada en Escocia en una villa que se llamaba Poligez, y desde allí se fué derechamente al castillo de Gandáles, é fallóle que andaba á caza con sus escuderos, é fuése para él, y él vino contra ella, é saluáronse, é don Gandáles vió en su lenguaje que era extranjera, y preguntóle de dónde era, y ella le dijo: «Soy mensajera de unas doncellas que vos mucho aman, que envian comigo donas á la reina de Escocia.—Buena doncella, dijo él, decidme, si os pluguiere, quién son.—Oriana, la fija del rey Lisuarte, é Mabilia, que vos conoceis.—Señora, dijo él, vos seais muy bien venida, é vamos á mi casa é folgaréis, y desde allí vos llevaré á la Reina.» Ella lo tovo por bien, é fuéronse de consuno; é fablando de algunas cosas, preguntóle Gandáles por Amadís, su criado, de que ella fué muy triste, considerando que allí no estaba; é por no le hacer pesar no le dijo cómo era perdido, mas que despues que de la corte partió por vengar á Briolanja, no tornara á ella; «antes pensaban allá, cuando yo partí, que era venido á esta tierra con Agrájes, su primo, por ver á vos, que lo criastes, é á la Reina, su tia; yo le traia cartas de la reina Brisena y de otras sus amigas, con que habria placer.» Esto decia ella porque si encobierto estoviese, sabiendo lo que ella decia, ternia por bien de la ver é fablar. Mas Gandáles no sabia nada dél. Allí holgó la doncella dos dias, é fué muy honrada y servida de todos, é de la mujer de Gandáles, que muy noble dueña era; é luego se fué donde la Reina estaba, é dióle las cartas é las donas que le enviaban.

CAPITULO VII.

De cómo Guilan el cuidador tomó el escudo é las armas de Amadís, que falló á la fuente de la Vega sin guarda ninguna, é las trajo á la corte del rey Lisuarte.

Despues que don Guilan el cuidador se partió de la fuente donde falló las armas de Amadís, como se os ha contado, anduvo siete dias por el camino contra la corte del rey Lisuarte, é siempre llevaba el escudo de Amadís á su cuello, que nunca lo quitó, salvo en dos logares que le fué forzado de se combatir, que lo daba á sus escuderos é tomaba el suyo; y el uno fué que se encontró con dos caballeros sobrinos de Arcalaus, é conocieron el escudo, é quisiéronselo tomar, diciendo que lo llevarian á su tio, ó la cabeza de aquel que lo traia; mas don Guilan, sabiendo que del linaje de tan mal hombre eran, dijo: «Agora os tengo en menos.» E

luego se acometieron bravamente, que los dos caballeros eran mancebos y recios; mas don Guilan, aunque de mas dias fuese, era mas valiente é usado en armas; é como quiera que la batalla alguna pieza duró, al cabo mató uno dellos, y el otro fuyó contra la montaña; é don Guilan quedó ferido, pero no mucho, é fuése su camino como ante, y esa noche albergó en casa de un caballero que conocia, é fízole mucha honra, é á la mañana dióle una lanza, que la suya fué quebrada en la justa pasada que habia habido, é anduvo tanto por su camino, que llegó á un rio que se llamaba Guiñon, y el agua era grande, é habia en él una puente de madera tan ancha como podiese venir un caballero é ir otro, é al cabo della vió estar un caballero que la puente queria pasar, que tenia un escudo verde é una banda blanca en él, é conocíolo que era Ladasin, su primo, é á la otra parte estaba un caballero que defendia el pasaje, é á grandes voces decia: «Caballero, no entreis en la puente si no quereis justar.—Por vuestra justa, dijo Ladasin, no dejaré yo de pasar.» Entonces embrazando el escudo, se metió por la puente, y el otro caballero, que la puente guardaba, estaba en un caballo bayo grande, é á su cuello tenia un escudo blanco, é un leon pardo en él, y el yelmo otrosí, y el caballero era grande de cuerpo é cabalgaba muy apuesto, é como vió á Ladasin en la puente, dejóse ir á él al mas correr de su caballo, é justaron ambos en la entrada de la puente; é así, avino que Ladasin é su caballo cayeron de la puente en el agua, y él echó mano de unas ramas de sauces que alcanzó, é con grande afan salió á la orilla, que cayera de alto, é mas el peso de las armas; y el que lo derribó tornóse por la puente su paso, é púsose donde ante estaba, é don Guilan llegó á su primo, y él é sus escuderos sacáronlo del agua, é quitáronle el escudo é yelmo, é díjole: «Ciertamente, primo, á pocas fuérades muerto si vuestro gran corazon no lo estorbara en vos asir á estas ramas, é todos los caballeros debrian dudar las justas de las puentes, porque los que las guardan tienen ya sus caballos amaestrados, é ganan honra mas por ellos que por sus valentías, é por mi grado antes rodearia agora por otro cabo; mas, pues á vos así vos acontesció, conviene que os vengue, si podiere.» Y en tanto pasó el caballo de Ladasin del otra parte, y el caballero mandólo tomar á sus hombres, y metiéronlo en una torre que estaba en medio del rio, que era hermosa fortaleza, é pasaban á ella por una puente de piedra.

Don Guilan quitó el escudo de Amadís y dióla á sus escuderos, é tomó el suyo é su lanza, é fuése á la puente; mas el otro caballero que la guardaba vino luego contra él; é corrieron el uno contra el otro al mas ir de sus caballos, y el encuentro fué tan grande, que el caballero fué movido de la silla é cayó en el rio, é Guilan cayó en la puente, é por poco cayera en el agua, si no se toviera á los maderos, y el caballero que en el agua cayó asióse al caballo de Guilan, que cabe sí lo falló, é sacólo fuera; é los escuderos de Guilan tomaron el caballo del otro, é Guilan miró é vió estar al caballero al pié de la puente, é tenia su caballo por las riendas, y estábase sacudiendo del agua, é díjole: «Mandadme dar mi caballo, é irnos hemos.—¡Cómo! dijo el caballero, ¿con tanto vos pensais de ir de aquí?—Con tanto, dijo Guilan, que ya fecimos en el pasaje lo que debiamos.—Eso no puede ser, dijo él; que pues ambos caimos, la batalla no es partida fasta que á las espadas vengamos.—¡Cómo! dijo don Guilan, ¿por fuerza quereis que me combata con vos? ¿no basta el enojo que nos habeis hecho? que las puentes á todos son comunes para por ellas pasar.—No me curo yo deso, dijo él; que todavía conviene que sintais cómo corta mi espada, ó por fuerza ó de grado.» E entonces saltó en el caballo sin poner pié en el estribo, tan ligero, que fué maravilla de lo ver, y enderezó su yelmo muy prestamente, é fuése poner en el camino por donde Guilan habia de pasar, é díjole: «Don caballero, decidme ante que nos combatamos si sois natural de la tierra del rey Lisuarte ó de su corte.—¿Por qué lo preguntais? dijo Guilan.—Agora pluguiese á Dios que yo tuviese al rey Lisuarte como tengo á vos, dijo el caballero; que yo juro por la mi cabeza que nunca él mas reinase.» Don Guilan, desto muy sañudo, dijo: «Cierto, si mi señor el rey Lisuarte aquí estoviese como yo, presto castigaria esa vuestra locura; que de mí vos digo que soy su natural é morador en su casa, é por lo que dejistes tengo gana de me combatir con vos, lo que ante no tenia; é si yo puedo, faré que de vos no reciba enojo ni deservicio ese rey que decis.» El caballero se rió, como en desden; é dijo: «Yo te prometo que antes de mediodía serás puesto en tal estrecho, que muy escarnido le llevarás mi mandado; é quiero que sepas quién yo soy é qué donas de mi parte le darás.» Don Guilan, que con la gran saña le queria acometer, sufrióse por saber quién era. «Agora, dijo él, sábete que he nombre Gandalod, é soy fijo de Barsinan, señor de Sansueña, aquel que el rey Lisuarte mató en Lóndres, é las donas que tú le llevarás son las cabezas de cuatro caballeros de su casa que yo allí tengo presos en mi torre, y el uno dellos es Giontes, su sobrino, é la tu mano derecha cortada al tu cuello.» Don Guilan metió mano á su espada é dijo: «Asaz hay en tí de amenazas, si con ellas me espantase.» E fué para él, y el otro asimismo, é acometiéronse con gran saña, comenzando su batalla tan brava é de tanta crueza, que maravilla era de los ver, por todas partes de tan duros é tan esquivos golpes, sin que folganza alguna en sí tomasen, que Ladasin é los escuderos que miraban eran espantados, é creian que ninguno dellos podria quedar tal, aunque vencedor fuese, que podiese escapar de la muerte; mas lo que les guarecia era, que como ambos fuesen muy usados en las armas, guardábanse mucho de los golpes; é aunque las armas se cortaban, las carnes no padecian; é cuando ellos así andaban, no pensando sino en se matar, oyeron sonar un cuerno encima de la torre, de que Gandalod fué maravillado, é acuitóse de dar fin á su batalla por saber lo que seria; é juntado con don Guilan, echó los brazos en él, é asiéronse tan reciamente, que movidos de las sillas, cayeron de los caballos en tierra, é andovieron abrazados un rato, revolviéndose en el campo; mas cada uno apretó bien su espada en la mano, é don Guilan se desenvolvió dél, é levantóse primero, é dióle dos golpes, mas el otro levantado, comenzaron su ba-

talla muy mas fuerte é peligrosa que de ante, porque estando á pié, llegábase el uno al otro muy mejor que de caballo, é cuitábanse mucho por le dar fin; é don Guilan cuidó que el cuerno se tañia para socorrer á Gandalod, é Gandalod creia que alguna traicion era en la fortaleza; así que, cada uno sin holgar ni descansar probaba toda su fuerza contra el otro; mas despues que á pié fueron, don Guilan comenzó á mejorar mucho, de que Ladasin hobo muy gran placer, é sus escuderos, que lo miraban; porque ya Gandalod no se podia cobrir bien deso que del escudo tenia, ni ferir con la espada golpe que dañar podiese, tanto andaba cansado; é don Guilan, que así lo vió, andovo aguardando, é dióle en descubierto un golpe en el brazo, que gelo cortó con la mano; así que, le cayó en tierra, é la su espada, que tenia con él. É Gandalod dió una gran voz é quiso fuir contra la torre; mas Guilan lo alcanzó é tiróle tan recio por el yelmo, que gelo sacó de la cabeza, é dió con él á sus piés é púsole la espada en el rostro, diciendo: «Conviene que vayais al rey Lisuarte con aquellas donas que á mí señalastes, mas serán de otra guisa que vos lo teníades pensado; é si esto no haceis, vuestra cabeza será partida del cuerpo. Yo lo faré, dijo Gandalod; que mas quiero atender la misericordia del Rey que morir agora en tal sazon.» Entonces tomó dél fianza, é fuése contra la torre, que oyó una gran vuelta, é cabalgó en el caballo, é Ladasin con él, é hallaron que los caballeros presos se habian suelto, é salidos del aljibe, se habian armado encima de la torre de armas que allí fallaron, y ellos tocaron el cuerno; é quedando el uno dellos, los otros decendieran ayuso, é mataban cuantos podian alcanzar.

Pues llegados don Guilan é Ladasin, vieron sus compañeros en somo de la puerta, é un caballero con siete peones que salia de la torre fuyendo é se acogian á un bosque, é los de arriba les dijeron que los matasen, especial al caballero; ellos fueron luego, y en poca pieza, mataron los cuatro, é los tres se les fueron, mas el caballero fué preso é traido á sus compañeros; don Guilan los habló é dijo: «Señores, yo no me puedo aquí detener, que me voy á la Reina; mas quede con vos mi primo Ladasin, é llevad estos caballeros al rey Lisuarte, que haga dellos lo que por bien toviere, haced de manera que esta fortaleza quede á mi mando.—Así lo harémos,» dijeron ellos. Entonces don Guilan quitó su escudo, que poco valia, segun era cortado por muchos lugares, é tomó el de Amadís, llorando de sus ojos. Aquellos caballeros, que el escudo conocieron, é á él vieron llorar, fueron maravillados, é preguntáronle cómo lo llevaba. El les contó de la forma que á la fuente de la Vega lo halló con las otras armas todas, é cómo habia buscado á Amadís por toda aquella comarca, é nunca dél pudiera saber nuevas. Ellos hobieron muy gran pesar, creyendo que algun grande mal le habia venido.

Con esto se partió dellos, é sin entrevalo que le viniese llegó donde el Rey era, que ya sabia cómo Amadís acabara las aventuras todas de la ínsola Firme, é habia ganado el señorío della, é cómo se partiera ascondidamente con gran cuita; mas la causa dello no la sabia ninguno, sino aquellos ó aquellas que se vos ha dicho. Cuando don Guilan llegó todos se llegaron por ver el escudo de Amadís, é saber algo dél, y el Rey le dijo: «Por Dios, don Guilan, decidnos lo que de Amadís sabeis.—Señor, dijo él, no sé ninguna cosa, que nunca oí dél; mas cómo me acontesció con el escudo vos contaré delante de la Reina, si vos ploguiere.» Entonces lo llevó el Rey consigo, é llegando á la Reina, fincó los hinojos ante ella, é llorando le dijo: «Señora, yo hallé en una que llaman la fuente de la Vega todas las armas de Amadís, adonde este su escudo estaba desamparado, de que hobe gran pesar; é poniéndole en un árbol, dejándolo á guardar á unas doncellas que en mi compañía traia, anduve por todas aquellas comarcas buscando á Amadís, é no fué mi ventura de lo hallar, ni nuevas dél; é yo, conociendo el valor de aquel caballero, é que su deseo era de lo poner en vuestro servicio fasta la muerte, acordé, pues á él no podia traer, que sus armas vos diesen testimonio de lo que á vos é á él obligado yo era; mandaldas poner en parte donde todos las vean, así para que algunos que de muchas partes á esta vuestra corte vienen podrán algo de su dueño saber, como para ser recordadoras á los que buenos ser quisieren, que sigan aquel alto prez que su señor con ellas en su tiempo extremadamente entre tantos caballeros ganó.—Mucho me pesa, dijo la Reina, de la pérdida de tal hombre, que tanta mengua en el mundo fará; é á vos, don Guilan, agradezco yo mucho lo que fecistes, é así lo haré á todos aquellos que armas traen, si trabajaren de buscar aquel por quien la órden de la caballería é las dueñas é doncellas tan preciadas é defendidas eran.»

Mucho pesó destas nuevas al Rey é á todos los de la corte, creyendo que Amadís muerto fuese; mas sobre todos fué Oriana, que no pudiendo estar allí con su madre, se acogió á su cámara, donde con muchas lágrimas maldijo su ventura, por haber sido causa de tanto mal, donde ella, si la muerte no, otra cosa no atendia; mas todos los consuelos de Mabilia é la esperanza de la venida de su doncella, que le traeria buenas nuevas, le daban algun consuelo; y en cabo de cinco dias llegaron allí á la corte los caballeros é las doncellas que don Guilan sacara de la prision, que venian al Rey é á la Reina á les pedir merced que le gradeciesen lo que por ellos habia hecho; é allí venian las doncellas, que dijeron el duelo que vieron hacer á Gandalin, no porque su nombre sopiesen, mas diciendo que era un escudero que preguntaba por el señor del escudo é de las armas. Luego llegaron allí los caballeros que traian preso á Gandalod, é contaron al Rey la batalla que don Guilan con él hobo é por cuál razon, é todas las palabras que entre ellos hobo, é cómo los tenia á ellos presos, é por qué guisa se soltaron. El Rey le dijo: «En este lugar maté á tu padre por la gran traicion que me fizo, é aquí morirás tú por la que me querias facer.» Entonces los mandó á entrambos despeñar de una torre, al pié de la cual fué quemado Barsinan, su padre, como la primera parte lo cuenta.

CAPÍTULO VIII.

Que recuenta en qué manera, estando Beltenebros en la Peña Pobre, arribó ahí una nao en que venia Corisanda en busca de su amante Florestan, é de las cosas que pasaron, é de lo que recontó en la corte del rey Lisuarte.

Beltenebros estando en la Peña Pobre, como vos ya contamos, el ermitaño le fizo sentar un dïa cabe sí en un poyo que á la puerta de la ermita estaba, é dijo: «Fijo, ruégovos que me digais qué es lo que vos fizo dar tan grandes voces entre sueños, cuando en la fuente de la Vega estábamos.—Eso vos diré, buen señor, yo de grado, é ruégovos por Dios que me digais lo que dello se vos entendiere, que sea de mi placer ó de mi pesar.» Entonces le contó el sueño como ya oistes, si no tanto que el nombre de las doncellas no le dijo. El hombre bueno, que lo oyó, estuvo una pieza mucho pensando, é tornóse contra él riendo y de buen talante, é dijo: «Beltenebros, buen hijo, mucho me habeis alegrado, é dístesme gran placer con esto que me decis; é así lo sed vos, que con gran razon lo debeis ser, é quiero que sepais cómo lo yo entiendo. Sabed que la cámara escura en que vos veïades, é no podíades della salir, significa esta cuita en que agora estáis, é todas las doncellas que la puerta abrian, estas son algunas vuestras amigas, que hablan con aquella que mas amais en vuestra hacienda; y en tal guisa harán, que vos sacarán de aquí é desta cuita en que agora sois; y el rayo del sol que iba ante ella, es mandado que vos enviarán de nuevas de alegría, con que vos iréis de aquí; y el fuego en que víades á vuestra amiga, es significanza de gran cuita de amor en que será por vos, así como vos por ella sois; é de aquel fuego que significa amor la sacaréis vos, que será de la su cuita cuando vos viere; é la fermosa huerta donde la llevábades, esto muestra gran placer en que con vuestra vista será puesta. Bien conozco que, segun mi hábito, no debria hablar en semejante cosa; pero entiendo que es mas servicio de Dios decirvos la verdad, con que seais consolado, que callándola, vuestra vida en condicion esté con muerte desesperada.» Beltenebros hincó los hinojos ante él, é besábale las manos, gradeciendo á Dios que en tan gran cuita é dolor le diera persona que así consejar lo sopiese, é rogándole con lágrimas que por la su piedad ficiese verdaderas las palabras de aquel santo hombre su siervo.

Entonces le rogó que le dijese qué significaba el sueño que la noche antes que Durin le diera la carta soñara, estando en la ínsola Firme. El hombre bueno le dijo: «Eso muy claro se os muestra, que ya por todo ello pasastes. Dígovos que aquel otero alto, cubierto de árboles, en que vos veíades, é la mucha gente que faciendo alegría al derredor de vos estaba, esto muestra aquella ínsola Firme que entonces ganastes, en que metistes en muy gran placer á todos los moradores della; y el hombre que á vos venia con la bujeta del letuario amargo es el mensajero de vuestra amiga que vos dió la carta; que el grande amargor de sus palabras, vos mejor que ninguno, que lo probastes, lo sabeis; é la tristeza en que veíades á las gentes que alegres estaban, son los mismos de la ínsola, que por causa vuestra son en gran cuita é soledad; é los paños que vos desnudábades son las armas que vos dejastes, é aquel logar pedregoso donde vos ascondíades en medio del agua, esta peña en que estáis lo muestra; y el hombre de órden que vos fablaba en lenguaje que no entendíades, yo soy, que vos dije las palabras santas de Dios, las cuales antes no sabíades ni en ellas pensábades.—Ciertamente, dijo Beltenebros, muy gran verdad me decis en este sueño; que todo así me acaesció, en lo cual mucha esperanza tomó en lo porvenir.» Mas no fué tan cierta ni tan grande, que le quitase aquellas angustias en que la desesperanza que de su señora tenia le habian puesto; é miraba mucho á menudo contra la tierra, acordándose los vicios é grandes honras que en ella hobiera; é veyéndolo todo con tanta crueza al contrario tornado, muchas veces llegaba á tal estrecho, que si no por los consejos de aquel hombre bueno su vida fuera en gran peligro; el cual por le apartar algo de sus muy grandes pensamientos é congojas, facíale muchas veces, en compañía de dos mozuelos sus sobrinos de aquel hombre bueno que consigo tenia, ir á pescar á una ribera que hí cerca estaba con varas, donde tomaban pescado asaz.

Así como ois estaba Beltenebros faciendo su penitencia con mucho dolor é grandes pensamientos que de continuo tenïa, creyendo que si Dios por su piedad no le acorriese con la merced de su señora, que la muerte tenia muy cerca mas que la vida; é todas las mas noches albergaba debajo de unos muy espesos árboles, que en una huerta eran allí cerca de la ermita, por facer su duelo é llorar sin que el ermitaño ni los mozos lo sintiesen. E acordándosele la lealtad que siempre con su señora Oriana toviera, é las grandes cosas que por la servir habia fecho, sin causa ni merescimiento suyo haberle dado tan mal galardon, fizo esta cancion, con gran saña que tenia, la cual decia así:

Pues se me niĕga vitoria
Do justo me era debida,
Allí do muere la gloria
Es gloria morir la vida.
Y con esta muerte mia
Morirán todos mis daños,
Mi esperanza é mi porfía,
El amor é sus engaños;
Mas quedará en mi memoria
Lástima nunca perdida;
Que por me matar la gloria,
Me mataron gloria é vida.

Pues habiendo hecho esta cancion que ois, le avino que estando una noche debajo de aquellos árboles, como solia, faciendo gran duelo, llorando muy fieramente, pasada ya gran parte de la noche, oyó tañer unos instrumentos allí cerca muy dulcemente; así que, él habia gran sabor de lo oir; é maravillóse dello, que bien pensaba él que en aquel logar no habia mas compaña que el ermitaño y él é los mozos; é levantándose de donde estaba, fuése encobierto por saber qué seria, é vió dos doncellas cabe la fuente, que los instrumentos tenian en sus manos, é oyólas tañer é cantar muy sabrosamente; é á cabo de una pieza que las estuvo escuchando, díjoles: «Buenas doncellas, á Dios quedeis, que con vuestro muy dulce tañer me fecistes perder los maitines.» Y ellas se maravillaron qué hombre

seria, é dijéronle: «Amigo, decidnos por cortesía qué logar es este donde arribado habemos, é qué hombre sois vos, que nos hablais. —Señoras, dijo él, á este logar llaman la Peña del Ermitaño, por una ermita é un ermitaño que áquí hay; é yo soy un hombre muy pobre que con él moro é vivo, faciendo grande é muy áspera penitencia de mis grandes males é pecados.» Entonces dijeron ellas: «Amigo, ¿podriamos haber aquí alguna casa en que albergase una dueña muy doliente que aquí traemos, que es de alta guisa é muy rica, que anda muy mal trecha de amor, para en que dos ó tres dias holgase?» Cuando Beltenebros esto oyó dijo: «Aquí hay una casa muy pequeña en que yo albergo, é si el ermitaño vos la da, yo dormiré en el campo, como muchas noches me acaece, por vos hacer placer.» Las doncellas le dieron muchas gracias por lo que habia dicho, é gelo tovieron en gran merced.

Ellos en esto estando, venia ya el alba, é vió Beltenebros debajo de otros árboles, en una fermosa é muy rica cama, la dueña que le dijeran, é cuatro caballeros armados en la ribera de la mar, que aguardándole estaban é dormian, é cinco hombres que yacian cabe ellos, los cuales armas no tenian; é vió una nao en la mar é muy apuesta de lo que menester habia, y estaba sobre una áncora; é la dueña le pareció asaz moza é muy hermosa, que él tuvo placer de la mirar. Entonces se fué al ermitaño, que se vestia para decir misa, é díjole: «Padre, gente extraña habemos; bien será que con la misa los atendádes.—Así lo haré,» dijo el hombre bueno. Entonces se fueron entrambos saliendo de la ermita, é Beltenebros le mostró la nao; é vieron cómo los caballeros é los otros hombres sobian la dueña doliente donde ellos estaban, é las sus doncellas con ella, é dijeron al ermitaño si habria allí alguna casa donde la pusiesen; él dijo: «Allí hay dos casas, en la una moro yo, é por mi voluntad nunca en ella mujer entrará; en la otra alberga este hombre bueno pobre, que aquí su penitencia hace, é no gela quitaria yo sin su grado.» Beltenebros dijo: «Padre, bien gela podeis dar; que yo albergaré so los árboles, como muchas veces lo acostumbro.» Con esto entraron todos en la capilla á oir misa, é Beltenebros, que miraba las doncellas é los caballeros, é se le acordó de sí é de su señora é de la vida pasada, comenzó á llorar muy reciamente; é fincando los hinojos delante del altar, rogaba á la Vírgen María que le socorriese en aquella gran cuita en que estaba; é las doncellas é caballeros, que así lo veian llorar tan de corazon, pensaban que era hombre de buena vida, é maravillándose de su edad é hermosura como en tal parte la queria emplear por ningun pecado que grave fuese, segun en todas partes la misericordia de Dios alcanza, habiendo los hombres verdadero arrepentimiento. Desque la misa fué dicha, llevaron la dueña á la cámara, y echáronla en un lecho asaz rico que le hicieran, y ella lloraba é apretaba las manos una con otra con gran cuita que le aquejaba.

Beltenebros, que así la vió, preguntó á las doncellas, que ya tomaban sus instrumentos para le hacer solaz, qué habia ó por qué mostraba tan gran congoja; ellas le dijeron: «Amigo, esta dueña es muy rica é de gran guisa y hermosa, aunque su mal agora gelo menoscaba, é la su cuita, aunque á otros no se dijese, decir se ha á vos, que lo guardaréis. Sabed que es de muy gran amor que la atormenta é va á buscar aquel á quien ama á casa del rey Lisuarte, é quiera Dios que allí lo falle, porque algo de su pasion amansada sea.» Cuando él oyó decir de casa del rey Lisuarte, é que la dueña moria de amor, así como á ellas, lágrimas le vinieron á los ojos, é díjoles: «Ruégovos, señoras, que me digais el que ama cómo ha nombre. —Este caballero, dijeron ellas, que vos decimos no es desta tierra, y es uno de los mejores caballeros del mundo, salvando dos solos, que mucho preciados son. —Agora os ruego, dijo él, por la fe que á Dios debeis, que me digais su nombre, é desos dos que decis.—Decíroslo hemos por pleito que nos digais si sois caballero, que en todo lo pareceis, é cómo habeis nombre. —Facerlo he, dijo él, por saber lo que vos pregunto. —En el nombre de Dios, dijeron ellas. Agora sabed que el caballero que la dueña ama ha nombre don Florestan, hermano del buen caballero Amadís de Gaula é de don Galaor, y es fijo del rey Perion de Gaula é de la condesa de Selandia.—A Dios gracias, agora sé que me decis verdad de su hacienda é de su bondad, é creo que no diréis tanto de bien dél que mas no haya.—¡Cómo! dijeron ellas, ¿conoceislo vos? —Ya lo vi no há mucho tiempo, dijo él, en casa de Briolanja, é vi la batalla que Amadís hobo é su primo Agrájes con Abiseos é sus hijos, é vi el fin que hobieron fasta que llegó Florestan, é parecióme muy mesurado; é de su gran bondad de armas oí fablar mucho á don Galaor, su hermano, que con él se combatiera, segun decia. —Por esa batalla dellos, dijeron las doncellas, se partió de allí Florestan; que en ella se conocieron por hermanos. —¡Cómo! dijo él, ¿esta es la dueña señora de la ínsola donde la batalla de ambos fué? —Esta es, dijeron ellas. —Entiendo, dijo él, que ha nombre Corisanda. —Verdad decis, dijeron ellas. —Agora no he tanto duelo de su mal, dijo él; que bien sé que él es tan mesurado é de tan buen talante, que siempre hará lo que ella mandare. —Pues agora nos decid, dijeron las doncellas, quién sois. —Buenas señoras, dijo, yo soy caballero é me fué mejor que agora me va en las cosas vanas deste mundo, lo cual agora estoy pagando, é mi nombre es Beltenebros. —A Dios merced, dijeron ellas; agora quedad con Dios, é nos irémos á consolar á nuestra señora con estos instrumentos.» E así lo ficieron; que entrando donde ella estaba, é habiendo tañido é cantado una pieza, dijéronle todo lo que á Beltenebros oyeran de don Florestan. «¡Ay! dijo ella, llamádmelo luego; que algun buen hombre debe ser, pues que á don Florestan vió é lo conosció.» E la una de las doncellas lo trajo consigo, é la dueña le dijo: «Estas doncellas me dicen que vistes á don Florestan é lo amais; ruégoos, por la fe que á Dios debeis, que me digais lo que dél sabeis.» El le contó todo lo que á las doncellas dijera, é que sabia que él é sus hermanos é su primo Agrájes se fueran á la ínsola Firme, y que despues no lo viera mas. «Agora me decid, dijo Corisanda, si vos ploguiere, si le habeis algun deudo; que á mí me paresce que lo amais. —Señora, dijo él, yo le amo mucho por su valor, é porque su padre me fizo caballero, por donde á él é á sus hijos

soy mucho obligado, é soy muy triste por unas nuevas que de Amadís oí antes que aquí viniese. —E ¿qué es eso? dijo ella. —Cuando yo me venia á este lugar vi una doncella, dijo él, en una floresta cabe el camino que yo andaba, é decia una cantica muy sabrosa de oir, y preguntéle quién la habia hecho. —Hízola, dijo ella, un caballero á quien Dios dé mas alegría que al tiempo que la hizo tovo, que, segun las palabras della, grande agravio del amor recibió, é mucho dél en ella se queja. Yo moré con la doncella dos dias hasta que la aprendí, é decíame que Amadís gela mostraba llorando é haciendo gran duelo. —Mucho os ruego, dijo la dueña, que esa cantica que decis la amostreis á mis doncellas, porque en los instrumentos la canten é tañan. —Pláceme, dijo él, de lo facer por vuestro amor, é por aquel que vos mas amais, aunque agora no esté en tiempo de cantar ni de hacer cosa que de alegría ni placer sea.» Entonces se fué con las doncellas á la capilla é mostróles la cantica, que él tenia muy extraña voz, é la gran tristeza suya gela facia mas dulce é acordada. Las doncellas la aprendieron muy bien, é la cantaban á su señora, que gran placer habia de la oir.

Pues allí estovo Corisanda cuatro dias, é al quinto se despidió del ermitaño é de Beltenebros, é díjole si estaria allí mucho tiempo. «Señora, dijo él, fasta que muera.» Entonces entráronse en su nao, é fuéronse su viaje á Lóndres, donde el rey Lisuarte era; que allí esperaba saber nuevas, antes que en otra parte, de don Florestan. Mucho fué bien recebida del Rey é de la Reina é de todos, sabiendo que era dueña de alta guisa, é hiciéronla aposentar en su palacio. La Reina le preguntó la razon de su venida, é que ella seria en la ayudar con el Rey si á él con alguna necesidad era llegada. «Mi señora, dijo Corisanda, yo vos lo tengo en merced, mas mi demanda es buscar á don Florestan, é porque en aquesta su corte venian nuevas de todas partes, querria en ella estar algun tiempo hasta que algo dél supiese.» La Reina le dijo: «Buena amiga, eso podeis facer vos cuanto vos ploguiere; pero hasta agora no se sabe dél otra cosa sino que es ido en busca de Amadís, su hermano, que no se sabe por cuál razon se es ido á perder.» E contóle cómo don Guilan le trajera las armas, é que dél no pudiera saber ninguna cosa.

Oido esto por Corisanda, comenzó á llorar fieramente, diciendo: «¡Oh Dios, Señor! ¿qué será de mi amigo é mi señor don Florestan? que segun él ama á aquel hermano, si no le halla tambien será él perdido, que yo nunca jamás lo veré.» La Reina la consoló, é pesóle con las nuevas que le dijera. Oriana, que cabe su madre estaba, oyendo la razon de la dueña cómo amaba á don Florestan, hermano de Amadís, hobo sabor de la honrar; é haciéndole compaña, la llevó á su aposentamiento, donde supo toda su hacienda enteramente. Pues hablando con ella en muchas cosas, Corisanda les contó á ella y á Mabilia cómo estuviera en la Peña Pobre é hallara un caballero haciendo penitencia, que á sus doncellas mostrara una cancion que Amadís habia hecho en tiempo de gran cuita que en sí tenia, é que así debia ello ser, segun las palabras de la cancion. Mabilia le dijo: «Mi buena amiga é señora, mucho por merced vos ruego que la mandeis cantar á vuestras doncellas; que muy gran placer habré de la oir, por la haber hecho aquel caballero cuya prima yo soy. —Eso haré yo de grado, dijo ella; que no menos alegría mi corazon siente en la oir por el gran deudo que con mi señor don Florestan tiene.» Entonces vinierón las doncellas é cantáronla con sus instrumentos muy dulcemente, que era muy grande alegría de la oir, segun con la gracia que dicha era; mas dolor á quien la oia. Oriana paró mientes en aquellas palabras, é bien vió, segun ella le habia errado, que con gran razon Amadís se quejaba, é vínole muy gran queja al corazon; de manera que allí no podiendo estar, se fué á su cámara con vergüenza de las muchas lágrimas que á los ojos le venian. Mabilia dijo á Corisanda: «Amiga, ya védes cómo Oriana es doliente, é por vos facer placer y honra está aquí mas de lo que le convenia; quiero ir á le poner remedio, é ruégovos que me digais qué hombre es ese que en la Peña Pobre está, que la cancion mostró á vuestras doncellas, é si sabe algunas nuevas de Amadís.» Ella le contó cómo lo hallara é cuanto le dijera, é que nunca viera hombre doliente é flaco tan hermoso ni tan apuesto en su pobreza, é que nunca viera hombre tan mancebo que tan entendido fuese.

Mabilia pensó luego que aquel era Amadís, que, con su gran desesperacion, en lugar tan estrecho é apartado se posiera, fuyendo de todos los del mundo; é fuése á Oriana, que estaba en su cámara muy pensativa é llorando de sus ojos muy reciamente, é llegó riendo é de buen talante, é díjole: «Señora, en preguntar hombre algunas veces sabe mas de lo que piensa saber; que, segun lo que he sabido de Corisanda, aquel caballero doliente que se llama Beltenebros y está en la Peña Pobre, por razon debe ser Amadís, que se apartó allí de todos los del mundo, é quiso complir vuestro mandado en no parecer ante vos ni ante otro ninguno; por ende sed alegre é consoláos; que mi corazon me dice ser aquel sin duda ninguna.» Oriana alzó las manos é dijo: «¡Oh Señor del mundo! plégaos que así sea verdad, é vos, mi buena amiga, consejadme lo que faga; que en tal estado soy, que no tengo juicio ni seso ninguno; é por Dios habed de mí duelo, así como de aquella cativa desaventurada, que por su locura é airada saña perdió todos sus bienes é placeres.» Mabilia hobo della duelo; así que, las lágrimas á los ojos le vinieron, é volvió el rostro porque gelas no viese, é díjole: «Señora, el consejo es que esperemos á la vuestra doncella, é si esta no le falla, dejad á mí el cargo; que yo terné manera como dél sepamos; que todavía me esfuerzo que es aquel que Beltenebros se llama.»

CAPITULO IX.

De cómo la doncella de Denamarca fué en busca de Amadís, é acaso de ventura, despues de mucho trabajo, aportó en la Peña Pobre, donde estaba Amadís, que se llamaba Beltenebros.

La doncella de Denamarca estuvo con la reina de Escocia diez dias, é no tanto por su placer, como que de la mar enojada é mal trecha estaba, é mas en no haber hallado nuevas de Amadís en aquella tierra donde con mucha esperanza de las saber viniera, creyendo que la muerte de su señora en el mal recaudo que ella llevaba

estaba; é despidiéndose de la Reina, llevando las donas que para la reina Brisena é Oriana é Mabilia, su hija, le dió, se tornó á la mar para se volver con aquel despacho sin ventura, no sabiendo mas que hacer; mas aquel Señor del mundo, que cuando las personas sin esperanza, sin reparo les parece estar, queriendo mostrar algo de su poder, dando á entender á todos que ninguno, por sábio ni discreto que sea, sin su ayuda ayudado ser no puede, mudó su viaje con gran miedo é tribulacion della é de todos los de la nave, dándoles el fin con aquella alegría é buena ventura que ella buscaba; y esto fué que la mar embravecida, la tormenta sin comparacion les ocurrió; así que, andando por la mar sin gobernalle, sin concierto alguno, perdido de todo punto el tino de los mareantes, no teniendo fucia alguna en sus vidas, en la fin una mañana al punto del alba, al pié de la Peña Pobre, donde Beltenebros era, arribaron; la cual fué luego conocida de los de la nave, que algunos dellos sabian ser allí Andalod, el santo ermitaño que en la ermita suso su vida hacia; lo cual dijeron á la doncella de Denamarca; y ella, como salida de tal peligro, tornada así de muerte á vida, mandó que suso á la peña la subiesen; porque oyendo misa de aquel hombre bueno, pudiese á la Vírgen María dar gracias de aquella merced que su glorioso Fijo les habia hecho.

A esta sazon Beltenebros estaba á la fuente, debajo de los árboles que ya oistes, donde aquella noche albergara; y era ya su salud tan allegada al cabo, que no esperaba vivir quince dias; é del mucho llorar, junto con la su gran flaqueza, tenia el rostro muy descarnado é negro, mucho mas que si de gran dolencia agraviado fuera; así que, no habia persona que conocerlo podiese; é desque hobo mirado una pieza la nave, é vió que la doncella é los dos escuderos sobian suso la peña, como ya su pensamiento en al no estoviese sino en demandar la muerte, todas las cosas que fasta allí habia tratado con mucho placer, qué era ver personas extrañas, así para las conocer como para las remediar en sus fortunas, aquellas é todas las semejantes dél con mucha desesperacion eran aborrescidas; é partiéndose de allí, á la ermita se fué, é dijo al ermitaño: «Gente me parece que de una fusta salen, é se vienen para vos; é púsose de rodillas ante el altar, faciendo su oracion, rogando á Dios que del alma le hobiese merced, que presto seria á darle cuenta. El ermitaño se vistió para decir la misa, é la doncella con Durin y Enil entró por la puerta, é faciendo oracion, luego se quitaron los antifaces que delante el rostro traian.

Beltenebros, habiendo estado una pieza, levantóse é volvió el rostro contra ellos, é mirándolos, conoció luego á la doncella é á Durin, é la alteracion fué tan grande, que no podiendo estar en los piés, cayó en el suelo como si muerto fuese. Cuando el ermitaño esto vió pensó que ya estaba en el postrimero punto de su vida, é dijo: «¡Oh Señor poderoso! ¿por qué no has querido haber piedad deste que tanto en tu servicio podiera facer?» E las lágrimas le caian en mucha cantidad por las blancas barbas, é dijo: «Buena doncella, faced á esos hombres que me ayuden á llevar este hombre á su cámara, que entiendo que este será el postrimero beneficio que facer se le puede.» Entonces Enil é Durin, con el ermitaño, lo llevaron á la casa donde albergaba, é lo posieron en una cámara asaz pobre, que por ninguno dellos nunca fué conocido; pues la doncella oyó la misa, é queriéndose ir á comer en tierra, que de la mar muy enojada andaba, acaso preguntó al ermitaño qué hombre era aquel que de tan gran dolencia agraviado era. El hombre bueno le dijo: «Es un caballero que aquí face penitencia.—Mucho culpado debe ser, dijo ella, pues en parte tan áspera hacerla quiso.—Así es como vos decis, dijo él, pues que mas por las cosas vanas é perecederas deste mundo que por servicio de Dios lo face.—Quiérole ver, dijo la doncella, pues me decis quo es caballero é de las cosas que en la nave trayo le dejaré con que algo pueda ser reparado.—Faceldo, dijo el buen hombre; pero entiendo qué su muerte, á que tanto llegado es, vos quitará dese cuidado.» La doncella entró sola en la cámara donde Beltenebros estaba; el cual, pensando qué ficiese, no se sabia determinar; que si se le ficiese conocer, pasaba el mandamiento de su Señora, é si no, si aquella que era todo el reparo de su vida de allí se fuese, no le quedaba esperanza ninguna. En la fin, creyendo que muy mas duro para él seria enojar á su señora que padecer la muerte, acordó de se le no facer conocer en ninguna manera.

Pues la doncella, llegada cerca de la cama, dijo: «Buen hombre, del ermitaño he sabido que sois caballero, é porque las doncellas á todos los mas caballeros somos muy mas obligadas por los grandes peligros que en nuestra defensa se ponen, acordé de os ver é dejar aquí del bastimiento de la nao todo lo que para vuestra salud en ella se fallare.» El no respondió ninguna cosa; antes estaba con grandes sollozos é gemidos llorando. Así que, la doncella pensó que el alma de las carnes se le partia, de que hobo gran piedad; é porque en la cámara poca luz habia, abrió una lumbrera que cerrada estaba, é llegóse á la cama por ver si era muerto, é comenzóle á mirar, y él á ella, todavía llorando é sollozando, é así estuvo por una pieza que la doncella nunca lo conoció, porque su pensamiento bien descuidado era de fallar en tal parte aquel que buscaba; mas viéndole en el rostro un golpe que Arcalaus el encantador le fizo con la cuchilla de la lanza, cuando le fué por él quitada Oriana, como se os ha dicho en el libro primero, fízola recordar en lo que ante ninguna sospecha tenia, é claramente conoció ser aquel Amadís, é dijo: «¡Ay santa María! val, ¿qué es esto que veo? ¡Ay Señor! vos sois aquel por quien mucho afan he tomado.» E cayó de bruzas sobre el lecho, é fincando los hinojos, le besó las manos muchas veces, é díjole: «Señor, aquí es menester piedad é perdon contra aquella que vos erró; que si por su mala sospecha vos ha puesto injustamente en tal estrecho, ella con mucha causa é razon padece la vida mas amarga que la propia muerte.» Beltenebros la tomó entre sus brazos é juntóla consigo, sin ninguna cosa le poder fablar; ella, dándole la carta, le dijo: «Esta vos envia vuestra señora, é por mí vos face saber que si vos sois aquel Amadís que ser solia, á quien ella tanto ama, que poniendo en olvido lo pasado, luego seais con ella en el su castillo de Miraflores, donde con mucho vicio serán emendados los dolores é angustias que el sobrado amor que vos tiene han causado.»

El tomó la carta, é despues de la besar muchas veces, púsola encima del corazon é dijo : «¡Oh atribulado corazon! que tanto tiempo con tan grandes angustias, derramando tantas lágrimas, te has podido sostener, fasta ser llegado en el estrecho de la cruel muerte, rescibe esta melecina, que para la tu salud ninguna otra bastar podiera; quita aquellas nieblas de gran tenebregura de que fasta aquí cubierto estabas; toma esfuerzo con que puedas servir á aquella tu señora la merced que en te quitar de la muerte te face.» Entonces abrió la carta por la leer, que así decia :

CARTA DE ORIANA Á AMADÍS.

Si los grandes yerros que con enemistad se facen, vueltos en homildad, son dignos de ser perdonados, pues ¿qué será de aquellos que con gran sobra de amor se causaron? Ni por eso niego yo, mi verdadero amigo, no merescer mucha pena, porque debiera considerar que en las prósperas é alegres cosas son las asechanzas de la fortuna para en mezquindad las poner, é con razon debiera yo considerar vuestra discrecion, vuestra honestidad, que fasta aquí en ninguna cosa erró, y sobre todo, la gran sujecion de mi triste corazon, que no le vino sino de aquella en que el vuestro es encerrado; que si por ventura algo de sus encendidas llamas resfriadas fueran, el mio lo sintiendo, algun descanso á los mortales deseos por él deseados fueran causa de acarrear. Mas yo erré como aquellas que estando en mucha buena ventura é con gran certenidad de aquellos que aman, no cabiendo en ellas tanto bien, por sospechas, mas por voluntad que con razon tomadas, por palabras de personas inocentes ó maldecientes, de poca verdad y menos virtud, quieren aquella grande alegría escurecer con niebla de poco sufrimiento; así que, muy leal amigo, como de persona culpada que con humildad su yerro conoce, sea recebida esta mi doncella, que mas de la carta le fará saber en el extremo que mi vida queda; de la cual, no porque ella lo merezca, mas por el reparo de la vuestra, se debe haber piedad.

Leida la carta, el alegría de Beltenebros fué tan sobrada, que así como con la pasada tristeza con ella desmayado fué, cayendo las lágrimas por sus mejillás sin las sentir, y luego fué acordado por ellos que, dando á entender á todos los que allí venian que la doncella por servicio de Dios le sacaba de aquel logar, donde para su salud aparejo ninguno no habia, que en la hora tornados á la nave, saliesen en tierra, lo cual así se hizo; pero antes Beltenebros, despedido del ermitaño, faciéndole saber cómo aquella doncella, por la piedad de Dios, por grande aventura allí por su salud era aportada, y rogándole mucho que él tomase cargo de le reformar el monesterio que al pié de la peña de la ínsola Firme prometiera de hacer; é por él otorgado, se metió en la mar, sin que de otro sino de la doncella sola conocido fuese. Pues salidos en tierra, y despedidos los mareantes de la doncella, y ella quedando con su compaña, la via donde su señora estaba comenzó á caminar; é fallando un lugar metido en una ribera de agua mucho sabrosa y fermosos árboles, porque la gran flaqueza de Beltenebros en alguna manera reparada fuese, á su ruego della allí le fizo reposar; donde si la soledad que de su señora tenia tanto no le atormentase, toviera la mas gentil vida para su salud que en ninguna otra parte que en el mundo fuese; porque debajo de aquellos árboles, al pié de los cuales las fuentes nascian, les daban de comer y cenar, acogiéndose en las noches á su albergue, que en el lugar tenian. Allí fablaban entrambos en las cosas pasadas. Allí le contaba la doncella los llantos y los dolores que su señora Oriana ficiera cuando Durin la nueva le trajo, é cómo nunca ella ni Mabilia habian sabido de lo que ella hizo en la carta que le envió; y Beltenebros asimesmo le contaba las fortunas por que pasó, é la vida que en la Peña Pobre toviera, é los muchos é diversos pensamientos que á su memoria cada dia le ocurrian; é cómo viniera por allí Corisanda, la amiga de don Florestan, su hermano, é la gran cuita de amor que por él sofria, que fué causa, veyendo cómo aquella moria por su amigo, y él á tan sin razon ser de la suya desechado é aborrescido, de le llegar mas presto á la muerte; é cómo mostró á sus doncellas la cancion que ficiera, é otras muchas cosas que largas serian de contar; de las cuales, siendo ya libre de la cruel muerte que esperaba, recebia muy gran gloria, tanto, que en diez dias que allí se detuvieron fué tan mejorado, que ya su corazon le mandaba que á las armas tornase. Pues allí se fizo conocer á Durin, é tomó por su escudero á Enil, sobrino de don Gandáles, su amo, sin que él supiese quién era ni á quién servia, mas de ser contento dél por la su graciosa palabra; é partiendo de allí, en cabo de cuatro dias que caminaron, llegaron á un monesterio de monjas que cerca de una buena villa estaba, donde fué acordado que la doncella é Durin se fuesen, y él quedando allí con Enil, atendiese el mandado de su señora; é así se hizo, que dejando ella á Beltenebros tanto dinero cuanto para armas y caballo é cosas de vestir necesario era, é alguna parte de las donas que llevaba á sabiendas como olvidadas, para que con achaque dellas Durin le volviese con la respuesta, se fué su camino derecho de Miraflores, donde su señora Oriana hallar pensaba, segun antes que de allá se partiese le habia oido decir.

CAPITULO X.

De cómo don Galaor é Florestan é Agrájes se partieron de la ínsola Firme en busca de Amadís, y de cómo andovieron gran tiempo sin poder haber rastro dél, é así se vinieron con todo desconsuelo á la corte do el rey Lisuarte estaba.

Contado se vos ha cómo don Galaor é don Florestan é Agrájes partieron de la ínsola Firme en la demanda de Amadís, é cómo andovieron muchas tierras, partídos cada uno á su parte, faciendo grandes cosas en armas, así en los logares poblados como por las florestas é montañas; de las cuales, porque la demanda no acabaron, no se hace mencion, como ya dijimos. Pues en cabo de un año que ninguna cosa saber pudieron, tornáronse al lugar donde acordado tenian, que era una ermita á media legua de Lóndres, donde el rey Lisuarte era, creyendo que allí antes que en otra parte, por las muchas é diversas gentes que continuo ocurrian, podrian saber algunas nuevas de su hermano Amadís; y el primero que al ermita llegó fué don Galaor, é

luego Agrájes, é á poco rato don Florestan, é Gandalin con él. Cuando allí se vieron juntos con gran placer se abrazaron; mas sabiendo unos de otros el poco recaudo que fallado habian, comenzaron fieramente á llorar, considerando que, pues ellos siendo tan bienaventurados en acabar todas las cosas, haber en aquella fallecido, que muy poco remedio ni esperanza en lo venidero les quedaba. Mas Gandalin, á quien no menos de la pérdida de Amadís que á ninguno dellos le dolia, esforzábalos que, dejando el llanto, que poco ó nada aprovechaba, á la demanda comenzada tornasen; trayéndoles á la memoria lo que su señor por cada uno dellos faria, veyéndolos en cuita; é cómo perdiéndolo, perdian hermano y el mejor caballero del mundo. Así que, teniendo por bien, acordaron de primero entrar en la corte, é si allí recaudo de alguna nueva no fallasen, de buscar todas las partes del mundo de tierras é mares fasta saber su muerte ó su vida.

Pues con este acuerdo, habiendo oido la misa que el ermitaño les dijo, cabalgaron é fuéronse el camino de Lóndres; esto era el dia de San Juan; y llegando cerca de la cibdad, vieron á la parte donde ellos iban al Rey, que aquella fiesta con muchos caballeros cabalgando por el campo honraban, así por el santo ser tal, como porque el semejante dia fuera él por rey alzado; é como el Rey vió los tres caballeros, bien cuidó que serian andantes, é fué contra ellos por los honrar, como aquel que á todos honraba é preciaba; é como lo vieron contra sí ir, desarmaron las cabezas, é mostraron á don Florestan cuál era el Rey, que fasta entonces nunca lo viera, y llegando mas cerca, muchos hobo que conocieron á don Galaor é Agrájes, mas no conoscieron á Florestan, pero que muy fermoso les pareció, é antes que llegasen por Amadís lo tenian, y el Rey así lo pensó, que este semejaba á Amadís en la cara mas que ninguno de sus hermanos; é cuando llegaron al Rey pusieron á don Florestan delante por le dar honra, y el Rey dijo á Galaor: «Entiendo que este es vuestro hermano don Florestan.—Sí es, Señor, dijo él.» E queriéndole besar las manos, no gelas quiso dar, antes con mucho amor lo abrazó, y despues á los otros, y con gran placer se metió entre ellos y se fué á la cibdad. Gandalin y el enano, que aquel recebimiento vieron, donde su señor, con tanta honra de todos recebido é mirado era, habiéndolo perdido, facian muy gran duelo, tanto, que así al Rey como á todos los otros ponian en haber dellos gran piedad, é mas de su señor, á quien mucho amaban.

El Rey iba preguntando á los tres compañeros si habian sabido algunas nuevas de Amadís, su hermano; mas ellos, con lágrimas en sus ojos, le decian que no, aunque grandes tierras habian andado en su busca. El Rey los consolaba, diciendo que las cosas del mundo tales eran aun á aquellos que, fuyendo de las afrentas y peligros, con gran cuidado sus personas guardar dellas pensaban, cuanto mas á los que su estilo é oficio era buscarlas, ofreciendo sus vidas hasta las poner mill veces al punto de la muerte; y que toviesen esperanza en Dios, que no le habia hecho á Amadís tan bienaventurado en todas las cosas para así le desamparar. Las nuevas de la venida destos caballeros sonaron en casa de la Reina, de que así ella como todas las otras fueron muy alegres, especialmente Olinda, la mesurada amiga de Agrájes, sabiendo ya cómo él habia acabado la aventura del arco de los leales amadores, é Corisanda, la amiga de don Florestan, que allí lo atendia, como antes se vos contó.

Mabilia, que muy alegre estaba con la venida de Agrájes, su hermano, fuése á Oriana, que estaba muy triste á una finiestra de sú cámara leyendo en un libro, é díjole: «Señora, id vos á vuestra madre, que vendrán ende agora don Galaor é Agrájes é Florestan.» Ella le respondió llorando é sospirando, como si las cuerdas del corazon le quebraran: «Amiga, ¿dónde quereis que vaya, que estoy fuera de mi entendimiento en manera que mas soy muerta que viva, y tengo el rostro é los ojos, de llorar, tales como védes. Y demás desto, ¿cómo podré yo ver aquellos caballeros, en compañía de los cuales solia ver á mi señor Amadís é mi amigo? Por Dios quereisme matar, que mas grave me es pasar la muerte.» Mas desto, dijo llorando: «¡Ay Amadís! mi buen amigo, ¿qué hará la cativa desventurada cuando vos no viere entre vuestros hermanos é amigos, que vos tanto amais, con quien vos solia ver? Por Dios, mi señor, la vuestra soledad será causa de mi muerte, y esto será con gran razon que yo fice por donde ambos moriésemos.» É no podiendo estar en pié, cayó en un estrado. Mabilia la esforzaba cuanto podia, poniéndola en esperanza que la su doncella le traeria buenas é alegres nuevas. Oriana le dijo: «Cuando éstos caballeros tan bien andantes en sus demandas, habiéndolo buscado tanto tiempo con tanta aficion, dél no han sabido, ¿cómo la doncella, que no irá sino á una parte, lo podria hallar?—En esto no penseis, dijo Mabilia, que, segun él iba, á todos los del mundo fuirá, é á vuestra doncella saldrá él á se le dar conocer donde escondido estoviere, como á persona que todo el secreto de vos y dél sabe, y que el reparo de su vida le puede llevar.» Oriana, algo con esto esforzada é consolada, levantóse como mejor pudo, é lavó sus ojos, é mandó llamar á Olinda que se fuese con ellas donde la Reina su madre estaba; é cuando los tres caballeros compañeros la vieron hobieron gran placer é fueron á ella é rescibiéronse muy bien. El Rey dijo entonces á don Galaor: «¿Védes cómo anda mal trecha e muy doliente vuestra amiga Oriana?—Señor, dijo él, mucho pesar he yo dello, é gran razon es que todos la siryamos en aquellas cosas que mas salud le pueden atraer.» Oriana le dijo riendo: «Mi buen amigo don Galaor, Dios es aquel que repara las dolencias é las fortunas; é así, si le ploguiere, hará lo mio é lo de vosotros, que tan gran pérdida vos ha venido en perder á vuestro hermano; que si Dios me salve, mucho me ploguiera que los trabajos y peligros que nos dicen que por le buscar habeis pasado, que sacaran algun fruto de lo que deseábades, así por vosotros como porque el Rey mi señor era siempre muy servido dél.—Señora, dijo don Galaor, yo fio en Dios que presto habrémos dél buenas nuevas; que él no es hombre que desmaya por gran cuita; que no ha caballero en el mundo que mejor contra todo peligro mantenerse sepa.»

Mucho fué Oriana consolada con aquello que le oyó á don Galaor, é tomando á él é á don Florestan consigo,

se asentó en un estrado, é habia gran sabor de mirar á don Florestan, que mucho á Amadís parecia; pero hacíale gran soledad del otro, tanto, que el corazon le quebraba. Mabilia llamó á Agrájes, su hermano, y sentóle cabe sí é cabe Olinda, su amiga, que muy leda é alegre estaba en saber que por su amor habia sido so el arco encantado de los amadores; que bien gelo dió allí á entender con el amoroso recebimiento que le fizo, mostrándole muy buen talante; mas Agrájes, que mas que á sí la amaba, gradescíagelo con mucha homildad, no le pudiendo besar las manos porque el secreto de sus amores manifiesto no fuese; y estando así hablando, oyeron unas voces é ruido que en el palacio se facia, y preguntando el Rey qué era aquello, dijéronle que Gandalin y el enano, habiendo visto el escudo y las sus armas de aquel famoso caballero Amadís, que hacian muy gran duelo, y que los caballeros los consolaban. «¡Cómo! dijo el Rey, ¿aquí es Gandalin?—Sí, Señor, dijo don Florestan; que bien há dos meses que le fallé al pié de la montaña de Sanguin, que andaba por saber algunas nuevas de su señor, é díjele que yo habia ya andado toda la montaña á todas partes, y que no fallaba nuevas ningunas; é tovo por bien de se andar comigo, porque gelo rogué.» El Rey dijo: «Yo tengo á Gandalin por uno de los mejores escuderos del mundo, é razon será que lo consolemos.»

Entonces se levantó é fué para allá donde estaba, é cuando Oriana oyó fablar de Gandalin y del duelo que hacia perdió la color, que no se podia en los piés tener. Mas don Galaor é don Florestan la sostuvieron, alzándola por las manos para ir con el Rey, é Mabilia, que conosció la causa de su desmayo, llegóse á ella é tomóla los brazos sobre su cuello, é Oriana dijo á Galaor é á don Florestan: «Mis buenos y leales amigos, si os no viere é honrare como debo, no á la voluntad, mas á la gran dolencia que, yo tengo, poned la culpa que lo causa.—Señora, dijeron ellos, con mucha razon se debe eso creer, que, segun el gran deseo nuestro es de vos servir en todas las cosas, no seria razon que algun galardon de vuestra gran virtud y bondad no se nos siguiese.» É dejándola, se fueron para el Rey, é Oriana se acogió á su cámara, donde echada en su lecho, con grandes gemidos é congojas se revolvia, con gran deseo de saber y entender de aquel que mas por voluntad que por razon é concierto alguno de sí habia apartado y de todo alejado. Oriana fabló con Mabilia, diciendo: «Mi verdadera amiga, despues que en esta cibdad de Lóndres entramos nunca me han faltado dolores é angustias; así que, ternia por bien, si á vos parece, que al mi castillo de Miraflores, que es muy sabrosa morada, nos fuésemos algunos dias; que, como quiera que mi pensamiento tengo firme no haber en ninguna parte mi triste corazon reposo, mas allí que en otro cabo mi voluntad se otorga que lo fallaria.—Señora, dijo Mabilia, debeislo facer así por eso como porque si la doncella de Denamarca vos trae las nuevas que deseamos podais sin entrevalo alguno, no solamente gozar del placer dellas, mas darlo á aquel que con mucha razon, segun la su tristeza pasada, lo debe haber; lo que aquí estando, de lo uno ni de lo otro gozar no podríades.—¡Ay por Dios, mi amiga! dijo Oriana, fagámoslo luego sin mas tardar.—Menester es, dijo Mabilia, que lo hableis á vuestro padre y madre, que, segun vuestra salud desean, toda cosa que vos agradare harán.»

Este castillo de Miraflores estaba dos leguas de Lóndres y era pequeño, mas la mas sabrosa morada era que en toda aquella tierra habia, que su asiento era en una floresta á un cabo de la montaña, y cercado de huertas que muchas frutas llevaban, y de otros grandes árboles, en las cuales habia yerbas é flores de muchas guisas, y era muy bien labrado á maravilla, y dentro habia salas y cámaras de rica labor, y en los patios muchas fuentes de aguas muy sabrosas, cubiertas de árboles que todo el año tenian flores é frutas; é un dia fué allí el Rey á cazar, é llevó consigo á la Reina é á su fija, é porque vió que su hija mucho se pagaba de aquel castillo, por ser tan hermoso, diógelo por suyo, é ante la puerta dél habia á un trecho de ballesta un monesterio de monjas que Oriana mandó hacer despues que suyo fué, en que habia mujeres de buena vida. Y esa noche fabló con el Rey é la Reina, demandándoles licencia para estar algunos dias allí, la cual de grado le fué por ellos otorgada. Pues estando el Rey á su mesa, teniendo cabe sí á don Galaor é Agrájes é Florestan, les dijo: «Yo fio en Dios, mis buenos amigos, que presto habrémos buenas nuevas de Amadís, porque yo tengo enviados á le buscar treinta caballeros de los buenos de mi casa; é si tales no las trajeren, tomad vosotros todos los que mas quisiérdes é idlo á buscar por donde viérdes que con razon se debe tomar el trabajo; pero tanto vos ruego que esto sea despues que pase una batalla que emplazada tengo con el rey Cildadan de Irlandá, que es muy preciado rey en armas,» y era casado con una hija del rey Abies, aquel que Amadís habia muerto, y que la batalla habia de ser ciento por ciento; é la razon della era por ciertas parias que aquel reino era obligado á dar á los reyes de la Gran Bretaña, y que eran convenidos que si él venciese, que las parias fuesen dobladas y el rey Cildadan que quedase por su vasallo, é si fuese vencido, quedase quito de todo para siempre; y que, segun habia sabido de la gente que para le ser contraria se aparejaba, que bien habria menester todos los suyos é sus amigos.

Por esto que aquellos tres compañeros oyeron al Rey quedaron aun mucho contra su voluntad, que mas quisieran tornar luego á la demanda de Amadís, que mucho deseaban dél saber, é con mucha razon; mas hobieron gran vergüenza no servir é ayudar al Rey en una cosa tan señalada y de tan grande afrenta. Despues que los manteles alzaron, don Florestan mandó á Gandalin que fuese á ver á Mabilia, que gelo rogara, y él así lo fizo, é cuando ambos se vieron no pudieron excusar que no llorasen, é Gandalin le dijo: «¡Oh Señora! que gran sinrazon ha hecho Oriana á vos é á vuestro linaje, que vos quitó el mejor caballero del mundo. ¡Ay! qué mal empleado fué cuanto la vos servistes, que gran sinrazon della habédes rescebido, é mas aquel que la nunca en fecho ni en dicho erró; mal empleó Dios tal fermosura é todas las otras bondades, pues que en ella habia traicion; por este mal que hizo bien sé yo que ninguno perdió tanto como ella.—¡Ay Gandalin! dijo ella, ruégote agora que no digas esto

ni lo creas, que errarás; que ella lo fizo con gran cuita y pesar de unas palabras que le dijeron, que con gran razon pudo tomar sospecha en que siendo ya ella en olvido puesta de tu señor, á otra por mucha aficion amaba; é como quiera que la carta fué con gran saña escrita y enviada, no pensó que á tanto mal redundara; y del yerro que en esto hobo puedes creer que fué causa el sobrado y demasiado amor que le tiene.—¡Oh Dios! dijo Gandalin, cómo faltó el buen entendimiento de Oriana é vuestro é de la doncella de Denamarca en pensar que mi señor habia de hacer tal yerro contra aquella que por la menor palabra sañuda que en ella sentia, segun el gran temor que de la enojar tiene, se meteria so la tierra vivo; y ¿qué palabras podian ser estas que el gran juicio é virtud de vosotras así turbase para hacer morir el mejor caballero que nunca nasció? —Ardian el enano, dijo Mabilia, pensando que la honra de su señor acrecentaba, lo ha causado.»

Entonces le contó todo lo que habia pasado con las tres piezas de la espada, como el primero libro lo cuenta. «É no creas, Gandalin, dijo ella, que yo ni la doncella de Denamarca podimos mas hacer; que la saña de Oriana fué tal en pensar que hombre á quien tanto ella ama, que por otra la dejase, que nunca su corazon sosegar pudo fasta enviar aquella carta sin nuestra sabidoría, que á todos nos llega al punto de la muerte; pero puedes creer que despues que de Durin supo lo que Amadís hizo, ella ha quedado con tan gran cuita é dolor, que esto nos da consuelo del pesar que por Amadís haber debemos.» A todas estas razones que Mabilia pasaba con Gandalin, Oriana estaba escuchando dentro en una parte de su cámara, é oyó todo lo que hablaron; é como vido que ya en ello no fablaban, salió á ellos como si nada oido hobiese; é como vió á Gandalin estremecióselе el corazon, é no se pudo tener que en un estrado no cayese, é dijo llorando muy reciamente, que apenas podia hablar: «¡Oh Gandalin! así Dios te guarde y te faga bienaventurado, haz agora lo que debes, é cumplirás aquello á que muy obligado eres.—Señora, dijo él llorando, y ¿qué mandais que yo haga?—Que me mates, dijo ella; que yo maté á tu señor á muy gran sinrazon, é tú debes vengar la su muerte; que vengaria él la tuya si te alguno matase.» Y en esto quedó tan desacordada como si el alma salir le quisiese. Gandalin hobo gran pesar, que no quisiera allí por ninguna cosa ser venido; é Mabilia, tomando del agua, gela echó por el rostro; así que, acordar lo fizo sospirando é apretando muy fuertemente sus manos una con otra, é dijo ella: «¡Oh Gandalin! ¿por qué tardas de facer lo que debes? Por Dios, no tardaria tu padre de hacer lo que debiese.—Señora, dijo Gandalin, Dios me guarde de tal deslealtad hacer; que si lo pensase, seria la mayor traicion del mundo; y no solamente una, mas dos, siendo vos mi señora é Amadís mi señor; que sé yo bien cierto que despues de vuestra muerte no viviria él una hora; é nunca pensé que de vos, Señora, fuera yo tan mal consejado; cuanto mas que mi señor Amadís no es muerto, porque aunque la tristeza é angustia que por vuestra saña tomó fué en su mano de la pasar, no lo es la muerte, sino cuando Dios lo tuviere por bien; que si tal cabo le habia de dar, no le ficiera en el comienzo tan bienaventurado; y vos, Señora, así lo tened; que hombre tan señalado en el mundo como este no querrá Dios que á tan gran sinrazon muera.» Esto y otras muchas cosas le dijo por la conhortar, que bien le aprovecharon sus razones para en algo la conhortar, y ella dijo: «Mi buen amigo Gandalin, yo me voy de mañana á Miraflores, donde quiero esperar la vida ó la muerte, segun las nuevas me vinieren, é tú vénos á ver, que Mabilia enviará por tí; que mucho me quitas de la tristeza que en mi corazon está.—Señora, dijo Gandalin, así lo haré, é todo lo que mas mandárdes.»

Con esto se quitó dellas, é pasando por donde la Reina estaba, llamólo é hízolo estar delante sí, y estovo con él fablando mucho en la hacienda de Amadís y del gran pesar que por él tenia, y veníanle las lágrimas á los ojos, é díjole Gandalin: «Señora, si os dél doleis, es con gran derecho; que mucho es vuestro servidor.—Mas buen amigo, dijo la Reina, é buen defendedor, é á Dios plega de nos traer dél buenas nuevas con que recibamos alguna consolacion.» É así estando, Gandalin vió á una parte del palacio estar á don Galaor é Florestan, é á Corisanda entre ellos muy alegre, é parecióle muy fermosa dueña, que él nunca fasta entonces la habia visto ni sabia quién fuese; y preguntó á la Reina que quién era aquella tan hermosa dueña, que con tanto placer con aquellos dos hermanos fablaba; é la Reina le dijo quién era é por cuál razon habia á la corte venido, é cómo amaba á don Florestan, por amor del cual habia allí morado, atendiéndole, algun tiempo. Cuando esto oyó Gandalin dijo: «Si ella lo ama, bien se puede loar que va empleada en aquel que ha toda bondad y mesura, é pocos puede fallar, aunque todo el mundo ande, que igual dél sean en armas. É, Señora, si bien conociésedes á don Florestan, no preciaríades á ningun caballero mas que á él, que en gran manera es de alto fecho en armas y en todas las otras buenas maneras.—Así lo paresce él, dijo la Reina; que hombre que tal deudo tiene con tan nobles caballeros é tan facedores en armas, sin razon grande seria que no pareciese á ellos mucho, segun su disposicion.» Así estuvo la Reina hablando con Gandalin, é don Florestan con su amiga, mostrándole mucho amor; porque, demás de ser muy hermosa é rica, y le amaba tanto, sin que á otro ninguno su amor otorgado hobiese, venia de los mas nobles é mas altos condes que en toda la Gran Bretaña habia, é allí fabló con ella ante don Galaor cómo se tornase á su tierra, y que él y don Galaor é Agrájes la llevarian dos jornadas; y que en oyendo algunas nuevas ciertas de Amadís, é pasando la batalla que el rey Lisuarte aplazada tenia, si él vivo quedase se iria para ella, é moraria en su tierra un gran tiempo. «A Dios plega por la su merced, dijo ella, de vos guardar é traer buenas nuevas de Amadís, porque podais complir lo que prometeis; que mucho soy con ello consolada.» Entonces se fueron al Rey, é Gandalin con ellos. Pues Oriana demandó licencia esa noche al Rey é á la Reina, porque otro dia se queria ir á Miraflores; ellos gela dieron, é mandaron á don Grumedan que al alba del dia saliese con ella é con Mabilia, é con las otras dueñas é doncellas, é las

pusiese en el castillo, é luego se tornase, dejando los servidores que les eran necesarios, é porteros que las puertas del castillo guardasen. Don Grumedan fizo aderezar todo lo que el Rey mandó, é antes que el dia viniese tomó á Oriana é á todas las otras, é bien de mañana llegó con ellas á Miraflores, donde viendo Oriana lugar tan sabroso é tan fresco de flores é rosas, é aguas de caños é fuentes, gran descanso su afanado é atribulado ánimo sintió, confiando en la merced de Dios que allí vernia aquel á reparar su vida; que sin él la cruel muerte no se le podia excusar.

Pues allí llegada, envió á mandar á Adalasta, la abadesa del monesterio, que le enviase las llaves del castillo, y de unos postigos por donde á una hermosa huerta que con él se contenia salian, é dándolas á los porteros que su padre allí enviara, les mandó que cada dia tuviesen cargo de cerrar las puertas é postigos, é diesen las llaves á la abadesa que de noche las guardase. Cuando Oriana se vió en aquel logar tan sabroso alzó las manos al cielo é dijo entre sí: «¡Ay Amadís, mi amigo! este es el logar adonde yo os deseo siempre tener comigo, y de aquí jamás seré partida hasta que vos vea. E si esto por alguna guisa no puede ser, aquí me matará la vuestra soledad; por ende, mi amigo, válame la vuestra mesura, é acorredme, que muero; é si en algun tiempo é sazon me fuestes bien mandado é nunca me faltastes, agora, que mas me es menester, vos ruego é mando que me socorrais y me libreis de la muerte; é, mi buen amigo, no tardeis; que yo os lo mando por aquel señorío que yo sobre vos he.» E así estovo una gran pieza amortecida, fablando con Amadís, y en tal guisa como si delante sí lo tuviese; mas Mabilia la tomó por las manos é la fizo asentar en un estrado que cabe una fermosa fuente le mandó hacer, é de allí se acogió á su aposentamiento, en que muy ricas cámaras habia, é un patio pequeño que ante la puerta de su cámara con tres árboles que todo lo cobrian, sin que en él ningun sol entrar pudiese. Oriana dijo á Mabilia: «Sabed que mandé que las llaves nos trujesen de dia, porque quiero que Gandalin nos faga otras tales, porque si mi ventura tal fuere que Amadís venga, lo podamos aquí meter por la huerta é por los postigos.—Buen acuerdo tomastes,» dijo Mabilia. Así folgaron y descansaron aquel dia é la noche, aunque con gran sobresalto á la doncella de Denamarca esperaban. Pues otro dia llegó Gandalin, y el portero díjolo á Mabilia, que aquel escudero la queria hablar. Oriana dijo: «Abranle á Gandalin, que muy buen escudero es, é con nosotras fué criado, cuanto mas que es hermano de leche de Amadís, á quien Dios guarde de mal.—Dios lo haga así, dijo el portero; que mucho seria gran pérdida é muy gran daño del mundo si tan bueno é virtuoso caballero é diestro en las armas se perdiese.—Tú dices verdad, dijo Oriana, é agora te vé, é haz que entre Gandalin.» E volviéndose á Mabilia, le dijo: «Amiga, ¿no védes vos cómo es amado y preciado Amadís de todos, é aun de los hombres simples, que de las cosas poco conocimiento han?—Bien lo veo, dijo Mabilia.—Pues ¿qué faré yo, dijo ella, sino morir por aquel que siendo tan amado y preciado de todos, á mí amaba él y preciaba mas que á sí mismo, y que yo fuí causa de la su muerte?—Maldita fué la hora en que yo nasci, pues por mi locura é mala sospecha fice tan gran sinrazon.—Dejadvos deso, dijo Mabilia, é tened buena esperanza; que muy poco para el remedio dello aprovecha lo que haceis.»

En esto entró Gandalin, que dellas muy bien recebido fué, é asentándolo consigo, le contó Oriana cómo habia enviado á la doncella de Denamarca con la carta que para Amadís llevaba, é las palabras que en ella iban, é díjole: «¿Parécete, Gandalin, que me querrá perdonar?—Señora, en buen pleito hablais, dijo él; paréseme que mal conosceis su corazon; que, por Dios, por la mas chica palabra que en la carta va, él se meta so la tierra vivo si vos gelo mandais, cuanto mas venir á vuestro mandamiento, especialmente llevárgela la doncella de Denamarca; y, Señora, mucho soy alegre desto que me habeis dicho; porque si todo el mundo lo buscase, no bastaria tanto de lo fallar como la doncella sola; porque, pues de mí se quiso esconder, no creo que á otro alguno mostrar se quisiese; y vos, Señora, con esperanza de las buenas nuevas que vos traerá, no dejeis de tener mejor vida, porque él venido no vos vea tan alongada de vuestra fermosura; si no, echará á huir de vos.» A Oriana le plugo mucho de aquello que Gandalin le decia, é díjole riendo: «¡Cómo! ¿tan fea te parezco?» Y él dijo: «Cuanto si tan fea pareceis á vos, ascondervos híades donde ninguno vos viese.—Pues por eso, dijo ella, me vine yo á morar á este mi castillo; que si Amadís viniese, é quisiese echar á huir delante mí, que no lo pudiese hacer.—Ya lo viese yo en esta prision, dijo Gandalin, é suelto de la otra donde vuestros amores lo tienen.» Entonces le mostraron las llaves, é dijéronle que trabajase cómo otras tales se ficiesen, porque, venido su señor, como él lo esperaba, pudiese Oriana sin entrevalo alguno complir lo que le enviara á decir, que lo ternia allí consigo. Gandalin las tomó, é yéndose á Lóndres, trájoles otras tales llaves como aquellas, que otra diferencia no habia sino ser las primeras viejas é las otras nuevas. Mabilia mostró las llaves á Oriana é díjole: «Señora, estas serán causa de juntar con vos aquel que sin vos vivir no puede; é pues que hemos cenado é toda la gente del castillo es asosegada, vayámoslas á probar.—Vamos, dijo Oriana, é á Dios plega por su merced que ellas sean reparadoras en aquello que por mi poco seso fué dañado.» E tomándose por las manos, se fueron solas á escuras á los postigos que ya oistes que del castillo á la huerta salian; é siendo ya cerca del primero, dijo Oriana: «Por Dios, amiga, muerta soy de miedo; que no he poder de ir con vos.» Mabilia la tomó por la mano é díjole riendo: «No temais nada donde yo fuere, que vos defenderé; que soy prima del mejor caballero del mundo, é voy en su servicio; aguardadme sin miedo.» Oriana no pudo estar que no riese, é dijo: «Pues en vuestra guarda voy, no debo temer, segun la fianza que tengo en la vuestra gran bondad de armas.—Pues por tal me conoceis, dijo Mabilia, agora vamos adelante, y veréis ya cómo acabaré esta aventura; é si en ella fallezco, yo juro que en todo este año no echaré escudo al cuello ni ceñiré espada.» E tomándose, riendo, por las manos, llegaron al postigo primero, el cual sin entrevalo alguno fué abierto, é así

lo fué el otro; así que, vieron toda la huerta. Oriana dijo: «Pues ¿qué será? que segun la pared de esta huerta es alta, no podrá sobir Amadís por ella.—No penseis en eso, dijo Mabilia; que yo lo tengo mirado, é allí donde la pared se junta con el muro se hace un rincon, é con un madero que de fuera se ponga, é nosotras dándole las manos, sin mucha pena sobirá; mas este ardimento es vuestro, é vos llevaréis la paga dél.» Oriana la tomó por el tocado é derribógelo en el suelo, y estuvieron ambas por una pieza con gran risa é placer, é tornaron á cerrar los postigos, é fuéronse á dormir, é acostándose Oriana en el lecho, dijo Mabilia: «Quiera Dios, Señora, que aquí vos ayunte con aquel cativo que está desesperado, pues le es tanto menester.» Oriana dijo: «A él plega por la su piedad de se apiadar de nos y dél.—De lo que en Dios es, dijo Mabilia, no tengais cuidado, que él porná el remedio que á su servicio sea; comed é dormid, porque vuestra hermosura cobre lo mucho que perdido tiene, como Gandalin vos dijo.»

Con esto, dormieron aquella noche con mas sosiego que las pasadas, y la mañana venida, despues de haber oido misa, saliéronse al corral de las fermosas fuentes, é fallaron que entonces llegaba Gandalin, que por su mandado dellas cada dia venia de Lóndres á la ver; é tomándolo consigo, se acogieron al patio de los tres árboles hermosos, é allí le dijeron cómo las llaves eran muy buenas, é las palabras que Mabilia dijera cuando las probara; de que todos mucho rieron; y él les contó lo que con Amadís pasara, diciéndole, por le conhortar, mal de Oriana, y que, con la saña que della hobo, estovo muy cerca de lo matar; é cómo por aquello, viéndole dormido, le escondió la silla y el freno, é lo dejara en la montaña, donde nunca mas dél pudiera saber ninguna nueva. «Y, Señora, dijo él, así como yo gran mentira le dije en lo vuestro, así luego recebí la pena que merescia; que cuando desperté é hallé que era ido sin mí, si arma alguna me quedara, sin duda me diera la muerte.» Oriana le dijo: «¡Ay por Dios, Gandalin! no me digas mas; que cierta soy que me ama sin arte, y quebrántasme el corazon; que la vida y la muerte, con las buenas ó contrarias nuevas que dél me vinieren, junto lo quiero rescebir, sin que mas angustias é dolores que los pasados me sobrevengan.»

CAPITULO XI.

De cómo estando el rey Lisuarte sobre tabla entró un caballero extraño, armado de todas armas, y desafió al Rey é á toda su corte, é de lo que á Florestan pasó con él, é de cómo Oriana fué consolada é Amadís fallado.

A su mesa estando el rey Lisuarte é habiendo alzados los manteles, queriéndose dél despedir don Galaor é don Florestan é Agrájes para llevar á Corisanda, entró por la puerta del palacio un caballero extraño, armado de todas armas, sino la cabeza é las manos, é dos escuderos con él; é traia en la mano una carta de cinco sellos, é hincados los hinojos, la dió al Rey, é díjole: «Faced leer esa carta, é despues diré á lo que vengo.» El Rey la leyó, é viendo que de creencia era, le dijo: «Agora podeis decir lo que vos placerá.—Rey, dijo el caballero, yo desafio á tí é á todos tus vasallos é amigos de parte de Famongomadan, el jayan del Lago Ferviente, é de Carlada, que es su sobrino, el jayan de la Montaña Defendida, é de Madanfabul, su cuñado, el jayan de la Torre Bermeja, é por don Cuadragante, su hermano del rey Abies de Irlanda, é por Arcalaus el encantador, é mándante decir que tienes en ellos muerte, así tú como todos aquellos que tuyos se llamaren; é hácente saber que ellos, con todos aquellos grandes amigos suyos, serán contra tí en ayuda del rey Cildadan en la batalla que con él aplazada tienes; pero que si tú quieres dar á tu fija Oriana á Madasima, la muy fermosa fija del dicho Famongomadan para que sea su doncella é la sirva, que no te desafiarán ni te serán enemigos, antes casaran á Oriana con Basagante, su hermano, cuando vieren que es tiempo; que es tal señor, que bien será en él empleada tu tierra é la suya; é agora, Rey, mira lo que mejor te verná: ó la paz como la quieren, ó la mas cruda guerra que venirte podrá con hombres que tanto pueden.» El Rey le respondió riendo, como aquel que en poco su desafío tenia, é díjole: «Caballero, mejor es la guerra peligrosa que la paz deshonrada; que mala cuenta podria yo dar á aquel Señor que en tal alteza me puso, si por falta de corazon con tanta mengua é tanto avilltamiento lo abajase; é agora vos podeis ir, é decildes que antes querria la guerra todos los dias de mi vida con ellos, é al cabo en ella morir, que otorgar la paz que me demandan; é decidme dónde los hallará un mi caballero, porque por él sepan esta mi respuesta que á vos se da.—En el Lago Ferviente, dijo el caballero, los fallará quien los buscare, que es en la ínsola que llaman Mongaza, así á ellos como á los que consigo han de meter en la batalla.—Yo no sé, dijo el Rey, segun la condicion de los gigantes, si mi caballero podrá ir é venir seguro.—Deso no pongais duda, dijo él, que donde está don Cuadragante no se puede cosa contra razon facer, é yo lo tomo á mi cargo.—En el nombre de Dios, dijo el Rey. Agora me decid cómo habeis nombre.—Señor, dijo él, he nombre Landin é soy sobrino de don Cuadragante, fijo de su hermana, é somos venidos á esta tierra por vengar la muerte del rey Abies de Irlanda, é nos pesa que no podemos fallar á aquel que lo mató, ni sabemos si es muerto ó vivo.—Bien puede ser, dijo el Rey, mas agora ploguiese á Dios que supiésedes ser él vivo é sano; que despues todo se faria bien.—Yo entiendo, dijo Landin, por qué lo decis, porque creeis ser aquel el mejor caballero de los que habeis visto; mas, cualquier que yo sea, hallarme heis en la batalla vuestra é del rey Cildadan, é allí vos serán manifestadas mis obras, buenas ó contrarias, en el mas daño vuestro que yo podiere.—Mucho me pesa, dijo el Rey; que mas vos querria para mi servicio; mas bien creo que ende no faltará con quién vos combatais.—Ni á ellos, dijo el caballero, quien gelo resista hasta la muerte.»

Cuando esto oyó don Florestan, ensañóse ya cuanto, porque aquel osase decir que buscaba á su hermano Amadís, é díjole: «Caballero, yo no soy desta tierra ni vasallo del Rey; así que, entre vos é mí no atañe ninguna cosa desto que á él habeis dicho, ni yo en razon dello no digo nada, porque en su casa hay otros muchos mejores para decir é facer; pero porque vos decis que andais á Amadís buscando é no lo fallais, en lo

cual creo yo no ser vuestro daño, é si comigo, que soy don Florestan, su hermano, vos place combatir, á condicion que si vencido fuéredes os quiteis desta demanda, é si yo muerto fuere, algo de vuestro enojo é mengua se satisface, yo lo haré porque aquel sentimiento que vos teneis por el rey Abies, aquel, é mucho mas crescido, terná Amadís por la mi muerte.—Don Florestan, dijo Landin, bien veo que habeis sabor de batalla; mas yo la dudo á mas no poder, porque tengo de ir con la respuesta desta embajada á señalado dia, é tambien porque aquellos señores me tomaron fianza que en otra cosa de afrenta no me entremetiese; pero si de allí yo saliere vivo, haberla he con vos á dia señalado.—Landin, dijo don Florestan, vos lo decis como buen caballero é honrado, porque los que con semejantes mensajes vienen han de negar su voluntad propria por seguir la de aquellos cuyo mandado traen; porque, de otra guisa, aunque á vuestra honra satisfacer podiésedes, la suya por vuestra tardanza se podria menoscabar, siendo todo á cargo vuestro; é por eso tengo por bien que sea como lo decis.» E tendiendo las luas en señal de gajes, las dió al Rey, é Landin la falda del arnés; así que, á consentimiento de ambos, quedó la batalla treinta dias despues que la de los reyes pasase. Entonces mandó el Rey á un caballero, su criado, que Filispinel habia nombre, que en compañía de Landin fuese á desafiar á aquellos que á él desafiaron. Pues partidos estos dos caballeros, como ois, el Rey quedó hablando con don Galaor é Florestan é Agrájes é otros muchos que en el palacio estaban, é díjoles: «Quiero que veais una cosa en que habréis placer.» Entonces mandó llamar á Leonoreta, su fija, con todas sus doncellas pequeñas, que viniesen á danzar, así como solian, lo que nunca habia mandado despues que las nuevas de ser perdido Amadís le dijeran; y el Rey le dijo: «Hija, decid la cancion que por vuestro amor Amadís fizo siendo vuestro caballero.» La niña con las otras sus doncellas la comenzaron á cantar; la cual decia así:

Leonoreta sin roseta,
Blanca sobre toda flor,
Sin roseta no me meta
En tal cuita vuestro amor.

Sin ventura yo en locura
Me metí;
En vos amar es locura
Que me dura,
Sin me poder apartar;
Oh hermosura sin par,
Que me da pena é dulzor.
Sin roseta no me meta
En tal cuita vuestro amor.
De todas las que yo veo
No deseo
Servir otra sino á vos;
Bien veo que mi deseo
Es devaneo,
Do no me puedo partir,
Pues que no puedo huir
De ser vuestro servidor.
No me meta sin roseta
En tal cuita vuestro amor.
Aunque mi queja parece
Referirse á vos, Señora,
Otra es la vencedora,
Otra es la matadora
Que mi vida desfallece;
Aquesta tiene el poder
De me hacer toda guerra;
Aquesta puede hacer,
Sin yo gelo merecer,
Que muerto viva so tierra.

Quiero que sepais por cuál razon Amadís fizo este villancico por esta infanta Leonoreta. Estando él un dia hablando con la reina Brisena, Oriana é Mabilia é Olinda dijeron á Leonoreta que dijese á Amadís que fuese su caballero é la sirviese muy bien, no mirando por otra ninguna; ella fué á él, é díjole como ellas lo mandaron. Amadís é la Reina, que gelo oyeron, rieron mucho; é tomándola Amadís en sus brazos, la asentó en el estrado é díjole: «Pues vos quereis que yo sea vuestro caballero, dadme alguna joya en conocimiento que me tenga por vuestro.» Ella quitó de su cabeza un prendedero de oro con unas piedras muy ricas, é diógelo. Todas comenzaron á reir de ver cómo la niña tomaba tan de verdad lo que en burla le habian consejado; é quedando Amadís por su caballero, fizo por ella el villancico que ya oistes. E cuando ella é sus doncellas lo decian, que estaban todas con guirlandas en sus cabezas é vestidas de ricos paños de la manera que Leonorela los traia, y era asaz fermosa, pero no como Oriana, que con esta no habia par ninguna en el mundo, é fué á tiempo, como adelante se dirá, emperatriz de Roma; é las doncellitas suyas eran doce, todas fijas de duques é de condes é otros grandes señores; é decian tan bien é tan apuesto aquel villancico, que el Rey é todos los caballeros habian muy gran placer de lo oir. E desque hobieron una pieza cantado, fincando los hinojos ante el Rey, fuéronse donde la Reina estaba. Don Galaor é don Florestan é Agrájes dijeron al Rey que querian ir con Corisanda, que les diese licencia, y él los sacó á una parte del palacio é díjoles: «Amigos, en el mundo no hay otros tres en quien yo tan gran esfuerzo tenga como en vos, y el plazo de la mi batalla se llega, que ha de ser en la primera semana de agosto; é ya habeis oido la gente que contra mí han de ser; y estos traerán otros muy bravos é muy fuertes en armas, así como aquellos que son de natura é sangre de gigantes; por que mucho vos ruego que fasta aquel plazo no vos encargueis de otras afrentas ni demandas que vos hayan de estorbar de ser comigo en la batalla; que tengo mortales é capitales enemigos, é faríadesme muy gran mengua é sinrazon; que yo fio en Dios que con la vuestra gran bondad, é de todos los otros que me han de servir, no será la valentía ni fuerza de nuestros enemigos tan sobrada, que al cabo por nosotros no sean vencidos é destrozados é menguados.—Señor, dijeron ellos, para tal cosa tan señalada é nombrada en todas partes como esta será, no es menester vuestro mandado é ruego; que, puesto que el deseo é buena voluntad que de servirvos tenemos faltase, no faltaria el buen deseo de ser en tan grande afrenta, donde nuestros corazones é buenas voluntades hayan aquello que por muchas tierras é partes extrañas del mundo andan buscando, que es hallarse en las cosas de mayor peligro; porque venciendo alcanzan la gloria que desean, y vencidos cumplen aquella fin para que nascidos fueron; así que, nuestra tornada será luego, y entre tanto animad y esforzad vuestros caballeros, porque á aquellos que con gran amor é aficion sirven, flaca fuerza fuerte se torna.» E partiéndose del Rey, armados en sus caballos, tomando consigo á Corisanda, partieron de Lóndres é fueron su camino. Gandalin, que allí estaba é viera todo aquello, partióse luego para Miraflores, é contólo á Oriana é á Mabilia, y que aquellos tres compañeros se lo mandaban mucho encomendar. Oriana dijo: «Agora es Corisanda en todo placer, pues en su compañía lleva á don Florestan, que ella tanto ama, é Dios gelo dé siempre, que mucho es buena dueña.» E comenzó á sospirar; así que, las lá-

grimas la vinieron á los ojos é dijo: «¡Oh Señor Dios! ¿por qué no quereis que yo vea á Amadís siquiera un solo dia? ¡oh Señor, queredlo por la vuestra bondad, ó me quitad deste mundo, é no me dejeis vivir en tal cuita é dolor!» Gandalin hobo della gran duelo, pero fizo el semblante de sañudo é dijo: «Señora, faréisme que no parezca ante vos, porque estamos atendiendo buenas nuevas que Dios nos enviará, é quereisnos meter en desesperanza.»

Oriana limpió los ojos de las lágrimas é díjole: «Ay Gandalin, por Dios no te quejes; que si yo algo hacer pudiese, de grado lo faria; que aunque buen semblante muestro, nunca jamás mi corazon de llorar queda; é si no fuese esta esperanza que tengo de las palabras que me dices, cree que no ternia tanto esfuerzo que de un logar levantarme pudiese; mas agora me di qué será del Rey, mi padre; pues que no puede haber á Amadís para esta batalla.—Señora, dijo él, no puede mi señor tan escondido ni apartado estar, que una cosa tan señalada como esta no venga á su noticia; pues ¿quién duda qué sabiendo lo que á vos toca, siendo vuestro padre vencido, no quiera él venir á poner sus fuerzas en vuestro servicio? que aunque por el defendimiento que le posistes no ose parecer ante vos, parecer-hia allí donde viere que puede servir é alcanzar perdon del yerro que no hizo ni pensó de hacer.—Así plega á Dios, dijo Oriana, que sea como tú lo piensas.» Y estando fablando en esto, entró una niña corriendo é dijo: «Señora, veis aquí la doncella de Denamarca, que muy ricas donas vos trae.» A ella se le estremesció el corazon, é paróse tal, que no pudo hablar, é fué toda turbada, como quien por su venida esperaba la vida ó la muerte, segun el recaudo que trajese; é Mabilia, que así la vió, dijo á la niña: «Vé é di á la doncella que entre acá sola, porque la querria ver apartadamente.» Y esto fizo porque ninguno viese la gran cuita ó grande alegría de Oriana, segun las nuevas fuesen; é la niña se salió é díjole lo que le mandaron; pero de Mabilia é de Gandalin vos digo que estaban desmayados, no sabiendo lo que la doncella traia; é la doncella entró alegre y de buen continente, é fincando los hinojos ante Oriana, dióle una carta que traia é díjole: «Señora, veis aquí nuevas de todo vuestro placer; é sabed, Señora, que yo he recaudado todo aquello por que me enviastes, así como lo deseais; é leed esa carta, é veréis si la fizo con su mano Amadís.» Ella tomó la carta, mas así le tremian las manos, con la grande alegría, que la carta se le cayó; é desque el corazon se le fué mas asosegado abrió la carta é falló el anillo que ella con Gandalin á Amadís enviara cuando con Dardan se combatió en Vindilisora; el cual muy bien conoció, é besóle muchas veces é dijo: «Bendita sea la hora en que fueste hecho, que con tanto gozo é placer de una mano á otra te has mudado.» E metióle en su dedo; é cuando vió las palabras tan humildes que en la carta venian, y el mucho agradecimiento de se ella haber membrado dél, é de cómo de la muerte á la vida era tornado, holgóle el corazon, é alzando sus manos, dijo: «¡Oh Señor del mundo, reparador de todas las cosas, bendito seais vos, que á tal sazon me acorristes, é me librastes de la muerte, que tan cerca tenia!» E fizo asentar la doncella ante sí é díjole: «Amiga, agora me contad cómo lo fallastes, é los dias que con él estovistes, é dónde lo dejais.» Ella le dijo cómo lo habia buscado, é que viniendo muy triste sin ningun recaudo, la gran tormenta que en la mar le sobrevino la hiciera arribar á la Peña Pobre, donde lo falló; é contóle cuanto allí con él le aconteciera, y el placer tan grande que su carta le dió; é asimismo le dijo donde lo dejaba, é cómo esperaba su mandado. Mas cuando vino á decir cómo era llegado á la muerte, é tan desemejado que no lo podia conocer sino por la herida que en el rostro tenia, é cómo habia mudado su nombre, é cómo Durin estuvo tres dias que no lo conoció, gran duelo é piedad habia Oriana dél; y desque todo gelo hobo contado, dijo Oriana: «Por Dios, amiga, menester es que luego haya vuestro mandado, é decidme en qué manera se haga.—Yo vos lo diré, dijo ella; allá dejé á sabiendas dos joyas de las que traia, porque, con achaque de volver Durin por ellas, le llevase vuestro mandado.—Muy bien hecistes, dijo ella; é agora dadme las donas que traedes delante destos que aquí están, y decid que se vos olvidaron las de Mabilia, así como lo habédes dicho.»

Entonces dijeron á la doncella cómo Corisanda les habia dicho dél, que se llamaba Beltenebros; pero no le conoció ni supo quién era. «Verdad es que así se llama, dijo la doncella, é dice que no se quitará aquel nombre hasta que vos vea é le mandeis lo que haga.» E tambien le dijeron cómo tenian las llaves de los postigos de la huerta, é llamaron á Durin é mostráronle á la parte donde habia de traer á Beltenebros cuando viniese, é mandáronle que luego fuese á lo traer; mas no hobieron de trabajar mucho en ello, porque aun estando él muy cuitado de la nueva sin ventura que le llevara por donde á la muerte lo habia llegado, creyendo que con la que agora iba se emendaba é reparaba todo, con mucha alegría de su corazon lo otorgó, é besó las manos á Oriana, porque gelo mandaba; é allí fué acordado que Mabilia gelo rogase ante todos que le fuese por aquellas donas, y que él mostrase en ello mal continente, como que mucho le pesaba, porque no sospechasen de su ida alguna cosa. E así se fizo, que cuando gelo rogaron mostró dello pesar é dijo sañudamente á Mabilia: «Dígovos, Señora, que por ser vuestras iré yo allá, que si de la Reina ó de Oriana fuesen no lo faria, que mucho afan he llevado de trabajo en este camino.» Mabilia se lo agradeció, é Oriana le dijo: «Mi amigo Durin, como quiera que bien sirvádes, no querais zaherir el servicio que ficiérdes en tal guisa que vos lo no agradezcan.—Así lo haré á vos, dijo él, cuando me lo mandárdes que vos sirva; que bien creo que tan poco vale vuestro grado como mi servicio.» Todas rieron mucho de la saña que Durin mostraba é de cómo habia respondido; é dijo á Mabilia: «Señora, pues que á vos place que yo vaya, luego de mañana me quiero ir.» E despidiéndose dellas, se fué con Gandalin á dormir á villa, el cual le rogó que le encomèndase mucho á Enil, su primo, y que de su parte le rogase que le viniese á ver, si hacerlo pudiese, porque tenia de le hablar algunas cosas; é que le rogaba mucho que en tanto que con aquel caballero andoviese preguntase por nuevas de Amadís; esto le enviaba á decir porque Amadís andoviese mas encubier-

to, é porque si dél le quisiese partir, que con achaque de le ver á él lo podiese hacer. En esto hablando, llegaron á Lóndres, é otro dia de mañana cabalgó Durin en su palafren é fuése su via camino donde á Beltenebros habian dejado; pero antes se quiso bien avisar de todas las nuevas de la corte, porque gelas sopiese contar.

CAPITULO XII.

De cómo Beltenebros mandó hacer armas é todo aparejo para ir á ver á su señora Oriana, é de las aventuras que le acaescieron en el camino.

Pues tornando á Beltenebros, que en las casas de las monjas quedara atendiendo el mandado de su señora, dice la historia que, siendo ya, con el gran placer, en mucho de su salud é fuerza tornado, que mandó á Enil le hiciese facer en aquella villa cerca donde estaba unas armas el campo verde, y leones de oro menudos cuantos en él cupiesen, con sus sobreseñales, é le comprase un buen caballo é una espada, é la mejor loriga que haber pudiese. Enil subió á la villa é fízolo todo como le mandó; así que, en espacio de veinte dias fué todo aderezado como lo habia menester. A esta sazon llegó Durin con el mandado que llevaba, con que Beltenebros hobo gran placer; é preguntándole delante de Enil cómo quedaba la buena doncella de Denamarca, su hermana, y qué venida era la suya, él le dijo que la doncella se lo mandaba mucho encomendar, é que él venia por dos joyas que se les habian olvidado, que quedaran entre los almadraques en que ella dormiera; é dijo á Enil cómo su primo Gandalin le saludaba mucho, é todo lo otro que á cargo de le decir traia. Beltenebros le preguntó que quién era aquel Gandalin. «Un escudero, mi primo, dijo él, que aguardó gran tiempo á un caballero que Amadís de Gaula se llamaba.» Y entonces tomó consigo á Durin é fuése paseando por una plaza, preguntándole por nuevas de su hermana; mas cuando algo desviados fueron díjole Durin el mandado de su señora, cómo le atendia en Miraflores, é que tenia muy bien aparejado de le tener allí consigo, que fuese muy encubierto; é contóle cómo sus hermanos é Agrájes estaban en la corte, é habian de ser en la batalla que el rey Lisuarte tenia aplazada con el rey Cildadan de Irlanda; y asimismo el desafío de Famongomadan é de los otros gigantes é caballeros que le ficieron; é cómo le demandaran á Oriana para ser doncella de Madasima, é que la casarian con Basagante, fijo de Famongomadan; é cuando Beltenebros esto oyó, las carnes le tremian, con gran ira que en sí hobo, y el corazon le hervia con gran saña; é propuso en su voluntad, tanto que á su señora viese, de no tomar en sí otra afrenta ni demanda hasta buscar á Famongomadan é se combatir con él, é morir ó le matar por aquello que de Oriana dijera. Despues que Durin le hobo contado lo que habeis oido, tomó las donas, é despedido dél, se tornó muy alegre con haber acabado aquello que él deseaba.

Beltenebros quedó dando muchas gracias á Dios porque así le habia socorrido en le tornar á la merced de su señora, que teniéndola perdida, su vida era llegada en el extremo que vos contamos; é aquella noche despedido de las dueñas, una hora antes del alba, armado de aquellas verdes é frescas armas, encima de su caballo hermoso é lozano, y Enil con él, que el escudo é yelmo é lanza llevaba, se puso en el camino para ir á ver á aquella su señora que él tanto amaba; é yendo así por el campo, siendo ya el dia claro, puso las espuelas muy recio al caballo, é fízolo hacer á un cabo é á otro, é de tal manera, que Enil, que lo miraba, fué mucho maravillado, é dijo: «Señor, del ardimiento de vuestro corâzon no sé nada, pero nunca vi caballero que tan fermoso, armado pareciese. Los corazones de los hombres, dijo Beltenebros, facen las cosas buenas; que no el buen parescer; pero al que Dios junto lo da, gran merced le hace; é pues agora has juzgado el parecer, juzga el corazon segun vieres que lo merece.» Así se iba razonando é riendo con él, como aquel que desechando aquella tan gran tenebregura en que estoviera, era tornado al deleite, que sin él no podiera vivir; pues así andovo hasta la noche, que albergó en casa de un caballero anciano, donde le fué mucha honra hecha; é otro dia partiendo dende, llevando el yelmo en su cabeza por no ser conocido, andovo siete dias sin ninguna ventura hallar; mas á los ocho le avino que, pasando al pié de una montaña vió por un pequeño camino venir en un gran caballo bayo un caballero tan grande é tan membrudo, que no parecia sino un gigante, é dos escuderos que las armas le traian; é cuando mas cerca fué el gran caballero dijo contra Beltenebros en voz alta: «Vos, don caballero, que ahí venídes, estad quedo é no paseis mas adelante hasta que de vos sepa lo que quiero.» Beltenebros estovo quedo en un campo llano por do iba, é miró el escudo del caballero, é vió que habia en él tres flores de oro en campo indio, é conocióle ser don Cuadragante, porque otro tal viera en la ínsola Firme alzado sobre todos los otros, como el que mas honra ganara en la prueba de la cámara defendida; é pesóle mucho, porque pensó de no poder excusar dél la batalla, teniendo en su voluntad la de Famongomadan, que por esta quisiera él excusar todas las otras, é tambien por ir al plazo que su señora le enviaba á mandar; é habia recelo que la gran bondad de aquel caballero le diese algun estorbo, y estovo quedo; é llamando á Enil, le dijo: «Llégate á mí, é darme has las armas si las hobiere menester.—Dios vos guarde, dijo Enil, que mas me semeja este diablo que caballero.—No es diablo, dijo Beltenebros, mas un muy buen caballero, de que ya otras veces oí fablar.» En esto llegó don Cuadragante é díjole: «Caballero, conviene me digais si sois del rey Lisuarte.—¿Por qué lo preguntais? dijo Beltenebros.—Porque yo lo tengo desafiado, dijo Cuadragante, á él é á todos los suyos é á sus amigos, é no fallaré ninguno dellos que no lo mate.» A Beltenebros vino gran saña é díjole: «¿Vos sois de aquellos que le desafiaron?—Soy, dijo él, y el que le fará á él é á los suyos todo el mal que pudiere. E ¿cómo habeis nombre? dijo Beltenebros.—He nombre don Cuadragante, dijo él.—Ciertamente, Cuadragante, como quiera que vos seais de gran linaje é de alto hecho de armas, gran locura es la vuestra desafiar al mejor rey del mundo, porque los caballeros deben tomar las cosas que les convienen, é cuando de allí pasan, mas á locura que á esfuerzo se debe tomar; yo no

soy vasallo deste rey que decis ni natural de su tierra, pero por lo que él meresce es mi corazon otorgado á lo servir; así que, con razon me puedo contar por vuestro desafiado; é si quereis batalla, haberla hédes, é si no, andad vuestro camino.» Don Cuadragante le dijo: «Bien creo, caballero, que la poca noticia que de mí teneis vos causa hablar tan osado é con tanta locura, é ruégovos mucho que me digais vuestro nombre.—A mí llaman Beltenebros, dijo él, é así por el nombre, como por ser de poca nombradía, no me conoceréis mas que antes; mas como quiera que yo sea de extraña é apartada tierra, oido he que andais buscando á Amadís de Gaula, é segun sus nuevas, entiendo que no es vuestro daño no lo hallar.—¡Cómo! dijo don Cuadragante, ¿aquel que yo tanto desamo precias mas que á mí? Sábete que eres llegado á la tu muerte, é toma tus armas si con ellas te osares defender.—Aunque contra otros, dijo Beltenebros, dudase de las tomar, no contra vos, que tantas soberbias é amenazas me haceis.»

Entonces tomando sus armas, con gran saña corrieron los caballos el uno contra el otro, é diéronse tan grandes encuentros, que el caballo de Beltenebros estuvo por caer; mas don Cuadragante fué fuera de la silla, é cada uno se sintió mucho de aquel encuentro, é Beltenebros hobo el pico de la teta fendido de la cuchilla de la lanza, y el otro fué ferido en el costado, mas la llaga pequeña fué; é levantóse luego, como aquel que muy valiente é ligero era, é metiendo mano á la espada, se fué á Beltenebros, que estaba enderezando el yelmo en la cabeza; así que, no le vió é hirióle el caballo con la punta de la espada, que la media della por las ancas le metió, el cual con la ferida fué por el campo lanzando las piernas por caer; mas Beltenebros descendió luego, y embrazando su escudo, la espada en la mano, se fué contra don Cuadragante con gran saña é braveza, porque el caballo le matara, é dijo: «Caballero, no mostrais buen esfuerzo en lo que fecistes, pero bien bastará el vuestro para el que la vitoria de la batalla alcanzare.» Entonces se acometieron tan bravamente, que espanto era de lo ver; que el ruido que con las espadas se facia en se cortar las armas era tal como si allí se combatiesen diez caballeros, é algunas veces se trababan á brazos, por se derribar; así que, cada uno probaba toda su fuerza é valentía contra el otro. Unos escuderos que los miraban, teniendo por gran espanto ver tal crueza en dos caballeros, no esperaban que ninguno dellos vivo quedar podiese. E así andovieron en su batalla desde la tercia fasta hora de vísperas, que nunca folgaron ni se hablaron palabra; pero á esta sazon fué don Cuadragante tan ahogado del gran cansancio é mal trecho de un golpe que Beltenebros encima del yelmo le diera, que cayó desapoderado sin ningun sentido en el campo, como si muerto fuese, é Beltenebros le tiró el yelmo de la cabeza por ver si era muerto; mas dándole el aire, tornó cuasi en su acuerdo é púsole la punta de la espada en el rostro é díjole: «Cuadragante, miémbrate de tu alma, que muerto eres.» Y él, que ya mas acordado estaba, dijo: «¡Ay Beltenebros! ruégovos por Dios que me dejeis vivir por el reparo de mi ánima.» El dijo: «Si quieres vivir, otórgate por vencido y que harás lo que yo te mandare.—Vuestra voluntad, dijo él, faré yo por salvar la vida; pero por vencido no me debo otorgar con razon; que no es vencido aquel que sobre su defendimiento, no mostrando cobardía, face todo lo que puede fasta que la fuerza y el aliento le falta é cae á los piés de su enemigo; que el vencido es aquel que deja de obrar lo que facer podria por falta de corazon.—Cierto, dijo Beltenebros, vos decis derecha razon, é mucho me place de lo que agora de vos aprendí; dadme la mano é facedme fianza que faréis lo que yo mandare.» Y él gela dió como mejor pudo.

Entonces llamó á los escuderos que lo viesen, é díjole: «Yo vos mando por el pleito que me faceis que luego seais en la corte del rey Lisuarte, é que vos no partais dende fasta que Amadís allí sea, aquel que vos andais buscando, é venido, vos metais en su poder é le perdoneis la muerte de vuestro hermano, el rey Abies de Irlanda; pues que, segun yo he sabido, ellos de su propria voluntad se desafiaron, é solos entraron en la batalla; así que, tal muerte como esta no debe ser demandada aun entre las bajas personas, cuanto mas en los semejantes que vos, segun las grandes cosas que en armas habeis pasado, é muy dichoso en ellas; é asimismo vos mando que torneis el desafío al Rey é á todos los suyos, ni tomeis armas contra lo que su servicio fuere.» Todo lo otorgó don Cuadragante, mucho contra su voluntad; mas hízolo con el gran temor de la muerte, que muy cercana la tenia, é mandó luego á sus escuderos que le hiciesen unas andas é lo llevasen donde Beltenebros mandaba, porque podiese quitar su promesa. Beltenebros vió á Enil, escudero, que tenia el caballo de don Cuadragante y estaba muy ledo é con gran alegría de la buena ventura que Dios diera á su señor. Beltenebros cabalgó en el caballo é dió las armas á Enil é tornóse á su camino, é no andovo mucho por él, que falló una doncella cazando con un esmerejon, é otras tres doncellas con ella, que vieran la batalla é oyeran todo lo mas de las palabras que pasaron; é como vieron que tan mal trecho quedara é que habia menester de folgar, rogáronle afincadamente que con ellas se fuese á un castillo suyo, donde se le faria todo servicio por aquella voluntad que de servir al Rey, su señor, en él conocian. El lo tuvo por bien, porque estaba muy atormentado del gran afan que pasara; mas desque allí llegaron, catándole si estaba ferido, no le fallaron otra llaga sino aquella pequeña de la teta, de que mucha sangre se le fué, é á cabo de tres dias partió de allí, é andovo todo aquel dia sin aventura hallar; esa noche albergó en casa de un hombre bueno que cerca del camino moraba, é otro dia andovo tanto, que al mediodía, subiendo encima de un cerro, vió la ciudad de Lóndres, é á la diestra mano el castillo de Miraflores, donde su señora Oriana estaba; y él, cuando le vió, grande alegría su ánimo sintió; pues allí estovo una gran pieza pensando cómo partiria de sí á Enil, é díjole: «¿Conoces esta tierra donde estamos?—Sí conozco, dijo él; que en aquel valle está Lóndres, donde es el rey Lisuarte.—¿Tan llegados somos á Lóndres? dijo él, pues yo no me quiero agora facer conoscer al Rey ni otro alguno fasta que mis obras lo merezcan; que, como tú ves, soy mancebo, é no he hecho tanto que por

ello pueda ser tenido en mucho; é pues tan cerca nos somos de Lóndres, vé á ver aquel escudero Gandalin, de que Durin te dió las encomiendas, é sabrás lo que en la corte dicen de mí, é cuándo será la batalla del rey Cildadan.—¿Cómo os dejaré solo? dijo Enil.—No te cures, dijo él; que algunas veces suelo yo andar sin otro alguno; pero antes quiero que sepamos algun lugar señalado adonde me halles.» E fuéronse adelante por aquella via, é no tardó que vieron cabe una ribera dos tiendas armadas, y en medio dellas otra muy rica, é ante ellas caballeros é doncellas que andaban trebejando, é vió á la puerta de la una tienda cinco escudos, é á la otra otros cinco, é diez caballeros armados; é por nó haber razon de justar con ellos apartóse del camino que llevaba.

Los caballeros de las tiendas lo llamaron que viniese á la justa. «No me place de justar agora, dijo él; que vosotros sois muchos é folgados, é yo solo é cansado. —Mas yo creo, dijo el uno dellos, que lo dejádes con temor de perder el caballo.—E ¿por qué lo perderia? dijo él.—Porque seria de aquel que vos derribase, dijo el caballero; lo que está mas cierto que ser vuestros los que vos podiésedes ganar de nos.—Pues que así ha de ser, dijo Beltenebros, antes quiero yo ir en él que meterlo en esa ventura.» E comenzóse de ir así desviado como antes. Los caballeros le dijeron: «Parécenos, caballero, que esas vuestras armas muy mas son defendidas con palabras fermosas que con esfuerzo del corazon; así que, bien podrian quedar para se poner sobre vuestra sepoltura, aunque vivais cien años. —Vos me tened por cual quisiérdes, dijo él; que por cosa que me digais no me quitádes la bondad, si alguna en mí hay.—Agora Dios quisiese, dijo el uno dellos, que se vos antojase de justar comigo; que no iríades hoy á buscar posada encima dese caballo, á pena de traidor, ó que en este año yo no subiese en otro.» Beltenebros dijo: «Buen señor, eso es lo que yo dudo, é por eso dejo yo mi camino.» Todos ellos comenzaron á decir: «¡Oh santa María, val, qué medroso caballero!» Mas por esto no dió ninguna cosa, é fuése su via, é llegando á un vado del rio que queria pasar, oyó que le decian: «Atended, caballero.» Y él, mirando quién seria, vió una doncella muy bien guarnida en un fermoso palafren, é llegando á él, le dijo: «Señor caballero, en aquella tienda está Leonoreta, la fija del rey Lisuarte; y ella é todas las doncellas vos mandan rogar que mantengádes la justa á aquellos caballeros, y esto que lo fagádes por su amor, en cuanto mas sois obligado al ruego dellas que al suyo dellos.—¡Cómo! dijo él, ¿la hija del Rey es aquella que allí está?—Señor, sí, dijo ella.—Pésame, dijo él, de haber enemistad con sus caballeros; que ante la querria servir; mas, pues que lo manda, facerlo he por pleito que los caballeros no me demanden mas de justar.» La doncella se fué con la respuesta, y Beltenebros tomó sus armas, é tornando contra las tiendas, halló un campo llano é bùeno, é allí atendió, é no tardó mucho que vió venir al caballero que le dijera que le no dejaria ir en el caballo si con él justase; que bien habia en él parado mientes; é plógole mucho que aquel fuese el primero; é llegando mas cerca, dejaron correr los caballos contra sí cuanto mas recio pudieron, y el caballero quebrantó su lanza, y Beltenebros lo firió tan duramente, que lo lanzó de la silla, rodando por el campo, é mandó tomar á Enil el caballo, é el caballero quedó así quebrantado de la caida, que no sabia de sí parte, é acordó gimiendo é revolviéndose por el campo, como aquel que tenia tres costillas y una cadera quebrada. Beltenebros dijo: «Señor caballero, si vuestra palabra es verdadera, de aquí á un año no caeréis otra vegada de caballo; que así lo prometistes si el mio no ganásedes.» Y estando en esto, vió que venia otro caballero á la justa, dando voces que dél se guardase; é Beltenebros se dejó correr á él y derribólo como al primero, é así lo hizo al tercero é al cuarto, y en aquel quebró la lanza; mas el caballero quedó mal llagado, que la lanza le pasó el escudo y el brazo; y de todos hizo tomar los caballos é atarlos á las ramas de los árboles; é desque hobo derribado aquellos cuatro caballeros, quísose ir, é vió venir otro caballero á guisa de justar, é traia un escudero con cuatro lanzas, é díjole: «Señor caballero, Leonoreta vos envia estas lanzas, é mándavos decir que hagádes con ellas lo que debeis con los caballeros que quedan, pues que á sus compañeros derribastes.» Beltenebros dijo: «Por amor de Leonoretá, que es hija de tan buen rey, haré lo que me mandare; mas por los caballeros dígoos que no haria ninguna cosa; que los tengo por muy desmesurados en hacer que los caballeros que van su camino se combatan contra su voluntad.» E tomando una lanza, se dejó ir al caballero é derribóle como á los otros, é así lo fizo á los otros todos, salvo al que á la postre vino, que justó con él dos veces y quebró en él dos lanzas, que no le pudo mover de la silla, mas á la otra derribóle como á los otros; é si alguno preguntase quién seria este, digo que Nicoran el de la Puente Medrosa, que á la sazon era uno de los buenos justadores del señorío de la Gran Bretaña.

Acabadas estas justas por Beltenebros, como habeis oido, envió todos los caballos que de los caballeros ganó á Leonoreta, é mandó que le dijesen que mandase á sus caballeros que fuesen mas corteses contra los que por el camino pasasen, ó que justasen mejor; que tal caballero ende podria venir que los haria ir á pié. E los caballeros estaban tan avergonzados de lo que les conteciera, que no respondieron ninguna cosa, é maravillándose en ser así derribados por un solo caballero, é no podian pensar quién fuese; que nunca vieran caballero que trajese tales señales en las armas. Nicoran dijo: «Si Amadís vivo fuese é sano, verdaderamente diria yo que este era; que no siento otro caballero que así de nosotros se partiese.—Ciertamente, dijo Galiseo, no debe ser él; que alguno de nos lo conoceríamos, cuanto mas que él no quisiera justar, pues que á todos nos conocia por sus amigos.» Gionetes, el sobrino del Rey, que allí estaba, dijo: «Si á Dios ploguiese que fuese Amadís, por bien empleada dariamos nuestra vergüenza; mas, cualquier que él sea, Dios le dé buena ventura por do quier que vaya, que mucho á guisa de bueno ganó nuestros caballos, é como bueno nos los envió.—Maldito vaya, dijo Lasamor; que cuanto yo con mal ando, quebradas las costi-

llas y la cadera; mas la culpa mia es, que fuí el demandador mas que ningun otro de mi daño.» Y este fué el primero de la justa. Beltenebros se partió dellos muy alegre de cómo le aviniera, é fuése por su camino hablando con Enil, é iba mirando la lanza que le quedara, que le parecia muy buena; é con la gran calor que facia, é con el justar, habia gran sed. E siendo de allí alongado cuanto un cuarto de legua, vió una ermita cubierta de árboles, é así por hacer en ella oracion como por beber del agua se fué á ella, é vió á la puerta tres palafrenes de doncellas ensillados é otros dos de escuderos.

El descendió de su caballo y entró dentro, mas no vió á ninguno; é hizo su oracion encomendándose á Dios é á la vírgen María muy de corazon, é saliendo de la ermita, vió tres doncellas debajo de unos árboles á una fuente, é los escuderos con ellas, y él llegó á beber del agua, mas no conoció ninguna dellas, é dijéronle: «Caballero, ¿sois de la casa del rey Lisuarte? —Buenas doncellas, dijo él, querria yo ser tal caballero que me quisiesen en su compañía; mas vosotras ¿dónde vais? —A Miraflores, dijeron ellas, á ver una nuestra tia que es abadesa de un monesterio, é por ver á Oriana, la fija del rey Lisuarte, é acordamos de holgar aquí fasta que el calor pase. —En el nombre de Dios, dijo él, que yo vos faré compañía fasta tanto que sea tiempo de andar.» Y preguntóles cómo habia nombre aquella fuente. «No sabemos, dijeron ellas, ni de otra ninguna que en esta floresta haya, sino de aquella que en aquel valle está cabe aquellos grandes árboles, que se llama la fuente de los Tres Caños.» E mostráronle el valle, que cerca de alli estaba; pero mejor lo sabia él, que muchas veces por allí andoviera á caza, é aquella fuente queria él por señal donde Enil viniese, que lo queria partir de sí en tanto que iba á ver á su señora. Pues estando hablando, como ois, no tardó mucho que vieron venir por el mesmo camino que Beltenebros viniera, una carreta que doce palefrenes tiraban, é dos enanos encima della, que la guiaban; en la cual vieron muchos caballeros armados en cadenas metidos, é sus escudos en las varas colgados, y entre ellos doncellas é niñas hermosas, que muy grandes gritos daban, y delante de la carreta venia un gigante tan grande, que muy espantable cosa era de ver encima de un caballo negro, é armado de unas hojas muy fuertes é un yelmo que mucho relucia, é traia en su mano un venablo que en el hierro habia una gran brazada, y en pos de la carreta venia otro gigante que muy mas espantable é mas grande que el primero parescia; las doncellas se quedaron todas espantadas y se ascondieron entre los árboles, del gran miedo y espanto que hobieron; y el gigante que delante venia volvióse á los enanos é díjoles: «Yo vos faré mill pedazos si no guardais que esas niñas no derramen su sangre, porque con ella tengo yo de hacer sacrificio al mi dios en que adoro.» Cuando esto oyó Beltenebros conoció ser aquel Famongomadan; que tal costumbre era la suya, que della jamás partir se queria, de degollar muchas doncellas delante de un ídolo que en el Lago Ferviente tenia, por consejo é habla del cual se guiaba en todas sus cosas, é con aquel sacrificio le tenia contento, como aquel que, siendo el enemigo malo, con tan gran maldad habia de ser satisfecho. E como quiera que en su voluntad toviese puesto de se combatir con él, por lo que de Oriana dijera, no le quisiera encontrar aquella hora, hasta haber pasado aquella noche con su señora Oriana, como estaba concertado; é tambien porque quedara de la justa de los diez caballeros muy quebrantado.

Mas conociendo los caballeros que en la carreta venian é á Leonoreta é á sus doncellas con ellos, hobo gran duelo de los ver, é mas del pesar que su señora habria si tal desaventura por aquella su hermana pasase; que parece ser que partiéndose el dia de la justa que ya oistes, dejando aquellos caballeros mal trechos, á poco rato llegaron aquellos dos gigantes, padre é fijo, que al rey Lisuarte desafiado tenian; é tomándolos á todos é á todas, los pusieron, como oides, en aquella carreta que consigo traian, para llevar los presos que haber podiesen. E cabalgando luego en su caballo, demandó á Enil que le diese las armas; mas él le dijo: «¿Para qué las quereis? Dejad primero pasar estos diablos que aquí vienen. —Dámelas, dijo Beltenebros; que ante que pasen quiero tentar la misericordia de Dios, si le placerá que por mí sea quitada tan gran fuerza que estos sus enemigos hacen. —¡Oh señor! dijo él, ¿por qué quereis haber mal gozo de vuestra juventud? que si aquí se hallasen los mejores veinte caballeros que el rey Lisuarte tiene, no osarian esto acometer. —No te cures, dijo él; que si ante mí dejase tal cosa pasar sin hacer todo lo que puedo, no seria para parescer anté hombres buenos, y verás mi ventura qué tal será.» Enil le dió las armas, llorando muy fieramente. Beltenebros descendió por un recuesto ayuso contra el Gigante, é ante que á él llegase miró el lugar donde Miraflores era, é dijo: «¡Oh mi señora Oriana! nunca comencé yo gran hecho en mi esfuerzo donde quiera que me hallase, sino en el vuestro; é agora, mi buena señora, me acorred, pues que me es tanto menester.» Con esto le pareció que le vino tan gran esfuerzo, que perderle hizo todo pavor, é dijo á los enanos que estoviesen quedos. Cuando esto oyó el Gigante, tornó contra él con gran saña, que el fumo le salia por el visal del yelmo, y meneaba el venablo en la mano, que todo lo facia doblar, é dijo: «Cativo sin ventura, ¿quién te puso tal osadía, que ante mí osases parecer? —Aquel Señor, dijo Beltenebros, á quien tú ofendes, que me dará hoy esfuerzo con que tu grande soberbia quebrada sea. —Pues llégate, dijo el Gigante, y verás si su poder basta para te defender del mio.» Beltenebros apretó la lanza so el brazo, é al mas correr de su caballo fué contra él, y encontróle en las fuertes fojas debajo de la cinta tan reciamente, que por fuerza le quebrantó las lamas, y entró la lanza por la barriga, que le pasó de la otra parte; é fué el encuentro tan fuerte, que topando en los arzones de la silla, fizo las cinchas quebrantar; así que, trastornó la silla con él debajo del caballo, é al Gigante quedó un trozo de la lanza metido en el cuerpo; pero antes que cayese le tiró el venablo, é dióle por el aguja del caballo, é salióle entre las piernas; y Beltenebros salió dél lo mas presto que pudo, é puso mano á su espada,

mas el Gigante era herido de muerte, é traíalo el caballo arrastrando debajo de sí, á gran daño suyo; mas con la fuerza que él tenia, luego salió dél, é quitando el trozo de la lanza, lo arrojó á Beltenebros, é dióle con él tal golpe en el yelmo á vueltas del escudo, que lo hobiera derribado en tierra; é con la fuerza que en esto puso saliéronsele todas las mas de las sus tripas por la herida, é cayó en el suelo dando voces, diciendo: «Acorredme, fijo (1) Basagante, é llegad, que muerto soy.»

A estas voces llegó Basagante al mas correr de su caballo, y traia una hacha de acero muy pesada, y fué á Beltenebros por le dar con ella, que pensó hacerle dos pedazos; mas con la su grande ardideza guardóse del golpe, é al pasar quísole ferir el caballo é no pudo, é alcanzóle con la punta del espada, é cortóle el arcion é la meitad de la pierna, y el Gigante, con la gran saña, no lo sintió, aunque él halló menos el estribo, é tornó contra él, y Beltenebros quitara el escudo del cuello, teniéndole por las embrazaduras é dióle con la hacha en él tan gran golpe, que gelo derribó á tierra; y Beltenebros le dió con la espada en el brazo é cortóle la loriga, y en la carne, é corrió la espada fasta abajo por las hojas, que eran de fino acero, y quebrantóla de manera, que otra cosa, si la empuñadura no, no le quedó; mas por esto no se desmayó ni perdió el su gran corazon; antes, como vió que el Gigante punaba por sacar la hacha del escudo é no podia, fué cuanto mas pudo é trabó della, é fué tal su buena dicha, que así lo guió en estar él á la parte donde el estribo faltaba, é tirando el uno y el otro, trastornóse el Gigante, é su caballo salió recio; así que, dió con él en tierra, é la hacha quedó en las manos de Beltenebros. El Gigante se levantó con gran afan, é sacó una espada que traia muy grande, é queriendo ir contra Beltenebros, no pudo, por los nervios que de la pierna cortados tenia, é fincó la una rodilla en el suelo, y Beltenebros le dió con la hacha por encima del yelmo un tan grande golpe, que por fuerza se le quebraron todos los lazos, é fízogelo saltar de la cabeza; é Basagante, que tan cerca lo vió, pensóle cortar la cabeza, mas firióle en lo alto del yelmo; así que, le cortó toda la corona á cercen é los cabellos á vueltas, sin le llegar á la carne, é Beltenebros se tiró afuera, y el yelmo, que no tenia en qué se sofrir, cayósele sobre los hombros, é la espada de Basagante dió en tierra en unas piedras é fué quebrada por medio. Los que miraban cuidaron que la media cabeza le cortara, é hicieron muy gran duelo, especialmente Leonoreta con sus niñas é doncellas, que de rodillas en la carreta estaban, alzadas las manos al cielo, rogando á Dios que de aquel peligro las librase, mesaron sus cabellos é dieron muy grandes gritos é voces, llamando á la vírgen María; mas Beltenebros, quitándose el yelmo y tentándose con la mano la cabeza, por ver si era de muerte herido, é no sintiendo nada, fué con la hacha contra el Gigante, é aunque él era muy fuerte, cuando así le vió venir enflaquecióle el corazon, que no se pudo guardar, é dióle un tan gran golpe por encima de la cabeza, que la una oreja con la quejada le derribó en tierra. El Gigante le dió con la media espada é cortóle un poco en la pierna, é cayó á la otra parte, revolviéndose por el campo con la cuita de la muerte. A esta sazon Famongomadan se habia quitado el yelmo de la cabeza, é ponia las manos en las heridas por detener la sangre; é cuando vió su hijo muerto comenzó á blasfemar de Dios y de santa María, su madre, diciendo que no le pesaba de morir sino porque no habia destruido sus iglesias é monesterios, porque consentian que él é su hijo fuesen vencidos é muertos por un solo caballero, que no lo esperaban ser por ciento.

Beltenebros fincó los hinojos en tierra, dando gracias á Dios por la merced grande que le fizo, é dijo á Famongomadan: «Desesperado de Dios y de la su bendita Madre, agora padecerás las grandes cruezas tuyas.» E hízole quitar las manos de la herida é dijo: «Ruega al tu ídolo que por cuanta sangre inocente le ofreciste que te guarde no salga esa que la vida te quita.» El Gigante no hacia sino maldecir á Dios é á sus santos, y Beltenebros sacó el venablo del caballo y metióselo por la boca; así que, bien un palmo le pasó de la otra parte que entró por el suelo; é tomó el yelmo de Basagante é púsolo en su cabeza, porque le no conociesen; é cabalgando en el caballo de Famongomadan, que Enil le diera, se fué á la carreta; é los caballeros é doncellas é niñas se le homillaron, gradeciéndole mucho el socorro que les habia hecho; mas él los hizo sacar de las cadenas, é rogóles que cabalgasen en sus caballos, que allí trabados venian, y que llevasen en la carreta aquellos dos gigantes, é á Leonoreta é sus doncellas en los palafrenes que los sus escuderos, que tambien presos venian, traian; é los diesen al rey Lisuarte de parte de un caballero extraño, que se llamaba Beltenebros, que servir le deseaba, y le contasen la razon por qué los matara; é rogóles que de su parte le diesen el caballo de Basagante, que muy grande y fermoso era, en que entrase en la batalla que con el rey Cildadan aplazada tenia. Los caballeros con mucho placer hicieron su mandado, é pusieron en la carreta los gigantes, que, como quiera que ella grande fuese, llevaban de las rodillas abajo colgadas las piernas, tan grandes eran; é Leonoreta é las niñas é doncellas ficieron de las flores de la floresta guirnaldas, y en sus cabezas puestas, con mucha alegría riendo é cantando, se fueron á Lóndres, donde todos fueron maravillados cuando de tal guisa los vieron entrar por la villa, y de ver tan desemejada cosa como los gigantes eran. Cuando el Rey supo el grande peligro de su hija, é cómo Beltenebros la librara con tan gran afruenta y peligro, é habiendo ya llegado allí don Cuadragante, presentándose como quien era vencido ante él de parte de Beltenebros, mucho fué maravillado quién seria aquel caballero que nuevamente con extrañas cosas en armas sobre todos los otros en su tierra habia aportado; y estóvolo loando una gran pieza, preguntando á todos si alguno lo conosciese; mas no hobo quién dél supiese decir otras nuevas, sino cómo Corisanda, amiga de don Florestan, habia dicho que en la Peña Pobre hallara un caballero doliente que Beltenebros se llamaba. «Agora ploguiese á Dios, dijo el Rey, que tal hombre fuese entre nos; que no lo dejaria por cosa que él me demandase é yo cumplir podiese.»

(1) En la página 133 se le llama *hermano*.

CAPITULO XIII.

De cómo Beltenebros, acabadas las dichas aventuras, se fué para la fuente de los Tres Caños, de donde concertó la ida para Miraflores, donde su señora Oriana estaba; y de cómo un caballero extraño trajo unas joyas de prueba de leales amadores á la corte del Rey; é Amadís concertó con su señora Oriana que ambos fuesen desconocidos á las probar.

Beltenebros, con mucho placer de su ánimo por haber acabado una tal afrenta, y despedido de las doncellas é caballeros, se tornó á las otras doncellas que á la fuente fallara, que ya, salidas de entre los árboles, para él se venian, é mandó á Enil que á Lóndres se fuese á ver á Gandalin, su primo, y le hiciese hacer otras tales armas como en aquellas batallas trajera; que todas eran rotas, sin que alguna defensa en ellas hobiese; y le comprase una buena espada, y en cabo de ocho dias se viniese á él á aquella fuente de los Tres Caños; que allí lo hallaria. Él se despidió dellas y dél, y metióse por lo mas espeso de la floresta; y Enil se fué á complir su mandado, é las doncellas á Miraflores, donde, contando á Oriana é á Mabilia lo que habian visto, é diciéndoles cómo un caballero, que Beltenebros se llamaba, lo habia todo reparado, su placer é alegría fué sin comparacion, sabiendo ya cómo Beltenebros era tan cerca dellas, con tanta honra y prez de su persona cual otro ninguno alcanzar podia. Beltenebros, metido por la floresta, como ois, fuése acostando á la parte de Miraflores, é halló una ribera que debajo de las grandes arboledas corria; é porque aun era temprano apeóse del caballo y dejólo pascer la verde yerba; é quitándose el yelmo, se lavó el rostro é las manos, é bebió del agua, é sentóse pensando en las movibles cosas del mundo, trayendo á su memoria la gran desesperacion en que fuera, é cómo de su propia voluntad la muerte muchas veces habia demandado, no esperando ningun remedio á su gran cuita é dolor; y que Dios, mas por la misericordia que por sus merecimientos lo habia así todo remediado, no solamente en le dejar como ante estaba, mas con mucha mas gloria é fama que nunca lo fué; é sobre todo, ser tan cerca de ver y gozar aquella su muy amada señora Oriana, por quien su corazon ausente se hallando, en gran tristura é tribulacion era puesto; lo cual le trajo á conocer cuán poca fiucia los hombres en este mundo debrian tener en aquellas cosas tras que mueren y trabajan, poniendo en ellas tanta aficion, tanto amor, no teniendo en sus memorias cuán presto se ganan y se pierden, olvidando el servicio de aquel señor todo poderoso que las da é firmes las puede hacer; é cuando mas, á su pensar, seguras las tienen, entonces les son con grande angustia de sus ánimos quitadas, é algunas veces las vidas, no se partiendo las ánimas dellas, mas con mucha seguridad de su salvacion; é muchas veces siendo así perdidas sin esperanza ninguna de ser recobradas, aquel Señor del mundo las torna, como con él lo habia hecho, dando á entender que ni en las unas ni en las otras ninguno fiar se debe, sino que haciendo lo que son obligados, las dejen á aquel que sin ninguna contradicion las manda y señorea, como aquel que sin su mano ninguna cosa hacer se puede.

¡Oh, los que con tantas maneras mañosas adquiris haciendas, cuánto é con cuánta diligencia mirar debríades que las haciendas ganadas, perdidas para siempre las ánimas, cuán poco las tales haciendas prestan para poderos conservar de la perpétua pena que la justicia de aquel eterno Dios aparejada á los tales tiene! En estas y otras cosas estaba trastornando y revolviendo en su memoria, muy elevado. Así estovo Beltenebros pensando cabe aquella ribera, contemplándo en su voluntad la gloria é soberbia que de aquellas aventuras tan grandes, que en solo un dia acabara, le ocurrian, considerando que en otro tan pequeño espacio de tiempo la fortuna le podria aquella grande alegría tornar en lloro, así como á otros muchos que en este mundo grandes y buenas venturas alcanzaron lo habia hecho; y venida la noche, cabalgó en su caballo, é fuése al castillo de Miraflores, á aquella parte de la huerta donde halló á Gandalin é á Durin, que le tomaron el caballo. E Oriana é Mabilia é la doncella de Denamarca estaban encima de la pared, é con ayuda de los escuderos y ellas dándole las manos, subió suso adonde estaban, é tomó á su señora entre sus brazos. Mas ¿quién seria aquel que baste á recontar los amorosos abrazos é los dulces besos, las lágrimas que boca con boca allí en uno fueron mezcladas? Por cierto no otro sino aquel que, siendo sojuzgado de aquella mesma pasion y en las semejantes llamas encendido, el corazon atormentado de aquellas amorosas llagas podiese dél sacar; aquellas que los ya resfriados, perdida la verdura de la juventud, alcanzar no pueden. Así que, á este tal remitiéndome, se dejará de lo contar por mas extenso. Pues estando abrazados, sin memoria tener de sí ni de otra cosa, Mabilia, como si de algun pesado sueño los despertase, tomándolos consigo, los llevó al castillo. Allí fué Beltenebros aposentado en la cámara de Oriana, donde, segun las cosas pasadas que ya habeis oido, se puede creer que muy mas agradable le seria que el mesmo paraíso. Allí estovo con su señora ocho dias, los cuales, si las noches no, todos los tenian en un patio donde los hermosos árboles que os contamos estaban, fuera de sus memorias con el sabroso placer, é todas las cosas que en el mundo decírse y hacerse podiesen. Allí venia muchas veces Gandalin, de quien todas las nuevas de la corte sabian, el cual tenia en su posada á Enil, su primo, haciendo hacer las armas que Beltenebros le mandara.

El rey Lisuarte mucho dudaba la batalla que con el rey Cildadan habia de haber, sabiendo la brava y esquiva gente de gigantes é otros caballeros de su sangre que á ella de traer habia, é procuraba mucho de aparejar cómo á su honra la pasase; y tenia allí en Lóndres consigo á don Florestan, é Agrájes é Galvánes Sin-Tierra, que entonces llegaran, é otros muchos caballeros de gran cuenta; mucho fablaban todos en los grandes hechos de Beltenebros, é muchos decian que en gran parte pasaban á los de Amadís; y desto pesaba tanto á don Galaor é Florestan, su hermano, que si no fuera por la palabra que al Rey dado tenian de no se poner en ninguna afrenta fasta que la batalla pasase, ya le hobieran buscado é combatido con él con tanta ira é saña, que de muerte dél ó dellos no se podieran

excusar; é por dicho se tenian que si de la batalla vivos saliesen, de no se entremeter en otro pleito sino en lo buscar; mas esto no lo fablaban sino entre sí. Pues estando el Rey un dia en su palacio hablando con sus caballeros, entró por la puerta un escudero viejo, é con él otros dos escuderos, vestidos todos tres de un paño, y venia tresquilado, é las orejas parescian grandes é los cabellos blancos; él se fué al Rey, é fincando los hinojos ante él, le saludó en lenguaje griego, donde era natural, é díjole: «Señor, la gran fama que por el mundo corre de los caballeros é dueñas é doncellas de vuestra corte me dió causa desta venida, por ver si entre ellos y ellas hallaré lo que há sesenta años que busco por todas partes del mundo, sin que de mi gran trabajo ningun fruto alcanzase; é si tú, noble Rey, tienes por bien que aquí una prueba se haga, que no será de tu daño ni mengua, decírtela he.» Los caballeros, con sabor de ver qué seria, rogaron muy ahincadamente al Rey que gelo otorgase, y él, que así como ellos gana lo habia, tóvolo por bien. Entonces el escudero viejo tomó en sus manos una arqueta de jaspe tan larga como tres codos é un palmo en anchura, é las tablas habia pegadas con chapas de oro, é abriéndola, sacó della una espada la mas extraña que nunca se vió, que la vaina della era de dos tablas verdes como color de esmeralda, y eran de hueso tan claras que la hoja de la espada se parecia dentro; mas no tal como de las otras, que la media se mostraba tan clara é limpia que mas no lo podia ser, é la otra meitad tan ardiente y bermeja como un fuego; el guarnimento della é la cinta en que andaba todo era del mesmo hueso de la vaina, hecha en muchos pedazos, juntados con tornillos de oro, de guisa que muy bien, como otra cinta, se podia ceñir. El escudero la echó á su cuello, é sacó de la arqueta un tocado de unas muy hermosas flores, la meitad tan hermosas y verdes y de tan viva color como si entonces del nacimiento dellas se cortaran, é la otra media de flores tan secas, que no parecia sino que llegando á ellas se habian de desfacer.

El Rey le preguntó que por qué razon, saliendo aquellas flores de un ramo, eran tan diversas, las unas tan frescas é las otras tan secas, é la espada tan extraña como parecia. «Rey, dijo el escudero, esta espada no la puede sacar de la vaina sino el caballero que mas que ninguno en el mundo á su amiga amare, é cuando en la mano deste tal fuere, la meitad que agora arde será tornada tan limpia é clara como la otra media que parece, é así la hoja parecerá de una manera; y este tocado destas flores que veis, si acaeciese ser puesto en la cabeza de la dueña ó doncella que á su marido ó amigo en aquel grado que el caballero amare, luego las flores secas serán tan verdes y hermosas como las otras, sin que ninguna diferencia haya; é sabed que yo no puedo ser caballero sino de la mano de aquel leal amador que la espada sacare, ni tomar espada sino de la que el tocado de las flores ganar podiere; é por esto, buen Rey, soy á vuestra corte venido en cabo de sesenta años que en esta demanda he andado; pensando que, así como en todos ellos nunca corte de emperador ni rey en honra y fama á la vuestra igualarse pudo, que así en ella se fallará aquello que hasta hoy en ellas, como quiera que todas las he visitado, no se ha podido fallar. — Agora me decid, dijo el Rey, cómo este fuego tan vivo de esta media espada no quema la vaina. — Eso vos diré, dijo el escudero de grado; sabed, Rey, que entre Tartaria é India hay un mar tan caliente, que hierve así como el agua sobre el fuego, y es todo verde, y dentro de aquel mar se crian unas serpientes mayores que cocodrillos, é tienen alas con que vuelan, é son tan emponzoñadas, que las gentes fuyen dellas con temor; pero algunas veces que muertas las hallan, précianlas mucho, que son muy provechosas para melecinas; y estas serpientes tienen un hueso desde la cabeza fasta la cola, y es tan grueso, que sobre él es formado todo el cuerpo así tan verde como aquí lo védes en la vaina é su guarnimento; é porque fué criado en aquella mar herviente, ningun otro huego lo puede quemar; agora vos digo del tocado de las flores, que son de árboles que hay en tierra de Tartaria en una ínsola metida quince millas en la mar, é no son mas de dos árboles, ni se sabe que en ninguna parte haya mas; é hácese allí en aquella mar un remolino tan bravo é tan peligroso, que dudan los hombres de pasar á tomarlas; mas algunos que se aventuran é las traen, véndenlas como quieren, porque si guardadas son, nunca esta verdura é viveza dellas parece; é pues que la razon de lo uno é otro vos he contado, quiero que sepais por qué ando así é quién soy. Sabed que yo soy sobrino del mejor hombre que en su tiempo hobo, que se llamó Apolidon, é moró gran temporada en esta vuestra tierra en la ínsola Firme, donde dejó muchos encantamentos é maravillosas cosas, como á todo el mundo es notorio; é mi padre fué el rey Ganor, su hermano, á quien él dejó el reino, é de aquel Ganor y de una fija del rey de Canonia fuí yo engendrado; é siendo ya en edad de ser caballero, como de mi madre muy amado fuese, demandóme que le otorgase en don que, pues yo habia sido hecho en gran amor que entre ella é mi padre fuera, que no fuese caballero sino de mano del mas leal amador que en el mundo fuese, ni tomase la espada sino de la dueña ó doncella que en aquel grado amase; yo gelo otorgué, pensando que no tardaria mas de lo complir de cuanto en la presencia de Apolidon, mi tio, y de Grimanesa, su amiga, fuese; mas de otra guisa me avino, que cuando ante él fuí, fallé á Grimanesa muerta; é sabida por Apolidon la causa de mi venida, hobo gran mancilla de mí, porque la costumbre de aquella tierra es tal, que no siendo caballero no puedo reinar en aquel señorío que de derecho me viene. Así que, no me pudiendo dar remedio por el presente, mandóme que dentro en un año volviese á él, en cabo del cual me dió esta espada é tocado, diciendo que la simpleza que habia hecho en prometer tal don la remediase con el trabajo en buscar el caballero y la mujer; que acabando estas dos aventuras, acabase yo mi promesa; así que, buen Rey, esta es la causa de mi demanda. — Parezca la vuestra nobleza que á ninguno faltó, probando vos el espada é todos vuestros caballeros, é la Reina con sus dueñas é doncellas el tocado de las flores; é si tales se hallaren que lo acabar puedan, las joyas serán suyas, y el provecho y descanso mio; llevando vos la

honra mas que ningun otro príncipe, en se hallar en vuestra corte lo que en la suya fallesce.»

Cuando el escudero viejo hobo su razon acabado, todos los caballeros que con el Rey eran le rogaron muy afincadamente que mandase hacer la prueba; mas él, que asimesmo lo queria, otorgólo é dijo al escudero que por cuanto hasta el dia de Santiago no habia mas de cinco dias, é aquel dia habian de ser con él muchos caballeros por quien habia enviado, que hasta entonces atendiese, porque siendo mas número de gente, mas ahína se podria faliar lo que buscaba. El lo tovo por bien. Gandalin, que á la sazon en la corte era, é oyó todo esto que el escudero dijo, é lo que el Rey respondió, cabalgando en su caballo, se fué á Miraflores, é con achaque de ver á Mabilia, entró en el patin de los hermosos árboles, donde jugando al ajedrez halló á Beltenebros con Oriana, é díjoles: «Buenos señores, extrañas nuevas vos traigo, que llegaron hoy á la corte.» Entonces les contó todo lo de la espada é tocado de las flores, é la razon por qué el escudero viejo lo traia, é cómo el Rey le habia otorgado que se haria la prueba dello, así como suso se vos ha dicho. Oido esto por Beltenebros, abajó la cabeza, é fué puesto en un pensar, de tal guisa, que en al no miraba; que al parecer de Oriana é Mabilia é Gandalin, todas las cosas del mundo le faltaban. E así estovo por una pieza tanto, que Mabilia é Gandalin se salieron fuera. E como él acordó, preguntóle Oriana qué causara aquel su tan gran pensamiento; él le dijo: «Mi señora, si por Dios é por vos en efeto se podiese poner mi pensar, faríadesme muy alegre por todos tiempos.—Mi buen amigo, dijo ella, quien vos ha fecho señor de la persona, todo lo al será liviano de complir.» El la tomó por las manos y besógelas muchas veces, é dijo: «Señora, lo que yo pensaba es, que ganando vos é yo aquellas dos joyas, nuestros corazones quedarian para siempre en gran folganza, siendo dellos apartadas todas las dudas de que tan atormentados han sido.—¿Cómo se podria eso hacer, dijo Oriana, sin que á mí fuese gran vergüenza é mayor el peligro, é á estas doncellas que nuestros amores saben?—Muy bien se hará, dijo Beltenebros; que yo vos llevaré tan encobierta é con tanta seguridad del Rey vuestro padre, para que conocidos no seamos, como si fuésemos delante la mas extraña gente que de nos ningun conocimiento no toviese.—Pues si eso es así, dijo ella, cúmplase vuestra voluntad, é Dios mande que sea por bien; que yo no dudo de traer el tocado de las flores, si por demasiado amor ganar se puede.» Beltenebros le dijo: «Yo ganaré seguro de vuestro padre que no me será demandada cosa contra mi voluntad, é iré armado de todas armas, é vos, Señora, llevaréis una capa abrochada, é antifaces delante del rostro, de guisa que á todos ver podais, é ninguno no á vos, y desta forma irémos é vernémos sin que se pueda saber quién somos.—Mi buen amigo, dijo Oriana, bien me paresce lo que decis, é llamemos á Mabilia, que sin su consejo no me atreveria á otorgar tan gran cosa.»

Entonces la llamaron é á la doncella de Denamarca é á Gandalin, que con ellas estaba, é dijéronles aquel concierto; é como quiera que el peligro muy grande se les representaba, conociendo ser aquella su voluntad, no lo contradijeron; antes Mabilia les dijo: «La Reina, mi madre, me envió con las otras donas que la doncella de Denamarca me trajo, una capa muy fermosa é bien fecha, que nunca se vistió, ni se ha visto en toda esta tierra, é aquella será para que vos, Señora, lleveis.» E luego la trajeron ende, y metieron á Oriana en una cámara, é vistiéndola de la forma que habia de ir, con sus luas en las manos é sus antifaces, la trajeron delante Beltenebros, é por mucho que él y ellas la miraron á todas partes, nunca pudieron hallar cosa por donde conocida dellos ni de ninguno otro ser pudiese; é dijo Beltenebros: «Nunca pensé, Señora, que tan alegre fuera de os non ver ni conocer.» E mandó luego á Gandalin que fuese por aquella comarca, é comprando el mas hermoso palafren que haber podiese, lo trajese el dia de la prueba allí á la pared de la huerta, tanto que la media noche pasase. E asimesmo mandó á Durin que desque noche fuese le esperase con su caballo en aquel lugar por donde en la huerta habia entrado, porque esa noche se queria ir á la fuente de los Tres Caños, y enviar á Enil, su escudero, por el seguro al Rey, é tomar las armas que le traia. Finalmente, venida la hora, él salió de la huerta, é cabalgando en su caballo solo, se fué por la floresta, que bien él sabia, como aquel que muchas veces por ella á caza andoviera; é siendo ya el alba del dia, fallóse junto con la fuente, é no tardó que vio venir á Enil con las armas muy bien fechas y fermosas, de que hobo gran placer, é preguntóle por nuevas de la corte, y él le dijo cómo el Rey é todos los suyos hablaban mucho en la su gran bondad; é quísole contar lo de la espada y del tocado de las flores; mas Beltenebros le dijo: «Eso bien há tres dias que lo sé de una doncella por pleito que la llevase á lo probar muy encobiertamente, é á mí conviene que así lo haga, é con ella vaya yo desconocido, é probaré la espada; é porque, como tú sabes, mi voluntad es de no me dar á conocer al Rey ni á otro alguno fasta que mis obras lo merezcan, volverte has luego, é dirás al Rey que, si me da seguranza á mí é á una doncella que llevaré, que no nos será hecho ni dicho contra nuestra voluntad ninguna cosa, que irémos á la prueba desa aventura; é dirás ante la Reina é sus dueñas é doncellas de la manera que la doncella me face hí venir contra toda mi voluntad; mas que no puedo al hacer, que gelo prometí; y el dia que la prueba se hobiere de hacer, vénte á este lugar á la luz del alba, porque la doncella sepa si traes la seguranza ó no; y en tanto tornarme he á ella para la traer, que léjos de aquí mora.» Enil le dijo que así lo faria, é dándole las armas, se fué á complir su mandado. Beltenebros se fué á la ribera que ya oistes, é allí estovo fasta la noche, é luego partió para Miraflores; é cuando llegó falló á Durin, que le tomó el caballo, y él se fué á la entrada de la huerta donde vió estar á su señora Oriana é á las otras, que muy bien lo rescibieron, é dándoles sus armas, subió suso. Mabilia le dijo: «¿Qué es esto, señor primo? ¿mas rico venis que de aquí partistes?—¿No lo entendeis? dijo Oriana; sabed que fué á buscar armas con que desta prision pueda salir.—Verdad es, dijo Mabilia; menes-

ter es que hayais consejo, pues que os habeis de combatir con él.» Así se fueron al castillo con mucho placer, donde de comer le dieron; que en todo el dia no comiera, por no ser descubierto.

CAPITULO XIV.

De cómo Beltenebros é Oriana enviaron la doncella de Denamarca para saber la respuesta de la corte, que del seguro habian enviado á demandar al Rey, é de cómo fueron á la prueba.

A la doncella de Denamarca mandaron otro dia que se fuese á Lóndres é sopiese qué respuesta daba el Rey á Enil, y que dijese á la Reina é á todas las dueñas é doncellas que Oriana se habia sentido mal é que no se levantaba. La doncella fué luego á recaudar su mandado, é no tornó fasta bien tarde, é su tardanza fué porque el Rey salió á recebir á la reina Briolanja, que allí era venida, é que traia cien caballeros para que buscasen á Amadís, como sus hermanos los partiesen. E traia veinte doncellas vestidas de paños negros como ella los trae, é que no los dejará fasta que sepa nuevas dél; que en otros tales la falló cuando reinar la fizo, é que allí quiere estar con la Reina hasta que sus caballeros tornen ó que sepan nuevas de Amadís. Entonces Oriana le dijo: «¿Paréscevos tan hermosa como dicen?—Así Dios me salve, dijo ella, dejando á vos, Señora, es la mas hermosa é apuesta mujer de cuantas yo he visto, é mucho le pesó cuando de vuestro mal supo; é por mí vos manda hacer saber que vos verá cuando por bien lo toviérdes.—Mucho me placerá con ella, dijo Oriana, porque es la persona del mundo que yo mas ver deseo.—Honradla, dijo Beltenebros, que bien lo merece, como quiera que vos, Señora, alguna cosa pensastes.—Buen amigo, dijo ella, dejemos eso; que estoy segura de no ser mi pensamiento verdadero.—Pues yo entiendo, dijo él, que lo que al presente tenemos desta prueba, vos hará mas libre dello, é á mí mucho mas subjeto.—Pues si lo pasado, dijo Oriana, fué con sobrado amor que yo vos tengo, aquel tocado de las flores fio en Dios que dará dello testimonio.» Asimismo les dijo la doncella cómo el Rey habia otorgado á Enil todo el seguro que le demandó.

En esto y en otras cosas en que habian placer pasaron aquel dia é los otros fasta que la prueba se habia de facer. Y esa noche ante se levantaron á la media noche, é vistieron á Oriana la capa que ya oistes, é pusiéronle los antifaces ante el rostro; é Beltenebros, armado de aquellas nuevas é recias armas que Enil le trajo, descendiendo por la pared de la huerta, cabalgaron ella en un palafren que Gandalin trajo, y él en su caballo, é solos se fueron por la floresta la via de la fuente de los Tres Caños, no con poco temor é miedo de Mabilia é de la doncella de Denamarca que fuesen conocidos, é aquel gran resplandor de alegría en gran tenebregura no se tornase; mas cuando Oriana así sola se vió con su amigo de noche y en la floresta, hobo tan gran miedo, que el cuerpo le temblaba é no podia fablar, é vínole duda de no acabar aquella ventura, é que su amigo donde asegurado de sus amores estaba, que le podria ocurrir alguna sospecha, é no quisiera por ninguna guisa haberse puesto en aquel camino. Beltenebros, viendo su gran turbacion, le dijo: «Si Dios me salve, Señora, si pensara que tanto dudábades esta ida, antes quisiera morir que en ella vos haber puesto, é bien será que nos tornemos.» Entonces volvió el caballo y el palafren contra donde venia; mas cuando Oriana vió que por ella se estorbaba una tan señalada cosa como lo aquella era, mudósele el corazon é díjole: «Mi buen amigo, no mireis vos el miedo que yo, como mujer, tengo viéndome en tan extraño logar para mí, mas á lo que vos, como buen caballero, hacer debeis.—Mi buena señora, dijo él, pues que vuestra discrecion vence á mi locura, perdonadme; que yo no debria ser osado de decir ni facer ninguna cosa, salvo aquello que de vuestra voluntad me fuese mandado.»

Entonces se fueron como ante, é llegaron á la fuente de los Tres Caños antes una hora que el alba viniese; é siendo ya de dia claro, llegó Enil, con que les mucho plogo, é Beltenebros dijo: «Señora doncella, este es el escudero que vos dije que de mi parte al Rey fuese; sepamos lo que trae.» Enil les dijo cómo todo lo traia á su voluntad despachado del Rey, é que oyendo misa, se comenzaria la prueba. Beltenebros le dió el escudo é la lanza, é no se quitando el yelmo, se fueron por el camino de Lóndres, é andovieron tanto, que entraron por la puerta de la villa; todos los miraban diciendo: «Este es aquel buen caballero Beltenebros, que aquí envió á don Cuadragante é á los gigantes. Cierto, este es toda la alteza de las armas; por bienaventurada se debe tener aquella doncella que en la su guarda viene.» Oriana, que todo esto oia, hacíase lozana en se ver señora de aquel que con su grande esfuerzo á tantos é tales señoreaba. Así llegaron al palacio del Rey, donde él é todos sus caballeros, é la Reina é sus dueñas é doncellas, estaban en una sala juntos para la prueba; é como sopieron su venida, salió el Rey á lo recebir á la entrada de la sala, é como á él llegaron, hincaron los hinojos por le besar las manos. El Rey no gelas dió é dijo: «Mi buen amigo, mirad que todo lo que vuestra voluntad fuere faré yo de grado, como por aquel que en tan poco tiempo me sirvió mejor que nunca caballero á rey hizo.» Beltenebros gelo agradeció con mucha homildad, é no quiso hablar, é se fué con su doncella donde la Reina vió estar. A Oriana le tremian las carnes del miedo que hobo en se ver delante su padre é madre, temiendo ser conocida; mas su amigo nunca de la mano la dejó, é hincaron los hinojos ante ella, é la Reina los alzó por las manos é dijo: «Doncella, yo no sé quién sois; que nunca vos vi; mas por los grandes servicios que ese caballero que vos trae nos ha fecho, é por lo que vos valeis, á él é á vos haré toda honra é merced, como se le debe.» Beltenebros gelo tovo en merced, mas Oriana no le respondió ninguna cosa, é tenia la cabeza baja en logar de homildad. El Rey se puso con todos los caballeros á una parte de la sala, é la Reina á la otra con las dueñas é doncellas. Beltenebros dijo al Rey que queria estar con su doncella aparte para ser los postreros en aquella aventura probar; el Rey lo otorgó.

Entonces se fué el Rey, é tomó la espada, que encima de una mesa estaba, é sacó una mano della, é no mas. Macandon, que así habia nombre el escudero que

la traia, le dijo: «Rey, si en vuestra corte no hay otro mas enamorado que vos, no iré yo de aquí con lo que deseo.» E tornó á meter el espada, que así le convenia hacer cada vez; é luego la probó Galaor, é no sacó mas de tres dedos; é tras él la probaron Florestan, é Galváne, é Grumedan, é Bramdoibas, é Ladasin; é ninguno dellos no sacó tanto como don Florestan, que sacara un palmo; é luego la probó don Guilan el cuidador, é sacó la media; é Macandon le dijo: «Si dos tanto amáredes, ganárades la espada, é yo lo que tanto tiempo he buscado.» E despues dél la probaron mas de cien caballeros de muy grande cuenta, é ninguno dellos no sacaron la espada; é tales hobo que ni poco ni mucho sacaron, é aquestos decia Macandon que eran herejes de amor. Entonces llegó Agrájes á la probar, é antes que la tomase miró contra donde su señora Olinda estaba, é pensó que la espada, segun el leal é verdadero amor le tenia, seria suya, é sacó tanto della, que solamente una mano quedó, é punó de tirar tanto, que lo ardiente de la espada llegó á la ropa é quemóle parte della; é siendo mas alegre por haber mas que ninguno della sacado, la dejó é se tornó donde estaba; pero ante le dijo Macandon: «Señor caballero, de cerca vos tornastes de quedar vos alegre é yo satisfecho.» E luego la probaron Palomir é Dragonis, que un dia antes habian á la corte llegado; é sacaron de la espada tanto como don Galaor, é díjoles Macandon: «Caballeros si partídes de la espada lo que sacastes, poco vos quedaria con que vos defender.—Verdad decis, dijo Dragonis; mas si vos por el cabo desta prueba vos armais caballero, no seréis tan niño que se vos no acuerde.» Todos se rieron de lo que Dragonis dijo; mas ya ninguno quedando en toda la corte de esta aventura probar, levantóse Beltenebros é tomó á su señora por la mano, é fuese donde la espada estaba, é díjole Macandon: «Señor caballero extraño, mejor vos paresceria esta espada que la que traeis; mas bien seria que en fiucia della no dejeis esa otra, porque esta mas por lealtad de corazon que por fuerza de armas ha de ser conquistada.» Mas él tomó la espada, é sacándola toda de la vaina, luego lo ardiente fué tan claro como la otra media; así que toda parecia una. Cuando esto vió Macandon fincó los hinojos ante él, é dijo: «¡Oh buen caballero! Dios te honre, pues que así esta corte has honrado; con mucha razon amado é querido debes ser de aquella que tú amas, si ella no es la mas falsa é la mas desmesurada mujer del mundo; demándote honra de caballería, pues que si de tu mano no, de otro alguno haber no la puedo; é darme has tierra é señorío sobre muchos hombres buenos.—Buen amigo, dijo Beltenebros, hágase la prueba del tocado, é yo haré con vos lo que con derecho debiere.»

Entonces santiguó la espada, é dejando la suya á quien la quisiese, la echó á su cuello, é tomando á su señora por la mano, se tornó donde ante estaba; mas el loor suyo fué tan grande por todos é todas las que en el palacio estaban, de armas é de amores, que á gran saña fueron movidos don Galaor é Florestan; teniendo por gran deshonra que si á su hermano Amadís no, que á otro ninguno en el mundo posiesen delante dellos, é luego pensaron que la primera cosa que despues de la batalla del rey Lisuarte é del rey Cildadan, si vivos quedasen, seria combatirse con él, é morir ó dar á todos á conocer la diferencia que dél á su hermano Amadís habia. Acabada la prueba de la espada por Beltenebros, como habeis oido, el Rey mandó que la Reina é todas las otras que en el palacio estaban probasen el tocado de las flores sin temor que dello hobiesen; que si dueña la ganase, mas amada é querida de su marido seria, é si doncella, que seria gloria para ella ser la mas leal de todas. Entonces fué la Reina é púsola en su cabeza, mas las flores no hicieron otra mudanza de lo que antes tenian; é díjole Macandon: «Reina, señora, si el Rey vuestro marido no ganó mucho en la espada, bien parece que por aquella guisa gelo pagastes.» Ella se tornó con gran vergüenza, sin nada decir, é llegó luego aquella muy fermosa Briolanja, reina de Sobradisa, mas tanto ganó como la Reina. Macandon la dijo: «Señora doncella muy hermosa, mas debeis ser amada que vos amais, segun lo que aquí mostrastes.» Y luego llegaron cuatro infantas, hijas de reyes, Elvida y Estrelleta, su hermana, que muy lozana é fermosa era, é Aldeva é Olinda la mesurada, en la cabeza de la cual las flores secas comenzaron ya cuanto á reverdecer; así que, todos cuidaron que esta la ganaria; mas, por gran pieza que la tovo, no ficieron otra mudanza; antes en gela quitando, se tornaron tan secas como de antes; é despues de Olinda la probaron mas de ciento, entre dueñas é doncellas, pero ninguna llegó á lo que Olinda, é á todas decia Macandon cosas de burla é de placer; é Oriana, que todo esto viera, hobo muy gran miedo que la Reina Briolanja la ganara, é cuando vió que habia faltado hobo muy gran placer, porque su amigo no pensase que los amores que aquella le habia fueran causa de lo que, segun le pareció en extremo hermosa mas que ninguna de cuantas en su vida visto habia, no pensaba de le perder, si por ella no; é como vió que ya ninguna por probar quedaba, hizo señal á Beltenebros que la llevase, é como llegó pusiéronle el tocado en la cabeza, é luego las flores secas se tornaron tan verdes é tan hermosas, de manera que no se podia conocer cuáles fueron las unas ni las otras. E dijo Macandon: «¡Oh buena doncella! vos sois aquella que yo demando antes cuarenta años que naciésedes.» Entonces dijo á Beltenebros que le hiciese caballero, é rogase á aquella doncella que le diese la espada de su mano. «Seldo luego, dijo él, porque yo no puedo detenerme.» Macandon se vistió unos paños blancos que consigo traia, é unas armas blancas, como caballero novel, é Beltenebros le hizo caballero como era costumbre, é le puso la espuela diestra, é Oriana le dió una espada asaz rica que él traia. Como así le vieron las dueñas é doncellas comenzaron á reir, é Aldeva dijo, que todos lo oyeron: «¡Ay Dios! que extremado doncel é qué extremada postura de todos los noveles; mucho nos debe placer, que será novel toda su vida.—¿Por dónde lo sabédes vos? dijo Estrelleta.—Por aquellos paños, dijo ella, que viste, que no pueden durar menos tiempo que él.—Dios lo faga así, dijeron ellas, é lo mantenga en tal hermosura como agora está.—Buenas señoras, dijo él, yo no daria mi placer por la mesura de vosotras; que mejor estoy yo de mesura é

mancebía que vosotras de mesura é de vergüenza.» Al Rey plogo de lo que él respondiera; que le no parecia bien lo que ellas le dijeron.

Esto así hecho, Beltenebros tomó á su señora, é despidióse de la Reina, y ella dijo á su hija, que no conocia: «Buena doncella, pues que vuestra voluntad ha sido que no vos conozcamos, ruégovos que desde donde fuéredes me hagais saber de vuestra hacienda, é me demandeis mercedes, que de grado vos serán otorgadas.—Señora, dijo Beltenebros, tanto la conozco yo cuanto vos, aunque há bien siete dias que ando con ella; mas en cuanto he visto dígovos que es hermosa, y de tales cabellos, que no há por qué los encobrir.» Briolanja le dijo: «Doncella, yo no sé quién sois, mas por cuanto aquí habeis mostrado de vuestros amores, si vuestro amigo así vos ama como vos á él, esta seria la mas hermosa cosa que nunca amor juntó; y si él es entendido, así lo fará.» Oriana hobo gran placer desto que Briolanja decia. Con esto se despidieron de la Reina, é cabalgaron como antes venian; y el Rey é don Galaor se fueron con ellos, é Beltenebros dijo al Rey: «Señor, tomad esta doncella é honradla, que bien lo meresce, pues que así ha honrado vuestra corte.» El Rey la tomó por la rienda, y él se fué hablando con don Galaor, el cual no habia gana de le oir ninguna cosa de buen amor, porque ya se tenia por dichoso de se combatir con él, é cuando andovieron una pieza Beltenebros tomó á Oriana é díjole: «Señor, de aquí quedad con Dios, é si por bien toviérdes que yo sea uno de los ciento de vuestra batalla, de grado os serviré.» Al Rey plogo mucho dello, é abrazándole, gelo agradesció, diciéndole que gran parte del pavor perdia en lo tener en su ayuda.

Así se tornaron él é Galaor, y Beltenebros se metió por la floresta con su amiga é con Enil, que las armas le llevaba, muy alegres que su aventura tan bien acabaran, él llevando aquella verde espada al cuello, y ella en la cabeza el tocado de las flores. Así llegaron á la fuente de los Tres Caños, y de una montaña que ende habia vieron venir un escudero á caballo, é llegando, dijo: «Caballero, Arcalaus vos manda que lleveis esta doncella ante él, é que si vos deteneis é le faceis cabalgar, que vos quitará las cabezas.—¿Adónde está Arcalaus el encantador?» dijo Beltenebros. El hombre gelo mostró debajo de unos árboles, é otro con él, y estaban armados, é sus caballos cabe. Oido esto por Oriana, fué tan espantada, que apenas se pudo en el palafren tener. Beltenebros se llegó á ella é díjole: «Señora doncella, no temais; que si esta espada no me fallece yo os defenderé.» Entonces tomó sus armas é dijo al escudero: «Decid á Arcalaus que yo soy un caballero extraño, que no lo conozco ni tengo por qué facer su mandado.» Cuando esto Arcalaus oyó fué muy sañudo, é dijo al caballero que con él estaba: «Mi sobrino Lindoraque, tomad aquel tocado que aquella doncella lleva, é será para vuestra amiga Madasima, é si el caballero vos lo defendiere, cortadle la cabeza, é á ella colgadla por los cabellos de un árbol.» Lindoraque cabalgó é fué luego á lo facer; mas Beltenebros, que lo habia oido, se le paró delante, é como quiera que lo vió muy grande, así como hijo que era de Cartada, el gigante de la Montaña Defendida, é de una hermana de Arcalaus, no lo tovo en nada por la gran soberbia con que venia, é díjole: «Caballero, no paseis mas adelante.—Por vos no dejaré yo de facer lo que Arcalaus, mi tio, me mandó.—Pues agora, dijo Beltenebros, parescerá lo que vos como soberbio é él como malo hacer podeis.» Entonces se fueron herir de grandes encuentros; así que, las lanzas fueron quebradas, é Lindoraque fué fuera de la silla, é llevó un trozo de la lanza metido por el cuerpo; mas levantóse luego, con la gran valentía suya, é veyendo venir á Beltenebros á lo ferir, y queriéndose guardar del golpe, tropezó y cayó en el suelo, de manera que el fierro de la lanza le salió por las espaldas, é luego murió. Arcalaus, que así lo vió, cabalgó presto por lo socorrer, mas Beltenebros fué por él, é fízole perder el encuentro de la lanza, é al pasar dióle con la espada tal golpe, que la lanza con la meitad de la mano le hizo caer en el suelo; así que, no le quedó sino solo el pulgar. Como así se vió, comenzó á fuir, é Beltenebros tras él; mas Arcalaus echó el escudo que llevaba del cuello, é con la grande ligereza de su caballo alongóse tanto, que no lo pudo alcanzar. Entonces se volvió á su señora; é mandó á Enil que tomase la cabeza de Lindoraque é la mano y escudo de Arcalaus, é se fuese al Rey Lisuarte, é le contase por cuál razon le acometieran.

Esto hecho, tomó á su señora é fuése por su camino, é despues que algun poco folgaron cabe una fuente, siendo ya la noche venida, llegaron á Miraflores, donde hallaron á Gandalin é Durin, que les tomaron las bestias, é á Mabilia é la doncella de Denamarca, que con gran gozo de sus ánimos los recibieron á la pared de la entrada de la huerta, como aquellas que, si algun entrevalo les viniera, otra cosa, si la muerte no, no esperaban. Mabilia les dijo: «Hermosas donas traédes, mas bien vos digo que con grande congoja de nuestros ánimos é muchas lágrimas de nuestros corazones las hemos comprado. A Dios merced, que tan bien lo hizo.» Y entráronse al castillo, donde cenaron é holgaron con mucho gozo é alegría. El rey Lisuarte é don Galaor tornándose á la villa despues que de Beltenebros se partieron, llegó á ellos una doncella é dió al Rey una carta, diciendo ser de Urganda la Desconocida, é otra á don Galaor; é sin mas le decir, se volvió por el camino do ante viniera. El Rey tomó la carta é leyóla, la cual decia así:

«A tí, Lisuarte, rey de la Gran Bretaña, yo Urgan»da la Desconocida te envio á saludar é fágote saber »que en aquella cruel é peligrosa batalla tuya y del »rey Cildadan, aquel Beltenebros en que tanto te es»fuerzas perderá su nombre é gran nombradía; aquel »que por un golpe que hará serán todos sus grandes »hechos puestos en olvido, y en aquella hora serás tú »en la mayor cuita é peligro que nunca fuiste; é »cuando la aguda espada de Beltenebros esparcirá la »tu sangre, serás en todo peligro de muerte; aquella »será batalla cruel é dolorosa, donde muchos esforza»dos é valientes caballeros perderán las vidas; será de »gran saña é de gran crueza, sin ninguna piedad. Pero »al fin, por los tres golpes que aquel Beltenebros en »ella hará serán los de su parte vencedores. Cata, Rey,

»lo que harás; que lo que te envio á decir se hará sin »duda ninguna.»

Leida la carta por el Rey, como quiera que él de gran hecho fuese, é de recio corazon en todos los peligros, considerando esta Urganda ser tan sabidora, que por la mayor parte todas las cosas que profetizaba verdaderas salian, algo espantado fué, teniendo creido que Beltenebros, á quien él mucho amaba, allí perderia la vida, é la suya dél sin gran peligro no quedaba; mas con alegre semblante se fué á don Galaor, que ya su carta leido habia; y estaba pensando, é díjole: «Mi buen amigo, quiero haber con vos consejo, sin que otro alguno lo sepa, en esto que Urganda me escribe.» Entonces le mostró la carta, é don Galaor le dijo: «Señor, segun lo que en la mia viene, mas me conviene ser consejado que consejo dar; pero, con todo, si algun medio se hallase que con honra esta batalla excusar se podiese, esto ternia yo por bueno; é si esto ser no puede, á lo menos que vos, Señor, no fuésedes en ella, porque yo veo aquí dos cosas muy graves. La una, que por el brazo y espada de Beltenebros será vuestra sangre esparcida, é la otra que por tres golpes que él dará serán los de su parte vencedores. Esto yo no sé cómo lo entienda, porque él es agora de vuestra parte, é segun la carta dice, será de la otra.» El Rey le dijo: «Mi buen amigo, el gran amor que me teneis face que de vos sea no bien aconsejado; que si yo perdiese la esperanza de aquel Señor que en tan gran alteza me puso, pensando que á la su voluntad el saber de ninguna persona estorbar podria, con mucha causa é razon, siendo por él permitido, debria ser abajado della, porque el corazon é discrecion de los reyes se debe conformar con la grandeza de sus estados; é haciendo lo que deben, así con los suyos como en defensa dellos, y el remedio de las cosas que miedos y espantos les ponen dejarlo aquel señor en quien es el poder entero; así que, mi buen amigo, yo seré en la batalla, é aquella ventura que Dios á los mios diere, aquella quiero que á mí dé.» Don Galaor, tornado del otro acuerdo, é veyendo el gran esfuerzo del Rey, le dijo: «No sin causa sois loado por el mayor é mas honrado príncipe del mundo, é si los reyes así esquivasen los flacos consejos de los súyos, ninguno seria osado de les decir sino aquello que verdaderamente su servicio fuese.» Entonces le mostró su carta, que decia así:

«A vos, don Galaor de Gaula, fuerte y esforzado, »yo, Urganda, vos saludo como aquel que precio é »amo, é quiero que por mí sepais aquello que en la »dolorosa batalla, si en ella fuérdes, vos acaecerá; que »despues de grandes cruezas é muertes por tí vistas en »la postrimera priesa della, el tu valiente cuerpo é du»ros miembros fallescerán al tu fuerte é ardiente cora»zon, é al partir de la batalla la tu cabeza será en po»der de aquel que los tres golpes dará, por donde ella »será vencida.»

Cuando el Rey esto vió díjole: «Amigo, si lo que esta carta dice verdad sale, conocido está ser vuestra muerte llegada si en aquella batalla entrásedes; é segun las grandes cosas en armas por vos han pasado, muy poca falta, dejando esa, se vos seguirá. Así que, yo daré órden cómo, compliendo con mi servicio é con vuestra honra, della podais ser excusado.» Don Galaor le dijo: «Bien parece, Señor, que del consejo que vos dí recebistes enojo, pues que, siendo sano y en mi libre poder, me mandais que en tan gran yerro é menoscabo de mi honra caya. A Dios plega que no me dé lugar á que en tal cosa vos haya de ser obediente.» El Rey dijo: «Don Galaor, vos decis mejor que yo; é agora nos dejemos de hablar mas en esto, teniendo esperanza en aquel señor que tener se debe; é guardemos estas cartas, porque, segun las temerosas palabras que en ellas vienen, si sabidas fuesen, gran causa de temor podrian en las gentes poner.» Con esto se fueron contra la villa, é antes que en ella entrasen vieron dos caballeros armados en sus caballos lasos é cansados, é las armas cortadas por algunos lugares, que bien parecia no haber estado sin grandes afrentas; los cuales habian nombre don Bruneo de Bonamar é Branfil, su hermano, é venian por ser en la batalla, si el Rey los quisiese recebir; é don Bruneo sopo de la prueba de la espada, é aquejóse mucho por llegar á tiempo de la probar, como aquel que ya so el arco de los leales amadores fué, como ya oistes, é segun el gran é leal amor que él habia á Melicia, hermana de Amadís, bien pensaba que la espada é otra cualquiera cosa, por gravo que fuese, que por grande amor se hobiese de ganar, que él lo acabara, é pesóle mucho por ser aquella ventura acabada; é como vieron al Rey fueron á él con mucha humildad, y él los recibió con muy buen talante, é don Bruneo le dijo: «Señor, hemos oido de una batalla que aplazada teneis, en que, así como el número de la gente será poco, así converná que sea escogida; é si habiendo noticia de nosotros, que nuestro valor en ella merezca ser, servir vos hemos de grado.» El Rey, que ya de don Galaor informado estaba de la bondad destos dos hermanos, especial de la de don Bruneo, que era, aunque mancebo, uno de los señalados caballeros que en gran parte fallar se podria, hobo muy gran placer con ellos é con su servicio, é mucho gelo gradeció. Entonces don Galaor se le fizo conocer, é le rogó mucho que con él posasen; y hasta ser dada la batalla en uno estoviesen, faciéndole memoria de Florestan, su hermano, é de Agrájes é don Galvánes, que estos eran siempre en una compañía.

Don Bruneo gelo tovo en mucho, diciéndole que él era el caballero del mundo á quien mas amor tenia, fuera de Amadís, su hermano, por quien él mucho afan en lo buscar habia pasado despues que sopo cómo se partiera de tal forma de la ínsola Firme, y que no dejara de la demanda sino por ser en aquella batalla, é que le otorgaba aquello que le decia. Así quedó don Bruneo é su hermano Branfil en compañía de don Galaor é en servicio del rey Lisuarte, como oídes. Acogido el Rey á su palacio, llegó Enil, escudero de Beltenebros, con la cabeza colgada por los cabellos del petral de su rocin, y con el escudo é la meitad de la mano de Arcalaus el encantador; é antes que en el palacio entrase, venian por saber qué seria aquello, tras él, muchas gentes de aquella villa. Llegando al Rey, díjole lo que Beltenebros le mandara, de que el Rey fué muy alegre é maravillado del gran fecho deste valiente y esforzado caballero, y estóvole loando mucho, é así

lo hacian todos; mas esto crescia mas en la saña de don Galaor é don Florestan, é no veian la hora en que con él combatirse podiesen, é morir ó dar á conocer á todos que sus hechos no podrian igualar con los de Amadís, su hermano. A esta sazon llegó Filispinel, el caballero que por su parte del rey Lisuarte fuera para desafiar los gigantes, como ya oistes, é contó todos los mas que habian de ser en la batalla, en que habia muchos gigantes bravos é otros caballeros de gran hecho, que ya eran pasados en Irlanda á se juntar con el rey Cildadan; é que antes de cuatro dias desembarcarian en el puerto de la Vega, donde la batalla aplazada estaba; y tambien contó cómo habia hallado en el Lago Ferviente, que es en la ínsula de Mongaza, al rey Arban de Norgales é Angriote de Estravaus en poder de Gromadaza, la giganta brava, mujer de Famongomadan, la cual los tenia en una muy crúel prision, donde de muchos azotes é otros grandes tormentos cada dia eran atormentados; así que, las carnes de muchas llagas aflegidas, continuamente corrian sangre; é con él traia una carta escripta para el Rey, la cual decia así:

«Al gran señor Lisuarte, rey de la Gran Bretaña, y »á todos nuestros amigos del su señorío: Yo Arban, »cativo, rey que fuí de Norgales, é Angriote de Estra»vaus, metidos en dolorosa prision, vos hacemos sa»ber cómo nuestra gran desventura, mucho mas cruel »que la misma muerte, nos ha puesto en poder de la »brava Gromadaza, mujer de Famongomadan; la cual, »en venganza de la muerte de su marido é hijo, nos hace »dar tales tormentos é tan crueles penas, cuales nunca »se podieran pensar; tanto, que muchas veces deman»damos la muerte, que gran folganza nos seria; mas »ella, queriendo que cada dia la hayamos, fácenos sos»tener las vidas, las cuales ya por nosotros desampa»radas serian, si el perdimiento de nuestras ánimas no »lo estorbase; mas, porque ya somos llegados al cabo »de no poder vivir, quesimos enviar esta carta escri»ta de nuestra sangre, é con ella nos despedir, rogan»do á nuestro Señor quiera daros la vitoria de la batalla »contra estos traidores, que tanto mal nos han hecho.»

Muy gran pesar hobo el Rey de la pérdida de aquellos dos caballeros, é mucho dolor hobo en su corazon; mas viendo que con ello poco les aprovechaba, hizo buen semblante, consolando á los suyos, poniéndoles delante otras muchas graves cosas, que los que las honras é proezas alcanzar quieren habian pasado, y esforzándolos para la batalla; la cual vencida, era el verdadero remedio para sacar de la prision aquellos caballeros. E luego mandó á todos aquellos que con él habian de ser en la batalla, que para otro dia se aparejasen, que queria partir contra sus enemigos; é así se fizo; que con aquel gran esfuerzo que en todas las afrentas siempre tovo, movió con sus caballeros para les dar la batalla.

CAPITULO XV.

De cómo Beltenebros vino en Miraflores y estovo con su señora Oriana, despues de la vitoria de la espada é tocado, é de allí se fué para la batalla que estaba aplazada con el rey Cildadan, y de lo que en ella acaeció.

Beltenebros estovo con su señora en Miraflores tres dias despues que ganara la espada y el tocado de las flores, y al cuarto dia salió de allí á la media noche, solo, solamente sus armas y caballo; que á su escudero Enil él le mandó que se fuese á un castillo que al pié estaba de una montaña cerca donde la batalla se habia de dar, que era de un caballero viejo que Abradan se llamaba, del cual todos los caballeros andantes mucho servicio recebian; y esa noche pasó cabe la hueste del rey Lisuarte, é andovo tanto, que al quinto dia llegó allí é halló á Enil, que ese dia habia venido, con que mucho le plogo, y del caballero fué muy bien recebido; é allí estando, llegaron dos escuderos sobrinos del huésped, que venian de donde la batalla habia de ser, é dijeron que ya el rey Cildadan era con sus caballeros llegado, y que posaban en tiendas junto á la ribera de la mar, é sacaban las armas é caballos, y que vieran llegar allí á don Grumedan é á Giontes, sobrino del rey Lisuarte, y que pusieran treguas fasta el dia de la batalla; é asimismo que ninguno de los reyes metiese en ella mas de cien caballeros, como asentado estaba. El huésped les dijo: «Sobrinos, ¿qué vos parece desa gente, que Dios maldiga?—Buen tio, dijeron ellos, no es de hablar, segun son fuertes y temerosos; ¿qué vos dirémos, sino que si Dios milagrosamente no ayuda á la parte de nuestro señor el Rey, no es su poder contra ellos como nada?» Al huésped le vinieron las lágrimas á los ojos é dijo: «¡Oh Señor poderoso! no desampares al mejor é mas derecho rey del mundo.—Buen huésped, dijo Beltenebros, no desmayédes por gente brava, que muchas veces la bondad é la vergüenza vence á la soberbiosa valentía, é ruégovos mucho que llegueis al Rey é le digais cómo en vuestra casa queda un caballero, que se llama Beltenebros, que me haga saber el dia de la batalla, porque yo seré hí luego.» Cuando esto oyó fué muy ledo é dijo: «¡Cómo, Señor! ¿vos sois el que envió á la corte del Rey mi señor á don Cuadragante, y el que mató á aquel bravo gigante Famongomadan é á su fijo cuando llevaban presa á Leonoreta é á sus caballeros? Agora vos digo que si yo he hecho algun servicio á los caballeros andantes, que con este solo galardon me tengo por satisfecho de todo ello, é lo que mandais haré de grado.»

Entonces tomando consigo á aquellos sus sobrinos, se fué adonde ellos le guiaron, é falló que el rey Lisuarte é toda su compaña eran llegados á media legua de sus enemigos, y que otro dia seria la batalla, é díjole el mandado que llevaba, con que hizo al Rey é á todos muy alegres é dijo: «Ya no nos falta sino un caballero para el cumplimiento de los ciento.» Don Grumedan dijo: «Antes entiendo, Señor, que vos sobran; que Beltenebros bien vale por cinco.» Desto pesó mucho á don Galaor é Florestan é Agrájes, que no les placia de ninguna honra que á Beltenebros se diese, mas por la envidia de los sus grandes hechos que por otra enemistad alguna; mas calláronse. Siendo avisado Abradan de lo por que viniera, despedido del Rey, se tornó á su huésped é contóle el placer é gran alegría que el Rey é todos los suyos hobieron con su mandado, é cómo para complimiento de los ciento no les faltaba mas de un caballero. Oido esto de Enil, apartó á Beltenebros por una puerta, é fincando los hinojos ante él, le dijo: «Como quiera que yo, Señor, no

os haya servido, atreviéndome á vuestra gran virtud, quiero demandaros merced, é ruégovos por Dios que me la otorgueis.» Beltenebros le levantó suso é dijo: «Demanda lo que quisieres que yo facer pueda.» Enil le quiso besar las manos, mas él no quiso, é dijo: «Señor, demándovos que me hagais caballero, y que rogueis al Rey que me meta en el cuento de los cien caballeros, pues que uno le falta.» Beltenebros le dijo: «Amigo Enil, no entre en tu corazon querer comenzar tan gran hecho como este será é tan peligroso. E yo no lo digo por no te facer caballero, mas por lo que á tí conviene comenzar en otros mas ligeros hechos.—Mi buen señor, dijo Enil, no puedo yo aventurar tanto peligro, aunque la muerte me sobreviniese por ser en esta batalla, cuanto es la honra grande que della ocurrir me puede; que si saliere vivo, siempre me será honra é prez en ser yo contado en el número de tales cien caballeros, é seré por uno dellos tenido; é si muriere, sea la muerte muy bien venida, porque mi memoria será junta con los otros preciados caballeros que allí han de morir.» A Beltenebros le vino una piedad amorosa al corazon, é dijo entre sí: «¡Bien pareces ser tú de aquel linaje del preciado é leal don Gandáles mi amo.» É respondióle: «Pues que así te place, así sea.» Luego se fué al huésped é rogóle que le diese para aquel su escudero unas armas; que le queria hacer caballero. El huésped gelas dió de buen grado, é velándolas aquella noche Enil en la capilla, é dicha al alba del dia una misa, fízole Beltenebros caballero; é luego se partió para la batalla, é su huésped con él, con los dos sus sobrinos, que les llevaban las armas, y llegando donde habia de ser, fallaron al buen rey Lisuarte, que ordenaba sus caballeros para ir á sus enemigos, que en un campo llano le atendian, é cuando vió á Beltenebros, así él como los suyos tomaron en sí muy gran esfuerzo, y Beltenebros le dijo: «Señor, vengo á complir mi promesa, é trayo un caballero comigo en lugar de aquel que supe que vos faltaba.» El Rey lo recibió con mucha alegría, é al caballero suyo puso en el complimiento de los ciento.

Entonces movió contra sus enemigos, fecha una haz de su gente, que para mas no habia. Pero delante del Rey, que en medio de la haz iba, pusieron á Beltenebros y su compañero; é don Galaor é Florestan é Agrájes, é á Gandalac, amo de don Galaor, é sus fijos Bramandil é Gavus, que ya don Galaor ficiera caballero, é Nicoran de la Puente Medrosa é Dragonis é Palomir é Pinorantes é Giontes, sobrino del Rey, y el preciado de don Bruneo de Bonamar é su hermano Branfil é don Guilan el cuidador; estos iban delante todos juntos, como ois, é delante dellos iba aquel honrado y preciado viejo don Grumedan, amo de la reina Brisena, con la seña del Rey. El rey Cildadan tenia su gente muy bien parada, y delante de sí los gigantes, que eran muy esquiva gente, é con ellos veinte caballeros de su linaje dellos, que eran muy valientes; é mandó estar en un otero pequeño á Madanfabul, el gigante de la ínsola de la Torre Bermeja, é diez caballeros con él, los mas preciados que allí tenia; é mandó que no moviesen dende fasta que la batalla vuelta fuese, é todos fuesen cansados; y que entonces, firiendo bravamente, procurasen de matar ó prender al rey Lisuarte é lo llevar á las naos. Así como ois se fueron unos á otros con mucha ordenanza y muy paso; mas cuando fueron llegados, encontráronse los que delante iban tan bravamente, que muchos dellos al suelo fueron; mas luego se juntaron las batallas, ambas con tan gran saña é crueza, que la fuerte valentía suya dió causa que muchos caballos por el campo sin sus señores fuyesen, quedando ellos muertos é otros mal llagados. Así que, con mucha causa se puede decir ser aquel dia airado é doloroso para aquellos que allí se hallaron; pues firiendo y matando unos á otros, pasó la tercia parte del dia sin haber ninguna holganza, con tanto rigor é trabajo de todos, que por ser en el gran hervor del verano, con la gran calura que hacia, así ellos como sus caballos muy lasos et cansados andaban á maravilla, é los llagados perdian mucha sangre; de manera que las vidas no podiendo sostener, muertos allí en el campo quedaban, especialmente aquellos que de los fuertes gigantes heridos eran.

En aquella hora Beltenebros facia grandes maravillas en armas, teniendo aquella su muy buena espada en su mano, derribando y matando los que delante sí fallaba, aunque mucho le empedia el cuidado de aguardar al Rey en las grandes priesas donde le veia; que, como siendo vencido la entera deshonra suya fuese, así lo era la gloria siendo vencedor; y esto le daba causa de poner en la mayor afrenta á sus aguardadores; mas visto por don Galaor é Florestan é Agrájes las extrañas cosas por Beltenebros hechas, iban teniendo con él, dando é sufriendo tantos golpes, que la grande envidia habida dél los fizo señalar en gran ventaja de todos los de su parte; é don Bruneo se juntaba con ellos, é aguardaba á don Galaor, que como leon sañudo, por se igualar á la bondad de Beltenebros, no temiendo los fuertes golpes de los gigantes ni la muerte, que á otros veia ante sus ojos padescer, se metia con la su espada entre sus enemigos, firiendo y matando en ellos; é yendo así como oides con corazon tan airado é sañudo, vió delante sí al gigante Cartada de la Montaña Defendida, que con una pesada hacha daba tan grandes golpes á los que alcanzar podia, que mas de seis caballeros derribados á sus piés tenia; pero que él estaba llagado en el hombro de un golpe que don Florestan le diera, que le salia mucha sangre, é don Galaor apretó la espada en la mano é fué para él, é dióle un tan gran golpe por encima de su yelmo en soslayo, que todo cuanto alcanzó dél con la una oreja le derribó, é no parando allí la espada, cortóle la asta de la hacha por cabe las manos. Cuando el gigante tan cerca lo vió, no teniendo con qué ferirlo pudiese, echó los brazos en él con tanta fuerza, que quebradas las cinchas, llevó tras sí la silla, é don Galaor cayó en el suelo, teniéndole tan apretado, que nunca de sus fuertes brazos salir pudo, antes le parecia que todos los sus huesos le menuzaba; mas antes que el sentido perdiese, don Galaor cobró la espada, que colgada de la cadena tenia, y metiéndogela al gigante por la vista, hízole perder la fuerza de los brazos; así que, á poco rato fué muerto. El se levantó tan cansado de la grande fuerza que posiera y de la mucha sangre que de las heridas se le iba, que la espada nunca sacar pudo de la cabeza del Gigante, é allí se ayuntaron de

ambas las partes muchos caballeros por los socorrer, que ficieron la batalla mas dura é cruel que en todo el dia habia sido; entre los cuales llegó el rey Cildadan de la su parte, y Beltenebros de la otra, é dió al rey Cildadan dos golpes de la espada en la cabeza, tan grandes, que desapoderado de toda su fuerza, le fizo caer del caballo ante los piés de don Galaor, el cual le tomó el espada que se le cayera é comenzó con ella á dar grandes golpes á todas partes hasta que la fuerza y el sentido le faltó, é no se podiendo tener, cayó sobre el rey Cildadan así como muerto. A esta hora se juntaron los gigantes Gandalac é Alvadanzor, é firiéronse ambos de las mazas de tan fuertes golpes, que ellos é los caballos fueron á tierra. E Alvadanzor hobo el un brazo quebrado, é Gandalac la pierna; mas él é sus hijos mataron á Alvadanzor.

Entonces eran de ambas las partes muertos mas de ciento é veinte caballeros, é pasaba el mediodía; é Madanfabul, el gigante de la ínsola de la Torre Bermeja, que en el otero estaba, como ya oistes, miró á esta sazon la batalla, é como vió tantos muertos, é los otros cansados, y sus armas por muchos lugares rotas y los caballos heridos, pensó que ligeramente con sus compañeros podia á los unos é otros vencer, é movió del otero tan recio é tan sañudo, que maravilla era, diciendo á grandes voces á los suyos: «No quede hombre á vida, é yo tomaré ó mataré al rey Lisuarte.» Y Beltenebros, que así lo vió venir, que entonces tomara un caballo holgado de uno de los sobrinos de Abradan, su huésped, púsose delante del Rey, llamando á Florestan é Agrájes, que cabe si vió, é con ellos se juntaron don Bruneo de Bonamar é Branfil é Guilan el cuidador, y Enil, que mucho en aquella batalla habia fecho, por donde siempre en gran fama tenido fué; todos estos, aunque de grandes heridas ellos é sus caballos estaban, se pusieron delante del Rey, é delante de Madanfabul venia un caballero llamado Sarmadan el leon, el mas fuerte y valiente en armas que todos los del linaje del rey Cildadan, y era su tio. Y Beltenebros salió de los suyos á él, é Sarmadan le firió con la lanza en el escudo, é aunque se quebró, pasógelo é fízole una llaga, mas no grande, y Beltenebros lo firió de la espada en pasando cabe en el derecho de la vista del yelmo al través, de tal golpe, que los ojos entrambos fueron quebrados, é dió con él en el suelo sin sentido ninguno; mas Madanfabul y los que con él venian firieron tan bravamente, que los mas que con el rey Lisuarte estaban fueron derribados, é Madanfabul fué derecho para el Rey con tanta braveza, que los que con él estaban no fueron poderosos de gelo defender, por heridas que le diesen, y echóle el brazo sobre el pescuezo, é tan recio le apretó, que desapoderado de toda su fuerza, lo arrancó de la silla, é íbase con él á las naos. Beltenebros, que así lo vió llevar, dijo: «¡Oh Señor Dios! no vos plega que tal enojo haya Oriana.» E firió el caballo de las espuelas é su espada en la mano, y alcanzado al Gigante de toda su fuerza, lo firió en el brazo diestro, con que al Rey llevaba, é cortógelo cabe el codo, é cortó al Rey una parte de la loriga, que le fizo una llaga de que mucha sangre le salió, y quedando él en el suelo, el Gigante huyó como hombre tollido. Cuando Beltenebros vió que por aquel golpe habia muerto aquel bravo gigante, é librado al Rey de tal peligro, comenzó á decir á grandes voces: «Gaula, Gaula, que yo soy Amadís.» Y esto decia firiendo en los enemigos, derribando y matando muchos dellos, lo cual era en aquella sazon muy necesario, porque los caballeros de su parte estaban muy destrozados, dellos feridos, é otros á pié é otros muertos; é los enemigos habian llegado holgados y con grande esfuerzo é con gran voluntad de matar cuantos alcanzasen; é por esta causa se daba Amadís gran priesa. Así que, bien se puede decir que el su grande esfuerzo era el reparo é amparo de todos los de su parte, é lo que mas embravecer le facia era don Galaor, su hermano, que á pié lo vió é muy cansado, é despues no lo habia visto, aunque por él mucho mirado habia; é cuidó que era muerto; é con esto, no encontraba á caballero que lo no matase.

Cuando los del rey Cildadan vieron tanto daño en los de su parte, y las grandes cosas que Amadís hacia, tomaron por caudillo á un caballero del linaje de los gigantes, muy valiente, que Gadan Curiel habia nombre, é hacia tan gran estrago en los contrarios, que de todos era mirado y señalado, é con él pensaban vencer á sus enemigos. Mas á esta hora Amadís, con gran saña que traia é gana de matar los que alcanzaba, metióse entre los contrarios tanto, que se hobiera de perder. E habiendo ya el rey Lisuarte tomado un caballo, estando con él don Bruneo de Bonamar y don Florestan é Guilan el cuidador, é Ladasin é Galvánes Sin-Tierra é Olivas é Grumedan, al cual la seña le habian entre sus brazos cortado, veyendo á Amadís en gran peligro, socorrióle, como buen rey, aunque de muchas feridas andaba llagado, con gran placer de todos, por saber que aquel Beltenebros Amadís fuese, é todos juntos entraron entre sus enemigos, firiendo y matando; así que, no los osaban atender, y dejaban á Amadís ir por do queria; de manera que la ventura lo guió donde Agrájes, su primo, é Palomir é Branfil é Dragonis estaban á pié, que los caballos les habian muerto, é muchos caballeros sobre ellos, que matar los querian, y ellos estaban juntos y se defendian muy bravamente; é como así los vió, dió voces á don Florestan, su hermano, é á Guilan el cuidador, é con ellos los socorrió; é salió á él un caballero muy señalado, que Vadamigar habia nombre, al cual el yelmo de la cabeza habian derribado, é dió á Amadís una gran lanzada por el cuello del caballo que el fierro de la lanza le pasó de la otra parte; mas él lo alcanzó con la espada y fendióle fasta las orejas, é como cayó, dijo: «Primo Agrájes, cabalgad en ese caballo.» E don Florestan derribó á otro buen caballero, que Danel se nombraba, é dió el caballo á Palomir, é don Guilan dió otro caballo á Branfil, del cual derribó á Landin, dejándole muy mal llagado; é Palomir trajo otro caballo á Dragonis; así que, todos fueron remediados, é tomaron la via que Amadís llevaba, faciendo maravillas de armas é nombrándose porque lo conociesen, é fuesen sus enemigos en mayor pavor puestos; é tanto ficieron él é Agrájes é don Florestan con aquellos caballeros que con ellos juntos se hallaron, é con la gran bondad del Rey su señor, que aquel dia mucho valió, mostrando su grande esfuerzo, que vencieron la batalla,

quedando en el campo muertos é llagados todos los mas de sus enemigos; mas Amadís, con la gran rabia que tenia, pensando ser muerto don Galaor, su hermano, íbalos firiendo y matando fasta los llegar á la mar, donde su flota tenian.

Mas aquel valiente y esforzado Gadan Curiel, caudillo de los contrarios, cuando así vió los suyos de vencida, y que no lo dejarian en las naos entrar, juntó los mas que pudo consigo é tornó con la espada alzada en la mano por ferir al Rey, que mas cerca de sí lo halló; mas don Florestan, que grandes y ésquivos golpes aquel dia le viera dar, que temiendo el peligro del Rey, púsose delante por recebir en sí los golpes, aunque de la espada otra cosa no llevaba sino la empuñadura. E Gadan Curiel lo firió tan duramente por cima del yelmo, que hasta la carne gelo cortó, é Florestan le dió con aquello que de la espada tenia, tal golpe, que el yelmo le derribó de la cabeza; y el Rey llegó luego, é dióle con la espada; así que, dos partes gela fizo, é como este fué muerto, no quedó quien campo toviese; antes por se acoger á las barcas morian en el agua é los otros en la tierra; de manera que ninguno quedó. Entonces Amadís llamó á don Florestan é Agrájes é á Dragonis é Palomir, é díjoles llorando: «¡Ay buenos primos! miedo he que hemos perdido á don Galaor. Vámoslo á buscar.» Así fueron donde Amadís á pié lo viera, allí donde él habia al rey Cildadan derribado, y tantos eran de los muertos, que no lo podian hallar; mas trastornándolos todos, hallólo Florestan, conociéndolo por una manga de la sobrevista, que india era, é flores de argentería por ella, é comenzaron á facer gran duelo sobre él. Cuando Amadís esto vió, dejóse caer del caballo, é las llagas, que ya restañadas de la sangre eran, con la fuerza de la caida se abrieron, de manera que la sangre en gran abundancia le salia, é quitándose el yelmo y el escudo, que rompidos estaban, llegóse á Galaor llorando é quitóle el yelmo, é puso su cabeza en sus hinojos, é Galaor, con el aire que le dió, comenzó á bullir ya cuanto. Entonces se llegaron todos á él, llorando con gran dolor en lo ver así. E cuanto una pieza así estovieron llegaron allí doce doncellas muy bien guarnidas, é con ellas escuderos que un lecho traian cubierto de ricos paños, é fincaron los hinojos ante Amadís é dijeron: «Señor, aquí somos venidas por don Galaor: si vivo lo quereis, dádnoslo; si no, cuantos maestros hay en la Gran Bretaña no le guarecerán.» Amadís, que las doncellas no conocia, miraba el gran peligro de Galaor, no sabia qué facer; mas aquellos caballeros le consejaron que mas valia dárgelo á la ventura, que delante sus ojos verlo morir sin lo poder valer. Entonces Amadís dijo: «Buenas doncellas, ¿podriamos saber dónde lo llevades?—No, dijeron ellas, por agora, é si vivo quereis, dádnoslo luego; si no, irnos hemos.» Amadís les rogó que á él llevasen con él, mas ellas no quisieron, é por su ruego llevaron á Ardian el su enano, é á su escudero. Entonces lo pusieron así armado, salvo la cabeza y las manos, en el lecho, medio muerto, é Amadís é aquellos caballeros fueron hasta la mar con él, faciendo gran duelo, donde vieron un navío, en el cual las doncellas metieron el lecho; é luego demandaron al rey Lisuarte que le ploguiese de les dar al rey Cildadan, que entre los muertos estaba, trayéndole á la memoria ser un buen rey, y que haciendo lo que obligado era, la fortuna le habia traido en tan gran tribulacion; que hobiese dél piedad, porque si sobre él aquella fortuna tornase, la podiese fallar en otros. El Rey gelo mandó dar mas muerto que vivo, é luego en aquel lecho lo tomaron é posieron en el navío, é alzando las velas, partieron de la ribera á gran priesa. En esto llegó el Rey, que habia andado trabajando cómo de la flota de sus enemigos no se salvase ninguna cosa, haciendo prender á los que dellos en la batalla no morieran, é falló llorando á Amadís é á don Florestan é Agrájes é á todos los otros que allí estaban; é sabido que la causa dello era la pérdida de don Galaor, hobo muy gran pesar é dolor en su corazon, como aquel que lo amaba de corazon y en sus entrañas lo tenia, y esto con mucha razon, que desde el dia que por suyo quedó, nunca en al pensó sino en le servir; é apeóse del caballo aunque muchas llagas tenia, que sus armas todas eran tintas de la su sangre, é abrazó á Amadís con muy gran amor que le tenia, é consolándole é diciéndole que si por gran sentimiento el mal de don Galaor remediar se podiese, que el suyo dél bastaba, segun el gran dolor que su corazon por él sentia; mas teniendo esperanza en el Señor poderoso, que á tal hombre no querria desamparar así del todo, se consolaba, é que así con esforzado ánimo debian ellos facer; é tomándolos consigo, se fué á la tienda del rey Cildadan, que extraña é rica era, é allí los tovo consigo, é rogando que le trajesen de comer, y despues, que le posiesen diligencia en enterrar los caballeros que de su parte murieron, en un monesterio que al pié de aquella montaña habia; y él les mandó facer el complimento de sus ánimas, é dió grandes rentas así para el reparo dellas como para que una capilla muy rica se hiciese, é allí los pusiesen en tumbas ricamente labradas, y los nombres dellos en ellas escritos. Y despedidos mensajeros á la reina Brisena, haciéndole saber aquella buena ventura que Dios le diera, él y aquellos caballeros, que mal llagados estaban, se fueron á una villa cuatro leguas dende, que Ganota habia nombre, é allí estovieron fasta que sus heridas sanaron; y en este medio tiempo que la batalla se dió, la hermosa reina Briolanja, que con la reina Brisena quedara, acordó de ir á Miraflores á ver á Oriana, que así la una como la otra por la fama de sus grandes fermosuras deseaban verse. Sabido esto por Oriana, aquel su aposentamiento mandó de muy ricos paños guarnecer, é como la Reina llegó y se vieron, mucho fueron espantadas, tanto, que ni el arco encantado ni la prueba de la espada no tovieron tanta fuerza ni posieron tal seguridad que á Oriana quitasen de muy gran sobresalto, creyendo que en el mundo no habia tan cativado ni sujeto corazon que la fermosura de Briolanja, rompiendo aquellas ataduras, para sí no lo ganase; é Briolanja, habiendo algunas veces visto las angustias é lágrimas de Amadís, junto con aquellas grandes pruebas de amor aquí dichas, luego sospecho que, segun su gran valor, que no merescia su corazon padescer sino por aquella ante quien todas las que de fermosura se preciasen debian de huir, porque con la su gran claridad, las suyas dellas en tinieblas puestas no fuesen, quitando á Amadís de culpa por haber así des-

echado aquello que por su parte della cometídole fué. Así estovieron ambas de consuno con mucho placer hablando en las cosas que mas les agradaban, é contando Briolanja entre las otras cosas por mas principal lo que Amadís por ella ficiera, é cómo le amaba de corazon. Oriana, por saber mas, díjole: «Reina, señora, pues que él es tan bueno y de tan alto logar, como venga de los mas altos emperadores del mundo, segun he oido, y esperando ser rey de Gaula, ¿por qué no lo tomaríades con vos, haciéndole señor de aquel reino, pues él vos lo dió á ganar, pues que en todo es vuestro igual?» Briolanja le dijo: «Amiga, señora, bien creo yo que aunque muchas veces lo vistes, que no lo conoceis; ¿pensais vos que no me ternia yo por la mas bienaventurada mujer del mundo, si eso que decis yo podiese alcanzar? Mas quiero que sepais lo que en esto me acontesció, é guardadlo en poridad, como tal señora guardarlo debe; que yo le acometí esto que agora dejistes, é probé de lo haber para mí en casamiento, de que siempre me ocurre vergüenza cuando á la memoria me torna, y él me dió bien á entender que de mí ni de otra alguna poco se curaba; y esto tengo creido, porque en tanto que comigo aquella temporada moró, nunca de ninguna mujer le oí fablar, como todos los otros caballeros lo hacen; mas tanto vos digo que él es el hombre del mundo por quien ante perderia mi reino é aventuraria mi persona.» Oriana fué muy leda desto que le oyó, é mas segura de su amigo; mirando con la grande aficion que Briolanja lo dijo que con ninguna de las otras pruebas, é dijo: «Maravillada soy desto que me decis, que si Amadís alguna no amase no pudiera entrar so el arco de los leales amadores, donde dicen que por él se ficieron mayores señales de leal enamorado que por otro ninguno que allí fuese.—El bien puede amar, dijo la Reina, pero es lo mas encubierto que nunca lo fué caballero.» En esto y en otras cosas muchas fablando estovieron allí diez dias; en cabo de los cuales se fueron entrambas con su compaña á la villa de Fenusa, donde la reina Brisena atendiendo al Rey su marido estaba, que con ellas mucho le plogo en ver á su hija sana é tornada en su hermosura. Allí les llegó la buena nueva del vencimiento de la batalla, que despues del gran placer que les dió, la reina Brisena hizo muchas limosnas á iglesias é monesterios, é á otras personas que necesidad tenian. Mas cuando la reina Briolanja oyó decir ser Amadís aquel que Beltenebros se llamaba, ¿quién vos podria decir el alegría que su ánimo sintió, é así lo hobo la reina Brisena, é todas las dueñas é doncellas, que mucho lo amaban, é con ellas Oriana é Mabilia, fingiendo ser á ellas aquella nueva de nuevo venida como á las otras; é Briolanja dijo á Oriana: «¿Qué vos parece, amiga, de aquel buen caballero, como fasta aquí era loado, quedando escurecida la fama de Amadís, que ya dél cuasi memoria no habia, é como quiera que mucho lo amase é mucho sopiese de sus caballerías, en duda estaba ya, viendo los grandes hechos de Beltenebros, á cuál dellos mi aficion se debiese acostar.—Reina, señora, dijo Oriana, yo entiendo que así lo estábamos ya todos, é si con el Rey mi padre viniere, preguntémosle por qué causa dejó su nombre, é quién es aquella que el tocado de las flores ganó.—Así se haga,» dijo Briolanja.

CAPITULO XVI.

De cómo el rey Cildadan é don Galaor fueron llevados para curar, é fueron puestos el uno en una fuerte torre de mar cercada, y el otro en un vergel de altas paredes y de verjas de hierro adornado, donde cada uno dellos, en sí tornado, pensó de estar en prision, no sabiendo por quién allí eran traidos, é de lo que mas les avino.

Agora vos contarémos lo que fué del rey Cildadan y de Galaor. Sabed que las doncellas que los llevaron curaron dellos, é al tercero dia estaban en todo su acuerdo, é don Galaor se halló dentro en una huerta, en una casa de rica labor, que sobre cuatro pilares de mármol se sostenia, cerrada de pilar á pilar con unas fuertes reles de fierro; así que, la huerta desde una cama donde él echado estaba se parecia; é lo que él pudo alcanzar á ver le pareció ser cercada de un alto muro, en el cual habia una puerta pequeña, cubierta de foja de fierro, y fué espantado en se ver en tal logar, pensando ser en prision metido, é hallóse con gran dolor de sus feridas, que no atendia otra cosa sino la muerte; é allí le vino á la memoria cómo fuera en la batalla; mas no supo quién della lo sacó ni cómo allí lo trajeran. Tornado el rey Cildadan en su entero juicio, fallóse en una bóveda de una gran torre, en una rica cama echado, cabe una finiestra; é miró á un é á otro cabo, mas no vió á ninguna persona, é oyó fablar encima de la bóveda, mas no pudo ver puerta ni entrada ninguna en aquella cámara donde estaba, é miró por la finiestra, sacando la cabeza, é vió la mar, que allí donde estaba era una muy alta torre asentada en una brava peña, é parecióle que la mar la cercaba de las tres esquinas, y membróse cómo fuera en la batalla, mas no sabia quién della lo sacara; pero bien pensó que, pues él tan mal parado fué é así preso, que los suyos no quedarian muy libres; é como vió que mas no podia hacer, asosegóse en su lecho, gimiendo é doliéndose mucho de sus llagas, atendiendo lo que venir le podiese. E don Galaor, que en la casa de la huerta, como ya oistes, estaba, vió abrir el postigo pequeño é alzó la cabeza con gran afan, é vió entrar por él una doncella muy fermosa é bien guarnida, é con ella un hombre tan laso é tan viejo, que era maravilla poder andar, y llegando á la red de fierro de la cámara, dijéronle: «Don Galaor, pensad en vuestra ánima, é no vos salvamos ni aseguramos.» Entonces la hermosa doncella sacó dos bujetas, una de fierro é otra de plata, é mostrándogelas á don Galaor, le dijo: «Quien aquí vos trajo no quiere que murais fasta saber si faréis su voluntad, y en tanto quiere que seais de vuestras llagas curado, é se vos dé de comer.—Buena doncella, dijo él, si la voluntad dese que decis es queriendo lo que yo facer no debo, mas dura cosa para mí seria que la muerte; en lo al, por salvar mi vida, hacerlo he.—Vos faréis, dijo ella, lo que mejor vos estoviere, que deso que decis poco nos curamos; en vuestra mano es de morir ó vivir.»

Entonces aquel hombre viejo abrió la puerta de la red y entraron dentro, y ella tomó la bujeta de fierro é dijo al viejo que se tirase afuera, y él así lo fizo, y ella dijo á don Galaor: «Mi señor, tan gran duelo he de vos, que por salvar vuestra vida me quiero aventurar á la muerte, é dirévos cómo á mí me es mandado

que esta bujeta finchese de ponzoña, é la otra de ungüento que mucho face dormir, porque la ponzoña en vuestras llagas puesta, é la otra que vos adormeciese, obrando con el sueño mas recio, luego muerto seríades; mas doliéndome que tal caballero por tal guisa moriese, ficelo al contrario, que aquí puse aquella melecina, que seyendo por vos tomada cada dia, á los siete dias seréis tan libre, que sin empacho vos podais ir en un caballo.» Entonces le puso en las llagas aquel ungüento tan sabroso, que la hinchazon é dolor fué luego amansado, de guisa que muy holgado se halló, é díjole: «Buena doncella, mucho vos gradezco lo que por mí faceis; que si yo de aquí salgo por vuestra mano, nunca vida de caballero tan bien galardonada fué como esta á vos será; mas si por ventura vuestras fuerzas para ello no bastaren, é por mí quereis algo hacer, tened manera como esta mi prision tan peligrosa lo sepa aquella Urganda la Desconocida, en quien yo mucha esperanza tengo.» La doncella comenzó á reir de gana, é dijo: «¡Cómo! ¿tanta esperanza teneis vos en Urganda, que poco de vuestra pro ni daño se cura? — Tanta, dijo él, que, como ella sepa las voluntades ajenas, así sabe que la mia está para la servir. — No vos cureis, dijo ella, de otra Urganda sino de mí, con tal que vos, don Galaor, así como tovistes gran esfuerzo para poner la salud en tal peligro, así lo tengais para le dar remedio; que el grande y esforzado corazon en muchas mas cosas qúe el pelear mostrar se debe; é por el peligro en que por vos me pongo, así para vos sanar como para sacarvos de aquí, quiero que me otorgueis un don que no será de vuestra mengua ni daño. — Yo lo otorgo, dijo él, si con derecho darle puedo. — Pues yo me voy fasta que sea tiempo de vos ver, é acostáos faciendo semblante que á gran sueño dormis.» Él así lo fizo, é la doncella llamó al viejo é dijo: «Mirad á este caballero cómo duerme; agora obrará la ponzoña en él. — Así es menester, dijo el viejo, porque dél sea vengado quien aquí lo trajo; é pues así habeis complido lo que vos mandaron, de aquí adelante vernéis sin guardador, é manteneldo desta guisa quince dias, que no muera ni viva sino en gran dolor; porque en este medio tiempo vernán aquellos que, segun el enojo les ha hecho, le darán la enmienda.» Galaor oia todo esto, é bien le pareció que el viejo era su mortal enemigo; mas tenia esperanza en lo que la doncella le dijera, que le daria guarida en los siete dias; porque, si la fortuna sano le tomase, que se podria librar de aquel peligro, é por esto se esforzaba mucho, como la doncella gelo consejara.

Con esto se fueron ella y el viejo; mas no tardó mucho que la vió tornar, é con ella dos doncellas pequeñas, fermosas é bien guarnidas, é traian qué comiese don Galaor; é abriendo la puerta, entraron dentro, é la doncella le dió de comer, y dejó con él aquellas dos doncellitas que le ficiesen compaña é libros de historias que leyesen, y que le no dejasen de dia dormir. Galaor fué desto muy consolado, que bien vió que la doncella queria complir lo que le prometiera é gradeciógelo mucho. Pues ella se fué, cerrando las puertas, é las niñas quedaron acompañándole. Así acaeció tambien, como habeis oido, al rey Cildadan, que se halló encerrado en aquella fuerte é alta torre sobre la mar; é á poco rato que con gran pensamiento estaba, vió abrir una puerta de piedra que en la torre engerida era, tan junta, que no parecia sino la mesma pared, é vió entrar por ella una dueña de media edad é dos caballeros armados, y llegaron al lecho donde él estaba, mas no le saludaron, y él á ellos sí, fablándolos con buen semblante; pero ellos no le respondieron ninguna cosa. La dueña le quitó el cobertor que sobre sí tenia, é catándole las llagas, le puso en ellas melecinas, é dióle de comer é tornáronse por donde vinieran, sin palabra le decir, y cerraron la puerta de piedra, como antes estaba. Esto visto por el Rey, verdaderamente creyó que él era en prision metido en poder de quien su vida muy segura no estaba; pero esforzóse lo mas que pudo, no podiendo mas facer. La doncella, que de Galaor curaba, tornó á él cuando vió ser tiempo, y preguntóle cómo le iba, y él dijo que bien, y que si adelante fuese, que creia estar en buena disposicion al plazo que puesto le tenia. «Deso he yo placer, dijo ella; é de lo que vos dije no tengais duda, sino que así se cumplirá; mas quiero que me otorgueis un don, como leal caballero, que de aquí no probaréis de salir sino por mi mano, porque vos seria mortal daño y peligro de vuestra vida, é á la fin no lo podríades acabar.» Galaor gelo otorgó, é rogóle mucho que le dijese su nombre. Ella dijo: «¡Cómo, don Galaor! ¿no sabeis vos mi nombre? Agora os digo que estoy con vos engañada, porque tiempo fué que vos fice un servicio, del cual, segun veo, poco se os acuerda; é si mi nombre vos lo recordare, sabed que me llaman Sabencia sobre Sabencia.» E fuése luego, y él quedó pensando en aquello, é viniéndole á la memoria la fermosa espada que Urganda, al tiempo que Amadís, su hermano, lo fizo caballero, le dió, sospechó que esta podria ser; pero dudaba en ello, porque en aquella sazon la vió muy vieja é agora moza, por esto no la conoció; é miró por las doncellitas, mas no las vió, pero vió en su lugar á Gasabal, su escudero, é Ardian, el enano de Amadís, de que fué maravillado é alegre con ellos, é llamólos, que dormian, fasta que los despertó; é cuando ellos le vieron fueron llorando de placer á le besar las manos, é dijéronle: «¡Oh buen señor! bendito sea Dios, que con vos nos juntó donde os podamos servir.» Él les preguntó cómo habian allí entrado; dijéronle que no sabian «sino que Amadís é Agrájes é Florestan nos enviaron con vos».

Entonces le contaron en la forma que su vida estaba, é cómo teniéndole Amadís en su regazo la cabeza, llegaron las doncellas á lo pedir, é cómo, por acuerdo dellas y de sus amigos, le habian dado, viendo su vida en el punto de la muerte, é cómo le metieran en la fusta, é al rey Cildadan con él. Don Galaor les dijo: «¿Cómo se halló Amadís á tal sazon? — Señor, dijeron ellos, sabed que aquel que Beltenebros se llamaba es vuestro hermano Amadís, el cual por su gran esfuerzo la batalla fué vencida por el rey Lisuarte.» E contáronle en qué manera habia socorrido al Rey, llevándole el Gigante debajo del brazo, é cómo entonces se nombrara por Amadís.» Grandes cosas, dijo Galaor, me habeis dicho, y gran placer tengo por las nuevas de mi hermano, aunque si no me da causa legítima por qué se debió tanto tiempo encobrir de mí, mucho seré dél quejoso.»

Así como ois estaba el rey Cildadan é don Galaor, el uno en aquella gran torre, y el otro en la casa de la huerta, donde fueron curados de sus llagas hasta tanto que ya pudieran sin peligro alguno ir donde quisieran. Entonces faciéndoseles conocer Urganda, en cuyo poder estaban en aquella su ínsola no fallada, é diciéndoles cómo los miedos que les posiera habian sido para mas abína les dar salud, que, segun el gran estrecho en que sus vidas estaban, aquello les convenia, mandó á dos sobrinas suyas, muy hermosas doncellas, fijas del rey Falangris, hermano que fué del rey Lisuarte, que en una hermana de la misma Urganda, Grimota llamada, cuando mancebo las hobiera, que los sirviesen y visitasen, é acabasen de sanar; la una dellas Julianda se llamaba, la otra Solisa; en la cual visitacion se dió causa á que dellos fuesen preñadas de dos fijos; el de don Galaor, Talanque llamado; y el del rey Cildadan, Maneli el Mesurado, los cuales muy valientes y esforzados caballeros salieron, así como adelante se dirá, con las cuales, mucho á su placer, con gran vicio allí estovieron, fasta tanto que á Urganda le plogo de los sacar de allí, como oiréis adelante.

Mas el rey Lisuarte, que siendo ya mejorado, así él como Amadís y todos los otros sus caballeros de sus llagas, se fué á Fenusa, donde la reina Brisena, su mujer, estaba, é allí della y de Briolanja é Oriana, é todas las otras dueñas é doncellas de gran guisa fué tambien recebido, é con tanta alegría como lo nunca fué otro hombre en ninguna sazon, y despues dél Amadís, que ya la Reina é todas aquellas señoras sabian cómo no solamente al Rey, su señor, habia de la muerte librado, mas que la batalla fué por su gran esfuerzo vencida. Así lo ficieron á todos los otros caballeros que vivos quedaron; mas lo que la reina Briolanja facia con Amadís, esto no se puede en ninguna manera escrebir; é tomándole por la mano, le hizo sentar entre ella é Oriana, é díjole: «Mi señor, el dolor é tristeza que yo sentí cuando me dijeron que érades perdido no vos lo podria contar, y luego tomando cien caballeros de los mios, me vine á esta corte, donde supe que vuestros hermanos estaban, para que ellos los repartiesen en vuestra busca; é porque la causa desta batalla que agora pasó fué el estorbo dello, acordé yo de aquí estar fasta que pasase; é agora, que, merced á Dios, se ha hecho como yo lo deseaba, decidme lo que vos placerá que yo faga, é aquello se porná en obra.—Mi buena señora, dijo él, si vos os sentis de mi mal, muy gran razon teneis; que ciertamente podeis creer que en todo el mundo no hay hombre que de mejor voluntad que yo hiciese vuestro mandado; y pues en mí dejais vuestra hacienda, tengo por bien que aquí estéis estos diez dias, y despacheis con el Rey vuestras cosas, y entre tanto sabrémos algunas nuevas de don Galaor, mi hermano, y pasará una batalla que don Florestan tiene aplazada con Landin; é luego vos llevaré yo á vuestro reino, é desdende irme he á la ínsola Firme, donde mucho tengo que facer.—Así lo faré, dijo la reina Briolanja, mas ruégovos, mi señor, que nos digais aquellas grandes maravillas que en aquella ínsola fallastes.» Él, queriéndose dello excusar, tomóle Oriana por la mano é dijo: «No vos dejarémos sin que algo dello nos conteis.» Entonces Amadís dijo: «Creed, buenas señoras, que aunque yo me trabaje de lo contar, seria imposible decirlo. Pero dígoos que aquella cámara defendida es mas rica y hermosa que en todo el mundo hallarse podria, é si por alguna de vosotras no es ganada, creo que en el mundo no lo será por otra ninguna.»

Briolanja, que algo callada estovo, dijo: «Yo no me tengo por tal que aquella ventura acabar podiese; mas cualquier que yo sea, si á locura no me lo toviésedes, probarla-hi-a.—Mi señora, dijo Amadís, no tengo yo por locura probar aquello en que todas las otras fallescen, siendo por razon de hermosura, especialmente á vos, que tanta parte della Dios dar quiso; ante lo tengo por honra, en querer ganar aquella fama que por muchos é largos tiempos podrá durar, sin que ninguna parte de la honra menoscabada sea.» Desto que Amadís dijo pesó en gran manera á Oriana, é fizo mal semblante, de manera que Amadís, que della los ojos no partia, lo entendió luego, y pesóle de lo haber dicho, como quiera que su intencion fuese en mayor honra é loor della, sabiendo por la vista de Grimanesa que la hermosura de Briolanja no le igualaba tanto que aquella ventura ganar podiese, lo que de su señora no dudaba. Mas Oriana, que dello gran pasion tenia, teniendo que en el mundo no habia cosa que por razon de hermosura de ganar se hobiese, que Briolanja no la alcanzase, despues de haber allí estado alguna pieza, é haber rogado á Briolanja que si en la cámara defendida entrase le ficiese saber qué cosa era, fuése donde Mabilia estaba, é apartada con ella, le contó todo lo que Briolanja é Amadís en su presencia della habian pasado, diciéndole: «Esto me acontece siempre con vuestro primo, que mi cativo corazon nunca en al piensa sino en le complacer é seguir su voluntad, no guardando á Dios ni la ira de mi padre; y él, conociendo que ha libre señorío, solo á mí tiéneme en poco.» É viniéronle las lágrimas á los ojos, que por las muy fermosas faces le caian. Mabilia le dijo: «Maravillada soy de vos, Señora, qué corazon habeis, que aun de una cuita salida no sois, é quereis en otra entrar. ¿Cómo tan gran yerro es este que decis que mi primo vos ha hecho, que en tal alteracion vos posiese, sabiendo que nunca por obra ni pensamiento os erró, é viendo por vuestros ojos aquellas pruebas que en seguridad vuestra tiene acabadas? Agora os digo, Señora, que me dais á entender que no os place de su vida; que, segun lo que por él ha pasado, el menor enojo que en vos sienta es llegado á la muerte; é no sé qué enojo dél tengais por lo que no puede mas hacer; que si Apolidon allí aquello dejó para que por todos é todas generalmente fuese probado, ¿cómo lo podria él estorbar? Pues así es, creyendo que Briolanja lo acabando, á vos lo quita. Ciertamente, aunque dello no os plega, yo creo que ni su hermosura ni la vuestra serán bastantes para dar cabo á aquello que cien años há que ninguna, por hermosa que fuese, lo hobo acabado. Mas esto no es sino aquella fuerte ventura suya, que tan vuestro sujeto é cativo lo hizo, que aborreciendo é desechando á todo su linaje, por vos, Señora, servir, teniéndolos por extraños, é sirviendo donde le vos mandais, é con tanta crueza gelo

quereis quitar. ¡Ay, qué mal empleado es cuanto él ha servido é ha hecho servir á su linaje é sus hermanos, pues que el galardon dello es llegarle sin merescimiento á la muerte! É yo, Señora, por cuanto os aguardé é serví, que lleve en galardon ver morir ante mis ojos la flor de mi linaje, aquel que tanto me ama. Mas, si á Dios ploguiere, esta muerte ni esta cuita no veré yo, que mi hermano Agrájes é mi tio Galvánes me llevarán á mi tierra; que gran yerro seria servir á quien tan mal conoce é gradece los servicios.» É comenzó á llorar, diciendo: «Esta crueza que en Amadís faceis, Dios quiera que dél é su linaje os sea demandada, aunque bien cierta soy que su pérdida, por grande que sea, no se igualará con la vuestra, porque olvidando á ellos, á vos sola ama sobre todas las cosas que amadas son.»

Cuando Mabilia decia esto, Oriana fué tan espantada, que el corazon se le cerró, que hablar no pudo por una pieza, é siendo mas asosegada, díjole llorando muy de corazon: «¡Oh cativa, desaventurada mas que todas las que nacieron! ¿qué puede ser de mí con tal entendimiento cual vos habeis? Yo vengo por remedio de mi gran cuita, no teniendo otro que me conseje, é vos haceisme peor corazon, sospechando lo que yo nunca pensé, y esto no lo hace sino mi desventura, que tomeis á mal lo que yo por bien os digo; que Dios no me salve ni ayude si nunca mi corazon pensó nada de cuanto me habeis dicho, ni tengo duda que la parte que en vuestro primo tengo no sea entera la satisfaccion de mis deseos; mas lo que mas grave siento es, que habiendo él ganado el señorío de aquella ínsola, si otra mujer antes que yo aquella prueba acabase, seria muy mayor dolor para mí que la misma muerte, é con esta gran rabia que mi corazon siente, tengo por mal aquello que por ventura á buena intencion él dijo. Pero, como quiera que haya pasado, demándoos perdon de lo que nunca os merecí, é ruégoos que por aquel gran amor que á vuestro primo habeis, que sea perdonada, consejándome aquello que á él é á mí mas cumple.» Entonces riendo muy hermoso, la fué á abrazar, diciéndole: «Mi verdadera amiga, sobre cuantas en el mundo son, yo os prometo que nunca en esto hable á vuestro primo, ni le dé á entender que mire en ello; mas vos hablad con él lo que por bien toviérdes, que aquello habré yo por bueno.» Mabilia le dijo: «Señora, yo os perdono por pleito que me hagádes; que aunque dél saña tengais, que no gela mostreis sin que yo primero en ello intervenga, por cuanto no acaezca otro tal yerro como el pasado.» Con esto quedaron bien avenidas como aquellas entre quien ningun desamor haber podia; mas Mabilia, no olvidando lo que Amadís habia dicho, ásperamente con saña le afrentó mucho, riñendo é afeando aquello que á Briolanja ante su señora dijera, á la memoria le trayendo el peligro en que su vida por causa de aquella mujer puesta fué, avisándole que siempre cuando con ella hablase gran cuidado toviese; pensando que tan dura cosa era de arrancar la celosía en el corazon de la mujer arraigada, é diciendo con qué pasion su señora habia sentido aquello, é la forma que ella para la amansar tuvo.

Amadís, despues de gelo haber con mucha cortesía gradecido, teniendo en tanto lo que por él habia fecho, prometiendo, si él viviese, de la hacer reina, le dijo: «Mi señora é buena prima, muy diverso está mi pensamiento de la sospecha que mi señora hobo, porque uno de los mayores servicios que le yo en cosa de tal cualidad facer podiese este es, en no solamente consejar á Briolanja que aquella ventura pruebe, mas ir yo por ella adó quiera que estoviese para ello; é la causa es esta. En voz de todos Briolanja es tenida por una de las mas hermosas mujeres del mundo, tanto, que sin duda tienen ser bastante de entrar sin empacho en aquella cámara; é porque yo tengo lo contrario, que á Grimanesa vi, é con gran parte no le iguala en fermosura, cierto soy que aquella honra que todas las otras han ganado, aquella ganará Briolanja; lo que yo no dudo de Oriana, que no está en mas de lo acabar de cuanto lo probase; é si esto fuese antes que lo de Briolanja, todos dirian que, así como ella, la otra, si lo probara, lo podiera acabar. E siendo Briolanja la primera, faltando en ello, como lo tengo por cierto, quedará despues la gloria entera en mi señora. Esta fué la causa de mi atrevimiento.» Mucho fué contenta Mabilia desto que Amadís le dijo, é Oriana mucho mas despues que della lo sopo, quedando muy arrepentida de aquella pasion alterada que hobo, teniendo en la memoria cómo ya otra vez por otro semejante acidente puso en gran peligro á ella é á su amigo; é por emienda de aquel yerro, acordaron que por un caño antiguo que á una huerta salia del aposentamiento de Oriana é de la reina Briolanja, Amadís entrase á folgar é fablar con ella.

Esto así concertado, é partido Amadís de Mabilia, llamáronle Briolanja é Oriana, que juntas estaban, é llegando á ellas, rogáronle que les dijese verdad de lo que preguntar le querian. El gelo prometió. Díjole Oriana: «Pues decidnos quién fué aquella doncella que llevó el tocado de las flores cuando ganastes la espada.» A él pesó de aquella pregunta, habiendo decir verdad; pero volvióse á Oriana é díjole: «Dios no me salve, Señora, si mas de su nombre ni sé quién ella es, de lo que vos sabeis, aunque siete dias en su compañía anduve; mas dígoos que habia fermosos cabellos, y en lo que la viera asaz fermosa; mas de su hacienda tanto della sé como lo vos, Señora, sabeis, que entiendo que nunca la vistes.» Oriana dijo: «Si mucha gloria alcanzó en acabar aquella aventura, caro le hobiera de costar; que, segun me dijeron, Arcalaus el encantador é Lindoraque, su sobrino, le querian el tocado tomar, é colgarla por los cabellos, si no fuera porque la defendistes.—No me parece, dijo Briolanja, que él la defendió, si él es Amadís, sino aquel valiente en armas Beltenebros, que no en menos grado que Amadís debe ser tenido; é como quiera que yo tan gran beneficio dél recebí, ni por eso dejaré de decir sin aficion ninguna la verdad, é digo que si Amadís sobrando en gran cuantidad la valentía de aquel fuerte Apolidon, ganando la ínsola Firme, gran gloria alcanzó, que Beltenebros derribando en espacio de un dia diez caballeros de los buenos de casa de vuestro padre, é matando en batalla aquel bravo gigante Famongomadan é á Basagante, su fijo, no la alcanzó menor. Pues si decimos que Amadís, pasando so el arco de los leales amadores, faciéndose por él lo que la imágen con la trompa fizo en mayor grado que por otro caballero alguno, dió á entender la lealtad de sus amo-

res; pues paréceme á mí que no se debe tener en menos haber Beltenebros sacado aquella ardiente espada que por mas de sesenta años nunca otro se halló que sacarla podiese. Así que, mi buena amiga, no es razon que la honra á Beltenebros debida sea falsamente á Amadís dada; pues que por tan bueno el uno como el otro se debe juzgar; é así es mi parecer.»

Así como oídes estaban estas dos señoras burlando é riendo, en quien toda la fermosura é gracia del mundo junta estaba; así que, con mucho placer con aquel caballero estaban, que dellas tan amado era, é tanto mas á su ánimo dél gran alegría en ello tomaba, cuanto mas en la memoria le ocurria aquella gran desaventura, aquella cruel tristeza que, estando sin ninguna esperanza de remedio en la Peña Pobre, tan cerca de la muerte le habian llegado. Estando como oistes, por una doncella de parte del Rey fué Amadís llamado, diciéndole cómo don Cuadragante é Landin, su sobrino, se querian quitar de sus promesas; así que, le convino, dejando aquel gran placer, iradonde ellos estaban, é con él don Bruneo de Bonamar é Branfil. Llegados donde el Rey era con muchos buenos caballeros, don Cuadragante se levantó é dijo: «Señor, yo he atendido aquí á Amadís de Gaula, así como sabeis, é pues presente está, quiero ante vos quitarme de la promesa que le fice.» Entonces contó allí todo lo que con él en la batalla le avino, é cómo, siendo por él vencido, mucho contra su voluntad vino á aquella corte á se meter en su poder é le perdonar la muerte del rey Abies, su hermano, é porque, quitada la pasion que fasta allí tovo, que el sentido turbado le tenia, no dejando que el juicio la verdad determinase, fallaba que con mas sobrada soberbia que con justa razon él habia demandado é procurado de vengar aquella muerte, sabiendo que como entre caballeros, sin ninguna cosa en que trabar se podiese, habia aquella batalla pasado; é pues que así era, que le perdonaba, é le tomaba por amigo en tal manera como á él le ploguiese. El Rey le dijo: «Don Cuadragante, si fasta agora con mucho loor vuestros grandes fechos en armas, ganando mucha honra, son publicados, no en menos este se debe tener; porque la valentía y el esfuerzo, que á razon é consejo sujetos no son, no deben en mucho ser tenidos.» Entonces los fizo abrazar, é gradeciéndole Amadís mucho lo que por él hacia é la amistad que le demandaba; la cual, aunque por entonces por liviana se tuvo, por largos tiempos duró é se conservó entre ellos, así como la historia lo contará. E por cuanto la batalla que entre Florestan é Landin estaba puesta era por la misma causa, fallóse por derecho que, pues la parte principal, que era Cuadragante, habia perdonado, que Landin con justa causa lo debia facer, lo cual se faciendo, la batalla fué partida; de lo cual no poco placer hobo Landin, habiendo visto la valentía de Florestan en la batalla pasada de los reyes.

Esto fecho, como oistes, habiendo el rey Lisuarte algunos dias folgado del gran trabajo que en la batalla del rey Cildadan hobo, acordándose de la cruel prision de Arban, rey de Norgales, é de Angriote de Estravaus, determinó de pasar en la ínsola de Mongaza, donde estaban, é así lo dijo á Amadís é á sus caballeros; mas Amadís le dijo: «Señor, ya sabeis qué pérdida en vuestro servicio face la falta de don Galaor, é si por bien lo toviérdes, iré yo á lo buscar, en compañía de mi hermano é de mis primos, é placerá á Dios que al tiempo deste viaje que hacer quereis vos lo traerémos.» El Rey le dijo: «Dios sabe, amigo, si tantas cosas de remediar no toviese, con qué voluntad yo por mi persona le buscaria; mas pues que yo no puedo, por bien tengo que se faga lo que decis.» Entonces se levantaron mas de cien caballeros, todos muy preciados é de gran hecho de armas, é dijeron que tambien ellos querian entrar en aquella demanda; que si ellos obligados eran á las grandes aventuras, no podia ser ninguna mayor que la pérdida de tal caballero. Al Rey plogo dello, é rogó á Amadís que no se partiese; que le queria hablar.

CAPITULO XVII.

Cómo el Rey vió venir una extrañeza de fuegos por el mar, é de lo que le avino con ella.

Despues de haber cenado, estando el Rey en unos corredores, siendo ya cuasi hora de dormir, mirando la mar, vió por ella venir dos fuegos que contra la villa venian, de que todos espantados fueron, pareciéndoles cosa extraña que el fuego con el agua se conveniese; pero acercándose mas, vieron entre los fuegos venir una galea, en el mastel de la cual unos cirios grandes ardiendo venian; así que, parecia toda la galea arder. El ruido fué tan grande, que toda la gente de la villa salió á los muros por ver aquella maravilla, esperando que, pues el agua no era poderosa de aquel fuego matar, que otra cosa ninguna lo seria, é que la villa seria quemada; é la gente en gran miedo era, porque la galea é los fuegos se llegaban; así que, la Reina con todas las dueñas é doncellas se fué á la capilla, habiendo temor. Y el Rey cabalgó en un caballo, é cincuenta caballeros con él, que siempre le aguardadan, é llegando á la ribera de la mar, halló todos los mas de sus caballeros que allí estaban, é vió delante todos á Amadís é á Guilan el cuidador é á Enil, tan juntos á los fuegos, que se maravilló cómo sofrirlo podian; é dando de las espuelas á su caballo, que del gran ruido se espantaba, se juntó con ellos; mas no tardó mucho que vieron salir de bajo de un paño de la galea una dueña de paños blancos vestida, é una arqueta de oro en sus manos, la cual ante todos abriendo, é sacando della una candela encendida y echada é muerta en la mar, aquellos grandes fuegos luego muertos fueron, de guisa que ninguna señal dellos quedó, de que toda la gente fué alegre, perdiendo el temor que de antes tenian; solamente quedando la lumbre de los cirios que en el mastel de la galea ardiendo venian, que era tal, que toda la ribera alumbraba; é quitando el paño que la galea cubria, viéronla toda enramada é cubierta de rosas é flores, é oyeron dentro della tañer instrumentos de muy dulce son á maravilla, é cesando el tañer, salieron diez doncellas ricamente vestidas, con guirnaldas en las cabezas é vergas de oro en las manos, é delante dellas la dueña que la candela en la mar muerto habia.

Llegando en derecho del Rey en el bordo de la galea, homilláronse todas, é así lo fizo el Rey á ellas é dijo:

«Dueña, en gran pavor nos metistes con vuestros fuegos, é si os ploguiere, decidnos quién sois, aunque bien creo que sin mucho trabajo lo podriamos adevinar.—Señor, dijo ella, en balde se trabajaria el que pensase poner en vuestro gran corazon é de cuantos caballeros aquí están pavor ni miedo; mas los fuegos que vistes trayo yo en guarda de mí é de mis doncellas; é si vuestro pensamiento es ser yo Urganda la Desconocida, pensais verdad, é vengo á vos como al mejor rey del mundo é á ver á la Reina, que de virtud é bondad par no tiene.» Entonces dijo contra Amadís: «Señor, llegad vos acá adelante, é deciros he cómo por vos quitar á vos é á vuestros amigos de trabajo en que por buscar á don Galaor, vuestro hermano, vos queríades poner, soy aquí venida, porque todo seria afan perdido aunque todos los del mundo lo buscasen; é dígovos que él está guarido de sus llagas, é con tal vida é tanto placer cual nunca en su vida la tovo.—Mi señora, dijo Amadís, siempre en mi pensamiento tove que, despues de Dios, el remedio vuestro era la salud de don Galaor y el gran descanso mio; que, segun de la forma me fué pedido é llevado ante mis ojos, si esta sospecha no toviera, antes recibiera la muerte con él que de mí lo apartar. Y las gracias que desto dar os puedo, no son otras sino, como vos mejor que yo lo sabeis, esta mi persona, que en las cosas de vuestra honra é servicio puesta será, sin temer peligro alguno, aunque la misma muerte fuese.—Pues folgad, dijo ella; que muy presto lo veréis con tanto placer, que gran parte dello os alcance.» El Rey le dijo: «Señora, tiempo será que salgais de la galea, é os vais á mi palacio.—Muchas mercedes, dijo ella; mas esta noche aquí quedaré, é de mañana faré lo que mandárdes, é venga por mí Amadís é Agrájes, é don Bruneo de Bonamar é don Guilan el cuidador; porque son enamorados é muy lozanos de corazon, así como lo yo soy.—Así se fará, dijo el Rey, en esto y en todo lo que vuestra voluntad fuere.» E mandando á toda la gente que se fuesen á la villa, despedido della, se tornó á su palacio, é mandó allí dejar veinte ballesteros en guarda que ninguno á la ribera de la mar se llegase. Otro dia de mañana envió la Reina doce palafrenes ricamente ataviados para en que Urganda é sus doncellas viniesen; é fueron á las traer Amadís é los tres caballeros que ella nombró, vestidos de muy nobles é preciadas vestiduras; é cuando llegaron hallaron á Urganda é á sus doncellas salidas de las naos en una tienda que de noche hiciera armar, é descabalgándose, fueron á ella, que muy bien los recibió, y ellos á ella con mucha homildad.

Entonces las posieron en los palafrenes, é los cuatro caballeros iban en torno de Urganda, é como así se vió dijo: «Agora fuelga el mi corazon y es en todo descanso, pues que de aquellos que á él son conformes cercado se ve.» Esto decia ella porque así como ellos era ella enamorada de aquel fermoso caballero su amigo; pues llegados al palacio, entraron donde el Rey estaba, que muy bien la recibió, y ella le besó las manos, é mirando á uno é á otro cabo, vió muchos caballeros por el palacio, é miró al Rey é díjole: «Señor, bien acompañado estáis, é no lo digo tanto por el valor destos caballeros como por el gran amor que os tienen; que ser los príncipes amados de los suyos face seguros sus estados; por ende sabedlos conservar, porque no parezca que vuestra discrecion aun no está llena de aquella buena ventura que en ella caber podria; guardáos de malos consejeros, que aquella es la verdadera ponzoña que á los principes destruye; é si os ploguiere, veré la Reina, é fablaré con vos, Señor, antes que me parta algunas cosas.» El Rey le dijo: «Mi amiga, gradézcoos mucho el consejo que me dais, é á todo mi poder así lo haré yo, é ved á la Reina, que mucho os ama, é creed ciertamente que así fará de grado todo lo que á vuestro placer fuere.» Ella se fué con sus cuatro compañeros para la Reina, de la cual y de Oriana é la reina Briolanja é de todas las otras dueñas é doncellas de gran guisa fué con mucho amor recebida.

Ella miró mucho la fermosura de Briolanja, mas bien vió que á la de Oriana con gran parte no igualaba, é habia gran sabor de las ver, é dijo á la Reina: «Señora, yo vine á esta corte por ver la grande alteza del Rey é la vuestra, é la alteza de las armas, é la flor de la hermosura del mundo, que por cierto creo que en compaña de ningun emperador ni príncipe, con mucha parte, tan cumplida no se hallaria; que esto así se pruebe da dello testimonio el ganar de la ínsola Firme, sobrando en valentía aquel esforzado Apolidon; la muerte de los bravos gigantes, la dolorosa y cruel batalla en que tanta parte de esfuerzo é de braveza del Rey vuestro marido é de todos los suyos se mostró. ¿Quién seria tan osado é de tan mal conoscimiento, que quisiese afirmar haber en todo el mundo fermosura que á la destas dos señoras igualar se podiese? Ninguno con verdad. Así que, viendo estas cosas, mi corazon es en todo descanso é holgura puesto. Aun mas digo, que aquí es mantenido amor en la mayor lealtad que en ninguna sazon lo fué; lo cual se ha mostrado en aquellas pruebas de la ardiente espada é del tocado de las flores, que en cabo de sesenta años, todo lo mas del mundo habiendo rodeado, nunca se halló quien las acabar pudiese; que aquella que las flores ganó, bien dió á entender que ella es señalada en el mundo sobre todas en ser leal á su amigo.» Cuando Oriana esto oyó, perdida la color, fué muy desmayada, pensando que Urganda descubriendo algo della é de su amigo, serian en gran peligro é vergüenza puestos; é así lo fueron todas aquellas que allí amigos tenian, mas sobre todas tuvieron Mabilia é la doncella de Denamarca, creyendo que sobre ellas el mayor peligro podria venir. Oriana miró á Amadís, que cerca le tenia, é como él entendió su temor, llegóse á ella é díjole: «Señora, no hayais miedo; que no se fablará así como vos pensais.» Entonces dijo á la Reina: «Señora, preguntad á Urganda quién fué aquella que de aquí el tocado de las flores llevó.» E la Reina le dijo: «Amiga, decidnos, si os ploguiere, esto que Amadís saber quiere.» Ella dijo riendo: «Mejor lo debria él saber que no yo, que andovo en su compaña; é llevó gran afan en la librar de las manos de Arcalaus el encantador y de Lindoraque.—¿Yo, Señora? dijo Amadís; esto no podria ser que yo la conociese ni á mí mesmo, como vos lo sabeis, porque queriéndose de mí encobrir, como lo fizo de vos, en balde se trabajaria.—Pues que así es, dijo ella, quiero decir lo que dello sé.» Entonces ha-

bló en una voz alta que todos lo oyeron, diciendo: «Aunque Amadís como doncella allí á aquella prueba la trajo, cierto no es sino dueña, é fuélo por aquel que dió causa á que ella el tocado de las flores ganase, por le tan afincadamente amar, é sabed que es natural del señorío del Rey é vuestro, é de parte de su madre no es desta tierra; y en este señorío hace su morada, y está bien heredada en él; é si algo le falta, es no tener á su voluntad á aquel que tanto ama, como querria; é no vos diré mas de su hacienda, ni Dios quiera que por mí se descubran las cosas que á otros conviene que encobiertas sean; é qnien conocerla quisiera, búsquela en el señorío del Rey, donde su afan será perdido.» A Oriana se le asosegó el corazon, é á todas las otras. La Reina le dijo: «Creo lo que decis, pero tanto como antes dello sé, sino que, pensando ser doncella, decis que es dueña.—Esto basta sin que dello mas sepais, dijo Urganda, pues que, honrando vuestra corte, mostró su gran lealtad.»

Con esto que Oriana oyó fué asosegada de su alteracion, é todas las otras. Con esto se fueron á comer, que aderezado lo tenian, como en casa donde siempre lo acostumbraban hacer. Urganda pidió á la Reina que la dejase aposentar con Oriana é con la reina Briolanja. «Así sea, dijo la Reina; mas entiendo que sus locuras os enojarán. —Mas enojo farán, dijo Urganda, sus hermosuras á los caballeros que dellas no se guardaren; que contra ellas no bastará esfuerzo ni valentía ni discrecion para les excusar el peligro mas grave que la muerte.» La Reina le dijo riendo: «Entiendo que ligeramente les serán perdonados los caballeros que hasta agora han atormentado é muerto.» Urganda hobo mucho placer de lo que la Reina dijo; é despedida della, se fué con Oriana á su aposentamiento, que era una cuadra en que cuatro camas habia; una de la reina Briolanja, é otra de Oriana, é otra de Mabilia, é la otra para Urganda. Allí holgaron hablando en muchas cosas que placer les daban fasta que se acostaron. Mas despues que todas dormian, Urganda vió cómo Oriana despierta estaba é díjole: «Amiga é señora, si vos no dormis, razon hay que os despierte aquel que nunca sin vuestra vista sueño ni holganza hobo, é así van las folganzas unas por otras.» Oriana hobo vergüenza de aquello que le decia; mas Urganda, que lo entendió, díjole: «Mi Señora, no temais de mí porque yo vuestros secretos sepa, que así como vos los guardaré; é si algo dijere, será tan encobierto, que cuando sabido se haya, el peligro dello no podrá dañar.» Oriana le dijo: «Señora, hablad paso, porque destas señoras que aquí están oido no sea.» Urganda dijo: «Dese miedo yo os quitaré.» Entonces sacó un libro tan pequeño, que en la mano se encerraba, é hízole poner allí la mano, é comenzó á leer en él, é dijo: «Agora sabed que por cosa que les hagan no despertarán, é si alguna aquí entrare, luego en el suelo caerá dormida.» Oriana se fué á la reina Briolanja é quísola despertar, mas no pudo, é comenzó á reir, trabándola de la cabeza é de los brazos é colgándola de la cama, é otro tanto á Mabilia, mas ni por eso despertaron, é llamó á la doncella de Denamarca, que á la puerta de la cuadra estaba, é como dentro entró cayó dormiendo.

Entonces con mucho placer se fué á echar con Urganda en su cama, é díjole: «Señora, mucho os ruego que, pues vuestra gran discrecion é saber alcanza las cosas por venir, me digais algo de aquello que á mí acaecer podria antes que venga.» Urganda la miró riendo, como en desden, é dijo: «Mi fija amada, ¿vos cuidais que sabiendo lo que pedis, si de vuestro daño fuese, que lo fuiríades? No lo creais, que lo que es por aquel muy alto Señor permitido é ordenado, ninguno es poderoso de lo estorbar, así bien como del mal, si él no lo remedia; mas, pues que tanto sabor habeis que algo os diga, así lo haré, é mirad si sabiéndolo haréis algo de vuestra pro.» Entonces le dijo: «En aquel tiempo que la gran cuita presente te será, é por tí muchas gentes de gran tristeza atormentados, saldrá el fuerte leon con sus bestias, é de los sus grandes bramidos los tus aguardadores asombrados, serás dejada en las sus muy fuertes uñas; y el afamado leon derribará de la tu cabeza la alta corona, que mas no será tuya, y el leon fambriento será de la tu carne apoderado; así que, la meterá en las sus cuevas, con que la su rabiosa hambre amansada será. Agora, mi buena fija, mira lo que farás; que esto así ha de venir.—Señora, dijo Oriana, muy contenta fuera en no os haber preguntado nada, pues que en tan gran pavor me habeis puesto con tan extraño é cruel fin.—Señora y hermosa hija, dijo ella, no querais vos saber aquello que ni vuestra discrecion ni fuerza son para lo estorbar bastantes, pero de las cosas encobiertas muchas veces las personas temen aquello que de alegrar se debian, y en tanto sed vos muy leda; que Dios os ha fecho fija del mejor rey é reina del mundo, con tanta fermosura, que por maravilla es en todas partes divulgada, é vos fizo amar á aquel que sobre todos los que honra é prez tienen é procuran luce, como el diá sobre las tinieblas; del cual, segun las cosas pasadas é por vos vistas, sin duda podeis segura estar de ser vos aquella que mas que á su propria vida ama; desto debeis, mi señora, recebir gran gloria en ser señora sobre aquel que por su merecimiento, del mundo todo merecia ser señor; é agora es ya tiempo que estas señoras despertadas sean.» Entonces sacando el libro de la cuadra, todas fueron en su acuerdo. Así como ois holgó allí Urganda, siendo muy viciosa de lo que menester habia, y en cabo de algunos dias rogó al Rey que mandase juntar todos sus caballeros, é la Reida sus dueñas é doncellas, porque les queria hablar antes que se partiese.

Esto se fizo luego en una grande y hermosa sala ricamente guarnida, y Urganda se puso en lugar donde todos oirla podiesen. Entonces dijo al Rey: «Señor, pues que las cartas que vos envié á vos é á don Galaor guardastes al tiempo que de vos se partió Beltenebros, habiendo el espada ganado, é la su doncella el tocado de las flores, ruégoos mucho que las hagais aquí traer, porque claramente se conozca haber yo sabido las cosas antes que viniesen.» El Rey las fizo traer é leer á todos, é vieron cómo todo aquello que en ellas se dijera se habia enteramente complido, de que muy maravillados fueron; é mucho mas del gran esfuerzo del Rey en haber osado sobre palabras tan temerosas entrar en la batalla; é allí vieron cómo por los tres golpes que Bel-

tenebros hizo fué la batalla vencida. El primero, cuando ante los piés de don Galaor derribó al rey Cildadan; el segundo, cuando mató á aquel muy esforzado Sarmadán el leon; el tercero, cuando socorrió al Rey que Madanfabul el bravo gigante de la torre Bermeja lo llevaba so el brazo á se meter en las naos, y le cortó el brazo cabe el codo, de que socorrido el Rey, el Gigante fué muerto. Tambien se cumplió lo que de don Galaor dijo, que su cabeza seria puesta en poder de aquel que aquellos tres golpes haria. Esto fué cuando Amadís en su regazo lo tovo como muerto al tiempo que á las doncellas que gelo demandaron lo entregó; «mas agora, dijo Urganda, os quiero decir algunas cosas de las que por venir están, segun los tiempos unos en pos de otros vinieren.» E dijo así: «Contienda se levantará entre el gran culebro y el fuerte leon, en que muchas animalías bravas ayuntadas serán. Grande ira é saña les sobreverná; así que, muchas dellas la cruel muerte padecerán; ferido será el gran raposo romano de la uña del fuerte leon, é cruelmente despedazada la su pelleja, por donde parte del gran culebro será en gran cuita. Aquella sazon la oveja mansa cubierta de lana negra entre ellos será puesta, é con la su grande homildad é amorosos halagos amansará la rigurosa braveza de sus fuertes corazones, é apartará los unos de los otros; mas luego decenderán los lobos hambrientos de las ásperas montañas, contra el gran culebro, é siendo dellos vencido con todas sus animalías, encerrado será en una de las sus cuevas; y el tierno unicornio, poniendo la su boca en las orejas del fuerte leon, con los sus bramidos le fará del gran sueño despertar, é haciéndole tomar consigo algunas de las sus bravas animalías, con paso muy apresurado será en el socorro del gran culebro puesto, é fallarlo ha mordido é adentellado de los fambrientos lobos; así que, mucha de la su sangre por entre las sus fuertes conchas derramada será, é sacándolo de las sus rabiosas bocas, todos los lobos serán despedazados é mal frechos, é siendo restituida la vida del gran culebro, lanzando de sus entrañas toda la su ponzoña, consentirá ser puesta en las crueles uñas del leon la blanca cervatilla que en la temerosa selva, dando contra el cielo los piadosos balidos, estará retraida. Agora, buen Rey, fazlo escrebir, que así todo averná.» El Rey dijo que así lo faria; pero que por entonces no entendia nada dello. «Pues tiempo verná, dijo ella, que á todos será muy manifiesto.» Y Urganda miró á Amadís, é vióle estar pensando, é díjole: «Amadís, ¿qué piensas en lo que nada te aprovecha? déjate dello, é piensa un mercado que has agora de facer. En aquel punto á la muerte serás llegado por la ajena vida, é por la ajena sangre darás la tuya; é de aquel mercado siendo tuyo el martirio, de otro será la ganancia, y el galardon que dende habrás será saña é alongamiento de tu voluntad, y esa tu aguda é rica espada trastornará los tus huesos é tu carne; en tal manera, que serás en gran pobreza de la tu sangre, y serás en tal estado, que si la meitad del mundo tuyo fuese lo darias en tal que ella quebrada fuese ó echada en algun lago donde nunca se cobrase; y agora cata que harás que todo así como digo averná.»

Amadís, veyendo que todos en él los ojos tenian puestos, dijo con semblante alegre, así como lo él tenia: «Señora, por las cosas pasadas de vos dichas, podemos creer esta presente cosa ser verdadera; é como yo tengo creido ser mortal, é no poder alcanzar mas vida de la que á Dios ploguiere, mas es mi cuidado en dar fin justamente en las grandes é graves cosas, donde honra é fama se gana, que en sostener la vida; así que, si yo hobiese de temer las espantosas cosas, con mas razon lo faria en las presentes que de cada dia me ocurren que en las ocultas que por venir están.» Urganda dijo: «Tan gran trabajo seria pensar quitar el gran esfuerzo dese vuestro corazon, como sacar toda el agua de la gran mar.» Entonces dijo el Rey: «Señor, yo me quiero ir; acuérdeseos de lo que ante vos dije, como quien vuestra honra é servicio desea; cerrad las orejas á todos, é mas á aquellos en quien malas obras sintiérdes.» Con esto se despidió de todos, é con sus cuatro compañeros, sin querer que otros algunos la acompañasen, se fué á su nave, la cual entrada en la alta mar, de una gran tiniebla fué cubierta.

CAPITULO XVIII.

De la batalla muy peligrosa que hobo Amadís con Ardan Canileo, y cuenta la razon por qué se hizo la dicha batalla, é cómo se aplazó ante el rey Lisuarte é la Reina entre Amadis é una doncella giganta que vino á la corte por parte de la giganta Gromadaza é de Madasima é de Ardan Canileo, é del fin que hubo la dicha batalla.

Partida Urganda, como habeis oido, pasando algunos dias, andando el rey Lisuarte por el campo hablando con sus caballeros en la pasada que hacer queria á la ínsola de Mongaza, donde era el Lago Ferviente, para sacar de la prision al rey Arban de Norgales é Angriote de Estravaus, vieron por la mar venir una nao que al puerto de aquella villa á desembarcar venia, é luego se fué allá por saber quién venia en ella. Cuando el Rey llegó venia ya en un batel una doncella é dos escuderos, é como á la tierra llegaron, la doncella se levantó, é preguntó si era allí el rey Lisuarte, dijéronle que sí; mas mucho fueron todos maravillados de su grandeza, que en toda la corte no habia caballero que con un gran palmo á ella igualase, é todas sus faciones é miembros eran á razon de su altura, y era asaz fermosa é ricamente vestida, é dijo al Rey: «Señor, yo os trayo un mensaje, é si os ploguiere, decirlo he ante la Reina.—Así se haga,» dijo el Rey; é yéndose á su palacio, la doncella se fué tras él. Estando pues ante la Reina é ante todos los caballeros é mujeres de la corte, la doncella preguntó si era allí Amadís de Gaula, aquel que de antes Beltenebros se llamaba. El respondió é dijo: «Buena doncella, yo soy.» Ella lo miró de mal semblante é dijo: «Bien puede ser que vos seais, mas agora parecerá si sois tan bueno como sois loado.» Entonce sacó dos cartas, que los sellos de oro traian, é la una dió al Rey é la otra á la Reina, las cuales eran de creencia.

El Rey dijo: «Doncella, decid lo que quisiérdes; que oir vos hemos.» La doncella dijo: «Señor, Gromadaza, la giganta del Lago Ferviente, é la muy hermosa Madasima, é Ardan Canileo el Dudado, que para las defender con ellas está, han sabido cómo quereis ir sobre su tierra para la tomar; é porque esto no se podria hacer sin gran pérdida de gente, dicen así que lo pornán en juicio de una batalla en esta guisa: que Ardan

Canileo se combatirá con Amadís de Gaula, é si lo venciere ó matare, que quedando la tierra libre, le dejen llevar su cabeza al Lago Ferviente; é si él vencido ó muerto fuere, que darán toda su tierra á vos, Señor, é soltarán al rey Arban de Norgales, é á Angriote de Estravaus, que presos tienen, los cuales serán luego traidos aquí; é si Amadís tanto los ama como ellos piensan, é quiere hacer verdadera la esperanza que en él tienen, otorgue la batalla por librar tales dos amigos; é si él fuere vencido ó muerto, llévelos Ardan Canileo, é si otorgar no la quiere, luego delante se verá cortadas sus cabezas.—Buena doncella, dijo Amadís, si yo la batalla otorgo, ¿por dónde será el Rey cierto que se complirá eso que decis?—Yo os lo diré, dijo ella: la fermosa Madasima con doce doncellas de gran cuento entrará en prision en poder de la Reina, en seguridad que se cumplirá ó les corten las cabezas, y de vos no quiere otra seguridad sino que si muerto fuérdes, que levará vuestra cabeza, dejándola ir segura; é mas farán, que por este pleito entrarán en la prision del rey Andanguel el jayan viejo, con dos fijos suyos é nueve caballeros, los cuales tienen en su poder los presos, é villas é castillos de la ínsola.» Amadís dijo: «Si á poder del Rey é de la Reina vienen esos que decis, asaz hay de buenas fianzas; mas dígoos que de mí no habréis respuesta si no me otorgais de comer comigo, y esos escuderos que con vos traeis.—E ¿por qué me convidais? dijo ella; ¿no faceis cordura que todo vuestro afan será perdido, que yo os desamo de muerte?—Buena doncella, dijo Amadís, deso me pesa á mí, porque os yo amo, é haria la honra que pudiese, é si la respuesta quereis, otorgad lo que os digo.» La doncella dijo: «Yo lo otorgo, mas por quitar inconveniente, porque respondais lo que debeis, que por mi voluntad.» Amadís dijo: «Buena doncella, de me yo aventurar por tales dos amigos, é porque el señorío del Rey sea acrecentado, cosa justa es, é por ende yo tomo la batalla. En el nombre de Dios, y vengan esos que decis á se poner en rehenes.—Ciertamente, dijo la doncella, á mi voluntad habeis respondido, é prometa el Rey, si vos quitárdes afuera, de nunca vos ayudar contra los parientes de Famongomadan.—Excusada es esa promesa, dijo Amadís; que el Rey no ternia en su compaña al que verdad no toviese, é vamos á comer, que ya tiempo es.—Iré, dijo ella, é mas alegre que yo pensaba; y pues que la virtud del Rey es esa que decis, yo me doy por satisfecha.» E dijo al Rey é á la Reina: «Mañana serán aquí Madasima é sus doncellas, é los caballeros en vuestra prision. Ardan Canileo querrá luego haber la batalla, mas es menester que le asegureis de todos, salvo de Amadís, de quien levará de aquí su cabeza.» Don Bruneo de Bonamar, que allí á la sazon estaba, dijo: «Señora doncella, á las veces piensa alguno levar la cabeza ajena é pierde la suya, é muy ahína así podria avenir á Ardan Canileo.» Amadís le rogó que se callase; mas la doncella dijo contra Bruneo: «¿Quién sois vos, que así por Amadís respondistes?—Yo soy un caballero, dijo él, que muy de grado entraria en la batalla si Ardan Canileo otro compañero consigo meter quisiese.» Ella le dijo: «Desta batalla sois vos excusado; mas si tanto sabor habeis de vos combatir, yo vos daré otro dia que la batalla pase un mi hermano que vos responderá, y es tan mortal enemigo de Amadís como vos os mostrais su amigo; y creo, segun él es, que vos quitará de razonar por él otra vez.—Buena doncella, dijo don Bruneo, si vuestro hermano es tal como decis, bien le será menester para llevar adelante lo que vos con saña é gran ira prometiérdes, y védes aquí mi gaje, que yo quiero la batalla.» Y tendió la punta del manto contra el Rey, é la doncella quitó de su cabeza una red de plata é dijo al Rey: «Señor, védes aquí el mio; que yo faré verdad lo que he dicho.»

El Rey tomó los gajes, mas no á su placer, que asaz tenia que ver en lo de Amadís é Ardan Canileo, que era tan valiente é tan dudado de todos los del mundo, que cuatro años habia que no falló caballero que con él se osase combatir, si lo conociese. Esto así hecho, Amadís se fué á su posada y llevó consigo la doncella, lo que no debiera facer por el mejor castillo que su padre tenia; é por le hacer mas honra fízola posar en una cámara donde Gandalin le tenia todas sus armas é sus atavíos, é con ella sus dos escuderos. La doncella, mirando á uno é á otro cabo, vió la espada de Amadís, que muy extraña le pareció, é dijo á sus escuderos é á los otros que allí estaban que se saliesen afuera é un poco la dejasen, y pensando que alguna cosa de las naturales que se no pueden excusar facer queria, dejáronla sola, y ella, cerrando la puerta, tomó la espada, y dejando la vaina é guarnicion de forma que se no pareciese que de allí faltaba, la metió debajo de un ancho pelote que traia, de talle muy extraño, é abriendo la puerta, entraron los escuderos, y ella puso al uno dellos la espada debajo de su manto, é mandóle que encubiertamente se fuese al batel é díjole: «Tráeme la mi copa con que beba.» Y pensaran que por ella fuese; y el escudero así lo fizo. Entonces entraron en la cámara Amadís é Branfil, é ficiéronla asentar en un estrado, é Amadís le dijo: «Señora doncella, decidnos á qué hora verná de mañana Madasima, si vos ploguiere.—Verná, dijo ella, antes de comer; mas ¿por qué lo preguntais?—Buena señora, dijo él, porque la querriamos salir á recebir é facerle todo placer y servicio, é si de mí ha recebido enojo, emendarlo-hi-a en lo que me mandase.—Si vos no tirárdes afuera de lo que habeis prometido, dijo ella, y Ardan Canileo es aquel que siempre desque tomó armas fué, darle heis por emienda esa vuestra cabeza, que otra enmienda vuestra no puede mucho valer.—Deso me guardaré yo, si puedo; mas si de mí otra cosa le ploguiese, de grado lo faria por alcanzar della perdon; pero habíalo de tratar otro que mas que vos lo desease.»

Con esto se salieron fuera, y dejó ende á Enil é otros que la sirviesen; mas ella habia tanta gana de se ir, que mucho enojo le facian los muchos manjares, é así como los manteles se alzaron, ella se levantó é dijo á Enil: «Caballero, decid á Amadís que me vó, y que crea que todo lo que en mí fizo lo perdió.—Así Dios me salve, dijo Enil, eso creo yo; que, segun vos sois, todo lo que en vuestro placer se ficiere será perdido.—Cualquier que sea, dijo ella, págome poco de vos, y mucho menos dél.—Pues creed, dijo Enil, que de doncella tan desmesurada como vos ni él ni yo

ni otro alguno poco contentar se puede.» Con estas palabras se partió la doncella, y se fué á la nao mucho alegre por la espada que tenia; é contó á Ardan Canileo é á Madasima cómo habia su mensaje recabado, y cómo la batalla aplazada quedaba, y cómo traia seguro del Rey; por ende que sin recelo saliesen en tierra. Ardan Canileo le gradeció mucho lo que habia hecho, é dijo contra Madasima: «Mi señora, no me tengais por caballero si no os fago ir de aquí con honra á vuestra tierra libre; é si ante que un hombre, por ligero que sea, ande media legua no vos diere la cabeza de Amadís, que no me otorgueis vuestro amor.» Ella calló, que no dijo ninguna cosa; que como quiera que la venganza de su padre y hermano desease en aquel que los habia muerto, no habia cosa en el mundo por que á Ardan Canileo se viese junta; que ella era fermosa é noble, y él era feo é muy desemejado y esquivo que se nunca vió; é aquella venida no fué por su grado della, mas por el de su madre por tener á Ardan Canileo para defensa de su tierra; é si él vengase la muerte de su marido é fijo, lo queria casar con Madasima y dejarle toda la tierra; por cuanto este Ardan Canileo fué un caballero señalado en el mundo y de gran prez y fecho de armas.

La historia vos quiere contar de dónde fué natural, é las hechuras de su cuerpo y rostro, é las otras cosas á él tocantes. Sabed que era natural de aquella provincia que Canileo se llama, y era de sangre de gigantes, que allí los hay mas que en otras partes, y no era descomunalmente grande de cuerpo, pero era mas alto que otro hombre que gigante no fuese. Habia sus miembros gruesos é las espaldas anchas y el pescuezo grueso, é los pechos gruesos é cuadrados, é las manos é piernas á razon de lo otro; el rostro habia grande é romo, de la fechura de can, é por esta semejanza le llamaban Canileo; las narices habia romas é anchas, y era todo brasilado é cubierto de pintas negras espesas, de las cuales era sembrado el rostro, é las manos y pescuezo, é habia brava catadura, así como semejanza de leon; los bezos habia gruesos y retornados, é los cabellos crespos, que apenas los podia peinar, é las barbas otrosí; era de edad de treinta é cinco años, y desde los veinte é cinco nunca falló caballero ni gigante, por fuertes que fuesen, que con él pudiesen á manos ni á otra cosa de valentía; mas era tan osado y pesado, que apenas fallaba caballo que lo traer podiese. Esta es la forma que este caballero tenia; é cuando él así como ya oistes estaba prometiendo á la fermosa Madasima la cabeza de Amadís, díjole la desemejada doncella: «Señor, con mucha razon debemos tener esperanza en está batalla, pues que la fortuna muestra ser de vuestra parte, é contraria á vuestro enemigo; que védes aquí la su preciada espada que vos trayo, la cual sin gran misterio de vuestra buena ventura y de la gran desaventura de Amadís haber no se podiera.» Entonces gela puso en la mano y le dijo cómo la hobiera. Ardan la tomó é dijo: «Mucho vos gradezco este don que me dais, mas por la manera buena que en la haber tovistes, que por temor que yo tenga de la batalla de un solo caballero.» E luego mandó sacar de la nao tiendas, é fízolas armar en una vega que cabe la villa estaba, donde se fueron todos con sus caballos é palafrenes é armas de Ardan Canileo, esperando otro dia ser delante del rey Lisuarte y de la reina Brisena, su mujer. Allí andaba Ardan muy alegre por tener aplazada aquella batalla, por dos cosas: la una, que sin duda pensaba llevar la cabeza de Amadís, que tanto por el mundo nombrado era, y que toda aquella gloria en él quedaria; la otra, que por esta muerte ganaba aquella hermosa Madasima, que él tanto amaba, y esto le hacia ser orgulloso é lozano, sin que peligro alguno temiese. Así estovieron en sus tiendas, esperando el mandado del Rey, é tambien Amadís estaba en su posada con muchos caballeros de gran guisa, que siempre con él se acogian, é todos ellos temian mucho aquella batalla, tanto la tenian por peligrosa, é habian recelo de lo perder en ella; y en esta sazon llegaron Agrájes é don Florestan é Galvánes Sin-Tierra é don Guilan el cuidador, que desto ninguna cosa sabian, porque estovieron cazando por las florestas, é cuando sopieron la batalla que concertada estaba, mucho se quejaban porque no la ficiera de mas caballeros, donde con razon ellos podian entrar; y el que mas pasion en ello tenia era don Guilan, que algunas veces oyera decir deste Ardan Canileo el mas fuerte é mas poderoso en armas que ninguno otro que en el mundo fuese; y pesábale de muerte, porque creia que en ninguna manera Amadís le podria sofrir en campo uno por uno, é quisiera él mucho ser en aquella batalla si Ardan otro consigo metiera, é pasar por la aventura que Amadís. E don Florestan, que todo abrasado con saña estaba, dijo: «Si Dios me salve, señor hermano, vos no me teneis en nada ni por caballero, ó me no amais, pues que á tal sazon no tovistes memoria de mí, é bien dais á entender que me no aprovecha aguardaros, pues que en los semejantes peligros me haceis extraño.» E tambien se le quejaba mucho Agrájes é don Galvánes. «Señores, dijo Amadís, no os quejeis ni os pese desto para me dar culpa; que la batalla no se demandó sino á mí solo, é por mi razon es movida; así que, no podia ni debia responder, sin que flaqueza mostrase, sino conforme á su demanda; que si de otra manera fuese, ¿de quién me habia de socorrer é ayudar, sino de vosotros? que el vuestro gran esfuerzo esforzaria el mio cuando en peligro puesto fuese.»

Así como ois se desculpó Amadís de aquellos caballeros, é díjoles: «Bien será que cabalguemos mañana antes que el Rey salga, é recebirémos á Madasima, que muy preciada es de todos los que la conocen.» Así pasaron aquella noche, fablando en lo que mas les agradaba; é la mañana venida, vistiéronse de muy ricos paños; é habiendo oido misa, cabalgaron en fermosos palafrenes, é fueron á recebir á Madasima, é con ellos don Bruneo de Bonamar é su hermano Branfil y Enil, que era muy hermoso é apuesto caballero, é alegre de corazon, é por sus buenas maneras é gran esfuerzo muy amado y preciado de todos; así que, iban ocho compañeros, y llegando cerca de las tiendas, vieron venir á Madasima é á Ardan Canileo é su compaña, é Madasima vestia paños negros por duelo de su padre é su hermano; mas su hermosura era tan viva é tan sobrada, que con ellos parecia tan bien, que á todos fa-

cia maravillar; é cabe ella iban sus doncellas, de aquel mesmo paño vestidas; é Ardan Canileo la traia por la rienda, é allí venia el Gigante viejo é sus fijos é los nueve caballeros que habian de entrar en los rehenes. Llegando aquellos caballeros, homilláronse, y ella se homilló á ellos, al parecer con buen semblante. Amadís se llegó á ella é díjole: «Señora, si sois loada, esto es con gran derecho, segun lo que en vos parece, é por dichoso se debe tener el que vuestra conocencia hobiere para os honrar y servir; y de mí os digo que así lo faré en aquello que por vos me fuere mandado.» E Ardan Canileo, que lo miraba, é lo vió tan fermoso, mas que otro ninguno que visto hobiese, no le plogo que con ella fablase, é díjole: «Caballero, tiráos afuera, é no seais atrevido de fablar á quien no conoceis. —Señor, dijo Amadís, por eso venimos aquí, por la conocer y servir.» Ardan le dijo, como en desden: «Pues agora me decid quién sois, y veré si sois tal que debais servir doncella de tan alto linaje.—Cualquiera que yo sea, dijo Amadís, la serviré yo de grado; é por no valer tanto como me seria menester, no dejo por eso de tener este deseo; é pues que quereis saber quién soy, decidme vos quién sois, que así quereis quitar della á quien de grado fará su mandado.» Ardan Canileo le miró muy sañudo é díjole: «Yo soy Ardan Canileo, que la podré mejor servir en un dia solo que vos en toda vuestra vida, aunque dos tanto de lo que valeis valiésedes.—Bien puede ser, dijo Amadís; mas bien sé que el vuestro gran servicio no se faría de tan buen corazon como el mio pequeño, segun vuestra desmesura é mal talante; é pues que quereis conocer, sabed que yo soy Amadís de Gaula, aquel cuya batalla demandais; é si yo á esta señora enojo fice y pesar haciendo lo que sin gran vergüenza excusar no podia, muy de grado lo corregiré con otro servicio.» E Ardan Canileo dijo: «Si vos osárdes atender lo que prometistes, cierto habrá por emienda de su enojo esa vuestra cabeza, que le yo daré.—Esa enmienda, dijo Amadís, no habrá á mi grado, mas habrá otra mayor y que mas le cumple, que será por mí estorbado el casamiento vuestro é suyo; que no sentó hombre de tan poco conocimiento que por bien toviese que la vuestra hermosura é la suya juntas en uno fuesen.»

Desto que él dijo no pesó á Madasima, é rióse ya cuanto, é tambien sus doncellas; mas Ardan se ensañó tanto, que tremia todo, con la gran ira que en sí tomó, é paraba un semblante tan bravo y tan espantoso, que aquellos que tanto no alcanzaban del fecho de las armas que lo miraban, no tenian en nada la fuerza ni valentía de Amadís en comparacion de la suya dél, é sin duda creian que aquella seria la postrimera batalla y el postrimero dia de su vida. E así como ois fueron fasta llegar delante del Rey, é Ardan Canileo dijo: «Rey, védes aquí los caballeros que entrarán en vuestra prision por hacer firme lo que la mi doncella prometió, si Amadís osare tener lo que puso.» Amadís salió delante é dijo: «Señor, veisme aquí; que quiero luego la batalla sin mas tardar; é dígovos que aunque la no hobiese prometido, yo la tomaria solamente por desviar á Madasima de tan descomunal casamiento; mas yo quiero que venga el rey Arban de Norgales é Angriote de Estravaus, y que estén en parte que los haya yo si la batalla venciere.» Ardan Canileo dijo: «Yo los faré venir donde será la batalla; é si llevare vuestra cabeza, que lleve los presos, é tambien llevaré á Madasima é sus doncellas, que sean en guarda de la Reina, que con ellas se cumpla lo que está pleiteado; mas converná que la faga estar donde vea la batalla é la venganza que le yo faré haber.» Pues así como ois fué en poder de la Reina aquella hermosa Madasima é sus doncellas, y en poder del Rey el gigante viejo é sus fijos é los nueve caballeros; pero Madasima os digo que pareció ante la Reina con tanta homildad é discrecion, que, como quiera que de su venida tanto peligro á Amadís ocurria, de que todas habian gran pesar, mucho fueron della contentas, é mucha honra le ficieron; mas Oriana é Mabilia, viendo el bravo continente de Ardan Canileo, mucho fueron espantadas y en gran cuidado é dolor puestas, é muchas lágrimas, retraidas en su cámara, derramaron, creyendo que el gran esfuerzo de Amadís no era bastante contra aquel diablo; é si alguna esperanza tenian, no era sino en la su buena ventura, que de grandes peligros muchas veces le habia sacado en tan graves cosas, que muy poca esperanza se tenia de ser por él ni por otro alguno vencidas; aunque Mabilia siempre con grandes consuelos á Oriana en buena esperanza ponia.

Esto así fecho, é aplazada la batalla para otro dia, el Rey mandó á sus monteros é ballesteros que cercasen de cadenas é palos un campo que delante su palacio era, porque por culpa de los caballos los caballeros no perdiesen algo de su honra; lo cual visto dende una finiestra por Oriana, considerando el peligro que allí á su amado amigo se le aparejaba, fué tan desmayada, que cuasi sin sentido en los brazos de Mabilia cayó. El Rey se fué á la posada de Amadís, donde muchos caballeros estaban, é díjoles que, pues la Reina é su fija é la reina Briolanja, é todas las otras dueñas é doncellas, aquella noche iban á su capilla porque Dios guardase á aquel su caballero, que lo queria llevar consigo á su palacio, y con él á Florestan é Agrájes é don Galvánes, é Guilan y Enil, y que ellos folgasen así como estaban; é dijo á Amadís que mandase llevar sus armas á la capilla; porque lo queria otro dia armar ante la vírgen María, porque con su glorioso Hijo abogada le fuese.

Pues ellos yéndose con el Rey, Amadís mandó á Gandalin que las armas le llevase adonde el Rey mandaba; mas él, tomándolas para complir su mandado, é no hallando en la vaina la espada, fué tan espantado dello é tan triste, que mas quisiera la muerte, así por acaescer aquello en tiempo de tan gran peligro como por lo tener por señal que la muerte de su señor le era cercana, é buscóla por todas partes, preguntando aquellos que algo della podrian saber; mas cuando ningun recaudo falló, estovo en punto de se derribar de una finiestra abajo en la mar, si á la memoria no le viniera con ello perder el ánima; y fuése al palacio del Rey con gran angustia de su corazon, é apartando á Amadís, le dijo: «Señor, cortadme la cabeza, que vos soy traidor, é si lo no faceis, matarme he yo.» Amadís le

dijo: «¿Dónde enloqueciste, ó qué mala ventura es esta?—Señor, dijo él, mas valdria que yo fuese loco ó muerto que no á tal tiempo hobiese venido tal desdicha; que sabed que he perdido vuestra espada, que de la vaina la furtaron.» Amadís le dijo: «Y ¿por eso te quejas? Pensé que otra cosa peor te acontesciera. Agora te deja dello; que no faltará otra con que Dios me ayude, si le ploguiere.» E como quiera que por le consolar esto le dijo, mucho le pesó de la pérdida de la espada, así por ser una de las mejores del mundo y que tanto en aquella sazon menester la habia, como por la haber ganado con la fuerza de los grandes amores que tenia á su señora; porque veyéndola y desto se le acordando, era muy gran remedio á los sus mortales deseos cuando ausente della se fallaba; é dijo á Gandalin que lo no dijese á ninguno y que la vaina le trajese, y que supiese de la Reina si la espada suya que don Guilan con las otras armas le habia traido, si se podia haber, y que procurase de traerla, y que, si pudiese ver á su señora Oriana, que de su parte le pidiese que cuando él y Ardan Canileo en el campo entrasen se posiese en tal parte que la podiese ver, porque su vista le faria vencedor en aquello y en otra cosa que muy mas grave fuese. Gandalin fué á recabar esto que su señor le mandó, é la Reina le mandó dar la espada; mas la reina Briolanja é Olinda le dijeron: «¡Ay Gandalin! ¿qué piensas que podrá tu señor hacer contra aquel diablo?» Él les dijo riendo y de buen semblante: «Señoras, no es este el primero fecho peligroso que mi señor acometió, é así como Dios le guardó fasta aquí, así le guardará agora; que otros muchos mas espantosos, de gran peligro, acabó á su honra, é así lo fará este.—Así plega á Dios,» dijeron ellas.

Estonces se fué para Mabilia, é díjole que dijese á Oriana lo que su señor le enviaba á pedir; é con esto se tornó á la capilla donde sus armas tenia, é dijo á su señor cómo lo dejaba todo á su voluntad; de que hobo mucho placer é gran esfuerzo en saber que su señora estaria en tal parte donde en el campo la podiese ver. Estonces apartando al Rey de los otros caballeros, le dijo: «Sabed, Señor, que yo he perdido la mi espada, é nunca fasta agora lo supe, y dejáronme la vaina.» Al Rey pesó mucho dello é díjole: «Como quier que yo haya puesto é prometido de nunca dar mi espada á ningun caballero que uno por uno en mi corte se combatiesen, darla he agora á vos, acordándoseme de aquellas grandes afruentas que la vuestra en mi servicio puesta fué.—Señor, dijo Amadís, á Dios no plega que yo, que tengo de adelantar é hacer firme vuestra palabra, sea causa de la quebrar, habiéndolo prometido ante tantos hombres buenos.» Al Rey le vinieron las lágrimas á los ojos, é dijo: «Tal sois vos para mantener todo derecho y lealtad; mas ¿qué haréis, pues que aquella tan buena espada haber no se puede?—Aquí tengo, dijo él, aquella con que fuí echado en la mar, que don Guilan aquí trajo, é la Reina la mandó guardar; con esta y con vuestro ruego á nuestro Señor, que ante él mucho valdrá, podré yo ser ayudado.» Estonces la puso en la vaina de la otra, é vínole bien, aunque algo era menor. Al Rey le plogo dello, porque llevando la vaina consigo, por la virtud della le quitaria de la gran calor é frio; que tal constelacion tenian aquellos huesos de las serpientes de que ella era hecha; pero muy alongada estaba esta espada de la bondad de la otra.

Así pasaron aquel dia fasta que fué hora de dormir, que todos aquellos caballeros que oistes tenian sus armas al derredor de la cama del Rey; mas de Ardan Canileo vos digo que aquella noche toda hizo en sus tiendas á toda su gente hacer grandes alegrías é danzar é bailar, tañendo instrumentos de diversas maneras, y en cabo de sus canticas decian todos en voz muy alta: «Llega, mañana, llega é trae el dia claro, porque Ardan Canileo cumpla lo que prometido tiene á aquella muy fermosa Madasima.» Mas la fortuna en esto les fué contraria de ser en otra manera que ellos pensado tenian. Amadís dormió aquella noche en la cámara del Rey; mas el sueño que él fizo no le entró en pro, que luego á la media noche se levantó sin decir ninguna cosa y fuése á la capilla, y despertando al capellan, se confesó con él de todos sus pecados, y estovieron entrambos faciendo oracion ante el altar de la Vírgen María, rogándole que fuese su abogada en aquella batalla; y el alba venida, levantóse el Rey é aquellos caballeros que oistes, é oyeron misa, é armaron á Amadís tales caballeros que muy bien lo sabian facer; mas antes que la loriga vistiese llegó Mabilia, y echóle al cuello unas reliquias guarnidas en oro, diciendo que la Reina, su madre della, gelas habia enviado con la doncella de Denamarca; mas no era así, que la reina Elisena las dió á Amadís cuando por su fijo lo conoció, y él las dió á Oriana al tiempo que la quitó á Arcalaus é á los que la levaban. Desque fué armado trajéronle un hermoso caballo que Corisanda con otras donas habia á don Florestan, su amigo, enviado, é don Florestan le llevaba la lanza, é don Guilan el escudo, é don Bruneo el yelmo, y el Rey iba en un gran caballo, é un baston en la mano; é sabed que toda la gente de la corte é de la villa estaban, por ver la batalla, en derredor del campo, é las dueñas é doncellas á las finiestras, é la fermosa Oriana é Mabilia á una ventana de su cámara; é con la Reina estaban Briolanja é Madasima é otras infantas. Llegando Amadís al campo, alzaron una cadena y entró dentro, é tomó sus armas, é cuando hobo de poner el yelmo miró á su señora Oriana, é vínole tan gran esfuerzo, que le semejó que en el mundo no habia cosa tan fuerte que se le podiese amparar.

Estonces entraron en el campo los jueces que á cada uno su derecho habian de dar; y eran tres: el uno aquel buen viejo don Grumedan, que desto mucho sabia, é don Cuadragante, que vasallo del Rey era, é Brandoibas. Estonces llegó Ardan Canileo, bien armado, encima de un gran caballo é su loriga de muy gruesa malla; é traia un escudo é yelmo de un acero tan limpio é tan claro como un claro espejo, y ceñida la muy buena espada de Amadís, que la doncella le furtara, é una gruesa lanza, doblegándola tan recio, que parecia que la queria quebrar; é así entró en el campo. Cuando así lo vió Oriana, dijo con gran cuita: «¡Ay mis amigas, qué airada y temerosa viene la mi muerte, si Dios por la su gran piedad no lo remedia!—Señora, dijo Ma-

bilia, dejáos deso y faced buèn semblante, porque con él deis esfuerzo á vuestro amigo.» Entonces don Grumedan tomó á Amadís é púsolo á un cabo del campo, é Brandoibas puso al otro á Ardan Canileo, puestos los rostros de los caballos uno contra otro, é don Cuadragante en medio, que tenia en su mano una trompa que al tañer della habian los caballeros de mover. Amadís, que á su señora miraba, dijo en alta voz: «¿Qué face Cuadragante, que no tañe la trompa?» Cuadragante la tañó luego; é los caballeros movieron á gran correr de los caballos, é firiéronse de las lanzas en sus escudos tan bravamente, que ligeramente fueron quebradas, é topáronse uno con otro; así que, el caballo de Ardan Canileo cayó sobre el pescuezo é fué luego muerto, y el de Amadís hobo la una espalda quebrada, é no se podo levantar; mas Amadís, con la su gran viveza de corazon, se levantó luego, empero á gran afan, que un trozo de la lanza tenia metido por el escudo y por la manga de la loriga, sin le tocar en la carne; é sacándolo dél, metió mano á su espada é fuése contra Ardan Canileo, que se habia levantado con gran trabajo y estaba enderezando su yelmo, é cuando así lo vió puso mano á su espada, é fuéronse á ferir tan bravamente, que no ha hombre que los viese que se mucho no espantase, que sus golpes eran tan fuertes é tan apriesa, que las llamas de fuego de los yelmos y de las espadas facian salir, que semejaba que ardian; pero mucho mas esto parecia en el escudo de Ardan Canileo, que, como de acero fuese, y los golpes de Amadís tan pesados, no parecia sino que el escudo é brazo en vivas llamas se quemaba; mas la su gran fortaleza defendia las carnes que cortadas no fuesen, lo cual era mortal daño de Amadís, que como sus armas tan recias no fuesen, é Ardan tenia una de las mejores espadas del mundo, nunca golpe le alcanzaba que las armas y la carne no le cortase; así que, en muchas partes andaba teñido de la su sangre, é todo el escudo cuasi desfecho; é la espada de Amadís no cortaba nada en las armas de Ardan Canileo, que eran muy fuertes; mas aunque la loriga de gruesa y fuerte malla era, ya estaba rota por mas de diez lugares, que por todos ellos le salia mucha sangre, é lo que aquella hora á Amadís mas aprovechaba era su gran ligereza, que con ella todos los mas golpes le facia perder, aunque Ardan habia mucho usado de aquel menester, é gran sabidor de herir de espada fuese. En tal priesa, como oídes, andovieron, dándose muy grandes y esquivos golpes fasta hora de tercia, trabándose á manos é á brazos tan duramente, que Ardan Canileo era metido en gran espanto; que nunca él fallara tan fuerte caballero ni tan valiente gigante que tanto á la su valentía resistiese; é lo que mas su batalla le facia dudar era que siempre á su enemigo fallaba mas ligero é con mayor fuerza que al comienzo, siendo él cansado é laso é todo lleno de sangre. Estonces conoció bien Madasima que fallecia de lo que prometiera, que habia de vencer á Amadís en menos que media legua se andoviese, de lo cual á ella no pesaba, ni aun que allí Ardan Canileo la cabeza perdiese; porque su pensamiento tan alto era, que mas queria perder toda su tierra que se ver junta al casamiento de tal hombre.

Los caballeros se ferian de muy grandes é fuertes golpes por todas las partes donde mas mal se podian facer; é cada uno dellos punaba de llegar al otro á la muerte; é si Amadís tan fuertes armas trajera, segun su gran viveza é lo que el aliento le duraba, no le podiera el otro tener campo; pero todo lo que él facia é trabajaba le era bien menester, que lo habia con muy fuerte y esquivo caballero en armas; mas, como ya él todas sus armas trajese rotas y el escudo desfecho, é la carne por muchos lugares cortada, donde mucha sangre le salia, cuando Oriana así lo vió, no gelo podiendo sofrir el corazon, quitóse con gran angustia de la ventana, y sentada en el suelo, se firió con sus manos en él, pensando que á su amigo Amadís se le acercaba la muerte. Mabilia, que así la vió ferir, de corazon le pesó, é hízola tornar allí, mostrándole gran saña, diciéndole que á tal hora é á tal peligro no debia desamparar á su amigo; é porque no podia sofrir de lo ver tan mal trecho, púsose de espaldas, porque viese los sus muy hermosos cabellos, porque mas esfuerzo é ardimento su amigo tomase. Ellos estando en esta sazon, dijo Brandoibas, que era uno de los jueces: «Mucho me pesa de Amadís, que le veo muy menguado de sus armas y de su escudo.—Así me parece, dijo Grumedan, de que gran pesar tengo.—Señores, dijo Cuadragante, yo tengo probado á Amadís cuando con él me combatí por tan valiente é con tanto ardimento, que siempre parece que la fuerza se le dobla, y es el caballero de cuantos yo vi que mejor se sabe mantener y de mas aliento, y véole agora en toda su fuerza entera; lo que no es en Ardan Canileo, antes siempre enflaquece; é si algo daña á Amadís, no es al, salvo la gran priesa que se da, que si se sofriese faria andar tras sí á su contrario, é la su gran pesadumbre lo cansaria; pero la su gran ardideza no le deja asosegar.» Oriana é Mabilia, que esto oyeron, mucho fueron consoladas. Mas Amadís, que á su señora viera quitar de la ventana, y despues allá no habia mirado, pensó que por duelo dél lo habia fecho; fué con gran saña contra Ardan Canileo, é apretó la espada en la mano, é firióle de toda su fuerza por encima del yelmo de tan fuerte golpe, que le atordeció, é fincó la una rodilla en el suelo; é como el golpe fué tan grande, y el yelmo tan fuerte, quebrantó la espada en tres partes; así que, la mas pequeña le quedó en la mano. Estonces fué él en todo pavor de muerte, é así lo fueron todos lo que miraban.

Cuando esto Ardan Canileo vió arredróse dél por el campo, é tomó el escudo por las embrazaduras, y esgrimiendo la espada, dió una gran voz, que todos lo oyeron, é dijo á Amadís: «Ves aquí la tan buena espada que por tu mal ganaste. Cátala bien; que esta es é con ella morirás.» E luego dió grandes voces: «Salid, salid á la finiestra, señora Madasima, y verédes la fermosa venganza que yo vos daré, é cómo por mi proeza os he ganado en tal forma que ninguna otra tal amigo como vos teneis terná.» Cuando esto oyó Madasima fué muy triste, y echóse ante los piés de la Reina, é pidióle merced que dél la defendiese, lo que con mucha razon se podia facer, que Ardan le prometiera de matar ó vencer á Amadís antes que por un hombre

media legua andada fuese, é si lo no ficiese, que nunca le otorgase su amor; pues si aquel tiempo era pasado con mas de cuatro horas, que ella lo podia ver; é la Reina dijo: «Yo oyo lo que decis, é faré lo que justo fuere.» Amadís cuando así se vió las armas fechas pedazos é sin espada, vínole en mientes lo que Urganda le dijera, que daria la meitad del mundo, seyendo suyo, porque la su espada echada fuese en un lago, é miró á la ventana donde Oriana estaba, é viéndola de espaldas, bien conoció que su contraria fortuna dél lo causara, y crecióle tan grande esfuerzo, que puso en toda aventura su vida, queriendo mas morir que dejar de facer lo que podia; é fuése contra Ardan Canileo como si estoviese guisado de lo ferir, é Ardan alzó la espada é atendiólo, é como llegó quísole ferir; mas Amadís furtó el cuerpo, é fízole perder el golpe, é juntó tan presto con él, sin que el otro podiese meter en medio la espada, é trabóle del brocal del escudo tan recio, que gelo levó del brazo, é hobiera dado con él en el suelo, y desvióse dél y embrazó el escudo é tomó un pedazo de la una lanza que delante sí falló con el fierro, é tornó luego contra Ardan bien cubierto de su escudo; é Ardan, que con gran saña estaba porque así el escudo perdiera, fué por él, y pensóle ferir por cima del yelmo. Amadís alzó el escudo y recibió en él el golpe, é aunque muy fuerte era y de fino acero, entró la espada por el brocal bien tres dedos, é Amadís le firió con el pedazo de la lanza en el brazo derecho á par de la mano, que la meitad del fierro le metió por entre las cañas, é fízole perder la fuerza en tal guisa, que no podiendo sacar la espada, la llevó Amadís en el escudo; é si desto fué muy alegre é contento no es de preguntar ni de decir; así que, estonces echó muy á lueñe de sí el trozo de la lanza, é sacó la espada del escudo, gradeciendo mucho á Dios aquella merced que le fizo. Mabilia, que lo miraba, dió de las manos á Oriana é fízola volver porque viese á su amigo alcanzar aquella gran vitoria sobre el peligro tan grande en que á la hora habia estado.

Pues Amadís se fué para Ardan Canileo, el cual fué luego enflaquecido en ver así su muerte, y pensando no fallar guarida ni remedio, quiso tomar el escudo á Amadís, como él gelo habia tomado, mas el otro, que cerca de sí lo vió, dióle un golpe por cima del hombro izquierdo en tal manera, que le cortó las armas é gran parte de la carne y de los huesos, é como vió que habia perdido la fuerza del brazo, desvióse por el campo, con el gran miedo que á la espada tenia; mas Amadís andaba tras él; y desque lo vió cansado y desacordado, trabóle por el yelmo tan reciamente, que lo fizo á sus piés caer y levó el yelmo en sus manos, é fué luego sobre él de rodillas, é cortándole la cabeza, puso gran alegría en todos, especial en el rey Arban de Norgales é Angriote de Estravaus, que muchas angustias é dolores habian pasado cuando vieron á Amadís en el estrecho que ya oistes. Esto así hecho, tomó Amadís la cabeza y echóla fuera del campo, y levó rastrando el cuerpo fasta una peña, que dió con él en la mar, é alimpiando la espada de la sangre, la metió en la vaina, é luego el Rey le mandó dar un caballo, en que, ferido de muchas llagas y perdida mucha sangre, acompañado de muchos caballeros, á su posada se fué; pero antes fizo sacar de las crueles prisiones al rey Arban de Norgales é Angriote de Estravaus, é los llevó consigo, y enviando al rey Arban de Norgales á la reina Brisena, su tia, que gelo envió á demandar, en su cámara dél, teniendo aquel su leal amigo Angriote, en uno fueron curados Amadís de sus llagas, que muchas tenia, é Angriote de los azotes é otras feridas que en la prision le dieron. Allí fueron visitados con mucho amor de los caballeros é dueñas é doncellas de la corte, é Amadís de su cohermana Mabilia, que le traia aquella verdadera melecina con que su corazon podiese enviar á los otros menores males seyendo él esforzado, la salud que para su reparo le convenia.

CAPITULO XIX.

Cómo se fizo la batalla entre don Bruneo de Bonamar é Madaman el envidioso, hermano de la doncella desemejada, y del levantamiento que ficieron con envidia á estos caballeros amigos de Amadís, por lo cual Amadís se despidió de la corte é del rey Lisuarte.

Pasada esta batalla de Amadís é Ardan Canileo, como ya oistes, luego otro dia pareció ante el Rey don Bruneo de Bonamar, é con él muchos buenos caballeros, de quien amado y preciado era, é halló allí á la doncella desemejada, que estaba diciendo al Rey que su hermano estaba aparejado para la batalla, que mandase venir á aquel con quien habia de combatir; é como quiera que la venganza fecha en él poca fuese, segun el valor de aquel valiente Ardan Canileo, que pues mas facer no se podia, con aquella emienda pobre serian algo consolados. Don Bruneo, dejando de responder á aquellas locas palabras, dijo que luego la batalla queria. Así que, luego el uno y otro fueron armados é metidos en el campo, cada uno acompañado de aquellos que le bien querian, aunque diferente fuese; que con don Bruneo fueron muchos é preciados caballeros, é con Madaman el envidioso, que así habia nombre, tres caballeros de su compaña, que las armas le llevaban. É desque los jueces los posieron en aquellos logares que para la batalla les convenia, ellos corrieron contra sí los caballos al mas ir que podieron; de los primeros encuentros que las lanzas quebraron en piezas, Madaman fué fuera de la silla é don Bruneo llevó metida por el escudo una parte de la lanza, que gelo falsó, é le fizo una pequeña herida en el pecho, mas cuando tornó el caballo vió al otro con su espada en la mano á guisa de se defender, é díjole: «Don Bruneo, si tu caballo perder no quieres, desciende dél, ó me deja cabalgar en el mio. Esto é lo que quisiérdes, dijo don Bruneo, aquello faré.» Madaman, creyendo que á pié mejor que á caballo se podria combatir, segun la grandeza de su cuerpo é la pequeñeza del otro, díjole: «Pues que en mí lo dejas, deciendé é á pié hayamos la batalla.» E don Bruneo se tiró afuera é decendió del caballo, é comenzaron entre sí una brava batalla; así que, en poco espacio de tiempo sus armas fueron en muchos logares rotas, é sus carnes cortadas, por donde mucha sangre les salia, é los escudos desfechos en los brazos, sembrado el suelo de las rajas dellos; é cuando así andaban en esta tan gran priesa que ois, acaeció una extraña cosa, por donde parece que en las animalías hay cono-

cimiento de sus señores; que los caballos, que sueltos en el campo quedaron, juntándose el uno con el otro, comenzaron entre sí una pelea de bocados é pernadas con tanta porfía y enemistad, que todos dello eran mucho maravillados; é tanto duró, que el caballo de Madaman, no lo podiendo ya sofrir, fuyendo ante el otro, saltó con el gran miedo las cadenas de que el campo cercado estaba, lo cual por buena señal tovieron aquellos que la vitoria de la batalla á don Bruneo deseaban. E tornando meter mientes en la batalla de los caballeros, vieron cómo don Bruneo aquejaba á su enemigo de grandes é duros golpes, de forma que él se tiró afuera é dijo: «Don Bruneo, ¿por qué te aquejas? el dia ¿no es asaz largo? Súfrete un poco é folguemos; que si miras á tus armas é la sangre que de tus llagas sale, bien te fará menester.—Madaman, dijo don Bruneo, si nuestra batalla fuese de otra cualidad, é no con enemistad tan crecida, luego en mí fallarias toda cortesía é sufrimiento; mas, segun la gran soberbia que fasta aquí has tenido, si en esto que pides yo viniese, seria causa que tu fama é valor fuese menoscabado; así que, no por el bien que te yo haga, mas porque venciéndote alcance mas gloria, no quiero dar lugar que tu flaqueza manifiesta sea, é guarda que te no dejaré folgar.»

Entonces se acometieron como de ante, mas no tardó mucho que don Bruneo, mostrando la gran fuerza é ardimiento de su corazon, no trajese ya á Madaman tan aquejado, que en otra cosa no entendia sino en se defender é guardar de los golpes, los cuales no podiendo ya sofrir, se retrajo cuanto mas podo á la parte de la mar, pensando que allí entre algunas peñas defenderse podria; mas viendo la fondura tan alta é tan espantable, detúvose, y llegó don Bruneo, que le seguia, é tomólo tan cerca, que se no pudo valer, é dióle del escudo é de las manos, pujándole tan recio, que lo despeñó de tan alto, que fué fecho piezas antes que al agua llegase. Entonces fincó las rodillas, gradeciendo á Dios aquella tan gran merced que le ficiera. Cuando Matalesa, la desemejada doncella, esto vido, entró en el campo corriendo cuanto mas podia y llegó á aquel gran despeñadero á gran afan, é vió cómo las ondas de la mar traian á uno é á otro cabo la sangre é la carne de su hermano; tomando la espada de su hermano, que allí se le cayera, dijo: «Aquí donde queda la sangre de mi tio Ardan Canileo é la de mi hermano quiero que la mia quede, porque la mi ánima con las suyas allá donde estovieren sea juntada.» E firiéndose con la punta de la espada por el cuerpo, se dejó caer atrás por aquel despeñadero; así que, toda fué desfecha.

Esto así acabado, cabalgando don Bruneo con su caballo, con mucho loor del Rey y de todos los que allí estaban, acompañado de muchos dellos, se fué á la posada de Amadís, donde en un rico lecho cabe el suyo y el de Angriote juntamente con ellos fué curado. Allí eran visitados así de caballeros como de dueñas é doncellas mucho á menudo, por les dar descanso é placer; mas la reina Briolanja, con acuerdo de Amadís, veyendo que su mal se dilataria, tomando dél licencia, se partió para su reino; pero antes quiso ver las maravillas de la ínsola Firme, é probarse en la cámara defendida, y llevó á Enil consigo, que todo gelo ficiese mostrar, é prometió á Oriana de le hacer saber todo lo que allá fallase y le aconteciese; lo cual se dirá adelante.

Y en esto que la historia proceder quiere podréis ver á qué tan poco basta la fuerza del seso humano, cuando aquel alto Señor, aflojadas las riendas, alzada la mano, apartando su gracia, permite que el juicio del hombre en su libre poder quede; por donde os será manifiesto si los grandes estados, los altos señoríos pueden ganados é gobernados ser con la discrecion é diligencia de los hombres mortales, ó si, faltando su divina gracia, la gran soberbia, la gran codicia, la muchedumbre de las armadas gentes son bastantes para lo sostener. Ya habeis oido cómo el rey Lisuarte siendo infante, solamente poseyendo sus armas é caballos, con algunos pocos servidores, andando como caballero andante buscando las aventuras, llegando al reino de Denamarca, la fortuna, que así lo quiso, de aquella infanta Brisena, fija de aquel rey, que por su gran beldad é sobrada virtud muy preciada é demandada de muchos príncipes é grandes hombres era, á todos ellos desechando, este infante della muy amado fué, tomándole entre todos ellos por su marido. Esta fué la primera buena ventura que hobo, que entre las terrenales, por una de las mejores tenerse debe. Pues no contenta su dicha con esto, queriéndolo el poderoso Señor, fué sin heredero alguno Falangris, su hermano, rey de la Gran Bretaña, desta presente vida partido; así que, sin mucho entrevalo este desheredado infante rey es fecho, no como los de su tiempo, que solamente con sus naturales, con sus reinos contentos eran; mas ganando é señoreando los ajenos, viniendo á su corte fijos de reyes, de grandes príncipes é duques, entre los cuales eran aquellos tres hermanos, Amadís é don Galaor é Florestan, con otros muchos de gran cuento; entre los emperadores é reyes del mundo la su gran claridad sobre todos ellos vista era, é si algo escurescida fué con el don que á la engañosa doncella prometió, que fué causa de ser en prision de Arcalaus, mas á esfuerzo de corazon que á mal recaudo atribuirse debe; porque en aquel tiempo el gran esfuerzo, el prez de las armas en los reyes, en los príncipes é señores grandes, señaladamente sobre los otros mas bajos florecian, así como en los griegos é troyanos en las historias antiguas se falla. Pues ¿qué dirémos aun mas de la grandeza deste poderoso rey? En su corte eran venidas las aventuras extrañas, que habiendo mucho tiempo por el mundo andado, é no fallando quien cabo les diese, allí, con gran gloria suya, acabadas fueron; pues no es razon quedar en olvido el vencimiento de aquella dolorosa y espantable batalla que con Cildadan hobo, donde tantos gigantes tan fuertes y esquivos, tantos valientes caballeros de su sangre é otros de muy gran guisa é por el mundo muy nombrados, por la gran virtud y esfuerzo dél y de los suyos muertos y destruidos fueron; é luego á poco tiempo aquel esforzado é famoso Ardan Canileo, que por todas las tierras que anduvo nunca falló cuatro caballeros que campo le mantuviesen, en la corte deste rey por un caballero fué vencido é muerto.

Pues ¿dirémos agora que estas buenas venturas que hobo lo causó ser este rey, como lo era, muy gracioso, muy humano é muy franco, esforzado? Por cierto en

alguna manera se podria creer si en ello se sopiera gobernar, é con causa tan liviana todo lo mas dello no desficiera ni derramara, como agora oiréis; por donde se debe creer que cuando alguno de muchas buenas venturas es abastado, é su juicio é discrecion para las conservar no basta, que á él no se deben atribuir, á mas aquel muy alto é poderoso Señor, que á quien le place las da con tal secreto, que á nosotros seria gran locura procurar de lo saber.

Agora sabed aquí que en esta corte deste rey Lisuarte habia dos ancianos caballeros que al rey Falangris, su hermano, mucho tiempo sirvieron; así que con aquella antigua crianza mas que con virtud ni buenas mañas, dándoles autoridad sus crecidos años, en el consejo del rey Lisuarte fueron puestos; el uno dellos habia nombre Brocadan y el otro Gandandel; y este Gandandel tenia dos fijos que por preciados caballeros antes que Amadís é sus hermanos é los de su linaje viniesen eran tenidos; mas la sobrada bondad é fortaleza destos habia puesto en olvido la fama de aquellos dos caballeros; de lo cual gran angustia en el corazon su padre Gandandel teniendo, pensó tanto, que no temiendo á Dios, ni mirando la fe que á su señor el Rey debia, ni á las honras y buenas obras de Amadís é de su linaje recebidas, quiso por honra é provecho particular suyo dañar y escurecer lo general, á que mas obligado era, urdiendo é fabricando en sus malas entrañas una gran traicion en esta guisa. Hablando un dia al Rey dijo: «Señor, menester es á vos é á mí que apartadamente me oyais; que grandes dias há que me sufro de vos fablar, pensando que el fecho por otra via seria remediado; en lo cual conozco que os he errado malamente, porque, segun el mal cada dia crece, muy necesario os es tomar consejo.» Cuando el Rey esto oyó, quiso saber qué cosa era, é tomándole consigo, se metió en su cámara, sin que otro alguno hí estoviese, é díjole: «Agora decid lo que os ploguiere.» E Gandandel le dijo: «Señor, siempre hobe sabor de guardar mi ánima é honra, é no facer ningun mal, aunque podiese, merced á Dios; así que, muy libre é sin pasion estoy para que mi juicio pueda sin entrevalo consejar vuestro servicio; é vos, Señor, faced aquello que mas os cumple; é porque entiendo que erraria á Dios é á vos si lo callase, acordé de vos decir esto. Ya sabeis, Señor, cómo de grandes tiempos á esta parte grandes discordias siempre hobo en el reino de Gaula é de la Gran Bretaña, é como de razon aquel reino á este sujeto debia ser, reconociéndole señorío, como todos los comarcanos lo hacen, é esta es una dolencia que la salud de ella fin no tiene hasta que la justa conclusion en esto viniese. Agora he visto cómo siendo Amadís, no solamente natural de allí, mas señor principal de su linaje, son metidos en vuestra tierra tan apoderadamente é con tanta aficion de los vuestros naturales, que otra cosa no parece sino ser en su mano de se alzar con la tierra, como si derecho heredero della fuese. Verdad es que deste caballero y de sus hermanos é parientes nunca recebí sino mucha honra é placer, á lo cual les soy yo obligado con mi persona é fijos é facienda; pero con lo vuestro, que sois mi señor é rey natural, nunca á Dios plega, antes lo suyo é mio tengo yo de posponer por la menor cosa de lo vuestro; que de otra manera en este mundo caeria en mal caso, y en el otro mi ánima en los infiernos; así que, mi señor, dicho os he lo que obligado era, descargando lo que os debo; mandadlo remediar con tiempo antes que la dilacion mayor peligro traya; que, segun vuestra grandeza, mas honrada é descansadamente con los vuestros pasar podeis, que con los ajenos, contrarios de los naturales vuestros, estar en gran peligro de vuestro estado, aunque al presente otra cosa parezca.» El Rey le dijo, sin ninguna alteracion que dello le ocurriese: «Estos caballeros me han servido tan bien é tanto á mi honra é provecho, que no puedo pensar dellos sino todo bien.—Señor, dijo Gandandel, esa es la peor señal en que mirar debeis; porque si os desirviesen guardar-os-hiades dellos como de contrarios, mas los grandes servicios tienen en sí oculto y encerrado el engaño en aquellos que al fin no podrán negar lo natural, como os ya dije.» En esto que oídes quedó la habla, porque el Rey no le replicó mas; pero habló luego este Gandandel con el otro, que Brocadan se llamaba, que su cuñado era, é conforme á sus malas maneras, é diciéndole todo lo que habia con el Rey pasado, le puso en la misma negociacion; así que, con lo que el uno é otro dijeron, atribuyéndolo todo al bien del reino, el Rey fué en gran manera movido á mucha alteracion contra aquellos que en al no pensaban sino en le servir, olvidando aquel gran peligro de que don Galaor le libró cuando iba preso en poder de los diez caballeros de Arcalaus, y el otro de que por Amadís, llamándose Beltenebros, fué socorrido cuando Madanfabul, el bravo gigante de la Torre Bermeja, lo llevaba, sacado de la silla so el brazo á las naos; que en cada uno destos se puede con mucha razon decir serle restituida la vida con todos sus reinos.

¡Oh reyes é grandes señores que el mundo gobernais, cuánto es á vosotros anejo é convenible este ejemplo para que, dél vos acordando, pongais en vuestros secretos hombres de buena conciencia, de buena voluntad, que sin engaño é sin malicia las cosas, no solamente de vuestro servicio, mas las de vuestro servicio junto con las de vuestra salvacion, vos digan; alejando de vosotros los semejantes que estos Brocadan é Gandandel, é otros muchos á ellos conformes, que por vuestras cortes andan pensando é trabajando cómo con muchas lisonjas, con muchas encubiertas engañosas, de vos alejar del servicio de aquel vuestro Señor, cuyos ministros sois, solamente porque ellos é sus fijos alcancen honras é intereses, como los estos malos hombrer ficieron. Mirad, mirad por vosotros, catad que á los que grandes señoríos son encomendados, muy larga é buena cuenta han de dar á aquel Señor que gelos dió; é si tal no es, aquella gloria, aquel mundo, é muchos vicios que en este mundo tovistes, en el otro, donde sin fin de durar habeis, de muchas angustias é dolores vuestras ánimas afligidas é atormentadas serán; é no solamente en tanta dilacion seréis dejados; mas en este siglo, donde por vosotros la honra, la fama tan preciada es, y en tanto cuidado vuestros ánimos por lo sostener son puestos, de aquella seréis abajados, como este rey Lisuarte lo fué, creyendo é dando fe mas á las palabras de aquellos en quien malas obras sabian tener, que

á lo que por sus ojos proprios veia con mucha mengua é deshonra de su corte, sin que remedio alguno dello en todos los dias de su vida hobiese. E si la fortuna de aquí adelante algunas vitorias le otorgó, fué porque de mas alto cayendo, de mas angustia é dolor su ánimo atormentado fuese.

Pues á la historia tornando, digo que tanta fuerza aquellas palabras al Rey dichas tovieron, que aquel grande é demasiado amor que con mucha causa é razon él á Amadís é á sus parientes tenia, con mucha sinrazon fué, no solamente resfriado, mas aborrecido de tal forma, que sin mas acuerdo ni consejo ya no veia la hora que de sí partidos los viese; así que, luego fué apartado de la conversacion é visitacion que á Amadís, estando en su lecho ferido, solia facer, pasando algunas veces por su posada sin haber memoria de saber de su mal, ni de hablar á los caballeros que en su compaña estaban; los cuales, veyendo una tan nueva y extraña cosa en el Rey, mucho fueron maravillados, é algunas veces en ello delante de Amadís hablaron. Mas él, creyendo que como su pensamiento tan sano en su servicio estoviese, que así el del Rey lo estando, otras ocupaciones é negocios á aquello daban causa; é así lo decia á los que de otra manera lo sospechaban, especialmente á su leal é gran amigo Angriote de Estravaus, que mas que otro ninguno dello sentido se mostraba. Estando los negocios en tal estado como ois, el rey Lisuarte mandó llamar á Madasima é á sus doncellas, é al gigante viejo é sus fijos, é los nueve caballeros que en rehenes tenia, é díjoles que si luego no le facian entregar la ínsula de Mongaza, como fuera pleiteado, que les faria cortar las cabezas; lo cual oido por Madasima, así como el miedo muy grande fué, así le fueron las lágrimas en grande abundancia á sus ojos venidas, considerando, si la tierra diese, quedar desheredada, é si la no diese, pasaria la cruel muerte; é no sabiendo qué responder, las carnes con gran ansia fuertemente le tremian; pero aquel Andaguel, gigante viejo, dijo al Rey que si le diese licencia é alguna gente, que le prometia de le facer entregar la ínsola ó se volver é aquella prision. Teniéndolo el Rey por bien, é dándole la gente, luego de allí fué partido, é volviéndose Madasima á la prision, de muchos caballeros acompañada fué, entre los cuales era don Galvánes Sin-Tierra, que viendo aquellas lágrimas por las sus muy fermosas faces de aquella doncella caer, no solamente á gran piedad fué su corazon movido, mas desechando aquella libertad que hasta allí toviera, sin que de ninguna mujer de cuantas visto habia preso fuese, súpitamente, no sabiendo en qué forma ni cómo, sojuzgado é cativo fué, en tanto grado, que sin mas acuerdo ni dilacion, en la hora hablando aparte con Madasima, descubriéndole su corazon, le dijo si á ella le placia con él casar, él ternia tal forma como, salvando su vida, con la tierra libremente quedase. Madasima, habiendo ya noticia de la bondad deste caballero, é de su grande é alto linaje, otorgándole lo que pedia, fincados los hinojos, le quiso por ello besar las manos. Tomada esta certidumbre, don Galvánes, siempre en su razon creciendo aquellas encendidas llamas, tanto mas las sentia é con mayor crueza, cuanto mas libre de semejante combate fasta tanto tiempo habia pasado, é no pasando muchos dias que poniendo en efeto lo que prometiera, á la posada de Amadís se fué, é hablando con él é con Agrájes, su sobrino, todo el secreto de su corazon les manifestó, faciéndoles saber que si en aquello remedio no le ponian, que su vida en el extremo de la muerte era llegada. Ellos, seyendo maravillados de tan súpito acidente en hombre que tan apartado en su voluntad de lo semejante estaba, é tan contrario de aquellos que en tales cosas sus cuidados é pensamientos despendian, le dijeron que segun su valor é los grandes servicios que al rey Lisuarte habia fecho, que por muy liviano tenian de acabar, que así Madasima como toda su tierra le fuese entregada, especialmente quedando en el Rey su señorío é por su vasallo, y cuanto Amadís cabalgar podiese, que se iria á lo despachar con el Rey.

En este medio tiempo aquel mezclador Gandandel iba muchas veces á ver Amadís, é mostrábale gran amor, é cada vez que del Rey hablaban siempre le decia algunas cosas de cómo el Rey le parecia que estaba en su amor muy resfriado, é que mirase no le ocurriese dello algun enojo, de lo cual habria él muy gran pesar, por le ser en muchos cargos de sus buenas obras, que él é sus fijos dél habian recebido; mas, por muchas cosas é muy sotiles que le decia, nunca podo mover Amadís á ninguna saña ni sospecha, é tanto en ello le afincó, que le dijo Amadís con alguna ira que le no hablase mas en aquello; que aunque todos los del mundo gelo dijesen, no podria él creer que hombre tan cuerdo é de tanta virtud como el Rey se moviese contra él, que nunca, dormiendo ni velando, pensó sino en su servicio. Pues pasando algunos dias que Amadís é Angriote de Estravaus é don Bruneo de Bonamar de sus lechos levantarse pudieron con el gran mejoramiento de sus llagas, cabalgaron una mañana ricamente vestidos; y desque oyeron misa fueron al palacio del Rey, donde de todos muy bien recebidos fueron, sino solamente del Rey, que los no miró ni recibió como solia, en que muchos pararon mientes. Mas Amadís no miró en ello: que no pensaba que lo ficiese con mal talante; pero Gandandel, aquel mezclador, que allí se halló, abrazó riendo á Amadís é díjole: «A las veces dicen á los hombres la verdad, é no la quieren creer.» Amadís no le respondió ninguna cosa; mas partiéndose dél, veyendo cómo Angriote é don Bruneo estaban muy quejosos como fueran tan mal recebidos, fuése al Rey é díjole paso, que ninguno lo oyó: «¿No védes el continente que aquellos caballeros ponen contra vos?» El Rey calló, que ninguna cosa le quiso responder, é Amadís con sana voluntad, y estando sin sospecha alguna de aquella trama tan falsamente urdida, llegó al Rey con gran homildanza, é llevando consigo á Galvánes é Agrájes, le dijo: «Señor, queremos, si os ploguiere, hablar con vos, é á la habla estén los que mandárdes.» El Rey dijo que estarian Gandandel é Brocadan. Desto plugo mucho á Amadís, porque en su corazon los tenia por muy grandes amigos.

Entonces se fueron todos juntos á una huerta, donde el Rey debajo de unos árboles se asentó, y ellos cerca dél, é Amadís le dijo: «Señor, no fué mi ventura

de vos servir tanto como yo lo tengo en el mi corazon; mas, como quier que os lo no merezca, confiando en vuestra virtud é gran nobleza, me quiero atrever á vos pedir un don, de que seréis bien servido y haréis mesura y derecho. —Ciertamente, dijo Gandandel, si ello es así, vos pedis hermoso don, é bien es que el Rey sepa lo que quereis. —Señor, dijo Amadís, lo que pedir queremos yo é Agrájes é don Galvánes, que os tan bien han servido, es la ínsola de Mongaza, que quedando en el vuestro señorío é vasallaje, la dédes con Madasima á don Galvánes en casamiento, y en esto, señor, farédes merced á don Galvánes, que es de tan alto lugar é no tiene señorío alguno, é servírvoslo ha muy bien, é usarédes de piedad con Madasima, que por nos está desheredada.» Oido esto por Brocadan é Gandandel, miraban al Rey é hacian continente que lo no otorgase; mas el Rey estovo una pieza que no respondió, pensando en el gran valor de Galvánes é en lo que le habia servido, é cómo Amadís con tanto peligro de su vida aquella tierra ganara; é bien conoció que le pedian razon é cosa justa é honesta; pero, como su voluntad dañada estoviese, no dió lugar á la virtud que usase de lo que obligada era, é respondió así, como aquel que no tenia en voluntad de lo hacer, é dijo: «No es de buen seso aquel que demanda lo que haber no puede; esto digo por vos, que lo que pedis há bien cinco dias que lo dí á la Reina para su hija Leonoreta.» Esto pensó de responder, mas por excusarse que por ser así verdad.

Desta respuesta fueron Gandandel é Brocadan muy alegres, é hacíanle semblante que respondiera muy bien; mas Agrájes, que muy afortunado de corazon era, como vió respuesta tan desabrida, é como con tan poca mesura dellos se excusaba, no se pudo callar, antes con gran saña dijo: «Bien nos dais, Señor, á entender que si alguna cosa no valemos por nosotros, que nuestros servicios, segun son gradecidos, poco nos aprovechan; mas si yo fuera creido, de otra manera nuestra vida pasara. —Sobrino, dijo don Galvánes, muy poca fuerza los servicios en sí tienen cuando son fechos á aquellos que los no saben gradecer, é por esto los hombrés deben buscar donde bien empleados sean.—Señores, dijo Amadís, no vos quejeis si el Rey no nos da lo que le pedimos, pues lo ha dado. Mas rogarle he yo que vos dé á Madasima y quede en él la tierra, é daros he yo la ínsola Firme, donde paseis con ella hasta que el Rey haya otra cosa que os dé.» El Rey dijo: «A Madasima tengo yo en mi prision por haber por ella la tierra; é si no, mandarle he cortar la cabeza.» Amadís le dijo: «Ciertamente, Señor, mas mesuradamente nos debríades responder, si á vos ploguiese, é no faríades en ello tuerto si lo mejor conocer quisiésedes.—Si yo bien vos no conozco, dijo el Rey, asaz es el mundo grande; andad por él y catad quien os conozca.»

¡Oh qué palabras tan de notar! que aun ayer, podemos decir, este caballero Amadís de Gaula deste rey Lisuarte era tan amado, tan preciado, en tanto tenido, que pensaba él que así con su persona como con las de sus hermanos é parientes no estaba en mas de ser señor del mundo de lo comenzar, habiendo tanta piedad del peligro de su vida cuando fué la batalla aplazada dél é de Ardan Canileo, que las lágrimas á los sus ojos le vinieron, sabiendo en tal sazon ser la su muy buena espada perdida, é contra aquel gran juramento que delante su corte hecho habia, de la suya no dar á ningun caballero, rogarle é apremiarle que la tomase; lo cual por cierto no se debia mover sin sobrado amor que le toviese, teniendo entonces en la memoria los grandes servicios dél recebidos, que fueron causa de la reparacion de su vida é reinos; é agora este tan gran amor, el juicio é discrecion suya tan sobrada, el gran conocimiento de las cosas que no fuesen bastantes á que unas palabras livianas, dichas por hombre de mala suerte, de malas obras, sin ver señales para que alguna fe dada le fuese de estorbar, que se no turbase y escureciese todo aquello. Gran cosa, á mi parecer, es é muy señalada, para que ni las armas de los enemigos, ni las frias ponzoñas se crea que dellas tanto peligro, tanto daño redundar pueda á los reyes é grandes como de solas las orejas, porque aquello bueno ó malo que en ellas impremido es, trastorna el corazon, guia la voluntad por la mayor parte á seguir lo justo ó deshonesto. Así que, grandes señores, á los que en este mundo tanto poder es dado, que baste para complir vuestros apetitos, vuestras voluntades; guardáos de los malos, que pues de sí mismos y de sus ánimas poco cuidado tienen, mucho menos é con mas razon se debe creer que lo ternán de las vuestras. Pues al propósito tornando, cuando por Amadís aquella tan deshonesta é desabrida respuesta del Rey fué oida, díjole: «Ciertamente, Señor, al mi cuidar hasta aquí no creia yo que en el mundo otro rey ni gran señor tanto al cabo del conocimiento de las cosas como vos hobiese; pero, pues que tan extraño é al contrario de mi pensar os habeis mostrado, conviene que con tan nuevo consejo é mando nueva vida busquemos. —Haced lo que fuere vuestra voluntad, dijo el Rey; que yo fago la mia.» Entonces se levantó con saña, é fuése donde estaba la Reina, é Brocadan é Gandandel con él, loándole mucho haberse así despachado é librado de aquellos, donde tan gran peligro ocurrir le podia; é dijo á la Reina todo lo que con Amadís le conteciera, é cómo por ello venia mucho alegre. Mas ella le dijo que de su alegría recebia tristeza, porque desque Amadís é sus hermanos é parientes en su casa fueron, siempre sus cosas habian seido aumentadas é crecidas, sin que por ninguno dellos lo contrario se mostrase, é que si deste partimento su sola discrecion era la causa, que mucho fuera menguada del conoscimiento que haber debia; é si por consejo de otros algunos, que seria por la envidia grande que dellos é de sus buenas obras toviesen, y que no solamente el daño presente era, mas en lo venidero, que veyendo los otros así ser desechada é mal conoscida la grandeza de aquellos caballeros que tanta honra é tantas mercedes por sus grandes servicios merescian, teniendo muy poca esperanza en los suyos, que con gran parte iguales no les eran, que echarian con gran razon á huir dél por buscar otro que mejor conocimiento toviese. Pero el Rey le dijo: «Dejad vos de fablar mas en ello; que yo sé lo que hago, é decid, como lo yo dije, que me pe-

distes aquella tierra para Leonoreta é que gela he dado.—Yo así lo diré, dijo la Reina, como lo mandais; é quiera Dios que sea por bien.»

Amadís se fué á su posada con mas enojo é malenconía que en su semblante mostraba, donde falló muchos é buenos caballeros, que siempre con él albergaban, é no quiso que cosa alguna de lo que con el Rey pasara se les dijese fasta que él hablase con su señora Oriana; é apartando á Durin, le mandó que dijese de su parte á Mabilia, su cohermana, cómo aquella noche le complia mucho de ver á Oriana, é que al caño antiguo de la huerta, por donde otras algunas veces habia entrado, le esperasen. Con esto se tornó á aquellos caballeros, é comieron é holgaron así como los dias pasados solian hacer, é díjoles: «Señores, mucho vos ruego que mañana seais aquí juntos, porque vos tengo de hablar una cosa que mucho cumple.—Así se fará,» dijeron ellos. Pasado pues el dia, é venida la noche, despues de haber cenado é las gentes sosegadas, Amadís, tomando consigo á Gandalin, á la huerta se fué, y entrando por aquella mina ó caño, como algunas veces lo ficiera, llegó á la cámara de Oriana, su señora, que lo atendia con otro tan leal é verdadero amor como el que él consigo llevaba; así que, con muchos besos é abrazos fueron juntos, sin haber envidia á ningunos que verdaderamente en el mundo se amasen, considerando no haber en el suyo par. Acostados en su lecho, Oriana le preguntó por qué le enviara á decir que convenia mucho hablarla; él le dijo: «Por un caso muy extraño, segun mi pensamiento, que con vuestro padre nos ha acaecido á mí é á Agrájes, mi cohermano, é á don Galvánes.» Entonces gelo contó todo así como pasara, é cómo en el fin les dijera que asaz era el mundo grande; que andoviesen por él buscando quien mejor que él los conociese. «Mi señora, dijo Amadís, pues que á él así le place, así conviene á nosotros hacerlo; que de otra manera, toda aquella gloria é fama que con vuestra sabrosa membranza yo he ganado, se perderia, con grande menoscabo de mi honra, tanto, que en el mundo tan menguado ni tan aviltado caballero como yo no habria; porque vos pido, Señora, que no sea por vos mandada otra cosa; porque, así como seyendo mas vuestro que mio, así de la mengua mas parte vos alcanzaria lo que á todos, aunque oculto fuese, siendo á vos, mi señora, manifiesto, siempre el ánimo vuestro en gran congoja seria puesto.» Oido por Oriana esto, como quiera que el corazon se le quebrase, esforzóse lo mas que pudo, é díjole: «Mi verdadero amigo, con muy poca razon os debeis quejar de mi padre porque no á él, mas á mí, por cuyo mandado á su corte venistes, habeis servido; é de mí habeis el galardon é habréis en cuanto yo viva, é si alguna culpa á mi padre imputar se puede, no es otra sino, que siéndole á él oculto hacer vos las cosas por mi mandado, creer en el su servicio ser hechas; y esto le obligaba á que respuesta tan desmesurada vos diese; é como quiera que vuestra partida sea para mí tan grave como si mi corazon en pedazos é piezas partido fuese, teniendo en mas la razon que la voluntad é amor desordenado que yo os tengo, pláceme que se faga como pedis; pues que, segun el gran señorío sobre vos tengo, en mi mano será remediarlo como mas mi placer sea; é porque mi padre, perdiendo á vos, conozca que todo lo que le quedare será para él causa de gran mengua é soledad.» Amadís cuando esto oyó, besándole las manos muchas veces, le dijo: «Mi verdadera señora, aunque hasta aquí de vos haya recebido muchas é grandes mercedes, por donde mi triste corazon de la muerte á la vida tornado fué, esta por muy mayor contar se debe, segun la gran diferencia que los casos de honra sobre los de los deleites é placeres tienen.»

En esto y en otras cosas hablando, aquella noche pasaron, mezclando con el gran placer suyo muchas lágrimas, considerando la gran soledad que en lo porvenir esperaban; mas ya acercándose el dia, levantóse Amadís, acompañado de aquella su muy amada cohermana Mabilia é de la doncella de Denamarca, rogándolas muy afincadamente que á Oriana consolasen; y ellas llorando, habiéndogelo otorgado, dellas se partió; é yendo á su posada, todo lo que de la noche quedaba, é alguna parte del dia, ocupó en dormir; pero ya siendo tiempo, levantado de su lecho, todos aquellos caballeros que ya oistes se vinieron á él, y desque hobieron oido misa, todos juntos en un campo á caballo, Amadís desta guisa les habló: «Notorio es á vos, mis buenos señores é honrados caballeros, si despues que yo del reino de Gaula en la gran Bretaña fuí venido, é mis hermanos é amigos, por mi causa las cosas del rey Lisuarte en mas honra ó en mayor mengua ser puestas; é por esta causa excusado será traerlas en vuestras memorias; solamente creo que con mucha razon se os debe decir que así vosotros como yo debiéramos esperar justamente gran galardon; mas, ó porque la mudable fortuna, que las cosas trabuca é revuelve, usando de su acostumbrado oficio, ó por algunos malos consejeros, ó por ventura ser con la mayor edad la condicion del Rey mudada, mucho al contrario de nuestros pensamientos hallado lo hemos; que siendo por Agrájes é don Galvánes é por mí demandada en merced al Rey á Madasima con su tierra para que con don Galvánes casada fuese, quedando en su señorío é por su vasallo; no mirando el gran valor deste caballero é su muy alto linaje é los grandes servicios dél recebidos, no solamente no nos lo quiso otorgar, mas por él nos fué negado con respuesta tan desmesurada é tan deshonesta, que por haber salido de boca tan verdadera, de juicio tan discreto, empacho he grande que por mí lo sepais; mas, pues que excusar no se puede por ser la cosa en tales términos venida, sabréis, señores, que en la fin de nuestra habla, diciéndole nosotros ser por él mal conocidos nuestros servicios, nos dijo que el mundo era grande, é que andoviésemos por él á buscar quien mejor nos conociese. Así que, nos conviene que, como en la concordia é amistad obedientes le hemos sido, que así en la discordia y enemistad lo seamos, cumpliendo aquello que él por bien tiene que se haga; paréceme cosa justa que lo sopiésedes, porque no solamente á nosotros en particular, mas á todos en general toca.» Cuando aquellos caballeros esto que Amadís dijo oyeron, mucho fueron maravillados, é unos con otros hablando, decian que muy mal sus pequeños servicios serian galardonados, cuando aquellos

grandes de Amadís é sus hermanos eran de tal forma en olvido puestos; así que, luego sus corazones fueron movidos para no servir mas al Rey, mas deservirle en cuanto podiesen. E Angriote de Estravaus, como aquel que del bien y del mal que á Amadís viniese entendia su parte haber, dijo: «Mis señores, yo há mucho tiempo que conozco al Rey, é siempre le vi muy asosegado en todas sus cosas, é no se mover, salvo con gran causa é justa razon; así que, esto que con Amadís y estos caballeros le aconteció no puedo creer, ni en el pensamiento me caerá que de su condicion ni voluntad saliese; antes verdaderamente cuido que algunos mezcladores le han sacado de todo su saber é seso. Por tanto, no dejo de poner gran culpa á la bondad é gran virtud del Rey, é lo que yo verdaderamente pienso es, que habiendo yo visto estos dias pasados, mas que solia, fablar á Gandandel é Brocadan con él, é siendo falsos y engañosos, que olvidando á Dios é al mundo, pensando cobrar ellos é sus hijos aquello que sus malas obras no merecen, habrán causado este movimiento del Rey; é porque veádes cómo la justicia de Dios se ejecuta, yo me quiero ir á armar luego, é decirles que son malos, envidiosos, é la gran traicion é falsedad que han hecho al Rey é á Amadís, é combatirme con ellos entrambos; é si su edad gelo excusare, que metan sendos fijos suyos comigo solo, que sostengan las maldades de sus padres.» E queriéndose ir, Amadís lo detuvo é le dijo: «Mi buen amigo Angriote, no plegá á Dios que el vuestro cuerpo bueno y leal sea puesto en aventura por lo que cierto no se sabe.» El le dijo: «Yo soy cierto que ello es así, segun lo que dellos mucho tiempo há conozco; é si la voluntad del Rey fuese decir la verdad, sé que él comigo otorgaria.» E Amadís dijo: «Si á mí amais, no cureis esta vez dello, porque el Rey enojo no reciba, é si esos que decis, mostrándose tanto por mis amigos, enemigos me han sido, demás de se no poder encobrir, ellos habrán aquella pena que los falsos merescen, é cuando conocido é descobierto será, con mas razon é causa podeis contra ellos proceder, é creed que entonces no vos lo excusaré.» Angriote dijo: «Aunque contra mi voluntad sea, yo lo dejaré esta vez, pues que así vos place, mas para adelante quedará.»

Entonces Amadís, volviéndose á aquellos caballeros, les dijo: «Señores, yo me quiero despedir del Rey é de la Reina si me ver quisieren, é irme á la ínsola Firme, é á los que ploguiere que en uno vivamos, allí nos farán honra, demás del placer que ternémos, porque aquella tierra es muy viciosa, abundada de todas las cosas é de muchas cazas y hermosas mujeres, que son causa, do quiera que las haya, de hacer á los caballeros mas lozanos é orgullosos. E yo en ella tengo muchas y apreciadas joyas de gran valor, que para nuestras necesidades serán bastantes; allí nos vernán á ver muchos de aquellos que nos conocen é otros extraños, así hombres como mujeres, que nuestro socorro habrán menester, é allí tornarémos cada que nos ploguiere amparar y reparar á nuestros trabajos. Pues junto con esto, así en la vida del rey Perion, mi padre, como despues della, aquel reino de Gaula no nos faltará en la pequeña Bretaña, de que agora hobe las cartas, como en sus dias me la dieron; esto todo por vuestro sin duda contar lo podeis. Pues tambien vos trayo á la memoria el reino de Escocia, que mi cohermano Agrájes habrá, y el de la reina Briolanja, que por mal ni por bien faltar no nos puede.—Eso podeis vos, señor Amadís, con mucha verdad decir, dijo un caballero que Tantíles se llamaba, mayordomo é gobernador de aquel reino de Sobradisa; que siempre á vuestro mandado será, con aquella fermosa reina que vos reinar fecistes.» Don Cuadragante le dijo: «Agora, Señor, vos despedid del Rey, é allí parecerán los que vos aman é vuestra compañía quieren.—Así lo faré, dijo Amadís, y en mucho terné á los que á esta sazon me quisieren honrar; no por tanto digo que, quedando á su provecho, con el Rey lo dejen de facer. Ciertamente yo creo que tan buen señor en gran parte no se fallaria.» A esta sazon el Rey pasaba cabalgando, é Gandandel, que lo aguardaba, é otros muchos caballeros, é andaba cazando con unos esmerejones, é así anduvo una pieza cabe ellos, é no los fablando ni mirando, se tornó á su palacio.

CAPITULO XX.

De cómo Amadís se despidió del rey Lisuarte, é con él otros diez caballeros, parientes é amigos de Amadís, los mejores é mas esforzados de toda la corte, é siguieron su via para la ínsola Firme, donde Briolanja probaba las aventuras de los firmes amadores é de la cámara defendida; é de cómo determinaron de librar del poder del Rey á Madasima é á sus doncellas.

Como Amadís vió el desamor que el Rey le mostraba, levando consigo todos aquellos caballeros, se fué á despedir dél, é como por el palacio entró, y le vieron el continente mudado de como solia, é á tal hora que ya las mesas eran puestas, llegáronse todos por oir lo que diria, y llegando ante el Rey, le dijo: «Señor, si vos en algo contra mí errais, Dios y vos lo sabeis; é por agora no diré mas; porque aunque mis servicios grandes fuesen, mucho mayor era la voluntad de pagar las honras que de vos he recebido. Ayer me dejistes que fuese á andar por el mundo, é buscase quién mejor que vos me conociese; dando á entender que lo que mas os será agradable es ser yo fuera de vuestra corte, é pues esto es lo que á vos place, á mí conviene de lo facer; é no me puedo despedir de vasallo, pues que lo nunca fuí vuestro ni de otro ninguno, sino de Dios. Mas despídome de aquel gran deseo que cuanto vos plogo teníades de me facer honra y merced, y del gran amor que yo de lo servir é pagar tenia.» Y luego se despidieron don Galvánes é Agrájes, é Florestan é Dragonis é Palomir, cohermanos de Amadís, é don Bruneo de Bonamar é Branfil, su hermano, é Angriote de Estravaus é Grindonan, su hermano, é Pinores, su sobrino; é don Cuadragante pareció delante del Rey é díjole: «Señor, yo no quedé con vos sino por ruego de Amadís, queriendo y deseando haber su amor, pues que con razon verdadera se falló camino que el sentimiento que dél tenia fuese á mi honra apartado; y pues que por su causa fuí vuestro, por ella mesma no lo seré de aquí adelante; que poca esperanza ternian mis pequeños servicios, cuando en los sus grandes fallece; que mal vos acordais de cuando vos sacó de las manos de Madanfabul, de donde otro ninguno os sacar podiera, y del venci-

miento que os hizo haber en la batalla del rey Cildadan, y de cuánta sangre él y sus hermanos é parientes allí perdieron, y cómo quitó á mí de vuestro estorbo é á Famongomadan é á Basagante, su fijo, que los mas fuertes gigantes del mundo eran, é tambien á Lindoraque, el fijo del gigante de la Montaña Defendida, que uno de los mejores caballeros era de cuantos yo sabia, é á Arcalaus el encantador; y que todo esto se olvidase de vuestra memoria, habiendo mal galardon; pues si estos que digo contra vos en aquella batalla fuéramos, é no fuera Amadís de vuestra parte, mirad lo que dende vos pudiera venir.» Respondió el Rey: «Don Cuadragante, bien entiendo, segun vuestras palabras, que me no amais ni por mi pro lo decis, ni aun habeis con Amadís tal deudo por donde debais querer su pro ni su bien; mas decis aquello que por ventura no está tan firme en vuestro pensamiento como la palabra lo muestra.» Dijo don Cuadragante: «Vos diréis lo que os ploguiere, como gran señor que sois, mas cierto soy que no moveréis á Amadís con palabras de mezclamiento, así como se mueven otros, que al cabo conocerán el yerro; é si yo le fuere buen amigo é malo á Amadís, en poco estamos de lo mostrar.» E quitósele delante, é luego llegó Landin é díjole: «Señor, en vuestra casa no fallé yo ayuda ni reparo de mis llagas, sino en Amadís; é así, dejando de ser vuestro, con él é con mi tio don Cuadragante me quiero ir.» Y el Rey le respondió: «Ciertamente, yo pienso que en vos no nos quedaria buen amigo.—Señor, dijo él, cual ellos vos fueren, tal lo seré yo, pues que de su mandado no tengo de salir.»

A esta hora estaban juntos á un cabo del palacio don Brian de Monjaste, caballero muy preciado, hijo del rey Ladasan de España, y de una hermana del rey Perion de Gaula, y Gandiel Urlandin, fijo del conde de Orlanda, é Grandóres é Madancil el de la Puente de la Plata, é Listoran de la Torre Blanca, y Ledaderin de Fajarque, é Transíles el orgulloso, é don Gavarte de Val Temeroso; é cuando así vieron que aquellos caballeros, por amor de Amadís, del Rey se habian despedido, fueron todos delante dél é dijéronle: «Señor, nos venimos á vuestra casa por ver á Amadís é sus hermanos é por ganar su amor; y pues esto fué la causa principal, así lo es para no estar mas en ella.» Despedidos estos caballeros, como oídes, y no quedando otro ninguno, Amadís se quisiera despedir de la Reina, mas al Rey no plogo, porque siempre ella habia sido muy contraria en esta discordia, mas envióse á despedir con don Grumedan. E saliendo del palacio, se fué á su posada, é todos aquellos caballeros con él, donde las mesas fallaron puestas, é en ellas fueron servidos de muchos y buenos manjares, é luego cabalgaron en sus caballos, armados de todas armas, que serian hasta quinientos caballeros, en que habia hijos de reyes y de condes y otros de gran guisa, así en linaje como en gran prez é bondad de armas; que por todo el mundo sus grandes fechos eran sabidos, é tomaron el camino derecho de la ínsola Firme para albergar aquella noche en una ribera á tres leguas de allí, donde ya, por mandado de Amadís, las tiendas eran armadas. Mabilia, que de una ventana del palacio de la Reina los miraba, é los vió ir tan apuestos, que como las armas eran frescas éricas, é con la clareza de sol, que en ellas feria, las facia muy resplandecientes, no habia persona que los viese que se no maravillase, é no tuviese por malaventurado al Rey, que tal caballero como Amadís de sí partir queria con aquellos que lo seguian, é fuése á Oriana é díjole: «Señora, dejad esa tristeza, é mirad aquellos vuestros vasallos, é fuelgue vuestro corazon en tener tal amigo, que si fasta aquí, sirviendo á vuestro padre, vida de caballero andante tuvo, agora fuera de su servicio, así como un gran príncipe poderoso se mostrará; lo cual, Señora, todo redunda en vuestra grandeza.» Oriana, muy consolada de aquellas palabras, los miraba, remediando con su gran cordura é discrecion aquella pasion é aficion que de la voluntad é apetito atormentada era.

Salieron con Amadís, por le facer mucha honra, el rey Arban de Norgales é Grumedan, el amo de la Reina, é Bramdoibas é Quinorante é Giontes, sobrino del Rey, é Listoran el buen justador. Estos iban con él, apartados de la gente, é muy tristes por su apartamiento del Rey. E Amadís les iba rogando que le fuesen amigos en aquello que sin cargo de sus honras serlo podiesen; que él siempre los ternia en el grado y estima en que fasta allí los habia tenido; y que aunque el Rey lo desamase, no teniendo en ello justa causa, que lo no ficiesen ellos, ni por eso dejasen de le servir é honrar como tan buen rey lo merecia. Ellos le dijeron que lo nunca desamarian por ninguna cosa; que aunque al Rey sirviesen con la lealtad que obligados eran, nunca sus corazones se partirian de lo amar. Amadís les dijo: «Ruégoos, señores, que digais al Rey que agora parece claro lo que Urganda delante dél me dijo, y del señorío que para otro ganase no habria galardon sino de saña y de alongamiento de mi voluntad, así como agora me avino en ganar la ínsola de Mongaza para el su señorío, por donde, contra toda razon, fué su voluntad movida, sin gelo merecer, contra mí, como veis; y que estas tales cosas muchas veces aquel justo Juez las remedia, dando á cada uno su derecho.» Don Grumedan dijo que lo diria todo al Rey, como lo él mandaba, y que maldita fuese Urganda, que tan verdadera habia salido; é con esto se tornaron á la villa; é luego llegó á él don Guilan el cuidador, é llorando le dijo: «Señor, vos sabeis bien mi facienda; que de mí ni de mi corazon puedo facer nada, é conviene que siga la voluntad ajena de aquella por quien yo soy en mortales angustias é dolores puesto; de la cual en esta vez me es defendido que con vos no vaya donde soy puesto en gran vergüenza, que agora quisiera pagar aquellas grandes honras que de vos y de vuestros hermanos siempre recebí, mas no puedo.» Amadís, que los grandes y demasiados amores deste caballero sabia, é como él amaba á su señora Oriana é la tenia, lo abrazó riendo é le dijo: «Don Guilan, el mi grande amigo, no plega á Dios que tan buen hombre y tan entendido como vos errásedes á vuestra señora ni pasásedes su mandado; ni tal consejo os daria, que no seria vuestro amigo; antes que la sirvais é cumplais su voluntad é la del Rey, vuestro señor; que bien cierto soy que guardando vuestra lealtad, donde quiera que seais vos terné por amigo, como lo siempre tuve.—Agora, Señor, dijo don Guilan, vaya como fuere; que yo

fio en Dios que siempre habréis mi servicio.» Estonces se despidió dél, é Amadís é su compaña se fueron aquella noche á la ribera de la mar, donde tenian sus tiendas, é todos andaban alegres y se esforzaban unos á otros, y que Dios les faria merced en ser partidos del Rey, que en tan poco sus servicios tenia; y que mejor fuera saber temprano aquel engaño que no habiendo despendido mas tiempo en su compaña; pero el corazon de Amadís, aunque en las otras cosas todas muy esforzado fuese, en este apartamiento de su señora muy enflaquecido era, no sabiendo ni pensando cuándo ver la podiese.

Así pasaron aquella noche, muy viciosos de todo lo que menester hobieron, é otro dia de mañana cabalgaron, é fueron su camino derecho de la ínsola Firme. E otro dia que Amadís é sus compañeros se partieron, el Rey, despues de haber oido misa, asentóse en su palacio, como lo habia de costumbre, é miró á un cabo é á otro, é como se vió tan menguado de aquellos caballeros que allí solian estar, membróse de cuán arrebatadamente se moviera contra Amadís, é vínole un tan gran pensamiento, en manera que en otra cosa ninguna paraba mientes; é Gandandel é Brocadan, que ya sabian lo que Angriote dellos dijera, é al Rey vieron de tal forma, fueron muy espantados, creyendo que el Rey no se fallaba bien del su consejo que contra Amadís le habian dado. Pero veyendo que ya no era tiempo de se dello retraer, quisieron seguir por su mal propósito adelante; que esta mala dolencia han los grandes yerros; é acordaron de ir á remediar que aquellos caballeros no tornasen al Rey si no ellos muertos eran; é luego se fueron á él juntos, é díjole Gandandel: «Señor, de hoy mas podeis folgar y descansar, pues que habeis apartado de vuestro servicio aquellos que dañar lo podieran; de lo que á Dios debeis dar muchas gracias, é del hecho de vuestra tierra é casa nos vos descarguemos con mayor cuidado que de lo nuestro propio; ca, Señor, cuando parárdes mientes en el haber que á aquellos dábades, que libre vos queda, mucho vuestro ánimo folgará.» El Rey los miró de mal semblante é díjoles: «Mucho me maravillo de lo que decis, que yo deje en vos mi tierra é mi casa, que yo con todos los que en ello pongo no es remedio para ello, é vosotros, en quien no veo tanta discrecion, pensais de lo complir; é puesto caso que para ello bastásedes, no se ternian por contentos mis vasallos é los de mi casa de ser gobernados por vuestra autoridad; é desto que me decis, de me quedar aquel grande haber que á aquellos caballeros daba, querria saber en qué lo podria yo mejor emplear que en honra y servicio fuese; porque ningun haber es bien empleado sino en el poder é valía de los hombres; que si de mi mano é poder salia lo que aquellos llevaban, mi honra era con ello guardada y el mi señorío acrescentado, y en la fin todo á mi mano se tornaba; así que, el haber que es empleado donde debe, aquel yace en buen tesoro, donde nunca se pierde; y en esto no quiero que me fableis, porque no tomaré vuestro consejo.» Y levantándose de entre ellos, é mandando llamar los cazadores, se fué al campo, y ellos quedaron de aquella respuesta muy espantados, veyendo que ya el Rey miraba en el mal consejo que le dieran.

A esta sazon llegó una doncella de la reina Briolanja, que venia con su mandado á Oriana para le facer saber lo que le aconteciera en la ínsola Firme, con la cual hobieron todas mucho placer, porque aquella reina era dellas muy amada; y entonces dijo á Oriana: «Señora, yo soy venida á vos de parte de Briolanja para vos decir las maravillas que en la ínsola Firme falló, é quiso que por mí, que las vi, todas fuésedes dello sabidoras.—Dios le dé mucha vida, dijo Oriana, é á vos buena ventura por el afan que tomastes.» Estonces llegaron todas por ver lo que diria. E la doncella dijo: «Señora, sabed que Briolanja llegó con toda su compaña, como fué de aquí, á aquella ínsola, donde estovo cinco dias, é luego le fué preguntado si probaria la cámara ó el arco del amor, y ella dijo que aquellas dos pruebas queria dejar para la postre; y leváronla luego á una legua del castillo á unas muy fermosas casas, que por ser asentadas en muy abundoso é vicioso lugar, eran unas de las nombradas é principales moradas de Apolidon; é desque la hora de comer vino, lleváronnos á una grande é muy fermosa sala, labrada á maravilla, é á un cabo della estaba una gran cueva muy fonda é muy escura, é tan pavorosa de mirar, que ninguno se osaba llegar á ella; é al otro cabo de aquel gran palacio estaba una muy fermosa torre, que desde las finiestras della se pueden ver todas las cosas que en aquella sala se facen; é allí nos hicieron subir todas, donde fallamos cabe las finiestras puestas las mesas é los estrados, é allí fué la Reina é nosotras muy bien servidas de muy diversos manjares y de dueñas é doncellas muy atendidas; y debajo, en el palacio que oistes, comian los caballeros é la otra gente nuestra, y eran servidos de los caballeros de la tierra; é cuando les posieron delante el segundo manjar oyeron silbos muy grandes en la cueva y salia fumo caliente, é no tardó mucho que salió una gran serpiente, é púsose en medio del palacio con tanta braveza é tan espantosa, que no habia persona que la mirar osase; é lanzaba por la boca é las narices gran fumo, y feria con la gola tan fuerte, que todo el palacio facia estremecer; é luego en pos della salieron de la cueva dos leones muy grandes, é comenzaron entre sí una batalla tan brava é tan esquiva, que no hay corazon de hombre que se no espantase.

»Estonces los caballeros é la otra gente, dejando las mesas, salieron del palacio con la mayor priesa que podian; é aunque las finiestras donde Briolanja é nosotras mirábamos eran muy altas, ni por eso dejamos de tener gran miedo y espanto. La batalla duró media hora, y en cabo los leones fueron tan cansados, que se tendieron en el suelo como muertos, é la serpiente tan cansada y tan lasa, que apenas el huelgo podia en sí coger; pero desque una pieza descansó, tomó el uno de los leones en la boca y levólo á la cueva, é tornando por el otro, los lanzó dentro, y ella se echó en pos dellos. Así que, en todo el dia no parecieron mas, é los hombres de la ínsola reian mucho de nuestro espanto, é haciéndonos ciertos que por aquel dia no habria mas, tornamos á las mesas é acabamos nuestra comida. Así pasamos aquel dia, é á la noche en buen albergue, é otro dia lleváronnos á otro lugar mas sabroso que aquel, donde con mucho placer é abasto de las cosas que menester ha-

biamos pasamos aquel dia; é cuando fué hora de dormir llevárонnos á una cámara rica y fermosa á maravilla, donde habia una cama de ricos y preciados paños para Briolanja, é otros asaz buenos para nosotras; y desque echadas fuimos, é pasada la media noche, que muy sosegadas é dormidas estábamos, abriéronse las puertas con tan gran sonido, que con gran espanto fuimos despiertas, é vimos entrar un ciervo por la puerta con candelas encendidas en los cuernos, que toda la cámara alumbraba como si de dia fuese, é la meitad dél habia tan blanca como la nieve, y el pescuezo é la cabeza tan negro como la pez, y el un cuerno semejaba dorado y el otro bermejo, y en pos dél venian cuatro perros de la semejanza dél; y cada uno dellos le aquejaba mucho; así que, le traian acosado, y en pos dellos venia un cuerno de marfil con unas vergas de oro, é tañíase de suyo, andando en el aire como si en mano de alguno andoviese, é facia proprio son de montería, é con él los canes se alegraban; así que, al ciervo no le dejaban asosegar é lo facian fuir á una é á otra parte por la cámara, é saltaba por cima de nuestras camas, que las facia estremecer, é á las veces tropezaba en ellas é caia, é nosotras, levantadas en camisas y en cabellos, fuyendo delante del ciervo, é algunas se metian debajo de los lechos; mas los canes no dejaban de lo seguir cuanto mas podian, é cuando el ciervo vió que no habia guarida en la cámara, salióse por una ventana corriendo cuanto mas podia, é los canes tras él; de que muy alegres fuimos. E tomando de aquella ropa que revuelta por allí estaba, con que nos cubriésemos, dimos á Briolanja, que muy cuitada estaba, un sayo, que se vistió; é pasado aquel miedo, tovimos muy gran risa de aquella revuelta en que nos vimos; y estando aderezando nuestros lechos, entró por la puerta una dueña, é dos doncellas con ella, é una niña pequeña que le traia candelas delante, é dijo á Briolanja: Señora, ¿qué habeis habido, que á tal hora estáis levantada? Ella le dijo: Amiga, una tal revuelta, que no seria poco de la contar. La dueña se rió mucho é dijo: Pues, Señora, acostáos é dormid; que por esta noche no habrá mas de que os temer. Con esta seguridad aderezamos los lechos, é dormimos lo que de la noche quedó, é otro dia de gran mañana movimos de allí, é fuimos á un bosque donde habia muy grandes pinares y fermosas huertas, é posamos en tiendas ribera de una agua, é allí fallamos una casa redonda sobre doce postes de mármol con una cobertura extrañamente fecha; por entre los postes se cierra con llaves de cristal muy sotilmente, en manera que el que dentro está puede ver todós los de fuera; y tenia unas puertas labradas de fojas de oro y de plata, de grande y extraño valor á maravilla, é cabe cada poste por de dentro de la casa estaba una imágen de cobre, fecha á la semejanza de gigante, é tienen arcos muy fuertes en sus manos, é saetas en ellos, con fierros de fuego tan ardientes é tan vivos como si del fuego saliesen; é dicen que no hay cosa ninguna que allí entre, que con las fuerzas de aquellas saetas y del su fuego que luego no sea fecha ceniza; porque las imágenes tiran luego con los arcos; así que, no yerran ningun tiro, y delante Briolanja é nosotras metieron allí dos gamos é un ciervo, é luego las saetas fueron en ellos metidas, é tornadas á los arcos, quedaron las animalías hechas ceniza. Y en las puertas de aquel palacio habia letras escritas, que decian: «Ningun hombre ni mujer no sea osado de entrar en esta casa, si no fueren aquel é aquella que tanto é tan lealmente tienen su amor como Grimanesa é Apolidon, quien este encantamiento hizo, é conviene que entren juntos la vez primera; que si cada uno por sí lo ficiere, será perecido de la mas cruel muerte que se nunca vió; y este encantamento é todos los otros durarán fasta tanto que venga aquel é aquella que por su gran lealtad de sus amores é gran bondad de armas del caballero en la fermosa cámara encantada entrarán, é ende fuelguen en uno, é cuando el ayuntamiento de ambos fuere acabado, entonces serán desfechos todos los encantamentos desta ínsola Firme.»

»Allí estovimos aquel dia, é Briolanja mandó llamar á Isanjo é á Enil, é díjoles que ya no querian ver mas, salvo lo del arco del amor é la cámara defendida; é preguntó á Isanjo qué cosa era aquello de la sierpe y de los leones é lo del ciervo é canes. Señora, dijo él, no sabemos mas sino que cada dia salen aquella hora que vistes, é han su batalla de aquella forma, y del ciervo y de los canes vos digo que todas las noches vienen á aquella cámara aquella hora que vistes, é tórnanse á ir por la ventana, é los canes en pos dél, é vanse á meter todos en un lago que es cerca de aquí, que creemos que de la mar sale; é no sé, Señora, mas que vos diga, sino que en un año no podríades acabar de ver las grandes maravillas que en esta ínsola son. Pues venida la mañana, cabalgamos en nuestros palafrenes, é tornamos al castillo; é luego Briolanja se fué al arco de los leales amadores, y entró por los padrones defendidos, como aquella que nunca errara en sus amores sin entrevalo alguno; é la imágen hizo con la trompa muy dulce son, tanto, que á todos nos fizo desmayar; é tanto que Briolanja fué dentro donde las imágenes de Apolidon é Grimanesa estaban, el son cesó con una muy dulce dejada, que maravilla era de la oir; é allí vió aquellas imágenes tan fermosas é tan frescas como si vivas fuesen. Así que, estando ella sola, mucho acompañada con ellas se fallaba; é luego vió en el jaspe escritas letras frescas, que decian: «Este es el nombre de Briolanja, la fija de Tagadan, rey de Sobradisa; esta es la tercera doncella que aquí entró.» E luego acordó de se salir fuera, con miedo de se ver sola y que ninguno de su compaña allá entrar podia; é salida de allí, se fué á su posada, é al quinto dia fué á probar la cámara defendida, é iba vestida muy ricamente á maravilla, é no llevaba sobre sus fermosos cabellos sino un prendedero de oro muy fermoso y de piedras muy preciadas; é todos los que allí la vieron decian que si ella no entrase en la cámara, que en el mundo no habia otra que lo acabase; y que de aquella vez habrian fin todos aquellos encantamentos; y ella se encomendó á Dios, y entró por el sitio defendido, é pasó por el padron de cobre y llegó al de mármol, é leyó las letras que en él estaban escritas, é pasó adelante tanto, que todos pensaron que acabado era; y llegando á tres pasadas de la puerta de la cámara, tomáronla tres manos por los sus cabellos fermosos y preciados, é sacáronla del campo muy

sin piedad, así como á las otras lo ficieron fuera del logar defendido, y quedó tan mal trecha, que no la podiamos acordar.»

Oriana, que el corazon tenia desmayado é triste de lo que ante oia, tornó muy alegre, é miró á Mabilia é á la doncella de Denamarca, y ellas á ella, que les mucho placia; é la doncella dijo: «Aquel dia, Señora, estovimos allí, é otro dia se partió Briolanja para su reino.» E desque las nuevas fueron así contadas, partióse la doncella para su señora, y levóles el mandado de la reina Brisena y de Oriana y de las otras dueñas é doncellas.

Amadís é sus compañeros, que partieron de la corte del rey Lisuarte, como habédes oido, llegaron á la ínsola Firme, donde con mucho placer é alegría recebidos fueron de todos los moradores della; porque, así como con gran tristeza aquel su nuevo señor habian perdido, así en lo haber cobrado con doblado placer sus ánimos fueron. E cuando aquellos caballeros que con él iban vieron el castillo, que tan fuerte era, y que la ínsola otra entrada no tenia sino por él, seyendo tan grande y de tierra tan abastada é tan sabrosa, segun oido habian, é poblada de tanta é tan buena gente, decian que bastante era para dar guerra desde allí á todos los del mundo; é luego fueron aposentados en la mayor villa, que debajo del castillo era. E sabed que en esta ínsola habia nueve leguas en luengo é siete en ancho, é toda era poblada de logares y de otras ricas moradas de caballeros de la tierra. E Apolidon fizo en los mas sabrosos logares cuatro moradas para sí, las mas extrañas é viciosas que hombre podria ver. E la una era la de la Sierpe é de los Leones, é la otra la del Ciervo é de los Canes, é la tercera, que llamaban el Palacio tornante, que era una casa que tres veces al dia é otras tres en la noche se volvia tan recio, que los que en ella estaban pensaban que se fundian. La cuarta se llamaba del Toro, porque salia cada dia un toro muy bravo de un caño antiguo, y entraba entre la gente como que los quisiese matar, é fuyendo todos ante él, quebraba con sus fuertes cuernos una puerta de fierro de una torre, é entrábase dentro; mas á poco rato salia muy manso, é un jimio viejo sobre él, tan arrugado, que los cueros le colgaban de cada parte; é dándole con un azote, le facia tornar á entrar por el caño donde salido habia. Mucho placer y deleite habian todos aquellos caballeros en mirar estos encantamentos é otros muchos que Apolidon ficiera por amor de dar placer á Grimanesa, su amiga; así que, siempre tenian en qué pasar tiempo, y todos estaban muy firmes en el amor de Amadís para lo seguir en todo lo que su voluntad fuese. Pues á esta sazon que ois llegó allí el ermitaño Andalod, el que en la Peña Pobre habitaba al tiempo que Amadís allí estovo; el cual vino á dar órden en el monesterio que oistes, é cuando así vió á Amadís, dió muchas gracias á Dios por haber dado á tan buen hombre la vida; é mirábalo é abrazábalo como si nunca lo viera; é Amadís le besaba las manos, gradeciéndole con mucha humildad la salud é la vida que por Dios é por él hobiera; é luego fué fundado un monesterio al pié de la peña, en aquella ermita de la Vírgen María, donde Amadís, muy desesperado de la su vida, con gran dolor de su ánima por la carta que su señora Oriana le envió, fizo la oracion y se fué á perder, como ya se os dijo; en el cual quedó un hombre bueno, que Andalod trajo, Sisian llamado, é treinta frailes con él; é Amadís les mandó dar tanta renta con que abastadamente vivir podiesen, é Andalod se tornó á la Peña Pobre, como de ante.

Estonces llegó allí Balais de Carsante, aquel que Amadís sacara de la prision de Arcalaus, que se fué á despedir del rey Lisuarte cuando sopo que Amadís se iba dél descontento; é tambien vino con él Olivas, aquel á quien Agrájes é don Galvánes ayudaron en la batalla del duque de Bristoya, y preguntaron á Balais por nuevas de casa del rey Lisuarte y él dijo: «Asaz hay que dellas se puedan contar.» Estonces les dijo: «Sabed, señores, que el rey Lisuarte ha enviado á mandar que toda su gente sea luego con él; porque el conde Latine é aquellos que envió á tomar la ínsola de Mongaza le hicieron saber que el Gigante viejo les diera todos los castillos que tenia en poder él é sus fijos, mas que Gromadaza no quiere dar el Lago Ferviente, que es el mas fuerte castillo que hay en toda la ínsola, é otros tres castillos muy fuertes, é sabed que ha dicho Gromadaza que nunca en los dias de su vida desamparará aquello donde fué ya con su marido Famongomadan é Basagante, su fijo; y que antes morirá que los entregue, y que siempre della recibirá muchos enojos; que de su hija Madasima y de sus doncellas que faga lo que por bien toviere; que ella poco daria por ellas ni por su vida, solamente que algun pesar le pueda facer; por donde digo que así se puede tomar por enjemplo cuán riguroso é cuán fuerte es el corazon airado de la mujer, queriendo salir de aquellas cosas convenientes para que engendrada fué; que, como su natural no lo alcanza, forzado es que el poco conocimiento poco en lo que cumple pueda proveer; é si alguna al contrario desto se falla, es por gran gracia del muy alto Señor en quien todo el poder es, que sin ningun entrevalo las cosas puede guiar donde mas le ploguiere, forzando é contrariando todas las cosas de natura.» Despues que Balais les contó estas nuevas, preguntáronle qué dijera el Rey, ó qué queria facer; y él les dijo: «Junta todo su poder, así como ya vos conté, é juró que si los castillos que Gromadaza tenia no habia fasta un mes, que faria descabezar á Madasima é á sus doncellas, y que luego iria sobre el Lago Ferviente, y dél no se alzaria fasta lo tomar; y que si á la Giganta vieja á su poder hobiese, que la faria echar á sus muy bravos leones.» Oidas por ellos estas nuevas, gran enojo hobieron, é ficieron aposentar aquellos caballeros, y ellos fablaron mucho en aquello; mas don Galvánes, á quien no le olvidaba la promesa hecha por él á Madasima, é las grandes angustias é dolores de que su corazon por sus amores atormentado era, díjoles: «Buenos señores, todos sabeis bien cómo la causa principal por qué Amadís é nosotros nos partimos del Rey fué por lo de Madasima é por mí, é yo lo ruego mucho á vosotros todos que me seais ayudadores á que quitar pueda la palabra que allá le dejé, que fué de la defender con derecha razon; é si la razon no me valiese, de la defender por armas; lo cual con ayuda de Dios y de vosotros pienso yo muy bien facer.»

Don Florestan se levantó en pié, é dijo: «Señor don Galvánes, otros están aquí mas entendidos y de mejor consejo que yo, los cuales para defender á Madasima teneis, é si por razon defenderse puede, esto seria lo mejor. Mas si la batalla necesaria es, yo la tomaré en el nombre de Dios, para la defender é adelantar vuestra palabra. — Buen amigo, dijo don Galvánes, yo os lo agradezco cuanto puedo, porque bien dais á entender que me sois leal amigo, mas si por armas se hobiere de librar, á mí conviene que lo mantenga; que yo lo prometí é yo lo pasaré. —Buenos señores, dijo don Brian de Monjaste, ambos decis muy bien; pero todos habemos parte en este fecho, porque lo que á Amadís acaesció con el Rey, fué darnos á entender á nosotros en lo que éramos tenidos; é lo que á él é á vos, señor don Galvánes, acaeció, así podiera avenir á cada uno de los que allí éramos; é si mas sobre este fecho no tornásemos, gran mengua á todos alcanzaria, aunque la causa principal de Amadís sea; que, pues juntos salimos é así estamos, lo de cada uno de nos de todos es; así que, en esto no hay cosa partida; y dejando aparte lo nuestro, Madasima es una doncella de las buenas del mundo, y es en aventura de la vida perder, é sus doncellas asimesmo; é como lo principal de la órden de caballería sea socorrer á las semejantes, dígovos que yo punaré que con razon sean defendidas; é cuando esta faltare, será por armas cuanto mis fuerzas bastaren para ello.» Don Cuadragante dijo: «Cierto, don Brian, vos lo decis como hombre de tan alto lugar, é así creo yo que muy mejor lo faréis; que este negocio á todos atañe, y en tal manera lo debemos tomar, que nos tengan por hombres de gran recaudo; é sea luego sin mas tardanza, porque muchas veces acaesce con la dilacion prestar poco la buena voluntad, pues que la obra en efeto venir no puede en tiempo que aprovechar pueda; y acuérdeseos, señores, cómo aquellas doncellas están mezquinas, desamparadas, y que no por su voluntad fueron en aquella prision metidas, sino por aquella obediencia que Madasima á su madre debia; así que, aunque en lo del mundo algo del Rey contra ellas tenga, en lo de Dios no ninguna cosa; pues que mas por fuerza que por su querer se condenaron.» Amadís dijo: «Mucho me place, señores, en oir lo que decis, porque las cosas con amor é concordia miradas, no se debe esperar sino buena salida; é si así vuestros fuertes y bravos corazones en lo porvenir, como en este presente, lo tienen, no solamente el remedio de aquellas doncellas tengo yo en mucho, mas pasar á otras tan grandes cosas, que ningunos en el mundo iguales vos podiesen ser; y pues que todos estáis en este socorro, si vos ploguiere, diré yo mi parecer de aquel que facer se debe.» Todos le rogaron que lo dijese. Estonces él dijo: «Las doncellas son doce; yo ternia por bien que por doce caballeros de vosotros sean socorridas por razon é por armas, cada uno la suya; así juntos en uno, si ser podiere, ó repartidos, como la necesidad se ofrezca; é bien cierto soy que todos los que aquí estáis, segun vuestro gran esfuerzo, tomaríades esta afrenta por vicio é placer; mas ser no puede, pues que mas de doce no pueden ser, y estos quiero yo nombrar, quedando los otros é yo para las cosas de mayor peligro que ocurrir nos puedan.» Estonces dijo: «Vos, señor don Galvánes, seréis el primero, pues que el negocio principalmente vuestro es, é Agrájes, vuestro sobrino, é mi hermano don Florestan, é mis cohermanos Palomir é Dragonis, é don Brian de Monjaste, é Nicoran de la Torre Blanca, é Orlandin, hijo del conde de Irlanda, é Gavarte de Val Temeroso, é Imosil, hermano del duque de Borgoña, é Madancil de la Puente de la Plata, é Ledaderin de Fajarque; estos doce tengo por bien que á esto vayan, porque entre ellos van fijos de reyes y de reinas y de duques y condes de tan alto linaje, que allá no pueden fallar ningunos que les par sean.» E á todos plogo mucho desto que Amadís dijo, é los nombrados se fueron luego á sus posadas para enderezar las cosas convenientes á la partida, que otro dia de gran mañana habia de ser; é aquella noche albergaron todos en la posada de Agrájes, é á la media noche fueron armados é á caballo puestos en el camino de Tasilana, la villa donde el rey Lisuarte estaba.

CAPITULO XXI.

Cómo Oriana se falló en gran cuita por la despedida de Amadís y de los otros caballeros, é mas de fallarse preñada, y dé cómo doce de los caballeros que con Amadís en la ínsola Firme estaban vinieron á defender á Madasima é á las otras doncellas que con ella estaban, puestas en condicion de muerte, sin haber justa razon por qué morir debiesen.

Contado se vos ha cómo Amadís estovo con su señora Oriana en el castilo de Miraflores sobre espacio de ocho dias, segun parece; que de aquel ayuntamiento Oriana preñada fué; lo cual nunca por ella sentido fué, como persona que de aquel menester poco sabia, fasta que ya la gran mudanza de su salud é flaqueza de su persona gelo manifestaron; é como lo entendió, sacó aparte á Mabilia é á la doncella de Denamarca, é llorando de los sus ojos, les dijo: «¡Ay mis grandes amigas! ¿qué será de mí, que, segun veo, la mi muerte me es llegada, de lo cual yo siempre me recelé?» Ellas, pensando que por la partida de su amigo é la soledad dél lo decia, consoláronla, como fasta allí lo habian fecho. Mas ella dijo: «Otro mal junto con ese me ha sobrevenido, que nos pone en mayor fortuna é mayor peligro; y esto es que verdaderamente soy preñada.» Estonces les dijo las señales por donde lo debian creer; así que, conocieron ser verdad su sospecha, de que muy espantadas fueron, aunque gelo no dieron á entender, é díjole Mabilia: «Señora, no vos espanteis, que á todo habrá buen remedio, é siempre me tove por dicho que de tales juegos habríades tal ganancia.» Oriana, aunque habia gran cuita, no podo estar que de gana no riese, é dijo: «Mis amigas, menester es que desde agora hayamos el consejo para nos remediar, é será bien que luego me faga mas doliente é flaca, é me aparte lo mas que ser podiere de la compaña de todas, salvo de vosotras; así cuando viniere la necesidad, remediarse ha con menos sospecha. —Así se faga, dijeron ellas; é Dios lo enderece, é desde agora sepamos qué se fará de la criatura cuando naciere. — Yo os lo diré, dijo Oriana: Que la doncella de Denamarca, si le ploguiere, como reparadora de mis angustias é dolores, querrá poner su honra en menoscabo, porque la mia con la

vida remediada sea. —Señora, dijo ella, no tengo yo vida ni honra mas de cuanto vuestra voluntad fuere; por ende mandad, que cumplirse ha fasta la muerte. —Mi buena amiga, dijo ella, tal esperanza tengo yo en vos, é la honra que agora por mí aventurárdes yo la faré cobrar, si vivo, con mucha mayor parte.» La doncella fincó los hinojos é le besó las manos. Oriana le dijo: «Pues, mi buena amiga, faréis así: id algunas veces á ver á Adalasta, la abadesa del mi monesterio de Miraflores, como que á otras cosas vais, é cuando el tiempo de mi parir fuere llegado, iréis á ella é decirle heis cómo sois preñada, é rogalde que, demás de vos tener secreto, ponga remedio en lo que naciere; lo cual vos haréis echar á la puerta de la iglesia, y que lo mande criar como cosa de por Dios, é yo sé que lo fará, porque mucho vos ama; y desta manera será lo mio encubierto, y en lo vuestro no se aventura mucho, pues que no será sabido, salvo por aquella honrada dueña, que lo guardará. —Así se fará, dijo la doncella, é muy buen acuerdo habeis tomado.»

Esto queda agora fasta su tiempo, é digamos del rey Lisuarte; cómo supo que la giganta Gromadaza no le queria entregar el Lago Ferviente é los otros castillos que ya dejimos, mandó á sí traer á Madasima é sus doncellas, por consejo de Gandandel é Broçadan; é venidas en su presencia, díjoles: «Madasima, ya sabeis cómo entrastes en mi prision por pleito que si vuestra madre no me entregase la ínsola de Mongaza con el Lago Ferviente é los otros castillos, que vos é vuestras doncellas fuésedes descabezadas. E agora, segun he sabido de las gentes que yo allá tengo, hame faltado de lo que me prometió; é pues que así es, quiero que vuestra muerte é destas doncellas sea enjemplo é castigo para los otros que comigo contrataren, que me no osen mentir.» Oido esto por Madasima, la su gran fermosura é viva color fué en amarillez tornada, y hincó los hinojos ante el Rey é dijo: «Señor, el miedo de la muerte face mi corazon muy mas flaco que yo, como tierna doncella, naturalmente tenia; así que, no me quedando sentido alguno, no sabe la lengua qué responda; é si en esta corte hay algun caballero que manteniendo derecho, por mí hable, considerando ser puesta en esta prision contra toda mi voluntad, fará aquello que es obligado, segun la órden de caballería, de responder por aquellas que en semejantes cosas se hallan; é si no lo hobiere, vos, Señor, que á dueña ni doncella que atribulada fuese nunca fallecistes, mandadme oir á derecho, é no venza la ira é la saña á la razon, que como rey debeis mirar.» Gandandel, que muy aquejado estaba en su voluntad porque moriese, pensando con aquello encender la enemistad mas de lo que estaba entre el rey Lisuarte é Amadís, dijo: «Señor, en ninguna manera no deben ser estas doncellas oidas; pues que sin otra condicion alguna, salvo si aquella tierra no vos fuese entregada, á la muerte se condenaron, é por esto se debe luego, sin mas en ello dar dilacion alguna, la justicia ejecutar.»

Don Grumedan, amo de la Reina, que era un muy leal caballero é gran sabidor en todas las cosas de honra, como aquel que con las armas por obra lo experimentara, é con su sotil ingenio muchas veces lo leyera, dijo: «Eso no fará el Rey, si á Dios ploguiere, ni tal crueza ni desmesura por él pasará; que esta doncella, mas costreñida por la obediencia debida á su madre que por su voluntad, fué en esta demanda puesta; é así como en lo oculto aquella húmildad de Dios gradecida le será, así en lo público el Rey, como su ministro, siguiendo sus dotrinas, lo debe facer; cuanto mas que yo he sabido cómo en estos tres dias serán aquí algunos caballeros de la ínsola Firme, que vienen á razonar por ellas; é si vos, don Gandandel ó vuestros fijos, quisiérdes mantener la razon que aquí dejistes, entre ellos fallaréis quien os responda.» Gandandel le dijo: «Don Grumedan, si vos me quereis mal, nunca os lo merecí yo; é si á mis fijos habeis así afrentado, bien sabeis vos que son tales que manternán como caballeros todo lo que yo dijere.—Cerca estamos de lo ver, dijo don Grumedan, é á vos no os quiero yo mas mal ni bien de como viere que al Rey aconsejais.» El Rey, como quiera que mucho contra toda razon á Amadís errara, y en su pensamiento toviese de le enojar en las cosas que le tocasen, no pudo tanto, que aquella nueva pasion que á la vieja é antigua virtud suya tenia podiese vencer; é como oyó lo que don Grumedan dijo, plógole dello, é preguntóle cuáles eran los caballeros que venian por delibrar las doncellas, é él gelos contó todos por nombre. «Asaz hay ende, dijo el Rey, de buenos caballeros y entendidos.» Cuando Gandandel los oyó nombrar, mucho fué espantado é muy arrepentido por lo que de sus fijos dijera, que bien veia él que la bondad dellos no igualaba con gran parte á la de don Florestan é Agrájes é Brian de Monjaste é Gavarte de Val Temeroso. Y tanto que el Rey mandó tornar á Madasima é á sus doncellas á la prision, él se fué á Brocadan, su cuñado, con gran angustia de su corazon, porque las cosas le venian mucho al contrario de lo que al comienzo pensara, recibiendo el galardon que los méritos de la maldad merecen. Aquí acaeció lo que el Evangelio dice: «No haber cosa oculta que sabida no sea;» que este Gandandel se fué con Brocadan á su casa, en lugar apartado, para haber consejo sobre la venida de los caballeros de la ínsola Firme, como ante que llegasen trabajasen con el Rey cómo ficiesen matar á Madasima é á sus doncellas.

Pues allí estando Brocadan culpando mucho á Gandandel el mal que á Amadís ficiera en lo mezclar con el Rey sin que gelo mereciese, é todas las otras cosas que en aquella mala negociacion habian pasado, é mostrando gran cuita é pesar del mal consejo que tomaron, temiendo alcanzar presto la ira de Dios y del Rey, perdiendo sus honras é fijos, por cuya causa lo comenzaran, acaeció que una sobrina deste Brocadan, siendo enamorada de un caballero mancebo, que Sarquíles se llamaba, sobrino de Angriote de Estravaus, que teniéndolo encerrado en un destajo junto con aquella cámara donde ellos solos é apartados habian su consejo, oyó todo cuanto fablaban é sopo todos sus malos secretos, de que muy maravillado fué; y desque ellos se fueron, é la noche venida, salió de allí é armándose de todas sus armas en una casa fuerte de la villa, donde las dejara, cabalgó en su caballo en la mañana, como que de otra parte viniese, é fuése al palacio del Rey, é fa-

blando con él, le dijo: «Señor, yo soy vuestro natural y en vuestra casa fuí criado, é querríavos guardar de todo mal y engaño porque no errásedes en vuestra facienda, cumpliendo la ajena voluntad, y no há tercero dia que estando en un logar oí que algunos vos quieren dar mal consejo contra vuestra honra é buena nombradía; é dígoos que no déis fé á lo que Gandandel é Brocadan os dijeren en fecho de Madasima é sus doncellas; pues que en vuestra corte hay tales personas que con menos engaño vos consejarán, é lo que á esto me mueve vos lo sabréis é cuantos aquí hay antes de doce dias; é si parárdes mientes en lo que estos que digo vos dirán, luego podeis entender que algo dello sabia yo; y, Señor, quedad con Dios, que yo me voy á mi tio Angriote.—A Dios vayais», dijo el Rey, é quedó pensando en aquello que le habia dicho, é Sarquíles cabalgó en su caballo é por un atajo que él sabia se fué lo mas presto que pudo á la ínsola Firme, é con el trabajo del camino llegó el caballo flaco y laso, que ya llevar no le podia, é falló á Amadís é Angriote é don Bruneo de Bonamar, que cabalgaban andando por la ribera de la mar, haciendo aderezar fustas para pasar en Gaula, que Amadís queria ver á su padre é madre; é fué bien recebido dellos. Angriote le dijo: «Sobrino, ¿qué cuita hobistes, que tan mal parado el caballo traeis?—Muy grande, dijo él, por os ver y contar una cosa que es menester que sepais.»

Entonces les contó cómo le toviera la doncella, que Gandaza habia nombre, encerrado en casa de Brocadan, é todo lo que á él é Gandandel les oyera de la maldad que á Amadís habian con el Rey tratado. Angriote dijo: «¿Contra Amadís? ¿Paréceos, Señor, si mi sospecha era desviada de la verdad, aunque no me dejastes llegarla al cabo? Mas agora, si á Dios ploguiere, ni vos ni otra cosa me estorbará que claramentè no parezca la gran maldad de aquellos malos que tan gran traicion han hecho al Rey é á vos.» Amadís le dijo: «Agora, mi buen amigo, con mas certidumbre é razon que entonces lo podeis tomar é con aquella vos ayudará Dios. —Pues yo saliré de aquí, dijo Angriote, mañana al alba del dia, é irá Sarquíles, en otro caballo, comigo, é presto sabréis la paga que aquellos malos de su maldad habrán.» E luego se fueron á la posada de Amadís, que allí siempre con él estaba Angriote, é aderezaron todo lo que habian menester para el camino, é otro dia cabalgaron é fuéronse donde sopieron que el rey Lisuarte era, el cual estaba muy pensativo de las cosas que Sarquíles le dijera, y él aguardó por ver á qué podrian redundar. Pues un dia vinieron á él Gandandel é Brocadan é dijéronle: «Señor, mucho nos pesa porque no teneis mientes en vuestra facienda.—Bien puede ser, dijo el Rey, mas ¿por qué me lo decis?—Por aquellos caballeros, dijeron ellos, que de la ínsola Firme vienen, que son vuestros enemigos, é sin ningun temor quieren entrar en vuestra corte á salvar estas doncellas, por quien habeis de haber su tierra; é si nuestro consejo tomárdes, antes que vengan serán ellas descabezadas, é á ellos enviarles á mandar que no entren en vuestra tierra, é con esto seréis temido, que ni Amadís ni ellos no osarán faceros enojo; que, segun la cosa en el estado en que es puesta, si de miedo no lo dejan, no lo dejarán de virtud; y esto, Señor, mandadlo luego sin mas consejo ni dilacion; porque las cosas apresuradamente fechas, semejantes como estas, mayor espanto ponen.» El Rey, que en la memoria tenia lo que Sarquíles le dijera, luego conoció que habia dicho verdad en verlos cómo se acuitaban por la muerte de las doncellas, é no se quiso arrebatar, antes les dijo: «Vos decis dos cosas muy fuertes é contra toda razon; la una, que sin forma de juicio faga matar las dóncellas; ¿qué cuenta daria yo á aquel Señor cuyo ministro soy, si tal ficiese? Que en su lugar me puso para que las cosas justamente semejantes á él en su nombre obrase, é si faciendo tuerto é agravio, pusiese aquel gran espanto en las gentes que decis, todo aquello con derecho é con razon caeria al cabo sobre mí; porque los réyes que mas por voluntad que por razon facen las cruezas, mas confian en su saber que en el de Dios, lo cual es el mayor yerro que tener pueden; así que, lo verdadero é mas cierto para se asegurar cualquiera príncipe en este mundo y en el otro, es hacer las cosas con acuerdo é consejo de personas de buena intencion, é pensar que aunque al comienzo algunos entrevalos se lès pongan, en la fin, pues que por el justo juez han de ser guiadas, la salida no puede ser sino buena. La otra que me decis, que envie á mandar que los caballeros no vengan á mi corte, cosa muy deshonesta seria desviar á ninguno que ante mí no pida justicia, cuanto mas que si son mucho mis enemigos, por mucha honra es á mí ser en mi mano é voluntad de hacer lo que ellos me suplicarán, é con necesidad vengan á mi juicio; así que, no faré ninguna cosa desto que me decis, ni lo tengo por bien; é mucho menos lo que contra Amadís me consejastes, de lo que yo gran pena merezco, porque nunca dél é de su linaje recebí sino muchos servicios; é si algo en contra tovieran, otros algunos sopieran ó sospecharan dello; pero otra prueba no parece sino sola la vuestra. Consejástesme muy mal, é dañastes á quien nunca os lo mereció; yo, que erré, tengo la pena, é así creo que vosotros al cabo, si la verdad no trajistes, no quedaréis sin ella.» E levantándose de entre ellos, se fué para sus caballeros.

Gandandel quedó muy espantado cuando así vió al Rey; y porque no sabia ninguna cosa por donde afirmase lo que habia dicho, Brocadan le dijo: «Ya no es tiempo, Gandandel, de tornar atrás; que en cosa tan dañada poco aprovecharia; antes agora con mas esfuerzo se debe sostener todo lo que al Rey dejimos.—No sé yo cómo se podrá eso hacer, dijo Gandandel; que no se hallaria persona que dijese sino lo contrario.» Así estaban revolviendo en sus entrañas, para que el yerro que ficieran fuese mayor; que esto es lo natural de los malos. Otro dia cabalgó el Rey con gran compaña despues de haber oido misa; salióse al campo, é no tardó mucho que llegaron los caballeros de la ínsola Firme, que venian á la deliberacion de Madasima é de sus doncellas; y el Rey, que los vió venir, movió contra ellos á los recebir; porque lo merecian, segun sus grandes bondades, é porque él era muy honrador de todos; y ellos fueron ante él con mucha humildad; é sus hombres armaron tiendas en el campo en que albergasen, é fasta allí fué el Rey con ellos; é queriéndose

ir, díjole don Galvánes: «Señor, confiando en vuestra virtud y en vuestras buenas é justas maneras, venimos á os pedir por merced que querais oir á Madasima é á sus doncellas, é pasen por su derecho; é nos somos aquí para mantener su razon; é si con ella no podemos, no vos pese, Señor, que por armas lo sostengamos; pues no hay causa por donde ellas deban morir.» El Rey dijo: «Desde hoy mas id á folgar á vuestro albergue; que yo faré todo lo que con derecho deba.» Don Brian de Monjaste le dijo: «Señor, así lo esperamos de vos, que haréis aquello vuestro real estado et á vuestra conciencia conviene, é si algo dello faltare, será por algunos malos consejeros, que no guardan vuestra honra ni fama; lo cual si á vos, Señor, no pesase, faria yo luego conocer á cualquiera que lo contrario dijese.—Don Brian, dijo el Rey, si vos creyésedes á vuestro padre, yo sé bien que me no dejaríades por otro, ni verníades á razonar contra mí.—Señor, dijo Brian, la mi razon por vos es; que yo no digo que fagais sino derecho, que no deis logar á algunos que por ventura no vos servirán tan bien como yo, á que dañen vuestra bondad; é á lo que me decis, que si á mi padre creyese que vos no dejaria, yo no os dejé, porque nunca vuestro fuí, aunque soy de vuestro linaje; é yo vine á vuestra casa á buscar á mi cohermano Amadís, é cuando á vos no plogo que él fuese vuestro, fuéme con él, no errando un punto de lo que debia.» Esto pasó Brian de Monjaste que ois. El Rey se fué á la villa, y ellos quedaron en sus albergues, donde fueron visitados de muchos amigos suyos. De Oriana os digo que se nunca quitó de una finiestra, mirando aquellos que tanto á su amigo amaban, rogando á Dios que les diese vitoria en aquella demanda.

Aquella noche estovieron Gandandel é Brocadan con angustia de sus ánimos, porque no fallaban razon aguisada para sostener lo que comenzado habian; pero por mas peligro fallaban dejarlo ya caer; é por esto acordaron de lo llevar adelante. Otro dia de mañana fueron á oir misa con el Rey los doce caballeros; é dicha, el Rey se fué con los de su consejo é con otros muchos hombres buenos á un palacio, é mandó llamar á Gandandel é á Brocadan é díjoles: «La razon que me siempre dejistes en el fecho de Madasima y de sus doncellas, agora es menester que la mantengais, é deis á entender á estos hombres buenos cómo no deben ser oidos.» E mandólos estar en un lugar donde los oyesen. Imosil de Borgoña é Ledaderin de Fajarque dijeron delante del Rey: «Nos y estos caballeros que aquí venimos, os pedimos en merced que mandeis oir á Madasima é á sus doncellas, porque entendemos que así lo debeis facer de derecho.» Gandandel dijo: «El derecho muchos son los que le razonan é pocos los que lo conocen; vos decis que deben estas doncellas de derecho ser oidas, lo cual de derecho no debe ser, pues sin condicion alguna se obligaron á la muerte, é así entraron en la prision del Rey; que si Ardan Canileo fuese muerto y vencido, le entregarian libremente toda la ínsola de Mongaza, é si no, que las matasen, é á los caballeros con ellas. Y ellos, despues de muerto Ardan Canileo, entregaron los castillos que tenian, é Gromadaza no quiere entregar lo que tiene; así que, no hay ni puede haber razon para las excusar de morir.» Imosil dijo: «Ciertamente, Gandandel, excusado debia ser á vos delante de tan buen rey é tales caballeros razonar esto que aquí dejistes, pues que siendo tan contra derecho, que mas con dañada voluntad que por otra justa causa lo habeis dicho; que manifiesto es á todos los que algo saben, que por cualquiera pleito que hombre ó mujer sobre sí ponga, si no es en caso de traicion ó aleve, debe ser oido é juzgado á muerte ó á vida, segun la culpa que toviere; é así se face en las tierras donde hay justicia, é lo al seria gran crueza; y esto es lo que pedimos al Rey, que lo vea con estos hombres buenos que aquí son, é faga lo justo.» Gandandel le dijo que aquello era tan injusto, que se no podia mas decir, y que el Rey lo juzgase, pues que ya habia oido las partes; é así quedó el negocio, y quedando allí el Rey é ciertos caballeros, todos los otros se fueron.

El Rey quisiera mucho que Argámonte, su tio, un conde muy honrado é de gran seso, dijera sobre ello su parecer; mas él gelo remitió á él, diciendo que ninguno sabia el derecho tan complidamente como él; é así lo ficieron todos los otros. Cuando esto el Rey vió dijo: «Pues en mí lo dejais, yo digo que me parece cosa guisada la razon de Imosil de Borgoña, que las doncellas deben ser oidas.—Ciertamente, Señor, dijo el Conde é todos los otros, vos determinais lo justo, é así se debe facer.» Entonces llamaron los caballeros é dijérongelo. E Imosil y Ledaderin le besaron las manos por ello, é dijeron: «Pues, Señor, si la vuestra merced fuere, mandad venir á Madasima é á sus doncellas, é salvarlas hemos con derecha razon, ó con armas si menester fuere.—Bien me place que así sea, dijo el Rey; é vengan las doncellas, y verémos si os otorgarán su razon.» E luego fueron por ellas, é vinieron delante del Rey con tan gran temor é tan apuestas, que no habia allí hombre que gran piedad dellas no hobiese. Los doce caballeros de la ínsola Firme las tomaron por las manos, é á Madasima Agrájes é Florestan. Imosil é Ledaderin dijeron: «Señora Madasima, estos caballeros vienen por vos salvar de la muerte, é á vuestras doncellas. El Rey quiere saber si nos otorgais vuestra razon.» Ella dijo: «Señores, si razon de doncellas cativas é sin ventura puede ser otorgada, nosotras vos lo otorgamos, y en Dios é vos nos ponemos.—Pues que así es, dijo Imosil, agora venga quien quisiere decir contra vos; que si uno fuere, yo vos defenderé por razon ó por armas, é si mas, vengan fasta doce, que aquí serán respondidos.» Y el Rey miró á Gandandel é á Brocadan, é vió cómo tenian los ojos en el suelo, é muy desmayados, que no respondian; dijo á los caballeros de la ínsola Firme: «Id vos á vuestras posadas fasta mañana, y en tanto tomarán acuerdo los que vos querrán responder.» Entonces se fueron con Madasima fasta la prision, é desde allí á sus posadas, y el Rey tomó aparte á Gandandel é á Brocadan, é díjoles: «Muchas veces me habeis dicho é consejado que era justo de matar estas doncellas, y que vosotros lo defenderíades por derecha razon, é aun, si menester fuese, vuestros fijos por armas. Agora es tiempo que lo fagais; que yo, porque me parece hermosa é justa razon lo

que Imosil dice, no mandaré combatir ninguno de mi corte con estos caballeros; por ende poned remedio; si no, las doncellas serán libres, é yo no bien aconsejado de vosotros.» Y ellos le dijeron que luego de mañana vernian con recaudo, é fuéronse muy tristes á sus casas. E fué su acuerdo que porfiasen lo que comenzaran con buenas razones; mas á sus fijos no los poner en afrenta, porque su razon no era verdadera, y ellos no eran tales en armas como aquellos caballeros; mas esa noche llegó nueva al Rey cómo Gromadaza la giganta era muerta, é que mandó entregar los castillos al Rey por delibrar á su fija é sus doncellas, y que ya los tenia en su poder el conde Latine, de que hobo gran placer; é otro dia despues de la misa sentóse allí donde habia de juzgar, é vinieron ante él los doce caballeros, é díjoles: «De hoy mas no fableis en fecho de las doncellas; que vos sois quitos dél, é Madasima é sus doncellas son libres de muerte é de la prision; que yo tengo ya los castillos porque las tenia presas.» Desto hobieron muy gran placer Gandandel é Brocadan, por cuanto no esperaban sino gran deshonra, é luego mandó venir á Madasima é sus doncellas, é díjoles: «Vosotras sois libres é vos doy por quitas; faced lo que mas vos ploguiere; que yo tengo los castillos porque vos tenia.» E no le quiso decir cómo su madre era muerta. Madasima le quiso besar las manos, mas el Rey no quiso, como aquel que las nunca dió á dueña ni doncella sino cuando les facia alguna merced, é díjole: «Señor, pues que en mi libre poder me dejais, yo me pongo en el de mi señor don Galvánes, que á tanto trabajo se ha por mí puesto con sus amigos.» Agrájes la tomó por la mano, é dijo: «Mi buena señora, vos habeis fecho lo que debíades, é como quiera que agora seais de vuestra tierra desheredada, otra habeis en que honrada estéis hasta que Dios lo remedie.» Imosil dijo al Rey: «Señor, si á Madasima se le guarda derecho, no debe ser desheredada; que sabido es que los fijos que en poder de sus padres están, aunque les pese, han de facer su mandado; pero por eso no se pueden condenar á ser desheredados, pues que la obediencia mas que la voluntad los face obligar en lo que sus padres quieren; é pues que vos, Señor, estáis para dar á cada uno su derecho, obligado sois de lo facer de vos mismo por dar ejemplo á los otros.—Imosil, dijo el Rey, las doncellas teneis libres; en lo otro no fableis, porque de aquella tierra he habido muchos enojos; é agora que la tengo defenderla he, é no la puedo quitar á mi fija Leonoreta, á quien la dí.» Don Galvánes le dijo: «Señor, en aquel derecho que es de Madasima aquella tierra que fué de sus abuelos, en aquel só yo metido, é ruégoos que os membreis de algunos servicios que os fice, é no me querais desheredar, pues que yo quiero ser vuestro vasallo y en la vuestra merced, é serviros con ella lo mas lealmente é mejor que podiere.—Don Galvánes, dijo el Rey, no fableis en eso; que ya es hecho lo que se no puede desfacer.—Pues que así es, dijo él, que no me vale derecho ni mesura, yo punaré de la haber como mejor podiere, y que no entre en el vuestro señorío.—Faced lo que podiérdes, dijo el Rey; que ya fué en poder de otros mas bravos que no vos, é mas ligero será de os la defender que fué de la cobrar dellos.—Vos la teneis, dijo don Galvánes, por causa de aquel que ha mal galardon, el cual me ayudará á la cobrar.» El Rey dijo: «Si vos él ayudare, muchos otros servirán á mí, que no servian por amor dél, que lo tenia en mi casa, é lo defendia dellos.» Agrájes, que estaba sañudo, dijo: «Cierto, bien saben cuantos aquí están y otros muchos si fué Amadís por vos defendido, ó vos por él, aunque sois rey, y él, que siempre como caballero andante andovo.» Don Florestan, que vió á Agrájes con tanta saña, púsole la mano en el hombro é tirólo ya cuanto, é pasó adelante é dijo al Rey: «Parece, Señor, que en mas teneis los servicios desos que decis que los de Amadís; pues cerca estamos de mostrar la verdad dello.» Don Brian de Monjaste pasó por Florestan é dijo: «Aunque vos, Señor, en poco tengais los servicios de Amadís é de sus amigos, mucho han de valer aquellos que con razon los podiesen poner en olvido.» El Rey dijo: «Bien entiendo, don Brian, en vuestro semblante que sois uno de aquellos sus amigos.—Ciertamente, dijo él, sí soy; que él es mi cohermano é tengo de seguir en todo su voluntad.—Bien habrémos acá con qué os excusar, dijo el Rey.—Todo será menester, dijo él, para resistir lo que Amadís podrá facer.»

Entonces se llegaron de un cabo y de otro los caballeros para responder; mas el Rey tendió una vara que en la mano tenia, é mandóles que no fablasen mas en aquello, é todos se tornaron á sentar. Entonces llegó Angriote de Estravaus, é con él su sobrino Sarquíles, armado de todas armas, é llegaron al Rey á le besar las manos. Los doce caballeros fueron maravillados de su venida, que no sabian la causa della; mas Gandandel é Brocadan fueron en pavor puestos, é mirábanse uno á otro, así como aquellos que sabian lo que Angriote dellos ante dijera, é creian que por aquello venia; é aunque le tenian por el mejor caballero del señorío del Rey, esforzáronse para responderle, é llamaron á sus fijos cab'ellos, é mandáronles que no fablasen mas de lo que ellos les dijesen. Angriote fué delante del Rey é díjole: «Señor, manda venir aquí á Gandandel é á Brocadan, é decirles he tales cosas por donde vos é los que aquí están los conozcan mejor que fasta aquí.» El Rey los mandó venir, é todos se llegaron por ver qué seria aquello, é Angriote dijo: «Señor, sabed que estos Gandandel é Brocadan vos son desleales é falsos, que os consejaron mal é falsamente, no mirando á Dios ni á vos ni á Amadís, que tantas honras les fizo é nunca les erró, y ellos como malos os dijeron que Amadís andaba por se os alzar con la tierra; aquel que nunca su pensamiento fué sino en vos servir; é ficiéronvos perder el mejor hombre que nunca rey tuvo, é con él muchos ótros buenos caballeros sin que gelo mereciesen. Así que, yo, Señor, delante de vos les digo que son malos é falsos é vos ficieron gran traicion, fiando dellos vuestra facienda; é si dijeren que no, yo gelo combatiré á ellos ambos, é si su edad los excusa, metan por sí sendos de sus fijos, que con el ayuda de Dios yo les faré conocer la deslealtad de sus padres; é que vos, buen Rey, así lo conozcais.—Señor, dijo Gandandel, ya veis cómo Angriote viene por deshonrar vuestra corte, y esto causa que dejais entrar en vuestra tierra los que no quieren

vuestro servicio, é si lo primero se remediara, no viniera á lo presente; é no os maravilleis, Señor, si Amadís viniere otro dia á desafiar á vos mismo. E si Angriote me tomara en aquel tiempo que yo con las armas fice muchos servicios en honra de vuestro reino á vuestro hermano el rey Falangris, no osara decir lo que dice; mas de que me ve viejo é flaco, atrévese como á cosa vencida, y esta mengua mas á vos que á mí atañe.—No, don malo, dijo Angriote; que ya vuestras falsas mezclas, pues que descobiertas son, no pueden dañar; que bastar deben en lo que con ellas el Rey posistes; que yo no vengo á revolver ni deshonrar á su corte, antes en su honra á sacar aquella mala simiente que á la buena de aquí echó.» Sarquíles dijo: «Señor, bien sabeis que las palabras que sobre esto vos hobe dicho, que no han pasado muchos dias, é por ellas conoceréis ser verdad lo que mi señor é mi tio Angriote dice; lo cual por mis orejas yo oí toda la maldad que estos dos malos ficieron en os poner en sospecha contra Amadís é su linaje; é si dicen que no es así, é por viejos se excusan, respondan sus fijos, que son fuertes é mancebos, ellos tres á nosotros dos; é Dios mostrará la verdad, é allí se verá si son ellos tales que puedan excusar de vuestro servicio Amadís é á su linaje, como sus padres lo fablaban.»

Cuando los fijos deste vieron á su padre tan menguado de razon, é que todos los del palacio se reian de lo ver tan mal parado, metiéronse con gran saña por entre la gente, desviando con fuerza á unos é á otros, é como fueron delante del Rey dijeron: «Señor, Angriote miente en cuanto ha dicho de nuestro padre é de Brocadan; é nos gelo combatirémos, é veis aquí nuestros gajes.» Y echaron en el regazo del Rey sendas luas, é Angriote le tendió la falda de la loriga é dijo: «Señor, veis aquí el mio, é luego se vayan armar, é vos, Señor, veréis la batalla.» El Rey dijo: «Lo mas del dia es ya pasado, que no hay tiempo de os combatir, é mañana despues de misa aparejad-os para la batalla, é poneros hemos en el campo.» Entonces llegó allí un caballero, que Adamas habia nombre, que era fijo de Brocadan é de la hermana de Gandandel, é como quiera que de gran cuerpo é valiente fuerza fuese, era muy villano de condicion; así que, todos se despagaban dél, é dijo al Rey: «Señor, digo que en todo lo que Sarquíles dijo mintió, é yo gelo combatiré mañana si con su tio en el campo osare entrar.» Sarquíles fué desto alegre, por se fallar en compañía de su tio, é dió luego su gaje al Rey que él queria la batalla. Entonces mandó el Rey que todos se fuesen á sus posadas, é así se fizo; que Angriote é Sarquíles se fueron con los doce caballeros, é llevaron consigo á Madasima é á sus doncellas, que ya de la Reina é de Oriana era despedida. E la Reina le mandó dar una tienda muy rica en que estoviese. El Rey quedó con don Grumedan é con Giontes, su sobrino, é mandó llamar á Gandandel é á Brocadan, é díjoles: «Muy maravillado soy de vosotros haberme dicho tantas veces que Amadís me queria facer traicion, é alzárseme con la tierra; é agora, que tanto la prueba dello era necesaria, así lo dejastes caer, é habeis puesto á vuestros fijos pleito que no saben la justicia que de su parte tienen; mucho habeis errado á Dios é á mí; y en gran mal me metistes, en me facer perder tal hombre é tales caballeros; é vosotros no quedaréis sin pena, porque aquel justo Juez la dará á quien la merece.—Señor, dijo Gandandel, mis fijos se adelantaron, pensando que la prueba tardaria.—Ciertamente, dijo Grumedan, ellos pensaron verdad, porque no hay ni habrá ninguna contra Amadís en esto ni en otra cosa en que al Rey errado haya; é si vosotros lo sospechais, fué contra razon; que aun los diablos del infierno no lo podieran pensar; é si el Rey os cortase mil cabezas que toviésedes, no seria vengado del daño que le fecistes; pero vosotros quedaréis, é quiera Dios que no sea para mas mal, é los cuitados de vuestros fijos padecerán la culpa vuestra.—Don Grumedan, dijeron ellos, aunque vos así lo tengais é lo querríades, esperanza tenemos que nuestros fijos sacarán adelante nuestras honras é las suyas.—Dios no me salve, dijo Grumedan, si yo mas lo querria de cuanto el consejo, bueno ó malo, que al Rey distes lo merece.» Entonces les mandó el Rey que no fablasen en ello mas, pues que era ya excusado, é fuése á comer, é los otros á sus casas.

Esa noche aderezaron los unos é los otros sus armas é sus caballos, é Angriote é Sarquíles velaron la media noche arriba en una ermita de santa María que allí cabe sus tiendas era, é al alba del dia armáronse todos los doce caballeros, que recelaban del Rey, porque le veian sañudo contra ellos, é tomaron consigo á Madasima é sus doncellas en sus palafrenes, cada uno la suya, é Angriote é Sarquíles delante dellos, é así entraron por la villa é se fueron al campo donde la batalla habia de ser; que ya el Rey é todos los caballeros é otras gentes allí estaban, é tres jueces para la juzgar: el uno era el rey Arban de Norgales, y el otro Giontes, sobrino del Rey, y el tercero Quinorante, el buen justador; é tomaron á Angriote é Sarquíles, é pusiéronlos á un cabo del campo; é luego vinieron Tarin é Corian, los dos hermanos, é Adamas, el cohermano, y entraron en el campo muy bien armados y en fermosos caballos, en disposicion de facer todo bien si la maldad de sus padres no gelo estorbara; é puestos los unos contra los otros, Giontes tocó una trompa que tenia, é los caballeros movieron al mas correr de sus caballos, é Corian é Tarin enderezaron á Angriote, é Adamas á Sarquíles, é Tarin firió á Angriote de tal encuentro, que la lanza voló en piezas; é Angriote encontró á Corian en el escudo tan bravamente, que le lanzó por cima de las ancas del caballo, é cuando tornó á Tarin, viólo estar con la espada en la mano, é como vió á su hermano en el suelo, fué con saña contra Angriote, é cuidó lo ferir en el yelmo; mas echó ante el golpe de manera, que dió al caballo en la cabeza un gran golpe, é cortóle un pedazo della é las cabezadas; así que, el freno se le cayó en los pechos; é como llegó desapoderado, así venia para él Angriote, é topáronse con los escudos uno con otro tan fuertemente, que Tarin fué á tierra desacordado; é Angriote, que así vió el caballo, saltó dél lo mas presto que podo, como aquel que ligero é valiente era, é se habia muchas veces visto en semejantes peligros; é como fué á pié, embrazó su escudo é puso mano á su espada, con la cual muchos é grandes golpes ya otras veces diera, é fuése yendo contra los dos hermanos que

juntos estaban, é vió cómo su sobrino Sarquíles se combatia con Adamas á caballo de las espadas bravamente; é llegando á ellos, tomáronle en medio é firiéronle de grandes golpes, como aquellos que eran valientes é de gran fuerza; mas Angriote se defendia, poniendo al uno el escudo é al otro con el espada, de manera que los facia revolver, que no alcanzaba golpe en lleno que las armas no derribase fasta tierra; que, como se vos ha dicho, este caballero era el mejor feridor de espada que ninguno de los caballeros del señorío del Rey. Así que, en poco rato los paró tales, que los escudos eran fechos rajas é las lorigas rotas por muchos logares, que la sangre salia por ellos; pero él no estaba tan sano, que muchas llagas no toviese, é mucha sangre se le iba. Sarquíles, cuando así vió á su tio, y que él no podia vencer á Adamas, quísose poner en toda aventura, é puso las espuelas muy reciamente á su caballo, é juntó con él á brazos, é andovieron asidos una pieza, trabajando por se derribar; é como Angriote así los vió, llegóse lo mas presto que pudo contra ellos por socorrer á Sarquíles si debajo cayese, é los dos hermanos siguiéronle cuanto podian por socorrer á su hermano. En esto los dos caballeros cayeron abrazados en el suelo, é allí viérades una gran priesa entre ellos, Angriote por socorrer á su sobrino, é los otros á su cohermano; mas aquella hora facia Angriote maravillas en armas, en dar tan duros é tan teribles y esquivos golpes, que, por mucho que ficieron los dos hermanos, no podieron tanto resistir, que Adamas pudiese salir de las manos de Sarquíles. Cuando Gandandel é Brocadan esto vieron, que fasta allí tenian esperanza que la fuerza de sus hijos sosternia aquello que con gran maldad ellos urdieran, quitáronse de la ventana con gran dolor é angustia de sus corazones; é así lo fizo el Rey, que de toda la buena andanza de aquellos que amigos eran de Amadís le pesaba, é no quiso ver el vencimiento é muerte de aquellos ni la vitoria de Angriote; mas todos los que allí estaban habian dello mucho placer, porque en este mundo pagasen aquellos malos Gandandel é Brocadan algo de la culpa que mereciesen; mas los cuatro caballeros que en el campo estaban no entendian sino en se ferir por todas partes de grandes golpes; pero no duró mucho, que Angriote é Sarquíles cargaron de tantos golpes á los dos hermanos, que ya no tenian defensa alguna ni facian sino retraerse, buscando alguna guarida, é no la fallando, daban algunos golpes é tornaban á fuir, pensando de se valer por salvarse las vidas; mas en el cabo fueron derribados, no pudiendo sufrir los golpes que sus enemigos les daban, é fueron muertos por sus manos, con mucho placer de la muy fermosa Madasima é de los caballeros de la ínsola Firme, é mas de Oriana é de Mabilia, que nunca cesaban de rogar á Dios por ellos que les diese aquella vitoria que habian alcanzado. Entonces Angriote preguntó á los jueces si habia mas de hacer. Ellos le dijeron que asaz habia fecho para complimiento de su honra; é sacándolos del campo, los tomaron sus compañeros, é con Madasima se tornaron á sus tiendas, donde los ficieron de sus llagas curar.

ACÁBASE EL SEGUNDO LIBRO DE AMADÍS DE GAULA.

SUMARIO DEL TERCERO LIBRO DE AMADÍS DE GAULA,

EN EL CUAL SE CUENTA DE LAS GRANDES DISCORDIAS É ZIZAÑAS QUE EN LA CASA É CORTE DEL REY LISUARTE HOBO POR EL MAL CONSEJO QUE GANDANDEL DIÓ AL REY POR DAÑAR Á AMADÍS Y Á SUS PARIENTES É AMIGOS; PARA EN COMIENZO DE LO CUAL, MANDÓ EL REY Á ANGRIOTE É Á SU SOBRINO QUE SALIESEN DE SU CORTE Y SUS SEÑORÍOS, Y LOS ENVIÓ Á DESAFIAR, Y ELLOS LE TORNARON LA CONFIRMACION DEL DESAFÍO, COMO ADELANTE SE CONTARÁ.

INTRODUCCION.

Cuenta la historia que seyendo muertos los hijos de Gandandel é Brocadan por la mano de Angriote de Estravaus y de su sobrino Sarquíles (como habeis oido), los doce caballeros con Madasima con mucha alegría los llevaron á sus tiendas; mas el rey Lisuarte, que de la finiestra se quitó por los no ver morir, no por el bien que los quería, que ya como á sus padres los tenia por malos, mas por la honra que dello Amadís alcanzaba con algun menoscabo de su corte; pasando algunos dias que supo cómo Angriote é su sobrino estaban mejores de sus llagas, que podian cabalgar, envióles á decir que se fuesen de sus reinos y que no andoviesen mas por ellos; si no, que él lo mandaria remediar; de lo cual muy quejados aquellos caballeros, grandes quejas mostraron dello á don Grumedan é á otros caballeros de la corte que allí por les hacer honra los iban á ver, especialmente don Brian de Monjaste y Gavarte de Val Temeroso, diciendo que, pues el Rey, olvidando los grandes servicios que le ficieran, así los trataba y extrañaba de sí, que se no maravillase si tornados al contrario, pesase en mayor cuantidad lo por venir que lo pasado; y levantando sus tiendas, recogida toda su compaña, en el camino de la ínsola Firme se posieron; é al tercero dia fallaron en una ermita á Gandeza, la sobrina de Brocadan é amiga de Sarquíles, aquella que le tuvo encerrado donde oyó é supo toda la maldad que su tio Gandandel contra Amadís urdiera, así como ya es contado; la cual fuyó de miedo que por ello hobo; é hobieron mucho placer con ella, en especial Sarquíles, que la mucho amaba;

é tomándola consigo, continuaron su camino. El rey Lisuarte, que por no ver la buena ventura de Angriote é su sobrino se quitó de la finiestra, como se ha dicho, entróse á su palacio muy sañudo, porque las cosas se iban faciendo á la honra y prez de Amadís y de sus amigos; é allí se fallaron don Grumedan é los otros caballeros, que venian de salir con los que á la ínsola Firme iban, é dijéronle todo lo que les habian dicho y la queja que dél llevaban; lo cual en mucha mas saña é alteracion le puso, é dijo: «Aunque el sufrimiento es una discrecion muy preciada y en todas las mas cosas provechosa, algunas veces da gran ocasion á mayores yerros, así como con estos caballeros me contece, que si como ellos de mí se apartaron, me apartara yo de les mostrar buena voluntad y el gesto amoroso, no fueran osados, no solamente decir aquello que os dijeron, mas ni aun venir á mi corte ni entrar en mi tierra; pero, como yo fice lo que la razon me obligaba, así Dios terná por bien en el cabo de me dar la honra, y á ellos la paga de su locura; é quiero que luego me los vayan á desafiar, é Amadís con ellos, por quien todos se mandan; é allí se mostrará á lo que sus soberbias bastan.» Arban, rey de Norgales, que amaba el servicio del Rey, le dijo: «Señor, mucho debeis mirar esto que decis antes que se faga, así por el gran valor de aquellos caballeros, que tanto pueden, como por haber mostrado Dios tan claramente ser la justicia de su parte; que si así no fuera, aunque Angriote es buen caballero, no se partiera de los dos fijos de Gandandel, que por tan valientes y esforzados eran tenidos, de tal forma, ni Sarquíles de Adamas, como se partió; por donde parece que la gran razon que mantenian les dió é otorgó aquella vitoria; y por esto, Señor, ternia yo por bien que se tornasen para vuestro servicio; que no es pro de ningun rey trabar guerra con los suyos, podiéndola excusar; que todos los daños que de la una parte á otra se facen, é las gentes é haberes que se pierden, el Rey lo pierde sin ganar honra ninguna en vencer ni sobrar á sus vasallos, é muchas veces de tales discordias se causan grandes daños, que se da ocasion de poner en nuevos pensamientos á los reyes é grandes señores comarcanos, que con alguna premia de sujecion estaban, de trabajar de salir della, é cobrar en lo presente mucho mas de lo que en lo pasado perdido tenian; é lo que mas se debe temer, es no dar lugar á que los vasallos pierdan el temor é la vergüenza á sus señores, que gobernándolos con templada discrecion, sojuzgándolos con mas amor que temor, pueden los tener é mandar como el buen pastor al ganado; mas si mas premia que pueden sofrir les ponen, acaece muchas veces saltar todos por do el primero salta, é cuando el yerro es conoscido, ser la emienda dificultosa de recebir; así que, Señor, agora es tiempo de lo remediar, antes que mas la saña se encienda; que Amadís es tan homilde en vuestras cosas, que con poca premia lo podeis cobrar, é con él á todos aquellos que por él de vos se partieron.» El Rey le dijo: «Bien decis en todo; mas yo no daré aquello que dí á mi fija Leonoreta, que ellos me demandaron; ni su poder, aunque grande es, no es nada con el mio; é no me fableis mas en esto, mas aderezad armas é caballos para me servir, y de mañana partirá Cendil de Ganota para los desafiar á la ínsola Firme.—En el nombre de Dios, dijeron ellos, y él haga lo que tuviere por bien, é nosotros os serviremos.»

Entonces se fueron á sus posadas, y el Rey quedó en su palacio. Gandandel é Brocadan, sabréis que, como vieron sus fijos muertos, y ellos haber perdido este mundo y el otro, recibiendo aquello que en nuestros tiempos otros muchos semejantes no reciben, guardándolos Dios ó por su piedad para que se emienden, ó por su justicia para que junto lo paguen, no se emendando sin les quedar redencion, acordaron de se ir á una ínsola pequeña que habia Gandandel, de poca poblacion, é tomando sus muertos fijos é sus mujeres é compañas, se metieron en dos barcas que tenian para pasar á la ínsola de Mongaza, si Gromadaza la giganta no entregara los castillos; é con muchas lágrimas de todos ellos, é maldiciones de los que los veian ir, movieron del puerto, y llegaron donde mas la historia no face mencion dellos; pero puédese con razon creer que aquellos que las malas obras acompañan fasta la vejez, que con ellas dan fin á sus dias, si la gracia del muy alto Señor mas por su santa misericordia que por sus méritos no les viene, para que con tiempo sean reparados. Fizo pues el rey Lisuarte juntar en su palacio todos los grandes señores de su corte é los caballeros de menor estado; y quejándoseles de Amadís y de sus amigos de las soberbias que contra él habian dicho, les rogó que dello se doliesen así como él lo facia en las cosas que á ellos tocaba. Todos le dijeron que le servirian como á su señor en lo que les mandase. Entonces él llamó á Cendil de Ganota é dijo: «Cabalgad luego, é con una carta de creencia id á la ínsola Firme, y desafiadme á Amadís é á todos aquellos que la razon de don Galváñes mantener querrán, é decidles que se guarden de mí; que si puedo, yo les destruiré los cuerpos é los haberes do quiera que los falle, y que así lo farán todos los de mis señoríos.» Don Cendil, tomando recaudo, armado en su caballo, se poso luego en el camino, como aquel que deseaba complir mandado de su señor. El Rey estovo allí algunos dias, y partióse para una villa suya, que Gracedonia habia nombre, porque era muy viciosa de todas las cosas, de que mucho plogo á Oriana é á Mabilia, por ser cerca de Miraflores; y esto era porque se le acortaba á Oriana el tiempo en que debia parir, y pensaban que de allí mejor que de otra parte pornian en ello remedio. Et los doce caballeros que llevaban á Madasima andovieron por sus jornadas sin entrevalo alguno fasta que llegaron á dos leguas de la ínsola Firme, é allí cabe una ribera fallaron á Amadís, que les atendia con fasta dos mill é trecientos caballeros muy bien armados y encabalgados, que los recibió con mucho placer, haciendo é mostrando gran amor é acatamiento á Madasima, é abrazando muchas veces Amadís á Angriote, que por un mensajero de su hermano don Florestan sabia ya todo lo que les aviniera en la batalla; et así estando juntos con mucho placer, vieron descender por un camino de un alto monte á don Cendil de Ganota, caballero del rey Lisuarte, el que los venia á desafiar.

CAPITULO PRIMERO.

Cómo el caballero Cendil de Ganota, que traia el desafío, llegó á hacer su debido oficio, aunque á él de todo mucho le pesaba, y la respuesta y desafío que por los caballeros fué mandado al Rey.

El leal caballero Cendil, que muy prudente era, desque vió tanta gente é tan bien armada, las lágrimas le vinieron á los ojos, considerando ser todos aquellos partidos del servicio del Rey su señor, á quien él muy leal amigo y servidor era, con los cuales muy honrado é acrescentado estaba; mas alimpiando sus ojos, hizo el mejor semblante que pudo, como él lo tenia, que era muy hermoso caballero, é muy razonado y esforzado; y llegó á la gente, preguntando por Amadís, é mostrárongelo, que estaba con Madasima é con los caballeros que de camino llegaban. El se fué para ellos, é como le conoscieron, recibiéronle muy bien, y él los saluó con mucha cortesía é díjoles: «Señores, yo vengo á Amadís é á todos vosotros con mandado del Rey; é pues vos fallo juntos, bien será que lo oyais.» Estonces se llegaron todos por oir lo que diria, y Cendil dijo contra Amadís: «Señor, haced leer esa carta.» E como fué leida díjole: «Esta es de creencia; agora oid la embajada. Señor Amadís, el Rey mi señor vos manda desafiar á vos é á cuantos son de vuestro linaje, é á cuantos aquí estáis, é á los que se han de trabajar de ir á la ínsola de Mongaza; é díceos que de aquí adelante puneis de guardar vuestras tierras é haberes é cuerpos; que todo lo entiende destruir si podiere; é dícevos que excuseis de andar por su tierra; que no tomará ninguno que lo no faga matar.» Don Cuadragante dijo: «Don Cendil, vos habeis dicho lo que os mandaron é fecistes derecho; pues vuestro señor nos amenaza los cuerpos é haberes, estos caballeros digan por sí lo que quisieren; pero decidle vos por mí que aunque él es rey y señor de grandes tierras, que tanto amo yo mi cuerpo pobre como él ama el suyo rico; é aunque de fidalguía no le debo nada, que no es él de mas derechos reyes de ambas partes que yo; é pues me tengo de guardar, que se guarde él de mí é toda su tierra.» A Amadís le ploguiera que con mas acuerdo fuera la respuesta, é díjole: «Señor don Cuadragante, sufríos, para que este caballero sea respondido por vos é por todos cuantos aquí son, y pues que oido habeis la embajada, acordaréis la respuesta de consuno como á nuestras honras conviene; é vos, don Cendil de Ganota, podréis decir al Rey que muy duro le será de facer lo que dice, é idvos con nosotros á la ínsola Firme, é probar os heis en el arco de los leales amadores, porque si lo acabárdes, de vuestra amiga seréis mas tenido é mas preciado, é hallarla heis contra vos de mejor voluntad. Pues á vos place, dijo don Cendil, así lo faré; pero en fecho de amores no quiero dar mas á entender de mi facienda de lo que mi corazon sabe.» Luego movieron todos para la ínsola Firme; mas cuando Cendil vió la peña tan alta é la fuerza tan grande, mucho fué maravillado, é mas lo fué despues que fué dentro é vió la tierra tan abundosa; así que, conoció que todos los del mundo no le podian hacer mal.

Amadís lo levó á su posada, é le fizo mucha honra, porque don Cendil era de muy alto logar. Otro dia se juntaron todos aquellos señores, é acordaron de enviar á desafiar al rey Lisuarte, y que fuese por un caballero que allí con gente de Dragonis é Palomir era venido, que habia nombre Sadamon; que estos dos hermanos eran fijos de Grasujis, rey de la profunda Alemaña, que era casado con Saduva, hermana del rey Perion de Gaula; é así estos como todos los otros que eran de gran guisa, hijos de reyes y de duques y condes, habian allí traido gentes de sus padres, é muchas fustas para pasar con don Galvánes á la ínsola de Mongaza; é diéronle á este Sadamon una carta de creencia, firmada de todos los nombres dellos, é dijéronle: «Decid al rey Lisuarte que, pues él nos desafia é amenaza, que así se guarde de nosotros, que en todo le empeceréмos, y que sepa que cuando hayamos tiempo enderezado pasarémos á la ínsula de Mongaza, y que si él es gran señor, que cerca estamos donde se conocerá su esfuerzo y el nuestro; é si algo os dijere, respondedle como caballero, que nosotros lo farémos todo firme, si á Dios ploguiere, con tal que no sea en camino de paz, porque esta nunca le será otorgada hasta que don Galvánes restituido sea en la ínsola de Mongaza.» Sadamon dijo que como lo mandaban lo faria enteramente. Amadís fabló con su amo don Gandáles, é díjole: «Conviene de mi parte vayais al rey Lisuarte, é decidle, sin temor ninguno que dél hayais, que en muy poco tengo su desafío é sus amenazas, menos aun de lo que él piensa; y que si yo sopiera que tan desagradecido me habia de ser de cuantos servicios fechos le tengo, que me no posiera á tales peligros por le servir; y que aquella soberbia é grande estado suyo con que me amenaza, é á mis amigos é parientes, que la sangre de mi cuerpo gelo ha sostenido; y que fio en Dios, aquel que todas las cosas sabe, que este desconocimiento será emendado mas por mis fuerzas que por grado suyo; y decidle que por cuanto yo le gané la ínsola de Mongaza, no será por mi persona en que la pierda, ni faré enojo en el lugar donde la Reina estoviere por la honra della, que lo merece; é así gelo decid si la viérdes; y que pues él mi enemistad quiere, que la habrá en cuanto yo viva, y de tal forma, que las pasadas que ha tenido no le vengan á la memoria.» Agrájes le dijo: «Don Gandáles, faced mucho por ver á la Reina, y besadle las manos por mí, y decidle que me mande dar á mi hermana Mabilia, que pues á tal estado somos llegados con el Rey, ya no le face menester estar en su casa.» Desto que Agrájes dijo pesó mucho á Amadís, porque en esta infanta tenia él todo su esfuerzo para con su señora, é no la queria mas ver apartada della que si á él le apartasen el corazon de las carnes; mas no osó contradecirlo por no descobrir el secreto de sus amores.

Esto así fecho, movieron los mensajeros en compañía de don Cendil de Ganota con gran placer, albergando en lugares poblados. En cabo de los diez dias llegaron á la villa donde el rey Lisuarte estaba en su palacio con asaz caballeros é otros hombres buenos, el cual los recibió con buen talante, aunque ya sabia por mensajero de Cendil de Ganota, cómo lo venian á desafiar; los mensajeros le dieron la carta, y él les mandó que dijesen todo lo que les encomendaron. Don

Gandáles le dijo: «Señor, Sadamon os dirá lo que los altos hombres é caballeros que están en la ínsola Firme os envian decir, y despues deciros he á lo que Amadís me envia, porque yo á vos vengo con mandado, é á la Reina con mensaje de Agrájes, si os ploguiere que la vea.—Mucho me place, dijo el Rey, y ella habrá placer con vos, que servistes muy bien á su fija Oriana en tanto que en vuestra tierra moró, lo cual os gradezco yo.—Muchas mercedes, dijo Gandáles, é Dios sabe si me placiera de vos poder servir, é si me pesa en lo contrario.—Así lo tengo yo, dijo el Rey, é no os pese de facer lo que debeis, compliendo con aquel que criastes que de otra guisa seros-hi-a mal contado.» Entonces Sadamon dijo al Rey su embajada, así como es ya contado; y en el cabo desafiólo á él é á todo su reino é á todos los suyos, como lo traia en cargo; é cuando le dijo que no esperase de haber paz con ellos si ante no restituyese á don Galvánes é á Madasima en la ínsola de Mongaza, dijo el Rey: «Tarde verná esa concordia, si ellos eso esperan. Así Dios me ayude, nunca terné que soy rey si no les quebranto aquella gran locura que tienen.—Señor, dijo Sadamon, dicho os he lo que me mandaron; é si algo de aquí adelante os dijere, esto va fuera de mi embajada; y respondiendo á lo que dejistes, yo os digo, Señor, que mucho ha de valer, y de muy gran poder será el que su orgullo de aquellos caballeros quebrantare, é mas duro os será de lo que pensar se puede.—Bien sea eso verdad, dijo el Rey, mas agora parecerá á qué basta mi poder y de los mios, ó el suyo.» Don Gandáles le dijo de parte de Amadís todo lo que ya oistes, que nada faltó, así como aquel que era muy bien razonado; é cuando vino á decir que no iria Amadís á la ínsola de Mongaza, pues que él gela hizo ganar, ni al lugar donde la Reina estoviese por la no facer enojo, todos lo tovieron á bien é á gran lealtad, é así lo razonaban entre sí, y el Rey así lo tovo.

Entonces mandó á los mensajeros que se desarmasen é comerian, que era tiempo, é así se fizo; que en la sala adonde él comia los fizo asentar á una mesa enfruente de la suya, donde comian su sobrino Giontes é don Guilan el cuidador é otros caballeros preciados, que por su valor extremadamente se les facia esta grande honra entre todos los otros, que daba causa á que su bondad creciese, é la de los otros, si tal no era, procurar de ser sus iguales, porque en igual grado del Rey, su señor, fuesen tenidos; é si los reyes este semejante estilo toviesen, harian á los suyos ser virtuosos, esforzados, leales, amorosos en su servicio, y tenerlos en mucho mas que las riquezas temporales, recordando en sus memorias aquellas palabras del famoso Fabricio, cónsul de los romanos, que á los embajadores de los epírotas, á quien iba á conquistar, dijo sobre traerle muy grandes presentes de oro é plata é otras ricas joyas, habiéndole visto comer en platos de tierra, pensando con aquello aplacarle y desviarle de aquello que el senador de Roma le mandara que contra ellos hiciese; mas él usando de su alta virtud, desechando aquello que muchos por lo cobrar en grande aventura sus vidas é ánimas ponen. Pues estando en aquel comer, el Rey estaba muy alegre é diciendo á todos los caballeros que allí estaban que se aderezasen lo mas presto que pudiesen para la ida de la ínsola de Mongaza; y que si menester fuese, él, por su persona, iria con ellos; y desque los manteles alzaron, llevó don Grumedan á Gandáles á la Reina, que lo ver queria, de que mucho plogo á Oriana é á Mabilia, porque dél sabrian nuevas de Amadís, que mucho deseaban saber, y entrando donde ella estaba, recibiólo muy bien é con gran amor, é fízolo sentar ante sí cabe Oriana é díjole: «Don Gandáles, amigo, ¿conoceis esa doncella que cabe vos está, á quien vos mucho servistes?—Señora, dijo él, si yo algun servicio le he fecho, téngome por bienaventurado, é así me terné cada que á vos, Señora, ó á ella servir pueda, é así lo faria al Rey si no fuese contra Amadís, mi criado é mi señor.» La Reina le dijo: «Pues así sea por mi amor, como dicho habeis.» Gandáles le dijo: «Señora, yo vine con mandado de Amadís al Rey, é mandóme que si ver os podiese, que por él os besase las manos, como aquel á quien mucho pesa de ser apartado de vuestro servicio; é otro tanto digo por Agrájes, el cual os pide de merced le mandeis dar á su hermana Mabilia; que pues él é don Galvánes no son en amor del Rey, no tiene ya ella por qué estar en su casa.» Cuando esto Oriana oyó, muy gran pesar hobo, que las lágrimas le vinieron á los ojos, que sofrir no se pudo; así porque la mucho amaba de corazon, como porque sin ella no sabia qué facer en su parto, que se le allegaba ya el tiempo. Mas Mabilia, que así la vió, hobo gran duelo della é díjole: «¡Ay Señora, qué gran tuerto me haria vuestro padre é madre si de vos me partiesen.—No lloreis, dijo Gandáles, que vuestro fecho está muy bien parado, que cuando de aquí vayais seréis llevada á vuestra tia la reina Elisena de Gaula, qué, despues desta ante quien estamos, no se falla otra mas honrada, é folgaréis con vuestra cohermana Melicia, que os mucho desea.—Don Gandáles, dijo la Reina, mucho me pesa desto que Agrájes quiere, é hablarlo he con el Rey; é si mi consejo toma, no irá de aquí esta infanta sino casada, como persona de tan alto lugar.—Pues sea luego, Señora, dijo él, porque yo no puedo mas detenerme.»

La Reina lo envió llamar, é Oriana, que lo vió venir, y que en su voluntad estaba el remedio, fué contra él, é fincando los hinojos, le dijo: «Señor, ya sabeis cuánta honra recebí en la casa del rey de Escocia, é cómo al tiempo que por mí enviastes me dieron á su fija Mabilia, é cuánto mal contado me seria si á ella no gelo pagase; y demás desto, ella es todo el remedio de mis dolencias é males. Agora envia Agrájes por ella, é si me la quitárdes, haréisme la mayor crueza é sinrazon que nunca á persona se fizo, sin que primero le sea galardonado las honras que de su padre recebí.» Mabilia estaba de hinojos con ella, y tenia por las manos al Rey, é llorando, le soplicaba que la no dejase levar; si no, que con gran desesperacion se mataria, é abrazábase con Oriana. El Rey, que muy mesurado era y de gran entendimiento, dijo: «No penseis vos, mi hija Mabilia, que por la discordia que entre mí é los de vuestro linaje está, tengo yo de olvidar lo que me habeis servido, ni por eso dejaria de tomar todos los que de vuestra sangre servir me quisiesen é hacerles mercedes; que por

los unos no desamaria á los otros, cuanto mas á vos, á quien tanto debemos; y fasta que el galardon de vuestros merescimientos hayais, no seréis de mi casa partida.» Ella le quiso besar las manos, mas el Rey no quiso, é alzándolas suso, las hizo asentar en un estrado, y él se asentó entre ellas. Don Gandáles, que todo lo vió, dijo: «Señora, pues tanto vos amais é habeis estado de consuno, desaguisado faria quien vos partiese; y de vos, señora Oriana, al mi grado ni por mi consejo Mabilia no será partida sino en la forma que el Rey é vos decis; yo he dicho al Rey é á la Reina mi embajada, é la respuesta daré á don Galvánes, vuestro tio, é á Agrájes, vuestro hermano; é como quier que dello les pese ó plega, todos ternán por bien lo que el Rey face, é lo que vos, Señora, quereis.» Despues desto, dijo al Rey é á la Reina: «Señores, yo me quiero ir.» El Rey le dijo: «Id con Dios, y decid á Amadís que esto que me envió á decir, que no irá á la ínsola de Mongaza, pues que él me la fizo haber; que yo bien entiendo que mas lo face por guardar su provecho que por adelantar mi honra; é como lo yo entiendo, así gelo gradezco, y de hoy mas faga cada uno lo que entendiere.» E salióse de la cámara al palacio. La Reina dijo: «Don Gandáles, mi amigo, no parédes mientes á las sañudas palabras del Rey ni dé Amadís, sino todavía vos ruego que se os acuerde de poner paz entre ellos; que yo así lo faré; é saludádmelo mucho, é decidle que le gradezco la cortesía que me envió decir, que no haria enojo en el logar donde yo estoviese, y que le ruego mucho que me honre cuando viere mi mandado.—Señora, dijo él, todo lo faré á todo mi poder, como lo mandais.» Y despidióse della, y ella lo acomendó á Dios que le guardase, y le diese gracia que entre el Rey é Amadís posiese amistad, como tener solian.

Oriana é Mabilia lo llamaron, é díjole Oriana: «Señor don Gandáles, mi leal amigo, gran pesar tengo porque no vos puedo galardonar lo que me servistes; que el tiempo no da lugar, ni yo tengo para satisfacer vuestro tan gran merecimiento, mas placerá á Dios que ello se fará como lo yo debo y deseo; mas mucho me desplace deste desamor, porque, segun el corazon del uno y del otro, no se espera sino mucho mal é daño, segun de cada dia va creciendo, si Dios por su piedad no lo remedia; mas yo espero en él que atajará este mal, é saludádmelo mucho, y decidle que le ruego yo mucho que, teniendo él en su memoria las cosas que en esta casa de mi padre pasó tiemple las presentes é porvenir, tomando el consejo é mandado de mi padre, que le mucho precia é ama.» Mabilia le dijo: «Gandáles, de merced os pido me encomendeis mucho á mi cohermano y señor Amadís, é á mi señor hermano Agrájes, é al virtuoso señor don Galvánes, mi tio; y decidles que de mí no hayan cuidado, ni se trabajen de me apartar de mi señora Oriana, porque les seria afan perdido; que enantes perderia la vida que me partir della siendo á su grado; é dad esta carta á Amadís, y decidle que en ella fallará todo el fecho de mi facienda, y creo que con ella gran consolacion recebirá.» Oido esto por Gandáles, saludólas, y luego se partió dellas; é tomando á Sadamon consigo, que con el Rey estaba, se armaron y entraron en su camino, y á la salida de la villa fallaron gran gente del Rey é muy bien armada, que hacian alarde para ir á la ínsola de Mongazá; lo cual él mandó facer porque ellos viesen tanta é tan buena gente, é lo dijesen á los que allí los enviaron, por les meter pavor. E vieron cómo andaban entre ellos por mayorales el rey Arban de Norgales, que era un esforzado caballero, é Gasquilan el follon, hijo de Madarque, el gigante bravo de la ínsola Triste, é de una hermana de Lancino, rey de Suesa. Este Gasquilan follon salió tan esforzado y tan valiente en armas, que cuando su tio Lancino murió sin heredero, todos los del reino tovieron por bien de lo tomar por su rey y señor, é cuando este Gasquilan oyó decir desta guerra d'entre el rey Lisuarte é Amadís, partió de su reino, así por ser en ella, como por se probar en batalla con Amadís, por mandado de una señora á quien él muy mucho amaba; lo cual todo por mas extenso y enteramente el cuarto libro recontará, donde se dirá mas complidamente deste caballero, é la batalla que hobo con Amadís.

Don Gandáles é Sadamon, despues que aquellos caballeros hobieron mirado, fueron su camino fablando é razonando en cómo era muy buena gente; pero que con hombres lo habian que se no espantarian dellos; é tanto andovieron por sus jornadas, que llegaron á la ínsola Firme, donde con ellos mucho les plogo á aquellos que los atendian, y cuando fueron desarmados entráronse en una fermosa huerta, donde Amadís é todos aquellos señores folgando estaban, é dijéronles todo cuanto con el Rey les avino, é la gente que vieran que estaba para ir á la ínsula de Mongaza, é como llevaban aquellos dos caudillos el Rey Arban de Norgales é Gasquilan, rey de Suesa, é la razon por qué este de tan lueñe tierra habia venido; que la principal causa era para se combatir con Amadís é con todos ellos; é como era valiente é ligero y de muy gran fama de todos aquellos que lo conocian. Gavarte de Val Temeroso dijo: «Para sanar ese gran deseo é dolencia que trae, aquí fallará muy buenos é discretos maestros, á don Florestan é á don Cuadragante. E si ellos son ocupados, aquí soy yo, que le presentaré este mi cuerpo, porque no seria razon que tan luengo camino como andovo saliese en vano.—Don Gavarte, dijo Amadís, dígoos que si yo fuese doliente, antes dejaria toda la física, é pornia toda mi esperanza en Dios, que probar vuestra melecina ni letuario.» Brian de Monjaste dijo: «Señor, así no andais vos con tan gran cuidado como aquel que nos demanda; é bien será de lo socorrer, porque sepa decir en su tierra los maestros que acá falló para semejantes enfermedades.» Y desque así estovieron por espacio de una gran pieza fablando é riendo, é con gran placer, preguntó Amadís si habia hí alguno que lo conociese; é Listoran de la Torre Blanca dijo: «Yo le conozco muy bien, y sé harto de su facienda.—Decídnoslo,» dijo Amadís. Estonces les contó quién era su padre é madre, y cómo fuera rey por su gran valentía, é cómo se combatia muy bravamente, é cómo habia ocho años que seguia las armas, é que ficiera tanto con ellas, que en toda su tierra ni en las comarcanas no se fallaba su igual; «mas digo que no se ha hallado con aquellos que agora viene á demandar, é yo me fallé contra él en un torneo que hobimos en Valtierra, y de los primeros encuentros

caimos con los caballos en el suelo, mas la priesa fué tan grande, que nos no podimos mas ferir, y el torneo fué vencido á la parte donde yo estaba por falta de los caballeros, que no ficieron lo que debian hácer, é por la gran valentía deste Gasquilan, que nos fué mortal enemigo; así que, hobo él prez de ambas partes, é no cayó aquel dia del caballo, sino aquella vez que nos encontramos.—Ciertamente, dijo Amadís, vos fablais de grande hombre, que viene como rey de gran prez por hacer conocer su bondad.—Decis verdad, dijo don Cuadragante; mas en tanto lo erró, que debiera venirse á nosotros, que somos los menos, y mostrara en ello mas esfuerzo, pues sin tocar en su honra lo podiera facer.—En eso acertó mejor, dijo don Galvánes, porque se vino, aunque á los mas, á los que son mas flacos; que no podiera él experimentar su esfuerzo si no toviera en contra los mejores é mas fuertes.»

CAPITULO II.

Cómo navegaron hasta llegar á la ínsula de Mongaza, y la vitoria que hobieron en tomar el castillo del Lago Ferviente, en el cual fué entregada la muy fermosa Madasima y sus valedores.

Estando con grandísimo agasajo, hablando en lo sobredicho, llegaron los maestros de las naves é dijeron: «Señores, armad-os y aderezad lo que menester habeis, y entrad en las naos, que el viento habemos muy aderezado para el viaje que hacer quereis.» Entonces salieron todos de la huerta con mucho placer, é la priesa y el ruido era tan grande, así de las gentes como de los instrumentos de la flota, que apenas se podian oir, é muy presto fueron armados, y metieron sus caballos en las fustas, que todas las otras cosas que menester habian dentro estaban, é con mucho placer acogiéronse á la mar; é Amadís é don Bruneo de Boñamar, que en una barca entre ellos andaban, hallaron juntos en una fusta á don Florestan é á Brian de Monjaste, é á don Cuadragante é Angriote de Estravaus, y entraron con ellos, é Amadís los abrazaba, como si pasara gran pieza que los no viera; viniéndole las lágrimas á los ojos de muy gran amor que les habia é con soledad que dellos tomaba, é díjoles: «Mis buenos señores, mucho me fuelgo en veros así juntos.» Don Cuadragante le dijo: «Mi Señor, así irémos por la mar y aun por la tierra, si alguna ventura no nos parte, é así lo habemos puesto entre nos de nos guardar en esta jornada.» E mostráronle un pendon muy fermoso á maravilla que llevaban, en que iban figuradas doce doncellas con flores blancas en las manos. Cuando Amadís el pendon vió, hobo gran placer porque así gelo mostraron, é allí les dijo que mucho mirasen de se haber cuerdamente, é dióles consejo cómo se habian de regir, y se despidió dellos, é tomando consigo en la barca á don Bruneo de Bonamar é á Gandáles, su amo, andovo por toda la flota, fablando con todos aquellos caballeros fasta que salió en tierra, y la flota movió tras la nao en que don Galvánes iba, é Madasima, que la delantera llevaba con tan gran ruido de trompas é añafiles, que maravilla era de los ver. Así como oídes partió esta gran flota de aquel puerto de la ínsola Firme, para ir al castillo del Lago Ferviente, donde era la ínsola de Mongaza, y fué por la mar con tal tiempo, que á los siete dias arribaron un dia antes del alba al castillo del Lago Ferviente, que cabe el puerto de la mar estaba, y luego se armaron todos, é aparejaron los bateles para saltar en tierra, é ponian puentes de tablas y de cañizos, por donde los caballos saliesen, y esto hacian muy calladamente, porque el conde Latine é Galdar de Rascuil, que en la villa estaban con trecientos caballeros, no los sintiesen; mas luego de los veladores fueron sentidos, é dijéronlo á aquellos señores que habia gente; mas no sopieron qué tanta, que la noche era muy escura, y luego el conde é Galdar se vistieron é subieron al castillo, é oyeron la vuelta de la gente, y semejóles gran compaña, que con el alba del dia parecieron muchas naves, é dijo Galdar: «Verdaderamente este es don Galvánes é sus compañeros é amigos, que contra nos vienen, é ya Dios no me salve si á mi poder el puerto tomaren tan ligeramente como ellos cuidan.» E mandando armar toda su gente, y ellos asimesmo, salieron de la villa contra ellos; é Galdar fué á un puerto que con la villa se contenia, y el conde Latine á otro á la parte del castillo, en el cual estaba don Galvánes é Agrájes con todos los que los ayudaban, é iban en la delantera Gavarte de Val Temeroso é Orlandin, é Osinan de Borgoña é Madancil de la Puente de la Plata; é allí el conde Latine, con gran gente de pié y de caballo, é Galdar con otra gran compaña llegó al otro puerto, donde venia don Florestan é Cuadragante, é Brian de Monjaste é Angriote, é los otros sus compañeros.

Estonces se comenzó entre ellos una cruel é peligrosa batalla con lanzas, saetas é piedras; así que, muchos feridos é muertos hobo, y los de la tierra defendieron los puertos hasta hora de tercia; mas don Florestan, que á una barca se halló con Brian de Monjaste é don Cuadragante é Angriote, tenia á Enil, aquel buen caballero que ya oistes en el segundo libro, é á Morántes de Salvatierra, que era su cohermano; é los de Brian eran Coman é Nicoran, é los de Cuadragante, Landin y Orian el valiente, é los de Angriote, su hermano Gradovoy é Sarquíles, su sobrino. E Florestan dió grandes voces que derribasen la puente, é saldrian por ella en sus caballos. Angriote le dijo: «¿Por qué quereis acometer tan gran locura, que aunque de la puente salgamos, el agua es tan alta antes que lleguemos á la tierra, que los caballos nadarán?» E así lo decia don Cuadragante, mas don Brian de Monjaste fué del voto de Florestan; y echada la puente, pasaron entrambos por ella, é llegando al cabo, hicieron saltar los caballos en el agua, que era tan alta, que les daba á los arzones de las sillas, é allí acudieron muchos de los contrarios, que de grandes golpes é mortales los herian; y llegó don Cuadragante é Angriote, y juntáronse con ellos, é así lo hicieron aquellos sus compañeros; mas la subida del puerto era tan alta y la gente tan grande que la defendian, que no sabian dar remedio. Allí fué el ruido tan grande y de tantos alaridos de un cabo y de otro, que no parecia sino ser todo el mundo asonado. Dragonis é Palomir quedaron en el agua, que les daba á los pescuezos, é sus caballeros con ellos trabándose á las tablas de las galeas quebradas, y pujándose unos á otros, yendo con gran trabajo adelante, fasta que ya el agua les daba á las cintas; é aunque la gente de la

ribera era mucha é bien armada, y resistian con gran esfuerzo, no pudieron excusar que don Florestan y sus compañeros no tomasen tierra, y luego asimesmo Dragonis é Palomir, con todos los suyos. Cuando Galdar esto vió, que los suyos perdian el campo, no podiendo sofrir á sus contrarios, por estar ya muy apoderados, con gran ánimo y lo mejor que él pudo hízolos retraer porque todos no se perdiesen; que él estaba muy mal herido de la mano de don Florestan y de Brian de Monjaste, que lo derribó del caballo; é fué tan quebrantado, que apenas se podia tener en otro caballo que los suyos le dieron; é yéndose contra la villa, vió cómo el conde Latine se venia con toda su gente á mas andar, que ya le habian tomado el puerto don Galvánes é Agrájes y sus compañeros, como aquellos que á su causa la batalla se facia. E agora sabed aquí que el Conde habia prendido á Dandasido, fijo del gigante viejo, é otros veinte hombres de la villa con él, teniéndolos por sospechosos que le habian de ser contrarios, los cuales estaban en el castillo, en una prision que era en la mas alta torre, é hombres que los guardaban; y como la batalla fué entre los caballeros, los carceleros que los tenian salieron encima de la torre por mirar la batalla; y cuando Dandasido vió que los no guardaban, é vió que tenia tiempo de se soltar, dijo á aquellos que con él estaban: «Ayudadme, y salgamos de aquí.—¿Cómo será eso? dijeron ellos.—Quebrantemos este candado desta cadena, que á todos tiene.»

Estonces con una gruesa soga de cáñamo, con que de noche les ataban las manos é piés, metiéronla por el candado lo mas presto que pudieron, y con la gran fuerza de Dandasido y de todos los otros, quebráronle el ramo, aunque asaz grueso, é salieron todos, é muy presto tomando las espadas de los carceleros que encima de la torre estaban, como oido habeis, fueron á ellos, que en al no entendian sino en mirar la batalla que en los puertos se hacia, y matáronlos todos; é dieron grandes voces: «Armas, armas, por Madasima, nuestra señora.» Cuando los de la villa esto vieron, tomaron las torres mas fuertes de la villa, é mataban todos los que alcanzar podian. Cuando el conde Latine esto vió entró por la puerta que saliera é paró en una casa cerca della, é Galdar de Rascuil con él, que no osaron pasar adelante, atendiendo mas la muerte que la vida. Los de la villa trababan las calles de entre ellos y esforzábanse cuanto podian con aquel gran socorro, é daban voces á los de fuera que llegasen allí á su señora Madasima y que le entregasen la villa. Cuadragante é Angriote llegaron á una puerta por saber la verdad, é sabiendo de Dandasido el hecho como estaba, fuéronlo decir á don Galvánes, y luego cabalgaron todos, y llegaron á Madasima, su fermoso rostro descobierto, en un palafren blanco, vestida de un capete de oro; y llevándola cerca de la villa, abrieron las puertas, é salieron á ella cien hombres de los mas honrados é besáronle las manos, y ella les dijo: «Besadlas á mi señor é mi marido don Galvánes, que, despues de Dios, él me libró de la muerte y me ha hecho cobrar á vosotros, que sois mis naturales, é contra toda razon vos tenia perdidos; é á él tomad por señor, si á mí amais.» Entonces llegaron todos á don Galvánes, é hincados los hinojos en tierra, con palabras muy homildes le besaron las manos, y él los recibió con buena voluntad é muy buen talante, gradeciéndoles é loándoles mucho la gran lealtad y el buen amor que á Madasima, su buena señora, habian tenido; y luego se metieron á la villa, donde llegó Dandasido, que muy honrado de Madasima y de todos aquellos señores fué. Esto así fecho, dijo Imosil de Borgoña: «Muy bien seria que de todos nuestros enemigos que aun en la villa están nos despachásemos.» Agrájes, el cual con muy gran saña encendido estaba, dijo: «Yo he mandado destrabar las calles; el despacho será que todos sean despachados, sin que ninguno de todos ellos vivo quede.—Señor, dijo Florestan, no deis á la ira ni saña tanto señorío sobre vos, que vos haga facer cosa que despues de apartada querríades mas presto ser muerto.—Bien vos dice, dijo don Cuadragante; baste que se metan todos en la prision de don Galvánes, vuestro tio, si alcanzar se puede, porque mayor reparo es de los vencedores tener vivos los vencidos que muertos, considerando las vueltas de la mudable é incierta fortuna; que así como á ellos, á los prosperados tornar en breve podria.»

Acordóse pues que Angriote de Estravaus é Gavarte de Val Temeroso fuesen á lo despachar; los cuales llegados á la parte donde el conde Latine é Galdar de Rascuil estaban, hallaron toda su gente muy mal parada, é á ellos mal heridos con gran dolor de sus ánimos, porque la cosa en tal estado contra ellos venido habia; é sobre algunas razones entre ellos habidas, tovieron por bien de se poner en la voluntad é buena mesura de don Galvánes. Acabado pues esto, que la villa y el castillo enteramente fué en poder de Madasima y de sus valedores, con gran placer de todos ellos, otro dia siguiente sopieron por nuevas cómo el rey Arban de Norgales é Gasquilan, rey de Suesa, con tres mill caballeros eran llegados al puerto de aquella ínsola, é cómo salian todos en tierra á gran priesa y enviaban la flota para que viandas les trajesen. En gran alteracion les puso esto, sabiendo la muchedumbre de la gente, y los suyos estar tan mal parados; pero, como hombres que vergüenza dudaban, acordándoseles de lo que Amadís les dijera, que sus cosas ficiesen con acuerdo; como quiera que el parecer de algunos fuese de salir á pelear con ellos, no lo hicieron fasta que todos reparados fuesen de sus llagas, é los caballos é armas en mejor disposicion.

Así que, en esto quedando unos é otros, contará la historia de Amadís y de don Bruneo de Bonamar, que en la ínsola Firme quedado habian.

CAPITULO III.

De cómo Amadís preguntó á su amo don Gandáles nuevas de las cosas que pasó en la corte, y de allí se partieron él y sus compañeros para Gaula, y de las cosas que les avino de aventuras en una isla que arribaron, donde defendieron del peligro de la muerte á don Galaor, su hermano de Amadís, é al rey Cildadan del poder del gigante Madarque.

Despues que la flota partió de la ínsola Firme para la ínsula de Mongaza, como oido habeis, Amadís quedó en la ínsola Firme, é don Bruneo de Bonamar con él; é con la priesa de la partida, no tovo lugar de saber de su amo don Gandáles las cosas que pasó en la corte del

rey Lisuarte; é llamándolo aparte, paseándose por una huerta donde él posaba, quiso saber lo que pasara. Don Gandáles le dijo lo que en la Reina falló é con el amor que recibió su mensaje, y en cuánto lo tovo, é cómo le enviaba á rogar por la paz con el Rey; é asimesmo le contó lo que pasara con Oriana é Mabilia, é lo que ellas le respondieron, é dióle la carta que traia de Mabilia, por la cual sopo cómo habia acrecentado en su linaje, dándole á entender que Oriana estaba preñada; todo lo oia Amadís con gran placer, aunque con mucha soledad de su señora, que su corazon no fallaba en ninguna cosa reposo ni descanso alguno; é así estovo solo en la torre de la huerta con gran pensamiento, cayéndole las lágrimas de sus ojos, que las faces le mojaban como hombre fuera de sentido; mas tornando en sí, fuese adonde don Bruneo andaba, é mandó á Gandalin que metiese las armas en una fusta é las de don Bruneo, é las otras cosas necesarias, porque en todo caso queria partir otro dia para Gaula; esto se hizo luego, é venida la mañana, entraron en la mar con tiempo enderezado, é á las veces con contrario, é á los cinco dias falláronse cabe una ínsola que les pareció muy poblada de árboles é tierra hermosa al parecer. Don Bruneo dijo: «¿Védes, Señor, qué hermosa tierra?—Tal me parece, dijo Amadís.—Pues paremos aquí, Señor, dijo don Bruneo, unos dos dias, é podrá ser que en ella fallemos algunas extrañas aventuras.—Así se haga,» dijo Amadís. Estonces mandaron al patron que acostase la galea á la tierra, que querian salir á ver aquella ínsola, que muy hermosa les parecia, y tambien para si algunas aventuras hallasen. «Dios vos guarde della, dijo el maestro de la nao.—¿Por qué? dijo Amadís.—Por vos guardar de la muerte, dijo él, ó de muy cruel prision; que sabed que esta es la ínsola Triste, donde es señor aquel muy bravo gigante Madarque, mas cruel y esquivo que en el mundo hay; é dígovos que pasa de quince años que no entró en ella caballero ni dueña ni doncella que no fuesen muertos ó presos.» Cuando esto oyeron, mucho se maravillaron, é no con poco temor de acometer tal aventura; mas, como ellos fuesen de tales corazones, y que el su oficio verdadero era quitar del mundo tan malas costumbres, no temiendo el peligro de sus vidas, mas que la gran vergüenza que dejándolo se les podria seguir, dijeron al maestre que en todo caso llegase la fusta á la tierra, lo cual muy á duro é casi por fuerza acabaron; é tomando sus armas y en sus caballos, solamente consigo llevando á Gandalin é á Lasindo, escudero de don Bruneo, entraron por la ínsola adelante, é mandaron aquellos sus escuderos que si fuesen acometidos de otros hombres que caballeros no fuesen, que les ayudasen como mejor pudiesen. Ellos dijeron que así lo harian.

Así andovieron una pieza hasta que fueron encima de la montaña, é vieron cerca de sí un castillo, que les pareció muy fuerte y fermoso, y fuéronse para allá por saber algunas nuevas del Gigante, y llegando cerca, oyeron tañer en la mas alta torre un cuerno tan bravamente, que todos aquellos valles hacia reteñir. «Señor, dijo don Bruneo, aquel cuerno se tañe, segun dijo el maestre de la galea, cuando el Gigante sale á batalla; y esto es si los suyos no pueden vencer ó matar algunos caballeros con que se combaten; y cuando él así sale es tan sañudo, que mata á todos los que halla, é aun algunas veces de los suyos.—Pues vamos adelante,» dijo Amadís. E no tardó mucho que oyeron muy gran ruido de mucha gente y de muy grandes golpes de lanzas y de espadas muy agudas é bien tajantes; é tomando todas sus armas, fueron todos para allá é vieron muy gran gente, que tenian cercados dos caballeros é dos escuderos que estaban á pié, que los caballos les habian muerto, y queríanlos matar, mas todos cuatro se defendian con las espadas tan bravamente, que era maravilla verlos; é Amadís vió venir descontra ellos á Ardian el su enano, é como vió el escudo de Amadís, conociólo luego, é dijo á grandes voces: «¡Oh señor Amadis! socorred á vuestro hermano don Galaor, que lo matan, é á su amigo el rey Cildadan.» Cuando esto oyeron moviéronse al mas correr de sus caballos, juntos uno con otro; que don Bruneo á su poder á él ni á otro en tal menester no daria la ventaja; é yendo así, vieron venir á Madarque, el bravo gigante, que era señor de la ínsola, é venia en un gran caballo é armado de hojas de muy fuerte acero é loriga de muy gruesa malla, y en logar de yelmo, una capellina gruesa é limpia y reluciente como espejo, y en su mano un muy fuerte venablo, tan pesado, que otro cualquier caballero ó persona que sea apenas é con gran trabajo lo podria levantar; é un escudo muy grande é pesado, y venia diciendo á grandes voces: «Tiradvos afuera, gente cativa, de poca pro, que no podeis matar dos caballeros lasos é sin poder como vos; tiradvos afuera, y dejaldos á este mi venablo que goce la sangre dellos.» ¡Oh, cómo Dios se venga de los injustos y se descontenta de los que la soberbia seguir quieren, y este orgullo y soberbioso cuán presto es derrocado! Tú, letor, mira cuán por experiencia se vió en aquel Nembrot, que la torre de Babel edificó, que Babilonia se dice al presente, é otros que por Escriptura decir podria, los cuales dejo por no dar causa á prolijidad.

Así conteció á Madarque en esta batalla. E Amadís, que todo lo oyó, en gran pavor fué puesto por le ver tan grande é tan desemejado, é acomendándose á Dios, dijo: «Agora es tiempo de ser socorrido de vos, mi buena señora Oriana.» E rogó á don Bruneo qne firiese él en los otros caballeros; que él queria resistir al Gigante; é apretó la lanza so el brazo, é aguijó el caballo contra Madarque cuanto mas recio pudo, y encontróle tan fuertemente en el pecho, que por fuerza le hizo doblar sobre las ancas del caballo; y el Gigante, que apretó las riendas en la mano, tiró tan fuertemente, que hizo enarmonar el caballo; así que, cayó sobre él y le quebró la una pierna; y el caballo hobo sacada la una espalda, de manera que ninguno dellos se pudo levantar. Amadís, que así lo vió, poso mano á su espada é dió voces, diciendo: «A ellos, hermano Galaor; que yo soy Amadís, que os socorre.» E fué para ellos, é vió cómo don Bruneo habia muerto de un encuentro por la garganta á un sobrino del Gigante, é con la espada hacia cosas extrañas, de que mucho se maravilló; é dió un golpe por cima del yelmo á otro caballero, que no le prestó el yelmo que le no cortase fasta el casco, é dió con él en el suelo. Galaor saltó

en el caballo, é no se quitó de cabe el rey Cildadan; mas llegó Gandalin é apeóse del suyo, é diólo al Rey, y él juntóse con los dos escuderos. Cuando todos cuatro fueron á caballo, allí podiérades ver las maravillas que hacian en derribar é matar cuantos delante se les paraban, é los escuderos por su parte hacian gran daño en la gente de pié; así que, en poco rato fueron todos los mas muertos y heridos, é los otros huyeron al castillo, con miedo de los bravos golpes que les veian dar, é los cuatro caballeros iban en pos dellos por los matar, hasta que llegaron á la puerta del castillo, que estaba cerrada, é no la habian de abrir fasta que el Gigante viniese; que así les era mandado é defendido; y los que huian, cuando se vieron sin remedio, los que á caballo estaban apeáronse, é todos juntos echaron las espadas de las manos, é fueron contra Amadís, que delante venia, é hincados los hinojos ante los piés de su caballo, le demandaron merced que los no matase, é trabáronle de la falda de la loriga por escapar de los otros que contra ellos venian. Amadís los amparó del rey Cildadan é don Galaor, que por el gran daño que dellos recibieran, á su grado no dejaran ninguno vivo; é tomó fianza dellos que farian lo que les él mandase.

Entonces se fueron donde el Gigante estaba muy desapoderado de su fuerza, que el caballo le yacia sobre la pierna quebraba, é teníale tan ahincado, que á pocas le saliera el alma. El rey Cildadan se apeó de su caballo, é mandó á los escuderos que le ayudasen, é trastornando el caballo, quedó el gigante mas libre dél é dejólo holgar; que aunque por su causa fueron llegados al punto de la muerte él é don Galaor, como habédes oido, no tenia en corazon de lo matar, no por él, que mala cosa é soberbia era, mas por amor de su hijo Gasquilan, rey de Suesa, que era muy buen caballero, á quien él amaba, é así lo rogó á Amadís que le no hiciese mal. Amadís gelo otorgó, y dijo al Gigante, que en mas acuerdo estaba: «Madarque, ya veis vuestra facienda cómo está, é si quisieres tomar mi consejo hacerte he vivir, é si no, la muerte es contigo.» El Gigante le dijo: «Buen caballero, pues en mí dejas la muerte é la vida, yo haré tu voluntad por vivir, y dello te haré fianza.» Amadís le dijo: «Pues lo que yo de tí quiero es que seas cristiano é mantengas tú é todos los tuyos esta ley, faciendo en este señorío iglesias é monesterios, y que sueltes todos los presos que tienes, y de aquí adelante que no mantengas esta mala costumbre que fasta aquí toviste.» El Gigante, que al tenia en el corazon, dijo, con miedo de la muerte: «Todo lo faré como lo mandais; que bien veo, segun mis fuerzas y de los mios con las de vosotros, que, si por mis pecados no, por otra cosa no podiera ser vencido, especialmente por un golpe solo, como lo fuí, é si os ploguiere, facedme llevar al castillo, é allí folgaréis y se hará lo que mandais.—Así se haga,» dijo Amadís. Estonces mandó llamar á sus hombres los que habia asegurado, é tomaron al Gigante, é llevároulo al castillo, donde entró él é Amadís é sus compañeros; y desque fueron desarmados abrazáronse muchas veces Amadís é don Galaor, llorando del placer que en se ver habian, y estovieron todos cuatro con mucho placer fasta que de parte del Gigante les dijeron que tenian aderezado de comer, que ya era sazon. Amadís dijo que no comerian hasta que todos los presos allí fuesen venidos, porque delante dellos comiesen. «Eso luego se hará, dijeron los hombres del Gigante; que ya los ha mandado soltar.» Estonces los hicieron venir, y eran ciento, en que habia treinta caballeros, y mas cuarenta dueñas é doncellas. Todos llegaron con mucha homildad á besar las manos á Amadís, diciéndole que les mandase lo que ficiesen. El les dijo: «Amigos, lo que á mí mas me placerá es que os vais á la reina Brisena y le digais cómo os envia el su caballero de la ínsola Firme, y que fallé á don Galaor, mi hermano, y besadle las manos por mí.» Ellos le dijeron que lo harian todo como lo mandaba, así aquello como todo lo otro en que le servir podiesen.

Luego se sentaron á comer, é fueron muy bien servidos de muchos manjares Amadís mandó que diesen aquellos presos sus navíos, en que se fuesen, é así se fizo luego, é todos juntos tomaron la via de donde la reina Brisena estaba, por complir lo que les era mandado. Amadís é sus compañeros, despues que hobieron comido, entráronse en la cámara del Gigante por le ver, é hallaron que le curaba una giganta, su hermana, que se llamaba Andandona, la mas brava y esquiva que en el mundo habia. Esta nació quince años ante que Madarque, y ella le ayudó á criar; tenia todos los cabellos blancos é tan crespos, que los no podia peinar; era muy fea de rostro, que no semejaba sino diablo. Su grandeza era demasiada, é su ligereza no habia caballo, por bravo que fuese, ni otra bestia cualquiera en que no cabalgase, é las amansaba. Tiraba con arco é con dardos tan recio é cierto, que mataba muchos osos, é leones y puercos, y de las pieles dellos andaba vestida todo lo mas del tiempo; albergaba en aquellas montañas por cazar las bestias fieras. Era muy enemiga de los cristianos é haciales mucho mal, é mucho mas lo fué dallí adelante, é lo hizo ser á su hermano Madarque, fasta que en la batalla que el rey Lisuarte hobo con el rey Arábigo é los otros reyes, que lo mató el rey Perion, así como adelante se dirá. Despues que aquellos caballeros estovieron una pieza con el Gigante, y él les prometió de se tornar cristiano, salieron á su aposentamiento, donde aquella noche albergaron, é otro dia entrando en sus navíos, tomaron la via de Gaula por un brazo de mar que de una parte y de otra cercado de grandes arboledas, en las cuales aquella endiablada giganta Andandona aguardando estaba por les hacer algun pesar; é como los vió dentro en el agua, decendióse por la cuesta ayuso hasta se poner sobre ellos encima de una peña, y escogió el mejor dárdo de los que traia, sin que dellos vista fuese, é como tan cerca los vió, esgrimió el dardo, é lanzólo muy fuertemente, é dió á don Bruneo con él en la una pierna, que gela pasó, hasta dar en la galea, donde fué quebrado; é con la gran fuerza que puso, é la codicia de los ferir, fuéronsele los piés de la peña, é dió consigo en el agua tan gran caida, que no semejaba sino que cayera una torre; y aquellos que la miraban, é la vieron tan desemejada é vestida de cueros negros de osos, cuidaron verdaderamente que algun diablo era, y comenzáronse á santiguar é acomendarse á Dios, y luego

la vieron salir nadando tan recio, que era maravilla, é tirábanle con saetas y con arcos; mas ella se metió so el agua fasta que salió en salvo á la ribera, é al salir en tierra la hirieron Amadís y el rey Cildadan de sendas saetas por la una espalda; mas como salió fuera, comenzó de huir por las espesas matas. Así que, el rey Cildadan, que así la vió con las saetas hincadas, no pudo estar que no riese, é acorrieron á don Bruneo, haciéndole restañar la sangre y echándole en su cama; mas á poco rato la Giganta pareció encima de un otero, é comenzó á decir á muy grandes voces: «Si pensais que soy diablo, no lo creais; mas soy Andandona, que vos haré todo el mal que podiere, é no lo dejaré por afan ni trabajo que me avenga.» Y fuése corriendo por aquellas peñas con tanta ligereza, que no habia cosa que la alcanzar podiese; de lo cual fueron todos maravillados, que bien creian que de las feridas moriera. Estonces sopieron toda su facienda de dos hombres de los presos, que Gandalin allí metiera en la galea para los llevar á Gaula, donde eran naturales; de que muy maravillados fueron, é si no fuera por don Bruneo, que muy ahincadamente les rogó que lo mas presto que ser podiese lo llevasen á algun lugar donde curado de aquella llaga fuese, querian volver á la ínsola é buscar por toda ella aquella endiablada giganta, é hacerla quemar.

Así fueron, como ois, hasta salir de aquella via, y entraron en la alta mar; é fablando en muchas cosas, como aquellos que de corazon se amaban, sin cautela ninguna. E Amadís les contó cómo era desavenido del rey Lisuarte, é todos sus amigos é parientes que en la corte estaban á su causa, é por cuál razon; y el casamiento de don Galvánes y de la muy hermosa Madasima; é cómo era ido con aquella gran flota á la ínsola de Mongaza para la haber de ganar, pues que de herencia le venia; é diciéndoles todos los caballeros que con él iban, y el deseo grande que de le ayudar llevaban. Cuando esto oyó don Galaor muy triste fué destas nuevas, é gran dolor su corazon sintió; que bien entendia los grandes males que se podian recrecer, y en gran cuidado fué puesto; porque, aunque su hermano Amadís, á quien él tanto amaba é tanto acatamiento debiese, fuese de la una parte, no pudo tanto con su corazon, que no otorgase de servir al rey Lisuarte, con quien él vivia, como adelante se dirá. Así que, en esto pensando, é acordándose cómo Amadís dél se habia partido de la ínsola Firme, apartándolo á un cabo de la nave, le dijo: «Señor hermano, ¿qué tan grave ni tan gran cosa os podo ocurrir que no fuese mayor el deudo é amor de entre nosotros que así como de persona extraña de mí vos encobristes?—Buen hermano, dijo Amadís, pues la causa dello tovo tal fuerza de romper aquellas fuertes ataduras dese deudo y amor que decis, bien podeis creer que seria muy mas peligrosa que la mesma muerte, y ruégoos mucho que lo no querais esta vez saber.» Galaor, tornando en mejor semblante, que algo estaba sañudo, veyendo que todavía era su voluntad de se encobrir, se dejó dello, é hablaron en otras cosas.

Así andovieron cuatro dias navegando, en cabo de los cuales aportaron á una villa de Gaula que habia nombre Mostrol; é allí estaba á la sazon su padre el rey Perion é la reina su madre, porque era puerto de mar descontra la Gran Bretaña, donde mejor podian saber nuevas de aquellos sus hijos. E como vieron la galea, enviaron á saber quién eran los que allí venian; y llegando el mensajero, mandó Amadís que le respondiesen que dijese al Rey cómo venia el rey Cildadan é don Bruneo de Bonamar; que de sí ni de su hermano no quiso que por estonces nada sopiesen. Cuando el rey Perion esto oyó fué mucho alegre, porque el rey Cildadan le diria nuevas de don Galaor; que Amadís le hizo saber cómo entrambos eran en casa de Urganda, é mandó cabalgar toda su compaña, é saliólos á recebir; que á don Bruneo amaba él mucho, porque habia estado algunas veces en su corte, é sabia que aguardaba á sus hijos. Amadís é don Galaor cabalgaron en sus caballos, ricamente vestidos, é fueron por otra parte al palacio de la Reina, é como á su aposentamiento llegaron, dijeron al portero: «Decid á la Reina que estan aquí dos caballeros de su linaje, que la quieren hablar.» La Reina mandó que entrasen, é como los vió, conoció á Amadís, é á don Galaor por él, que mucho se parecian, é no lo viera desde que el Gigante gelo hurtó, é dijo en una voz: «¡Ay, Vírgen María! Señora, ¿y qué es esto, que mis hijos veo ante mí?» Y cerrándosele la palabra, cayó en el estrado como fuera de sentido; y ellos hincaron los hinojos y besáronle las manos muy humildosamente, é la Reina se decendió del estrado, é tomólos entre sus brazos, y llególos á sí, y besaba al uno é al otro muchas veces sin que se pudiesen hablar, hasta que entró su hermana Melicia, que la Reina los dejó porque la hablasen; que de su gran fermosura fueron mucho maravillados. ¿Quién podria contar el placer de aquella noble Reina en ver delante de sí aquellos caballeros sus hijos tan hermosos, considerando las grandes angustias y dolores de que siempre su ánimo atormentado era, sabiendo los peligros en que Amadís andaba, esperando de su vida ó muerte á ella venir lo semejante, é haber perdido por tal aventura á don Galaor cuando el Gigante gelo llevó, é viéndolo todo reparado con tanta honra, con tanta fama; por cierto ninguno podria bastar á lo decir, si no fuese ella ó otra que en lo semejante estoviese. Amadís dijo á la Reina: «Señora aquí traemos mal herido á don Bruneo de Bonamar; mandadle hacer honra como á uno de los mejores caballeros del mundo.—Hijo mio, dijo ella, así se hará porque lo quereis vos, é porque mucho nos ha servido; y cuando yo no le podiere ver, verlo ha vuestra hermana Melicia.—Así lo haced, señora hermana, dijo don Galaor, pues que sois doncella; que vos y todas las que lo sois le debeis honrar mucho, como aquel que las sirve é honra mas que otro alguno, é por muy bienaventurada se debe tener aquella que él ama, pues que sin entrevalo pudo ir so el arco encantado de los leales amadores, que fué cierta señal de la nunca haber errado.» Cuando Melicia esto oyó estremeciósele el corazon, que bien sabia que por ella fué acabada aquella aventura, y respondióle como aquella que muy mesurada era, é dijo: «Señor, yo haré en ello lo mejor que podiere, é Dios faga su querer; esto faré porque lo mandais, y porque me dicen que es buen caballero y que mucho vos ama.»

Estando así la Reina con sus hijos, como ois, llegó el rey Perion y el rey Cildadan; é como lo vieron Amadís é Galaor, fueron á él, hincando los hinojos; cada uno le besó la una mano, y él los besó, viniéndole las lágrimas á los ojos del placer que en sí habia. El rey Cildadan les dijo: «Buenos amigos, acuérdeseos de don Bruneo.» Estonces habiendo ya el rey Cildadan hablado á la Reina é á su fija, fueron todos juntos á don Bruneo, que lo traian de la galea caballeros en sus brazos por mandado del rey Perion, y posiéronlo en un lecho asaz rico, en una cámara del aposentamiento de la Reina, que salia una finiestra della á una huerta de muchas rosas é flores.

Allí fué la Reina é su hija á lo ver, mostrando la Reina mucho sentimiento de su mal, y él, teniéndogelo en gran merced; y desque allí una pieza estovo, díjole: «Don Bruneo, yo vos veré lo mas que podiere, y cuando otra cosa me impidiere, será con vos Melicia, vuestra amiga, que vos curará de la herida.» El le besó las manos por ello, é la Reina se fué; é Melicia é las doncellas que la aguardaban quedaron allí; y ella se asentó delante de la cama, donde él podia muy bien ver el su hermoso rostro, que tan ledo le hacia, que si así lo pudiese tener, no desearia ser sano; porque aquella vista le curaba é sanaba otra llaga mas cruel é mas peligrosa para su vida. Ella le desató la herida, é vióla grande; mas en estar abierta de ambas partes tovo esperanza de lo presto sanar, é díjole: «Don Bruneo, yo os cuido sanar desta llaga; mas es menester que me no salgais de mandado por ninguna guisa; que dello vos podria recrecer gran peligro.—Señora, dijo don Bruneo, nunca Dios quiera que de mandado vos salga; que cierto soy, si lo ficiese, que ninguno me podria poner consejo.» Esta palabra entendió ella á la fin que se dijo, mejor que ninguna de las doncellas que hí estaban. Estonces le puso un tal ungüento en la pierna y en la herida, que le quitó todo lo mas de la hinchazon y dolor que tenia, é dióle de comer con aquellas sus muy fermosas manos, é díjole: «Asosegad agora; que cuando tiempo fuere yo vos veré.» E saliendo de la cámara, encontró con Lasindo, escudero de don Bruneo, que sabia su facienda de cómo se amaban, é díjole Melicia: «Lasindo, vos sois aquí mas conocido; demandad lo que á vuestro señor compliere.—Señora, dijo él, plega á Dios de le llegar á tiempo que vos sirva esta merced que le haceis.» E llegándose mas á ella, sin que lo oyesen, le dijo: «Señora, quien ha gana de guarecer á alguno hale de acorrer á la llaga mas peligrosa, do mayor cuita le viene; por Dios, Señora, habed dél merced, pues que tanto menester la tiene, no del mal que padece de la herida, mas de aquel que por vos con tanta crueza sufre é sostiene.» Cuando esto le oyó Melicia, díjole: «Amigo, á esto que veo porné yo remedio, si puedo; que de lo otro no sé ninguna cosa.—Señora, dijo él, conocido es á vos que las mortales cuitas é dolores que por vos pasa, tovieron tanta fuerza de le poner ante las imágenes de Apolidon é Grimanesa.—Lasindo, dijo ella, muchas veces acaece sanar las personas de tales dolencias como esta que dices que tu señor ha tenido, con la dilacion del tiempo, sin que otro remedio se les ponga; é así puede haber acaecido á tu señor, y por esto no es menester demandar remedio para él á quien no gelo puede dar.» E dejándole, se fué á su madre, é como quiera que esta respuesta se le dijo por Lasindo á don Bruneo, no fué turbado; que creido tenia él tener ella lo contrario de aquello; antes muchas veces bendecia á la giganta Andandona porque le habia ferido, pues que con ella gozaba de aquel placer que sin él todo lo al del mundo le era gran pena é soledad.

Así como ois estaban en Gaula el rey Cildadan, é Amadís é Galaor con el rey Perion de Gaula, con mucho vicio é placer de todos ellos, é don Bruneo en guarda de aquella señora que él tanto amaba; é avino así: que un dia, apartando don Galaor al Rey su padre é al rey Cildadan é á su hermano Amadís, les dijo: «Creido tengo yo, señores, que aunque mucho me trabajase, no podria fallar otros tres que me tanto amasen é mi honra quisiesen como vos, é por esta causa quiero que me deis consejo en aquello que, despues del ánima, en mas se debe tener, y esto es, que vos, señor hermano Amadís, me posistes con el rey Lisuarte, mandándome con mucha aficion que suyo fuese, é agora veyéndovos con él en tan gran rotura, sin ser yo despedido de su vivienda, ciertamente muy atormentado me hallo, porque si á vos acudiese, mi honra mucho menoscabada seria; é si á él, es para mí el estrago de la muerte pensar de ser en vuestro estorbo. Así que, buenos señores, poned remedio en esto mio, que lo propio vuestro es, y quered mas mi honra que la satisfacion de vuestras voluntades.» El rey Perion le dijo: «Fijo, no podeis vos errar en seguir á vuestro hermano contra un rey tan desconocido é tan desmesurado; que si con él quedastes, fué salvando la voluntad de Amadís, é con justa causa vos podeis dél despedir, pues que como enemigo quiere y procura destruir á vuestro linaje, que tanto le ha servido.» Don Galaor dijo: «Señor, esperanza tengo yo en Dios y en la vuestra merced, en quien yo mi honra pongo, que nunca por el mundo dirán que en tiempo de tal rotura y que tanto ha menester aquel rey mi servicio me despedí dél, no me habiendo antes despedido.—Buen hermano, dijo Amadís, como quiera que tanto obligados seamos de obedecer al mandamiento de nuestro padre y señor, sabiendo ser su discrecion tal, que muy mejor que nosotros lo sabriamos complir será lo que mandare; atreviéndome á su merced, digo que en tal sazon no seais apartado ni despedido de aquel rey, si no fuese con tal causa que sin prejuicio de ninguno hacer se podiese; que en lo que entre él é mí toca no pueden ser ningunos caballeros de su parte tan fuertes, por fuertes que sean, que no lo sea mas el alto Señor que sabe los grandes servicios que yo le fice, y el mal galardon, sin le yo merecer, que dél hobe; y pues él es el juez, bien creo yo que dará á cada uno lo que merece.»

Nota razon con dos entendimientos: la una, referirlo á Dios, en quien es todo el poder; la otra, conociendo Amadís la gran aficion que su hermano tenia al servicio del rey Lisuarte, no lo tener en mucho. Determinado por todos que Galaor se fuese al rey Lisuarte, luego el rey Cildadan dijo contra Amadís é don Galaor: «Buenos amigos, vosotros sabeis la facienda de mi batalla y de aquel rey Lisuarte, que por la bondad de vosotros

fué vencida, y me quitastes aquella gran gloria que yo é mi gente alcanzáramos; é tambien sabeis, señores, las posturas é firmezas que tengo prometidas, que son, que el que vencido fuese sirviese al otro en cierta manera; y pues mi fuerte ventura fué tal, que yo vencido fuese por vosotros, conviéneme complirlas, aunque á mi pesar sea, todos los dias de mi vida, y de la queja y pesar que desto mi corazon tiene anda siempre muy quebrantado; pero, como todas las cosas pospongamos por la honra, y la honra sea negar la propia voluntad por seguir aquello á que hombre es obligado, forzado me es de acudir aquel rey con el número de los caballeros que le prometí hasta que Dios quiera; é quiérome ir con don Galaor, que hoy saliendo de la misa me llegó una carta suya, llamándome que le acuda, como debo.» Con esto se despidieron de su habla, é otro dia, despedidos de la Reina é de su hija Melicia, entraron en una nave para pasar en la Gran Bretaña, donde sin entrevalo alguno arribaron; é salidos en tierra, fueron derechamente donde sopieron que el rey Lisuarte era; el cual tenia muy gran saña de lo que á su gente aviniera en la ínsola de Mongaza, y el gran destrozo que sobre ellos fué; é acordó de no esperar la mucha gente que mandara llamar; antes ir con aquellos caballeros que mas presto se hallasen; é tres dias antes que en las barcas entrase, dijo á la Reina que tomase á Oriana, su hija, é dueñas é doncellas, porque queria ir á caza á la floresta é folgar allí con ellas; y ella así lo hizo, que otro dia, llevando tiendas y lo que menester habian, partieron con mucho placer, y fueron aposentados en una vega cubierta de árboles que en la floresta éstaba, é allí folgó el Rey aquel dia, é hobo gran suma de venados é otras maneras de caza, con que hizo mucha fiesta á todos los que allí se hallaron. E cierto, como quiera que allí estaba, su corazon é pensamiento mas estaba puesto en el destrozo que sus gentes recebido habian en la isla; é pasada la fiesta é caza, fizo aderezar las cosas que habia menester para su pasaje.

CAPITULO IV.

Cómo el rey Cildadan é don Galaor, yendo su camino para la corte del rey Lisuarte, encontraron una dueña que traia un hermoso doncel acompañado de doce caballeros, é fuéles rogado por la dueña que suplicasen al Rey que lo armase caballero, lo cual fué hecho, y despues el mesmo Rey conoció ser su hijo.

Andando por sus jornadas el rey Cildadan é don Galaor donde el rey Lisuarte estaba, dijéronles cómo se aparejaba para pasar á la ínsola de Mongaza, é por esta causa se dieron priesa en su camino por llegar á tiempo de pasar con él, é acaecióles que habiendo dormido en una floresta, al alba del dia oyeron una campana que á misa tañia, y fueron allá para la oir; y entrando en la ermita, vieron doce escudos muy hermosos al derredor del altar, ricamente pintados, el campo cárdeno é los castillos de oro por él, y en medio dellos estaba un escudo blanco muy hermoso, orlado con oro é piedras preciosas, y desque hicieron su oracion, preguntaron á unos escuderos que allí estaban cúyos eran aquellos escudos, y ellos les dijeron que en ninguna manera lo podian decir, mas si iban á casa del rey Lisuarte, que cedo lo sabrian; y ellos así estando, vieron venir por el corral los caballeros señores de los escudos con sendas doncellas por las manos, é tras ellos venia el novel caballero hablando con una dueña que no era muy moza; y él era de muy buen talle é fermoso é apuesto; que á duro se hallaria quien lo tanto fuese. Mucho se maravillaron el rey Cildadan é don Galaor de ver hombre tan extraño, é bien pensaron que de lueñe tierra vernia, pues que en aquella hasta entonces no hobo dél memoria; así pasaron hasta el altar, donde todos oyeron la misa, y desque fué dicha, la dueña les preguntó si eran de casa del rey Lisuarte. «¿Por qué lo preguntais? dijeron ellos.—Porque querriamos, si os ploguiese, vuestra compañía; que el Rey está en aquesta floresta cerca de aquí con la Reina é muchas de sus compañas en tienda, cazando é holgando.—Pues ¿qué quereis de nosotros, dijeron ellos, que vuestro placer sea?—Queremos, dijo la dueña, por cortesía, que roguеis al Rey é á la Reina é á su hija Oriana que se lleguen aquí, é nos hagan á este escudero caballero; que él es tal, que merece bien toda la honra que le fuere hecha.—Dueña, dijeron ellos, muy de grado harémos esto que nos decis, y creemos que el Rey lo hará según en todas las cosas es comedido y mesurado.» Entonces luego cabalgaron la dueña é las doncellas y ellos de consuno, y fuéronse poner en un otero que cerca del camino por donde el Rey habia de venir estaba; é no tardó mucho que le vieron venir, é á la Reina é su compaña, y el Rey venia delante, é vió las doncellas é los dos caballeros armados; y pensando que querian justar, mandó á don Grumedan, que con él venia, con treinta caballeros que le aguardaban, que fuese á ellos y les dijese que no se trabajasen de querer justar, sino que se viniesen para él. Don Grumedan se fué á ellos y el Rey se detuvo; é como el rey Cildadan é don Galaor vieron que se detenia, decendieron del otero con las doncellas, é fuéronse contra él. E cuando alguna pieza andovieron, conoció don Galaor á Grumedan, é dijo al rey Cildadan: «Señor, védes, allí viene uno de los buenos hombres del mundo.—¿Quién es? dijo el Rey.—Don Grumedan, dijo Galaor, aquel que tuvo la seña del rey Lisuarte en la batalla contra vos.—Eso podeis vos decir con verdad, dijo el Rey; que yo fuí el que le trabé de la seña, é nunca de sus manos la pude sacar fasta que la asta quebró; é vile facer tanto en armas en mí y en los mios, que por ninguna guisa se la quisiera haber quebrado.»

Desque se quitaron los yelmos porque los conosciesen, é don Grumedan, que ya mas cerca era, conoció á don Galaor, é dijo en una voz alta como él habia manera de fablar: «¡Ay mi amigo don Galaor! vos seais tan bien venido como los ángeles del paraíso.» E fué cuanto mas pudo contra él, é como llegó díjole Galaor: «Señor don Grumedan, llegad al rey Cildadan.» Y él fué por le besar las manos, y el Rey lo recibió muy bien, é tornó luego á don Galaor, é abrazáronse muchas veces como aquellos que de corazon se amaban, é díjoles: «Señores, venid vuestro paso, é haré saber al Rey vuestra venida.» E partido dellos, llegó al Rey é díjole: «Señor, nuevas os traigo con que seréis alegre; que allí viene vuestro vasallo é amigo don Galaor, que vos nunca faltó en el tiempo del menester; y el otro es

el rey Cildadan.—Mucho soy alegre, dijo el Rey, con su venida; que bien sabia yo que seyendo él sano y en su libre poder, no faltaria de se venir á mí, así como lo yo haria en lo que su honra fuese.» En esto llegaron los caballeros, y el Rey los recibió con mucho amor, é don Galaor le quiso besar las manos, mas él no quiso, antes lo abrazó de tal forma, que bien dió á entender á los que lo miraban que de corazon le amaba. Estonces le dijeron lo que la dueña é las doncellas querian, é cómo vieran aquel novel que caballero queria ser, y que era muy hermoso y de buen talle. El Rey estovo pensando una pieza, porque no acostumbraba hacer caballero sino á hombre de gran valor, y preguntó cúyo hijo era; la dueña dijo: «Eso no sabréis agora; pero yo vos juro por la fe que á Dios debo que de ambas partes viene de reyes lindos.» El Rey dijo á don Galaor: «¿Qué os parece que se hará en esto?—Paréceme, Señor, que lo debeis hacer, é no poner en éllo excusa; que el novel es muy extraño en su donaire y fermosura, é no puede errar de ser buen caballero. —Pues así vos parece, dijo el Rey, hágase.» E mandó á don Grumedan que llevase al rey Cildadan é á don Galaor á la Reina, y le dijese que se viniese con ellos á aquella ermita donde él iba. Ellos se fueron luego; é cómo de la Reina y de Oriana y de todas las otras fueron recebidos no es necesario decirlo; que nunca otros mejor ni con mas amor lo fueron; é sabido la Reina lo que el Rey mandaba, fuéronse todas tras él hasta que á la ermita llegaron, é cuando vieron aquellos escudos y el blanco tan hermoso é tan rico entre ellos, maravillárónse dello, mas mucho mas de la gran hermosura del novel, é no podian pensar quién fuese, pues que hasta entonces nunca dél oyeran decir. El novel besó las manos al Rey con gran homildad, é la Reina no gelas quiso dar, ni Oriana por ser hombre de alto logar. El Rey le fizo caballero é díjole: «Tomad la espada de quien mas vos ploguiere.—Si á la vuestra merced placerá, dijo él, tomarla he de Oriana; que con esto será mi voluntad satisfecha y será complido aquello que mi corazon deseaba.—Fágase así, dijo el Rey, como vos lo deciś, pues que vos place.» E llamando á Oriana, le dijo: «Mi amada fija, si á vos place, dad la espada á este caballero, que de vuestra mano antes que de otra ninguna la quiere tomar.» Oriana con gran vergüenza, como aquella que por muy extraño lo tenia, tomando la espada, gela dió, é así fué cumplida enteramente su caballería.

Esto así hecho, como habeis oido, la dueña dijo al Rey: «Señor, á mí me conviene con estas doncellas partirme luego, que así me es mandado, y en esto al no puedo facer; que por mi voluntad bien querria algunos dias aquí estar; y quedará en vuestro servicio, si mandárdes, Norandel, este que armastes caballero, é los otros doce caballeros que con él vinieron.» Cuando esto oyó el Rey, él hobo gran placer, que muy pagado del caballero novel era, é díjole: «Dueña, á Dios vais.» Ella se despidió de la Reina y de la muy hermosa Oriana, su hija; é cuando del Rey se hobo de despedir, metióle en la mano una carta, que ninguno lo vió, é díjole aparte lo mas paso que pudo: «Leed esta carta sin que ninguno la vea, y despues faced lo que mas vos agradare.» Con esto se fué á su barca, y el Rey quedó pensando en aquello que le dijera, é dijo á la Reina que tomase consigo al rey Cildadan é á don Galaor é se fuese á las tiendas, é si él tardase en la caza, que folgasen é comiesen. La Reina así lo fizo, é cuando el Rey fué apartado abrió la carta.

CARTA DE LA INFANTA CELINDA AL REY LISUARTE.

«Muy alto Lisuarte, rey de la Gran Bretaña: Yo la infanta Celinda, hija del rey Hegido, mando besar vuestras manos. Bien se vos acordará, mi señor, cuando al tiempo que como caballero andante, buscando las grandes aventuras, andábades, habiendo muchas dellas á vuestra gran honra acabado, que la ventura é buena dicha vos hizo aportar al reino de mi padre, que á la sazon partido deste mundo era, donde me vos hallastes cercada en el mi castillo, que del Gran Rosal se nombra, de Antifon el bravo, que por ser de mí desechado en casamiento por no ser en linaje mi igual, toda mi tierra tomarme queria, con el cual aplazada batalla de vuestra persona á la suya, él confiando en la su gran valentía, é vos en ser yo una flaca doncella, á gran peligro de vuestra persona vos combatistes, é al cabo vencido é muerto fué; así que, ganando vos la gloria de tan esquiva batalla, á mí posistes en libertad y en toda buena ventura. Pues entrando vos, mi señor, en el mi castillo, ó porque mi fermosura lo causase, ó porque la fortuna lo quiso, seyendo yó de vos muy pagada, debajo de aquel fermoso rosal, teniendo sobre nos muchas rosas é flores, perdiendo yo las mias, que fasta estonces poseyera, fué engendrado ese doncel, que segun su gran hermosura, fruto aquel pecado acarreó, é como tal, del mas poderoso señor perdonado será; y este anillo, que con tanto amor por vos me fué dado é por mí guardado, vos envio con él, como testigo que á todo presente fué. Honralde é amalde, mi buen señor, faciéndole caballero; que de todas partes de reyes viene; é tomando de la vuestra el gran ardimiento, é de la mia el muy sobrado encendimiento de amor que yo vos tove, mucha esperanza se debe tener que todo será muy bien empleado.»

Leida pues la carta, luego le vino en la memoria á la sazon que él andovo como caballero andante por el reino de Denamarca, cuando por sus grandes fechos que en armas pasó fué amado de la muy hermosa Brisena, infanta, fija de aquel rey, é la hobo por mujer, como ya es contado, é cómo hallara cercada esta infanta Celinda, é pasara con ella todo aquello que le enviara en la carta; é veyendo el anillo, le fizo mas cierto ser aquello verdad; é como quiera que la gran fermosura del novel gran esperanza de ser bueno le posiese, acordó de lo encobrir fasta que la obra diese testimonio de su virtud; así se fué á su caza, é tomando mucha della, se tornó á las tiendas con mucho placer, donde la Reina estaba, é fuése á la tienda donde le dijeron que estaba el rey Cildadan é don Galaor por les dar honra, é iba acompañado de los mas honrados caballeros de su corte é ricamente ataviados, é ante todos los comenzó mucho de loar de sus grandes fechos, así como lo merecian, é por la gran ayuda que

dellos esperaba en aquella guerra que tenia con los mejores caballeros del mundo, é con mucho placer les contó la caza que ficiera, y que les no daria della ninguna cosa, riendo é burlando por los agradar, é mandóla llevar á Oriana, su fija, é á las otras infantas, y envióles decir que la partiesen con el rey Cildadan é don Galaor, y él comió allí con ellos con mucho placer; y desque los manteles alzaron, tomando á don Galaor consigo, se fué debajo de unos árboles, y echándole el brazo sobre el hombro; le dijo: «Mi buen amigo don Galaor, de cómo vos yo amo é precio Dios lo sabe, porque siempre de vuestro gran esfuerzo é de vuestro consejo me vino mucho bien, y en la vuestra fianza tengo yo gran seguridad; tanto, que lo que á vos no descubriese no lo diria á mi mismo corazon; y dejando las mas graves cosas, que siempre por mí manifiestas vos serán, quiero que una que al presente me ocurre sepais.» Estonces le dió la carta que la leyese, é visto por don Galaor que Norandel era su hijo, mucho fué ledo, é díjole: «Señor, si afan y peligro pasastes en el socorro de aquella infanta, bien vos lo pagó con tan fermoso hijo; que si Dios me salve, yo creo que él será tan bueno, que aquel cuidado que agora teneis de lo encobrir será mucho mayor de lo divulgar; é si á vos, Señor, place, yo lo quiero por compañero todo este año, porque algo del deseo que yo tengo de vos servir sea empleado en aquel que es tan junto á vuestra sangre.—Mucho vos lo gradezco yo, dijo el Rey, esto que decis, porque, como ninguna cosa secreta sea, toda la honra que á este se hiciere es mia. Mas ¿cómo vos daré yo por compañero un rapaz, que aun no sabemos á qué pujará su hecho, pues que yo me ternia por muy contento é honrado de lo ser? Pero pues que á vos place, así se haga.»

Estonces se tornaron á la tienda donde el rey Cildadan é Norandel é otros muchos caballeros de gran guisa estaban; é cuando todos asosegados fueron, Galaor se levantó é dijo al Rey: «Señor, vos sabeis bien que la costumbre de vuestra casa y de todo el reino de Lóndres es que el primero don que cualquiera caballero ó doncella demandare al caballero novel le debe ser otorgado con derecho.—Así es verdad, dijo el Rey; mas ¿por qué lo decis?—Porque yo soy caballero, dijo Galaor, é pido á Norandel que me otorgue un don que le demandaré, y es, que mi compañía é la suya sea por un año complida, en el cual nos tengamos buena lealtad, y no nos pueda partir sino la muerte ó prision, en que no podamos mas hacer.» Cuando Norandel esto oyó fué muy maravillado de lo que Galaor habia dicho, é fué muy alegre, porque ya sabia la gran fama suya é la honra que el Rey le hacia extremadamente entre tantos buenos y preciados caballeros, é que despues de su hermano Amadís, no habia en el mundo otro que de bondad de armas le pasase, é dijo: «Mi señor don Galaor, segun vuestra gran bondad y merecimiento y el poco mio, bien parece que este don se pide mas por vuestra gran virtud que por lo yo merecer; mas, como quiera que sea, yo vos lo otorgo é gradezco como la cosa que en este mundo, fueras del servicio de mi señor el Rey, me podiera venir que mas alegre facerme podiera.» Visto por el rey Cildadan las cosas como pasaban, dijo: «Segun vuestra edad é hermosura de ambos, con mucha causa se pudo pedir el don é otorgarse, é Dios mande que sea por bien, é así será como en las cosas que mas con razon que con voluntad se piden se hace.» Otorgada compañía entre don Galaor é Norandel, así como habeis oido, el rey Lisuarte les dijo cómo tenia determinado de al tercero dia entrar en la mar, porque, segun las nuevas de la ínsola de Mongaza le vinieron, era muy necesaria su ida. «En el nombre de Dios sea, dijo el rey Cildadan, y nos vos servirémos en todo lo que vuestra honra fuere.» E don Galaor le dijo: «Señor, pues que los corazones de los vuestros enteramente habeis, no temais sino á Dios.—Así lo tengo yo, dijo el Rey, que aunque el esfuerzo de vosotros grande sea, mucho mas el amor é aficion vuestra me hace seguro.» Aquel dia pasaron allí con gran placer. Y otro dia, habiendo oido misa, cabalgaron todos para se tornar á la villa, y el Rey dijo á don Galaor é á Grumedan que se fuesen con la Reina, é sacando aparte á don Galaor, le dió licencia para que á Oriana dijese el secreto de cómo Norandel era su hermano, y que lo toviese en poridad. Con esto se fué para sus cazadores, y ellos á la Reina, que ya cabalgaba; é don Galaor, llegándose á Oriana, la tomó por la rienda y se fué hablando con ella, á la cual mucho con él le plogo, así por el gran amor que su padre le tenia, como porque le parecia que, seyendo hermano de su amigo Amadís, le daba su presencia gran descanso.

Pues así hablando en muchas cosas, vinieron á hablar en Norandel, é dijo Oriana: «¿Sabeis algo de la facienda deste caballero, que vos vi venir en su compañía é agora por compañero lo tomastes? Segun vuestro gran valor, no debiera ser esto sin ser sabidor de alguna cosa de su hecho; que todos los que vos conocen no saben otro que igual vos sea sino es vuestro hermano Amadís.—Mi señora, dijo don Galaor, tanto hay de la igualanza é ardimento mio al de Amadís como de la tierra al cielo, é muy gran locura seria de ninguno pensar de ser su igual, porque Dios lo extremó sobre todos cuantos en el mundo son, así en fortaleza como en todas las otras buenas maneras que caballero debe tener.» Oriana cuando esto oyó comenzó á pensar consigo misma, y decia: «¡Ay Oriana! ¿si ha de venir algun dia que tú te halles sin el amor de tal como Amadís, é sin que por tí sea poseida tal fama, así en armas como en hermosura?» E porque no fuese sentida hízose muy leda y lozana por tener tal amigo, que ninguna otra otro semejante alcanzar podria. «Y en lo que, Señora, decis de la compañía que yo tomé con Norandel, bien creo yo que, segun su disposicion y el hato tan honrado que usaba, que será hombre bueno; mas otra cosa yo supe dél, que cuando se sopiere, á todos parecerá muy extraña, que dió causa á que le ficiese.—Así lo creo yo, dijo Oriana; que no os moviérades vos, seyendo tal, sin gran causa á lo tomar por compañero, é si decir se puede sin dañar algo de vuestra honra, placer habria de lo saber.—Mucho cara seria la cosa en que vos, Señora, placer hobiésedes por la saber de mí, que la yo callase, dijo él; lo que desto sé yo vos lo diré, pero es menester que por ninguna guisa otra persona lo sepa.—Desto sereis bien

cierto y seguro, dijo ella, que así se hará. —Pues sabed, Señora, dijo Galaor, que Norandel es hijo de vuestro padre.» E contóle cómo viera la carta de la infanta Celinda y el anillo, y todo lo que con el Rey su padre hablara. «Galaor, dijo Oriana, alegre me hecistes con esto que me dejistes, é vos lo gradezco, así porque de otro alguno no lo podiera saber, como por la gran honra que habeis dado á este caballero, con quien yo tanto deudo tengo; que ciertamente, si él ha de ser bueno, en muy mayor grado lo será con vos; é si al contrario, la vuestra gran bondad gelo hará ser. —En mucha merced tengo, Señora, la honra que me dais, dijo él, aunque en mí haya lo contrario; pero, como quiera que sea, siempre se porná en vuestro servicio y del Rey vuestro padre y de vuestra madre. —Así lo tengo yo, don Galaor, dijo ella, y á Dios plega por su merced que ellos é yo vos lo podamos galardonar.»

Asi llegaron á la villa, donde Oriana quedando con su madre la Reina, Galaor se fué á su posada, llevando consigo á Norandel, su compañero; é otro dia, luego despues que el Rey oyó misa, mandó que le llevasen de comer á las naos, que ya toda la gente que con él pasaba estaban dentro con sus armas é caballos, y él, llevando consigo al rey Cildadan é Galaor, é Norandel despedido de la Reina é de su hija, y de las dueñas é doncellas, quedando llorando todas, se fué al puerto de Jafoque, donde su armada estaba, y metido en ella, tomó la via de Mongaza, donde con buen tiempo, y á las veces contrario, en cabo de cinco dias fué llegado al puerto de aquella villa, de que la ínsola tomaba el nombre; é halló allí en un real muy fuerte al rey Arban de Norgales con la gente que ya oistes, é sopo cómo habian habido una gran batalla con los caballeros que la villa tenian, y que fueran arrancados del campo los suyos, y fueran todos perdidos si el rey Arban de Norgales nò tomara una ventaja de unas muy bravas peñas, donde fueron reparados de sus enemigos; y cómo aquel muy esforzado Gasquilan, rey de Suesa, fuera mal ferido por don Florestan, y los suyos le habian llevado por la mar donde guareciese, é tambien cómo tenian preso á Brian de Monjaste, que se metiera, por ferir al rey Arban de Norgales, entre los enemigos, y que despues desta pelea, nunca mas osaron salir de aquellas peñas donde los halló el rey Lisuarte, y que, como quiera que los caballeros de la ínsola de Mongaza los habian muchas veces acometido, que nunca los podieron dañar por ser el lugar tan fuerte. Esto sabido por el rey Lisuarte, hobo gran saña de los caballeros de la ínsola, é mandó salir toda la gente de las fustas, é tiendas é otras cosas necesarias, é asentó en el campo hasta saber de sus enemigos. A Oriana le plogo mucho de la partida del Rey su padre, porque se le llegaba el tiempo en que le convenia parir, é llamó á Mabilia é díjole que, segun los desmayos é lo que sentia, que no era otra cosa sino que queria parir; é mandando á las otras doncellas que la dejasen, se fué á su cámara, é con ella Mabilia é la doncella de Denamarca, que de antes tenian ya guisado todas las cosas que menester habian, convenientes al parto. Allí estovo Oriana con algunos dolores fasta la noche, y con ellos recibiendo algun tanto de fatiga; mas de allí adelante la afincaron mucho mas en cantidad; así que, pasó muy gran cuita é grande afan, como aquella que de aquel menester hasta entonces nada sabia; pero el gran miedo que tenia de ser descobierta de aquella afrenta en que estaba la esforzó de tal suerte, que sin quejarse lo sofria, é á la media noche plogo al muy alto Señor, remediador de todos, que fué parida de un fijo, muy apuesta criatura, quedando ella libre; el cual fué luego envuelto en muy ricos paños, é Oriana dijo que llegasen á la cama, y tomándolo en sus brazos, lo besó muchas veces.

La doncella de Denamarca dijo á Mabilia: «¿Vistes lo que este niño tiene en el cuerpo? —No, dijo ella, que estoy ocupada, y tanto tengo que hacer en socorrer á él é á su madre para que lo pariese, que no miré á otra parte. —Pues ciertamente, dijo la doncella, algo tiene en los pechos, que las otras criaturas no han.» Estonces encendieron una vela, y desenvolviendo, vieron que tenia debajo de la teta derecha unas letras tan blancas como la nieve, é so la teta izquierda siete letras tan coloradas como brasas vivas; pero ni las unas ni las otras no supieron leer ni qué decian, porque las blancas eran de latin muy escuro, é las coloradas en lenguaje griego muy cerrado; y de que esto vieron, tornáronlo á envolver é pusiéronlo cabe su madre, é acordaron que luego fuese levado donde lo criasen, así como lo concertaran; é así se hizo, que la doncella de Denamarca se salió del palacio encobiertamente, é rodeó por defuera á la parte donde la finiestra que á la cámara salia estaba, é su hermano Durin con ella en sus palafrenes; é Mabilia en tanto habia el niño puesto en una canasta, é liado con una venda por encima, y colgándolo por una cuerda, lo bajó hasta lo poner en las manos de la doncella, la cual lo tomó y fuése con él la via de Miraflores, donde como su hijo propio della se habia de criar secretamente; mas á poco de rato, dejando el derecho camino, tomaron un sendero que Durin sabia que por la floresta muy espesa de árboles guiaba, y esto hicieron por ir mas encobiertos, é Durin iba delante, y la doncella lo seguia; así llegaron á una fuente que en un llano descombrado de árboles estaba. Pero luego ende habia un valle tan espeso y tan esquivo, que ninguna persona á mala vez en él podria entrar, segun la braveza y espesura de la montaña, é allí criaban leones y otras fieras animalías, y en somo deste valle habia una pequeña ermita antigua, en que moraba aquel Nasciano ermitaño, que por muy santo y devoto hombre de todos era tenido, y acatado en tanto, que era opinion de las gentes comarcanas que algunas veces era de celestial manjar gobernado; y cuando el comer le faltaba iba lo buscar por la tierra sin que el leon ni otra animalía alguna mal le ficiese, aunque muchos dellos, yendo en su asno, continuamente encontraba; antes semejaba que homildanza le hiciesen; y cerca desta ermita habia una cueva entre unas peñas, donde una leona sus hijos pequeñuelos criaba, y muchas veces el hombre bueno los visitaba y daba de comer cuando lo tenia, sin temer la leona; antes ella cuando con ellos lo veia se apartaba dende fasta que él se iba. Con estos leoncillos, despues que habia sus horas rezado, pasaba su

tiempo, habiendo placer de los ver trebejar por la cueva.

E cuando la doncella de Denamarca y su hermano llegaron á aquella fuente, ella traia gran sed del trabajo de la noche y del camino, é dijo á su hermano: «Descendamos, y tomad este niño; que quiero beber.» Él tomó el niño así envuelto en sus ricos paños, é púsolo en un tronco de un árbol que hí estaba; y queriendo decender á su hermano, oyeron unos grandes bramidos de leon que en el espeso valle sonaban; así que, aquellos palafrenes fueron tan espantados, que comenzaron de fuir al mas correr, sin que la doncella el suyo tener podiese, antes pensó que la mataria entre los árboles, é iba llamando á Dios que la socorriese; é Durin corriendo tras ella, pensando tomarla del freno y detener el palafren, y tanto corrió, que le salió delante, y lo detuvo y halló á su hermana tan mal trecha y desacordada, que á duro podia hablar, é hízola decender, é dijo: «Hermana, estad aquí; é yo iré en este palafren por el mio.—Mas id por el niño, dijo ella, y traédmelo; no le acaezca alguna cosa.—Así lo haré, dijo él, y tened este palafren por la rienda; que miedo he, si lo llevase, de le no poder llevar á la fuente.» E así se fué á pié; pero antes acaeció una extraña aventura, que á aquella leona que criaba á sus fijos que ya oistes, é diera el bramido, continuaba mucho venir cada dia á aquella fuente por tomar el rastro de los venados que en ella bebian; y como allí llegó andovo al derredor rastreando á un cabo é otro; é así andando, oyó llorar el niño, que en el tronco del árbol estaba, é fué para él é tomólo con su boca entre aquellos muy agudos dientes suyos por los paños, sin que en la carne lo tocase; que fué porque así le plogo á Dios; é conociendo ser vianda para sus hijos, se fué con él; y esto era ya á tal sazon que el sol salia; mas aquel Señor del mundo, piadoso con aquellos que misericordia le demandan, y con los inocentes que edad ni sentido para la demandar no tienen, acorrióle en esta guisa: que habiendo aquel santo Nasciano cantado misa al alba del dia, é yéndose á la fuente por folgar hí, que la noche habia sido muy calurosa, vió cómo la leona llevaba el niño en su boca, el cual lloraba con flaca voz, como desa noche nacido, y conoció ser criatura; de lo cual fué muy espantado adonde tomado lo habia, é luego alzó la mano é santiguólo, é dijo á la leona: «Véte, bestia mala, y deja la criatura de Dios; que la no hizo para tu gobierno.» E la leona, blandeando las orejas, como que falagaba, se vino á él muy mansa é puso el niño á sus piés, é luego se fué; y Nasciano fizo sobre él la señal de la veracruz, y despues tomólo en sus brazos, é fuése con él á la ermita, é pasando cabe la cueva donde la leona criaba sus fijos, vióla que les daba la teta, é díjole: «Yo te mando de parte de Dios, en cuyo poder son todas las cosas, que quitando las tetas á tus fijos, las dés á este niño, y como á ellos, lo guardes de todo mal.» La leona se fué á echar á sus piés, y el hombre bueno poso el niño á las tetas, y echándole de la leche en la boca, le hizo tomar la teta é mamó, y de allí adelante venia con mucha mansedad á le dar á mamar todas veces que era menester. Mas el ermitaño envió luego á un su mozuelo, que á las misas le ayudaba, que era su sobrino, que muy presto fuese y llamase á su madre é á su padre, que luego fuesen con él sin otra compaña alguna, porque mucho los habia menester. El mozo fué luego á un lugar donde moraban, que era á la salida de la floresta; pero, porque el padre hí en el logar no estaba, no podieron venir hasta diez dias pasados, en los cuales el niño muy bien fué gobernado de la leche de la leona y de una cabra y una oveja que pariera un cordero; estas lo mantenian en tanto que la leona iba á cazar para sus hijos.

Cuando Durin de su hermana se partió, como ya oistes, fuése á pié lo mas presto que pudo á la fuente donde el niño dejara, é cuando no lo halló fué muy espantado, é cató á todas partes, mas no halló sino el rastro de la leona, por donde creyó verdaderamente que ella lo comiera; y con muy gran pesar é tristeza se tornó á su hermana, é como gelo dijo, ella se firió con sus palmas en el rostro, é hizo un gran llanto, maldiciendo su ventura é la hora en que naciera; que así por tal caso habia perdido todo su bien, no sabiendo cómo ante su señora pareciese. Durin la consolaba llorando, mas consuelo no era menester; que su pasion é tristeza era tan demasiada, que por mas de dos horas estovo como fuera de sentido. Durin le dijo: «Mi buena señora hermana, esto que facédes es sin provecho, y dello podria recrecer gran daño á vuestra señora é á su amigo, que algo de su facienda se sopiese.» Ella vió que le decia verdad, é díjole: «Pues ¿qué harémos? que mi sentido no basta para lo saber.—Paréceme, dijo él, que, pues mi palafren es perdido, que nos debemos ir á Miraflores y estar allí tres ó cuatro dias por dar á entender que alguna causa vos allí trajo; é volviendo á Oriana, no le decir cosa desto, sino que el niño queda á buen recatido, fasta que sea sana, y despues tomaréis consejo con Mabilia de lo que facer se debe.» Ella dijo que lo tenia por bien, y cabalgando entrambos en su palafren, se fueron á Miraflores, y en cabo de tres dias se tornaron á Oriana, y mostrando la doncella buen semblante, le dijo cómo todo quedaba fecho segun lo habia concertado. Pues tornando al ermitaño que el niño criaba, sabed que á los diez dias llegaron á él su hermana é su marido, é díjoles cómo hallara aquel niño por gran aventura, é Dios le amaba, pues así le quiso guardar, y que le rogaba lo criasen en su casa fasta que hablar sopiese, y gelo trajesen para lo enseñar. Ellos dijeron que así como lo él mandaba lo harian. «Pues quiérole baptizar,» dijo el hombre bueno, é así se fizo; mas cuando aquella dueña lo desenvolvió cabe la pila, vióle las letras blancas y coloradas que tenia, é mostrólas al hombre bueno, que se mucho dello espantó, é leyéndolas, vió que decian las blancas en latin: *Esplandian*, y pensó que aquel debia ser su nombre, é así gelo puso; pero las coloradas, aunque mucho se trabajó, no las sopo leer ni entender lo que decian; y luego fué baptizado con nombre de Esplandian, con el cual fué conocido en muchas tierras extrañas en grandes cosas que por él pasaron, así como adelante será contado. Esto así fecho, el ama lo levó con mucho placer á su casa, y con esperanza que por él habia de ser bien librada, no solamente ella,

mas todo su linaje, é con mucha diligencia le criaba, como quien tenia su esperanza en él. É al tiempo que el ermitaño mandó gelo trujeron muy fermoso é bien criado; que todos los que le veian folgaban mucho de lo ver.

CAPITULO V.

En que se recuenta la cruda batalla que hobo entre el rey Lisuarte é su gente con don Galvánes y sus compañeros; y de la liberalidad y grandeza que fizo el Rey despues del vencimiento, dando la tierra á don Galvánes é á Madasima, quedando por sus vasallos en tanto que en ella habitasen.

Como habeis oido, el rey Lisuarte desembarcó en el puerto de la ínsola de Mongaza, donde halló al rey Arban de Norgales é la gente que con él eran retraidos en un real metido en unas peñas, la cual mandó salir luego á lo llano y se juntase con la que él traia, y supo cómo don Galvánes y sus compañeros, que en el Lago Ferviente estaban, pasaron las sierras que en medio tenian, guisados para darle la batalla, é luego él movió con todos los suyos contra ellos, esforzándolos cuanto podia, como aquel que lo habia con los mejores caballeros del mundo; y tanto andovo, que llegó á una legua dellos ribera de un rio, é allí paró aquella noche; é cuando el alba del dia pareció oyeron todos misa y armáronse, é hizo el Rey dellos tres haces. La primera hobo don Galaor, de quinientos caballeros, é con él iba su compañero Norandel y don Guilan el cuidador, y su cohermano Ladasin, é Grimeo el valiente, y Cendil de Ganota, é Nicoran de la Puente Medrosa, el muy buen justador; é la segunda haz dió al rey Cildadan con setecientos caballeros, é iban con él Ganides de Ganota, é Acédis el sobrino del Rey, é Gradasonel Fallistre, é Bramdoibas, é Tasian, é Filispinel; que todos estos eran caballeros de gran cuenta; y en medio desta haz iba don Grumedan de Nuruega, é otros caballeros que iban con el rey Arban de Norgales, que tenian cargo de guardar al Rey, sin tener que ver en otra cosa. Así movieron por el campo, que en gran manera parecia hermosa gente é bien armada; que tantos añafiles y trompas sonaban, que apenas se podian oir; y posiéronse en un campo llano, y á las espaldas del Rey iban Baladan é Leonis con treinta caballeros. Sabido por don Galvánes y por los altos hombres que con él estaban la facienda del rey Lisuarte y la gente que traia, como quiera que hobiese para cada uno dellos cinco hombres, y les hiciese gran mengua la prision de don Brian de Monjaste, é la ida de Agrájes para les traer viandas que les faltaron, no desmayaron por eso; antes con gran esfuerzo animaban su gente, que era poca para la batalla, como aquellos que eran de alto hecho de armas, segun esta historia ha contado, y acordaron de hacer de sí dos haces: la una fué de ciento é seis caballeros, y la otra de ciento y nueve. En la primera iban don Florestan, é don Cuadragante, y Angriote de Estravaus, y su hermano Grovadan (1), y su sobrino Sarquíles, y su cuñado Gasinan, el cual llevaba el pendon de las doncellas; y cerca del pendon iban Branfil y el bueno de Gavarte de Val Temeroso, é Olivas, y Balais de Carsante, y Enil el buen caballero, que Beltenebros metió en la batalla del rey Cildadan; en la otra haz iban don Galvánes, y con él los dos buenos hermanos Palomir é Dragonis, é Listoran de la Torre, é Dandáles de Sadoca, é Tantális el orgulloso; é cabe estas haces iban algunos ballesteros é archeros.

Con esta compaña, tan desigualada del gran número de la gente del Rey, fueron á entrar en el campo llano, donde los otros los atendian; é don Florestan y don Cuadragante llamaron á Elian el lozano, que era uno de los mas apuestos caballeros y que mejor parecia armado, que en gran parte se hallaban, é dijéronle que fuese al rey Lisuarte él y otros dos caballeros con él, que eran sus primos, y le dijesen que si mandaba quitar los ballesteros é archeros de enmedio de las haces de los caballeros, que habrian una de las mas hermosas batallas que él viera. Estos tres fueron luego á lo complir, arredrados de las batallas, pareciendo tan bien, que mucho de todos fueron mirados; é sabed que este Elian el lozano era sobrino de don Cuadragante, hijo de su hermana y del conde Liquedo, primo cohermano del rey Perion de Gaula; y llegados á la primera haz de don Galaor, demandaron seguranza, que venian al Rey con mandado. Don Galaor los aseguró y envió con ellos á Cendil de Ganota, porque de los otros seguros fuesen, y llegados ante el Rey, dijéronle: «Señor, envíavos decir don Florestan é don Cuadragante, y los otros caballeros que allí están para defender la tierra de Madasima, que hágades, si vos place, apartar los ballesteros y archeros de entre vos y ellos, y veréis una fermosa batalla.—En el nombre de Dios, dijo el Rey, tirad los vuestros, y Cendil de Ganota apartará los mios.» Esto fue luego hecho, é aquellos tres caballeros se fueron á su compaña, y Cendil se fué á don Galaor por le contar con lo que aquellos habian al Rey venido; é luego movieron las haces unos contra otros tan de cerca, que no habia tres trechos de arco, y don Galaor conoció á su hermano don Florestan por las sobrevistas de las armas, é á don Cuadragante é á Gavarte de Val Temeroso, que adelante los suyos venian, é dijo contra Norandel: «Mi buen amigo, védes allí dó están tres caballeros juntos, los mejores que hombre podria hallar: aquel de las armas coloradas y leones blancos es don Florestan, y el de las armas indias é flores de oro y leones cárdenos es Angriote de Estravaus, é aquel que tiene el campo indio y flores de plata es don Cuadragante, y este delantero de todos, de las armas verdes, es Gavarte de Val Temeroso, el muy buen caballero que mató la sierpe, por donde cobró este nombre; agora vámoslos herir.»

Luego movieron, las lanzas bajas é cobiertos de sus escudos, y los tres caballeros contrarios vinieron á los recebir; mas Norandel hirió el caballo de las espuelas y enderezó á Gavarte de Val Temeroso, é hiriólo tan fuertemente, que lo lanzó del caballo á tierra, é la silla sobre él; este fué el primer golpe que él fizo, que por todos en muy alto comienzo fué tenido; é don Galaor se juntó con don Cuadragante, é firiéronse ambos tan fieramente, que sus caballos y ellos fueron á tierra, y

(1) Quizá el mismo llamado *Grindonan* en la pág. 171, col. 2, que tambien se dice hermano de Angriote. Todas las ediciones antiguas de Amadís que hemos consultado presentan en este lugar una misma leccion.

Cendil se firió con Elian el lozano; y como quiera que las lanzas quebraron y fueron llagados, quedaron en sus caballos; á esta hora fueron las haces juntas, y el ruido de las voces é de las heridas fué tan grande, que los añafiles y trompetas no se oian; muchos caballeros fueron muertos é feridos; é otros derribados de los caballos; gran ira é saña crecia en los corazones de ambas partes; pero la mayor priesa fué sobre defender á don Galaor é á don Cuadragante, que se combatian apriesa, trabándose á brazos, firiéndose con sus espadas por se vencer, que espanto ponian á los que los miraban, é ya eran de un cabo á otro mas de cien caballeros apeados con ellos para los ayudar é dar sus caballos; pero ellos estaban tan juntos y se daban tanta priesa, que los no podian apartar; mas aquella hora lo que hacian sobre don Galaor, Norandel é Guilan el cuidador, no se vos podria contar, é don Florestan é Angriote sobre don Cuadragante; que, como la gente mas que la suya fuese, cargaban sobre ellos, mas de sus golpes eran tan escarmentados, que les facian logar y no se osaban llegar á ellos; pero en la fin tanto se metieron entr'ellos, que don Galaor y don Cuadragante hobieron tiempo de tomar sus caballos, é como leones sañudos se metieron entre la gente, derribando y feriendo los que delante sí fallaban, ayudando cada uno á los de su parte. Aquella hora firió el rey Cildadan con su haz tan bravamente, que muchos caballeros fueron á tierra de ambas partes; pero don Galvánes socorrió luego y entró tan bravo, firiendo en los contrarios, que bien daba á entender que suyo era el debate, é por su causa aquella batalla se habia juntado; que ni muerte ni peligro recelaba, ni en nada tenia en comparacion de facer daño á aquellos que tanto desamaba é venian por le desheredar; é los de su haz iban con él teniendo; é como todos eran muy esforzados y escogidos caballeros, ficieron gran daño en los contrarios.

Don Florestan, que gran saña traia, considerando ser el cabo desta cuestion Amadís, su hermano, aunque allí no estaba, y que si aquellos caballeros de su parte les convenia por su gran valor facer cosas extrañas, que á él mucho mas, andaba como un rabioso can buscando en qué mayor daño facer pudiese, é vió al rey Cildadan que bravamente se combatia é mucho daño hacia en los contrarios, tanto, que aquella hora á los suyos pasaba en bien facer, é dejóse á él ir por medio de los caballeros, que por muchos golpes que le dieron no le pudieron estorbar, y llegó á él tan recio é tan codicioso de lo ferir, que otra cosa no pudo facer sino echar en él los sus fuertes brazos, y el Rey los suyos en él, é luego fueron socorridos de muchos caballeros que les guardaban; mas desviándose los caballos uno de otro, ellos fueron en el suelo de piés; é poniendo mano á sus espadas, se firieron de duros é mortales golpes; mas Enil, el buen caballero, é Angriote de Estravaus, que á don Florestan aguardaban, ficieron tanto, que le dieron el caballo; é cuando don Florestan se vió á caballo, metióse por la priesa, faciendo maravillas de armas, teniendo en la memoria lo que su hermano Amadís podiera facer si allí estoviera; y Norandel, que las armas traia rotas é por muchos logares le salia la sangre, é traia la su espada fasta el puño, de muchos golpes que con ella diera, como vió al rey Cildadan á pié, llamó á don Galaor é dijo: «Señor don Galaor, ¿védes cuál está vuestro amigo el rey Cildadan? acorrámosle; si no, muerto es.» —Agora, mi buen amigo, dijo don Galaor, parezca la vuestra gran bondad é démosle caballo, y quedemos con él.» Estonces entraron por la gente firiendo y derribando cuantos alcanzaban, y con grande afan le posieron en un caballo, porque él estaba mal llagado de un golpe de espada que Dragonis le diera en la cabeza, de que mucha sangre se le iba fasta los ojos, é aquella hora no pudo tanto la gente del rey Lisuarte á la gran fuerza de los contrarios, que no fuesen movidos del campo, vueltas las espaldas, sin golpe atender, sino don Galaor é algunos otros señalados caballeros que los iban amparando y recogiendo fasta llegar donde el Rey Lisuarte estaba. El, cuando así los vió venir vencidos, dijo á altas voces: «Agora, mis buenos amigos, parezca vuestra bondad é guardemos la honra del reino de Lóndres.» E firió el caballo de las espuelas, diciendo: «Clarencia, Clarencia,» que era su apellido, é dejóse ir á sus enemigos por la mayor priesa, é vido á don Galvánes, que se bravamente combatia, é dióle tan fuerte encuentro, que la lanza fué en piezas, é fízole perder las estriberas, é abrazóse al cuello del caballo, é puso mano á su espada, é comenzó á ferir á todas partes; así que, allí mostró mucha parte de su esfuerzo é valentía, é los suyos animosamente tenian y esforzábanse con él; mas todo no valia nada, que don Florestan é don Cuadragante é Angriote é Gavarte, que todos juntos se fallaron, facian tales cosas en armas, que por sus grandes fuerzas parecia que los enemigos fuesen vencidos; así que, todos pensaron que de allí adelante no les ternian campo.

El rey Lisuarte, que así vió su gente retraida é mal trecha, fué en todo pavor de ser vencido; é llamó á don Guilan el cuidador, que mal herido estaba, y llegóse á él, é tambien el rey Arban de Norgales é Grumedan de Nuruega, é díjoles: «Veo mal parar nuestra gente; y témome de Dios que nunca serví como debia de me no dar la honra desta batalla. Agora pues faremos que yo, rey vencido ó muerto se podrá decir á su honra, mas no vencido vivo á su deshonra.» Estonces firió el caballo de las espuelas, y metióse por ellos sin ningun pavor de su muerte, é como vió á don Cuadragante venir para él, y él volvió su caballo á él, é diéronse con las espadas por cima de los yelmos tan fuertes golpes, que se hobieron de abrazar á las cervices de sus caballos; mas, como la espada del Rey era mucho mejor, cortó tanto, que le hizo en la cabeza una llaga; mas luego fueron socorridos el Rey de don Galaor y de Norandel é de aquellos que con él iban, é don Cuadragante de don Florestan y de Angriote de Estravaus; é el Rey, que vió las maravillas que don Florestan facia, fué á él, é dióle con su espada tal golpe en la cabeza de su caballo, que lo derribó con él entre los caballeros; mas no tardó mucho que no llevó el pago; é Florestan salió del caballo luego, y fué para el Rey, aunque muchos le aguardaban; y no le alcanzó sino en la pierna del caballo, y cortándogela toda, dió con él en tierra. El Rey salió dél muy ligeramente, tanto, que don Florestan fué maravillado, é dió á don Florestan dos golpes de la

su buena espada; así que, las armas no defendieron que la carne no le cortase; mas Florestan, acordándose de cómo fuera suyo é las honras que dél recibiera, sufrióse de le ferir, cobriéndose con lo poco que del escudo le habia quedado; mas el Rey, con la gran saña que tenia, no dejaba de lo ferir cuanto podia, y don Florestan ni por eso le queria ferir; mas trabóle á brazos, y no le dejaba cabalgar ni apartar de sí; allí fué gran priesa de los unos y de los otros por les socorrer, y el Rey se nombraba porque los suyos lo conociesen, y á estas voces acudió don Galaor y llegó al Rey é dijo: «Señor, acogedvos á este mi caballo; é ya estaban con él á pié Filispinel y Brámdoibas, que le daban sus caballos, y Galaor le dijo: «Señor, á éste mi caballo os acoged.» Mas él, faciéndole que se no apease, se acogió al de Filispinel, dejando á don Florestan bien llagado con aquella su buena espada, que nunca golpe le dió que las armas y las carnes no le cortase, sin que el otro le quisiese ferir, como dicho es; y don Florestan fué puesto en un caballo que don Cuadragante le trajo. El Rey, poniendo su cuerpo denodadamente á todo peligro, llamando á don Galaor é á Norandel é al rey Cildadan, y á otros que le seguian, se metió por la mayor priesa de la gente, firiendo y estragando cuanto ante sí fallaba, de guisa que á él era otorgada aquella sazon la mejoría de todos los de su parte; y don Florestan é Cuadragante, é Gavarte y otros preciados caballeros resistian al Rey é á los suyos cuanto podian, haciendo maravillas en armas; pero, como éllos eran pocos, é muchos dellos malirechos y feridos, y los contrarios gran muchedumbre de gente, que con el esfuerzo del Rey habian cobrado corazon, cargaron tan de golpe y tan fuertemente sobre ellos, que así con las muchas heridas como con la fuerza de los caballos, los arrancaron del campo fasta los poner al pié de la sierra, donde don Florestan é don Cuadragante é Angriote é Gavarte de Val Temeroso, despedazadas sus armas, recibiendo muchas heridas, no solamente por reparar los de su parte, mas por tornar á ganar el campo perdido, muertos los caballos, y ellos casi muertos, quedaron en el campo tendidos, en poder del Rey é de los suyos; é junto con ellos, que asimesmo fueron presos, por los socorrer, Palomir y Elian el lozano, y Branfil y Enil, y Sarquíles é Maratros de Lisando, cohermano de don Florestan, é hobo muchos muertos y heridos de ambas partes; é don Galvánes se hobiera de perder muchas veces, si Dragonis no le socorriera con su gente; pero al cabo lo sacó de entre la priesa tan mal llagado, que se no podia tener, así era fuera de sentido; é hízolo llevar al Lago Ferviente, y él quedó con aquella compaña poca que escapara, defendiendo la sierra á los contrarios. Así que, se puede decir con mucha razon que por la fortaleza del Rey é gran simpleza de don Florestan, no le queriendo herir ni estrechar, teniéndole en su poder, fué esta batalla vencida como oídes, que se debe comparar á aquel fuerte Héctor cuando hobo la primera batalla con los griegos en la sazon que desembarcar querian en el su gran puerto de Troya, que teniéndolos casi vencidos, é puesto fuego por muchas partes en la flota, donde ya resistencia no habia, hallóse acaso en aquella gran priesa su cohermano Ajax Telamon, fijo de Ansiona, su tia; é conociéndose é abrazándose á ruego suyo, sacó de la lid á los troyanos, quitándoles aquella gran vitoria de las manos, y los hizo volver á la ciudad, que fué causa que, salidos los griegos en tierra, fortalecido su real con tantas muertes é tantos huegos, tan gran destruicion aquella tan fuerte gente, tan famosa ciudad, en el mundo señalada, aterrada y destruida fuese en tal forma, que nunca de la memoria de las gentes caerá en tanto que el mundo durare. Por donde se da á entender que en las semejantes afrentas la piedad é cortesía no se debe obrar con amigo ni pariente fasta qu'el vencimiento haya fin y cabo; porque muchas veces ácaece por lo semejante aquella buena dicha y ventura que los hombres aparejada por sí tienen, no la sabiendo conocer ni usar della como debian, la tornan en ayuda de aquellos que, teniéndola perdida, quitándola de sí á ellos, gela facen cobrar.

Pues á propósito tornando, como el rey Lisuarte vido sus enemigos fuera del campo, é acogidos á la sierra, y que el sol se ponia, mandó que ninguno de los suyos no pasase por estonces adelante, é puso sus guardas por estar seguro; é porque Dragonis, que con la gente á la montaña se acogiera, tenia los mas fuertes pasos della tomados, mandó levantar sus tiendas de donde antes las tenia, é fízolas asentar en la ribera de una agua que al pié de la montaña descendia, é dijo que llamasen al rey Cildadan é á don Galaor; mas fuéle dicho que estaban faciendo gran duelo por don Florestan é don Cuadragante, que eran al punto de la muerte llegados; y como él ya apeado fuese, demandó el caballo, mas por los consolar que con sabor de mandar poner remedio aquellos caballeros, por le ser contrarios; como quiera que algo á piedad fué movido en se le acordar de cómo don Florestan en la batalla que él hobo con el rey Cildadan puso su cabeza desarmada delante dél, y recibió en el escudo aquel gran golpe del valiente Gadancuriel, porque al Rey no le diese; é tambien cómo aquel dia mismo le dejó de ferir por virtud. E fuése donde estaban, é consolándolos con palabras amorosas, é de los facer curar los dejó contentos; pero esto no tovo tanta fuerza, que antes don Galaor no se amorteciese muchas veces sobre su hermano don Florestan; mas el Rey los mandó llevar á una muy buena tienda, é sus maestros que los curasen, y levando consigo al rey Cildadan, dió licencia á don Galaor que allí con ellos aquella noche quedase; y llevó consigo á la tienda misma los siete caballeros presos que ya oistes, donde los fizo con los otros curar. Así fueron, como oídes, en guarda de don Galaor aquellos caballeros feridos, desacordados, y los que presos fueron; donde con ayuda de Dios principalmente, y de los maestros, que muy sábios eran, antes que el alba del dia viniese fueron todos en su acuerdo, certificando á don Galaor que, segun la disposicion de sus heridas, que gelos darian sanos é libres.

Otro dia, estando don Galaor y Norandel, su amigo, é don Guilan el cuidador con él por le facer compañía en aquella gran tristeza en que por su hermano é por otros de su linaje estaba, oyeron tocar las trompetas é añafiles en la tienda del Rey, lo cual era señal de se armar la gente, y ellos ligaron muy bien sus llagas por

la sangre que no saliese, é armándose, cabalgando en sus caballos, se fueron luego allá, é hallaron que el Rey estaba armado de armas frescas y en un caballo holgado, acordando con el rey Arban de Norgales y el rey Cildadan é don Grumedan qué faria en el acometimiento de los caballeros que en la sierra estaban, y los acuerdos eran diversos; que unos decian que, segun su gente estaba mal parada, que no era razon, fasta que reparados fuesen, de acometer sus enemigos, y otros decian que, como por estonces estaban todos encendidos en saña, si para mas dilacion dejasen, que serian malos de meter en la facienda; especialmente si Agrájes viniese en aquella sazon que á la pequeña Bretaña fuera por viandas y gente, que con él tomarian grande esfuerzo; y preguntado don Galaor por el Rey qué le parecia que se debia facer, dijo: «Señor, si vuestra gente es mal trecha y cansada, así lo son vuestros contrarios, pues ellos pocos, y nosotros muchos, bien seria que luego fuesen acometidos.—Así se haga,» dijo el Rey. Estonces, ordenada su gente, acometieron la sierra, siendo don Galaor el delantero, é Norandel su compañero, que le seguia, y todos los otros en pos dellos. E como quiera que Dragonis con la gente que tenia defendió alguna pieza los pasos y sobidas de la sierra, tantos ballesteros y archeros allí cargaron, que hiriendo muchos dellos, se los ficieron mal su grado dejar; é subiendo los caballeros á lo llano, hobo entr'ellos una batalla asaz peligrosa; mas en la fin, no podiendo sofrir la gran gente, por fuerza les convino retraer á la villa é castillo; é luego el Rey llegó, y mandando traer sus tiendas é aparejos, asentó sobr'ellos, y cercólos, é mandó venir la flota que cercasen el castillo por la mar; é porque no atañe mucho á esta historia contar las cosas que allí pasaron, pues que es de Amadís, y él no se halló en esta guerra, cesará aquí este cuento.

Solamente sabed que el Rey los tovo cercados trece meses por la tierra y por la mar, que de ninguna parte fueron socorridos; que Agrájes fuera doliente, y tampoco no tenia tal aparejo que á la gran flota del Rey podiese; é faltando las viandas á los de dentro, se comenzó pleitesía entr'ellos que el Rey soltase todos los presos libremente, é don Galvánes asimesmo los que en su poder tenia, y que entregase la villa é castillo del Lago Ferviente al Rey, é toviesen treguas por dos años; é como quier que esto fuese ventaja del Rey, segun la gran reguridad suya, no lo queria otorgar, sino que hobo cartas del conde Argamonte, su tio, que en la tierra quedara, cómo todos los reyes de las ínsolas se levantaban contra él, veyéndole en aquella guerra que estaban, y que tomaban por mayor é caudillo al rey Arábigo, señor de las ínsolas de Landas, que era el mas poderoso dellos, y que todo esto habia urdido Arcalaus el encantador; qu'él por su persona andoviera por todas aquellas ínsolas, levantándolos é juntándolos, haciéndoles ciertos que no hallarian defensa ninguna, y que podrian partir entre sí aquel reino de la Gran Bretaña; consejando aquel conde Argamonte al Rey que, dejadas todas cosas, se volviese á su reino. Esta nueva fué causa de traer al Rey al concierto, que él por su voluntad no quisiera sino tomarlos y matarlos todos; así que, el concierto fecho, el Rey, acompañado de muchos hombres buenos, se fué á la villa, que las puertas halló abiertas, é de allí al castillo, é salió don Galvánes é aquellos caballeros que con él estaban, é Madasima, cayéndole las lágrimas por sus fermosas faces, y llegó al Rey é dióle las llaves, y dijo: «Señor, faced desto lo que vuestra voluntad fuere.» El Rey las tomó é las dió á Bramdoidas. Galaor se llegó á él é díjole, «Señor, mesura y merced, que menester es; é si y'os servi, miémbreseos á esta hora.—Don Galaor, dijo el Rey, si á los servicios que me habeis fecho yo mirase, no se fallaria el galardon aunque yo mill tanto de lo que valgo valiese, y lo que aquí faré no será contado en lo que á vos debo.» Entonces dijo: «Don Galvánes, esto que por fuerza contra mi voluntad me tomastes, y por fuerza lo torné á ganar, quiero yo de mi grado, por lo que vos valeis, y por la bondad de Madasima, é por don Galaor, que afincamente me lo ruega, que sea vuestro; quedando en el mi señorío y vos en mi servicio, y los que de vos vinieren, que como suyo lo habrán.—Señor, dijo don Galvánes, pues que mi ventura no me dió lugar á que lo yo hobiese por aquella via que mi corazon deseaba, como quien ha complido todo lo que debia, sin faltar ninguna cosa, lo recibo en merced, á tal condicion, que en tanto que lo poseyere sea vuestro vasallo; é si otra cosa mi corazon se otorgare, que dejándooslo libre, libre quede yo para facer lo que quisiere.» Luego los caballeros del Rey que allí estaban le besaron las manos por aquello que ficiera, é don Galvánes é Madasima por sus vasallos. Acabada esta guerra, el rey Lisuarte acordó de se tornar luego á su reino, é así lo hizo, que folgando allí quince dias, en que así él como los otros que feridos estaban fueron reparádos, tomando consigo á don Galvánes, y de los otros los que con él ir quisieron, entró en flota, é navegando por la mar, aportó en su tierra, donde falló nuevas de aquellos siete reyes que contra él venian. E aunque en mucho lo toviese, no lo daba á entender á los suyos, antes mostraba que lo tenia en tanto como nada; é salido de la mar, fuése donde la Reina estaba, de la cual fué recebido con aquel verdadero amor que della amado era; é allí, sabiendo las nuevas ciertas cómo aquellos reyes venian, no dejando de holgar é haber placer con la Reina é su hija é sus caballeros, aparejaba las cosas necesarias para resistir aquella afrenta.

CAPITULO VI.

Que recuenta cómo Amadís é don Bruneo quedaron en Gaula, y don Bruneo estaba muy contento é Amadís triste. Y cómo se acordó de apartar don Bruneo de Amadís, yendo á buscar aventuras, é Amadís é su padre el rey Perion é Florestan acordaron de venir á socorrer al rey Lisuarte.

Cómo el rey Cildadan é don Galaor partieron de Gaula, quedaron allí Amadís é don Bruneo de Bonamar; mas aunque se amaban de voluntad, eran muy diversos en las vidas; que don Bruneo, estando allí donde su señora Melicia era, é hablando con ella, todas las otras cosas del mundo eran fuidas é apartadas de su memoria; pero Amadís, siendo alejado de su señora Oriana, sin ninguna esperanza de la poder ver, ninguna cosa presente le podia ser sino causa de gran tristeza y soledad. E así, acaeció que cabalgando un dia por la ri-

bera de la mar, solamente llevando consigo á Gandalin, fuése poner encima de unas peñas por mirar desde allí si veria algunas fustas que de la Gran Bretaña viniesen, por saber nuevas de aquella tierra donde su señora estaba, y en cabo de una pieza que allí estovo vió venir d'aquella parte que él deseaba una barca, é como al puerto llegó, dijo á Gandalin: «Vé á saber nuevas de aquellos que allí vienen, é apréndelas bien, porque me las sepas contar.» Y esto hacia él mas por cuidar en su señora, de que siempre Gandalin le estorbaba, que por otra cosa alguna; y como dél se partió, apeóse de su caballo, é atándolo á unos ramos de un árbol, se asentó en una peña por mejor mirar la Gran Bretaña; é así estando, trayendo á su memoria los vicios y placeres que en aquella tierra hobiera, en presencia de su señora, donde por su mandado todas las cosas facia tener aquello tan alongado é tan sin esperanza de lo cobrar, fué en tan gran cuita puesto, que nunca otra cosa miraba sino la tierra, cayendo de sus ojos en mucha abundancia las lágrimas. Gandalin se fué á la barca, é mirando los que en ella venian, vió entr'ellos á Durin, hermano de la doncella de Denamarca, é decendió presto, é llamólo aparte, é abrazáronse mucho, como aquellos que se amaban; y tomándole consigo, llevólo á Amadís, y llegando cerca dond'él estaba, vieron una forma de diablo de fechura de gigante, que tenia las espaldas contra ellos, y estaba esgrimiendo un venablo, y lanzólo contra Amadís muy recio, é pasóle por cima de la cabeza; é aquel golpe erró por las grandes voces que Gandalin dió; y recordando Amadís, vió cómo aquel gran diablo le lanzó otro venablo, mas él, dando un salto, le hizo perder el golpe, y poniendo mano á su espada, fué para él por lo ferir, mas vióle ir corriendo tan ligeramente, que no habia cosa que lo alcanzar podiese; y llegó al caballo de Amadís, y cabalgando en él, dijo en una voz alta: «¡Ay Amadís, mi enemigo! yo soy Andandona, la giganta de la ínsola Triste, é si agora no acabé lo que deseaba, no faltará tiempo en que me vengue.»

Amadís, que en pos della quisiera ir en el caballo de Gandalin, como vió que era mujer, dejóse dello, é dijo á Gandalin: «Cabalga en ese caballo, é si á aquel diablo podieses cortar la cabeza, mucho bien seria.» Gandalin cabalgando se fué al mas ir que podo tras ella, é Amadís cuando á Durin vió fuélo á abrazar con mucho placer; que bien creia traerle nuevas de su señora; y llevándolo á la peña donde ante estaba, le preguntó de su venida. Durin le dió una carta de Oriana, que era de creencia, y Amadís le dijo: «Agora me di lo que te mandaron.» El le dijo: «Señor, vuestra amiga está buena y salúdaos mucho, y ruégavos que no tomeis congoja, sino que os consoleis, como ella, fasta que Dios otro tiempo traya; y fácevos saber cómo parió un fijo, el cual mi hermana é yo llevamos á Adalasta, la abadesa de Miraflores, que por fijo de mi hermana lo crie (mas no le dijo cómo le perdieran); é ruégavos mucho, por aquel grande amor que os ha, que no os partais desta tierra fasta que hayais su mandado.» Amadís fué ledo en saber de su señora y del niño; pero de aquel mandado que allí estoviese no le plogo, porque con ello menoscabaria su honra, segun lo que las gentes dél dirian; mas, como quiera que fuese, no pasaria el su mandado. Y estando allí una pieza, sabiendo nuevas de Durin, vió venir á Gandalin, que tras aquel diablo fuera, é traia el caballo de Amadís, é la cabeza de Andandona atada al petral por los cabellos luengos y canos, de que Amadís é Durin hobieron mucho placer; y preguntóle cómo la matara, y él dijo que yendo tras ella por la alcanzar, y queriendo descabalgar del caballo en que iba para se meter en un barco que enramado tenia, que con la priesa fizo enarmonar el caballo é la tomó debajo; así que, la quebrantó, «é yo llegué y tropelléla, de manera que cayó en el suelo tendida, y estonces le corté la cabeza.» Luego cabalgó Amadís y se fué á la villa, y mandó levar la cabeza de Andandona á don Bruneo para que la viese, é dijo á Durin: «Mi amigo, véte á mi señora é dile que le beso las manos por la carta que me envió é por lo que tú de su parte me dejiste; y que le pido por merced haya mancilla de mi honra en no me dejar folgar aquí mucho, pues no tengo de pasar su mandado; que los que en tanta folganza me vieren, no sabiendo la causa dello, atribuirlo han á cobardía é poquedad de corazon, y como la virtud muy dificultosamente se alcanza, y con pequeño olvido y entrevalo sea dañada aquella gran gloria y fama que fasta aquí he procurado de ganar con su membranza y favor, si mucho escurecer la dejase, como todos los hombres naturalmente sean mas inclinados á dañar lo bueno que abogados tener con sus malas lenguas, muy presto quedaria en tanta mengua é deshonra, que la misma muerte no seria á ello igual.» Con esto se tornó Durin por donde viniera, é don Bruneo de Bonamar, como ya muy mejorado de la llaga corporal estoviese, é de la del espíritu mas fuerte ferido, como aquel que veia su señora Melicia muchas veces, que era causa de ser su corazon encendido en mayores dolores, considerando que aquello alcanzar no se podia sin que gran afan tomase é mayor el peligro, haciendo tales cosas que por su gran valor de tan alta señora querido é amado fuese, acordó de se apartar de aquel gran vicio por seguir lo que el efeto de lo qu'él mas deseaba alcanzar podria; é seyendo en disposicion de tomar armas, estando en el monte con Amadís, que otra vida sino cazar tenia, le dijo: «Señor, mi edad é lo poco de honra que he ganado me mandan que, dejando esta tan folgada vida, vaya á otra, donde con mas loor é prez sea ensalzado; é si vos estáis en disposicion de buscar las aventuras, aguardaros he, é si no, demándoos licencia; que mañana quiero andar mi camino.»

Amadís, que esto le oyó, de gran congoja fué atormentado, deseando él con mucha aficion aquel camino, y por el defendimiento de su señora no lo poder facer, é dijo: «Don Bruneo, yo quisiera ser en vuestra compañía, porque mucha honra della me podria ocurrir, pero el mandamiento del Rey mi padre me lo defiende, que me dice haberme menester para el reparo de algunas cosas de sus reinos; así que, por el presente no puedo al facer sino encomendaros á Dios que os guarde.» Tornados á la villa esa noche, fabló don Bruneo con Melicia; y certificado della que seyendo voluntad del Rey su padre é de la Reina, le placeria casar con él, se despidió della, é así se despidió del Rey é

de la Reina, teniéndoles en mucha merced el bien que le ficieran, é que siempre en su servicio seria; se fué á dormir, y al alba del dia, oyendo misa é armado en su caballo, saliendo con el Rey é Amadís, é con gran homildad dellos despedido, entró su camino, donde lá ventura lo guiaba, en el cual fizo muchas cosas y extrañas en armas, que seria largo de las contar; mas por agora no se dirá mas dél fasta su tiempo. Amadís quedó en Gaula, como ois, donde moró trece meses é medio, en tanto que el rey Lisuarte tovo el castillo del Lago Ferviente cercado, andando á caza é monte, que á esto mas que á otras cosas era inclinado, y en este medio tiempo aquella su gran fama é alta proeza era escurecida, é tan avillada de todos, que bendiciendo á los otros caballeros que las aventuras de las armas seguian, á él muchas maldiciones daban, diciendo haber dejado en el mejor tiempo de su edad aquello de que Dios tan complidamente sobre todos los otros ornado le habia, especialmente las dueñas y doncellas, que á él con grandes tuertos y desaguisados venian para que remedio les posiese; y no lo fallando como solia, iban con gran pasion por los caminos publicando el menoscabo de su honra; y como quiera que todo ó la mayor parte á sus oidos viniese, y por gran desaventura suya lo toviese, ni por eso ni por otra cosa mas grave no osaria pasar ni quebrar el mandamiento de su señora. Así estovo este dicho tiempo que ois disfamado é avilfado de todos, esperando lo que su señora le mandase, fasta tanto que el rey Lisuarte, sabiendo por nuevas ciertas cómo el rey Arábigo é los otros seis reyes eran ya con todas sus gentes en la ínsula Leonida para pasar en la Gran Bretaña, y Arcalaus el encantador, que con mucha acucia los movia, faciéndoles seguros que no estaba en mas ser señores d'aquel reino de cuanto en él pasasen, y otras muchas cosas, por los atraer, que otro medio no tomasen, aderezaba toda cuanta mas gente podia para los resistir. E aunqu'él con su fuerte corazon é gran discrecion en poco aquella afrenta mostraba tener, no lo facia así la Reina, antes con mucha angustia decia á todos la gran pérdida que el Rey fizo en perder á Amadís é su linaje, que si ellos allí fuesen, en poco ternia lo que aquella gente podiese facer; pero aquellos caballeros que en la ínsola de Mongaza desbaratados fueron, aunque el bien del Rey no deseasen, veyendo de su parte á don Galaor é á don Brian de Monjaste, que por mandado del rey Ladasan de España venian, con dos mil caballeros que en su ayuda envió, de qu'él habia de ser caudillo, é le habia de seguir, é don Galvánes, que era su vasallo, acordaron de ser en su ayuda en aquella batalla, donde gran peligro de armas se esperaba; é los que se fallaron allí eran don Cuadragante, é Listoran de la Torre Blanca, Imosil de Borgoña, y Madansiel (1) de la Puente de la Plata, y otros sus compañeros, que por amor dellos allí quedaron; todos ponian acucia en aderezar sus armas y caballos y lo necesario, esperando que en saliendo aquellos reyes de aquella ínsola moviera el rey Lisuarte contra ellos.

Mabilia fabló un dia con Oriana, diciéndole que era mal recaudo en tal tiempo no tomar acuerdo de lo que Amadís facer debia; que si por ventura fuese contra su padre, podria recrecer peligro alguno dello; que si la parte de su padre fuese vencida, demás del gran daño que á ella venia, perdiéndose la tierra que suya habia de ser, segun su esfuerzo, cierto estaba que allí quedaria muerto, é por el semejante si la parte donde Amadís se fallase vencida fuese. Oriana, conociendo que verdad decia, acordó de tomar por partido de escrebir á Amadís que no fuese en aquella batalla contra su padre; pero que á otra parte que le contentase podiese ir, ó estar en Gaula si le agradase. Esta carta de Oriana fué metida en otra de Mabilia, y llevada por una doncella que á la corte era venida con donas de la reina Elisena á Oriana é á Mabilia, la cual despedida dellas, é pasando en Gaula, dió la carta á Amadis del mensaje, que despues de la haber leido, fué tan alegre, que cierto mas ser no podia, así como aquel que le parecia salir de la tiniebla á la claridad; pero fué puesto en gran cuidado, no se sabiendo determinar en lo que faria, que por su voluntad no habia gana de ser en la batalla á la parte del rey Lisuarte, é contra él no lo podia facer, porque su señora gelo defendia. Así que, estaba suspenso, sin saber qué ficiese, é luego se fué al Rey su padre con el continente mas alegre que fasta allí lo toviera, é fablando entrambos, se asentaron á la sombra de unos olmos que en una plaza cabe la playa de la mar estaban, é allí fablaron en algunas cosas, é todo lo mas en aquellas grandes nuevas que de la Gran Bretaña oyeran del levantamiento de aquellos reyes con tan grandes compañas contra el rey Lisuarte. Pues así estando como ois, el rey Perion é Amadís vieron venir un caballero en un caballo laso é cansado, y las armás que un escudero le traia cortadas por muchos lugares; así que, las sobreseñales no mostraban de quién fuesen, é la loriga rota é mal parada, en que poca defensa habia. El caballero era grande é parecia muy bien armado. Ellos se levantaron de donde estaban é iban á lo recebir por le facer toda honra, como á caballero que las aventuras demandaba; é siendo mas cerca, conocióllo Amadís que era su hermano don Florestan, é dijo al Rey: «Señor, védes allí el mejor caballero que, despues de don Galaor, yo sé, é sabed que don Florestan, vuestro fijo, es.» El Rey fué muy alegre, que lo nunca viera é sabia su gran fama, é andovo mas que ante; pero llegado don Florestan, apeóse del caballo, é fincando los hinojos, quiso besar el pié al Rey, mas el Rey lo levantó é dióle la mano y besólo en la boca.

Estonces lo llevaron consigo al palacio, y ficiéronlo desarmar é lavar su rostro é manos, é Amadís le hizo vestir unos paños suyos muy ricos é bien fechos, que fasta estonces no se vistieran; é como era grande de cuerpo é bien tallado y fermoso de rostro, parecia tan bien, que pocos hobiera que tan apuestos como él pareciesen. Así lo llevaron á la Reina, que della y de su hija Melicia fué con tanto amor recebido como lo fuera cualquier de sus hermanos, que en no menos le tenian, segun los grandes fechos en armas por que habia pasado, que dél sabian. E fablando con él en algunos dellos, y él respondiendo como caballero cuerdo y bien criado, preguntáronle, pues de la Gran Bretaña venia, qué cosa era aquello de los reyes de las ínsolas é de sus compañas. Don Florestan les dijo: «Eso sé yo bien

(1) Llamado Madanil en la página 100, y Madancil en la 172.

cierto, é creed, señores, que el poder de aquellos reyes es tan grande y de tan extraña é fuerte gente, que creo yo que el rey Lisuarte no podrá valer á sí ni á su tierra, de que no nos debe mucho pesar, segun las cosas pasadas. —Hijo don Florestan, dijo el Rey, yo tengo al rey Lisuarte, por lo que dél me dicen, en tal posesion, así de esfuerzo como de las otras buenas maneras que rey debe tener, que salirá desta afrenta con la honra que de las otras ha salido; y puesto que al contrario fuese no nos debe placer dello, porque ningun rey debe ser alegre con la destruicion de otro rey, si él mismo no le destruyese por legítimas causas que le á ello obligasen.» Así estovieron allí una pieza, y el Rey se acogió á su cámara; Amadís é don Florestan á la suya, é cuando solos estaban, Florestan dijo: «Señor, yo os vine á demandar por vos decir una cosa que he oido por todas las partes donde andove, de que gran dolor mi corazon siente, é no os pese de lo oir.—Hermano, dijo Amadís, toda cosa por vos dicha he yo placer de la oir, é si es tal que deba ser castigada, con vuestro acuerdo lo faré.» Don Florestan dijo: «Creed, Señor, que profazan de vos todas las gentes, menoscabando vuestra honra, pensando que con maldad habeis dejado las armas y aquello para que señaladamente extremado entre todos nacistes.» Amadís le dijo riendo: «Ellos piensan de mí lo que no deben, é de aquí adelante se fará de otra guisa, y de otra guisa lo dirán.» Aquel dia pasaron con mucho placer, con la venida de aquel caballero, al cual muchas gentes ocurrieron por le ver y hacer honra.

La noche venida, acostáronse en ricos lechos, é Amadís no podia dormir, pensando en dos cosas: la una en facer tanto aquel año en armas, que lo que dél habian dicho con lo contrario se purgase; é la otra, qué faria en aquella batalla que se esperaba, que, segun la grandeza della, no podia él sin vergüenza excusarse no ser en ella, pues ser contra el rey Lisuarte su señora gelo defendia, y ser en su ayuda defendíalo la razon, segun le fuera desagradecido é habia malparado á los de su linaje; pero en la fin determinóse de ser en la batalla en ayuda del rey Lisuarte por dos cosas: la una, porque su gente era mucho menos que los contrarios; é la otra, porque, siendo vencido, perdíase la tierra que de su señora Oriana habia de ser. Otro dia en la mañana Amadís tomó consigo á Florestan é fuése á la cámara del Rey su padre, é mandando salir á todos, le dijo: «Señor, yo no he dormido esta noche, pensando en esta batalla que se apareja entre aquellos reyes de las ínsolas y el rey Lisuarte; que, como esta será una cosa señalada, todos los que armas traen debian ser en tan gran cosa como esta será, de la una ó de la otra parte; é como yo haya estado tanto tiempo sin ejercitar mi persona, é con ello haya cobrado tan mala fama, como vos, hermano, sabeis, en fin de mi cuidado determiné ser en ella, y de la parte del rey Lisuarte, no por le tener amor, mas por dos cosas que agora oiréis: la primera, por tener menos gente, á que todo bueno debe socorrer; la segunda, porque mi pensamiento es de morir allí, ó hacer mas que en ninguna parte donde me fallase; é si de la parte contraria del rey Lisuarte fuese, está en ella Galaor é don Cuadragante é Brian de Monjaste, que cada uno destos, segun su bondad, ternán este mismo pensamiento; y no podiendo excusar de encontrar comigo, ved que desto podria redundar no otra cosa sino su muerte ó la mia; pero mi ida será tan encobierta, que á todo mi poder no seré conocido.» El Rey le dijo: «Fijo, yo soy amigo de los buenos, é como sepa ser este Rey que decis uno dellos, siempre mi voluntad fué aparejada de le honrar é ayudar en lo que pudiese; é si dello por agora soy apartado, ha sido por estas diferencias que con vos é vuestros amigos ha tenido; y pues que vuestra intencion es tal, tambien quiero ser en su ayuda y ver las cosas que allí se harán. Pésame que el negocio es tan breve, que no podré llevar la gente que querria, pero con la que podiere haber irémos.»

Oido esto por don Florestan, estovo una pieza cuidando, y despues dijo: «Señores, acordándoseme de la crueza de aquel rey, é cómo nos dejara morir en el campo si por don Galaor no fuera, y de la enemistad que sin causa nos tiene, no hay en el mundo cosa por que mi corazon fuese otorgado á le ayudar; pero dos cosas que al presente me ocurren facen que mi propósito mudado sea: la una es querer vosotros, señores, á quien yo de servir tengo, ser en su ayuda; é la otra, que al tiempo que don Galvánes con él pleiteó, cuando la ínsola de Mongaza le fué entregada, asentamos treguas por dos años; así que, pues yo no le puedo deservir, conviene que á mal de mi grado le sirva, é quiero ir en vuestra compañía; que siempre en gran congoja mi ánimo seria si tal batalla pasase sin que yo en ella fuese en cualquiera de las partes.» Amadís fué muy alegro de cómo se hacia todo á su voluntad, é dijo al Rey: «Señor, por mucha gente se debe contar vuestra sola persona é nosotros, que os servirémos; solamente queda en dar órden como encobiertos vamos é con armas señaladas é conocidas que nos guien é á que socorrernos podamos; que si mas gente llevásedes, imposible seria nuestra ida ser secreta. —Pues que así vos parece, dijo el Rey, vamos á la mi cámara de las armas, é tomemos dellas las mas olvidadas é señaladas que allí fallarémos.» Estonces saliendo de la cámara, entraron en un corral donde habia unos árboles, é siendo debajo dellos, vieron venir una doncella ricamente vestida y en un palafren muy fermoso, é tres escuderos con ella, é un rocin con un lio encima dél, y llegó al Rey despues que ellos la apearon, y saluólos, y el Rey la recibió muy bien, é díjole: «Doncella, ¿quereis á la Reina?—No, dijo ella, sino á vos é á esos dos caballeros; é vengo de parte de la dueña de la ínsola no Fallada, é vos traigo aquí unas donas que vos envia; por ende mandad apartar toda la gente, é mostrárvoslas he.» El Rey mandó que se tirasen afuera. La doncella hizo á sus escuderos desliar el lio que el palafren traia, é sacó dél tres escudos, el campo de plata, é sierpes de oro por él tan extrañamente puestas, que no parecian sino vivas, é las orlas eran de fino oro con piedras preciosas; y luego sacó tres sobreseñales de aquella misma obra que los escudos, y tres yelmos, diversos unos de otros; el uno blanco y el otro cárdeno y el otro dorado; el blanco, con el un escudo é su sobreseñal, dió al rey Perion, y el cárdeno á don Florestan, y el dorado, con lo otro, á Amadís, é díjole:

«Señor Amadís, mi señora vos envia estas armas, é dícevos que obreis mejor con ellas que lo habeis fecho despues que en esta tierra entrastes.» Amadís hobo recelo que descobriria la causa dello é dijo: «Doncella, decid á vuestra señora que en mas tengo ese consejo que me da que las armas, aunque son ricas y fermosas, y que á todo mi poder, así como ella lo manda, lo haré.» La doncella dijo: «Señores, estas armas os envia mi señora porque por ellas en la batalla os conozcais é ayudeis donde fuere menester.—¿Cómo supo vuestra señora, dijo el Rey, que seriamos en la batalla, que aun nosotros no lo sabemos?—No sé, dijo la doncella, sino que me dijo que á esta hora os fallaria juntos en este logar, y que aquí vos diese las armas.» El Rey mandó que le diesen de comer y le ficiesen mucha honra.

La doncella desque hobo comido partióse luego á la Gran Bretaña, donde la mandaban ir. Amadís, como tal aparejo de armas vió, aquejábase mucho por la partida, con recelo que la batalla se daria sin que él en ella se fallase; é conoscido esto por el Rey su padre, mandó secretamente que una nave fuese luego aderezada, en la cual, con achaque de ir á monte, una noche á la media noche entrados en ella, sin ningun entrevalo pasaron en la Gran Bretaña, aquella parte donde antes sabian que los siete reyes eran arribados, é pasaron en una floresta entre espesas matas, donde sus hombres les armaron un tendejon, y de allí enviaron un escudero que sopiese lo que hacian los siete reyes y en qué parte estaban, que pugnase por saber en qué dia se daria la batalla; é asimismo enviaron una carta al real del rey Lisuarte para don Galaor, como que de Gaula gela enviaban, y que de palabra le dijese cómo ellos quedaban en Gaula todos tres, que le rogaban mucho que en pasando la batalla les ficiese saber de su salud; esto hacian por ser mas encobiertos. El escudero volvió dia tarde, é díjoles que la gente de los reyes no tenia número, y que entre ellos habia muy extraños hombres y de lenguajes desvariados, y que tenian cercado un castillo de unas doncellas, cuyo era, é aunque el castillo muy fuerte era, ellas estaban en gran fatiga, segun oyera decir; y que andando por el real viera á Arcalaus el encantador, que iba hablando con dos reyes é diciendo que convenia darse la batalla en cabo de seis dias, porque las viandas serian malas de haber para tanta gente.

Así estovieron en aquel albergue viciosos é con mucho placer, matando de las aves con sus arcos, que á una fuente que cerca de sí tenian venian á beber, é aun algunos venados, é al cuarto dia llegó el otro mensajero, é díjoles: «Señores, yo dejo á don Galaor muy bueno y esforzado, tanto que todos se esfuerzan con él; é cuando le dije vuestro mandado y que quedábades todos tres en Gaula juntos, las lágrimas le vinieron á los ojos, é sospirando dijo: ¡Oh Señor! si á vos ploguiera que así juntos fueran en esta batalla de parte del Rey, como solian, perdiera todo pavor. E díjome que si de la batalla vivo saliese, que luego vos haria saber de su facienda y de todo lo que pasase.—Dios le guarde, dijeron ellos; é agora nos decid de la gente del rey Lisuarte.—Señores, dijo él, muy buena compaña trae, y de caballeros muy señalados é conocidos; pero con la de los contrarios muy poca dicen que es; y el Rey será estos dos dias á vista de sus enemigos, por socorrer las doncellas que están cercadas.» E así fué, que el rey Lisuarte vino con sus gentes, é posó en un monte á media legua de la vega donde sus enemigos estaban, donde se veian los unos á los otros; pero bien serian dos tantos la gente de los reyes. Allí estovo aquella noche aderezando todas sus armas é caballos para les dar la batalla otro dia. Agora sabed que los seis reyes é otros grandes señores ficieron aquella noche homenaje al rey Arábigo de le tener en aquella afrenta por mayor é se guiar por su mandado; y él les juró de no tomar mas parte de aquel reino que cualquiera dellos; solamente queria para sí la honra; é luego ficieron pasar toda su gente un rio que entre ellos y el rey Lisuarte estaba; así que, se posieron muy cerca dél.

Otro dia de mañana armáronse todos é paráronse delante del rey Arábigo tan gran número de gente y tan bien armados, que no tenian á los contrarios en tanto como nada, y decian que, pues el Rey les osaba dar batalla, que la Gran Bretaña suya era. El rey Arábigo hizo de su gente nueve haces, cada una de mill caballeros, pero en la suya habia mill é quinientos; é diólas á los reyes é otros caballeros, é puso las unas é las otras muy juntas. El rey Lisuarte mandó á don Grumedan é á don Galaor é don Cuadragante é Angriote de Estravaus que repartiesen sus gentes é las parasen en el campo como habian de pelear; que estos sabian mucho en todo hecho de armas; é luego decendió del monte por el recuesto ayuso á se poner en lo llano; é como era tal hora que salia el sol, feria en las armas, é parecian tan bien y tan apuestos, que aquellos sus contrarios, que de ante en poco los tenian, de otra manera los juzgaban. Aquellos caballeros que os digo, ficieron de la gente cinco haces, é la primera hobo don Brian de Monjaste con mil caballeros de España que le aguardaban, que su padre enviara al rey Lisuarte; et la segunda hobo el rey Cildadan con su gente é con otra que le dieron; la tercera hobo don Galvánes é Gavarte, su sobrino, que alli viniera por amor dél y de los amigos que allí eran, mas que por servir al Rey; en la cuarta iba Giontes, sobrino del Rey, con asaz de buenos caballeros; la quinta llevaba el rey Lisuarte, en que habia dos mill caballeros, é rogó é mandó á don Galaor é á don Cuadragante é á Angriote de Estravaus, é á Gavarte de Val Temeroso é á Grimeo el valiente, que le guardasen é mirasen por él, é por esta causa no les daba cargo de gente. Así como ois, en esta ordenanza movieron por el campo muy paso los unos contra los otros; mas á esta sazon eran ya llegados á la vega el rey Perion é sus hijos, Amadís é Florestan, en sus fermosos caballos é con las armas de las sierpes, que mucho con el sol resplandecian, é veníanse derechos á poner entre los unos é los otros, blandiendo sus lanzas con unos fierros tan limpios, que lucian como estrellas, é iba el padre entre los fijos.

Mucho fueron mirados de ambas las partes, é de grado los quisiera cada una dellas de su parte; mas ninguno sabia á quién querian ayudar, ni los conocian; y ellos, como vieron que la haz de Brian de Monjaste iba por se juntar con los enemigos, posieron las espuelas á los ca-

ballos y llegaron cerca de la seña de Brian de Monjaste, é luego se volvieron contra el rey Targadan, que contra él venia. Alegre fué don Brian con su ayuda, aunque no los conocia, é cuando vieron que era tiempo, fueron todos tres á herir en la haz de aquel rey Targadan tan duramente, que á todos ponian en gran pavor. De aquella ida firió el rey Perion aquel rey tan duramente, que lo poso en tierra, y entróle por el pecho una parte del fierro de la lanza. Amadís firió á Abdasian el bravo, que no le prestó armadura, é pasó la lanza de un costado á otro, é cayó como hombre de muerte. Don Florestan derribó á Carduel á los piés del caballo, é la silla sobre él. Aquestos tres, como los mas preciados de aquella haz, vinieron delante por se combatir con los de las sierpes; é luego posieron mano á las espadas, y pasaron por aquella haz primera, derribando cuantos ante sí fallaban, é dieron en la otra segunda; é cuando así se vieron en medio de entrambas, allí podiérades ver las sus grandes maravillas, que con las espadas facian tanto, que de la una ni otra parte no habia hombre que á ellos se llegase, y tenian debajo de sus caballos mas de diez caballeros que habian derribado; pero á la fin, como los contrarios viesen que no eran mas de tres, cargaban ya sobr'ellos de todas partes con grandes golpes; así que, fué bien menester el ayuda de don Brian de Monjaste, que llegó luego con los sus españoles, que era fuerte gente y bien cabalgada; y entraron tan recio por ellos, derribando é matando, y dellos tambien muriendo é cayendo por el suelo, que los de las sierpes fueron socorridos, é los contrarios tan afrentados, que por fuerza llevaron aquellas dos haces fasta dar en la tercera; é allí fué muy gran priesa é gran peligro de todos, é murieron muchos caballeros de ambas las partes; pero lo que el rey Perion é sus fijos facian no se puede contar. La revuelta fué tan grande, que el rey Arábigo temió que los mismos suyos, que se habian retraido, harian fuir á los otros; é dió grandes voces á Arcalaus que ficiese mover todas las haces é rompiesen de golpe; é así se fizo, que todos rompieron juntos, y el rey Arábigo con ellos; mas no tardó que lo mismo se hiciese por el rey Lisuarte; así que, las batallas todas fueron mezcladas, é las heridas fueron tantas, é las voces y el estruendo de los caballeros, que la tierra temblaba é los valles reteñian.

A esta hora el rey Perion, que muy bravo andaba en los delanteros, metióse tan de rendon por ellos, que se hobiera de perder; mas luego fué socorrido de sus hijos, que muchos dellos que le herian fueron por ellos muertos; y decian las doncellas desde la torre á voces: «Ea, caballeros; que el del yelmo blanco lo face mejor.» Pero en este socorro fué el caballo de Amadís muerto, é cayó con él en la mayor priesa, é los de su padre y hermano mal feridos; é como á pié le vieron con tan gran peligro, descabalgaron de los suyos é posiéronse con él; allí cargó mucha gente por los matar é otros por los socorrer; pero en gran peligro estaban; que si no fuera por los duros é crueles golpes de que ferian, que se no osaban á ellos llegar, fueran muertos. E como el rey Lisuarte andoviese discurriendo por las batallas á un cabo é á otro con aquellos sus siete compañeros que ya oiste, vió á los de las sierpes en tan gran afrenta, é dijo á don Galaor é á los otros: «Agora, mis buenos amigos, parezca vuestra bondad, socorramos á aquellos que tan bien nos ayudan.—Agora á ellos,» dijo don Galaor. Entonces firieron de las espuelas á sus caballos, y entraron por medio de aquella gran priesa fasta llegar á la seña del rey Arábigo, el cual daba voces esforzando á los suyos; y el rey Lisuarte iba tan bravo, é aquella su muy buena espada en la mano, é daba tantos é tan mortales golpes, que todos eran espantados de lo ver; é sus aguardadores apenas no lo podian seguir, é por mucho que lo firieron, no podieron tanto resistir, qu'él no llegase á la seña, é la no sacase por fuerza de las manos del que la tenia, y echándola á los piés de los caballos, dijo á grandes voces: «Clarencia, Clarencia, que yo soy el rey Lisuarte;» que este era su apellido. Tanto hizo, é tanto duró entre sus enemigos, que le mataron el caballo é cayó, de que fué muy quebrantado; así que, los que le aguardaban no le podian sobir en otro; mas llegaron luego allí Angriote é Antimon el valiente é Landin de Fajarque, decendiendo de su caballo, le posieron á él en el de Angriote, á mal de su grado de los enemigos, con ayuda de aquellos que lo aguardaban; é como quiera que mal herido y quebrantado estoviese, no se partió de allí fasta que cabalgaron Arcamon y Landin (1) de Fajarque; é trajeron otro caballo á Angriote de los que el Rey mandara andar por la batalla para se socorrer dellos. Aquella hora que esto acaeció, quedó todo el fecho de la batalla é afrenta en don Galaor é Cuadragante; é allí mostraron bien su gran valentía en sofrir é dar golpes mortales; é sabed que si por ellos no fuera, que con su gran esfuerzo detovieron la gente que venia contra el rey Lisuarte é los que con él eran, cuando estaban á pié, se vieran en gran peligro; é las doncellas de la torre daban voces, diciendo que aquellos dos caballeros de las devisas de las flores llevaban lo mejor; pero ni por eso no se pudo excusar que la gente del rey Arábigo en aquella sazon no toviese la mejoría, é cobraban campo reciamente; é la causa principal dello fué, que entraron de refresco dos caballeros de tan alto fecho de armas é tan valientes, que con ellos cuidaban vencer á sus enemigos, porque pensaban que á la parte del rey Lisuarte no habia caballero que les campo toviese; el uno habia nombre Brontajar Danfania, y el otro Argomádes de la ínsola Profunda; este traia armas verdes, é palomas blancas sembradas por ellas, é Brontajar de veros de oro é colorado; é como fueron en la batalla, parecian tan grandes, que los yelmos y los hombros mostraban sobre todos; é cuanto la lanza les turó, no les quedó caballero en la silla; é como quebradas fueron, metieron mano á sus espadas grandes y descomunales. ¿Qué vos diré? Tales golpes dieron con ella, que ya casi no fallaban á quién ferir; tanto escarmentaban con ello á todos; é así, iban delante librando el campo de todos, é las doncellas de la torre decian: «Caballeros, no fuyais; que hombres son, que no diablos.» Mas los suyos dieron grandes voces, diciendo: «Vencido es el rey Lisuarte.» Cuando el Rey esto oyó comenzó á esforzar á los suyos, diciendo: «Aquí quedaré muerto ó vencedor, porque el señorío de la Gran Bre-

(1) Quizá haya de leerse Ledaderin. Véanse las páginas 172, 176 y 179.

taña no se pierda.» Todos los mas se llegaban á él, que mucho era menester.

Amadís tomara ya otro caballo muy bueno é folgado, é atendia á su padre que cabalgase; é cuando oyó aquellas grandes voces, y decir que el rey Lisuarte era vencido, dijo contra don Florestan, que á caballo estaba: «¿Qué es esto? ó ¿por qué brama aquella astrosa gente?» El le dijo: «¿No védes aquellos dos mas fuertes é valientes caballeros que se nunca vieron, que estragan y destruyen cuantos ante sí fallan, é aun en esta batalla fasta agora no han parecido, é facen con su fortaleza ganar campo á la gente de su parte?» Amadís volvió la cabeza, é vió venir contra aquella parte do él estaba á Brontajar Danfania, hiriendo é derribando caballeros con su espada; é algunas veces la dejaba colgar de una cadena con que trabada la tenia, é tomaba á brazos é á manos los caballeros que alcanzaba; así que, ninguno le quedaba en la silla, é todos se alongaban dél fuyendo. «¡Santa María, val! dijo Amadís, ¿qué puede ser esto?» Entonces tomó una fuerte lanza que el escudero que el caballo le dió tenia, y membrándose aquella hora de Oriana, y de aquel gran daño, si su padre se perdiese, que ella recebia, enderezóse en la silla é dijo á don Florestan: «Guardad á nuestro padre.» A esta hora llegaba Brontajar mas cerca, é vió á Amadís cómo enderezaba contra él; é como tenia el yelmo dorado, é por las nuevas de las grandes cosas que dél le dijeron antes que en la batalla entrase, andaba con gran saña, rabiando por le encontrar, é tomó luego una lanza muy gruesa, é dijo á una voz alta: «Agora veréis hermoso golpe si aquel del yelmo de oro me osare atender.» E firió al caballo de las espuelas, la lanza so el sobaco, é fué contra él, é Amadís, que ya movia por el semejante, é firiéronse con las lanzas en los escudos, que luego fueron falsados é las lanzas quebradas, y ellos se toparon de los cuerpos de los caballos uno con otro tan fuertemente, que cada uno le pareció que en una peña dura topara; é Brontajar fué tan desvanecido de la cabeza, que se no pudo tener en el caballo, é cayó en el suelo como si fuese muerto, é con la gran pesadumbre suya dió todo el cuerpo sobre el un pié, y quebró la pierna cabe él, y llevó un trozo de la lanza metido por el escudo, aunque era fuerte; el caballo de Amadís se hizo atrás bien dos brazadas y estovo por caer, é Amadís fué tan desacordado, que le no podo dar de las espuelas, ni poner mano á la espada para se defender de los que le ferian; pero el rey Perion, que ya era á caballo, é vió el gran caballero y el encuentro que Amadís le diera tan fuerte, fué muy espantado, é dijo: «¡Señor Dios, guarda á aquel caballero!—Agora, dijo Florestan, acorrámosle.»

Entonces llegaron tan bravos, que maravilla era de los ver, é metiéronse por entre todos, firiendo y derribando, fasta llegar á Amadís, é díjole el Rey: «¿Qué es eso, caballero? esforzad, esforzad; que aquí estoy yo.» Amadís conoció la voz de su padre, aunque no era enteramente en su acuerdo, é puso mano á su espada, é vió cómo ferian muchos á su padre é á su hermano, é comenzó á dar por los unos é por los otros, aunque no con mucha fuerza, é aquí hobieran de recebir mucho peligro, porque la gente contraria era muy esforzada, é los del rey Lisuarte habian perdido mucho campo, y estaban muchos sobre ellos por los matar, é muy pocos en su defensa; mas aquella sazon acudieron Agrájes é don Galvánes é Brian de Monjaste, que venian á gran priesa por se encontrar con Brontajar Danfania, que tanto estrago como ya oistes facia; é viendo los tres caballeros de las sierpes en tal afrenta, llegaron en su socorro, como aquellos que en ninguna cosa de peligro les fallecian los corazones; y en su llegada fueron muchos de los contrarios muertos y derribados; así que, los de las armas de las sierpes tuvieron logar de poder ferir mas á su salvo á los enemigos. Amadís, que ya en su acuerdo estaba, miró á la diestra parte é vió al rey Lisuarte con alguna compaña de caballeros, que atendia al rey Arábigo, que contra él venia con gran poder de gentes, é Argomádes delante todos, é dos sobrinos del rey Arábigo, valientes caballeros, y el mismo rey Arábigo dando voces, esforzando á los suyos porque oia decir desde la torre: «El del yelmo de oro mató al gran diablo.» Entonces dijo: «Caballero, socorramos al Rey, que menester le face.» Luego fueron todos de consuno, y entraron por la priesa de la gente fasta llegar donde el rey Lisuarte estaba, el cual cuando cerca de sí vió los tres caballeros de las sierpes mucho fué esforzado, porque vió que el del yelmo dorado habia muerto de un golpe aquel tan valiente Brontajar Danfania, é luego movió contra el rey Arábigo, que cerca dél venia, é Argomádes, que venia con su espada en la mano, esgrimiéndola por ferir al rey Lisuarte, parósele delante el del yelmo dorado, é su batalla fué partida por el primer golpe. El del yelmo de oro, de que vió venir la gran espada contra él, alzó el escudo y recibió en él el golpe, é la espada decendió por el brocal bien un palmo, y entró por el yelmo tres dedos; así que, por poco lo hobiera muerto; é Amadís lo hirió en el hombro siniestro de tal golpe, que le tajó la loriga, que era de muy gruesa malla, é cortóle la carne é los huesos fasta el costado, de guisa que el brazo con parte del hombro fué del cuerpo colgado. Este fué el mas fuerte golpe de espada que en toda la batalla se dió. Argomádes comenzó é fuir, como hombre tollido que no sabia de sí, y el caballo lo tornó por donde viniera, é los de la torre decian á grandes voces: «El del yelmo dorado espanta las palomas.» Y el uno de aquellos sobrinos del rey Arábigo, que llamaban Ancidel, dejóse ir á Amadís, é dióle un golpe del espada en el rostro del caballo, que gelo cortó todo al través, é cayó el caballo muerto en tierra. Don Florestan, cuando esto vió, dejóse ir á él, que se estaba alabando, é firiólo por cima del yelmo de tal golpe, que le fizo abajar al cuello del caballo, é trabóle por el yelmo tan recio, que al sacar de la cabeza dió con él á los piés de Amadís; é don Florestan fué llagado en el costado de la punta de la espada de Ancidel.

A esta hora se juntó el rey Lisuarte con el rey Arábigo, é la una gente con la otra; así que, hobo entre ellos una esquiva é cruel batalla, é todos tenian mucho que facer en se defender los unos de los otros y en socorrer á los que muertos y feridos caian. Durin, el doncel de Oriana, que allí viniera por llevar nuevas de la batalla, estaba en uno de los caballos que el rey Li-

suarte mandara traer por la batalla para socorro de los caballeros que menester los hobiesen, é cuando vió al del yelmo dorado en tierra, dijo contra los otros doncelles que en otros caballos estaban: «Quiero socorrer con este caballo á aquel buen caballero; que no puedo facer mayor servicio al Rey.» E luego se metió á gran peligro por donde era la menos gente, é llegó á él é díjole: «Yo no sé quién vos sois; mas por lo que he visto vos trayo este caballo.» El lo tomó é cabalgó en él, é díjole paso: «¡Ay amigo Durin! este no es el primer servicio que tú me feciste.» Durin lo trabó del brazo é dijo: «No vos dejaré fasta que me digais quién sois.» Y él se abajó lo mas que pudo é díjole: «Yo soy Amadís, é no lo sepa de tí ninguno sino aquella que tú sabes.» E luego se fué donde vió la mayor priesa, haciendo cosas extrañas é maravillosas en armas, como las ficiera si su señora estuviera delante; que así lo tenia, estándolo aquel que muy bien gelo sabria contar. El rey Lisuarte, que se combatia con el rey Arábigo, dióle con la su buena espada tales tres golpes, que no lo osó mas atender; que, como sabia que aquel era el cabo y el caudillo de sus enemigos, puso todas sus fuerzas por le ferir, y retrájose detrás de los suyos, maldiciendo á Arcalaus el encantador, que á aquella tierra le hizo venir, esforzándole que gela haria ganar. Don Galaor se feria con Sarmadan, un valiente caballero, é como el brazo traia cansado de los golpes que diera, é la espada no cortaba, trabóle con sus muy duros brazos, é sacándolo de la silla, dió con él en tierra, é cayó sobre el pescuezo; así que, luego fué muerto. E dígovos de Amadís que membrándose aquella hora del perdido tiempo que en Gaula estovo, y de cómo su honra fué tan aviltada y menoscabada, y que aquello no se podia cobrar sino con lo contrario, hizo tales cosas, que ya no fallaba quien delante se le osase parar; é iban teniendo con él su padre, é don Florestan, é Agrájes, é don Galvánes, é Brian de Monjaste, é Norandel, é Guilan el cuidador, y el rey Lisuarte, que muy bravo aquella hora se mostraba. Así que, tantos derribaron de los contrarios, é tanto los estrecharon é pusieron en pavor, que no lo podiendo sofrir, é habiendo visto al rey Arábigo ir huyendo ferido, desamparando el campo, se metieron en huida, trabajando de se acoger á las barcas, é otros á las sierras que cerca tenian. Mas el rey Lisuarte é los suyos los iban firiendo é matando muy cruelmente, é los de las armas de las sierpes delante todos, que no los dejaban; y todos los mas se acogian á una fusta con el rey Arábigo, é á las otras que podian alcanzar; mas muchos morieron en el agua é otros fueron presos.

A esta sazon que la batalla se venció era ya noche cerrada, y el rey Lisuarte se tornó á las tiendas de sus enemigos, é allí albergó aquella noche, con muy gran alegría del vencimiento que Dios le habia dado; mas los caballeros de las armas de las sierpes, como vieron el campo despachado y que no quedaba defensa ninguna, desviáronse todos tres del camino por donde cuidaban que el Rey tornaria, y metiéronse debajo de unos árboles, donde fallaron una fuente, é allí descabalgaron y bebieron del agua, é sus caballos, que mucho menester lo habian, segun lo que trabajaran aquel dia; y queriendo cabalgar para se ir, vieron venir un escudero en un rocin, é poniéndose los yelmos porque los no conociese, lo llamaron encobiertamente. El escudero dudaba, pensando ser de los enemigos; mas como las armas de las sierpes les vió, sin ningun recelo se llegó á ellos, é Amadís le dijo: «Buen escudero, decid nuestro mensaje al Rey, si vos ploguiere.—Decid lo que os ploguiere, dijo él; que yo gelo diré.—Pues decidle, dijo él, que los caballeros de las armas de las sierpes, que en su batalla nos hallamos, le pedimos por merced que nos no culpe porque le no vemos; porque nos conviene de andar muy léjos de aquí á extraña tierra, é nos poner á mesura y merced de quien no creemos que la habrá de nosotros; y que le rogamos que la parte del despojo que á nosotros daria lo mande dar á las doncellas de la torre por el daño que les ficieron; y llevalde este caballo, que tomé á un doncel suyo en la batalla; que no queremos dél otro galardon mas deste que decimos.» El escudero tomó el caballo y se partió dellos, y se fué al Rey para gelo decir; y ellos cabalgaron é andovieron tanto fasta que llegaron á su albergue, que en la floresta tenian; é despues de ser desarmados é lavados sus rostros é manos de la sangre y del polvo, y reparando sus feridas como mejor podieron, cenaron, que muy bien guisado lo tenian, é acostáronse en sus lechos, donde con mucho reposo dormieron aquella noche. El rey Lisuarte, como fué tornado á las tiendas de sus enemigos, siendo ya todos ellos destruidos, preguntó por los tres caballeros de las armas de las sierpes, mas no falló quien otra cosa le dijese, sino que los vieran ir á mas andar hácia la floresta. El Rey dijo á don Galaor: «¿Por ventura seria aquel del yelmo dorado vuestro hermano Amadís, que, segun lo que él fizo, no podia ser otorgado á otro sino á él?—Creed, Señor, dijo Galaor, que no es él, porque no pasan cuatro dias que dél sope nuevas que está en Gaula con su padre é con don Florestan, su hermano.—¡Santa María! dijo el Rey, ¿quién será?—No sé, dijo don Galaor; pero quienquier que sea, Dios le dé buena ventura; que á grande afan y peligro ganó honra y prez sobre todos.» Estando en esto, llegó el escudero é dijo al Rey todo lo que le mandaron, é mucho le pesó cuando le dijo que iban á tal peligro como ya oistes. Mas si Amadís lo dijo burlando, muy de verdad salió, como adelante se dirá. Así que, los hombres siempre deberian dar buenas anuncias é fados en sus cosas; y el caballo que el escudero llevaba cayó delante del Rey, muerto de las grandes feridas que tenia. Aquella noche albergaron don Galaor é Agrájes é otros muchos de sus amigos en la tienda de Arcalaus, que muy rica y fermosa era, en la cual fallaron broslada de seda la batalla que con Amadís hobo, é cómo lo encantó, é otras que habia fecho. Otro dia luego el Rey partió el despojo por todos los suyos, é dió gran parte á las doncellas de la torre; é dando licencia á los que quisiesen á sus tierras ir con los otros, se fué á una su villa que Gandapa habia nombre, donde la Reina é su hija estaban. El placer que de sí hobieron no es de contar, pues que cada uno, segun lo pasado, puede pensar qué tal seria.

CAPITULO VII.

Cómo los caballeros de las armas de las sierpes embarcaron para su reino de Gaula, é la fortuna los echó donde por engaño fueron puestos en gran peligro de la vida, en poder de Arcalaus el encantador; y de cómo delibrados de allí, embarcaron, tornando su viaje, é don Galaor é Norandel vinieron acaso el mesmo camino, buscando aventuras, y de lo que les acaeció.

Algunos dias folgaron en aquella floresta el rey Perion é sus fijos, é como el tiempo bueno y enderezado viesen, metiéronse luego á la mar en su galea, pensando ser en breve en Gaula; mas de otra guisa les avino, que aquel viento fué presto trocado, é fizo embravecer la mar. Así que, por fuerza les convino tornar á la Gran Bretaña, no á la parte donde ante estaban, sino á otra mas desviada; y llegaron la galea al pié de una montaña, que tocaba con la mar, en cabo de cinco dias de tormenta, é ficieron sacar sus caballos y armas por andar por aquella tierra en tanto que la mar asosegase y les viniese mas enderezado viento, é sus hombres metiesen agua dulce en la galea, que les habia faltado; y desque hobieron comido armáronse y cabalgaron, y entraron por la tierra, por saber dónde habian aportado, y mandaron á los de la galea que los atendiesen, é llevaron tres escuderos consigo; pero Gandalin no iba allí, porque era muy conocido. Así como ois subieron por un valle, encima del cual fallaron un llano, é no andovieron mucho por él, que fallaron cabe una fuente una doncella, que á su palafren á beber daba, vestida ricamente, y encima una capa de escarlata, que con hebillas é ojales de oro se abrochaba, y dos escuderos y dos doncellas con ella, que le traian falcones é canes, con que cazaba; é como ella los vió, conociólos luego en las armas de las sierpes, é fué, faciendo grande alegría, contra ellos, é como llegó, saluólos con mucha homildad, faciendo señas que era muda. Ellos la saluaron, y parecióles muy fermosa, é hobieron mancilla que fuese muda. Ella se llegaba al del yelmo dorado, é abrazábalo y queríale besar las manos; é cuando así una pieza estovo, convidábalos por señas que fuesen aquella noche sus huéspedes en un su castillo, mas ellos no le entendian. Ella fizo seña á sus escuderos que gelo declarasen, é así lo ficieron. Ellos, viendo aquella buena voluntad y que era ya muy tarde, fuéronse con ella á salva fe, y no andovieron mucho, que llegaron á un fermoso castillo, teniendo á la doncella por muy rica, pues que dél era señora; y entrando en él, fallaron gentes que los recibieron homildosamente, y otras dueñas y doncellas, que todas acataban á la muda como á señora; luego les tomaron los caballos, é subieron á ellos á una rica cámara, que seria veinte codos en alto de la tierra, é faciéndolos desarmar, les trajeron ricos mantos que cobriesen; y desque hobieron hablado con la muda y con las otras doncellas, trajéronles de cenar é fueron muy bien servidos, y ellas se fueron á sus aposentamientos; mas no tardó mucho que luego volvieron con muchas candelas é instrumentos acordados para les dar placer, é cuando fué tiempo de dormir dejáronlos é fuéronse. En aquella cámara habia tres camas muy ricas, que la doncella muda mandara hacer, é posiéronles sus armas cabe cada cama. Ellos se acostaron é dormieron asosegadamente, como aquellos que trabajados é fatigados andaban, é aunque sus espíritus reposaban, no lo hacian sus vidas, segun en el peligroso lazo en que metidos eran, que con mucha causa se puede comparar á las cosas deste mundo; que sabed que aquella cámara era fecha por una muy engañosa arte, que toda ella se sostenia sobre un estello de fierro hecho como husillo de lagar, cerrado en otro de madera que en medio de la cámara estaba, é podíase abajar é alzar por debajo, trayendo una palanca de hierro al derredor; que la cámara no llegaba á pared ninguna; así que, cuando á la mañana despertaron falláronse en hondon otros veinte codos que en alto estaban cuando en ella entraron.

A esta doncella muda fermosa podemos comparar el mundo en que vivimos, que pareciéndonos hermoso, sin boca, sin lengua, falagándonos, lisonjándonos, nos convida con muchos deleites é placeres, con los cuales, sin recelo alguno siguiéndole, nos abrazamos, y perdiendo de nuestras memorias las angustias é tribulaciones que por albergue dellos se nos aparejan, despues de los haber seguido y tratado, echámonos á dormir con muy reposado sueño, é cuando despertamos, siendo ya pasados de la vida á la muerte, aunque con mas razon se debria decir de la muerte á la vida, por ser perdurable, hallámonos en tan gran hondura, que ya apartada de nos aquella gran piedad del muy alto Señor, no nos queda redencion alguna; é si estos caballeros la hobieron, fué por ser aun en esta vida, donde ninguno, por malo, por pecador que sea, debe perder la esperanza del perdon tanto que, dejando las malas obras, siga las que son conformes al servicio de aquel Señor que gelo dar puede.

Pues tornando á los tres caballeros, cuando fueron despiertos é no vieron señal ninguna de claridad, y sentian cómo la gente del castillo sobre ellos andaba, mucho se maravillaron, y levantáronse de los lechos, é buscando á tiento la puerta y las finiestras, falláronlas; pero metiendo las manos por ellas, topaban en el muro del castillo; así que, luego conocieron que eran traidos á engaño. Estando con gran pesar de se ver en tal peligro, pareció suso á una finiestra de la cámara un caballero grande y membrudo, y el rostro habia medroso, y en la barba é cabeza mas cabellos blancos que negros, y vestia paños de duelo, y en la mano diestra tenia una lua de paño blanco que al codo le llegaba, é dijo á una voz alta: «¿Quién yace allá dentro, que mal seais albergados? Que, segun el gran pesar que me habeis fecho, así fallaréis la mesura y merced, que serán muy crueles é amargas muertes, é aun con esto no seré vengado, segun lo que de vos recebí en la batalla del falso rey Lisuarte. Sabed que yo soy Arcalaus el encantador; si me nunca vistes, agora me conoced; que nunca ninguno me hizo pesar que dél no me vengase, si no es de uno solo, que aun yo cuido tener donde vos estáis, y cortarle las manos por esta que él me cortó, si yo ante no muero.» E la doncella que cabe él estaba dijo: «Buen tio, aquel mancebo que allí está es el que traia el yelmo dorado.» Y tendió la mano contra Amadís. Cuando ellos esto vieron, que aquel era Arcalaus, fueron en gran pavor de

muerte, é por extraña cosa tovieron ver fablar á la doncella muda que los allí trajera; é sabed que esta doncella se llamaba Dinarda, y era fija de Ardan Canileo, y era muy sotil en las maldades, é viniera á aquella tierra por facer por algun arte matar á Amadís, é por eso se facia muda. Arcalaus les dijo: «Caballeros, yo vos haré ante mí tajar las cabezas, y enviarlas hé al rey Arábigo, en alguna emienda de lo que le desservistes.» E tiróse de la finiestra, é mandóla cerrar, é quedó la cámara tan escura, que no se veian unos á otros. El rey Perion les dijo: «Mis buenos fijos, esto en que somos nos muestra las grandes mudanzas de la fortuna. ¿Quién podiera pensar que, siendo escapados de una tal batalla, do tantos caballeros, donde tantos peligros pasamos, con tanta fama, con tanta gloria, que por una flaca doncella sin lengua é sin habla engañados de tal forma fuésemos? Por cierto, maravillosa cosa parecéria á aquellos que en las mundanales y perecederas cosas ponen su esperanza, sin se les acordar cuán poco valen y en cuán poco deben ser tenidas; pero á nosotros, que muchas veces por la experiencia lo hemos ensayado, no se nos debe hacer extraño ni grave, porque siendo nuestro principal oficio buscar las aventuras, así las buenas como las contrarias, conviene de las tomar como vinieren, é poniendo nuestras fuerzas en el remedio dellas, lo restante donde ellas no bastaren dejarlo á aquel alto Señor en quien el poder es entero; así que, mis hijos, dejando aparte el gran dolor que la humanidad nos acarrea de haber vosotros de mí, é yo mas de vosotros, á él dejemos que como mas su servicio sea ponga el remedio.»

Los hijos, que en mas tenian la piedad del padre que la afrenta ni peligro en que estaban, cuando aquel tan gran esfuerzo en él sintieron, mucho fueron alegres, é fincados los hinojos, le besaron las manos, y él les echó su bendicion. Así como ois pasaron aquel dia sin comer é sin beber, y desque Arcalaus cenó é pasó ya parte de la noche, vínose á la finiestra donde ellos estaban con dos hachas encendidas, é Dinarda é dos hombres ancianos con él, é mandóla abrir, é dijo: «Vos, caballeros que allá yaceis, cuido que comeríades, si toviésedes qué. —De grado, dijo don Florestan, si nos lo mandásedes dar.» Él dijo: «Si en voluntad lo tengo, Dios me la quite; pero porque del todo no quedeis desconsolados, en emienda de la comida os quiero decir unas nuevas. Sabed cómo agora, despues que fué noche, vinieron á la puerta del castillo dos escuderos é un enano, que preguntaban por los caballeros de las armas de las sierpes, é mandélos prender y echar en una prisión que ende debajo teneis. Destos sabré mañana quién sois, ó los haré cortar miembro á miembro.» Sabed que esto que Arcalaus les dijo era así verdad; que los de la galea, viendo que tardaban y tenian el tiempo enderezado para navegar, acordaron que los buscasen. Gandalin y el Enano é Orfeo el repostero del Rey, é á estos tenian en la prision, como es dicho. Mucho les pesó al Rey é á sus hijos destas nuevas, porque muy peligrosas eran. Amadís respondió á Arcalaus, diciendo: «Bien cierto soy yo que despues que sepais quién somos que nos no faréis tanto mal como ante; porque, como vos seais caballero é hayais pasado por muchas cosas, no ternéis á mal lo que nosotros hecimos en ayudar á nuestros amigos sin ninguna fealdad, é así lo ficiéramos siendo de vuestra parte; é si alguna bondad en nosotros hobo, por eso debriamcs ser en mas tenidos y hecha mas honra, lo cual al contrario dentro en la batalla mereciamos; mas teniéndonos así presos é tratarnos de tal manera, no haceis en ello cortesía. —¡Quién se posiere con vos en disputa sobre eso! dijo Arcalaus; la honra que vos yo faré será la que haria á Amadís de Gaula si hí lo toviese, que es el hombre del mundo que yo peor quiero y de quien mas me querria vengar.» Dinarda dijo: «Tio, como quiera que las cabezas destos envieis al rey Arábigo, entre tanto no los mateis de hambre; sostenedles la vida, porque con ella mayor pena sostengan. —Pues que así os parece, sobrina, dijo él, yo lo faré.» E díjoles entonces: «Caballeros, decidme en vuestra fe cuál vos aqueja mas, la hambre ó la sed. —Pues que hemos de decir verdad, dijeron ellos, aunque el comer era mas conveniento primero, la sed nos aqueja mucho.» Entonces dijo Arcalaus á una doncella: «Sobrina, echádles una empanada de tocino, porque no digan que no acorro á su menester.» Y fuése de allí, é todos los otros. Aquella doncella vió á Amadís tan apuesto, é sabiendo las grandes caballerías que en la batalla hiciera, era mucho movida á piedad dél é de los otros; é luego puso en un cesto un barril de agua é otro de vino é la empanada, é colgándolo por una cuerda, gelo dió, diciendo: «Tomad esto y tenedme poridad; que si yo puedo, no lo pasaréis mal.» Amadís gelo gradeció mucho, y ella se fué. Con aquello cenaron, é acostáronse en sus camas, é mandaron á sus escuderos, que allí con ellos estaban, que toviesen las armas en tal parte donde las fallasen; que si de hambre no morian, de otra manera ellos venderian bien sus vidas.

Gandalin é Orfeo y el Enano fueron metidos en la prision que era deyuso de aquel sobrado donde sus señores estaban, é hallaron hí una dueña é dos caballeros; el uno, que era su marido é ya de dias, y el otro su fijo, asaz mancebo; é habia un año que allí estaban, é fablando unos con otros, dijo Gandalin cómo viniendo en busca de los tres caballeros de las armas de las sierpes, los habian prendido. «¡Santa María! dijo el caballero, sabed que esos que decis fueron en este castillo muy bien recebidos, y estando dormiendo, entraron aquí cuatro hombres, é trayendo á derredor esta palanca de hierro que aquí veis, bajaron con ella este sobrado; así que, han recebido gran traicion.» Gandalin, que muy avisado era, entendió luego que su señor é los otros estaban allí, y el peligro grande de muerte en que estaban, é dijo: «Pues que así es, trabajemos nos de lo subir suso; si no, ellos ni nosotros nunca saldrémos de aquí; é creed que si ellos se salvan, que nosotros serémos libres.» Entonces el caballero é su fijo de una parte, é Gandalin é Orfeo de la otra, comenzaron á rodear la palanca; así que, el sobrado comenzó luego á subir, y el rey Perion, que no dormia sosegado, mas con cuita de sus fijos que de sí, sintiólo luego y despertólos, é díjoles: «¿Veis cómo el sobrado se alza no sé por cuál razon?» Amadís dijo: «Sea por

cualquiera, que morir como caballeros ó como ladrones gran diferencia es.» E luego saltaron de los lechos, é ficieron á sus escuderos que los armasen, y esperaron qué seria aquello; mas el sobrado fué alzado, á gran afan de los que lo sobian, tanto como era menester; y el rey Perion é sus fijos, que á la puerta estaban, vieron por entre las tablas la claridad, é conocieron que por allí habian entrado; é trabaron della todos tres tan fuerte, que la derribaron é salieron al muro, donde eran los veladores con tan gran coraje é braveza, que maravilla era, é comenzaron á matar é derribar del muro cuanto fallaban, é decir: «Gaula, Gaula; que nuestro es el castillo.» Arcalaus, que le oyó, fué muy espantado, é cuidando que traicion era de alguno de los suyos, que allí habia traido sus enemigos, fuyó desnudo á una torre é subió consigo el escalera, que andadiza era; é no se temia de los presos, que aquellos á buen recaudo, á su parecer, estaban; é asomándose á una finiestra, vió á los de las armas de las sierpes andar por el castillo á gran priesa, é aunque los conoció, no osó salir ni bajar á ellos; mas daba voces, diciendo á los suyos que les no temiesen, que no eran mas de tres hombres. Algunos de los suyos, que abajo posaban, comenzáronse á armar; mas los tres caballeros, que ya el muro habian de los veladores delibrado, bajaron luego á ellos, que los oyeron, y en poca de hora los pararon tales, así muértos como heridos, que ninguno pareció ante ellos. Los que estaban en la cárcel, que oyeron lo que se hacia, dieron voces que los acorriesen. Amadís conoció la voz de su enano, que este y la dueña habian mas temor; é fueron luego para los sacar, é así lo ficieron, que á gran fuerza quebrantaron las armellas é abrieron la puerta, por donde salieron, é buscando por las casas bajas que al corral salian, hallaron los caballos suyos é de sus señores é otros de Arcalaus, que dieron al caballero é á su hijo, é un palafren de Dinarda para la dueña, é sacáronlos todos fuera del castillo, é cuando fueron á caballo mandó el Rey poner fuego á las casas que dentro eran, é comenzó á arder tan bravamente, que todo parecia una llama; el fuego era grande, que daba en la torre. El Enano decia á grandes voces: «Señor Arcalaus, recebid en paciencia ese fumo, como yo lo facia cuando me colgastes por la pierna al tiempo que fecistes la gran traicion á Amadís.» Mucho se pagó el Rey de cómo el Enano deshonraba á Arcalaus, é mucho reian todos en ver que aquel era el cabo de su esfuerzo.

Entonces se fueron por el camino que allí vinieran á la galea, é subiendo una sierra, vieron las grandes llamas del castillo é las voces de la gente, de manera que hobieron placer; así andovieron fasta ser en el monte alto. Entonces esclareció el dia, é vieron ayuso en la ribera la su galea, é fueron para allá y entraron dentro, desarmándose para folgar. La dueña cuando al Rey vió desarmado fuésele hincar de hinojos delante, y él la conoció é levantóla por la mano, abrazándola de buen talante, que la mucho amaba, é la dueña dijo al Rey: «Señor, ¿cuál de aquellos es Amadís?» El le dijo: «Aquel del gambax verde.» Entonces se fué á él, é fincando los hinojos, le quiso besar el pié; mas él la levantó é hobo vergüenza de aquello. La dueña se le fizo conocer, diciéndole cómo ella era aquella que en la mar lo echara al tiempo que nació por salvar la vida de su madre, y que le demandaba perdon. Amadís le dijo: «Dueña, agora sé lo que nunca sope; que aunque de mi amo Gandáles habia sabido cómo me falló en el mar, no sabia por qué causa fué, é yo vos perdono lo que me no errastes, pues lo que se fizo fué por servicio de aquella á quien yo toda mi vida tengo de servir.» El Rey folgó mucho en fablar de aquel tiempo, y estovo riendo con ellos gran pieza, é así fueron por la mar adelante mucho alegres de sus aventuras fasta que llegaron en el reino de Gaula. Arcalaus, como ya oistes, estaba en la torre desnudo, donde se acogiera, é como la llama daba en la puerta, nunca podo decender; el fumo é la calor eran tan demasiados, que no se podia valer ni darse ningun remedio, aunque se metió en una bóveda; pero allí era el fumo tan espeso, que le puso en gran cuita. Así estovo dos dias, que ninguno en el castillo podo entrar: tanto era el fuego grande; mas al tercero dia entraron sin peligro é subieron á la torre é hallaron á Arcalaus tan desacordado, que estaba ya para le salir el alma, y echándole del agua por la boca, le hicieron acordar, mas á gran trabajo suyo; é tomáronle en sus brazos para le llevar á la villa, é como vió el castillo quemado é todo muy destrozado, dijo sospirando y con gran dolor de su corazon: «¡Ay Amadís de Gaula! cuánto daño por tí me viene; si te yo puedo haber, yo faré en tí tantas crueldades, que mi corazon sea vengado de cuantos daños de tí recebidos tengo; é por tu causa juro y prometo de nunca dar la vida á caballero que tome, porque si en mis manos cayeres no escapes dellas, como agora lo feciste.» El estuvo en la villa cuatro dias por tomar alguna recreacion, é poniéndose en unas andas con siete caballeros que lo guardasen, se partió para el su castillo de Montealdin, é Dinarda la muy fermosa, é otra doncella con él.

Esa noche dormieron en casa de un su amigo, é otro dia habian de llegar al su castillo, é siendo ya pasadas las dos partes del dia que iban por su camino, vieron ir por la falda de una floresta dos caballeros que cabe una fuente que allí era habian holgado, y iban muy ricamente armados é cabalgaban muy apuesto, é como vieron las andas é los caballeros, atendieron por saber qué cosa era; y ellos así estando, llegóse Dinarda á Arcalaus é dijo: «Buen tio, védes allí dos caballeros extraños.» Él levantó la cabeza, é como los vió, llamó á los suyos é díjoles: «Tomad vuestras armas é traedme aquellos caballeros, no les diciendo quién soy; é si se defendieren, traedme sus cabezas.» E sabed que los caballeros era don Galaor é su compañero Norandel. E los caballeros de Arcalaus les dijeron, llegando á ellos, que dejasen las armas é fuesen á mandado del que en las andas venia. «En el nombre de Dios, dijo Galaor, é ¿quién es ese que lo manda, ó qué va á él que vamos armados ó desarmados?—No sabemos, dijeron ellos, mas conviene que lo fagais, ó llevarémos vuestras cabezas.—Aun no estamos en tal punto, dijo Norandel, que lo facer podais.—Agora lo veréis,» dijeron ellos. Entonces se fueron ferir, y de los primeros encuentros cayeron los dos dellos en el suelo heridos de muerte,

pero los otros quebraron en ellos sus lanzas, é no los movieron de las sillas, é luego posieron mano á sus espadas é hobieron entre sí una esquiva é cruel batalla; mas en fin, siendo los tres dellos derribados y mal feridos, los dos que quedaran no osaron atender aquellos mortales golpes, é fuéronse por la floresta al mas correr de sus caballos. Los dos compañeros no los siguieron, antes fueron luego á saber quién en las andas venia, é cuando llegaron, toda la otra compaña que con Arcalaus estaba echaron á fuir, sino dos hombres, en sendos rocines, é alzaron el paño é dijeron: «Don caballero, que Dios maldiga, ¿así tratais los caballeros que van por el camino seguros? Si fuésedes armado, haceros-hiamos conocer que sois malo é falso á Dios é al mundo, y pues que sois doliente, enviaros hemos á don Grumedan que os juzgue y dé la pena que mereceis.»

Arcalaus cuando esto oyó fué muy espantado, que bien via, si don Grumedan le viese, que su muerte era llegada; é como era sotil en todas las cosas, respondió haciendo buen semblante, é dijo: «Cierto, Señor, en vos me enviar á don Grumedan, mi primo é mi señor, mucha merced me haceis, que él sabe muy bien mi maldad é mi bondad; pero, téngome por mal aventurado de ser quejosos de mí contra razon, ni mi pensamiento es sino de servir á todos los caballeros andantes; é ruégoos, señores, por cortesía que me oyais mi desventura, y despues faced de mí lo que vuestra voluntad fuere.» Como ellos oyeron decir que era primo de don Grumedan, á quien ellos tanto amaban, pesóles por las palabras deshonestas que le habian dicho, é dijéronle: «Agora decid; que de grado os oirémos.» El dijo: «Sabed, señores, que yo cabalgaba un dia armado por la floresta de la Laguna Negra, en la cual hallé una dueña que se me quejó de un tuerto que le hacian, é yo fuí con ella, é fícele alcanzar su derecho ante el conde Guncestre, y tornándome á un mi castillo, no andove mucho que encontré con aquel caballero que allí matastes, que Dios maldiga, que era muy perverso hombre, é con otros dos caballeros que consigo traia, é por haber de mí aquel castillo acometióme, é yo cuando esto vi enderecé mi lanza é fuéme para ellos, é fice mi poder, defendiéndome, mas fuí vencido é preso, é tóvome en un castillo suyo un año, é si alguna honra me fizo, fué curarme destas llagas.» Entonces gelas mostró, que muchas tenia; que él era valiente caballero, é habia dado é recebido muchas. «E como yo desesperado fuese, acordé, por salir de su prision, de le entregar el castillo; pero estaba tan flaco, que me no podo traer sino en estas andas; é yo tenia pensado de me ir luego á don Grumedan, mi primo, é al rey Lisuarte, mi señor, y demandar justicia de aquel traidor que me tenia robado; lo cual, señores, me parece que sin lo yo pedir partistes mejor que lo yo pensaba; é si allí no hallase remedio, buscar á Amadís de Gaula ó á su hermano don Galaor, é pedirles que, habiendo piedad de mí, me posiesen el remedio que á todos los que agravio reciben ponen; é la causa por qué aquellos traidores os acometieron fué, porque no sopiésedes de mí, que en estas andas venia, la razon que os he dicho.» Cuando esto oyeron pensaron de todo en todo que verdad decia, y demandándole perdon por las palabras deshonestas que le habian dicho, le preguntaron cómo habia nombre. Él dijo: «A mí llaman Granfíles; no sé si de mí habeis noticia. — Sí he, dijo don Galaor, é sé que faceis mucha honra á todos los caballeros andantes, segun me ha dicho vuestro primo. — A Dios merced, dijo él, que ya por eso me conoceis; é pues que sabeis mi nombre, mucho vos ruego por mesura que os quiteis los yelmos é me digais vuestro nombre.» Galaor le dijo: «Sabed que este caballero ha nombre Norandel, y es fijo del rey Lisuarte, é yo he nombre don Galaor, hermano de Amadís.» E quitáronse los yelmos. «A Dios merced, dijo Arcalaus, que de tales caballeros fuí socorrido.» Et mirando mucho á don Galaor por le conocer para le dañar si la dicha gelo pusiese en poder, dijo: «Yo fio en Dios, señores, que un tiempo verná que la ventura os ponga en parte donde el deseo que yo contra vos tengo se pueda satisfacer, é ruégoos que me digais lo que faga. —Lo que vuestra voluntad sea,» dijeron ellos. Él dijo: «Pues yo quiero andar fasta llegar á mi castillo. — Dios os guie,» dijeron ellos. Así se partió luego á tal hora que era noche cerrada, pero facia luna clara, é como traspuso un recuesto, dejó aquel camino é tomó otro mas encobierto que él sabia.

Los dos caballeros acordaron que, pues sus caballos eran cansados é la noche sobrevenida, que folgasen cabe aquella fuente. «Pues así vos parece, dijo el escudero de don Galaor, aun mejor albergue se os apareja de lo que pensais. — ¿Cómo es eso? dijo Norandel. — Sabed, dijo él, que en aquel edificio antiguo, entre aquellos zarzales, se escondieron dos doncellas que venian con el caballero de las andas.» Entonces se apearon de los caballos cabe la fuente é lavaron sus rostros é manos, é fuéronse donde las doncellas estaban, y entraron por unos logares estrechos, é dijo don Galaor á una voz alta: «¿Quién está aquí escondido? Dame acá fuego; que yo los faré salir.» Dinarda cuando esto oyó hobo miedo, é dijo: «¡Ay señor caballero! merced, que yo saldré fuera. — Pues salid, dijo él, é veré quién sois. — Ayudadme, dijo ella; que de otra guisa no podré salir.» Galaor se allegó, y ella tendió los brazos, que con la luna se parecian, y él la tomó por las manos é sacóla de donde estaba, é pagóse tanto della, que no viera otra que tan bien le pareciese, y ella tenia saya de escarlata é capa de jamete blanco. E Norandel sacó la otra, é lleváronlas á la fuente, donde con mucho placer cenaron de lo que sus escuderos traian é de lo que fallaron en un rocin de Arcalaus. Dinarda estaba con miedo que Galaor sabia cómo ella metiera en la prision á su padre y hermanos, é habia gana que se pagase della é quisiese su amor, el cual fasta entonces á ninguno habia dado, é por esto siempre le miraba con ojos amorosos, é hacia señas á su doncella, loando la gran fermosura dél. Todo esto con pensamiento que si aquello con ella pasase, que despues no seria tal que la mal quisiese facer; pero Galaor, que, segun su maña, en aquel caso no tenia el pensamiento sino cómo á su grado della por amiga la podiese haber, no tardó en haber el conocimiento que ella tenia mucho; así que, despues de la cena, dejando á Norandel con la doncella, él se fué con Dinarda, ha-

blando por entre las matas de la floresta, é íbala abrazando, y ella echábale los brazos al cuello, mostrándole mucho amor, aunque le desamaba, como algunas lo suelen hacer, ó por miedo ó por codicia de interese mas que por contentamiento; donde se siguió que aquella que fasta allí, requerida de muchos, por guardar su honestidad, deseándolos por amigos, los desechara, aquel su enemigo, queriéndolo la su contraria fortuna, teniéndolo ella por merced, de doncella en dueña la tornó.

Norandel, que con la doncella quedara, afincóla mucho que le diese su amor, porque estaba della pagado; mas ella le dijo: «Por fuerza podeis hacer vuestra voluntad; pero por la mia no será si mi señora Dinarda no lo manda.» Norandel dijo: «¿Esta es Dinarda, la fija de Ardan Canileo, que nos dicen que es venida á esta tierra por haber consejo con Arcalaus el encantador para vengar la muerte de su padre?—No sé la causa de su venida, dijo ella, mas esta es la que decis, y creed que es bienaventurado el caballero que su amor alcanzó, porque es mujer de todos codiciada mas que otra y requerida, pero hasta agora no la pudo ninguno haber.» En esto estando, llegaron á ellos Galaor é Dinarda, que mucho habian folgado; no entrambos, antes digo que en mayor grado era la tristeza della que el placer dél; é Norandel tomó á don Galaor aparte é díjole: «¿No sabeis quién es esta doncella?—No mas de lo que vos, dijo él. —Pues sabed que esta es Dinarda, hija de Ardan Canileo, aquella que os dijo vuestra prima Mabilia que viniera á esta tierra por buscar por alguna arte la muerte á Amadís.» Don Galaor estovo cuidando é dijo: «De su corazon no sé nada mas de lo que parece mucho muestra que me ama; por cosa del mundo la haria mal; que es la mujer de cuantas yo vi que mas me ha contentado, é no la quiero partir por agora de mí; é pues que á Gaula vamos, yo terné manera cómo con alguna emienda que Amadís le faga della sea perdonado.» En tanto que ellos fablaban, estovo Dinarda con su doncella, é sopo cómo no quisiera consentir en el ruego de Norandel, é cómo la habia descubierto, de que mucho le pesó, é dijo: «Amiga, en tales tiempos es menester la discrecion para negar nuestras voluntades; que de otra guisa seriamos en gran peligro; ruégoos que fagais mandado de aquel caballero, é mostrémosles amor hasta que veamos tiempo de ser dellos partidas.» Ella dijo que así lo faria. Don Galaor é Norandel, desque una pieza fablaron, tornáronse á las doncellas, y estovieron parte de la noche hablando é jugando con ellas en risa é placer; entonces, tomando cada uno la suya, se acostaron en camas de yerba, que los escuderos habian hecho, é allí dormieron é folgaron toda aquella noche. Don Galaor preguntó entonces á Dinarda cómo habia por nombre aquel caballero malo que los queria matar, é decíalo por el que matara, y entendió que por el de las andas, é díjole: «¡Cómo! ¿no supistes al allegar de las andas que era Arcalaus, é los que desbaratastes suyos eran? —¿Es cierto, dijo don Galaor, que aquel era Arcalaus?—Sí, verdaderamente, dijo ella.—¡Oh santa María! dijo él, cómo escapó de la muerte con tales sotilezas.»

Cuando Dinarda oyó que lo no habian muerto fué la mas alegre del mundo, pero no lo mostró, é dijo: «Hora fué que pusiera yo mi vida por la suya, mas agora, que soy en vuestro amor é en la merced y mesura, quisiera que fuera de mala muerte muerto, porque sé que os desama en mucho grado, é lo que él os desea, é á vuestro linaje, á Dios plega que presto sobre él caya.» E abrazándose con él, le mostraba todo el amor que podia. Así como ois albergó aquella noche, y venido el dia, armáronse é tomaron sus amigas é sus escuderos, que les llevaban las armas, é fuéronse la via de Gaula á entrar en la mar. Arcalaus llegó á la media noche á su castillo, con gran espanto de lo que le aviniera, é mandó cerrar las puertas, y que persona no entrase sin su mandado, é fízose curar con intencion de ser peor que no de ante, é hacer mayores males que de antes, como facen los malos, que aunque Dios en ellos espira, no quieren ni desean ser desatados de aquellas fuertes cadenas que el enemigo malo les tiene echadas; antes con ellas son llevados al fondo del infierno, como se debe creer que este malo lo fué. Don Galaor é Norandel é sus amigas andovieron dos dias contra un puerto para pasar en Gaula, é al tercero dia llegaron á un castillo, en el cual acordaron de albergar, é fallando la puerta abierta, metiéronse dentro sin fallar persona alguna; mas luego salió de un palacio un caballero, que era el señor del castillo, é cuando dentro los vió, fizo mal semblante contra los suyos porque dejaran la puerta abierta, mas hízolo bueno contra los caballeros é recibiólos muy bien, é fízoles facer mucha honra, pero contra su voluntad, porque este caballero habia nombre Ambádes, y era primo de Arcalaus el encantador, é conoció á Dinarda, que era su sobrina, é sopo della cómo la traian forzada; é la madre deste Ambádes lloró con ella encobiertamente, é quisiera hacerlos matar; mas Dinarda dijo: «No entre en vos ni en mi tio tal locura.» Entonces les contó cómo desbarataran á los siete caballeros de Arcalaus é todo lo que con él pasaron, é dijo: «Señora, haceldes honra, que son muy esforzados caballeros, é á la mañana yo é mi doncella quedarémos zagueras, y como ellos salieren, echen la puerta colgadiza, é así quedarémos en salvo.» Esto así concertado con Ambádes é su madre, dieron de cenar á don Galaor é á Norandel é á sus escuderos, é buenas camas en que dormiesen. E Ambádes no dormió en toda la noche, tanto estaba espantado en tener tales hombres en su castillo. E como fué la mañana, levantóse é armóse; é fuése á sus huéspedes é dijo: «Señores, quiero faceros compañía é mostraros el camino; que este es mi oficio, andar armado buscando las aventuras.—Huésped, dijo don Galaor, mucho os lo agradecemos.»

Entonces se armaron é ficieron cabalgar á sus amigas en sus palafrenes, é salieron del castillo; mas el huésped é las doncellas quedaron atrás, é como ellos é sus escuderos eran fuera, echaron la puerta colgadiza; de manera que el engaño hobo efeto. Ambádes decendió del caballo con mucho placer, é subióse al muro, é vió los caballeros que aguardaban si verian alguno para les pedir las doncellas, é dijo: «Idvos, malos huéspedes é falsos, á quien Dios confunda y dé mala noche, como á mí la vosotros distes; que las dueñas que gozar pensábades comigo quedan.» Don Galaor le dijo: «Huésped, ¿qué es eso que decis? No seréis vos tal que, ha-

biéndonos fecho en esta vuestra casa tanto servicio é placer, en la fin fagais tan gran deslealtad en nos tomar nuestras dueñas por fuerza. —Si así fuese, dijo él, mas placer habria, porque el enojo seria mayor; mas de su grado las tomé, porque andaban forzadas con sus enemigos. —Pues parezcan ellas, dijo Galaor, é veremos si es así como decis.—Facerlo he, dijo él, no por os dar placer, mas porque veais cuán aborrecidos dellas sois.» Entonces se puso Dinarda en el muro, é don Galaor le dijo: «Dinarda, mi señora, ese caballero dice que quedais aquí de vuestro grado; yo no lo puedo creer, segun el gran amor que es entre nosotros.» Dinarda dijo: «Si yo os mostré amor, fué con sobrado miedo que tenia; pero sabiendo vos ser yo fija de Ardan Canileo, é vos hermano de Amadís, ¿cómo se podia hacer que os amase, especialmente en me querer llevar á Gaula en poder de mis enemigos? Id-os, don Galaor, y si algo por vos fice, no me lo gradezcais ni se os acuerde de mí sino como de enemiga.—Agora quedad, dijo Galaor, con la mala ventura que Dios os dé; que de tal raíz como Arcalaus no podia salir sino tal pimpollo.» Norandel, que muy sañudo estaba, dijo contra su amiga: «E vos ¿qué faréis?—La voluntad de mi señora, dijo ella.—Dios confunda su voluntad, dijo él, y la dese mal hombre, que así nos engañó.—Si yo soy malo, dijo Ambádes, aun no sois tales vosotros que me toviese por honrado de vencer tales dos hombres.—Si tú eres caballero, como te alabas, dijo Norandel, sal fuera y combátete comigo, yo á pié y tú á caballo, é si me matas, cree que quitas un enemigo mortal de Arcalaus, é si te yo venciere danos las doncellas.—¡Cómo eres necio! dijo Ambádes; á entrambos no tengo en nada; pues ¿qué faré á tí solo á pié, estando yo á caballo? Y en eso que dices de Arcalaus, mi señor, por tales veinte como tú ni como ese otro tu compañero no daria él una paja.» E tomando un arco turquí, les comenzó á tirar con flechas. Ellos se tiraron afuera y tornaron al camino que de antes iban, fablando cómo la maldad de Arcalaus alcanzaba á todos los de su linaje, é riendo mucho uno con otro de la respuesta de Dinarda y de su huésped, y de la gran saña de Norandel, y de cómo el huésped estando á salvo, en cuán poco la tenia. Así andovieron tres dias, albergando en poblados é á su placer; é al cuarto dia llegaron á una villa que era puerto de mar, que habia nombre Alfial, é hallaron dos barcas que pasaban á Gaula, y entrando en ellas, aportaron sin entrevalo alguno donde era el rey Perion é Amadís é Florestan.

Así acaeció, que estando Amadís en Gaula aderezando para se partir á buscar las aventuras por emendar é cobrar el tiempo que en tanto menoscabo de su honra allí estovo, continuando cada dia de cabalgar por la ribera de la mar, mirando la Gran Bretaña, que allí eran sus deseos y todo su bien, andando un dia él é don Florestan paseando, vieron venir las barcas, y fueron allá por saber nuevas, y llegando á la ribera, venian ya don Galaor y Norandel en un batel por salir en tierra. Amadís conoció á su hermano, é dijo: «¡Santa María! aquel es nuestro hermano don Galaor; él sea muy bien venido.» E dijo á don Florestan: «¿Conoceis vos el otro que con él viene?—Sí, dijo él; aquel es Norandel, fijo del rey Lisuarte, compañero de don Galaor; é sabed que es muy buen caballero, é por tal en la batalla se mostró que con su padre hobimos en la ínsola de Mongaza; pero entonces no era conocido por su fijo fasta agora, cuando fué la gran batalla de los siete reyes, que al Rey plugo que se divulgase por la bondad que en sí tiene.» Mucho fué alegre Amadís con él por ser hermano de su señora, que sabia que lo ella amaba, segun Durin gelo habia dicho. En esto llegaron los caballeros á la ribera é salieron en tierra, donde fallaron á Amadís é Florestan apeados, que los recibieron é abrazaron muchas veces; é dándoles palafrenes, se fueron al rey Perion, que queria cabalgar para los recebir; é cuando á él llegaron quisiéronle besar las manos, mas el Rey no las dió á Norandel; antes lo abrazó é fizo mucha honra, é llevólos á la Reina, donde no recibieron menos. Amadís, como ya vos dije, tenia aderezado para partir de allí al cuarto dia, é un dia antes habló con el Rey é con sus hermanos, diciéndoles cómo le convenia partirse dellos, é que otro dia entraria en su camino. El Rey le dijo: «Mi fijo; Dios sabe la soledad que dello yo siento, pero ni por eso seré en vos estorbar, que vayais á ganar honra é prez, como siempre lo hecistes.» Don Galaor dijo: «Señor hermano, si no fuese por una demanda, de que con derecho no nos podemos partir, en que Norandel é yo somos metidos, facervos-hiamos compañía; pero conviene que la acabemos, ó pase primero un año é un dia, como es costumbre de la Gran Bretaña.» El Rey le dijo: «Hijo ¿qué demanda es esa? ¿puédese saber?—Sí, Señor, dijo él, que públicamente la prometimos, y es esta. Sabed, Señor, que en la batalla que hobimos con los siete reyes de las ínsolas fueron de la parte del rey Lisuarte tres caballeros con unas armas de sierpes de una manera, mas los yelmos eran diferentes, que el uno era blanco y el otro cárdeno y el otro dorado; estos ficieron maravillas en armas, tanto, que todos somos maravillados; en especial el que traia el yelmo dorado, que á la bondad deste no creo que ninguno se podria igualar. Ciertamente se cree que si por estos no fuera, que el rey Lisuarte no hobiera la vitoria que hobo; é como la batalla fué vencida, partieron todos tres del campo tan encobiertos, que no podieron ser conocidos; é por lo que dellos se habla hemos prometido de los buscar é conocer.» El Rey dijo: «Aquí nos han dicho desos caballeros, é Dios vos dé dellos buenas nuevas.»

Así pasaron aquel dia hasta la noche, é Amadís apartó á su padre é á don Florestan, é díjole: «Señor, yo me quiero partir de mañana, é paréceme que despues de ido yo, se debe decir á don Galaor la verdad desto en que anda, porque su trabajo en vano seria; que si por nosotros no, por otro ninguno le puede saber, é mostradle las armas, que bien las conocerá.—Bien decis, dijo el Rey, é así se hará.» Esa noche estovieron con la Reina é su fija é con muchas dueñas é doncellas suyas folgando con gran placer; mas todas sentian gran soledad de Amadís, que se queria ir, é no sabian dónde. Pues despedido de todas ellas, se fueron á dormir, é otro dia oyeron todos misa, é salieron con Amadís, que iba armado en su caballo, é Gandalin y el Enano, sin otro alguno, que le hacian compañía, al cual dió la

Reina tanto haber, que por un año bastase á su señor. Don Florestan le rogó muy afincadamente que lo llevase consigo, mas no lo podo con él acabar por dos cosas: la una por ser mas desembargado para pensar en su señora, é la otra porque las cosas de grandes afrentas por que él esperaba pasar, pasándolas solo, así solo la muerte ó la gloria alcanzase. E cuanto una legua andovieron, despidióse Amadís dellos, entrando en su camino, y el Rey é sus hijos se volvieron á la villa, donde habló aparte con don Galaor, su fijo, é con Norandel, é díjoles: «Vosotros sois metidos en una demanda, que si aquí no, en todo el mundo no fallaríades recaudo della; de lo cual dó gracias á Dios, que á esta parte os guió, por vos haber quitado de gran trabajo sin provecho. Agora sabed que los tres caballeros de las armas de las sierpes que demandais, somos yo é Amadís é don Florestan; é yo llevaba el yelmo blanco, é don Florestan el cárdeno, é Amadís el dorado, con que fizo las grandes extrañezas que vistes.» E contóle el concierto que para aquella ida tovieron, é cómo Urganda les enviara las armas. «E porque enteramente lo creais é tengais vuestra ventura por acabada, venid comigo.» E llevándolos á otra cámara de las armas, les mostró las de las sierpes, por muchas partes de grandes golpes horadadas, las cuales fueron muy bien dellos conocidas, porque mucho en la batalla las miraron, algunas veces placiéndoles ser en su ayuda, y otras habiendo grande envidia de lo que sus señores facian con ellas. Don Galaor dijo: «Señor, mucha merced nos ha hecho Dios é vos en nos quitar deste afan, porque nuestro pensamiento era de con todas nuestras fuerzas buscar los caballeros de estas armas, é si no nos cayeran en parte que sin gran vergüenza no nos podiéramos de su enojo partir, de combatirnos con ellos fasta la muerte, é dar á entender á todos que aunque allí en lo general mas que todos ficieron, que en lo particular de otra manera se juzgara, ó morir sobr'ello. —Mejor lo ha fecho Dios, dijo el Rey, por su merced.» Norandel le demandó aquellas armas con afincamiento, mas con mucha mas gravedad por el Rey le fueron otorgadas. Entonces les contó el Rey cómo fueran metidos en la prision de Arcalaus, é por cuál aventura fueron della salidos. A Galaor le vinieron las lágrimas á los ojos, habiendo duelo de tan gran peligro, é contó lo que les aviniera á él é á Norandel con Arcalaus, é cómo llamándose Granfíles se les habia escapado, é todo lo que con Dinarda pasaron, é cómo se les quedó en el castillo, é lo que con Ambádes, el huésped, les conteció.

Así estovieron allí catorce dias folgando, y despedidos del Rey é la Reina, entraron en una barca, llevando consigo aquellas armas de las sierpes; con buen tiempo pasaron en la Gran Bretaña, y llegados á la villa donde el rey Lisuarte é la Reina eran, desarmándose en su posada, se fueron al palacio por mostrarle cómo su demanda habian acabado; é llevaron consigo las armas de las sierpes, é fueron bien recebidos del Rey y de todos los de la corte. Galaor dijo al Rey: «Señor, si os ploguiere mandarnos oir ante la Reina.—Sí;» dijo él. E fuéronse luego á su aposentamiento, é todos con ellos por ver lo que traian; la Reina hobo placer con su venida; y ellos le besaron las manos. Galaor dijo: «Señores, ya sabeis cómo Norandel é yo salimos de aquí con demanda de buscar los tres caballeros de las armas de las sierpes que en vuestra batalla é servicio fueron, y loado Dios, sin trabajo cumplido lo hemos, así como Norandel lo mostrará.» Entonces Norandel tomó en sus manos el yelmo blanco é dijo: «Señor, este yelmo ¿bien lo conoceis?—Sí, dijo él, que muchas veces lo vi donde yo verle deseaba.—Pues este trajo en la cabeza el rey Perion, que mucho os ama.» E luego tomó el cárdeno é dijo: «Veis el que trajo don Florestan.» E sacando el dorado, dijo: «Veis, Señor, este, que tanto en vuestro servicio fizo, cual ninguno otro facer pudiera, trajo Amadís. Si yo digo verdad en ello ó no, vos sois el mejor testigo; que muchas veces entre ellos os fallastes, ellos gozando de la fama, é vos del vencimiento.» E contóles cómo vinieran el rey Perion é sus hijos encobiertos á la batalla, é por cuál razon despues se habian ido sin que los conociesen; é cómo fueran metidos en la prision de Arcalaus, é de cómo salieron quemando el castillo, é cómo lo fallaran en las andas él é don Galaor, é cómo se les escapara llamándose Granfiles, primo de don Grumedan; de lo cual mucho con él, que allí presente estaba, se reian, y él con ellos, diciendo que muy alegre era en haber fallado tal deudo, de que no sabia. El Rey preguntó mucho por el rey Perion, é Norandel le dijo: «Creed, Señor, que en el mundo no hay rey de tanta tierra como él tiene, que su igual sea.—Pues no se perderá nada, dijo don Grumedan, por sus fijos.» El Rey calló por no loar á Galaor, que estaba presente, ni á los otros, de que muy poco por entonces se pagaba; pero mandó poner las armas en el arco de cristal de su palacio, donde otras de hombres famosos eran puestas. Don Galaor é Norandel fablaron con Oriana é con Mabilia, é dijéronles las saludes y encomiendas de la reina Elisena y de su fija; é por ellas fueron con gran amor recebidas, como aquellas que las mucho amaban; é hobieron gran pesar en que les dijeron que Amadís se iba solo á tierras extrañas de diversos lenguajes á buscar las aventuras mas fuertes y peligrosas. Entonces se fueron á sus posadas, y el Rey quedó hablando con sus caballeros en muchas cosas.

CAPITULO VIII.

Aquí recuenta de Esplandian cómo estaba en compañía de Nasciano el ermitaño, é de cómo Amadís, su padre, se fué á buscar aventuras, mudado el nombre en el caballero de la Verde Espada, é de las grandes venturas que hobo.

Habiendo Esplandian cuatro años que naciera, Nasciano el ermitaño envió por él que gelo trujesen, y él vino bien criado de su tiempo; é viólo tan fermoso, que fué maravillado, é santiguándolo, lo llegó á sí, y el niño lo abrazaba como si lo conociera. Entonces hizo volver al ama, é quedando allí un fijo que de la leche criara á Esplandian; y entrambos estos niños andaban jugando cabe la ermita, de que el santo hombre era muy alegre, é daba gracias á Dios porque habia querido guardar tal criatura. Pues así acaeció, que siendo Esplandian cansado de folgar, echóse á dormir debajo de un árbol, é la leona que ya oistes que algunas veces venia al ermitaño, y él le daba de comer cuan-

do lo habia, vió el niño, é fuése á él é andovo un poco al derredor oliéndolo, y despues echóse cabe él; y el otro niño fué llorando al hombre bueno, diciendo cómo un can grande quéria comer á Esplandian. El hombre bueno salió é vió la leona, é fué allá; mas ella se vino á él falagándolo; é tomó el niño en sus brazos, que era ya despierto, é como vió la leona, dijo: «Padre, fermoso can es este; ¿es nuestro? — No, dijo el hombre bueno, sino de Dios, cuyas son todas las cosas. — Mucho querria, padre, que fuese nuestro.» El ermitaño hobo placer é díjole: «Fijo, ¿quereisle dar de comer? — Sí,» dijo él. Entonces trajo una pierna de gamo que unos ballesteros le dieran, y el niño dióla á la leona y llegóse á ella, é poníale las manos por las orejas é por la boca. E sabed que de allí adelante siempre la leona venia cada dia é aguardábalo en tanto que fuera de la ermita andaba. E de que mas crecido fué, dióle el ermitaño un arco á su medida é otro á su sobrino; é con aquellos, despues de haber leido, tiraban, é la leona iba con ellos, é si herian algun ciervo, ella gelo tomaba; é algunas veces venian allí algunos ballesteros amigos del ermitaño, é íbanse con Esplandian á cazar por amor de la leona, que les alcanzaba la caza, y de entonces aprendió Esplandian á cazar.

Así pasaba su tiempo debajo de la dotrina de aquel santo hombre; é Amadís se partió de Gaula, como ya os contamos; con voluntad de facer tales cosas en armas, que aquellos que lo habian profazado y menoscabado su honra por la luenga estada que por mandado de su señora allí ficiera, quedasen por mentirosos; é cón este pensamiento se metió por la tierra de Alemaña, donde en poco tiempo fué muy conocido; que muchos é muchas venian á él con tuertos é agravios que les eran fechos, y les facia alcanzar su derecho, pasando grandes afrentas y peligros de su persona, combatiéndose en muchas partes con valientes caballeros, á las veces con uno, otras veces con dos y tres, así como el caso era. ¿Qué vos diré? Tanto fizo, que por toda Alemaña era conocido por el mejor caballero que en toda aquella tierra entrara, é no le sabian otro nombre sino el caballero de la Verde Espada, ó del Enano, por el enano que consigo traia. Desta ida que él fizo en tanto pasaron cuatro años que nunca volvió á Gaula ni á la ínsola Firme, ni sopo de su señora Oriana; que esto le daba mayor tormento, é cuitaba tanto su corazon, que en comparacion dello, todos los otros peligros é trabajos tenia por fólganza; é si algun consuelo sentia, no era sino saber cierto que su señora, siendo firme en su membranza dél, padescia otra semejante soledad. Pues así andovo por aquella tierra todo el verano; é viniendo el invierno, temiendo el frio, acordó de se ir al reino de Bohemia é pasarlo allí con un muy buen rey llamado Tafinor, que á la sazon reinaba, del cual grandes bienes y bondades oyera decir; el cual tenia guerra con el Patin, que era ya emperador de Roma, á quien él mucho desamaba por lo de Oriana, su señora, que ya oistes; é fuése luego para allá, é acaeció que llegando á un rio, de la otra parte vió andar mucha gente, é lanzaron un girifalte á una garza, é vínola á matar á la parte donde el caballero de la Verde Espada estaba; y él se apeó así armado como andaba, é dió muchas voces á los de la otra parte si lo cebaria. Ellos dijeron que sí. Entonces le dió allí de comer aquello que vió que era menester, como aquel que muchas veces lo habia fecho. El rio era bien fondo, é no podian allá pasar, é sabed que era allí el rey Tafinor de Bohemia; é como vió al caballero, y el Enano con él, preguntó si lo conocia alguno de aquellos, é no hobo quien lo conociese. «¿Si será, dijo el Rey, por ventura un caballero que ha andado por tierra de Alemaña, que ha fecho maravillas en armas, de que todos por milagro hablan dél, é dícenle el caballero de la Verde Espada y el caballero del Enano? dígolo por aquel enano que consigo trae.» Habia allí un caballero que decian Sadian, y era caudillo de los que al Rey aguardaban, é dijo: «Cierto, este es, que la espada verde trae ceñida.» El Rey se dió priesa en llegar á un paso del rio, porque el de la Verde Espada venia ya con el girifalte en su mano, y como á él llegó díjole: «Mi buen amigo, vos seais muy bien venido á esta mi tierra. — ¿Sois vos el Rey? — Sí soy, dijo él, cuanto á Dios ploguiere.» Entonces llegó con mucho acatamiento por le besar las manos, é dijo: «Señor, perdonadme, aunque no os erré; que no os conocia. Yo vengo por os ver y servir; que me dijeron que teníades guerra con tal hombre y tan poderoso, que habréis bien menester el servicio de los vuestros é aun de los extraños; é como quiera que yo sea uno dellos, en tanto que con vos fuere, por vasallo natural me podeis contar. — Caballero de la Verde Espada, mi amigo, como os gradezco esta venida y lo que me decis, aquel mi corazon, que con ello ha doblado el esfuerzo, lo sabe; é agora acojámonos á la villa.» Así se fué el Rey hablando con él; y de todos era loado de hermosura, y de parecer mejor armado que otro ninguno que visto hobiesen.

Llegados al palacio, mandó el Rey que allí le aposentasen; y desque fué desarmado en una rica cámara, vistióse unos paños lozanos y hermosos que el Enano le traia, é fuése donde el Rey estaba con tal presencia, que daba testimonio de ser creidas las grandes proezas que dél se decian; é allí comió con el Rey, servido como á mesa de tan buen hombre. E alzados los manteles, estando todos asosegados, el Rey dijo: «Caballero de la Verde Espada, mi amigo, las vuestras grandes nuevas é honrada presencia me convida á os demandar ayuda, aunque hasta agora no os lo merezca; pero placerá á Dios que en algun tiempo será galardonado. Sabed, mi buen amigo, que yo he guerra, contra mi voluntad, con el mas poderoso hombre de los cristianos, que es el Patin, emperador de Roma, que así con su gran poder como con su gran soberbia querria que este reino, que Dios libre me dió, le fuese sujeto é tributario; pero yo fasta agora, con la fianza é fuerza de mis vasallos é amigos, he gelo defendido reciamente, é defenderé cuanto la vida me durare; pero, como es cosa de gran trabajo y peligro defenderse mucho tiempo los pocos á los muchos, tengo siempre atormentado mi corazon en buscar el remedio, pues esto no es, despues de Dios, sino la bondad y esfuerzo que hay de los unos hombres á los otros; é porque Dios os ha hecho tan extremado en el mundo en bondad y fortaleza,

tengo yo mucha esperanza en el vuestro gran esfuerzo, que, como siempre procura prez y honra, la querrá ganar con los menos. Así que, buen amigo, ayudad á defender este reino, que siempre á vuestra voluntad será.» El caballero de la Verde Espada le dijo: «Señor, yo os serviré, é como mis obras viérdes, así juzgad mi bondad.» Así como ois quedó el caballero de la Verde Espada en casa del rey Tafinor de Bohemia, donde mucha honra le facian, y en su compañía, por mandado del Rey, un fijo suyo, que Grasandor se llamaba, é un conde, primo del rey, llamado Galtínes, porque mas acompañado é honrado estoviese. Pues así avino, que un dia cabalgaba el Rey por el campo con muchos hombres buenos, é iba fablando con su fijo Grasandor é con el caballero de la Verde Espada en el hecho de su guerra, que la tregua salia en esos cinco dias, é así yendo en su fabla, vieron venir por el campo doce caballeros, é las armas traian liadas en palafrenes, é los yelmos y escudos é lanzas sus escuderos. El Rey conoció entre ellos el escudo de don Garadan, que era primo hermano del emperador Patin, y era el mas preciado caballero de todo el señorío de Roma; y este hacia la guerra á este rey de Bohemia, é dijo contra el caballero de la Verde Espada, sospirando: «¡Ay qué de enojo me ha fecho aquel cuyo es aquel escudo! «E mostrógelo, y el escudo habia el campo cárdeno é dos águilas de oro tamañas como en él cabian. El caballero de la Verde Espada le dijo: «Señor, cuanto mas soberbias y demasías de vuestro enemigo recibiérdes, entonces tened mas fiucia en la venganza que Dios os dará; y, Señor, pues que así vienen á vuestra tierra á se poner en vuestra mesura, honradlos é habladlos bien; pero pleitesía no la fagais sino á vuestra honra é provecho.» El Rey lo abrazó é le dijo: «A Dios ploguiese por su merced que siempre fuésedes comigo, y de lo mio ficiésedes á vuestra voluntad. Y llegaron á los caballeros; é Garadan é sus compañeros fueron ante el Rey, y él los recibió de mejor palabra que de corazon, é díjoles que se entrasen á la villa y les faria toda honra. Don Garadan dijo: «Yo vengo á dos cosas que antes sabréis, en que no habréis menester consejo sino de vuestro corazon, y respondednos luego, porque no nos podemos detener; que la tregua sale muy cedo.»

Entonces le dió una carta de creencia, que era del Emperador, en que decia que él hacia cierto y estable sobre su fe todo lo que don Garadan con él asentase. «Paréceme, dijo el Rey despues de la haber leido, que no se hace poca fianza de vos, é agora decid lo que os mandaron.—Rey, dijo don Garadan, como quiera que el Emperador sea de mas alto linaje y señorío que vos, porque tiene mucho en otras cosas que entender, quiere dar cabo en vuestra guerra de dos guisas: la una cual mas vos agradare; la primera, si quisiérdes haber batalla con Salustanquidio, su primo, príncipe de Calabria, de ciento por ciento hasta mil; é la segunda, de doce por doce caballeros comigo é con estos que yo trayo; que él lo fará á condicion que si vos venciérdes seais quito dél para siempre, é si vencido, que quedeis por su vasallo; así como en las historias de Roma se falla que este reino lo fué en los tiempos pasados de aquel imperio. Agora tomad lo que vos agradare; que si lo rehusais, el Emperador os hace saber que, dejando todas las otras cosas, verná sobre vos en persona, é no partirá de aquí fasta os destruir.—Don Garadan, dijo el caballero de la Verde Espada, asaz habeis dicho de soberbias, así de parte del Emperador como de la vuestra, pues Dios muchas veces las quebranta con poca de su piedad, y el Rey os dará la respuesta que le ploguiere; pero quiero preguntar tanto: si él tomase cualquiera de esas batallas, ¿cómo seria seguro que se le guardaria lo que decis?» Don Garadan le miró, é maravillóse cómo respondiera sin mirar á lo que el Rey diria, é díjole: «Don caballero, yo no sé quién sois, mas en vuestro lenguaje pareceis de tierra extraña, é dígoos que os tengo por hombre de poco recaudo en responder sin que el Rey lo mandase; pero si él ha por bien lo que decis, é otorga lo que le yo pido, mostraré eso que vos preguntais.—Don Garadan, dijo el Rey, yo doy por dicho é otorgo todo lo que el caballero de la Verde Espada dijere.» Cuando Garadan oyó fablar de hombre de tan alto fecho de armas, mudósele el corazon en dos guisas: la una, pesarle porque tal caballero fuese de la parte del Rey; é la otra, placerle por se combatir con él; que, segun él en sí sentia, pensaba vencerle ó matarle, é ganar toda aquella honra é gloria que él habia ganado por Alemaña é por las tierras donde no se fablaba de ninguna bondad de caballero, sino de la dél, é dijo: «Pues ya os otorga el Rey su voluntad, agora decid si querrá alguna destas batallas.» El caballero de la Verde Espada le dijo: «Eso el Rey lo dirá como le mas ploguiere; pero dígoos que en cualquier dellas que escogiere le serviré yo si me hí meter querrá, é así lo haré en la guerra en tanto que en su casa morare.» El Rey le echó el brazo al cuello é dijo: «Mi buen amigo, en tanto esfuerzo me han puesto estas vuestras palabras, que no dudaré de tomar cualquier partido de los que se me ofrecen; é ruégoos mucho que escojais por mí lo que dello mejor os parecerá.—Cierto, Señor, eso no faré yo, dijo él, antes con vuestros hombres buenos os consejad sobre ello, é tomad lo que mejor fuere, é á mí mandadme en qué os sirva; que de otra guisa con mucha razon serian quejosos de mí, si yo tomaba á cargo aquello que en mi discrecion no cabia; pero todavía, Señor, digo que debeis ver el recaudo que don Garadan trae, para lo facer firme.» Cuando don Garadan esto oyó dijo: «Como quier que vos, don caballero, por vuestras razones mostrais en alargar la guerra, yo quiero mostrar lo que pedis por atajar vuestras dilaciones.» El caballero del Enano le respondió: «No os maravilleis, don Garadan, deso, porque mas sabrosa cosa es la paz que entrar en las batallas peligrosas; pero la vergüenza trae é acarrea lo contrario, é agora despreciaisme, que me no conoceis; mas tanto que el Rey os dé la respuesta, yo fio en Dios que de otra guisa me juzgaréis.»

Estonces don Garadan, llamando á un escudero que traia una arqueta, sacó della una carta en que andaban treinta sellos colgados de cuerdas de seda, é todos eran de plata, sino el que en medio andaba, que era de oro y del Emperador, é los otros de los grandes señores del imperio, é dióla al Rey, y él se apartó con sus hombres buenos, y leyéndola, falló ser cierto lo que Garadan

decia, y que sin duda podia tomar cualquiera de las batallas, y demandóles que le consejasen. Pues fablando en ello, hobo algunos que tenian por mejor la batalla de los ciento por ciento, é otros la de los doce por doce, diciendo que en menor cuantidad el Rey podria mejor escoger en sus caballeros; é otros decian que seria mejor mantener la guerra como fasta allí, é no poner su reino en aventura de una batalla. Así que, los votos eran muy diversos. Estonces el conde Galtínes dijo: «Señor, remitíos al parecer del caballero de la Verde Espada, que por ventura habrá visto muchas cosas, é tiene gran deseo de os servir.» El Rey é todos se otorgaron en esto; é ficiéronle llamar, que él y Grasandor fablaban con don Garadan, y el caballero de la Verde Espada lo miraba mucho, é como le veia tan valiente de cuerpo, y que por razon debia haber en sí gran fuerza, algo le hacia dudar su batalla; mas, por otra parte, veíale decir tantas palabras vanas é soberbiosas, que le ponian en esperanza que Dios le daria logar á que la soberbia le quebrantase, é como oyó el mandado del Rey, fuése allá, y el Rey lè dijo: «Caballero del Enano, mi gran amigo, mucho os ruego que os no excuseis de dar aquí vuestro consejo sobre lo que hemos fablado.» Estonces le contaron en las diferencias que estaban. Oido todo por él, dijo: «Señor, muy grave es la determinacion de tan gran cosa, porque la salida está en las manos de Dios, y no en el juicio de los hombres; pero, como quiera que sea, fablando en lo que yo, si el caso mio fuese, faria, digo, Señor, que si yo toviese un castillo solo é cien caballeros, é otro mi enemigo, teniendo diez castillos é mill caballeros me lo quisiese tomar, é Dios guiase por alguna via que esto se partiese por una batalla de iguales partes de gente, faria cuenta que era gran merced que me facia, é por esto que yo digo, vosotros, caballeros, no dejeis de consejar al Rey lo que mas su servicio sea; que de cualquier guisa que lo determinárdes, tengo de poner mi persona en ello.» E quísose ir; mas el Rey lo tomó por la punta del manto, é fízolo sentar cabe sí, é díjole: «Mi buen amigo, todos nos otorgamos en vuestro parecer, é quiero la batalla de los doce caballeros; é Dios, que sabe la fuerza que se me hace, me ayudará, así como lo fizo al Rey Perion de Gaula no há mucho tiempo, que teniéndole entrada su tierra el rey Abies de Irlanda con gran poder, y estando en punto de la perder, fué remediado todo por una batalla que un caballero solo hobo con el mesmo rey Abies, que era á la sazon uno de los mas valientes é bravos caballeros del mundo, y el otro tan mancebo, que no llegaba á diez é ocho años; en la cual el Rey de Irlanda murió, é fué el rey Perion restituido en todo su reino, y dende á pocos dias, por una aventura maravillosa, le conoció por su hijo, y estonces se llamaba el Doncel del Mar, y dende allí se llamó Amadís de Gaula, aquel que por todo el mundo es nombrado por el mas esforzado é valiente que se halla fasta agora; no sé si lo conoceis.—Nunca le vi, dijo el caballero de la Verde Espada; pero yo moré algun tiempo en aquellas partes, é oí mucho decir dese Amadís de Gaula, é conozco á dos hermanos suyos, que no son peores caballeros que él.» El Rey le dijo: «Pues teniendo fiucia en Dios, como aquel rey Perion la tovo, yo acuerdo de tomar la batalla de los doce caballeros.—En el nombre de Dios, dijo el caballero de la Verde Espada; ese me parece á mí el mejor acuerdo, porque, aunque el Emperador sea mayor que vos y tenga mas gente, para doce caballeros, tan buenos se fallarán en vuestra casa como en la suya, é si podiérdes hacer con Garadan que aun fuese de menos, por bien lo ternia yo, fasta venir de uno por uno, é si él quisiere ser, yo seré el otro; que fio en Dios, segun vuestra gran justicia é su demasiada soberbia, que os daré venganza dél, é partiré la guerra que con su señor teneis.» El Rey gelo gradeció mucho, é fuéronse para donde Garadan estaba, quejándose porque tardaban tanto en le responder. E como llegaron á él, dijo el Rey: «Don Garadan, no sé si será vuestro placer, pero otórgome en tomar la batalla de los doce caballeros, y sea luego de mañana.—Así Dios me salve, dijo Garadan, vos habeis respondido á mi voluntad, é mucho soy ledo de tal respuesta.» El de la Verde Espada dijo: «Muchas veces son los hombres alegres con el comienzo, que la fin les sale de otra guisa.»

Garadan le cató de mal semblante, é díjole: «Vos, don caballero, en cada pleito quereis hablar; bien pareceis extraño, pues tan extraña é corta es vuestra discrecion; é si sopiese que fuésedes uno de los doce, daroshi-a yo estas luas.» El de la Verde Espada las tomó, é dijo: «Yo os fago cierto que seré en la batalla; é así como agora aquí tomo estas luas de vos, así en ella entiendo tomar y levar vuestra cabeza, que vuestra gran soberbia y desmesura me la ofrecen.» Cuando le oyó esto Garadan fué tan sañudo, que tornó como fuera de seso é dijo á una voz alta: «¡Ay de mí sin ventura! ¡fuese ya mañana y estoviésemos en la batalla, porque todos viesen, don caballero del Enano, cómo vuestra locura castigada seria!» El de la Verde Espada le dijo: «Si de aquí á mañana por luengo plazo teneis, aun el dia es grande, en que el que hobiere ventura podrá matar al otro, é armémonos si vos quisiérdes, é comencemos la batalla por tal pleito, que el que vivo quedare pueda ayudar mañana á sus compañeros. Don Garadan dijo: «Cierto, don caballero, si como lo habeis dicho lo osais facer, agora os perdono lo que contra mí dijistes.» E comenzó á pedir sus armas á gran priesa. El caballero del Enano mandó á Gandálin que le trajese las suyas, é así lo fizo. E á don Garadan armaron sus compañeros, é al de la Verde Espada el Rey é su fijo, é tiráronse afuera, dejándolo en el campo donde se habian de combatir. Don Garadan cabalgó en un caballo muy hermoso é grande, é arremetiólo por el campo muy recio, é volviéndose á sus compañeros, les dijo: «Tened buena esperanza que desta vez quedará este rey sujeto al Emperador, é vosotros sin ferir golpe con mucha honra; esto os digo porque toda la esperanza de vuestros contrarios está en este caballero, el cual, si esperarme osa, venceré luego, y este muerto, no osarán mañana entrar en campo comigo ni con vosotros.» El caballero de la Verde Espada le dijo: «¿Qué faces, Garadan? ¿Por qué pones tan poco cuidado, que dejas pasar el dia en alabanzas? Pues cerca está de parecer quién será cada uno; que las lisonjas no han de hacer el hecho.» E poniendo las espuelas á su caballo, fué para él, y el

otro vino contra él, é firiéronse con las lanzas en los escudos, que aunque muy fuertes eran, fueron falsados, tan grandes se dieron los golpes, é las lanzas quebradas; mas juntáronse uno con otro de los escudos é de los yelmos tan bravamente, que el caballo del de la Verde Espada se retrajo desacordado atrás, pero no cayó, é Garadan salió de la silla é dió tan fuerte caida en el suelo, que fué cuasi salido de su memoria; y el de la Verde Espada, que lo vió revolver por el campo por se levantar é no podia, quiso ir á él; mas el caballo no pudo moverse, tanto era cansado, y él era ferido en el brazo siniestro de la lanza, que el escudo le habia pasado, é apeóse luego, como aquel que con gran saña estaba; é poniendo mano á la su ardiente espada, fué contra Garadan, que estaba asaz mal trecho, pero mas acordado, que tenia ya la espada en su mano esgrimiéndola, é bien cobierto de su escudo, mas no tan bravo como ante; é fuéronse ferir tan bravamente é de tan notables golpes, que mucho se maravillaban los que lo veian; mas el de la Verde Espada, como le tomó mal parado de la caida, y él estaba con gran saña, cargóle de tantos golpes y tan pesados, que no le podiendo el otro sofrir, tiróse ya cuanto afuera é dijo: «Cierto, caballero de la Verde Espada, agora os conozco mas que ante, y mas que ante os desamo; é como quiera que mucha de vuestra bondad me sea manifiesta, ni por eso la mia no es en tal disposicion que sepa determinar cuál de nosotros será vencedor, é si os parece que debemos alguna pieza folgar; si no, venid á la batalla.» El de la Verde Espada le dijo: «Cierto, don Garadan, el folgar mucho mejor partido me seria á mí que de combatirme, lo que á vos, segun vuestra gran bondad é alta proeza de armas, seria al contrario, segun las palabras hoy habeis dicho; é porque tan buen hombre como vos no quede envergonzado, no quiero dejar la batalla fasta que haya fin.» A don Garadan pesó mucho, que se veia muy mal trecho, é las armas é la carne cortada por muchos logares, de que le salia mucha sangre, é fallábase muy quebrantado de la caida.

Estonces le vino á la memoria la soberbia suya, especialmente contra aquel que delante de sí tenia. Pero mostrando buen esfuerzo, trabajó de llegar al cabo de la mala ventura, faciendo todo su poder, é luego se acometieron como de primero; mas no tardó mucho que el caballero del Enano lo traia á toda su guisa é voluntad, de manera que todos los que allí estaban veian que aunque dos tanto bueno fuese no le ternia pro, segun su esfuerzo; é andando ambos á dos así revueltos, cayó Garadan sin sentido en el campo, mal trecho de un gran golpe que el caballero del Enano le diera encima del yelmo, que apenas la espada dél podia sacar, é fué luego sobre él con esfuerzo, é quitándole el yelmo de la cabeza, vió que de aquel golpe gela fendiera tanto, que los meollos eran esparcidos por ella; de lo cual le plugo mucho por el pesar del Emperador é por el placer del Rey, que él deseaba servir; é alimpiando su espada, é poniéndola en la vaina, fincó los hinojos é dió gracias á Dios porque aquella honra y merced le ficiera. El Rey, como así lo vió, decendió del palafren, é con otros dos caballeros se puso cabe el de la Verde Espada é vióle las manos tintas en sangre, así de la suya como de la de su contrario é díjole: «Mi buen amigo, ¿cómo os sentis?—Muy bien, dijo él, merced á Dios, que aun yo seré de mañana con mis compañeros en la batalla.» E luego le fizo cabalgar y leváronlo á la villa con muy gran honra, donde fué en su cámara desarmado é curado de sus feridas. Los caballeros romanos levaron á Garadan así muerto á las tiendas, é allí ficieron gran duelo sobre él, que lo mucho amaban, é fallábanlo mengua en la batalla que otro dia esperaban, tanto, que mucho les hacia dudar, creyendo que faltando él, y quedando en contra el caballero de la Verde Espada, que no eran para ninguna guisa la sostener; é fablando en lo que farian, fallaban dos cosas muy graves: la primera, esta que ois de ser muerto aquel valiente compañero suyo y quedar su enemigo en guisa de se poder combatir; la otra, que si la batalla dejasen, el Emperador quedaba deshonrado, y ellos en aventura de muerte; pero acogiéronse á no facer la batalla y excusarse delante el Emperador con las soberbias de Garadan, é cómo contra la voluntad dellos habia tomado la batalla, en que muriera. Todos los mas eran en este voto, é los otros callaban. Era allí entre ellos un caballero mancebo de alto linaje, Arquisil llamado, así como aquel que venia de la sangre derecha de los emperadores, é tan cerca, que si el Patin moriese sin fijo, este heredaba todo el señorío, é por esa causa era desamado dél, é lo traia alongado de sí. Como vió el mal acuerdo de sus compañeros, é fasta allí, por ser en tan poca edad, que no pasaba de veinte años, no habia osado hablar, díjoles: «Ciertamente, señores, yo soy maravillado de caer tan buenos hombres como vos en tan gran yerro, que si alguno hoy lo consejase, lo debríades tener por enemigo, é no tomarlo de vuestra voluntad; que si la muerte dudais, muy mayor es la que vuestra flaqueza y desaventura vos acarrea; ¿qué es lo que dudais é temeis? ¿Es gran diferencia de once á diez? Si lo faceis por la muerte de don Garadan, antes os debe placer que hombre tan soberbio, tan desconcertado sea fuera de nuestra compañía, porque de su culpa nos pudiera redundar á nosotros la pena; pues si es por aquel caballero que tanto temeis, aquel yo lo tomo á mi cargo; que yo os prometo de nunca fasta la muerte dél me partir. Pues aquel ocupado alguna pieza de tiempo, mirad la diferencia que queda entre vosotros é los contrarios; así que, mis señores, no deis causa de tan gran temor á vuestros ánimos, pues que de vuestro propósito se nos seguirá muerte perpétua deshonrada.»

Tanta fuerza tovieron estas palabras deste Arquisil, que el propósito de sus compañeros fué mudado, é dándole muchas gracias é loando su consejo, se determinaron con gran esfuerzo á tomar la batalla. El caballero de la Verde Espada, despues que fué curado de sus llagas y le dieron de comer, dijo al Rey: «Señor, bien será que fagais saber á los caballeros que han de ser mañana en la batalla, porque se aderecen y sean aquí al alba del dia á oir misa en vuestra capilla, porque salgamos juntos al campo.—Así se fará, dijo el Rey; que mi fijo Grasandor será el uno, é los otros

serán tales, que, con ayuda de Dios é vuestra, ganarémos la vitoria.—No plega á Dios, dijo él, que en tanto que yo armas pueda tener vos ni vuestro fijo las vistais, pues que los otros serán tales que á él é aun á mí podrán excusar.» Grasandor le dijo: «Señor caballero de la Verde Espada, no seré yo excusado donde vuestra persona se pusiere, así en esta batalla, como en todas las otras que en mi presencia se ficiesen; é si yo fuese tan digno que de tal caballero como vos me fuese un don otorgado, desde agora os demandaria que en vuestra compañía me trajésedes; así que, por ninguna guisa yo dejaré de ser mañana en esta afrenta, siquiera por aprender algo de vuestras grandes maravillas.» El de la Verde Espada se le homilló, por la honra que le daba, con gran acatamiento, como lo él merescia, é díjole: «Mi señor, pues que así os place, así sea, con la ayuda de Dios.» El Rey dijo: «Mi buen amigo, vuestras armas son tales paradas, que no tienen en sí defensa alguna, é yo os quiero dar unas que se nunca vistieron, que entiendo que os agradarán, é un caballo que, aunque otros muchos habréis visto, no será ninguno mejor.» E luego gelo fizo allí traer enfrenado y ensillado de muy rica guarnicion. Cuando él lo vió tan hermoso é tan guarnido sospiró, cuidando que si él estuviese en tal parte que lo podiese enviar al su leal amigo Angriote de Estravaus, que lo ficiera, que en aquel seria bien empleado; las armas eran muy ricas é habian el campo de oro é leones cárdenos, é las sobreseñales de aquella guisa; pero la espada era la mejor que él nunca vió, fueras de la del rey Lisuarte y de la suya; y desque la hobo mirado, dióla á Grasandor, con que entrase en la batalla.

Otro dia bien de mañana oyeron misa con el Rey, é armáronse todos, y besándole las manos, cabalgaron en sus caballos, é muchos caballeros con ellos, é fuéronse al campo, donde habia de ser la batalla, é vieron cómo los romanos salian ya armados, é cabalgaron ya, tañendo sus hombres muchas trompas con grande alegría por los esforzar; é Arquisil entre ellos en un caballo blanco é las armas verdes, é dijo á sus compañeros: «Miémbreseos lo que fablamos; que yo terné lo que prometí.» Estonces fueron unos contra otros, é Arquisil vió venir delante al caballero de la Verde Espada, é fué contra él, y encontráronse con las lanzas, que luego fueron quebradas, é Arquisil salió de la silla á las ancas del caballo; mas de tanto le avino, que echó mano de los arzones, é como era valiente é ligero, tornóla á cobrar. El de la Verde Espada pasó por él, é con un pedazo de la lanza que le quedara encontró al primero que ante sí falló en el yelmo, é sacógelo de la cabeza é hobiéralo derribado; mas á él le encontraron dos caballeros, el uno en el escudo, y el otro en la pierna, que pasando por la falda de la loriga la cuchilla de la lanza, le fizo una herida, de que mucho se sintió é le fizo ensañar mas que ante lo estaba, é poniendo mano á la espada, firió á un caballero, y el golpe fué en soslayo, y decendió al cuello del caballo é cortógelo todo; así que, fué al suelo é cayó sobre la pierna de su señor y quebrógela. Arquisil, que yá se enderezaba en la silla, apretó recio la espada y fué á ferir al caballero del Enano de toda su fuerza por cima del yelmo, que las llamas salieron dél y de la espada, é fízole bajar la cabeza ya cuanto; mas no tardó mucho de levar el galardon, que él le firió por cima del hombro, y cortóle las armas é la carne, de manera que Arquisil cuidó que el brazo habia perdido. El de la Verde Espada, como así lo vió, pasó por él, y fué herir en los otros, que Grasandor, é los suyos los tenian mal trechos; mas Arquisil lo siguió, y heríale por todas partes; pero no con tanta fuerza como al comienzo. El de la Verde Espada volvia á él y feríale, pero luego iba á dar en los otros, é no habia gana de le ferir, porque lo tenia en mas que á todos los de su parte, que le viera adelantarse de los suyos por encontrarse con él; mas Arquisil no curaba de golpes que le diesen, antes se metia entre todos y feria al caballero de la Verde Espada como mejor podia; é á esta hora ya los de su parte eran destrozados, dellos muertos é otros heridos, é los otros rendidos, que no se defendian; é como el de la Verde Espada vió que Arquisil le seguia, sin temer sus golpes, dijo: «¿No hay quien me defienda de este caballero?» Grasandor, que lo oyó, fué con otros dos caballeros, y encontráronle todos juntos, é como le tomaron laso é cansado, sacáronle por fuerza de la silla, é dieron con él en el suelo, é luego fueron con él para lo matar, mas el caballero del Enano le socorrió é dijo: «Señores, pues que deste yo he recebido mas mal que todos, á mí lo dejad para tomar la emienda.» Luego se quitaron todos afuera, y él llegó é dijo: «Caballero, sed preso, é no querais morir á manos de quien mucha gana no tiene.» Arquisil, que ya otra cosa sino la muerte no esperaba, fué muy alegre, é dijo: «Señor, pues que mi ventura quiso que mas no podiese hacer, yo me doy por vuestro preso, é gradézcovos la vida que me dais.» Y él tomóle la espada, é diógela luego, faciéndole fianza que faria lo que él mandase, y decendió de su caballo y estovo con él, y faciéndole cabalgar en un caballo que le mandó traer, y él cabalgando en el suyo, se fueron al Rey, que con gran gozo de ver su peligrosa guerra acabada los atendia; é tomándolos consigo, se fué á su palacio é puso en su cámara al caballero de la Verde Espada, y él hizo estar allí consigo á su preso por le hacer mucha honra, porque él lo merecia, que era buen caballero y de alta sangre, como ya oistes; pero él le dijo: «Señor caballero de la Verde Espada, ruégovos por vuestra mesura que quedando yo por vuestro preso para os acudir cuando vos me llamárdes y tener prision donde por vos me fuere señalada, me deis licencia para ir á reparar mis compañeros, aquellos que vivos quedaron, é facer llevar los muertos.» El caballero de la Verde Espada dijo: «Yo os lo otorgo, é miémbreseos de la fianza que me faceis.» E abrazándolo, lo despidió, y él se fué á sus compañeros, que los falló cual entender podeis, é luego dieron órden como llevasen á Garadan é los otros muertos, y entraron en su camino; así que, agora no se fablará mas deste caballero fasta su tiempo, que se contará á qué pujó su gran valor.

El de la Verde Espada estovo allí con el rey Tafinor fasta que fué sano de sus feridas; é como vió la guerra del Rey acabada, pensó que las cuitas é los mortales deseos que su señora Oriana le causaba, de los cuales

en aquella sazon muy afincado era, que mejor los pasaria caminando y en fatiga que en aquel gran vicio y descanso en que estaba; é fabló con el Rey, diciéndole: «Señor, pues que ya vuestra guerra es acabada, y el tiempo en que mi ventura asosegar no me deja es venido, conviene que negando mi voluntad, la suya siga, é quiérome partir mañana; é Dios por la su merced me llegue á tiempo que algo de las honras y mercedes que de vos he recebido vos las pueda servir.» Cuando el Rey esto le oyó fue muy turbado é dijo: «¡Ay caballero de la Verde Espada! mi verdadero amigo, tomad de mi reino lo que vuestra voluntad fuere, así del mando como de interese, é no vos vea apartar de mi compañía.—Señor, dijo él, creido tengo ya que conociendo el deseo que yo tengo de vos, que así me haríades la honra é la merced; pero no es en mí mas ni puedo sosegar fasta que mi corazon sea en aquella parte donde siempre el pensamiento tiene.» El Rey, viendo su determinada voluntad, é teniéndole por tan sosegado é cierto en sus cosas, que por ninguna guisa de aquel propósito seria mudado, díjole con semblante muy triste: «Mi leal amigo, pues que así es, dos cosas vos ruego: la una, que siempre de mí y deste mi reino se os acuerde en vuestras necesidades, si vos ocurrieren; é la otra, que mañana oyais misa comigo, que os quiero hablar.—Señor, dijo él, esta palabra que me dais yo la recibo para se me acordar della si el caso lo ofreciere; é mañana armado y de camino estaré con vos en la misa.» Esa noche mandó el caballero de la Verde Espada á Gandalin que le aderezase todo lo que era menester, que otro dia de mañana se queria partir, é así fué por él fecho.

Aquella noche no pudo él dormir, porque así como el trabajo del cuerpo se le habia apartado, así el del espíritu, fallando mayor entrada, con grandes cuitas é mortales deseos que de su señora le venian le daba muy mayor fatiga. E venida la mañana, habiendo mucho llorado, se levantó, é armándose de sus armas, cabalgando en su caballo, é Gandalin y el Enano en sus palafrenes, llevando las cosas necesarias al camino, se fué á la capilla del Rey, é fallólo que atendia; pues allí oida la misa, el Rey mandando salir á todos fuera, con él solo quedando, le dijo: «Mi grande amigo, demándovos un don que me otorgueis, y no será en estorbo de vuestro camino ni de vuestra honra.—Así lo tengo yo, dijo él; que vos, Señor, lo pediréis, segun vuestra gran virtud, é yo vos lo otorgo.—Pues, mi buen amigo, dijo el Rey, mándovos que me digais vuestro nombre é cúyo fijo sois, y creed que por mí será encubierto fasta que por vos sea divulgado.» El caballero de la Verde Espada estovo una pieza que no fabló, pesándole de lo que prometiera, é díjole: «Señor, si á la vuestra merced ploguiere dejarse desta pregunta, pues que no le tiene pro.—Mi buen amigo, dijo él, no dudeis de me lo decir; que, como por vos, por mí será guardado.» Él le dijo: «Pues que así vos place, aunque por mi voluntad no sea, sabed que yo soy aquel Amadís de Gaula, hijo del rey Perion, del que el otro dia fablastes en el concierto de la batalla.» El Rey le dijo: «¡Ay caballero bienaventurado, de muy alto linaje! bendita fué la hora en que fuistes engendrado, que tanta honra é provecho hobieron por vos vuestro padre é madre é todo vuestro linaje, é despues los que no lo somos; é habeisme fecho muy alegre en me lo decir, é fio en Dios que será por vuestro bien, é causa de pagar yo algo de las grandes deudas que vos debo.» E como quiera que este rey aquello mas con buena voluntad lo dijo que por otra necesidad que él sopiese tener aquel caballero, así se cumplió adelante en dos maneras: la una, que fizo escrebir todas las cosas que en armas por aquellas tierras pasó; é la otra, que le fué muy buen ayudador con su fijo y gentes de su reino en un gran menester en que se vió, como adelante en el libro cuarto se dirá.

Esto así fecho, cabalgó en su caballo y despidióse del Rey, faciéndole quedar, que con él salir queria. Saliendo con él Grasandor y el conde Galtínes é muchos hombres buenos, se puso en el camino con intencion de andar por las ínsolas de Romanía é probarse en las aventuras que en ellas fallase; é cuanto media legua de la villa, tornándose aquellos caballeros, le encomendaron á Dios, y él siguió su camino.

CAPITULO IX.

Cómo el rey Lisuarte salió á caza con la Reina é sus fijas, acompañado bien de caballeros, y se fué á la montaña donde tenia la ermita aquel santo hombre Nasciano, donde halló un muy apuesto doncel con una extraña aventura, el cual era hijo de Oriana y de Amadís, é fué por él muy bien tratado sin conocerle.

Por dar descanso el rey Lisuarte á su persona é placer á sus caballeros, acordó de se ir á caza á la floresta, y llevar consigo á la Reina é sus hijas é á todas sus dueñas é doncellas, é mandó que las tiendas le asentasen á la fuente de las Siete Hayas, que era lugar muy sabroso; é sabed que esta era la floresta donde el ermitaño Nasciano (1) moraba, donde criaba é tenia consigo á Esplandian. Pues allí llegado el Rey é la Reina con su compaña, quedando la Reina en las tiendas, el Rey metióse con sus cazadores á lo mas espeso del monte, é como la tierra guardada era, hicieron gran caza; é así, acaeció que estando el Rey en su armada, vió salir un ciervo muy cansado, é pensándolo matar, corrió tras él en su caballo fasta entrar en el valle, é allí acaeció una cosa extraña, que vió decender por la cuesta de la otra parte un doncel de hasta seis ó siete años, el mas fermoso que él nunca vió, é traia una leona en una trailla, é como vió el ciervo, echógela, dando voces que le tomase. La leona fué cuanto mas pudo, é alcanzándolo, derribólo en el suelo, é comenzó á beberle la sangre, é llegó el doncel muy alegre, é luego otro mozo poco mayor, que venia tras él, é llegaron al ciervo, faciendo gran alegría, é sacando sus cuchillos, cortaron por donde la leona comiese. El Rey estovo entre unas matas, maravillado de aquello que veia, y el caballo se le espantaba de la leona, é no podia llegar á ellos, y el hermoso doncel tocó una bocina pequeña que traia á su cuello, é vinieron corriendo dos sabuesos, el uno amarillo y el otro negro, y encarnáronlos

(1) El nombre de este ermitaño se halla escrito unas veces *Nasciano*, otras *Naciano*: hemos adoptado la primera leccion, por encontrarse en ediciones mas antiguas y autorizadas de este libro.

en el ciervo; é cuando la leona hobo comido posiéronla en la trailla, y el doncel mayor íbase con ella por la montaña, y el otro tras él. Mas el Rey, que ya á pié estaba é habia atado el caballo á un árbol, salió contra ellos, é llamó al fermoso doncel, que mas zaguero iba, que lo atendiese. El doncel estovo quedo, y el Rey llegó, é viólo tan fermoso, que mucho fué maravillado, é dijo: «Buen doncel, que Dios os bendiga é guarde á su servicio, decidme dónde os criastes é cúyo fijo sois.» Y el doncel le respondió é le dijo: «Señor, el santo hombre Nasciano, ermitaño, me crió, é á él tengo por padre.» El Rey estovo una gran pieza cuidando cómo hombre tan santo é tan viejo tenia fijo tan pequeño é tan hermoso, pero á la fin no lo creyó, y el doncel quísose ir, mas el Rey preguntó á qué parte era la casa del ermitaño. «Acá suso, dijo él, es la casa en que moramos.» E mostrándole un sendero pequeño, no muy hollado, le dijo: «Por allí iréis allá, é á Dios seais, que me quiero ir tras aquel mozo que la leona lleva á una fuente donde tenemos nuestra caza.» E así lo fizo.

El Rey tornó á su caballo, é cabalgando en él, se fué por el sendero, é no andovo mucho, que vió la ermita metida entre unas hayas é zarzales muy espesos. E llegando á ella, no vió persona alguna á quien preguntase, é apeóse del caballo, é atándolo debajo de un portal, entró en la casa, é vió un hombre fincado de hinojos, rezando por un libro, vestido de paños de órden é la cabeza toda blanca, é fizo su oracion. El buen hombre, acabado de leer el libro, vínose al Rey, que se le fincó de rodillas delante, rogándole que le diese la bendicion. El hombre bueno gela dió, preguntándole qué demandaba; el Rey le dijo: «Buen amigo, yo hallé en esta montaña un doncel muy fermoso cazando con una leona, é díjome que era vuestro criado, é porque me pareció muy extraño en su fermosura é apostura y en traer aquella leona, vengo á os rogar que me digais su facienda; que yo os prometo como rey que dello no verná á vos ni á él daño ninguno.» Cuando el hombre bueno aquello oyó miróle mas que ante, é conociólo, que otras veces lo viera, é fincó los hinojos ante él por le besar las manos; mas el Rey lo levantó é le abrazó é díjole: «Mi amigo Nasciano, yo vengo con mucha gana de saber lo que os pregunto, é no dudeis de me lo decir.» El hombre bueno lo llevó fuera de la ermita, al portal donde su caballo estaba, é sentados en un poyo, le dijo: «Señor, bien tengo creido todo lo que me decis, que como Rey guardaréis este niño, pues Dios le quiere guardar; é pues tanto os agrada de saber dél, dígovos que lo yo fallé é crié por muy extraña aventura.» Entonces le contó cómo lo tomara de la boca de la leona, envuelto en aquellos ricos paños, é cómo lo criara á la leche della é de una oveja hasta que hobo ama natural, que fué una mujer de un su hermano, que llamaron Sargil; «é así se llama el otro mozo que con él vistes;» é dijo: «Cierto, Señor, yo creo que el niño es de alto logar, é quiero que sepais que tiene una cosa la mas extraña que se nunca vió, y es esta, que cuando le bapticé falléle en la diestra parte del pecho unas letras blancas en escuro latin, que dicen *Esplandian*, é así le pose el nombre; y en la parte siniestra, en derecho del corazon, tiene siete letras mas ardientes é coloradas, como un fino rubí; pero no las puedo leer, que son fuera del latin é de nuestro lenguaje.» El Rey le dijo: «Maravillas me decis, padre, de que nunca oí fablar; é bien creo yo que, pues la leona le trajo tan pequeño como decis, que no lo podria tomar sino cerca de aquí.—Eso no lo sé yo, dijo el ermitaño, ni curemos de saber mas dello de lo que á nuestro Señor Dios place.—Pues mucho os ruego, dijo el Rey, que seais mañana á comer comigo aquí en esta floresta, á la fuente de las Siete Hayas, é allí hallaréis á la Reina é á sus hijas, é otros muchos de nuestra compaña; é llevad á Esplandian con la leona, así como lo fallastes, y el otro mozo vuestro sobrino, que derecho he yo de le hacer bien por su padre Sargil, que fué buen caballero é sirvió bien al Rey mi hermano.» Cuando esto oyó el santo hombre Nasciano dijo: «Yo lo faré, como vos, Señor, lo mandais, é á Dios plega por su merced que sea su servicio.»

El Rey, cabalgando en su caballo, se tornó por el sendero que allí viniera, é andovo tanto, que llegó á las tiendas dos horas despues de mediodía, é falló allí á don Galaor é á Norandel é Guilan el cuidador, que llegaban entonces con dos ciervos muy grandes que habian muerto, con que folgó é rió mucho; pero de su aventura no les dijo nada, é demandando los manteles para comer, llegó don Grumedan é dijo: «Señor, la Reina no ha comido, é pídeos por merced que antes que comais fableis con ella, que así cumple.» El se levantó luego é fué allá, é la Reina le mostró una carta cerrada con una esmeralda muy fermosa, é pasaban por ella unas cuerdas de oro, é tenia unas letras en derredor, que decian: «Este es el sello de Urganda la Desconocida;» é dijo: «Sabed, Señor, que cuando yo venia por el camino parecia allí una doncella muy ricamente vestida en un palafren, é con ella un enano encima de un caballo overo fermoso; é aunque llegaron á ella los que delante de mí iban, no les quiso decir quién era, ni tampoco á Oriana é á las infantas que con ella iban, é como yo llegué, salió á mí é díjome: Reina, toma esta carta é léela con el Rey hoy en este dia antes que comais. E partiéndose luego de mí, y el Enano tras ella, aguijando el palafren, se apartó tanto é tan presto, que no hobe logar de preguntarle ninguna cosa.» El Rey abrió la carta é leyóla, é decia:

«Al muy alto e muy honrado el rey Lisuarte, yo Urganda la Desconocida, que os mucho amo, os consejo de vuestro pro, que al tiempo que el hermoso doncel criado de las tres amas desvariadas pareciere, que lo amédes é guardédes mucho; que aun él os meterá en gran placer, é quitará del mayor peligro que nunca hobistes. Es de alto linaje; é sabed, Rey, que de la leche de la su primera ama será tan fuerte é tan bravo de corazon, que á todos los valientes de su tiempo porná en sus hechos de armas gran escuridad; y de la su segunda ama será manso, mesurado, homildoso é de muy buen talante, é sofrido mas que otro hombre que en el mundo haya; y de la crianza de la su tercera ama será en gran manera sesudo é de gran entendimiento, muy católico é de buenas palabras, y en todas las sus cosas será pujado y extremado entre todos, é amado é querido de los buenos, tanto,

»que ningun caballero será su igual, é los sus gran-»des fechos en armas serán empleados en el servicio »del muy alto Dios, despreciando él aquello que los »caballeros deste tiempo mas por honra de vanagloria »del mundo que de buena consciencia siguen; é siem-»pre traerá á sí en la su diestra parte, é á su señora »en la siniestra; é aun mas te digo, buen Rey, que »este doncel será ocasion de poner entre tí é Amadís é »su linaje paz, que durará en tus dias, lo cual á otro »ninguno es otorgado.»

El Rey, acabando la carta de leer, santiguóse en ver tales razones, diciendo: «La sabiduría desta mujer no se puede pensar ni escribir.» E dijo contra la Reina: «Sabed que hoy he hallado este mismo doncel que Urganda dice.» E contóle en qué manera le vió con la leona, é cómo se fué al ermitaño, é lo que dél sopo, é cómo habia de ser con ellos el otro dia á comer, é que traeria aquel niño. Mucho fué leda la Reina de lo oir por ver el doncel extraño, é por fablar con aquel santo hombre algunas cosas de su conciencia, é partiéndose el Rey della, diciéndole que de aquello ninguna cosa dijese. E fué á su tienda á comer, donde halló muchos caballeros que lo atendian, é allí estuvo fablando con ellos en las cazas que habian hecho, é diciéndoles que otro dia ninguno fuese á cazar, porque les queria leer una carta que Urganda la Desconocida le enviara; é mandó á los monteros que llevasen todas las bestias que allí eran á un valle apartado, donde todo el dia detrás estoviesen. Esto facia él porque no se espantasen de la leona. Así como oides pasaron aquel dia holgando por aquel prado, que era lleno de flores é de yerba muy fresca é verde. Otro dia vinieron todos á la tienda del Rey, é allí oyeron misa, é luego el Rey los tomó á todos consigo, é fuése á la tienda de la Reina, que asentada estaba cabe una fuente en un prado muy fresco para el tiempo, que era en el mes de mayo, é tenia las alas alzadas. Así que, todas las dueñas é infantas, é otras doncellas de gran guisa se parecian como eran en sus estrados, é allí llegaban los caballeros de gran cuenta á las hablar; é siendo así todos, mandó el Rey que leyesen la carta de Urganda, que ya oistes; la cual oyeron, é fueron maravillados qué doncel tan bienaventurado seria aquel. Mas Oriana, que mas que todos en ello catara, sospiró por su fijo que perdiera, pensando que por ventura podria ser aquel. El Rey les dijo: «¿Qué os parece desta carta?—Ciertamente, Señor, dijo don Galaor, yo no dudo de pasar así como ella lo dice, por otras cosas muchas dichas por Urganda, que tan verdaderas han salido; aunque por ventura á muchos plega con la venida deste doncel, cuando Dios por bien toviere de nos le mostrar, á mí con razon debe placer mas que á todos, pues que será causa de ser complida la cosa que yo mas deseo, que es ver en vuestro amor é servicio á mi hermano Amadís con todo mi linaje, como lo ya fueron.» El Rey le dijo: «Todo es en la mano de Dios; él fará su voluntad, é con ella serémos contentos.»

Pues así estando, como oídes, fablando en estas cosas, vieron venir al ermitaño, é sus criados con él. Esplandían venia delante, é Sargil, su collazo, tras él, é traia la leona en una trailla asaz flaca, y en pos dellos venian dos arqueros, aquellos que ayudaran á criar á Esplandian en la montaña, é traian en una bestia el ciervo que el Rey viera matar, y en otra dos corzos, é liebres é conejos, que matara Esplandian y ellos con sus arcos, é los dos sabuesos traia Esplandian en una trailla, y en pos dellos venia el santo hombre Nasciano. E cuando los de las tiendas vieron tal compaña, é la leona tan grande é tan medrosa, levantáronse arrebatadamente, é íbanse poner delante del Rey, mas él tendió una vara é fizo que estoviesen en sus logares, diciendo: «Aquel que el poder de traer la leona tiene os defenderá della.» Don Galaor dijo: «Bien sea eso, mas á mí semeja que flaca defensa tenemos en el montero que la trae, si ella se ensaña, é cosa mravillosa parece ver esto.» Los niños é los arqueros atendieron que el hombre bueno pasase adelante, y seyendo ya cerca, el Rey les dijo: «Amigos, sabed que este es el santo hombre Nasciano, que en esta montaña face su vivienda; vayamos á él, que nos dé su bendicion.» Entonces se fueron fincar de hinojos ante él, y el Rey le dijo: «Siervo de Dios bienaventurado, dadnos la bendicion.» El alzó la mano é dijo: «En el su nombre la recibid, como de hombre pecador.» E luego le tomó el Rey, é fué con él á la Reina; mas cuando las mujeres vieron la leona tan fiera que revolvia los ojos á una é á otra parte mirándolas, é traia la su lengua bermeja por los bezos, é mostraba los dientes tan fuertes é tan agudos, que gran espanto les tomaba en la ver. La Reina é su fija é todas recibieron muy bien á Nasciano; todas eran mucho maravilladas de la gran fermosura del doncel, y él fué ante la Reina con su caza é dijo: «Señora, traemos os aquí esta caza.» Y el Rey le llegó á sí é dijo: «Buen doncel, partidla como vos quisiérdes.» Esto facia por ver lo que él faria en ello. El doncel dijo: «La caza es vuestra, é vos dadla á quien vos quisiérdes.—Todavía, dijo el Rey, quiero que vos la partais.» El doncel hobo vergüenza, é vínole una color al rostro como una rosa, que mucho mas hermoso lo hizo, é dijo: «Señor, tomadvos el ciervo para vos é para vuestros compañeros.» E fuése á la Reina, que con su amo Nasciano fablaba, é fincado de hinojos, le besó las manos é dióle los corzos, é miró á su diestra, é parecióle que despues de la Reina no habia ninguna mas digna de ser honrada, segun su presencia, que Oriana, su madre, que lo no conocia, y llegó á ella fincadas las rodillas, é dióle las perdices é conejos, é díjole: «Señora, nos no cazamos con nuestros arcos otra caza sino esta.» Oriana le dijo: «Fermoso doncel, Dios os haga bien andante en vuestras cazas y en todo lo al.» El Rey lo llamó, é Galaor é Norandel, que mas cerca dél estaban, lo tomaron, é abrazábanlo muchas veces, como que la naturaleza que con él habian los atraia á ello. Entonces mandó el Rey que todos callasen, é dijo al hombre bueno: «Padre, amigo de Dios, agora decid delante todos la facienda deste doncel, como á mí dejistes.» El hombre bueno les contó allí cómo, saliendo de su ermita, viera cómo traia una leona brava aquel doncel en la boca, envuelto en ricos paños, para gobierno de sus fijos, é cómo, por la gracia de Dios, gelo posiera á sus piés é cómo le diera de su leche, así ella como una oveja que él tenia parida, fasta que lo dió á criar á una ama, é contóles to-

das las cosas que en su crianza le acaecieron, que no le faltó nada, como el libro lo ha contado. Cuando Oriana é Mabilia é la doncella de Denamarca esto oyeron, mirábanse unas á otras, é las carnes les temblaban de placer, conociendo verdaderamente ser aquel niño fijo de Amadís é de Oriana, el que la doncella de Denamarca perdiera, como ya oiste. Mas cuando vino el ermitaño á decir de las letras blancas é coloradas que en el pecho le falló, las cuales fizo allí ver á todas, de todo en todo creyeron ser su sospecha verdadera; de lo cual era tan gran alegría en sus ánimos, que se no puede contar. Principalmente la muy fermosa Oriana, cuando del todo conoció ser aquel su fijo, que por perdido lo tenia. El Rey demandó al santo hombre Nasciano los donceles con mucha eficacia para los facer criar; el cual veyendo que mas para aquello que para la vida que él les daba los habia Dios fecho, aunque gran soledad en sí sentiese, gelo otorgó, mas con gran dolor que en su corazon quedaba, porque amaba mucho á Esplandian. E cuando el Rey en su poder los tovo, dió á Esplandian á la Reina que sirviese ante ella, é dende á poco tiempo le dió ella á su fija Oriana, que le mucho con él plogo, como aquella que lo habia parido. Así como oídes, fué este niño en guarda de su madre, teniéndole perdido, como yá oistes, fuyendo con él de gran miedo, sacado de la boca de aquella muy fiera leona, criado á su leche.

Estas son maravillas de aquel muy poderoso Dios é guardador de todos nosotros, que él face cuando es su voluntad. E á otros hijos de reyes é de grandes señores ser criados en las ricas sedas y en las cosas muy blandas é delicadas, é con tanto amor de quien los cria, con tanto regalo é cuidado, sin dormir, sin sosegar los que en cargo los tienen, con un pequeño acidente é flaco mal son salidos deste mundo; quiérelo Dios que así pase, como justo en todo; é así, como cosa justa, se debe recebir por los padres é madres, dándole gracias porque quiso hacer su voluntad, que como las nuestras errar no puede.

La Reina se confesó con aquel santo hombre, é Oriana asimesmo; al cual hobo de descobrir todo el secreto suyo é de Amadís, é cómo aquel niño era su fijo, é por cuál aventura lo perdiera; lo que fasta allí á persona del mundo habia dicho, sino á aquellos que lo sabian, rogándole que hobiese dél memoria en sus oraciones. El hombre bueno fué muy maravillado de tal amor en persona de tan alto logar, que muy mas que otra obligada era á dar buen enjemplo de sí; é reprehendióla mucho, diciéndole que se dejase de tan gran yerro; si no, que la no absolveria, é seria su ánima puesta en peligro. Mas ella le dijo llorando cómo al tiempo que Amadís la quitara de Arcalaus el encantador, donde primero la conoció, tenia dél palabra como de marido se podia é debia alcanzar. Desto fué el ermitaño muy ledo, é fué causa de mucho bien para muchas gentes, que fueron remediadas de las muertes crueles que esperaban, así como el cuarto libro mas largo lo dirá. Entonces la absolvió, é le dió penitencia cual convenia; é luego se fué para el Rey, é tomando á Esplandian consigo, abrazándolo llorando, le dijo: «Criatura de Dios, que por él me fueste dado á criar, él te guarde é defienda, é te faga hombre bueno al su santo servicio.» E besándolo, le echó la bendicion é lo entregó al Rey; é despedido dél é de la Reina é de todos, tomando consigo á la leona é los arqueros, se tornó á su ermita, donde mucho fará dél mencion la historia adelante. El Rey se tornó con su compaña á la villa.

CAPITULO X.

De cómo el caballero de la Verde Espada, despues que se partió del rey Tafinor de Bohemia para las ínsolas de Romanía, vió venir una muchedumbre de compañía, donde venia Grasinda é un caballero suyo, llamado Brandasidel, é quiso por fuerza hacer al caballero de la Verde Espada venir ante su señora Grasinda, é de cómo se combatió con él é lo venció.

Contado vos habemos ya cómo el caballero de la Verde Espada al tiempo que del rey Tafinor de Bohemia se partió, su voluntad era de se meter por las ínsolas de Romanía, por haber oido ser allí bravas gentes; é así lo fizo, no por el derecho camino, mas andando á unas é á otras partes, quitando y emendando muchos tuertos é agravios que á personas flacas, así hombres como mujeres, por caballeros soberbios se les facian; en lo cual muchas veces fué ferido é otras veces doliente. Así que, le convenia, mal su grado, folgar; pero cuando en las partes de Romanía fué, allí pasó él los mortales peligros con fuertes caballeros é bravos gigantes, que con gran peligro de su vida quiso Dios otorgarle la vitoria de todos ellos, ganando tanto prez, tanta honra, que como por maravilla era de todos mirado. Mas ni por esto no tovieron tanta fuerza estas grandes afrentas é trabajos, que de su corazon podiesen apartar aquellas encendidas llamas é mortales cuitas é deseos que por su señora Oriana le venian; é por cierto podeis creer que si no fuera por los consejos de Gandalin, que siempre lo esforzaba, no toviera él tanto poder en sí, que el su triste é atribulado corazon no fuese en lágrimas desfecho. Pues así andando por aquellas tierras en la vida que ois, discurriendo por todas las partes que él podia, no teniendo holganza del cuerpo ni del espíritu, aportó á una villa puerto de mar de contra Grecia, asentada en fermoso sitio é muy poblada de grandes torres é huertas al cabo de la Tierra Firme, é habia nombre Sadiana; é por ser grande parte del dia por pasar, no quiso entrar en ella, mas íbala mirando, que le parecia fermosa, é pagábase de ver el mar, que lo no viera despues que de Gaula partió; que serian ya pasados mas de dos años; é yendo así, vió venir por la ribera de la mar contra la villa una gran compaña de caballeros é dueñas é doncellas, y entre ellos una dueña vestida de muy ricos paños, sobre la cual traian un paño fermoso en cuatro varas por la defender del sol. El caballero de la Verde Espada, que no folgaba en ver gentes, sino en andar solo pensando en su señora, desvió del camino por no haber razon de los encontrar; é no fué mucho alongado dellos, que vió venir contra sí un caballero en un gran caballo é bien armado, blandiendo una lanza en su mano, que parecia quererla quebrar. El caballero era valiente de cuerpo, muy membrudo é bien cabalgante; así que, parecia haber en sí gran fuerza, é una doncella de la compaña de la dueña, ricamente vestida,

con él, é como vió que contra él venian, estovo quedo. La doncella llegó delante é dijo: «Señor caballero, aquella dueña, mi señora, que allí está, os manda decir que vayais luego á ella á su mandado; esto os dice por vuestro pro.» El caballero del Enano, como quiera que el lenguaje de la doncella era aleman, entendióla luego muy bien, porque él siempre procuraba de aprender los lenguajes por donde andaba, é respondióle: «Señora doncella, Dios dé honra á vuestra señora et á vos; mas, decidme, aquel caballero ¿qué es lo que demanda?—No os tiene eso pro, dijo ella, sino faced lo que os digo.—No iré con vos en ninguna guisa, si me lo no decis.» En esto respondió élla é dijo: «Pues así es, facerlo he, aunque no á mi grado; sabed, señor caballero, que mi señora os vió, é vió ese enano que con vos anda, é porque le han dicho de un caballero extraño que así anda por estas tierras faciendo maravillas de armas, las cuales nunca se vieron, cuidando que sois vos, quiere faceros mucha honra é descobriros un secreto que en el su corazon tiene, el cual fasta agora nunca della persona lo sopo; é como este caballero entendió su voluntad, dijo que él vos faria ir á su mandado, aunque no quisiésedes; lo cual puede él bien hacer, segun es poderoso en armas mas que ninguno destas tierras; é por esto vos consejo yo que, dejándolo á él, vos vengais comigo. —Doncella, dijo él, de vos he gran vergüenza por no cumplir el mandado de vuestra señora; pero quiero que veais si fará lo que dijo.— Pésame, dijo ella; que muy pagada soy de vuestra palabra y mesura.» Entonces se apartó dél, y el caballero de la Verde Espada se fué por el camino como ante iba. Cuando esto vió el otro caballero, dijo á una voz alta: «Vos, don caballero malo, que no quesistes ir con la doncella, descended luego de vuestro caballo, é cabalgad aviesas, llevando la cola en la mano por freno y el escudo al revés; é así os presentad ante aquella señora, si no quereis perder la cabeza; escoged lo que dello quisiérdes. —Cierto, caballero, dijo él, no tengo ahora en corazon de escoger ninguno desos partidos, antes quiero que sean para vos. —Pues agora veréis, dijo él, cómo vos lo haré tomar.» E puso las espuelas á su caballo con esperanza que del primer encuentro lo lanzaria de la silla, así como á otros muchos lo habia fecho, porque era el mejor justador que habia en gran partè. El caballero del Enano, que ya tomara sus armas, movió para él, bien cobierto de su escudo, é aquella jústa fué partida de los primeros encuentros; que las lanzas fueron quebradas, y el caballero amenazador fué fuera de la silla, y el de la Verde Espada su escudo falsado é la loriga, é la cuchilla de la lanza le fizo una llaga en la garganta, de que se hobiera de sentir mal; é pasó por él, é quitando el pedazo de la lanza que por el escudo tenia metido, volvió contra Brandasidel, que así habia nombre el caballero, é viólo tendido en el campo como muerto, é dijo á Gandalin: «Desciende é tira el escudo é yelmo á ese caballero, é cátalo si es muerto.» Y él así lo fizo; y el caballero cogió huelgo, y esforzóse ya cuanto, pero no en manera que toviese sentido; y el de la Verde Espada le puso la punta de la espada en el rostro é dijo: «Vos, don caballero, amenazador é desdeñador de quien no conoceis, conviene que perdais la cabeza ó paseis por la ley que señalastes.» El, con el temor de la muerte, acordó mas é bajó el rostro, y el de la Verde Espada dijo: «¿No quereis fablar? Tajaros he la cabeza.» Entonces él dijo: «¡Ay caballero! por Dios merced, que antes faré vuestro mandado que morir en sazon en que perdiese el alma, segun el estado en que agora estó.—Pues luego sea hecho sin mas tardar.»

Brandasidel llamó á sus escuderos, que allí tenia, é posiéronle por su mandado en el caballo al revés, é metiéronle el rabo en la mano, é echáronle el escudo al revés al cuello, é así lo llevaron por delante de la fermosa dueña, é por medio de la villa que lo viesen todos, é fuese enjemplo para aquellos que con su gran soberbia quieren abajar é menospreciar á los que no conocen, é aun á Dios, si alcanzarle podiesen; no pensando en las desaventuras que en este mundo é despues en el otro se les aparejan. E tanto cuanto la dueña é su compaña é las gentes de la villa se maravillaban de la desaventura que aquel que por tan fuerte caballero tenian habia alcanzado, tanto é mas la fortaleza del que lo venciera ensalzaban é loaban, afirmando ser verdaderas las grandes cosas que fasta allí dél habian oido. Pues esto así fecho, el caballero de la Verde Espada vió la doncella que le llamara, que la batalla habia mirado, é oido todas las palabras que ante pasaran, é yéndose contra ella, le dijo: «Señora doncella, agora iré al mandado de vuestra señora, si á vos ploguiere. —Mucho me place, dijo ella, é así lo fará á Grasinda, mi señora,» que así habia nombre la dueña. Así fueron de consuno, é como llegaron, el de la Verde Espada vió la dueña tan hermosa é tan lozana, que despues que de su hermana Melicia partiera, no viera otra alguna que lo tanto fuese; é por el semejante, pareció él á ella el mas apuesto é mas fermoso caballero que mejor pareciese armado de cuantos en su vida viera, é díjole: «Señor, yo he oido hablar de muchas extrañas cosas que despues que en esta tierra entrastes en armas habeis fecho; segun vuestra presencia veo, á mí es muy cierto de lo creer. Tambien me han dicho que estovistes en casa del rey Tafinor de Bohemia, é la honra é provecho que de vos le ocurrió, é dijéronme que os llaman el caballeron de la Verde Espada ó del Enano, porque todo lo veo junto con vos, é yo así os llamaré; pero ruégoos mucho, por vuestra pro, que os veo llagado, que seais mi huésped en esta mi villa, é curar os han de vuestras llagas; que tal aparejo no lo fallaréis en toda la comarca.» El le dijo: «Mi Señora, veyendo yo la voluntad de vuestro ruego, si fuese cosa en que peligro é afan aventurase por os servir, lo haria, cuanto mas ser lo que tanto á mí necesario es.»

La dueña tomándole consigo, se fué para la villa, é un caballero viejo que de rienda la llevaba, tendió la mano é dióla al caballero de la Verde Espada, y él se fué á la villa para aderezar donde el caballero posase, que este era mayordomo de la dueña. El caballero del Enano llevó la dueña, fablando con ella en algunas cosas. E si antes le tenia por su gran fama en mucho, en mas lo estimó viendo su gran discrecion é apuesta fabla, é así lo fué él della, que muy fermosa é graciosa era en todo su razonar; y entrando por la villa, salian

todas las gentes á las puertas é ventanas por ver á su señora, que de todos muy amada era, é al caballero, que por sus grandes hechos en mucho tenian; é parecíales el mas hermoso é apuesto que habian visto, é pensaban ellos que no habia hecho mayor cosa en armas que haber vencido á Brandasidel, segun era dudado é temido de todos. Así llegaron al palacio de la dueña, é allí le fizo ella aposentar en una muy rica cámara guarnida, como casa de tal señora, é hízole desarmar é lavar las manos y el rostro del polvo que traia, é diéronle una capa de escarlata rosada que cubriese. Cuando Grasinda así lo vió fué maravillada de su gran fermosura; que no pensaba ella que tal hombre humano tener podiese, é fizo venir allí luego un maestro de curar llagas suyo, el mejor é mas sabido que en gran parte se hallaria, é católe la ferida de la garganta, é díjole: «Caballero, vos sois herido en logar peligroso, y es menester de holgar; si no, veros hi-ades en gran trabajo.—Maestro, dijo él, ruégoos por la fe que á Dios é á vuestra señora, que aquí está, debeis, que tanto que yo sea en disposicion de poder cabalgar me lo digais, porque á mí no conviene haber algun descanso ni reposo fasta que Dios, por la su merced, me llegue á aquella parte donde mi corazon desea.» E diciendo esto, le cresció tal cuidado, que no pudo excusar que las lágrimas á los ojos no le viniesen, de que hobo mucha vergüenza, é alimpiándolas presto, hizo alegre semblante. El maestro le curó la ferida é le dió á comer lo que era menester, é Grasinda le dijo: «Señor, folgad é dormid, é irémos nosotros á comer, é veros hemos cuando fuere tiempo, é mandad á vuestro escudero que sin empacho demande todas las cosas que menester hobiérdes.»

Con esto se despidió, y él quedó en su lecho, pensando muy afincadamente en su señora Oriana, que allí era todo su gozo é toda su alegría, mezclada con tormentos é pasiones que continuo en uno batallaban, é ya cansado, se adormeció. De Grasinda os digo que desque hobo comido se retrajo á su cámara, y echada en su lecho, comenzó á pensar en la hermosura del caballero de la Verde Espada, y en las grandes cosas que dél le habian dicho; é como quiera que ella tan hermosa é tan rica fuese é de tal linaje, como sobrina del rey Tafinor de Bohemia, é casada con un gran caballero, con el cual no vivió sino un año, sin dejar fijo alguno, determinó de lo haber por marido, aunque dél otra cosa no veia sino ser un caballero andante; é pensando en cuál guisa gelo haria saber, vínole en miente cómo le viera llorar, é cuidó que aquello no seria sino por amor de alguna mujer que amase, é no la podia haber. Esto la fizo detener fasta que de su facienda mas saber podiese; é sabiendo ya cómo él era despierto, tomando consigo sus dueñas é doncellas, se fué á su cámara por le honrar, é por el gran placer é deleite que en sí sentia en le ver é hablar, é no menos lo habia él; pero muy desviado de su pensamiento de lo que ella pensaba. Así estaba aquella dueña faciéndole compañía, dándole todo el placer que se le podia dar. Mas un dia, no lo podiendo mas sofrir, apartando á Gandalin, le dijo: «Buen escudero, que Dios vos ayude é haga bienaventurado, decidme una cosa, si la sabeis, que os quiero preguntar, é yo vos prometo que por mí nunca será descobierta, y esto es, si sois sabidor de alguna mujer que vuestro señor ame extremadamente de afincado amor.—Señora, dijo Gandalin, yo há poco que vivo con él y este enano, que por las grandes cosas que dél sopimos nos otorgamos á lo servir, y él nos dijo que le no preguntásemos por su nombre ni por su facienda, sino que nos fuésemos luego á buena ventura, é desque con él quedamos hemos visto tanto de sus proezas é valentías, que nos ha puesto en gran espanto, como aquel que sin duda, Señora, podeis creer que es el mejor caballero que en el mundo hay, y de su facienda no sé mas.» La dueña tenia la cabeza baja é los ojos, é pensaba mucho. Gandalin, que así la vió, pensó que amaba á su señor, é quísola quitar de aquello que por ninguna guisa alcanzar podia, é díjole: «Señora, yo le veo muchas veces llorar, é con tan gran angustia de su corazon, que me maravillo cómo la vida puede sostener. Y esto creo yo que, segun su gran esfuerzo, que todas las cosas bravas é temerosas en poco tiene, que de otra parte no le puede venir sino de algun demasiado é afincado amor que de alguna mujer tenga, porque esta es una tal dolencia, que al remedio della no basta esfuerzo ni discrecion alguna.—Si Dios me salve, dijo ella, yo creo lo que me decis, é mucho os lo gradezco; idvos para él, é Dios le ponga remedio en sus cuitas.» Y ella se fué á sus mujeres con voluntad de no se trabajar de allí adelante en lo que pensaba por le ver tan sosegado en sus hechos é palabras, creyendo que no se mudaria de su propósito.

Así como ois estovo el caballero de la Verde Espada en casa de aquella gran señora hermosa é rica dueña Grasinda, curándose de sus llagas, donde recibió tanta honra é tanto placer, como si de caballero pobre andante que parecia, fuera manifestado á ella ser fijo de tan noble rey como lo era el noble rey Perion de Gaula, su padre. Y cuándo en disposicion de poderse armar se vió, mandó á Gandalin que le toviese aparejado las cosas necesarias al camino. El le dijo que todo estaba enderezado; y estando en esto fablando, entró Grasinda, é con ella cuatro doncellas suyas, y él á ella saliendo, tomándola por la mano, se asentó en un estrado encima de un paño de seda labrado con oro é díjole: «Mi señora, yo soy en disposicion de andar camino, é la honra que de vos he recebido me pone gran cuidado cómo la podré servir; por ende, mi señora, si en algo mi servicio os puede placer acarrear, con toda voluntad se porná en obra.» Ella le respondió: «Ciertamente, caballero de la Verde Espada, así como lo decis lo tengo yo creido, é cuando la satisfacion del placer é servicio que aquí hallastes, si alguno fuese, demandare, entonces sin ningun empacho ni vergüenza será descubierto á vos lo que ninguno hasta hoy de mí ha sabido; pero tanto os ruego me digais á cuál parte se otorga mas vuestra voluntad de ir.—A la parte de Grecia, dijo él, si Dios lo enderezare, por ver la vida de los griegos, é á su emperador, de quien buenas nuevas he oido.—Pues yo quiero, dijo ella, ayudar al tal viaje, y esto será que os daré una muy buena nave, bastecida de marineros, que os serán mandados, é de viandas que para un año basten; é daros he al

maestro que os curó, que se llama Elisabat (1), que á duro de su oficio en gran parte otro tal se hallaria, á condicion que siendo en vuestro libre poder, seais en esta villa comigo dentro de un año.» El caballero fué muy alegre de tal socorro, que mucho lo hábia menester; y en gran cuidado era puesto, pensando dónde lo habria, é díjole: «Mi señora, si os yo no sirviese estas mercedes que me haceis, tenerme-hi-a por el caballero mas sin ventura del mundo, é por tal me ternia si por empacho ó vergüenza supiese que lo dejábades de demandar. —Mi señor, dijo ella, cuando Dios os trajiere deste viaje yo os demandaré aquello que mi corazon mucho tiempo ha deseado, que será en acrescentamiento de vuestra honra, aunque algun peligro se aventure. —Así sea, dijo él, é yo fio en la vuestra gran mesura que no me demandará sino cosa que yo con derecho otorgar deba. —Pues folgaréis aquí, dijo Grasinda, estos cinco dias, en tanto que las cosas al camino necesarias se aparejan.» El acordó de lo facer, como quiera que otro dia tenia en la voluntad de partir de allí. En este espacio de tiempo fué la nave bastecida de todo aquello que convenia llevar, y el caballero de la Verde Espada con el maestro Elisabat, en quien él, despues de Dios, gran fucia de su salud tenia, entró en ella, é despedido de aquella hermosa señora, alzando las velas é dando á los remos, tomaron su viaje, no derechamente á Constantinopla, donde el Emperador era, mas á las ínsolas de Romanía, que le habian quedado de andar, é á otras del señorío de Grecia, por las cuales el caballero de la Verde Espada andovo asaz tiempo, faciendo grandes cosas en armas, combatiéndose con gentes extrañas; dellos con grandes causas que le movian, por enderezar sus soberbias, é con otros que, á la su gran fama dél, eran venidos á experimentar sus fuerzas con las suyas. Así que, muchas afrentas é peligros pasó, é muchas feridas hobo, las cuales alcanzando la vitoria é honra de todos, por gloria se tenian, ó dellas fué curado por aquel gran maestro que consigo llevaba. Pues andando en esta gran revuelta, navegando de unas islas á otras, y de otras á otras, los marineros sintiéndolo por mucha fatiga, al maestro se querellaron dello, y él, diciéndolo al caballero del Enano, acordóse que, como quiera que su voluntad aparejada estoviese en acabar de ver todas aquellas tierras, que pues la de ellos en fatiga lo sentia, que derechamente volviesen la nao la via de Constantinopla, porque en aquella ida é venida, si Dios no lo conturbase, llegaria al cabo del año á Grasinda prometido. Con este acuerdo, á placer de todos los de la nave, tomaron el viaje de Constantinopla con viento bueno y enderezado.

En el segundo libro vos contamos cómo el Patin, siendo caballero sin estado alguno, solamente esperando de lo haber despues de la muerte del Siudan, su hermano, que emperador de Roma era, por no tener hijo que el imperio heredase, oyendo la gran fama de los caballeros que á la sazon en la Gran Bretaña eran al servicio del rey Lisuarte, acordó de se venir á probar con ellos; é como quiera que á la sazon fuese muy enamorado de la reina Sardamira, reina de Cerdeña, é por su servicio aquel camino empezase, llegado á casa del rey Lisuarte, donde muy honradamente, segun su gran linaje, recebido fué, viendo á la muy hermosa Oriana, su fija, que en el mundo par de hermosura no tenia, tanto fué della pagado, que olvidando el viejo amor, siguiendo aquel nuevo, á su padre en casamiento la demandó. Y aunque la respuesta con alguna esperanza honesta fuese, la voluntad del Rey muy apartada de tal juntamiento era; mas él, teniendo que alcanzado habia lo que deseaba, queriendo mostrar sus fuerzas, creyendo ser con ello de aquella señora mas amado, por aquellas tierras á buscar los caballeros andantes para se con ellos combatir se fué, é su desventura, que así lo guió, fué aportar en la floresta donde Amadís aquella sazon, desesperado de su señora, haciendo un llanto muy doloroso estaba; é allí habiendo primero sus razones el Patin, loándose del amor, é Amadís quejándose dél, hobieron su batalla, en la cual el Patin fué en tierra del justar, é despues cobrando el caballo, de un solo golpe dél fué tan mal herido en la cabeza, que llegó muchas veces al punto de la muerte; por causa de lo cual, dejando en pendencia el casamiento de Oriana, se tornó en Roma, donde á poco tiempo, muriendo el Emperador, su hermano, él por emperador tomado fué; é no se le olvidando aquella pasion en que Oriana á su corazon puesto habia, creyendo con el mayor estado en que puesto era mas ligeramente la cobrar, acordó de la demandar otra vez al rey Lisuarte en casamiento; lo cual encomendó á un primo suyo, Salustanquidio llamado, príncipe de Calabria, caballero famoso en armas, é con él Brondajel de Roca, su mayordomo mayor, é al arzobispo de Talancia, é con ellos fasta trecientos hombres, é la reina fermosa Sardamira, con copia de dueñas é doncellas para la guarda de Oriana cuando la trajesen. Ellos, viendo ser aquella voluntad del Emperador, comenzaron á aderezar las cosas convenibles al camino; lo cual adelante mas largo se contará.

CAPITULO XI.

De cómo el caballero de la Verde Espada, despues de partido de Grasinda para ir á Constantinopla, le forzó fortuna en el mar, de tal manera, que le arribó en la ínsola del Diablo, donde halló una bestia fiera, llamada Endriago.

Por la mar navegando el caballero de la Verde Espada con su compaña la via de Constantinopla, como oido habeis, con muy buen viento, súbitamente tornando al contrario, como muchas veces acaece, fué la mar tan embravecida, tan fuera de compás, que ni la fuerza de la fusta, que grande era, ni la sabiduría de los mareantes no pudieron tanto resistir, que muchas veces en peligro de ser anegada no fuese; las lluvias eran tan espesas é los vientos tan apoderados, y el cielo tan escuro, que en gran desesperacion estaban de ser las vidas remediadas por ninguna manera, ni lo podian creer,

(1) El nombre de este célebre maestro, á quien Cervántes alude en el cap. xxxv, parte primera, y otros de su *Quijote*, se halla escrito de diferentes maneras en la edicion de 1534, que principalmente nos sirve de texto: *Helisabat*, *Elisabad* y *Elisabat*. Hemos adoptado esta última leccion, por ser la mas comun y la usada por Cervántes.

así él como el maestro Elisabat é los otros todos, si no fuese por la gran misericordia del muy alto Señor, é muchas veces la fusta, así de dia como de noche, se les henchia de agua, que no podian sosegar, ni comer ni dormir sin grandes sobresaltos, pues otro concierto alguno en ella no habia sino aquel que la fortuna le placia que tomase. Así andovieron ocho dias, sin saber ni atinar á cuál parte de la mar andoviesen, sin que la tormenta un punto ni momento cesase; en cabo de los cuales, con la gran fuerza de los vientos, una noche, antes que amaneciese, la fusta á la tierra llegada fué tan reciamente, que por ninguna guisa la podian despegar; esto dió gran consuelo á todos, como si de muerte á la vida tornados fueran; mas la mañana venida, reconociendo los marineros en la parte que estaban, sabiendo ser allí la ínsola que del Diablo se llamaba, donde una bestia fiera toda la habia despoblado, en dobladas angustias y dolores sus ánimos fuéron, teniéndolo en muy mayor grado de peligro que el que en la mar esperaban; é firiéndose con las manos en los rostros, llorando fuertemente, al caballero de la Verde Espada se vinieron, sin otra cosa le decir; él, muy maravillado de ser así su alegría en tan gran tristeza tornada, no sabiendo la causa dello, estaba como embarazado, preguntándoles qué cosa tan súpita y breve tan presto su placer en gran lloro mudara. «¡Oh caballero! dijeron ellos, tanta es la tribulacion, que las fuerzas no bastan para la recontar. Mas cuéntela ese maestro Elisabat, que bien sabe por qué razon esta ínsola del Diablo tiene nombre.»

El maestro, que no menos turbado que ellos era, esforzado por el caballero del Enano, temblando sus carnes, turbada la palabra, con mucha gravedad y temor contó al caballero lo que saber queria, diciendo así: «Señor caballero del Enano, sabed que desta ínsola á que aportados somos fué señor un gigante, Bandaguido llamado, el cual con su braveza grande y esquiveza hizo sus tributarios á todos los mas gigantes que con él comarcaban. Este fué casado con una giganta mansa, de buena condicion, é tanto cuanto el marido con su maldad de enojo é crueza hacia á los cristianos, matándolos y destruyéndolos, ella con piedad los reparaba cada que podia. En esta dueña hobo Bandaguido una hija, que despues que en talle de doncella fué llegada, tanto la natura la ornó é acrescentó en fermosura, que en gran parte del mundo otra mujer de su grandeza ni sangre que su igual fuese no se podia fallar. Mas como la gran hermosura sea luego junta con la vanagloria, é la vanagloria con el pecado, viéndose esta doncella tan graciosa é lozana, é tan apuesta é digna de ser amada de todos, é ninguno, por la braveza del padre, no la osaba emprender, tomó por remedio postrimero amar de amor feo é muy desleal á su padre; así que, muchas veces, siendo levantada la madre de cabe su marido, la hija viniendo allí, mostrándole mucho amor, burlando é riendo con él, lo abrazaba y besaba. El padre luego al comienzo aquello tomaba con aquel amor que de padre á fija se debia; pero la muy gran continuacion, é la gran hermosura demasiada suya, é la muy poca conciencia é virtud del padre, dieron causa que, sentido por él á qué tiraba el pensamiento de la fija, que aquel malo y feo deseo della hobiese efeto. De donde debemos tomar enjemplo que ningun hombre en esta vida tenga tanta confianza de sí mesmo, que deje de esquivar é apartar la conversacion é contratacion, no solamente de las parientas y hermanas, mas de sus propias fijas; porque esta mala pasion, venida en el extremo de su natural encendimiento, pocas veces el juicio, la conciencia, el temor, son bastantes de le poner tal freno con que la retraer puedan. De este pecado tan feo é yerro tan grande se causó luego otro mayor. Así como acaece á aquellos que, olvidando la piedad de Dios, é siguiendo la voluntad del enemigo malo, quieren con un gran mal remediar otro, no conociendo que la melecina verdadera del pecado es el arrepentimiento verdadero é la penitencia, que le hace ser perdonado de aquel alto Señor que por semejantes yerros se puso, despues de muchos tormentos, en la cruz, donde como hombre verdadero murió, é fué como verdadero Dios resuscitado. Que siendo este malaventurado padre en el amor de la fija encendido, y ella asimesmo en el suyo, porque mas sin empacho el su mal deseo podiesen gozar, pensaron de matar á aquella noble dueña, su mujer dél y madre della; siendo el Gigante avisado de sus falsos ídolos, en quien él adoraba, que si con su fija casase, seria engendrada una tal cosa en ella la mas brava y fuerte que en el mundo se podria fallar; é poniéndolo por obra aquella malaventurada fija, que su madre mas que á sí mesma amaba, andando por una huerta con ella fablando, fingiendo la fija ver en un pozo una cosa extraña, é llamando á la madre que lo viese, dióle de las manos, y echándola á lo hondo, en poco espacio ahogada fué. Ella dió voces, diciendo que su madre cayera en el pozo; allí acudieron todos los hombres, y el Gigante, que el engaño sabia, é como vieron la señora, que muy amada de todos ellos era, muerta, ficieron grandes llantos; mas el Gigante les dijo: No fagais duelo; que esto los dioses lo han querido, é yo tomaré mujer en quien será engendrada tal persona por donde todos serémos muy temidos y enseñoreados sobre aquellos que mal nos quieren.

»Todos callaron, con miedo del Gigante, é no osaron hacer otra cosa. E luego ese dia públicamente ante todos tomó por su mujer á su fija Bandaguida, en la cual aquella malaventurada noche fué engendrada una animalía, por ordenanza de los diablos, en quien ella é su padre é marido creian, de la forma que aquí oiréis. Tenia el cuerpo y el rostro cubierto de pelo, y encima habia conchas, sobrepuestas unas sobre otras, tan fuertes, que ninguna arma las podia pasar, é las piernas é piés eran muy gruesos y recios, y encima de los hombros habia alas tan grandes, que fasta los piés le cobrian, é no de péñolas, mas de un cuero negro como la pez, luciente, belloso, tan fuerte, que ninguna arma las podia empecer, con las cuales se cobria como lo ficiese un hombre con un escudo; y debajo dellas le salian brazos muy fuertes, así como de leon, todos cobiertos de conchas mas menudas que las del cuerpo, é las manos habia de hechura de águila, con cinco dedos, é las uñas tan fuertes é tan grandes, que en el mundo nos podia ser cosa tan fuerte que entre ellas en-

trase, que luego no fuese desfecha. Dientes tenia dos en cada una de las quijadas, tan fuertes y tan largos, que de la boca un codo le salian, é los ojos grandes y redondos muy bermejos como brasas; así que, de muy lueñe, siendo de noche, eran vistos, é todas las gentes huian dél. Saltaba é corria tan ligiero, que no habia venado que por piés se le podiese escapar; comia y bebia pocas veces, é algunos tiempos ningunas, que no sentia en ello pena ninguna; toda su holganza era matar hombres é las otras animalías vivas, é cuando fallaba leones é osos, que algo se le defendian, tornaba muy sañudo, y echaba por sus narices un humo tan espantable, que semejaba llamas de fuego, é daba unas voces roncas, espantosas de oir; así que, todas las cosas vivas huian ant'él como ante la muerte; olia tan mal, que no habia cosa que no emponzoñase. Era tan espantoso cuando sacudia las conchas unas con otras, é facia crujir los dientes é las alas, que no parecia sino que la tierra facia estremecer. Tal es esta animalía, Endriago llamado, como os digo, dijo el maestro Elisabat. É aun mas vos digo, que la fuerza grande del pecado del Gigante y de su fija causó que en él entrase el enemigo malo, que mucho en su fuerza é crueza acrecienta.»

Mucho fué maravillado el caballero de la Verde Espada desto que el maestro le contó de aquel diablo, Endriago llamado, nascido de hombre y de mujer, é la otra gente muy espantados; mas el caballero le dijo: «Maestro, pues ¿cómo cosa tan desemejada pudo ser nascida de cuerpo de mujer?—Yo os lo diré, dijo el maestro, segun se falla en un libro que el emperador de Constantinopla tiene, cuya fué esta ínsola, é hala perdido porque su poder no basta para matar este diablo. Sabed, dijo el maestro, que sintiéndose preñada aquella Bandaguida, lo dijo al Gigante, y él hobo dello mucho placer, porque via ser verdad lo que sus dioses le dijeran; é así creia que seria lo al. E dijo que eran menester tres ó cuatro amas para lo que pariese, pues que habia de ser la mas fuerte cosa que hobiese en el mundo. Pues creciendo aquella mala criatura en el vientre de la madre, como era hechura é obra del diablo, facíala adolecer muchas veces, é la color del rostro y de los ojos eran jaldados, de color de ponzoña; mas todo lo tenia ella por bien, creyendo que, segun los dioses lo habian dicho, que seria aquel su fijo el mas fuerte é mas bravo que se nunca viera, y que si tal fuese, que buscaria manera alguna para matar á su padre y que se casaria con el hijo; que este es el mayor peligro de los malos, enviciarse é deleitarse tanto en los pecados, que aunque la gracia del muy alto Señor en ellos espira, no solamente no la sienten ni la conocen, mas como cosa pesada y extraña la aborrescen y desechan, teniendo el pensamiento é la obra en siempre crecer en las maldades como subjetos y vencidos dellas. Venido pues el tiempo, parió un fijo, é no con mucha premia, porque las malas cosas fasta la fin siempre se muestran agradables. Cuando las amas que para le criar aparejadas estaban vieron criatura tan desemejada, mucho fueron espantadas, pero habiendo gran miedo del Gigante, callaron y envolviéronle en los paños que para él tenian, é atreviéndose una dellas mas que las otras, dióle la teta, y él la tomó, é mamó tan fuertemente, que la fizo dar grandes gritos; é cuando se lo quitaron cayó ella muerta de la mucha ponzoña que la penetrara. Esto fué dicho luego al Gigante, é viendo aquel su fijo, maravillóse de tan desemejada criatura, é acordó de preguntar á sus dioses por qué le dieran tal fijo; é fuése al templo donde los tenia, y eran tres, el uno figura de hombre, y el otro de leon, y el tercero de grifo, é faciendo sus sacrificios, les preguntó por qué le habian dado tal fijo. El ídolo que era figura de hombre le dijo: Tal convenia que fuese, porque así como sus cosas serán extrañas é maravillosas, así conviene que lo sea él, especialmente en destruir los cristianos, que á nosotros procuran de destruir, é por esto yo le dí de mi semejanza en le facer conforme al albedrío de los hombres, de que todas las bestias carecen. El otro ídolo le dijo: Pues yo quise dotarle de gran braveza é fortaleza, como los leones lo tenemos. El otro dijo: Yo le dí alas é uñas é ligereza sobre cuantas animalías serán en el mundo. Oido esto por el Gigante, díjoles: ¿Cómo lo criaré, que el ama fué muerta luego que le dió la teta? Ellos le dijeron: Faz que las otras dos amas le dén á mamar, y estas tambien morirán; mas la otra que quedare, críelo con la leche de tus ganados fasta un año; y en este tiempo será tan grande é tan fermoso como lo somos nosotros, que hemos sido causa de su engendramiento; y cata que te defendemos que por ninguna guisa tú ni tu mujer ni otra persona alguna no lo vean en todo este año, sino aquella mujer que te decimos que dél cure. El Gigante mandó que lo ficiosen así como los ídolos gelo dijeron; y desta forma fué criada aquella esquiva bestia como ois.

»En cabo del año, que sopo el Gigante del ama cómo era muy crescido, é oíanle dar unas voces roncas y espantosas, acordó con su hija, que tenia por mujer, de ir á verlo, é luego entraron en la cámara donde estaba, é viéronle andar corriendo é saltando. E como el Endriago vió á su madre vino para ella, é saltando, echóle las uñas al rostro é fendióle las narices y quebróle los ojos, é antes que de sus manos saliese fué muerta. Cuando el Gigante lo vió, poso mano á la espada para lo matar, é dióse con ella en la una pierna tal ferida, que toda la tajó, é cayó en el suelo, é á poco rato fué muerto. El Endriago saltó por cima dél, é saliendo por la puerta de la cámara, dejando toda la gente del castillo emponzoñados, se fué á las montañas, é no pasó mucho tiempo que los unos muertos por él, é los que barcas é fustas pudieron haber para fuir por la mar, que la ínsola no fuese despoblada, é así lo está pasa ya de cuarenta años. Esto es lo que yo sé, desta mala y endiablada bestia,» dijo el maestro. El caballero de la Verde Espada dijo: «Maestro, grandes cosas me habeis dicho, é mucho sofre Dios nuestro Señor á aquellos que le desirven; pero, al fin, si se no enmiendan, dales pena tan crecida como ha sido su maldad; é agora os ruego, maestro, que digais de mañana misa, porque yo quiero ver á esta ínsola, é si él me aderezare, tornarla á su santo servicio.» Aquella noche pasaron con gran espanto, así de la mar, que muy brava era, como del miedo que del Endriago tenian, pen-

sando que saldria á ellos de un castillo que allí cerca tenia, donde muchas veces albergaba; y el alba del dia venida, el maestro cantó misa, y el caballero de la Verde Espada la oyó con mucha homildad, rogando á Dios le ayudase en aquel peligro que por su servicio se queria poner; é si su voluntad era que su muerte allí fuese venida, él por la su piedad le hobiese merced al alma. E luego se armó é fizo sacar su caballo en tierra, é Gandalin con él, é dijo á los de la nao: «Ámigos, yo quiero entrar en aquel castillo, é si allí hallo el Endriago, combatirme con él, é si no le fallo, miraré si está en tal disposicion para que allí seais aposentados en tanto que la mar face bonanza; é yo buscaré esta bestia por estas montañas, é si della escapo, tornarme he á vosotros; é si no, haced lo que mejor viérdes.»

Cuando esto oyeron ellos, fueron muy espantados, mas que de ante eran; porque aun allí dentro en la mar todos sus ánimos no bastaban para sofrir el miedo del Endriago, é por mas afrenta y peligro que la braveza grande de la mar le tenian, y que bastase el de aquel caballero á que de su propria voluntad fuese á lo buscar para se con él combatir; é por cierto todas las otras grandes cosas que dél oyeran é vieran que en armas hecho habia, en comparacion desta en nada lo estimaban; y el maestro Elisabat, que como hombre de letras é de misa fuese, mucho gelo extrañó, trayéndole á la memoria que las semejantes cosas, siendo fuera de la natura de los hombres, por no caer en homicidio de sus ánimas se habian de dejar; mas el caballero de la Verde Espada le respondió que si aquel inconveniente que él decia toviese en la memoria, excusado le fuera salir de su tierra para buscar las peligrosas aventuras; y que si por él algunas habian pasado, sabiéndose que esta dejaba, todas ellas en sí quedaban ningunas; así que, á él le convenia matar aquella mala y desemejada bestia, ó morir como lo debian facer aquellos que dejando su naturaleza á la ajena, iban para ganar prez y honra. Entonces miró á Gandalin, que en tanto que él fablaba con el maestro é con los de la fusta se habia armado de las armas que allí falló para le ayudar, é vióle estar en su caballo llorando fuertemente, é díjole: «¿Quién te ha puesto en tal cosa? Desármate; que si lo haces para me servir y me ayudar, ya sabes tú que no ha de ser perdiendo la vida, sino quedando con ella, para que la fortuna de mi muerte puedas recontar en aquella parte que es la principal causa y membranza por donde yo la recibo.» E faciéndole por fuerza desarmarse, fué con él la via del castillo, y entrando en él, falláronlo yermo, sino de las aves, é vieron que habia dentro buenas casas, aunque algunas eran derribadas, é las puertas principales, que eran muy fuertes, y recios candados con que se cerrasen, de lo cual le plogo mucho; é mandó á Gandalin que fuese llamar á todos los de la galea é les dijese el buen aparejo que en el castillo tenian; y él así lo fizo. Todos salieron luego, aunque con gran temor del Endriago, pero que la mar no cesaba de su tormenta, y entraron en el castillo, y el caballero de la Verde Espada les dijo: «Mis buenos amigos, yo quiero ir á buscar por esta ínsola al Endriago, é si me fuere bien, tocará la bocina Gandalin, y entonces creed que él es muerto é yo vivo; é si mal me va, no será menester de faceros señal alguna; y en tanto cerrad estas puertas é traed alguna provision de la galea; que aquí podeis estar fasta que el tiempo sea para navegar mas enderezado.»

Entonces se partió el caballero de la Verde Espada dellos, quedando todos llorando; mas las cosas de llantos é amarguras que Ardian el su enano facia, esto no se podria decir; que él mesaba su cabellos y feria con sus palmas el rostro, é daba con la cabeza á las paredes, llamándose cativo porque su fuerte ventura lo trajera á servir á tal hombre, que mil veces le llegaba al punto de la muerte, mirando las extrañezas que le via facer, y en aquella donde el emperador de Constantinopla, con todo su gran señorío, no osaba ni podia poner remedio; é como vió que su señor iba por el campo, subióse por una escalera de piedra encima del muro, cuasi sin ningun sentido, como aquel que mucho se dolia de su señor; y el maestro Elisabat mandó poner un altar con las reliquias que para decir misa traia, é fizo tomar cirios encendidos á todos, é fincados de rodillas, rogaban á Dios que guardase aquel caballero que por su servicio dél y por escapar la vida dellos así conocidamente á la muerte se ofrecia. El caballero de la Verde Espada iba, como ois, con aquel esfuerzo y semblante que su bravo corazon le otorgaba, et Gandalin en pos dél, llorando fuertemente, creyendo que los dias de su señor con la fin de aquel dia la habrian ellos. El caballero volvió á él, é díjole riendo: «Mi buen hermano, no tengas tan poca esperanza en la misericordia de Dios ni en la vista de mi señora Oriana, que así te desesperes; que no solamente tengo delante mí la su sabrosa membranza, mas su propria persona, é mis ojos la veen, y me está diciendo que la defienda yo desta bestia mala. Pues ¿qué piensas tú, mi verdadero amigo, que debo yo hacer? ¿No sabes que en la su vida é muerte está la mia? ¿Consejarme has tú que la deje matar y que ante mis ojos muera? No plega á Dios que tal pensases; é si tú no la vees, yo la veo, que delante mí está, pues si su sola membranza me hizo pasar á mi gran honra las cosas que tú sabes, ¿qué tanto mas debe poder su propia presencia?» E diciendo esto, crescióle tanto el esfuerzo, que muy tarde se le facia en no fallar el Endriago; y entrando en un valle de brava montaña y peñas de muchas concavidades, dijo: «Da voces, Gandalin, porque por ellas podrá ser que el Endriago á nosotros acudirá; et ruégote mucho que si aquí moriere, procures de llevar á mi señora Oriana aquello que es suyo enteramente, que será mi corazon; é dile que gelo envio por no dar cuenta ante Dios de cómo lo ajeno llevaba comigo.» Cuando Gandalin esto oyó, no solamente dió voces, mas mesando sus cabellos, llorando, dió grandes gritos, deseando su muerte antes que ver la de aquel su señor, que tanto amaba, et no tardó mucho que vieron salir de entre las peñas el Endriago muy mas bravo é fuerte que lo nunca fué; de lo cual fué causa que, como los diablos viesen que este caballero ponia mas esperanza en su amiga Oriana que en Dios, tuvieron logar de entrar mas fuertemente en él y le facer mas sañudo, diciendo ellos: «Si deste le escapa-

mos, no hay en el mundo otro que tan osado ni tan fuerte sea, que tal cosa ose acometer.»

El Endriago venia tan sañudo, echando por la boca humo mezclado con llamas de fuego, é firiendo los dientes unos con otros, faciendo gran espuma é faciendo crujir las conchas é las alas tan fuertemente, que gran espanto era de lo ver. Así hobo el caballero de la Verde Espada, especialmente oyendo los silbos é las espantosas voces roncas que daba; é como quiera que por palabra gelo señalaran, en comparacion de la vista era tanto como nada; é cuando el Endriago los vió comenzó á dar grandes saltos é voces, como aquel que mucho tiempo pasara sin que hombre ninguno viera, é luego se vino contra ellos. Cuando los caballos del de la Verde Espada y de Gandalin lo vieron, comenzaron á fuir tan espantados, que apenas los podian tener, dando muy grandes bufidos. E cuando el de la Verde Espada vió que á caballo á él no se podia llegar, descendió muy presto é dijo á Gandalin: «Hermano, tente afuera en ese caballo, porque ambos no nos perdamos, et mira la ventura que Dios me querrá dar contra este diablo tan espantable, é ruégale que por la su piedad me guie cómo le quite yo de aquí, y sea esta tierra tornada al su servicio; é si aquí tengo de morir, que me haya merced del ánima, y en lo otro faz como te dije.» Gandalin no le podo responder; tan reciamente lloraba, porque su muerte veia tan cierta, si Dios milagrosamente no lo escapase. El caballero de la Verde Espada tomó su lanza é cubrióse de su escudo como hombre que ya la muerte tenia tragada, perdido todo su pavor, é lo mas que podo se fué contra el Endriago así á pié como estaba. El diablo, como lo vido, vino luego para él, y echó un fuego por la boca con un humo tan negro, que apenas se podian ver el uno al otro, y el de la Verde Espada se metió por el fumo adelante, y llegando cerca dél, le encontró con la lanza por muy gran dicha en el un ojo; así que, gelo quebró; y el Endriago echó las uñas en la lanza é tomóla con la boca é hízola pedazos, quedando el fierro con un poco del asta metido por la lengua é por las agallas; que tan recio vino, que él mesmo se metió por ella; é dió un salto por lo tomar, mas con el desatiento del ojo quebrado no pudo, é porque el caballero se guardó con gran esfuerzo é viveza de corazon, así como aquel que se via en la misma muerte, et puso mano á la su muy buena espada, é fué á él que estaba como desatentado, así del ojo como de la mucha sangre que de la boca le salia, é con los grandes resoplidos y resollidos que daba, todo lo mas de ella se le entraba por la garganta, de manera que cuasi el aliento le quitara, é no podia cerrar la boca ni morder con ella; y llegó á él por el un costado, é dióle tan gran golpe por cima del concás, que le no pareció sino que diera en una peña dura, é ninguna cosa le cortó.

Como el Endriago le vido tan cerca de sí, pensóle de tomar entre sus uñas, é no le alcanzó sino en el escudo, é levógelo tan recio, que le fizo dar de manos en tierra; y en tanto que el diablo lo despedazó todo con sus muy fuertes é duras uñas, hobo el caballero de la Verde Espada logar de levantarse, é como sin escudo se vió, é la espada no cortaba ninguna cosa, bien entendió que su fecho no era nada, si Dios no le enderezase á que el otro ojo le pudiese quebrar; que por otra ninguna parte no aprovechaba nada trabajar de lo ferir, é con saña, pospuesto todo temor, fuése para el Endriago, que muy fallecido é flaco estaba, de la mucha sangre que perdia del ojo quebrado; é como las cosas pasadas de su propria servidumbre se caen y perecen, é ya enojado nuestro Señor que el enemigo malo hobiese tenido tanto poder y fecho tanto mal en aquellos que, aunque pecadores, en su santa fe católica creian, quiso darle el esfuerzo é gracia especial, que sin ella ninguno fuera poderoso de acometer ni osar esperar tan gran peligro, á este caballero, para que sobre toda órden de natura diese fin á aquel que á muchos lo habia dado, entre los cuales fueron aquellos malaventurados su padre é madre; y pensando acertarle en el otro ojo con la espada, quísole Dios guiar á que gela metió por una de las ventanas de las narices, que muy anchas las tenia, é con la gran fuerza que puso é la que el Endriago traia, el espada caló tanto, que le llegó á los sesos; mas el Endriago, como le vido tan cerca, abrazóse con él, é con las sus muy fuertes é agudas uñas rompióle todas las armas de las espaldas é la carne é los huesos fastá las entrañas; é como él estaba ahogado de la mucha sangre que bebia, é con el golpe de la espada que á los sesos le pasó, é sobre todo, la sentencia que de Dios sobre él era dada, é no se podia revocar, no se podiendo ya tener, abrió los brazos é cayó á la una parte como muerto sin ningun sentido. El caballero, como así lo vió, tiró por la espada y metiógela por la boca cuanto mas pudo, tantas veces, que lo acabó de matar; pero quiero que sepais que antes que el alma le saliese, salió de su boca el diablo é fué por el aire con muy gran tronido; así que, los que estaban en el castillo lo oyeron como si cabe ellos fuera, de lo cual hobieron gran espanto, é conocieron cómo el caballero estaba ya en la batalla; é como quiera que encerrados estoviesen en tan fuerte lugar, é con tales aldabas é candados, no fueron muy seguros de sus vidas; é si no, porque la mar todavía era muy brava, no osaran allí atender que á ella no se fueran; pero tornáronse á Dios con muchas oraciones que de aquel peligro los sacase, é guardase á aquel caballero que por su servicio cosa tan extraña acometia.

Pues como el Endriago fué muerto, el caballero se quitó afuera, é yéndose para Gandalin, que ya contra él venia, no se pudo tener, é cayó amortecido cabe un arroyo de agua que por allí pasaba. Gandalin, como llegó y le vió tan espantables heridas, cuidó que era muerto, y dejándose caer del caballo, comenzó á dar muy grandes voces, mesándose. Entonces el caballero acordó ya cuanto é díjole: «¡Ay mi buen hermano y verdadero amigo! ya ves que yo soy muerto; yo te ruego por la crianza que de tu padre é madre hobe, é por el gran amor que siempre te he tenido, que me seas bueno en la muerte como en la vida lo has sido, é como yo fuere muerto, tomes mi corazon é lo lleves á mi señora Oriana, é dile que, pues siempre fué suyo, é lo tovo en su poder desde aquel primero dia que yo la vi, mientra en este cuitado cuerpo encerrado estovo, é nunca un momento se enojó de la servir, que consigo

lo tenga en remembranza de aquel cuyo fué, aunque como ajeno lo poseia, porque desta memoria allí donde mi ánima estoviere recebirá descanso.» E no podo hablar mas. Gandalin como así lo vió, no curó de le responder, antes cabalgó muy presto en su caballo, é subiéndose en un otero, tocó la bocina lo mas recio que pudo, en señal que el Endriago era muerto. Ardian el enano, que en la torre estaba, oyólo, é dió muy grandes voces al maestro Elisabat que acorriese á su señor, que el Endriago era muerto. Y él, como estaba apercebido, cabalgó con todo el aparejo que menester era, é fué lo mas presto que podo por el derecho que el Enano le señaló; é no andovo mucho que vió á Gandalin encima del otero, el cual, como el maestro vió, vino corriendo contra él é dijo: «¡Ay señor! por Dios é por merced acorred á mi señor, que mucho es menester; que el Endriago es muerto.» El maestro cuando esto oyó hobo gran placer con aquellas buenas nuevas que Gandalin decia, no sabiendo el daño del caballero, é aguijó cuanto mas podo, é Gandalin le guiaba, fasta que llegaron donde el caballero de la Verde Espada estaba, é halláronlo muy desacordado sin ningun sentido, é dando muy grandes gemidos; y el maestro fué á él é díjole: «¿Qué es esto, señor caballero? ¿Dónde es ido el vuestro gran esfuerzo á la hora é sazon que mas menester lo habíades? No temais de morir; que aquí es vuestro buen amigo y leal servidor maestro Elisabat, que os socorrerá.» Cuando el caballero de la Verde Espada oyó el maestro Elisabat, como quiera que muy desacordado estoviese, conociólo é abrió los ojos, é quiso alzar la cabeza, mas no pudo, y levantó los brazos como que le quisiese abrazar.

El maestro Elisabat quitó luego su manto, é tendiólo en el suelo, é tomáronlo él é Gandalin, é puniéndolo encima, le desarmaron lo mas quedo que podieron; é cuando el maestro le vió las llagas, aunque él era uno de los mejores del mundo de aquel menester, é habia visto muchas é grandes heridas, mucho fué espantado y desafuciado de su vida; mas, como aquel que lo amaba y tenia por el mejor caballero del mundo, pensó de poner todo su trabajo por le guarecer, é catándole las heridas, vió que todo el daño estaba en la carne é en los huesos, y que no le tocara en las entrañas. Tomó mayor esperanza de lo sanar, é concertóle los huesos é las costillas, é cosióle la carne, é púsole tales melecinas, é ligóle tan bien todo el cuerpo al derredor, que le fizo restañar la sangre y el aliento que por allí salia, é luego le vino al caballero mayor acuerdo y esfuerzo, de guisa que podo hablar, é abriendo los ojos, dijo: «¡Oh Señor Dios todopoderoso, que por tu gran piedad quesiste venir en el mundo é tomaste carne humana en la Vírgen María, é por abrir las puertas del paraíso, que cerradas las tenian, quesistes sofrir muchas injurias, é al cabo muerte de aquella malvada é malaventurada gente! pídote, Señor, como uno de los mas pecadores, que hayas merced de mi ánima, que el cuerpo condenado es á la tierra.» E callóse, que no dijo mas. El maestro le dijo: «Señor caballero, mucho me place de os ver con tal conocimiento, porque de aquel que vos pedis merced os ha de vernir la verdadera melecina, y despues de mí, como de su siervo, que porné mi vida por la vuestra, y con su ayuda yo vos daré guarido, y no temais de morir esta vez, solamente que os esforceis vuestro corazon que tenga esperanza de vivir, como la tiene de morir.» Entonces tomó una esponja confacionada contra la ponzoña é púsosela en las narices; así que, le dió gran esfuerzo. Gandalin besaba las manos al maestro, hincado de rodillas ante él, rogándole que hobiese piedad de su señor. El maestro le mandó que cabalgando en su caballo, se fuese presto al castillo é trajese algunos hombres para que en andas llevasen al caballero ante que la noche sobreviniese. Gandalin así lo hizo, y venidos los hombres, hicieron unas andas de los árboles de aquella montaña como mejor podieron, é poniendo en ellas al caballero de la Verde Espada, en sus hombros al castillo lo llevaron, é aderezando la mejor cámara que allí habia de ricos paños, que Grasinda allí en la nave mandara poner, le posieron en su lecho con tanto desacuerdo, que no lo sentia. E así estovo toda la noche, que nunca habló, dando grandes gemidos, como aquel que bien llagado estaba; é queriendo hablar mas, no podia.

El maestro mandó hacer allí su cama, y estovo con él por consolarle; poniéndole tales y tan convenientes melecinas para le sacar aquella muy mala ponzoña que del Endriago cobrára, que al alba del dia le hizo venir un muy sosegado sueño: tales é tan buenas cosas le puso; é luego mandó quitar todos afuera, porque no lo despertasen, porque sabia que aquel sueño le era mucha consolacion. E á cabo de una gran pieza, el sueño rompido, comenzó á dar vòces con gran presuranza, é diciendo: «¡Gandalin! Gandalin! guárdate deste diablo tan cruel é malo, no te mate. El maestro, que lo oyó, fué á él riendo y de muy buen talante, mejor que en el corazon lo tenia, temiendo todavía su vida, é dijo: «Si así os guardárades vos como él, no seria vuestra fama tan divulgada por el mundo.» Él alzó la cabeza é vió al maestro, é díjole: «Maestro, ¿donde estamos?» Él se llegó á él, é tomóle por las manos, é vió que aun desacordado estaba; é mandó que le trajesen de comer, é dióle lo que via que para lo esforzar era necesario, y él lo comió como hombre fuera de sentido. El maestro estovo con él poniéndole tales remedios como aquel que era de aquel oficio el mas natural que en el mundo se fallar podria. E antes que hora de vísperas fuese, le tornó en todo su acuerdo, de manera que á todos conocia é hablaba, y el maestro nunca dél se partió, curando dél, é poniéndole tantas cosas necesarias á aquella enfermedad, que así con ellas, como principalmente con la voluntad de Dios, que lo quiso, vió conocidamente en las llagas que lo podria sanar. E luego lo dijo á todos los que allí estaban, que muy gran placer hobieron, dando gracias á aquel soberano Dios porque así los habia librado de la tormenta de la mar y del peligro de aquel diablo. Mas sobre todos era el alegría de Gandalin, su leal escudero, y el Enano, como aquellos que de corazon entrañable lo amaban, é tornaron de muerte á vida; é luego todos se posieron al derredor, con mucho placer, de la cama del caballero de la Verde Espada, consolando, diciéndole que no toviese en nada el mal que tenia, segun la honra é buena ventura que Dios le habia dado; la cual fasta entonces,

en caso de armas é de esfuerzo, nunca diera á hombre terrenal que igual le fuese. E rogaron muy afincadamente á Gandalin les quisiese contar todo el hecho como habia pasado, pues que con sus ojos lo habia visto, porque sopiesen dar cuenta de tan gran proeza de caballero; y él les dijo que lo faria de muy buena voluntad, á condicion que el maestro le tomase juramento en los santos Evangelios porque ellos lo creyesen é con verdad lo posiesen por escrito, é una cosa tan señalada y de tan gran fecho no quedase en olvido de la memoria de las gentes. El maestro Elisabat así lo hizo, por ser mas cierto de tan gran hecho. E Gandalin se lo contó todo enteramente, así como la historia lo ha contado; é cuando lo oyeron, espantábanse dello, como de cosa de la mayor hazaña de que nunca oyeran hablar; é aun ninguno dellos nunca viera al Endriago, que entre unas matas estaba caido, é por socorrer al caballero no podieron entender en al.

Entonces dijeron todos que querian ver el Endriago, y el maestro les dijo que fuesen, é dióles muchas confeciones para remediar la ponzoña. E cuando vieron una cosa tan espantable é tan desemejada de todas las otras cosas vivas que fasta allí ellos vieran, fueron mucho mas maravillados que ante; é no podian creer que en el mundo hobiese tan esforzado corazon que tan gran diablura osase acometer. Y aunque cierto sabian que el caballero de la Verde Espada lo habia muerto, no les parecia sino que lo soñaban; y desque una gran pieza lo miraron, tornáronse al castillo, razonando unos con otros de tan gran hecho poder acabar aquel caballero de la Verde Espada. ¿Qué vos diré? Sabed que allí estovieron mas de veinte dias; que nunca el caballero de la Verde Espada hobo tanta mejoría, que del lecho donde estaba le osasen levantar. Pero como por Dios su salud permitida estoviese, é la gran diligencia de aquel maestro Elisabat la acrecentase, en este medio tiempo fué tan mejorado, que sin peligro alguno pudiera entrar en la mar; é como el maestro en tal disposicion le viese, habló con él un dia, é díjole: «Mi señor, ya, por la bondad de Dios, que lo ha querido, que otro no fuera poderoso, vos sois llegado á tal punto, que yo me atrevo, con su ayuda é vuestro buen esfuerzo, de os meter en la mar, y que vais donde vos ploguiere; y porque nos faltan algunas cosas muy necesarias, así para lo que toca á vuestra salud como para sostenimiento de la gente, es menester que se dé orden para el remedio dello; porque mientra mas aquí estoviéremos, mas cosas nos faltarán.» El caballero del Enano le dijo: «Señor é verdadero amigo, muchas gracias y mercedes doy á Dios porque así me ha querido guardar de tal peligro, mas por la su santa piedad que por mis merecimientos; é al su gran poder no se puede comparar ninguna cosa, porque todo es permitido é guiado por su voluntad, é á él se deben atribuir todas las buenas cosas que en este mundo pasan; é dejando lo suyo aparte, á vos, mi señor, agradezco yo mi vida; que ciertamente yo creo que ninguno de los que hoy son nascidos en el mundo no fuera bastante para me poner el remedio que vos me posistes. E como quiera que Dios me haya hecho tan gran merced, mi ventura me es muy contraria, que el galardon de tan gran beneficio como de vos he recebido no lo pueda satisfacer sino como un caballero pobre, que otra cosa sino un caballo é unas armas posee, así rotas como las veis.» El maestro le dijo: «Señor, no es menester para mí otra satisfacion sino la gloria que yo comigo tengo, que es haber escapado de muerte, despues de Dios, el mejor caballero que nunca armas trajo. Y esto ósolo decir delante, por lo que delante mí habeis fecho; y el galardon que yo de vos espero, es muy mayor que el que ningun rey ni señor grande me podria dar; que es el socorro que en vos hallarán muchas é muchos cuitados que os habrán menester para su ayuda, á los cuales vos socorreis; é será para mí mayor ganancia que otra ninguna, siendo causa, despues de Dios, de su reparo.»

El caballero de la Verde Espada hobo vergüenza de que se oyó loar, é dijo: «Mi señor, dejando esto en que hablamos, quiero que sepais en lo que mas mi voluntad se determina. Yo quisiera andar todas las ínsolas de Romanía, é por lo que dejistes de la fatiga de los marineros mudé el propósito, é volvimos la via de Constantinopla, la cual, el tiempo tan contrario que vistes nos la quitó; y pues que ya es abonado, todavía tengo deseo de á él tornar, é ver aquel grande emperador, porque si Dios me tornare donde mi corazon desea, sepa contar algunas cosas extrañas, que pocas veces se puede ver sino en semejantes casas. Y, mi señor maestro, por el amor que me habeis, os ruego que en esto no recibais enojo, porque algun dia será de mí galardonado; é de allí que nos tornemos, placiendo al soberano Señor Dios, al plazo que aquella muy noble señora Grasinda me puso; porque me es fuerza de lo complir, como vos bien sabeis, para que, si ser pudiere, segun el deseo tengo, le pueda servir algunas de las grandes mercedes que della, sin gelo merecer, tengo recebidas.»

CAPITULO XII.

De cómo el caballero de la Verde Espada escribió al emperador de Costantinopla, cuya era aquella ínsola, cómo habia muerto aquella fiera bestia, y de la falta que tenia de bastimentos; lo cual el Emperador proveyó con mucha diligencia, é al caballero pagó con mucha honra é amor la honra é servicio que le habia hecho en le delibrar aquella ínsola, que perdida tenia tanto tiempo habia.

«Pues que esta es vuestra voluntad, Señor, dijo el maestro Elisabat, menester es que escribais al Emperador de cómo os ha acaecido, é traerán de allá algunas cosas que para el camino nos faltan. —Maestro, dijo él, yo nunca le vi ni conozco, y por esto lo remito todo á vos, que fagais lo que mejor os pareciere, y en esto recebiré de vos una señalada merced.» El maestro Elisabat, por le complacer, escribió luego una carta, faciendo saber al Emperador todo lo que al caballero extraño, llamado el de la Verde Espada, acaeciera despues que de Grasinda, su señora, se partió; é cómo, habiendo fecho muy grandes cosas en armas por las ínsolas de Romanía, las que otro caballero ninguno hacer podiera, se iban la via donde él estaba; é cómo la gran tormenta de la mar los echara á la ínsola del Diablo, donde el Endriago era; é cómo aquel caballero de la Verde Espada, de su propria voluntad, contra el querer de todos ellos, lo habia buscado, é combatiéndose

con él, le matara. Y escribiéndole por extenso cómo la batalla pasara, é las heridas con que el caballero de la Verde Espada escapó. Así que, no faltó nada que saber no le hiciese; y que, pues aquella ínsola era ya libre de aquel diablo, y estaba en su señorío, mandase poner en ella remedio cómo se poblase; y que el caballero de la Verde Espada le pedia por merced que la mandase llamar la ínsola de Santa María. Esta carta, hecha como ois, dióla á un escudero su pariente, que allí consigo traia, é mandóle que en aquella fusta, tomando los marineros que eran menester, pasase en Constantinopla é la diese al Emperador, é trajese de allá las cosas que les faltaban para su provision. El escudero se metió luego á la mar con su compaña, que ya el tiempo era muy enderezado, é al tercero dia fué la fusta llegada al puerto. E saliendo della, al palacio del Emperador se fué, al cual halló con muchos hombres buenos, como tan gran señor lo debia estar, é hincados los hinojos, le dijo: «Vuestro siervo, el maestro Elisabat, manda besar vuestros piés, é vos envia esta carta, con que recibiréis muy gran placer.» El Emperador la tomó, é leyéndola, vió aquello que decia, de que muy espantado fué, é dijo á una voz alta, que todos lo oyeron: «Caballeros, unas nuevas me son venidas tan extrañas, que de otras tales nunca se oyó fablar.» Entonces se llegaron mas á él Gastíles, su sobrino, hijo de su hermana la duquesa de Gajaste, que era buen caballero, mancebo, y el conde Saluder, hermano de Grasinda, aquella que tanta honra al caballero de la Verde Espada hiciera, é otros muchos con ellos.

El Emperador les dijo: «Sabed que el de la Verde Espada, de que grandes cosas de armas nos han dicho que ha fecho en las ínsolas de Romanía, se combatió, de su propria voluntad, con el Endriago, é lo mató. E si de tal cosa como esta todo el mundo no se maravillase, ¿qué podria venir que espanto nos diese?» E mostróles la carta de Elisabat, é mandó al mensajero que de palabra les contase cómo habia pasado, el cual lo dijo enteramente, como aquel por quien todo pasara, siendo presente. Entonces dijo Gastíles: «Ciertamente, Señor, cosa es esta de gran miraglo, que yo nunca oí decir que persona mortal con el diablo se combatiese, si no fuese aquellos santos con sus armas espirituales, porque estos tales bien lo podrian hacer con sus santidades; é pues tal hombre como este es venido en vuestra tierra con gran deseo de os servir, sinrazon seria no le facer mucha honra. —Sobrino, dijo él, bien decis, é aparejad vos y el conde Saluder algunas fustas, é traédmelo, que como cosa que nunca se vió lo debemos mirar; y llevad con vos maestros que me traigan pintado el Endriago así como es, porque le mandaré hacer de metal, y el caballero que con él se combatió asimismo de la grandeza y semejanza que ambos fueron, é faré poner estas figuras en el mismo logar donde la batalla pasó, y en una gran tabla de cobre escrebir cómo fué y el nombre del caballero, é mandaré hacer allí un monesterio en que vivan frailes religiosos que tornen á reformar aquella ínsola en el servicio de Dios; que estaba muy dañada la gente de aquella tierra con aquella vision mala de aquel enemigo.» Mucho fueron todos ledos de aquello que el Emperador decia, é mucho mas que todos Gastíles y el Marqués (1), porque los mandaba ir tal viaje, donde podrian ver el Endriago é aquel que lo mató, é faciendo enderezar las fustas, entraron en la mar é pasaron en la ínsola de Santa María, que así mandó el Emperador que de allí adelante nombrada fuese; é como el caballero de la Verde Espada sopo su venida, mandó ataviar allí donde posaba de lo mejor é mas rico que en su fusta Grasinda mandara poner, y él era ya en tal disposicion, que andaba por la cámara algunas veces; y ellos llegaron al castillo ricamente vestidos é acompañados de hombres buenos, y el caballero de la Verde Espada salió á recebirlos ya cuanto fuera de la cámara, é allí se fablaron con mucha cortesía, é fízolos sentar en los estrados que para ellos mandara hacer, é ya sabia él por el maestro Elisabat cómo el Marqués era hermano de su señora Grasinda; é allí le gradeció mucho lo que su hermana habia por él fecho, las honras é las mercedes que della habia recebido, é cómo, despues de Dios, ella le diera la vida, dándole aquel maestro que le habia guarecido é librado de la muerte. Los griegos que allí venian miraban mucho al caballero de la Verde Espada; é como quiera que de la flaqueza mucho de su parecer habia perdido, decian nunca haber visto caballero mas fermoso ni mas gracioso en su hablar.

Estando así con mucho placer, Gastíles le dijo: «Buen señor, el Emperador mi tio os desea ver é por nos os ruega que á él vayais porque os mande facer aquella honra que le es obligado, segun le servistes en le ganar esta ínsola que tenia perdida, é la que vos mereceis.—Mi señor, dijo el caballero del Enano, yo faré lo que el Emperador manda; que mi deseo es de le ver é servir cuanto puede alcanzar un pobre caballero extraño, como lo yo soy.—Pues veamos el Endriago, dijo Gastíles, é verlo han los maestros que el Emperador envia, para que figurado gelo lleven muy enteramente segun su figura é parecer.» El maestro le dijo: «Señor, menester es que vayais bien guarnecido para la defensa de la ponzoña; si no, podríades recebir gran peligro en vuestra vida.» El le dijo: «Buen amigo, vos lo habeis eso de remediar.—Así lo faré,» dijo él. Entonces les dió unas bujetas que á las narices posiesen en tanto que lo mirasen; é luego cabalgaron, é Gandalin con ellos para gelo mostrar, é íbales contando lo que les acaeciera á su señor é á él en aquellos logares por donde iban, y de la manera que la batalla habia sido, é cómo á los gritos suyos, mesándose por ver á su señor tan llegado á la muerte, saliera aquel diablo, é de la forma que á ellos venia, é todo lo que les acaeciera, como oido habeis. En esto llegaron al arroyo donde su Señor cayó amortecido, é de allí metiólos por entre las matas cabe las peñas, é hallaron el Endriago muerto, que muy gran espanto les puso; tanto, que no creian que en el mundo ni en el infierno hobiese bestia tan desemejada ni tan temerosa; é si hasta allí en mucho tenian lo que aquel caballero habia fecho, en mucho mas lo estimaron veyendo al diablo, que aunque sabian ser muerto, no lo osaban tocar ni se llegar á él; é decia Gastíles que tal esfuerzo como osar acometer aquella bestia, que se no debia tener en mucho, porque siendo

(1) En el párrafo anterior se le llama *conde*.

tan grande, no se debia atribuir á ningun hombre mortal, sino á Dios, que á él, sin otro alguno, era debido». Los maestros lo miraron é midieron todo para le sacar proprio como él era; é así lo ficieron, porque eran singulares en aquel oficio á maravilla.

Entonces se volvieron al castillo, é fallaron que el caballero del Enano los atendia á comer, é fueron allí servidos, segun el logar donde estaban, con mucho placer é alegría. Todos así folgaron en el castillo tres dias, mirando aquella tierra, que muy hermosa era, é la huerta y el pozo donde la malaventurada hija lanzó á su madre, é al cuarto dia entraron todos en la mar. Así que, en poco espacio de tiempo fueron aportados en Constantinopla, debajo de los palacios del Emperador. La gente salió á las finiestras por ver el caballero de la Verde Espada, que lo mucho deseaban ver; y el Emperador les mandó llevar unas bestias en que cabalgasen. A la hora estaba ya el caballero de la Verde Espada mucho mas mejorado en su salud y hermosura, vestido de unos muy hermosos é ricos paños que el rey de Bohemia le fizo tomar cuando dél se partió, á su cuello echada aquella extraña é rica espada verde que él ganara por el sobrado amor que á su señora tenia; que en la ver é se le acordar del tiempo en que la ganó, y el vicio que entonces en Miraflores estaba con aquella que le tanto amaba é tan apartada de sí tenia, muchas lágrimas derramaba, así angustiosas como deleitosas, siguiendo el estilo de aquellos que de semejante pasion é alegría son sujetos é atormentados. Pues salidos de la mar, cabalgando en aquellos ricos é ataviados palafrenes que les trajeran, se fueron al Emperador, que ya contra ellos venia, muy acompañado de grandes hombres é muy ricamente ataviados. E apartándose todos, llegó el caballero de la Verde Espada é quísose apear para le besar las manos; mas el Emperador cuando esto vió, no gelo consintió, antes se fué para él é lo tovo abrazado, mostrándole muy gran amor, que así lo tenia con él, é dijo: «Por Dios, caballero de la Verde Espada, mi buen amigo, como quiera que Dios me haya fecho tan grande hombre y venga del linaje de aquellos que este señorío tan grande tovieron, mas mereceis vos la honra que la yo merezco; que vos la ganastes por vuestro gran esfuerzo, pasando tan grandes peligros cual nunca otro pasó, é yo tengo la que me vino dormiendo é sin merecimiento mio.» El caballero del Enano le dijo: «Señor, á las cosas que tienen medida puede hombre satisfacer; pero no á esta, que por su gran virtud en tanto loor me ha puesto; é por esto, Señor, quedará para que esta mi persona hasta la muerte le sirva en aquellas cosas que me mandare.» E así fablando, se tornó el Emperador con él á sus palacios, y el de la Verde Espada iba mirando aquella gran ciudad, é las cosas extrañas é maravillosas que en ella via, é tantas gentes que lo salian á ver, é daba en su corazon con grande homildad muchas gracias á Dios, porque en tal logar le guiara donde tanta honra del mayor hombre de los cristianos recebia; é todo cuanto en las otras partes viera le parecia nada en comparacion de aquello; pero mucho mas maravillado fué cuando entró en el gran palacio, que allí le pareció ser junta toda la riqueza del mundo. Habia allí un aposentamiento donde el Emperador mandaba aposentar los grandes señores que á él venian, que era el mas hermoso é deleitoso que en el mundo se podria hallar, así de ricas casas como de fuentes de agua é árboles muy extraños. E allí mandó quedar al caballero de la Verde Espada é al maestro Elisabat, que lo curase, é á Gastíles é el marqués Saluder, que le ficiesen compañía; y dejándolo reposar, se fué con sus hombres buenos donde él posaba. Toda la gente de la ciudad, que viera al caballero de la Verde Espada, fablaban mucho en su gran hermosura, é mucho mas en el grande esfuerzo suyo, que era mayor que de caballero otro ninguno; é si él se habia maravillado de ver tal ciudad como aquella é tanto número de gente, mucho mas lo eran ellos en lo ver á él solo; así que, de todos era loado é honrado mas que lo nunca fué rey ni grande ni caballero que allí de tierras extrañas viniesen.

El Emperador dijo á su mujer la Emperatriz: «Señora, el caballero de la Verde Espada, aquel de que tantas cosas famosas hemos oido hasta aquí, é así por su gran valor como por el servicio que nos fizo en nos ganar aquella ínsola que tanto tiempo en poder de aquel malvado enemigo estaba; é pues que tal cosa como esta fizo, es razon de le facer mucha honra; por ende mandad que vuestra casa sea muy bien aderezada, en tal forma é manera, que donde él fuere pueda loar con la gran razon, é hable en ella, como yo os fablaba de otras que en algunos logares habia visto; é quiero que vea vuestras dueñas é doncellas con el atavío é aparejo que deben estar personas que á tan alta dueña como vos sois sirven.» E visto todo lo que él decia, dijo ella: «En el nombre de Dios, que todo se hará como lo vos mandais.» Otro dia de mañana levantóse el caballero de la Verde Espada, é vistióse de sus paños lozanos é hermosos, segun él vestir los solia, y el marqués é Gastíles con él, y el maestro Elisabat, é fueron todos de consuno juntos á oir misa con el Emperador á su capilla, donde los atendia, é luego se fueron á ver á la Emperatriz; pero antes que á ella llegasen fallaron en comedio muchas dueñas é doncellas muy ricamente ataviadas de ricos paños, que les facian logar por do pasasen é buen recebimiento. La casa era tan rica é tan bien guarnida, que si la rica cámara defendida de la ínsola Firme no, otra tal nunca el caballero de la Verde Espada viera, é los ojos le cansaban de mirar tantas mujeres é tan hermosas, é las cosas extrañas que via, é llegando á la Emperatriz, que en su estrado estaba, fincó los hinojos ante élla con mucha humildad é dijo: «Señora, mucho gradezco á Dios en me traer donde viese á vos é á vuestra grande alteza, y el valor que sobre las otras señoras tiene que en el mundo son, é la vuestra casa acompañada é ornada de tantas dueñas é doncellas de tan gran guisa, é á vos, Señor, agradezco mucho porque ver me quesistes. A él le plega por la su merced de me llegar á tiempo que algo destas grandes mercedes le pueda servir; é si yo, Señora, no acertare en aquellas cosas que la voluntad é lengua decir querrian, por ser este lenguaje extraño á mí, mándeme perdonar, que muy poco tiempo há que del maestro Elisabat lo aprendí.» La Emperatriz le tomó por las manos é díjole que no estoviese así de hinojos, é fízole sentar cerca de sí, y

estovo con él fablando una gran pieza en aquellas cosas que tan alta señora con caballero extraño que no conocia debia hablar; y él respondiendo con tanto tiento é tanta gracia, que la Emperatriz, que muy cuerda era é lo miraba, decia entre sí que no podia ser su esfuerzo tan grande, que á su mesura é discrecion sobrepujar podiese. El Emperador estaba á esta sazon en su silla sentado, hablando é riendo con las dueñas é doncellas, como aquel que, haciéndoles muchas mercedes é dándoles grandes casamientos, de todas muy amado era. E díjoles en una voz alta, que todas lo oyeron: «Honradas dueñas é doncellas, védes aquí el caballero de la Verde Espada, vuestro leal sirviente; honralde é amalde, que así lo hace él á todas vosotras cuantas sois en el mundo; que poniéndose á muy grandes peligros por vos hacer alcanzar derecho, muchas veces es llegado al punto de la muerte, segun que dél he oido á aquellos que sus grandes cosas saben.» La Duquesa, madre de Gastíles, dijo: «Señor, Dios le honre é lo ame, é agradezca el amparamiento que á nosotras face.» El Emperador hizo levantar dos infantas, que eran hijas del rey Barandel, que era entónces rey de Hungría, é díjoles: «Id por mi hija Leonorina, é no vengan con ella, sino vos ambas.»

Ellas así lo ficieron, é á poco rato vinieron con ella, trayéndola entre sí por los brazos, é como quiera que ella viniese muy bien guarnida, todo parecia nada ante lo natural de la su gran fermosura, que no habia hombre en el mundo que la viese, que se no maravillase é no alegrase en la mirar. Ella era niña, que no pasaba de nueve años, é llegando donde su madre la Emperatriz estaba, besóle las manos con hómil reverencia, é sentóse en el estrado mas bajo que ella estaba. El caballero de la Verde Espada la miraba muy de grado, maravillándose mucho de su gran fermosura, que le parecia ser mas fermosa de las que él visto habia por las partes donde andado habia, é membróse aquella hora de la muy fermosa Oriana, su señora, que mas que á sí amaba, é del tiempo en que la él comenzó á amar, que seria de aquella edad, é de cómo el amor que entonces con ella posiera siempre habia crescido, é no menguado, y ocurriéndole en la memoria los tiempos prósperos que con ella hobiera de muy grandes deleites, é los adversos de tantas cuitas é dolores de su corazon como á su causa pasado habia. Así que, en este pensar estovo gran pieza, y en cómo no esperaba verla sin que gran tiempo pasase; tanto fué encendido en esta membranza, que como fuera de sentido le vinieron las lágrimas á los ojos; así que, todos le vieron llorar, que por su gran bondad todos en él paraban mientes; mas él, tornando en sí, habiendo gran vergüenza, alimpió los ojos é fizo buen semblante. Mas el Emperador, que mas cerca estaba, que así lo vió llorar, entendió si veria alguna cosa que lo hobiese causado. Mas no veyendo en él mas señales dello, hobo gran deseo de saber cómo un caballero tan esforzado é tan discreto ante él é ante la Emperatriz, é tantas otras gentes, habia mostrado tanta flaqueza, que aun á una mujer en tal lugar, siendo alegre, como lo él era, le fuera á mal tenido; pero bien creyó que lo no haria sin algun gran misterio. Gastíles, que cabe él estaba, dijo: «¿Qué será, que tal hombre como este en tal parte así llorase?—Yo no se lo preguntaria, dijo el Emperador, mas creo que fuerza de amor gelo hizo hacer.—Pues Señor, si lo saber quereis, no hay quien lo sepa sino el maestro Elisabat, en quien mucho se fia, é fabla mucho con él apartadamente.»

Entonces lo mandó llamar, é hízolo sentar ante sí, é mandando que todos se tirasen afuera, le dijo: «Maestro, quiero que me digais una verdad, si la sabeis, é yo vos prometo, como quien soy, que por ello á vos ni á otro alguno no verná daño.» El maestro le dijo: «Señor, tal fianza tengo yo en la vuestra gran alteza é virtud que así lo hará, y que siempre me hará merced, aunque lo no merezca; é si la yo sopiere, decir vos la he de muy buena voluntad.—¿Por qué lloró agora, dijo el Emperador, el caballero de la Verde Espada? Decídmelo, que de lo ver estoy espantado; que si alguna necesidad tiene en que haya menester mi ayuda, yo gela haré tan entera, de que él será bien contento.» Cuando esto oyó el maestro, dijo: «Señor, eso no lo sabria decir, porque es el hombre del mundo que mejor encobre aquello que él quiere que sabido no sea, porque es el mas discreto caballero que jamás vistes; pero yo le veo muchas veces llorar é cuidar tan fieramente, que no parece en él haber sentido alguno, é sospira con tan gran ansia como si el corazon en el cuerpo se le quebrase. E ciertamente, Señor, en cuanto yo cuido, es gran fuerza de amor que le atormenta, teniendo soledad de aquella que ama; que si otra dolencia fuese, ante á mí que á otro ninguno soy cierto que se descobriria.—Ciertamente, dijo el Emperador, así lo cuido yo como lo decis, é si él ama á alguna mujer, á Dios ploguiese que acertase ser en mi señorío, que tanto haber y estado le daria yo, que no hay rey ni príncipe que no hobiese placer de me dar su hija para él. Y esto haria yo muy de grado por le tener comigo por vasallo; que no le podria facer tanto bien, que él mas no me sirviese, segun su gran valor, é mucho os ruego, maestro, que trabajeis con él como quede comigo, é todo lo que demandare se le otorgará.» Y estovo una pieza cuidando, que no habló, é despues dijo: «Maestro, id á la Emperatriz é decilde en poridad que ruegue al caballero que quede comigo, é vos así se lo consejad por mi amor, y en tanto proveeré yo una cosa que á la memoria me ocurrió.»

El maestro se fué á la Emperatriz é al caballero del Enano, y el Emperador llamó á la fermosa Leonorina, su hija, é á las dos infantas que la aguardaban, é habló con ellas una gran pieza muy afincadamente; mas por ninguno era oido nada de lo que les decia. E Leonorina, habiendo él ya acabado su habla, besóle las manos, é fuése con las infantas á su cámara, y él quedó hablando con sus hombres buenos. E la Emperatriz habló con el de la Verde Espada para que con el Emperador quedase, y el maestro gelo rogaba é consejaba; é como quiera que aquel le seria el mejor partido é mas honroso que turante la vida del rey Perion, su padre, le podria venir, no lo pudo él acabar con su corazon, que ningun descanso ni reposo fallaba sino en pensar de ser tornado en aquella tierra donde la su muy amada señora Oriana era; así que, ruego ni consejo no le pudo atraer ni retraer de aquel deseo que tenia. E la Emperatriz fizo

señas al Emperador que él no acetaba su ruego. El se levantó é fuése para ellos, é dijo: «Caballero de la Verde Espada, ¿podria ser por alguna guisa que quedásedes comigo? No hay cosa que para ello me fuese demandada, é si en mi poder fuese, que la no otorgase. —Señor, dijo él, tan grande es la vuéstra virtud é grandeza, que no osaria yo ni sabria pedir tanta merced como por ella me seria otorgada; pero no es en mí tanto poder, que mi corazon lo podiese sufrir; é, Señor, no me culpeis en que no cumplo vuestro mandado; que si lo ficiese, no me dejaria la muerte mucho tiempo en vuestro servicio.» El Emperador creyó verdaderamente que su pasion no la causaba sino gran sobra de amor, é así lo pensaron todos.

Pues á esta sazon entró en el palacio aquella fermosa Leonorina con el su gesto resplandeciente, que todas las fermosuras desataba, é las infantas con ella. Y ella traia en su cabeza una muy rica corona, é otra muy mas rica en las manos, é fuése derechamente al caballero de la Verde Espada, é díjole: «Señor caballero de la Verde Espada, yo nunca fuí llegada á tiempo que pida don sino á mi padre, é agora quiérolo pedir á vos; decidme qué faréis.» Y él fincó los hinojos ante ella é dijo: «Mi buena señora, ¿quién seria aquel de tan poco conocimiento, que dejase de facer vuestro mandado, podiéndolo complir? é mucho loco seria yo si vuestra voluntad no ficiese; é agora, mi señora, demandad lo que mas vos agradare, que hasta la muerte será cumplido. —Mucho mé fecistes alegre, dijo ella, é mucho os lo agradezco, é quiérovos pedir tres dones.» E tirándose la fermosa corona de la cabeza, dijo: «Este sea el uno, que deis esta corona á la mas fermosa doncella que vos sabeis, é saludándola de mi parte, le digais que me envie su mandado por carta ó mensajero, y que le envio yo esta corona, que son las donas que en esta tierra tenemos, aunque no la conozco.» E luego tomó la otra corona, en que habia muchas perlas é piedras de muy gran valor, especialmente tres, que alumbraban toda una cámara, por escura que estoviese; é dándola al caballero, dijo: «Esta daréis á la mas fermosa dueña que vos sabeis, é decilde que gela envio yo por haber su conocencia, y que le ruego yo mucho que se me haga conocer por su mandado; este es el otro don, é antes que el tercero os demande, quiero saber qué haréis de las coronas.—Lo que yo haré, dijo el caballero, será complir luego el primer don é quitarme dél.» Entonces tomó la primera corona, é poniéndola en la cabeza della, dijo: «Yo pongo esta corona en la cabeza de la mas fermosa doncella que yo agora sé; é si hobiere alguno que lo contrario dijere, yo se lo faré conocer por armas.»

E todos hobieron mucho placer de lo que él fizo, é Leonorina no menos, aunque con vergüenza estaba de se ver loar, é decian que con derecho se habia quitado del don; é la Emperatriz dijo: «Por cierto, caballero de la Verde Espada, antes querria yo por mí los que venciésedes por armas, que las que mi fija venciese con su fermosura.» El hobo vergüenza de se oir loar de tan alta señora, é no respondiendo nada, volvióse á Leonorina é dijo: «Mi señora, ¿quereisme demandar el otro don?—Sí, dijo ella, é pídovos me digais la razon por qué llorastes; ¿quién es aquella que ha tan gran señorío sobre vos é sobre vuestro corazon?» Al caballero se le mudó la color y buen semblante en que antes era; así que, todos conocieron que era turbado de aquella demanda, é dijo: «Señora, si á vos ploguiere, dejad esta demanda, é demandad otra que sea mas vuestro servicio.» Y ella dijo: «Esto es lo que yo demando, é mas no quiero.» El abajó la cabeza, y estovo una pieza dudando; así que, muy grave parecia á todos haberlo él de decir; é no tardó mucho que, alzando la cabeza con semblante alegre, miró á Leonorina, que delante dél estaba, é dijo: «Mi señora, pues por al no me puedo quitar de mi promesa, digo que cuando aquí primero entrastes é os miré, acordéme de la edad y del tiempo en que agora sois, é vínome al corazon una remembranza de otro tal tiempo en que ya fuí, muy bueno é sabroso; tal, que habiéndole ya pasado, me hizo llorar como vistes.» Y ella dijo: «Pues agora me decid quién es aquella por quien se manda vuestro corazon. —La vuestra gran mesura, dijo él, que á ninguno falleció, es contra mí; esto hace mi gran desdicha; é pues que mas no puedo, conviene que contra mi placer lo diga. Sabed, Señora, que aquella que yo mas amo es la misma á quien vos enviais la corona, que 'al mi cuidar es la mas fermosa dueña de cuantas yo vi, é aun creo que de cuantas en el mundo hay; é por Dios, Señora, no querais de mí saber mas, pues que soy quito de mi promesa.—Quito sois, dijo el Emperador, mas por tal guisa que no sabemos mas que ante.—Pues á mi parecer, dijo él, que dije tanto cual nunca por mi boca salió jamás, y esto causó el deseo que yo tengo de servir á esta hermosa señora.—Así Dios me salve, dijo el Emperador, mucho debeis ser guardado é cerrado en vuestros amores, pues esto teneis en algo en lo haber descobierto; é pues que mi fija fué la causa dello, menester es que vos demande perdon.—Este yerro, dijo él, han hecho otros muchos, é nunca tanto sopieron de mí; así que, aunque dellos fuese yo quejoso, lo suyo desta tan fermosa señora tengo en merced; porque siendo ella tan alta é tan señalada en el mundo, quiso con tanto cuidado saber las cosas de un caballero andante como yo lo soy; mas á vos, Señor, no perdonaré yo tan ligero, que segun la luenga y secreta habla con ella antes hobistes, bien parece que no por su voluntad, mas pór la vuestra, lo hizo.» El Emperador se rió mucho é dijo: «En todo os fizo Dios acabado; sabed que así es como lo decis; por ende yo quiero corregir lo suyo é lo mio.» El de la Verde Espada fincó los hinojos por le besar las manos, mas él no quiso é dijo: «Señor, esta emienda recibo yo para la tomar cuando por ventura mas sin cuidado della estoviérdes.—Eso no podrá ser, dijo el Emperador; que vuestra memoria nunca de mí fallecerá ni la emienda de la mia cuando la quisiérdes.»

Estas palabras pasaron entre aquel emperador y el de la Verde Espada casi como en juego; mas tiempo vino que el efeto dellas salió en gran hecho, como en el cuarto libro de la historia será contado. La hermosa Leonorina dijo: «Señor caballeró de la Verde Espada, como quiera que de mí queja no hayais, nó soy por ende quita de culpa en vos afincar tanto contra vuestra voluntad; y en emienda dello, quiero que hayais este anillo.» El le dijo: «Señora, la mano que lo trae me

habeis vos de dar que la bese como vuestro servidor, que el anillo no puede andar en otra donde quejoso de mí no fuese.—Todavía, dijo ella, quiero que sea vuestro, porque se os acuerde de aquel encobierto lazo que vos armé, é cómo con tanta sotileza dél escapastes.» Entonces sacó el anillo, é lanzólo ante el caballero en el estrado, diciendo: «Otro tal queda á mí en esta corona, que no sé si con razon me la distes.—Grandes é buenos testigos, dijo él, son esos lindos ojos é hermosos cabellos, con todo lo al que Dios por su especial gracia vos dió.» E tomando el anillo, vió que era el mas hermoso é mas extraño que él nunca viera, ni en el mundo habia sino la otra piedra que en la corona quedaba. Y estándolo así mirando el caballero de la Verde Espada, dijo el Emperador: «Quiero que sepais de dónde vino esta piedra. Ya védes cómo la meitad della es el mas fino é ardiente rubí que nunca se vió, é la otra media es rubí blanco, que por ventura nunca lo vistes; que mucho mas fermoso es é mas preciado que el bermejo, y el anillo de una esmeralda que á duro otra tal en gran parte se fallaria. Agora sabed que Apolidon, aquel que por el mundo tan sonado es, fué mi abuelo; no sé si lo oistes así.—Eso sé yo bien, dijo el de la Verde Espada, porque siendo gran tiempo en la Gran Bretaña, vi la ínsola Firme, que se llama, donde hay grandes maravillas que él dejó; la cual, segun la memoria de las gentes, ganó mucho él á su honra, que llevando á hurto la hermana dèl emperador de Roma, aportó con gran tormenta á aquella ínsola, é segun la costumbre della, fuéle forzado de se combatir con un gigante que á la sazon la señoreaba; al cual, con gran esfuerzo matando, quedó él por señor en la ínsola, donde moró gran tiempo con su amiga Grimanesa; é segun él allí dejó, mas pasaron de cien años que nunca allí aportó caballero que de bondad de armas le pasase, é yo fuí allí; é dígoos, Señor, que pareceis ser bien de aquel linaje, segun vuestra forma é la de las imágines suyas, que so el arco de los leales amadores dejó; que no parecen sino verdaderamente vivas.—Mucho me haceis ledo, dijo el Emperador, en me traer á la memoria las cosas de aquel que en su tiempo par de bondad no tovo; é ruégovos que me digais el nombre del caballero que, mostrándose mas valiente é fuerte en armas que él, la ínsola Firme ganó.» El caballero le dijo: «El ha nombre Amadís de Gaula, fijo del rey Perion, de quien tan grandes cosas é tan extrañas por todo el mundo se suenan; aquel que en la mar, en naciendo, encerrado en una arca fué hallado, é llamándose el Doncel del Mar, mató en batalla de uno por otro al fuerte rey Abies de Irlanda, é luego fué conocido de su padre é madre.—Agora soy mas alegre que ante, porque, segun sus grandes nuevas, no tengo por mengua que de bondad pasase á mi abuelo, pues que la pasa á todos cuantos hoy son nacidos. E si yo creyese que siendo él fijo de tal rey é tan gran señor, que se atreveria á salir tan lueñe de su tierra, ciertamente crèeria que érades vos; mas esto que digo me lo face dudar; é tambien, si lo fuésedes, no me haríades tal desmesura en me no lo decir.»

Mucho fué afrentado con esta razon el de la Verde Espada, mas todavía se quiso encobrir, é no respondiendo á esto nada, dijo: «Señor, si á vuesamerced placerá, diga cómo la piedra fué partida.—Eso vos diré, dijo él, de grado. Pues aquel Apolidon, mi abuelo, que os digo, siendo señor deste imperio, envióle Felipanos, que á la sazon rey de Judea era, doce coronas muy ricas é de grandes precios, é aunque en todas ellas venian grandes perlas é piedras preciosas, en aquella que á mi hija distes venia esta piedra, que era toda una; pues viendo Apolidon ser esta corona, por causa de la piedra, mas fermosa, dióla á Grimanesa, mi abuela, y ella, porque Apolidon hobiese su parte, mandó á un maestro que la partiese, é hiciese de la mitad ese anillo, é dándole á Apolidon, quedóle la otra media en aquella corona, como veis; así que, ese anillo por amor fué partido, é por él fué dado; é así creo que de buen amor mi fija os le dió, é podrá ser que de otro muy mayor será por vos dado.» E así acaeció adelante, como lo el Emperador dijo, fasta que fué tornado á la mano de aquella donde salió por aquel que, pasando tres años sin verla, muchas cosas en armas hizo, é muy grandes cuitas é pasiones por su amor sufrió, así como en un ramo qué desta historia sale se recuenta, que las *Sergas de Esplandian* se llama; que quiere tanto decir como las proezas de Esplandian. Así como oides holgó el caballero de la Verde Espada seis dias en casa del Emperador, siendo tan honrado dél y de la Emperatriz y de aquella hermosa Leonorina, que mas no podia ser; é acordándosele lo que á Grasinda prometiera, de ser con ella dentro de un año, y el plazo se acercaba, habló con el Emperador, diciéndole cómo le convenia partir de allí, é luego, que le pedia por merced se mandase dél servir donde quiera que estoviese; que no seria en parte con tanta honra ni placer ni necesidad, que todo por le servir no lo dejase; é que si su noticia dél viniese haberle menester para su servicio, que no esperaria su mandado, que sin él tenia de allí acudir. El Emperador le dijo: «Mi buen amigo, esta ida tan breve no faréis á mi grado, si excusar se puede sin que vuestra palabra en falta sea.—Señor, dijo él, no se puede excusar sin que mi honra y verdad pasen gran menoscabo, así como el maestro Elisabat lo sabe; que tengo de ser á plazo cierto donde lo dejé prometido.—Pues que así es, dijo él, ruégovos que folgueis aquí tres dias.» El dijo que lo faria, pues que se lo mandaba.

A esta sazon estaba delante la fermosa Leonorina, é tomándole del manto, le dijo: «Mi buen amigo, pues que á ruego de mi padre quedais tres dias, quiero yo que al mio quedeis dos, y estos siendo mi huésped y de mis doncellas, donde yo y ellas posamos, porque queremos fablar con vos sin que ninguno vos empache, sino solamente dos caballeros, cual vos mas ploguiere, que os hagan compaña á vuestro comer y dormir; y este don os demando que lo otorgueis de grado; si no, haré que os prendan estas mis doncellas, é no habré qué os agradezca.» Entonces le cercaron mas de veinte doncellas muy fermosas é ricamente guarnidas, é Leonorina con gran risa é placer dijo: «Dejadle fasta ver lo que dirá.» El fué muy ledo desto que aquella fermosa señora facia, teniéndolo por la mayor honra que allí se le habia fecho, é díjole: «Bienaventurada é fermosa señora, ¿quién seria osado de no otorgar lo que vuestra voluntad es, esperando, si lo no hiciese, ser puesto en tan

esquiva prision? E yo lo otorgo como lo mandais, así esto como todo lo otro que servicio de vuestro padre é madre é vuestro sea; é á Dios plega por la su merced, mi buena señora, que las honras y mercedes que dellos y de vos recibo me lleguen á tiempo que de mí y de mi linaje os sean gradecidas y servidas.» Esto se cumplió muy enteramente, no por este caballero de la Verde Espada, mas por aquel su fijo Esplandian, qué socorrió á este emperador en tiempo é sazon que lo mucho habia menester, así como Urganda la Desconocida en el cuarto libro lo profetizó, lo cual se dirá adelante en su tiempo. Las doncellas le dijeron: «Buen acuerdo tomastes; si no, no podiérades escapar de mayor peligro que lo fué del Endriago.—Así lo tengo yo, señoras, dijo él; que mayor mal me podria venir enojando á los ángeles que al diablo, como lo él era.» Gran placer hobo destas razones que pasaron el Emperador é Emperatriz é todos los hombres buenos que allí eran, é muy bien les pareció las graciosas respuestas que el caballero de la Verde Espada daba á todo lo que le decian; así que, esto les facia creer aun mas que el su gran esfuerzo, ser él hombre de alto lugar, porque el esfuerzo é valentía muchas veces acierta en las personas de baja suerte é grueso juicio, é pocas la honesta mesura é polida crianza, porque esto es debido á aquellos que de limpia y generosa sangre vienen; no afirmo que lo alcanzan todos, mas digo que lo debrian alcanzar como cosa á que tan tenudos é obligados son, como este caballero de la Verde Espada lo tenia; que poniendo á la braveza del su fuerte corazon una orla de gran sofrimiento é contratacion amorosa, defendia que la soberbia é la ira logar no fallasen por donde su alta virtud dañar podiesen.

Pues allí holgó el de la Verde Espada tres dias con el Emperador, faciendo que Gastíles, su sobrino, y el marqués Saluder le trajesen por aquella cibdad y le mostrasen las cosas extrañas que en ella habia, como cabeza é mas principal cosa que era de toda la cristiandad; y despues en el palacio siendo, todo lo mas del tiempo en la cámara de la Emperatriz, fablando con ella é con otras grandes señoras, de que muy aguardada é acompañada era; é luego se pasó al aposentamiento de la fermosa Leonorina, donde falló muchas fijas de reyes é duques é condes é otros hombres grandes, con las cuales pasó la mas honrada é graciosa vida que fuera de la presencia de Oriana, su señora, en otro ningun logar tovo; preguntándole ellas con mucha aficion que les dijese las maravillas de la ínsola Firme, pues que en ella habia estado, especialmente lo del arco de los leales amadores y de la cámara defendida, é quién é cuántos podieron ver las fermosas imágenes de Apolidon é Grimanesa; é asimesmo que les dijesen la manera de las dueñas é doncellas de casa del rey Lisuarte, é cómo se llamaban las mas fermosas. El respondióles á todo con mucha discrecion é homildad lo que dello sabia, como aquel que tantas veces lo viera é tratara, como la historia lo ha contado; et así acaeció, que mirando él la gran y sobrada hermosura de aquella infanta y de sus doncellas, comenzó á pensar en su señora Oriana, creyendo que si allí ella estoviese, que toda la beldad del mundo seria junta; é ocurriéndole en la memoria tenerla tan apartada é alongada de sí, sin ninguna esperanza de la poder ver, fué puesto en tan gran desmayo, que cuasi fuera de sentido estaba; así que, aquellas señoras conocieron cómo nada de lo que le fablaban por él era oido, é así estovo por una pieza fasta que la reina Menoresa, que era señora de la gran ínsola llamada Gadabasta, é la mas fermosa mujer de toda Grecia, despues de Leonorina, le tomó por la mano y le hizo recordar de aquel gran pensamiento, tirándolo á sí, del cual se partió gimiendo é sospirando, como hombre que gran cuita sentia. Mas de que en su acuerdo fué, hobo gran vergüenza, que bien conoció que de todas ellas le habia de ser reutado, é dijo: «Señoras, no tengais por extraño ni por maravilla á quien ve vuestras grandes fermosuras é gracias que Dios en vos poso, de se membrar de algun bien si lo ya vió, é pasó con grandes honras é placeres, é sin merecimiento lo perder en tal guisa, que no sé tiempo en que cobrarlo pueda, por afan ni por trabajo que yo pueda haber.» Esto les decia él con aquella tristeza que el su atormentado corazon á su semblante enviaba; así que, aquellas señoras fueron á gran piedad dél movidas; mas él, con gran fuerza retrayendo las lágrimas que del corazon á los ojos le venian, punó de tornar á sí é á ellas á la perdida alegría.

En estas cosas é otras semejantes pasó allí el caballero de la Verde Espada el tiempo prometido, y queriéndose ya despedir, aquellas señoras le daban joyas muy ricas; pero él ninguna quiso tomar, sino tan solamente seis espadas que la reina Menoresa le dió, que eran de las fermosas é bien guarnidas que en el mundo se podian fallar, diciéndole que no gelas daba sino porque cuando las diese á sus amigos se membrase della y de aquellas señoras que tanto le amaban. La fermosa Leonorina le dijo: «Señor caballero del Enano, pídoos yo por cortesía que si ser podiere, cedo nos vengais á ver y estar con mi padre, que os mucho ama; y sé yo que le faréis mucho placer, é á todos los altos hombres de su corte, é á nosotras mucho mas, porque serémos so vuestro amparo y defensa si alguno nos enojare; é si esto ser no puede, ruégovos yo, con todas estas señoras, que nos envieis un caballero de vuestro linaje cual entendiérdes que será para nos servir si menester nos fuere, é con quien en remembranza vuestra hablemos y perdamos algo de la soledad en que vuestra partida nos deja; que bien creemos, segun lo que en vos paresce, que los habrá tales que sin mucha vergüenza vos podrán excusar.—Señora, dijo él, eso se puede con gran verdad decir; que en mi linaje hay tales caballeros que ante la su bondad la mia en tanto como nada se ternia, y entre ellos hay uno, que fio yo, por la merced de Dios, si él á vuestro servicio venir puede, que aquellas grandes honras y mercedes que yo de vuestro padre y de vos he recebido sin gelo merescer, las satisfará con tales servicios, que donde quiera que yo esté pueda creer ser ya fuera desta tan grande deuda.» Esto decia por su hermano don Galaor, que pensaba de le facer venir allí, donde tanta honra le farian, é tambien serian sus grandes bondades tenidas en aquel grado que debian ser. Mas esto no se complió así como el caballero de la Verde Espada lo pensaba;

antes, en lugar de don Galaor, su hermano, vino allí otro caballero de su linaje en tal punto é sazon, que fizo á aquella fermosa señora sofrir tantas cuitas é tanto afan, que á duro contarse podria; porque él pasó, así por la mar como por la tierra, las aventuras extrañas y peligrosas cual nunca otro en su tiempo ni despues de mucho tiempo se supo que igual le fuese; así como en un ramo que destos libros sale, llamado las *Sergas de Esplandian*, comò ya se os ha dicho, se recontará. Pues aquella señora Leonorina, con mucha aficion le rogando que él ó aquel caballero que él decia les enviase, y él así gelo prometiendo, dándole licencia, se subieron todas á las finiestras del palacio, donde fasta le perder de vista por la mar, donde en su galea iba, no se quitaron.

Ya se os ha contado ante cómo el Patin envió á Salustanquidio, su primo, con gran compaña de caballeros, é la reina Sardamira, con muchas dueñas é doncellas, al rey Lisuarte á le demandar á su hija Oriana para casar con ella. Agora sabed que estos mensajeros por do quiera que iban daban cartas del Emperador á los príncipes é grandes que por el camino fallaban, en que les rogaba que honrasen é sirviesen á la emperatriz Oriana, fija del rey Lisuarte, que ya por su mujer tenia; é aunque ellos por sus palabras mostrasen buena voluntad á lo facer, entre sí rogaban á Dios que tan buena señora, hija de tal rey, no la llegase á hombre tan despreciado y desamado de todas las gentes que le conoscian; lo cual era con mucha razon, porque su desmesura y soberbia era tan demasiada, que á ninguno, por grande que fuese, de los de su señorío y de los otros que él sojuzgar podia no facia honra, antes los despreciaba é aviltaba, como si con aquello creyese ser su estado mas seguro y crescido.

¡Oh, loco el tal pensamiento, creer ningun príncipe que, seyendo por sus merecimientos desamado de los suyos, que pueda ser amado de Dios! Pues si de Dios es desamado, ¿qué puede esperar en este mundo y en el otro? Por cierto no al, salvo en el uno y en el otro ser deshonrado y destruido, é su ánima en los infiernos perpétuamente. Pues estos embajadores llegaron á un puerto descontra la Gran Bretaña, que llaman Zamandò, é allí aguardaron hasta hallar barcas en que pasasen; y en tanto ficieron saber al rey Lisuarte cómo ellos iban á él con mandado del Emperador, su señor, con que mucho le placeria.

CAPITULO XIII.

Cómo el caballero de la Verde Espada se partió de Constantinopla para complir la promesa por él fecha á la muy fermosa Grasinda, é cómo estando determinado de partir con esta señora á la Gran Bretaña por complir su mandado, acaesció, andando á caza, que halló á don Bruneo de Bonamar malamente ferido; é tambien cuenta la aventura con que Angriote de Estravaus se topó con ellos y se vinieron juntos á casa de la fermosa Grasinda.

Partido el caballero de la Verde Espada del puerto de Constantinopla, el tiempo le fizo bueno y enderezado para su viaje, el cual era pensar ir á aquella tierra donde su señora Oriana era. Esto le hacia ser muy ledo, aunque en aquella sazon fuese tan cuitado é tan atormentado por ella como nunca tanto lo fué; porque él morara tres años en Alemaña é dos en Romanía y en Grecia, que en este medio tiempo nunca della no solamente no hubo su mandado, mas ni sopo nuevas algunas. Pues tan bien le avino, que á los veinte dias fué aportado en aquella villa donde Grasinda era, é cuando ella lo sopo fué muy leda, que ya sabia cómo al Endriago matara, y los fuertes gigantes que en las ínsolas de Romanía habia vencido é muerto, y ella se aderezó lo mejor que podo, como rica é gran señora que era, para lo recebir, é mandó que llevasen caballos para él é para el maestro Elisabat, en que de la galea saliesen, y el de la Verde Espada se vistió de ricos paños, y en un caballo hermoso, y el maestro en un palafrèn, se fueron á la villa, donde habiendo ya sabido sus extrañas é famosas cosas cómo por maravilla era mirado é honrado de todos, é asimesmo el maestro, que muy emparentado é muy rico en aquella tierra era. Grasinda le salió á rescebir al patio con todas sus dueñas é doncellas, y él descabalgando, se le homilló mucho, y ella á él, como aquellos que de buen amor se amaban; é Grasinda le dijo: «Señor caballero de la Verde Espada, en todas las cosas os hizo Dios complido; que habiendo pasado tantos peligros, tantas extrañas cosas, la vuestra buena ventura, que lo quiso, os trajo á complir é quitar la palabra que me dejastes, que de hoy en cinco dias es la fin del año por vos prometido, é á él plega de os poner en corazon que tan enteramente me cumplais el otro don que aun por demandar está.—Señora, dijo él, nunca yo, si Dios quisiere, faltaré lo que por mí fuere prometido, especialmente á tan buena señora como vos sois, que tanto bien me fizo; que si en vuestro servicio la vida pusiere, no se me debe gradecer, pues que por vuestra causa, dándome al maestro Elisabat, la tengo.—Bien empleado sea el servicio, dijo ella, pues que tan bien gradescido es, é agora vos id á comer; que no puedo yo por mi voluntad pedir tanto, que vuestro gran esfuerzo no cumpla mas.» Estonces lo llevaron al corral de los hermosos árboles, donde ya de la ferida le habian curado, como se os contó, é allí fué servido él y el maestro Elisabat, como en casa de señora que tanto los amaba, y en una cámara que con aquel corral se contenia albergó el caballero de la Verde Espada aquella noche, é antes que dormiese fabló muy gran pieza con Gandalin, diciéndole cómo iba ledo en su corazon por ir contra la parte donde su señora era, si el don de aquella dueña no le estorbase. Gandalin le dijo: «Señor, tomad el alegría cuando viniere, é lo al remetid á Dios nuestro Señor; que puede ser que el don de la dueña será en ayudar é acrecentar vuestro placer.»

Así dormió aquella noche con algo mas de sosiego, é á la mañana se levantó, é fué á oir misa con Grasinda en su capilla, que con sus dueñas é doncellas lo atendia; y desque fué dicha, mandando á todos apartar, tomándole por la mano, en un poyo que allí estaba con él se sentó, é razonando con él, dijo: «Caballero de la Verde Espada, sabréis cómo un año ante que aquí vos viniésedes, todas las dueñas que extremadamente sobre las otras fermosas eran se juntaron en unas bodas que el duque de Basilea facia, á las cuales bodas fuí yo en guarda del marqués Saluder, mi her-

mano, que vos conoceis; y estando todas juntas, é yo con ellas, entraron hí todos los altos hombres que á aquellas fiestas vinieron, y el Marqués, mi hermano, no sé si por aficion ó por locura, dijo en voz alta, que todos lo oyeron, que tan grande era mi fermosura, que vencia á todas las dueñas que allí eran, é si alguno lo contrario dijese, que él por armas gelo haria decir; é no sé si por su esfuerzo dél, ó porque así á los otros como á él pareciese, basta que no respondiendo ninguno, yo quedé é fuí juzgada por la mas fermosa dueña de todas las fermosas de Romanía, que es tan grande como lo vos sabeis; así que, con esto siempre mi corazon es muy ledo é muy lozano; é mucho mas lo sería, y en muy mayor alteza, si por vos podiese alcanzar lo que tanto mi corazon desea, é no dudaria trabajo de mi persona ni gasto de mi estado, por grande que fuese. —Mi señora, dijo él, demandad lo que mas os placerá, y sea cosa que yo complir pueda, porque sin duda se porná luego en ejecucion. —Mi señor, dijo ella, pues lo que yo os pido por merced es, que seyendo sabidora de cierto haber en la casa del rey Lisuarte, señor de la Gran Bretaña, las mas fermosas mujeres de todo el mundo me lleveis allí; é por armas, si por otra guisa ser no puede, me fagais ganar aquella gran gloria de fermosura sobre todas las doncellas que allí hobiere, que aquí en estas partes gané sobre las dueñas, como os ya dije; diciendo que en su corte no hay ninguna doncella tan fermosa como lo es una dueña que vos levádes; é si alguno lo contradijere, gelo fagais conoscer por fuerza de armas; é yo levaré una rica corona que por mi parte pongais, é así ponga otra el caballero que con vos se hobiere de combatir, para que el vencedor, en señal de tener la mas fermosa de su parte, las lleve ambas. E si Dios con honra nos ficiere partir de allí levarme hédes á una que llaman la ínsola Firme, donde me dicen que hay una cámara encantada, en que ninguna mujer, dueña ni doncella, entrar puede, sino aquella que de fermosura pasare á la muy fermosa Grimanesa, que en su tiempo par no tovo; y este es el don que vos yo demando.»

Cuando esto fué oido por el caballero de la Verde Espada fué todo demudado, é dijo con semblante muy triste: «¡Ay Señora, muerto me habeis! é si gran bien me fecistes, en crecido mal me habeis tornado.» Y fuése así tollido, que ningun sentido le quedó. Esto fué cuidando que si con tal razon á la corte del rey Lisuarte fuese, era perdido con su señora Oriana, que mas que á la muerte la temia; é sabia bien que en la corte habia muy buenos caballeros que por ella tomarian la empresa; que teniendo el derecho é la razon de su parte tan enteramente, segun la diferencia tan grande de la fermosura de Oriana á la de todas las del mundo, que no podia él salir de la tal demanda que tomase sino deshonrado ó muerto; y de otra parte pensaba, si falleciese de su palabra á aquella dueña, que sin le conocer tantas honras y mercedes della habia recebido, que seria muy gran confundimiento de su prez é honra. Así que, él estaba en la mayor afrenta que despues que de Gaula saliera estado habia, é maldecia á sí é á su ventura é á la hora en que nasciera, é á la venida en aquellas tierras de Romanía; pero luego le vino súpitamente un gran remedio á la memoria, y este fué acordársele que Oriana no era doncella, y que el que por ella la batalla tomase la tomaba á tuerto. E cuando despues él pudiese ver á Oriana le faria entender la razon de cómo aquello pasaba. E hallado este remedio, dejando el cuidado grande en que estaba, que mucho atormentado le habia, á le poner en el mayor estrecho que él nunca pensó tener; mas luego tornó muy ledo y de buen semblante, como si por él nada pasado hobiera, é dijo á Grasinda: «Mi buena señora, demándoos perdon por el enojo que os he fecho; que yo quiero complir todo lo que me pedis si la voluntad de Dios fuere; é si en algo dudé, no por mi voluntad, mas por la de mi corazon, á quien yo resistir no puedo; que á otra parte enderezaba su viaje; y de las palabras que yo dije, él fué la causa, como aquel que en todas las cosas sojuzgado me tiene; mas las grandes honras que yo de vos he recebido tovieron tales fuerzas, que las suyas quebrantando, me dejan libre para que, sin ningun entrevalo, aquello que tanto os agrada complir pueda.» Grasinda le dijo: «Cierto, mi buen señor, yo creo muy bien lo que me decis; mas dígoos que fuí puesta en muy gran alteracion cuando así os vi.» Y tendiendo los sus muy fermosos brazos, poniéndolos en sus hombros, le perdonó aquello que habia pasado, diciendo: «Mi señor, ¿cuándo veré yo aquel dia que la vuestra gran prez de armas me fará en mi cabeza tener aquella corona que de las mas fermosas doncellas de la gran Bretaña por vos ganada será, tornando á mi tierra con aquella gran gloria que todas las dueñas de Romanía della me partí?» Y él le dijo: «Mi señora, quien tal camino ha de andar no debe perder el cuidado; que habeis de pasar por muy extrañas tierras y gentes de lenguajes desvariados, donde gran trabajo y peligro se ofrece; é si el don yo no hobiese prometido, é mi consejo se demandase, no seria otro, salvo que persona de tanta honra y estado como lo vos sois, no se debria poner á tal afrenta por ganar aquello que sin ello, con tan gran parte de beldad y de fermosura, muy bien é con mucha gloria pasar puede. —Mi señor, dijo ella, mas me pago del vuestro buen esfuerzo que para el camino tomastes, que del consejo que me daríades; pues que, teniendo tal ayudador como vos, sin recelo alguno espero satisfacer á mi deseo, que tanto tiempo por lo alcanzar con mucha pena ha estado; y esas extrañas tierras y gentes que decis, muy bien excusarse pueden, pues que por la mar mejor que por la tierra se podrá hacer nuestro camino, segun de muchos que lo saben soy informada. —Mi señora, dijo él, yo os he de aguardar y servir; mandad lo que mas á vuestra voluntad satisface, que aquello por mí en obra será puesto. —Mucho os lo gradezco, dijo ella, y creed que yo llevaré tal atavío é compaña cual tal caudillo como lo vos sois meresce. —En el nombre de Dios, dijo él, sea todo.» E así quedó la fabla por estonces; y desque el caballero de la Verde Espada folgó dos dias, hobo sabor de ir á correr monte, así como aquel que no habiendo en qué las armas ejercitar en otra cosa, su tiempo pasaba; é tomando consigo algunos caballeros que allí habia é monteros sabidores de aquel menester, se fué á un muy espeso monte, dos leguas de la villa, donde muchos

venados habia, é posiéronle á él con dos muy hermosos canes en una armada entre la espesa montaña é una floresta que no muy léjos dellos estaba, donde mas contino la caza acostumbraba salir, é no tardó mucho que mató dos venados muy grandes, é los monteros mataron otro; é seyendo ya cerca de la noche, tocaron los monteros las bocinas; mas el caballero de la Verde Espada, queriendo á ellos ir, vió salir de una gran mata un venado muy fermoso á maravilla, é poniéndole los canes, el venado, como muy aquejado se vió, metióse en una gran laguna, pensando guarecer; mas los canes entraron dentro, como iban muy codiciosos de la caza, é tomáronlo, y llegando el caballero de la Verde Espada, lo mató. E Gandalin, que con él estaba, con quien él gran alegría recebia é habia mucho fablado en aquella ida, que á la tierra donde su señora estaba cedo pensaba ir, tomando en ello muy gran descanso, como aquel que no la habia visto gran tiempo habia, como habeis oido, se apeó muy prestamente de su caballo, y encarnó los canes, que muy buenos eran, como aquel que muchas veces de aquel arte usado habia.

En este tiempo ya la noche era cerrada, que cuasi nada veian, é poniendo el venado muy prestamente en una mata, echando sobre él de las ramas verdes, cabalgaron en sus caballos prestamente; perdiendo el tino donde habian de acudir con la gran espesura de las matas, no sabian qué ficiesen; é sin saber dónde iban, andovieron una pieza por la montaña, pensando topar algun camino ó alguno de su compaña; mas no lo fallando, acaso dieron en una fuente, é allí bebieron sus caballos, é ya sin esperanza de tener otro albergue, descabalgaron dellos, quitándoles las sillas é los frenos, los dejaron pascer por la yerba verde que allí cabe ella era; mas el de la Verde Espada, mandando á Gandalin que los guardase, se fué contra unos grandes árboles que cerca de allí eran, porque estando sólo, mejor podiese pensar en su facienda y de su señora; y llegando cerca dellos, vió un caballo blanco muerto, ferido de muy grandes golpes, é oyó entre los árboles gemir muy dolorosamente, mas no veia quién, que la noche era escura é los árboles muy espesos; y sentándose debajo de un árbol, estovo escuchando qué podria ser aquello, é no tardó mucho que oyó decir con gran angustia é dolor: «¡Ay cativo, mezquino, sin ventura, Bruneo de Bonamar, ya te conviene que contigo fenezcan é mueran los tus mortales deseos, de que tan atormentado siempre fuiste! ¡ya no verás aquel tu tan grande amigo Amadís de Gaula, por quien tanto afan é trabajo por tierras extrañas has llevado, aquel que tan preciado é amado de tí sobre todos los del mundo era, pues sin él é sin pariente ni amigo que de tí se duela, te conviene pasar desta vida á la cruel muerte, que se te ya llega!» Y despues dijo: «¡Oh mi señora Melicia, flor y espejo sobre todas las mujeres del mundo, ya no os verá ni servirá el vuestro leal vasallo Bruneo de Bonamar, aquel que en fecho ni dicho nunca fallesció de vos amar mas que á sí! Mi señora, vos perdeis lo que jamás cobrar podeis; que cierto, mi señora, nunca habrá otro que tan lealmente como yo os ame! ¡Vos érades aquella que con vuestra sabrosa membranza era yo mantenido y fecho lozano, donde me venia esfuerzo é ardimento de caballero, sin que os lo podiese servir, é agora, que en obra lo ponia en buscar este hermano que vos tanto amádes, de la demanda del cual jamás me partiera sin lo fallar, ni osara ante vos parecer, mi fuerte ventura, no me dando logar á que este servicio os hiciese, me ha traido á la muerte, la cual siempre temí que por causa vuestra de venirme habia!» E luego dijo: «Ay mi buen amigo Angriote de Estravaus, ¿dónde sois agora vos, que tanto tiempo esta demanda mantovimos, y en el fin de mis dias que no pueda haber socorro ni ayuda? ¡Cruda fué mi ventura contra mí, cuando quiso que ambos anoche partidos fuésemos! ¡Aspero é cuidoso fué aquel partimiento, que ya mientra el mundo durare, nunca mas nos verémos! Mas Dios reciba la mi ánima, é la vuestra gran lealtad guarde, como lo ella meresce.» Estonces callando gemia é sospiraba muy dolorosamente.

El caballero de la Verde Espada, que todo lo oyera, estaba muy fieramente llorando, é como le vió sosegado, fué á él é dijo: «¡Ay mi señor é buen amigo don Bruneo de Bonamar, no os quejeis, y tened esperanza en aquel muy piadoso Dios, que quiso que á tal sazon os fallase para socorreros con aquello que bien menester habeis, que será melecina para el mal de que vos pena sofris; y creed, mi señor don Bruneo, que si hombre puede haber remedio é salud por sabiduría de persona mortal, que lo vos habréis, con ayuda de nostro Señor Dios.» Don Bruneo cuidó que Lasindo, su escudero, era, segun tan fieramente lo vió llorar, que habia enviado á buscar algun religioso que lo confesase, é dijo: «Mi amigo Lasindo, mucho tardaste, que mi muerte se allega. Agora ruego que tanto que de aquí me lleves, te vayas derechamente á Gaula, y besa las manos á la Infanta por mí, é dale esta parte de una manga de mi camisa, en que siete letras van escritas con un palo tinto de la mi sangre, que las fuerzas no bastaron para mas. Yo fio en la su gran mesura, que aquella piedad que sosteniendo la vida de mí no hobo, que veyéndolas, con algun doloroso sentimiento de mi muerte la habrá, considerando haberla en su servicio recebido, buscando con tantas afrentas é trabajos á aquel hermano que ella tanto amaba.» El caballero de la Verde Espada le dijo: «Mi amigo don Bruneo, no soy yo Lasindo, sino aquel por quien tanto mal recebistes; yo soy vuestro amigo Amadís de Gaula, que así como vos vuestro peligro siento. No temais, que Dios os acorrerá, é yo, con un tal maestro, que con su ayuda tanto que el ánima de las carnes despedida no sea os dará salud.» Don Bruneo, como quiera que muy desacordado y flaco estuviese de la mucha sangre que se le fuera, conociólo en la palabra, y tendiendo los brazos contra él, lo tomó é juntó consigo, cayéndole las lágrimas por las sus faces en gran abundancia. Mas el de la Verde Espada asimesmo, teniéndolo abrazado é llorando, dió voces á Gandalin que presto á él viniese, é llegando, le dijo: «¡Ay Gandalin! ves aquí á mi Señor y leal amigo don Bruneo, que por me buscar ha pasado gran afan, é agora es llegado al punto de la muerte; ayúdame á lo desarmar.» Estonces lo tomaron ambos, é muy paso lo desarmaron é posieron encima de un tabardo de Gandalin, é cobriéronlo con otro del caballero de la Verde Espada, é mandóle que lo mas presto que podiese, só-

biendo en algun otero, atendiese la mañana, y se fuese á la villa al maestro Elisabat, y le dijese de su parte que por la gran fianza que en él tenia, tomando todas las cosas necesarias, se viniese luego para él á curar de un caballero que mal llagado estaba, y que creyese que era uno de los mayores amigos que él tenia. E á Grasinda, que le pedia mucho por merced mandase traer aparejo en que lo llevasen á la villa, tal cual convenia á caballero de tan alto linaje y de tan gran bondad de armas como lo él era; y quedando allí con él, teniéndole la cabeza en sus hinojos, consolándole, se fué luego Gandalin con aquel mandado, é subido en un otero alto de la floresta, el dia venido, vió luego la villa, é puso las espuelas á su caballo é fué para allá, é así con aquella priesa que llevaba entró por ella, sin responder ninguna cosa á los que le preguntaban, por se no detener, é todos pensaban que alguna ocasion acontesciera á su señor. E llegó á la casa del maestro Elisabat, el cual, oido el mandado del caballero de la Verde Espada é la gran priesa de Gandalin, creyendo que el fecho era muy grande, tomó todo aquello que para tal menester necesario era, é cabálgando en su palafren, aguardó á Gandalin que lo guiase, que estaba contando á Grasinda lo que á su Señor le acaeciera, é lo que le pedia por merced; et partiéndose della, tomaron el camino de la montaña, donde en poco despacio de tiempo fueron llegados al logar do los caballeros estaban. E cuando el maestro Elisabat vió cómo el caballero de la Verde Espada, su leal amigo, tenia la cabeza del otro caballero en su regazo é fieramente lloraba, bien cuidó que lo amaba mucho, é llegó riendo é dijo: «Mis señores, no temádes, que Dios os porná presto consejo con que seréis alegres.» Desi llegóse á don Bruneo é católe las llagas, é fallólas hinchadas y enconadas del frio de la noche; mas él le puso en ellas tales melecinas, que luego el dolor le fué quitado; así que, el sueño le sobrevino, que le fué gran bien y descanso. E cuando el de la Verde Espada vió aquello, é cómo el maestro en poco el peligro de don Bruneo tenia, fué muy ledo, é abrazándole, le dijo: «¡Ay maestro Elisabat, mi buen señor é mi amigo, en buen dia fuí en vuestra compañía, donde tanto bien é tanto provecho se me ha seguido; pido yo á Dios por merced que algun tiempo os lo pueda galardonar, que aunque agora me védes como un pobre caballero, puede ser que ante que mucho pase, de otra guisa me juzgaréis.—Si Dios me salve, caballero de la Verde Espada, dijo él, mas contento é agradable es á mí serviros é ayudar á la vuestra vida, que lo vos seríades en me dar el galardon; que bien cierto soy que nunca el vuestro gradescimiento me faltará; y en esto no se fable mas, é vayamos á comer; que tiempo es.» E así lo ficieron; que Grasinda gelo mandara llevar muy bien adobado, como aquella que, demás de ser tan gran señora, tenia mucho cuidado de dar placer al caballero de la Verde Espada en lo que se ofrecia.

Y desque comieron estaban fablando en cómo eran muy fermosas aquellas hayas que allí veian, y que á su parescer eran los mas altos árboles que en ninguna parte habian visto; y ellos, estándolas catando, vieron venir un hombre á caballo, é traia dos cabezas de caballeros colgadas del petral, y en sus manos una hacha toda tinta de sangre; é como vido aquella gente cabe los árboles, estovo quedo, é quísose tirar afuera; mas el caballero de la Verde Espada é Gandalin lo conoscieron, que era Lasindo, escudero de don Bruneo, y temiéndose, si á ellos llegase, que con inocencia los descubriria, el de la Verde Espada dijo: «Estad todos quedos, é yo veré quién es aquel que de nos se recela, é por cuál razon trae así aquellas cabezas.» Estonces, cabalgando en un caballo é con una lanza, se fué para él, é dijo á Gandalin que fuese en pos dél; «é si aquel hombre no me atiende, seguirle has tú.» El escudero, cuando vió que contra él iban, fuése tirando afuera por la floresta con temor que habia, y el de la Verde Espada tras él. Mas llegando á un valle que los ya no podian ver ni oir, comenzólo á llamar, diciendo: «Atiéndeme, Lasindo, no temas de mí.» Cuando él esto oyó, volvió la cabeza, é conosció que era Amadís, é con mucho placer á él se vino, y besóle las manos é díjole: «¡Ay Señor! no sabeis las desventuras é tristes nuevas de mi señor don Bruneo, aquel que tantos peligrosos afanes en os buscar ha por tierras extrañas pasado.» E comenzó á hacer gran duelo, diciendo: «Señor, estos dos caballeros dijeron á Angriote que muerto aquí cerca en esta floresta lo dejaban, sobre lo cual les tajó estas cabezas, é mandóme que las posiese cabe él si era muerto, é si vivo, que de su parte gelas presentase.—¡Ay Dios! dijo el caballero de la Verde Espada, ¿qué es esto que me dices? que yo hallé á don Bruneo, pero no en tal disposicion que ninguna cosa contar me podiese, é agora te deten un poco, é Gandalin contigo, como que él te alcanzó y te dijo las nuevas de tu señor; é cuando ante mí fueres, no me llames sino el caballero de la Verde Espada.—Ya de eso, dijo Lasindo, estaba yo avisado que así lo debia facer. E allá nos contarás las nuevas que sabes.» E luego se tornó á su compaña, é dijo cómo Gandalin iba en pos del escudero, é á poco rato viéronlos venir á entrambos; é como Lasindo llegó é vió el caballero de la Verde Espada, descendió presto é fué fincar los hinojos ante él é dijo: «Bendito sea Dios, que á este lugar os trajo, porque seais ayudador en la vida de mi señor don Bruneo, que vos tanto amádes.» Y él lo alzó por la mano é dijo: «Mi amigo Lasindo, tú seas bien venido, é á tu señor fallarás en buen estado; mas agora nos cuenta por cuál razon traes así esas cabezas de hombres.—Señor, dijo él, ponedme ante don Bruneo, é allí os lo contaré; que así me es mandado.»

Luego se fueron á él donde estaba, en un tendejon que Grasinda con las otras cosas allí mandara traer, é Lasindo fincó los hinojos ante él é dijo: «Señor, veis aquí las cabezas de los caballeros que os tan gran tuerto ficieron, y envíaoslas vuestro leal amigo Angriote de Estravaus, que sabiendo el aleve que os ficieron, se combatió con ellos ambos é los mató, é será aquí con vos á poca de hora, que quedó en un monesterio de dueñas que es en cabo desta floresta á se curar de una llaga que en la pierna tiene, é cuando la sangre haya restañado, luego se verná.—¡Dios val! dijo don Bruneo. ¿E cómo acertará acá venir?—El me dijo que viniese á los mas altos arboles desta floresta, que muerto os fallaria; que él así lo cuidaba, segun lo que uno destos traidores le dijo antes que lo matase. Y el duelo que

por vos face, no se puede contar ni decir.—¡Ay Dios! dijo el caballero de la Verde Espada, guardadlo de mal y de peligro. Decid, dijo á Lasindo, ¿saberme has guiar á ese monesterio?—Sabré,» dijo él. Estonces dijo al maestro Elisabat que llevasen á don Bruneo en andas á la villa, é armándose de las armas de don Bruneo, cabalgó en su caballo y metióse por la floresta, é Lasindo con él, que el escudo é yelmo é lanza le llevaba. Y llegando donde esa noche habia dejado el venado debajo del árbol, vieron venir á Angriote en su caballo, la cabeza bajo como que duelo hacia, con el cual el de la Verde Espada gran placer hobo; é luego vió venir en pos dél cuatro caballeros muy bien armados, que á altas voces le decian: «Esperad, don falso caballero; conviene que la cabeza perdais por las que tajastes á los que mucho mas que vos valian.» Angriote volvió su caballo contra ellos y embrazó su escudo, é guisóse de se dellos defender, sin que al de la Verde Espada viese; el cual ya tomara sus armas, é fué cuanto el caballo levarlo pudo, y llegó á Angriote ante que á los otros llegase, é dijo: «Buen amigo no temais; que Dios será por vos.» Angriote cuidó, por las armas, que don Bruneo era, de que muy alegre sin comparacion fué; mas el de la Verde Espada firió al primero que delante de los otros venia, que era Bradansidel, aquel con quien ya justara, é le ficiera llevar la cola del caballo en la mano, caballero al revés, como ya oistes, que era uno de los mas valientes en armas que en toda aquella comarca se hallaba; y encontróle por cima del escudo, so la falda del yelmo, en el pecho tan fuertemente, que lo lanzó de la silla en el campo, sin que pié ni mano bulliese; é los otros firieron á Angriote, y él á ellos, así como aquel que muy esforzado era. Mas el de la Verde Espada puso mano á ella, é metióse con tanta saña entre ellos, firiéndolos de tan fuertes golpes, que de un golpe que al uno dió por cima del hombro, no pudieron tanto las armas resistir, que cortadas no fuesen con la carne é con los huesos; así que, cayó á los piés de Angriote, que se mucho maravillaba de tales feridas, que no pudiera él creer que tanta bondad en don Bruneo hobiese; que ya habia él derribado otro. El que quedaba solo vió venir contra sí al de la Verde Espada, é no lo osando atender, comenzó de fuir al mas correr del caballo, y el de la Verde Espada iba tras él por le ferir, y el otro, con el gran miedo, erró un paso de un rio é cayó en el fondo; así que, saliendo el caballo, el caballero con el peso de las armas afogado fué.

Entonces, dando el escudo y el yelmo á Lasindo, se tornó para Angriote, que espantado estaba de su gran valentía, cuidando que don Bruneo fuese, como ya os dije; mas llegando cerca, conoció que era Amadís, é fué contra él los brazos tendidos, dando gracias á Dios, que gelo ficiera hallar; y el de la Verde Espada asimismo fué á lo abrazar, viniendo al uno é al otro las lágrimas á los ojos de buen talante, que se mucho amaban. Y el de la Verde Espada le dijo: «Agora parece, mi señor, aquel leal y verdadero amor que me habeis, en me buscar tanto tiempo, con tantos peligros, por tierras extrañas.—Mi señor, no puedo tanto hacer ni trabajar en vuestra honra é servicio, que á mas no vos sea obligado, pues que me fecistes haber aquella que sin ella no podiera yo sostener la vida; y dejemos esto, pues que la deuda es tan grande, que á duro se podrá pagar; mas decidme si sabeis las desaventuradas nuevas del vuestro gran amigo don Bruneo de Bonamar.—Ya las sé, dijo el de la Verde Espada, é son de buena ventura; pues Dios, por su merced, quiso que en tal sazon lo yo fallase.» Entonces le contó por cuál guisa lo fallara, é como le dejaba en guarda del mejor maestro que en el mundo habia, con seguridad de la vida. Angriote alzó las manos al cielo, gradeciendo á Dios, que así lo habia remediado. Entonces se movieron para se ir, é pasando cabe los caballeros que habia vencido, fallaron el uno dellos que vivo estaba, y el de la Verde Espada se paró sobre él é díjole: «Mal caballero, que Dios confunda, decid, ¿por qué á sin guisado quereis matar los caballeros andantes? Decidlo luego; si no, tajaros he la cabeza; é si fuestes vos en el mal del caballero que traia estas armas que yo tengo.—Eso no lo puede negar, dijo Angriote, que yo lo dejé con otros dos en su compañía con don Bruneo, y despues fallé yo los dos, que se alababan que habian muerto á don Bruneo, el cual ellos llevaban para les ayudar, diciéndole que les querian quemar una hermana suya; así que, todos debieran ser en la traicion, porque don Bruneo se fué con ellos á salva fe por socorrer la doncella que no padeciese, é yo me fuí con un caballero viejo que esa noche nos habia albergado, por le hacer tornar un fijo suyo que preso le tenian en unas tiendas acá suso en una ribera; é avínome tan bien, que gelo hice dar, é metí en su prision al que preso gelo tenia; y en esta manera nos partimos el uno del otro. Agora diga este por qué le hicieron tan grande aleve.»

El de la Verde Espada dijo á Lasindo: «Desciende é tájale la cabeza, que traidor es.» El caballero hobo gran miedo é dijo: «Señor, merced por Dios; que yo vos diré la verdad de lo que pasó. Sabed, señor caballero, que nos sopimos cómo estos dos caballeros buscaban al caballero de la Verde Espada, que nosotros mortalmente desamamos; é sabiendo cómo eran sus amigos, acordamos de los matar; é no lo pensando acabar, tomándolos juntos, movimos aquellas razones que este caballero ha dicho; é yendo nuestro camino con achaque de librar la doncella, fablando, desarmadas las cabezas é las manos, llegamos á aquella fuente de las altas hayas, y en tanto que el caballero daba á beber á su caballo, tomamos las lanzas, é yo cabe él estaba, arrebatéle la espada de la vaina, é antes que él se podiese valer lo derribamos del caballo, é dímosle tantas feridas, que por muerto lo dejamos; é así creo yo que él lo estará.» El de la Verde Espada le dijo: «¿Por qué razon me desamais, que tal aleve cometistes?—E ¡cómo! dijo él, ¿vos sois el caballero de la Verde Espada?—Sí soy, dijo él, y veis aquí que la trayo.—Pues agora os diré lo que preguntais. Bien se os acordará cómo habrá un año que pasastes por esta tierra, é combatióse con vos aquel caballero que allí muerto yace (tendió la mano contra Bradansidel, que era el mas recio é fuerte caballero de toda esta tierra), é la batalla fué ante la fermosa Grasinda, é Bradansidel con gran soberbia puso la ley que el vencido habia de guardar, la cual era que cabalgando avesas en el caballo, y el escudo al revés, é la cola del ca-

ballo en la mano por freno, pasase ante aquella fermosa dueña é por medio de una villa suya, lo que Bradansidel, como vencido, le convino complir, con gran deshonra é mengua suya; y por esta deshonra que le hecistes os desamaba él de muerte, é todos aquellos que sus parientes y amigos somos, é caimos en aquel yerro que habeis visto. Agora mandadme matar ó dejar vivo; que dicho os he lo que saber queríades.—No os mataré, dijo el de la Verde Espada, porque los malos viviendo mueran muchas veces, é paguen aquello que sus malas obras merecen; que segun vuestras mañas, así se complirá como lo digo.» E mandó á Lasindo que tomase un caballo de aquellos que sueltos andaban para llevar el venado, é desenfrenando los otros caballos, corriéndolos por la floresta, se fueron contra la villa, donde pensaban fallar á don Bruneo, é llevaron ante sí en el caballo el venado; y el caballero de la Verde Espada habia gran sabor de preguntar á Angriote por nuevas de la Gran Bretaña, y él le contaba las que sabia, aunque ya habia año é medio que él é don Bruneo de allá en su demanda dél habian partido; y entre las otras cosas, le dijo: «Sabed, mi señor, que en casa del rey Lisuarte queda un doncel, el mas extraño é mas hermoso que se nunca vió, del cual Urganda la Desconocida ha hecho por su carta saber al Rey é á la Reina las grandes cosas, si vive, que ha de pujar.» E contóle cómo el ermitaño lo criara, sacándolo de la boca de una leona, y en la forma que el rey Lisuarte lo falló: é díjole de las letras blancas é coloradas que en el pecho tenia, é cómo el Rey lo criara muy honradamente por lo que Urganda dijera, é cómo, demás de ser el doncel tan fermoso é de buen donaire, era muy bien acostumbrado en todas sus cosas.—¡Dios val! dijo el caballero de la Verde Espada, de muy extraño hombre me fablais. Agora me decid qué edad habrá.—Puede ser de fasta doce años, dijo Angriote; y él é Ambor de Gadel, mi fijo, sirven ante Oriana, que mucha merced les face; tanto es bueno su servicio, tanto que en aquella casa del Rey no hay otros tan honrados ni mirados como ellos. Pero muy diferentes son en el parecer; que el uno es el mas hermoso que se fallar podria é muy mejor acostumbrado, é Ambor me semeja muy perezoso.—¡Ay Angriote! dijo el caballero de la Verde Espada, no juzgueis á vuestro fijo en la edad, que ni bien ni mal puede alcanzar á saber. E dígoos, mi buen amigo, que si él de mas dias fuese, é Oriana me lo quisiese dar, que lo traeria yo comigo, é faria caballero á Gandalin, que tanto tiempo há que me sirve é aguarda.—Si Dios me salve, dijo Angriote, eso merece él muy bien, é creo que caballería será en él muy bien empleada, como en uno de los mejores escuderos del mundo; é seyendo él caballero é mi fijo entrado á vos servir en su lugar, entonces perderia yo la sospecha que tengo, é seria puesto en gran esperanza que de vuestra compañía saldria él tal, que mucha honra diese á todo su linaje. Y dejémoslo agora fasta su tiempo, que Dios lo enderece.» E luego le dijo: «Sabed, Señor, que don Bruneo é yo hemos andado por todas las partes destas ínsolas de Romanía, donde fallamos grandes cosas que en armas habeis fecho, así contra caballeros muy soberbios, como contra fuertes y esquivos gigantes, que todas las gentes que lo saben quedan con espanto en ver cómo podo un cuerpo de hombre solo tales afruentas é peligros sofrir. E allí sopimos de la muerte del temeroso é fuerte Endriago, que nos habeis fecho mucho maravillar cómo osastes acometer al mismo diablo, que así nos dicen que es su fechura; y que ellos lo engendraron é criaron, como quiera que fijo de aquel gigante é su fija fuese; é ruégovos, mi señor, que me digais cómo con él vos hobistes, por oir la mas extraña é fuerte cosa que nunca por hombre mortal pasó.» Y el caballero de la Verde Espada le dijo: «Desto que preguntais son mejores testigos que yo Gandalin y el maestro que de don Bruneo cura, y ellos os lo dirán.»

Así fablando como ois, llegaron á la villa, donde con mucho placer de Grasinda recebidos fueron, siendo ya Angriote avisado que lo no habia de llamar por otro nombre sino de la Verde Espada; é hallaron pieza de caballeros armados que por mandado de Grasinda los querian ir á buscar, é tomándolos ella consigo, los llevó á la cámara del caballero de la Verde Espada, donde tenian en un lecho á don Bruneo de Bonamar. E cuando entraron dentro é lo fallaron en buena dispusicion, ¿quién os podria decir el placer que á sus ánimos vino en se ver todos tres juntos? E así lo habia aquella señora muy fermosa, teniéndose por mucho honrada en ser en su casa y en guarda de caballeros tan preciados, donde fallaban la guarida é reparo que á duro en otra parte no podrian fallar. E luego fué curado Angriote de la ferida de su pierna, que mucho enconada con el camino é con la fuerza que en la batalla de los caballeros puso traia. Y en otra cama junto con la de don Bruneo fué echado, é cuanto hobieron comido aquello que el maestro mandó, saliéronse todos fuera por los dejar dormir é asosegar, é dieron de comer al caballero del Enano en otra cámara, y allí estuvo contando á Grasinda la bondad é gran valor de aquellos sus muy leales amigos; é desque hobo comido, ella se fué á sus dueñas é doncellas, y el de la Verde Espada á sus compañeros, que los mucho amaba; á los cuales halló despiertos é fablando, é mandó juntar su lecho con los suyos, é allí folgaron con mucho placer, fablando en muchas cosas por qué habian pasado; y el caballero de la Verde Espada les contó el don que á la dueña habia prometido, é lo que ella le demandó, é cómo aderezaba para ir por la mar á la Gran Betaña, de que mucho á don Bruneo é á Angriote plogo, porque ya ellos habiendo fallado á aquel que demandaban, deseaban volver á aquella tierra. Estaban pues así como la historia cuenta en casa de aquella fermosa dueña Grasinda, el de la Verde Espada, é don Bruneo de Bonamar, é Angriote de Estravaus, con mucho vicio é placer, é cuando fueron en dispusicion que sin peligro de sus personas entrar podiesen en la mar, ya la flota estaba guarnescida de viandas para un año, é de gente de mar y de guerra, tanto cuanto convenia, é un domingo de mañana, en el mes de mayo, entraron en las naves, é con buen tiempo comenzaron á navegar la via de la Gran Bretaña.

CAPITULO XIV.

Cómo llegaron á la alta Bretaña la reina Sardamira con los otros embajadores que el emperador de Roma enviaba para que le llevasen á Oriana, fija del rey Lisuarte, y de lo que les acaeció en una floresta donde se salieron á recrear con un caballero andante que los embajadores maltrataron de lengua, y el pago que les dió de las desmesuras que le dijeron.

Los embajadores del emperador Patin, que en la Lombardía eran llegados, hobieron barcas é pasaron en la Gran Bretaña; é aportaron en Fenusa, donde el rey Lisuarte era, del cual con mucha honra fueron muy bien recebidos, é les mandó dar muy abastadamente buenas posadas, é todo lo al que menester habian. E á esta sazon eran con el Rey muchos hombres buenos, é atendia á otros por quien habia enviado, por haber consejo con ellos de lo que en el casamiento de su fija Oriana faria; é puso plazo á los embajadores de un mes para les dar la respuesta, poniéndoles en gran esperanza que seria tal con que alegres fuesen. E acordó que la reina Sardamira, que allí el Emperador con veinte dueñas é doncellas habia enviado para que á Oriana por la mar ficiesen compañía é la sirviesen, que se fuese á Miraflores, donde ella estaba, é le contase las grandezas de Roma, é la grande alteza en que seria con aquel casamiento, mandando tantos reyes é príncipes é otros muchos grandes señores. Esto facia el rey Lisuarte, porque de su fija conoscia tomar mucho contra su voluntad aquel casamiento, y porque esta reina, que muy cuerda era, la atrajese á ello. Pero á esta sazon era Oriana tan cuitada é con tan gran angustia, que el entendimiento é la palabra le faltaba, cuidando que su padre, contra toda su voluntad, la entregaria á los romanos; por donde á ella é á su amigo Amadís la muerte les sobrevernia. Pues la reina Sardamira partió para Miraflores, é don Grumedan, por mandado del Rey con ella, para que la hiciese servir; é iban en su guarda caballeros romanos é de Cerdeña, donde ella era reina. E así acaeció, que estando en una ribera verde é de fermosas flores, esperando que la calor del sol pasase, los sus caballeros, que preciados en armas eran, pusieron sus escudos fuera de las tiendas, y eran cinco, é don Grumedan les dijo: «Señores, faced meter los escudos en la tienda si no quercis mantener la costumbre de la tierra, que es que cualquiera caballero que pone el escudo ó la lanza fuera de la tienda ó casa ó choza donde posare, le conviene mantener justa á los caballeros que gela demandaren.—Bien entendemos esa costumbre, é por eso los ponemos fuera, dijeron ellos; Dios mande que antes que de aquí vamos nos sea la justa por algunos demandada.—En el nombre de Dios, dijo don Grumedan, pues algunos caballeros suelen andar por aquí, é si vinieren mirarémos cómo lo faceis.»

E así estando como ois, no tardó mucho que vino aquel preciado é váliente don Florestan, que muchas tierras habia andado buscando á su hermano Amadís, que nunca dél ningunas nuevas sopo, é andaba con gran pesar é tristeza. E porque sopo que en casa del rey Lisuarte eran venidas gentes de Roma y de otras partes, que pasaran la mar, vino allí por saber dellos algunas nuevas de su hermano. E cuando vió las tiendas cerca del camino por donde él iba, fuése para allá por saber quién allí estaba; é llegando á la tienda de la reina Sardamira, vióla estar en un estrado, y era una de las hermosas mujeres del mundo, é la tienda tenia las alas alzadas; así que, se parecian todas sus dueñas é doncellas; é por mirar mejor á la Reina, que tan bien é tan apuesta le semejaba, llegóse así á caballo por entre las cuerdas de la tienda por la mejor mirar, y estóvola catando una pieza; é así estando, llegó á él una doncella que le dijo: «Señor caballero, no estáis muy cortés á caballo tan cerca de tan buena reina é otras señoras de gran guisa que allí están; mejor os estaria catar á aquellos escudos que allí están, que os demandan, é á los señores dellos. Cierto, muy buena señora, dijo don Florestan, vos decis gran verdad, mas por fuerza mis ojos, deseando ver la muy fermosa reina, dieron causa que en tan gran yerro cayese; é pidiendo perdon á la buena señora é á todas vosotras, faré la emienda que por ella me fuere mandada.—Bien decis, dijo la doncella, pero es menester que antes del perdon que la emienda se faga.—Buena doncella, dijo don Florestan, esto luego lo faré yo si por mí se puede hacer, con tal que se me no demande de facer lo que debo contra aquellos escudos, ó los mandad poner dentro en la tienda.—Señor caballero, dijo ella, no creais que tan ligeramente los escudos allí se posieron; que antes que sean quitados habrán ganado por el gran esfuerzo de sus señores todos los otros que por aquí pasaren que defendérseles quisieren, para los llevar á Roma, é los nombres de los caballeros cuyos fueron, escritos en los brocales, en señal que parezca la bondad que los romanos han sobre los caballeros de otras tierras; é si quereis guardaros de en vergüenza caer, tornadvos por do venistes, é no será llevado vuestro escudo é nombre donde con pregon vuestra honra será menoscabada.—Doncella, dijo él, si á Dios ploguiere yo me guardaré desas vergüenzas que me decis, ni me fio tanto en vuestro amor, que á ninguno destos consejos me atenga; antes entiendo llevar estos escudos á la ínsola Firme.» Entonces dijo á la Reina: «Señora, á Dios seais encomendada, y él, que tan fermosa os fizo, vos dé mucha alegría é placer.» E movió contra los escudos; é don Grumedan, que bien oyera todo lo que con la doncella pasó, preciólo mucho, é mas cuando en la ínsola Firme le oyó fablar; que luego cuidó que del linaje de aquel esforzado Amadís seria, é bien creyó que faria lo que á la doncella habia dicho, de llevar los escudos á la ínsola Firme, é plógole mucho por ver los caballeros romanos qué tales eran en armas; é no conocia él á don Florestan, pero parecióle muy bien armado á maravilla é muy fermoso cabalgante; é así lo era; é teníalo por muy esforzado en acometer tan gran cosa, é deseábale todo bien, é mas lo hiciera si sopiera ser don Florestan, que le mucho amaba é preciaba; é don Florestan, que se veia delante dél, que no sabia haber en toda la corte caballero que tanto conocimiento de las cosas de las armas como él hobiese, creciale el corazon é ardimento, porque en el punto cobardía no sintiese; é llegóse á los escudos, é puso el cuento de la lanza en el primero y segundo y tercero é cuarto é quinto; y esto facia él porque así habian de ir á las justas, uno en pos de otro, segun los escudos tocados fueron.

Esto hecho, apartóse por el campo cuanto un trecho de arco, y echó su escudo al cuello, é tomó una lanza gruesa é buena, é enderezándose en la silla, estovo atendiendo, é don Florestan traia siempre consigo cada que podia dos ó tres escuderos por ser mejor servido, é porque le trajesen lanzas y hachas, de que él muy bien se sabia ayudar, que en muchas tierras no se fallaria otro caballero que tan bien justase como él; y estando así atendiendo los romanos que armados estaban en una tienda, arrebatáronse á cabalgar presto é ir á él, é don Florestan les dijo: «¿Qué es eso, señores? ¿Quereis venir todos á uno? ¿Quebrádes la costumbre desta tierra? E Gradamor, un caballero romano por quien los otros se mandaban, dijo á don Grumedan que les dijese cómo debian de hacer, pues que él mejor que otro lo sabia. Don Grumedan le dijo: «Así como los escudos fueron tocados uno en pos de otro, así los caballeros han de ir á las justas, é si me creyérdes, no irédes locamente, que segun lo que de aquel caballero parece, no querrá para sí la vergüenza.—Don Grumedan, dijo Gradamor, no son los romanos de la condicion de vosotros, que vos loais antes que el fecho venga, é nosotros aun lo que facemos lo dejamos olvidar, é por esto no hay ningunos que iguales nos sean, é á Dios ploguiese que sobre esta razon fuese nuestra batalla é de aquel caballero, aunque mis compañeros no metiesen hí la mano.» Don Grumedan le dijo: «Señor, pasad agora con aquel caballero lo que á Dios ploguiere, é si él quedare libre é sano destas justas, yo faré que sobre esta razon que decis se combata con vos, é si por ventura tal impedimiento hobiere que lo no pueda facer, yo tomaré la batalla en mí en el nombre de Dios; é id agora á vuestra justa, é si della bien escapárdes, quedarémos delante desta noble reina, que nos no podamos tirar afuera.» Gradamor rió como en desden, é dijo: «Agora toviésemos esta batalla que decis tan cerca como la justa de aquel caballero sandio que nos atender osa.» E dijo al caballero del primero escudo que se tocó: «Id luego, é faced de guisa que nos librédes del poco prez que en vencer á aquel caballero se ganaria.—Agora folgad, dijo el caballero, que yo os lo traeré á toda vuestra voluntad, y del escudo y de su nombre faced como os es mandado del Emperador, y el caballo, que me semeja bueno, será mio.»

Entonces en su caballo pasó el agua, é fuése enderezando sus armas contra don Florestan, el cual, que lo así vió venir, é que el agua pasara, firió al caballo de las espuelas é fué para él, é el romano asimismo, é juntáronse de los caballos y escudos uno con otro, que de los encuentros de las lanzas fallecieron, y el romano, que peor cabalgante era, fué en tierra sin detenimiento, y fué la caida tan grande, que el brazo diestro hobo quebrado, é fué muy mal tollido; así que, á los que miraban les semejaba que muerto era, tal le vieron; é don Florestan mandó descender á un escudero de los suyos que le tomase el escudo é lo colgase de un árbol, é asimismo le hizo tomar el caballo; y él se tornó al logar donde ante estaba, faciendo señales como que se quejaba contra sí porque el encuentro errara; é posó el cuento de la lanza en tierra, atendiendó, é luego vió venir otro caballero contra sí, é fué para él lo mas recio que el caballo lo pudo llevar; mas no erró aquella vez el golpe, antes lo firió tan fuertemente en el escudo, que gelo falsó, é pujó tan recio, que lo lanzó del caballo, é la silla sobre él en el campo, é la lanza metida por el escudo é por la carne, que de la otra parte le apuntó; é don Florestan pasó por él muy apuesto é buen cabalgante, é luego tornó sobre él é díjole: «Don caballero romano, la silla que con vos llevastes sea vuestra, y el caballo sea mio, é si estas fuerzas en Roma quisiérdes contar, yo os lo otorgo.» Y esto decia él en voz tan alta, que bien lo oian la Reina, sus dueñas é doncellas. E dígoos de don Grumedan que en gran manera fué ledo cuando esto oyó que el caballéro de la Gran Bretaña decia é hacia con el de Roma, é dijo contra Gradamor: «Señor, si vos é vuestros compañeros mejores no os mostrais, no es razon que os derriben los muros de Roma por donde entreis cuando allá llegárdes.» Gradamor le dijo: «En mucho teneis lo quo pasó; pues si mis compañeros acabasen sus justas, yo faré que al digais, é no con tanta ufanía como agora teneis.—Cerca estamos de lo ver, dijo don Grumedan; que segun me parece, aquel caballero de la ínsola Firme bien defiende su ropa, é yo fio tanto en él, que excusará la batalla que yo con vos tengo puesta.» Gradamor comenzó á reir sin gana é dijo: «Cuando á mí viniere el fecho, yo os otorgaré todo lo que decis.—En el nombre de Dios, dijo don Grumédan, é yo terné mi caballo é mis armas presto para cumplir lo que dije, que segun vuestro parecer, poco os durará aquel caballero en el campo, aunque yo creo que el su pensamiento es muy diverso del vuestro.» E á la Reina pesaba mucho en oir las locuras de Gradamor y de los otros romanos. Mas don Florestan fizo tomar el escudo é el caballo al caballero, que como muerto sin ningun sentido en el suelo estaba; é cuando le sacaron el trozo de la lanza dió el caballero una voz dolorida, demandando confesion. E don Florestan, tomando una lanza, se tornó al mismo logar do ante estaba, é no tardó que vió venir otro caballero en un grande y fermoso caballo, pero no con tanto esfuerzo como el primero, y fué cuanto pudo á don Florestan, é salió el encuentro en soslayo; así que, la lanza barahustó, é fué perdido el encuentro, é don Florestan lo firió en el yelmo, é quebrándole los lazos, gelo derribó de la cabeza rodando por el campo, é fízole abrazar á las cervices del caballo, mas no cayó. E don Florestan tomó la lanza á sobre mano, é vino á él muy sañudo, y el caballero, que lo vió venir á sí, alzó el escudo, é don Florestan le dió un tal golpe en él, que se lo fizo juntar al rostro; así que, fué atordido é perdió la rienda de la mano, é como lo vió con tal desacuerdo, don Florestan dejó caer la lanza, é tiró por el escudo tan recio, que gelo sacó del cuello, é dióle con él por encima de la cabeza dos golpes tan pesados, que lo hizo caer del caballo tan sin sentido, que no facia sino revolverse por el campo, é mandó tomar el caballo, é á él que le diesen su lanza, é fué al romano; díjole: «De hoy mas, si pudiérdes, podeis ir á Roma á loaros de los caballeros de la Gran Bretaña.» Y enderezándose en la silla, fué contra el cuarto caballero, que vió venir contra sí, mas su justa fué por los primeros encuentros partida; que don Florestan lo encontró tan

duramente, qué él y el caballo fueron en tierra, y el caballero hobo la pierna quebrada cabe el pié, é levantándose el caballo, el caballero quedó en el suelo sin se poder levantar; é fízole tomar el escudo y el caballo como á los otros, y él tomó una muy buena lanza de sus escuderos, é vió que venia contra él Gradamor con unas armas muy fermosas é frescas y en un caballo overo grande y hermoso, é blandiendo la lanza, como que la quebrar queria. Deste tenia don Florestan gran saña porque le amenazaba, é Gradamor decia á una voz alta: «Don Grumedan, no dejeis de os armar; que ante que en vuestro caballo seais, yo faré que este caballero que me atiende os haya menester en su ayuda. — Agora lo verémos dijo don Grumedan, mas por esas alabanzas no me quiero poner en ese trabajo fasta que vea cómo lo pasais.»

Gradamor, que ya el agua pasara, vió á don Florestan contra sí venir al mas correr de su caballo, muy bien cobierto de su escudo, é la lanza baja por lo herir, y él movió contra él á gran correr de su caballo; é ambos los caballeros eran fuertes é valientes, y encontráronse de las lanzas, é Gradamor le pasó el escudo é metió por él bien un palmo de la asta de la lanza, é allí quebró, é don Florestan le pasó el escudo en derecho del costado siniestro, y quebrantó las fojas por fuerza del golpe; que fué grande, é lanzólo fuera de la silla en una cava que ahí habia, que yacia llena de agua y de lodo, é pasó por él é mandóle tomar el caballo á sus escuderos. E don Grumedan, que esto vió, dijo contra la Reina: «Señora, seméjame que ya podré una pieza folgar, en cuanto Gradamor enjuga sus armas é busca otro caballo en que se combata.» La Reina dijo: «Malditas sean sus locuras é soberbias dellos, que á todo el mundo facen ensañar contra sí, y despues pásanlo á su vergüenza.» Gradamor se estovo revolviendo en el agua y en el lodo una pieza, é cuando dello salió hobo gran pesar de lo que le aviniera, é quitó el yelmo de la cabeza, é limpióse con su mano los ojos é el rostro del agua y del lodo que en él tenia, é sacudióse dello lo mas que podo. Desi lanzó el yelmo de la cabeza, é don Florestan, que lo así vió, llegóse á él é díjole: «Señor caballero amenazador, dígoos que si no os ayudais mejor de la espada que de la lanza, no será por vos llevado mi escudo ni mi nombre á Roma.» Gradamor le dijo: «Pésame de la prueba de las lanzas, mas no trayo esta espada sino para me vengar, y esto os haré yo luego ver si la costumbre desta tierra osárdes mantener.» E don Florestan, que muy mejor que él la sabia, le dijo: «Y ¿qué costumbre es esta que decis?—Que me deis mi caballo, dijo él, ó descended del vuestro, é á pié nos ensayarémos de las espadas, é será el juego comunal, y el que peor lo jugare quede sin mesura y merced.» Don Florestan le dijo: «Bien creo yo que esta costumbre no la manterníades vos seyendo vencedor; pero yo quiero decender de mi caballo, porque no es razon que caballero romano tan fermoso como vos sois, suba en caballo que el otro derribase.»

Entonces se apeó, é dió el caballo á sus escuderos, é metió mano á su espada, é cobriéndose muy bien de su escudo, fué á gran paso contra él, con muy gran saña, é firiéronse de las espadas muy bravamente; así que, la batalla era asaz brava, é parecia á todos bien peligrosa por la saña que entre ellos era; mas no duró; que don Florestan, que mas recio é fuerte era en bondad de armas, viendo que la Reina é las sus mujeres lo miraban, é don Grumedan, que muy mejor que ellas sabia de tales fechos, probó toda su fuerza, dándole tan grandes é pesados golpes, que Gradamor, aunque muy valiente era, no lo podo sofrir, é íbale dejando el campo, tirándose afuera contra la tienda de la Reina, á fiucia que don Florestan por su acatamiento della lo dejaria; mas don Florestan se le paró delante, é á su pesar le fizo volver contra donde viniera, é tanto lo cansó, que Gradamor cayó tendido en el campo, desapoderado de toda su fuerza, é la espada le cayó de la mano, é don Florestan le tomó el escudo, é diólo á sus escuderos. Desi trabóle del yelmo é tirógelo tan fuertemente de la cabeza, que una pieza lo arrastró por el campo, é lanzó el yelmo en la cava del lodo que ya oistes, y tornó á él, é tomándolo de la una pierna, quísolo asimismo echar con el yelmo, é Gradamor comenzó á decir á altas voces que por Dios le hobiese piedad; é la Reina, que lo veia, dijo: «Mal ha baratado aquel desventurado cuando sacó que el vencedor no hobiese mesura ni merced del vencido.» E don Florestan dijo á Gradamor: «Postura que tan honrado caballero como vos posó, no es razon que quebrada sea; é yo os la terné muy complidamente, así como lo agora veréis.» El, cuando esto oyó, dijo: «¡Ay cativo, que muerto soy!—Así es, dijo don Florestan, si no haceis mi mandado en dos cosas. —Decidlas, dijo él, que yo las faré.—La una, dijo don Florestan, que por vuestra mano y de la sangre vuestra é de vuestros compañeros escribais vuestro nombre é los suyos en los brocales de los escudos, y esto fecho, deciros he la otra cosa que quiero que fagais.» E diciéndole esto, tenia sobre él su espada esgrimiéndola, y él otro debajo tremiendo con gran espanto; é fizo llamar un escribano suyo, é mandóle que, quitando la tinta de su tintero, lo finchese de su sangre y escribiese su nombre en el escudo, pues que él no podia, é todos los nombres de sus compañeros en los otros sus escudos, y que lo hiciese presto, porque él no perdiese la cabeza.

Esto fué luego así hecho, é don Florestan limpió su espada é púsola en la vaina, é fué á cabalgar en el caballo suyo, é cabalgó muy ligeramente; así que, semejaba que no habia aquel dia trabajado ninguna cosa, é dió su escudo al escudero, mas el yelmo no quitó, porque don Grumedan no lo conociese, y el caballo en que estaba era grande é fermoso, y de extraña color, y el caballero era de una grandeza é talle tan apuesto, que pocos se fallarian que tan bien como él pareciesen armados; é tomó en su mano una lanza con un pendon rico é fermoso, é paróse sobre Gradamor, que se ya levantara, é blandiendo la lanza, le dijo: «Vuestra vida no está sino en que don Grumedan me pida que os no mate ante él.» El comenzó á dar grandes voces, llamando á don Grumedan, que por Dios le acorriese, pues que en él era su vida ó su muerte. E luego don Grumedan vino así á pié como estaba, é dijo: «Cierto, Gradamor, si os no vale merced ni piedad, esto es con gran derecho, porque con vuestra soberbia así lo pedistes á este señor; mas yo le ruego que vos deje vivir,

porque mucho gelo agradeceré é serviré.—Eso faré yo de grado, dijo don Florestan, por vos, é todo lo que vuestra honra é placer sea.» E luego dijo: «Vos, don caballero romano, de hoy mas, cuando os ploguiere, podréis contar en el juicio de Roma, si allá fuérdes, las grandes soberbias é amenazas que vos contra los caballeros de la Gran Bretaña habeis dicho, é cómo con ellos os mantovistes, é la gran prez é honra que dellos ganastes en tan poco espacio de un dia; é así lo decid al vuestro gran Emperador é á las potestades, porque dello hayan placer. E yo haré saber en la ínsola Firme cómo los caballeros de Roma son tan liberales é francos, que dan ligeramente sus caballos é armas á los que no conoscen. Mas yo desta dádiva que á mí fecistes no tengo que os agradecer; é gradézcolo yo á Dios, que sin vuestro grado me lo quiso dar.» Gradamor, que tan mal trecho éstaba, cerca de le salir el alma, que esto oia, mas graves le eran estas palabras que las feridas, é don Florestan le dijo: «Señor caballero, vos llevaréis á Roma toda la soberbia que de allá trajistes, pues que la aman é precian; que en esta tierra los caballeros della no la desean ni conocen, sino aquello que vosotros aborreceis, que es mesura é buen talante; é si vos, mi señor, sois tan enamorado como valiente en armas, é quisiérdes que á la ínsola Firme os lleve, probaréis el arco encantado de los leales amadores que allí van con lealtad de sus amigas, é con este prez é honra que de la Gran Bretaña llevárdes, preciaros ha mucho mas vuestra amiga; é si es de buen conocimiento, no os trocará por otro alguno.» Dígoos de don Grumedan que habia gran sabor de oir aquellas palabras, é reia de mucha gana en ver quebrantada la soberbia de los romanos. Mas lo no hacia así Gradamor, antes las oia con gran quebranto de su corazon, é dijo á don Grumedan: «Buen señor, por Dios, mandadme llevar á las tiendas, que mucho soy mal trecho.—Bien parece en vos y en vuestras armas, dijo él, y vuestra es la culpa.»

Entonces lo hizo tomar á sus escuderos que lo llevasen, é dijo á don Florestan: «Señor, si os ploguiere, decidnos vuestro nombre; que tan buen hombre como vos no lo debe encobrir.» Y él dijo: «Mi señor don Grumedan, ruégoos que no os pese de os lo no decir, porque, segun la descortesía que yo fice á aquella muy fermosa reina, por ninguna guisa no querria que lo sopiese; que por muy culpado me siento, aunque ella é sus doncellas lo son mas; que la su gran fermosura fué ocasion de me facer errar, que de mi entendimiento me sacaron; é ruégoos, señor don Grumedan, que hagais con ellas que, tomando de mí la emienda que yo complir pueda, me perdonen, y me envieis la respuesta dello á la ermita redonda, que es cerca de aquí, que allí albergaré hoy.» Don Grumedan le dijo: «Yo lo haré al mi poder como lo quereis, é con el recaudo que hallare os enviaré un mi escudero, é al mi grado el mandado que os llevará será bueno, como lo vos mereceis.» El caballero de la ínsola Firme le dijo: «Ruégoos, señor don Grumedan, que si algunas nuevas de Amadís sabeis, me las digais.» E don Grumedan, que mucho amaba á aquel por quien le preguntaban, viniéronle las lágrimas á los ojos, con soledad dél, é dijo: «Si Dios me salve, buen caballero, desde aquel tiempo que se él partió de Gaula de casa de su padre el rey Perion, nunca dél oí nuevas ningunas, é mucho seria ledo de las oir é las decir á vos é á todos los sus amigos. —Eso creo yo bien, dijo don Florestan, segun vuestro buen talante é la gran lealtad que en vos, Señor, mora; que si todos tales fuesen, la desmesura é deslealtad no fallarian posada en ningun lugar donde albergasen, é salirian por fuerza fuera del mundo; é á Dios seais encomendado, que me voy á la ermita que os dijo á esperar vuestro escudero.—A Dios vayais, dijo don Grumedan.» E fuése á las tiendas, é don Florestan adonde sus escuderos estaban, é mandó que los caballos que habia ganado los llevasen á las tiendas, y el caballo overo lo diesen á don Grumedan de su parte, porque le parecia bueno, é los otros cuatro los diesen á la doncella que con él fablara, que hiciese dellos á su voluntad, é le dijesen que se los enviaba don Florestan. Mucho fué alegre don Grumedan con el caballo, por haber sido de los romanos, é mucho mas en saber que aquel era don Florestan, á quien él mucho amaba é preciaba. E los escuderos dieron los otros caballos á la doncella é dijéronle: «Señora doncella, aquel caballero que con vuestras palabras hoy despreciastes en loor de los vuestros romanos, os envia estos caballos que los deis á quien os placerá, é que los tomeis en señal de hacer verdad las palabras que os dijo.—Mucho gelo gradezco, dijo ella, é cierto él los ganó con gran prez é alta bondad; pero mas me ploguiera que dejara él aquí el suyo solo que rescebir estos cuatro.—Bien puede ser, dijo uno de los escuderos, mas quien el suyo hobiere de ganar menester habrá mejores caballeros que estos que gelo demandaban.» La doncella dijo: «No os maravilleis en que yo deseo mas la honra destos que la del que no conozco ni sé quién es; pero, como quiera que ello sea, él me envió fermoso don, y pésame de haber dicho á tan buen hombre cosa que le diese enojo; mas yo lo emendaré en lo que él mandare.» Con esto se tornaron á su señor, que los atendia, é contáronle lo que habian pasado, de que placer hobo.

El, mandando tomar los escudos de los romanos á sus escuderos, se fué á la ermita redonda, por atender allí el mandado de don Grumedan, é porque aquel era el derecho camino de la ínsola Firme, que no habia voluntad de entrar en la corte del rey Lisuarte, y queria fablar á don Gandáles, que la ínsola tenia, y preguntarle si sabia algunas nuevas de su hermano, é poner allí los escudos que llevaba; mas dígoos de don Grumedan que luego fué delante la reina Sardamira, é muy homildosamente le dijo lo que don Florestan le encomendara, é díjole su nombre. La Reina lo escuchó muy bien é dijo: «¿Si será este don Florestan fijo del rey Perion é de la condesa de Selandia?—Este es el mismo que vos, Señora, decis, y creed que es uno de los esforzados y mesurados caballeros del mundo.—Acá no sé cómo le ha ido, dijo ella; mas dígovos, don Grumedan, que extrañamente fablan dél los fijos del marqués de Ancona, de su alta bondad de armas é su alto fecho, é de cómo es entendido y mesurado, y débese creer, porque estos fueron sus compañeros en las grandes guerras que en Roma hobo, donde él tres años moró cuando era él caballero mancebo; pero la su bon-

dad no la osan decir ante el Emperador, que lo no ama, ni quiere oir que dél bien digan. ¿Sabeis vos, dijo don Grumedan, por qué lo no ama el Emperador?—Sí, dijo la Reina, por razon de su hermano Amadís, de que el Emperador ha gran queja porque conquirió las aventuras de la ínsola Firme, que él iba á ganar, y fué allí primero que él, é por esto le desama mucho en le haber quitado la honra y el prez que en ello ganar alcanzaba.» Don Grumedan se sonrió ende é dijo: «Ciertamente, Señora, su queja es sin razon, antes entiendo que por solo esto le debia amar, pues le quitó que no alcanzase allí la mayor deshonra que por ventura nunca le avino, así como la hobieron otros muchos caballeros que lo probaron, de alta bondad de armas, é no la podo ganar sino aquel á quien Dios extremado sobre todos los del mundo fizo en esfuerzo y en todas las otras maneras que buen caballero debe haber; y creed, mi señora; que otra aventura fué por que el Emperador lo desama.» La Reina dijo: «Por la fe que á Dios debeis, don Grumedan, que me la digais.—Señora, dijo él, yo vos lo diré, é no os enojés dello.» Y ella riendo le dijo: «Como quiera que sea, saberlo quiero.—En el nombre de Dios,» dijo él; entonces le contó todo cuanto aviniera al Emperador con Amadís en la floresta de noche, cuando se iba loando del amor, é Amadís quejando, é todas las palabras que entr'ellos pasaron, y en qué guisa la batalla fué, así como lo ya en el segundo libro oistes. Mucho se pagaba la Reina de lo oir; é fízogelo contar tres veces é dijo: «Si Dios me salve, don Grumedan, segun lo que me decis, bien dió á entender ese caballero que puede servir al amor, siendo él contento, é facer lo contrario cuando el amor lo ficiere; pero, á mi parecer, no fué esa pequeña causa para poner desamor entre el Emperador é Amadís.»

CAPITULO XV.

Cómo la reina Sardamira envió su mensaje á don Florestan, rogándole, pues que habia vencido los caballeros, poniéndolos mal parados, que quisiese ser su guardador fasta el castillo de Miraflores, donde ella iba á fablar con Oriana, y de lo que allí pasaron.

Así estaban fablando la reina Sardamira é don Grumedan en esto que oido habeis, y ella lo escuchaba alegremente, porque creia que aquel camino que el Emperador estonces ficiera, llamándose el Patin, fuera por su amor della, que la mucho amaba, y pensando ganarla, vino en la Gran Bretaña á se probar con los buenos caballeros que allí habia, y desto que con Amadís le avino, nunca nada le dijo, y reíase mucho entre sí de cómo gelo encobriera, é don Grumedan le dijo: «Señora, dadme el recaudo que os mas ploguiere que envie á don Florestan.» Ella estovo una pieza cuidando; despues dijo: «Don Grumedan, vos veis á mis caballeros tan mal trechos, que no pueden aguardar á mí ni á sí, é conviéneles quedar para su salud; y querria, pues los caballeros desta tierra son tales, que don Florestan fuese mi aguardador con vos.» El dijo: «Yo os digo, mi señora, que don Florestan es tan mesurado, que no ha cosa que dueña ó doncella le ruegue que la no faga, cuanto mas por vos, que sois tal, Señora, é á quien ha de facer emienda del yerro que fizo.—Mucho me place, dijo ella, de lo que me decis, é agora me dad quien guie aquella doncella, y enviarle he mi mandado.» El le dió cuatro escuderos, é la Reina envió con una carta de creencia á la doncella que hobo los caballos, é dijo en poridad lo que dijese; é cabalgando en su palafren, é los escuderos con ella, se acuitó mucho por andar el camino; así que, llegando á la ermita redonda, falló á don Florestan, que con el ermitaño fablaba, é fízose apear del palafren; é como el rostro llevaba descubierto, conoscióla luego don Florestan, é recibióla muy bien; ella le dijo: «Señor, tal hora fué hoy que no cuidaba buscaros, porque mi pensamiento era que de otra guisa pasara el fecho entre vos é los nuestros caballeros.—Buena señora, dijo él, ellos hobieron la culpa, que me demandaron lo que no podia excusar sin mi vergüenza; mas tanto me decid si la Reina, vuestra señora, albergará ahí esta noche donde la yo dejé.» La doncella le dijo: «Mi señora la Reina os envia á saludar, é tomad esta carta, que della os trayo.» El la vió é dijo: «Señora, decid lo que os mandaron, é yo faré su mandado.—No es sin razon, dijo ella, que así lo fagais; antes es vuestra honra é cortesía de buen caballero, é dígoos que me mandó que os dijese que los caballeros que la aguardaban dejastes tan mal trechos, que no se puede dellos servir; é pues de vos le vino este estorbo, quiere que seais su aguardador della fasta la poner en Miraflores, do ella va á ver á Oriana.—Mucho gradezco yo á vuestra señora lo que me envia á mandar, y en grande honra y merced lo tengo para gelo servir; é partamos de aquí á tal hora que á la luz del alba seamos en su tienda.—En el nombre de Dios, dijo la doncella, é agora os digo que sois bien conocido de don Grumedan, que él dijo á la Reina que tal respuesta como dais se fallaria en vos.» Mucho fué pagada la doncella de la buena palabra é gran mesura de don Florestan, y de cómo era fermoso y de buen donaire, y en todo le semejaba hombre de alto lugar, así como él era. Pues allí cenaron de consuno, y estovieron fablando en muchas cosas gran pieza de la noche, é cuando fué sazon de dormir, ficieron en la ermita á la doncella en que albergase, é don Florestan estuvo so los árboles con los escuderos, é durmió aquella noche muy sosegado del afan del dia; mas cuando fué tiempo despertáronlo los escuderos, é armándose, tomó consigo la doncella é la otra compaña, é fuése camino de las tiendas, y llegaron á ellas bien de mañana.

La doncella se fué á la Reina, é don Florestan á la tienda de don Grumedan, que ya era levantado, é andaba fablando con sus caballeros y queria oir misa, é cuando vió á don Florestan en gran manera fué ledo, é abrazáronse ambos con mucho placer, é fuéronse luego á la tienda de la Reina, é don Grumedan le dijo: «Señor, esta Reina quiere vuestro aguardamiento; bien es que lo fagais, que mucho es noble señora, é parésceme que no barata mal ganando á vos y perdiendo sus caballeros.» Esto le decia él riendo. «Así Dios me salve, dijo don Florestan, mucho querria poderla servir en algo que le pluguiese, especialmente yendo en vuestra compañía, que há mucho que os no vi.—Señor, como á mí place con vuestra vista, dijo

él, Dios lo sabe; y decidme, ¿qué fecistes de los escudos que aquí llevastes?—Enviélos esta noche con un mi escudero á la ínsola Firme á vuestro amigo don Gandáles, que los ponga en logar que sean vistos de cuantos allí vinieren, é lo sepan los de Roma, si los querrán venir á demandar.—Si eso ellos facen, dijo don Grumedan, bien bastecida será la ínsola de sus escudos é armas.» Así hablando, llegaron donde la Reina era, que ya sabia su venida; é don Florestan fué ante ella, é quísole besar las manos, mas ella no quiso, é púsole su mano en la manga de la loriga en señal de buen recebimiento, é díjole: «Don Florestan, mucho os gradezco vuestra venida y el afan que en mi servicio quereis tomar, y pues que así habeis enmendado el mal que á mis caballeros fecistes, razon es que perdonado vos sea.—Mi buena señora, dijo él, no siento yo afan ni trabajo en os servir, antes mucho mas lo sintiera si con enojo os dejara, y en esto yo recibo honra é gran merced; y en lo que mas fuere os pido yo, Señora, que como á vuestro caballero y servidor me mandeis, é aquello con toda aficion por mí se cumplirá.» La Reina preguntó á don Grumedan si estaba aparejado todo para el camino. Oido lo que decia, díjole: «Señora, cuando os placerá podeis andar, y estos caballeros feridos hacerlos he llevar á una villa que cerca de aquí es, donde curarán dellos fasta que sean guaridos; porque, segun sus feridas, no podrian ir con nos fasta que sean sanos.—Así se faga,» dijo ella. Estonces trajeron á la Reina un palafren blanco como la nieve, y venia ensillado de una silla toda guarnida de oro muy bien labrada á maravilla, é asimesmo el freno, y ella vestida de muy ricos paños, é al cuello perlas é piedras de gran valor, que mucho en su gran fermosura acrecentaban; y luego cabalgaron sus dueñas é doncellas ricamente ataviadas, é tomando don Florestan á la Reina por la rienda, entraron en el camino de Miraflores.

Dígovos de Oriana que ya sabia su venida, de que mucho le pesaba; que en el mundo no habia cosa que mas grave le fuese que oir hablar en el emperador de Roma, é sabia cierto que esta reina no venia á otra cosa; mas mucho le plogo con la venida de don Florestan cuando sopo que con ella venia, por le preguntar por nuevas de Amadís é por se le quejar del Rey, su padre; pero, como quiera que su turbacion grande fuese, tovo por bien de mandar aderezar la casa de fermosos é ricos estrados para los recebir, é vistióse ella de lo mejor que tenia, é así lo hizo Mabilia é las otras doncellas; é cuando la reina Sardamira entró por el palacio donde Oriana estaba, llevábala por el brazo don Florestan é Grumedan; é cuando Oriana la vió venir, mucho le pareció bien, y pensó que si su demanda no fuese tal que gran placer hobiera con ella; y llegando la Reina, homillóse ante Oriana, é quísole besar las manos, mas ella las tiró á sí, é díjole que ella era reina y señora, y ella una doncella pobre, á quien sus pecados querian hacer mal. Estonces la saluaron Mabilia é las otras doncellas, mostrando muy gran placer por lo dar á la Reina, mas eso no hacia Oriana, que nunca lo hobiera despues que los romanos fueran en casa de su padre. Mas dígovos que con don Florestan é don Grumedan holgó mucho, como que su corazon con ellos algo descansaba; é todos se asentaron en un estrado, é Oriana fizo asentar ante sí á don Florestan é á don Grumedan; y desque habló algo contra la Reina, volvióso á don Florestan é díjole: «Buen amigo, muy gran tiempo há que no os vi, y pésame dello, que mucho os amo, así como lo facen todos aquellos que os conocen; é grande es la mengua que vos é Amadís é vuestros amigos faceis en ser fuera de la Gran Bretaña, segun los grandes tuertos é agravios que en ella emendar facíades; é malditos sean aquellos que fueron causa de vos apartar de mi padre, que si aquí agora os fallárades juntos, como solia, alguna desaventurada, que agora su mal atiende en ser desheredada y llegada fasta el punto de la muerte, pudiera tener esperanza de algun remedio, é si allí fuésedes, razon haríades por ella y seríades en su defensa, como siempre lo fecistes, que nunca desamparastes á los cuitados que os hobieron menester; mas tal fué la ventura desta que digo, que todo le fallesce sino la muerte.» E cuando esto decia lloraba fuertemente, y esto por dos cosas: la una, porque si su padre la entregase á los romanos, esperaba de echarse en la mar; é la otra, con soledad de Amadís, que la remembranza de don Florestan, que delante sí tenia, le daba, que le mucho semejaba. E don Florestan, que mucho entendido era, bien conoció que por sí misma lo decia, é dijo: «Mi buena señora, á las grandes cuitas acorre Dios con su piedad, y en él tened vos, Señora, esperanza que porná consejo en vuestras cosas, y de lo que decis de Amadís, mi señor hermano, aquel que yo mucho deseo ver, é así como en las unas partes fallece su socorro, así en las otras lo fallan aquellos que menester lo han; y creed, mi buena señora, que él es sano y en su libre poder, é anda por tierras extrañas faciendo maravillas en armas, é socorriendo á los que tuerto resciben, así como aquel que Dios extremó en este mundo sobre cuantos en él nacer fizo.» La reina Sardamira, que cerca estaba dellos é oia toda la habla, dijo: «¡Ay! Dios le guarde á Amadís de caer en las manos del Emperador, que muy mortalmente lo desama, é yo habría pesar de su enojo por el que tan preciado es, é por vos, don Florestan, que es vuestro hermano.—Señora, dijo él, otros muchos le aman y desean su bien y honra.—Yo os digo, dijo la Reina, que, segun he sabido, no hay hombre que tanto desame el Emperador como á él, sino es un caballero que moró un tiempo en casa del rey Tafinor de Bohemia, en tiempo que gentes del Emperador lo guerreaban, é aquel caballero que os digo mató en batalla á don Garadan, que era el mejor caballero que en todo el linaje del Emperador habia, y en todo el señorío de Roma, si no es Salustanquidio, este príncipe muy honrado, que vino con mandado del Emperador á vuestro padre en fecho de vuestro casamiento. E aquel caballero que os digo fizo vencer otro dia, despues que mató á don Garadan, por la su gran bondad de armas, otros once caballeros del Emperador de los mejores que en toda Roma habia; é con estas dos batallas que vos digo fizo aquel caballero quedar libre de la guerra al rey de Bohemia, que con el Emperador tenia, donde no esperaba remedio sino de perder todo su reino; así que, en

buen dia entró en su casa tan noble caballero para sus males remediar.»

Entonces les contó la reina Sardamira la razon de las batallas mucho por extenso, é cómo la guerra fué partida tanto á honra é provecho del rey Tafinor, así como este libro os lo ha contado. Y desque ella se calló dijo don Florestan: «Mi buena señora, ¿sabeis vos cómo ha nombre ese caballero que todas esas cosas pasó á su honra?—Sí dijo la Reina, que lo llaman el caballero de la Verde Espada ó el caballero del Enano, é á cada uno destos nombres responde él cuando lo llaman, pero bien creido tienen todos que no es aquel su derecho nombre; mas porque dicen que trae una grande espada de un guarnimento verde, é un enano en su compañía, le llaman estos nombres. E como quiera que otro escudero consigo trae, nunca el enano dél se parte.» Cuando don Florestan esto oyó fué muy ledo, y creyó verdaderamente que Amadís, su hermano, seria, segun las señales dél oia, é así lo creyeron Oriana é Mabilia, é don Florestan estovo una pieza pensando que tanto que aquellas cortes del rey Lisuarte se partiesen lo iria á buscar. E Oriana, que moria por fablar con Mabilia, dijo á la Reina: «Buena señora, vos venis de lueñe é habeis menester de folgar, y será bien que descanseis en las buenas posadas que teneis.—Así se haga, dijo ella, pues que, Señora, lo mandais.» Estonces se fueron todas juntas al aposentamiento de la Reina, que muy sabroso era, así de árboles é fuentes como de casas muy ricas, y dejándola allí con sus dueñas y doncellas, é don Grumedan, que las hacia servir, Oriana se tornó á su cámara, é apartando á Mabilia é á la doncella de Denamarca, les dijo cómo creia verdaderamente que aquel caballero que la reina Sardamira dijera seria Amadís, y ellas dijeron que así lo cuidaban y creian; é Mabilia dijo: «Señora, agora es suelto un sueño que esta noche soñaba, que es, que me parescia que estábamos metidas en una cámara muy cerrada é oiamos de fuera muy gran ruido; así que, nos ponia en pavor, y el vuestro caballero quebrantaba la puerta, y preguntaba á grandes voces por vos, é yo os mostraba que estábades echada en un estrado, é tomándoos por la mano, nos sacaba á todas de allí, é nos ponia en una muy alta torre á maravilla, é decia: Vos estad en esta torre é no temais de ninguno. E á esta sazon desperté; é por esto, Señora, mi corazon es mucho esforzado, y él vos acorrerá.» Cuando esto oyó Oriana fué muy leda, é abrazóla llorando de sus ojos, que las lágrimas le caian por las sus muy fermosas haces, é díjole: «¡Ay Mabilia! mi buena señora y verdadera amiga, qué bien me acorreis con vuestro esfuerzo é buenas palabras, é Dios mande por la su merced que así avenga de vuestro sueño como lo decis; é si esto no es su voluntad, que faga de guisa que viniendo Amadís, ambos muramos é no quede ninguno de nos vivo.—Dejadvos deso, dijo Mabilia; que Dios, que tan bienaventurado en las cosas extrañas le fizo, no le desamparará en las suyas proprias; é fablad con don Florestan, mostrándole mucho amor, é rogadle que él é sus amigos punen cuanto podieren como no seais fuera desta tierra llevada, y que así lo diga á don Galaor de vuestra parte é de la suya.»

Mas dígoos que don Galaor, sin que ninguno gelo dijese, estaba él ya en este cuidado puesto, de lo así consejar al Rey, y decir os hemos en qué manera. Sabed que el rey Lisuarte fuera á caza, é con él don Galaor, y desque hobieron cazado, yendo el Rey por un valle, tovo la rienda á su palafren, é pasando todos adelante, llamó á don Galaor é díjole: «Mi buen amigo y leal servidor, nunca en cosa vos demandé consejo que me bien dello no fallase; ya sabeis el gran poder é alteza del emperador de Roma, que á mi fija envia á pedir para emperatriz, é yo entiendo en ello dos cosas mucho de mi pro: la una, casar á mi fija tan honradamente, siendo señora de un tan alto señorío, y tener aquel emperador para mi ayuda cada que menester hobiese; é la otra, que mi fija Leonoreta quedará señora y heredera de la Gran Bretaña; y esto quiérolo hablar con mis hombres buenos, por quien he enviado, para ver en este casamiento qué me consejarán, y en tanto decidme vos aquí, donde apartados estamos, si os placerá, qué os parece desto; que bien conocido de vos tengo que en este caso me consejaréis todo aquello que mucho á mi honra será.» Don Galaor cuando esto le oyó estovo una pieza cuidando; desí dijo: «Señor, no só yo de tan gran seso, ni por mí han pasado tantas cosas desta calidad, que en una cosa de tan gran fecho como esta sopiese dar entrada ni salida. E por esto, Señor, seria yo excusado dello, si os ploguiere, porque esos que decis con quien se ha de platicar os dirán mucho mejor lo que vuestra honra y servicio sea, porque muy mejor que yo lo alcanzarán.—Don Galaor, dijo el Rey, todavía quiero que me lo digais; si no, recebiria el mayor pesar del mundo, especialmente que hasta hoy nunca de vos recebí sino mucho placer y servicio.—Dios me guarde de os enojar, dijo don Galaor, é pues que todavía os place probar mi simpleza, quiérolo hacer, é digo que en lo que decis, que casaréis vuestra hija muy honradamente é con gran señorío, esto me paresce muy al contrario, porque siendo ella vuestra sucesora, heredera destos reinos despues de vuestros dias, no le podeis facer mayor mal que quitárselos é ponerla en sujecion de hombre extraño, donde mando ni poder terná; é puesto caso que alcance aquello que es el cabo de semejantes señoras, que son los fijos, y estos ver casados, luego será puesta en mayor sujecion é pobreza que ante, viendo mandar otra emperatriz. En esto que decis de os ayudar dél, cierto, Señor, segun vuestra persona é vuestros caballeros é amigos, que tanto valen, con que habeis adelantado vuestros señoríos é gran fama por el mundo, antes vos seria mengua pensar y creer que aquel os habia de sacar de necesidades, que, segun sus maneras soberbiosas que dicen todos que tiene, tornarse os-hi-a al revés, que siempre recebiríades por su causa afrentas é gastos muy sin provecho; é lo que peor desto seria, es que, como servicio le ficiésedes, seríades sojuzgado, é así quedaríades perpétuamente en sus libros é corónicas; así que, Señor, esto que vos por gran honra teneis, tengo yo por la mayor deshonra que os podria venir; y en lo que decis, de heredar á vuestra hija Leonoreta en la Gran Bretaña, este es un muy mayor yerro; que así acaesce, de uno venir muchos, si la buena discrecion no lo ataja. Quitar vos,

Señor, este señorío á una tal hija en el mundo señalada, viniéndole de derecho, é darlo á quien no lo debe haber, nunca á Dios pléga que tal consejo yo diese, é no digo á vuestra fija, mas á la mas pobre mujer del mundo, no seria en que el suyo le quitase. Esto he dicho por la lealtad que á Dios é á vos é á mi ánima debo, é á vuestra hija, que por yo ser vuestro vasallo, por señora la tengo; é yo me voy mañana, si á Dios ploguiere, camino de Gaula; que el Rey mi padre no sé por cuál razon me envió á llamar; é si os ploguiere, yo dejaré un escrito de mi mano que fagais monstrar á todos vuestros hombres buenos de lo que os he dicho; é si caballero hobiere que lo contrario diga, teniéndolo por mejor, yo se lo combatiré, é le faré conocer ser verdad todo lo que dicho tengo.»

El Rey cuando esto le oyó fué mal pagado de sus razones, aunque no se lo demostró, é díjole: «Don Galaor, amigo, pues que vos ir quereis, dejadme el escrito.» Mas esto no lo demandaba él para lo mostrar, sino en caso que mucho menester fuese. Así como oido habeis se fué el rey Lisuarte con don Galaor fasta que llegaron á su palacio, é aquella noche folgaron con mucho placer é hablando todos en este casamiento, principalmente el Rey, que lo mucho gana tenia. E otro dia de mañana don Galaor dióle el escrito é despidióse dél y de los hombres buenos, é partióse para Gaula. E sabed que la intencion de don Galaor en este hecho era estorbar aquel casamiento, porque no sentia ser pro del Rey, é tambien que sospechaba lo de Amadís y de Oriana, fija del rey Lisuarte, aunque ninguno no se lo dijera; é quiso fallarse fuera donde mas en ello fablar no podiese, conociendo estar ya de todo en todo el Rey determinado á lo facer; y desto no sabia nada Oriana, é por esto rogaba ella á don Florestan, como ya oistes, que lo fablase de su parte á don Galaor. Pues así pasaron aquel dia, como ois, en Miraflores, siendo la reina Sardamira espantada mucho de la gran fermosura de Oriana, que no podiera creer que persona mortal tanto lo fuese, aunque muy menoscabada era de lo que solia por las grandes angustias é tribulaciones de su corazon, que muy propincuas le eran, temiendo aquel casamiento del Emperador, é no sabiendo ningunas nuevas del su amado amigo Amadís de Gaula; é no quiso la Reina fablarla por estonces en fecho del Emperador, salvo en otras cosas de nuevas y de placer. Mas otro dia que en ello le fabló hobo tal respuesta de Oriana, como quiera que honesta é con cortesía fuese, que nunca mas osó decirle ni fablarle en ello.

Pues Oriana, sabiendo cómo don Florestan se queria partir, tomólo consigo é levólo so unos árboles que allí eran, donde habia un muy rico estrado, é haciéndolo sentar ante sí, díjole descobiertamente toda su voluntad, é la gran fuerza que su padre le facia, queriéndola desheredar y enviarla á tierras extrañas, rogándole que della se doliese, pues que no esperaba otra cosa sino la muerte, y que no solamente á él, que ella tanto amaba y en quien tanta esperanza é fiucia tenia, mas á todos los grandes de aquellos reinos se queria quejar, é á todos los caballeros andantes, que hobiesen della duelo é gran piedad, é rogasen á su padre que de tal propósito mudado fuese; «é vos, mi buen señor é amigo don Florestan, dijo ella, así gelo rogad é consejad que lo haga, faciéndole entender el gran pecado en que está por esta tan gran crueza é tuerto que me facer quiere.» Don Florestan le dijo: «Mi buena señora, sin duda podeis bien creer que os tengo de servir en todo lo que por vos me fuere mandado, con tanta voluntad é homildad como lo faria á mi señor el rey Perion, mi padre; mas esto que me decis, que á vuestro padre ruegue, no lo puedo facer en ninguna manera, porque yo no soy su vasallo, ni él me pornia en su consejo, sabiendo que lo desamo por el mal que á mí é á mi linaje ha fecho; é si algun servicio de mí hobo, no hay por qué me lo deba gradecer, que yo lo fice por mandado de mi hermano é mi señor Amadís, á quien yo contradecir no podia ni debia; el cual no por el Rey vuestro padre, mas porque si esta tierra se perdiese la perderíades vos, se dispuso ser en aquella batalla de los siete reyes, é traer consigo al rey Perion é á mí así como lo sopistes, porque él os tiene por una de las mejores princesas del mundo, é si él agora sopiese esta fuerza é agravio que tanto contra vuestra voluntad se os face, creed, mi señora, que con todas sus fuerzas é amigos se pornia al remedio della; é no lo digo por vos, que tan alta señora sois, mas por la mas pobre mujer de todo el mundo lo faria; é vos, mi buena señora, tened buena esperanza, que aun plazo habrá para os poder socorrer, si á Dios ploguiere; que yo no pararé fasta ser en la ínsola Firme, donde es el caballero Agrájes, que mucho en gran grado os desea servir por aquella crianza que su padre é madre vos ficieron, é por el gran amor que á su hermana Mabilia teneis; é allí habrémos consejo de lo que facer se puede.—¿Sabeis vos, dijo Oriana, ser allí cierto Agrájes?—Sélo, dijo él; que don Grumedan me lo dijo, que lo sabia por un escudero suyo que le envió.—A Dios merced, dijo ella, y él lo guie; é mucho me lo saludad, y decilde que en él tengo yo aquella verdadera esperanza que con razon de haber tengo, é si en este medio tiempo algunas nuevas sopiérdes de vuestro hermano Amadís, hacédmelo saber porque las diga á Mabilia, su cohermana, que muere con soledad dél; é Dios guie cómo vos é Agrájes hayais algun buen acuerdo en mi facienda.» Don Florestan, besando las manos á Oriana, se despidió della, é tomando consigo á don Grumedan, se fué á la reina Sardamira é díjole: «Señora, yo quiero andar, é por do quiera que fuere soy vuestro caballero y servidor; é así vos ruego yo que lo tengais, y me mandeis en qué os sirva.» La Reina le dijo: «Mucho seria sin conocimiento la que no quisiese servicio y honra de hombre de tanto valor como vos, don Florestan, lo sois, é si Dios quisiere, en tal yerro no caeré yo, antes recibo vuestra buena cortesía, é os lo gradezco cuanto puedo, é siempre terné memoria de os rogar lo que por mí facer podiérdes.» Don Florestan, que la mucho mirando estaba, dijo: «Dios, que os tan fermosa fizo, os gradezca por mí esa respuesta, pues que yo por agora no puedo sino con la voluntad y con la palabra.» E con esto se despidió della y de Mabilia, y de todas las otras señoras que allí estaban, y rogando á don Grumedan que si nuevas de Amadís sopiese se las ficiese saber en la ínsola Firme, é fué á su posada,

é armóse, é cabalgó en su caballo, é con sus escuderos entró en el derecho camino de la ínsola Firme, donde él queria ir, con intencion de hablar con Agrájes é dar órden cómo con sus amigos Oriana socorrida fuese, si su padre la diese á los romanos.

CAPITULO XVI.

Cómo el caballero de la Verde Espada, que despues llamaron el caballero Griego, é don Bruneo de Bonamar é Angriote de Estravaus se vinieron juntos por el mar, acompañando aquella muy fermosa Grasinda, que venia á la corte del rey Lisuarte, el cual estaba delibrado de enviar á su fija Oriana al emperador de Roma por mújer, é de las cosas que pasaron, declarando su demanda.

Con Grasinda fueron navegando por la mar el caballero de la Verde Espada y don Bruneo de Bonamar é Angriote de Estravaus, á las veces con buen tiempo é otras con contrario, así como Dios lo enviaba, fasta que llegaron al mar Océano, que es en derecho de la costa de España; é cuando el de la Verde Espada se vió tan llegado á la Gran Bretaña gradeciólo mucho á Dios, porque habiéndole escapado de tantos peligros y de tantas tormentas como por la mar pasado habia, le trajera donde ver pudiese aquella tierra donde su señora era; así que, muy grande alegría le sobrevino á su corazon. Estonces con gran alegría fizo juntar todas las fustas, y rogó á todos los hombres que con ellas eran que lo no llamasen por otro nombre sino el caballero Griego, é mandóles que punasen de se llegar á la Gran Bretaña. Estonces se asentó con Grasinda en su estrado é díjole: «Fermosa Señora, ya se llega el tiempo por vos deseado, en que, si á Dios ploguiere, será cumplido lo que tanto vuestro corazon ha deseado é desea; é cierto creed, Señora, que por afan ni peligro de mi persona no dejaré de os pagar algo de las mercedes que me hecistes.—Caballero Griego, mi amigo, dijo ella, tal fianzá tengo yo en Dios que así lo guiará, que si otra cosa su voluntad fuera, no me diera por guardador tal caballero como vos, é mucho os gradezco lo que me decis, pues que estando tan cerca de tal afrenta, parece que el corazon dobla su ardimiento.» El caballero Griego mandó á Gandalin que le trajese les seis espadas que la reina Menoresa en Constantinopla le diera, é Gandalin las trajo y se las poso delante, é dió las dos dellas á don Bruneo é Angriote, que maravillados fueron de ver la riqueza de sus guarnimientos, y el caballero Griego tomó otra para sí, é mandó á Gandalin que guardando la verde suya donde la no viesen, aquella posiese con sus armas; esto facia él porque en la corte del rey Lisuarte, donde él iba y se queria encobrir, no fuese por la verde espada descubierto; é cuando así en esto que ois éstaban, siendo entre nona é vísperas, Grasinda, que muy enojada de la mar andaba, hizo con el caballero Griego é don Bruneo é Angriote que la sacasen al borde de la fusta, porque viendo la tierra algun descanso sintiese; é allí estando todos cuatro fablando en lo que mas les agradaba, siguiendo su viaje á la hora que el sol se queria poner, vieron una fusta que queda estaba en la mar, y el caballero Griego mandó á los marineros que enderezasen contra ella, y llegando cerca, que se bien podrian oir, dijo el caballero Griego á Angriote que preguntase á los de la fusta por algunas nuevas, é Angriote los saludó muy cortésmente é dijo: «¿Cuya es esta fusta, é quién anda en ella?» Ellos cuando oyeron esta pregunta le dijeron: «La fusta es de la ínsola Firme é andan en ella dos caballeros, que os dirán lo que os ploguiere.» E cuando el caballero Griego oyó fablar de la ínsola Firme, alegróse el corazon, é á sus compañeros, por los oir hablar de lo que deseaban saber, é Angriote dijo: «Amigos, ruégovos por cortesía que digais á esos caballeros que se lleguen ende, y preguntarles hemos por nuevas que querriamos saber, é si vos ploguiere, decimos quién son.—Eso no farémos nos; mas decirles hemos vuestro mandado.» E llamándolos, se pusieron los dos caballeros allí cabe sus hombres.

Estonces Angriote dijo: «Señores, querriamos saber de vos en qué lugar es el rey Lisuarte, si por ventura lo sabeis. Todo lo que sabemos, dijeron ellos, se dirá; pero antes querriamos saber una cosa que por della ser certificados hemos llevado mucho afan, y aun llevar mas esperamos fasta lo saber. Decid lo que os ploguiere, dijo Angriote; que si lo sé, saberlo heis vos.» Ellos dijeron: «Amigo, lo que nos deseamos es saber nuevas de un caballero que se llama Amadís de Gaula, aquel que por le hallar andan todos sus amigos muriendo é lacerando por tierras extrañas.» Cuando el caballero Griego esto oyó las lágrimas le vinieron á los ojos muy cedo con el gran placer que su ánimo sintió en ver cómo sus parientes todos é amigos le eran leales; pero estovo callado, é Angriote les dijo: «Agora me decid quién sois, é yo os lo diré lo que deso sopiere.» El uno dellos dijo: «Sabed que yo he nombre Dragonis, y este mi compañero Enil, y queremos correr el mar Mediterráneo é los puertos de la una é otra parte, si podiéremos saber nuevas deste por quien preguntamos.—Señores, dijo Angriote, Dios vos dé buenas nuevas dél, y en estas fustas vienen gentes de muchas partes, é yo preguntaré si algo dello saben, é os lo diré de grado.» Esto decia él por mandado del caballero Griego, é díjoles: «Agora vos ruego que me digais dónde es el rey Lisuarte, y qué nuevas dél sabeis, é de la reina Brisena, su mujer, y de su corte.—Eso os diré yo, dijo Dragonis. Sabed que él es en una su villa, que Tagádes se llama, que es un gran puerto de mar contra Normandía, é ha fecho cortes, en que están todos sus hombres buenos, por haber con ellos consejo si dará su fija Oriana al emperador de Roma, que por mujer la pide; é allí son para la llevar muchos romanos, entre los cuales es el mayor Salustanquidio, príncipe de Calabria, é otros muchos á quien él manda, que son caballeros de cuenta; é tienen consigo una reina que Sardamira se llama para acompañar á Oriana, y que el Emperador la llamaba ya la emperatriz de Roma.» Cuando esto oyó el caballero Griego estremeciósele el corazon y estuvo una pieza desmayado. Mas cuando Dragonis vino á contar las cosas que Oriana facia de amarguras é llantos, y cómo se habia enviado á quejar á todos los altos hombres de la Gran Bretaña, sosególe el corazon y esforzóse, pensando que, pues á ella pesaba, que los romanos no serian tantos ni tan fuertes que él no se la tomase por la mar ó por la tierra, y que aquello haria él por la mas pobre doncella del mundo; pues ¿qué debia facer por la que

solo un momento, perdiendo la esperanza della, él no podria vivir; é daba muchas gracias á Dios porque en tal sazon lo arribara en aquella tierra, donde podiese servir á su señora algo de las grandes mercedes que le habia fecho, y que tomándola, la ternia, como lo él deseaba, sin su culpa della; y con esto se hacia tan alegre y tan lozano como si ya fecho é acabado lo toviese, é dijo muy paso á Angriote que preguntase á Dragonis dónde sabia él aquellas nuevas, y preguntado por él Dragonis, le dijo: «Hoy há cuatro dias que llegaron á la ínsola Firme, donde nos partimos don Cuadragante é su sobrino Landin, é Gavarte de Val Temeroso, é Madancian (1) de la Puente de Plata, é Elian el lozano. Estos cinco vinieron por haber consejo con Florestan é con Agrájes, que hí son, cómo les parece que deben entrar en la demanda de Amadís, aquel que nos buscamos; é don Cuadragante queria enviar á la corte del rey Lisuarte por saber de aquellas gentes extrañas que allí son algunas nuevas de aquel muy esforzado Amadís; mas don Florestan le dijo que lo no ficiese, que él venia de allá y no sabia ningunas nuevas, é sus escuderos han dicho de una contienda que él con los romanos hobo, de que su gran prez será loada en tanto que el mundo durare.

Cuando esto oyó Angriote dijo: «Señor caballero, decidnos qué hombre es ese y qué cosas hizo, que tan loadas son.—Este es, dijo Dragonis, fijo del rey Perion de Gaula, é bien parece en la su gran bondad á sus hermanos.» E contóle todo lo que le acaeciera con los caballeros romanos delante de la reina Sardamira, y cómo levó los escudos dellos á la ínsola Firme, y los nombres de los señores dellos escritos de su sangre; y este don Dragonis contó allí las nuevas que os decimos, é cómo siendo los caballeros de la reina Sardamira tan mal trechos, que por ruego suyo della la aguardó don Florestan hasta la poner en Miraflores, donde ella iba á ver á Oriana, la fija del rey Lisuarte. Mucho fueron alegres el caballero Griego é sus compañeros de aquella buena ventura de don Florestan; é cuando el caballero Griego oyó mentar á Miraflores el corazon le saltaba, que lo no podia sosegar, viniéndole á la memoria el sabroso tiempo que allí pasó con aquella que de allí señora era; y dejando á Grasinda é á los otros caballeros, se apartó con Gandalin é díjole: «Mi verdadero amigo, ya has oido las nuevas de Oriana, que si así pasase, pasariamos ella é yo por la muerte; ruégote mucho que tomes gran cuidado en esto que te yo mandaré; y esto es, que te despidas tú é Ardian el enano de mí y de Grasinda, diciendo que os quereis ir con aquellos de la fusta á buscar á Amadís, é di á mi cohermano Dragonis é á Enil todas las nuevas de mí, y que luego se tornen á la ínsola Firme; é cuando allí llegárdes, diréis á don Cuadragante é Agrájes que les ruego yo mucho que no se partan dende; que yo seré con ellos en estos quince dias; y que tengan consigo todos esos caballeros nuestros amigos que ende están, y envien por mas si dellos sopieren; é di á don Florestan é á tu padre don Gandáles que hagan bastecer todas las fustas que se hí hallaren de viandas é armas, porque tengo de ir con ellas á un logar que prometido tengo; lo cual de mí sabrán cuando los viere; en esto pon gran recaudo, que ya sabes lo que en ello me va.»

Estonces llamó al Enano é díjole: «Ardian, véte con Gandalin é haz lo que te mandare.» Gandalin, que mucho deseaba complir el mandado de su señor, fuése para Grasinda é díjole: «Señora, nosotros queremos dejar al caballero Griego por entrar en la demanda con aquellos caballeros que en aquella fusta andan buscando á Amadís, é Dios vos gradezca las mercedes que de vos, Señora, recebidas tenemos.» E asimismo se despidieron del caballero Griego y de don Bruneo é Angriote, y ellos los encomendaron á Dios y entraron en la fusta, é Angriote les dijo: «Señores, veis ende un escudero é un enano que andan en la demanda que vos andais.» Mas cuando ellos vieron que eran Gandalin y el Enano mucho fueron alegres; é como sopieron las nuevas ciertas de ellos, partiéronse de la flota con su galea, y llevaron el camino de la ínsola Firme; y el caballero Griego y Grasinda con su compaña fueron corriendo su mar contra Tagádes, donde el rey Lisuarte era. El rey Lisuarte era en Tagádes, aquella su villa, y estaban con él juntos muchos grandes y otros hombres buenos del su reino, que los ficiera llamar para aconsejarse con ellos lo que haria del casamiento de Oriana, su fija, que el emperador de Roma para se casar con ella le enviaba muy afincadamente á demandar; y todos le decian que lo no ficiese, que era cosa en que mucho contra Dios erraria, quitando á su hija aquel señorío de que heredera habia de ser, y ponerla en sujecion de hombre extraño, de condicion liviana é muy mudable; que así como por el presente aquello mucho deseaba, así á poco espacio de tiempo otra cosa se les antojaria, é muy cierto es que esta es la manera de los hombres livianos. Pero el Rey, pesándole deste tal consejo, siempre en su propósito firme estaba, permitiéndolo Dios que aquel Amadís, que tantas veces le aseguró su reino é su vida, haciéndole tan señalados servicios, é poniéndole en la mayor fama, en la mayor alteza que ningun rey de su tiempo estaba, é tan malas gracias dello sacó, sin lo merecer, de aquel mismo su grandeza, su gran honra menoscabada é abatida fuese, como en el cuarto libro mas largo se dirá. Pero aun este rey Lisuarte, no para se volver de su propósito, mas porque su porfía é riguridad mas clara á todos manifiesta fuese, tovo por bien que al mismo consejo fuese llamado el conde Argamonte, su tio, que muy viejo é doliente de gota estaba. E á sabiendas no queria salir de su casa, conociendo la voluntad errada que el Rey en aquel caso tenia, pues que en todo le habia de contradecir; mas, como el mandado del Rey vió, fué luego para allá, y llegado á la puerta del palacio, allí salió el Rey á lo recebir, y tomándole por la mano, se fué con él á su estrado, é fízole sentar cabe sí; díjole: «Buen tio, yo os fice llamar, é á estos hombres buenos que aquí veis, por haber consejo de lo que hacer debo en este casamiento de mi fija con el emperador de Roma, é mucho os ruego que me digais vuestro parecer, y ellos asimesmo.—Mi señor, dijo él, muy gra-

(1) Así se halla escrito el nombre de este caballero en las ediciones mas antiguas de este libro, y por consiguiente, parece distinto del que en otros lugares es llamado Madansil y Madansiel. Véase la página 203, nota.

ve cosa me parece consejar en esto que mandais, porque aquí hay dos cosas: la una, queriendo seguir vuestra voluntad, y la otra, queriéndola contradecir; que si la contradecimos, tomaréis enojo, así como por la mayor parte los reyes lo hacen, que con el su gran poder querrian contentar é satisfacer sus opiniones, no seyendo increpados ni contrariados de aquellos que mandar pueden. La otra, que si la otorgamos, poneisnos á todos en gran condicion con Dios y con su justicia, y con el mundo en gran deslealtad é aleve, que por nos se ha otorgado que vuestra hija, siendo heredera destos reinos despues de vuestros dias, los pierda porque aquel mesmo derecho, é aun mas fuerte, tiene ella á ellos que vos tovistes de los haber del Rey vuestro hermano. Pues mirad bien, Señor, que tanto sintiérades vos al tiempo que vuestro hermano murió, haciendo á vos extraño de lo que de razon haber debíades, lo diera á otro que le no pertenecia; é si por ventura vuestra intencion es, haciendo á Oriana emperatriz é á Leonoreta señora destos vuestros reinos, á entrambas las dejais muy grandes é muy honradas señoras; é si lo mirais todo por razon, puede al contrario salir; que no podiendo vos de derecho remover la órden de vuestros antecesores, que fueron señores destos reinos, quitando ni acrecentando, el Emperador, teniendo por mujer á Oriana, vuestra hija, terná por sí el derecho de los heredar con ella, é como es poderoso, si vos faltásedes, no con mucho trabajo los podria tomar; así que, entrambas seyendo desheredadas, seria esta tierra tan honrada y señalada en el mundo sujeta á los emperadores de Roma, sin que Oriana en ella mas mando toviese de lo que le fuese otorgado por el Emperador; de manera que de señora la dejais sujeta; é por esto, mi señor, si Dios quisiere, yo me excusaré de dar consejo á quien muy mejor que yo sabe lo que hacer debe. —Tio, dijo el Rey, bien entiendo lo que me decis; pero mas me ploguiera que me loárades vos y ellos esto que tengo dicho é prometido á los romanos, pues que en ninguna guisa dello no me puedo retraer.—En eso no os detengais, dijo el Conde; que todas las cosas consisten en el cómo se han de hacer é asegurar, é allí, guardando vuestra vergüenza é palabra, honestamente podeis desviar ó allegar lo que mejor vos estoviere.—Bien decis, dijo el Rey, é por agora no se hable mas.» Así se desbarató aquel consistorio, y fueron á sus posadas.

E los marineros que en las fustas de la fermosa Grasinda venian, donde estaba el caballero Griego, y don Bruneo de Bonamar é Angriote de Estravaus, que por la mar navegaban, como ya oistes, devisaron una mañana la montaña que Tagádes habia nombre, por donde se llamó así la villa do era el rey Lisuarte, que al pié de la montaña estaba, é fueron donde su señora estaba hablando con el caballero Griego é con sus compañeros, é dijéronles: «Señores, dadnos albricias; que si este viento no se cambia, antes de una hora seréis arribados en el puerto de Tagádes, donde ir quereis.» Grasinda fué muy leda, y el caballero Griego asimesmo, y fuéronse todos al borde de la nao, é miraban con gran gozo aquella tierra que tanto ver deseaban, é Grasinda daba muchas gracias á Dios por la así haber guiado, é con mocha homildad le rogaba que enderezase su facienda y la ficiese ir de allí con la honra que deseaba. Mas del caballero Griego os digo que mucho folgaban sus ojos en ver aquella tierra donde era su señora, de quien tanto tiempo tan alongado andoviera, y no pudo tanto resistir que las lágrimas no le viniesen, é volvió el rostro de Grasinda porque se las no viese, é alimpiólas lo mas cobierto que pudo, é faciendo buen semblante, se volvió á ella é díjole: «Mi señora, tened esperanza; que iréis desta tierra con la honra que deseais, que yo muy esforzado estoy viendo la vuestra gran fermosura, que me face cierto de tener el derecho é razon de mi parte; y pues Dios es el juez, querrá que así lo sea la honra.» Grasinda, que temerosa estaba, como quien ya al estrecho era llegada, esforzóse mucho é díjole: «Caballero Griego, mi señor, mucha mas fucia tengo yo en vuestra buena ventura é buena dicha que en la fermosura que decis; é aquello teniendo vos en la memoria, hará que vuestro buen prez se adelante, como en todas las otras grandes cosas que con ello habeis acabado, é á mí la mas alegre de cuantas viven.—Dejémoslo á Dios, dijo él; fablemos en lo que conviene que se faga.» Entonces llamaron á Grinfesa, una doncella fija del mayordomo, que era buena y entendida, é sabia ya cuanto del lenguaje francés, el cual el rey Lisuarte entendia, é diéronle un escrito en latin, que de ante tenia fecho, para que lo diese al rey Lisuarte é á la reina Brisena, é mandáronle que no hablase ni respondiese sino por el lenguaje francés en tanto que entre ellos estoviese, é que tomando la respuesta, se volviese á las fustas. La doncella, tomando el escrito, se fué á la cámara de su señora, é vistióse unos paños muy ricos é fermosos, é como ella era en floreciente edad é asaz fermosa, pareció muy bien é apuesta á los que la miraban. E su padre el mayordomo mandó sacar de una fusta palafrenes é caballos muy bien guarnidos, é los marineros lanzaron un batel en el agua, é tomaron la doncella é dos sus hermanos buenos caballeros, é dos escuderos que las armas les llevaban, é pasáronlos prestamente en tierra contra la villa, y el caballero Griego mandó sacar de la mar en otro batel á Lasindo, escudero de don Bruneo, é díjole que se fuese por otro camino á la villa, é preguntase si allá sabian nuevas de su señor, diciendo que él quedara doliente en su tierra al tiempo que don Bruneo se metió en la demanda de Amadís, é que con este achaque punase mucho en saber qué recaudo se le daba á su doncella, é que en todo caso se volviese á él á la mañana, que él faria que con un batel lo atendiesen. Lasindo se partió dél é fué á recabar su mandado.

E dígoos de la doncella, cuando entró por la villa, que todos habian placer de la mirar, é decian que á maravilla venia bien guarnida é acompañada de aquellos dos caballeros; é ella iba preguntando dó eran los palacios del Rey. Pues así acaeció, que el fermoso doncel Esplandian é Ambor de Gadel, fijo de Angriote, que por mando de la Reina allí estaban para la servir en tanto que aquella gente extraña allí estoviese, salian ambos á caza de esmerejones, y encontraron la doncella; é como viesen que preguntaba por los palacios del Rey, dió Esplandian el esmerejon á Sargil, é

fuése para ella, que la vió extrañamente vestida, é díjole por lenguaje francés: «Mi buena señora, yo os guiaré, si os ploguiere, é vos mostraré al Rey, si lo no conoceis.» La doncella lo cató, é fué muy maravillada de su gran fermosura é buen donaire, tanto, que á su parecer nunca en su vida viera hombre ni mujer tan fermoso, é dijo: «Gentil doncel, á quien Dios haga tan bienaventurado como fermoso, mucho os lo gradezco lo que me decis, é á Dios, que con tan buen aguardador me encontró.» Entonces su hermano dió la rienda al doncel, y él tomándola, se fué con ellos fasta llegar al palacio. Y á esta sazon estaba el Rey en el corral debajo de unos portales muy bien labrados, é con él muchos hombres buenos é todos los de Roma, y entonce acababa de les prometer á su fija Oriana para que la llevasen al Emperador, y ellos de la recebir por su señora. E la doncella, siendo ya apeada de su palafren, entró por la puerta, llevándola de la mano Esplandian, é sus hermanos con ella, é como llegó al Rey, fincó los hinojos é quísole besar las manos, mas él no las dió, porque lo no acostumbraba sino cuando facia merced señalada á alguna doncella; é dándole la carta, le dijo: «Señor, menester es que la oya la Reina é todas sus doncellas, é si por ventura las doncellas se enojaren de oir lo que ende viene, procuren de haber de su parte algun buen caballero, como la mi señora trae, por cuyo mandado aquí vengo.» El Rey mandó al rey Arban de Norgales é á su tio el conde Argamonte que fuesen por la Reina, é trajesen consigo todas las infantas é doncellas que en su palacio eran. Esto fué así hecho, que la Reina vino con tanta compaña de señoras, así de fermosura como guarnidas ricamente, cual en todo el mundo á duro se podria fallar, é sentóse cerca del Rey, é las infantas é todas las otras en derredor della. La doncella mandadera fué á besar las manos á la Reina é díjole: «Señora, si mi demanda extraña os pareciere, no os maravilleis, pues que para semejantes cosas extremó Dios esta vuestra corte de todas las del mundo, y esto causa la gran bondad del Rey é vuestra; é pues aquí se falla el remedio que en otras partes fallece, oid esta carta, é otorgad lo que por ella se os pide, é vernán á vuestra corte una fermosa dueña y el valiente caballero Griego que la guarda.» El Rey mandóla leer, é decia así:

«Al muy alto é honrado Lisuarte, rey de la Gran »Bretaña, yo Grasinda, señora de la hermosura de to»das las dueñas de Romanía, mando besar las vuestras »manos, é fágoos saber, mi señor, en cómo yo soy venida »en vuestra tierra en guarda del caballero Griego; é la »causa dello es, porque así como yo fuí juzgada por la »mas hermosa dueña de todas las de Romanía, así si»guiendo aquella gloria que mi corazon tan ledo fizo, lo »quiero ser mas que ninguna de cuantas doncellas en »vuestra corte son, porque con el vencimiento de las »unas é de las otras yo pueda quedar en aquella hol»ganza que tanto deseo; é si tal caballero hobiere que »por alguna de vuestras doncellas esto quiera contra»decir, aparéjese á dos cosas: la primera, á la batalla »con el caballero Griego, é la otra, poner en el campo »una rica corona, como la yo trayo, para que el ven»cedor las pueda, en señal de haber ganado aquella »vitoria, dar á aquella por quien se combatiere. E, »muy alto Rey, si esto á que yo vengo os place que »en efeto venga, mandadme segurar con toda mi com»paña, é al caballero Griego; si no, solamente de »aquellos que con él la batalla querrán haber; é si el »caballero que por las doncellas se combatiere fuere »vencido, venga el segundo así, ó así el tercero; que »á todos manterná campo con la su alta bondad.»

Leida la carta, el Rey dijo: «Así Dios me salve, yo creo que la dueña es muy hermosa y el caballero no se precia poco de armas; mas, como quiera que ello sea, ellos han comenzado gran fantasía de que sin su daño se podrian excusar; pero las voluntades de las personas son en diversas maneras, y en ellas ponen sus corazones, é no dudan las aventuras que les podrán venir; é vos, doncella, os podeis ir, é yo mandaré pregonar la seguranza, como lo pide vuestra señora; así que, ella podrá venir cuando le placerá, é si no fallare quien su demanda contradiga, habrá satisfecho su voluntad. —Mi señor, dijo ella, vos respondeis así como lo atendiamos; que de vuestra corte ninguno con razon puede ir con querella; é porque el caballero Griego trae consigo dos compañeros que justas demandan, es menester que la misma seguranza hayan. —Así sea, dijo el Rey. —En el nombre de Dios, dijo la doncella, pues mañana los veréis en vuestra corte; é vos, mi señora, dijo á la Reina, mandad estar vuestras doncellas donde vean cómo su honra se adelanta ó menoscaba por sus aguardadores; que así lo hará mi señora, é á Dios seais encomendada.» Entonces se despidió dellos é se fué á las barcas, donde con gran placer fué recebida, é contándoles cómo habia su mensaje librado, mandaron luego sacar de las fustas sus armas é caballos, é ficieron armar una muy rica tienda é dos tendejones en la ribera de la mar; mas aquella noche no salió en tierra sino el mayordomo con algunos sirvientes para la guarda dello.

E agora sabed que al tiempo que la doncella mandadera de Grasinda se partió del rey Lisuarte é de la Reina con el recaudo que ya oistes, Salustanquidio, cohermano del emperador de Roma, que presente estaba, se levantó en pié, é bien cien caballeros romanos con él, é dijo al Rey en alta voz así, que todos lo oyeron: «Mi señor, yo y estos hombres buenos de Roma que aquí ante vos somos os queremos pedir un don, que será vuestra pro, é honra nuestra. —Mucho me place de os dar cualquier don que demandárdes, dijo el Rey, ende mas tal como el que decis. —Pues dadnos, dijo Salustanquidio, que podamos tomar la demanda por las doncellas, que muy mejor recaudo darémos della que los caballeros desta vuestra tierra; porque nosotros é los griegos nos conocemos bien, é mas nos temerán solamente por el nombre de romanos que por el hecho é obra de los de acá.» Don Grumedan, que allí estaba, se levantó en pié, é fué ante el Rey é dijo: «Señor, como quiera que grande honra sea á los príncipes venir las extrañas aventuras á sus cortes, é mucho sus honras é reales estados acreciente, muy presto se podrian tornar en deshonras é menguas si no son con buena discricion recebidas é gobernadas; y esto digo yo, Señor, por este caballero Griego que

nuevamente con tal demanda es venido; é si su gran soberbia hobiese logar á que por él fuesen vencidos aquellos que en vuestra corte contradecir le quisiesen, aunque el peligro é daño fuese suyo dellos, la honra é mengua vuestra seria; así que, Señor, paréceme que seria bien, antes que por vos ninguna cosa se determine, que espereis á don Galaor é á Norandel, vuestro fijo, que, segun he sabido, serán aquí dentro de cinco dias, y en este tiempo será mejorado don Guilan el cuidador é podrá tomar armas, y estos tomarán la empresa de forma que vuestra honra é la suya sea guardada. —Eso no puede ser, dijo el Rey; que ya les he el don otorgado, é tales son, que á mayor fecho que este darán buen fin. —Bien puede ser, dijo don Grumedan; mas yo faré que las doncellas, á que esto atañe, no lo otorguen. —Dejadvos deso, dijo el Rey; que todo lo que yo fago por las doncellas de mi casa fecho es; demás esto que á mí es demandado.» Salustanquidio fué á besar las manos al Rey, é dijo á don Grumedan: «Yo pasaré esta batalla á mi honra é de las doncellas, é pues vos, don Grumedan, en tanto teneis esos caballeros que decis é á vos, creyendo que mejor ellos que nosotros la pasarian, si tal de la batalla saliere que armas pueda tomar, yo tomaré dos compañeros é me combatiré con esos é con vos; é si yo no podiere, daré otro en mi lugar, que ligeramente me podrá excusar. —En el nombre de Dios, dijo don Grumedan, yo tomo esta batalla por mia é por aquellos que comigo entrar quisieren.» E sacando un anillo de su dedo, lo tendió contra el Rey é díjole: «Señor, veis aquí mi gaje por mí é por los que comigo metiere en la batalla; é pues esto por ellos se demandó, no lo podeis negar de derecho si se no otorgan por vencidos.» Salustanquidio dijo: «Antes las mares serán secas que palabra de romano se torne atrás, sino á su honra; é si á vuestra vejez se os quitó el seso, el cuerpo lo pagará si lo en la batalla metiérdes. —Ciertamente, dijo don Grumedan, no soy tan mancebo que no haya asaz de dias, y esto, que vos pensais que me será contrario, esto tengo por mayor remedio; que con ellos he visto muchas cosas, entre las cuales sé que la soberbia nunca hobo buena fin, é así espero yo que os acaecerá, pues que, segun vuestra alabanza, sois capitan é caudillo della.»

El rey Arban de Norgales se levantó para responder á los romanos, é bien treinta caballeros que las aventuras demandaban con él, é mas otros ciento; mas el Rey, que lo conosció, tendió una vara, é mandóles que en aquello no hablasen, é así lo mandó á don Grumedan. El conde Argamonte dijo al Rey: «Mandad, Señor, á los unos é á los otros que se vayan á sus posadas; que mengua es vuestra pasar ante vos tales razones.» Y el Rey así lo hizo, y el Conde le dijo: «¿Qué os parece, Señor, de la locura desta gente romana, que así amenguan á los de vuestra corte, no os teniendo ningun acatamiento? Pues ¿qué farán estando en su tierra, ó en qué vuestra fija será tenida; que me dicen, Señor, que se la habeis ya prometido? No sé qué engaño es este; hombre tan cuerdo é que tantas buenas venturas por el querer de Dios ha habido, é por el vuestro buen seso, en logar de le dar gracias por ello, quereis-le tentar y enojar; catad que muy presto podria hacer que la fortuna su rueda revolviese, é cuando así es enojada de aquellos á que muchos bienes fizo, no con un azote solo, mas con muchos muy crueles los castiga; é como las cosas deste mundo sean transitorias é perecederas, no tura mas la gloria é la fama dellas de cuanto ante los ojos andan; ni es juzgado cada uno sino como al presente le ven, que todas aquellas buenas venturas é vuestra grande alteza en que sois agora serian en olvido puestas, somidas so la tierra si la fortuna vos fuese contraria; é si alguna recordacion dellas se hobiese, no seria sino para que, culpándoos en lo pasado, os menguasen en lo presente. Acuérdeseos, Señor, del yerro tan grande que sin causa ninguna fecistes en apartar de vuestra casa tan honrada caballería como lo era Amadís de Gaula, é sus hermanos é los de su linaje, é otros muchos caballeros que por causa suya os dejaron, con que tan honrado é temido por todo el mundo érades, é casi no siendo aun salido de aquel yerro, ¿quereis entrar en otro peor? Pues esto no os viene sino de gran parte de soberbia; que si así no fuese, temeríades á Dios é tomaríades consejo de los que os han de servir lealmente; é yo, Señor, con esto descargo aquella fe é vasallaje que os debo, é quiérome ir á mi tierra; que si Dios quisiere, no veré yo los llantos é amarguras que vuestra fija Oriana fará al tiempo que la entreguédes; que me han dicho que para ello la mandais venir de Miraflores. —Tio, dijo el Rey, no fableis mas en esto que es hecho, é desfacer no se puede, é ruégoos que os detengais fasta tercero dia por ver á qué fin vernán estas batallas que aquí son puestas, é seréis juez dellas con otros caballeros cuales quisiérdes; esto faced, porque mejor que hombre de mi tierra entendeis el lenguaje griego, segun el tiempo que en Grecia morastes.» Argamon le dijo: «Pues así os place, yo lo faré; pero pasadas las batallas, no me deterné mas; que no lo podria sofrir.» Quedando la habla, se fué el Conde á su posada y el Rey quedó en su palacio.

Lasindo, el escudero de don Bruneo, que por mandado del caballero Griego allí viniera, aprendió bien todo lo que ante el Rey pasara despues que la doncella de allí partiera, é fuése luego á las naos, é contó cómo los romanos pidieran al Rey las batallas, y él se las otorgara, é las palabras que Grumedan pasó con Salustanquidio, é cómo tenian su batalla aplazada, é todas las otras que ya oistes que allí pasaron. E asimismo dijo cómo el Rey habia enviado por su fija Oriana para la entregar á los romanos tanto que las batallas pasasen. Cuando el caballero Griego oyó decir que los romanos habian de facer las batallas é se habian de combatir por las doncellas fué muy ledo, porque lo que él mas dudaba en aquella afrenta era pensar que su hermano don Galaor tomaria aquella batalla por las doncellas; que esto tenia él en mas que otra afrenta que le venir podiese, porque don Galaor fué el caballero que en mas estrecho le poso que ninguno con quien él se combatiera, aunque gigante fuese, así como lo cuenta el primer libro desta historia, que bien creia que si en la corte se fallara que como el mas preciado en armas de todos los que en ella habia tomara esta requesta, de la cual no podia redundar sino de dos cosas la una: ó mo-

rir él, ó matar á su hermano don Galaor, que antes sofriera la muerte que otorgar cosa que á mengua le tornase; é por esto fué ledo en saber que en la corte no era, é demás desto, porque no se habia de combatir con ninguno de sus amigos que en la corte eran; é dijo á Grasinda: «Señora, en la mañana oyamos misa en aquella tienda, é guisadvos muy apuestamente, é llevad las doncellas que os ploguiere bien ataviadas, é irémos á dar cabo en esto en que estamos; que fio en la merced de Dios alcanzaréis aquella honra por vos tanto deseada, é porque á esta tierra venistes.» Con esto se acogió Grasinda á su cámara, y el caballero Griego é sus compañeros á su fusta.

CAPITULO XVII.

De cómo el caballero Griego é sus compañeros sacaron del mar á Gracinda, y la llevaron con su compaña á la plaza de las batallas, donde su caballero habia de defender su partido, compliendo su demanda.

De la mar sacaron á Grasinda con cuatro doncellas, é fuéronse á oir misa á la tienda, y de allí cabalgaron ellos todos tres armados en sus caballos, é Grasinda tan apuesta ella é su palafren de paños de oro é de seda con perlas é piedras tan preciadas, que la mayor emperatriz del mundo no podiera mas llevar, porque esperando ella siempre aquel dia en que estaba, mucho antes se apercebia de tener para ello las mas fermosas é ricas cosas que podo haber, como gran señora que era, que no teniendo marido ni fijos ni gente, é siendo abastada de gran tierra é renta, no pensaba en lo gastar salvo en esto que ois, é sus doncellas asimismo de preciosas ropas vestidas; é como Grasinda de su natural fermosa fuese, aquellas riquezas artificiales tanto la acrecentaban, que por maravilla lo tenian todos los que la miraban, é gran esfuerzo daba su parescer á aquel que por ella se habia de combatir; é llevaba encima de su cabeza solamente la corona, que en señal de ser mas fermosa que todas las dueñas de Romanía habia ganado como ya oistes; y el caballero Griego la llevaba de rienda, é armado de unas armas que Grasinda le mandara facer, é la loriga era tan alba como la nieve, é las sobreseñales de la misma librea é colores que Grasinda era vestida, é abrochábase de una y de otra parte con cuerdas tejidas de oro, y el yelmo y escudo eran pintados de las mismas señales de la sobrevista; é don Bruneo llevaba unas armas verdes y en el escudo habia figurada una doncella, é ante ella un caballero armado de ondas de oro é de cárdeno, é semejaba que le demandaba merced; é Angriote de Estravaus iba en un caballo recio é ligero, é llevaba unas armas de veros de plata é de oro, é llevaba por la rienda á la doncella que ya oistes que fuera al Rey con el mensaje, é don Bruneo llevaba otra su hermana, é todos llevaban los yelmos enlazados, y el mayordomo é sus fijos con ellos. Con tal compaña llegaron á una plaza en cabo de la villa donde las batallas se acostumbraban facer. En medio de la plaza habia un padron de mármol, alto como un estado de hombre, é los que justas é batallas allí venian á demandar ponian sobre él el escudo, ó yelmo, ó ramo de flores, ó guante en señal dello. E llegado allí el caballero Griego é su compaña, vieron al Rey al un cabo del campo, é al otro los romanos, y entre ellos á Salustanquidio con unas armas prietas, é por ellas unas sierpes de oro é de plata, y era tan grande, que parecia un gigante, y estaba en un caballo muy crecido á maravilla. La Reina estaba á sus finiestras, é las infantas cabe ella, é Olinda la fermosa, que entre sus ricos atavíos tenia encima de sus hermosos cabellos una rica corona.

Cuando el caballero Griego llegó al campo vió á la Reina é las infantas é otras dueñas é doncellas de gran guisa, é como no vió á su señora Oriana, que entre ellas ver solia, estremeciósele el corazon con soledad della, é cuando vió estar á Salustanquidio bravo é fuerte tornó el rostro contra Grasinda, é vióla estar ya cuanto desmayada é díjole: «Mi señora, no os espanteis por ver hombre tan desmesurado de cuerpo; que Dios será por vos, é yo os faré ganar aquello que á vuestro corazon holganza dará. Así plega á él por la su piedad, dijo ella.» Entonces le tomó él la rica corona que en la cabeza tenia, é fué su paso en su caballo, é púsola encima del padron de mármol, é de ahí tornóse luego ado estaban sus escuderos, que le tenian tres lanzas muy fuertes, con pendones muy ricos de diversas colores, é tomando la que mejor le pareció, echó su escudo al cuello, é fuése do el Rey estaba é díjole, no habiéndosele olvidado el lenguaje griego: «Sálvete Dios Rey, yo só un caballero extraño que del imperio de Grecia vengo con pensamiento de me probar con tus caballeros, que tan buenos son; é no por mi voluntad, mas por la de aquella que en este caso mandar me puede; agora, guiándolo mi dicha, paréceme que la requesta será entre mí é los romanos; mandaldes que pongan en el padron la corona de las doncellas, así como contigo mi doncella lo asentó.» Entonces blandió la lanza recio é arremetió su caballo cuanto pudo, y púsose al un cabo del campo. El Rey no entendió lo que le dijo; que no sabia el lenguaje griego; pero dijo á Argamon, que cabe él estaba: «Seméjame, tio, que aquel caballero no querrá la mengua para sí, segun parece.—Cierto, Señor, dijo el Conde, aunque aquí alguna vergüenza pasáredes por estar esta gente de Roma en vuestra casa, muy ledo seria en que algo de su soberbia quebrantada fuese.—No sé lo que será, dijo el Rey; mas creo que fermosa justa se apareja.» Los caballeros é la otra gente de la casa del Rey, que vieron lo que el caballero Griego hiciera, maravilláronse, é decian que nunca vieran tan apuesto ni tan fermoso caballero armado sino Amadís. Salustanquidio, qué cerca estaba, é vió cómo toda la gente tenian los ojos en el caballero Griego é lo loaban, dijo con gran saña: «¿Qué es eso, gente de la Gran Bretaña? ¿Por qué os maravillais en ver un caballero griego loco, que no sabe al sino trebejar por el campo? Bien parece que los no conoceis como nosotros, que como al fuego el nombre romano temen; que es señal de haber visto ni pasado por vosotros grandes hechos de armas, cuando deste tan pequeño os espantais; pues ahora veréis cómo aquel que tan fermoso armado é á caballo os parece, cuán frio é deshonrado en el suelo os parecerá.»

Entonces se fué á la parte donde la Reina estaba, é dijo contra Olinda: «Mi señora, dadme esa vuestra co-

rona; que vos sois la que yo amo é precio sobre todas; dádmela, mi señora, é no dudeis; que yo os la tornaré luego con aquella que en el padron está, é con ella entraréis en Roma; que el Rey é la Reina serán contentos que os yo con Oriana lleve, é os faga señora de mí é de mi tierra.» Olinda, que esto oia, no tovo en nada sus locuras, y estremecióselе el corazon é las carnes, é vínole una color viva al rostro, pero no le dió la corona. Salustanquidio, que así la vió, dijo: «No temais, mi señora, de me dar la corona; que yo faré que quedando vos con esta honra, sin ella vaya de aquí aquella dueña loca que la quiso poner en la fuerza de aquel griego cobarde.» Mas por todo esto Olinda nunca se la quiso dar, hasta que la Reina se la tomó de la cabeza é se la envió; é tomándola en su mano, la fué poner en el padron cabe la otra, é demandó sus armas á gran priesa, é diéronselas presto tres caballeros de Roma, é tomó su escudo y echóle al cuello, é puso el yelmo en su cabeza, é tomando una lanza mas gruesa que otra, con un fierro grande é agudo, se asosegó en su caballo, é como se vió tan grande é tan bien armado, é que todos le miraban, crecióle el esfuerzo é la soberbia, é dijo contra el Rey: «Agora quiero que vean vuestros caballeros la diferencia dellos y de los romanos; que yo venceré aquel griego; é si él dijo que venciendo á mí, se combatiria con dos, yo me combatiré con los dos mejores que él trae, é si el esfuerzo les faltare, entre el tercero.» Don Grumedan, que estaba herviendo con saña en oir aquello y en ver la paciencia del Rey, díjole: «Salustanquidio, ¿olvídaseos la batalla que habeis de haber comigo, si desta escapais, que demandeis otra?—Ligero es eso de pasar,» dijo Salustanquidio; y el caballero Griego dijo á altas voces: «Bestia mala, desemejada, ¿qué estás fablando? ¿cómo dejas pasar el dia? Entiende en lo que has de facer.» Cuando esto oyó volvió el caballo contra él, é movieron uno contra otro á gran correr de los caballos, las lanzas bajas é cubiertos de sus escudos; los caballos eran ligeros é corredores, é los caballeros fuertes é sañudos; juntáronse ambos en medio de la plaza, é ninguno faltó de su golpe, y el caballero Griego lo firió so el brocal del escudo, é falsógelo, é la lanza topó en unas hojas fuertes, é no las podo pasar; mas pujólo tan fuertemente, que lo echó fuera de la silla; así que, todos fueron maravillados. E pasó por él muy apuesto, llevando la lanza de Salustanquidio metida por el escudo é por la manga de la loriga; así que, todos pensaron que iba ferido, mas no era así; é tirando la lanza del escudo, la tomó á sobremano, é fuése donde estaba Salustanquidio, é vióle que no bullia é yacia como muerto; é no era maravilla, que él era grande y pesado, é cayera del caballo, que era alto, é las armas pesadas y el suelo duro; así que, todo fué causa de le llegar cerca de la muerte, como lo estaba; é sobre todo, hobo el brazo siniestro, sobre que cayera, quebrado cabe la mano, é las mas costillas movidas de su lugar. El caballero Griego, que pensó que mas esforzado estaba, paróse sobre él así á caballero, é púsole el fierro de la lanza en el rostro, que el yelmo le cayera de la cabeza con la fuerza de la caida, é díjole: «Caballero, no seais de tan mal talante en no otorgar las coronas de las doncellas á aquella formosa dueña, pues que las merece.» Salustanquidio no respondió, é dejándole allí, se fué para el Rey, é dijo en su lenguaje: «Buen Rey, aquel caballero, aunque ya está sin soberbia, no quiere otorgar las coronas á aquella señora que las atiende, ni las quiere defender ni responder; otorgaldas vos por juicio, como es derecho; si no, cortarle he la cabeza, é serán las coronas otorgadas.»

Entonces se tornó donde el caballero estaba, y el Rey, que preguntó lo que dijera, y el Conde, su tio, se lo fizo entender, díjole: «Vuestra es la culpa en dejar morir á aquel caballero ante vos, pues no puede defenderse; con derecho podeis juzgar las coronas para el caballero Griego.—Señor, dijo don Grumedan, dejad al caballero haga lo que quisiere; que en los romanos hay mas artes que en la raposa; que si él vive dirá que aun estaba en disposicion de mantener la batalla si os no aquejárades tanto en el juicio.» Todos se reian de lo que don Grumedan dijo, é á los romanos les quebraban los corazones; y el Rey, que vió al caballero Griego descender del caballo y querer cortar la cabeza á Salustanquidio, dijo á Argamonte: «Tio, acorred presto, é decilde que se sofra de lo matar, é que tome las coronas, que yo gelas otorgo, é las dé donde debe.» Argamonte fué contra él, dando voces que oyese mandado del Rey. El caballero Griego tiróse afuera é poso la espada sobre el hombro. En esto llegó el Conde é díjole: «Caballero, el Rey vos ruega que por él vos sofrais de matar ese caballero, é mándaos que tomeis las coronas.—Pláceme, dijo él, é sabed, Señor, que si me yo combatiese con algun vasallo del Rey no lo mataria, si por otra cualquier guisa podiese acabar lo que comenzase; mas á los romanos matarlos é deshonrarlos he, como á malos que ellos son, siguiendo las falsas maneras de aquel soberbio emperador, su señor, de quien todos ellos aprenden á ser soberbios é á la fin cobardes.» El Conde se tornó al Rey é díjole cuanto el caballero dijera, y el caballero cabalgó en su caballo, é tomando del padron ambas las coronas, las llevó á Grasinda, é púsole en la cabeza la corona de las doncellas, é la otra dióla á una su doncella que la guardase. El caballero Griego dijo á Grasinda: «Mi señora, vuestro hecho es en el estado que deseábades, é yo, por la merced de Dios, quito del don que os prometí; idvos, si os ploguiere, á las tiendas á folgar; é yo atenderé si los romanos, con este pesar que han habido, saldrán al campo.—Mi señor, dijo ella, yo no me partiré de vos por ninguna guisa; que no puedo yo haber mayor descanso ni folgura en cosa que en ver vuestras grandes caballerías.—Hágase, dijo él, vuestra voluntad.» Entonces arremetió el caballo, é fallólo recio é holgado, que poco afan llevara aquel dia; y echó su escudo al cuello, é tomó una lanza con un pendon muy hermoso, é llamó á la doncella que allí viniera con el mensaje de Grasinda, é díjole: «Amiga, id al Rey é decilde que ya sabe cómo quedó que si de la primera batalla yo quedase para me poder combatir, que ternia campo á dos caballeros que juntos á mí viniesen, é agora conviéneme complir aquella locura; y que le pido de merced que no mande combatir comigo ninguno de sus caballeros, porque ellos son tales, que no ganarian honra

comigo en me vencer; mas déjeme con los romanos, que han comenzado sus batallas, y verá si por yo ser griego los temeré.» La doncella se fué al Rey, é por el lenguaje francés le dijo aquello que el caballero Griego le mandara decir. «Doncella, dijo el Rey, á mí no me place que ninguno de mi casa ni de mi señorío se combata con él; él lo ha pasado hoy á su honra, é yo le precio mucho, é si le ploguiere quedar comigo, facerle-hia mucho bien; é á los de mi corte é tierra defiendo yo que lo dejen, que en al tengo que facer; pero los romanos, que son sobre sí, hagan lo que les ploguiere.» Esto decia el Rey porque tenia mucho que facer en la partida de Oriana, su fija, é porque no tenia á esa sazon en su corte ninguno de sus preciados caballeros, que por no ver la crueza é sinrazon que á su fija hacia, de allí se habian partido. Solamente eran en la corte don Guilan el cuidador, que doliente estaba, é Cendil de Ganota, que las piernas tenia pasadas de una flecha con que le hirió Brondajel de Roca, romano, en un monte que el Rey corria por dar á un venado.

Oida la respuesta por la doncella que el Rey le dió, díjole: «Señor, muchas mercedes hayais del bien y merced que al caballero Griego faceis; mas sed cierto que si él en Grecia quisiese quedar con el Emperador, todo lo que él demandara le fuera otorgado; pero su voluntad no es sino de andar suelto por el mundo, socorriendo á las dueñas é doncellas que tuerto reciben, é á otros muchos que se lo piden justamente; y en estas cosas é otras que siempre se le descubren ha fecho tanto, que no tardará de venir á vuestra noticia, por do en mucho mas de vos, Señor, é de los otros que no lo conocen será tenido y preciado.—Si Dios vos salve, doncella, decidme de quién será ese mandado.—Cierto, Señor, yo no lo sé; pero sé que su fuerte corazon de alguna cosa es sojuzgado; creo que no será sino de alguna que en estremo ama, que debajo de su señorío es puesto; é á Dios quedad encomendado, que á él me vuelvo con esta respuesta, é quien lo quisiere, allí en este campo lo fallará hasta mediodía.» Oida la respuesta, el caballero Griego fuése yendo á paso contra donde Grasinda estaba, é dió al uno de los fijos del mayordomo el escudo, é al otro la lanza, é no se quitó el yelmo por no ser conocido; é dijo al que le tomara el escudo que lo fuese poner encima del padron, y que dijese que el caballero Griego lo mandara poner contra los caballeros de Roma para atender lo que habia prometido; y él tomó á Grasinda por la rienda y estovo con ella hablando.

Habia entre los romanos un caballero que despues de Salustanquidio en mayor prez de armas lo tenian, que Maganil habia nombre, é bien pensaban ellos que dos caballeros de aquella tierra no le ternian campo; y él traia dos hermanos consigo, otrosí buenos caballeros; é como el escudo fué en el padron puesto, miraban los romanos á este Maganil, como que dél esperaban la honra é la venganza; pero él les dijo: «Amigos, no me mireis, que no puedo en aquello facer ninguna cosa; que yo tengo prometido al príncipe Salustanquidio, si saliese de su batalla en guisa que se combatir no podiese, que tomaré á mi cargo la batalla de don Grumedan, é mis hermanos comigo; é si él no osare combatir con nosotros é sus compañeros, que por él la he de tomar, entonces yó os vengaré del caballero.» Y ellos estando así fablando, vinieron dos caballeros de su compaña, romanos, bien armados de ricas armas y en hermosos caballos; al uno decian Gradamor é al otro Lasanor (1), é ambos eran hermanos é sobrinos de Brondajel de Roca, hijos de su hermana, que era brava é soberbia, é así lo era el marido é los hijos, por causa de lo cual eran muy temidos de los suyos, é por ser sobrinos de Brondajel, que era mayordomo mayor del Emperador; y estos llegados al campo, como ois, sin fablar ni se homillar al Rey fuéronse al padron, y el uno dellos tomó el escudo del caballero Griego, é dió con él tal golpe en el padron, que lo fizo pedazos, é dijo en voz alta: «Mal haya quien consiente que delante romanos se ponga escudo de griego contra ellos.»

El caballero Griego, cuando su escudo vió quebrado, fué tan sañudo, que el corazon le ardia con saña, é dejando á Grasinda, fué á tomar la lanza que el escudero le tenia, é no se curó de escudo, aunque Angriote le decia que tomase el suyo, é dejóse ir á los caballeros de Roma, y ellos á él, é hirió de la lanza al que le quebrara el escudo tan duramente, que lo lanzó de la silla, é de la caida le saltó el yelmo de la cabeza; así que, quedó tollido sin se poder levantar, é todos pensaron que muerto era, é allí perdió la lanza el caballero Griego, y echó mano á su espada, é volvió á Lasanor, que de grandes golpes le heria, é dióle por cima del hombro é cortóle las armas é la carne fasta los huesos, é fízole caer la lanza de la mano, é dióle otro golpe por cima del yelmo, que perdiendo las estriberas, le hizo abrazar á la cerviz del caballo; é como así lo vió, pasó presto la espada á la mano siniestra, é trabóle del escudo y llevóselo del cuello, y el caballero cayó en el campo, mas levantóse luego, con el temor de la muerte, é vió á su hermano que estaba á pié, la espada en la mano, é fuése juntar con él; y el caballero Griego, temiendo que el caballo le matarian, descabalgó dél, y embrazó su escudo, que él tomara, é con su espada se fué para ellos, é firiólos tan recio, que los hermanos no lo podieron sofrir ni tener campo; así que, los que le miraban se espantaban de le ver tan valiente, que en poco los estimaba; allí fizo él conocer á los romanos su bondad, é la flaqueza dellos, é dió luego á Lasanor un golpe en la pierna siniestra, que no se podo tener, pidiéndole merced; mas él fizo que lo no entendia, é dióle del pié en los pechos, é lanzóle en el campo tendido, é tornó contra el otro que el escudo le quebrara, mas no le osó atender, que mucho dudaba la muerte que contra él venia; é fuése adonde el Rey estaba, pidiéndole merced á altas voces que no lo dejase matar. Mas aquel que le seguia se le paró delante, é á grandes golpes que le dió le fizo tornar al padron,

(1) El texto que seguimos llama á este caballero *Lasamor;* mas como hubo en la corte del rey Lisuarte otro de su mismo nombre (página 138), que yendo escoltando á la infanta Leonoreta, justó con Amadís y fué vencido, hemos creido deber corregir *Lasamor*, segun está impreso, con tanto mas motivo, cuanto este nombre ocurre despues escrito con *n*.

é cuando á él llegó andaba al derredor por se guardar de los golpes; y el caballero Griego, que gran saña tenia, queríale herir, é á las veces acertaba en el padron, que de piedra muy dura era, é facia dél y de la espada salir llamas de fuego; é como le vió cansado, que ya no se mudaba, tomóle entre sus brazos, é apretóle tan fuerte, que de toda su fuerza lo desapoderó, y dejólo caer en el campo; entonces tomóle el escudo, é dióle con él tal golpe encima de la cabeza, que fué fecho piezas, y el romano quedó tal como muerto, é púsole la punta de la espada en el rostro é pujóla ya cuanto, é Gradamor estremecióse, é ascondia el rostro, del gran miedo, é ponia sus brazos sobre la cabeza, con temor de la espada, é comenzó á decir: «¡Ay buen Griego, señor! no me mateis, é mandad lo que haga.» Mas el caballero Griego mostraba que no lo entendia, é como lo vió acordado, tomóle por la mano, é dándole de llano con la espada en la cabeza, le hizo, mal de su grado, poner en pié, é fízole señal que se subiese en el padron; mas él era tan flaco, que no podia, y el Griego le ayudó; y estando así de piés sosegado, dióle de las manos tan recio, que le fizo caer tendido, é como él era grande y pesado é cayera de alto, quedó tan quebrantado, que no bullia, y el Griego le puso las piezas del escudo sobre los pechos; é yendo á Lasanor, tomóle por la pierna, y llevólo arrastrando cabe su hermano, é todos pensaban que los queria descabezar, é don Grumedan, que con placer lo miraba, dijo: «Paréceme que el Griego bien ha vengado su escudo.»

Esplandian el doncel, que la batalla miraba, pensando que el caballero Griego queria matar los dos caballeros que vencidos tenia, habiendo duelo dellos, dió de las espuelas á su palafren é llamó á Ambor, su compañero, é fué donde los caballeros estaban. El caballero Griego, que así lo vió venir, esperóle por ver qué queria, é como cerca llegó, parecióle el mas fermoso doncel de cuantos en su vida viera; y Esplandian se llegó á él é díjole: «Señor, pues que estos caballeros son en tal estado que no se pueden defender, y es conoscida la vuestra bondad, hacedme gracia dellos, pues con vos queda toda la honra.» Y él daba á conoscer que no lo entendia; y Esplandian llamó á altas voces al conde Argamonte que se llegase allí, que el caballero Griego no le entendia su lenguaje; y el Conde vino luego, y el Griego le preguntó qué demandaba el doncel, y él le dijo: «Pídeos, Señor, esos caballeros que gelos deis.—Mucho sabor habria de los matar, dijo él; pero yo gelos otorgo.» E dijo al Conde: «Señor, ¿quién es este tan hermoso doncel, é cúyo fijo es?» El Conde le dijo: «Cierto, caballero, eso no os diré yo; que no lo sé, ni ninguno que en esta tierra sea.» E contóle la manera de su crianza. «Ya yo oí hablar de este doncel en Romanía, y pienso que se llama Esplandian, é dijéronme que tenia en los pechos unas letras. —Verdad es, dijo el Conde, é bien las podeis ver, si quisiérdes. Mucho os lo gradeceré, y á él, que me las enseñe, que extraña cosa es de oir, é mas de ver.» El Conde le rogó á Esplandian que gelas mostrase, y llegóse mas cerca, é traia cota é capirote francés trenado con leones de oro, é una cinta de oro estrecha ceñida, y el sayo y capirote se abrochaba con brochas de oro; é quitando algunas de las brochas, mostró al caballero Griego las letras, de que fué maravillado, teniéndolo por la mas extraña cosa qué nunca oyera; é las letras blancas decian *Esplandian*, mas las coloradas no las podo entender, aunque bien cortadas y hechas eran, é díjole: «Doncel fermoso, Dios os haga bienaventurado.» Entonces se despidió del Conde é cabalgó en su caballo, que allí su escudero le tenia, é fuése donde Grasinda estaba, é díjole: «Mi señora, enojada habréis estado en esperar mis locuras; mas poned la culpa á la soberbia de los romanos, que lo han causado.—Si Dios me salve, dijo ella, antes las vuestras venturas buenas me facen ser muy alegre.» Entonces movieron de allí contra las fustas, é Grasinda, con gran gloria é alegría de su ánimo, y no menos el Griego caballero en haber parado tales á los romanos, de que muchas gracias daba á Dios. Pues llegados á las barcas, haciendo poner las tiendas dentro, movieron luego la via de la ínsola Firme. Mas dígoos de Angriote de Estravaus y don Bruneo que quedaron por mandado del caballero Griego en una galea, porque escondidamente ayudasen á don Grumedan en la batalla que puesta tenia con los romanos, rogándoles que pasando aquella afrenta como á Dios ploguiese, procurasen de saber algunas nuevas de Oriana, y se fuesen luego á la ínsola Firme. Al buen doncel Esplandian fué mucho gradecido lo que fizo por los caballeros romanos en les quitar la muerte, á que tan allegados estaban.

CAPITULO XVIII.

Cómo el rey Lisuarte envió por Oriana para la entregar á los romanos, é de lo que le acaesció con un caballero de la ínsola Firme, y de la batalla que pasó entre don Grumedan é los compañeros del caballero Griego contra los tres romanos desafiadores; y de cómo, despues de ser vencidos los romanos, se fueron á la ínsola Firme los compañeros del caballero Griego, y de lo que allí ficieron.

Oido habeis cómo Oriana estaba en Miraflores, é la reina Sardamira con ella, que por mandado del rey Lisuarte la fué á ver para le contar las grandezas de Roma, y el mando tan crecido que con aquel casamiento del Emperador se le aparejaba. Agora sabed que habiéndola ya el Rey su padre prometido á los romanos, acordó de enviar por ella para dar órden cómo la llevasen, é mandó á Giontes, su sobrino, que tomase consigo otros dos caballeros é algunos servientes é la trajesen, é no consintiese que ningun caballero con ella fablase. Giontes tomó á Gangel de Sadoca, é á Lasamor é otros servidores, é fuése donde Oriana estaba, é tomándola en unas andas, que de otra guisa venir no podia, segun estaba desmayada del mucho llorar, é sus doncellas é la reina Sardamira con su compaña partieron de Miraflores, é veníanse camino de Tagádes, donde el Rey estaba, é al segundo dia acaeció lo que agora oiréis; que cerca del camino, debajo de unos árboles, cabe una fuente estaba un caballero en un caballo pardo, y él muy bien armado, é sobre su loriga vestia una sobreseñal verde, que de una parte é otra se abrochaba con cuerdas verdes é ojales de oro; así que, les pareció en gran manera fermoso, é tomó un escudo y

echólo al cuello, é tomó una lanza con un pendon verde, y esblandecióla un poco, é dijo á su escudero: «Vé é di á aquellos aguardadores de Oriana que les ruego yo que me dén logar cómo yo la hable; que no será daño dellos ni della; é si lo ficieren, que gelo gradeceré; é si no, que me pesará, pero seran forzados de probar lo que puedo.» El escudero llegó á ellos é díjoles el mensaje, é cuando les dijo que haria su poder por la hablar, riéronse dello é dijéronle: «Decid á vuestro señor que no la dejarémos ver, y que cuando su poder probare no habrá hecho nada.» Mas Oriana, que lo oyó, dijo: «¿Qué os hace á vosotros que el caballero me fable? Quizá me trae algunas nuevas de mi placer.—Señora, dijo Giontes, el Rey vuestro padre nos mandó que no consintiésemos que ninguno se llegase á os fablar.» El escudero se fué con esta respuesta, é Giontes se aparejó para la batalla, é como el caballero de las Armas Verdes lo oyó, fué luego contra él, é diéronse grandes encuentros en los escudos; así que, las lanzas fueron en piezas; mas el caballo de Giontes, con la gran fuerza del encuentro, hobo la una pierna salida de su lugar é cayó con su señor, é tomándole el un pié debajo con la estribera donde le tenia, no se podo levantar. El caballero de las Armas Verdes pasó por el hermoso cabalgante, é tornó luego é dijo: «Caballero, ruégoos que me dejeis hablar con Oriana.» El le dijo: «Ya por mi defensa no lo perderéis, aunque mi caballo ha la culpa.» Entonces Ganjel de Sadoca le dió voces que se guardase, é no posiese las manos en el caballero; que moriria por ello. «Ya os toviese á vos en tal estado, dijo él.» E movió contra él cuanto el caballo lo podo llevar, con otra lanza que su escudero le dió, y erró el encuentro; é Ganjel de Sadoca lo encontró en el escudo, donde quebró la lanza, mas otro mal no le fizo; y el caballero tornó á él, que le vió estar con su espada en la mano, y encontróle tan fuertemente, que la lanza voló en piezas, é Ganjel fué fuera de la silla é dió gran caida, é luego sobrevino Lasamor; mas el caballero, que muy diestro era en aquel menester, guardóse tan bien, que le fizo perder el golpe de la lanza; así que, Lasamor la perdió de la mano, é juntáronse tan bravamente uno con otro, que los escudos fueron quebrados, é Lasamor hobo el brazo en que lo tenia quebrado; y el de las Armas Verdes, que á él volvió con la espada en la mano, vió cómo estaba desacordado, é no lo quiso herir, mas desenfrenóle el caballo y dióle de llano con la espada en la cabeza, é fízole ir fuyendo por el campo con su señor, é como así lo vió ir, no podo estar que no riese.

Entonces tomó una carta que traia, é fuése contra donde Oriana en sus andas estaba, y ella, que así lo vió vencer aquellos tres caballeros tan buenos en armas, cuidó que era Amadís, y estremecióselе el corazon; mas el caballero llegó á ella con mucha homildad, y tendió la carta é dijo: «Señora, Agrájes é don Florestan os envian esta carta, en la cual fallaréis tales nuevas que os darán placer, é á Dios quedeis, Señora; que yo me vuelvo á aquellos que á vos me enviaron, que sé cierto que me habrán bien menester, aunque sea de poco valor.—Al contrario deso me parece á mí, dijo Oriana, segun lo que he visto, é ruégoos que me digais vuestro nombre, que tanto afan pasastes por me dar placer.—Señora, dijo él, yo soy Gavarte de Val Temeroso, á quien mucho pesa de lo que el Rey vuestro padre contra vos face; mas yo fio en Dios que muy duro le será de acabar; antes morirán tantos de vuestros naturales y de otros, que por todo el mundo será sabido.—¡Ay don Gavarte, mi buen amigo! á Dios plega por la su merced de me llegar á tiempo que esta vuestra gran lealtad de mí os sea galardonada.—Señora, dijo él, siempre fué mi deseo de os servir en todas las cosas como á mi señora natural, y en esta mucho mas, conociendo la gran sinrazon que os facen, é yo seré en vuestro socorro con aquellos que la servir quisieren.—Mi amigo, dijo ella, ruégoos mucho que así lo razoneis donde os fallárdes.—Así lo faré, dijo él, pues que con lealtad facer lo puedo.» Entonces se despidió della, é Oriana se fué á Mabilia, que estaba con la reina Sardamira, é la Reina le dijo: «Paréceme, mi señora, que iguales hemos sido en nuestros aguardadores; no sé si lo ha fecho su flaqueza ó la desdicha deste camino; que aquí donde los vuestros, los mios fueron vencidos é mal trechos.» Desto que la Reina dijo rieron todas mucho mas los caballeros estaban avergonzados é corridos, que no osaban ante ellas parecer. Oriana estovo allí una pieza, en tanto que los caballeros se remediaban; que el caballo que llevaba Lasamor no lo podo volver fasta gran pieza, é apartóse con Mabilia, y leyeron la carta, en la cual fallaron cómo Agrájes é don Florestan é don Gandáles le facian saber cómo eran ya en la ínsola Firme Gandalin é Ardian el enano, y que en esos ocho dias seria con ellos Amadis, é cómo por ellos les enviaba decir que toviesen una gran flota aparejada, que la habia menester para ir á un logar muy señalado, y que así la tenian ellos; que hobiese placer, é toviese esperanza que Dios seria por ella.

Mucho fueron alegres de aquellas nuevas sin comparacion, como quien por ellas esperaban vivir; que por muertas se tenian si aquel casamiento pasase; é Mabilia confortaba á Oriana é rogábala que comiese, y ella fasta allí, con la gran tristeza, no queria ni podia comer, ni con la mucha alegría. Así fueron por su camino fasta que llegaron á la villa donde el Rey era; pero antes salió el Rey é los romanos á las recebir, é otras muchas gentes. Cuando Oriana los vió comenzó á llorar fuertemente, é fízose decender de las andas, é todas sus doncellas con ella, é como le veian facer aquel llanto tan dolorido, lloraban ellas y mesaban sus cabellos, y besábanle las manos é los vestidos, como si muerta ante sí la toviesen; así que, á todos ponian gran dolor. El Rey, que así las vió, pesóle mucho, é dijo al rey Arban de Norgales: «Id á Oriana, é decilde que siento el mayor pesar del mundo en aquello que face, y que la envio á mandar que se acoja á sus andas é sus doncellas, é faga mejor semblante y se vaya á su madre; que yo le diré tales nuevas de que será alegre.» El rey Arban gelo dijo como le fué mandado; mas Oriana respondió: «¡Oh rey de Norgales, mi buen primo! pues que mi gran desventura me ha sido tan cruel, que vos é aquellos que por socorrer las tristes é cuitadas doncellas muchos peligros habeis pasado, no me podeis con las armas socorrer, acorredme si-

quiera con vuestra palabra, consejando al Rey mi padre que no me haga tanto mal, é no quiera tentar á Dios, porque las sus buenas venturas que hasta aquí le ha dado, al contrario no gelas torne; é trabajad vos, mi primo, cómo aquí me lo hagais llegar, y vengan con él el conde Argamon é don Grumedan, que en ninguna guisa de aquí no partiré hasta que esto se faga.» El rey Arban en todo esto no facia sino llorar muy fuertemente, é no le podiendo responder, se tornó al Rey é díjole el mandado de Oriana. Mas á él se le hacia grave ponerse con ella en la plaza en aquella afruenta, porque mientra mas sus dolores é angustias eran á todos notorias, mas la culpa dél era crecida. El conde Argamon, viéndole dudar, rogógelo mucho que lo ficiese, é tanto le afincó, que venido don Grumedan, el Rey con ellos tres se fué á su fija, é cuando ella le vió fué contra él así de hinojos como estaba, é sus doncellas con ella; pero el Rey se apeó luego, é alzándola por la mano, la abrazó, y ella le dijo: «Mi padre é mi señor, habed piedad desta fija, que en fuerte punto de vos fué engendrada, é oidme ante estos hombres buenos.—Fija, dijo el Rey, decid lo que os ploguiere; que con el amor de padre, que os debo, os oiré.» Ella se dejó caer en tierra por le besar los piés, y él se tiró afuera, y levantóla suso. Ella dijo: «Mi señor, vuestra voluntad es de me enviar al emperador de Roma, é partirme de vos y de la Reina mi madre y desta tierra, donde Dios natural me fizo; y porque desta ida yo no espero sino la muerte, ó que ella me venga, ó que yo mesma me la dé; así que, por ninguna guisa se puede complir vuestro querer; de lo que á vos se sigue gran pecado en dos maneras: la una, ser yo á vuestro cargo desobediente, é la otra morir á causa vuestra; y porque todo esto sea excusado, é Dios sea de nosotros servido, yo quiero ponerme en órden é allí vivir, dejándoos libre para que de vuestros reinos y señoríos dispongais á vuestra voluntad, é yo renonciaré todo el derecho que Dios me dió en ellos á Leonoreta, mi hermana, ó á vos, cual vos mas quisiérdes; y, Señor, mejor seréis servido del que con ella casare que de los romanos, que por causa mia, allá me teniendo, luego vuestros enemigos serán; así que, por esta via que los ganar cuidais, por esta misma, no solamente los perdeis, mas, como dije, los faceis enemigos mortales vuestros; que nunca en al pensarán sino en cómo habrán esta tierra.—Mi fija, dijo el Rey, bien entiendo lo que me decis, é yo os daré la respuesta ante vuestra madre; acogedos á vuestras andas é idvos para ella.»

Entonces aquellos señores la posieron en las andas é la llevaron á la Reina su madre, é allá llegada, recibióla con mucho amor, pero llorando; que mucho contra su voluntad se hacia aquel casamiento. Mas ni ella ni todos los grandes del reino ni los otros menores nunca podieron mudar al Rey de su propósito, y esto causó que ya la fortuna, enojada é cansada de le haber puesto en tan gran alteza é buenas venturas, por causa de las cuales mucho mas que solia de la ira é de la soberbia se iba faciendo sujeto, quiso mas por reparo de su ánima que de su honra mudársele al contrario, como en el cuarto libro desta grande historia vos será contado, porque hí se declarará mas largamente. Mas la Reina, con mucha piedad que tenia, consolaba á la fija, é la fija con muchas lágrimas, con mucha homildad, hincados los hinojos, le demandaba misericordia, diciendo que, pues ella señalada en el mundo fuese para consolar las mujeres tristes, para buscar remedio á las atribuladas, que ¿cuál mas que ella, ni tanto, en todo el mundo fallar se podria? En esto y en otras cosas de gran piedad á quien las veia, estovieron abrazadas la madre é la fija, mezclando con los grandes deleites pasados las angustias é grandes dolores que muchas veces á las personas les son sobrevenidos, sin que ninguno, por grande é por discreto que sea, los puede fuir. Y el conde Argamon y el rey Arban de Norgales é don Grumedan apartaron al Rey debajo de unos árboles, y el Conde le dijo: «Señor, por dicho me tenia de vos no fablar mas en este caso, porque siendo vuestra gran discrecion tan extremada entre todos, conociendo mejor lo bueno é contrario, bien é honestamente me podria excusar; pero, como yo sea de vuestra sangre é vuestro vasallo, no me contento ni satisfago con lo dicho, porque veo, Señor, que así como los cuerdos muchas veces aciertan, así cuando una yerran es mayor que de ningun loco, porque atreviéndose en su saber no tomando consejo, cegándoles amor, desamor, codicia ó soberbia, caen donde muy á duro levantar se pueden. Catad, Señor, que faceis gran crueza y pecado, é muy presto podríades haber tal azote del Señor muy alto con que la vuestra gran claridad é gloria en mucha escuridad puesta fuese; acogedos á consejo esta vez, considerando cuántos cuerdos, desechando los suyos, doblando sus voluntades, los vuestros é la vuestra siguieron; porque si dello mal os viniere, dellos mas que de vos quejar os podais; que este es un gran remedio y descanso de los errados.—Buen tio, dijo el Rey, bien tengo en la memoria todo lo que ante me habeis dicho, mas yo no puedo mas hacer sino complir lo que á estos tengo prometido.—Pues Señor, dijo el Conde, demándoos licencia para que á mi tierra me vaya.—Adios vayais,» dijo el Rey.

Así se partieron de aquella habla, y el Rey se fué á comer; é los manteles alzados, mandó llamar á Brondajel de Roca é díjole: «Mi amigo, ya védes cuánto contra voluntad de mi hija y de todos mis vasallos, que la mucho aman, se face este casamiento; pero yo, conociendo darla á hombre tan honrado é ponerla entre vosotros, no me quitaré de lo que os he prometido; por ende, aparejad las fustas; que dentro en tercero dia os entregaré á Oriana con todas las sus dueñas é doncellas; poned en ella recaudo que os no salga de una cámara, porque no acaezca algun desastre.» Brondajel le dijo: «Todo se hará, Señor, como lo mandais, é aunque agora se le haga grave á la Emperatriz mi señora salir de su tierra, donde á todos conosce, viendo las grandezas de Roma y el su gran señorío, cómo los reyes é príncipes ante ella para la servir se homiliaren, no pasará mucho tiempo que su voluntad con mucho contentamiento será satisfecha; y tales nuevas antes de mucho os serán, Señor, escritas.» El Rey lo abrazó riendo é díjole: «Si me Dios salve, Brondajel mi amigo, yo creo que tales sois vosotros que muy bien sabréis

hacer cómo ella sea en su alegría cobrada.» E Salustanquidio, que se ya levantara, le pidió por merced que mandase ir con su fija á Olinda; y que él le prometia que siendo él rey, como el Emperador gelo prometiera, en llegando con Oriana, él la tomaria por su mujer. Al Rey plogo dello, y estóvogela loando mucho, diciendo que, segun su discrecion é honestidad é gran fermosura, que muy bien merecia ser reina é señora de gran tierra. Así como ois pasaron aquella noche, é otro dia posieron en las barcas todo lo que habian de llevar, é Magânil é sus hermanos parecieron ante el Rey, é con gran orgullo dijeron á don Grumedan : «Ya védes cómo se acerca el dia de vuestra vergüenza, que mañana se comple el plazo en que la batalla que con locura demandastes se ha de facer; no penseis que la partida la ha de estorbar, ni otra cosa ninguna; que necesario es, si no os otorgais por vencido, que pagueis los desvaríos que dejistes, como hombre de muy mayor edad que seso ni tiento.» Don Grumedan, que cuasi fuera de sentido estaba, oyendo aquello, levantóse para responder; mas el Rey, que lo conoscia ser muy sentible en las cosas de honra, hobo recelo dél é dijo : «Don Grumedan, ruégoos por mi servicio que no fableis en esto, é aparejados á la batalla, pues que vos mejor que ninguno sabeis que semejantes autos mas consisten en obras que en palabras.—Señor, dijo él, haré lo que mandais por vuestro acatamiento, y mañana yo seré en el campo con mis compañeros, é allí parecerá la bondad ó maldad de cada uno.»

Los romanos se fueron á sus posadas, y el Rey llamó aparte á don Grumedan é díjole : «¿Quién teneis que os ayude contra estos caballeros, que me parescen recios é valientes?—Señor, dijo él, yo he por mi á Dios, y este cuerpo y corazon é manos que él me dió; si don Galaor viniere mañana fasta la tercia, haberlo he, que soy cierto que manterná él mi razon, é no me quejaria por el tercero; é si no viniere, combatirme he con ellos uno á uno, si de derecho hacer se puede. ¿No védes, dijo el Rey, que la batalla fué demandada de tres por tres, y vos así lo otorgastes, y no la querrán mudar, porque así lo tienen puesto é jurado en las manos de Salustanquidio?—Don Grumedan, dijo el Rey, si me Dios salve, mucho he gran pesar en el mi corazon porque os veo menguado de tales compañeros cuales habédes menester en tal afrenta, é mucho me temo de cómo esta vuestra facienda irá.—Señor, dijo él, no temais; en poca de hora face Dios gran merced é acorro á quien le place, é yo vó contra la soberbia con la mesura y buen talante, y ello, que es conforme á Dios, me ayudará; é si don Galaor no viniere, ni otro de los buenos caballeros de vuestra casa, meteré comigo dos destos mios cuales mejor viere.—No es eso nada, dijo el Rey; que lo habeis con fuertes hombres é usados de tal menester, é no os comple tales compañeros. Mas, mi amigo don Grumedan, yo os daré mejor consejo. Yo quiero secretamente meter mi cuerpo con el vuestro en esta batalla, que muchas veces lo aventurastes vos en mi servicio; é, mi amigo leal, mucho seria yo desagradecido si en tal sazon no posiese yo por vos mi vida é mi honra en pago de cuantas veces posistes la vuestra en el extremo é filo de la muerte por me servir.» Y en todo esto lo tenia abrazado el Rey, cayéndole las lágrimas de los ojos. Don Grumedan le besó las manos y le dijo : «No plega á Dios que tan leal rey como lo vos sois cayese en tal yerro, por aquel que siempre en crecer vuestra fama é honra será; é como quiera, Señor, que esto tenga en una de las mas señaladas mercedes que dé vòs he recebido, é mis servicios no puedan ser bastantes para lo servir, no se recebirá por mí, por ser vos rey é señor é juez, que así á los extraños como á los vuestros justamente juzgar en tal caso debe.»

Bienaventurados los vasallos á quien Dios tales reyes da, que teniendo en mas el amor que les deben que los servicios que les facen, olvidando sus vidas y sus grandezas, quieren poner sus cuerpos á la muerte por ellos, como lo este facer queria por un pobre caballero, aunque muy rico é abastado de virtudes. «Pues que así es, dijo el Rey, no puedo facer al sino rogar á Dios que os ayude.» Don Grumedan se fué á su posada, é mandó á dos caballeros de los suyos que se aderezasen para otro dia ser con él en la batalla. Mas dígoos que aunque muy esforzado y fuerte era, é usado en las armas, que tenia su corazon quebrantado, porque los que consigo metia en la batalla no eran cuales él habia menester para tan gran fecho; que él era de tan alto é fuerte corazon, que antes la muerte que cosa en que vergüenza se le tornase faria ni diria; pero esto no lo mostraba, sino al contrario todo. Aquella noche albergó en la capilla de Santa María, é á la mañana oyeron misa con mucha devocion, é don Grumedan, rogando á Dios que le dejase acabar aquella batalla á su honra, é si su voluntad fuese de ser allí sus dias acabados, lo hobiese merced del ánima. E luego con gran esfuerzo demandó sus armas, é desque vistió su loriga fuerte y muy blanca, vistió encima una sobreseñal de sus colores, que era cárdena é cisnes blancos; é aun no era acabado de armar cuando entró por la puerta la fermosa doncella que con mandado de Grasinda y del caballero Griego allí habia venido, é con ella venian dos doncellas y dos escuderos, é traia en su mano una muy fermosa espada é ricamente guarnida, y preguntaba por don Grumedan, y luego gelo mostraron. Ella le dijo por el lenguaje francés : «Señor don Grumedan, el caballero Griego, que vos mucho ama por las nuevas que de vos ha oido, despues que en esta tierra es, é porque ha sabido una batalla que con los romanos teneis aplazada, déjaos dos caballeros muy buenos que vistes que le aguardaban, y envíaos decir que no querais otros para esta batalla, y que sobre su fe los tomeis, sin otra cosa temer; y envíaos esta hermosa espada, que por muy buena es ya probada, segun vistes en los grandes golpes que con ella dió en el padron de piedra cuando el caballero le andaba fuyendo.» Muy alegre fué don Grumedan cuando esto oyó, considerando en la necesidad que puesto estaba, y que en compañía de tal hombre como el caballero Griego no podia andar sino quien mucho valiese, é díjole : «Doncella, haya buena ventura el buen caballero Griego, que tan cortés es contra quien no conoce, y esto causa la su gran mesura; á Dios plega de me llegar á tiempo que gelo pueda servir.—Señor, dijo ella, mucho lo preciaríades si lo co-

nociésedes, é así lo haréis á estos compañeros suyos tanto que los hayais probado; é cabalgad luego, que á la entrada del campo do habeis de lidiar os esperan.» Don Grumedan sacó la espada, é católa cómo era muy limpia, é no parecia en ella señal alguna de los golpes que en el padron diera; é santiguándola, la ciñó y dejó la suya, é cabalgando en el caballo que don Florestan le diera cuando lo ganó á los romanos, como ya oistes, pareciendo en él fermoso viejo é valiente, se fué á los caballeros que lo atendian, é todos tres se recibieron muy ledamente, mas don Grumedan nunca ninguno dellos pudo conocer; é así entraron en el campo tan bien apuestos, que los que á don Grumedan bien querian hobieron gran placer.

El Rey, que ya venido era, fué maravillado cómo aquellos caballeros sin causa ninguna, no conociendo á don Grumedan, se querian poner á tan gran peligro, y como vió la doncella, mandóla llamar. Ella vino ante él é díjole: «Doncella, ¿por cuál razon estos dos caballeros de vuestra compaña han querido ser en batalla tan peligrosa, no conociendo á aquel por quien la facen?—Señor, dijo ella, los buenos, así como los malos, por sus nuevas son conocidos; é oyendo el caballero Griego las buenas maneras de don Grumedan é la batalla que aplazada tenia, sabiendo que á esta sazon son aquí pocos de los vuestros buenos caballeros, tovo por bien de dejar estos dos compañeros suyos que le ayudasen, que son de tan alta bondad y prez de armas, que ante que el mediodía pasado sea será aun mas quebrantada la gran soberbia de los romanos, é la honra de los vuestros muy guardada, é no quiso que don Grumedan lo sopiese fasta los fallar en el campo, como vos, Señor, habeis visto.» Mucho fué alegre el Rey con tal socorro; que el corazon tenia quebrantado, temiendo alguna desventura que á don Grumedan por falta de ayudarle en aquella batalla le podria sobrevenir, é mucho le gradeció al caballero Griego; aunque lo no mostraba tanto como en la voluntad lo tenia. Los tres caballeros, yendo don Grumedan en medio, se posieron á un cabo de la plaza, atendiendo á sus enemigos; que luego entraron allá el rey Arban de Norgales y el conde de Clara por su parte para los juzgar, é por parte de los romanos fueron Salustanquidio é Brondajel de Roca, todos por mandado del Rey; é á poco rato llegaron los romanos que se habian de combatir, é venian en fermosos caballos é armas frescas é ricas, é como eran membrudos é altos, mucho parecia que habian en sí gran fuerza é valentía, é traian consigo gaitas é trompetas é otras cosas que gran roido facian, é todos los caballeros de Roma que los acompañaban, é así llegaron ante el Rey é dijéronle: «Señor, nosotros queremos llevar las cabezas de aquellos caballeros griegos á Roma, é no os pese que así lo fagamos en la de don Grumedan, que de vuestro enojo nos pesaria, ó mandalde que se desdiga de lo que ha dicho, é que otorgue ser los romanos los mejores caballeros de todas las otras tierras.» El Rey no les respondió á aquello que decian; mas dijo: «Id á facer vuestra batalla, é los que ganaren las cabezas de los otros fagan dellas lo que por bien tovieren.» Ellos entraron en el campo, é Salustanquidio é Brondajel los posieron á una parte de la plaza, y el rey Arban y el conde de Clara posieron á don Grumedan é á sus compañeros á la otra.

Entonces llegó la Reina con sus dueñas é doncellas á las finiestras por ver la batalla, é mandó venir allí á don Guilan el cuidador, que flaco estaba de su dolencia, é á don Cendil de Ganota, que aun no era bien sano de su llaga, é dijo contra don Guilan: «Mi buen amigo, ¿qué os paresce que será en esto que mi padre don Grumedan está puesto? (que la Reina siempre le llamaba padre, porque él la criara); que veo aquellos diablos tan grandes é tan valientes, que me ponen grande espanto.—Mi señora, dijo él, todo el hecho de las armas en la mano de Dios es, y en la razon que los hombres por sí toman, que es á él conforme, é no en la gran valentía; y, Señora, conociendo yo á don Grumedan por un caballero muy cuerdo, temeroso de Dios, é defendiendo justicia; é á los romanos ser tan desmesurados, tan soberbios, tomando las cosas por sola voluntad, dígoos que si yo estoviese donde Grumedan está con aquellos dos compañeros, que no temeria estos tres romanos, aunque el cuarto á ellos se llegase.» Mucho fué la Reina consolada y esforzada con lo que don Guilan le dijo, é rogaba á Dios de corazon que ayudase á su amo é le sacase con honra de aquel peligro. Los caballeros que en el campo estaban enderezaron los caballos contra sí, é movieron al mas correr dellos, y como ellos fuesen muy diestros en las armas y en las sillas, parecian unos é otros muy apuestos, y encontráronse muy bravamente en los escudos, que ninguno falleció de su encuentro; así que, las lanzas fueron quebradas, é acaeció entonces lo que se nunca viera en batalla que en casa del Rey se ficiese de tantos por tantos, que todos tres romanos fueron lanzados de las sillas en el campo, é don Grumedan é sus compañeros pasaron muy apuestos, sin ser de las sillas movidos por ellos, é tornaron luego los caballos contra ellos, é viéronlos cómo punaban de se levantar é juntar de consuno. Don Bruneo hobo una ferida no grande en el costado siniestro de la lanza de aquel con quien justara. Muy grande fué el pesar que los romanos hobieron de la justa, é grande el placer de las otras gentes, que los desamaban, é amaban á don Grumedan. El caballero de las Armas Verdes dijo á don Grumedan: «Pues que les habeis mostrado cómo sabeis justar, no es razon que á caballo los acometamos, siendo ellos á pié.» Don Grumedan y el otro caballero dijeron que decia bien, y descabalgaron de sus caballos, é fueron todos tres juntos contra los romanos, que ya no estaban tan bravos como ante, y el de las Armas Verdes dijo: «Señores caballeros de Roma, dejastes vuestros caballos; esto no debe ser sino por nos tener en poco; pues aunque no seamos de tal nombradía como la vuestra, no quesimos que esta honra nos llevásedes, é por eso descendemos de los nuestros.»

Los romanos, que antes muy locos eran, estaban espantados de se ver tan ligeramente en el suelo, é no respondian ninguna cosa, é tenian sus espadas en las manos, á sus escudos ante sí, é luego se acometieron muy bravamente, é dábanse muy duros golpes, tanto, que á todos los que los miraban hacian maravillar, y en poco espacio apareció en sus armas la valentía é saña dellos, que por muchas partes fueron rotas, é la san-

gre salia por ellas, é asimismo los yelmos y escudos eran mal parados. Mas don Grumedan, con la grande enemiga é saña que tenia, aquejóse mucho, é adelantábase de sus compañeros; de manera que, recibiendo mas golpes, era mal ferido, é sus compañeros, que eran los que sabeis, y que mas temian vergüenza que muerte, viendo que los romanos se defendian, probaron todas sus fuerzas, é comenzaron á los cargar de grandes golpes que fasta allí se habian sofrido; así que, los romanos se espantaron, creyendo que las fuerzas se les doblaban, é tanto fueron afrentados é apretados, que en otra cosa no entendian sino en se guardar, é tirábanse afuera tan desacordados, que no tenian tiento para se juntar; mas los otros, que de vencida los llevaban, no los dejaban descansar; que entonces facian en sus enemigos maravillas, como si en todo el dia no firieran golpe. Maganil, que el mayor de los hermanos era y el mas valiente, que en todo el dia mucho dellos se habia señalado, viendo su escudo fecho piezas y el yelmo cortado é abollado en muchas partes, y en la loriga que no habia defensa, fuése cuanto pudo contra las finiestras de la Reina, y el de las armas de los veros, que lo seguia, no lo dejaba descansar; mas él daba voces, diciendo: «Señora, merced por Dios, no me dejeis matar, que yo otorgo ser verdad todo lo que don Grumedan dijo.—Mal hayais, dijo el de los veros, que eso conocido es.» E tomándole por el yelmo, gelo sacó de la cabeza é fizo que gela queria cortar, é la Reina, que lo vió, tiróse de la finiestra. Don Guilan, que allí estaba á las finiestras de la Reina, como ya oistes, díjole: «Señor caballero de Grecia, no os tome codicia de llevar á vuestra tierra cabeza tan soberbia como esa; dejadla, si os ploguiere, volver á Roma, donde son preciadas sus maneras; que allá serán aborrecidas.—Facerlo he, dijo él, porque pidió merced á la señora Reina, é por vos, que lo quereis, aunque no vos conozco. Yo os lo dejo; mandadle sanar las heridas; que de la locura curado es.» E volviéndose á sus compañeros, vió cómo don Grumedan tenia al uno de los romanos de espaldas en el suelo, y él las rodillas sobre sus pechos, é dábale en el rostro grandes golpes de la manzana de la espada, y el romano decia á grandes voces: «¡Ay señor don Grumedan! no me mateis; que yo otorgo ser verdad todo lo que vos dejistes en loor de los caballeros de la Gran Bretaña, é lo mio es mentira.»

El caballero de las armas de los veros, que mucho placer habia de cómo Don Grumedan estaba, llamó los fieles que oyesen lo que el caballero decia, é viesen cómo el de las Armas Verdes habia echado del campo al otro que le ya fuyera; mas Salustanquidio é Brondajel de Roca fueron tan tristes é tan quebrantados en ver aquel vencimiento tan aviltado, que sin fablar al Rey se salieron del campo é se fueron á sus posadas, é mandaron que les llevasen aquellos caballeros que se desdijeran, pues que su fuerte ventura les fuera tan contraria; é don Grumedan, viendo que no quedaba qué hacer, con licencia de los fieles, cabalgó él é sus compañeros, é fueron besar las manos al Rey, y el de las Armas Verdes le dijo: «Señor, á Dios quedeis encomendado, que nos vamos al caballero Griego, en cuya compaña somos muy honrados é bienaventurados. Dios os guie, dijo el Rey; que bien nos habeis mostrado él é vosotros que sois de alto fecho de armas.» Así se despidieron dél, é la doncella, que allí con ellos viniera llegó al Rey é díjole: «Mi señor, oidme á poridad, si vos ploguiere, antes que me vaya.» El Rey fizo apartar á todos é díjole: «Agora decid lo que vos ploguiere. — Señor, dijo ella, vos fuestes fasta aquí el mas preciado rey de los cristianos, é siempre vuestro buen prez llevastes adelante; y entre las vuestras buenas maneras tovistes siempre en la memoria el fecho de las doncellas, haciéndoles mercedes é cumpliéndoles de derecho, siendo muy cruel contra aquellos que tuerto les hacian; é agora, perdida aquella gran esperanza que en vos tenian, tiénense todas por desamparadas de vos, viendo lo que contra vuestra fija Oriana faceis, queriéndola tan sin causa ni razon desheredar de aquello de que Dios heredera la fizo. Mucho son espavoridas é espantadas cómo aquella vuestra noble condicion así es tan al contrario en este caso tornada, que muy poca fiucia ternán en sus remedios cuando así contra Dios é contra vuestra fija é de todos vuestros naturales usais de tanta crueza, siendo mas que otro ninguno obligado, no como rey que á todos derecho ha de guardar, mas como padre, que aunque de todo el mundo ella fuese desamparada, de vos habia con mucho amor ser acogida é consolada; é no solamente al mundo es mal ejemplo, mas ante Dios sus llantos é lágrimas reclamarán; miraldo, Señor, é conformad el fin de vuestros dias con el principio dellos, pues que mas gloria é fama vos han dado que á ninguno de los que viven; é, mi señor, á Dios seais encomendado; que me vó á aquellos caballeros que me atienden. — Adios vayais, dijo el Rey; que sí, Dios me salve, yo vos tengo por buena é de buen entendimiento.» Ella se fué para sus aguardadores, é tomándola entre sí, se fueron á la galea, que el tiempo les facia enderezado para su viaje; pues luego movieron del puerto, é como sabian que el rey Lisuarte habia de entregar su fija Oriana á los romanos, y qué dia habia de ser, cuitáronse mucho de andar porque lo sopiese el caballero Griego. Así que, en dos dias é dos noches le alcanzaron, porque él los iba esperando. Mucho bien se recibieron é con gran placer, por así haber acabado aquellas aventuras tanto á su honra. La doncella les contó cómo la batalla pasara, é lo que se habia fecho en ayuda de don Grumedan, é la necesidad tan grande que tenia por falta de compañeros, y el placer que con ella hobo, é las gracias que enviaba al caballero Griego por tal socorro, todo lo contó; que no faltó nada. Grasinda le dijo: «¿Sopistes lo que el Rey ordena de facer de su fija?—Sí, Señora, dijo la doncella; que en cuatro dias despues que de allí partistes la han de meter en la mar en poder de los romanos para que la lleven. Mas, ver, Señora, los llantos que ella é sus doncellas facen, é todos los del reino, no hay persona que lo pueda contar.» A Grasinda le vinieron las lágrimas á los ojos, é rogaba á Dios que mostrándolo su misericordia, en esta gran sinrazon le enviase algun remedio. Mas el caballero Griego fué muy alegre de aquellas nuevas, porque ya tenia él en su corazon de la tomar, é no via la hora de estar envuelto con los romanos; y que esto hecho, gozaria de su señora con descanso de su triste corazon; que por

otra guisa no lo podia haber; que lo del rey Lisuarte ni del Emperador no lo tenia en mucho, que bien pensaba de les dar harto que hacer; é lo que mas á su ánimo alegría daba, era pensar que sin culpa de su señora esto se facia.

Pues así hablando é folgando como ois, llegaron un dia á hora de tercia al gran puerto de la ínsola Firme; é los de la ínsola, que ya por Gandalin sabian el tiempo de su venida, vieron de muy léjos las fustas, é conocieron, segun las señas, que él era. El alegría fué muy grande en todos ellos, que lo mucho amaban, é acudieron con mucha priesa á la ribera, é con ellos todos los grandes hombres de su linaje é amigos que lo atendian; é cuando Grasinda llegó al puerto é vió tanta gente, y el alegría que en todas partes facian, mucho fué maravillada, é mas cuando oyó decir á todos: «Bien venga el nuestro señor, que tanto tiempo de nos ha sido alongado.» E dijo contra el caballero Griego: «Señor, ¿por qué causa vos hacen estas gentes tanto acatamiento é honra, diciendo: Bien venga nuestro Señor?» El le dijo: «Señora, demándoos perdon porque tan luengamente de vos me encobrí; que no pode menos facer sin gran peligro de mi vergüenza, é así lo he fecho por todas las tierras extrañas que andove, que ninguno mi nombre saber podo; é agora quiero que sepais que yo soy el Señor desta ínsola, é soy aquel Amadís de Gaula de que algunas veces oiríades fablar; é aquellos caballeros que allí védes, son de mi linaje é mis amigos, é las otras gentes mis vasallos, é á duro se fallarian en el mundo otros tantos caballeros que en gran valor se les igualasen.— Si yo, Señor, dijo Grasinda, placer siento en saber vuestro nombre, así mi corazon es triste en no vos haber fecho aquel servicio que hombre tan alto é de tal linaje merecia, é habiéndoos tratado como un pobre caballero andante, siéntome por muy desdichada, é si alguna cosa me consuela, no es al, salvo que la honra que en mi tierra se vos fizo, si alguna fué que vos agradase, se puede atribuir al valor de vuestra sola persona, sin dar parte ninguna al vuestro grande estado ni alto linaje, ni tampoco á estos caballeros que me tanto loais.» Amadís le dijo: «Señora, no se fable mas en esto, que las honras é mercedes que de vos recebí, fueron tantas é tales y en tal sazon, que comigo ni con aquellos que allí veis, que mas que yo valen, no las podria pagar.» Entonces se llegaron al puerto donde todos los atendian, é allí era don Gandáles con veinte palafrenes, en que las mujeres subiesen arriba al castillo; mas para Grasinda sacaron de las naos un palafren muy hermoso con guarniciones de oro é plata esmaltados; y ella se vistió de paños ricos á maravilla, y desde el batel donde ella é Amadís venian, echaron tablas muy fuertes fasta el arena, por donde salieron, é á la ribera los atendian Agrájes é don Cuadragante é don Florestan é Gavarte de Val Temeroso, y el bueno de don Dragonis é Orlandin, é Ganjes de Sadoca (1), é Argoman el valiente, é Sardanan, hermano de Angriote de Estravaus, é sus sobrinos Pinores é Sarquíles, Madansil de la Puente de la Plata, é otros muchos hombres buenos que las aventuras demandaban, mas de treinta; y Enil el bueno y entendido estaba ya dentro en el batel fablando con Amadís. Ardian el enano é Gandalin con las doncellas de Grasinda.

Entonces tomó Amadís á Grasinda por el brazo, é sacóla del batel hasta la poner en tierra, donde con mucho acatamiento é cortesía de todos aquellos señores fué recebida, é dióla á Agrájes é á Florestan, que en el palafren la posieron. Mucho fueron todos pagados de su gran fermosura é rico atavío; así la llevaron como ois, é á sus dueñas é doncellas á la ínsola, donde en las fermosas casas que Amadís é sus hermanos albergaron cuando fué la ínsola ganada, la ficieron ser, é allí, por le facer mayor fiesta, comieron con ella todos los mas de aquellos caballeros; que don Gandáles lo ficiera tener muy bien aparejado, siendo maestresala Ardian el enano, que de placer no cabia consigo, diciendo muchas cosas con que les facia reir; mas Amadís, en toda esta revuelta, nunca de sí tiró al maestro Elisabat, antes lo traia por la mano, é mostrándolo á todos, les decia que Dios é aquel le ficieran vivir, é á la mesa lo hizo asentar entre él é don Gavarte de Val Temeroso; pero todos estos placeres é la vista de aquellos caballeros que Amadís tanto amaba, no podian tanto que su corazon no fuese en grande apretura puesto, pensando que los romanos podrian con Oriana pasar por la mar antes que él los encontrase, é no podia sosegar ni haber descanso con otra ninguna cosa, porque en comparacion de aquella que él tanto amaba, todo lo otro le era causa de gran soledad.

Pues habiendo todos con gran placer comido, é levantados los manteles, Amadís les rogó que ninguno de su logar se moviese, que les queria fablar, y ellos lo ficieron así. Viendo pues Amadís sosegados á aquellos caballeros que á las mesas estaban, atendiendo lo que él diria, fablóles en esta guisa: «Despues que me no vistes, mis buenos señores, muchas tierras extrañas he andado é grandes aventuras han pasado por mí, que largas serian de contar; pero las que mas me ocuparon, é las que mayores peligros me atrajeron, fué socorrer dueñas é doncellas en muchos tuertos é agravios que les hacian; porque, así como estas nascieron para obedecer con flacos ánimos, é las mas fuertes armas suyas sean lágrimas é sospiros, así los de fuertes corazones extremadamente entre las otras cosas las suyas deben tomar, amparándolas, defendiéndolas de aquéllos que con poca virtud las maltratan é deshonran, como los griegos é los romanos en los tiempos antiguos lo ficieron, pasando las mares, destruyendo las tierras, venciendo batallas, matando reyes é de sus reinos los echando, solamente por satisfacer las fuerzas é injurias á ellas fechas, por donde tanta fama é gloria dellos en sus historias ha quedado y quedará en cuanto el mundo durare; pues lo que en nuestros tiempos pasa, ¿quién mejor que vosotros, mis buenos señores, lo sabe, que sois testigos por quien muchas afrentas é peligros por esta causa cada dia pasan? No vos hago tan luenga fabla, poniendo delante los enjemplos antiguos verdaderos, pensando con ellos esforzar vuestros corazones, que ellos son en sí tan fuertes, que si lo que les

(1) Parece distinto del que en las páginas 262 y 263 es llamado Gangel de Sadoca, pues aquel se hallaba en la corte del rey Lisuarte, y este era uno de los caballeros de Amadís en la insola Firme.

sobra por el mundo repartir se podiese, ningun cobarde en él quedaria; mas porque las buenas hazañas pasadas recordadas en las memorias queden con mayor cuidado, con mayor deseo las presentes se procuran é toman. Pues veniendo al caso, yo he sabido despues que á esta tierra vine, el gran tuerto que el rey Lisuarte á su hija Oriana fácer quiere; que siendo ella la legítima sucesora de sus reinos, él, contra todo derecho, desechándola dellos, al emperador de Roma por mujer la envia, y segun me dicen, mucho contra la voluntad de todos sus naturales, é mas della, que con grandes llantos, grandes querellas, á Dios é al mundo reclamando, de tan gran fuerza se querella. Pues si es verdad que este rey Lisuarte, sin temor de Dios ni de las gentes, tal crueza hace, dígovos que en fuerte punto acá nacimos si por nosotros remediada no fuese, pues que dejándola pasar, se pasaban é ponian en olvido los peligros é trabajos que por ganar honra é prez fasta aqui tomado habemos. Agora diga cada uno, si vos ploguiere, su parescer, que el mio ya vos he manifestado.»

Luego respondió Agrájes, por ruego de todos aquellos caballeros, é dijo: «Aunque vuestra presencia, mi señor é buen primo, nuestras fuerzas doblado haya, é las cosas que antes mucho dudábamos, con ella livianas é de poca sustancia parezcan, nosotros, con poca esperanza de vuestra venida, habiendo sabido esto que el rey Lisuarte facer quiere, determinados éramos al remedio é socorro dello, no dejando tan gran fuerza pasar, antes ó ellos ó nosotros ser pasados de la vida á la muerte; é pues que en la voluntad conformes somos, seámoslo en la obra, é tan presto que aquella gloria que deseamos alcanzar se pueda, sin que por nuestra negligencia se pierda.» Oida por aquellos caballeros la respuesta de Agrájes, todos á una voz, teniéndola por buena, dijeron que el socorro de Oriana se debia hacer, é que se no tardase; que si era verdad que por muchas cosas livianas sus vidas aventuraban, con mas voluntad lo debian facer en esta tan señalada, que perpétua gloria en este mundo les darian. Como Grasinda vió el concierto, abrazando á Amadís, le dijo: «¡Ay Amadís, mi señor! agora paresce bien el vuestro gran valor é de los vuestros amigos é parientes, en facer el mejor socorro que nunca caballeros ficieron; que no solamente á esta tan buena señora, mas á todas las dueñas é doncellas del mundo se face, porque los buenos y esforzados caballeros de otras tierras, tomando enjemplo en esto, con mayor cuidado é osadía se pornán en lo que con razon por ellas deben hacer; é los desmesurados é sin virtud, habiendo temor de ser tan duramente constreñidos, refrenarse han de les facer tuertos é agravios; é, mi Señor, id con la bendicion de Dios, y él vos guie y enderece; yo os atenderé aquí fasta ver el cabo, é despues faré lo que mandárdes.» Amadís gelo gradesció mucho, é dejóla en guarda de Isanjo, el gobernador de la ínsola, que la hiciese servir é le mostrase todas las cosas sabrosas que por la ínsola eran, é ficiese mucha honra al su gran amigo, maestro Elisabat. Mas el maestro le dijo: «Buen señor, si yo en algo vos puedo servir, no es sino en semejantes cosas que estas á que vais; que con las armas, segun mi hábito, excusado me habréis; así que, por ninguna guisa quedaré; antes quiero ser en socorro vuestro con esto que Dios me dió, si á vos, Señor, pluguiere; que bien sé, segun la gran locura de los romanos é la porfía de vosotros, que seréis de mí bien servidos é ayudados.» Amadís lo abrazó é dijo: «¡Ay maestro, mi verdadero amigo! á Dios plega por la su merced que lo que por mí habeis fecho é faceis de mí vos sea galardonado, y pues vos place de ir, entremos luego en la mar con la ayuda de Dios.» Como la flota aparejada estoviese de todo lo necesario al viaje, é la gente apercebida, á la prima noche, mandando Amadís que todos los caminos se tomasen, porque nuevas algunas dellos no fuesen sabidas, entraron todos en la flota, é sin hacer ruido ni bullicio, comenzaron á navegar contra aquella parte que los romanos habian de acudir, segun el camino que les pertenecia llevar para que en la delantera los hallasen.

CAPITULO XIX.

Cómo el rey Lisuarte entregó su fija muy contra su gana, é del socorro que Amadís con todos los otros caballeros de la ínsola Firme hicieron á la muy fermosa Oriana.

Como determinado estoviese el rey Lisuarte en entregar á su fija Oriana á los romanos, y el pensamiento tan firme en ello, que ninguna cosa de las que habeis oido le podo remover; llegado el plazo por él prometido, fabló con ella, tentando muchas maneras para la atraer, que por su voluntad entrase á aquel camino que á él tanto le agradaba, mas por ninguna guisa podo sus llantos é dolores amansar. Así que, yendo muy sañudo, se apartó della é se fué á la Reina, diciéndole que amansase á su hija, pues que poco le aprovechaba lo que facia; que no se podia excusar aquello que él prometiera. La Reina, que muchas veces con él fablara sobre ello, pensando hallar algun estorbo, é siempre en su propósito le halló, sin le poder ninguna cosa mudar, no quiso decirle otra cosa sino facer su mandado, aunque tanta angustia su corazon sintiese, que mas ser no podia, é mandó á todas las infantas é otras doncellas que con Oriana habian de ir, que luego á las barcas se acogiesen; solamente dejó con ella á Mabilia é Olinda é la doncella de Denamarca, é mandó llevar á las naves todos los paños é atavíos ricos que ella le daba. Mas Oriana cuando vió á su madre é á su hermana fuése para ellas, haciendo muy gran duelo, é trabando de la mano á su madre, comenzógela de besar, y ella le dijo: «Buena hija, ruégovos agora que seais alegre en esto que vos el Rey manda; que fio en la merced de Dios que será por vuestro bien, é no querrá desamparar á vos é á mí.» Oriana le dijo: «Señora, yo creo que este apartamiento de vos é de mí será para siempre, porque la mi muerte es muy cerca.» E diciendo esto cayó amortecida, é la Reina otrosí; así que, no sabian de sí parte. Mas el Rey, que luego allí sobrevino, fizo tomar á Oriana así como estaba y que la llevasen á las naos, é Olinda con ella, la cual, fincados los hinojos, le pedia por merced con muchas lágrimas que la dejase ir á casa de su padre é no la mandase ir á Roma; pero él era tan sañudo, que no la quiso oir, é fízola luego llevar tras Oriana, é mandó á Mabilia é á la doncella de Denamarca que asimismo se fuesen

luego. Pues todas recogidas á la mar, é los romanos, como oídes, el rey Lisuarte cabalgó é fuése al puerto, donde la flota estaba, é allí consolaba á su fija con piedad de padre, mas no de forma que esperanza le posiese de ser su propósito mudado; é como vió que esto no tenia tanta fuerza que á su pasion algun descanso diese, hobo en alguna manera piedad; así que, las lágrimas le vinieron á los ojos, é partiéndose della, habló con Salustanquidio é con Brondajel de Roca, y al arzobispo de Talancia, encomendándogela que la guardasen é sirviesen; que de allí gela entregaba, como lo prometiera; é volvióse á su palacio, dejando en las naves los mayores llantos é cuitas en las dueñas é doncellas, cuando ir lo vieron, que escrebir ni contar se podrian.

Salustanquidio é Brondajel de Roca, despues que el rey Lisuarte fué dellos partido, teniendo ya en su poder á Oriana, é á todas sus doncellas metidas en las naves, acordaron de la poner en una cámara que para ella muy ricamente estaba ataviada é puesta allí, é con ella á Mabilia, que sabian ser esta la doncella del mundo que ella mas amaba. Cerraron la puerta con fuertes candados, é dejaron en la nave á la reina Sardamira con su compaña é otras muchas dueñas é doncellas de las de Oriana. E Salustanquidio, que moria por los amores de Olinda, la hizo llevar á su nave con otra pieza de doncellas, no sin grandes llantos por se ver así apartar de Oriana su señora, la cual oyendo en la cámara donde estaba lo que ellas hacian, é cómo se llegaban á la puerta de la cámara, abrazándola é llamándola á ella que las socorriese, muchas veces se amortecia en los brazos de Mabilia. Pues así todo enderezado, dieron las velas al viento, é movieron su via con gran placer por haber acabado aquello que el Emperador su señor tanto deseaba, é ficieron poner una muy gran seña del Emperador encima del mastel de la nao donde Oriana iba, é todas las otras naves al derredor della, guardándola. E yendo así muy lozanos é alegres, miraron á su diestra é vieron la flota de Amadís, que mucho se les llegaba en la delantera, entrando entre ellos é la tierra donde salir querian; é así era ello, que Agrájes, é don Cuadragante, é Dragonis, é Listoran de la Torre Blanca pusieron entre sí que antes que Amadís llegase, ellos se envolviesen con los romanos é punasen de socorrer á Oriana, é por eso se metian entre su flota é la tierra; mas don Florestan y el bueno de don Gavarte de Val Temeroso, é Orlandin é Imosil de Borgoña otrosí, habian puesto con sus amigos y vasallos de ser los primeros en el socorro, é iban á mas andar metidos entre la flota de los romanos é la nave de Agrájes; é Amadís con sus naves, muy acompañadas de gentes, así de sus amigos como de los de la ínsola Firme, venia á mas andar, porque el primero que el socorro hiciese fuése él. Dígovos de los romanos, que cuando la flota de lueñe vieron pensaron que alguna gente de paz seria, que por la mar de un cabo á otro pasaban; mas viendo que en tres partes se partian, é que las dos les tomaban la delantera á la parte de la tierra, é la otra los seguia, mucho fueron espantados, é luego fué entre ellos hecho gran ruido, diciendo á altas voces: «Armas, armas, que extraña gente viene.» E luego se armaron muy presto, é pusieron los ballesteros, que muy buenos traian, donde habian de estar, é la otra gente é Brondajel de Roca, con muchos é buenos caballeros de la corte del Emperador, estaba en la nave donde Oriana era, é donde posieran la seña que ya oistes del Emperador.

A esta sazon se juntaron los unos é otros, é Agrájes é don Cuadragante se juntaron á la nave de Salustanquidio, donde la hermosa Olinda llevaban, é comenzáronse de herir muy bravamente; é don Florestan é Gavarte de Val Temeroso, que por medio de las flotas entraron, firieron en las naves que iban el duque d'Ancona y el arzobispo de Talancia, que gran gente tenian de sus vasallos, que muy armados é recios eran; así que, la batalla era fuerte entre ellos; é Amadís hizo enderezar su flota á la que la seña del Emperador llevaba, é mandó á los suyos que lo aguardasen, é poniendo la mano en el hombro de Angriote, le dijo así: «Señor Angriote, mi buen amigo, miémbreseos la gran lealtad que siempre hobistes é teneis á los vuestros amigos; punad de me ayudar esforzadamente en este fecho, é si Dios quiere que lo yo con bien acabe, aquí acabaré toda mi honra é toda mi buena ventura complidamente, é no vos partais de mí en tanto que podiérdes.» Él le dijo: «Mi señor, no puedo mas hacer sino perder la vida en vuestro favor é ayuda porque vuestra honra sea guardada, é Dios sea por vos.» Luego fueron juntas las naves; grande era allí el ferir de saetas, é piedras, é lanzas de la una é de la otra parte, que no parescia sino que llovia; tan espesas andaban; é Amadís no entendia con los suyos en al sino en juntar su fusta con la de los contrarios, mas no podian; que ellos, aunque muchos mas eran, no se osaban llegar, viendo cuán denodadamente eran acometidos; é defendíanse con grandes garfios de hierro, é otras armas muchas de diversas guisas. Entonces Tantalis (1) de Sobradisa, mayordomo de la reina Briolanja, que en el castillo estaba, como vió que la voluntad de Amadís no podia haber efecto, mandó traer una áncora muy gruesa é pesada, trabada á una fuerte cadena, é desde el castillo lanzáronla en la nave de los enemigos, é así él como otros muchos que le ayudaban tiraron tan fuerte por ella, que por gran fuerza hicieron juntar las naves una con otra; así que, no se podian partir en ninguna manera si la cadena no quebrase. Cuando Amadís esto vió pasó por toda la gente con gran afan, que estaban muy apretados; é por la via que él entraba iban tras él Angriote é don Bruneo; é como llegó en los delanteros, puso el un pié en el borde de su nave, é saltó en la otra, que nunca los contrarios quitar ni estorbar lo podieron; é como el salto era grande, y él iba con gran furia, cayó de rodillas, é allí le dieron muchos golpes; pero él se levantó, mal su grado de que le herian tan malamente, é puso mano á la su buena espada ardiente, é vió cómo Angriote é don Bruneo habian con él entrado, y herian á los enemigos de muy fuertes é duros golpes, diciendo á grandes voces: «Gaula, Gaula; que aquí es Amadís;» que así gelo rogara él que lo dijesen, si la nave podiesen tomar.

Mabilia, que en la cámara encerrada estaba con Oriana, que oyó el ruido é las voces, é despues aquel

(1) Parece el mismo que en la pág. 171 es llamado Tantiles.

apellido, tomó á Oriana por los brazos, que mas muerta que viva estaba, é díjole: «Esforzad, Señora, que socorrida sois de aquel bienaventurado caballero vuestro vasallo é leal amigo.» Y ella se levantó en pié, preguntando qué seria aquello; que del llorar estaba desvanecida, que no oia ninguna cosa, é la vista de los ojos casi perdida. Et despues que Amadís se levantó é poso mano á la su espada, é vió las maravillas que Angriote é don Bruneo facian, é cómo los otros de su nave se metian de rendon con ellos, fué con su espada en la mano contra Brondajel de Roca, que delante sí falló, é dióle por cima del yelmo tan fuerte golpe, que dió con él tendido á sus pies, é si el yelmo tal no fuera, hiciera la cabeza dos partes, é no pasó adelante, porque vió que los contrarios eran rendidos é demandaban merced; é como vió las armas muy ricas que Brondajel tenia, bien cuidó que aquel era al que los òtros aguardaban, é quitándole el yelmo de la cabeza, dábale con la manzana del espada en el rostro, preguntándole dónde estaba Oriana, y él le mostró la cámara de los candados, diciendo que allí la fallaria. Amadís se fué apriesa contra allá, é llamó á Angriote é á don Bruneo, é con la gran fuerza que de consuno posieron, derribaron la puerta y entraron dentro, é vieron á Oriana é á Mabilia, é Amadís fué fincar los hinojos ante ella por le besar las manos, mas ella lo abrazó, é tomóle por la manga de la loriga, que toda era tinta de sangre de los enemigos. «¡Ay Amadís! dijo ella, lumbre de todas las cuitadas, agora parecerá vuestra gran bondad en haber socorrido á mí é á estas infantas, que en tanta amargura é tribulacion puestas éramos, é por todas las tierras del mundo será sabido y ensalzado vuestro loor.» Mabilia estaba de hinojos ante él é teníale por la falda de la loriga, que teniendo él los ojos en su señora, no la habia visto; mas como la vió, levantóla, é abrazándola con mucho amor, le dijo: «Mi señora é mi prima, mucho vos he deseado.» E quísose partir dellas por ver lo que se facia; mas Oriana le tomó por la mano é dijo: «Por Dios, Señor, no me desampareis. —Señora, dijo él, no temais; que dentro en esta fusta está Angriote de Estravaus é don Bruneo é Gandáles con treinta caballeros que os aguardarán, é yo iré á acorrer á los nuestros, que muy gran batalla han.» Entonces salió Amadís de la cámara, é vió á Landin de Fajarque, que habia combatido los que en el castillo estaban é se le habian dado, é mandó que, pues á prision se daban, que no matasen ninguno; é luego se pasó á una muy fermosa galea, en que estaban Enil é Gandalin con hasta cuarenta caballeros de la ínsola Firme, é mandóla guiar contra aquella parte que oia el apellido de Agrájes, que se combatia con los de la gran nave de Salustanquidio; é cuando él llegó vió que la habian entrado, é llegóse con su galea fasta el borde por entrar en la nao, y el que le ayudó fué don Cuadragante, que ya dentro estaba, é la priesa y el ruido era muy grande, que Agrájes é los de su compaña los andaban firiendo é matando muy cruelmente.

Mas desque á Amadís vieron, los romanos saltaban en los bateles, é otros en el agua, é dellos morian, é otros se pasaban á las otras naves que aun no eran perdidas. Mas Amadís iba todavía adelante por entre la gente, preguntando por Agrájes, su primo, é halló-lo, é vió que tenia á sus piés Salustanquidio, que le diera una gran herida en un brazo, é pedíale merced; más Agrájes, que de antes sabia cómo amaba Olinda, no dejaba de lo herir é allegarlo á la muerte, como aquel que mucho desamaba, é don Cuadragante le decia que no lo matase, que buen preso ternia en él. Mas Amadís le dijo riendo: «Señor don Cuadragante, dejad á Agrájes cumpla su voluntad; que si dende lo partimos, todos somos muertos cuantos de nos hallare, que no dejará hombre á vida.»

Pero en estas razones la cabeza de Salustanquidio fué cortada, é la nave libre de todos, é los pendones de Agrájes é de don Cuadragante puestos encima de los castillos, é ambos muy bien guardados de muy buenos caballeros é muy esforzados. Esto fecho, Agrájes se fué luego á la cámera donde le dijeron que estaba Olinda, su señora, que demandaba por él; é Amadís, é don Cuadragante, é Landin, é Listoran de la Torre Blanca, todos juntos, fueron á ver cómo le iba á don Florestan é á los que le aguardaban, é luego entraron en la galea que allí Amadís trajèra, é luego encontraron otra galea de las de don Florestan, en que venia un caballero, su pariente de parte de su madre, que habia nombre Isanes, é díjoles: «Señores, don Florestan é Gavarte de Val Temeroso vos hacen saber cómo han muerto é preso todos los de aquellas fustas, é tienen al duque (1) de Ancon-é al arzobispo de Talancia.» Amadís, que dello mucho placer hobo, envióles decir que juntasen su galea con la que él habia tomado, donde estaba Oriana, y que allí habria consejo de lo que ficiesen. Entonces miraron á todas partes, é vieron que la flota de los romanos era destrozada, que ninguno dellos se podo salvar, aunque lo probaron en algunos bateles; mas luego fueron alcanzados é tomados de forma, que no quedó quien la nueva podiese llevar, é fuéronse derechamente á la nave de Oriana, é allí era preso Brondajel de Roca. Entrados dentro, desarmaron las cabezas é las manos, é laváronse de la sangre é sudor, é Amadís preguntó por don Florestan, que no le veia allí. Landin de Fajarque le dijo: «Está con la reina Sardamira en su cámara, que á altas voces demandaba por él, diciendo que gelo llamasen prestamente, que él seria su ayudador; y ella está ante los piés de Oriana, pidiéndole merced que no la dejase matar ni deshonrar.» Amadís se fué allá, é preguntó por la reina Sardamira, é Mabilia gela mostró, que estaba con ella abrazada, é don Florestan la tenia por la mano, é fué ante ella muy homildoso, é quísole besar las manos, y ella las tiró á sí é díjole: «Buena señora, no temais nada, que teniendo á vuestro servicio é mandado á don Florestan, á quien todos aguardamos é seguimos, todo se fará á vuestra voluntad, dejando aparte nuestro deseo, que es servir é honrar todas las mujeres, á cada una segun su merecimiénto; é como vos, buena señora, entre todas muy señalada y extremada seais, así extremadamente es razon que mucho se mire vuestro contentamiento.» La Reina dijo contra don Florestan: «Decidme, buen señor, ¿quién es este caballero tan mesurado é tan vuestro amigo?— Señora, dijo él, es Amadís, mi

1 En la pág. 249, marqués.

señor é mi hermano, con quien aquí todos somos en este socorro de Oriana.»

Cuando ella esto oyó levantóse á él con gran placer é dijo: «Buen señor Amadís, si vos no recebí como debia, no me culpeis, que ei no tener conocimiento de vos fué la causa, é mucho gradezco á Dios que en esta tanta tribulacion me haya puesto en la vuestra mesura, y en la guarda é mamparo de don Florestan.» Amadís la tomó por la otra mano, é lleváronla al estrado de Oriana, é allí la hicieron sentar, y él se asentó con Mabilia, su prima, que mucho deseo tenia de la hablar; mas en todo esto la reina Sardamira, como quiera que sopiese ser la flota de los romanos vencida é destrozada, é la gente muchos muertos é otros presos, aun no habia venido á su noticia la muerte del príncipe Salustanquidio, á quien ella de bueno y leal amor mucho amaba, é tenia por el mas principal é grande de todos los del señorío de Roma, ni lo sopo desa gran pieza. Estando así sentados como ois, Oriana dijo á la reina Sardamira: «Reina, señora, hasta aquí fuí yo enojada de vuestras palabras que al comienzo me dejistes, porque eran dichas sobre cosa que tan aborrecida tenia; mas conosciendo cómo vos dellas partistes, é la mesura é cortesía vuestra en todo lo otro que por vos pasa, dígoos que siempre os amaré é honraré é acataré de todo corazon, porque á lo que á mí pesaba érades constreñida, sin poder facer otra cosa, é lo que me daba contentamiento manaba é sucedia de vuestra noble condicion é propria virtud.—Señora, dijo ella, pues que tal es vuestro conocimiento, excusado será hacer yo dello mas salva.» En esto hablando, llegó Agrájes con Olinda é las doncellas que con ellas se habian apartado. Cuando Oriana la vió levantóse á ella, é abrazábala como si mucho tiempo pasara que no la viera, y ella le besaba las manos; é volviéndose á Agrájes, lo abrazó con gran amor, é así recibió á todos los caballeros que con él venian, é dijo contra Gavarte de Val Temeroso: «Mi amigo Gavarte, bien vos quitastes de la promesa que me distes, é cómo vos lo yo gradezco y el deseo que tengo de lo galardonar el Señor del mundo lo sabe.—Señora, dijo él, yo he fecho lo que debia, como vuestro vasallo que soy; é vos, señora, como mi señora natural, cuando tiempo fuere, acuérdeseos de mí, que siempre seré en vuestro servicio.» A esta sazon eran allí juntos todos los mas honrados caballeros de aquella compaña, los cuales á un cabo de la nao se apartaron por fablar qué consejo tomarian, é Oriana llamó á Amadís á un cabo del estrado, é muy paso le dijo: «Mi verdadero amigo, yo vos ruego é mando por aquel verdadero amor que me teneis, que agora mas que nunca se guarde el secreto de nuestros amores, é no fableis comigo apartadamente, sino ante todos, é lo que vos ploguiere decirme secreto fabladlo con Mabilia, é punad cómo de aquí nos lleveis á la ínsola Firme, porque estando en logar seguro, Dios proveerá en mis cosas, como él sabe que tengo la justicia.—Señora, dijo Amadís, yo no vivo sino en esperanza de vos servir, é si esta me faltase, faltarmehi-a la vida, é como lo mandais se fará; y en esta ida de la ínsola bien será que con Mabilia lo envieis á decir á estos caballeros, porque parezca que mas de vuestra gana é voluntad que de la mia procede.—Así lo faré, dijo ella, é bien me parece; agora vos id, dijo, á aquellos caballeros.» Amadís así lo fizo, é fablaron en lo que adelante se debe facer. Mas como eran muchos, los acuerdos eran diversos; que á los unos parecia que debian llevar á Oriana á la ínsola Firme, otros á Gaula é otros á Escocia, á la tierra de Agrájes; así que, no se acordaban.

En esto llegó la infanta Mabilia, é cuatro doncellas con ella. Todos la recibieron muy bien é la posieron entre sí, y ella les dijo: «Señores, Oriana vos ruega por vuestras bondades é por el amor que en este socorro le habeis mostrado que la lleveis á la ínsola Firme, que allí quiere estar fasta que sea en el amor de su padre é madre; é ruégaos, señores, que á tan buen comienzo deis el cabo, mirando su gran fortuna é fuerza que se le face, é fagais por ella lo que por las otras doncellas facer soleis, que no son de tan alta guisa.—Mi buena señora, dijo don Cuadragante, el bueno é muy esforzado de Amadís é todos los caballeros que en su socorro hemos sido estamos de voluntad de le servir fasta la muerte, así con nuestras personas como con las de nuestros parientes é amigos, que mucho pueden é muchos serán, é todos serémos juntos en su defensa contra su padre é contra el emperador de Roma; si á la razon é justicia no se allegaren con ella; é decilde que si Dios quisiere, que así como dicho tengo se hará sin falta, é así lo tenga firme en su pensamiento, é ayudándonos Dios, por nosotros no faltará; et si con deliberacion y esfuerzo este servicio se le ha fecho, que así con otro mayor é mejor acuerdo será por nos sostenido fasta que su seguridad é nuestras honras satisfechas sean.»

Todos aquellos caballeros tovieron por bien aquello que don Cuadragante respondió, é con mucho esfuerzo otorgaron que desta demanda nunca serian partidos fasta que Oriana en su libertad é señoríos restituida fuese, siendo cierta y segura de los haber, si ella mas que su padre é madre la vida poseyese. La infanta Mabilia se despidió dellos y se fué á Oriana, é por ella sabida la respuesta y recaudo que de su mensaje le traia, fué muy consolada, creyendo que la permision del justo Juez lo guiaria de forma que la fin fuese la que ella deseaba. Con este acuerdo se fueron aquellos caballeros á sus naves por mandar poner reparo en los presos y despojo, que muchos eran; y dejaron con Oriana todas sus doncellas, é á la reina Sardamira con las suyas; é á don Bruneo de Bonamar, é Landin de Fajarquo, é á don Gordan (1), hermano de Angriote de Estravaus, é á Sarquíles, su sobrino, é Orlandin, hijo del conde de Irlanda, é á Enil, que andaba llagado de tres llagas, las cuales él encobria como aquel que era esforzado é sofridor de todo afan. A estos caballeros fué encomendada la guarda de Oriana é de aquellas señoras de gran guisa que con ella eran, y que se no partiesen della fasta que en la ínsola Firme puestas fuesen, donde tenian acordado de las llevar.

(1) Quizá el mismo llamado Grovadan á la pág. 198.

ACÁBASE EL TERCERO LIBRO DEL NOBLE É VIRTUOSO CABALLERO AMADÍS DE GAULA.

SUMARIO DEL CUARTO LIBRO DEL VENTUROSO CABALLERO AMADÍS DE GAULA,

EN QUE TRATA

DE SUS PROEZAS É GRANDES FECHOS EN ARMAS QUE ÉL É OTROS CABALLEROS DE SU LINAJE FICIERON (1).

CAPITULO PRIMERO.

Del grande duelo que fizo la reina Sardamira por la muerte del príncipe Salustanquidio.

Contado vos ha la parte tercera desta gran historia, en el fin é cabo della, cómo el rey Lisuarte, contra la voluntad de todos los grandes y pequeños de sus reinos é de otros muchos que su servicio deseaban, entregó á los romanos á su fija Oriana para la casar con el Patin, emperador de Roma, é cómo fué por Amadís é sus compañeros, que en la ínsola Firme juntos se fallaron, en la mar tomada é muerto el príncipe Salustanquidio, é presos Brondajel de Roca, mayordomo mayor del Emperador, y el duque de Ancona y el arzobispo de Talancia, é otros muchos de los suyos muertos, y presa y destrozada toda la flota en que la llevaban; é agora vos dirémos lo que desto sucedió. Sabed que, vencida esta gran batalla, Amadís con otros caballeros de su parte, dejando á Oriana é á la reina Sardamira é á todas las otras dueñas é doncellas que con ella estaban en su nao, é ciertos caballeros que las guardasen, entraron en otra nave é fueron á mandar poner recaudo en la flota de los romanos y en el despojo, que muy grande era, é los presos, que, demás de ser muchos, la mayor parte eran de gran valor; que tales convenia enviar en semejante embajada. Y llegados á la fusta donde el príncipe Salustanquidio muerto estaba, oyeron grandes voces é llantos, é sabida la causa dello, era, que los suyos, así caballeros como otra gente, estaban á rededor dél, faciendo el mayor duelo del mundo, contando sus bondades é grandeza; así que, los de Agrájes, que la fusta ocupada tenian, no los podian quitar ni apartar de allí. Amadís mandó que á otra nave los pasasen, porque cesase el duelo que hacian, é mandó poner el cuerpo de Salustanquidio en una arca para le hacer dar la sepultura que á tal señor convenia, como quiera que enemigo fuese, pues que como bueno moriera en servicio de su señor; y esta fué la causa que así dél como de los otros que vivos quedaron hobieron compasion, mandando expresamente que la vida les fuese dada; lo cual en los virtuosos caballeros acaecer debe, que apartada la ira é la saña, la razon quedando libre dé conocimiento al juicio que siga la virtud. El murmullo de este llanto fué tan grande, que la nueva llegó á la nao donde Oriana estaba, como aquella gente hacian aquel duelo por aquel príncipe, de guisa que por la reina Sardamira fué sabido; aunque hasta entonces sopiese, é por sus ojos hobiese visto ser toda la flota de su parte destruida, é muchos muertos y presos, no habia llegado á su noticia la muerte de aquel caballero. E como lo oyó, salió, con el gran pesar, de todo su sentido, é olvidando el miedo é gran temor que fasta allí toviera, deseando mas la muerte que la vida, con mucha pasion y gran alteracion, torciendo sus manos una con otra, llorando muy fuertemente, se dejó caer en el suelo, diciendo estas palabras: «¡Oh príncipe generoso, de muy alto linaje, luz y espejo de todo el imperio romano! ¡qué dolor y pesar será la tu muerte á muchos é muchas que te amaban y servian, y de tí esperaban grandes bienes y mercedes! Oh qué nueva tan dolorida será para ellos cuando sopieren la tu malaventurada y desastrada fin! Oh gran emperador de Roma, qué angustia y dolor habrás en saber la muerte deste príncipe, tu primo, á quien tanto tú amabas y le tenias como un fuerte escudo de tu imperio, é la destruicion de tu flota, con muertes tan amancilladas de tus nobles caballeros! E sobre todo, haberte tomado por fuerza de armas en tan gran deshonra tuya la cosa en

(1) Aquí la edicion de Venecia del año 1533 trae un largo epígrafe, añadido por Francisco Delicado, natural de la Peña de Martos y vicario del valle de la Cabezuela, que fué el corrector de la impresion. Dice así: «En el cual libro cuarto os serán contadas cosas muy sabrosas de leer y entender, con un órden muy maravilloso y muy deleitoso á los lectores, que con su dulce estilo los inciará á leerlo y tornarlo á leer. Enseña asimismo á los caballeros el verdadero arte de caballería, á los mancebos á seguirla, á los ancianos á defenderla. Otrosí aquí está encerrado el arte del derecho amor, la lealtad y cortesía que con las damas se ha de usar, las defensas y derechos que á las dueñas los caballeros les deben de razon, las fatigas y trabajos que por las doncellas se han de pasar; así que, cuanto los caballeros y hombres buenos, condes, duques y marqueses, reyes, soldanes y emperadores deben ser obligados á las mujeres. Aquí, por enjemplo, el muy sabido componedor de la sobredicha historia lo enseña, el cual maravillosamente cada cosa en su lugar y á tiempo contó. Y destas tales historias no se notan salvo el arte del componer y aplicar las semejantes cosas á las virtudes, que esto es lo que de aquí se ha de sacar; conviene á saber: tomar por enjemplo el modo, la virtud y bondad que de Amadís se cuenta, y de los otros muy valientes caballeros, para por aquel camino seguir; y si lo que de los sobredichos no fué verdad, hacer cada uno que lo que él hiciere sea verdadero por dar ocasion á los coronistas que dél puedan escrebir el verdadero efeto, porque digo yo, á mi parecer, que la historia de Amadís puede ser apropiada á todo buen caballero, porque dice el sagrado Evangelio que no quien hiciere la ley, sino quien la ficiere y la enseñare á hacer. ¡Oh glorioso dicho, especialmente para los caballeros de quien aquí se trata! Porque el arte de la caballería es muy alto, y el altísimo y soberano Señor la constituyó para que fuese guardada la justicia y la paz entre los hijos de los hombres, y para conservar la verdad, y dar á cada uno lo suyo con derecho. Así que, todos estos frutos sacarás de esta tan alta historia, la cual el Delicado, que fué corretor de la impresion, tanto le pareció divina como humana, por ser con tanta razon ordenada.

el mundo que mas amabas y deseabas. Bien puedes decir que si la fortuna de un caballero andante que las aventuras seguia, y de tan pequeño estado te ensalzó á te poner en tan alta cumbre como es la silla é cetro é corona imperial, que con duro azote quiso abajar tu honra hasta la poner en el abismo é centro de la tierra, que deste tal golpe no se te puede seguir sino uno de dos extremos: ó disimular, quedando el mas deshonrado príncipe del mundo; ó lo vengar, poniendo tu persona é gran estado en mucha congoja é fatiga de espíritu, é al cabo tener dello la salida muy dudosa; que por cierto en lo que yo he visto despues que en la Gran Bretaña mi desastrada ventura me trajo, no hay en el mundo tan alto emperador ni rey á quien estos caballeros é los de su linaje, que muchos é poderosos son, no dén guerra é batalla; é creido tengo, como quiera que dellos tanto mal y dolor me ha venido, ser la flor de toda la caballería del mundo; y mas llora ya mi afligido corazon los vivos é los males que desta desaventura adelante se esperan, que los muertos, que ya su deuda han pagado.»

Oriana, que así la vió, hobo della piedad, porque la tenia por muy cuerda é de buen talante; sino la primera vez que la fabló en el hecho del Emperador, de que ella hobo gran enojo, y le rogó que en ello mas no le fablase, siempre la falló con mucho comedimiento, é como persona de gran discrecion para la nunca mas enojar, antes diciéndole cosas con que placer le diese; é llamó á Mabilia é díjole: «Mi amiga, poned remedio en aquel llanto de la Reina, é consolalda como vos lo sabeis facer, é no mireis á cosa que diga ni haga, porque, como veis, está casi fuera de sentido, teniendo mucha razon de se quejar; mas á lo que yo soy obligada é á lo que debe facer el vencedor al vencido teniéndolo en su poder.» Mabilia, que era de muy gentil gracia, llegó á la Reina, é fincando los hinojos, tomándola por las manos, le dijo: «Noble Reina y señora, no conviene á persona de tan alto linaje como vos así se vencer é sojuzgar de la fortuna; que aunque todas las mujeres naturalmente seamos de flaca complixion é corazon, mucho bien paresce en los antiguos ejemplos de aquellas que con fuertes ánimos quisieron pagar la deuda á sus antecesores, mostrando en las cosas adversas la nobleza del linaje é sangre donde vienen; é como quiera que agora sintais este gran golpe de la contraria fortuna vuestra, acuérdeseos que ella mesma vos poso en gran honra é alteza, no para que mas tiempo dello gozar podiésedes de cuanto la su movible voluntad vos otorgase, y que mas á su cargo é culpa que vuestra la habeis perdido, porque siempre le plogo é place de trabucar y ensayar estos semejantes juegos, é con esto debeis mirar que sois en poder desta noble princesa, que con mucho amor é voluntad que os tiene se duele de vuestra pasion, teniendo en la memoria de os facer aquella compañía é cortesía que vuestra virtud y real estado demanda.» La Reina le dijo: «¡Oh muy noble é graciosa infanta! aunque la discrecion de vuestras palabras es de tanta virtud, que á todo de consuelo consolar podrian, por grande que él fuese, la mi desastrada suerte es en tanto grado, que mis apasionados é flacos espíritus no la pueden sofrir, é si alguna esperanza para esta tan gran desesperacion á la memoria me ocurre, no es otra sino verme, como decis, en poder desta tan alta é noble señora, que por su gran virtud no consentirá que mi estima é fama sea menoscabada, porque este es el mayor tesoro que toda mujer mas guardar debe é haber temor de lo perder.» Entonces la infanta Mabilia con grandes promesas la hizo cierta y segura que así como ella lo queria, Oriana lo mandaria complir; y levantándola por las manos, la fizo sentar en un estrado, donde muchas de aquellas señoras què allí estaban le vinieron á hacer compaña.

CAPITULO II.

Cómo con acuerdo é mandamiento de la princesa Oriana aquellos caballeros la llevaron á la ínsola Firme.

Despues que Amadís é aquellos caballeros salieron de la fusta de Salustanquidio, é vieron cómo la flota toda de los romanos era en poder de los suyos sin ninguna contradicion, juntáronse todos en la nave de don Florestan é hobieron su acuerdo; que pues el querer de Oriana y el parecer dellos era que se fuesen á la ínsola Firme, que seria bueno ponerlo luego por obra; é mandaron poner todos los presos en una fusta, y que Gavarte de Val Temeroso, é Landin, sobrino de don Cuadragante, con copia de caballeros los guardasen é posiesen á recaudo; y en otra nave mandaron poner el despojo, que muy grande era, é lo guardasen don Gandáles, amo de Amadís, é Sadamon, que dos muy cuerdos é fieles caballeros eran; y en todas las otras naves repartieron gente de armas é marineros para que las guiasen, y ellos se quedaron cada uno en las suyas, así como de la ínsola Firme salieron. Esto aparejado, rogaron á don Bruneo de Bonamar é á Angriote de Estravaus que lo ficiesen saber á Oriana, y les trujesen su querer de lo que mandaba, porque así se compliese. Estos dos caballeros entraron en una barca é pasaron á la nave donde ella estaba, y entraron en su cámara, é fincaron los hinojos ante ella é dijéronle: «Buena señora, todos los caballeros que aquí son ayuntados en vuestro acorro para seguir vuestro servicio, os facen saber cómo toda la flota es aparejada y en disposicion de mover de aquí, quieren saber vuestra voluntad, porque aquella complirán con toda aficion.» Oriana les dijo: «Mis grandes amigos, si este amor que todos me mostrais, é á lo que por mí os habeis puesto, yo en algun tiempo no hobiese logar de galardonarlo, desde agora desesperaria de mi vida; mas yo tengo fiucia en nuestro Señor que por la su merced querrá, así como en la voluntad lo tengo, por obra lo pueda complir. Y decid á esos nobles caballeros que el acuerdo que sobre eso se tomó se debe poner en obra, que es ir á la ínsola Firme, é allí llegados, tomarse ha consejo de lo que se debe facer; que esperanza tengo en Dios, que es el justo juez y conoce todas las cosas, que esto que agora parece en tanta rotura, lo guiará é reducirá en mucha honra é placer, porque de las cosas justas y verdaderas, como esta lo es, aunque el comienzo se muestra áspero é trabajoso como al presente parece, de la fin no se debe esperar sino buen fruto, y de las contrarias aquello que la falsedad y deslealtad suele dar.» Con esta respuesta

se tornaron estos dos caballeros; é sabida por aquellos que la esperaban, mandaron tocar las trompetas, de las cuales la flota muy guarnida estaba, é con mucha alegría é gran grita de la mas baja gente, de allí movieron. Todos aquellos grandes señores é caballeros iban muy alegres é con gran esfuerzo, é puesto en sus voluntades de no se partir de consuno ni de aquella princesa fasta dar cabo é buena cima en aquello que comenzado habian. E como todos fuesen de gran linaje y en gran fecho de armas, crecíales el esfuerzo é corazones en saber el gran derecho que de su parte tenian, y por se ver en discordia con dos tan altos príncipes, donde no esperaban sino ganar mucha honra, como quiera que las cosas prósperas ó adversas les viniesen, y que ellos farian en esta demanda, si en rotura parase, casos de grandes hazañas, donde para siempre loados fuesen, y en el mundo dellos quedase perpétua memoria; é como iban todos armados de armas muy ricas, y eran muchos, aun á los que de sus grandezas é grandes proezas noticia no hobiesen, les pareceria una compaña de un gran emperador; é por cierto así era ello, que á duro se podrian fallar en ninguna casa de príncipe, por grande que fuese, tantos caballeros juntos de tal linaje y de tanto valor.

Pues ¿qué se puede aquí decir, sino que tú, rey Lisuarte, debieras pensar que de infante desheredado la ventura te habia puesto en tan grandes reinos y señoríos, dándote seso, esfuerzo, virtud, templanza, y la preciosa franqueza mas complidamente que á ninguno de los mortales que en tu tiempo fuese; é por te poner lá diadema ó corona preciosa, hacerte señor de tal caballería, por la cual en todas las partes del mundo eras preciado y en gran estima tenido; y no se sabe si por la misma ventura ser tornada en desventura ó por tu mal conocimiento lo has perdido, recibiendo tan gran revés en tu gran estima é honrada fama; que la satisfaccion desto en la mano de Dios es para te la dar ó quitar; pero, la mi fe, antes entiendo que para que con ella vivas lastimado y menoscabado de aquella alteza en que puesto estabas, que tanto mas lo sentirás cuanto mas los tiempos prósperos hobiste sin ninguna contradiccion que te mucho doliese; é si desto tal te quejares, quéjate de tí mesmo, que quesiste sojuzgar las orejas á hombres de poca virtud y menos verdad, creyendo antes lo que dellos oiste que lo que tú con tus proprios ojos vias; é junto con esto, sin ninguna piedad é conciencia diste tanto lugar á tu albedrío, que no emprimiendo en tu corazon los amonestamientos que muchos te ficieron, ni los doloridos llantos de tu hija, la quesiste poner en destierro y en toda tribulacion, habiéndola Dios adornado de tanta fermosura, de tanta nobleza é virtud sobre todas las de su tiempo; é si en algo de su honra se puede trabar, segun su bondad y sano pensamiento é la fin que dello redundó, mas se debe atribuir á permision de Dios, que lo quiso y fué su voluntad, que á otro yerro ni pecado. Así que, si la fortuna, volviendo la rueda, te fuere contraria, tú la desataste donde ligada estaba.

Pues tornando al propósito, así como ois fué la flota navegando por la mar, é á los siete dias amanescieron en el puerto de la ínsola Firme, donde, en señal de alegría, fueron tirados muchos tiros de lombardas. Cuando los de la ínsola vieron allí arribadas tantas fustas fueron maravillados, é todos con sus armas ocurrieron á la mar; mas desque llegados conoscieron ser de su señor Amadís, por los pendones y devisas que en las gavias traian, que eran los mismos que de allí habian llevado, é luego echando los bateles, salió gente, é don Gandáles con ellos, así para facer el aposentamiento como para que de barcas se ficiese una puente desde la tierra fasta las fustas, por donde Oriana é aquellos señores salir podiesen.

CAPITULO III.

Cómo la infanta Grasinda, sabida la vitoria que Amadís hobiera, se atavió, acompañada de muchos caballeros é damas, para salir á recebir á Oriana.

Destos que vos digo, la muy hermosa Grasinda, que allí habia quedado, sopo la venida é todas las cosas como pasaron, é luego con mucha diligencia se aparejó para rescebir á Oriana, que por las grandes nuevas que della sonaban por todas partes deseaba mucho ver, mas que á persona que en el mundo fuese. E así, como dueña de gran guisa é muy rica que ella era se quiso mostrar, que luego se vistió saya é cota con rosas de oro sembradas, puestas por extraña arte, guarnidas y cercadas de perlas é piedras preciosas de gran valor, que fasta entonces no lo habia vestido ni mostrado á persona, porque lo tenia para se probar en la cámara defendida, como despues lo fizo; y encima de sus fermosos cabellos no quiso poner, salvo la corona, que muy rica era, que por su fermosura é gran bondad del caballero Griego habia ganado de todas las doncellas que á la sazon en la corte del rey Lisuarte se hallaron, con mucha vitoria del uno y del otro; é cabalgó en un palafren blanco, guarnido de silla y freno, é las otras guarniciones, todo cubierto de oro esmaltado de labores fechas por gran arte; que esto tenia ella para que si su ventura la dejase acabar aquella aventura de la cámara defendida, de se tornar para la corte del rey Lisuarte con estos ricos é grandes atavíos, y se hacer conocer con la reina Brisena é con Oriana, su fija, é con las otras infantas, é dueñas é doncellas, é con gran gloria se volver á su tierra. Mas esto tenia, y estaba muy alejado de lo acabar como lo cuidaba, porque aunque ella muy guarnida y hermosa al parecer de muchos fuese, é mucho mas al suyo, no se igualaba, con gran parte, con la muy hermosa reina Briolanja, que ya aquella aventura probado habia, sin la poder acabar. Pues con este gran atavío que ois que esta señora Grasinda llevaba, movió de su pasada, é con ella sus dueñas é doncellas ricamente vestidas, é diez caballeros suyos á pié, que de las riendas la llevaban, sin otro alguno á ella llegar. E así fué á la ribera de la mar, donde con mucha priesa se habia acabado de facer la puente que ya oistes, hasta la nave donde Oriana venia, é allí llegada, estovo queda á la entrada de la puente, esperando la salida de Oriana, la cual estaba ya aparejada, é todos aquellos caballeros pasados á su fusta para la acompañar, y vestida mas convenible á su fortuna é honestidad á ella conforme, que en acrecentamiento de su fermosura, vió esta dueña, é preguntó á don Bruneo si era aquella la due-

ña que viniera á la corte del Rey su padre y ganara la corona de las doncellas. Don Bruneo le dijo que aquella era, y que la honrase é allegase, que era una de las buenas dueñas del mundo de su manera. E contóle mucho de su fecho y de las grandes honras que della Amadís é Angriote y él habian recebido. Oriana le dijo: «Mucha razon es que vosotros y vuestros amigos la honren é amen mucho, é yo así lo faré.»

Entonces la tomaron por los brazos don Cuadragante é Agrájes, é á la reina Sardamira don Florestan é Angriote, é á Mabilia Amadís solo, é á Olinda don Bruneo é Dragonis, é á las otras infantas é dueñas otros caballeros, é todos venian armados é muy alegres, riendo por las esforzar é dar placer. Así como Oriana llegó cerca de tierra, Grasinda se apeó del palafren é fincó las rodillas al cabo de la puente, é tomóle las manos para gelas besar; mas Oriana las tiró á sí, é no gelas quiso dar, antes la abrazó con mucho amor, como aquella que por costumbre tenia de ser muy homilde é graciosa con quien lo debia ser. Grasinda, como tan cerca la vió, é miró la su gran fermosura, fué muy espantada, aunque mucho gela habian loado; segun la diferencia por la vista hallaba, no podiera creer que persona mortal podiese alcanzar tan gran belleza; é así como estaba de hinojos, que nunca Oriana la podo hacer levantar, le dijo: «Agora, mi buena señora, con mucha razon debo dar muchas gracias á nuestro Señor y le servir la gran merced que me fizo en no estar vos en la corte del Rey vuestro padre á la sazon que yo á ella vine; porque ciertamente, aunque en mi guarda é amparo traia el mejor caballero del mundo, segun mi demanda ser por razon de hermosura, digo que él se podiera ver en gran peligro si en las armas ayuda Dios al derecho, é como se dice, yo fuera en aventura de ganar la honra que gané, que, segun la gran extremidad y ventaja tiene vuestra hermosura á la mia, no toviera en mucho, aunque el caballero que por vos se combatiera fuera muy flaco, é mi demanda no hobiera la fin que hobo.» Entonces miró contra Amadís é díjole: «Señor, si desto que he dicho recebis injuria, perdonadme, porque mis ojos nunca vieron lo semejante que delante sí tienen.» Amadís, que muy ledo estaba porque así loaban á su señora, dijo: «Mi noble señora, á gran sinrazon ternia haber por mal lo que á esta señora habeis dicho, que si dello me quejase, seria contra la mayor verdad que nunca se pudo decir.» Oriana, que algun tanto con vergüenza estaba de así se oir loar, é mas con pensamiento de la fortuna que á la sazon tenia que de se preciar de su fermosura, respondia: «Mi señora, no quiero responder á lo que me habeis dicho, porque si lo contradijese erraria contra persona de tan buen conocimiento, é si lo afirmase seria gran vergüenza y denuesto para mí; solamente quiero que sepais que tal cual yo soy seré muy contenta de acrescentar vuestra honra, así como lo puede facer una doncella pobre desheredada como yo soy.» Entonces rogó á Agrájes que la tomase é la posiese cabe Olinda é la acompañasen, y ella quedó con don Cuadragante, y él así lo fizo. E salidos todos de la puente, posieron á Oriana en un palafren el mas ricamente guarnido que nunca se vió, que su madre la reina Brisena le habia dado para cuando en Roma entrase, é la reina Sardamira en otro, é así á todas las otras, é Grasinda en el suyo. E por mucho que Oriana porfió, nunca podo excusar ni quitar á todos aquellos señores é caballeros que á pié no fuesen con ella, de lo cual mucho empacho llevaba; pero ellos consideraban que toda la honra y servicio que le ficiesen, á ellos en loor suyo se tornaba.

Así como ois entraron en la ínsola por el castillo, y llevaron aquellas señoras con Oriana á la Torre de la huerta, donde don Gandáles les habia fecho aparejar sus aposentamientos, que era la mas principal cosa de toda la ínsola, que aunque en muchas partes della hobiese casas ricas y de grandes labores, aquella torre donde Apolidon habia dejado los encantamentos que en la parte segunda mas largo lo recuenta, era la su principal morada, donde mas contino su estancia era, é por esta causa obró en ella tantas cosas y de tanta riqueza, que el mayor emperador del mundo no se atreveria ni emprenderia á otra semejante facer. Habia en ella nueve aposentamientos de tres en tres á la par, unos encima de otros, cada uno de su manera, é aunque algunos dellos fuesen fechos por ingenio de hombres que mucho sabian, todos los otros eran por la arte é gran sabiduría de Apolidon, tan extrañamente labrados, que persona del mundo no seria bastante de lo saber ni poder estimar, ni menos entender su gran sotileza. E porque gran trabajo seria contarlo todo por menudo, solamente se dirá cómo esta torre estaba asentada en medio de una huerta, era cercada de alto muro de muy fermoso canto y betun, la mas fermosa de árboles é otras yerbas de todas naturas, y fuentes de aguas muy dulces, que nunca se vió; muchos árboles habia que todo el año tenian fruta, otros que tenian flores fermosas. Esta huerta tenia por de dentro pegado al muro unos portales ricos, cerrados todos con redes doradas, desde donde aquella verdura se parescia; é por ellos se andaba todo alrededor sin que salir podiesen dellos sino por algunas puertas; el suelo era solado de piedras blancas como el cristal, é otras coloradas é claras como rubíes, é de otras diversas maneras, las cuales Apolidon mandara traer de unas ínsolas que son á la parte de oriente, donde se crian las piedras preciosas, y se falla en ellas mucho oro é otras cosas extrañas é diversas de las que acá en las otras tierras parecen, las cuales cria el gran hervor del sol, que allí contino fiere; pero no son pobladas, salvo de bestias fieras, de guisa que fasta aquel tiempo deste gran sabidor Apolidon, que con su ingenio fizo tales artificios en que sus hombres, sin temor de se perder, podieron á ellas pasar, donde los otros comarcanos tomaron aviso, ninguno antes á ellas habia pasado; así que, desde entonces se pobló el mundo de muchas cosas de las que fasta allí no se habian visto, y de allí hobo Apolidon grandes riquezas.

A las cuatro partes desta torre venian de una alta sierra cuatro fuentes que la cercaban, traidas por caños de metal, y el agua dellas salia tan alta por unos pilares de cobre dorados é por bocas de animalías, que desde las ventanas primeras bien podian tomar el agua, que se recogia en unas pilas redondas doradas, que engastadas en los mesmos pilares estaban; destas cua-

tro fuentes se regaba toda la huerta. Pues en esta torre que ois fué aposentada la princesa Oriana é aquellas señoras que oistes, cada una en su aposentamiento así como lo merecia, é la infanta Mabilia gelos mandó repartir. Aquí eran servidas de dueñas y doncellas, de todas las cosas abastadamente que Amadís les mandara dar; é ningun caballero en la huerta ni donde ellas pasaban entraba; que así le plogo á Oriana que se ficiese, é así lo envió á rogar á aquellos señores todos que lo toviesen por bien, por cuanto ella queria estar cosmo en órden fasta que con el Rey su padre algun asiento de concordia é paz se tomase. Todos gelo tovieron á mucha virtud, é loaron su buen propósito, y le enviaron á decir que así en aquello como en todo lo otro que su servicio fuese no habian de seguir sino su voluntad.

Amadís, como quiera que su cuitado corazon á una parte ni á otra fallase asiento ni reparo, sino cuando en la presencia de su señora se hallaba, porque aquel era todo el fin de su descanso, é sin él las grandes cuitas é mortales deseos contino le atormentaban, como muchas veces en esta grande historia habeis oido; queriendo mas el contentamiento della, é temiendo mas el menoscabo de su honra que cien mill veces su muerte dél, mas que ninguno mostró contentamiento é placer de aquello que aquella señora por bueno é honesto tenia, tomando por remedio de sus pasiones é cuidados tenerla ya en su poder en tal parte donde al restante del mundo no temia, é donde antes que la perdiese perderia su vida, en que cesarian y serian resfriadas aquellas grandes llamas que á su triste corazon continuamente abrasaban. Todos aquellos señores é caballeros, é la otra gente mas baja fueron aposentados á sus guisas en aquellos logares de la ínsola que mas á sus condiciones é calidades conformes eran, donde muy abastadamente se les daban las cosas necesarias á la buena é sabrosa vida; que aunque Amadís siempre andovo como un caballero pobre, halló en aquella ínsola grandes tesoros de la renta della, é otras muchas joyas de gran valor, que la Reina su madre é otras grandes señoras le habian dado, que por las no haber menester fueron allí enviadas; y demás desto, todos los vecinos é moradores de la ínsola, que muy ricos é muy honrados eran, habian á muy buena dicha de le servir con grandes provisiones de pan é carnes é vinos, é las otras cosas que darle podian. Pues así como ois fué traida la princesa Oriana á la ínsola Firme con aquellas señoras, é aposentada, é todos los caballeros que en su servicio é socorro estaban.

CAPITULO IV.

Cómo Amadís fizo juntar aquellos señores, y el razonamiento que les fizo, é lo que sobre ello acordaron.

Amadís, como quiera que gran esfuerzo mostrase, como lo él tenia, mucho pensaba en la salida que deste gran negocio podia ocurrir, como aquel sobre quien todo cargaba, aunque allí estoviesen muchos príncipes é grandes señores é caballeros de alta guisa, é tenia ya su vida condenada á muerte ó salir con aquella gran empresa que á su honra amenazaba y en gran cuidado ponia; é cuando todos dormian él velaba, pensando en el remedio que poner se debia; é con este cuidado, con acuerdo é consejo de don Cuadragante é de su primo Agrájes, fizo llamar á todos aquellos señores que en la posada de don Cuadragante se juntasen en una gran sala que en ella habia, que de las mas ricas de toda la ínsola era. Y allí venidos todos, que ninguno faltó, Amadís se levantó en pié, teniendo por la mano al maestro Elisabat, á quien él siempre mucha honra facia, é fablóles en esta guisa: «Nobles príncipes é caballeros, yo os fice aquí juntar por traer á vuestras memorias cómo por todas las partes del mundo donde vuestra fama corre se sabe los grandes linajes y estados de donde vosotros venis, é que cada uno de vos en sus tierras podia vivir con muchos vicios é placeres, teniendo muchos servidores, con otros grandes aparejos que para recreacion de la vida viciosa é folgada se suelen procurar é tener, allegando riquezas á riquezas; pero vosotros considerando haber tan gran diferencia en el seguir de las armas ó en los vicios, y ganar los bienes temporales, como es entre el juicio de los hombres é las animalías brutas, habeis desechado aquello que muchos codician é tras que muchos se pierden, queriendo pasar grandes fortunas por dejar fama loada, siguiendo este oficio militar de las armas, que desde el comienzo del mundo fasta este nuestro tiempo ninguna buena ventura de las terrenales al vencimiento é gloria suya se pudo ni puede igualar, por donde fasta aquí otros intereses ni señoríos habeis cobrado, sino poner vuestras personas llenas de muchas heridas en grandes trabajos peligrosos, fasta las llegar mill veces al punto y estrecho de la muerte, esperando é deseando mas la gloria é fama que otra alguna ganancia que dello venir podiese, en galardon de lo cual, si lo conocer quereis, la próspera é favorable fortuna vuestra ha querido traer á vuestras manos una tan gran vitoria como al presente teneis; y esto no lo digo por el vencimiento fecho á los romanos, que, segun la diferencia de vuestra virtud á la suya, no se debe tener en mucho, mas por ser por vosotros socorrida é remediada esta tan alta princesa, é de tanta bondad, que no recibiese el mayor desaguisado é tuerto que há grandes tiempos que persona de tan gran guisa rescibió, por causa de lo cual, demás de haber mucho acrecentado en vuestras famas, habeis hecho gran servicio á Dios, usando de aquello para que nacistes, que es socorrer á los corridos, quitando los agravios é fuerzas que les son hechas; é lo que en mas se debe tener é mas contentamiento nos debe dar, es haber descontentado é enojado á dos tan altos é poderosos príncipes como es el emperador de Roma y el rey Lisuarte, con los cuales, si á la justicia é razon llegar no se quisieren, nos converná tener grandes debates é guerras.

«Pues de aquí, nobles señores, ¿qué se puede esperar? Por cierto otra cosa no, salvo como aquellos que la razon y verdad mantienen en mengua y menoscabo suyo, de los que la desechan y menosprecian ganar nosotros muy grandes vitorias, que por todo el mundo suenen; é si de su grandeza algo se puede temer, pues no estamos tan despojados de otros muchos é grandes señores, parientes é amigos, que ligeramente no poda-

mos henchir estos campos de caballeros é gentes en tan gran número, que ningunos contrarios, por muchos que sean, puedan ver con una jornada la ínsola Firme. Así que, buenos señores, sobre esto cada uno diga su parecer, no de lo que quiere, que mucho mejor que yo conosceis é quereis la virtud é á lo que sois obligados, mas de lo que para sostener esto é lo llevar adelante con aquel esfuerzo é discrecion se debe hacer.»

Con mucha voluntad aquella graciosa y esforzada habla que por Amadís se fizo de todos aquellos señores oida fué, los cuales considerando haber entre ellos tantos que muy bien segun su gran discrecion y esfuerzo responder sabrian, por una pieza estovieron callados convidándose los unos á los otros que fablasen. Entonces don Cuadragante dijo: «Mis señores, si por bien lo hobiérdes, pues que todos callais, diré lo que mi juicio á conoscer é responder me da.» Agrájes le dijo: «Señor don Cuadragante, todos os lo rogamos que así lo hagais, porque, segun quien vos sois é las grandes cosas que por vos han pasado, é con tanta honra al fin dellas llegastes, á vos mas que á ninguno de nosotros conviene la respuesta. Don Cuadragante le agradesció la honra que le daba, é dijo contra Amadís: «Noble caballero, vuestra gran discrecion é buen comedimiento ha tanto contentado nuestras voluntades, é así habeis dicho lo que hacer se debe, que haber de responder replicando á todo seria cosa de gran prolijidad y enojo á quien lo oyese; é solamente será por mí dicho lo que al presente remediar se debe, lo cual es, que pues vuestra voluntad en lo pasado no ha sido proseguir pasion ni enemistad, sino solamente por servir á Dios é guardar lo que como caballero teneis jurado, que es quitar las fuerzas, especialmente de las dueñas é doncellas que fuerza ni reparo tienen sino de Dios é vuestro, que sea esto por vuestros mensajeros manifestado al rey Lisuarte, y de vuestra parte sea requerido haya conocimiento del yerro pasado, é se ponga en justicia é razon con esta princesa, su fija, desatando la gran fuerza que por él se le face, dando tales seguridades que con mucha causa y certenidad de no ser nuestras honras menoscabadas, gela podamos é debamos restituir; é de lo que dél á nosotros toca no se le facer mencion alguna, porque esto acabado, si acabar se puede, yo fio tanto en vuestra virtud é esfuerzo grande que aun él nos demandará la paz, é se terná por muy contento si por vos le fuere otorgada; y entre tanto que la embajada va, por cuanto no sabemos cómo las cosas sucederán, quien demandar nos quisiere nos halle, no como caballeros andantes, mas como príncipes é grandes señores, seria bien que nuestros amigos é parientes, que muchos son, por nosotros sean requeridos, para que cuando llamar se convenga, puedan venir á tiempo que su trabajo haya aquel efeto que debe.»

CAPITULO V.

Cómo todos los caballeros fueron muy contentos de todo lo que don Cuadragante propuso.

De la respuesta de don Cuadragante fueron muy contentos aquellos caballeros, porque á su parescer no fincaba nada por decir. E luego fué acordado que Amadís lo ficiese saber al rey Perion, su padre, pidiéndole toda ayuda é favor, así dél é de los suyos como de los otros que sus amigos y servidores fuesen, para cuando llamado fuese. Asimismo enviase á todos los otros que él sabia que le podrian é querrian acudir, que muchos eran, por los cuales grandes cosas en su honra é provecho hiciera, con gran peligro de su persona; é que Agrájes enviase ó fuese al rey de Escocia su padre á lo semejante; é don Bruneo enviase al Marqués, su padre, é á Branfil, su hermano, que con gran diligencia aparejase toda la mas gente que haber podiese, é no partiese de allí fasta saber su mandado; é que así lo hiciesen todos los otros caballeros que allí estaban, que estados é amigos tenian. Don Cuadragante dijo que enviaria á Landin, su sobrino, á la reina de Irlanda, é que creia que si el rey Cildadan, su marido, acudia al rey Lisuarte con el número de la gente que le era obligado, que ella daria lugar á todos los de su reino que le quisiesen venir á servir, é que así de aquellos como de sus vasallos é otros amigos suyos se llegaria buena gente. Esto así acordado, rogaron á Agrájes éá don Florestan que lo hiciesen saber á la princesa Oriana, porque sobre todo mandase lo que mas su servicio fuese; é así, se salieron todos juntos del ajuntamiento con mucho esfuerzo, especial los que eran de mas baja condicion, que en alguna manera tenian este negocio por muy grave, temiendo la salida dél mas que lo mostraban; é como agora veian el gran cuidado é proveimiento de los grandes, é por razon dello gran socorro se esperase, crecíales el esfuerzo é perdian todo temor; é llegando á la puerta del castillo, por aquella que toda la ínsola se mandaba, vieron por la cuesta subir un caballero armado en su caballo, é cinco escuderos con él, que las armas le traian é otros atavíos de su persona. Todos estovieron quedos fasta saber quién seria, é como de mas cerca lo vieron, conoscieron que era don Brian de Monjaste, de que muy gran placer se les siguió, porque de todos era amado é tenido por buen caballero, é por cierto tal era, que dejando aparte ser de tan alto logar, como fijo de Ladasan, rey de España, él por su persona en discrecion y esfuerzo era tenido en todas partes donde le conoscian en gran reputacion; é demás desto, era el caballero del mundo que mas á sus amigos amase, é nunca con ellos estaba sino en burlas de placer, como aquel que muy discreto y de linda crianza era; é así ellos lo amaban é holgaban mucho con él. E todos juntos decendieron por la cuesta ayuso á pié como estaban, y él cuando los vió mucho fué maravillado, é no podo pensar que ventura los ficiera juntar, aunque algo le habian dicho despues que de la mar salió en aquella tierra; é apeóse del caballo, é fué contra ellos, los brazos tendidos, é dijo: «Juntos vos quiero abrazar, que á todos tengo por uno.»

Entonces llegaron los que adelante iban, é tras ellos Amadís; y cuando don Brian lo vido, si hobo dello gran placer, esto no es de contar; porque, demás del gran deudo que con él tenia, como ser hijos de dos hermanos, que la madre deste don Brian, mujer del rey de España, era hermana del rey Perion, era el caballero del mundo que mas amaba, é díjole riendo:

«¿Aquí sois vos? pues en vuestra busca venia yo, que aunque todas las aventuras nos faltasen, terníamos harto que hacer en vos buscar, segun vos escondeis.» Amadís le abrazó é díjole: «Decid lo que quisiérdes, que venido sois en parte donde presto tomaré la emienda, y estos señores os mandan que subais en vuestro caballo y os metais en esta ínsola donde una prision está aparejada para los semejantes que vos.» Entonces llegaron todos los otros á lo abrazar, é aunque contra su voluntad, le hicieron subir en su caballo, y ellos á pié se fueron con él por la cuesta arriba hasta que llegaron á la posada de Amadís, donde descabalgó; é sus primos Agrájes é don Florestan lo desarmaron é le mandaron traer un manto de escarlata que se cobriese; é como desarmado fué, y en derredor de sí vió tantos é tan nobles caballeros de quien sus bondades é proezas sabia, díjoles: «Compaña de tantos buenos no pudo sin gran misterio é causa ser aquí allegada; decídmelo, señores, que mucho lo deseo saber, porque algo he oido despues que en esta tierra entré.» Todos rogaron á Agrájes que por él la relacion le fuese hecha, el cual como aquel que en todo lo pasado presente habia sido, é así en ello y en lo porvenir gran gana toviese de lo acrecentar é favorecer, gelo dijo todo así como la historia lo ha contado, culpando al rey Lisuarte, é loando é aprobando con gran aficion lo que aquellos caballeros habian hecho é querian adelante hacer. Cuando Brian de Monjaste esto oyó en mucho lo tovo, como persona de gran discrecion, que antes á la salida que á la entrada mira; é si por hacer estoviera, no sabiendo el secreto de los amores de Amadís, podiera ser que su consejo fuera al contrario, é á lo menos que por otras vias mas honestas se templara el negocio, sin venir en tanto rigor como al presente estaba, que, segun el conocimiento él tenia del rey Lisuarte en ser tan sospechoso é guardador de su honra, é la injuria fuese tan crecida, bien consideró que así tan crecida se habia de buscar la venganza; pero viendo la cosa ser llegada en tal estado que mas ayuda que consejo se requeria, especial siendo el cabo dello Amadís, con mucha aficion aprobó lo hecho, loando la gran virtud que con Oriana habian usado, haciéndoles cierta su persona con la mas gente de su padre que él haber podiese para lo sostener; é díjoles que queria ver la princesa Oriana porque dél sopiese cómo enteramente habia de seguir su servicio. Amadís le díjo: «Señor primo, vos venis de camino, y estos señores no han comido, y en tanto que vuestra venida se les envia decir reposad é comed, é á la tarde se podrá mejor hacer.»

Don Brian lo tovo por bueno, é con esto aquellos señores dél despedidos, se fueron á sus posadas; é la tarde venida, Agrájes é don Florestan, que señalados por aquellos estaban para fablar con Oriana, como dicho es, tomaron consigo á don Brian, é todos tres se fueron, ricamente vestidos, adonde Oriana estaba, é halláronla que los esperaba en el aposentamiento de la reina Sardamira, acompañada de todas aquellas señoras que habeis oido é la historia os ha recontado. Pues llegados allí, don Brian se fué á Oriana é fincó los hinojos por le besar las manos, mas tirólas ella á sí, é no gelas quiso dar; antes le abrazó é lo recibió con mucha cortesía, así como en aquella que toda la nobleza del mundo se hallaba, é díjole: «Mi señor don Brian, vos seais muy bien venido, que aunque, segun vuestra nobleza é virtud, en cualquier tiempo ser muy bien recebido merecia, en este presente mucho mas lo debe ser, é porque tengo creido que aquellos nobles caballeros amigos vuestros os habrán fecho relacion de todo lo pasado, remitiéndome á ellos, será excusado decir yo ninguna cosa, ni tampoco traeros á la memoria lo que en ello hacer debeis; porque, segun lo habeis usado é acostumbrado, mas para dar consejo que para lo pedir basta vuestra discrecion. Don Brian le dijo: «Mi señora, la causa de mi venida ha sido, como há mucho tiempo que me yo partiese de la batalla que el Rey vuestro padre hobo con los siete reyes de las ínsolas, y en España me fuese á mi padre, estando en una cuestion que él tenia con los africanos, supe cómo mi primo é señor Amadís era ido en tierras extrañas, donde dél ningunas nuevas se sabian; é como este sea la flor y espejo de todo mi linaje, é aquel á quien yo mas precio y amor tenga, tanto dolor me puso su ausencia en mi corazon, que trabajé como en aquel debate algun asiento se diese por me poner en demanda de lo buscar; y considerando que en esta ínsola suya antes que en otra alguna parte podria algunas nuevas hallar de mi primo, fuí por aquí donde mi buena dicha é ventura me guió, así por lo haber fallado como ser venido en tiempo que el deseo que siempre tove de os servir por obra pueda parescer; é como, Señora, habeis dicho, ya sé lo que ha pasado, é aun pienso algo de lo que dello puede redundar, segun la dura condicion del Rey vuestro padre; é como quiera que venga é la ventura lo guiare, é á mi persona podiere haber, está con toda voluntad ofrecida é aparejada al remedio della.» Oriana le rindió muchas gracias por ello.

CAPITULO VI.

Cómo todos los caballeros tenian mucha gana del servicio é honra de la princesa Oriana.

Gran razon es que se sepa é no quede en olvido por qué causa estos caballeros é otros muchos que adelante se dirán con tanto amor é voluntad deseaban el servicio desta señora, poniéndose en el extremo de las afrentas como con tan altos príncipes puestos estaban. ¿Seria por ventura por las mercedes que della habian recebido, ó porque sabian el secreto é cabo de los amores della é Amadís, é por causa suya á ello se disponian? Por cierto digo que ni lo uno ni lo otro fizo á ello mover sus voluntades, porque, como quiera que ella fuese de tan alto estado, el tiempo no le habia dado lugar que á ninguno podiese hacer mercedes; pues otra cosa no poseia mas que una pobre doncella. Pues en lo que á sus amores é de Amadís toca, ya la grande historia, si leido la habeis, os da testimonio del secreto dellos; pues por alguna causa será. ¿Sabeis cuál? Porque esta princesa siempre fué la mas mansa é de mejor crianza é cortesía, é sobre todo, la templada homildad que en su tiempo se halló, teniendo memoria de honrar é bien tratar á cada uno, segun

lo merecia; que este es un lazo é una red en que los grandes que así lo facen prenden muchos de los que poco cargo tienen de su servicio, como cada dia lo vemos, que sin otro interés alguno, de sus bocas son loados, de sus voluntades muy amados, obligados á los servir, como estos señores hacian aquella noble princesa.

Pues ¿qué se dirá aquí de los grandes, que mucha esquiveza é demasiada presuncion tienen con aquellos que la no debian tener? Yo os lo diré: Que queriéndose con los menores poner en respuestas desabridas, con gestos sañudos, teniendo en poco sus cortesías é profertas, son en menos tenidos, menos acatados, maltrados de sus lenguas, deseando que algun revés les viniese para los deservir y enojar. ¡Oh yerro tan grande! E ¡qué poco conocimiento por merced tan pequeña como dar la habla graciosa, el gesto amoroso, que tan poco cuesta, perder de ser queridos, amados é servidos de aquellos á quien nunca merced ni bien ficieron! ¿Quereis saber lo que muchas veces á estos desdeñosos despreciadores acaece? Yo os lo diré. Que como aquellos que lo suyo despienden é gastan, no mirando logares ni tiempos, dándolo donde no deben, son tenidos, en logar de francos é liberales, por torpes é por indiscretos; así estos por el semejante, dejando de honrar á aquellos que por virtud les seria reputado, homíllanse é sojúzganse á otros mayores, ó por ventura sus iguales, que mas por servicio é poco esfuerzo que por virtud es tenido.

Pues al propósito tornando, acabada la habla de Brian de Monjaste, y hecha reverencia á la reina Sardamira, é aquellas infantas con Grasinda, Agrájes é don Florestan llegaron á Oriana, é con mucho acatamiento todo lo que aquellos caballeros les encomendaron le dijeron; lo cual habiendo por buen acuerdo, les remitió é dejó el cargo de lo que facer se debia, pues el auto y efecto dello mas de caballeros que de doncellas era; enviándoles mucho á rogar que siempre toviesen en la memoria, compliendo con sus honras, de querer é allegar la paz con el Rey su padre, por lo que á ella é á su fama tocaba. Esto fecho, Oriana, dejando á don Florestan é á Brian de Monjaste con la reina Sardamira é aquellas señoras, tomó por la mano á Agrájes, é con él á una parte de la sala se fué á asentar é así le dijo: «Mi buen señor é verdadero hermano Agrájes, aunque la fucia y esperanza que en vuestro primo Amadís y en aquellos nobles caballeros que yo tengo sea muy grande, que con todo cuidado é gran diligencia, mirando por sus honras, complirán muy enteramente con lo que á mí toca, muy mayor la tengo en vos, como sea cierto haberme criado mucho tiempo en la casa del Rey vuestro padre, donde así dél como de la Reina vuestra madre rescebí muchas honras é placeres; é sobre todo, haberme dado á la infanta Mabilia, vuestra hermana, de lo cual puedo bien decir que si Dios nuestro señor me dió el primero ser de la vida, así, despues dél, esta me la ha dado muchas veces; que si por su gran discrecion é consuelos no fuese, segun mis dolencias, é sobre todo, la mi contraria fortuna, que despues que los romanos en casa de mi padre vinieron me ha fatigado, si sus remedios me faltaran, imposibile fuera poder sostener la vida; é así por esto como por otras causas muchas que decir podria, á que si Dios lugar me diese para lo satisfacer, soy tan obligada; é creyendo que así como en mis entrañas lo tengo, conoceis que, venido el tiempo, por obra lo pornia, como dicho tengo, me da causa á que los secretos de mi apasionado corazon antes á vos que á otro ninguno se digan, é así lo haré, que lo que á todos será encobierto, á vos solo manifiesto será; é por el presente solamente os encargo con la mayor aficion que yo puedo, que dejando aparte la saña é sentimiento que de mi padre tengais, se ponga toda la paz é concordia por vuestra mano é consejo entr'él é vuestro primo Amadís, porque, segun su grandeza de corazon, é la enemistad de tanto tiempo acá tan endurecida, no dudo sino que ninguna razon que se atraviese de buen amor le pueda satisfacer; é si por vos, mi verdadero hermano é amigo, en esto algun remedio se puede poner, no solamente muchos de grandes muertes serán quitados y reparados, mas mi honra é fama, que por ventura en muchas partes está en disputa, será aclarada con aquel remedio que á su honestidad se conviene.»

Oido esto por Agrájes, con mucha cortesía é homildad así respondió: «Con mucha razon se puede é debe otorgar todo lo que por vos, Señora, se ha dicho, é segun lo que del Rey mi padre é mi madre conoceis, su deseo es en cuanto podiesen ayudar á crecer vuestra honra é gran estado, como ahora por obra parecerá; pues de mi hermana Mabilia é de mí no será menester decirlo, que las obras dan testimonio de muy enteramente querer é desear vuestro servicio. E viniendo á lo que me manda, digo que verdad es, Señora, que mas que otro ninguno soy en mas descontentamiento del Rey vuestro padre, que, así como soy testigo de los grandes é señalados servicios que Amadís, mi primo, é todo su linaje le hecimos, como á todo el mundo notorio es, así lo soy del gran desconocimiento é desagradecimiento suyo; que por nosotros nunca merced le fué pedida, si no fué la ínsola de Mongaza para mi tio don Galvánes, la cual fué ganada á la mas honra de su corte y al mayor peligro de la vida de quien la ganó, que pensar ni decir se podria, así como vos, mi buena señora, por vuestros ojos vistes; é que no bastásemos todos, ni la bondad é gran merecimiento de mi tio, para que alcanzar se podiese una tan pequeña cosa, quedando en su vasallaje é señorío; antes sacudirse de nosotros, desechando nuestra suplicacion con tanta descortesía como si de servidores que éramos le fuéramos enemigos. E por esto negar no puedo que en cuanto en mí fuese no habria gran placer de ayudar á que él en tal estrecho é necesidad fuese puesto, que arrepintiéndose de lo fecho, diese á todo el mundo á conocer la gran pérdida que en nosotros fizo, sabiéndose la honra que nuestros servicios le daban; pero así como negando é apremiando hombre su voluntad gana ante Dios mas mérito, faciéndolo en su servicio, así yo, Señora, compliendo con el vuestro, quiero negar é forzar mi saña, porque en esto, que tan grave me es, pueda conoscer en las otras cosas que tanto obligado me tiene para la servir; pero esto será con mucha templanza, porque

como yo sea entre estos señores tenido por muy principal acrecentador de vuestra honra, seria gran causa de poner flaqueza en muchos dellos si en mí la sintiesen.—Así lo pido yo, mi buen amigo, dijo Oriana; que bien conozco, segun la calidad de lo pasado é con quien este gran debate es, que no solamente es menester del fuerte esfuerzo hacer flaco, mas del muy flaco con mucho cuidado facer fuerte; y porque muy mejor que yo lo sabria pedir, sabréis vos lo que conviene, y en qué tiempo os puede aprovechar ó dañar; yo os lo remito con aquel verdadero amor que entre nosotros está.»

Así acabaron su habla y se tornaron adonde aquellas señoras é caballeros estaban. Agrájes no podia partir los ojos de su señora Olinda, como aquella que dél con mucha aficion era muy amada, lo cual así se debe creer, pues que por su causa mereció pasar por el arco encantado de los leales amadores, así como el segundo libro desta historia lo ha contado. Mas como él fuese de noble sangre é crianza, que los tales no con mucha premia son obligados, desechando la pasion é aficion á seguir la virtud; é sabiendo la vida honesta que á Oriana le placia tener, determinado estaba de sojuzgar su voluntad, aunque en ello mucha graveza sintiese, fasta ver en qué los negocios comenzados paraban. Así estovieron una pieza fablando en muchas cosas, é aquellos caballeros, como muy esforzados, esforzando su partido, quitándoles el temor que las mujeres en autos tan extraños para ellas como aquel en que estaban suelen tener; pues despedidos della, é dada la respuesta de Oriana, aquellos que á ella les habian enviado, con mucha diligencia comenzaron á poner en obra lo que acordado habian, é despachar los embajadores que al rey Lisuarte fuesen; lo cual fué encomendado por todos á don Cuadragante é don Brian de Monjaste, que eran tales que á tal embajada convenian.

CAPITULO VII.

Cómo Amadís fabló con Grasinda, é lo que ella respondió.

Amadís se fué á la posada de Grasinda, que él mucho amaba é preciaba, así por quien ella era, como por las muchas honras que habia recebido, é no pensaba que pagadas fuesen, aunque por ella habia hecho lo que la historia ha contado, considerando haber muy gran diferencia entre los que por su virtud hacen las proezas, no habiendo mucho conocimiento de aquellos que las reciben, ó los que, despues de recebidas, las satisfacen é pagan; porque lo primero es de corazon generoso, é lo segundo, como quiera que sea buen conocimiento é gradecimiento, pero es deuda conocida que se paga. Y sentado con ella en un estrado, así le dijo: «Mi señora, si así como yo deseo é querria por mí no se os face el servicio é placer que vuestra virtud merece, séame perdonado, porque el tiempo que veis es la culpa dello; é porque vuestra noble condicion así lo juzgará, dejando esto aparte, acordé de os hablar é pedir por merced me digais el cabo de vuestro querer é voluntad, porque há mucho tiempo que de vuestra tierra salistes, é no sé si en ello vuestro ánimo recibe alguna congoja, porque sabido, se ponga vuestro mando en ejecucion.» Grasinda le dijo: «Mi señor, si no toviese creido que de vuestra compañía é amistad no se me haya seguido la mayor honra que de ninguna cosa me podria venir, é ser pagado é satisfecho todo el servicio é placer que en mi casa vos ficieron, si alguno fué que contentamiento os diese, seria de juzgar por la persona del peor conoscimiento del mundo; é porque esto es muy cierto é sabido por todos, quiero, mi señor, que mi voluntad entera, así como la tengo os sea manifiesta; yo veo que aunque aquí son juntos tantos príncipes é caballeros de gran valor á este socorro de esta princesa, que vos, mi buen señor, sois aquel á quien todos miran é catan. De manera que en vuestro seso y esfuerzo está toda la esperanza é buena ventura que esperan, é segun vuestro gran corazon é condicion, no podeis excusaros de no tomar el cargo de todo enteramente, porque á ninguno así justo ni debido como á vos viene, donde será forzado que vuestros amigos é valedores acudan é procuren de sostener vuestra honra é gran estado; é porque yo en la voluntad principalmente por uno dellos me tengo, quiero que así en la obra parezca mi deseo; é tengo acordado que el maestro Elisabat se vaya á mi tierra, é con mucho cuidado todos mis vasallos é amigos con una gran flota tenga apercebidos é aparejados para cuando menester fuere, que vengan, Señor, á serviros en lo que les mandárdes; y entre tanto quedaré yo en compañía é servicio desta señora con las otras que consigo tiene, y della ni de vos no me partiré hasta qu'el cabo deste negocio me diga lo que hacer debo.»

Cuando Amadís esto le oyó abrazóla riendo é dijo: «Yo creo que si toda la virtud é nobleza que en el mondo hay se perdiese, que en vos, mi buena señora, se podria cobrar; é pues así os place, así se haga; es menester que por servicio vuestro é ruego mio el maestro Elisabat, aunque en ello fatiga reciba, vaya al emperador de Constantinopla con mi mandado, que segun la graciosa proferta por él me fué dada, y el mal contentamiento que muchos medijeron cuando á aquellas partes fuí que del emperador de Roma tiene, é sabiendo que la quistion principalmente con él es, por dicho me tengo que usando de su gran virtud acostumbrada, me mandará ayudar como si mucho servido le hobiese.» Grasinda dijo que lo tenia por buen acuerdo, é qu'el maestro, segun la gran aficion le tenia, que excusado era su mandamiento para lo que su servicio fuese, é que éste tal camino con mensaje de tal persona mas por honra é descanso lo ternia que por trabajo. Amadís le dijo: «Mi señora, pues vuestra voluntad es de quedar con esta señora, razon será que así como las otras infantas é grandes señoras, como vos sois, están cabe ella y en su aposentamiento, así vos lo estéis, é della recibais aquella honra é cortesía que vuestra gran virtud merece.» E luego mandó llamar á su amo don Gandáles y le rogó que fuese á Oriana é le dijese la gran voluntad que aquella señora á su servicio tenia, é cómo lo ponia por obra; é le suplicase de su parte la tomase consigo, é le ficiese aquella honra que á las mas principales de aquellas hacia, lo cual así fué fecho, que Oriana la recibió con aquel amor é voluntad que acostumbraba de acoger é recebir las tales personas; pero

no tanto por el servicio presente como por el pasado que á Amadís habia fecho en le dar tal aparejo para pasar en Grecia; é sobre todo, el maestro Elisabat, que, despues de Dios, como la historia lo ha contado en la tercera parte, dió la vida á él é á ella, que un dia no podiera vivir ella despues de su muerte, é esto fué cuando le sanó de las grandes heridas que hobo cuando mató al Endriago. Esto así fecho, despues que Grasinda dió todo el despacho que necesario era al maestro Elisabat para facer lo susodicho, é le rogó é mandó que sabiendo lo que Amadís queria que por él ficiese, lo posiese así en obra, que en semejante cosa de tan gran fecho se debia poner. El maestro le respondió que por falta de no poner su persona á todo peligro é trabajo no se dejaria de complir lo que le mandasen. Amadís gelo gradesció mucho, é luego acordó de escrebir una carta al Emperador, la cual decia así:

CARTA DE AMADÍS AL EMPERADOR DE CONSTANTINOPLA.

«Muy alto Emperador: Aquel caballero de la Verde Espada, que por su propio nombre Amadís de Gaula es llamado, manda besar vuestras manos é le traer á la memoria aquel ofrecimiento que mas por su gran vertud é nobleza que por mis servicios le plogo de me facer, é porque agora es venido el tiempo en que principalmente á vuestra grandeza é á todos mis amigos é valedores que justicia é razon querrán seguir, como el maestro Elisabat mas largo lo dirá, he menester, le suplico le mande dar fe é haya su embajada aquel efecto que yo con mi persona é todos los que han de guardar é seguir pornian en vuestro servicio.»

Acabada la carta é dada por extenso la creencia al maestro, como adelante parecerá, tomando licencia dél et de su señora Grasinda, se metió á la mar para hacer su viaje, el cual acabó tan complidamente como en su tiempo se dirá.

CAPITULO VIII.

Cómo Amadís envió otro mensajero á la reina Briolanja.

La historia dice que despues que Amadís hobo despachado al maestro Elisabat é aposentado á Grasinda con la princesa Oriana, que mandó llamar á Tantíles, el mayordomo de la fermosa reina Briolanja, é díjole: «Mi buen amigo, yo querria que por mí tomásedes el trabajo é cuidado que en las cosas que á vos tocasen tomaria; y esto es, que mirando en el punto que mi honra tengo, é cuanto con buen recaudo é aparejo acrecentar se puede, é con el contrario lo que menoscabar se podria, vais á vuestra señora, é como quien todo lo ha visto, le digais lo que conviene, trabajando mucho cómo toda su gente é amigos mande aparejar para cuando menester será; é decilde que ya sabe que lo que á mí toca suyo es, pues que perdiéndolo yo, de su servicio se pierde.» Tantíles le respondió así: «Señor, como lo mandais se hará luego por mí, é podeis ser bien cierto que no podiera venir cosa en que la Reina mi señora hobiese tanto placer como en ser llegado el tiempo en que conozcais el gran amor é voluntad que tiene para seguir todo lo que della é de todo su reino mandar quisiérdes; é de lo que á esto toca, perded cuidado, que yo verné cuando menester será con aquel recaudo é aparejo que gran señora tal como lo es esta debe enviar á quien, despues de Dios, le dió todo su reino.» Amadís gelo gradesció mucho, é dióle una carta de creencia que para con él, como persona que todo su estado gobernaba, bastaba. El se metió luego á la mar en una nave que allí habia venido, é fizo lo que adelante se dira.

Esto fecho, Amadís se apartó con Gandalin é díjole: «Mi amigo Gandalin, si yo he menester amigos é parientes en esta necesidad, que sin la poder excusar me ha puesto, tú lo ves; é aunque mucha graveza siento en verte alongado de mí, la razon me obliga á que lo haga; ya ves cómo por todos estos caballeros es acordado que sean todos nuestros amigos requeridos é apercebidos porque con tiempo puedan venir á sostener nuestras honras; y aunque en muchos por quien yo mucho he fecho, como tú sabes, tengo gran esperanza que querrán pagar la deuda en que me son, mucho mas la tengo en el rey Perion, mi padre, que éste, con razon ó sin ella, ha de acudir á lo que me tocare; y porque tú mejor que otro é mas sin empacho le dirás que tanto esto me toca, é cómo en la voluntad é pensamiento de todos, aunque aquí haya tantos caballeros famosos é de gran linaje, á mí solo, como mas principal, lo atribuyan, será bien que á él te partas luego, é le digas lo que has visto é sabes que conviene á la necesidad en que me dejas. E á vueltas de las otras cosas, le dirás cómo yo no temo fuerza ninguna de todo el restante del mundo, segun esta fuerza es; pero que harta fuerza seria para él si yo, que su fijo y el mayor soy, no podiese responder á estos dos príncipes si contra mí viniesen en la forma é manera que ellos me llamasen, y porque entiendo que estás al cabo dello, no será menester que mas te diga, sino antes que te partas vayas á hablar con mi cohermana Mabilia si manda algo para su tia é Melicia, mi hermana, é verás á mi señora Oriana qué tal está, porque aunque á los otros se encubra, á tí solo descubrirá su querer é voluntad; y esto fecho, partirte has luego con esta creencia que por escrito te doy, la cual dice así:

«Dirás al Rey, mi señor, que ya su merced sabe cómo, »despues que Dios quiso que por su mano yo fuese ca»ballero, nunca mi pensamiento fué de seguir otro es»tado sino de caballero andante, é á todo mi poder »quitar los tuertos é sinrazones de muchos que los re»cibian, especialmente de las dueñas é doncellas, que »ante que otros algunos acorridas deben ser, é por esto »he puesto mi persona á muchos trabajos y peligros, »sin que dello otro interés esperase sino servir á Dios »é cobrar prez é fama entre las gentes; é con este de»seo, cuando de su reino partí, quise andar por las »tierras extrañas buscando los que mi acorro y defensa »habian menester, viendo lo que visto no habia, donde »por muchas aventuras pasé, como tú le puedes bien »decir, si saberlo quisiere; é que á cabo de mucho »tiempo, viniéndome á esta ínsula, supe cómo el rey »Lisuarte, no catando al temor de Dios ni á consejo de »sus naturales, ni de otros que lo no son, que su hon»ra y servicio desean; antes con toda crueza é gran

»menoscabo de su fama quiso desheredar á la princesa »Oriana, su fija, que despues de sus dias ha de ser se»ñora de sus reinos, por heredar á otra fija menor, que »por ningun derecho le venia, dándola al emperador »de Roma por mujer; é como se querellase esta prin»cesa á todos cuantos la vian é á los otros, por sus »mensajeros, con muchos llantos é angustias por ella »hechas, que della hobiesen piedad, é no consintiesen »que á tan gran sinrazon desheredada fuese, aquel jus»to Juez, Emperador de todas las cosas, la oyó, y por su »voluntad é permision fueron juntos en esta ínsola mu»chos príncipes é grandes caballeros para el remedio »della, donde yo cuando vine los hallé, y dellos supe »esta fuerza tan grande que pasaba, é con acuerdo é »consejo suyo se consideró que, pues á las cosas desta »calidad mas que á otras ningunas son los caballeros »mas obligados, en esta, que tan señalada era, se pu»siese remedio, porque lo que fasta aquí con mucho »peligro é trabajo de nuestras personas habiamos ga»nado, en una sola no se perdiese, pues razon no lo »mandaba, porque, segun la grandeza de su calidad, »mas á cobardía é poco esfuerzo que á otra causa juzgar »se debria; é así se fizo, que desbaratada la flota de los »romanos, é muertos muchos, é los otros presos, fué »por nosotros tomada é socorrida esta princesa con to»das sus dueñas é doncellas; sobre que tenemos acor»dado de enviar á don Cuadragante de Irlanda é á mi »primo, don Brian de Monjaste, al rey Lisuarte á le »requerir de nuestra parte se quiera poner en toda ra»zon, y que si caso fuere que no lo quiera, antes el »rigor, será menester principalmente su ayuda, y des»pues de todos aquellos que nuestros amigos son; la »cual le suplico esté presta con toda la mas gente que »haber pudiere, para cuando fuere llamada; é á la Rei»na mi señora besa las manos por mí, y le suplica »mande venir aquí á mi hermana Melicia que tenga »compañía á Oriana, é porque su nobleza é gran fer»mosura sea conoscida de muchos por vista, así como »lo es por fama.»

Esto fecho, díjole: «Adereza para te ir en una fusta desas, que mejor proveida fallares, y lleva quien te guie é fabla con mi prima Mabilia ante, como te dije.» Gandalin le dijo que así lo haria. Agrájes fabló con don Gandáles, amo de Amadís, para que se partiese á Escocia al Rey su padre, é con este bien se pudo excusar el trabajo de escrebir, porque era tanto suyo y de tan largo tiempo, é tan fiable en todas las cosas, que ya mas por deudo é consejero que por vasallo era tenido; pues de creer es que este caballero con toda aficion é diligencia procuraria el efecto deste viaje, tocando tanto á su criado Amadís, que era la cosa del mundo que mas amaba; é cómo lo hizo adelante se dirá.

CAPITULO IX.

Cómo don Cuadragante habló con su sobrino Landin, é le dijo que fuese á Irlanda é fablase con la Reina, su sobrina, para que diese lugar á algunos de sus vasallos le viniesen á servir.

Don Cuadragante habló con Landin, su sobrino, que muy buen caballero era, é díjole: «Amado sobrino, menester es que con toda diligencia partais y seais en Irlanda, é hableis con la Reina mi sobrina sin que el rey Cildadan ninguna cosa sepa; porque, segun lo que tiene jurado é prometido al rey Lisuarte, no seria razon que ninguna cosa desto se le diga, contándole en lo que estoy puesto, y que aunque aquí haya muchos caballeros de gran guisa, en mí por quien yo soy y del linaje donde vengo se tiene mucha esperanza y se face gran cuenta, como vos, sobrino, lo veis; que le pido mucho á su merced dé lugar á los que de sus vasallos me querrán venir á servir; y que crea que la revuelta es acá tan grande, que destas semejantes cosas muchas veces acaece trabucarse los estados y señoríos; de suerte é forma que los vasallos quedan por señores é los señores por vasallos, y que por esto no dude de mandar esto que le suplico; é así con los que destos haber podieres, como de mis vasallos é amigos adereza una flota, la mayor que ser podiere, é con ella estaréis prestos para cuando mi llamamiento veais. Landin le respondió que, con ayuda de Dios, él pornia tal recaudo de que fuese contento, y se mostraria mucho de su valor é grandeza.» Con esto se despidió dél, y en una nao de las que á los romanos tomaron se metió en la mar, é lo que recaudó deste camino adelante se dirá.

Don Bruneo de Bonamar habló con Lasindo, su escudero, que luego partiese para su padre el Marqués é para Branfil, su hermano, con su carta, y que muy afincadamente fablase con su hermano, y de su parte le rogase que, sin en otra cosa se entremeter, trabajase en juntar la mas gente que ser podiese, é navíos para ella, y que se no partiese de allí fasta ver su mandado; y demás desto, le dijo: «Lasindo, mi buen amigo, aunque tú vees aquí tantos caballeros y de tan gran cuenta, bien debes creer que toda la mayor parte deste fecho es de Amadís; pues si yo tengo razon de le ayudar, dejando aparte el grande amor que comigo tiene, que á ello mucho me obliga, ya tú lo sabes; que este es hermano de mi señora Melicia, este es el que ella ama y precia mas que á ninguno de su linaje; pues si este mi enemigo fuese, á mí no me convenia otra cosa sino seguir su voluntad é mandamiento, porque esto seria seguir el servicio é voluntad suya della; pues seyendo al contrario en ser el hombre del mundo que yo mas amo, con mas aficion é voluntad me tengo de aparejar á sostener su honra y estado, especial en este caso, en que ninguno mas que yo está puesto ni mas que á mí le toca. Todo esto, mi buen amigo, dejando aparte lo de mi señora, puedes hablar con mi padre é con mi hermano, porque les hará mover á lo que con gran razon se debe complir con mi honra, aunque de Branfil, mi hermano, cierto soy yo que antes querria estar aquí é haber sido en lo pasado que ganar un gran señorío, porque su condicion y deseo mas inclinado es á ganar prez y fama de caballero que á otras cosas de las que otros, mirando mas á los vicios que á la virtud, desean.» Lasindo le dijo: «Señor, para mí no es menester de me decir mas de lo que sé que es necesario. Yo fio en Dios que de allí os traerémos tal aparejo, que vuestra señora sea muy servida é vuestro estado puesto en mucha mas honra.» Con esto, se partió en otra fusta, é lo que fizo la historia lo contará cuando tiempo fuere; que este Lasindo era muy buen escudero y de gran linaje, é iba con toda aficion

é voluntad, é así puso en obra su viaje en servicio de su señor, que con mucha honra suya acrecentó en el negocio grande ayuda.

CAPITULO X.

Cómo Amadís envió al rey de Bohemia.

Amadís como aquel que sobre sí tenia tan gran carga, especial tocando á su señora, nunca su pensamiento apartaba de proveer en lo que menester era, acordando de enviar á Isanjo, caballero muy honrado é de muy gran discrecion, el cual halló por gobernador en la ínsola Firme al tiempo que la ganó, el cual cargo le habia sucedido de sus antecesores, como mas largo lo cuenta el segundo libro desta historia; é apartado con él, le dijo: «Mi buen señor é gran amigo, conosciendo vuestra virtud y buen seso, y el deseo que siempre desque me conocistes habeis tenido de guardar mi honra, y el que yo de lo galardonar tengo, cuando el caso viniese, he acordado de os poner en un poco de trabajo, porque, segun á quien vos envio, no se requiere sino semejante mensajero; y esto es, que habeis de ir luego al rey Tafinor de Bohemia con una mi carta, é mas la creencia que vos será remitida, en que muy por entero le diréis este caso como pasa, é cuanta fiucia y esperanza tengo en la su merced; é yo fio en Dios que de vuestra embajada se nos seguirá gran provecho, porque aquel es un muy noble rey, é con mucha aficion me quedó ofrecido al tiempo que de su casa me partí.» Isanjo le respondió é dijo: «Señor, para mucho mas que vuestro servicio sea mi voluntad aparejada está, que este camino mas por honra que por pena ni trabajo lo tengo, y en cuanto en mí fuere podeis, Señor, ser cierto que, así en esto como en todo lo que acrecentamiento de vuestro estado fuere, tengo de poner mi persona fasta el punto de la muerte; é por esto, Señor, no es menester sino que el despacho se haga, que mi partida será cuando por bien toviérdes.» Amadís gelo gradeció con mucho amor, conociendo con la voluntad que le respondia; que no menos la buena voluntad reputar se debe que la buena obra, porque de allí nace é aquel es el fundamento della. Pues con este concierto Amadís escribió una carta al Rey, la cual así decia:

«Noble rey Tafinor de Bohemia, si en el tiempo que »en vuestra casa como caballero andante estove algun »servicio os fice, yo me tengo por muy bien pagado »dello, segun las honras é buenas obras, así de vues»tra persona como de todos los vuestros yo he recebi»do, é si agora envio á requerir á la merced vuestra, »pidiendo ayuda en mi necesidad, no es teniendo en »la memoria otra cosa sino conocer vuestro noble de»seo é mucha virtud que siempre en aquel poco tiempo »que en vuestra corte me fallé la vi aparejada á seguir »toda cosa justa é conforme á toda virtud é buena »conciencia; é porque este caballero que de mi parte »dirá el caso mas por extenso como pasa, le pido, des»pues de le mandar dar fe, haya aquel efeto su emba»jada que habria la que de vuestra parte á mí enviada »fuese.»

Acabada la carta é fecha la creencia, Isanjo hizo aparejar una nave, y luego como le era mandado se partió; é muy bien se puede decir ser su camino bien empleado, segun la gente que este buen rey envió á Amadís, como adelante se dirá.

CAPITULO XI.

De cómo Gandalin habló con Mabilia é con Oriana, é lo que le mandaron que dijese á Amadís.

Cuenta la historia que, partidos estos mensajeros, como oido habeis, Gandalin estaba muy aquejado por ir donde su señor le mandaba; é porque le mandó que se no partiese hasta ver su cohermana Mabilia, fuése luego al aposentamiento de Oriana, donde hombre alguno entrar no podia sin su especial mandado, que era aquella torre que ya oistes, la cual no era guardada ni cerrada sino por dueñas é doncellas. E llegando á la puerta de la huerta, dijo que dijesen á Mabilia cómo estaba allí Gandalin, que se partia para Gaula, y que la queria ver ante que se partiese. Sabido por Mabilia, díjolo á Oriana, é cuando lo oyó plógole mucho dello, é mandó que entrase. E como llegó donde Oriana estaba, fincó los hinojos ante ella y besóle las manos, y luego se fué á Mabilia é díjole lo que su señor le habia mandado. Mabilia dijo á Oriana tan alto, que todos lo oyeron: «Señora, Gandalin parte para Gaula; ved si le mandais que diga algo á la Reina é á Melicia, mi cohermana.» Oriana le dijo que habia placer de les enviar con él su mandado, y llegóse donde ellos estaban, apartados de todos los otros, é díjole: «¡Ay amigo Gandalin! ¿qué te parece de mi contraria fortuna, que la cosa del mundo que mas deseaba era estar en parte donde nunca pudiese de mis ojos partir á tu señor, y que mi dicha me haya puesto en su poder en casó de tal calidad, que le no ose ver sin que su honra é la mia mucho menoscabadas sean? Puedes creer que mi cuitado corazon siente dello tan gran fatiga, que si sentirlo podieses, muy gran piedad habrias de mí. E porque desto se le dé la cuenta, así para su consuelo como para desculpa mia, decirle has que tenga manera como él y todos esos caballeros me vengan á ver, é buscarse ha medio como delante todos, no oyendo alguno lo que pasa, le pueda hablar, y esto será con achaque desta tu partida.» Gandalin le dijo: «¡Oh señora! cuánta razon teneis de tener en la memoria el remedio que á este caballero conviene, y que tantas fortunas en este camino que fecimos he tenido por le sostener la vida; si lo yo podiese decir, mucho mayor dolor é angustia vuestro espíritu recebiria de lo que siente; que es cierto, Señora, que las grandes cosas que en armas fizo é pasó por aquellas tierras extrañas, que fueron tales y tantas, que no solamente ser fechas por otro, mas ni pensadas, no posieron en su vida de mil veces la una el estrecho de la muerte, que vuestra membranza é apartamiento de vuestra vista le ponia, é porque hablar en esto es muy excusado, pues que cabo no tiene, solamente queda que hayais, Señora, dél piedad y le consoleis; pues que segun yo he visto, é lo creo verdaderamente, en su vida está la vuestra.» Oriana le dijo: «Mi buen amigo, eso puedes tú decir con gran verdad, que sin él no podria yo vivir ni lo querria, que la vida me seria muy

mas penosa y grave que la muerte; y en esto no hablemos mas, sino que luego te vayas á él y le digas lo que te mando.—Así se hará, Señora, y se porná en obra.»

Con esto se despidió dellas é fuése para su señor; pero antes le mandó Oriana delante todas las que allí estaban que se no partiese fasta que le mandase dar una carta para la reina Elisena é otra para su hija Melicia; y él dijo que así lo haria, y que le soplicaba le mandase luego despachar, porque ya todos los otros mensajeros eran idos, é no quedaba otro alguno sino él. Así se despidió y se fué á Amadís, é díjole todo lo que Oriana le dijera, é la respuesta suya, é cómo le enviaba mandar que él é aquellos señores todos la fuesen á ver con algun achaque, porque le queria fablar. Amadís cuando aquello oyó estuvo una pieza cuidando, é díjole: «¿Sabes cómo se podria eso mejor facer? Habla con mi cohermano Agrájes, é dile cómo fablando tú con Mabilia si mandaba algo para Gaula, te dijo que le parecia que seria bueno que él toviese manera con todos estos señores que aquí están cómo fuesen á ver y esforzar á Oriana, porque segun la gravedad del caso en que estaba, é tan extraño para ella, que necesario le era su vista y esfuerzo, y demás lo que tú vieres que será necesario decirle, é por este camino se fará mucho mejor lo que ella manda.» E luego le dijo: «Dime, ¿qué te paresció de mi señora? ¿está triste en se ver así?» Gandalin le dijo: «Ya, Señor, sabeis, su gran cordura, é cómo con ella no puede mostrar sino la virtud de su noble corazon; pero ciertamente me pareció su semblante mas conforme á tristeza que á alegría.» Amadís alzó las manos al cielo é dijo: «¡Oh Señor muy poderoso! plégaos de darme logar que yo pueda dar el remedio que á la honra y servicio desta señora conviene, é mi muerte ó mi vida pase como la ventura lo guiare.» Gandalin le dijo: «Señor, no tomeis congoja; que así como en las otras cosas siempre Dios por vos hizo é adelantó mas vuestra honra que otro caballero ninguno, así en esta, que con tanta razon é justicia habeis tomado, lo hará.» Así se partió Gandalin de Amadís, y se fué Agrájes y le dijo todo lo que su señor mandó é lo que mas vió que cumplia. Agrájes le dijo: «Mi amigo Gandalin, mucha razon es que así se faga como mi hermana lo manda, é luego se complirá; que si fasta aquí no se ha fecho no es la causa, salvo conocer estos caballeros la voluntad de Oriana ser conforme á tener la vida mas honesta que ser podiere, é bien será que lo vayamos á decir á Amadís, mi cohermano.» E tomándole consigo, se fué á la posada de Amadís y le dijo aquello que Mabilia, su hermana, le mandó por Gandalin decir. El respondió, como si nada sopiera, que lo remitia á su parecer. Estonces Agrájes habló con aquellos caballeros, é tovo manera que, sin saber que Oriana lo queria, la fuesen á ver é consolar, diciéndoles que en los semejantes casos aun los muy esforzados habian menester consuelo; que mas se debia hacer á las débiles mujeres. Todos lo tovieron por bien y les plogo mucho dello, é acordaron de la ver otro dia en la tarde, é así lo hicieron; que vestidos de muy ricos paños de guerra, y en sus palafrenes bien guarnidos, é con sus espadas todas guarnidas de oro, llegaron al aposentamiento donde Oriana estaba. E como todos eran mancebos y hermosos, parecian tan bien, que maravilla era; é ya Agrájes habia enviado á decir á Oriana cómo la querian ver, y ella envió por la reina Sardamira é por Grasinda, é por todas las infantas é dueñas é doncellas de gran guisa que con ella estaban, porque con ellas juntas estoviesen para los recebir.

CAPITULO XII.

Cómo Amadís é Agrājes é todos aquellos caballeros de alta guisa que con él estaban fueron ver é consolar á Oriana é aquellas señoras que con ella estaban, é de las cosas que pasaron.

Llegando aquellos caballeros donde Oriana estaba, saludáronla todos con gran reverencia é acatamiento, y despues á todas las otras, y ella los recibió con muy buen talante, como aquella que de muy noble condicion é crianza era. Amadís dijo á don Cuadragante é á Brian de Monjaste que se fuesen para Oriana, y él se fué á Mabilia é Agrájes adonde Olinda estaba con otras dueñas, é don Florestan á la reina Sardamira, é don Bruneo é Angriote á Grasinda, que ellos mucho amaban y preciaban; é los otros caballeros á las otras dueñas é doncellas, cada uno á la que mas le agradaba y de quien esperaba recebir mas honra é favor; así estovieron todos fablando con mucho placer en las cosas que mas les agradaban. Entonces Mabilia tomó por la mano á su primo Amadís, é á una parte de la sala se fué con él, é díjole, que todos lo oyeron: «Señor, mandad llamar á Gandalin porque en presencia vuestra le mande lo que diga á la Reina, mi tia, é á Melicia, mi prima, é aquello le encargad vos, pues con vuestro mandado va al rey Perion á Gaula.» Oriana cuando esto oyó dijo: «Pues tambien quiero que lleve mi mandado á la Reina é á su fija con el vuestro.» Amadís mandó llamar á Gandalin, el cual en la huerta estaba con otros escuderos, que él bien sabia que lo habian de llamar; y desque fué venido fuése á la parte de la sala donde él é Mabilia estaban, é fablaron con él una gran pieza, é Mabilia dijo contra Oriana: «Señora, yo he despachado con Gandalin; ved si le mandais algo.» Oriana se volvió contra la reina Sardamira é díjole: «Señora, tomad con vos á don Cuadragante mientra yo vó á despachar aquel escudero.» E tomando por la mano á don Brian de Monjaste, se fué donde Mabilia estaba; é como á ella llegó, don Brian de Monjaste le dijo, como aquel que muy gracioso é comedido era en todas las cosas que á caballero convenia: «Pues que estoy elegido para ser embajador á vuestro padre, no quiero ser presente á embajada de doncellas; que he recelo, segun vosotras sois engañosas, é la gracia que en todo lo que habeis gana teneis, que me pornéis en mas cortesía de lo que conviene á lo que estos caballeros me han mandado que diga.» Oriana le dijo, riendo muy hermoso: «Mi señor don Brian, por eso os traje yo aquí comigo, porque viéndolo de nosotras, templeis algo de vuestra saña con mi padre; mas he miedo que vuestro corazon no está tan sojuzgado ni aficionado á las cosas de las mujeres, que en ninguna guisa puedan quitar ni estorbar nada de vuestro propósito.» Esto le decia aquella muy fermosa princesa en burla con tanta gracia, que era maravilla; porque don Brian, aunque mancebo fuese é muy hermoso, mas se daba á las armas é cosas de pa-

lacio con los caballeros que sojuzgarse ni aficionarse á ninguna mujer; como quiera que en las cosas que ellas su defensa é amparo habian menester, ponia su persona á toda afrenta y peligro por les hacer alcanzar su derecho, é á todas amaba, é de todas era muy amado, pero no ninguna en particular. Don Brian le dijo: «Mi señora, aun por eso me quiero quitar de vosotras y de vuestras lisonjas, por no perder en poco tiempo lo que en tan grande he ganado.» E así riendo todos, se partió de Oriana y se tornó donde Grasinda estaba, qu'él mucho deseaba conocer por lo que della le habian dicho.

Cuando Amadís se vió ante su señora, que tanto amaba, y que tanto tiempo habia que la no viera, que no contaba por vista la de la mar, porque con tan gran revuelta y entre tanta gente habia sido, como lo ha contado la historia tercera, todas las carnes y el corazon le tremian con placer en ver la su gran fermosura, é á su parecer con mas alegría que él la esperaba hallar; y estaba tan fuera de sí, que decir ni hablar cosa alguna podia. De manera que Oriana, que los ojos dél no partia, lo conoció luego, y llegóse á él, y tomóle las manos por debajo del manto, é apretógelas en señal de le mostrar mucho amor como si le abrazase, é díjole: «Mi verdadero amigo, sobre cuantos en el mundo son, aunque mi ventura me haya traido á la cosa que en este mundo mas deseaba, que es estar en vuestro poder, donde nunca mis ojos así como el corazon de vos apartar podiese, ha querido mi gran desdicha que en tal manera sea, que agora mas que nunca me convenga apartar de vuestra conversacion, porque este caso tan señalado é tan publicado que por el mundo será, sea á todos manifiesto con aquella fama que á la grandeza de mi estado é á la virtud á que ella me obliga se debe; é parezca que vos, mi amado amigo, mas por seguir aquella nobleza que siempre procurastes en socorrer á los cuitados y necesitados que socorro han menester, manteniendo siempre razon é justicia, que por otra causa alguna vos movistes á una tan grande y señalada empresa como al presente parece; porque si la causa principal de nuestros amores publicada fuese, así de los vuestros como de los contrarios en diversas maneras seria juzgado. E por esto es necesario que lo que con mucha congoja é grandes fatigas hasta aquí hemos encobierto, de aquí adelante con aquellas mismas, é aunque mayores fuesen, lo sostengamos, y tomemos por remedio ser en nuestra libertad, tomar aquello que mas á la voluntad de nuestros deseos pueda satisfacer en cualquiera tiempo que mas nos agrade; pero esto sea cuando remedio ninguno hallar se podiere, é así pasemos hasta que á Dios plega de lo traer aquel fin que deseamos.» Amadís le dijo: «¡Ay Señora! por Dios no se me dé á mí cuenta ni excusa para lo que á vuestro servicio tocare; que yo no nací en este mundo sino para ser vuestro é os servir mientra esta ánima en el cuerpo toviere, que en mí no hay otro querer ni otra buena ventura sino seguir lo que vuestra voluntad sea; é lo que yo, Señora, pido en galardon de mis mortales cuitas y deseos, no es al, salvo que nunca de vuestra memoria se aparte el cuidado de me mandar en que la sirva; que esto será gran parte del remedio y descanso que á mi pasionado corazon conviene.»

E cuando esto Amadís decia Oriana le estaba mirando, é víale caer las lágrimas de los ojos, que todo el rostro le mojaban, é díjole: «Mi buen amigo, así lo tengo yo como me lo decis, é no es nuevo para mí creer que en todo seguiríades mi voluntad; pues cómo yo querria contener é satisfacer á la vuestra, aquel Señor á quien nada se esconde lo sabe. Mas conviene, como dicho tengo, que por agora se sufra; y entre tanto que él lo remedia, si mi amor quereis con aquella aficion qué siempre quesistes, os pido que las ansias é fatigas de vuestro corazon sean por vos apartadas; que no puede ya mucho tardar que de una manera que de otra no se sepa nuestro secreto, é con paz ó con guerra no seamos juntos en aquella forma que tanto tiempo hemos deseado; y porque hemos hablado gran pieza, quiérome tornar aquellos señores caballeros que no tomen alguna sospecha; é vos, Señor, limpiad esas lágrimas de los ojos lo mas encobierto que ser pueda, y quedad con Mabilia, que ella os dirá algunas cosas que vos, mi señor, no sabeis ni hasta aquí he habido logar para os las decir; con que mucho placer é alegría vuestro corazon sentirá.» Entonces mandó llamar á don Cuadragante é á don Brian de Monjaste, é con ellos se tornó donde antes estaba. Amadís quedó con Mabilia, é allí le contó ella todo el hecho de Esplandian, cómo era su hijo, y de Oriana, é todas las cosas que acaescieron, así en su nacimiento como en su crianza, é cómo la doncella de Denamarca é Durin, su hermano, llevándolo á criar á Miraflores, lo perdieron, é lo tomó la leona, é la crianza que el ermitaño en él hizo; todo gelo contó muy por extenso, que no faltó nada, como la tercera parte desta gran historia lo cuenta. Amadís cuando esto le oyó fué muy ledo de lo oir, que mas no podia ser, é estovo una gran pieza que no la fabló; y despues que aquella alteracion de alegría que su corazon sintió le fué pasada díjole así: «Mi señora y buena cohermana, sabed que estando yo con esta muy noble dueña Grasinda, en aquel tiempo que allí llegaron aquellos caballeros Angriote de Estravaus é don Bruneo, acaso me contó Angriote todo el hecho de Esplandian, mas no me sopo decir cúyo hijo era, é luego me ocurrió á la memoria la carta que con mi amo Gandáles á esta ínsola me enviastes, por la cual me hacíades saber que habia acrecentado en mi linaje; y pensé, segun en el tiempo que me escrebistes, el cual me lo dijo, y que no se sabia de dónde ni cúyo hijo fuese aquel doncel, que podria ser mi hijo y de Oriana; pero esto fué por sospecha, é no por otra alguna certenidad. Mas agora, que lo sé cierto, creed, señora é amada prima, que soy mas alegre dello que si de la meitad del mundo me hiciesen señor. Y esto no lo digo yo por ser el doncel tal y tan extraño, mas por ser hijo de tal madre, que como Dios la señaló é apartó así en fermosura como en todas las otras bondades que buena señora debe tener de todas las que en este mundo son nacidas, así quiso que las cosas que della proceden de dulzura é de amargura sean extremadas de las otras; que yo, como aquel que por la experiencia lo pruebo é siento, lo puedo muy bien decir. ¡Oh señora cohermana! si podiese

contaros las angustias é grandes congojas que en este tiempo que no me habeis visto mi cativo corazon ha pasado, que sin duda podeis creer que, en comparacion dellas, todos los peligros é afrentas que por aquellas tierras extrañas pasé, no se deben juzgar sino como el miedo y espanto que se sueña, ó el que en efeto y verdad pasa; é Dios queriendo haber piedad de mí, me quiso traer á tiempo que á ella de gran afrenta é á mí de la mas dolorosa muerte que nunca caballero murió quitase, donde ya mi corazon, que hasta aquí en ninguna parte descanso ni reposo fallaba, está seguro, porque desto no puede redundar sino ganarla del todo á la satisfaccion de sus deseos é mios, ó perder la vida, donde con ella todas las cosas temporales fenecen. E pues mi buena ventura ha querido remediar é socorrer mis fatigas, es gran razon que todos seamos en reparar las suyas, que como persona que nunca en tal se vió, ni á ella es dado saber en qué cae, entiendo que no estará sin las tener muy grandes; é vos, mi señora, que en los tiempos pasados habeis sido el mayor reparo de su vida, en este presente la aconsejad y esforzad, poniéndole delante que ni ante Dios ni su padre no es en cargo desto que pasó, ni con razon por ninguna persona del mundo puede ser culpada. Pues si teme el gran poder de su padre con el del emperador de Roma, podeis, mi señora, decirle que tantos é tales somos en su servicio, que si su enojo no temiese, yo los buscaria en sus reinos; y esto podrá muy bien ver tanto que don Cuadragante é don Brian de Monjaste vengan deste camino que á su padre van, donde sabrémos si quiere la paz ó tenemos guerra; y entre tanto siempre me avisad de aquello en que mas placer y servicio haya, porque así como su voluntad fuere se cumpla.»

Mabilia le dijo: «Mi señor, si quisiese contaros lo que yo he pasado despues que desta tierra partistes por la consolar y remediar sus angustias é dolores, especial despues que los romanos á casa de su padre vinieron, seria causa de nunca acabar, é por esto, é porque enteramente conoceis el gran amor que os tiene, os dejaré de mas en ello fablar; y esto que, mi señor, mandais, yo lo hago siempre, aunque su discrecion es tan crecida, que así en las cosas en que se ha criado conformes á la calidad é flaqueza de las mujeres, como en todas las otras que para nosotras son muy nuevas y extrañas, las conoce é siente con aquel ánimo é corazon que á su real estado se requiere. E si no es en lo vuestro, qué la hace salir de todo sentido, en todo lo otro ella basta para consolar á todo el mundo, y de las cosas que ella habrá placer seréis siempre de mí avisado.» Con esto acabaron su fabla, y se tornaron donde Oriana estaba. Gandalin se despidió dellos, é fué á entrar en la mar para ir á Gaula, del cual se dirá en su tiempo. Despues que estos señores estovieron gran pieza con la princesa Oriana é con aquellas señoras que con ella estaban, fablando en muchas cosas de gran solaz, é mucho esforzando su partido, despidiéronse dellas é tornáronse á sus posadas, donde con mucho placer é alegría estaban todos, teniendo las cosas necesarias muy abastadamente, é viendo todas las cosas maravillosas de aquella ínsola, las cuales otras semejantes que ellas en ninguna parte del mundo se podrian ver, hechas é ordenadas por aquel gran sabidor Apolidon, que seyendo señor della, allí las dejó.

Mas agora dejará la historia de hablar dellos por contar del rey Lisuarte, que desto nada sabia.

CAPITULO XIII.

Cómo llegó la nueva deste desbarato de los romanos é la tomada de Oriana al rey Lisuarte, é de lo que en ello fizo.

Salió el rey Lisuarte el dia que entregó su hija á los romanos con ella una pieza de la villa, é íbala consolando algo con gran piedad como padre, é otras veces con pasion demasiada por le quitar esperanza que su propósito por ninguna manera se podia mudar, mas lo uno é lo otro poco consuelo ni remedio le daba; é sus llantos é dolores eran tan grandes, que no habia hombre en el mundo que le no moviese á piedad. E como quiera que el Rey su padre en aquel caso habia estado muy duro é muy crudo, no pudo negar aquel amor paternal que á su hija tan acabada debia, é las lágrimas le vinieron á los ojos sin su grado, é sin mas le decir se volvió muy mas triste que en el semblante mostraba; é antes habló con Salustanquidio é con Brondajel de Roca, encomendándogela mucho, é tornóse á su palacio, donde grandes llantos así en hombres como en mujeres halló por la partida de Oriana, que no bastó para el remedio dello el mandamiento muy estrecho que por él se les fizo, porque esta infanta era la mas querida é mas amada de todos que nunca persona en la Gran Bretaña lo fué. El Rey miró por el palacio é no vió caballero ninguno, como ver solia, sino fué á Bramdoibas, que le dijo cómo la Reina estaba en su cámara llorando con mucho dolor. El se fué para ella, é no falló en su aposentamiento ninguna de las dueñas é infantas é otras doncellas de que muy acompañada estar solia; é como así lo vió, todo tan desierto é mudado de como solia, así de caballeros como de mujeres, é los que en él estaban con tan gran tristeza, hobo tan gran pesar, que el corazon se le cubrió de una nube escura, de manera que por una pieza no habló; y entró en la cámara donde la Reina estaba, é cuando ella lo vió entrar cayó amortecida en un estrado sin ningun sentido; el Rey la levantó é la llegó á sí, teniéndola en sus brazos fasta que en acuerdo fué tornada, é como ya en mejor disposicion la viese é mas reposada, díjole: «Dueña, no conviene á vuestra discrecion ni virtud mostrar tanta flaqueza por ninguna adversidad, cuanto mas por esto en que tanta honra é provecho se recibe. E si mi amor é amistanza quereis vos haber, cese de manera que esto sea lo postrimero; que vuestra hija no va tan despojada, que no se pueda tener por la mayor princesa que nunca en su linaje hobo.» La Reina no le podo responder ninguna cosa, sino así como estaba se dejó caer de rostro sobre una cama, sospirando con gran cuita de su corazon.

El Rey la dejó, y se tornó á su palacio, donde no falló á quien hablar, sino fué al rey Arban de Norgales é á don Grumedan, los cuales demostraban en sus gestos y semblantes la tristeza que en sus corazones tenian; é aunque el Rey muy cuerdo é sofrido, y mejor que otro hombre sopiese disimular todas las cosas, no pudo

tanto consigo, que bien no mostrase en su gesto é habla el dolor que en lo secreto tenia, é luego pensó que seria bien de se apartar por las florestas con sus cazadores hasta dar lugar al tiempo que curase aquello que por entonces mal remedio tenia, é mandó al rey Arban que le ficiese llevar tiendas é todo el aparejo que para la caza convenia á la floresta, porque se queria ir á correr monte luego otro dia de mañana, é así se fizo, que esa noche no quiso dormir en la cámara de la Reina por no le dar mas pasion de la que tenia. E otro dia en oyendo misa se fué á su caza, en la cual como solo se fallase, mucho mas la tristeza y pensamiento le agraviaban; de manera que en ninguna parte fallaba descanso, que como este fuese un rey tan noble, tan gracioso, codicioso de tener los mejores caballeros que haber podiese, como ya los toviera, é con ellos le haber venido todas las honras é buenas dichas é venturas á la medida de sus deseos, é agora en tan poco espacio verlo todo trocado é tanto al contrario de lo que solia é su condicion deseaba, no tovo tanto poder su discrecion ni fuerte corazon que muchas veces no le posiese en grandes congojas; pero como muchas veces acaesce, cuando la fortuna comienza á mudar sus veces, no se contenta con los enojos que los hombres de su propria voluntad toman, antes ella con mucha crueza deseando los aumentar é crecer, siguiendo la órden de su estilo, que es en ninguna cosa ser ordenada, allí donde este rey estaba lo quiso mostrar, que olvidando aquel pesar que, á parescer della, por tan liviana causa é de su grado habia tomado, se doliese de otro mas duro azote de que él no sabia; que venidos algunos de los romanos que de la ínsola Firme habian fuido, é sabiendo cómo el Rey allí estaba, se fueron para él y le contaron todo lo que les habia acaescido, así como la historia lo ha contado, que no faltó ninguna cosa, como aquellos que presentes habian seido á todo ello. Cuando el Rey esto oyó, como quiera que el dolor fuese muy grande, como de cosa tan extraña para él é que tanto le tocaba, con buen semblante, no mostrando ningun pesar, como los reyes suelen hacer, les dijo: «Amigos, de la muerte de Salustanquidio é de la pérdida de vosotros me pesa mucho; que de lo que á mí toca usado soy de recebir afrentas é darlas á otros, é no os partais de mi corte, que yo os mandaré remediar de todo lo que menester hobiérdes.» Ellos le besaron las manos é le pidieron por merced que se le acordase de los otros sus compañeros é de aquellos señores que con ellos estaban presos. El les dijo: «Amigos, deso no tengais cuidado, que ello se remediará como á la honra de vuestro señor é mia cumple.» E mandóles que á la villa se fuesen, donde la Reina estaba, é que nada dijesen de aquello fasta que él fuese; y ellos así lo ficieron.

El Rey andovo cazando tres dias con el cuidado que podeis entender, é luego se tornó donde la Reina estaba, é al parecer de todos con alegre semblante, aunque el corazon sentia lo que en tal caso debia sentir; y él descabalgando, se fué á la cámara de la Reina, é como ella era una de las nobles é cuerdas del mundo, por no le dar mas pasion, viendo que con ella poco se remediaba su deseo, mostrósele mucho mas consolada. Pues el Rey llegado, mandó que todos saliesen fuera de la cámara, é asentándose con ella en su estrado, así le dijo: «En las cosas de poca sustancia que por accidente vienen tienen las personas alguna facultad é licencia para mostrar alguna pasion é malenconía; porque así como sobre pequeña causa vienen, así livianamente con pequeño remedio se pueden dello partir; pero en las muy graves, que mucho duelen, especialmente en los casos de honra, es por el contrario, que destas tales ha de ser y se ha de mostrar la graveza pequeña, é la venganza y el rigor muy grande. E viniendo al caso, vos, Reina, habeis sentido mucho la ausencia de vuestra fija, como es costumbre de las madres, é sobre ello habeis mostrado mucho sentimiento, así como en semejantes casamientos por otros muchos se suele facer; pero por dicho me tenia que en breve tiempo se posiera en olvido. Mas lo que desto sucede es de calidad, que no mostrando sobrado enojo, con mucha diligencia é corazon grande se ha de buscar la emienda dello. Sabed que los romanos que á vuestra hija llevaron, con toda su flota son destruidos é presos, é muertos muchos dellos con su príncipe Salustanquidio, y ella con todas sus dueñas é doncellas tomada por Amadís é por los caballeros que en la ínsola Firme están, donde con mucha vitoria é placer la tienen; así que, bien se puede decir que cosa tan señalada en grandeza como esta no es en memoria de hombres que en el mundo haya pasado; é por esto es menester que vos con mucha discrecion, como mujer, é yo con gran esfuerzo, como rey é caballero, pongamos el remedio que mas con obra que con demasiado sentimiento á vuestra honestidad é á mi honra poner se debe.» Oido esto por la Reina, estovo una pieza que no respondió, é como esta fuese una de las dueñas del mundo que mas á su marido amase, pensó que en cosa tal como esta, é con tales hombres, mas era menester de poner concordia que de encender la discordia, é dijo: «Señor, aunque vos tengais en mucho lo que ha pasado é sabeis de vuestra fija, si lo juzgárdes considerando aquel tiempo que fuistes caballero andante, pensaréis que, segun los clamores é dolores de Oriana y de todas sus doncellas, y el gran espacio de tiempo que en ello turaron, donde se dió causa de ser por muchas partes publicados, que pareciendo en voz de todos, aunque lo no fuese, una grandísima fuerza; que no se debe hombre maravillar que aquellos caballeros, como hombres que otro estilo no tengan sino acorrer dueñas é doncellas cuando algun tuerto é desaguisado resciben, se atreviesen á lo que han fecho; é como quiera, Señor, que sea, vuestra fija ya la entregastes á aquellos que por parte del Emperador por ella vinieron, é la fuerza ó injuria mas á él que á vos toca, é agora al comienzo se debe tomar con aquella templanza que no parezca ser vos el cabo desta afrenta, que de otra manera se faciendo, muy mal se podrá disimular.»

El Rey le dijo: «Agora, dueña, tened vos memoria de lo que á vuestra honestidad, como dicho tengo, conviene, que en lo que á mí toca, con ayuda de Dios, se tomará la enmienda que á la grandeza de vuestro estado é mio se requiere.» Con esto se partió della y se fué á su palacio, é mandó llamar al rey Arban de Norgales, é á don Grumedan, é á Guilan el cuidador, que

ya de su dolencia mejor estaba; é apartado con ellos, les dijo todo el negocio de su hija, é de lo que con la Reina habia pasado, porque estos tres eran los caballeros de todo su reino de quien él mas confiaba. E rogóles é mandóles que mucho en ello pensasen é le dijesen su parescer, porque tomase lo que mas á su honra compliese, é que por entonces, sin mas deliberacion, no queria que nada le respondiesen. Así estovo el Rey pensando algunos dias lo que debia facer. La Reina quedó con gran pensamiento é congoja por ver la rigoridad del Rey su marido, é tenerla contra aquellos que bien sabia que antes perderian las vidas que un punto de sus honras, lo cual asimismo del Rey se esperaba. Así que, ningunas afrentas que le hobiesen venido, aunque muy grandes fueron, como esta gran historia vos lo ha contado, en comparacion desta no las tenia en ninguna cosa. Pues estando en su cámara revolviendo en su sentido muchas é infinitas cosas para procurar el remedio de tanta rotura, entró una doncella que le dijo cómo Durin, hermano de la doncella de Denamarca, era allí llegado de la ínsola Firme, é que la queria fablar. La Reina mandó que entrase, y él fincó los hinojos, y le besó las manos, y le dió una carta de Oriana, su fija. Que paresce ser que, como Oriana vió la determinacion de los caballeros de la ínsola Firme, que fué de enviar á don Cuadragante é á Brian de Monjaste al Rey su padre con el mandado que ya oistes, acordó que seria bueno para enderezar su embajada, que antes que ellos llegasen á la corte del Rey su padre, de escribir á la Reina su madre, con este Durin, una carta; é así lo fizo. Pues rescebida la Reina la carta, viniéronle las lágrimas á los ojos con soledad de su fija, é porque no la podia cobrar, si Dios por su misericordia no lo remediase, sin gran peligro é afrenta del Rey, su señor. E así estovo una pieza callada, que no podo decir á Durin ninguna cosa, é antes que mas le preguntase abrió la carta para la leer, la cual decia así:

CAPITULO XIV.

De la carta que la princesa Oriana envió á la reina Brisena, su madre, desde la ínsola Firme, donde estaba.

«Muy poderosa reina Brisena, mi señora madre: Yo »la triste é desdichada Oriana, vuestra hija, con mu»cha homildad mando besar vuestros piés é manos. Mi »buena señora, ya sabeis cómo la mi adversa fortuna, »quiriéndome ser mas contraria y enemiga que á nin»guna mujer de las que fueron ni serán, no lo mere»ciendo yo, dió causa á que de vuestra presencia y rei»nos desterrada fuese con toda crueza del Rey, mi se»ñor é mi padre, é tanto dolor é angustia de mi triste »corazon, que yo misma me maravillo cómo solo un »dia la vida pude sostener; pues no contenta de mi gran »desventura con lo primero, veyendo cómo antes á la »cruel muerte que á contradecir el mandamiento del »Rey mi padre, con la obediencia que, con razon ó sin »ella, le debo estaba dispuesta á la complir, quiso dar»me el remedio muy mas cruel para mí que la pasion »é triste vida que en lo primero tener esperaba; por»que en fenecer yo, sola fenecia una triste doncella, que, »segun sus grandes fortunas, mucho mas conveniente »é apacible la muerte le fuera que la vida. Mas de lo »que agora se espera, si, despues de Dios, vos, Señora, »habiendo piedad de mí, no procurais el remedio, no »solamente yo, mas muchas otras gentes que culpa no »tienen, con muy crueles é amargas muertes fenesce»rán sus vidas. E la causa dello es, que, ó por permision »de Dios, que sabe la gran sinrazon é agravio que se »me face, ó porque mi fortuna, como dicho tengo, lo »ha querido, los caballeros que en la ínsola Firme se fa»llaron desbarataron la flota de los romanos, con gran»des muertes é prisiones de los que defender se quisie»ron; yo fuí tomada con todas mis dueñas é doncellas, »é llevada á la mesma ínsola, donde con tanta reve»rencia é honestidad como si en vuestra real casa es»toviese me tienen é soy tratada. E porque ellos en»vian al Rey, mi señor é mi padre, ciertos caballeros »con intencion de paz, si en lo que á mí toca algun »medio se diese, acordé de antes que ellos allá llega»sen escrebir esta carta, por la cual, é por las mu»chas lágrimas que con ella se derramaron é sin ella »se derraman, suplico á vuestra gran nobleza é vir»tud ruegue al Rey mi padre que haya mancilla é »compasion de mí, dando mas lugar al servicio de »Dios que á la gloria é honra perecedera deste mundo, »é no quiera poner en condicion el gran estado en que »la movible fortuna hasta aquí con mucho favor le ha »puesto; pues que mejor él que otro alguno sabe la »gran fuerza é sinjusticia que, sin lo yo merescer, se »me fizo.»

Acabada la carta de leer, la Reina mandó á Durin que sin su respuesta no se partiese, porque convenia ante fablar con el Rey; y él dijo que así lo faria como lo mandaba, é díjole cómo todas las infantas é dueñas é doncellas que con su señora quedaban le besaban las manos. La Reina envió á rogar al Rey que sin otro alguno se viniese á su cámara, porque le queria fablar; y él así lo fizo; é como en la cámara solos quèdaron, fincó la Reina los hinojos delante dél llorando, é díjole: «Señor, leed esta carta que vuestra hija Oriana me ha enviado, é habed piedad della y de mí.» El Rey la levantó por las manos, é tomó la carta é leyóla, é por darle algun contentamiento díjole: «Reina, pues que Oriana escribe aquí que aquellos caballeros envian á mí, podrá ser tal embajada la que envian, que con ella se satisfaga la mengua recebida; é si tal no fuere, habed vos por mejor que con algun peligro sea sostenida mi honra, que sin él sea menoscabada mi fama.» Y rogándola mucho que remitiéndolo todo á Dios, en cuya mano é voluntad estaba, se dejase de tomar mas congojas; é con esto se partió della é se tornó á su palacio. La Reina mandó llamar á Durin é díjole: «Amigo Durin, véte, é di á mi hija que hasta que esos caballeros vengan, como por su carta escribe, y se sepa la embajada que traen, que no hay qué le pueda responder, ni el Rey su padre se sabe determinar; y que venidos, si camino de concordia se puede fallar, que con mis fuerzas lo procuraré; é salúdamela mucho, é á todas sus dueñas é doncellas, é dile que agora es tiempo en que se debe mostrar quién es; lo principal en su fama, que sin esto ninguna cosa que de preciar ni estimar fuese le quedaria; é lo otro en sofrir las angustias é pasiones como persona de tan alto

logar; que así como Dios los estados é grandes señoríos á las personas da, así sus angustias é cuidados son muy diferentes en grandeza de los de las otras mas bajas personas; é que la encomiendo yo á Dios que la guarde é traya con mucha honra á mi poder.» Durin le besó las manos é se tornó por su camino; del cual no se dirá mas, porque en este viaje no llevó concierto alguno, ni Oriana con la respuesta de la Reina, su madre, quedó con esperanza de lo que ella deseaba.

La historia dice que el Rey Lisuarte estando un dia, despues de haber oido misa, en su palacio con sus ricos hombres queriendo comer, que entró por la puerta un escudero é dió una carta al Rey, la cual era de creencia, y el Rey la tomó, é leyéndola, le dijo: «Amigo, ¿qué es lo que quereis é cúyo sois?—Señor, dijo él, yo soy de don Cuadragante de Irlanda, que vengo á vos con su mandado.—Pues decid lo que quereis, dijo el Rey; que de grado os oiré.» El escudero dijo: «Señor, don Cuadragante é Brian de Mónjaste son llegados de la ínsola Firme en vuestro reino con mandado de Amadís de Gaula é de los príncipes é caballeros que con él están; y antes que en vuestra corte entrasen quisieron que lo sopiésedes, porque si ante vos pueden venir seguros decirvos han su embajada, é si no, publicarlo han por muchas partes é volverse han adonde vinieron. Por ende, Señor, respondedme lo que vos placerá porque no se detengan.» Oido esto por el Rey, estovo un poco sin nada decir, lo cual todo gran señor debe hacer por dar logar al pensamiento; é considerando que de las embajadas de los contrarios siempre se sigue mas provecho que otro inconveniente alguno, porque si lo que traen es su servicio, tómalo, é si al contrario, les quedan grandes avisos; é tambien porque paresce poco sofrimiento rehusar de no oir á los semejantes, dijo al escudero: «Amigo, decid á esos caballeros que con toda seguridad, mientra en mi reino estovieren, pueden venir á mi corte, é que yo les oire todo lo que decir me querrán.»

Con esto se tornó el mensajero, é sabida la respuesta del Rey, salieron de la nave don Cuadragante é Brian de Monjaste, armados de muy ricas armas, é al tercero dia llegaron á la villa cuando el Rey acababa de comer. E como iban por las calles, mucho los miraban todos, que muy bien los conocian; é decian unos á otros: «Malditos sean los traidores que con sus mezclas falsas hicieron perder tales caballeros é otros muchos de gran valor á nuestro señor el Rey.» Pero otros, que mas sabian de cómo habia pasado toda la culpa, cargaban al Rey que quiso sojuzgar su discrecion á hombres escandalosos y envidiosos. Así fueron por la villa hasta que llegaron al palacio, y entrados en el patin, descabalgaron de sus caballos y entraron donde el Rey estaba, é saluáronlo con mucha cortesía, y él los recibió con buen talante, é don Cuadragante le dijo: «A los grandes príncipes conviene oir los mensajeros que á ellos vienen, quitada é apartada de sí toda pasion, porque si la embajada que les traen les contenta, mucho alegres deben ser haberla graciosamente recebido; é si al contrario, mas con fuertes ánimos é recios corazones deben poner el remedio que con respuestas desabridas; é á los embajadores se requiere decir honestamente lo que les es encomendado, sin temer ningun peligro que dello les pueda venir. La causa de nuestra venida á vos, rey Lisuarte, es por mandado é ruego de Amadís de Gaula é de otros muchos grandes caballeros que en la ínsola Firme quedan, los cuales vos hacen saber cómo andando por las tierras extrañas buscando las aventuras peligrosas, tomando las justas é castigando las contrarias, así como la grandeza de su virtud é fuertes corazones requieren, sopieron de muchos cómo vos, mas por seguir voluntad mas que razon é justicia, no curando de los grandes amonestamientos de los grandes de vuestros reinos, ni de las muchas lágrimas de la gente mas baja, ni habiendo memoria de lo que á Dios de buena conciencia se debe, quesistes desheredar á vuestra hija Oriana, sucesora de vuestros reinos despues de vuestra vida, por heredar otra vuestra fija menor, la cual, con muchos llantos é dolores muy doloridos, sin ninguna piedad entregaste á los romanos, dándola por mujer al emperador de Roma, contra todo derecho é fuera de la voluntad, así suya como de todos vuestros naturales; é como estas tales cosas sean muy señaladas ante Dios, y él sea el remediador dellas, quiso permitir que, sabido por nosotros, posiésemos remedio en cosa que tan gran agravio se facia contra su servicio; é así se hizo, no con voluntad ni intencion de injuriar, mas de quitar tan gran fuerza é desaguisado, de la cual sin mucha vergüenza nuestra no nos podiamos partir, que vencidos los romanos que la llevaban, fué por nosotros tomada y llevada con tan gran acatamiento é reverencia como á la su nobleza y real estado convenia, á la ínsola Firme, donde acompañada de muchas nobles señoras é grandes caballeros la dejamos; y porque nuestra intencion no fué sino servir á Dios é mantener derecho, aquellos señores é grandes caballeros acuerdan de vos requerir que en lo que aquella noble princesa toca querais dar algun medio como, cesando el grande agravio é tan conoscida fuerza, sea restituida en vuestro amor con aquellas firmezas que á la verdad é buena conciencia se requieren dar; é si por ventura vos, Rey, algun sentimiento de nosotros teneis, quede para su tiempo, porque no seria razon que lo cierto de aquella princesa con lo dubdoso de nosotros se mezclase.»

El Rey, despues que don Cuadragante hobo acabado su razon, respondió en esta guisa: «Caballeros, porque las demasiadas palabras é duras respuestas no acarrean virtud, ni de los corazones flacos hacen fuertes, será mi respuesta breve é con mas paciencia que vuestra demanda lo merece. Vosotros habeis complido aquello que, segun vuestro juicio, mas á vuestras honras satisface, con mas sobrada soberbia que con demasiado esfuerzo, porque no á gran gloria se debe contar, saltear é vencer á los que sin ningun recelo é con toda seguridad caminan, no teniendo en las memorias cómo yo, seyendo lugar-teniente de Dios, á él, y no á otro ninguno, soy obligado de dar la cuenta de lo que por mí fuere hecho. E cuando la emienda desto tomada fuere se podrá fablar en el medio que por vos se pide, é porque lo demás será sin ningun fruto, no es menester replicacion.» Don Brian de Monjaste le dijo: «Ni á nosotros otra cosa conviene, sino que, sabida vuestra vo-

luntad, é la cuenta que de lo pasado á Dios debemos, pongan cada una de las partes en ejecucion aquello que mas á su honra cumplé.» Y despedidos del Rey, cabalgaron en sus caballos, é salieron del palacio, é don Grumedan con ellos, á quien el Rey mandó que los aguardase hasta que de la villa saliesen. Cuando don Grumedan se vió con ellos fuera de la presencia del Rey díjoles: «Mis buenos señores, mucho me pesa de lo que veo, porque yo, conociendo la gran discrecion del Rey é la nobleza de Amadís y de todos vosotros, é los grandes amigos que acá teníades, mucha esperanza tenia que este enojo habria algun buen fin; é paréceme que siendo todo al contrario, agora mas que nunca dañado lo veo, fasta que á nuestro Señor plega poner en ello aquella concordia que menester es; pero tanto vos ruego que me digais cómo se halló en la ínsola Firme Amadís á tal tiempo, que mucho há que dél no se sopieron nuevas ningunas, aunque muchos de sus amigos lo han buscado con grandes afanes por tierras extrañas.» Don Brian de Monjaste le dijo: «Mi señor don Grumedan, en lo que decis del Rey é de nosotros no será menester á vos, que tan sabido lo teneis, daros la cuenta muy larga, sino que conocida está la gran fuerza que el Rey á su fija hizo, é la razon qué á nosotros nos obliga de la quitar; é ciertamente, dejando su enojo é vuestro aparte, plácer hobiéramos que algun medio se tomara en lo que á él é la princesa Oriana toca; mas, pues todavía con mucho rigor le place proceder contra nosotros, mas que con justa causa, él verá que la salida dello le será mas trabajosa que la entrada le paresce. Y á lo que, mi buen señor, preguntais de Amadís, sabréis que fasta qu'él desla corte fué, llamándose el caballero Griego, é llevó consigo aquella dueña por quien los romanos fueron vencidos é la corona ganada de las doncellas, nunca ninguno de nosotros supimos nuevas dél.—¡Santa María! val, dijo don Grumedan. ¿Qué me decis? ¿Es verdad qu'el caballero Griego que aquí vino era Amadís? Verdad sin dubda ninguna es, dijo don Brian.—Agora os digo yo, dijo don Grumedan, que me tengo por hombre de mal conocimiento, que bien debiera yo pensar que caballero que tales extrañezas facia en armas sobre todos los otros, que no debiera ser sino él. Agora vos pregunto, los dos caballeros que aquí dejó que me ayudasen en la batalla que tenia aplazada con los romanos, ¿quién eran?»

Don Brian le dijo riendo: «Vuestros amigos Angriote de Estravaus é don Bruneo de Bonamar.—A Dios merced, dijo él; que si yo los conociera no temiera tanto mi batalla como la temia; é agora conozco que gané en ella muy poco prez, pues que con tales ayudadores no toviera en mucho vencer á dos tantos de los que fueron.—Si Dios me vala, dijo don Cuadragante, yo creo que si por vuestro corazon se juzgase, vos solo bastábades para ellos.—Señor, dijo don Grumedan, cualquier que yo sea, soy mucho en el amor é voluntad de todos vosotros, si á Dios ploguiese de dar algun cabo bueno en esto sobre que venis.» Así fueron fablando fasta salir de la villa é una pieza mas adelante; é queriéndose don Grumedan despedir dellos, vieron venir á Esplandian, el fermoso doncel, de caza, é Ambor, fijo de Angriote de Estravaus, con él; y él traia un gavilan, é cabalgando en un palafren muy fermoso é ricamente guarnido, que la reina Brisena le habia dado, é vestido de ricos paños, que así por su fermosura tan extremada como lo que dél Urganda la Desconocida habia escrito al rey Lisuarte, como la tercera parte desta historia mas largo lo cuenta, el Rey é la Reina le mandaban dar complidamente lo que menester habia; é cuando llegó donde ellos estaban saluólos, y ellos á él. E Brian de Monjaste preguntó á don Grumedan quién era aquel tan fermoso doncel, y él le dijo: «Mi señor, este se llama Esplandian, é fué criado por grande aventura, é muy grandes cosas dél escribió Urganda al Rey de lo que él será.—Válame Dios, dijo don Cuadragante, mucho hemos allá en la ínsola Firme oido decir deste doncel, é bien será que lo llameis, é oirémos lo que dice.» Entonces don Grumedan lo llamó, que ya era pasado, é dijo: «Buen doncel, tornad y enviaréis encomiendas al caballero Griego, que con vos de tanta cortesía usó en daros los romanos que para matar tenia.» Entonces Esplandian se tornó é dijo: «Mi señor, mucho alegre seria en saber de aquel tan noble caballero, donde gelas podiese enviar, como lo vos mandais y él lo merece.—Estos caballeros van donde él está, dijo don Grumedan.—Dícevos verdad, dijo don Cuadragante; que nosotros llevarémos vuestro mandado al que se llamaba el caballero Griego, é agora se llama Amadís.» Cuando Esplandian esto oyó, dijo: «¡Cómo, señores! ¿es este Amadís de que todos tan altamente fablan de sus grandes caballerías é tan extremado es entre todos?—Sí, sin falta, dijo don Cuadragante, este es.—Yo os digo ciertamiente, dijo Esplandian, en mucho se debe tener su gran valor, pues tan señalado es entre tantos buenos; é la envidia que dél se tiene pone osadía á muchos de se facer sus iguales; pues no menos debe ser loado por su gran mesura é cortesía, que aunque yo le tomé con gran ira é saña, no dejó por eso de me facer gran honra, que me dió aquellos caballeros que vencidos tenia, de que gran enojo habia recebido, lo cual mucho le gradezco; é plega á Dios de me llegar á tiempo que con tanta honra como lo él fizo con otra tal gelo pueda págar.» Mucho fueron contentos aquellos caballeros de lo que oyeron decir, é por extraña cosa tenian su gran fermosura, é lo que dél les habia dicho don Grumedan, é sobre todo, la gracia y discrecion con que con ellos fablaba; é don Brian de Monjaste le dijo: «Buen doncel, Dios os faga hombre bueno así como os fizo fermoso.—Muchas mercedes, dijo él, por lo que me decis; mas si algun bien me tiene guardado, agora lo quisiera para poder servir al Rey, mi señor, que tanto ha menester el servicio de los suyos; é, señores, á Dios quedeis encomendados; que há gran pieza que de la villa salí.» É don Grumedan se despidió déllos, é se fué con él, y ellos se fueron á entrar en su nave para se tornar á la ínsola Firme. Mas agora deja la historia de hablar dellos, é torna al rey Lisuarte.

CAPITULO XV.

De cómo el rey Lisuarte demandó consejo al rey Arban de Norgales é á don Grumedan é á Guilan el cuidador, é lo que elios le respondieron.

Despues que aquellos caballeros del rey Lisuarte se partieron, mandó llamar al rey Arban de Norgales é á don Grumedan é á Guilan el cuidador, é díjoles: «Amigos, ya sabeis en lo que estoy puesto con estos caballeros de la ínsola Firme, é la gran mengua que dellos he recebido; é ciertamente, si yo no tomase la emienda de manera que aquel gran orgullo que tienen no sea quebrantado, no me ternia por rey ni pensaria que por tal ninguno me toviese; é por dar aquella cuenta de mí que los cuerdos deben dar, que es facer sus cosas con gran consejo é mucha deliberacion, quiero, como os hobe dicho, me digais vuestro parecer, porque sobre ello yo tome lo que mas á mi servicio cumple.» El rey Arban, que era buen caballero é muy cuerdo, é que mucho deseaba la honra del Rey, le dijo: «Señor, estos caballeros é yo hemos mucho pensado é fablado, como nos lo mandastes, por vos dar el mejor consejo que nuestros juicios alcanzaren; é fallamos que, pues vuestra voluntad es de no venir en ninguna concordia con aquellos caballeros, que con mucha diligencia é gran discrecion se debe buscar el aparejo para que sean apremiados é su locura refrenada; que nosotros, Señor, de una parte vemos que los caballeros que en la ínsola Firme están son muchos é muy poderosos en armas, como vos lo sabeis, que ya, por la bondad de Dios, todos ellos fueron mucho tiempo en vuestro servicio; é demás de lo que ellos pueden é valen, somos certificados que han enviado á muchas partes por grandes ayudas, las cuales creemos que hallarán, porque son de gran linaje, así como fijos é hermanos de reyes é de otros grandes hombres, é por sus personas han ganado otros muchos amigos; é cuando así vienen gentes de muchas partes, prestamente se allega gran hueste; é de la otra parte, Señor, vemos vuestra casa é corte muy despojada de caballeros, mas que en ningun tiempo que en la memoria tengamos, é la grandeza de vuestro estado ha traido en vos poner en muchas enemistades que agora mostrarán las malas voluntades que contra vos tienen, que muchas dolencias destas acostumbran á descobrir las necesidades que con las bonanzas están suspensas é calladas; é así por estas causas como por otras muchas que decir se podrian, seria bien que vuestros servidores é amigos sean requiridos, y se sepa lo que en ellos teneis; en especial el emperador de Roma, á quien ya mas que á vos esto toca, como la Reina vos dijo; é visto el poder que se os apareja, así, Señor, podeis tomar el rigor ó el partido que se vos ofresce.» El Rey se tovo por bien aconsejado é dijo que así lo queria hacer, é mandó á don Guilan que él tomase cargo de ser el mensajero para el Emperador, que á tal caballero como él convenia tal embajada; él le respondió: «Señor, para esto é mucho mas está mi voluntad presta á vos servir; é á Dios plega, por la su merced, que así como lo yo deseo se cumpla, en acrecentamiento de vuestra honra é gran estado, y el despacho sea presto, que vuestro mandamiento será puesto luego en ejecucion.»

El Rey le dijo: «Con vos no será menester sino creencia, y es esta, que digais al Emperador cómo él de su voluntad me envió á Salustanquidio é Brondajel de Roca, su mayordomo mayor, con otros asaz caballeros que con ellos vinieron á demandar mi fija Oriana para se casar con ella; que yo, por le contentar é le tomar en mi deudo, contra la voluntad de todos mis naturales, teniendo á esta por señora dellos despues de mis dias, me dispuse á gela enviar, como quiera que con mucha piedad mia, é mucho dolor é angustia de su madre, por la ver apartar de nosotros en tierras tan extrañas; y que rescebida por los suyos con sus dueñas é doncellas, y entrados en la mar, fuera de los términos de mis reinos, que Amadís de Gaula con otros caballeros sus amigos salieron con otra flota de la ínsola Firme, y que desbaratados todos los suyos, é muerto Salustanquidio, fué por ellos tomada mi fija con todos los que vivos quedaron, é llevada á la misma ínsola, donde la tienen, é que han enviado á mí sus mensajeros, por los cuales me profieren algunos partidos; pero que yo, conociendo que á él mas que á mí toca este negocio, no he querido venir con ellos en ninguna contratacion hasta gelo hacer saber, é que sepa que con lo que yo mas satisfecho seria, es que allí donde ellos la tienen por nosotros cercados fuesen, de tal suerte que diésemos á todo el mundo á conocer que ellos como ladrones é salteadores lo ficieron, é nosotros, como grandes príncipes, castigamos este insulto tan grande, que tanto nos toca. Y vos decilde lo que en este caso vos pareciere allende desto, é si en esto acuerda, que se ponga luego en ejecucion, porque las injurias siempre crecen con la dilacion de la emienda que dellas se debe tomar.» Don Guilan le dijo: «Señor, todo se hará como lo mandais, é á Dios plega que mi viaje haya aquel efecto que en mi voluntad está de vos servir.» Y tomando una carta por do creido fuese, se partió á entrar en la mar, é lo que hizo, la historia lo contará adelante. Esto hecho, mandó el Rey llamar á Bramdoibas, é mandóle que fuese á la ínsola de Mongaza á don Galvánes, que luego con toda la gente de la ínsola para él se viniese, é desde allí se pasase en Irlanda al rey Cildadan é le dijese otro tanto, é trabajase con él cómo con el mayor aparejo de guerra que haber podiese se viniese á él donde sopiese que estaba; é asimismo mandó á Filispinel que fuese á Gasquilan, rey de Suesa, y le dijese en lo que estaba; é pues que era caballero tan famoso, é tanto se agradaba é procuraba hazañas, que agora tenia tiempo de mostrar la virtud é ardimiento de su corazon; é así envió á otros muchos sus amigos, aliados é servidores, é á todo su reino, que estoviesen apercebidos para cuando estos mensajeros tornasen; é mandó buscar muchos caballos é armas por todas partes para hacer la mas gente de caballo que podiese. Mas agora dejarémos esto, que no se dirá mas fasta su tiempo, por decir lo que Arcalaus el encantador hizo.

Cuenta la historia que estando Arcalaus el encantador en sus castillos, esperando siempre de hacer algun mal, como él é todos los malos de costumbre lo tienen,

llególe esta gran nueva de la discordia é gran rotura que entre el rey Lisuarte é Amadís estaba, é si dello hobo placer no es de contar, porque estos eran los dos hombres del mundo á quien él mas desamaba; é nunca de su pensamiento ni cuidado se partia pensar en cómo seria causa de su destruicion; é pensó qué podria hacer en tal coyuntura como esta con que dañar les podiese, que su corazon no se podia otorgar de ser en ayuda de ninguno dellos; é como en todas las maldades era muy sotil, acordó de trabajar en que se juntase otra tercera hueste, así de los enemigos del rey Lisuarte como de Amadís, é ponerla en tal parte, que si batalla hobiesen, que muy ligeramente podiesen los de su parte vencer é destruir los que quedasen; é con este pensamiento é deseo cabalgó en su caballo, tomando consigo los servidores que menester habia, é fuése por sus jornadas así por tierra como por la mar al rey Arábigo, que tan mal trecho habia quedado de la batalla que él é los otros seis reyes sus compañeros hobieron con el rey Lisuarte, como lo cuenta la parte tercera desta historia, del gran daño é mengua que en ella de Amadís y de su linaje habia rescebido; é como á él llegó, le dijo: «¡Oh rey Arábigo! si aquel corazon y esfuerzo que á la grandeza de tu real estado se requiere tener, tienes, é aquella discrecion con que gobernar lo debes, aquella contraria fortuna, que el tiempo pasado te fué tan enemiga, con mucho arrepentimiento dello te quiere dar la emienda tal, que con doblada vitoria el gran menoscabo de tu honra sea satisfecho, lo cual, si sábio eres, conocerás ser en tu mano el remedio dello. Tú, Rey, sabrás cómo yo estando en mis castillos, con gran cuidado de pensar en tu pérdida é buscar como reparada fuese, porque del acrecentamiento de tu real estado ocurre á mí, como á servidor tuyo, muy grandísimo provecho, supe por nueva muy cierta cómo los tus grandes enemigos é mios, el rey Lisuarte é Amadís de Gaula, son en todo el extremo de rotura el uno contra el otro, é sobre causa de tal calidad, que ningun medio ni remedio se espera ni puede haber, sino gran batalla é cuestion, con destruicion del uno dellos, ó por ventura de entrambos; é si mi consejo quisieres tomar, es cierto que no solamente será remedio de la pérdida que por el pasado de mí hobiste, mas para que con muchos mas señoríos tu estado será crecido, é despues de todos aquellos que tu servicio queremos.» El rey Arábigo, cuando esto le oyó, é vió á Arcalaus llegar de tan lueñes tierras é con tanta priesa, dijo: «Amigo Arcalaus, la grandeza del camino é la fatiga de vuestra persona me dan causa á que vuestra venida en mucho tenga, é creer todo aquello que me dijérdes, é quiero que por extenso me sea declarado esto que me decis, porque mi voluntad nunca por tiempo adverso dejará de seguir lo que á la grandeza de mi persona conviene.»

Entonces Arcalaus le dijo: «Sabrás, Rey, que el emperador de Roma, queriendo tomar mujer, envió al rey Lisuarte que le diese á su hija Oriana; el cual, viendo su grandeza, aunque esta princesa es su derecha heredera de la Gran Bretaña, se dispuso á gela dar, y entrególa á un primo hermano del mismo emperador, llamado Salustanquidio, príncipe muy poderoso; é llevándola con gran compaña de romanos por la mar, salió á ellos Amadís de Gaula con muchos caballeros sus amigos; é muerto este príncipe é destruida tota su flota, é presos é muertos otros muchos de los que en ella fallaron, fué robada é tomada Oriana, é llevada á la ínsola Firme, donde la tienen. La mengua que desto viene al rey Lisuarte é al Emperador ya lo puedes conoscer; é quiero que sepas que este Amadís, de quien te fablo, es uno de los caballeros de las armas de las sierpes que contra tí fueron, é contra los otros seis reyes que contigo estuvieron en la gran batalla que con el rey Lisuarte hobiste, y este fué el que el yelmo dorado traia, que por virtud de su alta proeza é gran esfuerzo la vitoria de las tus manos fué quitada. Así que, por esto que te digo, el rey Lisuarte de un cabo é Amadís de otro llaman la mas gente que pueden, donde con razon se puede é debe juzgar que el mismo emperador, por vengar tan gran lástima de su corazon é mengua de su honra, verná en persona; pues de aquí puedes juzgar, habiendo batalla, qué daño della les puede ocurrir; é si tú quieres llamar tus compañas, yo te daré por ayudador á Barsinan, señor de Sansueña, hijo del otro Barsinan que el rey Lisuarte hizo matar en Lóndres; é darte he mas á todo el gran linaje del buen caballero Dardan el soberbio, que Amadís en Vindilisora mató, que será gran compaña de muy buenos caballeros; é asimismo faré venir al rey de la Profunda ínsola, que contigo escapó de la batalla; é con toda esta gente nos podrémos poner en tal parte, donde por mí serás guiado; que dada la batalla por ellos, así á los vencidos como á los vencedores llevarás muy seguramente en las manos sin ningun peligro de tus gentes; pues ¿qué puede de aquí redundar, sino que, demás de ganar tan gran vitoria, toda la Gran Bretaña te será subjecta, é tu real estado puesto en la mas alta cumbre que de ningun emperador del mundo? Agora mira, Rey poderoso, si por tan pequeño trabajo y peligro quieres perder tan gran gloria y señorío.» Cuando el rey Arábigo esto oyó, mucho fué alegre é díjole: «Mi amigo Arcalaus, gran cosa es esta que me habeis dicho, é como quiera que mi voluntad tenga de no tentar mas la fortuna, gran locura seria dejar las cosas que con mucha razon á dar grande honra é provecho se ofrecen; porque si como se espera salen, é la misma razon las guia, reciben los hombres aquel fruto que su trabajo merece; é si al contrario les sale, facen aquello que por virtud son obligados, dando la cuenta de sus honras que dar se debe, no teniendo en tanto las desaventuras pasadas, que el remedio dellas, cuando el caso se ofrece, dejen de probar, sin los tener sumidos é abatidos é deshonrados todos los dias de su vida. E pues que así es, lo que en mí será de mis gentes é amigos, perded cuidado. En lo otro proveed con aquella aficion é diligencia que veis que para semejante caso conviene.»

Arcalaus, tomada esta palabra del Rey, se partió para Sansueña, é fabló con Barsinan, trayéndole á la memoria la muerte de su padre y de su hermano Gandalod, el que venció don Guilan el cuidador é lo llevó preso al rey Lisuarte, el cual le mandó despeñar de una torre, al pié de la cual su padre fuera quemado; é asimesmo le dijo cómo en aquel tiempo le tenia su fecho acabado

para que su padre fuese rey de la Gran Bretaña, que tenia preso al rey Lisuarte é á su fija, é cómo por el traidor de Amadís le fuera todo quitado; que agora tenia tiempo de no solamente ser vengado de sus enemigos á su voluntad, mas que aquel gran señorío que su padre errado habia, él estaba en disposicion de lo cobrar; y que toviese corazon, que sin él las grandes cosas pocas veces se podian alcanzar, é que si la fortuna á su padre fué tan contraria, que dello arrepentida, á él queria hacer la satisfaccion del daño recebido. E asimismo le dijo cómo el rey Arábigo con todo su poder se aparejaba, porque veia la cosa tan vencida que se no podia errar en ninguna manera, é todas las otras ayudas que para este negocio tenia ciertas, é otras cosas muchas, como aquel que tal oficio siempre habia usado é muy gran maestro de maldades habia salido. Como Barsinan fuese mancebo muy orgulloso, y en lo malo á su padre pareciese, con poca premia é trabajo le trajo á todo lo que quiso, é con corazon muy ardiente é soberbia demasiada le respondió que con toda aficion é voluntad seria en este viaje, llevando consigo toda la mas gente de su señorío, é de fuera dél todos los que seguir le quisiesen. Arcalaus, cuando oyó estas razones, fué alegre de cómo fallaba aparejo al contentamiento de su voluntad, é díjole que fuese todo apercebido para cuando el aviso le enviase, porque esto era necesario que fuese mirado con diligencia. Y desde allí fué prestamente é con corazon alegre al rey de la Profunda ínsula, é razonó con él muy gran pieza; é tanto le dijo, é tales razones le dió, que así como á estos, le fizo mover é apercebir toda su gente muy en órden, como aquel que de lo tal necesidad tenia. Esto hecho, se tornó á su tierra é fabló con los parientes de Dardan el soberbio, por cuanto creia á todos con la semejante habla venir mucho provecho, é lo mas secreto que pudo se concertó con ellos, diciéndoles el grande aparejo que tenian. Así estovo esperando al tiempo para poner en obra lo que habeis oido.

Mas agora no fabla la historia dél fasta su tiempo, é torna á contar lo que les acaeció á don Cuadragante é á don Brian de Monjaste despues que de la corte del rey Lisuarte partieron.

CAPITULO XVI.

Cómo don Cuadragante é Brian de Monjaste con fortuna se perdieron en la mar; é cómo la ventura los fizo fallar á la reina Briolanja, é lo que con ella les acaeció.

Don Cuadragante é don Brian de Monjaste, despues que de don Grumedan se partieron, como la historia lo ha contado todo, andovieron por su camino fasta que llegaron al puerto donde su nave tenian, en la cual entraron por se ir á la ínsola Firme con la respuesta que del rey Lisuarte llevaban, é todo aquel dia les fué la mar muy agradable con viento próspero para su viaje; mas la noche venida, la mar se comenzó á embravecer, con tanta fortuna é tan reciamente, que del todo pensaron ser perdidos é anegados, é fué la tormenta tan grande, que los marineros perdieron el tino que llevaban, con tanto desconcierto, que la fusta iba por la mar sin ningun gobernalle, é así andovieron toda la noche con harto temor, porque á semejante caso no bastan armas ni corazon. E cuando el alba del dia pareció, los marineros podieron mas reconocer, é hallaron que estaban muy allegados al reino de Sobradisa, donde la muy fermosa reina Briolanja reina era; y en aquella hora la mar comenzó en mas bonanza, y queriendo volver su derecho camino, aunque á muy gran traviesa habian de tornar, vieron á su diestra venir una nao muy grande á maravilla, é como su nao fuese muy ligera, que de aquella no podria recebir ningun daño, aunque de enemigos fuese, acordaron de la esperar, é como cerca fueron é la vieron mas á su voluntad, parecióles la mas fermosa que nunca vieron, así de grandeza como de rico atavío, que las velas é cuerdas eran todas de seda, é guarnecida, todo lo que ver se podia, de muy ricos paños, é al bordo della vieron caballeros é doncellas que estaban fablando, muy ricamente vestidas. Mucho fueron maravillados don Cuadragante é Brian de Monjaste de la ver, é no podian pensar quién en ella viniese, é luego mandaron á un escudero de los suyos que en un batel fuese á saber cúya era aquella gran nao é quien en ella venia. El escudero así lo fizo, y preguntando aquellos caballeros que por cortesía gelo dijesen, ellos respondieron que allí venia la reina Briolanja, que pasaba á la ínsola Firme.—A Dios merced, dijo el escudero, con tan buenas nuevas, que mucho placer habrán de las saber aquellos que acá me enviaron.—Buen escudero, dijeron las doncellas, decidnos, si os place, quién son estos que decis.—Señoras, dijo él, son dos caballeros que este mismo camino llevan que vosotras, é la fortuna de la mar los ha echado á esta parte, donde, segun lo que fallan, será para su trabajo gran descanso; é porque ellos se vos mostrarán tanto que yo vuelva, no es menester de mí saber mas.» Con esto que oídes se tornó é díjoles: «Señores, mucho vos debe placer con las nuevas que trayo, y por bien empleada se debe tener la tormenta pasada y el rodeo del camino, pues teneis tal compaña para ir donde quereis; sabed que en la nao viene la reina Briolanja que á la ínsola Firme va.»

Mucho fueron alegres aquellos dos caballeros con lo que el escudero les dijo, é luego mandaron enderezar su nao para se llegar á la nao; é cuando ellos mas cerca fueron, las doncellas los conocieron, que ya otra vez los vieron en la corte del rey Lisuarte, cuando la Reina su señora allí algun tiempo estovo; é muy alegres lo fueron á decir á su señora cómo allí estaban dos caballeros mucho amigos de Amadís, que el uno era don Cuadragante y el otro don Brian de Monjaste. La Reina cuando lo oyó fué muy alegre, é salió de su cámara con las dueñas que consigo tenia para los recebir, que Tantíles, su mayordomo, le habia dicho cómo los dejaba en la ínsola Firme de camino para ir al rey Lisuarte. E cuando ella salió, ya ellos estaban dentro en la nao, é fueron para le besar las manos, mas ella no quiso; antes los tomó á entrambos cada uno con su brazo, é así los tovo un rato, abrazados con mucho placer; é desque se levantaron los tornó á abrazar é díjoles: «Mis buenos señores é amigos, mucho agradezco á Dios porque vos fallé, que no podiera venir agora cosa con que mas me ploguiera que con vosotros, si no fuese ver á Amadís de Gaula, aquel á quien yo con tan-

to derecho é razon debo amar; como vosotros sabeis. —Mi buena señora, dijo don Cuadragante, gran sinrazon seria si aşí no fuese como lo decis, y el placer que con nosotros habeis, Dios vos lo agradezca, é nos os serviremos en lo que mandárdes.—Muchas mercedes, dijo ella.—Agora me decid cómo aportastes en esta tierra.» Ellos le dijeron cómo habian partido de la ínsola Firme con mandado de aquellos señores que allí estaban para el rey Lisuarte, é todo lo que con él habian pasado, é cómo quedaban sin ningun concierto en toda rotura, que no faltó nada, é que queriéndose tornar, la gran tormenta desa noche los habia echado aquella parte donde daban por muy bien empleada su fatiga é su trabajo, pues que en aquel camino la podian servir é aguardar fasta la poner donde queria. La Reina les dijo: «Pues yo no he estado muy segura sin grande espanto de la tormenta que decis, que ciertamente nunca pensé que podiéramos guarecer; pero como esta mi nao es muy gruesa é grande, é las áncoras é maromas muy recias, plogo á la voluntad de Dios que nunca la fortuna las podo quebrar ni arrancar. Y en esto del rey Lisuarte que me decis, yo supe de mi mayordomo Tantíles cómo vosotros íbades á él con esta embajada, é bien me tove por dicho que, como este sea un rey tan entero y que tan complidamente la fortuna le ha favorecido y ensalzado en todas las cosas, que teniendo en mucho el caso de Oriana, querrá antes tentar é probar su poder que dar forma de ningun asiento, é por esta causa yo acordé de juntar todo mi reino é todos mis amigos que de fuera dél son, é con mucha aficion les rogar é mandar que estén prestos é aparejados de guerra para cuando mi carta vean, é á todos dejo con gran voluntad de me servir, é mi mayordomo con ellos para que los guie é traya; y entre tanto pensé que seria bien de ir yo á la ínsola Firme á estar con la princesa Oriana, é pasar con ella la ventura que Dios diere; esta es la causa por donde aquí me fallais, é soy muy alegre porque irémos juntos.—Mi señora, dijo don Brian de Monjaste, de tal señora y fermosa como vos no se espera sino toda virtud é nobleza, así como por obra parece.»

La Reina les rogó que mandasen ir su nao cabe la suya, y ellos se fuesen con ella; é así se fizo, que los aposentaron en una muy rica cámara, é siempre con ella é á su mesa comian, hablando en las cosas que les mas agradaba. Pues así como vos digo fueron por su mar adelante contra la ínsola Firme. Agora sabed aquí que al tiempo que Abiseos, tio desta reina, fué muerto con los dos sus fijos, en venganza de la muerte que él fizo á su hermano el Rey, padre de Briolanja, y le habia tomado el reino, por Amadís é Agrájes, como mas largamente lo cuenta el primero libro desta historia, que quedó otro fijo pequeño, que un caballero mucho suyo le criaba. Este mozo era ya caballero muy recio y esforzado, segun habia parecido en las cosas de grandes afrentas que se falló, é como fasta allí habia seido muy mozo, no pensaba, ni discrecion le daba lugar, sino en seguir mas las armas que en procurar las cosas de provecho; é como ya de mayor edad fuese, hobo algunos de los servidores de su padre, que fuidos andaban, que á la memoria le trajeron la muerte de su padre y de sus hermanos, é cómo aquel reinó de Sobradisa de derecho era suyo, é aquella reina gelo tenia forzosamente; é que si él corazon toviese para el reparo de cosa que tanto le complia como para las otras cosas, que con poco trabajo podria recobrar aquella gran pérdida y ser gran señor, agora tornando al reino, ó sacando tal partido que honradamente como fijo de quien era podiese pasar. Pues este caballero, que Trion habia nombre, como ya fuese codicioso de señorear, siempre estaba pensando en esto que aquellos criados de su padre le decian, é aguardando tiempo convenible para el remedio de su deseo; é como agora sopiese esta tan gran discordia que entre el rey Lisuarte é Amadís estaba, pensó que tanto ternia que facer Amadís en aquello que de lo otro no ternia memoria, é puesto que la toviese, que su gran poder no bastaria para socorrer á todas partes, segun con tan grandes hombres estaba resuelto; que este caballero era el mayor entrevalo que él fallaba. E sabiendo la partida de la reina Briolanja, como tan desacompañada fuese, que en toda su nao no llevaba veinte hombres de pelea, é ninguno dellos de mucha afruenta, salió luego de un castillo muy fuerte, que de su padre Abiseos le habia quedado, del cual, é no de mas, era señor cuando á su hermano el Rey mató, é fué por causa de sus amigos; é no les diciendo el caso, allegó fasta cincuenta hombres bien armados é algunos ballesteros é archeros, é guarneciendo dos navíos, se metió á la mar con intencion de prender la Reina, é con ella sacar gran partido, é si tal tiempo viese, le tomar todo el reino. E sabiendo la via que llevaba, una tarde le salió á la delantera sin sospecha que dél se toviese, é como de léjos los de la nao viesen aquellos dos navíos, dijéronlo á la Reina, é salieron luego don Cuadragante é Brian de Monjaste al bordo de la nao, é vieron cómo derechamente venian contra ellos, é ficieron armar esos que ende estaban, y ellos se armaron é no curaron sino ir su camino, é así los otros que venian llegaron tan cerca, que bien se podia oir lo que dijesen.

Entonces Trion dijo en una voz alta: «Caballeros que en esa nao venis, decid á la reina Briolanja que está aquí Trion, su primo, que la quiere fablar, y que mande á los suyos que se no defiendan; si no, que uno dellos no escapará de ser muerto.» Cuando la Reina esto oyó hobo gran miedo y espanto, é dijo: «Señores, este es el mayor enemigo que yo tengo, é pues agora se atrevió á facer esto, no es sin gran causa é sin gran compaña.» Don Cuadragante le dijo: «Mi buena señora, no temádes nada, que placiendo á Dios, muy presto será castigado de su locura.» Entonces mandó á uno que le dijese que si él solo queria entrar donde la Reina estaba, que de grado lo recebirian. E dijo él: «Pues así es, yo la veré, mal su grado é de todos vosotros.» Entonces mandó á un caballero criado de su padre que con la una nao acometiese la nao por la otra parte, y que punáse de la entrar, y él así lo fizo. Como don Brian de Monjaste los vió apartar dijo á don Cuadragante que tomase de aquella gente la que le ploguiese, é guardase la una parte, y que él con la otra defenderia la otra parte, é así lo ficieron; que don Cuadragante quedó á la parte donde Trion queria combatir, é Brian de Monjaste á la del otro caballero. Don

Cuadragante mandó á los suyos que estoviesen delante, y él quedó lo mas encobierto que pudo tras ellos, é díjoles que si Trion quisiese entrar, que gelo no estorbasen. Estando así el negocio, la nao fué acometida por ambas partes é muy reciamente, porque los que la combatian sabian muy bien cómo ella no habia defensa ni peligro para ellos; que de los caballeros de la ínsola Firme ninguna cosa sabian. E como llegaron, Trion, con la soberbia grande que traia, é la gana de acabar su hecho, en llegando saltó en la nao sin ningun recelo, é la gente de la Reina se comenzó á retraer, como les era mandado. Don Cuadragante, como dentro lo vió, pasó por los suyos, é como era muy grande de cuerpo, como la historia vos lo ha contado en la parte segunda, é le vió Trion, bien conoció que aquel no era de los que él sabia; pero por eso no perdió el corazon, antes se fué para él con mucho denuedo, é diéronse tan grandes golpes por cima de los yelmos, que el fuego salia dellos é de las espadas, mas, como don Cuadragante era de mayor fuerza é le dió á su voluntad, fué Trion tan cargado del golpe, que la espada se le cayó de la mano, é cayó de rodillas en el suelo, é don Cuadragante miró, é vió cómo los contrarios entraban en la nao á mas andar, é dijo á los suyos: «Tomad este caballero.»

Entonces pasó á los otros, é al primero que delante sí falló dióle por cima de la cabeza tan gran golpe, que no hobo menester maestro; los otros cuando vieron preso á su señor, é aquel caballero muerto, é los grandes golpes que don Cuadragante daba á unos é á otros, punaron cuanto podieron por se tornar á su nao, é con la priesa que don Cuadragante é los suyos les dieron, algunos se salvaron, é otros murieron en el agua; así que, en poca de hora fueron todos vencidos y echados de la nao, que ya como suya tenian. Entonces miró á la otra parte donde Brian se combatia, é vió cómo estaba dentro en la nao con los enemigos, é que facia gran estrago en ellos, y envióle de los que él tenia que le fuesen ayudar, y él quedó con los otros atendiendo á los contrarios, si le querian acometer. E con esta ayuda que á don Brian le llegó é con los que él tenia, muy prestamente fueron todos vencidos, porque aquel caballero su capitan fué allí muerto; é vieron cómo la nao de Trion se apartaba como cosa vencida. Entonces los que estaban vivos demandaban merced; é don Brian mandó que ninguno muriese, pues que se no defendian, é así se fizo, que los tomaron presos y se apoderaron de la nao. La reina Briolanja en toda esta revuelta estovo metida en su cámara con todas sus dueñas é doncellas, rogando á Dios, fincadas de rodillas, que las guardase de aquel peligro, é á aquellos caballeros que la ayudaban é defendian. Así estando, llegó uno de los suyos é dijo: «Señora, salid fuera é veréis cómo Trion es preso é toda su compañía mal trecha y desbaratada; que estos caballeros de la ínsola Firme han hecho grandes maravillas de armas, las cuales ningunos podieran hacer.» Cuando la Reina esto oyó fué tan alegre como podeis pensar, é alzó las manos é dijo: «Señor Dios todopoderoso, bendito vos seais porque en tal tiempo é por tal aventura me trajistes á estos caballeros; que de Amadís é sus amigos no me puede venir sino toda buena ventura.» E salida de la cámara, vió cómo los suyos tenian preso á Trion, é que don Cuadragante guardaba que los enemigos no llegasen combatir; é vió cómo la nao que don Brian de Monjaste habia ganado estaban los suyos apoderados della, y llegóse á don Cuadragante é díjole: «Mi señor, mucho gradezco á Dios é á vos lo que por mí habeis fecho, que ciertamente yo estaba en gran peligro de mi persona é de mi reino. «El le dijo: «Mi buena señora, veis ende á vuestro enemigo, mandad dél facer justicia.» Trion cuando esto oyó no estovo seguro de la vida, é fincó los hinojos ante la Reina é dijo: «Señora, demándoos merced que no muera, é mirad á vuestra gran mesura é que soy de vuestra sangre, é si os he enojado, algun tiempo vos lo podré servir.» Como la Reina era muy noble, hobo piedad dél é dijo: «Trion, no por lo que vos mereceis, mas por lo que á mí toca, yo os seguro la vida fasta que mas con estos caballeros sobre ello vea.» E mandó que lo metiesen en su cámara é lo guardasen. Así estando, don Brian de Monjaste se vino á la Reina, y ella lo fué abrazar é díjole: «Mi buen señor, ¿qué tal venis?» El le dijo: «Señora, muy bueno é mucho alegre de haber habido tal dicha que en alguna cosa os pudiese servir; una ferida trayo, mas merced á Dios, no es peligrosa.»

Entonces mostró el escudo, é vieron cómo una saeta gelo habia pasado con parte del brazo en que lo tenia. La Reina con las sus hermosas manos gela quitó lo mas paso que pudo, y le ayudó á desarmar, é curáron-gela como otras muchas veces otras mayores le habian curado; que sus escuderos, así dél como de todos los otros caballeros andantes, siempre andaban apercebidos de las cosas que para de presto eran necesarias á las heridas. Todos fueron muy alegres de aquella buena dicha que les vino, é cuando quisieron ir tras la nao de Trion, vieron cómo iba muy léjos, é dejáronse della. E alzaron sus velas é fuéronse su camino derechamente á la ínsola Firme sin ningun entrevalo que les viniese. Acaesció pues que á la hora que ellos al puerto llegaron, que Amadís é todos los mas de aquellos señores andaban en sus palafrenes holgando por una gran vega que debajo de la cuesta del castillo estaba, como otras muchas veces lo hacian; é como viesen aquellas fustas al puerto llegar, fuéronse hácia allá por saber cúyas fuesen, y llegando á la mar, hallaron los escuderos de don Cuadragante y de don Brian de Monjaste, que salian de un batel é iban á les hacer saber su venída, é de la reina Briolanja, porque la saliesen á recebir; é como vieron á Amadís é aquellos caballeros, dijéronles el mandado de sus señores, con que muy alegres fueron, y llegáronse todos á la ribera de la mar, é los otros desde la nao se saludaron con mucha risa é gran alegría, é don Brian de Monjaste les dijo: «¿Qué vos parece cómo venimos mas ricos que de aquí fuimos? No lo habeis así fecho vosotros, sino estar encerrados como gente perdida.» Todos se comenzaron á reir, y le dijeron que, pues tan ufano venia, que mostrase la ganancia que habia fecho. Entonces echaron en la mar una barca asaz grande, y entraron en ella la Reina y ellos ambos, y otros hombres que los posieron en tierra, é todos aquellos caballeros se apearon de sus palafrenes, é fueron á besar las manos á la Reina, mas

ella no las quiso dar, antes los abrazó con mucho amor. Amadís llegó á ella, é quísole besar las manos, mas cuando lo vió tomóle entre sus muy hermosos brazos, é así lo tuvo un rato, que le nunca dejó, é las lágrimas le vinieron á los ojòs, que le caian por sus muy hermosas haces con el placer que hobo en lo ver, porque desde la batalla que el rey Lisuarte hobo con el rey Cildadan, que lo vió en Fenusa, aquella villa donde el Rey estaba, no lo habia visto, é aunque ya su pensamiento fuese apartado de pensar de lo haber por casamiento, é ninguna esperanza dello toviese, este era el caballero del mundo que ella mas amaba, é por quien ante pornia su persona y estado en peligro de lo perder; é cuando le dejó no le podo fablar: tanto estaba turbada de la gran alegría.

Amadís le dijo: «Señora, muchas gracias á Dios doy, que me trajo donde os podiese ver, que mucho lo deseaba, é agora mas que en otro tiempo, porque con vuestra vista daréis mucho placer á estos caballeros, é mucho mas á vuestra buena amiga la princesa Oriana, que creo que ninguna persona le podiera venir que tanta alegría le diese como vos, mi buena señora, le daréis.» Ella respondió é dijo: «Mi buen señor, por eso partí yo de mi reino, principalmente por vos ver, que era la cosa del mundo que yo mas deseaba; é Dios sabe la congoja que fasta aquí he tenido en pasar tan largo tiempo sin que de vos, mi señor, yo pudiese saber ningunas nuevas, aunque mucho lo he procurado; é agora, cuando mi mayordomo me dijo de vuestra ventura y me dió vuestra carta, luego pensé, dejando todo lo que mandastes á buen recaudo, de me venir á vos é á esta señora que decis, porque agora es tiempo que sus amigos y servidores le muestren el deseo é amor que le tienen. Mas si no fuera por Dios é por estos caballeros que por gran ventura comigo juntó, mucho peligro de mi persona podiera pasar eñ este viaje, lo cual ellos dirán quién y cómo lo remedió por su gran esfuerzo, y esto quede para mas espacio.» Despues que la Reina salió salieron todas sus dueñas é doncellas é caballeros, é sacaron las bestias que traian, é para la Reina un palafren tan guarnido, como á tal señora convenia, é cabalgaron todos é todas, é fuéronse al castillo donde Oriana estaba, la cual, como su venida supo, hobo tan gran placer, que fué cosa extraña, é rogó á Mabilia é á Grasinda é á las otras infantas que á la entrada de la huerta la saliesen á recebir, y ella quedó con la reina Sardamira en la torre. Cuando la reina Sardamira vió el placer que todos mostraban con las nuevas que les trujeron, dijo á Oriana: «Mi señora, ¿quién es esta que viene, que tanto placer ha dado á todos?» Oriana le dijo: «Es una reina la mas fermosa, así de su parecer como de su fama, que yo en el mundo sé, como agora la veréis.» Cuando la reina Briolanja llegó á la puerta de la huerta, é vió tantas señoras é tan bien guarnidas mucho fué maravillada, é hobo el mayor placer del mundo por haber allí venido, é volvióse contra aquellos caballeros é díjoles: «Mis buenos señores, á Dios seais encomendados, que aquellas señoras quítanme que no quiera vuestra compañía mas.» E riendo muy fermoso, se hizo apear, y se metió con ellas; é luego la puerta fué cerrada. Todas vinieron á ella y la saludaron con mucha cortesía. E Grasinda fué mucho maravillada de su fermosura é gran apostura; é si á Oriana no hobiera visto, que esta no tenia par, bien creyera que en el mundo no habia mujer qúe tan bien cómo aquella pareciese.

Así la llevaron á la torre donde Oriana estaba, é cuando se vieron fueron la una á la otra, los brazos tendidos, é con mucho amor se abrazaron. Oriana la tomó por la mano é llevóla á la reina Sardamira, é díjole: «Reina, señora, hablad á la reina Briolonja é facelde mucha honra, que bien lo merece.» Y ella lo fizo; que con gran cortesía se saludaron, guardando cada una dellas lo que á sus reales estados convenia. E tomando á Oriana en medio, se asentaron en su estrado, é todas las otras señoras al derredor dellas. Oriana dijo á la reina Briolanja: «Mi buena señora, gran cortesía ha sido la vuestra en me venir á ver de tan léjos tierra, é mucho vos lo gradezco, porque tal camino no se pudo hacer sino con sobra de mucho amor.—Mi señora, dijo la Reina, á gran desconocimiento é á muy mal comedimiento me debiera ser contado si en este tiempo en que estáis no diese á entender á todo el mundo el deseo que tengo de vuestra honra y de crescer vuestro estado; especialmente seyendo este cargo tan principal de Amadís de Gaula, á quien yo tanto amo é debo, como vos, mi señora, sabeis. E cuando esto sope de Tantíles, que aquí se falló, luego mandé apercebir todo mi reino que vengan á lo que él mandare; é parecióme que entre tanto debia hacer este camino para vos acompañar y ver á él, que mucho deseaba ver, mas que á ninguna persona deste mundo, y estar, mi señora, con vos hasta que vuestro negocio se despache, que á nuestro Señor plega que sea como vos lo deseais.—Así le plega á el, dijo Oriana, por su santa piedad; y esperanza tengo que don Cuadragante é don Brian de Monjaste traerán algun asiento con mi padre.» Briolanja, que sabia la verdad, que ninguno traian, no gela quiso decir. Así estovieron hablando gran pieza en las cosas que mas placer les daban; é cuando fué hora de cenar, la doncella de Denamarca dijo á Oriana: «Acuérdeseos, Señora, que la Reina viene de camino y querrá cenar é descansar, y es ya tiempo que os paseis á vuestro aposentamiento y la lleveis con vos, pues es vuestra huéspeda.» Oriana le preguntó si estaba todo aderezado; ella dijo que sí. Entonces tomó á la reina Briolanja por la mano, é despidióse de la reina Sardamira é de Grasinda, las cuales se fueron á sus aposentamientos, é fuése con ella á su cámara, mostrándole mucho amor. E desque fueron llegadas, Briolanja preguntó quién era aquella tan bien guarnida y fermosa dueña que cabe la reina Sardamira estaba. Mabilia le dijo cómo se llamaba Grasinda, y qúe era muy noble dueña é muy rica, é díjole la causa por qué habia venido á la corte del rey Lisuarte, é la grande honra que allí Amadís le hizo ganar, é la honra que ella le fizo, no le conosciendo; é contóle muy por extenso todo lo que habia pasado con Amadís, que ella mucho amaba, llamándose el caballero de la Verde Espada, é cómo llegó al punto de la muerte cuando mató al Endriago, y le sanó un maestro que esta dueña le dió, el mejor que en gran tierra se podria fallar; todo gelo contó, que no faltó ninguna cosa.

Cuando la Reina esto oyó dijo: «Mezquina de mí, ¿por qué ante no lo sope, que llegó á me fablar, é pasé por ella muy livianamente? Pero remedio habrá; que aunque su merecimiento no lo mereciese, solo por haber fecho tanta honra con tanto provecho á Amadís, soy yo mucho obligada de lá honrar é facer placer todos los dias de mi vida, porque, despues de Dios, no tengo yo otro reparo de mis trabajos, ni qué á mi corazon contentamiento dé, sino este caballero; y en cenando la mandad llamar, porque quiero que me conozca.» Oriana dijo: «Reina, mi amiga, no sola sois vos la que por esta causa honrar la debe, que veisme á mí aquí, que si por ese caballero que habeis dicho no fuese, yo seria hoy la mas perdida y desventurada mujer que nunca nació, porque estaria en tierras extrañas con tanta soledad, que me no fuera sino la muerte, y desheredada de aquello de que Dios me hizo señora; é como ya habeis sabido, este noble caballero, socorredor é amparador de los corridos, sin á ello le mover otra cosa sino su noble virtud, se ha puesto en esto que veis porque mi justicia sea guardada.—Amiga señora, dijo la Reina, no fablemos en Amadís, que este nasció para semejantes cosas; que así como Dios lo extremó é apartó en gran esfuerzo de todos los del mundo, así quiso que fuese en todas las otras bondades é virtudes.» Pues asentadas á la mesa, fueron de muchos manjares é diversos servidas, así como convenia á tan grandes princesas, é fablando en muchas cosas que les agradaba; é desque hobieron cenado, mandaron á la doncella de Denamarca que fuese por Grasinda y le dijese que la Reina la queria fablar. La doncella así lo fizo, é Grasinda vino luego con ella, é cuando entró donde ellas estaban, la reina Briolanja la fué abrazar é díjole: «Mi buena amiga, perdonadme, que no sope quién érades cuando aquí vine; que si lo sopiera, con mas amor é aficion os recibiera, porque vuestra virtud lo merece; é por la grande honra é buena obra que de vos Amadís recibió, somos sus amigos mucho obligados á vos lo gradecer; é de mí vos digo que nunca en tiempo seré que lo pueda pagar que lo no haga, porque aunque de lo mio lo dé, de lo suyo le doy; que todo lo que yo tengo es suyo, é por suyo lo tengo.—Mi buena señora, dijo Grasinda, si alguna honra hice á este caballero que decis, yo soy tan satisfecha é contenta dello, como nunca persona lo fué de persona á quien placer hobiese fecho; é lo que me decis agradezco yo mucho mas á vuestra virtud que á la deuda en que él me sea, que ploguiese á Dios que lo demás en que él me ha pagado lo que de mí recibió me dé lugar á que yo gelo sirva.» Entonces Mabilia le dijo: «Mi buena señora, decidnos si vos ploguiere, cómo hobistes conocimiento de Amadís, é por qué causa en vos halló tan buen acogimiento, pues que lo no conocíades ni sabíades su nombre.»

Ella gelo contó todo, como la tercera parte desta historia mas largo lo cuenta. E mucho rieron de Brandasidel, el que fizo ir en el caballo cabalgando á viesas, la cola en la mano; é díjoles cómo lo habia tenido mal llagado en su casa algunos dias, é cómo antes que en aquella tierra fuese habia oido decir dél muy grandes y extrañas cosas en armas que habia fecho por todas las ínsolas de Romanía é de Alemaña, donde todos los que las sabian eran maravillados de cómo por un solo caballero fueron tales cosas tan peligrosas acabadas, é de los tuertos é grandes agravios que habia emendado por muchas dueñas é doncellas é otras personas que su ayuda é acorro hobieron menester, é cómo lo habia conocido por el enano é por la verde espada que traia, cuyo nombre él se llamába. E asimesmo les contó toda la batalla que con don Garadan hobo, é la que despues pasó con los otros once caballeros, é que por los vencer quitó al rey de Bohemia de muy cruda guerra con el emperador de Roma; é otras muchas cosas les contó que dél en aquellas partes habia sabido, que serian largas de escrebir; y entonces les dijo: «Por estas cosas que dél oia, é por lo que dél vi en presencia, quiero, señoras, que sepais lo que comigo mesma me aconteció. Yo fuí tan pagada dél é de sus grandes hechos, que como quiera que yo fuese para en aquella tierra asaz rica é gran señora, y él anduviese como un pobre caballero, sin que dél mas noticia hobiese sino lo dicho, toviera por bien de lo tomar en casamiento; é pensara yo que en tener su persona ninguna reina de todo el mundo me fuera igual. E como le vi tan mesurado é con grandes pensamientos é congojas, é sabiendo la fortaleza de su corazon, sospeché que aquello no le venia sino por causa de alguna mujer que él amase; é por mas me certificar fablé con Gandalin, que me paresció muy cuerdo escudero, y preguntégelo; y él, conociendo dónde mi pensamiento tiraba, por una parte me lo negó, é por otra me dió á entender que no seria su cuita por al sino por alguna que amase; é bien vi yo que lo dijo porque me quitase de aquel pensamiento é no procediese mas adelante, pues que dello no habria fruto ninguno. Yo gelo gradecí mucho, é de aquella hora adelante me aparté de mas pensar en ello.» Briolanja, cuando esto le oyó, miró contra Oriana riendo, é díjole: «Mi señora, paréceme que este caballero, por mas partes que yo pensaba anda sembrando esta dolencia, é acuérdeseos lo que os hobe dicho en este caso en el castillo de Miraflores.—Bien se me acuerda, dijo Oriana.» Esto fué que la reina Briolanja yendo á ver á Oriana á este castillo de Miraflores, como el segundo libro lo dice, le dijo casi otro tanto que con Amadís le habia acaecido. Pues así en aquello como en otras cosas estovieron hablando hasta que fué hora de dormir, é Grasinda se despidió dellas, y se tornó á su cámara, y ellas quedaron en la suya, é á la reina Briolanja hicieron en la cámara de Oriana una cama cabe la suya, porque ella é Mabilia dormian juntas; é allí se echaron á dormir, donde aquella noche descansaron é folgaron.

CAPITULO XVII.

De la embajada que don Cuadragante é Brian de Monjaste trajeron del rey Lisuarte, é lo que todos los caballeros é señores que allí estaban acordaron sobre ello.

Otro dia de mañana todos aquellos nobles señores é caballeros se juntaron á oir misa, é á la embajada que don Cuadragante é don Brian de Monjaste del rey Lisuarte traian. E la misa oida, estando allí todos juntos, don Cuadragante les dijo: «Buenos señores, nuestro mensaje é la respuesta dél fué tan breve, que vos no

podemos decir otra cosa sino que debeis dar gracias á Dios porque con mucha justicia é razon, é ganando gran prez é fama, podeis experimentar la virtud de vuestros nobles corazones; que el rey Lisuarte no quiere otro medio sino el rigor.» E con esto les dijo todo lo que con él habian pasado; é cómo sabian cierto que enviaba al emperador de Roma é á otros sus amigos. Agrájes, á quien nada desto pesaba, aunque por el mandado é ruego de Oriana hasta allí mucho se templase, dijo: «Por cierto, buenos señores, yo tengo creido que, segun el estado en que este negocio está, que muy mas dificultoso seria buscar seguridad para esta princesa é para la fama de nuestras honras que remedio para esta guerra; é fasta aquí, porque ella con gran aficion me mandó é rogó que en lo que podiese templase vuestras sañas é la mia, me he excusado de fablar tanto como mi corazon deseaba; pero agora, que se sabe el cabo de su esperanza, que era pensar que con el Rey su padre se podria tomar algun medio, é no se halla, yo quedo libre de lo que mas por la servir que por mi voluntad le habia prometido; é digo, señores, que en cuanto á mi querer é gana toca, que soy mucho mas alegre de lo que traeis que si el rey Lisuarte otorgara lo que de nuestra parte le pedistes; porque podiera ser que, so color de paz é concordia, se posiera con nosotros en contrataciones cautelosas donde podiéramos rescebir algun engaño, porque el rey Lisuarte y el Emperador, como poderosos, con poca pena podieran muy presto llegar sus gentes, lo que nosotros así no podiéramos hacer, por cuanto las nuestras han de venir de muchas partes é muy lueñes tierras; é aunque el peligro de nuestras personas, por estar en esta fortaleza tan fuerte, fuera seguro é sin daño, haciéndonos alguna sobra, no lo fuera el de nuestras honras. Y por esto, señores, tengo por mejor la guerra conocida que los tratos é concordia simulada, pues que por ello, como he dicho, á nosotros mas que á ellos daño venir podria.» Todos dijeron que decia gran verdad, é que luego se debia poner recaudo en que la gente viniese, é darle la batalla dentro en su tierra. Amadís, que muy sospechoso estaba, é con gran recelo que la concordia por alguna manera se podria hacer, é habria de entregar á su señora, é aunque su honra della é la de todos ellos se asegurase é guardase por entero, que el deseo de su cuitado corazon quedaba en tanta extremidad de dolor é tristeza, poniéndola en parte donde la ver no podiese, que seria ya imposible de poder sostener la vida; cuando oyó lo que los mensajeros traian é lo que su cohermano Agrájes dijo, aunque del mundo todo le hicieran señor, no le ploguiera tanto, porque ninguna afrenta ni guerra ni trabajo no lo tenia en nada en comparacion de tener á su señora como la tenia, é dijo: «Señor primo, siempre vuestras cosas han sido de caballero, é así las tienen todos aquellos que vos conoscen; é mucho debemos agradecer á Dios los que de vuestro linaje é sangre somos por haber echado entre nosotros caballero que en las afrentas tal recaudo de su honra, y en las cosas de consejo con tanta discrecion la acreciente. E pues que así vos como estos señores vos habeis determinado en lo mejor, á mí excusado será sino seguir lo que vuestra voluntad é suya fuere.»

Angriote de Estravaus, como era un caballero cuerdo é muy esforzado, é que mucho é lealmente á Amadís amaba, bien conoció que aunque no se adelantaba á hablar é se remitia á la voluntad de todos, que bien le placia de la discordia; y esto mas lo atribuia él á su gran esfuerzo, que no se contentaba sino con las semejantes afrentas, que aquello era, que no otra cosa alguna que dél sopiese, dijo: «Señores, á todos debe placer con lo que vuestros mensajeros trajeron é con lo que Agrájes dijo, porque aquello es lo cierto é seguro; pero dejando lo uno é otro aparte, digo, señores, que la guerra nos es mucho mas honrosa que la paz, y porque las cosas que para esto podria decir son tantas, que diciéndolas mucho enojo vos daria, solamente quiero traeros á la memoria que desque fuistes caballeros hasta agora, siempre vuestro deseo fué buscar las cosas peligrosas y de mayores afrentas, porque vuestros corazones con ellas extremadamente de los otros fuesen ejercitadas, é ganasen aquella gloria que por muchos es deseada, é alcanzada por muy pocos; pues si esto con mucha aficion é aflicion de vuestros ánimos es procurado, ¿cuándo ni en cualquier tiempo de los pasados tan complidamente lo alcanzastes como en el presente? que por cierto, aunque en cualidad deste á muchas dueñas é doncellas hayais socorrido, en cuantidad no es en memoria que por vosotros ni por vuestros antecesores haya sido otro semejante alcanzado, ni aun será en los venideros tiempos, sin que muchos dellos pasen. Y pues que la fortuna ha satisfecho nuestro deseo tan complidamente, dando causa que así como nuestros ánimos en el otro mundo son inmortales, lo sean nuestras famas en este en que vivimos, póngase tal recaudo como lo que ella á ganar nos ofrece por nuestra culpa é negligencia no se pierda.» Habido por bueno todo lo que estos caballeros dijeron, é poniendo en obra su parecer, acordaron de enviar luego á llamar toda la gente de su parte, y con esto se fueron á comer.

Y deja la historia por agora de hablar dellos, é torna á los mensajeros que habian enviado, como dicho es, é la historia lo ha contado.

CAPITULO XVIII.

Cómo el maestro Elisabat llegó á la tierra de Grasinda, é de allí pasó al emperador de Constantinopla con el mandado de Amadís, é de lo que con él recaudó.

Dice la historia que el maestro Elisabat andovo tanto por la mar hasta que llegó á la tierra de Grasinda, su señora, é allí mandó llamar á todos los mayores del señorío, é mostróles los poderes que della traia, é rogóles muy afincadamente que luego aquello se compliese; los cuales con gran voluntad le respondieron que todos estaban prestos para lo complir mucho mejor que si ella presente estoviese; é luego dieron órden cómo se ficiese gente de caballo é ballesteros, é archeros é otros hombres de guerra, é se aderezasen muchas fustas, é otras se ficiesen de nuevo. E como el maestro vió el buen aparejo, dejó para el recaudo dello á un caballero su sobrino, mancebo, que Libeo se llamaba; é rogándole que con mucho cuidado en ello trabajase, se metió á la mar é se fué al emperador de Constantinopla;

é como llegó se fué al palacio, é dijéronle cómo estaba fablando con sus hombres buenos. El maestro entró en la sala é llegó á besar las manos, las rodillas en el suelo; y el Emperador lo recibió benignamente, porque de antes lo conoscia é tenia por buen hombre. El maestro le dió le carta de Amadís, é como el Emperador la leyó, mucho fué maravillado que el caballero de la Verde Espada fuese Amadís de Gaula, á quien grandes dias mucho habia deseado conoscer, por las cosas extrañas que muchos de los que le habian visto le dijeran dél, é díjole: «Maestro, mucho soy quejoso de vos, si sopistes el nombre deste caballero é no me lo dijistes, porque corrido estoy que hombre de tan alto estado é linaje, é tan sonado por todo el mundo, á mi casa viniese, é no recibiese en ella la honra que él merecia, sino solamente como un caballero andante.» El maestro le dijo: «Señor, yo juro por las órdenes que tengo, que hasta que él se dejó de llamar el caballero Griego y se fizo conoscer á Grasinda, mi señora, é á nosotros todos, nunca sope que él fuese Amadís. — ¡Cómo! dijo el Emperador. ¿El caballero Griego se llamó despues que de aquí fué?» El maestro le dijo: «¿Luego, Señor, no han llegado á vuestra corte las nuevas de lo que fizo llamándose el caballero Griego? — Ciertamente, dijo el Emperador, nunca lo oí, si agora no. Pues oiréis grandes cosas, dijo él, si á la vuestra merced ploguiere que las diga. — Mucho lo tengo por bien, dijo el Emperador, que lo digais.»

Entonces el maestro le contó de cómo, despues que de allí habian partido, llegaron donde su señora Grasinda estaba, é cómo por el don que el caballero de la Verde Espada la habia prometido la llevó por la mar á la Gran Bretaña, é por cuál razon, é cómo ante que allá llegase, mandó que lo no llamasen sino el caballero Griego; é las batallas que en la corte del rey Lisuarte fizo con Salustanquidio é los otros dos caballeros romanos que contra él habian tomado la batalla por las doncellas, é cómo los venció tan ligeramente; é asimismo le contó las grandes soberbias que los romanos ante que á la batalla saliesen decian, é cómo dijeron al rey Lisuarte que á ellos les diesen aquella empresa contra el caballero Griego, que en sabiendo que se habia de combatir con ellos, no les osaria esperar, porque los griegos temian como al fuego los romanos; é tambien le contó la batalla de don Grumedan, é cómo el caballero Griego le dejó allí dos caballeros sus amigos, é cómo vencieron á los tres romanos; todo gelo contó, que no faltó nada, así como aquel que presente habia sido á todo ello. Todos cuantos allí estaban fueron mucho maravillados de tal bondad de caballero, é muy alegres de cómo habia quebrantado la gran soberbia de los romanos con tanta deshonra suya. El Emperador le estuvo loando mucho é dijo: «Maestro, agora me decid la creencia; que vos yo oiré.» El maestro le dijo todo el negocio del rey Lisuarte y de su hija, é por cuál causa fué tomada en la mar por Amadís é por aquellos caballeros, é las cosas que los naturales del reino habian pasado con el rey Lisuarte, é de cómo Oriana se habia enviado á quejar á todas partes de aquella tan gran sinjusticia que el Rey su padre con tanta crueldad le hacia, desheredándola sin ninguna causa de un reino tan grande é tan honrado, donde Dios la había hecho heredera; é cómo, no curando de conciencia ni usando de ninguna piedad, queriendo heredar en sus reinos otra hija menor, la entregó á los romanos con muchos llantos é dolores, así della como de todos cuantos la veian, é cómo sobre estas quejas é grandes clamores de aquella princesa se juntaron muchos caballeros andantes de gran linaje é de muy alto hecho de armas, de los cuales le contó todos los nombres de los mas dellos, é cómo allí en la ínsola Firme los habia fallado Amadís, que desto nada no sabia. E allí él con ellos hobieron consejo de cómo esta princesa fuese socorrida, é ante ellos no pasase tan gran fuerza como aquella; que si era verdad que ellos fuesen obligados á reparar las fuerzas que á las dueñas é doncellas se hacian, é por ellas habian sofrido hasta allí muchos afanes é peligros, que mucho mas les obligaba aquella tan señalada é tan manifiesta á todo el mundo; é que si aquella no socorriesen, que no solamente perdian la memoria del socorro é amparo que á las otras habian hecho, mas que quedaban deshonrados para siempre, é no les complia parecer donde hombres buenos hobiese.

E contóle cómo fué la flota por la mar, é la gran batalla que con los romanos hobieron, é cómo al cabo fueron vencidos, é muerto Salustanquidio, el primo del Emperador, é preso Brondajel de Roca y el duque de Ancona y el arzobispo de Talancia, é los otros presos é muertos; é cómo llevaron aquella princesa con todas sus dueñas é doncellas é la reina Sardamira á la ínsola Firme, y que desde allí habian enviado mensajeros al rey Lisuarte, requiriéndole é rogándole que dejando de facer tan gran crueldad é sinjusticia á su fija, la quisiese tornar á su reino sin rigor ninguno; é que dando tal seguridad cual en tal caso convenia, á vista de otros reyes géla enviarian luego con todo el despojo é presos que habian tomado. Y que lo que él de parte de Amadís le suplicaba era, que si caso fuese que el rey Lisuarte no se quisiese llegar á lo justo, estando todavía en su mal propósito de no querer dél salir, y el emperador de Roma viniese en su ayuda con gran juntamiento de gentes contra ellos, que á su merced como á uno de los mas principales ministros de Dios que en la tierra habia dejado para mantener justicia; cuanto mas ser tan conocido este tan grande agravio que á esta tan virtuosa princesa se le facia, que muy justa causa era de ser dél socorrida, é allende desto, dar algun socorro á aquel noble caballero Amadís para apremiar á los que á la justicia no quisiesen, é ayudase á que no pasase tan gran fuerza é tuerto como en aquello se facia, y que, demás de servir á Dios en ello é hacer lo que debia, Amadís é todo su linaje y amigos le serian obligados á gelo servir todos los dias de su vida. Cuando esto todo oyó el Emperador, bien vió que el caso era grande é de gran fecho, así por ser de la cualidad que era, como porque sabia la gran bondad del rey Lisuarte, y en cuanto su honra é fama siempre habia tenido, é tambien porque conocia la soberbia del emperador de Roma, que era mas hecho á su voluntad que seguir seso ni razon, é bien creyó que esto no se podia curar sino con gran afrenta, y en mucho lo tovo; pero considerando la gran justicia que aquellos caballeros tenian,

é cómo Amadís habia venido de tan lueñe tierra á le ver, é le habia dado palabra, aunque liviana fuese, é no dicha á aquella parte que la él tomó, quiso mirar á su grandeza, acordándose de algunas soberbias que el emperador de Roma en algunos tiempos pasados le habia hecho; é respondió al maestro Elisabat é díjole: «Maestro, grandes cosas me habeis dicho, é de tan buen hombre como vos sois todo se puede é debe creer. Y pues que el esforzado Amadís ha menester mi ayuda, yo gela daré tan complidamente, que aquella palabra que él de mí tomó, aunque en alguna manera liviana pareciese, la halle muy verdadera é muy complida, como palabra de tan gran hombre como yo soy, dada á tan honrado caballero é tan señalado como él es, porque nunca en cosa me ofrecí que al cabo no acabase.» E todos cuantos allí estaban hobieron muy gran placer de lo que el Emperador respondió, é sobre todos, Gastíles, su sobrino, aquel que ya oistes que fué por Amadís, llamándose el caballero de la Verde Espada cuando mató al Endriagó. E luego se fincó de rodillas ante el Emperador, su tio, é dijo: «Señor, si á la vuestra merced ploguiere é mis servicios lo merecen, fágaseme por vos esta señalada merced, que sea yo enviado en ayuda de aquel noble é virtuoso caballero, que tanto ha honrado la corona de vuestro imperio.» El Emperador, cuando oyó esto, le dijo: «Buen sobrino, yo os lo otorgo, é así me place que sea, é desde agora vos mando á vos é al marqués Saluder que tomeis cargo de guarnecer una flota que sea tal é tan buena como á la grandeza de mi estado requiere; porque en otra manera no me podria venir dello honra; é si fuere menester, vos y él iréis en ella é podréis dar batalla al emperador de Roma, como cumple.» Gastíles le besó las manos é gelo tovo en muy gran merced; é así como lo él mandó lo ficieron él y el Marqués. Cuando el maestro Elisabat esto vió, bien podréis pensar el placer que dello sintiera, é dijo al Emperador: «Señor, por esto que me habeis dicho os beso las manos de parte de aquel caballero, é por ser yo el que tal recaudo llevo, le beso los piés, é porque por el presente me queda mucho de hacer, sea la vuestra merced de me dar licencia, é si el emperador de Roma llegare su gente, pues que es hombre de muy gran sentimiento para semejantes casos; é si él las llegare, que asimismo por consiguiente vos mandeis llamar las vuestras, porque á un tiempo lleguen á los que esperaren.» El Emperador le dijo: «Maestro, id con Dios, é deso dejad á mí el cargo; que si menester será, allá veréis quién yo soy y en lo que á Amadís tengo.» Así el maestro se despidió del Emperador, é se tornó á la tierra de su señora Grasinda.

CAPITULO XIX.

Cómo Gandalin llegó en Gaula é fabló al rey Perion lo que su señor le mandó, é la respuesta que hobo.

Sabed que Gandalin llegó en Gaula, donde con mucho placer fué recebido por las buenas nuevas que de Amadís llevaba, de quien mucho tiempo habia que las no habian sabido; é luego apartó al Rey é díjole todo cuanto su señor le mandó que le dijese, así como ya oistes. E como este fuese un rey tan esforzado, que ninguna afrenta, por grande que fuese, temia, en especial tocando á aquel hijo que era un espejo luciente en todo el mundo, é que él tanto amaba, dijo: «Gandalin, esto que de parte de tu señor me dices se hará luego; é si ante que yo le vieres, dile que le no toviera por caballero si aquella fuerza dejara pasar, porque á los grandes corazones es dado las semejantes empresas; é yo te digo que si el rey Lisuarte no se quisiere llegar á la razon, que será por su daño; é cata que te mando que nada desto no digas á mi fijo Galaor, que aquí tengo muy doliente, tanto, que muchas veces le he tenido mas por muerto que por vivo, é aun agora tiene mucho peligro; ni á su compañero Norandel, que por le ver es aquí venido; que á él yo gelo diré.» Gandalin le dijo: «Señor, como mandais se fará, é mucho me place por ser dello avisado; que yo no mirara en ello é podiera errar.—Pues véte á lo ver, dijo el Rey, é díle nuevas de su hermano, é guarda no te sienta nada á lo que vienes.» Gandalin se fué á la cámara donde Galaor estaba, tan flaco é tan malo, que él fué maravillado de lo ver; é como entró fincó los hinojos por le besar las manos, é Galaor le miró, é conoció que era Gandalin, é las lágrimas le vinieron á los ojos con placer, é dijo: «Mi amigo Gandalin, tú seas bien venido; ¿qué me dices de mi señor é hermano Amadís?» Gandalin le dijo: «Señor, él queda en la ínsola Firme sano é bueno é con mucho deseo de vuestra vista, é no sabe, Señor, de vuestro mal, ni yo no lo sabia fasta que el Rey mi señor me lo dijo; que yo vine aquí con su mandado para le hacer saber á él é á la Reina su venida; é cuando él sepa el estado de vuestra salud, mucho pesar dello habrá, como de aquel á quien ama é precia mas que á persona de su linaje.» Norandel, que allí estaba, le abrazó, é le preguntó por Amadís qué tal venia, y él le dijo lo que habia dicho á don Galaor, é les contó algunas cosas de las que en las ínsolas de Romanía y en aquellas extrañas tierras les habian acaecido. Norandel dijo á don Galaor: «Señor, razon es que con tales nuevas como estas tomeis esfuerzo é desecheis vuestro mal, porque vamos á ver aquel caballero, que si Dios me ayude, él es tal, que aunque por al no fuese sino por le ver, todos los que algo valen debrian tener en poco el trabajo de su camino, aunque muy largo fuese.»

Estando así fablando é preguntando Galaor é Gandalin muchas cosas, entró el Rey é tomó á Norandel por la mano, é fablando entre otras cosas, le sacó de la cámara, é cuando fueron donde el don Galaor no podiese oir el Rey le dijo: «Mi buen amigo, á vos conviene que luego os vayais á vuestro padre el Rey, porque, segun he sabido, os habrá menester, é á todos los suyos; é no vos empacheis en otras demandas, porque yo sé cierto que será muy servido con vuestra ida, é desto no digais nada á don Galaor, vuestro amigo, porque seria ponerle en gran alteracion, de que mucho daño venirle podria, segun su flaqueza.» Norandel le dijo: «Mi señor, de tan buen hombre como vos sois no se debe tomar sino el consejo, sin mas preguntar la causa; porque cierto soy que así será como lo decis, é yo me despediré esta noche de don Galaor, é mañana entraré en la mar; que allí tengo mi fusta, que cada dia espera.» Esto hizo el Rey porque Norandel compliese lo que á su padre obli-

gado era, é tambien porque no viese que él mandaba aderezar su gente é apercebir sus amigos. Así estovieron aquel dia mas alegres con don Galaor, por que lo él estaba con las nuevas de su hermano. Gandalin dijo á la Reina lo que Amadís la suplicaba, y ella le dijo que todo se haria como él lo enviaba á decir: «Mas, Gandalin, amigo, dijo la Reina, mucho estoy turbada de estas nuevas, porque entiendo que mi hijo estará en gran cuidado, é despues en gran peligro de su persona.—Señora, dijo Gandalin, no temais; que él habrá tanta gente, que el rey Lisuarte ni el emperador de Roma no le osen acometer.—Así plega á Dios,» dijo la Reina. Venida la noche, Norandel dijo á don Galaor: «Mi señor, yo acuerdo de me ir, porque veo que vuestra dolencia es larga, é para yo no aprovechar en ella, mejor será que en otras cosas entienda, porque, como vos sabeis, há poco que soy caballero, é no he ganado tanta honra como me seria menester para ser tenido entre los buenos por hombre de algun valor; é lo que supe de vuestro mal me estorbó de un camino en que estaba puesto cuando de casa de mi padre el Rey salí, é agora me conviene de ir á otra parte donde es menester mi ida, é Dios sabe el pesar que mi corazon siente en no poder andar en vuestra compañía. Mas, placiendo á Dios, en este comedio de tiempo en que yo cumpla lo que excusar no puedo, seréis mas mejorado, é yo terné cargo de me venir á vos, é irémos de consuno á buscar algunas aventuras.» Don Galaor, como esto oyó, sospiró con gran congoja, é díjole: «El dolor que yo, mi buen señor, siento en no poder ir con vos non lo sé decir; mas pues así place á Dios, no se puede al facer; é conviene que su voluntad se cumpla así como él quiere, é á Dios vais encomendado. E si caso fuere que vais al Rey vuestro padre é mi Señor, besalde las manos por mí, é decilde que quedo á su servicio, aunque mas muerto que vivo, como vos, Señor, védes.» Norandel se fué á su cámara, é muy triste por el mal de don Galaor, su leal amigo; é otro dia de mañana oyó misa con el rey Perion, y despidióse de la Reina é de su fija, é de todas las dueñas é doncellas; é la Reina la encomendó á Dios, é su fija é todas las otras dueñas é doncellas le encomendaron á Dios, como aquellas que lo mucho amaban, é así entró luego en la mar. E aquí no cuenta cosa de que le acaeciese, sino que con muy buen tiempo llegó en la Gran Bretaña, é se fué donde el Rey su padre estaba, é fué así dél como de los otros todos muy bien rescebido, como buen caballero que él era.

CAPITULO XX.

Cómo Lasindo, escudero de don Bruneo de Bonamar, llegó con el mandado de su señor al marqués é á Branfil, é lo que con ellos fizo.

Lasindo, escudero de don Bruneo de Bonamar, llegó adonde el Marqués estaba, é como le dijo el mandado de su señor á él é á Branfil, Branfil se congojó tanto por no se hallar en lo pasado con aquellos caballeros, é no haber sido en la tomada de Oriana, que se queria matar; é hincó los hinojos delante de su padre, é muy afincadamente le pidió por merced que mandase poner en obra lo que su hermano enviaba demandar. El Marqués, como era buen caballero é sabia la gran amistad que sus hijos tenian con Amadís é con todo su linaje, de que gran honra y estima les crescia, díjole: «Fijo, no te congojes; que yo lo haré complidamente, y te enviaré, si menester es, con tanta buena compaña, que la tuya no sea la peor.» Branfil le besó las manos por ello, é luego se dió órden cómo la flota se aderezase é la gente para ella, que este marqués era muy gran señor é muy rico, é habia en su señorío muy buenos caballeros, é de otra gente de guerra mucha é bien armada.

CAPITULO XXI.

De cómo Isanjo llegó con el mandado de Amadís al buen rey de Bohemia, y el gran recaudo que en él halló.

Isanjo, el caballero de la ínsola Firme, llegó al reino de Bohemia é dió la carta de Amadís é la creencia al rey Tafinor. No vos podrá hombre decir el placer que con él hobo cuando lo vió, é dijo: «Caballero, vos seais bien venido, é mucho gradezco á Dios este mensaje que me traeis, é por lo que se fará podréis ver con la voluntad que se recibe, é si vuestro camino es bien empleado.» E llamando á su fijo Grasandor, le dijo: «Fijo Grasandor, si yo soy obligado á tener conocimiento de las grandes ayudas é provechos que el caballero de la Verde Espada me fizo estando en el mi reino, tú lo sabes; que, demás de ser por él guardada é acrecentada la honra de mi real corona, él me quitó de la mas cruda é peligrosa guerra que nunca rey tovo, así por la tener con hombre tan poderoso como el emperador de Roma, como por él ser en sí mismo tan soberbio é fuera de toda razon, donde no se esperaba otro fin sino ser yo, é tú perdidos é destruidos, é por ventura al cabo muertos; é aquel noble caballero que Dios por mi bien á mi casa trajo lo reparó todo á mi honra é de mi reino, como tú viste. E así, como testigo dello, te mando que veas esta carta que me envia, é lo que este caballero de su parte me ha dicho, é con toda diligencia te apareja para que aquel gran beneficio que de aquel caballero recebimos, de nosotros sea satisfecho; é sabe que este caballero se llama Amadís de Gaula, aquel de quien tales cosas, tan famosas, por todo el mundo se cuentan, é por no ser conocido se llamó el caballero de la Verde Espada.» Grasandor tomó la carta é oyó lo que Isanjo le dijo, é respondió á su padre, diciendo: «¡Oh Señor! qué descanso tan grande recibe mi corazon en que aquel noble caballero haya menester el favor é ayuda de vuestro real estado, y en ver el conoscimiento é agradecimiento que de las cosas pasadas é por él fechas vos, Señor, teneis; solamente queda para satisfacion de mi voluntad que á la merced vuestra plega que, quedando el conde Galtínes para llevar la gente, si menester fuere, á mí me dé licencia con veinte caballeros que luego me vaya á la ínsola Firme, porque aunque en esta quistion algun atajo se dé, gran honra será para mí estar en compaña de tal caballería como ayuntada allí está.» El Rey le dijo: «Fijo, yo toviera por bien que esperaras á ver el fin desto, é llevaras aquel aparejo que á la honra mia é tuya convenia llevar; mas, pues así esto te place, hágase como lo pides, y escoge los caballeros que mas te placerá, é yo mandaré que luego sea aparejada una nao en que vayas, é á Dios plega de te dar tan buen viaje é tanto en honra de aquel noble

caballero, que con todo nuestro estado le paguemos la deuda que él con su persona sola nos dejó.» Esto se fizo luego, y este Grasandor, infante heredero deste rey Tafinor de Bohemia, tomó consigo los veinte caballeros que le mas contentaron, é se metió á la mar, é fué su via el camino de la ínsola Firme.

CAPITULO XXII.

De cómo Landin, sobrino de don Cuadragante, llegó en Irlanda, é de lo que con la Reina recaudó.

Con el mandado de su señor llegó Landin, sobrino de don Cuadragante, en Irlanda, é secretamente fabló con la Reina, é díjole el mandado de su señor; é como ella oyó tan gran revuelta é tan peligrosa, como quiera que sabia ser su padre el rey Abies de Irlanda, muerto por la mano de Amadís, como el primero desta historia lo cuenta, é siempre en su corazon aquel rigor y enemistad que en semejante caso se suele tener con él tuviese, consideró que mucho mejor era acorrer é poner remedio en los daños presentes que en los pasados que cuasi como olvidados estaban; é fabló con algunos de quien se fiaba, é con ellos tovo tal manera, que sin que el Rey su marido lo sopiese, don Cuadragante, su tio, fuese mucho ayudado, con intencion que, crescida la parte de Amadís, el rey Lisuarte seria destruido, é su marido el rey Cildadan con su reino salido de le ser sujeto é tributario. Pues así como os habemos contado, todas estas gentes quedaron apercebidas con aquella voluntad y deseo que se requiere tener á los vencedores. Mas agora deja la historia de hablar dellos por contar lo que los mensajeros del rey Lisuarte ficieron.

CAPITULO XXIII.

De cómo don Guilan el cuidador llegó en Roma con el mandado del rey Lisuarte, su señor, é de lo que fizo en su embajada con el emperador Patin.

Don Guilan el cuidador andovo tanto por sus jornadas, que á los veinte dias despues que de la Gran Bretaña partió, fué en Roma con el emperador Patin, el cual halló con muchas gentes é grandes aparejos para recebir á Oriana, que cada dia esperaba, porque Salustanquidio, su primo, é Brondajel de Roca le habian escrito cómo ya lo tenian despachado, é que presto serian con él con todo recaudo, y estaba mucho maravillado cómo tardaban; é don Guilan entró así armado como venia, sino las manos é la cabeza, en el palacio, é fuése donde el Emperador estaba, é fincó los hinojos é besóle las manos, é dióle la carta que le llevaba, y el Emperador le conoció muy bien, que muchas veces le viera en casa del rey Lisuarte al tiempo que él allí estovo, cuando se volvió muy mal ferido del golpe que Amadís le dió de noche en la floresta, como el libro segundo desta historia lo cuenta, é díjole: «Don Guilan, vos seais muy bien venido; entiendo que venis con Oriana, vuestra señora; decidme dónde queda, é mi gente que la trae.—Señor, dijo él, Oriana é vuestra gente quedan en tal parte, donde á vos ni á ellos convenia.—¿Cómo es eso?» dijo el Emperador. El le dijo: «Señor, leed esta carta, é cuando os ploguiere, deciros he á lo que vengo; que mucho hay mas de lo que pensar podeis.» El Emperador leyó la carta, é vió que era de creencia, é como en todas las cosas fuese muy liviano é desconcertado, sin mas mirar á otro consejo, le dijo: «Agora me decid la creencia desta carta delante de todos estos que aquí están; que me no podria mas sofrir.» Don Guilan le dijo: «Señor, pues así vos place, así sea. El Rey Lisuarte, mi señor, os face saber cómo Salustanquidio é Brondajel de Roca, é otros muchos caballeros con ellos, llegaron en su reino, é de vuestra parte le demandaron á su fija Oriana para ser vuestra mujer; y él, conociendo vuestra virtud é grandeza, aunque esta princesa fuese su derecha heredera é la cosa del mundo que él é la Reina su mujer mas amasen, por os tomar por fijo é ganar vuestro amor, contra la voluntad de todos los de sus reinos, gela dió con aquella compaña é atavíos que á la grandeza de vuestro estado é suyo convenia; y que entrados en la mar, fuera de los términos de su reino, salió Amadís de Gaula con otros muchos caballeros con otra flota, é desbaratados los vuestros, é muertos muchos con el príncipe Salustanquidio, é preso Brondajel de Roca y el arzobispo de Talancia y el duque de Ancona, é otros muchos con ellos, fué Oriana tomada, con todas sus dueñas é doncellas, é la reina Sardamira, é todos los presos é despojos fueron llevados á la ínsola Firme, donde la tienen, y que desde allí le han enviado mensajeros con algunos conciertos; pero que los no ha querido oir fasta que vos, Señor, á quien este fecho tanto toca, lo sepais, é vea cómo lo sentis; faciéndole saber que si así como á él le parece que deben ser castigados, si os parece á vos que sea tan breve, que el tiempo largo no faga la injuria mayor.» Cuando el Emperador esto oyó, fué muy espantado, é dijo con gran dolor de su corazon: «¡Oh cativo emperador de Roma! si tú esto no castigas, no te cumple sola una hora en este mundo vivir.» E tornó é dijo: «¿Es cierto que Oriana es tomada é mi primo muerto?—Cierto sin ninguna duda, dijo don Guilan; que todo ha pasado como vos he dicho.—Pues agora, caballero, os volved, dijo el Emperador, é decid al Rey, vuestro señor, que esta injuria é la venganza della yo la tomo á mi cargo, y que él no entienda en otra cosa sino en mirar lo que yo faré; que si deudo con él yo quiero, no es para darle trabajo ni cuidado, sino para le vengar de quien enojo le ficiere.—Señor, dijo don Guilan, vos respondeis como gran señor que sois é caballero de gran esfuerzo; pero entiendo que lo habeis con tales hombres que bien será menester lo de allá con lo de acá. Y el Rey, mi señor, fasta agora está bien satisfecho de todos los que enojo le han fecho, é así lo estará de aquí adelante. Y pues tan buen recaudo en vos, Señor, fallo, yo me partiré, é mandad poner en obra lo que cumple, é muy presto, con tal aparejo como es menester para tomar venganza sin que el contrario se resciba.»

Con esto se despidió don Guilan del Emperador, é no muy contento; que como este fuese un muy noble caballero é muy cuerdo y esforzado, é viese con tan poca autoridad é liviandad fablar aquel emperador, gran pesar en su corazon llevaba de ver al Rey su señor en compañía de hombre tan desconcertado, donde no le podia venir, si por muy gran dicha no fuese, sino toda

mengua é deshonra; é así se volvió por su camino, llorando muchas veces la gran pérdida que el Rey su señor por su culpa habia fecho en perder á Amadís é á todo su linaje, é á otros muchos que tanto valian, é por su causa estaban en su servicio, é agora le eran tan grandes enemigos. Pues con mucho trabajo llegó á la Gran Bretaña, é fué bien recebido del Rey é de todos los de la corte. E luego fabló con el Rey é le dijo todo lo que en el Emperador fallado habia, é cómo se aparejaba para venir con gran priesa, é con esto le dijo: «Quiera Dios, Señor, que del deudo deste hombre vos venga honra; que si Dios me ayude, muy poco contento vengo de su autoridad, é no puedo creer que gente que tal caudillo traya haga cosa que buena sea.» El Rey le dijo: «Don Guilan, mucho soy alegre de veros venido bueno é con salud, é teniendo yo á vos é á otros tales que me han de servir, solamente habrémos menester la gente del Emperador, que aunque él no la rija ni la guie, vosotros bastais para gobernar á él é á mí; é pues él así lo toma, menester es que acá nos falle con tal recaudo, que veyéndolo no tenga en tanto su poder como lo agora tiene.» Así estovo el Rey aderezando todas las cosas que convenian con mucha diligencia; que bien sabia que sus contrarios no dejaban de llamar cuantas gentes podian haber; que él sopo cómo el emperador de Constantinopla y el rey de Bohemia y el rey Perion é otros muchos llamaban sus gentes para las enviar á la ínsola Firme; é por dicho se tenia, segun la bondad de Amadís é de todos aquellos caballeros que con él estaban, que viéndose con aquellos tan grandes poderes, no se podrian sofrir de lo no buscar dentro en su reino; é por esta causa nunca cesaba de buscar ayudas de todas partes, pues veia que le serian menester; y tambien sopo cómo el rey Arábigo, é Barsinan, señor de Sansueña, é otros muchos con ellos, aderezaban gran armada, é no podia pensar adónde acudirian. Estando en esto, llegó Bramdoibas, é díjole cómo el rey Cildadan se aparejaba para complir su mandado, y que don Galvánes le suplicaba que le no mandase ser contra Amadís é Agrájes, su sobrino; y que si desto contento no fuese, que él le dejaria libre y desembargada la ínsola de Mongaza, como habia quedado al tiempo que dél la recibió, que mientra él la toviese fuese su vasallo, y cuando no lo quisiese ser, que dejándole la ínsola, quedase libre.

El Rey, como era muy cuerdo, aunque su necesidad fuese grande, bien vió que don Galvánes tenia razon, y envióle á decir que quedase; que aunque en aquella jornada no le sirviese, ende vernia tiempo en que se podiese enmendar; pues dende á pocos dias llegó Filispinel del rey Gasquilan de Suesa, é dijo al Rey cómo le habia recebido muy bien, y que con gran voluntad le vernia ayudar, é combatirse con Amadís, por cumplir lo que tanto deseaba. Sabido por el Rey el gran aparejo que tenia, acordó de no dilatar, é mandó llamar á su sobrino Giontes é díjole: «Sobrino, es menester que luego vayais lo mas presto que ser podiere al Patin, emperador de Roma, y le digais que yo estoy contento de lo que de su parte don Guilan me dijo, y que yo me voy á la mi villa de Vindilisora, porque es cerca del puerto donde él ha de desembarcar, y que allí llegaré todas mis compañas y estaré en el campo en real esperando su venida; que le ruego yo mucho que sea lo mas presto que él podiere; porque, segun su gran poder y el mio, si luego en el comienzo á nuestros contrarios sobramos de gentes, muchas ayudas les faltarán de las que vernian poniendo dilacion. Y vos, sobrino, no vos partais dél hasta venir en su compaña; que vuestra ida le porná mayor gana é cuidado para su venida.» Giontes le dijo: «Señor, por mí no quedará de ser complido lo que mandais.» El Rey se partió luego para Vindilisora, é mandó llamar todas sus gentes, é Giontes se metió á la mar en una fusta guarnida é aderezada de lo que para semejante viaje convenia, así de marineros como de viandas, para ir á Roma.

CAPITULO XXIV.

Cómo Grasandor, hijo del rey de Bohemia, se encontró con Giontes, é lo que le avino con él.

Dicho os habemos cómo Grasandor se partió de casa de su padre el rey de Bohemia en una fusta con veinte caballeros para se ir á la ínsola Firme. Pues navegando por la mar la ventura que le guió, topóse una noche con Giontes, sobrino del rey Lisuarte, que con su mandado iba á Roma al Emperador, como ya oistes, é viéndose cerca los unos de los otros, Grasandor mandó á sus marineros que enderezasen contra aquella nao para la tomar; é Giontes, como no llevaba otra compaña sino la que necesaria era para el gobernar de la fusta, é algunos otros servidores, é iba en cosa que tanto cumplia al Rey su señor, no pensó en al sino en se quitar de toda afrenta é complir su viaje, segun le era mandado; mas tanto no se pudo arredrar que tomado no fuese, é traido ante Grasandor así armado como estaba, y preguntóle quién era, y él le dijo que era un caballero del rey Lisuarte que iba con su mandado al emperador de Roma, y que si él por cortesía le mandase sóltar, é podiese cumplir su camino, que mucho gelo gradesceria, pues que causa ni razon ninguna habia para lo detener. Grasandor le dijo: «Caballero, como quiera que yo espere de ser muy presto contra ese rey que decis, en ayuda de Amadís de Gaula, é por esto no sea obligado á tratar bien á ninguno de los suyos, quiero usar con vos de toda mesura y dejaros ir, á tal partido, que me digais vuestro nombre y el mandado que al Emperador llevais.» Giontes le dijo: «Si por no deciros mi nombre é á lo que voy ganase mas honra, y el Rey mi señor fuese mas servido, excusado seria preguntármelo, pues que seria en vano; pero, porque mi embajada es pública, y en decirla, como quien yo soy, cumplo mas lo que debo, faré lo que me pedis. Sabed que á mí llaman Giontes, é soy sobrino del rey Lisuarte, é el mensaje que llevo es traer al Emperador con todo su poder lo mas presto que pueda para que se junte con el Rey mi tio, é vayan contra aquellos que á la princesa Oriana tomaron en la mar, como entiendo que habréis sabido, porque cosa tan grande no se puede excusar de ser pública en muchas partes. Agora vos he dicho lo que saber quereis; dejadme ir, si vos ploguiere, mi camino.» Grasandor le dijo: «Vos lo habeis dicho como caballero; yo vos suelto, que vos vayádes do qui-

siérdes, y venid presto con ese que decis; que prestos hallaréis los que buscais.»

Así se fué Giontes su camino, é Grasandor mandó á uno de aquellos caballeros que con él iban, que en una barca que allí llevaban se tornase á su padre é le dijese aquellas nuevas; é pues el fecho estaba en tal estado, que le pedia por merced se avisase cuando el Emperador ó su gente moviese para ir al rey Lisuarte, é que sin otro llamamiento que le fuese fecho, enviase toda su gente á la ínsola Firme con el conde Galtínes, porque lo suyo seyendo lo primero, en mucho mas seria tenido. E así se hizo; que este rey de Bohemia, sabido por él esta nueva, luego mandó partir su flota con mucha gente é bien armada, como aquel que con mucha aficion é amor estaba de acrecentar la honra é provecho de Amadís. Grasandor tiró por su mar adelante, é sin ningun entrevalo llegó al puerto de la ínsola Firme; é como algunos de los de la ínsola los vieron, dijéronlo á Amadís, é él mandó que fuesen á saber quién venia en la nave, é así se hizo. E cuando le dijeron que era Grasandor, fijo del rey de Bohemia, hobo muy gran placer, é cabalgó é fuése á la posada de don Cuadragante, é tomaron consigo á Agrájes, é fuéronlo á recebir. E cuando llegaron al puerto ya era salido de la mar Grasandor é sus caballeros, é estaban todos á caballo; é cuando él vió venir Amadís contra sí, adelantóse de los suyos é fuélo abrazar, é Amadís á él, é díjole: «Mi señor Grasandor, vos seais muy bien venido, é mucho placer he con vuestra vista.—Mi buen señor, dijo él, á Dios plega, por la su merced, que siempre comigo placer hayais, é que sea tan crescido como lo yo trayo en saber que el Rey mi padre é yo os podemos pagar algo de aquella gran deuda en que nos dejastes; et bien será que sepais unas nuevas que en el camino por do vengo hallé, é con tiempo pongais el remedio que cumple.» Entonces les contó todo lo que de Giontes supo, así como ya oistes que lo aprendió, é cómo desde allí envió á su padre para que en sabiendo que la gente del Emperador movia, que él, sin otro llamamiento, enviase luego toda su gente, en lo cual no posiese duda alguna, sino que vernia antes que la de los contrarios, y que de allí perdiese cuidado del llamamiento. Don Cuadragante dijo: «Si todos nuestros amigos con tal voluntad nos ayudan como este señor, no temerémos mucho esta afrenta.» Así se fueron al castillo, é Amadís llevó á su posada á Grasandor, é fizo aposentar los suyos, é mandóles dar todo lo que hobiesen menester, y envió á todos aquellos señores que viniesen á ver aquel príncipe tan honrado que les era venido, é así lo ficieron; que luego vinieron todos á la posada de Amadís, así vestidos de paños de guerra muy preciados, como siempre en los logares que algun reposo tenian lo habian acostumbrado; é cuando Grasandor los vió, é vió tantos caballeros, é de quien su fama por todas las partes del mundo tan sonada era, mucho fué maravillado, é por muy honrado se tovo en se ver en compaña de tales hombres. Todos llegaron con mucha cortesía á lo abrazar, y él á ellos, y le mostraron mucho amor. Amadís les dijo: «Buenos señores, bien será que sepais lo que este caballero nos dijo de lo que del rey Lisuarte supo.» Entonces gelo contó todo, como ya lo oistes; é todos dijeron que seria bien que fuesen enviados otros mensajeros á llamar la gente que apercebida estaba. E así se hizo. E porque muy larga y enojosa seria esta escriptura si por extenso se dijesen las cosas que en estos viajes pasaron, solamente vos contarémos que, llegados estos mensajeros adonde iban, las gentes por sus señores fueron llamadas; é metidos en sus naves, caminaron todos á la ínsola Firme, cada uno con los que aquí se dirán.

El buen rey Perion trajo, de los suyos é de sus amigos, tres mill caballeros; el rey Tafinor de Bohemia envió con el conde Galtínes mill é quinientos caballeros; Tantíles, mayordomo de la reina Briolanja, trajo mill é docientos caballeros; Branfil, hermano de don Bruneo, trajo seiscientos caballeros; Landin, sobrino de don Cuadragante, trajo de Irlanda seiscientos caballeros; el rey Ladasan de España envió á su hijo don Brian de Monjaste dos mill caballeros; don Gandáles trajo del rey Languínes de Escocia, padre de Agrájes, mill é quinientos caballeros; la gente del emperador de Constantinopla que trajo Gastíles, su sobrino, fueron ocho mill caballeros.

Todas estas gentes que la historia cuenta, llegaron á la ínsola Firme; é el primero que allí vino fué el rey Perion de Gaula, por la priesa que se dió, é porque su tierra estaba mas cerca que ninguna de las otras; é si él fué bien recebido de sus hijos é de todos aquellos señores, no es necesario decirlo, é asimesmo el gran placer qu'él con ellos hobo. E por él fué acordado que toda la gente de la ínsola Firme saliesen con sus tiendas é aparejos á una vega que debajo de la cuesta del castillo estaba, muy llana é muy fermosa, cercada de muchas arboledas y en que habia muchas fuentes; é así se fizo, que desde allí adelante todos estaban en real en el campo, é así como la gente venia, así luego era allí aposentada. Y desque todos fueron juntos, ¿quién vos podria decir qué caballeros é armas allí eran? Por cierto podeis creer que en memoria de hombres no era que gente tan escogida y tanta como aquella fuese en ninguna sazon junta en ayuda de ningun príncipe, como esta lo fué. Oriana, á quien mucho pesaba desta discordia, no hacia sino llorar é maldecir su ventura; pues que la habia traido á tal estado, que tan gran perdicion de gentes, si Dios no lo remediase, á su causa fuese venida; pero aquellas señoras que con ella estaban con mucha piedad é amor le daban consuelo, diciendo que ni ella ni los que en su servicio estaban eran en cargo de nada desto ante Dios ni ante el mundo; é aunque no quiso, la ficieron subir á lo mas alto de la torre, de donde toda la vega é gente se parescia. E cuando ella vió todo aquel campo cubierto de gentes, é tantas armas relucir, é tantas tiendas, no pensó sino que todo el mundo era allí ayuntado; é cuando todas estaban mirando, que en al no entendian, Mabilia se llegó á Oriana é le dijo muy paso: «¿Qué os parece, Señora? ¿Hay en el mundo quien tal servidor ni amigo como vos teneis tenga?» Oriana dijo: «¡Ay, mi señora y verdadera amiga! ¿Qué haré? que mi corazon no puede sofrir en ninguna manera lo que veo, que desto no me puede redundar sino mucha desventura; que de un cabo está este que decis, que es la lumbre de mis ojos y el

consuelo de mi triste corazon, sin el cual seria imposible poder yo vivir; y de la otra está mi padre, que aunque muy cruel le he hallado, no le puedo negar aquel verdadero amor que como hija le debo. Pues cuitada de mí, ¿qué haré? que cualquier destos que se pierda siempre seré la mas triste y desventurada, todos los dias de mi vida, que nunca mujer lo fué.» E comenzó á llorar, apretando las manos una con otra. Mabilia la tomó por ellas é díjole: «Señora, por Dios os pido que dejeis estas congojas é tengais esperanza en Dios, el cual muchas veces por mostrar su gran poder trae las cosas semejantes de gran espanto con muy poca esperanza de se poder remediar; y despues con pensado consejo les pone el fin al contrario de lo que los hombres piensan; é así, Señora, puede acaescer en esto, si á él le ploguiere. E puesto caso que la rotura por él permitida esté, habeis de mirar que una fuerza tan grande como es la que vos hacen, que sin otra mayor no se podia remediar. Pues dad gracias á Dios que no es á cargo vuestro, como estos señores vos han dicho.» Oriana, cono muy cuerda era, bien entendió que decia verdad, é algun tanto fué consolada. Pues así estovieron gran pieza mirando, é despues acogiéronse á sus aposentamientos.

El rey Perion, desque vió toda la gente aposentada, tomó consigo á Grasandor, hijo del rey de Bohemia, é Agrájes, é dijo que queria ver á Oriana; é así se fué con ellos al castillo, é mandó á Amadís é á don Florestan que quedasen con la gente. Oriana, cuando sopo la venida del Rey, mucho le plogo, porque, despues que él por su ruego hizo caballero á Amadís de Gaula, llamándose el Doncel del Mar, estando en casa del rey Languínes de Escocia, padre de Agrájes, así como el primero libro desta historia lo cuenta, nunca lo habia visto, é juntó consigo todas aquellas señoras para lo recebir. Pues el Rey é aquellos caballeros, llegados á su aposentamiento, entraron donde Oriana estaba, é el Rey la saludó con mucha cortesía, y ella á él muy homilmente, é despues á la reina Briolanja é á la reina Sardamira, é á todas las otras infantas é señoras; é Mabilia vino á él é fincó los hinojos, é quísole besar las manos, mas él las tiró á sí, é abrazóla con mucho amor, é díjole: «Mi buena sobrina, muchas encomiendas os trayo de la Reina vuestra tia é de vuestra prima Melicia, como aquella á quien mucho aman y precian, é Gandalin vos traerá su mandado, que quedó para venir con Melicia, que será agora aquí con vos, é hará compañía á esta señora, que tan bien lo merece.» Mabilia le dijo: «Dios gelo gradezca por mí lo que, Señor, me decis, é yo gelo serviré en lo que á mi mano venga; é mucho soy leda de la venida de mi prima, é así lo hará esta princesa, que há gran tiempo que la desea ver por las buenas nuevas que della se dicen.» El Rey se tornó á Oriana é díjole: «Mi buena señora, la razon que me ha dado causa de sentir y me pesar mucho de vuestra fatiga, aquella mesma con mucho deseo me obliga de procurar el remedio della; é por esto soy aquí venido, donde á nuestro Señor plega me dé lugar que las cosas de vuestro servicio é honra sean acrecentadas, como yo deseo, é vos, mi buena señora, deseais; é mucho maravillado soy del Rey vuestro padre, seyendo tan cuerdo é tan complido en todas las buenas maneras que rey debe tener, que en este caso, que tanto á su honra é fama toca, tan cruda é cortamente se haya habido; é ya que lo primero tanto errado fuese, debiéralo emendar en lo segundo; que me dicen estos caballeros que con mucha cortesía le han requerido, é que no los quiso oir; é si alguna excusa para su desculpa tiene, no es al, salvo que los grandes yerros tienen esta dolencia, que no saben volver las espaldas para se tornar al buen conocimiento; antes estando rigurosos en su porfía, piensan con otros yerros é insultos mayores dar remedio á los primeros. Pues el provecho é honra que desto se le apareja, Dios, que es el verdadero sabidor é juez de la gran sinjusticia que os face, lo sabe, que en esta cosa tan señalada muy señaladamente mostrará su poder; é vos, mi señora, en él tened mucha esperanza; que él os ayudará é tornará en aquella grandeza que vuestra justicia é gran virtud merece.»

Oriana, como muy entendida era, é todas las cosas mejor que otra mujer conociese, miraba mucho al Rey, é parecióle tan bien así en su persona como en su habla, que nunca vió otro que así le pareciese, é bien conosció que aquel merecia ser padre de tales hijos, y que con mucha razon era loado é corria su fama por todas las partes del mundo por uno de los mejores caballeros que en él habia; é fué tan consolada en lo ver, que si el amor que á su padre habia tan grande no fuera, que en muy grandes congojas é cuidados la tenia puesta, no toviera en nada que todo el mundo fuera contra ella, teniendo de su parte tal caudillo con la gente que él gobernar esperaba, é díjole: «Mi señor, ¿qué gracias os puede dar desto que me habeis dicho una pobre cativa desheredada doncella como lo yo soy? Por cierto no otras ningunas sino las que os han dado todas aquellas á quien con mucho peligro fasta aquí socorrido habeis, que son servir á Dios en ello é ganar aquella gran fama é prez que entre las gentes habeis ganado. Una cosa demando que por mí se faga, demás de tan grandes beneficios que de vos, mi buen señor, recibo; que es, que en todo lo que la concordia se podiere poner, se ponga con el Rey mi padre, porque no solamente nuestro Señor será servido en se excusar muertes de tantas gentes, mas yo me ternia por la mas bienaventurada mujer del mundo si acabar se podiese.» El Rey le dijo: «Las cosas son llegadas en tal estado, que muy dificultoso seria poderse hallar la igualeza de las partes; pero muchas veces acaesce que en el extremo de las roturas se falla la concordia, que con mucho trabajo hasta allí fallar no se pudo, é así en esto puede acaescer; é si tal se hallase, podeis vos, mi buena señora, ser cierta que, así por el servicio de Dios como por el vuestro, con toda aficion será por mi voluntad otorgado, como aquel que desea mucho serviros.» Oriana gelo gradeció con mucha homildad, como aquella en quien toda virtud reinaba mas que en otra mujer.

En este comedio que el rey Perion con Oriana hablaba, Agrájes é Grasandor hablaban con la reina Briolanja, é con la reina Sardamira, é Olinda é las otras señoras. E cuando Grasandor vió á Oriana é aquellas señoras tan extremadas en hermosura é gentileza de

todas cuantas él habia visto ni oido, estaba tan espantado, que no sabia qué decir, é no podia creer sino que Dios por su mano las habia hecho. E como quiera que á la fermosura de Oriana é la reina Briolanja é Olinda ninguna se podia igualar, si no fuese Melicia, que por venir estaba, tan bien le pareció el buen donaire é gracia y gentileza de la infanta Mabilia, é su gran honestidad, que desde aquella hora adelante nunca su corazon fué otorgado de servir ni amar á ninguna mujer como aquella; é así fué preso su corazon, que mientra mas la miraba mas aficion le ponia, como en semejantes tiempos é autos suele acaescer.

Pues estando así casi como turbado, como caballero mancebo, que nunca del reino de su padre habia salido, preguntó á Agrájes que por cortesía le quisiese decir los nombres de aquellas señoras que allí con Oriana estaban; Agrájes le dijo quién eran todas y la grandeza de sus estados; é como aun Mabilia estoviese con el rey Perion é con Oriana, tambien le preguntó por ella, é Agrájes le dijo cómo era su hermana, y que creyese que en el mundo no habia mujer de mejor talante ni mas amada de cuantos la conocian. Grasandor calló, que no dijo nada, é bien juzgó por su corazon que Agrájes decia verdad; é así era, que todos cuantos á esta infanta Mabilia conoscian la amaban por la gran humildad é gracia que en ella habia. Así estando con mucho placer, por gelo dar á Oriana, que alegrar non se podia, la reina Briolanja dijo á Agrájes: «Mi buen señor é gran amigo, yo he menester de hablar con don Cuadragante é Brian de Monjaste delante vos sobre un caso, é ruégoos mucho que los fagais venir ante que os vayais.» Agrájes le dijo: «Señora, eso luego se fará.» E mandó á uno suyo que los llamase, los cuales vinieron, é la Reina los apartó con Agrájes é les dijo: «Mis señores, ya sabeis el peligro en que me vi, donde, despues de Dios, la bondad de vosotros me libró, é cómo metistes en mi poder aquel mi primo Trion, el cual yo tengo preso; y pensando mucho qué haré dél, de un cabo veo ser este hijo de Abiseos, mi tio, que á mi padre á tan gran tuerto é traicion mató, y que la simiente de tan mal hombre debria perecer, porque sembrada por otras partes, no pudiesen nascer della semejantes traiciones; y de otro constriñéndome el gran deudo que con él tengo, y que muchas veces acaesce ser los hijos muy diversos de los padres; y que el acometimiento que este hizo, fué, como mancebo, por algunos malos consejeros, como lo he sabido, no me sé determinar en lo que haga, é por esto os hice llamar, para que, como personas que en esto y en todo vuestra gran discrecion alcanza lo que hacer se debe, me digais vuestro parecer.» Don Brian de Monjaste le dijo: «Mi buena señora, vuestro buen seso ha llegado tanto al cabo lo que en este caso decir se podria, que no queda qué consejar, salvo traeros á la memoria que una de las causas por donde los príncipes é grandes son loados, é sus estados y personas seguras, es la clemencia, porque con esta siguen la doctrina de aquel cuyos ministros son, al cual faciendo las personas lo que deben, se debe referir todo lo restante; y seria bien que porque mas vuestra duda se aclarase en determinar el un camino de los que, Señora, habeis dicho, lo mandádesedes aquí venir, é hablando con él, por la mayor parte se podria juzgar algo de lo que ver ni adevinar por el cabo en ausencia suya se podria.» Todos lo tovieron por bien, é así se fizo; que la Reina rogó al rey Perion que se detuviese alguna pieza hasta que con aquellos caballeros tomase conclusion de un caso en que mucho le iba.

Venido Trion, pareció ante la Reina con mucha humildad, é con tal presencia, que bien daba á entender el gran linaje donde venia. La Reina le dijo: «Trion, si yo tengo causa de vos perdonar ó mandar poner en ejecucion la venganza del yerro que me hecistes, vos lo sabeis, pues tambien os es notorio lo que vuestro padre al mio fizo; pero, como quiera que las cosas hayan pasado, conosciendo que el mayor deudo que en este mundo yo tengo sois vos, soy movida, no solamente á haber piedad de vuestra juventud, habiendo en vos el conocimiento que de razon haber debeis, mas á os tener en aquel grado é honra que si de enemigo que me habeis seido, me fuésedes amigo y servidor. Pues yo quiero que delante destos caballeros me digais vuestra voluntad, y sea tan enteramente, que buena ó al contrario parezca, sin tener en vuestra boca sino aquella verdad que hombre de tan alto logar decir debe.» Trion, que otra peor nueva esperaba, dijo: «Señora, en lo que á mi padre toca no sé responder, porque la tierna edad en que yo quedé me excusa; en lo mio cierto es que, así por mi querer y voluntad, como por la de otros muchos que me consejaron, yo quisiera poneros en tal estrecho, é á mí en tanta libertad, que pudiera alcanzar el estado que la grandeza de mi linaje demanda; pero, pues que la fortuna así en lo primero de mi padre é mis hermanos como en esto segundo me ha querido ser tan contraria, no queda para mí reparo, salvo conociendo ser vos la derecha heredera de aquel reino que de nuestros abuelos quedó; é la gran piedad y merced que me haceis alcance con muchos servicios é por vuestra voluntad lo que por fuerza mi corazon alcanzar deseaba.—Pues si vos, Trion, dijo la Reina, así lo haceis, é me sois leal vasallo, yó os seré, no solamente prima, mas hermana verdadera, y de mí alcanzaréis aquellas mercedes con que vuestra honra sea satisfecha é vuestro estado contento.» Entonces Trion fincó los hinojos y besóle las manos; é de allí adelante este Trion le fué á esta reina tan leal en todas las cosas, que así como ella mesma todo el reino mandaba.

Donde los grandes deben tomar enjemplo para ser inclinados á perdon é piedad en muchos casos que se requiere tener con todos, é muy mejor con sus deudos, gradesciendo á Dios que, seyendo de una sangre, de un abolorio, los hizo señores dellos, é á ellos de sus vasallos, é aunque algunas veces yerren, sofrir el enojo, considerando el gran señorío que sobre ellos tienen. La Reina le dijo: «Pues apartando de mí todo enojo, y dejándovos en vuestro libre poder, quiero que tomando cargo de gobernar é mandar esta mi gente, fagais aquello que la voluntad de Amadís fuere.» Mucho loaron aquellos caballeros lo que esta muy hermosa é apuesta reina fizo. E de allí adelante este caballero por ellos fué muy allegado é honrado, como adelante mas largamente se dirá, é por todos los otros que su bondad é

gran esfuerzo conoscieron. El rey Perion se despidió de Oriana é de aquellas señoras, é con aquellos caballeros se tornó al real. E la reina Briolanja encargó mucho á Agrájes que hiciese conoscer á Trion, su primo, con Amadís, y le dijese todo lo que con él habia pasado, é así se hizo; que todo gelo contó por extenso. Pues llegado el rey Perion al real, falló que entonces llegaba allí Balais de Carsante con veinte caballeros de su linaje, muy buenos é muy bien armados é aparejados para servir é ayudar á Amadís. E quiero que sepais que este caballero fué uno de los caballeros que Amadís sacó de la cruel prision de Arcalaus el encantador, con otros muchos, y el que cortó la cabeza á la doncella que juntó á Amadís é á su hermano don Galaor para que se matasen. E por cierto, si por este no fuera, al uno dellos convenia morir, ó entrambos, así como el primero libro desta historia lo cuenta. Este Balais dijo al Rey é á aquellos caballeros cómo el rey Lisuarte estaba en el real cerca de Vindilisora, y que, segun le habian dicho, que podria tener hasta seis mil de caballo é otras gentes de pié; y que el emperador de Roma era llegado al puerto con gran flota, é toda la gente salia de la mar, é asentaban su real cerca del rey Lisuarte; y que asimesmo era venido Gasquilan, rey de Suesa, y que traia ochocientos caballeros de buena gente; y el rey Cildadan era ya allá pasado con doscientos caballeros, y que creia que en esos quince dias no moverian de allí, porque la gente venia muy fatigada de la mar. Esto pudo muy bien saber este Balais de Carsante, porque un castillo muy bueno que él tenia era en el señorío del rey Lisuarte, y estaba en tal comarca donde sin mucho trabajo podria saber las nuevas de la gente.

Así pasaron aquel dia folgando por aquellos campos, aderezando todos sus armas é caballos para la batalla, aunque las armas todas eran hechas de nuevo, tan ricas é tan lucientes como adelante se dirá. Otro dia de gran mañana llegó al puerto el maestro Elisabat con la gente de Grasinda, en que venian quinientos caballeros é archeros. E cuando Amadís lo supo tomó á Angriote é á don Bruneo é fué á lo recebir con aquella voluntad é amor que la razon le obligaba; é hicieron salir toda la gente de la mar, é aposentáronla en el real con la otra; é Libeo, sobrino del maestro, con ella, como su capitan. Y ellos tomaron al maestro entre sí, é con mucho placer lo llevaron al rey Perion, é Amadís le dijo quién era, é lo que por él habia hecho, como la tercera parte desta historia lo cuenta en la muerte del Endriago; é cómo no les podiera venir á tal tiempo persona que tanto les aprovechase. El Rey lo recibió bien é de buen talante, é díjole: «Mi buen amigo, quede para despues de la batalla, si vivos fuéremos, la disputa á quién debe agradecer mas Amadís, mi hijo: á mí, que, despues de Dios, de nada lo fice, ó á vos, que de muerto lo tornastes vivo.» El Maestro le besó las manos, é con mucho placer le dijo: «Señor, sea así como lo mandais; que fasta que mas se vea no quiero daros la ventaja de á quién es mas obligado.» Todos hobieron placer de lo que el Rey dijo é de la respuesta del maestro Elisabat; é luego dijo al Rey: «Mi señor, yo os traigo dos nuevas que os cumple saber; é son, que el emperador de Roma es ya partido con su flota, en la cual, segun fuí certificado de personas que allá envié, lleva diez mill de caballo; é asimismo me llegó mandado de Gastiles, sobrino del emperador de Constantinopla, cómo ya era dentro en la mar con ocho mill de caballo, que su tio envia en ayuda de Amadís, y que á su creer, este tercero dia será en el puerto.» Todos cuantos lo oyeron fueron mucho alegres é muy esforzados con tales nuevas, especial la gente de mas baja condicion. Pues así como ois estaba el rey Perion con toda aquella compaña, atendiendo la gente que venia é aderezando las cosas necesarias á la batalla.

CAPITULO XXV.

Cómo el emperador de Roma llegó en la Gran Bretaña con su flota, é de lo que él y el rey Lisuarte ficieron.

Dice la historia que Giontes, sobrino del rey Lisuarte, despues que de Grasandor se partió, como habeis oido, él se fué derechamente á Roma, é así con su priesa como con la que el Emperador se daba, muy prestamente fué armada gran flota, é guarnecida de aquellos diez mill caballeros que vos ya contamos. E luego el Emperador se metió á la mar, é sin ningun embargo que en el camino hobiese llegó en la Gran Bretaña á aquel puerto de la comarca de Vindilisora, donde sabia que el rey Lisuarte estaba; é como él lo supo, cabalgó con muchos hombres buenos é con aquellos dos reyes, el rey Cildadan é Gasquilan, é fuélo á rescebir; é cuando llegó ya toda la mas de la gente era de la mar salida, y el Emperador con ella, é como se vieron fuéronse á abrazar, é recibiéronse con mucho placer. El Emperador le dijo: «Si alguna mengua ó enojo vos, Rey, habeis por mi causa recebido, yo estoy aquí, que con doblada victoria vuestra honra será satisfecha; é así como yo solo fuí la causa dello, así querria que solo con los mios se me diese lugar para tomar la venganza, porque á todos fuese enjemplo é castigo que á tan alto hombre como yo soy ninguno se atreviese á enojar.» El Rey le dijo: «Mi buen amigo é señor, vos é vuestra gente venis maltrechos de la mar, segun el largo camino; mandadlos salir é aposentar, y refrescarán del trabajo pasado, y entre tanto habrémos aviso de nuestros enemigos; é sabido, podréis tomar el lugar é consejo que os mas placerá.» El Emperador quisiera que luego fuera la partida; mas el Rey, que mejor que él sabia lo que necesario era, é con quién habia la cuestion, detúvola fasta el tiempo convenible; que bien via que en aquella batalla estaba todo su hecho. Así estovieron en aquel real bien ocho dias, allegando la gente que de cada dia venia al Rey. Pues así acaesció, que andando un dia el Emperador é los reyes, é otros muchos caballeros cabalgando por aquellas vegas é prados al derredor del real, que vieron venir un caballero armado en su caballo, é un escudero con él, que le traia las armas; é si alguno me preguntase quién era, yo le diria que Enil, el buen caballero sobrino de don Gandáles; é como al real llegó, preguntó si estaba allí Arquisil, un pariente del emperador Patin, é fuéle dicho que sí, y que cabalgaba con él el Emperador; él cuando esto oyó fué muy alegre, é fuése donde vió andar la gente, que bien pensó que allí estaria, é cuando á ellos llegó falló que el Emperador é

aquellos reyes estaban fablando en un prado cerca de una ribera, en las cosas que á la batalla pertenecian; é Enil supo que con ellos estaba Arquisil, y él se fué para ellos é saludólos muy homilmente, y ellos le dijeron que fuese bien venido, é qué demandaba. Enil cuando esto oyó dijo: «Señores, vengo de la ínsola Firme con mandado de aquel noble caballero Amadís de Gaula, mi señor, hijo del rey Perion, á un caballero que sé llama Arquisil.» Cuando esto oyó Arquisil, que por él preguntaba, dijo: «Caballero, yo soy el que vos demandais; decid lo que quisiérdes, que oido vos será.» Enil le dijo: «Arquisil, Amadís de Gaula os face saber cómo, llamándose el caballero de la Verde Espada, estando en la corte del rey Tafinor de Bohemia, llegó allí un caballero llamado don Garadan, con otros once caballeros, á le acompañar, de los cuales vos fuistes el uno; y que él hobo batalla con el dicho don Garadan, en la cual fué vencido é muerto, como vos vistes; é que luego otro dia la hobo con vos é con vuestros compañeros él é otros once caballeros, como se asentó; é que siendo vos y ellos vencidos, vos tomó en su prision, de la cual, á ruego vuestro, vos fizo libre, é que le prometistes, como leal caballero, que cada que por él fuésedes requerido vos tornaríades en su poder. E agora por mí vos llama que cumplais lo que hombre de tan alto logar é tan buen caballero como vos sois debe complir.» Arquisil dijo: «Cierto, caballero, en todo lo que habeis dicho, habeis dicho verdad; que así pasó como decis. Solamente queda si aquel caballero que se llamaba de la Verde Espada si es Amadís de Gaula.» Algunos caballeros de los que allí estaban le dijeron que sin dubda lo podia creer. Entonces Arquisil dijo al Emperador: «Oido habeis, Señor, lo que este caballero me pide, de que me no puedo excusar, sino complir lo que soy obligado, porque podeis creer que él me dió la vida, é me quitó que me no matasen aquellos que gran voluntad lo tenian; é por esto, Señor, os suplico no os pese de mi ida; que si la dejase en tal caso, no era razon que hombre tan poderoso y de tan alto linaje como vos me toviese por su deudo ni en su compañía.»

El Emperador, como era muy acelerado, é las mas veces miraba mas al contentamiento de su pasion ó aficion que á la honestidad de la grandeza de su estado, dijo: «Vos, caballero, que de parte de Amadís habeis venido, decidle que harto debe estar de me hacer los enojos que los pequeños suelen á los grandes hacer; que de otra manera bien apartado está, y que venido es el tiempo en que él sabrá quién yo soy é lo que puedo, y que me no escapará en ninguna parte, ni en esa cueva de ladrones en que se acoge, que no me pague lo que me ha fecho, con las setenas á la satisfacion de mi voluntad; é vos, Arquisil, complid lo que vos pide; que no tardará mucho que vos no meta en mano este de quien sois preso para que hagais dél lo que os placerá.» Enil cuando aquello oyó fué sañudo, é pospuesto todo temor, dijo: «Bien creo, Señor, que Amadís os conoce, que ya otra vez os vió, mas como caballero andante que como gran señor, é asimismo vos á él; que no vos partistes de su presencia tan livianamente. Pues en lo de ágora, así como vos venis de otra forma, así él viene á vos buscar; lo pasado júzguelo quien lo sabe, é Dios lo porvenir; que á él, sin otro alguno, es dado.» Como el rey Lisuarte aquello vido, hobo recelo que por mandado del Emperador aquel caballero algun daño rescibiese, de lo cual él sintiera gran pesar, é así lo habia habido de todo lo que le habia oido decir, porque muy apartado era de su condicion, sino, como rey, ser honesto en la palabra, y en la obra muy riguroso; antes que el Emperador nada dijese tomóle por la mano é díjole: «Vayamos á nuestras tiendas, que es tiempo de cenar, y este caballero goce de la libertad que los mensajeros suelen é deben tener.» Así se fué el Emperador tan sañudo como si el enojo fuera con otro tan grande como él. Arquisil llevó á Enil á su tienda, é fízole mucha honra, é luego se armó, é cabalgando en su caballo, fué con él.

Pues aquí no cuenta la historia de cosa que le acaeciese, sino que llegaron á la ínsola Firme en paz é concordia; é como cerca del real fueron, é Arquisil vió tanta gente, que ya la del emperador de Constantinopla era llegada, fué mucho maravillado de la ver, y calló, que no dijo nada; antes mostró que lo no miraba. E Enil lo llevó á la tienda de Amadís, donde así dél como de otros muchos nobles caballeros fué muy bien recebido.

Pues allí estovo Arquisil cuatro dias que Amadís le traia consigo, é le mostraba toda la gente é los señalados caballeros, é decíale sus nombres, los cuales por sus bondades é grandes fechos de armas eran muy conoscidos por todas las partes del mundo. Mucho se maravillaba de ver tal caballería, en especial de aquellos muy hermosos caballeros; que bien creia que si algun revés el Emperador habia de haber, no era sino por estos; que de la otra gente no temia mucho, ni se curaba dellos si tales caudillos no toviesen, que el esfuerzo destos era bastante de facer esforzados todos los de su parte; é bien vió que el Emperador su señor habia menester grande aparejo para les dar batalla; y teníase por malaventurado ser en tal tiempo preso, que si muy léjos estoviese, oyendo decir de una cosa tan señalada é tan grande como aquella, vernia por ser en ella; pues en ella estando, é no lo poder ser, teníase por el mas desaventurado caballero del mundo, é cayó en tal pensamiento, que sin lo sentir ni querer, las lágrimas le caian por las faces, é con esta gran congoja acordó de tentar la virtud é nobleza de Amadís. Así fué, que estando el esforzado Amadís é otros muchos grandes señores y esforzados caballeros en la tienda del rey Perion, é Arquisil con ellos, que aun no le era dicho donde habia de tener prision, él se levantó donde estaba, é dijo al Rey: «Señor, la vuestra merced sea de me oir delante estos caballeros con Amadís de Gaula.» El Rey le dijo que de grado le oiria todo lo que él toviese por bien de decir. Entonces Arquisil contó allí todo lo que le aconteció en la batalla que don Garadan y él é los otros sus compañeros hobieron con Amadís é con los caballeros del rey de Bohemia, é cómo fueron vencidos é maltrechos, é muerto don Garadan, é cómo Amadís por su gran mesura le quitó á él de las manos de aquellos que gran sabor é intencion tenian de lo matar, é cómo á ruego y peticion suya le soltó y dejó ir porque podiese dar algun reparo á sus compañeros, que muy llagados estaban, dejándole en

prenda su fe y palabra, como su preso, de le acudir cada que por él fuese requerido, como mas largo lo cuenta la parte tercera desta historia, y que agora fuera por Amadís llamado, y era venido, como todos veian, para complir su palabra, y estar en aquella parte donde por él le fuese mandado y señalado; pero que si Amadís, usando con él de aquella liberalidad que su gran mesura é virtud con todos los que su gracia é ayuda habian menester acostumbrado tenia, en le dar licencia para que él en aquella batalla que se esperaba dar, tan señalada en el mundo, podiese al Emperador su señor servir como debia, que le prometia como leal é buen caballero delante dél é de todos los que allí presentes seian, si vivo quedase, de venir donde le fuese mandado á complir su prision. Amadís, que á la sazon en pié con él estaba por le honrar, le respondió: «Arquisil, mi buen señor, si yo hobiese de mirar á las soberbias y demasiadas palabras del Emperador, vuestro señor, con mucho rigor y gran crueza trataria todas sus cosas, sin temer que por ello en ninguna desmesura cayese; mas, como vos sin cargo seais, y el tiempo nos haya traido á tal estado, que la virtud de cada uno de nos será manifiesta, tengo por bien de venir en lo que pedido habeis, é dovos licencia que podais ser en esta batalla, de la cual sin peligro saliendo, seais en esta ínsola dentro de diez dias á complir lo que por mí é los de mi parte vos fuere mandado.» Arquisil gelo agradeció mucho, é así lo prometió.

Algunos podrán decir que por cuál razon se face tanta mincion de un caballero tal como este, tan poco nombrado en esta tan gran historia. Digo que la causa dello es así, porque en lo pasado este con mucho esfuerzo trató todas las afrentas que por él pasaron, como adelante oiréis, que por su gran linaje é noble condicion llegó á ser emperador de Roma; é siempre tovo á Amadís, que fué la principal causa de alcanzar tan gran señorío, en logar de verdadero hermano, como cuando sea tiempo é sazon mas largo se recontará. Pues de allí salidos aquellos señores, recogidos en sus tiendas é albergues, Arquisil se armó, é cabalgando en su caballo, se despidió de Amadís é de todos los que con él estaban; é se tornó por el camino que viniera; é no cuenta la historia de cosa que le acaeciese, sino que llegó á la hueste del Emperador, donde dió á todos mucho placer con su venida; é aunque muchas cosas le preguntaron, no quiso decir sino solamente la gran cortesía que de aquel muy noble caballero Amadís habia recebido; que bien podeis creer que sus cortesías eran tales é tantas, que á duro en ningun caballero en aquel tiempo se podrian hallar.

Y quiero que sepais que la causa por qué estos caballeros caminaban tan largos caminos sin aventura fallar, como en los tiempos pasados, era porque no entendian todos en al, salvo en aderezar é aparejar las cosas necesarias para la batalla; que les semejaba, segun la grandeza de aquella afrenta, que entrometerse en las otras demandas que á esta empachase, era caso de menos valer. Llegado Arquisil al real, fabló con el Emperador aparte, é díjole la verdad de todo, así de la gran gente de sus contrarios como de los caballeros señalados que allí estaban, de los cuales le contó por nombre todos los mas dellos; é cómo Amadís de Gaula le habia dado licencia para ser en aquella batalla, y en ello mucho no le penaba; é que lo que habia sabido era, que él en sabiendo que movia de allí con la hueste, moveria luego para él sin ningun temor; é que de todo le avisaba porque ficiese lo que mas complia á su servicio.

El Emperador cuando esto oyó, aunque muy soberbio y desconcertado fuese, como oido habeis, é así lo era cierto en todas las cosas que hacia, conociendo la bondad de este caballero, por la cual él le tenia mucho amor, y que le no diria sino la verdad, cuando esto oyó fué desmayado, así como lo suelen ser todos aquellos que su esfuerzo despenden mas en palabras que en obras; é no quisiera ser puesto en aquella demanda, que bien conoció la gran diferencia de la una gente á la otra, é nunca él pensó, segun el gran poder suyo, junto con el del rey Lisuarte, que Amadís toviera facultad ni aparejo para salir de la ínsola Firme, y que allí lo cercarian, así por la tierra como por la mar, de manera que ó por hambre ó por otro partido alguno podiera cobrar á Oriana, é la falta y mengua que sobre su honra tenia; é de allí adelante, mostrando mas esperanza y esfuerzo que en lo secreto tenia, procuró de se conformar con la voluntad del rey Lisuarte é de aquellos hombres buenos. Así estovieron en aquel real quince dias, tomando alarde é recibiendo los caballeros que de cada dia les venian; así que, fallaron que eran por todos estos que se siguen: el Emperador trajo diez mil de caballo, el rey Lisuarte seis mil é quinientos, Gasquilan, rey de Suesa, ochocientos; el rey Cildadan docientos. Pues todo aderezado, mandó el Emperador á los reyes que el real moviesen, é la gente fuese detenida en aquella gran vega por donde habian de caminar; é así se hizo, que puestos todos en sus batallas, el Emperador fizo de su gente tres faces. La primera dió á Floyan, hermano del príncipe Salustanquidio, con dos mil é quinientos caballeros; la segunda dió á Arquisil con otros tantos, y él quedó con los cinco mil para les facer espaldas; é rogó al rey Lisuarte que toviese por bien que él llevase la delantera, é así se fizo; aunque él mas quisiera llevarla á su cargo, porque no tenia en mucho aquella gente, é habia miedo que del desconcierto dellos les podria venir algun gran revés; pero otorgólo por le dar aquella honra, lo cual en semejantes casos es mal mirado; que, apartada toda aficion, se debe seguir lo que la razon guia. El rey Lisuarte fizo de sus gentes dos haces; en la una puso con el rey Arban de Norgales tres mil caballeros, é que fuesen con él Norandel, su fijo, é don Guilan el cuidador, é don Cendil de Ganota, é Brandoibas; é dió de su gente mill caballeros al rey Cildadan, é á Gasquilan, con tres mill que ellos tenian, que fuese otra haz; é los otros tomó consigo, é dió el su estandarte al bueno de don Grumedan, que con mucho pesar é angustia de su corazon miraba aquel trueque tan malo que el rey Lisuarte habia fecho en dejar la gente que contraria tenia por la que llevaba. Pues fecho esto, é concertadas las haces, movieron por el campo tras el fardaje, que iba á asentar real con los aposentadores. ¿Quién os podria decir los caballos y armas tan ricas é tan lucidas é de tantas maneras como allí

iban? Por cierto muy gran trabajo sería en lo contar; solamente se dirán de las que el Emperador é los reyes é otros algunos señalados caballeros llevaban; pero esto será cuando el dia de la batalla se armaren para entrar en ella. Mas agora no fablarémos dellos fasta su tiempo; é contarse ha lo que fizo el rey Perion é aquellos señores que con él estaban en el real cabe la ínsola Fírme.

CAPITULO XXVI.

Cómo el rey Perion movió la gente del real contra sus enemigos, é cómo repartió las haces para la batalla.

Dice la historia que este rey Perion, como fuese un caballero muy cuerdo y de gran esfuerzo, é hasta allí siempre la fortuna le habia ensalzado en lo guardar y defender su honra, é se viese en una tan señalada afrenta en que su persona é fijos é todo lo mas de su linaje se habian de poner, é conociese al rey Lisuarte por tan esforzado é vengador de sus injurias, que al Emperador ni á su gente no lo preciaba tanto como nada en saber su condicion, que siempre estaba pensando en lo que menester era, porque bien se tenia por dicho que si la fortuna contraria les fuese, que aquel rey, como can rabioso, no daria á su voluntad contentamiento con el vencimiento primero; antes con mucha diligencia é rigor, no teniendo en nada ningun trabajo, los buscaria donde quiera que fuesen, como él tenia pensado, siendo vencedor, de lo hacer; é á vueltas de las otras cosas que eran necesarias de proveer, tenia siempre personas en tales partes de quien supiese lo que sus enemigos hacian, de los cuales luego fué avisado cómo la gente venia ya contra ellos, y en qué ordenanza. Pues sabido esto luego, otro dia de mañana se levantó é mandó llamar todos los capitanes é caballeros de gran linaje, é díjogelo, é como su parecer era que el real se levantase, é la gente junta en aquellos prados, se ficiese repartimiento de las haces, porque todos sopiesen á qué capitan é seña habian de acudir; é que hecho esto, moviesen contra sus enemigos con gran esfuerzo é mucha esperanza de los vencer con la justa demanda que llevaban. Todos lo tovieron por bien, é con mucha aficion le rogaron que así por su dignidad real é gran esfuerzo é discrecion tomase á su cargo de los regir é gobernar en aquella jornada, é que todos le serian obedientes. El lo otorgó; que bien conosció que pedian lo justo é no se podia con razon excusar dello.

Pues mandándolo poner en obra, el real fué levantado é la gente toda armada é á caballo puesta en aquella gran vega. El buen Rey se puso en medio de todos en un caballo muy fermoso é muy grande, é armado de muy ricas armas, é tres escuderos, que las armas llevaban, é diez pajes en diez caballos, todos de una devisa, que por la batalla andoviesen é socorriesen á los caballeros con ellos que los menester hobiesen; é como él era ya de tanta edad, que lo mas de la cabeza é barba toviese blanco, y el rostro encendido con el calor de las armas y de la orgulleza del corazon; é como todos sabian su gran esfuerzo, parecia tan bien, é tanto esfuerzo dió á la gente que lo estaba mirando, que les hacia perder todo pavor; que bien cuidaban que, despues de Dios, aquel caudillo seria causa de les dar la gloria de la batalla. E así estando, miró á don Cuadragante é díjole: «Esforzado caballero, á vos encomiendo la delantera; é tú, mi fijo Amadís, é Angriote de Estravaus, é don Gavarte de Val Temeroso, y Enil, é Balais de Carsante, y Landin, que le fagais compañía con los quinientos caballeros de Irlanda é mil y quinientos de los que yo traje. E vos, mi buen sobrino Agrájes, tomad la segunda haz, é vayan con vos don Bruneo de Bonamar é Branfil, su hermano, con la gente suya é con la vuestra, en que seréis mil é seiscientos caballeros. E vos, honrado caballero Grasandor, que tomeis la haz tercera. E tú, mi fijo don Florestan, é Dragonis y Landin de Fajarque, é Elian el Lozano, con la gente de vuestro padre el Rey, é con Trion é la gente de la reina Briolanja, que seréis dos mill é setecientos caballeros, le faced compañía.» E dijo á don Brian de Monjaste: «E vos honrado caballero, mi sobrino, habed la cuarta haz con vuestra gente é con tres mil caballeros de los del emperador de Constantinopla; así que, llevaréis cinco mill caballeros; é vayan con vos Mancian [1] de la Puente de Plata, é Sadamon, é Urlandin, fijo del conde de Urlanda [2].» E mandó á don Gandáles que tomase mill caballeros de los suyos é socorriese á las mayores priesas. E el Rey tomó consigo á Gastíles con la gente que del Emperador le quedaba, é púsose debajo de su seña, é rogó á todos que así mirasen por ella, como si el mismo Emperador allí en persona estoviese. Concertadas las haces como habeis oido, movieron todos en sus ordenanzas por aquel campo, tocando muchas trompetas é otros muchos instrumentos de guerra. Oriana é las reinas, é las infantas é dueñas é doncellas estábanlos mirando, é rogaban á Dios de corazon les ayudase, é si su voluntad fuese, los pusiese en paz.

Mas agora deja la historia de hablar dellos, que se iban á juntar contra sus enemigos, como oídes, y torna á Arcalaus el encantador.

CAPITULO XXVII.

Cómo, sabido por Arcalaus el encantador cómo estas gentes se aderezaban para pelear, envió á más andar á llamar al rey Arábigo é sus compañas.

Arcalaus el encantador, así como oido habeis, tenia apercebido al rey Arábigo, é á Barsinan, señor de Sansueña, é al rey de la Profunda Insula, que habia escapado de la batalla de los Siete Reyes, é á todos los parientes de Dardan el soberbio; y como supo que las gentes eran venidas al rey Lisuarte é Amadís, envió con mucha priesa á un caballero su pariente, que se llamaba Garin, fijo de Grumen, el que Amadís mató cuando á él é á otros tres caballeros con Arcalaus el encantador les tomó á Oriana, así como el libro primero desta historia lo cuenta, é mandóle que no holgase dia ni noche hasta lo hacer saber á todos estos reyes é caballeros, é les diese mucha priesa en su venida; y él quedó en sus castillos, llamando á sus amigos y los del linaje de Dardan, é llegando la mas gente que po-

[1] Parece ser el mismo llamado en otras partes *Madanil* y *Madancil*. Véanse las páginas 172 y 203.

[2] En otro lugar Orlandin, hijo del conde de Irlanda. Véanse las páginas 176, 268 y 271.

dia. Pues este Garin llegó al rey Arábigo, el cual falló en la su gran ciudad, llamada Arábiga, que era la mas principal de todo su reino, del nombre de la cual todos los reyes de allí se llamaban Arábigos, é porque su señorío alcanzaba gran parte en la tierra de Arabia; é habló con todo él lo que Arcalaus le hacia saber, é con todos los otros que sus gentes tenian apercebidas; é sabida por ellos aquella nueva, luego sin mas tardar los llamaron, é fueron todos, unos é otros juntos é asonados cerca de una villa muy buena del señorío de Sansueña, la cual habia nombre Califan; é asentaron sus tiendas en aquellos campos, é serian por todos hasta doce mill caballeros; é allí concertaron toda su flota, que fué asaz grande y de buena gente, con las mas viandas que haber pudieron, como aquellos que iban á reino extraño. E con mucho placer é tiempo enderezado fueron por su mar adelante, é á los ocho dias aportaron en la Gran Bretaña á la parte donde Arcalaus tenia un castillo muy fuerte, puerto de mar. Arcalaus tenia ya consigo seiscientos caballeros muy buenos, que todos los mas dellos desamaban mucho al rey Lisuarte é á Amadís, porque como á malos siempre los habian corrido é muerto muchos de sus parientes, é estos todos los mas andaban fuidos. Cuando aquella flota allí aportó no vos podria decir el gran placer que los unos con los otros hobieron; é sabido por las espías de Arcalaus cómo ya las gentes del rey Lisuarte y de Amadís iban unas contra otras, y el camino que llevaban, luego á ellos movieron con toda su compaña. La delantera hobo Barsinan, que era mancebo é recio caballero, muy deseoso de vengar la muerte de su padre y de su hermano Gandalod, é demostrar el esfuerzo é ardimiento de su corazon, con dos mill caballeros é algunos archeros é ballesteros. Arcalaus hobo la segunda haz, que podeis creer que en esfuerzo é gran valentía no era peor que él; antes, aunque la media mano derecha tenia perdida, en gran parte no se fallaria mejor caballero en armas que él era, ni mas valiente, sino que sus malas obras é falsedades le quitaban todo el prez que su esfuerzo ganaba. Este llevaba los seiscientos caballeros, y el rey Arábigo le dió dos mil y cuatrocientos de los suyos. La tercera haz hobo el rey Arábigo y el otro rey de la Profunda Insula, con toda la otra gente, é llevaba consigo seis caballeros parientes de Brontajar Danfania, el que Amadís mató en la batalla de los Siete Reyes cuando traia el yelmo dorado, así como lo cuenta el tercero libro desta historia; y este Brontajar Danfania era tan valiente, así de cuerpo como de fuerza, que con él esperaban vencer los de su parte; é ciertamente así lo fuera, sino porque Amadís vió el gran daño que en las gentes del rey Lisuarte hacia, é que si mucho durase, que bastaba para dar la honra de la batalla á los de su parte; é fué para él, é de un golpe solo le tolló, de manera que cayó en el campo, donde fué muerto.

Estos seis caballeros que vos cuento vinieron de la insola Sagitaria, donde se dice que al comienzo los sagitarios hacian su habitacion, y eran tan grandes de cuerpo y de fuerza como aquellos que de derecho linaje venian de los mayores é mas valientes gigantes que en el mundo hobo. Pues estos supieron esta gran batalla que se ordenaba é posieron en sus voluntades de ser en ella, así por vengar la muerte de aquel Brontajar, que era el mas principal hombre de su linaje, como por se probar con aquellos caballeros de que tan gran fama oian; é por esta causa se vinieron al rey Arábigo, al cual mucho plogo con ellos, é rogóles que fuesen en su batalla, é así lo otorgaron contra su voluntad, que mas quisieran que los mandara poner en la delantera. En este comedio llegó allí el duque de Bristoya, que, como quiera que él fuera por Arcalaus requerido, no habia osado de mostrarse, teniendo por liviana cosa lo que le decia; mas cuando vió el gran aparejo de gente que habia juntado, tovo por buen partido de se ir para ellos, por vengar, si podria, la muerte de su padre, que mataron don Galvánes é Agrájes con Olivas, así como el libro primero desta historia lo cuenta; é por cobrar su tierra, que el rey Lisuarte le habia tomado, diciendo que su padre muriera por aleve; é consideró que si al rey Lisuarte le fuese mal, que él podria ser restituido en lo suyo, é si á Amadís, que se vengaba de aquellos que tanto mal le habian fecho. E como llegó, y el rey Arábigo é aquellos señores lo vieron, é les dijeron quién era, gran placer hobieron con él, é mucho los esforzó con su venida, porque en mas tenian aquel, que era natural de la tierra é tenia en ella algunas villas é castillos con lo que traia, que á otro que extraño fuese con mucho mas. Este duque fué sobresaliente con los suyos é con quinientos caballeros que el rey Arábigo le dió; pues con tal compaña como oídes, y en tal ordenanza, partieron aquellas compañas por una traviesa con las mayores guardas que poner pudieron, con acuerdo de se poner en tal parte donde estoviesen seguros, é saliesen cuando fuese sazon á dar en sus enemigos.

CAPITULO XXVIII.

Cómo el emperador de Roma y el rey Lisuarte se iban con toda sus compañas contra la insola Firme á buscar sus enemigos.

La historia dice que el emperador de Roma y el rey Lisuarte partieron del real que cabe Vindilisora tenian, con aquellas compañas que dicho vos habemos, é acordaron de andar mucho despacio porque las gentes é caballos fuesen holgados, é aquel dia no andovieron mas de tres leguas, é asentaron su real cerca de una floresta en un gran llano, é holgaron allí aquella noche, é otro dia al alba del dia partieron en su ordenanza, como vos contamos, é así continuaron su camino fasta que sopieron de algunas personas de la tierra cómo el rey Perion é sus compañas venian contra ellos, é que los dejaban dos jornadas de donde ellos estaban; é luego el rey Lisuarte mandó proveer que Ladasin el esgremidor, que se llamaba primo hermano de don Guilan, con cincuenta caballeros fuese descubriendo la tierra siempre delante de la hueste tres leguas. E al tercero dia se toparon con la guarda del rey Perion, que asimesmo lo habia proveido con Enil, é cuarenta caballeros con él, é allí pararon los corredores unos é otros, é cada uno lo hizo saber á los suyos, é no osaban pelear, porque así les era mandado; é las huestes llegaron de un cabo y de otro tanto, que no habia en medio mas espacio de media legua de un campo grande é llano. En estas huestes venian muchos caballeros, grandes

sabidores de guerra, de manera que muy poca ventaja se podian llevar los unos á los otros; é no pareció sino que de acuerdo de las partes la una gente é la otra hicieron fortalescer con muchas cavas é otras defensas sus reales, para allí se socorrer si mal les fuese.

Así estando estas huestes como ois, llegó Gandalin, escudero de Amadís, que con Melicia de Gaula á la ínsola Firme habia venido, é habíase aquejado mucho por llegar antes que la batalla se diese, é la causa dello fué esta. Ya sabeis cómo Gandalin era hijo de aquel buen caballero don Gandáles, que Amadís crió, é su hermano de leche; é desde el dia que Amadís fué caballero, llamándose Doncel del Mar, supo que no era su hermano, que hasta allí por hermanos se habian tenido, y desde aquella hora siempre Gandalin le aguardó como su escudero. E como quiera que él por él muchas veces habia seido importunado que le hiciese caballero, Amadís no se atrevia á lo hacer, porque este era el mayor remedio de sus amores; este era el que muchas veces le quitó de la muerte, que, segun las angustias é mortales deseos que por su señora Oriana pasaba, é contino atormentaban é aflegian su corazon, si en este Gandalin no fallara el consuelo que siempre falló, mill veces fuera muerto; que, como este fuese el secreto de todo, é con otro ninguno pudiese fablar, si por alguna manera de sí lo apartara, no era otra cosa salvo apartar de sí la vida; é como él supiese que faciéndole caballero no podian estar en uno, porque luego le convernia ir á buscar las aventuras donde honra ganase, aunque la razon á ello mucho le obligaba, como esta gran historia lo ha contado, así por la parte de su padre, que le crió é sacó de la mar, como por él, que le sirvió mejor que nunca caballero de escudero fué servido, no se atrevia á lo apartar de sí; é Gandalin habiendo este conoscimiento, que muy cuerdo era, é con el demasiado amor que le tenia; como quiera que mucho desease ser caballero, por se mostrar hijo del buen caballero Gandáles é criado de tal hombre, no le osaba afincar mucho por le ver en tan gran necesidad; pero agora, veyendo cómo ya tenia en poder á su señora Oriana, que por grado ó por fuerza no la habia de quitar de sí sin la vida perder, acordó que con mucha razon le podia demandar caballería, y en especial en una cosa tan grande y tan señalada como aquella batalla seria; é con este pensamiento, despues de le haber dado las encomiendas de la Reina su madre, é de le haber dicho de la venida de su hermana Melicia, é del placer que Oriana é Mabilia é todas aquellas señoras con ella habian habido, é cómo era la mas hermosa cosa del mundo ver juntas á Oriana é la reina Briolanja é Melicia, en quien toda la hermosura del mundo encerrada estaba; é asimesmo cómo don Galaor, su hermano, algo mejor quedaba, é las encomiendas que dél le traia, tomóle un dia por aquel campo, donde ninguno oir les pudiese, é díjole: «Señor, la causa por qué yo he dejado de os pedir con aquella aficion é voluntad que me convenia que me ficiésedes caballero, porque podiese complir con la honra é gran deuda que á mi padre é á mi linaje debo, vos lo sabeis; que aquel deseo que siempre he tenido de os servir, y el conocimiento de la necesidad en que siempre habeis estado de mi servicio, han dado lugar que, aunque mi honra hasta aquí haya sido menoscabada, que antes á lo vuestro socorriese que á lo mio, que tan tenudo era; agora, que puedo ser excusado, porque en vuestro poder veo aquella que tanta congoja vos daba, ni para comigo, ni menos para con otros ninguna excusa que honesta fuese podria hallar, dejando de seguir la órden de caballería. Porque vos suplico, Señor, por me facer merced, que hayais placer de me la dar; pues sabeis cuánta deshonra, no la teniendo, de aquí adelante se me seguirá; que en cualquier manera é parte donde yo fuere só vuestro para vos servir con el amor é voluntad que de mí siempre conoscistes.»

Cuando Amadís esto le oyó fué tan turbado, que por una pieza no pudo hablar, é díjole: «¡Oh mi verdadero amigo y hermano, que tan grave es á mí complir lo que pides! Por cierto no en menos grado lo siento que si mi corazon de mis carnes se apartase; é si con algun camino de razon apartar lo podiese, con todas mis fuerzas lo haria; mas tu peticion veo ser tan justa, que en ninguna guisa se puede negar; é siguiendo mas la obligacion en que te soy que la voluntad de mi querer, yo me determino que así como lo pides se faga; solamente me pena por no lo haber antes sabido, porque con aquellas armas é caballo que tu honra merece, se compliera esta honra que tomar quieres.» Gandalin hincó los hinojos por le besar las manos; mas Amadís lo alzó é lo tovo abrazado, veniéndole las lágrimas á los ojos con el mucho amor que le tenia, que ya tenia en sí figurada la gran soledad é tristeza en que se veria no le teniendo consigo, é díjole: «Señor, deso no hayais cuidado; que don Galaor, por su bondad é mesura, diciéndole yo cómo queria ser caballero, me mandó dar su caballo é todas sus armas, pues que á él poco, con su mal, le aprovechaban, é yo gelo tove en merced, é le dije que tomaria el caballo, porque era muy bueno, é la loriga y el yelmo; mas que las otras armas habian de ser blancas, como á caballero novel convenia. Dábame su espada, é yo, Señor, le dije que vos me daríades una de las que la reina Menoresa en Grecia vos diera; y mientra allí estove fice facer todas las otras armas que convienen, con sus sobreseñales, é aquí lo tengo todo.—Pues que así es, dijo Amadís, bien será que la noche antes del dia que la batalla hobiéremos de haber, veles armado en la cápilla de la tienda del Rey mi padre, é otro dia cabalga en tu caballo así armado, é cuando quisiéremos romper contra nuestros enemigos el Rey te hará caballero; que ya sabes que en todo el mundo no se podria fallar mejor hombre, ni de quien mas honra recibas en este auto.» Gandalin le dijo: «Señor, todo cuanto decis es verdad, é á duro hallaria hombre otro tal caballero como el Rey; pero yo no seré caballero sino de vuestra mano.—Pues que así quieres, dijo Amadís, así sea, é faz lo que te digo.—Todo se fará como lo mandais, dijo él; que Lasindo, escudero de don Bruneo, me dijo agora, cuando llegué, que ya tenia otorgado de su señor que le hiciese caballero, y él é yo velarémos las armas juntos, é Dios por su piedad me guie como yo pueda complir las cosas de su servicio é las de mi honra así como la órden de caballería lo manda, é que en mí parezca la crianza que de vos he recebido.» Amadís no le dijo mas, porque sentia gran congo-

ja en le oir aquello, é muy mayor en pensar que habia de llegar á efeto. Así se fué Amadís donde el Rey su padre andaba, haciendo fortalecer el real é aderezar las cosas convenientes á la batalla, como sus enemigos facian.

Así estovieron las huestes dos dias, que en al no entendian, salvo en aderezar todas las gentes, cada uno en su cargo, por estar muy prestos para la batalla. E al segundo dia en la tarde llegaron las espías del rey Arábigo suso en la montaña que cerca de allí estaba, é no se quisieron mostrar, porque así les fué mandado; é vieron los reales tan cerca como vos dijimos uno de otro, é luego lo ficieron saber al rey Arábigo, el cual con todos aquellos caballeros acordó que las escuchas se tornasen donde bien podiesen ver lo que se hacia, y ellos quedasen encobiertos lo mas que ser podiese, é en tal parte, que aunque aquellas gentes se aviniesen é los quisiesen demandar, que los no temiesen, que hí por la sierra se podiesen acoger á sus naos, si en tal estrecho fuesen que lo hobiesen menester, é si ellos peleasen, que saldrian de allí sin sospecha, é darian sobre los que quisiesen á su salvo. E así lo ficieron, que se pusieron en un lugar muy áspero é fuerte además, é tomaron todos los pasos é subidas de la montaña, é fortaleciólo de manera, que tan seguro estaba como en una fortaleza, é allí esperaron el aviso de sus escuchas; pero no se pudieron ellos encobrir tanto, que antes que allí llegasen, que el rey Lisuarte no fuese avisado de cómo desembarcaran en su tierra é la gente que venian, é por esta causa mandó alzar todas las viandas, así de ganados como de todo lo otro, á la parte de aquella comarca, é que la gente de las aldeas é logares flacos se acogiesen á las ciudades é villas, é las velasen é rondasen, é se no partiesen de allí hasta que la batalla pasase, é dejó en ellas algunos de los caballeros, que le facian harta mengua para en lo que estaba. Mas no sopo mas de lo que habian fecho ni dónde habian parado. El rey Perion tambien sopo de aquella gente, é recelábase dellos, mas no sabia dónde estaban; así que, á ambas las partes ponian temor. Pues estando así la cosa como ois, á cabo de tres dias que los reales se asentaron, el emperador Patin se aquejaba mucho porque la batalla se diese, que vencido ó vencedor, no veia la hora de ser tornado á su tierra; porque así acontece muchas veces á los hombres acidentales, que apresuradamente facen sus cosas, que tan presto las aborrescen, como este con su liviandad facia. Amadís é Agrájes é don Cuadragante é todos los otros caballeros asimesmo aquejaban mucho al rey Perion que la batalla se diese, é que Dios fuese juez de la verdad. Pues el Rey no lo queria menos que todos, mas habíalo detenido hasta que las cosas estoviesen en disposicion cual convenia, é luego mandaron apregonar que todos al alba del dia oyesen misa é se armasen, é cada gente acudiese á su capitan, porque la batalla se daria luego, é asimesmo se fizo por los contrarios, que luego lo supieron.

Pues venida el alba, las trompetas sonaron, é tan claros se oian los unos á los otros como si juntos estoviesen. La gente se comenzó á armar é á ensillar sus caballos, é por las tiendas á oir misas, é cabalgar todos é se ir para sus señas. ¿Quién seria aquel de tal sentido é memoria, que puesto caso que lo viese é mucho en ello metiese todas sus mientes, que podiese contar ni escrebir las armas é caballos con sus devisas é caballeros que allí juntos eran? Por cierto mucho loco seria é fuera de todo saber el hombre que aqueste pensamiento en sí tomase; é por esto, dejando lo general, algo de lo particular se dirá aquí, é comenzarémos por el emperador de Roma, que era valiente de cuerpo é fuerza, é asaz buen caballero, si su gran soberbia é poca discrecion no gela gastase. Este se armó de unas armas negras, así el yelmo como el escudo é sobreseñales, salvo que en el escudo llevaba figurada una doncella de la cinta arriba á semejanza de Oriana, fecha de oro, muy bien labrada é guarnida de muchas piedras é perlas de gran valor, pegada en el escudo con clavos de oro, é por sobre lo negro de las sobrevistas llevaba tejidas unas cadenas muy ricamente bordadas, las cuales tomó por devisa, é juró de nunca las dejar hasta que en cadenas llevase preso á Amadís é á todos los que fueron en le tomar á Oriana. E cabalgó en un caballo hermoso é grande, é su lanza en la mano; así salió del real é se fué donde estaba acordado que se juntasen sus gentes. Luego tras él salió Floyan, hermano del príncipe Salustanquidio, armado de unas armas amarillas é negras á cuarterones, é no habia otra cosa en ellas, salvo que iba muy extremado y señalado entre los suyos. Tras él salió Arquisil; este llevaba unas armas azules é blancas de plata de por medio, é todas sembradas de unas rosas de oro; así que, iba muy señalado. El rey Lisuarte llevaba unas armas negras é águilas blancas por ellas, y una águila en el escudo, sin otra riqueza alguna; pero al cabo bien salieron de gran valor, segun lo que su dueño en aquella batalla fizo. El rey Cildadan llevó unas armas todas negras, que despues que fué vencido en la batalla de los ciento por ciento que con el rey Lisuarte hobo, donde quedó su tributario, nunca otras trajo. De Gasquilan, rey de Suesa, no se dirá las armas que llevaba hasta su tiempo, como adelante oirédes. El rey Arban de Norgales, é don Guilan el cuidador, é don Grumedan, no quisieron llevar sino armas mas de provecho que de parecer, mostrando la tristeza que tenian en ver al Rey su señor puesto en mucha afrenta con aquellos que ya fueron en su casa é á su servicio, y que tanta honra le habian dado.

Agora os dirémos las armas que llevaba el rey Perion é Amadís é algunos de aquellos grandes señores que de su parte estaban. El rey Perion se armó de unas armas, el yelmo y el escudo limpios é muy claros é de muy buen acero, é las sobreseñales de una seda colorada de muy viva color, y en un gran caballo que le dió su sobrino don Brian de Monjaste, que su padre el rey de España le envió veinte caballos muy hermosos, que por aquellos caballeros repartió, é así salió con la seña del emperador de Constantinopla. Amadís fué armado de unas armas verdes, tales cuales las llevaba al tiempo que mató á Famongomadan é á Basagante, su hijo, que eran los dos mas fuertes gigantes que en el mundo se hallaban; todas sembradas muy bien de leones de oro; é con estas armas tenia él mucha aficion, porque las tomó cuando

salió de la Peña Pobre, é con ellas fué á ver á su señora al castillo de Miraflores, como el segundo libro desta historia lo cuenta. Don Cuadragante sacó unas armas pardillas é flores de plata por ellas, é en un caballo de los de España. Don Bruneo de Bonamar no quiso mudar las suyas, que eran una doncella figurada en el escudo é un caballero fincado de rodillas delante, que parecia que le demandaba merced. Don Florestan, el bueno é gran justador, llevó unas armas coloradas con flores de oro por ellas, é un caballo grande de los de España. Agrájes sus armas eran de un fino rosado, y en el escudo la mano de una doncella, que tenia un corazon apretado con ella. El bueno de Angriote no quiso mudar sus armas de veros azules é de plata. E todos los otros de que se no face mencion por no dar enojo á los que lo leyeren, llevaban armas muy ricas de sus colores, como les mas agradaban. E así salieron todos al campo en buena ordenanza. Pues la gente toda junta, cada uno con sus capitanes, segun habédes oido, movieron muy paso por el campo á la hora que el sol salia, que les daba en las armas; é como todas eran nuevas é frescas é lucidas, resplandecian de tal manera, que no era sino maravilla de los ver.

Pues á esta hora llegaron Gandalin é Lasindo, escudero de don Bruneo, armados de armas blancas, como convenia á caballeros noveles. Gandalin se fué donde su señor Amadís estaba, é Lasindo á don Bruneo. Cuando Amadís le vió así venir salió de la batalla á él, é rogó á don Cuadragante que detoviese la gente fasta que él ficiese aquel su escudero caballero; é tomóle consigo, é fuése donde el rey Perion, su padre, estaba, é por el camino le dijo: «Mi verdadero amigo, yo te ruego mucho que hoy en esta batalla te quieras haber con mucho tiento, é no te partas de mí, porque cuando menester será te pueda acorrer; que aunque has visto muchas batallas é grandes afrentas, é á tu parecer piensas que sabrás hacer lo que cumple, é que no te falte para ello sino solamente el esfuerzo, no lo creas; que muy gran diferencia es entre el mirar é el obrar, porque cada uno piensa, veyendo las cosas, que muy mejor recaudó en ellas daria que el que las trata, si en el caso estoviese; despues que en ello se ve, muchos embarazos delante se le ponen, que por lo no haber usado le ofenden; é grandes mudanzas hallan que de antes no las tenian pensadas, y esto es porque todo está en la obra, aunque algo por la vista aprender se puede; é como tu comienzo sea en un tan alto fecho de armas como al presente tenemos, y de tantos te hayas de guardar, es menester que así para aguardar tu vida como tu honra, que mas preciada es y en mas tener se debe, que con mucha discrecion é buen saber, no dando tanto lugar al esfuerzo que el seso te turbe, te hayas é acometas á nuestros enemigos; é yo terné mucho cuidado de mirar por tí en cuanto podiere, é así lo faz tú por mí cuando vieres que es menester.» Gandalin, cuando esto le oyó, dijo: «Mi señor, todo se fará como lo mandais en cuanto yo pudiere y el saber me alcanzare, é á Dios le plega que así sea; que harto será para mí ponerme en los logares donde vuestro socorro haya menester.» Así llegaron dónde el rey Perion estaba, é Amadís le dijo: «Señor, Gandalin quiere ser caballero, é mucho me pluguiera que lo fuera de vuestra mano; pero pues á él place de lo ser de la mia, vengo á os suplicar que de vuestra mano haya la espada, porque cuando le fuere menester haya memoria desta grande honra que recibe y de quien gela da.» El Rey miró á Gandalin é conoció el caballo de don Galaor, su fijo, é las lágrimas le vinieron á los ojos é dijo: «Gandalin amigo, ¿qué tal dejaste á don Galaor cuando dél te partiste?» Y él le dijo: «Señor, mucho mejorado en su dolencia, mas con gran dolor é pesar de su corazon, que por mucho que se le encubrió vuestra partida, bien la supo, aunque no la causa della, é á mí me conjuró que le dijese la verdad si la sabia, é yo le dije, Señor, que de lo que yo aprendiera dello que íbades á ayudar al rey de Escocia, padre de Agrájes, que tenia cuestion con unos vecinos suyos, é no le quise decir la verdad, porque en tal caso y en tal afruenta como él está, pensé que aquello era lo mejor.» El Rey sospiró muy de corazon, como aquel á quien amaba y en sus entrañas tenia, é pensaba que despues de Amadís no habia en el mundo mejor caballero que él, así de esfuerzo como de todas las otras maneras que buen caballero debia tener, é dijo: «¡Oh mi buen fijo! á nuestro Señor plega que no vea yo la tu muerte, é con honra te vea quitado desta tan grande aficion que con el rey Lisuarte tienes, porque quedando libre, libremente puedas ayudar á tus hermanos é á tu linaje.»

Entonces Amadís tomó una espada que le traia Durin, hermano de la doncella de Denamarca, á quien habia mandado que le aguardase, é dióla al Rey, y él hizo caballero á Gandalin, besándole é poniéndole la espuela diestra, y el Rey le ciñió la espada, é así se cumplió su caballería por la mano de los dos mejores caballeros que nunco armas trajeron; é tomándole consigo, se volvió á don Cuadragante, y cuando á él llegaron salió á abrazar á Gandalin por le dar honra, é díjole: «Mi amigo, á Dios plega que vuestra caballería sea en vos tan bien empleada como hasta aquí ha sido la virtud é buenas maneras que buen escudero debia tener; é creo que así será, porque el buen comienzo todas las mas veces trae buena fin.» Gandalin se le humilló, teniéndole en merced la honra que le daba. Lasindo fué caballero por la mano de su señor, é Agrájes le dió el espada; é podeis creer que estos dos noveles ficieron en su comienzo tanto en armas en esta batalla, é sufrieron tantos peligros é trabajos, que para todos los dias de su vida ganaron honra é gran prez, así como la historia os lo contará mas largamente adelante.

Yendo las batallas como digo, no andovieron mucho que vieron á sus enemigos contra ellos venir en aquella órden que de suso oistes; é cuando fueron cerca los unos de los otros, Amadís conoció que la seña del emperador de Roma traia la delantera, é hobo muy gran placer porque con aquellos fuesen los primeros golpes, que como quiera que al rey Lisuarte desamase, siempre tenia en la memoria haber sido en su corte, y de las grandes honras que dél habia rescebido; é sobre todo, lo que mas temia é dubdada, ser padre de su señora, á quien él tanto temor tenia de dar enojo; y en su corazon llevaba puesto, si hacerlo pudiese sin mu-

cho peligro suyo, de se apartar de donde el rey Lisuarte andoviese, por no topar con él ni dar ocasion de lo enojar, aunque él bien sabia, segun las cosas pasadas, que aquella cortesía no la esperaba dél, sino que como á mortal enemigo le buscaria la muerte. Pero de Agrájes vos digo que su pensamiento estaba muy alejado del de Amadís, que nunca rogaba á Dios sino que le guiase para que él podiese llegarlo á la muerte é destruir todos los suyos; que siempre tenia delante sus ojos la descortesía é poco conoscimiento que les habia fecho en lo de la ínsola de Mongaza, é lo que contra su tio don Galvánes é los de su parte habia fecho, que aunque la misma ínsola le habia dado, mas por deshonra que por honra lo tenia, pues fué sobre ser vencidos, donde toda la honra quedaba con el Rey. E si él en aquel tiempo allí se hallara, no la consintiera tomar á su tio, antes le diera otro tanto en el reino de su padre. E con esta gran rabia que tenia, muchas veces se hobiera de perder en aquella batalla por se meter en las mayores priesas por matar ó prender al rey Lisuarte; mas, como el otro fuese esforzado é usado de aquel menester, no daba mucho por él ni dejaba de se combatir en todas las otras partes donde convenia, como adelante se dirá.

Estando las batallas para romper unas con otras, solamente esperando el son de las trompetas é añafiles, Amadís, que en la delantera estaba, vió venir un escudero en un caballo á mas andar de la parte de los contrarios, é á grandes voces preguntaba si estaba allí Amadís de Gaula. Amadís le dió de la mano que se llegase á él. El escudero así lo fizo, y llegando á él, le dijo: «Escudero, ¿qué quereis? que yo soy el que vos demandais.» El escudero le miró, é á su parecer en toda su vida habia visto caballero que así pareciese armado ni á caballo, é díjole: «Buen señor, yo creo bien lo que me decis; que vuestra presencia da testimonio de vuestra gran fama.—Pues agora decid lo que me quereis,» dijo Amadís. El escudero le dijo: «Señor, Gasquilan, rey de Suesa, mi señor, vos hace saber cómo en el tiempo pasado, cuando el rey Lisuarte tenia guerra con vos é con don Galvánes, é otros muchos caballeros que de vuestra parte y de la suya estaban sobre la ínsola de Mongaza, que él vino á la parte del rey Lisuarte con pensamiento y deseo de se combatir con vos, no por enemistad que os tenga, sino por la gran fama que oyó de vuestras grandes caballerías; en la cual guerra estuvo hasta que mal ferido se volvió á su tierra, sabiendo que vos no estábades en parte donde este su deseo efeto podiese haber; y que agora el rey Lisuarte le hizo saber desta guerra en que estáis, donde, segun la causa della, no se podrá excusar gran quistion ó batalla, y que él es venido á ella con aquella misma gana; é diceos, Señor, que antes que las batallas se junten rompais con él dos ó tres lanzas; que él de grado lo fará, porque si las batallas se juntan, no os podrá topar á su voluntad; que habrá estorbo de otros muchos caballeros.» Amadís le dijo: «Buen escudero, decid al Rey vuestro señor que todo lo que por vos me envia á decir yo lo supe en aquel tiempo, que en aquella guerra no pude ser; y que esto que él quiere, antes lo tengo á grandeza de esfuerzo que á otra enemistad ni malquerencia; y que aunque mis obras no sean tan complidas como la fama dellas, yo me tengo por muy contento en que hombre de tan gran guisa y de tanta nombradía me tenga en tan buena posesion; y que, pues esta demanda es mas voluntaria que necesaria, querria, si á él ploguiese, que mi bien ó mi mal lo probase en cosa de mas su honra y provecho; pero si á él lo que me envia á decir mas le agrada, que yo lo haré como lo pide.» El escudero dijo: «Señor, el Rey mi señor bien sabe lo que vos acaeció con Madarque, el jayan de la ínsola Triste, su padre, é cómo le vencistes por salvar al rey Cildadan é á don Galaor, vuestro hermano; y que, como quiera que esto le tocase como cosa de padre, á quien tanto deudo es, que sabiendo la gran cortesía que con él usastes, antes sois digno de gracias que de pena; y que si él ha gana de se probar con vos, no es al, salvo la grande envidia que de vuestra gran bondad tiene; que hace cuenta que si os vence será su loor y fama sobre todos los caballeros del mundo, é si él fuere vencido, que le no será denuesto grande ni vergüenza serlo por mano de quien tantos caballeros é gigantes é otras cosas fieras fuera de la natura de los hombres ha vencido.—Pues que así es, dijo Amadís, decilde que si, como he dicho, esto que pide mas le contenta, que yo estoy presto de lo facer.»

CAPITULO XXIX.

Cómo da cuenta por qué causa este Gasquilan, rey de Suesa, envió á su escudero con la demanda que oido habédes á Amadís.

Cuenta la historia por qué causa este caballero vino dos veces á buscar á Amadis por se combatir con él, que sin razon seria que un tan grande príncipe como este, que con tal empresa viniese de tan lueñe tierra como lo era su reino, no fuese sabido é publicado su buen deseo. Ya la historia tercera os ha contado cómo este Gasquilan era fijo de Madarque, el jayan de la ínsola Triste, y de la hermana de Lancino, rey de Suesa, por parte del cual fué allí tomado por rey, porque él murió sin heredero, é como este fuese valiente de cuerpo, como fijo de jayan, é de gran fuerza, en muchas cosas de armas que se probó, las pasó todas á su honra tan enteramente, que en todas aquellas partes no se fablaba de ninguna bondad de caballero tanto como de la suya, aunque era mancebo. Este fué enamorado en gran manera de una princesa muy fermosa, llamada la fermosa Pinela, que despues de la muerte del Rey su padre, por señora de la ínsola Fuerte quedó, que con el reino de Suesa confinaba, é por su amor emprendió grandes cosas é afruentas, é pasó muchos peligros de su persona para la atraer á que le amase; mas ella, conociendo ser de linaje de gigantes, é muy follon é soberbio, nunca fué otorgada á le dar esperanza ninguna de sus deseos; pero algunos de los grandes de su señorío, viendo la grandeza y soberbia deste Gasquilan, é temiendo no tener remedio en sus amores, y el gran amor no se tornase en desamor y enemistad, como algunas veces acaece, y que donde estaban en paz no se le volviese en cruel guerra, tovieron por bien de aconsejarle que no así esquivase tan crudamente sus embajadas, é con alguna infintosa esperanza le detoviese lo mas que pudiese ser.

Pues con este acuerdo, cuando esta señora se vió muy aquejada dél, envióle decir que, pues Dios la habia fecho señora de tan gran tierra, su propósito era, é así lo habia prometido á su padre al tiempo de su finamiento, de no casar sino con el mejor caballero que se podiese fallar en el mundo, aunque de gran estado no fuese, y que ella habia procurado mucho por saber quién lo fuese, enviando sus mensajeros á muchas tierras extrañas, los cuales le habian traido nuevas de uno que se llamaba Amadís de Gaula; que este era extremado entre todos los del mundo por el mas esforzado é valiente caballero, acabando y emprendiendo las cosas peligrosas que los otros acometer no osaban; é que si él, pues tan valiente é tan esforzado era, con este Amadís se combatiese é lo venciese, que ella cumpliese su deseo é la promesa que á su padre hizo; le daria su amor y le haria señor de sí é de su reino; que bien creia que, despues de aquel, no le quedaria par de bondad. Esto respondió esta fermosa princesa por se quitar de sus recuestas, é tambien porque de los suyos que Amadís vieron é oyeron sus grandes hechos, supo que no era igual la bondad de Gasquilan á la suya, con gran parte.

Como esto le fué dicho á Gasquilan, así por el gran amor que á esta princesa tenia, como por la presuncion é soberbia suya, se puso en buscar manera como esto que le era mandado pudiese poner en obra, é por esta causa que ois vino estas dos veces de su reino á buscar á Amadís; la primera á la guerra de la ínsola de Mongaza, donde volvió ferido de un gran golpe que don Florestan le dió en la batalla que con él é con el rey Arban de Norgales hobieron; la segunda agora en esta quistion del rey Lisuarte, porque fasta allí nunca pudo saber nuevas de Amadís, porque él anduvo desconocido, llamándose el caballero de la Verde Espada, por las ínsolas de Romanía, é por Alemaña é Constantinopla, donde hizo las extrañas cosas en armas que la parte tercera desta historia cuenta. El escudero deste Gasquilan tornó á él con la respuesta de Amadís tal cual la habeis oido, é como gela dijo, respondióle: «Amigo, agora traes aquello que yo mucho tengo deseado, é todo viene á mi voluntad, é yo entiendo ganar el amor de mi señora, si yo soy aquel Gasquilan que tú conoces.» Estonces demandó sus armas, las cuales eran desta manera: el campo de las sobreseñales é sobrevistas pardillo, é grifos dorados por él; el yelmo y escudo eran limpios como un espejo claro; y en medio del escudo, clavado con clavos de oro, un grifo guarnido de muchas piedras preciosas y perlas de gran valor, el cual tenia en sus uñas un corazon que con ellas le atravesaba todo, dando á entender por el grifo é su gran fiereza la esquiveza é gran crueldad de su señora; que así como tenia aquel corazon atravesado con las uñas, así el suyo lo estaba de los grandes cuidados é mortales deseos que della continuamente le venian; é aquestas armas pensaba él traer fasta que á su señora hobiese, é tambien porque, considerando traerlas en su remembranza, le daban esfuerzo é gran descanso en sus cuidados. Pues armado como ois, tomó una lanza en la mano, gruesa y de un hierro grande é limpio, é fuése adonde el Emperador estaba, é pidióle por merced que mandase á su gente que no rompiese hasta que él hobiese una justa que tenia concertada con Amadís, y que le no toviese por caballero si del primero encuentro no gelo quitase de su estorbo.

El Emperador, que mejor que él lo conoscia y le habia probado, aunque lo no mostró, bien tenia creido que mas duro le seria de acabar de lo que pensaba. Así se partió dél é pasó por las batallas. Todos estovieron quedos por mirar la batalla destos dos tan famosos caballeros é tan señalados. Desi llegó Gasquilan á la parte donde Amadís estaba aparejado para lo rescebir, é aunque él sabia que este fuese un valiente caballero, teníalo por tan follon é soberbio, que no temia mucho su valentía, porque á estos tales en el tiempo que mas piensan facer é mas menester lo han, allí Dios les quebranta su gran soberbia, porque los semejantes tomen enjemplo; é como lo vió venir, enderezó su caballo contra él, é cubrióse de su escudo lo mejor que supo, é dióle de las espuelas é fué lo mas recio que pudo ir contra él, é Gasquilan asimesmo iba muy desapoderado cuanto el caballo lo podia llevar; y encontráronse en los escudos de manera, que las lanzas fueron en pedazos por el aire, é al juntar uno con otro fué el golpe tan duro, que todos pensaron que ambos eran fechos piezas; é Gasquilan fué fuera de la silla, é como era valiente de cuerpo y el golpe fué muy grande, dió tan gran caida en el campo duro, que quedó tan desacordado, que se no pudo levantar, é hobo el brazo diestro sobre que cayó quebrado; é así, quedó en el campo tendido como muerto. El caballo de Amadís hobo la una espalda quebrada, que no se pudo tener; é Amadís fué ya cuanto desacordado, pero no de manera que dél no saliese luego antes que cayese con él, é así á pié se fué donde Gasquilan yacia, por ver si era muerto. El emperador de Roma, que la batalla miraba, como le vió muerto, que así él como todos los otros lo pensaron, é Amadís á pié, dió voces á Floyan, que la delantera tenia, que socorriese con su batalla, é así lo fizo; é como don Cuadragante esto vió, puso las espuelas á su caballo, é dijo á los suyos: «Feridlos, señores, é no dejeis ninguno á vida.» Entonces fueron los unos é otros á se encontrar; mas Gandalin, como vió á su señor Amadís á pié, y que las haces rompian, hobo gran recelo dél, é fué delante todos una pieza por le acorrer, é vió venir á Floyan delante de todos los suyos, é fuése para él, y encontráronse ambos de recios golpes, é Floyan cayó del caballo, é Gandalin perdió las estriberas ambas, mas no cayó. Entonces llegaron muchos romanos por socorrer á Floyan, é don Guadragante á Amadís, é cada uno puso al suyo á caballo, que en al no entendieron; pero, como los romanos llegaron muchos é muy presto, cobraron á Gasquilan, que algo mas acordado estaba, é sacáronlo de la priesa á gran trabajo. Don Cuadragante en su llegada, antes que la lanza perdiese, derribó á tierra cuatro caballeros; é del primero que derribó fué tomado el caballo por Angriote de Estravaus, y gelo trajo prestamente á Amadís; é Gavarte de Val Temeroso é Landin siguieron la via de don Cuadragante, é ficieron mucho daño en los enemigos, como aquellos que en tal menester eran usados.

Estos que vos digo llegaron delante de su haz; pero cuando la una é la otra batalla se juntaron, el ruido é las

voces fué tan grande, que se no oian unos á otros, é allí veríades caballos sin señores, é los caballeros, dellos muertos y dellos feridos, é pasaban sobre ellos los que podian; é Floyan, como era valiente y deseoso de ganar honra y de vengar la muerte de Salustanquidio, su hermano, como á caballo se vió, tomó una lanza é fué contra Angriote, que le vió facer cosas extrañas en armas, y encontróle por el un costado tan reciamente, que por muy poco no le derribó del caballo, y quebró la lanza, é puso mano á su espada, é fué ferir á Enil, que delante sí falló, é dióle por encima del yelmo tan gran golpe, que las llamas salieron dél; é pasó tan recio por entrambos al través de las batallas, que ninguno dellos le pudo herir, tanto, que se maravillaron de su ardimento é gran prez; é antes que á los suyos llegase topó con un caballero de Irlanda, criado de don Cuadragante, é dióle tal golpe por cima del hombro, que le cortó fasta la carne é los huesos, é fué tan mal trecho, que le fué forzado de salir de la batalla. Amadís en este tiempo tomó consigo á Balais de Carsante é á Gandalin, é con gran saña, viendo que los romanos tan bien se defendian, entró lo mas recio que pudo por el un costado de la haz, é aquellos que le seguian, é dió tan grandes golpes del espada, que no habia hombre que lo viese que mucho no fuese espantado; é mucho mas lo fueron aquellos que le esperaban, que tan gran miedo les puso, que ninguno le osaba atender, antes se metian entre los otros, como hace el ganado cuando de los lobos son acometidos, é yendo así sin fallar defensa, salió á él al encuentro un hermano bastardo de la reina Sardamira, que Flamíneo habia nombre, muy buen caballero en armas, é como vió á Amadís facer tales maravillas, y que ninguno le osaba esperar, fué para él, y encontróle en el escudo con su lanza, que geló falsó, é la lanza fué quebrada en piezas, é al pasar Amadís le cuidó ferir en el yelmo; mas, como pasó recio, no pudo, é hirió al caballo en el lomo junto con los arzones de zaga, é cortóle todo lo mas del cuerpo é de las tripas, é dió con él en el suelo gran caida, tanto, que pensó que le habia abierto por las espaldas. Don Cuadragante é los otros caballeros que por la otra parte se combatian apretaron tanto los contrarios, que si no fuera porque llegó Arquisil con la segunda haz en su socorro, todos fueran destrozados é vencidos; mas, como este llegó, todos fueron reparados é cobraron gran esfuerzo, é por su llegada cayeron á tierra de los caballos mas de mill de los unos é de los otros. Este Arquisil se encontró con Landin, sobrino de don Cuadragante, é diéronse tan grandes golpes de las lanzas é los caballos uno con otro, que ambos cayeron en tierra. Floyan, que á todas partes andaba, habia socorrido con cincuenta caballeros á Flamíneo, que estaba á pié, y le diera un caballo, que Amadís despues que lo derribó no miró por él, porque vió venir á la segunda haz, é por ser el primero en la recebir, dejólo en poder de Gandalin y de Balais, los cuales pensaron que muerto quedaba, é fueron ferir en la haz de Arquisil, porque los suyos en su llegada no recibiesen daño, que llegaban muy folgados; é como Floyan vió á pié á Arquisil, que se combatia con Landin, dió muy grandes voces, diciendo: «¡Oh caballeros de Roma, socorred á vuestro capitan!» Estonces él arremetió muy bravo, é mas de quinientos caballeros con él, si no fuera por Angriote, y por Enil, é Gavarte de Val Temeroso, que lo vieron é dieron voces á don Cuadragante, que con mucha priesa socorrieron, é muchos caballeros de los suyos con ellos, Landin fuera aquella hora muerto ó preso; mas, como estos llegaron, firieron tan reciamente, que era maravilla de ver. Flamíneo, que, como dicho es, estaba ya á caballo, tomó los mas que pudo, é socorrió como buen caballero á los suyos. ¿Qué vos diré? la priesa fué allí tan grande, é tantos caballeros muertos y derribados, que todo aquel campo donde ellos se combatian estaba ocupado de los muertos y de los heridos; mas los romanos, como eran muchos, tomaron á Arquisil á pesar de sus enemigos, é don Cuadragante é sus compañeros á Landin; é así salvó cada uno al suyo, é los ficieron cabalgar en sendos caballos, que muchos habia por allí sin señores.

Amadís andaba á la otra parte faciendo maravillas de armas, é como ya lo conoscian todos los mas, dejábanle la carrera por donde queria ir; pero todo era menester, que como los romanos eran muchos mas, si no fuera por los caballeros señalados de la otra parte, á su voluntad los trajeran. Mas luego socorrió Agrájes é don Bruneo de Bonamar con su haz, y llegaron tan recios y tan juntos, que, como los romanos andoviesen todos barajados, muy prestamente los ficieron dos partes; de manera que ningun remedio tenian, si el Emperador con su batalla, en que traia cinco mil caballeros, no socorriera. Esta gente, como era mucha, dió tan gran esfuerzo á los suyos, que muy prestamente cobraron todo lo que habian perdido. El Emperador llegó en su gran caballo é armado como es dicho, é como era grande de cuerpo, y venia delante de los suyos, paresció tan bien á todos los que lo veian, que era maravilla; é fué mucho mirado, é al primero que delante falló fué á Balais de Carsante, y encontróle en el escudo tan reciamente, que quebró la lanza, é topóle con el caballo, que venia muy folgado, é como el de Balais cansado andoviese, no pudo sofrir el duro golpe, é cayó con su señor de tal manera, que fué muy quebrantado. Y el Emperador cuando tal encuentro fizo tomó en sí gran orgullo, y metió mano á la espada é comenzó á decir á grandes voces: «Roma, Roma; á ellos, mis caballeros; no vos escape ninguno;» é luego se metió por la priesa, dando muy grandes é fuertes golpes á todos los que delante sí hallaba, á guisa de buen caballero; é yendo así faciendo gran daño, encontróse con don Cuadragante, que asimesmo andaba con la espada en la mano firiendo y derribando cuantos alcanzaba. É como se vieron, fué el uno contra el otro muy recio, las espadas altas en las manos, é diéronse tales golpes por cima de los yelmos, que el fuego salió dellos é de las espadas; mas, como don Cuadragante era de mas fuerza, el Emperador fué tan cargado del golpe, que perdió las estriberas, é hóbose de abrazar al cuello del caballo, y quedó ya cuanto desacordado. Acaeció que aquella hora se falló allí Costancio, hermano de Brondajel de Roca, que era buen caballero, mancebo, é como vió al Emperador su señor en tal guisa, firió al caballo de las espuelas, é fué para don Cuadragante con la lanza sobre mano, é dióle una gran lanzada en el escudo, que gelo falsó, é firióle un

poco en el brazo; y en tanto que don Cuadragante volvió á lo ferir con la espada, el Emperador hobo logar de se tornar á la parte donde los suyos estaban. Costancio, como vió que era en salvo, no paró; mas antes, como llegaba holgado él é su caballo, salióse muy presto, é fué á la parte donde Amadís andaba, é cuando vió las cosas extrañas que facia, é los caballeros que dejaba por el suelo por do quiera que iba, fué tan espantado, que no podia creer que fuese sino algun diablo que allí era venido para los destruir; y estándole mirando, vió cómo salió á él un caballero que fué gobernador del principado de Calabria por Salustanquidio, é firióle de la espada en el cuello del caballo, é Amadís le dió por cima del yelmo tal golpe, que así el yelmo como la cabeza le fizo dos partes, é luego cayó muerto en el suelo; de que Costancio hobo gran dolor, porque muy buen caballero era. É luego llamó á Floyan á grandes voces, é dijo: «A este, á este herid y matad; que este es el que nos destruye sin ninguna piedad.» Estonces ambos juntos vinieron á él, é diéronle grandes golpes de las espadas; mas Amadís á Costancio, que delante falló, dió tal golpe en el brocal del escudo, que gelo fizo dos pedazos; é no se detovo allí la espada, antes llegó al yelmo, y el golpe fué tan grande, que Costancio fué atordido, que cayó del caballo abajo. Como los romanos que á Floyan aguardaban lo vieron con Amadís, é á Costancio en el suelo, juntáronse mas de veinte caballeros, é dieron en él, mas no le podieron derribar del caballo, é no osaban parar con él, que al que alcanzaba no habia menester mas de un golpe.

Estando así la batalla, en que los romanos, como eran muchos en demasía, tenian algo de la ventaja, socorrió Grasandor y el esforzado de don Florestan, y llegaron á tiempo que los romanos tenian cercados á Agrájes é á don Bruneo é Angriote, que les habian muerto los caballos, é habíanlos socorrido Lasindo é Gandalin, é Gavarte de Val Temeroso é Branfil, que acaso se fallaron juntos; mas la muchedumbre de la gente que sobre ellos estaba era tanta, que estos que digo, aunque muchos caballeros derribaron é mataron, é pasaron mucho peligro, no podieron llegar á ellos. É como don Florestan llegó, é vió allí tan gran priesa, bien cuidó que no seria sin mucha causa, é como llegó conosció aquellos caballeros que socorrian á Agrájes é á sus compañeros; é como Lasindo lo vió dijo: «¡Oh señor don Florestan! socorred aquí; si no, perdidos son vuestros amigos.» Como él esto oyó, dijo: «Pues llegadvos á mí, é firámoslos, que no osarán atender.» Estonces se metió por la gente, derribando é matando cuantos alcanzaba, fasta que la lanza quebró; é puso mano á su espada, é dió tan grandes golpes con ella, que espanto ponia á todos los que allí estaban. É aquellos caballeros que vos dije fueron teniendo con él fasta que llegaron donde Agrájes é sus compañeros estaban á pié, como habeis oido. ¿Quién vos podria decir lo que allí pasaron en aquel socorro, é lo que habian fecho los que estaban cercados? Por cierto no se puede contar, que tan pocos como ellos eran se podiesen defender á tantos como los querian matar; pero aun con todo, todos ellos estaban en muy gran peligro de sus vidas, si la ventura no trajera por allí á Amadís, al cual Floyan é los suyos habian dejado, porque de los veinte caballeros que vos dije que socorrieron á Costancio habia él muerto y derribado los séis; é como vió que lo dejaban y se apartaban dél, é oyó las grandes voces que en aquella priesa se daban, acudió allí, é como llegó, luego los conosció en las armas, é comenzó á llamar á los suyos, é juntáronse con él mas de cuatrocientos caballeros. É como allí fuese la mayor priesa que en todo el dia habia sido, acudieron tambien de la parte de los romanos Floyan é Arquisil é Flamíneo, con la mas gente que pudieron, é comenzóse la mas brava batalla é mas peligrosa que hombre vió. Allí viérades facer maravillas á Amadís, las cuales nunca fueron vistas ni oidas que caballero pudiese facer; tanto, que así á los contrarios como á los suyos facia mucho maravillar, así de los que mataba como de los que derribaba; é como las voces eran muchas y el ruido muy grande, así el Emperador como todos los mas que en la batalla andaban acudieron allí.

Don Cuadragante, que á otra parte andaba, fuéle dicho por un ballestero de caballo la cosa como estaba, é luego á gran priesa juntó consigo mas de mil caballeros que le aguardaban de su haz, é díjoles: «Agora, señores, parezca vuestra bondad é seguidme; que mucho es menester nuestro socorro.» Todos fueron con él, y él delante, é cuando llegaron á la priesa habia tanta gente de un cabo y de otro, que apenas podian llegar á los enemigos. É como esto él vió, así con su gente, como la traia junta, que era muy buena y de buenos caballeros, dió por el un costado tan reciamente, que en su llegada fueron por el suelo mas de docientos caballeros; é bien vos digo que los que él á derecho golpe alcanzaba que no habian menester maestro. Amadís, cuando vió á don Cuadragante lo que él é su gente hacian, fué muy maravillado, é metióse tan desapoderadamente por los contrarios, dando tales golpes é tan pesados, que no dejaba hombre en silla; pero aquella hora Arquisil é Floyan é Flamíneo, é otros muchos con ellos, se combatian tan esforzadamente, que pocos habia que mejor lo ficiesen; é puñaban cuanto podian de llegar á la muerte á Agrájes é sus compañeros, que con él á pié estaban, é á don Florestan, é á los otros que vos dijimos que cabe ellos estaban para los defender; que despues que pasaron la gran priesa de la gente y llegaron á ellos, nunca, por gente que viniese ni por golpes que les diesen, los pudieron de allí quitar. Y como vieron estos lo que los suyos hacian, é tan gran daño en sus enemigos, apretaron tan recio á los romanos, así por la parte de don Cuadragante como de la de Amadís y de don Gandálés, que sobrevino con hasta ochocientos caballeros de los que traia en cargo, que á mal de su grado, aunque el Emperador daba muy grandes voces, que despues que don Cuadragante le dió aquel gran golpe de la espada, mas entendió en gobernar la gente que en pelear, los ficieron perder el campo; de manera que Agrájes é Angriote é don Bruneo, que mucho afan y peligro habian pasado, pudieron cobrar caballos, en que cabalgaron; é luego se metieron en la priesa contra los romanos, que iban de vencida, é así los llevaron hasta dar en la batalla del rey Arban de Norgales, á tal hora, que era ya puesto el sol, é por esto el rey Arban los recogió consigo, é no quiso romper, que así gelo envió á mandar

el rey Lisuarte, por ser la hora tal, é porque de sus contrarios quedaba mucha gente por entrar en la vuelta, é hobo recelo de recebir dellos algun revés; que bien cuidaba que para los primeros bastaba el Emperador con los suyos; é así por esto como por la noche que sobrevino, que fué la causa mas principal, recogieron á los romanos, é los contrarios se detuvieron, que los no siguieron mas. De manera que la batalla se partió con mucho daño de ambas las partes, aunque los romanos recibieron el mayor.

Amadís é los de su parte, como por ellos quedó el campo, ficieron llevar todos los feridos de los suyos é de su gente; despojaron todos los otros, é quedaron en el campo los feridos é muertos de la parte de los romanos, que los no quisieron matar, de los cuales muchos murieron por no ser socorridos. Pues vueltas las gentes, así de un cabo como de otro, á sus reales, hobo algunos hombres de órden, que en las batallas venian para reparar las ánimas de los que menester lo hobiesen, que como vieron tan gran destrozo é las voces que los feridos daban, demandando piedad é misericordia, acordaron, así de un cabo como de otro, de se poner, por servicio de Dios, en trabajar porque alguna tregua hobiese, en que los feridos se reparasen é los muertos fuesen soterrados; é así lo ficieron, que estos fablaron con el rey Lisuarte é con el Emperador, é los otros con el rey Perion, é todos tovieron por bien que la tregua se asentase por el dia siguiente. Aquella noche pasaron con grandes guardas é curaron de los feridos, é los otros descansaron del gran trabajo que habian pasado. Venida la mañana, fueron muchos á buscar á sus parientes, é otros á sus señores. É allí viérades los llantos tan grandes de ambas las partes, que de oirlo pone gran dolor, cuanto mas de lo ver. Todos los vivos llevaron al real del Emperador, é los muertos fueron soterrados, de manera que el campo quedó desembargado. Así pasaron aquel dia enderezando sus armas é curando de sus caballos. E á don Cuadragante curaron de la ferida del brazo, é vieron que era poca cosa; pero aunque otro caballero que la toviera que no fuera tal como él no se pusiera en armas ni en trabajos, él no quiso por eso dejar de ayudar á sus compañeros en la batalla siguiente. Venida la noche, todos se acogieron á sus albergues, y al alba del dia se levantaron al son de las trompas, é oyeron misas, é luego toda la gente fué armada y puesta á caballo, é cada capitan recogió los suyos. Así de la una parte como de la otra fué acordado que las delanteras tomasen las batallas que no habian peleado, é así se fizo.

CAPITULO XXX.

Cómo sucedió en la segunda batalla á cada una de las partes, é por qué causa la batalla se partió.

Puso en la delantera el rey Lisuarte al rey Arban de Norgales, é á Norandel é don Guilan el cuidador, é los otros caballeros que ya oistes, y él con su batalla y el rey Cildadan les ficieron espaldas, é tras ellos el Emperador é todos los suyos, cada uno en su haz é con sus capitanes, segun é por la ordenanza que tenian. El rey Perion dió la delantera á su sobrino don Brian de Monjaste, y él é Gastíles, con la seña del emperador de Constantinopla, les hacian espaldas, é todas las otras batallas en su concierto; de manera que las que mas desviadas estovieron el primero dia que pelearon, agora iban mas cerca. Con esta ordenanza movieron los unos y los otros, é cuando fueron cerca tocaron las trompas de todas partes, é las haces de Brian de Monjaste y del rey Arban de Norgales se juntaron tan bravamente, que de la primera fueron por el suelo mas de quinientos caballeros, é sus caballos sueltos por el campo. Don Brian se falló con el rey Arban, é diéronse muy grandes encuentros; así que, las lanzas fueron quebradas, mas otro mal no se ficieron; é metieron mano á sus espadas, é comenzáronse á ferir por todas las partes que mas daño se podian facer, como aquellos que muchas veces lo habian hecho é usado. Norandel é don Guilan firieron juntos en la gente de sus contrarios, é como eran muy valientes é muy esforzados, mucho daño, é mas ficieran sino por un caballero, pariente de don Brian, que con la gente de España habia venido, que habia nombre Fileno, que tomó consigo muchos de los españoles, que eran buena gente de guerra, é firió tan recio aquella parte donde don Guilan é Norandel andaban, que así á ellos como á todos los que delante sí tomaron, los llevaron una pieza por el campo; pero allí facian cosas extrañas Norandel y don Guilan por reparar los suyos. Al rey Arban é á don Brian despartieron de su batalla, así los unos como los otros, por la gran priesa que á la otra parte habia; é cada uno dellos comenzó á esforzar los suyos, firiendo y derribando en los contrarios; pero como la gente de España fuese mas é mejor encabalgados, hobieron tan gran ventaja, que sino porque el rey Lisuarte y el rey Cildadan socorrieron con sus haces, no les tovieran campo, é todos fueran perdidos; mas en la llegada destos reyes fué todo reparado. El rey Perion, como vió la seña del rey Lisuarte, dijo á Gastíles: «Agora, mi buen señor, movamos, é todavía mirad por esta seña; que yo así lo faré.» Entonces fueron derrancadamente contra sus enemigos. El rey Lisuarte los recibió como aquel á quien nunca fallesció corazon ni esfuerzo, que sin duda podeis creer que en su tiempo nunca hobo rey que mejor ni mas denodadamente su cuerpo aventurase en las cosas que á su honra tocaban, así como por esta gran historia podeis ver en todas las batallas é afruentas en que se falló.

Pues vueltas así estas gentes en número tan crecido, ¿quién os podria contar las caballerías que allí se ficieron? Seria imposible al que verdad quisiese decir; que tantos buenos caballeros fueron allí muertos é llagados, que casi los caballos no podian andar sino sobre ellos. Deste rey Lisuarte digo que, como hombre lastimado, no teniendo su vida tanto como en nada, se metia entre sus enemigos tan esforzadamente, que pocos fallaba que le osasen atender. El rey Perion, yendo por otra parte haciendo maravillas, acaso se encontró con el rey Cildadan, é como se conocieron, no quisieron acometerse; antes pasaron el uno por el otro, y fueron herir en los que delante sí fallaron, é derribaron muchos caballeros muertos y llagados á tierra. Como el Emperador vió tan gran revuelta y le pareció estar los de su parte en gran peligro, mandó á sus capitanes que con todas sus ha-

ces rompiesen lo mas denodadamente que ser pudiese, y que él así lo haria; lo cual fué hecho, que todas las batallas juntas con el Emperador dieron en los contrarios. Mas antes que ellos llegasen, las otras de la parte contraria, de que los vieron venir, asimismo todos juntos derrancaron por el campo; así que, todos fueron mezclados unos con otros, de manera que no podian haber concierto ni aguardar ninguno á su capitan. Mas andaban tan envueltos é tan juntos, que se no podian herir ni aun con las espadas; é trabábanse á brazos, y derribábanse de los caballos, é mas eran los que murieron de los piés dellos que de las feridas que se daban. El estruendo y el roido era tan grande, así de las voces como del reteñir de las armas, que todos aquellos valles de la montaña facian reteñir, que no parescian sino que todo el mundo era allí asonado; é por cierto así lo podeis creer, que no el mundo, mas todo lo mas de la cristiandad é la flor della estaba allí, donde tanto daño en ella se recibió aquel dia, que por muchos y largos tiempos no se pudo reparar.

Así que, esto se puede dar por enjemplo á los reyes é grandes señores, que antes que las cosas fagan las miren é piensen primero con la buena conciencia, mirando mucho los inconvenientes que dello se pueden seguir, porque no á su cargo é por sus yerros é aficiones laceren é mueran los que culpa no tienen, como muchas veces acaesce; que puede ser que la inocencia de estos tales lleve sus ánimas á buen lugar. Así que, por mayor muerte é muy mas peligrosa se puede contar, aunque al presente las vidas les queden, á los causadores de tal destruicion como esta á que dió ocasion este rey Lisuarte, aunque muy discreto é sabido en todas las cosas era, como oido habeis; pero causólo esto no querer estar á consejo de otro alguno, sino del suyo proprio.

Pues dejando todo esto aparte, que, segun la gran soberbia é la ira, que sobre nosotros están muy enseñoreadas para nos poner en muchas pasiones y en grandes tribulaciones, donde creo que los amonestamientos son excusados, tornarémos al propósito; et digo que, como las batallas así andoviesen, é muriesen muchas gentes, la priesa era tan grande, que no se podian valer los unos á los otros, que todos estaban ocupados, é delante sí hallaban con quién pelear. Agrájes siempre tenia el cuidado de mirar por el rey Lisuarte, é no le habia visto, con la gran priesa é muchedumbre de gente; é yendo por entre las batallas, vióle que acababa de derribar de un encuentro á Dragonis, en que quebró la lanza, é tenia la espada en la mano para lo ferir, é Agrájes fué para él con su espada é díjole: «A mí, rey Lisuarte; que yo soy el que te mas desama.» Él, como lo oyó, volvió la cabeza é fué para él, é Agrájes á él; é tan recios llegaron el uno al otro, que se no pudieron ferir; é Agrájes soltó la espada en la cadena con que la traia, é abrazóse con él; que, como ya es dicho en otras partes desta historia, este Agrájes fué el mas acometedor caballero é de mas vivo corazon que en su tiempo hobo, é si así la fuerza como el esfuerzo le ayudara, no hobiera en el mundo mejor caballero que él; é así, era uno de los buenos que en gran parte se podrian fallar. Pues estando abrazados, cada uno punaba cuanto podia por derribar al otro; Agrájes se viera en gran peligro, porque el Rey era mas valiente de cuerpo y de fuerza, sino por el buen rey Perion, que sobrevino, con el cual vinieron don Florestan é Landin y Enil, é otros muchos caballeros, é cuando así vió á Agrájes punó de lo socorrer; é de la otra parte acudió don Guilan el cuidador é Norandel, é Brandoibas, é Giontes, sobrino del Rey; que estos, aunque en otras partes facian sus entradas é grandes caballerías, siempre tenian ojo á mirar por el Rey; que así lo tenian en cargo. Pues como estos llegaron, firieron de las espadas, que las lanzas quebradas eran, todos tan bravamente, que cosa extraña era de ver; y llegábase de entrambas partes por socorrer cada uno al suyo, mas el rey é Agrájes estaban tan asidos, que los no podian quitar, ni tampoco derribarse el uno al otro, porque los de su parte los tenian en medio, é los sostenian que no cayesen. Como aquí fuese la mas priesa de la batalla y el mayor ruido de las grandes voces, ocurrieron allí muchos caballeros de cada una de las partes; entre los cuales vino don Cuadragante, é como llegó, vió la revuelta, é al Rey abrazado con Agrájes, metióse muy recio por todos, y echó mano del Rey tan bravamente, que por poco hobiera derribado á entrambos; que no osó ferir al Rey por no dar á Agrájes, é porque le dieran muchos golpes los que al Rey defendian, nunca le soltó.

El rey Arban de Norgales, que venia con el emperador de Roma, que habia pieza que no habia al Rey visto, llegó allí, é como lo vió en tan gran peligro, fué muy desapoderado, é abrazóse con don Cuadragante muy apretadamente; así estaban todos cuatro abrazados, é al derredor dellos el rey Perion é los suyos, y de la otra parte Norandel é don Guilan é los suyos, que nunca cesaban de se combatir. Pues así estando la cosa en tan gran revuelta y peligro, sobrevino de la parte del rey Lisuarte el Emperador y el rey Cildadan con mas de tres mil caballeros, y de la otra Gastíles é Grasandor con otras muchas compañas, y llegaron unos é otros tan recios á la priesa y con tan gran estruendo, que por fuerza hicieron derramar los que se combatian; y los que estaban abrazados hobieron por bien de se soltar, y quedaron todos cuatro á caballo, pero muy cansados, que casi en las sillas tener no se podian; é tanta fué la gente que á la parte del rey Lisuarte cargó, que en muy poco estuvo el negocio de se perder, si no fuera por la grande bondad del rey Perion y de don Cuadragante é de don Florestan, é los otros sus amigos, que como esforzados caballeros sufrieron tanto, que fué gran maravilla. Así estando en esta priesa, como oídes, llegó aquel muy esforzado caballero Amadís, que habia andado á la diestra parte de la batalla, é habia muerto de un solo golpe á Costancio, y desbaratado todo lo mas de aquella parte, y traia en su mano la su buena espada tinta de sangre hasta el puño, é vinieron con él el conde Galtínes é Gandalin y Trion, y como vió tanta gente sobre su padre, y sobre los suyos vió estar al Emperador delante combatiéndose, como cosa que ya por vencida tenia, puso las espuelas á su caballo, que entonces habia tomado á un doncel de los de su padre que venia folgado, y metióse tan recio y tan denodado

por la gente, que fué maravilla de lo ver. Floyan, que lo conosció en las sobreseñales, hobo recelo que si el Emperador llegase, que todos no serian tan poderosos de gelo defender ni amparar, y lo mas presto que pudo se puso delante, aventurando su vida por salvar la suya del Emperador. Don Florestan, que á aquella parte se falló, entraba á la par con Amadís, é como vió á Floyan, fué para él lo mas presto que pudo, é diéronse muy grandes golpes de las espadas por cima de los yelmos; mas Floyan fué desacordado, que se no pudo tener en el caballo, é cayó en tierra, é allí fué muerto, así del gran golpe como de la mucha gente que sobre él anduvo.

Amadís no curó de su batalla; antes, como llevaba los ojos puestos en el Emperador, é mas en el corazon de lo matar si podiese, que ya entre los suyos estaba, metióse con muy gran rabia entre ellos por le ferir; é como quiera que de todas partes grandes golpes le diesen por gelo defender, nunca tanto pudieron facer los contrarios, que le estorbasen de se juntar con él; é como á él llegó, alzó la espada é hirióle de toda su fuerza, é dióle tan gran golpe por encima del yelmo, que le desapoderó de toda su fuerza, y le hizo caer el espada de la mano, é como Amadís vió que iba á caer del caballo, dióle muy prestamente otro golpe por cima del hombro, que le cortó todas las armas é la carne fasta el hueso, de manera que todo aquel cuarto con el brazo le quedó colgado, é cayó del caballo tal, que dende á poco fué muerto. Cuando los romanos, que muy cerca dél estaban, lo vieron, dieron muy grandes voces, de manera que se llegaron muchos, é tornóse á avivar la batalla, que andovieron allí muy presto Arquisil é Flamíneo, y llegaron con otros muchos caballeros donde Amadís é don Florestan estaban, é diéronle muy grandes é fuertes golpes de todas partes; mas el conde Galtines é Gandalin é Trion dieron voces á don Bruneo é Angriote que se juntasen con ellos para los socorrer. E todos cinco, á pesar de todos, llegaron en su ayuda, faciendo mucho daño.

El rey Perion estaba con don Cuadragante, é Agrájes é otros muchos caballeros á la parte del rey Lisuarte y del rey Cildadan, é otros muchos que con ellos estaban, é combatíanse muy reciamente. Así que, allí fué la mas brava batalla que en todo el dia habia sido, é mayor mortandad de gente. Mas á esta hora sobrevino don Brian de Monjaste é don Gandáles, que habian recogido de los suyos hasta seiscientos caballeros; é dieron en los enemigos tan bravamente á la parte donde Amadís é sus compañeros estaban, que á mal de su grado los retrajeron una gran pieza. A estas grandes voces que entónces se dieron, Arban, rey de Norgales, volvió la cabeza é vió cómo los romanos perdian el campo, é dijo al rey Lisuarte: «Señor, retraedvos; si no, perderos heis.» Cuando el Rey esto oyó, miró, é bien conosció que decia verdad. Entonces dijo al rey Cildadan que le ayudase á retraer los suyos en son que se no perdiesen; é así lo hicieron, que siempre vueltos á los contrarios, é dándose muy grandes golpes con ellos, se retrajeron fasta se poner en igual de los romanos, é allí se detuvieron todos, porque Norandel, é don Guilan, é Cendil de Ganota, é Ladasin, é otros muchos con ellos, se pasaron á la parte de los romanos, que era lo mas flaco, para los esforzar; pero todo era nada; que ya la cosa iba de vencida.

Estando la batalla en tal estado como ois, Amadís vió cómo la parte del rey Lisuarte iba perdida sin ningun remedio, y que si la cosa pasase mas adelante, que no seria en su mano de lo poder salvar, ni aquellos grandes amigos suyos que con él estaban; y sobre todo, le vino á la memoria ser este padre de su señora Oriana, aquella que sobre todas las cosas del mundo amaba é temia, é las grandes honras que él é su linaje los tiempos pasados habian dél recebido, las cuales se debian anteponer á los enojos, y que toda cosa que en tal caso se ficiese seria gran gloria para él, contándose mas á sobrada virtud que á poco esfuerzo. E vió que muchos de los romanos llevaban á su señor faciendo gran duelo y que la gente se esparcia. Y porque venia la noche acordó, aunque afruenta pasase de alguna vergüenza, de probar si podria servir á su señora en cosa tan señalada; y tomó consigo al conde Gallínes, que cabe sí tenia, y fuése cuanto pudo por entre ambas las batallas á gran afan, porque la gente era mucha é la priesa grande; que los de su parte, como conoscian la ventaja, apretaban á sus enemigos con gran esfuerzo, y en los otros ya cuasi no habia defensa, sino por el rey Lisuarte y el rey Cildadan é los otros señalados caballeros; y llegaron él y el Conde al rey Perion, su padre, é díjole: «Señor, la noche viene; que á poca de hora no nos podriamos conocer unos á otros, é si mas durase la contienda, seria gran peligro, segun la muchedumbre de la gente, que así podriamos matar á los amigos como á los enemigos, y ellos á nosotros; paréceme que seria bien apartar la gente; que, segun el daño que nuestros enemigos han recebido, bien creo que mañana no nos osarán atender.» El Rey, que gran pesar en su corazon tenia en ver morir tanta gente sin culpa ninguna, díjole: «Hijo, fágase como te parece, así por eso que dices, como porque mas gente no muera; que aquel Señor que todas las cosas sabe, bien ve que esto mas se deja por su servicio que por otra ninguna causa; que en nuestra mano está toda su destruicion, segun son vencidos.» Agrájes estaba cerca del Rey, é Amadís no le habia visto, é oyó todo lo que pasaron, é vino con gran furia á Amadís, é dijo. «¿Cómo, señor primo, agora que teneis á vuestros enemigos vencidos y desbaratados, y estáis en disposicion de quedar el mas honrado príncipe del mundo, los quereis salvar?—Señor primo, dijo Amadís, á los nuestros querria yo salvar, que con la noche no se matasen los unos á los otros; que á nuestros enemigos por vencidos los tengo, que no hay en ellos defensa ninguna.» Agrájes, como muy cuerdo era, bien conocia la voluntad de Amadís, é díjole: «Pues que no quereis vencer, no debeis señorear; que siempre seréis caballero andante, pues que en tal coyuntura os vence é niega la piedad; pero hágase como por bien toviérdes.»

Entonces el rey Perion é don Cuadragante, á quien desto no pesaba, por el rey Cildadan, con quien tanto deudo tenia, é á quien él mucho amaba, por una parte, é Amadís é Gastíles por la otra, comenzaron á apartar la gente, é hiciéronlo con poca premia, que ya la noche los partia. El rey Lisuarte, que estaba en

esperanza ninguna de poder cobrar lo perdido, y determinado de morir antes que ser vencido, cuando vió que aquellos caballeros apartaban la gente mucho fué maravillado, é bien creyó que no sin algun gran misterio aquello se facia, y estovo quedo hasta ver qué dello podria redundar. E como el rey Cildadan vió lo que los contrarios hacian, dijo al Rey: «Paréceme que aquella gente no os seguirá, é honra nos facen; y pues que así es, recojamos la nuestra, é vamos á descansar, que tiempo es.» Así se fizo, que el rey Arban de Norgales, é don Guilan el cuidador, é Arquisil, é Flamíneo con los romanos retrajeron toda la gente. Así se partió esta batalla como oídes; y por cuanto el comienzo de toda esta gran historia fué fundado sobre aquellos grandes amores que el rey Perion tovo con la reina Elisena, que fueron causa de ser engendrado este caballero Amadís, su hijo, del cual y de los que él tiene con su señora Oriana ha procedido é procede tanta y tan gran escriptura, aunque algo parezca salir de propósito, razon es que, así para su desculpa destos que tan desordenadamente amaron, como para los otros que como ellos aman, se diga qué fuerza tan grande es sobre todas la de los amores, que en una cosa de tan gran fecho como este fué, y tan señalado por el mundo, donde tales é tantas gentes de grandes estados se juntaron, é tantas muertes hubo y la honra tan grandísima que ganaban los vencedores, que dejándolo todo aparte allí entre la ira é la saña é gran soberbia, con tan antigua enemistad, que la menor destas es bastante para cegar y turbar á cualquiera que muy discreto y esforzado sea, allí tovo tanta fuerza el amor que este caballero tenia con su señora, que olvidando la mayor gloria que en este mundo se puede alcanzar, que es el vencer, pusiese tal embarazo, por donde sus enemigos recibiesen el beneficio que habeis oido, que sin duda ninguna podeis creer que en la mano é voluntad de Amadís y de los de su parte estaba toda la destruicion del rey Lisuarte y de los suyos, sin se poder valer. Pero no es razon que se atribuya sino á aquel Señor que es reparador de todas las cosas; que bien se puede creer que así fué por él permitido que se ficiese, segun la paz é concordia que desta tan grande enemistad redundó, como adelante vos contarémos. Pues las gentes apartadas é tornadas á sus reales, pusieron treguas por dos dias, porque los muertos eran muchos, é acordóse que seguramente cada una de las partes pudiese llevar los suyos. El trabajo que pasaron en los soterrar, é los llantos que por ellos ficieron, será excusado decirlo; porque la muerte del Emperador, segun lo que por ella se fizo, puso olvido en los restantes. Pero lo uno y lo otro se dejará de contar, así porque seria prolijo y enojoso, como por no salir del propósito comenzado.

CAPITULO XXXI.

Cómo el rey Lisuarte fizo llevar el cuerpo del emperador de Roma á un monesterio, é cómo habló con los romanos sobre aquel fecho en que estaba, é la respuesta que le dieron.

A su tienda llegó el rey Lisuarte, é rogó al rey Cildadan que allí se apease é desarmase, porque antes de mas reposo, diesen órden cómo el cuerpo del Emperador se pusiese donde convenia estar; é como desarmados fueron, aunque muy quebrantados é cansados estaban, llegaron entrambos á la tienda del Emperador, donde muerto estaba, é fallaron todos los mayores de sus caballeros en derredor dél faciendo gran duelo. Que aunque este emperador de su proprio natural fuese soberbio é desabrido, por la cual causa con mucha razon los que estas maneras tienen deben ser desamados, era muy franco é liberal en facer á los suyos tantos bienes é mercedes, que con esto encubria muchos de sus defetos; porque, aunque naturalmente todos tengan mucho contentamiento de los que con gracia é cortesía reciben á los que á ellos llegan, mucho mas lo tienen de los que, aunque con alguna aspereza, ponen por obra las cosas que les piden, porque el efeto verdadero está en obrar la virtud, é no en la platicar. Llegados allí estos dos reyes, quitaron aquellos caballeros de hacer su duelo, é rogáronles que se fuesen á sus tiendas, y se desarmasen é curasen de sus llagas; que ellos no se quitarian de allí hasta que aquel cuerpo fuese puesto adonde se requeria estar tan gran príncipe. Pues idos todos, que no quedaron sino los oficiales de la casa, mandó el rey Lisuarte que aparejasen al Emperador como luego podiesen caminar con él, é lo llevasen á un monesterio que á una jornada de allí estaba cabe una su villa, que habia nombre Luvaina, porque desde allí se pudiese con mas reposo á Roma llevar, á la capilla de los emperadores.

Esto así hecho, tornáronse los reyes á la tienda donde habian salido, é allí les tenian aderezado de cenar é cenaron, é al parescer de los que allí estaban, con buen semblante. Pero alguno habia que en lo secreto no era así, antes su espíritu estaba muy afligido é con mucho cuidado; el cual era el rey Lisuarte, porque salida la tregua, no esperaba ningun remedio á su salud, que, segun la ventaja que sus enemigos le habian tenido en las dos batallas pasadas, é la flaqueza grande que en sus gentes conoscia, especial en los romanos, que era la mayor parte, é habiendo conoscimiento del gran esfuerzo de los contrarios, por dicho se tenia que no era parte para sostener la tercera batalla, y no esperaba otra cosa, salvo en ella ser deshonrado é vencido, aunque lo mas cierto era muerte, porque él no deseaba mas la vida de cuanto la honra sostener pudiese. E cuando hobo cenado el rey Cildadan se fué á su tienda, y el rey Lisuarte quedó en la suya. Así pasaron aquella noche, poniendo grandes guardas en su real; é venida la mañana, el Rey se levantó, é desque hobo oido misa llevó consigo al rey Cildadan, y fuése á la tienda del Emperador, el cual habian ya llevado, é á Floyan con él, al monesterio que vos dije; é fizo llamar á Arquisil é á Flamíneo, é á todos los otros grandes señores que allí de su compaña estaban, y venidos ante él, hablóles en esta guisa: «Mis buenos amigos, el grande pesar que yo tengo de la muerte del Emperador, é la gana é voluntad de la vengar, no otro alguno sino Dios lo sabe. Pero, como estas sean cosas muy comunes en el mundo, é que excusar no se pueden, así como cada uno de vos habrá visto é oido, no queda otro remedio sino que, dejando aparte los muertos, los vivos que quedan pongan tal remedio á sus honras, que no parezca que de la muerte natural dellos redunda

otra muerte artificial en los que viven. Lo pasado es sin remedio para lo presente y porvenir; por la bondad de Dios tantos quedamos, que si con aquel amor é voluntad á que los buenos son tenudos é obligados nos ayudamos, yo fio en él que con mucha gloria é ventaja cobrarémos aquello que hasta aquí se ha perdido; é quiero que de mí sepais que si todo el mundo en contrario toviese, é los que comigo están me dejasen, no partiré deste lugar sino vencedor ó muerto; así que, mis buenos amigos, mirad quién sois y del linaje donde venis, é faced en esto de manera que á todo el mundo se dé á conocer que en la muerte del señor no estaba la de todos los suyos.»

Acabada el rey Lisuarte su fabla, como Arquisil fuese el mas principal de todos ellos, así en esfuerzo como en linaje, porque, como muchas veces se os ha dicho, á este venia de derecho la sucesion del imperio, se levantó donde estaba, y respondió al Rey, diciendo: «A todo el mundo es notorio, desde que Roma se fundó, las grandes hazañas é afruentas que los romanos en los tiempos pasados á su muy gran honra acabaron, de las cuales las historias están llenas, y en ellas señalados sus fechos famosos entre todos los del mundo, así como el lucero entre las estrellas; y pues de tan excelente sangre venimos, no creais vos, buen señor rey Lisuarte, ni otro ninguno, sino que agora mejor que de primero, é con mas esfuerzo é cuidado, posponiendo todo el peligro y temor que vos avenir podiese, seguirémos aquello que los nuestros famosos antecesores siguieron, por donde dejaron en este mundo fama tan loada con perpétua memoria, é como los virtuosos lo deben seguir; é vos no vos dejeis caer, ni á vuestro corazon deis causa de flaqueza, que por todos estos señores me profiero, é por los otros que aquellos é yo tenemos encargo de gobernar é mandar, que la tregua salida, tomarémos la delantera de la batalla, é con mas esfuerzo é corazon resistirémos é apremiarémos á nuestros enemigos que si el Emperador nuestro señor delante estoviese.» Mucho pareció bien á todos cuantos allí estaban lo que este caballero dijo, principalmente al rey Lisuarte; é bien dió á entender que con mucho derecho merecia la honra y gran señorío que Dios le dió, como adelante se dirá. Con esta respuesta se fué muy contento el rey Lisuarte, é dijo al rey Cildadan: «Mi buen señor, pues que tal recaudo hallamos en los romanos, é con tan buena voluntad nos ayudan, lo cual de mí creido así no era; y teniendo tan buen caballero é tan esforzado por caudillo como este Arquisil, gran razon es, é cosa muy aguisada, que nosotros, pospuesto todo peligro, tomemos este negocio segun la razon nos obliga; é de mí os digo que, salida la tregua, no habrá otra cosa sino luego la batalla, en la cual si Dios la vitoria no me da, no quiero que me dé la vida; que la muerte me será mas honra.» El rey Cildadan, como fuese muy buen caballero y de gran esfuerzo, aunque su corazon siempre llorase aquella tan gran lástima que sobre sí tenia, en se ver tributario de aquel rey, mirando mas á lo que su promesa é juramento era obligado que al contentamiento de su voluntad ni querer, le dijo: «Mi señor, mucho soy alegre de lo que en los romanos se falla, é mucho mas en haber conocido el esfuerzo de vuestro corazon; que las cosas semejantes que son pasadas, é las presentes que se esperan son el toque donde se conviene descobrir su virtud; y en lo que á mí toca, tened fiucia que vivo ó muerto donde vos quedárdes quedará este mi cuerpo.» Cuando el Rey esto le oyó mucho gelo gradesció, y lo tovo en tanto, que desde aquella hora, segun despues por él se supo, propuso en su voluntad que, como quiera que la fortuna próspera ó adversa le viniese, de le soltar el señorío que sobre él tenia, lo cual así se hizo, como adelante oiréis.

Esta cosa es muy señalada é mucho de notar á quien la leyere; que solamente por conocer el rey Lisuarte con la gran aficion que este rey se le profirió á morir en su servicio, aunque el efeto no vino, tovo por bien de le dejar libre de aquel vasallaje que sobre él tenia, por donde se da á entender que la buena y verdadera voluntad, así en lo espiritual como en lo temporal, merece tanto galardon como si la propria obra pasase, porque della nace el efeto de lo bueno, y de la contraria de lo malo. Llegados estos reyes á sus tiendas, comieron y descansaron, dando órden en las cosas necesarias para dar fin en esta afruenta tan grande y tan señalada que sobre sus honras é vidas tenian.

Mas agora dejarémos á los unos y otros en sus reales, como habeis oido, esperando que en la tercera batalla estaba la gloria y vencimiento de la una parte, aunque la certidumbre de la una muy conoscida y clara estoviese, é contaros hemos lo que en este medio tiempo acaeció, por donde conosceréis que la soberbia é gran saña, y el peligro tan junto é tan cercano que estas gentes tenian unas de otras, no podieron estorbar aquello que Dios, poderoso en todas las cosas, tenia permitido que se ficiese.

CAPITULO XXXII.

Cómo, sabido por el santo ermitaño Nasciano, que á Espladian el fermoso doncel crió, esta gran rotura destos reyes, se dispuso á los poner en paz, y de lo que en ello fizo.

Cuenta la historia que aquel santo hombre Nasciano, que á Esplandian criára, como la tercera parte desta historia lo cuenta, estando en su ermita, en aquella gran floresta que ya oistes, mas habia de cuarenta años que, segun era el lugar muy esquivo é apartado, pocas veces iba allí ninguno, que él siempre tenia sus provisiones para gran tiempo; y no se sabe si por gracia de Dios ó por las nuevas que dello pudo oir, supo cómo estos reyes é grandes señores estaban en tanto peligro y afruenta, así de sus personas como de todos aquellos que en su servicio iban, de lo cual mucho dolor é gran pesar en su corazon hobo; é porque á la sazon estaba tan doliente, que andar ni se levantar podia, siempre rogaba á Dios que le diese salud y esfuerzo para que él pudiese ser reparo destos que eran en su santa ley; porque, como él hobiese confesado á Oriana, y della supiese todo el secreto de Amadís, y ser Esplandian su hijo, bien conosció el gran peligro que se aventuraba en haberla de casar con otro; é por aquí pensó que, pues Oriana estaba en tal parte donde la ira de su padre no podia temer, que seria bien, aunque él muy viejo é

cansado fuese, de se poner en camino y llegar á la ínsola Firme, porque con su licencia della, que de otra guisa no podia ser, podiese desengañar al rey Lisuarte de lo que no sabia, é toviese tal manera, que poniendo la paz é concordia, allegase el casamiento de Amadís y della. Con este pensamiento y deseo, cuando algun poco aliviado se sintió, tomó consigo dos hombres de aquel logar do su hermana vivia, que era la madre de Sargil, el que andaba con Esplandian, y encima de su asno se metió al camino; aunque con mucha flaqueza, y con pequeñas jornadas y mucho trabajo, andovo tanto, que llegó á la ínsola Firme al tiempo que el rey Perion y toda la gente era ya partida para la batalla, de lo cual mucho pesar hobo. Pues allí llegado, fizo saber á Oriana su venida; como ella lo supo, fué muy alegre por dos cosas: la primera, porque este santo ermitaño habia criado é dado, despues de Dios, la vida á su hijo Esplandian, y la otra por tomar consejo con él de lo que á su alma é buena conciencia se requeria; y luego mandó á la doncella de Denamarca que saliese á él, y lo trajese donde ella estaba, é así lo fizo. Cuando Oriana le vió entrar por la puerta, fué para él é fincó los hinojos delante, é comenzó de llorar muy reciamente, é díjole: «¡Oh santo hombre! dad vuestra bendicion á esta mujer malaventurada é muy pecadora, que por su mala ventura y de otros muchos fué nascida en este mundo.» Al ermitaño le vinieron las lágrimas á los ojos de la piedad que della hobo, y alzó la mano y bendíjola, é díjole: «Aquel Señor que es reparador y poderoso en todas cosas os bendiga, y sea en la guarda y reparo de todas las vuestras cosas.» Entonces la tomó por las manos é alzóla suso, é díjole: «Mi buena señora é amada hija, con mucha fatiga é gran trabajo soy venido por vos fablar, é cuando os ploguiere mandadme oir, porque yo no me puedo detener, ni el estilo de mi vivir é hábito me da licencia para ello.» Oriana, así llorando como estaba, le tomó por la mano, sin ninguna cosa le responder, que los grandes sollozos no le daban lugar, y se metió en su cámara con él, é mandó que allí solos los dejasen; así fué fecho. Cuando el ermitaño vió que sin recelo podia decir lo que quisiese, dijo: «Mi buena señora, yo estando en aquella ermita donde há tanto tiempo que he demandado á Dios nuestro Señor que haya piedad de mi ánima, poniendo en olvido todo lo mundanal, por no rescebir algun entrevalo en mi propósito, fuí sabidor cómo el Rey vuestro padre y el emperador de Roma con muchas gentes son venidos contra Amadís de Gaula, é asimismo él con su padre é otros príncipes é caballeros de gran estado va á les dar batalla. Lo que de aquí se puede seguir, quien quiera lo conocerá; que por cierto, segun la muchedumbre de las gentes, y el gran rigor con que se demandan é buscan, no puede aquí redundar sino en mucha perdicion dellos y en gran ofensa de Dios nuestro Señor; é porque la causa, segun me dicen, es el casamiento que vuestro padre quiere juntar de vos y del emperador de Roma, yo, Señora, me dispuse á hacer este camino que veis, como persona que sabe el secreto de cómo vuestra conciencia en este caso está, y el gran peligro de vuestra persona é fama, si lo que el Rey vuestro padre quiere hobiese efeto; y porque de vos, mi buena fija, en confesion lo supe, no he tenido licencia de poner en ello aquel remedio que á tan gran daño como aparejado está convenia. Agora que veo el estado en que las cosas estan, será mas pecado callarlo que decirlo. Vengo á que vos, amada hija, hayais por mejor que vuestro padre sepa lo pasado, y que no vos puede dar otro marido sino el que teneis; que no lo sabiendo, pensando que lo que él quiere justamente se puede complir, su porfía será tal, que con gran destruicion de los unos y de los otros siguiese su propósito, é al cabo sea publicado, así como el Evangelio lo dice: que ninguna cosa puede oculta ser que sabida no sea.» Oriana, que algun tanto mas el espíritu reposado tenia, lo tomó por las manos y gelas besó muchas veces contra su voluntad dél, é díjole: «¡Oh muy santo hombre é siervo de Dios! en vuestro querer é voluntad pongo y dejo todos mis trabajos y angustias para que hagais aquello que mas al bien de mi ánima cumple; é á aquel Señor á quien vos servis, é yo tanto tengo ofendido, le plega por su santa piedad de lo guiar, no como yo muy pecadora lo merezco, mas como él por su infinita bondad lo suele hacer con aquellos que mucho le han errado, si de todo corazon, como yo agora lo hago, merced le piden.» El hombre bueno con mucho placer le respondió: «Pues, amada fija, en este Señor que decis que á ninguno faltó en las grandes necesidades si con verdadero corazon é contricion le llaman, tened mucha fiucia, é á mí conviene, como aquel que con mas honestidad lo puede é debe facer, poner aquel remedio que su servicio sea, y vuestra honra sea guardada con aquella seguridad que á la conciencia de vuestra ánima se requiere; y porque de la dilacion mucho daño y mal se puede seguir, conviene que luego por vos, mi buena señora, me sea dada licencia, porque el trabajo de mi persona (si ser pudiere) alcance algo del fruto que yo deseo.» Oriana le dijo: «Mi señor Nasciano, aquel doncel que, despues de Dios, distes la vida os encomiendo que le rogueis por él, é si acá tornáredes, haced mucho por le traer con vos, é á Dios vayais encomendado que vos guie, de manera que vuestro buen deseo se cumpla al su santo servicio.»

Así el santo ermitaño se despidió, é con mucha fatiga de su espíritu, é grande esperanza de complir su buena volontad, entró en el camino por donde supo que la gente iba; pero como él fuese tan viejo, como la historia lo cuenta, é no podiese andar sino en su asno, su caminar fué tan vagaroso, que no pudo llegar hasta que las dos batallas ya dadas eran, como dicho es; así que, estando las huestes en tregua, soterrando los muertos é curando de los feridos, llegó este muy santo hombre al real del rey Lisuarte, é como vió tantas gentes muertas é otros muchos feridos de diversas feridas, por los cuales muy grandes llantos á todas partes hacian, fué mucho espantado, é alzó las manos al cielo, llorando con mucha piedad, é dijo: «¡Oh Señor del mundo! á tí plega, por la tu santa piedad é pasion que por nosotros pecadores pasaste, que no mirando á nuestros muy grandes yerros é pecados, me dés gracia como yo pueda quitar tan grande mal é daño que entre estos tus siervos aparejado está.» Pues entrando en el real, preguntó por las tiendas del rey Li-

suarte, á las cuales, sin en otra parte reposar, se fué, é como allí llegó, descabalgó de su asno, y entró dentro donde el Rey estaba. Cuando el Rey lo vió conosciólo luego, é fué mucho maravillado de su venida, porque, segun su edad grande, bien tenia creido que aun de la ermita no podiera salir, é luego sospechó que tal hombre como aquel, tan pesado y de vida tan santa, que no venia sin alguna causa grande, é fué contra él á lo rescebir, é como á él llegó hincó las rodillas é dijo: «Padre Nasciano, amigo é siérvo de Dios, dadme vuestra bendicion.» El ermitaño alzó la mano é dijo: «Aquel Señor á quien yo sirvo é todo el mundo es obligado á servir os guarde, y dé tal conocimiento, que no teniendo en mucho las cosas perecederas dél, antes las despreciando, hagais tales obras, por donde vuestra ánima haya é alcance aquella gloria é reposo para que fué criada, si por vuestra culpa no lo pierde.» Entonces le dió la bendicion é lo alzó por las manos, y él fincó los hinojos para gelas besar, mas el Rey lo abrazó é no quiso; é tomándole por la mano, le fizo asentar cabe sí, é mandó que luego le trujesen de comer; é así fué fecho; é desque hobo comido, apartóse con él en un retraimiento de la tienda, y preguntóle la causa de su venida, diciéndole que se maravillaba mucho, segun su edad é gran retraimiento, poder ser venido en aquellas partes á tan léjos de su morada. El ermitaño le respondió é dijo: «Señor, con mucha razon se debe creer todo lo que decis; que por cierto, segun mi gran vejez, así del cuerpo como de la voluntad é condicion, no estoy ya mas sino para salir de mi celda al altar; pero conviene á los que quieren servir á nuestro Señor Jesucristo, y desean seguir sus santas dotrinas é carreras, que en ninguna sazon de su edad, por trabajos ni fatigas que les vengan, hayan de aflojar solo un momento dello; que acordándose de cómo seyendo Dios verdadero criador de todas las cosas, sin á ello ninguna cósa le costreñir, sino solamente su santa piedad é misericordia, quiso venir por nos dar el paraíso, que cerrado teniamos en este mundo, donde con tantas injurias y deshonras de tan deshonrada gente recibió muerte é tan cruda pasion. ¿Qué podemos hacer nosotros, por mucho que le sirvamos, que pueda llegar á la correa de su zapato, como aquel su grande amigo é servidor lo dijo? Y esto considerando, pospuesto el temor é peligro de mi poca vida, pensando que mas aquí que en la parte donde estaba podia seguir su servicio, me dispuse, con mucho trabajo de mi persona é grande voluntad de mi deseo, de hacer este camino, en el cual á él plega de me guiar, é á vos, mi señor, de recebir mi embajada, quitada aparte toda saña é pasion, é sobre todo, la malvada soberbia, enemiga de toda virtud é conciencia, para que siguiendo su servicio, se olviden aquellas cosas que en este mundo al parescer de muchos valen algo, y en el otro, que es el mas verdadero, son aborrecidas. E viniendo, mi señor, al caso, digo que estando en aquella ermita donde la ventura vos guió, metida en aquella espesa é áspera montaña, donde comigo hablastes todas los cosas que tocaban á aquel muy hermoso é bien criado doncel Esplandian, supe desta muy grande afruenta é cruda guerra donde vos halló, é tambien la razon é causa por qué se mueve; é porque yo sé muy cierto que lo que vos, mi buen señor, queríades, que es casar á vuestra hija con el emperador de Roma, por quien tanto mal é daño es venido, no se podia hacer, no solamente por lo que muchos grandes é otros menores de vuestro reino muchas veces vos dijeron, diciendo ser esta princesa vuestra legítima heredera é sucesora despues de la fin de vuestros dias, que era é es muy legítima causa para que con mucha razon é buena conciencia se debiera desviar, mas por otra que á vos é á otros es oculta, é á mí manifiesta, que con mas fuerza, segun la ley divina é humana, lo desvia, por donde en ninguna manera se puede hacer; y esto es, porque vuestra hija es junta al matrimonio con el marido que nuestro Señor Jesucristo tovo por bien y es su servicio que sea casada.»

El Rey, cuando esto le oyó, pensó que, como este hombre bueno era ya de muy gran edad, que el seso y la discrecion se le turbaba, ó que alguno le habia informado muy bien de aquello que habia dicho, y respondióle é dijo: «Nasciano, mi buen amigo, mi fija Oriana nunca tovo marido ni agora tiene, salvo aquel emperador que le yo daba; porque con él, aunque de mis reinos apartada fuese, en mucha mas honra é mayor estado la ponia, é Dios es testigo que mi voluntad nunca fué de la desheredar por heredar á la otra mi hija, como algunos lo dicen, sino porque hacia cuenta que este mi reino junto en tanto amor con el ímperio de Roma, la su santa fe católica podia ser mucho ensalzada; que si yo supiera ó pensara en las grandes cosas que desto han redundado, con muy poca premia volviera mi querer y voluntad en tomar otro consejo; pero, pues que mi intencion fué justa y buena, entiendo que lo pasado ni porvenir se puede ni debe imputar á mi cargo.» El buen hombre le dijo: «Mi señor, y aun por eso vós dije que lo que á vos era oculto á mí es manifiesto; y dejando aparte lo que me decis de vuestra saña é voluntad, que segun vuestra gran discrecion y la honra tan alta en que Dios os ha puesto, así se debe y puede creer, quiero que sepais de mí lo que muy á duro de otro saber podríades, é digo que el dia que por vuestro mandado llegué á las tiendas en la floresta donde la Reina é su fija Oriana con muchas dueñas é doncellas, é vos con muchos caballeros estábades, cuando llevé conmigo aquel bienaventurado doncel Esplandian, que la leona por la trailla llevaba, á quien el Señor tiene tanto bien prometido, como vos, mi buen señor, lo habeis oido decir, la Reina é Oriana fablaron comigo todo el secreto de sus conciencias, para que en nombre de aquel que las crió y las ha de salvar les diese la penitencia que á la salud de sus ánimas convenia; supe de vuestra hija Oriana cómo desde el dia que Amadís de Gaula la tiró á Arcalaus el encantador é á los cuatro caballeros que con él la llevaban presa, al tiempo que vos fuistes encantado por la doncella que de Lóndres vos sacó por el don que le prometistes, é fuistes preso y en gran peligro de perder vuestro cuerpo é todo vuestro señorío, de lo cual don Galaor, su hermano, vos libró, con gran peligro de su vida; que así por aquel gran servicio que le fizo, como aun mas por el que su hermano vos fizo á vos, que en galardon dello ella

prometió casamiento á aquel noble caballero, reparador de muchos cuitados, flor y espejo de todos los caballeros del mundo, así en linaje como en esfuerzo y en todas las otras buenas maneras que caballero debe tener; donde se siguió que por gracia y voluntad de Dios fuese engendrado aquel Esplandian que tan extremado y señalado le quiso hacer sobre cuantos viven, que con verdad podemos decir ser muchos y grandes tiempos pasados, y en los porvenir pasarán, que por hombres no se supo que persona mortal fuese con tan maravilloso milagro criado; pues lo que de sus hechos públicamente demuestra aquella gran sabidora Urganda la Desconocida, vos, Señor, muy mejor que yo lo sabeis. Así que, podemos decir que aunque aquello por acidente fué hecho, segun en lo que parece, no fué sino misterio de nuestro Señor que le plugo que así pasase; y pues que á él tanto agrada, á vos, mi buen señor, no debe pesar; antes considerando ser esta su voluntad y la nobleza é gran valor deste caballero, haber por bien de lo tomar, con todo su gran linaje, por su servidor é hijo, dando órden, como dar se puede, que vuestra honra guardada, se aparte el presente peligro, y en lo porvenir se tenga tal forma, que personas de buena consciencia determinen lo que sea servicio de aquel Señor, para servicio del cual en este mundo nacimos, é vuestro, que despues dél, sois su ministro en lo temporal; é agora, gran rey Lisuarte, quiero ver si es en vos bien empleada aquella gran discrecion de que Dios os ha querido guarnecer, y el crecido é gran estado en que mas por su infinita bondad que por vuestros merescimientos vos ha puesto; y pues él ha fecho con vos mas de lo que le meresceis, no tengais en mucho seguir algo de lo que las sus santas dotrinas vos enseñan.»

Cuando esto fué oido por el Rey, mucho fué maravillado, é dijo: «¡Oh padre Nasciano! ¿es verdad que mi hija es casada con Amadís?—Por cierto, verdad es, dijo él; que él es marido de vuestra fija, y el doncel Esplandian es vuestro nieto.—¡Oh Santa María! val, dijo el Rey, ¡qué mal recaudo tenérmelo tanto tiempo secreto! Que si lo yo sopiera ó pensara, no fueran muertos é perdidos tantos cuitados como sin lo merescer lo han sido; é quisiera que vos, mi buen amigo, en tiempo que remediar se pudiera me lo hiciérades saber.—Eso no pudo ser, dijo el hombre bueno, porque lo que en confesion se dice no debe ser descubierto; é si agora lo fué, ha sido con licencia de aquella princesa de la cual yo agora vengo, que le plugo que se dijese; é yo fio en aquel Salvador del mundo, que si en lo presente se da tal remedio que su servicio sea, que con poca penitencia lo pasado perdonará; pues que mas la obra que la intencion parece ser dañada.» El Rey estovo una gran pieza pensando, sin ninguna cosa decir, donde á la memoria le ocurrió el gran valor de Amadís, é cómo merescia ser señor de grandes tierras, así cómo lo era, y ser marido de persona que del mundo señora fuese, é asimismo el grande amor que él habia á su hija Oriana, é cómo usaria de virtud y buena consciencia en la dejar por heredera, pues de derecho le venia; y el amor que él siempre tovo á don Galaor, é los servicios que él y todo su linaje le ficieron, é cuántas veces, despues de Dios, fué por ellos socorrido en tiempo que otra cosa sino la muerte y destruicion de todo su estado esperaba; y sobre todo, ser su nieto aquel muy hermoso doncel Esplandian, en quien tanta esperanza tenia; que si Dios le guardase y llegase á ser caballero, segun lo que Urganda le escribió, no ternia par de bondad en el mundo; é asimismo cómo en la misma carta le escribió que este doncel pornia paz entre él é Amadís; é tambien le vino á la memoria ser muerto el Emperador, é que si con él y con su deudo ganaba honra, que mucho mas con el deudo de Amadís la ternia, así como por la experiencia muchas veces lo habia visto. E con esto, demás de recebir descanso, así en su persona como en su reino, cresceria en tanta honra, que ninguno en el mundo su igual fuese; y despues que de su cuidado acordó dijo: «Padre Nasciano, amigo de Dios, como quiera que mi corazon é voluntad de la soberbia sojuzgado estoviese, y no desease otra cosa sino recebir muerte ó darla á otros muchos, porque mi honra fuese satisfecha, vuestras santas palabras han seido de tanta virtud, que yo determino de retraer mi querer en tal manera, que si la paz é concordia no viniere en efecto, seais vos testigo ante Dios no ser á mi culpa ni cargo; por ende no dejeis de hablar con Amadís, y no le descubriendo nada de mi propósito, tomad su parecer de lo que en este caso quiere, é aquello me decid, é si es tal que con el mio se conforme, poderse ha dar tal órden como lo presente é porvenir se ataje en aquella manera que á provecho é honra de ambas las partes se conviene.» Nasciano hincó los hinojos llorando ante él, de gran placer que hobo, é díjole: «¡Oh bienaventurado Rey! aquel Señor que nos vino á salvar os agradezca esto que me decis, pues que yo no puedo.» El Rey lo levantó y le dijo: «Padre, esto que vos he dicho tengo determinado, sin haber hí al.—Pues conviéneme, dijo el buen hombre, partirme luego, é antes que la tregua salga trabajar cómo en esto en que tanto nuestro Señor será servido se dé conclusion.»

Así se salieron el Rey y él á la gran tienda, donde muchos caballeros é otras gentes estaban, y queriendo el ermitaño despedirse dél, entró por la puerta de la tienda aquel hermoso doncel su criado Esplandian, é Sargil con él, que la reina Brisena le enviaba por saber nuevas del Rey su señor. Cuando el buen hombre le vió tan crescido, entrado ya en talle de hombre, ¿quién vos podria contar el alegría que hobo? por cierto seria imposible. Pues así como estaba con el Rey, se fué contra él lo mas apriesa que pudo á lo abrazar. El doncel, aunque habia muy gran tiempo que visto no le habia, conosciólo luego, é fué á fincar los hinojos delante dél, y encomenzóle á besar las manos, y el hombre santo le tomó entre sus brazos, y besóle muchas veces con tan grandísima alegría, que cuasi del todo le tenia fuera de sentido; é así desta manera lo tovo gran rato, que no se podia apartar dél, diciéndole desta manera: «¡Oh mi buen fijo! bendita sea la hora en que tú nasciste, y bendito é alabado sea aquel Señor que por tan gran milagro te quiso dar la vida é llegarte á tal estado como mis ojos agora te ven.» Y cuando en esto estaba, todos estaban mirando lo que el hombre bueno hacia é

decia, y el grande placer que le daba la vista de aquel su criado, é los corazones se les movian á piedad en ver tanto amor. Mas sobre todos, aunque no lo mostró, fué el placer que el rey Lisuarte hobo, que aunque de antes en mucho lo toviese é lo amase por lo que dél esperaba é por su gran fermosura, no era nada en comparacion de saber cierto que su nieto fuese; é no podia partir los ojos dél; que tan grande fué el amor que súpito le vino, que toda cuanta pasion y enojo que hasta allí de las cosas pasadas tenia, así fué dél partido é tornado al revés, como en el tiempo que mas amor á Amadís tovo. Y luego conosció ser gran verdad lo que Urganda la Desconocida le habia escripto, que este pornia paz entre él é Amadís, é asi creyó verdaderamente que seria cierto todo lo otro. Despues que el hombre bueno con tanto amor lo tovo abrazado, soltóle de los brazos con que lo tenia, y el doncel fué fincar los hinojos ante el Rey, é dióle una carta de la Reina, por la cual le suplicaba mucho por la paz é concordia, si á su honra hacer se podiese, é otras muchas cosas que no es necesario decirlas. El hombre bueno dijo al Rey: «Mi señor, mucha merced recebiré, é gran consolacion de mi espíritu, que deis licencia á Esplandian que me haga compañía mientra por aquí andoviere, porque tenga espacio de lo mirar é hablar con él.—Así se faga, dijo el Rey, y yo le mando que de vos no se parta en cuanto vuestra voluntad fuere.» El hombre bueno gelo gradeció mucho, é dijo: «Mi buen hijo bienaventurado, id comigo, pues el Rey lo manda.» El doncel le dijo: «Mi buen señor y verdadero padre, muy contento soy dello; que gran tiempo há que vos deseaba ver.»

Así se salió de la tienda con aquellos dos donceles Esplandian é Sargil, su sobrino, é cabalgó en su asno, y ellos en sus palafrenes, é fué su camino donde Amadís tenia su real, fablando con él muchas cosas en que habia sabor, y rogando siempre á Dios que le diese gracia como pudiese dar cabo en aquello sobre que iba, tal que fuese su santo servicio. Pues con esta compañía que oídes llegó aquel santo hombre ermitaño al real, y se fué derechamente á la tienda de Amadís, donde falló tantos caballeros é tan bien guarnidos, que fué mucho maravillado. Amadís no lo conosció, que le nunca viera, é no pudo pensar qué demandaba hombre tan viejo é tan pesado, é miró á Esplandian, é viólo tan fermoso, que no pudiera creer que persona mortal tanto lo fuese, é tampoco lo conoció; que aunque habló con él cuando le demandó los romanos que tenia vencidos, é gelos dió, como esta historia lo ha contado, fué tan breve aquella vista, que le hizo perder la memoria dél. Mas don Cuadragante, que estaba allí, conosciólo luego, é fué para él é díjole: «Mi buen amigo, abrazar os quiero, é ¿acuérdasevos cuando vos hallamos don Brian de Monjaste é yo, que nos distes encomiendas para el caballero Griego? Yo gelas dí de vuestra parte.» Entonces dijo contra Amadís: «Mi buen señor, veis aquí el fermoso doncel Esplandian, de quien don Brian de Monjaste é yo os dejimos el mandado.» Cuando Amadís oyóno mbrar á Esplandian luego lo conosció, é si de verlo hobo placer, esto no es de contar; que así perdió los sentidos con la gran alegría que hobo, que apenas podo responder, ni de sí mismo se acordaba; é si alguno en ello parara mientes, muy claro viera su alteracion; mas no habia sospecha en tal cosa; antes todos tenian creido que ninguno, si Urganda no, otro no sabia quién su padre fuese. Pues teniéndole don Cuadragante por la mano, Amadís le quiso abrazar, mas Esplandian le dijo: «Buen señor, haced antes honra á este hombre santo Nasciano, que vos demanda.» É como todos oyerón decir ser aquel Nasciano, de quien tanta fama de su santidad y estrecha vida por todas las partes era manifiesta, llegáronse á él con mucha homildad, é las rodillas en el suelo, le rogaron que les diese sú bendicion. El ermitaño dijo: «Ruego á mi Señor Jesucristo que si bendicion de tan pecador como yo soy puede aprovechar, que esta mia abaje la gran saña é soberbia que en vuestros corazones está, é os ponga en tanto conoscimiento de su servicio, que olvidando las cosas vanas deste mundo, sigais las verdaderas del que verdadero es.» Entonces alzó la mano é bendíjolos. Amadís se volvió á Esplandian é abrazóle, y Esplandian le fizo el acatamiento y reverencia, no como á padre, que lo no sabia que lo fuese, mas como al mejor caballero de quien nunca oyera fablar, é por esta causa le tenia en tanto y le contentaba su vista, que los ojos no podia dél partir. Y desde el dia que le vió vencer los romanos, siempre su deseo fué de andar en su compaña, sirviéndole, por ver sus grandes caballerías é aprender para adelante; é agora que se veia en mas edad y cerca de ser caballero, mucho mas lo deseaba; é si no fuera por la gran division que el Rey su señor con Amadís tenia, ya le hobiera demandado licencia para se ir á él; mas esto lo detuvo fasta entonces.

Amadís, que á duro los ojos dél podia partir, veia cómo el doncel le miraba tan afincadamente, é sospechó que algo debia saber; mas el buen hombre ermitaño, que la verdad sabia, miraba al padre é al hijo, é como los veia juntos é tan fermosos, estaba tan ledo como si en el paraíso estoviese, y en su corazon rogaba á Dios por ellos, é que fuese su servicio de le dar lugar á él cómo entre estos dos, que eran la flor del mundo, pudiese poner mucho amor é concordia. Pues estando así todos al derredor del santo hombre, él dijo contra don Cuadragante: «Mi señor, yo tengo de fablar algunas cosas con Amadís; tomad con vos este doncel, pues mas que ninguno destos señores le habeis conoscido é fablado.» Entonces tomó por la mano á Amadís, é apartóse con él bien desviado, é díjole: «Mi fijo, antes que la causa principal de mi venida se vos manifieste, quiero traeros á la memoria el encargo tan grande, mas que otro ninguno de los que hoy viven, en que sois á Dios nuestro Señor; que en la hora que nacistes fuistes echado en la mar, cerrado en una arca sin guardador alguno, é aquel Redentor del mundo, habiendo de vos piedad, milagrosamente os trajo á vista de quien tan bien os crió. Este Señor que os digo os ha fecho el mas fermoso y el mas fuerte, é mas amado é honrado de cuantos en el mundo se saben, dándovos él su gracia. Por vos han seido vencidos muchos valientes caballeros é gigantes, é otras cosas fieras é desemejadas, que en este mundo muy gran daño ficieron; vos sois hoy en el mundo extremado de

cuantos en él son. Pues quien tanto ha hecho por vos, ¿qué es razon que hagais vos por él? Por cierto, si el enemigo malo no os engaña, con mas homildad é paciencia que otro alguno debeis mirar por su servicio; é si así no lo haceis, todas las gracias y mercedes que de Dios habeis rescebido serán en daño y menoscabo de vuestra honra; porque, así como su santa piedad es grande en aquellos que le obedescen é conoscen, así su justicia es mayor sobre aquellos que dél mayores bienes han rescebido, no habiendo dellos conocimiento ni gradecimiento. E agora, mi buen fijo, sabréis cómo poniendo este cansado é viejo cuerpo á todo peligro de su salud, queriendo seguir aquel propósito por donde quise dejar las cosas deste mundo perecedero, soy venido con gran trabajo é cuidado de mi espíritu, con ayuda de aquel, que sin ella nada se puede hacer ¡que bueno sea, á poner paz é amor donde tanta rotura é desventura está, como al presente parece. E porque yo he hablado con el rey Lisuarte, y en él hallo aquello en que todo buen rey, ministro de Dios, obedescer debe, quise saber de vos, mi buen señor, si ternéis conocimiento mas á aquel que os crió que á la vanagloria deste mundo, y porque sin recelo ni temor alguno podais hablar comigo, vos hago saber cómo antes que aquí viniese fuí á la ínsola Firme, é con licencia de la princesa Oriana, de quien yo en confesion sé todo su corazon é grandes secretos, tomé este cuidado en que puesto me veis.»

Amadís, como esto le oyó decir, bien creyó que le decia verdad, porque este era un hombre santo, é por ningúna cosa diria sino lo cierto; y respondióle en esta manera: «¡Amigo de Dios é santo ermitaño! si el conocimiento que tengo de los bienes y mercedes que de mi Señor Jesucristo he rescebido hobiese de poner en obra los servicios á que obligado le soy, yo seria el mas bienaventurado caballero que nunca nasció; mas recibiendo dél todo é mucho mas de lo que dicho habeis, é yo no solamente no lo conoscer ni pagar, mas ofenderle cada dia en muchas cosas, téngome por muy pecador y errado contra sus mandamientos; é si agora en vuestra venida puedo emendar algo de lo pasado, mucho alegre y contento seré en que se haga; por ende decid lo que es en mi mano; que aquello con toda aficion se complirá.—¡Oh bienaventurado fijo! dijo el buen hombre, cuánto habeis esta muy pecadora ánima alegrado é consolado mi desconsuelo en ver tanto mal, é aquel Señor que vos ha de salvar vos dé el galardon por mí, é agora sin ningun temor quiero que sepais lo que yo tengo fecho despues que á esta tierra vine.» Entonce le contó cuanto él habia fablado con Oriana, é cómo por su mandado vino al Rey su padre, é todas las cosas que con él habló, é cómo claramente le dijo que Oriana era casada con él, y que el doncel Esplandian era su nieto, é cómo el Rey lo habia tomado con mucha paciencia, é que estaba muy llegado á la paz; y que pues él, con la ayuda de Dios, en tal estado lo habia puesto, que él diese órden cómo, quedando casado con aquella princesa, se concertase la paz entrellos ambos. Amadís cuando esto oyó el corazon y las carnes le temblaban con la gran alegría que hobo, en saber que por voluntad de su señora era descubierto el secreto de sus amores, teniéndola él en su poder, donde peligro alguno no se aventuraba; é dijo al ermitaño: «Mi buen señor, si el rey Lisuarte dese propósito está y por su hijo me quiere, yo lo tomaré por señor é padre para le servir en todo lo que su honra sea.—Pues que así es, dijo el buen hombre, ¿cómo vos parece que se pueden juntar del todo estas dos voluntades sin que mas mal venga?» Amadís le respondió: «Paréceme, padre, que debeis fablar con el rey Perion, mi señor, y decirle la causa y deseo de vuestra venida, é si ternâ por bien que viniendo el rey Lisuarte en lo que don Cuadragante é don Brian de Monjaste de parte de nosotros le demandaren sobre el fecho de Oriana, de se llegar á la paz con él, é yo fio tanto en la su virtud que hallaréis todo el recaudo que deseais; y decilde que algo dello me fablastes, pero que yo lo remito todo á su voluntad.»

El hombre bueno tovo que decia bien, é así lo fizo; que luego se partió de la tienda de Amadís con sus donceles é compañ, é fuese á la del rey Perion, del cual, sabido quién era, fué con mucho amor é voluntad recebido. Miró el Rey á Esplandian, que le nunca viera, é fué mucho maravillado en ver criatura tan hermosa é tan graciosa, y preguntó al santo hombre ermitaño quién era. El santo hombre le dijo cómo era su criado, que Dios gelo diera por muy gran maravilla. El rey Perion le dijo: «Cuánto mas, padre, si es este el doncel que traia la leona con que cazaba, y que vos criastes en la selva donde es vuestra morada, de quien muchas cosas y extrañas la gran sabidora Urganda la Desconocida ha enviado á decir que le avernán, si Dios vivir lo deja; é paréceme, segun me dicen, que envió decir al rey Lisuarte por un escripto que este doncel pornia mucha paz é concordia entre él é mi hijo Amadís. Et si así es, todos le debemos mucho amar é honrar, pues que por su causa tanto bien puede venir, como vos, padre, veis.» El santo hombre bueno Nasciano le dijo: «Mi señor, verdaderamente este es el que vos decis; é si agora teneis razon de le amar, mucho mas la ternéis adelante, cuando mas de su fecho supiérdes.» Entonces dijo á Esplandian: «Hijo, besad las manos al Rey; que bien lo merece.» El doncel fincó los hinojos por le besar las manos, mas el Rey le abrazó y le dijo: «Doncel, mucho debeis gradescer á Dios la merced que vos fizo en darvos tanta hermosura é buen donaire, que sin conocimiento que de vos se tenga atraeis á todos que vos amen é vos precien; y pues á él plugo de os dotar de tanta gracia y fermosura, si le fuérdes obediente, mucho mas vos tiene prometido.» El doncel non le respondió ninguna cosa; antes con gran vergüenza de se oir loar de tal príncipe, se le encendió el rostro en color, lo cual pareció muy bien á todos en lo ver con tanta honestidad como su edad lo demandaba; é mucho se maravillaban de persona tan señalada, que no se conoscia padre ni madre. El Rey preguntó al santo hombre Nasciano si sabia cúyo fijo fuese. El buen hombre le dijo: «De Dios, que hace todas las cosas, aunque de hombre é mujer mortal nació é fué engendrado; pero, segun su comienzo é el cuidado que de guardar lo tovo é criar, bien parece que como á fijo lo ama; é á él placerá, por su santa clemencia y piedad,

que antes de mucho tiempo sabréis mas de su facienda.» Entonces le tomó por la mano y se apartó, é díjole: «Rey bienaventurado en todas las cosas deste mundo, y en el otro si á Dios temiérdes é mirárdes por todas las cosas que sean de su servicio, yo soy venido á estas partes con esta persona tan flaca é cansada de sobrada vejez, con propósito que Dios mi Señor me dará gracia que yo le pueda servir en quitar tanto mal como aparejado está, é mis dolencias é grandes fatigas no dieron logar á que antes viniese; y he fablado con el rey Lisuarte, el cual, como siervo de Dios, querrá venir en paz si con honra de las partes se puede hacer; y dél he venido á vuestro hijo Amadís, y remitiéndome á vos é á seguir vuestro mandamiento, se excusó de responder á lo que le dije; de manera que en vos, mi señor, queda la paz ó la guerra; pues cuánto seais obligado á desviar las cosas contrarias al servicio de aquel muy alto Señor todos lo saben, segun de los bienes deste mundo, así de mujer como fijos é reinos, vos ha proveido, é agora es tiempo que él conozca cómo gelo gradeceis y deseais servir.»

El Rey, como siempre estoviese inclinado á la paz é sosiego, por la parte del daño que de la guerra se podria seguir, así como aquel que allí tenia á Amadís, que era la lumbre de sus ojos, é don Floreštan, é Agrájes, é otros muchos caballeros de su linaje, le respondió é dijo: «Padre Nasciano, Dios es testigo de la voluntad que en esta tan gran rotura yo he tenido, é cómo la hobiera excusado si camino para ello podiera fallar; mas el rey Lisuarte ha dado ocasion á que ningun medio en ella se podiese fallar, porque mucho contra Dios é su conciencia quiso desheredar á su hija Oriana, como todo el mundo sabe, la cual, como habréis sabido, fué reparada; é aun despues ha sido amonestado é rogado que quiera venir en lo que justo sea, y que todo se haria á su ordenanza; pero él, como príncipe poderoso, é mas en este caso soberbio que razonable, pensando que teniendo al emperador de Roma todo el mundo le habia de ser sujeto, nunca quiso, no solamente ponerse en justicia, mas ni oirla; pues lo que desto se le ha seguido é ganado, Dios lo sabe é todos lo ven. Mas si agora quiere haber el conocimiento que fasta aquí no ha tenido, yo fio tanto en estos caballeros que de mi parte están, que harán é seguirán mi parecer, que no es otro sino que estos males sean atajados; y porque vos, padre, veais en cuán poco la porfía está, solamente que en lo de Oriana, su hija, se diese medio, era el remedio para todos.» El buen hombre le dijo: «Mi buen señor, Dios le dará, é yo en su logar; por ende, hablad con vuestros caballeros é nombrad personas que el bien quieran; que por el rey Lisuarte así será fecho; é yo estaré con ellos, como siervo de Jesucristo, para soldar é reparar lo que se rompiere.» El rey Perion lo tuvo por bien, é díjole: «Eso luego se fará; que yo daré dos caballeros que con todo amor y voluntad se lleguen á lo que justo fuere.» El hombre bueno con esto se tornó muy contento é pagado al real del rey Lisuarte. El rey Perion mandó llamar á su tienda todos los mas principales caballeros, é juntos así, les dijo: «Nobles príncipes y caballeros, así como todos somos muy obligados en defendimiento de nuestras honras y estados á poner las personas en todo peligro por las defender y mantener justicia, así lo somos para sin toda saña é soberbia de nos volver y recoger en la razon cuando manifiesta nos fuere; porque, aunque al comienzo con justa justicia, sin ofensa de Dios, las cosas se pueden tomar, pero procediendo en la causa, si con fantasía é mal conocimiento no nos llegásemos á lo razonable, lo justo primero con lo postrimero injusto se haria igual; así que, conviene que la honra y estima, estando por la mayor parte en su perdicion, si camino de concordia como al presente parece se descubriere, que dejando las cosas pasadas aparte, se tome por servicio del alto Señor y reparo de nuestras ánimas, á quien tan tenudos somos. Agora sabréis cómo á mí es venido este santo hombre ermitaño, amigo é siervo de Dios, y segun dice, nuestros contrarios querrán paz mas conforme á buena conciencia que á puntos de honra, si así la queremos. Solamente demanda para el efeto dello se nombren personas de ambas las partes que con buena voluntad, apartada la injusta pasion, lo determinen; parecióme cosa muy justa que lo sepais y deis el voto que mejor vos pareciere, porque aquel se siga.» Todos callaron por una gran pieza. Angriote de Estravaus se levantó é dijo: «Pues que todos callais, diré yo mi parecer;» é dijo al Rey: «Señor, así por vuestra dinidad real é gran valor de vuestra persona, é mas por el muy gran amor que estos príncipes é caballeros vos tienen, tovieron por bien de os tomar en esta jornada por su mayor, para que las cosas de la guerra é paz sean por vuestro consejo guiadas, conociendo que ningun temor ni aficion terná parte de vos sojuzgar; é yo fio por su virtud que lo que por vos se determinase, por ninguno dellos seria contradicho; así que, para lo uno y otro es nuestro poder bastante; pero, pues que á la vuestra merced place de oir lo que cada uno decir querrá, quiero que mi voto se sepa; el cual es, que pues por nosotros se tiene la princesa Oriana con todo lo que con ella se hobo, que seria gran sinrazon, queriendo nuestros contrarios la paz, estando nuestras honras tan crecidas, habérgela de negar en esta demanda, que tan poco aventuramos; é pues que al comienzo fueron nombrados don Cuadragante é don Brian de Monjaste, que así agora lo deben ser; que su discrecion é virtud es tan crecida, que en la hora en que agora lo tomaren, en aquella é aun mas allende lo dejarán con asiento de paz ó rotura de guerra.» Así como este caballero lo dijo se concertó por el Rey é por aquellos señores, que estos dos caballeros, con acuerdo é consejo del Rey, determinasen lo que habian de hacer adelante.

CAPITULO XXXIII.

De cómo el santo hombre Nasciano tornó con la respuesta del rey Perion al rey Lisuarte, é lo que se concertó.

Tornó el hombre bueno Nasciano al rey Lisuarte, como oistes, é díjole lo que habia fablado con el rey Perion, é cómo todos por él se mandaban, que le parecia que la obra debria seguir é concertar con las palabras tan buenas que le habia dicho. Como ya el Rey determinado estoviese, é muy ganoso de no dar mas parte al

enemigo malo de la que hasta allí habia tenido, donde gran daño redundado habia, díjole: «Padre, pues por mí no quedará, así como lo veréis; y quedad vos aquí con vuestra compaña en esta mi tienda, é yo iré á hablar con estos reyes, que tanto mal é peligro han recebido por sostener mi honra.» Entonces se fué á la tienda de Gasquilan, rey de Suesa, que aun en la cama estaba de la batalla que con Amadís hobo, como ya oistes; é hizo llamar al rey Cildadan é á todos los mayores caballeros, así de los suyos como de los romanos, é díjoles lo que aquel hombre bueno ermitaño le habia dicho, así al comienzo de su venida, como agora en la respuesta que del rey Perion traia, guardado lo que toca de Amadís é su hija, que no quiso que por entonces fuese manifiesto; é rogóles mucho que le dijesen su parecer, porque si la salida de aquel concierto buena fuese, ó al contrario, á todos su parte alcanzase. En especial queria saber el voto de los romanos, porque, segun la gran pérdida que en perder á su señor habian habido, mucho le obligaba á él, negando su propria voluntad, la suya seguir. El rey Cildadan le dijo: «Mi señor, gran razon es que á estos caballeros de Roma se les dé la parte que decis y teneis por bien, y el buen comedimiento vuestro les obliga en la fin seguir lo que vuestra voluntad fuere, así como yo é todos los otros que somos en vuestra obediencia lo habemos de facer, juntos con este noble rey de Suesa, que para esto su querer no será diverso del nuestro; é agora digan ellos lo que quisieren.» Entonces aquel buen caballero Arquisil se levantó é dijo: «Si el Emperador mi señor fuese vivo, así por su grandeza como por haber sido á causa suya esta contienda, á él convenia, segun su querer é voluntad, tomar la paz ó dar la guerra; mas, pues él es muerto, puédese decir que con él murió aquello á que obligado era; que nosotros los que de su sangre somos y todos sus vasallos, á quien mandar é gobernar habemos, no somos ya mas parte de aquella que vos, mi buen señor rey Lisuarte, como su igual en la misma causa, quisiérdes tomar, para lo cual ya se vos dijo, é agora se vos dice, que hasta que uno de nosotros vivo no quede, nunca dejarémos de seguir el propósito que vuestra voluntad fuere; así que, para lo uno é lo otro á vos, como mas principal, y que ya mas esto presente atañe que á ninguno, dejamos el cargo que hacer se debe.» Mucho fué el Rey pagado deste caballero, y todos cuantos allí eran, porque su respuesta fué muy conforme á toda discrecion con gran esfuerzo, lo cual pocas veces en uno concuerda; é díjole: «Pues que en mí lo dejais, yo lo tomo, é si en algo se errare, mia sea parte mayor, así como acertando, la de la honra.»

Con esto se fué á su tienda, é mandó al rey Arban de Norgales é á don Guilan el cuidador que ellos tomasen cargo de hablar con los que el rey Perion nombrase, é con su consejo se diese órden en la determinacion; é luego dijo al ermitaño: «Padre, paréceme, pues que el negocio es llegado á tal punto, que será bueno que torneis al rey Perion y le digais cómo yo tengo señalados estos dos caballeros para que con los suyos contraten; y que seria bien, porque las cosas semejantes siempre traen dilacion, y estando en estos reales los feridos, no pueden ser curados, ni los mantenimientos para las gentes é bestias habidos, que los reales á un punto se levanten, y él con todos los suyos se retraya una jornada por donde vino, é yo á otra, que será á la mi villa de Luvaina, para dar órden en el reparo desta gente, que mal trecha está, é hacer llevar al Emperador á su tierra, y que nuestros mensajeros fablen en lo que facer se debe, y él é yo vernémos en lo mejor, y que él diga su voluntad á los suyos, yo así haré á los mios, é vos estaréis en medio para ser testigo de aquel que á la razon no se llegare, y que si menester será, él é yo con menos gente nos podrémos ver donde á vos paresciere.» Al ermitaño plugo mucho desto, porque bien vió que aunque el concierto no se ficiese, que el peligro estaba mas alejado, estándolo las gentes; que como quiera que este santo hombre fuese de órden y de tan estrecha vida en logar tan esquivo, primero fué caballero é muy bueno en armas en la corte del rey su padre del rey Lisuarte, y despues del su hermano el rey Falangrís; de manera que, así como en lo divinal tan acabado fuese, no dejaba por ende de entender bien en lo temporal, que mucho lo habia usado; é dijo al Rey: «Mi buen señor, bien me paresce lo que decis; solamente queda que á dia cierto sean vuestros mensajeros é los suyos aquí en este logar, que es el medio camino, é podrá ser que con ayuda de aquel Señor, que sin él ninguna cosa puede ser ayudada, se dará tal forma entre ellos, que vos y el rey Perion vos veais como habeis dicho, y se atajen las dilaciones que por las terceras personas suelen acaescer; é yo me volveré luego, é vos enviaré decir á la hora é sazon que el real podeis mandar levantar, que por aquella se levante el otro.» Así se tornó el buen hombre al rey Perion, y le dijo todo el concierto, que nada faltó. Al Rey plogo dello, pues que á tan gran ventaja suya los reales se alzaban; é con acuerdo de don Cuadragante é don Brian de Monjaste mandó apregonar que otro dia bien de mañana fuesen todos prestos en quitar sus tiendas é otros aparejos para levantar de allí. El buen hombre así lo envió á decir al rey Lisuarte, é que á lo mas presto que él pudiese seria con él. Pues la mañana venida, las trompas fueron sonadas por los reales, é alzadas las tiendas; y con mucho placer de los unos y de los otros movieron los reales, cada uno donde debia ir. Mas agora los dejarémos ir por sus caminos, y contar vos hemos del rey Arábigo, que suso en la montaña estaba, como ya oistes.

CAPITULO XXXIV.

De cómo, sabida por el rey Arábigo la partida destas gentes, acordó de pelear con el rey Lisuarte.

Ya vos habemos contado cómo el rey Arábigo é Barsinan, señor de Sansueña, é Arcalaus el encantador é sus compañas estaban metidos en lo mas bravo y mas fuerte de la montaña, aguardando el aviso de las escuchas que continuamente muy secreto sobre los reales tenian; las cuales vieron muy bien las batallas pasadas, é asimismo la fortaleza de los reales, donde ninguna de las partes podia rescebir de noche ningun daño; é como fasta allí no hobiese habido vencimiento ninguno, antes siempre los reales parecian estar enteros, no

se atrevió el rey Arábigo á salir de allí, pues que no habia disposicion para contentar á su deseo, é siempre su pensamiento fué de esperar á lo postrimero; que bien cuidaba que aunque alguna pieza se detoviesen los unos con los otros, que al cabo la una parte habia de ser vencida, é mucho placer tomaba consigo porque de la primera no se mostraba el vencimiento, que turando la porfía, mas se acrecentaba el daño; que á la fin quedarian tales, que con poco trabajo y menos peligro despacharia á los que quedasen, é quedaria señor de toda la tierra sin haber en ella quien gelo contradijese; é con mucho placer abrazaba muchas veces á Arcalaus, loándole é agradeciéndole aquello que habia pensado, é prometiéndole grandes mercedes, diciéndole que ya no se podia errar de no ser restituidos en los daños pasados con mucho mas acrecentamiento que lo perdido. Pues así estando, con mucho placer é alegría vinieron las escuchas, é dijéronle cómo las gentes habian alzado los reales, é armados se volvian por los caminos que habian allí venido, que no podian pensar qué cosa fuese. Oido esto por el rey Arábigo, luego pensó que sobre alguna avenencia se podrian partir. Acordó de antes acometer al rey Lisuarte que á Amadís, porque aquel, muerto ó preso Amadís, ternia poco cuidado del bien ni del mal del reino, y que así lo podria todo ganar; pero dijo que no seria bien acometerlos fasta la noche, porque los tomarian mas descuidados é á su salvo; é mandó á un sobrino suyo, que habia nombre Esclavor, hombre muy sabido de guerra, que con diez de caballo muy encobiertamente siguiese el rastro, é mirase bien dónde se aposentaban; el cual así lo hizo, que por lo mas encobierto de aquella sierra iba mirando la gente que por el llano iba. El rey Lisuarte, qué iba por su camino, siempre tovo recelo de aquella gente, aunque no sabia dónde cierta estoviese; pero que algunos de los de la tierra le habian dicho cómo siempre veian gente en aquella montaña á la parte de la mar, mas ninguno allá acostarse osaba, ni el Rey habia tenido tiempo de proveer en ello lo que menester era: tanto tenia que hacer en lo que delante sí tenia. E yendo por su camino, como dicho es, fué avisado de algunos de la comarca cómo habian visto gente de caballo ir encobiertos por encima de los cerros de aquella sierra.

El Rey, como fuese muy apercebido y de vivo corazon, luego pensó lo que vino, que no se podria partir de aquella gente, si á su parte acostasen, sin gran batalla, la cual por entonces temia, por ver su gente tan maltrecha de las batallas pasadas; pero con su fuerte corazon, no tardó de poner el remedio que complia, é llamando al rey Cildadan é á los capitanes todos, les dijo las nuevas que habia sabido de aquellas gentes, é que les rogaba toviesen todas sus gentes armadas y en buena ordenanza, porque si menester fuese los fallasen con aquel recaudo que convenia á caballeros. Todos le respondieron que así como lo mandaba se compliria por ellos, y que creyese que antes que mengua ni daño recibiesen perderian las vidas. Algunos hobo que secretamente le dijeron que lo debía hacer saber al rey Perion, porque aquella gente era mucha é folgada, y la suya estaba toda al contrario, y que habian recelo que se no podrian sin gran peligro dellos partir; que mirasen que todos eran sus enemigos; que si la ventura contraria le fuese, que no habria en ellos piedad ni dejarian de facer el mal que podiesen. Estos fueron don Grumedan é Brandoibas, que hacian cuenta, si esto se ficiese, que el Rey su señor no habria de quién temer, y que por este camino la paz seria mas firme é abreviada entre ellos. Mas el Rey, que, como muchas veces vos hemos dicho, siempre temió mas la pérdida de la honra que el seguramiento de la vida, respondióles que las cosas no estaban tanto al cabo del bien, que quisiese encargarse de surs contrarios, que podria ser que lo que agora se les figuraba gran afruènta, que al fin saldria al contrario; y que no pensasen en al, sino en ferir reciamente á los enemigos, si viniesen, como siempre en las cosas de mayores afruentas que aquella era en que se habian visto lo ficieran. Y luego mandó á Filispinel que con veinte caballeros se acostase á la montaña, é lo mas cuerdamente que podiese ser, de manera que se no perdiese, tomase algun aviso; é así lo fizo como él lo mandó. Entre tanto hizo reposar la gente, que habria ya andado hasta cuatro leguas, y que las bestias refrescasen, porque si ser podiese, llegasen á Luvaina sin mas reparar, porque él mas temia de ser acometido de noche que de dia; é si la gente reparase, que no seria en su mano, segun estaban fatigados, de los poder excusar que se no desarmasen é no dormiesen; de manera que asaz poca gente le podria desbaratar; é cuanto una pieza reposaron, mandó que cabalgasen, y llevó delante sí todo el fardaje é los feridos, aunque en aquellos dias de la tregua habia enviado todos los mas á aquella villa. Filispinel se fué derecho á la montaña, é con gran recaudo que puso sintió luego las espías y la gente de Esclavor; é quedando él con los mas de los que llevaba á vista de los contrarios, envió el aviso al Rey, haciéndole saber cómo habia hallado aquellos pocos caballeros que siempre iban atalayando, é que creia que la otra gente no estaria muy léjos.

El Rey no facia sino andar su camino con harta priesa, porque la afruenta, si viniese, le tomase cerca de aquella su villa, que facia cuenta que, aunque bien cercada no estoviese, que mejor en ella que en el campo se podria reparar; así que, en poca de hora se alejó gran pieza de la montaña. Esclavor, sobrino del rey Arábigo, como vido que lo habian descobierto, enviólo facer saber á su tio, y que su parecer era que sin detenencia alguna debria descendir de la montaña á lo llano; que pues descobiertos eran, que el rey Lisuarte no querria parar sino en parte que á su ventaja fuese. Cuando este mensajero llegó al rey Arábigo toda su gente estaban de buen reposo, aparejando para la noche, sin pensamiento alguno de acometer á sus enemigos de dia, é no podieron tan presto armarse é cabalgar, que, como la gente mucha fuese, que gran pieza no tardasen; é lo que mas embarazo les puso fué los malos pasos de la montaña; que así como para se defender habian escogido lo mas áspero é fuerte, así para ofender lo hallaban muy contrario. Pues así como ois, esta gente comenzó á seguir al rey Lisuarte; pero antes que de la montaña saliesen él iba ya tan gran trecho,

que por mucho que despues que á lo llano salieron é aguijaron tras él, no lo podieron alcanzar fasta bien cerca de la villa; mas Arcalaus, como sabia la tierra, iba diciendo al rey Arábigo que se no aquejase, porque la gente no se fatigase; pues á vista los llevaban, no era posible podérseles ir, y que no toviese en nada que se le acogiesen á la villa, que él la sabia muy bien, é que mas peligroso estaria en ella que en el campo, segun sus pocas fuerzas. En este comedio acaeció que, por voluntad de Dios, porque aquella mala gente su mal deseo no pusiese en efeto, que el buen hombre é santo ermitaño envió á Esplandian, su criado, é á Sargil, su sobrino, al rey Lisuarte á le facer saber cómo el negocio estaba en buen estado, é que lo mas presto que él podiese seria con él en Luvaina para dar órden cómo los cuatro caballeros de ambas partes se juntasen. Cuando estos donceles llegaron al real del Rey falláronlo partido pieza habia, y ellos siguieron la via que llevaban; é andovieron tanto, que llegaron al lugar donde el Rey habia reposado, é allí supieron cómo iba con recelo é con mas priesa, é apresuraron su camino por lo alcanzar; é antes que la hueste del Rey viesen, vieron decendir la gente de la montaña á gran andar, y luego pensaron que era la del rey Arábigo, que estando con la reina Brisena, oyeron decir de aquella gente, é vieron cómo la Reina enviaba algunas gentes de unos logares á otros á la parte donde se decia estar aquella compaña; é como así lo viesen ir con tanto poder, y el Rey su señor con tan poco, y tan fatigada su gente, que los no podria sofrir, y se veria en gran peligro, de lo cual Esplandian mucho dolor é pesar hobo, dijo á Sargil: «Hermano, sígueme, y no holguemos hasta que, si ser podiere, el Rey mi señor sea socorrido, porque aquella mala gente no le puedan empecer.»

Entonces volvieron las riendas á los palafrenes é tornaron por el camino que venian al mas andar que podieron todo lo que del dia les fincó y toda la noche, que nunca pararon; é otro dia al alba llegaron al real del rey Perion, que aquel dia no habia andado mas de cuatro leguas, é halló asentado su real en una ribera de muchos árboles é huertas, y tenia á la parte de la montaña su guarda de muchos caballeros, porque tambien hobo nuevas de unos pastores de aquella gente; é como movian del lugar donde estaban, recelóse dellos, é por esta causa mandó poner gran guarda; é como allí llegaron fuése Esplandian derechamente á la tienda de Amadís, é falló al buen hombre ermitaño que se levantaba y queria caminar; é cuando así con tanta priesa vió el doncel, díjole: «Mi buen fijo, ¿qué venida tan apresurada es esta?» El le dijo: «Mi señor padre, tanto es de priesa que hasta que con Amadís fable no vos lo puedo contar.» Entonces descabalgó del palafren y entró á la cama donde Amadís estaba armado, que estovo toda la noche en la guarda del campo, é al alba se vino á dormir é reposar, é despertándole, le dijo: «¡Oh buen señor! si en algun tiempo vuestro noble corazon deseó grandes hazañas, venida es la hora donde su grandeza mostrar puede, que aunque fasta aquí por muy grandes afruentas é muy peligrosas haya pasado, ninguna tan señalada como esta ser pudo. Sabréis, buen señor, cómo la gente que se ha dicho estar en la montaña con el rey Arábigo, va cuanto mas puede sobre el rey Lisuarte, mi señor; é creo, Señor, que, segun la muchedumbre della, é la poca é mal reparada del Rey, no se le puede excusar gran peligro; así que, despues de Dios, el solo remedio vuestro es el suyo.» Amadís, como aquello oyó, levantóse muy presto é dijo: «Buen doncel, esperadme aquí; que si yo puedo, vuestro trabajo no será en balde.» Entonces se fué luego á la tienda del rey Perion, su padre, é contándole aquellas nuevas, le suplicó mucho que le diese licencia para hacer aquel socorro, del cual mucha honra é gran prez podria recebir, y seria muy loado en todas las partes donde se sopiese; y esto le pidió Amadís hincados los hinojos; que nunca levantar se quiso hasta que el Rey, como era llegado á toda virtud, é nunca su tiempo pasó sino en semejantes cosas de gran fama, le dijo: «Hijo, fágase como tú lo quieres, é toma la delantera con la gente que te placerá; que yo te seguiré; que si con este rey Lisuarte hemos de tener paz, esto la hará mas firme; é si guerra, mas vale que por nos sea destruido que por otros, que por ventura serian mas nuestros enemigos que agora lo es él.» Y luego mandó tocar las trompas é los añafiles, é como la gente estaba toda armada é sospechosa de rebato, luego á caballo fueron cada uno con su capitan. El rey Perion é Amadís habian fecho cabalgar á Gastíles, el sobrino del emperador de Costantinopla, é con su seña se salieron del real, tras la cual salieron todas las otras; é como todos fueron en el campo, el Rey les dijo las nuevas que habia sabido, é rogóles mucho que, no mirando á lo pasado, quisiesen mostrar su virtud en socorrer aquel rey que con tan mala gente en tan gran necesidad estaba. Todos lo tovieron por bien, é dijeron que como lo él mandase se faria. Entonces Amadís tomó consigo á don Cuadragante, é á don Florestan, su hermano, é Angriote de Estravaus, é Gavarte de Val Temeroso, é Gandalin y Enil, y cuatro mil caballeros, é al maestro Elisabat, que así en esta jornada como en las batallas pasadas hizo cosas maravillosas de su oficio, dando la vida á muchos de los que haber no la podieran sino por Dios y por él. Con esta compaña tomó el camino, y el Rey su padre é todos los otros en sus batallas ordenadas tras él.

Mas agora deja el cuento de hablar dellos, que se iban á mas andar, é torna á contar lo que los reyes en este medio tiempo hicieron.

CAPITULO XXXV.

De la batalla que el rey Lisuarte hobo con el rey Arábigo é sus compañas, é cómo fué el rey Lisuarte vencido é socorrido por Amadís de Gaula, aquel que nunca faltó de socorrer al menesteroso.

Contado vos habemos cómo el rey Lisuarte fué avisado de los caballeros que á la montaña envió cómo habian visto ya las atalayas de la gente del rey Arábigo, é como él con gran priesa se iba por llegar á la su villa de Luvaina, porque si afruenta alguna le viniese, allí se podiese reparar; que, segun la gente llevaba mal parada de las batallas pasadas que ya oistes, bien tenia creido que aquel gran poder de sus enemigos no lo podria sofrir. Pues así fué, que él yendo su camino, las com-

pañas del rey Arábigo le siguieron fasta que fué noche, é siempre llevaban á Esclavor con los diez de caballo é otros cuarenta que el Rey su tio le envió junto consigo; é segun la gente de la montaña andovo despues que al llano bajaron, bien lo podieran alcanzar, mas la noche facia tan escura, que no se veian los unos á los otros; é por esta causa, é tambien por lo que Arcalaus dijera de la poca fuerza de la villa donde ellos llevaban esperanza, no curaron de pelear con ellos, mas fueron todavía á sus espaldas é sus corredores casi envueltos con los del rey Lisuarte. Así andovieron hasta que vino el alba del dia, que muy cerca unos de otros se vieron, é á poco trecho de la villa. Entonces el rey Lisuarte, como esforzado príncipe, reparó con todos los suyos, é hizo de su gente dos haces: la primera dió al rey Cildadan, é con él Norandel, su hijo, y el rey Arban de Norgales, é don Guilan el cuidador, é Cendil de Ganota, y con ellos fasta dos mill caballeros. En la segunda fué Arquisil é Flamíneo, romanos, é Giontes, su sobrino, é Brandoibas, é otros muchos caballeros de su compaña, é con ellos fasta seis mill caballeros; que si estas dos batallas estovieran reparadas de armas é caballos holgados, no tovieran mucho que temer á sus enemigos; mas todo lo tenian al revés, que las armas eran todas rotas por muchos lugares, de las batallas pasadas, y los caballos muy flacos é cansados, así del trabajo grande pasado como del presente; que en todo aquel dia é noche no habian parado sino muy poco, de lo cual mucho daño se les siguió, como adelante oiréis. El rey Arábigo traia en la delantera á Barsinan, señor de Sansueña, que, como es dicho, era un caballero mancebo esforzado, ganoso de ganar honra, y de vengar la muerte de su padre y de Gandalod, su hermano, el que don Guilan venció y lo llevó preso al rey Lisuarte, é lo mandó en Lóndres despeñar de una torre, al pié de la cual fué su padre quemado, como lo cuenta el primero libro de esta historia, é llevaba consigo dos mill caballeros, é las otras batallas tras él, como dicho es.

Pues como fué el dia claro, y se viesen cerca unos de otros, fuéronse á acometer reciamente, de manera que de los encuentros primeros muchos caballos fueron sin señores; é Barsinan quebró su lanza, é puso mano á su espada, é dió grandes golpes con ella, como aquel que era valiente y estaba con gran saña. Norandel, que delante los suyos venia, encontróse con un tio deste Barsinan, hermano de su madre, que fué gobernador de la tierra despues que su padre de Barsinan fué muerto, hasta que este su sobrino entró en edad de la saber regir; é dióle tan gran encuentro, que le falsó el escudo é la loriga, é pasó la lanza á las espaldas, é dió con él muerto en tierra sin detenimiento ninguno. El rey Cildadan derribó otro caballero que venia con este, que era de los buenos de la compaña de Barsiñan. E así hirieron de grandes golpes don Guilan y el rey Arban de Norgales, é los otros que con ellos venian, que eran todos muy señalados y escogidos caballeros; de manera que la haz de Barsinan fuera desbaratada, sino porque Arcalaus socorrió, é aunque él tenia perdida la mitad de la mano derecha, que Amadís le cortó llamándose Beltenebros, cuando mató á Lindoraque, su sobrino, con el grande uso de las armas, se mandaba ya con la mano siniestra como con la otra; y en su llegada fueron los de su parte muy esforzados, é tornaron á cobrar gran ardimiento en sus corazones; de manera que muchos de los del rey Lisuarte fueron muertos é mal llagados, y derribados de los caballos. Arcalaus se metió entre ellos é hacia grandes cosas en armas, así como aquel que era valiente y esforzado; pero á esta hora viérades hacer maravillas al rey Cildadan é Norandel, é don Guilan é á Cendil de Ganota, que estos eran escudo é amparo de todos los suyos. Pero todo no valiera nada si el rey Lisuarte no socorriera; que los contrarios, como fuesen mas é mas holgados, ya los traian de vencida; mas el rey Lisuarte, que nunca perdió punto en lo que hacer debia en las grandes afruentas que se halló, fué delante los suyos, mas ganoso de rescebir muerte que dejar de hacer lo que era obligado; y al primero que delante sí halló fué un hermano de Alúmas, el que mató don Florestan sobre las doncellas que los enanos guardaban á la fuente de los Olmos, que era primo cohermano de Dardan el soberbio, y encontróle é falsóle todas sus armas, é dió con él muerto en tierra, é su gente hirió tan recio en los otros, que les hicieron perder gran pieza del campo. El Rey metió mano á su espada, é daba tan grandes golpes con ella, que á cualquiera que alcanzaba á derecho golpe no habia menester maestro; é aquella hora tomó consigo tan gran saña, que olvidando todo peligro, se metió entre los enemigos, hiriendo é matando en ellos. Arcalaus, que de antes habia sabido las armas que traia, por le conoscer é nucir en cualquiera manera que él mejor podiese, que tales eran sus maneras, cuando así lo vió tan desviado de los suyos, fué para Barsinan é díjole: «Barsinan, ves delante tí tu enemigo; que si este muere, despachado es todo. ¿No miras lo que hace el rey Lisuarte?» Barsinan tomó diez caballeros de los suyos, que le aguardaban, é dijo á Arcalaus: «Agora él ó muera, ó muramos todos.» Entonces fueron para el Rey, y encontráronle de todas partes; así que, le derribaron del caballo. Filispinel andaba siempre junto con los veinte caballeros que ya oistes con que fué á tentar la sierra, y se habian prometido compañía en aquella batalla; como así vieron derribar al Rey, díjoles: «¡Oh señores! agora es tiempo de morir con el Rey.»

Entonces movieron todos, é llegaron donde el Rey estaba, é hallaron que le tenian dos caballeros abrazado, que se habian derribado sobre él antes que se levantase, y le habian tomado la espada, é firieron en Barsinan y en Arcalaus é los suyos, que mal de su grado los apartaron de allí; mas ya la gente cargaba tanta de los contrarios, á las voces que Arcalaus daba, llamando á los suyos, que si la ventura no trajiera por allí al rey Cildadan é Arquisil, é Norandel é Brandoibas, con pieza de caballeros que socorrieron, el Rey fuera perdido; mas estos mataron tantos, que por fuerza de armas cobraron al Rey, que Norandel, como llegó, se dejó derribar del caballo, é hirió de duros golpes á los que le tenian, é cobró la espada del Rey, é púsogela en la mano é díjóle: «A este mi caballo vos acoged;» y el Rey así lo fizo, é no partió de allí hasta que Brandoibas dió otro caballo á Norandel é le hizo cabalgar; é luego fueron á ayu-

dar á los suyos, que se combatian tan reciamente, que los contrarios no los osaban esperar. Arcalaus dijo á un caballero de los suyos: «Di al rey Arábigo que por qué me deja matar.» Este caballero llegó al rey Arábigo é díjogelo, y él le dijo: «Bien veo que pieza há que era razon de los socorrer, mas dejábalo porque los contrarios se apartasen mas de la villa; pero, pues que lo quiere, así se haga.» Entonces tocaron las trompetas y fué con toda su gente, y con él los seis caballeros de la ínsola Sagitaria, é como los halló revueltos é cansados, firió á su salvo, é hizo gran estrago en ellos. Aquellos seis caballeros que vos digo hicieron cosas extrañas en derribar é matar cuantos alcanzaban; así que, con lo que ellos hicieron, como con la mucha gente holgada que con el rey Arábigo llegó, los del rey Lisuarte no los podieron sofrir, é comenzaron á perder el campo así como gente vencida. El rey Lisuarte, que su fecho vió perdido, y que en ninguna manera se podia cobrar, tomó consigo al rey Cildadan, é á Norandel, é don Guilan, é Arquisil, é otros de los mas escogidos; púsose ante los suyos, é mandó á la otra gente que se retrajesen á la villa que tenian cerca. ¿Qué vos diré? Que en esta huida é vencimiento fizo tanto el Rey en defender los suyos, que nunca tanto su bondad y esfuerzo se mostró despues que caballero fué como entonces, é asimismo todos aquellos caballeros que con él se hallaron; pero al cabo cabo, con gran menoscabo de su gente, así muertos como muchos presos y otros heridos, fueron por fuerza embarrados por las puertas de la villa dentro. E como la gente se comenzó á apretar, y los enemigos, ya como cosa vencida, á cargar sobre ellos, fueron muchos mas los que allí se perdieron, é allí fueron derribados de los caballos el rey Arban de Norgales, é don Grumedan con la seña del rey Lisuarte, é presos de los contrarios; é así lo fuera el Rey, sino porque algunos de los suyos se abrazaron con él, é por fuerza lo metieron dentro en la villa, é luego las puertas fueron cerradas, é la gente que allí entró fué muy poca. Los contrarios se tiraron afuera, porque les tiraban con arcos é con ballestas, y llevaron consigo al rey Arban é á don Grumedan con la seña del Rey. Arcalaus quisiera que luego fueran muertos, mas el rey Arábigo no lo consintió, diciéndole que se sofriese, que presto habrian al rey Lisuarte é á todos los otros, é que con acuerdo dél y de los otros grandes señores que allí estaban se haria de ellos justicia; é mandólos llevar á ciertos hombres dellos suyos, que los guardasen muy bien.

Así como vos digo fué el rey Lisuarte vencido y desbaratado, y su gente toda la mas perdida, muertos y presos, y él é los otros con él encerrados en aquella flaca villa, donde, si la muerte no, otra cosa no esperaba. Pues ¿qué diremos que lo fizo? ¿Dios é su ventura? Por cierto no, salvo él mismo, por tener las orejas abiertas é aparejadas, mas para recebir las palabras dañosas en creer lo que aquellos malos Brocadan y Gandandel le dijeron de Amadís, que lo él con sus proprios ojos veia; é mas dió fe á las maldades de aquellos que á las bondades de Amadís y de su linaje, por los cuales era puesto en la mayor altura de fama que ningun príncipe del mundo. Pues dejando á Dios nuestro Señor aparte, ¿quién le socorrerá? ¿Por ventura será reparado su daño é su peligro por Brocadan é Gandandel y los de su linaje, ó de aquellos que tal oficio, sin tener consciencia, como ellos tenian é tienen, que es haber envidia de los virtuosos y de los esforzados que, por seguir virtud, se ponen á los peligros, é no envidia para desear de seguir lo que ellos siguien, sino para lo dañar é afear con todas sus fuerzas? Pues paréceme que si á estos esperase, que prestamente seria vengada la muerte de Barsinan, señor de Sansueña, é la gran pérdida que el rey Arábigo hobo en la batalla de los Siete Reyes, é la saña de Arcalaus. Pues ¿de quién será remediado é socorrido? Por cierto de aquel famoso y esforzado Amadís de Gaula, del cual otras muchas veces lo fué, como esta grande historia lo ha mostrado. Pues tenia mucha razon para ello, dejando el servicio de su señora aparte; antes digo que, segun los grandes é provechosos servicios le habia hecho, y el mal conoscimiento é agradecimiento que dél hobo, con mucha razon é causa debiera ser en su total destruicion. Mas, como este caballero fuese nascido en este mundo para ganar la gloria y la fama dél, no pensaba sino en autos nobles y de gran virtud, así como oiréis que lo hizo con este rey vencido, encerrado, puesto en el hilo de la muerte, é su reino perdido.

Pues tornando al propósito, digo que despues que el rey Lisuarte fué encerrado en aquella su villa, el rey Arábigo se apartó en el campo donde estaba con aquellos grandes hombres, y demandóles su parescer para dar cabo en aquel negocio; entrellos hobo muchos acuerdos, unos en contra de otros, así como suele acaescer entre los que la ventura les es favorable; que tanto es el bien, que no saben escoger de lo bueno lo mejor. Algunos dellos decian que seria bueno descansar alguna pieza, é hacer aparejos para el combate, é poner entre tanto grandes guardas porque el Rey no se fuese. Otros decian que luego seria bien combatirlos antes que mas remedios facer podiesen para su defensa, y que, como estaban perdidos y medrosos, que presto serian entrados é tomados.

Oido todo esto por el rey Arábigo, todos esperaban de seguir su determinacion, porque él era el mayor é cabo de todos ellos, é dijo: «Buenos señores é honrados caballeros, siempre oí decir que los hombres deben seguir la buena ventura cuando les viene, é no buscar entrevalos ni achaques para lo dejar; antes con mas corazon é diligencia tomar junto el trabajo, porque junto venga el placer; é por ende digo que sin mas tardar Barsinan y el duque de Bristoya, con la gente que ellos querrán, se pasen luego de cabo de la villa, é yo é Arcalaus con el rey de la Profunda Insola, y estos otros caballeros, quedemos desta otra, é con el aparejo que tenemos, que es este con que peleamos, sean luego acometidos nuestros enemigos antes que la noche venga; que no quedan dos horas de sol; é si deste combate no los entramos, quitarnos hemos afuera, é la gente podrá refrescar algun tanto, é al alba del dia tornemos á combatir; é de mí vos digo, é así lo diré á todos los mios, é á los otros que me seguir querrán, que no folgaré fasta morir ó los tomar antes que coma ni beba, é así lo prometo como rey; que mi muer-

te ó la súya de mañana no faltará. Grande esfuerzo é placer dió el rey Arábigo á aquellos señores, é así como lo él dijo é prometió lo otorgaron todos; é luego mandaron traer de sus provisiones muchas que traian, é hicieron comer é beber á todas sus gentes, esforzándolos para el combate, é diciéndoles que al cabo tenian para ser ricos é bienaventurados, si por su poco corazon no lo perdiesen. Esto fecho, Barsinan, señor de Sansueña, y el duque de Bristoya, con la mitad de la gente, se pasaron del cabo de la villa, y el rey Arábigo é la otra quedó á la otra parte, y luego se apearon todos y aparejaron para combatir en oyendo el son de las trompas. El rey Lisuarte así como en la villa fué no quiso holgar, que bien vió su perdimiento; é aunque conoscia estar en parte donde mucho tiempo defender no se podia, acordó de poner todas sus fuerzas fasta el cabo de la mala ventura, é morir como caballero antes que ser preso de aquellos tanto sus enemigos mortales; é cuanto comió algo que los de la villa le dieron, é á los suyos, luego repartió todos los caballeros con los de la villa en las partes del muro donde mas flaqueza estaba, amonestándoles é diciéndoles que, despues de Dios, la salud é vida estaba en el defendimiento de sus manos é corazones; pero ellos eran tales, que no habian menester quien buenos los ficiese; que cada uno por sí esperaba morir como el Rey su señor.

Pues así estando como oídes, los enemigos se vinieron de rendon al combate con aquel esfuerzo que los vencedores suelen tener, é sin ningun temor, cubiertos de sus escudos, é sus lanzas en las manos, las que sanas podieron haber, é los otros con sus espadas, y los ballesteros é archeros á sus espaldas, llegaron al muro, los de dentro los rescibieron con muchas piedras é saetas, así de ballesteros como de archeros; é como la cerca era muy baja y en algunos lugares rota, así se juntaron los unos con los otros como si en el campo estoviesen; mas con aquel poco de defensa que los de dentro tenian, y mas con su gran esfuerzo, se defendieron tan bravamente, que los contrarios, perdido aquel ímpetu é arrebatamiento con que llegaron, luego los mas comenzaron á aflojar y desviábanse, é otros se combatian reciamente, de manera que de ambas las partes hobo muchos muertos y feridos. El rey Arábigo é todos los otros capitanes, que á caballo andaban, nunca cesaban de meter la gente delante, y ellos llegaban á la cerca sin ningun recelo porque los suyos llegasen, y desde los caballos daban con las lanzas á los de encima del muro; así que, en muy poco estuvo el rey Lisuarte de ser entrado; mas quísole Dios guardar, en que la noche vino con grande escuranza. Estonces la gente se tiró afuera, porque les fué mandado, é curaron de los feridos, é los otros se repartieron al derredor de la villa, é pusieron muy gran guarda, é bien se tenian por dicho que otro dia al primero combate era despachado el negocio, como lo fué.

Mas agora vos contarémos lo que Amadís é sus compañeros ficieron, despues que del rey Perion se partieron, en socorro deste rey Lisuarte.

CAPITULO XXXVI.

Cómo Amadís iba en socorro del rey Lisuarte, y lo que le conteció en el camino antes que á él llegase.

Contado vos hemos ya cómo aquel muy fermoso doncel Esplandian con gran priesa llegó al real del rey Perion, é hizo saber á Amadís de Gaula la grande afruenta y peligro en que el rey Lisuarte, su señor, estaba, é cómo luego el rey Perion con toda la gente movió en su acorro, trayendo la delantera Amadís con aquellos caballeros que ya oistes. Pues agora vos dirémos lo que hicieron. Amadís, despues que de su padre se apartó, se aquejó mucho por llegar á tiempo que por él podiese ser hecho aquel socorro, é su señora Oriana conosciese cómo, con razon ó sin ella, siempre la tenia delante sus ojos para la servir. Et por gran priesa que á la gente dió, como el camino era largo, que desde donde él partió fasta el real donde el rey Lisuarte habia estado cuando las grandes batallas hobieron, habia cinco leguas, y desde allí fasta la villa de Luvaina ocho; así que, eran por todas trece leguas; no pudo tanto andar, que la noche no le tomase á mas de tres leguas de la villa, é con la gran escuridad, é porque Amadís mandó á las guias que se acostasen siempre á la parte de la montaña, por atajar al rey Arábigo que se le no pudiese acoger á algun logar fuerte, erróse el camino, que las guias desatinaron é no sabian dónde ir, ni si habian pasado la villa ó si la dejaban atrás; lo cual dijeron luego á Amadís; é como lo oyó hobo tan gran pesar, que se queria todo desfacer de congoja; é como quiera que él fuese el hombre del mundo mas sofrido y que mejor sabia sojuzgar su saña en cualquiera cosa de pasion, no se pudo estonces tanto refrenar, que se no maldijese muchas veces á él é á su ventura, que tan contraria le era, é no habia hombre que le hablar osase. Don Cuadragante, á quien tambien mucho pesaba por el rey Cildadan, que él mucho amaba, é con quien tanto deudo tenia, se llegó á él é díjole: «Buen señor, no tomeis tanta congoja, que Dios sabe cuál es lo mejor, é si él es servido que por nosotros este beneficio se faga á aquellos reyes y caballeros tanto nuestros amigos, él nos guiará; é si su voluntad no es, ninguno tiene poder de hacer otra cosa.» E ciertamente, segun lo que despues ocurrió, si aquel yerro no hobiera, no se diera tal salida ni tan honrosa para ellos, segun se dió, como adelante oirédes. Pues así estando parados, y que no sabian qué se facer, preguntó Amadís á las guias si la montaña estaba cerca, é dijéronle que creian que sí, segun ellos habian siempre guiado, acostándose hácia ella, como les él mandara. Estonces dijo á Gandalin: «Toma uno destos guias é trabaja por fallar alguna cuesta, é sube en ella; que si la gente en el real está, fuegos ternán, é atina bien si algo vieres.» Gandalin así lo fizò, que como la sierra á la mano siniestra estoviese, no hicieron sino andar todavía por aquella mano, é á cabo de una pieza falláronse al pié de la montaña, é Gandalin subió cuanto más pudo, é miró ayuso á la parte de lo llano, é vió luego los fuegos de la gente, de que hobo muy gran placer, é llamó á la guia é mostrógelos, é díjole si sabia allí atinar; él dijo que sí.

Estonces se tornaron á mas andar donde Amadís é la gente estaba, é contárongelo, de que hobo gran placer, é dijo : «Pues que así es, guiad é andemos lo mas presto que ser pueda, que ya gran pieza de la noche es pasada.» Así fueron todos tras la guia lo mas ordenadamente que pudieron; que ellos no sabian del rey Perion, ni él dellos, mas de cuanto seguia el rastro. Tanto andovieron y se acercaron á la villa, que vieron los fuegos del real, que eran muchos, é si dello les plugo no es de contar, especialmente aquel esforzado de Amadís, que en toda su vida nunca tanto en cosa se deseó fallar, porque el rey Lisuarte conosciese que él era siempre el reparo de todas sus afruentas, y que, despues de Dios, por él se aseguraba su vida é todo su estado; que bien cuidaba que de vencido ó muerto desta no podia escapar, segun la poca gente suya é la mucha de sus contrarios, y que sin le ver ni fablar se tornaria. Ya á esta hora comenzaba á romper el alba, é aun estarian de la villa una legua. Pues el dia venido, el rey Arábigo y todos aquellos caballeros se aparejaron para el combate con muy gran esfuerzo é placer; é como armados fueron, llegaron todos al muro é á los portillos de la cerca; mas el rey Lisuarte con los suyos se los defendia muy bravamente; mas al cabo, como la gente era mucha y esforzada con la próspera fortuna, é los del Rey pocos, y los mas dellos heridos y desmayados, non podieron tanto resistir ni defender, que los contrarios no los entrasen por fuerza con muy grande alarido; así que, el ruido era muy grande por las calles, por las cuales el Rey é los suyos se defendian reciamente, y desde las ventanas les ayudaban las mujeres é mozos, é otros que no eran para mas afruenta de aquella. La revuelta de las cuchilladas é lanzadas y pedradas era tan grande, y el sonido de las voces, que no habia persona que lo viese que mucho no fuese espantada.

Como el rey Lisuarte é aquellos caballeros sus criados se vieron perdidos, como ya en mas toviesen ser presos que muertos, no se os podrian decir las maravillas grandes que allí ficieron é los duros golpes que daban, que los contrarios no osaban llegar á ellos, sino con la fuerza de las lanzas é piedras los iban retrayendo. Pues el rey Cildadan, é Arquisil, é Flamíneo, é Norandel, que á la otra parte del rey Arábigo se fallaron, podeis bien creer que no estarian de balde; y con estos fué una brava batalla, que el rey Arábigo entró en la villa, é Arcalaus con él, y llevaron consigo los seis caballeros de la ínsola Sagitaria, que ya decir oistes, los cuales siempre el Rey tenia cabe sí que le aguardasen; é como vió la cosa en tal estado, envió los dos dellos por una traviesa de una calle á la parte donde Barsinan y el duque de Bristoya peleaban, y los otros cuatro metió consigo por aquella parte del rey Cildadan, é díjoles : «Agora, mis amigos, es tiempo de vengar vuestras sañas é la muerte de aquel noble caballero Brontajar Danfania, que veis ende los que le mataron; ferid en ellos, que no tienen defensa ninguna.»

Estonces estos cuatro caballeros, como se fallaron libres del Rey, ponen mano á sus cuchillos grandes y fuertes, é con gran furia pasaron por todos los suyos, apartándolos y derribándolos por el suelo, fasta que llegaron adonde el rey Cildadan é sus compañeros estaban, el cual, como los vió tan grandes y desmesurados, no era tan ardid ni esforzado, que mucho temor no hobiese, é luego dijo á los suyos : «Ea, señores, que con estos es la muerte bien empleada; pero sea de tal suerte, que, si podiere ser, ellos vayan anté nos.» Estonces van unos á otros tan cruda é tan bravamente como aquellos que no deseaban otro medio sino morir ó matar. El uno destos llegó al rey Cildadan é alzó el cuchillo por le dar por encima del yelmo, que bien pensó de le facer dos pedazos la cabeza. Y el Rey, como vió el golpe venir, alzó el escudo, en que lo recibió, é fué tan grande, que la espada entró por él fasta el medio, y le cortó el arco ó cerco de acero, é al tirar del cuchillo no lo podo sacar, y llevó el escudo tras él. El rey Cildadan, como era de gran esfuerzo, é muchas veces se habia visto en tal menester, no perdió aquella hora el corazon ni el sentido, antes le dió con su espada en el brazo, que con el peso del escudo no le pudo tan presto tirar á sí, é cortóle la manga de la loriga y el brazo todo, sino en muy poco que quedó colgado, é cayó á sus piés, el cuchillo metido por el escudo. Este se tiró afuera como hombre tollido; así el Rey ayudó á sus compañeros, que con los tres se combatian bravamente, é así con el golpe que aquel dió como con su ayuda, los otros desmayaron ya cuanto; de manera que por aquella parte se defendia la calle muy bien sin recebir mucho daño, aunque el rey Arábigo estaba tras ellos, dándoles voces que no dejasen hombre á vida. Los otros dos caballeros que por la otra parte fueron llegaron á la pelea, y en su llegada fué el rey Lisuarte é los suyos retraidos fasta la traviesa de otra calle, donde algunas de sus gentes estaban sin pelear porque no cabian en la calle, é allí se detuvieron; mas todo no valia nada : que tanta gente cargaba por todas partes sobre ellos y les tomaban las espaldas, que si Dios por su misericordia no socorriera con la venida de Amadís, no tardaran media hora de ser todos muertos y presos, segun las feridas tenian é las armas todas fechas pedazos; pero aunque todo estoviera sano y reparado no montaba nada, que ya eran vencidos é muertos, que por tales ellos mismos se contaban; mas á esta hora llegó Amadís é sus compañeros con aquella gente que ya oistes; que despues que el dia vino aguijó cuanto pudo, porque ante que se apercibiesen los podiesen tomar. E como llegó á la villa é vió la gente dentro, é otros algunos que andaban de fuera, dió luego é tornó al derredor, é firieron é mataron cuantos podieron alcanzar, y él por una puerta é don Cuadragante por la otra entraron con la gente, diciendo á grandes voces : «Gaula, Gaula; Irlanda, Irlanda;» é como fallaban las gentes desmandadas é sin recelo, mataron muchos, é otros se les encerraron en las casas.

Los delanteros que peleaban oyeron las voces y el gran roido que con los suyos andaban, é los apellidos; luego pensaron que el rey Lisuarte era socorrido, é desmayaron mucho, que no sabian qué facer, si pelear con los que tenian delante ó ir socorrer los otros. El rey Lisuarte, como aquello oyó, é vió que sus contrarios aflojaban, cobró razon, é comenzó á esforzar los suyos,

é dieron en ellos tan bravamente, que los llevaron hasta dar en los que venian huyendo de Amadís é de los suyos; así que, no tovieron otro medio sino poner espaldas con espaldas y defenderse. El rey Arábigo é Arcalaus, como vieron la cosa perdida, metiéronse en una casa; que no tovieron esfuerzo para morir en la calle, mas luego fueron tomados y presos. Amadís daba tan duros golpes, que ya no hallaba quien lo esperase, sino fueron aquellos dos caballeros de la ínsola Sagitaria, que ya oistes que á aquella parte peleaban, que vinieron para él; y él, aunque los vió tan valientes como la historia lo ha ante dicho, no se espantó dellos, antes alzó la su muy buena espada, é dió al uno dellos tan gran golpe por cima del yelmo, que aunque muy fuerte era, no tovo poder que no hincase las rodillas ambas en el suelo; é Amadís, como así lo vió, llegó recio é dióle de las manos, é hízole caer de espaldas, é pasó por él, é vió cómo don Florestan, su hermano, é Angriote de Estravaus habian derribado al otro é dejado en poder de los que detrás venian; é pasando todos tres donde estaba Barsinan y el duque de Bristoya, los cuales fueron luego rendidos, que Barsinan se vino á abrazar con Amadís, y el duque de Bristoya con don Florestan, porque el rey Lisuarte los apretaba de manera, que ya no habia en ellos sino la muerte, é demandáronles merced.

Amadís miró adelante é conoció al rey Lisuarte, é como vido que por allí no habia con quién pelear, tornóse lo mas que pudo por donde habia venido, é llevó consigo á Barsinan é al Duque, é quiso ir á la parte donde habia entrado don Cuadragante, é dijéronle cómo ya habia despachado el negocio, y que tenia presos al rey Arábigo é á Arcalaus. Como esta nueva supo, dijo á Gandalin: «Vé, di á don Cuadragante que yo me salgo de la villa, y que pues esto es despachado, que será bien que nos vamos sin ver al rey Lisuarte.» E luego fué por la calle hasta que llegó á la puerta de la villa por donde habia entrado, é fizo cabalgar la gente que con él iba, é él cabalgó en su caballo. El rey Lisuarte, como tan presto vió el socorro de su vida, é sus enemigos muertos é destrozados, estaba de tal manera, que no sabia qué decir, é llamó á don Guilan, que cabe sí tenia, é díjole: «Don Guilan, ¿qué será esto? ó ¿quién son estos que tanto bien han hecho? — Señor, dijo él, ¿quién puede ser sino quien suele? No es otro sino Amadís de Gaula, que bien oistes cómo nombraban su apellido, é bien será, Señor, que le deis las gracias que merece.» Entonces el Rey dijo: «Pues id vos adelante, é si él fuere, deteneldo; que por vos bien lo hará, é yo luego seré con vos.»

Estonces fué por la calle, é cuando don Guilan llegó á la puerta de la villa, luego supo que era Amadís, é ya habia cabalgado é se iba con su gente, que no quiso esperar á don Cuadragante porque lo no detoviese, é don Guilan le dió voces que tornase, que estaba allí el Rey. Amadís, como lo oyó, hobo gran empacho, que conoció muy bien aquel que lo llamaba, á quien él preciaba mucho é lo amaba; é vió al Rey cabe él estar, é volvió, é cuando fué mas cerca miró al Rey, é tenia todas las armas despedazadas y llenas de sangre de sus feridas, é hobo gran piedad de así lo ver; que aunque su discordia tan crecida fuese, siempre tenia en la memoria ser este el mas cuerdo, mas honrado é mas esforzado rey que en el mundo hobiese; é como fué mas cerca descabalgó del caballo, é fué para él, é fincó los hinojos é quísole besar las manos, mas él no las quiso dar, antes lo abrazó con muy buen talante é lo alzó suso. Estonces llegó don Cuadragante, que tras Amadís venia, y el rey Cildadan é otros muchos con ellos, que salian por detener á Amadís que se no fuese hasta que viese al Rey; y llegaron él é don Florestan é Angriote á le besar las manos. Amadís se fué al rey Cildadan, é abrazáronse muchas veces. ¿Quién vos podria contar el placer que todos habian en se ver así juntos con destruicion de sus enemigos? El rey Cildadan dijo á Amadís: «Señor, tornadvos al Rey, é yo quedaré con don Cuadragante, mi tio.» Y él así lo fizo. Estando en esto llegó Brandoibas con gran afan, que muchas feridas tenia, é dijo al Rey: «Señor, los vuestros é los de la villa matan tantos de los contrarios que se metieron en las casas, que todas las calles andan corriendo arroyos de sangre; é aunque sus señores aquello mereciesen, no lo merecen los suyos; por ende mandad lo que se haga en tan cruel destruicion.» E Amadís dijo: «Señor, mandaldo remediar; que en las semejantes afruentas é vencimientos se muestran é parecen los grandes ánimos.» El Rey mandó á Norandel, su hijo, é á don Guilan que fuesen allá é no dejasen matar de los que vivos hallasen; pero que los tomasen á prision é los pusiesen á buen recaudo; é así se hizo. Amadís mandó á Gandalin é á Enil que con Gandáles, su amo, pusiesen recaudo en el rey Arábigo, é Arcalaus, é Barsinan y el duque de Bristoya, y se no partiesen dellos; é así lo hicieron. El rey Lisuarte tomó por la mano á Amadís é díjole: «Señor, bien será, si á vos ploguiere, que demos órden de descansar é folgar, que bien nos hace menester, y entremos á la villa, é sacarán la gente muerta.» E Amadís le dijo: «Señor, sea la vuestra merced de nos dar licencia porque nos podamos con tiempo tornar yo y estos caballeros al rey Perion, mi señor, que con toda la otra gente viene. — Por cierto esa licencia no vos daré yo; que aunque en virtud ni esfuerzo ninguno os pueda vencer, en esto quiero que seais de mí vencido, y que aquí esperemos al Rey vuestro padre; que no es razon que tan brevemente nos partamos sobre cosa tan señalada como agora pasó.» Entonces dijo al rey Cildadan: «Tened este caballero, pues que yo no puedo.» El rey Cildadan le dijo: «Señor, haced lo que el Rey vos ruega con tanta aficion, y no pase por hombre tan bien criado como vos tal descortesía.» Amadís se volvió á su hermano don Florestan, é á don Cuadragante, é á los otros caballeros, é díjoles: «Señores, ¿qué farémos en esto que el Rey manda?» Ellos dijeron que lo que él por bien toviese. Don Cuadragante dijo que, pues allí habian venido para le ayudar y servir, y en lo mas lo habian fecho, que en lo menos se ficiese. «Pues que á vos, Señor, vos parece, así se haga como lo mandais,» dijo Amadís. Entonces mandaron á la gente que descabalgasen é pusiesen los caballos por aquel campo, é buscasen algo de comer.

Estando en esto, vieron venir al rey Arban é á don Grumedan, que las guardas que los tenian los habian

dejado, é traian atadas las manos, é fué maravilla cómo los no mataron. Cuando el Rey los vió hobo gran placer, que por muertos los tenia, é así fuera, sino por el socorro que vino. Ellos llegaron y besáronle las manos, é luego fueron á Amadís con aquel placer que podeis pensar que habrian los mayores amigos suyos que se podrian hallar. Todos dijeron al Rey que tomase consigo aquellos caballeros y se aposentase en el monesterio fasta que la villa fuese despachada de los muertos. Estando en esto, llegó Arquisil, que habia dado recaudo á Flamíneo, que estaba mal herido, é como vió á Amadís, le fué á abrazar, é díjole: «Señor, á buen tiempo nos acorristes; que si algunos de los nuestros nos habeis muerto, otros muchos mas habeis salvado.» Amadís le dijo: «Señor, mucho placer recibo en vos le dar á vos, que podeis creer y estar seguro de mi voluntad que sin engaño vos amo.» Pues queriendo ir el rey Lisuarte al monesterio, vieron venir las batallas de la gente que el rey Perion traia, que venian á mas andar, é don Grumedan dijo al Rey: «Señor, buen socorro es aquel, mas si el primero se tardara, tardárase así nuestro bien de todo punto.» El Rey le dijo riendo y de buen talante: «Quien se pusiese con vos, don Grumedan, en debate sobre las cosas de Amadís, si son bien hechas ó no, muy luenga demanda seria para él, é mayor el peligro que dende le vernia.» E Amadís dijo: «Señor, gran razon es que todos los caballeros amemos é honremos á don Grumedan, porque él es nuestro espejo é guia de nuestras honras, é porque sabe él con qué obediencia faria yo lo que él mandase me quiere bien, é no porque de mí haya recebido ninguna obra buena, sino la buena voluntad.» Así estaban con mucho placer, aunque algunos dellos con hartas feridas; pero todo lo tenian en nada en ser escapados de aquella muerte tan cruel que ante sus ojos tenian. El rey Lisuarte demandó un caballo, é dijo al rey Cildadan que tomase otro, y que irian á rescebir al rey Perion. Amadís le dijo: «Señor, por mejor habria, si por bien lo toviérdes, que descanseis y curen de vuestras feridas; que el Rey mi señor no dejará de venir su camino hasta vos ver.» El Rey le dijo que en todo caso queria ir. Entonces cabalgó en un caballo, y el rey Cildadan é Amadís en los suyos, é fueron contra donde el rey Perion venia. Amadís mandó á toda su gente que estuviesen quedos fasta que él volviese, é Durin que pasase adelante dellos, é hiciese sáber á su padre la ida del rey Lisuarte. Así fueron, como oídes, é muchos de aquellos caballeros con ellos, é Durin andovo mas y llegó á las batallas, y en las delanteras le dijeron cómo el Rey é Gastíles traian la rezaga.

Entonces pasó por ellas, y llegó al Rey, é díjole el mandado de Amadís; y él tomó consigo á Gastíles, é á Grasandor, é á don Brian de Monjaste, é á Trion, é rogó á Agrájes que él se viniese con la gente, y esto fizo por la saña que conocia tener con el rey Lisuarte, é por le no poner en afruenta. Agrájes plogo dello, é como el rey Perion pasó adelante, fuése él deteniéndose con la gente por no haber razon de fablar al rey Lisuarte. El rey Perion llegó con la compaña que vos digo al rey Lisuarte, é como se vieron, salieron entrambos adelante el uno al otro, é abrazáronse con buen talante, é cuando el rey Perion le vió así llagado é mal parado, é las armas despedazadas, díjole: «Paréceme, buen señor, que no partistes del real tan mal trecho como agora vos veo, aunque allá vuestras armas no estovieron en las fundas, ni vuestra persona á la sombra de las tiendas. — Mi señor, dijo el rey Lisuarte, así tove por bien que me viésedes, porque sepais qué tal estaba á la hora que Amadís y estos caballeros me socorrieron.» Entonces le contó todo lo mas de la gran afruenta en que habia estado. El rey Perion hobo muy gran placer en saber lo que sus fijos habian fecho con la buena ventura é honra tan grande que dello se les seguia, é dijo: «Muchas gracias doy á Dios porque así se paró el pleito, é porque vos, mi señor, seais servido é ayudado de mis fijos y de mi linaje; que ciertamente, como quiera que las cosas hayan pasado entre nosotros, siempre fué y es mi deseo que os acaten é obedezcan como á señor é á padre.» El rey Lisuarte dijo: «Dejemos agora esto para mas espacio; que yo fio en Dios que antes que de en uno nos partamos quedarémos juntos é atados con mucho deudo é amor para muchos tiempos.» Entonces miró é no vió á Agrájes, á quien en mucho tenia, así por su bondad como por el deudo grande de aquellos señores, é porque ya en su voluntad estaba determinado de hacer lo que adelante oiréis, no quiso que rastro de enojo ninguno quedase, que bien sabia cómo Agrájes mas que otro ninguno se agraviaba dél, é publicaba quererlo mal, y preguntó por él, y el rey Perion le dijo cómo por ruego suyo habia quedado con las batallas, porque no hobiese el desconcierto que entre la gente mucha suele haber, no habiendo persona á quien teman y que los rija. «Pues hacelde llamar, dijo el Rey; que no partiré de aquí hasta lo ver.»

Entonces Amadís dijo á su padre: «Señor, yo iré por él.» Y esto fizo, porque bien pensó que si por su ruego no viniese, que otro no le traeria; é así lo fizo, que luego se fué donde la gente estaba, é fabló con Agrájes, é díjole todo lo que habian fecho, é cómo habian desbaratado é destruido toda aquella gente, é los presos que tenian, é como viniéndose sin hablar al rey Lisuarte, habia salido tras él, é lo que habian pasado; é que pues aquella enemistad iba tanto al cabo para ser amistad, quedando su honra tan crecida, que le rogaba mucho se fuese con él, porque el rey Lisuarte no queria partir de allí sin le ver. Agrájes le dijo: «Mi señor cohermano, ya sabeis vos que ni saña ni placer no ha de durar mas de cuanto vuestra voluntad fuere, y este acorro que habeis fecho á este rey, quiera Dios que os sea mejor agradescido que los pasados, que no fueron pocos; pero entiendo que la pérdida y el daño sobre él ha venido, que así ha placido á Dios que sea, porque su mal conocimiento lo merecia, é así le acaecerá adelante si no muda su condicion; é pues á vos place que le vea, hágase.» E mandó á la gente que estoviesen quedos fasta que su mandado hobiesen. Así se fueron entrambos, é llegando al Rey, Agrájes le quiso besar las manos, mas él no gelas dió, antes lo abrazó é tóvole así una pieza, é dijo: «¿Cuál ha sido para vos mayor afruenta? ¿estar agora comigo abrazado ó cuando lo estábamos en la batalla? Entiendo que esta ternéis por mayor.» Todos rieron de aquello que el Rey dijo; é

Agrájes con mucha mesura le dijo: «Señor, mas tiempo será menester para que con determinada verdad pueda responder á esto que me preguntais. — Pues luego bien será, dijo el Rey, que nos vamos á reposar; é vos, mi buen señor, dijo al rey Perion, iréis á ser mi huésped con estos caballeros que con vos vienen, é vuestra gente entren los que cupieren en la villa, é los otros por estos prados podrán albergar, é nosotros aposentarnos hemos en el monesterio, é mandaré que todas las recuas de provision que de mi tierra vienen al real se vengan aquí, porque no falte lo que hobiéremos necesario.» El rey Perion gelo gradeció mucho é díjole que le diese licencia, pues que ya no los habia menester; mas el rey Lisuarte no quiso; antes le afincó tanto y el rey Cildadan con él, que lo hobo de hacer, é así juntos se volvieron al monesterio, donde fueron bien aposentados. Pues allí al rey Lisuarte curaron de sus feridas los maestros que él traia; pero todos no sabian ninguna cosa ante el maestro Elisabat; que este, así al Rey como á todos los otros curó é sanó, que fué maravilla de lo ver; é tambien á Amadís é á algunos de los de su parte, que algunas feridas tenian, aunque no grandes; pero el rey Lisuarte mas estovo de diez dias que de la cama no se levantó, é cada dia estaban allí con él el rey Perion é todos aquellos señores hablando en cosas de mucho placer, sin tocar á cosa que de paz ni de guerra fuese, sino solamente fablando é riendo de Arcalaus, cómo siendo un caballero de baja condicion é no de grande estado, con sus artes habia revuelto tantas gentes como habeis oido; é allí se trajo á la memoria de cómo encantó á Amadís, é cómo prendió al rey Lisuarte, é hobo por grande engaño á su hija Oriana, é murió por su causa Barsinan, señor de Sansueña; é cómo despues fizo venir á los siete reyes á la batalla contra el rey Lisuarte, é cómo tovo al rey Perion, é á Amadís é á don Florestan en la prision, que fueron engañados por su sobrina Dinarda; y despues cómo se escapó de don Galaor y de Norandel, llamándose Branfíles, primo cohermano de don Grumedan, é agora cómo habia tornado á traer al rey Arábigo é aquellos caballeros, é cómo tenia su fecho acabado si se no estorbara por tan gran aventura de se hallar tanto á la mano aquel socorro, é otras muchas cosas que dél contaban en burla, que en poco estovieron de salir de verdad; de las cuales mucho reian.

Estonces don Grumedan, que, como en esta gran historia se vos ha mostrado, en todas sus cosas era un caballero muy entendido en todo, dijo: «Védes aquí, buenos señores, por qué muchos se atreven á ser malos, porque mirando algunas buenas dichas que con sus malas obras el diablo les hace alcanzar, con aquella dulzura que en ella sienten, no se curan ni piensan en las caidas tan deshonradas y peligrosas que dello á la fin les ocurre; que si mirásemos lo que deste Arcalaus habemos dicho, que en su favor contar se puede, á estar agora preso é viejo é manco, á la merced de sus enemigos, él solo bastaba para ser enjemplo que ninguno se desviase del camino de la virtud por seguir aquello que tanto daño y desaventura trae; mas, como las virtudes son ásperas de sofrir, é hay en ellas muy ásperos senderos, é las malas obras al contrario; é como todos naturalmente seamos mas inclinados al mal que al bien, seguimos con toda aficion aquello que mas al presente nos agrada é contenta, é descuidamos de lo que, aunque al comienzo sea áspero, la salida é fin es bienaventurada; é siguiendo mas el apetito de nuestra mala voluntad que la justa razon, que es señora y madre de las virtudes, venimos á caer, cuando mas ensalzados estamos, donde ni el cuerpo ni el alma reparar se pueden, como este malo de malas obras Arcalaus el encantador, lo ha hecho.» Mucho pareció bien al rey Perion lo que este caballero dijo, é por hombre discreto lo tuvo, é mucho preguntó despues por él; que bien conoció que tal caballero como aquel digno y merecedor era de estar cabe los reyes. En este medio tiempo llegó el hombre bueno santo Nasciano, con que todos hobieron gran placer; que así como hasta allí con la discordia todas las cosas á los unos é á los otros con grandes sobresaltos é fatigas del espíritu les habian venido, así agora, tornado todo al revés con la paz, descansaban é reposaban sus ánimos con gran placer. Cuando el buen hombre los vió juntos en tanto amor, donde no habia tres dias que se mataban con tanta crueza, alzó las manos al cielo é dijo: «¡Oh Señor del mundo, que tan grande es la tu santa piedad, é cómo la envias sobre aquellos que algun conocimiento del tu santo servicio tienen! que estos reyes é caballeros aun la sangre no tienen enjuta de las feridas que se ficieron, causándolo el enemigo malo; é porque yo en el tu nombre é con tu gracia les puse en comienzo de buen camino, queriendo ellos haber conocimiento del yerro tan grande en que puestos estaban, tú, Señor, los has traido á tanto amor é buena voluntad cual nunca por persona alguna pensar se pudo. Pues así, Señor, te plega que, permitiendo el cabo é la fin desta paz, yo, como tu siervo y pecador, antes que dellos me parta, los deje en tanto sosiego, que dejando las cosas contrarias al tu servicio, entiendan en acrescentar en la tu santa fe católica.» Este santo hombre ermitaño nunca hacia sino andar de los unos á los otros, poniéndoles delante muchos enjemplos é dotrinas porque siguiesen é diesen buen cabo en aquello en que él les habia puesto; así que, sus duros corazones ponia en toda blandura é razon.

Pues estando un dia todos juntos en la cámara, el rey Lisuarte preguntó al rey Perion de quién habia sabido las nuevas de la gente que fué sobre él. El rey Perion le dijo cómo el doncel Esplandian lo habia dicho á Amadís, y que no sabia mas. Estonces mandó llamar á Esplandian, y preguntóle cómo fué él sabidor de aquella gente. Él le dijo cómo viniendo por mandado del buen hombre su amo á él al real, le falló partido, y que siguiendo su camino, habia visto descendir toda la gente de la montaña á la parte donde él iba, y que luego pensó, segun la muchedumbre della, é la poca é mal parada que él llevaba, que se no podia quitar dellos sin mucho peligro; y que luego él é Sargil, á mas correr de sus palafrenes, habian andado toda la noche sin parar, é lo ficieron saber á Amadís. El rey Lisuarte le dijo: «Esplandian, vos me haceis gran servicio, é yo fio en Dios que de mí vos será bien galardonado.» El hombre bueno dijo: «Fijo, besad las manos al Rey vues-

tro señor por lo que vos dice.» El doncel llegó é fincó los hinojos, y besóle las manos; el Rey le tomó por la cabeza, é llególo á sí y besóle en la faz, é miró contra Amadís; é como Amadís tenia los ojos puestos en el doncel y en lo que el Rey hacia, é vió que á tal sazon le miraba, embermejecióle el rostro, que bien conosció que el Rey sabia ya todo el fecho dél y de Oriana, y de cómo el doncel era su hijo; é tanto le contentó aquel amor que el Rey á Esplandian mostró, é así lo sintió en el corazon, que le acrecentó su deseo de le servir mucho mas que lo tenia, y eso mesmo fizo al Rey, que la vista é gracia de aquel mozo era tal para su contentamiento, que mientra en medio estoviese no podria venir cosa que les estorbase de se querer é amar. Gasquilan, rey de Suesa, habia quedado en el real, maltrecho de la batalla que con Amadís hobo, é su gente con él, aquella que de las batallas habia escapado; é cuando el rey Lisuarte se partió dél, rogóle mucho que se fuese en andas, é desviado por otro camino, á la mano diestra lo mas que podiese de la montaña, y dejó con él personas que muy bien le guiasen; é así lo fizo, que tomó por una vega ayuso ribera de un rio, el cual metió entre sí é la montaña, é albergó aquella noche so unos árboles, é otro dia andovo su camino, pero de grande espacio; así que, con el rodeo que llevó no pudo ser en Luvaina desos cinco dias; y llegó al monesterio donde los reyes estaban, que no sabia nada de lo pasado, é cuando gelo dijeron fué muy triste, por estar en disposicion de no se hallar en cosa tan señalada; é como era muy follon é soberbio, decia algunas cosas, quejándose con grande orgullo, que los que lo oian no lo tenian á bien.

Como el rey Perion y el rey Cildadan é aquellos señores supieron de su venida, salieron á él á la puerta del monesterio, donde en sus andas estaba, é ayudáronle á descendir dellas, é caballeros le tomaron en sus brazos y lo metieron donde el rey Lisuarte estaba echado, que así gelo envió á él á rogar; é allí en la cámara donde el Rey estaba le ficieron otra cama, donde le pusieron. Estando allí Gasquilan, miró á todos los caballeros de la ínsola Firme, é viólos tan fermosos é tan bien tallados é guarnidos de atavíos de guerra, que á su paresçer nunca habia visto gente que tan bien le pareciese, y preguntó cuál de aquellos era Amadís, é mostrárongelo; é como Amadís vió que por él preguntaba, llegóse á él, teniendo por la mano al rey Arban de Norgales, é dijo: «Mi buen señor, vos seais muy bien venido, é mucho me pluguiera de vos hallar sano mas que así como estáis; que en tan buen hombre como vos sois, mal empleado es el mal; mas placerá á Dios que presto habréis salud, y lo que con desamor entre vos é mí hobo, con buenas obras será emendado.» Gasquilan, como le vió tan fermoso é tan sosegado é con tanta cortesía, si no conociera tanto de su bondad, así por oidas como por lo haber probado, no lo toviera en mucho; que á su parecer mas aparejado era para entre dueñas é doncellas que entre caballeros é autos de guerra; que, como él fuese valiente de fuerza é corazon, así se preciaba de lo ser en la palabra, porque tenia creido que el que muy esforzado habia de ser, en todo era necesario que lo fuese, é si algo dello le faltase, que le menoscababa en su valor mucho, y por esto no tenia él por tacha ser soberbio, antes dello se preciaba mucho, en lo cual si engaño recebia, quien quiera lo puede juzgar; y respondió á Amadís, é díjole: «Mi buen señor Amadís, vos sois el caballero del mundo que yo mas ver deseaba, no para bien vuestro ni mio, antes para me combatir con vos hasta la muerte; é si lo que agora con vos me avino os aviniera comigo, é aquello que de vos recebí recibiérades de mí, demás de me tener por el mas honrado caballero del mundo, cobrara por ello el amor de una señora que yo mucho amo é quiero, por mandamiento de la cual vos demandé hasta agora; é así me avino, que no sé cómo ante ella parecer pueda; así que, mi mal mucho mas es lo que se no ye que lo que es claro é público á todos.» Amadís, que esto oia, le dijo: «Deso de vuestra amiga os debe mucho pesar; asimismo lo hace á mí, que de todo lo que se ganara en me vencer no debeis tener mucho cuidado; que, segun los vuestros hechos son tan grandes é famosos por todo el mundo, y tan señalados en armas, no ganárades mucho en sobrar á un caballero de tan poca nombradía como lo yo soy.»

Entonces el rey Cildadan dijo al rey Lisuarte, riendo: «Mi señor, bien será que echeis el baston entre estos dos caballeros;» y fuése en placer para ellos, y metiólos en otras burlas. Así estovieron estos reyes é caballeros en el monesterio, muy viciosos de todo lo que habian menester; que, como el rey Lisuarte estoviese en su tierra, fizo allí traer muchas viandas, tan abastadamente, que á todos daba gran contentamiento. El rey Perion le rogó muchas veces que le dejase con la gente ir á la ínsola Firme, y que luego faria allí venir los dos caballeros, como estaba acordado entre ellos; mas el rey Lisuarte nunca lo quiso facer, é díjole que pues Dios le habia allí traido, que en ninguna manera por su voluntad le dejaria ir hasta que todo fuese despachado. Así que, el rey Perion hobo empacho de mas gelo rogar, é así aguardó á ver en qué pararia aquella tan buena voluntad que el rey Lisuarte mostraba. Arquisil habló con Amadís, diciendo que qué le mandaba hacer en su prision; que presto estaba de complir la promesa que le tenia hecha. Amadís le dijo que él hablaria con él así en aquello como en otras cosas que habia pensado, y que á la mañana, en oyendo misa, hiciese traer su caballo, que en el campo le queria hablar; lo cual así se fizo, que luego otro dia cabalgaron en sus caballos, é saliéronse paseando al derredor de la villa, y cuando de todos fueron alongados, Amadís le dijo: «Mi buen señor, todos estos dias pasados que aquí he estado os quisiera fablar, y con la ocupacion que habeis visto no he podido; agora, que tenemos tiempo, quiero deciros lo que tengo pensado de vos. Yo sé que, segun la línea derecha de vuestra sangre, que muerto el emperador de Roma, como lo es, no queda en todo el imperio ningun derecho sucesor ni heredero sino vos, y tambien sé que de todos los del señorío sois muy amado, é si de alguno no lo érades, no fué sino de aquel vuestro pariente emperador, que la envidia de vuestras buenas maneras le daban causa á que su mala condicion vos desamase; y pues el negocio es venido en tal estado, gran razon seria que se tomase

cuidado de una cosa de tan gran hecho como esta. Vos teneis aquí los mas é los mejores caballeros del señorío de Roma, é yo tengo en la ínsola Firme á Brondajel de Roca, é al duque de Ancona, é al arzobispo de Talancia, con otros muchos que en la mar fueron presos; yo enviaré luego por ellos, é fablemos en ello; é antes que de aquí partan se tenga manera como vos juren por su emperador, é si algunos vos lo contrallaren, yo vos ayudaré á todo vuestro derecho; así que, buen amigo, pensad é trabajad en ello; conoced el tiempo que Dios vos dá, é por vuestra culpa no se pierda.» Cuando Arquisil esto le oyó, ya podeis entender el placer que dello habria; que no esperaba sino que le queria mandar tener prision en algun logar donde por gran pieza de tiempo salir no podiese, é díjole: «Mi buen señor, no sé por qué todos los del mundo no procuran por vuestro amor é conocencia, é no son en crescer vuestra honra y estado; y de mí vos digo que agora podiéndose hacer lo que decis ó no se haciendo, como quiera que la ventura lo traiga, nunca seré en tiempo que esta merced é gran honra que de vos recibo no lo pague hasta perder la vida; é si gracias podiesen bastar á tan gran beneficio, darlas hia; pero ¿cuáles pueden ser? Por cierto no otra sino mi persona misma, como lo he dicho, con todo lo que Dios é mi dicha me podiere dar, é desde agora dejo en vuestras manos todo mi bien é honra; pues tan bien lo habeis dicho, dalde cabo; que mas es vuestro que mio lo que se ganare. —Pues yo lo tomo á mi cargo, dijo Amadís, é con ayuda de Dios vos iréis de aquí emperador ó yo no me ternia por caballero.» Con esto se partieron de su habla, é Amadís le dijo: «Antes que al monesterio volvamos, entremos á la villa, é mostrarvos he el hombre del mundo que peor me quiere.»

Así entraron en Luvaina, é fuéronse á la posada de don Gandáles, donde tenia presos al rey Arábigo é á Arcalaus é los otros caballeros que ya oistes; é como en ella entraron, fuéronse luego á la cámara donde el rey Arábigo é Arcalaus solos estaban, é halláronlos vestidos é sentados en una cama, que desque fueron presos nunca se quisieron desnudar, é Amadís conoció luego á Arcalaus, é díjole: «¿Qué faces, Arcalaus?» Y él le dijo: «¿Quién eres tú, que lo preguntas? — Yo soy Amadís de Gaula, aquel que tú tanto deseabas ver.» Entonces Arcalaus le miró mas que de antes, é díjole: «Por cierto, verdad dices; que aunque la distancia del tiempo ha sido larga, en que te no he visto, la memoria no pierde de conocer ser tú aquel Amadís que yo tove en mi poder en el mi castillo de Balderin, é aquella piedad que de tu tierna joventud y desa gran fermosura entonces hobe, aquella despues por luengos tiempos me ha puesto en muchas é grandes tribulaciones, hasta que en el cabo me ha traido en tal estrecho, que me conviene demandarte misericordia.» Amadís le dijo: «Si la yo hobiese de tí, ¿cesarias de facer aquellos grandes males é cruezas que hasta aquí has fecho? — No, dijo él; que ya la edad, tan luengamente habituada en ello, por su voluntad no se podria retraer de lo que tanto tiempo por vicio ha tenido; mas la necesidad, que es muy duro é fuerte freno para hacer mudar toda mala costumbre de buena en mala, é de mala en buena, segun sobre la persona é causa que viene, me faria hacer en la vejez aquello que la joventud é libertad no quisieron ni podieron. — Pues ¿qué necesidad te podria yo poner, dijo Amadís, si libre é suelto te dejase? — Aquella, dijo Arcalaus, que por la sostener é acrecentar he hecho mucho mal á mi conciencia y fama, que es mis castillos, los cuales te mandaré dar y entregar con toda mi tierra, é no tomaré dello mas de lo que por virtud darme quisieres, porque al presente no me puedo en otra cosa poner, y podrá ser que esta tan gran premia é la bondad tuya grande harán en mí aquella mudanza que fasta aquí la razon no ha podido hacer en ninguna suerte.» Amadís le dijo: «Arcalaus, si alguna esperanza tengo que tu fuerte condicion será emendada, no es otra, salvo el conocimiento que tienes, en te tener por malo y pecador; por ende esfuérzate é toma consuelo, que podrá ser que esta prision del cuerpo, en que agora estás é tanto temes, será llave para soltar tu ánima, que tan encadenada y presa tanto tiempo has tenido.» É Amadís queriéndose ir, le dijo Arcalaus: «Amadís, mira este rey sin ventura, que poco há que estaba muy cercano de ser uno de los mayores príncipes del mundo; y en un momento la mesma fortuna, que para ello le fué favorable, aquella le ha derribado y puesto en tan cruel cativerio. Séate enjemplo á tí é á todos los que honra é grande estado tienen ó desean, é quiérote traer á la memoria que en los fuertes ánimos é corazones consiste el vencer y perdonar.» Amadís no le quiso responder, pues que le tenia preso, que bien hacia contra él esta razon; que aunque por armas é sus encantamientos habia vencido á muchos, nunca supo á ninguno perdonar; pero por eso no dejó de conoscer que habia dicho hermosa razon.

Así se salieron él é Arquisil de la cámara, é cabalgaron en sus caballos, é fuéronse al monesterio, y luego Amadís mandó llamar á Ardian, el su enano, é mandóle que fuese á la ínsola Firme, é dijese á Oriana é á aquellas señoras todo lo que habia visto; é dióle una carta para Isanjo, que luego le enviase allí á buen recaudo á Brondajel de Roca é al duque de Ancona y al arzobispo de Talancia, con todos los otros romanos que allí presos estaban, lo mas presto que venir podieren. El Enano hobo mucho placer en llevar esta nueva, porque della esperaba gran honra é mucho provecho; é cabalgó luego en su rocin, é andovo de dia y de noche, sin mucho parar, tanto, que llegó á la ínsola Firme, donde nada de esto postrimero se sabía; que Oriana no habia habido otras nuevas sino de las dos batallas, y de cómo Nasciano, el santo ermitaño, los tenia en tregua; é cómo era muerto el emperador de Roma, de lo cual no poco placer hobo; mas de las cosas de allí adelante no supo cosa alguna, antes siempre estaba con mucha angustia, pensando que aquel hombre bueno Nasciano no bastaria á poner paz en tan gran rotura, é nunca hacia sino rezar é facer muchas devociones é romerías por las iglesias de la ínsola, é rogar á Dios por la paz é concordia dellos; é como el Enano llegó, fuése luego derechamente á la huerta donde Oriana posaba, é dijo á una dueña que la puerta guardaba, que dijese á Oriana cómo estaba allí y le traia

nuevas. La dueña gelo dijo, é Oriana le mandó entrar; mas esperando qué diria, no tenia el corazon asosegado, antes con gran sobresalto, porque no las podia oir sino á provecho de la una parte é daño de la otra, y como de un cabo toviese á su amigo Amadís y del otro al Rey su padre, aunque el daño de Amadís temiese tanto, que ser mas no podria, de cualquiera que á su padre viniese habria mucho dolor; é como el Enano entró, dijo contra Oriana: «Señora, albricias os demando, no como quien yo soy, mas como quien vos sois é las grandes nuevas que os traigo.» Oriana le dijo: «Ardian, mi amigo, segun tu semblante, bien va á la parte de tu señor; mas dime si mi padre es vivo.» El Enano dijo: «¿Cómo, Señora, si es vivo? Es vivo é sano, é mas alegre que lo nunca fué.—¡Ay, santa María! dijo Oriana, dime lo que sabes; que si Dios me da algun bien, yo te haré bienaventurado en este mundo.»

Entonces el Enano le contó todo el fecho como habia pasado; é cómo el Rey su padre, estando en punto de perder la vida, vencido y encerrado de sus enemigos, sin ningun remedio, que el doncel muy hermoso Esplandian lo hizo saber á Amadís, é cómo luego partió con la gente, é todas las cosas que le acaecieron en el camino, á lo cual él habia sido presente; y cómo llegó Amadís á la villa, y de la manera que el Rey su padre estaba, y cómo en su llegada todos sus enemigos fueron destruidos, muertos y presos; y preso el rey Arábigo, é Arcalaus el Encantador, é Barsinan, señor de Sansueña, y el duque de Bristoya; y despues cómo el Rey su padre salió tras Amadís, que sin le ver se tornaba; é cómo llegó el rey Perion; finalmente, le contó todo lo pasado y de cómo estaban en aquel monesterio con mucho placer todos juntos, como aquel que lo habia visto. Oriana, que de oirlo estaba como fuera de sentido, de gran placer que habia, fincó los hinojos en tierra é alzó las manos, é dijo: «¡Oh, Señor poderoso, reparador de todas las cosas! el tu santo nombre sea bendito; y como tú, Señor, seas el justo juez, é sabes la gran sinrazon que á mí se me hace, siempre tove esperanza en la tu misericordia, que con mucha honra mia y de los que de mi parte fuesen, se habia de atajar este negocio! Y bendito sea aquel muy fermoso doncel que de tanto bien fué causa, y que así quiso hacer verdadera la profecía de Urganda la Desconocida que dél escribió, por donde se puede y debe creer todo lo al que se dijo; é yo soy muy obligada de lo querer é amar mas que ninguno pensar puede, y de le galardonar la buena ventura que por él me viene.» Todas pensaban que por haber sido causa de aquel socorro que á su padre el Rey hizo lo decia, pero lo secreto salia de las entrañas, como de madre á hijo. Entonces se levantó, é dijo al Enano si se volveria luego. El dijo que sí; que Amadís le habia mandado que despues que aquellas nuevas dijese á ella é aquellas señoras que allí estaban, diese una carta á Isanjo, que le traia, en que le mandaba que luego le enviase los romanos que allí tenia presos. «Pues Ardian, mi amigo, dijo Oriana, dime, qué goces, que se dice allá que querrán facer. —Señora, dijo él, yo no lo sé por cierto, sino que el Rey vuestro padre detiene al rey Perion é á mi señor, é á todos los señores é caballeros que de aquí fueron, é dice que no quiere que de allí se vayan fasta que todo sea despachado con mucha paz que entre ellos quede. —Así plega á Dios que sea,» dijo Oriana. Entonces le preguntaron la reina Briolanja é Melicia, que estaban juntas, que les dijese de aquel muy fermoso doncel Esplandian qué tal era, y en qué habia tenido el rey Lisuarte aquel gran servicio que le fizo; y él les dijo: «Buenas señoras, estando yo con Amadís en la cámara del Rey, vi llegar á Esplandian á le besar las manos por las mercedes que le prometia, é vi cómo el Rey le tomó con sus manos por la cabeza y le besó los ojos; y de su hermosura os digo que, aunque él es hombre é vosotras presumis de muy fermosas, si delante dél os fallásedes asconder os híades y no osaríades parecer. —Por esto está bien, dijeron ellas, que estemos aquí encerradas, donde no nos verán. —No cureis deso, dijo él; que él es tal, que aunque mas encerradas estéis, vosotras y todas las que hermosas son saldréis á lo buscar.» Mucho rieron todas con las buenas nuevas que oian, é con lo que el Enano respondió.

Oriana miró á la reina Sardamira, é díjole: «Reina, señora, alegradvos, que aquel señor que ha dado remedio á los que aquí estamos, no querrá que vos quedeis olvidada.» La Reina dijo: «Mi señora, tal esperanza tengo yo en él y en vos que miraréis por mi reparo, aunque no os lo merezca.» Entonces preguntó al Enano qué tales habian quedado aquellos desdichados é sin ventura romanos que con el rey Lisuarte estaban. Él dijo: «Señora, así dellos como de los otros faltan muchos, é los que son vivos están mal llagados; mas despues de la muerte del Emperador, é Floyan é Costancio, no falta ningun hombre de cuenta dellos; que yo vi bueno á Arquisil, é fablar mucho con mi señor Amadís; é Flamíneo, vuestro hermano, queda ferido, pero no mal, segun se decia.» La Reina dijo: «A Dios plega que, pues en los muertos no hay remedio, que lo haya en los vivos, y les dé gracia que no curando de las cosas pasadas, queden amigos é con mucho amor en lo presente é porvenir.» El Enano dijo á Oriana si mandaba algo; que queria ir á recaudar el mandado de su señor. Ella dijo que, pues no trajera carta, que le encomendase mucho al rey Perion é Agrájes é á todos aquellos caballeros. Con esto se fué á Isanjo é le dió la carta de Amadís, é como vió lo que por ella mandaba, sacó luego de una torre aquellos señores de Roma por quien enviaba, é dióles bestias é un hijo suyo, é otras personas que los llevasen é guiasen, é les hiciesen dar viandas é todas las cosas que hobiesen menester; é soltó todos los otros que estaban presos, que serian hasta docientos hombres, y enviólos á Amadís. Así andovieron por su camino fasta que llegaron al monesterio donde el rey Lisuarte estaba, é besáronle las manos, y el Rey los recibió con mucho placer, aunque otra cosa en lo secreto sintiese, por no les dar mas congoja que en sí tenian. Mas cuando vieron á Arquisil no podieron excusar que las lágrimas no les vinieron á los ojos así á ellos como á él. Amadís les fabló con mucha cortesía y los alegró mucho é llevó á su aposentamiento, donde dél recibieron mucha honra é

consolacion. Pues allí llegados, despues que del camino algo descansaron, Amadís se apartó con ellos sin Arquisil, é díjoles: «Buenos señores, yo vos fice áquí venir porque me pareció que, segun las cosas van á buen fin, que es cosa muy razonable que estoviésedes presentes á todo lo que se hará; que de hombres tan honrados con mucha razon se debe hacer cuenta, é tambien por vos hacer saber cómo yo tengo palabra de Arquisil, como creo que habréis oido, que terná prision donde por mí le fuere señalada; é conosciendo el gran linaje donde viene y la nobleza suya, que le acarrea á merecer muy gran merecimiento, acordé de vos hablar, pues que en el imperio de Roma no vos queda quien con tanto derecho como este caballero lo deba haber, que se tenga manera como, así por vosotros como por todos los que aquí se fallan, sea jurado é tomado por señor; y en esto haréis dos cosas: la primera complir con lo que obligados sois en dar el señorío á cuyo es de derecho, é caballero tan complido en todas bondades, y que muchas mercedes vos hará; y la otra, que en cuanto á la prision suya y vuestra, yo habré por bien de os dejar libres, que sin entrevalo alguno vos podais ir á vuestras tierras, é siempre vos seré buen amigo mientra vos ploguiere; que yo precio mucho á Arquisil y le tengo gran amor, tanto como á hermano verdadero, é así gelo guardaré, si por él no se pierde en esto que vos he fablado y en todo lo ál que le tocare.»

Oido esto por aquellos señores romanos, rogaron á Brondajel de Roca, que era muy principal é muy razonador entre ellos, que le respondiese; el cual le dijo: «En mucho tenemos, señor Amadís, vuestra graciosa habla, é mucho vos debe ser gradecida; pero como este hecho sea tan crecido, é para ello es menester el consentimiento de muchas voluntades, no podriamos así al presente responder, hasta que con los caballeros que aquí son se platique, porque aunque de muchos de los que aquí vienen no se face cuenta, muy principales son para esto que, Señor, nos decis, porque en nuestra tierra tienen muchas fortalezas é cibdades é villas del imperio, é otros oficios de comunidades que tocan mucho á la eleccion del imperio; y por esto, si vos ploguiere, nos daréis lugar que veamos á Flamíneo, que es un caballero muy honrado, que nos han dicho que está ferido, y en su presencia serán por nosotros todos llamados, y se vos podrá dar deliberadamente la respuesta.» Amadís lo tovo por bien, y les dijo que respondian como caballeros cuerdos é lo que debian, é que les rogaba, porque creia que su partida de allí seria breve, no hobiese dilacion. Ellos le dijeron que así se haria, que la tardanza seria para ellos mas grave. Pues luego cabalgaron todos tres, y se entraron en la villa, que ya de los muertos estaba desembargada; que el rey Lisuarte mandó venir desas cómarcas muchas gentes que los enterraron; é como llegaron á la posada donde Flamíneo estaba, descabalgaron y entraron en su cámara, é como se vieron fueron muy ledos en sus voluntades, aunque los continentes muy tristes por la gran desventura que les habia venido; y luego le dijeron cómo era menester que hiciese llamar todos los alcaides y personas señaladas que habian quedado vivos de los que allí estaban, porque era necesario que sopiesen una habla que Amadís les habia hecho, en que estaba su deliberacion ó prision para siempre. Flamíneo los mandó llamar, y venidos los que venir pudieron, estando juntos, Brondajel de Roca les dijo: «Honrado caballero Flamíneo, é vosotros, buenos amigos, ya sabeis las malas dichas é grandes fortunas que sobre todos los de Roma son venidas despues que por mandado de nuestro emperador, que Dios perdone, venimos en esta isla de la Gran Bretaña, y porque tan notorias son á vosotros, será excusado repetirlas agora. Nosotros estando presos en la ínsola Firme, Amadís de Gaula tovo por bien de nos facer venir aquí donde nos veis, el cual con mucho amor y buena voluntad nos ha traido é hecho muchas honras, y nos ha fablado largamente, diciendo que, pues nuestro imperio romano está sin señor, y de derecho mas que á otro alguno le viene la sucesion dél á Arquisil, que él será agradable en que por vosotros é nosotros sea por señor y emperador tomado, y que no solamente nos dará por libres de la prision que sobre nosotros tiene, mas que nos será fiel amigo é ayudador en todo lo que menester le hobiéremos; y pareciónos, segun el aficion á esto que vos decimos mostró, que tiene por dicho que si con voluntad de nosotros se hiciese, que nos dará las gracias que oistes, é si no, de se poner con sus fuerzas para que por otra via se haga. Así que, buen señor, é vos, buenos amigos, ese es lo para que aquí fuistes llamados; é porque vuestras voluntades se determinen, sabiendo las nuestras, es mucha razon que se vos declaren; lo cual es, que hemos platicado entre nos mucho sobre esto, y hallamos que lo que este caballero Amadís nos pide y ruega, es lo que nos habiamos con mucha aficion de rogar y pedir á él; porque, como sabeis, aquel tan gran señorío de Roma no puede estar sin señor. Pues ¿quién mas por derecho, por esfuerzo, por virtudes, que este Arquisil lo merece? Por cierto, á mi ver, ninguno. Este es nuestro natural, criado entre nosotros; sabemos sus buenas costumbres é maneras. A este sin empacho podemos pedir por fuero lo que, seyendo derecho, otro por ventura que extraño fuese nos lo negaria; demás desto, ganamos en amistad á este famoso caballero Amadís, que así como seyendo enemigo tanto poder tovo de nos dañar, seyendo amigo, con aquel mismo mucha honra é bien nos puede facer, y enmendar todo lo pasado. Agora decid lo que vos place, é no mireis á nuestra prision ni fatiga, sino solamente á lo que la razon é justicia os guiare.»

Como las cosas justas é honestas tengan tanta fuerza, que aun los malos sin gran empacho negar no las puedan, así estos caballeros, como personas discretas y de buen conocimiento, veyendo ser mucho justo é á lo que eran obligados lo que aquel caballero Brondajel de Roca dijo, no le podieron contradecir, aunque, como siempre acaece en las muchas voluntades haber diversas discordias, tantos hobo allí que á la razon miraron é siguieron, que los que otra cosa quisieran no hobo logar su deseo; é todos juntamente dijeron que así como Amadís lo demandaba se hiciese, é con su emperador se tornasen á sus casas sin se mas detener en aque-

llas tierras donde mal andantes habian sido, é que á ellos, como á muy principales, dejaban á cargo de lo que Arquisil habia de jurar é prometer. Y con este asiento se tornaron á Amadís al monesterio, é dijéronle todo lo que estaba concertado, de que hobo gran placer. Pues finalmente, juntos todos los caballeros é grandes señores de los romanos, é las otras gentes mas bajas del imperio, dentro en la iglesia juraron á Arquisil por su emperador, y le prometieron vasallaje, y él les juró todos sus fueros é costumbres, y les hizo é dió todas las mercedes que con razon le pidieron.

Así que, por esto podemos decir que algunas veces vale mas ser sojuzgados é apremiados de los buenos fuera de nuestra libertad, que con ella servir é obedecer á los malos; porque de lo bueno, bueno se espera en la fin, sin dubda en ello poner; y de lo malo, aunque algun tiempo tenga flores, al cabo han de ser secas con las raíces; donde procede que este Arquisil fué criado con hombre de su sangre, que fué el emperador Patin, al cual muchos señalados servicios hizo en honra de su corona imperial, y en logar de haber conoscimiento dellos, le trajo desviado, casi desterrado y maltratado de donde él estaba, temiendo que la virtud é buenas mañas deste caballero por donde habia de ser querido é amado, y hechas muchas mercedes, le habia de quitar el señorío; y seyendo preso de su enemigo, donde no esperaba gracia ni honra ninguna, antes todo al contrario deste, por ser tan diverso y acabado en la virtud que al otro fallecia, le vino aquella tan gran honra, tan gran estado como ser emperador de Roma, en lo cual deben tomar todos enjemplo é llegarse á los virtuosos y cuerdos, porque de lo bueno su parte les alcance, y apartarse de los malos, escandalosos, envidiosos, de poca virtud y de muchos vicios, porque así como ellos dañados no sean.

CAPITULO XXXVII.

Cómo el rey Lisuarte fizo juntar los reyes é grandes señores é otros muchos caballeros en el monasterio de Luvaina, que allí con él estaban, y les dijo los grandes servicios é honras que de Amadís de Gaula habia recibido, y el galardon que por ellos le dió.

Así como habeis oido fué tomado por emperador de Roma este virtuoso y esforzado caballero Arquisil á causa de su buen amigo Amadís de Gaula. Agora cuenta la historia que todos estos reyes, príncipes é caballeros estovieron muy viciosos á su placer en aquel monesterio y en la villa de Luvaina, fasta que el rey Lisuarte fué en mejor disposicion de salud é se levantó de la cama, é otros muchos de sus nobles caballeros que heridos habian estado, curando dél y dellos aquel maestro grande Elisabat; é como así el rey Lisuarte se viese, hizo un dia llamar á los reyes é grandes señores de ambas partes, é junto con ellos en la iglesia de aquel monesterio, les dijo: «Honrados reyes é famosos caballeros, muy excusado me parece traeros á la memoria las cosas pasadas, pues que así como yo las habeis visto, en las cuales si atajo no se diese, los vivos que somos de los muertos iguales nos hariamos; pues dejándolas aparte, conociendo el gran daño que así al servicio de Dios como á nuestras personas y estado ocurriera en ellas procediendo, he detenido al noble rey Perion de Gaula é á todos los príncipes é caballeros de su parte, para que en presencia suya é vuestra se diga lo que oiréis.» Entonces volviéndose á Amadís, le dijo: «Esforzado caballero Amadís de Gaula, segun la fin é propósito de mi habla, fuera de mi condicion, que es no loar á ninguno en presencia, y de vuestro querer, que siempre dello empacho rescibe, me será forzado delante destos reyes é caballeros reducir á sus memorias las cosas pasadas entre vos é mí desde el dia que en mi corte quedastes por caballero de la reina Brisena, mi mujer; é aunque á todos ellos sean notorias, veyendo que así como ellas pasaron por mí son conoscidas, ternan á bien é á honesta causa el galardon que á su merecimiento por mí se quiere dar. Cierto estando vos en mi casa despues que vencistes á Dardan el soberbio, é habiéndome traido para mi servicio á vuestro hermano don Galaor, que fué el mayor don que nunca á rey se hizo, yo fuí enhartado, é mi hija Oriana, por este malo Arcalaus el encantador, é así ella como yo presos, sin que de todos mis caballeros podiese ser defendido ni socorrido, constreñidos á guardar mi palabra, que gelo defendió, donde teniamos ella é yo en peligro de muerte y de cruel prision las personas, é mis reinos en aventura de ser perdidos. Pues á este tiempo, veniendo vos é don Galaor de donde la Reina vos habia enviado, sabiendo en el estado que mi facienda estaba, poniendo entrambos vuestras vidas en el punto de la muerte por remediar las nuestras, fuimos remediados é socorridos, mis enemigos los que presos nos llevaban muertos y destrozados; y luego por vos fué socorrida la Reina mi mujer, y muerto Barsinan, padre deste señor de Sansueña, que la tenia cercada en la mi cibdad de Lóndres. De manera que, así como con mucho engaño y gran peligro fuí preso, así con mucha honra y seguridad mia y de mis reinos por vos fuí restituido.

»Esto pasado, dende algun espacio de tiempo fué aplazada batalla entre mí y el rey Cildadan, que presente está, de ciento por ciento caballeros, y antes que á ella viniésemos vos me quitastes de mi estorbo á este caballero don Cuadragante y á Famongomadan, é Basagante, su hijo, los dos mas bravos y fuertes jayanes que en todas las ínsolas de la mar habia, y les tomastes á mi hija Leonoreta con sus dueñas y doncellas, é diez caballeros de los buenos de mi mesnada, que los llevaban presos en carretas, donde con todo mi poder nunca la podiera cobrar; pues segun la gente que el rey Cildadan á la batalla trajo, así de fuertes jayanes como de otros muy valientes caballeros, si por vos no fuera, que de un golpe matastes al fuerte Sarmadan el leon, y de otro me librastes de las manos de Madanfabul, el jayan de la Torre Bermeja, que desapoderado de todas mis fuerzas, sacándome de la silla, debajo el brazo me llevaba á meter en sus barcas, y por otras muchas cosas famosas que en la batalla fecistes, conocido es que no hobiera yo la vitoria é gran honra que allí hobe. Pues junto con esto, vencistes aquel muy valiente y famoso en todo el mundo Ardan Canileo el dudado, por donde mi corte fué muy honrada en se fallar en ella lo que en ninguna de las qu'él andovo pudo hallar;

que en ellas ni en todas las partes que él fué, uno ni dos, ni tres, ni cuatro caballeros le podieron nin osaron tener campo. Pues si queremos decir que á todo esto érades obligado, pues que vos fallábades en mi servicio, y que la gran necesidad é la obligacion que sobre vuestra honra teníades vos costreñia á lo hacer, dígase lo que por mí habeis hecho despues que mas á mi cargo, por haber mas dado logar á malos consejeros que al vuestro, de mi casa mas como contrario y enemigo que como amigo ni servidor vos partistes. Que sabido por vos en el tiempo que mas enemigos estábamos la gran batalla que con este rey Arábigo é otros seis reyes, é otras muchas extrañas gentes é naciones yo hobe, que venian de propósito y esperanza de sojuzgar mis reinos, tovistes manera con el Rey vuestro padre, é con don Florestan, vuestro hermano, cómo á ella viniésedes en mi ayuda, donde con mas razon é justa causa, segun el rigor é saña nuestra, me debiérades ser contrarios é casi por la bondad de vos todos tres, aunque de mi parte hobo muy buenos é muy preciados caballeros, yo alcancé tan gran vencimiento, que destruyendo todos mis enemigos, aseguré mi persona y real estado con mucha mas honra é grandeza que la que de antes tenia. Agora viniendo al cabo, yo sé que á vuestra causa, en la segunda batalla que hobimos fué quitada é reparada la gran afruenta en que yo é todos los de mi parte estábamos, como ellos saben, que entiendo que cada uno sintió en sí lo que yo. Pues en este socorro postrimero bien será excusado traerlo á la memoria, que aun la sangre de nuestras llagas corre, é las ánimas no han tenido logar de tornar á sus moradas, segun ya de nosotros eran alejadas y despedidas. Agora, buenos señores, me decid qué galardon se puede dar que á la igualeza de tan grandes servicios é cargos satisfacer pueda. Por cierto ninguno, salvo que honrada é acatada esta mi persona mientra que sus dias duraren, que estos mis reinos y señoríos que juntos con ella tantas veces por la mano é bondad deste caballero han sido socorridos é amparados, los haya en casamiento con Oriana, mi hija; y que así como por voluntad ellos dos son juntos en matrimonio sin lo yo saber, así sabiéndolo y queriéndolo queden por mis hijos sucesores herederos de mis reinos.»

Amadís cuando oyó el consentimiento que el Rey tan público daba para que á su señora hobiese, que en comparacion della todas las otras cosas por él contadas é dichas no tenia tanto como en nada, fué al Rey é fincó los hinojos, é aunque no quiso, le besó las manos é le dijo: «Señor, si á la vuestra merced ploguiera, todo esto que en loor mio se ha dicho se pudiera excusar, porque, segun las mercedes é honras que yo é mi linaje de vos recebimos, á mucho mayores servicios éramos obligados, é por esto, Señor, no vos quiero dar gracias ningunas; pero por lo postrimero, no digo de la herencia de vuestros grandes señoríos, mas darme por su voluntad á la princesa Oriana, os serviré todos los dias que viva con la mayor obediencia é acatamiento que nunca hijo á padre, ni servidor á señor lo fizo.» El rey Lisuarte lo abrazó con muy grande amor é le dijo: «Pues en mí hallaréis aquel amor tan entrañable como con vos lo tiene ese rey que vos engendró.»

Todos fueron mucho maravillados cómo el Rey en su habla atajó aquellos grandes fuegos de enemistades que tan gran tiempo habian durado, sin quedar cosa alguna en que fuese necesario de entender; é si dello les plogo, excusado seria decillo, porque al comienzo los unos é otros con gran soberbia se demandasen, segun las muertes de los suyos habian visto, é las suyas tan cercanas, mucho estaban ledos de haber paz, y preguntábanse unos á otros si sabian por qué el Rey dijera que Amadís é Oriana estaban juntos en matrimonio, porque despues que la tomaron en la mar é la llevaron á la ínsola Firme nunca en ellos tal cosa sintieron, pues de antes mucho menos; mas el Rey, que lo sintió, rogó al santo hombre Nasciano que así como á él gelo habia dicho, gelo dijese á aquellos señores, porque sopiesen el poco cargo que Amadís tenia en la haber tomado en la mar; é tambien cómo él estaba sin culpa, no lo sabiendo, en la dar al Emperador, é cómo si su fija sin su licencia é sabiduría lo fizo, la gran causa é razon á ello la obligó. Entonces el hombre bueno gelo contó todo, como ya habeis oido; que al rey Lisuarte lo dijera en el real en su tienda. Cuando el doncel Esplandian, que el hombre bueno por la mano cabe sí tenia, oyó cómo aquellos dos reyes eran sus abuelos, é Amadís su padre, si dello le plugo no es de preguntar. E luego el ermitaño se fincó con él de hinojos ante ambos reyes é ante su padre, y le hizo que les besase las manos, y ellos que le diesen su bendicion. Amadís dijo al rey Lisuarte: «Señor, así como de aquí adelante me place é conviene que os sirva, así será forzado de vos demandar mercedes; é la primera sea, que pues el emperador de Roma no tiene mujer y es en dispusicion de la haber, que vos plega darle á la infanta Leonoreta, vuestra hija, é á él ruego yo que la reciba, porque sus bodas é mias sean juntas, é juntos quedemos por vuestros hijos.» El Rey lo tovo por bien de lo tomar en su deudo, é luego le otorgó á Leonoreta por mujer, y el Emperador la recibió con mucho contentamiento.

El rey Lisuarte preguntó al rey Perion si habia sabido algunas nuevas de don Galaor, su fijo. Él le dijo que despues de su venida viniera Gandalin, que lo dejara algo mejor, y que estaba con mucho cuidado de su mal, é con gran temor de algun peligro. «Yo vos digo, dijo el Rey, que aunque él es vuestro fijo, que lo no tengo yo menos; é si no fuera por las diferencias que á tal sazon vinieron, yo por mi persona lo hobiera visitado; é mucho os ruego que envieis por él si estoviere en disposicion de venir, porque yo me partiré luego á Vindilisora, donde la Reina mandé venir, é quiero, por honra de Amadís, con ella é con Leonoreta, mi hija, volverme luego á vosotros á la ínsola Firme, donde se harán las bodas suyas é del Emperador, y verémos las cosas extrañas que allí Apolidon dejó; é si á don Galaor ende hallo, mucho placer me dará su vista, que gran tiempo le he deseado.» El rey Perion le dijo que así se haria luego como lo queria. Amadís besó las manos al rey Lisuarte por la merced é honra que le daba, é Agrájes le pidió mucho ahincado que enviase por don Galvánes su tio, é por Madasima, é los trajese consigo. El rey Lisuarte dijo que le placia dello, y que así se faria sin falta, y que luego de mañana se queria partir,

por se tornar presto; que ya era tiempo que aquellos caballeros é sus gentes se volviesen á sus tierras á descansar, que bien menester les facia, segun los trabajos por ellos habian pasado, y que todos hiciesen llevar sus navíos al puerto de la ínsola Firme, porque de allí embarcasen todos para sus caminos. El Emperador rogó mucho al rey Lisuarte que mandase venir su flota á la ínsola Firme; é que pues él é la Reina habian de volver allí, que le diese licencia, que se queria ir con Amadís, que le habia de fablar mucho en su hacienda. El Rey gelo otorgó que así lo ficiese.

CAPITULO XXXVIII.

Cómo el rey Lisuarte llegó á la villa de Vindilisora, donde la reina Brisena, su mujer, estaba, é cómo con ella é con su hija acordó de se volver á la ínsola Firme.

Consigo tomó el rey Lisuarte al rey Cildadan é á Gasquilan, rey de Suesa, é toda su gente, é volvióse á la su villa de Vindilisora, donde habia enviado á mandar á la reina Brisena, su mujer, que le esperase. Pues no se cuenta mas de cosa que le acaeciese, sino que á los cinco dias llegó á la villa, mostrando mejor semblante que alegría llevaba en el corazon; que bien conocia que aunque Amadís quedaba por su hijo, é muy honrada su hija con él, y que así dél como del emperador de Roma y del rey Perion y de todos los otros grandes señores quedaba por mayor, y ellos todos á su ordenanza, no estaba en su voluntad satisfecho, porque toda esta honra é ganancia le vino sobre ser vencido y estrechado, como se vos ha contado, y que Amadís, contra quien él iba como contra enemigo mortal, se llevaba toda la gloria; é tan gran tristura se le habia asentado en el corazon, que en ninguna manera se podia alegrar; mas como ya en edad crescida fuese, y estuviese muy cansado y enojado de ver tantas muertes é grandes males, é todo entre cristianos, y que las causas por donde venian eran mundanales, perecederas, y que á él, como príncipe muy poderoso, era dado de las quitar á su poder, aunque algo de su honra se menoscabase, lo cual habia siempre seguido todo al contrario, teniendo en tanto la honra del mundo, que de todo punto le habia fecho olvidar el reparo de su ánima, y que con justa causa Dios le habia dado tan grandes azotes, especial el postrimero que ya oistes; consolábase é disimulaba, como hombre de gran discrecion, porque ninguno sintiese que su pensamiento estaba en ál sino en se tener por señor é mayor de todos, y que con mucha honra lo habia ganado. Pues con esta alegría fingida é con gesto muy pagado llegó donde la Reina estaba con sus dueñas é doncellas muy ricamente vestidas, llevando por la mano al doncel Esplandian; que las cosas pasadas, así de peligro como de placer, ya ella las sabia por Brandoibas, que de parte del Rey del monesterio delante habia venido á le dar placer. Como el Rey entró en la sala la Reina vino á él, é fincó los hinojos é quísole besar las manos, mas él las tiró á sí, y levantándola con mucho amor, la abrazó, como aquella á quien de todo corazon amaba. Y en tanto que las dueñas é doncellas llegaron á besar las manos al Rey, la Reina tomó entre sus brazos al doncel Esplandian, que de hinojos delante della estaba, é comenzóle de besar muchas veces é dijo: «¡Oh mi fermoso fijo bienaventurado! Bendita sea aquella hora en que naciste, é la bendicion de Dios hayas é la mia, que tanto bien por tu causa me ha venido; é á él plega por la su santa piedad que me dé logar que este servicio tan grande que al Rey mi señor feciste, en ser causa, despues de Dios, de le dar la vida, yo lo pueda satisfacer.» Estonces llegaron el rey Cildadan é Gasquilan, rey de Suesa, á fablar á la Reina, y ella los recibió con mucha cortesía, como aquella que era una de las cuerdas é bien criadas dueñas del mundo, y despues á todos los otros caballeros, que llegaron á le besar las manos.

A esta sazon era ya tiempo de cenar, y quedaron con el Rey aquellos dos reyes é otros muchos caballeros, á quien dieron en la cena muchos é diversos manjares, como en mesa de tal hombre y que tantas veces lo habia dado é por costumbre lo tenia. Despues que cenaron, el Rey fizo quedar en su palacio aquellos reyes en muy ricos aposentamientos, y él se acogió á la cámara de la Reina, y estando en su cama, le dijo: «Dueña, si por ventura os habeis maravillado de las nuevas que vos han dicho de Oriana, vuestra hija, y de Amadís de Gaula, tambien lo fago yo, que ciertamente bien creo que de vos y de mí estaba aquel pensamiento alejado é sin ninguna sospecha de ello; no me pesa sino porque ante no lo sopimos; que excusar se podieran tantas muertes y daños como de la causa de lo no saber han sucedido. Agora que á nuestra noticia viene, é ningun remedio se podiera buscar ni dar que con mas deshonra no fuese, tomemos por remedio que Oriana quede con el marido que le plogo tomar, pues quitada la saña é pasion d'enmedio, é conociendo lo verdadero é justo, no hay hoy en el mundo emperador ni príncipe que á él se pueda igualar; é no solamente igualar, mas que con su sobrada discrecion é gran esfuerzo, seyendo la fortuna mas favorable que á ninguno de los nacidos, estando como un caballero andante pobre, tiene hoy á su mandar toda la flor de los grandes y pequeños que en el mundo viven; y Leonoreta será emperatriz de Roma, que así lo dejo yo otorgado. Así que, es menester que, pues yo de mi propria voluntad, por honra de Amadís, dí palabra que seriamos vos é yo é Leonoreta en la ínsola Firme, donde nos aguardan para dar cabo en todo, os adereceis segun que conviene, é mostrando el rostro con tanta alegría, dejando de fablar en las cosas pasadas, como en los tales autos se conviene y debe facer.» La Reina le besó las manos, porque así quiso forzar su saña é fuerte corazon y venir en lo asentado; é sin mas replicar, le dijo que como lo mandaba se pornia en obra, é que, pues tales dos fijos le quedaban, é todos los otros por causa dellos á su servicio, que lo toviese por bien, é diese muchas gracias á Dios porque así lo quiso hacer, aunque la forma dello no hobiese sido conforme mucho á su voluntad. Así folgaron aquella noche, é otro diá se levantó el Rey é mandó al rey Arban de Norgales, su mayordomo, que ficiese aparejar muy prestamente todas las cosas necesarias para aquella ida; é la Reina así lo fizo, porque su fija fuese como convenia á emperatriz de tan alto señorío.

CAPITULO XXXIX.

Cómo el rey Périon é sus compañas se tornaron á la ínsola Firme, é de lo que ficieron antes que el rey Lisuarte allí con ellos fuese.

Agora dice la historia que el rey Perion é sus compañas, despues que el rey Lisuarte de ellos se partió para Vindilisora, donde la reina Brisena, su mujer, estaba, se tornaron luego todos con sus batallas muy concertadamente como allí habian venido, é con mucho placer é alegría de sus corazones se fueron camino de la ínsola Firme. El emperador de Roma siempre posó con Amadís en su tienda, y entrambos dormian en una cama, que nunca una hora eran partidos de en uno, é toda su gente é tiendas é atavíos eran en guarda de Brondajel de Roca, como su mayordomo mayor, así como lo fuera del emperador Patin, su antecesor. Las jornadas que andaban eran muy pequeñas, é siempre fallaban sus posadas en logares muy placenteros é apacibles, cuanto facian algun poco de compaña al rey Perion en su tienda, é luego se recogian todos juntos á las tiendas de Amadís, é otras veces á las del Emperador; é como todos los mas fuesen mancebos y de gran guisa é crianza, nunca estaban sino jugando é burlando en cosas de placer; así que, llevaban la mejor vida que tovieran grandes tiempos habia. Pues así llegaron á la ínsola Firme, donde hallaron á Oriana é á todas las grandes señoras que allí estaban en la huerta, tan hermosas é tan ricamente vestidas, que maravilla era de las ver, que no creais que parescian personas terrenales ni mortales, sino que Dios las habia fecho en el cielo é las habia allí enviado. La grande alegría que los unos é los otros hobieron en se ver así juntos é sanos, con tanta honra é concierto de paz, no se vos podria en ninguna manera decir. El rey Perion iba delante, é todas le hicieron muy gran acatamiento, é con mucha homildad le saludaron las que así les convenia facer, é las otras le besaron las manos. Amadís llevaba por la mano al Emperador, y llegóse á Oriana é díjole: «Señora, fablad á este caballero é gran príncipe, que vos nunca vió é vos mucho ama.» Ella, como ya sabia que era emperador é habia de ser marido de su hermana, llegóse á él é quiso fincar los hinojos y besarle las manos, mas él se abajó con muy gran acatamiento é la levantó, é dijo: «Señora, yo soy el que me debo homillar ante vos é ante vuestro marido, porque él es señor de mi tierra y de mi persona; que podeis sin falta, Señora, creer que de lo uno ni otro no se fará sino lo que su voluntad y vuestra fuere.» Oriana le dijo: «Mi señor, eso consiento yo cuanto al buen agradescimiento vuestro, y mas al acatamiento que á la virtud é grandeza vuestra se dé, yo soy la que con mucha obediencia vos debo tratar.» Él le dió muchas gracias por ello. Agrájes é don Florestan é don Cuadragante é don Brian de Monjaste se fueron á la reina Sardamira, é á Olinda é á Grasinda, que estaban juntas; é don Bruneo de Bonamar á la su muy amada señora Melicia; é los otros caballeros á las otras infantas é doncellas muy hermosas y de gran guisa que allí estaban, é con mucho placer hablaron con ellas en lo que mas sabor habian.

Amadís tomó á Gastíles, sobrino del emperador de Costantinopla, é á Grasandor, fijo del rey de Bohemia, y llególos á la infanta Mabilia, su prima, é díjole: «Mi buena señora, tomad estos príncipes é haceldes honra.» Ella los tomó por las manos é asentóse entre ambos. A Grasandor plugo mucho desto, porque, como vos hemos contado, el dia primero que la vido fué su corazon otorgado de la amar, é conosciendo quién ella era é su grande bondad y gentileza, y el gran deudo é amor que le tenia Amadís, determinado estaba de la demandar por mujer, y deseaba mucho verla hablar é tratarla en alguna contratacion, é por esto hobo mucho placer de se ver tan cerca della. Pero como esta infanta fuese una doncella tan extremada en toda bondad é honestidad é gracia, con gran parte de hermosura, tan pagado fué Grasandor della, que muy mayor aficion que de ante tenia le puso. E así como oídes, estaban todos aquellos señores razonando de aquello que mas deseaban, sino Amadís, que habia gran deseo de hablar á su señora Oriana, é no podia con el Emperador, é como vió á la reina Briolanja, que estaba cabe don Bruneo, é su hermana Melicia, fué para ella é trájola por la mano, é dijo al Emperador: «Señor, hablad á esta señora é hacelde compañía.» El Emperador volvió el rostro, que aun fasta allí nunca habia quitado los ojos de Oriana, que de ver su gran fermosura estaba espantado; é como vió á la Reina tan lozana é tan hermosa, é á las otras señoras que con aquellos caballeros estaban hablando, mucho se maravilló de ver personas tan extremadas de todas cuantas hobiese visto, é dijo á Amadís: «Mi buen señor, yo creo verdaderamente que estas señoras no son nacidas como las otras mujeres, sino que aquel gran sabidor Apolidon por su gran arte las hizo é las dejó aquí en esta ínsola, donde las hallastes, é no puedo pensar sino que ellas ó yo estemos encantados; que puedo decir, y es verdad, que si en todo el mundo tal compaña como esta se buscase, no seria posible poderse fallar.» E Amadís le abrazó riendo, é díjole si habia en alguna corte, por grande que fuese, visto otra tal compañía. Él le dijo: «Por cierto yo ni otro alguno la pudo ver, si no fuese en la del cielo.»

Ellos así estando como ois, llegó á ellos el rey Perion, que habia estado hablando gran pieza con la muy fermosa Grasinda, é tomó por la mano á la reina Briolanja, é dijo al Emperador: «Buen señor, estemos vos é yo, si á vos placerá, con esta fermosa reina; é Amadís hable con Oriana, que bien creo que con ella gran placer habrá.» E así quedaron ambos con la reina Briolanja, é Amadís se fué con grande alegría á su señora Oriana, é con gran homildad se asentó con ella á una parte é díjole: «¡Oh señora! ¿con qué servicios puedo pagar la merced que me habeis hecho, en que por vuestra voluntad sean descubiertos nuestros amores?» Oriana dijo: «Señor, ya no es tiempo que por vos se me diga tanta cortesía ni yo la reciba; que yo soy la que vos tengo de servir é seguir vuestra voluntad con aquella obediencia que mujer á su marido debe, é de aquí adelante en esto quiero conoscer el gran amor que me teneis, en ser tratada de vos, mi señor, como la razon lo consiente, é no en otra manera; y en esto no

se hable mas, sino tanto quiero saber qué tal queda mi padre, é cómo tomó esto nuestro.» Amadís dijo: «Vuestro padre es muy cuerdo, é aunque otra cosa en lo secreto toviese, en lo que á todos pareció, muy contento queda, é así se partió de nosotros. Ya, Señora, sabréis cómo ha de venir aquí la Reina é vuestra hermana.—Ya lo sé, dijo ella, y el placer que mi corazon siente no lo puedo decir. A nuestro Señor plega que así como está asentado se cumpla, sin que en ello haya alguna mudanza; que podeis, mi señor, creer que despues de vos, no hay en èl mundo persona que yo tanto ame como á él, aunque su gran crueza debiera dar causa que con mucha razon toviera lo contrario. E agora me decid de Esplandian qué tal queda y qué os parece dél.—Esplandian, dijo Amadís, en su parecer é costumbres es vuestrò fijo; que no se puede mas decir, é mucho quisiera el santo hombre Nasciano traérosle, el cual será agora aquí, que no quiso venir con la gente; mas el Rey vuestro padre le rogó que gelo dejase llevar á la Reina para que lo viese, y que él gelo traeria.»

En esto y en otras cosas estovieron fablando hasta que fué hora de cenar, que el rey Perion se levantó é tomó al Emperador, é fuéronse á Oriana é dijéronle: «Señora, tiempo es que nos acojamos á nuestras posadas.» Ella les dijo que se hiciese como mas les contentàse. Así se salieron todos, y ellas quedaron tan alegres é contentas, que maravilla era. Todos cenaron aquella noche en la posadà del rey Perion, que Amadís mandó que allí lo aparejasen, donde fueron muy bien servidos é abastados de todo lo que á tal menester convenia, donde tantos é tan grandes señores estaban. Despues que cenaron vinieron juglares, que hicieron muchas maneras de juegos, de que hobieron gran placer, fasta que fuera ya tiempo de dormir, que se fueron todos á sus posadas, salvo Amadís, á quien el Rey su padre mandó quedar, porque le queria fablar algunas cosas. Pues todos idos, el Rey se acogió á su cámara, é Amadís con él, y estando solos, le dijo: «Fijo Amadís, pues que á Dios nuestro Señor plugo que con tanta honra tuya estas afruentas é grandes batallas pasases, que aunque en ella muchos príncipes de gran valer é grandes caballeros hayan puesto sus personas y estados, á tí, por la bondad de Dios, se refiere la mayor gloria é fama, así como de lo contrario tu honra é gran fama aventuraba el mayor peligro, como conocido lo tienes, ya otra cosa no queda sino que con aquel cuidado é tan gran diligencia que al comienzo desta tan crescida afruenta, costriñéndote tan gran necesidad, allegaste é animaste á tí todos estos honrados caballeros, que agora estando fuera della lo tengas mayor para te les mostrar muy gradescido, remitiendo á sus voluntades lo que facer se debe así en estos presos, que son tan grandes príncipes é señores de grandes tierras, como, pues que tú ya tienes mujer, que ellos las hayan juntamente contigo, porque parezca, como en los males y peligros te fueron ayudadores, que así en los bienes y placeres te sean compañeros; é para esto yo remito á tu querer mi fija Melicia, que la dés á aquel en quien bien empleada sea su virtud é gran fermosura, é lo semejante hacer puedes de Mabilia, tu cohermana; pues bien entiendo que la reina Briolanja no saldrá ni seguirá sino tu parecer; tambien te acordarás de poner con estas á tu amiga Grasinda, é aun á la reina Sardamira; pues aquí está el Emperador, que la mandar puede; si á ellas les agrada casar en esta tierra, no faltará igualeza de caballeros á sus estados é linaje, é acuérdate de tus hermanos, que son ya en disposicion de haber mujeres, en que puedan dejar generacion que sostenga la vida y remembranza de sus memorias; y esto se faga luego, porque las buenas obras que con pena é dilacion se hacen, muy gran parte pierden de su valor.» Amadís fincó los hinojos ante él y besóle las manos por lo que le dijo, é que así como él mandaba se faria.

Con este acuerdo se fué Amadís á su posada, y en la mañana se levantó é fizo juntar todos aquellos señores en la posada de su cohermano Agrájes, é así juntos les dijo: «Mis buenos señores, las grandes fatigas pasadas, é la honra y prez que con ellas habeis ganado, vos dan licencia para que con mucha causa é razon á vuestros afanados espíritus algun descanso y reposo deis; é pues Dios ha querido que con vuestro deudo é amor las cosas que yo mas en este mundo deseaba alcanzase, así querria que las que por vosotros se desean, si algo en mi mano es, vos fuesen restituidas; por ende, mis señores, no hayais empacho que vuestra voluntad manifiesta me sea así en lo que á vuestros amores y deseos toca, si algunas destas señoras amais é por mujeres las quisiérdes, como en lo que hacer se debe destos presos, que por la gran virtud y esfuerzo de vuestros corazones vencistes; porque cosa muy aguisada es, que como por causa suya muchas feridas con gran afruenta recebistes, que agora ellos padeciendo, goceis y descanseis en aquellos grandes señoríos que ellos poseyeron.» Mucho gradecieron todos aquellos señores lo que por Amadís se les proferia, é muy contentos fueron dél, y en lo que á sus casamientos tocaba luego allí se señalaron: Agrájes el primero que tomaria á Olinda, su señora. E don Bruneo de Bonamar le dijo que bien creia que sabia él que toda su esperanza é buena ventura tenia en Melicia, su señora. Grasandor dijo que nunca su corazon fuera otorgado á ninguna mujer de cuantas viera sino á la infanta Mabilia, y que aquella amaba é la demandaba por mujer. Don Cuadragante le dijo: «Mi buen señor, el tiempo é la juventud hasta aquí me han sido muy contrarios á ningun reposo, ni tener otro cuidado sino de mi caballo é armas; mas ya la razon y edad me convidan á tomar otro estilo; é si á Grasinda le pluguiere casar en estas partes, yo la tomaré por mujer.» Don Florestan le dijo: «Señor, como quiera que mi deseo fuese, acabadas estas cosas en que hemos estado, de luego pasar en Alemaña, donde de parte de mi madre natural soy, así por la ver como á todo mi linaje, que, segun el gran tiempo que de allá salí, apenas los conoceria; si acá se puede ganar la voluntad de la reina Sardamira, podríase mudar mi propósito.»

Los otros caballeros le dijeron que le gradecian mucho su voluntad, pero que, así porque por estonces sus corazones estaban libres de ser sujetos á ningunas de aquellas señoras ni á otras algunas, como por ser mancebos é no de mucha nombradía, que la edad no les habia dado mas lugar para ganar honra, de propósito estaban de no se entremeter en otras ganancias ni re-

poso sino en buscar las aventuras donde sus cuerpos ejercitar podiesen; y que así en lo de aquellas señoras que aquellos caballeros demandaban como en lo que de los presos les decia, ellos se desistian de todo ello, y él lo repartiese por ellos, pues que ya vida de mas reposo é costa les placia tomar, y á ellos en las cosas de las armas é afruentas los pusiese donde él pensase que mas fama y prez podrian ganar. Amadís les dijo: «Mis buenos señores, yo fio en Dios que esto que pedis será su servicio é con su ayuda se hará; é pues estos caballeros mancebos en vos todo lo dejan, yo quiero luego repartirlo como mi juicio lo tiene determinado; é digo que vos, señor don Cuadragante, que sois fijo de rey y hermano de rey, é vuestro estado no iguala con gran parte con vuestro linaje é gran merecimiento, que hayais el señorío de Sansueña, que pues el señor en vuestro poder está, sin mucho trabajo lo podeis haber. Et vos, mi buen señor don Bruneo de Bonamar, demás de vos otorgar desde agora á mi hermana Melicia, habréis el reino del rey Arábigo con ella, y el señorío que del Marqués vuestro padre esperais lo traspaseis en Branfil, vuestro hermano. Don Florestan, mi hermano, habrá á esta reina que pide, y demás de lo que ella posee, que es la isla de Cerdeña, el Emperador, á mi ruego, le dará todo el señorío de Calabria, que fué de Salustanquidio. Vosotros, mis señores, Agrájes é Grasandor, contentáos por el presente con los grandes reinos y señoríos que despues de las vidas de vuestros padres esperais, é yo con este rinconcillo desta ínsola Firme, fasta que nuestro señor traya tiempo en que podamos haber mas.» Todos otorgaron é loaron mucho lo que Amadís determinó, é mucho le rogaron que así se ficiese como lo señalaba; é porque si se hobiesen de contar las cosas que sobre estos casamientos pasaron con aquellas señoras, é con el Emperador en lo de la reina Sardamira, seria á la escriptura gran prolijidad, solamente sabréis que así como aquellos caballeros lo dijeron, así Amadís lo cumplió todo, y el Emperador lo que para don Florestan le pidió, é mucho mas adelante, como la historia lo contará; é fueron luego desposados por mano de aquel santo hombre Nasciano, quedando las bodas para el dia que Amadís y el Emperador las ficiesen.

CAPITULO XL.

Cómo don Bruneo de Bonamar é Angriote de Estravaus é Branfil fueron en Gaula por la reina Elisena é por don Galaor, é la ventura que les avino á la venida que volvieron.

Amadís dijo al rey Perion, su padre: «Señor, bien será que envieis por la Reina mi señora é por don Galaor, mi hermano, para el cual tengo yo guardada á la hermosa reina Briolanja, con que siempre será bienaventurado, porque cuando el rey Lisuarte venga, como quedó acordado, se fallen aquí.—Así se faga, dijo el Rey, é yo escribiré á la Reina, y envia tú los que quisieres.» Don Bruneo se levantó é dijo: «Yo quiero ir este viaje si á la vuestra merced place, é llevaré comigo á mi hermano Branfil.—Pues ese camino no se fará sin mí,» dijo Angriote de Estravaus. El rey Perion dijo: «En vos, Angriote é Branfil, consiento; que don Bruneo no lo dice de verdad; que quien de cabe su amigo le quitare no será su amigo; é porque yo siempre lo he sido, é por le no perder, no le daré la licencia.» Don Bruneo le respondió riendo: «Señor, aunque esta es la mayor merced de cuantas de vos he rescebido, todavía quiero servir á la Reina mi señora, porque de allí viene el contentamiento á todo lo otro.—Así sea, dijo el Rey, é quiera Dios, mi buen amigo, que halleis á don Galaor, vuestro hermano, en disposicion de poder venir.» Isanjo, que allí estaba, dijo: «Señor, bueno está ya; que lo supe de unos mercaderes que venian de Gaula é pasaban á la Gran Bretaña, é por se asegurar vinieron por aquí, que hobieron miedo de la guerra que á la sazon habia; é yo les pregunté por don Galaor, y me dijeron que lo vieron levantado é andar por la cibdad, pero harto flaco.» Todos hobieron mucho placer con aquellas nuevas, y el Rey mas que ninguno, que siempre su corazon traia afligido é congojado con el mal de aquel hijo, é tenia gran temor, segun la dolencia era larga, de le perder. Pues luego otro dia estos tres caballeros que oistes, mandaron aderezar una nao de todo lo que hobieron menester para aquel camino, é ficieron en ella meter sus armas é sus caballos, é con sus escuderos é marineros que los guiasen se metieron á la mar; é como el tiempo hacia bueno y enderezado, en poco espacio pasaron en Gaula, donde fueron de la Reina muy bien recebidos; mas de don Galaor vos digo que cuando los vido tan grande fué su placer, que así flaco como estaba fué corriendo á los abrazar á todos tres, é así los tovo una pieza, é las lágrimas le vinieron á los ojos, é díjoles: «Oh mis señores é grandes amigos, ¿cuándo querrá Dios que yo ande en vuestra compañía, tornando á las armas, que tanto tiempo por mi desventura tengo desamparadas?» Angriote le dijo: «Señor, no os congojeis; que Dios lo complirá todo como vos lo deseais, y dejáos de todo, sino solamente de saber las grandes nuevas y de mucha alegría que vos traemos.»

Estonces contaron á la Reina é á él todas las cosas que habédes oido que pasaran, así el comienzo como la buena fin que en ello se daba. Cuando don Galaor lo oyó fué muy turbado é dijo: «¡Ay santa María! ¿y es verdad que todo eso ha pasado por el rey Lisuarte, mi señor, sin que yo con él me hallase? Agora puedo decir que Dios me ha hecho señalada merced en me dar en tal sazon tan gran dolencia; que por cierto, aunque de la otra parte estaba el Rey mi padre é mis hermanos, no podiera excusar de no poner por su servicio este mi cuerpo fasta la muerte; é cierto que si hasta aquí lo sopiera, segun mi flaqueza, de congoja fuera muerto.» Don Bruneo le dijo: «Señor, mejor está así, que con honra de todos, y vos ganando por mujer á aquella muy fermosa reina Briolanja, que vuestro hermano Amadís vos tiene, está la paz hecha, como lo veréis cuando allá llegárdes.» Estonces dieron la carta á la Reina, é dijéronle cómo su venida era para la llevar, porque fuese presente á las bodas de todos sus fijos, é viese á la reina Brisena é á Oriana, é á todas aquellas grandes señoras que allí estaban. Como esta reina fuese muy noble é amase á su marido é á sus hijos, y de tan grande afruenta y peligro los viese en tanto sosiego de paz, dió muchas gracias á Dios é dijo: «Mi hijo don

Galaor, mira esta carta é toma esfuerzo, y vé á ver al Rey tú padre, é á tus hermanos, que, segun me parece, allí fallarás al rey Lisuarte con mas honra de tu linaje que él deseaba.» Angriote le dijo: «Señora, eso podeis vos muy bien decir, que vuestro fijo Amadís es hoy toda la flor y la fama del mundo, y en su voluntad y querer está la de todos los grandes que en el mundo viven é mas valen; lo cual, buena señora, veréis por vuestros ojos, que en su casa é á su mandar son juntos emperadores é reyes, é otros príncipes é grandes caballeros, que mucho le aman, y le tienen en aquel grado que su valor merece; é por esto es menester que lo mas presto que ser pueda sea vuestra ida; que bien creemos que ya será allí el rey Lisuarte é la reina Brisena, su mujer, con su fija Leonoreta para la entregar por mujer al emperador de Roma, al cual vuestro fijo Amadís ha puesto en aquel gran señorío que ya por suyo tiene.» Ella le dijo con muy grande alegría: «Mis buenos amigos, luego se hará como lo decis, é mandaré aderezar naos en que vaya.» Así se detovieron aquellos caballeros con la Reina ocho dias, en cabo de los cuales las fustas fueron aparejadas de todas las cosas necesarias al viaje; é luego entraron en ellas con muy gran alegría de sus ánimos, é comenzaron á navegar la via de la ínsola Firme.

Pues yendo por la mar, como vos digo, con muy buen tiempo que les facia, al tercero dia vieron venir á su diestra un navío á vela y remos, é acordaron de lo esperar por saber quién dentro venia, é tambien porque derechamente venia á la parte donde ellos iban; é cuando la nao cerca llegó, salió contra ella un escudero de don Galaor en un batel, y preguntó quién venia allí. Uno de los que dentro estaban le dijo muy cortésmente que una dueña que iba á la ínsola Firme con muy gran priesa. El escudero cuando esto oyó díjole: «Pues decid á esa dueña que decis, que esta flota que aquí veis va allá, y que no haya recelo de se llegar á ella; que en ella van tales personas con que habrá mucho placer de ir en su compañía.» Cuando esto oyó aquel hombre, muy prestamente fué é muy alegre, é díjolo á su señora, y ella mandó echar un batel en el agua, é un caballero en él, y que sopiese si era verdad lo que aquel decia. Este llegó á la nao donde la Reina estaba, é dijo á aquellos caballeros: «Señores, por la fe que á Dios debeis que me digais si aquella nao que allí está, en que una dueña viene de gran guisa, que va á la ínsola Firme, si podrá seguramente llegarse aquí, porque este escudero dijo que vosotros íbades este mismo camino.» Angriote le dijo: «Amigo, verdad vos ha dicho el escudero, y esa dueña que decis puede venir segura, que aquí no va ninguno de quien daño resciba; antes de quien habrá toda el ayuda que justamente se le facer podiere contra quien mal le querrá facer.—A Dios merced, dijo el caballero; agora vos pido por cortesía que la atendais, é yo luego la faré venir á vos, que pues sois caballeros, gran dolor habréis cuando sopiérdes su facienda.» Luego se tornó á la nao, é como dijo lo que habia hallado, derechamente se fueron á la nao donde la Reina estaba, que aquella les pareció de mas rico aparato; pues allí llegados, salió una dueña toda cubierta de un paño negro la cabeza y el rostro, y preguntó quién venia en aquellas naos. Angriote le dijo: «Dueña, aquí viene una reina, señora de Gaula, que va á la ínsola Firme.—Pues señor caballero, dijo la dueña, mucho vos pido por lo que sois á virtud obligado, que tengais manera como yo con ella fable.» Angriote le dijo: «Esto luego se fará, y entrad en esta nao; que ella es tal señora, que habrá placer con vos, así como lo ha con todos los otros que la demandan.» La dueña entró en la nao, é Angriote la tomó por la mano, é la metió á la Reina é dijo: «Señora, esta dueña vos quiere ver.—Ella sea bien venida, dijo la Reina, y pregúntoos, Angriote, que me digais quién es.» Estonces la dueña se llegó á ella, é la saludó é dijo: «Señora, á eso no os sabrá responder ese buen caballero, porque no lo sabe; mas de mí lo sabréis, é no será poco de contar, segun la desastrada ventura é gran fatiga que sin lo merecer es sobre mí venida. Pero quiero, mi buena señora, sacar fianza de vos si seré segura é toda mi compaña, si lo que dijere por ventura vos mueva antes á saña que á piedad.» La Reina respondió que seguramente podia decir lo que quisiese.

Estonces la dueña comenzó de llorar muy agramente, é dijo: «Mi buena señora, aunque de aquí no lleve otro reparo sino descansar en contar mis desdichas á tan alta señora como vos, será algun descanso á mi atribulado corazon. Vos sabréis que yo fuí casada con el Rey de Dacia, y en su compañía me vi muy bienaventurada reina; del cual hobe dos fijos é una fija; pues esta hija, que por mi mala ventura fué por mí engendrada, el rey su padre é yo la casamos con el duque de la provincia de Suecia, un gran señorío que con nuestro reino confina; las bodas de los cuales, así como con mucho placer é grandes fiestas y alegrías fueron celebradas, así despues muy grandes llantos y dolores han traido; que como este duque sea mancebo y codicioso de señorear, como quiera que lo haber podiese, y el Rey mi marido fuese entrado en dias, fizo cuenta que matando á él é tomando á los dos mis fijos, que son mozuelos, que el mayor no pasa de catorce años, prestamente podria, por parte de su mujer, ser rey del reino; é así como lo pensó lo puso en obra, que fingiendo que se venia á folgar á nuestro reino, y que nuestra honra era venir muy acompañado, saliendo el Rey mi marido con mucho placer á lo recebir é con sana voluntad, el malo traidor le mató por su mano; é Dios, que quiso guardar á los mozos, como venian detrás en sus palafrenes, se acogieron á la cibdad donde habian salido, é con ellos todos los mas de nuestros caballeros, é otros que despues con mucha afruenta y peligro asimismo entraron, porque aquel traidor luego los cercó é así los tiene; pues á la sazon yo habia ido á romería que tenia prometida, que es una iglesia muy antigua de nuestra Señora, que está en una roca cuanto media legua metida en la mar; allí fuí avisada de la mala ventura que tenia sin la saber, é como me viese sola, no tove otro remedio sino que en este navío en que allí me habia pasado me acogí. Como, Señora, vengo con intencion de me ir á la ínsola Firme á un caballero Amadís, é otros muchos de gran cuenta que me dicen ser allí con él, é contarles he esta gran traicion, donde tanto mal me viene, é pedirles he que hayan

piedad de aquellos infantes é no los dejen matar á tan gran tuerto; que solamente algunos que fuesen que esforzasen los mios é los acaudillasen, aquel malo no osaria allí estar mucho tiempo.» La reina Elisena é aquellos caballeros fueron maravillados de tan gran traicion, é hobieron mucha piedad de aquella reina, é luego la Reina la tomó por la mano, é la fizo sentar cabe sí, é díjole : «Mi buena señora, si no vos he fecho el acatamiento que vuestro real estado meresce, perdonadme, que vos no conocia, ni sabia el estado de vuestra facienda como agora lo sé, é podeis creer que vuestra pérdida é fatiga me ha puesto gran piedad é congoja en ver que la contraria fortuna á estado ninguno perdona, por grande que sea, é aquel que mas contento y ensalzado se ve, aquel debe mas temer sus mudanzas; porque cuando mas seguros á su parescer están, entonces les viene aquello que á vos, mi buena señora, ha venido; y pues Dios aquí os trajo, tengo por bien que vayais en mi compañía hasta la ínsola Firme, á allí hallaréis el recaudo que vuestra voluntad desea, como lo fallan cuantos lo han habido menester. —Ya lo sé, mi buena señora, dijo la reina de Dacia; que al Rey mi señor contaron unos caballeros que pasaban en Grecia las cosas que son pasadas sobre que Amadís tomó la hija del rey Lisuarte, que la desheredaba, por otra hija menor, é la enviaba al emperador de Roma por mujer, y esto me dió causa de buscar este bienaventurado caballero, socorredor de los cuitados que tuerto resciben.»

Cuando Angriote é sus compañeros oyeron lo que la reina Elisena dijo, todos tres se le fincaron de rodillas delante, é la suplicaron mucho que les diese licencia para que por ellos fuese aquella reina socorrida é vengada, si la voluntad de Dios fuese, de tan gran traicion, y que esto se podia muy bien hacer, porque ya estaban muy cerca de la ínsola Firme, donde embarazo alguno por razon no se esperaba. La Reina quisiera que primero llegaran donde estaba el Rey su marido, mas ellos la afincaron tanto, que lo hubo de otorgar. Pues luego se metieron en su nao con sus armas é caballos é servidores, é dijeron á la reina de Dacia que les diese quien los guiase, y que ella se fuese con la reina Elisena á la ínsola Firme. Ella les respondió que no quedaria, antes queria ir con ellos; que su vista valdria mucho para reparar y remediar el negocio. Así se fueron de consuno, pues vieron su voluntad; y la reina Elisena é don Galaor se fueron su camino, é sin cosa que les acaesciese llegaron una mañana al puerto de la ínsola Firme. E cuando fué sabida su venida cabalgaron el Rey su marido é sus hijos, con el Emperador é con todos los otros caballeros, para la recebir. Oriana quisiera con aquellas señoras ir con ellos, mas el Rey la envió á rogar que lo no ficiese, ni tomase aquel trabajo; que él la llevaria luego para ella, é así quedó. Pues la Reina é don Galaor salieron de la mar á tierra, é allí fueron con mucho placer recebidos. Amadís, despues que besó las manos á su madre, fué abrazar á don Galaor, y él le quiso besar las manos, mas él no quiso; antes estovo una pieza preguntándole por su mal, é don Galaor diciendo que ya estaba mucho mejorado, y que mas lo estaria de allí adelante, pues que los enojos é sañas de entre él y el rey Lisuarte eran atajados. Despues que el Emperador é todos los otros señores saludaron á la Reina, pusiéronla en un palafren y fuéronse al castillo al aposentamiento de Oriana, que estaba ella é las reinas é grandes señoras con muy ricos atavíos para la recebir á la puerta de la huerta. El Emperador la llevaba de rienda, é no quiso que descabalgase sino en sus brazos; pues cuando entró donde Oriana estaba, ella tenia por las manos á las reinas Sardamira é Briolanja, é con ellas llegó á la reina Elisena, é todas tres se la fincaron de hinojos delante con aquella obediencia que á verdadera madre se debia. La Reina las abrazó y besó, é las levantó por las manos. Entonces llegaron Mabilia y Melicia é Grasinda, é todas las otras señoras, y besáronle las manos, é tomándola en medio, se iban con ella á su aposentamiento.

En esto llegó don Galaor, é no se vos podria decir el amor que Oriana le mostró; porque, despues de Amadís, no habia en el mundo caballero que ella mas amase, así por la parte de su amigo, que sabia que mucho le amaba, como por el amor tan grande que el rey Lisuarte, su padre, le tenia tan verdadero, y el deseo de don Galaor de le servir contra todos los del mundo, así como por la obra muchas veces habia parescido. Todas las otras señoras le recibieron muy bien. Amadís tomó á la reina Briolanja por la mano é díjole : «Señor hermano, esta fermosa reina os encomiendo, que ya otras veces vistes é la conoceis.» Don Galaor la tomó consigo sin ningun empacho, como aquel que se no espantaba ni turbaba en ver mujeres, é dijo : «Señor, á vos tengo en gran merced que me la dais, é á ella porque me tome é quiera por suyo.» La Reina no dijo nada, antes le embermejesció el rostro, que la hizo muy mas fermosa. Galaor, que la miraba, que desde que se partió de Sobradisa cuando allá trajo á don Florestan, su hermano, y despues un poco de tiempo en la corte del rey Lisuarte, cuando vino á buscar á Amadís, nunca la habia visto, é aquella sazon era muy moza, mas agora estaba en su perficion de edad y fermosura, é pagóse tanto della é tan bien le pareció, que aunque muchas mujeres habia visto é tratado, como esta historia donde dél fabla lo cuenta, nunca su corazon fué otorgado en amor verdadero de ninguna sino desta muy fermosa reina; é asimismo ella lo fué dél, que sabiendo su gran valor así en armas como en todas las otras buenas maneras que el mejor caballero del mundo debia tener, todo el grande amor que á su hermano Amadís tenia puso con este caballero que ya por marido tenia; é como así sus voluntades tan enteramente entonces se juntaron, así permaneciendo en ello despues que á su reino se fueron, tovieron la mas graciosa é honrada vida, é con mas amor que se vos no podria enteramente decir; é hobieron sus hijos muy fermosos é muy señalados caballeros, que acabaron grandes cosas é peligrosas en armas, é ganaron grandes tierras é señoríos, así como lo contarémos en un ramo desta historia, que se llama *Las sergas de Esplandian*, porque ahí enteramente esto será contado; con el cual gran compañía tovieron antes que el emperador de Costantinopla fuese y despues que lo fué. Pues hecho este recibimiento á esta noble reina Elisena, é aposentada con aquellas señoras,

donde otro ninguno entraba sino el rey Perion, que así estaba acordado, hasta que el rey Lisuarte é la reina Brisena é su hija viniesen, y se ficiesen los casamientos de Oriana y de todas las otras en su presencia, todos se fueron á sus posadas á folgar en muchos pasatiempos que en aquella ínsola tenian, especialmente los que eran aficionados á monte y á caza, porque fuera de la ínsola, en la tierra firme cuanto una legua, habia las mas fermosas arboledas é matas de montes muy espesos, que como la tierra estaba muy guardada, toda era llena de venados é puercos y conejos, é otras bestias salvajes, de las cuales muchas mataban, así con canes y redes como corriéndolas á caballo en sus paradas. Habia tambien para cazar con aves muchas liebres y perdices é otras aves de ribera; así que, se puede decir que en aquel rinconcillo tan pequeño era junta toda la flor de la caballería del mundo, é quien en mayor alteza la sostenia, é toda la beltad y hermosura que en él se podia fallar, é despues los grandes vicios y deleites que vos habemos dicho, é otros infinitos que se no pueden contar, así naturales como artificiales, hechos por encantamentos de aquel muy gran sabidor Apolidon, que allí los dejó.

Mas agora deja el cuento de fablar destos señores é señoras que estaban esperando al rey Lisuarte é su compaña, por contar lo que acaeció á don Bruneo é Angriote é á Branfil, que se iban con la reina de Dacia, como ya oistes.

CAPITULO XLI.

De lo que conteció á don Bruneo de Bonamar, é á Angriote de Estravaus, é á Branfil, en el socorro que iban á hacer á la reina de Dacia.

Dice la historia que Angriote de Estravaus, é don Bruneo de Bonamar, é Branfil, su hermano, despues que de la la reina Elisena se partieron, que fueron por la mar adelante, por donde los guiaban aquellos que el camino sabian; é la Reina con su turbacion, como con el placer de haber fallado ayudadores para su priesa, nunca les preguntó de donde ni quién eran. E yendo así como vos digo, un dia les dijo: «Buenos señores é amigos, aunque en mi compaña vos llevo, no sé mas de vuestra facienda de lo que antes que vos hallase ni viese sabia; mucho os ruego, si os pluguiere, me lo digais, porque sepa trataros en aquel grado que á vuestra honra é mia conviene.—Buena señora, dijo Angriote, como quiera que en saber nuestros nombres, segun el poco conoscimiento de nosotros ternéis, no acrecienta ni mengua en vuestro descanso ni remedio; pues que os place saberlo, decirvos lo hemos. Sabed que estos dos caballeros son hermanos, é al uno llaman don Bruneo de Bonamar, é al otro Branfil, é don Bruneo es en deudo de hermandad por su esposa con Amadís de Gaula, aquel á quien íbades demandar, é yo he nombre Angriote de Estravaus.» Cuando la Reina oyó decir quién eran dijo: «¡Oh mis buenos señores! muchas gracias doy á Dios porque á tal tiempo vos hallé, é á vosotros por el descanso é placer que á mi afligido espíritu habeis dado en me hacer sabidora de quién érades; que aunque vos no conozco, que nunca vos vi, vuestras grandes nuevas suenan por todas partes; que aquellos caballeros de Grecia que á la reina Elisena dije que por mi tierra habian pasado, al Rey mi marido dijeron é contaron las grandes batallas pasadas entre el rey Lisuarte é Amadís. Aquellos, contándole las cosas que habian visto, le dijeron los nombres de todos los mas principales caballeros que en ellas fueron, é muchas de las grandes caballerías por ellos hechas; é acuérdome que entre los mejores fuistes allí contados, lo cual mucho gradezco á nuestro Señor, que ciertamente con mucho cuidado he venido en vos ver tan pocos, é no saber el recaudo que para esta tan gran necesidad traia; mas agora iré con mayor esperanza que mis hijos serán remediados é defendidos de aquel traidor.» Angriote dijo: «Señora, pues que esto está ya á nuestro cargo, no se puede en ello mas poner de todas nuestras fuerzas con las vidas.—Dios vos lo gradezca, dijo ella, y me llegue á tiempo que mis hijos é yo lo paguemos en acrecentamiento de vuestros estados.» Así fueron por la mar sin entrevalo alguno hasta que llegaron en el reino de Dacia. Pues allí llegados, tomaron por acuerdo que la Reina quedase en su navío dentro en la mar hasta ver cómo les iba, y ellos ficieron sacar sus caballos, é armáronse, é sus escuderos consigo, é dos caballeros desarmados que con la Reina se hallaron al tiempo que en la mar entró, que los guiaron, é fueron su camino derecho á la cibdad donde los infantes estaban, que de allí seria una buena jornada, é mandaron á sus escuderos que les llevasen de comer, y cebada para los caballos, porque no entrarian en poblado.

Así como vos digo fueron estos tres caballeros, é andovieron todo el dia fasta la tarde, é reposaron en la falda de una floresta de matas espesas, é allí comieron ellos é sus caballos, é luego cabalgaron é andovieron tanto de noche, que llegaron una hora antes que amaneciese al real, é acercáronse lo mas encobierto que podieron por ver dónde estaba el mayor golpe de la gente, por se desviar della é pasar por lo mas flaco fasta entrar en la villa; é así lo ficieron, que mandaron á sus escuderos é á los dos caballeros que con ellos iban, que en tanto quedaban en la guarda pûnasen de se pasar á la villa. Todos tres juntos dieron sobre fasta diez caballeros que delante sí fallaron, é de los primeros encuentros derribó cada uno el suyo, y quebraron las lanzas, é posieron mano á las espadas, é dieron en ellos tan bravamente, que así por los grandes golpes que les daban como porque pensaron que era mas gente, comenzaron á fuir, dando voces que los socorriesen. Angriote dijo: «Bien sea que los dejemos é vamos esforzar los cercados.» Lo cual así se fizo, que con su compaña se llegaron á la cerca, donde al ruido de su rebato se habian llegado algunos de los de dentro. Los dos caballeros que allí venian llamaron, é luego fueron conocidos, é abrieron un postigo pequeño, por donde algunas veces salian á sus enemigos, é por allí entraron Angriote é sus compañeros. Los infantes acudieron allí, que al alboroto se levantaron é sopieron cómo aquellos caballeros venian en su ayuda, é cómo la Reina su madre quedaba buena é á salvo, que fasta entonces no sabian si era presa ó muerta; de que hohieron muy gran placer; é todos los del logar fueron

mucho esforzados con su venida cuando sopieron quién eran, é ficiéronlos aposentar con los infantes en su palacio, donde se desarmaron y descansaron gran pieza. En el real del Duque se fizo gran revuelta á las voces que los caballeros que huyendo iban dieron, é con mucha priesa salió toda la gente, así á pié como á caballo, que no sabian qué cosa fuese; é antes que se apaciguase vino el dia. El Duque supo de los caballeros lo que les conteció, é cómo no habian visto sino hasta ocho ó diez de caballo, aunque habian pensado que mas fuesen, y que se entraran en la villa. El Duque dijo: «No serán sino algunos de la tierra que se habrán atrevido á entrar dentro; yo lo mandaré saber, é si sé quién son, perderán todo cuanto acá defuera dejan.» É luego mandó á todos que se desarmasen é se fuesen á sus posadas, y él así lo fizo. Angriote é sus compañeros, desque hobieron dormido é descansado, levantáronse é oyeron misa con aquellos donceles que los aguardaban, é luego les dijeron que mandasen venir allí los mas principales hombres de los suyos; é así se fizo, y dellos quisieron saber qué gente tenian, por ver si habria copia para salir á pelear con los contrarios, é rogáronles mucho que los ficiesen llamar á todos, é juntos en una gran plaza que ende habia los verian; é así lo ficieron.

Pues salidos allí todos, é sabido por cierto la gente que el Duque tenia, bien vieron que no estaba la cosa en disposicion de se sofrir con ellos, si por alguna manera de las que en las guerras se suelen buscar no fuese; é habido todos tres su consejo, acordaron que esa noche saliesen á dar en los enemigos con mucho tiento, é que don Bruneo con el infante menor, que habia hasta doce años, punase de salir por otra parte, é no entendiesen en al sino en pasarse por los contrarios y se ir á algunos logares que cerca en esa comarca estaban; que como habian visto muerto al Rey, cercados sus señores é la Reina fuida, no osaban mostrarse, antes mucho contra su voluntad enviaban viandas al real del Duque; y que allí llegados, que viendo al Infante y el esfuerzo que don Bruneo les daria, que llegarian alguna gente para poder ayudar á los cercados; y que si tal aparejo fallasen, que de noche les ficiesen ciertas señales, é que saliendo ellos á dar en el real, don Bruneo vernia con la gente que toviese por la otra parte, donde ningun recelo tenian, é que así podrian hacer gran daño en sus enemigos. Esto les paresció buen acuerdo, é consultáronlo con algunos de aquellos caballeros que mas valian y en quien se tenia é ponia mayor fianza que servirian á los infantes en aquella afruenta y peligro tan grande como estaban. Todos lo toviéron por bien que así se ficiese. Pues venida la noche, é pasada gran parte della, Angriote é Branfil con toda la gente del logar salieron á dar en sus enemigos, é don Bruneo salió por otra parte con el Infante, como vos dijimos. Angriote é Branfil, que delante todos iban, entraron por una calle de unas huertas que ese dia habian mirado, la cual salia adonde el real estaba en un gran campo, é allí no habia estancia ninguna de dia, salvo que de noche guardaban en ella fasta veinte hombres, en los cuales dieron tan bravamente ellos é su compaña, que luego fueron desbaratados, é pasaron adelante tras ellos, é algunos quedaron muertos é otros feridos, que como fuesen gente de baja manera, y estos caballeros tan escogidos, muy presto fueron tollidos é destrozados todos, é las voces fueron muy grandes, y el ruido de las feridas mas. Angriote é Branfil no hacian sino pasar adelante é dar en los otros que allí acudian del real é de las otras estancias, é dejaban muchos dellos en poder de los suyos, que no hacian sino prender é matar, hasta que salieron al campo donde el real estaba. Aquella hora ya el Duque estaba á caballo, é como vió los suyos destrozados por tan pocos de sus enemigos, hobo en sí gran saña, é puso las espuelas á su caballo, é fué ferir en ellos, é toda su gente la que allí se halló con él, tan reciamente, que como era de noche, no parescia sino que todo aquel campo se fundia; de manera que la gente de la cibdad fueron puestos en gran espanto, é todos se acogieron al callejon por donde habian entrado; así que, no quedaron defuera sino aquellos dos caballeros Angriote é Branfil, que toda la furia del Duque esperaron; mas tanta gente dió sobre ellos, que por mucho que en armas ficieron, é dieron señalados golpes á los delanteros, é derribaron al Duque del caballo, por fuerza les convino de se retraer á la calle donde los suyos se acogieran, é allí, como el logar era angosto, se detovieron.

El Duque no fué ferido aunque cayó, é luego de los suyos fué muy presto socorrido é puesto en el caballo, é vió á sus contrarios metidos en la calle, é como llegó á ellos, hobo gran pesar que dos caballeros solos á tanta gente como él traia se defendiesen é toviesen aquel paso, é dijo en una voz que todos lo oyeron: «¡Oh mal andantes caballeros, á quien yo doy lo mio! ¿qué vergüenza es esta, que vuestro poder no baste para vencer dos caballeros solos? que ya no lo habeis con mas.» Entonces arremetió, é otros muchos con él, y llegaron tantos é con tan gran priesa, que á mal de su grado de Angriote é Branfil, á ellos é á todos los suyos metieran una pieza por el callejon adelante. El Duque pensó que ya iban de vencida, y que allí con la priesa podrian matar muchos, y entraron á vuelta de los otros en la villa, é como vencedor adelantóse de los suyos, é llegó con su espada en la mano á Angriote, que delante halló, é dióle un gran golpe por encima del yelmo, mas no tardó de llevar el pago; que como Angriote siempre por él miraba, desque oyó denostar á los suyos alzó el espada, é de toda su fuerza, lo firió en el yelmo de tal golpe, que le desapoderó de su fuerza, é dió con él á los piés de su caballo; é como así lo vió, dió voces á los suyos que lo tomasen, que el Duque era. E Branfil y él salieron adelante contra los otros; é firiéronlos de muy grandes golpes y pesados, de manera que los no osaban esperar; que como aquel logar donde se combatian era angosto, no les podian ferir sino por delante. En este comedio fué el Duque tomado y preso de los de la villa; pero tanto desacordado y fuera de sentido, que no sabia si lo llevaban los suyos ó los contrarios. Como los suyos así le vieron, que pensaron que muerto era, retrajéronse hasta salir de aquella angostura. Angriote é Branfil, como aquello vieron, así porque el Duque era muerto ó preso, como porque los contrarios eran muchos é no era razon de los cometer en tan

gran plaza, acordaron de se tornar, é haber por bien lo que en la primera salida habian recaudado; é así lo ficieron, que muy paso se volvieron á los suyos, muy contentos de cómo habia el negocio pasado, aunque con algunas feridas, pero no grandes, é sus armas mal paradas; mas los caballos á poco rato fueron muertos de las llagas que tenian, é recogida su gente, se volvieron á la villa, y fallaron á la puerta al príncipe Garinto, que así habia nombre, el cual cuando los vió venir sanos é al Duque, su enemigo, preso, ya podeis entender el placer que sintiria en ello. Entonces se acogieron todos al logar, faciendo grandes alegrías porque así llevaban á su enemigo mortal, el cual, como dicho es, aun no estaba en su acuerdo, ni en todo lo que quedó de la noche, ni otro dia hasta mediodía lo estuvo.

Don Bruneo, que por la otra parte salió, no supo nada desto, sino solamente las voces y el gran ruido que oia; é como toda la mas de la gente de fuera allí acudió, no quedaron á aquella parte sino pocos é de pié, de los cuales, segun andaban derramados, é no habia quien los rigiese, él podiera matar algunos; mas dejólo por no perder al Infante, que á su cargo llevaba, é pasó por ellos sin embargo alguno, é andovieron todo lo que quedó de la noche tras un hombre que los guiaba, que iba en un rocin; é venida la mañana, vieron á ojo una villa adonde la guia los llevaba, que era asaz buena, que se llamaba Alimenta; é venian della dos caballeros armados, que el Duque habia enviado á saber quién fueran los que habian entrado en la villa; é así lo habian fecho á otras partes, é no habian fallado rastro ni razon alguna dello, é tornábanselo á decir; é asimismo mandaron de parte del Duque, so grandes penas, á los de la villa que enviasen toda la mas vianda que podiesen al real. E don Bruneo, que los vió, preguntó á aquel hombre si sabia quién fuesen aquellos dos caballeros, é de cuál parte. «Señor, dijo el hombre, de la parte del Duque son; que ya les he visto muchas veces con aquellas armas andar al derredor de la villa en compaña de los otros sus compañeros.» Entonces dijo don Bruneo: «Pues vos mirad por este doncel é no vos partais dél; que yo ver quiero qué tales son los caballeros que á tan mal señor aguardan.» Entonces se adelantó ya cuanto, é fué al encuentro dellos, que dél no se curaban, pensando que de los del real fuese, é como llegó cerca dijo: «Malos caballeros, que con aquel duque traidor vivis é sois sus amados, guardadvos de mí, que yo vos desafio fasta la muerte.» Ellos le respondieron: «Tu gran soberbia te dará el pago de tu locura; que pensando que eras de los nuestros, te queriamos dejar; pero agora pagarás con esa muerte que dices lo que como hombre de poco seso osas acometer.» Luego se fueron unos contra otros al mas correr de sus caballos, é firiéronse reciamente en los escudos; así que, las lanzas fueron en piezas; mas el uno de los caballeros que don Bruneo encontró fué en tierra sin detenimiento alguno, é dió tan gran caida en el campo, que era duro, que no bullia con pié ni mano, antes estaba tendido como si muerto fuese; é puso mano á su espada con muy vivo corazon que él tenia, é fué para el otro, que asimismo con la espada en la mano estaba, é bien cubierto de su escudo atendiéndole, é diéronse muy grandes y duros golpes; pero como don Bruneo fuese de mas valor é fuerza, que mas aquel menester habia usado, cargóle de tantos golpes, que le fizo perder la espada de la mano é ambas las estriberas, é abrazóse al cuello del caballo é dijo: «¡Oh señor caballero! por Dios no me mateis.» Don Bruneo se sufrió de lo ferir é dijo: «Otorgadvos por vencido.—Otórgolo, dijo él, por no morir é perder el alma.—Pues apeáos del caballo, dijo don Bruneo, fasta que vos mande.» Él así lo fizo, mas tan desatentado estaba, que se no podo tener, é cayó en el suelo, é don Bruneo le fizo, mal su grado, levantar, é díjole: «Id á aquel vuestro compañero é mirad si es muerto ó vivo.» Él así como mejor pudo lo fizo, é llegóse á él é quitóle el yelmo de la cabeza, é como el aire le dió, cobró huelgo é acordó ya cuanto.

En esto miró don Bruneo por el doncel, é viólo una pieza de sí; que el hombre no teniendo tanta fiucia en su bondad, habíase alejado dellos con él, é llamólos con el espada que se viniesen á él, é así lo ficieron. E como el doncel llegó, estuvo espantado de lo que don Bruneo habia hecho; é como era niño é nunca cosa semejante viera, estaba todo demudado; é díjole don Bruneo: «Buen doncel, faced matar estos vuestros enemigos, aunque será pequeña venganza á la gran traicion que su señor á vuestro padre fizo.» El doncel le dijo: «Señor caballero, por ventura estos están sin culpa de aquella traicion, é mejor será, si vos ploguiere, que los llevemos vivos que matarlos.» Don Bruneo lo tuvo por bien é pagóse de lo que el Infante dijo, y pensó que seria hombre bueno si viviese. Entonces mandó aquel hombre que con ellos venia que ayudase al otro caballero, é pusiesen aquel que mas desacordado estaba travesado en la silla de su caballo, y que el otro cabalgase, y se irian á la villa; é así lo fizo. E cuando allá llegaron salieron muchos por los ver, é maravillábanse cómo así traian aquellos dos caballeros que de allí habian partido esa mañana. Así fueron por la rua del lugar fasta la plaza, donde mucha gente se llegó, é como vieron al Infante, vinieron á él á le besar las manos llorando, é decíanle: «Señor, si nuestros corazones osasen poner en obra lo que las voluntades desean, é viésemos aparejo para ello, todos seriamos en vuestro servicio hasta morir; mas no sabemos qué remedio tomar, pues que no hay entre nos caudillo ni mayor que mandar nos sepa.» Don Bruneo les dijo: «¡Oh gente de poco esfuerzo! aunque fasta aquí hayais sido honrados, ¿no se os acuerda que sois vasallos del Rey su padre deste doncel y príncipe, del que rey (1) será su hermano? ¿Cómo les pagais aquello que como súbditos é naturales debeis, veyendo muerto á traicion tan grande á vuestro señor, é á sus fijos encerrados é cercados de aquel duque traidor su enemigo?—Señor caballero, dijo uno de los mas honrados de la villa, vos decis gran verdad; mas, como no tengamos quien nos guie é nos mande, é seamos todos gentes que mas por las haciendas que por las armas vevimos, no nos sabemos dar el recaudo que á nuestra lealtad conviene; pero agora, que aquí está este nuestro señor, é vos en

(1) Entiéndase «cuyo hermano ha de ser rey».

su guarda, ved lo que debemos é podemos facer, é luego se porná en obra á todo nuestro poder. — Vos lo decis como bueno, dijo don Bruneo, y es gran razon que el Rey vos faga mercedes, é á todos los que este vuestro voto é parecer siguieren, é yo vengo á vos guiar é á morir ó vevir con vosotros.»

Entonces les dijo el recaudo que en la villa con el otro infante dejaba, é cómo habian venido con la Reina su señora, é donde la dejaban, é cómo, yendo á la ínsola Firme, la habian fallado en la mar, é que no temiesen, que con poca de su ayuda sus enemigos serian muy presto destruidos é muertos. Cuando esto oyó aquella gente tomaron en sí gran esfuerzo é corazon, é alborotáronse todos, é dijeron: «Señor caballero de la ínsola Firme, que allí nunca hobo caballero que bienaventurado no fuese despues que aquel famoso Amadís de Gaula la ganó, mandad é ordenad de nos todo lo que debemos facer, é luego se porná en obra.» Don Bruneo gelo gradeció mucho, é hizo al Infante que gelo gradesciese, é díjoles: «Pues mandad luego cerrar las puertas deste lugar, é poner guardas, que de ninguno de aquí no sean avisados nuestros enemigos, é yo os diré lo que hacer se debe.» Esto fué luego hecho, é díjoles: «Pues id á vuestras casas é comed, é aderezad vuestras armas, cualesquiera que sean, y estad prestos, é guardad vuestra villa, é no hayais miedo de aquella mala gente; que allá tienen harto en que entender, segun el recaudo con el Infante queda; é cuanto comamos y descansen nuestros caballos, el Infante é yo nos pasarémos á otra villa; que esta guia que trayo me dice que es á tres leguas de esta, é tomarémos toda aquella gente, y vernémos por aquí, é yo os llevaré de manera que vuestros enemigos, si esperan, serán perdidos é maltrechos y en vuestro poder.» Ellos le dijeron que así lo harian, é luego fueron todos juntos con mucha gana á lo facer como lo él mandaba; y al Infante é á don Bruneo dieron de comer muy bien en un palacio que del Rey era, y desque hobieron comido, que pasaba ya el mediodía, queriendo cabalgar para se ir, llegaron dos peones que venian á mas andar á la puerta de la villa, y dijeron á las guardas que los dejasen entrar, que traian nuevas de su placer. Las guardas los llevaron al Infante é á don Bruneo, y preguntáronlos qué decian. Ellos dijeron: «Señores, nosotros no veniamos sino á los desta villa, que no sabiamos de la venida del Infante ni de vos, que os nunca vimos; y las nuevas que traemos son tales, que así vosotros como ellos habréis gran placer de las saber. Agora sabed que esta noche pasada salieron de la villa mucha gente, é dieron en las guardas, é mataron y prendieron muchos de los del Duque, é como el Duque lo supo acudió allí, y falló dos caballeros extraños que maravillas dicen dellos, que mataban los suyos, y él, por los socorrer, combatióse con el uno dellos, y de un golpe solo derribó al Duque del caballo, y quedó en poder de los de la villa, no saben si muerto ó si vivo. Toda la gente del real no saben qué hacer, sino andar á corrillos en consejos, é parecíanos que aparejaban para levantar de allí, de tan gran temor que tienen de aquellos caballeros extraños que vos decimos; é nosotros somos de una aldea de aquí cerca, que teniamos en el real provision, é como vimos esto, acordamos de lo decir á estos señores desta villa porque se pongan á recaudo, que como gente que va huyendo no les fagan mal ó algun robo.»

Don Bruneo, como esto oyó, salió cabalgando, y el Infante con él, á la plaza, é hizo á los peones que contasen las nuevas á todos los que allí se juntaron, porque tomasen en si esfuerzo é corazon, é díjoles: «Mis buenos amigos, yo acuerdo que no debo de pasar mas adelante; que, segun estas nuevas, bien bastamos vosotros é yo para lo que dejé concertado; por ende conviene que seais todos armados en anocheciendo é partamos de aquí; que gran sinrazon seria que los de la villa llevasen la gloria deste vencimiento sin que nuestra parte nos quepa. — Todo se hará luego como vos, Señor, lo mandais,» dijeron ellos. Así estovieron todo el dia aderezando sus armas con tanta voluntad, que no veian la hora de estar envueltos con ellos, porque ya los tenian por desbaratados, é querian vengarse de los males é daños que dellos habian recibido. Venida la noche, don Bruneo se armó é cabalgó en su caballo, é sacó toda la gente al campo, é rogó al Infante que le esperase allí; mas él no quiso sino ir con él. Pues así fueron todos, como oídes, la via del real, é don Bruneo, despues que pieza de la noche pasó, mandó á la guia que con él viniera que ficiese la señal á los de la villa desde donde la viesen, como quedó acordado, y él así lo hizo; é tanto que por ellos fué vista, luego cuidaron que buen recaudo tenia don Bruneo, é luego se aparejaron para salir ante que amanesciese á dar en el real; mas los del real acordaron en otra cosa; que como vieron al Duque su señor en poder de sus enemigos, é vieron facer aquellas señales de huegos de noche, é porque tenian perdida la esperanza de lo cobrar, antes si mas allí se detoviesen les seria gran peligro, en pasando parte de la noche recogieron toda la gente é fardaje é los heridos, é muy secreto, sin que sentidos fuesen, alzaron el real é movieron camino de su tierra; de manera que antes que su ida fuese sentida andovieron gran pieza. Pues venida la hora que los de la villa salieron, é don Bruneo llegó por el otro cabo, no hallaron nada, antes no se conociendo, como era de noche, hobiera de haber entre ellos gran revuelta, cada uno pensando por los otros que fuesen los contrarios, de que ninguna gente en medio se fallaba; pero de que se conocieron, hobieron muy gran pesar porque así se les habian ido, é luego siguieron el rastro, mas mucho á duro, que con la noche no podian, é andaban á tiento fasta que el alba vino, y entonces los vieron muy claro; por lo cual los de caballo mucho se apresuraron, é alcanzaron todo el fardaje é los peones é feridos; que la otra gente, como ya iban de vencida, no quisieron aguardar desque el dia vino, porque aun iban por tierra de sus enemigos; destos pues mataron muchos, é otros prendieron, é cobraron muy grande haber, é con mucha alegría é gloria se volvieron á la villa, é luego enviaron caballeros que trajesen á la Reina; é como vino, é vió sus hijos sanos é buenos, é á su enemigo preso, ¿quién puede decir el placer grande que sintió? Angriote é sus compañeros, como sabian el concierto de la ínsola Firme, y que los habian de esperar aquellos grandes señores, demandaron licencia á la Reina, di-

ciéndole que á dia señalado habian de ser en la ínsola Firme; que pues ya no eran menester, que querian andar su camino. La Reina les rogó que por su amor se detoviesen dos dias, porque queria en su presencia alzar á su fijo Garinto por rey, é facer justicia de aquel traidor del Duque muy cruel. Ellos le dijeron que á lo de su fijo les placia estar, pero que á la justicia del Duque no; que pues en su poder quedaba, que despues dellos idos ficiese dél á su guisa.

La Reina mandó facer luego en la plaza un gran cadahalso de madera, cubierto de muy ricos é graciosos paños de oro y de seda, é mandó venir allí todos los mayores de su reino que mas cerca se fallaron, é subieron ende al príncipe Garinto é á los tres caballeros, é trajieron al Duque, así mal parado como estaba, encima de un rocin sin silla, é delante dél tocaron muchas trompas, llamando al Infante rey de Dacia, é Angriote é don Bruneo le pusieron en la cabeza una muy rica corona de oro con muchas perlas é piedras. Así estovieron en aquellas fiestas gran parte del dia, con mucho dolor é angustia de aquel duque que lo miraba, al cual la gente decian muchas injurias é denuestos; pero aquellos caballeros rogaron á la Reina que lo mandase llevar de allí, ó que ellos se irian; que no querian ver que ningun hombre preso é vencido en su presencia recibiese injuria. La Reina lo mandó llevar á la prision, pues vió que les pesaba en estar allí, é rogóles que tomasen joyas ricas que allí fizo traer para les dar; mas ellos, por ruegos que les ficiese, ninguna cosa quisieron tomar, sino solamente, porque sabian que en aquella tierra habia muy fermosos lebreles é sabuesos, que su merced fuese de les mandar dar algunos para los montes de la ínsola Firme. Luego les trajeron allí mas de cuarenta en que escogiesen los mas fermosos, que mas les agradasen. Cuando la Reina vió que se querian ir díjoles: «Mis amigos é buenos señores, pues que de mis joyas no quereis llevar, forzado es que lleveis una, que es la que yo mas en este mundo amo, y este es el Rey mi fijo, que de mi parte le deis á Amadís, porque en su compañía é de sus amigos cobre la crianza é buenas maneras que á caballero conviene; que de los bienes temporales asaz es abastado; é si Dios á edad complida le llega, mejor de su mano que de otro alguno podrá ser caballero; é decilde que así por sus nuevas como por la bondad de vosotros, que este reino me hecistes ganar, que para él é para vos se ganó.» Ellos gelo otorgaron de que vieron que con tanta aficion lo queria, é porque mucha honra era tener en su compañía un rey tal como aquel, que seyendo de tan gran estado, procuraba su compañía por valer mas. La Reina se fizo guarnecer una fusta muy ricamente, como á rey convenia, así de grandes atavíos como de joyas muy ricas y preciadas, para que las diese á los caballeros é á otras personas que él quisiese, é su ayo con otros servidores, é fuése con ellos fasta la mar, é de allí se tornó, y llegada á la villa, con mucha deshonra mandó enforcar al Duque, porque todos viesen el fruto que las flores de la traicion llevaban. Ellos entraron en sus fustas é caminaron tanto fasta que llegaron á aquel gran puerto de la ínsola Firme, donde con mucho deseo los esperaban. Llegados al puerto, enviaron decir á Amadís cómo traian consigo al rey de Dacia, é la razon por qué; que viese lo que se debia facer en la venida de tal príncipe. Amadís cabalgó, é no llevó consigo sino á Agrájes, é á la meitad de la cuesta del castillo encontraron con los caballeros é con el Rey, el cual ricamente vestido venia y en un palafren guarnido á maravilla. Amadís se fué á él é lo saludó, y el niño á él con mucha cortesía, que ya le habian dicho cuál era; despues se abrazaron todos con gran risa é placer que de sí hobieron, é así juntos se fueron al castillo, donde aquel rey fué aposentado en compañía de don Bruneo fasta que otros donceles viniesen, que esperaban. Así estaban aquellos señores en aquella ínsola esperando al rey Lisuarte, que por contar dél, dejarémos estos fasta su tiempo.

CAPITULO XLII.

Cómo el rey Lisuarte, é la reina Brisena, su mujer, é su hija Leonoreta vinieron á la ínsola Firme, é cómo aquellos señores y señoras los salieron á rescebir.

Como es dicho, el rey Lisuarte, despues que llegó á Vindilisora, mandó á la Reina que se aderezase de las cosas necesarias á ella é á su hija Leonoreta, é al rey Arban de Norgales, su mayordomo mayor, de lo que á él convenia; é todo fecho é aparejado segun su grandeza, partió con su compaña, é no quiso llevar sino al rey Cildadan, é á don Galvánes, é á Madasima, su mujer, que estonces allí por su mandado llegaran de la ínsola de Mongaza, é otros algunos de sus caballeros ricamente vestidos; que Gasquilan, rey de Suesa, desde allí se tornó en su reino. Pues con mucho placer fueron por sus jornadas fasta que llegaron á dormir á cuatro leguas de la ínsola, lo cual fué sabido luego por Amadís é por todos los otros príncipes é caballeros que con él estaban, é acordaron que todos juntos, é aquellas señoras con ellos, lo saliesen á recebir á dos leguas de la ínsola; é así se fizo, que otro dia salieron todos é todas las reinas tras la reina Elisena. Los vestidos é riquezas que sobre sí é sobre sus palafrenes llevaban, no bastaria memoria para lo contar, ni menos para lo escrebir. Tanto os digo, que antes ni despues nunca se supo que una compaña de tantos caballeros de tan alto linaje y de tanto esfuerzo, é tantas señoras, reinas y infantas, é otras de gran guisa, tan fermosas é tan bien guarnidas, hobiese habido en el mundo. Así juntos fueron por aquella vega fasta que llegaron á vista del rey Lisuarte, el cual, cuando vió tanta gente que contra él iba, luego pensó lo que era, é con toda su compaña andovo tanto, que se encontró con el rey Perion, y el Emperador é todos los otros caballeros que delante venian allí pararon todos para se abrazar. Amadís venia mas detrás, fablando con don Galaor, su hermano, que aun estaba muy flaco, que apenas podia andar cabalgando, é como llegó cerca del Rey apeóse de su caballo, y el Rey le dió voces que lo no ficiese; mas él no lo dejó por eso, y llegó ápié, é aunque no quiso, le besó las manos; é pasó á la Reina, que Esplandian, aquel fermoso doncel, de rienda traia, é la Reina se abajó del palafren por le abrazar; mas Amadís le tomó las manos y se las besó. Don Galaor llegó al rey Lisuarte, é cuando le vió tan flaco fuélo á abrazar, é las lágrimas

les vinieron á entrambos á los ojos; é tóvolo así el Rey un rato, que se nunca podieron fablar, tanto, que algunos dijeron que este sentimiento fué del placer que de se ver hobieron, pero otros lo juzgaron diciendo que, teniendo en las memorias las cosas pasadas, é no se haber en ellas fallado juntos, como sus corazones deseaban, habian traido aquellas lágrimas. Esto se eche á la parte que os ploguiere; pero de cualquier manera que fuese, era porque mucho se amaban.

Oriana llegó á la Reina su madre despues que la reina Elisena la saludó, é como su madre la vió, que era la cosa que mas amaba, fué á ella é tomóla entre sus brazos, é cayeran ambas á tierra sino por caballeros que las sostuvieron, é comenzóla á besar por los ojos é por el rostro, diciendo: «¡Oh, mi fija! á Dios plega por la su merced que los trabajos é fatigas que esta tu gran hermosura nos ha dado, que ella sea causa de los remediar con mucha paz é alegría de aquí adelante.» Oriana no facia sino llorar de placer, é ninguna cosa le respondió. En esto llegaron las reinas Briolanja é Sardamira, é quitárongela de entre los brazos, é hablaron á la Reina, é despues todas las otras con mucha cortesía; que á esta dueña tenian por una de las mejores é mas honradas reinas del mundo. Leonoreta llegó á besar las manos á Oriana, y ella la abrazó y besó muchas veces, é así lo ficieron todas las dueñas é doncellas de la Reina su madre, que la amaban de corazon mas que á sí mesma; que, como se os ha dicho, esta princesa fué la mas noble é mas comedida para honra á todos que en su tiempo fué, é por esta causa era muy amada y querida de todos é todas cuantas la conocian. Hecho el rescebimiento, no como fué, que seria imposible decirlo, mas como á la órden del libro conviene, movieron todos juntos para la ínsola.

Cuando la reina Brisena vió tantos caballeros é tantas dueñas é doncellas de tan alta guisa, á quien ella mucho y bien conocia é sabia dó llegaba su gran valor, y que todos estaban á la voluntad é ordenanza de Amadís, fué tan espantada, que no sabia qué decir; é fasta allí bien pensaba que en el mundo no hobiese igual casa ni corte á la del Rey su marido; pero visto esto que os digo, no figuraba su estado sino de un bajo conde, é miraba á todas partes, é via que todos andaban tras Amadís é lo acataban como á señor, y el que mas cerca dél iba se tenia por mas honrado, é do quiera que él iba iban todos. Maravillábase cómo pudo ganar tal alteza un caballero que nunca alcanzó sino armas é caballo; é como quiera que por marido de su hija lo toviese é muy entero en su servicio, no pudo excusar de no haber dello gran envidia, porque aquel gran estado quisiera ella para su marido, é de allí lo heredara Amadís con su hija; pero como lo veia ser al revés, no se podia alegrar con ello; mas, como era muy cuerda, fizo que lo no miraba ni entendia, é con rostro alegre é corazon turbio fablaba y reia con todos aquellos caballeros y señoras que al derredor de sí llevaba, que el Rey, despues que fabló á don Galaor, nunca dél se partió en todo aquel camino fasta que á la ínsola llegaron. Pues yendo por el camino, Oriana no podia partir los ojos de Esplandian, que lo mucho amaba, así como la razon lo mandaba, é la Reina su madre, que lo vió, dijo: «Hija, tomad este doncel que vos lleve.» Oriana estovo queda, y el doncel llegó con muy gran homildad á le besar las manos. Oriana tenia gran deseo de le besar, mas el grande empacho que hobo la fizo sofrir. Mabilia se llegó á él é díjole: «Mi buen amigo, tambien quiero yo parte de vuestros abrazos.» El volvió el rostro con un semblante tan gracioso, que maravilla era de le mirar, é conocióla luego, y fablóla con mucha cortesía.

Así lo llevaron en medio entrambas, fablando con él en lo que mas les contentaba, é pagábanse mucho de cómo él respondia; que la graciosa habla é donaire suyo las facia á ellas alegrarse; é mirábanse Oriana é Mabilia una á otra, é miraban al doncel, é Mabilia dijo: «¿Paréceos, Señora, si era esta preciosa vianda para la leona é para sus fijos?—¡Ay mi señora é amiga! dijo Oriana, por Dios no me lo trayais á la memoria; que aun agora se me aflige el corazon en lo pensar.—Pues entiendo, dijo Mabilia, que no menos peligro pasó su padre tan pequeño como él en la mar, mas Dios le guardó para esto que veis, é así lo fará, si le ploguiere, á este, que pasará de bondad á él é á todos los del mundo.» Oriana se rió muy de corazon é dijo: «Mi verdadera hermana, no parece sino que me quereis tentar por ver á cuál dellos otorgaré; pues no quiero decir que así plega á Dios, sino que á entrambos los faga tales, que no tengan par, como fasta aquí cada uno en su edad no la han tenido.» En esto y en otras cosas de mucho placer hablando todos, llegaron al castillo de la ínsola Firme, donde al rey Lisuarte é á la Reina su mujer aposentaron muy bien donde Oriana posaba, é al rey Perion é á su mujer donde la reina Sardamira. Oriana, con todas las novias que habian de ser, tomaron lo mas alto de la torre. Amadís habia mandado poner las mesas en aquellos portales muy ricos de la huerta, é allí fizo comer toda aquella compaña muy ricamente, con tanta abundancia de viandas, é vinos, é frutas de todas maneras, que muy gran maravilla era de lo ver, cada uno segun su estado lo merecia, é todo era fecho muy por órden. Don Cuadragante llevó consigo al rey Cildadan, que él mucho amaba, é así lo ficieron todos los otros caballeros, cada uno de los del Rey, segun lo amaban. E Amadís llevó consigo al rey Arban de Norgales, é á don Grumedan, é á don Guilan el cuidador. Norandel posó con su gran amigo don Galaor. Así pasaron aquel dia, con el placer que pensar podeis.

Mas lo que Agrájes hizo con su tio é con Madasima no se podria contar en ninguna manera ni pensar; que á este tenia en tanto acatamiento y reverencia como al Rey su padre siempre tovo, é fizo quedar á Madasima con Oriana é con aquellas reinas é señoras grandes que allí estaban, y él llevó á don Galvánes consigo á su posada. Esplandian se llegó luego al rey de Dacia, que era de su edad, y le pareció muy bien; é tan grande amor se les siguió desde la hora que se vieron, que todos los dias de su vida les turó; así que, por muy grandes tiempos andovieron juntos en compañía despues que caballeros fueron, é pasaron muy grandes hechos de armas en muy gran peligro de sus personas, como caballeros muy esforzados. Este rey fué todo el

secreto de los amores de Esplandian; por sus consejos buenos fué quitado muchas veces de grandes angustias é mortales cuidados que de su señora le venian, fasta le llegar al hilo de la muerte. Este rey que os digo se puso á muy grandes afanes por fablar á esta señora é le decir lo que por su amor este caballero padecia y que hobiese piedad de su dolorosa muerte. Estos dos príncipes que os cuento, por amor desta señora, tomando consigo á Talanque, fijo de don Galaor, é á Maneli el mesurado, fijo del rey Cildadan, que en las sobrinas de Urganda los hobieron cuando estaban presos, como el segundo libro desta historia mas largo lo cuenta, é á Ambor, fijo de Angriote de Estravaus, todos noveles caballeros, pasaron la mar por la parte de Constantinopla á la tierra de los paganos, é hobieron grandes recuestas, así con fuertes gigantes como con otras naciones extrañas, de muchas maneras; las cuales pasaron á su gran honra, por donde sus altas proezas é grandes caballerías fueron por todo el mundo sonadas, así como mas largo vos lo contarémos en aquel ramo que de Esplandian es llamado, que desta historia sale, que fabla de los sus grandes fechos, é de los amores que con la flor y fermosura de todo el mundo tovo, que fué aquella estrella luciente, que ante ella toda fermosura escurecia, Leonorina, fija del emperador de Constantinopla, aquella que su padre Amadís dejó niña en Grecia cuando allá pasó é mató el fuerte Endriago, como vos ya contamos. Pero dejemos agora esto fasta su tiempo, é tornemos al propósito de nuestra historia. Pues pasado aquel dia que llegaron, é otro para descansar del camino, los reyes se juntaron para dar órden en los casamientos cómo se ficiesen con mucho placer, y se tornasen á sus tierras, que mucho les quedaba de hacer, los unos en ir á ganar los señoríos de sus enemigos, é los otros en les dar ayuda para ello. Y estando juntos debajo de unos árboles cabe las fuentes que ya oistes, oyeron grandes voces que las gentes daban de fuera de la huerta, é sonaba gran murmullo, é sabido qué cosa fuese, dijéronles que venia la mas espantable cosa é mas extraña por la mar de cuantas habian visto.

Entonces los reyes demandaron sus caballos é cabalgaron, é todos los otros caballeros, é fueron al puerto, é las reinas é todas las señoras se subieron á lo mas alto de la torre, donde gran parte de la tierra y de la mar se parescia; é vieron venir un humo por el agua, mas negro é mas espantable que nunca vieran. Todos estovieron quedos fasta saber qué cosa fuese, é dende á poco rato que el fumo se comenzó á esparcir, vieron en medio dél una serpiente mucho mayor que la mayor nao ni fusta del mundo; é traia tan grandes alas, que tomaban espacio que una echadura de arco, é la cola enroscada hácia arriba, muy mas alta que una gran torre; é la cabeza, é la boca, é los dientes eran tan grandes, é los ojos tan espantables, que no habia persona que la mirar osase; é de rato en rato echaba por las narices aquel muy negro humo, que fasta el cielo subia; y desque se cubria todo daba los roncos y silbos tan fuertes é tan espantables, que no parescia sino que la mar se queria fundir. Echaba por la boca las gorgozadas del agua tan recio é tan léjos, que ninguna nave, por grande que fuese, á ella se podria llegar, que no fuese anegada. Los reyes é caballeros, como quiera que muy esforzados fuesen, mirábanse unos á otros, é no sabian qué decir; que á cosa tan espantable é tan medrosa de ver no fallaban ni pensaban que resistencia alguna podria bastar; pero estuvieron quedos. La gran serpiente, como ya cerca llegase, dió por el agua al través tres ó cuatro vueltas, faciendo sus bravezas, é sacudiendo las alas tan recio, que mas de media legua sonaba el crujir de las conchas. Como los caballos en que aquellos señores estaban la vieron, ninguno fué poderoso de tener el suyo; antes con ellos iban huyendo por el campo fasta que de fuerza les convino apearse dellos. E algunos decian que seria bueno armarse para atender, otros decian que, como fuese bestia fiera de agua, que no osaria salir en tierra, é puesto caso que saliese, que espacio habria para se meter en la ínsola, y que ya ella, de que via la tierra, comenzaba á reparar. Pues estando así todos maravillados de tal cosa cual nunca oyeran ni vieran otra semejante, vieron cómo por el un costado de la serpiente echaron un batel cubierto todo de un paño de oro muy rico, é una dueña en él, que á cada parte traia un doncel muy ricamente vestidos, é sofríase con los brazos sobre los hombros dellos, é dos enanos muy feos en extraña manera, con sendos remos, que el batel traian á tierra. Mucho fueron maravillados aquellos señores de ver cosa tan extraña; mas el rey Lisuarte dijo: «No me creais si esta dueña no es Urganda la Desconocida; que bien se vos debe acordar, dijo á Amadís, del miedo que nos puso estando en la mi villa de Fenusa cuando con los fuegos vino por la mar.—Yo lo he pensado así, dijo Amadís, despues que el batel vi; que de antes no creia sino que aquella serpiente era algun diablo con que toviéramos harto que hacer.»

En esto llegó el batel á la ribera, é como cerca fué, conoscieron ser la dueña Urganda la Desconocida; que ella tovo por bien de se les mostrar en su propria forma, lo cual pocas veces facia; antes se demostraba en figuras extrañas, cuándo muy vieja demasiado, cuándo muy niña, como en muchas partes desta historia se ha contado. Así llegó con sus donceles muy fermosos é muy guarnecidos, que sus vestiduras eran en muchos logares guarnecidas é labradas de piedras preciosas de gran valor. E los reyes é grandes señores se fueron así á pié como estaban acostando á la parte donde ella salia; é como llegada fué salió del batel, teniendo por las manos á sus fermosos donceles, é se fué luego al rey Lisuarte por le besar las manos, mas el Rey la abrazó é no gelas quiso dar, é así lo ficieron el rey Perion y el rey Cildadan. Entonces se volvió ella al Emperador é díjole: «Buen señor, aunque no me conoceis ni yo vos haya visto, mucho sé de vuestra facienda, así de quién sois y el valor de vuestra noble persona, como de vuestro grande estado, é por esto, é por algun servicio que antes de mucho tiempo de mí recebiréis, junto con la Emperatriz, quiero quedar en vuestro amor é buena conocencia, para que se os acuerde de mí, cuando en vuestro imperio estoviérdes, en me mandar algo en que os pueda servir; que aunque vos parece estar esta tierra donde mi habitacion es muy léjos de la vues-

tra, no seria para mí gran trabajo andar el camino todo en un dia natural.» El Emperador le dijo: «Mi buena señora, por mas contento me tengo de haber ganado vuestro amor é buena voluntad que gran parte de mi señorío; y pues por vuestra virtud á ello me habeis convidado, no se os olvide lo que me prometistes; que si en mi corazon é voluntad está asentado de lo agradescer con todas mis fuerzas, vos muy mejor que yo lo sabeis.» Urganda le dijo: «Mi señor, yo os veré en tiempo que por mí os será restituido el primer fruto de vuestra generacion.» Entonces miró contra Amadís, que no habia habido tiempo de le poder fablar, é díjole: «Pues de vos, noble caballero, no se debe perder el abrazo, aunque, segun la favorable fortuna en tanta grandeza os ha ensalzado é puesto en la cumbre, ya no ternéis en mucho los servicios é placeres de los que poco podemos; porque estas mundanales cosas muy prestamente, siguiendo la órden del mundo, con pequeña causa é aun sin ella podrian variar. Agora que os paresce que mas sin cuidado podréis pasar vuestra vida, especial teniendo la cosa del mundo por vos mas deseada en vuestro poder, sin la cual todo lo restante vos fuera causa de dolorosa soledad; agora es mas necesario sostenerlo con doblado trabajo; que la fortuna no es contenta cuando en semejantes alturas fiere é muestra sus fuerzas, porque muy mayor mengua y menoscabo de vuestra gran honra seria perder lo ganado, que sin ello pasar antes que ganado fué.» Amadís le dijo: «Segun los grandes beneficios que de vos, mi buena señora, yo tengo rescebidos, con el gran amor que siempre me tovistes, aunque para la satisfacion de mi voluntad muy poderoso me fallase, muy pobre me sintiria para lo poner en las cosas que á vuestra honra tocasen, que por vos me fuesen mandadas; que no puede ser ello tanto, aunque el mundo fuese, que mucho mas no sea razon de lo aventurar en lo que digo.» Urganda le dijo: «El gran amor que vos tengo me causa decir desvaríos é dar consejo donde menester no es.»

Entonces llegaron todos aquellos caballeros é la saludaron, é dijo á don Galaor: «A vos, mi buen señor, ni al rey Cildadan no digo agora nada, porque yo moraré aquí con vos algunos dias, y ternémos tiempo de fablar.» E volviéndose á sus enanos, les mandó que se tornasen á la Gran Serpiente, é trajesen en una barca un palafren, y sendos para sus donceles; lo cual fue luego fecho. Los reyes y señores tenian sus caballos alejados de allí; que el temor de aquella fiera bestia no les daba logar que á ellos se llegasen, é dejaron allí hombres que la pusiesen en el palafren, y ellos se fueron á pié á tomar los suyos. Ella les dijo que les rogaba mucho que hobiesen por bien que ninguno la llevase sino aquellos dos donceles sus enamorados; así se fizo, que todos fueron delante al castillo, y ella á la postre con su compaña; é andovieron fasta llegar á la huerta donde las reinas estaban é señoras grandes, que no quiso posar en otra parte. E antes que con ellas entrase dijo contra Esplandian: «A vos, muy fermoso doncel, encomiendo yo este mi tesoro que lo guardeis; que en gran parte no se fallaria tan rico.» Entonces le entregó los donceles por la mano y entróse en la huerta, donde fué de todas tan bien recebida cual nunca mujer en ninguna parte lo fuera. Cuando ella vió tantas reinas, tantas princesas, é infinitas otras personas de gran estima é valor, mirólas á todas con mucho placer é dijo: «¡Oh corazon mio! ¿qué puedes de aquí adelante ver, que causa de gran soledad no te sea, pues en un dia has visto los mejores é mas virtuosos caballeros é mas esforzados que en el mundo fueron, é las mas honradas y fermosas reinas y señoras que nunca nacieron? Por cierto puedo decir que de lo uno é otro es aquí la perfecion; é aun mas digo, que así como aquí es junta toda la gran alteza de las armas é la beldad del mundo, así es mantenido amor con la mayor lealtad que lo nunca fué en ninguna sazon.» Así se metió en la torre con ellas, é demandó licencia á las reinas para que podiese posar con Oriana é con las que con ella estaban, las cuales la subieron luego á su aposentamiento. Pues metidas en su cámara, no podia partir los ojos de mirar á Oriana, é á la reina Briolanja, é á Melicia, é Olinda, que á la fermosura destas ninguna se igualaba, é no facia sino abrazar á la una é á la otra; así estaba con ellas como fuera de sentido, de placer, y ellas le hacian tanta honra como si señora de todas fuese.

CAPITULO XLIII.

Cómo Amadís fizo casar á su primo Dragonis con la infanta Estrelleta, y que fuese á ganar la Profunda Insola, donde fuese rey.

Agora dice la historia que Dragonis, primo de Amadís y de don Galaor, era un caballero mancebo muy honrado y de gran esfuerzo, así como lo mostró en las cosas pasadas, especial en la batalla que el rey Lisuarte hobo con Galvánes é sus compañeros sobre la ínsola de Mongaza, donde este caballero, despues que don Florestan é don Cuadragante, é otros muchos nobles caballeros fueron feridos y presos por don Galaor, y el rey Cildadan, é Norandel, é por toda la gran gente de su parte que sobre ellos cargó, é don Galvánes llevado á la dicha ínsola muy mal ferido, quedó con los pocos que de su parte quedaron, é con los caballeros que de su padre allí tenia, por escudo é amparo de todos ellos, donde por causa de su discrecion é buen esfuerzo fuéron reparados, así como mas largo el tercero libro desta historia lo cuenta. Este no se falló en la ínsola Firme al tiempo que Amadís hizo los casamientos de sus hermanos é de los otros caballeros que ya oistes, porque desde el monesterio de Luvaina se fué con una doncella, á quien él de antes habia prometido un don. E combatióse con Angrifo, señor del valle del Fondo Piélago, que preso tenia al padre della, por haber dél una fortaleza que á la entrada del valle tenia; é Dragonis hobo con él una cruel é gran batalla, porque aquel Angrifo era el mas valiente caballero que en aquellas montañas donde él moraba se podia fallar; pero al cabo fué vencido por Dragonis como hombre que se á derecho combatia, é sacó de su poder al padre de la doncella, é mandó Angrifo que dentro de veinte dias fuese en la ínsola Firme, y se pusiese en la merced de la princesa Oriana; é porque se falló cerca de la ínsola de Mongaza, quiso ver á don Galvánes é á Madasima, y estando con ellos, llegó el

mensajero del rey Lisuarte á los llamar para llevarlos á la ínsola Firme, así como lo prometiera á Agrájes; é fuése con ellos á Vindilisora, donde fueron con mucho amor é grande honra recebidos; é desde allí se fueron con el Rey é con la Reina á la ínsola Firme, como ya oistes, donde falló Dragonis el concierto de los casamientos y el repartimiento de los señoríos, como es contado, de que hobo gran placer, é loaba mucho lo que Amadís, su primo, habia fecho, é aparejábase cuanto podia para ser en aquella conquista, que bien creido tenia que se no podia acabar sin grandes fechos de armas; pero Amadís, como le amase de todo su corazon, consideró que mucha sinrazon seria é gran vergüenza suya si tal caballero quedase sin gran parte de lo que él habia ayudado con tanto trabajo á ganar, é un dia apartándole por aquella huerta, así le dijo: «Mi señor é buen primo, aunque vuestra juventud é gran esfuerzo de corazon, deseando acrecentar honra en las grandes afruentas, vos quite deseo de mas estado y reposo del que hasta aquí tovistes, la razon, á quien todos obligados somos de nos llegar, como fuente principal donde la virtud mana, y el tiempo que se os ofrece, quieren que vuestro propósito mudado sea, é sigais el consejo de mi poco saber é gran voluntad, que así como á mi proprio corazon vos ama. Yo he sabido cómo al tiempo que socorrimos en Luvaina al rey Lisuarte con los que de los contrarios al principio fuyeron, fué el rey de la Profunda Insola, que ferido estaba; agora sé por un escudero del rey Arábigo, que es aquí venido, cómo entrando en la mar luego fué muerto; pues aquella ínsola donde él fué señor tengo yo por bien que sea vuestra, é della seais llamado rey; é á Palomir, vuestro hermano, se le quede el señorío de vuestro padre, y seais casado con la infanta Estrelleta, que, como sabeis, viene de ambas partes de reyes, é á quien Oriana mucho ama; y esto tengo por bueno é me place que se faga, porque mas quiero forzar vuestra voluntad sometiéndola á la razon, que yo pasar tal vergüenza en no haber vos, mi buen primo, parte del bien que Dios me ha dado, así como vos mas que otro alguno dél mal habido lo ha.» Dragonis, como quiera que su deseo fuese de ir con don Bruneo é don Cuadragante á les ayudar con su persona fasta que aquellos señoríos hobiesen, é si de allí vivo quedase, de se pasar á las partes de Roma, buscando algunas aventuras, y estar alguna temporada con el rey de Cerdeña, don Florestan, por le ver é saber si le habia menester para alguna cosa, como hombre que en tierra extraña se fallaba, é de allí tornarse á ver á Amadís á la ínsola Firme ó donde estoviese; y pensaba que en estos caminos mucha honra é gran fama podria ganar ó morir como caballero, veyendo con el amor tan grande que Amadís aquello le dijo, hobo gran empacho de le responder otra cosa, sino que lo remitia todo á su voluntad, que en aquello y en todo lo que le mandase le seria obediente; así que, luego fué desposado con aquella infanta, y señalada para él la Profunda Insola que ya oistes, de que luego se llamó rey é lo fué con muy gran honra, como adelante se dirá. Esto así fecho, como ois, Amadís demandó al rey Lisuarte el ducado de Bristoya para don Guilan el cuidador, que lo él mucho amaba, y se casase con la Duquesa, que él tanto amaba, y que él le entregaria al Duque que allí tenia preso. El Rey, así por su amor de Amadís, como porque tenia muchos cargos é grandes de don Guilan, é porque el Duque le habia sido traidor, otorgólo de buena voluntad. Amadís le besó las manos por ello, é don Guilan gelas quiso besar á él; mas Amadís no quiso, antes lo abrazó con grande amor; que este fué el caballero del mundo de su tiempo que mas comedido é mas manso é humano fué con sus amigos.

CAPITULO XLIV.

Cómo los reyes se juntaron á dar órden en las bodas de aquellos grandes señores y señoras, é lo que en ello se fizo.

Los reyes se tornaron á juntar como de ante, é concertaron las bodas para el cuarto dia, y que durasen las fiestas quince dias, en cabo de los cuales todas las cosas despachadas fuesen para se tornar á sus tierras. Venido el dia señalado, todos los novios se juntaron en la posada de Amadís, y se vistieron de tan ricos y preciados paños como su gran estado en tal auto demandaba, é asimesmo lo ficieron las novias; é los reyes é grandes señores los tomaron consigo, é cabalgando en sus palafrenes, muy ricamente guarnidos, se fueron á la huerta, donde fallaron las reinas é novias asimesmo en sus palafrenes; pues así salieron todos juntos á la iglesia, donde por el santo hombre Nasciano la misa aparejada estaba. Pasado el auto de los matrimonios é casamientos con las solenidades que la santa Iglesia manda, Amadís se llegó al rey Lisuarte é díjole: «Señor, quiero demandaros un don que os no será grave de lo dar. — Yo lo otorgo, dijo el Rey. — Pues, Señor, mandad á Oriana que antes que sea hora de comer pruebe el arco encantado de los leales amadores, é la cámara defendida, que hasta aquí con su gran tristeza nunca con ella acabar se pudo, por mucho que ha sido por nosotros suplicada y rogada; que yo fio tanto en su lealtad y en su gran beldad, que allí donde há mas de cien años que nunca mujer, por extremada que de las otras fuese, pudo entrar, entrará ella sin ningun detenimiento; porque yo vi á Grimanesa en tanta perficion como si viva fuese, donde está hecha por gran arte con su marido Apolidon, é su gran fermosura no iguala con la de Oriana; é en aquella cámara tan defendida á todas se hará fiesta de nuestras bodas.» Y el Rey le dijo: «Buen hijo, señor, liviano es á mi complir lo que pedis; mas he recelo que con ello pongamos alguna turbacion en esta fiesta, porque muchas veces contece, é todas las mas la grande aficion de la voluntad engañar los ojos, que juzgan lo contrario de lo que es; é así podria acaescer á vos con mi hija Oriana. — No tengais cuidado deso, dijo Amadís; que mi corazon me dice que así como lo digo se complirá. — Pues así os place, así sea,» dijo el Rey. Entonces se fué á su hija, que entre las reinas é las otras novias estaba, é díjole: «Mi hija, vuestro marido me demandó un don, é no se puede complir sino por vos; quiero que mi palabra hagais verdadera.» Ella fincó los hinojos delante dél y besóle las manos, é dijo: «Señor, á Dios plega que por alguna manera venga causa con

que os pueda servir, é mandad lo que os ploguiere, que así se fará si por mí complir se puede.» El Rey la levantó é la besó en el rostro, é dijo: «Hija, pues conviene que antes de comer sea por vos probado el arco de los leales amadores é la cámara defendida; que esto es lo que vuestro marido me pide.»

Cuando esto fué oido de toda aquella gente, á muchas plogo de ver que la prueba se ficiese, é á otras puso gran turbacion; que, como la cosa tan grave de acabar fuese, y tantas y tales en ella habian fallecido, bien pensaban que la gloria que acabándola se alcanzaba, que así en ella fallesciendo, se aventuraban menoscabo y vergüenza; mas, pues que vieron que el Rey lo mandaba é Amadís lo demandaba, no quisieron decir sino que se ficiese. Pues así como estaban salieron de la iglesia, é cabalgando llegaron al marco donde allí adelante á ninguno ni á ninguna era dada licencia de entrar, si dinos para ello no fuesen. Pues allí llegados, Melicia é Olinda dijeron á sus esposos que tambien querian ellas probar aquella aventura, de lo cual gran alegría en los corazones dellos vino, por ver la gran lealtad en que se atrevian; pero temiendo algun revés que venir les podiese, dijéronles que ellos estaban bien contentos é satisfechos en sus voluntades; é por lo que á ellos tocaba no tomasen en sí aquel cuidado. Mas ellas dijeron que lo habian de probar; que si en otra parte estoviesen, con alguna razon se podrian excusar dello; mas allí, donde ninguna bastaba, no querian que pensasen que por lo que en sí habian sentido lo habian dejado. «Pues que así es, dijeron ellos, no podemos negar que no recebimos en ello la mayor merced que de ninguna otra cosa que venir nos podiese.» Esto dijeron luego al rey Lisuarte é á los otros señores. «En el nombre de Dios, dijeron ellos, é á él plega que sea en tal hora, que con mucho placer se acreciente la fiesta en que estamos.» Allí descabalgaron todos é acordaron que entrasen delante Melicia é Olinda; é así se fizo, que la una tras la otra pasaron el marco, é sin ningun entrevalo fueron so el arco y entraron en la casa donde Apolidon é Grimanesa estaban; é la trompa que la imágen encima del arco tenia tañió muy dulcemente; así que todos fueron muy consolados de tal son, que nunca otro tal vieran, sino aquellos que ya lo habian visto é probado. Oriana llegó al marco é volvió el rostro contra Amadís é paróse muy colorada; é tornó luego á entrar, y en llegando á la mitad del sitio, la imágen comenzó el dulce son; é como llegó so el arco, lanzó por la boca de la trompa tantas flores é rosas en tanta abundancia, que todo el campo fué cubierto dellas; y el son fué tan dulce é tan diferenciado del que por las otras se fizo, que todos sintieron en sí tan gran deleite, que en tanto que durara tovieran por bueno de no partirse de allí; mas como pasó el arco, cesó luego el son. Oriana falló á Olinda é á Melicia, que estaban mirando aquellas figuras é sus nombres, que en el jaspe hallaron escritos; é como la vieron, fueron con mucho placer contra ella, é tomáronla entre sí por las manos é volviéronse á las imágines; é Oriana miraba con gran aficion á Grimanesa, é bien veia claramente que ninguna de aquellas, ni de las que fuera estaban, no era tan fermosa como ella; é mucho dudó en la prueba de la cámara, que para haber de entrar en ella la habia de sobrar en fermosura; é por su voluntad dejárase de la probar, que de lo del arco nunca en sí puso duda; que bien sabia el secreto enteramente de su corazon, cómo nunca fuera otorgado de amar sino á su amigo Amadís.

Así estovieron una pieza, y estovieran mas, sino por ser el dia tal, que las esperaba; é acordaron de salirse así todas tres juntas como estaban, tan contentas é tan lozanas, que á los que las atendian é miraban les paresció que habian gran pieza acrecentado en sus hermosuras, é bien cuidaron que cualquiera de ellas era bastante para acabar la aventura de la cámara; y esto causó, como digo, la gran alegría que en sí traian; que así como con ella toda fermosura es crecida, así, al contrario, con la tristeza se aflige é abaja. Sus tres maridos, Amadís é Agrájes é don Bruneo, que aquella aventura habian acabado, como ya el segundo libro desta historia vos lo ha contado, fueron contra ellas, lo cual ninguno de los que allí estaban podieran hacer; é como á ellas llegaron, la trompa comenzó el son é á echar las flores, que les daban sobre las cabezas, é abrazáronlas é besáronlas, é así todos seis se salieron. Esto hecho, acordaron de ir á la prueba de la cámara, mas algunas habia que gran recelo llevaban de lo no poder acabar. Pues llegando al sitio que en la sala del castillo estaba, Grasinda se llegó á Amadís é díjole: «Mi señor, como quiera que mi fermosura me ayude tanto que el deseo de mi corazon complir se pueda, no puedo forzar mi locura á que no desee probarse en esta entrada; que ciertamente nunca esta lástima de mí en ningun tiempo será partida, si se acaba sin que la pruebe; é como quiera que avenga, todavía me quiero aventurar.» Amadís, que en al no estaba pensando, sino en que todas la probasen antes que su señora, porque complida gloria sobre todas llevase, que della duda ninguna tenia de la no poder acabar, como de las otras tenia, le respondió é dijo: «Mi buena señora, no lo tengo yo esto que decis sino á grandeza de corazon en querer acabar lo que tantas fermosas han faltado, é así se faga.» Entonces la tomó por la mano é la pasó adelante, é dijo: «Señoras, esta señora muy hermosa se quiere aquí probar, é así lo debeis facer vosotras, señoras Olinda é Melicia; que á grau poquedad se debria tener, habiendo Dios repartido sobre vosotras tan extremada hermosura, que en cosa tan señalada por ningun temor la dejásedes de emplear, é podrá ser que por alguna de vos será acabada, é quitaréis á Oriana del gran sobresalto que tiene.» Esto decia él en lo público, mas todo era fingido; que bien sabia él, como dicho es, que por ninguna dellas se podia acabar sino por su señora, que nunca Grimanesa en su tiempo, ni despues á otra ninguna con muy gran parte, pudo llegar á la fermosura suya. Todas dijeron que así se ficiese; é luego Grasinda se encomendó á Dios, y entró en el sitio defendido, é con poca premia llegó al padron de cobre, é pasó adelante; é llegando cerca del padron de mármol, fué detenida; mas ella, con premia é gran corazon que allí mostró, mucho mas que de mujer se esperaba, llegó al de mármol; mas de allí fué tomada sin ninguna piedad por

los sus muy fermosos cabellos, y echada fuera del sitio tan desacordada, que no tenia sentido.

Don Cuadragante la tomó consigo, é aunque sabia cierto no ser de peligro aquel mal, no podia excusar de no le pesar mucho dello é haber gran piedad, que este caballero, como ya fuese en mas edad que mozo, é nunca su corazon hobiese cativado en amor de ninguna, desta estaba tan contento é tan enamorado, que pensaba que ninguno mas que él lo podia ser; que lo olvidado de antes con lo presente habian sobre él cargado de golpe; en tal manera, que no diera ventaja á ninguno de los que allí estaban en querer é amar á su señora. Pues luego llegó Olinda la mesurada, trayéndola Agrájes por la mano, que le daba gran esfuerzo, aunque no con mucha esperanza que en sí toviese, que el gran amor ni aficion dél á ella no le quitaba el conocimiento de ver que no igualaba á la fermosura de Grimanesa; pero bien pensó que llegaria con las mas delanteras; y llegando al sitio, dejóla de la mano, y ella entró é fuése derechamente al padron de cobre, é de allí pasó al de mármol, que nada sintió; mas, como quiso pasar, la resistencia fué tan dura, que por mucho que porfió no pudo mas de una pasada pasar mas adelante, é luego fué echada fuera, como la otra. Melicia entró con gentil continencia é lozano corazon, que así era ella muy lozana é muy fermosa, é pasó por los padrones ambos, tanto, que cuidaron todos que entraria en la cámara; é Oriana, que así lo pensó, fué toda demudada de pesar; mas llegando un paso mas que Olinda, luego fué tollida é sacada sin ninguna piedad, como las otras, tan desacordada como si muerta fuese; que así como mas adelante entraban, mucho mas la pena les era dada á cada una en su grado, é así se hacia á los caballeros antes que Amadís lo acabase. Las rabias que don Bruneo por ello hacia á muchos movian á piedad; mas á los que sabian el poco peligro que de allí redundaba, reíanse mucho de lo ver. Esto así fecho, llevó Amadís á Oriana, en quien toda la fermosura del mundo ayuntada era, y llegó al sitio con pasos muy sosegados y rostro muy honesto, é santiguóse é encomendóse á Dios, y entró adelante, é sin que nada sintiese pasó los padrones, é cuando á una pasada de la cámara llegó sintió muchas manos que la pujaban é tornaban atrás, tanto, que tres veces la volvieron hasta cerca del padron de mármol; mas ella no hacia sino con las sus muy fermosas manos desviarlos á un cabo é á otro, é parecíale que tomaba brazos é manos; é así con mucha porfía é gran corazon, é sobre todo su gran fermosura, que muy mas extremada era que la de Grimanesa, como dicho es, llegó á la puerta de la cámara muy cansada, é trabó de uno de los umbrales; entonces salió aquel brazo é mano que á Amadís tomó, é tomó á ella por la una mano, é oyó mas de veinte voces que muy dulcemente cantando dijeron: «Bien venga la noble señora, que por su gran beldad ha vencido la fermosura de Grimanesa, é hará campaña al caballero que, por ser mas valiente y esforzado en armas que aquel Apolidon, que en su tiempo par no tuvo, ganó el señorío desta ínsola, y de su generacion será señoreada grandes tiempos con otros grandes señoríos que desde ella ganarán.»

Entonces el brazo é la mano tiró, y entró Oriana en la cámara, donde se halló tan alegre como si del mundo fuera señora, é no tanto por su fermosura, como porque, seyendo su amigo Amadís señor de aquella ínsola, sin empacho alguno le podia facer compaña en aquella fermosa cámara, quitando la esperanza desde allí adelante de se venir á probar ninguna, por fermosa que fuese. Isanjo, el caballero gobernador de aquella ínsola, dijo entonces: «Señores, los encantamentos desta ínsola á este punto son todos deshechos, sin ninguno quedar; que así fué establecido por aquel que aquí los dejó; que no quiso que mas durasen de cuanto se hallasen señor é señora que estas aventuras acabasen, como estos señores lo han fecho; é sin embargo alguno pueden allí entrar todas las mujeres, así como lo facen los hombres despues que por Amadís acabada fué.» Entonces entraron los reyes é reinas, é todos los otros caballeros, é dueñas é doncellas cuantas allí estaban, é vieron la mas rica é mas sabrosa morada que nunca fué vista, é todas abrazaron á Oriana, como si por luengo tiempo no la hobieran visto; era tanto el placer é alegría de todos, que no tenian memoria de comer, ni de otra alguna cosa, sino de mirar aquella cámara tan extraña. Amadís mandó que luego fuesen en aquella gran cámara traidas las mesas, é así se fizo; é finalmente, los novios é noviás, é los reyes é los que allí cupieron, folgaron é comieron en la cámara, donde de muchos é diversos manjares, é frutas de muchas maneras, é vinos, fueron muy bien servidos. Pues venida la noche, despues de cenar en aquel muy fermoso destajo de la cámara que ya vos dijimos en el libro segundo, que era muy mas rico que todo lo otro, y era apartado de la pared de cristal, ficieron la cama para Amadís é Oriana, donde albergaron; é al Emperador é los otros caballeros con sus mujeres por las otras cámaras, que muchas é muy ricas las habia, donde cumpliendo sus grandes é mortales deseos, por razon de los cuales muchos peligros é grandes afanes habian sofrido, hicieron dueñas á las que no lo eran, é las que lo eran no menos placer que ellas hobieron con sus muy amados maridos.

CAPITULO XLV.

De cómo Urganda la Desconocida juntó todos aquellos reyes é caballeros cuantos en la ínsola Firme estaban, é las grandes cosas que les dijo, pasadas é presentes é por venir, é cómo al cabo se partió.

Cuenta la historia que, pasadas estas grandes fiestas de las bodas que en la ínsola Firme se ficieron, Urganda la Desconocida rogó á los reyes que mandasen juntar á todos los caballeros é dueñas é doncellas, porque delante dellos les queria decir la causa é razon de su venida; lo cual mandaron que así se ficiese. Pues todos juntos en una gran sala del alcázar, Urganda se asentó aparte, teniendo por las manos aquellos sus dos donceles, é cuando todos callaban, estando esperando lo que diria, dijo: «Mis señores, yo supe, sin que me fuese dicho, esta tan gran fiesta sobre tantas muertes é pérdidas que por vos han pasado; é Dios es testigo, si algo ó todo de aquellos males por mí podieran ser remediados, que por ningun trabajo de mi persona dejara de poner en

ello mis fuerzas; mas como de aquel alto Señor prometido estoviese, fué en mí con su gracia de lo saber, mas no de lo remediar, porque lo que por él es ordenado, sin él ninguno es poderoso de lo desviar; é pues con mi presencia el mal excusar no se podia, acordé con ella de crescer en el bien como yo cuido, segun el gran amor que con muchos de vosotros tengo y el que me teneis, é tambien por declarar algunas cosas que antes de agora vos dije por encobiertas vias, así como lo acostumbro facer; é creais que verdad vos dije, como en otras cosas que de mí algunas veces de antes habeis oido.» Entónces miró contra Oriana é dijo: «Mi buena señora é fermosa novia, bien se vos debe acordar que estando yo con el Rey vuestro padre é la Reina vuestra madre en la su villa de Fenusa, acostada con vos en vuestra cama, me rogastes que os dijese lo que os habia de acaescer, é yo vos rogué que saber no lo quisiésedes; pero porque conoscí vuestra voluntad, vos dije cómo el leon de la ínsola Dudada habia de salir de sus cuevas, é de sus grandes bramidos se espantarian vuestros aguardadores; así que, él se apoderaria de las vuestras carnes, con las cuales daria á su gran hambre descanso; pues esto claro se debe conoscer que este vuestro marido muy mas fuerte é mas bravo que ningun leon salió desta ínsola, que con mucha razon Dudada se puede llamar, donde tantas cuevas é tan escondidas tiene, é con sus fuerzas é grandes voces su flota de los romanos que os aguardaban, desbaratada é destrozada; así que, vos dejaron en sus fuertes brazos, é se apoderó de esas vuestras carnes, como todos vieron, sin las cuales nunca su rabiosa hambre se pudiera contentar ni hartar; é así conosceréis que en todo vos dije verdad.»

Entonces dijo contra Amadís: «Pues vos, buen señor, bien claro conoceréis ser verdad todo lo que á esta sazon vos dije, en que vuestra sangre daríades por la ajena, cuando en la batalla de Ardan Canileo el Dudado la distes por vuestros amigos el rey Arban de Norgales é Angriote de Estravaus, que presos estaban; pues la vuestra buena espada, cuando la vistes en manos de vuestro enemigo, con que revolvia vuestra carne é huesos, bien la quisiérades antes ver en algun lago donde nunca pareciera; pues el galardon que desto se os siguió ¿cuál fué? Por cierto no otro sino saña é gran enemistad que redundó de la ínsola de Mongaza, que á la sazon ganastes, entre vos y el rey Lisuarte, que presente está, como todos muy claro han visto; que esta ganancia vos dije que sacaríades dello. Pues las cosas que vos escrebí á vos, muy virtuoso rey Lisuarte, al tiempo que ese muy fermoso doncel Esplandian, vuestro nieto, en la floresta hallastes, cazando, con la leona, bien las ternéis en la memoria, é de lo que dije, que es ya pasado, veréis que lo supe porque fué criado de tres amas muy desvariadas, así como la leona é la oveja é la mujer, que todas leche le dieron. Tambien vos fice saber que este doncel pornia paz entre vos é Amadís; esto dejo que se juzgue por vos é por él, cuánta saña, cuánto rigor y enemistad ha quitado de vuestras voluntades la su graciosa é gran fermosura, é cómo por su causa é gran discrecion fuistes de Amadís socorrido en el tiempo que otra cosa sino la muerte esperábades. Pues si tal servicio como este era digno de quitar enemistad é atraer amor, déjolo á estos señores que lo juzguen; pues en las otras cosas, que en su tiempo sucederán, así como la carta vos mostró, quede para los que vivieren que las juzguen; que por lo pasado podrán creer lo porvenir, como cosa ante de mí sabida. Otra profecía vos dije, muy mayor que ninguna destas, en que se contiene todo lo que os acaeció en el entregar de vuestra hija Oriana á los romanos, é los grandes males é crueles muertes que dello se siguieron, la cual, por vos no traer á la memoria en dias que tanto placer se debe tomar, cosa de que congoja é enojo hayais, la dejo para los que la ver quisieren en el libro segundo: por ella verán claramente ser acaescidas todas las cosas en ella contenidas é dichas por mí primero. Agora, que vos he dicho las cosas pasadas, quiero que sepais lo presente, de que sabiduría no habeis.» Entonces tomó por las manos á los hermosos donceles Talanque é Maneli el mesurado, que así habia nombre, é dijo contra don Galaor y el rey Cildadan: «Mis buenos señores, si algunos servicios é socorros para vuestras vidas de mí recebistes, yo me doy por contenta del galardon que tengo; que harta gloria será para mí, pues que en mi propia persona ninguna generacion engendrar se puede, que fuese yo causa que de las ajenas tan hermosos donceles nasciesen como aquí veis que tengo; que sin duda podeis creer, si Dios los deja llegar á edad de ser caballeros é lograr su caballería, ellos farán tales cosas en su servicio y en mantener verdad é virtud, que no solamente serán perdonados aquellos que contra el mandamiento de la santa Iglesia los engendraron, é á mí, que lo causé, mas sus méritos é merecimientos serán tan crescidos, que así en este mundo como despues en el otro alcanzarán gran descanso en sus personas é ánimas; y porque las cosas que destos donceles sucederán, por mucho que yo dijese no les fallaria cabo, déjolas para su tiempo, que no será muy tardío, segun en la disposicion que la edad de sus personas está.»

Entonces dijo contra Esplandian: «Tú, muy hermoso bienaventurado doncel, Esplándian, que en gran fuego de amor fuiste engendrado por aquellos de quien muy gran parte dello heredaste, sin que de lo suyo solo un punto les falleciese, que la tu tierna é simple edad agora encubierto tiene, toma este doncel Talanque, hijo de don Galaor, y este Maneli el mesurado, hijo del rey Cildadan, é ámalos así al uno como al otro; que aunque por ellos á muchas afrentas peligrosas serás puesto, ellos te socorrerán en otras que ningun otro par á ello bastaria; y esta gran serpiente que aquí me trajo dejo yo para tí, en la cual serás armado caballero con aquel caballo é armas que en sí ocultas y encerradas tiene, con otras cosas extrañas que en la órden de tu caballería al tiempo que se ficiere manifiestas serán. Esta sierpe será guia en la primera cosa que el tu muy fuerte corazon dará señal de su alta virtud; esta, entre grandes tempestades é fortunas, sin peligro alguno, pasará á tí é á otros muchos del tu gran linaje por la gran mar, donde con grandes afruentas é trabajos pagaréis al Señor del mundo algo de la gran merced que dél recebistes; y en muchas partes el tu nombre no será conocido sino por caballero de la Gran Serpiente, é así andarás por largos dias sin ningun reposo haber;

que, demás de las afruentas peligrosas que por tí pasarán, tu espíritu será en toda aflicion é gran cuidado puesto por aquella que las siete letras de la tu siniestra parte, encendidas como fuego, serán leidas é entendidas, é aquel gran encendimiento é ardor que fasta allí han poseido traspasará sus entrañas de tanto fuego, que nunca será amatado fasta que las grandes nubadas de los cuervos merinos pasen de la parte de oriente por encima de las bravas ondas de la mar, é pongan en tan gran estrechura al gran aguilocho, que aun en el su estrecho albergue guarescer no se atreva; y el orgulloso falcon neblí, mas preciado é fermoso que todas las cazadoras aves, junte á sí muchos de su linaje é otras aves que lo no son; é venga en su socorro, é faga tan gran destruicion en los merinos cuervos, que todo aquel campo quede cubierto de su pluma, é muchos dellos perezcan con sus muy agudas uñas, é otros sean afogados en el agua, donde del fuerte neblí y de los suyos serán alcanzados. Estonces el gran aguilocho sacará la mayor parte de sus entrañas, é ponerla ha en las agudas uñas del su ayudador, con que le fará perder y cesar aquella rabiosa hambre que de gran tiempo muy atormentado le ha tenido, é faciéndole poseedor de todas sus selvas é grandes montañas, será retraido en el alcandara del árbol de la santa huerta. A este tiempo esta gran serpiente, cumpliéndose en ella la hora limitada por la mi gran sabiduría, delante todos será sumida en la gran mar, dando á entender que á tí, mas en la tierra firme que en la movible agua, te conviene pasar al venidero tiempo.»

Esto dicho, dijo á los reyes é caballeros: «Buenos señores, á mí conviene ir á otra parte donde excusar no me puedo; pero al tiempo que Esplandian será en disposicion de recebir caballería, é todos estos donceles que junto con él la tomarán, bien sé que á aquella sazon, por un caso que á vos es oculto, seréis aquí juntos muchos de los que agora aquí estáis; é aquel tiempo yo verné, y en mi presencia se fará aquella gran fiesta de los noveles, é vos diré muy grandes é maravillosas cosas de las que adelante vernán; é á todos amonesto que ninguno en sí tome tal osadía de se llegar á la serpiente fasta que yo vuelva; si no, todos los del mundo no le quitarán de perder la vida. E porque vos, mi señor Amadís, teneis aquí preso aquel malo é de malas obras Arcalaus, que se llama el Encantador, é con su mala sabiduría, que nunca fué sino para dañar, vos podria empecer, tomad estos dos anillos, uno será vuestro é otro de Oriana, que mientra en las manos los trajérdes, ninguna cosa que por él se faga vos podrá empecer, ni á otro alguno de vuestra compaña, ni sus encantamentos ternán fuerza ninguna mientra preso lo toviérdes; é dígovos que lo no mateis, porque con la muerte no pagaria nada de los males por él fechos; mas que lo pongais en una jaula de fierro, donde todos lo vean, é allí muera muchas veces; que muy mas dolorosa es la muerte que á la persona viva deja, que no con la que del todo muere y fenesce.» Entonces dió los anillos á Amadís é á Oriana; que eran los mas ricos é mas extraños que nunca fueran vistos. Amadís le dijo: «Mi señora, ¿qué puedo yo hacer que vuestra voluntad sea, en pago de tantas honras é mercedes que de vos recibo?—No, nada, dijo ella; que todo cuanto he fecho é ficiere de aquí adelante me lo pagastes al tiempo que mi saber aprovechar no me podia, é me restituistes aquel muy fermoso caballero, que es la cosa del mundo que yo mas amo, aunque él lo hace á mí al contrario, cuando por fuerza de armas vencistes los cuatro caballeros en el castillo de la Calzada, donde me lo tenian, é despues al señor del castillo en la sazon que fecistes caballero á don Galaor, vuestro hermano; é así como con aquel gran beneficio esta mi vida, que sin él sostener no se podiera, fué reparada, así será puesta todos los dias que el Señor muy poderoso en este mundo la dejare por las cosas de vuestro acrecentamiento.» Entonces mandó que le trajesen su palafren, é todos aquellos señeres la pusieron en la ribera de la mar, donde sus enanos é batel halló; pues despedida de todos, entró en él, é viéronla cómo á la gran serpiente se tornó, é luego el fumo fué tan negro, que por mas de cuatro dias nunca pudieron ver ninguna cosa de lo que en él estaba; mas en cabo de ellos se quitó, é vieron la serpiente como de antes. De Urganda no supieron qué se fizo.

Esto así fecho, tornáronse aquellos señores á la ínsola á sus juegos é grandes alegrías que en aquellas bodas se ficieron; finalmente, todas las cosas despachadas, el Emperador demandó licencia á Amadís, porque, si le ploguiese, queria con su mujer tornarse á su tierra á reformar aquel gran señorío que despues de Dios él le habia dado, é que se fuese con él don Florestan, rey de Cerdeña, é que luego le entregaria todo el señorío de Calabria, como lo él mandó, é de lo otro partiria con él como con hermano verdadero; lo cual así se fizo; que despues que este Arquisil, emperador de Roma, llegó en su gran imperio, de todos con mucho amor fué recibido, é siempre tovo en su compañía á aquel esforzado é valiente caballero don Florestan, rey de Cerdeña é príncipe de Calabria, por el cual así él como todo el imperio fué acrecentado é honrado, así como adelante vos contarémos. Despedido este emperador de Amadís, ofresciéndole su persona é señorío á su querer á mandado, llevando consigo á su mujer, que mas que á sí mismo amaba, é á aquel muy noble y esforzado caballero Florestan, que en igual de hermano le tenia, é á la muy fermosa reina Sardamira, é haciendo llevar el cuerpo del emperador Patin é de aquel muy esforzado caballero don Floyan, que en el monesterio de Luvaina estaban, que por mandado del rey Lisuarte allí habian puesto, y el del príncipe Salustanquidio, que al tiempo que Amadís é sus compañeros trajeron allí á la ínsola Firme á Oriana, lo mandó muy honradamente poner en una capilla para en su tierra les dar las sepolturas que á su grandeza convenia, é á todos los romanos que presos en la ínsola Firme habian estado. Entrado en la gran flota que el emperador Patin en el puerto de Vindilisora habia dejado, que allí mandó venir, se volvio á su imperio. Todos los otros reyes é señores aderezaron para se ir á sus tierras; pero antes de su partida acordaron de dar órden cómo aquellos caballeros que habian de ir á ganar aquellos señoríos de Sansueña, é del rey Arábigo, é la Profunda Insula, fuesen con tal recaudo, que sin contraste alguno acabasen lo que les convenia.

Amadís habló con el rey Lisuarte, diciéndole que creia, segun el tiempo habia estado fuera de su tierra, que recebia alguna congoja; que si así era, le pedia por merced que por él mas no se detoviese. El Rey le dijo que antes allí habia descansado con mucho placer, pero que ya era razon de se hacer como lo él decia; y que si para aquello que aquellos caballeros iban su ayuda fuese menester, que de grado gela daria. E Amadís gelo agradeció mucho é le dijo que, pues los señores estaban presos, que no seria menester mas aparejo de la gente que con el rey Perion, su señor, allí quedaba, é que si caso fuese que lo suyo fuese necesario, que como de su señor, á quien todos habian de servir, é para ello aquello se ganaba, lo tomaria. El Rey le dijo que pues así le parecia, que luego acordaba de se partir; pero antes hizo juntar todos aquellos señores é señoras en la gran sala, porque les queria fablar. Pues estando todos juntos, el rey Lisuarte dijo al rey Cildadan: «La gran lealtad vuestra, que en las cosas pasadas de muchos peligros é congojas me sacó, aquella me atormenta é aflige, por no saber alcanzar en qué satisfacer se pueda; é si la igualeza del galardon que su gran merecimiento merece se hobiese de dar, en balde seria buscarlo, pues que hallar no se podria; é viniendo á lo posible que es en mi mano, digo que así como vuestra noble persona, por lo que á mi servicio tocó, fué puesta en muchas afruentas, así esta mia, con todo lo que debajo de su señorío está, será con voluntad entera presta á complir las cosas que á vuestra honra sean, dejándoos desde hoy en adelante el vasallaje que la contraria fortuna vuestra á mi señorío sometió, para que aquello que hasta aquí con premia se hacia, de aquí adelante, si vuestro placer fuere, sin ella, como entre buenos hermanos, se faga.» El rey Cildadan le dijo: «Si esto se debe agradecer ó no, déjolo que lo juzguen aquellos que tovieron por alguna premia causa de seguir mas la voluntad ajena que la suya, por donde siempre congoja é sospiros les acompañaron. E podeis, mi señor, creer que la voluntad que hasta aquí con desamor por fuerza teníades, que de aquí adelante con amor é mucha mas gente é mas obediencia é acatamiento os seguirá en las cosas que mas agradables vos fueren, y esto quede para el tiempo en que la experiencia lo pueda mostrar.» Todos aquellos grandes señores tovieron á gran virtud lo que el rey Lisuarte fizo, é mucho gelo loaron; mas sobre todos fué don Cuadragante, que nunca en al pensaba sino en cómo aquella lástima y desventura tan grande que sobre aquel reino estaba, donde él natural era, y en otros tiempos muy honrado é señoreado sobre otros fuera, fuese quitada de aquella tan grande é deshonrada servidumbre. El rey Lisuarte le preguntó qué era su voluntad de facer, porque él acordaba de se volver á su tierra. El respondió que, si le ploguiese, quedaria allí para dar órden cómo su tio don Cuadragante fuese á ganar el señorío de Sansueña, aunque si menester fuese, que iria con él. El Rey le dijo que decia bien, é que le placia que se ficiese, é si alguna de su gente hubiese menester, que luego gela enviaria. El gelo agradesció muchó, é dijo que bien creia que bastaba la que de allí podian enviar, pues que Barsinan estaba preso.

Con esto se partió el rey Lisuarte é su compaña. Amadís é Oriana fueron con él, aunque él no quiso, cerca de una jornada, donde se volvieron á dar órden en aquello que habeis oido, lo cual se concertó en esta manera: que por cuanto el reino del rey Arábigo era comarcano al señorío de Sansueña, que don Cuadragante é don Bruneo fuesen juntos, é luego al comienzo ganasen lo que en mejor disposicion é menos fuerte fuese, y que lo otro seria mas ligero de conquerir. Y don Galaor dijo que él se queria ir, é que Dragonis, su primo, se fuese con él, pues que ya á poco tiempo podria tomar armas; que él con todo lo mas que de su reino haber podiese queria ayudarle á ganar aquella Profunda Insola; é don Galvánes le dijo que tambien queria él hacer aquel mismo viaje, é que de la ínsola de Mongaza sacaria para ello buena gente. Con este acuerdo se partió don Galaor con aquella muy fermosa reina Briolanja, su mujer, é Dragonis con ellos, é don Galvánes é Madasima á su tierra, para aderezar lo mas presto que podiesen para aquel camino. Agrájes, aunque mucho fué rogado que quedase en la ínsola Firme con Amadís, no lo quiso facer; antes dijo que iria con don Bruneo con la gente del Rey su padre, é que no se partiria dél fasta que en paz rey lo dejase, é así lo fizo don Brian de Monjaste con don Cuadragante é todos los otros caballeros que allí se fallaron, en especial el bueno y esforzado de Angriote de Estravaus, que nunca por cosas que Amadís le dijo porque se fuese á reposar á su tierra, le podo quitar de no ir con don Bruneo de Bonamar. Todos estos, con armas nuevas é corazones esforzados, llevando consigo la gente de España, é la de Escocia, é de Irlanda, y del marqués de Troque, padre de don Bruneo, é la de Gaula, é la del rey de Bohemia, é otras muchas compañas que allí de otras partes les vinieron, entráron en una gran flota, rogando todos mucho á Grasandor que con Amadís quedase para le facer compañía, el cual contra su voluntad quedó, que mas quisiera facer aquel camino; pero no estovo de balde, ni Amadís tampoco; que muchas veces salieron é acabaron grandes cosas en armas, quitando muchos tuertos é agravios que á dueñas é á doncellas se facian, é á otras personas que por sus manos ni facultad no se podian valer, de que fueron requeridos, así como la historia os lo contará adelante.

El rey Cildadan, como mucho amase á don Cuadragante, porfió de ir con él cuanto pudo, mas él no lo consintió en ninguna guisa; antes le rogó que por su amor luego se fuese á su reino, por dar alegría é consolar á la Reina su mujer é á todos los suyos con las buenas nuevas que llevaban; que bien podia decir que si haciendo enteramente su deber habia su libertad perdido, que así cumpliendo con su honra á lo que obligado era, por la promesa é jura que fizo la habia ganado. Gastíles, sobrino del emperador de Constantinopla, habia enviado toda su gente con el marqués Saluder, y quedó él por ver el cabo de aquel negocio en qué paraba, porque al Emperador su señor contar lo sopiese por entero; é como esto vió que se facia, habló con Amadís é díjole que mucho le pesaba por no tener aparejo de gente para ayudar aquellos caballeros en tal jornada; pero que si él por bien lo toviese,

que él iria con su persona é con algunos de los que le habian quedado. Amadís le dijo : «Mi señor, bastar debe lo fecho, que por causa de vuestro tio é vuestra soy puesto en tanta honra como veis, é á Dios plega, por la su merced, que me llegue á tiempo que gelo yo sirva, é vos, mi señor, partíos luego, é besadle las manos por mí, é decidle que todo cuanto se ganó en esto pasado lo ganó él, é que siempre será á su servicio é de quien él mandare ; é tambien vos comiendo que beseis las manos por mí á la muy fermosa Leonorina é á la reina Menoresa, é decildes que yo cumpliré lo que les prometí, y les enviaré un caballero de mi linaje, de que muy bien se podrán servir.—Eso creo yo bien, dijo Gastíles; que tantos hay en él, que para todo el mundo podrian bastar.» Con esto se despidió, é se metió en su nave, donde por agora no se cuenta mas dél hasta su tiempo.

Concertado é aparejado lo que oido habédes, movió la gran flota del puerto por la mar con todos aquellos caballeros, con aquel esfuerzo que sus grandes corazones les solian dar en las otras afruentas. Amadís quedó en la ínsola Firme, é Grasandor con él, como dicho es; é con Oriana quedaron Mabilia, é Melicia, é Olinda, é Grasinda, rogando á Dios que ayudase á sus maridos. El rey Perion é la reina Elisena, su mujer, se tornaron á Gaula. Esplandian y el rey de Dacia é los otros donceles quedaron con Amadís, esperando el tiempo de ser caballeros, é Urganda la Desconocida, que lo habia de ordenar, como lo prometió é lo dijo.

Mas agora deja la historia de hablar de aquellos caballeros que iban á ganar aquellos señoríos, é de todas las otras cosas, por contar lo que le avino á Amadís á cabo de algun tiempo que allí estovo.

CAPITULO XLVI.

Cómo Amadís se partió solo con la dueña que vino por la mar por vengar la muerte del caballero muerto que en el barco traia, y de lo que le avino en aquella demanda.

Así como habédes oido quedó en la ínsola Firme Amadís con su señora Oriana al mayor vicio é placer que nunca caballero estovo, de lo cual no quisiera él ser apartado porque del mundo le ficiesen señor; que así como estando ausente de su señora las cuitas é dolores é congojas de su apasionado corazon sin comparacion le atormentaban, no fallando en ninguna parte reparo ni descanso alguno, así extremadamente se tornaba todo lo al contrario estando en su presencia, viendo aquella su gran fermosura, que par no tenia, é así se le fueron todas las cosas pasadas de la memoria, que en al no tenia mientes salvo en aquella buena ventura en que entonces se veia. Pero como en las cosas perecederas deste mundo no haya ni se pueda fallar ningun acabado bien, pues que Dios no lo quiso ordenar, que cuando aquí pensamos ser llegados al cabo de nuestros deseos, luego en punto somos atormentados de otros tamaños ó por ventura mayores, á cabo de algun espacio de tiempo, Amadís tornando en sí, conociendo que ya aquello por suyo sin ningun contraste lo tenia, comenzó á acordarse de la vida pasada, cuánto á su honra é prez fasta allí habia seguido las cosas de las armas, é cómo estando mucho tiempo en aquella vida se podria escurecer é menoscabar su fama; de manera que era puesto en grandes congojas, no sabiendo qué facer de sí, é algunas veces lo fabló con mucha homildad con Oriana, su señora, rogándola muy afincadamente le diese licencia para salir de allí é ir á algunas partes donde creia que seria menester su socorro; mas ella, como se viese en aquella ínsola apartada de su padre y madre y de toda su naturaleza, é otra consolacion no toviese ni compañía sino á él para satisfacer su soledad, nunca otorgárgelo quiso, antes siempre con muchas lágrimas rogaba que diese algun descanso á su cuerpo de los trabajos que fasta allí habia pasado, é asimismo diciéndole que se le acordase cómo aquellos sus amigos eran idos á tan gran peligro de sus personas é gentes como por ganar aquellos señoríos se les podria recrecer, é que si algun contraste allá hobiesen, que estando allí muy mejor que de otra parte les podria socorrer; y con esto é otras cosas muchas de grandes amores trabajaba por le detener. Mas como muchas veces se vos ha dicho en esta historia, que las entrañas deste caballero desde su niñez fueron encendidas de aquel gran fuego de amor, que desde el primero dia que la comenzó á amar le vino, é junto con esto, el gran temor de ninguna cosa la enojar ni pasar su mandamiento, por bien ni por mal que le avenir podiese, con muy poca premia, aunque su deseo gran congoja pasase, era detenido.

Pues ya determinado á complir lo que su señora le mandaba, acordó con Grasandor que en tanto que algunas nuevas de la flota les venian, que de allí fuera saliesen á correr monte é andar á caza por dar algun ejercicio á sus personas, lo cual luego fué aparejado; é salian con sus monteros é canes fuera de la ínsola; que, como se ha os dicho en este libro, habia los mejores montes é riberas de osos é puercos y venados, é otras muchas animalías, é aves de rio, que en otra tanta parte hallar se podiesen ; é cazaban mucho dello, con que á las noches se acogian á la ínsola con gran placer, así dellos como dellas, y esta vida tovieron por algun espacio de tiempo. Pues así acaesció, que estando un dia Amadís en una armada en la halda de aquella montaña, cerca de la ribera de la mar, esperando algun puerco ó bestia fiera, teniendo por la trailla un muy hermoso can, que él mucho amaba, miró contra la mar é vió de lueñe venir un batel la via donde él estaba; é cuando mas cerca fué vió en él una dueña é un hombre que lo remaba, é porque le pareció que debia ser alguna cosa extraña, dejó la armada donde estaba, é fuése con su can por la cuesta abajo, colando entre las grandes matas sin que alguno de su compaña le viese; é llegando á la ribera, falló que la dueña é aquel hombre que con ella venia sacaban arrastrando del batel un caballero muerto, armado de todas armas, é le pusieron en tierra, é su escudo cabe él. Amadís, como á ellos llegó, dijo : «Dueña, ¿quién es ese caballero é quién lo mató?» La dueña volvió la cabeza, é aunque con paños de monte lo vió, como los caballeros en tal auto andar suelen, é solo, luego conoció que era Amadís, é comenzó á romper sus tocas é vestiduras, faciendo muy gran duelo é diciendo : «¡Oh señor Amadís de Gaula! acorred á esta triste sin ventura por lo que debeis á caballe-

ría, é porque estas mis manos os sacaron del vientre de vuestra madre, é ficieron el arca en que en la mar fuistes echado porque la vida se salvase de aquella que vos parió; acorredme, Señor, pues que para acorrer é remediar los atribulados é corridos en este mundo nascistes, en tanta amargura como sobre mí es venida.» Amadís hobo muy gran duelo de la dueña, é como le oyó aquellas palabras, miróla mas que antes, é luego conoció que era Darioleta, la que se falló con la Reina su madre al tiempo que él fué engendrado é nacido, de lo cual mucho mas el dolor le creció; y llegóse á ella, é quitándole las manos de los cabellos, que la mayor parte dellos eran blancos, le preguntó qué cosa era aquella por que así lloraba é tan duramente sus cabellos mesaba; que gelo dijese luego, y que no dejaria de poner su vida al punto de la muerte porque su gran pérdida reparada fuese. La dueña cuando esto le oyó fincóse delante dél de hinojos é quísole besar las manos, mas él no gelas quiso dar, y ella le dijo: «Pues, Señor, cumple que, sin á otra parte ir donde algun estorbo hayais, entreis luego comigo en este batel, é yo vos guiaré donde mi cuita remediar se puede, é por el camino la mi desventura os contaré.» Amadís, como tan aquejada la vió é con tanta pasion, bien creyó que la dueña habia pasado por gran afruenta; é como desarmado se viese, sino solamente de la su muy buena espada, y que si por sus armas enviase, Oriana lo deternia, de manera que no podria ir con la dueña, acordó de se armar de las armas del caballero muerto, é así lo fizo, que mandó á aquel hombre que lo desarmase, é armase á él, lo cual luego fué hecho; é tomando la dueña consigo y el hombre que remaba, se metió prestamente en el batel, y queriendo partir de la ribera, acaso llegó un montero de los de su compaña, que iba tras un venado que iba herido, y se le acogiera á aquella parte que las matas eran muy mas espesas, al cual, cuando Amadís lo vió, llamólo é díjole: «Di á Grasandor cómo yo me voy con esta dueña que aquí agora aportó, y que le demando perdon; que la gran pérdida é priesa suya me quita que no lo pueda hablar ni ver, y que le ruego que faga enterrar este caballero, y me gane perdon de Oriana, mi señora, porque sin su mandado fago este viaje; crea que no he podido hacer al que gran vergüenza no me fuese.» E dicho esto, partió el batel de la ribera á la mas priesa que llevar se pudo, é andovieron todo aquel dia é la noche por la via que allí la dueña habia venido.

En este comedio preguntó Amadís á la dueña que le dijese la priesa é afruenta en que estaba, para que su acorro tanto habia menester, la cual, llorando muy agramente, le dijo: «Mi señor, vos sabréis que al tiempo que la Reina vuestra madre partió de Gaula para ir á esta vuestra ínsola á las bodas vuestras y de vuestros hermanos, ella envió un mensajero á mi marido é á mi á la pequeña Bretaña, donde por su mandado estamos por gobernadores, por el cual nos mandó que en viendo su carta nos viniésemos tras ellos á la ínsola Firme, porque no era razon que tales fiestas sin nosotros pasasen; y esto lo causó la su gran nobleza y el mucho amor qué nos tiene, mas que nuestros merecimientos. Pues habido este mandamiento, luego mi marido y aquel desventurado de mi fijo que allá dejamos muerto, cuyas son esas armas que llevais, é yo entramos con buena compaña de servidores en la mar en una nave asaz grande; é navegando su tiempo, el cual, por la nuestra contraria fortuna, se mudó de tal manera, que nos fizo desviar de la via que traiamos gran parte, é nos trajo á cabo de dos meses y de muchos peligros que con aquella gran tormenta nos sobrevinieron, una noche por gran esfuerzo del viento á la ínsola de la Torre Bermeja, donde es señor della el gigante llamado Balan, mas bravo y mas fuerte que ningun gigante de todas las ínsolas; é como al puerto llegamos, no sabiendo en qué parte éramos arribados, cuanto alguna pieza nos detovimos por guarecer allí en aquel puerto, luego en la hora gentes de la ínsola en otras fustas nos cercaron, de manera que fuimos todos presos y tenidos allí fasta la mañana que al gigante nos llevaron, el cual como nos vió preguntó si venia entre nos algun caballero. Mi marido le dijo que sí, que él lo era, é aquel otro que cabe él estaba que era su fijo.—Pues, dijo el Gigante, conviene que paseis por la costumbre de la ínsola.—Y ¿qué costumbre es? dijo mi marido.—Que os habeis de combatir comigo uno á uno, dijo el Gigante, é si cualquier de vos os podiérdes defender una hora, seréis libres y toda vuestra compaña; é si fuérdes vencidos, en aquella hora seréis mis presos; pero quedaros ha alguna esperanza á vuestra salud si como buenos probáredes todas vuestras fuerzas; mas si por ventura vuestra cobardía fuere tan grande que en esta aventura de tomar la batalla no vos deje poner, seréis metidos en una cruel prision, donde pasaréis grandes angustias en pago de haber tomado órden de caballería, teniendo en mas la vida que la honra ni las cosas que para tomar jurastes. Agora vos he dicho toda la razon de lo que aquí se mantiene; escoged lo que mas vos agradare.—Mi marido le dijo:—La batalla queremos; que de balde traeriamos armas si por espanto de algun peligro dejásemos de facer con ellas aquello para que fueron establecidas. Mas ¿qué seguridad ternémos, si fuéremos vencedores, que nos será guardada la ley que decis?—No hay otra, dijo el Gigante, sino mi palabra, que por mal ni por bien nunca á mi grado quebrada será; antes me consentiré quebrar por el cuerpo, é así lo tengo hecho jurar á un mi fijo que aquí tengo, é á todos mis servidores é vasallos.—En el nombre de Dios, dijo mi marido, hacedme dar mis armas é mi caballo, é á este mi fijo tambien, é aparejadvos para la batalla.—Eso, dijo el Gigante, luego será fecho.—Pues así fueron armados ellos y el Gigante, y puestos á caballo en una gran plaza que está entre unas peñas á la puerta del castillo, que es muy fuerte.

»Entonces el malaventurado de mi fijo rogó tanto á su padre, que á mal de su grado le otorgó, la primera justa, en la cual fué del Gigante tan duramente encontrado, que así á él como al caballo derribó tan crudamente, que el uno y el otro á un punto perdieron la vida. Mi marido fué para él y encontróle en el escudo, mas no fué sino como dar en una torre; y el Gigante llegó á él, é trabóle tan recio por el un brazo, que, como quiera que él sea dotado de alta fuerza, segun su grandeza de cuerpo y de edad, así lo sacó de la silla como si un niño fuera. Esto fecho, mandó dejar á mi

fijo muerto en el campo, é á mi marido é á mí, é una nuestra fija que traiamos para que sirviese á Melicia, vuestra hermana, nos hizo llevar suso al alcázar, é á nuestra compaña mandó meter en una prision. Cuando yo esto vi comencé, como mujer fuera de sentido, que así lo estaba en aquella hora, á dar gritos muy grandes y decir: —¡Oh rey Perion de Gaula! agora fueses tú aquí ó alguno de tus fijos, que bien me cuidaria contigo ó con cualquier dellos salir desta tan gran tribulacion.—Cuando el Gigante esto oyó dijo:—¿Qué conocimiento tienes tú con ese rey? ¿Es este por ventura el padre de uno que se llama Amadís de Gaula?—Sí es, por cierto, dije yo; é si cualquier dellos aquí estoviese no serias poderoso de me facer ningun desaguisado; que ellos me ampararian como aquella que todos mis dias gasté y despendí en su servicio.—Pues si tanta fianza en ellos tienes, dijo él, yo te daré logar que llames aquel que te mas agradare; é mas me placeria que fuese Amadís, que tan preciado es en el mundo, porque este mató á mi padre Madanfabul en la batalla del rey Cildadan y del rey Lisuarte, cuando so el brazo fuera de la silla al mesmo rey Lisuarte llevaba é se iba con él á las barcas; y este Amadís, que á la sazon Beltenebros se llamaba, lo siguió, é como quiera que en defensa de su señor y de los de su parte pudo herir, sin que mi padre le viese, á su salvo, no se le debe contar á gran esfuerzo ni valentía, ni á mi padre á gran deshonra; é si deste, que tan famoso es é tanto has servido, te quieres valer, toma aquel barco con un marinero que yo te daré para le guiar, é búscalo, é porque mas su saña é gana de te vengar se encienda, llevarás aquel caballero tu fijo armado é muerto como está, é si él te ama como tú piensas, y es tan esforzado como todos dicen, veyendo esta tu gran lástima, no se excusará de venir.—Cuando yo esto le oí díjele: —Si yo fago lo que dices, é trayo aquel caballero á aquesta tu ínsola, ¿por dónde será cierto que le manternás verdad?—Deso, dijo, no tengas ni él tenga cuidado; que aunque en mí haya otras cosas de mal y de soberbia, esto he mantenido é manterné todo el tiempo de mi vida, de antes la perder que mi palabra fallezca de aquello que prometiere, la cual yo te doy para cualquiera caballero que contigo viniere, é mucho mas entera si fuere Amadís de Gaula, que no haya de qué se temer sino de mi persona sola á mi grado.—Pues yo, Señor, veyendo esto que el Gigante me dijo, é á mi fijo muerto, é mi marido é mi señor é mi fija presos, con toda nuestra compaña, heme atrevido á venir en esta manera, confiando en nuestro Señor y en la buena ventura vuestra, y en la crueza de aquel diablo, que tanto contra su servicio es, que ~~me~~ dará venganza de aquel traidor con gran prez de vuestra persona.» Amadís, cuando esto oyó, mucho le pesó de la desventura de la dueña, que mucho de su padre el rey Perion é de la Reina su madre é de todos ellos era amada, y tenida por una de las buenas dueñas de todo el mundo de su manera; é asimesmo tovo por grande afruenta aquella, no tanto por el peligro de la batalla, aunque grande era, segun la fama de aquel Bàlan, como por entrar en su ínsola, y entre gente donde le convenia estar á toda su mesura; pero poniendo su fecho todo en la mano de aquel Señor que sobre todos la tiene, é habiendo gran piedad de aquella dueña y de su marido, la cual nunca de llorar cesaba, pospuesto todo temor, con muy gran esfuerzo la iba consolando, é diciéndole que muy presto seria reparada y vengada su pérdida, si Dios por bien lo toviese que por él se podiese acabar. Pues así como ois andovieron dos dias é una noche, é al tercero dia vieron á su siniestra una ínsola pequeña con un castillo que muy alto parecia. Amadís preguntó al marinero si sabia cúya fuese aquella ínsola; él dijo que sí, que era del rey Cildadan, y que se llamaba la ínsola del Infante. «Agora nos guia allá, dijo Amadís, porque tomemos alguna vianda; que no sabemos lo que acaescer podrá.»

Entonces volvió el barco, é á poco rato llegaron á la ínsola, é cuando fueron á pié de la peña, vieron descendir por la cuesta ayuso un caballero, é como á ellos llegó saludólos, y ellos á él; y el caballero dela ínsola preguntó quién era. Amadís le dijo: «Yo soy un caballero de la ínsola Firme, que vengo por dar derecho á esta dueña, si la voluntad de Dios fuere, de un tuerto y desaguisado que acá delante en otra ínsola rescibió.—¿En qué ínsola fué eso? dijo el caballero.—En la ínsola de la Torre Bermeja, dijo Amadís.—E ¿quién le fizo ese tuerto?» dijo el caballero. Dijo Amadís: «Balan el gigante; que me dicen que es señor de aquella ínsola.—Pues ¿qué enmienda le podeis vos solo dar?—Combatirme con él, dijo Amadís, y quebrantarle la soberbia que á esta dueña ha fecho é á otros muchos que gelo no merecieron.» El caballero se comenzó á reir, como en desden, é dijo: «Señor caballero de la ínsola Firme, no se ponga en vuestro corazon tan gran locura en querer de vuestra voluntad buscar aquel de quien todo el mundo huye; que si el señor desa ínsola donde venis, que es Amadís de Gaula, é sus dos hermanos don Galaor é Florestan, que hoy son la flor y el cabo de los caballeros del mundo, todos tres viniesen á se combatir con este Balan, les seria tenido á gran locura de aquellos que le conocen; por eso yo os consejo que dejeis este camino; que de vuestro mal é daño habria pesar, por ser caballero é amigo de aquellos á quien tanto ama y precia el rey Cildadan, mi señor, que me han dicho que él y el rey Lisuarte son ya concertados con Amadís, é no sé en qué forma, sino tanto que soy certificado que quedaron en mucho amor é concordia; é si como lo habeis comenzado lo seguis, no es otra cosa, salvo iros conocidamente á la muerte.» Amadís le dijo: «La muerte ó la vida en las manos de Dios están, é á los que quieren ser loados sobre los otros conviene que se pongan é acometan cosas peligrosas é las que los otros no osan acometer; y esto no lo digo yo por me tener por tal, mas porque lo deseo ser; é por esto vos ruego, caballero, señor, que me no pongais mas miedo del que yo trayo, que no es poco; é si vos ploguiere, por cortesía me socorrais con alguna vianda de que nos podamos ayudar, si algun entreval@ viniere.—Esto haré yo de buen grado, dijo el caballero de la ínsola; é mas haré: que por ver cosa tan extraña, quiero tenervos compañía hasta que vuestra ventura, buena ó mala, pase con aquel bravo gigante.»

CAPITULO XLVII.

Cómo Amadís se iba con la dueña contra la ínsula del gigante llamado Balan, é fué en su compaña el caballero gobernador de la ínsola del Infante.

Aquel caballero que la historia dice, mandó traer viandas cuanto vió que complia, y metióse así desarmado como estaba en una barca con hombres que le guiaban, é partieron de aquel puerto juntos contra la ínsola de Balan. E yendo por la mar adelante, el caballero preguntó á Amadís si conocia al rey Cildadan. Amadís le dijo que sí, que muchas veces lo viera, é sus grandes caballerías en las batallas que el rey Lisuarte hobo con Amadís, y que él bien podia decir con verdad que era uno de los esforzados é buenos reyes del mundo. «Por cierto, dijo el caballero de la ínsola del Infante, tal es él, sino que la su contraria fortuna le ha sido mas adversa que nunca lo fué á hombre del mundo que tanto valiese, en le poner so el señorío é vasallaje del rey Lisuarte; que tal rey mas era para mandar y ser señor que para ser vasallo. —Ya es fuera dese tributo, dijo Amadís; aquel gran esfuerzo de su corazon y el valor de su persona quitaron de su gran estado aquella lástima que nó á su cargo tenia.—¿Cómo lo sabeis vos eso, caballero?—Señor, dijo él, yo lo sé, que lo vi.» Estonces le contó lo que el rey Lisuarte habia fecho en le dar por quito, así como este libro lo ha contado. El caballero cuando esto oyó fincó los hinojos en la barca é dijo: «¡Señor Dios! loado seas tú por siempre jamás, que quesiste dar á aquel rey lo que su gran virtud é nobleza merecian.» Amadís le dijo: «Buen señor, ¿conoceis vos este Balan?—Muy bien, dijo él.—Mucho os ruego, si os ploguiere, pues en al no hay necesidad de hablar, me digais lo que dél sabeis, especial en lo que de su persona conviene saber.—Así lo faré, dijo el caballero, é por ventura no hallaríades otro que por tan entero os lo pueda decir. Sabed que este Balan es hijo del bravo Madanfabul, aquel gigante que Amadís de Gaula mató, llamándose Beltenebros, en la batalla que el rey Cildadan hobo con el rey Lisuarte de los ciento por ciento, donde murieron otros muchos gigantes é fuertes caballeros de su linaje, que por esta comarca tenian muchas ínsolas de muy gran valor; los cuales, con el grande amor é aficion que al rey Cildadan, mi señor, tovieron, quisieron ser en su servicio, donde poco menos todos fueron perecidos. Y este Balan por quien me preguntais quedó harto mancebo cuando su padre murió, y quedóle esta ínsola, que es la mas frutífera de todas las cosas, así frutas de todas naturas, como de todas las mas preciadas y estimadas especias del mundo; é por esta causa hay en ella muchos mercaderes, é otros infinitos que seguros á ella vienen, de las cuales redundan al Gigante muy grandes intereses; é dígoos que despues que este fué caballero, se ha mostrado mas fuerte que su padre en toda valentía y esfuerzo; é su condicion é maneras, de que vos saber quereis, es muy diversa é contraria á la de los otros gigantes, que de natura son soberbios é follónes, y este no lo es, antes muy sosegado é muy verdadero en todas sus cosas; tanto, que es maravilla que hombre que de tal linaje venga pueda ser tan apartado de la condicion de los otros; y esto piensan todos que le viene de parte de su madre, que es hermana de Gromadaza, la brava giganta, mujer que fué de Famongomadan el del Lago Herviente, no sé si lo oistes decir; é así como esta pasó de muy gran hermosura á Gromadaza, su hermana, é á otras muchas que en su tiempo hermosas fueron, así fué muy diferente en todas las otras maneras de bondad; que la otra fué muy brava é corajosa en demasía, y esta muy mansa é sometida á toda virtud é homildad; y esto debe causar que, así como las mujeres que feas son, tomando mas figura de hombre que de mujer, les viene por la mayor parte aquella soberbia y desabrimiento varonil que los hombres tienen, que es conforme á su calidad, así las hermosas que son dotadas de la propria naturaleza de las mujeres lo tienen al contrario, conformándose su condicion con la voz delicada, con las carnes blandas é lisas, con la gran fermosura de su rostro, que las ponen en todo sosiego é las desvian de gran parte de la braveza, así como á esta giganta, mujer de Madanfabul, madre deste Balan, lo tiene, de lo cual redunda aquella mansedad é repóso á aqueste su fijo. Esta se llama Madasima, é por causa suya pusieron este nombre mismo á una hija muy hermosa que quedó de Famongomadan, que casó con un caballero que se llama don Galvánes, hombre de tan alto lugar, é todos los que la conocen dicen que así es de muy noble condicion é con todos muy homilde. Agora vos quiero decir cómo yo sé todo esto que digo, é mucho mas, del hecho destos gigantes. Sabed que yo soy gobernador de aquella ínsola del Infante, donde me fallastes, desde el tiempo que el rey Cildadan era infante, que el señorío della tenia, sin tener otro heredamiento alguno, é mas por su gran esfuerzo é buenas maneras que por su estado, envió por todo el reino de Irlanda para lo casar con la hija del rey Abíes, que aquel reino heredó al tiempo que lo mató Amadís de Gaula, é á mí siempre me dejó en esta gobernacion que tengo; é como estoy aquí entre estas gentes, y todas tienen mucha aficion al Rey mi señor, tengo yo mucha contratacion con ellos, y sé que los fijos de aquellos gigantes que en aquella batalla que vos dije murieron, que son ya hombres, están con mucho deseo de vengar la muerte de sus padres é parientes, si razon para ello hobiesen.» Amadís, que estas razones oia, le dijo: «Buen señor, muy gran placer he habido de lo que me habeis contado. Solamente me pesa de la muy buena condicion deste á quien yo voy á buscar; que mas me ploguiera que todo fuera al revés, con mucha bravura é soberbia, porque á estos tales no tarda mucho que no les alcanza la ira y el castigo de Dios, é no quiero negaros que no llevo mas temor que fasta aquí. Pero, como quiera que sea, no dejaré de dar emienda á esta dueña, si puedo, del gran mal é sinrazon que sin lo merecer ha recebido, é tanto quiero de saber de vos si es este Balan casado.» El caballero de la ínsola le dijo que sí, «é con una hija de un gigante que se llama Gandálac, señor de la peña de Galtáres, de la cual tiene un hijo de fasta quince años, que si vive, será heredero deste señorío.»

Cuando Amadís esto oyó turbóse ya cuanto, y pesó-

le mucho por lo haber sabido, por el grande amor que él habia á Gandalac é á sus hijos, que era amo de su hermano don Galaor; todas sus cosas tenia él para las guardar como las suyas propias; é dijo al caballero: «Cosas me habeis dicho que mas que de ante me facen dudar;» y esto era por lo que le dijo de Gandalac, y el caballero sospechó que dudaba con temor de la batalla; mas no era así, que aunque con el mismo su hermano don Galaor, á quien mas que al Gigante dudaria, hobiera de ser, no se partiera della en ninguna guisa sin dar derecho y emienda á aquella dueña, ó perder la vida, porque siempre fué su costumbre acorrer á quien con razon gelo pidiese. Pues así fablando en esto que habeis oido y en otras muchas cosas, andovieron todo aquel dia é la noche. E otro dia á hora de tercia vieron la ínsola de la Torre Bermeja, de que mucho placer hobieron, é andovieron tanto fasta que llegaron cerca della. Amadís la miraba é parecíale muy fermosa, así la tierra de espesas montañas lo que devisar se podia, como el asiento del alcázar con sus muy fermosas y fuertes torres, especial aquella Bermeja que llamaban, que era la mayor y de mas extraña piedra hecha que en el mundo se podria fallar; y en algunas historias se lee que en el comienzo de la poblacion de aquella ínsola y el primer fundador de la torre, y de todo lo mas de aquel gran alcázar, que fué Josefo el hijo de Josef Abarimatia, que el santo Grial trajo á la Gran Bretaña; é porque á la sazon todo lo mas de aquella tierra era de paganos, que veyendo la disposicion de aquella ínsola, la pobló de cristianos, é hizo aquella gran torre, donde se reparaban él y todos los suyos cuando en alguna priesa se veian; pero despues á tiempo fue señoreada de los gigantes fasta venir en este Balan; mas la poblacion siempre quedó de cristianos, como agora lo era, los cuales vivian allí muy sojuzgados é apremiados de los señores, porque todos los mas dellos tenian la seta de los paganos; pero todo lo sofrian é pasaban por la gran riqueza de la tierra, é si en algun tiempo algun descanso tovieron, no fué sino en este de Balan, por la buena condicion que para con ellos tenia, é porque por amor de su padre era mas llegado á la ley de Jesucristo que ninguno de los otros, é mucho mas lo fué adelante, como la historia lo contará. Pues allí llegados, Amadís dijo al caballero de la ínsola del Infante: «Mi buen señor, si á vos ploguiere, pues con este Balan teneis conocimiento, que por cortesía vayais á él y le digais cómo la dueña á quien él mató el hijo y prendió el marido é la hija trae consigo un caballero de la ínsola Firme para le demandar emienda del daño que le ha fecho, é si la no diere, para se combatir con él, é al su grado facérgela dar, y que saqueis dél fianza que el caballero será seguro de todos sino solamente dél solo, como quiera de bien ó de mal le avenga.» El caballero le dijo: «Contento soy de lo así facer, é podeis ser cierto que en la promesa que él diere no habrá otra cosa.»

Estonces el caballero con sus hombres entró en su barca y se fué al puerto, é Amadís quedó con su dueña algo desviado. Pues llegado aquel caballero, luego fué conocido de los hombres del Gigante, é antél levado, el cual lo recibió con buen talante, que asaz veces le habia hablado, é díjole: «Gobernador, ¿qué demandas en mi tierra? Dilo; que ya sabes que te tengo por amigo.» El caballero le dijo: «Así lo tengo yo, é mucho te lo gradezco; pero mi venida no es por cosa que á mí toque, mas por una cosa extraña que he visto; y esto es que un caballero de la ínsola Firme se viene por su voluntad á se combatir contigo, de lo cual me fago mucho maravillado á tal cosa se atrever.» Cuando esto oyó el Gigante díjole: «Ese caballero que dices ¿trae una dueña consigo?—Sí, dijo el caballero, sin falta.—Entiendo, dijo el Gigante, que será aquel Amadís de Gaula, el que de tanto loor y fama por el mundo es loado, ó alguno de sus hermanos, que para traer uno dellos partió ella de aquí, para lo cual yo le dí logar que ella fuese.» Estonces dijo el caballero: «No sé quién será; mas dígote que es un caballero muy fermoso é muy bien tallado de su grandeza, é sosegado en sus razones, y no puedo entender si su simpleza ó gran esfuerzo de corazon le han puesto en esta locura. Véngote demandar seguridad por él, que no se temerá sino de tí solo.» El Gigante le dijo: «Ya tú sabes que mi palabra á mi grado nunca será quebrada; tráelo seguramente, é viniendo, conocerás la experiencia de cuál desas dos cosas que dijiste toca.» El caballero se tornó á su barca, y se fué para Amadís, é como la respuesta oyó, sin ningun recelo se vino luego al puerto, é salieron luego de sus bateles en tierra, é Amadís apartó primero aquel hombre que á la dueña habia guiado en el barco, é díjole: «Amigo, yo te ruego que no digas mi nombre á ninguno; que si aquí tengo de morir, ello se descobrirá; si tengo de ser vencedor, yo te faré mucho bien por ello.» El marinero gelo prometió. Estonces subieron suso al castillo, é hallaron al Gigante desarmado en aquella gran plaza que delante de la puerta estaba, é como llegaron, el Gigante lo miró mucho, é dijo á la dueña: «¿Es este alguno de los hijos del rey Perion que habias de traer?» La dueña le dijo: «Este es un caballero que te demandará el mal que me feciste.» Estonces Amadís dijo: «Balan, no es necesario á tí saber quién yo soy; bástete que vengo á te demandar que fagas emienda á esta dueña del mal tan grande que sin te lo haber merecido le feciste en le matar su hijo y prender á su marido con otra su fija; é si la ficeres, quitarme he de haber contigo debate, é si no, aparéjate para la batalla.» El Gigante le dijo riendo: «La mayor emienda que le yo puedo dar es darte á tí por quito é quitarte la muerte; que pues tú veniste con tan buena voluntad á remediar su pérdida, en tanto debe tener tu vida como la suya; é aunque esto no acostumbro á facer á ninguno sin que primero pruebe el filo desta mi espada, facerlo he á tí, porque con inorancia has venido á demandar tu daño no lo conosciendo.—Si estas amenazas que me das, dijo Amadís, yo las temiese tanto como lo tú piensas, excusado me fuera buscarte de tan lueña tierra. No creas, Balan, que por inorancia te demando; que bien sé que eres uno de los gigantes del mundo mas nombrado; pero, como vea que la costumbre que aquí mantienes sea tanto en contra del servicio del muy alto Señor, é la razon que traigo es conforme á su santa ley, no tengo en mucho tu valentía, porque él complirá lo que en mí faltare; é porque yo

te tengo en mucho y te amo por otros que te aman, yo te ruego que hagas emienda á esta dueña, como sea justa.»

Cuando esto oyó el Gigante díjole: «Tan bien demandas esto que dices, que si á vergüenza no me fuese reputado, yo faria todo lo que fallar se podiese para el contentamiento desta dueña; pero primero quiero probar y ver qué tales son los caballeros de la ínsola Firme. Porque ya es tarde yo te enviaré de comer, é dos caballos muy buenos en que escojas á tu voluntad, con dos lanzas, é aparéjate con todo tu esfuerzo, que lo has bien menester, para la batalla de aquí á tres horas; é por te facer complacer, si otras armas quisieres, yo te las daré mejores; que cree que asaz tengo de los caballeros que he vencido.» Amadís le dijo: «Tú lo faces como buen caballero, é mientra mas cortesía en tí veo, mas me pesa que no tengas conocimiento ninguno de lo que facer debes. Un caballo é una lanza tomaré, é no otras armas mas de las que traigo; que la sangre de aquel que tan sin causa mataste, que en ellas viene, me dará mas esfuerzo de lo vengar.» El Gigante se fué al castillo sin le responder mas, é Amadís é su compaña, y el caballero de la ínsola del Infante, que dél partir no se quiso, por mucho que el Gigante le rogó que fuese con él al castillo, quedaron debajo de un portal de un templo que al cabo de aquella plaza estaba, y dende á poco espacio les trajeron de comer. Así holgaron, fablando en algunas cosas que á mas les contentaban, esperando al plazo qu'el Gigante saliese. Aquel caballero miraba mucho á menudo el semblante de Amadís, por ver si con aquella grande afruenta se mudaba, é á su parecer siempre le veia con mas esfuerzo, de lo cual mucho era maravillado. Pues venida la hora por el Gigante señalada, trajeron á Amadís dos caballos muy grandes y fermosos con ricos atavíos para tal menester, y él tomó el que mas y mejor le pareció; y despues de lo mirar cómo venia ensillado, cabalgó en él, é puso su yelmo, y echó su escudo al cuello, é puesto en aquella gran plaza, mandó al hombre que los caballos le habia traido que el otro tornase, é dijese al Gigante que lo esperaba, y que no dejase ir el dia en vano. Toda la mas de la gente de la ínsola que allí podo venir, estaban al derredor de la plaza por ver la batalla, é los adarves é finiestras del alcázar llenos de dueñas é doncellas; y estándo así como oídes, oyó sonar en la gran torre Bermeja tres trompas muy acordadas, que facian dulce son, que era señal que el Gigante salia á batalla, é así lo acostumbraba facer cada vez que se habia de combatir. Amadís preguntó á los que allí estaban qué era aquello. Ellos le dijeron la causa por qué se facia; lo cual muy bien le pareció, é auto de gran señor, é vínole en mientes que si estando en la ínsola Firme con su señora le viniese ocasion de facer alguna batalla con alguno que allí gela demandase, que él así lo mandaria facer, porque á su parecer aquel son era cosa para crecer el esfuerzo del caballero por quien se ficiese. Pues cesando las trompas, abrieron las puertas del alcázar, é salió el Gigante encima del otro caballo que habia enviado á Amadís, é su lanza en la mano, é armado de unas armas de acero muy limpio como el espejo, así el yelmo como el escudo á su mesura, é unas hojas que todo lo mas del cuerpo le cubrian; é como vió á Amadís díjole: «Caballero de la ínsola Firme, ¿agora que me ves armado osarme has atender?—Agora te quiero, dijo él, que emiendes á esta dueña del mal que le fecieste; si no, guárdate de mí.»

Estonces el Gigante movió contra cuanto el caballo lo llevar pudo, y era tan grande, que no habia caballero en el mundo, por esforzado que fuese, que le no posiese gran pavor; é como iba muy recio é con gran codicia de lo encontrar, abajó tanto la lanza por no errar el golpe; así que, encontró al caballo de Amadís por mitad de la frente, y metió la lanza por la cabeza del caballo é por el pescuezo gran pieza; pero Amadís, á quien su grandeza ni valentía no turbaban, como aquel que ya sabia qué cosa eran los semejantes, lo encontró en el grande é fuerte escudo tan reciamente, que por fuerza hizo salir al Gigante de la silla, é cayó en el campo, que era muy duro, gran caida, de que fué quebrantado mucho, y el caballo de Amadís cayó muerto con él en el suelo, del cual Amadís salió lo mas presto que podo, aunque á gran afan, que le tomó la una pierna debajo; y levantóse, é vió al Gigante que se levantaba y estaba algo desacordado, pero no tanto, que no posiese luego mano á una espada de muy fuerte acero que traia, con la cual pensaba que no habia en el mundo tan fuerte caballero que dos golpes le osase esperar, que le no tolliese ó matase. Amadís puso mano á la su muy buena espada, é cubrióse de su escudo y fuése para él, y el Gigante asimesmo vino contra él, el brazo alto, por lo herir, con gran desatiento, así con la su gran soberbia, como porque el encuentro de la lanza que Amadís le dió fué en derecho del corazon, é por tan gran fuerza dado, que le juntó el escudo con el pecho tan reciamente, que la carne fué magullada, é las ternillas quebradas, de manera que le daba gran dolor, y le quitaba mucho de la fuerza y del aliento. Amadís, como así lo vió venir, conoció que perdido venia, é alzó el escudo cuanto mas podo por recebir en él el golpe, y el Gigante descargó tan recio, é la espada cortó tan livianamente, que desde el brocal fasta ayuso le llevó el un tercio del escudo, que le no alcanzó mas; así que, si mas en lleno le alcanzara, tambien fuera el brazo con ello á tierra. Amadís, como mucho aquel menester habia usado y en casos tan peligrosos, se sopiese librar, no perdiendo ni olvidando cosa de lo que facer debia, antes que el Gigante el brazo contra sí tirase, firióle de tal golpe cabe el codo, que como quiera que la manga de la loriga muy fuerte y de muy gruesa malla era, no le pudo prestar ni estorbar que la su muy buena espada no gela tajase fasta le cortar gran parte de la carne del brazo é la una de las canillas. El Gigante sintió mucho aquel golpe, é tiróse ya cuanto afuera; pero Amadís fué luego á él, é dióle otro golpe por cima del yelmo de toda su fuerza, que la llama salió tan grande como si con otra cosa allí gelo encendieran; é torcióle el yelmo en la cabeza; así que, la vista le quitó.

Cuando el caballero gobernador de la ínsola del Infante, que con Amadís allí habia venido, vió los golpes que Amadís daba, así el encuentro de la lanza, con el cual habia sacado de la silla una cosa tan valiente é tan

pesada como era aquel gigante, como los que con la espada le daba, comenzóse á santiguar muchas veces, é dijo á la dueña que cabe sí tenia: «Dueña, ¿dónde hallastes aquel diablo, que tales cosas face, cual nunca otro caballero fizo que mortal fuese?» La dueña le dijo: «Si de tales diablos como este muchos por el mundo andoviesen, no habria tantos cuitados é corridos de los soberbios é malos como hay.» El Gigante fué muy prestamente con sus manos al yelmo por lo enderezar, é sintió que del brazo derecho habia perdido mucha fuerza, que apenas la espada podia tener en la mano, é tiróse mas afuera; mas Amadís juntó luego con él como de cabo, é dióle otro gran golpe encima del brocal del escudo, pensando darle en la cabeza, é no podo; que el Gigante, como el golpe vió venir tan recio, alzó el escudo para lo en él recebir, y la espada entró tanto por él, que cuando Amadís la pensó sacar no podo, y el Gigante lo pensó ferir, mas no podo levantar el brazo sino muy poco, de manera que el golpe fué flaco. Estonces Amadís tiraba por la espada cuanto podia, y el Gigante por el escudo; así que, con la gran fuerza del uno y del otro, convino que las correas con que lo tenia al cuello quebrasen, y llevó Amadís el escudo con su espada, lo cual le podiera facer é atraer gran peligro, porque por ninguna guisa della se podia ayudar. El Gigante, como así lo vió, y se vió sin escudo, tomó la espada con la mano izquierda é comenzó á dar á Amadís grandes golpes con ella; pero él se guardaba con mucha ligereza, cubriéndose de su escudo, mas no en tal forma que excusar podiese que los golpes del Gigante no le rompiesen en algunas partes la loriga, y le llegasen á la carne, é ciertamente, si el Gigante podiera herir con la diestra mano, él se viera en gran peligro de muerte; mas con la izquierda, aunque los golpes grandes y de gran fuerza fuesen, eran muy desvariados, que los mas dellos faltaban é iban en vano. Amadís, como queria alzar la espada para lo herir, subia con ella el escudo en que metida estaba; así que, no entendia en al sino en se defender; pero, como se viese embarazado y en tanto peligro, acordó en se remediar lo mas presto que podo, é tiróse ya cuanto afuera, é sacó del cuello su escudo, y echólo en el campo entre él y el Gigante, é puso el un pié encima del escudo del Gigante, é tiró con ambas las manos por la espada tan recio, que la sacó dél.

En este comedio el Gigante tomó con la mano derecha el escudo de Amadís, é aunque harto liviano era, apenas lo podia levantar ni sostener con el brazo, que la ferida fué grande é cabe la coyuntura del codo, é con la mucha sangre que se le habia ido, tenia el brazo casi muerto, que apenas lo podia alzar ni trabar con la mano sino muy flacamente; é lo que mas le empedia é fatigaba era la carne magullada é los huesos quebrados que sobre el corazon tenia, del encuentro de la lanza que ya oistes, que le quitaba tanto del aliento, que apenas podia resollar; pero como él fuese muy valiente de fuerza y de corazon, y se viese en aventura de muerte, sofríase con gran trabajo, y esto fué porque despues que la espada de Amadís, con el gran golpe, quedó metida en el escudo, nunca con ella le habia podido ferir ni hacer estorbo; mas como la sacó y salió libre de aquel embarazo, tomó por las embrazaduras el escudo del Gigante, que apenas lo podia levantar, segun su grandeza é pesadumbre, y fuélo ferir de muy grandes golpes, probando todo su poder; de manera que el Gigante fué tan aquejado, así con la priesa que Amadís le daba como con la qu'él tomó por se defender y ferir, que se le cerró el corazon del dolor que en él tenia, é cayó como muerto en el campo. Cuando los hombres que en el alcázar estaban mirando esto vieron, dieron muy grandes voces, é las dueñas é doncellas grandes gritos, diciendo: «¡Muerto es nuestro señor! muera el traidor que le mató.» Amadís, en cayendo el Gigante, fué luego sobre él, é quitóle el yelmo, é púsole la punta de la espada en el rostro é díjole: «Balan, muerto eres si á la dueña no satisfaces del daño que le feciste;» mas él no respondió ni entendió lo que le dijo; que estaba como muerto. Entonces llegó el caballero de la ínsola del Infante, que con Amadís allí habia venido, é dijo: «Señor caballero, ¿es muerto el Gigante?—Entiendo que no, dijo Amadís; mas el grande afogamiento lo tiene tal como veis; que yo no le veo golpe mortal ninguno;» é decia verdad, que el golpe que en el pecho tenia, que el aliento le quitó, no lo habia él visto ni sentido. El caballero le dijo: «Señor, por cortesía os pido que lo no mateis fasta que sea en su acuerdo é tenga juicio para emendar á esta dueña á su voluntad, é tambien porque si él muere ninguno será poderoso de os dar la vida. —Por eso, dijo Amadís, no dejaré yo dél de facer mi voluntad; mas por amor vuestro é por el deudo que con Gandalac tiene, me sofriré de lo matar fasta que dél sepa si querrá venir en lo que le yo pediré.» Estando en esto vieron salir del castillo al hijo del Gigante con fasta treinta hombres armados, é venian diciendo: «Muera, muera el traidor.» Cuando Amadís esto oyó, ya podeis entender qué esperanza tenia en su vida, veyéndolos todos de rendon venir á lo matar; pero acordó de se no poner á su mesura, y que la muerte le viniese sobre haber fecho todo su poder, sin faltar cosa de lo que facer debia, é miró á un cabo é á otro al derredor, é vió una quiebra entre aquellas peñas de que la plaza era cercada, que aquella plaza fué fecha allí á mano, quitando todos los recodos é peñas, é al derredor quedaron muchas dellas; é fuése yendo hácia allá, é llevó el escudo del Gigante, que muy grande é fuerte era, é púsose á la entrada de aquella quiebra, que por ninguna parte le podian nucir sino por delante, ni tampoco por encima; que se hacia allí una solapa. Pues la gente llegó los unos al Gigante por ver si era muerto é los otros contra Amadís; é tres hombres que delante llegaron echaron en él las lanzas, mas no le ficieron mal, que como el escudo era, como se vos ha dicho, muy grande é fuerte, todo lo mas del cuerpo le cobria, é de las piernas, lo cual, despues de Dios, le dió la vida; é destos tres llegó el uno con su espada para lo ferir, é como Amadís lo vió cerca salió para él, é dióle tal golpe por cima de la cabeza, que le hendió fasta el pescuezo, é derribólo muerto á sus piés. Cuando los otros le vieron fuera de aquella guarida llegaron todos por lo matar; mas él se tornó luego allí, é al primero que llegó dióle un golpe en el hombro, que las armas

no le tovieron ningun pro; que el brazo cayó en el suelo, y el hombre muerto del otro cabo. Estos dos golpes los escarmentaron tanto, que ninguno fué osado de se á él acostar, é cercáronlo allí por delante é por los lados, que por otra parte no podian, é tirábanle lanzas, é saetas, é piedras tantas, que fasta la meitad del cuerpo estaba cobierto; pero ninguna cosa le nucia, que el escudo le amparaba de todo ello.

En este comedio llevaron al Gigante al castillo, haciendo gran duelo, é pusiéronle en su lecho tal como muerto sin sentido alguno, é tornáronse luego aquellos que lo llevaron á ayudar á sus compañeros; é cómo llegaron vieron que ninguno á él se llegaba, é cómo tenia los dos hombres muertos cabe sí, é como venian holgados é con gran saña, é no sabian ni habian visto sus golpes tan esquivos, llegáronse á lo ferir con las lanzas; mas Amadís estovo quedo bien cobierto de su escudo, é al uno que llegó mas delantero, que con la lanza le dió á manteniente en el escudo, dióle tal golpe, que la cabeza le fizo volar á lueñe, é luego se desviaron aquellos con los otros, que ninguno se osaba á él llegar. Pues así estando, sin mas hacer, salvo tirándole muchas saetas é piedras infinitas, el caballero de la ínsola del Infante hobo gran piedad de lo así ver, é bien cuidó que si lo matasen, que moriá el mejor caballero que nunca armas trajo, é fuése luego al hijo del Gigante, que desarmado estaba por su tierna edad, é díjole: «Bravor, ¿por qué haces esto, contra la palabra é verdad de tu padre, la cual nunca hasta hoy se halla ser quebrada? Mira que eres su hijo y le has de parescer en las buenas maneras, é mira que tu padre lo aseguró de todos los suyos salvo dél solo; y que si sobre esto le faces matar, nunca te cumple parescer ante hombres buenos, que siempre serás aviltado y en gran menosprecio tenido.» El mozo le dijo: «¿Cómo sofriré ver á mi padre muerto delante mí, y que no tome venganza del que lo fizo?—Tu padre, dijo él, no es muerto, ni tiene golpe de que morir deba; que yo lo miré estando en el suelo, y aquel caballero á mi ruego, é porque me dijo que lo preciaba mucho por el deudo que con Gandalac tiene, lo dejó de matar; que en su mano estaba de lo facer.—Pues ¿qué haré? dijo el mozo.—Yo te lo diré, dijo el caballero: fazlo tener cercado así como está toda esta noche, sin que daño reciba, y de aquí á la mañana se verá la disposicion de tu padre, é segun él estoviere, así tomarás el acuerdo; que en tu mano é voluntad está la vida ó la muerte suya, que de aquí no puede salir si lo tú no mandas.» El mozo le dijo: «Mucho te agradezco lo que me consejas; que si este moriese é mi padre vivo quédase, no me complia parar en todo el mondo donde él lo sopiese; que bien cierto soy que me buscaria para me matar.—Pues eso conoces, dijo él, faz lo que te consejo.—Déjame fablar primero con mi abuela é con mi madre, é hágase con su consejo.—Por bien lo tengo, dijo el caballero, y entre tanto manda á tus hombres que no fagan mas de lo que han fecho.» El mozo dijo: «Por demás será ese mandamiento; que, segun me parece que aquel caballero defiende su vida, que si de hambre no, de otra manera, segun veo, no hay quien matarle pueda; pero por lo que me consejas faré lo que me dices.»

Entonces les mandó que estoviesen allí, é guardasen bien que aquel caballero no saliese de donde estaba, sin le facer mal ninguno. En tanto que él iba al castillo todos los que allí estaban ficieron su mandado, y él se fué é fabló con aquellas dueñas, é como quiera que su pasion é tristeza dellas grande fuese, considerando que el caballero no se podria ir, é veyendo cómo el Gigante iba cobrando huelgo é algun acuerdo, y temiendo pasar su verdad, dijéronle que así se ficiese como aquel caballero de la ínsola del Infante gelo habia consejado, á lo cual mucho ayudó cuando su madre deste mozo fué sabidora que aquel caballero amaba á su padre Gandalac, que temió no fuese don Galaor, aquel que su padre habia criado y le restituyó en el señorío de la peña de Galtáres, matando á Alvadan, el gigante bravo que forzado gelo tenia, como mas largo lo cuenta el primero libro desta historia, el cual ella mucho bien conocia é lo amaba de corazon, porque se criaron juntos; é si no fuera porque su marido en tal punto estaba, que á gran deshonestidad le fuera contado, ella misma por su persona sopiera si el caballero era don Galaor ó alguno de sus hermanos, que á todos ellos habia visto en casa del rey Lisuarte, donde estovo algun tiempo en la sazon que fué la batalla del rey Lisuarte con el rey Cildadan, en la cual su padre é sus hermanos fueron é ficieron cosas extrañas en armas en servicio del rey Lisuarte por amor de don Galaor, como el segundo libro desta historia mas largo lo cuenta. Con este acuerdo tornó el mozo á tal hora que era ya noche cerrada, é mandó poner un fuego grande delante donde Amadís estaba, que de su concierto ninguna cosa sabia, é allí fizo á sus hombres que armados velasen, é á buen recaudo, porque el caballero no saliese é les ficiese mal; que lo temian como á la muerte. Amadís estovo en aquel logar donde antes estaba, puesto el canto del escudo en el suelo é la mano sobre el brocal, é la espada en la otra, esperando de morir antes que se dejar prender; que bien pensaba que, pues sobre tal seguro como de Balan tenia, aquellos hombres le acometieron, queriéndole matar, que ninguna otra palabra que le diesen le seria guardada; pues pensar de demandar merced, esto no lo faria él aunque sopiese pasar mil veces por la muerte, si á Dios no, á quien él siempre en todas sus cosas se encomendó de gran corazon; y en aquella mas, donde otro remedio, si el suyo no, tenia ni esperaba.

CAPITULO XLVIII.

De cómo Darioleta hacia duelo por el gran peligro en que Amadís estaba.

Darioleta, la dueña que lo allí fizo venir, cuando así vió cercado á Amadís de todos sus enemigos sin tener ni esperar socorro alguno de ninguna parte, comenzó á facer muy gran duelo é á maldecir su ventura, que á tanta cuita é dolor la habia traido, diciendo: «¡Oh cativa desventurada! ¿Qué será de mí si por mi causa el mejor caballero que nunca nasció muere? ¿Cómo osaré parescer ante su padre, madre é sus hermanos, sabiendo que yo fuí ocasion de la su muerte? que si á la sazon de su nacimiento yo trabajé por le salvar la vida, faciendo

é trabajando con mi sabiduría el arca en que escapar podiese, de lo cual he habido mucho galardon; que si entonces moriera, moria una cosa sin provecho; agora no solamente he perdido los servicios pasados, mas antes soy dina de morir con las mas penas é tormentos que ninguna persona lo fué, porque siendo la flor é fama del mundo, le he traido á la muerte. ¡Oh cuitada de mí! ¿Por qué no le dí lugar al tiempo que en la ribera de la mar á mí llegó para que podiera tornar á la ínsola Firme é trajera algunos caballeros que fueran en su ayuda, ó á lo menos podieran con razon morir en su compañía? Mas ¿qué puedo decir, sino que mi liviandad é arrebatamiento fué de propia mujer?» Así como oídes estaba Darioleta faciendo su duelo debajo de los portales de aquel templo con muy gran angustia de su corazon, é no con otra esperanza sino de ver morir muy presto á Amadís, y ella é su marido é hija ser metidos en prision, donde nunca saliesen.

Amadís estaba á la boca de aquella quiebra de las peñas, como vos hemos contado, é vió lo que la dueña facia, que con el gran huego que delante dél estaba toda la plaza se parescia, aunque asaz grande era, é hobo gran pesar en verla como estaba, llorando é alzando las manos al cielo, cómo demandaba piedad; así que, la saña le cresció tan grande, que le sacó de su sentido, é pensó que muy mas peligro le podria recrecer venido el dia que con la noche; porque entonces toda la mas de la gente de la ínsola estaba sosegada, é solamente se habia de guardar de aquellos que delante tenia, y que la mañana venida, que podria cargar mucha mas gente sobre él, de manera que no podria escapar de ser muerto; y puesto caso que allí adonde estaba no le podiesen nucir, que el sueño é la hambre le cargaria é se habria de poner en sus manos, é con esta saña pensó de lo poner todo en aventura, y embrazó su escudo, é con la espada en la mano aderezó para dar en sus enemigos; mas el caballero de la ínsola del Infante, á quien mucho pesaba de su daño por le haber asegurado de parte del Gigante, é así le haber quebrado la promesa, estaba en medio dellos con mucho cuidado que la gente á él no llegase fasta ver la disposicion del Gigante; que bien tenia creido que cuando en su juicio fuese, que pornia tal remedio é castigo en ello, que su palabra fuese guardada; é como vió que Amadís movia para salir contra aquellos, fué lo mas que podo contra él é díjole: «Señor caballero, ruégovos por cortesía que me oyais un poco ante que de aquí salgais.» Amadís estovo quedo, y el caballero le contó todo lo que habia hablado con Bravor, fijo del Gigante, é cómo lo tenia por entonces todo amansado fasta que la mañana viniese, y que en aquel espacio de tiempo el Gigante seria muy mejorado é metido en su acuerdo, y que sin duda creyese que compliria con él todo lo que fuese obligado, aunque le viniese peligro de la muerte, é que quisiese sofrirse tanto, que él fiaba en Dios de lo remediar todo, é que lo tomaba á su cargo. Amadís, como así lo vió fablar, bien cuidó que verdad le decia, porque en aquello poco que le habia tratado lo tenia por hombre bueno, é díjole: «Por amor vuestro yo me sofriré esta vez, mas dígovos, caballero, que todo afan que en esto pongais será perdido, si lo primero no es que la emienda de la dueña se faga.» El caballero le dijo: «Eso se fará, é mucho mas, ó yo no me ternia por caballero, ni este gigante, por quien siempre le he tenido; que creed que en él se falla mucha verdad é virtud.» Amadís estovo quedo en su logar, como ante, pues así como ois estaba cercado de sus enemigos, metido entre aquellas bravas peñas, esperando así él como ellos á la mañana.

Agora dice la historia que despues que al Gigante llegaron sus hombres al castillo, tan desacordado como si muerto fuese, é lo echaron en su lecho, que así estovo todo lo mas de la noche, sin que fablar podiese, é no facia sino poner la mano en derecho del corazon, é señalar que de allí le venia el dolor. É como su madre é su mujer aquello vieron, ficieron á los maestros que le catasen, é luego fallaron el mal que tenia, en el cual posieron tantos remedios de melecinas é otras cosas que en él obraron, que antes del alba fué en todo su acuerdo, é cuando hablar podo preguntó que dónde estaba. Los maestros le dijeron que en su lecho. «Pues la batalla que hobe con el caballero, dijo él, ¿cómo pasó?» Ellos le dijeron toda la verdad, que le no osaron mentir en cosa alguna, como es razon que se diga á los hombres verdaderos, contándole todo como habia pasado, é cómo, teniéndole el caballero de la ínsola Firme en el suelo, que su hijo Bravor, pensando que era muerto, habia salido con sus hombres del castillo y lo tenian cercado entre las peñas de la plaza donde la batalla fuera, y que esperaban á lo que él mandase. Cuando el Gigante esto oyó díjoles: «Es vivo el caballero? —Sí, dijeron ellos.—Pues faced venir aquí á mi hijo é á todos los hombres que con él están, é dejen al caballero en su libertad.» Esto fué luego hecho; é como el Gigante vió al hijo díjole: «Traidor, ¿por qué has quebrado mi verdad? ¿Qué honra ó qué ganancia desto que fecistes se te podia seguir? que si yo muerto fuera, ya con otra cosa ninguna restituirme podias, é mucho mas muerta tu honra quedaba, é con mas pérdida de mi linaje en quebrar é pasar lo que feciste, que la muerte que yo, como caballero, sin faltar alguna cosa de que facer debia habia recibido. Pues si vivo quedase, ¿no sabes que en ninguna parte me podias escapar que matar no te ficiese? Así que, tú y todos aquellos que verdad no mantienen van muy léjos de su propósito; que pensando vengar injurias, caen en ellas con mucha mas vergüenza é deshonra que de antes; pero yo faré que como malo lo laceres.» Entonces lo mandó tomar, é hízole atar las manos é los piés, é mandó que lo llevasen á poner delante del caballero de la ínsola Firme, é le dijesen que aquel malo de su hijo habia quebrantado su promesa; que tomase dello emienda que le ploguiese. Así lo llevaron ante Amadís é gelo posieron á sus piés. La madre de aquel mozo, cuando esto vió, hobo recelo que el caballero, como hombre lastimado, le ficiese algun mal; é como madre se fué, sin que el Gigante lo sintiese, é lo mas ahína que pudo, llegó donde Amadís estaba. É Amadís tenia aquella sazon el yelmo en la mano, que hasta allí, en tanto que la gente lo tenia cercado, nunca de la cabeza lo quitó, é la espada en la vaina, y estaba desatando al hijo del Gigante para lo soltar; é como la dueña llegó

é le vió el rostro, conociólo luego que era Amadís; é fué para él llorando sin otra persona alguna, é díjole: «Señor, ¿conoceisme?» Amadís, aunque luego vió que era la hija de Gandalac, amo de don Galaor, su hermano, respondióle é dijo: «Dueña, no vos conozco.» Pues dijo ella: «Mi señor Amadís, bien sé yo que sois hermano de mi señor don Galaor, é si por bien toviérdes que vuestro nombre se encubra, así lo faré, é si quereis que se sepa, no temais del Gigante, pues que vos aseguró, y en esto que hace veréis si ha talante de guardar su palabra; que aquí vos envia este su fijo é mio, que la quebró, para que dél tomeis toda la venganza que os ploguiere; del cual vos demando piedad.—Mi buena señora, dijo Amadís, ya sabeis vos cuán obligados somos todos los hermanos é amigos de don Galaor á las cosas de vuestro padre é de sus hijos; y en otra cosa que á vos mucho fuese lo quisiera yo mostrar; que en esta no hay qué me gradecer, porque sin vuestro ruego ya lo soltaba; que yo no tomo venganza sino de aquellos que con las armas quieren defender sus malas obras. Y en esto que me decis de mi nombre, si terné por bien que se diga ó se encubra, digo que antes me place que el Gigante sepa quién yo soy, é que le digais que de aquí no partiré en ninguna guisa fasta que la emienda que yo mandare se faga á la dueña que aquí me trajo; é si él es tan verdadero como todos dicen, débese poner así como lo yo tenia vencido en este campo, para que dél yo faga toda mi voluntad; que si el no tener sentido cuando de aquí lo llevaron algo le excusa, que agora, si lo tiene, con ninguna causa que honesta sea se puede excusar.» La dueña gelo gradesció con mucha homildad é díjole: «Mi señor, no pongais duda en mi marido; que él se porná como lo decis ó complirá lo que le mandárdes, é sin ningun recelo vos id comigo donde él está.—Mi buena amiga, señora, dijo él, de vos sin recelo fiaria yo mi vida; mas témome de la condicion de los gigantes, que muy pocas veces son gobernados é sometidos á la razon, porque su gran furia é saña en todas las mas cosas los tiene enseñoreados.—Verdad es, dijo la dueña; mas por lo que deste conozco, vos ruego que sin recelo alguno vos vais comigo.—Pues que así vos place, dijo Amadís, por bien lo tengo.»

Entonces puso su yelmo en la cabeza, é tomó su escudo é la espada en la mano, é fuése con ella, considerando que aquello le podria ser mas seguro que estar, como estaba, esperando la muerte sin tener ni esperar socorro alguno; que aunque él matara á todos aquellos hombres que le habian tenido cercado, no se podiera por ende salvar; que antes que él podiera haber navío para se poder ir, que todos estaban en poder de los hombres del Gigante, la misma gente de la ínsola lo matara; porque, como quiera que en las otras partes donde los gigantes tenian señoríos, por sus soberbias é grandes orueldades eran desamados, no lo era este Balan de los suyos, porque á todos los tenia guardados é defendidos, sin les tomar cosa alguna de lo suyo. Pues pensar poder sostener á sí solo era imposible, é por estas causas se aventuró sin mas seguro del primero que le habian dado, é del que la dueña le daba, de se meter en aquel grande alcázar así armado como estaba, y que si lo acometiesen, queriendo burlar, que él faria cosas extrañas antes que lo matasen.

Pues así como la historia vos cuenta fué Amadís con la Giganta mujer de Balan al castillo, é como dentro fué, ficiéronlo saber al Gigante cómo allí estaba el caballero que con él se combatiera, que le queria fablar. El mandó que lo trajesen donde él estaba en su lecho, é así se fizo. Entrado Amadís en la cámara, dijo: «Balan, mucho soy quejoso de tí, que veniendo yo á te buscar é ponerme en tu poder, confiando en tu palabra, para me combatir contigo sobre el seguro que diste á la dueña que por mí fué, é despues el caballero de la ínsola del Infante, tus hombres, quebrando tu verdad, me han querido matar malamente; bien creo que á tí no place ni lo mandaste, que no estabas en tal disposicion; pero esto no me quitó á mí el peligro, que fuí bien cerca de la muerte; mas, como quiera que sea, yo me doy por contento por lo que de tu fijo feciste. Ruégote, Balan, que quieras emendar á esta dueña que aquí me trajo; si no, no te puedo quitar la batalla fasta que haya cima, aunque ya la hubo, que en mí fué de te matar ó salvar. Yo te amo y precio mas que piensas, por el deudo que con Gandalac, el gigante de la peña de Galtáres, tienes, que he sabido que eres con su hija casado; mas aunque esta voluntad te tenga, no puedo excusarme de dar derecho á esta dueña de tí.» El Gigante le respondió: «Caballero, aunque el dolor y pesar que yo he de me ver vencido de un caballero solo sea tan grande é tan extraña cosa para mí, que lo nunca fasta hoy fué, é me sea mas que la muerte, no lo siento tanto como nada en comparacion de lo que mi hijo é mis hombres te ficieron; é si mis fuerzas logar me diesen que por mi persona lo podiese ejecutar, tú verias la fuerza de mi palabra á qué se extendia; pero no pude mas facer de te entregar aquel que lo fizo, aunque este solo sea el espejo en que su madre é yo nos miramos; é si mas quieres, demanda; que tu voluntad será satisfecha.» Amadís le dijo: «Yo soy contento con lo que feciste; agora me di qué farás en esto de la dueña.—Lo que tú vieres que puedo facer, dijo el Gigante; que su hijo desta dueña no se puede remediar, pues es muerto; ruégote mucho que me pidas lo posible.—Así lo faré, dijo Amadís; que lo al seria locura.—Pues di lo que quieres, dijo él.—Lo que yo quiero, dijo Amadís, es que luego fagas soltar al marido de aquella dueña é á su hija, con toda su compaña, restituyéndoles todo lo suyo é su nave, é por el hijo que le mataste, que le dés el tuyo, que sea casado con aquella doncella; que aunque tú eres gran señor, yo te digo que de linaje y de toda bondad no te debe nada, pues aun de estado é grandeza no están muy despojados; que demás de sus grandes posesiones y rentas, gobernador es de uno de los reinos que de mi padre son.»

Entonces el Gigante le miró mas que antes, cuando esto le oyó, é díjole: «Ruégote por cortesía que me digas quién eres, que en tanto te has puesto, é quién es tu padre.—Sabed, dijo Amadís, que mi padre es el rey Perion de Gaula, é yo soy su fijo Amadís.» Cuando esto oyó el Gigante luego levantó la cabeza como mejor pudo, é díjo: «¿Cómo es eso? ¿Es verdad que eres

tú aquel Amadís que á mi padre mató?—Yo soy, dijo él, el que por socorrer al rey Lisuarte, que en punto de muerte estaba, maté un gigante, é dícenme que fué tu padre.—Agora te digo, Amadís, dijo el Gigante, qué esta tan gran osadía en venir á mi tierra yo no sé á la parte que la eche, ó al tu gran esfuerzo, ó á la fama de ser mi palabra tan verdadera. Pero tu gran corazon lo ha causado, que nunca temió ni dejó de acometer é vencer tódas las cosas peligrosas; é pues que la fortuna te es tan favorable, no es razon que yo de aquí adelante procure de contradecir tus fuerzas, pues que ya me mostró lo que las mias para te nucir bastaban; y en esto que me dices de mi hijo, yo te lo dó que fagas dél á tu voluntad, é no por bueno, como lo yo esperaba, mas por malo, porque el que no guarda su palabra, ninguna cosa que de loar sea le puede quedar; é asimismo doy por quito al caballero é á su fija, con su compaña, como lo mandas, é quiero quedar por tu amigo, para facer tu mandado en las cosas que menester me hobieres.» Amadís gelo gradesció, é le dijo: «Por amigo te tengo yo, pues lo eres de Gandalac, é como amigo te ruego que de aquí adelante no mantengas esta mala costumbre en esta ínsola; que si te no conformas con el servicio de Dios, siguiendo sus santas dotrinas, todas las otras cosas, aunque alguna esperanza de honra é provecho te acarreen, en la fin no te podrán quitar de caer en grandes desventuras; é por esto lo verás; que él quiso guiarme aquí, lo que yo no pensaba, é darme esfuerzo para te sobrar é vencer; que, segun la grandeza de tu cuerpo y demasiado esfuerzo de corazon é valentía, no bastaba yo sin la su merced para te facer ningun daño; mas agora dejemos esto, que yo pienso que lo farás como lo yo pido; perdona á tu hijo, así por su tierna edad, que fué causa de su yerro, como por amor de su madre, que como hermana la tengo, é hazle venir aquí, é á la doncella, é luego sean casados.—Pues que yo estoy determinado, dijo el Gigante, de ser tu amigo, todo lo que por bien tovieres faré.» Entonces mandó allí venir al caballero marido de la dueña é á su fija, é toda su compaña; que Darioleta con ellos estaba, con tan gran placer de lo ver así atajado, como si del mundo la hicieran señora, é delante dellos é de la madre y abuela del mozo los desposaron, é Amadís les mandó que luego ficiesen sus bodas.

Agora vos quiere mostrar la historia la razon deste casamiento, lo primero por faceros saber cómo Amadís acabó aquella tan grande aventura á su honra é á la satisfacion de aquella dueña que allí lo trajo, venciendo aquel fuerte Balan, atreviéndose, aunque su enemigo era, por el padre que le matara, á se meter en su ínsola, donde pasó tan gran peligro como oido habeis. Lo otro porque sepais que deste Bravor, fijo de Balan, é de aquella hija de Darioleta, nasció un hijo que hobo nombre Galeote, que ya este tomó de la madre, é no fué tan grande ni tan desemejado de talle como lo eran los gigantes. Este Galeote fué señor d'aquella ínsola despues de la vida de Bravor, su padre, é casó con una fija de don Galvánes é de la hermosa Madasima, su mujer; y destos nació otro hijo, que hobo nombre Balan, como su bisabuelo; así que, vinieron sucediendo unos en pos de otros, señoreando siempre aquella ínsola tantos tiempo fasta que dellos decendió aquel valiente y esforzado don Segurádes, primo cohermano del caballero anciano que á la corte del rey Artur vino, habiendo ciento é veinte años, é los cuarenta postrimeros que habia por su gran edad dejado las armas, é sin lanza derribó á todos los caballeros de gran nombradía que á la sazon en la corte se hallaron. Pues este Segurádes fué en tiempo del rey Uter Padragon (1), padre del rey Artur é señor de la Gran Bretaña, y este dejó un hijo é señor de aquella ínsola á Bravor el Brun, que por ser demasiado bravo le pusieron aquel nombre, que en el lenguaje de entonces por bravo decian *brun*. A este Bravor mató Tristan de Leonis en batalla en la misma ínsola, donde la fortuna de la mar echó á él é á Iseo Labrunda, hija del rey Languínes de Irlanda, é á toda su compaña, trayéndola para ser mujer del rey Marés de Cornualla, su tio, é deste Bravor el Brun quedó aquel gran príncipe muy esforzado Galeote el Brun (2), señor de las Luengas ínsolas, gran amigo de don Lanzarote del Lago; así que, por aquí podeis saber, si habeis leido ó leyérdes el libro de don Tristan é de Lanzarote, donde se face mencion destos Brunes, de dónde vino el fundamento de su linaje; é porque sucedieron de aquel jayan fijo de Balan, siempre los llamaron gigantes, aunque en sus cuerpos no se conformasen con la grandeza dellos por la parte de la mujer, así como os lo hemos contado, é tambien porque todos los de aquel linaje fueron muy fuertes é valientes en armas, é con mucha parte de la soberbia é follonía donde descendian.

Mas agora dejarémos á Amadís en aquella ínsola, donde reposó algunos dias por se facer curar las llagas que Balan le habia fecho en la batalla, é porque el Gigante é su mujer mucho gelo rogaron, donde fué muy bien servido; é contaros ha la historia lo que Grasandor fizo despues que por el montero le fué dicho el mandado de Amadís, é sopo cómo se iba con la dueña en el batel por la mar.

Ya la historia os ha contado cómo al tiempo que Amadís se partió de la ribera de la mar con la dueña en el batel, é se armó de las armas del caballero muerto, que mandó á un hombre de los suyos que dijese á Grasandor cómo él se iba, é que ficiesen enterrar á aquel caballero, y le ganase perdon de su señora Oriana. Pues este hombre se fué luego á la parte donde andaba cazando Grasandor, que de la ida de Amadís nada sabia, antes pensaba que, como todos los otros, estaba con su perro en el armada donde le habian puesto, é díjole el mandado de Amadís; é cuando Grasandor lo oyó, maravillóse mucho qué causa tan grande fizo á Amadís partirse dél, y mucho mas de su señora Oriana, sin que primero los viese; é dejó luego la caza, é mandó al montero que le guiase donde el caballero muerto estaba; é allí llegado, vióle yacer en el suelo, mas por la mar no vió cosa alguna; que ya el barco en que

(1) Es el llamado Uter Pendragon en el libro de Artus.

(2) Gallehaut, le Brun, por los italianos y por los nuestros llamado Galeotto y Galeote, á quien el traductor del Tristan llama *el Brun*, como llama *la Brunda* á Iseult la Blonde ó Ixeo, hija del rey Languínes de Escocia. Así que, lo que el autor dice del significado de la palabra *brun* no tiene fundamento alguno, y solo puede traducirse por el de color moreno.

Amadís iba traspuesto era, é luego fizo cargar el caballero en un palafren, é recogida toda su compaña, se tornó á la ínsola Firme, pensando mucho en lo que haria; y llegado al pié de la peña, mandó á aquellos hombres que con él venian que enterrasen á aquel caballero en el monesterio que allí estaba, que Amadís mandara facer al tiempo que de la Peña Pobre salió, en reverencia de la Vírgen María, como el segundo libro desta historia lo cuenta, y él se fué donde Oriana, é Mabilia, su mujer, é aquellas señoras estaban; y como solo le vieron, preguntáronle dónde quedaba Amadís; él les contó todo lo que le aviniera é dél sabia, que nada faltó; pero con alegre semblante por la no poner en algun sobresalto. Cuando Oriana lo oyó estovo una pieza que no podo fablar, con gran turbacion que hobo, é cuando en sí tornó dijo: «Bien creo que, pues Amadís se fué sin vos é sin que yo lo sopiese, que no seria sin gran causa.» Grasandor le dijo: «Mi señora, yo así lo creo; pero demándoos perdon por él, que así me lo envió á decir que lo ficiese con el montero que lo vió ir. —Mi buen señor, dijo Oriana, mas es menester de rogar á Dios que le guarde por la su merced, que de me rogar á mí que lo perdone; que bien sé que nunca me fizo yerro en ninguna sazon que fuese, ni de aquí delante lo fará; que tal fianza tengo yo en el grande y verdadero amor que me tiene. Mas ¿qué os parece que se debe facer?» Grasandor le dijo: «Paréceme, Señora, que será bien de lo ir yo á buscar, é si le fallar puedo, pasar aquel bien ó mal que él pasare; que yo no folgaré dia ni noche fasta que lo falle.» Todas aquellas señoras se otorgaron en esto, que Grasandor partiese luego; mas Mabilia toda aquella noche nunca cesó de llorar con él, pensando que de aquel viaje no se le podrian excusar grandes peligros é afruentas; pero en la fin, queriendo mas la honra de su marido que satisfacer su deseo, tovo por bien que así lo ficiese. Pues venida la mañana, Grasandor se levantó é oyó misa, é despediéndose de Oriana é de Mabilia é las otras dueñas, entró en una barca, é llevando consigo sus armas é caballo, é dos escuderos con la provision necesaria, é un marinero que lo guiase, se metió á la mar por aquella misma via que Amadís habia ido.

Grasandor andovo por la mar adelante, sin saber á cuál parte podiese ir, sino donde la ventura lo llevase; que otra certidumbre ninguna no tenia sino tan solamente saber que aquella via Amadís habia llevado. Pues yendo como ois todo aquel dia é la noche é otro dia, navegaron sin fallar persona alguna que nuevas le podiese decir, é su desdicha, que lo fizo, que á la segunda noche pasó bien cerca de la ínsola del Infante, é con la gran escuranza no la vieron; que si allí aportara, no podiera errar de no fallar á Amadís, porque sopiera cómo allí aportara, é cómo el caballero gobernador de aquella ínsola fuera en su compañía, é luego le guiaran á la ínsola de la Torre Bermeja; pero de otra manera le avino, que aquella noche pasó mucho adelante, é andovo otro dia, é á la noche se falló en la ribera de la mar en una gran playa, é allí mandó Grasandor parar el navío fasta la mañana, por saber qué tierra era aquella. Así estovieron fasta que el dia vino, que podieron devisar la tierra, é parecióles que debia ser tierra firme é muy fermosa de grandes arboledas. Grasandor mandó sacar su caballo é armóse, é dijo al marinero que se no partiese de aquel logar fasta que él tornase, ó su mandado, porque él queria ver dónde habian arribado, é procurar de saber alguna nueva de aquel que demandaba. Entonces cabalgó en su caballo, é sus escuderos á pié con él, que no traian palafrenes, porque la barca mas liviana andoviese. Así andovo muy gran parte del dia, que no falló persona ninguna, é maravillóse mucho, que le pareció aquella tierra despoblada, y descabalgó en una falda de la floresta por donde iba, cabe una fuente que falló, é los escuderos le dieron de comer, é á su caballo, é desque hobieron comido dijéronle: «Señor, tornáos á la barca; que esta tierra yerma debe ser.» Grasandor les dijo: «Quedad aquí vosotros, que no podréis tener comigo, é yo andaré fasta que sepa algunas nuevas, é si las no fallo, luego me tornaré á vosotros, é si viérdes que tardo, tornadvos á la barca; que si puedo, allí seré yo.» Los escuderos, que ya de cansados no podian andar, lo acomendaron á Dios, et dijéronle que así lo farian como lo él mandaba. Pues Grasandor se fué por aquella floresta, é á cabo de una pieza falló un valle hondo é muy espeso de árboles, é al un cabo dél vió un monesterio pequeño metido en lo mas espeso dél, é fué luego allá, é llegando á la puerta, hallóla abierta, é descabalgó de su caballo, é arrendólo á las aldabas, y entró dentro, é fuése derechamente á la iglesia, é fizo su oracion lo mejor que él supo, rogando á Dios que lo guiase en aquel viaje cómo las cosas dél fuesen á su honra, é le enderezase donde podiese fallar á Amadís. Así estando de rodillas, vió venir á la iglesia un monje de los blancos, é llamóle é díjole: «Padre, ¿qué tierra es esta, y de qué señorío es?» El monje le dijo: «Esta es del señorío de Irlanda, mas no está agora mucho á su mandar del Rey; porque aquí cerca está un caballero, que se llama Galifon, é con dos hermanos caballeros muy fuertes así como él, é un castillo de gran fortaleza, en que se acoge, ha sojuzgado toda esta montaña, de muy buena tierra é logares asaz ricos, é face mucho mal á los caballeros andantes que por aquí pasan; que ellos andan todos tres de consuno, é cuando fallan algun caballero ascóndense los dos, y el uno solo le acomete, é si el caballero del castillo vence, estánse quedos, é si le va mal en la batalla, salen los dos, é ligeramente vencen ó matan al uno que es solo; é ayer acaesció que viniendo dos monjes desta casa de pedir limosnas por estos logares, vieron cómo todos tres hermanos vencieron un caballero é lo llagaron muy mal, é aquellos dos padres gelo pidieron, rogándoles que por amor de Dios no lo matasen é gelo diesen, pues que en él ya defensa ninguna no habia; é tanto les afincaron, que lo hobieron de facer, é trajiéronle en un asno, é aquí lo tenemos; é luego á poco rato llegó otro su compañero, é como esto sopo, partió de aquí poco ante que vos llegásedes, con intencion de morir ó vengar á este que está ferido; é ciertamente él va á gran peligro de su persona.»

Cuando esto oyó Grasandor, dijo al monje que le mostrase el caballero ferido, y él así lo fizo, que le metió á una celda, donde estaba en un lecho, é como le vió,

conociólo, que era Eliseo, cohermano de Landin, el sobrino de don Cuadragante, é asimismo el caballero conoció á él, que muchas veces se vieran é fablaran en la guerra de entre el rey Lisuarte é Amadís. E cuando Eliseo lo vió díjole: «¡Oh mi buen señor Grasandor! ruégoos por mesura que socorrais á Landin, mi cohermano, que va á gran peligro, y despues os diré mi aventura cómo me avino; que si os detoviese en lo contar, no le prestaria nada vuestra ayuda.» Grasandor dijo: «¿Dónde lo fallaré?—En pasando este valle, dijo Eliseo, veréis un gran llano, y en él un fuerte castillo, é allí lo fallaréis, que va á demandar á un caballero que es señor dél, de quien yo este mal recebí.» Grasandor vió luego que era verdad lo que el monje le dijera, y encomendólo á Dios é cabalgó en su caballo, é fué lo mas presto que pudo en aquel derecho que el monje le mostró, donde mejor podria ver el castillo; é como hobo el valle pasado, viólo luego en un otero mas alto que la otra tierra de alderredor; é yendo contra él, llegando al cabo de un monte por do iba, vió á Landin, que estaba delante la puerta del castillo dando voces, pero no entendia él lo que decia, que estaba algun tan alejado; y detovo el caballo entre las matas espesas; que no quiso parescer fasta que viese si Landin habia menester socorro. Pues así estando, á poco rato vió salir por la puerta del castillo á la parte donde Landin estaba, un caballero asaz grande é bien armado, é habló un poco con Landin, é luego se apartaron uno de otro una pieza, é fuéronse ferir al mas correr de sus caballos, é diéronse tan grandes encuentros con las lanzas é con los caballos uno con otro, que ambos les convino caer en tierra grandes caidas; mas el caballero del castillo dió muy mayor caida; así que, fué desacordado, pero levantóse lo mas presto que podo, y metió mano á su espada para se defender. Landin se levantó como aquel que muy ligero é valiente era, é vió cómo su enemigo estaba guisado de lo rescebir, y metió mano á su espada, é puso el escudo ante sí, é fuése para él, y el otro asimesmo movió contra él, é diéronse muy grandes golpes de las espadas por cima de los yelmos; así que, el fuego salia dellos, é rajaban sus escudos, é desmallaban las lorigas por muchas partes; de guisa que las espadas llegaban á sus carnes, é así andovieron una gran pieza, faciéndose todo el mal que podian; mas á poco rato Landin comenzó á mejorar de tal forma, que traia al caballero del castillo á su voluntad, y que ya no entendia salvo en se guardar de los golpes, sin él poder dar ninguno; é cuando así se vió comenzó á llamar con el espada á los del castillo que lo socorriesen, que mucho tardaban. Estonces salieron dos caballeros á mas correr de sus caballos, con las lanzas en las manos, é diciendo: «Traidor, malo, no lo mates.»

Cuando Landin así los vió venir púsose para los esperar, como buen caballero, sin ninguna alteracion de su voluntad, porque ya se tenia él por dicho que yéndole mal al primero, que habia de ser socorrido de los dos, é díjoles: «Vosotros sois los malos é traidores; que á mala verdad matais á traicion los buenos y leales caballeros.» Grasandor, que todo lo miraba, cuando así los vió venir, puso las espuelas á su caballo lo mas recio que pudo, y fué contra ellos, diciendo: «Dejad el caballero, malos é aleves.» E firió al uno dellos de la lanza, de tan gran encuentro en el escudo, que sin detenimiento alguno lo lanzó por cima de las ancas del caballo, é dió en el campo, que era duro, tan gran caida, que el brazo diestro, sobre que cayó, fué quebrado; é tan desacordado fué, que se no pudo levantar. El otro caballero fué por dar una lanzada á sobremano á Landin, ó lo tropellar con el caballo; mas no pudo, que él se desvió con tanta ligereza é buen tiento, que el otro no le pudo coger, é tan recio pasó con el caballo, que Landin no le pudo ferir, maguer que él cuidó cortarle las piernas al caballo. Grasandor le dijo: «Quedad con ese que está á pié, y dejadme á mí este de caballo.» Cuando Landin esto vió mucho fué alegre, é no pudo entender quién seria el caballero que á tal sazon lo habia socorrido, é tornó luego para el caballero con quien antes se combatia, é dióle con su espada muy grandes y pesados golpes; é aunque el caballero puñó cuanto mas pudo de se defender, no le prestó nada; que Landin le traia á toda su voluntad. Grasandor se feria con el de caballo, dándose grandes golpes de las espadas, que Grasandor le habia cortado la lanza y le habia herido en la mano, é así estaban todos cuatro faciendo todo el mayor mal que ellos podian; mas á poco rato Landin derribó el suyo ante sus piés, é cuando esto vió el otro, que aun á caballo estaba, comenzó de fuir contra el castillo cuanto mas podia, é Grasandor tras él, que lo no dejaba; é como iba desatentado, erró el tino de la puente levadiza, é cayó con el caballo en la cava, que muy fonda era é llena de agua; así que, con el peso de las armas á poco rato fué afogado, que los del castillo no lo podieron socorrer, porque Grasandor se puso al cabo de la puente, é Landin, que llegó luego encima de otro caballo de los que en el campo habian quedado; é como vieron el pleito parado y que no habia qué hacer, tornáronse entrambos adonde habian dejado los caballeros, por ver si eran muertos. E Landin dijo: «Señor caballero, ¿quién sois, que á tal sazon me socorristes, habiéndolo tanto menester?» Grasandor le dijo: «Mi señor Landin, yo soy Grasandor, vuestro amigo, que doy muchas gracias á Dios que os fallé en tiempo que menester me hobiésedes.»

Cuando Landin esto oyó fué mucho maravillado qué ventura lo pudo traer á aquella tierra; que bien sabia cómo quedara en la ínsola Firme con Amadís al tiempo que de allí la flota se partió para ir á Sansueña é al reino del rey Arábigo, é díjole: «Buen señor, ¿quién os trajo en esta tierra tan desviada de donde con Amadís quedastes?» Grasandor le contó todo lo que habeis oido, por dónde le conviniera salir á buscar á Amadís, y preguntóle si sabia algo dél. Landin le dijo: «Sabed, señor Grasandor, que Eliseo, mi cohermano, é yo venimos de donde queda don Cuadragante, mi tio, é don Bruneo de Bonamar con aquellos caballeros que de la ínsola Firme vistes partir, con mandado de mi tio para el rey Cildadan á le demandar alguna gente; que allá hobimos una batalla con un sobrino del rey Arábigo, que se apoderó de la tierra cuando supo que el Rey su tio era vencido y preso; é como quiera que nosotros fuimos vencedores y fecimos gran estrago en los enemigos, rescebimos mucho daño, que perdimos mucha gente,

é por esta causa venimos para levar mas; é habrá tres dias que aportamos á la ínsola del Infante, é allí supimos cómo un caballero que una dueña traia é un hombre solo venian en un batel, y que dijeron que iban á la ínsola de la Torre Bermeja á se combatir con Balan el gigante, é no me sopieron decir por qué causa, sino tanto que el gobernador de aquella ínsola fué con el caballero á ver la batalla, porque, segun se dice, aquel jayan es el mas valiente que hay en todas las ínsolas, y segun vos decis que Amadís se partió por la mar con la dueña, creed que no es otro sino este; que á él convenia tal empresa.—Mucho me habeis hecho alegre, dijo Grasandor, con estas nuevas; mas no me puedo partir de ser muy triste por me no hallar con él en tal afruenta como aquella.—No os pese, dijo Landin; que aquel no lo fizo Dios sino para le dar por sí solo la honra é gran fama que todos los del mundo juntos no podrian alcanzar.—Agora me decid, dijo Grasandor, cómo os avino; que yo fallé en un monesterio acá yuso en un fondo valle á vuestro cohermano Eliseo mal llagado, del cual no pude saber qué cosa fuese, sino tan solamente que me dijo cómo vos veníades á combatir con este caballero, é los monjes de aquel monesterio me dijeron la mala órden que él y sus hermanos tenian para vencer y deshonrar á los caballeros que con ellos se combatian, é no supe otra cosa por no me detener.» Landin le dijo: «Sabed que nosotros salimos ayer de la mar por nos ir por tierra adonde el rey Cildadan está; que estábamos muy enojados de andar sobre el agua; y llegando cerca de aquel monesterio que vistes, encontramos con una doncella que venia llorando, y demandónos ayuda. Yo le pregunté la causa de su llanto; que si era cosa que justamente la podiese remediar, que lo faria. Ella me dijo que un caballero tenia preso á su esposo contra razon, por le tomar una heredad muy buena que tenia en su tierra, é lo tenia en una torre en cadenas, que era á la diestra parte del monesterio bien dos leguas; é yo tomé fianza de la doncella si me decia verdad, la cual me la fizo luego; é díjele á mi cohermano Eliseo que se quedase en áquel monesterio, porque venia mas enojado de la mar, en tanto que yo iba con la doncella, é que si Dios me enderezase con bien, que luego me tornaria para él; mas él porfió tanto comigo, que no pude excusar de lo no llevar en mi compañía, é yendo por aquel valle entre aquellas matas espesas, é la doncella que nos guiaba con nosotros, vimos ir un caballero, que ya á lo llano encumbraba, armado encima de un caballo. Entonces Eliseo me dijo:—Cohermano, id vos con la doncella é yo iré á saber de aquel caballero.—Así se partió de mí, é yo fuí con la doncella, y llegué á la torre donde su esposo estaba preso, é llamé al caballero que lo tenia, el cual salió desarmado á fablar comigo; é como el rostro me vió, conoscióme luego, y preguntóme qué demandaba. Yo le dije todo lo que la doncella me habia dicho, y que le rogaba que ficiese luego soltar á su esposo y le no ficiese mal de allí adelante contra derecho; y él lo hizo luego por amor de mí, porque en ninguna manera se queria combatir comigo, y me prometió de lo facer como lo yo pedia, é maltrájele mucho, diciéndole que para hombre de tan buena suerte no convenia facer semejantes cosas, é púdelo facer, porque este caballero era mi amigo, é andovimos cuando noveles caballeros algun tiempo en uno buscando las aventuras. Pues esto despachado, volvíme al monesterio como quedé, é fallé á Eliseo mal ferido, y preguntéle qué fuera dél, y él me dijo que yendo tras aquel caballero cuando de mí se partió, dándole voces que tornase; que á cabo de una pieza que tornara á él y que hobieran una brava batalla, y que, á su parecer, le tenia mucha ventaja é cuasi vencido, y que salieron otros dos caballeros de la floresta y le encontraron tan fuertemente, que le derribaron á él é al caballo y le firieron muy mal; y que si Dios no trajera á la sazon por allí dos monjes de aquel monesterio, que mucho les rogaron por su vida, que todavía lo acabaran de matar, é por amor dellos lo dejaron, y que aquellos monjes lo llevaron.—Todo eso sé yo de lo de vuestro primo; que los monjes me lo dijeron, dijo Grasandor; mas de lo vuestro no supe otra cosa sino cómo vos partisteis del monesterio para os combatir con estos malos y desleales caballeros. Mas ¿qué acordais que fagamos dellos si muertos no fueren?» Landin le dijo: «Sepamos en qué disposicion están, é así tomarémos el acuerdo.»

Estonces llegaron donde Galifon, el señor del castillo, estaba tendido en el suelo, que nunca tovo poder de se levantar; pero ya con algo de mas aliento é mas acuerdo que de ante, é asimesmo fallaron á su hermano, que no era muerto, pero que estaba muy maltrecho. Landin llamó dos escuderos, uno suyo é otro de su primo, que con ellos venian, é fízoles descender de sus palafrenes, é pusieron aquellos dos caballeros en las sillas atravesados, é los escuderos en las ancas, é fuéronse contra el monesterio con pensamiento, si Eliseo fuese muerto ó ferido de peligro, de los facer matar, é si estoviese mejorado en salud, que tomarian otro consejo. Así como oídes llegaron al monesterio, é fallaron á Eliseo sin peligro ninguno; que un monje de aquellos, que sabia de aquel menester, le habia curado y remediado mucho. A esta sazon aquel Galifon, señor del castillo, estaba en todo su acuerdo, é como vió á Landin desarmado, conociólo; que así este como sus hermanos todos eran del rey Cildadan. Mas cuando vieron que se iba á ayudar al rey Lisuarte á la guerra que con Amadís tenia, estos tres hermanos quedaron en la tierra, que los no pudo llevar consigo, y en tanto que él se detovo en aquella cuestion, ficieron ellos mucho daño en aquella comarca, teniendo al rey Cildadan en poco en le ver so el señorío del rey Lisuarte; que cuando la fortuna se muda de buena en mala, no solamente es contraria é adversa en la causa principal, mas en otras muchas cosas que de aquella caida redundan, que se pueden comparar á las circunstancias del pecado mortal, é díjole: «Señor Landin, ¿podria yo alcanzar de vos alguna cortesía? Si pensais que mis malas obras no lo merescen, merézcanlo las vuestras buenas, é no mireis á mis yerros, mas á lo que vos, segun quien sois y del linaje donde venis, debeis hacer.» Landin le dijo: «Galifon, no se esperaba de vos tan malas hazañas; que caballero que se crió en casa de tan buen rey y en compañía de tantos buenos, mucho estaba obligado á seguir toda virtud; é soy maravillado de así ver estra-

gada vuestra crianza, siguiendo vida tan mala é tan desleal.—La codicia de señorear, dijo Galifon, me desvió de lo que la virtud me obligaba, así como lo ha fecho á otros muchos que mas que yo valian é sabian; pero en vuestra mano é voluntad está todo el remedio. —¿Qué quereis que faga? dijo Landin.—Que me ganeis perdon del Rey mi señor, dijo él, é yo me porné en la su merced de vuestra parte cuanto pueda cabalgar.—¿Será así como lo decis, dijo Landin, que de aquí adelante tomaréis el estilo que conviene á la órden de caballería?—Así será, dijo Galifon, sin duda ninguna.—Pues yo os dejo libre, dijo Landin, é á vuestro hermano, tanto que seais de hoy en veinte dias delante del rey Cildadan, mi señor, é hagais lo que él os mandare, y en este comedio yo os ganaré perdon.» Galifon gelo gradeció mucho, é así como lo él mandaba gelo prometió. Pues fecho esto, quedaron allí aquella noche todos juntos, é otro dia de mañana Grasandor oyó misa é despidióse de Landin y de su primo para se tornar á su barca, donde la habia dejado en la playa de la mar, é con mucho placer en su corazon por las nuevas que Landin le dijera, que por cierto tenia ser Amadís el caballero que aportó á la ínsola del Infante con la dueña, é iba para se combatir con el gigante Balan.

Así se tornó por el mesmo camino por donde viniera, y llegó á la barca ante que anocheciese, donde falló sus escuderos, con que mucho le plugo, é á ellos con él. Grasandor preguntó al marinero si sabria guiar á la ínsola que se llamaba del Infante. Él dijo que sí, que despues que allí llegaron habia atinado bien dónde estaban, lo cual luego que allí llegaron no sabian, y que él lo guiaria á aquella ínsola. «Pues vamos allá,» dijo Grasandor. Así movieron de la playa é andovieron toda aquella noche, é otro dia á hora de vísperas llegaron á la ínsola, é Grasandor salió en tierra, é subió suso á la villa, donde le dijeron todo lo que le habia acaescido á Amadís con el Gigante, que lo sopieran del Gobernador, que allí era llegado; é Grasandor fabló con él por mas ser certificado, el cual le contó todo cuanto viera de Amadís, así como la historia lo ha contado. Grasandor le dijo: «Buen señor, tales nuevas me habeis dicho, con que he habido gran placer, y esto no lo digo porque tenga en mucho haber salido Amadís tanto á su honra desta aventura, que, segun las grandes cosas y peligrosas que por él han pasado, á los que las sabemos no nos podemos maravillar de otras ningunas, por grandes que sean; mas por lo haber fallado, que ciertamente yo no podiera rescebir descanso ni folganza en ninguna parte en tanto que dél no sopiera nuevas.» El caballero le dijo: «Bien creo que, segun las grandes cosas suenan deste caballero por todas las partes del mundo, que muchas dellas habrán visto aquellos que en alguna sazon en su compañía han andado; pero yo os digo que si esta por que agora pasó todos la podieran ver como la yo vi, que bien la contarian entre las mas peligrosas.» Entonces se dejaron de fablar mas en aquello, é Grasandor le dijo: «Ruégoos, caballero, por cortesía que me deis alguno vuestro que me guie á la ínsola donde Amadís está.—De grado lo faré, dijo él, é si alguna provision habeis menester para la mar, luego se os dará.—Mucho os lo gradezco, dijo Grasandor; que yo trayo todo lo que me cumple.» El caballero de la ínsola dijo: «Védes aquí uno que os guiará, que ayer vino de allá.» Grasandor gelo gradeció y se metió en su fusta con aquel hombre que lo guiaba, y fué por la mar adelante, é tanto andovieron, que llegaron sin contraste alguno al puerto de la ínsola de la Torre Bermeja, donde Amadís estaba, é luego fué tomado por los hombres del jayan, y le preguntaron qué demandaba. Él les dijo que venia á buscar un caballero que se llamaba Amadís de Gaula, que le dijeron que estaba en aquella ínsola. «Verdad decis, dijeron ellos; sobid con nosotros al castillo, que allí lo fallaréis.»

Estonces salió de la barca armado como estaba, é subió suso al castillo con aquellos hombres, é cuando á la puerta fué dijeron á Amadís cómo estaba allí un caballero que le demandaba. Amadís pensó luego que seria alguno de sus amigos, é salió contra la puerta, é cuando vió que era Grasandor fué el mas alegre del mundo, é abrazólo con mucha alegría, é Grasandor asimesmo á él, como si mucho tiempo pasara que se no hobieran visto. Amadís le preguntó por su señora Oriana qué tal quedaba, é si recibiera mucho enojo por su venida. Grasandor le dijo: «Mi buen señor, ella y todas las otras quedaban muy buenas, é de Oriana os digo que recibió grande afruenta é mucha turbacion cuando por mí lo supo; mas como su discrecion sea tan sobrada, bien cuidó que no sin gran causa fecistes este camino, é no tengais creido que ningun enojo ni saña le queda, sino es pensar tan solamente que no os podrá ver tan presto como lo desea; é como quiera que yo venga á os llamar, placer habré que por mí os detengais aquí cuatro ó cinco dias, porque vengo enojado de la mar.—Por bien lo tengo, dijo Amadís, que así se faga; que yo tambien lo he menester, porque aun me siento flaco de unas feridas que hobe, de que no soy bien sano, é mucho me fecistes alegre de lo que me decis de mi señora; que en comparacion de su enojo, todas las cosas que me podrian venir de grandes afruentas, ni aun la mesma muerte, no las tengo en tanto como nada.»

CAPITULO XLIX.

Cómo estando Amadís en la ínsola de la Torre Bermeja, sentado en unas peñas sobre la mar, hablando con Grasandor en las cosas de su señora Oriana, vió venir una fusta, de donde supo nuevas de la flota que era ida á Sansueña é á las ínsolas de Landas.

Así como ois estaban en aquella ínsola de la Torre Bermeja Amadís é Grasandor con mucho placer, é Amadís siempre preguntaba por su señora Oriana, que en ella eran todos sus deseos é cuidados; que aunque la tenia en su poder, no le fallecia un solo punto del amor que siempre le hobo, antes agora mejor que nunca le fué sojuzgado su corazon, é con mas acatamiento entendia seguir su voluntad, de lo cual era causa que estos grandes amores que entrambos tovieron no fueron por accidente, como muchos hacen, que mas presto que aman y desean, aborrecen; mas fueron tan entrañables é sobre pensamiento tan honesto é conforme á buena conciencia, que siempre crecieron, así como lo facen todas las cosas armadas é fundadas sobre la vir-

tud; pero es al contrario lo que todos generalmente seguimos, que nuestros deseos son mas al contentamiento é satisfacion de nuestras malas voluntades é apetitos, que á lo que la bondad é razon nos obliga; lo cual en nuestras memorias é ante nuestros ojos debriamos tener, considerando que si todas las cosas dulces é sabrosas fuesen en nuestras bocas puestas, y en fin de la dulzura un sabor amargo quedase, no tan solamente lo dulce se perderia, mas la voluntad seria tan alterada, que con lo postrimero grande enojo de lo primero se sentiria; así que, bien podemos decir que en la fin es lo mas de la gloria y perficion. Pues si esto es así, ¿por qué dejamos de conocer que aunque las cosas deshonestas, así amores como de otra cualquiera cualidad, trayan al comienzo dulzura é al fin amargura é arrepentimiento; que las virtuosas y de buena conciencia, que al comienzo pasan con aspereza é amargura, la fin siempre da contentamiento é alegría. Pero en lo deste caballero y de su señora no podemos apartar lo malo de lo bueno, ni lo triste de lo alegre, porque desde su comienzo siempre su pensamiento fué en seguir la honesta fin en que agora estaban; é si cuidados é angustias uno por otro pasaron, que no fueron pocas, como esta grande historia lo cuenta, no creais que en ellas recibian pena ni pasion, antes mucho descanso é alegría, porque mientra mas veces á la memoria traian sus grandes amores, tantas eran causa de se tener el uno al otro delante sus ojos como si en efeto pasara, lo cual les daba tan gran remedio é consuelo á sus alegres congojas, que por ninguna guisa quisieran de sí partir aquella sabrosa membranza. Mas dejemos de fablar en esto destos leales amadores, así porque no tienen cabo, como porque muy grandes tiempos pasaron y pasarán antes que otros semejantes se vean, ni de quien con tan grande escritura memoria quede. Pues así hablaba Amadís con Grasandor en aquellas cosas que mas le agradaban, é avínoles que estando entrambos en unas peñas altas sobre la mar, vieron venir una fusta pequeña derechamente á aquel puerto, é no quisieron de allí partir sin que primero sopiesen quién en ella venia. Llegada la fusta al puerto, mandaron á un escudero de los de Grasandor que sopiese qué gente era la que allí arribara; el cual fué luego á lo saber, é cuando volvió dijo: «Señores, allí viene un mayordomo de Madásima, mujer de don Galvánes, que pasa á la ínsola de Mongaza.—Pues ¿de dónde viene? dijo Amadís.—Señor, dijo el escudero, dicen que de donde está don Galvánes é don Galaor, é no supe dellos mas.» Cuando Amadís esto oyó descendiéronse él é Grasandor de las peñas, é fuéronse al puerto donde la fusta estaba, é como llegaron, conoció Amadís á Nolfon, que así habia nombre el mayordomo, é díjole: «Nolfon, amigo, mucho soy ledo con vos porque me diréis nuevas de mi hermano don Galaor y de don Galvánes; que despues que de la ínsola Firme partieron nunca las he sabido.»

Cuando el mayordomo lo vió y conoció que era Amadís, mucho fué maravillado por lo hallar en tal parte, que bien sabía él cómo aquella ínsola era del gigante Balan, el mayor enemigo que Amadís tenia, por le haber muerto á su padre; é luego salió en tierra, é fincó los hinojos ante él por le besar las manos, mas Amadís lo abrazó é no gelas quiso dar. El mayordomo le dijo: «Señor, ¿qué aventura fué aquella que aquí vos trajo en esta tierra tan desviada de donde os dejamos?» Amadís le dijo: «Mi buen amigo, Dios me trajo por un caso que despues sabréis; mas decidme todo lo que de mi hermano y de don Galvánes é Dragonis habeis visto.—Señor, dijo él, Dios loado, yo os lo puedo decir muy bien, é cosas de vuestro placer. Sabed que don Galaor é Dragonis partieron de Sobradisa con mucha gente é bien aderezada, é don Galvánes, mi señor, se juntó con ellos con toda la mas gente que haber pudo de la ínsola de Mongaza en la alta mar, á una roca que por señal tenian, que se llama la peña de la Doncella Encantadora; no sé si la oistes decir.» Amadís le dijo: «Por la fe que á Dios debeis, mayordomo, que si algo de las cosas qué en esa peña son sabeis, que me las digais; porque don Gavarte de Val Temeroso me hobo dicho que seyendo él mal doliente, veniendo por la mar, pasó al pié desta peña que decis, y que su mal le estorbara de sobir suso, y ver muchas cosas que en ella son, y que le dijeron los que las han visto que entre ellas habia una gran aventura en que fallecian de la acabar los caballeros que la probaban.» El mayordomo le dijo: «Todo lo que desto pude aprender y quedó en memoria de hombres vos diré de grado. Sabed que á aquella peña quedó este nombre porque tiempo fué que aquella roca fué poblada por una doncella que de allí fué señora, la cual mucho trabajó de saber las artes mágicas é nigromancia, é aprendiólas de tal manera, que todas las cosas que á la voluntad le venian acababa; y el tiempo que vivió allí hizo su morada, la cual tenia la mas fermosa é rica que nunca se vió; é muchas veces acaeció tener al derredor de aquella peña muchas fustas que por la mar pasaban desde Irlanda é Nuruega é Sobradisa á las ínsolas de Landas é á la Profunda Insula, é por ninguna guisa de allí se podian partir si la doncella no diese á ello lugar, desatando aquellos encantamentos con que ligadas é apremiadas estaban, y dellas tomaba lo que lo placia; é si en las fustas venian caballeros, teníalos todo el tiempo que le agradaba, é hacíalos combatir unos con otros hasta que se vencian é aun mataban, que no habian poder de facer otra cosa, y de aquello tomaba ella mucho placer; otras cosas muchas facia que serian largas de contar; pero como sea cosa muy cierta los que engañan ser engañados é maltrechos en este mundo y en el otro, cayendo en los mesmos lazos que á los otros armaron, á cabo de algun tiempo que esta mala doncella con tanta riqueza é alegría sus dias pasaba, creyendo penetrar con su gran saber los grandes secretos de Dios, fué, permitiéndolo él, traida y engañada por quien nada desto no sabia; y esto fué, que entre aquellos caballeros que así allí trajo fué uno natural de la isla de Creta, hombre fermoso é asaz valiente en armas, de edad de veinte y cinco años. Deste fué la doncella con tanta aficion enamorada, que de su sentido la sacaba; de manera que su gran saber ni la gran resistencia y freno que á su voluntad tan desordenada y vencida ponia, no la pudieron excusar que á este caballero no ficiese señor de aquello que aun fasta allí ninguno poseido habia, que era su persona; con el cual algun tiempo con mucho

placer de su ánimo pasó, y él asimesmo con ella, mas por el interese que de allí esperaba que por su fermosura della, de la cual muy poco la natura la habia ornado. Así estando en esta vida aquella doncella y el caballero su amigo, él considerando que en tal parte como aquella tan extraña é apartada, siendo del mundo señor, muy poco le aprovechaba, comenzó á pensar qué faria porque de aquella prision salir podiese, y pensó que la dulce palabra y el rostro amoroso con los agradables autos, que en los amores consisten, aun siendo fingidos, tenian mucha fuerza de turbar é trastornar el juicio de toda persona que enamorada fuese; é comenzó mucho mas que ante á se le mostrar sojuzgado é apasionado por sus amores, así en lo público como en lo secreto, é rogarla con mucha aficion que diese lugar á que no pensase que aquello le venia por causa de las fuerzas de sus encantamentos, sino solamente porque su voluntad y querer á ello le inclinaban. Pues tanto la afincó, que creyendo ella tenerlo enteramente, é juzgando por su sojuzgado é apremiado corazon, que tan sin engaño como ella lo amaba, así lo hacia él, dejóle libre que de sí podiese facer á su guisa. Como él así se vió, deseando mas que ante dejar aquella vida, estando un dia fablando con la doncella á la vista de la mar, como otras muchas veces, abrazándola, mostrándole mucho amor, dió con ella de la peña ayuso tan gran caida, que toda fué hecha piezas. Como el caballero esto hobo fecho, tomó cuanto allí falló é todos los moradores, así hombres como mujeres, y dejando la isla despoblada, se fué á la isla de Creta; pero dejó allí en una cámara del mayor palacio de la doncella un gran tesoro, segun dicen, que no lo pudo tomar él ni otro alguno, por estar encantado, fasta el dia de hoy; é algunos que en el tiempo de los grandes frios, cuando las serpientes se encierran, que se han atrevido á subir en la peña, dicen que han llegado á la puerta de aquella cámara; pero que no han poder de entrar dentro, y que están letras escritas en la una puerta, tan coloradas como sangre, y en la otra otras letras que señalan el caballero que allí ha de entrar y ha de ganar aquel tesoro, sacando primero un espada que está metida hasta la empuñadura por las puertas, é luego serán abiertas. Esto es, Señor, lo que sé de lo que me preguntastes.»

Amadís, desque lo hobo oido, estovo un poco pensando cómo podria él acabar aquello que en tantos habia fallescido, é calló, que no dijo nada dello; mas preguntó á Nolfon lo de sus hermanos é sus amigos; él le dijo: «Señor, pues juntas las flotas allí al pié de aquella peña que ois, tomaron la via de la Profunda Insola, mas no pudo ser tan secreta su llegada, que ante no les fuese á todos manifiesta por algunas personas que por la mar tenian, é toda la ínsola se alborotó con un primo hermano del rey muerto; é como al puerto llegamos, ocurrió allí toda la gente, con la cual hobimos una grande y peligrosa batalla, ellos de la tierra é nosotros de los navíos; mas al cabo don Galaor é don Galvánes é Dragonis saltaron en tierra á mal su grado de los enemigos, é ficieron tal estrago en ellos, é con otros muchos de los nuestros que les ayudaron, que apartaron por aquel cabo la gente de la ribera; así que, hobimos lugar de salir de las naos, é luego todos de consuno ferimos en ellos tan recio, que no nos podiendo sofrir, volvieron las espaldas; pero las cosas que don Galaor hizo no las podria hombre ninguno contar, que allí cobró todo lo que en tanto tiempo con su gran dolencia habia perdido; y entre los que mató fué aquel capitan primo del Rey, que dió mas ahína causa á que toda su gente fuese por nosotros en la villa encerrada, donde los cercamos por todas partes; mas como todos fuesen hombres de poca suerte é no toviesen caudillo, que los mas principales de aquella ínsola murieron con el Rey su señor en el socorro de Luvaina, é otros muchos fueron presos, é nos vieron señorear el campo é á ellos, sin remedio de ser socorridos, movieron trato luego que les asegurasen lo suyo, é los dejasen en ello como lo tenian, y se darian; é así se fizo, que no ocho dias despues que allí llegamos fué ganada toda la isla é alzado Dragonis por rey; é porque don Galvánes, mi señor, é don Galaor fueron feridos, aunque no mal, acordaron de me enviar á mi señora Madasima é á la reina Briolanja á las decir las nuevas, é yo, Señor, víneme por aquí por ver á Madasima, tia de mi señora, á quien ella mucho precia é ama, porque es una señora muy noble y de gran bondad, é no con pensamiento de vos hallar en esta parte.» Amadís hobo gran placer de aquellas nuevas, é dió muchas gracias á Dios porque tal vitoria habia dado á su hermano é aquellos caballeros que él tanto amaba, y preguntóle si sabian allá algo de lo que don Cuadragante é don Bruneo de Bonamar é los caballeros que con ellos fueron habian fecho. «Señor, dijo él, despues que la isla ganamos fallamos en ella algunas personas que fuyeron de las ínsolas de Landas é de la cibdad de Arabia (1), pensando que allí estaban mas á salvo, no sabiendo nada de nuestra ida, é dijeron que antes que de allá partiesen habian habido una gran batalla con un sobrino del rey Arábigo é con la gente de la cibdad é de la isla; pero al cabo los de las ínsolas fueron desbaratados é maltrechos, y que de lo demás no sabian cosa alguna.» Con estas nuevas, todos con gran placer subieron al castillo, é Amadís habló con Balan el gigante, que aun del lecho no era levantado, é díjole que le convenia partir de allí en todo caso, é que le rogaba que mandase dar á Darioleta é á su marido todo lo que les habia tomado, é la fusta en que allí vinieran, porque se fuesen á la ínsola Firme, y que tambien habria placer que con ellos enviase á su fijo Bravor é á su mujer, porque los viese Oriana, y estoviese con otros donceles de gran guisa que allí estaban fasta que fuese sazon de lo armar caballero, y que él se lo enviaria tan honrado como á hombre de tan alto logar convenia. El Gigante le dijo: «Señor Amadís, asi como mi voluntad fasta aquí ha estado con deseo de te facer todo el mal que podiese, así agora al revés d'aquel pensamiento, que yo te amo de buen amor, y me tengo por honrado en ser tu amigo, y esto que mandas se fará luego; é yo cuando me levante y esté en disposicion de trabajar, quiero ir á ver tu casa y esa ínsola, y estar en tu compaña todo el tiempo que

(1) En otro lugar Arábiga, corte del rey Arábigo. Véase la página 311.

te agradare.» Amadís dijo: «Así como lo dices se faga, y cree que siempre en mí ternás un hermano, por lo que tú vales é por quien eres, é por el deudo que con Gandalac, al cual mis hermanos é yo en lugar de padre tenemos; é danos licencia, que mañana nos queremos ir, é no pongas en olvido lo que me prometes.» Pero quiero que sepais que este Balan no fizo aquel camino tan presto como él cuidaba; ante sabiendo que don Cuadragante é don Bruneo tenian cercada la cibdad de Arabia y estaban en alguna necesidad de gente, tomó toda la mas que pudo haber de la ínsola y de las otras de sus amigos, y fuéles á ayudar con tal aparejo, que dió ocasion que aquello que comenzado estaba con gran honra se acabase, é nunca dellos se partió fasta que aquellos dos señoríos de Sansueña y del rey Arábigo fueron ganados, como adelante lo contará la historia.

Agora dice la historia que Amadís é Grasandor se partieron un lúnes por la mañana de la gran ínsola llamada de la Torre Bermeja, donde aquel fuerte gigante llamado Balan era señor, é Amadís rogó á Nolfon, mayordomo de Madasima, que le diese un hombre de los suyos que le guiase á la peña de la Doncella Encantadora. Nolfon le dijo que le placia, y que si él quisiese subir á la peña, que entonces tenia buen tiempo, por ser ivierno, y en lo mas frio dél, y que si le mandaba ir con él, que de grado lo faria. Amadís se lo gradeció, é le dijo que no era menester que él dejase lo que le habian mandado; que á él le bastaba solamente una guia. «En el nombre de Dios, dijo el mayordomo, y él vos guie y enderece en esto y en todo lo otro que comenzárdes, como fasta aquí lo ha fecho.» Entonces se despidieron unos de otros, é el mayordomo fué su camino de Anteyna (1), é Amadís é Grasandor movieron por la mar con la guia que levaban, é bien andovieron cinco dias que la peña no podieron ver, aunque el tiempo les facia muy bueno; é al sexto dia, una mañana, viéronla tan alta, que no parescia sino que á las nubes tocaba. Pues así andovieron fasta ser al pié della, é fallaron allí un barco en la ribera sin persona que lo guardase, de que fueron maravillados; pero bien creyeron que alguno que á la peña era subido lo dejara allí. Amadís dijo á Grasandor: «Mi buen señor, yo quiero subir en esta roca y ver lo que el mayordomo nos dijo, si es así verdad como lo él contó; é mucho vos ruego, aunque alguna congoja sintais, que me aguardeis aquí fasta mañana en la noche, que yo podré venir ó haceros señal desde arriba cómo me va; é si en este comedio ó al tercero dia no tornare, podréis creer que mi facienda no va bien, é tomaréis el acuerdo que vos mas agradare.» Grasandor le dijo: «Mucho me pesa, Señor, porque no me tengais por tal que mi esfuerzo baste para sofrir cualquiera afrenta que sea, fasta la muerte, en especial fallándome en vuestra compañía; que lo que á vos sobra de esfuerzo podrá bien suplir lo que en mí faltare; y el mal ó bien que desta sobida se podrá seguir, quiero que mi parte me quepa.» Amadís lo abrazó riendo é dijo: «Mi señor, no lo tomeis á esa parte lo que yo dije; que ya sabeis vos muy bien si soy testigo de lo que vuestro esfuerzo puede bastar; é pues así os place, así se haga como lo decis.»

Entonces mandaron que les diesen algo de comer; é así fué fecho; é desque hobieron comido lo que les bastaba para tan gran subida é á pié, que á caballo era imposible, tomaron sus armas todas sino las lanzas, é comenzaron su camino, el cual era todo labrado por la peña arriba, pero muy áspero de sobir; é así andovieron una gran pieza del dia, á las veces andando é otras descansando muchas veces, que con el peso de las armas recebian gran trabajo; é á la mitad de la peña fallaron una casa como ermita labrada de canto, y dentro en ella una imágen como ídolo de metal con una gran corona en la cabeza del mesmo metal, la cual tenia arrimada á sus pechos una gran tabla cuadrada dorada de aquel metal, é sosteníala la imágen con las manos ambas, como que la tenia abrazada, y estaban en ella escritas unas letras asaz grandes, muy bien fechas, en griego, que se podian muy bien leer, aunque fueron fechas desde el tiempo que la Doncella Encantadora allí habia estado, que eran pasados mas de docientos años; que esta doncella fué fija de un gran sábio en todas las artes, natural de la ciudad de Argos, en Grecia, é mas en las de la mágica é nigromancia, que se llamaba Finetor, é la hija salió de tan sotil ingenio, que se dió á aprender aquellas artes; é alcanzólas de tal manera, que muy mejor que su padre ni que otro alguno de aquel tiempo las supo, é vino á poblar aquella peña, como dicho es. La forma de cómo lo fizo, por ser muy prolijo, é por no salir del cuento que conviene, lo deja la historia de contar. Cuando Amadís é Grasandor entraron en la ermita, sentáronse en un poyo de piedra que en ella hallaron por descansar, é á cabo de una pieza levantáronse é fueron á ver la imágen, que les parecia muy fermosa, é miráronla gran rato é vieron las letras. E Amadís las comenzó á leer, que en el tiempo que andovo por Grecia aprendió ya cuanto de lenguaje é de la letra griega, é mucho dello le mostró el maestro Elisabat cuando por la mar iba, é tambien le mostró el lenguaje de Allemaña é de otras tierras, los cuales él muy bien sabia, como aquel que era gran sábio en todas las artes, é habia andado muchas provincias; é las letras decian así: «En el tiempo qué la gran ínsola florescerá y será señoreada del poderoso Rey, y ella señora de otros muchos reinos é caballeros por el mundo famosos, serán juntos en uno la alteza de las armas é la flor de fermosura, que en su tiempo par no ternán, y dellos saldrá aquel que sacará la espada con que la órden de su caballería complida será, y las fuertes puertas de piedra serán abiertas, que en sí encierran el gran tesoro.» Cuando Amadís hobo leido las letras dijo á Grasandor: «Señor, ¿habeis leido estas letras?—No, dijo él; que no entiendo en qué lenguaje son escritas.» Amadís le dijo todo lo que decian y le semejaba profecía antigua, é que, á su pensar, no se acabaria por ninguno dellos aquella aventura; como quiera que bien pensó que él é Oriana, su señora, podrian ser estos dos de quien se habia de engendrar

(1) Así en las dos ó tres ediciones antiguas que hemos consultado con el fin de restablecer en lo posible el texto genuino de este libro, pero sospechamos que en lugar de Anteyna ó Anteina, nombre que parece de una ciudad ó isla no nombrada antes, habrá quizá de leerse «do antes yua».

aquel caballero que la acabase; mas desto no dijo nada. Y Grasandor le dijo: «Si por vos no se acaba, que sois fijo del mejor caballero del mundo, é aquel que en todo su tiempo en mayor alteza ha tenido é sostenido las armas, y de la Reina, que, segun he sabido, fué una de las mas fermosas que en su tiempo hobo, muchos tiempos pasarán antes que haya fin; por esto vamos suso á la peña, é no nos quede cosa alguna por ver é por probar; que así como á otros es cosa extraña acabar una grande aventura, así lo será, é mucho mas á vos, dejar de la acabar, é si tal acaeciere, veré yo lo que ninguno hasta hoy pudo ver en vuestro tiempo.» Amadís se rió mucho, é no le respondió ninguna cosa; pero bien vió que su dicho valia poco, porque ni la bondad de su padre en armas, ni la fermosura de su madre no igualaba con gran parte á lo dél y de Oriana, é díjole: «Agora subamos, é si ser podiere, lleguemos suso antes que sea noche.»

Entonces salieron de la ermita é comenzaron é subir con gran afan, que la peña era muy alta é agra, é tardaron tanto, que antes que á la cumbre llegasen les tomó la noche; así que, les convino quedar debajo de una peña, en la cual toda la noche estovieron fablando en las cosas pasadas, todo lo mas en sus amigas é mujeres, que allí tenian sus corazones, y en las otras señoras que con ellas estaban; é Amadís le dijo á Grasandor que si la ira é saña de su señora no temiese, que en bajando de la peña se irian donde estaban don Cuadragante é don Bruneo é Agrájes, é los otros sus amigos, para los ayudar. Grasandor le dijo: «Así lo querria yo, pero no conviene que á tal sazon se faga; porque, segun vos partistes de la ínsola Firme con tanta presura, é yo con ella os vine á demandar, si acá nos tardamos, gran tristeza é dolor se causaria dello á vuestra amiga, especialmente no sabiendo cómo vos fallé; así que, ternia por bien que aquella ida á la ver primero que á otra parte que excusar se pueda se compliese, y entre tanto sabrémos mas nuevas de aquellos caballeros que decis, é tomarémos el mejor acuerdo; é si menester fuere, nuestra ayuda fagámosla con mas compaña que con nos vayan.—Así se faga, dijo Amadís, é sea nuestro camino por la ínsola del Infante, é allí tomarémos un barco para uno destos vuestros escuderos, en que lleve mi carta á Balan el gigante, por la cual le rogaré que desde su ínsola envie tal recaudo adonde ellos están, que presto podamos ser avisados de lo que facen en la ínsola Firme, donde lo atenderémos.—Mucho bien será,» dijo Grasandor. Así estovieron debajo de la peña, á las veces fablando é á las veces dormiendo, fasta que el dia vino, que comenzaron á sobir aquello poco que les quedaba; é cuando fueron en la cumbre miraron á todas partes, é vieron un llano muy grande, é muchos edificios de casas derribadas, y en medio del llano estaban unos palacios muy grandes, é gran parte dellos caida, é luego fueron por los ver, y entraron debajo de un arco de piedra muy fermoso, encima del cual estaba una imágen de doncella de piedra hecha en mucha perficion, y tenia en la mano díestra una péndola de la misma piedra tomada con la mano, como si quisiese escrebir, y en la mano siniestra un rétulo con unas letras en griego, que decian en esta manera: «La cierta sabiduría es aquella que ante los dioses mas que ante los hombres aprovecha, é la otra es vanidad.» Amadís leyó las letras é dijo á Grasandor lo que decian, é asimismo le dijo: «Si los hombres sábios toviesen conocimiento de la merced que de Dios resciben en les dar tanta parte de su gracia, que por ellos sean regidos, consejados é gobernados otros muchos, é quisiesen ocupar su saber en haber cuidado de apartar de su ánima aquellas cosas que apartar los pueden de ir con aquella claridad é limpieza, como en el mundo venir la fizo aquel su muy alto Señor, ¡oh cuán bienaventurados serian los tales, é cuán frutuoso é provechoso su saber! Pero siendo al contrario, como generalmente por nuestra mala inclinacion é condicion nos acaece, empleamos aquel saber que para nuestra salvacion nos fué dado, en las cosas que prometiéndonos honras, deleites, provechos mundanales, perecederos, deste mundo, nos facen perder el otro eterno sin fin, así como lo fizo esta sin ventura doncella, que en estas pocas letras tan grandes sentencias é dotrinas muestra, é tanto su juicio fué dotado é complido de todas las mas sotiles artes, é tan poco de su gran saber tovo conocimiento ni se supo aprovechar.»

Pero dejemos agora de fablar mas en esto, pues que errando como los pasados, hemos de seguir lo que siguieron, é vamos adelante á ver lo que se nos ofresce. Así pasaron por aquel arco, y entraron á un gran corral, en que habia unas fuentes de agua, cabe las cuales parecia haber habido grandes edificios, que ya estaban derribados, é las casas que al derredor otro tiempo allí fueron, no parecia dellas sino tan solamente las paredes de canto que eran quedadas, que las aguas no habian podido gastar; é asimismo fallaron entre aquéllos casares cuevas muchas de las serpientes que allí se acogian, é bien cuidaron que no podrian ver lo que buscaban sin alguna grande afruenta; pero no fué así, que ninguna dellas, ni otra cosa que estorbo les ficiese, podieron ver. Así entraron por las casas adelante, embrazados sus escudos, é los yelmos en las cabezas, é las espadas desnudas en las manos; é pasando aquel corral, entraron en una gran sala, que era de bóveda, que la fortaleza del betun é del canto podieron defender que en cabo de tantos años se podiese ver gran parte de su rica labor; en cabo desta sala vieron unas puertas cerradas de piedra, tan juntas, que no parecia cosa que dentro estoviese, é por donde se juntaban estaba metida una espada por ellas fasta la empuñadura, é luego vieron que aquella era la cámara encantada donde estaba el tesoro. Mucho miraron el guarnimiento della, mas no podieron saber de qué fuese, tan extraño era fecho, especialmente la manzana é la cruz, que lo que el puño cierra semejóles que era de hueso tan claro como el cristal, é tan ardiente é colorado como un fino rubí; é asimismo vieron á la parte diestra de la una puerta siete letras muy bien tajadas, tan coloradas como viva sangre, y en la otra parte estaban otras letras mucho mas blancas que la piedra, que eran escritas en latin, que decian así: «En vano se trabajará el caballero que esta espada de aquí quisiere sacar por valentía ni fuerza que en sí haya, sino

es aquel que las letras de la imágen figuradas en la tabla que ante sus pechos tiene señala, y que las siete letras de su pecho encendidas como fuego con estas juntará; para este se ha guardado por aquella que con su gran sabiduría alcanzó á saber que en su tiempo ni despues muchos años vernia otro que igual le fuese.» Cuando Amadís esto vió, é miró mucho las letras coloradas, luego le vino á la memoria ser tales aquellas como las que su fijo Esplandian tenia en la parte siniestra, é creyó que para él, como mejor que todos, y que á él mismo de bondad pasaria, estaba aquella aventura guardada, é dijo contra Grasandor: «Qué vos parece destas letras?—Paréceme, dijo él, que entiendo bien lo que las blancas dicien, pero las coloradas no las alcanzo á leer.—Ni yo tampoco, dijo Amadís, aunque ya, á mi parecer, en otra parte vi otras semejantes que estas, y pienso que las vos vistes.» Entonces Grasandor las tornó á mirar mas que de ante é dijo: «¡Santa María val! estas son las mismas que vuestro fijo tiene, é á él es otorgada esta aventura. Agora os digo que iréis de aquí sin la acabar, y quejáos de vos mismo, que fecistes otro que mas que vos vale.» Amadís le dijo: «Creed, mi buen amigo, que cuando leimos las letras de la tabla que la imágen de la ermita por donde pasamos tiene, pensé esto que me decís, é porque me no tengo yo por tan bueno como allí dice que será el que engendrare aquel caballero no os lo osé decir, y estas letras me facen creer que qué habeis dicho.» Grasandor le dijo riendo é de buen talante: «Descendamos de aquí é tornemos á nuestra compaña; que, segun me parece, por un parejo llevarémos de aquí las honras é la vitoria deste viaje, y dejemos esto para aquel doncel, que comienza á subir donde vos descendeis.»

Así se salieron entrambos, habiendo placer el uno con el otro, é cuando fueron fuera de los grandes palacios dijo Amadís: «Miremos si aquella cámara encantada tiene otro lugar alguno por donde á ella con algun artificio la podiesen entrar.» Entonces andovieron á la redonda de los palacios á la parte donde la cámara estaba, á fallaron que era toda de una piedra, sin haber en ella junta ninguna. «A buen recaudo, dijo Grasandor, esta facienda bien será que la dejemos á su dueño, y que en fiuza desta espada que venistes á ganar, no dejeis esa vuestra, que con tantos sospiros é cuidados é grande aficion de vuestro espíritu ganastes.» Esto decia Grasandor porque la ganó como el mas alto é leal enamorado que en su tiempo hobo; que no se pudo alcanzar sin que en muchas y fuertes congojas su ánimo puesto fuese, como la parte segunda desta historia lo cuenta. Entonces se fueron por aquel llano donde les pareció que habia mas poblacion, é fallaron unas albercas muy grandes cabe unas fuentes, é unos baños derribados, é unas casillas pequeñas muy bien fechas con algunas imágines de metal é otras de piedra, é ansí otras muchas cosas antiguas. Pues estando así como oídes, vieron venir adonde ellos estaban un caballero armado de todas armas blancas, é su espada en la mano, que subiera por el camino mismo que ellos, que no habia otra subida. E como á ellos llegó, saluólos, y ellos á él, y el caballero les dijo: «Caballeros, ¿sois vosotros de la ínsola Firme?—Sí, dijeron ellos; ¿por qué lo demandais?—Porque hallé acá yuso al pié de la peña unos hombres en una barca, que me dijeron que eran acá suso dos caballeros de la ínsola Firme, é no pude dellos saber sus nombres; é porque yo asimismo lo soy, no querria haber con ninguno que de allí fuese ninguna contienda si de paz no fuese; que yo vengo en demanda de un mal caballero, é trayo nueva cómo aquí se acogió con una doncella que forzada trae.» Amadís cuando esto oyó dijo: «Caballero, por cortesía os demando que me digais vuestro nombre ó vos quiteis el yelmo.—Si vosotros, dijo él, me decis é asegurais en vuestra fe que sois de la ínsola Firme, yo os lo diré; de otra manera, excusado será preguntármelo.—Yo os digo, dijo Grasandor, sobre nuestra fe, que somos de allí donde os dijeron.» Entonces el caballero quitó el yelmo de la cabeza é dijo: «Agora me podréis conocer si así es como he dicho.» Como así lo vieron, conocieron que era Gandalin. Amadís fué para él los brazos abiertos é díjole: «¡Oh mi buen amigo é hermano! ¡qué buena ventura ha sido para mí fallarte!» Gandalin estovo mucho maravillado, que aun no le conoscia, é Grasandor le dijo: «Gandalin, Amadís os tiene abrazado.» Cuando él esto oyó fincó los hinojos, é tómóle las manos, é besógelas muchas veces; mas Amadís lo levantó é lo tornó á abrazar, como aquel á quien de todo corazon amaba.

Entonces se quitaron los yelmos Amadís é Grasandor, y preguntáronle qué ventura lo trajera allí. El les dijo: «Buenos señores, eso mismo os podria yo preguntar, segun donde os dejé y el logar en que agora os fallo, tan apartado y esquivo; pero quiero responder á lo que me preguntais. Sabed que estando yo con Agrájes é con los otros caballeros que con él están en aquelias conquistas que sabeis, despues de haber vencido una gran batalla, en que mucha gente padeció, que con un sobrino del rey Arábigo hobimos, é los encerramos en la gran ciudad de Arabia, un dia entró por la tienda de Agrájes una dueña del reino de Nuruega, cubierta toda de negro, que se echó á los pies de Agrájes, demandándole muy afincadamente que la quisiese socorrer en una gran tribulacion en que estaba. Agrájes la fizo levantar é la sentó cabe sí, y demandóle que le dijese qué cuita era la suya, que él le daria remedio si con justa causa facer se podiese. La dueña le dijo:—Señor Agrájes, yo soy del reino de Nuruega, donde es mi señora Olinda, vuestra mujer; é por ser yo su natural é vasalla del Rey su padre, vengo á vos, por el deudo é amor que aquellos señores teneis, á os demandar ayuda de algun caballero bueno que me faga tornar una doncella mi fija, que por fuerza me tomó un mal caballero señor de la gran torre de la Ribera, porque no gela quise dar por mujer; que él no es del linaje ni sangre que mi hija, antes de poca suerte, sino que alcanzó á ser señor de aquella torre, con que sojuzga mucha de aquella parte donde vive; é mi marido fué primo hermano de don Grumedan, el amo de la reina Brisena de la Gran Bretaña, é nunca por cosas que he fecho me la ha querido tornar; é dice que si por fuerza de armas no, que de otra manera no la espere ver en mi compañía.—Agrájes le dijo:—Dueña, ¿cómo el Rey vuestro señor no os hace justicia?—Señor, dijo ella, el Rey es ya muy viejo

é doliente, de forma que ni á sí ni á otro puede gobernar.—Pues ¿es léjos de aquí, dijo Agrájes, donde ese caballero está?—No, dijo ella; que en un dia é una noche, con buen tiempo, pueden llegar allá por la mar.» Como yo esto vi, rogué mucho á Agrájes que me diese licencia para ir con la dueña; que si Dios me diese vitoria, luego me volveria para él. Agrájes me la dió, é mandóme que en otra aventura no me entremetiese, salvo en esta; yo así gelo prometí. Entonces tomé mis armas é mi caballo, y metíme con la dueña en una nave en que allí habia venido, é andovimos todo lo que de aquel dia quedó é la noche, é otro dia á mediodía salimos en tierra, é la dueña salió comigo, y me guió á la parte donde era la torre del caballero; é como á ella llegamos, llamé á la puerta, y respondióme un hombre de una finiestra, diciendo qué demandaba. Yo le dije que dijese al caballero señor de aquella torre que diese luego una doncella que habia tomado á aquella dueña que comigo traia, ó diese razon por qué la podia é debia tener; é si no lo ficiese, que fuese cierto que no saldria persona de aquella torre que no matase ó prendiese. El hombre me respondió, é dijo:—Por lo que tú puedes facer muy poco darémos acá; pero espera, que ahína habrás lo que pides.—Entonces me aparté de la torre, é dende á una pieza abrieron las puertas é salió un caballero asaz grande, armado de unas armas jaldes y en gran caballo, é díjome:—Caballero amenazador con poco seso que traes, ¿qué es lo que demandas?—Yo le dije:—No te amenazo ni desafio hasta saber la razon que tienes para tener por fuerza una doncella hija desta dueña, que me dice que le tomaste.—Pues aunque la dueña diga verdad, dijo él, ¿qué puedes tú facer sobre ello?—Tomar de tí la emienda, dije yo, si la voluntad de Dios fuere.—El caballero dijo:—Pues por esta punta de la lanza te la quiero dar;—é vínose luego de rendon para mí, é yo para él, é tovimos nuestra batalla, que duró gran pieza del dia; mas á la fin, como yo demandaba la verdad, é aquel defendia lo contrario, quiso Dios darme la vitoria, de manera que le tenia tendido á mis piés para le cortar la cabeza, y él me pidió merced que no le matase, y que faria en todo mi voluntad, é yo le mandé que diese la doncella á su madre, y que jurase de nunca tomar mujer ninguna contra su voluntad, y él así lo otorgó. Pues esto así fecho, soltéle, é demandóme licencia para entrar en la torre y que él mismo me traeria la doncella, é yo tomé dél fianza é dejéle ir; y dende á poco que en la torre entró, salió por otra puerta que contra la mar tenia, y metióse en un batel con la doncella, así armado como estaba, é díjome:—Caballero, no te maravilles si no te mantengo verdad; que gran fuerza de amor me lo causa facer; que sin esta doncella no viviria sola una hora; é pues que á mí mismo no me puedo sojuzgar ni gobernar, no me pongas culpa, yo te ruego, de cosa que en mí veas; é porque pierdas esperanza de la nunca haber, ni su madre tampoco, veisme cómo con ella me voy por esta mar á tal parte donde gran tiempo pase que ninguno de mí ni della sepa.—E como esto dijo, con un remo que en sus manos llevaba partió de la ribera á mas andar, y fuése por la mar adelante, é la doncella llorando con él muy dolorosamente. Cuando yo esto vi, hobe tan gran dolor é pesar, que quisiera mas la muerte que la vida; porque la dueña que allí me trajo rompió sus tocas é vestiduras delante de mí, faciendo el mayor duelo del mundo, que era muy gran dolor de la ver, diciendo que mayor mal habia de mí recebido que del caballero, porque estando en aquella torre su fija, siempre tenia esperanza de la cobrar, la cual agora del todo cesaba, pues que la via ir á parte donde nunca sus ojos la podrian ver; de lo cual habia yo sido causa; que, como quiera que supe vencer al caballero, no fué mi discrecion bastante para dar dél el derecho que ella esperaba; é que no solamente no me gradecia lo que por ella habia fecho, mas que á todo el mundo se quejaria de mí. Yo la consolé lo mas que pude é le dije:—Dueña, yo me tengo por muy culpado, pues que no supe dar cabo en esto para que me trajistes; que debiera pensar que caballero que con tanta deslealtad tenia por fuerza vuestra hija, que así en todas las otras cosas fuera de poca virtud; pero pues que así es, yo os prometo que nunca fuelgue ni haya descanso hasta que por la mar ó por la tierra lo falle é vos traya la doncella, ó muera en esta demanda; solamente vos ruego, pues quedais en vuestra tierra, me socorrais con la barca en que venimos, é con uno de vuestros hombres que la guie». La dueña, algo con esto consolada, dijo que la tomase, é mandó á un hombre de los suyos que comigo fuese, é mirase bien lo que le prometia é lo que faria en ello. Con esto me despedí della, é torné por el camino que allí habia venido, é cuando á la barca llegué era ya noche cerrada; así que, hobe de esperar á la mañana; la cual venida, tomé la via que el caballero con la doncella vi llevar, é andove aquel dia todo sin dél saber nuevas algunas; é así he andado otros cinco dias navegando á todas partes donde la ventura me llevaba, y esta mañana fallé unos hombres que andaban pescando, é dijéronme que habian visto venir un caballero en un batel armado é que traia consigo una doncella, y que llevaban la via desta peña, que se llama de la Doncella Encantadora. Como esta nueva supe, mandé al hombre que me guiaba que aquí me trajese; é cuando fuí al pié de la peña fallé vuestra compaña, é á un barco vacío desviado dellos, é preguntéles por nuevas del caballero é de la doncella; dijéronme que lo no habian visto, sino solamente aquel batel vacío que allí estaba, é por esta causa sobí acá encima; que creo sin duda que aquí se acogió este desleal caballero; é tambien por probar una aventura, que aquellos pescadores me dijeron que en esta peña habia, de una cámara encantada, si la podiese acabar, é si no, que sopiese decir nuevas della á los que della no saben.» Grasandor le dijo riendo: «Mi buen amigo Gandalin, en lo del caballero é de la doncella se ponga remedio; que en esto que decis desta aventura quedará mas espacio; que no es tan ligero de acabar.»

Entonces le contaron todo lo que les aconteciera, de lo cual Gandalin fué mucho maravillado. Amadís le dijo: «Nosotros hemos andado gran parte deste llano é destas casas; pero no hemos visto persona alguna; mas, pues así es, busquémoslo todo, porque satisfagas tu voluntad.» E luego todos tres comenzaron á buscar todas aquellas casas derribadas, é fallaron á poco rato dentro en un baño al caballero con la doncella, el

cual, como los vió, salió luego fuera, trayéndola por la mano, é dijo: «Señores caballeros, ¿á quién buscais? —A vos, don mal hombre, dijo Gandalin; que ya no os podrán prestar vuestros engaños ni mentiras que me no pagueis la burla que me fecistes y el trabajo que tomé en vos fallar.» El caballero le conosció luego en las armas blancas, que aquel era el que lo tenia vencido, é díjole: «Caballero, ya te dije que el gran amor que á esta doncella tengo me face que no sea señor de mí, é si tú ó alguno desos caballeros sabe qué cosa es amor verdadero, no me culpará de cosa que faga. Tú haz de mí lo que la voluntad te diere, en tal, si la muerte no, otra cosa no me parta desta mujer.» Amadís, cuando esto le oyó decir, bien conoció por su corazon y por los grandes amores que siempre toviera á su señora, que el caballero era sin culpa, pues que su poder no bastaba para se mas forzar, é dijo: «Caballero, como quiera que eso que decis algo excuse vuestra gran culpa, ni por eso este que os demanda debe dejar de dar derecho de vos á la madre desa doncella; que si así no lo ficiese, con mucha razon seria culpado ante los hombres buenos.» El caballero le dijo: «Buen señor, así lo conozco yo, é si á él le ploguiere, yo me pongo en su poder para que me lleve á la dueña que decis, á cuya recuesta se combatió comigo, que de mí faga su voluntad y me sea ayudador, pues que la hija está de mí contenta, que lo esté la madre, y me la dé por mujer.» Amadís preguntó á la doncella si decia verdad el caballero. Ella respondió que sí; que aunque fasta allí habia estado en su poder contra toda su voluntad, que viendo el gran amor que le tenia, é á lo que por ella se habia puesto, que ya era otorgado su corazon de lo querer é amar é le tomar por marido. Amadís dijo á Gandalin: «Llévalos entrambos é meteos en mano de aquella dueña, y en lo que podieres adereza cómo la haya por mujer, pues que á ella le place.» Con esto se decendieron todos de la peña abajo, é dormieron aquella noche en la ermita de la imágen de metal, é allí cenaron de lo que el caballero é la doncella para sí tenian; otro dia se bajaron donde sus barcas tenian. E Gandalin se despidió dellos y se fué con el caballero é con la doncella; pero antes hablaron Amadís é Grasandor con él, y le dijeron que les encomendase mucho á Agrájes é aquellos sus amigos, é que si necesidad de gente toviesen, que se lo ficiesen saber en la ínsola Firme, que ellos irian ó se la enviarian luego.

Así se partieron unos de otros, é Gandalin, llegado á la casa de la dueña, puso en su mano al caballero é á su fija; é así como aquella doncella, con el amor que aquel caballero le mostró, fué su propósito mudado, como las mujeres lo acostumbran facer, así la madre, por ventura siendo de la misma naturaleza que su fija, mudó el suyo con lo que Gandalin le dijo, é otros algunos que en ello aderezar quisieron; de manera que á placer é contentamiento de todos fueron casados en uno. Esto fecho, Gandalin se tornó adonde Agrájes estaba; que mucho con él le plogo por las nuevas que de Amadís le dijo, é falló que todos estaban muy alegres por las buenas venturas que en aquel cerco les habian venido, porque despues que á sus enemigos encerraron en aquella ciudad, como ya oistes, habian habido grandes peleas, en que los mas é mejores caballeros que dentro estaban eran muertos é tollidos, é tambien con la venida de don Galaor é de don Galvánes, que, como dejaron en la Profunda Insola por rey á Dragonis, sin ningun entrevalo muy prestamente entraron en su flota é fuéronles á ayudar; que así como acaesce que los dolientes cuando de gran dolencia se levantan é van cobrando salud, nunca piensan sino en las cosas mas conformes á su querer é voluntad, é con aquello creen desechar del todo lo que del mal les queda; así este rey de Sobradisa, don Galaor, viéndose escapado de aquella gran dolencia, en que muchas veces al punto de la muerte llegado se vió, no pensaba él de dar contentamiento á su voluntad, ni reformar su salud sino con aquellas cosas que su bravo é fuerte corazon le demandaban; que en esto era todo su vicio é gran placer, como aquel que desde el dia que su hermano Amadís le armó caballero del castillo de la Calzada, siendo presente Urganda la Desconocida, nunca de su memoria se apartó de querer saber todo lo que á la órden de caballería tocaba é lo poner en obra, como en todas las partes que esta gran historia dél face mencion lo cuenta, no mirando agora en se ver rey poderoso con aquella tan fermosa reina Briolanja; é que, segun las proezas que por él pasado habian, con mucha causa é razon podiera por gran espacio de tiempo reposar é dar folganza á su espíritu; mas considerando que la honra no tiene cabo, é que es tan delicada, que con muy poco olvido se puede escurecer, en especial á los que en la cumbre della la fortuna les ha puesto; dejándolo todo aparte, quiso este esforzado rey tomar la empresa de ayudar á Dragonis, su primo, como ya oistes, é no ser contento con el cabo de aquella afruenta ni trabajo, sino luego se ir á la mayor priesa que pudo ayudar aquellos caballeros sus grandes amigos.

¡Oh! cómo debrian esto considerar aquellos que en este mundo fueron nacidos para seguir el auto de la caballería, é cómo debrian pensar que aunque algun tiempo de su honra dén buena cuenta, que dejando aquella gran obligacion que sobre sí tienen olvidar, no solamente las armas se toman de orin, mas la fama dello es tan cubierta, que por muchos tiempos no lo puede de sí desechar; que así como los oficiales de cualquier oficio, tratándolo con diligencia, son, segun sus estados, en honra sin necesidad puestos, é olvidándolo, con flojura é poco cuidado pierden lo ganado, viniendo en pobreza é miseria; así los caballeros por el semejante, perdiendo el cuidado de lo que facer deben, sus honras, sus famas é virtudes de gran mengua en miseria son combatidos é derribados. Y este noble rey don Galaor, por no caer en este yerro, teniendo siempre al rey Perion su padre delante, é á sus hermanos, que eran los que habeis oido, en la hora que fué lo de la Profunda Insola despachado se partió, como se os ha dicho, con don Galvánes, á ayudarle á que lo otro de ganar se acabase, é su venida puso tan gran esfuerzo á los de su parte, é á los contrarios tal espanto, que desde el dia que allí llegaron nunca mas tovieron osadía de salir de los muros afuera; de forma que en poco espacio de tiempo todo aquel reino esperaban ganar.

Mas agora los dejarémos en sus reales acordando de

combatir á sus enemigos, pues que á ellos salir no osaban, é contar vos ha la historia de Amadís y Grasandor, que de Gandalin se partieran de la peña de la Doncella Encantadora, é se iban á la ínsola Firme. La historia dice que despues que Amadís é Grasandor se partieron de Gandalin al pié de la peña de la Doncella Encantadora, que navegaron tanto por la mar, que sin contraste ni estorbo alguno llegaron al gran puerto de la ínsola Firme una mañana, é saliendo de la barca, cabalgaron en sus caballos así armados como iban, é antes que al castillo sobiesen entraron á facer oracion en el monesterio que al pié de la peña estaba, que Amadís mandó facer á la sazon que de la Peña Pobre salió, así como lo habia prometido delante de la imágen de la Vírgen María que en la ermita estaba entonces; é llegando á la puerta, fallaron allí una dueña vestida de paños negros, é dos escuderos con ella, é sus palafrenes cerca de sí. Ellos la saluaron, y ella asimismo saluó á ellos, y en tanto que Amadís y Grasandor estovieron de hinojos ante el altar, la dueña supo de algunos del monesterio cómo aquel era Amadís, é atendiólo á la puerta de la iglesia, é como le vió venir fué contra él llorando, é fincó los hinojos en tierra é díjole: «Mi señor Amadís, ¿no sois vos aquel caballero que á los atribulados y mezquinos socorre, en especial á las dueñas é doncellas?—Ciertamente, si así no fuese, no seria vuestra gran fama por todas las partes del mundo con tanta prez divulgada.—Pues yo, como una de las mas tristes é sin ventura, os demando misericordia é piedad.» Entonces le trabó por la falda de la loriga con las manos ambas, tan fuerte, que solo un paso no lo dejaba andar. Amadís la quiso levantar, mas no pudo, é díjole: «Buena amiga, decidme quién sois é para qué quereis mi acorro; que, segun la gran tristeza vuestra, aunque á todas las otras dueñas falleciese, por vos sola pornia mi persona á todo peligro é afruenta que me venir pod iese.» La dueña le dijo: «Quien yo soy no lo sabréis fasta tanto que de vos tenga certidumbre que faréis mi ruego; pero lo que yo demando es, que seyendo casada con un caballero que mucho amo, su gran desventura é mia lo ha traido estar en prision del mayor enemigo que en este mundo él tiene; é della no puede salir, ni me puede ser restituido, si por vuestra persona no, y creed que estas mis rodillas nunca deste suelo serán levantadas, ni quitadas mis manos desta loriga, si con gran desmesura y descortesía no me las faceis quitar, fasta que por vos me sea otorgado esto que demando.» Cuando Amadís así la vió estar, é oyó lo que le decia, no sabia qué le responder; que habia miedo de cativar su palabra en cosa que despues á gran vergüenza se le tornase; pero, como tan fieramente la vió llorar, é trabada tan recio de su loriga, é las rodillas en tierra, fué á tan gran piedad movido, que olvidando de sacar la fianza de la socorrer con justa causa, le dijo: «Dueña, decidme quién sois, é yo os prometo de sacar á vuestro marido donde está preso, é os le dar, si por mí acabar se puede.»

Entonces la dueña lo trabó de las manos é á fuerza gelas besó, é dijo contra Grasandor: «Señor caballero, mirad lo que Amadís me promete;» é luego dijo: «Sabed, mi señor Amadís, que yo soy mujer de Arcalaus el Encantador, el cual vos teneis preso; demándoos el que me lo deis é me lo pongais en tal parte que no tema de le perder esta vez; que vos sois el mayor enemigo que él tiene, é como á enemigo mortal, para lo facer amigo, si puedo, le demando.» Cuando Amadís esto oyó fué muy turbado en se ver engañado de aquella dueña con tal arte, é si camino honesto hallara para lo no complir, de grado lo ficiera, temiendo mas el peligro y el daño que de aquel mal caballero podria redundar á muchos, que gelo no merescian, que á lo que dél le podria venir; pero veyendo la gran causa que aquella dueña tovo, é que con ninguna razon, seyendo tan obligada á la salvacion de su marido, la podian culpar, é sobre todo, querer que su palabra é verdad por ninguna guisa por dudosa se juzgase, acordó de facer lo que le pedia, é díjole: «Dueña, mucho me habeis pedido; que podeis ser bien cierta que por mayor afruenta tengo el doblar mi voluntad á que en lo que me demandais consienta, que en esforzar mi corazon para sacar á vuestro marido por fuerza de armas de donde quiera que él estoviese, por peligro que en ello se aventurase; é bien puedo decir que desde la hora que caballero fuí nunca servicio ni socorro que á dueña ni doncella ficiese fué contra mi voluntad, si este no.» Entonces cabalgaron él é Grasandor en sus caballos, é Amadís dijo á la dueña que en pos dellos se fuese, é subiéronse al castillo. Cuando Oriana é Mabilia supieron su venida, el gran placer é gozo que dello hobieron no se puede decir, é luego ellas é todas aquellas señoras que allí estaban los salieron á recebir á la entrada de la huerta donde ellas posaban. Los autos é cortesías con que Amadís é su señora se recibieron será excusado de decirlo; porque, como quiera que fasta aquí como de enamorados se facia dellos mencion, agora ya, como de casados, se deben poner en olvido, aunque con aquel verdadero amor que siempre fué pasen. Olinda la mesurada é Grasinda abrazaron á Amadís é á Grasandor, é juntos todos se acogieron á sus aposentamientos, que en la gran torre que ya oistes tenian, que en aquella huerta estaba, donde folgaron con mucho placer, como aquellos que de todo su corazon se amaban. Amadís mandó aposentar la dueña é le diesen todo lo que hobiese menester, é otro dia de mañana oyeron todos misa con Grasinda en su aposentamiento; é luego que fué dicha, la mujer de Arcalaus demandó á Amadís que cumpliese su promesa. El le dijo que lo tenia por bien.

Entonces fueron todos juntos como allí estaban al alcázar donde Arcalaus preso estaba en la jaula de fierro, que desque Amadís fabló con él en la villa de Luvaina cuando lo prendieron, nunca mas lo quiso ver, ni aquellas señoras le habian visto; porque si cuando salieron á rescebir al rey Lisuarte no, y el dia de las bodas, nunca de aquella huerta habian salido; é como llegaron, halláronle vestido de una aljuba aforrada en pieles de unas animalías que en aquella ínsola se tomaban, que era muy preciada, que don Gandáles, su amo de Amadís, le ficiera dar por ser invierno, é leyendo en un libro que le envió de muy buenos enjemplos é dotrinas contra las adversidades de la fortuna; é tenia la barba muy luenga é cana, é como era muy grande de cuerpo é feo de rostro, é siempre lo tenia muy sañudo, y en

aquella sazon cuando lo vió venir contra sí mucho mas, aquellas señoras fueron muy espantadas de lo ver, especialmente Oriana, que le vino á la memoria de cuando por fuerza la llevaba, é la quitó de sus manos Amadís, á él é á otros cuatro caballeros, como lo cuenta el primero libro desta historia. E cuando llegaron él dejó de leer, é levantóse en pié, é vió á su mujer, mas no dijo nada. Amadís le dijo: «Arcalaus, ¿conosces esta dueña? — Sí conozco, dijo él. — ¿Has habido placer con su venida? — Si es por mi bien, dijo él, tú lo puedes juzgar; pero si otro fruto no trae mas del que parece, es al contrario; que, como yo esté en mi voluntad determinado de sofrir todo el mal que venir me puede, é ya mi corazon tenga á ello sojúzgado, si no fuese que su vista me pusiese esperanza de algun descanso, es causa para mí de mayor dolor.» Amadís le dijo: «Si con su venida eres libre desta prision, ¿gradecérmelo has, é conocer lo has para adelante? — Si de tu propia voluntad, dijo él, enviaste por ella para facer lo que dices, siempre lo terné en mucho. Mas si ella se vino sin tu placer ni sabiduría, é si algo le has prometido, no te puedo yo dar gracias, porque las buenas obras que mas constriñendo la necesidad que caridad se facen, no son dignas de mucho mérito; é por eso te ruego mucho que me digas, si por bien lo tovieres, qué causa le movió á ella é á tí con estas dueñas de me venir á ver.» Amadís le dijo: «Yo te diré verdad de todo como ha pasado, é mucho te ruego que así me la digas en tu respuesta.» Entonces le contó cómo su mujer por engaño le habia demandado un don, é cómo le habia pedido que le soltase, é todo lo ótro que él respondió, que no faltó ninguna cosa. Arcalaus le dijo á Amadís: «Como quiera que de mi facienda avenga, yo te diré la verdad enteramente de lo que en la voluntad tengo, pues que la deseas saber. Si cuando en Luvaina te pedí piedad é misericordia la hobieras de mí, restituyéndome en mi libre poder, cree verdaderamente que todo el tiempo de mi vida te fuera obligado, é siempre fallaras en mí obras de verdadero amigo; mas faciéndolo agora, no lo deseando ni lo podiendo excusar, así como con enemiga me faces esta buena obra, así con ella yo la rescibo para la tener en aquel grado que merece; que aun tú me ternias en poco y de muy flaco corazon, si por lo que te debo querer mal te diese gracias. — Gran placer he habido, dijo Amadís, de lo que has dicho, é dices verdad, que por te sacar de aquí no me debes ser en cargo ninguno; que ciertamente determinado estaba de tenerte mucho tiempo, creyendo que mas convenible cosa era darte la pena que merescias, que no que tú la dieses á muchos que la no merecieron; pero por la promesa que á esta dueña fice yo te mandaré sacar desa prision é ponerte en salvo. Una cosa te ruego; que aunque á mí tu voluntad ni obra no perdone, y me trates con aquella enemiga que siempre en los tiempos pasados me toviste, que perdones á los otros que te nunca mal ficieron; y esto fazlo por aquel Señor que, cuando mas sin esperanza estabas de tu deliberacion, é yo de te la otorgar, tovo por bien de poner remedio á tus males; que así lo face con su sobrada misericordia con los malos despues de los haber tentado, porque con semejantes azotes é fatigas pongan fin á las obras que contra su servicio son; é cuando han este conocimiento, dales en este mundo buena postrimería, y en el otro bienaventurado placer, que es sin fin; é si al contrario lo facen, al contrario gelo da, ejecutando la justicia con la pena que merescen, sin les dar esperanza alguna ni remedio á sus ánimas despues que destos desaventurados cuerpos son salidas.» Arcalaus le dijo: «En lo que á tí toca conoscido está que por ninguna manera te podria querer bien ni te dejar de facer el mal que podiere. En los otros que dices, no sé lo que faré, porque, segun mi costumbre tan envejecida, é con ella haya fecho tantos males, poca esperanza me queda en aquel Señor que dices que me dará su gracia sin gelo merecer, porque sin ella no podria mi condicion resistir ni contrastar una cosa tan dura é tan fuera de su querer; é puesto que bastase, no lo faria por tu consejo, porque comigo no ganases la gloria que con todos los otros has ganado; é si alguna merced de Dios he rescebido, no es otra, salvo no te dar gracia ni te poner en corazon; que cuando yo con tanta homildad te demandé me soltases, antes quiso que fuese á pesar tuyo, é tanto contra tu voluntad, que no quedase cosa alguna en qúe en cargo te podiese ser.»

Mucho fueron espantadas aquellas señoras de oir lo que Arcalaus le dijo, é mucho rogaron á Amadís que lo no soltase, porque mas erraria contra Dios en dar causa que aquel mal hombre, estando libre, libremente pudiese ejecutar sus malos deseos, que teniéndolo preso, de su promesa faltase. Amadís les dijo: «Mis señoras, así como muchas veces acaesce que con las grandes adversidades las personas son corregidas y emendadas, teniendo los ánimos muy fuertes é firmes en la esperanza é misericordia de Dios; así los que desto carescen, aquellas mismas son causa de su desesperacion, por donde sin ningun remedio son dañados; é así podria acaescer á este Arcalaus si mas aquí lo toviese, conociendo que en él no cabe de ser emendado ni corregido por esta via; yo guardaré mi palabra y verdad, é lo al déjolo á aquel Señor que en un momento le puede traer á su santo servicio, como á otros muchos mas pecadores lo ha fecho.» Con esto se partieron de su fabla, é la dueña, por mandado de Amadís, fué metida en la jaula de hierro con su marido, porque le ficiese compañía aquella noche, y él con aquellas señoras se tornó á la torre de la huerta. E otro dia de mañana mandó Amadís llamar á Isanjo, gobernador de la ínsola, é rogóle que sacase á Arcalaus é á su mujer de la prision, y le diese un caballo é armas, é mandase á sus hijos que con diez caballeros le pusiesen en salvo donde él fuese contento é su mujer satisfecha de lo que le habia demandado; lo cual así se hizo, que los hijos de Isanjo fueron con él fasta el su castillo de Valderin, que le dejaron. Y queriéndose despedir, díjoles Arcalaus: «Caballeros, decid á Amadís que á las bestias bravas é las animalías brutas suelen poner en las jaulas, que no á los tales caballeros como yo; que se guarde bien de mí, que yo espero presto vengarme dél, aunque tenga en su ayuda aquella mala puta Urganda la Desconocida.» Ellos le dijeron: «Por ese camino presto tornaréis adonde salistes.» E con esto se tornaron.

Puédese creer aquí que como esta dueña, mujer desto

Arcalaus, fué muy piadosa é muy temerosa de Dios, y de todas las cosas de muertes é cruezas que su marido facia, habia ella gran pesar é dolor en su corazon, excusando dellas todas las que podia, que por sus méritos alcanzó esta gracia de sacar á su marido de donde todos los del mundo no lo podieran facer. Así que, la buena dueña é devota mujer debe ser muy preciada y en mucho tenida, porque por ella muchas veces Dios nuestro Señor permite que la hacienda, hijos é marido sean de grandes peligros guardados. Pues como ois estaban Amadís é Grasandor en la ínsola Firme con sus mujeres, á gran plácer de sus corazones, donde á poco tiempo llegó Darioleta é su marido, é fija con su marido Bravor, que acrecentaron mucho en su alegría.

Mas agora dejará la historia de fablar dellos, é contará de lo que Balan el gigante, señor de la ínsola de la Torre Bermeja, fizo.

Dice la historia que á los quince dias despues que Amadís é Grasandor partieron de la ínsola de la Torre Bermeja, donde dejaron maltrecho al gigante Balan, qu'el Gigante se levantó de su lecho, é mandó dar á Darioleta é á su marido é á su fija muchas joyas preciadas é una fusta muy buena en que se fuesen; y envió con ellos á Bravor, su fijo, así como lo habia prometido á Amadís; é luego que de allí partieron, él fizo aparejar una flota asaz grande, así de sus fustas, que muchas tenia, como de otras que habia tomado á los que por allí caminaban; é guarnecióla de armas é gentes é viandas cuantas haber pudo, y metióse á la mar con muy buen tiempo enderezado, é tanto andovo sin contraste alguno, que á los diez dias llegó al puerto de una villeta pequeña, que habia nombre Licrea, del señorío del rey Arábigo, é allí supo cómo aquellos señores tenian cercada la gran cibdad de Arabia, y el cerco muy apretado, especialmente despues que allí llegó el rey de Sobradisa don Galaor é don Galvánes; é luego fizo que su gente saliese en tierra, é sacasen sus caballos é armas, é los ballesteros é archeros, é todos los otros aparejos de real; é dejando en la flota tal recaudo con que segura quedase, se fué derechamente á la parte donde supo que el rey don Galaor é don Galvánes tenian su aposentamiento, é como ellos sopieron su venida por sus mensajeros del Gigante, cabalgaron con gran compaña é salieron á recebirlo. El Gigante llegó con su muy buena compaña, y él, armado de muy ricas armas, encima de un muy fermoso é gran caballo; así que, pocos podiera haber que tan bien é tan apuestos como él paresciesen de su grandeza. Ellos ya sabian lo que le aviniera con Amadís, que Gandalin gelo contó como habia pasado, é don Galaor puso delante á don Galvánes, que aunque en señorío no era su igual, era en mucha mas edad crecido que no él; é por esta causa, é tambien por el su gran linaje donde venia, é por las buenas maneras de su condicion, siempre Amadís é sus hermanos é Agrájes le cataron mucha cortesía. El Gigante no lo conoscia, que lo nunca viera, aunque sabia muy bien por menudo todo su fecho, porque Madasima, su mujer deste don Galvánes, era sobrina de Madasima, madre deste Balan, como ya se os ha contado; é como á él llegó, dijo el Gigante: «Mi buen señor, ¿sois vos don Galaor? — No, dijo él, sino don Galvánes, que mucho os ha deseado.» Estonces el Gigante lo abrazó, é díjole: «Señor don Galvánes, segun el deudo tenemos, no hobiera pasado tanto espacio de tiempo sin que me viérades, mas la enemiga que yo tenia con quien vos tan gran amistad teneis, dió causa á la tardanza dello; pero esta ya fuera va por la mano de aquel que en discrecion ni esfuerzo no tiene par.» El rey don Galaor riendo y de buen talante llegó á lo abrazar, é dijo: «Mi buen amigo, señor, yo soy aquel por quien preguntais.» Balan lo miró é dijo: «Verdaderamente, buen testigo es dello ese vuestro gesto, segun se parece á aquel por quien yo vos deseaba conocer.» Esto decia el Gigante porque Amadís é don Galaor se parecian mucho, tanto, que en muchas partes tenian al uno por el otro, salvo que don Galaor era algo mas alto de cuerpo, é Amadís mas espeso. Esto fecho, tomaron al rey don Galaor en medio é fuéronse á su real, é don Galvánes llevó á don Balan á su tienda en tanto que su aposentamiento se facia, donde fué servido como al uno é al otro lo requeria y debia ser.

CAPITULO L.

De cómo Agrájes é don Cuadragante é don Bruneo de Bonamar, con otros muchos caballeros, vinieron á ver al gigante Balan, y de lo que con él pasaron.

Agrájes é don Cuadragante é don Bruneo de Bonamar, como sopieron la venida de aquel gigante, tomaron consigo á Angriote de Estravaus, é á don Gavarte de Val Temeroso, é á Palomir, é á don Brian de Monjaste, é á otros muchos caballeros de gran prez que allí con ellos estaban, para les ayudar á ganar aquellos señoríos que habeis oido; é fueron todos al real del rey don Galaor y de don Galvánes, donde el Gigante aposentado estaba, é falláronlo en la tienda de don Galvánes, que era la mas rica é bien obrada que ningun emperador ni rey podria tener, la cual hobo con Madasima, su mujer, que le quedó de Famongomadan, su padre. En esta tienda, despues que cada año la hacia armar en una vega que delante del castillo Ferviente estaba, facia sentar en un rico estrado á su fijo Basagante, é todos sus parientes, que muchos eran, y le obedecian como á su señor por su gran fortaleza é riqueza, é sus vasallos é otras muchas gentes que sojuzgadas por fuerza de armas tenia, le besaban la mano por rey de la Gran Bretaña, é con este pensamiento envió demandar al rey Lisuarte á Oriana para la casar con aquel su hijo Basagante, é porque se la no quiso dar le facia muy cruda guerra al tiempo que Amadís los mató á entrambos, cuando les quitó á Leonoreta, hermana de Oriana, é los diez caballeros que con ella presos llevaban, como el segundo libro desta historia mas largo lo cuenta. Pues al tiempo que estos caballeros llegaron, el Gigante estaba desarmado é cobierto de una capa de seda jaldada, con unas rosas de oro bien puestas por ella; é como él era grande y fermoso y en edad florescionte, parecióles á todos muy bien, é mucho mas despues que le fablaron; porque, segun ellos conocian la condicion tan fuerte de los gigantes, é como á natura eran todos muy desabridos é soberbios, sin se sojuzgar á ninguna razon, no pensaban que ninguno dellos podria ser todo esto tanto al contrario como este Balan

lo tenia, é por esta causa lo preciaron mucho mas que por su gran valentía, aunque muchos dellos sabian grandes cosas que en armas habia fecho, teniendo que el grande esfuerzo sin buena condicion é discrecion muchas veces es aborrecido.

Pues estando todos juntos en aquella gran tienda, el Gigante los miraba, é parecíanle tan bien, que no podiera creer que en ninguna parte podiera haber tantos é tan buenos caballeros; é como los vió sosegados, díjoles: «Si por yo venir tan sin sospecha en vuestra ayuda, dello os maravilládes, como cosa de que muy poca esperanza ni cuidado teníades, así lo fago yo; porque ciertamente no podiera creer que por ninguna guisa podiera venir causa que estorbar podiera de no ser como mortal enemigo en vuestro estorbo fasta la muerte. Pero, como la ejecucion de los pensamientos sea mas en la mano de Dios que en la de aquellos que con gran rigor los querian obrar, entre muchas fuertes y ásperas batallas que á mi honra pasé, me sobrevino una, de la cual costreñido al comienzo, en la fin della, por mi propria voluntad, fué mi propósito mudado en tener por honra lo que todos los dias de mi vida por deshonra tener pensaba fasta haber la venganza dello alcanzado; é cuando la cosa que yo en este mundo mas deseaba fué á mi voluntad complida, estonces se acabó é cumplió el término de mi gran saña é rigor, no por el camino que yo atendia, mas por aquel que á la mi contraria fortuna más le plogo. Ya habréis sabido cómo yo soy hijo de aquel valiente y esforzado gigante Madanfabul, señor de la ínsola de la Torre Bermeja, al cual Amadís de Gaula, llamándose Beltenebros, en la batalla que hobieron el rey Lisuarte y el rey Cildadan mató; et yo, como hijo de tan honrado padre, y que tanto á la venganza desta muerte obligado era, nunca de mi memoria se partia cómo este gran deseo fuese ejecutado, quitando la vida aquel que á mi padre la quitó; é cuando mas sin esperanza dello estoviese, la fortuna, junto con el gran esfuerzo de aquel caballero, me lo trajo á mis manos, dentro en el mi señorío, solo, sin persona que le ayudar podiese; del cual con mucha fortaleza fuí vencído é con mayor cortesía tratado, así como aquel que lo uno é otro mas complido que ninguno de los que viven tiene; de lo cual redundó que aquella grande é mortal enemistad que le yo tenia se tornó en mayor grandeza de amistad y verdadero amor, que ha dado causa de venir como veis, sabiendo que en alguna necesidad de gente esta hueste estaba, creyendo que de la honra y provecho de vosotros ocurre á él la mayor parte.» Estonces les contó desde el comienzo todo lo que con Amadís le acaesciera, é la batalla que en uno hobieron, é todas las otras cosas que pasaron, que nada faltó, así como la historia vos lo ha contado; y en la fin les dijo que fasta tanto que aquella guerra se partiese él no se partiria de su compaña, y que aquello acabado, se queria ir luego á la ínsola Firme, como lo prometiera á Amadís. Todos aquellos señores hobieron gran placer de le oir lo que les dijo, porque como quiera que de Gandalin habian sabido cómo Amadís se combatiera con este gigante é lo venciera, no sopieron la causa dello, así como lo él contó; é mucho les plogo de su venida, así por el valor de su persona como por la grande é muy buena gente de guerra que consigo traia, lo cual habian necesario, segun lo que en las afruentas pasadas perdido habian, é gradeciéronle mucho su buena voluntad, con la obra que por amor de Amadís se les ofrecia.

CAPITULO LI.

Aquí fabla de la respuesta que dió Agrájes al gigante Balan sobre la fabla que él fizo.

Agrájes le respondió é dijo: «Mi buen señor Balan, quiero yo responderos en lo que en la enemistad de mi señor cohermano Amadís toca; pues que estos señores, é yo con ellos, vos hemos rendido las gracias á lo que por vos se nos promete; é si mi respuesta no fuere conforme á vuestra voluntad, tomalda como de caballero; que aunque en las cosas de las armas no os sea igual, por ventura por la edad que mas tengo, é las haber tratado, mas sabré, é mas complidamente que vos, lo que para complir con ellas se requiere. E digo que los caballeros que con justa causa las afruentas toman, y en ellas facen su deber, sin que algo de lo que la razon les obliga mengüe, aunque en ello cumplen lo que juraron, mucho son de loar, pues que la voluntad é la obra quedaron sin deuda alguna. Pero los que el límite de la razon con fantasía salir quieren, estos tales los que mas al cabo de la honra alcanzan, mas por soberbios é por desvariados que por fuertes ni esforzados los juzgan. Muy notorio es á todos, é á vos, Señor, no debe ser oculto, la manera de la muerte de vuestro padre, que así como si la fortuna lo consintiera, dando fin á su atrevimiento en llevar al rey Lisuarte como lo llevaba, fuera su gran loor é fama hasta el cielo, así la deshonra y menoscabo de los que á este rey servian é ayudaban fuera puesta en los abismos; é por esto no os debeis maravillar que Amadís, habiendo gran envidia de la gloria que vuestro padre alcanzar esperaba, para sí la quisiese, como todos los buenos lo hacen ó debrian hacer; é tal muerte como esta, considerando cada uno quererla haber hecho, é con ella pensar haber alcanzado gran prez, no debria por ninguno ser demandada, como aquellas que feamente se haciendo, muy gran parte de la honra se aventura en las perdonar. Así que, mi señor, en lo que de vuestro padre toca, y en lo que con Amadís vos avino, no se podria hallar justa causa de queja, pues que vosotros y él complistes muy enteramente todo lo que caballeros cumplir debian; é si algun cargo imputar se puede, es á la fortuna, que con mas favor á él que á vosotros ayudar é favorecerle plugo. Así que, mi buen amigo, tened vos por bien que, quedando entera é sin ninguna falta vuestra honra, hayais ganado aquel tan noble caballero é todos estos señores y esforzados caballeros que aquí veis, con otros muchos que ver podríades, si causa en que menesterlos hobiésedes viniese.»

Cuando esto hobo oido el gigante Balan, díjole: «Mi señor Agrájes, aunque para la satisfacion de mi voluntad ningun amonestamiento necesario era, mucho vos gradezco lo que me habeis dicho, porque aunque en este caso excusar se podiera, no es razon que para los venideros se excuse; y dejando de hablar mas en

esto, como cosa olvidada é pasada, será bien que entendamos en dar fin en esta afruenta con aquel esfuerzo é cuidado que deben tener aquellos que, dejando en recaudo sus tierras, quieren conquistar las ajenas.» Don Galvánes le dijo: «Buen señor, váyanse estos caballeros á sus tiendas, que es hora de cenar, y descansaréis esta noche é mañana, y en tanto serán vuestras tiendas armadas, é aposentada vuestra gente, é luego con vuestro consejo se dará la órden de lo que facer se debe.» Así se fueron aquellos señores á sus reales, y quedaron con el Gigante don Galvánes y el rey don Galaor, que con ellos aquella noche cenó en aquella grande é rica tienda que ya oistes, con gran placer; é la cena acabada, el Rey se fué á sus tiendas, y ellos quedaron, é durmieron en sus ricos lechos, y venida la mañana, el Gigante dijo á don Galvánes que queria cabalgar é dar una vuelta á la cibdad por ver en qué disposicion estaba, é por dónde mejor combatir se podria. Don Galvánes lo fizo saber al rey don Galaor, y entrambos se fueron con él, é rodearon aquella gran cibdad, la cual, así como de mucha gente era poblada, así de muy grandes torres é muros enfortalecida, que, como esta fuese cabeza de todo aquel gran reino y de las ínsulas de Landas, que con ellas se contenian, é la mas principal morada de los reyes, así como unos en pos de otros venian, así trabajaban de la acrecentar en mayor número de pueblo y de la enfortalecer lo mas que podian; de manera que en grandeza é fortaleza era muy señalada. Pues de que visto la hobieron, díjoles Balan: «Mis señores, ¿qué vos parece que se podria facer á tan gran cosa como esta?» Don Galaor le dijo: «No hay en el mundo mas fuerte ni mayor cosa que el corazon del hombre, é si los que dentro están esfuerzo tienen, mucho dudaria yo que por fuerza tomar se podiese; pero como en los muchos siempre haya gran discordia, especialmente seyéndoles la fortuna contraria, é con ella les sobrevenga luego la flaqueza, no pongo duda que así como otras cosas impunables (1) por esta causa se perdieron, esta se perdiese.» Pues hablando en esto y en otras cosas, se fueron todos tres de consuno á los reales de don Cuadragante é don Bruneo y de los otros sus compañeros; que á aquella parte que ellos iban estaban mirando por donde mejor el combate darse podria. É cuando cerca de las tiendas de donde Agrájes posaba llegaron, vino contra ellos el bueno y esforzado Enil, é dijo: «Mi señor Balan, Agrájes os ruega que veais al rey Arábigo, que yo en mi tienda preso tengo, qu'él vos quiere fablar; que como vuestra venida le dijeron, envió con mucha aficion é grande amor á rogar á Agrájes que á él diese licencia, é á vos rogasen que le viésedes.» El Gigante le dijo: «Buen caballero, contento soy de lo hacer, é podria ser que desta vista se saque mas fruto que de otras grandes afruentas, donde mayor se esperase.»

Así fueron todos fasta llegar á la tienda de Enil, y el rey don Galaor é don Galvánes se fueron á don Bruneo, y el Gigante descabalgó de su caballo, y entró en un apartamiento donde el rey Arábigo estaba, el cual de ricos tapetes é paños era guarnido, y él vestido de nobles paños, donde, por mandado de Agrájes, como á rey le servian; pero tenia unos tan pesados é fuertes grillos, que le quitaban de dar solo un paso; é como el Gigante así lo vió, fincó los hinojos ante él é quísole besar las manos, mas el Rey las tiró á sí, é abrazóle llorando é díjole: «Mi amigo Balan, ¿qué te parece de mí? ¿Soy yo aquel gran rey que tu padre é tú muchas veces vistes ó fallasme en aquella corte acompañado de tan altos príncipes é caballeros é otros reyes mis amigos, como muchas veces me fallaste, esperando de conquistar y señorear muy gran parte del mundo? Por cierto antes creo yo que me juzgarás por un hombre bajo, preso, cativo, deshonrado, puesto en poder de mis enemigos, como tú bien ves; é lo que mas dolor á mi triste corazon acarrea es, que aquellos de quien yo mas remedio esperaba, así como tú é otros muy fuertes gigantes que por mis amigos tenia, los vea venir á dar fin é cabo en mi total destruicion.» Esto dicho, no pudo mas fablar, con las muchas lágrimas que le sobrevinieron. Balan le dijo: «Manifiesto es á mí, como mis ojos lo vièron, ser verdad lo que tú, buen rey Arábigo, has dicho en te ver muy acompañado é honrado con grandes aparejos y esperanza de conquistar grandes señoríos, é si agora te veo tan mudado é trocado, no creas que mi ánimo en ello sienta gran alteracion, porque aunque mi estado muy diferente en grandeza del tuyo sea, no dejo por eso de sentir los crueles é duros golpes de la fortuna, que ya sabes tú, buen rey, cómo aquel muy esforzado Amadís de Gaula á mi padre Madanfabul mató, é cuando mas la venganza yo de su muerte esperaba vengar, la mi adversa é contraria fortuna quiso que deste mismo Amadís fuese vencido é sojuzgado por fuerza de armas, seyendo en su libertad de me dar la muerte ó la vida; é porque, segun la congoja é gran tristeza tuya, en tanto grado te sojuzgan, que no te darian logar á oir relacion tan larga como sobre ello contar te podria, bástete saber que, como vencido de aquel á quien yo tanto vèncer deseaba, é matar por mis manos si ser podiera, soy aquí venido, donde con legítima causa podria pagarte con otras tantas, ó por ventura mas lágrimas que mi presencia te dieron causa de derramar. Así que, no menos que tú, yo habria menester consuelo; però conociendo las grandes é diversas vueltas del mundo, é cómo la discrecion sea dada para seguir la razon, tomé por partido de ser amigo de aquel tan mi mortal enemigo, que mas ser no podia, pues que con justa causa, no quedando cosa alguna por flaqueza de lo que obligado era, lo pude facer. E si tú, noble rey, mi consejo tomas, así lo farás, porque muy conocido tengo te será bien que le tomes, é yo, como aquel que en el rigor é discordia te tengo de ser enemigo, podria ser que en la concordia te seré leal amigo.» E cuando esto le oyó díjole: «¿Qué concordia puedo facer perdiendo mi reino?—Contentarte, dijo el Gigante, con lo que dél buenamente sacar podieres.—¿No vale mas, dijo él, morir que verme menguado y deshonrado?—Como la muerte, dijo Balan, quite toda la esperanza, é muchas veces con la vida y largo tiempo se satisfagan los deseos, ó las grandes pérdidas se remedien, mucho mejor partido es procurar la vida que desear la muerte aquéllos que con mas pérdida de interese que con deshonra fa-

(1) Por *impugnables* ó *inexpugnables*, como hoy dia decimos.

cerlo pueden.—Balan, mi amigo, dijo el Rey, por tu consejo quiero ser guiado, y en tu mano dejo todo lo que vieres que facer debo; é ruégote mucho que aunque allá fuera en mis cosas enemigo te muestres en ausencia, que veyéndome en esta prision, en mi presencia como amigo me aconsejes.—Así lo faré, dijo el Gigante, sin falta.»

Estonces despidiéndose dél, é tomando consigo á Enil, se fué á la tienda de don Bruneo de Bonamar, donde falló al rey don Galaor é á Agrájes é don Galvánes, é otros asaz caballeros de gran cuenta, los cuales le recibieron é tomaron entre sí con mucho placer, y él les dijo que por cuanto habia fablado con el rey Arábigo algunas cosas que debian saber, que viesen si era necesario que á ello otros algunos estoviesen. Agrájes le dijo que seria bueno que don Cuadragante, é don Brian de Monjaste, é Angriote de Estravaus fuesen llamados, é así se fizo; los cuales vinieron, é con ellos otros caballeros de gran nombradía. Entonces el Gigante les dijo todo lo que con el rey Arábigo habia pasado, que nada faltó, y que su parecer era, dejando aparte que á muerte ó á vida los habia de seguir é ayudar, que si el rey Arábigo con alguna de aquellas ínsolas de Landas, la mas apartada, se contentase, é sin mas pérdidas de gentes lo restante mandase entregar, que la concordia é atajo seria bueno, especialmente quedando aun por ganar el señorío de Sansueña, que así de gentes como de fortalezas era muy áspero. Mucho le gradecieron aquellos señores al Gigante lo que les dijo, é por muy cuerdo lo tovieron, que no podieran pensar ni creer que en hombre de aquel linaje tanta discrecion hobiese; é así era razon de lo pensar, porque la su grande y demasiada soberbia no dejaba ningun logar donde la discrecion é la razon aposentarse podiesen; pero la diferencia que este Balan tenia á los otros gigantes era, que como su madre Madasima fué tal y de tan noble condicion como la historia os lo ha contado, no teniendo de su marido Madanfabul, si este solo fijo no, trabajó mucho, aunque contra la voluntad de su marido, que era malo é soberbio, de lo criar so la disciplina de un gran sábio que de Grecia trajo, con la crianza del cual, é con la que de su madre tomó, que era muy noble en todas las cosas, salió tan manso é tan discreto, que pocos hombres habia mejor razonados que lo él era, ni de tanta verdad. E habido acuerdo, aquellos señores entre sí fallaron que si lo que el Gigante les decia podiese haber efeto, que les seria buen partido é mucho descanso, aunque alguna parte de aquel reino al rey Arábigo le quedase; é respondiéronle que, conociendo el amor é voluntad con que allí habia venido, é fablando en aquello que estaba, que antes por él que por otro alguno doblarian sus voluntades á dar asiento con aquel rey.

Donde aquí se puede notar que faltando en las grandes roturas personas que con buena intencion se mueван á poner remedio, vienen y se recrecen muertes, prisiones, robos é otras cosas de infinitos males. Pues oido esto por el Gigante, fabló con el rey Arábigo, é sobre muchos acuerdos é fablas que excusar de decir se deben, así por su prolijidad como por no salir del propósito comenzado, fué acordado que el rey Arábigo entregase aquella gran cibdad con toda la tierra comarcana que debajo de su señorío estaba, é de las tres ínsolas de Landas tomase para sí la una mas apartada, que Liconia llamaban, que era á la parte dél cierzo, é de allí se llamase rey; é las otras fuesen asimismo con lo otro entregadas, é don Bruneo se llamase rey de Arabia.

Esto fecho é consentido por el sobrino del rey Arábigo, que el reino defendia, como ya oistes, é por todos los mas principales de la cibdad, entregóse todo como señalado estaba, é suelto el rey Arábigo, el cual con harta fatiga é angustia de su corazon se fué por la mar á la ínsola de Liconia, é don Bruneo fué alzado por rey con mucho placer é grandes alegrías, así de los de su parte como de los contrarios, porque conosciendo su bondad é gran esfuerzo, con él esperaban ser muy honrados é defendidos. Acabado esto, como la historia lo ha contado, á poco tiempo que allí descansaron é holgaron con el rey don Bruneo, ordenaron sus batallas, é todas las otras cosas necesarias á su camino, é partieron de allí la via de la villa Califan, que era la mas cercana de donde ellos habian el real tenido; mas los sansones, como supieron que la cibdad de Arabia era tomada, é concertado el rey Arábigo con aquellas gentes, temiendo lo que fué, juntáronse todos, así caballeros como peones, en muy gran número de gentes; que aquel señorío era grande, é las gentes dél muchas é bien armados é sabidores de guerra, como aquellos que siempre habian tenido los señores muy soberbios y escandalosos, que en muchas afruentas les ponian; é cuando así se vieron juntos en tanta cantidad, crescióles los corazones, é con gran soberbia é osadía ordenadas sus haces, llevando por capitanes los mas principales del señorío, salieron al encuentro á sus enemigos antes que á la villa de Califan llegasen, donde los unos é los otros se juntaron, é hobieron una muy cruel é brava batalla, que mucho de ambas las partes fué herida, en la cual pasaron cosas muy extrañas en armas, é muertes de muchos caballeros é de otros hombres; pero lo que allí los caballeros señalados é aquel bravo é valiente gigante hicieron no se podria en ninguna guisa acabar de contar, sino tanto que por sus grandes fechos y esfuerzo de sus bravos corazones fueron los de Sansueña vencidos é destruidos, de tal manera, que los mas dellos quedaron muertos é feridos en el campo, é los otros tan quebrantados, que aun en los logares que fuertes eran no se atrevieron defender; así que, don Cuadragante con todos aquellos señores é las gentes que de la batalla les fincaron, aunque muchos fueron muertos é feridos, señorearon el campo, sin fallar defensa ni resistencia alguna. E si la historia no vos cuenta por mas extenso las grandes caballerías é bravos é fuertes fechos que en todas aquestas conquistas é batallas que sobre ganar estos señoríos pasaron, la causa dello es, porque esta historia es de Amadís é los sus grandes fechos, no es razon que los de los otros sean sino casi en suma contados, porque de otra manera, no solamente la escritura, de larga é prolija, daria á los oyentes enojo é fastidio, mas el juicio no podria bastar á complir con ambas las partes; así que, con mayor razon se debe complir

con la causa principal, que es este esforzado é valiente caballero Amadís, que con las otras que por su respeto á la historia le convino dellas facer mencion; é por esto no se dirá mas, salvo que vencida esta tan grande é peligrosa batalla, á poco espacio de tiempo fué aquel gran señorío de Sansueña sojuzgado de manera que los logares flacos de su propia voluntad, no esperando remedio alguno, é los mas fuertes costreñidos por grandes combates, á todos les convino tomar por señor á don Cuadragante.

Mas agora los dejarémos muy contentos é pagados de las vitorias que hobieron, é contarvos ha la historia del rey Lisuarte; que há gran pieza que dél se no fizo mencion.

CAPITULO LII.

Cómo despues que el rey Lisuarte se tornó desde la ínsola Firme á su tierra, fué preso por encantamiento, y de lo que sobre ello acaeció.

La historia cuenta que despues que el rey Lisuarte con la reina Brisena, su mujer, partió de la ínsola Firme al tiempo que dejó casadas sus hijas, é las otras señoras que con ellas casaron, como ya oistes, qu'él se fué derechamente á la su villa de Fenusa, porque era puerto de mar é muy poblada de florestas, en que mucha caza se fallaba, y era logar muy sano é alegre, donde él solia holgar mucho; é como allí fué, luego al comienzo, por dar algun descanso é reposo á su ánimo de los trabajos pasados, dióse á la caza é á las cosas que mas placer le podrian ocurrir, é así pasó algun espacio de tiempo; pero como ya esto le enojase, así como todas las cosas del mundo que hombre mucho sigue lo facen, comenzó á pensar en los tiempos pasados, y en la gran caballería de que su corte bastecida fué, é las grandes aventuras que los sus caballeros pasaban, de que á él redundaba mucha honra é tan gran fama, que por todas las partes del mundo era nombrado y ensalzado su loor fasta el cielo; é como quiera que ya su edad reposo é sosiego le demandase, la voluntad, criada é habituada en lo contrario, de tanto tiempo envejecida, no lo consentia; de manera que, teniendo en la memoria la dulzura de la gloria pasada y el amargura de la no tener ni poder haber al presente, le pusieron en tan gran estrecho de pensamiento, que muchas veces estaba como fuera de todo juicio, no se podiendo alegrar ni consolar con ninguna cosa que viese; é lo que mas á su espíritu agraviaba era tener en su memoria cómo en las batallas é cosas pasadas con Amadís fué su honra tanto menoscabada, y que on voz de todos mas costreñido con necesidad que con virtud dió fin á aquel gran debate. Pues con estos tales pensamientos hobo la tristeza logar de cargar sobre él de tal forma, que este, que era un rey tan poderoso, tan gracioso é tan humano, é tan temido de todos, fué tornado triste, pensativo, retraído, sin querer ver á persona alguna, como por la mayor parte acaece aquellos que con las buenas venturas, sin recibir contraste ni entrevalos que mucho les duelan, pasan sus tiempos, é amollentadas sus fuerzas, no pueden sofrir ni saben resistir los duros é crueles golpes de la adversa fortuna. Este rey tenia por estilo cada mañana, en oyendo misa, de tomar consigo un ballestero, y encima de su caballo, solamente la su muy buena y preciada espada ceñida, irse por la floresta gran pieza, cuidando muy fieramente, é á las veces tirando con la ballesta, é con esto le parecia recebir algun descanso. Pues un dia acaesció que seyendo alongado de la villa por la espesura de la floresta, que vió venir una doncella encima de un palafren corriendo á mas andar por entre las matas, é dando voces demandando á Dios ayuda, é como la vió fué contra ella é díjole: «Doncella, ¿qué habeis?—¡Ay señor! dijo ella, por Dios é por merced acorred á una mi hermana que acá dejo con un mal hombre que la forzar quiere.» El Rey hobo della duelo é díjole: «Doncella, guiadme; que yo os seguiré.»

Entónces volvió por el mismo camino por donde allí viniera cuanto el palafren aguijar pudo, é andovieron tanto fasta que el Rey vió cómo entre unas espesas matas un hombre desarmado tenia la doncella por los cabellos, é tirábala reciamente por la derribar, é la doncella daba grandes gritos. El Rey llegó en su caballo dando voces que dejase la doncella, é cuando el hombre cerca dé sí lo vió soltóla, é fuyó por entre las mas espesas matas. El Rey siguiólo con el caballo, mas no pudo pasar mucho adelante, con el estorbo de las ramas, é como esto vió, apeóse lo mas presto que pudo, con gran gana de lo tomar por le dar el castigo que tal insulto merecia; que bien cuidó que de su tierra podria ser; é corrió tras él cuanto pudo, llamándole siempre muy cerca, é pasada la espesura de aquel gran monte, falló un prado que descombrado estaba, en el cual vió armado un tendejon donde el hombre tras que él iba á gran priesa fué metido. El Rey llegó á la puerta del tendejon, é vió una dueña, y el hombre que fuia tras ella, como que allí pensaba guarecer. El Rey le dijo: «Dueña, ¿es ese hombre de vuestra compaña?—¿Por qué lo preguntais? dijo ella.—Porque quiero que me lo deis para facer dél justicia, que si por mí no fuera, forzara acá donde le yo hallé una doncella.» La dueña le dijo: «Señor caballero, entrad é oiré lo que diréis, é si así es como decis, yo os lo daré; que pues yo doncella fuí y en mucha estima tuve mi honra, no daria lugar á que otra ninguna deshonrada fuese.» El Rey fué luego contra donde la dueña estaba, é al primer paso que dió cayó en el suelo tan fuera de sentido como si muerto fuese. Entonces llegaron las doncellas que tras él venian, é la dueña con ellas, é con el hombre que allí tenia tomaron al Rey así desacordado como estaba en sus brazos, é salieron otros dos hombres de entre los árboles, que tiraron el tendejon é fuéronse todos á la ribera de la mar, que muy cerca estaba, donde tenian un navío enramado é tan cubierto, que apenas nada dél se parecia; é metiéronse dentro, é pusieron en un lecho al Rey, é comenzaron de navegar. Esto fué tan prestamente fecho é tan encobierto, en tal parte, que persona otra alguna no lo pudo ver ni sentir. El ballestero del Rey, como andaba á pié, no lo pudo seguir, porque el Rey se aquejó mucho por socorrer la doncella; é cuando llegó adonde habia el caballo quedado, mucho se maravilló de lo fallar así solo,

é metióse cuanto mas pudo por las espesas matas, buscando á todas partes, mas no falló nada; é á poco rato fallóse en el prado donde el tendejon habia estado, é desde allí tornóse al caballo, é cabalgó en él é andovo gran pieza á un cabo é á otro, buscando por la floresta é por la ribera del mar, é como no fallase nada, acordó de se tornar á la villa, é cuando cerca della llegó, é algunos que por allí andaban lo vieron, cuidaron que el Rey lo enviaba por alguna cosa, mas él no decia nada sino andar fasta donde la Reina estaba, é descabalgó del caballo, y entró en el palacio con gran priesa, é como la vió díjole todo lo que del Rey viera, é cómo lo buscara con mucha diligencia, sin lo poder fallar. Cuando la Reina esto oyó fué muy turbada é dijo: «¡Ay santa María! ¿qué será del Rey mi señor si le he perdido por alguna desaventura?»

Entonces fizo llamar al rey Arban, su sobrino, é á Cendil de Ganota, é díjoles aquellas nuevas. Ellos mostraron buen semblante, dándole esperanza que no temiese; que no era aquello cosa de peligro para el Rey, porque muy presto se podia perder por aquella floresta, con codicia de dar venganza á la doncella; y que pues él sabia aquella tierra, por donde muchas veces á caza andoviera, que no tardaria de venir; que si él el caballo dejó, no seria sino porque, con la espesura de los árboles, no se podria dél aprovechar; pero teniéndolo en la verdad en mas de lo que mostraban, fueron luego á se armar é cabalgar en sus caballos, é ficieron salir toda la gente de la villa, é lo mas presto que ser pudo se metieron por la floresta, llevando consigo el ballestero que los guiase, y la otra gente, que mucha era, se derramó á todas partes; pero ni ellos ni aquellos caballeros, por mucho afan que tomaron en lo buscar, nunca dél nuevas supieron. La Reina tuvo todo aquel dia, alguna nueva esperando, con mucha turbacion é alteracion de su ánimo; pero ninguno fué tan osado que con tan poco recaudo como fallaban volviese; antes así los que de allí salieron como todos los de la comarca, que las nuevas oian, nunca cesaban de buscar con mucha diligencia. Venida la noche, la Reina acordó de enviar mensajeros á mas andar, é cartas á los mas logares que ella pudo, y en esto pasó toda la noche sin sueño dormir. Al alba del dia llegaron don Grumedan é Giontes, é cuando la Reina los vió preguntóles si sabian algo del Rey su señor. Don Grumedan le dijo: «No sabemos mas de cuanto nos dijeron á Giontes é á mí en la casa donde estábamos cazando, cómo mucha gente lo buscaba, y pensando fallar aquí alguna nueva, acordámos de no ir antes á otra parte; pero, pues que la no fallamos, meternos hemos luego en su demanda.—Don Grumedan, dijo la Reina, yo no puedo sosegar, ni fallo descanso ni remedio, ni puedo pensar qué haya sido esto; é si aquí quedase, de gran congoja seria muerta, é por esto acuerdo de me ir con vos; porque si buena nueva viniere, allá mas ahína que acá la sabré; é si al contrario, no dejaré fasta la muerte de tomar el trabajo que con razon tomar debo.» Luego mandó que le trajesen un palafren, é tomando consigo á don Grumedan é á don Giontes, é una dueña, mujer de Brandoibas, se fué por la floresta lo mas presto que pudo, é andovo por ella tres dias, que siempre albergába en poblado; en los cuales, si por don Grumedan no fuera, no comiera solo un bocado; mas él con gran fuerza hacia que algo comiese. Todas las noches dormia vestida debajo de los árboles, que aunque algunas aldeas pequeñas fallaba, no queria entrar en ellas, diciendo que su gran congoja no lo consentia.

Pues en cabo destos dias acaesció que, entre las muchas gentes que por la floresta encontraron, falló al rey Arban de Norgales, que venia muy triste é muy fatigado, é su caballo tan laso é cansado, que ya no le podia traer. Cuando la Reina lo vió díjole: «Buen sobrino, ¿qué nuevas traeis del Rey mi señor?» A él le vinieron las lágrimas á los ojos é dijo: «Señora, no otras ningunas mas de las que sabia cuando de vuestra presencia me partí; y creed, Señora, que tantos somos en su demanda, y con tanto trabajo é aficion le hemos buscado, que seria imposible, si desta parte de la mar estoviese, no le fallar; pero yo entiendo que si algun engaño recibió, que no fué para lo dejar en su reino; é ciertamente, Señora, siempre me pesó deste apartamiento suyo con tanta esquiveza é mal recaudo de su persona, porque los príncipes é grandes señores que á muchos han de gobernar é mandar, no pueden usar dello tan justamente é con tanta clemencia, que no sean de los mas temidos; é deste tal temor, faltando el amor, viene luego el aborrecimiento, é por esta causa deben poner tal recaudo en sus personas, que los menores no se atrevan á su grandeza; que muchas veces los tales dan ocasion de recordar á otros lo que no tenian pensado; é á Dios plega por la su merced de me poner en parte donde le vea é le diga esto é otras muchas cosas, en el cual yo tengo esperanza que él lo fará, é vos, Señora, así lo tened.» Cuando la Reina esto oyó, salió de todo su sentido, é amortecida cayó del palafren ayuso. Don Grumedan se derribó de su caballo lo mas presto que pudo, é tomóla en sus brazos; así la tovo por una gran pieza, que mas por muerta que por viva la juzgaban; é cuando acordó dijo muy dolorosamente con gran abundancia de lágrimas: «Engañosa y espantable fortuna, esperanza de los miserables, cruel enemiga de los prosperados, trastornadora de las mundanales cosas, ¿de qué me puedo loar de tí? que si en los tiempos pasados me fecistes señora de muchos reinos, obedecida é acatada de muchas gentes, é sobre todo, junta en matrimonio de tan poderoso é virtuoso rey, en un solo momento á él me quitando, lo llevaste é robaste todo; que si á él perdiendo, los bienes mundanos me dejas, no causa ni esperanza de recobrar descanso ni placer, mas de muy mayor dolor é amargura me serán ocasion, porque si de mí preciados eran y en algo tenidos, no era salvo por aquel que los mandaba y defendia. Por cierto con mucha mas causa te podiera gradecer si, como una destas simples mujeres sin fama, sin pompa, me dejaras, porque yo, olvidando los flacos é livianos males mios, así como ella, por los ásperos é crueles ajenos derramara mis lágrimas. Mas ¿por qué me quejaré de tí, pues que los engaños é fuertes mudanzas tuyas derribando los que ensalzastes son tan manifiestos á todos, que no de tí, mas de sí mismos, en tí confiando, se deben quejar?»

Así estaba esta noble Reina faciendo su duelo, en la

tierra sentada, é su amo don Grumedan los hinojos fincados, teniéndole las manos, con palabras muy dulces la consolando, como aquel en quien toda virtud é discrecion moraba, con aquella piedad é amor que en la cuna lo ficiera; mas consuelo no era menester, que ella se amortecia tantas veces, que sin ningun sentido é casi muerta quedaba; que era causa de gran dolor á los que la veian; é cuando algun tanto su espíritu algunas fuerzas fué cobrando, dijo á don Grumedan: «¡Oh mi fiel y verdadero amigo! yo te ruego que así como estas tus manos en los mis primeros dias fueron causa de los crecer, que agora en los postrimeros en ellas mismas reciba la mi muerte.» Don Grumedan, veyendo ser su respuesta excusada segun su disposicion, calló, que no dijo nada; antes acordó que seria bueno de la llevar á algun poblado donde se procurase algun remedio; así lo ficieron, que él é aquellos caballeros que allí estaban la pusieron en su palafren, é don Grumedan en las ancas, teniéndola abrazada, la llevaron á unas casas de monteros del Rey que en la floresta para la guardar vivian, é luego enviaron por camas é otros atavíos donde descansase; pero ella nunca quiso estar sino en la mas pobre cama que allí se falló. Así estovo algunos dias, sin saber dónde ir ni qué de sí ficiese; é cuando don Grumedan mas reposada la vió díjole: «Noble y poderosa Reina, ¿dónde es fuida vuestra gran discrecion en el tiempo que mas menester la hobistes, que tan fuera de consejo la muerte procurais y demandais, no teniendo en la memoria fenescer con ella todas las mundanales cosas? Y ¿qué remedio será para aquel vuestro tan amado marido ser vuestra ánima desas carnes salida? ¿Por ventura comprais con ello su salud ó poneis remedio á sus males? Antes por cierto es todo al contrario de lo que los cuerdos deben facer, que el corazon é discrecion para semejantes afruentas fueron establecidos é dotados de aquel muy alto Señor, é mas con grande esfuerzo é diligencia que con sobradas lágrimas á las fortunas de los amigos se han de socorrer. Pues si aparejo á esto que digo se vos ofrece, quiero que como yo lo sepais. Bien sabeis, Señora, que, demás de los caballeros é muchos vasallos que en vuestros señoríos viven, que con gran aficion é amor seguirán é complirán vuestros mandamientos, de la sangre de vuestra real casa pende hoy casi toda la cristiandad, así en esfuerzo como en grandes imperios é señoríos sobre todos, como el cielo sobre la tierra. Pues, ¿quién duda que estos, sabiendo esta gran fatiga, no quieran, como vos misma, ser en el remedio della? E si el Rey vuestro marido en estas partes está, nosotros, que suyos somos, darémos el remedio; é si por ventura á la mar lo pasaron, ¿en qué tierra tan áspera, ni qué gente tan brava podrá resistir que habido no sea? Así que, muy buena señora, dejando aparte las cosas que mas daño que pro traen, tomando nuevo consuelo y consejo, sigamos aquellas que á la salud y remedio deste negocio aprovechar pueden.» Pues oido por la Reina esto que don Grumedan dijo, así como de muerte á vida la tornó; é conociendo que en todo verdad decia, dejando las lágrimas é grandes querellas, acordó de enviar un mensajero á Amadís, que mas á la mano estaba, confiando en su buena ventura que, así como en las otras cosas, en esta pornia remedio, é luego mandó á Brandoibas que lo mas apresuradamente que él podiese buscase á Amadís, y le diese una carta suya, que decia así:

CARTA DE LA REINA BRISENA Á AMADÍS.

«Si en los tiempos pasados, bienaventurado caballero, esta real casa por vuestro gran esfuerzo fué defendida é amparada, en estos presentes costreñida mas que lo nunca fué, con mucha aficion é aflicion vos llama; é si los grandes beneficios de vos recebidos no se gradecieron como vuestra gran virtud lo merecia, contentáos, pues aquel justo juez, en todo poderoso, en defeto nuestro, vos lo quiso pagar ensalzando vuestras cosas fasta el cielo, é las nuestras abatiendo debajo de la tierra. Sabréis, mi muy amado fijo y verdadero amigo, que así como el relámpago en la escura noche redobla la vista de los ojos en que fiere, é súpitamente se partiendo, en mayor tenebregura y escuridad que ante los deja; así, teniendo yo ante los mios la real persona del rey Lisuarte, mi marido é mi señor, que era la luz é lumbre dellos y de todos mis sentidos, seyéndome en un momento arrebatado, los dejó en tanta amargura é abundancia de lágrimas, que muy presto con la muerte perecer esperan; y porque el caso es tan doloroso, que las fuerzas ni el juicio podrian bastar á lo escrebir, remitiéndome al mensajero, doy fin en esta y en mi triste vida, si el remedio dél presto no viene.»

Acabada la carta, mandó á Brandoibas que él por extenso le contase aquellas malaventuradas nuevas, el cual fué luego partido con aquella voluntad que muy fiel criado, como lo él era, lo debia facer. Pues esto fecho, con aquellos caballeros se puso luego en el camino de Lóndres, porque aquella cibdad era cabeza de todo el reino, é allí mejor que en otra parte, si algun movimiento hobiese, se fallaria; pero no fué así, antes extendiéndose las nuevas á todas partes, la alteracion de las gentes fué de tal manera, que grandes y pequeños, hombres y mujeres desampararon los logares; é como si fuera de sentido estoviesen, andaban dando voces por los campos, llorando é llamando al Rey su señor, en tanto número de gente, que las florestas é montañas todas dellas eran llenas, é muchas de las dueñas é doncellas de gran guisa descabelladas, haciendo grandes llantos por aquel que siempre en su defensa é socorro fallaron.

¡Oh, cómo se debrian tener los reyes por bienaventurados si sus vasallos con tanto amor é tan gran dolor se sintiesen de sus pérdidas é fatigas! Y ¡cuánto asimismo lo serian los súbditos que con mucha causa lo podiesen é debiesen facer, seyendo sus reyes tales para ellos como lo era este noble rey para los suyos! Pero, mal pecado, los tiempos de agora mucho al contrario son de los pasados, segun el poco amor é menos verdad que en las gentes contra sus reyes se falla, y esto debe causar la costelacion del mundo ser mas envejecida; que perdida la mayor parte de la virtud, no puede llevar el fruto que debia, así como la cansada tierra, que ni el mucho labrar ni la escogida simiente pueden defender los cardos é las espinas, con las otras

yerbas de poco provecho que en ella nacen. Pues roguemos á aquel Señor poderoso que ponga en ello remedio, é si á nosotros, como indinos, oir no le place, que oya aquellos que aun dentro en las fraguas, sin dellas haber salido, se fallan; que los faga nacer con tanto encendimiento de caridad é amor como en aquestos pasados habia, é á los reyes, que, apartadas sus iras é sus pasiones, con justa mano é piadosa los traten é sostengan.

Pues tornando al propósito, cuenta la historia que estas nuevas volaron muy presto á todas partes por aquellos que grandes tratos en la Gran Bretaña tenian, de los cuales todo lo mas del tiempo por la mar navegaban; así que, muy presto fué sabido en aquellas tierras donde don Cuadragante, señor de Sansueña, é don Bruneo, rey de Arabia, é los otros señores sus amigos estaban; los cuales considerando la gran parte que desto á Amadís tocaba en reparar la pérdida del Rey ó del reino, si en él algunos escándalos se levantasen, acordaron, pues ya en aquellas conquistas no habia qué facer, é todo estaba señoreado, de se ir juntos como estaban á la ínsola Firme por se fallar con Amadís é seguir lo que él mandase. Pues con este acuerdo, dejando don Bruneo en su reino á Branfil, su hermano, é don Cuadragante á Landin, su sobrino, que poco ante allí era llegado con gente del rey Cildadan en su señorío de Sansueña, llevando la mas gente que podieron, é dejando con ellos la que necesario habian para guardar aquellas tierras, se metieron en sus fustas por la mar, y el gigante Balan con ellos, que de todos muy amado y preciado era. Tanto andovieron, é con tan próspero viento, que á los doce dias que de allí partieron llegaron al puerto de la ínsola Firme. Cuando Balan vió la gran sierpe que allí Urganda habia dejado, como la historia vos lo ha dicho, mucho fué maravillado de cosa tan extraña, é mucho mas lo fuera si le no contaran la causa della aquellos que con él venian. Al tiempo que estos señores allí arribaron Amadís estaba con su señora Oriana, que della no se osaba partir, que como Brandoibas llegase de parte de la reina Brisena con la carta que ya oistes, é Oriana sopiese lo de su padre, fué su dolor é tristeza tan sobrada, que en muy poco estuvo de perder la vida; é como le dijeron la venida de aquella flota en que aquellos señores venian, rogó á Grasandor que los rescibiese y les dijese la causa por qué á ellos no podia salir. Grasandor así lo fizo, que en su caballo llegó al puerto, é falló que ya salian de la mar el rey de Sobradisa don Galaor, y el rey de Arabia don Bruneo, é don Cuadragante, señor de Sansueña, y el gigante Balan, é don Galvánes, é Angriote de Estravaus, é Gavarte de Val Temeroso, é Agrájes, é Palomir, y otros muchos caballeros de gran prez en armas, que seria enojo contarlos. Grasandor les dijo de la forma que Amadís estaba, y que se aposentasen é descansasen esa noche; y que otro dia saldria para ellos á dar órden en aquel caso, que ya á ellos manifiesto seria. Todos lo tovieron por bien que así se ficiese, é luego subieron al castillo y se aposentaron en sus posadas, é Agrájes é su tio don Galvánes llevaron consigo á Balan por le facer toda la honra que ellos podiesen. Pasada pues aquella noche, habiendo oido misa, fuéronse todos á la huerta donde Amadís estaba; é como él lo supo, dejando á su señora con mas sosiego, é á su prima Mabilia, y Melicia, su hermana, é Grasinda con ella, salió de la torre é vínose para ellos.

Cuando así juntos los vió fechos reyes é grandes señores, escapados de tantas afrentas y peligros como habian pasado con tanta salud, aunque en el continente tristeza mostrase por lo del rey Lisuarte, en su corazon sintió tan gran alegría, mucho mas que si para él solo todo aquello se hobiera ganado, é fuélos abrazar, é todos á él; mas al que él mas amor mostró fué á Balan el gigante; que á este abrazó muchas veces, honrándole con mucha cortesía. Pues estando así juntos, el rey don Galaor, como aquel que en tanto grado la pérdida del rey Lisuarte sintiese como la del rey Perion, su padre, les dijo que sin poner dilacion de ningun tiempo se debia tomar acuerdo de lo que facer debian en lo del rey Lisuarte, porque él, si Amadís lo otorgase, luego queria entrar en aquella demanda, sin holgar ni haber reposo dia ni noche fasta perder la vida ó salvar la suya, si vivo fuese. Amadís le dijo: «Buen señor hermano, gran sinrazon seria que aquel rey que tan bueno fué é tan honrado é tan socorredor de los buenos, que los buenos en tan extrema necesidad no le socorriesen, dejando aparte el gran deudo qne yo con él tengo, que á todos obliga á facer lo que decis, é por su sola virtud é gran nobleza merecia ser servido é ayudado en sus afruentas de todos aquellos en quien virtud é buen conoscimiento hobiese.» Entonces mandaron venir ante ellos Brandoibas, por saber lo que se habia fecho en buscar al Rey, é que les dijese con qué la Reina seria mas servida é contenta. El les dijo todo lo que viera, é la gran gente que luego en la hora que el Rey fué perdido salió á lo buscar, y que creyesen que si en aquella floresta é aun en todo su reino fuera preso y en algun logar detenido, que no era cosa que encobrirse podiera; mas que el pensamiento de la Reina y de todos los otros no era salvo creer que por la mar lo llevaron ó en ella lo habian afogado, que segun el socorro fuera presto, aun para lo soterrar no tovieran tiempo; y que su parescer era, pues que todo aquel reino habia tanto sentimiento fecho, é con tanto amor é voluntad todos al servicio de la Reina quedaban, no se esperando de otra ninguna parte lo contrario, que ellos en aquella gran flota que allí tenian se debrian partir en muchas partes; que, segun en todas las cosas por ellos comenzadas siempre la fortuna les habia sido muy favorable, que esta á que con tanto afan é aficion se ponian no era de creer en otro estilo mudarse. A todos aquellos señores les pareció muy buen consejo el que Brandoibas les daba, y en aquello se otorgaron que se ficiese, é rogaron á Amadís que tomase cuidado de les señalar la parte de la mar y de las tierras que buscasen, é por ninguna cosa quedase de lo uno ni de lo otro, y que luego los llevase ante Oriana, que en sus manos querian jurar y prometer de nunca cesar la demanda fasta tanto que del Rey su padre nuevas de vivo ó de muerto le trajesen; que con esto pensaban de dar consuelo á su tristeza. Pues yendo todos para entrar en la torre, llegó un hombre que les dijo: «Señores, una dueña de la Gran Serpiente, y créese que es Urganda la Desconocida, que otra no fuera poderosa de allí entrar ni salir.»

Cuando Amadís esto oyó dijo: «Si ella es, sea muy bien venida; que á tal sazon mas con ella que con otra ninguna persona nos debe placer.»

Luego enviaron por sus caballos para la recebir, pero no se pudo hacer tan presto, que ante Urganda de la mar salida no fuese, y en su palafren, trayéndola sus dos enanos por las riendas, á la puerta de la huerta llegada. Cuando aquellos señores así la vieron fueron contra ella, y el rey don Galaor fué el primero, é la tomó con sus brazos del palafren, é la puso en tierra; todos la saluáron y la honraron con mucha cortesía, y ella les dijo: «Bien creeréis, mis buenos señores, que de fallaros así juntos no lo terné por extraña cosa, pues que cuando de aquí partí vos lo dije, que sobre un caso á vosotros oculto lo seríades; mas dejemos agora de fablar en ello, y antes que mas os diga quiero ver é consolar á Oriana, porque sus angustias é dolores mas que los mis proprios los siento.» Entonces se fueron todos con ella fasta el aposentamiento de Oriana. Cuando Oriana la vió por la puerta entrar, comenzó á llorar muy agramente é á decir: «¡Oh mi buena amiga, señora! ¿cómo, sabiendo vos todas las cosas antes que vengan, no pusistes remedio en esta tan gran desventura venida sobre aquel rey que tanto vos amaba? Agora conozco yo que, pues vos le fallecistes, que todo el mundo le fallece;» é dando con sus palmas en el rostro, se dejó caer en su estrado. Urganda se llegó á ella, é fincadas las rodillas, tomándola por las manos, le dijo: «Amada señora fija, no os congojeis ni aflijais tanto, pues que los imperios é grandes estados de que vos tan ornada é abastada sois traen siempre consigo las semejantes tribulaciones, é sin esta condicion ninguno poseerlos puede; que con mucha razon nos podriamos quejar los que poco tenemos de aquel poderoso Señor si de otra guisa pasase; pues que siendo todos de una masa y de una naturaleza obligados á los vicios é pasiones, al cabo iguales en la muerte, nos fizo tan diversos en los bienes deste mundo, á los unos señores, á los otros vasallos con tanta sujecion é homildad, que con razon ó sin ella nos convenga sofrir prisiones, muertes, destierros é á otras cosas de inumerables penas, así como la voluntad y querer de los mayores lo mandan; é si algun consuelo estos así sojuzgado sé apremiados al su gran desconsuelo sienten, no es al, salvo ver estos juegos de la fortuna, que traen estas caidas peligrosas; é como esto sea ordenado é permitido de la su real Majestad, así son todas las otras cosas que por el mundo se rodean, sin ser á ninguno poder dado, por discrecion ni sabiduría que en sí haya, de solo un punto remover dello. Así que, muy amada señora, compensando lo malo con lo bueno é lo triste con lo alegre, daréis mucho descanso á vuestra fatiga; y en lo que me decís del Rey vuestro padre, verdad es que á mí antes manifiesto fué, como por palabras encubiertas, al tiempo que de aquí partí, lo dije; pero no fué en mí tal poder que desviar podiese lo que ordenado estaba; mas lo que á mí es otorgado en esta venida se porná en obra; lo cual, con la ayuda del mayor Señor, será causa de traer el remedio que á esta tan gran tristeza en que vos fallo conviene.»

Entonces la dejó, y se tornó á los caballeros, que juntos estaban por dar órden en el viaje que cada uno habia de facer, é díjoles: «Mis buenos señores, bien se vos acordará cómo al tiempo de mi partida desta ínsola, cuando juntos quedastes, vos dije que á la sazon que el doncel Esplandian hobiese de recebir caballería, por un caso á vosotros ocultó, todos los mas seríades aquí tornados; pues si así se cumplió, la presencia vuestra da dello testimonio. Agora yo soy venida, como lo prometí, así para aquel auto, como por vos quitar de las afruentas é grandes trabajos que desta demanda en que todos puestos estáis vos pueden venir, sin que dellas remedio ninguno de lo que deseais vos alcance; que si todos los que en el mundo son nascidos con los que por nacer están, que vivos fuesen, procurasen con toda diligencia de fallar al rey Lisuarte, seria imposible poderlo acabar, segun en la parte donde lo llevaron. Por ende, mis señores, no entre en vuestros corazones tan gran follía, que con poca discrecion, siendo primero por mí avisados, querais alcanzar á saber aquello que la voluntad del mas poderoso Señor defiende que sabido no sea, y dejaldo á aquel á quien por su especial gracia le es permitido; é porque de la dilacion grande daño se podria causar, es menester para el efeto de lo que conviene, así como estáis, llevando con vosotros al fermoso doncel Esplandian, é á Talanque, é Maneli el mesurado, é al rey de Dacia, é á Ambor, hijo de Angriote de Estravaus, seais mis huéspedes esta noche con alguna parte del dia siguiente dentro en aquella gran fusta que serpiente paresce.» Cuando aquellos señores oyeron esto que Urganda les dijo, todos callaron, que ninguno supo qué responder, porque segun las cosas pasadas della dichas tan verdaderas habian salido, bien creyeron que así aquella presente seria, é por esta causa, sin mas le decir, acordaron de cumplir lo que mandaba, considerándolo por mejor; é luego cabalgando en sus caballos, y ella en su palafren, llevando consigo á Esplandian é á los otros donceles, se fueron á la marina, donde Urganda les dijo que en una de aquellas fustas pasasen con ella fasta se meter en la Gran Serpiente; lo cual así fué hecho. Pues llegados y entrados en aquella gran nao, Urganda se metió con ellos en una grande é rica sala, donde les fizo poner mesas en que cenasen, y ella con los donceles se metió á una capilla que en cabo de la sala estaba, guarnida de oro é piedras de muy gran valor, é allí cenó con ellos con muchos instrumentos que unas doncellas suyas muy dulcemente tañian. Acabada la cena, Urganda, dejando los donceles en la capilla, salió á la gran sala, donde aquellos señores estaban, é rogóles que á la capilla se fuesen, é ficiesen compañía á los noveles. A cabo de una pieza de tiempo tornó Urganda é traia en sus manos una loriga, é tras ella venia su sobrina Solisa con un yelmo, é Julianda, su hermana de Solisa, con un escudo, y estas armas no eran conformes á las de los otros noveles, que acostumbraban en el comienzo de su caballería de las traer blancas; mas eran tan negras é tan escuras, que ninguna otra cosa tanto lo podia ser.

Urganda se fué á Esplandian é díjole: «Bienaventurado doncel, mas que otro alguno de tu tiempo, vístete estas armas conformes á la mancilla y negregura

del tu fuerte y bravo corazon, que por el Rey tu abuelo tienes; que así como los pasados que la órden de la caballería establecieron tovieron por bueno que á la nueva alegría nuevas armas é blancas se diesen, así lo tengo yo que á tan gran tristeza negras é tristes se dén; porque viéndolas hayas memoria de remediar la causa de su triste color.» Entonces se vistió la loriga, que muy fuerte é bien labrada era. Solisa le puso el yelmo en la cabeza é Julianda el escudo al cuello. Entonces miró Urganda contra Amadís, é díjole con mucha razon: «Estos caballeros podian preguntar la causa por qué en estas armas la espada falte; mas vos, mi buen señor, que sabeis donde la fallastes, é de qué tan grandes tiempos le está guardada por aquella que en su tiempo par de sabiduría no tuvo en todas las artes, sino solamente en la del engañoso amor de aquel que mas que á sí mesma amaba, por quien la desastrada y dolorosa fin hobo; pues con aquella encantada espada que fuerza tiene de desatar é disolver todos los otros encantamentos, puesta en el puño del su muy fuerte brazo, fará tales cosas, por donde los que fasta aquí mucho resplandescian, en mucha escuridad y menoscabo serán puestos.» Armado Esplandian como ois, entraron en la capilla cuatro doncellas, cada una con un guarnimento de caballero de unas armas tan blancas y tan claras como la luna, orladas é guarnidas de muchas piedras preciosas con unas cruces negras, é cada una dellas armó uno de aquellos donceles, é teniendo á Esplandian en medio, fincados de rodillas delante del altar de la Vírgen María, velaron las armas, así como era en aquel tiempo costumbre. Todos tenian las manos y las cabezas desarmadas, y Esplandian estaba entre ellos tan fermoso, que su rostro resplandecia como los rayos del sol, tanto, que facia mucho maravillar á todos aquellos que le veian fincado de hinojos con mucha devocion é grande homildad, rogándola que fuese su abogada con el su glorioso Hijo, que le ayudase y enderezase en tal manera, que siendo su servicio, podiese complir con aquella tan gran honra que tomaba, y le diese gracia por la su infinita bondad cómo por él antes que por otro alguno el rey Lisuarte, si vivo era, en su honra é reino restituido fuese. Así estovo toda la noche, sin que en cosa alguna fablase, sino en estas tales rogarias y en otras muchas oraciones, considerando que ninguna fuerza ni valentía, por grande que fuese, tenia mas facultad de la que allí otorgada le fuese.

Así pasaron aquella noche, como habeis oido, velando todos y todas aquellos noveles; y venida la mañana, pareció encima de aquella gran serpiente un enano muy feo é muy laso, con una gran trompa en la mano, é tañóla tan reciamente, que el su fuerte son fué oido por la mayor parte de aquella ínsola; así que, toda la gente fizo alborotar é salir encima de los adarves é torres del castillo, é otros muchos por las peñas é alturas donde mejor podiesen mirar; é las dueñas é doncellas que en la gran torre de la huerta estaban subieron suso á la mas priesa que podieron, por mirar qué seria aquello que tan fuertemente habia sonado. Cuando Urganda así los vió, fizo aquellos señores que allí donde su enano estaba se subiesen; y luego ella tomó ante sí á los cuatro noveles é á Esplandian por la mano, é subió tras ellos; y en pos della iban seis doncellas vestidas de negro, con seis trompas doradas; é cuando fueron suso, Urganda dijo contra el gigante Balan: «Amigo Balan, así como la natura te quiso extremar de todos aquellos que de tu linaje fueron en te facer tan diverso de sus costumbres, allegándote á conocer razon é virtud, la cual fasta agora en ninguno de tus antecesores fallar se pudo, en que se puede decir que este don ó gracia de la divinal esencia te vino, así por aquel amor entrañable que en tí conozco que á Amadís tienes, quiero yo que otra temporal te sea otorgada entre estos tan señalados caballeros; la cual ninguno antes que nos ni presentes ni porvenir alcanzaron ni alcanzar podrán; y esta es, que de tu mano sea armado este doncel caballero; que los sus grandes hechos serán testimonio de ser mi palabra verdadera, é farán estable la gloria que tú alcanzas en dar esta órden á aquel que tan señalado é aventajado sobre tantos buenos será.» El Gigante, cuando esto oyó, miró contra Amadís, sin nada responder, como que dudaba de complir lo que aquella dueña le decia. Amadís, que así lo vió, conoció luego que su consentimiento era necesario, é díjole con gran homildad: «Mi buen señor, haced lo que Urganda vos dice; que todos hemos de obedecer sus mandamientos, sin que en ninguna cosa contradichos sean.» Entonces el Gigante tomó por la mano á Esplandian é díjole: «Hermoso doncel, ¿quieres ser caballero?—Quiero,» dijo él. Luego le besó y le puso la espuela diestra, é dijo: «Aquel poderoso Señor que tanta de su forma y de su gracia en tí puso mas que en ninguno que jamás se viese, aquel te faga tan buen caballero, que con mucha razon pueda yo desde agora guardar la cuarta promesa que fago, de nunca ser este auto en otro alguno hecho.» Esto así acabado, Urganda dijo: «Amadís, mi señor, si por ventura hay algo en vuestra memoria que á este novel caballero querais mandar, sea luego; porque presto le conviene de vuestra presencia ser partido.» Amadís, sabiendo las cosas de Urganda, y cómo aquel amonestamiento sin gran causa no se facia, dijo: «Esplandian, fijo, al tiempo que yo pasé por las ínsolas de Romanía y llegué en Grecia, yo recebí de aquel grande emperador muchas honras y mercedes; y despues que de su presencia me partí, muchas mas, así como estos señores en mis necesidades é suyas vieron, por donde le soy obligado á servir todo el tiempo de mi vida; pues entre aquellas grandes honras que allí alcancé, fué una la que yo en mucho tener debo; y esta es, que la muy hermosa Leonorina, fija de aquel emperador, mas graciosa y hermosa que en todo el mundo doncella fallar se podria, é la reina Menoresa, con otras dueñas é doncellas, de muy gran guisa, me tovieron en sus aposentamientos con tanto gozo é alegría é cuidado de á mí me lo dar, como si hijo de un emperador del mundo yo fuera, no habiendo al presente otra noticia de mí sino de un pobre caballero; las cuales al tiempo de mi partida me demandaron en don que, si facerlo podiese, las tornase á ver; y si ser no podiese, les enviase un caballero de mi linaje, de que servir se podiesen. Yo les prometí de así lo facer, é porque yo no estoy en dispo-

sicion de lo complir, á tí lo encomiendo; que si Dios, por su merced, te dejare acabar esto que todos deseamos, tengas memoria de quitar mi palabra donde presa en poder de tan alta señora quedó; é porque puedan creer ser tú aquel que de mi parte va, toma este fermoso anillo, que de su mano tirado fué, para lo poner con ella en la mia.»

Entonces le dió el anillo que aquella infanta le diera, con la piedra preciada, compañera de la que en la rica corona estaba, como lo cuenta la tercera parte desta historia. Esplandian fincó los hinojos ante él y besóle las manos, diciendo que como gelo mandaba lo cumpliria, si Dios por bueno lo toviese; pero no se complió tan cedo como el uno y el otro lo cuidaban, antes este caballero pasó por muchas cosas peligrosas por amor desta infanta fermosa, solamente por la gran fama que della oyó, como adelante vos será contado. Esto así fecho, Urganda dijo á Esplandian: «Hijo hermoso, faced vos caballeros estos donceles, que muy presto vos pagarán esta honra que de vuestra mano reciben.» Esplandian, así como ella lo mandó, lo fizo; de guisa que en aquella hora todos cinco recibieron aquella órden de caballería. Entonces las seis doncellas que ya oistes tocaron las trompas con tan dulce son y tan sabroso de oir, que todos aquellos señores cuantos allí estaban é los cinco caballeros noveles cayeron adormidos, sin ningun sentido les quedar, et la gran serpiente echó por sus narices el fumo tan negro y tan espeso, que ninguno de los que miraban podieron ver otra cosa, salvo aquella grande escuridad; mas á poco rato, no sabiendo en qué forma ni manera todos aquellos señores se fallaron en la huerta, debajo de los árboles donde Urganda los habia fallado al tiempo que allí llegó; y esparcido aquel gran fumo, no pareció mas aquella gran serpiente, ni supieron de Esplandian ni de los otros noveles caballeros; de que fueron todos muy espantados. Cuando aquellos señores así se vieron, mirábanse unos á otros, é parescíales que lo pasado fuera como en sueños; mas Amadís falló en su mano diestra un escrito que decia así:

«Vosotros, reyes y caballeros que aquí estáis, tornad á vuestras tierras, dad holganza á vuestros espíritus, descansen vuestros ánimos, dejad el prez de las armas, la fama de las honras á los que comienzan á subir en la muy alta rueda de la movible fortuna; contentáos con lo que della fasta aquí alcanzastes, pues que mas con vosotros que con otros algunos de vuestro tiempo le plogo tener queda é firme la su peligrosa rueda; é tú, Amadís de Gaula, que desde el dia que el rey Perion, tu padre, por ruego de tu señora Oriana, te fizo caballero, venciste muchos caballeros é fuertes é bravos gigantes, pasando con gran peligro de tu persona todos los tiempos fasta el dia de hoy, haciendo tremer las brutas y espantables animalías, habiendo gran pavor de la braveza del tu fuerte corazon, de aquí adelante da reposo á tus afanados miembros; que aquella tu favorable fortuna, volviendo la rueda á este, dejando á todos los otros debajo, otorga ser puesto en la cumbre; comienza ya á sentir los jaropes amargos que los reinados y señoríos atraen; que cedo los alcanzarás; que así como con tu sola persona é armas é caballo, haciendo vida de un pobre caballero, á muchos socorriste é muchos menester te hobieron, así agora, con los grandes estados, que falsos descansos prometen, te converná ser de muchos socorrido, amparado y defendido; é tú, que fasta aquí solamente te ocupabas en ganar prez de tu sola persona, creyendo con aquello ser pagada la deuda á que obligado eres, agora te converná repartir tus pensamientos é cuidados en tantas é diversas partes, que por muchas veces querrias ser tornado en la vida primera, y que solamente te quedase el tu enano á quien mandar podieses; toma ya vida nueva, con mas cuidado de gobernar que de batallar, como fasta aquí feciste; deja las armas para aquel á quien las grandes vitorias son otorgadas de aquel alto Juez, que superior para ser su sentencia revocada no tiene; que los tus grandes fechos de armas por el mundo tan sonados, muertos ante los suyos quedarán; así que, por muchos que mas no saben será dicho que el hijo al padre mató; mas yo digo que no de aquella muerte natural á que todos obligados somos, salvo de aquella que, pasando sobre los otros mayores peligros mayores angustias, ganando tanta gloria, que la de los pasados se olvide; é si alguna parte les deja, no gloria ni fama se puede decir, mas la sombra della.»

Acabado de leer aquel escrito, fablaron mucho entre sí qué debian ó podian facer. Así que, los consejos eran muy diversos, aunque á un efeto se reduciesen; mas Amadís les dijo: «Buenos señores, como quiera que á los encantadores é sábios destas tales artes sea defendido de les dar ninguna fe, las cosas desta dueña pasadas, é vistas por nosotros en experiencia, nos deben poner en verdadera esperanza de las venideras; no por tanto que sobre todo no quede el poder á aquel Señor que lo sabe y puede todo, del cual puede ser permitido que antes por esta Urganda sea reparado é manifiesto lo que tan á duro por otras vias podriamos saber, así como fasta aquí se ha mostrado en otras muchas cosas; é por esto, buenos señores, yo ternia por bueno que, así como ella lo conseja é manda, así por nosotros se cumpla; tornándoos á vuestros señoríos, que nuevamente habeis ganado; é mi hermano el rey don Galaor, é don Galvánes, mi tio, tomando consigo á Brandoibas, se vayan á la reina Brisena, porque dellos sepa con qué voluntad queriamos poner en efeto sus mandamientos, é la causa por qué cesó de se facer, y dellas sabrán lo que mas le placerá que sigamos; é yo quedaré aquí con mi primo Agrájes fasta tanto que algunas nuevas nos vengan; é si nuestra ayuda é acorro para ellas fuere menester, mucho mas apartados que juntos lo sabrémos; é adonde vinieren, aquellos tengan cargo, haciéndolo saber á los otros, de acudir.»

A todos aquellos señores é caballeros pareció ser buen acuerdo este que Amadís les dijo; é así lo pusieron por obra, que el rey don Bruneo é don Cuadragante, señor de Sansueña, se tornaron á sus señoríos, llevando consigo aquellas sus muy fermosas mujeres Melicia é Grasinda; y el rey don Galaor é don Galvánes, con Brandoibas, se fueron á Lóndres, donde la reina Bri-

sena estaba. E Amadís é Agrájes é Grasandor se quedaron en la ínsola Firme, é con ellos aquel fuerte gigante Balan, señor de la ínsola de la Torre Bermeja, con voluntad de no se partir de Amadís fasta tanto que del rey Lisuarte nuevas algunas se sopiesen; é si fuesen tales que socorro de gente menester fuese, de pasar por aquella ventura é trabajo que dar le quisiesen.

Á DIOS SEAN DADAS GRACIAS.

ACÁBANSE AQUÍ LOS CUATRO LIBROS DEL ESFORZADO É MUY VIRTUOSO CABALLERO AMADÍS DE GAULA, FIJO DEL REY PERION Y DE LA REINA ELISENA, EN LOS CUALES SE FALLAN MUY POR EXTENSO LAS GRANDES AVENTURAS Y TERRIBLES BATALLAS QUE EN SUS TIEMPOS POR ÉL SE ACABARON É VENCIERON, É POR OTROS MUCHOS CABALLEROS, ASÍ DE SU LINAJE COMO AMIGOS SUYOS.

EL RAMO

QUE DE LOS CUATRO LIBROS DE AMADIS DE GAULA SALE;

LLAMADO

LAS SERGAS DEL MUY ESFORZADO CABALLERO ESPLANDIAN,

HIJO DEL EXCELENTE REY AMADIS DE GAULA.

AQUI COMIENZA EL RAMO QUE DE LOS CUATRO LIBROS DE AMADÍS SALE, LLAMADO LAS SERGAS DE ESPLANDIAN, QUE FUERON ESCRIPTAS EN GRIEGO POR LA MANO DE AQUEL GRAN MAESTRO ELISABAT, QUE MUCHOS DE SUS GRANDES HECHOS VIÓ Y OYÓ, COMO AQUEL QUE, POR EL GRANDE AMOR QUE Á SU PADRE AMADÍS TENIA, SE QUISO PONER EN TAN GRAN CUIDADO, Y POR VER SUS GRANDES HECHOS EN ARMAS Y LE SOCORRER CON SABIDURÍA, COMO LO HIZO EN MUCHAS PARTES DONDE MAL HERIDO FUÉ. LAS CUALES SERGAS DESPUES Á TIEMPO FUERON TRASLADADAS EN MUCHOS LENGUAJES, SEGUN Á LAS PROVINCIAS Y REINOS DONDE LLEVARLAS QUISIERON POR DONDE Á MUCHOS MANIFIESTAS FUESEN, QUE HABIENDO LEIDO LAS GRANDES COSAS DEL PADRE, CON MUCHA AFICION LAS DEL HIJO DESEABAN VER.

CAPITULO PRIMERO.

Que habla cómo Esplandian, despertado del dulce son de las trompetas, que dormir le hizo, se halló en la gran fusta de la Serpiente, al pié de la peña de la Doncella Encantadora, y lo que allí le aconteció.

Cuenta la historia que, recordado Esplandian de aquel dulce son que las seis doncellas de Urganda la Desconocida con las trompas doradas hicieron, al tiempo que la órden de caballería recibió, él se halló encima de las muy fieras y espantables alas de la Gran Serpiente, solo, sin persona alguna, armado de todas sus armas negras, y junto al pié de una peña muy alta; de lo cual fué mucho maravillado. Pero bien tenia en la memoria haber estado en aquel mismo lugar al rededor de su padre Amadís, y todos los otros grandes señores y caballeros, y Urganda la Desconocida, y los cuatro donceles que él hiciera caballeros. Y como así se vió, no sabia qué hacer de sí; pero luego pensó que como las cosas de Urganda muy diversas y extrañas de las otras todas fuesen, que así aquella, que por su sabiduría habia sido guiada, lo era, y bajóse por la puerta que descendia á la gran sala que ya oistes, y tampoco halló allí ninguno. Mas entrado en la rica capilla donde sus armas velara, halló delante del altar durmiendo á Sargil, su escudero, y dos hombres cabo él, que asimesmo muy fieramente dormian, con las barbas y cabellos muy largos, y vestidos de unas vestiduras hechas á la guisa de Turquía. Entonces dió del pié á Sargil, y llamóle que se levantase; el cual despertó despavorido, y levantóse en pié y dijo: «¿Quién sois vos que aquí venistes?» Esplandian comenzó á reir de gana y díjole: «Conoce que algunas veces me viste.» Y tomóle por la mano y trájolo contra sí. Sargil acordó mas que antes, y conosció á Esplandian, y dijo: «El gran sueño que he tenido por poco me hiciera perder el seso.» Esplandian le dijo: «Pues mas es aun de lo que tú piensas.» Entonces le contó cómo se habia hallado durmiendo encima de aquella fusta, y que no viera persona alguna de las que estuvieran á la sazon que le armaron caballero; y como estaban al pié de una muy alta peña sin medida, que no sabia qué lugar fuese; y que habia mirado en derredor, y no viera sino agua, y aquella roca cercada della de todas partes; pero que bien creia que esta fuese la peña llamada de la Doncella Encantadora, de que algunas veces habia oido á su padre Amadís hablar. Sargil vió aquellos dos hombres que dormian, y dijo: «¿Quién son estos que aquí yacen?—No sé, dijo Esplandian; pero bien creo que Urganda los dejó aquí, y bien será que los despertemos.»

Entonces fué cada uno al suyo, y llamáronlos que se levantasen; los cuales presto recordaron y fueron en pié. Esplandian les preguntó quién eran; ellos hicieron señal que no hablaban, que eran mudos. Y esto seria ya á tal hora que el mediodía era pasado, y Esplandian tenia gana de comer, y dijo á Sargil: «Amigo, ¿qué harémos, que en esta fusta no veo recaudo ninguno cómo pasar podamos, que estos hombres poco remedio nos pornán; busquemos á todas partes si hallarémos algo de comer.» Cuando aquellos hombres entendieron en lo que hablaban, hiciéronles señas que estuviesen quedos, y ellos salieron de la capilla y entraron en una cámara que con la gran sala se contenia; y á poco

rato salieron con una mesa y vianda de que les dieron de comer. Pero á Esplandian sirvieron como lo merecia; y desque hubieron comido, Esplandian llamó á Sargil, y subieron encima de la fusta, y mostróle la roca cómo era alta, y díjole que, pues allí habia la su serpiente parado y no se movia, que era señal de probar él aquella peña, y saber qué cosa fuese. Sargil le dijo: «Paréceme, Señor, que segun el recado aquí hallamos, que mas es necesario de adevinar lo que hacer se debe, que de lo preguntar, que en estos hombres poca razon se hallará.» Pues que así es, dijo Esplandian, quiero saber por qué causa ó ventura somos aquí arribados.

Entonces, así armado como estaba cuando el gigante Balan lo armó caballero, que solamente la espada le faltaba, se abajó á la sala, y hizo señas á aquellos hombres que por el costado de la sierpe le echasen un batel en el agua, lo cual fué luego hecho; y entrando él y Sargil en él, y los mudos quedando en la fusta, les pusieron tanto que comiesen, que bastarles pudiese para tres dias; y luego llegaron el batel á la peña, que bien cerca estaba, y saltaron en tierra; y á poco trecho que al rededor della anduvieron, hallaron aquel camino labrado y tajado por donde Amadís y Grasandor habian subido, como ya se os dijo. Y queriendo Esplandian por él subir, Sargil le dijo: «Señor, ¿qué haréis sin espada si luego en esta peña algun peligro se vos ofrece? Quiero que, por falta della, lleveis un pedazo deste remo que en el barco queda; que muchas veces el gran esfuerzo es menoscabado no tanto á culpa suya como de aquel aparejo que para ser mostrado se requiere.» Entonces se tornó al barco que allí los trajo, y quebrando un pedazo del remo y tornándose á Esplandian, se lo puso en la mano, y Esplandian se quitó el yelmo y se lo dió que lo llevase, y luego subieron por la peña arriba á gran trabajo de Esplandian, por ir armado, y anduvieron hasta la noche, que llegaron á la ermita donde la grande imágen de metal estaba, con la tabla escripta ante sus pechos como ya oistes, y entraron dentro, no con otra claridad mas de la que por la puerta entraba, que era harto bien pequeña; así que, no pudieron ver sino solamente el bulto de la imágen, y acordaron de quedar allí, y así lo hicieron; que Esplandian se quitó el escudo, y cuando fué tiempo cenaron, y dormieron á la puerta de la ermita, porque dentro hacia gran calor. Y venida el alba, levantáronse, y vieron bien clara la imágen de la forma en que estaba, y las letras griegas que en la tabla de metal tenia, mas no las pudieron leer. Y desque una muy gran pieza la miraron toda, dijo Esplandian: «Amigo Sargil, yo te ruego mucho que en esta ermita me esperes, porque si es, como yo creo ser, esta la roca en que mi padre y Grasandor aportaron, ó de voluntad la buscaron, parésceme que entre las otras aventuras della, contaban por la mas principal en el tiempo destas calores haber en ella cosas emponzoñadas, que por causa de no traer armas te pondrias en peligro de perder tu vida; y á mí, que las traigo, me conviene subir allá, por cobrar lo que me falta, si mi ventura tal fuere, que sea yo aquel que de tan grandes tiempos señalado y profetizado está.» Sargil le dijo: «No me quedaré por ninguna manera, ni Dios quiera que por temor de la muerte en ningun tiempo os desampare; que mucho mas trabajosa y penosa seria para mí la vida que la muerte si fuera de vuestro servicio la poseyese.» Así lo tengo yo, mi buen amigo y verdadero hermano, dijo Esplandian; mas la mia se puede, estando armado, por razon remediar, y la tuya mas á locura y poco seso se puede atribuir que á esfuerzo ni amor; por que te ruego que sin mas me decir hagas lo que mando.

Sargil, como vió ser aquella su voluntad, quedó llorando muy fieramente, como aquel que mas que á sí lo amaba. Entonces Esplandian tomó su yelmo y escudo, y algo que comer pudiese, y con el pedazo del remo en la mano subió por la peña arriba; y no pudo tanto andar, que antes le convino descansar y comer. Y cuando á la cumbre llegó, vió aquel gran llano que ya oistes, y los grandes palacios y otros edificios derribados que en él estaban, á tal hora, que no quedaban dos horas del dia por pasar. Entonces se encomendó á Dios muy de corazon, y fuése derechamente contra los palacios, y pasó por el arco de piedra, y miró la imágen que encima estaba; mas no supo leer las letras y el rétulo que en la siniestra mano tenia, y pasó adelante tanto, que entró dentro en la gran sala donde la cámara del tesoro estaba, á la puerta de la cual vió estar echáda una gran serpiente, y miró las puertas de piedra y la empuñadura de la espada que por ellas metida estaba; y como quiera que aquella bestia fiera gran espanto le pusiese, especialmente no teniendo con qué la herir, no dejó por eso de ir contra ella con muy esforzado corazon.

La sierpe, como así lo vido venir, levantóse, dando grandes silbos y sacando la lengua mas de una brazada de la boca, y dió un gran salto contra él; mas Esplandian se cubrió de su escudo, y como la vió cerca dél, dióle presto con aquel palo que traia un tan gran golpe entre las orejas, que muy grandes las tenia, de que muy poco mal le hizo, que la serpiente vino tan recia y tan desapoderada, que lo derribó en el suelo, y ella pasó por encima, que no se pudo tener. Esplandian se levantó muy presto, como aquel que se veia en punto de muerte, y hallóse bien cerca de las puertas de la cámara; y como vió venir contra sí la serpiente, fué cuanto mas recio pudo, y soltando el palo de la mano, tiró por la espada tan recio, que la sacó; y luego las puertas se abrieron ambas con tan gran sonido, que así Esplandian como la sierpe cayeron en el suelo como muertos, y así lo hizo Sargil, allá en la ermita adonde habia quedado; que el sonido y ruido fué tan espantable, que por mas de veinte leguas en derredor fué oido por aquellos que á la sazon por la mar andaban, y no cuidaron sino que la roca cayera y se hundiera en la mar. Este ruido tuvo tanta fuerza, que nunca Esplandian tornó en su acuerdo hasta la media noche pasada, y como fué tornado en sí, levantóse y tomó la espada, que cabe sí vió, y la serpiente estaba muerta; la cual bien se parescia, que de la cámara salia una gran claridad que toda la casa alumbraba tanto como lo hiciera el sol muy claro; y luego fué Esplandian á entrar dentro, por saber qué cosa tan extraña era aquella, y vió estar en medio de la cámara un muy gran leon hecho de

metal, asentado encima de una tumba, la cual era hecha en una piedra como de cristal, tan clara y tan limpia, que sin empacho alguno, aunque de todas las partes era cerrada, se parecia muy bien claramente todo lo que dentro della estaba; y aquel leon que allí estaba tenia en la mano diestra la vaina de la espada; que su guarnimiento era hecho por tal arte y forma, que dél salia aquel gran resplandor de que toda aquella cámara, y no menos la gran sala, eran bien alumbradas; y en la otra mano siniestra tenia un muy gran título de letras, las cuales decian así:

CAPITULO II.

De cómo Esplandian, leidas las letras del rétulo, tomó la vaina de la espada de la mano del leon, y acordó de salir, y de las graciosas razones que cerca de la ermita con Sargil platicó.

«Los bramidos espantables en el tiempo de la gran priesa constriñirán á tí, caballero que la espada ganaste, á te hacer que vuelvas por el gran tesoro que te hará restituir la perdida alegría, y resfriará aquellas llamas encendidas de los crueles rayos que de léjos serás herido; conténtate con lo que ganaste, pues en tan grandes tiempos, donde tantos caballeros por gran fama fallecieron, la mudable fortuna á tí sobre todos ensalzó, otorgándote la gloria que ninguno alcanzar pudo.» Leidas las letras por Esplandian, estuvo por una pieza pensando, y en el fin conosció que, como quiera que á él era aquello otorgado, que convenia esperar lo que las letras señalaban; mas no supo por qué causa las otras cosas le habian de venir, como aquel que hasta entonces en su libertad entera estaba; pero á tiempo fué, sin que gran espacio pasase, que sintió la cruel herida de aquella que mas por nuevas que por vista le vino, así como la historia adelante os contará. Entonces tomó la vaina que en la mano tenia aquel muy gran leon, y puso en ella la espada, y echóla á su cuello, y hincó los hinojos en tierra, dando muy muchas gracias á aquel soberano Dios por aquella tan gran honra en que le habia puesto. Y levantándose, anduvo al derredor de aquella tumba mirando, mas no pudo ver por dónde abrir se pudiese; que mucho quisiera Esplandian ver lo que dentro de la tumba estaba, pero empachábalo muy mucho otra cubierta que debajo de la piedra cristalina tenia; la cual piedra era como color de cielo, que ningun hombre podia devisar de qué metal ó material fuese. Y así estuvo Esplandian por una muy gran pieza, y despues acordó de salir y tornar á su compaña; y salido de la cámara, y de la gran sala donde muerta quedaba la serpiente, perdió la espada del gran resplandor por la claridad del dia, que ya era sobrevenido, y comenzó á decendir con grande priesa hácia la ermita donde Sargil habia quedado, al cual halló que con gran priesa subia la peña arriba, determinado de morir ó saber qué habia sido de su señor. Y cuando él lo vió venir tan alegre y con la rica espada al cuello, fué para él, llorando de grande alegría, y díjole: «A Dios gracias, que os guardó, y loada sea su misericordia, porque ya comienza á mostrar las vuestras grandes y extrañas cosas.» Esplandian lo abrazó, que mucho lo amaba, y contóle todo aquello por que habia pasado; que Sargil hubo tanto placer que mas no podia ser, y luego se abajaron por la cuesta apriesa, al mayor andar que pudieron, y llegaron á la ermita; pero antes les convino comer de lo que Sargil traia, y allí durmieron fuera della, debajo de unos grandes árboles.

Pues estando con mucha alegría hablando en las cosas que mas placer les daban, dijo Sargil á Esplandian: «Señor, mejor sois que vuestro padre, pues que esta aventura que él faltó, vos la acabastes.» Esto decia él porque todos sabian cómo Amadís no quiso probar aquella aventura, pues que halló razon por donde á él no le era otorgada; pero no supieron para quién guardada estaba, que á Amadís plugo que se guardase en secreto hasta ver si las letras decian verdad. Así que, si él no, y Grasandor, que presente fué, y Urganda la Desconocida, otro ninguno no sabia lo que seria de la espada. Esplandian le respondió y dijo: «Mi buen amigo Sargil, si las grandes cosas que mi padre con tanto esfuerzo de su muy esforzado corazon y no menos peligro de su vida pasó, fueran empleadas en servicio de aquel Señor que tan extremado entre tantos buenos le hizo en este mundo, no pudiera ser hombre ninguno igual ni semejante á la su virtud y gran valentía. Pero él ha seguido con mucha aficion mas las cosas del mundo perecedero que las que siempre han de durar; y como quiera que en sus afrentas procuró de tomar el derecho y la razon de su parte, en que paresce que la culpa en grande parte se desculpa, no por tanto dejara de ser mucho mejor que aquella ira y saña que contra los de su ley, en gran daño y muerte de muchos dellos, fué con tanta voluntad ejecutada, que lo fuera contra los enemigos de su Salvador, el cual no permite ni quiere que los malos sean castigados con otras armas sino con aquellas que á los sus ministros dejó. En las cuales, aunque muy justas sean, se hallan muchas veces grandes ofensas y agravios; pues, ¿qué será en las que sin pasion y grandes crueldades ejecutar no se pueden? que ya puedes considerar la excusa que los reyes y grandes señores, que en lugar de Dios en este mundo quedaron, pueden dar, teniendo delante los enemigos de la santa fe; no solamente en dar lugar á que los suyos y cruelmente se maten, mas ellos, olvidando su grandeza, su honestidad, y la justa justicia á que tan tenidos de guardar son, lo hacer por sus proprias manos, y recebir en ello tanta gloria como si para dar la cuenta superior faltase. Así que, plega al muy alto Señor que, si yo en algo á mi padre paresciere, ó le pasare de bondad, que sea mas por el camino de salvar mi alma que de honrar al cuerpo, apartando de mí aquello con que ofenderle puedo.»

Sargil le dijo: «¿Cómo, Señor, quereis vos reprobar y contradecir lo que todos siguen, y este estilo con que el mundo es gobernado?» El mal estilo, dijo Esplandian, tanto mas es peor, y mas yerran y pecan los que lo siguen, cuanto mas es usado y envejecido; y ¿quiéres ver el galardon que los que al mundo siguen alcanzan? mira aquel grande y poderoso rey Lisuarte, mi abuelo, cuántos tiempos permitió nuestro Señor Dios que su gran gloria y gran fama por todo el mundo ensalzada fuese; y esto por le dar lugar que hubiese conoscimiento, como dando ocasion que los suyos

unos con otros se matasen, era contra su servicio, y así como en aquellos tiempos el placer y gloria que los que obrando mal reciben, él recibió, cuando mas seguro y ensalzado estaba, hubo la pena que merecia, perdiendo su honra y su fama, y al cabo su persona, que della no se sabe. Y si algunos dijeren que la fortuna suya lo ha hecho, no creas que otra fortuna hay sino el bien que de Dios viene; y así, no menos el mal que los hombres se acarrean, partiéndose de sus mandamientos, y siguiendo los que le son contrarios. Y si á Dios pluguiere que mi deseo se cumpla, tú verás que cuanto mis obras serán mas diversas de las de los otros, tanto serán mas dignas de alcanzar galardon de aquel que darlo puede. Y así fué como este caballero lo dijo; porque sus grandes caballerías, que en su tiempo par no tuvieron, fueron contra los paganos enemigos de la santa fe católica; que poco tiempo habia pasado que era establecida, como la historia adelante cuenta.

CAPITULO III.

En que responde el autor que no es de maravillar de los maravillosos consejos y santa doctrina que deste caballero adelante se escribe que en su joventud tenia, por cuanto nuestro libre albedrío, siendo en la santa doctrina bien informado, como lo fué este caballero, es de mayor fuerza que los planetas.

Y porque en este ramo que desta historia sale, que fué y es aplicado á este caballero, se hallarán en muchas partes razonamientos de muy buenas y católicas doctrinas por él dichas; y algunos, con muy gran causa, podrian decir: «Pues siendo tan mozo, no cabia en él dar consejo de tan anciano; y debiendo ser, segun su poca edad y mucha valentía, muy soberbio, darlo tan humilde; y con la soberbia y valentía, debiendo ser muy cruel, ser tan piadoso;» por cierto en alguna manera el tal decir y la tal sospecha con mucha razon podria haber lugar, y creer que estas tan blandas y católicas palabras mas quedaron de aquel que su historia escribió, ornándola y aderezándola porque bien paresciese, que de aquel á quien atribuidas fueron. Pero no es razon que lo que suyo proprio fué, así como todas las otras virtudes de que Dios dotarle quiso, se lo quitemos y apartemos dellas; porque la verdad desto es, que como este caballero fué criado de aquel santo hombre Nasciano, que de la boca de la leona lo quitó, que para el gobierno de sus hijos lo llevaba, y en su poder lo tuvo hasta la edad de siete ó de ocho años, que le convino darlo al rey Lisuarte, como la tercera parte desta historia contado ha; que en aqueste medio tiempo fué por él doctrinado y enseñado con tantas y tan dulces palabras, que aquel que con aquella aficion las obraba las decia, y así le quedaron en la memoria escritas en sus entrañas, que nunca, por saña ni por ira que le viniese, las pudo en olvido poner. Las cuales recordadas, sobre ser muy fuerte y muy bravo de corazon en las cosas en que le convenia serlo, le hicieron humilde, católico y muy piadoso, mas que á otro alguno de su tiempo. En lo cual todos los hombres, especialmente aquellos que para seguir las armas y sobre otros mando han de tener, deben tomar ejemplo, y poner sus hijos, siendo en tierna edad, debajo de la doctrina y correccion de personas muy santas y de buena vida, y no menos de sana discrecion. Porque, aunque por algunos sábios se dice nacer las criaturas en este mundo debajo de la costelacion de los planetas, y segun el movimiento y calidad dellas, y que así son sus mañas y costumbres, yo oso decir que este albedrío que el muy alto Señor del mundo sobre todas las cosas vivas que con él viven nos dió, siendo, como digo, doctrinado y enseñado y corregido de aquellos que aquí nombré, terná tanta fuerza que, forzado la mayor parte de lo natural con que nació, será tornado y sometido á la órden de las buenas costumbres y honesta crianza.

Pero dejemos por agora de mas hablar en esto, porque si nuestra mala condicion á quien nos tanto lugar damos, que de sierva que de razon debia ser, la hacemos señora, criándola, halagándola con sus apetitos, no lo estorbase como muchos en ejemplos y doctrinas de grandes sábios nos tienen amonestados, que la menor dellas debria pasar, para que dejando lo malo y dañoso, siguiésemos aquello que á nuestras ánimas gloria promete; y tornemos á Esplandian y á Sargil, su criado, que debajo de los grandes árboles estaban, como dicho es.

CAPITULO IV.

De cómo, queriendo volverse á la nao, entraron en sendas barcas, guiadas por dos mudos, de los cuales, uno llevó á Sargil á la nao, y el otro guió con Esplandian por la mar adelante.

Cuenta la historia que, á las veces hablando, y otras veces dormiendo, Esplandian y Sargil pasaron aquella noche allí debajo de los grandes árboles que cabe la ermita que en la peña de la Doncella Encantadora estaban, donde estaba el gran ídolo de metal. Y la mañana venida, descendiéronse por la cuesta abajo, mas no pudieron tanto andar, que muy tarde no llegasen donde el barco habian dejado, y hallaron los dos hombres mudos que ya oistes, el uno dellos en el mesmo barco, y el otro en una barca muy mayor, los cuales los estaban esperando. Y como á la ribera llegaron, el hombre que en la gran barca estaba llamó por señas á Esplandian que viniese para él, y el otro á Sargil. Así que, cada uno dellos, no recelándose de ninguna cosa, entró con el suyo, y luego el del barco huyó adonde la gran fusta de la Serpiente estaba, y el de la barca por otra parte, á la mas priesa que pudo; de guisa que, sin se poder hablar, se partieron los unos de los otros. Mas ahora dejarémos á Sargil con el mudo en la Gran Serpiente, haciendo gran duelo porque así veia ir á su señor, sin él se hallar en su compañía, y contará la historia cómo Esplandian, llamándose el caballero Negro, fué por la gran mar, guiándolo aquel mudo que lo llevaba, sin saber dónde, ni lo que dél queria hacer, y cómo en cabo de diez dias que por ella navegó, aportó en la parte donde el rey Lisuarte preso estaba, y las grandes cosas que allí le acontecieron.

CAPITULO V.

De cómo Esplandian y el mudo aportaron en la ribera de una fuerte montaña, la cual era del señorío de Persia, y de las preguntas y razones que Esplandian con un ermitaño que halló allí pasó.

Cuenta la historia que, pasados diez dias que el caballero Negro anduvo navegando por la mar de noche

y de dia, sin saber dónde fuese y sin lo preguntar á aquel que lo llevaba, porque él bien veia que no montaría nada, solamente se servia dél en que de lo que en la barca traia le daba de comer. Pues en cabo destos diez dias vieron la tierra firme, de que el caballero Negro hubo mucho placer, así porque estaba enojado de andar en el agua, como porque le parecia perder tiempo sin se ocupar en otras cosas que él mas deseaba, que era en hallarse en algunas aventuras en que otra honra y prez pudiese ganar. Y con aquel placer hizo señas al mudo que para aquella parte lo guiase, mas él no lo hizo; antes á vista de la tierra por la costa de la mar llevó la barca, navegando todavía, hasta tanto que vieron una montaña muy espesa de árboles en una gran peña tajada, y hecha á manera de un muro, en que la mar batia.

Entonces el marinero, antes que con una pieza á ella llegasen, guió la barca á la orilla, y hizo señas al caballero que en tierra saliese; el cual así lo hizo, y mostróle una senda con la mano que iba hácia la montaña, haciendo señal que se fuese por ella. El caballero se encomendó á Dios, y tomó el yelmo en la mano porque no le empachase, y su escudo al cuello, y la rica espada que ya oistes ceñida, y á pié, se metió por aquella senda que por entre muy espesas matas del monte guiaba. Y así anduvo, sin hallar persona alguna, ni otra cosa que estorbo le diese; pero á cabo de una pieza halló á mano derecha, entre unos árboles muy altos, una ermita pequeña, encima de la cual estaba una cruz, y plúgole dello, que bien pensó de hallar allí alguno á quien preguntar pudiese qué tierra era aquella; y fuése luego allá. Y como llegó cerca, vió estar cabe una fuente un hombre viejo con la barba muy larga, que con un cántaro tomaba del agua de la fuente. El caballero Negro se fué á él y le dijo: «Dios vos salve, buen hombre. — Así le plega, dijo el viejo; que por eso vine aquí á hacer esta vida. Mas vos, caballero, ¿quién sois? que n vuestro hábito ni parecer no es desta tierra.» El caballero Negro le dijo: «Verdad decis, buen hombre, que no soy desta tierra; antes de muy léjos della, y la ventura me trajo aquí, sin haber hallado persona alguna á quien preguntase sino á vos; de que he habido mucho placer, y mas en haber visto aquella señal que encima desta casa pusiste. — ¿Cómo, dijo el hombre bueno, conoceisla vos, é sabeis qué tanto es preciada? — Sí conozco, dijo él, porque en otra de su semejanza padeció muerte aquel Señor cuyo soy. — A Dios mercedes, dijo el buen hombre, y muchas gracias le doy porque antes que desta vida pasase me dejó ver alguno que suyo fuese; que bien vos digo que desde que él pareció acá, que no se hallaria en esta tierra ninguno de su ley, porque los que en ella viven, todos son sus enemigos; y si yo soy aquí hallado, esto fué un caso que por mí sabréis. Mas mucho soy maravillado de vos, y mas lo seria si yo creyese que vos érades mortal, de lo que yo dubdo, segun vuestra gran hermosura; que si así no fuese, no osárades venir á tal parte en talforma como vos veo. — Buen hombre, dijo el caballero, mortal soy y pecador; y si vos de mí os maravillais, sí lo hago yo, que ciertamente la forma de mi venida a sido tal y tan extraña, que poca cuenta ni razon dello vos sabria dar; mas ruégovos, padre, si os pluguiere, que me digais qué tierra es esta y de qué señorío.» El buen hombre le dijo: «Venid comigo, y de muy buen grado os lo diré.»

Entonces se fueron entrambos á la ermita, y entraron dentro, y el caballero, hincadas las rodillas, hizo oracion delante de otra cruz que dentro halló, la cual acabada, tomóle por la mano aquel hombre bueno, y sentóse con él en un poyo, y díjole: «Caballero, decidme de dónde sois; que lo que yo de acá supiere, de grado vos lo diré.» El caballero Negro le dijo: «Padre, yo soy de la Gran Bretaña; no sé si la oistes acá decir. — Y ¿cuánto há que della partiste? dijo el caballero; que en ella estuve; ¿conoceis al rey de aquella grande ínsula, que se llama Lisuarte? — Sí conozco, dijo él; que muchas veces lo vi. — ¿Qué tal quedó cuando vos partistes, dijo el hombre bueno? — Esto no vos sabria yo decir, porque en aquella sazon fué perdido, y no se pudo saber cómo, del cual hasta entonces no se sabia cosa, aunque por muchos con grande aficion y no menos trabajo es buscado.» Cuando el hombre bueno esto oyó decir al caballero estuvo suspenso, sin hablar por una gran pieza, como maravillado. En lo cual el caballero, como él en su pensamiento no tuviese sino saber nuevas del Rey, paró mientes, y calló hasta ver á qué podria recudir su sospecha. El hombre bueno, tornando en sí, dijo: «Caballero, porque sin recelo ni menos temor que por ello mal vos pueda venir, me digais de vuestra hacienda en todo y por todo; ahora, pues que así es, yo quiero que sepais quién soy, y no menos por qué razon vine á esta tan extraña tierra. Sabed que yo en esta Gran Bretaña nací, della es todo mi linaje natural, y al tiempo que una dueña cuyo yo era casó con un gigante que desta montaña que aquí cerca está fué señor, con ella me vine, así por la servir y haber algun bien della, como por ver mundo y tierras extrañas, que todos ver desean. Y aquí llegados, aquella mi señora, que hasta aquella sazon la ley de Cristo mantuvo, fué luego vuelta á la de los paganos, que su marido tenia con mas aficion que otro alguno. Y como yo vi esto, no hallé remedio para me tornar á esa tierra; y considerando, segun la flaqueza de los hombres, que la contratacion de las gentes en algun errado camino me podria poner, tomé por partido de me venir á este lugar, donde he pasado asaz peligros de mi vida con esta mala gente, por causa de tener ella muy aborrecida la ley que de mí es tan amada; y si algun remedio tengo, no es otro, despues de Dios, sino saber todos que aquella mi señora recibiria mucho enojo de quien á mí le hiciese. Así, estoy esperando, si la ventura me guiase, cómo, partiendo de aquí, pueda tornar á mi tierra. Dicho vos he lo que habeis oido; ahora os ruego, caballero, si vos pluguiere, que me digais la ventura que á esta tierra tan peligrosa vos trajo, donde si algun remedio no tomais en vos volver, no escaparéis de muerto ó de cruel prision, de que habria gran pesar, por ser de aquella tierra donde yo soy, con tanta hermosura cual nunca mis ojos vieron.» El caballero Negro le respondió y dijo: «Mucho me hecistes alegre desto que me habeis contado; y antes que vos responda, vos ruego mucho que me digais por qué causa, hablando en el

rey Lisuarte, pareció qu'el sentido se vos alteró, y cómo turbado ó espantado estuvistes.»

El ermitaño le dijo: «Sabed, señor caballero, que de una doncella mi hija que con la dueña que vos dije vive, que aquí me trae que coma, y me viene á ver algunas veces, supe cómo viniendo aquella dueña poco tiempo há de la Gran Bretaña, de saber de una prision de un hermano suyo que allá tiene, trajo muy encubierto un caballero preso de gran valor; pero no me supo decir quién fuese, sino que así á ella como á ambos los dos hijos gigantes que tiene les puso en grande alegría; y por esto que sabia, dudé, cuando me dijistes que el rey Lisuarte era perdido en este tiempo, si seria él, porque esta dueña sabe muchas artes mágicas y de encantamientos, con que gran mal puede hacer.» El caballero Negro le dijo: «Ruégovos cuanto puedo que me digais qué tierra es esta y á qué parte cae; y esta montaña que decis, en qué forma está y quién la posée.» El hombre bueno le dijo: «Esta tierra es en el señorío de Persia, y á esta parte que esta montaña está se hace una gran vuelta, que entra en la mar, de una peña tajada y alta, encima de la cual es la montaña donde fué señor aquel gigante que vos dije; el cual en su vida, con su gran fortaleza, así de la persona como de la montaña, sojuzgó mucha parte desta tierra; que, como quiera que del un cabo tenga al rey de Persia, que es á la parte de la tierra Firme, y del otro al emperador de Constantinopla, por un pequeño brazo de mar que en medio es, nunca de ninguno dellos pudo ser sojuzgado ni ganarle esta montaña, tanta es su aspereza, ni por ello dejaba él de hacer mucho de lo que queria, así contra el uno como contra el otro. Y lo que mas le guareció fué la muy grande discordia en que estos dos muy poderosos señoríos ó imperios de muy grandes tiempos acá siempre han estado, haciéndose guerra muy cruel. Y deste jayan que vos cuento quedaron dos hijos muy grandes y muy valientes caballeros, que mucho mas que su padre han ganado y sojuzgado á su señorío. Los cuales hasta agora están en compañía de aquella dueña su madre, mi señora.»

El caballero Negro le dijo: «¿Por dónde es el camino para ir á la montaña?—Por ribera de la mar, dijo el buen hombre; que en la gran torre del alcázar hieren las ondas, y cabe la torre está hecha una escalera de mas de cincuenta pasos, labrada en la dura peña; en cabo de la cual hay una puerta de hierro, que siempre es guardada por un caballero armado, en quien mucha fianza se hace, porque en aquella montaña no hay otra entrada ninguna, salvo aquella; que la mar la rodea casi toda, y lo que de tierra es guárdase con muy alto muro y fuertes torres, entre las cuales hay un pequeño postigo, por donde no puede mas de una bestia caber.—Pues ¿por dónde pasan á la puerta? dijo el caballero.—Por una puente bien larga que de maderos es hecha, por donde los del alcázar salen, la cual prestamente se derrueca cuando alguna priesa viene; que es á esta parte donde estamos.—A Dios séades encomendado, dijo el caballero Negro; que ir quiero á ver esto que me decis en qué forma está, y si pudiere saber quién es el preso que me dijistes.» El hombre bueno le dijo: «Y ¿qué vos aprovechará haberlo visto? No otra cosa por cierto, sino morir, ó ser todos los dias de vuestra vida en captiverio.—Como quiera que sea, dijo el caballero, no dejaré de probar la ventura que Dios me diere.—Caballero, dijo el buen hombre, en las cosas que llevan razon son los hombres obligados de poner sus fuerzas, porque de su trabajo se puede esperar y alcanzar fruto; pero las que desta carecen, débense contar, no solamente á gran locura, mas á desesperacion conocida, donde claramente se aventura el cuerpo y el ánima. Y por esto, entre los muchos ejemplos y doctrinas que nuestro redentor Jesucristo nos dejó en las cosas de grandes milagros que andando en el mundo, en toda su vida hizo, fué señaladamente una, que, como quiera que del enemigo malo fué tentado que hiciese algunas cosas á él posibles y á nosotros muy imposibles, nunca quiso hacer sino aquello que por razon natural se debia, diciéndole que lo ál era tentar á Dios, dando á entender que así lo habian de seguir sus servidores, y no se poner á semejantes cosas como esta que empezar quereis; que yo vos digo que, demás de aquel fuerte caballero que la puerta de la cueva que es entrada de la montaña guarda, hay en la gran fortaleza dos gigantes, hijos de la dueña que vos dije, que en todo el mundo apenas se podrian hallar otros semejantes en esfuerzo y gran valentía.»

El caballero Negro le dijo: «Buen amigo, mucho vos agradezco el consejo que me dais; pero á mí me conviene seguir aquello para que nascido en este mundo fuí, buscando y probando las cosas fuera de toda la órden de natura; que si así no lo hiciese, aquellos grandes sábios que sobre mi nacimiento y maravillosa crianza muchos juicios echaron, no solamente su trabajo en vano quedaria, mas serian por mentirosos tenidos. Pues si en lo que de mí hablaron dijeron verdad, ¿qué mayor gloria para mí se puede haber que acabar yo las cosas imposibles y espantables á otros? Y si por ventura su sabiduría saliere mentirosa, quiero que parezca mas cargo y culpa de su flaco saber que á mi cobardía. Solamente me queda un remedio, que esto sea empleado contra esta mala gente, ministros y miembros del diablo, de los cuales tengo esperanza de haber victoria; y si de otra manera fuere, el Señor en quien yo creo habrá piedad de mi alma.» El hombre bueno estaba mirando, en tanto que esto decia, aquella su gran hermosura y esforzado continente, y las lágrimas le vinieron á los ojos, y díjole: «Oh caballero mas hermoso que nunca nació, aquel Señor en quien tanta esperanza tienes te ayude y defienda; y pues tu voluntad en esto se determina, ruégote que aquí quedes esta noche, porque, aunque con hora podríades legar, no entrarias en la montaña; que la puerta se cierra antes que el dia pase con gran pieza.» El caballero se lo otorgó, pues vió que mas ser no podia.

CAPITULO VI.

De cómo el caballero Negro, guiándose para la peña Tajada, entró en el fuerte castillo, donde por fuerza de armas mató tres caballeros gigantes, y libró al rey Lisuarte de la prision.

Así como la historia vos ha contado, quedó el caballero Negro en compañía de aquel hombre ermitaño, que le dió de cenar de aquello que para sí tenia, y ca-

ma en que durmiese, la menos pobre que él pudo. Pues la mañana venida, levantóse y hizo su oracion, encomendándose á Dios muy de corazon, y rogándole que lo guiase y ayudase de tal manera, que mas su honra que la vida sin peligro quedase, y luego se armó de todas sus armas, así como allí habia llegado, y por un camino asaz estrecho de muy espesas matas, que el hombre bueno le mostró, se fué, el cual de grado le hiciera compañía; pero no osó, por miedo que los jayades lo sabrian, y volvió llorando, rogando á Dios le ayudase en tan gran peligro como iba. Pues así anduvo el caballero por aquella senda, muy cerrada de la espesura de los árboles, y á poco rato hallóse en la ribera de la mar, y junto con el agua guiaba la senda por donde seguia su via; y así, al cabo de aquella floresta halló un campo hermoso, al cabo del cual la peña vió que encima la montaña tenia, que le pareció de muy hermosas arboledas, y la peña alta tajada como si á sabiendas se hiciera; y tanto anduvo, que llegó á la puente de los maderos por donde podian al castillo pasar, y luego á mas andar se metió por ella; así que, llegó presto al cabo donde estaba una pequeña plaza que una calzada de canto defendia que la mar no entrase en ella, y se juntaba con la gran torre del alcázar por la una parte, y en la otra las ondas batian con gran fuerza. El caballero miró arriba, y vió á una ventana de la torre que sobre el agua caia estar dos caballeros, el uno de los cuales le pareció de tan gran cuerpo y rostro, que fué maravillado, y bien pensó que aquel seria el uno de los jayanes; el otro con gran parte no se le igualaba, y luego á su diestra cerca de la torre vió la escalera labrada en la dura peña, y en la puerta, encima donde estaba, un caballero asaz grande, armado de todas armas y una hacha de acero en sus manos. Pues así estando mirando lo uno y lo otro, díjole la guarda de la puerta: «Caballero sin ventura, ¿quién te guió á esta parte? que si la color de tus armas tristeza anuncia, venido eres donde muchas mas que ella las pide te vernán.» El caballero Negro le dijo: «No conviene á los caballeros de tan léjos responder como hombres de poco valor; y si la razon de mi venida saber quisieres, aguárdame, que yo te la diré.» Entonces puso el yelmo en la cabeza, que hasta allí en la mano lo trajo, por no perder el camino, y subió por la escalera tanto, que llegó á la puerta donde el caballero estaba, que le dijo: «Entra, malaventurado, donde ninguno que extraño fuese buena ventura hubo.» El caballero Negro no le dijo cosa alguna, sino luego se metió con él en la cueva; y como dentro fué, la guarda cerró la puerta de tal manera, que si no él ó los hombres del castillo, otro ninguno la sabria abrir, y la cueva quedó con una luz que por otra puerta que á la montaña salia entraba.

Pues así andando, díjole la guarda: «A tí conviene dejar esas armas, y que comigo te vayas al alcázar, para te presentar á aquellos señores cuyo yo soy. —Mas llévame, dijo el caballero Negro, con ellas, así como estoy, y de grado haré lo que pides. — Eso no puede ser, dijo el otro; que las armas son mias de derecho, y si con ellas fueses, te guarecerian del otro que la puerta del grande alcázar guarda, y perderlas-hi-a.» Y diciendo esto, alzó la hacha con ambas manos por le herir en la cabeza; mas el caballero, que apercebido estaba, alzó el escudo, y recibió en él el gran golpe, y puso muy presto mano á su espada, y dióle con ella por encima del yelmo tan fuerte golpe, que las manos le puso en tierra, y fué luego sobre él de rodillas por le cortar la cabeza, que así le convenia hacer, porque aquella tierra y la gente della, segun en las leyes tan diversos estaban, no requiria otra cosa sino matar, ó recebir él muerte si vencido fuese.

Y teniéndole así como oídes, entró un hombre por la otra puerta, que era á la salida de la montaña para en ella entrar, y dijo: «Argante, ¿por qué no traes el caballero que aquí entró? ¿En qué te has ocupado?» El caballero Negro le dijo: «No te aquejes tanto; que yo seré allá mas presto de lo que tú querrás, si las puertas no me embargan.» Cuando el hombre esto oyó, y vió cómo su caballero estaba tendido de espaldas y el otro encima, quitándole los lazos del yelmo, tornó cuanto mas pudo y cerró la puerta por donde entrado habia, y volvióse al alcázar. Así quedó el caballero Negro en la cueva encerrado, sin saber de si lo que hacer pudiese. Y como quiera que tentó las puertas, para abrir alguna dellas, no podia, porque eran tan fuertes y de tal guisa cerradas, que en ninguna manera podian ser abiertas sino por aquellos que lo sabian. Pues como así estuvo por una pieza, con mas congoja de ser allí preso con tal aventura que temor de ninguna afrenta que venir le pudiese; tanto, que ya él se contentara y tomara por remedio que los gigantes entrambos á él vinieran, y aun otros caballeros en su compañía, con tal que la puerta abierta fuese, y él como caballero pudiese padecer, haciendo aquello que debia, y no verse encerrado donde le convénia morir, como lo hiciera una triste animalía.

Pues así estando con tanta pasion, que el corazon le hervia con saña, sintió cómo abrian la puerta que al castillo salia. Y luego vió entrar por ella un caballero grande de cuerpo, armado de unas armas verdes, bordadas con oro, y venia blandiendo una espada con la siniestra mano; y como vió al caballero de las armas negras con su espada en la mano, y cerca dél la guarda descabezada, hubo muy gran pesar, y dijo: «Captivo caballero, ¿por qué de tu grado te veniste á la muerte?» El caballero Negro lo miró, y vióle grande, de hermoso cuerpo y bien tallado, con aquellas armas frescas, y parecióle muy bien, y díjole: «Pues que Dios tan grande y tan hermoso te hizo, ¿por qué causa te dañas con tu soberbia, que así tan denodado me amenazas? ¿No piensas que esa muerte que dices, te está tan aparejada?» El gran caballero le dijo: «Teniendo tú ese que mataste á tus piés, que yo tanto amaba, ¿cómo quieres ser de mí bien tratado? —Ellos son dos daños, dijo el caballero Negro: que perdiste el amigo sin tu culpa, y con ella menoscabas tu honra; porque la fortaleza y valentía con cortesía y gran tiento se deben, para ser loadas, obrar; que las que con mucha ira y soberbia se ejercitan, la mayor parte pierden de su valor.» El caballero le dijo: «Yo no vengo á tomar consejo, sino á te dar la muerte.» Entonces se fueron á herir tan bravamente, que no hay hombre que los viese, que espantado no se estuviese; que el ruido era tan grande que

en la cueva se hacia, que no semejaba sino batalla de diez caballeros y mas.

Así se anduvieron hiriendo por todas las partes que mas daño se podian hacer, sin que un punto se parasen; y el gran caballero se combatia tan sábiamente, recibiendo en el escudo, y otras veces en el espada, los grandes golpes que el caballero Negro le daba, que era maravilla de lo ver. Pero poco le aprovechó, que antes que media hora pasase fué todo su escudo deshecho, que solamente las mangas en el brazo le quedaron, y las armas cortadas por tantos lugares, que ninguna defensa en ellas habia. Así que, el caballero fué bien espantado de se ver en tan poco espacio de tiempo tan maltratado, que su fuerza ni su gran sabiduría en aquel menester no lo podian amparar, que muerto no fuese. Y como quiera que este caballero se combatió en su juventud, y despues en mejor edad, como ahora estaba, con los mejores caballeros del mundo, nunca halló entre ellos ninguno que á este con gran parte fuese igual. Y como así se vido casi sin armas, y que en muchas partes la sangre salia, comenzó á huir contra la puerta por donde venido habia, pensando de se salvar. Mas el caballero Negro lo siguió de tal suerte, que antes que por la puerta saliese le alcanzó, y dióle por encima del yelmo tan fuerte golpe y tan grande, que no pudo prestar ninguna cosa que la espada no cortase hasta el casco de la cabeza, y dió con él tendido en el suelo; dende á poco rato, así de aquel golpe como de las otras muchas heridas que tenia, fué muerto.

Pues en este medio tiempo, en tanto que los caballeros así fieramente se combatian, los que estaban en el alcázar enviaron dos hombres que supiesen cómo iba en la batalla á su caballero, y cuando cerca de la puerta llegaron vieron cómo el caballero Negro salió por ella con la espada en la mano, toda teñida en sangre, y dijéronle: «Caballero, ¿qué ha sido de los nuestros caballeros?» Él les dijo: «Ha sido aquello que estaba ordenado.—Y ¿qué es eso? dijeron ellos.—Que padezcan en esta vida, y despues en la otra, dijo él, como lo hacen los malos.» Entonces los dos hombres miraron contra la puerta, y vieron el gran caballero muerto, y torñaron á mas correr, diciendo á grandes voces: «Salid, salid, Señor; que muerto es vuestro tio.» A estas voces acudió á la puerta del alcázar un gigante mancebo de dias, que se llamaba Furion, y venia desarmado; pero tan grande de cuerpo y de rostro, que cosa extraña era de lo ver. Y como vió al caballero Negro que contra él venia, díjole: «Tú algun diablo con armas desemejadas debes ser, que así por fuerza has pasado las dos puertas, y vencido en ellas uno de los mejores caballeros del mundo; pésame que tu muerte nos dará poca venganza.» El caballero Negro le dijo: «Bestia mala desemejada, sin talle y sin razon, ¿qué te diré, sino que eres muy peor que ese enemigo malo que dices? Porque el condenado del muy alto Señor ya no le queda lugar á ningun arrepentimiento ni remedio de salud; mas tú, á quien te dió juicio y tiempo de te arrepentir, hacer las crueldades que haces, por mucho peor que ninguno dellos te debo tener, pues que lo que es en tu mano, ya no lo es en la suya ni lo puede ser; quítate de esa puerta, y dame lugar que yo entre y acabe mi demanda!» El jayan cuando esto oyó dijo: «¡Oh sin ventura de mí! ¿qué venganza puedo yo tomar en tan captiva cosa?» Y cerró luego la puerta, y lo mas presto que pudo tornó á ella, armado de unas armas tan fuertes y tan pesadas, como su grandeza y valentía lo demandaban. El caballero Negro le estaba atendiendo asentado en una piedra que allí halló, y como el Gigante tornó á la puerta, levantóse y díjole: «Como quiera que en tí no haya cortesía ni crianza, pues que en forma de caballero estás, haz una cosa que te diré.—¿Qué es lo que quieres? dijo el jayan.—Que me dés lugar, dijo él, pues á pié nos hallamos, cómo nuestra batalla se haga dentro de ese corral del alcázar, y no sea fuera en el campo, como lo hacen las brutas animalías; porque, así como á caballo acá fuera mejor seria, así á pié allá dentro es mas conveniente que se haga.» Esto decia el caballero á fin que si lo venciese se hallase dentro en el castillo, y no le pudiesen cerrar la puerta. El Gigante le dijo: «Cuando así te oí hablar, pensé que merced me demandabas; lo que poca pro te tuviera, porque necesario es que pases el trago de la muerte; pero pues á otra parte va tu demanda, hacerlo he, que el daño es tuyo; porque allá fuera con mas razon huyendo pudieras escapar.»

El caballero Negro, como esto le oyó decir, no le quiso mas responder, salvo que le dijo: «Yo haga lo que caballero hacer debe; Dios sabe lo que mas su voluntad será.» Y fuése contra la puerta; y el Gigante apartándose, entró con él en el corral, el cual de muy blancas y lisas piedras era labrado, así el suelo como los pilares que los grandes corredores sostenian, y frontero de aquella puerta que él entró estaba otra puerta grande, y á ella puesta una dueña en edad crecida, y otras dueñas y doncellas con ella. Entonces el Gigante se volvió á la Dueña y díjole: «Madre, yo vos ruego que, por mal ni bien que con este caballero me avenga, no sea osado ninguno de me socorrer; si no, yo mismo con mi espada me mataré.» Y luego dijo: «Agora te guarda, malaventurado.» Y puso mano á la espada, y cubrióse con su fuerte y grande escudo, y al mayor paso que pudo se fué contra él. Y el otro, cuando así lo vió tan grande y tan bien armado, dijo: «Señor Jesucristo, ayúdame contra este diablo enemigo tuyo, que sin tí poco para le empecer bastarian mis fuerzas.» Y fué para él, y alzaron el uno y el otro las espadas, y diéronse con ellas por encima de los yelmos tan grandes golpes, que el fuego salió en gran llama dellos. Mas como quiera que el golpe del jayan muy fuerte y pesado fuese, el yelmo negro fué por aquella que se lo dió en tal forma hecho, que ninguna cosa la espada en él pudo trabar; así que, el caballero sintió muy poco el golpe. Pero no fué así en el Gigante, que con la fuerza del golpe y la bondad del espada, cortó en él tan ligeramente, que no lo sintió tanto como nada en la mano, y derribóle una gran parte de la halda del yelmo, con el arco de acero que le atormentaba; de lo cual el Gigante fué muy espantado, que bien creia que con tal golpe y tan en lleno, que no hubiera arma en el mundo, por fuerte que fuera, que amparar le pudiese, ni caballero alguno que en pié se quedase. Y dudó su batalla mas que antes, pero no de tal manera, que no tornó con grande ira y saña á lo

herir por donde mejor pudo. Ma si él bravo llegó, no halló cobarde ni perezoso aquel que delante sí tenia; antes todos los mas golpes le recibió en el escudo, que de la mesma masa que el yelmo era. Y hirióle tan reciamente por todas partes, que la espada le hacia sentir en las carnes; tanto, que las piedras blancas eran coloradas de su sangre. Pero el jayan era tan bravo de corazon, que no lo sentia con la gran saña, y heria al caballero Negro de grandes y pesados golpes; mas él se guardaba dellos con mucha ligereza y viveza de corazon, de manera que los mas dellos le hacia perder, como aquel que desde que fué para menear armas aprendió con ellas todas las cosas que le convenian, en el tiempo que con su abuelo el rey Lisuarte estuvo, y despues en la insula Firme con su padre. Lo cual todo caballero, siendo mancebo, debe hacer, porque muchas veces el esfuerzo se turba, no de miedo ni flaqueza de corazon, mas de poca discrecion, por no lo haber usado; y como esto sea oficio, así como todos los otros, deben los caballeros procurar con gran cuidado de lo aprender, porque aunque en los otros no lo sabiendo se aventura el interese, en este la vida y la honra, que mucho mas que ella es preciada.

Pues así como oídes andaban en la batalla el caballero Negro y Furion el gigante, tan juntos el uno con el otro, que muchas veces se daban con las empuñaduras de las espadas tales golpes en los yelmos, que los hacian revolver en las cabezas. Mas las armas del Gigante eran ya tales y tan rotas, que ninguna defensa en ellas habia, y con la mucha sangre que de las llagas se le iba, era tan enflaquecido, que apenas se podia tener en los piés, y con el grande ahincamiento que el caballero Negro le hacia, que no lo dejaba un punto holgar, no lo podiendo mas sufrir, comenzó á se retraer, y andar al derredor de los pilares de piedra, por se guardar de los duros y esquivos golpes, de los cuales no otra cosa sino la muerte esperaba. Cuando la dueña su madre, que á la puerta la batalla miraba, como ya oistes, así lo vió, comenzó á dar grandes gritos y voces, y decir: «¡Ay mi hijo, y cómo puedo sufrir ante mis ojos la tu muerte!» Entonces, como persona fuera de sentido, movió contra ellos, mas antes que ella llegase, el jayan cayó en el suelo de un gran golpe que el caballero Negro le dió por encima del yelmo, y de otro que le habia dado en una pierna, que mas de la media fué cortada, por donde se le fué tanta sangre, que antes que socorrido fuese se le salió el alma.

Cuando la dueña lo vió muerto así, cayó sin ningun sentido sobre él; así que, aquellas dueñas pensaron que muerta era; y llegaron todas, que serian hasta diez, y tomáronla en sus brazos, y lleváronla al castillo, maldiciendo al caballero y denostándole mucho con grandes aviltamientos. Mas él por todo eso nunca palabra mal agraciada les dijo, antes se fué tras ellas, diciéndoles que le echasen agua por el rostro, que aquello no era sino amortescimiento; y no quiso entrar en una sala donde la Dueña pusieron, hasta en tanto que ella fué en todo su acuerdo; la cual, como tornada fué y vió al caballero Negro ser allí, díjole: «Caballero destruidor de todo mi bien y alegría, ¿qué quieres aquí mas de lo que has hecho? Véte deste castillo; que ya no dejas en él sino flacas, amargas y cuitadas mujeres. Y si otra cosa te place, entra y hazlo; que no hay quien te lo estorbe.» Esto decia la dueña con grande infinta; porque, como ella fuese la mayor encantadora y mágica que en muy gran parte se podia hallar, y tuviese aquella gran sala encantada para que cualquiera sin su voluntad en ella entrase, bien pensaba que el primero paso que el caballero diese, caeria en el suelo sin sentido alguno, desapoderado de toda su fuerza. Mas de otra guisa que ella pensaba le acáeció; que como aquel caballero la espada encantada consigo trujese, ningun otro encantamiento le podia empecer; que sobre todas las virtudes suyas, esta era la una de ellas, porque fué hecha por el arte y gran sabiduría de la doncella Desdichada, llamada Encantadora, hija del gran sabio Finetor, que ansí como ella no tuvo par en las artes de nigromancia, y como el encantamiento de la espada muchos tiempos antes fué hecho, ninguno de los que despues se hicieron podian ser bastantes á lo desatar; y por esta causa, aunque Urganda la Desconocida fuese en estas artes tan señalada en el mundo, como esta grande historia os ha contado, no bastaba tanto su saber que del castillo del alcázar á su muy hermoso y amado amigo sacar pudiese, por estar antes el castillo encantado por la señora dél, y sacólo Amadís por fuerza de armas, como se ha dicho en la primera parte; así que, oido esto que la dueña decia por el caballero Negro, entró en la sala y dijo: «Dueña, mostradme el rey que aquí trujistes preso.»

Cuando la dueña le vió dentro sin estorbo alguno, y que preguntaba por el Rey, fué mucho espantada, y no supo qué cosa fuese haber ansí perdido la fuerza de su sabiduría, y dijo con una voz dolorida: «¡Ay cativa y desventurada! ¿qué he hecho, que pensando vengar los muertos, he dado muerte á los vivos?» Con esto, llorando de sus ojos, dijo: «¡Oh mi hijo Matroco! ¿dónde agora tú estas? ¡Qué fuerte ventura fué la tuya, en tal sazon te fuiste deste castillo, pues que cuando á él volvieres otro poseedor hallarás, y si cobrar lo quisieres, perderás la vida, así como los tuyos lo han hecho; que este caballero, segun lo que de sí muestra, no es mortal; que si fuese, mayor estorbo le diera el viejo cuitado de mi hermano y el mozo sin ventura de mi hijo!» Luego dijo al caballero: «¿Qué rey demandas? Dime cuál es.» El caballero le dijo: «Cualquier que sea, tal te lo demando para lo sacar de aquí; que como los reyes sean ministros de Dios por su voluntad, ungidos y señoreados sobre tantas gentes, no deben, si por él no, por otro alguno ser corregidos ni apremiados de tal guisa, porque cuando él fuere tal que gran pena ó corregimiento merezca, muy mayor y mas cruel lo habria de su mano que las gentes se lo pueden dar; porque, así como la merced fué tan señalada en grandeza, así en crueza la pena les sobreverná en mayor cantidad; por ende, dueña, muéstrame dónde está.» La Dueña le dijo: «No sé quién tú eres, ni quién te guia, que así sin peligro has pasado tan gran afrenta de armas, la cual creido tenia yo que veinte tales como tú para ello no bastaran; y con esto has destruido aquel mi gran saber, en que tanto trabajo por lo aprender puse; pero bien creo que tu poder ni esfuerzo no lo hacen, sino aquel en quien yo primero creia, que como á bueno lo dejé, por me tor-

nar al enemigo malo, que me ha dado la pena que á los que le siguen acostumbra á dar; y pues que el que tanto puede tienes en tu ayuda, á mí excusado será contradecir lo que demandares. Sígueme; que yo te mostraré lo que pides, y no sé si por ventura será lo que piensas.»

Entonces la dueña se entró por otra puerta en una escura y pequeña casilla, y sacó del seno una llave y abrió otra puerta de hierro, y dijo al caballero: «Entra; aquí hallarás lo que demandas.» El caballero le dijo: «Si otro engaño aquí no se aventurase sino de armas, no verias en mí punto de cobardía; pero si con tu flaca mano, estando yo de dentro, la puerta cerrases, ¿quién me daria remedio para la salida? Conviene que por razon vaya, como los cuerdos hacer lo deben.» Y entonces tornó á la puerta por donde entraron, y cerróla con la traviesa, porque ninguno allí entrar pudiese, y dijo á la dueña: «Entrad vos delante, porque si mal hubiere, lo primero sea vuestro.—Bien veo, dijo la dueña, que mis artes no te pueden empecer; por eso haré lo que dices; pero ¿qué será que no hay luz con que ver puedas?—Dios la dará,» dijo él. Entonces quitó la cubierta de la vaina de su espada, que era un paño de lino que el su barquero le dió, y el resplandor fué tal, que vió una escalera que iba hácia bajo, que la Dueña fué muy maravillada en ver tan extraña cosa; de manera que la que hasta entonces poder tenia de á todos encantar, estaba como encantada, perdido todo saber.

Pues bajados por aquella escalera, halláronse en una bóveda de canto, y vieron á un cabo della al rey Lisuarte ser encima de un lecho, y tenia á la garganta una gruesa cadena, y á los piés unos muy pesados adobes (1). Cuando el caballero Negro así lo vió hubo muy grande piedad dél y las lágrimas le vinieron á los ojos, pero no quiso darse á conocer hasta tanto que viese lo que el Rey diria. Cuando el Rey así los vió delante, que hasta entonces nunca claridad ni persona habia visto desde que allí le trujeron, fué maravillado porque ansí entraba el caballero armado, y de tales armas, y temióse de algun peligro y acordó de hablar á la dueña, y díjole: «Dueña, ¿conoceisme quién yo soy?—Sí, dijo ella, que en mal punto nacistes en este mundo para mí, que por vuestra causa he perdido cuanto bien en él tenia. —Mucho pesar he yo deso, dijo el Rey, porque siempre cuanto pude procuré en guardar y honrar todas las dueñas y doncellas, por las cuales mi persona fué en grandes peligros puesta, y si vos al contrario recebistes, no seria por mi voluntad. Y por esto vos ruego mucho, si vos pluguiere, que me digais en qué parte y en qué poder estoy así preso en tan esquivo lugar, porque yo ni lo sé ni lo puedo pensar cómo aquí vine; que bien tengo en la memoria cómo, por socorrer una doncella que un mal hombre forzar queria, fuí entrado en una tienda donde llegué; pero cómo aquí vine, ni quién me trajo, no puedo entender, sino tanto que como recordé de un sueño me hallé en este lecho que aquí veis, y con estos grandes adobes de hierro, y esta cadena á la garganta, y en esta tan grande tenebregura; que aunque me han traido de comer, nunca vi quién lo trujese, antes á escuras lo he tomado donde me lo ponian.»

La dueña le dijo: «Si tú, Rey, tan poco tiempo en esta tenebregura has estado, no creas que con ella quedo yo satisfecha, porque muy largos tiempos la he yo por tu causa sostenido, tan cruel y tan amarga, que si el corazon me sacasen, lo verian tornado de carbon; y cuando pensé la mia angustia haber fin con tu prision, y remediar la pérdida pasada, aquella contraria fortuna, que siempre me fué adversa, no se mudando de como solia, aunque por esta tu prision grande alivio me diese, la salida de mi esperanza ha sido mucho mas amarga y cruel que lo pasado; que, como yo pensase contigo darme remedio, no sé cómo ni dónde ha sobrevenido este caballero, que por fuerza de armas ha vencido y muerto todos los que en este castillo armas tomaban; y yo dél constreñida, me hizo que en tu presencia lo trujese, lo cual de mi voluntad muy alejado estaba; que como la grave ira de la mujer no tenga alivio ni remedio alguno hasta tanto que la venganza que desea cumpla, si esta tan gran fuerza no, otra cosa ninguna pudiera hacer que mi propósito mudado fuese; pero ya la fortuna no tendrá tanto poder, que dándome tantos dolores y angustias me pueda sostener la vida, que si con ellas la muerte no me sobreviene, yo misma por de ellas salir me la daré.» Y entonces se volvió al caballero Negro y dijo: «Tú, espíritu malino, que en forma de caballero vienes, que si fueses hombre humano no alcanzarias sobre el mi gran saber mas que lo que has mostrado, ves aquí el rey que demandas; ¿qué es lo que quieres que dél se haga?»

El caballero Negro le dijo: «Quiero que luego le quites esas prisiones y que quede en su libertad.» La dueña sacó las llaves que ella tenia, sin las fiar de persona alguna, y abriendo la cadena y los adobes, quedó el Rey suelto, y levándose en pié, fué contra el caballero y díjole: «¡Oh buen amigo! ¿quién sois, que tanto bien me hecistes y tanta honra y prez en ello ganastes?» El caballero respondió: «Cuando convenga, yo, Rey, vos diré lo que saber quereis; en tanto salid de esta prision, dando gracias al poderoso Señor, que nos, por bien y reparo de los suyos, suele dar semejantes azotes.» El Rey no le respondió nada, pues vió que se queria encubrir, y saliéronse todos tres de la prision á la gran sala, y nunca el caballero Negro se quiso quitar el yelmo, por no se dar á conocer, aunque el Rey mucho se lo rogó; y esto era ya á tal hora, que las dos partes del dia eran ya pasadas; que el caballero Negro llegó allí bien de mañana, aunque en las batallas que hubo con el caballero que la puerta guardaba y con el otro que luego le sobrevino, y despues con el Gigante, se detuvo mucho. Y como quiera que las fuertes armas defendieron que herido no fuese, no pudieron resistir que las carnes no lacerasen mucho, las cuales él tenia quebradas y magulladas por muchos lugares, y aunque su espíritu gran fatiga dello recibiese, el corazon y esfuerzo, determinado á cumplir lo que dellos profetizado estaba por aquella gran sabidora Urganda y por la doncella Encantadora, no daba lugar que flaqueza ni quejarse dello mostrase; así como por la mayor parte á muchos suele acaecer, que el loor de sus hechos los pone en mucha mas osa-

(1) Grillos.

día de lo que obligados son; de manera que reciben doblada vanagloria, y el grande esfuerzo se convierte en locura, que les hace perder la vida y gran parte de la honra, no quedando el ánima muy segura; así que, se puede bien decir que ordenando el seso y ejecutando el esfuerzo se puede alcanzar perficion.

CAPITULO VII.

Do cómo, siendo desatado el rey Lisuarte de la prision, luego aportó por la mar el gigante Matroco, que era el señor del castillo, con el cual convino al caballero Negro hacer armas, en que hubo la victoria.

Pues estando todos tres en la gran sala, preguntando el caballero Negro al Rey qué mandaba hacer sobre su deliberacion y qué queria de sí hacer, llegó á ellos una dueña y dijo que ya en el alcázar no habia hombre ninguno, que todos huyeron cuando el Gigante murió, y dijo: «Señora, vuestro hijo Matroco es venido en sus fustas, y trae otros consigo, con gran presa de gente.» La dueña dijo: «No sé qué diga, si de su venida me place, porque ya no queria ver mas angustias; que la soberbia y braveza de mi corazon con ellas es quebrantada.» El caballero Negro cuando esto oyó dijo: «Dueña, guiadnos á una ventana que yo vi salir sobre la mar.» Entonces la dueña fué delante por el castillo, y el Rey y él tras ella, y llegaron á la ventana, donde muy gran parte de la tierra y de la mar parecia; y vieron cómo al pié de la torre estaban las fustas del Gigante y las otras que por fuerza traia, en las cuales conocieron al maestro Elisabat y á Libeo, su sobrino, que por grande aventura fueron del Gigante tomados y allí traidos, así como adelante oiréis, con hasta quince hombres suyos. A esta sazon el Gigante era ya fuera de la mar y hablaba con los hombres que del castillo huyeron, los cuales le contaban el gran daño que su tio y su hermano habian recebido, y cómo su alcázar era en poder de aquel que los habia muerto.

Con estas nuevas el Gigante fué tan turbado, que mas ser no podia, y miró arriba á la ventana, y vió al rey Lisuarte y al caballero con las armas negras, y preguntó á sus hombres quién era aquel caballero. Estos le dijeron: «No es caballero, sino infernal diablo; que sus cosas no son de persona mortal; aquel es el que ha muerto á los tuyos y ganado tu alcázar, y segun nos parece, ha sacado de la prision al otro que consigo está, que tú muy guardado tenias, tanto, que hasta agora ninguno de nosotros vimos, ni sabemos quién es.» Entonces el Gigante dijo con una voz alta y medrosa: «¿Eres tú, caballero, el que mataste á mi tio y á mi hermano y la guarda desta montaña?» El caballero le dijo: «Mas ¿eres tú aquel que atrevido, con gran soberbia prendes los reyes y haces guerra con los emperadores, y traes por fuerza otras muchas gentes que nunca mal te hicieron? Estos que dices que yo maté, matólos su gran soberbia y crueles obras; que ya el Redentor del mundo, enojado dellos, no quiso sufrir sus maldades, y quiso que aquí algo dellas pagasen, no les quitando la infernal pena que allí donde van merecen.» El jayan, cuando esto le oyó decir, dijo: «¡Ay caballero, cómo la fortuna te ha querido en todo ayudar y favorecer, por te hallar yo encerrado en tan fuerte lugar, donde no temes los duros golpes de mis brazos! Mas no será ella tan poderosa, que quitarme pueda de te tener cercado por la mar y por la tierra hasta que á merced te tome, y entonces haré de tí lo que mi voluntad fuere. No te mataré, que en ello poca pena te daria; mas sosteniendo la vida, recibirás muchas y muy crueles muertes.—Por muchas amenazas, dijo el caballero Negro, que me hagas, no placerá á aquel Señor en quien yo tengo esperanza, que á ira ni gran saña me muevas; porque si yo de vencer te tengo, ha de ser con bravo y fuerte corazon, teniendo la voluntad humilde y con lo justo conforme, así como él por nos salvar, padeciendo, nos lo dejó por ejemplo; y por esto, no conviene que mas me digas ni yo responda, sino tanto quiero de tí saber de qué serás mas contento: que yo salga ende donde estás, ó que tú sin otra compañía alguna vengas aquí, como yo lo estoy.—Pues que en mi determinacion lo dejas, dijo el jayan, allá entraré contigo; porque viendo eso que mio es, la vida perdiendo, con mas esfuerzo pugnaré de lo defender. — Así me place que sea,» dijo el caballero Negro.

Entonces el jayan mandó á los suyos, que serian hasta sesenta hombres, que de allí donde estaban no se partiesen, y él se fué á la escalera que ya oistes que en la peña labrada estaba, y por ella subió, armado de todas armas, salvo la lanza. Y llegó á la puerta de hierro, que sus hombres que huyeron abierto habian; y como entró en la cueva, halló á Argante, su caballero y guarda de la montaña, muerto, de que gran dolor hubo, así por la bondad de armas que en él habia, como por ser criado de mucho tiempo de su padre; y pasó por él, y llegó á la otra puerta, donde halló al gran caballero de las Armas Verdes, asimesmo muerto, y como lo vió, estuvo una gran pieza espantado, y dijo: «¡Oh mi buen tio, qué dolor es á mí tu muerte, en cualquier parte que murieras, y mucho mayor en esta donde yo tengo el señorío! Mi fuerte ventura lo ha causado, que habiendo tú tratado tan largos tiempos las armas, pasando por las mayores afrentas que caballero pasar pudo, escapando de muchos peligros, en el cabo dellos y de tus largos dias te quiso poner, muerto, frio, tendido en la tierra, ante mis ojos! Pues ¿qué haré? ¿En quién tomaré la venganza? Pues que solo un caballero, y no mas, me queda de conquistar, el cual, habiendo en tan poco espacio de un dia tanto en armas hecho, no le quedarán sus fuerzas tan enteras, que venciéndolo, sea mas que vencer una mujer. ¡A los dioses pluguiese que, para que mi saña y fuerzas bien empleadas fuesen, que tuviese agora delante de mí aquel Amadís de Gaula, que tan loado es por el mundo, ó alguno de sus hermanos, aunque todos tres de consuno fuesen, porque la pérdida de tu desventurada muerte con la gran honra que venciéndolos ganase fuese reparada, y enmienda de tu sangre preciada con derramamiento de la suya se satisficiese!»

Pues así estuvo aquel gigante, Matroco llamado, haciendo su duelo, el cual acabado, salió por la puerta, y vió estar á la otra del alcázar el caballero Negro, que le esperaba, y fuése luego á gran paso contra él, y como llegó, quiso con una apresurada arremetida entrar en el castillo, porque no pensaba ni creia que la fuerza de aquel lugar le diera osadía para cumplir su promesa;

ni para ello bastara; mas el caballero Negro, como así lo vió venir, púsole las manos en los pechos, y empujóle tan recio, que por poco diera con él en el suelo de espaldas, y díjole: «Bestia fiera desemejada, no puedes aquí entrar sin mi grado.» El jayan tornó como turbado, y dijo: «Tú lo quisiste.—Verdad es, dijo el caballero, mas no de manera que parezca que en ello fuerza reciba.» Entonces se apartó de la puerta, y díjole: «Agora vén, y haz lo que pudieres.» El Gigante entró en aquel corral de los pilares de piedra, donde su hermano Furion muerto estaba.

Cuando su madre así lo vió junto con el caballero, partióse del rey Lisuarte, con quien estaba á la puerta de la sala, y vínose para ellos, y dijo: «Mi hijo Matroco, yo te ruego, por aquella obediencia que como á madre me debes, que esta batalla excuses, pues que ya no me queda de mi marido honrado, de los hijos que con él hube, sino á tí solo, á quien mis tristes ojos alzar pueda; que el grande amor de mí á tí ha dado causa que viva me hallases, porque yo soy la que con mucha razon morir debo, pues que quise renovar las desventuras que con largo tiempo olvidadas eran, y he sido causa desta tan gran destruicion como este caballero ha hecho en tu linaje y sangre, por seguir aquella saña que desde que á tu padre perdí he tenido, que nunca de mi corazon apartarla quise, hasta que en el fin ella ha sido mi total destruicion; yo he habido aquel galardon que alcanzar los que, dejando de doblar sus voluntades á la mejor parte, quieren con un mal remediar otro.» El Gigante le dijo: «Madre señora, si hasta aquí gran pérdida en los muertos recebistes, que como buenos caballeros á sus dias dieron fin, cumpliendo lo que debian, muy mayor se os seguirá de los vivos; si algo de lo que son obligados dejasen, ¿qué cuenta ó excusa yo podria dar, siendo tan valiente y esforzado en tal edad, si por temor de la muerte tal batalla como esta dejase? A vos, como mujer, conviene decir eso, y á mí, como caballero, hacer estotro. Por eso, Señora, quitáos fuera, y dejadme tomar esta pequeña venganza que en vencer se toma.»

El caballero Negro le dijo: «Matroco, como quiera que yo hubiera placer en que á esta dueña que te parió pagaras la deuda que le debes, ni por eso la batalla te quitara, sin que primero sacara de tí tales fianzas para en los tiempos de adelante, que segun tu condicion y la mala forma de tu vivienda, te fuera tampoco menos que la muerte. Así que, conviene que primero se muestre esta tan gran valentía de que tanto te alabas, que la cortesía que en mí podrás hallar.» Cuando vido la dueña que poco sus ruegos aprovechaban quitóse afuera, y entonces los caballeros se acometieron tan bravamente y con tan fuertes golpes, que el rey Lisuarte, que los miraba, como quiera que otras batallas muy bravas visto hubiese y pasado por su persona, no le semejó que tal como esta viera, y fué muy maravillado del caballero de las armas negras; y no pudo pensar quién seria que con tan gran afrenta y peligro de su persona habia en aquella parte venido; pues que fuese Amadís aquel que en todas sus fortunas y afrentas por reparo y remedio tuvo, no lo pensó, lo uno porque en el talle ni en la altura no le era conforme, y porque, como él casado le dejase y con la cosa que él mas amaba, habiendo ganado tanta honra y pasado tanto trabajo, con mucha razon el descanso podia tomar, aflojando y dejando muchas cosas de las que antes que lo fuese procuraba; lo otro porque, aunque vió la batalla que Amadís hubo con Dardan el Soberbio en Vindilisora, que muy afrentado fué, y la que despues pasó con Ardan Canileo el Dudado, que fué una de las peligrosas que él nunca viera, las cuales se hicieron de uno por otro, ninguna dellas á esta se igualaba, ni la fuerza de Amadís con la deste caballero, y en lo que mas al otro este le pasaba, era en la ligereza suya y viveza de corazon, que habiéndose combatido aquel mismo dia con los dos caballeros que en la entrada de la montaña mató, y despues con el otro gigante que allí yacia muerto, no parecia que un punto de su grande fuerza le falleciese; pues pensar que fuese su nieto Esplandian, que, segun lo que Urganda dél escribió, á él mas que á ninguno otro era debida aquella gloria en armas, tampoco lo tuvo por cierto, porque cuando él preso fué no era aun caballero, y puesto que despues lo fuese, no tenia por conveniente que el comienzo de su caballería fuese tan alto y él tan diestro en aquel ejercicio, y si él fuera, la fusta de la Gran Serpiente, que Urganda le dejó, en que él navegase, diera dello testimonio. Así que, por ninguna guisa pudo conocer quién seria, sino que, por lo que dél vió, lo tuvo por el mejor caballero que armas trajo de los que él viera; y en lo que mas su pensamiento atento fué, que podria ser algun caballero del imperio de Grecia, que cerca de aquella montaña estaba, que agora nuevamente se habia mostrado, porque la largueza del tiempo muchas cosas descubre.

Pues tornando á los caballeros, digo que ellos anduvieron en su batalla, hiriéndose por todas las partes que podian una gran pieza; que como el Gigante muy valiente fuese y diestro en aquel oficio, á las veces hiriendo y otras sufriendo, manteníase en la batalla muy mejor que si con mas soberbia y menos discrecion lo hiciera, como á su hermano le acaeció. Pero tenia dos cosas que mucho le dañaron: la una, que por maravilla podia dar golpe al caballero Negro, que á derecho lo alcanzase, porque él sabia tan bien guardarse dellos, que todos los mas le hacia perder; la otra, que desto era muy contraria, que como él fuese muy grande de cuerpo en demasía, y la grandeza la ligereza le quitase, no se podia guardar de no recebir en sí todos los golpes que el caballero le daba con la espada que ya oistes; que ningunas armas, por recias que fuesen, se le podrian detener que no fuesen hechas pedazos. Así que, antes de dos horas que la batalla comenzaron, el Gigante fué tan maltratado y sus armas tan mal paradas, que muy poca defensa en ellas habia, que por mas de veinte lugares era su gruesa y fuerte loriga rompida, y la sangre le salia en tanta abundancia, que otro que tan valiente y tan esforzado no fuera, no se pudiera en los piés tener. Pues el escudo y el yelmo no eran mas sanos; que en lo uno ni en lo otro no habia para estorbar que la espada no cortase en descubierto cada vez que allí alcanzaba. Así que, la gran valentía ni bravo corazon del jayan no pudieron resistir que no se ti-

rase afuera algun poco, y dijo : «Caballero, aguárdate; que un poco te quiero hablar.» El caballero estuvo quedo, por ver lo que diria, y porque á él tambien le convenia descansar, que mucho trabajo habia pasado.

El Gigante le dijo : «Tú, caballero, veniste á esta mi montaña, donde hasta hoy, en tanto que mi padre vivo fué, y despues de su muerte, quedando yo della señor, nunca caballero ni otra persona alguna aquí osó llegar, sino los que con nuestra voluntad ó fuerza vinieron, y no solamente has cometido tan gran osadía en ello cual nunca otro hizo, pero en tu venida y por tu mano son muertos tres caballeros, que los dos dellos eran los mejores del mundo; y como quiera que yo de muerte te desame, considerando que como bueno y esforzado lo heciste, no puedo negar ser obligado á perdonarte el mal y daño que me has hecho, y tenerte por uno de los mejores caballeros que yo jamás vi, aunque muchos he probado y vencido, y si caso es que tu demanda sea por sacar aquel rey de la prision, yo te la otorgo y te aseguro que lo lleves, y te quito la batalla, con tal que luego te vayas y me dejes mi castillo.»

Oido esto por el caballero Negro, respondióle en esta manera : «Gigante, en mucho tienes, y por grande osadía, haber yo venido á este tu señorío, y ser muertos por mi mano los que dices. Si tú hubieses conocimiento de aquel Señor cuyo yo soy, y como tuyo lo sirvieses, luego verias cómo lo que parece mucho, segun su gran poder, no es nada; y pues que dél viene y redunda, á mí ninguna cosa dello se debe atribuir. Pero aquellos señores á quien tú y ellos servis, os han dado el galardon que á los suyos dar suelen, que es en tanto que sois vivos haceros muy soberbios, y con la soberbia traeros á grandes crueldades y pecados que en vos son señoreados, los cuales, aunque algun tiempo resplandecen con honras y riquezas y otras cosas que poco valer os hacen, y en mucho por los malos son tenidas, no puede aquella labor armada sobre tan falso cimiento excusarse de caer cuando mas seguro el que en ella se fia está, porque así le aconteció á aquel malo soberbio Lucifer, capitan y señor destos á quien tú honras y acatas; que luciendo sobre los otros ángeles, así en hermosura como en dignidad, por ser su propósito fundado sobre gran soberbia, queriéndose con ella poner en lo que no le convenia, aquel Señor del mundo, que todo lo puede, derribóle de tan alto, así á él como á todos los que le seguian debajo del centro de la tierra, donde nunca piedad ni redencion esperan. Pero si caso es que de malo te quieras tornar bueno, y de cruel en humilde, y volverte á la buena y verdadera creencia que yo tengo, yo te quitaré la batalla, que quitarla puedo; que tú ya para ello ni aun para otra cosa no eres parte, que segun estás, por mas muerto que vivo te cuento; yo te dejaré libre este señorío, con tal que cuando yo aquí viniere junto contigo hagamos guerra y daño á aquellos que, dejando la verdad, defienden y creen en lo mentiroso.»

Oido esto por el jayan, que el caballero le dijo, fué movido á gran saña, tanto, que le hizo dar grandes gemidos de congoja, y por la visera del yelmo salir un humo muy espeso, y dijo con voz espantable : «¿Cómo, captivo caballero? ¿En tan poco mis grandes fuerzas tienes, que ya como vencido, con tanto aviltamiento me traes?» Esto dicho, sacó muy presto del cuello las correas del escudo, que dél muy poco tenia, que todo el suelo de sus pedazos sembrado estaba, y dejólo caer, y tomó su gran cuchillo con ambas manos, y fué cuanto mas pudo contra él y alzólo arriba, pensando darle por encima del yelmo y henderlo hasta la cinta; mas de otra guisa le acaeció, queriéndolo Dios guardar, que como el golpe de tan alto viniese y con tanto desconcierto, tomó fuerza el caballero Negro y se juntó tan presto con él, que el cuchillo y las manos con que le tenia pasó todo por encima de la cabeza en vacío; así que, dió con la punta en él suelo tan recio, que de fuerza le convino salir de las manos del jayan, é ir rodando alguna pieza por las duras piedras. El caballero quedó metido entre sus brazos, tan junto con él, que no le pudo herir sino con la empuñadura, y fué el golpe con tan grande fuerza dado, que por poco le sacara el yelmo de la cabeza y diera con él en el suelo. Y el Gigante por socorrer al yelmo, hubo el caballero lugar de salir de entre sus brazos.

Cuando la dueña su madre así lo vió sin espada en peligro de muerte, fué cuanto mas pudo para ellos, y metióse en medio, diciendo : «¡Oh caballero! si tú anduviste en tal vientre, que te obligue á haber piedad de las viudas y de los vencidos, demándote por aquel Señor en quien tú crees, que hayas mancilla de mí, y dejándome este solo hijo, te contentes con los otros caballeros que de mi linaje hoy has muerto.» El caballero le dijo : «Dueña, otórguese por mí preso, y haga lo que yo le mandare, y quitarle he la batalla; de otra manera, excusado es vuestro ruego y vuestras lágrimas.» Entonces el Gigante le dijo : «Caballero, agora conozco ser verdad lo que me dijiste, que no de tí te viene el esfuerzo, mas de aquel en quien es la verdad y el poder; que si así no fuese, no bastaran tus pequeñas fuerzas para así forzar las grandes mias y de aquellos que hoy has vencido, porque ellos y yo bastábamos para conquistar ciento tales como tú. Y pues que así es, de aquel que la injuria y el daño recebí, por ser su enemigo, de aquel mismo, siendo su siervo, quiero haber la emienda y la merced, y desde ahora te digo que, con la batalla ó sin ella, con la vida ó la muerte, quiero creer en el que tú crees y fenecer en tu ley.—¿Prométeslo así, dijo el caballero Negro, sin que en ello haya otro engaño?—Así lo prometo, dijo el jayan, como lo digo;» y luego hincó las rodillas en tierra y dijo : «Jesucristo, Hijo de Dios, yo creo que tú eres la verdad, y los dioses que hasta aquí yo he honrado son falsos y mentirosos; y á ellos dejando, á tí me vuelvo y demando merced.» Entonces hizo una cruz en las piedras con su diestra mano, y besándola, se levantó en pié.

Cuando esto el caballero Negro vido, tomó su espada por la punta y llegóse al Gigante, y dijo : «Pues que tal conocimiento has habido, toma esta mi espada, en señal de la honra desta batalla, que si muchas en este mundo hubiste en que gran gloria recibieses, ninguna dellas á esta igualarse puede; porque en ellas venciste las ajenas fuerzas, y en esta las tuyas, que tan fuertes y contrarias de lo sano y bueno, en lo malo estaban.» El Gigante le dijo : «Cuando las obras hicieren verdaderas mis palabras, entonces habré por buena la honra

que me das; en tanto yo me pongo en tu poder, y este mi señorío te dejo; haz lo que tú voluntad sea.» El caballero le dijo: «Mi voluntad es de te amar y tener por amigo, quedando en tu libertad, con todo lo que posees. Agora te ruego que hagas aquí venir aquellos que en las barcas presos trajiste.» El Gigante dijo á su madre que los hiciese llamar, y que ninguno de los suyos se partiese donde estaban hasta que aquel caballero lo mandase. Y la dueña lo hizo así, que desde la ventana que ya oistes los llamó, diciéndoles que subiesen todos por aquella escalera y se viniesen al alcázar. El maestro Elisabat hubo gran recelo; que no sabia por qué causa los hacian subir, pero como preso, que mas no podia, salió en tierra, y su sobrino Libeo con él, y toda la otra compañía, que hasta entonces de la mar no habian salido. Esto seria á tal hora que ya seria el sol puesto, y todos subieron por la escalera, y pasando por la cueva, hallaron los dos caballeros muertos, de que muy espantados fueron. E yendo hácia el alcázar, vieron al caballero Negro á la puerta, que los aguardaba; el cual salió á ellos, y tomando por la mano al maestro Elisabat, le dijo, que ninguno de los otros lo oyó: «Buen amigo, si me conoceis, ruégovos mucho que lo tengais secreto, y así lo decid á vuestra compañía; que por agora no quiero que ninguno de mí sepa, salvo vos, que me hallaréis mañana en una ermita que cerca de aquí está, que su camino es el cabo de la puente que allí vistes, por la ribera de la mar, hasta dar en una senda de muy espesas matas, por donde se aparta, y siguiéndola, vos llevará donde me hallaréis, y allí os veré y hablaré de mas espacio.» El Maestro lo conoció luego y dijo: «Mi señor, bien vos conozco en las armas, que con ellas vos vi armar caballero, y mucho agradezco á Dios que á tal sazon vos hallé; que bien puedo decir que si á vuestro padre algunos servicios hice, con muy mayor galardon de vos son pagados.» El caballero le dijo: «Maestro, entrad en este castillo, y hallaréis al rey Lisuarte; decidle cómo soy un caballero extraño que servirle deseo, y que por agora no es menester de le decir mi nombre; y curad de un gigante que allá hallaréis herido; que pienso, segun lo que dél vi, que apenas podrá escapar.»

Pues estando hablando como oistes, salió una dueña del castillo y dijo: «Buen caballero, si quereis ver al jayan vivo, acorredle presto, que, con la mucha sangre que salido le ha, cayó en el suelo como muerto.» Cuando el caballero esto oyó, dijo: «Maestro, á vos mas que á mí aquel socorro conviene.» Entonces lo dejó, y fuése derecho á la cueva, y pasando por ella, abajóse por la escalera, y pasó la puente á tal hora que era el sol puesto, y fué camino de la ermita con muy grande afan de su persona. Que cierto podeis creer que, aunque las armas con su gran fortaleza lo cubrian, en todo su cuerpo no habia cosa sana, antes de los grande golpes lo tenia tan molido y quebrantado, que no lo sentia de otra manera sino como si muerto lo tuviera. Pues así se fué por la senda, llevando el yelmo en la mano, por no perder el camino, y á poco rato llegó á la ermita, y halló en ella su marinero mudo, con que hubo mucho placer, y al buen hombre ermitaño, que no se lo dió menos. Y díjoles que lo desarmasen y le diesen algo de comer; que desque de allí saliera ni un bocado habia comido.

Esto fué luego hecho de lo que el marinero trajo y de lo que el ermitaño tenia, el cual le dijo: «Buen caballero, ¿cómo escapastes de tan peligrosa aventura? ¿Vistes los jayanes?—Buen amigo, dijo él, vilos y mucho mal me hicieron.—Pues ¿cómo vos dejaron vivo? dijo el buen hombre.—Como plugo á Dios, dijo él, que me guardó, y mañana sabréis lo que ha pasado; que agora mas estoy en disposicion de curar de mí que de otras nuevas ningunas, y ruégovos que me deis una cama en que me acueste; que vengo muy fatigado.» El buen hombre le dijo: «Caballero, yo vos la daré; que la doncella mi hija, que ya vos dije, la tiene aquí, en que algunas veces duerme.» Entonces lo metió en una cámara pequeña donde la cama estaba, que asaz era buena, y allí se acostó, con mucho placer en haber hallado descanso. Y el mudo le tocó el cuerpo, y vióle lleno de muchos y grandes cardenales de carne quebrada, de que mucho dolor y tristeza mostró. Y luego sacó de aquellas medicinas que le traia, que por aquella grande maestra le fueron dadas para el socorro de semejantes necesidades, y untándole todos aquellos golpes, le envolvió en un paño de lino que el hombre bueno le dió; así que, con aquello y con la fuerza de las venturas, y con el gran cansancio que él traia, durmió todo lo mas de la noche muy sosegadamente.

Mas agora dejarémos al caballero Negro en la ermita hasta que la historia dél tornemos á contar, y diráse del rey Lisuarte lo que hizo despues que supo por el maestro Elisabat cómo el caballero Negro se fué sin le querer hablar ni hacérsele conocer.

CAPITULO VIII.

De cómo el maestro Elisabat entró dentro en el castillo para curar del gigante Matroco, y de la gran angustia y pesar que el rey Lisuarte tenia por la ausencia del caballero Negro.

La historia cuenta que el maestro Elisabat, despues que el caballero dél se partió á la puerta del grande alcázar de la Montaña, como ya se ha dicho, tomando consigo su compañía, se metió en el castillo, y halló que el rey Lisuarte sostenia la cabeza del jayan con sus manos, y la madre lloraba muy agramente, y todas las otras dueñas y doncellas, y como llegó, hincó las rodillas delante del Rey y besóle las manos. El Rey lo recibió con mucho placer, que le tenia por buen hombre, y lo sanó de sus llagas en el monasterio de Luvaina, como ya se os ha contado, y díjole: «Amigo, á tal tiempo llegasteis que sois menester para curar deste caballero, que pues él salvó su ánima, razon es que el cuerpo por vos se remedie.—Todo lo que yo pudiere haré, dijo él, por vuestro mandado y por el de aquel caballero, que me lo rogó mucho.» Entonces miró las heridas del Gigante, y mucha sangre que se le habia ido; y aunque por el presente algun remedio le pudo poner, bien pensó que su vida estaba en gran peligro; pues quitándole los pedazos de las armas que de la batalla le quedaron, y tomándole la sangre, mandó que lo pusiesen en un lecho, y así se hizo, y no quiso hacerle otra cura hasta ver si tornaria en su acuerdo. Esto hecho, el Rey le demandó por el caballero

Negro qué se hiciera; el Maestro le dijo: «Mi señor, fuése, que por ninguna guisa le plugo quedar.—Santa María, dijo el Rey, y ¿no veré yo tal hombre como aquel, que tanto bien me hizo? Y si no fuera por socorrer al Gigante que no muriese, no se me fuera él así, y tambien porque, segun el gran peligro que en las batallas hubo, hubiera él menester socorro.—¿Supistes quién era? Decídmelo, Maestro, por la fe que á Dios debeis; que no lo deseo tanto saber por el gran beneficio que me hizo, como por ser el mejor caballero en armas que yo jamás viese, aunque muchos he visto, que hoy son la flor de la caballería del mundo, pero ninguno á este igualar se puede.» El Maestro le dijo: «Mi buen señor, si la hacienda de aquel caballero vos dijese erraria y haríale deslealtad, y si lo que me pedis negase iria contra la jura que me poneis; así que, conviene por ahora de os sufrir, que podrá ser que dél sepais mas presto de lo que pensais.» Entonces dijo lo que el caballero le mandó; lo cual le puso en mayor deseo de lo conocer, y en menos esperanza dello, así como en las cosas muy deseadas se suele tener. El Rey le dijo: «Maestro amigo, bien será que vuestra compaña nos dé de comer de lo que aquí hallaren; que desde ayer hasta agora nunca un solo bocado en mi boca entró.» El Maestro, que no menos que él menester lo habia, mandó á sus hombres que luego le aparejasen, y así se hizo con muchas aves y otras provisiones que en el castillo habia.

CAPITULO IX.

En que la reina Arcabona recuenta al rey Lisuarte las grandes desdichas y estrago en que la cruel fortuna su estado y linaje habia puesto, y tambien confiesa ser ella la que por encantamiento lo habia captivado.

Acabada la cena, vínose la dueña madre del Gigante donde el Rey estaba; y él como la vió, levantóse á ella y hízola asentar cabe sí, y preguntóle cómo quedaba su hijo. Ella respondió: «La esperanza que del otro que allí muerto yace tengo, esa tengo deste; porque esta tan grande desventura, venida sobre tantas, no se puede ya resistir que no dé fin á todas mis cosas, y á mí con ellas, sobre las haber pasado con gran amargura de mi corazon; que de otra guisa no fuera ella satisfecha. Pero á lo que yo, Rey, vengo á tí, no es á te demandar perdon del mal y daño que te hice, porque muy mas contenta seria que en mí ejecutases la pena que merezco, la cual será darme la muerte, por donde á mis grandes angustias y dolores se dará fin. Y pues que nunca hasta agora á dueña ni á doncella en cosa que demandasen les fallecistes, no me fallezcas á mí, habiéndolo tanto menester; si no, todos los males que de aquí adelante hiciere, á tí serán imputados.—Dueña, dijo el Rey, yo no sé qué yerro ni daño haya de vos recebido, y puesto que lo supiese, bastarme debe la mengua que vuestra honestidad en ello recibe, pues que siendo obligada á virtud, se puso en aquello que de su valor la menoscaba; y ruégoos que me lo digais, que pues yo tanto he errado y ofendido á aquel Señor que tanto bien me hizo, no terné por extraño que me yerren los que nunca de mí lo recibieron; y en cualquiera manera que pasado haya, habré por bien de lo saber, y mucho mas si es en esta prision que se me hizo; porque aunque yo haya pasado muchos y grandes peligros en este mundo, ninguno dellos como este de mi sentido me sacó.»

Entonces la dueña le dijo: «Rey, yo te lo contaré, que nada no falte, por temor ni miedo que dello espere; que aquellos que vida ni bienes no codician poco pueden temer. Tú, Rey, sabrás cómo mi nacimiento y crianza fué en aquella grande ínsula donde tú rey eres, y de un vientre salimos yo y aquel sin ventura de mi hermano, Arcalaus el Encantador, y como en un gran tiempo fuimos criados, y él aprendiese con gran cuidado y subtileza muchas artes, así para empecer y hacer mal á muchos, como para dellos se defender; asimesmo yo tomé dellas en memoria tanta parte, que por muchos tiempos, en que diversas cosas he pasado, nunca olvidarlas pude, antes las retuve de tal manera, que así á él como á todos los otros sabidores en las semejantes artes pensaba ligeramente vencer. Pues siendo yo doncella, acaeció que entre las muchas tierras y provincias que mi hermano Arcalaus, siguiendo las aventuras con las armas, anduvo, la aventura lo trajo á esta montaña, que se llama Defendida, donde á la sazon era señor della un gigante mancebo, llamado Cartadaque (1), con el cual el dicho mi hermano gran amistad tuvo, de que se siguió que á mí por su mujer tomase, y fuí aquí traida, donde estando de consuno, hubimos tres hijos: el primero fué aquel hermoso y esforzado mancebo, llamado Lindoraque, en el cual toda mi bienaventuranza se contenia; y el segundo este Matroco, que aquí herido está; el tercero Furion, que allí fuera muerto yace. Pues estando yo con tan buena ventura de tal marido y hijos en este señorío, que así con su fuerza dél como con las dellos gran parte destas comarcas sojuzgadas eran y de las mas arredradas muy temidos, la fortuna, que á ninguno perdona, queriendo usar de su antiguo y acostumbrado estilo, con una nube muy escura turbó aquella grande alegría en que yo estaba; que sabidas las nuevas por mi marido cómo tú, Rey, tenias aplazada una batalla con el rey Cildadan de Irlanda, en la cual, aunque el número de la gente pequeño fuese, la virtud y gran fortaleza que en el mundo habia allí se juntaba, así como otros muchos y fuertes jayanes al rey Cildadan acudieron, así por ser en aquella tan famosa batalla mi marido Cartadaque lo hizo, que partiendo desta montaña y llevando consigo á Lindoraque, nuestro hijo, sin ningun entrevalo arribó en la Gran Bretaña, en aquellos castillos donde yo nací y fué señor Arcalaus, mi hermano. Pues allí llegados, y estando la dicha batalla aplazada, tomando Arcalaus á Lindoraque, mi hijo consigo salió por los términos de aquel tu gran señorío, con voluntad de te empecer y dañar en alguna cosa que mucho dolor te pusiese, y dicen que llegando á una gran floresta, que bien cerca de Lóndres está, la desventura suya, que así lo quiso, hizo que toparon con un caballero que Beltenebros se llamaba, el cual á la sazon dicen que llevaba una doncella con una muy extraña capilla de flores puesta en su cabeza, y como al mal logrado de mi hijo Lindoraque muy hermosa le

(1) Es el mismo que en el *Amadís*, páginas 133 y 148, es llamado Cartada, el cual fué sobrino de Famongomadan.

pareciese, y la desease para la hermosa Madasima, hija del famoso Madan (1), por quien él por su amor muchas cosas famosas en armas habia hecho, envióle un escudero que se la demandase; mas aquel Beltenebros, que por ventura tanto cuanto él á su amiga amaba, amaba á aquella que las flores tenia, quiso antes mostrar sus fuerzas que hacer lo que con alguna amenaza le demandara. Y venido á la batalla, al primer encuentro murió Lindoraque, y su tio Arcalaus, pensándole vengar, fué vencido y cortada la mitad de la mano diestra, y la gran ligereza de su caballo resistió de no perder la vida; pues mi fuerte ventura aun desto no contenta, por mostrar que otros jarabes mas amargos guardados me tenia, aquel tan esforzado y temido jayan Cartadaque, mi marido, que á muchos por su gran esfuerzo de corazon y gran valentía de su persona habia vencido y sojuzgado de solo un caballero hermano deste mesmo Beltenebros, vencido y muerto fué en aquella peligrosa batalla que ya dije. Así que yo, quedando viuda de tal marido y tal hijo, con estos dos que me quedaron, que á la sazon mozuelos de poca edad eran, pasé muy amarga y triste vida hasta que la edad y gran fortaleza suya en gran parte me la hicieron arredrar y olvidar, no digo en tanto que aquella gran lástima y enemiga fortuna en la memoria no me quedase, para que viniendo tiempo, dejase de tomar aquella enmienda que satisfacer me pudiese. Pues agora, Rey, viniendo al cabo, siendo ya casi consolada, sobrevínome la nueva de la prision que á mi hermano Arcalaus le fué hecha en aquellas grandes batallas que contigo pasaron en ésos tus reinos, por mano de aquel mismo que Beltenebros se llamó, y agora Amadís de Gaula se nombra. Las cuales nuevas hicieron que las llagas que sobresanadas habian sido fuesen del todo refrescadas y abiertas; de manera que las viejas angustias con los nuevos dolores tuvieron tal fuerza, que olvidando el reposo que mi edad demanda, me dispuse, partiendo de aquí, á ir allá, donde todo esto que he dicho acaecido habia, y cuando con mucho afan á la tierra de Arcalaus llegué, hallé que entonces era suelto, y por mano de aquel su tan gran enemigo y mio. Y aunque mi espíritu algo descansase y holgado en su deliberacion hubiese, la antigua enemistad y grandes pérdidas mias no consintieron mi tornada á esta tierra sin probar algo en que dañarte pudiese. Y porque mis artes no bastaron contra el enemigo principal, por una sortija que en su dedo trae, que por Urganda la Desconocida dada le fué, sabiendo el mal recaudo que en tu persona ponias, apartándote de la conversacion de la gente por las florestas, tenté de te hacer aquel engaño en que caiste cuando pensabas socorrer la doncella que las grandes voces daba entre las espesas matas de la floresta que cabe la tu villa de Fenusa está; fingiendo de la querer forzar el hombre que por sus cabellos la tenia. Y si bien te acuerdas, yo soy aquella dueña que en el tendejon hallaste, y que al hombre tras quien ibas mamparé, y te hice entrar en la tienda, donde como muerto sin ningun sentido caiste; y de allí, metido en una fusta, echado en aquel lecho, donde á la escura cárcel en que estabas te traje, sin que persona alguna dello noticia tuviese; y pensando que á mis congojas con esto dado habia fin, y que contigo podrian ser olvidadas las pasadas muertes, sacando tal parte de tus grandes señoríos, con que mis hijos y parientes en muy mayor estado pasasen, creo que por tu causa son las presentes sobrevenidas, en tal manera, que nunca aconteció ni acaecer puede que una tan gran fuerza como esta, que tantos tiempos á los reyes de Persia y á los emperadores de Constantinopla defendida hasta agora fué por armas, y que todos los sabidores del mundo que encantamentos saben no la pudieran ganar, que por un solo caballero fuese en un dia conquistada con tan crueles muertes de tan fuertes caballeros como en ella se hallaron. Y tú, Rey, sacado de la parte donde todos ellos son, puesto que de tu parte fueran, apenas lo pudieras hacer. Así que, puedo yo muy bien decir que en la mayor desaventura que nunca hubiste estaba encerrada y oculta la mayor ventura buena que venir te pudiera, y á mí, que habiendo alcanzado lo que mas en este mundo deseaba, me sobrevino aquello que mas aborrecido y fuera de mi voluntad tenia.»

Cuando el rey Lisuarte esto hubo oido á la dueña, luego la conoció que era la que en el tendejon habia hallado, y díjole: «Dueña, cierto creo que me habeis dicho la verdad, que vos sois aquella que me engañastes, lo cual no tenia en la memoria, hasta que ahora me lo habeis recordado. Mas decidme, ¿qué culpa os tenia yo en el mal que otros os hicieron?—No otra, dijo ella, salvo tomar la venganza en la mayor parte, donde mas honra y provecho se esperaba, pues que por causa tuya aquello todo habia redundado; que de los otros, no teniendo ni poseyendo mas de las vidas, aunque por mí quitadas les fueran, no podia quedar satisfecha, pues con ellas poco remedio se daba á lo pasado.—Eso pudiera ser, dijo el Rey, en aquella sazon que aconteció lo que dices con verdad; pero ya al tiempo que tú lo hiciste, aquel gran poder y señorío mio en otra era traspasado, donde con mayor honra y venganza tus ardientes iras se pudieran amansar; ahora véte á dormir, que yo estoy determinado de con el bien vencer el mal si pudiere, y así lo haré en lo tuyo, si quisieres haber conocimiento de aquel que puede dar el galardon entero.» La dueña fuese á la cámara del gigante Matroco, su hijo. Y el Rey, mandando poner gran recaudo en las puertas del alcázar, durmió y descansó aquella noche; que nunca tal en su vida esperaba, segun la fortuna lo habia traido en tal tribulacion.

CAPITULO X.

De cómo el gigante Matroco feneció sus dias, por cuya muerte con rabia la reina Arcabona acometió matar al rey Lisuarte, y luego con desesperacion se fué á lanzar por una ventana en la mar.

Agora cuenta la historia que el rey Lisuarte quedó en la torre mas fuerte del alcázar, en la cámara que tenia la ventana que ya oistes que salia á la mar, y allí en un lecho que le hicieron, y otro para el maestro Elisabat y su sobrino Libeo, mandando á los otros sus hombres que el castillo guardasen y velasen, durmió aquella noche con mas reposo que las pasadas, viéndose fuera del peligro en que habia estado en quel cast-

(1) Debió decir Madanfabul. Véase la página 150.

llo que á su mandar era. Y pasada la noche sin entrevalo alguno, solamente á las voces de los veladores, que su sueño mas dulce y mas reposado hacia, al alba del dia despertando, oyó por el castillo muy grandes gritos y alaridos, de lo cual fué maravillado. Y levantándose presto, tomó una hacha de acero que la noche ántes allí hiciera poner, y despertó al maestro Elisabat y á su sobrino, que fieramente dormian. Y abrió la ventana porque la claridad del dia entrase, y mejor pudiese ver qué seria aquello. Y hizo abrir la puerta de la cámara, y salió por ella con aquel esfuerzo que siempre en todas sus afrentas tuvo. Y yendo así desnudo por una sala, vió venir contra sí la dueña, señora del castillo, llorando y dando grandes gemidos, solamente vestida una piel sobre la camisa, y el Rey le dijo: «Dueña, ¿qué es esto?» Ella dijo: «Es lo que siempre he esperado que me habia de venir.» Y como le vió descuidado, puesto el cabo de la hacha en el suelo, sacó una espada que debajo de la piel traia, y fué por dar con ella al Rey tan presto, que no pudo hacer otra cosa sino hurtar el cuerpo á la una parte; así que, el golpe fué en vacío. De manera que la mano no tuvo tanta fuerza, que no le saliese la espada della, y cayó á los piés del Rey, y por presto que él quiso abrazarse con ella, por no la herir con la hacha, muy mas presto se metió por la puerta de la cámara, y echóse por la ventana en la mar, y en poco rato fué ahogada.

En esto acudió la gente que velaban con algunas armas que traian, y llegaron donde el Rey estaba, y el Maestro y su sobrino, que otra cosa no tenian sino los vestidos en los brazos, aguardando al Rey. Y luego entraron en la cámara, donde se daban las voces, y hallaron que eran todas las mujeres del castillo, que lloraban por el Gigante, que habian hallado en su lecho muerto, sin que le sintiese morir persona. Lo cual hicieron saber al Rey, y como lo oyó, tornóse á su lecho, y luego se vistió, riyéndose con aquella campaña de la batalla que habia pasado con la dueña, y diciéndoles cómo todos los hombres debian siempre tener algunas armas donde durmiesen, proveyendo á los peligros que muchas veces ocurren cuando están sin mas cuidado dellos. Así estuvo un rato burlando y riyendo con ellos, como aquel que, mas de ser muy esforzado y discreto, mas que otro rey de su tiempo, fué el mas gracioso y mas agradable en todas sus cosas á los suyos que nunca príncipe se vió. Pues estando así, preguntó por la espada que la dueña traia. Libeo le dijo: «Señor, veisla aquí, que yo la tomé.» El Rey la miró, y conocióla, que era la suya que ceñida tenia á la sazon que fué encantado, así como ya se os dijo ante desto; y tomándola en la mano, dijo estas palabras: «Oh mi buena y preciada espada, cuánta honra y cuánta glória en este mundo, siendo prosperado, me ayudaste á ganar, y cuando la fortuna volvió su rueda contra mí, no solamente en mis enemigos lo siento, mas aun en tí, que siempre por amiga y compañera te tuve, poniéndote en todas mis afrentas en aquellos lugares donde mas honra y precio ganases.»

Así estaba razonando aquel gran rey con su buena espada, que por muchos y largos tiempos grandes príncipes y provincias habia sojuzgado, y vencido muchas batallas; consolándose por se haber así defendido de una flaca mujer, recordó en su memoria los prósperos y adversos tiempos, y cómo en la dulzura del corazon de las mundanales cosas son engeridas las amargas congojas y grandes tribulaciones, y cómo ninguno no se debe fiar en su grandeza, antes siempre vivir en temor del Señor muy alto que se la dió, y con mucha humildad rogarle que le dé juicio como á su servicio lo sostenga, creyendo que cuando él la mano aflojare, ninguna cosa, por grande ni fuerte que sea, se le podrá sostener que no caya.

CAPITULO XI.

De cómo mandó el rey Lisuarte guardar el castillo, y sepultar los muertos, cada uno segun su merecimiento.

Pues estando así el Rey, como oido habeis, mandó guardar la espada, que era la mejor que en aquel tiempo en el mundo se podria hallar, y que le buscasen la vaina della, y dijo al Maestro: «Buen amigo, pues que este castillo es despachado, como veis, razon será que en él se ponga recaudo, y sea para aquel caballero que por su gran bondad lo ganó, y en tanto haced enterrar esos caballeros muertos; que á mí me será forzado estar aquí algunos dias, porque aunque irme quisiese, no tengo guia para ello, y si alguna de los desta tierra se pudiese hallar, no es razon que della me fiase.» El Maestro hizo lo que el Rey mandó, que tomó consigo sus hombres, y se fué á la entrada de la montaña, y hízolos sacar fuera y desarmar para que los enterrasen. Y como fueron desarmados, conoció luego al de las armas verdes, que era Arcalaus el Encantador; que parece ser que, como Arcabona, su hermana, vino á sus castillos cuando la nueva le llegó que era preso, le halló suelto, como se os ha dicho; y partiendo ella de allí, llevó al rey Lisuarte preso.

Arcalaus desto no supo cosa ninguna; pero como oyó la nueva de ser el dicho Rey partido, que ni muerto ni vivo se hallaba, luego sospechó que, segun las artes de su hermana y la grande enemistad que con él tenia, que ella por alguna guisa de engaño lo habia enojado, y sin mas tardar mandó hacer aquellas armas, y se metió por la mar en una fusta, por saber la verdad della, y llegó á la montaña Defendida cinco dias antes que el caballero Negro, y supo de su hermana Arcabona, en gran secreto, cómo tenia al Rey Lisuarte, de que Arcalaus fué muy alegre á maravilla en se ver fuera de la prision de su gran enemigo Amadís, y tener preso al otro su mayor enemigo, aquel rey. Pero como en este mundo ninguno sepa en qué está su fortuna mala ni buena, allí donde, á su parecer, pensaba estar mas libre y bienaventurado con aquella nueva, allí hubo de perder la vida, que con tantos trabajos hasta entonces habia defendido. Pues conociéndolo el Maestro, se maravilló, y apenas lo podia creer que él fuese, segun el poco tiempo que era pasado de cuando de la jaula de hierro saliera, y la distancia del camino desde su tierra hasta aquella. Y fuélo á decir al Rey, cómo el uno de los dos caballeros que en la cueva estaban muertos era Arcalaus el Encantador. El Rey le dijo: «¿Cómo puede ser eso? que Amadís lo tenia en la insula Firme con voluntad de nunca lo sacar de la jaula de hierro.»

El Maestro le contó el engaño por que fué suelto. El Rey le dijo: « Veis aquí, Maestro, cómo, si Dios no, otro ninguno puede saber cuál es lo mejor de las mundanales cosas. Hacelde enterrar en la tierra fria; que su ánima por razon, segun sus obras, en lo mas caliente estará; y al gigante Matroco, pues que murió cristiano, ponelde de manera que se pueda llevar á lugar sagrado.»

Esto se cumplió despues que á tiempo fué; que el caballero Negro, siendo señor de gran parte de aquella tierra de Persia, mandó hacer un monasterio en aquella ermita donde él estuvo, y hizo poner al Gigante en él en una muy rica sepultura, con la historia de su batalla, y cómo se convirtió, así como el libro adelante lo contará.

CAPITULO XII.

De cómo el maestro Elisabat fué á visitar el caballero Negro en la ermita donde estaba, al cual, haciéndole saber la embajada qué por Grasinda al Marqués llevara en Constantinopla, le recuenta las cosas que dél y de otros con el Emperador, con la princesa Leonorina y la reina Menoresa habia platicado.

Despues que los gigantes y caballeros fueron enterrados, como habédes oido, preguntó el rey Lisuarte qué se hicieron los hombres del gigante Matroco, que en la mar en las fustas estaban. Y dijéronle cómo cuando Arcabona se echó de la finiestra la habian tomado y se habian ido todos con ella. Entonces el Rey demandó que le diesen de comer, y así se hizo, aunque no tan bien guisado como menester era, por la revuelta que habian traido; y desque comió, acostóse en su lecho por dormir, que bien le hacia menester, y mandó que no lo despertasen, que se sentia cansado. Como el maestro Elisabat así lo vió, pensó que seria tiempo de ir á ver el caballero Negro, como se lo habia rogado. Y dejando á Libeo, su sobrino, con la otra compaña, que guardasen el castillo y al Rey, salió lo mas encubierto que pudo, y abajóse por la escalera de la peña. Y en pasando la puente, vió luego la senda que guiaba por el llano, y fué por ella al mayor paso que pudo, hasta que tornó á la orilla de la mar, y por allí se fué, y llegó donde la senda se apartaba por entre las matas; las cuales halló tan espesas, que dudo si podria salir dellas á parte que no fuese perdido, y muchas veces, con este temor, estuvo para se volver, mas la gran codicia de ver aquel que tanto deseaba le hizo poner en no dudar cualquier aventura que le pudiese venir. Pero no anduvo mucho que vió la ermita, que por las señas que el caballero Negro le dió, conosció ser aquella, y llegó á ella bien cansado, como aquel que la edad y el no haber acostumbrado de andar á pié le dieron causa de mayor pena. Y halló al hombre bueno y al mudo á la puerta, y saludólos, y ellos á él, y preguntóles dónde estaba el caballero. El hombre bueno lo quisiera encubrir, que no sabia si le haria enojo; mas el mudo, que conosció al Maestro, hízole señas contra la pequeña cámara.

Cuando el Maestro esto vió, fuése á ella, en la cual entrando, halló al caballero echado en su lecho, y como vió al Maestro, levantóse sobre los brazos con grandísimo trabajo para le hablar. Mas él hincó los hinojos ante la cama, y quísole besar las manos, y el caballero le abrazó, con mucho placer que hubo con su venida, y así lo detuvo un rato, y hízole asentar cabe sí, y díjole: «Mi buen amigo, ¿qué ventura os trajo á esta tierra tan desviada en la ínsula Firme, adonde quedastes con mi padre? Que de mí no os debeis maravillar; que segun lo que se ha dicho, yo no nascí para ningun reposo.» El Maestro le dijo: «Mi señor, despues que fuistes caballero, y la gran fusta de la Serpiente os llevó por la mar, cuando con aquel dulce son nos hicieron caer las trompetas adormidos, luego al tercero dia se partieron de la ínsula Firme el rey don Bruneo y don Cuadragante, y todos los otros caballeros, salvo los que con Amadís quedaron. Y Grasinda, mi señora, me mandó que me fuese á su tierra, y cuando hubiese en su hacienda puesto cobro á algunas cosas, me pasase á Constantinopla, al marqués Saluder, su hermano, y le hiciese saber cómo ella se iba con mucha honra, casada con aquel caballero de tan alto linaje, al gran señorío de Sansueña, donde ya eran señores; y asimesmo le contase todas las otras cosas que habian acaescido despues que habia partido de la ínsula Firme, y por saber dél qué tal habia llegado. Así que, yo llegué con esta embajada á Constantinopla, y recaudé mi demanda como la llevaba con el Marqués, y vi al Emperador, que benignamente me recibió, y quiso oir todas las cosas que sucedieron despues que su sobrino Gastíles habia llegado allí; las cuales yo le conté así como pasaron, en que gran pieza me detuvo, como aquel que mucho amaba vuestro padre. Y queriéndome despedir dél, fuí llamado por parte de la hermosa Leonorina, su hija, aquella que hoy vence en hermosura y apostura á todas las doncellas del mundo. Y cuando ante ella llegué y ante la reina Menoresa y otras doncellas de alta manera, preguntóme con mucha aficion por el caballero de la Verde Espada, diciéndome que aunque habia sabido que ahora se llamaba Amadís de Gaula, que ella no le llamaria sino por aquel mismo nombre que se llamaba al tiempo que le hizo la promesa de la tornar á ver, ó enviar tal caballero que en su lugar la sirviese. Yo le conté otras muchas cosas de las que acá se habian pasado en la ínsula Firme, que allá no se sabian ni habia noticia dellas, y le dije cómo el rey Lisuarte fué perdido, que ningunas nuevas se sabian dél; y cómo sobre esta prision Urganda la Desconocida os hizo ser caballero, y la fortuna que en ello se tuvo; y cómo vuestro padre os mandó que cumpliésedes la promesa que le hizo, y la sirviésedes en todo lo que os mandase; y cómo con el dulce son de las trompas fuimos todos adormidos, de manera que no supimos de vos ni de los noveles, ni qué se hizo la gran fusta de la Serpiente; así que, ninguna cosa quedó que saber no le hiciese. Y dígoos que ella lo oyó todo con la mayor aficion que ser podia. Y díjome.—Mi primo Gastíles, entre las otras cosas que me contó de las que en esa parte acaescieron, me habló de ese doncel que decis, y de su gran hermosura, y de las grandes cosas que dél ha dicho esa Urganda, que allá por tan gran sabidora tienen, y de unas letras muy extrañas con que nació. Y ruégoos, Maestro, que me digais lo que dél sabeis, porque la gran aficion que el Emperador mi señor y todos tenemos á su padre, nos hace desear saber las cosas que dél dependen.

»Entonces le conté por extenso toda vuestra crianza, de qué forma fué, y cómo el rey Lisuarte os halló en la floresta con la leona, y la carta que Urganda la Desconocida le escribió de las grandes cosas que vos habian acontecido, así como lo supe despues que en la Gran Bretaña estuve; y díjele cómo en la carta decia que en la diestra parte traíades el nombre vuestro, y en la siniestra el de vuestra amiga, y las letras de vuestro nombre eran blancas, que muy sin pena se leian, y las otras coloradas, tan ardientes al parecer, que era maravilla; las cuales de persona ninguna hasta entonces pudieron ser leidas ni entendidas, ni lo serán, salvo de aquella que, por su gran hermosura, le ganará y cautivará su corazon. Ella me dijo:—Maestro, si las letras coloradas no se pueden leer, ni persona alguna las sabe entender, ni por eso se podrá encubrir quién es aquella su amiga que desde su nacimiento consigo sobre el corazon trae.—Y yo le respondí que vuestra edad aun no habia sido para que de libre os hiciésedes subjeto; pero que al pensamiento de todos, segun el gran linaje y muy gran estado que esperábades, y las grandes cosas por que habeis de pasar sobre cuantos caballeros en el mundo son, que no podíades ser amado ni querido sino de aquella que en grandeza y hermosura sobrase á todas las de su tiempo. Ella dijo:—Maestro, ciertamente, si el caballero es tal como vos decis, tal debe ser aquella que por señora y por amiga ha de tener; porque segun su valor sea empleado, como lo merece. Y pues que su padre le mandó que me viniese á servir, mucho os ruego, Maestro, que si lo viéredes, que de mi parte le digais que lo haga; porque quiero ver si sus obras son tales que las del padre con razon excusar puedan.—Yo le dije:—Mi señora, su partida de la ínsula Firme fué tan extraña como dicho tengo, que por esto no sabré yo dónde lo hallase, aunque á gran trabajo por vuestro amor me quisiese poner; pero yo creo ciertamente que antes de mucho tiempo sus cosas serán tales, que ellas le mostrarán y publicarán adonde muy encubierto esté; porque aquellas armas negras que él trae, y lo que con ellas hará, serán causa por donde en muchas partes sea conocido.—Así que, mi buen señor, en esto que os he dicho y en otras cosas me detuvo aquella princesa, hasta que della me despedí. Y luego entramos en la mar yo y mi sobrino Libeo, con aquella compañía que vistes, y al segundo dia la fortuna me echó á la parte donde el gigante Matroco corria, y me puso en sus manos.»

Cuando el caballero Negro hubo oido lo que el maestro Elisabat le dijo, y cómo aquella tan alta y tan hermosa señora con tanta voluntad habia querido saber de su hacienda, y para se servir dél le enviaba á llamar, súbitamente fué herido en el corazon, no sabiendo cómo, de tan gran desmayo, que la color y la habla por una pieza le hizo perder, y cuando algo en sí tornó, no se atreviendo hablar mas con el Maestro, dijo: «Mi buen amigo, bien será que os torneis al Rey ante que os halle menos, porque no querria que vuestra ausencia diese causa á que de mí supiese.» El Maestro le dijo: «¿Por qué causa os encubris tanto del Rey vuestro abuelo, que sin duda creo que en el mundo no se podria hallar otro de su igual, si no es aquel rey Perion, que por tal le conocemos? Pórque aunque algunos caballeros se podrian igualar á su esfuerzo, y aun pasar adelante, no deben, por tanto, en igual grado ser tenidos; que mucha diferencia es justo que haya entre los grandes príncipes que, olvidando aquella grandeza de estado en que Dios los puso, aventuran sus vidas, poniendo sus cuerpos en grandes peligros por escudo y amparo de los suyos, queriendo recebir la mayor parte del peligro y trabajo, y aquellos que sin tenerla lo hacen; que nunca, aunque para adelante se espere, supistes qué cosa es señorear. Que no es este de los reyes que para sostener sin peligro sus estados quitan sus personas de las afrentas que empecer les pueden, y mandan poner las ajenas en todo rigor de muerte. De que muchas veces redunda que, siguiendo ellos mas sus apasionadas voluntades, que de razon ni necesidad costreñidos, toman y buscan las lejanas tierras, aventurando las personas y vidas ajenas, quedando las suyas en muchos vicios y placeres, con muy poco cuidado de aquellos que por su servicio trabajan y padecen; lo cual muy contrario fué siempre deste rey. Así que, no solamente los suyos, mas los extraños, con mucha razon lo debrian buscar y servir á él y á todos aquellos reyes y grandes señores que tienen sus mañas.»

El caballero le dijo: «Todo eso que vos, Maestro, decis es verdad, que por maravilla otro tan buen rey como este se podria hallar. Y si yo no lo veo ni me lo doy á conocer, no es otra la causa, salvo no ser digno, segun las grandes cosas que de mí le fueron escriptas, y las pocas que he pasado, de parecer ante él.—Pues que esta es vuestra voluntad, dijo el Maestro, así se haga, aunque á mí pluguiera que con vuestra vista, demás de le dar mucho placer, conociera que cuando mas de vuestro padre desviado estaba, allí dél le ocurrió su salvacion.»

CAPITULO XIII.

De cómo la doncella Carmela se dió á conocer al Rey, y tomada licencia, se fué á ver al ermitaño su padre en la floresta, donde, habida noticia del caballero Negro, fué alterada por lo matar en la cama donde solo durmiendo estaba, y contemplando su hermosura, quedó de su amor captiva.

Con esto que oistes, se salió el maestro Elisabat de la ermita, donde dejó al caballero Negro tan maltratado, que en ninguna manera no se podia levantar de su lecho. Y por el mesmo camino que allí fué se volvió, y entró en la montaña Defendida, sin que ninguno supiese dónde habia ido, y halló que el rey Lisuarte se levantaba, y andaba paseándose por la cámara de la gran torre, mirando la mar con deseo de hallar alguno que por ella á su tierra lo llevase. Pues el Maestro llegado al Rey, le preguntó qué habia hecho: si dormiera. Él le dijo cómo habia andado por aquella montaña mirando la mas hermosa tierra que jamás habia visto. Pues estando así, entró en la cámara una doncella de las del alcázar, que Carmela se llamaba. Esta era la hija del ermitaño que ya se os dijo, y hincó los hinojos ante el Rey y díjole: «Rey, quiero que me conozcas y de mí te sirvas, como de tu natural que soy.» El Rey le dijo: «Doncella, agradézcoos lo que me decis, y si aquesto es por ganar mi gracia, de cualquier parte que vos seais la

ganaréis; que nunca las dueñas y doncellas perderán de ser honradas y ayudadas de mí, en cuanto yo pudiere, aunque por causa de algunas dellas la fortuna me ha sido muy contraria; mas desto no las culpo yo, porque no dellas, mas de aquel Señor á quien yo tengo enojado me viene. Ahora me decid quién sois.»

Entonces la doncella le contó en qué manera allí habian venido con Arcabona, su señora, y cómo su padre era ermitaño en la floresta fuera de aquella montaña, y todo lo otro que ya oistes cómo lo contó el ermitaño al caballero Negro. Así estaba el Rey aquel dia hablando con la doncella, preguntándole de algunas cosas de aquella tierra, y con el maestro Elisabat y su sobrino, diciendo la gran congoja que su espíritu recebia en no saber quién fuese el caballero de las armas negras, y que si de aquella tierra partiese sin lo saber, que nunca aquella lástima se le quitaria. Pues el dia pasado y la noche venida, dieron al Rey de cenar, y queriéndose ir á su lecho, entró la doncella Carmela, y hincó los hinojos y dijo: «Rey, demándote licencia para que de mañana vaya á ver á mi padre el ermitaño, y le diga lo que de tí he visto, con que gran consuelo habrá.—Así se haga, dijo el Rey, y decilde que placer habré en que me vea.» Despedida la doncella del Rey, otro dia al alba hizo que la puerta del castillo le abriesen, y cabalgando en su palafren, se fué por la montaña, á la parte donde no era cercada de la mar, y por un postigo pequeño que entre dos torres estaba, que solamente por él un caballo cabia, de donde ella la llave llevó, sacó su palafren, y cerrando la puerta por defuera, cabalgó en él, y se fué por un muy hondo y espeso valle, y llegó á la ermita á tiempo que el mudo marinero y el ermitaño su padre eran á la barca idos por cosas que para el caballero eran menester, y le habian dejado durmiendo; que despues que el maestro Elisabat se partió dél el dia antes, y quedó pensando en aquella señora de la cual ya su corazon estaba atormentado, como cosa tan nueva para él, no sabia por alguna manera darse remedio; antes teniendo en la memoria la sabrosa membranza de aquello que el Maestro le dijera, su sentido muchas veces se amortecia, y con esta congoja ponia las manos sobre el corazon, con gran temor que no se le saliese del pecho, y hallaba las letras coloradas que sobre él tenia tan ardientes, que apenas las manos en ellas podia sufrir. Y así estuvo todo lo que del dia quedaba, y lo mas de la noche, que nunca pudo dormir; y los remedios que por su marinero, pensando ser aquel mal de las batallas pasadas, le fueron puestos, muy poco le aprovechaban, porque el un mal era para que las carnes padeciesen, y el otro quebrantaba y rompia las cuerdas y telas del corazon. Mas ya bien cerca de la mañana todo esto no tuvo tanta fuerza, que el gran cansancio y sueño no le venció; así que, con gran reposo se adormeció. Pues llegada la doncella, ató el palafren á un árbol, y entró en la ermita, pensando hallar como solía á su padre, y como no le vió, fuése luego á su cámara, como hacia otras muchas veces. Y abriendo la puerta, entró dentro, y vió cómo á la cabecera de su cama estaba arrimada la rica espada, y un bulto de persona echado en ella, de lo cual estaba muy maravillada. Y llegóse paso lo mas que pudo, y tomó la espada en sus manos y sacóla de la vaina, y halló en ella muchas manchillas de sangre, y miró por la cámara, y vió las armas negras al un cabo della, y conoció ser aquellas las del caballero que á sus señores habia muerto. Y tan gran sobresalto le vino, que las carnes y las manos le temblaban; así que, la espada se le hubiera de caer. Pero esforzándose, que aunque fuese tomada en tal auto como estaba, por ser mujer no se le siguiera peligro, tomó mas esfuerzo, y quiso ver quién estaba acostado en su cama, y si su corazon bastase para ello, tomar venganza de aquel que tanto mal habia hecho en aquellos de quien ella mucho bien esperaba. Y llegóse á la cama y miró el rostro del caballero, que algo cubierto tenia, y un paño de lino en la cabeza revuelto, para remediar el dolor que los golpes que en ella hubo le daban. Y como lo vió tan hermoso, y su cara tan hermosa y tan resplandeciente, aunque por las muchas lágrimas que habia derramado mucho della le menoscabase, fué muy mucho espantada de verlo, y estúvole mirando por una muy gran pieza, que apenas los sus ojos dellos podia partir.

Pues ella estando así, dió el caballero Negro una vuelta á la otra parte sin que el sueño rompiese, y dijo: «¡Oh, caballero tan sin ventura! ¿Qué será de mí?» La doncella estuvo muy queda, sin se mudar; pero como vió que dormia, pasóse ella á la otra parte y llegó su rostro cabe el suyo, como aquella que en sí sentia gran turbacion; que tan fuertemente era de su amor presa, que ningun sentido tenia, y las lágrimas le venian á los ojos sin lo sentir, que por el rostro en gran abundancia le corrian. Así que, bien se puede decir, en una casilla tan pequeña y tan apartada de la conversacion del mundo, tan pobre y tan sola, allí el cruel y engañoso amor aun no quiso perdonar á estos amantes, y allí los hirió de tan recia herida con sus muy crueles saetas, que por todo el tiempo de sus vidas muy duramente lo sintieron, creciéndoles siempre dos mil congojas, sospiros, dolores y angustias enamoradas. Como quiera que en la sazon que esto les aconteció, el uno dellos tan trabajado y fatigado estuviese de aquellas fuertes batallas pasadas, que con mucha razon debieran quitar causa á que en otra cosa pensase sino en su salud. Y la doncella, viendo en un solo dia muertos todos sus señores, y no menos su señora, que criado la habia, y dellos esperaba muy mucho bien y merced, que no debiera procurar ni menos pensar sino en quien la consolase. Todo esto no pudo al uno ni menos al otro poner tanto remedio, que no fuesen presos y captivos todos los dias de su vida. Pues si esto es así, que de aqueste cruel tirano ninguno, por fatiga ni trabajo que tenga, se puede amparar ni defender, ¿qué harán aquellos y aquellas que con muy muchos vicios y muchos placeres, no tan solamente procuran de se desviar dél, mas ellos mismos de su propria voluntad despiertan y convidan á la memoria para le atraer que, ora sea justo, ora sea injusto, ora honesto, ora deshonesto, no tienen cuidado sino de desear y amar.

CAPITULO XIV.

Que la doncella Carmela llevó la espada del caballero encubiertamente al alcázar, por cuya pérdida el ermitaño y el mudo, cuando de la barca volvieron, grande sentimiento hacian.

Estando pues así esta doncella Carmela, hija de aquel buen hombre ermitaño, mirando con tanta aficion y voluntad la hermosura de aquel caballero, como dicho es, tornando algo mas en su sentido, pensó que por otra via se habia de curar aquella llaga que tan súbitamente allí le viniera; y metió la espada en la vaina, y púsola debajo de su manto, y cabalgando en su palafren, lo mas encubierto que ella pudo se tornó por el espeso valle por donde habia venido, y luego al postigo que ya oistes, por el cual se entró y se fué al castillo, adonde guardó muy bien la espada, que ninguno la viese; y á poco rato vinieron el mudo y el buen hombre ermitaño con el recaudo que habia menester, así de vianda como de otras cosas, que el caballero Negro les mandó que por ninguna manera del castillo se trajese, porque por ello no fuese descubierto; pues traerlo de otra parte no podia ser, que los lugares de aquella comarca eran léjos, y todos de los turcos. Y entrando en la cámara, despertaron al caballero para le dar de comer, que con el sueño, y mas con la congoja muy grande que consigo tenia, estaba como atordido; porque aquella prision que de aquella señora le vino, aunque por la una parte su memoria muy gran dulzura le daba, por otra parte le ponia en muy grandes desmayos. Así que, no podia este caballero pensar su remedio cómo venir le pudiese; que si procurase de la ver y servir, segun su grandeza della, junto con su gran hermosura, no se tenia él por tal ni por tan suficiente para que su bonbad bastase para satisfacion de su muy gran deseo, ni menos para cumplir aquello que ella dél esperaba. Pues hallarse léjos de su presencia era muy imposible poder sostener la vida, ni que su corazon no fuese convertido y deshecho en lágrimas. Con este pensamiento, casi despierto y casi dormiendo, se hallaron éstos dos que ya dije, y hiciéronle comer, aunque muy sin gana, y bien pensaron que no de los golpes de las batallas, mas de alguna cosa que el maestro Elisabat le hubiese dicho, le ocurrió aquella tan gran mudanza en que á la sazon estaba.

Estando así como oido habeis, hallaron menos la espada, de que muy mucho maravillados fueron, y preguntaron al caballero si la pusiera él en otro lugar, y él les dijo que no la viera, y ellos comenzaron mucho á cuitarse, especialmente el marinero, por la pérdida tan grande que á su señor era venida. Mas el caballero les dijo: «Amigos mios, no os aflijais ni congojeis tanto; que mis cosas no son como las de los otros. Esta espada por ventura fué ganada y por ventura es perdida; puede ser que me fué guardada tanto tiempo mas de para lo que con ella se hizo. Dejémoslo todo á aquel Señor en cuya mano y poder son todas las cosas.»

CAPITULO XV.

De cómo el rey Lisuarte, informado por la doncella Carmela del caballero Negro dónde estaba, se partió solo con ella por lo ver, y en el medio camino, por nuevas de un apresurado mensajero, se metió por la floresta presuroso, por ver una cruda batalla, en que Lindoraque gigante y sus dos caballeros quedaron muertos por mano de dos caballeros extraños, á los cuales el Rey, conociendo ser Talanque y Ambor, sus naturales, los llevó con Carmela á la ermita, de donde á Esplandian, con sobrado placer, al alcázar llevaron, y confirmó la merced que á Carmela otorgada tenia.

Tornando pues al rey Lisuarte, dice la historia que cinco dias estuvo en aquel grande alcázar de la montaña Defendida sin que otra cosa hiciese, salvo hablar con el maestro Elisabat, que era hombre letrado y entendido en todas cosas, y todo lo mas en el caballero Negro, por ver si por alguna via le podia sacar á qué dél le dijese. Pero el Maestro era tan fiel y de tanta verdad, que en ninguna manera quebrantaria lo que al caballero prometió, que era no le descubrir. Mas la doncella Carmela, que á todo esto presente se hallaba, viendo la gran aficion del Rey que en saber de aquel caballero tenia, no se pudo sufrir de no le poner en desçanso. Y así, con esperanza de alcanzar la cosa del mundo que mas amaba, y apartando al Rey un dia, como que otra cosa fuese, le dijo: «Buen Rey, si me prometes de serme ayudador en lo que me es ganar la vida ó cobrar la muerte con aquel caballero que tanto deseas, yo te lo mostraré, y en tal parte donde sin ningun embargo hablarle puedas. Y porque creas ser verdad, vénte á mi cámara, y verás tal señal, que si de mí alguna duda tienes, ella te la quitará.» El Rey le dijo: «Buena doncella, si haceis lo que habeis dicho, no sería cosa tan cara que por mí se pueda alcanzar que no la hiciese.—No quiero, dijo ella, salvo que me seas ayudador en una cosa que á aquel caballero yo demandaré.»

Entonces llevó al Rey á la cámara sin otro alguno, y mostróle la espada del caballero, y díjole: «Esta bien la conocerás.—Por cierto, dijo el Rey, sí conozco; que ella fué gran ayudadora en mi deliberacion.—Pues no dudes, dijo ella, de te ir conmigo; que yo te mostraré aquel que con ella hizo mas armas en tan poco espacio de tiempo, cual otro ahora ni nunca pudiese hacer.» El Rey le dijo: «Doncella, ¿qué quereis que yo haga en esto?—Buen Rey, dijo la doncella, no otra cosa, salvo que mañana salgas comigo, y cuando aquí á comer volvieres será cumplido lo que te prometo.—¿Llevaré armas? dijo él.—Solamente tu espada, dijo ella; porque ningun caballero en tiempo ni sazon alguna dejarla debe, y un caballo de los que aquí en este castillo hallarás.—Así sea, dijo el Rey; que no puedo yo aventurar tanto por ver aquel que por mí tanta afrenta y peligro pasó, que mas que él no merezca.» Entonces se tornó á su compañía y estuvo hablando con ellos muchas cosas, y diciéndoles cómo otro dia en compañía de aquella doncella queria ver algo de aquella montaña; que deseo habia de andar una pieza por el campo. Pues aquella noche pasada, y el dia venido, mandó el Rey que le ensillasen un caballo de aquellos de los jayanes, que muy hermosos los tenian. Y cabalgando en él, se fué con la doncella, mandando al Maestro que con su compaña

el alcázar guardase. La doncella lo llevó al postigo pequeño que ya oistes, por do sacaron los caballos, y fuéronse por el hondo y espeso valle, el camino derecho de la ermita, donde el caballero Negro estaba. Y cuando el medio camino anduvieron, vieron venir un hombre en un caballo, al mas andar que podia, que bajaba por la cuesta derecho al mesmo valle y camino por donde ellos iban.

Cuando así el Rey lo vió, detuvo el caballo, y el hombre llegó á ellos y conoció luego á la doncella, y ella á él, y díjole: «Amigo, ¿qué priesa traes?—Vengo, como ves, á la montaña Defendida, á tus señores que socorran á Lindoraque, su tio, que viniendo á ellos de su torre, halló en aquel llano dos caballeros extraños, que nunca por esta tierra se supo que anduviesen, con unas armas blancas y señales negras; los cuales le mataron á dos caballeros suyos que delante dél venian, y quedan con él en la mas brava batalla que nunca se vió, porque aquellos no son como los desta tierra.» Cuando el Rey esto le oyó decir, y nombrar aquellas armas y que eran caballeros, luego sospechó que estos serian compañeros del otro caballero extraño, de las armas negras, y dijo á la doncella: «Amiga, quedad con este hombre que os conoce; que yo ir quiero á ver la batalla.» Entonces hirió al caballo de las espuelas, y fué lo mas que pudo por la via que el hombre á ellos viniera, y cuando fué suso encima de la cumbre, vió en otro valle los dos caballeros, que tenian al Gigante en medio y lo herian de mortales y muy fieros golpes; pero el Gigante se defendia dellos muy bravamente con una maza muy grande, y como era pesada, estaba siempre quedo, que no se movia, y los dos caballeros andaban ligeros con sus caballos y guardábanse de sus golpes, saliéndose dél cada vez que querian. Y así anduvieron por una pieza, que los caballeros, aunque grandes golpes le daban, no le hacian daño alguno, por las fuertes armas suyas que le amparaban, ni él les alcanzaba golpe en lleno con la maza. Mas como los caballos comenzaron á cansarse, el gigante bravo tuvo tiempo de dar á uno dellos con la fuerte y pesada maza en la cabeza una tan gran herida, que se la hizo pedazos, y dió con él muerto en el suelo; y de la caida fué el caballero algo quebrantado, pero no de manera que presto no se levantase con su espada en la mano, que nunca la perdió. Y como el otro caballero su compañero así lo vió, hirió al caballo de las espuelas lo mas recio que pudo, y sin que el jayan herirle pudiese, juntó con él tan presto, que otro hacer no pudo sino es echarle los brazos y tenerle abrazado; de que el Rey, que la batalla miraba, se maravilló de su esfuerzo.

Pues así estando, que ya el Gigante tiraba por él tan recio que de la silla lo sacaba, el otro caballero llegó á pié y trabó por aquella misma parte por él; así que, con la fuerza de los dos, todos tres fueron á tierra. Mas el caballero que á pié se halló, como lo vió venir ayuso, apartóse un poco afuera, y como ellos cayeron abrazados, fué luego él sobre el Gigante, y antes que el otro caballero desenvolverse pudiese, le metió la espada por la visera del yelmo y por el rostro, que le pasó á la otra parte; así que, al jayan le convino abrir los brazos y soltar al que con ellos tenia, y echó la mano diestra con que la espada perdiera á tiento, que la vista tenia perdida de la mucha sangre que le estorbaba, y trabó al caballero que lo hiriera por la halda de la loriga, y tiróle contra sí tan reciamente, que á mal de su grado lo hizo caer de rostros por encima dél á la otra parte. Mas el otro, que ya libre estaba, fué luego sobre él y dióle con la espada en la una mano tal golpe, que se la hizo caer en el campo. Entonces el jayan dió un gran bramido, pero no tuvo tanta fuerza para mas se defender, y allí fué muerto, que por debajo de las grandes y fuertes hojas le metieron las espadas.

Como el Rey vió así el pleito partido, plúgole dello; que bien pensó ser aquellos caballeros cristianos, pues en las armas la señal de la cruz traian, y fuése contra ellos, que querian ya cabalgar en sus caballos, tomando el del Gigante por el que muerto les habia. Y como lo vieron venir, estuvieron quedos, que no sabian quién fuese. Mas acercándose á ellos, luego le conocieron, y dijéronle: «Bendito sea aquel Señor que nos guió donde os hallamos.» E hincaron las rodillas, el uno de la una parte y el otro de la otra. El Rey les dijo: «Caballeros, mucho os ruego que me digais quién sois, que tanta honra me haceis.» Ellos se quitaron los yelmos, y conociólos el Rey, que el uno era Talanque, hijo de don Galaor, y el otro era Ambor de Gadel, hijo de Angriote de Estravaus. El Rey les dijo: «Amigos mios, no es sin razon que hayais placer de estar aquí comigo, que siempre lo tuve yo de estar con vuestros padres, y así lo he agora en estar con vosotros. Mas decidme, ¿qué ventura tan fuerte os pudo traer á esta tierra tan extraña?» Ellos le dijeron: «Señor, nosotros venimos en rastro de un caballero que trae unas armas negras, si lo podriamos hallar.—¿Sabeis cómo ha nombre ese caballero? dijo el Rey.—Sí, dijeron ellos; que es vuestro nieto Esplandian.—¡Ay santa María, váleme! dijo el Rey, que no digais por agora mas, que no me podré sufrir. Mas cabalgad en estos vuestros caballos y venid comigo; que yo entiendo de os lo mostrar, y de mas sosiego quiero que me conteis de su hacienda y de la vuestra.» Los caballeros cabalgaron como el Rey mandó, y fuéronse tras él, dejando muerto al Gigante y á los otros dos sus caballeros en el campo. Y á poco rato encontráronse con la doncella, que mucho se maravilló que aquellos caballeros venian tan en paz con el Rey, y díjole: «Rey, ¿quién son estos caballeros?—Buena doncella, dijo él, saberlo heis cuando sea tiempo; mas decidme, ¿qué se hizo el hombre que con vos quedó, y lo que dél aprendistes?» La doncella le dijo: «Fuése á mas andar por esta montaña cuando de mí supo la destruicion tan grande de los jayanes y de su madre. Pero antes me dijo cómo estando este jayan que allá dejais en una torre suya, supo algo de lo que acá pasó, y venia por saber qué cosa fuese; y dijo que no traia consigo sino dos caballeros muy buenos, que siempre lo guardaban. Y cuando él se partió dél, halló que aquellos dos caballeros dejaba muertos, sin que el Gigante lo viese, porque venia muy atrás; y desque llegó, que lo vió acometer á los caballeros extraños, y que no sabia mas.—Agora nos guiad, dijo el Rey, donde me prometistes; que ese gigante que decis, ido es con los otros donde segun las obras habrá el galardon.»

Entonces se metió la doncella en el camino contra la ermita, y no auduvieron mucho que llegaron á ella, y hallaron al ermitaño á la puerta, asentado en una piedra, y como los vió, levantóse con gran sobresalto y dijo: «Hija, ¿quién son estos que os traen?—Padre, dijo ella, veis aquí al rey Lisuarte, cuyos naturales somos.» El hombre bueno le miró, y como quiera que cuando él allí vino le habia dejado muy mas mancebo, conocióle en la filosomía (1) de la faz. Y llegó por le besar el pié, mas él no lo consintió; antes descabalgó de su caballo, y dióselo que lo tuviese, y entró en la ermita tras la doncella, que se iba á su cámara, y llegó á tiempo que el mudo marinero salia por saber qué gente fuese. Y como vió al Rey, hincó las rodillas ante él; pero él iba con tanto deseo de hallar al caballero, que no se detuvo cosa alguna; y entró dentro en la casilla, y vió estar á Esplandian vestido y sentado en la cama, que le daban de comer, y tan grande fué el alegría que de lo ver hubo, que no pudo sola una palabra hablar, antes se fué á él y tomóle en sus brazos, y besándole muchas veces, lo tuvo abrazado tan junto consigo, que Esplandian no le podia besar las manos. Y así estuvieron una gran pieza, viniendo al uno y al otro, de muy grande alegría, las vivas lágrimas á sus ojos. En esto entraron los dos compañeros, y dijeron al Rey: «Señor, dejadnos parte dese caballero, que mucho lo hemos deseado ver, aunque há bien poco que de en uno nos partimos.» El Rey se apartó un poco, y llegaron ellos á le abrazar con aquel placer y alegría que pensar podeis. Esto así hecho, el Rey dijo á Esplandian: «Hijo amado, menester es que al castillo nos vamos, donde mejor curado seréis; que en esta pequeña casa, ni para vos ni para nosotros habria lugar, y esforzadvos de manera que cabalgando podais ir.» Esplandian dijo: «Señor, así se haga como á vuestra merced place.» Luego le pusieron en el palafren de la doncella, y á ella llevó Ambor en su caballo; y el Rey mandó al ermitaño y al marinero que llevasen ellos las armas negras de Esplandian y se fuesen al castillo.

Así como ois, se fueron todos por el valle espeso hasta que al pequeño postigo llegaron, y de allí se fueron al castillo, donde el Rey mandó que en su cámara hiciesen un lecho para Esplandian y otro para sus compañeros, porque le diesen algun placer. Pues allí pasaron lo que del dia les quedó, comiendo y hablando en las cosas que mas placer habian. En todo este medio tiempo nunca Carmela la doncella partia los ojos de Esplandian, antes lo miraba como persona fuera de sentido. Mas él estaba desto muy sin sospecha, y no la miraba. Otro dia, despues que el Rey se levantó, y estaba en su cámara hablando y riyendo con aquellos caballeros, y burlando con Ambor de cómo el Gigante lo habia echado por encima de sí, y otrosí, diciendo de muchas otras cosas pasadas, de que todos tomaron gran placer y solaz, entró luego la doncella Carmela y dijo: «Buen Rey, ¿he cumplido la promesa?—Sí por cierto, dijo él, y tanto á mi voluntad, que seré siempre en cargo de os hacer honra y merced.—Pues así es, dijo la doncella, cumplid lo que vos demandaré si quereis tener verdad, como todos los caballeros son obligados, y mucho mas los reyes; de cuyo ejemplo puede redundar mucho bien y mucho mal.—Pedid lo que vos placerá, dijo el Rey, y segun mi poder, así se porná en obra.» Ella dijo: «Rey, bien sabes que poco há que te demandé licencia para ver á mi padre, que en la ermita estaba, y no le hallando en ella, ni otra persona alguna, entré en la pequeña cámara que viste, donde yo los tiempos pasados muchas veces dormir solia, y hallé la espada deste caballero, la cual yo tomé, y conociendo haber sido este el que mató á mis señores, yo me quise atrever, fuera del natural esfuerzo de las mujeres, de tomar dél la venganza. Y teniendo la espada desnuda en mi mano para lo herir, vi su hermoso rostro en tal punto, que luego, sin saber cómo ni en qué forma, fuí presa de su amor en tanto grado, que, sino por alguna esperanza que en tí he tenido, muy mas contenta fuera en darme la muerte que en sostener la vida penada. Pero ya despues que deste caballero mas he conocido, mi propósito es mudado en otra manera; que considerando de antes ser este de la condicion de los otros caballeros que las aventuras demandan, creia haber yo alguna igualdad con él, y si en algo me sobrase, que el ruego y grandeza tuya pudieran cumplir mi falta y hacerme su mujer; mas la igualeza es tan desigualada, que ni tú, gran Rey, ni todos los emperadores y príncipes del mundo no bastarian á que en uno por aquella via que yo pensaba conveniésemos. Y pues que así es, lo que te demando en cumplimiento de tu promesa, que pues por compañero haber no le puedo, le haya por señor, llamándome suya, y él por suya me tenga, que si por mi voluntad no fuere, nunca de su presencia partida sea. Y si esto que pido, tú, Rey, no lo alcanzas, y él no lo otorga, aquella misma espada que con tanta tribulacion á mis señores dió fin, aquella lo dará á mí, con gran peligro del ánima, sin ningun detenimiento.»

Cuando el Rey oyó lo que la doncella demandaba fué maravillado en ver así un amor tan fuerte y tan entrañable venido súbitamente, y hubo recelo que si en algo la contradijese, que haria algun mal recaudo de su vida, y respondióle: «Buena doncella, mucha gloria recibo yo en que este caballero sea amado de todos y todas cuantas le vieren y supieren todas sus buenas maneras, y esto que vos me pedis, eso vos pido yo y ruego, que siempre lo ameis y aguardeis cuanto vuestra voluntad fuere, y á él mando yo que por su amiga y compañera vos tome, y guarde vuestra honra y fama, como la razon á ello le obliga.—Pues otórguelo él,» dijo la doncella. Esplandian, que á todo esto con vergüenza estaba, cuando vió que el Rey lo habia por bien díjole: «Buena doncella, para esto que vos quereis no era necesario el mandado del Rey mi señor; que por vos, sin otro alguno, tuviera por bien de vos amar y querer, teniéndoos en mi compañía, así como haria de grado á todas las buenas doncellas, como vos lo sois. Pero aunque mi voluntad esto en general tenga, lo vuestro será en particular, así como vuestro amor conmigo lo es. Y de lo que Dios me diere, yo os haré parte, como á buena amiga hacer debo.» La doncella fué tan contenta de lo oir, como si del mundo la hicieran señora, y hincó las rodillas ante él y dijo: «Desde agora

(1) Entiéndase *fisonomia*.

quedo por tuya hasta el fin de mi vida, y tú por mi señor; el cual nombre, si á tí no, nunca de mi boca habrá emperador ni rey ni grande que en el mundo sea.»

CAPITULO XVI.

En que se trata por qué razon la historia hace tanta mencion desta doncella Carmela.

La historia os quiere contar por qué razon desta doncella Carmela, pobre, sin mucha parte de gran linaje, tanta mencion ha hecho. Porque fué una persona de muy mucha discrecion y virtud, que hacen igualar á los bajos con los altos, si en ellos faltan. Aguardó siempre á aquel caballero en todas las partes que se halló, y vió todas las mas grandes cosas en armas que él hizo. Fué por él enviada á grandes reyes y provincias, así en cosas de amistad como de enemistad. Dió tan buen recaudo de su honra y de su fama, que fué conocida y teñida en gran reputacion en aquellas tierras, donde aquel caballero pasó lo mas de su tiempo haciendo guerras á los infieles. Asimesmo fué muy querida del emperador de Constantinopla y de su hija Leonorina, á quien ella muchas veces fué, por mandado de aquel caballero. Llegó á tanto su hecho por sus buenas maneras y servicios que hizo, que á tiempo fué que tuvo tanta honra y tanto estado, que muchos príncipes y señores de grandes tierras la quisieran de muy buena gana por mujer, mas ella jamás no se quiso casar, ni trocar el amor primero por otro alguno; antes siempre estuvo en aquel mesmo propósito, sirviendo y aguardando á aquel que mas que á sí mesma amaba, y durmiendo en su cama, sirviéndole á su mesa, nunca de su presencia se partiendo; por donde con mucha causa y razon las personas en este mundo deben siempre poner sus pensamientos en buena parte, procurando honestamente los bienes de fortuna, y cuando así haber los pudieren, tomarlos, pero con tal medida de sus conciencias, que no olviden que son ajenos y perecederos, y que por ellos no pierdan la gloria que siempre ha de durar.

CAPITULO XVII.

En que Talanque, hijo de don Galaor, y Ambor de Gadel, hijo de Angriote de Estravaus, cuentan al Rey sus muy venturosas hazañas que andando en busca de Esplandian, despues que por él fueron armados caballeros, les habian acaecido.

Estando el rey Lisuarte en aquel castillo de la montaña Defendida, así como habeis oido, despues que le contaron el gran maestro Elisabat y Libeo, su sobrino, cómo Urganda la Desconocida hiciera caballero á Esplandian, y el modo que para ello tuvo, y la carta que Amadís halló en su mano al tiempo que recordó él y los otros caballeros del sueño del dulce son que las trompas hicieron; y cómo Esplandian habia armado caballeros á los noveles, y así él como ellos se partieron del gran puerto de la ínsula Firme, sin saber unos de otros; y tambien cómo Urganda estorbara á Amadís y al rey don Galaor, y á todos aquellos señores que puestos estaban en su demanda para lo buscar, que no lo hiciesen, porque muy poco provecho ternian, por mucho afan que allí tomasen; y sabido de Esplandian cómo se halló en su gran fusta, al pié de la peña de la Doncella Encantadora, y todo lo que en ganar la espada le acaeció; y despues cómo fué guiado en la mar por el mudó marinero, y que sin saber dónde lo llevaba, navegaron diez dias, en cabo de los cuales se halló en la ribera donde habia visto aquella montaña Defendida, y saliendo en tierra habia aportado á la ermita donde halló aquel buen hombre, de quien tomó tal aviso por donde sospechó que el caballero que él le dijo que los jayanes y su madre tenian preso, que seria él, así como la historia contado lo ha; quiso el Rey saber de Talanque y de Ambor la causa y manera de su venida á aquella tan apartada tierra; los cuales dijeron cómo se habian hallado en una barca armados, y cómo Esplandian los hiciera caballeros, y dos caballos cabé sí, despues que recordaron del gran sueño con que del puerto de la ínsula Firme partieron cabe una villa ribera de la mar, del reino de Nuruega, que se llamaba Artimata, y que luego salieron en tierra por saber dónde habian arribado y por buscar algo que comiesen. Y como los de la villa los vieron se alborotaron contra ellos, y les enviaron un hombre que supiese quién eran; al cual dijeron que eran caballeros extraños que venian de la ínsula Firme. El hombre dijo: «A Dios merced, que á tal sazon llegastes; que bien seréis menester, segun en lo que el rey desta tierra está. —¿Quién es el Rey, preguntamos nosotros, y qué reino es este?—Señores, dijo el hombre, este reino se llama Nuruega, y el rey es Adroin, suegro de Agrájes, un buen caballero; no sé si lo conoceis.—Pues ¿qué necesidad tiene? dijimos nosotros. El hombre dijo: —Señores, por ser ya muy viejo, que ya no se puede mandar sino muy á penas, un su primo, hijo de hermano, vecino suyo y muy poderoso, con parte de algunos malos vasallos desleales, hase atrevido de le entrar en su reino, y tiénele cercada una villa de las buenas que él tiene; y el Rey está en otra, que no la puede socorrer, así por la sobra de su edad como por la falta de gente; que aquellos en quien él mucho confiaba le han faltado, como muchas veces acaece á los que están en necesidad, que no solamente son de los enemigos maltratados é injuriados, mas aun de los parientes y amigos son aborrecidos, y esto cáusalo el poco amor y menos verdad y virtud que hay en las gentes.—Agora nos decid, dijimos nosotros, ¿qué tanto hay de aquí adonde el Rey está?—Una pequeña jornada, dijo él.—Pues decid á esos buenos hombres desa villa que nos hagan dar de comer y una guia; que de grado, por amor de Agrájes, servirémos á este rey en lo que justo sea.—Eso luego se hará, dijo el hombre.

»Entonces se fué, y á poco rato trajo recaudo de lo que pedimos; y desque hubimos comido, nos y nuestros caballos, con un hombre que ellos por guia nos dieron, nos metimos al camino á tal hora que las dos partes del dia eran ya pasadas. Así anduvimos lo que del dia quedaba y la noche, y al alba del dia entramos en la villa donde el Rey estaba, el cual, sabido de nosotros cómo eramos caballeros amigos de Agrájes, tomó gran placer y esfuerzo, y contónos en la manera que su hacienda estaba: cómo aquel su primo le tenia cercada aquella villa, y que él no la podia socorrer por la poca gente suya y la mucha del otro; especialmente dos sobrinos suyos que consigo tenia, que eran los mas va-

lientes caballeros que en gran parte se podrian hallar, y que en estos él y toda su gente tenian toda su esperanza. Nosotros le preguntamos por qué razon le queria tomar la tierra. Él dijo que no por otra, sino que por no tener hijo varon decia que le viene á él el reino, el cual yo tengo para lo dar á Olinda, mi hija, que es casada con Agrájes.—Pues haced esto, dijimos nosotros: enviadle á decir que, pues ésta quistion es sobre razon de derecho, que no hay por qué las gentes padezcan y mueran; que vos daréis dos caballeros que sobre ello se combatan con otros dos suyos, y que Dios sea juez de la verdad. Y si caso es que él rehuse la batalla, díganle que tambien consentiréis, fiando en vuestro derecho, que él entre y sea el tercero con ellos.—Cuando el Rey esto oyó, estuvo pensando una pieza, y dijo:—Vosotros, caballeros, yo no sé quién sois; pero si me certificais ser de la ínsula Firme, no dudaré de os cometer mi justicia y de vos galardonar todo lo que me sirviérdes; porque de allí no pueden salir sino hombres buenos; que de otra manera no podrian convenir con aquel que de allí es señor, y con los otros que aguardan y están á su ordenanza.—Por eso no tengais vos recelo, dijimos; que sobre nuestra fe os hemos dicho verdad.

»Entonces el Rey envió sus mensajeros á aquel su enemigo con esta demanda. El cual cuando le oyó, pensando que el Rey no ternia en su corte tales dos caballeros que con aquellos sus sobrinos osasen en el campo entrar, respondió que le placia que así aquel pleito se librase. Esto así concertado, salimos todos cuatro al campo, con guardas y fieles de ambas las partes, y hubimos una recia batalla de mucha porfía. Pero al cabo, como teniamos lo justo de nuestra parte, y aquellos caballeros y su tio habian maltratado á aquel anciano rey con muchas soberbias, plugo á la merced de Dios de nos dar victoria, mas no sin algunas heridas en nuestros cuerpos. Y teniéndolos todos tendidos en el campo para les cortar las cabezas, su tio nos los demandó con muchos ruegos, diciendo que él haria nuestra voluntad. Nosotros se los dimos, con tal que se quitasen de aquella demanda, y dejasen al Rey libre, que hiciese de su reino á su voluntad. Todo lo otorgó á contentamiento del Rey. Esto hecho, convino que allí estuviésemos hasta ser en disposicion de poder andar. Y en este medio tiempo aportaron allí unos mercaderes, que venian con grande espanto de una serpiente que habian visto cabe la peña de la Doncella Encantadora, en la mar. Nosotros les preguntamos de qué forma era. Ellos dijeron que era tan grande como la mayor nave que en la mar habia. Esto oido, conocimos luego ser la fusta de Esplandian, de que hubimos mucho placer, y aunque nuestras heridas no eran del todo sanas, demandamos al Rey que nos diese algun hombre suyo que á aquella peña nos supiese guiar; el cual nos mandó dar, y nos daba asimismo muy ricos dones; pero no le tomamos cosa alguna, antes luego nos metimos en la mar, y á los seis dias llegamos donde la fusta estaba, la cual vimos tan fiera y espantable, que aunque á nosotros era notoria, y en ella fuimos armados caballeros, nos puso gran temor; y con mucho premio hecimos al hombre que nos guiaba que á ella nos llegase; y no viendo persona alguna, dimos voces llamando, si alguno respondia; y luego salió á su costado un hombre, que conocimos ser Sargil, que llorando, nos contó todo lo que habia acontecido á Esplandian en ganar la espada, y cómo él se fuera con el mudo marinero, y que no sabia si era muerto ó vivo; que él habia quedado con otro mudo, que no sabia qué se hacer ni adónde fuese. Cuando esto le oimos decir, le dijimos que nos llevase al mudo; y como salió, rogámosle que nos guiase por el camino que Esplandian con su compañero se fué. Él, sin nada decir, saltó en nuestra fusta, y remando con gran priesa, al cabo de once dias nos puso en tierra, á la parte donde hallamos los dos caballeros que muertos fueron y el Gigante que vos, Señor, vistes. Esto es lo que hasta aquí nos aconteció despues que de la ínsula partimos.»

CAPITULO XVIII.

En que el Rey mandó al maestro Elisabat que fielmente escribiese las historias de las hazañas destos caballeros.

El Rey hubo mucho placer de lo que le dijeron, y rogó al maestro Elisabat que, así aquello que los dos caballeros noveles habian dicho, como todo lo que á Esplandian acaeció desde que de la ínsula Firme se partió hasta entonces, lo pusiese en escripto. El Maestro le dijo que así lo haria, no solamente aquello, mas todo lo otro que á su noticia viniese; y que él queria escribir su historia, porque de príncipe tan alto y famoso no se esperaban sino cosas muy extrañas y maravillosas. Pues así como ois fueron escriptas estas *Sergas*, llamadas *de Esplandian*, que quiere decir las proezas de Esplandian, que destos cuatro libros de Amadís salen, por la mano de aquel tan buen hombre, que, si no la verdad, otra cosa no escribiera. Aunque en las cosas de Amadís alguna duda con razon se podia poner, en las de este caballero se debe tener mas creencia; porque este maestro solamente lo que vió y supo de personas de fe quiso dejar en escrito.

CAPITULO XIX.

De cómo, estando el rey Lisuarte deseoso de volver á su tierra, aportó en la ribera la fusta de la Gran Serpiente, á la cual, como el Rey y los caballeros decendieron, salió della una doncella que de Urganda embajada les traia, y presentó á Esplandian unas armas y caballo de apostura tan extraña, que sobremanera todos quedaron maravillados.

Estando, como oistes, el rey Lisuarte con tal compañía, pensando cómo podria volver á su reino, no por codicia de señorear ni mandar, como hasta allí hecho habia, porque ya la edad y la fortuna, y mucho mas la voluntad, que es principal señora y guardadora de lo que el apetito codicia, se lo negaba; mas por dar placer á la Reina su mujer, á quien él como á sí mesmo amaba, y á sus leales vasallos, que tanto dolor y tristeza por su adversidad habian mostrado, segun que el maestro Elisabat le dijo; y por tomar tal manera en su vivir, que así como hasta allí en las cosas temporales su loor hasta el cielo habia subido, así en las espirituales el fin de sus dias con otra mayor fama, mas verdadera y mas provechosa, fuese divulgado. Y antes que en la forma del camino se determinase, teniendo cuidado de no dejar desamparada una tan señalada cosa

como era aquella montaña Defendida, donde tanto servicio á Dios se podia hacer, y si se perdiese, tanto al contrario, acaeció que, estando en su cama con este cuidado y con otros mas graves, que su conciencia mucho agravaban, una hora antes que el alba viniese oyó en la mar, debajo de la ventana, un tan dulce son, que era una cosa extraña; y sin despertar á ninguno de aquellos caballeros que en su cámara dormian, se levantó y abrió las ventanas, y estuvo escuchando qué podia ser aquello. La noche era muy escura, con tales vientos, que algo la mar hacian embravecer; así que, el aire que en las concavidades de las bravas peñas daba, y el ruido de las ondas, acrecentaban la dulzura de aquel son en tal manera, que el Rey, que desnudo estaba, no se podia salir de la ventana, y no sabia ni pensaba qué cosa fuese, sino creer que alguna serena lo haria, como algunos que las vieron se lo habian dicho.

Así estuvo por una pieza, que en ál no pensaba ni en la memoria otra cosa no tenia, hasta que el son cesó. Entonces llamó los noveles caballeros, que, con la nueva edad, dormian sin ninguna cosa sentir, y díjoles lo que oyó. Ellos se levantaron luego y se pusieron á la ventana lo mas paso que pudieron, y no tardó mucho que el dulce son comenzó con tan suave melodía, que así el Rey como ellos nunca de la ventana se quitaron hasta que el dia claro vino; el cual les mostró debajo donde ellos estaban, en la honda mar, la fusta de la Gran Serpiente, la vista de la cual grandísimo placer y alegría les dió; que bien pensaron ser por su bien y descanso venida. Entonces dieron al Rey de vestir y á los caballeros, y mandando abrir las puertas del alcázar y de la estrecha entrada que en la peña se hacia, salieron fuera y se descendieron por la escalera hasta se poner en la calzada donde las ondas batian; y á poco rato que allí estuvieron, salió de la fusta, en un batel, una hermosísima doncella, muy ricamente aderezada, y traia cerca de sí un lio con una cobertura de seda colorada. Y como salió donde ellos estaban, sacó el lio, y hincó las rodillas en tierra ante el Rey, y díjole: «Buen Señor, Urganda, mi señora, te besa humilmente las manos, y te hace saber que, por ir en tu servicio á una cosa que mucho al emperador de Roma y á tu hija la Emperatriz cumplia, dejó de gozar en tu presencia del plącer entero que por tu deliberacion hubo.» Entonces se volvió á Esplandian y díjole: «Hermoso caballero, aquesta mi señora, que mucho te ama, te envia aquí unas armas con que despidas aquellas que á la sazon de tu grande tristeza te dió; en las cuales hallarás la devisa de aquella que en loor y gloria de su gran hermosura, tu padre se la puso encima de su cabeza; y así como la triste recordacion de la causa por qué las primeras que te fueron dadas te pusieron en tal coraje y osadía de tan alto comienzo, así la sabrosa memoria destas hará tus medios y fines con muy mas crecido loor.» Entonces desenvolvió la doncella el lio, y sacó un yelmo y un escudo y loriga de una muy clara y hermosa blancura, y della las sobreseñales para el caballo, todo sembrado de unas coronas de oro, muy extrañamente labradas, guarnecidas de piedras y aljófar de gran valor. Era todo tan bien tallado, que el Rey, que las tenia en sus manos y las miraba, dijo que en toda su vida tan hermosas ni tan ricas las viera, y mas que á príncipe ni caballero del mundo habia visto.

CAPITULO XX.

En que cuenta la razon por qué en las armas venia la devisa de coronas, y de cómo Esplandian recibió el presente, refiriendo con la persona las gracias, y de la apacible plática que allí pasaron.

Agora sabed que la razon por qué en estas coronas de las armas se hace mencion de la devisa que aquí dice, que esto fué porque al tiempo que Amadís, llamándose el caballero de la Verde Espada, fué en Constantinopla en la casa del Emperador, como la tercera parte lo cuenta, la muy hermosa Leonorina, su hija, le dió dos coronas muy preciadas: la una que la diese á la mas hermosa doncella del mundo, y la otra á la mas hermosa dueña. Entonces él guardó la una para su señora Oriana, que ya dueña era, y púso la otra encima de la cabeza della, por ser la mas hermosa doncella de cuantas él visto habia, y dijo que si algun caballero dijese lo contrario, que él se lo haria otorgar por fuerza de armas. Así que, por esta honra que él dió á aquella hermosa princesa, ella lo tuvo en tanto, que desde aquella hora siempre en todos sus atavíos trajo por devisa unas coronas, en memoria de aquella que por mano de tal caballero le fué dada. Y porque Urganda la Desconocida sabia lo que desta Leonorina y de Esplandian habia de venir, quiso que por señales desde entonces lo comenzasen, no para que el deseo dél mas de lo que estaba se encendiese, mas para despertar el della, que adormido lo tenia; como quiera que las cosas que el maestro Elisabat le dijo, que ya la historia vos contó, la ponian en sobresalto cada vez que deste caballero le hacian mencion.

Esplandian tomó las armas y dijo: «Buena doncella, mucho agradezco á vuestra señora las grandes honras que della me vienen; á Dios plega por su merced que me lleguen á tiempo que yo las pague en cosas de que mucho ella sea honrada. Estas armas yo las traeré como su caballero, y en esto que de las devisas dice, bien creo que así serán, mas por agora no lo entiendo.» La doncella le dijo: «Si algo mi señora por vos hace, á vuestro padre lo debe, que le hizo un servicio el mayor para ella que ser podia en le restituir su amigo, que era la cosa del mundo que mas amaba, el cual tenia perdido, que su gran saber no le aprovechaba para lo cobrar. Y en lo de las devisas dice que no pasará mucho tiempo sin que sintais el dolor y dulzura que dellas vos vernán, por donde conoceréis que no sin gran causa os las envia.» Carmela, la doncella que ya oistes, nunca de Esplandian se partia, y como esto oyó del amigo de Urganda, dijo: «Doncella, decid á vuestra señora que mucha razon tiene de galardonar lo que de su amigo le acaeció si tanto lo ama; que otras hay que si así les acaeciese, que aquellos que mas aman pudiesen cobrar, que no con las cosas mundanales de poco valor lo satisfarian, mas aventurando la vida y parte del ánima.» La doncella de Urganda la miró, y dijo: «Yo os digo, doncella, que con mucha causa en el cuento de esas que decis me podríades poner.» El Rey se comenzó

á reir con ellas, como aquel que, aunque en su memoria le quedaba haber sido en la edad que en aquel caso pudiera ser el tercero con ellas, siendo infante, amando á la Reina su mujer, doncella, en casa del rey de Denamarca, su padre, por quien él grandes y maravillosos hechos en armas hizo, antes que rey de la Gran Bretaña fuese; ya la voluntad resfriada de aquellas encendidas llamas, se maravillaba de la gran subjecion en que el amor las tenia puestas. Entonces preguntó la doncella quién hacia aquel dulce son que de noche habian oido. La doncella le dijo: «Mi señor, yo lo hice con un instrumento de que mi señora mucho se huelga y se contenta, el cual siempre comigo traigo, porque la misma dolencia de vuestra doncella me hace que muy poco duerma; y por no dar tanto lugar al pensamiento que el seso me turbe, tomo por remedio de me consolar con aquello que oistes.»

CAPITULO XXI.

De cómo la doncella de Urganda, acabando de razonar todas las embajadas de su señora, dejó alli la fusta de la Serpiente para que el Rey y Esplandian volviesen á su tierra, y ella con la barca con los dos mudos se despidió.

«Decidnos agora, dijo el Rey, quién viene en esa fusta.—Buen señor, dijo ella, no otro sino solo el escudero de Esplandian, que por no saber de su señor, mas muerto que vivo lo hallé, y un caballo blanco para este muy principal caballero, el mas hermoso que nunca se vió, con las mas ricas guarniciones de freno y silla que en gran parte se podrian hallar.—Pues ¿díjovos mas Urganda que me dijésedes? dijo el Rey.—Sí, dijo la doncella; que cuando yo llegase, tú y Esplandian entrásedes en su fusta, que á tu reino os guiará, porque con tu vista á muchos que te aman darás placer y gran consuelo. Pero porque estos son lazos que el mundo echa á los que engañar quiere, tornando á juntar la edad verde y florida con la que ya se va secando, dícete, buen Rey, que aquello que aquí por accidente en el pensamiento te vino, aquello con acuerdo y deliberacion pongas en obra.» Muy espantado fué el Rey cuando esto la doncella le dijo, en que Urganda tan presto pudiese saber lo que aun él mismo apenas sabia que lo hubiese pensado, y díjole: «Doncella, decid á vuestra señora qué aunque yo della he recebido muchas honras y servicios, que este de agora tengo en mas y por él le doy muchas gracias, y mas aquel Señor que me dé esfuerzo que así como yo lo deseo y ella lo dice lo pueda cumplir enteramente.—Dícete mas, dijo la doncella; que en esta montaña dejes á Talanque y á Ambor con Libeo y su compañía para que la guarden; porque desde ella se harán tales cosas en servicio de Dios, que por todo el mundo se sabrán. Esto es lo que mi señora me mandó decir. Agora quedes á Dios encomendado; que yo irme quiero con estos dos hombres mudos, pues que ya cumplieron aquello para que fueron dejados.» Luego se metió en la barca que allí trajo á Esplandian, y tomando consigo los mudos, se fué por la mar adelante á gran priesa, que á poco rato la perdieron de vista.

CAPITULO XXII.

De cómo el rey Lisuarte, dejando guardas en la montaña, se partió para su tierra, y de la embajada que Esplandian con la doncella Carmela á Leonorina, hija del emperador de Constantinopla, envió.

El rey Lisuarte se tornó al castillo, y mandó á Talanque y á Ambor y Libeo con su compaña que quedasen allí y pusiesen recaudo en aquella montaña; y él con Esplandian y el maestro Elisabat se metió en la fusta de la Serpiente. Mas Esplandian, cuando vió que le era forzado de se apartar de aquella tierra donde quedaba su señora, que él tanto amaba, sin que algo de sus angustias y deseos supiese, con dolor de su corazon habló con Carmela, su doncella, y dijo: «Mi doncella y verdadera amiga, si la promesa que os tengo dada, que con tanto amor me pedistes, pensase por ninguna guisa de os la quebrantar, no me ternia por tal caballero, ni ninguno me debria tener, ni os será demandada cosa mas de lo que vuestra voluntad fuere; pero si con ella, no siendo costreñida de empacho ni vergüenza, por mí hiciésedes un viaje, mucha alegría daríades á mi corazon.» La doncella le dijo: «Mi señor sobre cuantos en el mundo viven, si tanta fuerza en mi voluntad está, que por ella se siguen las honras y mercedes que de vos espero, nunca en cosa alguna será cumplida ni satisfecha, sino cuando en vuestro servicio se pusiere; así que, mandad vos, Señor, lo que mas os contente, que por mí será puesto en obra hasta el punto de la muerte.» Esplandian se lo agradeció mucho, y díjole: «Mi buena amiga, llevad mi embajada á la hija del emperador de Constantinopla, aquella que por su gran hermosura por el mundo es su nombre ensalzado y publicado, y despues de le besar las manos de mi parte, le diréis cómo al tiempo que fuí caballero, mi padre me mandó que la hubiese y sirviese en su lugar, quitando una palabra que á la sazon que della muchas honras y mercedes recibió, le dejó prometida. Y que yo, sabiendo su gran valor así en alteza como en hermosura, y haberse de cumplir por tan famoso caballero, y en su lugar satisfacer los grandes servicios que apenas sus fuerzas bastaran para ello, siendo yo de tan poco nombre como soy, que por ninguna manera seria osado de ser puesto en su presencia, aunque por Elisabat me envió á mandar que lo hiciese; pero que donde quiera que yo esté, estoy por su caballero, y todas las cosas que por mí pasaren, en tanto que la vida pueda sostener, serán en su servicio; y porque crea ser yo aquel que mi padre, sin vergüenza de ser su palabra en falta, anunció, y pueda de ello estar segura, que tome en señal este anillo, que ella muy bien conocerá; el cual quito del dedo del corazon, atribulado, sojuzgado y captivo.» La doncella dijo: «Mi señor, esto que mandais, yo lo cumpliré si mi desdicha no lo estorba. Mas, pues vais este camino tan desviado desta tierra, ¿dónde os hallaré cuando sea de vuelta?—Aquí acudid, en esta montaña, dijo él; que dejando al Rey mi señor en su reino, no me deterné de venir.» Con esta embajada que ois, se partió la doncella en la fusta del maestro Elisabat, con dos marineros, que la guiaron á Constantinopla, y lo que en este viaje le acaeció se dirá adelante.

CAPITULO XXIII.

De cómo la Gran Serpiente, luego que el Rey con Esplandian y el Maestro entraron en ella, se movió por sí, y sin gobierno de marineros, y por sola la sabiduría de Urganda, los llevó á la ínsula Firme.

Despues que el rey Lisuarte entró en la fusta de la Serpiente, llevando consigo á Esplandian y al Maestro y á Sargil, que en ella hallaron, con que su señor hubo tan gran placer, y gran bastimento de viandas, de que muy bastecida estaba, y preguntó cómo harian mover aquella fusta, el Maestro le dijo que cuando fuese tiempo ella misma se moveria. Pues hablando en esto, la Serpiente partió de aquel puerto, sin haber quien la gobernase, sino la gran sabiduría de aquella que por sus grandes artes á mucho mas bastaba su poder. Y navegando noches y dias sin haber estorbo, huyendo todas las naves que andaban por la mar, siendo della sabidoras; en cabo de veinte dias; una tarde, antes que fuese de noche, llegó al puerto de la ínsula Firme.

CAPITULO XXIV.

Del gran gozo y alegría que Amadís y Agrájes y los otros con la presencia del Rey y de Esplandian hubieron, y de cómo el Rey les cuenta las aventuras pasadas.

Cuando por algunos que en el castillo estaban fué vista aquella gran fusta, que bien conocian ellos, dieron grandes voces, de placer que dello hubieron. Así que, muchos de los que las oyeron se alborotaron, y con gran priesa corrieron á la mar por saber la causa de aquella venida; que bien pensaron que no seria sin misterio de alegría para sus señores, segun lo que de Urganda conocieron al tiempo que de allí partió. Y luego fueron las nuevas á Amadís y á Agrájes y aquellos caballeros que allí estaban, y á Oriana, que mas que todos ellos deseaba saber alguna buena nueva del Rey su padre, á quien ella, despues de su amigo y marido, mas que á todos los que en el mundo vivian amaba. Cuando Amadís lo oyó, salió con aquellos caballeros á la mas priesa que pudo, y sin esperar caballos en que fuesen, antes así á pié como se hallaron, bajaron por la cuesta abajo, hasta llegar á la ribera de la mar, donde ya muchos estaban mirando lo que seria. Pues estando así como habeis oido, vieron echar un batel en el agua, y entrar en él el rey Lisuarte y Esplandian y el maestro Elisabat y Sargil, que lo remaba, y viniéronse derechamente á la parte donde Amadís estaba; y como llegó, salieron en tierra, y todos aquellos caballeros fueron al Rey por le besar las manos, poniendo delante al gigante Balan, que si por oidas no, no se conocian. Cuando el Rey los vió fué muy alegre, y abrazó al jayan, sin le querer dar las manos, y despues á Amadís y Agrájes y á Grasandor, y á todos los otros caballeros que con ellos estaban, y luego ellos entre sí tomaron á Esplandian, y haciendo grande alegría, abrazándole muchas veces, que de todos era muy amado por su graciosa habla y buena crianza.

Amadís hubo mucho placer con su grande amigo el maestro Elisabat, y fué maravillado de lo ver en aquella compaña, y díjole: «Mi buen amigo, ¿qué ventura os juntó aquí donde os veo?—Mi señor, dijo él, mas hubiera ser de desventura la causa dello; y déjese, si á vos pluguiere, para cuando hayamos mas espacio; que muy mucho hay que os contar.» En esto allegaron todos los caballeros de Amadís y de sus compañeros, y hicieron cabalgar al Rey y su compaña, y de allí se fueron todos juntos al castillo. Cuando Oriana supo la venida del Rey su padre y de su hijo, si dello hubo gran placer no es de contar; ella y todas aquellas señoras salieron fuera de la huerta á pié, con muy gran deseo de los ver. Cuando el Rey así las vió, apeóse del caballo, y fué para ellas riyendo y con buena gracia, y tomó á Oriana, que de rodillas estaba, con sus brazos por el cuello, y besóla en la cara, y ella le besó las manos, y todas las otras, cayéndoles por el rostro y á Oriana las lágrimas, que la grande alegría suele atraer. Entonces llegó Esplandian y hincó las rodillas ante su madre; mas ella lo tomó abrazado consigo, y besóle muchas veces, como persona fuera de sentido, del gran placer que con él hubo. Así le tuvo, sin poder partirse dél, hasta que Mabilia y Olinda se lo quitaron, y lo abrazaron con mucho amor que le tenian. Esto hecho así, no contado en la forma que pasó, porque semejantes autos mas consisten en se obrar que en recontar, todos se entraron al alcázar, donde el Rey con mucho vicio y placer descansó tres dias, y allí les contó todas las cosas que le acaecieron: cómo Esplandian lo sacó de la prision por fuerza de armas, matando al Gigante y á Arcalaus el Encantador y á la guarda de la montaña, y lo que vió en la batalla del jayan, y la razon por qué fué preso, y por qué engaño, y todas las otras cosas que hasta allí acaecieron cuando faltó. Luego Oriana mandó á la doncella de Denamarca que, tomando consigo á Durin, su hermano, se fuese á la reina Brisena, su madre, y le contase aquellas bienaventuradas nuevas, así como las aprendiera, y cómo el Rey se partiera luego para ella, y que iria con él Amadís y ella y todos aquellos señores que allí estaban, con sus mujeres; y que tomase mucho placer, pues que Dios habia remediado su gran tristeza. La doncella de Denamarca, oido el mandado de su señora, luego lo puso en obra con mucho placer; que de tal jornada no esperaba sino haber muy grande honra y no menos provecho.

CAPITULO XXV.

De cómo yendo el rey Lisuarte con sus caballeros á Lóndres por ver la Reina, salieron de una floresta cuatro caballeros, acometiendo la justa con Esplandian. Y despues que Esplandian hubo dellos la vitoria, diéronse á conocer, que eran don Cendil de Ganota, y don Galvánes, y Angriote de Estravaus, y don Galaor.

Aquellos tres dias pasados, que el rey Lisuarte reposó del trabajo de la mar, dijo á Amadís y á su hija Oriana que sin otra tardanza se queria ir donde la Reina su mujer estaba; ellos le dijeron que así era razon que lo hiciese, porque con su vista, demás de la Reina, otros muchos serian consolados, y que ellos y Agrájes y Grasandor con sus mujeres y con los caballeros que allí estaban, y el gigante Balan, que así lo queria, le acompañarian y sirvirian en aquel camino. Al Rey plúgole que así lo hiciesen; pues luego que fueron aparejadas todas las cosas necesarias al camino partieron de la ínsula Firme, todos los caballeros armados como

solian andar, y Esplandian en su caballo blanco, armado de aquellas armas de las coronas que Urganda le envió, el cual parecia tan bien, llevando las manos y el rostro desarmado, en aquel hermoso caballo, con las ricas armas y su hermosura, que no habia persona que lo viese, que pudiese partir dél los ojos. Así fueron camino de Lóndres, donde la Reina estaba, con muy sabrosa vida; que Amadís hiciera ir personas que les tuviesen posadas, con todo el aparejo de camas y mesas y viandas que en tal jornada se requeria. Llegados á una jornada de la villa de Lóndres, entrando por una floresta de muy espesas matas, que el Rey siempre para sus cazas tenia guardada, anduvieron por ella hasta una legua, y vieron en el camino cuatro caballeros debajo de unos árboles encima de sus caballos, armados de todas armas, y sus escuderos cabe ellos, que les tenian las lanzas y los escudos, que los yelmos en sus cabezas los tenian, y una doncella en un palafren bien guarnida, la cual se vino para el Rey, y como llegó dijo: «A vos, don Caballero de las armas blancas, aquellos caballeros que allí están os envian á decir que estas devisas de las coronas que traeis, les digais por qué razon las tomastes. Y si tal fuere que á su honra se satisfaga, dejarse han de aquí adelante desta demanda, y si no, conviene que las dejeis ó las defendais, como la mas alta devisa que hay en el mundo.» Cuando esto oyó Esplandian dijo: «Doncella, decid á esos caballeros que yo no sé otra razon que ellos quieran saber, por agora, sino que las traigo por aquella dueña Urganda la Desconocida, que me las envió, y porque son en sí muy hermosas; y si esto no les satisface, decidles que la causa es muy pequeña para haber comigo quistion ni batalla; que mucho mejor seria que sus fuerzas fuesen empleadas en otra parte.» La doncella dijo: «Caballero, no son aquellos tales que han menester vuestro consejo, ni vuestra respuesta les quitará de lo que piden; por eso aparejáos; que no os podeis excusar con palabras.—Ciertamente, doncella, dijo él, yo estoy muy desviado de lo que ellos quieren, y si les placiere, no debrian por tan liviana cosa ponerse en rigor conmigo.—Mal empleada sea en vos, dijo la doncella, esa vuestra hermosura y ricas armas y caballo; que tal respuesta, en deshonra vuestra y suya, dais; pues, ó dejaréis esta compaña y el camino, ó conviene que las coronas defendais.» Esplandian dijo: «Por el camino tengo de ir; y si ellos me acometen, me harán agravio.»

El Rey y aquellos caballeros se maravillaron mucho de la demanda de la doncella, y no hubo ahí tal que la conociese, ni podrian pensar quién serian los caballeros; y sin decir ninguna cosa fueron su via, porque Amadís y sus compañeros deseaban mucho, por las cosas que el Rey le dijera, de le ver combatir, y no creian, segun su tierna edad, que sus fuerzas tanto subiesen. Oriana y las otras dueñas, de empacho, no hablaron en cosa tan apartada y diversa de su condicion. Esplandian enlazó el yelmo y tomó el escudo y la lanza, y fué como antes iba. Como esto vieron los caballeros, apartóse el uno y dijo: «Caballero, pues que no hecistes lo que nuestra doncella os dijo, guardadvos de mí;» y puso las espuelas al caballo lo mas recio que pudo, y la lanza so el brazo, y fué para él. Esplandian cuando así lo vió venir dió de las espuelas á su caballo, y cuanto llevar lo pudo, encontró al caballero de tan recio golpe en el escudo, que lo sacó de la silla por encima de las ancas del caballo, y dió tan gran caida en el campo, que en ninguna manera se pudo levantar, y la lanza fué quebrada. Como esto vieron sus compañeros, salió otro y dijo: «Caballero tomad otra lanza, que os conviene justar.» Como Amadís lo oyó, envióle la suya. Esplandian la tomó con algo de mas saña, porque así lo acometian, y fueron el uno contra el otro; mas el caballero cayó en tierra sin ninguna dificultad, y el caballo sobre él. Cuándo esto vió el Rey dijo: «¿Qué os parece de aquel novel caballero?» Agrájes dijo: «Bien puedo decir que de cuantos caballeros he visto, nunca otro que tan hermoso pareciese en la justa como ese vi, ni su padre, que es escogido, pero en los caballeros que ha derribado no sé qué diga, hasta saber quién son y á lo que su bondad basta.»

Pues luego vino el otro caballero al encuentro y dijo: «Tomad otra lanza; que yo quiero probar si seré mejor justador que estos mis compañeros.» Esplandian le dijo: «Caballero, bastar debria lo que sin ninguna causa habeis acometido contra mí; ruégoos que me dejeis, que todo esto se hace contra mi voluntad; porque si algun esfuerzo he recibido de aquel Señor que dar lo puede, en su servicio querria que se emplease, y no en esto que vosotros tomais por honra.» El caballero le dijo luego: «Como quiera que ello sea, no pasaria tal vergüenza sin que tome la parte del bien ó del mal, que estos caballeros tomaron.—No tengo yo por buen seso, dijo Esplandian, si ellos erraron, y vos lo conoceis, que sigais lo que ellos hicieron; antes los cuerdos toman ejemplo en lo que otro hace, así en lo malo como en lo bueno, y esto seria mejor; pero, pues que así os place, así sea.» Entonces envió á Sargil á Agrájes que le diese su lanza, y apartándose del caballero, fué el uno contra el otro lo mas recio que los caballos los pudieron llevar, y hiriéronse en los escudos con las lanzas, que luego fueron quebradas en piezas, y juntáronse los caballos uno con otro, y los escudos tan bravamente, que Esplandian fué algo sin sentido; mas el otro caballero salió de la silla, y dió tan gran caida en el suelo duro, que no supo dónde estaba. Cuando esto vió el cuarto caballero fué muy espantado y dijo: «Ahora puedo yo decir que deste caballero Urganda ni el Rey no pudieron tanto decir dél bien, que en él mas no haya; pero todavía me conviene de lo probar; que si no lo hiciese, no perderia esta lástima en toda mi vida;» y dijo contra Esplandian: «Caballero, conviene que justeis comigo, aunque bien conozco que os hago descortesía; mas, segun lo habeis hecho, de cosa que os acaezca, no se debe contar á mengua.» Esplandian le dijo: «Vosotros me acometeis sin razon con mucha soberbia, y no os debeis maravillar que, así como la culpa es vuestra, lo sea el daño.»

Entonces envió por la lanza de Grasandor, y fueron el uno contra el otro al mas ir de sus caballos, y ninguno dellos faltó el golpe; antes se encontraron en los escudos de guisa, que las lanzas volaron en piezas, mas otro mal no se hicieron, y pasó el uno por el otro.

Cuando esto vió el caballero de la floresta, tornó el caballo y dijo: «Buen caballero, ruégoos que justemos otra vez; esto os demando por cortesía.—Pues que tanto os place, dijo Esplandian, hágase así, aunque por mi voluntad no sea.» Entonces envió por una lanza que traian para el Rey, y apartándose el uno del otro y encontrándose de tal manera, que las lanzas fueron luego quebradas, juntáronse uno con otro, así los caballos como ellos con los escudos tan fuertemente, que Esplandian perdió los estribos, y se hubo de abrazar al cuello del caballo; mas el caballero de la floresta y su caballo cayeron en tierra de tan dura caida, que los que miraban pensaron que era muerto; mas no fué así, que luego salió del caballo y se levantó y dijo: «Buen caballero, bien nos habeis dado á conocer que vos sois aquel que en bondad pasa á todos.» Esplandian no le respondió ninguna cosa, que estaba con mucha vergüenza de lo que ante su padre le habia acontecido. En esto llegó el rey Amadís y su compaña, y el caballéro, que á pié estaba, se quitó el yelmo y fuése al Rey por le abrazar, y conocieron que era el rey de Sobradisa, don Galaor. Cuando el rey Lisuarte así lo vió, no os podria hombre contar el placer que hobo en verlo, y quiso bajar del caballo para lo abrazar; mas don Galaor no lo consintió, antes así se abrazaron, como aquellos que mucho se amaban. Amadís le dijo riyendo: «Señor hermano, ¿así os habeis hecho salteador de caminos?—Así, Señor, como veis, dijo él, por probar este caballero si era tal, que, dejando á vos en la cuenta, de nosotros tuviésemos á él por el mejor.» Cuando Esplandian conoció ser aquel su tio, el rey don Galaor descabalgó de su caballo y hincó los hinojos ante él, demandándole perdon; mas él levantólo luego, y lo abrazó y besó con mucho placer, y díjole: «Buen sobrino, no hay que os perdone, que el mayor hierro que aquí hubo á mí lo hice, en dar á conocer á todos ser vos muy mejor caballero que yo, y no os debeis maravillar que os probase con intencion de os vencer; porque si así como lo pensaba, se cumplieran las adevinanzas que en vuestro loor son dichas, quedaran por vanas, y la valentía y grande esfuerzo de vuestro padre sin par, y con la gloria y fama que siempre tuvo.» El Rey le preguntó quién eran los otros caballeros, que ya se levantaban, desacordados de las grandes caidas. Don Galaor le dijo que el primero que justara fué don Cendil de Ganota, el segundo don Galvánes, y él tercero Angriote de Estravaus. Mucho placer recibieron el Rey y Amadís, y sus compañeros con ellos, y mas por no haber cosa de peligro; mas sobre todos lo hubo Oriana, que la buena ventura de su hijo hizo tan alegre como si la hicieran señora del mundo. De Esplandian os digo que, como quiera que en el semblante mostró gran pesar por haber justado así con el Rey su tio y con los otros caballeros que amaba tanto su padre, muy grande alegría sintió en su corazon, y por gran alegria tuvo haber derribado aquellos que tantas cosas y tan famosas en armas habian hecho, especial á su tio, que, despues de Amadís, su padre, no habia en el mundo ninguno que de bondad le pasase. El Rey se detuvo allí un gran rato, hasta que los caballeros fueron en todo su acuerdo, y hízolos cabalgar en sus caballos, y fué su camino adelante, hablando y riyendo con ellos, cómo aquel que de corazon los amaba.

CAPITULO XXVI.

De cómo don Galaor declaró al Rey la causa por qué á Esplandian convidaron á la justa, y habla del grán placer y alegría que la reina Brisena y los de su palacio con presencia del Rey y de Esplandian recibieron.

Entonces preguntó el Rey á don Galaor por qué causa vinieron á aquella justa. Él le dijo cómo la doncella de Denamarca habia llegado con el mandado de Oriana á la Reina, y le contara todas las cosas que á él le acaeciera en la prision, y lo que Esplandian habia hecho, y por se probar con él, como lo hicieron, habian salido de Lóndres encubiertamente, que ninguno lo supo; pensando que la bondad de Esplandian estaba mas en la aficion de le tener el amor del nieto que en su valentía ni esfuerzo, y que no habian hallado otra causa para le poner en saña, sino aquella de las coronas, porque la doncella de Denamarca, entre las cosas que dél contara, dijo lo que Urganda le enviaba á decir cuando envió las armas con su doncella, cómo las coronas trajese por devisa; y asimesmo dijo que era el caballero del mundo de menos ira. «Dijo verdad, respondió el Rey, tanto, que donde no le conozcan será en todas las mas cosas tenido muy en poco antes que lo prueben.» Así como oistes iba el Rey con aquella compaña, y llegaron á comer á un lugar pequeño, que en la floresta estaba, donde le tenian aparejado; así que, con lo de las justas, y lo que el Rey se detuvo hasta que los caballeros entraron en acuerdo, y con la comida, no pudieron llegar ese dia á Lóndres; y fuéles forzado quedar esa nocne en el castillo de Miraflores, que por él era el derecho camino. El Rey se apeó en el monasterio donde Adalasta, la honrada dueña, era abadesa, y mandó que ninguno fuese á Lóndres, porque las gentes no saliesen á lo recebir; que, como ya la edad y la voluntad iban envejeciendo, así la codicia de las cosas que hasta allí por gloria habia tenido se iban resfriando; de lo cual era muy obligado á dar gracias al Señor del mundo, porque la condicion juntamente con la edad le conformaba. Lo que, por nuestros pecados, pocas veces acaece; antes de ser mucho al contrario, que faltando la frescura de la joventud, por donde el sano y justo conocimiento habia de quedar libre para seguir aquello que fué criado, entonces la soberbia, la codicia, la vanagloria, y otros muchos vicios y pecados, en su lugar se aposentan.

Pues allí en aquel monasterio holgó aquella noche, con aquellos caballeros hablando en su justa y en las otras cosas en que mas placer habia, y otro dia cabalgó el Rey con aquella compaña, y fuése para Lóndres, que dos leguas de allí estaba, y entró por una puerta de sus palacios que salia al campo. Cuando la Reina supo de su venida, salió de su cámara con sus dueñas y doncellas á lo recebir, y vióle cómo venia por la sala, y fué á él por le besar las manos; mas la alteracion fué tan grande, que sin ningun sentido, así amortecida la hizo caer en sus brazos. Porque, así como la gran tristeza en la pérdida pasada fué sin número, así con la presente vista en muy mayor cantidad le sobrevino la

gran alegría, porque naturalmente lo que nos agravia codiciamos desechar, y lo que nos alegra deseamos creer; y considerando ella en lo primero, que perder su marido, todo lo mas de su honra, su estado y su descanso se perdia, y en lo postrimero ser todo reparado con la vista de aquel que como á sí mesma amaba, y por quien siempre con mucha aficion y devocion rogaba á Dios que antes á ella que á él llevase deste mundo, no deseando ser fuera de aquella premia, como muchos lo hacen, que despues de lo haber probado, de grandes angustias y dolores no pensadas son combatidos; pues estando así tan descordada, el Rey la juntó consigo, que bien vió, si la dejase, que no habria fuerza para se sostener, y ya algo reparado su desmayo, llegó Amadís con el gigante Balan á le besar las manos, y Agrájes y Grasandor; mas como ella vió á Esplandian armado, tan rico y tan hermoso, parecióle que un palmo mas que cuando antes lo viera habia crecido. Y como él hincó los hinojos, tomóle entre sus brazos y juntó el rostro con su seno, viniéndole las lágrimas á los ojos. ¡Oh mi hijo bienaventurado! bendito seas tú, que tanto gozo y descanso has dado en la casa atribulada. Luego llegaron Oriana y aquellos señores con mucha humildad, y los hinojos hincados, le besaron las manos.

CAPITULO XXVII.

De cómo, sabidas las nuevas de la venida del Rey por su reino, convinieron de todas las partes sus naturales por le ver; y de cómo Esplandian, tomada la licencia, se partió para la ínsula Firme.

Así como oido habeis, fué tornado en su reino en su libertad, salido de la cruel prision el rey Lisuarte, con mucho mas gozo dél y de toda su casa y vasallos que si tan duro contraste no le viniera; dando mucho mas gracias á Dios, que con la prosperidad lo hacia, recordándose que aquellas fortunas y trabajos le venian por el poco conocimiento que hasta allí tuvo del servicio del verdadero Señor, que tanto bien le hizo, creyendo que contra la su ira ningun imperio ni gran señorío solo un momento se podria amparar. Así que, entre los deleites y vicios deste mundo, estas grandes y duras sofrenadas debriamos, no solamente no temer ni huir dellas, mas demandarlas, porque muy mejor es con las adversidades ser humildes y enmendados, que con las prosperidades soberbios desagradecidos. Estas nuevas sabidas por todo el reino, las gentes se levantaron por lo ver, en tanto número, que los caminos y campos cubrian; así que, no pasaron ocho dias que la villa de Lóndres con gran parte de la comarca no se hinchiesen. El Rey con aquellos caballeros anduvo entre ellos, animándolos, honrándolos y dándoles gracias por el grande amor que en el sentimiento por ellos hecho le mostraron. Esto hecho, y las gentes á sus tierras tornadas, el Rey quedó con aquellos señores y señoras en mucho descanso y placer, pero no poniendo en olvido de tomar de allí adelante tal vida, que siendo muy diversa de la pasada, diverso galardon alcanzase. Esplandian tenia mucho deseo de volver á la montaña Defendida, por estar cerca donde su señora estaba, y porque las cosas de armas que por él pasasen fuesen empleadas en destruicion de los enemigos turcos, y si la muerte en ello le alcanzase, alcanzarle hia gran parte de la perpétua gloria, y por saber lo que Carmela, la su doncella, traeria en respuesta de la embajada que llevó; y luego habló con el Rey, diciéndole, si á su merced plugiese de le dar licencia, que se tornaria á aquella montaña á ganar alguna honra, porque la cortedad del tiempo que fuera caballero no le diera hasta allí lugar que como convenia la alcanzase.

El Rey, como quiera que en lo partir de sí tanto sentia como si el corazon de sus entrañas le arrancasen, considerando su edad y el alto principio de su caballería, no quiso estorbar su deseo, especialmente sabiendo la parte donde emplear lo queria. Así que, la razon venciendo á la voluntad, pudo tanto, que la licencia por el Rey le fué otorgada, y porque si decir se hubiesen las cosas que pasaron en el alcázar de la Reina y de Oriana, su madre, y las lágrimas que sobre ello se derramaron, seria enojosa prolijidad, no se dirá mas, salvo que, en fin, así ellas como Amadís, su padre, se lo otorgaron, de lo cual muy gran placer y alegría su ánimo sintió; y luego al tercero dia, no llevando en su compañía mas de al maestro Elisabat y á su escudero Sargil, en sendos palafrenes, y en su hermoso caballo blanco, armado de aquellas ricas armas de las coronas, se partió un lúnes de mañana, camino de la ínsula Firme, en el puerto de la cual su gran fusta habia quedado.

CAPITULO XXVIII.

Cómo yéndose Esplandian por su camino para la ínsula Firme, un valiente caballero de aventura lo afrentó tan bravamente batallando, que ambos mas cerca de la muerte que de la vida quedaron, y conociéndose el aventurero por vencido, declaró ser su padre Amadís, y con grave dolor fueron traidos en el monasterio de Miraflores.

Partido Esplandian de la ciudad de Lóndres con tal compaña como habeis oido, donde al rey Lisuarte, abuelo, y á la reina Oriana, su madre, les quedó muy gran deseo dél; que su padre Amadís el dia antes habia salido, diciendo ir á caza de venados, que ya despedido dél estaba; tomó el camino derecho de la ínsula Firme, donde su gran fusta habia quedado, con intencion de se desviar de cualquiera justa ó batalla que ofrecer se le pudiese, porque su deseo ni su saña no era encendida en ál, salvo en hacer guerra á los enemigos de la fe. Y como anduviesen tres leguas, entraron por la floresta, que antes que á lo descombrado saliesen, les quedaban casi otras tres. Y á una pieza caminando, antes que llegasen á un gran rio que la floresta atravesaba, en el cual habia una gran puente y una casa de monte del Rey, donde algunas veces se aposentaba cazando y pescando, que se llamaba la Bella Rosa, vieron cómo de la ribera salió un caballero en un hermoso y gran caballo, armado de todas armas, su lanza en la mano, á guisa de querer justar, y como cerca dél llegaron, el caballero de la ribera dijo: «Caballero, no paseis mas adelante, porque yo soy guardador desta puente; que así conviene que lo haga por no faltar de mi palabra; pero si por fuerza de armas la pasásedes, yo seré quito de mi promesa, y vos del tra-

bajo de buscar otro pasaje.» Esplandian le dijo: «Si en el tiempo de mi padre, que las venturas en esta tierra demandaba, y de los otros famosos caballeros, que sobre tales causas como estas combatian, acaecié-rades, probárades vuestra ventura, como la fortuna os la diera; pero dígoos, caballero y señor, que su honra ni su fama no la querria, ni Dios por tal via me la dé. Pues el paso nos quitais, no nos quitaréis el campo, que es harto ancho.» Entonces se apartó por se desviar; mas el caballero le dijo: «En vano es vuestro trabajo, pensando hallar vado en el rio, que antes os tomaria la noche.» Cuando Esplandian esto oyó, algo enojado, dijo: «Caballero, segun lo que decis, no me puedo excusar de haber con vos batalla; pues que así es, quiero ver si vuestro estorbo me porná mas embarazo que el rodeo del camino.» Entonces enlazó su yelmo, y echó el escudo al cuello, y tomó la lanza y dijo: «Ahora me dead el paso, ó os guardad de mí.»

El otro caballero no respondió ninguna cosa, antes al mas correr de su caballo se fué para él, y Esplandian asimismo, y diéronse tan grandes encuentros en los escudos, que las lanzas quebraron, sin que lo sintiesen mucho. Y como los caballos venian recios, y los caballeros con voluntad de se vencer, juntáronse tan bravamente, y los escudos y los yelmos unos con otros, que los dos cayeron de los caballos en tierra, y dieron tan grandes caidas, que el Maestro pensó que eran muertos. Mas á poco rato se levantó Esplandian y puso mano á su espada, con gran vergüenza por haber así caido, y fué contra el otro, que ya estaba aparejado para lo herir, y comenzaron entre sí la mas brava batalla que nunca por hombre en ninguna sazon fué vista. El maestro Elisabat, que los miraba, dijo: «¡Oh santa María, valedle! ¿qué será esto? Que algun diablo en forma de caballero es este, que al encuentro nos ha venido para nos confundir.» Los caballeros anduvieron en su batalla bien una hora, sin descansar ni hacer otra cosa, salvo darse los mas fuertes y duros golpes que ellos podian. De manera que los escudos eran hechos pedazos, y las lorigas desmalladas y rotas por muchos lugares; así que, tanta sangre les salia que el campo estaba teñido. Entonces el caballero de la puente se quitó un poco afuera y dijo: «Caballero, dejad el camino y quitaros he la batalla, porque siendo vos el mejor de cuantos yo he probado, gran pesar habria en que aquí fuésedes perdido.» Esplandian le dijo: «Si vos, caballero, fueseis tal, que mas á virtud que á cobardía me fuese reputado, podria ser que hiciese lo que decis por dar contento á mi voluntad; mas conociendo de vos tenerme en tal estrecho, donde pienso que el fin de la gloria será la muerte de entrambos, no pénseis en ál sino en os defender; que tened por cierto que hasta que la muerte ó el vencimiento del uno nos desparta, otra holganza por mi parte no habrá.» Entonces se fué el uno al otro, y tornaron á su batalla con mucha mas saña y fuerza que de primero; en la cual duraron, sin que ninguno dellos mostrase flaqueza, dos grandes horas, en que cada uno probó todo su poder. El ruido de los golpes era tal, como si allí se hiriesen veinte caballeros. Muchas veces se trabaron á brazos, dejando las espadas en las cadenas que las tenian; mas no pudiéndose derribar, tornaban como de primero á se herir muy cruelmente.

Cuando el maestro Elisabat los vió con tal ira y en tanto peligro dijo: «Mi amigo Sargil, entiendo que Esplandian ha hallado la sepultura de su tierna y hermosa edad. Señor Dios, guárdalo por tu piedad, porque su deseo no es sino en crecer la tu ley santa.» Sargil estaba como espantado, y las lágrimas le caian por su cara en ver el gran estrecho en que su señor estaba. Mas no tardó mucho, que antes que la hora tercera pasase, el caballero de la puente fué tal parado, y sus armas tan maltratadas, que ya en él no habia sino la muerte; que Esplandian lo aquejaba con tales golpes, y andaba tan vivo y tan ligero, que solo un momento no le dejaba holgar, tanto, que ya aquellos que lo miraban conocieron que si mas porfiase seria muerto, cuando así Esplandian, que con saña ardia de se ver tan maltratado, le dijo: «Don Caballero, mucho mal he recibido de vos, queriéndome sin causa llegar á la muerte; mas yo haré que os vais adelante.» Entonces alzó la espada por le herir de toda su fuerza; mas el otro, que ya la suya no podia mandar, dió una voz y dijo: «Ya no mas; que yo conozco ser vencido.» Esplandian detuvo el golpe y dijo: «Pues decid quién sois.» El caballero le dijo: «Venga el maestro Elisabat, que bien será menester.» Luego se le cayó la espada de la mano, y sentóse en el campo; que no se pudo en los piés tener. Esplandian llamó al Maestro, diciéndole que aquel caballero le queria hablar. El Maestro llegó, y descabalgando de su palafren, fué á él, que desacordado estaba, de la mucha sangre que se le fué y de los golpes grandes que recebido habia, y como le quitó el yelmo, conocióle que era Amadís, de que fué muy espantado. Cuando Esplandian le vió, echó la espada en el campo, y quitándose el yelmo, comenzó de llorar muy agramente y decir: «¡Oh captivo sin ventura! ¿qué he hecho?» Y cayó sin ningun sentido cabe su padre.

Cuando así el Maestro vido el padre y el hijo, comenzó á maldecirse muchas veces porque su gran desdicha le habia traido á estado que delante sí viese las dos personas que en el mundo mas amaba en punto de muerte; y viendo que por allí poco remedio les daria, llamó á Sargil que le ayudase; y como aquel que en el mundo todo no habia quien de aquel oficio fuese su igual, puso tal remedio en las heridas de Amadís, cual otro alguno no supiera. Sargil socorrió á su señor, tomándole en sus brazos, y así estuvieron con ellos hasta que en todo su acuerdo fueron. Luego el Maestro los hizo cabalgar en sus caballos, aunque á grande afan de Amadís. Mas su grande y fuerte corazon, que siempre la flaqueza mucho despreció, le dió tanto esfuerzo, que sin mucho afan de los que llevaban, le puso en el monasterio de Miraflores, donde él y su hijo fueron en sendos lechos echados.

CAPITULO XXIX.

Que Amadís no murió destas heridas, y de cómo declaró al Rey la causa por qué con tan cruda batalla á su hijo habia probado.

Pasó esta cruel y dura batalla, así como ya habeis oido, entre Amadís y su hijo, por causa de la cual algunos dijeron que en ella Amadís de aquellas heridas

muriera, y otros que del primer encuentro de la lanza, que las espaldas le pasó. Y sabido por Oriana, se despeñó de una ventana abajo. Mas no fué así, que aquel gran maestro Elisabat le sanó de sus llagas; y á poco espacio de tiempo, el rey Lisuarte y la Reina su mujer les renunciaron sus reinos, quedando ellos retraidos, como adelante se os contará; y fueron reyes él y Oriana, muy prosperados, de la Gran Bretaña y de Gaula, y hubieron otro hijo, que se llamó Perion, y una hija, que no menos que su madre fué hermosa, que casó con un hijo de Arquisil, emperador de Roma. Pero la muerte que de Amadís le sobrevino no fué otra, sino que quedando en olvido sus grandes hechos, casi como so la tierra, florecieron los del hijo con tanta fama, con tanta gloria, que á la altura de las nubes parecian tocar. Sabido por el rey Lisuarte el estado de estos dos caballeros, acudió allí luego con la Reina y Oriana y otros, y como quiera que de su gran daño dellos mucho dolor hubiesen, considerado que si honra en ello se ganara, entrambos la ganaban, como padre y hijo, consoláronlo mas con semblantes alegres que con tristes, sabiendo del Maestro tener buena esperanza en su salud. Fuéle preguntado á Amadís por la Reina y aquellos señores por qué causa tan cruelmente á su hijo habia probado. Él les respondió que la igualdad de la fuerza dellos fué en tanta cuantidad de tiempo tan pareja, que sin gran afrenta y peligro la diferencia de la menoría no se pudiera conocer; y cómo él hubiese pasado por cosas tan señaladas, y con las presentes de su hijo, las suyas, como viejas, eran ya puestas en olvido, que quiso renovarlas, poniendo á sí y á él en aquel estrecho, deseando ser vencedor. Creyendo que, como la fortuna en todo lo otro tan ayudadora y favorable le habia sido, que así en aquello lo fuera, lo cual ganando, ganaba toda la fama, toda la alteza de las armas, que ni el padre al hijo, ni el criado al señor debia dejar, pudiéndola para sí haber; pero que aquella misma fortuna le habia dado bien á conocer la gran diferencia que del uno al otro habia; y que si algun consuelo le quedaba, era la honra que del buen hijo al padre podia alcanzar. Pues así estaban Amadís y su hijo Esplandian en sus lechos, curando dellos el maestro Elisabat, teniéndoles compañía el rey Lisuarte con muchos caballeros, y la reina Brisena y Oriana con muchas dueñas y doncellas de gran manera. Mas agora dejará la historia de hablar dellos por una pieza, y contaros ha lo que les acaeció al rey Garinto de Dacia y á Maneli el Mesurado despues que del gran puerto de la ínsula Firme partieron cuando ellos y Esplandian fueron armados caballeros.

CAPITULO XXX.

De cómo el rey Garinto de Dacia y Maneli el Mesurado socorrieron á Urganda en la afrenta que los caballeros le hacian en la montaña, cuando al hijo del emperador de Roma traía.

Despues que el rey Garinto de Dacia y Maneli el Mesurado recordaron de aquel sueño con que del puerto de la ínsula Firme partieron, como ya se os dijo, halláronse armados de todas armas en la mar en una barca con dos escuderos suyos, una noche tan oscura y tenebrosa, que apenas unos á otros se podian ver, tan cerca de la tierra, que sin entrevalo alguno en ella salir podian; y estando todos cuatro muy maravillados cómo habian venido, teniendo en la memoria las cosas que en la ínsula Firme vieron y pasaron, y cómo fueron armados caballeros, no sabiendo cómo della se habian partido, y creyendo que casi en sueño habia pasado todo, no sabian qué pensar ni qué decir. Pero ya mas acordados, considerando que mas en la voluntad del Señor poderoso, á quien todas las cosas subjetas son, que en la suya estaba su vida ó muerte, no sabiendo qué de sí hacer, si desviar la barca de la tierra, navegando por la mar, ó esperar á que el dia viniese; á poco rato vieron en la tierra un fuego muy grande, no muy léjos de donde ellos estaban, y acordaron de salir de la fusta, y saber si allí podrian hallar quien les dijese qué parte era aquella donde habian arribado, y tomando sus yelmos en las manos y los escudos á los cuellos, y saliendo de la barca, comenzaron á subir á pié por una espesa montaña hácia donde el fuego parecia, mandando á sus escuderos que de allí no se partiesen. Pues llegados al fuego con muy grande afan, vieron una mujer con una criatura en los brazos metida en él, de manera que diez pasos al rededor la cercaba; y diez caballeros que al rededor andaban armados, sin que por él osasen entrar, y el uno dellos, que de muy ricas armas estaba armado, amenazando la mujer, diciendo: «Dueña, mala hembra, no os pueden valer vuestras artes, que yo no os dé muy mala muerte.» Mas como ellos llegaron, aunque los yelmos tenian en las cabezas, luego de aquella mujer fueron conocidos, y dejando la criatura en el suelo, se vino corriendo para ellos, diciendo á grandes voces: «Socorredme, hijos, que mucho os he menester.» A estas voces, mirándola los caballeros mas que antes, conocieron ser Urganda la Desconocida, de que en verla fueron muy maravillados, y dijéronle: «Señora, vos no temais; que nuestras vidas serán puestas por salvar la vuestra.»

A esta sazon se llegó luego á ellos aquel caballero que señor de todos los otros parecia, y díjoles: «Caballeros, ¿sois vosotros de la compañía de esta alevosa dueña que tan grande engaño me ha hecho sin saber por qué?—Caballero, dijo Maneli, la dueña es leal, y si daño ó agravio os hizo, seria porque algun yerro vuestro fuese emendado.—¿Cómo? dijo el caballero; parece que quereis vosotros sostener su maldad.—Queremos, dijo Maneli, contradecir vuestra soberbia; que la bondad della conocida es en muchas partes por tan grandes hombres, que muy poco las palabras vuestras ni de otros semejantes pueden menoscabar su grande honra.» El caballero, que destas tales palabras muy enojado y airado fué, puso mano á su espada para lo herir, y así lo hicieron todos sus compañeros. Maneli y el Rey pusieron luego mano á las suyas para dellos se amparar y defender; mas Urganda, como así los vió revueltos para se herir, mató el fuego súpitamente, y tomando á los dos caballeros por los tiracoles de los yelmos, llevólos hácia sí; de manera que la oscuridad de la noche fué en tanto grado, que no se pudieron ver los caballeros los unos á los otros, aunque la tenian cercada, y pensando de herir en aquellos dos caballeros, con la mucha saña que en sí mismos tenian, hiriéronse los unos con los

otros de esquivos y grandes golpes, sin se poder conocer unos á otros; así que, la porfía fué entre ellos de tal manera, que en muy poco espacio de tiempo fueron todos los mas dellos mal heridos. Mas Urganda, tomando los dos caballeros y el niño en sus brazos, lo mas ahína que ella pudo se metió por las mas espesas matas de la montaña; y así anduvieron una muy gran pieza, hasta que ya, de muy cansados, les convino reposar debajo de unos grandes árboles, cuando ya la luna comenzaba á aparecer. Pues ellos allí estando como habeis oido, Urganda, muy leda con los dos caballeros, y ellos asimismo con ella por la haber hallado en tal tiempo que la pudiesen servir, preguntándole qué ventura fuera aquella tan extraña, y qué parte era aquella donde estaban, que ellos no sabian mas de haber llegado aquella noche á la ribera de la mar, y que habiendo visto aquel tan gran fuego, habian salido de la barca por ver si hallarian algunos que les diesen algunas nuevas. Urganda les dijo: «Mis hijos, sabed que este niño que aquí veis es hijo del emperador de Roma y de Leonoreta, su mujer, y hurtóselo de su palacio aquel caballero que entre los otros mas ricamente armado vistes; aquel es hijo del mal don Garadan, primo, hijo de hermano, del Patin, emperador de Roma, que Amadís, llamándose el caballero de la Verde Espada, mató en la batalla en presencia del rey Tafinor de Bohemia. Y porque este hijo no halló en este otro emperador tal acogimiento como él lo esperaba, segun la parte que su padre en aquel gran señorío habia tenido, hurtó este niño, creyendo con él alcanzar aquello que, á su parecer, á su padre y á él le era debido; no considerando que los leales y buenos servicios que en este mundo se hacen, si de aquellos que los reciben no son agradecidos, que aquel Señor de todo el mundo, que todo lo sabe, cuando mas sin esperanza de aquel galardon que los hombres merecen está, entonces por otras vias no pensadas en mayor cantidad los satisface; no habiendo por bueno que ninguno con tal deslealtad como la deste caballero la enmienda tome, siendo muy extraño de su servicio con una fuerza ser otra emendada; porque, segun á la soberbia somos todos sojuzgados, no se podria hacer sin que pasase gran parte de la justa medida; y por esta causa quiso que en su lugar hubiese ministros que sin aficion ni pasion alguna, con acuerdo y justo juicio las fuerzas emendar hiciesen. Pero guay, mis hijos, de aquellos que tal mando y no menos poder tienen, si al contrario lo hacen; que aunque en este perecedero y caduco mundo no lo sientan, en el otro, que ha de durar sin fin, perpétuamente lo pagarán; y tanto mas grave, cuanto á ellos mas que á los otros era dado poner remedio en lo mal hecho. Y á este caballero que os digo, olvidado, siguiendo aquella naturaleza soberbiosa de Garadan, su padre, con que muerte desastrada recibió, hurtó por grande arte este niño para con él se meter en sus castillos que tiene, y viniendo con aquellos caballeros que en su compañía viste, siendo ya tan cansados, que sus caballos no los podian llevar, constreñidos y apremiados de gran necesidad, se recogieron en unas casas de pastores que en esta montaña están, trayendo consigo una mujer para que de mamar le diese; lo cual por mí sabido, quise cumplir aquella promesa que al Emperador hice estando en la ínsula Firme; y dejando mi palafren escondido en las mas espesas matas, me fuí á aquellas casas, diciendo que me iba huyendo de unos ladrones que me habian robado y habian muerto á mi marido. Y en tanto que los caballeros y la mujer comian de lo que allí hallaron, encomendáronme el niño para que yo lo tuviese. Mas aderezando ya para luego se partir, y ensillando sus caballos y tomando sus armas, no mirando ni sintiendo de mí, me salí lo mas presto que pude, corriendo por lo mas espeso del monte, pensando cobrar el palafren; mas aquella mujer desque lo vido dió grandes voces á los caballeros que me siguiesen, y fué tanta la priesa que tomaron, que dejando los caballos, fueron en pos de mí á pié. Pero la noche hacia tan escura, que no me podian hallar hasta tanto que á todas partes se esparcieron, y como yo no podia mucho correr, así por el niño, que me ocupaba, como por ser ya cansada, alcanzáronme dos dellos, y viéndome sin ningun remedio, hice súpitamente aquel fuego que vistes, de que toda me cerqué; y á las voces que estos dieron acudieron todos los otros, como los hallastes en aquella hora que al muy alto Señor plugo de vos aportar á aquella parte, así como lo acostumbra hacer con aquellos que su servicio siguen, quedando ellos con algo de la pena que merecen, y nosotros en salvo.—Buena señora, dijeron ellos, pues ¿qué hareis ahora desta tan chiquita criatura, que de hambre será luego perecida, y qué mandais que nosotros hagamos?—Mis hijos, dijó ella, entre tanto que el dia venga yo habré tales yerbas, que el zumo dellas bastará para le sostener, y vosotros llegaréis comigo á mi fusta, que al pié desta montaña quedó en la mar, donde tomarémos consejo de lo que se debe hacer.—Así se haga, dijeron ellos, y mucho nos place, porque el Emperador y su mujer reciban este beneficio. Pero tanto vos rogamos, Señora, que nos digais, si á vos pluguiere, qué se hizo Esplandian, y si se ha sabido algo del rey Lisuarte.—No os lo diré, dijo Urganda, porque antes conviene que paseis por una extraña aventura, en que vuestros ánimos serán en muy grande afliccion puestos.»

Cuando ellos vieron que así se queria encubrir, dejaron de mas le preguntar, y hablaron en otras cosas hasta que el dia vino. Y Urganda puso recaudo en la hambre del niño; tomándolo en sus brazos, se fué con los dos caballeros así á pié, á las veces descansando, hasta que llegaron á la nave, donde hallaron cuatro doncellas y dos enanos, que la gobernaban.

CAPITULO XXXI.

De cómo Urganda, despedida de los dos caballeros noveles, y acompañada de dos fuertes dragones, se fué á llevar el infante al emperador de Roma, y del gran placer que con ella hubieron.

En aquella nave que oistes, estaba Urganda con los dos noveles caballeros, hablando y holgando en aquello que mejor les parecia, no queriendo restituir el niño al Emperador su padre, porque siendo mas sin esperanza de lo cobrar, en mucha mas estima su servicio tenido fuese; y despues que algunos dias pasaron, pareciéndole ser conviniente cosa poner remedio en tanta turbacion y tristeza como entonces en la corte del Emperador

habría, se despidió de los dos caballeros, diciéndoles que se tornasen á su barca, esforzándolos y amonestándoles que con grandes corazones resistiesen las fuérzas de la movible fortuna cuando adversa y contraria se les mostrase; pues que para el mas excelente y alto oficio, que era la órden de la caballería, habian nacido. Y salida en tierra, acompañada de dos muy fuertes dragones, que entre sí la llevaban, lanzando por sus bocas llamas de fuego, encima de un palafren, llevando el niño en sus brazos, tomó el camino por la espesa montaña contra una villa donde el Emperador estaba, que Trimola se llamaba; mas no anduvo mucho sin que muchas compañas de gentes que el niño buscaban encontró; que, por el grande espanto y miedo de los dragones, así como de la muerte, della huian. Mas ella muy alegre, riyendo de así los espantar, no se apartaba del camino; y anduvo tanto, hasta que al encuentro le ocurrió aquel valiente y esforzado rey de Cerdeña, don Florestan, que mucho afan habia pasado en aquella demanda, y habia hallado ya al hijo de don Garadan y á sus caballeros, maltratados de la quistion que entre sí hubieron, como ya se os contó. Y como habia visto huir la gente de los dragones, quiso saber qué cosa sería, como aquel que su fuerte y bravo corazon en los semejantes casos de grande afrenta, como aquella era, habia de mostrar su alta virtud. Y llegado donde la dueña venia, conocióla muy mejor que los otros, que della noticia ninguna habian habido; y sin ningun temor ni miedo se fué para ella, humillándosele con muy gran cortesía. Y la dueña Urganda se comenzó á reir, y dijo: «Esforzado Rey, llegáos á mí; que siendo yo de vos aguardada, los espantables dragones serán muy bien excusados, pues que su gran braveza á la vuestra igualar no se puede.»

Entonces el Rey, acostando la lanza á un árbol, quitándose el yelmo de la cabeza, vido la dueña sola en su palafren, con el niño en los brazos, sin saber qué se hizo de aquellas dos tan grandes serpientes; y saludando el uno al otro, la tomó el Rey por la rienda, y dió las armas á su escudero, que en pos dél venia; y con gran placer del uno y del otro, hablando en muchas cosas, llegaron á la villa de Trimola, donde la Emperatriz, por la pérdida de su hijo, con muy grande angustia y no menos lágrimas hallaron. Y tornándolo todo al contrario, con aquellas fuerzas que la grande alegría sobre la tristeza tener suele, siendo ya las angustiosas congojas pasadas, enviaron luego mensajeros á todas partes al Emperador, que con muchas compañas por otra via habia salido. El cual venido, no menos placer con la vista de Urganda que con haber su hijo cobrado, su ánimo sintió. Mas agora los dejarémos en su gran deleite, que con las esperanzas que Urganda les dió en la pérdida del rey Lisuarte, mucho fué acrecentado; y contaros hemos qué hicieron los dos noveles caballeros despues que de Urganda se partieron.

CAPITULO XXXII.

En el cual, contando la historia de las extrañas aventuras que á estos noveles acaecieron, dice cómo en una montaña con un valiente oso lidiaron, y dende á la ribera se volviendo, hallaron su barca en las ondas casi perdida.

Estos dos noveles, rey de Dacia y Maneli el Mesurado, partidos de Urganda, como habeis oido, llegaron á su barca, donde los escuderos hallaron, y entrando en ella, metiéronse al hondo, no pensando de ir á otra parte sino donde la ventura los guiase; y como quiera que á la sazon muy agradable el tiempo les fuese, no tardó mucho, con la gran fuerza de los vientos que les sobrevinieron, que la mar fué tan embravecida y la tormenta tan grande y fuerte, que ni se podia hallar ni dar remedio; aunque todos cuatro, con los remos que tenian, mucho trabajasen por tornarse á la tierra donde habian salido. Y como sin esperanza alguna se viesen, sino la de Dios, encomendándose á él, se consolaban, diciendo que no se diesen ellos mucha fatiga ni trabajo de lo que la fortuna y aquel mal tiempo les daba; considerando que la honra y el prez de las armas no se podia alcanzar sino con las cosas mas cercanas á la muerte. Pues así estaban todos cuatro, sin saber lo que dellos podria ser; porque aquella tan pequeña morada y aposentamiento suyo, en la voluntad de los fuertes vientos y de las bravas ondas, mas que en la suya dellos, estaba para ser guarida ó perdida del todo. Pero la barca ni por su miedo ni consolacion no dejaba de ir discurriendo á las partes que la ajena voluntad la guiaba, así de dia como de noche desmandada, sin que tierra ni persona que por la mar anduviese ver jamás pudieran. Mas ya al cabo de treinta dias, no les quedando ya casi vianda alguna, la fortuna los echó junto á una isla pequeña, muy hermosa de árboles, en que habia algunas peñas que de fuera parecian.

Mucho placer hubieron aquellos caballeros en se ver, por cualquier manera que fuesen, salidos en tierra; y como la barca á la orilla llegase, salieron fuera, y atándola por la cadena á un árbol, dejando en ella el uno de sus escuderos, acordaron de saber qué remedio allí se hallaria; y comenzaron de entrar por la isla, llevando los yelmos en sus cabezas y los escudos á los cuellos. Mas no anduvieron mucho, que en un valle hallaron una fuente debajo de unos altos y hermosos árboles, donde quitados sus yelmos, se lavaron y bebieron del agua, que dulce y sabrosa les pareció. El escudero que con ellos iba, que era del rey de Dacia, que Argento se llamaba, les dijo: «Buenos señores, yo, que vengo sin armas, si lo teneis por bien, quiero saber qué hay en esta isla, porque, segun lo que hallare, así tomaréis el acuerdo.—Bien será, dijeron ellos, pero sea de manera que no vos perdamos.—Así lo haré, dijo él, que si desde aquella cumbre no viere lo que busco, tornarme he para vosotros.» Entonces se fué por entre las matas, y siendo una pieza dellos alejado, vido contra sí venir un oso muy grande á maravilla, de que hubo gran temor; y dando muy grandes voces que lo socorriesen, se subió muy presto en un árbol; mas el oso lo siguió hasta ser al pié del árbol. Los caballeros, que á la fuente quedaron, como las voces de Argento oyeron, fueron á mas correr hácia allá, con tanta

priesa, que los yelmos no pudieron tomar, y se quedaron cabe la fuente; y llegando al escudero, viéronle estar en el árbol, y el oso que subia por lo tomar; mas ellos dieron muy grandes voces porque lo dejase, á las cuales el oso volviendo el rostro, vido los caballeros que contra él iban, descendió cuanto mas pudo, y se volvió para ellos levantado en los piés traseros. Maneli, como de mas edad y mas recio que el Rey fuese, iba delante, poniendo el escudo encima de la cabeza, y la espada en la mano fué para él, y dióle un gran golpe en la cabeza, que le derribó la una oreja con parte de las quijadas; mas el oso le tomó entre sus fuertes brazos y trabo con los dientes en el escudo tan fuertemente, que todos pasaron de la otra parte; así que, Maneli fue tan embarazado de los brazos, del oso que consigo apretado le tenia, que no se pudo valer ni hacer mas, y parecióle que todos los huesos del cuerpo le quebraban. Mas á esta hora llegó el rey de Dacia, y hirió con su espada al oso en el un brazo de tal golpe, que se lo cortó todo á cercen, junto á la mano, de manera que luego cayó en tierra. El oso dió un gran bramido, y soltando el caballero, comenzó de huir en tres piés, y el Rey en pos dél corriendo por lo herir; y no lo pudiendo alcanzar, tornóse donde Maneli estaba asaz quebrantado de la batalla del oso; y como llegó á él, preguntóle cómo le iba. «Mal me va, dijo él; que aquella mala bestia endiablada me ha quebrantado todo mi cuerpo.»

En tanto decendió el escudero del árbol muy espantado, y vínose para donde ellos estaban, y díjoles: «Señores, esta tierra mas me parece de animales brutos que de otras gentes; muy bien será, si os parece, de volveros á la fuente, y entre tanto que la mar sosiega su furia, podria ser que por allí acudiese alguna persona, si la isla no es despoblada. —Hagámoslo así, dijo Maneli, porque pueda ser en fuerza tornado.» Así se volvieron á la fuente, y llegando cerca della, vieron estar dós jimios muy grandes, que tenian los yelmos en las manos, y poníanlos en las cabezas y quitábanlos; y cuando vieron á los caballeros subiéronse encima de los árboles, llevándose los yelmos; andaban tan ligeros de unas ramas en otras, como si ninguna cosa llevaran. Los caballeros, que debajo estaban, dábanles voces y tirábanles piedras; mas los jimios se guardaban muy bien dellas, regañando los dientes tan fuertemente, que los hacian crujir. Cuando los caballeros así vieron sus yelmos perdidos por tal aventura, y lo que los jimios hacian, y cómo los amagaban con ellos para se los tirar, y los detenian, ni pudieron estar que de muy gran gana no riyesen; mas no sabian qué hacerse, que la entrada de la mar les defendia la tormenta; pues estar en aquel yermo, no teniendo otra vianda, sino algun poco que les habia quedado, no esperaban otro ningun remedio que á ellos bueno fuese. Pero acordaron de quedar allí aquella noche, y mandaron á Argento que llamase al otro escudero, que en la barca habia quedado, y que trajese algo para que comiesen, que bien menester lo habian. Esto se hizo luego como fué mandado, y venidos con el recaudo, desarmáronse luego los caballeros, y cenaron cabe aquella fuente, hablando en muchas cosas de placer. Y cuando fué tiempo de dormir, acostáronse sobre la fresca yerba, que allí habia mucha, y durmieron hasta la mañana, como aquellos que los dias pasados poco sosiego ni reposo en la mar habian tenido, temiendo de ser anegados.

Y siendo el dia venido despertaron, y vieron debajo de los árboles en el campo sus yelmos; pero no hallaron las lorigas, de que muy maravillados fueron. Y buscando al derredor de sí, miraron encima de los árboles y vieron cómo los jimios las tenian vestidas, y comenzáronse á santiguar, creyendo que algunos diablos fuesen aquellos jimios. Mas Argento, el escudero del rey de Dacia, que agudo y de muy sutil ingenio era, dijo á los caballeros: «Señores, busquemos algun modo para cobrar las lorigas, y vamos de aquí, que la vianda nos falta; que menos peligro será tentar la fortuna de la mar, con la piedad de aquel muy alto y poderoso Señor, que morir en esta isla yerma de hambre.—Bien decis, dijeron ellos; mas ¿cómo se hará eso, que los árboles son tantos y tan altos, que por ninguna manera se podrán haber los jimios.» Entonces fué á cortar una rama de un árbol, la que mas le pareció aparejada para su obra, y hizo della un arco, y puso en él una cuerda de seda, de las que en los escudos traian, con que á los cuellos los echaban. Asimesmo hizo flechas con puntas muy agudas, y paróse debajo de los árboles, y comenzó con ellas á tirar á los jimios, y por mucho que ellos se guardaban, el escudero, que de aquella arte sabia, dábales en las caras y cabezas y por los cuerpos, de manera que les hacia sangrar por muchas partes. Los jimios querian huir, mas embarazábalos el peso de las lorigas; así que, no se podian valer y daban muy grandes gritos, de que los caballeros tomaban muy grande placer, y reian mucho, y esperábanlos con las espadas para los matar cuando cayesen. Finalmente, tanto los aquejó Argento, y tantas heridas les dió, que desacordados de sus proprias fuerzas, derribó al uno á tierra, y luego despues al otro, y fueron luego tomados por los caballeros, los cuales no los quisieron matar, antes en habiéndoles quitado las lorigas, los soltaron luego, porque guareciesen.

Esto así hecho, armáronse, queriéndose tornar á embarcar, teniendo por mayor fortuna aquella de la yerma y deshabitada tierra en que no tenian esperanza, que la de la mar; que así como la muerte es el reparo de la vida, así della les podria esta ocurrir; pero de otra manera les aconteció, que llegados á la ribera, hallaron que la mucha fuerza de los vientos quebrantó la cadena con que la barca presa estaba, y la habia metido á lo hondo, de que muy desmayados fueron, creyendo que ya de todo en todo, sin ninguna esperanza de alcanzar ninguna fama ni gloria, la muerte les era venida; y turbados de ver un tan extraño caso, acordaron de se tornar á la fuente que ya oistes, y esperar con aquella poca vianda, que para dos dias les podia bastar, esperando que la misericordia de Dios, que allí los habia llevado, los sacaria á puerto.

CAPITULO XXXIII.

De que estando esperando estos caballeros la aventura que de Dios les viniese, la tormenta de la mar echó allí á aquel valiente Frandalo, con su nave, en qúe á la doncella Carmela, embajadora de Esplandian, captiva traia, con el cual Maneli el Mesurado por librar á la doncella aceptó la batalla.

Pues ya pasados aquellos dos dias, que ninguna cosa que comer pudiesen les quedaba, esperando, sin ninguna esperanza de la vida, la cruel muerte, estando sobre una muy alta peña, mirando la gran braveza de la mar, que aun ninguna cosa habia sosegado, vínoles el remedio que agora oiréis, mas no sin gran afrenta y peligro de sus vidas; que á muy poco rato del dia vieron hácia sí venir una nave contra donde ellos estaban, que la fortuna por allí traia, sin ningun gobernalle, de que no poco placer sus ánimos sintieron en verla así venir. Pues ya llegada á la ribera la nave, y los caballeros al agua, preguntaron á los hombres que en ella venian cúya era aquella fusta. Respondieron ellos: «Es de aquel que su mayor alegría es cuando pone en mas tristeza y tribulacion aquellos que le encuentran.—Aunque ese sea, dijeron los caballeros, nosotros la tenemos tan grande, que regalo nos será cualquier crueza que sacándonos de aquí nos sea hecha; y decidnos, si vos place, ¿quién es este que decis que tal espanto pone?—Este es, dijeron ellos, aquel valiente Frandalo, que con su grande esfuerzo corre y sojuzga toda la mayor parte destas mares con su gran flota; que esta tormenta que veis ha esparcido en diversas partes, quedando él en esta sola fusta, que por muchas veces ha sido en punto de ser anegada.» Pues á esta sazon que hablaban salió al borde de la nave un hombre, y como vido los caballeros así armados, dió grandes voces diciendo: «Salid, Señor, salid; que aquí están los dos caballeros que mataron á vuestro primo, hijo de hermano.» A estas voces salió un caballero grande de cuerpo y muy fiero de rostro, y dijo contra los caballeros: «¿Sois vosotros los que matastes á Lindoraque, mi primo?—No sabemos, dijo Maneli, quién fué vuestro primo, ni hasta agora desde que caballeros fuimos, nunca nuestras espadas fueron probadas en cosa que afrenta se pueda llamar.—No lo creais, dijo el escudero; que estos son los caballeros que yo digo, que yo los conozco en las armas, y así lo dirá la doncella que aquí presa traeis.» Frandalo les dijo: «Caballeros, no conviene negar lo que hicistes, pues que no vos ha de aprovechar; que forzado es que padezcais la muerte, porque la distes al mejor caballero del mundo y al que mas amaba.» Maneli, como era muy mesurado, respondióle diciendo: «Si tal fué aquel vuestro primo, como vos decis, bien osariamos aventurarnos al peligro con que nos amenazais, por haber ganado la gloria de tal vencimiento; pero de lo que por nos pasase no terniamos por honesto de nos loar, cuanto mas aquello que nunca hecimos.—Pues salga la doncella, dijo Frandalo, porque nos declare la verdad.»

Entonces aquel escudero fué por ella y trújola, y como ella vió á los dos caballeros, dijo en alta voz: «¡Santa María! ¿quién son estos que veo? que las armas son de mí conocidas, mas no sus rostros.» Y dijo: «Caballeros, decidme por Dios, ¿dónde hubistes esas armas?—Buena doncella, respondió el rey de Dacia, ¿por qué lo preguntais?—Porque, dijo ella, yo las vi á dos caballeros que, si aquí se hallasen, procurarian hasta la muerte pelear para me sacar desta prision.—Pues decidnos, si os place, dijo el Rey, quién son los caballeros á quien estas armas vistes, y si la razon nos obliga de os poder librar y las fuerzas para ello nos bastan, la voluntad no faltará de lo poner en ejecucion.—Pues qué así vos place, dijo ella, decir vos lo he, y cumplid lo que prometeis.—Sabed, dijo ella, que al uno llaman Talanque y al otro Ambor, compañeros de aquel mi señor cuya yo soy.—¡Ay doncella, dijo Maneli, por Dios decidnos lo qué dellos sabeis!—Pues rogad, dijo ella, á este caballero que por fuerza me trae, qué me deje libre, y todo lo que yo supiere vos será por mí manifiesto; que no será poco de contar, ni el placer quo dello, si los amais, se vos seguirá.» Entonces ellos rogaron muy ahincadamente al caballero de la nave que les diese la doncella, pues que contra su voluntad la traia. Él se comenzó á reir como en escarnio, y dijo: «No pasará mucho tiempo que os porné yo en tal parte que ella habrá de ser rogadora por vosotros; y procurad de vos defender, y no de huir, que en esa isla yo muy bien conozco que no podréis escapar.»

Maneli, que así se oia amenazar, hubo muy grande enojo, y dijo: «Caballero, con mas razon podriamos nosotros decirvos eso, porque estáis en parte donde libremente podeis ir donde os placerá; que nosotros, ni tenemos fusta ni reparo en la tierra, con que las vidas se puedan sostener. Y pues vuestro corazon basta á vos poner en tanta soberbia, baste para vuestra persona la ejecutar con aquel que de nosotros mas le contentare, viniendo vos aquí donde nosotros estamos, ó con seguro de todos los vuestros, sino de vos solo, entrando allá en esa nave donde estáis, y el vencedor lleve la doncella.» Frandalo, que en muy poco los tenia, así por su tierna edad dellos como por la sobrada valentía que tenia, comenzó á demandar sus armas, que luego se las trujesen, y así se hizo; que él fué armado y muy ricamente, como aquel que por sí tenia todas las demás riquezas de los que en aquellas partes navegaban. Y saltando en la barca de la doncella que de la nave trabada estaba, salió en tierra, donde los caballeros estaban, el yelmo enlazado y el escudo al cuello, y díjoles: «Mozos desaventurados, habed piedad de vuestra juventud, dejando las armas y poniéndoos en la mi merced.» Dejemos ya tantas amenazas, dijo Maneli; que yo fio en Dios que esa merced presto la pediréis, y escoged el uno de nosotros que la doncella vos demande, y el otro en esta barca se pasará á vuestra fusta, porque la batalla se haga con igual pérdida. De cualquier manera que sea, dijo Frandalo, no os me podeis escapar, que en poco tengo yo batalla de dos caballeros, aunque muy señalados en el mundo fuesen; pero á tí quiero dar esta gloria, que será la mayor y postrimera que en tu vida podrás ganar, en te hacer tan osado, que solo conmigo en el campo quedes. Maneli no le respondia cosa alguna, y volviéndose al rey de Dacia, le dijo: «Buen señor, pues que á este caballero place que yo haya la primera batalla, mucho os ruego que vos paseis á la nave, y si mi ventura fue-

re de morir aquí, sabed lo que la razon vos obligare.» El Rey, que vido ser aquello justo y en acrecentamiento de la honra dellos, saltó en la barca y pasóse á la nave donde los hombres y la doncella estaban, rogando á Dios que diese la victoria á su compañero, y á él esfuerzo para le vengar si otra cosa dél no ordenase.

CAPITULO XXXIV.

De cómo Frandalo fué vencido en la batalla, y á merced de Maneli se rindió, y de cómo le ganaron la nave y libraron la doncella.

Quedando así solos el fuerte Frandalo y Maneli el Mesurado, como habeis oido, Maneli le dijo: «Caballero, dadnos la doncella y id vuestra via; que de las palabras de soberbia que habeis dicho, como sobre vos torne el denuesto, yo vos doy por libre dellas. —Pues que ya el corazon te fallece, dijo Frandalo, deja las armas, y habré piedad de tí, y será hacer lo que pocas veces acostumbro de hacer. —Agora te guarda, dijo Maneli; que yo quiero ver si tus fuerzas bastan para quitar de culpa á tu gran soberbia.» Entonces se acometiéron muy bravamente; que el caballero era muy membrudo, como aquel que venia, de parte de su madre, de los mas fuertes jayanes de todo el señorío de Persia; y de su padre, de muy valientes y esforzados caballeros paganos, que así lo era él. Mas Maneli, como quiera que de poca edad fuese, y nunca en otra tal necesidad se hubiese visto, sino solamente en el acometimiento del socorro de Urganda la Desconocida, aquella generosa sangre del muy valiente y muy esforzado rey Cildadan, su padre, le daba tanta y tan grande osadía, que antes la muerte mil veces que una sola vergüenza queria sufrir. Y diéronse grandes y muy esquivos golpes de las espadas sobre los yelmos, que el fuego en vivas llamas hacian en ellos encender. Así que, las cabezas, sintiendo su gran dureza, eran algunas veces abajadas hasta los pechos. Pues los escudos no quedaban sin su parte recibir, de tal manera, que el campo era sembrado de sus rajas, tanto, que espanto grande ponian á aquellos que de la nave los miraban, y maravillábanse mucho, segun las grandes cosas á Frandalo habian visto vencer, que tanto un solo caballero le durase en el campo. Y el rey de Dacia, que no tenia creido que las fuerzas de Maneli tanto podian pujar, estaba muy alegre, porque lo veia andar muy ligero y que nada de la fuerza le faltaba; pero no sin mucho temor esperando el fin de la batalla, viendo la gran valentía de Frandalo, que con mucha sabiduría daba y recebia los golpes. Mas los caballeros anduvieron hiriéndose por todas partes, sin un punto descansar una hora grande, que ninguna mejoría se podia conocer del uno al otro. Pero la doncella, que los miraba, decia: «Si vosotros sois de aquel linaje, de aquella compaña de mi señor, y de los otros que estas armas traen, no tengo en duda que lleveis de aquí la gloria del vencimiento, y yo la libertad con que mi embajada cumplir pueda.» Mas dígovos de los hombres que en lá nave eran, ellos no pensaban que Maneli hubiese la victoria, porque todos los mas dellos andaban allí por fuerza contra su voluntad; que nunca á la tierra llegar los dejaban.

A esta sazon ya los caballeros andaban muy cansados, y sus armas rotas por muchos lugares; así que, poca defensa en ellas hábia. Las lorigas eran desmalladas por muchas partes, por donde la sangre salia en mucha abundancia, que el campo hacia teñir. El caballero de la nave se apartó afuera un poco, y dijo: «Caballero, ponte en mi poder y no quieras así morir; que por la bondad que en tí conozco, mas que en otro alguno de cuantos he probádo, yo haré contigo lo que nunca con ninguno hasta hoy hice.—Danos la doncella, dijo Maneli, y aquella barca con alguna vianda en que nos vamos, y quitar te he la batalla; que de otra guisa, ni tus palabras ni fuerzas te quitarán que no mueras á mis manos; y si luego no lo otorgas, despues será excusado; que yo te digo que hasta que tu muerte ó honra sea acabada, por mí no te será dado espacio alguno.» Y poniendo lo poco del escudo que le habia quedado delante de sí, fué para él con gran esfuerzo; mas al otro, como quiera que muy cansado y herido estuviese, no le halló con ninguna flaqueza, antes vino contra él, y diéronse muy grandes y esquivos golpes de las espadas, que se hacian de uno y de otro cabo revolver, y no parecia que de fuerza nada les falleciese. Pero Maneli, considerando el gran peligro en que estaba, donde antes la muerte que el vencimiento habia de recebir, sabiendo la crueza de aquel caballero, que no era satisfecha sino cuando en mayor grado la ejecutaba, procuró de poner todas sus fuerzas, en las cuales, despues de Dios, tenia la esperanza de su salvacion, y aquejó tanto á Frandalo con tan duros y mortales golpes, que lo traia como desatinado, y ya no entendia sino en los recebir en la espada. Mas sintiéndose ser herido á punto de muerte, así de la mucha sangre que se le iba, como de los muy grandes golpes que el otro le daba, sabiendo que en la tierra no habia guarida, metióse por el agua, creyendo hallar en los suyos algun socorro; Maneli, aunque muy mal herido estaba, entró tras él, mas no pudo llegar á él, que como fuese mas alto que él, donde le daba á Frandalo á los sobacos, le daba á él á la garganta.

A esta sazon fué muy gran revuelta en la nave; que cuatro criados de Frandalo saltaron muy presto en la barca, y fuéronle á socorrer. Maneli, que hubo recelo que le anegaran, tornóse muy presto á la tierra. Pues aquellos hombres con muy mucho afan tomaron á Frandalo tan desacordado, que casi no tenia mas ningun sentido. Los otros, que en la mesma fusta estaban, tomaron las armas para matar al rey de Dacia; mas aquellos que por fuerza allí traian, pusiéronse de su parte, y comenzóse entre ellos una peligrosa batalla. La doncella estaba á las espaldas del Rey, escudándose con él, y él la amparaba cuanto podia, y daba grandes golpes, segun su edad, á los que á él se allegaban; mas como vido que de algunos dellos era ayudado, cobró mas corazon, y metióse entre ellos, hiriendo y matando los que podia, que los hallaba desarmados, que no tenían los mas dellos sino unas varas con puntas de hierro, que así los traia Frandalo á sabiendas, porque no se le alzasen; y de tal manera los aquejó con los que le ayudaban, que los hizo rendir á que merced le demandasen. En tanto los de la barca aguardaban si los súyos

vencerian para se acoger en ella con su señor, que algo mas acordado ya era. Y cuando vieron que el caballero extraño tenia por sí la fusta, fueron muy desmayados, y no sabian qué se hacer; que á su señor se le iba tanta sangre de las heridas, sin que remedio le pudiesen poner, que otra cosa alguna no entendian, sino verle ante sí morir.

Maneli estaba, como habeis oido, en tierra, á la ribera de la mar; que los de la fusta no podian tomarle como querian, por la bajura del agua, ni él á ellos podia pasar; y Argento, el escudero del Rey, y Milon, el otro su escudero, quitadas de sí las camisas, tomábanle la sangre, que mucha se le iba. Frandalo, que se veia ya á punto de muerte, sin que remedio alguno tuviese, aunque pudiera irse en la barca, que lo pudiera bien hacer, no se atrevia, porque, segun el muy gran trecho que de navegar habia, y la flaqueza suya le atormentaba, no pensaba que una legua le durase la vida; y como no hallase remedio, quiso antes con gran atrevimiento tentar lo que hallaria en aquel caballero su enemigo, que esperar el cruel trago de la muerte, y dijo con voz flaca: «Caballero, si me aseguras la vida, seré puesto en la tu merced, esperando hallar en ella algun reparo.» Maneli, que con aquello su honra era satisfecha, mas que con dejarlo así morir, otorgóselo, y mandó á los hombres que sin recelo lo llevasen á la nave, y así se hizo; que el Rey y los que con él eran, lo tomaron de la barca y lo pusieron en su lecho, donde por algunos de los suyos le fué tomada la sangre, y curado como lo habia menester, y mandó pasar la barca, y trajeron á Maneli y á los escuderos. Mucho se alegraron todos con aquella buena ventura que Dios les habia dado, aunque no sin gran peligro, como oido habeis; Maneli fué asimesmo curado y puesto en otro lecho, y la doncella los abrazaba muchas veces, diciendo: «La vista destas vuestras armas me hacen recordar de aquel mi señor y de sus amigos, con dulce memoria y mas crecido deseo de los ver.»

CAPITULO XXXV.

De cómo, esperando estos caballeros buen tiempo para navegar, y curándose de sus heridas, quisieron saber de la doncella quién era y las nuevas que sabia, y de lo que ella y un escudero respondieron.

Esto así acabado, quisieron los caballeros saber de la doncella quién era, y dónde habia visto á Talanque y á Ambor; y estando asentados el Rey y ella ante el lecho de Maneli, rogáronle que se lo dijese, como lo habia prometido. La doncella les dijo: «Mis buenos amigos, segun la grande alegría que mostrastes cuando dellos os dije, bien parece que los amais mucho, y dígoos que yo los dejé muy alegres y sanos, en tierra y parte donde mucha honra y gran prez de armas ganaron. Y de mí sabréis que soy mandada del mejor caballero del mundo, y que yendo en su servicio fuí tomada por la gente deste Frandalo, que aquí teneis preso, como fueron otros, que tan poco como yo se lo merecieron. Y si mas quereis de mí saber, ponedme en Constantinopla, donde es el fin de mi viaje, y allí os diré cosas muy extrañas y maravillosas, que en la parte donde yo vengo acaecieron.» Cuando los caballeros vieron que la doncella así se queria encubrir, hicieron llamar al escudero que dió las voces, llamando al caballero de la nave, y dijéronle: «Decidnos luego, ¿qué conocimiento hubistes de nosotros, que así procurábades nuestro daño, afirmando lo que nunca hecimos?» El escudero, que gran temor tenia, dijo: «Señores, pues que sois caballeros, no os debeis maravillar que yo quisiese tomar venganza de la muerte de un señor que me crió, el cual mataron dos caballeros que traian esas mismas armas, no sé si sois vosotros. —¿Adónde fué eso? dijo el Rey. —Bien cerca, dijo él, de la fuerte montaña Defendida, donde yo encontré esta doncella, que iba por un espeso valle de árboles con un caballero sin armas, y luego me partí della, sin que mas supiese, sino que torné donde fué la batalla de los dos caballeros con el Gigante mi señor, y hallélo muerto; y despues supe cómo un caballero de unas armas negras ganó el señorío de aquella montaña, matando por su persona dos muy fuertes jayanes y otros dos caballeros que en el fuerte alcázar della estaban; y otra cosa no sé mas de cuanto he dicho.»

Cuando esto los dos caballeros oyeron, dijo el rey de Dacia: «¡Ay santa María, váleme! que aquel debe ser Esplandian, que con tales armas fué armado caballero, y segun lo que Urganda dél dijo, no á otro ninguno pudo ser otorgada la gloria del tal vencimiento.» La doncella comenzó de reir cuando así los vió de tal manera; Maneli le dijo: «Doncella, por la fe que debeis á la cosa del mundo que mas amais, decidnos lo que desto sabeis. —La cosa del mundo que yo mas amo, dijo ella, es aquel caballero de las armas negras, y no cureis de me conjurar, que no os lo diré sino allí donde os tengo dicho. —Pues ni por eso quedará, dijeron ellos; que si la fortuna no lo estorba, harémos que la nave se guie donde pedis.» Entonces hablaron con los marineros, preguntando si sabrian guiar á Constantinopla. «Muy bien, dijeron ellos; que no es tan léjos, que cesada esta tormenta, no podais ir allá en cuatro dias. —En el nombre de Dios, dijeron ellos, aguardemos aquí hasta que el tiempo sea enderezado, y haced curar mucho de Frandalo, porque no muera; que podrá ser que así como se le mudó la fortuna, que siendo hasta aquí vencedor, es ahora vencido, se le mudará la condicion en seguir otro mejor camino; que así acaece muchas veces.»

CAPITULO XXXVI.

De cómo, el tiempo sosegado, los caballeros, á ruego de la doncella, navegaron á Constantinopla, donde acompañando la doncella al palacio, entregaron á Frandalo en servicio al Emperador y á Leonorma, segurándole la vida.

Así como habeis oido, estaban el rey de Dacia y Maneli el Mesurado en aquella nave que por su gran proeza ganaron, donde hallaron el reparo de vianda y de otras muchas cosas que habian menester, curando de Maneli la doncella, que de otro no se fiaba, y de Frandalo un hombre de los suyos que allí traia para aquello, esperando que la fortuna de la mar sosegase; y así estuvieron veinte dias que de aquel lugar no se osaron mover; en cabo de los cuales, siendo el tiempo sosegado, partieron la via de Constantinopla; mas

Frandalo, que ya mejorado era, aunque no en tal manera que del lecho se pudiese levantar, sabiendo el viaje que llevaban, considerando los muchos enojos, y deservicios que al Emperador tenia hechos, y á otros muchos que no se lo merecieron, grande angustia y dolor en su ánimo llevaba, creyendo que ninguno seria poderoso de le quitar de la muerte, si en aquella parte fuese visto; y así lo decia al rey de Dacia, rogándole que tuviese manera con su compañero cómo de aquel gran peligro le pluguiese quitarlo; pero ellos le ponian en buena esperanza, si las cosas hasta allí por él hechas de allí adelante en otra guisa las mudase.

Así navegando como dicho es, al cuarto dia en la mañana, cuando el alba queria romper, llegaron á Constantinopla, de que muy gran placer la doncella hubo, teniendo ya por acabado aquello que su muy amado Señor con tanta aficion le habia mandado que hiciese. Pues allí llegados los caballeros, preguntaron á la doncella qué le placia hacer, y que les dijese lo que les prometiera de Talanque y Ambor, y del caballero de las armas negras, pues que ellos habian cumplido todo aquello que ella habia querido. La doncella les dijo: «Buenos amigos, á mí cumple hablar con el Emperador y con su hija, y si á vos pluguiere de me llevar ante ellos, allí sabréis todo lo que yo sé; que mucho holgaréis dello.» Maneli, que aun flaco estaba, rogó al Rey que acompañase á la doncella, y supiese aquello que tanto les cumplia, porque pudiesen hallar aquellos caballeros que tanto amaban. Al Rey le plugo, así por aquello, como por ver al Emperador y á su hija, que tan loada en el mundo por muy hermosa era. Y luego se armó de todas sus armas, salvo el rostro y las manos, y como era muy hermoso y en edad de diez y seis años, y las armas muy ricas, parecia muy apuesto caballero. Y queriendo salir de la fusta con la doncella, díjole Maneli: «Mi señor, bien será que de nuestra parte le sea hecho algun servicio á esta hermosa infanta, porque de nosotros en esta parte quede alguna memoria, y sea este, que lleveis con vos á Frandalo, y se lo deis de parte de dos noveles caballeros de la ínsula Firme, y que guardándole la vida, mande dél hacer lo que mas sea su servicio.—Bien decis, dijo el Rey; que como este ha sido muy contrario á su servicio, podrá ser que este premio le traiga en otro conocimiento, con que sus grandes yerros sean enmendados.» Esto fué luego dicho á Frandalo, de que en gran sobresalto y vergüenza fué puesto. Pero no pudiendo ál hacer, vistióse, y como mejor pudo se levantó del lecho, y tomándolo Argento, el escudero del Rey, consigo, para le ayudar, y el Rey llevando á la doncella por la mano, á pié como estaban salieron de la nave, y se fueron á entrar dentro en la ciudad.

Cuando las gentes vieron la doncella tan ricamente ataviada, y el caballero tan hermoso y con tales armas, y como delante sí llevaban á Frandalo, que muy conocido de todos por malo y fuerte caballero era, mucho fueron maravillados de los ver, y llegábanse de todas partes por saber qué aventura allí los traia; tanto, que el camino les era embargado, que apenas podian ir por la calle adelante, y así llegaron al gran palacio del Emperador, que á la sazon fuera en un bosque andaba á caza, que cerca de la ciudad tenia, donde en gran número habia venados y otras muchas animalías de caza, de extrañas maneras, que de lejanas tierras allí hacia traer. La doncella preguntó por el aposentamiento de la infanta Leonorina, y habiéndoselo mostrado, rogó á sus porteros que le dijesen cómo una doncella y un caballero extraño le querian hablar. Cuando Leonorina lo oyó, y le dijeron de la forma que venian, mucha priesa se dió por los ver, y mandó que entrasen. Pues llegados en su presencia, donde estaba con la reina Menoresa y otras muchas doncellas, hijas de reyes y grandes príncipes, maravilláronse extrañamente en ver su gran hermosura, y mucho mas la doncella que el Rey, porque, como él hubiese visto á la muy hermosa Oriana con la reina Briolanja, y á Melicia y Olinda, como quiera que esta infanta á todas ellas en hermosura pasase, no era en tanto grado, que á él la memoria de las otras le hiciese perder.

El Rey hincó los hinojos ante Leonorina por le besar las manos, mas ella las tiró á sí, no se las queriendo dar, y levantólo. La doncella se le humilló estando en pié, sin que mas acatamiento le hiciese. Leonorina, que la miraba, díjole: «Buena doncella, vos seais muy bien venida, y el caballero que os aguarda.—Infanta, dijo ella, cuando él haya dicho la razon de su venida yo hablaré contigo y te diré quién soy, y por qué causa, con mucho peligro de mi persona, he venido á te ver y hablar.» Entonces el Rey le dijo: «Hermosa señora, como yo y otro caballero, siendo noveles, partiésemos del gran puerto de la ínsula Firme, y nos hallásemos en una barca por la mar adormidos en muy gran sueño, por extraña aventura, cuando dél recordamos en la alta mar, sin saber dónde la ventura nos habia guiado, y despues que algunas cosas por nosotros pasaron, la tormenta nos vino en tal manera, que nuestras vidas muchas veces fueron puestas en el punto de la muerte, no en afrenta de armas, mas en aquella con que la fortuna suele atormentar á los que le place, porque mostrando sus fuerzas en las adversidades, en mayor grado tengan su gran poder, siéndoles por ella al contrario remediadas. Pues ya llegados con mucho afan á una isla despoblada, habiéndonos faltado toda la vitualla que para nuestro sustento llevábamos, y nuestra barca, con la fuerza de la gran tormenta, arrancada del puerto y metida á lo hondo, esperando la muerte, sin ninguna esperanza de sostener las vidas, ocurrió á la hora este caballero Frandalo, perdido de su conserva, en una nave que á esta doncella traia presa. Y nosotros, así por su deliberacion della como por la nuestra, siendo por él con la cruel muerte amenazados, mi compañero con él, y yo con los suyos que en la fusta venian, hubimos una fuerte batalla, en la cual siendo nosotros vencedores, señoreando su nave, y á él tomando preso, acordamos, por ruego de esta doncella, de navegar á esta parte, donde esperamos entrar en la demanda de un caballero de unas armas negras, á quien está prometida toda la fama y toda la gloria que en el prez de las armas se puede alcanzar; y porque sabemos que aquel tan famoso caballero Amadís de Gaula, señor de aquella ínsula Firme, tiene sojuzgada toda su vo-

juntad á la honra y no menos servicio de vuestro padre, reconociendo aquel tan gran beneficio y merced que en sus afrentas pasadas recibió dél; nosotros, como sus caballeros y leales amigos, quisimos servir á vos, mi señora, con este Frandalo, que, segun habemos sabido, así como por la tierra otros muchas cosas extrañas han hecho por donde ganaron gran fama, así este parece que de la fortuna le fué otorgado que muy gran parte de las mares le fuesen sojuzgadas, para que, siéndole guardada la vida, como por aquel caballero que le venció le está prometida, en todo lo otro siendo puesto en la vuestra merced, mande dél ordenar aquello que mas su servicio sea.» Leonorina estaba muy gozosa con aquellas cosas que el caballero decia, oyendo hablar de la ínsula Firme; agradeció al caballero aquel presente que le daba, diciéndole que en tanto mas lo tenia cuanto ellos de mas lejana tierra venidos y mas apartados de ser en cargo á su servicio fuesen.

Entonces mandó á un mayordomo suyo, llamado Almeno, príncipe de Brandalia, que pusiese buen recaudo en Frandalo hasta que al Emperador, su padre, entregado le fuese. El rey de Dacia, vuelto á la doncella Carmela, dijo: «Amiga, ya sabeis lo que nos prometistes de nos decir; sea luego, porque aquello será causa de alcanzar lo que en otra manera muy con dificultad podriamos hallar.» La doncella le dijo: «Caballero, tornáos á la nave en tanto que yo hablo con esta infanta; que por mí os será manifiesto todo lo que yo supiere.» Pues el Rey despedido de aquella infanta, tornado á la nave, contó á Maneli, su compañero, todo lo que viera de la muy gran hermosura de Leonorina, y de la grandeza tan sobrada en que la hallara, y cómo la doncella seria luego allí con ellos, segun le habia prometido.

CAPITULO XXXVII.

De cómo la doncella Carmela habló muy sábiamente, y dió su embajada y el anillo á la princesa Leonorina, la cual quiso que las muy altas y grandes proezas de Esplandian fuesen ante el Emperador contadas, de las cuales el Emperador quedando en gran manera muy alegre y maravillado, mandó que la promesa del padre Amadís absuelta no fuese hasta que la presencia del hijo ante sí viese.

Quedando la doncella con Leonorina, como habeis oido, díjole: «Princesa, óyeme, si te pluguiere, una embajada que te traigo, á aquella ventana que allí está.» La Infanta, apartada de aquellas señoras que con ella estaban, tomándola por la mano, se fué con ella y dijo: «Agora decid lo que vos quisiéredes; que de muy buen grado os oiré.» Entonces la doncella, que muy espantada en ver su gran hermosura estaba, le dijo: «Infanta Leonorina, mas hermosa que ninguna otra doncella que hoy en el mundo hubiese, muy mas resplandeciente sobre todas las bellas que el limpio sol sobre toda la otra claridad, mensaje te traigo de aquel caballero mi señor, ante el cual todos los apuestos, todos los valientes y esforzados debrian parecer como ante caudillo principal de toda la órden de caballería, y le poner la corona del imperio y señorío, aquella que es muy mas excelente que ninguna de otro señorío, por muy grande que sea; pues segun su alto comienzo en armas, en él toda la perficion dellas se espera. Y mira, Infanta, que tan crecida y alta excelencia es la tuya, que aquel ante quien todo el mundo huye, los malos habiéndole temor, y los buenos porque no sea su fama con la dél escurecida, aquel teme ser puesto ante la tu presencia, hallándose indigno que sus grandes cosas ante las tuyas cada una en su grado no sean bastantes á tu servicio ni á la su voluntad satisfacer. Por donde le convino tener por bién que por mí sepas ser en estas tierras venido á cumplir aquella promesa que su muy famoso padre te dejó en remuneracion de las grandes mercedes de tí recebidas; haciéndote cierta ser tu caballero, y que todas las cosas que su ventura de gran precio alcanzar le dejare serán á la tu dulce memoria atribuidas; que sin ella ninguna valentía ni menos fortaleza, por grandes que fuesen, esfuerzo ninguno le podrian poner, y porque tú, muy alta princesa, mas cierta seas, toma esta joya, que con tanta voluntad diste á aquel que en persona servir no te puede; que por otro mas hermoso y mas esforzado que es él, en cumplimiento de su palabra la quiso enviar.»

Entonces le dió el anillo que ya oistes, diciendo: «Este fué quitado de la mano de aquel mi señor, del dedo que al corazon penetra, que encontrándose los amorosos rayos del uno y del otro, por se buscar las encendidas llamas, con algun descanso pasaban, mas sin él quedando aumentadas, en mayor cantidad en gran tribulacion queda.» La Infanta tomó el anillo, y mirándole, dijo: «Amiga doncella, este anillo dí yo al mejor caballero del mundo.—Así, dijo ella, por otro muy mejor que él ni que todos los nacidos, es á tí agora enviado.» Leonorina, oido esto, bajó la cabeza un poco y los ojos hácia el suelo, y así estuvo un poco pensando, sin que otra cosa ninguna mirase, y cuando recordó, vido cómo la doncella no era de allí partida, y díjole: «Buena doncella, ¿si será por ventura este caballero que vos me decis, uno de que el maestro Elisabat me hubo contado que Esplandian se llama, hijo del caballero de la Verde Espada, que en esta tierra vino, y fué armado caballero por extraña manera, con armas negras, en el puerto de la ínsula Firme, por consejo y astucia de la sabidora Urganda, y de allí se fué para la alta mar, sin que ninguno supiese mas dél, en una espantable fusta que en forma de sierpe parece.—No sé yo, dijo la doncella, de aqueste caballero de la Verde Espada quién fuese, pero el nombre y las armas que tú, mi señora, señalas, cierto son de aquel gran caballero por quien yo á tí vengo. Y si saber querrás lo que con esas armas negras hizo en solo un dia, y la razon y causa por qué lo emprendió, y cómo yo lo conocí, por mí te será contado, y por tí tenido en gran maravilla en hecho de armas.» Leonorina le dijo: «Buena amiga, tal razon como esa mas conviene para fuertes caballeros que á flacas doncellas; y ruégoos cuanto puedo que, siendo en secreto guardado aquello que al Emperador, mi padre, en sospecha y turbacion podria poner, ante él reconteis eso que decis; porque el gran valor de ese caballero sea juzgado y en estima tenido por aquellos que en semejantes afrentas pasan sus tiempos, procurando con todas sus fuerzas de las alcanzar. —Pues que tú lo mandas, dijo ella, así se cumplirá, con aquel secreto que á la honestidad de dos tan altas personas, y en el mundo tan señaladas, conviene tener.»

Entonces Leonorina, tomándola consigo, sabiendo ser ya el Emperador de su caza tornado, se fué al palacio donde él estaba; y siendo llegados ante el Emperador, viendo bien ataviada la doncella, saludóla, mas ella no le hizo mas cortesía de se le humillar, y díjole: «Grande y muy poderoso Emperador, por no se te hacer aquel acatamiento que tu real estado demanda no te maravilles, porque teniendo yo un solo señor, despues de Dios, á quien mi corazon siervo se ha hecho con muy grandes y no menos fuertes ataduras, no podria él por ninguna manera ser puesto, en dicho ni en hecho, en obediencia de otro ningun señorío. Y no te demando perdon dello, aunque algunos yerros le empezcan en ser el mio tan diverso de todos aquellos que á tu grandeza y obediencia se deben; porque, como quiera que tu estado el mayor del mundo sea, así el de aquel cuya yo soy, por quien yo lo hago, en virtud y fortaleza de su sola persona ninguno lo igualará. Ahora, si te pluguiere, contaré la razon de mi venida.» El Emperador, que con mucha aficion la acataba, mirando aquel su tan desempachado semblante, maravillándose mucho por qué causa hablaba así y de qué parte fuese venida, plúgole de saberlo y díjole: «Buena doncella, cierto creo yo que, así como en vuestra llegada vuestras cosas parecen extrañas, asimesmo será, ó por ventura mas, la causa de vuestra venida, y decid lo que os pareciere; que por mí con voluntad y no menos gana os será escuchado.»

La doncella comenzó su razon diciendo en esta manera: «Yo tengo creido, Emperador, no ser á tí oculta la gran fortaleza de la montaña Defendida, que siendo tan señoreada de aquel tan fuerte y bravo y no menos crudo jayan Cartadaque, y despues de sus hijos, muchos enojos y deservicios desde ella recebiste, sin que la enmienda dellos hasta el dia de hoy, con todo tu grande estado, haber pudieses, como quiera que muchas gentes tuyas lo probaron; pues aquella tan gran fuerza, guardada y defendida de tan valientes jayanes como lo fueron Matroco y su hermano Furion, ellos siendo muertos por la mano de un solo caballero, y Arcalaus el Encantador, su tio, con Arganto, aquel que la entrada de la montaña guardaba y defendia, en un dia solo fué por él conquistada. Si otra tan gran cosa como esta es en memoria de hombres, á tí dejo que lo digas; que muy pocas cosas han pasado que la grandeza tuya no las trajese á te ser presentadas. Pues siendo así ganado aquel señorío, fué luego sacado de la muy tenebrosa y escura cárcel y cruel prision por su mano el rey Lisuarte, que allí muy encubierto y preso estaba; lo que tú ni cuantos príncipes ni grandes señores en todo el mundo sois hacer pudiérades, sin que mucho tiempo y mayor muchedumbre de gentes muertos fueran antes que esta gran montaña por vosotros fuera tomada.» Oido esto por el Emperador, dijo: «Doncella, si en eso vos me decis verdad, esta es la mayor maravilla y mayor embajada que á ningun príncipe del mundo de tal calidad traida fuese.—Yo te digo, dijo la doncella, que así es como yo lo he dicho; que mucha pena merecia quien á tan alto señor como tú eres no dijése verdad.—¿Podria saber, dijo el Emperador, quién es aquel caballero, y la forma que para acabar tan extraña aventura tuvo?—Sí por cierto, dijo ella, y mas cumplidamente por mí que por otro alguno.—Pues decídmelo, dijo el Emperador, que mucho placer he de lo saber.»

Entonces la doncella le contó en qué manera el rey Lisuarte fué preso, y cómo andando en su busca el caballero de las armas negras, habiendo ganado la espada encantada en la alta peña de la Doncella Encantadora, aportó á la ermita de su padre della; y cómo desde allí se fué á la montaña Defendida, y las batallas que allí hubo con Argante, Arcalaus y con los jayanes, matándolos á todos, y cómo habia sacado al rey Lisuarte de la escura prision do ellos le tenian, sin se le dar á conocer, y se tornó á la ermita donde habia salido; y asimesmo cómo la dueña Arcabona hubiera muerto al Rey con la espada si no le hurtara el cuerpo. Finalmente le contó todas las cosas que habian pasado, como la historia lo ha dicho; y cómo quedando ella en el alcázar con el rey Lisuarte, fué á ver á su padre el ermitaño, y no lo hallando en la ermita, halló echado en la cama della al caballero de las armas negras, y tomando su espada, teniéndola desnuda en la mano, puesta encima de su cabeza por lo matar, viendo su muy gran hermosura, se habia dél enamorado súbitamente de tal manera, que no pensó vivir una sola hora, y llevando consigo la espada sin que el caballero despertase, se tornó á la montaña; y de cómo habia traido al rey Lisuarte á la ermita, que mucho penaba por lo conoscer, y que halló ser Esplandian su nieto, y la muy sobrada alegría que dello hubo; y de como lo llevó consigo al alcázar, y á poco espacio de tiempo se habian ido en la gran fusta de la Serpiénte á la Gran Bretaña, y que ella, por mandado de Esplandian, á quien ella por señor tenia, era allí venida á la infanta Leonorina á le hacer saber de su parte cómo, queriendo Amadís de Gaula, su padre, quitarse de una promesa que le habia hecho al tiempo que de su presencia della partió, que habia de tornar, ó enviar un caballero de su linaje que le pudiese servir las grandes mercedes que le hizo, le habia mandado á él que desta promesa le quitase; y que considerando la grande alteza y muy sobrada virtud della, con tanta hermosura cual en el mundo ninguna habia que le igualase, no se tenia por tal que á princesa como ella y de tan alta guisa osase servir en su presencia; pero que do quiera que él estuviese era su caballero para la servir.

El Emperador, que esto oia, y todos los grandes que con él estaban, quedaron como espantados, que por una gran pieza no hablaron; y recordando en sus memorias las cosas extrañas que por Amadís habian pasado, y cómo con tan alto comienzo de su hijo en olvido muy presto podrian quedar, llevando este la gloria así dél como de todos los que en el mundo traian armas. Gastíles, sobrino del Emperador, que allí estaba, dijo: «Señor, segun la presencia de Esplandian, y lo que dél Urganda la Desconocida dijo, siendo yo presente, por la menor cosa de cuantas se esperan que por él pasaran, se puede esta, que á los ojos de los vivientes muy extraña paresce de juzgar.—Cierto es, sobrino, dijo el Emperador; así es como vos lo decis; sola su persona bastará para sojuzgar toda la redondez del mundo.» Leonorina, que á todo esto se hallaba presente, estaba como tollida con una alegría, no como aquellas que mucha

risa y placer dan, mas de tal manera y tan nueva para ella, que con muy grande angustia y no menos congoja se mezclaba su placer; comenzando ya el cruel amor á lanzar sus encubiertas saetas en el corazon inocente y libre para la poner en aquella subjecion que el otro, siendo en la mesma libertad, habia puesto; y cuando pudo hablar dijo á su padre: «Señor, veis aquí el hermoso anillo que delante de vos hube dado al caballero de la Verde Espada, que creyendo quedar él quito de lo que me prometió, me lo ha traído esta doncella de parte del caballero de quien ha hablado, que parece dar fe á todo lo que ha dicho.—Mi hija, dijo el Emperador, pues que tales dos caballeros como estos dos son en vuestro servicio, no consiento que la promesa del padre sea suelta hasta que la presencia del hijo veamos si es bastante para la quitar, y así mando que lo diga la doncella de vuestra parte á aquel caballero por cuya embajadora vino.»

CAPITULO XXXVIII.

De cómo el Emperador, siendo por Leonorina de la prision de Frandalo certificado, quiso por todas maneras conocer aquellos noveles caballeros que tan alto servicio le habian hecho, mandando á ella que se recogiese y que Carmela fuese mucho honrada en el su palacio.

«Señor, dijo Leonorina, mucha razon es que sepais un servicío que ahora me hicieron dos caballeros noveles de la ínsula Firme, que siendo en la tormenta de la mar en grande estrecho sus vidas puestas, la fortuna, que nunca deja las cosas en un sosiego, los hizo encontrar con Frandalo el Valiente, que muchos daños ha hecho con su gran flota en estas partes; y despues de haber con él y con los suyos pasado una muy cruel y sanguinolenta batalla, siendo ellos los vencedores, le tomaron una nave en que él andaba, y á él preso; el cual me fué traido en presente por el uno de aquellos caballeros, que de muy ricas armas venia armado, haciéndome saber que, despues de le mandar guardar la vida que por ellos prometida le estaba, que en todo lo demás hiciese dél como mas fuese mi voluntad.—¿Es cierto, hija muy amada, dijo el Emperador, que Frandalo es en vuestro poder?—Cierto, sí, Señor, dijo ella; que el príncipe de Brandalia, mi mayordomo, lo tiene. —Por la fe que tengo, dijo él, despues que el caballero de la Verde Espada mató el Endriago y me hizo cobrar la ínsula, nunca hasta hoy tanto placer ocurrió mi ánima como con esta prision de este mal hombre, que entiendo que en solo lo que de mi señorio ha robado, bastaria para hacer ó deshacer dos reyes, y mucho querria saber de los caballeros que le prendieron en qué forma la batalla fué por ellos lidiada.» La doncella le dijo: «Esto podeis vos saber de mí, que fuí á todo ello presente, y vi cómo pasó.—Pues decídmelo, dijo el Emperador; que gustaré mucho de lo saber.»

Ella le contó por extenso cómo, viniendo por la mar de la montaña Defendida en aquella embajada á su hija, fué tomada por la gente de aquel Frandalo, y que siendo con él en su fusta, la fuerza de los vientos habian esparcido la gran flota, é hicieron arribar la nave de Frandalo á la isla Despoblada, donde hallaron los dos caballeros de la ínsula Firme, sin remedio para de allí salir ni tener qué comiesen. Y contó asimesmo todas las palabras que entre ellos y Frandalo habian pasado, y cómo en fin dellas se acordaron en la batalla, y todas las otras cosas que pasaron, así como ya es contado. «Doncella, dijo Gastíles, ¿conocistes vos esos noveles caballeros, ó sabeis sus nombres?—No, dijo ella, mas dígoos que son muy mancebos y muy poderosos y de muy grande esfuerzo en aquello que en ellos vi; mas conozco otros dos que aquellas mesmas armas traen, que no son peores que ellos.» Gastíles dijo: «Pues bien, ¿sabeis sus nombres destos?—Sí por cierto, dijo ella; que al uno llaman Talanque y al otro Ambor.—Agora os digo, dijo él, que aquestos otros que acá hallastes son el rey de Dacia y Maneli el Mesurado, que estaban por Urganda señalados que habian de recebir caballería cuando Esplandian, y así nos lo dijo el maestro Elisabat, que el dia que Esplandian fué caballero lo fueron ellos.—¿Conoceislos vos? dijo la doncella. —Sí conozco sin dubda, dijo él, porque yo los vi muchas veces en la ínsula Firme siendo ellos donceles, al tiempo que me hallé con Amadís en las grandes batallas que con el emperador de Roma y con el rey Lisuarte hubimos.—Pues hacedles mucha honra, dijo ella, y ganad aquella gloria que los naturales ganan con los extranjeros cuando por ellos son honrados y allegados.—Eso haria yo de grado, dijo él, si supiese yo el lugar adonde ellos son. —En una nave, dijo ella, que al puerto hoy llegó los hallaréis.» Cuando esto fué oido por el Emperador, dijo: «Sobrino, id luego allá, y trabajad mucho de me los traer.» Gastíles fué luego á cumplir su mandado, con mucho placer por hallar caballeros de la ínsula Firme, á quien tanta aficion tenia; y luego el Emperador mandó retraer á su hija, y que llevase la doncella Carmela consigo, y se le hiciese aquella honra que ella merecia.

CAPITULO XXXIX.

De cómo la hermosa Leonorina, oyendo las altas excelencias de Esplandian, fué de las flechas de Cupido tan herida, que retrayéndose en puridad con dulces lágrimas, dió paz á Carmela, en nombre de aquel, para quien de su cabeza le dió una rica empresa, y la doncella con devisas de coronas vistióse de muy ricos paños.

Pues dice ahora la historia que la Princesa se fué á su aposentamiento, hablando con la doncella Carmela, que ya mas que de antes la amaba y deseaba tener consigo, y íbale preguntando, riendo, si estaba muy enamorada del caballero de las armas negras, y porque via lo habia sido en tan breve espacio de tiempo. «Es tanto, dijo ella, cuanto yo entiendo que él está enamorado de otra, de que siento mucha consolacion, porque juzgue por su corazon el mio, y sienta aquella dolorosa y dulce rabia que á mí me hace sentir.—Pues ¿qué esperanza teneis della, dijo Leonorina.—Aquella, dijo la doncella, que entiendo ser entre él y mí muy contraria, que siendo yo ante su presencia, mirando su muy gran hermosura, recibe mi ánimo algun descanso. Mas él, temiendo estar ante la de su señora, considerando, segun lo que en su ausencia pasa, que con la vista suya no seria poderosa la vida de le acompañar, andará perdido, desconsolado y con mucha tribulacion, sin hallar remedio ni descanso alguno.» En estas hablas que habeis

oido, iba aquella muy hermosa princesa con la doncella de Esplandian, sintiendo en su corazon lo que sienten aquellos que son presos de aquella peligrosa y amorosa yerba, como ya ella lo estaba; teniendo en tanto lo que habia de aquel caballero oido, así de hermosura como de gran valentía, que si ella fuese señora del mundo, se ternia por bienaventurada en le ser subjeta. Pues llegada á su cámara, sentóse á la mesa, que ya era tiempo de comer, y con ella la reina Menoresa, que por su aya y por guarda tenia, y las otras doncellas, hijas de reyes y príncipes, y á otra mesa las otras de gran estado, y con ellas la doncella Carmela, donde fueron de muchos y diversos manjares servidas. Pero aquello que mejor sabor y deleite en su comida dió, fué hacer á la doncella Carmela que les tornase á contar mas por extenso todo lo que con el caballero de las armas negras le habia acontecido, y cómo siendo ella tan enamorada dél, pensando ser su amiga ó su mujer, se habia hecho su servidora.

La doncella les contó en qué forma y manera habia todo pasado, del comienzo hasta el fin, que no faltó cosa alguna, y que, como quiera que por el don que el rey Lisuarte le habia prometido tuviera muy grande esperanza de casar con el caballero Negro, que despues de le haber conocido y saber su grande estado y linaje, teniendo su pensamiento por contrario y fuera de camino de la razon, se habia contentado en que él la tomase por suya, y nunca de su presencia partida fuese contra su voluntad della; que esta merced tenía en mas que ser casada ni amada de ningun rey. En estas razones que habeis oido, y en otras de gran solaz, fué la comida acabada; y levantados los manteles, Leonorina quedando sola con la doncella, todas las otras se acogieron á sus aposentamientos. La Infanta dijo á la doncella: «Amiga, muy extraño me parece que, siendo aquel vuestro señor tan hermoso, se llame el caballero Negro.—¡Oh Infanta! dijo ella, óyeme y verás qué te diré sobre eso. Sábete que despues de ser conocido de su abuelo el rey Lisuarte, estando con él en su cámara, oyeron una noche antes del alba un tan dulce son en la mar, debajo de las ventanas, que así el Rey como Esplandian y los otros dos caballeros noveles se levantaron de sus lechos, y nunca á ellos pudieron tornar: tanto era suave de oir. El dia venido, vieron al pié de la gran torre, en que la mar bate, la gran fusta de la Serpiente, de que no poco alegres fueron. Y desque se vistieron y bajaron por una escalera á una gran calzada, que casi el agua toda la toma en torno, no tardó mucho que, saliendo de la fusta una doncella en un batel, para ellos se vino, trayendo consigo un lio cubierto de seda, del cual sacó unas armas blancas como la nieve, sembradas todas de coronas de oro, las mas hermosas y ricas que nunca jamás rey ni emperador vistió en ninguna sazon; y dijo á mi señor Esplandian estas palabras: —Hermoso caballero, Urganda, mi señora, te envia estas armas, con que despidas aquellas que, en tiempo de tu tristeza te dió, con esta devisa de aquella que, en loor y gloria de su gran hermosura, tu padre se la puso encima de su cabeza. Y así como la triste recordacion de la causa por qué las primeras que te fueron dadas te pusieron en tal coraje y osadía de tan alto comienzo, así la muy suave memoria destas hará tus medios y fines con muy mas crecido loor.—Y tomándolas Esplandian, dejó las armas negras, con aquel negro nombre que por causa dellas y de su gran tristeza tomado habia.»

Oido esto por Leonorina, claramente conoció haberse dicho por aquella corona que el caballero de la Verde Espada, en señal de ser ella la mas hermosa doncella del mundo, sobre su cabeza pusiera. Y aunque mucho procuró por lo disimular, su ánimo fué tan alterado, sabiendo de antes cómo las cosas de Urganda dichas, todas verdaderas salian, y que así aquella lo era, segun la nueva pasion ya la tenia presa, y atormentada aquella inocencia y libertad que hasta allí poseyera; á que la doncella, que della los ojos no quitaba, claramente conoció ser aquella herida la propria suya, de que nunca pensaba guarecer, y díjole: «Princesa muy hermosa, lo que en tí sientes te doy por respuesta de lo que me preguntaste en qué manera fuí enamorada de Esplandian, mi señor, lo cual así como yo, tú no lo sabrás decir.»

A ella le vino una color muy viva y reluciente, de la mucha vergüenza que hubo, y dijo á la doncella: «Amiga, pues que habeis cumplido lo que os mandaron, ¿qué quereis hacer?—Si tú lo mandas, dijo ella, ir á consolar y reparar la vida de aquel con aquella medicina que de aquí llevar puedo, ó le dar de todo punto la cruel muerte, si tal como espera no la llevase.—Pues id-os agora, dijo Leonorina, y saludadme á vuestro señor, y decidle aquello que mi padre mandó que le respondiese en su venida, y dadle este prendedero que aquí en mi cabeza veis, que fué la primera joya que Grimanesa, mi abuela, dejó á su amado amigo Apolidon, y que mas por el nombre que por su valor la traiga por amor de mí.» Entonces quitando el prendedero de sus hermosos cabellos, que era de las mas ricas piedras guarnecido que nunca hombre vió, se lo puso en la mano á la doncella. Cuando ella esto vido, considerando el gran servicio que á Esplandian habia hecho en aquella merced que de allí llevaba, hincó las rodillas ante Leonorina, diciendo: «No por mí, que á ninguno puedo ser sujeta, mas por aquel que á tí lo es, te quiero besar las manos.—Por esa via, dijo la Infanta, conviene que yo las dé, mas haré yo en vos lo que él merece.» Y bajándose, tomóle la cabeza entre sus hermosas manos y besóla en la faz, no pudiendo ya resistir, aunque con mucha premia lo procurase, que las lágrimas á hilo por sus hermosos carrillos no se le vertiesen. Y llevando la doncella consigo á otra cámara, la hizo vestir unos muy preciados paños con aquella devisa de las coronas, que ella siempre en las grandes fiestas traía, que de muchas dellas eran sembrados.

CAPITULO XL.

Cómo el Emperador no quiso dar licencia á los caballeros noveles y á Carmela que se partiesen hasta que algunos dias con él holgasen.

Acabado por Leonorina el despedimiento de la doncella, dice la historia que fué luego donde el Emperador su padre estaba, que muy alegre por tener consigo al rey de Dacia y Maneli el Mesurado le halló. Y cuando ellos así la vieron por el palacio entrar, acompañada

de tan grandes señoras, muy maravillados fueron dello, y mas especialmente de su gran hermosura. Maneli, que no la habia visto, fué á hincar las rodillas ante ella por le besar las manos, mas ella las tiró á sí, y no se las queria dar; Maneli porfiaba todavía por las besar, mas el Emperador le dijo: «Hija mia, no las deis; que ese caballero que delante de vos está, es hijo de los mas preciados reyes del mundo.» Entonces la Infanta lo levantó por sus manos, y fuése á sentar cabe el Emperador y cabe su madre. Pues allí estando, como habeis oido, supieron los dos caballeros noveles de la doncella Carmela todas las cosas por que Esplandian habia pasado en la montaña Defendida, como lo habia contado al Emperador; de que muy alegres fueron, así por la deliberacion del rey Lisuarte, como por la buena ventura de Esplandian, que ellos mucho amaban, y demandaron licencia al Emperador para se ir luego á la montaña, donde pensaban que Esplandian estaria, ó vernia presto, segun la doncella se lo certificaba. Mas él no se la quiso dar, sin que allí con él algunos dias holgasen. Lo cual, mas por le servir que por su contentamiento, otorgaron; y luego fueron aposentados en aquel aposentamiento en que solia posar el caballero de la Verde Espada cuando allí estuvo, y la doncella en el aposentamiento de la infanta Leonorina, entre aquellas doncellas suyas, de alta manera.

CAPITULO XLI.

Cómo, sabido por el Emperador que Armato, rey de Persia, tenia cercada la montaña Defendida, envió á Frandalo, ya de su mala secta convertido, y á los noveles caballeros á la socorrer, y cómo la doncella Carmela se partió con ellos.

Estando el rey de Dacia y Maneli el Mesurado y la doncella Carmela en Constantinopla con el Emperador, como la historia vos lo ha contado, muy viciosos y servidos de todas las cosas que menester habian, como en casa de tan grande hombre, hablando el Emperador con los noveles caballeros, sabiendo todas las cosas que en la Gran Bretaña pasaron despues que Gastíles, su sobrino, de allá vino, y la infanta Leonorina con la doncella, que ya mucha soledad sin ella pensaba tener, pasados algunos dias, en que les parecia que la voluntad del Emperador era bien satisfecha, tomaron dél licencia, y queriendo entrar en la mar para se ir á la montaña Defendida, llegó á la sazon al puerto una barca en que cuatro hombres venian de aquellos que al maestro Elisabat con su sobrino Libeo en la montaña habia dejado, los cuales salidos en tierra, y venidos en la presencia del Emperador, hiciéronle saber cómo Armato, rey de Persia, sabiendo cómo los gigantes eran muertos, y que en ellos no habia tal defensa como la pasada, y que el caballero que los mató y ganó aquella fuerza era de allí partido; que él por la tierra con gran gente, y otros capitanes suyos por la mar con gran flota, era venido á la cercar, y que ellos por grande aventura habian salido y pasado por entre sus fustas, por mandado de Talanque y Ambor y Libeo para le hacer saber estas nuevas; y como aquella montaña estaba en su servicio, que así lo dejara mandado Esplandian al tiempo que de allí con el rey Lisuarte partió, venian para que, como sobre cosa suya propria, mandase poner el remedio

Oido esto por el Emperador, estuvo un rato que no dijo nada, pensando cómo en el socorro de tal afrenta muy gran cosa y trabajo se le aparejaba, y de otro cabo conociendo que si se perdiese se perderia de su servicio; y así, acordó que mejor partido le seria el trabajo que no la holganza, dejando una cosa tan señalada como aquella montaña era, en tal manera que su enemigo la pudiese cobrar, y dijo á los caballeros: «Amigos, dejad vuestra partida, que con mas aparejo que el de vosotros solos es razon que se haga.» Y luego mandó que le trajesen delante á Frandalo, aquel que su hija habia mandado guardar. Y venido á su presencia, hincadas las rodillas en tierra, demandó piedad y misericordia, entendiendo que no le fuese otorgada. El Emperador, dejándolo así estar, le dijo: «Frandalo, si yo creyese que con las muy duras y ásperas prisiones que vos mandase dar fuesen remediados todos aquellos á quien tanto mal habeis hecho, y mas los muy grandes deservicios que yo de vos muchas veces he recebido, en tantas y tan duras y muy crueles os mandaria poner, cual jamás otro hombre en este mundo fué puesto; mas considerando yo que vuestras muy grandes fatigas y muchas angustias no quitan ni remedian las suyas, he acordado, si vos por bien lo teneis, de usar de aquello que el nuestro muy alto y piadoso Señor hacer suele con los malos y grandes pecadores, que tornando al revés sus obras de malas en buenas, y en ellas perseverando, les promete y da piadosamente salvacion en el otro mundo. Y yo, como ministro suyo, vos la daré en este, si quisiéredes dejar aquella vuestra mala y perversa secta que hasta aquí habeis tenido, y las muy malas obras y grandes daños que á muchos, sin os lo merecer, hecistes, y sirviéndome á mí en tal manera, que no solamente tenga razon y causa de poner en olvido los grandes enojos que me habeis hecho, mas que con gran razon vos pueda y deba hacer mercedes. Agora me decid lo que en esto haréis, no con aquella verdad que los que siguen lo malo tener suelen, mas con la de la noble caballería que recebistes.»

Frandálo, que aun de rodillas estaba, esperando que los grandes males por él hechos no darian lugar á que la fe de le guardar la vida que le prometieron le fuese cierta, viendo cómo en su querer y voluntad el Emperador lo dejaba, que la libertad ó la prision escoger pudiese, fué muy alegre y dijo: «Señor, las grandes y buenas venturas que hasta aquí la fortuna me hizo cobrar, así con mi sola persona como con la de otros que me ayudaron y sirvieron, no dieron lugar á que otro estilo tomase sino aquel con que mi codicia y soberbia satisfechas eran, creyendo yo que para siempre la fortuna amigable y contenta la tenia. Mas agora, considerando que en tan pequeño y breve espacio de tiempo, por mano de un solo caballero de tan poca edad quiso derribarme de aquella tan grande alteza en que puesto me habia, así como ella hizo tan gran mudanza, así yo la he hecho en mi propósito, remitiéndome mas á la razon que á la voluntad. Y si vuestra grandeza, habiendo de mí piedad, quisiere fiarse en mi palabra, por mí será cumplido todo aquello que me mande que yo ha-

ga, así en la mudanza de la ley como en tornar al contrario las obras en que mi tiempo he pasado; trabajando tanto en le servir, que, como bueno y leal, alcanzar pueda muy mayor estado y gloria que la maldad y deslealtad en los tiempos pasados me atrajeron. —Pues agora vos levantad, dijo el Emperador; y teniendo yo por cierto lo que decis, vos mando que con estos noveles caballeros, que con vos de tanta virtud usaron, entreis en aquella nave en que aquí venistes, y recogiendo toda vuestra flota, que por la mar vos andará buscando, con ella me sepais en qué disposicion está la montaña Defendida, y si vos bastarédes para el socorro del agua; si no, hacédmelo saber, porque luego seréis proveido de lo que cumple.» Frandalo, llegando de rodillas hasta él, le besó el pié, diciendo: «Mis obras darán testimonio de mis palabras;» y levantándose, tomando consigo los dos caballeros y la doncella Carmela, que allí quedar no quiso, despedidos del Emperador, se fueron á meter en la nave, mostrando muy grande alegría por ir á parte donde se les ofrecian cosas en que sus fuerzas mostrasen el deseo de sus corazones en cosa que á Esplandian tanto tocaba. Pues llegados á la nave, armándose todos tres, mandando alzar á Frandalo su señal, que de los suyos muy conocida era, partieron de aquel puerto de Constantinopla, con propósito de buscar á todas partes la flota, y con ella tentar la fortuna, y aquello que á sus esfuerzos bastaban. Mas agora los dejará la historia hasta su tiempo, por contar cómo Esplandian, sano de sus heridas, se partió del castillo de Miraflores, para se ir á la ínsula Firme, en el puerto de la cual su gran fusta de la Serpiente habia dejado.

CAPITULO XLII.

Cómo Esplandian, siendo sano de sus heridas, con licencia del rey Lisuarte y de Amadís, se partió del castillo de Miraflores para la ínsula Firme, donde salió su fusta, que antes allí dejado habia, y del razonamiento que con el maestro Elisabat allí hubo.

Esplandian, como ya vos contamos, estaba en el castillo de Miraflores herido, de aquella muy cruel y peligrosa batalla que con Amadís, su padre, hubo; y en tanto que la disposicion para se levantar y tomar armas no le ayudaba, el rey Lisuarte, su abuelo, le mandó hacer otras armas sembradas de coronas, como las que antes traia, porque las suyas todas fueron cortadas y rotas; y como quiera que muy ricas las hiciesen, no igualaban con las primeras; que, demás de lo que los maestros alcanzar podian, eran sus hermosas labores ordenadas de aquella gran sabidora Urganda, que se las dió, que á ellas ninguna otra obra rica les podia ser igual. Pues siendo ya levantado y en tal manera de su salud, que sin peligro podia tomar trabajo y traer armas, tomando licencia del Rey y de su padre, que aun en el lecho flaco estaba, y de la Reina, su abuela, y Oriana, su madre, despidiéndose dellas y de todas las otras grandes señoras que allí estaban, cabalgó en su muy hermoso caballo blanco, llevando consigo al maestro Elisabat y á su escudero Sargil, y tornando á su camino como de antes, para ir á la ínsula Firme; que en aquel puerto creia hallar la su nave de la Gran Serpiente, con grande deseo, si ella lo permitiese, de volver á la montaña Defendida, y saber si la su doncella Carmela le traia la muerte ó la vida; que ya á esta sazon su ánimo estaba puesto en tal estrecho, creciendo siempre aquella amorosa pasion con el cuidado y memoria que de pensar en ella nunca cesaba, que muchas veces era puesto en el hilo de la muerte, y tanto mas lo sentia, cuanto mas de semejante afrenta y batalla inocente y alejado habia vivido hasta que así, sin lo sentir, sojuzgado y apremiado fué.

Así anduvo por su camino, sin que cosa que de contar sea le acaeciese; porque los caballeros que encontraba, conociéndole en las señales de las armas, temiéndole como á la muerte, dejábanlo ir su camino, sin le osar acometer. Y otros de que conocido no era, queriendo con él justar, él con muy buenas razones los desviaba, guardando sus fuerzas para las emplear en servicio de aquel Señor que las dió. Pues tanto anduvo, que á los doce dias llegó á la ínsula Firme; y viendo en la mar la su fusta, que lo aguardaba, muy gran placer sintió; y sin otro reposo tomar, entró en una barca que Isanjo el gobernador en el puerto tenia, y pasó con su compaña hasta entrar dentro en ella, á tal hora que el sol se queria poner. Pues allí llegados, desarmándose Esplandian, cenando en lo mas alto de la nave, mirando la mar, que muy sosegada estaba, y aquella tan gran fuerza del alcázar que Amadís con su alta proeza ganado habia, pasando la gran bondad de aquel fuerte y valiente Apolidon; hablando Esplandian con el maestro Elisabat en ello, diciéndole que mucho dudaba que su valor pudiese exceder al de su padre, segun las extrañas cosas por él á su honra habian pasado; y el Maestro respondiéndole que, segun el gran poder del muy alto Señor, que tal y tan fuerte lo hizo, no seria mucho que, no solamente á él, que tal muestra en el comienzo de su caballería habia mostrado, mas á otro cualquiera era bastante de le hacer alcanzar mayor gloria y fama, y que él, teniéndole siempre en la memoria para le seguir, no pusiese á su voluntad en camino de holganza ni de poco esfuerzo, porque, por la mayor parte, la viva y codiciosa voluntad hacia acabar las cosas donde ella mas tiraba y deseaba.

CAPITULO XLIII.

Cómo Esplandian y el maestro Elisabat, partidos del puerto de la ínsula Firme para donde la fortuna los guiase, llegaron á una tierra muy desierta, donde Esplandian crudamente salliendo con dos muy espantosos y fieros gigantes, por fuerza de armas los venció, y sacó de hierros á Gandalin y á Lasindo y á otros muchos cristianos, que aquellos dos gigantes gran tiempo habia que en una temerosa cueva allí captivos los tenian.

Hablando en esto que habeis oido, y en muchas otras cosas de placer, hízose hora de ir á dormir. Así que, echándose en sus muy ricos lechos, sin otro cuidado alguno de quién la fusta gobernase, mas de aquel que ya ellos sabian, encomendáronse al muy piadoso y poderoso Dios y á la buena ventura que prometida les estaba, y durmiendo hasta que la claridad del dia los dispertó. Mas cuando se levantaron, otra cosa ninguna sino mucha agua á todas partes ver pudieron, sin saber en qué parte ni adónde la fusta navegaba; de que Esplandian mucho placer hubo, creyendo que, pues la fus-

ta al tiempo de su voluntad se movió, que así iria á parar donde su deseo satisfecho fuese; y perdido el cuidado de pensar en otra cosa mas de se encomendar al poderoso Dios y á la ventura de su nave, hablaba con el maestro Elisabat, que era muy cuerdo y entendido hombre, especialmente en que le mostrase todos los lenguajes que él sabia, griego y aleman y persiano, que destos creia tener mayor necesidad, segun su gran deseo de andar por aquellas tierras, de lo cual mucho habia aprendido; que el rey Lisuarte cuando partiera de la montaña Defendida, como ya se vos contó, para tornar á su reino, y todo el tiempo que hasta allí pasó, siempre el Maestro le mostró aquellos lenguajes y otros muchos, de que gran provecho le vino en algunas partes donde la ventura le guió, como se os contará. Pues navegando aquella gran fusta, como habédes oido, en cabo de siete dias llegó cerca de tierra, donde paró; y visto por Esplandian que allí le convenia salir, dijo al Maestro: «Padre (que siempre así lo llamó desde la batalla que con Amadís hubo, y lo sanó de sus grandes heridas), pues que la nave aquí se pára, conviéneme salir á la tierra y saber á qué parte somos llegados; y porque á vos seria trabajo, ruégoos mucho que aquí me aguardeis.» El Maestro se lo otorgó, conociendo ser aquella su voluntad.

Entonces salido en un batel, llevando sus armas y caballo blanco, y á Sargil, su escudero, en el suyo, dejando el batel preso en la orilla de la mar, se puso en tierra, y con su caballo se metió en el camino, no sabiendo ni queriendo ir á una parte mas que á otra; y pasando un llano, vió abajo una muy hermosa tierra de grandes arboledas, y unas casas no muy léjos de donde él estaba, y fuése hácia ellas, pensando hallar algunos de quien supiese qué tierra era aquella; y cuando mas cerca llegó, vió á la puerta de la casa un caballo bayo, muy hermoso y muy grande en demasía, y otros tres caballos mas pequeños, que los tenia un hombre; y como á él llegó, díjole: «Amigo, ¿cúyos son estos caballos?» El hombre respondió en lenguaje aleman que no le entendia. Esplandian tornóle á preguntar por aquel lenguaje lo mismo que antes, y el hombre, que lo entendió, dijo: «Son de un gigante y de sus escuderos.—¿Qu'és dél? dijo Esplandian.—Acá dentro está comiendo,» dijo el hombre. Entonces se llegó mas adelante, y vió al jayan armado de todas armas, muy fuertes y limpias, sentado en una mesa, y los hombres delante dél, que lo servian; y como el Gigante lo vido, mirólo con fuerte catadura y díjole: «Caballero, ¿cuál diablo te hizo aquí aportar? que por mí serás puesto en tal parte donde otros muchos tengo, y esa tu gran hermosura habrá mal gozo.» Esplandian, que así lo vió con tan mal semblante y tanta soberbia, bien conoció que no era ese de aquellos que él rehusaba de se combatir con ellos, mas de los que habia de buscar á todas partes para los quitar, si pudiese, del mundo, donde no tenian otras obras sino hacer mal á los siervos de Dios, y dijo: «El que á mí aquí me trajo no es el diablo, que dices, mas es aquel que te tiene encadenado y sojuzgado, como él te tiene á tí; si yo puedo, no pasará mucho que no lleves la pena que mereces, y los presos que dices, la libertad que les conviene.»

Oido esto por el Gigante, dejándose de comer, se levantó muy recio y con gran furia, diciendo á sus hombres: «Tomadle por el freno antes que no huya.» Los hombres fueron contra él, mas al primero que llegó dióle del pié en el rostro tal golpe, que lo batió en tierra atordido, y los otros se tiraron afuera. Esplandian dijo: «Gigante, cabalga en tu caballo; que en este campo me hallarás, y allí parecerá quién tiene voluntad de huir.» Entonces se tiró afuera de la puerta, y tomó sus armas, y fuése á parar á un llano que allí estaba. El Gigante cabalgó, poniendo en su cabeza un yelmo limpio como el espejo, y á su cuello echando un escudo de cuero muy fuerte, y en su mano una lanza de un hierro grande y pesado, y fuése para el caballero y dijo: «Desque yo supe tomar armas, nunca hasta hoy me puso la fortuna en tanta mengua y deshonra, que un mancebo como tú, en tal edad, me osase esperar en campo; que vencerte no es gloria, antes la ganas tú en solamente esperar que mis ojos te alcancen de vista.» Esplandian le respondió: «Como tú eres hechura del diablo, así precias y tienes en mucho el esfuerzo y fuerzas corporales, creyendo que no pueden ser regidas ni gobernadas de aquel superior que las da y puede quitar. Bien parece no ser en tu noticia aquel flaco y tierno pastor que con las piedras de su honda mató al valiente filisteo, uno por otro en el campo, ni el otro que con la desnuda quijada de la bestia mató los seiscientos hombres; que si esto en la memoria tuvieses, serias á la razon y miedo sojuzgado; mas no te deja aquel á quien tú sirves, trayéndote las cosas á tu voluntad; porque en la fin, no perdiendo aquella dulce esperanza, goce él del fruto de su trabajo, que será, perdiendo tú el cuerpo, llevarse él el ánima á los infiernos.—Maldita sea la hora en que yo nací, dijo el jayan, pues que sobre tantas cosas que he pasado, ganando tan gran señorío y prez de armas, soy así avilltado de un rapaz, en quien ninguna venganza tomar puedo.» Y abajando la lanza, dió de las espuelas á su caballo, que muy ligero era; mas Esplandian, que así lo vió venir, no le temió ninguna cosa, y fuése para él, y juntando el uno con el otro, el Gigante, que muy recio venia, falleció de su golpe, con la gran furia del caballo, y Esplandian lo encontró en medio del escudo tan fieramente, que le hizo doblar y poner la cabeza encima de las ancas del caballo, de manera que el jayan fué quebrantado por el lomo, y la hiel le salió por la boca; así que, á poco rato fué muerto, y el caballo de Esplandian se retrajo algun poco atrás por caer; mas él le hirió de las espuelas y lo hizo salir adelante; y como vió al jayan muerto y colgado de la silla, dió entre sí muchas gracias á Dios, que así por un solo encuentro le hizo vencer una cosa tan fuerte y tan desemejada; y llamando á los hombres que miraban, les dijo: «Mostradme dónde este Gigante tiene los hombres presos, y no me mintais; si no, muertos sois.—Señor, dijeron ellos, así lo harémos, y seguidnos.—Pues id adelante,» dijo él.

Entonces los metió ante sí, y ellos guiaron por una senda, y saliendo de aquel llano, entraron por unas muy bravas peñas, que apenas el caballo podia caber. En cabo de un gran rato hallaron entre unos muy espe-

sos árboles hasta veinte hombres que estaban á la boca de una cueva, y como le vieron los hombres, dijéronles: «¿Quién es este caballero? ¿Envíale nuestro Señor á la prision?—Por Dios, dijeron ellos, antes le acaeció de otra manera; que este se combatió con él, y lo mató del primer encuentro.» Cuando esto fué por ellos oido dieron muy grandes voces, diciendo: «Pues muera él como traidor, pues que tanto mal nos ha hecho.» Y lo mas presto que pudieron entraron en la cueva, y sacando della lanzas y hachas y capellinas, se fueron todos para él. Esplandian, como esto vió, puso las espuelas á su caballo y metióse entre todos ellos, hiriendo con su espada de tales golpes, que al que alcanzaba nó se levantaba mas del suelo. Mas, como los hombres eran muchos, hiriéronle de todas partes, de tal manera, que le mataron el su hermoso caballo. Cuando Esplandian así se vió en tal peligro, y el caballo muerto, salió luego dél con mucha ligereza, aunque de muy grandes golpes en el yelmo y en el escudo fué muy bien acompañado; mas ¿quién vos podria decir la mucha ira y saña que en esta sazon le vino? Por cierto ni las muy blandas palabras del santo ermitaño que lo crió, ni lo que de su natural tenia, no pudieron resistir, sino que, como fuera de todo sentido, saltándole la sangre por los ojos, no anduviese entre ellos haciendo tan gran crueza en los herir, que despues que los hubo vencido, él mismo se espantaba en ver los mortales golpes que habia dado; que á los que alcanzaba por encima de las cabezas eran hendidos hasta la cinta, y las capellinas hechas dos pedazos, y á los que daba con las hachas y alcanzaba en los costados, casi todo lo mas del cuerpo era cortado; de manera que todos fueron muertos y mal heridos, sacando dos, que se le acogieron á la cueva dando voces, diciendo: «Salid, Señor; que muerto es vuestro hijo Bramato y todos nosotros.» A estas voces salió de una cámara que en la peña era un gigante mas fiero y desemejado que jamás hombres vieron, la barba y los cabellos canos, y largo lo uno y lo otro; y como vido al caballero con su espada tan sangrienta, y algunos de los suyos muertos y otros mal heridos, dijo con una voz espantable: «¡Oh dioses en quien yo creo! ¿cómo ó por qué vos tengo tan airados, que por un solo caballero sean mis hombres y mi hijo todos muertos y vencidos? Pues no será vuestra saña tan crecida, que mis fuerzas no basten para lo contrastar y tomar venganza deste traidor, que tanto daño me ha hecho.» Esplandian, que así lo vido, mucho fué espantado; que por cierto no le parecia figura de hombre, segun estaba grande y feo, antes parecia ser una fantasma que de la bajura de los escuros infiernos salia á destruir el mundo, y díjole Esplandian: «Diablo desemejado, cierto yo creo que no fuiste engendrado segun la órden de natura, antes entiendo que de la hondura de los infiernos eres venido, y allí fué tu proprio nacimiento; que, segun en tí parece, de tí solo salieron los enemigos malos, ó tú dellos, que su hechura propria tienes. Armate luego y guárdate de mí; que yo confio en mi Señor Jesucristo que antes que la noche venga te enviaré á la parte adonde tu hijo y tus hombres son idos.» El jayan, que vido el espacio que el caballero le daba, llamó á aquellos sus hombres para que le ayudasen á armarse; mas ellos no osaban de allí moverse ni partir hasta que el caballero se lo mandó, diciendo que hiciesen lo que aquel les mandaba; y luego fueron á lo hacer, y entrando en la cámara, armaron lo mas presto que ellos pudieron al Gigante, y salió fuera bien presto contra Esplandian, que ante él no parecia sino lo que parece una paloma delante de una caudal águila, y poniendo mano á un muy grande cuchillo, se fué para él muy recio. Esplandian lo esperó con varonil corazon, muy bien cubierto de su escudo y la espada en la mano; y el jayan le dió tan fiero golpe por encima del brocal del escudo, que lo cortó en dos pedazos, y pasó tan recio hácia abajo con la gran fuerza del brazo, que dió en el suelo, que de muy dura peña era; así que, por medio fué quebrado. Esplandian, que sin escudo se vió, y aun á su parecer sin brazo, segun le quedó del gran golpe amortecido, dió al jayan por encima del yelmo, que aunque la fortaleza suya defendiese de no ser cortado, no pudo resistir que el Gigante no lo sintiese en tal manera y en tanta graveza, que no quedase atordido, saliéndole llamas de fuego por los ojos, y hízole estar una pieza que no pudo estar en su acuerdo; y cuando tornó en sí, sintió cómo el caballero le daba muchos y muy grandes golpes; mas las fuertes armas defendieron que la carne no padeciese.

El Gigante levantó el medio cuchillo por lo herir en la cabeza, que bien pensó que aquel seria el postrimero golpe que habia de hacer, y así lo fué; pero no por la via que él pensaba; que Esplandian, como no tuviese escudo y viese el golpe tan fuerte venir, guardóse del hurtándole el cuerpo; así que, se lo hizo perder, y lanzó un golpe sobre su mano derecha casi como al través, y Dios, que lo guió, acertó al jayan en la muñeca en descubierto debajo de la manga de la loriga, que la mano con el cuchillo cayó en tierra. El Gigante dió una voz terrible y espantosa, que toda la cueva hizo temblar, y fué cuanto desapoderado pudo por le tomar con la mano izquierda; mas Esplandian lo hirió de manera que se la hendió por medio hasta el brazo. Cuando el Gigante se sintió manco de las manos y que no se podia valer, dió tan grandes y fuertes bramidos, que espanto era de los oir, y daba los resoplidos con la gran congoja, que el humo le salia muy espeso por la visera del yelmo; mas Esplandian, que en muy gran peligro de muerte se habia visto, dábale muy grandes golpes de la espada por encima del yelmo, que le hacia revolver á todas partes; y tanto lo aquejó, que desatentado y ahogado en no poder coger huelgo, cayó tendido en tierra sin ningun sentido. Esplandian fué luego sobre él, y quitándole el yelmo, le quitó la cabeza del cuerpo; esto así hecho, limpió su espada y metióla en la vaina, dando á Dios muchas gracias hincado de rodillas en tierra, creyendo que dél le habia venido tan grande victoria, siendo enojado de la vida de aquellos malos, que mucho tiempo habian perseverado en las cosas contrarias á su santo servicio, esperando tantos tiempos á que se enmendasen y tornasen á su santa ley para los perdonar, ó sacarlos del mundo con tanta crueza y ponerlos en los tristes infiernos, como se puede y debe creer que en ellos sus ánimas fueron

aposentadas, y serán por siempre; y levantándose en pié, dijo á los hombres: «Mostradme luego los presos.»

Ellos con muy grande temor lo llevaron por la cueva adelante, hasta que en el cabo della, en un apartado muy escuro, hallaron en muy gruesas cadenas veinte dueñas y doncellas, y diez caballeros y quince escuderos, entre los cuales eran el uno Gandalin y el otro Lasindo, que despues que el señorío de Sansueña fué ganado, antes que la nueva supiesen de cómo el rey Lisuarte era perdido, se partieron entrambos á buscar aventuras. Y porque Gandalin habia andado por aquella tierra, que era á las haldas de Alemaña con Amadís, llamándose el caballero de la Verde Espada, donde hallaron muchas aventuras, quiso que allí se fuesen á probar; y habiendo pasado por muchas dellas, todas á su honra y no menos fama, la ventura los trajo á aquella parte donde aquellos jayanes, padre y hijo, tenian aquella cueva, con que muy gran parte de aquella comarca sojuzgaban y tenian forzosamente so su señorío, y fueron por ellos presos, sin que se pudiesen valer. Mas cuando Esplandian los vido tan cargados de hierro y grillos, y tan descoloridos y desemejados de como ellos solian ser, las lágrimas se le vinieron á los ojos, sin las poder detener, de gran lástima y piedad que dellos hubo; y por les dar alguna consolacion á sus ánimos, quitóse el yelmo porque lo conociesen. Ellos, que muy espantados estaban quién seria aquel caballero que su poder tanto bastase para allí llegar en salvo, donde le veian, y viéndole el rostro, conociéronle luego; y así, como pudieron llegaron, hincadas las rodillas, á le besar las manos. Él se abajó y tomólos entre sus brazos, llegándolos á sí, mostrándoles mucho amor y mancilla por los ver en tal estado. Y luego mandó á los otros que les quitasen las prisiones, y á todos los otros que de rodillas delante dél estaban, llorando con grande alegría.

CAPITULO XLIV.

De cómo Esplandian mandó á los presos que de la cueva habia librado que se presentasen delante el emperador de Constantinopla y de su hija Leonorina, excepto á Gandalin y á Lasindo, que acordó de los llevar consigo para donde él dejado habia su fusta.

Habiendo Esplandian muerto aquellos bravos y fuertes jayanes y casi á todos sus hombres, y sacando los presos de la escura cárcel, como os lo habemos contado, siendo ya cerca de la noche, no sabiendo dónde ir, acordó de reposar allí en la cueva hasta que la mañana viniese, y así lo hizo; que quitándose las armas, tomando consigo los presos, así hombres como mujeres, se salió con ellos hasta la puerta, donde Sargil lo aguardaba, que no poco espantado estaba, así de la tardanza de su señor, como de las grandes voces del Gigante, que muy espantosas fueron. Mas cuando le vido venir sano y alegre con tal compañía, no se os podria contar el placer y grande alegría que su ánimo sintió. Esplandian le dijo: «Sargil, toma uno destos hombres que te guien, y tráeme el caballo bayo del Gigante, que en las casas quedó, porque el mio, como tú ves, es muerto, y asimesmo el escudo del jayan, y á la mañana serás aquí con ello.» Sargil fué luego á cumplir lo que mandaba, y Esplandian mandó que le diesen de comer, lo cual fué luego aderezado, que muy abastadamente se halló de lo que los gigantes tenian. Pues allí holgó aquella noche, y á la mañana, siendo ya Sargil venido con el caballo y escudo, entonces dijo á los presos qué les placia hacer, porque él queria partirse. Ellos le dijeron que lo que él mandase, que no harian otra cosa.» Pues que así es, dijo él, si por trabajo no lo teneis, iréis delante el emperador de Constantinopla los hombres que aquí estáis, y dueñas ó doncellas ante su hija, y presentadvos ante ellos de parte de un caballero que las armas de las coronas trae, y decildes de vuestra fortuna, demandándoles merced para el reparo della. Y si por ventura otra cosa mas os agradare, aquélla haced; que yo no os pongo en este trabajo, sino porque creo que, segun la grandeza y virtud de aquel emperador, hallaréis en él buen acogimiento. Y vosotros, Gandalin y Lasindo, iréis conmigo adonde vuestras voluntades serán contentas en hallar aquellas aventuras que, ganando mérito ante el muy alto Dios, se puedan justamente acometer.» Todos le besaron las manos por aquello que les mandaba, y los presos, tomando todas las bestias que allí hallaron, se metieron al camino, y Gandalin y Lasindo, en senbos caballos y armados de sus mismas armas, aparejáronse de ir donde Esplandian fuese. Sargil pasó la silla y rico freno del caballo blanco al bayo, y dióla á su señor, y luego partieron de allá para se tornar á la mar, adonde la su muy gran fusta de la Serpiente habia quedado.

CAPITULO XLV.

De cómo Esplandian, acompañado de Gandalin y Lasindo, volviéndose para la fusta de la Serpiente, encontró con Norandel, que venia á buscar al rey Lisuarte, su padre, el cual certificado por Esplandian cómo por él habia sido delibrado, se fueron todos con mucho placer á ver al maestro Elisabat á la gran fusta.

Dice la historia que, siendo Esplandian y aquellos dos caballeros ya salidos de entre aquellas fragosas peñas al llano donde el primero gigante fué muerto, vieron á la mano derecha venir por la halda de una sierra un caballero todo armado y dos escuderos, con él; y por saber quién seria, acordaron de lo atender. Y á poco rato, que fué mas cerca dellos, veíanle el caballo muy fatigado y cansado, y las armas en muchas partes horadadas y rotas, y asimesmo lo era el yelmo que en su cabeza traia, y como allegó á ellos, dijo: «Señores caballeros, decidme, si os pluguiere, de dónde sois.—Somos, dijo Esplandian, de la Gran Bretaña.—Gracias á Dios, dijo él, que ahora puedo saber unas nuevas que traen mi corazon muy atribulado.—Y ¿qué nuevas quereis vos saber, dijo Esplandian, de nosotros? que de grado os las dirémos, si por nos es sabido.—Mucho os lo agradezco, dijo el caballero; pues ahora me decid si es hallado el rey Lisuarte, mi señor, que me hubieron dicho que se perdió, sin saber dél nueva de muerto ni de vivo, por quien yo he llevado muy mucho trabajo en lo buscar, y llevaré todos los dias de mi vida, sin haber ningun descanso hasta que sea cierto de su vida ó muerte.—Caballero, dijo Esplandian, si vos mucho amais á ese rey que decis, y si vos teneis causa para ello, no menos lo hacemos nosotros; y decidme quién sois, y sabréis de aqueso que preguntais tal ra-

zon y nueva, con que seréis con placer quitado de la demanda.—¡Ay Dios! dijo el caballero, si así es como lo decis, bendita sea la hora en que yo os encontré. Sabed que me llaman Norandel, y soy hijo de ese rey que os pregunto.—¡Ay santa María, váleme! dijo Esplandian, ¡qué buenas nuevas son estas que oigo! Sabed, mi señor Norandel, que el rey Lisuarte está en su reino libre y sano en toda alegría; y si mas dél quereis saber, llegad con nosotros hasta la mar, y allí hallaréis al maestro Elisabat que mas largo os contará de la forma que fué perdido y cobrado.» Y luego desenlazó el yelmo, y quitólo de sobre la cabeza. Cuando Norandel le vió el rostro dijo en una voz alta: «¡Válgame Dios, qué buena ventura ha sido esta para mí!» Y fuélo á abrazar, como aquel que mucho lo amaba, aunque no sabia cómo habia sido armado caballero; que él se partió de la ínsula Firme despues de ser hechas las paces, por buscar algunas aventuras en que honra y prez alcanzar pudiese. Y porque vido que todos los caballeros de la Gran Bretaña quedaban muy cansados y enojados de las batallas pasabas, y les convenia mas el reposo que el trabajo, y asimesmo vió casado su grande amigo don Galaor, acordó, dejando aquella tierra, de buscar otras donde su valor fuese divulgado; y porque oyó decir que en aquella parte de Alemaña habia bravos caballeros y fuertes jayanes que muchas sinrazones hacian, quiso pasar allí algun tiempo, sirviendo á Dios y ganando honra, ó muriendo con ella, así como la órden de la caballería lo mandaba; y andando por aquellas tierras haciendo y acabando muchas cosas de grandes afrentas, supo la pérdida del rey Lisuarte, su padre, y cómo en todo su reino nunca pudo ser hallado, aunque por todas las gentes dél con muy grande aficion fuese buscado; y creyendo que á otras partes fué llevado, y que así como por desventura fué perdido, que por ventura se podria hallar, pasó hasta entonces muchas y muy peligrosas afrentas, buscándolo á todas aquellas partes.

Habiendo pues así este conocimiento destos caballeros como ois, Esplandian preguntó á Norandel qué camino llevaba, y adónde se enderezaba su voluntad de ir. «Yo os lo diré, dijo él: yo supe cómo en estas montañas son dos gigantes muy fuertes, que hacen mucho mal á todos los que pueden alcanzar, así hombres como mujeres, y vengo para combatir con ellos, si Dios me diese tal dicha que algo por mí fuese enmendado; y porque me dijeron que el uno dellos acostumbra de estar muchas veces en aquellas casas que allí parecen, aguardando los que por allí van para los prender ó matar, vine á buscarlo si por ventura lo hallaria, por lo tomar solo, sin su compañía del otro que con él anda; y si no lo hallo, forzado me será de lo aguardar algun dia, si no me falta la vianda, ó buscarle por estas montañas; que desta demanda no me partiré hasta que la vida ó la muerte della me quiten, tentando la fortuna si me querrá en esto ser favorable.» Gandalin le dijo: «Buen señor, si la primera demanda del rey Lisuarte habeis acabado, así lo haréis en la segunda, porque delante de vos está quien de esa afrenta y peligro os quitó.» Entonces le contaron cómo Esplandian los habia muerto y en qué manera, y los presos que de la cueva sacó. Cuando Norandel esto oyó fué muy alegre y dijo: «A Dios doy gracias porque así ha pasado, y estoy sin vergüenza fuera de tan grande afrenta; que cierto, como quiera que mi propósito no se mudara hasta hallar los gigantes y me combatir con ellos, no me tengo yo por tan bueno, que mas la muerte que la vida de allí no esperase.—Señor, dijo Esplandian, pues ¿qué quereis hacer?—Lo que tuviéredes por bien, dijo Norandel; que pues ya destas dos demandas soy con tanto placer partido, no me puede venir cosa que para mi descanso no sea, y quiero ver al maestro Elisabat, y despues acordaré adónde será mi viaje mejor empleado.»

CAPITULO XLVI.

Cómo Norandel, sabidas por el maestro Elisabat las grandes hazañas de Esplandian, dispuso de siempre lo seguir, y cómo anduvieron cinco dias por la mar sin ver tierra, contando sus aventuras al maestro Elisabat para que las escribiese.

Despues desto así pasado, se fueron todos cuatro caballeros donde hallaron aquella gran fusta y al maestro Elisabat, que el placer que en sí hubieron no se os podria por ninguna manera bien contar. Allí supo Norandel todo lo del rey Lisuarte cómo habia pasado, y si dello hubo placer grande, no fué menor la maravilla en oir las cosas extrañas que en su comienzo Esplandian pasaba, creyendo que en balde se trabajaria ningun caballero en buscar aventuras y se poner al peligro de la muerte por las acabar, pues que este sobre todos habia de llevar la fama, y no menos la gloria; y mucho mas despues que por el Maestro le fué contado cómo derribó los cuatro caballeros en la floresta, y que el uno fué el rey don Galaor, y cómo se combatió Amadís, su padre, con él, como contra enemigo, pensando ganar toda la honra que á Esplandian prometida le era, y que en el cabo quedó vencido y casi muerto. Y asimesmo le dijo cómo su propósito era, si su ventura lo guiase, de se ir á la montaña Defendida por hacer guerra y daño á los enemigos de la fe, creyendo que para esto, y no para las otras soberbias y liviandades, daba el Señor del mundo la valentía del cuerpo y el esfuerzo del corazon, y sobre todo, el juicio razonable.

Oido esto por Norandel, estuvo un rato que no habló, y al cabo volvióse para Esplandian y díjole: «Mi señor sobrino, yo he pasado muy mucho trabajo en buscar las cosas extrañas que por este mundo son sembradas y derramadas, y segun lo que el maestro Elisabat me ha dicho, creo verdaderamente que ninguna de cuantas yo podria hallar, por muy grande que fuese, no se puede igualar en extrañeza ni en maravilla á aquellas que por vos pasan. Como quiera que mi deseo con mucha aficion me guia á tornar á aquella tierra donde el Rey mi padre está y mis amigos, la razon me manda que, dejando aquellos, os haga compañía; y el pensamiento mio que hasta aquí he tenido, que era ganar honra y fama en las cosas de la calidad pasado, que tódas las mas de poco provecho han sido, es convertido y mudado en que siga aquello que, aventurando el cuerpo á la muerte, se gane la gloria y vida para la ánima. Así que, mi señor, desde ahora me contad por uno de aquellos que, siguiendo vuestro sano propósito,

en él quiere fenecer sus dias todos.—Pues ahora, buen señor, vamos, dijo Esplandian, en el nombre del muy alto Señor Dios, y él nos guie cómo la honra que en este mundo ganáremos sea para alcanzar la bienaventuranza del otro, donde para siempre habemos de durar.» A esta sazon era ya noche, y cenando con mucho placer, se acostaron en sus lechos, con pensamiento, si la fusta de allí no partiese, de tornar á salir en tierra, y buscar aquellos que con muy grandes soberbias hacian los agravios y desabrimientos á quien no se lo merecia. Pero de otra manera aconteció, que cuando el alba pareció, se hallaron tan dentro de la mar, que á ninguna parte se les mostraba la tierra; y así anduvieron seis dias, sin en otra cosa entender, salvo en contar las aventuras por que pasaron al maestro Elisabat, para que las pusiese en escripto, y dellas perpétua memoria quedase.

CAPITULO XLVII.

De cómo Esplandian, llegando al puerto de la isla de Santa María, guiado por el gran maestro Elisabat, que antes allí con Amadís habia estado, salió con los suyos por ver las maravillosas y muy grandes figuras de su padre Amadís de Gaula y del Endriago, y el lugar donde la cruel batalla habia habido, y del doloroso razonamiento que delante el vulto de su padre hizo.

En esta manera que ois navegaron por aquellos mares, hasta que la ventura los llevó al puerto de la isla de Santa María, aquella donde Amadís, llamándose el caballero de la Verde Espada, con muy gran tormenta apartó, y con mayor afrenta y peligro de su persona se combatió con aquel espantable y esquivo Endriago, como la tercera parte desta grande historia ha contado; la cual por el maestro Elisabat luego conocida fué, y dijo: «Dígoos, buenos señores, que ya otro tiempo llegué yo á este puerto en compañía de Amadís, con mucha mayor afrenta, así en el agua como fuera en la tierra; que la misma muerte, porque, como ella mas de venir una vez no puede, muchas, con el gran miedo y espanto que aquí hubimos, nos vinieron. — Padre, dijo Esplandian, ¿qué tiempo tan fuerte en la mar ni peligro en la tierra pudo tener tanta fuerza, que tal memoria dello, así como lo decis, os quedase? — Mi señor, dijo el Maestro, muchas veces acaece hacer los hombres las cosas livianas y de poca sustancia muy graves y pesadas, quiriendo huir de la verdad, y acostarse al contrario; mas aquellas que en el extremo de la desventura son llegadas, ninguno es poderoso de contar cómo las vió y cómo las sintió. Y si quisiéredes conocer ser verdad lo que digo, salgamos fuera de la fusta, pues paresce que para ello nos da lugar, y mostraros he la sombra de alguno de aquellos peligros que he dicho, de que no pequeño espanto habréis.» Mucho fueron alegres aquellos caballeros en oir lo que el Maestro les decia.

Y luego se comenzaron á armar para salir á ver aquello que en tanto grado habia encarecido. Pero Gandalin bien entendió lo que era, mas el Maestro le hizo señal que no lo dijese. Pues armados los caballeros, y salidos ellos y sus caballos en tierra, y el maestro Elisabat con ellos en su palafren, anduvieron tanto, que llegaron al castillo que ya oistes, donde Amadís fué curado y guarido de sus llagas; y hallaron allí un caballero que por el emperador de Constantinopla lo tenia en guarda, y á toda la isla en gobernacion; el cual, conociendo al maestro Elisabat, y sabiendo quién eran los caballeros, se les ofreció con mucho servicio. Pero ellos, habiéndoselo agradecido, rogaron al Maestro que los guiase donde les prometió. El Maestro pasó adelante, y no tardó mucho que llegaron allí donde la muy cruel y temerosa batalla de Amadís y del Endriago habia pasado, y hallaron las figuras del uno y del otro tan propriamente hechas, y de aquella misma grandeza como cuando vivos estaban, que el Emperador mandó poner allí y hacer un monasterio de monjas, por memoria de tan grande hazaña. El Endriago estaba con aquella misma braveza y fiereza espantosa que al tiempo que murió tenia, y Amadís con las armas proprias, y otra espada á la semejanza de la suya verde, muy bien cubierto de su escudo, teniendo la punta de su lanza en el un ojo del Endriago. Así que, Gandalin, que los miraba, y la batalla por sus ojos vió, decia que tan propriamente como pasó en efeto, de aquella manera estaba figurado. Pero dígoos de Esplandian y Norandel y Lasindo que muy espantados en ver cosa tan esquiva, se santiguaron muchas veces, no pudiendo pensar ni creer que ningun esfuerzo de hombre humano tan gran miedo pudiese vencer. Esplandian descabalgó de su caballo, y quitándose el yelmo muy presto, fué á hincar las rodillas ante aquella imágen de su padre, y besóle la mano con que la lanza tenia. Luego viniéronle las lágrimas á los ojos, no tales como las que de buena gana venir suelen, segun él despues lo dijo; mas considerando en sí las sus profecías, que habia de pujar en esfuerzo y valentía á su padre, mirando aquello que presente estaba, no pudo tanto la braveza ni esfuerzo de su fuerte corazon, que desviar pudiese que su humana carne, vencida de gran miedo, no lanzase fuera á aquellas señales de sus ojos, siendo ya su vida condenada antes en pasar mil veces por la muerte que rehusar las semejantes afrentas, y otras muchas mayores que le pudiesen venir. Y levantado en pié, volvióse hácia el Endriago, y poniéndole la mano encima de su cabeza, dijo estas palabras: «Oh gran sabidora Urganda la Desconocida, como quiera que tu sobrada discrecion alcanzase á saber las cosas por venir, y con ellas hayas publicado ser yo aquel que de bondad á este caballero pase, por cierto en muy temerosa duda mi voluntad es puesta, porque siendo este peligro que él pasó en el altura del extremo subido, no quedando ninguno que pasarle pueda, no sé yo en qué manera busque ni halle donde vuestras palabras y mi deseo puedan ser cumplidos. Mas vos, mi buena señora, que nunca en vano hasta agora las cosas dichas por vos pasaron, guiadme á la parte donde así las afrentas naturales como artificiales pueda hallar, pareciendo á todos ser imposible por ninguno ser acabadas, así como parecia aquella maravillosa prueba de la cámara defendida en la ínsula Firme, ó esta tan grave que ante mis ojos tengo, ó otras tan espantosas, que con su grandeza las destas en olvido puestas sean. Porque yo, menospreciando la vida, haciendo ser verdadero lo que por vos se ha dicho, quede viviendo ó muriendo, en mi voluntad y en la vuestra satisfecho.» Cuando estas tales palabras Esplandian de-

cia, su muy hermoso rostro estaba encendido como escarlata y el semblante airado. Así que, no menos temor que placer, mirando su muy gran hermosura y fiereza de voluntad, en los que lo miraban ponia.

CAPITULO XLVIII.

En el cual Esplandian da muy justas causas al gran maestro Elisabat, por las cuales su padre Amadís dél pudo ser vencido.

El maestro Elisabat, que así lo vido, díjole: «Buen señor, el vencimiento que á vuestro padre hecistes os debe quitar y apartar esta duda que teneis.—¡Oh padre! dijo Esplandian, muy gran diferencia es entre la valentía y osadía; que si yo á Amadís sobra hice, no lo causó sino subir mis fuerzas donde las suyas decienden; que faltando la edad, falta la virtud, la viveza del corazon, y falta la ganosa y deseosa voluntad, que todas las mas cosas acaba. Mas ¿quién pudo ni puede serle igual en esta osadía y temeroso acometimiento? Cierto ninguno, ni aquel fuerte Hércules, de que tan grandes maravillas en armas son escriptas y divulgadas por el mundo, porque las verdaderas que el pasó, comunes y tratables son á muchos, y aquellas que mas espantosas parecen, bien sabeis, padre, que mas en ficion por los poetas que por ser ciertas en sí, fueron en memoria por ellos dejadas. Pero dejemos de mas hablar en esto; que la diferencia que entre él y mí habrá, será que las fuerzas que Dios me diere serán empleadas contra los malos infieles, sus enemigos, lo que mi padre no hizo.» Y cabalgando en su caballo, poniendo el yelmo en su cabeza, se tornaron todos á la gran nave donde habian salido, y desarmándose, comieron y holgaron, atendiendo la ventura que les viniese, sabiendo cierto ser mas en la voluntad ajena que en las suyas el fin de su viaje.

CAPITULO XLIX.

De cómo Esplandian y sus compañeros, salidos de la isla de Santa María, entraron victoriosamente en el puerto de la famosa ciudad de Constantinopla; y del demasiado placer y espanto que el Emperador y la infanta Leonorina, viendo venir la gran fusta de la Serpiente, hubieron.

Estando como dicho es Esplandian y sus compañeros en el puerto de la isla de Santa María, la gran fusta partió de allí antes que fuese de noche, y navegando por la mar, en cabo de los cinco dias fué puesta cuanto un tiro de arco de aquella muy grande y famosa ciudad de Constantinopla, y con su vista toda la ciudad fué movida, saliendo las gentes, así hombres como mujeres, á la mirar encima de las altas torres y muros, teniéndola por la mas extraña y espantable cosa que nunca oyeron ni vieron. El ruido y las voces fueron tan grandes, que el Emperador con todos sus caballeros, reyes y príncipes, se pusieron en las ventanas de su gran palacio, y asimesmo la Emperatriz y la hermosa Leonorina, su hija, con las dueñas y doncellas de alta sangre, maravillándose qué podria ser aquella cosa, que veian la Gran Serpiente andar á todas partes, con tan gran braveza crujiendo las alas, hiriendo de la cola en el agua, lanzando las gorgozadas por la garganta, y el humo negro muy espeso por las narices, que no parecia sino que toda la tormenta del mundo allí venia junta. Gastíles, el sobrino del Emperador, que allí estaba, dijo: «Esta es la gran fusta en que anda Esplandian, aquel de quien han dicho las cosas maravillosas que en armas ha hecho.» El Emperador, que lo oyó, hubo mucho placer y díjole: «Sobrino, pues que mas vos que otro ninguno le conoceis, entrad en una desas naves, y tened manera con él cómo me vea.» Gastíles, cumpliendo su mandado, entrando en la mayor fusta que en el puerto habia, con gentes muy cursadas de aquel oficio, comenzó á porfiar de llegarse á la fusta, mas las hondas del agua eran tan bravas con la fuerza de la Serpiente, que en ninguna manera con gran trecho á ella llegar pudo, antes los hacia volver muchas veces contra la tierra, muy cerca de ser perdidos. El Emperador, que lo miraba, aquejábase mucho, diciendo si habia alguno allí que remedio poner pudiese para que aquel caballero hubiese su embajada; pero en ninguna manera se halló.

Cuando la muy hermosa Leonorina oyó decir que aquella era la fusta de su caballero, y le vió poseer una tan gran espantable cosa y tan señalada en el mundo, bien pensó que así todas las otras cosas que dél fuesen lo serian, y comenzó á decir entre sí: «¡Ay fusta, cómo á todos pones espanto y á mí eres muy agradable, y cómo con gran razon te debes tener por bienaventurada, trayendo á tu placer aquel que todo el mundo mandar merece!—¡Oh, cómo seria yo bienaventurada si así como á él me hicieses á tí sujeta, y delante su presencia me pusieses; porque este mi cuitado corazon, con la vista de su gran hermosura, sus encendidas llamas algun tanto resfriadas fuesen antes que del todo en ellas con muy crueles angustias consumido sea.» Y despues dijo: «¡Ay doncella Carmela! cómo con tus falagueras y blandas palabras me quisiste matar, dejando á mí captiva todas las ansias y dolores que de allá trajiste, llevando á aquel que las padecia tan gran remedio; así que, bien cierta soy que si lo que me dijiste es verdad, de ser yo amada en tanto grado de tu señor, que tanto cuanto mas la esperanza cierta tuviere, tanto mas sus ardientes y encendidas llamas se harán mayores; así que, no en vano mi cuitado corazon padece, pues que otro tan generoso como él le da la paga.» Allí estuvo un muy gran rato como atónita, que muy claro su grande alteracion por quien la mirara vista fuera; mas como todos tenian el pensamiento y los ojos en la gran fusta, ninguno á otra parte mirar entendia. Mas la Infanta, siendo algo mas en sí tornada, dijo: «¡Ay captiva yo, cómo fuí engañada en te hacer á tí, Carmela, mis ricos paños vestir! Porque cierto es que siendo vistos por tu señor, queriendo á ellos abrazar, á tí le convenia tomar en sus brazos; pues ¿quién duda que, teniendo tú tan cerca la cosa del mundo que mas amas, que no juntes tú rostro al suyo ó quizá tú boca á la suya? Y no siendo tú tan fea, que cualquiera otro caballero no se tuviese por muy contento en te tener pagada, ¿qué sé yo si este así lo hará? Porque las causas muy aparejadas muchas veces tienen tan gran fuerza, que acarrean aquellos hierros y pecados que nunca se pensaron; así que, yo podria haber sido causa de mi daño. Mas si por ventura lo tal acaesciese con aquel sano amor que entre él y tí puesto es, gran consolacion seria para mí ser certificada, pues que ver no le puedo, que mis paños le vieron y abrazaron.»

Así estaba esta infanta muy hermosa condoliéndose de aquellas fuertes y agudas espinas que en su tierno corazon eran hincadas, con aquella graveza, con aquella dulzura, con aquello amargo y aquéllo sabroso que los metidos en este tan ñudoso lazo suelen tener, y como quiera que sus cuitas y afanados deseos tan ásperos fuesen, no creais que el caballero entre las afrentas y peligros las tenia menores; mas como de Amadís, su padre, tantas y tales se hayan contado en esta grande historia, donde este ramo ó parte de su hijo sale, con tantos suspiros y tanta abundancia de lágrimas, si ahora de nuevo lo deste leal enamorado quisiésemos escrebir, no deleite, antes gran fastidio, á los leyentes atraeria. Así, quedando las mas dellas en olvido, como cosa ya supérflua y demasiada, irá procediendo la historia en haceros saber cómo los grandes hechos en armas deste caballero pasaron hasta que la fortuna, enojada y cansada de le haber en lo uno y en lo otro tan cruelmente atormentado, le quiso poner el remedio, haciéndole alcanzar aquel sabroso fruto que sus muy grandes trabajos merecian.

CAPITULO L.

De cómo la gran fusta de la Serpiente, partida del puerto de Constantinopla, llegando cerca de la montaña Defendida, halló á Frandalo con toda su flota y los caballeros noveles como de Constantinopla habian partido, los cuales cuentan á Esplandian la prision de Frandalo y todas las otras aventuras que despues venido les habian.

Así como dicho es, estuvo aquella gran fusta de la Serpiente ante la gran ciudad de Constantinopla hasta la noche, con tanta furia, que ni para á ella allegar ni menos para della salir ninguno fué poderoso; pues la escura noche venida, acogido el Emperador á su aposentamiento, y toda la otra gran muchedumbre de gente que le habia mirado, partióse la nave de aquel puerto, y navegando toda la noche y otro dia, siendo ya casi pasadas las dos partes dél, vieron á ojo á la muy fuerte montaña Defendida, que siendo por Esplandian y por el maestro Elisabat conocida, mucho placer y muy grande alegría sintieron en demasía. Pero antes que á ella con gran parte llegasen, hallaron aquella flota que ya se os contó, del muy fuerte Frandalo, donde con él andaban el rey de Dacia y Maneli el Mesurado, que del mismo puerto de Constantinopla partiera para aquel socorro, y porque la flota del rey pagano era tan poderosa, no habian podido hacer ningun daño en ella, y así lo habian hecho saber al Emperador, y aguardaban tiempo convenible, el cual Frandalo sabria muy bien conocer, como aquel que en todas aquellas mares no habia quien le fuese igual, así en esfuerzo como para lo que en semejante caso se requeria hacer. Y quiero que sepais que al tiempo que los de la flota de Frandalo la fusta de la Serpiente vieron, que, como de cosa tan espantable y muy extraña, quisieran todos huir, creyendo que animal vivo fuese; mas conocida por aquellos dos caballeros el rey de Dacia y Maneli, y haciendo saber á Frandalo y á los suyos la verdad de lo que era, no solamente se aseguraron, mas hicieron por ello muy grandes alegrías, porque conocian en su señor la grande aficion que aquellos caballeros le tenian y con qué voluntad y deseo querian hacer aquel socorro. De donde podemos notar un muy grande y señalado ejemplo. Este Frandalo que oistes, de su nacimiento fué pagano, y así lo eran aquellos donde él decendia; y todos sus servidores, que muy grandes cosas le ayudaron á ganar, no teniendo otra ley ni otra vida sino la que sus antecesores tuvieron, trabajando y muriendo en aquellas cosas que á su señor mas agradables eran. Como quiera que en la flota algunos hombres trajese mas por fuerza que por voluntad dellos, como dolencia muy antigua que en las mares se acostumbra; y porque este Frandalo, constreñido por fuerza de le ser la ventura contraria, por la gracia especial del muy alto Señor, que muchas veces, sin que nuestro flaco saber lo pueda alcanzar, es enviada en aquellos que al parecer de todos mas enemigos son de su santa ley, fué tornado en la ley de la verdad, y aquellos sus hombres, sin mas doctrina, sin mas informacion de lo que se suele hacer para convertir los errados, dejando aquello con que nacieron, aquello que por verdadera ley tenian, aquello que á sus parientes y amigos veia sostener, como que con ello sus ánimos se salvaban, luego las voluntades las obras volvieron, y se tornaron en seguir y amar aquello á que su señor se habia vuelto, con tanta aficion, que siéndoles dicho cómo aquella gran fusta era de Esplandian, el mayor enemigo de los paganos que á la sazon entonces en el mundo se levantaba, la misma alegría que de la ver á su señor Frandalo ocurrió, aquella mesma les vino á ellos por seguir su buena voluntad.

Pues ¿qué diremos aquí, cristianos? Si estos por seguir á un hombre pecador tan súpitamente fueron á la fe de Cristo convertidos, ¿qué harémos ó qué debemos hacer nosotros, sabiendo cómo aquel verdadero Dios, por nos dar buen ejemplo, por nos dar y mostrar la verdadera ley, en que nuestras ánimas salvarse puedan, vino en el mundo, no solamente á enseñar, mas á obrar todo aquello que para nuestra bienaventuranza nos dejó? Padeciendo hambre, padeciendo frio, y otras muchas fatigas y grandes injurias, hasta consentir en el cabo ser puesto en la cruz con infinitos y muy grandes y crueles tormentos. Y desto todo, á nosotros, que suyos nos llamamos y su nombre tenemos, ¿qué nos queda? ¿Quédanos por ventura ser convertidos y vueltos en seguir sus santas obras, como aquellas gentes de Frandalo seguian las suyas por le agradar y contentar? Ciertamente creeria yo que no; porque si este Señor, nuestro Redentor y Salvador, vino con mucha humildad, nosotros, tomándolo al revés, somos de nuestro grado y voluntad sojuzgados de muy gran soberbia; y si él vino descalzo, desnudo, sin ninguna codicia, nosotros, por poder alcanzar los bienes temporales deste mundo, que él tanto desechó y mucho aborreció, ciegos, perdidos, trabajando muriendo, andamos todo lo demás en contra de sus amonestamientos, y creyendo con ellos alcanzar algun descanso, alcanzar alguna libertad y alcanzar contentamiento, cuando ya los tenemos, muy mucha mas fatiga y trabajo, muy mucha mas codicia cada dia nos sobreviene, y lo que peor es, que en lugar de nos hacer libres, nos hacemos captivos y subjetos por los augmentar y acrecentar, ó sostener de aquellos que como nosotros están captivos; por donde sin duda podemos firmemente creer que aquel nuestro Señor y Re-

dentor del mundo, como cosa muy extraña y desviada del su servicio, los quiso apartar.

Mas dejando de hablar mas en esto, por ser tan alto, y mi juicio tan bajo, solamente quiero decir al nuestro muy santo Padre, y emperadores y reyes y príncipes, con otros de menor estado, á quien el Señor muy poderoso dió tan gran mando sobre muchas compañas de gentes, que sigan y hagan tales obras, pues en ellas está la mayor parte del bien ó del mal con que sus súbditos tomen ejemplo, y ellos mismos se puedan salvar de aquellas crueles penas infernales, no lo dejando ni remitiendo todo á aquella triste hora de la muerte, siguiendo lo que nuestro Señor nos manda y él siguió, porque merezcan y merezcamos ser en el su santo reino de paraíso, así como por razon lo pudiéramos creer que lo fuera este Frandalo y sus gentes, segun las obras que despues de convertidos hicieron, si, como fingidamente dellos se hace mencion, en efecto de verdad pasara. Y tornando al propósito, llegada aquella flota de Frandalo al encuentro de la gran fusta serpentina, luego se conocieron los unos á los otros con tanto placer y alegría, que apenas se os podria contar; y por ruego de Esplandian fueron pasados á la su nave el rey de Dacia y Maneli y Frandalo; los cuales subidos en ella, y habiéndose mucho abrazado, en especial Esplandian y el rey de Dacia, que mucho se amaban, como ya os dijimos, desde la primera hora que se vieron; el cual amor les duró todo el tiempo de sus vidas, así como adelante os será contado.

Supo Esplandian la hacienda de Frandalo, y quién era y por qué manera fué preso y llevado á Constantinopla, y todo aquello que dél habia sido hasta entonces; y asimesmo le contaron los dos caballeros en el modo que hallaron á Urganda la Desconocida, y todo lo que con los diez caballeros que la tenian cercada les aconteció, y cómo, dejándola en salvo en su nave, y de camino para se ir al Emperador con el niño, se habian della despedido, y cómo, con la gran tormenta despues que en la mar entraron, fueron aportados en la Yerma Isla, y lo que con los jimios les aconteció, de que mucho rieron todos, y díjoles Esplandian: «Dígoos que con razon podeis decir que pasastes por la mas extraña aventura en vuestro comienzo que ninguno de cuantos se saben; pero creo yo que no tan peligrosa como aquella que nos vimos en la isla de Santa María.—Bien puede ser, dijo Argento, el escudero del rey de Dacia; pero esa seria para llorar, y esta otra para reir, como lo hecimos.—Mi amigo Argento, dijo Esplandian, así esa para ser luego olvidada, y esta otra para quedar en perpétua memoria.—Verdad sea eso, dijo Argento; mas al cabo la una y la otra se harán iguales, lo que no acaecerá desta demanda en que ahora is contra los infieles, que muy mas loada y perpétua será en los altos cielos que en la baja tierra.» Así estuvieron en esto solazándose solos estos caballeros, como ois; y sabido por Esplandian y Norandel cómo el rey de Persia tenia la montaña Defendida cercada, acordaron que la flota de Frandalo fuese algun trecho en seguimiento de la gran fusta, porque las grandes hondas del agua así á ellos como á los contrarios podrian anegar, y si Dios y su ventura les diese tal dicha que en el alcázar pudiesen entrar, hallándose todos juntos con Talanque y Ambor, si los atendiesen, que podrian hacer tales cosas que por todo el mundo fuesen oidas, ó morir como debian.

CAPITULO LI.

De cómo Carmela, no con poca discrecion, quiso que hasta la montaña Defendida Esplandian, su señor, della no supiese.

La doncella Carmela, que en compañía destos tres caballeros andaba, como oisteis ya, considerando si aquellas grandes nuevas que ella traia á Esplandian en aquella sazon se le dijesen, seria en tal alteracion puesto, que lo que él por ventura muy secreto queria que fuese, con ella á todos seria divulgado; y aunque su gran discrecion y juicio para el remedio desto bastase, que no bastaria para le quitar en aquel socorro que queria hacer, de no poner su vida en el peligro de la muerte, mucho mas que el su grande esfuerzo lo demandase, rogó á aquellos caballeros que no le dijesen della ninguna cosa, ni le hiciesen sabidor cómo allí venia hasta que en la montaña Defendida fuesen; y por esta causa se quedó en la nave de Frandalo, como aquella que, aunque su ánimo en muy grande cantidad desease ver aquel que tanto amaba, y le manifestar aquel tan gran servicio que le habia hecho, donde para siempre le ternia obligado á que bien y merced le hiciese, quiso antes mirar á la razon que al contentamiento de su voluntad, lo que muy pocas veces acaece á los sirvientes; que tan gran codicia es la suya de cobrar aquesto que de sus señores esperan, que no solamente no aguardan para ello tiempo y sazon conveniente, mas pónenles las vidas en condicion, porque sus codiciosos apetitos sean satisfechos; y si los señores no les hacen aquellos bienes y mercedes que á su parecer les son obligados segun sus servicios, no lo debe causar sino el poco amor con que se hicieron; así como ya dicho es por muy cierto merecer poco gualardon las buenas obras que son hechas sin caridad. Pero, porque á nuestro propósito no hace, dejarémos de hablar mas en esto, remitiéndolo á aquellos que con mas discrecion mas largamente en ello muy bien hablar podrian.

CAPITULO LII.

De cómo Frandalo, por consejo de Esplandian, se baptizó, como antes al Emperador lo habia prometido, tomando al mismo Esplandian y tambien á Norandel por sus padrinos.

Habiendo Esplandian sabido de aquellos dos caballeros la hacienda de Frandalo, y la vida que hasta allí en todo su tiempo habia tenido, segun en Constantinopla habian sabido, y lo que prometido habia al Emperador, acordó de le hablar antes que fuese mas adelante; y tomándole por la mano, subiendo encima de las grandes alas de la Gran Serpiente, mirando cómo se iban á la montaña Defendida, así desta manera le comenzó á decir: «Frandalo, yo he sabido destos caballeros quién vos sois, y muchas de las buenas venturas y victorias que en este mundo hubistes; mas aquellas que lo son sin ventura se tornan, y que esto sea así, á vos mesmo dejo que lo digais, que siendo tan favorecido, tan ayudado en la fortuna, puesto, á vuestro parecer, en la cumbre della, creyendo estar muy seguro, quísoos ella mostrar el galardon que á aquellos que en ella se fian dar

suele; que en cabo de tantos y tan grandes trabajos, tantos peligros por vos pasados por ganar honra y provecho, desamparado de vuestras gentes, desapoderado de vuestras fustas, fuistes vencido de aquel que hasta entonces nunca en afrenta con ningun otro caballero se habia visto, y llevado preso delante de aquel emperador á quien muchos enojos y no menos daños hicistes, donde con mucha causa se debiera ejecutar en vos la justa justicia que merecíades. Mas aquel Redentor del mundo, que por los semejantes quiso padecer, habiendo mucha piedad de ese valiente cuerpo y de las grandes fuerzas que él vos dió, creyendo que son puestas, al contrario que de lo de hasta aquí, en su servicio, ha puesto tal remedio, si por vos es conocido, con que aquella mala fama perecedera que en lo pasado alcanzastes, para siempre en este mundo, y despues en el otro, en muy gran gloria perpétua se vos torne; y porque sin el buen cimiento ninguna labor segura ni duradera ser puede, es menester que, dejando la que es mala y muy falsa secta de los paganos, vos torneis luego á la santa ley de nuestro Señor Jesucristo, sin la cual ninguno puede ser salvo. Pues esto sea luego, así como yo he sabido que lo prometistes al Emperador, porque, como quiera que vuestras gentes y fuerzas muchas sean, no me atreveria yo á acometer ninguna afrenta en compañía de aquel que enemigo fuese del Señor Dios, que la victoria dar y quitar puede, sin que alguno ni ninguno á la mano le vaya.»

Frandalo, que lo miraba y veia tan hermoso y tan mesurado en su hablar, sabiendo ya las cosas maravillosas y muy extrañas que en armas habia hecho, bien creyó verdaderamente que tal persona de hombre mortal no podia nacer, ni de tal forma permanecer sino en la ley de la verdad; y puesto caso que no fuera llegado á tal estrecho por donde le convino prometer al Emperador aquello que Esplandian le demandaba, sola su vista y habla era bastante para que, no tan solamente á él, mas á todo el paganismo convertir pudiese, y díjole: «Bienaventurado caballero, aquel Señor en quien tú crees y que tal te hizo, quiero yo servir y creer; pues ordena de mí lo que mas te placerá; que determinado estoy á lo que tu voluntad fuere.» Esplandian, que desto muy gran placer hubo, tomándolo por la mano, se bajó con él á aquella hermosa capilla donde él fué armado caballero, y allí el maestro Elisabat, que de misa era, dándole por padrino á Esplandian y á Norandel, le dió el agua del baptismo, tornándole cristiano á él y á todos los suyos; mas el nombre de Frandalo no se quiso mudar, diciendo que, pues hasta entonces con aquel nombre en servicio del enemigo malo tanta fama alcanzó, que con aquel mismo, sirviendo al Señor que agora habia tomado, queria hacer tales cosas, si la muerte no le atajase, que siendo ejemplo á aquellos sus parientes y amigos, que por todas aquellas comarcas vivian, fuese causa de los tornar al santo conocimiento de la santa fe católica, en que él ya estaba. Y ciertamente esto no fué en vano, antes muchos dellos fueron convertidos á la santa fe católica por causa suya, como adelante se os contará; de que muy grande acrecentamiento de allí se siguió en la fe de Cristo.

CAPITULO LIII.

De la habla que el rey de Dacia con Esplandian hubo acerca de la doncella Carmela, y de las cosas que en Constantinopla vido.

Esplandian y el rey de Dacia, que mucho se amaban, iban hablando ambos en uno, y el Rey le contaba en qué manera habia visto á la hermosa infanta Leonorina cuando le presentó á Frandalo, y díjole: «Creed, Señor, que ni vuestra madre, que por todo el mundo es preciada y loada por la mas hermosa de cuantas en esta sazon se vieron, ni todas las otras que vos conoceis, en quien es la perficion de la acabada beldad, con muy gran parte no se le igualan; que cierto yo creo que persona mortal nunca tal hermosura ni tal gracia alcanzar pudo.» Y asimesmo le dijo el grande amor que el Emperador les mostró, y cómo, sabiendo las grandes cosas que dél le habian dicho, deseaba mucho verle, y lo que Gastíles habia dicho; así que, no quedó cosa que no le contase, sino solamente lo de la doncella Carmela, lo cual dejó por su ruego della, como ya os dijimos. Esplandian, que con mucho contento escuchaba, aunque no sin mucha alteracion de su espíritu en oir hablar de tal manera en aquella de quien su corazon enteramente era subjeto, maravillábase mucho cómo no le hacia mencion de la doncella Carmela, y dijo: «Mi buen señor, ¿supiste allá por ventura de una mi doncella que con mi embajada á esa casa del Emperador fué?—Sí supe, dijo el Rey; que yo la vi en el palacio del Emperador, y segun nos dijo, será muy presto en la montaña Defendida, si este cerco no la estorba. —¿Cómo supistes, dijo Esplandian, que era la por quien yo pregunto, ó en qué manera la conocistes? —Yo os lo diré, dijo él: sabed que cuando ella vió á Maneli y á mí armados como veis, fué muy alegre y muy maravillada en conocer las armas, y no á nosotros, y hablando con ella, nos dijo nuevas de Talanque y Ambor, y cómo traian otras semejantes armas que estas nuestras, y dígoos que delante de nosotros hizo saber al Emperador todas las cosas que por vos han pasado hasta que al rey Lisuarte sacastes de la prision, que por gran maravilla lo tuvo él y todos los caballeros de su corte.—Cierto, dijo Esplandian, no puedo pensar por qué causa se detuvo en se no venir en vuestra compañía, porque yo la envié con mensaje á esa infanta que vistes, á le hacer saber lo que mi padre me mandó el dia que fuimos armados caballeros, y que yo quitaria aquella palabra que dél le quedó, haciendo á todo mi leal poder todo lo que su servicio y voluntad fuese; y mucho placer habria en saber lo que dello recaudó, y si con mi servicio terná por bien de excusar el de mi padre.—De eso os diré yo, dijo el Rey, lo que allá supe: la infanta Leonorina dijo á su padre esto que vos decis, y cómo la doncella le habia traido de vuestra parte aquella embajada, y un anillo muy hermoso en señal de ser así cierto; pero el Emperador respondió que por ninguna manera no diese por quito á vuestro padre de aquella promesa hasta que vuestra persona se presentase en aquel lugar que la palabra se dió, porque querian ver si vuestras obras son bastantes á que las de vuestro padre excusar pudiesen.—Pues eso de la ida y de la igualeza de mi padre, dijo él, muy alongado por

ahora está de mi pensamiento y voluntad; que en gran locura seria puesto si creyese que yo y todos los nacidos podemos igualar con mucha parte á las extrañas y grandes cosas de Amadís, aunque él otras afrentas ningunas hubiese pasado, sino solamente una que agora vi, en la muerte del esquivo y espantoso Endriago, que esta me ha quebrantado el corazon, no porque él no bastase á otra semejante que ella acometer, mas porque tengo por imposible poder yo hallar otra tan peligrosa ni temerosa en todos los dias de mi vida, ni los que vivos quedaren.—No penseis en eso, dijo el Rey; que mientras que el mundo durare siempre serán descubiertas otras cosas extrañas, y aunque por ventura no sean de la cualidad dese Endriago, serán en cantidad muy mayores; que ciertamente yo creo no haber en el mundo mas fuerte cosa que el fuerte corazon del hombre, si con discrecion es gobernado, lo que no puede acaecer en ninguna bruta animalía, que si en mucha demasía las grandes fuerzas poseen, en muy mayores les falta el juicio para se dellas aprovechar.—Agora, buen señor, dijo Esplandian, dejemos de hablar mas en esto; que yo no soy mas obligado de ofrecer esta vida á la muerte por hacer verdaderas las cosas que de mí son dichas, y en aquellas partes donde mas sin ofensa de Dios yo lo pudiere hacer; y si á la medida dellas mis obras no llegaren, no les puedo dar mayor paga ni mayor satisfacion que es aquesta que digo.»

CAPITULO LIV.

Cómo la gran fusta de la Serpiente, y Frandalo con su flota, desbaratadas las naos de los enemigos, con maravillosa fuerza se juntaron al pié del alcázar de la montaña Defendida, y cómo Esplandian y Frandalo entraron ambos en la fortaleza.

Esplandian y aquel su muy grande amigo Garinto, rey de Dacia, en la su muy gran nave, con la flota de Frandalo navegaron la via de la montaña Defendida; pero siendo ya bien cerca de la noche, y no menos de la ya dicha montaña, fué entre ellos acordado que Frandalo, y Maneli, y el rey de Dacia, y Gandalin, y Lasindo se pasasen á la flota, porque si la gran fusta de la Serpiente en su llegada algun desbarato pusiese en las naves de los contrarios, que ellos los hiriesen y trabajasen de los desbaratar. Esto así hecho, siendo hasta dos horas de la noche por pasar, la gran fusta y Frandalo y sus compañeros algun trecho tras ella llegaron, donde los contrarios con reposo, sin recelo de aquello que les vino, que la muchedumbre de sus naves y gentes no temia sino solamente las fuerzas del Emperador, con quien tenian treguas, y eran avisados qué hasta entonces ningun movimiento mandaba hacer en aquellos sus puertos que las fustas tenian; mas cuando así tan sin sospecha Esplandian en su gran nave llegó, la fuerza y braveza della fué tan demasiada, que todas las fustas que delante halló fueron anegadas, y las otras esparcidas al uno cabo y al otro; así que, sin entrevalo alguno fué junta con la gran torre del alcázar, aquella que ya oistes, en que las ondas de la mar contino batian.

Cuando Frandalo y sus compañeros vieron la revuelta pusieron velas y remos, y con muy grandes voces y trompetas se hicieron á la diestra parte, y como hallaron los contrarios espantados, y sus naves revueltas sin concierto alguno, antes que ellos juntarlas pudiesen unas con otras, muchas dellas fueron hundidas y anegadas, y otras tomadas, con daño y muertes de los hombres que las defendian; así que, antes que el alba fuese venida, era toda destrozada y desbaratada mas de la mitad de la flota del rey turco; pero de Frandalo os digo que, junto con su muy grande esfuerzo y valentía, y grande práctica que en las cosas y afrentas de la mar todo el mas tiempo de su vida tuvo, hizo en aquella lid tales maravillas y tan extrañas en armas, que en muy grande prez y estima fué de todos los caballeros tenido, tanto, que á él se dió la gloria de aquella batalla; porque, como quiera que á aquellos caballeros que con él iban el esfuerzo y ardid no les falleciese, no tuvieron ellos tanto lugar de lo ejercitar, por no lo haber así como él usado; y de lo que mas loor á este caballero se le dió, fué por haber así confirmado en el pensamiento de todos cómo en sí retenia aquella muy santa ley de nuestro Señor Jesucristo, que en tan breve tiempo recibió, que á tres dias no llegaba, y ser en su mano y libertad de hacer lo contrario de lo que allí hizo, pasándose con su flota á sus naturales y parientes, llevando presos aquellos preciados caballeros que dél se fiaban. Pues esto así hecho, como habeis oido, queriendo ya el alba romper, Frandalo recogió muy bien todas sus naves adonde la gran fusta ya con mas sosiego estaba, y púsolas todas debajo de sus grandes alas.

A esta sazon Talanque y Ambor de Gadel, y los otros que en el alcázar estaban, pusiéronse á la ventana de la gran torre, viendo aquel socorro con aquel placer que bien pueden pensar aquellos que en semejantes cosas se vieron. Esplandian, que encima de la gran fusta estaba, y Norandel, les preguntó por dónde podrian mejor entrar en el castillo. Ellos le respondieron que por ninguna via ni manera lo podian hacer, si no fuese por aquella ventana, porque la muchedumbre de la gente por fuerza de armas les habian ganado la mina, que era la entrada de la montaña, y asimesmo el postigo que á la tierra firme salia; así que, su gente estaba bien cerca de las puertas principales del alcázar, y que ellos se las habian defendido con una muy gruesa y fuerte pared que de un canto tenian hecha. «Pues ¿qué haremos? dijo Esplandian, ó ¿en qué forma harémos para que allá podamos subir, pues que tanto conviene que se haga?—En esto, dijeron ellos, muy buen aparejo se puede dar, y sin peligro alguno.» Entonces les echaron dos escaleras de cuerdas bien recias, que ellos habian hecho, con esperanza de ser por allí socorridos cuando menester lo hubiesen. Esplandian mandó luego llamar á Frandalo y á todos sus compañeros, los cuales luego vinieron; y venidos ante él, les dijo que dejando tal gente en la flota que para su defensa bastase, que el mejor acuerdo seria entrar ellos en el alcázar, que habia buen lugar para ello; y allí tomaron consejo de lo que hacer debian. Ellos todos lo tuvieron por bien, y así se hizo como habian acordado, que por las escalas subieron todos arriba con muy poco afan; y estando todos juntos con la mas gente de Frandalo en aquella tan gran fuerza, muy gran gozo en sí sintieron, creciéndoles los corazones, como quien ya la

muerte tragada tenian, pensando pugnar de hacer en aquella afrenta en que estaban tales cosas, que aunque allí sus vidas falleciesen, sus muy grandes famas mas perpétuamente en todo el mundo con muy grande estima y no menos loor quedasen.

CAPITULO LV.

En el cual, preguntado Talanque, cuenta á Esplandian y á Frandalo en qué manera los enemigos les entraron la montaña, y del esfuerzo que Esplandian á todos pone.

Luego Esplandian y Frandalo se fueron á la otra parte del alcázar, donde vieron cómo la gente de los turcos estaban en sus barreras bien cerca de las puertas del castillo, y la defensa que los de dentro habian hecho, y cómo la otra gente entraba y salia por el postigo que era entre las torres, y asimesmo vieron á muy gran gente del real donde el rey Armato estaba con muy muchas tiendas y chozas. Esplandian preguntó á aquellos caballeros en qué manera los enemigos les habian entrado en la montaña, siendo fuerte. «Decíroslo he, dijo Talanque. Sabed que pasando algunos dias que de aquí partistes con el rey Lisuarte, este rey turco que allí veis, vino con muy gran poder de gente por la tierra, y no menos armada por la mar, á ponernos cerco; y nosotros, temiendo aquello que fué, pusimos muy gran recaudo de aquel postigo, cerrándolo por de dentro con mucha tierra y fuertes cantos, teniendo siempre encima de las torres cuatro hombres, que defendian que ninguno allí llegase. Mas los turcos, habiendo muy muchas veces acometido, y recibiendo muerte muchos dellos con las piedras que los nuestros dende arriba les tiraban, hicieron un pertrecho cubierto de madera y de hojas de hierro, con que sin ningun estorbo pudieron llegar al postigo sin que las piedras les hiciesen algun daño; y con sus artificios sacaron la puerta de su lugar; y como hallasen la defensa ser de tierra y piedras, muy presto la horadaron; y como quiera que algunos de nosotros, así de dia como de noche, fuertemente les resistiésemos la entrada, tanta gente allí ocurrió, que fatigados del sueño y del gran cansancio, nos convino recogernos al castillo, donde ya la gente entraba por el postigo. Asimismo á Ambor le convino desamparar la mina, porque, segun la muchedumbre de la gente que vino, no fuimos poderosos de la defender, tomando por mejor partido esperar el reparo de Dios, pues que en su servicio estábamos defendiendo este alcázar, que aventurándonos en las cosas de fuera, nos pusiésemos en peligro de ser perdidos. Como quiera que algunas veces hemos salido á los enemigos y muerto muchos dellos; mas considerando que era mas daño á nosotros faltar uno que á ellos ciento, lo dejamos de hacer.— Muy bien hecistes, dijo Esplandian; que si solamente de vuestras personas hubiérades de dar cuenta, y las pusiérades en peligros demasiados, así como los unos lo juzgaran á locura, así los otros lo tuvieran á gran esfuerzo, como generalmente se suele hacer, poniéndoos en cargo una tan señalada fuerza como es esta montaña, donde tanto servicio se puede seguir al muy alto Señor; y perdiéndola, ser tanto al contrario, mayor inconveniente fuera atreveros á lo suyo que á lo vuestro, porque agora ternéis tiempo con mas aparejo de mostrar la virtud de vuestros corazones.»

A esta sazon era ya la hora de comer, y fuéronse adonde estaba aparejado. Pues estando allí con mucho placer, y hablando en qué manera podrian damnificar á sus enemigos, díjoles Esplandian: «Ea, buenos señores, que estas no son las aventuras de la Gran Bretaña, que mas por vanagloria y fantasía que por otra justa causa las mas dellas se tomaban; que si la ira y saña en aquella gravemente os eran defendidas, en estas que agora se os representan, no tan solamente no es pecado ejercitarlas, mas ante aquel muy alto Señor Dios muy gran mérito se gana; y así, mis señores, comed y descansad; que antes que mañana venga, yo confio en la merced de aquel muy alto é inmenso Dios que ya os dije, y en la muy gran lealtad deste nuestro verdadero amigo Frandalo, que con muy gran daño y pérdida destos nuestros enemigos, estos campos que agora vemos llenos de gente, dellas serán bien vacíos.» Así como habeis oido estaban estos caballeros, y Libeo con ellos comiendo, esperando á qué podrian salir aquellas palabras que á Esplandian oian decir, teniéndolas por muy extrañas, segun la gran cantidad de los enemigos, y el poco aparejo que para los contrastar ellos tenian. Mas como creido tuviesen ser sus aventuras tan diversas de todos los otros caballeros, no en poca esperanza de venir en aquel efecto que él dijo, les puso. Y cuando hubieron comido, se desarmaron para dar alguna recreacion á sus cuerpos y reposo á sus espíritus.

CAPITULO LVI.

Cómo Armato, rey de Persia, sabido el daño de su flota, acordó de ir á ver la gran fusta de la Serpiente, que lo habia hecho; y cómo, esforzando toda la gente para dar el combate, se volvió al real.

El rey Armato, que en el real en sus tiendas estaba bien alegre y muy sosegado, supo del gran daño y desbarato que los cristianos habian hecho en su flota, de que muy enojado fué, maravillándose mucho qué gente pudo ser aquella que tan sin sospecha allí vino, teniendo él personas suyas en todos los lugares donde el emperador de Constantinopla tenia sus naves, de que luego habia de ser avisado en partiendo de allí, y teniendo con él tregua asentada. Pero algunos de los que en las otras fustas quedaron, que despues de venida la mañana la fusta de la Gran Serpiente vieron, con muy grande espanto le contaban lo que della les habia parecido, haciéndosela tan espantosa y tan esquiva, que no solamente tenian por mucho lo que en su flota hicieron, mas que si de allí donde estaba salir pudiese, que no serian osadas todas las naves de la mar de se llegar á ella. Pero otros que ya sabian lo cierto, qué cosa era, y cómo Urganda la Desconocida la habia dado á Esplandian, contáronselo al Rey, diciendo que artificiosamente era hecha, y que creyese que en ella habia venido el mejor caballero que en todo el mundo hallar se pudiese, aquel que habia muerto al gran gigante Matroco y á Furion, su hermano, y les ganó el señorío de aquella montaña.

El Rey, como esto le fué dicho, hubo placer de la ir á ver, y cabalgando en un caballo con aquellos que

tenian cargo de le guardar, se fué á la parte donde le dijeron que su flota se habia recogido; y llegado allí, entró en una fusta de las mas ligeras que allí habia, y desviándose del alcázar, se puso en parte donde á su placer y sin ningun peligro la pudiese muy bien mirar; mas cuando él vió una cosa tan espantable y tan extraña, mas que cuantas él en sus dias oyó decir, estuvo una gran pieza que ninguna cosa habló, considerando que no habia en todo el mundo tan poderosa flota que resistir la pudiese por ninguna manera; mas por no poner á sus gentes en mayor dolor y quebranto de lo que ellos tenian, mostró á ellos que no la preciaba tanto como en nada, diciéndoles: «Amigos, no vos espante la figura de aquella fusta, que no la hicieron los dioses, ni ellos en ella vienen; artificio de personas mortales es, y tales son los que en ella vienen, y no quedais tan pocos ni tan menguados de esfuerzo que no haya en vos diez para uno de los que aquellas naves puedan guardar; esforzadvos, y tened ojo esta noche que viene; y cuando oyéredes que por la tierra mis gentes combaten el castillo, llegad todos á gran priesa y muy reciamente sin recelo, poned fuego á aquellas naves, que las pequeñas serán causa de la grande ser quemada. Así que, esto hecho, la mar quedará á vos libre, y á mí la tierra, como hasta aquí la tuve; que esta gente que aquí es venida me pone en mayor esperanza de acabar esto comenzado; pues que no teniendo fustas ni socorro, la vianda muy mas presto les fallecerá.» En esto se tornó á su real, mandando á los capitanes que aderezasen para el combate dos horas antes del alba; quedando los de la flota aparejando las cosas necesarias para poner fuego á las naves. Asimesmo los del alcázar recorriendo sus armas, para cuando por su caudillo Esplandian les fuese mandado que las tomasen, para se poner con ellas donde, con mas cuidado de herir en sus enemigos que de guardar las vidas, esforzaban sus fuertes y bravos corazones.

CAPITULO LVII.

De la cruel batalla que Esplandian y Frandalo hubieron con Armato, rey de Persia, por quien la montaña estaba cercada, en la cual batalla fué preso el Rey, y toda su gente desbaratada, y de las extrañas cosas que Esplandian y Frandalo allí hicieron.

Pues venida aquella noche, de los unos y otros esperada, siendo ya la escuridad venida, Esplandian y sus compañeros se armaron; y tomando á Frandalo por la mano, les dijo: «Buenos señores, en Dios y en la gran lealtad deste caballero está toda nuestra buena ventura, y despues en el esfuerzo de vosotros; yo os ruego que en viendo que es pasada media hora, acometais bravamente á los enemigos, y sea con tal acuerdo, que la lid alguna pieza podais sostener; y esto encomiendo yo á vos, mi señor tio Norandel, porque vuestro grande esfuerzo y discrecion temple la valentía destos caballeros, que las afrentas de las armas tanto como vos no han usado, y á Frandalo y á mí encomendadnos á aquel muy alto y poderoso Señor en cuyo servicio vamos y quedais.» Entonces cubrió Esplandian sus armas y Frandalo las suyas con sendás vestiduras hechas al uso de Turquía, que en el alcázar á vueltas de otras muchas habian hallado; descendiéndose ambos por las escalas de cuerda que ya oistes, se fueron encima de la gran fusta; y de allí abajados, tomaron un barco pequeño, y mandando á toda lo compaña que en la flota quedó para la guardar, que armados todos se sáliesen arriba al castillo, y hiciesen lo que por Norandel les fuese mandado, se fueron con un hombre solo, que los guiaba por la mar ó hácia aquella parte que descombrada quedó de la batalla de la noche pasada; y anduvieron una pieza, hasta que vieron ser ya tiempo de salir en tierra; y llegando á la orilla, dejando el hombre en el barco, salieron fuera á pié, los yelmos en las cabezas y los escudos á sus cuellos, sin que Frandalo supiese cuál era el fin de aquel viaje.

Entonces Esplandian dijo á Frandalo: «Mi buen amigo, guiadme á la tienda del rey turco, allí donde vimos su gran seña, que estandarte se llama, y si las guardas nos encontraren, diréis en su lenguaje cómo somos de aquellos que la entrada de la montaña guardan á la entrada de la mar, y que llevamos un grande aviso al Rey, con que se hará mucho daño en las fustas de los cristianos, y allá delante os diré mi propósito. —Señor, dijo Frandalo, esto y todo lo que mandárdes será por mí hecho, si la muerte no lo estorba.—Tal confianza, dijo Esplandian, tengo yo en vos, mi buen amigo, y vamos adelante.» Y luego se fueron para el real, que no muy léjos estaba, y no tardó que salieron á ellos algunos de los turcos, que aun la gente no eran todos recogidos á sus estancias, y preguntándoles quién eran, respondió Frandalo aquello que de antes habian acordado. Y no curando de les decir mas, creyendo que de los suyos fuesen, los dejaron pasar adelante; y anduvieron tanto, despues que en el real entraron, sin que persona mas les preguntase, que llegaron á la tienda del Rey, donde hallaron que á la sazon llegaban allí otros muchos caballeros armados, que le habian de guardar de noche, segun se solia hacer; y los capitanes que dentro en la tienda estaban, concertando el combate que aquella noche habian de hacer. Pues estando así entre aquellas compañas, mirando lo que hacian, á la vuelta de los otros armados, oyeron el grande alarido de aquellos que dentro en la montaña sus estancias tenian, que á esta sazon los caballeros del alcázar con hasta docientos hombres muy bien armados, de la compaña de Frandalo, habian salido, como concertado estaba, tan denodadamente, que pasando las barreras de los enemigos, mataron y hirieron muy muchos dellos; así que, un muy gran trecho los retrujeron, y por esta causa las voces eran muchas y tan grandes, que á los cielos llegaban. Esta nueva llegó luego á la tienda del Rey, el cual mandó á todos sus caudillos que con la mas gente que pudiesen les ayudasen, y trabajasen muy mucho de se meter entre los contrarios y la fortaleza, y atajasen los que della habian salido. Como la gente este mandato oyó, fueron todos prestamente á lo cumplir; pero Esplandian y Frandalo quedáronse con las guardas del Rey donde estaban; mas no tardó mucho que vino un hombre y dijo al Rey: «Sabed, Señor, que del alcázar ha salido mucha gente, entre los cuales hay tales caballeros que hacen maravillas en armas, y han muerto muchos de los vuestros, que ya apenas hallan con quién lidiar.» El Rey fué

desto muy sañudo, y dijo: «¿Cómo aquellos canes captivos son bastantes de contrastar mi gente? Pues yo haré luego de manera que sepan que ni ellos ni su Jesucristo podrán excusar que no sean todos confundidos y muertos.» Y demandó á gran priesa sus armas, y á la puerta de la tienda se hizo armar. Cuando por el real fué sabido que el Rey salia á la pelea en socorro de los suyos, sin mas tardar se armaron todos y fueron tras él, que ya á caballo se iba hácia el postigo. Esplandian y Frandalo le aguardaron, yendo delante dél, por entrar en la montaña cuando él entrase. Y así, llegó el Rey al postigo, y descabalgando de su caballo, tomó en su mano siniestra una adarga, y en la otra un cuchillo, y entró donde los suyos con gran revuelta andaban, y vió cómo muchos cargaban de golpe sobre los cristianos, y cómo ellos se defendian bravamente; y así, llegó hasta los delanteros, dando voces que no dejasen hombre á vida y los atajasen, porque ninguno se pudiese ir. Esplandian dijo á Frandalo: «Amigo mio, no me perdais, y aguardadme, que lo que yo emprendiere vos dirá lo que debeis hacer.» Y fuése luego á poner á la parte que el Rey andaba, y vido lo que sus amigos hacian, y cómo mataban muchos de los turcos, pero no sin grande afrenta, segun la mucha gente sobre ellos cargaba, y dijo entre sí: «¡Ay mis buenos amigos! si Dios por la su merced trajese en efecto lo que tengo pensado, ayudarvos hia yo en esta grande afrenta que vos veo, hasta la muerte.»

Y andando así fieramente á un cabo y á otro, no partiendo los ojos del Rey, como lo vido en aquella parte que él aguardaba, fué cuanto mas recio pudo, y abrazándose con él, llamó á Frandalo que le ayudase. Frandalo, que así lo vido, echó mano muy bravamente del Rey, como aquel que de gran fuerza era, y comenzaron ambos á tirar por él, para lo pasar á los de su parte. Mas el Rey, poniendo todas sus fuerzas, daba grandes voces, llamando á los suyos que le socorriesen. A estas voces acudió mucha gente; y como Esplandian vido la cosa en peligro, dejó el Rey en poder de Frandalo, y puso mano á su muy buena espada, que en señal de ser él mejor que su padre habia ganado, como ya se vos contó, y fuése á meter entre los turcos, nombrándose, y comenzó á los herir tan cruelmente y de tantos golpes, que era espanto de lo ver. Allí le crecia la ira y la saña, allí le acompañaba la gran soberbia, allí hacia tales maravillas, que nunca caballero antes ni despues hizo; así que, en poco de tiempo tuvo á sus piés mas de veinte hombres muertos y mal heridos, que nunca golpe dió en lleno que no lisiase ó matase. Cuando Norandel y los otros caballeros vieron la gran revuelta, y cómo Esplandian se nombraba, acudieron allí algunos dellos, hallaron cómo Frandalo tenia abrazado al Rey y les daba voces que le ayudasen para lo llevar, y asimesmo cómo el Rey á gran priesa llamaba á los suyos que le socorriesen, y tambien las maravillas que Esplandian hacia, que aunque de noche era, bien vieron cómo estaba cercado de los turcos, que ninguno á él osaba llegar, y los muertos que en derredor dél estaban caidos; y luego Norandel y Talanque, y Maneli y Gandalin, le socorrieron bravamente; y Lasindo y Libeo, con otros algunos, acorrieron á Frandalo, que de muchos y grandes golpes era atormentado y muy mal herido, sin que él ninguno dar pudiese, que nunca soltó del Rey, aunque en peligro de muerte se vido, considerando que aquello era el cabo del vencimiento de los enemigos. Mas como estos llegaron, comenzaron á dar en los turcos muy fieramente; así que, muy muchos dellos mataron, y á mal de su grado su gran rey fué en poder de los cristianos.

El rey de Dacia y Ambor y Belleriz, sobrino de Frandalo, que muy valiente caballero era, resistian á la otra parte con mas de cien hombres de los suyos, peleando muy fieramente, porque los enemigos les querian tomar las espaldas y habian muerto muchos dellos; y las voces eran tantas y tan grandes, que no parecia sino que toda la montaña se hundia. Norandel y sus compañeros llegaron con gran trabajo donde Esplandian estaba, y halláronle en la manera que ya vos contamos, como el bravo y fuerte toro que de léjos le echan las varas. Mas cuando él vido aquellos buenos caballeros cabe sí, comenzó á esforzarse y decir que le siguiesen, que allí era la braveza bien empleada; y fué cuanto mas recio pudo á se meter en los turcos, que delante dél huyendo andaban, y el que alcanzar podia no habia menester mas de un golpe. Norandel y los otros caballeros iban teniendo con él, así con gran espanto de ver sus cosas, como con mucho temor que allí se perderia; y pesábales porque tan denodado se metia entre los enemigos, creyendo no bastar el poder dellos para le socorrer. Como los turcos que á las otras partes peleaban vieron que su gente por aquella parte se vencia, acordaron de socorrer algunos dellos, y acudieron allí dos capitanes, y dieron sobre Esplandian y Norandel y los otros sus compañeros con gran fuerza y tropel de gente, que por poco los hubieran de derribar en tierra. Mas allí eran las grandes maravillas de Esplandian en matar y derribar los que alcanzaba; toda su espada estaba teñida en sangre, y asimesmo su escudo y el yelmo, que no parecia sino que sus carnes eran hechas pedazos, mas no era ello así, que aquella de la de los enemigos allí le habia saltado.

Talanque y Maneli fueron á los dos capitanes que con sus fuertes cuchillos en lid entraron delante de todos los suyos, y comenzaron con ellos una brava y muy cruel batalla. Norandel no osaba partirse de Esplandian, segun en el gran peligro que le veia siempre; así que, pocas veces heria en los turcos, aguardando que no le atajasen y le tomasen las espaldas; pero al que alcanzaba no habia menester maestro; mas todo era bien menester, que como la gente sobre ellos sin número viniese, y Esplandian anduviese cansado, y Talanque y Maneli ocupados con los dos capitanes en la batalla, y los que les ayudaban fuesen pocos, no faltó mucho de ser allí todos muertos. Mas aquel fuerte Frandalo, como quiera que herido estuviese, habiendo dejado al rey turco en poder de algunos suyos, que en el castillo lo metieron, tomó consigo hasta veinte hombres y vino á mas andar á la parte donde vido la mayor priesa, pensando hallar en ella á Esplandian, y de su llegada se remedió el peligro en que aquellos caballeros estaban, que tan poderosamente comenzó á herir y matar en los turcos, y los sus hombres asimismo, que en

poco de rato los hizo aportar á mal de su grado una pieza, quedando en poder de Talanque y de Maneli los dos capitanes con que lidiaban; y como de noche fuése, así como la muchedumbre de los turcos, cuando habian la mejoría, cargaban de golpe, así de golpe se retraian sin ningun concierto, cuando los suyos, que en la delantera andaban, eran apretados; que los unos á los otros se desbarataban. Cuando Frandalo vido á Esplandian todo cubierto de sangre, muy triste fué dello, y díjole: «Señor, ¿cómo estáis? que vos veo muy desemejado, y tengo recelo que estáis en peligro, segun esa sangre de que cubierto vos veo.—Amigo mio, dijo Esplandian, tanta es la saña que me enseñorea, que no siento otro mal sino no poder destruir toda esta mala gente.—Harto habeis hecho, dijo él; que su rey queda en el castillo, y todo este camino es cubierto de los muertos, y yo vos ruego que con esto seais esta vez contento; y recojámonos, que tiempo es; que en el castillo hemos oido grandes voces, diciendo que nos combaten la flota.» Esplandian, como quiera que otra cosa desease, quiso hacer lo que le rogaba, y comenzáronse á retraer, llevando presos los dos capitanes. Los turcos, que muy espantados estaban, sabiendo los mas dellos la prision de su rey, no curaron de los seguir, antes se llamaban unos á otros para se tornar al real; finalmente, todos tuvieron por bien que la batalla cesase. Pues recogidos los cristianos al castillo y los turcos al real, no quedando ninguno dellos dentro en la montaña ni tampoco en la mina de las dos puertas, quedó el campo sembrado de muchos muertos, casi todos de los turcos, porque los de Frandalo, como siempre andaban en guerra, eran muy bien armados y sabian hacer daño en los enemigos y guardar sus vidas.

CAPITULO LVIII.

De cómo los turcos quemaron á Frandalo su gran flota, y del enojo que Esplandian dello recibió.

Pues siendo Esplandian y sus amigos con toda la otra gente en el alcázar, vieron cómo la flota de Frandalo ardia en vivas llamas. Que parece ser que como los turcos de las naves del rey Armato estuviesen apercibidos para combatir y poner fuego á aquellas fustas, como les fué mandado, y oyeron el gran alarido del combate, sin mas tardar llegaron de rendon, pensando poder á ellas llegar, pero las grandes ondas del agua que de la fusta recudian, les puso para ello impedimento; y viendo ser imposible que su propósito hubiese algun efecto, comenzaron de tirar con los arcos y ballestas en tanto número como la lluvia cuando mas espesa cae, y las flechas y saetas llevaban unas pellas pequeñas confecionadas de fuego grecisco, atadas cabe los hierros; así que, aunque las naves eran recogidas debajo de las alas de la Serpiente, no se pudo excusar que el fuego en ellas no trabase; y como se fueron prendiendo, las llamas eran tan crecidas, que á los del castillo les convino cerrar las ventanas, con recelo que el poder del fuego por allí no entrase; así que, toda la flota de Frandalo fué quemada. Pero dígoos que en la gran fusta ninguna cosa en ella pudo el fuego trabar, ni en ella mas daño que de ante pareció. Mucho pesó á Esplandian y á aquellos caballeros en haber así perdido sus naves; mas como ya estuviesen con pensamiento que en las afrentas semejantes no se podia ganar honra ni hacer daño á sus enemigos sin que dellos lo recibiesen, consoláronse tomando por remedio el gran daño que en ellos hicieron, y el tener él su gran reposo.

CAPITULO LIX.

Cómo pasada aquella noche, curadas las heridas, los caballeros se fueron á comer, llevando consigo al Rey, y del acatamiento que Frandalo le hizo, dándole á conocer á Esplandian, y las grandes hazañas que hecho habia.

Despues desto, estos famosos caballeros, poniendo sus velas y guardas, desarmáronse, y el maestro Elisabat les curó de las heridas, y plugo á la merced de Dios que en ninguno halló peligro, ni que por ellas dejasen de se levantar; que, como quiera que golpes recibieron muchos, la flaqueza de las armas de los turcos, y la gran fortaleza de las suyas defendieron que á las carnes mucho daño no hiciesen; y si algun peligro hubo, fué en la otra gente, que no estaban como ellos armados; pues acostados en sus lechos, poniendo recaudo en el rey preso y en los dos capitanes, durmieron aquello poco que les quedaba de aquella noche; y la mañana venida, despues que el Maestro los hubo curado, levantáronse todos para comer, que bien les era necesario. Mas Frandalo les rogó que antes viesen al Rey, que en la cámara estaba retraido, y consigo lo hiciesen comer, honrándole como convenia que á tan gran príncipe se hiciese. Todos lo tuvieron por bien, y juntos se fueron á la cámara donde estaba, y halláronle sentado ante una cama, cubierto con una aljuba de seda, que traia sobre sus armas; y como vió los caballeros, levantóse en pié. Frandalo, que lo conocia muy bien y habia sido su vasallo, y en su servicio habia hecho muchas cosas en armas en gran daño de los cristianos, fué á hincar las rodillas ante él y besóle la mano, diciendo: «Como quiera que yo esté ya en otra mas verdadera ley, y sirva á aquel Señor que tú, Rey, por enemigo tienes, considerando tu grandeza, así como fuí tuyo, quiero te hacer este acatamiento, no con la obediencia que solia, mas con aquella cortesía que como caballero debo.» El Rey lo levantó por las manos y díjole: «Frandalo, por mas extraña cosa tengo en te ver á esta ley que dices vuelto, si de toda tu voluntad lo estás, segun la braveza de tu fuerte corazon, juntamente con aquella grande enemiga que siempre con los cristianos tuviste, que verme así preso como estoy; porque aquellos que las batallas y afrentas de las armas siguen, así grandes como menores, no pueden ser tan seguros que á la fortuna no sean subjetos, que la victoria dar y quitar puede, segun su querer; mas mudarse las personas de tu calidad de una ley á otra con tan ardiente aficion, que basta en tan breve tiempo para arrancar la primera y quedar firme en la postrimera, esto no lo puedo creer, ni puede ser sin gran misterio de aquel Señor que has tomado, ó de los mis dioses, que habiendo de mí recebido algun enojo, de que airados los tengo, tuvieron por bien que por tí fuese muy duramente castigado. Mas como quiera que entre tí y mí tanta sea la diversidad, como dices, ruégote que, cum-

pliendo lo que debes, mires por mi servicio en lo que á tu consejo viniere.»

Frandalo, tomando por la mano á Esplandian, dijo: «Rey, no puedo yo hacer ni decir mas de lo que la voluntad deste caballero, mi señor, me otorgare, y si dejando la ley en que me viste, te he puesto en duda de no estar firme en la que agora tengo, la prision tuya te da el testimonio de la verdad.» Esplandian, que bien entendia aquel lenguaje, aunque no lo quisiese hablar, dijo: «Mi amigo Frandalo, el vuestro gran valor y lealtad merece que yo y todos estos caballeros hayamos por bueno aquello que á vos bueno pareciere.» El Rey, que los ojos tenia en él, pareciéndole muy mozo y mas hermoso hombre de cuantos jamás visto habia, y no entendiendo su respuesta, preguntó á Frandalo qué le respondió y quién era aquel á quien tan subjeto se mostraba. Él se lo dijo todo, y mas que supiese por cierto; que aquel era el que en un dia mató en batalla á los gigantes Matroco y Furion, y á su tio Arcalaus, y á Argante, su criado, y ganó el señorío de aquella montaña. Y que no solamente su alta bondad en aquello solo se habia mostrado, mas que despues pasó por otras muchas mayores afrentas á su grande honra. El Rey fué muy espantado en lo oir y dijo: «Ahora te digo, Frandalo, que aunque el Dios de los cristianos otro milagro no hiciese sino este que dices, basta para creer que él es el mas poderoso de todos los dioses.» Frandalo le dijo: «Rey, vénte con estos caballeros que por tí vienen para te dar de comer, y ten mas confianza en su gran virtud que en el poder de aquellos ídolos á quien sirves.—Hacerlo he, dijo el Rey, porque aquellos á quien la ventura es contraria, no solamente se han de dar ellos mayor fatiga que ella les da, mas con gran corazon resistir todas las adversidades que les pudieren venir, esperando siempre con firme propósito las vueltas de la movible fortuna, que muy presto los prosperados derriba y los derribados ensalza.» Y con gesto alegre, aunque el corazon sintiese la fatiga, se fué con ellos, y llegados donde las tablas, que puestas eran, le hicieron sentar en el mas honrado lugar dellas, y como á rey le mandaron servir, y á los dos capitanes tomaron los caballeros entre sí, haciéndoles mucha honra.

Todos estaban en aquel comer muy alegres, los unos por la buena ventura que habian habido, y los otros por no dar á entender que la mala tenian en mucho. Allí fueron servidos segun la oportunidad del tiempo daba á ello lugar. Y habiendo comido, llevaron á su cámara al Rey, en compañía de Gandalin y de Lasindo, á quien la guarda suya fué encomendada. Y los dos capitanes fueron dados á Libeo, que mirase por ellos. Norandel, por consejo de Esplandian, tomó consigo á Frandalo, y á Maneli, y á Talanque, y Ambor, y en una sala muy hermosa se entraron á reposar. Esplandian en otra cámara con el rey de Dacia, que él amaba mucho, se retrujo, teniendo en su voluntad determinado de le descubrir las fatigas y mortales deseos que por su señora Leonorina le atormentaban, consiederando que si la ventura lo guiase, segun el deseo de su corazon, que su grande alegría en mucha cantidad seria augmentada, en que á aquel de quien como de su proprio corazon se fiaba, le alcanzase parte della. Y si la desventura en el contrario lo volviese, que por gran consuelo ternia hallar persona á quien sus angustias y esquivos dolores pudiese mostrar y quejarse dellos, así para buscar el remedio, como para que, si no se hallase mas consolado, pudiese la muerte recebir.

CAPITULO LX.

Cómo Carmela, doncella prudente,
Cuenta la grande y alegre embajada
Al buen caballero, de su enamorada,
Hallándose el rey de Dacia presente;
Y cómo tendida y muy reluciente
Vieron la seña del Emperador
Venir por la mar, mostrando favor,
A punto guarnida, con sobra de gente.

La doncella Carmela, que, como ya se os contó, por no poner á Esplandian en sobrada alegría ó en demasiado esfuerzo, no quiso antes de aquel socorro decirle las bienaventuradas y alegres nuevas que le traia, porque dello no se podria seguir sino ser descubierto aquello que secreto era razon que tuviese, ó ser su persona con mayor osadía, que su grande esfuerzo bastaba, llegada á la muerte, estaba sin parecer ante su presencia en la nave del fuerte Frandalo. Como vido tiempo aparejado, despues que la gran fusta al castillo de la montaña llegada fué, cubriéndose de una capa de escarlata, que de la cámara de Frandalo le dieron, sabiendo de cómo Esplandian era ido fuera del castillo, cuando al real fué del rey turco, como ya oistes, se subió por las escalas de cuerda arriba al alcázar, donde metida en una cámara estuvo hasta que Esplandian fué vuelto de la pelea, y trajo al rey turco preso; y como supo que todos eran ya acogidos en sus aposentamientos, vestida de aquellas ricas ropas de las coronas, que la infanta Leonorina en Constantinopla le dió, se fué á la cámara donde Esplandian con el rey de Dacia reposaba, y en entrando por la puerta vido cómo ambos estaban en un lecho vestidos hablando. Mas cuando por Esplandian fué vista, saltando de la cama, en una voz alta dijo: «¡Santa María! mi doncella es esta ó yo estoy fuera de mi sentido.» La doncella llegó á el, y hincando los hinojos en tierra, le comenzó á besar las manos, que él no lo sentia, así fué turbado; ni la doncella pudo hablar, con la grande alteracion que en sí sintió, en tener delante sí la cosa del mundo que mas amaba. Y así estuvieron por un gran rato. Mas Esplandian, ya mas acordado, levantóla y díjole: «¡Oh, mi doncella! ¿qué ventura en tiempo de tanto peligro os pudo ante mí traer?—Aquella buena ventura, dijo ella, que á los vuestros servientes nunca desampara; que siendo yo en grande afrenta de ser perdida mi honra, no sin gran peligro de ese rey que ahí está y del otro su compañero, fuí de prision salida, y llevada á aquella parte donde vos, mi señor, me mandastes que fuese. — Pues mi buena amiga, dijo Esplandian, ¿qué recaudo me traeis de ese viaje? Decídmelo todo, y especialmente si aquella infanta, dando por quito á mi padre con lo que de mi parte le dijistes, quedó satisfecha.—Señor, dijo la doncella, algunas cosas son que sin reguardo de ninguno se pueden decir, y otras que á vos solo convienen ser manifiestas.—Eso seria, dijo él, si aquí tercero hubiese; mas, como yo tengo por mi co-

razon proprio á este rey, y se ha determinado en le dar parte entera de mi vida ó muerte, segun la fortuna lo guiare, delante dél me decid todo aquello que, si á mí no, á otro no debia ser dicho ni divulgado.» La doncella dijo así: «Mi señor, las cosas que públicamente pasaron, este rey, que así como yo las vió, muy mejor las podrá y sabrá contar; pero las que á él ocultas fueron, por mí serán recontadas, no con aquella aficion que pasaron, que seria imposible, mas por la órden que los mensajeros pueden alcanzar y saber para las decir. Y sabed, mi señor, que estando yo sola con aquella princesa mas hermosa, mas graciosa que nunca nació, le dije vuestra embajada en aquello que á vuestro padre toca; mas cuando el anillo por mí le fué dado, acordándoseme las amorosas y muy dulces palabras al tiempo que me lo diste, que por vos me fueron dichas, las mias fueron tales y con tanta fuerza y vigor, que aquel su corazon, que con tanta libertad hasta entonces habia poseido, con aquel verdadero y muy constante encendimiento que el mio atribulado, apasionado y subjeto queda, dando dello testimonio esta joya tanto preciada, que fué la primera que la muy hermosa y no menos loada Grimanesa, su bisabuela, al su amado amigo y marido Apolidon dió; la cual por ella os es enviada, diciendo que, no por su poco valor ni estima, mas por el nombre que á ella es muy agradable, por su amor la traigais, y queriéndole yo por ello besar las manos, hincados los hinojos, dijo que queria hacer en mí lo que vos merecíades; y tomándome la cabeza entre sus tan hermosas manos, me besó en la cara, cayendo de sus ojos las lágrimas á hilo por sus hermosos carrillos.»

Entonces le puso en la mano el prendedero que la muy hermosa Leonorina le habia dado, y dijo: «Este fué con sus manos de encima de su cabeza quitado, y estos ricos paños de su mesmo cuerpo, para los vestir en el mio.» Cuando Esplandian vido el rico prendedero, y los paños con la devisa de las coronas, que hasta entonces, mirando al rostro de la doncella, si su gesto estaba alegre ó triste, no los habia visto; y oidas aquellas palabras, fué en tan grande alteracion de alegría, que casi perdidos los sentidos, ahína cayera en tierra, sino porque el Rey, conociendo su desacuerdo, se abrazó con el, y así lo llevó hasta el lecho. La doncella Carmela, tomando el prendedero, que ante sí estaba, se fué á sentar delante dél, y allí estuvo una gran pieza sin mas hablar, hasta que Esplandian, con mas acuerdo, le rogó que todo lo que con aquella infanta pasó, por extenso le recontase otra vez; que muy poco de lo pasado habia entendido. La doncella lo tornó á decir, como lo habeis ya oido. Entonces Esplandian tendió los brazos y puso las manos encima de los hombros de Carmela, diciendo: «¡Oh mi doncella y verdadera amiga! ¿cuándo será aquel tiempo en que os pueda pagar esto que por mí habeis hecho? A Dios le plega, por su inmensa bondad, que así como yo lo tengo en mi corazon, así en efeto lo pueda cumplir.—Mi señor, dijo ella, aquella merced que de vos recebí, que es no ser contra mi voluntad de vuestra presencia partida, que al grande encendimiento de mi muy cuitado y afligido corazon tal descanso amoroso dió, aquella me da el galardon de todo lo que yo os puedo servir; que en comparacion de la fatiga de lo primero, todo el trabajo que en lo alto pusiere, como por sueño contar se debe. Así que, mi señor, aquel tiempo que por venir vos esperais, aquel todo ya satisfecho tengo yo por pasado. Mas si vuestra boca llegárdes aquí donde vuestra señora la puso, á la deuda suya y á mi deseo satisfaréis.»

Esplandian, tomándola con sus mesmas manos por los carrillos, juntó la boca en aquella parte que la doncella le señaló, y allí la tuvo un gran rato; de manera que él, con la dulzura de la sabrosa memoria de su señora Leonorina, y la doncella, con el gran placer que su apasionado corazon sentia, tuvieran ambos por bien de no ser apartados de aquel auto en que estaban, hasta que la muerte les sobreviniera. Mas Gandalin, que en la cámara entró, dió causa que el Rey los apartase; el cual les dijo: «Señores, muy gran flota por la mar parece que por la mesma via que nosotros trajimos viene.» Oido por ellos esto que Gandalin decia, salieron luego á la ventana de sobre la mar, donde hallaron á Norandel y á Frandalo y á los otros caballeros que mirando estaban, y vieron muchos navíos que hácia aquella montaña señalaban su via, y entre ellos la gran seña del emperador de Constantinopla, de que no poco placer hubieron, considerando venir en su favor y socorro. Mas no tardó mucho que todos llegaron donde la nave de la Gran Serpiente estaba, con muy gran ruido de voces y trompas; pero antes que llegasen fué por los del castillo visto cómo la flota del rey Armato, que en el puerto que ya oistes era, esperando lo que les fuese mandado por los capitanes que estaban en el real, á la mas priesa que pudieron navegaron, desamparando aquel lugar donde estaban, huyendo á la parte donde era su tierra, conociendo ser aquella que allí venia la seña del emperador de Constantinopla. Y asimismo lo hicieron todas las gentes del real á muy gran priesa, temiendo ser todos ellos perdidos ó muertos; tras los cuales Esplandian y sus compañeros quisieran salir en el alcance, sino porque se lo vedó el maestro Elisabat, temiendo el peligro que de las heridas que en sus cuerpos tenian les podia venir.

CAPITULO LXI.

Del gozoso recibimiento que Esplandian y Frandalo hicieron á Gastíles, sobrino del Emperador, que por su mandado con la gran flota en socorro de la montaña venia.

Pues llegada ya allí está gran flota del Emperador, como la historia os cuenta, los de las naves dieron muy grandes voces á los del alcázar, diciéndoles cómo venia Gastíles en socorro de aquella montaña; que lo hiciesen saber á Esplandian, si allí estaba. Cuando esto fué oido por los caballeros, rogaron al maestro Elisabat que, pues á ellos su mala dispusicion les excusaba, que se bajase á la calzada de piedra, y recibiendo á Gastíles y á todos aquellos que con él venian, los subiese allí arriba donde ellos estaban. El maestro Elisabat lo hizo así luego que, entrando por la cueva, se descendió por la escalera que á la calzada salia, y púsose allí, y luego fué conocido por Gastíles. Y mandó llegar su nave tanto, que pudo della salir donde el Maestro estaba; y sabiendo del Maestro la disposicion de los caballeros, y lo que le rogaban, sin mas tardar se fué con él hasta

entrar en el castillo, donde en la primera sala, que al corral salia, halló á Esplandian y á aquellos caballeros, que lo atendian. Mas cuando él vido á Esplandian tan crecido y tan hermoso, fuéle á abrazar con mucho amor, diciendo: «Muchas gracias doy á Dios porque me dejó ver un hombre tan señalado en el mundo.» Esplandian se le humilló con mucha cortesía. Entonces llegaron todos á lo abrazar y á le hacer mucho acatamiento.

Cuando Gastíles se vido así entre aquellos caballeros mancebos donceles, que él en la ínsula Firme habia dejado, sabiendo cúyos hijos eran, y las grandes cosas que en tan breve tiempo, despues que caballeros fueron, habian hecho, no os podria ninguno decir ni contar su gran placer. Pues no menos habian ellos con él, especialmente Esplandian, que sabia ser este caballero muy junto á aquella muy alta y generosa sangre de su señora Leonorina. Pues estando así juntos, Gastíles les dijo: «Buenos señores y caballeros, el Emperador, mi tio y mi señor, sabiendo por un mensajero de Frandalo la muchedumbre de la gente que el rey Armato sobre esta montaña tenia, así por la tierra como por la mar, y la poca que de vuestra parte habia para les resistir en las naves que contra ellos veníades, considerando, si esta fuerza se perdiese, se perdia el servicio á nuestro Señor Dios y suyo, y vuestras personas serian en muy gran peligro, mandóme venir con este aparejo que veis, no solamente porque la parte de la mar desembargada vos quedase para que sin embargo le pudiésedes hacer saber las cosas necesarias al remedio desto, lo cual él mandaria luego poner en obra. Y paréceme que, por la bondad de Dios, en mucho menos afrenta y necesidad os hallo de lo que allá nos dijeron. No sé cuál haya sido la causa dello; por eso ved, señores, lo que quereis que yo haga; que así por cumplir el mandamiento de mi señor tio, como por ser muy aficionado á vuestros padres, y no menos á vosotros, se cumplirá todo con aquella aficion que si el caso mio proprio fuese.» Esplandian y los otros caballeros rogaron á Norandel que le diese las gracias que á tal embajada se convenia dar; el cual así dijo: «Señor Gastíles, ya fué tiempo que por el gran daño que al rey Lisuarte, mi señor, el Emperador vuestro tio hizo, no tomara yo en mí de os dar esta respuesta, porque no lo pudiera acabar comigo que en ella se os rindiera las muy grandes gracias que ella merece. Mas, pues que á Dios nuestro Señor le plugo que aquellas dos tan grandes y tan graves discordias en una conformidad y concordia quedaron, con mucha causa mi propósito mudar se debe, en que yo así como Esplandian y estos caballeros seamos en servicio de vuestro tio el Emperador, y á su grandeza besamos las manos por esta tan alta merced que nos hace y por la que nos ofrece, confiando en su gran virtud. Que considerando ser nuestro deseo de servir al muy alto Señor y muy poderoso Dios y á su santa ley, y despues á él, como vos lo haríades, que así nos mandará dar el favor y ayuda que en nuestros trabajos y adversidades menester nos fuere.»

Esto así hecho, contáronle á Gastíles todo lo que con los turcos habian pasado, y cómo á su gran rey tenian preso, de que no menos alegría que maravilla sintió, y dijo que lo queria ver, que algunas veces le habia hablado en los tiempos que entre él y el Emperador fué necesario de asentar treguas. Luego se fueron todos á la cámara donde el gran rey turco estaba, y como Gastíles le vido, llegó por le besar las manos, conociendo ser aquel un muy grande y muy poderoso príncipe, el mayor que al tiempo entre los turcos se sabia, señor de muchos y muy grandes reinos y de infinitas gentes, que vasallos y sujetos le eran; mas el Rey que lo conoció bien no se las quiso dar, y alzándole arriba, le dijo: «Gastíles, mucho soy maravillado de vuestro tio, quebrantarme las treguas que vos conmigo de su parte asentastes; esto no convenia á tan alto hombre como él es.—Rey, dijo Gastíles, esa queja con mas razon se os debe de tener, que sabiendo estar esta montaña á su servicio, en poder de caballeros suyos, la cercastes con muchas gentes; de manera que todas las firmezas asentadas y juradas las habeis pasado.—No lo tengo yo así, dijo el Rey; que ni la montaña estaba por él, ni los caballeros que decis eran suyos, antes como extranjeros la ganaron durante el tiempo de las treguas, y no teniendo remedio para la defender, se metieron por las puertas de vuestro tio; y si en él hubiera la verdad á que era obligado, sabiendo que esta fuerza estaba en mi señorío, no los debiera amparar ni ayudar; que los gigantes cuya fué, aunque algunos deservicios me hicieron, muchas veces me sirvieron como vasallos; lo que con vuestro tio no acaesció, que siempre le fueron enemigos mortales; así que, él ha hecho lo que fué su voluntad, mas no lo que debia para su honra y estima; y esto no pasará así, que si yo no pudiera alcanzar libertad de demandárselo, no ternia á mi hijo por quien es, si muy crudamente no se lo demandase.»

Esplandian, que todas estas razones entendia, estaba ya con enojo, y ante que Gastíles le respondiese le dijo: «Rey, en todo tiempo y lugar que los caballeros destempladamente hablan les es tenido á gran mal, y mucho mas estando en parte donde sus manos ni corazon pueden sostener su soberbia; que así aquellos que con mucha discrecion honestamente saben sufrir las adversidades, teniéndolas y soportándolas, satisfaciendo al esfuerzo de su corazon, son por virtuosos y cuerdos los tales tenidos, así aquellos que en poder y subjecion de sus enemigos se hallan, queriendo mostrar mucho mas esfuerzo y mas soberbia de lo que tener debian, antes por auto mujeril que de caballero lo juzgarán todos los que lo vieren; pues que solamente la piedad y la misericordia del enemigo tienen por remedio; y queriendo con soberbia usar de aquello que estando en su libertad hacer solia, mas á la locura y poco saber será reputado que á grande esfuerzo.» Y volviéndose contra Gastíles, le dijo: «Mi señor, ruégoos muy mucho que, dejando ya esta habla por cosa vana y mas rigurosa que provechosa, no repliqueis mas en esta materia.»

El Rey, que los ojos en Esplandian siempre tenia, y vido cómo su habla á él enderezaba por la diversidad del lenguaje, rogó á Frandalo que se la declarase, el cual le dijo todo; y como lo oyó, bajó la cabeza, y asosegándose mas que ante, dijo: «Dígote de muy cierto, Frandalo, que este cristiano merece ser señor de gran tierra; porque en parte en mucho mas tengo su

gran discrecion que su muy fuerte valentía; si él haciéndome libre, quisiese quedar conmigo en cualquier ley que le agradase mas, yo le haria segundo rey en toda mi tierra.—No pienses, Rey, dijo Frandalo, que eso que dices es mucho; que si supieses bien quién es, aunque todo tu gran señorío le dieses, se te haria poco para él; y quiérotelo decir: tú bien sabes, segun muchas veces oiste, quién es el rey Lisuarte de la Gran Bretaña, y asimesmo el rey Perion de Gaula.—Por cierto sí sé, dijo el rey turco, que son dos príncipes que, aunque todo el restante de la cristiandad fuese perdido, ellos ambos bastaban para lo cobrar todo.—Pues dígote, dijo Frandalo, que este caballero es su nieto de ambos reyes y heredero en todos sus señoríos; y mas te digo, que es hijo de aquel noble y esforzado caballero Amadís de Gaula, aquel que, no solamente ha puesto espanto con sus grandes cosas en los cristianos, mas en todo el paganismo, temiendo ser con sus grandes fuerzas sojuzgados, como algunas veces comigo lo hablaste, habiendo dél temor.» El Rey fué espantado de lo oir, y dijo: «¡Oh dioses! ahora os digo que ni vuestro poder, ni la fuerza de mis grandes y muchas gentes, ni la pujanza de mis señoríos no serán poderosos de me defender de tan fuerte adversario como mi contraria fortuna tan cerca me ha puesto.»

En estas cosas que habeis oido, estuvieron allí por una pieza, y dejando al Rey, se salieron ellos á sus aposentamientos, haciendo tanta honra á Gastíles como á la propria persona del Emperador hicieran; y allí holgó dos dias mucho á su voluntad, y queriéndose tornar á Constantinopla, viendo ser su ayuda excusada, Frandalo rogó mucho á Esplandian que lo detuviese, porque antes que aquella gente fuese derramada, entendia de los poner en tal parte donde, ganando mucha honra, cobrasen una cosa muy señalada en aquella tierra de la Turquía, que seria ocasion de con ella sojuzgar muy gran parte de aquellas comarcas; lo que con muy poca premia con Gastíles se acabó; que, como ya viese revuelta la guerra, deseaba mucho hacer antes de su tornada algun servicio al Emperador su tio, y placer á todos aquellos caballeros; mas la historia no os dirá desto por ahora, mas contaros ha lo que el rey Lisuarte y la reina Brisena, su mujer, hicieron, siendo ya mas en edad de salvar sus ánimas que de sostener las pompas y vanaglorias que hasta allí siguieron.

CAPITULO LXII.

Cómo, olvidando las pompas del suelo,
El rey Lisuarte, cargando en edad,
Acuerda que siga la su voluntad
Los triunfos y galas del reino del cielo;
Y cómo se parten, movidos con celo,
Los sus caballeros, de ver á sus tierras,
Después de vencidas tantas de guerras;
Dél despedidos con mucho consuelo.

El rey Lisuarte estaba en el castillo de Miraflores, como habeis oido, haciendo compaña á Amadís, que herido era de la batalla que con su hijo Esplandian hubo; asimesmo eran allí con él don Galaor, rey de Sobradisa, y Agrájes, y Grasandor, y el gigante Balan, y don Galvánes, y Angriote de Estravaus, y otros algunos caballeros de los suyos; y como quiera que todos ellos le hiciesen mucho placer y servicio, buscándole juegos y cazas, ni por eso dejaba de sentir su corazon muy quebrantado, acordándose de la alteza muy grande en que se viera en el acto de la caballería; y como ya aquella compaña y multitud de tan hermosos caballeros, que en el mundo en su tiempo crió y fueron en su servicio, eran los unos casados, queriendo reposo, y los otros cansados de seguir las armas y enojados de buscar las aventuras; y los mancebos que á la sazon comenzaban á las querer desear, oyendo las extrañas cosas que Esplandian hacia, y cómo sus fuerzas eran empleadas contra los enemigos infieles, buscaban navíos y aparejos para se ir á la montaña Defendida á servir á Dios, y ayudar á aquel caballero; así que, no podia el rey Lisuarte tanto resistir, que esto mucha congoja no le causase; mas ya la conciencia y su gran discrecion, con la edad crecida, y sobre todo la gracia del Señor muy alto, que en su corazon estaba imprimida, queriéndole dar el galardon de la vida virtuosa que reinando habia pasado, teniendo muy firme la santa fe católica, manteniendo justicia y verdad á sus vasallos, y siguiendo las otras buenas maneras que cualquier buen rey seguir debria, aunque en algo errado hubiese, cargaron de tal guisa con tanta fuerza, así como si alguno, metiéndole las manos por los costados con muy gran crueza, todas aquellas dulces vanaglorias perecederas de sus entrañas sacara, poniéndole tan gran dolor y angustia como casi el mesmo trago de la muerte.

Así estas cosas ya dichas volvieron con aquella graveza su voluntad, su deseo, en aquello que algunas y muchas veces habia pensado de hacer cuando en la escura y no menos triste prision de la dueña Arcabona fué metido, que es, desamparando lo flaco, cobrar lo fuerte y lo firme; y como así se viese con tanta libertad quitada aquella nublosa nube que á muchos embarga de ser por ellos vista la verdadera claridad, determinó, sin mas dar lugar al albedrío en pensamientos, de hablar con su muy amada reina, y así lo hizo; que una noche estando acostado, reposando en su lecho con ella, le descubrió todo su pensamiento, cómo queria dejar sus reinos y señoríos á Oriana, su hija, y á Amadís, su marido, si ella por bien lo tuviese, y tomar descanso en este mundo, procurando de lo ganar para el otro. La Reina, cuando esto le oyó, fué muy alegre, representándosele en la memoria las angustias y grandes congojas que en sus afrentas dél, con muy grandes peligros de su vida, en las batallas y cosas que habia pasado por su causa á ella le habian venido. Así que, loando y confirmando su bueno y santo deseo, quedaron entrambos conformes en una voluntad, de que el Rey mucho placer sintió, creyendo que de Dios, mas por su piedad que por sus merecimientos, le venia tan grande buena ventura, y dijo: «Dueña, pues que así os parece, yo lo haré de manera que con mas honra, segun nuestra edad, y mas descanso de nuestra vida y de la otra se ponga esta en efecto.»

Pues ya determinado este rey, como habeis oido, luego en este punto el estilo de su vida fué vuelto al revés de lo que solia, que hasta allí, desque las grandes cosas que con Amadís pasó, donde su honra fué menoscabada, siempre teniendo el corazon afligido y triste,

el rostro con muy gran premia alegre le mostraba. Ahora el alegría de su corazon era en tanto grado, que por mucho que della al semblante muy gran parte le cabia, no era poderoso de la mitad mostrar; tanto, que aquellos señores y caballeros que allí estaban miraron todos en ello, y no sabiendo la causa, se hacian muy mucho maravillados de ver aquella tan gran novedad; y desque vieron con tan grandísima mudanza al Rey, y á Amadís levantado del lecho y sano de las llagas que Esplandian le habia hecho, tomando con él consejo y acuerdo, demandaron licencia al Rey para se ir á sus tierras, don Galaor, rey de Sobradisa, á la su muy hermosa reina, y don Galvánes á su amada Madasima, y Agrájes con la hermosa Olinda, su mujer, á tomar el reino de Nuruega, del cual era llamado por fallecimiento del rey Galain (1), su suegro; y el gigante Balan para se tornar á la isla de la Torre Bermeja. Este jayan con mucho amor y amorosos abrazos fué de Amadís despedido, rogándole que por la ínsula Firme se fuese, y le enviase á Bravor, su hijo, para le armar caballero, que ya era tiempo y sazon. Solamente quedó allí con Amadís Grasandor, que aunque él quisiera con la noble y mesurada Mabilia, su mujer, ir al reino de Bohemia, donde su padre estaba, que muchas veces le habia escripto que á verle fuese, los ruegos y lágrimas de Oriana tuvieron tanta fuerza porque á Mabilia no llevase, que le convino mudar su propósito; y estas mesmas lágrimas causaron que Amadís en compañía de aquellos caballeros no partiese por entonces; así porque ella era muy aficionada á aquel tan hermoso castillo de Miraflores, en que tantos vicios y tantos placeres hubiera con su amigo, donde de la cruel muerte que esperaba á la alegre y dulce vida fué restituida, como esta historia en la segunda parte cuenta, como porque el Rey su padre, sin le manifestar la causa dello, le mandó que por entonces no consintiese que Amadís fuese de allí por ninguna manera partido.

CAPITULO LXIII.

Cómo el rey Lisuarte, partido para Lóndres, llamados todos los grandes de su reino, ordenó su testamento, dejando á Amadís y á Oriana, su hija, por herederos de su reino.

Despedidos estos caballeros en la manera que habeis oido, el Rey habló con Amadís, diciendo que seria bien que fuese á Lóndres, porque en tanto que él ponia remedio en algunas cosas del reino, él y Oriana, su mujer, tuviesen mas aparejo de sus cosas en que holgasen. Amadís le dijo: «Señor, nosotros no ternémos descanso ni holganza sino allí donde vos la tuviéredes. Y pues que esto parece que mas os agrada, así es razon que lo cumplamos.» Entonces cabalgaron en sus palafrenes con toda la compaña que allí era; y entrando en el camino, despues de haber oido misa, llegaron á Lóndres á comer, donde muy bien guisado lo tenian. Pues siendo como dicho es, hizo luego el Rey entregar á su confesor todos los tesoros, que eran muy grandes, para que dellos satisfaciese los cargos y deudas que el Rey y la Reina pareciesen tener. Y mandó llamar por sus cartas todos los altos hombres de sus reinos, y de las ciudades y villas, á aquellas personas que para venir á las cortes eran diputadas, teniendo poderes bastantes para otorgar lo que en ellas se concertaba. Este mandamiento suyo fué con mucha voluntad obedecido, viniendo todos al dia señalado. Lo cual visto por el Rey, mandó luego hacer un estrado fuera del su gran palacio, debajo de las ventanas, que á una gran plaza salian, cubierto todo de paños de oro y de seda, y hizo poner encima dél la silla real, y la de la Reina asimesmo, cubiertas de muy ricos paños, y mandó que pregonasen que todos los señores y las otras personas que allí por su mandato eran venidos, y todo el pueblo de la ciudad, fuesen juntos en aquel lugar, porque queria hablarles algunas cosas que les cumplian mucho. Los cuales, así por saber qué seria esto, como por una cosa tan nueva de lo que en las otras cortes pasadas se solia hacer, venian con aquella gana que en las semejantes cosas los pueblos y gentes suelen venir. Y tantos acudieron, que siendo toda la plaza dellos ocupada, muchos quedaban fuera della por las bocas y entradas á las calles.

Pues estando así todos juntos, salieron el Rey y la Reina con sus vestiduras reales, llenas de piedras de gran valor, y en sus cabezas sendas coronas de tanta riqueza, que apenas les seria hallado precio; y tomando el Rey á Amadís á la diestra mano, y la Reina á Oriana á su siniestra mano, siendo ellos asentados, y aquellos sus hijos en pié, teniendo el Rey en su mano el ceptro real, y estando todos sosegados en un callado silencio, el Rey les habló en esta manera: «Excusado será, mis amigos y leales vasallos, las cosas que por mí y vosotros pasaron hasta ahora, desde que yo, por fallecimiento del rey Falangris, mi hermano, vine á ser vuestro rey; traerlas á vuestras memorias, pues que los unos con las personas, poniéndolas á grandes peligros y trabajos, y los otros con las haciendas, dándolas y ofreciéndolas con mucha liberalidad, así como ya las habeis tratado y pasado, y por esto, como notorio á todos, lo dejaré. Solamente quiero que sepais que con aquellas buenas venturas, muchas que en aquellos tiempos nos ocurrieron, de que grandes deleites y placeres sentimos, con las adversas, que mucho enojo y fatiga pasamos; esta mi cara, que en juventud con frescura conocistes, ahora arrugada y envejecida la veis, acompañándola los blancos cabellos, la menoscabada vista de los ojos, la flaqueza de los dientes, con otras pasiones á ellas conformes, que á vosotros no es manifiesto. Pues, mis buenos amigos, esto tal ¿de dónde viene, ó quién es la causa de lo acarrear? Por cierto no otra, sino que la tierra demanda ya este mi cuerpo, como premio ó deuda á ella debido, y el muy alto Señor el ánima, que le vaya á dar cuenta de aquel gran mando y señorío en que la puso; y yo no pudiendo rehusar este camino, antes de mi partida tengo acordado que, dejando estos reinos de tierra y de lodo, haga en mí tal penitencia, con que pueda aquellos de gloria y de placer sin fin alcanzar, considerando ser tan imposible tornar á la juventud y fuerza pasada, como ser tornados los rios allí donde nacieron. Y para el reparo vuestro dejo á mi hija Oriana con este caballero, su marido; que si en mí alguna fortaleza sentistes, muy mucho mayor él la tiene, y si gran linaje es el mio, tan alto es el suyo, que ninguno otro

(1) En el capitulo VIII, pág. 20 del *Amadís*, este Galain es llamado duque de Normandía.

le puede sobrepujar. Pues su condicion y buenas maneras, que cualquier buen rey ansí debe haber, así como yo vosotros las sabeis, porque lo mejor de su tiempo en mi servicio y compañía vuestra lo ha pasado. Pues de Oriana, mi hija, demás de ser ella la derecha heredera destos reinos, su condicion y virtud es tal, que de otro cualquiera cabo que ella fuese, siendo conocida, no teniendo derecho alguno, con mucha causa para reinar debria ser llamada.»

CAPITULO LXIV.

Cómo, dejada la pompa mundana,
Lisuarte y Brisena, devotas personas,
Quitando de sí las reales coronas,
Las dan á Amadís y á la infanta Oriana;
Y cómo, escogiendo la vida mas sana,
A Miraflores se van á retraer
Do la vida monástica quieren hacer,
Dejando la otra del mundo, profana.

Cuando aquellos altos hombres y gente del pueblo oyeron aquello que el Rey les dijo, el murmurar entre todos fué muy grande, y muy mayor los lloros, dando voces, hincadas las rodillas en tierra, levantadas las manos contra el Rey, diciendo: «¡Oh rey de la Gran Bretaña, oh señor nuestro y rey natural! ¿por qué así te place desampararnos? Por qué te quieres hacer extraño? ¿Cuál será la causa de tal movimiento? Si es por ventura, alguna que para satisfacion de tu voluntad haber no puedas, nuestras haciendas, nuestros hijos y mujeres, tómalo todo; haz dello, no como de vasallos, mas como de siervos captivos harias; y no nos dejes, Señor, en tan gran tribulacion como sin tí nos hallarémos; que en esto que de Amadís dices, así por nosotros como por tí es conocido, mas ¿quién duda que, viéndose rey en alteza tan crecida, que su gran fortaleza en gran crueza no sea tornada, y su humilde voluntad en mucha soberbia, y aun en demasiada codicia su liberalidad y franqueza? Así como á otros príncipes en este mundo les ha acaecido; que siendo sin mando de gobernacion, mostrándose sin los señoríos muy graciosos y agradables, despues que los cobraron, todo lo hallaron sus vasallos al revés. Esto que fuese por ser su bondad fingida, ó porque los grandes estados las semejantes mudanzas y dolencias consigo traian, no lo sabemos. Mas á tí, buen señor, que siempre te hallamos padre verdadero, escudo fuerte en nuestras defensas, amparador y socorredor de las viudas y huérfanos, sin que la edad de la juventud, ni despues la mas anciana, en tí mudanza hiciese; á tí, Señor, queremos, y á tí suplicamos con estas nuestras lágrimas, con esta obediencia de nuestras rodillas y manos, que no nos desampares, ni en tanto que á tí, Señor, la vida durare, no nos hagas conocer yugos nuevos, donde nuestras cervices, que con la mansedumbre de tus mandamientos nunca se sintieron, blandamente domadas han sido, agora degolladas y maltratadas no sean.»

Cuando el Rey oyó tan gran clamor y tantos llantos y tantas lágrimas, con palabras tan amorosas y piadosas, no pudo tanto resistir la fortaleza de su corazon, que á la humanidad la deuda que en tal auto debia no se la pagase. Y esto fué que así como dos fuentes comenzaron sus ojos á llorar, y sin su grado dél lanzar infinitas lágrimas, de manera que por una gran pieza no les pudo responder; pero su ánimo ya mas sosegado, díjoles: «Mis amigos verdaderos, ruégoos yo cuanto puedo, por aquel grande amor que siempre os tuve y terné, que con aquella leal obediencia que hasta aquí mis mandamientos cumplistes, con aquella se otorgue este, que postrimero será, en que tanto mi deseo y voluntad recibirán descanso. Y en esta duda que vos causa ó pone en algun temor, yo y la Reina, de quien esto me es otorgado, como en todas las cosas que de ella quisiere siempre lo hizo, estarémos tan cerca de vos, que si algo la fianza que en este caballero, mi hijo, tengo, al contrario de mi pensamiento saliere, lo que yo no creo, pod émos soldar y remediar todo lo que se rompiere, no con fuerzas de señores, mas con mandado y ruego de padres verdaderos.»

Conociendo pues los altos hombres y los otros vasallos ser aquella la voluntad de su rey, creyendo no le poder della mudar, pues que ya en lugar tan público la habia divulgado, otorgaron todos, llorando con grandes sollozos, de tener por bien aquello que él hiciese. Y luego el Rey levantado de su silla real, tomó con su mano la corona de su cabeza, y púsola en la de Amadís, y quitándose el manto, le cubrió con él, y la Reina hizo á su hija lo mismo. Ellos quedaron con unos paños de lana negros: aquellos que todos los dias de su vida no esperaban mudar, si no fuese con otros tales. Y haciéndoles sentar en las sillas, poniendo á Amadís el su ceptro real en la diestra mano, le dijo: «Rey de la Gran Bretaña, tomad estas preciadas joyas, y con ellas el cuidado de dar cuenta al mundo de vuestra honra y fama, y á Dios, que en esta silla vos ha puesto, de vuestra consciencia; porque, así como teniendo la justicia y verdad de vuestros vasallos, aquel amor que les debeis, guardándolos, honrándolos y amándolos, no como á siervos, mas como á vasallos y amigos, antes del poderoso Señor seréis con mucho galardon recebido; así, haciendo al contrario, la pena, la crueza serán en vos con mas rigor que en otro de los mas bajos ejecutadas.»

Amadís, rey nuevo, y la reina Oriana, hincadas las rodillas, besaron las manos al Rey y á la Reina. Y ellos con piadoso amor los abrazaron y besaron, dándoles su bendicion y haciéndolos sentar en sus reales sillas, rogando á todos que tomándolos por señores, les viniesen todos ellos á besar las manos, no queriendo que otro alguno fuese, sino solamente el bueno y preciado viejo don Grumedan, ayo de la Reina, se tornaron á palacio, y entrando por una de las salas dél, vinieron á él todas las dueñas y doncellas, llorando, á se echar á sus piés, queriéndoselos besar; mas ellos, con aquel amor y con aquella voluntad que siempre las habian tratado, las levantaron, llegándolas á sí, diciéndoles muchas palabras de consolacion; y que sus hijos, los reyes nuevos, con mas deseo y amor que ellos las tratarian y harian mercedes. Esto así hecho, saliendo ambos por la puerta que al campo salia, llevándose el Rey consigo á don Grumedan, que con muchas lágrimas le habian rogado que hasta el fin de sus dias dél se sirviese, queriendo seguir la via que él tomaba, y á la Reina su mujer, á las tetas de la cual fué criada, habiéndoles otorgado compañía, cabalgaron en sus palafrenes, y fuéronse á

meter en aquel apacible y deleitoso castillo de Miraflores, donde hallaron dos capellanes ancianos, de misa, que debajo de unos hermosos árboles cerca de una fuente, donde muchas flores y rosas habia, les tenian puesta una mesa pequeña, cual bastaba á dos personas, y cabe ella otra con platos de tierra y vasos de vidrio, y alguna fruta de la huerta.

Cuando el Rey así se vió, hincó las rodillas en tierra y alzó las manos al cielo, diciendo: «¡Oh Señor de todo el mundo! Oh muy alto Dios! si era yo obligado á te servir en aquella grande alteza en que me pusiste, en aquella gran fama y honra que sobre muchos reyes y príncipes me diste, mucho mas lo soy agora, Señor, porque sacándome de aquel tan fondo piélago, de aquel tan peligroso lazo, me has puesto, si por mi culpa y mi maldad no lo pierdo, donde, dejando aquí tan gran señorío, que con tantas tribulaciones y peligros de mi ánimo y mi ánima sustentaba, agora sin ellos, solamente queriendo humillar la voluntad, esclarecer el entendimiento en tu servicio, puedo ganar otros muy mas preciados, que fin ni cabo no tienen.» Y levantándose, siendo bendita la mesa por los capellanes, ellos y don Grumedan y su mujer les dieron de comer, no con otra ceremonia mas que á dos religiosos, aquellos que del monesterio donde la honrada abadesa Adalasta estaba, les habia mandado guisar. Y así se los enviaba cada dia; que el Rey no quiso que otra persona alguna allí entrase, sino aquellos que habemos dicho; y acabando de comer y de cenar, hincaban las rodillas en tierra, dando gracias á Dios, y rezaban y oian todas las horas en una hermosa capilla que allí habia, no entendiendo en otro sino en las devotas contemplaciones, en mirar el cielo y las estrellas, deseando que sus méritos fuesen tan dignos, que dignamente allí sus ánimas salvasen, olvidando todas las cosas pasadas, como si nunca tratado ni pasado las hubieran, quedando en aquella vida santa y devota, donde pluguiese al Señor muy poderoso, que en tal forma, con su gracia, todos los que en su santa ley son se retrajesen al tiempo que ya el mundo los va desechando y afrentando con pasiones, con dolencias y con otras mil cuitas y angustias que les vienen; no esperando que el fin de sus dias las acabase. Pues que la fuerza de la juventud algo parece excusar sus yerros, siquiera que en la vejez algun conocimiento dellos hubiesen; que siendo verdadero, el verdadero Dios, por tarde que á él viniesen, con su santa misericordia y piedad les dará, no lo que sus pecados merecen, mas aquello que su santa pasion cada dia nos promete.

CAPITULO LXV.

Cómo los principales del reino de Bretaña juraron á Amadís por su rey.

Pues los reyes nuevos, Amadís y Oriana, quedando en sus reales sillas asentados, llegaron todos los altos hombres y procuradores de aquellos reinos á les besar las manos, dándoles aquella obediencia y vasallaje que leales vasallos á sus reyes dar suelen, y allí les demandaron sus fueros y costumbres, y otras muchas mercedes; que por ellos muy graciosamente les fué todo, no solamente otorgado, mas aun guardado en tal manera, que no pasando mucho tiempo, aquel grande encendimiento de amor, aquélla leal obediencia que al rey Lisuarte y á la noble reina Brisena, su mujer, tuvieron, aquella, y mucho mayor, fué vuelta á ellos, viendo que su nobleza, su gran virtud, merecia otros mayores reinos y señoríos.

CAPITULO LXVI.

De las mercedes que el rey Amadís hizo á los caballeros de quien el rey Lisuarte cargo tenia.

El Rey hizo allí mercedes al rey Arban de Norgales de una isla que con el reino de Norgales confinaba, porque él dijo que, como quiera que por suyo y á su servicio estuviese, no podia ya acabar consigo de andar mas tiempo en la corte; y el oficio de mayordomo mayor, que él tenia, diólo el Rey á su grande y leal amigo Angriote de Estravaus. Y la Reina dió un condado á la su doncella de Denamarca, y el Rey dió á Gandalin, su hermano de leche y su escudero, toda la tierra y castillos que fueron de Arcalaus el Encantador; y mandó á don Guilan, duque de Bristoya, que con gente los fuese luego á cercar; y dió á su amo Gandáles, en el señorío de Fresca, una parte de muy hermosa tierra; y así hizo mercedes á don Cendil de Ganota y á Brandoibas, y á otros caballeros criados del Rey. Pero el mayor dellos fué Giontes, sobrino del Rey, que dél le quedó encomendado, que le hizo duque de Cornualla; y hizo su camarero á Ardian, su enano, porque aquel trabajo que hasta allí tuvo en guardar sus paños de caballero andante, fuese satisfecho con la guarda de las reales vestiduras y ricas joyas; y así hiciera muchas mercedes á los caballeros que con él se hallaron en las grandes afrentas y batallas pasadas que ya oistes, sino porque ellos tomaron por mas gran honra y mejor partido de se ir á la montaña Defendida, donde Esplandian estaba, como lo hicieron y adelante vos será contado. Algunos podrian decir que, pues estos caballeros, siendo siempre en servicio del Rey y en todas sus afrentas y fortunas, que con mucha causa y razon antes que los reinos desamparase les debiera hacer aquellas mercedes, y no dejarlo en la voluntad y cortesía de otro. Por cierto, en alguna manera la tal razon, como justa, se debria tomar en cuenta; pero, como el Rey muy cuerdo fuese, consideró que, pues aquellos caballeros quedaban fuera de su servicio, y habian de ser en el de Amadís y su hija, que dejando á ellos la libertad para les hacer aquellas mercedes, el amor y voluntad que á él tenian, á ellos se podria volver, y con mejor voluntad serian dellos obedecidos; y así habia quedado que se hiciese entre él, Amadís y su hija, de manera que tan enteramente lo tuviera, y mucho mas tuvo por bien que sus hijos lo tuviesen.

CAPITULO LXVII.

De cómo la reina Oriana parió, y de las fiestas que los del reino por ello hicieron.

A esta sazon parió la reina Oriana un hijo y una hija de un parto, y á la hija llamaban Brisena y al hijo Perion, con que todos los del reino hubieron mucho placer y hicieron grandes fiestas y alegrías, y trujeron al Rey y á la Reina muchas cosas en servicio.

CAPITULO LXVIII.

Cómo el rey Amadís empleaba su tiempo en tener sus reinos en paz, y en enviar fustas y gente á su hijo Esplandian á la montaña Defendida.

Así como oido habeis, fueron retraidos en aquel castillo de Miraflores el rey Lisuarte y la reina doña Brisena, su mujer, quedando en sus reinos y grandes señoríos Amadís y Oriana, los unos en vida espiritual, y los otros en la temporal, holgando cada uno dellos segun el estilo de su vivir, descansando y reposando sus espíritus de aquellos grandes trabajos y peligros que por ellos en otros tiempos habian pasado. No curaba ya el rey Amadís de seguir mas sus aventuras, ni de que sus caballeros las siguiesen, antes todo su cuidado empleaba en tener en paz y sosiego sus reinos y en hacer mercedes á los que se las merecian, y aparejar mucha gente y fustas para enviar á Esplandian, su hijo; habiendo sabido de un escudero de Norandel, que allí llegó, cómo se iban derechamente Esplandian y Norandel, y Gandalin y Lasindo á la montaña Defendida, y cómo habia Esplandian muerto los dos gigantes que en la cueva habitaban, que era en la falda de la alta Alemaña; y no supo decir mas, porque de allí se partió dellos. Mas porque ya las cosas del rey Amadís á este nuestro cuento no convienen, como pasadas y recontadas antes desto, desde agora se dejarán, por haceros saber aquellas de aquel que con mas esfuerzo y con mas fe, por otra mas diversa y católica via, las procuró, y pasó así á la honra deste mundo como á la salvacion de su ánima.

CAPITULO LXIX.

En el cual Frandalo, certificando su gran lealtad en la santa ley en que está, amonesta á Esplandian y á Gastíles que para otras mayores afrentas y ganancias se aperciban.

Esplandian, como se vos ha contado, estaba en la montaña Defendida deteniendo á Gastíles, sobrino del emperador de Constantinopla, con toda la flota que allí trujo, por ruego del fuerte Frandalo, que con grande aficion se lo pidió; con esperanza de que, así como en lo pasado tan leal le habia hallado, que así en lo por venir su propósito no se mudaria, creyendo que, como él de aquella tierra natural fuese, y tanto tiempo el ejercicio de las armas hubiese continuado, que antes por su buen consejo que por el de otro alguno alguna cosa muy señalada se podria ganar, en que el Señor mas poderoso servido fuese. Pues así fué, que en cabo de veinte dias que la lid que con el rey Armato pasó, siendo ya todos los caballeros bien sanos de sus heridas y en disposicion de se armar, Frandalo, sacando aparte á Esplandian y á Gastíles, en esta manera les habló: «Buen señor Gastíles, quién yo haya sido, y las maneras de mi vivir en los tiempos pasados, tú muy bien las sabes, y asimesmo tambien lo que yo he hecho despues que por la misericordia del Redentor del mundo y por la merced de tu tio yo fuí vuelto en esta santa ley, en que el encendimiento de mi corazon es en tanto grado para la seguir, que ningun momento ni hora puedo reposo haber, hasta ser venido el efecto que deseo; y mucho mas lo tengo, despues que con el maestro Elisabat he hablado en el hecho de mi ánima; el cual, entre las otras santas palabras por él dichas, me dice que, así como el padre, puesto caso que muchos hijos en su casa tenga, y le venga algun otro que perdido hubiese, con poca esperanza de lo cobrar, muestra con aquel solo recebir mayor consolacion y deleite que con los otros todos, aunque dél sean amados; que así el Redentor nuestro hace cuando algun muy pecador es vuelto de lo malo á lo que él por obra y ejemplo nos dejó; porque parece que las penas y trabajos y cruda pasion y muerte que como hombre recibió en este mundo, gozan de aquel fruto sobre que tomar las quiso, que fué por salvar los pecadores. Y aunque muchos santos delante su divina Majestad sean, que cuando alguno de los que digo se le representa, recibe aquella grande alegría que como verdadero Dios recebir puede. Y porque como yo sea por todos, y mas por mí, tenido por uno de los que mayores males hayan hecho, soy determinado, poniendo el cuerpo á grandes peligros por le servir, de los quitar del ánima, porque goce de la gloria que fin no tiene. Así que, mis buenos señores, no dudando en mi lealtad, aparejadvos; que presto vos porné en parte donde por razon seréis ciertos que grandes y justas ganancias y provechos se nos seguirán.»

CAPITULO LXX.

De la habla que cerca de Frandalo y Esplandian con Gastiles hubo.

Esto oido por Esplandian, volviéndose para Gastíles, le dijo: «Mi señor, ya veis lo que este noble caballero ha dicho, y tambien sabeis lo que ha hecho despues que con nosotros se juntó. Cierto creo yo que uno de los mas principales aparejos para que esta tierra de Turquía sea señoreada en el servicio de Dios y del Emperador, vuestro tio, es el consejo y voluntad suya, con el trabajo que con tanta aficion tomar quiere; yo no puedo mas, sino con mis compañeros y persona seguirle, y llevar al cabo todo aquello que la fortuna nos querrá otorgar. Lo demás desto, á vos, mi buen señor, pertenece de responder.»

CAPITULO LXXI.

Del consejo que Frandalo y Esplandian con Gastiles hubieron para dar combate á la villa de Alfarin, y cómo Gastiles por mar y ellos por tierra para ella se partieron.

Gastíles, que muy cuerdo era y muy buen caballero en todo, y que mucho á Esplandian amaba, y asimesmo sabiendo la buena voluntad que el Emperador, su tio, le tenia, y cómo la tregua era rompida, bien consideró que todo lo que él de aquella flota dispusiese, como quiera que la fortuna lo guiase, seria recebido antes en servicio que en enojo, y respondió en esta manera: «Señor Esplandian, si es cierto que por servir á mi tio ó socorrer á vos mi ánimo grande deleite y descanso recibe, ¿cuánto mas lo debe ser en poner mi trabajo por aquel Señor á quien todos sujetos somos, especialmente viendo con la voluntad que Frandalo quiere poner en efecto aquello que hasta aquí tan extraño y tan aborrecido tenia? Y pues otra cosa no falta sino la ejecucion dello, no falte la diligencia; que yo seguiré vuestro parecer.—Pues que así es, dijo Fran-

dalo, dejadlo á mi cargo; que si por ventura lo que yo pienso se errare, manifiesto vos será ser mas por desventura que por culpa mia; y porque ya el tiempo nos convida, y tú, buen señor Gastíles, pásate luego á tu flota, y con toda la gente que en ella traes, comienza en anocheciendo á navegar la via de la villa de Alfarin; que tú bien sabes así el sitio suyo como su gran fortaleza; que de mi sobrino Belleriz, el cual estos dias pasados envié á la tentar, he sabido que está dentro en ella Heliaja, la infanta hija del rey Anfion de Media, mujer del infante Alforaj, heredero del señorío de Persia, y supo cómo querian casar y pasar á Tesifante, la muy gran ciudad; y si con tiempo Dios nos deja llegar, ó la tomarémos en la villa, ó en el camino por donde fuere; y si este lugar se gana, como yo lo espero, gran parte de aquellas comarcas nos serán sujetas. Esplandian con todos los caballeros, y de mis compañías aquellos que caballos tienen, serán por mí guiados por tal parte, que al tiempo que tu flota de noche llegare al puerto, y comenzare el combate por la mar, nosotros asimesmo lo harémos por la tierra. Y yo fio en aquel muy alto Señor que nos guia, y en cuyo servicio vamos, que así la villa como la Infanta será por nosotros ganada.»

Con este acuerdo que habeis oido, Gastíles, haciendo muestra que á Constantinopla se tornaba, despidiéndose de Esplandian y de todos sus compañeros, entrando en su gran flota, por la honda mar á navegar comenzó, sin que á persona que en ella estuviese el fin de su viaje le fuese manifiesto; sabiendo él la hora en que habia de llegar al puerto de la villa de Alfarin para comenzar el combate. Esplandian y el fuerte Frandalo, hablando con Norandel y con los otros sus compañeros, mostráronles lo que se les aparejaba para cumplir su deseo, que era hallarse en las cosas peligrosas de grandes afrentas, donde prez y honra ganar pudiesen; y por ellos siendo otorgado con aquel esfuerzo de sus bravos corazones, aderezaron sus armas y caballos para la hora que el fuerte Frandalo los mandase caminar, con tan grande gozo y alegría de sus ánimos, como los buenos caballeros deben tener cuando van á las cosas á ellos anejas y convenibles, aunque muy peligrosas les parezcan; porque aquellas les han de mostrar el fin de la virtud que el alto oficio de la caballería demanda. Y como quiera que los otros mas bajos oficios por la perficion dellos sean loados, este lo debe ser mas, pues que mas que todos y sobre todos resplandece, así como claro sol sobre toda la otra claridad.

CAPITULO LXXII.

Cómo Esplandian y Frandalo, con ciertos caballeros partidos de la montaña Defendida, llegando ya cerca de la villa de Alfarin, enviaron los caballeros con Belleriz por otra parte, y ellos se fueron por la fuente Aventurosa, donde hallaron la infanta Heliaja, y veinte caballeros que la guardaban, los cuales vencidos por fuerza de armas en el campo, Esplandian y Frandalo muy honradamente la Infanta consigo llevaron.

Pasado pues el dia, y venida la noche, despues de haber Esplandian encomendado á Libeo la montaña Defendida, y la guarda del rey turco y de los dos capitanes que presos estaban, armáronse todos, y cabalgando muy presto en sus buenos caballos, haciendo llevar alguna vianda que para cuatro dias les bastase, creyendo estar apartados de la flota de Gastíles, salieron de la montaña por el postigo pequeño que ya oistes, hasta ciento de caballo muy bien armados, y tomaron la via que Frandalo les amostró; y así juntos anduvieron la noche por tierra muy llana y hermosa, de grandes arboledas, sin ningun poblado hallar; que Frandalo, como la tierra sabia, desviábalos de los poblados porque no fuesen sentidos. Venida la mañana, estuvieron muy encubiertos en lo mas espeso de la floresta, donde caminaron ellos y sus caballos, y holgaron todo aquel dia; mas luego que la noche vino tornaron á caminar, llevando Frandalo la delantera, sin que ninguno, si él no, y Belleriz, su sobrino, supiese dónde iban. Pero siendo ya muy gran parte de la noche pasada, no estando muy léjos de la villa, Frandalo dijo á Esplandian: «Señor, váyanse estos caballeros á Belleriz, mi sobrino, que él los guiará y porná al alba del dia en una halda de la montaña, donde á ojo se parece la villa de Alfarin; y si Gastíles fuere ya en el puerto y comenzare el combate, luego por ellos será oido; y hagan aquello que mejor se les aparejare, y guíense todos por el consejo de Belleriz, que, segun de mí está avisado, así como yo sabrá hacer lo que conviene; y yo llevaros he por otro camino á la fuente Aventurosa, que es entre la villa y Tesifante, que por maravilla es tenido cuando en ella aventuras faltan; y desde la fuente tomarémos el camino hácia donde los nuestros caballeros estuvieren, y podrá ser que la fortuna nos porná en las manos aquella infanta Heliaja, de que ya os hablé.» Esplandian le dijo: «Mi verdadero amigo, todos somos en vuestra guarda y ordenanza, y hágase todo como á vos pareciere.»

Entonces se apartaron Belleriz con los caballeros, como su tio le mandó, y Esplandian y el fuerte Frandalo con sus escuderos y la doncella Carmela, que de Esplandian nunca se partia. Frandalo se metió al camino, y Esplandian en pos dél, y anduvieron hasta que el alba queria romper, que juntos con la fuente Aventurosa se hallaron; la cual estaba metida entre cuatro padrones de cobre dorados, que cada uno dellos tenia en sí letras muy hermosas, de las cuales, y de la causa por qué allí fueron puestos, se dirá en su tiempo; y así como allí llegaron, que aun el dia del todo no era venido, vieron en ella una claridad, que les mostró cómo encima de los padrones estaba trabado un paño de oro muy rico, y debajo dél una doncella que de una cama de seda se comenzaba á levantar y se vestia; á la cual guardaban veinte caballeros muy bien aparejados de armas y caballos, que ya cabalgaban, y tenian para la doncella aparejado un muy hermoso palafren, ricamente guarnecido. Cuando Frandalo así los vió, que delante iba, dijo á Esplandian: «Ea, Señor; que esta es la caza á que vos sois aficionado.» Entonces fuéronse contra los caballeros al mas ir de sus caballos, y como los acometieron de sobresalto, pusiéronlos en grande alteracion; que algunos dellos, pensando que mucha gente fuese, derramaron por el campo, y otros quedaron juntos, de los cuales los dos dellos fueron luego muertos de los encuentros de las lanzas; mas conociendo que no eran mas de dos, tornáronse luego á juntar y dieron

de rendon contra ellos, con tales y tan grandes encuentros, que por poco les hubieran sacado de las sillas; mas, como los dos caballeros fuesen tales, y se viesen en punto de muerte, y no les conviniese sino matar ó morir, no quisieron ser perezosos, y hiriéronlos tan crudamente, que antes que las lanzas quebrasen, los ocho dellos quedaron en el campo muertos y heridos; y perdidas las lanzas, pusieron mano á sus espadas, y fueron á herir en los que quedaban, y ellos asimesmo en ellos; de manera que se comenzó una lid muy mucho fiera y no menos peligrosa; mas los golpes que Esplandian daba no se pueden ni deben creer, pues que persona que mortal fuese nunca tales los dió; y si alguna fe á ello dar se puede, será que como este caballero fuese de tan santa vida, y su propósito entero y enderezado tan solamente en el servicio del Redentor del mundo, y en creer su santa ley, que entonces casi comenzaba; pudo ser que, así como á otros algunos por su gracia especial les dió tal esfuerzo de corazon y fuerzas corporales, que semejantes golpes dieron, como en algunas historias se lee, que así las quiso dar á este caballero, por donde tan grandes maravillas en armas hizo todo el tiempo que las trajo. Pero todo fué bien menester; que como ellos anduviesen cansados, segun los golpes que habian dado, y los contrarios fuesen muchos y esforzados caballeros, entre los cuales dos muy fuertes jayanes estaban; si los dos no fueran tales, no mantuvieran el campo mucho espacio de tiempo.

Esplandian, que vido lo que Frandalo hacia, y cómo los contrarios con mucho esfuerzo se esforzaban por los matar, siendo ya el dia bien claro, vió los jayanes delante los suyos, como que por escudo y amparo los tuviesen, y apretando su buena y encantada espada en el puño, puso las espuelas á su caballo, que muy fatigado y cansado andaba, y alzóse en las estriberas, y dió al uno de los jayanes tan fiero golpe por encima del yelmo, que aunque de muy fuerte acero era y muy pesado, como á jayan convenia, no pudo su fortaleza tanto resistir, que el yelmo y la cabeza no fuese hecho dos partes, hendido hasta el pescuezo, y dió con él luego muerto en el suelo una tan gran caida como si cayera una torre. Este fué uno de los dos mas señalados y mayores golpes que él nunca hizo, ni otro alguno de que esta tan grande historia haga mencion, que aunque Amadís, su padre, algunos muy grandes y fuertes gigantes mató, y don Galaor, su hermano, que mató al fuerte Albadan, jayan de la peña de Galtáres, fué esto por algunos encuentros que por muy gran dicha, ó permision de nuestro Señor Jesucristo, acertaron por lugares tan peligrosos, donde no con muy mucha fuerza entraron los hierros de las lanzas por parte donde los gigantes muertos fueron; y aun algunos dellos fueron heridos por los mismos golpes; mas cortado un grueso y fuerte yelmo, y hecho dos pedazos con la cabeza por la fuerza del brazo, nunca en toda esta historia, como ya dije, se hallará; porque, como los gigantes tan valientes fuesen, podian comportar los yelmos tan pesados, que nunca se halla haber prendido espada de caballero en ninguno dellos hasta aquella sazon que habeis oido.

Cuando los seis caballeros que vivos quedaban, que los otros seis ya eran derribados y muy maltratados, vieron tan fiero golpe, no solamente fueron espantados, mas dejando desamparado el campo, comenzaron á huir; y Esplandian, que los seguia, alcanzó al uno y dióle por encima del hombro un tan grande golpe, que le abrió hasta la cinta. Frandalo estaba en una batalla con el otro gigante, y no le podia vencer; mas Esplandian, que los caballeros vió huir, y quedar el campo libre dellos, tornó muy presto contra el Gigante con su espada en la mano por le herir, y Frandalo, que así lo vido, dijo: «Señor, por merced dejadme á mí con él, y si yo lo venciere, seré de vos en mucha mas estima tenido.—¡Oh Frandalo, dijo Esplandian en alta voz, conocido tengo yo vuestro esfuerzo y probado, y no es tiempo agora de nos combatir con esta tan mala gente, guardando cortesía ni mesura.» Cuando el Gigante oyó nombrar á Frandalo, luego rindió la espada y dijo: «Frandalo, demándote por merced que me oyas lo que te quiero decir.»

Cuando así los dos caballeros lo vieron rendir las armas, y que no se queria defender, detuviéronse en lo herir, y díjole Frandalo: «Di quién eres; que, segun veo, conocido soy de tí.—Yo soy, dijo, tu primo Foron, aquel que muy mucha compañía te hizo en las grandes aventuras que en los tiempos que sabes pasaste.—Pues quítate el yelmo, dijo Frandalo; que quiero ver si me dices verdad.» El jayan se lo quitó como mejor pudo, y luego fué conocido de Frandalo, porque mucho lo amaba, y dijo á Esplandian: «Señor, sea vuestra merced de me dar este caballero.—Buen amigo, dijo Esplandian, ese y todo lo mas que vos demandais y mandáredes tengo yo de cumplir.—Pues primo, dijo Frandalo, dad vuestras armas á aquellos escuderos, é id vos con nosotros, con fe que por cosa que veais no seréis en nuestro estorbo; que antes que la noche venga, yo vos libraré á todo mi leal poder.—Pues yo así lo prometo,» dijo el jayan; y dando las armas á Sargil y á Fornace, su escudero de Frandalo, se fueron á la fuente, donde la doncella vieron, y halláronla vestida y en pié sobre la cama; y tenia muy ricas vestiduras con flores de oro, y colgadas de sus hermosos cabellos muchas piedras y perlas de muy gran valor, todas horadadas y metidas por ellos; así que, demás de ser su atavío muy rico y de grande estima, parecia cosa extraña de la mirar. Pero su continente era con tanto esfuerzo, como si nada de lo que vió de sus caballeros no hubiera pasado; y como á ella llegaron, Frandalo la conoció luego, que era Heliaja, mujer del infante Alforaj, que poco antes qu'él fuese preso por Maneli el Mesurado, habia estado á sus bodas, cuando del reino de Media la trujeron, y á un torneo que por ella se hizo de muchos caballeros y fuertes jayanes, donde Frandalo hizo maravillas, de que muy loado de todos fué, y muy favorecido de aquella infanta, tomándole por su caballero; y volviéndose á Esplandian, le dijo: «Señor, esta es la presa que demandábamos;» y díjole quién era y si tenia por bien que le hablase. Esplandian respondió que aquello y todo lo otro que hiciese tenia él siempre por muy hecho.

Entonces Frandalo descabalgó del caballo, y quitán-

dose el yelmo, fué á hincar las rodillas delante la Infanta, de la cual luego fué conocido, y tendió contra él las sus muy hermosas manos, y se las dió para que las besase, así como él lo queria hacer, y díjole: «Mi buen amigo Frandalo, ¿qué ha sido esto, que siendo mi caballero y mi servidor, te has tornado mi enemigo y me has muerto mis caballeros? No esperaba yo de tan buen hombre como tú eres, y tan alto en caballería, tal obra como esta; antes tenia creido que, si todos me faltaran, que tú solo quedaras en mi favor y servicio. —Buena señora, dijo Frandalo, no tengo por extraña la culpa que me pones, pues entiendo que á tu noticia no han venido las cosas que por mí han pasado despues que de tu presencia y corte fuí partido; y cuando manifiestas te fueren, segun tu gran discrecion y virtud, cierto soy que ternás por conviniente todo lo que yo he hecho; pero, como quiere que sea, si mi voluntad entera fuese, agora en esta fortuna contraria miraria con mas aficion por tu servicio.» Esplandian, que lo oyó, dijo: «Mi verdadero amigo, la vuestra voluntad es entera, sin premia de ninguna cosa que la estorbe.—Pues que así es, Señor, dijo él, guíense los hechos desta señora por mi consejo.—Así será,» dijo Esplandian. Entonces Frandalo dijo á la Infanta: «Cabalga, Señora, en tu palafren, é irás con nosotros á ver otro mas hermoso torneo que aquel que á tus bodas se hizo; y si Dios lo endereza como yo lo pienso, allí verás que responderán los loores y favores que de tí recebí siendo en tu grande alteza, y yo, segun ello, un pobre caballero, porque sea ejemplo á los altos príncipes como tú, que cuando Dios los pusiere en sus reales sillas, teniendo, á su parecer, todo lo restante debajo de los piés, tengan cuidado de allegar y honrar á los menores, considerando las vueltas de la movible fortuna, que muy presto con variables cosas se muda, así como en esto presente se muestra.» La Infanta, oido esto, sin hacer mudanza de ninguna flaqueza, tomó el palafren, y subiendo en él, dijo: «Si he perdido buenos caballeros, otros mejores me quedan para mi servicio; y vamos donde vos pluguiere.»

CAPITULO LXXIII.

Cómo Esplandian y Frandalo, llegados á la villa de Alfarin, viendo la batalla trabada con los suyos, tan osadamente acometieron á los enemigos, que á vueltas con ellos por fuerza de armas dentro de la villa solos se hallaron.

Esto así hecho, tomaron el camino hácia la villa de Alfarin, llevando Frandalo de la rienda á la infanta Heliaja, y Esplandian hablando con el Gigante, aunque nunca el yelmo de la cabeza quitar quiso; pues siendo ya alongados cuanto tres leguas, oyeron las voces y grita que los de la villa y los de fuera hacian, porque el combate andaba muy avivado, y luego pensaron qué seria, pesándoles mucho de haber tanto tardado; y dando mas priesa á las bestias que de antes, no tardó mucho que llegaron á vista de la villa y vieron cómo los suyos por la tierra traian con los enemigos una muy revuelta y peligrosa lid; y cómo llegaron donde algunos de los sus hombres, servidores de poco valor, estaban mirando la pelea, dejaron con ellos y con los escuderos y la doncella Carmela al Gigante y á la infanta Heliaja, diciéndoles que no hiciesen otra cosa sino estar allí; que de otra manera, el daño seria suyo. La Infanta les dijo: «Caballeros, deso perded cuidado; que si tan firmes vosotros estáis en la pelea como yo en no salir de la palabra que doy, no pasará mucho tiempo que no seais dentro en la villa.»

Entonces tomaron sus armas, y al mas ir de sus caballos acometieron á sus enemigos, y siendo cerca su gente, vieron cómo todos los mas andaban á pié, porque aquella parte era tan fragosa, que los caballos eran excusados; y asimesmo vieron cómo Norandel y Talanque, y Maneli y Ambor, y el rey de Dacia y Belleriz, y Gandalin y Lasindo, estaban delante de los suyos en una cruda batalla con los caballeros que de la villa salieron por una puerta y puente levadizo que la honda cava atravesaba; y cómo el paso fuese muy estrecho, y los de la villa muchos, no podian aquellos pocos llegar á los herir, como deseaban. Esplandian, que asi los vido, apeóse del caballo, y tambien Frandalo; y diciendo: «Mi amigo, aguardadme,» llegó, cubierto de su escudo y la espada en la mano, y pasando por los de su parte fué á herir en los enemigos, y no curó de se detener en los primeros, antes con los grandes y mortales golpes que con la espada daba, derribando y matando todos los que el camino le impedian, sin se detener, hizo tal camino, que pasó á los primeros; y Frandalo le seguia, temiendo tanto el peligro de su vida como la suya propria. ¿Qué os diré? Que tanto los apretaron, y tantos mataron dellos, que de fuerza les convino pasar la puente para se amparar y defender en la villa. Mas como Esplandian fuese envuelto con ellos, no pudieron tanto, que al entrar de la puerta él con ellos á la vuelta no entrase. Frandalo, que con mucha pena sostenia de lo aguardar, como aquello vido, dijo: «Oh Señor del mundo, ayuda á tu caballero;» y con fuerza muy grande y esforzado corazon llegó á la puerta, que casi estaba cerrada, y sufriendo muchos y muy grandes golpes, entró dentro, pero luego las puertas fueron cerradas, quedando Esplandian y Frandalo dentro encerrados con los enemigos, y otros muchos de los de la villa defuera.

CAPITULO LXXIV.

De las cosas extrañas que solos hicieron
El gran caballero y Frandalo el fuerte,
Viendo delante vecina la muerte,
Cuando en la villa cerrados se vieron;
Y cómo, despues que las puertas rompieron
Belleriz y Talanque y el buen Norandel,
Gandalin y Garinto y Ambor de Gadel,
Los turcos vencidos las armas rindieron.

Cuando los dos caballeros se vieron dentro de la villa, como quiera que Frandalo viese el gran peligro en que estaban, teniendo las puertas cerradas, por no perder á Esplandian, que todavía andaba envuelto con los enemigos y por la ronda los llevaba, matando y derribando en ellos, creyendo que, así como él, todos sus compañeros eran dentro, no curó de otra cosa sino de aguardarle y ayudarle, sin tener ojo á poner otro remedio; de manera que con la su gran fuerza dellos, los contrarios, con el temor de la muerte, á gran paso se les retraian; así que, algunos de la villa tuvieron lugar de tornar á abrir las puertas á los suyos, que grandes voces les da-

ban que les abriesen ; sino que todos eran muertos. Y como quiera que todos los mas entraron, y otros muchos quedaron muertos, y las puertas fueron cerradas, ninguno de los de Esplandian entrar pudo con ellos, por ser el paso muy estrecho y ocupado de los muertos. Pues viéndose aquella gente en salvo, y que solamente les quedaba de conquistar dos caballeros, cobrando corazones, fueron por las espaldas con gran alarido por los matar. Frandalo, que la cabeza volvió y los vido, no pudo pensar cómo de la muerte excusar se pudiesen; pero Dios, que á los tales tiempos socorre á los suyos con tales remedios que no fueron pensados, puso á Frandalo cuidado que mirase á la cerca, en la cual vió una escalera de piedra por donde se mandaba, y pensó que, subidos por ella, que muy mucho mejor en lo alto que en lo bajo defenderse podrian; y tomando á Esplandian por el tiracol del yelmo, le dijo así : «Habed, Señor, mancilla de nuestras vidas, y recogéos comigo presto; si no, somos muertos ambos.» Y diciendo esto, y subiendo por lá escalera de piedra, todo fué uno.

Esplandian, como si de un muy gran sueño despertase, tan embebecido andaba con los contrarios, de que se vido de todas partes cercado, y oyendo las grandes voces que el fuerte Frandalo le daba, acordó de tomar aquel mesmo remedio, y á mucho pesar de los unos y de los otros contrarios, subió por el escalera con muy grande afan, por los muchos y muy fuertes golpes que les daban. Pero al que él á derechas golpe alcanzaba no habia menester mas. Finalmente, los dos caballeros fueron encima de la cerca, y el fuerte Frandalo, que la villa sabia, dijo : «Señor, seguidme;» y lo mas presto que pudieron tomaron una bóveda que sobre la puerta de la villa estaba; que toda la gente se recogió á lo bajo, no temiendo lo que fué. Allí fueron acometidos muchas veces; mas, como la cerca no fuese mas ancha de cuanto convenia á la guarda de dos ó tres hombres solos, el uno por la una parte y el otro por la otra se defendian de los enemigos sin mucha premia. Así sufrieron gran trabajo hasta que la noche vino; y en este medio tiempo Norandel y sus compañeros, con muy grande angustia de sus ánimos, creyendo que Esplandian era perdido ó muerto, llegaron á la puerta, pensando poderla quebrantar con la gran fuerza de todos que le ponian; pero esto era en vano; que las puertas eran tan fuertes, y asimesmo los candados que dentro las cerraban, que ninguna cosa el trabajo que ponian les aprovechaba; y acordaron de les poner fuego, y á muy grandes voces lo demandaron á los suyos.

Pues estando en el término que ois el negocio que Esplandian y el fuerte Frandalo resistian con fuerza de armas, que no fuesen muertos ni presos aunque de muchos hombres armados fuesen combatidos, llegó por la calle un caballero todo armado encima de un gran caballo, diciendo á grandes voces : «Esforzad, caballeros y gente de la villa; que como quiera que el combate que por la parte de la mar se nos da muy recio y muy cruel sea, donde son muertos y heridos muchos de uno y de otro cabo, por la merced de nuestros dioses, no han podido ganar sola una almena.» Cuando los que estaban sobre la cerca en la batalla con los dos caballeros oyeron esto, cobraron corazones; que gran recelo tenian que por la parte de la mar, donde la villa era mas flaca, podria ser perdida, y dijéronle : «Caballero, en eso de allá poned remedio; que por aquí poco tememos; pero dirémos-os una maravilla, la cual uunca otra tal vista fué: que dos caballeros de los enemigos se metieron á la vuelta con nosotros, que han hecho maravillas en armas, especialmente el de menos cuerpo; que cierto él no debe ser hombre mortal; que tantos golpes ha sufrido y tantos ha dado, y muerto de nosotros, que si él pudiese morir ya seria todo hecho piezas; y al cabo, cuando mucho los apretamos, la fortuna, que les ha querido ser favorable, les mostró una de las escaleras de la cerca por donde se salvaron, y se nos defienden en esta sobrepuerta; que pues á ella se acogieron, no podemos creer, sino que alguno dellos la sabia de antes.» El caballero que abajo estaba dijo : «Acometedles con las vidas y dénse presos; que tales pueden ser, que por los cobrar, los de su parte nos dejen en paz.—Bien decis,» dijeron ellos.

Entonces se retiraron algo afuera los que se combatian, y dijéronles : «Caballeros, ya veis que por ninguna manera podeis excusar que no seais muertos; mas por la gran bondad que en vos hemos visto, que seria mancilla que tales hombres muriesen, dad-os luego á prision, y salvaros hemos las vidas.» Esplandian, que lo oyó, respondióles : «¿Cómo, gente loca? ¿Así pensais que lo teneis acabado? Pues yo fio en mi Señor Jesucristo que antes que la mañana llegue será la villa tomada, y vosotros muertos, y vuestras mujeres y hijos puestos en muy gran captiverio. Pero si á merced os quereis dar antes que mas muertos haya, haceros hemos aquel partido que nos acometeis.» Cuando el caballero que abajo estaba en el caballo esto oyó, dijo con gran saña : «Pues agora los matad, ó morid todos; que gran vergüenza es que así se os defiendan dos hombres solos, teniendo el Señor que nombraron, que es nuestro enemigo; y no me creais si estos no son de los que prendieron á nuestro señor el rey Armato.» Cuando los que encima de la cerca estaban oyeron lo que el caballero les dijo, dieron una gran grita, diciendo: «Ahora mueran, ó muramos todos.» Y como la alteracion fué tan grande, y quisieron llegar todos de golpe, apretáronse unos á otros por la estrechura de la cerca, queriendo cada uno adelante pasar; de manera que muchos dellos cayeron abajo á la parte de dentro. Mas por todas sus albuervolas (1) y bravezas, los dos caballeros no perdieron el esfuerzo de sus muy esforzados y lozanos corazones; antes Esplandian, como leon muy sañudo que se ve en las armadas de los cazadores, salió muy fieramente contra ellos, y los que le atendian, como los tomaba dos ó tres dellos á la par, al que en lleno alcanzaba, ó de muerto ó mal herido no le escapaba. Pero como los de arriba le tirasen muchas piedras y saetas, y anduviese ya en algunas partes herido, conveníale tornarse á la guardia. Pues Frandalo por otra parte no estaba de balde; antes con gran esfuerzo, y con el de Esplandian, que cabe sí tenia, temiendo que en su presencia dejase de hacer lo que era obligado, hacia maravillas de armas; y habia muerto á muchos, y él recebido muchos golpes

(1) Palabra arábiga, que equivale á grito ó alarido.

y heridas, que por mas de diez lugares le salia la sangre. Pero con toda esa resistencia que vos contamos no pudieran excusar de ser muertos, porque los de dentro traian ya tales artificios, que sin mucho peligro los pudieran matar ó derribar de la cerca abajo, mas en aquella sazon llegó la gente de fuera con fuego y mucha leña; y como los de dentro no lo pudieron resistir, por estar la sobrepuerta tomada, llegaron sin ningun peligro y pusieron el fuego, de manera que no tardó mucho que las puertas no fuesen hechas ceniza.

Cuando los de la villa esto vieron, no hallaron otro remedio sino traer ellos asimesmo mucha leña, y crecieron el fuego en mayor cantidad porque defendiesen la entrada á los enemigos. ¿Qué os diré? El fuego se apoderó tanto y de tal manera, que si no fuera por la bondad que Esplandian y Frandalo tenian, no tardaran media hora en ser quemados. Mas aquello los defendió muy gran rato, hasta que los cantos se comenzaron á escalentar, y lo sentian ya en las plantas de los piés. Norandel y sus compañeros, cuando vieron que con semejante artificio que el suyo los de dentro les defendian la entrada, y oian decir cómo los caballeros se quemaban, acordaron de mandar á sus gentes que lo mas presto que pudiesen tomasen en los yelmos agua de una laguna que cerca de allí estaba, en que bebian los ganados, y la echasen en el fuego. Esto se hizo con muy gran diligencia y mucho peligro de los de fuera; que algunos murieron con las muchas sactas que les tiraban. Mas tan grande fué la priesa de echar el agua, que por mucha leña que los de dentro pusieron, como luego era mojada, el fuego comenzó á enflaquecer.

Cuando esto vió Talanque y Maneli, que delante los suyos estaban tan pegados al fuego, que por muy gran maravilla era tenido poderlo sufrir, pusiéronse todos juntos en aventura, y entraron por medio de toda la brasa, y como quiera que gran parte de las armas de las piernas se quemasen, y la carne con ellas, y con muchos y duros golpes fuesen recebidos, no dejaron por eso con grande afan de pasar á la otra parte; y cuando dentro se vieron, allí viérades las maravillas de armas que hacian en matar y herir de los de la villa que ante sí hallaban. Mas como eran muchos, ya los cercaban de todas partes, pero socorrió aquel esforzado Norandel, que él entró luego por el fuego, y tras él Ambor de Gadel y Gandalín, y el rey de Dacia y Belleriz, y otros muchos muy buenos caballeros, que los seguian. Cuando los de la villa vieron á sus enemigos dentro consigo, perdieron los corazones y huian por las calles; los de la cerca asimesmo comenzaron á huir, y Esplandian y Frandalo los seguian y mataban, y derribaban tan cruelmente de la cerca abajo, que en poco rato, de muertos y huidos, no les quedó con quién se combatiesen; y luego se abajaron á los suyos, que andaban hiriendo y matando en los contrarios; que aunque la noche escura era, y gran pieza della pasada, la claridad del fuego les daba lugar á que todos unos y otros se viesen.

CAPITULO LXXV.

De cómo Esplandian, en aquella noche que en la villa entraron, envió por la infanta Heliaja y por el jayan, que con la doncella Carmela y con ciertos peones fuera de la villa habian quedado.

Como llegó la nueva á los que á la parte de la mar defendian, que la villa era entrada, y que no tenian remedio, aflojaron y desmayaron de tal manera, que Gastíles y los suyos, que asimesmo lo supieron, apretaron tan recio, que en poco tiempo los entraron; los cuales se recogian todos en un templo de Júpiter, que muy rico y fuerte era. Gastíles, viendo la muy gran escuridad de la noche, detuvo cuanto mas pudo su gente, y envió luego con mucha priesa por defuera del lugar á Esplandian, que supiese la manera y forma, y cómo él y todos los suyos eran dentro en la villa, y por causa de la escuridad de la noche no se osaba mas extender, que habria por buen acuerdo que así lo hiciesen ellos hasta la mañana; porque de otra manera, si la gente comenzase á entrar por las casas, matarse hian unos á otros. Cuando esto fué dicho á Esplandian, húbolo por muy buen acuerdo, y mandó que así se hiciese. Entonces se le acordó cómo habia dejado con poco recaudo á la infanta Heliaja y al jayan; que no quedaron en su guarda sino los dos escuderos y algunos servidores, que los camellos que la provision traian guardaban, y hubo recelo de la perder; llamando á Gandalin y á Lasindo, les dijo: «Id luego á la parte donde dejastes los camellos, y hallaréis con la mi doncella Carmela otra mujer, y no os partais della hasta la mañana, que la traigais; y hacelde mucho servicio, que es de gran estado.»

Oido esto por ellos, salieron por la puerta, y hallaron cerca de allí los caballos, que les tenian sus escuderos, y cabalgando en ellos, se fueron donde les era mandado; y llegando donde la Infanta estaba sentada, con la doncella Carmela, en la yerba verde, parecióles una maravilla: que en derredor della bien veinte pasos estaba tal resplandor, de gran claridad y luz como la de una hacha, que salia de aquellas ricas y preciadas piedras que de sus cabellos tenia colgadas; y de sus manos, que todas eran sembradas de anillos muy hermosos, y de piedras que en ninguna parte se podrian tan preciadas hallar, que el rey su padre desta infanta era muy codicioso de semejantes joyas, y hacíalas buscar y comprar por todas las partes del mundo, y cuando hubo de enviar esta su hija por mujer al infante Alforaj, partió con ella en muy gran cuantidad de ellas; que mucho la amaba.

Pues llegados Gandalin y Lasindo en su presencia, saludáronla con mucha cortesía, que bien vieron y conocieron que era persona de alto lugar, y dijéronle: «Buena señora, Esplandian nos manda venir para os hacer servicio, y nosotros así lo harémos de muy buena voluntad en lo que mas vos, Señora, agradare. —Buenos amigos, dijo ella, muy mucho se lo agradezco á él y á vos lo que decis; mas no sé quién es ese de que hablais; que yo fuí traida á este lugar por dos caballeros, y el uno conocí ser Frandalo, y el otro no sé quién fué.—Señora, dijo Carmela, sabe que aquel es Esplandian, el que vistes hacer las grandes maravi-

llas en armas, que otro ninguno hacer podria, cuando fueron muertos y heridos vuestros caballeros. —¿Es cierto doncella, dijo la Infanta, que aquel que con Frandalo se halló es Esplandian, el que ganó la montaña Defendida, y mató los jayanes, y despues prendió al rey Armato, mi señor?—Cierto, Señora, dijo la doncella, este mismo es que dices.—Mucho estoy quejosa dél, dijo la Infanta; que dicen que es el mas cortés y mesurado caballero del mundo y no me quiso hablar, sabiendo quién yo soy, y teniéndome presa en su poder; que allí se habia de mostrar su virtud y noble condicion; y siempre donde me hallare seré dél con esta queja.—Buena señora, dijo Carmela, no lo juzgueis así, ni lo tengais á mal lo que hizo; que no seria sino porque ama mucho á Frandalo, y como vido que lo conocistes, quiso darle toda la honra; y que pareciese que, como es el mas principal en su amor, principalmente os hacia servicio, sin que él entreviniese en ninguna cosa dello; que sed cierta que este es el caballero del mundo mas bien mirado y que mas honra y amor hace á sus amigos. —Ahora sea, dijo la Infanta; que si con razon mas legítima no se excusa, no alcanzará de mí perdon.»

Gandalin y Lasindo hicieron á los hombres que allí estaban segar de la yerba y de las ramas de los árboles, y tomaron los mantos de Esplandian y de Frandalo y los suyos, que todos eran de fina escarlata, y hicieron cama para la Infanta, y rogáronle que en ella durmiese y holgase. Ella les preguntó si la villa se les habia entregado. «Sí, dijeron ellos; que ya los nuestros, así de la parte de la mar como de la tierra, son dentro, y no esperan sino hasta el dia para los matar todos.—Pues ruégoos mucho, caballeros, dijo ella, que antes que el alba venga me lleveis ante Esplandian y Frandalo, y podrá ser que con mi vista serán á muchos las vidas guardadas; que quien ha de matar, forzado será que se ponga en el peligro de la muerte; que la gente de la villa será recogida al templo, y sin gran peligro de todos no podrán ser tomadas.—Así lo haremos, dijeron ellos, como lo mandáredes, y como lo mandó Esplandian cuando acá nos hizo venir.—Pues quiero dormir, dijo la Infanta, por sostener la vida; que si ella falleciese, poco me aprovecharia cualquier venganza que sobre esta tan grande destruicion se podria hacer, que á mi pensar no será pequeña ni muy mucho tardía.» Entonces se acostó y durmió muy sosegada. Gandalin, que supo quién era el Gigante, y por qué causa escapó, hízole apear del caballo y ligóle muy bien todas sus llagas, como aquel que muy muchas veces habia ligado á su señor Amadís. Y consolándole, diciéndole la nobleza de Frandalo, su primo, le rogó que reposase y durmiese; que aquella palabra que habian dado no seria en vano, antes en su deliberacion. El Gigante se lo agradeció mucho, y desde entonces conoció el gran yerro en que hasta allí estaba, así él como todos los jayanes, que á natura nunca tuvieron conocimiento de piedad, ni en ellos jamás se halló, causándolo ser muy apartados de la virtud; y propuso de mudar en aquel mesmo caso su condicion, si en su libre poder lo dejasen.

CAPITULO LXXVI.

Cómo, rogando con ledo semblante
Frandalo el fuerte al buen caballero,
Fué deliberada la Infanta primero,
Y luego despues Foron el gigante;
La cual por los turcos siendo mediante,
Aunque sus joyas dejen perdidas,
Salvan los tristes los cuerpos y vidas,
Y vanse con ella al gran Tesifante.

Pues así como la historia vos cuenta pasaron todos aquella noche; pero la Infanta no puso en olvido su buen propósito. Viendo que el dia era cercano, levantóse, y tomando consigo los dos caballeros y la doncella Carmela, se fué en su palafren á la villa, y entraron por la puerta cuando alboreaba, á tal hora que aun el resplandor de sus preciosas piedras no era en nada escurecido. Cuando Esplandian la vió, y la muy gran claridad que consigo traia, muy mucho fué maravillado. Frandalo fué para ella, así herido como estaba, y díjole: «Señora, veis aquí vuestro caballero y servidor; ¿qué me mandais que haga?—Mi buen amigo, dijo ella, estaré en este mi palafren hasta que el dia sea claro, y entonces veré á Esplandian y á estos caballeros, y decirles he lo que tengo pensado para excusar mas muertes de las pasadas; que, segun veo este campo sembrado de los muertos, no han sido pocos.» Esplandian se llegó á ella, que aun el yelmo traia en la cabeza, y díjole: «Buena señora, todos os serviremos y haremos vuestro mandado. Y pues que la voluntad de Frandalo os es otorgada, así es la de nosotros todos, que somos en su amor, y habemos de hacer lo que él hiciere.»

A esta sazon ya el alba era venida, y la gente comenzaba de se aparejar para dar en sus enemigos; y visto estas cosas por la Infanta, dijo á Frandalo: «Pues que tú dices que quieres mi servicio, muéstrame á Esplandian y los mas señalados caballeros desta compaña, y ten manera cómo ante sea yo oida que la gente mueva contra los de la villa, y así lo envia á decir á la otra parte de la mar.» Frandalo dijo á Esplandian: «Señor, ¿qué os parece desto que la Infanta manda?—Lo que á vos, mi amigo, dijo él.—Pues cúmplase lo que pide.—Así se haga,» dijo Esplandian. Luego envió un caballero á Gastíles, que le rogaba mucho que no rompiese con los contrarios hasta que una hora pasase, y que se viniese para ellos, que mucho cumplia. Esto luego se hizo, y venido Gastíles en un caballo, armado como estaba, y sabido por él en lo que estaban con aquella infanta, y que todo se remitia á la voluntad de Frandalo, otorgólo y túvolo por bien. Y quitándose Esplandian el yelmo, tomando consigo á Gastíles y á Norandel y á Frandalo, apartando de la gente á la Infanta en su palafren, le preguntaron qué mandaba. Cuando ella vió á Esplandian tan niño y tan hermoso, no pudo creer que él fuese, segun las grandes cosas habia oido que en armas hubiese hecho, y dijo á Frandalo: «Di: ¿es este aquel que á todos nos ha puesto en espanto, y ha hecho las grandes maravillas los tiempos pasados, y lo presente que yo vi ayer?—Este es, dijo Frandalo, aquel que hace maravillas, aquel á quien todo el mundo debia ser subjeto.—Cierto, Frandalo, dijo ella, creo yo que de otro mas poderoso le viene

tal esfuerzo y valentía; que si así no fuese, segun su edad y poca grandeza del cuerpo, muchos otros se hallarian que le hiciesen sobra. Y dejando esto, que no se puede alcanzar, pues que va sobre toda razon y órden de naturaleza, quiero pediros que me otorgueis un don, que antes será por librar á otros que á mí, el cual es, que por mi servicio y amor otorgueis las vidas á estas gentes desta villa, que en punto de muerte están, para que se vayan donde quisieren.» Esplandian dijo: «Mi buena señora, todo es en la mano de Frandalo, así lo de ellos como lo vuestro; que por nos no será contradicha cosa de lo que él ordenare.» Frandalo, que muy alegre fué, hincadas las rodillas, le quiso besar las manos, y siendo levantado con mucho amor por Esplandian, volviéndose á la Infanta, le dijo: «Señora, pues que á mí es otorgado esto, yo os dejo libre para que libremente os vais á vuestro marido, y todos aquellos que vos querrán seguir.—Mucho te lo agradezco, dijo ella, y pésame porque no puedo decir que te lo galardonaré; que segun en la compaña que te veo, si los nuestros dioses por la su merced no lo estorban, mas presto harás tú mercedes que las puedas rescebir. Pero yo lo tomo en aquel grado que merece, y quiero hablar con esta gente.»

Entonces tomó consigo á Carmela, doncella de Esplandian, y fuése derechamente al templo de Júpiter, donde todos, esperando las crueles muertes, eran recogidos. Cuando por ellos fué vista, hincados los hinojos delante, llorando, así hombres como mujeres, comenzaron á decir: «¡Ay señora nuestra! ¿quién te pudo traer aquí á tal tiempo, que aunque por nuestro bien parezca ser, no lo será por el tuyo, segun el gran peligro que á los de alto linaje, como tú eres, mas que á las bajas personas aparejado tienen; pues que vienes de donde tus enemigos y nuestros son?—Amigos, dijo ella, levantadvos y no lloreis; que lo que muchas veces parece ser en contrario de la razon, poniéndonos mucho espanto y dolor en nuestros ánimos, aquello es la salud y descanso de las personas. Sabed, amigos, que cuando yo de aquí fuí partida, y llegué á la fuente Aventurosa con los caballeros y jayanes que vistes, hube placer, por el gran calor, de holgar allí aquella noche, y por ver si alguna extraña aventura les viniese á mis caballeros, como contino allí suelen venir. Y al alba del dia acudieron dos caballeros, que mataron y destruyeron todos los mios y los dos jayanes, y yo fuí presa por ellos. Cierto creo yo que, aunque la fuente dure hasta el fin del mundo, nunca otra tal aventura en ella acaecerá. Pero de tanto me vino bien, que el uno de aquellos caballeros conocí ser Frandalo el fuerte, que muchas veces con buen celo comigo vivió, y hallé en él tan buen servidor y tan conocido, que me hizo libre de la prision, y á todos aquellos de vosotros que en mi compañía querrán ir. Ahora ved lo que haréis; que á mi parecer, mas teneis aparejo de perder las vidas, que de las defender si aquí quedáredes.—Señora, dijeron todos, á la vuestra merced somos que haga aquello con que nos pueda salvar las vidas; que de recebir la muerte aquí ciertos somos.—Pues luego os salid,» dijo la Infanta.

Entonces los que eran armados se desarmaron, y con toda la gente, así hombres como mujeres y niños, salieron del templo, y cercando á la Infanta de todas partes, llegaron donde Esplandian y aquellos caballeros estaban, que con mucha cortesía la recibieron. Cuando la Infanta vido á Esplandian díjole: «Esplandian, mi buen señor, muy quejosa estoy de tí, que habiéndome muerto mis caballeros y teniéndome presa, no me quisiste hablar; aquello no se conforma con tus nuevas, que de muy cortés y mesurado te dan gran loor.—Mi buena señora, dijo él, como todos tengamos al fuerte Frandalo por caudillo que nos ha de gobernar, y viese el amor que á vuestro servicio tenia, excusado era yo de hablar en lo que él ordenase.» La Infanta con alegre y risueño semblante dijo: «Aunque eso así pase, todavía pareciera bien que tú me hablases, y pues que la excusa no es razonable, no me doy por satisfecha hasta que de tí el yerro sea enmendado.—Señora, dijo Esplandian, yo lo quiero corregir en lo que vuestro servicio fuere.—Pues con esta certinidad que así se hará, te demando licencia para me ir con esta mi gente á mi marido.» Estas palabras pasaron como en juego; pero tiempo fué que salieron muy verdaderas, y á gran cosa respondieron, como adelante será contado.

La Infanta salió por la puerta, y toda la gente de la villa con ella, los unos teniendo por el freno del palafren, y los otros por sus ricas vestiduras, y los otros llegándose mas cerca della, creyendo que aquello era su salvacion. Pues saliendo fuera, vido á Frandalo, que á caballo estaba para la acompañar, aunque bien herido de la lid pasada, y preguntóle ella dónde queria ir; él dijo: «Buena señora, á te acompañar alguna pieza deste camino, porque hasta que seas en Tesifante todas las cosas te vengan en servicio.—No lo harás, dijo ella; porque aunque tú, como buen caballero, tuviste poder de me salvar y servir, podria ser que yo, como mujer, no ternia así aparejo; que de los cinco caballeros que escaparon huyendo de la batalla tuya y de Esplandian en la fuente Aventurosa, habrá sabido el infante Alforaj lo que pasó; y no dudo que con mucha gente ahora sea ya en el campo, y como la pérdida suya, así las pasadas como la mia, son en tanto grado, que lo de la villa de Alfarin aun no lo sabrá, no me atreveria yo á refrenar la dura pasion que dello ocurrir puede; y por esto, mi buen amigo, no quiero que el placer que agora me diste se torne en peligro tuyo y enojo mio.» Frandalo, que vido que bien decia, dijo: «Mi señora, pues que esto os parece ser lo mejor, así se haga, y llevad con vos al Gigante mi primo, que yo le quito la prision.»

CAPITULO LXXVII.

De cómo el infante Alforaj, viniendo en socorro de la Infanta su mujer, encontró con ella cerca de la fuente Aventurosa, donde los dos caballeros la habian tomado; la cual cuenta la contraria fortuna que por ella y por los suyos habia pasado.

Con esto se fué la infanta Heliaja, con toda la gente, el derecho camino de la gran ciudad de Tesifante, y llevó consigo al jayan, que herido estaba; y anduvo tanto, que pasó la fuente Aventurosa, y mandó que ninguno quitase de allí el paño de oro que sobre los pilares estaba, ni la cama de seda en que aquella

noche durmió, porque todos viesen que aunque aquellos caballeros de la montaña Defendida allí la prendieron, que no solamente tuvieron por bien de la dejar libre, siendo una princesa tan alta, mas tomar cosa ninguna de sus riquezas, que eran tan preciadas, quisieron; que apenas otros tales se hallarian en el mundo, y que fuese ejemplo á los sus paganos, que antes á la virtud y nobleza que á la mala cobdicia y crueldad se moviesen. Pues habiendo ya pasado un gran trecho de la fuente, encontró en el camino muchos caballeros que venian á gran prisa, corriendo por el campo en el socorro della, y el Infante, su marido, con ellos, muy turbado, que todo lo mas del dia antes anduvieron perdidos, creyendo que á la montaña Defendida la habian llevado, no teniendo en la memoria y pensamiento lo de la villa de Alfarin; y como no hallaron rastro alguno, tornaron á la buscar donde la batalla fué, y llegaban allí al tiempo que ois; y cuando fué vista por ellos, espantáronse cómo pudo ser tan gran maravilla, y mucho mas cuando la vieron acompañada de tanta gente de diversas maneras, y estuvieron quedos, porque ella se lo mandó. En esto llegó el Infante, y como la vió, dijo: «Señora, ¿qué ha sido de tí?» Dijo ella: «Mi marido y mi señor, muy mal y muy bien; que estas dos cosas me mostró la fortuna en un momento.»

Entonces le contó todo lo acontecido hasta ser puesta en su presencia. «¡Oh dioses, dijo el Infante, qué dos maravillas oigo! la una ser tú libre con todo lo que traes, siendo persona tan señalada en todo el mundo, y tomada por presa de aquellos descreidos; y la otra, que por fuerza de armas se tomase la mi fuerte villa de Alfarin. Ahora te digo, mi señora, que no sé á qué parte me eche esta templanza de los nuestros dioses, que por la una parte me amenazan de perder todo mi señorío, y por la otra me consuelan en me guardar la cosa del mundo que yo mas amo, teniéndola perdida en poder de mis enemigos; y pues que su voluntad está dudosa, el mi esfuerzo y diligencia la harán determinar en mi favor; y no contra estos que la villa de Alfarin me tomaron, porque la venganza seria muy poca, aunque al Rey mi señor me tengan preso; mas contra aquel malo, perjuro, emperador de Constantinopla, que, quebrándonos las treguas, ha sido causa de todo mi mal; y yo juro por aquel gran Júpiter, y por el muy poderoso Mars, dios de las batallas, que nunca huelgue ni sea mi corazon reposado hasta que tantas gentes cuantas arenas la gran mar tiene le ponga sobre aquella su ciudad de Constantinopla, y dentro de su palacio le saque preso por sus blancos cabellos; y esto así hecho, yo tomaré estos tres caballeros á merced, y tú, mi señora, habiendo piedad dellos, en pago de tan señalado servicio como te hicieron, los dejarás libres, porque conozcan mi gran poder y tu mucha magnanimidad.» Y con esto se tornó á la gran ciudad de Tesifante, donde salió.

Mas la historia no hará por ahora dello mas mencion, hasta su tiempo, en que os será recontada una tan gran maravilla de ayuntamiento de gentes, que todo el mundo hicieron temblar. Y contarse os ha lo que aquellos caballeros que en la villa de Alfarin estaban acordaron, así para su defensa della, como para proseguir su propósito, el cual era matar y destruir aquellos malos y muy perversos paganos, enemigos del Redentor del mundo.

CAPITULO LXXVIII.

Cómo Gastiles, ya despedido
De aquel que por armas ganó la montaña,
Viendo una fusta del rey de Bretaña
Venir por la mar, está detenido;
La cual, desque hubo mejor conocido,
Alza sus velas al viento que sopla,
Y arriba en el puerto de Constantinopla,
Do cuenta las cosas que le han avenido.

Siendo pues ganada aquella muy fuerte villa de Alfarin, gran puerto de mar, como os contamos, por Esplandian y sus compañeros, y por Gastiles, sobrino del emperador de Constantinopla, mandaron luego poner gente por las torres, y recaudo en el despojo, que fué muy grande, así de oro como de plata y otras muy ricas y preciadas joyas; porque como aquella villa fuese muy gran puerto de mar, y tan recia en sí, que á lo restante de las comarcas no temiese, vivian en ella muchos ricos mercadantes; y porque era lugar muy apacible, de grandes arboledas, de muchas frutas de todas maneras, y fuentes de aguas muy sabrosas, habíase del contentado mucho aquella princesa Heliaja, y el rey Armato, su suegro, se lo dió para en que ella y su marido estuviesen y holgasen mientras que él vivia y el señorío de Persia pudiese gobernar; y cuando él fué preso, como ya os dijimos, allí estaban entrambos; y el Infante, como supo lo del padre, salió por el reino para le asegurar, y dejó allí á su mujer; y ahora enviando por ella que á Tesifante se fuese, y queriendo él enviar gente á la villa, y muy gran flota por la mar, para guerrear al Emperador, guiólo la fortuna por otra manera, como oistes, y por esta causa no se halló á la sazon del combate en ella sino muy poca gente que del ejercicio de las armas supiesen, por donde no fué tan cara de tomar; y como quiera que Esplandian hizo lo que se ha dicho, y los otros caballeros con él, en lo del combate no se debe dar la gloria dello sino á aquél fuerte Frandalo, que por el cuidado suyo en saber por Belleriz, su sobrino, el poco recaudo de la villa, dió gran priesa á los caballeros que la acometiesen, por donde se ganó.

Esto hecho así, Gastiles dijo á Esplandian y á aquellos caballeros: «Mis buenos señores, yo me he tardado, por vuestro amor, mas tiempo de lo que me fué mandado; mas plega á Dios que de tales yerros como estos, sacando tal fruto, haga yo muchos; ahora yo acuerdo de me volver, y porque, segun va el negocio, creido tengo que lo tomará el Emperador de manera, que presto nos tornarémos á juntar; por eso ved lo que de mi flota quereis, así gente como bastimento; que todo lo que en mí fuere, luego será cumplido.» Esplandian le respondió: «Mi señor Gastiles, en todo lo que vos habeis hecho, de nuestro Señor Dios habréis las gracias, que no de nosotros, que no las podemos dar segun vuestro merecimiento; y porque así como vos, nosotros nos tenemos por servidores del Emperador y por de su casa, teniendo por suyo y para su servicio todo aquello que se ganare; y con esta confianza quiero yo, mi buen señor, hablaros mas largo, como ahora oiréis, aunque

haya venido algo dello á vuestra noticia : Sabréis cómo al tiempo que yo fuí armado caballero, mi padre Amadís me mandó que le quitase una palabra que él dejó empeñada en poder de la infanta Leonorina, pues que él no la podia cumplir, y esto fuese en ser yo su caballero para la servir en aquello que me fuese por su parte mandado; y cuando la presencia de mi padre fué partida por tan extraña manera como ya sabeis, así la fortuna como la sabiduría de Urganda me guiaron donde, sacando de la prision al rey Lisuarte, mi abuelo y mi señor, gané la montaña Defendida, que habeis visto; y porque aquella se ganó con mi sola persona, la cual está sujeta á la infanta Leonorina, como dije, siendo yo su caballero, y despues con mis amigos prendí al rey pagano, de que, con su consentimiento dellos, puedo disponer, acuerdo de se lo dar todo en servicio, pues que en su servicio se ganó; y desto vos, mi señor, me haced saber su voluntad, porque aquella luego será cumplida; y en esto desta villa, donde todos hemos entretenido, mas por suya del Emperador que de otro ninguno la debemos tener; y yo así lo tengo, y vos ofrecédselo así, llevándole todas las ricas joyas que en ella se hallan, que, segun nos dicen, son en muy gran número, porque son suyas, y á nosotros no hacen menester otras perlas, ni piedras, ni plata, ni oro, sino estas armas que vestimos, y nos fueron dadas para las emplear, no donde nuestra voluntad las guiare, mas donde sea servido aquel que todo el mundo tiene en su mano; y lo que se hallare de vianda guardarémos, con que las vidas y la villa podamos sostener; y ruégovos yo, mi buen señor, que tanto que el Emperador sepa de vos las grandes proezas del muy fuerte Frandalo y la gran lealtad suya, que de nuestra parte le rogueis que sea la su merced en le hacer merced desta villa, ahora por suya, ahora en tenencia; que como su vasallo la terná.—Yo diré, dijo Gastíles, todo lo que vos place que diga, y bien creo yo que así como lo pedis verná en efecto.» Y abrazando á Esplandian riyendo, dijo: «Y en esto que á la Infanta mi prima ofreceis, aconsejarla he yo que lo tome, y deje la montaña á condicion que su alcaide os nombreis, porque ella tenga lo que no puede alcanzar ninguno de cuantos hoy son nacidos.»

Esplandian, que muy alegre estaba en oir mentar á aquella de quien su corazon sujeto y captivo era, le dijo: «Pues estos que decis, segun la grande alteza y hermosura de aquella princesa, debrian ser sus subjetos, no es mucho que sea yo su alcaide y su caballero, pues que así me fué mandado.» Entonces mandó á Gandalin, que le tenia por muy leal y buen caballero, que recogiese en sí todas las mas ricas joyas que en la villa se hallasen, y las pusiese en la nave de Gastíles, y asimismo él y Lasindo supiesen el bastimento que se hallaria para la gente, y si no fuese tan cumplido, que tomasen de la flota de Gastíles todo lo que buenamente se pudiese sacar; pero esto fué excusado, que en la villa se halló tanto, que para la gente que allí quedase abastaria para un año y mas; pero las joyas fueron en tan gran número, que Gastíles, que en su nave las vido, mucho de las ver fué maravillado. Pues ya él, despedido de Esplandian y de todos aquellos caballeros, queriendo entrar en las naves, fué avisado de los hombres que en ellas estaban cómo de la via de la montaña Defendida venia, á su parecer, una muy gran fusta, y acordó de esperar, que no podia pensar de quién fuese; pues que por temor de su flota, toda la mar con gran pieza al derredor era barrida de naves, que por ella no osaban andar. Pues pasando cuanto una hóra, llegó la gran nave, en la cual venian estos caballeros que oiréis : Palomir, Branfil, Elian el Lozano, Gavarte de Val Temeroso, y Bravór, hijo del gigante Balan, que ya el rey Amadís habia hecho con grande honra caballero; y asimismo venia ahí Imosil de Borgoña, y Ledaderin de Fajarque, y Listoran de la Torre Blanca, y Trion, primo de la hermosa reina Briolanja, y Tantáles el Orgulloso, y Guil el Bueno y Preciado, Grovadan (1), hermano de Angriote de Estravaus, y dos hijos de Isanjo, el gobernador de la ínsula Firme, mancebos que á la sazon comenzaban á ser caballeros; y otros muchos, que por la prolijidad de la escriptura se dejarán de contar, aunque muy preciados en armas eran; que estos todos de una voluntad, sabiendo el santo propósito de Esplandian, y cómo andaba envuelto con los turcos, y porque ya en la Gran Bretaña todas las aventuras cesaban, como cosas que no pertenecian mucho á la salvacion de sus ánimas, teniéndolas en comparacion de las que Esplandian hacia por una grande y vana locura, acordaron de se meter en aquella grande y hermosa fusta, que el rey Amadís les mandó dar, que en el gran puerto de la ínsula Firme tenia con otras muchas; y pasarse á la montaña Defendida á servir á Dios y ayudar á aquel caballero que mucho amaban; y cuando á la montaña llegaron, supieron de Libeo que Esplandian con toda la gente, por la mar y por la tierra, era ido á combatir la villa de Alfarin, y ellos, con este aviso, llevaron su gran nave siempre á costa, por no errar, con mucho deseo de se hallar en las afrentas y peligros que aquellos caballeros se hallaran. Mas cuando fueron sabidores cómo ya la villa era tomada, dieron muchas gracias á Dios, que pues ya la cosa en tal estado estaba, que no les faltarian otras afrentas donde su buen propósito y santo deseo ejecutado fuese. La fusta llegó al puerto, y todos aquellos caballeros, armados de muy ricas y hermosas armas, y traian en ella muchos caballos escogidos, creyendo que mas en aquella tierra que en las suyas los habrian menester.

Cuando Esplandian y Norandel y sus compañeros supieron su venida y quién eran, ¿quién os podrá contar el gran placer que en sus ánimos les ocurrió? Y como quiera que todos ellos heridos estuviesen, y remediados por el gran maestro Elisabat, no pudo él tanto con ellos, que no se levantasen de los lechos, y medio vestidos no fuesen á recebir aquellos tan amigos suyos, y halláronlos salidos en tierra, que ya se venian con Gastíles á los ver; allí se fueron á abrazar los unos á los otros, cayendo de sus ojos lágrimas de placer en grande abundancia, esforzándose todos en se ver juntos, tanto, que no les siendo el poderoso Señor airado, no tenian en mucho ninguna afrenta que venir les pudiese. Y luego fueron aposentados en muy buenas casas, que asaz habia dellas en la villa; pero antes que se desarmasen,

(1) Notándose en este lugar alguna variedad en la escritura de los nombres propios, los hemos puesto como se hallan en el *Amadís*.

tuvo Esplandian por bien que viesen y hablasen á Frandalo, que peor herido que todos estaba, tanto, que no se pudo del lecho levantar; así por le dar la honra que merecia, como porque él viese tantos y tan preciados caballeros, y tomase esfuerzo para los poner en aquellos lugares en que Dios servido fuese; y cuando estos caballeros entraron donde Frandalo estaba, siendo ya avisados de quién era y las grandes cosas que habia hecho, llegáronse todos á la cámara, y cercáronle en derredor, y dijéronle: «Noble y esforzado caballero, muchas gracias damos á Dios porque nos trajo á estas partes donde vos pudiésemos ver, y gozar en saber las grandes cosas que por vos han pasado y pasarán de aquí adelante, si la merced de Dios fuere; por ende, buen señor, cuando tiempo fuere, guiadnos á aquellas cosas que deseamos contra estos infieles; que despues de Esplandian, todos serémos debajo de vuestra mano.»

CAPITULO LXXIX.

Del sobrado placer que el fuerte Frandalo recibió con los caballeros de la Gran Bretaña que á la cama le fueron á ver, y de las gracias que por ello les dió.

Cuando Frandalo vido tal compaña de caballeros, con tales armas, en tal edad, tan bien hechos y tallados, maravillado fué, y en mucho mas que antes tuvo á Esplandian, pues que de tan léjos tales hombres le venian á buscar; pero díjoles: «Mis buenos señores, mucho os agradezco la crecida honra que me dais, y como lo pedis, yo así lo haré; y quiero que de mí sepais que, como quiera que yo haya visto muchos caballeros, nunca vi compañía tal como la vuestra y de que tanto me maravillase; mas habiendo yo visto á Esplandian, mi señor y verdadero amigo, y sus grandes proezas, todo lo restante que toca en caballería no pone en mi ánimo ninguna alteracion de miedo ni deleite.» Esplandian, que con vergüenza estaba en verse tanto loar, dijo: «Mi buen amigo, si yo algo he hecho que bueno parezca, vos fuistes, despues de Dios, la causa, y de vuestro grande esfuerzo redundó todo, y á vos dejo yo la honra y la gloria dello. Y porque estos caballeros habrán menester de holgar, segun el trabajo que hasta llegar aquí han sufrido, quiérolos poner en sus posadas, donde descansen, hasta que seais en disposicion de los guiar, como os piden; que sin vuestro acuerdo no seria buen seso que por esta tierra nos desmandásemos, hasta que la hayamos mas usado y tratado.» Entonces se salió fuera, y todos con él, y se fueron á sus posadas, y los heridos á sus lechos; que bien les hacia menester. Y agora se cesará de contar dellos, y hablarse ha de Gastíles, cómo llegó á Constantinopla, y el placer que el Emperador y todos hubieron con él.

CAPITULO LXXX.

Cómo Gastíles cuenta por órden al Emperador las grandes aventuras que á Esplandian y al fuerte Frandalo antes que él llegase, y despues á él con ellos les habian acaecido, y de la áspera respuesta que la infanta Leonorina, fingida, da á la justa demanda de Esplandian, mandando á Gastíles que se lo escriba.

Gastíles llegó con toda su flota, sin impedimento alguno, á Constantinopla; y como lo supo el Emperador, cabalgó con gran compaña de muy altos hombres para lo ver; que mucho deseo tenia de ser avisado de lo que habia hecho, y del estado en que la montaña quedaba, que la tenia por una de las señaladas cosas del mundo, y segun la grandeza del rey Armato, que la habia cercado, creido tenia que el socorro se haria con dificultad; y yendo así por la calle hácia la mar, vió venir á Gastíles, su sobrino, con mucha compaña á pié, que ya de las naves habian salido, y estuvo quedo; y Gastíles llegó y besóle las manos, y díjole: «Señor, Esplandian y Frandalo, y los dos caballeros que de aquí fueron, y otros muchos y muy señalados caballeros de la Gran Bretaña y de otras tierras os besan las manos, como aquellos que en todo os han de servir.» Y lo mas desto, si vuestra voluntad fuere, contarlo he ante la Emperatriz mi señora y Leonorina, y oiréis cosas extrañas y de gran placer, en acrecentamiento de vuestro estado; que Dios por milagro envió aquel caballero á que os sirviese.» El Emperador dijo: «Buen sobrino, bien sabia yo que enviando tan buen hombre como vos sois, buena nueva me vernia; y así se haga como lo pedis.»

Entonces se tornó, y mandó dar á Gastíles un palafren en que cabalgase, y llegado á sus palacios, entróse al aposento de la Emperatriz, y todos aquellos grandes señores, y otros muchos con él, con gran voluntad de saber lo que Gastíles traia, y mandó venir allí el Emperador á su hija Leonorina y á la reina Menoresa, con otras señoras de alto linaje, que la acompañaban; que siendo la Emperatriz ya de dias y muy retraida, no entendia en otra cosa sino en rezar sus horas, y todas las dueñas y doncellas estaban con Leonorina en su aposento. Dijo el Emperador á Gastíles que contase todo lo que le aconteció despues que de allí partió. Gastíles dijo: «Señor, partí con aquella flota, por vuestro mandado, en socorro de la montaña Defendida, y por mucho que la fortuna con próspero viento me fué favorable, cuando allá llegado fuí, ya Esplandian habia desbaratado lo mas de la flota del rey Armato con su fusta de la Gran Serpiente y con las naves del fuerte Frandalo, que allí maravillas hizo; y asimismo hallé preso dentro en el alcázar al rey Armato;» y contó la forma que Esplandian habia tenido para lo prender, y la destruicion que en los turcos hizo en aquella sazon, y cómo los hizo desamparar toda la montaña. Y asimesmo contó cómo vido al rey Armato, y las razones que con él pasó, y cómo, á ruego de Esplandian, se detuvo, que fué causa de se combatir y tomar la fuerte villa de Alfarin. Finalmente, le dijo todo lo que pasó, con la prision y deliberacion de la infanta Heliaja, y cómo llegaron al tiempo que él se queria partir los caballeros de la gran Bretaña, los cuales nombró por sus nombres, que él muy bien conocia; y despues, volviéndose hácia la infanta Leonorina, le dijo: «Mi señora, aquel vuestro caballero tan hermoso vos manda besar vuestras manos, y vos envia decir por mí que desde aquella hora que Amadís, su padre, le mandó que en su lugar os sirviese, se tiene por vuestro, y que todas las cosas que él hiciere serán atribuidas á vuestro servicio; y que, pues él con sola su persona ganó la montaña Defendida, y despues prendió al rey Armato de Persia, del cual es su voluntad de disponer, y esto se

ganó en vuestro nombre, que lo mandeis tomar y hacer dello como de cosa vuestra, y así os entregará todo lo que Dios le diere á ganar en esta demanda en que puesto está. En lo que toca á la villa de Alfarin, dice á vos, señor Emperador, que se ganó con vuestra gente, y con él y con sus amigos, que son todos vuestros; que así la villa como todas las otras riquezas que en ella se hubieron son vuestras, para mandar hacer dellas lo que la vuestra merced fuere, y allí vos traigo tantas joyas y tan preciadas, que si acá no las tuviésedes en tan grande abundancia, de mucho precio vos parecerian, y así creo que vos parecerán, segun el gran valor dellas. Y lo que á lo de la villa toca, suplícoos, Señor, que pues el fuerte Frandalo ha salido tan leal y tan firme en esta santa ley de Jesucristo, que si á vuestro servicio fuere, le haga merced della, ó por suya ó en tenencia, como mas le pluguiere.»

Oido esto por el Emperador, dijo: «Buen sobrino, mucho me habeis alegrado de todo lo que me habeis dicho, y doy muchas gracias á Dios de lo que ha pasado; solamente me pesa de haberme traido las joyas que decis, porque, segun con el peligro que se ganaron, á esos caballeros les convenian mas que á mí; porque no me dió Dios tan grande alteza para tomar, sino para hacer mercedes, como se las haré; que si de otra manera fuese, reputado me seria á gran codicia desmesurada, de que los príncipes y grandes señores mucho y con gran cuidado se deben guardar y resistirlo fuertemente al comienzo, porque si dan lugar á sus muy codiciosos apetitos, como no tengan cabo, y siempre con mayor sed sean encendidos, cuanto mas los pensaren tener llenos, tanto y mucho mas los hallarán vacíos y muy querellosos, y ya cuando sobre ello tornar quieren, tantos inconvinientes delante se les ofrecen, que no solamente piensan de dejar lo tomado, mas con mucha dificultad sosiegan, pensando cómo habrán lo que queda, de que grandes peligros muchas veces les ocurren. Que esto sea verdad, las historias antiguas nos lo muestran muy claro, en que se halla ser muy grandes hombres destruidos, desterrados, arrastrados y aun despedazados por su mala codicia, aunque al comienzo, con el gran resplandor de sus riquezas, muy temidos y esforzados se muestren, en lo que yo, si la merced de Dios fuere, no caeré; antes desde agora mando que todas esas joyas se pongan en depósito, para que así ellas como otras muchas de las mias se les tornen á aquellos nobles caballeros. Y de la villa, como quiera que por mia la tomo, haga della Esplandian á su placer, que aquel será el mio; que no solamente aquella merced merece Frandalo, mas otras que yo le haré, como lo veréis cuando sea tiempo; y vos, mi hija, responded á lo que aquel vuestro caballero os ofrece.»

Leonorina, que en tanto que el Emperador esto dijo estaba muy alegre en hablar de aquel por quien tantas angustias su corazon pasaba, pensó que, pues las palabras blandas y graciosas que con la doncella Carmela le envió no tuvieron tanta fuerza que á su presencia lo hiciesen venir, que podria ser que tornándolas al contrario con aspereza y no buen contentamiento, acarrearian que su deseo efecto hubiese; y con corazon muy alegre, y su muy hermoso gesto con fingida saña, así respondió, diciendo: «Primo Gastíles, como quiera que vos y todos los otros tengais á Esplandian por tan bueno y tan cortés como lo habeis muchas veces dicho, y por mi caballero, y de mi parte me ofrezcais lo que decis, yo lo tengo al contrario; pues que no queriendo hacer lo que su padre le mandó ni lo que el Emperador, mi señor, respondió á su doncella, que fué que luego me viniese á ver, porque su presencia nos diese testimonio si era quito su padre de lo que prometió y no lo ha hecho, antes anda huyendo de mí; digo que no lo debo tener por mio, ni ninguna cosa de lo que darme quiere; y así, os ruego cuanto puedo que luego de vos lo sepa, y crea que hasta que aquí lo veamos no le agradeceré nada de cuanto por mí hiciere.» El Emperador, que así airada la vido, dijo: «¿Cómo, hija mia, así rehusais vos el servicio de tan alto hombre y en el mundo tan señalado?—Sí, Señor, dijo ella; que así lo debe hacer el señor al servidor que anda huyendo de su presencia, rehusando de hacer lo que le mandan, pasando ya cerca de tres años.» El Emperador la tomó por los carrillos, riendo de mucha gana, y besándola en la faz, dijo: «Bien parece, hija mia, que vuestro corazon mas es que de mujer, y no sin causa el Señor del mundo permitió que á vos quedase tan alto señorío como yo tengo.» Y volviéndose á Gastíles, le dijo: «Por vuestra fe, sobrino, que luego hagais saber á Esplandian lo que vuestra prima dice, y lo que yo tengo respondido.—Cierto, Señor, dijo él, no tardará por mí, antes luego en una fusta habrá mi mandado.»

Así como habeis oido, quedó aquel pleito por entonces, y Gastíles envió por la mar con sus mensajeros tal recaudo, por donde Esplandian supo todo lo que allí habia pasado, de que muy alterado fué. Lo que sobre ello hizo la historia os lo contará adelante, y torna á Esplandian.

CAPITULO LXXXI.

Cómo, despues de haber reposado
Aquesta esforzada bretaña cuadrilla,
Y aquellos que entraron por armas la villa
De sus crudas llagas haberse curado,
Cerrando la noche, y el tiempo llegado,
Salió Esplandian con Frandalo junto,
Y otros cuarenta armados á punto,
Siguiendo el consejo por Frandalo dado.

Esplandian y los caballeros que en la villa de Alfarin estaban fuéles forzado de reposar, los unos por la gran fatiga que en la mar sufrieron, segun el camino fué muy largo y de muchos dias, y ellos mas por la tierra firme habian acostumbrado de tomar el trabajo que por el agua, y los otros hasta ser sanos de las heridas que en el combate de la villa recibieron; pero á estos en tanto les sucedió que fueron curados por mano de aquel gran maestro Elisabat, que no parece sino que por la permision de Dios les fué dado, que cierto es, segun en las grandes afrentas en aquellas tierras se vieron de sus enemigos, no podian hallar persona alguna que otro remedio á sus males diese, sino en acrecentárselos hasta la muerte; y si este sábio y famoso hombre no tuvieran consigo, muchos dellos pasaran por la cruel muerte; mas viendo Dios su san-

ta y buena intencion, que era mas en querer su santo servicio que en codicia de los temporales bienes, no como algunos, que fingidamente lo hacen, que so color de lo santo y de lo bueno, desean y procuran de alcanzar lo contrario, queriendo cazar con Dios como con las aves y animalías, no solamente les diese este remedio tan grande, tal hombre como este maestro Elisabat, mas otros muchos que en esta historia vos serán contados. Pero pasando ya veinte dias, en que los unos del trabajo y los otros de los lechos fueron libres, tomaron acuerdo con aquel fuerte Frandalo de lo que podian hacer, porque aquel tiempo en vano no se pasase, y ellos satisfaciesen aquel deseo con que de sus tierras habian partido.

Frandalo les dijo: «Buenos señores, nosotros estamos en parte donde otro remedio no tenemos sino el de nuestros juicios y esfuerzo de nuestros corazones. El primero nos ha de venir y ha de ser alumbrado del Redentor y Señor nuestro. El segundo, como quiera que á él asimismo pertenece, pero tambien á nosotros, que sufriendo grandes miedos, comportando grandes heridas, no habiendo miedo de la muchedumbre de nuestros enemigos, firiéndolos, matándoles con fuertes brazos, hemos de alcanzar la gloria deste mundo y del otro, donde algunos de vosotros me hecistes heredero, dándome la parte, si por mi maldad no la pierdo, que perdida tenia. Así que, mis señores, pues esto que quereis es nuestro oficio, sigámosle tan enteramente y con tal diligencia, que nuestras honras no vengan en pobreza; y aparejad vuestros caballos y armas para esta noche hasta cuarenta caballeros, los que Esplandian señalare, y los otros queden á guardar la villa hasta que venga su tiempo, que yo os porné en tal parte donde seréis contentos, segun los peligros y afrentas son por vosotros deseados y buscados.»

Cuando aquellos caballeros oyeron lo que Frandalo les dijo, fueron muy contentos de su buen esfuerzo y discrecion, especialmente aquellos que allí llegaron, que dél no tenian otra noticia sino por oidas que Esplandian y los otros ya habian experimentado, á qué bastaba lo uno y lo otro que él podia y sabia hacer; y sin mas le replicar, con mucho placer de sus ánimos, cada uno aderezó aquello que le convenia para el negocio, considerando que aunque los cuerpos, que eran de tierra, la tierra los gozase, las ánimas serian subidas en aquella gloria para que habian sido criadas; y si en las aventuras de la Gran Bretaña, en que se habian criado y pasado mucho de su tiempo, grande esfuerzo tuvieron, teniéndolas ya por vanas y por locura conocida, mucho mas les crecia en estas en que esperaban ponerse; pues venida la hora convenible, habiendo cenado ellos y sus caballos, Frandalo hizo cabalgar á Esplandian, que siempre con él posaba, y el su sobrino Belleriz asimesmo, cabalgaron y salieron por aquella puerta que ya remediada era de otras nuevas puertas, que la via de la gran ciudad de Tesifante el camino guiaba; y tras ellos salieron los cuarenta caballeros que Norandel, por ruego de Esplandian, habia señalado; y luego las puertas fueron cerradas por los que quedaban rogando á Dios que los guardase, pues en su servicio iban.

CAPITULO LXXXII.

Cómo Frandalo, despues de haber avisado á todos de lo que habian de hacer, envió ciertos caballeros con Belleriz, su sobrino, á combatir á Jantinomela, partiéndose él y Esplandian para el valle del Rey á guardar los que de la gran Tesifante en socorro della saliesen.

Guiando Frandalo estos caballeros, llegaron á la halda de una montaña, donde hallaron dos caminos, y allí les dijo: «Buenos señores, yo sé que vosotros nacistes y que vos criastes bien todos, ó los mas, en la Gran Bretaña y en otras partes, donde aunque la diversidad de las tierras mucha fuese, pero la ley toda era una; de manera que, con fortuna favorable ó contraria, siempre hallábades reparo á vuestras necesidades; y asimesmo la costumbre de vuestras tierras es tal, que mucho mas en particular que en general las cosas y afrentas de las armas habeis pasado; que si no fuesen algunas batallas que de rey á rey han pasado, todo lo demás ha sido aventuras de vos encontrar unos con otros, como caballeros que por estilo teníades de caminar solos, creyendo que mucha mas gloria y esfuerzo aquello vos causaba que andar en compañía de otros; pero acá, buenos señores, no podeis este estilo seguir sin peligro de la muerte; que como nosotros seamos cristianos, y estas tierras con sus moradores sean paganos y enemigos de aquel Señor de quien nosotros servidores somos, cierto es que, así con su ayuda como con nuestro esfuerzo, hemos de poner remedio á nuestra salud, no teniendo esperanza que con la prision alcanzarla podrémos, sino que de fuerza nos conviene morir ó matar, pues que aunque en nosotros alguna piedad se halláse, en nuestros enemigos yo sé que no se hallaria. Júzgolo por mí, cuando en aquel tan grande yerro que ellos están yo estaba; y junto con esto, no podeis acá hallar las afrentas conformes á las de vuestras tierras, porque no es semejante el estilo; antes nos conviene acometer lugares grandes y pequeños, segun nuestras fuerzas bastaren para batallar con muchedumbre de caballeros, y asimesmo con otras muchas gentes de baja condicion, aquellas que por deshonra, allá donde habeis estado, teníades de poner vuestras espadas en ellos; así que, como la fortuna os ha echado en muy diversas y extrañas tierras, así diversas habeis de seguir las costumbres. Esto digo, mis buenos señores, porque si las cosas que deseais no vos fueren por mí á vuestro placer guiadas, que la culpa dello la atribuyais á lo que ya dicho tengo, mas que á no desear yo la satisfaccion de vuestras voluntades. Y porque me parece, señores, que la noche se nos va sin ningun fructo, comencemos de poner en obra aquello por que fué la causa por donde de la villa de Alfarin vos saqué.» Y tornándose á Belleriz, le dijo: «Buen sobrino, vos habeis sido criado en esta tierra, y así como la sabeis, por ende guiad á Norandel con la mitad desta compañía, tomando á la diestra mano por este camino, y acometed aquel lugar que á vista de Tesifante se muestra, que Jantinomela se llama, y mas sea vuestro acometimiento de gran ruido y alboroto que de otra crueldad, si no hallárades tan gran resistencia que vos la conviniese hacer; la cual yo no espero, segun la cualidad y flaqueza de aquella gente, que, como sabeis, no tienen otro estilo sino romper los campos

y trastornar los céspedes; y yo guiaré á Esplandian con estos otros caballeros por este camino, y me porné en el valle que del Rey se llama, que muy cercano á la ciudad es, lo mas secreto que yo pueda, y cuando por nos fueren oidas vuestras voces, enviaré uno de los mios á la puerta de la ciudad como que es de los contrarios, que demande socorro de parte de los suyos, diciendo cómo los caballeros que tomaron la villa de Alfarin los combaten y los matan; y creo yo que el infante Alforaj enviará luego algunos caballeros para lo remediar; y si así es, ternémos nosotros lugar de ejecutar en ellos nuestras sañas, matando y hiriendo en ellos como en enemigos mortales. Y si por ventura no saliere alguno, llevarémos toda esta gente que aquí estuviere con el despojo á nuestra fortaleza; y pensando en otra cosa que mucho á nuestro salvo hacer podemos, con esta debemos ser por el presente contentos.»

CAPITULO LXXXIII.

De la batalla fiera que trabaron
El buen Belleriz y sus compañeros,
Con otros doscientos y mas caballeros,
Que medio camino de turcos hallaron;
Y cómo esforzados, despues que llegaron
Frandalo y el hijo del rey de Bretaña,
Vencida por armas la turca campaña,
El gran Alguacil captivo llevaron.

Así como por este caballero fué acordado, se puso todo en obra; que Belleriz, tomando consigo á Norandel y á su compañía, siguió por la via que le fué mandado, y Frandalo, con Esplandian y los otros caballeros, tomaron el otro camino, con intencion de poner en obra los unos y los otros lo que concertaron; mas de otra manera les acaeció, como en las semejantes cosas muchas veces acaecer suele; que siendo ya apartados unos de otros alguna pieza de tiempo, pero no de los caminos, siendo la noche asaz clara, que tal la habian escogido, encontró Belleriz con unos peones que, viniéndose hácia la ciudad, pasaban por otro camino que el suyo atravesaba; y como los vido, luego salió solo á ellos, y hablándoles en su lenguaje, les dijo: «Amigos, ¿dónde vais? —Vamos, dijeron ellos, á la villa de Falandia.—Pues nosotros de allí somos, dijo Belleriz, y vamos á nuestro señor el Infante á le hacer saber cómo los canes cristianos que tomaron á Alfarin, há dos dias que son salidos á hacer mal por esta tierra, y que si nos da mas gente de la que aquí venimos, los tomarémos todos á nuestro salvo, segun en la parte que los dejamos.—Y ¿quién sois vos? dijeron ellos.—Yo soy, dijo él, Rosan, el sobrino del Gobernador.—Vos seais, dijeron ellos, bien venido, y pues que así es, queremos que seais alegre. Sabed que aquí tras nosotros viene el Alguacil mayor con doscientos de caballo, que por mandado del Infante va á esta villa de Falandia y á las otras todas, que las haga estar á recaudo, porque no acaezca lo que de Alfarin fué; y con él vos podeis juntar y hacer esto que decis, porque con los suyos y los que ahí venis, y los que él podrá sacar, se cumplirá vuestro deseo.—Plega á los dioses, dijo Belleriz, de vos dar aquella alegría que yo deseo, y al Alguacil asimismo la victoria.»

Entonces los dejó ir su camino, y tornando á Norandel, se lo contó todo. Cuando ellos esto oyeron, como quiera que los contrarios muchos les pareciesen, no perdieron aquel su grande esfuerzo que siempre habian tenido, y tomando sús yelmos y escudos y lanzas, se pusieron en lugar donde los enemigos no los pudiesen ver, hasta que dellos pudiesen ser acometidos. Frandolo, que, como ya se os dijo, iba por el otro camino con Esplandian y su compaña, anduvieron tanto hasta que se pusieron en el valle del Rey, aguardando cuando oirian la revuelta de los suyos. Pues así estando, llegó el Alguacil mayor, que era muy buen caballero, con los docientos caballeros que os dijimos, muy bien á punto, que como él fuese gran guerrero, y dello mucho se preciase, y despues del Rey y del Infante, él tenia la mas honra y mando en aquel señorío, procuraba siempre tener muy buena gente de guerra y bien armados, y cierto tales eran aquellos que él á la sazon llevaba; y como los cristianos los vieron cerca, salieron con gran denuedo y al mas andar de sus caballos, muy juntos y cubiertos de sus escudos, á los herir; y de los primeros encuentros derribaron dellos hasta diez, que los mas murieron luego, y pusieron al Alguacil y á todos los otros en gran sobresalto; pero luego fueron recogidos, y viendo cuán pocos eran, y que los habian pasado de la otra parte de los primeros encuentros, conociendo, por las armas y sobreseñales de los caballeros, que eran cristianos, dió el Alguacil grandes voces que los acometiesen y no quedase hombre á vida. Los turcos, dando muy grandes alaridos, los fueron á herir, yendo su caudillo delante, como esforzado caballero.

Mas Norandel, que delante los suyos estaba, y con él Gavarte del Val Temeroso y Enil, salió para él con la espada en la mano, y el Alguacil le encontró tan recio, que el escudo fué falsado y la loriga, y hirióle algo en el brazo; mas Norandel le dió al pasar de toda su fuerza por encima del yelmo tan fuerte golpe, que perdiendo las estriberas, no se pudo tener en el caballo, y cayó en el suelo sin sentido alguno; y así hicieron Gavarte y Enil á otros dos que con él venian y los derribaron; mas la muchedumbre de la gente fué tanta y tan grande, que así con los encuentros como con la fuerza de los caballos derribaron dellos cuatro, y los otros quedaron como desacordados. Mas como todos fuesen tan escogidos y tan esforzados, y vieron á sus compañeros en el suelo, tornaron sobre sí, y juntos se pusieron cabe ellos, hiriendo y matando tan crudamente en los turcos, que no osaban á ellos llegar; y los cuatro caballeros que á pié estaban, aunque fueron malparados de las caidas y de las topadas de los caballos, viéndose en el peligro de la muerte, quisieron vender muy caro sus vidas, y con las espadas no hacian sino dar en los caballos, cortando piernas y brazos, y dar con los señores en el suelo. Y como quiera que así estos como los otros que quedaron en los caballos hicieron maravillas, no era tanto su poder, que, si Dios no los socorriera, pudieran escapar de ser muertos; porque ya ellos y sus caballos andaban heridos, y los turcos eran muchos, y no les hacian muy gran mengua los que dellos faltaban, y con grandes voces y gritos los acometian tan bravamente, que los diez dellos eran fuera de las sillas, y los otros, aunque hasta la muerte peleasen por se defender, no tenian

resistencia en sus fuerzas, ni esfuerzo de corazones.

Pues en este tiempo que, como dijimos, Frandalo y sus compañeros estaban en el valle del Rey, oyeron luego las voces primeras que se dieron, y Frandalo, así como era acordado, envió un escudero suyo á los que la puerta de la ciudad velaban, y díjoles: «Amigos, yo vengo de Jantinomela, donde se dan aquellas voces, y sabed que la gente que tomó á Alfarin la combaten, y matan los que pueden, y son muy pocos; decidlo al Infante nuestro señor, que los mande socorrer, que aunque no vayan sino cincuenta caballeros con los otros hombres del lugar, no dejarán ninguno dellos á vida.» Las guardas, que las gritas y alaridos oian, maravillados qué cosa fuese, cuando le oyeron, dijéronle: «Amigo, no será menester que el Infante lo sepa, porque el su alguacil mayor, con docientos caballeros, partió agora de aquí, y casi lleva la via de ese lugar, y él estará ya envuelto con ellos; y vos, pues que á caballo estáis, seguid ese rastro por donde nuestra gente fué, y si no lo supiere, avisadle dello; que aquel es el socorro que mejor y mas presto se les puede hacer, pues que en el campo y armados se hallan.»

Cuando esto fué oido por el escudero de Frandalo puso las espuelas á su caballo cuanto mas pudo, temiendo lo que era, y llegando al valle del Rey, díjoles aquellas nuevas, y luego creyeron que con ellos era la lid. Temiendo de los haber perdido, salieron del valle á gran priesa, llevando la guia Frandalo, que muchas veces por aquella tierra habia andado; y anduvieron tanto y con tanta priesa, que cuando los turcos tenian ya á los caballeros para los matar, y ellos con grande esfuerzo se defendian, no teniendo remedio alguno; y si alguno tuvieron, fué que el Alguacil, tornando en su caballo, puesto por los suyos en él, viendo que en los cristianos no habia casi ninguna defensa, mandaba que se los tomasen todos vivos, para se los presentar al Infante su señor, y mas á la infanta Heliaja, con que pudiese pagar algo del servicio que le habian hecho, como ya oistes; y á esta sazon llegaron Esplandian y los otros suyos con tanta braveza y con tanta saña, que no solamente aquellos, que mas de ciento y cincuenta eran, mas aunque fuera todo el poder de los turcos, los pensaran á todos destruir y despedazar. Y en su llegada fueron muchos de los paganos por el suelo. Pero las maravillas que Esplandian, viendo sus compañeros tan maltratados, hacia, no se vos pueden en ninguna manera contar, porque siendo tan extrañas y tan fuera de razon, muy extraño y grave seria creerlas. ¿Qué vos diré? Como el Alguacil fuese esforzado y valiente en armas, y muchas veces se hubiese visto en semejantes lides, aunque no con tales caballeros, y le quedase mucha compaña, esforzaba á los suyos con la espada en la mano, y juntábalos cuanto podia, y daba en sus enemigos reciamente; mas como los otros llegasen de refresco y señalados, cada vez que querian los hacian dos partes, quedando en el suelo todos los mas que delante sí tomaban. Así que, en el cabo, viendo Esplandian cómo se mantenian contra ellos, y que aquel su caudillo que los esforzaba era la causa, fué para él, y dióle tal golpe, pensando darle en la cabeza, y el otro alzó el escudo, que se lo hendió por medio, y decendió la espada hasta la aguja del caballo, y cortóle hasta los pechos. Así que, muy poco faltó que no lo hizo dos partes, y el caballo cayó luego muerto, y tomó debajo á su señor.

Cuando los turcos vieron tal golpe, y á su caudillo muerto, que así lo pensaron, fueron muy desmayados, y en tanta flaqueza puestos, que los que á caballo se hallaron comenzaron á huir, que sabian la tierra, y los de pié demandaban merced. Cuando Esplandian así los vió vencidos y muertos, aunque la soberbia y la causa en aquel caso mucho lo enseñorease, considerando que en las semejantes afrentas muchas veces, así como la fortuna era favorable, otras mudándose, sucedia lo contrario, y que la merced que aquellos pedian podrian pedir algunos de los de su parte, mandó que, cesando las muertes, las vidas se les otorgasen á los que las tenian. Pero aquel Frandalo, que desde que supo tomar armas hasta entonces muchas afrentas, así en la mar como en la tierra, habia pasado, que, como la historia vos contó, eran diferentes de las que aquellos caballeros pasado habian, porque las dellos casi como desafiados de unos por otros se hacian, y las suyas á manera de guerra guerreada, á las veces entre pocos, y otras en gran número, quiso, como en esto mas astuto y sábio, poner el remedio que convenia para que aquel vencimiento que habia hecho no se turbase con algun contrario revés. Que viendo cómo el dia se acercaba, y que sabiendo el infante Alforaj lo que pasó por aquellos que de la lid huyeron, enviaria mucho socorro, y que siendo ellos tan pocos, y todos los mas heridos, pasarian peligro de muerte ó prision, por donde pareceria que su consejo habia sido mas de loco que de persona que de aquel ejercicio supiese, llamó luego al escudero, que con las velas de la ciudad habia hablado, y díjole: «Amigo, cumple que á mas andar de tu rocin, te vayas á la puerta de la ciudad donde antes te envié; y di á las guardas que el Alguacil mayor te envia á que hagan saber al Infante cómo él ha desbaratado á los cristianos y muerto muchos dellos, y otros que tiene presos, los cuales le llevará atados cuando ponga recaudo en los heridos que de su parte hubo, que no fueron pocos, porque halló gran resistencia en los contrarios, y que asimesmo digais al Infante que si algunos de los suyos allá han acudido á decir otras nuevas, que los mande castigar cruelmente porque le huyeron de la batalla. Y dicho esto, tomarás el camino de la villa de Alfarin, que allí nosotros acudirémos, si pluguiere á Dios.»

Oido esto por el escudero, puso las espuelas á su caballo, y cuando á la puerta llegó andaba por la ciudad grande alboroto y priesa en las gentes para socorrer al Alguacil mayor; que parece ser que los caballeros que de la batalla huyeron acudieron allí algunos y dijeron cómo el Alguacil y la gente eran muertos y heridos, y que ellos habian escapado á gran dicha; y con esta nueva mandó el infante Alforaj que luego fuesen socorridos; mas aquel escudero les dijo: «Amigos, yo soy el hombre que de ante os hablé, pidiendo socorro, y fuí, como me dijistes, tras el Alguacil mayor y su gente; sabed que ha desbaratado á los cristianos y muerto muchos dellos, y los otros tiene presos.» Y con esto, les dijo todo lo que

Frandalo le mandó, como ya oistes, y que lo hiciesen saber al Infante. Cuando las velas esto oyeron, corrieron con gran placer á los palacios y contáronlo al Infante, de que fué muy alegre, y mandó desarmar la gente, que no saliese ninguno de la ciudad, pues que su alguacil habia habido tan gran victoria; que bien creia que los muertos y presos serian de los mejores, pues que tal atrevimiento hicieron en osar venir tan cerca donde él estaba, y en ciudad de tanta gente.

CAPITULO LXXXIV.

De cómo, vencidos los docientos caballeros y preso el Alguacil mayor, Esplandian con todos los suyos, adestrándolos Frandalo, por camino seguro á la villa de Alfarin volvieron.

Desta manera que habeis oido, por el seso y sabiduría de aquel fuerte Frandalo, no solamente fué aquella gente vencida y destrozada, mas así Esplandian como todos los otros sus compañeros se salvaron; que cierto, si por esta cautela no fuera, segun ellos estaban muy léjos de la villa de Alfarin, y habian quedado maltratados de la batalla, y la mañana que ya les esclarecia, no pudieran escapar de ser perdidos por ninguna manera; que tanta gente salia contra ellos para los matar, que aunque fueran diez tantos, no pudieran excusarse de la muerte. Bien se podria aquí decir que en aquella compaña de caballeros habia muchos que en bondad de armas serian iguales de Frandalo, y otros que en gran parte le sobrasen. Pero ni los unos ni los otros no se le deben igualar en este caso, porque la osadía, por grande que sea, sin ser gobernada de la sábia discrecion y cuidado, en lo que tener lo deben muchas veces, es convertida en locura ó necedad, y tanto mas lo es, cuanto el afrenta mayor fuere. Así que, á mi parecer, seria este ejemplo para los reyes y grandes hombres que tienen mano y mando sobre muchas gentes, que debrian dar y encomendar los cargos á aquellos que de mayor suficiencia se hallasen para los regir y gobernar; y señaladamente sobre todo en aquello que á la guerra y afrentas toca; no mirando á deudos ni á privados, ni á grandeza de estado, ni á cargos de servicios, ni á los que han adquirido las riquezas, ni á otros con quien mucha aficion tengan; mas aquellos en quien sientan esfuerzo, diligencia, cuidado y sabiduría de las afrentas que por ellos hayan pasado, y por experiencias sepan casi adevinar en lo que aun por venir estuviese; porque si la contraria y movible fortuna les ocurriese se conozca por todos ser mas en culpa la su mudanza y fuerte condicion, que en haber ellos dejado de seguir aquello que la verdad y razon les obliga.

Pues tornando al propósito, digo que siendo por Esplandian mandado que los vivos no muriesen, y por Frandalo puesto el remedio que oistes, acordaron, llevando consigo aquel caballero alguacil mayor preso, de se tornar á Alfarin, no por el camino que allí vinieron, sino por otro que Frandalo les mostró, que aunque muy áspero de caminar lo hallaron, por mucho mas seguro lo tenian. Y así anduvieron hasta el mediodía por lo mas espeso de la montaña, y llegaron á una ribera de agua dulce, donde poniendo algunos de su compaña por atalayas para descubrir los que viniesen, reposaron y comieron de lo que sus escuderos les traian, y los caballos de la yerba verde. Y siendo algo remediado su trabajo y sus heridas con aquellas cosas con que muchas veces se curaban y les traian sus servientes, tornaron á su camino, y anduvieron tanto, que en poniéndose el sol entraron por la puerta de la villa.

Mas ahora deja la historia de hablar mas en esto, habiendo piedad destos dos amantes, por haceros saber en qué manera la fortuna los juntó, para que se viesen, y quedasen en muy mayor encendimiento que de antes.

CAPITULO LXXXV.

Como el autor la pluma tendiese
Por hechos heróicos y grandes señores,
Forzóle Cupido que á cosas de amores,
Dejadas las armas, la mano volviese;
Y en el largo estilo penando, dijese
De cómo fortuna quiso juntar
Estos amantes, sin mas dilatar,
Antes que el uno por el otro muriese.

Gran razon es que la historia, dejando por alguna pieza de tiempo en silencio y olvido las cosas de las armas, y todo lo que aquellos caballeros arriba nombrados querian emprender contra aquellos infieles, enemigos de la santa fe de Jesucristo, recuente el remedio que la fortuna quiso poner á estos dos amantes, Esplandian y la hermosa Leonorina, hija de aquel grande emperador, habiendo piedad de sus cuitas, de sus mortales deseos, de aquellas infinitas lágrimas que sus tribulados, captivos y sojuzgados corazones contino derramaban, así porque, dejándolos mas padecer, su crueldad sin medida parecia, como porque, en las mismas lágrimas convertidos, deste mundo sin algun descanso ó refrigerio no pasasen. Pero, como quiera que con esta piedad á sus grandes deseos algo satisficiesen, quísoles poner tal impedimento, que no solamente sus muy ardientes corazones en algo no se resfriaron, mas con muy mayor fuerza de fuego sus muy encendidas y grandes llamas fueron augmentadas, como ahora oiréis.

CAPITULO LXXXVI.

De la alteracion que Esplandian sintió, sabida por los mensajeros de Gastíles la sañosa respuesta de la infanta Leonorina, y del remedio que la doncella Carmela le da.

Contado se os ha cómo Gastíles, sobrino del emperador de Constantinopla, envió sus mensajeros á Esplandian, haciéndole saber la graciosa respuesta de su tio, y la sañosa de su prima la infanta Leonorina; los cuales llegaron á la villa de Alfarin al tiempo que aquellos caballeros allí fueron con el vencimiento de sus enemigos, y con el gran señor y caudillo Alguacil mayor, que preso tenian. Pues siendo ya en sus posadas reposados, y curados por la mano del maestro Elisabat, entraron los mensajeros en la posada de Esplandian, y donde él habia posado con el rey de Dacia y su doncella Carmela, allí le dieron las cartas que traian. La doncella, que la embajada vió, sabiendo de la parte donde venia, temiendo la mudanza que á Esplandian le podria ocurrir, así de gozo como de lo contrario, dijo antes que Esplandian respondiese: «Amigos, id á holgar á vuestras posadas; que yo os llevaré la respuesta.» Pues idos los mensajeros, Esplandian leyó las cartas;

mas cuando por ellas vió la respuesta de su señora, perdió súbitamente la color, creyendo que toda su esperanza, que su doncella le habia puesto, era en vano, y no pudiendo sostener los brazos, se le cayeron hasta ser puestas las manos en sus rodillas. La doncella, que los ojos dél no partia, y vido aquella mudanza y alteracion tan grande que Esplandián tan súbitamente en sí habia mostrado, llegóse luego á él, diciendo: «Mi señor, ¿qué es eso? Qué nueva os ha turbado? cierto creo yo que ninguna pudo tanta fuerza tener, que vuestro bravo y fuerte corazon en flaqueza pusiese, sino es de aquella contra la cual ninguna fuerza ni valentía puede resistir. Decídmelo, Señor; que quien en la primera y dulce esperanza vos puso, aquella dará el remedio para la sostener y hacer verdadera.» Esplandian le dijo: «Mi doncella y mi amiga, leed estas cartas, y ellas os mostrarán la causa de mi desventura.»

La doncella tomó las cartas, y cuando vido la respuesta sañosa de la Infanta, comenzóse á reir, y dijo: «La diferencia que es entre el amor de vosotros y nosotras es muy grande; que los hombres por la mayor parte, aquello que en sus corazones sienten y tienen sin otra encubierta, sin otra maña y cautela, en el gesto y en sus hablas lo demuestran, y aun muchas veces mucho mas. Lo que nosotras no hacemos; que aunque la voluntad, siguiendo las fatigas que el corazon siente y pasa, alguna cosa querria el semblante lo que la palabra muestra denegarlo; y esto no lo digo que por engaño se haga, mas por aquella gran diversidad que las costumbres del mundo pusieron entre las honras de los unos y de los otros; que aquella gloria que los hombres alcanzaban en poner sus pensamientos en amar las personas de mas alto estado, siendo á todos manifiesto, aquella se torna en deshonra y escuridad de las mujeres, si dellas fuese publicado; y por esta causa, con causa muy justa nos conviene negar lo que deseamos. Aunque por mí no se debria tomar, ni esta razon caber podria; que si alguna alegría mi corazon siente, no es sino querer que fuese publicado por todo el mundo aquel amor irreparable que yo, mi señor, os tengo. Pero el justo remedio que por mí y en mi favor hace, es la mi bajeza y la grandeza vuestra, lo que no cabe cuando las personas se pueden juzgar en igual grado; así que, esto que vuestra señora responde, esto es lo que vuestro corazon con muy ardiente aficion desea, que es verse junto con aquel que de aquella herida, de aquellos muy mortales y grandes deseos es, como él, herido y atormentado. Por esto, mi buen señor, conviene que, dejando todo lo restante, os dispongais á la ver; que si por oidas os tiene aquel sobrado amor que ya os dije, mucho mas lo será crecido con vuestra presencia, con la cual aun vuestros enemigos en la ver deleite sienten; pues ¿cuánto mas lo harán aquellos que con grande amor y aficion la miraren?»

CAPITULO LXXXVII.

Cómo Garinto habló
Al caballero esforzado,
Y cómo le consoló
Cuando tan triste le vió
Y de sí mesmo olvidado;
Y cómo de larga ausencia
Olvidanza siempre resta,
Y al contrario de presencia,
Segun muestra la licencia
De la reina Clitenestra.

Acabada la doncella su razon, el rey de Dacia dijo: «Mi buen señor, bien os dice la doncella: vos venistes por mandado de vuestro padre á servir esta infanta, y no por voluntad tan solamente, mas por deuda que le debia, por las grandes honras y mercedes que ella le hizo; y así se lo hecistes saber. Enviós á mandar que la viésedes, todas cosas dejando, porque queria ver si aquello que vuestro padre era obligado, vuestra persona lo podia satisfacer; no lo habeis hecho, excusándoos con desculpas, mas para caballeros que conformes á la voluntad de doncellas; y teneis por extraño esto que ha respondido. Bien parece ser fuera de vuestra memoria cuán livianamente los encendidos y verdaderos amores de las mujeres con la ausencia son olvidados y trocados. Pues ¿qué será de aquellos que aun ningun cimiento tienen sobre que firmeza ni seguridad deban tener, como son estos vuestros? Acuérdeseos de aquella muy hermosa Brazaida, cuántas lágrimas, cuántos dolores y cuántas angustias mostró al su muy amado y muy esforzado caballero el troyano Troylo la noche antes que de fuerza le convino ser dél apartada; y cómo el mismo dia siguiente, en tan poco espacio de tiempo y de camino, que no pasaron tres horas antes que al real de los griegos llegase, fué enamorada de aquel Diomédes, rey de Tracia; y en señal de parecer que la su libertad le era sujeta, le dió ella una alba de las sus hermosas manos; y de aquella reina Clitenestra, que no solamente la ausencia de su marido fué causa de su gran maleficio que le hizo, mas aun lo fué de le quitar la cabeza con aquella descabezonada vestidura. Digo aquella cabeza que en tanta discrecion sostuvo, que bastó para mandar diez años los mas y los mayores reyes y príncipes del mundo. Otras muchas os podria traer por ejemplo, que por no poner en duda la bondad y lealtad de aquellas que la alcanzaron y la perdieron, antes por ella murieron, se dejarán de recontar; solamente, mi buen señor, os diré que la presencia de los que mucho se aman, especialmente de la vuestra tan señalada en el mundo, la gloriosa habla, los amorosos autos, aun siendo fingidos, escalientan los amores tibios y resfriados. Pues mirad qué fuerza pueden tener aquellos que de muy ardiente deseo son inflamados y encendidos.—Oh rey de Dacia, dijo Esplandian, todo lo que me dices conozco yo ser verdadero; mas ¿qué haré? Que la alteza y gran hermosura desta infanta tengo yo en mi pensamiento en tan alto grado, que aunque por mi sola persona todo el mundo sojuzgado hubiese, no me ternia por digno de ante ella parecer.—Pues que así es, dijo el Rey, olvidadla, y tomad otra de muy grande estado, que de rodillas os pedirán y servirán.—Eso no puede ser, dijo Esplan-

dian, así porque imposible seria, como porque yo, perdiendo su memoria, seria olvidado y puestas mis cosas debajo de tierra.—Pues haced, dijo el Rey, lo que os aconsejamos.—Yo lo haré, dijo Esplandian, y no por mi juicio, que no lo alcanzo, mas por el de vosotros, como lo ordenáredes.» El Rey le dijo: «Yo ternia por bueno que hablando con estos caballeros, y dejándolos encomendados á vuestro tio Norandel y á Frandalo, para que procuren de hacer mal y daño á estos infieles, como comenzado está, os vais, en esta fusta que ellos trujeron, á la montaña Defendida, y lleveis á Gandalin y á Enil, que son criados de vuestro padre y de quien sin recelo os podeis fiar, y á mí y á esta vuestra doncella; y allí llegados, tomarémos el acuerdo que conviene; y á estos mensajeros de Gastíles dadles una carta en que le agradeceis mucho la memoria que de lo que le encomendastes tuvo, y que él besé las manos por vos y por nos al Emperador, y en lo de la infanta Leonorina, que vos enviaréis allá un mensajero que sepa de su merced lo que manda y mas su servicio es, y que aquello poneis luego en obra.—Pues que esto teneis por bien, dijo Esplandian, así se haga, y Dios por su misericordia lo enderece; que creed, mi señor, que si remedio para su saña no se hallare, que para excusarme la muerte no os pongais en cuidado de lo buscar.»

CAPITULO LXXXVIII.

Cómo la gran tormenta de la mar hizo á Esplandian aportar, despues de diez dias, al pié de la peña de la Doncella Encantadora; el cual de la villa de Alfarin para la montaña Defendida habia partido.

En este acuerdo que habeis oido quedó aquella habla, y Esplandian, hablando con aquellos caballeros y despachando los mensajeros de Gastíles, como lo habian acordado, tomando los marineros que le guiasen, se metió con aquella compaña en la mar, y con mucho deseo de los que quedaban y de los que iban, causándolo el verdadero amor que el Señor muy poderoso en ellos habia puesto, partieron de aquel puerto de Alfarin, con voluntad de llegar á la montaña Defendida; pero de otra manera y forma les avino. Que la fortuna, queriendo guiar á este caballero, así como lo suele hacer con aquellos que ensalzar y alegrar quiere, descubriendo aquellas cosas que nunca fueron pensadas, dando lugar y causas á que pensadas por las personas sean; habiendo ya navegado por la mar todo aquel dia y gran pieza de la noche, súbitamente el próspero y seguro tiempo fué revuelto y trabucado con un viento sin medida, de forma que los mareantes, perdida su sabiduría y esperanza de la cobrar, dejaron lugar á la ventura que la nave guiase donde mas le pluguiese. Esta tormenta fué en tanto grado crecida, que muchas veces fueron en punto de ser anegados, teniendo por imposible que con tal afrenta las vidas les quedasen. Allí eran prometidas las devotas romerías, allí eran los hinojos hincados, allí las manos hácia el cielo, demandando misericordia. Mas ni por todo esto, siempre los vientos y la tormenta en gran cantidad mas augmentados no dejaban de ser.

Aquel esforzado Esplandian, que engendrado fué á la sazon que de aquella peña Pobre su famoso padre, con tanta cuita, con tanto dolor y amargura de su ánimo, por mandado de su muy amada señora Oriana, salió, y con tanta gloria y buena ventura, antes que la viese, vencido en batalla á aquel esforzado don Cuadragante; venció los diez caballeros de la infanta Leonoreta, hija del gran rey Lisuarte; venció aquellos espantables y en todo el mundo dudados jayanes, Famongomadan, y Basagante, su hijo; y asimesmo su nacimiento y crianza habia sido tan extraña, y sobre todas las grandes adevinanzas en su gran loor dadas por la gran sabidora Urganda y por la doncella Encantadora; no solamente iba él con aquella cruel fuerza de los vientos y peligrosa tormenta consolado, mas aun consolaba á la doncella y al rey de Dacia, y á los otros caballeros y hombres de servicio, diciéndoles: «Mis amigos, si esta tan grande afrenta en que sois, á vosotros solos viniese, cierto, con mucha razon, mas por muertos que vivos os debríades tener. Mas siendo yo presente, que para semejantes cosas fuí nacido, y para muy mayores miedos fuí armado caballero, no temais; que no solamente aquel muy alto Señor porná remedio á esto en que somos, mas aun permitirá que en doblada alegría se nos torne; que sin estos semejantes espantos, y otros mas crecidos, no puedo yo llegar á la alteza de gloria y prez de armas, segun que las cosas dichas de mí se esperan. Y puesto caso que en este medio tiempo la vida me sea quitada, quito seré yo de culpa, y aun aquellos que de mí hablaron, pues que el poder del muy alto Señor es sobre todo.»

Pues así hablando Esplandian con ellos, y ellos encomendándose á Dios, la fusta navegando sin gobernalle alguno, no sabiendo la parte en que estaban, ni el viaje que llevaban, en cabo de diez dias, que sin que persona encontrasen que por la brava mar anduviese, ni ver tierra á ninguna parte, se hallaron, casi á la media noche, al pié de la peña de la Doncella Encantadora, la cual luego por Esplandian y Gandalin y Sargil fué conocida. Pues allí la nave llegada, saltaron en tierra los caballeros, y por las cadenas la prendieron, porque la fuerza del agua no se la llevase.

CAPITULO LXXXIX.

Cómo Esplandian y sus compañeros subieron á la peña de la Doncella Encantadora, y de las cosas que hasta llegar á sus grandes palacios les acaecieron.

Mucho fué consolado Esplandian y aquellos caballeros en ser así guaridos de tal peligro; pero muy mas fueron espantados de una cosa extraña que oyeron, y esto fué, que encima de la alta peña sonaban los mayores y fuertes bramidos y mas espantables que jamás de ninguna cosa hubieron oido, tanto, que toda la peña parecia que hacia estremecer. Oido esto por Esplandian, teniendo en la memoria aquella profecía que en el rétulo del leon era escripta; creyendo que, pues la fortuna allí le habia guiado, que entonces era permitido que se cumpliese, dijo con grande alegría de su ánimo en una voz alta: «¡Ay santa María, valéme! que llegado es el tiempo que yo tanto he deseado, y si pluguiere á Dios, ahora comenzarán mis lágrimas, mis mortales deseos de haber algun reposo.» Cuando el rey

de Dacia y la doncella y aquellos caballeros esto le oyeron, mucho fueron maravillados; que no sabian la causa, pero él sí, que leyó las letras que declaraban ser por él acabada del todo aquella aventura de la cámara del gran tesoro, al tiempo que aquellos bramidos por el leon fuesen dados, en que se le prometia gran remedio á sus amores, así como ya la historia os contó.

Pues allí estuvieron con gran placer, cenando de la provision que traian, y durmiendo en la ropa que de la fusta sacaron aquello poco que de la noche les quedaba por pasar. La mañana venida, Esplandian contó al Rey lo que en aquella peña le aconteció, y cómo en ella habia ganado su hermosa y rica espada. Y Gandalin asimesmo les contó cómo, buscando él al caballero que la doncella forzada traia, habia subido en la peña, y cómo en ella halló á Amadís y á Grasandor, y la gran risa que tuvieron cuando él les dijo que él queria probar la espada que Amadís no se habia atrevido á probar, y las palabras que sobre ello Grasandor dijo. Mucho tornaron á reir dello, y de cómo habian hallado en los baños antiguos el caballero y la doncella, y cómo despues, teniéndole ella aborrecido, tuvo por bien de se casar con él, tornando aquel desamor en muy sobrado amor. Cuando la doncella Carmela esto oyó, dijo: «Segun eso, ninguno debe desesperar de la merced de Dios y de lo que desea, y yo así lo hago.» Esplandian la abrazó riendo, y dijo: «Mi doncella y mi muy grande amiga, muy mucho mas verdadero y mas cierto es el amor que os tengo, que aquel ni otros semejantes dél. Mi señor, dijo ella, sufrid vos mis locuras, pues que mi corazon por vos sufre mil áfrentas, mil tormentos y pasiones, perdonando á quien mas hacer no puede; y hincados los hinojos, le quiso besar las manos, mas él las tiró á sí, diciendo: «Mi amiga, cuando las manos yo os diere, será en tal sazon, que otros que mucho valgan se ternán por contentos de besar las vuestras;» y levantóla.

En esto que habeis oido estuvieron hablando un gran rato con mucho placer, por haber escapado del peligro de la mar, como ya oistes; pero mas que todos lo era Esplandian, por lo que ya os dije. Y pasada alguna parte del dia, que hubieron holgado y comido, Esplandian dijo al rey de Dacia que á él le convenia subir á la peña, y que llevaria consigo á Gandalin y á Enil, y si á él se le hacia trabajo, que le esperase allí con la doncella hasta que volviese; á estos dos caballeros queria él llevar, no porque afrenta ninguna temiese, mas creyendo que para levantar la tumba solamente los habria menester. El Rey le dijo: «Mi Señor, si en tal tiempo yo quedase, bien se podria decir que quedaban dos doncellas sin ningun caballero; con vos quiero subir y ver esto que por mí nunca fué visto.— Así lo haré yo, dijo la doncella; que en ninguna manera quedaré. — Pues ahora, vamos con la bendicion de Dios,» dijo Esplandian.

Entonces tomaron Sargil y Argento, escudero del Rey, provision cuanto llevar pudieron, y la doncella el yelmo de Esplandian, y el Rey y los otros caballeros sus armas, y comenzaron á subir por la peña arriba, y anduvieron tanto, que con gran trabajo, al sol puesto, llegaron á la ermita donde el gran ídolo estaba; en la cual cenaron y durmieron, y al alba del dia continuaron su camino, y tanto anduvieron, que á las tres partes del dia pasadas fueron en la cumbre de aquella muy alta peña, y porque ya era tan tarde, acordaron de reposar cabe las fuentes y estanques aquella noche. Mas esto no fué con gran reposo; que las serpientes que allí acostumbraban beber salian de sus cuevas, y como los sentian, andaban saltando y dando silbos al rededor dellos, y ellos salian á ellas por las herir, mas no los atendian, antes las unas se tornaban á esconder, y las otras se iban huyendo por el campo. Así pasaron toda la noche, que nunca tuvieron lugar de dormir; y la causa por qué estas serpientes tan bravas y tan emponzoñadas no osaban llegar á aquellos caballeros, fué por aquella espada encantada que Esplandian tenia, que demás de les dar luz toda la noche con la claridad de sus preciadas piedras, era hecha por tal arte, que ningun encantamiento ni cosa emponzoñada tenia fuerza de empecer á ninguno que cabe ella estuviese; que de otra manera, no pudieran por ninguna manera escapar de ser todos muertos. A esta sazon, los bramidos del leon eran tan grandes, que muy grande espanto les pusiera si Esplandian no les hubiera contado la causa por qué se hacian, así como ya él lo habia visto.

CAPITULO XC.

Cómo Esplandian, abriendo la cámara del tesoro encantado, él y sus compañeros entraron dentro, y abierta la tumba de cristal, y quitado el leon de encima della, de las maravillosas y ricas cosas que dentro halló.

Pues siendo ya el dia claro, fuéronse á aquellos grandes palacios de la doncella Encantadora, y entraron por la sala hasta llegar á las puertas de la cámara encantada, y poniendo en ellas Esplandian su diestra mano, luego fueron abiertas y cesados los bramidos, y luego él y todos los otros entraron dentro, y dijo á Gandalin y á Enil que quitasen el leon de encima de la tumba; mas, por mucho que en ello trabajaron, ni el rey de Dacia ni la doncella, que les ayudaron, no lo pudieron mover. Cuando esto vido Esplandian, llegó él y probólo á quitar con sus manos, y luego fué movido, y tan ligero de quitar, como la cosa mas liviana que ser pudiera. Y desta manera le aconteció en la tumba; que él solo alzó la primera cubierta de cristal, y quedó la segunda, que de color de cielo era, la cual se cerraba con una cerradura toda de esmeralda, y en sí tenia una llave de piedra de diamante, y los gonces eran de otras piedras rubíes muy preciadas; y cuando la hubo abierto, vido dentro un ídolo de oro, todo sembrado de piedras preciosas muy grandes, sin medida, y de aljófar muy grueso, y tenia una corona de oro en la cabeza, tan bien obrada, que por maravilla fué tenida á quien despues la vió, y unas letras en ella todas de muy ardientes rubíes, que así decian: «Júpiter, el mayor de los dioses;» y una tabla colgada á su cabeza, con otras letras muy hermosas y bien tajadas, de diamantes, que decian así: «En el venidero tiempo que el mi gran saber será perdido, y el siervo de la sierva aquí sepultado, y á la vida restituido por quien la muerte padece, las grecianas ovejas, que de otra mas extraña yerba fueron gobernadas, serán constreñidas y en gran

tribulacion por los hambrientos lobos marinos, que dellos gran parte del ancho mar será cubierta, encerradas serán en la su gran selva, y muchas muertas y despedazadas; así que, su pastor, perdida toda esperanza, con grande angustia llorará su desastrado fin; mas á aquella sazon, el hijo del leon bravo acudirá, y haciendo muy cruel destruicion, quitará el poder y mando al gran pastor, y gozarán de las telas de su corazon sus fieros dientes y agudas uñas, y sus ovejas quedarán por gobierno dél y de las bravas compañas suyas. Entonces la engañosa y gran Serpiente, el cuchillo encantado y esta muy alta roca, en la honda mar para siempre serán hundidas.»

CAPITULO XCI.

Cómo Carmela, bajando el leon,
Los otros la tumba y el bulto de oro,
Decienden aquel tan rico tesoro
Do estaba la fusta esperando patron;
Y cómo á Garinto sin mas dilacion
Envió el caballero y buen amador
Saber de la hija del Emperador,
Si tiene dél queja con justa razon.

Esplandian, en tanto que el rey de Dacia y la doncella Carmela y los caballeros miraban aquellas grandes riquezas de aquel gran ídolo de Júpiter, y cómo era ordenado y guarnecido dellas, muy espantados estaban, considerando que si todo el tesoro del mundo en uno junto fuese, no podria igualar al valor de aquel. Leyó las letras griegas, que el lenguaje griego muy bien sabia, y por entonces no entendió á qué podria responder la sentencia dellas, y vuelto al Rey, le dijo: «Mi buen señor, ¿qué os parece desto que aquí hallamos?—Cierto, dijo él, paréceme que en todo el mundo no se podrian hallar cosas tan preciadas ni que tanto valgan.—¿Habeis leido estas letras? dijo Esplandian. —No, dijo el rey de Dacia; que aunque las he mirado, no sabria el lenguaje dellas, que para mí es muy extraño.—Pues despues que esto pongamos, dijo Esplandian, en recaudo, yo os las declararé, y creo que no terneis en poco la sentencia suya, si la pudiéremos alcanzar, aunque por ahora á mí se me hace muy escura.—Pues ¿qué harémos? dijo el Rey.—Que todo esto que aquí hallamos, dijo Esplandian, lo bajemos á la nave, y lo llevemos con nosotros, pues que Dios y la fortuna nos lo otorgó, en cabo de tan grandes tiempos pasados, que á otro ninguno darlo quiso.—Así se haga, dijo el Rey; que gran simpleza seria dejar esto que se os ofrece con tan poco trabajo; pues que los mayores hombres del mundo, por lo cobrar, pornian á sí y á sus gentes en el hilo de la muerte.»

Entonces Esplandian dijo: «Mi doncella, tomad en vuestros brazos este leon, que pues él á mi persona fué subjeto, tambien lo será á lo que mandare; y Gandalin y Enil llevarán la tumba de cristal, y el Rey y yo y nuestros escuderos trabajarémos con la tumba del ídolo.» La doncella fué á tomar el leon, como le mandaron, y como quiera que no tuviese esperanza de lo poder alzar del suelo, muy ligero se le hizo; y así fué de todo lo otro, que con muy poca premia lo levantaron de tierra y lo llevaron fuera de los palacios, hasta lo poner en la cumbre donde de la roca comenzaba á decender. Pero allí mucho mas livianamente lo sintieron pasar la cuesta abajo, y anduvieron con ello hasta lo poner en la ermita, donde con mucho placer reposaron y cenaron de lo que llevaban, y durmieron aquella noche. La mañana venida, comenzaron á decender como antes, y llegaron al pié de la peña antes que anocheciese, y poniendo la tumba como en la cámara estaba, dentro en la nave, y el leon encima della, Esplandian mandó á los marineros que, pues el tiempo mucho mas sosegado habian, que partiesen de allí la via de la montaña Defendida, y ellos así lo hicieron; y habiendo ya navegado dos dias, dijo el rey de Dacia á Esplandian: «Mi buen señor, yo he pensado que será bien que desde aquí en esta barca que en la fusta traemos, me fuese con un marinero á Constantinopla, y terné manera cómo pueda hablar con vuestra señora, y trabajaré cuanto pudiere en saber qué cosa es aquella saña suya, y tambien cómo ó en qué manera manda que la veais, y si yo puedo, verla heis en secreto antes que al Emperador su padre; y si esto no se pudiere acabar, tomaréis el mejor acuerdo.» Esplandian dijo: «Mi buen señor, yo tengo por buen consejo lo que me decis, y pues que á vuestra discrecion y desta doncella es mi voluntad remitida, haced lo que os pareciere, que aquello se porná en obra. Y cierto, si eso que me decis, que pudiese ver aquella infanta en secreto, aunque fuese en auto de toda honestidad, con ello seria yo muy satisfecho, mas que en mostrarme ante su padre y toda su corte; y pues que yo soy suyo, della sola querria recebir el mandamiento de su servicio. Y en tanto que vos is allá, quiero atenderos en esta nave, en aquella parte de la mar que os hallé en la flota de Frandalo, porque mas presto pueda saber lo que hiciéredes y lo que aquella mi señora manda.—Por bien lo tengo,» dijo el Rey.

CAPITULO XCII.

Cómo Garinto, rey de Dacia, partió para Constantinopla, y anduvo por la mar perdido cuarenta dias, y las muchas y grandes afrentas en que se vió.

Entonces, echando en el agua la barca con alguna provision, y entrando en ella el rey de Dacia y dos marineros para guiar, y Argento, su escudero, que las armas le llevaba, partiéronse de Esplandian, y llevaron la via de Constantinopla. Mas la fortuna, que muchas veces vuelve al revés los pensamientos de los hombres, especialmente aquellos que por mas firmes y ciertos tienen, por mostrar en ello su gran poder, y que no puedan los hombres atribuir las cosas que pasan solamente á su discrecion, puso á este rey tal estorbo, que no sabiendo los marineros en qué manera, desvió la barca de noche de la via que llevaban; de manera que, cuando el alba pareció, no supieron atinar dónde estaban ni menos adónde habian de ir; así que, les convino seguir mas á la ventura que á su sabiduría, creyendo que aportarian á algun lugar de puerto donde tomasen aviso.

Este rey de Dacia anduvo perdido por la mar mas de cuarenta dias, en que puso muchas afrentas y desventuras, que al hilo de la cruel muerte le llegaron. Y si la historia os las hubiese de contar, seria salir del pro-

pósito comenzado. Especialmente cómo aportó, no teniendo ya vianda ninguna, á la isla del gigante llamado Grasion, y allí salido en tierra, bebiendo del agua de una fuente que se llamaba de la Olvidanza, y Argento, su escudero, cayeron cabe ella, perdidos los sentidos; y de allí fueron llevados al jayan, que los tuvo en una cruel prision; y una doncella, viéndole tan mozo y hermoso, se enamoró dél, y lo sacó por una muy extraña forma, y le hizo cobrar sus armas y su barca y marineros; y así se fué con él, y despues aportó á otra isla á la parte de Hungría, y halló que querian quemar una doncella, y no habia caballero que tomase por ella la lid, y se combatió con otro caballero y lo venció, y tambien esta doncella se fué con él; y cómo despues la ventura le puso al pié de una torre en que la mar batia, en la cual estaba una dueña presa, y cómo se le encomendó, y él la sacó de allí, venciendo al señor de la torre. Y otras muchas aventuras que por él pasaron, que muy largas y prolijas serian de contar, y el que saber las quisiere, lea la gran corónica que á tiempo fué que el maestro Elisabat hizo deste Esplandian, siendo ya emperador, y allí hallará todo esto que digo, y otras muchas y grandes caballerías que los otros caballeros que en la villa de Alfarin quedaron hicieron, y de otros que vinieron de la Gran Bretaña y de la parte de Roma á esta guerra que comenzada estaba contra los infieles; que aquí en estas *Sergas* llamadas no se os dirá mas sino cómo estos dos amantes se vieron, y cómo la sabidora Urganda la Desconocida vino á la corte de aquel emperador en compañía de Esplandian, y de las extrañas cosas que en ella acaecieron, y asimesmo la gran batalla que pasó sobre Constantinopla por la mar y por la tierra, y la muchedumbre de los reyes bárbaros, de naciones blancas y negras, que en ella fueron, y de otros muchos príncipes y grandes hombres de los cristianos que acudieron á Esplandian, y la gran mortandad de los unos y de los otros; la cual batalla fenecida, fenecieron estas dichas *Sergas*, que tanto quiere decir como las proezas de Esplandian. Así que, la historia vos irá agora recontando cómo, viendo Esplandian que el rey de Dacia tardaba, envió á saber dél, y no se hallando recaudo alguno, tomó el acuerdo que oiréis.

CAPITULO XCIII.

Cómo despues que fortuna negó
Al triste Garinto llegar do queria,
El gran caballero, que pena sentia,
Con sola Carmela consejo tomó;
La cual no pensando, industria le dió
Y arte de cómo pudiese hablar
A aquella que tanto le hace penar,
Y su libertad con el seso robó.

Esplandian, despues que el rey de Dacia dél se partió, mandó guiar su nave á aquel sitio de la mar donde por señal puso de le atender, y llegado allí, estuvo aguardando, estando sobre las áncoras, diez dias. Y viendo que no venia él ni su mandado, acordó de enviar en un batel un hombre que dél supiese si á Constantinopla habia aportado, y le trajese recaudo dello; pero este mensajero, siendo ido y venido, no pudo saber ninguna cosa del Rey, así como era verdad que allá no habia ido, de que Esplandian muy maravillado fué. Pero luego pensó que, así como las cosas de los otros caballeros, siendo fuera de la razon guiadas, se ternian por vanas é inciertas, que así las suyas para ser ciertas habian de ser obradas al contrario, y con pensamiento que la movible fortuna no ternia poder de le estorbar, lo cual esperaba del Señor muy poderoso en quien muy firmemente creia y tenia por remedio; sin por ello haber alguna alteracion, llamando á su doncella aparte, le dijo: «Mi verdadera amiga, ya sabeis á lo que Garinto, rey de Dacia, de nos se partió, y entiendo que mas por las ondas de la mar, que desviar le hicieron, que por su voluntad, no ha venido en efecto su buen propósito; y pues que mas hacer no se puede, tomemos el remedio que posible nos fuere. Aconsejadme, mi buena amiga; porque los que desta pasion son heridos y atormentados, aunque en todas las otras cosas el juicio entero tengan, en esta ninguno les queda, como por muchos grandes hombres se podria probar, que muy famosas cosas acabaron, y en esta que digo fallecieron.»

La doncella dijo: «Señor, aunque en todo el mundo se buscase persona que esto que me decis quisiese por verdad juzgar, no se hallaria que á mí igualase; porque aquella pasion y angustia sin medida que yo padezco, ninguno así como yo la pudo, no solamente pasar, mas ni aun pensar; pero el remedio es para mí tan grande en ser en vuestra presencia, que si della quitada y apartada fuese, luego mi vida de mí quitada seria; y si yo pensase, para en esto que á mí toca poner algun remedio, oprimir el mi corazon, no seria en ello mas parte que una cosa muerta. Mas el vuestro, que con menos aficion del turbado juicio, y mayor voluntad de la servir, está, si mi consejo tomáredes, á mi memoria ha venido una manera extraña, por donde aquella vuestra señora ver podeis, y no será sin gran peligro suyo y vuestro. Pero las cosas muy altas pocas veces alcanzar sin él se pueden; yo quiero, mi señor, deciros en qué forma vos traeis aquí esta tumba con tan rico y preciado tesoro, que ningun emperador ni rey del mundo así junto como él lo tiene. Haced llegar esta nave al puerto de Constantinopla, y castigad esta compaña que todos guarden secreto, que no se sepa ser vos aquí, antes estaréis encubierto en lo mas bajo de la nave, y yo, tomando comigo á Gandalin y Enil, saldré en tierra, y haré saber al Emperador y Emperatriz cómo de vuestra parte soy venida á traer á su hija este tan preciado presente; y trabajaré cómo ellos vengan á esta nave á lo ver, y despues que todos se fueren, entrávos en la tumba con el ídolo, y así juntos vos llevarémos á la infanta Leonorina, y haré que en la su recámara seais puesto. Y lo demás dejad á mí el remedio; que yo terné manera cómo ella os vea, y seais de allí luego otro dia sacado. Y si esto que digo muy grave vos parece, acuérdesevos que mas grave es sostener las angustias y prisiones que de contino vos atormentan.»

Esplandian, cuando esto oyó, estuvo un rato pensándo; que cuando en sí tornó dijo: «Mi doncella, no temo yo la muerte, porque no me puede venir tan cruel ni tan penosa como yo la siento cada dia muchas veces, mas temo la vergüenza deste grande emperador, que tanto bien y merced á mi padre hizo, si por mi desventura

descubierto fuese; y sobre todo, el daño y enojo que redundar podria á aquella mi señora; pero como mi pensamiento esté firme en la servir y aguardar su honra mas que á cuantos hoy viven, y el muy alto Señor dello sea testigo, él nos guardará y porná remedio en este atrevimiento que por consejo me dais, y yo lo otorgo que así como lo habeis dicho se haga.—Ese señor que decis, dijo la doncella, será en nuestra ayuda; despues dél, yo, que veréis á qué basta este mi deseo y grande amor que vos tengo.»

CAPITULO XCIV.

Cómo Esplandian secretamente con dos compañeros llegó al puerto de Constantinopla, y de lo que el Emperador, por industria de la doncella Carmela, hizo.

Con este acuerdo que vos digo, hizo Esplandian partir la nave la via de Constantinopla, y tanto anduvo, que en cabo de los ocho dias fué en el gran puerto. Y allí hablando Esplandian con los hombres que con él venian, les dijo que en ninguna manera dijesen dél otra cosa, salvo que en la montaña Defendida quedaba; porque por entonces no queria ser del Emperador conocido, hasta que mas caballeros con él viniesen; que para ser representado ante tan grande hombre, así convenia que fuese, y que por estar mas encubierto, él queria ponerse en lo mas secreto de la nave, y así lo hizo. Mas la doncella, tomando consigo á Gandalin y Enil, armados de todas armas, salió en tierra, y á pié se fueron á los grandes palacios por la calle, donde luego de muchos fué conocida, y decian: «Esta es la doncella de aquel bienaventurado caballero. ¡Ay Dios Señor! si vos diésedes modo cómo él aquí viniese, todo este señorío del imperio seria por él muy honrado.»

Y así llegaron á los palacios, y haciendo saber al Emperador su venida, con mucho placer los mandó entrar en la su gran sala, donde la Emperatriz y otros reyes y altos señores con él estaban. La doncella llegó, sin hacer mas acatamiento del que ya oistes que hizo al tiempo que la primera vez allí llegó; pero Gandalin hincó las rodillas, y quísole besar el pié al Emperador, y asimismo Enil, y él no lo consintió, antes dió á cada uno la una mano y los mandó levantar, y mostrando mucha alegría, dijo: «Amigo Gandalin, vos seais bien venido, y como quiera que vuestra visita me da placer, así della mi ánimo congoja recibe en acordárseme de aquel tiempo en que aquí vos vi con vuestro señor, que yo mucho amo, y despues no le haber visto ni tener esperanza dello.—Señor, dijo Gandalin, con mucha razon debe vuestra grandeza tenerlo como lo dice; porque siendo mi señor tal, que la mayor parte del mundo le debia ser sujeta, él lo es para vos servir con tanta obediencia como de quien ha recebido todo aquel grande estado en que hoy es puesto.» El Emperador dijo: «Yo hice con Amadís aquel deudo y amor que le debia, y mucho me tengo por honrado en le tener por amigo; y muy gran placer hube, que me dijeron que el rey Lisuarte, de su voluntad, le renunció el reino de la Gran Bretaña; no se si es así.» Enil le dijo: «Verdad es Señor; que yo fuí á ello presente, y como quiera que yo desease todo el mundo para Amadís, mi señor, cierto, segun la fortuna que en ello el rey Lisuarte tuvo, á todos movió á gran piedad y compasion; y con muchos llantos y abundancia de lágrimas pasó aquel aucto, aunque despues por todos los que vieron y saben cómo fué, es muy loado.—Ruégovos, caballero, dijo el Emperador, que me lo conteis; porque á los altos hombres mucha obligacion nos constriñe á saber las cosas virtuosas hechas por los semejantes.» Enil se lo contó todo, que no faltó nada, así como ya lo oistes.

El Emperador bajó la cabeza, y estuvo un rato pensando, y despues dijo: «Cierto yo creo que grandes tiempos pasarán antes que otro mejor hombre venga que el rey Lisuarte, ni que con tanta discrecion ni esfuerzo pase su tiempo como él lo hizo. Y segun me parece, aquella fortuna que en su juventud tan favorable le fué, y le dió esfuerzo para vencer y alcanzar gloria de muchas afrentas, aquella misma, queriéndole ser muy mas graciosa, mas agradable, le puso en camino que, habiendo cumplido con la carne mezquina y atribulada, cumpliese en la fe con el ánima espiritual, venciendo á sí mismo; que muy pocos de los mortales, sin la gracia y misericordia de Dios, son poderosos de lo hacer.» Entonces con alegre semblante volviéndose á la doncella Carmela, le dijo: «Buena doncella, vos seais muy bien venida; ¿por ventura venis mas que la otra vez inclinada la voluntad á cortesía?» La doncella respondió: «Viniendo yo agora mas enamorada y mas sujeta de aquel por quien lo hago, ¿cómo puede mi querer doblarse? Antes ciertamente mucho mas al contrario lo tengo.» El Emperador y la Emperatriz y todos los altos hombres riyeron de mucha gana, y díjole: «Segun en vos parece, bien podrémos ser quitos de sospecha que vuestra venida no será para hacer cobrar á aquel vuestro señor otra amiga, aunque él con mucha aficion vos lo encargase.—En esto, Emperador, dijo ella, juzgas tú por razon lo que debia ser, pero yo en todo lo tengo de servir.—Buena doncella, dijo el Emperador, yo vos amo, yo vos precio; si vuestra venida es por alguna cosa que de mí quereis, decidlo, que luego se hará.—Emperador, dijo ella, mi venida es por demandar un don á tí y á la Emperatriz, que no será de oro ni de plata; que segun lo que hoy debajo mi mano está, cierta soy que con toda tu grandeza me ternás envidia. Mas lo que yo pido es, que tú y ella vais hasta una nave que en la mar dejo debajo de tus finiestras, por ver un presente que Esplandian mi señor envia á la Infanta tu hija, como su caballero.—Ese tal don, dijo él, á mi pensar, mas es para nos lo pedir que para lo otorgar; y luego se haga lo que pedis.»

Entonces mandó que le trujesen bestias en que él y la Emperatriz fuesen. Pero como la gente, así del palacio como la otra de fuera, supo la demanda de la doncella, creyendo que alguna cosa extraña seria, todos fueron á caballo y á pié con el Emperador y Emperatriz, en tanto número, que era maravilla de lo ver. Llegados pues á la mar, y el Emperador y su mujer apeados, entraron en la nave con tantos caballeros cuantos caber pudieron. Y la doncella los guió donde la tumba estaba, y dijo: «Emperador, desta manera que aquí se te muestra estuvo esta tumba pasados do-

cientos años en la muy alta peña de la Doncella Encantadora, donde ninguno de cuantos caballeros en este medio tiempo fueron, nunca, por esfuerzo ni valentía que en sí tuviesen, la pudieron ver, sino fué Esplandián mi señor, que ganó la rica espada, como creo que habrás sabido, y agora tornó por esto que aquí verás.» Entonces quitó el leon y levantó la primera cubierta del cristal, y abriendo la cerradura de la otra segunda, descubrió el ídolo que en sí encerraba.

Cuando el Emperador y la Emperatriz lo vieron, mucho lo miraron, y fueron muy espantados, diciendo que no seria posible haber en todo el mundo una cosa de tanto valor, y que aquellas piedras de aljófar eran bastantes, si repartidas fuesen, de hacer ricos á todos los que en el mundo vivian. La doncella, que así los vido, dijo: «Emperador, ¿qué te parece? Quien tal presente á la Infanta tu hija envia, ¿puede excusar la promesa de su padre?—Cierto, doncella, dijo el Emperador, quien tal cosa como esta posee, por muy grande hombre se debe tener; pero en eso que decis no consiento; que los bienes temporales, por abastados que sean, nunca se pudieron igualar á la virtud y buenas costumbres que los caballeros alcanzan; porque lo primero muchos malos lo pueden haber, y lo segundo, no otros sino aquellos que á la virtud son sojuzgados; y ya sabeis vos que mandé á mi hija que no diese por quito á su padre hasta que él ante su presencia pareciese, y veamos si es tal que pueda cumplir la palabra y promesa de caballero tan señalado en el mundo.» Entonces miró la tabla de oro, y leyóla paso, que ninguno le entendiese las letras que ya oistes; y como quiera que escura la sentencia dellas por el presente le pareciese, en gran alteracion fué puesto, y sacándola de la tumba con su mano, dijo á la doncella: «Esto quiero yo destos dones, y lo ál haced dello lo que os mandaron.» Y dicho esto, salió de la nave, y la Emperatriz asimismo, y con ellos todos los que habian entrado en ella; que ya á su placer habian visto aquello por que allí vinieron; pero idos estos, luego entraron muchos á lo ver, en tanta abundancia, que hasta la noche no cesó.

CAPITULO XCV.

Cómo el poder y esfuerzo de amor,
A quien no debemos salir de mandado,
En un momento presenta encerrado,
Delante la Infanta, al buen amador;
La cual, como joya de tanto valor,
Recibe en servicio, sin otra cautela;
La llave entregada, le dijo Carmela:
«Aquí queda el vuestro leal servidor.»

Pues la noche venida, y la nave desembarazada de la gente de fuera, la doncella entró donde Esplandian estaba y díjole: «Ea, Señor, que la hora es venida en que á la merced del poderoso Señor placerá que vuestros deseos se cumplan; aparejadvos y entrad en la tumba; que tiempo es de la llevar á aquella vuestra señora.» Oido esto por Esplandian, sin mas responder, mandó que llamasen á Enil, y díjole: «Mi buen señor y amigo, ¿qué heciste los paños que con vos me envió la reina Oriana, mi madre?» Enil le dijo: «Señor, aquí los tengo; que pensando que los habríades menester, los puse en vuestra cámara.—Pues dádmelos,» dijo Esplandian. Enil los sacó del lio donde estaban; los cuales eran muy hermosos y sembrados de muchas flores y rosas de oro, cercadas de piedras y aljófar grueso, y en algunas partes tenian aves que parecia que volasen, que la Reina su madre los mandó hacer á muy sutiles maestros, y puso en ellos aquellas hermosas piedras que de su padre y madre habia heredado. Esplandian los vistió y ciñó encima su espada, y en la cabeza no otra cosa, salvo sus muy hermosos cabellos, que los hombros le cubrian, que ante ellos el fino oro perdia su color, y su haz se podia comparar á la de los ángeles.

Cuando la doncella Carmela así lo vido, dijo como desatinada: «¡Ay Santa María! ¿qué es esto que veo? Ay, Señor, habed piedad de mí, y ponedvos presto en la tumba, que mis cuitados ojos no pueden sufrir de mirar esa tan gran hermosura; que no seria maravilla de caer súbito muerta ante vuestra presencia.» Esplandian, que así la vido, tomóla por un brazo y díjole: «Mi amiga, pues haced apartar la gente, y haré lo que me decis.» Ella, aunque con grande alteracion estaba, dijo: «Eso ya está remediado.—Pues agóra vamos,» dijo él. Así llegaron á la tumba, y alzando las cubiertas, se puso Esplandian donde el ídolo estaba, y la doncella cerró con la llave y cubrióla como antes, y puso el leon encima della; estando así hecho, hizo tomar por el un canto á Gandalin, y á Enil por el otro, y por el otro un marinero de la nave; y levantando la tumba sin mucha premia, salieron de la fusta, siendo ya puesto el sol; y como por la ciudad entraron, y fueron vistos, salieron todas las gentes á los ver con muchas candelas encendidas, que, como si de dia fuese, así los podian mirar. Allí era loado y ensalzado Esplandian por todas las gentes con tantas alabanzas, que á las nubes tocaban; allí era recordada en sus memorias aquella espantable batalla del caballero de la Verde Espada con el cruel Endriago; allí recordaban y decian haber Esplandian, su hijo, acabado aquello que el padre acometer no osó, y cómo en la batalla de uno por otro lo venció. ¿Qué os diré? Que nunca de aquel fuerte Hércules, de aquel valiente Héctor, de aquel esforzado Arquíles ni de aquel infante Tideo tales maravillas en ningun tiempo se contaron.

Pues de esta manera que habeis oido, llegaron á los palacios del Emperador y á aquel rico aposentamiento de la muy hermosa Leonorina, que ya por su madre sabia su venida; la cual los mandó entrar en una gran sala llena de antorchas, donde con la reina Menoresa y otras dueñas y doncellas de muy alto linaje estaba aguardando; y allí llegadas, pusieron la tumba con el leon ante la Infanta, y la doncella Carmela hincó las rodillas delante della y dijo: «Hermosa Princesa, dame las manos para te las besar de parte de aquel tu caballero; que de la mia, si las suyas nó, otras ningunas de besar tengo.» La hermosa Infanta no las quiso dar, mas abrazándola y riyendo muy graciosamente, le dijo: «Doncella, ¿qué venida es esta? Y ¿qué traeis aquí?—Hermosa Princesa, dijo ella, tráigote de parte del caballero estos dones en servicio; que si en todo el mundo otros tales se buscasen, no se hallarian; y no quiero que por tí ni por otro alguno esta noche vistos sean hasta en la mañana, que con la llave yo seré venida; solamente te de-

mando en merced esta segunda cubierta, para la poner en un monesterio que mando hacer en la ermita de mi padre, á la sepultura de aquel gigante Matroco, que como cristiano murió; y de lo otro haz á tu placer, y demándote en don que hasta que yo aquí torne, esta tumba sea puesta en tu recámara, por esta noche.—Todo se haga como vos quereis,» dijo Leonorina. Entonces la doncella la hizo tomar como antes la traian, y la pusieron en la cámara, donde otra persona alguna no dormia sino la Infanta y la reina Meronesa. A esta sazon todas las dueñas y doncellas iban á la vuelta mirando, y Leonorina hablaba con la doncella, y como vido tiempo y lugar oportuno, dijo: «Hermosa Princesa, agora quiero ver á qué basta tu corazon, tu discrecion; que yo te dejo en esta tumba un tesoro muerto y otro vivo; sábele remediar, que yo acabado he mi obra; solamente tú lo verás, y alguna otra en quien te fies.» Y metiéndole la llave en la mano, sin que persona lo viese ni lo oyese, tomó consigo los caballeros lo mas presto que pudo, y sin esperar mas respuesta, se salió de la gran sala y se fueron á la nave.

CAPITULO XCVI.

Del congojoso razonamiento que la Infanta, acerca de su turbacion, hizo á la reina Menoresa, por la cual abierta la tumba, Esplandian á la cosa que mas queria, honestamente aquella noche ver y hablar pudo.

La Infanta, que muy cuerda era, cuando esto le oyó, en mucho grado fué alterada, que casi sentido ninguno en ella quedó; y pensando qué seria aquello, temió que la doncella le habia hecho algun grande engaño, y no sabia darse remedio, tanto estaba turbada; y lo mas presto que pudo, tuvo manera que aquellas sus dueñas y doncellas se recogiesen á sus aposentamientos, mostrando que se sentia enojada, y tomando á la reina Menoresa consigo, como habia acostumbrado, se metió en su cámara, y cerrando la puerta, dejóse caer en un estrado, torciendo sus manos y perdida la color. Cuando la Reina así la vido, hincó la rodilla ante ella, diciendo: «Mi señora, ¿qué habeis sentido?—¡Ay, mi verdadera amiga! dijo la Infanta, no lo sé, sino que mi corazon me fallece, y en fuerte punto vi á esta doncella Carmela, que me ha muerto.—¿Por qué causa, mi señora? dijo la Reina; decídmelo, que ya sabeis que mucho mas amo yo el vuestro corazon que el mio; ¿díjovos, por ventura, alguna cosa de que enojo recebiste?—¡Oh reina Menoresa! respondió, lo que ella me dijo, con que mi ánimo en grande alegría fué puesto, aquello ha dado causa de me poner en esta congoja; que del un cabo el amor, del otro el temor, me saca de todo sentido y me llegan al hilo de la muerte; y si vos, Reina, mi amiga, tanto amor como decis me teneis, en tiempo somos que nunca así como agora parecer puede.» Y con muchas lágrimas le puso sus hermosos brazos al cuello y se juntó con ella.

La Reina, que así la vido, fué muy turbada, y dijo llorando: «¡Ay Santa María! ¿qué será esto? Por Dios, mi señora, decídmelo, y no temais; que no solamente por salvar vuestra vida, mas por excusarvos un enojo que mucho penase, porné yo la mia en todo el peligro que venir pueda.—Pues si así es, dijo la Infanta, quiérovos descubrir la cuita de mi corazon: ya sabeis cómo esta doncella antes me trujo una embajada de Esplandian, hijo del caballero de la Verde Espada, y demás de lo público que vistes que dijo, habló otras cosas comigo, dándome á entender que aquel caballero es por mi causa en grande amor encendido, de que á él redundan muchas angustias y mortales deseos, y yo, como haya oido el valor suyo sobre cuantos hoy viven, así en valentía y prez de armas, como en muy sobrada hermosura y ser de tan alto lugar, como quiera que la fortuna lo acarrease, tambien yo dí lugar á mi corazon que en sí aquellas enamoradas palabras recogiese; pero no en tanto grado como ellas son crecidas y augmentadas, no para que mi pensamiento otra deshonestidad pensase, sino solamente tener gloria en ser amada de un tal caballero, que sobre todos los del mundo preciado es; y esta piedad y amorosa respuesta que de mí llevó, ha sido causa, si por vos, Reina, no se remedia, de ser entrambos llegados á la muerte; que cierto, segun lo que agora la doncella me dijo, yo creo que en esta tumba que veis, donde el gran tesoro viene, está metido Esplandian.»

Oido esto por la Reina, el corazon le comenzó á saltar por el cuerpo, y temblar las carnes, del grande espanto que hubo; pero como muy cuerda fuese, y viese el gran peligro aparejado, esforzóse cuanto pudo, por no poner en mayor cuita á Leonorina de la que ella tenia, y dijo con buen semblante: «Mi señora, no temais esto; que yo vos remediaré de manera, que, con la merced de Dios, todo vuestro enojo y tristeza sea en alegría tornado, quedando vuestra honra en aquel grado de alteza que merece; solamente me pesa por no tener acá la llave.—Veisla aquí, dijo la Infanta.—Pues Dios no me ayude, dijo la Reina, si es verdad que acá lo tenemos, si él de aquí va sin que por nosotras sea visto. Sea lo que fuere, y dadme esa llave, y vos quedad aquí; que yo quiero ver qué será esto.» Entonces, dejándola en el estrado, tomó la llave y una candela entre sus hermosos dedos, que así era ella muy hermosa y muy lozana, y entrando en la recámara, se llegó á la tumba, y con poca esperanza que su flaca fuerza bastaria, trabó de la cubierta de cristal, y como si fuera de otra cosa muy mas liviana la levantó y puso aparte, con el leon, y llegando á la cerradura, dijo paso: «¿Está aquí dentro alguno?—Sí, dijo Esplandian.—Pues, ¿quién sois? dijo ella; decidlo.—Mas ¿quién sois, dijo Esplandian, vos, que lo preguntais?—Yo soy, dijo, la reina Menoresa.—Pues yo soy, dijo Esplandian, aquel bienaventurado y sin ventura caballero que, por recibir la vida ó la muerte, aquí soy venido, segun la piedad ó la crueza que hallare en aquella mi señora Leonorina, á quien yo todo el tiempo que la vida por ella me fuere otorgada, con muy mucha voluntad tengo de servir.—Caballero, dijo la reina Menoresa, sin que mas digais, ya yo conozco ser vos Esplandian, hijo de aquel que yo mucho amo; y si vos me prometeis, como leal caballero, que de mi mandado no saldréis, sacarvos he de aquí, y hablarvos he con aquella voluntad que á vuestro padre haria.—Mi buena señora, dijo él, nunca yo de vuestro mandado saldré, si otra cosa por mi señora no me fuese mandado.—Pues de eso bien cierta soy, dijo ella, que no mandará sino lo que mi voluntad fuere.»

Entonces abrió con la llave, y alzando la cubierta, salió Esplandian y púsose ante ella. Cuando la Reina lo vido tan hermoso, con aquellos muy ricos paños, fué tan espantada, que por un gran rato, sin le poder hablar, le estuvo mirando, considerando que nunca, desde que el mundo se comenzó, otra tan bella ni tan apuesta criatura en él se habia formado; y tomándole por la mano, sin nada le decir, se llegó con él á la puerta que con la cámara se contenia, y allí paró enmedio della, diciéndole: «De aquí adelante no pasaréis.». Y dijo: «Mi señora Leonorina, perded todo temor, y desechad todo miedo; que el Señor muy poderoso vos envia en socorro un ángel de los suyos. Venid vos, mi buena señora, y veréis la mayor maravilla que nunca vistes, ni en otra parte ver podríades; que yo vos terné lo que vos prometí, que vuestra gran cuita en sobrada alegría basta tornar, que aun acá nos alcanzan las buenas aventuras que á este vuestro caballero son prometidas.» La Infanta, que esto oyó, aunque como las hojas de los árboles con el viento sus carnes temblasen, viendo cómo la Reina con voz de alegría la llamaba, perdido lo mas del miedo, á gran deseo fué movida de ver aquel que tanto amaba; y levantada de su estrado, con pasos desmayados, como lo estaba el corazon, se fué para la Reina y se juntó al otro lado.

Cuando Esplandian la vido, considerando en sí que en ella toda la beldad y apostura del mundo se encerraba, por poco se dejara caer en tierra sin sentido alguno. Mas el grande deleite que los ojos sentian en aquella vista, por no la perder le sostuvo, y hincadas las rodillas en tierra, no sabia, con la gran turbacion, qué decir; y así estuvo por un rato; mas recordándose aquel espanto de la respuesta enviada por Gastíles, que siempre en su memoria tenia, le dijo: «Señora, si enojo de mí teneis, demándovos perdon; que de los servicios, si algunos han sido, no me doy por satisfecho, pues que no pueden ser tan crecidos, que mas crecida no sea aquella deuda en que el Rey, mi padre, me ha puesto, mandándome que en su lugar pague las grandes mercedes que de vos, mi señora, recibió.» La Infanta, que de aquella misma turbacion herida era, mirábalo, sin ninguna cosa responder; mas la Reina le dijo: «Señora, mandadle levantar, pues que su grande obediencia y cortesía á ello vos obliga.—Reina, mi amiga, dijo ella, dejadlo; que en tanto que ahí estuviere no huirá de mí, como hasta aquí ha hecho, aunque, pues vos lo teneis por la mano, aunque quiera no podrá, y levantadlo.» La reina Menoresa lo quiso hacer, pero él le dijo: «Mi buena señora, aquí quiero estar hasta que esa mi señora me dé las manos y se las bese por su caballero, apartando de sí aquella saña que fué ocasion de me enviar tan airada respuesta.»

La Reina, que vido que la Infanta no respondia, díjole: «Mi señora, dadle esas hermosas manos, que en tan hermosa boca bien empleadas serán; que, segun me parece que la fortuna le ha puesto en tan grande alteza de estado y linaje y prez de armas, sojuzgado á toda virtud, dotado de grande hermosura, cual nunca en hombre se vió, no seria maravilla que antes de mucho le demandeis vos las suyas, y seais contenta que como marido vos las dé.» La Infanta, que la color perdida tenia, siendo ya tornada mas encendida que la su natural, con el asosegamiento de la grande alteracion que hasta entonces tenia, tendió las manos hácia él, y él, tomándolas con las suyas, no pudiendo resistir que las amorosas señales del corazon con lágrimas en sus ojos no se mostrasen, se las besó muchas veces, tanto, que en ellas fueron bañadas. Mas la Infanta, que hasta allí alguna libertad por la ausencia de aquel caballero en sí habia reservado, cuando sintió que sus manos á las suyas dél y á la boca llegaban, el corazon se le abrió por tantas partes, que no quedando en él ninguna resistencia, fué de todo en todo rompido, vencido y sojuzgado; y así que, de allí adelante fueron los sospiros, los mortales deseos y pasiones en tanto grado, del uno y del otro, que si el Señor mas poderoso no pusiera el remedio que les convenia, quedara con su muerte dellos el mundo en pobreza de las dos personas mas señaladas que en él habian nacido. Mas viendo aquella princesa ser razon ya de le dar algun contentamiento, tomólo por las manos y hízolo levantar. Así estuvieron un rato que no se hablaron, haciendo en sus gestos aquellas mudanzas que los amorosos y atribulados corazones les mandaban. La Reina, que entre ellos estaba, mirábalos como espantada, teniendo por gran maravilla que dos tales personas fuesen de otras mortales engendradas; dijo: «Cierto yo creo que muy grandes tiempos pasarán antes que otras ningunas estén acompañadas como yo estoy, y á su mandar tenga dos tan grandes príncipes en aucto de calidad tan deshonesta y de obra tan honesta.»

CAPITULO XCVII.

Cómo, despues que el buen caballero
Fué despedido de aquella princesa,
Estando presente con él Menoresa,
Se torna á la tumba do estaba primero;
Y cómo, rompiendo el claro lucero,
Le vuelve cerrado la sábia Carmela,
Usando dos veces de aquella cautela,
Y alzan las vélas, y adios, compañero.

A esta sazon que habeis oido, ya la noche, con poco cuidado de su miedo ni deleite, iba discurriendo por sus naturales cursos, huyendo de aquel cruel enemigo de los amantes, que tras ella venia; y viendo la Reina lo poco que de ella quedaba, temiendo que de aquel grande atrevimiento alguna desventura, siendo sabido, no redundase, dijo á Esplandian: «Mi buen señor, tiempo es de vos tornar donde salistes; que á caballero tan hermoso y tan preciado, tan preciado y tan hermoso aposentamiento le conviene.» Oido esto por Esplandian, dijo á su señora: «Pues que mi buena aventura alcanzó quedar yo, mi señora, por vuestro caballero, alcance saber qué manda en que la sirva.» Leonorina le dijo: «Mi amigo, lo que yo vos ruego y mando es, que en saliendo de aquí vos vais á aquellos caballeros vuestros amigos, y lo mas presto que ser pueda, trayéndolos con vos, dejando quien guarde lo que habeis ganado, torneis á ver al Emperador, mi padre, que, por el grande amor que al vuestro tiene, y por lo que de vos le dicen, tiene mucha voluntad de vos ver. Entonces por él ó por mí vos será mandado lo que hagais.» Entonces la Reina, tomándole por la mano, fué con él, y sacando el

ídolo de la tumba donde estaba, lo pusieron debajo de la otra de cristal, que muy claro y mas hermoso parecia, y dejando á Esplandian en la otra en que la doncella Carmela lo llevase, cerrado con la llave, se tornó á la Infanta, diciendo: «Señora, esta llave vos hace cierta que con toda seguridad podais ver el servicio que aquel vuestro caballero vos ha hecho.» Y tomándola por la mano, la llevó donde el ídolo estaba, debajo de aquel cristal, que como por él trasflorase, parecia la mas hermosa joya que nunca se vió.

Allí estuvieron entrambas mirándole gran rato con gran placer, creyendo que enviando el uno sin impedimento, quedaba el otro, que tal como él, ni que tanto valiese, no habia emperador en el mundo ni rey que lo alcanzase. Así estaban riyendo, mas la Infanta nunca partió los ojos de la otra tumba donde tenia el corazon. La Reina, que lo vido, díjole: «Señora, paréceme que vuestra codicia mas lo ha por lo vivo que por lo muerto.—Mi amiga, dijo ella, el corazon muerto lo causa, que desea hallar al que resucitar le puede.» Mucho fué maravillada la Reina oyéndole estas palabras, segun su tierna edad, y nunca haber conocido en ella que de tal parte persona ninguna mirase. Pero mas lo fué de sí misma, que siendo libre, sin ningun pensamiento de sujecion, no tardó mucho tiempo que su corazon fué tan encendido de aquel mismo fuego, que si tan presto el remedio no le viniera, en las encendidas llamas ó en las muchas lágrimas de sus ojos fuera consumido, como adelante se dirá; en la venida á aquella gran corte del Emperador, de la sabidora Urganda la Desconocida, en que habla así desto como de otras muchas agradables cosas de oir.

Despues que aquella hermosa infanta Leonorina y la reina Menoresa hubieron allí estado un rato, maravilladas de ver aquel ídolo, con sus grandes riquezas, debajo de la tumba de cristal, fuéronse á dormir, á tiempo que ya no quedaba de la noche una hora. La mañana venida, luego fueron levantadas, y no sin gran temor, hasta ver puesto en salvo aquel caballero que ya oistes. Mas no tardó mucho que la doncella Carmela vino con la compaña que el dia antes habia venido, y dijo á Leonorina: «Hermosa princesa, quiero que me dés lo mio, que de llevar tengo, y quedará lo tuyo, que no poca maravilla será á tí de lo ver. Y si mandares, entraré contigo y con la reina Menoresa á lo tomar, y despues podráslo mostrar á quien te pluguiere.—Así se haga, dijo Leonorina; aun mas quisiera que se quedara todo junto, como lo que aquel caballero ganó, porque es muy extraño lo que parece, y así lo debe ser lo que no se muestra; y cualquier cosa dello que se aparte, es gran menoscabo de su valor. —Ya te demandé, dijo ella, en merced, de parte del tu caballero, la tumba segunda para lo que dije; y pues me fué otorgada, no osaria ir sin ella; pero si tanto te agradó, todo lo que della está pensado de hacer se dejará por tu servicio, y yo la tornaré aquí.—Pues agora venid vos y la Reina, dijo á la Infanta, haced lo que á vos pluguiere.» Entonces entró ella delante, y ellas la siguieron, y cuando hubieron estado un poco, salió la doncella y llamó á Gandalin y á Enil y al marinero, y tomando todos cuatro la tumba donde Esplandian estaba, la sacaron de la cámara y de aquel aposentamiento, y por mitad de la ciudad la llevaron á su nave, y luego, alzadas las áncoras por los marineros, se partieron del puerto, tomando la via de la montaña Defendida, y la Infanta quedó con grandísimo pesar, porque, con la turbacion, no tuvo memoria de ver las letras que aquel caballero en su pecho tenia, y con su rico tesoro, sospirando por el otro que se iba, que para ella muy mas hermoso y agradable era; quedando con aquella soledad que el corazon preso y sojuzgado quedar suele viéndose partido de aquel que sin él no puede sosegar ni vivir.

CAPITULO XCVIII.

Cómo el autor, por una vision que vido pone fin, sin dar fin, en esta obra, y della se despide.

Siendo ya mi ánimo y mi pluma cansados, y el juicio en gran flaqueza puesto, considerando el poco fruto que su trabajo alcanzar puede en esta simple y mal ordenada obra, por ellos emendada, temiendo que el yerro mayor no fuese de le poner fin, habiendo juntado dos tan leales amadores como la historia os mostró, remitiéndola á aquellos que, no solamente con sus subtiles y agudos ingenios podrian estos mis simples desvaríos emendar y corregir, mas aun siendo mas dignos, con mucha mayor gracia y discrecion proseguir en lo de adelante, si por ventura considerasen que sobre tan flaco cimiento como este alguna hermosa y perdurable obra levantarse podria; pues ya dejada la pluma de la mano, y con la mudanza de la voluntad el juicio vuelto en seguir y se ejercitar en otras mundanales cosas, vínome de súbito, no sé en qué manera, un tan grande esfuerzo al corazon, que olvidando el cansancio, desechando la pereza, me presentó en la memoria el yerro grande que haria si por ningun impedimento dejase de contar aquella extraña venida que en la compaña de Esplandian y sus compañeros la gran sabidora Urganda la Desconocida hizo á la corte de aquel grande Emperador, y las muchas cosas que dellas sucedieron. Y asimismo aquella espantable y gran batalla, en que casi á la una y otra parte ayuntados todos los del mundo fueron, así por la tierra como por la mar, que fué causa de poner fin en las grandes angustias destos leales amadores, con otras muchas y grandes cosas que acaecieron. Así que, olvidando todas las otras ocupaciones, en esta sola determiné ocuparmé. Pero no sé en qué forma, estando yo en mi cámara, ó si en sueño fuese, ó si en otra manera pasase, fuí trasportado, sin que en mí casi alguna parte de sentido quedase, ni de otra alguna memoria, salvo de la que aquí diré.

Parecíame estar en una muy alta peña, cercada toda de las bravas ondas de la mar, donde estando muy espantado, mirando en torno de mí, no veia sino roquedos tan bravos, tan ásperos como las puntas del diamante, de manera que otra ninguna cosa desocupada, por donde andar pudiese, tenia, sino solamente lo que las plantas de los piés ocupaban. Los vientos eran tan crecidos encima de aquella altura, que si no me abrazara á las ásperas peñas, me llevaran por el aire á lo hondo de la mar. Cierto no puedo decir sino

que por muchas veces fuí movido, segun los tragos muy mayores que de la cruel muerte me ocurrian, de me dejar caer abajo, porque uno solo los acabase, salvo que siempre en la memoria me quedó el perdimiento del ánima si hasta mas no poder en el mezquino cuerpo no la defendiese. Estando, pues, en esta tribulacion todo el dia, viendo venir la noche, sin que remedio á mi salud esperase, mirando siempre con gran cuidado toda aquella parte de la mar que mis lagrimosos ojos alcanzar podian, vi venir por ella una pequeña barca con tanta ligereza como si volase. Y como quiera que su curso tan apresurado como la saeta cuando de la ballesta sale fuese, á mí muy perezosa se me hacia su llegada, considerando que si á ella en alguna manera pudiese descender, que ni en la mar ni en la tierra, en cualquiera parte que la ventura me echase, no podria estar sin gran consolacion, segun el desconsuelo y angustia allí tenia. Pero de otro cabo, no pudiendo pensar ni creer que persona alguna allí subir pudiese, ni yo asimismo decender, era puesto en el extremo de toda tribulacion y desesperacion.

En este medio tiempo, la barca á la peña llegada, una sola doncella vi que della salia, y como si en ella una muy llana escalera hallase, comenzó hácia arriba á subir con tanta ligereza como las grandes y largas alas, si las tuviera, le pudieran prestar; así que, muy presto fué comigo, y siendo en mi presencia, me dijo la doncella: «La sabiduría maestra y enemiga de la simpleza me envia por tí, que parezcas ante ella á dar razon de aquello que te preguntará, y si tal no fuere, cree ciertamente que serás duramente castigado y vuelto en este mismo lugar, no para que mueras, mas para que purgues el yerro que heciste.—¡Ay! señora doncella, dije yo, por cualquier guisa que sea me llevad donde os placerá, que no puede ser en parte tan cruel, que, en comparacion desta, no me sea holganza.—Pues toma este velo, dijo ella, y con él cubre los ojos, sin que vista ninguna alcancen, y llevarte he donde me es mandado.» Entonces, quitándoselo de su cabeza y lanzándolo contra mí, lo tomé y hice lo que me dijo; y luego no sé en qué manera, sino pareciéndome ir por el aire, sentí á poco rato ser dentro de la barca, pero nunca el velo osé quitar, pues que por ella no me era mandado; y partiendo de allí la barca, no sabiendo yo en qué tanto espacio de tiempo fuese, me hallé, quitado el velo y cobrada la vista de mis ojos, dentro en una grande y hermosa nao, que las grandes luminarias en ella encendidas me mostraron muy claros caballeros, y dueñas y doncellas con ricos atavíos, como paseaban y holgaban por una gran sala, en cabo de la cual una dueña con vestiduras honestas en un estrado estaba sentada, y cuatro doncellas muy ricamente ataviadas, que con sus instrumentos muy dulce son le hacian. Estando yo embarazado en no saber qué hiciese, cesando las doncellas el son, fuí por la dueña llamado que á ella me acercase.

Pues yo, como con tal aparato la viese, considerando ser alguna persona de estado y que de su parte fuí por la doncella allí traido, teniendo gran temor de lo que mandar me queria, segun su semblante tan airado contra mí era; y sabiendo que la mucha obediencia y humildad muchas veces aplacan la ira de los contrarios, llegué ante ella, y hincadas las rodillas, le dije: «Señora, si sois vos la que por mí envia, venido soy ante vuestra presencia, mandadme en qué os sirva.» La dueña con una desdeñosa risa dijo: «Bien creo yo que, aunque la virtud á ello no te obligase, te constriñiria el miedo que traes. Pues lo uno ni lo otro te valdrá, si con legítima razon no te excusas desto que oirás. Yo he sabido, dijo ella, que eres un hombre simple, sin letras, sin ciencia, sino solamente de aquella que, así como tú, los záfios labradores saben, y como quiera que cargo de regir á otros muchos y mas buenos tengas, ni á ellos ni á tí lo sabes hacer, ni tampoco lo que á tu casa y hacienda conviene. Pues dime, hombre de mal recaudo, ¿cuál inspiracion te vino, pues que no seria la del cielo, que, dejando y olvidando las cosas necesarias en que los hombres cuerdos se ocupan, te quisiste entrometer y ocupar en una ociosidad tan excusada, no siendo tu juicio suficiente, enmendando una tan grande escriptura de tan altos emperadores, de tantos reyes y reinas, y dueñas y doncellas, y de tan famosos caballeros; hablando en sus grandes hechos, olvidando en tu memoria cuántos famosos sábios en las semejantes cosas no osaron hablar ni escrebir, y si algunos se atrevieron, muchas faltas, muchas palabras groseras y viciosas en sus escripturas se hallan. Y tú, siendo tan torpe y tan flaco de juicio, tener osadía de te poner en tal atrevimiento, merecedor eres de gran castigo. Y puesto caso que ya tomases esta osadía, que con alguna color de razon excusar te podrias, porque con tanta aficion tu voluntad está deseosa de saber los famosos hechos de las armas, y porque el estilo de tu vida desde tu nacimiento fué en las desear y seguir, ¿qué pensamiento tan contrario de la razon fué el tuyo, entrometerte en contar aquellos ardientes y leales amores de las dos personas que mas en perficion que ninguno de los nacidos se sostuvieron y pasaron? Que, aunque yo de los engendrar fuí la primera urdidora, y despues en los augmentar y crecer aquellas fuerzas, que á ninguno de los mortales tan grandes como á mí no se dieron ni otorgaron, no osara ni mi gran sabiduría bastara á contar la menor partecilla dellos, como quiera que yo así como ellos en mis entrañas y sojuzgado corazon los siento. Y tú, siendo tu juicio simple, como ya dije, tan contrario de la discrecion y sabiduría, no temiendo la gran vergüenza que de los sábios discretos, burlando, profazando dello, se te podria seguir, cerraste los ojos del entendimiento, y como si en algun lago con desesperacion te lanzases, que muy mejor partido para tí fuera, te ocupaste en querer que por tí quedase en memoria aquello que ni sabes ni sientes en qué consiste su mal y bien. ¡Oh loco! cuán vano ha sido tu pensamiento en creer que una cosa tan excelente, tan señalada entre todas las leales y honestas que en muy gran número de escripturas caber no podria, en tan breves y mal compuestas palabras, lo pensaste dejar en memoria, no temiendo en ella ser tan contraria tu edad de semejantes autos, como el agua del fuego, y la fria nieve de la gran calentura del sol; que en una tan extraña cosa como esta no puede ni deben hablar sino aquellos en quien sus entrañas son casi quemadas y

encendidas de aquella amorosa flama. Sábete que eres digno de gran reprehension y castigo, y así lo habrás antes que de aquí partas.»

Cuando por mí, que muy turbado estaba, esto que aquella tan autorizada dueña me dijo fué oido, considerando decirme en ello toda la verdad, no solamente fuí en gran temor puesto, mas conocí ser digno y merecedor de cualquiera grave y cruel pena que en mí fuese ejecutada, y dije: «Si algun consuelo es á los que sienten en sí ser justamente por sus yerros la pena ejecutada; y como yo, mi buena señora, así en mí lo conozca, como quiera que el espíritu en gran alteracion sea, esperando la pena de la culpa que mi gran yerro cometido merece, consuélase el conocimiento en ver que muy mayor que dar se le puede, padecer debria. Así que, yo soy aparejado, no sin muy gran temor, mas con justa razon, á que la discrecion, con aquel muy gran señorío que sobre la simpleza tiene, tome la enmienda y haga el castigo en mí que mas en grado y placer le sea. Pero si vos, mi señora, habeis piedad de mí, porque viendo yo cómo estos sábios què decis, desechando las semejantes obras, son con gran diligencia ocupados y trabajados en las otras que mas por intereses que por gloria ni fama venden, sin alcanzar yo lo uno ni lo otro, quise mas por obra que por voluntad errar; y es satisfecha vuestra grande excelencia en que yo, perdiendo el tiempo del trabajo que hasta aquí tomé en enmendar aquesta obra, sea luego lanzada en las vivas llamas del fuego, sin que alguna memoria della quede, no solamente se cumplirá, mas con prometimiento firme seréis cierta que en el proceder della en lo de delante nunca por obra ni pensamiento será mas en mi memoria recordado.»

La dueña, que con gesto desdeñoso y sañudo me hubo hablado, viendo cómo me conocia en toda la culpa por ella puesta, amansado algo su furor, me dijo: «Esa tal ejecucion que tú nombras, no quiero yo que se haga, porque seria para tí, no pena, mas gloria, en que ocultas fuesen á todos tus simplezas. Antes quiero y mando que por una de las mayores penas que dar se te pueden, que á todos sean manifiestas y que sean publicadas y vistas por muchas partes, poniéndote silencio que de aquí adelante en esta materia no procedas hasta que por mí sea mandado, y lo que mas desto queda para ejecucion de tu castigo, tú lo sabrás al tiempo que por otra mas extraña aventura serás ante mi presencia venido, y quiero que sepas que yo soy aquella gran sabidora Urganda la Desconocida, de quien en muchas partes en esta obra se hace mencion, y aunque de mis extrañas obras mucho te maravillaste, cierta soy que ninguna dellas creiste. Pues dígote que, puesto que mi saber va fuera de la católica via, mi juicio le hace que á muchos y muchas aproveche.»

Estando en esto, partiéndose de mí aquella gran nube ó fantasma, creyendo quedar en las ondas de la brava mar, tornando en mi acuerdo, me hallé en aquel lugar de mi cámara donde ante habia sido adormido ó enhartado. Pues yo, espantado de la tal figura, temiendo que la recaida mas brava y cruel no fuese; siendo determinado en seguir toda la obediencia de aquella gran sabidora en este caso, acordé que mientra su mandamiento no me diese osadía y esfuerzo de poner fin en esto á que esta grande historia es llegada, rogando á aquellos que con mas saber, con mas graciosa discrecion y menos temor que yo hacerlo pueden, que tomando algun poco de trabajo quieran proceder en recontar aquello que falta, segun la órden que esta dicha escriptura les mostrará el camino.

CAPITULO XCIX.

Cómo habiendo este autor, por el mandado de aquella Urganda la Desconocida, puesto fin á esta obra, como se os ha contado, por otra muy extraña aventura que se le ofreció le fué forzado de tornar á ella.

A mí me conviene, con gran fatiga de mi espíritu y gran congoja de mi corazon, negando mi propria voluntad, seguir la ajena, como dolencia tan antigua en el mundo; digo dolencia, porque siendo iguales en el nacer y en el morir, no iguales seamos en el vivir diverso. Puédese creer que el muy alto Señor, porque el mundo mejor gobernado fuese, así permitirlo quiso, por donde, aunque muy grave nos parezca, por lo mejor y mas llegado á su servicio se debe tener. Ya os conté en el cabo desta obra cómo yo fuí llamado en extraña forma por aquella grande sabidora Urganda la Desconocida, y cómo, despues que la venganza de su saña en mí fuese ejecutada, con aquel tan sañudo rostro y crueles palabras me mandó poner fin en aquesta obra, hasta que lo contrario por ella me fuese mandado; y cómo yo, cumpliendo su temeroso mandamiento, teniéndole por muy justo, segun la pena que yo merecia por haber puesto mi muy flaco y simple juicio en aquello que con muy gran parte alcanzar no podia; ocupándole en otras cosas, de todo punto lo habia dejado, creyendo que así por semejante aquella sabidora dueña, ocupada en otras mas graves, esta no ternia en la memoria. Pero, segun me parece, no fué así, antes ha querido, por me dar mas pena, ó porque su voluntad y querer sea satisfecha, de me llamar por la manera que ahora será demostrado. Pues que así fué, que saliendo un dia á caza, como acostumbrado lo tengo, á la parte que del Castillejo (1) se llama, que por ser la tierra tan pedregosa y recia de andar, en ella mas que en ninguna otra parte de caza se halla; y allí llegado, hallé una lechuza, y aunque viento hacia, á ella mi falcon lancé; los cuales, subiendo en gran altura, la una por la vida defender, y el otro porque con su muerte esperaba matar la hambre, en fin la lechuza, no pudiendo mas, en las uñas agudas del falcon fué puesta, de que no pequeña alegría mi ánimo sintió en los ver venir abajo. Pero un estorbo de aquellos que á los cazadores muchas veces venir suelen, gran parte dello me quitó; y esto fué que llegando el falcon con la presa al suelo, fueron ambos caidos en un pozo que allí se muestra, de gran hondura y de inmemorial tiempo hecho. Y como por mí, que los seguia, fué este desastre visto, turbado de tal desdicha, descabalgué del caballo, poniéndome en la orilla del pozo, por mirar si con algun artificio podria cobrar el falcon. Mas, como los desastres poco límite tengan en seguir unos á otros, viniendo con gran viento un torbellino á aquella parte donde yo estaba, y levantán-

(1) Lugar próximo á Medina del Campo, residencia de Garci-Ordoñez de Montalvo.

dome los piés del suelo, en aquella gran hondura me puso, sin que ningun daño recibiese.

Cuando yo allí me vi entre algunas culebras y otras cosas ponzoñosas, cierto fuí puesto en tribulacion. Pero acordándoseme que el remedio de tales aventuras es el esfuerzo de corazon, que con él muy muchos peligros son remediados, y tambien esperando que llegado un mi cazador, que en un valle dejé caido con su caballo, viéndome en tal parte, buscaria por los lugares comarcanos gente que sacarme pudiesen, acordé de cebar el falcon; y queriéndolo hacer, vínome al encuentro otra muy mayor desventura, mucho mas temerosa que la misma muerte; que no sé en qué manera al un costado de los cuatro de aquel pozo una gran boca se abrió, de tanta escuridad, y á mi parecer de tan gran hondura, que con mucha causa se pudiera juzgar por una de las infernales. Pues yo, espantado de la ver, no pasando mucho espacio de tiempo, pareció venir por ella una tan gran serpiente, tan espantable, cual nunca los nacidos jamás pudieron ver; la cual traia la garganta abierta, lanzando por ella y por las narices y ojos, y orejas muy grandes llamas de fuego, que toda la cueva alumbraban. ¡Ay Dios! Ay Dios! Cuando por mí vista fué una tan desemejada bestia fiera, y que su viaje era comigo juntarse, no teniendo arma alguna con que defender me pudiese, creyendo ya ser della tragado y comido, recorríme á aquel muy alto Señor, que ante su gran poder las semejantes cosas como en nada deben ser tenidas; y hincados los hinojos en tierra, alzadas las manos y los ojos al cielo, en aquello poco que devisar se podia, dije: «¡Oh muy alto Dios! pues que el cuerpo paga su deuda, de aquella en que la ánima es te pido que hayas piedad y merced.»

Así estuve por gran espacio, sin que los ojos abajar osase, cercado casi de aquella claridad; la cual como cesada fué, sintiendo yo quedar en la forma que ante estaba, abajé los ojos hácia abajo, queriendo ya ver el fin de mi triste vida; y no viendo la cruel serpiente, pareció delante de mí una dueña de mucha edad, y á ella conforme vestida, y díjome: «Segun en tu semblante parece, ¡qué gran miedo has habidó!» Yo, con la grande alteracion, y porque mi ánima por el cuerpo andaba saltando de un cabo á otro, buscando por dó salir, no tuve esfuerzo alguno para responder; mas ella prosiguiendo, dijo: «¿Conócesme por ventura? Dilo, no temas ya; que aquella que en tal espanto te puso, en gran deleite lo puede convertir.»

Oyendo yo esto, teniendo la vida con gran fuerza, temblándome el corazon, dije: «A mí parece, Señora, que ya otras veces os he visto, cuando la doncella, llevándome por la mar á la gran fusta, en vuestra presencia me puso; yo soy muy maravillado si así es. ¿Cuáles enojos y desservicios tuvieron tanta fuerza que con las semejantes crueldades mereciesen ser vengados?—Dejemos ahora, dijo ella, de hablar en eso; porque muchas veces con las amargas cosas que al apetito muy contrarias son, se causa gran sanidad y descanso á aquellos que mucho contra su voluntad las toman y reciben; y así podria á tí acaecer en lo pasado y porvenir. Conviene que, dejando el temor, te vengas sin él conmigo, y mostrarte he tales y tan extrañas cosas, que, aunque viéndolas comprehenderlas pudieses, tus ojos nunca las vieron ni ver pudieran faltando yo de ser la intercesora.» Pues yo, no teniendo ni esperando otro remedio alguno, sino obedeciendo aquella gran sabidora, hallándome indigno que el muy poderoso Señor con milagro de allí me sacase, acordé como mejor partido de seguir tal mandamiento.

A esta sazon vinieron por aquella cueva dos enanos con sendas antorchas, que con mucha claridad alumbraban, y tornando por el camino que trajeron, la dueña y yo los seguimos. Cierto creo yo que nuestro andar todavía hácia bajo turase muy poco menos de dos horas, en fin de las cuales fuimos llegados á otra puerta, que salidos por ella, hallamos cielo con muy claro sol, y tierra que parecia ser firme, en que encima de una peña se nos mostró una muy hermosa fortaleza, acompañada de hermoso y muy alto muro y muy grandes y espesas torres; y la dueña, sin me decir alguna cosa, comenzó la gran cuesta á subir, y yo tras ella, deseando ya ver y saber el fin que seria de aquel tan extraño viaje. Pues así anduvimos hasta ser en un llano que delante la puerta de aquel grande alcázar estaba, donde la dueña me preguntó si por ventura tenia en la memoria cómo aquella fuerza se llamase. Yo, por aquella pregunta mal avisado, con mas diligencia comencé á traer los ojos en torno de aquello que devisar podia; y vi á la una parte del llano un arco de piedra muy hermoso, y encima dél una imágen de gran estatura, con una trompeta en la diestra mano, puesta en la boca, como que queria tañer, y luego adelante el arco un palacio, que se contenia con una huerta de muy grandes y hermosas arboledas, y un poco mas adelante del arco, un grande mármol de piedra en el suelo hincado; y luego me ocurrió á la memoria, segun la noticia della habia habido, ser este el arco de los leales amadores, que en la ínsula Firme aquel gran sabidor Apolidon hubo dejado, y díjele á la dueña: «Señora, á mi parecer, por esta señal que aquí se nos muestra, y por todo lo otro que mis ojos ven, creeria yo ser esta la ínsula Firme; no sé si en ello mi juicio está errado.» La dueña, vuelta á mí el rostro muy amoroso, dijo: «Tú dices verdad, que esta es la ínsula que declaras, y pláceme muy mucho porque tu ingenio esté tanto al cabo del verdadero conocimiento, porque sepas discerner y determinar todas las otras cosas que te quiero mostrar, y sígueme.»

Entonces fuimos llegados á la puerta de aquel grande alcázar, que abierta hallamos, y entramos dentro. Guióme la dueña á la cámara Defendida, la cual yo conocí bien, por aquellas señales mesmas que en esta grande escriptura ante fueron mostradas. Allí vi aquellos padrones de cobre y de mármol, y las letras que encima de la puerta se mostraban; pero cuando dentro della fuimos, la riqueza y cosas extrañas suyas, que en ella estaban, era de tanta admiracion, que por ser imposibles de las dejar por escripto, en memoria dejarán de ser aquí recontadas, así aquellas que la cámara en sí contenia, como las del destajo muy hermoso, que la pared del cristal apartaba. Pues estando yo muy espantado, hincados los ojos en ellas por mirar, la dueña me dijo: «Aunque esto te parezca muy extraño, mira hácia esta otra parte.» Y entonces, volviendo la

cabeza, vi en dos sillas muy ricas, labradas de oro, guarnecidas de piedras de gran valor, sentados un caballero y una dueña, con coronas reales en sus cabezas; el caballero vestida una loriga muy blanca y hermosa, con todas las otras armas que le convenian, sobre las cuales tenia una espada, que la vaina y correas eran tan verdes como una ardiente esmeralda, trabadas con gonces y tornillos de oro; pero el rostro y manos habia desarmadas, y tenia á los piés un enano, asentado en un cojin de seda, y el escudo al cuello, y encima de su cabeza un yelmo muy hermoso guarnecido de oro, hecho por grande arte con aljófar muy grueso; la dueña era muy hermosa á maravilla, y vestida de unas muy ricas flores de oro, hechas á la antigüedad de su tiempo, de muy extraño traje.

Estándolos yo mirando con grande aficion, que mucho deleite sentia, dijo la dueña: «Comprehende bien la hermosura destos; porque conviene de te mostrar otros.» Y volviendo á la otra parte, vi en dos sillas imperiales, mas altas que las primeras, otro caballero y otra dueña, con sendas coronas en sus cabezas, y á mi parecer mas hermosos que los que antes habia visto; tenia el caballero á sus piés, sentada en una grada, una doncella ricamente vestida, puesto á su cuello un escudo, y en las manos un yelmo tan rico, que ninguno otro, por rico que fuese, se le podria igualar; sus rostros eran tan resplandecientes en hermosura como los claros rayos del sol. La dueña sabidora me dijo: «¿Has bien mirado este caballero y esta dueña?—Sí, dije yo.—Pues sígueme, y mostrarte he mas.» Entonces, salidos de la rica cámara, entramos en una sala muy grande y muy hermosa, en la cual hallamos sentados en sus sillas reales, de dos en dos, cuatro caballeros y cuatro dueñas; los caballeros eran armados de muy ricas armas, y sus rostros dotados de gran hermosura; tenian á sus piés, en un tapete de seda, tendidos sus escudos, y los ricos yelmos encima de ellos. Las dueñas parecian tan hermosas, en especial una dellas, que era maravilla mirarlas. La dueña me detuvo allí un gran rato, porque pudiese muy por entero mirar todas aquellas cosas extrañas que en sí tenian; y luego me llevó consigo á la parte y lugar donde los primeros habiamos dejado; y poniéndome delante dellos, me dijo: «Este caballero y esta dueña que aquí ves, sábete que es aquel Amadís de Gaula, de quien tan extrañas y tan famosas cosas has leido; la dueña es Oriana, que se llamó sin par, por no le igualar otra ninguna en hermosura; y estos otros, que en mas altas y ricas sillas están, son aquel bienaventurado caballero Esplandian, amigo y servidor del muy alto y poderoso Señor, y grande enemigo de los infieles, y esta dueña es la su muy amada mujer Leonorina, emperatriz de Constantinopla. Agora vamos á los otros que viste, porque te sea manifiesto quién son.»

Pues ella yendo, dije yo: «Buena señora, ruégoos yo cuanto puedo que me digais desta doncella quién es.—Esa, dijo ella, es la doncella Carmela, de Esplandian, que, por su discrecion y gran lealtad, mereció ser puesta entre los reyes y reinas; y así lo deben ser todos aquellos que, siguiendo la virtud, desechan las cosas que dañarla pueden.» Y salidos de allí, tornamos á la gran sala, donde los otros caballeros y dueñas eran; y llegando á los dos primeros, dijo la sabidora: «Ves aquí á don Galaor y á la hermosa Briolanja, su mujer; y estos otros son el esforzado don Florestan y la reina Sardamira, y los terceros aquel esforzado y orgulloso de corazon, Agrájes, con la su Olinda, y los postrimeros Grasandor con la cortés y muy cuerda Mabilia; mírales á tu voluntad, y ruégote que me digas cuál destas señoras mas hermosa te parece.—Ciertamente, Señora, dije yo, como quiera que mucho deseo tengo de ser obediente á cumplir vuestros mandamientos, muy grave se me hace ponerme en la tal determinacion, porque la hermosura de las mujeres en los ojos de los hombres es juzgada segun el amor y aficion de cada uno, donde se siguen muchas contrariedades; de manera que muy pocas veces concurren en una concordia. Mas, por ser, como dije, obediente á vuestro mandado, diré aquello que mi juicio alcanza; yo he mirado con los ojos corporales, y aun con los del entendimiento, todas estas señoras, porque habiendo muchas veces leido en su historia la excelencia de sus beldades, por dicho me tenia que ellas eran al cabo de todas las que en el mundo en su tiempo fueron, en especial Oriana y Leonorina; mas, segun agora me parece, no lo puedo así juzgar, que, segun la muy gran hermosura y apostura y lozanía desta reina Briolanja, no veo yo que ninguna destas reinas la tenga mas crecida; y soy muy maravillado cómo esta no acabó la aventura de la cámara Défendida cuando por ella fué probada.»

Como esto por la dueña fué oido, dijo: «Agora te digo que me hallo con culpa en te haber así aviltado y despreciado al tiempo que la vez primera te vi, porque, segun en esto con tan profundo conocimiento has juzgado la verdad, no merecias ser así de mí tratado; y quiero responder á esto que dices: sábete que cuando esta hermosa reina Briolanja dijo en la villa de Fenusa, donde el rey Lisuarte estaba, á Amadís que queria probarse en esta cámara, Amadís lo otorgó que lo hiciese, de que muy gran saña á su señora Oriana se le siguió. No pasó en la verdad así, antes fué en todo al contrario; porque viendo Amadís que la imágen de Grimanesa no era igual en hermosura y apostura á la desta reina, y que si la aventura probase, muy ligero seria de la acabar donde su señora Oriana estaba; pero que ninguna esperanza le quedaba de ganar aquella honra y descanso, siendo él señor de la ínsula, aconsejóle que antes que allí fuese se tornase á su reino, y que él muy presto iria por ella y la llevaria á la prueba; y por esta causa cesó su ida, como lo deseaba. Despues, en aquel medio tiempo, sobrevinieron las grandes disensiones y enemistades entre el rey Lisuarte y Amadís, por donde todo lo otro quedó como en olvido puesto, hasta que la ventura trajo en cabo de gran pieza de tiempo aquel grande ayuntamiento de gentes en esta ínsula, cuando Amadís y el emperador de Roma y otros muchos caballeros fueron casados, como tú bien sabes; donde por el mismo Amadís le fué hecho á esta hermosa reina otro engaño, ó á decir verdad, mayor agravio; porque al tiempo que Grasinda y Olinda y Melicia en esta aventura se probaron, y della fallecieron, recelando todavía Amadís la gran hermosura desta que digo,

que no estaba en mas de la ganar que de la probar, tuvo manera como antes que ella, Oriana la probase; así que, esta hubo perdido, no á su culpa, mas á la ajena, aquel galardon, aquella victoria qúe su gran belleza y lozanía le otorgaba.—Ciertamente, mi buena señora, dije yo, como quiera que desta hermosa señora le fuese robada esta tan famosa gloria que alcanzar pudiera, no pierde por eso de ser una estrella muy reluciente en hermosura entre las que en su tiempo fueron.»

La sabidora dueña, sin á esto mas responder, dijo: «Agora te ruego que me digas aquello que te parece de los caballeros, no digo de su hermosura, porque muy notorio parece no ser la de ninguno dellos con grande parte igual á la de Esplandian; mas lo que de tí quiero saber es, cuál te parece que por razon debe ser mas valiente.—Señora, dije yo, esta demanda se me hace mucho mas grave que la primera, porque aquello que los ojos ven, con mucha razon pueden gran parte de lo cierto juzgar, así como fué en lo destas reinas; pero acertar en lo invisible, no siento juicio, si por muy gran dicha no, que la determinacion dello alcance; y si por ventura lo que diré fuere al contrario de la verdad, con mucha razon mi inocencia debe ser perdonada; y digo, en respuesta de lo que me mandais, que, como quiera que estos caballeros son dotados de gran hermosura, muy bien tallados y de crecidos cuerpos, por donde parece que por razon se pueden en toda valentía juzgar, al que mas mi aficion se acuesta, y ternia por mas valiente, segun el varonil parecer del cuerpo y gesto, es este don Florestan, rey de Cerdeña, dejando por poner en la cuenta á Esplandian, que habiendo empleado sus fuerzas, poniéndolas tantas veces á la cruda muerte, por servir al mas poderoso Señor, desechando todas las vanaglorias y gran parte de las locuras que estos otros siguieron, cierto es que ninguno dellos ni todos juntos no podrian ser sus iguales.»

Oido esto por la dueña, dijo: «No quiero otorgar ni contradecir tu razon; solamente digo que tengo en la memoria cuando este don Florestan que decis derribó en la floresta á Agrájes y á don Galaor, y tras ellos á Amadís, por donde fué manifiesta á todos su gran valentía; mas de lo que desto sucedió despues, no te diré ninguna cosa de la verdad, que la grande aficion mia y de otras no daria lugar á la lengua que lo hablase. Y pues que así has respondido á mis preguntas, ruégote mucho que me digas si allá en ese mundo donde vives, si viste en algun tiempo tales reyes y reinas como estas; que esto no te puede ser grave, pues sus grandes y famosos hechos, mucho mejor que otro ninguno lo sabes; y asimismo lo que con tus proprios ojos has visto.—Todo es verdad, mi buena señora (dije yo), lo que decis, y así lo diré yo en mi respuesta. Cierto es que en estos nuestros reinos donde yo nací y mi habitacion hago, he visto algunos reyes y reinas que, en mi juventud, de la trabajosa vida á la cruel muerte vinieron. Y porque con la tierna edad no puede ser junto el verdadero conocimiento de las cosas, dejaréos de contar lo que con prosperidad y adversidad pasaron; pero de aquellos que con gran certidumbre puedo hacer muy verdadera relacion, por mí os será manifiesto, sin que un punto de la verdad salga. Y esto es de los grandes y muy famosos hechos del Rey y Reina mis señores, que en esta sazon casi todas las Españas, y otros reinos fuera dellas, mandan y señorean. Que sabréis, Señora, con verdad que este gran rey que digo, en hermosura de rostro, en gentileza de cuerpo, en grande habla, en acabada discrecion, y en todas las otras virtudes y gracias que á rey conviene tener, ninguno destos vuestros se le podria igualar. Pues del grande ardid y esfuerzo de su corazon, no bastará mi juicio á lo contar, segun las grandes cosas que por él han pasado desde su tierna edad hasta este tiempo en que estamos, así las que tocan á esfuerzo, como las que con gran discrecion deben y merecen ser loadas; y por esto lo dejaré, tornando á la reina muy famosa de que os hice mencion. Esta es la mas apuesta, la mas lozana, la mas discreta, que no solamente no la vieron otra semejante los que hoy viven, mas en todas las escripturas pasadas ni memorias presentes que de la gran antigüedad quedasen, desde que aquel grande Hércules comenzó á poblar las Españas, no se halló otra reina que á esta, con muy gran parte, igualar pudiese. Y dejando aparte ser su discrecion, su honestidad tanto en el extremo subidas de su gran hermosura y graciosidad, digo que por muchos muy discretos fué juzgado mas por divinal el su hermoso parecer que temporal, no porque lo fuese, mas porque á ello muy allegada pareciese.—Aunque yo, dijo, la sabidora, por otros sepa ser verdad todo lo que has dicho, muy gran placer siente mi ánimo en lo oir de tí, que por lo que en lo pasado he visto, creo no me dirás sino aquello que cierto es. Y si á mí dado me fuese lugar para los ver y servir, demás de les decir algunas cosas que no saben, aconsejarles-hia que en ninguna manera cansasen ni dejasen esta santa guerra que contra los infieles tienen comenzada; pues que con ella sus vasallos serian contentos de los servir con las personas y haciendas, y el mas alto Señor de les ayudar y favorecer, como hasta aquí lo ha hecho, y en el cabo hacerles poseedores de aquella grande gloria que para los semejantes tiene guardada. En esto no se hable mas, porque ninguno me puede decir tanto de sus grandes excelencias, que á mí no me sean muchas mas manifiestas.—Eso, dije yo, podréis vos, Señora, creer sin duda alguna; y pues que mandais que en esto no se hable, como cosa tan grande que casi cabo no tiene, quiero preguntaros á qué fin ó por qué causa teneis estos reyes y reinas.—Yo te lo diré, dijo ella, de buen grado: tú sabes cómo yo fuí presente en el mundo cuando estos lo fueron, y así sabes cuántas cosas yo hice por ellos, y el amor tan grande y obediencia que me tuvieron. Viendo pues que no se podia excusar que á la escura y triste muerte no viniesen, hube yo grande mancilla que personas tan altas, tan hermosas y tan señaladas en el mundo en todas las cosas, la cruda y pesada tierra los gozase, y tuve manera cómo en uno en esta isla que estamos todos ellos fuesen ayuntados. Y yo, con mi gran saber, hice tales y tan fuertes encantamientos sobre ellos y sobre la isla, que arrancándola de sobre la tierra así junta como ves, y estos reyes y reinas asentados en estas sillas, como estaban entonces, tornados en aquella edad y hermosura por mí, que en tiempo que con mas perficion la sostuvieron, por

una muy grande aventura que en la tierra hice, lo puse todo en el centro abismo de lo hondo, por donde ando moviéndolo de unas partes á otras, á mi voluntad; y la fin que desto yo atiendo es, que la fada Morgaina, que despues de mí, pasando gran tiempo, vino, me ha hecho saber cómo ella tiene encantado al rey Artur, su hermano, y que de fuerza conviene que ha de salir á reinar otra vez en la Gran Bretaña. Que entonces podrian salir estos caballeros, porque juntos con él, en mengua de los grandes reyes y príncipes de los cristianos, pasados sus sucesores, con gran fuerza de armas ganen aquel gran imperio de Constantinopla y todo lo otro que por su causa está señoreado y por fuerza tomado de los turcos infieles, enemigos de la santa fe católica; á lo que nunca estos reyes que dije quisieron volver cabeza para lo remediar, antes con mucha codicia, con mucha soberbia, no piensan ni trabajan sino en aquellas cosas mas conformes á sus dañados apetitos, que al servicio de aquel Señor que en tan grandes señoríos y estados los puso.»

Yo, que esto oí, fuí mucho dello maravillado, y dije: «Señora, ¿y es cierto que en cabo de tantos años que por ley natural estos debian ser por muertos sacados del mundo, que hayan de tornar á él, haciendo aquellas cosas que cuando vivos hacian?» La dueña dijo: «Mi buen amigo, cree verdaderamente que si el rey Artur sale á reinar, como dije, que estos saldrán con él, y si no, quedarán como los ves hasta su tiempo; y porque mucho te he tenido, quiero que sepas la causa por donde aquí venir te hice, y lo que mandar te quiero.» Entonces ella, yéndose de allí, salida de la gran sala, y yo siguiéndola, entramos en una cámara muy rica, de muy extraña labor, donde estaba un hombre sentado en una silla, con vestiduras largas y honestas, la barba y cabellos crecidos, tenia en sus manos un libro guarnecido las cubiertas con chapas de oro por sotil arte labradas. La dueña me dijo: «Este que aquí ves es aquel gran sábio maestro Elisabat, que escribió todos los grandes hechos del emperador Esplandian, tan por entero como aquel que á los mas dellos presente fué, como en este libro que ves se muestra; y porque aun tú no has visto ni podido alcanzar el fin dello, sino solamente hasta que este Esplandian vió á su señora, y se partió della en la fusta por la mar, así como lo hallaron en la tienda de piedra cabe Constantinopla, por donde fué manifiesto, quiero ahora, revocando el mandamiento tan premioso que te hice, en que no procedieses mas adelante en esta obra, que veas por este libro aquello que adelante sucede, y de aquí lo lleves en memoria, para que, poniéndolo por escripto, sea divulgado por las gentes; pues que gran sinrazon seria, sabiendo aquello que pasó hasta allí, como dije, no gozasen de lo que no saben ni saber podrian si de aquí tú no lo llevases. Y esto hago, por te quitar del trabajo que pasarias en lo componer de tu albedrío, y aun porque no me fio de tí, ni estoy segura que tu juicio bastase para tan grandes cosas contar. Y porque esto está en la letra griega, para tí es excusado leerla, pues que no la entenderias, leértelo ha en la tuya esta mi sobrina Julianda, que aquí viene.—Oh señora, dije, ¡qué tan grande beneficio es este para mí, y qué tan gran consuelo he habido en que de aquí lleve esto que yo tanto ver deseaba! Y aunque otra cosa en ello yo no ganase sino satisfacer á vuestra voluntad, y que de aquí adelante no sea de vos espantado como hasta aquí he sido, tenerme he por hombre de buena ventura.»

Entonces tomando aquella doncella el libro de las manos del Maestro, declarando lo que en él estaba, en el lenguaje que yo muy bien entiendo, comenzó á leer dende allí donde dije, que es cuando Esplandian fué partido en la tumba de la presencia de su señora, y puesto en su nave, se metió á la alta mar, hasta dar en la fin del libro, siendo ya casado, con título de emperador. Lo cual por mí oido, como con deleite lo escuchase, teniendo las orejas muy atentas en ello, toda la mayor parte me quedó en la memoria. Eso así acabado, como habeis oido, deseando mucho salir de un tan extraño lugar, así para descanso, como para poner en escripto lo que dicho tengo, dije á la gran sabidora si mandarme queria mas. Ella respondió que no por entonces. «Pues, Señora, dije yo, ruégovos, por vuestra bondad, que dándome licencia, deis órden cómo de aquí salga.—Así se haga, dijo ella;» y mandó á aquella su sobrina que me llevase consigo y me pusiese donde yo queria.

Entonces ella, cumpliendo lo que le era mandado, se tornó comigo á la cueva que ya oistes; por donde anduvimos hasta ser en el fondon del pozo, y allí, haciéndome poner la diestra mano en un muy pequeño libro, fuí preso de un muy pesado sueño. No sé yo por qué tanto espacio de tiempo fuese, pero despertado dél, halléme encima de mi caballo, y en la mano el falcon, con su capirote puesto, y el cazador cabe mí, de que muy maravillado fuí, y díjele: «Dime, ¿no volamos una lechuza con este falcon?—No, dijo él, que aun hasta agora no la hemos hallado, ni otra cosa que volar pudiésemos.—¡Santa María! dije yo, pues ¿qué hemos hecho?—No otra cosa, dijo él, sino llegar aquí donde estamos, donde os tomó un sueño tan fuerte, que nunca vos he podido despertar, así como estáis á caballo, tanto, que pensé que alguna mala ventura era, que de tal manera vos tenia casi como muerto.—¿Qué tanto duró esto? dije yo.—Pasará de tres horas, dijo el cazador; de que soy maravillado cómo vos acaeció lo que nunca hasta agora os vi.—No te maravilles, dije, pues que á tí cada dia lo semejante acaece; vámonos agora á nuestra caza, y procuremos de cebar este neblí.» Así nos partimos de aquel lugar, y como yo con gran sobresalto estuviese del miedo primero, aunque en sueño habia sido, y con gran placer de la fin dello, deseando cumplir lo que me era mandado, no pude por ninguna via allí sosegar; y tomando el camino, me torné á mi casa, á la cual llegado, apartado de todos, tomando tinta y papel, comencé á escrebir aquello que en la memoria traia, como agora oiréis.

CAPITULO C.

De cómo Esplandian partió de Constantinopla la via de la montaña Defendida, y la fortuna de la mar lo echó á un extraño puerto cerca de la villa de Alfarin, donde halló seis caballeros de los suyos en una cruel batalla, peleando con muchos turcos, y de las maravillas que en armas allí hizo.

Dicho se vos ha cómo, despues de habèr salido Esplandian de la recámara de su muy amada y hermosa Leonorina en la tumba donde estaba, que la doncella Carmela y aquellos dos caballeros Enil y Gandalin lo pusieron en la nave, y cómo de allí lo mas presto que él pudo se partió por la mar. Pues agora vos será contado lo que de aquel viaje le acaeció. Así fué, que navegando la via de la montaña Defendida, donde él deseaba ir por la ver, y certificar á qué recaudo tenian al rey Armato, que preso allí dejó, la fortuna, que muy poco cuidado tiene que el pensamiento y deseo de los hombres sea en aquella manera que ellos querrian ejecutado, si no es conforme á la movible voluntad, porque gozando de aquel consentimiento suyo, así sean obedientes en todas las otras prósperas ó adversas cosas que por ella guiadas son; desviando la fusta por otra diversa via, púsola en la parte donde este esforzado caballero fuera para siempre lastimado, si en la tal afrenta no se acertara. Y esto fué, que por la gran fuerza de un gran viento de traviesa, la nave aportó en la ribera de la mar, dejando á la siniestra mano la fuerte villa de Alfarin, donde los caballeros sus amigos habia dejado. Pero siendo cerca de la tierra, vieron entre unas ásperas peñas un ayuntamiento de gentes armadas, revueltos unos con otros, dando grandes voces y alaridos, como que entre sí alguna peligrosa batalla hubiesen. Lo cual visto por Esplandian, como aquel que en todas las cosas gran conocimiento en sí hubiese, dijo á Enil y Gandalin: «No me creais si esta nuestra fusta en vano fué aquí venida; por ende seamos luego armados, y vamos á aquella gente; que mi corazon me dice que no será en vano nuestra ida. Y esto digo porque, como vosotros sabeis, quedaron en la villa de Alfarin aquellos caballeros nuestros amigos, que, queriendo usar de su gran virtud y gran fortaleza acostumbrada, habrán salido á esta parte, que de enemigos toda es; donde, aunque la entrada sin peligro fuese, por ventura la salida hallarian mas trabajosa, como en semejantes afrentas acaecer suele; y si como lo pienso fuere, tomarémos juntos con ellos la muerte ó la vida, guiándolo la ventura á su placer.»

Entonces fueron de sus escuderos armados, y salidos de la nave en la tierra, yendo al mayor paso que pudieron hácia la gente que dije que habian visto; y siendo ya cerca della, mostróseles claro cómo ciertos caballeros paganos, á su parecer en número de hasta treinta, bien armados de escudos y yelmos y lorigas, que á pié estaban, y con ellos hasta otros veinte hombres de mas baja suerte, combatian á seis caballeros muy bravamente, que desde unas peñas se defendian con muy grande esfuerzo. Los cuales, por las señales de las armas, luego dellos fueron conocidos ser los que sospechaban. Y siendo ya mas cerca de aquella gente, Esplandian en voz alta dijo: «Tiradvos afuera, gente mala, amigos y servidores del enemigo malo, y dejad los caballeros de nuestro Señor Dios; si no, todos seréis muertos y destruidos.»

Cuando aquesto por aquella gente fué oido, teniendo que de los suyos fuesen que á ayudarles venian, y agora por aquellas palabras conociesen ser así como los otros contrarios, partiéronse la mitad dellos para resistir, no teniendo en nada sus amenazas y gana de los matar. Mas Esplandian les fué al encuentro y sus compañeros; así que, en uno fueron juntos, donde se les siguió una peligrosa lid; que como aquellos muchos fuesen, y los mas bien armados, y tenian lo alto de la peña, herian á su salvo y á su voluntad en los de abajo con las lanzas y saetas de arcos, y con pesadas piedras que rodando les echaban. Pero aquel muy esforzado Esplandian y los dos sus caballeros no fueron por eso desmayados ni espantados; antes porfiando todavía por se juntar mas con ellos, todas aquellas afrentas recebian en sus escudos, hasta que por fuerza, sin que se lo pudiesen resistir, se metieron terriblemente entre ellos, haciéndolos dos partes, dejando por donde iban muertos á todos los que delante se les paraban. Allí pudiérades ver las grandes maravillas que Esplandian hacia, allí pudiérades juzgar ser este el cabo de todo el esfuerzo y de toda la órden de caballería, que despues que entre ellos fué, nunca dió golpe á caballero ni á ninguno de los otros, que mas del suelo levantarse pudiese. Pues de Enil y Gandalin vos digo que, mirando lo que su caudillo hacia, junto con sus esforzados corazones dobladas sus fuerzas, le iban siguiendo, guardando que las espaldas no le tomasen, derribando y matando todos aquellos que por los herir á éllos se juntaban. Así que esto fué por los que en las peñas se defendian visto, cómo aquellos tres caballeros habian desbaratado tantos de sus enemigos, con mucha mas esperanza que basta allí tenian, salieron todos juntos de aquella guarda, y aquejaron tanto á sus contrarios, que los pusieron, á mal de su grado, con los pocos que de Esplandian se retraian; así que, los unos y los otros fueron en medio de sus enemigos puestos. Mas ellos, viendo tantos hombres muertos de los suyos, y otros heridos, que grandes voces daban, desamparando la pelea, comenzaron á huir por entre las peñas, pensando de se escapar; pero antes fueron muertos algunos dellos, y los otros se salvaron porque aquellos caballeros, con el gran peso de las armas que traian, no los pudieron seguir.

CAPITULO CI.

Cómo el caudillo y flor de Bretaña,
Viendo las llagas de todos seguras,
Se parte á buscar mayores venturas
Do pueda vengar su hambrienta saña;
Y entrada en un valle la santa compañía,
Hallaron la maga llamada Melía,
Y vieron á Frandalo cómo venia
Con otros sesenta por una montaña.

Esto así hecho, conociéronse luego los caballeros, y quitados los yelmos, abrazáronse muchas veces, como aquellos que de todo corazon se amaban. Esplandian les preguntó qué habia sido aquello, y qué ventura allí los habia traido. Elian el Lozano le dijo: «Señor, Trion y Ambor, y dos hijos de Isanjo y yo, rogamos

mucho á Belleriz, que aquí está, que nos guiase á algun lugar donde pudiésemos ganar alguna honra, y por amor nuestro sacónos esta noche que pasó, de Alfarin, y púsonos en la halda desta montaña, á vista de una villa que en la ribera de la mar asentada está, y desde allí matamos algunos turcos que caminaban á otras partes. Y fuimos en ello tan embebidos, que nunca Belleriz, por cosas que hizo, nos pudo de allí quitar, hasta que de la villa, que Galacia se llamaba, salió mucha compaña de caballeros y peones, tantos, que no los podiamos sufrir; y aunque algunas vueltas sobre ellos dimos, y matamos algunos dellos, en fin nos convino retraer á este lugar, dejando los caballos, que por ellos luego muertos fueron, y así lo fuéramos nosotros, si aquel Señor en cuyo servicio andamos, con vos y esos caballeros no nos socorrieran.—Mis buenos amigos, dijo Esplandian, gran yerro hécistes, pues que á Belleriz por guia llevábades, no seguir su consejo, que provecho vos hiciera, aunque á muchas de aquellas muy civiles gentes hubiésedes muerto; que asimesmo fuérades vosotros todos. ¿No se vos acuerda que estamos en parte donde es mayor pérdida uno de nos que mil de los enemigos? Tomad siempre todas las cosas por razon, sin tentar aquel nuestro muy poderoso Señor, cuyos somos, y seréis dél ayudados y guardados de peligro, porque semejantes milagros que estos no vos verán muchas veces; que, como quiera que todos seamos en el servicio suyo, como decis, no quiere ser él servido sino por el camino de la razon. Y si en otras liviandades nos ponemos, así hallarémos liviana la su ayuda y merced; y porque me parece que estáis muy mal heridos, decendamos abajo, y en una fusta que yo traigo, presto podrémos ser donde muy bien remediados seréis.» Y ellos le dijeron: «Señor, no tenemos herida de que mucho mal sintamos; pero hágase lo que mandais.»

Con esto se bajaron de las peñas, y hallaron cómo Sargil y los dos escuderos de Enil y Gandalin tenian por las riendas atados á los árboles todos los mas caballos de los caballeros que habian muerto y desbaratado; y como Belleriz los vido, dijo á Esplandian: «Señor, si en lo pasado algun yerro hubo, no fué á mi cargo; mas por eso no debemos dejar el bien que se nos podria ofrecer en lo por venir. Y pues estos caballeros no son mal heridos, háganse ligar sus heridas como mejor sea, y cabalgando en estos caballos, tornemos á la villa de Galacia, porque seria imposible que no sea salida mas gente en socorro de aquellos que desbaratastes, y podrémos hacer á nuestro salvo mucho daño en ellos.» Esplandian lo tuvo por muy buen consejo, y preguntó á los mesmos caballeros si estaban en tal disposicion, que aquello que Belleriz decia pudiesen poner así por obra. Y los caballeros respondieron que sí, y luego se hicieron atar las heridas muy bien, que no eran muchas ni muy grandes, y cabalgando en sus caballos, comenzaron á seguir la via que Belleriz llevaba. Así anduvieron una pieza por la montaña, hasta entrar en un valle de muy bravas peñas y de muy espesas matas de árboles, y mirando á su diestra, vieron una boca de una cueva, y cabe ella, sentada una cosa que les pareció la mas desemejada cosa que nunca sus ojos vieron. Y por ver qué cosa seria, apartados del camino que llevaban, subieron todos juntos hácia arriba por entre las matas. Y siendo mas cerca, de manera que muy bien pudieron determinar qué cosa seria, vieron una forma de mujer muy fea, toda cubierta de vello y de sus cabellos, que en el suelo tocaban; su rostro y manos y piés parecian tan arrugados como las raíces de los árboles cuando mas envejecidas y retuertas se muestran; así que, á todo su parecer, carecia de la órden de natura.

Mucho fueron todos ellos maravillados de ver cosa tan extraña; y preguntaron á Belleriz si sabia él por ventura qué cosa seria aquella tan extraña; y él les dijo: «Esta que aquí veis de tan extraña y disforme figura, es una mujer que fué de muy alto linaje y de gran manera, como aquella que por derecha línea viene de la muy esclarecida sangre de los reyes de Persia, y fué hermana de su abuela del gran rey Armato, que por vos, señor Esplandian, en la montaña Defendida fué preso; y como quiera que muy hermosa y en todas cosas muy acabada mujer fuese, nunca le plugo ni consigo pudo acabar de haberse de casar, mas antes se dió á saber todos los lenguajes que alcanzar pudo, y el arte de las estrellas y movimientos de los cielos, y otras muchas y extrañas ciencias, que muy acabadamente por gran discurso de tiempo deprendió; y esta, con su gran saber, muchos años há que ha dicho que en su tiempo se habia de perder este gran señorío de Persia, y mas, que habia de ser señoreado y sojuzgado por gentes extranjeras; y por esta causa mandó hacer aquella cueva que cerca della veis, donde es su habitacion y morada; y despues que á ella se vino, y rompió las vestiduras reales, nunca jamás quiso vestir otras, ni que persona alguna le hablase, y come de las yerbas y raíces dellas; y segun dicen, pasa su edad de mas de ciento y veinte años, y esta dueña puso los pilares de metal dorados que son á la fuente Aventurosa, con aquellas letras que en ellos parecen, donde vos, señor Esplandian, desbaratastes los caballeros y prendistes á la infanta Heliaja, que hasta agora nunca por alguno pudieron ser entendidas.»

Esplandian dijo: «Cierto, Belleriz, mi amigo, vos habeis hablado de persona muy extraña, y querria saber qué es lo que hace dentro de la cueva.—Eso, Señor, dijo él, no hay quien alcance á saberlo; pero todos creen que, como consigo metió muy gran número de libros, que con ellos pasará su tiempo.—Pues veamos, dijo Esplandian, ¿cómo no entran algunos dentro por ver lo que hace?—Señor, dijo él, ya lo probaron en el tiempo pasado algunos, pero salieron fuera tan maltratados, que por ninguna manera pasaron de seis pasos adelante.—Pues lleguemos mas cerca, dijo Esplandian, y preguntarle hemos en nuestro lenguaje algunas cosas.» Entonces fuéronse hácia ella, y no anduvieron mucho cuando se levantó de la peña donde estaba asentada, y dijo: «Caballero, por mas de ochenta años antes que nacieses supe yo tu venida á la tierra, y por tu causa hago yo esta tan cruel vida, la cual tengo por mejor que no de ser tu captiva.» Y diciendo esto, metióse dentro en la cueva, sin que mas la pudiese ver. Los caballeros tornaron al camino que dejaron, siguiendo la via

de Belleriz; y no anduvieron mucho cuando vieron venir por otro valle de aquella montaña una batalla de caballeros muy bien armados, de tales armas, que resplandecian, y á su parecer serian en número de hasta sesenta.

Esplandian acordó que Belleriz y Enil, lo mas encubierto que pudiesen llegasen hácia ellos y tomasen aviso alguno, porque ellos supiesen qué seria bueno de hacer en el tal caso. Estos dos caballeros, metiéndose por lo mas espeso de lo llano, á poco rato dieron sobre ellos, que por lo hondo del valle iban, y viéronlos ir tras una seña con una cruz bermeja. Así que, luego conocieron ser de los caballeros que en la villa de Alfarin quedaron, y asimesmo conocieron á aquel fuerte Frandalo, que muy ricas y hermosas armas llevaba, yendo delante de todos por guia; y sin se llegar á ellos, tornaron presto con gran gozo y alegría para lo decir á Esplandian, y como lo oyó, se fué luego para ellos. Y siendo ya á vista unos de otros, Frandalo creyendo que fuesen compaña de enemigos, aderezaron para dar en ellos; mas Esplandian, haciendo quedar á los suyos, fué él solo al mas andar de su caballo contra ellos, de que fueron muy maravillados; pero luego fué conocido de todos. Y Frandalo descendió de su caballo, y á pié se fué á él, y tomándole las manos, aunque armadas eran, se las besó muchas veces; y Esplandian le tenia abrazado, abajándose sobre la cerviz del caballo. En esto llegaron los caballeros con tanta alegría, que sus ojos eran llenos de lágrimas de placer, y todos le saludaron con mucho amor, y llamando á los otros caballeros, que arredrados eran, se juntaron. ¿Quién vos podria contar la buenaventura en que estaban, viéndose de aquella manera juntos con aquel bienaventurado caballero, que por sus grandes virtudes y católica discrecion, tanto y mas que por la valentía, era de todos amado y querido, como de sus proprios corazones y vidas amaban?

CAPITULO CII.

Cómo Esplandian y el fuerte Frandalo, con los otros caballeros, ganaron á los turcos la villa de Galacia, y cómo el autor vuelve la habla á los reyes y príncipes y grandes señores que gobernacion de cristianos tienen.

Así estando juntos, como ois, preguntóles Esplandian que por qué causa salieron de la villa de Alfarin, y asimismo les contó lo que á ellos les acaeció, y cómo iban por el consejo de Belleriz á ver si podrian tomar algunos de la villa que en socorro de los suyos saliesen. Frandalo dijo: «Señor yo supe esta mañana cómo Belleriz, mi sobrino, salió de noche con esos caballeros mancebos, con deseo de hacer alguna cosa señalada, y porque algun revés no les viniese, por ser toda la tierra de enemigos, rogué á vuestro tio Norandel que á mí y á estos caballeros diese licencia, y él con otros quedase en guarda de la villa. Y como quiera que él quisiera hacer este viaje, viéndose tan necesaria aquella guarda, otorgó lo que yo queria, teniéndolo por bueno; así que, por esto fué nuestra venida, como veis. Pero, pues los veo fuera de peligro, y á vos, mi señor, con ellos, á quien yo tanto ver deseaba, y la buenaventura y dicha que siempre vuestra presencia nos ofrece, razon es que no volvamos á nuestra posada sin que, con el ayuda de Dios y vuestra le hagamos algun servicio. Y para qué esto en efecto venga, yo tengo por buen consejo el de mi sobrino Belleriz, y pongámonos en parte que yo vos guiaré donde á nuestro salvo podrémos ver la gente que de la villa de Galacia sale en socorro de los suyos, y como el caso viéremos, así tomarémos el acuerdo.» Todos fueron otorgados en esta razon de Frandalo, y guiando él, comenzaron á seguir su viaje.

Pues así fueron por lo mas encubierto de la montaña, hasta ser ya cerca de la villa, llevando delante sí alguna pieza á Belleriz, sobrino de Frandalo, y á Enil; los cuales, asomando entre unas espesas matas á la vista del lugar, vieron cómo era salida gran gente de pié, llevando la via que sus caballeros y peones habian llevado, lo cual fué dicho luego á Esplandian y á los caballeros que con él iban. Cuando por Frandalo fué oido dijo: «Señores, agora vos digo que, si por gran desdicha no se pierde, que no ternia en mucho que la villa ganásemos; y dejemos aquella gente que se aparte bien, y en ellos trasponiendo alguna cuesta, seguidme; que el muy alto Señor es con nosotros y en nuestra ayuda.» Con esto, y con mucho esfuerzo y placer de sus ánimos, se llegaron mas adelante, y viendo la gente que iban mal ordenados, como la de los pueblos hacer suelen, y que si dellos acometidos fuesen, creian hacerles mucho daño, tuvieron por mejor lo que Frandalo les dijo. Y como la gente fué tras un gran recuesto, y metida por la montaña, Frandalo, dando una alta voz y diciendo: «Seguidme, caballeros,» puso las espuelas lo mas recio que pudo á su caballo, y fuése para la puerta de la villa, que abierta estaba, y alguna gente menúda de hombres y mujeres que habian salido por ver la gente cómo iba; estos que digo, cuando vieron los caballeros, quisieron cerrar las puertas, mas ellos llegaron tan presto y tan recios, que no lo pudieron hacer, antes comenzaron á huir, dando grandes voces, por las calles.

Esplandian, que delante iba, entró por la puerta, y Frandalo con él, y tras ellos todos los otros; y descabalgando de sus caballos, tomaron algunos dellos las torres de sobre la puerta; los otros, con grande esfuerzo, entraron por las calles por pelear con los que al encuentro les viniesen, dejando las puertas cerradas, y algunos dellos que las guardasen. Pero no hallaron defensa alguna que resistir pudiese, sino de mujeres y niños, y de algunos hombres que no eran para armas tomar; que no temiendo lo que fué, todos habian salido, así como arriba os contamos, en socorro de los suyos, que mucho tardaban.

Cuando así los de la villa se vieron perdidos, subieron algunos en las torres dando muy grandes alaridos; de manera que, aunque los suyos asaz léjos iban, fué por ellos oido; y no sabiendo qué podia ser, enviaron algunos de caballo que supiesen qué era aquello; los cuales, allí llegados, supieron luego cómo los cristianos eran dentro en el lugar, y que no habia quien resistir les pudiese, y lo mas presto que pudieron lo hicieron saber á los suyos. Cuando esto oyeron, comenzaron todos entre sí un gran llanto, maldiciendo su ventura y el dia en que nacieron, y no sabian qué hacer de sí. Mas habia entre ellos un caballero en asaz edad crecido, que así por

su linaje como riquezas abastado era; todos le tenian gran acatamiento y reverencia; este les dijo : «Amigos, no lloreis, que con ello poco ó nada se cobrará de lo que perdido es; esforzad vuestros corazones, y vamos contra aquella vil gente, con intencion de morir ó cobrar nuestras mujeres y hijos y haciendas; que mas penosa nos será la vida viéndolos en captiverio de aquellos que por razon deberian nuestros captivos ser. »

Cuando esto oyeron, allegáronse todos en derredor dél, y dijeron á grandes voces : «Señor, morir queremos todos, guiadnos y mandadnos, que hasta la muerte cumplirémos tu mandado.—Pues agora vamos,» dijo el caballero. Entonces se fueron contra la villa con gran esfuerzo, mas á aquellos que la tenian no los hallaron sin él, ni sin el recaudo que para la defender era necesario; antes ya habian tomado todas las torres de la cerca, poniendo en ellas los que las defendiesen. Y Esplandian y el fuerte Frandalo, y Enil y Gandalin, y Elian el Lozano y Trion, y otros diez caballeros con ellos, bajáronse á la puerta de la villa por donde habian entrado, que no habia en la villa otra que tanta guarda requiriese, porque otra que era á la parte de la mar no se mandaba sino con fustas por el agua; y abriendo las puertas, se pusieron juntos contra sus enemigos, que como canes rabiosos regañando los dientes, con grandes voces venian contra ellos; así que, desque juntos fueron unos contra otros, pasó entre ellos la mas cruda y espantable batalla que de tan poca gente se pudiera ver; porque los de fuera, con aquella lástima y gran rabia, sin ningun temor de la muerte, se metian por las agudas lanzas y espadas, y como pocas armas traian, sin mucho empacho de los contrarios, que muy poco dudaban su soberbia y fuerzas, eran muertos. ¿Qué vos diré? Que tanto duró la porfia y la matanza, que con la muchedumbre de los muertos ya no podian llegar unos á otros.

Pues por las otras partes no era menos el combate, aunque el esfuerzo con gran locura se mezclase, que la gente, pasando la honda cava, llegaban al muro abrazándose con los cantos de la cerca, como hombres desatinados, sin que dello otro fruto sacasen, porque entre ellos no habia escalas ni picos, ni otros ningunos artificios de aquellos que para el semejante combate necesarios eran. Mas pasada aquella gran furia, quitáronse afuera, porque los de encima del muro los mataban y lisiaban con grandes piedras. Desta manera que ois, duró aquel desvariado combate mas de tres horas, hasta que la noche vino, que los de dentro, muy cansados de matar hombres, sin que daño alguno recibiesen, cerrando sus puertas, se recogieron en la villa, donde hallaron muchas viandas y grandes riquezas, y los de fuera, teniéndose los vivos que quedaron por mas muertos que los que murieron, segun el gran daño y desventura en que estaban, habiendo perdido las mujeres, hijos, haciendas, y en la pelea sus naturales y parientes, sin esperanza alguna de lo cobrar, acordaron de se recoger á la montaña, no con voluntad de volver á la lid, mas de lo hacer saber al infante Alforaj, su señor, para que lo remediase.

EXCLAMACION DEL AUTOR.

Así pasaron aquella noche, los unos con gran gozo de sus ánimos, por la buena dicha y ventura que el su Señor les dió, y los otros con aquella tristura, con aquella amarga desventura que oido habeis; como lo pasan hasta el dia de hoy muchos pueblos cristianos que á aquel gran señorío de Persia son vecinos, siendo sojuzgados ó captivos, muertos, robados de aquellos infieles, haciéndoles renegar de la fe católica, haciéndoles adorar aquella burla y falsa ley, forzándoles las mujeres y hijas, y aun hijos, aquellos que ley ninguna tienen; haciéndoles sus pecheros, no les consintiendo usar de aquella santa ley que en el baptismo prometieron, con otras muchas feas traiciones y maldades que por los ver captivos, apremiados, sojuzgados, acometen. Y ¡que aquellos reyes, aquellos príncipes y grandes señores que la cristiandad señorean y mandan, no tomen cuidado de tal desventura, ni se les acuerde de emplear sus tesoros, sus muchas compañas de gentes en tal remedio; antes olvidando aquello á que tan obligados son, no piensen ni se desvelen sino en señorearse sobre aquellos reyes y grandes que menos que ellos pueden; deseando con grande aficion echarlos de sus señoríos forzosamente para se los robar, creyendo con aquello, creciendo en sus estados, satisfacer sus codicias, no pensando ni se les acordando de la santa ley de Jesucristo, cuyo nombre tienen y cuyas doctrinas han de seguir, como él las siguió; mas robando, quemando y destruyendo lo de sus projimos, que como para sí el bien les habian de desear, por aquel mandamiento del muy alto Señor, no curando de otra ley de órden, sino aquella que su pasion les acusa y levanta; perdiendo el sueño, el comer y reposo, por la satisfacer, y dan lugar á que muchos inocentes sean muertos y destruidos! Por cierto con mucha razon á los nuestros muy católicos rey y reina desta cuenta podemos sacar; porque no solamente, con grande trabajo y fatiga de sus espíritus, pusieron remedio en estos reinos de Castilla y Leon, hallándolos robados, quemados, despedazados, destruidos y repartidos, en disposicion de se levantar en ellos muchos reyes, por donde para siempre fueran en captiverio y en desaventurada sujecion; mas no cansando con sus personas, no retiniendo sus tesoros, echaron del otro cabo de las mares aquellos infieles que tantos años el reino de Granada tomado y usurpado, contra toda ley y justicia, tuvieron. Y no contentos con esto, limpiaron de aquella sucia lepra, de aquella malvada herejía que en sus reinos sembrada por muchos años estaba, así de los visibles como de los invisibles, con otras muchas obras católicas que por ellos son hechas y ordenadas.

Pues si estos tales reyes y grandes hombres que antes dije, por escudo y amparo de sus yerros, tener para ello justicia publicaren, y que por sus manos deben ser satisfechos, luego no seria menester el nuestro Santo Padre, ni la muchedumbre de los reyes y grandes señores, ni las leyes divinas y humanas; los cuales, siendo requeridos por aquellos así agraviados, acudirian en su auxilio, y si no lo fuesen, convidarse-hian ellos, comó obra católica, trabajando con todas sus fuerzas que la justicia se guardase, acordándoseles de las movibles co-

sas de la fortuna, que en un momento revuelve lo alto abajo, y que ninguno, por gran señorío que tenga, puede ser seguro que sus grandes fuerzas no le atormenten, y por sus personas ó por sus embajadas juntándose con el santo Apostólico para que lo remediase. Y cuando el mas poderoso Señor así conformes los viese, luego acudiria con su piedad, así como parece que el enemigo malo acude en la discordia con su malvada crueldad.

Pero dejemos agora esto, porque si el Señor del mundo no envia su divinal gracia en estos tan grandes hombres que dije, para que los haga apartar aquella nublosa nube que sus grandes soberbias, sus cobdicias y otras muchas mundanales cosas, sus entendimientos tan turbados y escurecidos tienen siempre, irá por nuestros pecados de mal en peor, así como la experiencia nos muestra en la gran diferencia que en virtud de los tiempos pasados á estos nuestros conocemos. Y torne la historia á lo comenzado.

CAPITULO CIII.

Cómo el infante Alforaj consuela á aquellos que de Galacia á la gran Tesifante se retrajeron.

La historia vos dice cómo estando las gentes de la villa en las montañas donde se retrajeron despues del combate que ya oistes, que venido el dia, como mas la razon que la pasion los sojuzgase, acordaron de se ir todos, así los que sanos quedaron como los heridos, á aquella gran ciudad de Tesifante, que despues de tiempo Samasana se llamó, donde el infante Alforaj siempre estaba. Y ante el Rey presentados, con grandes clamores y dolores y llantos le contaron su gran desventura. Así que, á todos los que los oian hacian mover sus corazones á gran mancilla y piedad. El Infante les dijo: «Amigos, no lloreis ni os aflijais tanto; que si por esa manera el remedio de alcanzar hubiésemos, ¿quién mas que yo lo procuraria, segun la fortuna me ha sido contraria? Pero antes del tal auto mujeril huir debemos, volviéndonos á aquello que los fuertes varones en las cosas de grandes hazañas y afrentas siguieron; lo cual, si á los dioses pluguiere, yo tengo en voluntad de hacer, no contra estos pocos que en mi imperio son venidos, porque aunque por mí ó por mis gentes puestos en las horcas fuesen, pensaria que antes mengua y deshonra que gloria dello se me siguiese. Mas mis sañas y rabiosas iras se tornarán contra aquel malo y falso emperador de Constantinopla, que lo causa todo, y si yo puedo, no tardará mucho la cruel venganza que sus falsedades merecen. Y en tanto vosotros no partais de aquí; que yo os mandaré remediar de manera, que no teniendo en las memorias lo que perdistes, seréis contentos.» Con esto que el Infante les dijo, algo fueron consolados, y recogiéndose á algunas posadas que les dieron, esperaban con gran deseo el tiempo en que sus haciendas, mujeres y hijos pudiesen cobrar.

CAPITULO CIV.

Cómo Esplandian envió á demandar al Emperador gente para sostener aquellas villas que habia ganado, enviándole muy ricas joyas, y á la Infanta muchos captivos, y de la respuesta que de todo le enviaron.

Esplandian y los caballeros que en la villa de Galacia estaban, viendo cómo sus enemigos se fueron de la montaña, no temiendo por entonces alguna afrenta, juntáronse todos para tener consejo de lo que harian; y pensando en sí muchas cosas, determináronse en que Gandalin se fuese al emperador de Constantinopla en la fusta que á Esplandian allí habia llevado, y en otras dos que los de la villa en el puerto tenian, y que llevase todas las joyas mas ricas que allí se hallasen al Emperador, y todas las doncellas y mozas y niños que ya no mamaban, á la infanta Leonorina, y demandase gente para que aquellas villas que habian ganado no se tornasen, por falta della, á perder, y esto que se hiciese lo mas presto que pudiese ser; y luego con gran diligencia se puso por obra, de manera que la riqueza pareció tan grande, que era maravilla de la ver; y de la gente que dije, se halló por número ser mas de mil y quinientas personas, lo cual fué luego puesto en las fustas, y con hombres que mucho de aquello sabian partió Gandalin del puerto, y sin ningun contraste llegó á aquella gran ciudad de Constantinopla; y salido de la mar, se fué al palacio del Emperador, donde le halló con la Emperatriz y con la hermosa Leonorina, su hija, acompañado de muchos altos hombres.

Cuando el Emperador le vido, luego le conoció, y dijo: «Gandalin, amigo, ¿qué venida es esta?» Y él hincó las rodillas en tierra y besóle las manos, y díjole: «Señor, Esplandian y los caballeros que con él están envian por mí á vuestra grandeza parte de su caza que en la villa de Galacia hallaron, despues que por ellos fué ganada; y esto es todas las joyas de oro y de plata, piedras y perlas, que en gran número, en una de aquellas naves que en el puerto dejo, quedan.» Y volviéndose hácia Leonorina, dijo: «Señora, aquel vuestro caballero os envia en servicio hasta mil y quinientas doncellas, y otras mozas de menos suerte, y niños y niñas, que sin sus madres se pueden bien criar.» Leonorina le dijo: «Gandalin amigo, ese vuestro señor mas me parece que es suyo que mio, porque no curando del mandamiento de su padre, ni de lo que yo le envié á mandar, que luego se viniese al Emperador, mi señor, anda huyendo como si algun engaño se le ofreciese; y si á gran descortesía no me fuera imputado, no tomaria ninguna cosa desto que me envia.»

El Emperador le dijo riyendo: «¡Cómo, hija! ¿todavía dura vuestra saña contra el mejor caballero del mundo, que tanto vos desea servir, y así lo pone por la obra?—Señor, dijo ella, yo no dudo que su esfuerzo y valentía no sea igual á la de su padre, pero cierto creo que ni él ni cuantos viven no se le igualen en crianza y gentileza.» Gandalin le dijo: «Señora, si Esplandian, mi señor, no viene á os servir en presencia, no lo debe causar sino el no haber él hecho tantos servicios, que las grandes mercedes que aquí le fuesen hechas, fuese ya él digno y merecedor de las recebir; y pues que este tal camino va fuera de la voluntad vuestra, él verná en

tornando yo de aquí, si alguna muy grande afrenta no se lo estorba.—Gandalin, dijo Leonorina, no penseis que de su vista tengo yo mucho cuidado; mas como yo haya visto el grande amor que el Emperador, mi señor, á su padre tenga, y por causa dél á este su hijo, paréceme que hace descortesía en no le ver, y quitar aquella promesa que el caballero de la Verde Espada nos dejó.» Así se razonaba esta hermosa princesa con Gandalin, encendiendo aquel muy ferviente amor que su tierno corazon en sí sostenia, y declarando su voluntad con sañosas palabras, porque sabidas por aquel que mas que á sí amaba, se le acordase cómo le mandó en presencia que, partido de allí, volviese luego á la corte del Emperador, su padre. Gandalin demandó al Emperador gente para sostener aquellas villas que por suyas estaban. El Emperador le dijo: «Eso yo lo mandaré luego remediar; que mi almirante partirá con muy gran flota, y llevará la gente y toda la mas provision que ser pudiere; y decidle á Esplandian y á esos caballeros que con él están, que esas joyas y grandes riquezas que me envian, que yo las mandaré guardar con las otras que me enviaron de la villa de Alfarin, no por mias, mas por suyas dellos, con otras muchas de las que yo tengo, de las cuales les haré merced; que aunque por el presente las tengan en poco, por tener en mucho las armas y caballos, que tiempo vendrá que las habrán menester, cuando ya la edad les fuere agravando.»

CAPITULO CV.

Del rico presente de extraño valor
Que, siendo ganada la fuerte Galacia,
Envia, do espera mercedes y gracia,
A Constantinopla el gran vencedor;
Y cómo, tomadas del Emperador
Las mas ricas joyas despues de las vivas,
Los niños y dueñas que vienen captivas
Recibe la hija con sobra de amor.

Esto así hecho, el Emperador mandó tomar aquellas joyas de la fusta, y que con las otras las guardasen; y Gandalin, desque las hubo entregado, tomó consigo todas las doncellas y las otras mujeres, y los niños y niñas, y salido de la mar, entró por la gran calle de la ciudad, llevándolos ante sí. La gente se llegó tanta por los ver, que era una gran maravilla. Allí eran las bendiciones, las alabanzas por ellos dichas de Esplandian, poniendo sus loores hasta el cielo; allí decian todos: «Este caballero es la flor del mundo, este es el cabo de las armas, este merece ser obedecido de todos aquellos que las traen; á este se debe dar la entera gloria, pues que en esfuerzo, en crianza, y en cortesía y en santidad á todos los del mundo precede.»

Pues así como habeis oido, llegó Gandalin al gran palacio, y se fué donde la Princesa estaba, y llegando en su presencia, hincadas las rodillas, y toda aquella compaña, le entregó aquel tan rico presente. La Infanta, como quiera que no lo mostrase en se ver señora de tal caballero, de quien todos publicaban que merecia ser señor del mundo, su corazon fué con la dicha alegría tan tierno, que, como una fuente, de sí lanzaba lágrimas; que por mucho que con su gran discrecion trabajó de las resistir, todavía llegaron á que sus muy hermosos ojos dellas fueron llenos; y llegándose á Gandalin, conociendo que este desde su nacimiento siempre fué muy leal á su señor Amadís, y que así lo seria á su hijo Esplandian, díjole paso, que ninguno lo oyese: «Mi amigo Gandalin, decid á vuestro señor que todas las cosas, de cualquier calidad que sean, que en mi presencia manda poner, son para mí causa de mayor tristeza y soledad, no viendo su persona.» Gandalin, que la miraba como aquel que tan sábio era en los semejantes autos, como muchos otros tales habia visto en Oriana, que desta semejante pasion herida era, conoció que esta Princesa, estando fuera de su libertad, su corazon tenia captivado, y dijo: «Hermosa señora, besando yo vuestras manos, no queda qué responder pueda, sino con aquello que vuestra grandeza conozco que mas servida será.» Entonces aquella hermosa señora mandó á su mayordomo mayor, príncipe de Brandalia, que hiciese guardar aquella gente hasta que por ella fuese determinado lo que dellos se haria.

CAPITULO CVI.

Cómo Tartario, almirante del Emperador, con mil y quinientos hombres armados en su gran flota, entró en el puerto de Galacia, en socorro de Esplandian y de los otros caballeros que allí estaban.

El Emperador mandó llamar á Tartario, su almirante, que por ser natural de Tartaria habia este nombre; y como quiera que de su nacimiento no subiese á grande estado, su sabiduria en el arte de la mar era tan crecida, que por causa della fué puesto en tan grande honra como ser almirante de un tan grande emperador; y mandóle que luego sin tardar forneciese su flota de todas aquellas provisiones que llevar pudiese, y de número de gente de hasta mil y quinientos hombres muy bien armados, y que luego en ella entrase y fuese donde Gandalin le guiase, y hiciese dello lo que por Esplandian mandado le fuese. Este almirante, así por cumplir el mandado de su señor, como porque de su natural no descansaba sino en semejantes viajes, lo mas presto que él pudo puso en obra aquello que convenia; lo cual aparejado, tomando consigo á Gandalin, que ya del Emperador despedido era, se metió en la mar con próspero viento; así que, en cuatro dias fueron llegados en el puerto de la villa de Galacia, donde por Esplandian y por aquellos caballeros que los atendian fueron con gran placer acogidos, considerando que teniendo aquella gente cargo de guardar aquellas villas, podian ellos salir sin recelo á servir á Dios y á satisfacer sus voluntades, dando contentamiento á sus fuertes y bravos corazones.

CAPITULO CVII.

Cómo ordenó los mil y quinientos
Que trajo Tartario, Frandalo el fuerte,
Partidos do mas recelan la muerte
Las vidas, y esperan dudosos encuentros;
Y cómo con sones de mil instrumentos
Y guisas extrañas, que espantan la gente,
La fusta llamada la Grande Serpiente
Arriba en el puerto sin fuerza de vientos.

Pues llegada esta gran flota como se os cuenta, luego, por el consejo del fuerte Frandalo, fué la gente y pro-

visiones repartidas en cada una de aquellas villas, segun la ciudad y necesidad lo requeria, y quedaron todos aquellos caballeros libres y exentos para hacer de sí aquello que mas servicio del mas alto Señor fuese; mas cuando por Esplandian fué oido lo que Gandalin le dijo de parte de su muy amada señora, determinóse, habiendo gran temor de le dar enojo, dejando aquella conquista en que tanto su ánimo gozo y placer sentia, de se quitar aquella que muy presto, no habiendo remedio, á la cruel muerte le podria llegar; y pensando consigo en qué manera aquella ida mejor se hiciese, aquel muy alto y poderoso Señor, de quien él siervo y servidor era, puso tal remedio, que con mas gloria y mas placer que pensaba se diese fin en aquel viaje, y esto fué, que una mañana, al romper del alba, llegó á aquel puerto de Galacia la fusta de la Gran Serpiente, que ante la montaña Defendida hasta entonces habia quedado, con trompas y instrumentos de muchas maneras, y tan acordados, que no parecia sino que los ángeles del cielo lo obraban. En ella venian pendones de seda labrados con oro, y velas muy grandes de ricos paños, y otras muchas y muy nobles cosas que á un gran emperador satisfacer pudieran. El armonía de los cantos era tan dulce, que no habia hombre que della partirse pudiese; parecian encima de las grandes alas de aquella serpiente doncellas con muy ricos atavíos. ¿Qué os diré, sino que hasta entonces, nunca por ninguno de los mortales otra tan extraña ni tan hermosa cosa verse pudo?

CAPITULO CVIII.

De cómo Esplandian y los otros caballeros entraron en la fusta de la Gran Serpiente, con mucho deseo de ver á Urganda la Desconocida, la cual, despues de haberles hablado acerca de muchas cosas, á la villa de Galacia se salió con ellos.

Cuando por aquellos caballeros fué oido aquel grande estruendo y ruido de las trompas, salieron de sus lechos donde estaban acostados, y á grande priesa demandaban sus armas, pensando que alguna gran gente de los turcos venia sobre ellos; mas luego fueron avisados por aquellos que en el muro velaban de noche, diciéndoles que no se temiesen de afrenta alguna, antes las nuevas que les traian eran de todo su placer, que supiesen que la gran fusta de la Serpiente, de Esplandian, era llegada al puerto, y que, segun el aparejo de trompas y otros muchos instrumentos muy dulces, que doncellas muy ricamente ataviadas tocaban y con ellos cantaban, no podia venir en ella sino alguna compaña que los amaba mucho. Cuando Esplandian esto oyó, fué muy alegre y dijo: «Ciertamente creo yo que decis verdad, y vamos luego á saber qué será esto; aunque yo creido tengo que es aquella gran sabidora Urganda la Desconocida, que á otro ninguno fuera otorgado tal poder, que la mi fusta sojuzgar pudiera.» Entonces se vistieron todos, y recogidos en la posada de Esplandian, se fueron con él á la mar, donde vieron la gran fusta, y aquellos tan dulces cantos que en ella se mostraban. Así que, entrando en las naves que allí eran, en ellas se fueron á lo mas hondo de la mar, y se juntaron con ella, donde hallaron á Urganda á la puerta del costado, por donde se mandaba, que les dijo: «Mis buenos señores, venios para mí, que aquí en esta fusta serpentina os quiero ver y hablar.»

Talanque y Maneli el Mesurado, y sus criados, con el grandísimo deseo que tenian de la hablar, fueron los primeros que en ella entraron, y hincadas las rodillas, le besaron las manos muchas veces; ella los abrazaba y besaba, cayéndole las lágrimas de los ojos. Esplandian entró luego, y como Urganda lo vió, hincó las rodillas ante él, y dijo: «Bienaventurado caballero, dame esas manos que las bese, que aun yo espero haber de tí algun tiempo grandes mercedes.» Él hubo vergüenza de así la ver, y dijo: «Mi buena señora, vos sois aquella que las mercedes puede hacer, y yo que delante vos me debo humillar, segun las que hasta aquí de vuestra parte he recebido, y levantáos, mi señora; que no es razon que persona de tanto valor y de tanta discrecion haga tanto acatamiento á ninguno, aunque fuese señor del mundo.—¡Oh caballero! dijo Urganda, aunque con todos los príncipes del mundo alguna templanza yo tuviese en las cerimonias, no la terné contigo, no tanto por el tu grande estado, como por te ver tan encendido en el servicio del Señor de la verdad; que el que desta excelente y católica obra carece, en ninguna otra, por grande que sea, puede con ninguna gloria permanecer.» Y levantándose en pié, habló con grande amor á todos los otros caballeros, y volviéndose á Esplandian, le dijo: «Bienaventurado caballero, segun las cosas se van aparejando, que por el presente aun están ocultas, á tí y á todos estos caballeros conviene que, sin otra tardanza alguna, porque la tu voluntad y ajena satisfechas sean, vayais á aquella gran corte del emperador de Constantinopla, que á todos vosotros mucho ama; porque si en esta sazon no se hiciese, en ningun otro tiempo, sin muy grande afrenta de muertes y peligros, se podria hacer, y demás de ser mi voluntad otorgada en que en vuestra compañía yo haga este viaje, iréis armado de las armas que aquí os traigo, de una devisa conformes, porque mas apuestos y hermosos seais allí representados; y cuando aquellas vistas allí de grande alegría y deleite pasen, habréis otras de mucho cuidado y de mucho dolor y amargura, que durarán hasta que la movible rueda de la fortuna, pasando aquella vuelta á lo bajo, haga parecer otra en lo alto, que al contrario della por todos será vista; pero antes que de aquí la gran fusta de la Serpiente con nosotros parta, quiero entrar en la villa y ver algo desta tierra, que, segun mis artes demuestran, en ella me ha de venir una grande afrenta, que hasta agora no he podido saber en qué manera será, de la cual he querido huir con todas mis fuerzas; mas la fortuna, guiadora de las semejantes cosas, como á lo mio proceda, no me da lugar; así que, me conviene pasar, á mal de mi grado, por aquella ley que sobre mí ordenada tiene.—Mi buena señora, dijo Esplandian, no temais; que si no es la ira del verdadero Señor, que á esto ningun remedio, si el suyo no, se puede poner; pero de allí no os puede venir cosa contraria, que antes no perdamos las vidas todos estos vuestros caballeros que aquí somos; y si os placiere, avisadnos antes, porque mas presto el remedio pongamos.—Mi señor, dijo ella, lo que yo hallo es, que tengo de ser presa de un muy

grande mi enemigo, mas con toda mi sabiduría, no puedo saber quién sea ni dónde.—Pues en eso, dijo Esplandian, con ayuda del verdadero Señor, por nosotros será puesto tal recaudo, que el peligro vuestro será muy liviano.—Agora nos vamos, dijo ella, á la villa, y queden en esta fusta mis doncellas y mis enanos, y enviad luego por Norandel; que no es razon que sin compañía de tan buen caballero se haga esta jornada; que á vuestro grande amigo el rey de Dacia yo os lo traigo, que le hallé herido de una batalla que hubo con Garlante, el señor de la isla Calafera, porque le queria tomar dos doncellas que consigo en su barca traia; mas el Rey, como buen caballero, peleó con él, y aunque con gran peligro de su vida, á la postre, teniéndole vencido para le cortar la cabeza, pidióle merced que le diese la vida; el Rey perdonóle, y le hizo jurar que nunca tratase la caballería sino por aquel camino que ella mandaba. A esta sazon pasaba yo por aquella isla, y tomando al Rey, lo traje conmigo hasta lo meter en esta gran fusta.—A Dios gracias, dijo Esplandian, con tan buenas nuevas como, Señora, vos nos dais, que cierto siempre he traido mi corazon quebrantado, pensando que por alguna mala ventura lo habia perdido, sin me quedar remedio de lo cobrar; vámosle á ver, que mucho lo deseo.»

Estando en esto, eran ya todos los caballeros dentro de aquella gran nave serpentina, y juntos entraron en una muy rica cámara, donde el Rey en un lecho estaba acostado, que así ellos como él en se ver hubieron gran placer; mas sobre todos Esplandian, que como á sí lo amaba, abrazándole muchas veces, viniendo las lágrimas á sus ojos en le hallar así herido, sin que él tomase parte de aquella afrenta. Urganda les dijo: «Buenos señores, pues que el Rey está á buen recaudo, dejadle, y vámonos á la villa.» Esto se hizo luego, que tomándola en sus fustas, sin otra alguna compaña, sino la doncella Carmela, de Esplandian, se pasaron al lugar donde Urganda fué aposentada, en la posada de Esplandian y del fuerte Frandalo; allí fué servida con tanto amor y aparejo, como se pudiera hacer á la noble reina Brisena.

CAPITULO CIX.

Cómo el magnánimo y fuerte varon,
Moviéndole á ello virtud y mancilla,
Delibra la gente comun de la villa,
Siguiendo el ejemplo del gran Scipion;
Y cómo con sobra de mucha aficion
Los lleva Carmela á la gran Tesifante,
Allí donde mas reside el Infante
Y toda la pérfida y rica nacion.

Pasada aquella noche, otro dia Esplandian hizo juntar en su posada, por ser allí Urganda, todos aquellos caballeros, á los cuales habló en esta manera: «Mis buenos señores, ya habeis visto cómo, por la bondad y misericordia de Dios, fué por vos ganada esta villa, sin que en ello pensásemos ni peligro de nuestras personas hubiésemos, y asimesmo cómo de las riquezas suyas y personas que para servir aparejadas eran, habeis dispuesto, como la razon os obligaba; agora os queda tomar consejo en lo restante. Aquí quedan muchas mujeres casadas, y niños á sus tetas, y otras gentes que por su gran vejez son de poco valor; pues estas tales, querer que por el trago de la gran muerte pasen, cierto, á mi ver, gran crueza conocida seria; pues pensar de las vender, á nosotros poco satisface el interese; que, segun la condicion suya, si con él nos juntásemos, muy arredrados seriamos de aquello que la virtud nos obliga; pues pensar de las querer guardar para nuestro servicio, esto ternia yo por el mas peligroso, no tan solamente en aquello que en honra toca, mas en nuestras conciencias, segun que de lo tal á nuestras ánimas grande inconviniente se nos seguiria. Así que, trayendo á nuestras memorias algunas cosas de los que vencedores fueron en las grandes conquistas, que las unas muy virtuosas, y las otras al contrario dellas, hasta este nuestro tiempo por ejemplo nos quedaron, sigamos aquellas que por magnificencia y virtud los grandes sabidores en sus escripturas dejar quisieron. Por cierto, mucho mas loado debe ser lo que aquel gran Scipion Africano, siguiendo la magnanimidad y excelencia de su corazon, con la doncella de alto lugar y muy crecida en hermosura hizo, restituyéndola á su esposo, habiéndola guardado como si fuera su hija, que aquello de que el rey deste imperio de Persia obró con el emperador de Constantinopla; que habiéndole vencido y preso en el campo, le hacia poner las palmas y rodillas en el suelo, y subiéndose con gran soberbia de su corazon, cabalgaba en él; de que la fortuna, arrepentida de haber dado tanta gloria á quien no la conocia, muy presto la pena dello le fué dada (1). Por donde, remitiéndome á vuestro parecer, tengo por bien que el malo os sea manifiesto, que es que todas estas dueñas con sus hijos, y las otras que maridos tienen, á ellos les sean restituidas, y con ellas vayan los hombres á que la grande edad del mundo casi los tiene despedidos; porque por la una parte será á virtud reputado, y por la otra, si el Señor del mundo, cuyos siervos somos, tiene permitido que este gran señorío para su santo servicio hayamos de ganar, que cuanta mas generacion en él se hallare, tanto mas la gloria nuestra será crecida.»

Como aquellos caballeros estuviesen convertidos en la propria virtud, y como ramo della juzgasen ser aquella habla de Esplandian, todos dijeron que tenian por bien que por aquella manera se hiciese. Entonces dijo Carmela: «Señor, si á vuestra merced place y á estos caballeros, yo iré con esta gente, y de vuestra parte y suya los presentaré á la infanta Heliaja.» Mucho placer hubieron todos de lo que la doncella dijo, y así lo otorgaron; y luego, sin mas tardar, mandó Urganda sacar de la gran fusta un muy hermoso palafren ricamente ataviado, y unos paños de su persona, guarnecidos de muchas y muy ricas piedras de gran valor; y vestida la doncella y puesta en el palafren, fué por aquellos señores dada licencia á todos y á todas las personas que en la villa quedaron, para que seguramente con ella se fuesen á aquella gran ciudad de Tesifante, donde á sus maridos serian entregadas; y por ellas oido, alzadas las manos al cielo, siguiendo la su

(1) Alude aquí el autor á Bayazid ó Bayaceto, emperador de los turcos, á quien Timur Lenk (el cojo), por otro nombre Tamerlan, hizo prisionero en una batalla y trató de la manera que aquí se expresa.

errada secta, á sus dioses dieron gracias; y tomando sus niños, y los mas ancianos algunas bestias de poco valor que allí se hallaron, salieron tras la doncella, siguiendo el camino que les era señalado.

Mas dejémosla con su compaña, porque la historia cuente lo que en este medio tiempo aconteció.

CAPITULO CX.

De la graciosa y cruda pelea
Que ambas las magas á manos hacian,
Donde las uñas por armas suplian,
Cuando Medea topó con Medea;
Y aunque la una sus artes rodea,
Recibe con ellas rabiosos dolores,
Y cesan sus artes con artes mayores,
Hasta que llega la espada circea.

Así fué, que hablando Esplandian con Urganda en cosas de placer, le hizo memoria de la mujer que á la boca de la cueva vieron, diciéndole su extraña figura, y cómo toda era cubierta de vello y de sus cabellos, que, segun le habia dicho Belleriz, pasaba de ciento y veinte años, de que eran grandes testigos su muy viejo rostro y las ñudosas manos, que lo uno y lo otro era ya convertido en semejanza de raíces de árboles. «¡Santa María! dijo Urganda, ¡qué gran tiempo há que me dijeron desta mujer, de quien yo muy gran deseo siempre he tenido de la ver! Ya os habrán dicho cómo esta fué infanta muy hermosa, y se llama Melia, y fué tan entendida en el arte de las estrellas, que por ellas alcanzó á saber muy grandes cosas; y despreciando el mundo, se quiso poner en aquella cueva. Y como yo haya tenido la memoria en otras ocupaciones, y me hallase muy léjos desta tierra, no pudo venir en efeto mi deseo de la poder hablar.» Esplandian, que gran voluntad tenia si por alguna manera tan extraña mujer cobrar se pudiese, díjole: «Mi señora, si á vos place, todos aguardarémos para que la veais, que muy cerca de aquí se hallará; que en esto por razon no se aventura ningun peligro.—Por cierto, mi señor, aunque se aventurase, tengo por bien que así se haga.»

Pues armándose todos aquellos caballeros, que serian de los escogidos mas de sesenta, con otros algunos de sus servidores, que por ser la guerra con infieles los tenian proveidos de armas, tomaron á Urganda consigo, y á poco rato llegaron donde la cueva era, á la boca de la cual estaba asentada aquella infanta Melia. Urganda les dijo: «Quedad vosotros, y yo me llegaré á le hablar;» y pasando adelante, siendo tan cerca que oirla podia, dijo: «Infanta, ¿querrás hablar conmigo, pues que así como tú yo soy mujer?—¿Quién eres? dijo ella.—Soy Urganda la Desconocida, que gran tiempo há que te deseaba ver.—¿Tú eres, dijo ella, la que en gran sabiduría á todos los que en el mundo son precedes y sobras? Cierto, pues aun yo no estaba de menos voluntad de te conocer; y si por bien lo tuvieres, descabalga del palafren, y siéntate aquí conmigo; que, como quiera que tú hayas sido la guiadora de venir aquellos caballeros á esta tierra, donde tanto mal cada dia hacen, conociendo la obligacion que á acrecentar tu ley tienes, sufriré la pasion que dello se me ha seguido.» Urganda, que tan vieja la vió y tan flaca, creyendo que por alguna manera la podria detener hasta que los caballeros la tomasen, apeóse y fuése para ella. Como la Infanta así la vió venir, púsose á la boca de la cueva, y dijo: «Urganda, no querria que por tí algun engaño me viniese; que veo aquellos caballeros tan cerca, que con poco embarazo que me pusieses, me podrian tomar; por eso, si hablarme quieres, llégate á mí.» Urganda, como tan vieja y tan flaca la vido, bien pensó que á dó quiera que le pudiese echar la mano la podria sacar afuera; pero no se hizo como pensaba; que desque la vieja la tuvo cerca, echó en ella las ñudosas manos, dando grandes chillidos, que gritos no podia, porque su gran edad lugar no le daba, y tiró por ella tan recio, que á mal de su grado de Urganda, la metió en la cueva; y como dentro fué, despues de haber demandado ayuda á los caballeros con grandes voces, fué tan desacordada, que casi ningun sentido le quedó. Entonces la vieja, tirándole las tocas y asiéndola por los canos cabellos, dando con ella en el suelo, la llevó por la cueva adelante gran pieza.

Como Esplandian y los caballeros tenian los ojos hincados en lo que ellas hacian, y vieron aquella revuelta, pusieron las espuelas á sus caballos y fueron por la socorrer, y los primeros que llegaron fueron Talanque y Maneli, que la amaban mucho, y Talanque se metió sin ningun temor por la cueva. Pero antes que ocho pasos diese fué caido en el suelo casi amortecido, y así lo fué Maneli, que tras él iba. Entonces llegó Esplandian en su caballo á la cueva; y apeándose lo mas presto que pudo, entró por ella, no se le acordando el gran remedio que consigo llevaba, que era aquella su espada tan hermosa, que ante ella ningun encantamiento podia tener fuerza, así como ya lo habia probado en la montaña Defendida, delante de la dueña Arcabona. Y llegando donde Talanque y Maneli estaban en el suelo, pasó por ellos, y como ya á lo muy escuro entrase, luego le fué presentada aquella gran claridad que de las sus preciosas piedras de su espada por la su gran virtud salia, y con ella vió cómo la vieja Infanta tenia á Urganda de espaldas en el suelo, y sus duras manos en la garganta para la ahogar. Y Urganda, con la rabia de la muerte, la tenia asida con las suyas de los vellosos brazos; y visto por él, fué cuanto mas pudo á la socorrer, y trabando de la vieja, dijo con grande ira: «A Dios pluguiese que fueses tú caballero armado, porque mi saña en algo fuera satisfecha;» y tomándola por los largos cabellos, la tiró contra sí, y luego acudió un jimio muy grande en demasía, y tan viejo, que las arrugas de sus cueros llegaban al suelo, y sus ojos eran como dos brasas encendidas, y dió un salto para Esplandian por le herir en el rostro; mas él, teniendo con la siniestra mano á la vieja, alzó la diestra, y dió al jimio con el puño en el rostro tan fuerte golpe, que las quijadas le hizo pedazos, y dió con él muerto en el suelo, y sacó la vieja de la cueva, hasta la poner en poder de Frandalo; y tornando á entrar, no curando de los caballeros, quiso ver si Urganda era muerta, la cual halló trayendo los brazos á una parte y á otra, como que el alma se le queria despedir; y tomándola en sus brazos, la sacó fuera de la cueva, y tornó por los caballeros, sacándolos asimismo rastrando fuera; y como el aire les dió, y aquel encantamien-

to mas fuerza no tuviese de cuanto dentro de la cueva entrasen, así ellos como Urganda en poco espacio de tiempo fueron en todo su acuerdo tornados, como si por ellos ninguna cosa pasara; mas de Urganda os digo que su garganta parecia tan negra como que ya la sangre con el alma fueran allí juntas por salir.

CAPITULO CXI.

Cómo Esplandian y Urganda, con los otros caballeros, se volvieron á la villa de Galacia, trayendo la infanta Melia presa.

Cuando Urganda así se vido, teniendo en la memoria la afrenta tan mortal que habia pasado, dijo: «Como quiera que yo al punto de la muerte fuí llegada; viéndome agora sin aquel peligro, que teniéndolo, mi corazon quebrantado era, todo es tornado en sobrada alegría, por donde estos crueles golpes de la fortuna, que tanto tememos, considerando que muchas veces nos vienen por nuestro provecho, no nos debrian espantar, mas con fuertes ánimos los debriamos sufrir, pues que, segun su movible estado, por la mayor parte tras lo mas áspero y espantado se viene el mayor descanso y alegría, teniendo siempre en nuestras memorias de seguir tal templanza, cuando en lo próspero subidos nos viéremos, que cuando á ella pluguiere de traer lo contrario, sabiendo por cierto su venida, no nos tome salteados con tanto descuido, con tanta vanagloria y soberbia, que desesperando del buen remedio, lo contrario adverso tenga tanta fuerza, que sojuzgando nuestro entendimiento, al ánima ponga en tal peligro de que ninguna redencion espere.» Esplandian le dijo: «Por cierto, mi buena señora, vos decís verdad, y esta hermosa razon por vos dicha, no solamente á vos y á nosotros, mas á todos los mortales debria ser ejemplo; y ¿qué mandais que desta mujer se haga?—Que la llevemos de aquí, dijo ella; que, segun la determinacion de nuestro viaje, que será á aquella gran corte del Emperador, ninguna cosa que á esta iguale de extrañeza y admiracion podemos llevar.» Entonces Esplandian, tomando una aljuba de seda que Sargil, su escudero, siempre le traia, y como se desarmaron, la vistió á aquella Infanta, porque algunas cosas de su cuerpo que deshonestas parecian, cubriéndolas, en toda honestidad puestas fuesen. Y poniendo á Urganda en su palafren y á la vieja en el de Sargil, quedando él á las ancas, se tornaron, con mucha risa de Urganda y de todos, á la villa donde habian salido, con aquella presa que llevaban, que en todo el mundo otra semejante no se hallaria; mostrando á Urganda aquel sartal que en aquella tierra habia cobrado. Torna la historia á la doncella Carmela.

CAPITULO CXII.

Cómo llegando á la gran Tesifante
Carmela, que á nadie se humilla ni abaja,
Estando presente la reina Heliaja,
Presenta los presos delante el Infante,
El cual los recibe con mucho talante;
Y hechas mercedes á aquella doncella,
Le da caballeros que vuelvan con ella,
Y así la despide con ledo semblante.

La doncella Carmela, como ya se os dijo, salida de la vista de Galacia con aquella compaña que tras ella iba y cuatro escuderos para que la sirviesen, que Esplandian le mandó dar, anduvo todo aquel dia hasta la noche, que la tomó en una floresta, donde reposaron y cenaron de lo que llevaban, y madrugando mucho, como las camas que tuvieron lo requerian, continuando su camino, llegaron temprano á Tesifante, donde fué tanta gente ayuntada por los ver, que no podian pasar adelante, y con gran trabajo entraron en el palacio donde el Infante y su mujer estaban; y como dicho les fué, salieron entrambos á unas ventanas que sobre un muy gran corral estaban, y vieron toda aquella gente de la manera que venia, y á la doncella en su palafren con aquellas muy ricas vestiduras.

El infante Alforaj, que ya bien la pérdida de su villa sabia, fué tan enojado de congoja, que como desatinado dijo: «Oh dioses en quien yo creo, ¿qué puede ser esto? Si yo os tengo airados, en mí se tome la venganza, y no consintais que esta mezquina y simple gente padezca, aunque por cierto mas de mí que de vosotros debo ser quejoso, porque tanto he tardado en poner en ejecucion el remedio dello. Pero yo os prometo que si la fortuna, que ahora me es contraria, algun tanto de espacio de tiempo me da, que no pase mucho sin que vuestro servicio y mi honra satisfecha sea.» La Infanta, que así lo vido, díjole: «Señor, ruégoos mucho que, aunque vuestra pasion muy grande, y con gran razon, sea, que con la discrecion sea templada; y esta doncella sea recebida como lo merece por aquel poco de tiempo que tan bien me sirvió.—Así es justo, dijo él, que se haga; que la discrecion que la pasion someter no puede, en muy pocas cosas acertará.» Entonces la Infanta mandó á un su criado que le trujese allí la doncella; y venida ante su presencia, díjole, sin se le humillar: «Infanta, pues que conoces aquel mi señor de quien yo soy sujeta, teniendo el mi corazon tan captivado, que no me da lugar que á otro alguno, si á él no, cate en señorío ni sea humillada, con gran razon se me debe perdonar. Y quiérote decir la causa de mi venida. Ya habrás sabido cómo Esplandian y sus compañeros son dentro de la villa de Galacia, y repartiendo lo que allí hallaron, cupo á su servicio esta compaña que aquí comigo llegó. Pues que á sus maridos tienes, así tuvieron por bien que tuvieses sus mujeres y chiquitos niños, para se las mandar restituir, ó hacer dellas lo que tu voluntad fuere; que puedes creer que aunque en lo general sean enemigos, á tí en lo particular desean servir en aquellas cosas que los nobles caballeros sin ofensa de sus honras y ánimas deben hacer.»

La Infanta dijo: «Carmela, mi amiga, tantos servicios he recebido desos caballeros, que en cualquier manera de prosperidad ó adversidad que por ellos pase, querria satisfacer su gran merecimiento. Pero bien sé que mi deseo no puede haber efeto sino cuando la gran fortuna y desventura suya les alcanzare; y entonces les daré yo á entender qué tan grande en conocimiento y virtud es la mi merced.» Y antes que la doncella respondiese, dijo el infante Alforaj: «Doncella, decid á Esplandian y á esos caballeros que no tomen mucho cuidado en la guarda desas mis villas, porque, aunque yermas me las dejasen, yo no las mandaria tomar, por cuanto ellas serán causa de venir en mi ayuda tantas

gentes, que pasadas esas mares, podrá mi voluntad ser satisfecha con otro tan gran señorío como el que ahora poseo. Entonces, como la Infanta dijo, se podrán galardonar los servicios que le han hecho.»

Carmela, que muy aguda y discreta era, bien entendió á qué fin aquella tan gran soberbia era dicha, y dijo: «Infante, por lo presente que vemos se podrá juzgar lo por venir; el muy alto Señor muchas veces varia la ejecucion del pensamiento de las personas con otros acontecimientos muy muchos al contrario de lo que ellas pensaban. Y porque esto satisface á lo que la Infanta dijo, no es necesaria otra respuesta. Y si á tí y á ella pluguiere darme licencia, con tal seguridad que no me sea hecha descortesía, tornarme he donde vine. —Mi amiga, dijo la Infanta, muy poca confianza es esa, segun el grande amor que yo os tengo; vos iréis segura y acompañada de caballeros y de muy ricas joyas que yo os daré.» Entonces mandó á un caballero suyo que con su gente la pusiese en salvo, y á otro hombre de su cámara que en un caballo llevase los mas ricos paños de su persona y otras muchas joyas de oro y piedras y perlas, y se lo entregase bien cerca de Galacia. La doncella no lo queria tomar; mas la Infanta la conjuró tanto con la vida de Esplandian, que le convino otorgarlo. Y tomándola consigo aquel caballero, que Falarno habia nombre, y con diez hombres suyos, la puso á la vista de la villa; y mandando al hombre que el caballo llevaba que se lo entregase, se volvió, y la doncella entró en la villa; con que todos muy alegres fueron, y juntos donde Urganda estaba, supieron della todo lo que le habia acontecido.

CAPITULO CXIII.

Cómo los dos valientes sin par,
Allí do prendieron la maga Melía,
Los sus grandes libros de nigromancía,
Con dos compañeros tornaron buscar;
Y cómo, queriendo á la cueva llegar,
Tres fieros gigantes armados hallaron,
Los cuales, despues que vencidos dejaron,
Tomados los libros, comienzan á andar.

Urganda dijo: «Mis buenos señores, aunque con gran pasion y congoja aquel infante dijo aquellas palabras, no pudiendo él saber el fin della, sed cierto que la fortuna le tiene otorgado grandes cosas, y tales, que muchos tiempos pasarán antes que otras tales se vean. Y porque esto no tardará, dejaré de hablar mas en ello; que la experiencia lo mostrará á los que hoy viven.» Y dijo á Esplandian: «Mi señor, por vos aquejar mucho en mi socorro, y porque no lo sabíades, dejastes en la cueva desta infanta muchos y muy preciados libros, por donde ella obraba. Y si por bien lo tuviéredes, no es razon que allí sean encerrados, donde ninguno, sino vos solo, los puede sacar. Pero tanto os digo que, salidos ellos fuera, la cueva quedará de tal manera, que sin impedimento alguno todos los que quisieren podrán entrar.» Esplandian, que vió que con grande aficion lo decia, deseándolos ver, dijo: «Mi buena señora, por mí no quedará de ser cumplido esto que á vos bueno parece, y pues en ello poco trabajo se aventura, luego lo quiero poner en obra.» Y tomando consigo á Frandalo y á Enil y á Gandalin, armados en sus caballos, dejando á Urganda en guarda de Norandel, su tio, que ya era venido, con aquellos caballeros salió de la villa, tomando el camino de la cueva. Y siendo á la vista della, vieron estar á la boca tres jayanes y doce caballeros muy bien armados, que daban voces llamando á la Infanta; porque algunos hombres que con ganado por la montaña andaban, que se escondieron de miedo de los cristianos, vieron por entre las matas cómo habian llevado aquella infanta vieja; lo cual dijeron algunos de aquella comarca. Y por se certificar si era verdad lo que aquellos decian, ó si lo causaba su miedo, vino allí aquella gente que os digo.

Cuando por Esplandian y aquellos otros caballeros fueron vistos, luego conocieron ser de los enemigos, y tomando sus yelmos y escudos y lanzas, fueron contra ellos lo mas recio que sus caballos los pudieron llevar; mas el trecho era largo, y tuvieron los otros espacio de cabalgar en sus caballos y tomar sus armas. Así que, muy bien á punto, y cubiertos de sus escudos, arrancaron todos juntos contra aquellos que á ellos venian. Los gigantes todos tres iban delante los suyos. Y Esplandian y el fuerte Frandalo enderezaron á los dos, y Gandalin y Enil al otro; los encuentros no fueron muy grandes, porque las lanzas volaron por el aire en piezas. Mas al que Esplandian encontró, tomóle al caballo los piés y las manos en el aire, y dió con él y con el Gigante en el suelo gran caida; que por gran rato el uno ni el otro no se pudieron levantar. Los dos jayanes, que, como os dije, quebraron las lanzas presto, como venian con gran furia, y los caballos eran muy grandes y holgados, pasaron tan recio, que no los pudieron tener. Entonces llegaron los doce caballeros, y encontraron á Esplandian y á sus compañeros; y como quiera que los encuentros grandes fuesen, libraron bien en tanto que todos quedaron en las sillas, quedando cuatro de los turcos en el suelo, que tropezaron en el Gigante y en su caballo; y luego Esplandian y sus compañeros pusieron mano á sus espadas, y metiéndose entre ellos, hiriendo á un cabo y á otro, derribaron de los ocho que á caballo eran, los cuatro dellos, mal heridos, que no se podian levantar. A este tiempo llegaron los dos jayanes con sus muy fuertes cuchillos. Esplandian, que así los vido, dijo en alta voz: «Frandalo, vos y yo resistamos á estos, y queden con esos Enil y Gandalin.»

Entonces fueron con muy gran saña unos contra otros, como aquellos que mas temian vergüenza que muerte, y hiriéronse con sus espadas de muy grandes y esquivos golpes; así que, llamas de fuego muy grandes eran en sus yelmos encendidas. Allí viérades la viveza y esfuerzo de Esplandian, que tan diestro era ya en aquel oficio; y de Frandalo vos digo que, como fuese muy grande de cuerpo y valiente de fuerza, y podia sufrir tan fuertes armas y tan pesadas como los gigantes traian, no sentia en ellas mas los golpes del jayan que el otro sentia los suyos; así que, entrambos eran heridos de las espadas, quedando sus armas rotas por muchos lugares, por donde la sangre corria en grande abundancia. Pues Enil y Gandalin no estaban en menos afrenta, que, como aquellos cuatro caballeros bien armados estuviesen, sufríanse reciamente con ellos; así que, entre ellos era una cruel batalla.

Estando así como habeis oido, Esplandian, que no solamente tenia el cuidado de se guardar de su enemigo, mas miraba lo que sus compañeros hacian, vió que les duraban mucho en el campo, de que fué muy enojado, y con aquella grande ira fuése para el Gigante con la espada alta en la mano, y dióle tan gran golpe encima del yelmo, que con gran fuerza suya se lo sacó de la cabeza, yendo por el campo rodando; y el jayan fué tan desacordado, que la espada se le cayó en la cerviz del caballo. Esplandian, que así lo vido, dióle otro golpe en descubierto, que le hendió la cabeza hasta el pescuezo, y cayó muerto en el suelo; ya entonces Enil y Gandalin habian derribado, de los cuatro caballeros, á los dos, y los otros dos habíanse ya retraido con los de pié, por ser dellos ayudados. Y Enil y Gandalin, por los entrar, habíanles herido muy mal los caballos y andaban por caer con ellos. Esplandian, que vido cómo su amigo Frandalo traia al Gigante muy sojuzgado, acordó de socorrer á los dos, y fué muy desapoderado contra los enemigos; y los dos de caballo no le osaron aguardar, y dejáronle la carrera, y él dió en los de á pié de tal manera, que tropellando los dos dellos su caballo, y no se podiendo tener, cayó con él grande caida.

Cuando así los turcos le vieron, cobraron corazones, y los de caballo trabajaron por resistir que no fuese socorrido, y los de pié dieron sobre él de manera y con tales golpes, que si las armas, ó por decir mas verdad, la misericordia de Dios, que señalado en el mundo le tenia para la victoria de la conquista de aquel gran señorío, no le defendiera, él se pudiera ver en gran peligro de muerte. Y el caballo con la gran fuerza levantóse, dejando á Esplandian en el suelo. Y como así se vido libre dél, y se halló con la espada en la mano, levantóse á pesar de los que le herian, y metióse entre ellos tan bravo y tan sañudo, que no tardó mucho tiempo que las armas y sus cuerpos no fuese todo hecho pedazos. Los dos caballeros que con Enil y Gandalin se combatian, cuando aquello vieron, comenzaron de huir por la montaña; así que, en poco de rato los perdieron de vista. Esplandian, que quebrantado estaba de la caida, miró lo que Frandalo hacia, y vió cómo habia echado en el suelo lo poco del escudo que le quedaba, y que tenia con la siniestra mano al Gigante del visal del yelmo, y cómo por allí metia la espada, y le hizo perder la fuerza y caer del caballo. El otro gigante, que Esplandian al principio derribó, estaba debajo del caballo, que en ninguna manera se podia levantar; y como á él llegó Esplandian, con miedo de la muerte, demandóle merced, y le otorgó la vida, pues que no estaba en disposicion de se poder defender.

CAPITULO CXIV.

Del grande peligro que solos sintieron
Los fuertes caudillos por falta de gente,
Cuando de turcos, en medio la puente,
Daquende y dallende cercados se vieron;
Y cómo, llamados, despues que vinieron
Norandel y Talanque y Ambor y Trion,
Los míseros turcos, sin mas dilacion,
Por aguas y hierro las vidas perdieron.

Esto así acabado, como habeis oido, los escuderos les ataron las heridas lo mejor que pudieron, como muchas otras veces hicieron. Y Esplandian dijo que en todo caso queria sacar los libros de la cueva; y luego entró dentro, y con la claridád de su espada vió el jimio, que estaba muerto, y pasó por él, y halló una cámara en cuadro muy bien hecha, que tenia una lumbrera en lo alto, y en ella habia una cámara hecha de los ramos de los árboles; y luego adelante habia otra cámara, donde los libros estaban en tanto número, que él fué maravillado. Y tomando cuantos llevar pudo, los sacó fuera, y así hizo á los otros, aunque con gran trabajo, tardando gran rato.

Cuando aquellos caballeros los vieron, y las ricas guarniciones suyas de oro y plata y algunas piedras de gran valor, maravillándose dello, y haciendo cargar en tres camellos que consigo traian todos los que llevar pudieron, dejando otros muchos, con intencion que luego por ellos volviésen, comenzaron á se volver á la villa donde salieron. Mas esto no les fué tan ligero como pensaban; que los dos caballeros que huyeron, como oistes, dieron mandado en una villa que á dos leguas de allí estaba, donde habian salido, que se llamaba Farzalina, y luego se comenzaron de armar mas de veinte caballeros, y de peones hasta cuarenta. Y tomando por guia dos caballeros, salieron á tiempo que alcanzaron á Esplandian y á sus compañeros, cuanto media legua de Galacia. Y como sabian de cierto que no eran mas de cuatro, y que de la lid quedaron heridos; como los vieron á ojo, arremetieron por el campo, desamparando sus peones, porque no se les fuesen. Esplandian, que así los vido, dijo: «Ea, buenos señores, que agora es tiempo en que parezca el amor y voluntad que á nuestro Señor Jesucristo tenemos; finjamos que nos queremos acoger, porque de sus peones sean mas desviados, y luego, sin su ayuda, volvamos á ellos, que, segun me parece que vienen, antes que juntos sean harémos en ellos gran daño. Y en tanto vaya un escudero lo mas presto que pudiere, y hágalo saber en la villa; porque acudiendo algunos de los nuestros, ninguno de los enemigos se nos escapará.—Señor, dijo Frandalo, como quiera que hayamos de cumplir con el servicio de este Señor cuyos somos, que es el fin de la bienaventuranza nuestra, ni por esto hemos de perder el cuidado de guardar nuestras vidas por el camino de la razon; que si haciendo destemplanza las perdiésemos, así destemplado habrémos el mérito. Dígolo, Señor, porque veis la gran gente que contra nos viene, estando heridos y cansados de la batalla pasada; pues si les huimos, será nuestra honra y estima mucho en gran menoscabo, y si les acometemos, será locura conocida, porque sin duda nos iriamos á la muerte; así que, por lo uno y por lo otro, yo os porné en parte que ofendiendo á nuestros enemigos, con razon las vidas podamos reparar.» Esplandian le dijo: «Mi verdadero amigo, todos somos en vuestra ordenanza en esto y en todo.—Pues seguidme,» dijo él. Y apartándose del camino que llevaban, tomó á la mano diestra, y no anduvieron mucho, que hallaron un rio, y una puente en él, que asaz alta era; y llegando á ella, vieron cómo ya los enemigos les estaban cerca, y venia delante dellos un caballero, gobernador de aquella villa y de otros lugares comarcanos por el infante Alforaj, y era muy buen

hombre de guerra, y siempre andaba armado de ricas armas. Y como vió la sobra grande de gente que traia, y que los contrarios no volvian cabeza, adelantóse de los suyos gran trecho.

Enil, como así lo vido, rogó á Esplandian que le dejase justar con él; y fuéle otorgado, con tal que lo mas presto que pudiese, pudiéndolo hacer sin se poner en otra afrenta, se volviese á ellos. Enil salió delante, y enderezó para le encontrar; el turco asimesmo, muy bien cubierto de un fuerte escudo, y pasóselo, hiriéndole en el brazo; así que, quebrada la lanza, quedó en el escudo y en la manga de la loriga un trozo della. Mas Enil, que recio caballero era, y el esfuerzo de su corazon le hacia tener gran tiento y concierto en aquello que de hacer habia, encontróle en el adarga de tan fuerte golpe, que no solamente se la pasó, mas la loriga con ella, y pasó la lanza de la otra parte por las espaldas una gran braza, y cayó muerto en tierra.

Cuando esto fué por los suyos visto, lo mas recio que pudieron llegaron en su socorro, y así lo hicieron Esplandian y los de su parte en el de Enil; de manera que, como todos eran sañudos y deseaban la muerte, fué entre ellos una muy brava y peligrosa pelea. Mas las maravillas que Esplandian hacia en dar tan grandes y tan crueles golpes, cuales nunca por mano de caballero se dieron; y asimesmo el fuerte Frandalo y los otros caballeros, que tanto en armas hicieron y sufrieron, que si la gente de pié no llegara, ya tenian á los de caballo casi desbarátados; mas como aquellos sobrevinieron, fuéles forzado de retraerse á la puente, y dejados los caballos en el campo, se metieron todos cuatro en ella, y los enemigos se fueron de rondon sobre ellos con tan grandes alaridos, que el cielo parecia horadarse. Los cuatro caballeros estaban á la entrada de la puente, y como algunos se les llegaban, salian con mucho esfuerzo, y dábanles tan grandes golpes, que no habian menester maestro. Y así lo hacian en los caballeros que les querian entrar; de manera que mucho á su salvo se defendian, haciendo daño en sus enemigos; mas como los turcos vieron que por aquella parte no les podian hacer daño, enviaron cinco de caballo y quince peones, que pasando el vado, que ligero de pasar era, les tomasen las espaldas por la otra parte de la puente. Y como Esplandian esto vido, dijo á Frandalo: «Amigo, tomad con vos á Enil, y resistid á aquellos, y yo con Gandalin á estos, si le pluguiere á Dios.»

Frandalo y Enil fueron luego al otro cabo, donde llegaron sus enemigos con gran soberbia, creyendo que ya desta vez no les podrian escapar de la muerte; mas no les vino como ellos pensaban, porque aquellos caballeros, como cercados se viesen, y otro remedio alguno por el presente no esperasen sino el de Dios y de sus fuertes corazones, convertiéndolos en muy mejor esfuerzo, en mas airada saña, hacian maravillas en su defensa, con tan crueles y fuertes golpes, así por la una parte como por la otra, los contrarios no los podian entrar. Fornace, el escudero de Frandalo, que á la villa fué por socorro, como ya se vos dijo, llegó á ella lo mas presto que pudo, y contó las nuevas á aquellos caballeros cómo Esplandian y sus compañeros quedaban en gran peligro de sus vidas, según la gran gente sobre ellos venian, si por ellos no fuesen socorridos muy presto. Lo cual oido por ellos, á la mayor priesa que pudieron se armaron, y cabalgando en sus caballos hasta veinte dellos, quedando los otros en la guarda de la villa, porque algun engaño no les fuese hecho, salieron, llevando por guia á Fornace hácia aquella parte que él los guiaba. Y llegando allí donde Fornace los dejó, y no los hallando, ni señal de pelea, fueron maravillados, y no sabian dónde se fuesen, temiendo que del todo eran perdidos, y como desatinados andaban á una parte y á otra por el campo. Mas en cabo de un rato, Norandel y Talanque y Maneli, y Ambor y Trion, oyeron á su diestra los alaridos de los turcos, y creyeron que por aquella causa se hacian, y poniendo las espuelas á sus caballos lo mas recio que pudieron, á su mayor correr fueron allí donde les pareció que oian aquellas grandes voces, y á poco rato vieron de léjos aquel ayuntamiento de gente, y llegados mas cerca, conocieron claramente cómo combatian á sus compañeros en la puente; y creciéndoles con el coraje el esfuerzo, fueron para ellos á la parte que el fuerte Frandalo resistia, y no teniendo sus vidas en tanto como nada, se metieron entre ellos, dándoles muy crueles y fuertes golpes.

Frandalo, como esto vido, salieron él y Enil de la puente para ayudar á los suyos; y como los hallaban derramados, no hacian sino dar en ellos. Así que, tanto los aquejaron, que los hicieron, mal de su grado, meter por el rio, con pensamiento de se juntar con los otros; mas aquellos caballeros que á caballo estaban, entraron con ellos, y Frandalo y Enil asimesmo; y como el agua era alta, no se podian defender, y en poco de rato fueron allí muertos y ahogados de los grandes golpes y del agua todos, que ninguno quedó. Entonces Frandalo y Enil, que dos caballeros habian derribado en el agua á fuerza de brazos, saltaron presto en sus caballos, y pasaron con sus compañeros el rio, y dieron en los que lidiaban con Esplandian y Gandalin. Pero la resistencia no duró mucho; que como vieron los suyos muertos en el rio, y aquellos caballeros que sin ninguna piedad los mataban, y á Esplandian y á Gandalin que de la puente habian salido, que no dejaban hombre á vida, comenzaron á huir á todas partes; mas no les aprovechó nada, que los de caballo y Esplandian y Gandalin, que cabalgado habian ya, los siguieron de tal manera, que uno solo no les escapó. Cuando así vieron muertos sus enemigos, quedando ellos vivos, aunque con algunas heridas, hubieron entre sí muy gran placer, y daban al muy alto Señor gracias, alzadas las manos al cielo, abrazándose unos á otros, viniendo lágrimas de piedad en sus ojos.

CAPITULO CXV.

Cómo Esplandian y sus compañeros, vencida la cruel batalla de la puente, entraron en Galacia, y del placer que Urganda con ellos hubo.

Esto así despachado, como la historia vos cuenta, acordaron de se ir á la villa de Galacia, y que viniesen allí algunos hombres para llevar allá las armas de los muertos, que era la provision que por entonces mas para la gente baja faltuba. Y así lo hicieron, que toman-

do el camino hácia donde sus compañeros andaban á los buscar, hallándolos á todos, dándoles mucho placer con su vista y su vencimiento, con tanto daño de sus enemigos, se fueron para la villa, donde á la puerta della hallaron á Urganda y á la doncella Carmela, que los aguardaba. Urganda dijo á Esplandian, riyendo: «Mi señor, si yo por cumplir vuestro mandado fuí al punto de la muerte llegada, paréceme que vos, por poner en obra mi ruego, no menos afrenta habeis recebido; así que, entrambos por satisfechos nos podemos tener. —Mi buena señora, dijo Esplandian, aunque á mí por vuestro servicio y amor peligro me viniese, no se debe tener en mucho, porque, como vos mejor sabeis, para esto y mucho mas fuí nacido; mas de vos, que siempre remediastes y socorristes aquellos que muy menester lo hubieron en sus grandes fortunas y trabajos, con gran razon nos debemos doler, poniendo nuestras personas á todo peligro que venir pudiese, por vos excusar de cualquier enojo; y si esto pasado no fuera de tal calidad que ninguna enmienda hallar se pudo, vos viérades, mi buena señora, á qué se extendia el grande amor que vos tenemos, si por otra cualquier manera vos acaeciera.—Agora, mi señor, dijo ella, idvos á desarmar, y esos caballeros, y curarvos han de las heridas, que en eso que decis no puedo yo oir de ninguno tanto como lo que yo sé, de que á mí siempre me recrece mucha alegría, y me tengo por bienaventurada.»

Carmela, la doncella, tenia á Esplandian por las manos, y se las besaba muchas veces; y así á pié como estaba, llevándola él por la mano, se fué á su posada, y todos los otros caballeros á las suyas, donde fueron curadas sus heridas por la mano de aquel gran maestro Elisabat, que con Norandel de la villa de Alfarin yino, donde habia quedado al tiempo que Esplandian y el rey de Dacia por la mar se fueron, como dicho es.

CAPITULO CXVI.

Cómo Urganda la Desconocida manda apercebir á todos los caballeros que juntos estaban en la villa de Galacia, para que juntamente con ella delante el Emperador se presenten, y cómo por ellos fué obedecido.

Quince dias pasaron sin que en otra cosa alguna entendiesen sino en reparar su salud; y en este medio tiempo hicieron traer los libros que á la boca de la cueva quedaron, los cuales fueron todos por Urganda vistos, y demás de las grandes cosas que en ellos se contenian para obrar todas las artes que en todo el mundo hallar se pudieran, eran en sí los mas hermosos que ver se podian, de letras y pergaminos muy sutiles, y de historias de aquellos que primero las compusieron, hechos de oro, y todas las otras letras mayores asimesmo; pues las cubiertas dellos, muchas eran de plata y otras de oro, con piedras y perlas labradas en tan extraña manera, que mucho se maravillaba Urganda en los ver, y aquellos caballeros; y estos que digo que eran los mas ricos, tenian en sí figurada aquella doncella Encantadora que oistes, con letras muy hermosas de piedras y diamantes y ardientes rubíes, que su nombre señalaban; los cuales hubo aquella infanta Melia en el tiempo que comenzó á aprender en la isla de Creta, donde los llevó el caballero cuando aquella sin ventura doncella, que mas que á sí lo amaba, por él fué de la muy alta peña despeñada. Todos los mandó Urganda guardar para los mostrar al emperador de Constantinopla.

Pues en esto que vos digo, pasaron aquellos quince dias, que en el fin dellos fueron todos aquellos caballeros sanos de sus heridas, y en tal disposicion, que podrian tomar armas y ir donde les pluguiese. Entonces Urganda los hizo juntar y díjoles: «Mis buenos señores, yo vine aquí para ver á Esplandian y á todos vosotros, y en hallarvos con aquel deseo de cumplir mas la órden de caballería por la via del servicio del muy alto Señor, que por la vanagloria del mundo, que siempre á quien le sirve le da mal galardon, no solamente huelga mi corazon con gran descanso, mas por mi persona he acordado en trabajar cómo una cosa tan santa sea sostenida en aquella alteza á que los sirvientes de Dios son obligados, y por el presente aconsejarvos en aquello que mas á vuestras honras cumple; y esto es, que dejando todas cosas, vos dispongais á que en aquella gran fusta seamos ante aquel gran emperador, sin el cual por imposible ternia yo que en tan gran empresa como esta que es comenzada, se sacase aquel fruto que deseamos; y asimesmo porque él, por causa vuestra, que los primeros en ella habeis sido, no pasará mucho tiempo sin que se vea en la mayor afrenta que hasta hoy ninguno verse pudo; y soy cierta que la presencia vuestra le dará tanto placer y esfuerzo en saber que tal caballería á su servicio tiene, que en el tiempo que mas la fortuna en gran aflicion le pusiere, terná esperanzas que, despues de Dios, vosotros le podréis dar el remedio, y cuando de allí seréis venidos, claramente, segun las señales, conoceréis que verdad vos he hablado.»

Todos aquellos caballeros estuvieron atentos en oir lo que por aquella gran sabidora les fué razonado, y bien creyeron que no en vano aquellas tales palabras saldrian; y fueron mucho maravillados cómo, estando el Emperador en tan grande alteza, que si el mundo todo no se moviese, no lo podrian trastornar y turbar, que tan grande afrenta como Urganda decia le pudiese venir; mas teniéndola por verdadera, segun verdad salian las cosas por ella dichas, hacíanse muy alegres, considerando que podrian mostrar en tal caso, si de armas fuese, aquellas voluntades suyas en seguir aquella órden de caballería que recibieron, que ninguna de las temporales cosas se le igualaba, porque á todos manifiesto fuese en qué tanto menos la muerte que la honra tenian; mas sobre todos, en mucha cantidad era el placer que Esplandian hubo, pensando si el Emperador en tal peligro la fortuna lo trajese, que allí se podria pagar aquella gran deuda en que su padre le era, segun en esta historia oido habeis, y en mostrar ante aquella su muy amada señora la valentía y esfuerzo de su bravo corazon, en cosa que tanto á su servicio tocaba, ó allí perder la vida; donde cesarian sus mortales deseos, que no habiendo fin, muchas veces los sentia en aquella amarga vida que por su causa pasaba, y por acrecentar mas su cuita lo dejaba vivo, y respondieron á Urganda, diciendo: «Señora, todos somos vuestros caballeros, mandad lo que quereis que hagamos; que

habiéndolo por mejor; luego en ejecucion será puesto. —Pues mis señores, dijo ella, haced poner vuestros caballos en la gran nave, sin que de otras armas cuidado tengais, porque vos las daré yo tales cuales, segun en lo que estáis, conviene; y entrando en ella, vosotros y yo seguirémos este viaje por mí señalado, en que, no solamente vuestras honras, mas las ánimas, que muy diferentes en otras cosas muchas dellas son en uno, juntas serán, gozando de aquel mérito que pocas veces en este mundo, segun los grandes lazos suyos, juntamente gozar pueden; y esto sea luego, porque muchas veces el tiempo da variacion, poniendo impedimentos en aquello que por negligencia, teniéndolo él prometido, se pierde.»

CAPITULO CXVII.

Cómo cuarenta, los mas esforzados,
Varones noveles, de muy alta guisa,
Con muy ricas armas de santa devisa,
Por mano de Urganda fueron armados;
Los cuales con ella, con órden guiados,
En todo mostrando sobrado primor,
Allí donde estaba el Emperador
Y toda su corte son presentados.

Así como por esta gran sabidora fué acordado, por todos aquellos caballeros fué en ejecucion puesto; que dejando en la villa de Galacia tal recaudo de gente, que de razon defenderla, segun su gran fortaleza, pudiesen, haciendo poner en la nave de la Serpiente sus caballos y lanzas, Urganda todos los libros que os dijimos, y á la infanta Melia, y al Alguacil mayor, que cabe Tesifante prendieron; y entrados todos y ella dentro, la Serpiente comenzó á navegar, y siendo muy cerca de la montaña Defendida, no desviando del derecho camino, por consejo de Urganda, hizo allí venir Esplandian al rey Armato y á los dos capitanes que presos estaban; porque con ellos y con aquella vieja infanta su llegada ante aquel emperador y sus altos hombres mas extraña y mas autorizada pareciese.

Pues siendo ya á la vista de aquella gran ciudad de Constantinopla, Urganda mandó poner encima de la fusta un pendon grande y muy alto, que tenia el campo de oro y una cruz colorada; y hizo sacar de una cámara las ricas armas que para Esplandian y sus compañeros traia, que asimesmo eran todas de aquella manera del pendon, el campo de oro y cruces coloradas, sin que en ninguna dellas diferencia hubiese; y hizo armar dellas cuarenta caballeros de los mas preciados, los cuales eran estos que se siguen: Esplandian, Norandel, el fuerte Frandalo, Talanque, Maneli el Mesurado, Ambor de Gadel, Gavarte del Val Temeroso, Gandalin, Enil, Trion, primo de la reina Briolanja; Bravor, hijo del gigante Balan; Belleriz, sobrino de Frandalo; Elian el Lozano, Listoran de la Torre Blanca, Madancian de la Puente de Plata, Landin de Fajarque, y Madanil de Borgoña, Ledaderin de Fajarque, Sarquíles, sobrino de Angriote; Palomir, Branfil, Tantáles el Orgulloso, Galbino, hijo de Isanjo; Carpineo, su hermano; Carineo de Carsante, Atalio, hijo de Olivas; Brascelo, hijo de Brandinas; Garamante, hijo de Norgales; Enfemo de Alemaña, Brandonio de Gaula, Penatrio de España, Falameno, su hermano; Culsicio de Bohemia, Amandario de Bretaña la Menor, Silvestre de Hungría, Manelio de Suecia, Galfario de Romanía, Galiote de Escocia, Avandalio, su hermano; Califeno el Soberbio; y como todos eran mancebos y de grandes cuerpos muy bien tallados, y iban de una devisa con aquellas cruces, no solamente en lo humano eran loados, mas en lo divino ponian mucha devocion á aquellos por quien vistos eran, deseando muchos ser en aquella órden tan santa; donde podemos pensar que si en esta historia mas lo verdadero que lo fingido pensasen, que segun el poco tiempo habia pasado en que la santa ley de Cristo comenzó, ser esta la primera cruzada que fué por los cristianos contra los infieles establecida.

Pues así anduvo la fusta grande hasta ser en el puerto, junto con la ciudad, una mañana el alba rompiendo; y como por las gentes sentida y vista fué, las voces y el ruido fué muy grande, diciendo todos: «Santa María, esta es la extraña fusta de aquel bienaventurado caballero Esplandian, que el muy alto Señor aquí ha guiado por nuestro bien.» Y todos, así los que vestidos estaban como los desnudos, corrian con grande priesa á la ver. Fué tan grande el movimiento, que el Emperador y su mujer y hija, con toda la compaña de su palacio, fueron á las ventanas puestos, habiendo muy gran plácer en que aquella extraña fusta estuviese tan sosegada, que de otra manera que la vez primera que allí vino la pudiesen ver; y porque tenian creido que no venia en tal parte sin aquel su gran caudillo, aquel famoso caballero, que mas que á ninguno de los nacidos el Emperador y todos ellos ver y conocer deseaban. Pues ¿qué diremos aquí de aquella tan hermosa Leonorina, de aquella luciente estrella, en todas extremada de hermosura, que aquella fusta miraba, recordando en su memoria cómo por su mandamiento aquel su muy amado caballero creia en ella venir? Por cierto no otra cosa sino la que dirán aquellos y aquellas que de semejante fuego son sus entrañas abrasadas; que viendo sus ojos aquello que no lo viendo siempre llorar los hacia, su alegría era tan sobrada, que enviando della al corazon, lanzaban defuera aquella tristura, aquella tenebrura de que ocupado era, tornando á encender en mas vivo fuego aquel resfriamiento que de la ausencia por la mayor parte se sigue.

Pues estando así aquella fusta de tanta gente mirada, vieron cómo por su costado fué abierta una puerta y echaban en la mar una barca, y cómo entraba en ella la doncella Carmela, que muy bien todos la conocian, y otras dos doncellas con sendas trompas doradas en sus manos; las cuales, llegadas á la orilla, saltaron en tierra, y tomando las dos doncellas entre sí á Carmela, entraron en la ciudad por la gran calle, queriendo llegar al palacio del Emperador. Carmela iba muy ricamente vestida de aquellos paños y piedras tan preciosas que la infanta Heliaja le dió, como ya se vos contó, y las dos doncellas asimesmo con grandes atavíos, y tocaban las trompas con un son tan dulce, que muy gran deleite sentian aquellas tantas gentes que las miraban, y decian todos en alta voz: «Oh buena doncella, dinos si por ventura en aquella extraña y espantable fusta viene tu señor, aquel bienaventurado caballero. Dínoslo, buena doncella, porque gocemos de aquel gran pla-

cer que siempre de sus venidas á esta ciudad nuestros ánimos tienen.» La doncella Carmela los saludaba con rostro amoroso, diciéndoles : «Buenos amigos, si por vosotros es amado y deseado aquel mi señor, así él vos ama y desea vuestras honras, y no tardará de ser puesto en vuestras presencias.—Bienaventurada seas tú y la hora en que naciste, pues que de tales nuevas nos haces ciertos.»

Así llegaron aquellas tres doncellas al palacio, acompañadas de tantas gentes, que maravilla era de las ver; y entrando en la gran sala donde el Emperador estaba con sus ricos hombres, que allí por saber de la gran fusta juntos eran, las doncellas tocaron las trompas con tan dulce son, que el Emperador y todos ellos hubieron gran placer, y se maravillaban qué cosa aquello seria, y á qué podria acudir tal embajada. Entonces Carmela, llegada en presencia del Emperador, dijo: «Emperador, nuevas te traigo de que creo tú habras placer. Sábete que en aquella fusta viene mi señor Esplandian y muchos y muy preciados caballeros, sus amigos, que le aguardan, que, en servicio del muy alto Señor y tuyo, andan haciendo grandes cosas en armas. Y con él viene aquella gran sabidora Urganda por te conocer; que segun tu grandeza y las virtuosas nuevas que de tí suenan en todas partes, mucho te desea hablar y hacer reverencia. Todos te ruegan que aquí en tu palacio, con la Emperatriz y la infanta Leonorina, tu hija, los esperes, porque yo tornada á ellos, luego serán de la mar salidos, y venidos á este tu gran palacio.»

El Emperador, que esto oyó, dijo en una voz alta: «¡Santa María, qué buenas nuevas son estas para mí! ¿Es cierto, buena doncella, que Esplandian y sus compañeros y Urganda la gran sabidora me vienen á ver? —Por cierto, dijo ella, así es como lo digo, y su presencia lo hará verdad.» El Emperador dijo: «Aunque vos, buena amiga, siguiendo la órden acostumbrada de vuestro estilo, ninguna cortesía ni mesura me hagais, vuestra embajada merece que yo, quebrantado el mio, vos dé las gracias que mereceis.» Y viniéndose para ella, la tomó entre sus brazos, y juntándola consigo, la tuvo así un rato abrazada, diciéndole: «Mi buena amiga, tornadvos luego, porque mas presto vengan estos que decis; que yo los atiendo en esta sala con la compaña que piden.» Tornada la doncella Carmela, y las dos doncellas con ella, á la mar, con tanta gente que tras ella iban, que no se puede decir, entró en la barca, y fuése á la gran fusta con el recaudo que ya oisteis. Que siendo sabido por aquellos que la enviaron, luego hicieron echar en la mar otras tres barcas grandes, en que pusieron en tierra sus caballos y palafrenes de Urganda y de sus doncellas. Y luego, puestos ellos en las barcas, salieron asimesmo en tierra, armados de aquellas armas hermosas, todos de una devisa que vos dijimos, y así eran las sobrevistas de sus caballos, y cabalgando todos y todas, movieron del puerto para entrar en la ciudad en esta manera. Iban delante seis doncellas con sendas trompas doradas, y tras ellas otras cuatro con instrumentos, que cesando el dulce son de las primeras, tocaban ellas los suyos, tan acordados y con tan dulces voces de su canto, que no parecia sino que ángeles fuesen, y tras ellas iban los dos capitanes turcos, vestidos ricamente á modo de su tierra, y con ellos el Alguacil mayor, y luego en pos dellos iba el gran rey Armato de Persia, y llevaba una aljuba hermosa, broslada muy subtilmente, que Urganda le habia dado, y cabe él iba aquella infanta Melia, cubierta toda de su vello y sus largos cabellos, que parecia la mas extraña cosa que nunca fué vista, y llevábala un escudero en un palafren, teniéndola abrazada, porque con mucha saña y porfía se queria dejar en el suelo caer; y luego venian Esplandian y Urganda teniéndose por las manos, y tras ellos el rey de Dacia y Norandel, y los otros caballeros por aquella manera de dos en dos, y así entraron por la gran calle. ¿Qué vos diré? Que la gente fué en tan grande abundancia allí junta por los ver, y el ruido tan grande, que no parecia sino que todo el mundo allí era ayuntado. Las seis doncellas tocaban las trompas con muy dulce son, y cesando ellas, tañian las cuatro sus instrumentos, y cantaban con ellos tan acordadamente, que toda la dulzura de la melodía era en ello junta.

Pues así pasaron con gran trabajo, por la ocupacion de la mucha gente, á los grandes palacios, y en ellos entrados apeáronse de sus caballos, y Urganda y sus doncellas de sus palafrenes, y en aquella misma ordenanza que allí llegaron se presentaron ante el Emperador, que á mas de la media sala los salió á recebir. Esplandian puso delante á Urganda, porque ella fuese la primera que aquella honra recibiese, y hincadas las rodillas en tierra, le demandó las manos para se las besar, mas el Emperador no se las quiso dar, antes abrazándola con amor, la hizo levantar.

Entonces llegó Esplandian, que su gran cortesía habia puesto en espanto á todos los que lo miraban, y así hizo al Emperador, que hincadas las rodillas en tierra, le quiso besar las manos; mas él, no solamente no se las quiso dar, mas tomándole con ambas las manos la cabeza, abajándose, lo besó en la faz y alzólo del suelo; luego llegaron el rey de Dacia y Norandel, y tras ellos todos los otros caballeros, y el Emperador los recibió con amoroso rostro y muy buen talante. Entonces llegó Urganda á la Emperatriz, y Esplandian con ella, y hecha aquella reverencia y acatamiento que debian, dieron lugar á todos los otros que lo mismo hiciesen; entonces el Emperador tomó por la mano á Esplandian, y púsolo delante de su hija Leonorina, diciendo: «Hija mia, veis aquí á vuestro caballero; ¿qué vos parece dél? ¿Perdeis agora la saña?» Esplandian estaba de rodillas ante ella, demándandole las manos para se las besar, mas ella las tiraba atrás, y dijo á su padre: «Señor, lo que dél me parece es, que, segun su presencia, bien muestra ser hijo de aquel noble caballero de la Verde Espada, y en lo de mi saña, no siento razon por qué perder la deba.—¿Cómo, hija mia? dijo el Emperador, ¿no os dais por satisfecha con los grandes servicios que por vuestro amor ha hecho y con los ricos presentes que vos ha enviado?—Señor, dijo ella, todo eso se hizo fuera de mi voluntad, porque no quiso cumplir aquello que de vuestra parte y de la mia fué por mí enviado á mandar. Pero agora que es aquí venido, tomar se ha en cuenta lo que de aquí adelante hi-

ciere; que quiera Dios que sus obras sean tales que con gran razon pueda ser quita aquella palabra que su padre me dejó.»

El Emperador comenzó á reir, y dijo á Urganda: «Mi buena amiga, llegad vos acá, y despartiréis una quistion en que estamos.» Urganda se fué para él, y sabido del Emperador lo que pasaba, dijo riyendo: «Señora hermosa, vos teneis razon; que pues Esplandian, por mandado de su padre, vino á vos servir, lo cual fué en mi presencia, en todo habia de seguir vuestra voluntad, y si otra cosa fuera della, de cualquier calidad que sea, ha hecho, teneis mucha causa de no se la recebir, aunque yo soy cierta que, como quiera que en todas las afrentas mas peligrosas que ver ni pensar se pueden su bravo y fuerte corazon puesto fuese, ningun temor tenia, considerando vuestra grandeza, vuestra demasiada hermosura sobre cuantas hoy viven, y qué se ha hallado temeroso y indigno de ser puesto en vuestra presencia. Así qué, mi señora, si de vuestra parte está la justa causa de queja, así está de la suya alcanzar perdon.»

Leonorina le miraba aquel su tan hermoso rostro, aquel tan gracioso y honesto parecer; así qué, de sobra de álegría las carnes le temblaban, y el corazon era ablandado con gran dulzura, lanzando fuera de sí las grandes cuitas y mortales deseos de que hasta allí muy atormentada era, por tener tan cerca aquel por quien en su ausencia padecia, pues de creer es que lo semejante en sí Esplandian sintiese; que siendo entrambos de una dolencia, de una pasion heridos y atormentados, así de un deleite, de una igual alegría eran satisfechos, y respondió á Urganda y dijo: «Mi amiga, no osaria yo contradecir vuestra palabra, y por esta vez perdono, y si de aquí adelante con razon dél me quejare, será á vos, pues por vos alcanza el perdon.» Y abajando las manos para lo levantar, tomólas Esplandian con las suyas y besóselas, y Urganda asimesmo por la merced que le hizo; y partiéndose della, se tornaron á la Emperatriz, que deseaba hablar con Esplandian, y dejándole con ella, el Emperador se fué al rey Armato de Persia, y tomándole por la mano, dijo: «Buen señor, perdonadme; que por recebir esta tan notable compaña no os he hablado; agora quiero hacervos aquel acogimiento que tan gran príncipe como vos sois merece.—Señor, dijo el Rey, obligado sois á hacerlo así, porque muchas veces revuelve la fortuna su peligroso juego, no como las gentes piensan, mas como ella quiere.»

Entonces lo puso en el estrado con la Emperatriz, y llamando al fuerte Frandalo, le puso las manos sobre sus hombros y díjole: «Mi verdadero amigo, cuanto yo vos precio y amo, por los grandes servicios que de vos he recebido, aquel muy alto Señor del mundo lo sabe, y quiero, en pago de algunos dellos, que de aquí adelante seais mi alférez mayor y hayais mas en merced el condado de Grigentor, y os llameis conde.» Frandalo le besó el pié, aunque el Emperador no quiso, y Esplandian las manos, por aquella merced que le hizo.

CAPITULO CXVIII.

Cómo hablándose Norandel y la reina Menoresa, de muy encendidos amores el uno del otro quedaron presos, y cómo aquellos caballeros y altos hombres y señoras de alto linaje, por mandado del Emperador, todos ordenadamente se sentaron á comer.

A esta sazon el rey de Dacia y Norandel, que juntos estaban, llegaron á hablar á la infanta Leonorina, que estaba preguntando á la doncella Carmela quién eran los caballeros y cómo habian nombre, y ella le habia dicho cómo aquel era el rey de Dacia, el que le habia dado en presente á Frandalo, y el otro mas hermoso y de mayor cuerpo era Norandel, hijo del rey Lisuarte; y así le habia nombrado algunos de los otros; y llegando estos dos caballeros, besáronles las manos, y Norandel fué muy espantado en ver la mas hermosa mujer que nunca vió ni oyó decir, y antes que ninguna cosa dijesen, díjoles Carmela: «Mis buenos amigos, hablad á la reina Menoresa, que delante teneis; que, segun su parecer, bien seria recebida en toda plaza.» Ellos, que tenian los ojos en Leonorina, volviéronlos á la Reina, y parecióles muy hermosa á maravilla. Y por cierto tal era ella, que, despues de aquella infanta, en todo el imperio no le igualaba ninguna en hermosura, y quisiéronle besar las manos; mas sabiendo cómo eran de tan alto linaje, no se las dió, y abrazándolos, los hizo levantar.

Norandel puso los ojos en ella, y parecióle una de las apuestas y de mejor donaire que hasta entonces habia visto, y fué luego preso de su amor con tan fuerte golpe, que allí na cayera en tierra, y dijo paso: «Santa María, váleme, y ¿qué será esto?» Mas aquel cruel amor, no contento que el uno fuese sujeto, dió á ella otra saetada en el corazon, que la color y los sentidos le hizo perder, teniéndola desatinada, que no sabia de sí parte; así que, aquellas tan grandes mudanzas no pudieron ser tan encubiertas, mostrando los ojos en su acatamiento lo que los corazones con tan gran aficion deseaban, que al uno y otro no les fuese algo manifestado. Así que, mirándose con amoroso gesto, en mucha mas cantidad aquel nuevo fuego fué crecido y aumentado. Y en tanto que el rey de Dacia hablaba con Leonorina, Norandel, llegándose mas á la Reina, le dijo: «Ay, Señora, muerto me habeis; en fuerte punto mis ojos vieron vuestra gran hermosura, que enviándola al corazon, es herida de mortal herida.» La Reina, que algo mas sosegada estaba, respondió: «Amigo, señor, no tengo yo en tanto mi hermosura, que así tan presto á un tan cuerdo caballero en tan arrebatada pasion pusiese; antes creo que es la manera de hablar que los caballeros teneis con aquellas de qué nuevamente habeis conocimiento; porque, no habiendo razon de hablar en otras cosas, con estas semejantes quereis satisfacer vuestras voluntades.—Ay señora, merced, dijo él; yo soy vuestro, y lo seré en cuanto viva, y así como á vuestro caballero y servidor me mandad aquellas cosas que os mas agradaren, que por mí serán hasta el punto de la muerte puestas en ejecucion.»

La Reina, que muy cuerda era, bien conoció que aquellas palabras salian de sus entrañas, de que muy mucho alegre fué; y no lo mostrando, dijo: «No quie-

ro otorgar ni contradecir esto que me pedis hasta que vuestras obras me guien á lo que hacer debo.» Norandel dijo: «En eso, Señora, recibo yo muy señalada merced, porque si mis servicios bastaren, viendo tanta fuerza para que vuestra voluntad sea guiada, será guiada mi vida en aquella buenaventura que sostenerla puede.» A este tiempo fueron llamados de parte del Emperador, que queria comer, y la Reina se llegó á Leonorina y díjole: «Mi señora, ¿habeis por ventura sentido en vos alguna mudanza mas que lo usado, despues que estos caballeros aquí han venido?—Mi amiga, dijo ella, no otra ninguna sino el gran placer que mi ánimo siente con la vista de Esplandian; mas ¿por qué causa me lo preguntais? Porque, ó yo estoy encantada, ó la muerte es comigo, que el corazon me fallece y los sentidos.—¿Desde cuándo, dijo la Infanta, sentis este mal?—Desde que llegó á hablarme aquel caballero Norandel, que de su vista se me ha crecido este mal.—Santa María, dijo Leonorina, presa sois y herida de aquella mesma pasion que yo muy cruel y con mucha dulzura en mi corazon siento.—No sé, mi señora, dijo ella, qué será; mas, segun entiendo, vuestro dicho es verdadero.—Mucho soy alegre, dijo Leonorina, en que hayais puesto vuestros ojos y sojuzgado vuestro libre corazon en tal parte, porque dejando de ser hijo de un tan noble y tan grande rey como es su padre, el rey Lisuarte, por su persona es uno de los buenos caballeros del mundo, segun sabeis que mi primo Gastíles lo ha dicho, contándolo por uno de los mas principales y mejores caballeros en las batallas que en la Gran Bretaña hubo; pues en su talle y hermosura, dejando á Esplandian, ¿veis vos, mi amiga, que ninguno de los otros con gran parte se le iguale?—Ay mezquina de mí, dijo la Reina, yo, que pensaba haber de vos, mi señora, alguna reprehension y castigo para me quitar de esta locura, habeis encendido mi fuego en mayores y mas vivas llamas.»

La Infanta se comenzó de reir de gran gana y dar una palma con otra, mostrando gran placer, y díjole: «Mi amiga y señora, pues que vos, siendo de mas edad, mas discreta y cuerda que yo, no supistes ni pudistes remediar mi dolencia, ¿qué esperábades de mí, que así como vos, ó por ventura mas, soy atormentada?» Y hablando en esto que ois, llamáronlas que se fuesen á la Emperatriz, que comer queria. El Emperador, despues que hizo desarmar todos aquellos caballeros, se asentó á su mesa, y junto consigo hizo asentar al rey Armato de Persia, y en otra mesa fueron sentados su sobrino Gastíles y Esplandian, y el rey de Dacia y Norandel, y Talanque y Maneli el Mesurado. Y luego en otra, junto con aquella, pusieron al conde Frandalo, y de los otros caballeros cuantos ahí cabian, y al maestro Elisabat, y así fueron asentados todos los otros, donde fueron en aquel comer servidos como en casa de tan alto hombre se requeria. Pues la Emperatriz en su aposentamiento fué á su mesa asentada, y tomó consigo á su hija y á la reina Menoresa y á la infanta Melia, que de su cámara la hizo vestir de ricos paños, por ser del derecho linaje de los grandes reyes de Persia. Y en otra mesa fué sentada Urganda y otras infantas, hijas de reyes y de grandes príncipes, y la doncella Carmela, que de todas ellas era muy acatada. Así estuvieron en aquel comer muy viciosas y con grande alegría, oyendo á Urganda las grandes cosas que les contaba. Y desque hubieron comido, Leonorina, por mandado de su madre, llevó á su aposentamiento á Urganda y á la doncella Carmela, y á la infanta Melia detuvo ella consigo en su cámara, porque su grande edad no requeria compaña de mujeres mozas, y los caballeros fueron aposentados en aquel rico aposentamiento donde fué el caballero de la Verde Espada, al tiempo que allí estuvo, cómo la parte tercera desta historia cuenta, donde tenian consigo á Gastíles y al marqués Saluder, y á otros señores que allí con el Emperador eran.

CAPITULO CXIX.

Cómo Urganda la Desconocida, por mandado del Emperador, declaró la profecía que en la tumba con aquel grande ídolo de Júpiter se habia hallado.

Así como habeis oido, pasaron cuatro dias con mucho vicio y gran placer de sus ánimos, especialmente Esplandian y Norandel, que entre todos ellos vieron y hablaron á su placer con sus señoras, en quien la vida y la muerte tenian, segun lo uno y lo otro en ellas hallasen; otorgándoles la fortuna aquella tan sabrosa y bienaventurada vida, fabricando y urdiendo contra todos ellos otra, que por el presente sentida no era, de tales jaropes amargos, de tantas cuitas y dolores, cual no solamente se creyera poderse obrar, mas ni aun pensar, como la historia lo mostrará adelante. Pues en cabo destos dias que dije, teniendo en su memoria el Emperador aquella profecía que de la tumba donde el ídolo estaba tomó, que siempre le daba su memoria grande alteracion, acordó que, pues en su poder tenia aquella grande sabidora Urganda, que mejor que otro ninguno de los mortales la declaracion della le podria dar de lo poner en ejecucion; y tomando consigo á la Emperatriz en su cámara, y á su hija Leonorina, y á la reina Menoresa y Urganda, cerradas las puertas, sin que persona alguna los pudiese oir, mostró á Urganda la profecía, rogándole muy ahincadamente que se la declarase, y que la verdad della no la dejase de manifestar por ninguna cosa de peligro ni de mal que en ella hallase; y como por Urganda fué leida, dijo: «Señor, segun por esta profecía parece, es que aquel ídolo, que, á semejanza de Júpiter, fué con tan rico aposentamiento hecho, lo dejó de su parte, y no de la doncella Encantadora, y en lo que dice que en el venidero tiempo que su gran saber será perdido, esto significa que despues que Jesucristo vino en el mundo, luego se perdió aquel gran saber de Júpiter, que por dios era tenido; y en esto que dice el siervo de la sierva, que será allí con él sepultado, y en la vida restituido por quien la muerte padece, esto se me hace algo oscuro de declarar, pero yo lo alcanzaré antes que de aquí vaya, y os lo diré.»

Cuando Leonorina y la reina Menoresa aquello oyeron, y sabian que allí fuera ya sepultado Esplandian y metido en su cámara, fueron puestas en muy gran tribulacion y gran vergüenza, tanto, que las carnes les temblaban y la color tenian del todo perdida, y mirábanse una á otra, hinchiéndoseles los ojos de agua. Pero Urganda, que su gran miedo sentia, no quiso mas

dilatarles aquella gran pena, y dejando de decir la verdad de aquello, tomó por otro camino, que conforme á ella parecia, el cual pensó en tanto que la profecía pareció que habia leido tres ó cuatro veces, y dijo: «Señor, á lo que yo siento desto que aquí dice, es que ya sabeis cómo el gigante Matroco de la montaña Defendida murió en la fe de Jesucristo, como antes fué pagano, donde se entiende que era siervo de la sierva que así se debe llamar aquella secta; y tambien os es notorio cómo Esplandian lo hizo enterrar en la ermita donde aquel ermitaño cristiano vive, y cómo la doncella Carmela llevó de aquí la tumba que sobre aquel ídolo de Júpiter estuvo, y la pusieron por sepultura del mesmo Matroco el Gigante; así que, en ella está hoy dia sepultado; que en lo que dice que será restituido en la vida por quien la muerte padece, esto se entiende que, muriendo en aquella muy santa ley de Jesucristo, será en la vida eterna restituido, que es la cierta y mas verdadera; que la vida deste mundo es la derecha muerte. Así que, mi señor, esto es lo que yo hallo que señalan estas letras, segun mi saber. Y si por ventura á otra cosa la profecía lo endereza ó se puede entender, dígoos que no entiendo mas dello, ni sé lo que será, mas de lo que saben estas dos señoras muy hermosas, vuestra hija Leonorina y la reina Menoresa, que creo que no han deprendido las artes que á este caso hacen.» Entonces, preguntando el Emperador, le dijo: «Mi buena amiga, lo que habeis declarado es lo verdadero, y cierto no se debe á otro fin entender. Agora os ruego que me solteis lo que queda.—Señor, dijo Urganda, eso no lo haré en ninguna manera, porque no os aprovecha saberlo; mas dígoos que muy presto será cumplido, y si algo dello os alcanzare, será en gran provecho de vuestra ánima; y no os diré por agora mas. —En eso, dijo el Emperador, me dais gran consuelo; que reparada la que decis, haga la fortuna en el cuerpo á su placer; y no se hable mas en ello.»

CAPITULO CXX.

Como en extremo de todo placer
Se viese la corte del Emperador,
Estando en el bosque con gozo mayor,
Quiso fortuna la rueda volver;
Cuando dos dragones, con recio poder,
Llevaron volando á la triste de Urganda,
Y á Armato y á Melia, que así se lo manda,
Sin nadie poderles estorbo poner.

Saliéronse con esto de la cámara á la gran sala, donde muchos altos príncipes y grandes señores estaban, y todos aquellos caballeros amigos de Esplandian, vestidos y arreados de muy ricos paños; así que, parecian una compaña tal, que apenas en todo el mundo á ella otra semejante se hallaria. Todo aquel dia pasaron en grandes fiestas, en las cuales se ordenaban las fortunas y trabajos venideros; y por dar el Emperador mas placer á sus huéspedes, y tambien porque el rey turco viese algo de su grandeza, mandó que le llevasen á su bosque muchas tiendas y grandes vajillas de oro y de plata, labradas á gran maravilla, y otros atavíos de paños de oro de muchas maneras, y de seda, en que habia muchas flores y bestias y aves en ellos broslados, y otras muchas y muy ricas joyas, tinajas y bacines de oro, y de otras muchas maneras hechas. Todo esto fué llevado al bosque, que muy cerca de la ciudad estaba, donde habia muy hermosos prados y fuentes muy bien hechas, y otras cosas de gran recreo. Habia asimesmo muchos venados y osos y puercos, y infinitas bestias fieras, que de muy léjas tierras él hacia traer.

Pues siendo todo aparejado, el Emperador cabalgó con todos sus altos hombres, y la Emperatriz y su hija con todas sus dueñas y doncellas, en que habia muchas infantas hijas de reyes y de grandes príncipes y duques, y con el Emperador iban Esplandian y aquellos caballeros sus amigos, y junto con el rey Armato y con la Emperatriz la infanta Melia y Urganda la Desconocida; y llegados á las ricas tiendas, descabalgaron de los caballos y palafrenes, y allí les mandó llevar el Emperador vestidos y cuchillos de monte, de que fueron vestidos, y Esplandian dió su rica espada á Sargil, su escudero, que la llevase á la ciudad á su cámara; pues luego fueron puestos en sus armadas con perros muy hermosos, y la vocería era muy grande, que hácia ellos venia mucha caza; que habiendo muerto della infinita, se tornaron á las tiendas por la mostrar á la Emperatriz y á su hija y á las otras señoras, con que gran placer hubieron. Así pasaron aquel dia con mucho placer, andando los caballeros y las dueñas y doncellas paseando por los verdes prados, tomando rosas y flores que muy bien olian; teniendo licencia de hablar con los que mas les agradaban, comiendo y cenando muchos y muy preciosos manjares. Finalmente, hallándose en la altura y extremo de placer, así como la movible fortuna muchas veces lo apareja, riyéndose como en desden, con qué descuido, con qué agonía las gentes á las semejantes cosas se allegan, no se les acordando que de allí les vienen las peligrosas caidas tan sin sospecha, que con doblada tristeza y amargura de sus corazones lloran, y sin medida se afligen con la tal mudanza en mucho mas grado, con mayor pesar que si aquellos grandes deleites en que se vieron los hubieran tomado con aquella templanza que las mundanales cosas se deben tomar, segun para que el alto Señor los crió en el mundo.

Otro dia luego, queriendo la fortuna mostrar sus juegos, acaeció que estando el Emperador y Emperatriz en la manera ya dicha, aquella vieja infanta Melia, que hasta entonces nunca la pudieron hacer hablar, por pregunta que le hiciesen, dijo delante de todos á Urganda: «Si tú eres tan sábia como todos dicen, haz aquí alguna cosa maravillosa con tu saber, con que esta gran fiesta sea acrecentada; que en los autos semejantes se ha de mostrar la discrecion de aquellos que la poseen.» Urganda dijo: «Infanta, esto que dices, mas á tí que á mí conviene, porque eres muy mas antigua y de mas sabiduría.—Si á mí es dado, dijo ella, yo lo haré, á condicion que tú hagas otro tanto, porque este grande emperador dé la honra del saber á la que de nos la merece.—Yo lo otorgo, dijo Urganda, que así sea.—Pues manda traer, dijo la Infanta, un libro que está entre los que me tomaste, que encima de la una cubierta está Medea figurada con letras que su nombre señalan, y siendo delante de tí, quiero que veas lo que haré, y si por ventura no lo alcanzas á saber,

saberlo has para adelante.—Eso luego se hará,» dijo Urganda; y mandando á una doncella suya que lo trajese, á poco rato fué venida. Mas entre tanto la infanta Melia tomó al rey Armato por la mano, y como que se paseaba por un prado, habló con él, sin que ninguno supiese ni oyese lo que pasaba; y tornándose á asentar donde ante estaba en el estrado de la Emperatriz, tomó el libro y abriólo, y leyendo en él, comenzó á hacer unos signos y mirar hácia el cielo y hablar entre sí, y dijo á Urganda: «Urganda, llégate á mí, y verás lo que nunca viste.» Ella se llegó al lado, y el rey Armato dijo: «Quiero ver lo que hacen estas dos tan grandes sabidoras; que aun yo algo entiendo desto.» Y púsose á la parte de Urganda; así que, la tomaron en medio; y la Infanta comenzóle á mostrar algunas profecías del libro. Mas no tardó mucho que vieron venir por el aire una nube redonda muy escura, que muy presto los cubrió á todos, que juntos estaban mirando lo que ellos hacian, con gran voluntad de ver alguna cosa que maravillosa les pareciese; y derramando sobre ellos una niebla escura, parecieron en medio de la nube dos dragones muy grandes y fieros, con sus alas, que á un carro uncidos venian.

Entonces la infanta Melia por la una parte y el rey Armato por la otra asieron tan fuertemente de Urganda, que mal de su grado la metieron en el carro, y ellos asimesmo, y se fueron por el aire con tanta ligereza como dos aves lo pudieran hacer. Urganda daba grandes gritos que la acorriesen; mas fué tan grande la priesa y tan súbita, que de ninguno socorrida pudo ser. Así que, en poca de hora, llevando el carro consigo la niebla, á vista de todos fué puesto tan alto, que parecia tocar á las nubes; de manera que la perdieron de vista. Cuando las doncellas de Urganda así la vieron llevar con tanta fortuna, creyendo nunca mas la ver, rompieron tocas y vestidos con tan grandes llantos y gritos, que los cielos horadaban.

El Emperador fué muy turbado y las lágrimas le vinieron á los ojos, y así fué la Emperatriz y su hija y todas las dueñas y doncellas. Mas lo que Esplandian hacia no es de creer; que la saña y la ira era tan grande, que parecia salir de sus ojos llamas de fuego. Pues no menos la tenia Talanque y Maneli el Mesurado, que de gran rabia se querian despedazar. ¿Qué os diré? Que tan grande fué la alteracion en todos y todas, que luego dejando el bosque, cabalgando en sus caballos y palafrenes, se tornaron á la ciudad con gran tristeza. Y sin mas tardar, Esplandian y sus compañeros, despedidos del Emperador y de la Emperatriz y de su hija, no sin gran dolor y angustia della y de la reina Menoresa en ver así apartar aquellos que tanto amaban, sintiendo ellos lo mismo, se metieron en la gran fusta, la cual partiendo del puerto, en pocos dias llegaron á la montaña Defendida.

CAPITULO CXXI.

Cómo los dragones pusieron en medio de la plaza de la gran Tesifante al rey Armato y á Urganda la Desconocida, la cual, por mandado de la infanta Melia, en una torre fué encerrada, y el Rey en sus grandes palacios con mucho placer recebido.

Los dragones con el carro subieron en tan grande altura como os contamos, y aquella noche, antes que amaneciese, fueron en la ciudad de la gran Tesifante, dejando en la plaza della al Rey y á las dos mujeres y se fueron su via que nunca mas parecieron. Como allí el Rey se vido, y conoció estar en su ciudad, fué tan alegre, como triste en verse preso y captivo en poder de sus enemigos. Y como vió que el alba rompia, llegóse á su palacio, y llamando á las guardas dél, hízoseles conocer, diciendo que lo dijesen al Infante su hijo. Las guardas, viéndole á pié y solo y á tal hora, no podian creer que él fuese, antes lo tenian á locura. Pero entrando adonde el Infante dormia, dijéronle: «Señor, un hombre está á la puerta deste palacio, y dice que es tu padre el Rey; bien será, si á tí place, que le veas.» El Infante se comenzó á reir y dijo: «Algun loco ó burlador debe ser, y verlo quiero.» Y levantándose del lecho, vistiéndose una aljuba, se puso en una ventana y dijo: «¿Qué hombre eres tú, que hablar me quieres?—Hijo mio, dijo el Rey, yo soy tu padre, el rey Armato, que por grande aventura soy suelto de entre mis enemigos; por eso, hijo, acógeme allá, y no dudes en esto que te digo.» El Infante le conoció en la habla, aunque no en la persona, porque la barba y cabellos tenia muy crecidos, y con la gran fatiga y congoja de la prision el gesto demudado, y bajóse luego por las escaleras, y como á él llegó, mas fué certificado, y hincó las rodillas ante él, y llorando, le besó las manos muchas veces, y el padre le abrazaba y besaba con grande amor que le tenia.

Entonces llamando á la infanta Melia y á Urganda, tomándolas consigo, se entró en su palacio, donde á la infanta Heliaja halló casi desnuda, que la gran priesa que por lo ver consigo tomó, no le dió para mas lugar. El Rey fué á ella y la tomó entre sus brazos, besándola en la cara, y ella á él las manos, bendiciendo sus dioses, porque tanto habian alegrado aquella tan atribulada casa, con todo el reino de Persia. La infanta Melia dijo á Urganda: «Por dos cosas te quiero otorgar la vida: la una, porque habiéndote yo llegado al punto de la muerte dentro en mi cueva, despues que en tu poder fuí, no me dijiste palabra alguna deshonesta, ni quisiste que me fuese ningun mal hecho; y la otra por esta rica aljuba que á este rey diste de tu voluntad, que esto no pudo venir sino de corazon generoso. Y si no fuese por el gran daño que este reino por tu causa recibe, yo te dejaria en tu libre voluntad y te pornia en salvo. Mas la grande ira y pasion que de ello me ocurre, no dan lugar á que esta obra venga en efeto. Así que, hasta que mas acuerdo haya y mis sañas sean en otros vengadas, como espero, tenerte he en una torre con tan fuertes encantamentos ligada, que ninguna cosa tu gran saber te aproveche. Esto es lo que por el presente de tí determino.» Urganda le dijo: «Infanta, yo soy en tu poder, puedes ordenar y mandar sobre mí, y yo obedecer aquellas leyes que me pusieres. Acuérdate del gran linaje donde vienes, que te obliga mas que á otros mas bajos, seguir la virtud y nobleza.—Ahora, dijo la Infanta, reposemos del trabajo habido, y luego haré de tí lo que determinado tengo.»

El Rey se entró en su cámara, y desnudándose, se metió en su lecho con tanto descanso como quien perdida tenia la esperanza de lo cobrar en todos los dias

de su vida. La vieja infanta Melia, tomando consigo á Urganda, se fué con ella á una torre muy fuerte que al un canto de la plaza estaba, que fué la primera cosa que en aquella gran ciudad fué poblada por un gigante llamado Leonato, y púsola dentro, y encantóla allí con tan fuertes conjuraciones, que la gran sabiduría de Urganda no era bastante para lo desatar, y cerróla con una pequeña puerta de hierro; y guardando ella la llave, se tornó á su palacio, y mandó que por una canasta que con ella dentro dejó con una cuerda, le diesen de comer.

Allí estuvo Urganda algun tiempo, con gran congoja de su ánimo, considerando cómo su gran sabiduría habia sojuzgado los mares, los reyes, los caballeros fuertes y las animalías brutas, alcanzando con su saber las venideras cosas y las pasadas, sin que por alguno dichas le fuesen; y que ahora, perdido y olvidado todo aquello, fuese así presa por aquella mujer de ciento y veinte años, que, segun la órden de natura, habia de tornar á la condicion de los niños. Y que escapada de aquel peligro, no contenta ni satisfecha la fortuna, quiso que della mesma fuese tornada á ser presa por tan extraña aventura, sin que aquel grande emperador, ni aquel fuerte Esplandian, ni aquellos tan famosos caballeros que presentes estaban la pudiesen socorrer ni valer, ni su sabiduría mucho menos, antes que, como hasta allí en una cosa de admiracion eran tenidas sus obras en el mundo señaladas, ahora como vanas hablillas, con risas y burlas eran del todo denostadas y en poco tenidas. Estaba como fuera de seso, deseando la muerte, porque así la fortuna, sin lo merecer ella, en tanto grado la atormentaba. Mas, de otra parte, sabiendo que en este mundo no se puede hallar el bien acabado, ni el mal sin remedio, acordándose cómo aquel rey Armato fué preso en poder de sus enemigos, y aquella infanta Melia, en cabo de tantos años; y que estando ella en tanta honra, acatada y mirada de aquel emperador y de tan altos príncipes y famosos caballeros, como señora de aquel gran rey y de aquella infanta; aunque en un momento tan arrebatado, quedando ellos libres, y ella su captiva, en tanta amargura y tribulacion fuese puesta, tomaba en sí consuelo, esperando lo semejante, que la fortuna, revolviendo su rueda, presto la podria reparar, y habiendo este conocimiento que los cuerdos en las tales afrentas haber deben, comenzóse á consolar, rogando siempre al muy alto Señor, en cuyo servicio, con todo encendimiento de su voluntad, á aquella tan extraña tierra era venida, que le hubiese merced y la sacase de allí, porque alguna tentacion mala no la hiciese desesperar y poner su ánima en condicion. Y que con doblado cuidado tornaria contra aquella mala gente, amigos del enemigo malo, porque su santa fe acrecentada fuese.

CAPITULO CXXII.

De las gracias que el rey Armato á sus dioses da por tan milagrosamente de poder de sus enemigos haber sido librado.

El rey Armato de Persia, que en su reino, salido de aquella prision, se halló, donde nunca salir pensaba, daba muchas gracias á sus dioses, mandando hacer grandes limosnas en aquellos templos donde ellos estaban, de oro y de plata y otras ricas joyas, considerando que mas por el querer y voluntad dellos que por otra ninguna sabiduría era salido de aquella tan amarga vida, y tornado en tanta buenaventura, creyendo que si hasta allí por los tener airados tan grandes afrentas le vinieron, que ahora, siendo contentos, aceptando sus servicios, volviendo la ira en piadosa voluntad, sus cosas serian por otro camino guiadas, de mayor alegría y placer, que en mucha cantidad sobrasen á la tristeza pasada. Y queriendo seguir aquello que en su pensamiento creia ser su servicio dellos, gozando de aquella dicha tan grande que se le ofrecia, por ser él ya de lo bajo á lo alto de la rueda de la fortuna subido, acordó que sin mas dilacion pusiese en obra aquello con que, no solamente pensaba asegurar su reino para siempre, echando dél aquellos sus grandes enemigos, mas ensancharle y crecerle, con otro tanto ó por ventura mas, quedando el mayor príncipe que nunca en Persia reinó, y para esto hizo hacer muchas cartas para los altos hombres de Oriente, que con sus mensajeros les envió, las cuales decian así.

CAPITULO CXXIII.

De la carta que el rey Armato envió á todo el paganismo.

«A todos los soldanes, califas, tamorlanes y reyes, y otros cualesquier grandes señores de la ley pagana, de las partes de Oriente, así de la mano diestra, como de la siniestra. Yo el rey Armato de Persia, caudillo frontero, defendedor de todo el paganismo, salido de la prision de nuestros enemigos por milagro de los dioses en que adoramos, os hago saber cómo agora nuevamente es levantado un caballero, decendiente del troyano Bruto, aquel que mató el fuerte gigante que la grande isla señoreaba, y por causa de su nombre la intituló Bretaña la Grande. Pues este nuevo caballero que digo agora, ya sea por el querer de los nuestros dioses, si enojados los tenemos, ó por el del suyo, cuya ley sostiene, que poco tiempo há que en la ciudad de Jerusalen fué crucificado; viniendo por su sola persona á la montaña Defendida, matando á los dos jayanes valientes en armas, Matroco y Furion, y á otros caballeros, por señor de la montaña quedó. Y yo, considerando ser aquello en perjuicio y peligro de nosotros, dispúseme por mi persona y con mis gentes á la cercar. Y teniéndola en el cabo, por gran desventura y engaño por este dicho caballero fuí preso y tenido hasta agora en su poder, donde, por la merced de nuestros dioses, como dije, fuí salido.

»Pues no contento este tan mortal enemigo, en tanto que preso me tuvo me tomó dos villas, puertos de mar, las mas fuertes de todo mi señorío. Así que, ya la fortuna le ha puesto en parte donde mis fuerzas no bastan para le resistir, porque ese malo falsario emperador de Constantinopla, quebrantándome las treguas que con él tenia, le favorece y ayuda con todo su poder, de manera que si remedio no se pone, yo, que por escudo de todos estoy puesto, en poco tiempo seré destruido, perdiéndose este señorío, que de todos es amparo y defensa; por lo que os ruego y amonesto con nuestros dioses, querais por su servicio y por vuestra

salud y mia, tornar sobre ello, viniendo por vuestras personas con tantas gentes, que no solamente sea lanzado este tan mortal enemigo de vuestro Señor, mas, cerca de aquel traidor en su ciudad de Constantinopla, donde por los dioses tengo prometido que por su larga barba arrastrando lo sacaré, poniéndolo en poder de vosotros. Así que, muy altos príncipes, desto tal redundará que el pensamiento de aquel malo se le torne al revés, que pensando ganar lo nuestro, perderá lo suyo.»

CAPITULO CXXIV.

Cómo, despues de ser convocados
Los reyes paganos por todos lugares,
Con tantas de fustas que cubren los mares,
En puerto de Tenedon fueron juntados,
Adonde los reyes no siendo contados,
Ni otros caudillos y fuertes jayanes,
De solos califas y grandes soldanes
Mas de quinientos fueron llegados.

Muchas cartas fueron por el tenor desta escriptas, y por mandado de aquel rey de Persia enviadas con mensajeros, que con toda diligencia tenia él confianza que las darian en la parte que deseaba. Los cuales llegados en aquellas tierras, así en la firme como en las islas de mar, y por aquellos muy altos hombres vistas, y oido lo que los mensajeros dijeron, como entonces en gran paz y sosiego estuviesen, deseando con el gran reposo ejercitar sus personas y gentes en servicio de sus dioses, fueron con tanta gana y voluntad levantados á lo remediar, como si ellos todos fueran uno, y en una voluntad y querer se guiaran; y haciendo mensajeros sobre ello unos á otros, fué acordado que sin mas dilacion cada uno en su imperio y reino aparejase la mayor flota y mas gente que haber pudiese, y que á día señalado fuesen todos juntos en el puerto de Tenedon, cabe la destruida Troya. ¿Qué os diré, sino que las flotas fueron tantas, y las gentes en tanto número, con lenguajes desvariados unos de otros, que todo el mar fué cubierto, que casi agua en él no parecia? Allí venian todos aquellos emperadores y reyes en persona, así blancos como negros, sin que ninguno en su tierra quedase; allí traian sus caudillos, muy diestros en toda manera de guerra; sus almirantes, que del arte del navegar eran grandes maestros; tantas gentes, que salidos en tierra, cubrian los campos, secaban los rios por do pasaban, que para su beber no daban abasto. Finalmente, eran tantas las gentes, que en ninguna escriptura no se halla, desde el tiempo de aquel gigante Nembrot; y mas quiero que sepais, que fué dicho por cierto que solo de los grandes, sin que de rey á abajo se contase, hallaron mas de quinientos; en las otras gentes no habia cuenta.

CAPITULO CXXV.

Cómo, por consejo del conde Frandalo, Belleriz y Talanque y Maneli se partieron de la montaña Defendida por saber nuevas del rey Armato y de las dos sabidoras, y de lo que en este viaje les aconteció.

Esplandian, que á la montaña Defendida se fué, como se os dijo, estaba con mucho dolor de su corazon por la pérdida de Urganda, que fué en tal manera, que siendo en su presencia, no la pudo socorrer, y habló con el conde Frandalo, diciéndole: «Mi verdadero amigo, yo estoy como fuera de seso, que por ninguna manera me puedo consolar ni darme remedio, acordándoseme cómo Urganda vino con mucho amor á nos ver y hacer compañía en la ida que á la corte del Emperador hecimos, y la grande honra que con ella nos vino, y que delante de nosotros recibiese tanta desventura cual nunca otro recibió; sabed que estoy en punto de me tornar loco ó desesperar de mi vida. Así que, mi grande amigo, aconsejadme y ayudadme á que la cobremos; que, despues de Dios, en vos es mi remedio, segun la noticia que desta tierra teneis. Y sepamos si es muerta ó viva; porque si muerta fuere, creed que las cruezas que en esta gente yo haré, si la muerte no me ataja, serán tales, que á todo el mundo pornán espanto. Y si por ventura fuere viva, no dudaré peligro ni muerte hasta la cobrar.»

El conde Frandalo le dijo: «Señor, en aquella congoja que os veo estoy yo, porque á mí me toca como si de aquella dueña hubiera recebido muchas honras, y en lo que por la obra se verá, se conocerá mi voluntad. Y en esto que mandais que os aconseje, digo que estas cosas temporales no se deben tener por ninguno como propias, antes el dolor que por su causa nos viene, se debe tomar con aquella templanza que las ajenas cosas ellas mismas aconsejan. Acuérdescos, Señor, en cuán poco tiempo fué preso aquel rey desta tierra, y sacada de la cueva la infanta Melia, donde encantada por mas de sesenta años estuvo, sin que ninguno lo pudiese estorbar. Y como despues fueron llevados, pasando la mar, á aquella gran corte, donde, al parecer de todos, aunque sueltos los dejaran, no se pudieran á su tierra volver; y cómo allí, donde remedio no tenian si de piedad no, allí les vino la salud para su delibracion. Pues ¿qué podemos decir ni determinar en estos juegos de la mudable fortuna? Por cierto, á mi ver, no otra cosa, sino que los que en lo alto son subidos, que teman caer, como muchos lo han hecho; de los cuales las antiguas corónicas lo muestran; y aquellos que en lo bajo son puestos, que tengan esperanza de subir donde los otros han decendido; y así vos, mi señor, la tened, quitando de vuestro pensamiento esa congoja y aficion, de que ningun provecho, y gran daño os puede venir, y pensemos en el remedio dello, y lo que á mí por el presente ocurre es, que mi sobrino Belleriz, que la tierra muy bien sabe, tome algun hombre de quien podamos saber qué se ha hecho desta dueña, y segun la nueva, así podamos tomar el consejo.» Esplandian fué con esto muy consolado, y díjole: «Mi amigo, pues á vos dejo yo el cargo, que así como lo habeis dicho se ponga en obra, y luego, sin mas dilacion.»

Frandalo habló con su sobrino, que muy buen caballero era y muy leal, y mandóle que tomase otros dos caballeros de aquellos, y procurase saber de algun hombre de los contrarios qué se hizo del rey Armato y de aquellas mujeres que con él fueron. Belleriz díjolo á Talanque y á Maneli, si querian ir aquel viaje con él; ellos con gran placer, como aquellos que no deseaban otra cosa sino salir por aquella tierra, y buscar algunas aventuras donde honra y prez pudiesen ganar,

dijeron que de grado irian con él donde él fuese. Y tomando sus armas y cabalgando en sus caballos, salieron de la montaña Defendida á la media noche; y yendo por un camino, dijo Talanque: «Belleriz amigo, mucho os rogamos que porque tenemos deseo de nos hallar en esta tierra en algunas aventuras, que nos guies á tal parte donde las podamos hallar.—Buenos señores, dijo él, las aventuras se hallan cuando los hombres no piensan, y muchas veces con grande aficion las buscan y no pueden ser halladas. Pero hay aquí una fuente, llamada la Venturosa, que en ella, ó cerca della, ocurren algunas cosas extrañas; si vos pluguiere, guiarvos he alla.—Mucho nos haréis alegres, dijo Talanque, en que lo hagais.—Pues seguidme,» dijo él.

Así anduvieron todo lo que de la noche quedaba, y siendo ya el dia claro, vieron á ojo la fuente con el paño de oro, que á los pilares de metal se ataba, y la cama de seda que la infanta Heliaja allí mandó dejar cuando en ella la prendieron, como ya es contado. Y yendo hácia la fuente, siendo ya cerca, vieron echada en la cama una serpiente muy grande, y como los vido, levantó la cabeza, dando silbos; mas los caballeros fueron al mas andar de sus caballos contra ella por la herir; y la serpiente se levantó, y comenzó de huir á unas peñas que cerca de allí estaban; y los caballeros la seguian muy bravamente; aunque sus caballos la recelaban tanto, que no podian á ella llegar. Cuando la serpiente se vió aquejada comenzó á dar grandes gritos, que parecian de mujer que cuita hubiese. Y luego salieron de la montaña cuatro caballeros bien armados en hermosos caballos, dando voces, diciendo: «No pongais mano en la doncella; si no, muertos sois.»

Entonces se encontraron unos á otros muy bravamente, y las lanzas volaron por el aire en piezas, pero ninguno dellos cayó, y pusieron mano á sus espadas, y fueron por herir á los caballeros de la montaña. Mas ellos dijeron: «Pues que la doncella es en salvo, no tenemos aquí mas que hacer, ni nos es mandado.» Y volviendo las riendas á sus caballos, se metieron por las espesas matas, sin que mas los pudiesen ver, y tornando á la serpiente, viéronla á la puerta de la cueva, donde ellos no podian llegar. Así que, dejándola, tornaron á su viaje, riyéndose de lo que les habia acaecido. Y queriendo pasar adelante, miraron la fuente, y vieron cómo un caballero armado de muy ricas y hermosas armas daba á beber en ella á su caballo, y tornáronse para él, diciendo: «Caballero, ¿quién sois?—¿Por qué lo preguntais? dijo él.—Porque queriamos saber, dijeron ellos, si nos conviene justar con vos.—Para eso, dijo el caballero, no es menester saber quién soy; porque, aunque vosotros sois tres, no os dejaré yo hasta probar qué tales son los caballeros extraños.» Cuando esto fué por ellos oido, maravilláronse cómo tan osado les hablaba. Y Talanque, que ya tomado habia sus armas, dijo: «Caballero, pues en mí quiero que probeis lo que habeis dicho.» Y desviándose uno de otro, corrieron los caballos contra sí, y hiriéronse en los escudos de tan grandes encuentros, que la lanza de Talanque voló en piezas, y la del caballero quedando sana, le sacó de la silla tan ligeramente, que casi no sintió la caida, de que mucho se maravillaron sus compañeros. Mas luego fué para él Maneli, y asimesmo lo derribó por aquella manera; y así hizo á Belleriz.

Cuando ellos se vieron derribados por un solo caballero, mirábanse uno á otro como espantados; y llamaron al caballero á la batalla de las espadas, que querian lidiar con él uno á uno, sin que otro engaño fuese. Él les dijo: «A mí me es mandado que no haga mas desto;» y dando de las espuelas al caballo, se metió por la montaña. Los caballeros cabalgaron en sus caballos, y queriendo ir en pos dél, oyeron á su siniestra unas voces muy doloridas en la halda de la montaña, y dejando la via que querian llevar, acudieron allí por saber qué fuese; y entrando en las primeras matas, vieron venir una mujer desnuda y descabellada, corriendo, dando voces, y un leon tras ella, que á vista dellos la alcanzó, y con sus fuertes uñas la abrió toda por las espaldas. Los caballeros, habiendo della gran piedad, quisiéronla socorrer, y matar al leon; mas él dió tan grandes bramidos, que los caballos huyeron con sus señores tan reciamente, que en ninguna manera los pudieron tornar hasta muy gran trecho. Y cuando volvieron, ni hallaron el leon ni la mujer. Belleriz les dijo: «Señores, si desta fuente no os desviais, nunca nos faltarán cosas extrañas; que aquella infanta Melia dejó estas que hemos visto, y otras infinitas que por esta montaña se muestran.» Maneli le dijo: «Amigo mio Belleriz, sino porque hemos de llevar recaudo de aquello por lo que somos venidos, yo vos digo que no me partiera de aquí hasta ver todas estas aventuras, cuantas ver pudiera. Pero bien será que, dejándolas por agora, vamos á aquella parte donde mas conviene.» Y apartándose de la fuente y de la montaña, tomaron otra via, y llegando á una ribera, vieron debajo de unos árboles hasta diez hombres desarmados y dos mujeres en sus palafrenes; la una dellas era asaz hermosa y bien vestida.

Como los hombres vieron á los caballeros, huyeron por la ribera, en que habia mucha espesura de árboles, y las mujeres fueron por ellos tomadas; y viéndose así desamparadas de sus hombres, y puestas en la voluntad de los ajenos, comenzaron de llorar; Talanque les dijo: «Amigas, no lloreis; que ni á vosotras, por ser mujeres, ni á vuestros hombres, por estar desarmados, no harémos ninguna cosa desaguisada; y decidnos una cosa, si la sabeis, sin que en ella haya sino la verdad.» La doncella, algo consolada con aquella cortesía que les ofrecian, dijo: «Preguntad, señores, lo que os placerá; que si por nos es sabido, decir vos lo hemos.—Agora nos decid, dijeron ellos, todo lo que del rey Armato sabeis.—Lo que nosotras sabemos, dijo ella, es que ese rey que decis, por muy gran maravilla es venido en su reino, y trajo consigo á la vieja infanta Melia, que así como él presa estaba en poder de cristianos; y otra mujer, que dicen todos que es de las mas sabidoras que hay en el mundo, y llámanla Urganda la Desconocida, la cual está metida en una torre, al un canton de la plaza de Tesifante, y dícese que la infanta Melia la tiene encantada tan fuertemente, que si por su voluntad, y no por otra via ninguna, no puede de allí salir.—Pues decidnos, dijeron ellos, qué hace el rey Armato, ó qué ha

hecho despues que vino de la prision.—Señores, dijo la doncella, lo que ha hecho es, dar muchas gracias á los dioses y hacerles grandes ofrendas por la buenaventura en que le han puesto; y dícese que ha enviado cartas con muchos mensajeros á todos los reyes paganos de Oriente y á todas las islas del mar, que vengan á ayudar á poner cerco sobre Constantinopla, y ya le son venidos mensajeros que la gente viene en tanto número, cual nunca jamás se vió desque el mundo fué establecido hasta agora.»

Cuando aquesto fué por aquellos caballeros oido, dijeron: «Segun estas nuevas, no nos cumple poner obra en buscar otras aventuras extrañas; que ningunas pueden ser tales que á estas igualen.» Y tomando consigo aquellas mujeres, asegurándolas que ningun desaguisado les seria hecho, se tornaron, sin que ningun impedimento les acaeciese, á la montaña Defendida, donde llegaron á una hora de la noche, y allí hicieron que aquella doncella contase á Esplandian y á aquellos caballeros las nuevas que habeis oido, así de lo de Urganda como de la gran gente que el rey Armato esperaba. Y despues que hubieron cenado con muy gran placer y gran risa de todos, contando de las aventuras que hallaron á la fuente Aventurosa, y cómo un caballero los derribó á todos tres tan ligeramente, fuéronse á dormir, llevando consigo la doncella Carmela á aquellas dos mujeres, que siendo ya el dia claro, dándoles sus palafrenes, se partieron donde fué su voluntad.

CAPITULO CXXVI.

Cómo los mares tentase correr
Tartario, viendo las ondas troyanas
Todas cubrirse de flotas paganas,
Al buen caballero lo hace saber;
El cual, deseando remedio poner,
Al mesmo cosario con un caballero
Envia, que sepa la parte primero
Por donde se muestra la armada mover.

Estas nuevas que ois de aquellas grandes gentes que venian, les puso á Esplandian y á aquellos caballeros en muy gran cuidado, no sabiendo cuál seria mejor: ó se repartir en aquellas tres villas para las defender, haciéndolo saber al Emperador, ó se ir á meter en Constantinopla, porque allí recibiesen en su defensa todo el peligro que venir les pudiese. Y antes que se determinasen, llegó al puerto un sobrino del almirante del Emperador, que Tartario se llamaba, que andando en compañía de su tio, gobernando él toda la flota en su ausencia, alzósele con seis navíos gruesos, haciéndose cosario contra los turcos, y cuando dellos no podia haber presa, tomábala de los cristianos si podia. Este Tartario, corriendo con sus navíos á la parte de Troya, vió venir aquellas grandes flotas de los paganos por la mar, en tanta cantidad, que él fué muy espantado de las ver, y cómo se recogian en el gran puerto del Tenedon; y como quiera que él pecador fuese, hubo piedad de los cristianos, segun el gran peligro se les aparejaba, y acordó de lo hacer saber á Esplandian y á sus compañeros para que ellos pusiesen el medio que convenia. Y saliendo este cosario de las fustas, y subido al grande alcázar, contóles todo lo que vido, haciéndolos ciertos que nunca por escriptura ni memoria se podia hallar tan gran número de gente como aquella era. Ellos le dieron las gracias por el tal aviso, y acordáronle que tornase á vista de aquellas gentes, y Belleriz con él en la barca, y que aguardase si aquella gente, al mover del puerto, enderezaban la via contra aquellas villas que ellos habian tomado, ó á la parte de Constantinopla; porque esto sabido, tomasen el consejo que se convenia tomar. Esto se puso luego en obra; que aquel cosario Tartario, arrepentido de los males que hasta allí habia hecho, teniendo en su voluntad de los pagar en servicio de Jesucristo, salvador del mundo, en tal manera que le serian perdonados, él y Belleriz se partieron por la mar á cumplir lo que les estaba mandado.

CAPITULO CXXVII.

Cómo Norandel y el conde Frandalo, por mandado de Esplandian, se partieron para Constantinopla, para hacer saber al Emperador de la grande armada de los turcos, y de las cosas que con la infanta Leonorina y con la reina Menoresa pasaron.

Partidos estos por la mar, como oido habeis, Esplandian y aquellos caballeros hubieron su acuerdo, que no seria buen seso esperar á que aquella gente moviese; porque en tanto que pensasen poner el remedio, podia venir algun impedimento que lo estorbase, por donde el Emperador se veria en gran peligro, y que mejor era aventurar á que aquellas villas se perdiesen ó se socorriesen, que no una tan señalada cosa como era Constantinopla; que si aquella fuese perdida, todo lo otro lo seria asimismo, y acordaron que Norandel y el conde Frandalo, con todos aquellos escogidos caballeros, se fuesen luego sin mas tardar al Emperador, y trabajasen con él cómo la ciudad se reparase de gentes y armas y pertrechos; que mandase alzar todas las viandas y recoger todas las gentes á los mas fuertes lugares, y le dijesen que no temiese ninguna afrenta, por espantable que se mostrase; que tantos y tales serian en su ayuda y servicio, que sus enemigos no los osarian esperar, ó si esperasen, serian todos muertos y confundidos, y que Esplandian quedase y el rey de Dacia allí, y con él Gandalin y Enil, para llevar el socorro; porque esto no era razon de lo hacer hasta que Belleriz viniese con la certenidad dónde la gente llevaba la via.

Muy gran placer sintió Norandel con aquel acuerdo, porque lo que por él fuese hecho, seria en la presencia de aquella reina que él tanto amaba, y por quien siempre sentia en su corazon grandes cuitas y mortales deseos, que de sentido le sacaban, tanto, que si la esperanza le faltase, le faltaria sin duda la vida. Y asimismo lo hubo el conde Frandalo, por poder servir al Emperador en tal jornada las mercedes que le hizo. Pues todos los caballeros no sintieron en sus ánimos menos alegría, considerando que aquel era el fin de su bienaventuranza, en que sirviendo á su señor, pudiesen mostrar claras las valentías de sus cuerpos y el esfuerzo de sus corazones, y que si por él estaba prometido que allí muriesen sus cuerpos, que habiendo piedad de sus ánimas, serian en la gloria para siempre. Pues luego fueron armados de aquellas armas de la cruzada que Urganda les habia dado. Y entrados ellos y sus ca-

ballos en la mar, allegaron al puerto de Constantinopla, donde por el Emperador fueron con mucho placer recebidos, preguntándoles por qué causa su tornada fué tan presto. Norandel le dijo las nuevas que en la montaña Defendida supieron, y cómo las habia sabido, y que Esplandian y ellos tuvieron por mejor consejo que, quedando él en la Montaña para dar remedio en el socorro, si menester fuese, ellos estuviesen allí en su servicio; y dijéronle todo lo otro que oistes.

El Emperador, como despues que vió la profecía, siempre le ocurria della gran sobresalto, luego pensó que el cumplimiento de lo que decia era venido sin que remediar se pudiese. Pero teniendo confianza en Dios, á quien él servir deseaba, acordó con mucho esfuerzo y gran diligencia de se defender, porque si mal le viniese, mas á la fortuna que á él se le pudiese imputar. Y luego mandó allí venir toda la mas gente de armas de su imperio y todas las provisiones que hallar se pudieron, y proveer la ciudad de muchas armas, y así proveyó en todo lo otro que cumplia, con acuerdo de aquellos caballeros. Leonorina, por consejo de su padre, envió á decir por una doncella á Norandel y al conde Frandalo que la viesen, que ella les queria hablar, y á todos los otros caballeros que la quisiesen ver; que mucho placer le habia dado su venida. Ellos, cumpliendo su mandado, fuéronse donde ella posaba, y halláronla en su rico estrado, y la reina Menoresa con ella, y otras muchas dueñas y doncellas de alto linaje. Y como los vido, levantóse á ellos, y hincadas las rodillas, le besaron las manos. Norandel se fué á la Reina su señora, que él mucho amaba y de quien muy amado era, aunque no se lo habia mostrado; y hincadas las rodillas ante ella, porfió por le besar las manos, mas ella las tiró atrás y hízolo levantar, y como se vió ante ella, las carnes le temblaban del gran placer que su corazon sentia, y con alguna turbacion que lo semejante causar suele, le dijo: «Señora, agora lo tengo yo por buena-ventura, porque la fortuna me es tan favorable en haber traido á esta necesidad, donde en vuestra presencia y en vuestro servicio pueda ejecutar lo que mi voluntad desea, que será de tal forma, que gran sinrazon seria que de vos, mi señora, no fuese amado y tomado por su caballero, con aquel amor que el muy cuitado corazon vos tiene, ó recebir en ello la muerte. La cual, si desto que digo la esperanza perdida tuviese, seria de mí muy bien recebida, como aquella que daria remedio á mis dolorosas cuitas, que mas amargas y mas mortales que ella es las siento;» y no pudo sufrir que las lágrimas á sus ojos no viniesen.

La Reina, que lo miraba bien, vió que todo señorío y poderío tenia sobre él, y como ella lo amase mas que á su propia vida, pensó que, segun el gran esfuerzo deste caballero, junto con aquella pasion tan enamorada, que en la primera afrenta que se hallase querria hacer tanto, que su vida seria en gran peligro, de donde á ella se le seguiria gran dolor, y dijo: «Amigo, señor, no quiero yo que por mi causa seais puesto en tales afrentas, que mas á locura que á esfuerzo se juzguen, porque por donde me pensais ganar, por allí me perderéis. Y si esto es porque vos tome por mi caballero, desde agora vos recibo con esta condicion: que vuestro esfuerzo sea templado y con discrecion, que esto hace á los caballeros ser muy loados y acertar en todas las mas cosas que emprenden, y cuando desta límite salen, aunque la valentía en su honra quede, la discrecion deshonrada y menoscabada queda; y en esto que vos mando quiero ver cómo en todo lo otro me seréis obediente.»

Cuando Norandel esto oyó, el placer suyo fué tan grande, que perdidos casi los sentidos, no pudo responder, lo cual fué ocasion de acrecentar la llaga del corazon de aquella que tanto le amaba; y bajó la cabeza como por humildad. Leonorina, como quiera que con el conde Frandalo y con algunos de los otros caballeros hablase, bien pensaba en lo que aquellos dos enamorados podian hablar; y porque estorbo no les viniese, tenia en razones á los otros. Y despues de algunas hablas, dijo al Conde: «Amigo, ¿qué tal queda el mi caballero, y por qué no vino en vuestra compañía?—Señora, dijo él, aquel caballero, que no merece ser sino de Dios y vuestro, ha estado con mucha congojá por la pérdida de aquella tan su amiga, y si no fuera por esta gran nueva, que todo lo otro le ha hecho poner en olvido, acá, Señora, supiérades lo que hiciera por su delibracion. Mas, como digo, esto es tan grande, que no ha de entender en otra cosa alguna sino en lo reparar. Él queda para saber dónde van á parar aquellas grandes flotas de gentes. Y si, como se ha dicho, aquí vienen, luego enviará cartas y mensajeros donde tantos y tales caballeros le acudirán, que no será tan crecida gente que de sus manos pueda salir, sin que todos sean muertos y perdidos.—Así plega á Dios, mi buen amigo, dijo Leonorina, que sea ello como lo decis.—Así será, dijo él. Y vos, mi señora, cuando en la hacienda fuéremos, ponedvos en parte donde podais mirar, y allí veréis á lo que bastan y lo que pueden estos caballeros que á vuestro caballero aguardan.» Con esto se despidieron dellas, y se fueron al Emperador, que aguardándolos estaba.

CAPITULO CXXVIII.

Cómo Esplandian, certificado que la grande armada de los turcos para Constantinopla partia, escribe las cartas que adelante se siguen.

Esplandian, que en la montaña Defendida quedó, esperando la nueva que el Tartario cosario y Belleriz le trajesen, en cabo de diez dias que de allí los caballeros partieron, fueron estos mensajeros tornados, y traian consigo en un barco cuatro turcos que tomaron de noche cerca de la grande armada. Destos supieron cómo el rey Armato y el infante Alforaj, su hijo, eran ya en la mar, con la mas gente y navíos que haber pudieron, y se habian juntado con la gente; y que luego otro dia despues que los prendieron, partieron aquellas grandes flotas la via de Constantinopla, sin tener ojo á otra ninguna parte; y que desto no dudase, porque ellos aguardaron tanto espacio de tiempo, que la gente era ya pasada gran parte, dejando muy atrás á las villas de Galacia y Alfarin. Oido esto por Esplandian, acordó de escribir una carta con Enil al emperador de Roma, considerando la gran deuda en que á su padre

era; y otra de creencia á su tio don Florestan, rey de Cerdeña, las cuales así decian.

CAPITULO CXXIX.

Carta al emperador de Roma.

«Al muy alto emperador de Roma, Esplandian, siervo de Jesucristo, caballero dè la Luciente Estrella, mando besar vuestras manos.

»Acuérdesevos, Señor, que siendo mas abastado de virtudes y nobleza que de estado ni riquezas, este Señor que digo, por la su divinal gracia, vos ha puesto en tan alto señorío, que hoy sois uno de los mayores ministros para sostener y acrecentar la santa fe católica; por donde mas que á otro alguno vos obliga á seguir su servicio, poniendo la persona y el grande imperio, desechando el reposo y deleites, á todo trabajo por sostener la su ley santa. Y si así no lo haceis, aquellas grandes riquezas, aquellas muchas gentes que vos obedecen, aquellas dulzuras que vos acompañan, con todas las otras cosas temporales en que los mortales se envuelven, y con ellas se revuelven en amargos jarabes, en miserables tribulaciones, en la perdurable vida que esperamos serán convertidas, sin que el remedio dello la gran valentía, el esfuerzo del corazon, los muchos tesoros, los muchos vasallos aprovechar puedan; como creo yo que no agora nuevamente á vuestra noticia ser verdad habrá llegado. Pues venido al caso, sabréis cómo estando en esta montaña en compañía de otros nobles caballeros, dejando las locuras en que hasta aquí andában, habiendo verdadero conocimiento, hemos hecho guerra á estos infieles, crueles enemigos del verdadero Señor nuestro; y habiéndoles ganado dos villas puertos de mar, las mas fuertes de su señorío, y defendídolas con ayuda deste muy noble y muy católico emperador de Constantinopla, estando en disposicion de les ganar todo el restante, este rey Armato, pagano, por se remediar á sí y por destruir á nosotros, ha convocado y llamado á todo el paganismo; los cuales, dejando sus tierras sin pena alguna, con grandes flotas y número de gentes, cuales nunca se halla ser juntas en ningun tiempo, son llegados al gran puerto del Tenedon, con voluntad de cercar esta gran ciudad de Constantinopla; que si por su dicha y nuestra desventura la cobran, podrán cobrar sin mucho trabajo todo el imperio, y mas adelante cuanto se les ofreciere. Así que, alto Emperador, cumpliendo con el Señor cuyos somos, con la vuestra virtud, con el grande esfuerzo, ayudad á poner aquel grande remedio que á la tal y tan peligrosa dolencia conviene. Lo demás se remite al mensajero.»

CAPITULO CXXX.

De otra carta á don Florestan, su tio, rey de Cerdeña.

«Noble rey de Cerdeña, don Florestan, mi tio: Yo escribo una carta al Emperador, que Enil vos mostrará, y no solamente se ha de procurar el efecto della por vos, mas recordar en vuestra memoria cómo las grandes valentías vuestras que hasta agora pasastes, fueron mas en gran peligro de vuestra persona que en provecho de vuestra ánima. Y pues el muy alto Señor os ha llegado á tal edad y á tal señorío, haciéndoos señalado en el mundo, procurad vos que la fin no sea diversa de su servicio; pues que con ella, siendo cual debe, reparando los yerros antes que vengan, se alcanza aquello verdadero que no vemos, quedando lo que vemos por una burlada locura, como lo es; y porque Enil vos hablará mas largo, á él lo restante remito.»

CAPITULO CXXXI.

Cómo Esplandian envió á demandar ayuda por Gandalin á los reyes y altos hombres en este capítulo contenidos.

Despachadas estas dos cartas por Esplandian, acordó que Gandalin fuese á su padre, y le contase aquel tan gran caso y peligro en que la cristiandad estaria si remedio no se pusiese; y asimesmo le dijese de su parte que fuesen por él requeridos el rey de Sobradisa, don Galaor, y Galvánes, y el rey don Bruneo, y don Cuadragante, señor de Sansueña, y Dragonis, rey de la Profunda Ínsula, y Gasquilan, rey de Suesa, y Agrájes; y aun que, si le pareciese, que lo hiciese saber al rey Perion, su señor, que seria bien; porque si con su persona cumplir no pudiese, que cumpliria mucho con su ánima, y si no, que enviaria su gente; y tambien encargó á Gandalin que besase por él las manos al rey Lisuarte, su abuelo, y á la reina Brisena, y les dijese todo el negocio en que estaba. Y que pues el poderoso Señor les dió su gracia, que en vida tan santa acabasen, que lo ayudasen con sus oraciones y con todas las otras de los religiosos de aquel reino, y que dijese á su padre que su parecer era que todas las flotas se juntasen en el puerto de la ínsula Firme, porque de allí juntas partiesen; y esto, que se hiciese con gran diligencia, porque á la hora era ya puesto el cerco sobre Constantinopla; y diese á su padre una carta que así decia.

CAPITULO CXXXII.

Carta de Esplandian á su padre.

«Noble y esforzado rey de la Gran Bretaña, mi señor y mi padre: Vuestro hijo Esplandian, siervo de Jesucristo, caballero de la mas Luciente Estrella, manda besar vuestras manos. Agora, Señor, es venido el tiempo en que pagar podeis aquellas deudas que la fortuna hasta aquí os ha ofrecido. La primera, de nuestro Señor Dios, que os hizo extremado sobre todos los príncipes del mundo, en todas aquellas cosas que á caballero y á rey pertenecen, por donde á la honra y estima vuestra ninguno igualar se pudo. La segunda, aquella gran carga que sobre vos tomastes en aquella ayuda y favor que deste noble emperador de Constantinopla os fué hecha, cuando mas menester la hubistes, que fué causa de ser vos puesto en la mayor alteza que ninguno de los mortales. Pues si decimos de la tercera, que fué gastando vuestro tiempo, empleando vuestras fuerzas muchas veces en grandes peligros, en la vana gloria deste mundo, de que perdon os conviene pedir, con esto que al presente nos ocurre, queriendo vos, gran rey, seguir la verdadera razon, todas ellas serán purgadas. Y por ser tal el mensajero, que va informado de todas las otras cosas á esta tan gran necesidad necesarias, se

da fin á esta, besando las manos á la Reina, mi madre y mi señora.»

CAPITULO CXXXIII.

Cómo el emperador de Roma y don Florestan, recebidas las cartas, acordaron entre sí que luego don Florestan, con la gran flota del Emperador, para el puerto de la ínsula Firme se partiese.

Con estas cartas que habeis oido, partieron de la montaña Defendida aquellos dos caballeros Enil y Gandalin, en una barca, con hombres que los guiasen, y remándola por la alta mar, aunque con algun peligro, el Señor mas alto y mas poderoso de todo el mundo, viendo cómo iban en su servicio, los hizo llegar en cabo de quince dias á un puerto de Roma que Laudato habia nombre; y allí, salido Enil en tierra con sus armas y caballo, se fué donde supo que el Emperador estaba, porque le dijeron que el rey don Florestan nunca dél se partia. Y llegado en su presencia, despues de le haber besado las manos, les dió las cartas de parte de Esplandian. El Emperador, tomando la suya, dijo riyendo: «Enil, mi amigo, si fuera por ventura esta embajada como la otra que me llevastes al real de Vindilisora, ¡qué gran sobresalto me pusieras!—Señor, dijo Enil, aunque en cantidad esta muy menor sea, en cualidad mucho mayor es, segun la gran diferencia que es entre el prometimiento á los hombres ó al mas verdadero Señor.» El Emperador dijo: «Segun me parece, lo que en burla vos dije, en verdad se habrá de tornar.» Y abriendo la carta, la leyó, de que fué muy maravillado y muy alegre, pensando que en la tal jornada podria servir á Dios algo de las grandes mercedes que le habia hecho. El rey don Florestan leyó la suya, y despues la del Emperador, y dijo: «Bendito sea el Señor del mundo, que á tal tiempo nos dejó llegar, porque en cosa tan señalada se remedien las locuras pasadas, que contra su servicio hemos hecho.» Y luego, sin mas tardar, fué acordado que aquel valiente y esforzado rey de Cerdeña don Florestan, tomando consigo la gran flota del Emperador, provcida de la mejor gente que en todo el imperio haber se pudiese, y otra suya, se fuese luego á aquel puerto de la ínsula Firme, donde por Enil les fué dicho que todos se habian de juntar. Así que, desto, aunque muy gran gente fué, no se hará por agora mencion hasta su tiempo.

CAPITULO CXXXIV.

Cómo Gandalin presentó las cartas al rey Amadís y á la reina Oriana, y del sobrado placer que con él hubieron.

Despues que Gandalin de Enil fué partido, navegando en la barca, aportó en la Gran Bretaña, y salido en tierra, se fué para Lóndres, donde el rey Amadís su señor estaba; y cuando fué ante el Rey y ante la reina Oriana, ¿quién os podria decir el gran placer que con él hubieron, abrazándolo muchas veces con lágrimas en sus ojos, recordando en sus memorias cuántas veces en los pasados tiempos fueron por sus consejos y consuelos tornados de la cruel muerte á la sabrosa vida? Y aunque al presente Dios los habia puesto en tan grande estado, como ser señores de tantos reinos, segun los trabajos y fatigas, así corporales como espirituales, los fatigaban, aquella tan sabrosa vida pasada, de tanta dulzura y de tanta amargura, como las pasiones y deleites enamorados traer suelen trocarian; que si en su mano fuese, y no tan por entero sus conciencias y honras aventurasen, antes en aquello pasado que en lo presente deseaban pasar su tiempo; porque por su ejemplo, aquellos que con demasiadas codicias, no curando de pensar en lo alegre y triste venidero, ponen todos sus cuidados y trabajos por alcanzar los bienes mundanales, no se acordando cómo los que los poseen pasan por causa dellos muchas cuitas, muchos dolores y fatigas en este mundo, y en el otro, donde remediar no se pueden, con mas templanza los procurasen, como cosa que teniendo cabo, por el cabo no se debian de amar, como por las antiguas escripturas nos es mostrado, y por los muy grandes sabidores, que con tanta certinidad y aficion en sus famosos dichos alabaron la pobreza.

CAPITULO CXXXV.

Cómo alterada de justo temor,
Con lágrimas tristes y todo letijo (1)
Impide la madre la ayuda del hijo,
Temiendo del padre peligro mayor;
Mas luego le hace la fuerza mayor
Que quiera lo que antes querer no queria,
Al hijo con padre dando por guia
La mas clara seña del alto Señor.

Pues dada la carta por Gandalin al rey Amadís, y asimismo todo lo otro que de palabra encargado trajo, con muy gran placer el Rey dijo á la reina Oriana: «Mi señora, ved esta carta de vuestro hijo, y lo que Gandalin dice, y ayudad á que socorrido sea, no me poniendo á mí algun premio fuera de la razon, porque en mi ida está la de todos aquellos que él allá querria tener.» Oriana, que el gran peligro vido, dijo: «¡Ay santa María, váleme! y ¿qué será de mí, que tengo perdido mi hijo, y así lo quiere ser el padre?» Y comenzó de llorar, torciendo sus manos una con otra. Gandalin le dijo: «¿Qué es eso, Señora? ¿No se os acuerda que sois hija y mujer de los dos reyes mejores del mundo, y madre de aquel bienaventurado caballero cual nunca, desque el mundo fué establecido hasta nuestro tiempo, tal no se halló, que en tal cosa como esta, que está en punto de ser toda la cristiandad perdida, y vuestro hijo hecho pedazos, mostrais tan gran flaqueza? Por cierto, de persona tan señalada que no se halla su igual en el mundo, no se esperaba lo semejante.—Amigo mio Gandalin, no me culpes; que, segun lo que por mí hasta agora ha pasado de angustias y dolores y grandes congojas, hasta venir en esto en que estoy, por donde muchas veces la muerte demandé, agora creyendo ser fuera de todo, me venga cosa de tan grande peligro. A Dios pluguiese, por su infinita bondad y misericordia, que estando en el mundo como una simple mujer olvidada, todos esos grandes señoríos de mí fuesen apartados. ¡Ay mezquina de mí! y ¿qué me aprovechan? ¿Es otra cosa este reinar sino tener obligacion de castigar y salvar á todos? Y no solamente estar siempre mi cuita-

(1) *Letijo* vale tanto como «contento, alegría», del latin *laetitia*; si bien parece que el sentido requeria una palabra que expresase angustia ó tristeza.

da ánima en gran peligro de su salvacion, y mas, que cada hora y momento se levanten cosas por donde mi espíritu en tanta afliccion puesto sea, que ninguna memoria de placer ni descanso en mí quede.»

El rey Amadís la tomó por las manos y le dijo: «Mi señora, ¿sufriréis vos que aquel vuestro hijo, tan señalado en el mundo, sea muerto sin que de su padre sea socorrido? Nunca á Dios plega que por vos, mi señora, pase tan gran crueza; pues si, demás desto, soy yo obligado á aquel emperador, todo el mundo lo sabe, y vos, mi amada señora, lo vistes, en qué tiempo me fué él tan buen amigo. Así que, con aquel ánimo que, siendo doncella sin ningun mando, las fortunas pasadas sufristes, sufrid agora que Dios os hizo reinar; ensanchando el corazon la discrecion, como es el gran señorío en que puesta estáis; que si lo uno con lo otro no cabe, muy mal gobernar ni avenir la pueden.» La Reina, abrazándose con el Rey, dijo: «¡Ay fortuna, cuántas veces me ensalzaste, y despues me abajaste con fuertes golpes! Por cierto, no puedo decir de tí sino que tu destemplanza es provechosa templanza, si considerarla quisiésemos, echándola mas á la parte de la razon que de la falsa aficion. Y pues que tú, fortuna, eres la guiadora de las mundanales cosas, yo me pongo debajo de tu ley, rogándote que en las adversidades pasadas te contentes, y en las venideras me seas benigna y graciosa; y aunque á tí, fortuna, se endereza mi ruego, no lo hago sino á aquel mas alto Señor, que por su voluntad es el tu poder guiado.»

CAPITULO CXXXVI.

Del gran sentimiento que el rey Lisuarte y la reina Brisena mostraron despues que Gandalin la embajada de Esplandian les contó.

Desque ya Gandalin la pasion de la reina Oriana amansada vido, dijo al Rey: «Señor, yo tengo de besar las manos por vuestro hijo, que me lo mandó, al rey Lisuarte y á la Reina, sus abuelos; y en lo que él os escribe poned remedio, y luego, como en la cosa mas señalada y mas peligrosa que en el mundo se podria levantar.» Y despedido dél, se fué al castillo de Miraflores, donde sabida por el Rey su venida, mandó que se lo trajesen, porque bien pensó de oir nuevas de aquel su nieto, que mas que á sí amaba; y llegando Gandalin, hallóle que estaba rezando sus horas debajo de unos árboles muy hermosos, que unas fuentes con su gran sombra cubrian, y hincando las rodillas, le besó las manos, diciendo: «Señor, esto hago de parte de aquel bienaventurado caballero vuestro nieto.» El Rey, con mucho placer, le dijo: «Amigo Gandalin, vos seais bien venido; decidme, ¿qué tal queda este mi hijo que decis?—Señor, dijo él, queda de salud muy bueno, y de congoja de espíritu con tanta pena, que para él es á par de muerte.—¿Por qué causa? dijo el Rey.—Señor, dijo Gandalin, por la mayor que nunca se sabe que fuese.» Entonces le contó todo el negocio de la manera que quedaba, y lo que Esplandian rogaba que por él hiciese, que era, como se ha dicho, que con sus oraciones le ayudase.

Cuando el Rey esto oyó, estuvo un rato que no habló, y bajando la cabeza, fué puesto en muy gran pensamiento; de manera que ni él hablaba con Gandalin, ni Gandalin le osaba decir ninguna cosa, maravillado á qué podria responder aquel silencio tan grande, y acordó de no se partir de su presencia hasta ver el cabo dello; pero ya el Rey en sí tornado, dijo: «Gandalin amigo, entrad donde la Reina está, y dadle nuevas deste que ella tanto ama, y por ninguna manera no le digais la verdad de lo que pasa, sino que Esplandian, viniendo á esta tierra por nos ver, adoleció en la mar, y que queda en la ínsula Firme, y que, segun dice el maestro Elisabat, es menester que lo traigan aquí, donde fué nacido y criado; que de otra manera estaria su vida en peligro.—Señor, dijo él, así lo diré como lo mandais.» Y luego se entró en la cámara de la Reina, y besándole las manos, dijo: «Señora, aquel vuestro hijo Esplandian, que es hoy el lucero sobre todos los caballeros que armas traen, viniendo con mucho deseo á está tierra, fué su ventura de adolecer, y queda en la ínsula Firme; y vengo yo, por mandado del maestro Elisabat, á los reyes mis señores, que tengan tal forma que luego aquí sea traido, porque de otra manera su mal podria en gran peligro crecer.» La Reina le dijo: «Mi amigo Gandalin, lo que vuestra presencia de placer me dió, la nueva que consigo trae lo ha turbado, y de tal manera, que mi triste corazon no sé yo qué se adevina; mucho mas que la voluntad lo queria lo siente; porque adolecer las personas es cosa tan natural y tan usada, que poniendo el remedio que cumple, el espíritu descansa y reposa en mucho grado; mas esto no es así, antes mi alteracion es en tanto grado, como si mi ánima adevinase otras cosas de muy mayor dolor y tristeza.—Señora, dijo Gandalin, hasta agora no hay causa por donde lo triste sobre lo alegre deba ser enseñoreado; pues en lo porvenir, ninguno es poderoso de saber á qué su sospecha redundará, segun cada dia vemos cómo la imaginacion queda en falta todas las mas veces; y por esto, adonde hay tanta discrecion, á la mejor parte se deben echar todas las cosas que por el muy alto Señor son ordenadas.—Todo esto que vos, mi amigo Gandalin, me decis, dijo la Reina, conozco ser así muy verdadero; pero la humanidad es en tanta flaqueza, y tan fuerte en nos sojuzgar, que olvidando lo divino, no podemos sino en todo lo mas seguir lo que nos manda, y yo así lo hago; que cierto, como quiera que en los tiempos pasados, como vos bien sabeis, á mí muy grandes sobresaltos me vinieron, ninguno dellos tanta fuerza como este tuvo, de poner mi cuitado corazon en tanto desmayo ni en tanta cuita.» Estas razones que habeis oido, pasaron entre aquella noble reina y Gandalin, no sabiendo ninguno dellos á qué fin. Pero no duró ni pasó mucho tiempo en que fué manifiesto, por donde aquello que la Reina como en sueños adevinaba, en efecto de verdad pasó, como la historia adelante cuenta.

CAPITULO CXXXVII.

Cómo Amadís hace saber al rey Perion, su padre, y al rey de Sobradisa, y á don Galvánes, su tio, la necesidad que su hijo Esplandian tiene de socorro.

Salido Gandalin del castillo de Miraflores, y tornado en Lóndres en la presencia del rey Amadís, díjole todo lo que pasó con el rey Lisuarte y con la reina Bri-

sena; él le respondió: «Amigo Gandalin, como este sea un famoso rey, como tú conoces, no puedo creer que en vano aquel su tan gran pensamiento pase, ni asimesmo aquella tan sobrada tristeza de la Reina; que muchas veces acaece antes que las cosas vengan á ser sentidas, con abiertas señales de tristeza no pensada. Esto dejémoslo á Dios, en cuyo poder todas las cosas son, que lo guie á su servicio, y nosotros, que en las semejantes cosas andamos como ciegos, sigamos lo que la razon nos manda; yo he pensado que con el gran trabajo que en el largo camino has pasado, juntes esto poco, de llegar al rey de Sobradisa, mi hermano, con una carta mia; porque sabiendo el negocio de tí, mucho mas que otro alguno le dará causa para que, poniéndose á toda aventura, deje en olvido el descanso y reposo en que está; y luego te pasarás al rey Perion, mi padre, y darle has otra, que con ella y con tu presencia será causa de gran remedio.» Gandalin le dijo: «Señor, yo vine con este mandado de vuestro hijo, creyendo él que mejor que otro alguno lo tengo de poner en efecto, y por esto antes me será descanso que trabajo cualquiera cosa en que mejor cumplir se pueda. —Pues toma esta carta, dijo el Rey, y lo demás se refiere á tí.» La cual decia así.

CAPITULO CXXXVIII.

De la carta que envió el rey Amadís á don Galaor, su hermano, rey de Sobradisa.

«Hermano muy amado, rey de Sobradisa: Sabed que la fortuna, descubridora y trastornadora de las prósperas y adversas cosas temporales, nos muestra al presente una tan favorable y grande como de Gandalin sabréis, que nos da causa á que nuestros ánimos sin comparacion en el extremo de la alegría puestos sean, y mucho mas á las ánimas, segun la mayor parte y mas verdadera les cabe. Por eso, hermano, acordándoseos de los tiempos pasados on liviandades, en que por las seguir muchas veces al punto de la muerte fuimos llegados, y como quiera que los cuerpos en esta vida quedasen y las ánimas sin haber hecho dellas enmienda condenadas están, es razon que, volviéndonos á la verdadera razon, con todo cuidado reparemos aquello que casi como en olvido tenemos, así como por nuestros pecados nos acaece, que mirando lo presente y la esperanza en lo porvenir, el remedio de lo pasado muy poco cuidado nos pone. Aquí serán bien empleados los vuestros muy duros y fuertes golpes, aquí será ejercitado aquel grande esfuerzo de vuestro bravo corazon, aquí serán puestos en aquella gloria y alteza que merecen. Esta carta haced enviar á don Galvánes, mi tio, al que ruego que la haya por suya.»

Dada esta carta á Gandalin, para el rey de Sobradisa, don Galaor, y para don Galvánes, señor de la ínsula de Mongaza, el rey Amadís le dió otra para el rey Perion.

CAPITULO CXXXIX.

De la carta que envió el rey Amadís á su padre, el rey Perion de Gaula.

«Rey muy alto, Perion de Gaula, mi señor y mi padre: Si el pasado tiempo os ha otorgado tan gran fama, por donde el gran prez y valor de vuestra real persona por todo el mundo es divulgado, este presente con dobladas victorias del cuerpo y del ánima se os ofrece. Las temporales cosas, conforme á la juventud, naturalmente consigo traen soberbia, cobdicia, vanagloria, con otros muchos vicios que en ofensa del muy alto Señor son, por donde la templanza para las resistir con la fresca edad muy trabajosa se nos hace; pero ya la edad mas crecida, que mas la discrecion y el conocimiento aclara, nos manda y aconseja que con sus contrarios se remedie, tornando la soberbia contra aquellos infieles, que son en contra de nuestra santa ley; la cobdicia, que la tengamos muy hirviente para los destruir; la vanagloria, sentirla en haber cumplido lo que cumplida bienaventuranza nos promete; y porque á esto hace el caso lo que por Gandalin os será contado, mandad vos, muy alto rey, poner el remedio con que tan gran cosa remediarse pueda.»

CAPITULO CXL.

Cómo el rey Amadís casó á Gandalin con la doncella de Denamarca, y haciéndole conde, le dió los castillos y tierra que de Arcalaus el Encantador habian quedado.

Esto así despachado, el Rey dijo á Gandalin: «Mi amigo, yo quiero, antes que de aquí partas, que cases con la doncella de Denamarca; que ya sabes cómo, despues de Dios, ella me dió la vida; pues la bondad de su persona, así como á mí, te es manifiesta; la Reina le ha dado un condado en galardon de lo que le ha servido, y yo tengo para tí todos los castillos y tierras que quedaron de Arcalaus el Encantador, que en uno dellos sabes que yo fuí encantado, y puesto en la voluntad de aquel mal hombre de me dar la muerte ó la vida, y tú en aquella cruel prision suya metido, con muy poca esperanza della salir; y dejando todas las otras cosas aparte, en que el gran poder del mas alto Señor nos muestra, ten en la memoria que, no solamente por gran dicha de allí fuimos librados, mas que ahora permitió que aquella hacienda dél tanto amada y defendida viniese á tus manos, sin que pensamiento dello tuvieses, en que se muestra el gran poder de la mudable fortuna; así que, mi buen amigo, pues que este es mi servicio y tu honra, no se dilate mas el efeto dello; yo enviaré á tu padre que luego provea en tomar aquellos castillos, y mandaré á don Guilan, duque de Bristoya, que por mi mandado los cercó y tomó, que él te los entregue.» Gandalin le dijo: «Señor, yo soy vuestro, y hasta ahora nunca rehusé cosa que á vuestro servicio tocase; en esto que me mandais cúmplase vuestra voluntad, que aquella es la mia.» Pues luego fué desposado y casado con aquella doncella de Denamarca, que sin pensamiento desto del uno y del otro, mucho de buen y leal amor se amaban. Y él fué llamado conde y ella condesa, que así sus grandes servicios y lealtad lo merecian. Y pasadas las fiestas de sus bodas, el conde Gandalin se partió con estas cartas que ya oistes, mandándole el Rey que por allí diese la vuelta, porque lo queria llevar consigo en su flota, y cuatro escuderos con él, que le mandaba dar para su servicio, y todo lo que le fué menester para su camino.

CAPITULO CXLI.

Cómo Amadís hace saber por sus cartas á don Gasquilan y á don Bruneo y don Cuadragante la necesidad en que Esplandian, su hijo, al presente estaba.

El rey Amadís, despedido del conde Gandalin, como se os dijo ante desto, envió un caballero, que nuevamente á su servicio era venido, primo, hijo de hermano, de la señora de Flándes, que Handro (1) habia nombre; el cual, siendo muy señalado en armas en su tierra, oyendo decir cómo los mas preciados caballeros del mundo, dejando sus tierras, se iban á servir á Dios en compañía de Esplandian; así él, queriendo seguir este camino, acordó de se venir á la Gran Bretaña, por pasar á aquella parte con la primera flota que allá fuese; y porque el rey Amadís tenia noticia de su bondad, hacíale mucha honra, y quísole poner en este camino con una carta al rey de Suesa, Gasquilan, y otra para don Bruneo, rey de Arabia, y Cuadragante, señor de Sansueña, las cuales así decian.

CAPITULO CXLII.

Carta del rey Amadís á Gasquilan, rey de Suesa.

«Si vos, esforzado rey de Suesa, con tanto cuidado y peligro, por servicio de aquella señora princesa que tanto amais, vuestra noble persona en gran congoja teneis puesta, que por una de las mas livianas cosas temporales juzgar se puede, como yo por la experiencia lo haya probado, cuanto mas lo debeis hacer en servicio de aquel Señor, que, siendo dél apartado todo lo malo, no queda ninguna cosa que á su gran poder contradecir pueda. Pues, como yo sea testigo que vuestro muy esforzado corazon no sea satisfecho sino con aquellas hazañas que imposibles parecen de se acabar; así, gran Rey, quiero ser consejero que sean empleadas en aquellas partes donde, aunque el cuerpo, que es de tierra, padezca, el alma, que no tiene fin, goce de aquella gloria que siempre ha de durar. Y porque el caso es tan grande, que muy grande escriptura para ser por extenso contado se requiere, remítese al mensajero; dadle fe, pues que con ella la santa fe es acrecentada.»

CAPITULO CXLIII.

Otra carta del rey Amadís á don Bruneo, rey de Arabia, y á don Cuadragante, señor de Sansueña.

«Amados hermanos, rey de Arabia don Bruneo, y don Cuadragante, señor de Sansueña: Si las grandes cosas que hasta aquí en loor y prez de vuestras nobles personas habeis pasado os dan descanso, quedando sin ningun cuidado, otras muy mas virtuosas y mas provechosas os mandan que, dejando el descanso que los cuerpos en los vicios y deleites con reposo suelen tener, lo pongais en aquel trabajo, que aunque vuestros espíritus fatigados y congojados sean, sea para ganar aquella holganza y aquel verdadero reposo que fin no tiene. Y porque mas este caso tan grande conviene ser por palabra relatado que por escriptura, oid al mensajero, que por mas extenso lo contará.»

(1) Las dos ediciones que tenemos á la vista dicen *Handro*; pero, atendida la incorreccion y descuido que se advierte en este género de libros, pudiera muy bien que en su lugar hubiera de leerse *Leandro*.

CAPITULO CXLIV.

De cómo el caballero Handro se partió con las cartas que Amadís le dió.

Pues este caballero Handro, tomando sus armas y caballo y un escudero consigo, fué metido en una fusta por la mar, con voluntad de cumplir aquello que lo primero era en que su señor le ponia, y lo que recaudó, adelante se dirá. Agora torna la historia á contar lo que aquellas grandes flotas y gentes de los paganos en este medio tiempo hicieron sobre el cerco de aquella gran ciudad de Constantinopla.

CAPITULO CXLV.

Cómo los turcos arriban en puerto
De Constantinopla con mal pensamiento,
Las velas hinchadas de pérfido viento,
Mostrando soberbia su vano concierto;
Adonde viendo el mal descubierto,
El buen Norandel y Frandalo el fuerte
Venden sus vidas por muy cara suerte,
Dejando de muertos el campo cubierto.

Allegadas aquellas grandes gentes de los paganos en el puerto de Tenedon de Troya, juntóse luego con ellos aquel rey Armato de Persia con una muy grande flota que aparejada tenia, bastecida de muchos hombres y bien armados, y de muchas viandas cuantas se pudieron haber; la cual llevaba encargo de la gobernar su hijo el infante Alforaj, porque el Rey no era bien sano por causa de la gran congoja que en la prision habia tenido; y luego sin mas tardar partieron todos la via de aquella gran ciudad, con tan gran soberbia en se ver tantas gentes juntas, que no solamente pensaban ganar y conquistar aquella, mas todo el restante del mundo. Así llegaron al cabo de siete dias á vista de la ciudad, todos los mares cubiertos de navíos en tan grande número, que casi el agua no se parecia, y á los que los miraban les parecian que eran grandes montes y sierras, que las grandes ondas les hacian parecer. El Emperador y aquellos caballeros que ya oistes que con él estaban, con toda la mas gente que tenian, acudieron á aquellas salidas que mas aparejadas estaban para salir en tierra, y con gran denuedo y esfuerzo se pusieron á se lo defender. Los turcos llegaron con muy grandes alaridos en aquellas naves que mejor á la tierra se podian llegar; y revolvióse entre ellos, los unos desde el agua y los otros desde tierra, una muy brava batalla de saetas, de ballestas y arcos, que eran mas espesas por el aire que la lluvia cuando mas espesa cae. Pero los de las naves no pudieron, con la gran resistencia, tomar tierra, aunque muchos dellos saltaron en el agua, que harto baja era. Mas luego se juntaron con ellos los cristianos, y á mal de su grado, los hicieron tornar á las barcas, quedando muertos algunos dellos por mano de Norandel y del conde Frandalo y sus compañeros. Pero ni por eso los paganos dejaron de tomar tierra; que en tantas partes se repartieron, que los cristianos no tuvieron facultad de gente para se lo resistir, y puestos en sus caballos, vinieron en la delantera mas de doscientos mil dellos. Los cristianos queríanlos recebir y envolverse con ellos, mas el Emperador no lo consintió, diciendo que si con aquellos peleasen, que los

otros que en la mar estaban saldrian de rondon y los podrian tomar en medio; que pues la gente era tanta, con quien no se podrian valer, que mejor era retraerse á defender la ciudad, porque allí perderian tantos, de que recibirian gran peligro.

Los caballeros cruzados, que no habian hasta allí usado á volver las espaldas por ninguna afrenta que les viniese, hacíaseles muy grave, mas conociendo que el Emperador y la razon lo queria, hubieron de venir en ello; y como el puerto comenzaron á desamparar, salieron los turcos de los navíos como tras vencidos, y con gran osadía y poco concierto llegaron de rondon. Allí viérades las grandes maravillas que Norandel y sus compañeros hacian en defensa de los suyos; y como los paganos no trajesen muchas armas, y las que traian no éran muy fuertes, hicieron en ellos tan grande estrago, que todo el campo por donde iban quedaba lleno de muertos y heridos; de manera que, viendo el gran daño que recebian, se iban deteniendo. Mas luego llegó la otra gente que ya oistes, con grande estruendo y tantas voces, que no los pudieron sufrir, y les fué forzado de se retraer con mas prisa; así que, en aquella arremetida perdieron los cristianos alguna gente de pié; pero como la ciudad fuese cerca, recogiéronse todos á ella á la parte de la puerta Aquileña.

A esta sazon venia un rey pagano, mancebo, armado de ricas armas, en un hermoso caballo, y adelantóse tanto de los suyos, que Norandel hubo conocimiento que, si Dios le diese victoria, ternia tiempo para la ganar sin mas peligro de lo que de aquel le podria ocurrir. Diciendo al conde Frandalo: «Mi amigo, si en priesa me viéredes, mirad por mí;» dió de las espuelas á su caballo, y fué para él con la espada en la mano, que ya habia quebrado la lanza. El Rey asimesmo enderezó para él, y encontróle en el escudo, de manera que quebró la lanza, y al pasar alcanzóle Norandel con el espada tal golpe en la cabeza, que sacándole el yelmo della, lo hizo ir rodando por el campo, y quedó tan desacordado, perdidos los estribos, que casi no tenia sentido. Entonces Norandel trabó de la rienda del caballo y comenzólo á llevar consigo. Los suyos, que así le vieron, arremetieron por el campo á gran priesa por le socorrer; mas Frandalo, que apercebido estaba, dió una voz muy grande, diciendo: «Ea, señores, que ahora es tiempo.» Puso las espuelas á su caballo, y la espada alta en la mano, fué á lo socorrer, y todos los otros que allí estaban, con tan gran denuedo, que encontrándose con los turcos, muchos dellos fueron puestos por el suelo. Así que, con este impedimento hubo Norandel lugar de llevar consigo aquel rey pagano; y dejándolo en poder de los suyos, volvió como leon rabioso, no acordándosele de aquella palabra que á su muy amada señora, la reina Menoresa, habia dado, y metióse entre los enemigos tan denodado, que muchas veces fué en punto de se perder; mas aquel conde Frandalo y Talanque, y Maneli y Ambor, y Bravor, hijo del gigante Balan, que maravillas habia hecho, de aquellas que su valiente padre y abuelo muchas veces hicieron, y todos los otros sus compañeros, que muy valientes eran, y otros muy buenos caballeros de casa del Emperador, luego le socorrieron, hiriendo y matando cuantos alcanzar podian; de manera que por fuerza, aunque muy gran gente sobre ellos cargaba, lo sacaron de aquella priesa, y con aquel tiento que el grande esfuerzo junto consigo tiene, sin que mucho daño recibiesen, se retrujeron donde los suyos estaban.

CAPITULO CXLVI.

Cómo viniendo la noche, los turcos se recogieron en sus naos, y la gente del Emperador, que á pelear habian salido, se recogieron á la gran ciudad de Constantinopla.

Bien podrian creer algunos que estas gentes de los paganos, segun su muchedumbre, que allí estarian todos los mas de los que en esta jornada eran. Yo os digo, y no lo dudeis, que como quiera que fuesen mas de trescientos mil hombres, que, segun los que en la mar quedaban, y los que eran apartados para tomar tierra por otros lugares, que estos que digo no eran de diez partes la una. Pues recogidos los cristianos en aquella puerta Aquileña, siendo ya casi puesto el sol, los paganos, no teniendo con quién pelear, hubieron por bien de se tornar á sus naos para dar órden en qué manera el cerco se pornia. Y el Emperador, mandando cerrar las puertas, se fué con toda la gente á su gran palacio, donde quedaron con él los caballeros cruzados, y la otra gente fueron á sus posadas á descansar, que bien les era menester. Pero quiso el Emperador saber antes lo que habian hecho Gastiles, su sobrino, y el rey de Hungría, y el príncipe de Brandalia, y el conde Saluder, y el almirante Tartario, que habian ido á la otra parte de la ciudad con gran gente, á resistir que los paganos no tomasen tierra; los cuales hubieron una muy peligrosa batalla entre sí, adonde murieron muchos de los paganos, y asimesmo de la gente de la ciudad, pero no pudieron quitar con la gran gente que sobre ellos vino, que no tomasen tierra, y á ellos hiciesen retraer hasta los muros por la puerta que del Dragon se llamaba; y habia aquel nombre porque cuando aquella ciudad se comenzó á poblar hallaron allí un dragon muy fiero en una cueva, al cual en fuertes cadenas tuvieron atado mucho tiempo, como por cosa de maravilla. Sabido esto por el Emperador, envió por aquellos caballeros, y despues de ser desarmados los unos y los otros, y remediadas algunas heridas que tenian, por mano de aquel gran maestro Elisabat, hízoles sentar á sus mesas, y él la suya entre ellos, á cenar, mostrando mucho mas esfuerzo y placer que en el corazon tenia, recordándosele de aquella profecía de la doncella Encantadora, que cada vez que se le acordaba era atormentado de grandes congojas; por lo cual no se debrian las semejantes cosas por los hombres procurar de saber; que si es verdad que han de venir, ¿quién las puede estorbar, sino aquel muy alto Señor que el su gran poder es sobre todo lo humano? Y si de venir no tienen, ¿qué aprovecha haberse las personas antes afligido y contristado? Dejémonos, por Dios, de poner los gruesos juicios nuestros en las semejantes sotilezas, que es sacarlos de su natural, por donde en muchos yerros son caidos. Y tomemos aquello palpable, muy humano de entender, muy liviano de seguir y poner en obra, si de nos quisiésemos apartar aquellos vicios que cada hora y momento nos muestran, no solamente ser como co-

sas abominables de desechar, mas llevarnos á aquella tristura, á aquella amargura donde, perdida la esperanza del remedio, para siempre serémos atormentados.

CAPITULO CXLVII.

Cómo cercada la santa bandera
De fuerzas paganas, por mar y por tierra,
Inventan mil modos, mil artes de guerra,
Los santos de dentro, los diablos de fuera;
Y cómo defienden la puerta primera
Tres caballeros de gran corazon,
Con la del Pozo y del fuerte Dragon,
Que otra ninguna abierta no era.

Acabada la cena, mandando el Emperador poner gran recaudo en la cerca, todos se fueron á reposar, esperando, venido el dia, de pasarlo con mayor afrenta, segun la mas gente contra ellos esperaban. Norandel llevó consigo al rey pagano, que era mancebo muy dispuesto, y así pasaron aquella noche. Otro dia, siendo el Emperador levantado, todos los caballeros fueron á oir misa en la capilla de la Emperatriz, do estaba su hija y la reina Menoresa, y otras muchas señoras de grande estado. Y siendo la misa acabada, Norandel mandó allí venir aquel su preso, y tomándole por la mano delante todos, fuése á la infanta Leonorina y díjole: «Señora, segun vuestra grandeza, no se debe poner en vuestra prision si no fuere emperador, y porque este mi preso no lo es, sino rey, paréceme, si vuestra merced manda, que se debe dar á reina, y por esto le pongo en la merced y mesura de la reina Menoresa.» Leonorina le dijo, viendo adónde su pensamiento tiraba: «Mi buen amigo, lo que decis es justo, y así quiero yo que se cumpla, y ruego á la Reina que reciba en servicio este tan honrado presente que le dais; que, segun vos y vuestros compañeros sois, no faltarán para mí aquellos que señalastes.» La Reina tomó el preso, dando á Norandel muchas gracias, no con aquel gran amor que su corazon sentia, mas con aquella disimulacion que en semejantes cosas la lengua tener suele.

A esta sazon, como los paganos viesen toda la gente de la ciudad recogida, y qu'el campo les quedaba desembargado, salieron muchos dellos de las naves y cercáronla toda en derredor, dejando en las flotas otras muy infinitas gentes que las guardasen, temiendo algun socorro que les podria venir. Pues armando sus tiendas, y fortaleciendo sus reales con grandes y hondas cavas, procuraban y trabajaban cómo la ciudad se pudiese combatir. Allí entre ellos habia muchos soldanes, tamorlanes y reyes, y otros grandes señores, príncipes sobre muchas gentes, que les servian. El Emperador mandó á Norandel que con la mitad de sus compañeros y con otros muchos de los suyos pusiesen recaudo en la puerta Aquileña, y al conde Frandalo, que tomase cargo, con los otros, de la puerta del Dragon; y á su sobrino Gastíles y al rey de Hungría, con otros muchos caballeros, que guardasen la puerta del Pozo, que así se llamaba, porque habia cabe ella un pozo de tanta hondura, que nunca en él se halló cabo, por donde creian todos, segun algunas veces en él oian grandes bramidos, que infernal fuese. Todas las otras puertas de la ciudad, que mas de cuarenta eran, estaban cerradas, con recelo de los enemigos. Estando así los unos y los otros, pareció á la parte donde Norandel guardaba, y con él Talanque y Maneli, y Ambor y Gavarte de Val Temeroso, un caballero armado de unas armas negras, guarnecidas de oro, con labores muy extrañas, y por ellas sembradas muchas piedras preciosas, así por la parte donde la loriga se abrochaba, como en toda la redondez del escudo; pero su yelmo era tan recio, que nunca hasta entonces otro tal se vió; cabalgaba en un caballo bayo, grande á maravilla, y así lo era el caballero, que no parecia sino jayan. Traia en su mano una lanza, guarnecida con chapas de oro y piedras de gran valor; el hierro era grande, y tan limpio, que como una estrella relucia; andaba gobernando muchas gentes, mandándoles asentar las tiendas y hacer cavas.

Pues estando así todos mirándole como por maravilla, vieron cómo llegó á él una doncella cabalgando. Y desque algun poco habló con ella, partiéndose dél, vínose para la ciudad, y llegando á los caballeros, vieron que venia en una bestia que al parecer parecia muy fiera, ensillada con una rica silla guarnecida de oro, y así lo era el freno. Sus vestiduras y tocado eran muy extrañas en la hechura dellas; el rostro y las manos tenia negras, mas de muy buena facion, y parecia muy hermosa, tanto, que bien habia allí caballeros que se tuvieran por contentos de la servir. Esta doncella traia en su mano una carta, y siendo ante Norandel, que delante todos estaba, dijo: «Caballero, ¿está aquí un caballero que se llama de la Gran Serpiente?» Norandel, que se maravilló cómo hablaba lenguaje que bien entenderla podia, dijo: «Buena doncella, ¿qué es lo que quereis?—Quiero, dijo ella, darle esta carta de parte de aquel caballero que allí veis.» Norandel, que bien pensó lo que podria ser, hubo mucha gana de saberlo, y dijo: «Yo soy ese que demandas.—Pues toma, dijo ella, la carta, y envia la respuesta tal, que creamos las nuevas que de vos se suenan.» Y volviéndose por donde vino, se tornó al caballero. Norandel abrió la carta, que así decia.

CAPITULO CXLVIII.

De la carta que envió Radiaro de Liquia á Esplandian.

«Radiaro, el gran soldan de Liquia, amigo de los dioses, enemigo de sus enemigos, amparo y defensa de los paganos. Hago saber á tí, el caballero Serpentino, que la fusta de la gran Serpiente mandas y señoreas, cómo yo soy venido en estas tierras, donde supe que, mostrándote cruel enemigo, sin causa ni razon ninguna, del rey Armato de Persia, mi tio, le has muerto muchas de sus gentes y tomado y robado algunas villas suyas, y por grande engaño prendiste á él, publicando que de su gran señorío le has de desterrar, quedando tú por señor dél, teniendo en tu favor y ayuda á este emperador, que cercado y casi tomado tenemos. Y como quiera que la su destruicion y tuya en nuestras manos y voluntad está, quiero, por aquella gran fama y prez de tu persona, que por el mundo divulgada es, usar contigo de tanta piedad y merced, que de tu persona á la mia, ó diez por diez, ó cinco por cinco, ó doscientos de mis caballeros con otros tantos de los tuyos, entremos en este campo, donde, con ayuda de mis

dioses, te haré conocer aquella fuerza que á este tan grande y tan honrado rey, mi tio, haces. Y si tú eres aquel que mereces ser loado con razon, como la fama de tí corre, no podrás ninguna cosa destas rehusar.»

CAPITULO CXLIX.

Cómo los caballeros cruzados, con licencia del Emperador, aceptaron la batalla en la manera que Radiaro el soldan les habia escripto.

Leida la carta por Norandel, aquellos caballeros con mucho placer le dijeron que la respuesta fuese luego enviada; aceptando la batalla de uno por uno ó de diez á diez; que allí entre ellos habia tales que muy bien podrian mantener todo derecho. Pero Norandel les dijo que su parecer era que, pues ellos estaban á servicio de aquel emperador, que no debian, sin su consejo y mandado, responder ninguna cosa. Todos dijeron que él decia bien. Pues así estuvieron en la guarda de su puerta, esperando si los paganos le harian algun acometimiento, para los resistir hasta la muerte. Mas no fué así; que tan ocupados andaban en fortalecer sus reales, y en esperar el Soldan la respuesta de la carta, que no entendieron en otra cosa. Y venida la noche, cerradas las puertas, poniendo guardas encima de la cerca, se recogieron á sus aposentamientos, donde Norandel y aquellos caballeros mostraron la carta al Emperador, rogándole muy ahincadamente que les diese licencia para tomar la batalla con aquel soldan, de uno por uno ó diez por diez. El Emperador, como en tan gran necesidad estuviese, no quisiera aventurar ninguno de los suyos sino allí donde excusar no se podia; porque mas falta le haria uno que á ellos diez mil. Pero tanto le rogaron, que, aunque contra su voluntad fuese, les otorgó lo que pedian, de que muy alegres fueron. Y cenando y reposando aquella noche, siendo el alba venida, todos fueron vestidos y armados, y puestos en aquella parte que por guarda les era encomendada, y acordaron de enviar un escudero con una carta en respuesta de la que les habia enviado, que así decia.

CAPITULO CL.

De la carta que los caballeros cruzados enviaron á Radiaro, soldan de Liquia.

«Los caballeros cruzados de aquella señal en que el Redentor y Salvador del mundo recibió muerte, cuyos siervos y en cuyo servicio somos, y despues dél, en el del emperador de Constantinopla; ministros deste muy alto Señor, para creer y sostener la su santa ley, y para destruir todas las otras leyes que fuera desta son, decimos á tí, Radiaro, soldan que de Liquia te llamas, cómo por una doncella que se dijo ser tuya recebimos una carta, por la cual te querellas de algunas cosas que aquel bienaventurado caballero Serpentino ha hecho, poniendo tu persona en batalla contra él, ó asimismo con otro número de caballeros en iguales partes, dejando el efecto dello á nuestra disposicion y voluntad. Y porque responder á otras cosas no haria al caso; si á tí place, pues aquel caballero no es presente ni por ahora haber se puede, aquí entre nosotros hay tales caballeros, hijos de reyes, que satisfarán á tu demanda, así á tu sola persona como á los diez caballeros que señales; escoge lo que mas te placerá. Y el campo siendo señalado y seguro, luego entrarémos en él, y allí será manifiesta la escuridad y tinieblas de tu ley, y la claridad de la nuestra.»

CAPITULO CLI.

Cómo de la una parte y de la otra fué concertado que diez por diez hubiesen de entrar en la batalla.

Este escudero llegó con la carta donde aquel soldan armado andaba, y díjole: «Los caballeros de Jesucristo te envian esta carta; responde lo que te placerá.» El Soldan tomándola, leyóla y estuvo un poco pensando, y dijo: «Escudero, di á esos que acá te enviaron que mi deseo no es sino probar mis fuerzas con aquel que ellos tienen creido que ninguna fuerza, por grande que sea, á la suya se le puede igualar; y que mas por la gran fama que por su estado, es mi voluntad deseosa de me juntar con él; teniendo por cierto que la gloria que entre vosotros ha ganado, ganándola yo dél, algo en mi loor seria acrecentado; que si por eso no fuese, otros muchos como él tengo yo en mi servicio; y pues que por el presente haber no se puede, que destos que digo, que son hijos de reyes y de altos hombres, yo daré diez dellos, con que esos caballeros hayan la batalla.» El escudero le dijo: «Soldan, yo no vine á tí sino por te dar esta carta, y por eso no te quiero responder; pero tanto te digo que si osares entrar en el campo con aquel bienaventurado caballero que agora desprecias, tú hallarás al revés todo aquello que creido y pensado tienes.» El Soldan, algo con saña, dijo: «Yo te he respondido, y no te detengas mas en mi presencia; porque conociendo tú á él, y no á mí, has respondido como hombre de poco recaudo.» El escudero se tornó á aquellos, que con mucho deseo le atendian, y contóles todo lo que pasó.

Ellos, habido su acuerdo, dijéronle: «Torna luego, y dile al Soldan que otorgamos lo que dice, y que bien creemos que, aunque no sea por nuestras honras, sino por la suya, no meterá en la batalla sino caballeros de alto lugar, como acá se los darémos; y que los mande luego armar; que nosotros prestos estamos.» El escudero tornó luego y dijo: «Soldan, aquellos caballeros otorgan lo que tú señalaste; manda armar los tuyos, que en este campo los hallarán, con tal que tú dés la seguridad que en tal caso se requiere.» El Soldan le respondió: «Escudero, díles que no acostumbro yo que los mios entren en las semejantes batallas como hombres de poco valor, y que yo haré cercar mañana un gran gran campo de maderos y cadenas de hierro, donde se combatan, y que la seguridad será tan segura y tan firme como si dentro desa gran ciudad se hiciese; y que ellos estén prestos, que así lo estarán los míos. Y en lo que dicen, que les dé sus parejos, así lo haré, y tales que no pueda haber reproche ninguno.» Sabida esta respuesta por Norandel y sus compañeros, tuvieron por bien que así se hiciese, y estuvieron en la guarda de la puerta, esperando de hacer en los enemigos algun daño, si tiempo para ello aparejado se les ofreciese. Mas no fué así, porque aquel gran soldan, deseando ver algo de las

proezas que de aquellos caballeros cruzados le habian dicho, mandó á los suyos que por aquel dia no se desmandasen en acometer á los cristianos; y asimesmo hizo saber á todos los paganos, que en la tierra y en la mar estaban, cómo tenia concertada aquella batalla; que les rogaba, porque en falta su palabra no cayese, que no hiciesen ningun movimiento. Todos los otros príncipes lo tuvieron por bien; porque, como quiera que muchos y en muy grande estado fuesen, este soldan de Liquia era uno de los mas principales, y en valentía de su persona y esfuerzo de corazon el mas de todos señalado, y mas se preciaba de tener siempre en su servicio los mas escogidos caballeros que en aquellas partes donde su gran señorío era se podrian hallar, y tales eran, que entre todos los otros como por mas escogidos los miraban.

CAPITULO CLII.

Cómo Norandel nombró los nueve caballeros que juntamente con él habian de entrar en la batalla.

Pues siendo ya el sol puesto, en que en aquella hora los de la ciudad se recogian, cerradas las puertas, fuéronse aquellos caballeros al palacio del Emperador, donde sus aposentamientos tenian, donde hallaron las mesas puestas y aparejada la cena; y siendo desarmados, sentáronse á ellas por la órden ya dicha, cenando y hablando con mucho placer y esfuerzo, y diciendo al Emperador cómo tenian la batalla ya concertada, no con el Soldan, porque con achaque de se guardar para la haber con Esplandian se les habia excusado, mas que les daba diez caballeros de alto lugar, segun él lo decia. Y asimismo le dijeron de qué modo habia señalado el campo y el plazo al otro dia. El Emperador, aunque pena sintiese en poner en aventura tales diez caballeros, por no mostrar flaqueza, dijo que todo estaba muy bien ordenado, y que rogasen á Dios que ayudase á los suyos, y con esto les dijo: «Yo os digo, amigos, que en lo que sé de personas ciertas, ese Soldan es uno de los mas escogidos caballeros que en todas las partes de Oriente se halla, y así son los que con él viven, porque desto se precia él mas que de ninguna otra cosa.» Despues que la cena fué acabada, todos se retrajeron á descansar, y Norandel dijo á sus compañeros: «Buenos señores, ya veis en lo que estamos; no podemos ser en esta batalla mas de diez caballeros; si á vosotros todos placerá, yo los nombraré, y segun veo que se va comenzando, no les faltará á los que de fuera quedaren donde muestren sus grandes esfuerzos.» Todos ellos le dijeron que con lo que él hiciese serian muy contentos. «Pues, señores, dijo él, los que por agora deben entrar en esta batalla son estos: don Gavarte de Val Temeroso, Talanque y Maneli el Mesurado, Ambor de Gadel, Elian el Lozano, Bravor, el hijo del gigante Balan; Trion, primo de la reina Briolanja; Imosil de Borgoña, Listoran de la Puente de la Plata, y asimesmo yo con ellos. Y los otros, rogad al muy alto Señor de todo el mundo que nos dé la victoria, y á vosotros cuando en semejante afrenta seréis puestos; y si mas su servicio se cumple con nuestras muertes, nos haya merced de nuestras ánimas.»

CAPITULO CLIII.

Cómo, despues que al campo salieron
Tantos por tantos, el sol repartido,
Infieles con fieles con grande alarido
Mortales encuentros primero se dieron;
Adonde, despues que envueltos se vieron,
Norandel y Talanque, Imosil, Elian,
Trion y Gavarte y Ambor, Listoran,
Bravor y Maneli, la justa vencieron.

Esto así concertado, acostáronse en sus lechos, y siendo ya la media noche venida, levantáronse aquellos diez caballeros, y mandando llamar los capellanes del Emperador, se fueron á la capilla, donde se confesaron y comulgaron con gran devocion. Y siendo venida el alba, el Emperador y la Emperatriz, con su hija y dueñas y doncellas, les vinieron á hacer compañía; y oida por todos la misa, Norandel, tomando consigo los nueve caballeros, se fué á la infanta Leonorina, y hincadas las rodillas, le dijo: «Hermosa señora, pues que todos somos vuestros, como es el vuestro caballero, queremos que nos deis las manos para las besar, y ir á esta afrenta con vuestra gracia y amor.» La Infanta los hizo levantar, y dijo: «Mis buenos amigos, mi amor teneis vosotros enteramente, y ternéis todo el tiempo de mi vida; y así, ruego yo á nuestro Señor que vos otorgue el suyo, y vos saque deste peligro con bien y honra, porque el Emperador mi señor vos galardone los grandes servicios que le haceis; y las manos no vos las daré, antes las terné juntas hácia el cielo, rogando por vuestra salud.» Norandel, en tanto que la Infanta preguntaba si sabian algunas nuevas de su caballero, llegóse á la reina Menoresa y díjole: «Mi verdadera señora, ruégoos yo por merced que, porque tenga cierto ser de vos recebido por vuestro caballero, me deis alguna empresa que por vuestro amor lleve.» La Reina, que así como él, ó por ventura mas, presa de la amorosa fuerza estaba, no pudiendo ya disimularlo ni resistirlo, respondió: «Amigo mio, la mas preciada joya de las que vos puedo dar llevais con vos, que es mi corazon; que si lo amais, como lo habeis dicho, por sostener su vida es razon que sostengais la del vuestro, así como antes vos he dicho, y junto con él, llevad este mi anillo;» y sacándolo de su dedo, se lo dió lo mas encubierto que pudo, el cual era de muy ricas piedras guarnecido.

Cuando Norandel aquellas palabras oyó, fué mas alegre que si hubiera ganado todo el mundo; y hízose tan lozano, que no veia la hora de ser en la batalla, considerando que mas por su esfuerzo y buenas mañas que por sus riquezas, que por el presente apartadas tenia, habia de ganar el amor de aquella reina tan preciada y tan hermosa. Y tomando consigo á sus compañeros, despedidos dellas, se fueron al Emperador, y armáronse de sus armas muy ricas, con las cruces que ya oistes; y cabalgando en sus caballos, que á la puerta de los palacios los tenian, se fueron á la puerta que guardaban, y el Emperador con ellos, y tantas gentes, por ver la batalla, que maravilla era. Y allí llegados, vieron andar al Soldan armado, como siempre acostumbraba hacer cuando andaba en alguna guerra, y mas de dos mil hombres que acababan de cercar un grande

campo, con maderos en el suelo hincados, y trabadas á ellos gruesas cadenas, que este aparejo traia este soldan consigo, porque donde quiera que él iba, y aun en su tierra, siempre demandaba justas para él, si tal caballero se hallase; y si no, para los suyos. Los diez caballeros salieron al campo, sin que ninguno otro con ellos estuviese, y guardaron lo que el Soldan les enviaria á decir; no tardó que llegaron á ellos cinco caballeros desarmados, ricamente vestidos, y dijeron: «Caballeros, el Soldan vos ruega que entreis en el campo sobre su fe, que no recibiréis engaño ni agravio, mas os guardará toda justicia; y dice que, como este oficio de las armas sea el mas excelente de todos los otros del mundo, y á quien toda su aficion es vuelta, que así con todas sus fuerzas será sostenido en aquella grande alteza que merece.»

Norandel, que con mucha voluntad deseaba la batalla, porque siendo prometido del mas poderoso Señor de todo el mundo, pensaba con ella quitar la que su atribulado corazon cada momento pasaba por aquella su señora, dijo: «Caballeros, ¿aseguraisnos en vuestra fe y del Soldan, que si en el campo entramos, que cualquiera cosa que con sus caballeros nos acaezca, próspera ó adversa, nos será guardado todo derecho segun órden de caballería? — Sí, dijeron ellos con aquellas firmezas que la verdad en sí tiene.—Pues mandad que vengan los suyos, dijo Norandel; que allí nos hallarán.»

Entonces se fueron por el campo, para entrar en aquel sitio que señalado les estaba; mas cuando la gente de la ciudad así los vieron ir en tan gran peligro y con tanto esfuerzo, comenzaron de llorar, de mucha piedad que dellos habian, diciendo: «Oh caballeros, siervos de Jesucristo, él vos guarde y defienda hoy de alguna traicion que estos malos infieles podrian hacer.» A este tiempo era tanta la gente, así de un cabo como de otro, que los miraba, que no parecia sino ser allí todo el mundo ayuntado. Los diez caballeros entraron en el campo por una puerta que en él habia, y luego salieron del real aquellos con quien se habian de combatir, en muy grandes y hermosos caballos, y sus armas bien fuertes y ricas, y ellos grandes de cuerpo, cimbrando lás lanzas como que las querian quebrar; que bien parecia haber en ellos gran fuerza; y entraron en el campo. El Soldan entró con ellos, y dijo á los cruzados: «Caballeros, enviad por alguno de vuestra parte, que con otro mio vos ponga donde de derecho debeis estar; que mas querria yó pasar por la muerte, que vosotros en alguna cosa fuésedes agraviados.» Norandel le dijo: «Eso á tí solo lo dejarémos, que eres caballero, y por ventura, segun tus nuevas, mejor que otro lo sabrás hacer. — Pues en mí lo dejais, dijo él, yo haré aquello que hacer debo.» Entonces puso los unos á la una parte del campo y los otros á la otra, partiéndoles el sol, y dijo á los cristianos: «Quiero que sepais la costumbre de mi tierra en las semejantes batallas, y si vos agradare, tomadla, y si no, hacerse ha lo que teneis acostumbrado, si desto es diverso. — Dilo, dijo Norandel; que de grado lo oirémos, y aun lo seguirémos si junto con la razon fuere.—Sábete, dijo el Soldan, que en las semejantes batallas que estas, de tantos por tantos, tenemos por costumbre que los caballeros justen uno á uno, porque sin empedimento de otros se muestre la excelencia de cada uno; y así los que de los caballos cayeren como los que en ellos quedaren, esperen hasta ser todas las justas acabadas, y despues hayan á pié la batalla de las espadas; porque muchas veces acaece por la pereza ó soberbia de los caballos perder los caballeros sus fuertes golpes, quedando en vacío, donde al cabo no á su culpa reciben mengua y deshonra, lo que, estando á pié, acaecer no les puede sino es por su negligencia ó poco corazon. —Cierto, dijo Norandel, esta tal costumbre es muy buena, y así la seguirán estos mis compañeros, y yo con ellos; y para la probar, yo seré el primero.» Y apartándose de los otros, enderezó su cabeza de su caballo contra los paganos. El Soldan mandó á los suyos que las justas mantuviesen á la costumbre de su tierra, que así estaba asentado, y salióse del campo. Y luego vino contra Norandel un caballero al mas correr de su caballo, y Norandel se fué para él, muy bien cubierto de su escudo, y encontráronse con las lanzas en los escudos, que ninguno faltó de su encuentro; así que, fueron quebradas; y como los caballos iban desapoderados y los caballeros con gran codicia de se hacer mal, juntáronse uno con otro tan bravamente, que el pagano fué fuera de la silla, y dió en el campo tan gran caida, que por gran rato estuvo amortecido; y el caballo de Norandel hubo una espalda quebrada, de tal manera, que no se pudo mover, y Norandel se apeó, y no curó de mas hacer contra el caballero. Luego salió á la justa Gavarte de Val Temeroso contra el otro de los contrarios, y aunque las lanzas fueron en piezas por el aire, juntáronse uno con otro los escudos y los yelmos tan fuertemente, que ambos fueron á tierra. Talanque salió luego, y encontróse con otro caballero, y quebradas las lanzas, quedaron en sus caballos, que ninguno cayó, y así lo hicieron Maneli y Ambor; mas Bravor, el hijo del gigante Balan, encontró al que con él justó, y llevólo de la silla, haciéndole rodar por el campo. Y así lo hizo uno de los paganos á Imosil de Borgoña, que tan fuertemente le encontró, que lo arrancó de la silla, y dió con él en tierra una gran caida. Elian el Lozano se encontró con el otro, y perdieron las estriberas, pero ninguno cayó del caballo. Listoran de la Puente de la Plata se encontró con otro, y falleciendo de sus encuentros, quedaron en sus caballos, y desta manera le aconteció á Trion, con otro que á él vino.

Estas justas así acabadas, todos los de á caballo se hallaron puestos á pié, y cada uno se juntó con los de su parte, y poniendo sus escudos ante sí, y las espadas en sus manos, se acometieron bravamente, y con tan gran saña y esfuerzo, que espanto ponia á aquellos que los miraban. Dábanse muy fuertes y duros golpes por todas las partes que pensaban de se hacer mayor mal. Mas como todos fuesen muy diestros en aquel oficio, mas peligro y daño recebian las armas que no las carnes, porque así los recebian en los escudos y en las espadas con tanta destreza y tiento, que aunque á los que los miraban les parecia que pedazos se hacian, no era así como pensaban. Así anduvieron en su batalla,

sin que mucha diferencia de los unos á los otros de mejoría se mostrase, bien dos horas sin que ningun reposo tomasen. Pero siendo muy fatigados y cansados, tuvieron por bien de se apartar por cobrar huelgo y fuerza. Mas Norandel, viendo en su mano derecha aquel tan hermoso anillo que su señora, dél tan amada, le dió, dijo: «Señores, no es ya tiempo de holgar hasta que la batalla haya fin.» Y poniendo delante lo poco que del escudo le quedaba, fuése para los paganos, y salió á él aquel caballero que habia derribado, por ver si pudiera vengar lo de la justa de las lanzas, y diéronse muy grandes y terribles golpes por encima de los yelmos, que llamas de fuego hicieron salir; mas el golpe de Norandel fué tan grande, que le desapoderó de toda su fuerza, y hízole caer la espada de la mano, y no se podiendo tener en los piés, cayó en el suelo. Y como esto vieron Talanque y Maneli, apretaron tan recio con aquellos que se combatian, y con tan duros y fuertes golpes, que los traian á su voluntad como desatinados. Bravor habia derribado el suyo, y los otros andaban revueltos con los suyos, á muy grandes golpes que les daban y recebian; mas como Norandel y Bravor acudieron en su ayuda, en poco tiempo los pararon de tal manera, que ya no habia en ellos sino la cruel muerte, y perdian el campo sin se poder valer. Y como esto vido el Soldan, llegóse por defuera del campo allí donde se combatian, y dijo: «Caballeros, oidme un poco, si vos pluguiere.» Norandel se detuvo, y apartó los de su parte, y dijo: «Soldan, ¿qué es lo que quieres?—Lo que quiero, dijo él, que si á tí place y á tus compañeros que esta batalla se parta, teniendo yo á los mios por vencidos, habré dello placer; porque lo demás de aquí adelante, mas seria crueza que ganar honra; y si desto os agraviais, cúmplase vuestra voluntad.» Norandel dijo: «Si ellos se otorgan por vencidos, ó tú por ellos, que los mandar puedes, quitarse ha la batalla, porque nosotros no acostumbramos á poner armas en cosa que defender no se pueda.—Yo lo otorgo así, dijo el Soldan, y cierto, yo estoy muy contento de la discrecion de vosotros, tanto como de la valentía, aunque es tan sobrada, que mucho tiempo há que ninguno vi que en mas tuviese.»

Entonces, metiendo sus espadas en las vainas, cabalgaron muy ligeramente en sus caballos, y salidos del campo, se fueron á la ciudad, donde el Emperador los estaba aguardando, que muy bien habia visto la batalla y vencimiento della, mas no pudo oir las razones que habian pasado, hasta que los caballeros se lo contaron todo. El Emperador hubo mucho placer, loando mucho lo que los caballeros habian hecho, en dejar aquellos con quien se combatieron con tal vencimiento, y con partido tan honroso para sus honras, y dió muchas gracias á Dios, creyendo que, pues en aquellas dos afrentas tan bien andantes fueron, que así lo serian en lo porvenir; y llevándolos consigo, mandando poner grande guarda en la puerta, se fué con ellos á sus palacios, donde los hizo desarmar y curar de algunas pequeñas heridas que traian. El Soldan y todos los suyos, y los otros que allí vinieron por ver la batalla, quedaron muy corridos en ver así vencidos y maltratados aquellos caballeros que por tan preciados entre todos ellos eran tenidos. Y luego envió sus mensajeros á los otros grandes emperadores y reyes, diciéndoles que les parecia que sin mas tardar se debria aparejar el combate, porque muy dificultoso seria poderse sostener tantas gentes en ajena tierra. Oido esto del gran Soldan por aquellos grandes señores, luego mandaron sacar de las naves muy muchas y grandes lombardas y otros tiros y aparejos de muchas suertes para el combate, y asimesmo pusieron en tierra mas de mil elefantes de grandeza increible, con sus castillos encima dellos, en que la gente fuese, y otros muy muchos y extraños pertrechos que para lo semejante habian mandado de sus tierras traer, y asimesmo hicieron pregonar por todos sus reales y por las flotas que dentro de cuatro dias estuviesen todos aparejados con todas sus armas para combatir la ciudad.

CAPITULO CLIV.

Cómo el primer combate se dió
Por mar y por tierra á la noble ciudad,
Con nuevos pertrechos de gran crueldad,
El mas espantoso que nunca se vió;
Y aunque la liza mucho turó,
Aquellos cruzados que allí se veian,
Dando las manos á mas que debian,
La grande ciudad segura quedó.

El Emperador, que oyó los pregones en las flotas y en los reales que para el combate se daban, y como los paganos se aparejaban con muchos pertrechos, quiso él para la defensa dellos con gran diligencia poner el remedio. Y luego mandó repartir por estancias la cerca, y proveerla de muchos tiros de pólvora y muy gruesos, y de ballesteros y arqueros y otras gentes bien armados. Y asimismo mandó poner mucha leña cabe la cerca dentro de la ciudad, y muchas calderas, las mayores que hallar se pudieron, y mucho aceite y salitre y pez, y hombres que tuviesen cargo, siendo tiempo, de lo escalentar y hacerlo hervir, y otros que lo subiesen á la cerca y lo echasen sobre los que combatiesen. Y á las puertas Aguileña y del Dragon y del Pozo, que estuviesen los caballeros que las guardaban, rogándoles mucho que no tuviese sobre ellos mayor poder el esfuerzo que la razon; que viendo gran fortuna no les era mengua cerrarlas, antes mayor les vernia si por ellas la ciudad en peligro puesta fuese. Así hizo proveer en todas las otras cosas necesarias; y él, con diez mil de caballo, quiso ser sobresaliente por socorrer allí donde mayor flaqueza hallase.

Así pasaron aquellos cuatro dias, sin que entre ellos ninguna cosa de contienda pasase. Mas al quinto dia, los que habian cercado por la tierra de gran mañana fueron armados, y con sus capitanes salidos de las estancias, puestos en disposicion de combatir con aquellos aparejos que les daban. Asimesmo sacaron contra la ciudad los mil elefantes con sus castillos muy altos, donde muchos hombres armados iban, que parecia la mas hermosa cosa del mundo; y con ellos llevaban muchos castillos de madera, tan altos, que con la cerca igualaban, en que iban ballesteros y arqueros, que de aquel ejercicio muy diestros eran, y otras muchas cosas necesarias al combate. Que como aquellos paganos fuesen tan grandes príncipes, y con su grandeza grandes co-

sas les eran sujetas, no de las por venir, que verdaderas son, así de gloria como de pena, mas de las temporales, que como sueño pasan, no tenian otro cuidado sino mandar á los suyos que por la mar y por la tierra llevasen aquello y todo lo otro, que á ellos, estando holgando en gran reposo de sus vicios y deleites, con razon ó sin ella, se les antojaba.

Pues la gente de las flotas no estaban menos ocupados; que no entendian sino en aderezar sus velas y remos con tales personas que por costumbre lo tenian, para que con la priesa que pudiesen combatiesen á la otra parte de la ciudad, donde la mar llegaba. Llevaban consigo muy gran ballestería y arcos muy fuertes de cuerno, y tales hombres con ellos, que de su tierna edad los habian usado, y muchos garfios de hierro en astas de madera muy largos, para trabar con ellos á los contrarios y traerlos á sí, ó dar con ellos en lo hondo de la mar. Otras muchas cosas tenian convenientes á aquel oficio, que muy largas serian de contar. Pues esto así aparejado así por los unos como por los otros, los capitanes de los paganos mandaron á aquella gente que dello cargo tenian, que moviesen los elefantes, y asimismo los castillos de madera, y que no parasen hasta los poner juntos con la cerca, despues que las cavas igualadas fuesen, y asimesmo mandaron á muy grandes compañas de caballeros que acometiesen muy fuertemente á aquellos que las puertas de la ciudad guardaban, y con todas sus fuerzas peleasen hasta la muerte, porque si ser pudiese, entrasen con ellos á la vuelta en la ciudad, y la otra gente de pié, que con muy mucha leña y mucha tierra cegasen todas las cavas. Y el soldan de Liquia y el soldan de Halapa andaban con hasta cien mil caballeros para socorrer á los suyos. La gente comenzó á arrancar en esta ordenanza que vos decimos, con tan grandes voces y alaridos, tantas trompas y instrumentos, que parecia qne hacian temblar la tierra. Los elefantes y los castillos llegaron al borde de la cava, y como los castillos eran muy altos, y en ellos iban muchos ballesteros y arqueros, comenzaron á tirar á los de la cerca, que en igual altura dellos estaban, y los de la cerca á ellos, con tanto número de saetas y flechas, que la claridad del sol ocupaban; de manera que entre ellos hubo muchos muertos y heridos; y los caballeros hicieron una grande arremetida contra aquellos que las puertas guardaban; pero aunque su acometimiento con muy gran denuedo fué, no hallaron á los cruzados y á los que con ellos estaban con flaqueza; antes saliendo, á los primeros derribaron, y mataron de los encuentros de las lanzas muchos dellos, y poniendo mano á sus espadas, comenzaron á herir tan bravamente, que por maravilla les quedaba ninguno de cuantos alcanzaban encima de la silla de caballo; así que, en muy poco espacio de tiempo cubrieron de muertos el campo. Y como quiera que ellos de muy muchos golpes, así de lanzas como de cuchillos, fuesen atormentados, las fuerzas de sus armas, que todos los cubrian, no dejaban que las carnes sintiesen; lo que á los paganos no acaecia, porque todos los mas dellos andaban desarmados, sinó solamente un escudo de madera y una lanza, y cuando mas traian era capellina de hierro ó de cuero. Los cristianos no osaban desamparar las puertas de la ciudad por las no perder, y por sola esta causa se recogian para ellos. Los paganos llegaban luego sobre ellos, con esperanza que, poniéndoles espanto con su muchedumbre de gentes y con las grandes voces que daban, no les podrian resistir la entrada; mas hacíaseles al revés, que tornando los cristianos contra ellos, con los sus muy grandes golpes de espada los hacian apartar, quedando muchos dellos muertos y heridos. Y desde encima de las torres de las puertas les tiraban muchas saetas, de manera que hacian en ellos mucho daño.

A este tiempo la gente menuda cegaron la cava, que por ser muy muchos no les fué grave de hacer; y los elefantes y castillos llegaron sin impedimento alguno á la cerca. Allí pudiérades ver una batalla tan hermosa y tan peligrosa, que por maravilla se pudiera mirar; que los unos y los otros estaban juntos, que no parecia sino que todos eran unos. Luego fueron echadas muchas puentes desde los castillos á la cerca, y los paganos metidos por ellas por pasar á la otra parte; mas los cristianos, tomando en sí grande esfuerzo y corazon, con el miedo de la muerte, derribábanlos abajo; mas la priesa era tanta y tan grande, que, si no fuera por el aceite y salitre y pez que los de dentro de la ciudad echaron herviendo, que acertó á dar en las cabezas de los elefantes, que los hacia revolver de la una parte á la otra, dando muy grandes bramidos, el negocio estaba en muy gran peligro; mas aquello lo desconcertó de tal manera, que no les podian hacer pasar adelante, antes muchos dellos, con la rabia del fuego, basquearon tanto, que derribaron los castillos que encima de sí tenian, cayendo asimesmo ellos trastornados en el suelo. Cuando esta buena ventura fué por los cristianos vista, acometieron muy reciamente á los otros que quedaban, y con grandes palancas de hierro les quebrantaron las puentes de madera; que ya el combate era casi apartado. Los caballeros que estaban á la defensa de la puerta peleaban muy bravamente, matando muchos de los contrarios. Como los dos soldanes anduviesen requeriendo, y viesen el grandísimo esfuerzo de los cristianos, tomaron cada cincuenta mil hombres de caballo, y dieron sobre ellos con tan grande estruendo y gritos, que les fué forzado de se recoger á la ciudad y con mucha priesa cerrar las puertas, á las cuales luego pusieran fuego, si el grande aparejo que encima de las torres estaba no se lo defendiera con grandes y muchas piedras y saetas y tiros de pólvora. Mas contentáronse los paganos en los haber así encerrado por las puertas adentro, teniéndolos ya como por vencidos.

CAPITULO CLV.

De la cruel batalla que el conde Frandalo pasó con los turcos que por la mar y la ciudad combatian, y cómo al fin, veniendo la noche, á la ciudad se recogieron.

Los que por la mar combatian desde las flotas á la otra parte de la ciudad tan gran denuedo pusieron, y con tantos tiros de lombardas y ballesteros y arqueros, que, por mucho que los de la ciudad los resistieron, y mataron y hirieron tantos, que así en el agua como en la tierra estaban á montones, no bastó su defensa á que no tomasen tierra. Mas luego acudieron allí

el conde Frandalo y sus compañeros, que su estancia era muy vecina á la mar, y revolviéndose con ellos, pasaron una batalla muy cruel y peligrosa, en que hubo muchos muertos. Pero sabiendo el Conde cómo los de las otras estancias eran por fuerza recogidos, y cerradas las puertas de la ciudad, convínole lo mas sin daño que él pudo de hacer otro tanto. Así que, por todas partes fué la ciudad cercada en derredor por la tierra con tan grande número de gentes, puesta en tan grande aprieto y tan sin esperanza de haber ningun socorro, que todos tenian creido que de la muerte ó ser captivos no podrian escapar, porque ya vian los suyos desmayados y heridos, y los contrarios con grande esfuerzo, amenazándolos con crueles muertes, con crudas prisiones, con aquella soberbia, con aquella gloria como si ya en su poder los tuviesen. Y el Emperador, como quiera que mucho esfuerzo mostrase, dando á todos esperanza de salud, su corazon muy afligido y quebrantado era, teniendo siempre en la memoria aquella profecía que ya oistes, viendo claramente cómo en efecto della se iba cumpliendo. Así se partieron aquellos combates de aquel primero dia, porque la noche les vino, poniendo los paganos mucho recaudo de nueva gente, para en guarda de sus castillos y de los elefantes que habian quedado, y para no perder ninguna cosa del sitio del campo que habian ganado, teniendo esperanza que otro dia llegarian sin peligro al pié de la cerca, y la romperian con sus artificios por tantas partes, que muy de ligero podrian entrar, y despachar aquello que habian comenzado.

CAPITULO CLVI.

Cómo despues que mandó dejar
Las puertas en guarda de fuertes guerreros,
El Emperador y sus caballeros
Al grande palacio van reposar;
Y como las armas les hacen quitar
Aquellas señoras que tanto querian,
Tintos de sangre, segun que venian,
Con mucho placer se van á cenar.

El Emperador, que andaba requiriendo á todos, como la noche vino, dejó de su gente en la guarda de las puertas y en la cerca, y tomando consigo aquellos caballeros, se fué á su palacio porque descansasen y fuesen remediados de sus heridas. Y entrando con ellos en la sala, halló que lo aguardaba la Emperatriz y su hija, con sus dueñas y doncellas, que desde que el combate se comenzó nunca de su capilla se quitaron, las rodillas hincadas en tierra, rogando á Dios con muchas lágrimas que hubiese merced de los suyos. Así fueron los caballeros por ellas desarmados; mas las espadas, que eran todas teñidas de sangre hasta los puños, siendo cuajada en las hinchadas manos, nunca dellas las pudieron despegar sino con agua caliente. Quitando los yelmos de las cabezas, parecieron sus rostros hinchados, mancillados de aquellos grandes golpes que les habian dado, que no por feos eran juzgados, mas por tan hermosos como las piedras preciosas, considerando con qué esfuerzo, con qué valentía, y con cuán grande afrenta, y tan peligrosa de sus vidas, los habian recibido. Y luego les fué dado de cenar, hablando el Emperador con ellos, riyendo de lo que habian pasado, loando sus grándes cosas, y ellos diciéndole el gran placer que hubieron de ver cómo los elefantes bramaban, y se revolvian con el aceite que ardiendo sobre ellos daba; y cómo al trastornar de los castillos caian los paganos, las piernas hácia arriba y las cabezas abajo, unos sobre otros, que en medio de su gran afrenta, no pudieron excusar la risa. En esto que ois y en otras muchas cosas pasaron la cena hasta que se fueron á descansar, que bien les era menester.

CAPITULO CLVII.

Del espantoso y no pensado socorro con que la reina Calafia en favor de los turcos al puerto de Constantinopla llegó.

Quiero agora que sepais una cosa la mas extraña que nunca por escriptura ni por memoria de gente en ningun caso hallar se pudo, por donde el dia siguiente fué la ciudad en punto de ser perdida, y cómo de allí donde le vino el peligro, le vino la salud. Sabed que á la diestra mano de las Indias hubo una isla, llamada California, muy llegada á la parte del Paraíso Terrenal, la cual fué poblada de mujeres negras, sin que algun varon entre ellas hubiese, que casi como las amazonas era su estilo de vivir. Estas eran de valientes cuerpos y esforzados y ardientes corazones y de grandes fuerzas; la ínsula en sí la mas fuerte de riscos y bravas peñas que en el mundo se hallaba; las sus armas eran todas de oro, y tambien las guarniciones de las bestias fieras, en que, despues de las haber amansado, cabalgaban; que en toda la isla no habia otro metal alguno. Moraban en cuevas muy bien labradas; tenian navíos muchos, en que salian á otras partes á hacer sus cabalgadas, y los hombres que prendian llevábanlos consigo, dándoles las muertes que adelante oiréis. Y algunas veces que tenian paces con sus contrarios, mezclábanse con toda seguranza unas con otros, y habian ayuntamientos carnales, de donde se seguia quedar muchas dellas preñadas, y si parian hembra, guardábanla, y si parian varon, luego era muerto. La causa dello, segun se sabia, era porque en sus pensamientos tenian firme de apocar los varones en tan pequeño número, que sin trabajo los pudiesen señorear, con todas sus tierras, y guardar aquellos que entendiesen que cumplia para que la generacion no pereciese.

En esta isla, California llamada, habia muchos grifos, por la grande aspereza de la tierra y por las infinitas salvajinas que en ella habitaban, los cuales en ninguna parte del mundo eran hallados; y en el tiempo que tenian hijos, iban estas mujeres con artificios para los tomar, cubiertas todas de muy gruesos cueros, y traíanlos á sus cuevas, y allí los criaban. Y siendo ya igualados, cebábanlos en aquellos hombres y en los niños que parian, tantas veces y con tales artes, que muy bien conocian á ellas, y no les hacian ningun mal. Cualquiera varon que en la isla entrase, luego por ellos era muerto y comido; y aunque hartos estuviesen, no dejaban por eso de los tomar y alzarlos arriba, volando por el aire, y cuando se enojaban de los traer, dejábanlos caer donde luego eran muertos. Pues al tiempo que aquellos grandes hombres de los paganos partieron con aquellas tan grandes flotas como la historia vos ha ya contado, reinaba en aquella

isla California una reina muy grande de cuerpo, muy hermosa para entre ellas, en floreciente edad, deseosa en su pensamiento de acabar grandes cosas, valiente en esfuerzo y ardid de su bravo corazon, mas que otra ninguna de las que antes della aquel señorío mandaron. Y oyendo decir cómo toda la mayor parte del mundo se movia en aquel viaje contra los cristianos, no sabiendo ella qué cosa era cristianos, ni teniendo noticia de otras tierras, sino aquellas que sus vecinas estaban, deseando ver el mundo y sus diversas generaciones, pensando que con la gran fortaleza suya y de las suyas, que de todo lo que se ganase habria por fuerza ó por grado la mayor parte, habló con todas aquellas que en guerra diestras estaban, que seria bueno que, entrando en sus muy grandes flotas, siguiesen aquel viaje que aquellos grandes príncipes y altos hombres seguian; animándolas y esforzándolas, poniéndoles delante las muy grandes honras y provechos que de tal camino seguírseles podrian, sobre todo con muy grande fama que por todo el mundo dellas seria sonada, que estando así en aquella isla, haciendo no otra cosa sino lo que sus antecesores hicieron, no era sino estar como sepultadas en vida, como muertas viviendo, pasando sus dias sin fama, sin gloria, como los animales brutos hacian.

Tantas cosas les dijo aquella muy esforzada reina Calafia, que no solamente movió á sus gentes á consentir en el tal camino, mas ellas, con mayor deseo que sus famas por muchas partes divulgadas fuesen, le daban priesa que entrase en la mar luego, porque se hallasen en las afrentas, juntas con aquellos tan grandes hombres. La Reina, que la voluntad de las suyas vido, sin mas dilatar, mandó bastecer su grande flota de viandas y de armas todas de oro, y de todo lo demás necesario, y mandó reparar la mayor fusta de las suyas, hecha á manera de una red de gruesa madera, y hizo en ella meter hasta quinientos grifos, que, como ya se vos dijo, desde pequeños mandó criar y cebar en los hombres; y haciendo allí meter las bestias en que cabalgaban, que de diversas maneras eran, y todas las mas escogidas mujeres y mejor armadas que tenia en la flota, dejando tal recaudo en la isla con que segura quedase, y metióse ella las otras en la mar; y dióse tanta priesa, que llegó á las flotas de los paganos aquella noche que se os dijo del combate; con que todos ellos hubieron muy gran placer, y luego fué visitada de aquellos grandes señores, haciéndole muy grande acatamiento. Ella quiso saber en qué estado estaba su hecho, rogándoles mucho que por extenso se lo contasen, y oida la relacion dello, dijo: «Vosotros habeis combatido esta ciudad con vuestras grandes gentes, y no la pudistes tomar; pues yo con las mias, si á vosotros pluguiere, quiero el dia siguiente probar mis fuerzas á que bastarán, si quisiéredes estar á mi consejo.» Todos aquellos grandes señores le dijeron que como por ella fuese señalado, que así lo mandarian cumplir. «Pues enviad luego á todos los otros capitanes que por ninguna manera salgan mañana ellos ni los suyos de sus estancias, hasta que por mí les sea mandado, y veréis un combate el mas extraño que hasta hoy nunca vistes, ni de que jamás oistes hablar.» Esto fué luego hecho saber al gran soldan de Liquia y al soldan de Halapa, que tenia cargo de todas las huestes que estaban en la tierra; los cuales así lo mandaron á todas sus gentes, maravillándose mucho á qué podria acudir el pensamiento y obra de aquella reina.

CAPITULO CLVIII.

Cómo los grifos la gente que vieron
Encima la cerca volando llevaban,
Y muertos aquellos, por otros tornaban:
La mas fiera caza que hombres oyeron;
Y cómo los turcos que arriba subieron
Aquel mismo daño recibén, penando,
Los cuales de grifos ayuda esperando,
Por grifos la muerte cruel recibieron.

Pasada aquella noche, y la mañana venida, la reina Calafia salida de la mar, armada ella y sus mujeres de aquellas armas de oro, sembradas todas de piedras muy preciosas, que en la su ínsula California como las piedras del campo se hallaban, segun la su gran abundancia, y puestas en las bestias fieras, guarnecidas como os dijimos, mandó abrir una puerta de la fusta donde los grifos venian. Los cuales, como el campo vieron, salieron todos con mucha priesa, mostrando gran placer en volar por el aire, y luego vieron la gran gente que por la cerca andaba. Como ellos hambrientos estuviesen y sin ningun temor, cada uno tomó el suyo en sus uñas, y subiéndose en lo alto, comenzaron á comer en ellos. Muchas saetas les tiraron, y muy grandes golpes les dieron con las lanzas y con espadas; mas su pluma era tanta y tan junta y recia, que nunca en la carne les pudieron tocar. Esta fué la mas hermosa y agradable caza para los de su parte que nunca vieron hasta entonces; y como los turcos así los vieron ir con sus enemigos volando en alto, daban tan grandes voces y alaridos de placer, que el cielo horadaban, y la mas triste y mas amargosa para los de la ciudad que nunca ver pudieron, porque vian llevar el padre al hijo, y el hijo al padre, y al hermano y al pariente; así que, los llantos eran en tanto grado, y las rabias que por ellos hacian, que era gran compasion de los ver.

Despues que los grifos anduvieron un espacio de tiempo por el aire, y habiendo soltado sus presas, dellas en la mar y dellas en la tierra, tornaron como de cabo, y sin ningun temor tomaron otros tantos; de que los suyos hubieron doblado placer, y los cristianos muy mayor tristeza. ¿Qué os diré? Que fué el espanto tan grande de los de la cerca, que si no fueran algunos que se pusieron en las bóvedas de las torres por allí guarecer, de todos los otros fué desamparada, sin que ninguno en su defensa en ellas quedase. Esto visto por la reina Calafia, dijo con una voz alta á los dos soldanes que hiciesen á sus gentes subir por las escalas; que tomada era la ciudad. Entonces corrieron todos á gran priesa, y poniendo muchas escalas, subieron sobre el muro. Los grifos, que ya habian soltado los que llevaban, como así los vieron, no teniendo ningun conocimiento dellos, tomáronlos por la manera que á los cristianos habian hecho; y volando por el aire, los llevaron hasta los dejar caer donde ninguno escapó de la muerte. Aquí se trocó el placer y el pesar; que los de

fuera, habiendo gran piedad dellos, lloraban, y los de dentro, teniéndose por vencidos viendo á los enemigos andar por la cerca, tomaron en sí muy gran consuelo. A esta sazon, como los que en el adarve quedaron estuviesen espantados, esperando de morir como sus compañeros, salieron de las bóvedas los cristianos, y en poco rato mataron muchos de los turcos que por la ronda hallaron, y á los otros hicieron saltar abajo, y tornáronse á las bóvedas, porque veian venir los grifos hácia sí.

Cuando aquello fué visto por la reina Calafia, fué muy triste en gran manera, y dijo: «Mis ídolos, en quien yo adoro y creo, ¿qué será esto, que así es mi venida favorable á mis enemigos como á mis amigos, teniendo yo por creido que, con la vuestra ayuda y con mis fuertes compañas y gran aparejo bastaba para su destrucion? Mas no pasará ello así.» Entonces mandó á las suyas que subiesen por las escalas, y que trabajasen por ganar las torres, matando á todos los que en ellas hallasen; que de los grifos seguras serian. Ellas, compliendo el mandamiento de su reina, fueron luego apeadas, poniendo ante sus pechos unas medias calaveras de pescados, que todo lo mas del cuerpo les cubrian, y eran tan recias, que ninguna arma las podia pasar, y todas las otras armas que al cuerpo se juntaban, á las piernas y brazos, eran de oro, como ya se dijo. Y fuéronse á gran paso para la cerca, y con mucha ligereza subieron por las escalas y se pusieron encima della, y comenzaron á pelear muy reciamente con los de las bóvedas. Mas ellos, como estaban en estrechas partes, y las puertas eran pequeñas, defendíanse bravamente. Pero los de la ciudad, que abajo andaban, tiraban á aquellas mujeres con saetas y dardos, y como las tomaban por los lados, y las armas de oro eran flacas, hirieron muchas dellas. Y los grifos andaban sobre ellas revolando, sin que de allí se partiesen. Como la reina Calafia esto vió, dijo á los soldanes: «Haced subir vuestras compañas; que las mias serán defensa contra estas aves mias, que no las osen acometer.» Y luego los soldanes mandaron á sus gentes que subiesen por las escalas y ganasen la cerca y torres, porque de noche todas las huestes serian con ellos, y que se ganaria la ciudad. Ellos, saliendo de sus estancias, fueron á mas andar, y subieron sobre la cerca, donde las mujeres combatian; mas cuando aquellos grifos los vieron, luego trabaron dellos tan rabiosamente como si en todo aquel dia no hubieran tomado ninguno; y como quiera que las mujeres los amenazaban con los cuchillos, muy poco les aprovechaba; que, por mucho que ellas en su amparo se ponian, de entre medias se los sacaban por fuerza á su pesar, y subiéndolos á lo alto, dejábanlos caer donde todos morian. El miedo y el espanto fué tan grande de los paganos, que mucho mas apresuradamente que subieron, fueron decendidos y acogidos á sus reales. La Reina, que vido aquel desbarate sin remedio, envió luego á mandar á aquellas que los grifos tenian en cargo y guarda, que los llamasen y los encerrasen en la fusta. Ellas pues, oido el mandamiento de la Reina, subieron encima de la nave, y en su lenguaje á grandes voces los llamaron; y como si fuesen humanas personas, acudieron todos allí, y con obediencia se metieron en las redes.

CAPITULO CLIX.

Exhortacion que hace el autor á los cristianos, poniéndoles delante los ojos la gran obediencia que estos grifos, brutos animales, á quien los habia criado mostraban.

Oh qué cosa tan de notar para los mortales, que siendo hechos por la mano de Dios y por su boca santa á su semejanza, en que su excelencia no pudo ser más subida, dándoles seso, discrecion, ánimas inmortales, conocimiento, y señorío sobre toda cosa viva y muerta que por él en el mundo fué establecida; dándoles leyes por donde se guiasen, prometiéndoles bienaventuranza en aquella gloria celestial, amenazándolos con las infernales penas, mostrándoles ante sus ojos las muertes de sus hijos, de sus padres, de sus amigos y prójimos, alcanzando su saber que de aquella estrecha y tan triste via huir no pueden; siéndóles manifiestas las grandes vueltas de la fortuna, abajando los muy altos debajo de la tierra, alzando los bajos encima de las alturas, con otras muchas variables cosas que nuestros ojos corporales cada dia miran, y nuestros muy gruesos juicios sin impedimento alguno pueden comprehender. Que teniendo todo esto puesto en olvido, corremos siempre sin parar tras aquello que tanto nos daña, que tanta pena nos causa y tan poco dura, huyendo de lo razonable, abrazándonos con el querer y aficion de nuestras dañadas voluntades, perdiendo de nuestras memorias aquella tan amarga y tan dolorosa pasion con tantos y tan crueles tormentos, que el nuestro muy alto Dios por nuestra redencion de su voluntad y querer quiso pasar, prometiéndonos en ella descanso y reposo verdadero, habiendo en nos verdadero conocimiento, verdadera satisfacion y amargo arrepentimiento; que aunque la ley divina no lo mandase, lo manda la verdad y la virtud, á que tan obligados somos. Andamos con tanta aficion, con tanta ceguedad tras lo ciego, tras aquello que debriamos aborrecer y huir como cosa encantada, ponzoñosa, que no solamente á las entrañas y venas corporales penetra, mas á las ánimas, que en toda tristeza, en toda amargura y pena sin fin nos las pone.

Pues si estas tan santas cosas dichas y tan verdaderas son huidas de nuestras memorias, siquiera quedase en ellas esta destos crueles grifos, fingida y compuesta, considerando que, siendo nacidos en lugares tan ásperos y tan fragosos y apartados como su braveza lo demanda, y de allí tomados por la industria de aquellas mujeres y traidos fuera de su natural, que aquella tal crianza tanta fuerza y vigor tuviese, que andando por el aire con tanta soberbia, con tanta crueldad envueltos en sangre, viniesen á tanta obediencia, que de su propria voluntad, por el llamamiento de aquellas mujeres, fuesen encerrados en aquella prision; y nosotros, mezquinos, nacidos de hombre y mujer razonables, criados y gobernados por la via natural, amonestados y doctrinados por los hombres santos y muy grandes maestros, corregidos y enmendados por nuestros confesores, atemorizados y apremiados por la justicia; que todo esto y otras muchas doctrinas que

se nos representan no tengan en nos tanto poder que nos hagan apartar de aquellas liviandades y locuras que tan sojuzgados nos tienen, que nos hacen caer en tantos pecados de soberbia, de codicia, de lujuria y de blasfemia, y de otras cien mil desventuras, hermanas, parientas y grandes amigas de las infernales penas. Pues, muy alto Señor, que por reparo destas cosas en el mundo veniste, envíanos la tu gracia, derrama sobre nos la tu merced, porque con ello, rompiendo y quebrantando estas tan fuertes cadenas de maldad á que ligados estamos, tú, Señor, goces de nuestro servicio, y nosotros de aquella gloria santa que para los justos y buenos tienes aparejada.

CAPITULO CLX.

Cómo las fuerzas del pueblo tirano,
Quiriendo vengarse con sus azagayas,
Pasan las cavas, palenques y rayas,
Y rompen la tela del muro cristiano;
Y cómo Calafia, la espada en la mano,
Hace gran daño con sus amazonas,
Donde murieron muy muchas personas
De fieles, y mas del bando pagano.

Despues que los cristianos fueron encerrados, como ya oistes, la reina Calafia dijo á los soldanes: «Pues que mi venida os ha dado enojo, querria que os diese placer. Mandad á vuestras gentes que salgan, y vamos á la ciudad contra aquellos caballeros que delante nosotros osan parecer, y hágase el combate lo mas recio que ser pueda, y yo con mis gentes tomaré la delantera para la batalla.» Los soldanes mandaron luego á los suyos, que armados estaban, que saliesen con gran denuedo, y trabajasen por subir en el adarve; que ya aquellas aves eran encerradas; y ellos, con los de caballo, hicieron espaldas á la reina Calafia; y luego la gente salió de tropel, y llegaron á la cerca, mas no tan á su salvo como pensaban, que ya de la gente del lugar estaba guarnecida; y como los paganos iban subiendo por la escala, los cristianos los derribaban, por donde muy muchos dellos fueron muertos y maltratados. Otros llegaron con sus amparos y artificios de hierro, y cavaban muy de recio en la cerca; á estos tales le fué grande estorbo y peligro el olio y lo otro que sobre ellos caia; mas no fué tanto, que les quitase que no hiciesen muchos agujeros y portillos. Mas acudiendo allí el Emperador, que siempre traia consigo los diez mil de caballo, dejó dellos tantos, que bien lo pudieron defender, hasta que, á pesar de los paganos, por la gente del lugar fué reparado con muchos maderos y piedras y tierra.

Como la Reina vido la revuelta, fué con las suyas á gran priesa á la puerta Aguileña, que Norandel guardaba, y iba delante todas, muy bien cubierta de aquellos escudos que os dijimos que traian, y su lanza muy fuerte en la mano. Norandel, que así la vido venir, salió á ella, y encontráronse tan fuertemente, que las lanzas fueron en piezas, y ninguno dellos cayó. Entonces Norandel puso mano á su espada, y la Reina á su gran cuchillo, que el hierro tenia de ancho un gran palmo, y diéronse muy fuertes golpes. A este tiempo luego se juntaron y mezclaron los unos entre los otros, tan revueltos y con tan grandes golpes, que gran maravilla era de lo ver; y si algunas de las mujeres caian en tierra, así lo hacian de los caballeros. Y si en aquesta historia no se cuenta por extenso lo que en particular cada uno dellos hacia, mostrando su gran fuerza y esfuerzo, no lo causa sino que la multitud de la gente era tanta, y tantos venian sobre cada uno dellos, que aquel gran maestro Elisabat, que lo miraba y por escripto lo puso, no pudo determinar lo que en especial en este trance pasaba, sino algunas cosas bien raras, así como esto de la Reina y Norandel, que ambos se juntaron, como habeis oido. La priesa era tan grande, que luego hicieron partir la batalla de aquellos dos, tornando cada uno en ayuda de los suyos. Pero dígoos que las cosas que aquella reina hizo en armas, así en matar caballeros y derribar los heridos, como en se meter entre sus enemigos tan denodada, que no se puede contar ni creer que ninguna mujer á tanto bastasen sus fuerzas; y como lo habia con tan preciados caballeros, nunca se partian de darle muy grandes y fuertes golpes; pero todos los mas recebia en el su muy duro y fuerte escudo.

Como Talanque y Maneli vieron lo que aquella mujer hacia, y el gran daño que los de su parte rescibian, fuéronse para ella, y tomáronla en medio, y cargáronla de tales golpes, que ya la tenian como desatinada. Y una hermana suya, que habia nombre Liota, que la guardaba, entró tan rabiosa como una leona á la socorrer, y hirió á los caballeros tan mortalmente, que á mal de su grado se la sacó de poder, y la puso entre las suyas. Pues en este medio tiempo no creais que la gente de las flotas estaba de balde, antes os digo que tantos dellos tomaron tierra, que si no fuera por la merced de Dios y por el grande esfuerzo del conde Frandalo y de sus compañeros, la ciudad se perdiera de todo en todo. Muchos muertos hubo de ambas las partes, aunque mucho mas de los paganos, que mas flacas armas traian.

Así como habeis oido anduvo aquella revuelta y cruda batalla hasta cerca de la noche, en que no quedaba ninguna de las puertas abierta, sino aquella que Norandel guardaba; que las otras, por fuerza, siendo retraidos los caballeros por ellas, les convino, á mal de su grado, cerrarlas; pero así lo fué esta otra que digo; que como aquellos dos soldanes deseasen mucho ver cómo aquellas mujeres batallaban, detuvieron sus gentes que no entrasen en la liza. Mas como vieron ir el dia, dieron sobre los cristianos tan arrebatadamente, que por poco entraran todos en la ciudad; y aun así, entraron mas de cien hombres y mujeres. Y Dios, que lo guió, habiendo el Emperador dejado las otras puertas cerradas, sabiendo cómo en aquella se mantenia la batalla, acudió allí; y como los vido en tal manera, apretó con los suyos tan recio, que matando dellos, sacó á los otros fuera. Allí perdieron los paganos mucha gente que desde las torres les mataron, y murieron de las mujeres mas de docientas; mas no fué sin gran daño de los de dentro, porque de los cruzados fueron diez muertos, que puso muy gran dolor á sus compañeros; los cuales eran estos: Ledaderin de Fajarque, Trion y Imosil de Borgoña, y los dos hijos de Isanjo. Recogida toda la gente en la ciudad, como dicho es,

así los paganos se retrujeron á sus reales, y la reina Calafia á su flota, porque aun no habia tomado lugar en la tierra. Y las otras gentes entraron en sus naos, de manera que por aquel dia no hubo entre ellos más contienda. Mas ahora los dejarémos así, y contaros ha la historia cómo las flotas de los reyes cristianos se juntaron en el puerto de la ínsula Firme, y de allí partieron al socorro.

CAPITULO CLXI.

Cómo por mano del alto Señor
Se juntan en puerto que Firme se llama
Tantas de fustas, que dice la fama
Armada en el mundo no hallarse mayor;
Donde moviendo con santo favor,
El rey Perion llevando la guia,
Con próspero viento de noche y de dia,
Llegaron á vista del Emperador.

La historia os ha contado cómo Enil llegó á Roma, y el grande aparejo que en el emperador Arquisil y en don Florestan, rey de Cerdeña, halló; y asimismo cómo Gandalin llegó á la Gran Bretaña, y luego, por mandado del rey Amadís, fué al rey de Sobradisa don Galaor y á don Galvánes, y se pasó al rey Perion de Gaula. Pues ahora os contará lo que de su embajada recaudó. Sabed que, vistas por estos reyes las cartas del rey Amadís, y sabido de Gandalin en la congoja que Esplandian quedaba, y cómo aquellas tan grandes compañas de gentes estaban sobre Constantinopla, que si por desventura se perdiese, toda la cristiandad en gran peligro quedaba, acordaron de poner en ello aquel remedio que los ministros del Señor muy alto en su servicio poner deben, cumpliendo aquello que tenia prometido á la ley de la verdad. Y con gran diligencia hicieron aparejar sus flotas, fornecidas de las mas y mejores gentes que pudieron haber, y sin ninguna dilacion fueron por sus personas puestos en ellas, yéndose la via de la ínsula Firme, con gran voluntad de servir á Dios y ganar perdon dél, de aquellos yerros que contra él habian cometido. Pues el rey Amadís no estuvo de balde; que de los navíos que del rey Lisuarte le quedaron, y de otros que á muy gran priesa mandó hacer, y otros que los reyes comarcanos le prestaron, ayuntó tan grande armada y de tanta gente, que maravilla era verlo.

Tornando el conde Gandalin de aquellas partes que os dijimos, y dicho por él cómo todos aquellos señores aderezaban para navegar, acordó antes de su partida de ver al rey Lisuarte y la reina Brisena, que en el castillo de Miraflores estaban, donde el rey Lisuarte habia puesto muy gran recaudo, porque la Reina no supiese otras nuevas sino la dolencia de Esplandian, y que habia enviado otro mensajero para que de su parte rogasen á entrambos reyes que le viesen, porque su mal le crecia tanto, que no pensaba de escapar. Y llegado allí el rey Amadís, fué del rey Lisuarte muy bien recebido, y díjole: «Señor hijo, yo os queria llamar que me viésedes para esto que oiréis. Yo he sabido de Gandalin en lo que Esplandian está puesto, en que me parece que no solamente este peligro ó afrenta toca á aquel emperador, mas á todos aquellos que somos siervos de Jesucristo, nuestro redentor. Y como yo haya pasado por muchas cosas mundanales, y con gran aficion las haya ejecutado, poniendo en olvido de las reparar con aquella penitencia, con aquellas lágrimas que para ser perdonadas se requieren, he acordado de ir en este viaje que hacer quereis, poniendo mi persona tan adelante, por servir aquel Señor á que tantos enojos he hecho, como muchas veces la puse por servicio del engañoso mundo. Y porque la Reina, si la verdad supiese, quedaria con gran sobresalto, tengo puesto el remedio, que con justa causa antes de placer que de tristeza pueda de aquí salir; y esto es, que le he hecho entender que Esplandian está doliente en la ínsula Firme, y que ha enviado por vos y por mí, que le veamos. Así que, es menester que, usando desta cautela, me saqueis de aquí; que determinado estoy de no quedar acá en ninguna manera.» El rey Amadís le dijo: «Señor, vuestro pensamiento es tan católico y tan honroso para el mundo, y tan provechoso á vuestra ánima, que no hay qué responder, sino que sin otra dilacion por obra sea puesto. Pues ahora vamos á la Reina.»

Entonces entraron en su cámara, y halláronla rezando, y el rey Amadís le dijo: «Oh, Señora, Gandalin os hizo saber la dolencia de vuestro nieto, y ahora ha enviado otro mensajero, con que ruegan al Rey mi señor y á mí que le veamos, porque con nuestra vista cree que su mal en gran parte será remediado. No os pese dello; que muy presto será la tornada, trayéndole con nosotros.» La Reina le dijo: «Amado hijo y señor, aunque el mal de mi nieto sienta yo como arrancarme el corazon de las carnes, conociendo ser estas dolencias naturales, algun consuelo tomo; pero ya me veo con tan grande alteracion y tristeza despues de la venida de Gandalin, que nunca mis ojos cesan de llorar; y si este mal tan encubierto, que tanto me aflige, no descubre alguna manera de placer, muy poca es mi vida. Y en esto que me decis, el Rey mi señor es libre para hacer de sí su contentamiento; que aquel será el mio.» El Rey le dijo: «Dueña, alegráos; que presto serémos de vuelta con aquel que tanto amais.» Y despedidos della, tomando consigo al honrado viejo don Grumedan y su espada, se partieron para Lóndres, y entrando en el alcázar de noche, porque el Rey no quiso que ninguno le viese, allí estuvo hasta que todo fué aparejado; y partiendo donde la flota estaba, se fueron la via de la ínsula Firme, y llegando al gran puerto, hallaron á aquel muy esforzado rey de Cerdeña en él con la gran flota del emperador de Roma y la suya, que muy gran placer les dió. ¿Qué os diré? Que dentro de ocho dias fueron juntos el rey Perion y Agrájes, y el rey de Sobradisa, y aquel valiente rey Cildadan, que sabiendo aquella tan grande nueva, aunque no fué requerido, él se fué con grande armada y muy buena gente. Asimesmo vino don Galvánes y el rey don Bruneo y don Cuadragante, y en el camino encontraron con el rey de Suesa y con Grasandor, que traian grandes flotas.

Cuando así se vieron juntos con tantas compañas, el esfuerzo suyo fué tan grande que á sus corazones vino, que aunque en contrario les viniese todo lo restante del mundo, no lo temerian. Y rogaban á Dios muy de corazon que les diese lugar de hallarse con aquellos in-

fieles, porque con algun servicio pagasen los yerros y pecados que contra él habian cometido. Y tomando la delantera aquellos dos tan hermosos y ancianos reyes, Lisuarte y Perion, navegaron por la mar adelante la via donde pensaban hallar aquellos sus enemigos. Finalmente, en cabo de veinte dias fueron á la vista de aquellos que en las altas torres de Constantinopla estaban; que cuando por ellos fueron vistos, aguardando que mas cerca se allegasen, en que claramente conocieron ser los cristianos, y viesen las grandes banderas y pendones tendidos, haciendo grandes ondas en el aire, comenzaron á dar muy grandes voces, diciendo: «Traidores paganos y enemigos de la ley de la verdad, agora seréis todos confundidos, destruidos y despedazados, si osáredes esperar aquellas grandes gentes que contra vos vienen.»

Cuando los de la ciudad esto oyeron, alborotáronse todos con mucha priesa, preguntando á los de la torre qué cosa fuese aquello: si era por injuriar á los enemigos, ó por dar placer verdadero á los amigos. Ellos respondieron que por entrambas cosas lo hacian, y que supiesen por cierto que Dios era en su ayuda; que tantas grandes flotas de cristianos por la mar venian, que no se podrian excusar de ser muertos todos sus enemigos, y que no tardarian de llegar; por eso, que lo dijesen al Emperador. Estos fueron luego corriendo á los grandes palacios á se lo decir; y cuando tal nueva fué por él oida, no será necesario de contar el placer que hubo, pues que cada uno juzgar lo puede; y luego se armó y mandó armar todos sus caballeros y la gente de la villa, y con diez mil de caballo requirió las puertas, y llegando á la del Dragon, que el conde Frandalo guardaba, claramente se le representó ser las flotas de su socorro, y asimesmo les fueron manifiestas á los contrarios, y luego se recogieron todas las naves que sembradas andaban, y así juntas todas, las comenzaron á trabar unas con otras con muy gruesas cadenas, y retrajéronse algun trecho, de manera que los cristianos podian sin ninguna contradicion tomar tierra. Asimesmo se armaron todas aquellas gentes de los reales que en cargo tenian aquel valiente Radiaro, soldan de Liquia, y el soldan de Halapa, llamado Mazortino.

CAPITULO CLXII.

Cómo Amadís envió á llamar á Esplandian, su hijo, á la montaña Defendida, antes que aquellos grandes reyes hayan entrado en el puerto de Constantinopla.

El rey Amadís antes que las flotas con gran parte á la vista de la ciudad fuesen llegadas, mandó al conde Gandalin que en la su barca fuese por Esplandian, porque á ellos se viniese. Esto fué luego hecho. Y sabida la tal nueva por él, del gran placer que hubo, hincó las rodillas en tierra y dijo: «Rey del mundo y de los cielos, bendito seas tú, que así socorres á los que en tu servicio vienen.» Y mandó poner sus armas y caballo en la fusta serpentina, y tomando consigo al conde Gandalin, se metió dentro. Mas la fusta no hizo señal de moverse, de que Esplandian fué maravillado, y aguardó algun espacio de tiempo, pero todavía estaba sosegada; el Conde le dijo: «Señor, ¿qué será esto, que al tiempo que mas habeis habido menester socorro desta nave, os fallece?» Esplandian le dijo: «No sé á qué parte lo juzgue, sino es que como ella se mueva por el saber de Urganda, y Urganda está presa y encantada, sin que de sus artes se pueda aprovechar, así deben estar todas las cosas que della penden.» Esto fué así verdad como lo dijo él, porque aquella ínsula no hallada, en que Urganda hacia su habitacion, que á ninguno era manifiesta, en aquel medio tiempo de su prision claramente fué vista y tratada de todos los que verla querian.

Cuando Esplandian vido que no habia remedio, metióse en la barca de Gandalin, con todo el aparejo de armas y caballo, y tomando consigo quien lo guiase, se fué por la mar, y anduvo tanto, que á la segunda noche pasó cabé las flotas de los paganos; y llegó tan cerca de la ciudad á la parte donde era la puerta del Dragon, que bien pudo ver que las flotas de los cristianos no eran llegadas, y luego siguió la via por donde el conde Gandalin le habia señalado, y ante que mucho anduviese encontró las flotas. Y sabido de Gandalin cómo sus abuelos, el rey Lisuarte y el rey Perion, venian en la delantera, fuése á la nave del rey Lisuarte, que en ella venia con su padre; y llegando á ella, ninguno lo conoció, porque llevaba el yelmo en la cabeza, y entrando dentro, se fué donde el rey Lisuarte estaba, y como le vido, quitándose el yelmo de sobre la cabeza, siendo á él llegado, se lanzó á sus piés por se los besar. El rey Lisuarte, que así de súbito le vido, fué muy alterado, en tanta manera, que no pudo hablar. Y tomándolo entre sus brazos, lo juntó consigo, cayendo de sus ojos las lágrimas á hilo por los carrillos y barbas largas y canas que tenia, besándole en su cara muchas veces y en los ojos. Esplandian no tenia lugar de le besar las manos, y lloraba con gran placer en verse delante de aquel rey que le habia criado y que tanto le amaba. En esto llegó el rey Amadís, su padre, y dijo: «Hijo, mucho nos place con tu venida.» Esplandian, salido de entre los brazos de su abuelo, hincó los hinojos ante su padre y besóle las manos, y él lo besó y le dió su bendicion. Y si decir se hubiese en la manera que fué recebido del rey Perion y de los reyes sus tios y de todos los otros, seria gran prolijidad. Basta que así como el amor que le tenian era en mucha cantidad, así en aquella hubieron de su vista muy gran placer.

CAPITULO CLXIII.

Cómo los siervos del alto Señor,
Con ricos tesoros y grandes haciendas,
Salidos en tierra, armaron sus tiendas,
Poniendo á los turcos en mucho temor;
Y cómo escribieron con grande furor,
Queriendo vengar su pérfida saña,
Al buen caballero y al rey de Bretaña,
La reina Calafia y el Turco mayor.

Pues navegando, como habeis oido, llegaron cerca de la ciudad, trayendo consigo la flota del Emperador, que por miedo de los contrarios andaba desviada, desde donde vieron las flotas de los paganos, que muy juntas estaban. Y asimesmo vieron parte de los reales que en la tierra firme estaban, y luego sin mas tardar, á gran priesa los reyes delanteros tomaron la tierra, sin que

alguno lo estorbase, y la causa por qué de los paganos no fueron acometidos adelante la oiréis. Así salieron muy muchas compañas armadas, y hicieron sacar sus caballos y tiendas y otros muy muchos y muy grandes aparejos conformes á su grandeza, y muy muchas gentes con sus artificios de muchas suertes para hacer grandes cavas y fosos para fortalecer el real. Así pasaron aquel dia, que porque os hemos dicho, no entendieron en otra cosa sino solamente en enviar á decir al Emperador que estuviese quedo en la ciudad, que tiempo habria para se ver, y que mandase al conde Frandaloqué, dejada la guarda de la puerta, que se metiese en compañía de Agrájes en las flotas, porque en arte de la guerra era hombre muy señalado. Pues estando todos aquellos reyes en sus tiendas, mandando fortalecer muy bien aquella estancia, y aderezar para dar otro dia la batalla á sus enemigos, aquel gran soldan de Liquia y la reina Calafia, que juntos andaban poniendo recaudo en sus gentes que no se desmandasen, supieron por algunas personas cómo en aquel real de los cristianos estaban Amadís, rey de la Gran Bretaña, y el caballero Serpentino, su hijo, de que mucho placer hubieron. Y haciendo allí venir ante sí aquella doncella del Soldan, que ya oistes, que la carta habia llevado á Norandel, le mandaron que se fuese al real de los cristianos, y preguntando por el rey Amadís y por el caballero Serpentino, su hijo, les diese una carta de su parte, la cual decia así:

CAPITULO CLXIV.

Carta del soldan de Liquia y de la reina Calafia al rey Amadís y á su hijo Esplandian.

«Radiaro, soldan de Liquia, escudo y amparo de la ley pagana, destruidor de los cristianos, enemigo cruel de los enemigos de los dioses; y la muy esforzada reina Calafia, señora de la gran isla California, donde en grande abundancia el oro y las preciosas piedras se crian: Hacemos saber á vos, Amadís de Gaula, rey de la Gran Bretaña, y á vos, el caballero de la Gran Serpiente, su hijo, cómo somos venidos á estas partes con voluntad de destruir esta ciudad de Constantinopla, por los enojos y daños que el muy honrado rey Armato de Persia, nuestro hermano y amigo, deste mal emperador ha rescebido, dando favor y ayuda que á mala verdad parte de su señorío le fuese tomado. Y porque nuestro deseo no es sino en ganar gloria y fama, como hasta aquí la favorable fortuna nuestra nos lo ha otorgado, sabiendo las grandes nuevas que por todo el mundo corren de vuestras grandes caballerías, hemos acordado, si á vos placiere, ó vuestro esfuerzo á ello bastare, de antes que el gran cumplimiento de gentes, que excusar no se puede, se haga, de vuestras personas á las nuestras hayamos una batalla, siendo los vencidos en sujecion y obediencia de los vencedores, de ser por ellos muertos, ó llevados á la parte que su voluntad fuere. Y si desto rehusais, con mucha causa podemos juntar todas vuestras glorias pasadas con las nuestras, contándolas de nuestra parte, donde se mostrará claro en lo porvenir ser el vencimiento en nuestro favor.»

CAPITULO CLXV.

Cómo los reyes de grande saber,
Leyendo la carta de haz y de envés,
Aunque recelan contrario revés,
Aceptan el campo con mucho placer;
Y cómo Calafia, tornada mujer,
Vestida de paño de extrañas maneras,
Tomando consigo dos mil compañeras,
Al buen caballero acuerda de ver.

Tomando la carta aquella doncella negra y hermosa, ricamente ataviada, encima de la su fiera bestia se fué derechamente al real de los cristianos; y preguntando por aquellos dos caballeros, padre y hijo, sabiendo ser en la tienda del rey Lisuarte, á ella se fué, siendo muy mirada de todos, pareciéndoles, segun su manera, muy hermosa y muy extraña en todo su rico atavío y traje. Y allí llegada, preguntó por ellos, y dijéronle que con el rey Lisuarte estaban. «Pues decidles cómo los quiere ver una doncella extraña; que si mandan que dentro los vea ó aquí donde estoy.» Cuando esto les fué dicho, quisieran salir á ella, mas los reyes Lisuarte y Perion dijeron que entrase donde estaban; que aquello era lo mas honesto. La doncella, apeada de su bestia, entró en la tienda donde los reyes estaban armados, asentados en sus reales sillas, ricamente guarnecidas y de muy preciosas piedras; que esto tenian por costumbre en aquel tiempo, cuando en las guerras andaban, de traer consigo las mas preciadas joyas, así de atavíos de sus personas, como de sus mesas, y de todo lo que tocaba la necesidad de su servicio; porque allí donde á la gente les faltaba, los unos no teniendo, los otros no lo osando llevar, con temor de lo perder allí, pareciendo ellos mas poderosos y de mayores estados, mostrando sus grandes riquezas, eran con mayor obediencia acatados. La doncella, llegada en su presencia, dijo: «¿Está aquí Amadís, rey de la Gran Bretaña, y Esplandian, que el caballero de la Gran Serpiente se dice, su hijo?—Sí, dijo Amadís, y ¿qué vos place, buena doncella? que yo soy aquel por quien preguntais, y veis allí mi hijo.» La doncella volvió la cabeza, y vido á Esplandian, que en pié estaba ante el rey Lisuarte, su abuelo, y fué espantada de ver su hermosura, y dijo: «Por cierto, Rey, tú dices verdad ser aquel el caballero que yo demando; que por todo el mundo es divulgada la fama de su muy gran hermosura, y ninguno puede tanto en loor deila decir, que por la vista muy mucho mas no parezca. Pues toma esta carta, que á tí y á él viene, y responded así como vuestra gran fama lo demanda y como el esfuerzo de los corazones bastare.»

Tomada la carta, y leida, dijeron á la doncella que se tornase á su palafren; que ellos le darian la respuesta. Ella lo hizo así. Y entre los reyes hubo algun desacuerdo, diciendo que, teniendo delante de sí tantos enemigos, que no debrian poner tales dos caballeros en peligro de una batalla, porque muchas veces en lo semejante vienen grandes desaventuras, y que perdiéndolos, perderian mucha esperanza del vencimiento. Otros decian que seria bien que á aquel soldan y á la Reina les fuese acometido otro partido de mas caballeros. Pero el rey Amadís les dijo: «Buenos señores, así lo particular como lo general es en las manos y

voluntad de Dios, donde ninguno sin la su merced huir puede; si á esta demanda alguna excusa pusiésemos, seria dar grande esfuerzo á los enemigos, y sobre todo, gran menoscabo á nuestras honras, y mucho mas en esta tierra, donde extranjeros somos y no han visto cosa de nuestros esfuerzos; que lo que en la nuestra es notorio, y lo que allí por virtud y buen seso juzgarse podria, acá seria juzgado y tenido á cobardía muy grande. Así que, teniendo confianza en la misericordia del Señor, yo me determino en que la batalla se tome, y luego sin mas tardar.—Pues que así os place, dijo el rey Lisuarte y el rey Perion, así sea, y Dios vos ayude con la merced.» Entonces el rey Amadís dijo á la doncella: «Amiga, decid á vuestro señor y á la reina Calafia que la batalla queremos con las armas que mas les agradaren, y el campo sea este campo, partido por la mitad, dándoles yo palabra que por ninguna cosa que acontezca no serémos de los nuestros socorridos, y que así lo manden á los suyos que lo hagan, y que si luego la quisieren, luego la habrán.»

La doncella se partió con esta respuesta, la cual por ella fué dicha á aquellos dos señores. Y la reina Calafia le preguntó qué le parecia de los cristianos. «Muy bien, dijo ella, que todos son hermosos y bien armados; pero dígote, Reina, que entre ellos es aquel caballero Serpentino, que nunca los pasados ni presentes, ni aun creo los por venir, otro tan hermoso y apuesto vieron, ni los que han de venir lo verán. Oh Reina, ¿qué te diré, sino que si él en la nuestra ley fuese, podriamos creer que nuestros dioses con sus manos lo habian hecho, poniendo en la tal obra todo su gran poder y mucho saber, sin que nada dello quedase?» La Reina, que esto oyó, dijo: «Doncella, amiga, gran cosa es la que me dices.—No es, dijo ella; que si la vista no, otra cosa no es de tal poder que de su grande excelencia pueda hacer entera relacion.—Agora vos digo, dijo la Reina, que con tal hombre como ese yo no entraré en campo sin que primero lo vea y le hable, y ruego al Soldan que lo tenga por bien, y á tí que la vista me conciertes.» El Soldan dijo: «Todo lo que á tí, Reina, será agradable habré yo por bueno.—Pues lo que mandas, dijo la doncella, yo lo traeré á tu voluntad.» Y volviendo la su animalía, se tornó al real; que todos pensaron que el concierto de la batalla traia. Mas siendo llegada, halló los reyes á la puerta de la tienda, y dijo: «Amadís, Rey, aquella reina Calafia te ruega que dés órden á que segura pueda venir mañana á ver á tu hijo.» Él se comenzó de reir, y dijo á los reyes: «¿Qué os parece desta demanda?—Que venga digo, dijo el rey Lisuarte; que gran razon es de ver una tan señalada mujer en el mundo.—Esto tomad por respuesta, dijo Amadís á la doncella, y no dudes que con toda verdad y honestidad será tratada.» Con gran placer della, por haber así recaudado su mensaje, se tornó á la Reina y se lo dijo. Ella dijo al Soldan: «Quédate con la buena ventura, y castiga tu gente, que en este medio tiempo no hagan algun desaguisado.—Desto puedes, dijo él, estar segura.»

Entonces se fué á sus naves, y toda la noche estuvo pensando si iria con armas ó sin ellas; mas al fin determinó que en hábito de mujer, por ser mas honesto, fuese. Y como el alba vino, levantóse, y diéronle unos paños que vistiese, todos de oro, con muchas piedras preciosas, y un tocado, que de gran arte era hecho; que en él habia gran volúmen de muchas vueltas, á manera de toca, y poníase en la cabeza todo entero, bien así como una capellina; era todo de oro, sembrado de piedras de gran valor. Trujeron una animalía en que cabalgase, la mas extraña que nunca se vió: tenia las orejas tamañas como dos adargas, la frente ancha, no tenia más de un ojo, como un espejo; las ventanas de las narices eran muy grandes, el rostro corto y tan romo, que ningun hocico le quedaba; salian de su boca dos colmillos hácia arriba, cada uno de mas de dos palmos; su color era amarilla, y tenia sembradas por su cuerpo muchas ruedas moradas á manera de onza; era de grandeza mayor que un dromedario, y tenia las patas hendidas como buey, y corria tan fieramente como el viento, y por los riscos andaba tan ligera, y se tenia en cualquiera parte dellos, como las cabras monteses. Su comer era dátiles y higos y pasas, y no otra cosa; era muy hermosa de ancas y costados y pechos. Pues en esta animalía que habeis oido fué puesta aquella hermosa reina y dos mil mujeres de las suyas, así vestidas de muy ricos paños, cabalgando, que la acompañaban. Llevaba en derredor de sí veinte doncellas, asimesmo ricamente vestidas, que le llevaban las haldas, que mas de cuatro brazas desde encima de aquella bestia arrastraban por el suelo. Con este atavío y compañía llegó aquella reina al real, donde halló á todos aquellos reyes, que en tierra salieron, en muy ricas sillas asentados sobre paños de oro, y ellos armados, que no tenian mucha seguridad en las promesas de los paganos; y saliéronla á recebir á la puerta de la tienda, donde fué apeada en los brazos de don Cuadragante, y los dos reyes, Lisuarte y Perion, la tomaron por las manos, y la sentaron entre sí en una silla. Cuando ella así se vido, mirando á una parte y á otra, vió á Esplandian junto con el rey Lisuarte, que lo tenia por la mano, y segun el grande extremo de su hermosura á la de los otros, luego pensó que aquel era, y dijo en una voz: «Mis dioses, ¿qué será esto? Agora vos digo que he visto lo que nunca su semejante ver se puede, ni se verá.» Y teniendo él hincados sus graciosos ojos en su hermoso rostro, ella sintió que aquellos rayos que de su resplandeciente hermosura salian, hiriendo en sus ojos, le penetraron al corazon; de manera que, no siendo hasta entonces vencida de la gran fuerza de las armas ni con las grandes afrentas de los enemigos, fué con aquella vista y pasion amorosa tan ablandada y tan quebrantada, como si entre mazos de hierro anduviera. Y como así se vido, considerando que de la mas larga estada mas inconvenientes le podrian venir para aquella gran fama que con tantos peligros y trabajos, como varonil caballero, ganado habia; que quedando en gran menoscabo de deshonra, seria tornada y convertida en aquella natural flaqueza con que la naturaleza á las mujeres ornar ó dotar quiso; y resistiendo con gran pena á que la voluntad á la razon sujeta fuese, se levantó de la silla y dijo: «Caballero de la Gran Serpiente, por dos excelencias que en fama sobre todos los mortales tienes, quise verte: la

primera, desta tu grande hermosura, que, si por vista no, ninguna relacion es bastante de contar su grandeza; la otra, la valentía y esfuerzo de tu fuerte corazon. La una he visto, la cual otra tal como ella nunca ver pude ni espero ver, aunque muchos años de vida me sean otorgados; la otra en el campo será manifiesta contra aquel valiente Radiaro, soldan de Liquia, y la mia contra este poderoso rey, tu padre; y si la fortuna otorgare que, así desta batalla como de las otras que esperamos, salimos vivos, entonces yo hablaré contigo, antes que á mi tierra torne, algunas cosas de mis negocios.» Y volviéndose para los reyes, les dijo: «Reyes, quedáos en hora buena; que yo irme quiero donde luego me veréis, con otras vestiduras diferentes destas que traigo, en aquel campo esperando al rey Amadís, teniendo esperanza en la movible fortuna que aquel que de ningun caballero, por valentía que en sí tuviese, nunca pudo ser vencido, ni de otras espantables fieras bestias, que lo será agora de una mujer.»

Y tomándola los dos reyes ancianos por las manos, la hicieron en la su extraña animalía subir, sin que Esplandian la respondiese; que como quiera que por cosa extraña la mirase y hermosa le pareciese, pero viéndola puesta en armas, siguiendo el diverso estilo que, siendo mujer natural, seguir debia, habiéndolo por muy deshonesto de aquello que por boca de Dios le fué mandado, que en sujecion del varon fuese, procurase ella lo contrario en querer ser señora de todos los varones, no por discrecion, mas por fuerza de armas, y sobre todo, ser infieles, á quien él mortalmente desamaba y habia voluntad de destruir, desvióse de se poner con ella en razones. Y como de allí fué partida, el rey Amadís mandó que le trajesen su caballo y el de Esplandian, porque si el Soldan y aquella reina al campo sallesen, estuviesen ellos apercebidos para les dar la batalla.

En este tiempo llegó por la mar aquel buen caballero y valiente en armas, don Brian de Monjaste, que estando con muy grande flota, por mandado del rey Ladasan (1) de España, su padre, en Cesonia, aquella que despues Ceuta fué llamada, para hacer daño á los africanos, supo de un cosario, que por la mar muchas y diversas partes corria, aquel cerco de Constantinopla, diciéndole don Brian: «Si tú, con esta gente que aquí traes, al muy alto y poderoso Señor servir quieres, agora tienes tiempo; que toda la mayor parte del mundo de paganos son venidos á cercar á Constantinopla, y la tienen en grande aprieto, y agora van en su socorro toda la cristiandad, que no falta mas sino España; y si Dios nuestro Señor por su misericordia no acorre á los suyos, ni esto ni lo otro quedará sin ser sujeto.» Oido esto por don Brian, envióló á hacer saber al Rey, su padre, y entrando en la flota, navegando con muy gran priesa, deseoso de se hallar en cosa tan grande y tan señalada, aportó allí, como ya vos dije, donde á todos dió muy grande esfuerzo y placer.

(1) En la edicion que nos sirve de texto, *Lasadan*.

CAPITULO CLXVI.

Cómo prendieron á sus competentes,
La justa vencida, los dos Scipiones,
Adonde las fuerzas de sus corazones
Ad ellos sin armas mostraron valientes,
Y luego, de fieros, tornaron pacientes;
Aquella amazona y el gran Radiaro
Fueron del campo, sin mas anteparo,
Llevados por medio de todas sus gentes.

Estando el rey Amadís y Esplandian armados, esperando la venida de Radiaro, soldan de Liquia, y de Calafia, reina de la California, no tardó que los vieron venir aparejados para la batalla. Toda la gente de los reales fueron asomados, y asimismo de la ciudad; que las cercas y torres eran dellos llenas. El Emperador estaba fuera hácia aquella parte junto con la cerca, y mandó á su hija Leonorina que, con sus dueñas y doncellas, se pusiese encima de una torre, porque pudiese ver lo que su caballero hacia. Todos, los unos y los otros, eran armados, para que si la seguridad engañosa fuese, no perdiesen ninguno su derecho. Pues cabalgando el rey Amadís y su hijo en sus hermosos caballos, tomando sus escudos y yelmos y lanzas, se fueron para ellos su paso á paso, pareciendo tan hermosos caballeros, que así á los unos como á los otros hacian maravillar. El Soldan dijo en alta voz: «Caballeros, hablémonos, si os pluguiere, antes que entremos en la batalla.» Amadís no le respondió, sino fueron así el paso que iban hasta juntar con ellos, y dijo: «Soldan, ¿qué es lo que quieres? — Lo que yo quiero, dijo él, es que los vencidos, si muertos no fueren, sean presos y llevados por los vencedores sin impedimento alguno.— Yo lo otorgo, dijo Amadís. —Pues agora, dijo el Soldan, comencémos nuestra justa.»

Entonces se apartaron un poco, y fuéronse á herir. El Soldan encontró á Esplandian en el escudo de tal golpe, que una pieza de la lanza le pasó por él cuanto una braza, que pensaron todos que por el cuerpo la tenia; mas no fué así, que la lanza pasó junto con el brazo, y salió á la otra parte, sin que en el cuerpo tocase. Mas Esplandian, que miraba donde estaba aquella su muy amada señora, encontróle en el escudo, que, pasándosele, le tocó el hierro en unas muy fuertes hojas, en que se detuvo, y con la fuerza del encuentro, sacóle tan recio de la silla, que le hizo rodar por el campo, é así hizo al yelmo, que de la cabeza se lo sacó; y pasó por él muy hermosamente, sin que ningun revés recibiese. La Reina se vino para Amadís, y él fué á ella, y antes que la encontrase, volvió la lanza de cuento, y hiriéronse en los escudos de manera, que la lanza della fué en piezas, y la de Amadís no prendió, y fué desvarando, y juntáronse uno con otro con los escudos tan bravamente, que con la gran fuerza del golpe fué la Reina tan desacordada, que cayó en tierra, y así hizo el caballo de Amadís, que hubo la cabeza hecha dos partes, y tomóle la una pierna debajo. Cuando su hijo así lo vió, saltó del caballo y sacólo de aquel peligro. En tanto la Reina, siendo tornada en su acuerdo, puso mano á su espada, y juntóse con el Soldan, que con gran pena se habia levantado, porque la caida fué muy grande, y tenia ya puesto el yelmo y la espada en la

mano, y luego se acometieron muy bravamente; mas Esplandian, como os dije, estando en presencia de aquella tan preciada infanta, á la cual él mas que á sí mismo amaba, dió tanta priesa con tan duros golpes al Soldan, que, como quiera que fuese uno de los mas valientes caballeros que en los paganos se hallaba, y por su persona hubiese vencido muchas peligrosas batallas, y fuese muy diestro en aquella arte, no le aprovechando todo esto nada, fué tan desanimado, que casi no tenia poder ni lugar de dar golpe, y iba perdiendo el campo. La Reina, que se juntó con Amadís, comenzóle á dar muy fuertes golpes, y él se los recebia en el escudo, y otros le hacia perder; pero no porque pusiese mano á su espada, antes tomó un pedazo de la lanza que en ella habia quebrado, y con él le dió encima del yelmo tal golpe, que por poco la hubiera derribado.

Cuando ella esto vió, dijo: «¿Cómo, Amadís? ¿en tan poco tienes mi esfuerzo, que á palos me piensas vencer?» El le dijo: «Reina, yo siempre tuve por estilo servir y ayudar á las mujeres; y si en tí, que lo eres, pusiese arma alguna, mereceria perder todo lo hecho pasado.» La Reina le dijo: «¿Cómo? ¿en la cuenta de esas me pones? Pues agora lo verás.» Y tomando su espada con ambas las manos, fué con gran saña por le herir. Amadís alzó el escudo, y recibió en él el golpe, que fué tan bravo y tan fuerte, que el escudo fué en dos piezas; así que, el medio cayó en tierra; pero como la vió tan junta consigo, pasando el palo á la mano izquierda, trabóla del brocal de su escudo, y tiró tan fuerte por él, que, quebrando las fuertes correas con que al cuello lo echaba, se lo tiró, llevándolo en la una mano, y hízola hincar la una rodilla en el suelo; y en tanto que muy ligera se levantó, dejó Amadís el medio escudo, y embrazó el otro, y tomando el baston, fué para ella, diciendo: «Reina, otórgate por mi presa; que ya tu soldan vencido es.» Ella volvió la cabeza, y vió cómo Esplandian le tenia rendido y tomado por su preso, y dijo: «Primero quiero tentar otra vez la fortuna.» Y fué con el cabo de la espada levantada con las manos ambas, y quisiera darle por encima del yelmo, creyendo que él y la cabeza le haria dos partes. Mas Amadís, como muy ligero fuese, guardóse del golpe y se lo hizo perder, y dióle con aquel pedazo de lanza tan recio golpe por encima del yelmo, que la desatentó y hízole caer la espada de las manos. Amadís la tomó, y como así la vido, tiróle tan recio por el yelmo, que se lo sacó de la cabeza, y dijo: «Agora ¿serás mi presa?— Sí, dijo ella; que nada me quedó por hacer.»

A este punto llegó á ellos Esplandian con el Soldan, que por su preso se dió; y á vista de todos, llevándolos ante sí, sin que el seguro se quebrantase, se fueron al real, donde con gran placer recebidos fueron, no tanto por el vencimiento de la batalla, que, segun las grandes cosas en armas por ellos habian pasado, como esta historia mostrado ha, no tenian esta por gran gloria; mas porque lo tomaban para en lo en adelante por buena señal. El rey Amadís mandó al conde Gandalin que llevase aquellos presos á la infanta Leonorina, de parte suya y de su hijo Esplandian, y le dijese que le rogaba les mandase hacer honra al Soldan, por ser tan gran príncipe y esforzado caballero, y muy noble, y á la Reina por ser mujer; y que así, confiaba en Dios que de aquella manera le enviarian todos los que quedasen vivos de las batallas que con ellos querian haber. El Conde los tomó consigo, y como la ciudad muy cerca estuviese, presto fué en los palacios; y siendo en presencia de la Infanta, dándole los presos, le dijo lo que le fué mandado. La Infanta dijo: «Decid al rey Amadís que yo le agradezco mucho este presente que me envia, y que segun la buena ventura y grande esfuerzo dellos, que no terné en mucho que se cumpla en los otros lo que me ofrecen, y que tenemos acá mucho deseo de lo ver, porque, aunque he perdonado á su hijo, quiero que sea él juez entre nosotros.» El Conde le besó las manos, y tornóse al real. Y la Infanta mandó luego traer unos ricos paños y un tocado de la Emperatriz, su madre, y haciendo desarmar á la Reina, se lo hizo vestir; y así hizo con el Soldan, con otros paños del Emperador, su padre, y de algunas pequeñas heridas que tenian los reparó el maestro Elisabat; y el Soldan mandó enviar á su padre, y la Reina á su madre. Pero quiero que sepais que la Reina, con toda su fortuna, fué muy espantada de ver la grande hermosura de Leonorina, y dijo: «Dígote, Infanta, que de aquel mesmo espanto que hube en ver la hermosura del tu caballero, de otro tal, viendo la tuya, soy vencida; y si como el parecer son las obras, no temo ninguna afrenta en ser tu presa. — Reina, dijo la Infanta, aquel Señor en quien yo creo, segun mi esperanza, guiará las cosas de manera, que con mucha causa pueda yo cumplir aquella deuda que los vencedores tienen virtud sobre sí contra los vencidos.»

CAPITULO CLXVII.

Cómo los grandes reyes cristianos por la mar y por la tierra ordenaron sus batallas.

Esto así hecho, aquellos reyes de los cristianos, y grandes señores, acordaron de dar la batalla luego otro dia, y mandaron que toda la gente que allí era, al alba del dia oyesen misa, y fuesen armados y á caballo, tomando la delantera el rey Lisuarte y el rey Perion y el rey Cildadan, y tras ellos el rey Amadís y sus dos hermanos reyes, don Galaor y don Florestan, y la tercera Gasquilan, rey de Suesa, y don Galvánes y el gigante Balan, que aquel dia allí llegó con una flota de muy buena gente; y la cuarta, el rey don Bruneo y don Cuadragante, y Grasandor y el duque de Bristoya. Esplandian no quiso ir sino en la delantera con los reyes sus abuelos. En la flota quedaron Agrájes y don Brian de Monjaste y el conde Frandalo, que bien se puede decir con verdad que en los unos ni otros tal hombre de mar no se hallara. A estos enviaron á decir los reyes que, como supiesen que ellos hacian en la hacienda, acometiesen á los paganos, y si ser pudiese, pusiesen fuego á las naves, que, como muy juntas estaban, y trabadas con cadenas, antes que apartarse pudiesen estarian quemadas; y asimesmo enviaron al Emperador á aconsejar que él con la gente mas baja pusiese recaudo en la ciudad, y los caballeros fuesen encomendados á Norandel, para que viendo tiempo, diese de recio en los enemigos hasta la muerte, pues con ella ganaban la

vida perdurable. Agora os contarémos lo que los paganos hicieron.

CAPITULO CLXVIII.

De la primera batalla que los grandes reyes cristianos por la tierra, y Agrájes y el conde Frandalo por la mar, muy cruelmente con los turcos hubieron.

Cuando por los paganos fué visto el vencimiento de Radiaro, soldan de Liquia, y de la reina Calafia, mucho fueron desconhortados, porque en estos tenian mucha confianza para el remedio de cualquiera adversidad que la fortuna les causase; mas viéndose tanta muchedumbre de gentes, no perdiendo el propósito que comenzado habian, luego enviaron á los reales donde el soldan de Halapa estaba, sesenta reyes y dos califes y cuatro tamorlanes con mucha compañía, considerando que si los cristianos que en la tierra firme eran fuesen vencidos, que de aquellos de la mar no ternian qué temer, y asimesmo proveyeron en las flotas en que siempre juntas estuviesen, y que por ser desmandadas no se les recreciese algun daño; y tambien tuvieron gentes apercebidas con grandes aparejos, y cincuenta reyes capitanes con ellos, que cuando viesen la gran revuelta, trabajasen de entrar en la ciudad. Esto así acordado, las gentes de los reales, unos y otros, fueron en el campo. Los reyes cristianos, en la manera que ya oistes, y los paganos al contrario dello, que no sabiendo cómo tanta gente gobernar pudiesen, no hicieron de sí division ni particion alguna, sino todos juntos, que ninguna cosa del campo les quedaba por cubrir; de manera que á los cristianos les fué forzado de hacer otro tanto, teniendo temor que ninguna de sus batallas era bastante para detener á tan grande número de gente, y que siendo desbaratados de los primeros, que los postrimeros no ternian lugar de los coger; antes á la vuelta dellos serian sus gentes retraidos y vencidos; y juntáronse en uno, que podrian ser hasta cien mil hombres de pelea, y los contrarios pasaban de setecientos mil.

Desta manera se fueron por el campo, al paso de los caballos, los unos á los otros; siendo ya á un tiro de arco, los reyes ancianos y el rey Amadís, y los otros reyes y grandes señores, que por escudos de los suyos delante se pusieron, hirieron á sus caballos de las espuelas muy recio, y fueron contra algunos de los reyes que asimesmo delante venian, armados de muy ricas armas. Allí fué una de las mas hermosas justas que nunca se vió. Que juntos los unos y los otros, así de los encuentros de las lanzas como de los caballos y escudos, que muy fuertes eran, no quedó en silla ninguno de los paganos, los cuales murieron, con la priesa grande que sobre ellos vino. Entonces se mezclaron todos con grande estruendo y voces y alaridos, que la tierra y los cielos hacian temblar. Aquellos reyes y caballeros señalados se metieron por las priesas con tanto denuedo y con tan poco temor de la muerte, por dar vida verdadera á sus ánimas, hiriendo, derribando y matando, que espanto era de los ver; pero lo que aquel Esplandian hacia en socorro de aquella su muy amada señora, no bastaria juicio ni mano para por escripto lo dejar, considerando que en la muerte ó prision della estaba la suya dél. Este se metió por los enemigos, derribando, matando y hiriendo en ellos con tan grande esfuerzo y valentía, que así huian dél como de la mesma muerte. Muchas veces le quisieron cercar, mas aquellos reyes, sus abuelos y su padre y tios, temiendo su gran peligro, nunca le perdian de vista y íbanle siguiendo; y aunque la edad la fuerza le menoscabase, el grande encendimiento de sus voluntades la sacaba de donde perdida y escondida estuviése; que así acaece, que cuando las personas siguen las cosas mundanales perecederas, que á la via del infierno los llevan, aunque á la satisfacion de sus deseos las alcancen, no hay ninguño tan malo que dello no le venga arrepentimiento; y así por el contrario, aquellos que con mucha graveza forzando su mala inclinacion, se tornan á seguir aquello que á sus ánimas gloria promete, aunque en ello pena y fatiga sientan en las ejecutar cuando cumplidas son, de allí les viene el descanso y alegría que ellas consigo traen.

Y estos reyes que digo, teniendo en sus memorias aquellas grandes cosas que en servicio del mundo y en condenacion de sus ánimas habian pasado, y viéndose en tal parte, que no solamente podian dellas alcanzar perdon, mas mérito muy grande en lo por venir, desechando el miedo, no temiendo la muerte, con grande alegría de sus ánimas se metian por las agudas puntas de las lanzas y espadas, deseando que su sangre derramada fuese en servicio de aquel Señor que por ellos, con grandes azotes, con crueles heridas, derramado la habia; así que, con mucho trabajo y gran peligro dellos, socorrido era. Entre los otros caballeros de la una y otra parte habia muy cruel y dolorosa batalla, que sin ninguna piedad se mataban y herian; mas como la gente pagana infinita fuese, y muchos dellos no podian entrar en la batalla, andaban pensando hallar lugar para ello adelante, de manera que en poco espacio de tiempo los cercaron todos en derredor, de tal manera, que á los que de léjos los miraban, parecíales que todos eran sumidos. Más por cierto no era ello así; que como viesen en torno á sus enemigos puestos, y ellos de tal manera cercados, acordaron de hacer de sí una muela, volviendo unos contra los otros las espaldas, y las caras contra los enemigos. Allí eran cargados de saetas, piedras y lanzas, sin que otro mal recibiesen, que sus grandes fuerzas bastaban á que los enemigos, con gran miedo que á los golpes tenian, habiéndolos ya probado, no se les osasen llevar; mas ellos, no contentos de aquello, salian á ellos, y los que esperarlos osaban luego eran muertos ó lisiados.

Estando la batalla desta manera que ois, aquel esforzado y enamorado Norandel, que muchos caballeros á su ordenanza tenia, díjoles: «Agora, señores, tiempo es en que vuestra bondad parezca;» y dando de las espuelas á su caballo, se fué contra los enemigos, y todos los caballeros tras él, y dieron por el un costado con tanto denuedo y con tan grandes encuentros de lanzas y golpes de espadas, que en su llegada fueron por el suelo mas de ocho mil caballeros, entre muertos y heridos. Así que, á los paganos les convino acudir allí donde tanto daño recebian, de que se causó quedar en muy grande cantidad por aquella parte mucho desembarga-

do. Que visto por los cercados, con muy gran denuedo acometieron á los contrarios, y como esparcidos anduviesen, no con mucho peligro, matando muchos dellos, y aun perdiendo hartos de los suyos, pasaron á la otra parte, donde se juntaron con los de Norandel, quedándoles algun espacio de descanso. Las flotas, que ya os dijimos que en la mar estaban con aquellos caudillos, acometieron á los paganos, con intencion de morir ó destruirlos á todos. Mas como lo hubiesen con tantas gentes, y ya sus muy grandes naves trabadas con las gruesas cadenas que ya se vos ha dicho estuviesen, no se les siguió como ellos querian, antes los paganos peleaban reciamente; que en los ver tan pocos, segun su muchedumbre, no los tenian en tanto como en nada.

Allí pudiérades ver aquellos grandes acometimientos que el esforzado Agrájes hacia, que nunca llegó á nave que, si tiempo viese, dentro no saltase, donde aquel conde Frandalo lo sacaba, teniéndolo mas á locura que á esfuerzo, y no sin gran peligro de sus vidas; que así el uno como el otro muchos golpes recibieron, haciendo sus armas de poca defensa y valor; pero con esta tal osadía y con lo que don Brian de Monjaste hizo, hubo lugar que Belleriz, sobrino del conde Frandalo, y el cosario Tartario, pusiesen fuego á una gran fusta de los contrarios, la cual comenzó de arder en vivas llamas. Cuando los paganos esto vieron, llegaron muchos para matar el fuego, y los cristianos por se lo defender; así que, allí comenzó una muy cruel batalla, donde muchos de ambas partes murieron; mas lo que aquel conde Frandalo hacia, habiendo conocimiento del gran daño que á los enemigos de aquel fuego les podria venir, y la buena ventura que con ello á ellos se les seguia, no se puede decir ni poner por escripto; porque con su nave hacia tantas entradas, y tanto á peligro se metia por desviar del fuego á los paganos que no lo matasen, que si no fuera por don Brian de Monjaste, muchas veces fuera perdido.

Y si aquí no se cuentan tan por extenso los grandes hechos que los paganos hicieron, como se hace los de los cristianos, no creais que la aficion lo causa, porque haciendo á ellos muy fuertes, por muy fuertes quedaban los que los sobraban y vencian. Mas fué la causa por no tener dellos conocimiento, ni saber sus nombres aquel gran maestro Elisabat, que, como se vos ha dicho, escribió esta grande historia, estándolo mirando desde una alta torre de la ciudad de Constantinopla; pues ¿qué os diré, sino que el fuego fué tan crecido y augmentado, que por grande diligencia y resistencia que para lo tomar se puso, no se pudo excusar que todas las naves, que con las fuertes cadenas trabadas y amarradas eran, que serian mas de cuatrocientas, no fuesen quemadas, con toda la mas gente que tenian, sin que alguno se salvase, sino aquellos que nadando á las otras se pasaron, y otros que fueran por los suyos recogidos?

CAPITULO CLXIX.

De la afrenta en que los cincuenta reyes á la ciudad pusieron mientras las batallas en la mar y en la tierra duraron.

A este tiempo que habeis oido, aquellos reyes y caudillos, que con muchas gentes tenian cargo de combatir la ciudad, llegaron con grandes aparejos al combate, creyendo que tanto ternian que hacer los contrarios en las batallas del campo y de la mar, que de la ciudad, por entonces teniéndola por segura, no se curarian; mas no lo hallaron así, que el Emperador, que apercebido estaba, acudió luego á la defender bravamente. Mas como la gente mucha fuese, y asimesmo los grandes pertrechos que traian, no bastaron sus fuerzas á resistir que los paganos no hiciesen muchos portillos en la cerca, por donde algunos entraron; mas como la gente que defendian perdidos se viesen, creyendo que ya los cuchillos tenian sobre sus cabezas para ser hechos pedazos, como quiera que gente popular y no de mucha afrenta fuese, con el gran miedo de la muerte, sacando de sus corazones aquella fortaleza que nunca en ellos aposentada habia sido, acometieron tan sin miedo, con tanto denuedo, á los enemigos, que matando muchos dellos, y dellos muriendo muchos, por fuerza los lanzaron y tornaron por donde habian entrado. Así que, se puede decir que, mas por la merced y piedad de Dios, que en el tiempo del grande estrecho y afrenta socorre á los suyos, que por el esfuerzo de aquellas bajas gentes, la ciudad no fué tomada, y con ella muertos y captivos los mas de la cristiandad que allí juntos estaban.

CAPITULO CLXX.

Cómo partidas despues que se vieron
Las crudas batallas, el cielo rompian
Los gritos y llantos que todos hacian,
Llorando los muertos, que menos sintieron;
Y como los reyes los llantos oyeron,
Con dulces palabras así los consuelan,
Diciendo: «Señores, aquestos no os duelan,
Que vidas ganaron si vidas perdieron.»

Así como la historia vos ha contado, pasaron el primero dia aquellas tres batallas, las cuales fueron por la noche, que los cubrió, partidas, y tornada la gente á su real, y las flotas apartadas unas de otras, donde se comenzaron grandes llantos por los muertos; mas luego fueron remediados por aquellos reyes, diciendo que las cosas que por servicio del mas poderoso Señor se hacian, como quiera que la fortuna adversas ó favorables las trujese, no debian dar pesar ni dolor; porque, si los cuerpos pereciesen, tornándose á aquella tierra donde fueron tomados, las ánimas inmortales gozaban del galardon que ellos merecian en se haber apartado de los engañosos vicios y deleites que con toda aficion habian seguido, recibiendo muertes con tal martirio por aquel que de su propria voluntad mucho mas cruel y amarga la recibió por nos dar la vida, que desde el principio del mundo perdida teniamos.

CAPITULO CLXXI.

Del acuerdo que los paganos hubieron acerca de la batalla venidera.

Tan gran daño de muertos y heridos recibieron en estas batallas los unos y los otros; que hubieron por bien que el dia siguiente holgasen con toda seguridad, por dar reparo á las heridas y á sus armas y caballos, para tornar á la batalla. Mas los paganos fueron muy

quebrantados, que mucha mas gente perdieron, y lo que mas les dolia, eran las naves que perdieron. Y algunos decian que seria bueno, tomando algun asiento, se tornasen á sus tierras, porque, segun la gran fuerza sentian en los cristianos y en la ciudad, que con mucha razon debian perder la esperanza de alcanzar la gloria y el vencimiento; por otros era dicho que si tal partido acometiesen, que seriá poner á sus enemigos en tanta soberbia, y á los suyos en tal desmayo, que seria causa de con poca afrenta ser todos vencidos y muertos, y que, pues el negocio tan adelante estaba, que no era tiempo de volver atrás, sino que, teniendo esperanza en sus dioses, tornasen acometer á sus enemigos, con esperanza de los vencer y destruir. A ese consejo se acogieron todos, teniéndolo por mejor. Y acordaron aquellos altos hombres que dos reyes de los que mas habian usado las armas, con dos mil caballeros, no tuviesen otro cuidado sino atajar algunos caballeros de los cristianos, que sin ningun temor en medio dellos se metian y les hacian casi todo el daño. Y si aquello hacer pudiesen, que con poca fuerza los que quedasen serian muertos ó vencidos.

CAPITULO CLXXII.

Cómo, segun cuenta la historia,
Las grandes batallas al juego volvieron,
Las cuales, despues que mal se hirieron,
La santa cuadrilla llevó la victoria;
Adonde ganando coronas de gloria,
Perdieron las vidas con buen corazon
El muy virtuoso rey Perion
Y el rey Lisuarte, de buena memoria.

Pasado aquel dia y la noche, venida el alba, comenzaron á tocar las trompetas, así del un campo como del otro, y la gente fué armada y puesta en aquella parte que habian de haber la batalla. No donde fué la primera, porque de los muertos tan ocupada estaba, que por ninguna manera los caballos pudieron por ella andar; y como se vieron, se fueron los unos para los otros, y comenzaron la batalla con mucha mas braveza que de antes habian hecho. Esplandian como la muerte no dudase por la dar á aquellos enemigos de su Señor, despues que la lanza perdió, con que mas de diez caballeros habia derribado, puso mano á su espada, que en señal de ser el mejor caballero del mundo habia ganado, como antes se os dijo; metiéndose por los enemigos, comenzó de los herir y matar muy cruelmente. El rey Amadís, su padre, iba por otra parte haciendo maravillas; y así lo hacia el buen rey Cildadan, y don Galaor, y aquel muy esforzado rey de Cerdeña, y los otros famosos caballeros, no olvidando aquel fuerte don Cuadragante y don Bruneo, rey de Arabia; que todos estos, no contentos de entrar por una parte, y antes querer ser aguardados que aguardar á ninguno, iban adonde les parecia que mas necesario era su socorro. Así que, por muchos golpes que recibieron, no dejaban de matar y derribar cuantos ante sí hallaban. Pues aquellos soldanes y tamorlanes y reyes de los paganos, como fuesen buenos caballeros y anduviesen muy bien armados, acudian allí donde vian tan mal parar los suyos, y juntábanse con aquellos caballeros sus contrarios. Mas aunque algun rato se pudiesen con ellos detener y sufrir, al cabo quedando maltratados y derribados en tierra algunos dellos, los otros tenian por bien de se tornar á meter entre los suyos.

Algunos podrian poner dubda, diciendo que no seria posible que destos altos hombres de los cristianos tantas gentes por sus manos muertas fuesen, teniendo en la memoria haber visto algunas batallas que muy diferentes destas les parecieron. Mas yo, queriendo quitar á la escriptura de aquella mengua ó menoscabo que de la tal duda seguírsele podria, digo que la causa dello fué, que como quiera que estas gentes de los paganos fuesen infinitas, todas las mas eran de baja condicion, acompañadas de gran pobreza, que, como ya se os dijo, no alcanzaban casi armas algunas; que muchos dellos no traian sino una lanza, y otro un arco, y otros palos ferrados y porras, que para entre ellos aquellas bastaban en las batallas que entre sí habian. Lo que por el contrario les acaeció á los cristianos, que, como quiera que muchos menos fuesen, y alcanzasen el metal del hierro en grande abundancia, que á los mas de los otros faltaba, tenian mejor aparejo de hacer aquellas armas con que mas seguros en la afrenta pudiesen entrar. Así que, por esta causa, los unos armados y los otros desarmados, no podian en igual pasar.

Tambien se podria aquí decir por algunos cómo no se hace mencion de aquellas fuertes mujeres de la isla California, que con su señora la reina Calafia allí vinieron. A esto digo que, como aquella reina fuese presa en dos maneras, la una de cuerpo y la otra de corazon, por ser sojuzgada y captiva de aquella gran hermosura de Esplandian, como ya se os dijo, en que cada hora y momento las encendidas llamas la abrasaban y atormentaban, sacándola de todo su sentido; tenia esperanza que si él de las batallas saliese vivo, que siendo ella tan gran señora de tierra y de gentes, y de todo el oro y piedras preciosas, mas que en lo restante de todo el mundo hallarse podrian, y que si en la ley della se pudiese alcanzar; si no, que luego seria cristiana, aunque gran señora fuese; que codiciando aquello que comunmente todos los mortales con gran aficion codician, trabajando y muriendo por lo haber, que ternia por bien de la tomar en matrimonio; y por esta causa envió á mandar á Liota, su hermana, que, recogidas sus naves, se desviase de las de los paganos donde daño no pudiesen recebir, y que no haciendo otro movimiento alguno, esperase su mandado.

Pero dejando esto, tornará la historia á su cuento, en que os hará saber cómo por la fortuna, que así lo quiso, ó por ser aquella hora limitada, y de que ninguno huir puede cumplida, ó por decir mas verdad, la voluntad del muy alto Señor, que siempre presto y aparejado está para perdonar los pecadores, conociendo y enmendando sus yerros, quiso llevar á su santo reino de Pariso alguno destos sus siervos, como ahora se contará.

Ya se os dijo cómo aquellos reyes cristianos, con aquel encendimiento de servir á su Señor, entraban entre sus enemigos por aquellas partes que mas á provecho á los suyos, y mayor daño á los contrarios, podian hacer. Y como Esplandian, con mucha braveza y demasiada saña, era el que mas con ellos envuelto andaba, á muy gran peligro de su persona, y cómo sus abuelos,

el rey Lisuarte y el rey Perion, temiendo su peligro, le seguian, haciendo maravillas en armas, no pudiendo excusar en ninguna manera que gran parte del peligro de su nieto no les alcanzase; y cómo los dos reyes paganos á quien era encomendado de probar todas sus fuerzas contra los cristianos que mas desmandados les pareciesen, mandando á los suyos que los siguiesen, con sus espadas en las manos fueron contra estos dos ancianos reyes, no osando acometer á Esplandian, segun el gran temor de sus bravos golpes tenian; y comenzaron con ellos la batalla, que muy poco duró; porque, no pasando tres golpes de los unos á los otros, los dos reyes paganos, cortados sus yelmos y gran parte de las cabezas, cayeron muertos á sus piés. Mas aquellos dos mil de caballo que los aguardaban y no tenian ojo á otra parte, llegaron tan desapoderados, que no se pudo excusar que ellos y los caballos sobre que andaban á tierra no cayesen. Y como quiera que, estando á pié, muchos dellos matasen, y fuesen socorridos de aquel buen viejo honrado don Grumedan y asimesmo del duque de Bristoya don Guilan, y de Brandoibas y de Nicoran de la Puente Medrosa, y de Cendil de Ganota, que nunca del rey Lisuarte se partian, tanta fué la multitud de la gente pagana que sobre ellos cargó, que revolviéndolos muchas veces por el suelo, aunque ellos con muy grande esfuerzo se levantasen, no se pudo excusar que allí todos no recibiesen la muerte. Y como por algunos de los cristianos fué visto, y dicho al rey Amadís y á los otros señores, así la muerte de aquellos reyes como la que Esplandian aparejada tenia si socorrido no fuese, acudieron allí con muy grande priesa, y entrando por los enemigos, matando y derribando, como hicieran fuertes leones en las manadas de las flacas ovejas, llegaron allí donde los reyes habian muerto, y pasando por ellos, socorriendo á Esplandian, que muy mal herido de muerte andaba; porque como quiera que él tuviese hecho corro al derredor de sí, sin que ninguno fuese tan esforzado que á él llegarse osase, su caballo tenia tantas lanzadas y saetas en el cuerpo hincadas, que si la merced de aquel poderoso Dios no le socorriera, mil veces pudiera morir. Y como su padre y aquellos señores llegaron, allí pudiérades ver aquello que nunca se vió, que á pesar de los paganos, murieron muchos dellos, y dieron un caballo á Esplandian, y comenzaron á dar tantas heridas y golpes á los paganos, que no dejaban hombre á vida. Como sus gentes así los viesen, perdiendo todo temor de la muerte, con grande esfuerzo los seguian. Ahora sabed que en todo este tiempo nunca Norandel con los suyos entró en la batalla, porque le fué mandado el dia antes por los reyes que no entrase en la lid hasta que su mensaje hubiese. Y como el rey Amadís vido la gran revuelta, y que viniendo algun socorro, los contrarios serian en gran temor, mandó al conde Gandalin que lo mas presto que ser pudiese, fuese á Norandel, y le dijese que entrase en la batalla muy denodadamente; que agora era tiempo. El Conde, aunque contra su voluntad fuese en partir dél, dejándolo en tan grande afrenta, por cumplir su mandado salió de la batalla, y hizo saber á Norandel lo que le habian encomendado; y como lo oyó, fué muy alegre, así como con gran pesar, por no salir de lo que le mandaban, se habia sufrido; y luego apercibiendo sus caballeros que no habian de salir de su ordenanza, acometió á los paganos tan bravamente, que de su llegada, de muertos y heridos fueron por el suelo mas de diez mil dellos; y pasando adelante, comenzaron de dar con sus espadas tan fuertes golpes, que no les osaban esperar los que ante ellos se hallaban. Así que, las voces y el ruido fué muy grande, diciendo los cristianos: «Vencidos son estos traidores infieles.» Y como por el rey Amadís y por los otros reyes y grandes hombres fué visto lo que Norandel y sus compañas hacian, y las grandes voces de los cristianos, apretaron tan bravamente, que á los paganos les convino, por miedo de la muerte, viendo de los suyos tantos de los heridos y muertos sembrados por aquel campo, que ya sus caballos no podian en otra parte sino sobre ellos pisar, volver las espaldas para se meter en los reales, creyendo que allí guarecerian las vidas. Cuando por los cristianos el vencimiento tan grande fué visto, doblando el esfuerzo de sus corazones, los siguieron; de manera que allí fué la mayor mortandad que en las batallas habia sido, y tanto los ahincaron, que por fuerza fueron recogidos y encerrados tras sus cavas, que tan hondas eran, que, con la gran priesa de caer unos sobre otros, fueron muchos muertos y lisiados.

CAPITULO CLXXIII.

Cómo el conde Frandalo ganó treinta fustas de las mas principales á los contrarios, allende de las cuatrocientas que les habian quemado.

Los que estaban en la mar hubieron una gran revuelta, en que muchos muertos y heridos hubo, que si por extenso de contar se hubiese, se abriria una materia de muy gran prolijidad. Solamente sabréis cómo los paganos, que vieron sus cuatrocientas naves quemadas, fueron en tanto dolor puestos, que ya no peleaban sino como gente vencida. Cuando por aquel conde Frandalo fué visto, habiendo conoscimiento de su flaqueza, apretaron tan fuertemente, que retrayéndose la flota de los contrarios, les quedaron en su poder mas de treinta fustas de las mas principales, las cuales luego fueron entradas, y echadas en el agua todas las gentes que en ellas hallaron.

CAPITULO CLXXIV.

Cómo, viendo su gran perdimiento,
Los turcos vencidos acuerdan huir
A sus gruesas naves, pensando guarir,
Adonde reciben mayor detrimento;
Y cómo se vieron en tanto tormento
Las míseras fustas que allí se hallaron,
Que de tres mil que al puerto llegaron,
Apenas del puerto salieron las ciento.

Los otros caudillos, que cargo de combatir la ciudad tenian, comenzaron el combate con muchos pertrechos que llevaban. Y como su pensamiento fuese que, ganada la ciudad, todo lo otro era puesto en vencimiento, pusieron tan gran diligencia, aunque muchos de los suyos muerte recebian, en horadar la cerca por los lugares que en su fuerza estaban, y tantos portillos hi-

cieron entre los que de antes hecho habian, que, como del canto fuese desencadenada, dieron con un lienzo en el suelo, de que el Emperador muy espantado fué, y mucho mas los suyos, que de mas baja condicion eran. Pero considerando que peleando y mostrando cobardía de la muerte, no podian huir, y ofreciéndose á ella muy de grado, hicieron de sí muro, poniéndose contra las agudas puntas de espadas y lanzas, no se pudiendo excusar que muchos dellos no muriesen, recibiendo el Emperador en sí muy mayor afrenta y peligro que ninguno dellos, y allí fué herido de tres llagas peligrosas. La porfía de la lid fué allí muy grande, porque los de fuera, creyendo tener su hecho acabado, y los de dentro, teniéndose por muertos si por sus corazones no se remediasen, los unos y los otros hacian maravillas; mas tanta gente cargaba de los paganos, y por tantas partes de la cerca habian ya rompido, que ni la fuerza de los de dentro ni el esfuerzo de su emperador no pudieron bastar que entrados no fuesen y el lugar perdido.

A este tiempo que ois, nuestro Señor, que muchas veces, haciendo mercedes á los suyos, los trae en conocimiento de su servicio, y á otros con crueles azotes y afrentas, viendo que en ellos el tal bien no cabe, los apremia y fatiga, quiso, por su misericordia, que los paganos, enemigos de su santa ley, arrancados del campo donde con los reyes peleaban, fuesen, como ya oistes. Lo cual visto por los unos y otros que en la gran quiebra de la cerca batallaban, los de fuera espantados y desmayados, los de dentro cobrando grande y nuevo esfuerzo, no pudo tanto la gran gente de los paganos que del combate con gran temor no se partiesen. Y como en el retraer de la mucha gente ningun señor ni capitan, por la mayor parte, poder tenga de les hacer cobrar el esfuerzo amedrentado y perdido, así estos, viendo los suyos vencidos y encerrados por su real, ninguno tuvo poder para los hacer tornar, antes, con temor de aquella muerte, que en las tales cosas mas cierta y cruel se hace, volviendo las espaldas, con gran prisa se recogieron á las naves donde salieron. Pero no pudo ser tanto á su salvo y sin peligro, que, alcanzados del Emperador y de los suyos, mas de la mitad muertos no fuesen; que serian en número mas de treinta mil hombres. Pues ¿qué os puede decir la historia ni contar, sino que los paganos, siendo recogidos en sus reales fuertes que tenian, no osando ya salir al campo por haber perdido muchos de los altos hombres en quien grande esperanza tenian, y temiendo á los cristianos, segun su gran fortaleza, como á la muerte, ya no pensaban sino en cómo sin peligro de sus vidas á las naves recogerse pudiesen? Mas los cristianos, viendo su flaqueza, teniendo mucho dolor por los reyes y caballeros que les habian muerto, con gran ira cada dia les venian á dar batalla, y no la hallando en el campo, como solian, probaban todas sus fuerzas en les entrar los reales, para que todos muriesen á sus manos. Mas ellos, conociendo su propósito, temiendo la muerte, como naturalmente por todos es temida, defendíanse bravamente, tanto, que la porfía duró por mas de quince dias, en que á los paganos los bastimentos les faltaron de tal manera, que ninguna cosa que comer les habia quedado. Y como se viesen sin ningun remedio, acordaron de una noche, desamparando sus tiendas y todo lo que en ellas tenian, de se acoger á la mar, y si alguna afrenta les viniese, que allí mejor que en la tierra pasar la podrian; y como lo pensaron, así por obra lo pusieron. Mas no pudo ser tan secreto, que las guardas de los cristianos, que siempre de noche sobre ellos tenian, porque algun revés salteado no les viniese, no lo sintiesen; lo cual hicieron saber á los de su parte; y como quiera que muy fatigados y cansados estuviesen, y heridos muchos dellos, considerando ser aquel el cabo de su propósito, teniendo mucho deseo que ninguno dellos de la cruel muerte escapase, á la mas priesa que pudieron fueron todos armados y salidos de sus reales; y yendo contra los de los enemigos, hallaron ser verdad lo que les habian dicho, y con grande esfuerzo y voces dieron sobre ellos, pasando sus cavas sin mucho estorbo. Allí pudiérades ver la mayor revuelta y matanza que por escriptura ni memoria saber se podria; pues cierto, ni aquellas batallas de la gran Troya, ni aquella de entre Roma y Cartago, ni aquellas de entre Julio César y Pompeyo, fueron en tanto grado, que á estas con gran parte pudiesen igualar. Así que, toda la noche fueron los cristianos ocupados en los matar, sin que algun descanso tomasen. Y la mañana venida, siguiéronlos hasta la mar, de tal manera y con tanta saña y fuerza, que todo el camino de muchos muertos quedó sembrado.

Pues acogidos á las naves los paganos, no creais que mas en ellas las vidas tuvieron seguras, porque los caballeros cristianos, viendo su vencimiento, lo mas presto que ser pudo fueron todos recogidos á las suyas. Y como los enemigos, con el gran temor de la muerte siendo sus corazones quebrantados, puestos en el extremo del temor estaban, como embebecidos y desatinados, sin saber qué harian de sí, aun para huir no eran bastantes de poner remedio. Los cristianos, que, todo al contrario, estaban con mucho mas esfuerzo, con mucho mas acuerdo, acometiéronlos tan bravamente, que no hallando casi defensa, todas las mas de las fustas fueron entradas, y muertos los que en ellas estaban. Así que, con la sangre gran parte de la mar, perdida la natural color, en la suya della convertida era. Finalmente, la fuerza de los cristianos fué en tanto grado, y la flaqueza de los paganos tan subida, que de mas de tres mil naves que allí trajeron, no se pudieron escapar ciento, quedando las otras, las unas anegadas, las otras en poder de los reyes y caballeros cristianos.

CAPITULO CLXXV.

Cómo el Emperador hizo sepultar muy honradamente los dos ancianos reyes y los otros grandes hombres que en las batallas murieron.

Despachado esto así, despues de los muchos llantos que por los reyes muertos se hicieron, el Emperador, aunque estaba herido, dispúsose á ir al real de sus ayudadores. Y siendo dellos con grande acatámiento rescebido, por su ruego acordaron todos los que en tierra y en la mar estaban, de se recoger á la ciudad, llevando consigo los muertos, porque, segun la grandeza de cada uno, así la honra le fuese hecha. Y fué acordado que

los dos reyes Lisuarte y Perion hubiesen sepultura en las capillas de los emperadores, y los otros preciados caballeros en otra que para los semejantes estaba; que demás de aquellos que la historia os contó que en las batallas murieron, fueron asimesmo muertos otros muchos caballeros, en que fué aquel valientísimo jayan Balan, señor de la isla de la Torre Bermeja, y Elian el Lozano, y Palomir, y Enil el buen caballero, y otros que por la prolijidad aquí no se cuentan.

CAPITULO CLXXVI.

Cómo los reyes hiciese llamar
El Emperador, les dijo: «Señores,
Las mis graves culpas y muchos errores
El resto del tiempo me mandan llorar;
Y yo, porque entiendo el mundo dejar,
Quiero que queden casados primero
La mi cara hija y el buen caballero,
Que pueden mis reinos mejor gobernar.»

Siendo pues los cansados en reposo, y los heridos remediados todos por aquel maestro Elisabat, y el Emperador de su lecho levantado, sano de las heridas que habia recibido, recogidos en aquella discrecion que los cuerdos seguir deben, que es remediar las ánimas de los muertos y no hacer mucha mencion de los cuerpos de tierra, acordó el Emperador de disponer de su persona en tal manera, que si la piedad del muy alto Señor lo permitiese, que su fin pudiese su ánima llevar á la santa gloria. Y juntando todos aquellos reyes y preciados caballeros que vivos quedaron, así les habló: «Altos reyes y muy esforzados caballeros, como por nos sean las mundanales cosas perecederas mas conocidas que repunadas ni contradichas, hácennos caer en aquellos peligrosos lazos que nos tienen armados, sin que del libre albedrío que sobre toda cosa viva en el mundo el muy alto Señor nos quiso dar, nos podamos por nuestra culpa aprovechar. Esta mala inclinacion nos viene de aquel pecado de nuestro primero padre. Mas como tengamos claro conocimiento de Dios de la razon de aquello que dañar y aprovechar nos puede por su divinal gracia, tanto cuanto mas nuestras voluntades y desordenados deseos por nos refrenados sean, tanto mas el mérito y galardon se nos apareja. Verdad es que, segun el antiguo estilo del mundo con que es gobernado, y la encendida juventud, que en uno consisten, no puede tener tanta fuerza el cuidado que desvariar pueda, que por muchas veces no se pase la raya y límite de la razon y conciencia, ni puede ser excusado, especialmente por los que en los altos señoríos somos puestos, que no siendo suficientes para gobernar nuestras personas solas, tenemos otras infinitas á cargo de pagar por ellas lo que errado y mal regido pasare; pues ¿qué remedio tomarémos? Por cierto no otro, á mi ver, sino, viéndonos el muy alto Señor llegados á la pesada vejez, que en la fresca edad, siendo nos por él sacados de grandes peligros, en que si los cuerpos en ellos feneciesen, fenecerian las ánimas para siempre, de no alcanzar la gloria, hayamos aquel conocimiento que hasta entonces muy olvidado tuvimos, recogiéndonos de tal manera, que con aquella inocencia que al mundo venimos, en la nuestra postrimera la muerte recibamos. Y porque, como yo sea de los mas principales á quien lo que dicho tengo toca, quiérome descargar de dos deudas muy grandes en que me hallo, si Dios por su misericordia lo permite. La primera y mas principal, poner en tal forma y estilo aquellos pocos dias que en el mundo viviere, que pueda sin estorbo alguno plañir y llorar mis culpas y pecados, demandando perdon á aquel que por nos perdonar quiso pasar por la cruel muerte; la otra, en la que á vosotros soy por me haber en tanto trabajo y peligro socorrido, y en tan gran necesidad, que, despues de Dios, vuestro gran esfuerzo me restituyó la vida y la honra y todo mi grande estado. Y en remuneracion y galardon dello, tengo por bien que mi preciada hija sea casada con Esplandian, que como hijo de todos contar se puede. Mas porque soy cierto que entre las otras cosas que dél son profetizadas por grandes sabidores, dice una que en su diestra parte tiene su nombre, y en la siniestra el de aquella que suya debe ser, las cuales letras por ella han de ser declaradas, quiero que mi hija las vea, y por la experiencia veamos si justamente haber la debe.»

CAPITULO CLXXVII.

Cómo el Emperador, casando á su hija Leonorina con Esplandian, les renunció todo su imperio; y cómo él y la Emperatriz se metieron en un monasterio.

El rey Amadís le dijo: «Buen Señor, en aquello que decís de la gran deuda en que al muy alto Señor sois, y en el santo propósito que para lo cumplir teneis, no hay qué responder se pueda, salvo que cuando aquella divinal gracia á las personas viene, que con todas fuerzas, forzando sus pasiones, ejecutar se debe, porque muchas veces acaece, con el gran descuido, cargar tanto los vicios y pecados, que no se halla aposentamiento donde la inspiracion de Dios quepa. En la otra deuda, Señor, que decis, notorio es á todo el mundo que si yo y mi linaje y mis amigos vida y estado y honra tenemos, que vos nos lo distes, y tan cumplidamente, que ningun servicio ni paga podria ser bastante á la satisfacion suya.» El Emperador dijo: «Ahora, hermano, cese esto y venga mi hija, y veamos qué es lo que declara.» Entonces por su mandado fué venida aquella tan hermosa y compuesta infanta, y el Emperador, llegándose á Esplandian, desabrochándole aquel jubon que con las armas traia, quedaron las letras manifiestas á todos. La Infanta llegó, y poniéndoles sus hermosas manos en los pechos, vió cómo las blancas decian *Esplandian;* y mirando mucho las coloradas, dijo á su padre: «Señor, estando la infanta Melia en la cámara de mi señora la Emperatriz, me apartó y dijo: Infanta, por la honra que tu padre me hizo, quiero que de mí sepas una cosa que mucho te cumple, que ante muy honrada compañía te será preguntada. Entonces mandó traer allí un libro de aquellos que Urganda allí trajo, que á ella en la cueva le habian tomado, en que estaba figurada la doncella Encantadora, y mostróme en una hoja dél estas siete letras así coloradas como aquí se muestran, y debajo dellas su declaracion, que por ella leido, claro se muestra ser yo la que estas letras señalan.» El Emperador le dijo: «Hija, ¿conoceréis vos este libro?—Sí, Señor, dijo

ella, que de mi mano quedó señalado y puesto aparte en uno de mis cofres.—Pues hacedlo traer,» dijo él.

Ella envió una doncella de su cámara, y luego lo trajo, y tomándolo la Infanta, lo abrió, y mostróles las letras y todo lo otro. El Emperador y todos aquellos señores las miraron, y claramente vieron cómo en ninguna cosa discordaban de las que Esplandian tenia; y leyendo la declaracion, decia así: «Aquel bienaventurado caballero que la espada y el gran tesoro por mi encantado ganare, terná en el su pecho su nombre y el de su amiga; y porque, segun la escuridad grande de las siete letras coloradas, ninguno seria tan sábio que su declaracion alcanzase, quise que por mí sepan aquellos que doscientos años despues de mí vernán, cómo en ellas consiste el nombre de Leonorina, hija del gran emperador de Grecia.» Cuando esto el Emperador vido, dijo á un arzobispo de Galterna (1) que luego los desposase, y así se hizo. Pues el Emperador, sin mas dilatar, despues que las bodas fueron celebradas, tomando consigo á la Emperatriz, que mucho tiempo antes de aquel propósito estaba, se metieron en un monesterio muy hermoso, que ellos habian hecho, renunciando todo su grande imperio en los nuevos casados; y si la historia mas por extenso aquí no cuenta el recibimiento que aquella hermosa infanta hizo al rey Amadís y á todos los otros, no es, salvo porque la gran tristeza que por los reyes muertos tenian, no da lugar que honesto parezca ninguna cosa de placer.

CAPITULO CLXXVIII.

Cómo por la mano del Alto Señor,
El cual donde quiere inspira su gracia,
Casó con Talanque la reina Calafia,
Y con Maneli la hermana menor;
Y luego despedidos del Emperador,
Los nuevos casados con ellas se van,
El uno en la flota del rey Cildadan,
El otro en las naves de don Galaor.

Despues que por la reina Calafia aquellas bodas fueron vistas, sin tener esperanza de aquel que tanto amaba, por muy poco el ánima se le saliera; y venida delante del nuevo emperador y de aquellos grandes señores, dijo estas palabras: «Yo soy una reina de gran señorío, donde en muy gran abundancia es aquello que de todo el mundo es mas preciado, que es el oro y piedras preciosas; mi linaje es muy alto, que, sin haber memoria del principio, vengo de sangre real; y mi bondad es tan crecida en ser casta, como lo fué en la honra de mi nacimiento; la fortuna me trajo á estas partes, donde pensé llevar muchos captivos, y soy captivada, no digo desta prision en que me veis, que segun las grandes cosas por mí han pasado, adversas y favorables, bien tenia creido que no era bastante para desarmar los juegos de la fortuna; mas entiéndese por la prision de mi corazon muy cuitado y atribulado, en que la gran hermosura deste nuevo emperador, en el momento que mis ojos lo miraron, me puso. Esperanza tenia, segun mi grandeza y sobrada riqueza, que á muchos turba y enlaza, que tornándome á la vuestra ley le pudiera por marido ganar; mas cuando fuí ante la presencia desta hermosa emperatriz, por dicho tuve que conviniendo lo uno y lo otro en igual grado, que quedando por vanidad mis pensamientos, esto la razon lo guiará en lo que está; y pues que mi fortuna inmortal pensó hacer mi pasion, yo, poniendo todas mis fuerzas en su olvido, como en las cosas que remedio no tienen los cuerdos deben hacer, quiero, si os placiere, tomar otro por marido, que hijo de rey sea, con aquel esfuerzo que buen caballero tener debe, y seré cristiana; porque como yo haya visto la órden tan ordenada desta vuestra ley, y la gran desórden de las otras, muy claro se muestra ser por vosotros seguida la verdad, y por nosotros la mentira y falsedad.»

El Emperador, cuando por él fué todo oido, abrazándola riyendo, dijo: «Reina Calafia, mi buena amiga, hasta aquí nunca de mí ninguna habla ni razon hubiste; porque es tal mi condicion, que si no son aquellos que en la ley santa de la verdad están, y quieren bien á todos los otros que fuera della son, no puedo acabar comigo que mis ojos los miren sino con sañosa enemiga; pero ahora que el Señor muy poderoso esta tan gran merced te hace, de te dar tal conocimiento que su sierva te tornes, agora hallarás en mí grande amor, como si el Rey mi padre entrambos nos engendrara; y en esto que pides, yo te daré sobre mi verdad un tal caballero, que muy mas cumplido en virtud y linaje tenga aquello que pides.» Entonces, tomando por la mano á Talanque, su primo, hijo del rey de Sobradisa, que muy grande era de cuerpo y muy hermoso era, dijo: «Reina, ves aquí un mi primo, hijo deste rey que aquí ves, hermano del Rey mi padre; tómale contigo, que yo te seguro la bienaventuranza que dél te se seguirá.» La Reina le miró, y pareciéndole muy bien, dijo: «Yo me contento de su presencia, y en lo del linaje y esfuerzo, pues que tú mesmo lo aseguras, por bien satisfecha me tengo; y dame quien llame á Liota, mi hermana, que con mi flota en la mar está, porque yo le envié á mandar que no hiciese movimiento de mis gentes.»

El Emperador mandó á Tartario que luego por ella fuese; y así lo hizo, que hallándola no mucho trecho, la trajo consigo y la puso ante el Emperador. La reina Calafia le dijo toda su voluntad, mandándole y rogándole que por bien lo tuviese. La hermana Liota, hincadas las rodillas en el suelo, le besó las manos, diciendo que para en lo que su servicio determinase no era necesario darle cuenta alguna. La Reina la levantó y la abrazó, viniéndole las lágrimas á sus ojos, y luego tomó á Talanque por la mano, diciendo: «Tú serás mi señor y de todo mi estado, que es un señorío muy grande; y por tu causa aquella isla mudará el estilo que de muy grandes tiempos hasta ahora ha guardado, por donde la natural generacion de los hombres y mujeres sucederán adelante, en aquello que de los varones apartado grandes tiempos habia sido. Y si aquí tienes algun amigo que mucho ames, y sea en igual grado tuyo, hácele casar con esta mi hermana; que no pasará mucho tiempo que, con la tu ayuda, no sea reina de gran tierra.»

Talanque, como él mucho amase á Maneli el Mesurado, así por ser nacidos de dos hermanas como por la junta crianza que entre sí hubieron, púsoselo de-

(1) Así en las dos ediciones que hemos tenido presentes; pero quizá en lugar de Galterna haya de leerse Salerno, como al fól. 76.

lante y dijo: «Reina, despues del Emperador, mi señor, á este amo yo como á mí mesmo y como á tí amaré; tómale, y haz aquello que de mí harias.—Pues quiero, dijo ella, que siendo nosotras en la tu ley, seamos de tí y dél vuestras mujeres.» Como el emperador Esplandian y aquellos reyes viesen las voluntades así conformes, llevando á la Reina y á su hermana á la capilla, las tornaron cristianas y las desposaron con aquellos dos tan famosos caballeros, y así se convirtieron todas las que en la flota quedaban. Y luego se dió órden cómo llevando Talanque la flota del rey don Galaor, su padre, y Maneli la del rey Cildadan, con todas sus gentes, guarnecidas y bastecidas de otras muchas cosas á ellas necesarias, se partiesen con sus mujeres, dándoles el Emperador fianza que si algun socorro menester les fuese, que como á hermanos verdaderos se le ofrecia. Lo que dellos fué, excusado será decirlo, porque pasaron por muy extrañas cosas de grandísimas afrentas, habiendo muchas batallas, ganando grandes señoríos; porque si contarlo quisiésemos, seria manera de nunca acabar.

CAPITULO CLXXIX.

Cómo el emperador Esplandian casó á Norandel, su tio, con la reina Menoresa, dándole la montaña Defendida y las otras villas que de los turcos habia ganado.

Hizo saber la emperatriz Leonorina al Emperador, su marido, la grande aficion de amores que entre Norandel y la reina Menoresa habia; de lo cual él hubo mucho placer, y tuvo manera cómo antes que aquellos grandes señores á sus tierras fuesen vueltos los dejasen casados, y así se hizo; dándoles él y la Emperatriz, demás del reino de la montaña Defendida, las villas de Alfarin y Galacia y las islas Galiantes, que muy pobladas y ricas eran.

CAPITULO CLXXX.

Cómo los turcos y el Emperador,
Habiendo concierto, los presos trocaron,
La gran sabidora los unos enviaron,
Soltando los otros el Turco mayor;
Y cómo se esconde con bravo furor
La fusta llamada la grande Serpiente,
Perdiéndose á ojo de toda la gente
La espada circea, de rico valor.

El emperador Esplandian, que mucha congoja y dolor en su corazon tenia por la pérdida de Urganda, viendo que el negocio principal era despachado, y cómo el rey Amadís, su padre, y los otros reyes se querian volver á sus reinos, apartándolos, les contó de la fortuna que aquella dueña en la villa de Galacia le vino, y cómo les habia traido armas muy hermosas, y en compañía dél y de los otros caballeros habia venido á la corte del Emperador, y todo lo que allí pasó, hasta que fué perdida por tan gran desventura; y que sabia que estaba en una torre en la gran ciudad de Tesifante; que él se tenia por dichoso de perder por su deliberacion la vida, y con ella todo su estado; que les rogaba le aconsejasen para ello, pues que así como dél, de todos ellos era amada, y á todos habia hecho muy grandes honras y ayudas; que ahora tenian tiempo de le dar el galardon de su merecimiento, que no pusiesen en olvido de cumplir una tan grande obligacion como sobre sí tenian.

Cuando aquellos reyes esto oyeron, como quiera que del conde Gandalin y de Enil lo habian sabido, mucha tristeza hubieron. Y aunque ya deseosos estaban de volver á sus reinos, y muy cansados y enojados de las grandes afrentas y peligros que en las batallas que tuvieron habian pasado, conociendo ser verdad todo lo que el Emperador les habia dicho, respondieron que si por algun partido la pudiese cobrar, que aquello seria lo mejor, y si no, que luego sin mas tardar pasasen al reino de Persia y lo destruyesen todo, y cercando aquella gran ciudad, la combatiesen y de allí la sacasen, ó á ellos les fuesen las ánimas de sus cuerpos sacadas. Y poniéndolo en ejecucion, acordaron que la doncella Carmela, que ya con otro mensaje allá habia ido, fuese al rey Armato, y le dijese de su parte que si aquella dueña les diese, le darian á Radario, el soldan de Liquia, y donde no, que se tuviese por dicho que todo su reino le harian arder en vivas llamas, y que á pesar suyo, sacarian aquella dueña donde quiera que mas escondida estuviese. La doncella, tomando consigo otras dos doncellas y cuatro escuderos, entró en el mar y pasó á la montaña Defendida, y desde allí envió la una doncella á Tesifante, que hiciese saber al rey Armato cómo ella le traia una embajada del Emperador su señor y de aquellos grandes reyes cristianos; que mandase, si le placiese, dar seguro porque pudiese cumplir su embajada.

Pues llegada ya esta doncella ante el rey Armato, y dicho por ella lo que le mandaron, el Rey, que muy atribulado estaba por las cosas ya pasadas, que mucho al revés de su pensamiento le habian venido, y por la muerte del infante Alforaj, que en las batallas pasadas habia sido muerto, y él habia escapado muy mal herido, huyendo por la mar con los que le quedaron, acordó que la doncella Carmela seguramente pudiese venir ante él por saber qué embajada era la suya, y dijo á la doncella: «Dile á tu señora que yo la aseguro, y aun que ella pudiera venir á mí sin ninguna condicion; que estando yo preso me hizo muchos y grandes servicios, por donde yo le soy en mucho cargo para le hacer muy grandes mercedes.» Con esta respuesta del rey Armato, se tornó la doncella muy alegre á la montaña Defendida; y sabido por Carmela el recaudo que traia la doncella, luego partió con toda su compañía, y llegó á la gran ciudad de Tesifante, y dijo al rey Armato todo lo que por el Emperador y aquellos reyes le fué mandado; que ninguna cosa dello faltó. El Rey, que, como ya es dicho, muy perdido y atemorizado estaba, dió entre sí muchas gracias á los dioses porque con tan poca cosa se podria apartar de aquellos tan poderosos príncipes que no le destruyesen, y envió á decir á la infanta Melia que le diese luego á Urganda; lo cual así se hizo, y venida ante él, dijo: «Carmela, ¿esta es la dueña que pedis?—Cierto,» dijo ella. Entonces se la entregó, diciendo: «De tí la fio, y asimesmo la venida del soldan de Liquia.—De aquello no dudes, dijo ella; que luego en llegando yo donde él está, será él enviado donde tú estuvieres, y mándame dar un palafren en que esta dueña vaya.»

El Rey le mandó dar uno de los de la infanta Heliaja y unos paños muy ricos, y díjole: «Urganda, toma estos paños en pago de la aljuba que tú me diste; que aunque por entonces como á preso me honraste, la fortuna con su afortunada rueda quiso que como á presa, siendo yo suelto, te lo satisficiese. No digo que con ello cumplo; que, segun quien yo soy, con otras mayores y mas crecidas mercedes se te habia de reconocer y de gratificar; mas el tiempo no me da á ello lugar. —Rey, dijo Urganda, en cualquier grado que merced de tí yo reciba, segun la muy grande congoja y tribulacion que hasta aquí me han acompañado, por me ver así captiva, te lo debo agradecer; mas tú fuiste á tiempo de usar conmigo algo de aquello que los virtuosos y nobles reyes hacer deben; que si de mí algun muy pequeño servicio recebiste sin ninguna obligacion que yo á ello tuviese, debiérase galardonar ó gratificar en el tiempo que mas la virtud que la necesidad á ello te constreñia; porque los reyes y grandes señores han de medir los corazones y los ánimos con sus grandes estados, porque en un grado sean conformes; que de otra manera, aquel gran mando, aquellos muy grandes señoríos y riquezas, creyendo con ello alcanzar gloria y fama, todo al contrario les sobreviene. Oh Rey, cuán gran bien pareciera á todos los mortales que, habiéndome ganado con tan grandísimo engaño, si algun servicio te hice, me dieras el galardon enviándome de tu reino, no como yo lo merecia, mas conforme á quien tú eres.»

El Rey, que habia visto cómo la doncella no habia tenido ningun lugar de hablar á Urganda una sola palabra, maravillóse cómo la razon della se enderezaba como si ella no lo supiese, y dijo: «¿Cómo sabes tú que en esto me constriñe mas necesidad que virtud? —Sélo, dijo Urganda, porque en el punto que de aquella torre donde encantada estaba fuí salida, luego en aquel punto me torné en toda la perficion de mi grande sabiduría; así que, luego me fué manifiesto lo que el Emperador y aquellos grandes reyes te enviaron á decir con esta doncella.» El rey Armato le dijo: «Yo te ruego, Urganda, que tú te partas de mi presencia, porque de tí no reciba otro tal engaño como tú de la infanta Melia recebiste. —Así lo haré, dijo ella, y para ello te pido licencia.» Y cabalgando en el palafren, tomando consigo á la doncella Carmela y á su compaña, entró en el camino; y llegada á la montaña Defendida, se metió con aquella compaña en la gran fusta de la Serpiente, y en breve espacio de tiempo fué llegada al puerto de Constantinopla.

Cuando por la gente fué aquella nave vista, hiciéronlo saber al Emperador, el cual, con mucho placer, considerando qué ser podria, tomó consigo á los reyes, y fué á la orilla de la mar. Estando allí, vieron salir á Urganda y á Carmela y á todos los otros en un barco, y como á ellos llegó, haciéndoles la reverencia y acatamiento que á sus reales estados convenia, y dellos recebida con alegres ánimos, se quisieron con ella tornar á sus palacios; mas ella les dijo que estuviesen quedos, porque se les representase el cumplimiento de una profecía; ellos, así por cumplir su voluntad, como por tener creido que aquello no pasaria sin alguna cosa extraña, acordaron de la esperar. No tardando mucho espacio de tiempo, la gran fusta Serpentina comenzó con muy gran braveza á se mover, dando por el agua tan grandes saltos y espantosos bramidos, que á todos ponia en muy gran temor, y así anduvo cuanto media hora, y en el cabo, sumiendo la cabeza debajo del agua, fué asimesmo todo lo otro de su gran cuerpo sumido, que nunca mas pareció. Esto así hecho, vieron venir una gran roca nadando por la mar, y siendo bien cerca dellos, mostróseles encima della una mujer toda descabellada y desnuda, que solamente traia cubierto aquello que estando descubierto muy deshonesto parece; y vieron al derredor della muy gran compañía de serpientes, grandes y pequeñas; y como bien la miraron, conocieron ser la peña de la Doncella Encantadora. La roca se comenzó á sumir, de vagar, y las serpientes, con el miedo del agua, andaban por todas partes saltando, pensando guarecer. La doncella daba muy grandes gritos, tirando por sus muy largos cabellos, que á muy gran piedad movia aquellos señores que la miraban, y queriendo saltar en las naves que en el puerto estaban, para probar de la socorrer, Urganda les dijo: «No os pongais en tan gran locura, porque vuestro trabajo será en vano.» Con esto que les dijo aguardaron, y la peña se acabó de sumir del todo, sin que mas pareciese.

Estando así maravillados de tal aventura, vieron de su mano derecha salir la misma doncella por la mar, dando gritos, y un muy gran pece marino tras ella, la boca abierta para la tragar; y iba diciendo á grandes voces: «Socorredme, Emperador; que de otro ninguno puedo ser socorrida.» El Emperador, poniendo mano á su rica y encantada espada, fué cuanto mas pudo hácia la doncella para la socorrer; la doncella, como á él llegó, trabó con las manos ambas tan recio del hierro de la espada, que por fuerza se la sacó de la mano, y esgrimiéndola, se tornó á la mar, y se lanzó con ella debajo del agua, y el pece marino tras ella. Cuando por aquellos reyes esto fué visto, despues de se haber maravillado mucho, dijeron al Emperador: «Parécenos que si la espada de doncella la hubistes, que doncella vos la quitó;» y riyeron mucho dello, burlando y hablando cómo una mujer desnuda le habia tomado su espada. Con esto se acogieron á sus palacios, donde Urganda con muy gran honra de la Emperatriz fué recebida, y de todas las otras reinas y grandes señoras. Pero no se vos puede decir lo que las doncellas de Urganda con ella hacian, abrazándola y besándola, y besándole las manos, con muchas lágrimas de placer. El Soldan fué enviado al rey Armato muy honradamente.

CAPITULO CLXXXI.

Cómo aquellos reyes cristianos, con licencia del Emperador, á sus reinos se volvieron, y Urganda la Desconocida á la isla Nohallada.

Allí se detuvieron aquellos reyes ocho dias por hacer honra á Urganda, en cabo de los cuales fueron todas las cosas aparejadas para el efecto de su viaje; y despedidos del Emperador, tomando consigo aquella sabidora Urganda, entraron en sus naves, y á las veces con próspero viento y otras con el contrario, llegaron

á sus reinos. Y el rey Amadís halló á su muy amada reina muy triste por la muerte de la reina Brisena, su señora madre, que desque vido que el rey Lisuarte, su marido, della se partia, sus congojas y tristeza en tanto grado y con tanta ansia le cargaron, que la hicieron apartar el alma del cuerpo, lo cual fué todo doblado en saber la muerte de su padre. Urganda se fué á la isla No-hallada, donde por gran tiempo reposó y estuvo suspensa, y así lo hicieron los reyes don Galaor y don Bruneo y Cildadan, y los otros grandes señores.

CAPITULO CLXXXII.

Cómo despues que el Emperador
Hubo ganado la gran Tesifante,
Y suelta la Reina, mujer del Infante,
Quedó Norandel por gobernador;
Y vuelto con gloria de mucho loor
A Constantinopla con sus compañeros,
A dos esforzados armó caballeros,
Hijos del noble rey Galaor.

En este medio tiempo el emperador Esplandian envió mucha gente al rey Norandel, que en la montaña Defendida con su muy hermosa y amada reina Menoresa de asiento estaba, en que fueron muchos de aquellos caballeros cruzados que vivos de las batallas pasadas habian quedado, para que luego hiciese guerra al rey Armato, y le destruyese y quemase todo lo que pudiese de su reino; el cual lo hizo tan cruelmente y con tanta diligencia, que el rey Armato, no teniendo otro remedio, juntó muchas gentes, y le vino á dar la batalla, en que fueron muchos muertos y heridos de ambas las partes. Mas como el rey Norandel fuese valiente caballero, y aquellos que dije asimesmo, como quiera que todos los mas allí muriesen, y el rey Norandel fuese herido de muchas heridas, el rey Armato con todos los suyos fué vencido, y tan quebrantado, que nunca mas osó en el campo ponerse.

Como esto el Emperador supo, pasó á Persia en persona, llevando consigo muchas mas compañas, y fué á cercar la gran ciudad de Tesifante, considerando que aquella ganada, en todo lo otro no quedaria defensa. Mas antes que el cerco puesto fuese, el rey Armato, con temor que allí seria tomado, muerto ó captivo, salióse de la ciudad con pensamiento de buscar algun socorro. Mas el Emperador puso tal recaudo, probando todas sus fuerzas, que antes que muchos dias pasasen, fué por él la ciudad tomada, haciendo por la muerte pasar todos los mas que en ella se hallaron. Allí fué prendida la infanta Heliaja, haciendo grandes llantos y amarguras, maldiciendo su fortuna, porque tan cruel le habia sido; mas tomándola el Emperador consigo, le hizo mucha honra, consolándola con ánimo muy piadoso, diciéndole que los semejantes casos pocas veces venian sino á los altos hombres, que en su grandeza la fortuna podia bien ejecutar sus iras; que en las otras bajas personas no podia hallar aposentamiento en que cupiesen. Y acordándose de la palabra que le habia dado al tiempo que otra vez la prendió, como la historia presente vos ha contado, dándole todas sus grandes riquezas que ella poseia, muchas de las suyas las envió al rey Anfion de Media, su padre.

Esto así hecho, queriendo en la guerra proceder, sabiendo los del reino que su rey habia huido, no osando esperar en una cosa tan fuerte y tan señalada como aquella gran ciudad de Tesifante era, diéronsele todos, entregando todas sus fuerzas, quedando por sus vasallos; y dejando por gobernador al rey Norandel de todo aquel gran señorío, se tornó á Constantinopla, donde halló que eran llegados dos infantes, mancebos muy hermosos, hijos del rey Galaor y de aquella muy hermosa reina Briolanja, su mujer; el uno habia nombre Perion y el otro Garínter, para que los armase caballeros y los enviase contra los turcos. Mucho holgó el emperador de Constantinopla con ellos, y con grande honra fueron por su mano armados caballeros; y como así se viesen con aquella honra que deseaban ir, porque entonces la guerra en aquellas partes era cesada, rogaron al Emperador que les diese licencia para se pasar á la isla California, donde Talanque y Maneli estaban haciendo muy gran guerra á sus vecinos, habiéndoles ganado mucha y muy rica tierra. El Emperador, que mucho los amaba, quisiéralos tener consigo; pero considerando que allí no podian experimentar sus fuerzas y esfuerzos de sus corazones, que no habia con quién, dióles muchos atavíos de armas y caballos, y otras ricas joyas, y una muy hermosa nave con maestros, que sin peligro los guiase, y abrazándolos y besándolos en sus rostros, los envió.

Pues estos caballeros llegaron en salvo á aquellas partes, donde hicieron muchas caballerías famosas, que por agora la historia las dejará de contar. Solamente sabréis cómo despues de tiempo Perion, que era el mayor, vino al reino de su padre, y fué rey, y Garínter quedó en aquellas partes casado con una infanta muy hermosa, que Heletria se llamaba, señora de las islas Sitarias, que dél se enamoró por una batalla que le vido vencer de un muy bravo y fuerte gigante, que de su voluntad le fué á buscar, y lo halló donde aquella infanta estaba; y como ella, queriendo saber quién era, fué cierta ser hijo de rey y de reina, lo tomó por su marido. Así que, pasaron muy grandes tiempos que aquellas islas fueron señoreadas de los sucesores de aquellos caballeros, hasta que la distancia del tiempo los fué consumiendo, así como acostumbra hacer en las temporales cosas.

CAPITULO CLXXXIII.

Cómo de Urganda fuesen llamados
El rey Amadís y el Emperador,
Y don Florestan y el rey Galaor,
A la ínsula Firme fueron llegados;
Adonde con otros ansí no contados,
Despues de hablarles la gran sabidora,
Abrióse la tierra luego á deshora,
Allí se quedaron por ella encantados.

Estando Urganda en la su isla No-hallada, supo por sus artes cómo la muerte se allegaba á todos los mas principales de aquellos reyes que ella tanto amaba, y habiendo piedad que tan preciosas carnes como las dellos y dellas la tierra las gozase y consumiese, acordó de poner en ello el remedio que oiréis. Que entrando ella en la mar con la compañía de sus sobrinas, Julianda y Solisa, y otras doncellas, navegó hasta llegar á la ínsula Firme, y desde allí envió al rey Amadís, y al

emperador Esplandian, y á don Galaor, rey de Sobradisa, y al rey de Cerdeña, don Florestan, y á Agrájes, y al rey de Bohemia, Grasandor, y á cada uno una doncella que de su parte les rogase que ellos y sus mujeres viniesen allí á aquella ínsula Firme, porque cumplia mucho hablarles algunas cosas extrañas; y que viniese el maestro Elisabat, y trajese todo aquello que del emperador Esplandian habia escripto; y asimesmo viniese el conde Gandalin y la condesa de Denamarca, su mujer, y el enano de Amadís con ellos; y aquesto por ninguna manera lo dejasen, que pues ella se habia dispuesto á venir allí, que creyesen cierto que su venida era muy necesaria, si no querian pasar por el trasgo de la cruel muerte.

Cuando el Emperador y aquellos reyes estas embajadas oyeron, no lo tuvieron en poco; y así por esto, como por tener mucho deseo de se ver juntos, luego á la hora, sin otra tardanza, tomando á sus mujeres, se metieron á la mar, y en poco espacio de tiempo se juntaron todos con aquella gran sabidora; la cual, como así los vido, con muchas lágrimas de sus ojos, no de aquellas que el placer traer suele, mas las que de la gran tristura y amargura salen, los abrazaba; así que, sus ojos en dos fuentes eran convertidos. Ellos, mucho maravillados de mudanza tan grande, no sabiendo la causa dello, le preguntaban si aquella su congoja y abundancia de lágrimas por ellos se podian remediar. Urganda, sin les responder ninguna cosa, los miraba, llorando muy fieramente. Así estuvo por un rato de tiempo, que nunca hablar les pudo; pero ya siendo su espíritu mas reposado, habló les en esta manera: «Así como por el muy alto Señor todas las cosas del mundo establecidas fueron, así permitió que las presentes, pasando de la vida á la escura muerte, segun las calidades de cada una, quedasen otras de nuevo en su lugar. Esta órden es tan cierta, que hasta aquel temeroso dia señalado en ninguna manera mudar se puede. Por eso muchos de los antiguos, habiendo este conocimiento, y por firme lo teniendo, procuraron con muchos y grandes trabajos y afrentas que, aunque los cuerpos, como mortales y terrestres, consumidos fuesen, no lo fuesen sus muy grandes famas, queriéndolas inmortales hacer. Desto tenemos tantos y tan grandes ejemplos, y tan notorios, que con muy gran causa la prolijidad desta escriptura excusar se puede. Y como yo por mis grandes artes mágicas alcancé á saber que así como á los pasados, no menos á los presentes por aquella mesma via el tiempo se os acorta, quiero que sea pagada aquella deuda del grande amor que en vuestros ánimos imprimido contra mí es. Por ende, bien así como en las otras cosas vuestros muy bravos corazones demasiado esfuerzo tuvieron, por ser á la virtud obedientes y subjetos, que así agora lo sean en aquello que por mí obrar se quiere, y con ayuda de aquel mas poderoso Señor, y despues mia, así como su sierva, por muy grandes y largos tiempos, fuera de toda la natural órden, quedaréis do sin esperanza de tornar al mundo, estéis en aquella perficion de hermosura, en aquella floreciente y fresca edad que habeis tenido, cuando mas en vosotros se esclareció, en compañía de un muy gran rey y muy famoso caballero, que despues de muy largos tiempos, despues de vosotros, en esta grande ínsula de Bretaña reinará; y si por caso fuere que mi gran sabiduría no alcance á saber ser cierta la salida desto que os digo, yo os traeré en tales y tantas partes, que con muy grande admiracion seais por aquellos que yo quisiere mirados y acatados.»

Agora pues quiero yo deciros, mis señores, que el emperador Esplandian y aquellos grandes reyes, como quiera que la braveza de sus corazones en tanto poder bastase, hablándoles en el trance de la temerosa muerte con palabras tan escuras, que por ninguna fuerza de armas resistir no se podia, sus carnes, no lo pudiendo ellos por ninguna manera excusar, temblaban, y muy mucho mas las de aquella tan hermosa emperatriz Leonorina y de las otras reinas que allí estaban. Mas el rey Amadís le dijo: «Mi buena señora, muy mejor que otro alguno ni que nosotros mesmos, alcanza vuestro saber la voluntad nuestra cuánto á vuestra ordenanza es; por ende todo lo remitimos y dejamos á vuestra disposicion, para que haga y obre en nosotros aquellas cosas que, no dañando á las ánimas y á las honras, mas vos agradarán.»

Entonces la sabidora Urganda mandó allí traer las sillas reales dellos, que en aquel tiempo los emperadores y reyes acostumbraban traer consigo, que eran todas cubiertas de oro, muy sotilmente labradas, y por ellas sembradas muy muchas piedras y perlas de gran valor; y esto se hacia porque, aunque los altos hombres en el vestir sus iguales podian ser, que no lo fuesen en los asentamientos, que les ponian muy grande auctoridad. Y por aquello de los extraños, aunque avisados dello no fuesen, eran bien conocidos cuando en sus reales palacios entraban; y poniéndolas en la cámara Defendida, y en una sala cerca de ella, como ya oistes, haciéndolos armar de unas muy ricas armas que ella les trajo, los hizo sentar en ellas. Y luego vinieron sus dos sobrinas, Solisa y Julianda, con sendos bacínes de oro en sus manos, llenos de una agua de muchas yerbas confacionada, que antes de su venida dellos Urganda habia hecho, y poniéndoselas delante, les dijo que se lavasen los rostros con aquella agua. Ellos, como determinados estuviesen á cumplir su voluntad, teniéndolo por mejor, así lo hicieron. La fuerza de aquella agua fué de tal calidad, que sin mas dilacion pareció en ellos ser tornados en aquella claridad de hermosura y florida edad que cuando mas en perficion fueron tenido habian; tanto, que mirándose los unos á los otros, sin comparacion alguna se hacian maravillados. Y Urganda, tomando consigo al gran maestro Elisabat, así como en su propria manera estaba, lo hizo asentar en otra silla, en una muy hermosa cámara que con la gran saia confinaba, y púsole este libro, que él habia escripto y ordenado, en las manos. Y saliendo de allí, y tomando consigo al conde Gandalin y á la condesa de Denamarca, su mujer, y á Ardian, el enano de Amadís, se fué con ellos al palacio del arco de los leales amadores, donde las hermosas figuras de Apolidon y Grimanesa estaban, y hízolos sentar en un poyo, diciendo: «Así como aquí fueron dignos y merecedores de entrar los leales y verdaderos amadores, así vosotros lo sois por aquella lealtad tan grande y verdadero amor

que á vuestros señores tuvistes; y mándoos y amonéstoos que en ningun modo ni manera de aquí os partais.»

Con esto se tornó donde el Emperador y los otros reyes estaban, y tomando por la mano á la doncella Carmela, le dijo estas palabras: «Carmela, tú fuiste de muy baja condicion, mas la virtud y generoso corazon tuyo, que muy muchas veces hace iguales á los bajos con los altos, merece que seas puesta á los piés de los emperadores, y asimesmo porque la palabra que deste Emperador tuviste, de nunca ser quitada ni apartada de su presencia contra tu voluntad, sea firme, quedando tú satisfecha.» Y tornándose hácia todos aquellos señores, les rogó que por ninguna manera ni forma se moviesen de aquellas sillas donde los dejaba, hasta tanto que ella volviese; y saliendo fuera, se fué á la huerta y subió en la cumbre de la alta torre, llevando consigo un libro, el cual fué de la gran sábia Medea, y otro de la doncella Encantadora, y otro de la infanta Melia, y otro de los suyos; y tendidos sus canos cabellos por las espaldas, leyendo por aquellos libros, revolviéndose á todas las cuatro partes del mundo hácia los cielos, haciéndose tan embravecida, que parecia que salian de sus ojos vivas llamas de fuego, haciendo signos con sus dedos, diciendo muy terribles y espantables palabras, haciendo venir tan grandes tronidos y relámpagos, que parecia que los cielos se hundiesen, temblando toda la ínsula, así como hace la nave en la hondura de la brava mar, arrancó de la tierra aquel grande alcázar, con el sitio del arco de los amadores, poniéndolo alto en el aire, y luego fué hecha una muy grande abertura en la tierra, y por ella lo hizo sumir hasta el abismo, donde todos aquellos grandes príncipes quedaron encantados, sin les acompañar ninguno de sus sentidos, guardados por aquella gran sabidora Urganda; que despues de muy largos tiempos pasados, la hada Morgaina le hizo saber en cómo ella tenia al rey Artús de Bretaña, su hermano, encantado, certificándole que habia de salir y volver á reinar en su reino de la Gran Bretaña, y que en aquel mesmo tiempo saldrian aquel emperador y aquellos grandes reyes que con él estaban á restituir juntos con él lo que los reyes cristianos hubiesen de la cristiandad perdido.

CAPITULO CLXXXIV.

Cómo el autor cuenta en suma algunas cosas que sucedieron despues que estos grandes emperadores y reyes fueron encantados.

Agora sabed aquí que este emperador Esplandian dejó un hijo, que hubo en su amada mujer, emperatriz de Constantinopla, que por el grande amor que á su abuelo tuvo, le puso nombre Lisuarte. Este quedó en edad de ocho años. Del rey Amadís quedaron un hijo y una hija, el cual llamaron Perion, y la hija Brisena, que fué casada con el hijo mayor del emperador de Roma, Arquisil. El rey de Sobradisa, don Galaor, hubo en la hermosa reina Briolanja dos hijos, llamados el uno Perion y el otro Garínter, aquellos que la historia os mostró que por la mano deste emperador Esplandian fueron armados caballeros, y se pasaron á la isla California. Don Florestan, rey de Cerdeña, hubo dos hijos: al uno llamaron Florestan, así como á su padre, que heredó el reino, y al otro Parmineo el Aleman, que así habia nombre el conde de Selandia, su bisabuelo; este heredó aquel condado por parte de su abuela, la cual fué hija deste Parmineo, conde. Agrájes hubo dos hijos, al primero dellos llamaron Languínez y al otro Galménez. El rey don Bruneo hubo un hijo y una hija, la cual fué casada con un hijo de don Cuadragante; al hijo llamaron Vallados y á la hija Elisena. Don Cuadragante no hubo mas de un hijo, el cual se llamó así como él. El rey Cildadan hubo mas hijos y hijas; al mayor llamaron Abíes de Irlanda, como á su abuelo, aquel que Amadís mató, llamándose el Doncel del Mar. Y así hubieron otros hijos y hijas los altos hombres de sus reinos, como la órden natural trae las edades unas en pos de otras.

Esta relacion vos ha traido á la memoria el autor por haceros saber cómo estos infantes, sabido por ellos en la forma que á sus padres les fué quitada la luz del mundo, teniendo esperanza en su tornada, pues que por el trasgo de la muerte aun no habian pasado, nunca consintieron que emperadores ni reyes fuesen llamados. Antes siendo ya en la edad perfecta, viéndose muy grandes y hermosos, deseando emplear su tiempo en autos de gran fama, acordaron de se juntar todos y pasar en Irlanda, donde fueron armados caballeros por mano del rey Cildadan, que en muy crecida vejez los largos dias le habian llegado. Y tornándose cada uno en su señorío, y habiendo consideracion de los tiempos pasados, en que sus famosos padres demandaban las aventuras, tan altas cosas en armas habiendo hecho, y viendo cómo al presente todo habia perecido, no sabiendo qué hiciesen de sí, deseando mostrar sus grandes fuerzas; experimentado el esfuerzo de sus corazones, que, con la natural braveza suya, apenas dentro en sus pechos detenerlos podian; de acuerdo de todos fué que aquellos tiempos olvidados por ellos resucitados fuesen, tornando al primer estilo, andando por sus tierras y por las ajenas, como caballeros andantes; y así lo pusieron en obra.

Y como esto se tomó á mucho deseo, fueron las voluntades de todos los mancebos en tanta manera levantadas, y en tan gran número dellos, que, en comparacion de las muchas grandes caballerías que por ellos pasaron, cayeron en muy grande olvido las de sus padres; ni digo que fueron mas fuertes ni peligrosas, porque ninguna fortaleza ni braveza las pudo sobrepujar. Pues no creais que fué menos lo que Talanque y Maneli el Mesurado y Garínter, de gran prez y hechos de armas de amores en aquellas partes donde estaban hicieron, de lo cual se hizo un libro muy gracioso y muy alto en toda órden de caballería, que escribió un muy gran sábio en todas las artes del mundo, y fué enviado al emperador Esplandian, y cuando en su imperio fué llegado, no le halló, sino á su hijo Lisuarte, y la razon de este sábio es esta. Parece ser que estando Talanque en la isla California, mandó aparejar una muy gran flota para ir á conquistar otra isla, que Argalia habia por nombre, y como la reina Calafia, su mujer, todo el tiempo desde que se casó habia estado en hábito de mujer por la honestidad, así de su persona como de

su marido, que pareciese ser cabeza y señor de todo; viendo tan grande ayuntamiento de gentes, tomóle mucha codicia de ser en aquella conquista, y rogó á Talanque, su marido, que por aquella vez le diese licencia que, tornando á las armas con sus mujeres, las llevase consigo, lo cual de voluntad dél, que mucho la amaba, le fué otorgado; y llegando á aquella isla Argalia, hubieron con los moradores della grandes lides y batallas, en que aquella reina y sus mujeres hicieron maravillas en armas. Pero al fin, no pudiendo ellos sufrir la valentía de Talanque y de los suyos, diéronsele todos, donde, demás del señorío, que muy grande era, hubieron muy grandes riquezas.

Pues allí estando, supieron cómo este gran sábio andaba por los montes y por las breñas, trayendo tras sí muchas fieras y bravas animalías, que con su gran saber mansas le eran; y habiendo gran gana de lo ver, acordaron Talanque y la Reina de se ir solos á lo buscar, y halláronle como vos digo, pero no se osaron á él llegar hasta que los aseguró de aquella tan espantosa compaña suya; y hablando con él, haciéndole saber quién eran, le rogaron muy afincadamente que se fuese con ellos á sus palacios; lo cual él hizo, y estando allí, trabajaron mucho que consintiese que lo enviasen al emperador de Constantinopla, donde estaria muy honrado. Él les dijo que aunque de aquella isla no habia salido, que con sus grandes artes alcanzaria á saber todo el hecho de aquel emperador y todos los otros del mundo, y que le placia de hacer su mandamiento; pero que cuando él en aquellas partes fuese, todo lo hallaria mudado de como ellos lo habian dejado, y puesto en otro estilo y con otros nuevos señores; que con su vista dél seria mucho acrecentado un propósito en que todos ellos estaban, tal, que por todo el mundo corria su fama, de que él queria tomar trabajo de lo dejar por escripto, así lo que ellos hiciesen, como lo que él con su gran saber obrase. Desta manera que os cuento vino este sábio en aquellas partes, donde hizo tantas cosas y tan extrañas, que ni Urganda la Desconocida, ni la infanta Melia, ni la doncella Encantadora, no pudieron, con muy gran parte, serle iguales, así como por el dicho libro se mostrará cuando pareciere.

ALONSO PROAZA, CORRECTOR DE LA IMPRESION, AL AUCTOR.

Los claros ingenios que quieran saber
De grandes señores famosas historias,
Sus fieras batallas, sus altas victorias,
El libro presente procuren leer;
Adonde no menos podrán conocer,
Si sienten sus penas y vivos ardores,
Los mas generosos y castos amores
Que nunca en el mundo se hallàn haber.

Prosigue.

Los claros arneses aquí resplandecen,
Los lucidos yelmos que hizo Vulcano,
Los fuertes que al orbe mundano
Los lucidos rayos del sol escurecen;
Aquí los esfuerzos valientes parecen,
Las lizas y justas, batallas, torneos,
Las tiendas reales de ricos arreos,
Aquí las virtudes y glorias florecen.

Resisten las fuerzas del flaco Boreo
Las velas sin cuenta que aquí se despliegan,
Que tantas de fustas en uno se llegan,
Que gastan las aguas del bravo Nereo;
Los muy poderosos hijos de Atreo,
Europa con Asia siendo llegadas,
Apenas juntaron tan grandes armadas,
Cuando cercaron el muro ilioneo.

La casta Diana aquí se desvela,
Con sus compañeras, vestales doncellas,
Los grandes ejemplos leyendo con ellas,
Y autos que hizo la sábia Carmela;
Aquí de palabras de sucia cautela,
En tanta manera se excusa la historia,
Que nunca de Vénus haria memoria,
Ni acto no limpio del hijo revela.

Aquí se demuestran, la pluma en la mano,
Los grandes primores del alto decir,
Las lindas maneras del bien escrebir,
La cumbre del nuestro vulgar castellano;
Al claro orador y cónsul romano
Agora mandara su gloria callar,
Aquí la gran fama pudiera cesar
Del nuestro retórico Quintiliano.

Por ende suplico, discreto lector,
Que callen los otros de estilo grosero,
Y aqueste suceda por tu cancionero,
Pues desto te viene provecho mayor;
De donde doctrina de mucho loor
Y grandes ejemplos se pueden tomar,
Y pueden las dueñas muy rico sacar
Dechado de aquesta tan rica labor.

FIN DE LAS SERGAS DE ESPLANDIAN.

INDICE

DE NOMBRES PROPIOS Y MATERIAS CONTENIDAS

EN EL AMADÍS Y EN LAS SERGAS.

ABÍES, rey de Irlanda, página 13.--Muerto en batalla por el Doncel del Mar, 22.

— DE IRLANDA, hijo de don Cildadan, 560.

ABISEOS, rey de Serolis, 58, 92.—Muerto por Amadís, 102.

ABRADAN, hospeda á Amadís en su castillo, 148.

ACÉDIS, sobrino del rey Cildadan, 198.

ADALASTA, abadesa del monasterio de Miraflores, 132, 432.

ADROIN, rey de Nuruega, suegro de Agrájes, socorrido por Ambor de Gadel y Talanque, 426.

AGANON, caballero anciano, 21.

AGRÁJES, hijo de Languines, rey de Escocia, y de la dueña de la Guirnalda, 1, 40.—Sale con Florestan y Galaor en busca de Amadís, 115. — Casa con Olinda, 363. —Hállase en el socorro de Constantinopla, 547.

ALBADAN, el jayan, mata al padre de Gandalac, 10.

ALBERTO DE CAMPANIA, clérigo, 6.

ALDASIAN EL BRAVO, 206.

ALDEVA, hija del rey de Serolis, amiga de don Galaor, 30, 54.—Prueba el tocado encantado de Apolidon, 145.

ALFARIN, villa de Turquía, tomada por los de Esplandian, 475.—Dada en feudo á Norandel, 556.

ALFIAL, puerto de mar de la Gran Bretaña, 214.

ALFORAJ, el infante, heredero del señorío de Persia, 472. —Manda la flota del rey Armato contra Constantinopla, 533.—Muere de resultas de sus heridas, 556.

ALIMA, villa de la Pequeña Bretaña, 1.

ALIMENTA, villa de Dacia, 355.

ALUMAS, hermano de Dardan, muerto por don Florestan, 105.

ALVADANZOR, el gigante, 150.

AMADAS, sobrino de Gandandel, se combate con Sarquíles, 182.—Es vencido y muerto, 183.

AMADÍS DE GAULA, nacimiento de, 5.—Es hallado en el mar, 5.—Criado por don Gandáles, 6.— Llamado *Doncel del Mar*, 8. —Sirve por amores á Oriana, 10. — Es armado caballero por el rey, su padre, 12. — Parte para Gaula, 18.—Se combate con el rey Abíes de Irlanda y le vence, 22. — Es reconocido por su padre Perion, 23. — Su entrevista con Urganda, 30. — Su aventura con Dardan, 34.—Dase á conocer en la corte del rey Lisuarte, 36.—Se combate con Angriote de Estravaus, 46.—Es encantado por Arcalaus, 50.—Sale de su prision, 57.—Se encuentra con don Galaor, 59.—Pelea con un caballero que llevaba forzada una doncella, 67.—Asiste á las cortes que mandó juntar el rey Lisuarte, 75. — Liberta al rey y á su hija Oriana de la prision en que los llevaba Arcalaus, 83.—Marcha á socorrer la ciudad de Lóndres, sitiada por Barsinan, 87. —Sale en busca del rey Abiseos, 92.—Pasa á la ínsola Firme, y prueba la aventura del rey Apolidon, 108.— Es reconocido por señor de la ínsola, 110. — Oriana tiene celos de él, 111. — Se combate con el Patin y le vence, 115.—Determina dejar la caballería, 112.—Encuentra á un ermitaño, 118.—Se retira á la peña Pobre y toma el nombre de Beltenebros, 119.—Es visitado de Corisanda, 124.— Se resuelve á salir de su retiro y presentarse ante Oriana, 136.—Entra en la prueba de los leales amadores y la gana, 141.—Visita á Oriana en Miraflores, 148.—Asiste á la batalla del rey Cildadan, 149.—Mata á Sarmadan el Leon, 150.—A Madanfabul, el gigante, *ibid.*— Se combate con Ardan Canileo y le mata, 165. — Despídese enojado de la corte del rey Lisuarte, 171. — Liberta á Madasima y á sus doncellas, 176.—Recobra para esta la ínsola de Mongaza y el castillo del Lago Ferviente, 188. — Pasando á Gaula libra de la muerte á su hermano Galaor y vence al gigante Madarque, 190.—Cae segunda vez en poder de Arcalaus el Encantador, y se libra de una manera milagrosa, 211.—Muda su nombre en *Caballero de la Verde Espada*, y pasa á Alemania en busca de aventuras, 216. — Vence y mata á Garadan, 219.— Vence en desafío á Arquisil, el romano, 220.—A Brandasidel, 224. —Llega á la ínsola del Diablo y mata al Endriago, 231. —Pasa á Constantinopla y es bien recibido de su emperador, 234.—Halla mal herido á don Bruneo de Bonamar, 240.—Preséntase en la corte del rey Lisuarte bajo el nombre de Caballero Griego, 255.—Hace batalla por Grasinda, 260. —Se retira enojado á la ínsola Firme, 263. — Mata á Salustanquidio, y saca á Oriana de manos de los romanos, 271. — La lleva á la ínsola Firme, 274.—Pide auxilio al emperador de Constantinopla, 282.—A la reina Briolanja, *ibid.*—A la reina de Irlanda, 283. — Al rey Tafinor, de Bohemia, 284. — A su padre el rey Perion, 301. — Vence al rey Lisuarte, 316.—Mata al emperador de Roma, 322.—Socorre al rey Lisuarte, atacado por Arcalaus y por el rey Arábigo, 338.—Se reconcilia con él, 341. — Casa con Oriana, 363.—Vence al gigante Balan, 373.—Pasa á la peña de la Doncella Encantadora, 384.—Suelta á Arcalaus de su prision, 390. — Disuádele Urganda de su proyecto de buscar al rey Lisuarte, 401. — Sucede á su suegro en el reino de Bretaña, 468.—Socorre á Constantinopla con su armada, 543.—Se combate con Radiaro y le vence, 548.—Vuelve á su reino de la Gran Bretaña, 557.

AMANDARIO DE BRETAÑA LA MENOR, 516.

AMBÁDES, primo de Arcalaus, 213.

AMBOR DE GADEL, hijo de Angriote de Estravaus, 245, 256. — Mata á Lindoraque, 424.— Se encuentra con Esplandian, 425.—Llega á Artimata, 426. — Socorre al rey Adroin, 427.

ANCIDEL, sobrino del rey Arábigo, hiere al rey Perion, 207.

ANCONA, marqués de, 249, 271.

ANDALOD, el ermitaño de la peña Pobre, 119. — Declara un sueño á Amadís, 124.

ANDANDONA, la giganta de la ínsola Triste, hermana de Madarque, 190.— Hiere con un dardo á don Bruneo de Bonamar, id. — Es muerta por Gandalin, el escudero de Amadís, 202.

ANDANGUEL, el gigante viejo, dado en rehenes al rey Lisuarte, 168.

ANDROIN DE SEROLIS, el rey, 54.

ANFION, rey de Media, 471, 558.

ANGADUZA, floresta de la Gran Bretaña, 58.

ANGRIFO, señor del valle del Fondo Piélago, es vencido por Dragonis, 360.

ANGRIOTE DE ESTRAVAUS, vencido por Amadís, 47, 92.— Preso en la ínsola de Mongaza, 148, 156.— Libertado

de prision por el valor de Amadís, 165, 205, 206.—Sale en busca de este, 244.—Le halla, *ibid.*—Socorre á la reina de Dacia, 353.—Es nombrado por Amadís su mayordomo mayor, 469.
ANTÁLES, clérigo, 6.
ANTALIA, villa de Escocia, 5.
ANTEBON DE GAULA, 63.
ANTIFON EL BRAVO, es vencido y muerto por el rey Lisuarte, 194.
ANTIMON EL VALIENTE, 206.
APOLIDON, hijo del emperador de Constantinopla, 106.—Señor de la ínsola Firme, 107.—Encantamiento puesto por él en dicha isla, *ibid.*
ARABIA, ciudad, 383.
ARÁBIGA, ciudad y corte del rey Arábigo, 311.
ARÁBIGO, rey, 190.—Acude al llamamiento de Arcalaus, 311.—Es despojado de sus estados por don Bruneo de Bonamar, 394.
ARBAN, rey de Norgales (North Wales), 38, 49, 86, 108.—Preso en la ínsola de Mongaza, 148, 136.—Libertado de prision por el valor de Amadís, 165.—Cae prisionero á las puertas de Luvaina, 335.
ARCABONA, reina de la montaña Defendida; su habla al rey Lisuarte, 417.—Su desesperacion y muerte, 418.
ARCALAUS EL ENCANTADOR, pelea con Amadís y le encanta, 48.—Se combate segunda vez con él y es vencido, 146. Forma nueva liga contra el rey Lisuarte, 292.—Junta las fuerzas de sus aliados y se propone sacar ventaja de la guerra entre Lisuarte y Amadís, 311.—Cae de improviso sobre aquel, 334.—Es vencido y preso, 338.—Sale de prision por industria de su mujer, 390.—Muere á manos de Esplandian, 410.
ARDAN CANILEO EL DUDADO, pelea con Amadís y es muerto, 165.
ARDIAN, el enano de Amadís, 30, 61, 42.—Nombrado su camarero mayor, 469.
ARGALÍA, isla, 560.
ARGAMONTE, tio del rey Lisuarte, 179, 201, 257.—Trata de disuadir á su sobrino del casamiento de Oriana con el Patin, 258.
ARGANTE, muerto por Esplandian, 409.
ARGENTO, escudero de Garinto, rey de Dacia, 437.
ARGOMÁDES, el de la ínsola Profunda, 206.—Muerto por Amadís, 207.
ARGOMAN EL VALIENTE, 268.
ARMATO, rey de Persia, ataca la montaña Defendida, 447.—Es derrotado y hecho prisionero por Esplandian, 460.—Llevado á Constantinopla, 516.—Libertado por la infanta Melia, y transportado por los aires á su propia corte, 521.—Escribe á los reyes paganos solicitando su alianza contra Constantinopla, 522.—Suelta á Urganda de su prision, 556.
ARQUISIL, caballero romano, es vencido y preso por el caballero de la Verde Espada, 220.—Se presenta á cumplir la demanda de Amadís, 309.—Este se la suelta, *ibid.*—Lisuarte le da á mandar parte de su ejército, 310.—Vencido y hecho prisionero por Amadís, 322.—Es elegido emperador de Roma, 324.
ARTIMATA, villa marítima de Nuruega, 426.
ARTUR, rey de la pequeña Bretaña, 4.
ARTÚS DE BRETAÑA, encantado por su hermana la hada Morgaina, 377, 560.—Parece el mismo que Artur, q. v.
ATALIO, hijo de Olivas, 516.
AUTOR, el de *Las Sergas;* se le aparece Urganda la Desconocida, 496.—Le manda poner término á su historia, 497.—Que la prosiga de nuevo, 500.—Exclamacion del, 505.
AVANDALIO DE ESCOCIA, 516.

BALADAN, caballero de la corte del rey Lisuarte, 198.
BALADIN, castillo del rey Perion, 19.
BALAIS DE CARSANTE, 59, 198.—Viene en ayuda del rey Amadís, 308.
BALAN, el gigante, hijo de Madanfabul, señor de la ínsola de Torre Bermeja, vence y mata al hijo de Darioleta y prende á su marido, 368.—Es vencido por Amadís, 373.—Acude en socorro de Constantinopla, 547.—Es muerto en batalla con los infieles, 554.
—biznieto del gigante del mismo nombre, 377.
BANDAGUIDA, hija del gigante Bandaguido, tiene de él un hijo llamado el Endriago, 228.
BANDAGUIDO, el gigante, señor de la ínsola del Diablo, 228.
BANGIL, villa marítima de Gaula, 9.
BARANDEL, rey de Hungría, 236.
BARSINAN, señor de Sansueña, 73.—Se apodera de la ciudad de Lóndres, 86.—Es hecho prisionero y degollado por órden del rey Lisuarte, 89.
—rey de Sansueña, hijo del anterior, entra con Arcalaus en la liga contra el rey Lisuarte, 294.
BASAGANTE, hijo de Famongomadan, el jayan, 133.—Muerto por Amadís, 140.
BASILEA, duque de, 240.
BELLERIZ, sobrino de Frandalo, 461, 503.—Sale en busca de Urganda, 524.
BELTENEBROS, nombre que tomó Amadís al retirarse á la peña Pobre, 119.
BERVAS, caballero del rey Lisuarte, 88.
BRADOID, castillo sobre el mar, 25, 44.
BRAMANDIL, hijo de Gandalac, 149.
BRAMATO, gigante muerto por Esplandian, 450.
BRAN, rio de la Gran Bretaña, 29.
BRANANDA, floresta de la Gran Bretaña, 29.
BRANDALIA, príncipe de, mayordomo del emperador de Constantinopla, 445.
BRANDALISA, dama de don Guilan, 90.—Mujer del duque de Bristoya, 92.
BRANDASIDEL, se combate con Amadís, y es vencido, 225.—Su aventura con don Bruneo de Bonamar, 244.
BRANDOIBAS, 51, 304, 310.—Muerto por los turcos en el sitio de Constantinopla, 552.
BRANDONIO DE GAULA, 516.
BRANDUETA, doncella, 65.
BRANFIL, hermano de don Bruneo de Bonamar, 147, 302.—Sale de su tierra en ayuda de Amadís, 305.—Socorre á la reina de Dacia, 353.—Llega al puerto de Alfarin, 479.
BRASCELO, hijo de Brandinas, 516.
BRAVOR, hijo del gigante Balan, 375.—Casa con la hija de Darioleta, 377.—Llega al puerto de Alfarin, 479.
— EL BRUN, hijo de Segurádes, señor de la ínsola de Torre Bermeja, 377.
BRIAN DE MONJASTE, hijo del rey Ladasan de España y sobrino de Perion de Gaula, se despide de la corte del rey Lisuarte, 172.—Es hecho prisionero por las tropas del Rey, 186.—Asiste con mil españoles á la batalla de los siete reyes en ayuda del rey Lisuarte, 205, 206.—Toma armas en favor de Amadís, 311.—Acude en socorro de Constantinopla, 547.
BRIANTES, villa de la Gran Bretaña, 41.
BRIOLANJA, hija del rey de Sobradisa, destronada por su tio, 56.—Salva á Amadís de un gran peligro, 57.—Cambio introducido en su historia á instancias del infante de Portugal, 94.—Restablecida en el trono por Amadís, 103.
BRISENA, la infanta, hija de Amadís y de Oriana, 560.—Casa con el hijo mayor del emperador de Roma, Arquisil, *ibid.*
—hija del rey de Dinamarca, casa con Lisuarte, rey de la Gran Bretaña, 10.
BRISTOYA, ciudad y ducado así llamado, 25, 41.
BROCADAN, consejero del rey Lisuarte, 167.
BRONDAJÉL DE ROCA, mayordomo mayor del emperador de Roma, 227, 261.
BRONTAJAR DANFANIA, muerto por Amadís, 206.
BRUN, significacion que el autor del Amadís da á esta palabra, 377.
BRUNEO DE BONAMAR, 109, 147, 149.—Sale en busca de Amadís; hállale moribundo el de la Verde Espada, 243.—Se desposa con Melicia, hermana de Amadís, 349.—Obtiene los estados del rey Arábigo, 350.—Socorre á la reina de Dacia, 353.—Casa con Melicia, 363.—Sale á la conquista de su nuevo reino, 366.—Marcha en socorro de Constantinopla, 543.

CABALLERO GRIEGO (Amadís), mantiene la demanda de Grasinda y vence á Salustanquidio y á los romanos, 260.
— DE LA PUENTE, vencido por Amadís, 45.
—(El) DE LA FLORESTA, 93.
— DEL ENANO (Amadís), 218.
— DE LA GRAN SERPIENTE (Esplandian), 533.

CABALLERO DE LA VERDE ESPADA, nombre tomado por Amadís en Alemania, 215.
— DE LA LUCIENTE ESTRELLA (Esplandian), 527.
— NEGRO (Esplandian); sus aventuras en la isla de la Peña Tajada, 408.
— SERPENTINO (Esplandian), 533, 545.
CALAFERA, isla, 508.
CALAFIA, reina de la isla de California, 539.—Asiste al cerco de Constantinopla por los turcos, 540.—Se combate con Norandel, 542.—Con Amadís, y es vencida y presa, 548.—Casa con Talanque, hijo de don Galaor, 555.
CALIFAN, villa del señorío de Sansueña, 312, 394.
CALIFENO EL SOBERBIO, 516.
CALIFORNIA, isla, 539.
CANONIA, rey de, 142.
CARDUEL, 206.
CARINEO DE CARSANTE, 516.
CARMELA, hija del ermitaño de la montaña Defendida, se enamora de Esplandian, 421.—Le roba su espada, 422.—Se constituye en criada suya, 425.—Es enviada á Constantinopla en embajada, 429.—Presa en la mar por Frandalo, 439.—Libertada por Maneli y Garinto, 440.—Llega á Constantinopla, 443.—Vuelve á Esplandian, 463.
CARPINEO, hijo de Isanjo, 516.—Muerto en la batalla de Constantinopla, 554.
CARSANTE, castillo de, 59.
CARTADA, el jayan de la montaña Defendida, sobrino de Famongomadan, 133.—Muerto por Galaor, 149.
CARTADAQUE, el gigante, marido de Arcabona, 417.
CASTILLO DEL GRAN ROSAL, 194.
— DE LA CALZADA, 365, 388.
CELINDA, infanta, hija del rey Hegido, amada del rey Lisuarte, 194.—Señora del castillo del Gran Rosal.
CENDIL DE GANOTA, caballero del rey Lisuarte, 183, 198, 261, 310, 396.—Vencido en una justa por Esplandian, 431.—Muerto por los turcos en el sitio de Constantinopla, 552.
CESONIA, nombre antiguo de Ceuta, 547.
CILDADAN, rey de Irlanda, 130.—Envia á desafiar al rey Lisuarte, 133.—Queda por muerto en la batalla de los Gigantes, 150.—Es llevado por Urganda y curado de sus heridas, 151.—Sana, 154.—Ayuda á Lisuarte contra Amadis, 310.
CLARA, condado de la Gran Bretaña, 29, 40.
— conde de, 45, 266.
CONSTANTINOPLA, 229.—Sitiada por los turcos, 537.
CORIAN, hijo de Gandandel, se combate con Angriote de Estravaus, 182.—Es vencido y muerto, 188.
CORISANDA, señora de la isla de Gravisanda (Gravesend), amiga de don Florestan, 95.—Sale en busca suya, 125.—Se encuentra con Beltenebros (Amadís), *ibid.*
COSTANCIO, hermano de Brondajel de Roca, 319.
CULSICIO DE BOHEMIA, 516.

DACIA, reina de, sale por la mar en busca de Amadís, 351.—Se encuentra con don Bruneo y Angriote, 352.—Los lleva á su reino, *ibid.*
DAGANEL, castillo de Arcalaus, 81.
— primo del rey Abíes de Irlanda, muerto por el rey Perion, 20.
DANDALES DE SADOCA, 198.
DANDASIDO, hijo del gigante viejo, preso por el conde Latine, 188.—Se libra de su prision y favorece la causa de Madasima, ayudando á la toma de Mongaza, *ibid.*
DANEL, caballero del rey Cildadan, muerto por don Florestan, 150.
DARASION, hijo de Abiseos, 58.—Muerto por Agrájes, 102.
DARDAN EL SOBERBIO, 31.—Vencido y muerto por Amadís, 35.—Los de su linaje se arman contra el rey Lisuarte, 311.
DARIOLETA, doncella de Elisena, 2.—Su marido es nombrado gobernador de la Pequeña Bretaña, 366.—Su hijo muerto por el gigante Balan, 367.—Implora el auxilio de Amadís, *ibid.*
DINADAUS, caballero del rey Lisuarte, 88.
DINARDA, doncella, hija de Ardan Canileo, 159.
DONCEL DEL MAR (Amadís); mata al rey Abies de Irlanda, 22.
DONCELLA (La) ENCANTADORA, hija de Finetor; su historia, 382.—Engañada y despeñada por su amante, 383.
DRAGONIS, caballero de la corte del rey Lisuarte y primo de Amadís, 145, 149, 198.—Corre el mar Mediterráneo en busca de aquel, 254, 255.—Se combate con Angrifo y le vence, 360.—Casa con la infanta Estrelleta, 361.
DRAMIS, hijo de Abiseos, 58.—Muerto por Amadís, 101.
DUEÑA (La) DE LA GUIRNALDA, hija del rey Garinter y esposa de Languines, rey de Escocia, 1.
DURIN, hermano de la doncella de Dinamarca, es enviado por Oriana con una carta á Amadís, 111.—Vuelve con el mensaje, 120, 315.

ELIAN EL LOZANO, hijo del conde Liquedo, 200, 255, 311, 479.—Muerto sobre Constantinopla, 554.
ELISABAT, el maestro, cura de sus heridas á Amadís, 226.—Viene en su ayuda con gente de Grasinda, 308.—Es preso en la mar por el gigante Matroco, 413.
ELISENA, hija de Garinter y esposa del rey Perion, 1.—Su casamiento, 9.—Pasa á la ínsola Firme á verse con su hijo Amadís, 352.
— hija de don Bruneo de Bonamar, casa con un hijo de don Cuadragante, 560.
ELISEO, cobermano de Landin, el sobrino de don Cuadragante, 378.
ELVIDA, infanta, 145.
ENDRIAGO (El), mónstruo de la ínsola del Diablo; su nacimiento y crianza, 229.—Vencido y muerto por el caballero de la Verde Espada, 231.
ENFEMO DE ALEMANIA, 516.
ENIL, sobrino de don Gandáles, 121.—Es armado caballero por Amadís, 149.—Hace sus primeras armas en la batalla de los Gigantes, 150, 158.—Corre el Mediterráneo en busca suya, 254.—Lleva una demanda de este para el rey Arquisil, 308, 483.—Es muerto en la batalla sobre Constantinopla, 554.
ERMITA REDONDA, 249.
ESCLAVOR, sobrino de Arcalaus, 332.
ESPADA, la de Amadís, robada por una doncella de Madasima, 160.
ESPLANDIAN, hijo de Amadís y de Oriana, 196.—Es amamantado por una leona, 197.—Es criado por Nasciano el ermitaño, 198.—Llevado á casa del rey Lisuarte, 222, 256.—Envíale la reina Brisena con un mensaje á Lisuarte, 328.—Justa en el camino de Lóndres con Cendil de Ganota, Galvánes, Angriote y don Galaor, 431.—Con su padre Amadís, 434.—Es llevado á la peña de la Doncella Encantadora, 404.—Se apodera de la espada encantada, 405.—Aporta á la ínsola de la Montaña Defendida, 408.—Entra en el castillo de la Peña Tajada, 409.—Mata á tres gigantes, 410.—Liberta al rey Lisuarte, 413.—Se enamora de Leonorina, 421.—Mata al gigante Bramato y liberta á Gandalin y á Lasindo, 430.—Se encuentra con Norandel, 451.—Llega á Constantinopla y no puede desembarcar, 454.—Prende á Armato, soldan de Persia, 460.—Toma á los turcos la ciudad de Alfarin, 473.—Vuelve á la peña de la Doncella Encantadora, 487.—Se apodera del tesoro allí encerrado, 488.—Va á Constantinopla, 491.—Su entrevista con Leonorina, 493.—Su vuelta á la montaña Defendida, 526.—Su embajada á los príncipes de la cristiandad, 527.—Es llevado por Gandalin al socorro de Constantinopla, 544.—Se combate con Radiaro y le vence, 548.—Casa con Leonorina, 554.
ESTRELLETA, la infanta, 145.—Casa con Dragonis, primo de Amadís, 360.

FALAMENO, hijo de Penatrio, 516.
FALANGRIS, rey de la Gran Bretaña, 10.—Hermano de Lisuarte, 154.
FALARNO, caballero turco, escolta á la doncella Carmela, 511.
FAMONGOMADAN, jayan del lago Ferviente, 133.—Muerto por Amadís, 140.
FARZALINA, villa de Turquía, 512.
FELÍPANOS, rey de Judea, 238.
FENUSA, villa de la Gran Bretaña, 152, 154.
FILENO, caballero español, pariente de don Brian, ayuda á Amadís contra el rey Lisuarte, 320.
FILISPINEL, criado de Lisuarte, 134, 156.—Su embajada al rey Gasquilan de Suesa, 292.—Su vuelta, 304.—Socorre al rey Lisuarte, 334.

Finetor, mágico natural de Argos, 384.
Flamíneo, hermano bastardo de la reina Sardamira, vencido por Amadís, 318.
Floresta de la Laguna Negra, 212.
Florestan, cohermano de Amadís y de Galaor, se combate con este, 97.—Sale con Agrájes y don Galaor en busca de Amadís, 116. — Justa con cuatro caballeros romanos y los vence, 248.—Mata á Floyan, hermano de Salustanquidio, 322.—Casa con Sardamira, reina de Cerdeña, 350.—Lleva su armada al socorro de Constantinopla, 549.
— hijo de don Florestan, rey de Cerdeña, hereda el reino de su padre, 560.
Floyan (El), muerto en batalla por Artur, 4.
— hermano de Salustanquidio; dale el rey Lisuarte el mando de una parte de su ejército, 310. — Es muerto por don Florestan, 323.
Fornace, escudero de Frandalo, 472, 514.
Foron, primo de Frandalo, 472.
Frandalo, vencido por Maneli, 439.—Presentado al emperador de Constantinopla, 447. — Enviado al socorro de la montaña Defendida, 448. — Se bautiza y hace cristiano, 457.—Es hecho conde de Grigentor, 518.
Fresca, señorío de, dado por Amadís á su amo don Gandáles, 4, 66.
Fuente de las Siete Hayas, 221, 222.
— Aventurosa, batalla de la, 472.
— de la Vega; deja en ella Amadís su escudo y sus armas, 151.
— (La) de los Tres Caños, 139.
— (La) de los Tres Olmos, 103.
Furion, hijo de la giganta Arcabona, muerto por el caballero Negro (Esplandian), 411.

Gádan Curiel, 150.—Muerto por Lisuarte en la batalla de los Gigantes, 151.
Gajaste, duquesa de, 234.
Galacia, villa de Turquía, tomada por Esplandian y los suyos, 504.
Galain, duque de Normandía, 20.
— rey de Nuruega; hereda sus estados Olinda, la esposa de Agrájes, 467.
Galaor, hijo de Perion y de Elisena; su nacimiento, 9.—Es robado por un gigante, id.—Armado caballero, 15.—Vence á un jayan, 28.—Pelea con Amadís sin conocerle, 59.—Sale con Florestan y Agrájes en busca de aquel, 116.—Queda por muerto en la batalla de los Gigantes, 151.—Es llevado por Urganda y curado, 154.—Queda enfermo en Gaula, 301.—Hállase en el socorro de Constantinopla, 543.
Galdan, caballero del rey Lisuarte, 88.
Galdar de Rascuil, caballero del rey Lisuarte, 18, 187.
Galdendas, castillo de la Gran Bretaña, y nombre de su señora, 77.
Galeote de Escocia, 516.
— hijo de Bravor y de Darioleta, 377.— Casa con hija de don Galvánes, *ibid.*
— el Brun, señor de las Luengas Ínsolas, hijo de Bravor el Brun, 377.
Galfan, villa de Gaula, 19.
Galfario de Romanía, 516.
Galifon, vencido por Landin, 378.
Galiseo, caballero de la corte del rey Lisuarte, 238.
Galpano, señor de un castillo, 16. — Muerto en batalla por Amadís, 17.
Galtáres, la peña de, señorío del gigante Gandalac, 10, 41.
Galtínes, el conde, primo del rey Tafinor de Bohemia, 217.—Manda las tropas en auxilio de Amadís, 305.
Galumba, dueña, criada del rey de Sobradisa, 99.
Galvánes Sin-Tierra, tio de Agrájes, 24, 41.—Se niega á tomar las armas contra Amadís, 304.— Se halla en el socorro de Constantinopla, 543.
Galvino, hijo de Isanjo, 516.—Muerto en la batalla sobre Constantinopla, 554.
Gandalac, el gigante de Leonís, 9, 149. — Se combate con otro gigante llamado Alvadanzor, 150.
Gandáles, caballero de Escocia, 5. — Encuentra á Amadís en la mar, *ibid.*—Trae un ejército en ayuda suya, 305.—Es hecho señor de Fresca, 466.
Gandalin, hijo de Gandáles, caballero de Escocia, 5.—Escudero de Amadís, 12. — Corta la cabeza á Andandona, la giganta de la ínsola Triste, 202.—Su embajada al rey Perion de Gaula, 301.—Es armado caballero por Amadís antes de la batalla, 313.—Entra en la demanda de la dueña de Nuruega, 386.—Es preso por el gigante Bramato, y le liberta Esplandian, 451. — Enviado por este al rey Amadís, su padre, 527.—Casa con la doncella de Dinamarca, 530. — Es hecho conde por Amadís, *ibid.*
Gandalod, hijo de Barsinan, señor de Sansueña, es vencido en batalla por Guilan el Cuidador, 123.—Degollado por órden del rey Lisuarte, *ibid.*
Gandandel, consejero del rey Lisuarte, 167.
Gandapa, villa del rey Lisuarte, 208.
Gandaza, sobrina de Brocadan, consejero del rey Lisuarte, 178.
Gandiel Urlandin, hijo del conde de Orlanda, se despide de la corte del rey Lisuarte, 172.
Gandínos el Follon, vencido por Guilan el Cuidador, 120.
Ganídes de Ganota, 198.
Ganjel (ó Ganjes) de Sadoca, caballero del rey Lisuarte, 262. — Yendo en la escolta de Oriana, es vencido por Gavarte, 263, 268.
Ganon, rey de Tartaria, hermano de Apolidon, preséntase en la corte del rey Lisuarte, 142.
Ganota, villa de la Gran Bretaña, 151.
Gantasi, castillo, 79.
Garadan, primo hermano del emperador de Roma, el Patin, trae embajada al rey Tafinor, 217.—Se combate con el caballero de la Verde Espada (Amadís) y es muerto por él, 219.
Garamante, hijo de Arban de Norgales, 516.
Garin, hijo de Grumen, lleva una embajada de Arcalaus para el rey Arábigo, 311.
Garinter, rey cristiano en la Gran Bretaña, 1.
— hijo de don Galaor y de la reina Briolanja; armado caballero por Esplandian, 558.
Garinto, infante, hijo de la reina de Dacia, 355.—Sale á buscar aventuras en compañía de Maneli, 435.—Socorre á Urganda, *ibid.*—Su aventura con un oso, 436.—Contribuye á la prision de Frandalo y libertad de Carmela, 440.—Se presenta al emperador de Constantinopla, 446.—Es enviado á la montaña Defendida, 448.—Se pierde en la mar, 508.—Vence á Garlante, señor de la isla Calafera, 509.
Garlante, señor de la isla Calafera, vencido por Garinto, príncipe de Dacia, 508.
Gasabal, escudero de don Galaor, 153.
Gasinan, tio de Grovenesa, 46, 68.— Se combate con Amadís, 92—Toma parte con Galvánes en la empresa de Mongaza, 198.
Gasquilan, rey de Suesa, promete su ayuda á Lisuarte contra Amadís, 304, 310. — Socorre á Constantinopla con su armada, 543.
— el Follon, hijo de Madarque, el gigante de la ínsola Triste, 186.
Gastíles, sobrino del emperador de Constantinopla, pasa á la ínsola de Santa María, en busca del caballero de la Verde Espada, 234.—Manda el ejército del Emperador en ayuda de Amadís, 305.—Acompaña á don Bruneo en la expedicion al reino arábigo, 366. — Sale á socorrer la montaña Defendida, 470.—Se vuelve á Constantinopla, 480.
Gasujis, rey de la profunda Alemaña, 134.
Gavarte el del Val Temeroso, se despide de la corte del rey Lisuarte, 172, 198, 203, 255. — Justa con los caballeros de la escolta de Oriana, y los vence, 263.—Pone en sus manos una carta de Agrájes y de don Florestan, *ibid.*— Sale de Bretaña en busca de aventuras, 479.—Se halla en la defensa de Constantinopla, 516.
Gaula, reino de, 9.
Gavus, hijo de Gandalac, 149.
Giontes, sobrino del rey Lisuarte, 122, 138. — Escoltando á Oriana es vencido por don Gavarte de Val Temeroso, *ibid.*—Su embajada al emperador Patin, 304.—Su encuentro en la mar con Grasandor, id.—Trae fuerzas de Roma en ayuda de Lisuarte, 308.—Es hecho duque de Cornualla, 466.
Glocestre, conde de, 38.
Goman, baron poderoso del reino de Sobradisa, 102.
Gordan, hermano de Angriote, 272.
Gracedonia, villa del rey Lisuarte, 183.
Gradamor, caballero romano, sobrino de Brondajel de

Roca, 247.—Justa con don Florestan, 248. — Se combate con el caballero Griego y es vencido, 261.
Gradasonel Fallistre, caballero del rey Lisuarte, 198.
Gradovoy, hermano de Angriote de Estravaus, 187.
Grandáres, villa de la Gran Bretaña, 30.
Grandóres, caballero de la corte del rey Lisuarte, se despide de él por seguir á Amadís, 172.
Granfíles, nombre supuesto del encantador Arcalaus, 212.
Grasandor, hijo del rey Tafinor, 217. — Sale en ayuda de Amadís, 304.—Su encuentro con Giontes, *ibid.*—Casa con la infanta Mabilia, hermana de Agrájes, 349.—Sale á buscar á Amadís, y en el camino socorre á Landin y á Eliseo, 378. — Llega con su flota en socorro de los cruzados, 543.
Grasinda, dueña y gran señora de tierra de Bohemia, 225. —Su extraña pretension con el de la Verde Espada, 241. —Su carta al rey Lisuarte, 257. — Envia gente en socorro de Amadís, 308.—Entra en la cámara de los fieles amadores, 362. — Casa con don Cuadragante, 363.
Grasion, gigante, 490.
Gravisanda (Gravesend), isla, 95.
Gresca, condado de la Gran Bretaña, 29.
Grial (Santo), 371.
Grifos (Los) de la ínsula California, 539. — Son llevados por la reina Calafia al sitio de Constantinopla, 540.
Grigentor, condado de, 518.
Grimanesa, amiga de Apolidon, señor de la ínsola Firme, 106.
Grimeo el Valiente, 198, 205.
Grimota, hermana de Urganda la Desconocida, 154.
Grindalaya, hija de Android, 54.
Grindonan, hermano de Angriote de Estravaus, se despide de la corte del rey Lisuarte, 171.
Grinfesa, doncella de Grasinda; su mensaje al rey Lisuarte, 256.
Gromadaza, la giganta brava, mujer de Famongomadan, 148, 159.
Grovadán, hermano de Angriote de Estravaus, 198.
Grovenesa, sobrina de Gasinan, 68.
Grumedan, ayo de la reina Elisena, 88.—Desafia á los caballeros romanos, 258. — Sale vencedor de la batalla, 267.— Es hecho prisionero por la gente de Arcalaus, 335. — Muerto por los turcos en el sitio de Constantinopla, 552.
Grumen, primo de Dardan, 83.
Guilan el Bueno y el Preciado, 479.
— el Cuidador, encuentra el escudo y las armas de Amadís, 120.—Se dirige á la corte del rey Lisuarte, 121. —Se combate con dos sobrinos de Arcalaus, 122, 149. —Es enviado al emperador Patin, 292, 303.—Obtiene el ducado de Bristoya, 361.—Es muerto por los turcos en el sitio de Constantinopla, 552.
Guinda Flamenca, señora de Flándes, 109.
Guiñon, rio de la Gran Bretaña, 122.
Guirnalda, la dueña de la, 40.
Guncestre, conde de, 212.

Halapa, soldan de, 538.
Handro, primo de la señora de Flándes, enviado por Amadís á don Gasquilan, rey de Suesa, 531.
Heletria, señora de las islas Sitarias, 558.
Heliaja, hija de Anfion y mujer del infante Alforaj, prisionera de Frandalo y de Esplandian, 472.—Recobra su libertad, 476.

Imosil, hermano del duque de Borgoña, 176, 179, 203, 271, 479.— Muerto en el asalto de Constantinopla por los turcos, 542.
Insola Gadabasta, 239.
— Firme y sus encantamentos, 106.
— del Diablo, morada del Endriago, 223.
— del Infante, 369.
— Leonida, 203.
— del gigante Grasion, 480.
— No-fallada, 204.
— Profunda, 207.—Rey de..... acude al llamamiento de Arcalaus, 311.
— Sagitaria, 312.
— de Santa María, 234, 453.
— de la Torre Bermeja, 368.
Insola Triste, 189.
— Yerma, 438.
Insolas de Landas, 201, 381.
— Luengas, 380.
— de Romanía, 221. —Visítalas el caballero de la Verde Espada, 224.
— Sitarias, 558.
Isánes, pariente de don Florestan, 271.
Isanjo, gobernador de la ínsola Firme, 109, 269.—Su embajada al buen rey de Bohemia, 302.
Iseo la Brunda, hija del rey Languines de Irlanda, 24, 377.

Jafoque, puerto de la Gran Bretaña, 196.
Jantinomela, villa de Turquía, saqueada por Frandalo y los suyos, 482.
Josefo, hijo de Josef Abarimatía, puebla y fortifica la ínsola de Torre Bermeja, 371.
Julianda, doncella de Urganda la Desconocida, 154.

Ladasan, rey de España, socorre á Lisuarte en sus guerras con el rey Arábigo, 203.—Envia su ejército en ayuda de Amadís, 305.—Su flota en socorro de Constantinopla, 547.
Ladasin el Esgremidor, 85, 122, 198, 312.
Lago Ferviente, 133.
Lancino, rey de Suesa, 186.
Landin, sobrino de don Cuadragante, 133, 156, 255.—Su embajada al rey Cildadan de Irlanda, 303.— Acaudilla una hueste en ayuda de Amadís, 305.—Se combate con Arquisil, 318.—Su aventura con Galifon, 379.
— de Fajarque, 206, 270, 311, 516.
Languínes, rey de Escocia, 1, 6, 41.
Languínez, hijo de Agrájes, 560.
Lanzarote del Lago, libro de, citado, 377.
Lasamor, caballero de la corte del rey Lisuarte, justa con Amadís y es vencido, 138.—Escoltando á Oriana, justa con Gavartes y es vencido, 263.
Lasanor, caballero romano, sobrino de Brondajel de Roca, vencido por el caballero Griego, 261.
Lasindo, escudero de don Bruneo de Bonamar, 192, 243. —Su embajada á Branfil, 302.— Es armado caballero, 313. — Preso por el gigante Bramato y libertado por Esplandian, 451.
Latine, caballero del rey Lisuarte, 175.
Laudato, puerto de Roma, 528.
Ledadedin ó Ledaderin de Fajarque, se despide de la corte del rey Lisuarte, 162, 206, 479, 526.—Muerto en el asalto de Constantinopla, 542.
Leonato, gigante, puebla á Tesifante, 522.
Leonís, caballero del rey Lisuarte, 198.
— ciudad ó region, 9.
Leoneta, la infanta, hija del rey Lisuarte, 134.—Liberta á Amadís de la prision de Famongomadan, 148.
Leonorina, infanta, hija del emperador de Constantinopla, 236, 367.—Su entrevista con Esplandian por industria de la doncella Carmela, 491. — Casa con Esplandian, 554.
Libeo, sobrino del maestro Elisabat, acaudilla la gente de Grasinda en socorro de Amadís, 308. — Es tomado en la mar por el gigante Matroco, 413.
Libros, los de la infanta Melia, caen en poder de Urganda, 515.
Liconia, una de las ínsolas Landas, dejada en señorío al rey Arábigo, 394.
Licrea, villa pequeña en los estados del rey Arábigo, 391.
Lindoraque, hijo del gigante Cartada y sobrino de Arcalaus, muerto por Amadís, 146.
— hermano de Arcabona, muerto por Ambor y Talanque, 424.
Liota, hermana de la reina Calafia, la socorre en una batalla, 542.— Casa con Maneli el Mesurado, 556.
Liquedo, el conde, 198.
Listoran el Buen Justador, 172.
— el de la Torre Blanca, se despide de la corte del rey Lisuarte, 172, 198.—Le ayuda contra los siete reyes, 203, 271.—Aporta al puerto de Alfarin, 479.— Llega á Constantinopla, 516.
Lisuarte, rey de la Pequeña Bretaña, 4.—Distinto de
Lisuarte, rey de la Gran Bretaña, sucede á su hermano Falangris, 10.—Visita el reino de Escocia, *ibid.*—Envia

por su hija Oriana, 18.—Su aventura con tres caballeros, 60.—Hace cortes, 70, 73.—Preso á traicion por Arcalaus el Encantador, 81.—Es libertado por don Galaor, 84.—Convoca nuevas cortes, 90.—Se desaviene con Amadís, 263.—Manda un ejército contra don Galvánes, 304.—Trata de apoderarse de la insola Firme, 316.—Cae prisionero en manos de Arcabona la Encantadora, 395.—Es librado por Esplandian, 413.—Vuelve á su reino, 429.—Abdica en su hija Oriana y en Amadis, 468.—Acude al socorro de Constantinopla, cercada por los turcos, 543.—Muere en una batalla, 552.

Lisuarte, hijo de Esplandian, 560.

Luvaina, ciudad, 352.

Mabilia, hija de Languines, rey de Escocia, y hermana de Agrájes, 12, 18.—Doncella y confidenta de Oriana, *ibid.*

Macandon, hijo del rey Ganor, lleva á la corte del rey Lisuarte la espada y el tocado de las flores encantadas de su tio Apolidon, 143.—Es armado caballero por Amadís, 145.

Madaman el Envidioso, hermano de la doncella Desemejada, se combate con Bruneo de Bonamar, 165.—Es vencido y arrojado al mar, 166.

Madangian, 311.

— de la Puente de Plata, 255, 516.

Madanciel, 208.

Madancil el de la Fuente de la Plata, se despide de la corte del rey Lisuarte, 172, 203.

Madanfabul, el jayan de la Torre Bermeja, cuñado de Famongomadan, 133, 149.—Muerto por Beltenebros (Amadís), 150.

Madanil, hijo del duque de Borgoña, 109, 203, 516.

Madarque, el gigante bravo de la insola Triste, 186, 189.—Es vencido por Amadís, 190.

Madasima, hija de Famongomadan el jayan, y señora de Gantasi, 60, 78, 133.

— hija de Madanfabul, casa con don Galvánes, 188.

— madre del gigante Balan, 383.

Maganil, caballero romano, acepta con sus dos hermanos la batalla de don Grumedan, 261.—Es vencido por este, 265.

Malaventurada, floresta, 77.

Maneli el Mesurado, hijo del rey Cildadan y de la doncella Solisa, 154, 359, 364.—Sale en busca de aventuras, 435.—Su encuentro con un oso, 438.—Se combate con Frandalo y le vence, *ibid.*—Se presenta al emperador de Constantinopla, 446.—Es enviado al socorro de la montaña Defendida, 448.—Sale en busca de Urganda, 523.—Su aventura cerca de la fuente Aventurosa, 524.—Casa con Liota, hermana de la reina Calafia, 556.

Manelio de Suecia, 516.

Maratros de Lisando, cohermano de don Florestan, 200.

Mares, rey de Cornualla, 24, 377.

Marlote de Irlanda, 24.

Matalesa, la doncella Desemejada, se presenta al rey Lisuarte como embajadora de Madasima, 159.—Roba la espada de Amadís, 160.—Se da muerte, 166.

Matroco, hijo de Arcabona, 414.—Es vencido por Esplandian, 415.—Muere, 417.

Mazortino, soldan de Halapa, 538, 544.

Media, rey de, 474, 558.

Melia, la infanta, grande encantadora, 503.—Hecha prisionera por Esplandian, 510.—Llevada á Constantinopla, 516.—Hace un encanto y toma prisionera á Urganda, 521.

Melicia, hija de Perion y de Elisena, 9.—Entra en la cámara de los fieles amadores, 362.—Casa con don Bruneo, 363.

Menoresa, reina y señora de la insola Gadabasta, 239, 254, 367.—Dama de honor de Leonorina, infanta de Constantinopla, 593.—Saca á Esplandian de la tumba de cristal, *ibid.*—Casa con don Norandel, 554.

Milon, escudero de Maneli el Mesurado, 441.

Miraflores, castillo de Oriana, 121.

Mongaza, insola de, 133, 156.—Tomada por don Galvánes y los caballeros de Amadís, 188.

Montaña Defendida, 133, 417.

Monte-Aldin, 81.—Castillo de Arcalaus el Encantador, 211.

Morántes de Salvatierra, 187.

Morgaina, la hada, tiene encantado á su hermano el rey Artús de Bretaña, 560.

Mostrol, villa de Gaula, 191.

Nasciano, ermitaño, 196.—Toma á su cargo la crianza de Esplandian, 197.—Visítale el rey Lisuarte, 221.—Ajusta paces entre este y Amadis, 329.

Nicoran el de la Puente Medrosa, justa con Amadís y es vencido, 138, 149, 198.—Es muerto por los turcos en el sitio de Constantinopla, 552.

Nolfon, mayordomo de Madasima, 382.

Norandel, hijo natural del rey Lisuarte y de la infanta Celinda, 19.—Es armado caballero por su padre sin conocerle, *ibid.*—Hace sus primeras armas en la insola de Mongaza, 199.—Vuelve á la corte de su padre, 301.—Su encuentro con Esplandian, 451.—Sale en busca de aventuras.—Se enamora de la reina Menoresa.—Es enviado á Constantinopla por Esplandian, 526.—Se combate con la reina Calafia, 542.—Casa con la reina Menoresa, 556.—Es hecho rey de la montaña Defendida, *ibid.*

Olinda la Mesurada, hija del rey de Nuruega, amiga de Agrájes, 24, 40.—Prueba el tocado encantado de Apolidon, 145, 259.—Penetra en la cámara de los fieles amadores, 362.—Casa con don Agrájes, 363.

Olivas, caballero de la Gran Bretaña, 43.—Se combate con el duque de Bristoya, 90, 150, 198.

Orfeo, repostero del rey Perion, 210.

Oriana, hija del rey Lisuarte, llamada la Sin-Par, 10.—Enojada escribe una carta á Amadis, 111.—Su desesperacion, 191.—Descubre en confesion á Nasciano el secreto del nacimiento de Esplandian, 224.—Su padre la promete en casamiento al emperador de Roma, 254.—Sácala Amadís del poder de los romanos, 272.—Penetra en la cámara encantada de Grimanesa, 363.—Casa con Amadís, *ibid.*

Orlandin (Urlandin), hijo del conde de Irlanda, 176, 268, 271.

Osinan de Borgoña, 187.

Palínques, mata á Antebon, 64.—Es muerto por don Galaor, *ibid.*

Palomir, hermano de Dragonís, caballero de la corte del rey Lisuarte, 145, 149, 198, 361.—Desembarca en Alfarin, 479.—Llega á Constantinopla en la comitiva de Urganda, 516.—Muere en batalla sobre Constantinopla, 552.

Parmineo, conde de Selandia, 560.

— el Aleman, hijo de don Galaor, 560.

Patin (El), hermano de Sidon, emperador de Roma, vencido por Amadís, 115.—Pretende la mano de Oriana, sucede á su hermano en el imperio, 216.—Sus guerras con Tafinor, rey de Bohemia, 305.—Socorre á Lisuarte en su guerra con Amadís, 308.—Es muerto por este en batalla, 323.

Penatrio de España, acude á la defensa de Constantinopla, 516.

Peña de la Doncella Encantadora, 382.—Aventura de Amadís en ella, 383.—Es visitada de Esplandian, 404.

— de Galtáres, señorío de Gandalac el gigante, 370.

— Pobre, insola de la, residencia de Andalod el ermitaño, 119.

— Tajada, 408.

Perion, hijo de Amadís y de Oriana, 560.

— hijo de don Galaor y de la reina Briolanja, armado caballero por Esplandian, 558.

— de Gaula, 1.—Libertado por su hijo Amadís, 13.—Llega á la insola Firme en socorro de su hijo Amadís, 306.—Toma el mando de la vanguardia, 311.—Hállase en el socorro de Constantinopla, 543.—Es muerto por los turcos, 552.

Piñorantes, caballero del rey Lisuarte, 149.

Pinores, sobrino de Angriote de Estravaus, se despide de la corte del rey Lisuarte, 171, 268.

Poligez, villa de Escocia, 121.

Puerta Aquileña, en Constantinopla, 533, 542.

— del Pozo, en Constantinopla, 533.

— del Dragon, en Constantinopla, 533.—Por qué la llamaron así, *ibid.*

Puerto de la Vega, 148.

QUINORANTE, caballero del rey Lisuarte, 172.

RADIARO, soldan de Liquia, envia á desafiar á Esplandian, 533.—Se combate con él y es vencido, 548.
ROMANÍA, ínsolas de, 305.

SABENCIA SOBRE SABENCIA, doncella de Urganda la Desconocida, 153
SADAMON, enviado por Amadís al rey Lisuarte, 184 —Confíale este el despojo de la flota de los romanos, 274.—Es puesto á las órdenes de don Brian de Monjaste, 311.
SADIAN, caudillo de las guardias del rey Tafinor, 216.
SADIANA, villa marítima de Grecia, 224.
SADURA, hermana del rey Perion, esposa de Grasujis, rey de la profunda Alemaña, 184.
SALERNO, obispo de, 380
SALUDER, el conde, hermano de Grasinda, 234.
SALUSTANQUIDIO, príncipe de Calabria, primo del emperador de Roma, el Patin, 217.—Lleva al rey Lisuarte una embajada de su señor, 227.—Acepta la demanda contra el caballero Griego y Grasinda, 257 —Se combate con aquel y es vencido, 260.—Es muerto en la batalla naval por Agrájes, 272.
SAMASANA, nombre dado á la ciudad de Tesifante (Tesiphon) en Turquía, 506.
SANGUIN, montaña, 130.
SANSUEÑA, reino de, 89.
SARDAMAN EL VALIENTE, muerto por don Galaor en la batalla de los siete reyes, 208.
SARDAMIRA, reina de Cerdeña, amada de Patin, 115, 227.
SARDANAN, hermano de Angriote de Estravaus, 263.
SARMADAN EL LEON, tio del rey Cildadan, muerto por Beltenebros (Amadís) en la batalla de los Gigantes, 150.
SARGIL, hermano de Nasciano el ermitaño, toma por encargo de este la crianza de Esplandian, 197, 222.
— collazo de Esplandian, hijo de otro Sargil, 223, 256.
SARQUÍLES, sobrino de Angriote de Estravaus, 177, 198, 268, 516.
SEGURÁDES, caballero de la corte del rey Artur, 377.
SELANDIA, conde de, 97.
SEROLIS, reino de, 58, 99.
SEROLOIS EL FLAMENCO, conde de Clara, 76.
SERPIENTE, fusta de la Gran, embarcacion de Urganda la Desconocida, 360. Enviada á la ínsola Firme en busca de Esplandian, 404. A la montaña Defendida, 429.
SIDON, emperador de Roma, 115.
SILVESTRE DE HUNGRÍA, acude al socorro de Constantinopla, 516.
SISIAN, prior de un monasterio fundado por Amadís en la ínsola Firme, 175.
SIUDAN (El), emperador de Roma, 106, 227.
SOBRADISA, reino lindando con el de Serolis, 58, 99.
SOLINAN, caballero del rey Lisuarte, 88.
SOLISA, doncella de Urganda la Desconocida, 154, 558.
SUECIA, duque de, mata á traicion al rey de Dacia, su suegro, y le ocupa el reino, 351.—Es vencido y preso por Angriote, 354.—Muere enforcado, 355.

TAFINOR, rey de Bohemia, 216.—Socorre á Amadís, 305.
TAGÁDES, montaña y villa de la Gran Bretaña, 254.
TALANCIA, arzobispo de, lleva una embajada del emperador de Roma al rey Lisuarte, 227. — Preso por los de Amadís, 271.
TALANDIA, villa de Turquía, 483.
TALANQUE, hijo de don Galaor y de Julianda, 154, 359, 364 —Armado caballero por Esplandian, pelea con Lindoraque, 424 — Se encuentra con Esplandian, 425. — Llega á Artimata, 426.—Socorre al rey Adroin, 427. — Sale en busca de Urganda, 523. — Su aventura en la fuente Aventurosa, 524. — Casa con Calafia, reina de la ínsola California, 555.
TANTÁLES, EL ORGULLOSO, sirve á las órdenes de Galvánes en la empresa de la ínsola de Mongaza, 198. — Sale en busca de aventuras, 479, 516.
TANTÁLIS Ó TANTÍLES DE SOBRADISA, mayordomo y gobernador del reino de Sobradisa, se despide de la corte del rey Lisuarte, 171. — Sale con tropas en auxilio de Amadís, 305. — En busca de aventuras, 474.
TARGADAN, rey, 206.
TARIN, hijo de Gandandel, se combate con Angriote de Estravaus, y es vencido y muerto, 183.
TARTARIO, almirante del Emperador, 507.—Sale con flota á mantener las conquistas hechas sobre los turcos, *ibid.*
— sobrino del Almirante, desierta de la flota y se hace corsario, 525. — Descubre la armada de los contrarios, *ibid.*
TASIAN, caballero del rey Lisuarte, 198.
TASILANA, villa del rey Lisuarte, 176.
TESIFANTE, ciudad de Turquía, 476.
TELOIS (ó Selois) EL FLAMENCO, 40.
TENEDON, puerto de, junto á Troya, 523.
TIERRA-FIRME, 224.
TORIN, castillo de, 94.
TORRE (La) BERMEJA, ínsola de, 133, 368.
— (La) DE LA RIBERA, 386.
TRANQUE, marqués de, padre de don Bruneo de Bonamar, 366.
TRANSÍLES EL ORGULLOSO, se despide de la corte del rey Lisuarte, 172.
TRIMOLA, ciudad de Grecia, 437.
TRION, primo de Abiseos, saltea la nao de la reina Briolanja, 295.— Es vencido y preso por don Cuadragante, 296.—Es perdonado de Briolanja, 307.—Sale en busca de aventuras, 479.—Se halla en la toma de Galacia, 505. —Es muerto en el asalto de Constantinopla por los turcos, 542.
TRISTAN DE LEONÍS, libro de, citado, 377.

UNGAN EL PICARDO, clérigo, 6.
URGANDA LA DESCONOCIDA, 7. — Da una lanza al Doncel del Mar, 13.—Escribe al rey Lisuarte, 147.—A Galaor, *ibid.* — Dueña de la ínsola No-fallada, 203. — Escribe al rey Lisuarte acerca de Esplandian, 222.—Asiste á las bodas de Amadís y hace nuevas profecías, 360, 399. — Envia un mensaje y unas armas á Esplandian, 428.—Es socorrida por Garinto y Maneli, 435.—Devuelve al emperador de Constantinopla su hijo robado, 437. — Visita á Esplandian, 508. — Va á Constantinopla, 510 — Es presa por Melia y encantada en una torre, 521. — Recobra su libertad, 556.—Deja encantados á los príncipes, 559.
URLANDIN, hijo del conde de Urlanda. (Véase ORLANDIN.)
UTER-PADRAGON, rey de la Gran Bretaña y padre de Artur, 377.

VADAMIGAR, caballero del rey Cildadan, muerto por Amadís, 150.
VALDERIN, castillo de Arcalaus el Encantador, 47, 390.
VALLADOS, marqués de Troque, 109.
— hijo de don Bruneo de Bonamar, 560.
VALLE DEL REY, batalla de, 483.
VALTIERRA, 186.
VANAIN DE NURUEGA, rey de dicha isla, 24.
VEGIL, puerto de la Gran Bretaña, 121.
VINDILISORA (Windsor), isla y ciudad de, 25, 41

ZAMANDO, puerto de la Gran Bretaña, 240.

FIN DEL ÍNDICE DE NOMBRES PROPIOS Y MATERIAS.

TABLA DE MATERIAS.

Pág.

PRÓLOGO. I
DISCURSO PRELIMINAR.. III
CATÁLOGO RAZONADO de los libros de caballerías que hay en lengua castellana ó portuguesa, hasta el año de 1800. LXIII

AMADÍS DE GAULA.

PRÓLOGO. XCI
LIBRO PRIMERO.—INTRODUCCION. 1
CAPÍTULO PRIMERO.— Cómo la infanta Elísena é su doncella Darioleta fueron á la cámara donde el rey Perion estaba. 3
CAP. II.—Cómo el rey Perion se iba por el camino con su escudero, con corazon mas acompañado de tristeza que de alegría.. 5
CAP. III.—Cómo el rey Languínes llevó consigo el Doncel del Mar é á Gandalin, fijo de don Gandáles. 8
CAP. IV.—Cómo el rey Lisuarte navegó por la mar é aportó al reino de Escocia, donde con mucha honra fué recibido. 10
CAP. V.—Cómo Urganda la Desconocida trajo una lanza al Doncel del Mar. 13
CAP. VI.—Cómo el Doncel del Mar se combatió con los peones del caballero que Galpano se llamaba, é despues con sus hermanos del señor del castillo é con el mismo señor.. 15
CAP. VII.—Cómo al tercero dia que el Doncel del Mar se partió de la corte del rey Languínes vinieron aquellos tres caballeros que traian un caballero en unas andas é á su mujer alevosa.. 17
CAP. VIII.—Cómo el rey Lisuarte envió por su hija á casa del rey Languínes, y él gela envió con su fija Mabilia, acompañadas de caballeros é dueñas é doncellas. 18
CAP. IX.—Cómo el Doncel del Mar fizo batalla con el rey Abíes sobre la guerra que tenia con el rey Perion de Gaula.. 21
CAP. X.—Cómo el Doncel del Mar fué conocido por el rey Perion, su padre, é por su madre Elísena. 23
CAP. XI.—Cómo el Gigante llevó á armar caballero á Galaor por la mano del rey Lisuarte, el cual le armó caballero muy honradamente Amadís.. 25
CAP. XII.—De cómo Galaor se combatió con el gran gigante señor de la peña de Galtáres, é lo venció é mató. . 28
CAP. XIII.—De cómo Amadís se partió de Urganda la Desconocida, é llegó á una fortaleza, é de lo que en ella le avino.. 31
CAP. XIV.—Cómo el rey Lisuarte hizo sepultar á Dardan é á su amiga, é fizo poner en su sepultura letras que decian la manera como eran muertos. 35
CAP. XV.—Cómo Amadís se dió á conocer al rey Lisuarte é á los grandes de su corte, é fué de todos muy bien recebido.. 38
CAP. XVI.—En que trata lo que á Agrájes avino despues que vino de la guerra de Gaula, é algunas cosas de las que hizo. 40

Pág.

CAP. XVII.—Cómo Amadís era muy bienquisto en casa del rey Lisuarte, é de las nuevas que supo de su hermano Galaor.. 44
CAP. XVIII.—De cómo Amadís se combatió con Angriote é con su hermano, los cuales guardaban un paso de un valle, en que defendian que ninguno tenia mas hermosa amiga que Angriote. 46
CAP. XIX.—De cómo Amadís fué encantado por Arcalaus porque él quiso sacar de prision á la dueña Grindalaya é á otros, é cómo escapó de los encantamentos que Arcalaus le habia hecho. 50
CAP. XX.—Cómo Arcalaus llevó nuevas á la corte del rey Lisuarte cómo Amadís era muerto, é de los grandes llantos que en toda la corte por él se ficieron, en especial Oriana. 52
CAP. XXI.—Cómo don Galaor llegó á un monesterio muy llagado, y estuvo allí quince dias, en fin de los cuales fué sano; é lo que despues le sucedió.. 54
CAP. XXII.—De cómo Amadís se partió del castillo de la dueña, é de lo que le sucedió en el camino. 58
CAP. XXIII.—Cómo el rey Lisuarte, saliendo á caza, como otras veces solia, vió venir por el camino tres caballeros armados, é de lo que con ellos le acaesció. . . . 60
CAP. XXIV.—De cómo Amadís é Galaor é Balais se deliberaron partir para el rey Lisuarte, y de las aventuras que ende les avinieron.. 62
CAP. XXV.—Cómo Galaor fué á vengar la muerte del caballero que habian hallado malamente muerto al árbol de la encrucijada. 64
CAP. XXVI.—Cómo recuenta lo que le acaesció á Amadís yendo en recuesta de la doncella que el caballero maltratada llevaba. 65
CAP. XXVII.—Cómo Amadís se combatió con el caballero que la doncella habia hurtado estando durmiendo. . . 67
CAP. XXVIII.—De lo que acaeció á Balais, que iba en busca del caballero que habia hecho perder á don Galaor el caballo.. 69
CAP. XXIX.—Cómo el rey Lisuarte hizo cortes, é de lo que en ellas le avino. 70
CAP. XXX.—Cómo Amadís é Galaor é Balais se vinieron al palacio del rey Lisuarte, é de lo que despues les avino. 74
CAP. XXXI.—Cómo el rey Lisuarte fué á hacer cortes á la ciudad de Lóndres.. 73
CAP. XXXII.—Cómo el rey Lisuarte, estando ayuntadas las cortes, quiso saber su consejo de los caballeros de lo que hacer convenia. 75
CAP. XXXIII.—Cómo estando el rey Lisuarte en gran placer, se humilló ante él una doncella cubierta de luto á pedirle merced tal, que fué por él otorgada. 77
CAP. XXXIV.—En que demuestra la perdicion del rey Lisuarte é de todos sus acaecimientos á causa de sus promesas, que eran ilícitas.. 80
CAP. XXXV.—Cómo Amadís é Galaor supieron la traicion

Pág.

hecha, é se deliberaron de procurar, si pudiesen, la libertad del rey é de Oriana. 82
CAP. XXXVI. — Cómo don Galaor libertó al rey Lisuarte de la prision en que traidoramente lo llevaban. 84
CAP. XXXVII. — De cómo vino la nueva á la Reina que era preso el rey Lisuarte, é de cómo Barsinan ejecutaba su traicion, queriendo ser rey, é al fin fué perdido, y el Rey restituido en su reino. 86
CAP. XXXVIII. — De cómo Amadís vino en socorro de la cibdad de Lóndres é de lo que sobre ello fizo. 87
CAP. XXXIX. — De cómo el rey Lisuarte tovo cortes, que duraron doce dias, en que se ficieron grandes fiestas de muchos grandes que allí vinieron, así damas como caballeros, de los cuales quedaron allí muchos algunos dias. 89
CAP. XL. — De cómo Amadís se partió de la corte para ir á hacer la batalla con Abiseos y sus dos fijos, como lo prometiera en el castillo de Grovenesa á la fermosa niña Briolanja, en venganza de la muerte del Rey su padre, é llevó con él á Galaor, su hermano, é á Agrájes. . . 92
CAP. XLI. — Cómo don Galaor anduvo con la doncella en busca del caballero que los habia derribado, fasta tanto que se combatió con él. 94
CAP. XLII. — Que recuenta de don Florestan cómo era hijo del rey Perion, y en qué manera habido en una doncella muy fermosa, hija del conde de Selandia. 97
CAP. XLIII. — De cómo don Galaor é Florestan, yendo su camino para el reino de Sobradisa, encontraron tres doncellas á la fuente de los Olmos. 103

LIBRO SEGUNDO. — INTRODUCCION. 106
CAPÍTULO PRIMERO. — Cómo Amadís con sus hermanos é Agrájes, su primo, se partieron adonde el rey Lisuarte estaba, é cómo les fué aventura de ir á la ínsola Firme encantada á probar las aventuras, é lo que allí les acaesció. 108
CAP. II. — De cómo Durin se partió con la carta de Oriana para Amadís; é vista de Amadís la carta, dejó todo lo que tenia emprendido, é se fué con una desesperacion á una selva ascondidamente. 111
CAP. III. — De cómo Gandalin é Durin fueron tras Amadís en rastro del camino que habia llevado, é llevaronle las armas que habia dejado, é de cómo le fallaron; é se combatió con un caballero é le venció. 113
CAP. IV. — Que recuenta quién era el caballero vencido de Amadís, é de las cosas que le habian ante acaescido que fuese vencido por Amadís. 115
CAP. V. — Cómo don Galaor é Florestan é Agrájes se fueron en busca de Amadís, é de cómo Amadís, dejadas las armas é mudando el nombre, se retrajo con un buen viejo en un ermita á la vida solitaria. 116
CAP. VI. — De cómo Durin tornó á su señora con la respuesta del mensaje que habia traido para Amadís, y del llanto que ella fizo viendo la nueva. 120
CAP. VII. — De cómo Guilan el cuidador tomó el escudo é las armas de Amadís, que falló á la fuente de la Vega sin guarda ninguna, é las trajo á la corte del rey Lisuarte. 121
CAP. VIII. — Que recuenta en qué manera, estando Beltenebros en la peña Pobre, arribó allí una nao en que venia Corisanda en busca de su amante Florestan, é de las cosas que pasaron, é de lo que recontó en la corte del rey Lisuarte. 124
CAP. IX. — De cómo la doncella de Denamarca fué en busca de Amadís, é acaso de ventura, despues de mucho trabajo, aportó en la peña Pobre, donde estaba Amadís, que se llamaba Beltenebros. 126
CAP. X. — De cómo don Galaor é Florestan é Agrájes se partieron de la ínsola Firme en busca de Amadís, y de cómo anduvieron gran tiempo sin poder haber rastro dél, é así se vinieron con todo desconsuelo á la corte do el rey Lisuarte estaba. 128
CAP. XI. — De cómo estando el rey Lisuarte sobre tabla entró un caballero extraño, armado de todas armas, y desafió al Rey é á toda su corte, é de lo que á Florestan pasó con él, é de cómo Oriana fué consolada é Amadís fallado. 133

Pág.

CAP. XII. — De cómo Beltenebros mandó hacer armas é todo aparejo para ir á ver á su señora Oriana, é de las aventuras que le acaescieron en el camino. 136
CAP. XIII. — De cómo Beltenebros, acabadas las dichas aventuras, se fué para la fuente de los Tres Caños, de donde concertó la ida para Miraflores, donde su señora Oriana estaba; y de cómo un caballero extraño trajo unas joyas de prueba de leales amadores á la corte del Rey; é Amadís concertó con su señora Oriana que ambos fuesen desconocidos á las probar. 141
CAP. XIV. — De cómo Beltenebros é Oriana enviaron la doncella de Denamarca para saber la respuesta de la corte, que del seguro habian enviado á demandar al Rey, é de cómo fueron á la prueba. 144
CAP. XV. — De cómo Beltenebros vino en Miraflores y estovo con su señora Oriana, despues de la vitoria de la espada é tocado, é de allí se fué para la batalla que estaba aplazada con el rey Cildadan, y de lo que en ella acaeció. 148
CAP. XVI. — De cómo el rey Cildadan é don Galaor fueron llevados para curar, é fueron puestos el uno en una fuerte torre de mar cercada, y el otro en un vergel de altas paredes y de verjas de hierro adornado, donde cada uno dellos, en sí tornado, pensó de estar en prision, no sabiendo por quién allí eran traidos, é de lo que más les avino. 152
CAP. XVII. — Cómo el Rey vió venir una extrañeza de fuegos por el mar, é de lo que le avino con ella. 156
CAP. XVIII. — De la batalla muy peligrosa que hobo Amadís con Ardan Canileo, y cuenta la razon por qué se hizo la dicha batalla, é cómo se aplazó ante él rey Lisuarte é la Reina entre Amadís é una doncella giganta que vino á la corte por parte de la giganta Gromadaza é de Madasima é de Ardan Canileo, é del fin que hubo la dicha batalla. 159
CAP. XIX. — Cómo se lizo la batalla entre don Bruneo de Bonamar é Madaman el envidioso, hermano de la doncella desemejada, y del levantamiento que ficieron con envidia á estos caballeros amigos de Amadís, por lo cual Amadís se despidió de la corte é del rey Lisuarte. . . 165
CAP. XX. — De cómo Amadís se despidió del rey Lisuarte, é con él otros diez caballeros, parientes é amigos de Amadís, los mejores é más esforzados de toda la corte, é siguieron su vía para la ínsola Firme, donde Briolanja probaba las aventuras de los firmes amadores é de la cámara Defendida; é de cómo determinaron de librar del poder del Rey á Madasima é á sus doncellas. . . 171
CAP. XXI. — Cómo Oriana se falló en gran cuita por la despedida de Amadís y de los otros caballeros, é más de fallarse preñada, y de cómo doce de los caballeros que con Amadís en la ínsola Firme estaban, vinieron á defender á Madasima é á las otras doncellas que con ella estaban, puestas en condicion de muerte, sin haber justa razon por qué morir debiesen. 176

LIBRO TERCERO. — INTRODUCCION. 182
CAPÍTULO PRIMERO. — Cómo el caballero Gendil de Ganota, que traia el desafío, llegó á hacer su debido oficio, aunque á él de todo mucho le pesaba, y la respuesta y desafío que por los caballeros fué mandado al Rey. . 184
CAP. II. — Cómo navegaron hasta llegar á la ínsula de Mongaza, y la vitoria que hubieron en tomar el castillo del Lago Ferviente, en el cual fué entregada la muy fermosa Madasima y sus valedores. 187
CAP. III. — De cómo Amadís preguntó á su amo don Gandales nuevas de las cosas que pasó en la corte, y de allí se partieron él y sus compañeros para Gaula, y de las cosas que les avino de aventuras en una isla que arribaron, donde defendieron del peligro de la muerte á don Galaor, su hermano de Amadís, é al rey Cildadan del poder del gigante Madarque. 188
CAP. IV. — Cómo el rey Cildadan é don Galaor, yendo su camino para la corte del rey Lisuarte, encontraron una dueña que traia un hermoso dosel acompañado de doce caballeros, é fueles rogado por la dueña que suplicasen al Rey que lo armase caballero, lo cual fué

Pág.

hecho, y despues el mesmo Rey conoció ser su hijo. . 193
Cap. v.—En que se reçuenta la cruda batalla que hobo entre el rey Lisuarte ó su gente con don Galvánes y sus compañeros; y de la liberalidad y grandeza que fizo el Rey despues del vençimiento, dando la tierra á don Galvánes é á Madasima, quedando por sus vasallos en tanto que en ella habitasen. 198
Cap. vi.—Que reçuenta cómo Amadís é don Bruneo quedaron en Gaula, y don Bruneo estaba muy contento é Amadís triste. Y cómo se acordó de apartar don Bruneo de Amadís, yendo á buscar aventuras, é Amadís é su padre el rey Perion é Florestan acordaron de venir á socorrer al rey Lisuarte. 201
Cap. vii.—Cómo los caballeros de las armas de las sierpes embarcaron para su reino de Gaula, é la fortuna los echó donde por engaño fueron puestos en gran peligro de la vida, en poder de Arcalaus el encantador; y de cómo delibrados de allí, embarcaron, tornando su viaje, é don Galaor é Norandel vinieron acaso el mesmo camino, buscando aventuras, y de lo que les acaeció. . 209
Cap. viii.—Aquí reçuenta de Esplandian cómo estaba en compañía de Nasciano el ermitaño, é de cómo Amadís, su padre, se fué á buscar aventuras, mudado el nombre en el caballero de la Verde Espada, é de las grandes venturas que hobo. 215
Cap. ix.—Cómo el rey Lisuarte salió á caza con la Reina é sus fijas, acompañado bien de caballeros, y se fué á la montaña donde tenia la ermita aquel santo hombre Nasciano, donde halló un muy apuesto doncel con una extraña aventura, el cual era hijo de Oriana y de Amadís, é fué por él muy bien tratado sin conocerle. 221
Cap. x.—De cómo el caballero de la Verde Espada, despues que se partió del rey Tafinor de Bohemia para las ínsolas de Romanía, vió venir una muchedumbre de compañía, donde venia Grasinda é un caballero suyo, llamado Brandasidel, é quiso por fuerza hacer al caballero de la Verde Espada venir ante su señora Grasinda, é de cómo se combatió con él é lo venció. 224
Cap. xi.—De cómo el caballero de la Verde Espada, despues de partido de Grasinda para ir á Constantinopla, le forzó fortuna en el mar, de tal manera, que le arribó en la ínsola del Diablo, donde halló una bestia fiera, llamada Endriago. 227
Cap. xii.—De cómo el caballero de la Verde Espada escribió al emperador de Constantinopla, cuya era aquella ínsola, cómo habia muerto aquella fiera bestia, y de la falta que tenia de bastimentos; lo cual el Emperador proveyó con mucha diligencia, é al caballero pagó con mucha honra é amor la honra é servicio que le habia hecho en le delibrar aquella ínsola, que perdida tenia tanto tiempo habia. 253
Cap. xiii.—Cómo el caballero de la Verde Espada se partió de Constantinopla para complir la promesa por él fecha á la muy fermosa Grasinda, é cómo estando determinado de partir con esta señora á la Gran Bretaña por complir su mandado, ácaesció, andando á caza, que halló á don Bruneo de Bonamar malamente ferido; é tambien cuenta la aventura con que Angriote de Estravaus se topó con ellos y se vinieron juntos á casa de la fermosa Grasinda. 240
Cap. xiv.—Cómo llegaron á la alta Bretaña la reina Sardamira con los otros embajadores que el emperador de Roma enviaba para que le llevasen á Oriana, fija del rey Lisuarte, y de lo que les acaeció en una floresta donde se salieron á recrear con un caballero andante que los embajadores maltrataron de lengua, y el pago que les dió de las desmesuras que le dijeron. . . . 246
Cap. xv.—Cómo la reina Sardamira envió su mensaje á don Florestan, rogándole, pues que habia vencido los caballeros, poniéndolos mal parados, que quisiese ser su guardador fasta el castillo de Miraflores, donde ella iba á fablar con Oriana, y de lo que allí pasaron. . . 250
Cap. xvi.—Cómo el caballero de la Verde Espada, que despues llamaron el caballero Griego, é don Bruneo de Bonamar é Angriote de Estravaus se vinieron juntos por el mar, acompañando aquella muy fermosa Grasinda, que venia á la corte del rey Lisuarte, el cual estaba delibrado de enviar á su fija Oriana al emperador de Roma por mujer, é de las cosas que pasaron, declarando su demanda. 254
Cap. xvii.—De cómo el caballero Griego é sus compañeros sacaron del mar á Grasinda, y la llevaron con su compaña á la plaza de los batallas, donde su caballero habia de defender su partido, compliendo su demanda. 259
Cap. xviii.—Cómo el rey Lisuarte envió por Oriana para la entregar á los romanos, é de lo que le acaesció con un caballero de la ínsola Firme, y de la batalla que pasó entre don Grumedan é los compañeros del caballero Griego contra los tres romanos desafiadores; y de cómo, despues de ser vencidos los romanos, se fueron á la ínsola Firme los compañeros del caballero Griego, y de lo que allí ficieron. 262
Cap. xix.—Cómo el rey Lisuarte entregó su fija muy contra su gana, é del socorro que Amadís con todos los otros caballeros de la ínsola Firme hicieron á la muy fermosa Oriana. 269

LIBRO CUARTO.—Capítulo primero.—Del grande duelo que fizo la reina Sardamira por la muerte del príncipe Salustanquidio. 273
Cap. ii.—Cómo con acuerdo é mandamiento de la princesa Oriana aquellos caballeros la llevaron á la ínsola Firme. 274
Cap. iii.—Cómo la infanta Grasinda, sabida la vitoria que Amadís hobiera, se atavió, acompañada de muchos caballeros é damas, para salir á recebir á Oriana. . . . 275
Cap. iv.—Cómo Amadís fizo juntar aquellos señores, y el razonamiento que les fizo, é lo que sobre ello acordaron. 277
Cap. v.—Cómo todos los caballeros fueron muy contentos de todo lo que don Cuadragante propuso. 278
Cap. vi.—Cómo todos los caballeros tenian mucha gana del servicio é honra de la princesa Oriana. 279
Cap. vii.—Cómo Amadís fabló con Grasinda, é lo que ella respondió. 281
Cap. viii.—Cómo Amadís envió otro mensajero á la reina Briolanja. 282
Cap. ix.—Cómo don Cuadragante habló con su sobrino Landin, é le dijo que fuese á Irlanda é fablase con la Reina, su sobrina, para que diese lugar á algunos de sus vasallos le viniesen á servir. 283
Cap. x.—Cómo Amadís envió al rey de Bohemia. . . . 284
Cap. xi.—De cómo Gandalin habló con Mabilia ó con Oriana, é lo que le mandaron que dijese á Amadís. . . . Id.
Cap. xii.—Cómo Amadís é Agrájes é todos aquellos caballeros de alta guisa que con él estaban fueron ver é consolar á Oriana é aquellas señoras que con ella estaban, é de las cosas que pasaron. 285
Cap. xiii.—Cómo llegó la nueva de este desbarato de los romanos é la tomada de Oriana al rey Lisuarte, é de lo que en ello fizo. 287
Cap. xiv.—De la carta que la princesa Oriana envió á la reina Brisena, su madre, desde la ínsola Firme, donde estaba. 289
Cap. xv.—De cómo el rey Lisuarte demandó consejo al rey Arban de Norgales é á don Grumedan é á Guilan el cuidador, é lo que ellos le respondieron. 292
Cap. xvi.—Cómo don Cuadragante é Brian de Monjaste con fortuna se perdieron en la mar; é cómo la ventura los fizo fallar á la reina Briolanja; é lo que con ella les acaeció. 294
Cap. xvii.—De la embajada que don Cuadragante é Brian de Monjaste trajeron del rey Lisuarte, é lo que todos los caballeros é señores que allí estaban acordaron sobre ello. 298
Cap. xviii.—Cómo el maestro Elisabat llegó á la tierra de Grasinda, é de allí pasó al emperador de Constantinopla con el mandado de Amadís, é de lo que con él recaudó. 299
Cap. xix.—Cómo Gandalin llegó en Gaula é fabló al rey Perion lo que su señor le mandó, é la respuesta que hobo. 301
Cap. xx.—Cómo Lasindo, escudero de don Bruneo de Bona-

Pág.

mar, llegó con el mandado de su señor al Marqués é á Branfil, é lo que con ellos fizo. 302
Cap. xxi.—De cómo Isanjo llegó con el mandado de Amadís al buen rey de Bohemia, y el gran recaudo que en él halló. . . . . id.
Cap. xxii.—De cómo Landin, sobrino de don Cuadragante, llegó en Irlanda, é de lo que con la Reina recaudó. 303
Cap. xxiii.—De cómo don Guilan el cuidador llegó en Roma con el mandado del rey Lisuarte, su señor, é de lo que fizo en su embajada con el emperador Patin. . . id.
Cap. xxiv.—Cómo Grasandor, hijo del rey de Bohemia, se encontró con Giontes, é lo que le avino con él. . . . 304
Cap. xxv.—Cómo el emperador de Roma llegó en la Gran Bretaña con su flota, é de lo que él y el rey Lisuarte ficieron.. 308
Cap. xxvi.—Cómo el rey Perion movió la gente del real contra sus enemigos, é cómo repartió las haces para la batalla.. 311
Cap. xxvii.—Cómo sabido por Arcalaus el encantador cómo estas gentes se aderezaban para pelear, envió á mas andar á llamar al rey Arábigo é sus compañas. . . . . id.
Cap. xxviii.—Cómo el emperador de Roma y el rey Lisuarte se iban con todas sus compañas contra la ínsola Firme á buscar sus enemigos.. 312
Cap. xxix.—Cómo da cuenta por qué causa este Gasquilan, rey de Suesa, envió á su escudero con la demanda que oido habédes á Amadís. 316
Cap. xxx.—Cómo sucedió en la segunda batalla á cada una de las partes, é por qué causa la batalla se partió.. . 320
Cap. xxxi.—Cómo el rey Lisuarte fizo llevar el cuerpo del emperador de Roma á un monesterio, é cómo habló con los romanos sobre aquel fecho en que estaba, é la respuesta que le dieron.. 323
Cap. xxxii.—Cómo, sabido por el santo ermitaño Nasciano, que á Esplandian el fermoso doncel crió, esta gran rotura destos reyes, se dispuso á los poner en paz, y de lo que en ello fizo.. 324
Cap. xxxiii.—De cómo el santo hombre Nasciano tornó con la respuesta del rey Perion al rey Lisuarte, é lo que se concertó. 330
Cap. xxxiv.—De cómo, sabida por el rey Arábigo la partida destas gentes, acordó de pelear con el rey Lisuarte.. . 331
Cap. xxxv.—De la batalla que el rey Lisuarte hobo con el rey Arábigo é sus compañas, é cómo fué el rey Lisuarte vencido é socorrido por Amadís de Gaula, aquel que nunca faltó de socorrer al menesteroso.. 333
Cap. xxxvi.—Cómo Amadís iba en socorro del rey Lisuarte, y lo que le conteció en el camino antes que á él llegase. 336
Cap. xxxvii.—Cómo el rey Lisuarte fizo juntar los reyes é grandes señores é otros muchos caballeros en el monasterio de Luvaina, que allí con él estaban, y les dijo los grandes servicios é honras que de Amadís de Gaula habia recibido, y el galardon que por ellos le dió. . . . 345
Cap. xxxviii.—Cómo el rey Lisuarte llegó á la villa de Vindilisora, donde la reina Brisena, su mujer, estaba, é cómo con ella é con su hija acordó de se volver á la ínsola Firme. 347
Cap. xxxix.—Cómo el rey Perion é sus compañas se tornaron á la ínsola Firme, é de lo que ficieron antes que el rey Lisuarte allí con ellos fuese. 348
Cap. xl.—Cómo don Bruneo de Bonamar é Angriote de Estravaus é Branfil fueron en Gaula por la reina Elísena é por don Galaor, é la ventura que les avino á la venida que volvieron. 350
Cap. xli.—De lo que conteció á don Bruneo de Bonamar é á Angriote de Estravaus é á Branfil en el socorro que iban á hacer á la reina de Dacia. 353
Cap. xlii.—Cómo el rey Lisuarte, é la reina Brisena, su mujer, é su hija Leonoreta vinieron á la ínsola Firme, é cómo aquellos señores y señoras los salieron á rescebir. 357
Cap. xliii.—Cómo Amadís fizo casar á su primo Dragonis con la infanta Estrelleta, y que fuese á ganar la Profunda Insola, donde fuese rey. 360
Cap. xliv.—Cómo los reyes se juntaron á dar órden en las

Pág.

bodas de aquellos grandes señores y señoras, é lo que en ello se fizo. 361
Cap. xlv.—De cómo Urganda la Desconocida juntó todos aquellos reyes é caballeros cuantos en la ínsola Firme estaban, é las grandes cosas que les dijo, pasadas é presentes é por venir, é cómo al cabo se partió. 363
Cap. xlvi.—Cómo Amadís se partió solo con la dueña que vino por la mar por vengar la muerte del caballero muerto que en el barco traia, y de lo que le avino en aquella demanda. 367
Cap. xlvii.—Cómo Amadís se iba con la dueña contra la ínsula del gigante llamado Balan, é fué en su compaña el caballero gobernador de la ínsola del Infante. . . 370
Cap. xlviii.—De cómo Darioleta hacia duelo por el gran peligro en que Amadís estaba.. 374
Cap. xlix.—Cómo estando Amadís en la ínsola de la Torre-Bermeja, sentado en unas peñas sobre la mar, hablando con Grasandor en las cosas de su señora Oriana, vió venir una fusta, de donde supo nuevas de la flota que era ida á Sansueña é á las ínsolas de Landas. 381
Cap. l.—De cómo Agrájes é don Cuadragante é don Bruneo de Bonamar, con otros muchos caballeros, vinieron á ver al gigante Balan, y de lo que con él pasaron. 391
Cap. li.—Aquí fabla de la respuesta que dió Agrájes al gigante Balan sobre la fabla que él fizo. 392
Cap. lii.—Cómo despues que el rey Lisuarte se tornó desde la ínsola Firme á su tierra, fué preso por encantamiento, y de lo que sobre ello acaeció.. 395

LAS SERGAS DE ESPLANDIAN.

Capítulo primero.—Que habla cómo Esplandian, despertado del dulce son de las trompetas, que dormir le hizo, se halló en la gran fusta de la Serpiente, al pié de la peña de la Doncella Encantadora, y lo que allí le aconteció. 403
Cap. ii.—De cómo Esplandian, leidas las letras del rétulo, tomó la vaina de la espada de la mano del leon, y acordó de salir, y de las graciosas razones que cerca de la ermita con Sargil platicó. 405
Cap. iii.—En que responde el autor que no es de maravillar de los maravillosos consejos y santa doctrina que deste caballero adelante se escribe que en su joventud tenia, por cuanto nuestro libre albedrío, siendo en la santa doctrina bien informado, como lo fué este caballero, es de mayor fuerza que los planetas. 406
Cap. iv.—De cómo, queriendo volverse á la nao, entraron en sendas barcas, guiadas por dos mudos, de los cuales, uno llevó á Sargil á la nao, y el otro guió con Esplandian por la mar adelante. . . . . id.
Cap. v.—De cómo Esplandian y el mudo aportaron en la ribera de una fuerte montaña, la cual era del señorío de Persia, y de las preguntas y razones que Esplandian con un ermitaño que halló allí pasó. . . . . id.
Cap. vi.—De cómo el caballero Negro, guiándose para la peña Tajada, entró en el fuerte castillo, donde por fuerza de armas mató tres caballeros gigantes, y libró al rey Lisuarte de la prision. 408
Cap. vii.—De cómo, siendo desatado el rey Lisuarte de la prision, luego aportó por la mar el gigante Matroco, que era el señor del castillo, con el cual convino al caballero Negro hacer armas, en que hubo la victoria. . . 413
Cap. viii.—De cómo el maestro Elisabat entró dentro en el castillo para curar del gigante Matroco, y de la gran angustia y pesar que el rey Lisuarte tenia por la ausencia del caballero Negro.. 416
Cap. ix.—En que la reina Arcabona recuenta al rey Lisuarte las grandes desdichas y estrago en que la cruel fortuna su estado y linaje habia puesto, y tambien confiesa ser ella la que por encantamiento lo habia captivado.. 417
Cap. x.—De cómo el gigante Matroco feneció sus dias, por cuya muerte con rabia la reina Arcabona acometió matar al rey Lisuarte, y luego con desesperacion se fué á lanzar por una ventana en la mar.. 418
Cap. xi.—De cómo mandó el rey Lisuarte guardar el cas-

Pág.

tillo, y sepultar los muertos, cada uno segun su merecimiento. 419

Cap. xii. — De cómo el maestro Elisabat fué á visitar el caballero Negro en la ermita donde estaba, al cual, haciéndole saber la embajada que por Grasinda al Marqués llevara en Constantinopla, le recuenta las cosas que dél y de otros con el Emperador, con la princesa Leonorina y la reina Menoresa habia platicado. . . 420

Cap. xiii. — De cómo la doncella Carmela se dió á conocer al Rey, y tomada licencia, se fué á ver al ermitaño su padre en la floresta, donde, habida noticia del caballero Negro, fué alterada por lo matar en la cama donde solo durmiendo estaba, y contemplando su hermosura, quedó de su amor captiva. 421

Cap. xiv. — Que la doncella Carmela llevó la espada del caballero encubiertamente al alcázar, por cuya pérdida el ermitaño y el mudo, cuando de la barca volvieron, grande sentimiento hácian. 423

Cap. xv. — De cómo el rey Lisuarte, informado por la doncella Carmela del caballero Negro dónde estaba, se partió solo con ella por lo ver, y en el medio camino, por nuevas de un apresurado mensajero, se metió por la floresta presuroso, por ver una cruda batalla, en que Lindoraque gigante y sus dos caballeros quedaron muertos por mano de dos caballeros extraños, á los cuales el Rey, conociendo ser Talanque y Ambor, sus naturales, los llevó con Carmela á la ermita, de donde á Esplandian, con sobrado placer, al alcázar llevaron, y confirmó la merced que á Carmela otorgada tenia. id.

Cap. xvi. — En que se trata por qué razon la historia hace tanta mencion desta doncella Carmela. 426

Cap. xvii. — En que Talanque, hijo de don Galaor, y Ambor de-Gadel, hijo de Angriote de Estravaus, cuentan al Rey sus muy venturosas hazañas que andando en busca de Esplandian, despues que por él fueron armados caballeros, les habian acaecido. . . . . id.

Cap. xviii. — En que el Rey mandó al maestro Elisabat que fielmente escribiese las historias de las hazañas destos caballeros. 427

Cap. xix. — De cómo, estando el rey Lisuarte deseoso de volver á su tierra, aportó en la ribera la fusta de la Gran Serpiente, á la cual, como el Rey y los caballeros decendieron, salió della una doncella que de Urganda embajada les traia, y presentó á Esplandian unas armas y caballo de apostura tan extraña, que sobremanera todos quedaron maravillados. . . . . id.

Cap. xx. — En que cuenta la razon por qué en las armas venia la devisa de coronas, y de cómo Esplandian recibió el presente, refiriendo con la persona las gracias, y de la apacible plática que allí pasaron. 428

Cap. xxi. — De cómo la doncella de Urganda, acabando de razonar todas las embajadas de su señora, dejó allí la fusta de la Serpiente para que el Rey y Esplandian volviesen á su tierra, y ella con la barca con los dos mudos se despidió. 429

Cap. xxii. — De cómo el rey Lisuarte, dejando guardas en la montaña, se partió para su tierra, y de la embajada que Esplandian con la doncella Carmela á Leonorina, hija del emperador de Constantinopla, envió. . . . id.

Cap. xxiii. — De cómo la Gran Serpiente, luego que el Rey con Esplandian y el Maestro entraron en ella, se movió por sí, y sin gobierno de marineros, y por sola la sabiduría de Urganda, los llevó á la ínsula Firme. . . 430

Cap. xxiv. — Del gran gozo y alegría que Amadís y Agrájes y los otros con la presencia del Rey y de Esplandian hubieron, y de cómo el Rey les cuenta las aventuras pasadas. . . . . id.

Cap. xxv. — De cómo yendo el rey Lisuarte con sus caballeros á Lóndres por ver la Reina, salieron de una floresta cuatro caballeros, acometiendo la justa con Esplandian. Y despues que Esplandian hubo dellos la vitoria, diéronse á conocer, que eran don Cendil de Ganota, y don Galvánes, y Angriote de Estravaus, y don Galaor. . . . . id.

Cap. xxvi. — De cómo don Galaor declaró al Rey la causa por qué á Esplandian convidaron á la justa, y habla del gran placer y alegría que la reina Brisena y los de su palacio con presencia del Rey y de Esplandian recibieron. 432

Cap. xxvii. — De cómo, sabidas las nuevas de la venida del Rey por su reino, convinieron de todas las partes sus naturales por le ver; y de cómo Esplandian, tomada la licencia, se partió para la ínsula Firme. 433

Cap. xxviii. — Cómo yéndose Esplandian por su camino para la ínsula Firme, un valiente caballero de aventura lo afrentó tan bravamente batallando, que ambos mas cerca de la muerte que de la vida quedaron, y conociéndose el aventurero por vencido, declaró ser su padre Amadís, y con grave dolor fueron traidos en el monasterio de Miraflores. . . . . id.

Cap. xxix. — Que Amadís no murió destas heridas, y de cómo declaró al Rey la causa por qué con tan cruda batalla á su hijo habia probado. 434

Cap. xxx. — De cómo el rey Garinto de Dacia y Maneli el Mesurado socorrieron á Urganda en la afrenta que los caballeros le hacian en la montaña, cuando al hijo del emperador de Roma traia. 435

Cap. xxxi. — De cómo Urganda, despedida de los dos caballeros noveles, y acompañada de dos fuertes dragones, se fué á llevar el Infante al emperador de Roma, y del gran placer que con ella hubieron. 436

Cap. xxxii. — En el cual, contando la historia de las extrañas aventuras que á estos noveles acaecieron, dice cómo en una montaña con un valiente oso lidiaron, y dende á la ribera se volviendo, hallaron su barca en las ondas casi perdida. 437

Cap. xxxiii. — De que estando esperando estos caballeros la aventura que de Dios les viniese, la tormenta de la mar echó allí á aquel valiente Frandalo, con su nave, en que á la doncella Carmela, embajadora de Esplandian, captiva traia, con el cual Maneli el Mesurado por librar á la doncella aceptó la batalla. 439

Cap. xxxiv. — De cómo Frandalo fué vencido en la batalla, y á merced de Maneli se rindió, y de cómo le ganaron la nave y libraron la doncella. 440

Cap. xxxv. — De cómo, esperando estos caballeros buen tiempo para navegar, y curándose de sus heridas, quisieron saber de la doncella quién era y las nuevas que sabia, y de lo que ella y un escudero respondieron. . 441

Cap. xxxvi. — De cómo, el tiempo sosegado, los caballeros, á ruego de la doncella, navegaron á Constantinopla, donde acompañando la doncella al palacio, entregaron á Frandalo en servicio al Emperador y á Leonorina, segurándole la vida. . . . . id.

Cap. xxxvii. — De cómo la doncella Carmela habló muy sábiamente, y dió su embajada y el anillo á la princesa Leonorina, la cual quiso que las muy altas y grandes proezas de Esplandian fuesen ante el Emperador contadas, de las cuales el Emperador quedando en gran manera muy alegre y maravillado, mandó que la promesa del padre Amadís absuelta no fuese hasta que la presencia del hijo ante sí viese. 443

Cap. xxxviii. — De cómo el Emperador, siendo por Leonorina de la prision de Frandalo certificado, quiso por todas maneras conocer aquellos noveles caballeros que tan alto servicio le habian hecho, mandando á ella que se recogiese y que Carmela fuese mucho honrada en el su palacio. 445

Cap. xxxix. — De cómo la hermosa Leonorina, oyendo las altas excelencias de Esplandian, fué de las flechas de Cupido tan herida, que retrayéndose en puridad con dulces lágrimas, dió paz á Carmela, en nombre de aquel para quien de su cabeza le dió una rica empresa, y la doncella con devisas de coronas vistióse de muy ricos paños. . . . . id.

Cap. xl. — Cómo el Emperador no quiso dar licencia á los caballeros noveles y á Carmela que se partiesen hasta que algunos dias con él holgasen. 446

Cap. xli. — Cómo, sabido por el Emperador que Armato, rey de Persia, tenia cercada la montaña Defendida, envió á Frandalo, ya de su mala secta convertido, y á los noveles caballeros á la socorrer, y cómo la doncella Car-

Pág.

mela se partió con ellos.. 447

Cap. xlii.—Cómo Esplandian, siendo sano de sus heridas, con licencia del rey Lisuarte y de Amadís, se partió del castillo de Miraflores para la ínsula Firme, donde salió su fusta, que antes allí dejado habia, y del razonamiento que con el maestro Elisabat allí hubo. . . 448

Cap. xliii.—Cómo Esplandian y el maestro Elisabat, partidos del puerto de la ínsula Firme para donde la fortuna los guiase, llegaron á una tierra muy desierta, donde Esplandian crudamente saliendo con dos muy espantosos y fieros gigantes, por fuerza de armas los venció, y sacó de hierros á Gandalin y á Lasindo y á otros muchos cristianos, que aquellos dos gigantes gran tiempo habia que en una temerosa cueva allí captivos los tenian.. . . . . id.

Cap. xliv.—De cómo Esplandian mandó á los presos que de la cueva habia librado que se presentasen delante el emperador de Constantinopla y de su hija Leonorina, excepto á Gandalin y á Lasindo, que acordó de los llevar consigo para donde él dejado habia su fusta. . . 451

Cap. xlv.—De cómo Esplandian, acompañado de Gandalin y Lasindo, volviéndose para la fusta de la Serpiente, encontró con Norandel, que venia á buscar al rey Lisuarte, su padre, el cual certificado por Esplandian cómo por él habia sido delibrado, se fueron todos con mucho placer á ver al maestro Elisabat á la gran fusta. id.

Cap. xlvi.—Cómo Norandel, sabidas por el maestro Elisabat las grandes hazañas de Esplandian, dispuso de siempre lo seguir, y cómo anduvieron cinco dias por la mar sin ver tierra, contando sus aventuras al maestro Elisabat para que las escribiese. 452

Cap. xlvii.—De cómo Esplandian, llegando al puerto de la isla de Santa María, guiado por el gran maestro Elisabat, que antes allí con Amadís habia estado, salió con los suyos por ver las maravillosas y muy grandes figuras de su padre Amadís de Gaula y del Endriago, y el lugar donde la cruel batalla habia habido, y del doloroso razonamiento que delante el vulto de su padre hizo. 455

Cap. xlviii.—En el cual Esplandian da muy justas causas al gran maestro Elisabat, por las cuales su padre Amadís dél pudo ser vencido. 454

Cap. xlix.—De cómo Esplandian y sus compañeros, salidos de la isla de Santa María, entraron victoriosamente en el puerto de la famosa ciudad de Constantinopla, y del demasiado placer y espanto que el Emperador y la infanta Leonorina, viendo venir la gran fusta de la Serpiente, hubieron. . . . . id.

Cap. l.—De cómo la gran fusta de la Serpiente, partida del puerto de Constantinopla, llegando cerca de la montaña Defendida, halló á Frandalo con toda su flota y los caballeros noveles como de Constantinopla habian partido, los cuales cuentan á Esplandian la prision de Frandalo y todas las otras aventuras que despues venido les habian. 455

Cap. li.—De cómo Carmela, no con poca discrecion, quiso que hasta la montaña Defendida Esplandian, su señor, della no supiese. 456

Cap. lii.—De cómo Frandalo, por consejo de Esplandian, se baptizó, como antes al Emperador lo habia prometido, tomando al mismo Esplandian y tambien á Norandel por sus padrinos.. . . . . id.

Cap. liii.—De la habla que el rey de Dacia con Esplandian hubo acerca de la doncella Carmela, y de las cosas que en Constantinopla vido. 457

Cap. liv.—Cómo la gran fusta de la Serpiente, y Frandalo con su flota, desbaratadas las naos de los enemigos, con maravillosa fuerza se juntaron al pié del alcázar de la montaña Defendida, y cómo Esplandian y Frandalo entraron ambos en la fortaleza. 458

Cap. lv.—En el cual, preguntado Talanque, cuenta á Esplandian y á Frandalo en qué manera los enemigos les entraron la montaña, y del esfuerzo que Esplandian á todos pone. 459

Cap. lvi.—Cómo Armato, rey de Persia, sabido el daño de su flota, acordó de ir á ver la gran fusta de la Serpiente, que lo habia hecho; y cómo, esforzando toda la gente para dar el combate, se volvió al real. 459

Cap. lvii.—De la cruel batalla que Esplandian y Frandalo hubieron con Armato, rey de Persia, por quien la montaña estaba cercada, en la cual batalla fué preso el Rey, y toda su gente desbaratada, y de las extrañas cosas que Esplandian y Frandalo allí hicieron. . . . 460

Cap. lviii.—De cómo los turcos quemaron á Frandalo su gran flota, y del enojo que Esplandian dello recibió. . 462

Cap. lix.—Cómo pasada aquella noche, curadas las heridas, los caballeros se fueron á comer, llevando consigo al Rey, y del acatamiento que Frandalo le hizo, dándole á conocer á Esplandian, y las grandes hazañas que hecho habia.. . . . . id.

Cap. lx. — Cómo Carmela, doncella prudente,
Cuenta la grande y alegre embajada
Al buen caballero, de su enamorada,
Hallándose el rey de Dacia presente;
Y cómo tendida y muy reluciente
Vieron la seña del Emperador
Venir por la mar, mostrando favor,
A punto guarnida, con sobra de gente. . . . 463

Cap. lxi.—Del gozoso recibimiento que Esplandian y Frandalo hicieron á Gastiles, sobrino del Emperador, que por su mandado con la gran flota en socorro de la montaña venia. 464

Cap. lxii. — Cómo, olvidando las pompas del suelo,
El rey Lisuarte, cargando en edad,
Acuerda que siga la su voluntad
Los triunfos y galas del reino del cielo;
Y cómo se parten, movidos con celo,
Los sus caballeros, de ver á sus tierras,
Despues de vencidas tantas de guerras,
Dél despedidos con mucho consuelo. . . . 466

Cap. lxiii.—Cómo el rey Lisuarte, partido para Lóndres, llamados todos los grandes de su reino, ordenó su testamento, dejando á Amadís y á Oriana, su hija, por herederos de su reino. 467

Cap. lxiv. — Cómo, dejada la pompa mundana,
Lisuarte y Brisena, devotas personas,
Quitando de sí las reales coronas,
Las dan á Amadís y á la infanta Oriana;
Y cómo, escogiendo la vida mas sana,
A Miraflores se van á retraer,
Do la vida monástica quieren hacer,
Dejando la otra del mundo, profana. 468

Cap. lxv.—Cómo los principales del reino de Bretaña juraron á Amadís por su rey.. 469

Cap. lxvi.—De las mercedes que el rey Amadís hizo á los caballeros de quien el rey Lisuarte cargo tenia. . . . id.

Cap. lxvii.—De cómo la reina Oriana parió, y de las fiestas que los del reino por ello hicieron.. . . . . id.

Cap. lxviii.—Cómo el rey Amadís empleaba su tiempo en tener sus reinos en paz, y en enviar fustas y gente á su hijo Esplandian á la montaña Defendida. 470

Cap. lxix.—En el cual Frandalo, certificando su gran lealtad en la santa ley en que está, amonesta á Esplandian y á Gastiles que para otras mayores afrentas y ganancias se aperciban.. . . . . id.

Cap. lxx.—De la habla que cerca de Frandalo y Esplandian con Gastiles hubo.. . . . . id.

Cap. lxxi.—Del consejo que Frandalo y Esplandian con Gastiles hubieron para dar combate á la villa de Alfarin, y cómo Gastiles por mar y ellos por tierra para ella se partieron.. . . . . id.

Cap. lxxii.—Cómo Esplandian y Frandalo, con ciertos caballeros partidos de la montaña Defendida, llegando ya cerca de la villa de Alfarin, enviaron los caballeros con Belleriz por otra parte, y ellos se fueron por la fuente Aventurosa, donde hallaron la infanta Heliaja, y veinte caballeros que la guardaban, los cuales vencidos por fuerza de armas en el campo, Esplandian y Frandalo muy honradamente la infanta consigo llevaron. . . . 471

Cap. lxxiii.—Cómo Esplandian y Frandalo, llegados á la villa de Alfarin, viendo la batalla trabada con los suyos, tan osadamente acometieron á los enemigos, que á vuel-

Pág.

tas con ellos por fuerza de armas dentro de la villa solos se hallaron. 473

CAP. LXXIV. — De las cosas extrañas que solos hicieron
El gran caballero y Frandalo el fuerte,
Viendo delante vecina la muerte,
Cuando en la villa cerrados se vieron;
Y cómo, despues que las puertas rompieron
Belleriz y Talanque y el buen Norandel,
Gandalin y Garinto y Ambor de Gadel,
Los turcos vencidos las armas rindieron. . . id.

CAP. LXXV.—De cómo Esplandian, en aquella noche que en la villa entraron, envió por la infanta Heliaja y por el jayan, que con la doncella Carmela y con ciertos peones fuera de la villa habian quedado. 475

CAP. LXXVI. — Cómo, rogando con ledo semblante
Frandalo el fuerte al buen caballero,
Fué deliberada la Infanta primero,
Y luego despues Foron el gigante;
La cual por los turcos siendo mediante,
Aunque sus joyas dejen perdidas,
Salvan los tristes los cuerpos y vidas,
Y vanse con ella al gran Tesifante. 476

CAP. LXXVII.—De cómo el infante Alforaj, viniendo en socorro de la Infanta su mujer, encontró con ella cerca de la fuente Aventurosa, donde los dos caballeros la habian tomado; la cual cuenta la contraria fortuna que por ella y por los suyos habia pasado. 477

CAP. LXXVIII. — Cómo Gastíles, ya despedido
De aquel que por armas ganó la montaña,
Viendo una fusta del rey de Bretaña
Venir por la mar, está detenido;
La cual, désque hubo mejor conocido,
Alza sus velas al viento que sopla,
Y arriba en el puerto de Constantinopla,
Do cuenta las cosas que le han avenido. . . 478

CAP. LXXIX.—Del sobrado placer que el fuerte Frandalo recibió con los caballeros de la Gran Bretaña que á la cama le fueron á ver, y de las gracias que por ello les dió. 480

CAP. LXXX.—Cómo Gastíles cuenta por órden al Emperador las grandes aventuras que á Esplandian y al fuerte Frandalo antes que él llegase, y despues á él con ellos les habian acaecido, y de la áspera respuesta que la infanta Leonorina, fingida, da á la justa demanda de Esplandian, mandando á Gastíles que se lo escriba. . id.

CAP. LXXXI. — Cómo, despues de haber reposado
Aquesta esforzada bretaña cuadrilla,
Y aquellos que entraron por armas la villa
De sus crudas llagas haberse curado,
Cerrando la noche, y el tiempo llegado,
Salió Esplandian con Frandalo junto,
Y otros cuarenta armados á punto,
Siguiendo el consejo por Frandalo dado. . 481

CAP. LXXXII.—Cómo Frandalo, despues de haber avisado á todos de lo que habian de hacer, envió ciertos caballeros con Belleriz, su sobrino, á combatir á Jantinomela, partiéndose él y Esplandian para el valle del Rey á guardar los que de la gran Tesifante en socorro della saliesen. 482

CAP. LXXXIII. — De la batalla fiera que trabaron
El buen Belleriz y sus compañeros,
Con otros doscientos y mas caballeros,
Que medio camino de turcos hallaron;
Y cómo esforzados, despues que llegaron
Frandalo y el hijo del rey de Bretaña,
Vencida por armas la turca campaña,
El gran Alguacil captivo llevaron. 483

CAP. LXXXIV.—De cómo, vencidos los docientos caballeros y preso el Alguacil mayor, Esplandian con todos los suyos, adestrándolos Frandalo, por camino seguro á la villa de Alfarin volvieron. 485

CAP. LXXXV. — Como el autor la pluma tendiese
Por hechos heróicos y grandes señores,
Forzóle Cupido que á cosas de amores,
Dejadas las armas, la mano volviese;
Y en el largo estilo penando, dijese

Pág.

De cómo fortuna quiso juntar
Estos amantes, sin mas dilatar,
Antes que el uno por el otro muriese. . . . 485

CAP. LXXXVI.—De la alteracion que Esplandian sintió, sabida por los mensajeros de Gastíles la sañosa respuesta de la infanta Leonorina, y del remedio que la doncella Carmela le da. . . . . id.

CAP. LXXXVII. — Cómo Garinto habló
Al caballero esforzado,
Y cómo le consoló
Cuando tan triste le vió
Y de sí mesmo olvidado;
Y cómo de larga ausencia
Olvidanza siempre resta,
Y al contrario de presencia,
Segun muestra la licencia
De la reina Clitenestra. 486

CAP. LXXXVIII.—Cómo la gran tormenta de la mar hizo á Esplandian aportar, despues de diez dias, al pié de la peña de la Doncella Encantadora; el cual de la villa de Alfarin para la montaña Defendida habia partido. . . 487

CAP. LXXXIX. — Cómo Esplandian y sus compañeros subieron á la peña de la Doncella Encantadora, y de las cosas que hasta llegar á sus grandes palacios les acaecieron. . . . . id.

CAP. XC.—Cómo Esplandian, abriendo la cámara del tesoro encantado, él y sus compañeros entraron dentro, y abierta la tumba de cristal, y quitado el leon de encima della, de las maravillosas y ricas cosas que dentro halló. 488

CAP. XCI. — Cómo Cármela, bajando el leon,
Los otros la tumba y el bulto de oro,
Decienden aquel tan rico tesoro
Do estaba la fusta esperando patron;
Y cómo á Garinto sin mas dilacion
Envió el caballero y buen amador
Saber de la hija del Emperador,
Si tiene dél queja con justa razon. 489

CAP. XCII. — Cómo Garinto, rey de Dacia, partió para Constantinopla, y anduvo por la mar perdido cuarenta dias, y las muchas y grandes afrentas en que se vió. . id.

CAP. XCIII. — Cómo despues que fortuna negó
Al triste Garinto llegar do queria,
El gran caballero, que pena sentia,
Con sola Carmela consejo tomó;
La cual no pensando, industria le dió
Y arte de cómo pudiese hablar
A aquella que tanto le hace penar,
Y su libertad con el seso robó. 490

CAP. XCIV.—Cómo Esplandian secretamente con dos compañeros llegó al puerto de Constantinopla, y de lo que el Emperador, por industria de la doncella Carmela, hizo. 491

CAP. XCV. — Cómo el poder y esfuerzo de amor,
A quien no debemos salir de mandado,
En un momento presenta encerrado,
Delante la Infanta, al buen amador;
La cual, como joya de tanto valor,
Recibe en servicio, sin otra cautela;
La llave entregada, le dijo Carmela:
«Aquí queda el vuestro leal servidor.» . . . 492

CAP. XCVI.—Del congojoso razonamiento que la Infanta, acerca de su turbacion, hizo á la reina Menoresa, por la cual abierta la tumba, Esplandian á la cosa que mas queria, honestamente aquella noche ver y hablar pudo. 493

CAP. XCVII. — Cómo, despues que el buen caballero
Fué despedido de aquella princesa,
Estando presente con él Menoresa,
Se torna á la tumba do estaba primero;
Y cómo, rompiendo el claro lucero,
Le vuelve cerrado la sábia Carmela,
Usando dos veces de aquella cautela,
Y alzan las velas, y adios, compañero. . . . 494

CAP. XCVIII.—Cómo el autor, por una vision que vido pone fin; sin dar fin, en esta obra, y della se despide. . 495

CAP. XCIX. — Cómo habiendo este autor, por el mandado de

Pág.

aquella Urganda la Desconocida, puesto fin á esta obra, como se os ha contado, por otra muy extraña aventura que se le ofreció le fué forzado de tornar á ella.. . . 497

Cap. c.—Dé cómo Esplandian partió de Constantinopla la via de la montaña Defendida, y la fortuna de la mar lo echó á un extraño puerto cerca de la villa de Alfarin, donde halló seis caballeros de los suyos en una cruel batalla, pelcando con muchos turcos, y de las maravillas que en armas allí hizo. 502

Cap. ci. — Cómo el caudillo y flor de Bretaña,
Viendo las llagas de todos seguras,
Se parte á buscar mayores venturas,
Do pueda vepgar su hambrienta saña;
Y entrada en un valle la santa compaña,
Hallaron la maga llamada Melía,
Y vieron á Frandalo cómo venia
Con otros sesenta por una montaña. . . . . id.

Cap. cii.—Cómo Esplandian y el fuerte Frandalo, con los otros caballeros, ganaron á los turcos la villa de Galacia, y cómo el autor vuelve la habla á los reyes y príncipes y grandes señores que gobernacion de cristianos tienen. 504

Cap. ciii.—Cómo el infante Alforaj consuela á aquellos que de Galacia á la gran Tesifante se retrajeron. . . 506

Cap. civ.—Cómo Esplandian envió á demandar al Emperador gente para sostener aquellas villas que habia ganado, enviándole muy ricas joyas, y á la Infanta muchos captivos, y de la respuesta que de todo le enviaron. . id.

Cap. cv. — Del rico presente de extraño valor
Que, siendo ganada la fuerte Galacia,
Envia, do espera mercedes y gracia,
A Constantinopla el gran vencedor;
Y cómo, tomadas del Emperador
Las mas ricas joyas despues de las vivas,
Los niños y dueñas que vienen captivas
Recibe la hija con sobra de amor. 507

Cap. cvi.—Cómo Tartario, almirante del Emperador, con mil y quinientos hombres armados en su gran flota, entró en el puerto de Galacia, en socorro de Esplandian y de los otros caballeros que allí estaban. . . . id.

Cap. cvii. — Cómo ordenó los mil y quinientos
Que trajo Tartario, Frandalo el fuerte,
Partidos do mas recelan la muerte
Las vidas, y esperan dudosos encuentros;
Y cómo con sones de mil instrumentos
Y guisas extrañas, que espantan la gente,
La fusta llamada la Grande Serpiente
Arriba en el puerto sin fuerza de vientos. . . id.

Cap. cviii.—De cómo Esplandian y los otros caballeros entraron en la fusta de la Gran Serpiente, con mucho deseo de ver á Urganda la Desconocida, la cual, despues de haberles hablado acerca de muchas cosas, á la villa de Galacia se salió con ellos. 508

Cap. cix. — Cómo el magnánimo y fuerte varon,
Moviéndole á ello virtud y mancilla,
Delibra la gente comun de la villa,
Siguiendo el ejemplo del gran Scipion;
Y cómo con sobra de mucha aficion
Los lleva Carmela á la gran Tesifante,
Allí donde mas reside el Infante
Y toda la pérfida y rica nacion. 509

Cap. cx. — De la graciosa y cruda pelea
Que ambas las magas á manos hacian,
Donde las uñas por armas suplian,
Cuando Medea topó con Medea;
Y aunque la una sus artes rodea,
Recibe con ellas rabiosos dolores,
Y cesan sus artes con artes mayores,
Hasta que llega la espada circea. 510

Cap. cxi.—Cómo Esplandian y Urganda, con los otros caballeros, se volvieron á la villa de Galacia, trayendo la infanta Melia presa. 511

Cap, cxii. — Cómo llegando á la gran Tesifante
Carmela, que á nadie se humilla ni abaja,
Estando presente la reina Heliaja,
Presenta los presos delante el Infante,
El cual los recibe con mucho talante;
Y hechas mercedes á aquella doncella,
Le da caballeros que vuelvan con ella,
Y así la despide con ledo semblante. . . . 511

Cap. cxiii. — Cómo los dos valientes sin par,
Allí do prendieron la maga Melía,
Los sus grandes libros de nigromancía,
Con dos compañeros tornaron buscar;
Y cómo, queriendo á la cueva llegar,
Tres fieros gigantes armados hallaron,
Los cuales despues que vencidos dejaron,
Tomados los libros, comienzan á andar. . . 512

Cap. cxiv. — Del grande peligro que solos sintieron
Los fuertes caudillos por falta de gente,
Cuando de turcos, en medio la puente,
Daquende y dallende cercados se vieron;
Y cómo, llamados, despues que vinieron
Norandel y Talanque y Ambor y Trion,
Los míseros turcos, sin mas dilacion,
Por aguas y hierro las vidas perdieron.. . . 513

Cap. cxv.—Cómo Esplandian y sus compañeros, vencida la cruel batalla de la puente, entraron en Galacia, y del placer que Urganda con ellos hubo. 514

Cap. cxvi.—Cómo Urganda la Desconocida manda apercebir á todos los caballeros que juntos estaban en la villa de Galacia, para que juntamente con ella delante el Emperador se presenten, y cómo por ellos fué obedecido. 515

Cap. cxvii. — Cómo cuarenta, los mas esforzados,
Varones noveles, de muy alta guisa,
Con muy ricas armas de santa devisa,
Por mano de Urganda fueron armados;
Los cuales con ella, con órden guiados,
En todo mostrando sobrado primor,
Allí donde estaba el Emperador
Y toda su corte son presentados. 516

Cap. cxviii.—Cómo hablándose Norandel y la reina Menoresa, de muy encendidos amores el uno del otro quedaron presos, y cómo aquellos caballeros y altos hombres y señoras de alto linaje, por mandado del Emperador, todos ordenadamente se sentaron á comer. 518

Cap. cxix.—Cómo Urganda la Desconocida, por mandado del Emperador, declaró la profecía que en la tumba con aquel grande ídolo de Júpiter se habia hallado. . 519

Cap. cxx. — Como en extremo de todo placer
Se viese la corte del Emperador,
Estando en el bosque con gozo mayor,
Quiso fortuna la rueda volver;
Cuando dos dragones, con recio poder,
Llevaron volando á la triste de Urganda,
Y á Armato y á Melia, que así se lo manda,
Sin nadie poderles estorbo poner. 520

Cap. cxxi.—Cómo los dragones pusieron en medio de la plaza de la gran Tesifante al rey Armato y á Urganda la Desconocida, la cual, por mandado de la infanta Melia, en una torre fué encerrada, y el Rey en sus grandes palacios con mucho placer recebido. . . . 521

Cap. cxxii.—De las gracias que el rey Armato á sus dioses da por tan milagrosamente de poder de sus enemigos haber sido librado.. 522

Cap. cxxiii.—De la carta que el rey Armato envió á todo el paganismo. . . . . id.

Cap. cxxiv. — Cómo, despues de ser convocados
Los reyes paganos por todos lugares,
Con tantas de fustas que cubren los mares,
En puerto de Tenédon fueron juntados,
Adonde los reyes no siendo contados,
Ni otros caudillos y fuertes jayanes,
De solos califas y grandes soldanes
Mas de quinientos fueron llegados. 523

Cap. cxxv.—Cómo, por consejo del conde Frándalo, Belleriz y Talanque y Maneli se partieron de la montaña Defendida por saber nuevas del rey Armato y de las dos sabidoras, y de lo que en este viaje les aconteció. . . id.

Cap. cxxvi. — Cómo los mares tentase correr
Tartario, viendo las ondas troyanas

Pág.

Todas cubrirse de flotas paganas,
Al buen caballero lo hace saber;
El cual, deseando remedio poner,
Al mesmo cosario con un caballero
Envia, que sepa la parte primero
Por donde se muestra la armada mover. . . 525

Cap. cxxvii.—Cómo Norandel y el conde Frandalo, por mandado de Esplandian, se partieron para Constantinopla, para hacer saber al Emperador de la grande armada de los turcos, y de las cosas que con la infanta Leonorina y con la reina Menoresa pasaron.. . . . . id.

Cap. cxxviii.—Cómo Esplandian, certificado que la grande armada de los turcos para Constantinopla partia, escribe las cartas que adelante se siguen. 526

Cap. cxxix.—Carta al emperador de Roma. 527

Cap. cxxx.—De otra carta á don Florestan, su tio, rey de Cerdeña. . . . . id.

Cap. cxxxi.—Cómo Esplandian envió á demandar ayuda por Gandalin á los reyes y altos hombres en este capítulo contenidos. . . . . id.

Cap. cxxxii.—Carta de Esplandian á su padre. . . . . id.

Cap. cxxxiii.—Cómo el emperador de Roma y don Florestan, recebidas las cartas, acordaron entre sí que luego don Florestan, con la gran flota del Emperador, para el puerto de la ínsula Firme se partiese. 528

Cap. cxxxiv.—Cómo Gandalin presentó las cartas al rey Amadís y á la reina Oriana, y del sobrado placer que con él hubieron. . . . . id.

Cap. cxxxv.—Cómo alterada de justo temor,
Con lágrimas tristes y todo letijo
Impide la madre la ayuda del hijo,
Temiendo del padre peligro mayor;
Mas luego le hace la fuerza mayor
Que quiera lo que antes querer no queria,
Al hijo con padre dando por guia
La mas clara seña del alto Señor. . . . . id.

Cap. cxxxvi.—Del gran sentimiento que el rey Lisuarte y la reina Brisena mostraron despues que Gandalin la embajada de Esplandian les contó. 529

Cap. cxxxvii.—Cómo Amadis hace saber al rey Perion, su padre, y al rey de Sobradisa, y á don Galvánes, su tio, la necesidad que su hijo Esplandian tiene de socorro. id.

Cap. cxxxviii.—De la carta que envió el rey Amadís á don Galaor, su hermano, rey de Sobradisa. 530

Cap. cxxxix.—De la carta que envió el rey Amadís á su padre, el rey Perion de Gaula.. . . . . id.

Cap. cxl.—Cómo el rey Amadis casó á Gandalin con la doncella de Denamarca, y haciéndole conde, le dió los castillos y tierra que de Arcalaus el Encantador habian quedado. . . . . id.

Cap. cxli.—Cómo Amadis hace saber por sus cartas á don Gasquilan y á don Bruneo y don Cuadragante la necesidad en que Esplandian, su hijo, al presente estaba. 531

Cap. cxlii.—Carta del rey Amadís á Gasquilan, rey de Suesa. . . . . id.

Cap. cxliii.—Otra carta del rey Amadis á don Bruneo, rey de Arabia, y á don Cuadragante, señor de Sansueña. id.

Cap. cxliv.—De cómo el caballero Handro se partió con las cartas que Amadís le dió. . . . . id.

Cap. cxlv.—Cómo los turcos arriban en puerto
De Constantinopla con mal pensamiento,
Las velas hinchadas de pérfido viento,
Mostrando soberbia su vano concierto;
Adonde viendo el mal descubierto,
El buen Norandel y Frandalo el fuerte
Venden sus vidas por muy cara suerte,
Dejando de muertos el campo cubierto. . . id.

Cap. cxlvi.—Cómo viniendo la noche, los turcos se recogieron en sus naos, y la gente del Emperador, que á pelear habian salido, se recogieron á la gran ciudad de Constantinopla.. 532

Cap. cxlvii.—Cómo cercada la santa bandera
De fuerzas paganas, por mar y por tierra,
Inventan mil modos, mil artes de guerra,
Los santos de dentro, los diablos de fuera;
Y cómo defienden la puerta primera

Pág.

Tres caballeros de gran corazon,
Con la del Pozo y del fuerte Dragon,
Que otra ninguna abierta no era. 533

Cap. cxlviii.—De la carta que envió Radiaro de Liquia á Esplandian. . . . . id.

Cap. cxlix.—Cómo los caballeros cruzados, con licencia del Emperador, aceptaron la batalla en la manera que Radiaro el soldan les habia escripto. 534

Cap. cl.—De la carta que los caballeros cruzados enviaron á Radiaro, soldan de Liquia. . . . . id.

Cap. cli.—Cómo de la una parte y de la otra fué concertado que diez por diez hubiesen de entrar en la batalla. id.

Cap. clii.—Cómo Norandel nombró los nueve caballeros que juntamente con él habian de entrar en la batalla.. 535

Cap. cliii.—Cómo, despues que al campo salieron
Tantos por tantos, el sol repartido,
Infieles con fieles con grande alarido
Mortales encuentros primero se dieron;
Adonde, despues que envueltos se vieron,
Norandel y Talanque, Imosil, Elian,
Trion y Gavarte y Ambor, Listoran,
Bravor y Maneli, la justa vencieron. . . . . id.

Cap. cliv.—Cómo el primer combate se dió
Por mar y por tierra á la noble ciudad,
Con nuevos pertrechos de gran crueldad,
El mas espantoso que nunca se vió;
Y aunque la liza mucho turó,
Aquellos cruzados que allí se veian,
Dando las manos á mas que debian,
La grande ciudad segura quedó.. 537

Cap. clv.—De la cruel batalla que el conde Frandalo pasó con los turcos que por la mar y la ciudad combatian, y cómo al fin, veniendo la noche, á la ciudad se recogieron. 538

Cap. clvi.—Cómo despues que mandó dejar
Las puertas en guarda de fuertes guerreros,
El Emperador y sus caballeros
Al grande palacio van reposar;
Y como las armas les hacen quitar
Aquellas señoras que tanto querian,
Tintos de sangre, segun que venian,
Con mucho placer se van á cenar. 539

Cap. clvii.—Del espantoso y no pensado socorro con que la reina Calafia en favor de los turcos al puerto de Constantinopla llegó. . . . . id.

Cap. clviii.—Cómo los grifos la gente que vieron
Encima la cerca volando llevaban,
Y muertos aquellos, por otros tornaban:
La mas fiera caza que hombres oyeron;
Y cómo los turcos que arriba subieron
Aquel mismo daño reciben, penando,
Los cuales de grifos ayuda esperando,
Por grifos la muerte cruel recibieron. 540

Cap. clix.—Exhortacion que hace el autor á los cristianos, poniéndoles delante los ojos la gran obediencia que estos grifos, brutos animales, á quien los habia criado mostraban. 541

Cap. clx.—Cómo las fuerzas del pueblo tirano,
Quiriendo vengarse con sus ázagayas,
Pasan las cavas, palenques y rayas,
Y rompen la tela del muro cristiano;
Y cómo Calafia, la espada en la mano,
Hace gran daño con sus amazonas,
Donde murieron muy muchas personas
De fieles, y mas del bando pagano.. 542

Cap. clxi.—Cómo por mano del alto Señor
Se juntan en puerto que Firme se llama
Tantas de fustas, que dice la fama
Armada en el mundo no hallarse mayor;
Donde moviendo con santo favor,
El rey Perion llevando la guia,
Con próspero viento de noche y de dia,
Llegaron á vista del Emperador.. 543

Cap. clxii.—Cómo Amadís envió á llamar á Esplandian, su hijo, á la montaña Defendida, antes que aquellos grandes reyes hayan entrado en el puerto de Constantinopla. 544

Pág.

CAP. CLXIII.—Cómo los siervos del alto Señor,
Con ricos tesoros y grandes haciendas,
Salidos en tierra, armaron sus tiendas,
Poniendo á los turcos en mucho temor;
Y cómo escribieron con grande furor,
Queriendo vengar su pérfida saña,
Al buen caballero y al rey de Bretaña,
La reina Calafia y el Turco mayor. 544

CAP. CLXIV.—Carta del soldan de Liquia y de la reina Calafia al rey Amadís y á su hijo Esplandian. 545

CAP. CLXV.—Cómo los reyes de grande saber,
Leyendo la carta de haz y de envés,
Aunque recelan contrario revés,
Aceptan el campo con mucho placer;
Y cómo Calafia, tornada mujer,
Vestida de paño de extrañas maneras,
Tomando consigo dos mil compañeras,
Al buen caballero acuerda de ver. . . . . id.

CAP. CLXVI.—Cómo prendieron á sus competentes,
La justa vencida, los dos Scipiones,
Adonde las fuerzas de sus corazones
Ad ellos sin armas mostraron valientes,
Y luego, de fieros, tornaron pacientes;
Aquella amazona y el gran Radiaro
Fueron del campo, sin mas anteparo,
Llevados por medio de todas sus gentes. . . . 547

CAP CLXVII.—Cómo los grandes reyes cristianos por la mar y por la tierra ordenaron sus batallas. 548

CAP CLXVIII.—De la primera batalla que los grandes reyes cristianos por la tierra, y Agrájes y el conde Frandalo por la mar, muy cruelmente con los turcos hubieron. 549

CAP. CLXIX.—De la afrenta en que los cincuenta reyes á la ciudad pusieron mientras las batallas en la mar y en la tierra duraron. 550

CAP. CLXX.—Cómo partidas despues que se vieron
Las crudas batallas, el cielo rompian
Los gritos y llantos que todos hacian,
Llorando los muertos, que menos sintieron;
Y como los reyes los llantos oyeron,
Con dulces palabras así los consuelan,
Diciendo: «Señores, aquestos no os duelan,
Que vidas ganaron si vidas perdieron.» . . . id.

CAP. CLXXI.—Del acuerdo que los paganos hubieron acerca de la batalla venidera. . . . . id.

CAP. CLXXII.—Cómo, segun cuenta la historia,
Las grandes batallas al juego volvieron,
Las cuales, despues que mal se hirieron,
La santa cuadrilla llevó la victoria;
Adonde ganando coronas de gloria,
Perdieron las vidas con buen corazon
El muy virtuoso rey Perion
Y el rey Lisuarte, de buena memoria. 551

CAP. CLXXIII.—Cómo el conde Frandalo ganó treinta fustas de las mas principales á los contrarios, allende de las cuatrocientas que les habian quemado. 552

CAP. CLXXIV.—Cómo, viendo su gran perdimiento,
Los turcos vencidos acuerdan huir
A sus gruesas naves, pensando guarir,
Adonde reciben mayor detrimento;
Y cómo se vieron en tanto tormento
Las míseras fustas que allí se hallaron,
Que de tres mil que al puerto llegaron,
Apenás del puerto salieron las ciento. 552

CAP. CLXXV.—Cómo el Emperador hizo sepultar muy honradamente los dos ancianos reyes y los otros grandes hombres que en las batallas murieron. 553

CAP. CLXXVI.—Cómo los reyes hiciese llamar
El Emperador, les dijo: « Señores,
Las mis graves culpas y muchos errores
El resto del tiempo me mandan llorar;
Y yo, porque entiendo el mundo dejar,
Quiero que queden casados primero
La mi cara hija y el buen caballero,
Que pueden mis reinos mejor gobernar.» . . 554

CAP. CLXXVII.—Cómo el Emperador, casando á su hija Leonorina con Esplandian, les renunció todo su imperio; y cómo él y la Emperatriz se metieron en un monasterio. id.

CAP. CLXXVIII.—Cómo por la mano del Alto Señor,
El cual donde quiere inspira su gracia,
Casó con Talanque la reina Calafia,
Y con Maneli la hermana menor;
Y luego despedidos del Emperador,
Los nuevos casados con ellas se van,
El uno en la flota del rey Cildadan,
El otro en las naves de don Galaor. 555

CAP. CLXXIX.—Cómo el Emperador Esplandian casó á Norandel, su tio, con la reina Menoresa, dándole la montaña Defendida y las otras villas que de los turcos habia ganado. 556

CAP. CLXXX.—Cómo los turcos y el Emperador,
Habiendo concierto, los presos trocaron,
La gran sabidora los unos enviaron,
Soltando los otros el Turco mayor;
Y cómo se esconde con bravo furor
La fusta llamada la grande Serpiente,
Perdiéndose á ojo de toda la gente
La espada circea, de rico valor. . . . . id.

CAP. CLXXXI.—Cómo aquellos reyes cristianos, con licencia del Emperador, á sus reinos se volvieron, y Urganda la Desconocida á la isla No-hallada. 557

CAP. CLXXXII.—Cómo despues que el Emperador
Hubo ganado la gran Tesifante,
Y suelta la Reina, mujer del Infante,
Quedó Norandel por gobernador;
Y vuelto con gloria de mucho loor
A Constantinopla con sus compañeros,
A dos esforzados armó caballeros,
Hijos del noble rey Galaor. 558

CAP. CLXXXIII.—Cómo de Urganda fuesen llamados
El rey Amadís y el Emperador,
Y don Florestan y el rey Galaor,
A la ínsula Firme fueron llegados;
Adonde con otros ansí no contados,
Despues de hablarles la gran sabidora,
Abrióse la tierra luego á deshora,
Allí se quedaron por ella encantados. . . . id.

CAP. CLXXXIV.—Cómo el autor cuenta en suma algunas cosas que sucedieron despues que estos grandes emperadores y reyes fueron encantados. 560

Alonso Proaza, corrector de la impresion, al Auctor. . . 561

INDICE de nombres propios y materias contenidas en el Amadís y en las Sergas. 565



FIN DE LA TABLA DE MATERIAS.